

El Sinaí (a la izquierda el Djebel Mûsa, a la derecha el Râs es-Safsâfeh)

(Fotografía original de A. Kneucker, Karlsruhe.)

(Texto en el núm. 281.)

IGNACIO SCHUSTER—JUAN B. HOLZAMMER

Historia Bíblica

EXPOSICIÓN DOCUMENTAL
fundada en las investigaciones científicas modernas

TOMO PRIMERO

ANTIGUO TESTAMENTO

TRADUCIDO POR EL
P. JORGE DE RIEZU, O. M. C.
DE LA OCTAVA EDICIÓN ALEMANA REFUNDIDA POR
J. SELBST Y E. KALT

Con 102 grabados y dos mapas



EDITORIAL LITÚRGICA ESPAÑOLA, S. A.
Cortes, 581 – Barcelona
MCMXXXIV

LICENCIA DE LA ORDEN

Nihil obstat
FR. I. CALASANCTIUS AB URDAX, O. M. C.
Censor deputatus

Imprimatur
Pampilonae 20 junii 1932
FR. LADISLAUS A YABAR
Vic. Prov.

LICENCIA DIOCESANA

Nihil obstat
El Censor,
DR. FRANCISCO FAURA ARÍS
Canónigo Lectoral

Imprimase
Barcelona 21 de noviembre de 1932
† MANUEL, Obispo de Barcelona

Por mandato de Su Excia. Rvma.
DR. RAMÓN BAUCELLS SERRA
Canc. Scrio.

**Edición española autorizada
por Herder & C.ª, editores
de Friburgo de Brisgovia**

Guinart y Pujolar, impresores; Bruch, 63. — Barcelona

Prólogo del traductor

ALBOREABA en el siglo pasado la renovación moderna de los estudios bíblicos cuando apareció la obra del Dr. Schuster [1], que traducida de la octava edición alemana [2] presentamos al público de lengua castellana. Desde aquella primera edición hasta la última publicada, las diversas transformaciones que la obra ha experimentado en manos de los doctores Holzammer [3], Selbst [4], Kalt [5] y Schäfer [6] han hecho de ella el manual bíblico más acabado y completo quizás que pueda ofrecernos Alemania, la cuna, por decirlo así, de los estudios bíblicos modernos.

El libro está destinado a los sacerdotes y seminaristas que por su vocación misma están obligados a conocer a fondo los fundamentos del dogma,

---

[1] IGNACIO SCHUSTER nació el 5 de diciembre de 1813. Cursó los estudios teológicos en Tubinga y en 1847 recibió de la Universidad de Friburgo el título de doctor en teología en premio a sus numerosas publicaciones bíblicas y catequísticas. Murió el 24 de abril de 1869, tras una larga vida consagrada al estudio, al ministerio y a las tareas de publicista. Es conocido por la obra que hoy presentamos y por otra de título análogo destinada a las escuelas elementales.

[2] Schuster-Holzammer, *Handbuch zur Biblischen Geschichte. Achte, neu bearbeitete Auflage.* I. *Das Alte Testament.* II. *Das Neue Testament.* Herder & Co. (Friburgo 1925).

[3] Juan Bta. Holzammer nació en Maguncia el 1 de mayo de 1828. Fué profesor de exégesis y de teología pastoral y rector del Seminario de su ciudad nativa. Después de una larga vida dedicada a la piedad, al estudio y al ministerio, murió el 24 de septiembre de 1903. Publicó varias obras referentes a la Biblia y a la ascética y colaboró en varias revistas. A Holzammer se deben las ediciones segunda, tercera, cuarta y quinta de la presente obra.

[4] José Selbst nació el 26 de octubre de 1852. Fué canónigo y profesor de exégesis en el Seminario de Maguncia, vicario capitular de la diócesis, deán y vicario general, cargo que desempeñó hasta la muerte, acaecida el 19 de abril de 1919. Pío X le distinguió en 1908 nombrándole prelado doméstico. El campo de su actividad fué muy extenso: música religiosa, historia, homilética y, sobre todo, exégesis del Antiguo Testamento. A él debemos las ediciones sexta y séptima del tomo primero de la presente obra. La muerte le sorprendió cuando preparaba la octava edición.

[5] Edmundo Kalt, exegeta católico, nació el 12 de octubre de 1879. Desde 1914 desempeña una cátedra en Maguncia. Es conocido por sus dos obras: *Biblische Archäologie* (1924) y *Biblisches Reallexikon* (dos tomos, 1931). A él se debe la octava edición del tomo primero de la presente obra.

[6] Jaime Schäfer, exegeta católico, nació en Maguncia el 7 de junio de 1864; desde el 1898 desempeña una cátedra de exégesis en el Seminario de Maguncia. Es prelado doméstico de Su Santidad. Sus obras principales son: *Parabeln des Herrn in Homilien erklärt* (1905), y las ediciones sexta, séptima y octava del segundo tomo de la presente *Historia Bíblica.*

a los catequistas y profesores que ayudan a los sacerdotes en el sagrado ministerio y de un modo especial a las personas cultas y a los hombres de carrera que desean completar su formación científica o literaria y adquirir conocimiento más profundo de nuestra Religión. Mas, por su misma disposición, el libro se acomoda perfectamente a la capacidad de los simples fieles que sientan curiosidad y anhelo por las cosas relativas a nuestra santa Religión y deseen conocer y meditar sus diversos misterios. Pueden éstos prescindir de las notas y de muchas de las explicaciones que van en tipo mediano, destinadas a personas de más preparación.

Sin incurrir en exageración puede afirmarse que el libro del Dr. Schuster en su octava edición es la obra más perfecta en su género, cosa que ha permitido decir al ilustre P. Lagrange, fundador de la Escuela Bíblica de Jerusalén: *No vacilamos en afirmar que ningún manual francés puede compararse con esta obra por su riqueza de información.* Esto sin duda movió a *Editorial Litúrgica Española* a realizar el esfuerzo de publicar una traducción en lengua castellana. Porque, podemos afirmarlo sin temor a ser desmentidos, era una verdadera necesidad la publicación de una obra de esta naturaleza, como sea verdad que en España y América Latina la ciencia bíblica sigue siendo todavía un maná escondido que los hambrientos deben ir a buscar en libros escritos en otras lenguas.

Es difícil dar en breves palabras una idea completa de lo que el libro abarca; basta por otra parte, una ojeada al índice para formarse concepto del plan de la obra y de los asuntos que trata. Mas, no podemos menos de hacer resaltar ciertas cualidades que no se reflejan en el índice y que nos han producido gratísima impresión contribuyendo no poco a aliviarnos en nuestra penosa labor de traductores.

Y una de las más importantes y que más sorprende y satisface es el esmero con que el libro del Dr. Schuster recoge todas las investigaciones de algún valor, antiguas y modernas, y los resultados obtenidos en la historia, en la geografía, y en las ciencias naturales, en la arqueología, folklore y etnología, exégesis y dogmática, resultados que confirman las verdades bíblicas o por lo menos demuestran la posibilidad de los hechos que los Libros Sagrados nos relatan. Aquí el estudioso se provee de armas para deshacer los errores de la ciencia incrédula y llevar la convicción al ánimo vacilante de las personas indiferentes o tibias en la fe. Hoy, que en frase gráfica del autor «la azada ha sustituído a la pluma», es indispensable conocer los resultados de las excavaciones que desbaratan multitud de hipótesis arbitrariamente elaboradas y comprueban la exactitud del ambiente bíblico.

Fruto de la utilización de las ciencias auxiliares de la historia bíblica y de los resultados de las mismas es la exactitud científica que se observa en la obra. Siempre hallamos la palabra justa, el término preciso, la

reserva en lo dudoso, el respeto a lo tradicional, pero un respeto enemigo del dogmatismo y de la afirmación solemne. Esto, naturalmente depende del criterio del autor, magistralmente expuesto en la Introducción al hablar de las cuestiones bíblicas generales. Este criterio no puede ser otro que el señalado por Pío X en sus Letras Apostólicas de 27 de marzo de 1906, cuando exhorta a «aprovechar todos los adelantos de la ciencia y cuanto el ingenio de los modernos ha producido», pero «sin apartarse lo más mínimo de la doctrina general y de la tradición de la Iglesia». En conformidad con este criterio apostólico, el Dr. Schuster nos brinda con una labor profundamente renovadora, sin menoscabo de su carácter estrictamente tradicional. Cíñese en todo a las normas de la Sede Apostólica y a los decretos emanados de la Comisión Bíblica, pero sabe ir tan lejos como lo consiente el dogma y la tradición fundada de la Iglesia.

Mas no se vaya a creer que la exactitud científica hace del libro mencionado una obra adusta, reservada al investigador y al especialista, pero de escaso interés práctico. De ninguna manera. El Dr. Schuster sabe dar cuenta, a veces con dos palabras, del estado de todas las principales cuestiones bíblicas, orienta acerca de las mismas, indica la bibliografía adecuada y sigue su camino buscando lo útil y aprovechable para la piedad y la edificación, a fin de que la obra sea apta sobre todo a los fines prácticos del sacerdote y del catequista.

Y no diremos que no sea el menor de los méritos del autor el haber alcanzado en la exposición aquel supremo grado de perfección que desea Horacio hallar en las obras literarias: Recrear al lector en tanto que se le instruye. Porque la obra del Dr. Schuster se lee con fruición, con curiosidad y avidez, e insensiblemente penetran en la inteligencia la doctrina y la verdad, y el corazón se enciende en la lectura, como los discípulos de Emmaús en la plática con el divino desconocido.

Las descripciones topográficas particularmente prestan a la obra un encanto singular. El lector peregrina con los Patriarcas por Mesopotamia, Canaán y Egipto; contempla con Abraham la destrucción de las ciudades nefandas; acompaña a David en los desiertos de Judá; huye a Egipto con la Sagrada Familia, descansando bajo el árbol de Matariyéh; se compadece con el buen samaritano del incauto viandante que en el áspero y temeroso camino de Jerusalén a Jericó cae víctima de despiadados salteadores; recorre con Jesús los pasos de la amarga Pasión y visita devoto los Santos Lugares consagrados por la presencia del Redentor y de su Madre Santísima y por la piedad de innumerables peregrinos. No acabaríamos nunca si quisiéramos detallar la amenidad instructiva que la descripción topográfica da a la obra. Y todo ello sin martirizar al lector con largos capítulos geográficos, sino dejando caer acá y allá las descripciones y datos según lo requiere la historia bíblica, única manera de que interesen al lector.

De ahí resulta que, al terminar la lectura del libro, queda uno familiarizado con Tierra Santa y con los acontecimientos bíblicos y se ha formado idea aproximada de los hechos que acaecieron hace tantísimos siglos.

Esta gratísima impresión que hemos recibido al leer el original, quisiéramos que la traducción produjese en los lectores. Y si con ella se logra que aumente y se propague la afición a los estudios bíblicos, triunfe la verdad y se acreciente el amor a Jesucristo, centro de toda la Revelación contenida en los Sagrados Libros, se habrá realizado la ilusión que ha guiado los esfuerzos del traductor.

ÍNDICE

Año

PRIMERA PARTE

Págs.

Año | SEGUNDA ÉPOCA | Págs.

ELECCIÓN Y GRANDEZA DEL PUEBLO DE ISRAEL 167

DESDE LA VOCACIÓN DE ABRAHAM HASTA LA MUERTE DE SALOMÓN
(2100-929 a. Cr. aproximadamente)

Libros poéticos y didácticos del Antiguo Testamento

Siglas

de títulos de revistas y colecciones citadas en la presente obra

AB = Atlas biblicus, ed. MART. HAGEN S. J. Parisiis 1907.
AO = Der Alte Orient (*El antiguo Oriente.* Revista de vulgarización editada por la Sociedad de estudios relativos al Asia Anterior) Leipzig.
AOB = Altorientalische Texte und Bilder zum Alten Testament (*Textos y grabados para el estudio del Antiguo Testamento,* publicados por H. GRESSMANN en unión con A. UNGNADE y H. RANKE) tomo II: grabados.
AOT = La misma obra, tomo I: textos.
ATA = Alttestamentliche Abhandlungen (*Disertaciones acerca del Antiguo Testamento,* editadas por J. NIKEL) Münster.
ATAO = Das Alte Testament im Lichte des Alten Orients (*El Antiguo Testamento a la luz del antiguo Oriente,* por A. JEREMÍAS) Leipzig 1916.
BA = Bibelatlas (*Atlas Bíblico,* por R. DE RIESS), publicada por L. HEIDET, Friburgo 1924.
BSt = Biblische Studien (*Estudios bíblicos,* revista publicada por O. BARDENHEWER) Friburgo 1894 ss.
BWAT = Beiträge zur Wissenschaft vom Alten Testament (*Contribución al estudio del Antiguo Testamento*) Leipzig.
BZ = Biblische Zeitschrift (*Revista Bíblica,* publicada por J. GÖTTSBERGER y J. SICKENBERGER) Friburgo 1902 ss.
BZF = Biblische Zeitfragen (*Cuestiones bíblicas,* serie 1-4 publicadas por J. NIKEL y J. ROHR; serie 5-11, por P. HEINISCH y J. ROHR) Münster.
BZSF = Biblische Zeit- und Streitfragen, zur Aufklärung der Gebildeten (*Cuestiones y controversias bíblicas, para ilustrar a las personas cultas),* publicado por KROPATSCHEK. Grosslicherfelde-Berlín 1905 ss.
Denz = Enchiridion symbolorum et definitionum et declarationum, por DENZINGER. Friburgo.
FthSt = Freiburger theologische Studien (*Estudios teológicos de Friburgo).*
FZB = Frankfurter Zeitgemässe Broschüren (*Colección de folletos iniciada por* HAFFNER, JANSSEN y THISSEN) Hamm, Wesfalia.
HaoG = Handbuch der altorientalischen Geisteskultur (*Tratado acerca de la civilización oriental antigua,* por A. JEREMÍAS) Leipzig 1913.
HL = Das Heilige Land, Organ des Deutschen Vereins vom Heiligen Land (*Tierra Santa, órgano de la Asociación Alemana de Tierra Santa*) Colonia.
HPB = Historisch-Politische Blätter für das kathol. Deutschland (*Hojas histórico-políticas para los católicos alemanes*) Munich.
K = Die Kultur (*La Cultura,* revista trimestral de ciencia, literatura y arte, publicada por la Sociedad Austríaca de León XIII) Viena.
KAT = Die Keilinschriften und das Alte Testament (*Las inscripciones cuneiformes y el Antiguo Testamento,* por H. ZIMMERN y H. WINKLER) Berlín 1903.
Kath = Der Katholik (*El católico,* revista de la ciencia católica y vida eclesiástica) Maguncia.
KB = Keilinschriftliche Bibliothek (*Biblioteca de inscripciones cuneiformes.* Colección de textos asirios y babilónicos transcritos y traducidos, publicada por E. SCHRADER), tomos I-VI. Berlín.
KHL = Kirchliches Handlexikon (*Diccionario manual eclesiástico,* publicado por M. BUCHBERGER) Munich 1907-1909.
KL = Kirchenlexikon oder Enzyklopädie der kathol. Theologie und ihrer Hilfswissenschaften (*Diccionario Eclesiástico o Enciclopedia de Teología Católica y ciencias auxiliares,* publicado por el CARDENAL HERGENRÖTHER y FR. KAULEN) 12 volúmenes, 2.ª ed. Friburgo.

KM = Katholische Missionen *(Misiones católicas)* Friburgo-Aquisgrán.
KPA = Kompendium der palästinsischen Altertumskunde *(Compendio de Arqueología Palestinense,* por P. THOMSEN) Tubinga 1913.
KPB = Kölner Pastoralblatt *(Hoja Pastoral de Colonia,* publicada por BERRENRATH y VOGT).
KT = Keilinschriftliches Textbuch *(Textos de inscripciones cuneiformes,* publicados por H. WINCKLER) Leipzig 1909.
LB = Lexicon Biblicum, ed. M. HAGEN S. J. Vol. I-III Parisis 1905 ss.
LBKV = Literarische Beilage zur Kölnischen Volkszeitung *(Suplementos literarios de la Gaceta Popular de Colonia).*
LHw = Literarischer Handweiser *(Guía literaria,* fundada por FRANZ HÜLSKAMP y HERM. RUMP) Münster; publicada en 1918 y 1919 por E. M. ROLOFF, y desde 1920 por G. KECKEIS, Friburgo.
LR = Literarische Rundschau für das kathol. Deutschland *(Revista literaria de los católicos alemanes,* publicada por J. SAUER) Friburgo.
MDOG = Mitteilungen der Vorderasiatischen Gesellschaft *(Informaciones de la Sociedad de Asia Anterior).*
NK = Natur und Kultur *(Naturaleza y civilización,* publicada por F. J. VÖLLER) Munich.
NO = Natur und Offenbarung *(Naturaleza y Revelación)* Münster.
OLZ = Orientalistische Literaturzeitung *(Gaceta literaria orientalista)* Leipzig.
PB = Pastor bonus *(Revista pastoral)* Tréveris.
PJ = Palästina Jahrbuch *(Anuario de Palestina,* publicado por DALMAN) Berlín.
RB = Revue biblique, publiée par l'Ecole pratique des Etudes bibliques. París-Roma 1893 ss.
Rb = Realia biblica geographica, naturalia, archaeologica, ed. M. HAGEN. Parisis 1914.
RE = Realenzyklopädie für protestant. Theologie und Kirche *(Enciclopedia teológica de la Iglesia Protestante,* 3.ª ed., publicada por A. HAUCK) Leipzig 1893 ss.
RgV = Religionsgeschichtliche Volksbücher *(Libros populares de historia de las religiones,* publicados por FR. M. SCHIELE) Tubinga.
ThG = Theologie und Glaube *(Teología y Fe,* revista del clero católico) Paderborn 1909 ss.
ThpMS = Theologische praktische Monatschrift *(Revista mensual de teología pastoral)* Bassau.
ThpQS = Theologisch-praktische Quartalschrift *(Revista trimestral de teología pastoral)* Linz
ThR = Theologische Revue *(Revista teológica,* publicada por FR. DIEKAMP) Münster.
TQS = Tübinger theologische Quartalschrift *(Revista teológica trimestral)* Tubinga.
SthSt = Strassburger theologische Studien *(Estudios teológicos de Estrasburgo)* Friburgo.
StL = Stimmen aus Maria-Laach *(Ecos de Maria-Laach)* Friburgo.
StZ = Stimmen der Zeit *(Ecos contemporáneos)* Friburgo.
VGG = Vereinschriften der Görres-Gesellschaft *(Publicaciones de la Sociedad de Görres)* Colonia.
WBG = Wissenschaftliche Beilage der «Germania» *(Suplementos científicos del periódico «Germania»)* Berlín.
WSt = Weidenauer Studien *(Estudios de Weidenau,* publicados por los profesores del Seminario de Weidenau, en colaboración con la Sociedad de León XIII) 1907 ss.
ZAW = Zeitschrift für Alttestamentliche Wissenschaft *(Revista de estudios del Antiguo Testamento,* publicada por K. MARTI) Giessen.
ZDMG = Zeitschrift der Deutsch-Morgenländischen Gesellschaft *(Revista de la Sociedad Orientalista Alemana)* Leipzig.
ZDPV = Zeitschrift des Deutschen Palästina-Vereins *(Revista de la Asociación Palestinense Alemana)* Leipzig.
ZKTh = Zeitschrift für katholische Theologia *(Revista de teología católica)* Innsbruck.

En las citas de obras alemanas hemos empleado preferentemente las siguientes abreviaturas:

AT = Altes Testament = *A. Test.*
atl = altestamentliches = *relativo al A. Test.*
NT = Neues Testament = *N. Test.*
ntl = neutestamentliches = *relativo al N. Test.*

INTRODUCCIÓN

I. Naturaleza de la Sagrada Escritura

1. Revelación

1. «Dios, que en otros tiempos habló a nuestros padres en distintas ocasiones y de muchas maneras por los profetas, nos ha hablado últimamente en estos días por medio de su Hijo, a quien constituyó heredero universal de todas las cosas, por quien creó también los siglos». Estas palabras con que el apóstol san Pablo da comienzo a su *Epístola a los Hebreos,* nos enseñan con precisión y claridad la noción y carácter de la Sagrada Escritura, haciendo resaltar ante todo el hecho y la naturaleza de la Revelación.

Dios ha hablado [1], esto es, ha comunicado la verdad a los hombres, se ha manifestado, no sólo — como dice el Concilio Vaticano (1870) frente a los errores del moderno racionalismo,— dando a conocer sus secretos a la humana inteligencia por medio de las cosas creadas, sino que plugo a su sabiduría y bondad revelar sobrenaturalmente los arcanos de su naturaleza y los eternos decretos de su voluntad. Revelación es, pues, no la conciencia que el hombre adquiere de su relación con Dios [2], sino una comunicación de Dios al hombre. Gracias a ella, los misterios divinos, impenetrables al humano entendimiento, son conocidos sin dificultad, con absoluta certeza y sin mezcla de error, aun en el estado de naturaleza caída. Sólo por medio de ella puede el hombre llegar a conocer aquellas verdades sobrenaturales que están por encima de su alcance y cuya fiel aceptación es condición indispensable para el logro de la eterna felicidad.

---

[1] El verbo griego *lalein,* muy poco empleado en el lenguaje clásico, pero de uso frecuente en la *Epístola a los Hebreos* y en general en el Nuevo Testamento, significa (como el verbo *dabár*), a diferencia de *légein* (hebreo *amár* = decir, hablar), una participación de ideas y sentimientos íntimos, una manifestación de cosas ocultas, fundada en la simpatía, en particular una comunicación de cosas divinas, fundada en el amor, o sea, una revelación divina; cfr. *Luc.* 1, 70; *Act.* 2, 31; *Iac.* 5, 10.

[2] Así la tesis 20 reprobada en el *Syllabus* de Pío X (véase la edición autorizada de Herder, pág. 7; Denz. 2020); cfr. Heiner, *Der neue Syllabus Pius X*[2] (Maguncia, 1908) 101 ss.; Bessmer, *Philos. u. Theol. des Modernismus* (Friburgo, 1912) 238.— Los protestantes modernos explican de muy distinta manera que los católicos y los protestantes antiguos el concepto de Revelación. Según ellos no son objeto de ésta «las verdades sobrenaturales»; la Revelación no es sino «la comunicación que de sí mismo hace el Dios vivo para establecer una comunidad de vida con El», una «reviviscencia» de la divinidad en la naturaleza, en un acontecimiento histórico, en los actos de un personaje humano. Sólo por la fe se puede experimentar interiormente una Revelación de esta naturaleza; la ciencia únicamente puede llevarnos «a la sospecha de la Revelación en Israel» (Sellin, *Das AT und die evangel. Kirche der Gegenwart,* 1921, 18 ss.).

Dios ha hablado en distintas ocasiones. La Revelación no se verificó de una vez, sino progresivamente; y no sólo en el curso de la historia, sino teniendo ella misma una historia propia (interna y externa), su desarrollo o evolución. *Revelación y evolución no son conceptos contradictorios.* Carece de base y arguye total desconocimiento del concepto de Revelación la teoría de los que afirman que una Revelación efectuada de modo humano y desarrollada progresivamente, es «un desleimiento de la idea primitiva de revelación profundamente arraigada en los pueblos orientales» [1], o que «el concepto de evolución pugna con el de religión positiva» [2].

El concepto de evolución era conocido en sus líneas generales por la filosofía antigua (Aristóteles) [3]; y la teología cristiana antigua y medioeval supo aplicarlo a la historia de la Revelación. «No es de invención moderna, afirma el teólogo protestante liberal Gunkel [4], asociar Revelación e historia; al contrario, esta creencia es tan antigua como el cristianismo. Tan pronto como la nueva religión se enfrentó con la antigua, vióse en ésta una preparación para aquélla. Y esta idea, que el apóstol san Pablo fué el primero en exponer, nunca fué olvidada por la Iglesia cristiana. Es preciso poner ante los ojos de nuestros contemporáneos, tan poseídos del sentido histórico, esta idea de la educación progresiva del género humano, de la Ley como pedagogo que nos condujo a Cristo.» Acerca de esta divina educación del Antiguo Testamento, se encuentran los más hermosos y profundos pensamientos en los santos Padres [5]; si bien éstos no toman en consideración, por lo general, las circunstancias externas que han influído en la historia y en el pensamiento del pueblo de la Revelación. Esto se explica, por la falta de conocimientos históricos y porque consideraban en la Biblia el aspecto moral y dogmático, para el cual importa más el fondo de la Revelación, que la manera como ésta se efectuó. Santo Tomás de Aquino abunda en las mismas ideas que los santos Padres [6].

El concepto cristiano de la Revelación encierra cuanto de verdadero y razonable contiene el concepto moderno de evolución [7]. Es inadmisible una evolución de un ser cualquiera sin un *germen* inicial de donde proceda, un *fin* al cual tienda, una *fuerza impulsiva* que actúe internamente, y *circunstancias* externas que pongan a prueba su poder de adaptación [8]. En nuestro caso, el *germen* evolutivo es aquella *Revelación primitiva* que comprende las verdades más generales e importantes; en tal forma, que las revelaciones posteriores deben ser consideradas como un desarrollo de las ideas contenidas en aquéllas. El *fin* es

---

1 Fr. Delitzsch, *Babel und Bibel* II (Stuttgart, 1903) 44. De muy distinta manera se expresa el protestante Lotz de Erlangen, el cual (en *Geschichte und Offenbarung in AT*², Leipzig, 1893, y en *Das AT und die Wissenschaft,* 1905, 54-70), defiende resueltamente la tesis: «No existe oposición entre historia y revelación»; muéstrase además convencido de que la historia del Antiguo Testamento es «una evolución, entre cuyas fuerzas impulsoras y hechos fundamentales debe incluirse una especialísima cooperación divina, muy superior a todo lo natural».

2 Así Maurenbrecher en la revista mensual *Die Tat,* septiembre 1910, pág. 307.

3 Meyer, *Der Entwicklungsgedanke bei Aristoteles* (Bonn, 1909).

4 *Weiterbildung der Religion* (Munich), 64.

5 Cfr. Diestel, *Geschichte des AT in der christlichen Kirche* (Jena, 1869), 56 ss.; Willmann, *Geschichte des Idealismus* II² (Brunsvique, 1907), 23 ss.; Schanz, *Apologie des Christentums* II³ (Friburgo, 1905), 4 ss. 376.

6 Cfr. Pesch, Glaube, *Dogmen und geschichtl. Tatsachen,* en *Theolog. Zeitfragen,* cuarta serie (Friburgo, 1908), 183, siguiendo a Sto. Tomás, *Summa Theolog. 2, 2, q. 1, a. 9-10; q. 11, a. 3,* etc.

7 Cfr. Becker, *Der Entwicklungsgedanke in seiner Anwendung auf die Religion,* en *Kath* 1908 II, 401 ss.; Rademacher, *Der Entwicklungsgedanke in Religion und Dogma* (Colonia, 1914); Pohle, *Vereinbarkeit der Offenbarung mit den Entwicklungsgesetzen der Menschheit,* en *Esser-Mausbach, Religion, Christentum und Kirche* I⁵, 440 ss.

8 Nostitz-Rieneck, *Monistische Entwicklungslehre = entwicklungsleere Entwicklungsmäre,* en *StL* 1901, fascículo 1, 41.

la Revelación plena y la redención en *Cristo*. La *fuerza impulsiva* y la ley que rige la evolución es la actividad divina obrando continuamente en los profetas, venciendo obstáculos, como el error, las pasiones y los pecados de los hombres. Conocemos las *circunstancias* externas por la misma Sagrada Escritura y por la historia de la política y de la civilización del antiguo Oriente. Los progresos de la historia profana, lejos de comprometer el carácter revelado del Antiguo Testamento, han esclarecido las condiciones naturales y las influencias bajo las cuales se efectuó la evolución de la Revelación. — Considerado teleológicamente (relación, tendencia al fin) el concepto cristiano de la Revelación, su carácter evolutivo resalta aún más que el de cualquier otro proceso natural. «La idea del conjunto domina cada una de las partes y la formación de éstas es cual el conjunto exige; oculta en el germen está la idea del todo, que rige el desarrollo según un plan fijo e inmanente» [1]. Esto ocurre en la historia de la Revelación —no ciertamente en la caricatura que de ella hacen los modernos, —por ejemplo, en el desenvolvimiento de la idea de Dios, de las profecías mesiánicas y de la vida futura [2].

El concepto católico sigue un término medio entre dos teorías igualmente exageradas; la *teoría de la evolución* y la *teoría de la degradación* [3]. La primera, afirmando que toda verdad y toda historia es producto de la evolución natural, se desentiende de lo sobrenatural y busca el origen del género humano entre las especies animales y el origen de la religión en las más bajas manifestaciones vitales y culturales. La segunda no ve en el desarrollo histórico del Antiguo Testamento sino perversión y pecados, que van en aumento a medida que se acerca el tiempo del cumplimiento en Cristo.

Dios habló de muchas maneras. La historia de la Revelación corre paralelamente a la historia del mundo; tampoco entorpece el camino de ésta; más bien se hallan ambas íntimamente entrelazadas, formando un todo armónico. En la acción reveladora de Dios se echa de ver «desde un principio, tal acomodación a las aptitudes, debilidades y prejuicios del órgano transmisor de la Revelación y de su ambiente, tan suave adaptación al carácter, formación y cultura de la época, que sólo un experimentado y penetrante espíritu es capaz de reconocer la influencia de Dios» [4]. Cada revelación lleva su sello peculiar, según el tiempo en que se dictó, la verdad que encierra y el carácter y cultura del instrumento humano. ¡Cuán distinta la Revelación de Dios a los patriarcas—sencilla como ellos y su siglo—, de la acción divina mediante los profetas en épocas culminantes de la historia de Israel! Enorme es la diferencia entre el proceder primitivo y casi salvaje de los jueces y la dulce y piadosa doctrina de Jesús hijo de Sirac; y unos y otros son igualmente instrumentos elegidos por el mismo Dios para manifestarse al pueblo escogido. «En sus relaciones con los hombres usa Dios más de su sabiduría que de su omnipotencia; aquélla, como amorosa providencia, ve y gobierna a través de los siglos, acomodándose a las humanas necesidades e influyendo como energía invisible en todos los procesos históricos» [5].

Ultimamente, en nuestros días, nos ha hablado Dios por medio de su Hijo. Jesucristo es centro y cumbre de toda la Revelación divina; san Pablo le llama *fin* de la ley. A él y al reino por él fundado se refiere toda la historia y contenido de la Revelación del Antiguo Testamento. Antiguo y Nuevo Testamento forman un todo, se pertenecen y completan como cimiento y remate del edificio, capullo y flor, sombra y cuerpo, figura y realidad, tipo y antitipo. En este sen-

---

[1] Meyer, *Der Entwicklungsbegriff und seine Anwendung*, en *VGG* 1908, fascículo 3, 55.

[2] Cfr. las acertadas deducciones de Rademacher, *Gnade und Natur*, en *Apologetische Tagesfragen* (M. Gladbach, 1908), fascículo 7, 33 ss.

[3] Cfr. Giesebrecht, *Die Degradationshypothese und die atl Geschichte* (Leipzig, 1905); Steude, *Entwicklung und Offenbarung* (Stuttgart, 1905), 18 ss.

[4] Pohle, l. c. 441.

[5] Ibid. 442.

tido llega a decir san Agustín hablando de la historia sagrada: «aquel a quien Cristo se manifiesta en ella, sepa que la ha comprendido. Pero antes que haya encontrado en ella a Cristo, no se precie de haberla entendido» [1]. Y «la razón de haber sido escrita antes de la venida de Cristo no es otra sino porque ésta fuese *anunciada* y la Iglesia *prefigurada*» [2].

Este carácter preparatorio de la Revelación del Antiguo Testamento se pone de manifiesto especialmente en las *figuras* [3] y *profecías* mesiánicas. El apóstol san Pablo afirma en sus cartas, que el Redentor había sido prefigurado bajo múltiples formas. Así, hablando del ceremonial de la ley judaica, advierte que «es una sombra de lo que ha de venir; pero la realidad es Cristo» [4]. Sólo en parte conocieron los israelitas los rasgos del Redentor. Para ellos, el tipo más corriente es David, cuyo nombre emplearon los profetas para designar al futuro Redentor. «Ellos (los judíos después de la cautividad de Babilonia) servirán al Señor y a David su Rey, a quien yo quiero suscitar», dice el profeta Jeremías [5]. En cambio, nosotros, cristianos, reconocemos sin dificultad las figuras mesiánicas, porque las vemos cumplidas en Cristo, y son puestas expresamente de manifiesto por el Nuevo Testamento y la Iglesia. Por eso mismo contribuyen no poco a hacernos admirar la sabiduría y la Providencia de Dios, que gobierna y dispone a través de los siglos, y a afianzar nuestra fe en Jesucristo, Redentor enviado por Dios. De manera más explícita e inteligible, aun para los judíos, describieron los profetas [6] al futuro Mesías, señalando circunstanciadamente su origen y nacimiento, vida y muerte, resurrección y glorificación.

---

[1] *Enarr. in Ps. 95*, n. 2.
[2] *De catechiz. rudib.* c. 3.
[3] Acerca del carácter típico del Antiguo Testamento y de las figuras bíblicas, véase H. Weiss, *Die messianischen Vorbilder* (Friburgo, 1905). Por figura o tipo (del griego *týptein*, pegar, cincelar; de ahí escultura, modelo, ejemplar) se entiende un objeto o persona, acción o suceso destinado a significar alguna cosa futura y a representarla de alguna manera de antemano. Acontece esto en virtud de cierta relación o semejanza existente entre la figura y lo figurado, fundada ora en la naturaleza de la figura, ora en la intención del que la emplea. Así la sombra que proyecta una persona sobre el suelo denota su movimiento y la representa al mismo tiempo, aunque con imprecisos perfiles. El arquitecto representa en el plano o modelo el edificio que desea construir, dibujándolo de antemano con todas sus particularidades, aunque en reducidas proporciones. — En la interpretación de las figuras debe buscarse sobre todo las analogías fundadas en la cosa misma o en la intención de Dios, mas no los rasgos fortuitos, secundarios o artificialmente reconstruídos. Menester es también distinguir entre figura y mero símbolo. Cuando se trata de formar juicio científico acerca de los tipos, o de utilizarlos para fines prácticos, debe observarse que el reconocimiento de las figuras es completamente seguro solamente respecto de los personajes, sucesos e instituciones más importantes de los tiempos anteriores al Mesías; verdadero, si bien menos seguro, respecto de otras cosas, aunque sean importantes; muy probable o sólo probable, tratándose de cosas de poca importancia; inverosímil o ridículo cuando desciende a nimiedades; pierde en seguridad cuanto más mira al pormenor. Pero debemos guardarnos de menospreciar las interpretaciones de los santos Padres, especialmente cuando están fundadas en el sentido literal del texto o se apoyan en numerosos autores de peso, particularmente cuando no se hace uso de tales interpretaciones para demostrar la fe, sino sólo para exhortar a la virtud y a la piedad. Cfr. la Encíclica *Providentissimus* 42 y *BSZ* IX, 4, 82.
[4] Col. 2, 17; cfr. *Hebr.* 8, 5; 10, 1; I *Cor.* 10, 6 11.
[5] *Ierem.* 30, 9.
[6] Comentarios científico-populares acerca de las profecías mesiánicas: Leimbach, *Mess. Weissagungen des AT* (Ratisbona, 1908); A. Schulte, *Die mess. Weissagungen des AT nebst dessen Typen übersetzt und kurz erklärt* (Paderborn, 1908); un compendio sucinto puede verse en Döller, *Die Messiaserwartung im AT*, en *BZF* IV 6-7; P. Matth. Wolff trae los textos más importantes (en hebreo y latín) ([2] Tréveris, 1922); lo mismo Hoberg, *Katechismus der mess. Weissagungen* (Friburgo, 1915), con algunas breves explicaciones. — Para conocer las opiniones de los teólogos protestantes y la literatura correspondiente, v. Sellin, *Die israelitisch-jüdische Heilandserwartung*, en *BZSF* V 2-3; König, *Die mess. Weissagungen des AT, vergleichend, geschichtlich und exegetisch behandelt* (Stuttgart, 1923).

2. Sagrada Escritura. Canon

2. La Revelación sobrenatural está contenida en libros escritos y en tradiciones orales, según doctrina de la Iglesia expresada por el Concilio de Trento [1]. El conjunto de libros revelados forma la *Sagrada Escritura* o *Biblia*. Llámanse «sagrados», porque santo es su autor (Dios), sagrado el asunto de que tratan (Revelación divina), temerosos de Dios e iluminados por el Espíritu Santo los hombres por quienes fué escrita. La palabra «Biblia» (del griego *biblos,* libro) quiere significar que se trata del «Libro de los Libros»; y es en verdad el libro más venerando e importante del mundo (aunque no el más antiguo). Llámanse también *canónicos* estos libros, porque, conteniendo las revelaciones, manifestaciones y comunicaciones de Dios a los hombres, pueden considerarse como norma y regla (canon) de la fe y costumbres. La colección de todos ellos recibe también el nombre de *Canon de la Sagrada Escritura.*

Qué libros integran esa colección y, por consiguiente, deben tenerse por canónicos, cuestión es que no puede dilucidarse por medio de los mismos libros, sino mediante la autoridad de la Iglesia, la cual, en virtud de un juicio de su magisterio infalible, apoyado en la *tradición,* decide la canonicidad de cada libro. En efecto, el Concilio Vaticano [2] declaró que deben ser tenidos por canónicos *todos aquellos libros, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, que se enumeran en el decreto del Concilio de Trento, íntegros, con todas sus partes, y tales como se encuentran en la antigua edición Vulgata latina.*

3. Escasas son las noticias que poseemos acerca de la *formación y evolución del Canon antiguo.* Moisés puso ciertamente la base de esa colección, cuando por mandato divino escribió las «palabras de la ley» y entregó su libro a los levitas para que lo guardasen junto al Arca de la Alianza y fuese leído cada 7 años al pueblo (en la fiesta de los tabernáculos del año sabático) [3]. A este primer elemento de la literatura canónica se añadieron otros en el transcurso de los tiempos. Así, Josué unió sus «palabras» [4] al libro de la Ley, y Samuel «depositó ante el Señor» la ley del *reino*[5] . Los otros libros, que con el de Josué forman el grupo de los históricos, fueron compuestos, según tradición judía, por profetas iluminados por el Señor; por su contenido y forma son una continuación del de Josué. En tiempo del rey Ecequías eran ya conocidos un *Salterio de David* (II *Par.* 29, 30) y una colección de *Sentencias de Salomón,* que fué ampliada por encargo del mismo Rey (*Prov.* 25, 1). Los profetas dan testimonio de que escriben sus profecías por inspiración divina. Isaías reunió sus discursos en un *Libro del Señor,* y Jeremías dictaba a su discípulo Baruc «todas las palabras que el Señor le había hablado». Los escritos de los doce profetas menores eran conocidos por el autor del *Eclesiástico* (180 a. Cr.) como una sola obra, el *Libro de los Doce Profetas.* El siglo segundo antes de Jesucristo poseía una colección de libros sagrados, divididos en tres secciones, costumbre seguida después entre los judíos: Ley, profetas y hagiógrafos (véase el prólogo de la versión

---

[1] Cuarta Sesión, decreto acerca de los libros canónicos (Denz. 783).

[2] Decisiones dogmáticas acerca de la fe, en la tercera Sesión del Concilio, cap. 2, *De Revelatione* (Denz 1787).

[3] *Deut.* 31, 9-13 y 24-26.

[4] *Ios.* 24, 26. Ya se refiera sólo a los discursos de los capítulos 23 y 24, o ya a toda la obra, el núcleo del libro actual está constituído por anotaciones del mismo Josué.

[5] I *Reg.* 10, 25. — Es costumbre en Oriente depositar libros importantes, en especial documentos religiosos y anotaciones, en el santuario; cada templo posee su archivo — lo cual importa muchísimo a la conservación de la doctrina e historia.

griega del libro de Jesús hijo de Sirac); en *Mach.* 2,13 se atribuye esa compilación a Nehemías.

Según la tradición judía, el Canon antiguo se cierra con Esdras. Flavio Josefo, sacerdote y escritor contemporáneo de los apóstoles, dice que más tarde se escribieron también libros sagrados, pero que no gozaron de igual autoridad (esto es, canonicidad) que los anteriores, porque les faltaba el testimonio profético. Por eso los judíos, hasta nuestros días, reconocen como canónicos, sólo aquellos libros que se mencionan en el Canon de Esdras (libros *protocanónicos).*

Mas no es creíble que los últimos tiempos posteriores a la cautividad fuesen estériles para la Revelación y que el fin de la época precristiana se caracterizase por la ausencia de espíritu profético e Inspiración. En realidad existieron en esta época, próxima a Cristo, libros históricos y doctrinales, que fueron tenidos por canónicos entre los judíos helénicos, recibidos en la versión griega y leídos en las sinagogas de Palestina. Estos libros del Canon helénico (que no constan en la colección de Esdras) se llaman *deuterocanónicos;* son los libros de Tobías, Judit, Baruc, Sabiduría, Jesús hijo de Sirac, los dos libros de los Macabeos y algunos trozos de los libros de Daniel y Ester. La Iglesia, autorizada con el ejemplo de Jesucristo y de los apóstoles, ha hecho suya la colección de los libros del Antiguo Testamento reconocidos como sagrados, *según se contienen en la versión griega,* y por tanto, desde el primer momento ha usado y respetado como sagrados los deuterocanónicos, lo mismo que los demás libros santos. De ello dan testimonio los Padres más antiguos, los escritores eclesiásticos y los herejes, los *índices* del Canon de los siglos tercero y cuarto, las *representaciones* de las catacumbas y los concilios de Hipona y Cartago, celebrados en 393 y 397 bajo la presidencia de san Agustín [1].

3. Inspiración

4. Según doctrina de la Iglesia, todos los libros canónicos han sido escritos por Inspiración divina, son *inspirados* [2], tienen a Dios por autor. La Sagrada Biblia, en cuya composición ha intervenido de manera espe-

---

[1] Pörtner, *Die deuterokanonischen Bücher des AT* (Münster, 1893).—Los reformadores del siglo XVI aceptaron el Canon judío, desechando como apócrifos los libros deuterocanónicos. El protestantismo moderno, influído por el racionalismo, rechaza el concepto cristiano del Canon, dando a la palabra un sentido subjetivo. Según Sellin (l. c. 86), el Canon consiste en «que la voz de Dios resuena directamente de la Biblia en los fieles y en la Iglesia, imponiendo obediencia, quebrantando la voluntad propia, despertando la fe; consiste en suma en que de ella sale una voz sobrenatural, que se apodera de los corazones, la voz de Dios que atrae al hombre y a la humanidad con su bondad, a éste de un modo, a aquél de otro, ora con hechos, ora con palabras, pero sobre todo con la figura, vida, doctrina y ejemplo de su Hijo». Con esto se imagina Sellin asegurar el carácter canónico del Antiguo Testamento contra la tesis de Harnack: «rechazar el Antiguo Testamento en el siglo II hubiera sido una falta, de la cual supo precaverse la gran Iglesia; conservarlo en el siglo XVI fué una fatalidad a la que no pudo sustraerse la Reforma; pero conservarlo en el protestantismo desde el siglo XIX como documento canónico, es consecuencia de una parálisis religiosa y eclesiástica» (Marcion: *Das Evangelium vom fremden Gott,* Leipzig, 1921, 248). Considerada la evolución religiosa del protestantismo, no se puede negar que Harnack es consecuente.

[2] Schmid, *De inspirationis Bibliorum vi et ratione* (Brixen, 1885). *KL* VI² 795 ss. *De inspiratione Sacrae Script.* (Friburgo, 1906) Un excelente estudio de todas las cuestiones relativas a la inspiración puede verse en Meyenberg: *Ist die Bibel inspiriert?* (Lucerna, 1907); cfr. también *Zur Inspirationslehre* en *StL,* vol. LX (1906), fascículos 2 y 3.—Para un estudio histórico doctrinal de la inspiración, v. Dausch, *Die Schriftinspiration, eine biblisch-geschichtliche Studie* (Friburgo, 1891); Holzhey, *Die Inspiration der Heiligen Schrift in der Anschauung des Mittelalters* (Munich, 1895); Cfr. Pesch, *Theologische Zeitfragen,* tercera serie (Friburgo, 1902); Dorsch. *Die Wahrheit der biblischen Geschichte in den Anschauungen der alten christlichen Kirche,* en *ZKTh* 1905 y 1906.

cialísima el Espíritu Santo, influyendo en los pensamientos y determinaciones del escritor, no sólo *contiene* la palabra de Dios, sino que es la palabra de Dios.

Esta doctrina católica de la Inspiración está tomada en el fondo, y aun en la forma, de la misma Sagrada Escritura. En el Nuevo Testamento se llama al Antiguo Testamento «escritura inspirada por Dios» *(scriptura divinitus inspirata)* [1]. Los que la escribieron son calificados de «santos varones de Dios», que hablan, no según voluntad humana, sino «movidos *(inspirati)* [2] por el Espíritu Santo». El mismo Jesucristo, los apóstoles y evangelistas, refiriéndose a lugares del Antiguo Testamento, dicen que Dios habló por boca de los profetas o que éstos hablaron «inspirados por el Espíritu Santo» [3]. Es, asimismo, sentir unánime de toda la tradición eclesiástica, que la Sagrada Escritura es inspirada. Los santos Padres la llaman «sentencias del Espíritu Santo» [4], «voz de Dios» [5], «carta del Creador a sus criaturas» [6].

También la razón natural demuestra la probabilidad del hecho de la Inspiración. Quien sin prejuicios estudia los Sagrados Libros, llega pronto a sentir el hálito del espíritu inspirador, al ver que hombres débiles, sujetos a error, viviendo en medio de pueblos paganos envueltos en fantasías mitológicas y desvaríos de la inteligencia y del corazón, han podido hablar verdades celestiales y conservar puro y enriquecer más y más el precioso caudal de la Revelación y de las divinas promesas; y no obstante ser tan grande el lapso de tiempo entre unos y otros y tan distintos sus caracteres, todos han contribuído a la formación de *un* edificio armónico, al cual sólo un sentido oscurecido puede negar su admiración. No hay pueblo alguno del mundo, sino Israel, cuya literatura haya conservado a través de mil años tal consonancia en sus ideas fundamentales. La idea de la redención del *mundo,* de la salvación de *todos* los hombres, no es flor nacida en el jardín del sentimiento del alma judía, y esto no obstante, predomina en las páginas de la Sagrada Escritura, de la primera a la última, según un plan de rigurosa unidad. Esta unidad de plan en las ideas más elevadas y su constante desenvolvimiento como el de un capullo, esta armonía en las ideas fundamentales, a pesar de la multiplicidad del factor humano, es para la razón algo que manifiesta la acción de Dios en la Biblia.

5. Respecto a la *naturaleza* de la Inspiración, declara el Concilio Vaticano que la Iglesia tiene por santos y canónicos los libros de la Sagrada Biblia, «no porque, escritos por humana industria, los ha aprobado después con su autoridad; ni tampoco porque contienen la Revelación sin mezcla alguna de error; sino porque, inspirados por el Espíritu Santo, tienen a Dios por autor» [7]. La aprobación eclesiástica no puede hacer de un libro escrito por el hombre un libro divino; la Iglesia no puede hacer que un libro sea inspirado; sólo puede declarar si un libro es o no de Inspiración divina. La asistencia divina que garantiza la certeza de las verdades reveladas, no desampara a la Iglesia en su función docente. Inspiración quiere decir algo más; es una acción del Espíritu Santo sobre el entendimiento y voluntad del escritor (humano) de los Sagrados Libros, en virtud de la cual escribe éste, siguiendo la moción divina, todo aquello que Dios quiere y en la forma que El lo quiere, sin sentirse por esto coartado en su independencia. Pues la Inspiración no anula ni menoscaba el carácter del escritor, sino que se sirve de él para un fin más elevado. Según doctrina de la Iglesia, la

---

[1] II *Tim.* 3, 16.
[2] II *Petr.* 1, 21.
[3] *Matth.* 1, 22; 22, 43. *Marc.* 12, 36. *Act.* 1, 16; 4, 25; 28, 25. *Rom.* 1, 2. *Hebr.* 4, 7.
[4] Clemente Romano, I *Cor.* 45.
[5] Tertuliano, *Apol.* 31.
[6] San Gregorio Magno, *Ep.* 4, 31 *(Ad Theod.);* cfr. S. Agustín, *In Ps.* 90, serm. 2, 1; *In Ps.* 149, 5.
[7] Tercera Sesión, cap. 2.

gracia presupone la naturaleza, la sublima y ennoblece, sin cambiarla ni violentarla. Gracia y naturaleza obran de acuerdo, de tal suerte, que por la influencia inspiradora del Espíritu Santo se consiguen las intenciones divinas sin mengua de la libre actividad y del carácter del hombre.

La Inspiración no cambia ni el carácter del escritor ni su disposición natural ni sus conocimientos adquiridos; ni siquiera remedia las imperfecciones y defectos de la persona o de sus facultades. El individuo humano, tal cual es, *se torna* en instrumento libre del que Dios se sirve para escribir lo que tiene por conveniente para enseñanza, corrección, consuelo y aviso del hombre. Por esto, los Libros Sagrados llevan el sello de la personalidad del escritor y de su lengua materna, el sello de la época y de la nación oriental, en particular el del pueblo semítico-palestinense. Tampoco eximía la Inspiración a los escritores de los Libros Sacros del trabajo de reflexionar e investigar. Sólo eran objeto de sobrenatural y divina Revelación aquellas verdades que el escritor no podía alcanzar con su propio esfuerzo; ***Revelación e Inspiración no son sinónimos***. Los escritores tenían conciencia de no ser meros instrumentos de Dios, ni su libro una copia la dictado del Espíritu Santo, sino obra de su libre actividad e ingenio [1]. Intervienen, pues, dos factores en la composición de los libros de la Sagrada Biblia: el Espíritu Santo inspirador y la libre actividad del escritor inspirado. Los Libros Sagrados son el resultado de una especial «asociación de trabajo de Dios y del hombre» [2]. No desconocieron esto los santos Padres y teólogos antiguos, aun cuando consideraban la Sagrada Escritura primero como obra de Dios, afirmando que los escritores sagrados son «por decirlo así, plumas distintas de *un solo* autor» [3]. Las tentativas del modernismo para negar o menoscabar el concepto católico de la Inspiración han sido condenadas explícitamente por el *Syllabus* de Pío X (tesis 9 y 10) [4].

6. *Campo* de la Inspiración es toda la Sagrada Biblia; que a *todas* sus partes se derrama el influjo del Espíritu Santo, como dice expresamente León XIII en su Encíclica *Providentissimus Deus* (10 nov. 1893) [5]. «Sería totalmente ilícito, ya el limitar la Inspiración a algunas partes de la Sagrada Escritura, ya el conceder que el autor sagrado se haya engañado. Porque no se puede tolerar el método de aquellos que se libran de estas dificultades no vacilando en admitir que la Inspiración divina se extiende a las verdades que conciernen a la fe y las costumbres y a nada más, pensando equivocadamente que, cuando se trata de la verdad de los pasajes, no es preciso buscar principalmente lo que ha dicho Dios, sino examinar más bien el motivo por el cual lo ha dicho. De hecho, todos los libros íntegros que la Iglesia reconoce como sagrados y canónicos en todas sus partes han sido escritos por Inspiración del Espíritu Santo». De donde, no nos es dado dividir la Sagrada Biblia en partes inspiradas y otras que no lo son, pues el efecto y alcance de la Revelación llega aún a los asuntos de carácter profano, no de una manera casual, sino íntima e intencionada.

Mas esto no excluye *imperfecciones* en la Sagrada Biblia. De la manera que el Verbo Encarnado, al unirse hipostáticamente a la naturaleza humana, asumió todas las imperfecciones conciliables con la dignidad de la persona divina, así el verbo escrito sufre todos aquellos defectos que no repugnan a la verdad y dig-

---

[1] Cfr. II *Mach.* 2, 24 ss. (v. infra núm. 727); *Luc.* 1, 3.

[2] Encíclica *Spiritus Paraclitus,* de Benedicto XV, 15 de septiembre de 1920 (edición autorizada de Herder, p. 15).

[3] S. Agustín, *C. Faustum,* 11, 6; cfr. *Civ. Dei,* 18, 41.

[4] El protestantismo moderno rechaza la doctrina de la Inspiración en la forma como la entiende la Iglesia; para él es sólo «una moción religiosa especial» del escritor bíblico. Cfr Pesch, *Die Inspiration nach der Lehre der heutigen Protestanten,* en *ZKTh,* 1901-1902; Seeberg, *Offenbarung und Inspiration* (Grosslichterfelde-Berlin, 1908). Bessmer, l. c., p. 170.

[5] Edición autorizada de Herder, p. 58; de igual suerte *Spiritus Paraclitus* (p. 27), aludiendo expresamente a este pasaje.

nidad del Espíritu inspirador. La Sagrada Biblia está escrita por hombres y destinada a hombres que no poseen órganos aparejados para percibir la plenitud de la luz divina. Y así como el Hombre-Dios no padece quebranto en su dignidad por allanarse a la humana limitación, así tampoco el carácter divino de la Sagrada Escritura queda desvirtuado por la fragilidad de comprensión y deficiencia de expresión del instrumento humano.

7. De esto se sigue necesariamente la *absoluta infalibilidad* de la Sagrada Biblia, no sólo en aquellos asuntos que atañen a la salvación del género humano, sino también en los profanos. «Tan lejos está de todo error la Inspiración divina, dice León XIII, que no sólo excluye por sí misma todo error, sino que lo excluye y repugna tan necesariamente, como necesariamente no puede Dios, soberana Verdad, ser autor de ningún error... Es, pues, enteramente inútil decir, que, sirviéndose el Espíritu Santo de los hombres como de instrumentos para escribir los Sagrados Libros, pudo escaparse a éstos, no ya a su principal autor, alguna falsedad. Pues El mismo los excitó y movió con virtud sobrenatural a escribir y El mismo les asistió mientras escribían, de tal manera, que ellos concebían con exactitud en su mente, querían traspasar con fidelidad a la pluma y expresaban con infalible verdad todo y sólo aquello que El les ordenaba escribir; de otra suerte, no podría decirse que El es autor de toda la Sagrada Escritura» [1]. De la misma manera se expresa Pío X al condenar, en la tesis 11 de su *Syllabus*, la siguiente aserción: «La divina Inspiración no se extiende a toda la Sagrada Escritura de tal manera que todas sus partes estén exentas de error». Benedicto XV en su encíclica *Spiritus Paraclitus* acerca de la Inspiración, no sólo confirma con su «autoridad apostólica la doctrina de sus predecesores y señala las palabras de León XIII arriba mencionadas, como solemne declaración de la antigua y constante creencia de la Iglesia en la completa exclusión de error en los Libros Sagrados» [2], sino que califica de *apartamiento de la enseñanza de la Iglesia* [3] la opinión de aquellos que admiten sólo una verdad *relativa* en los asuntos profanos de la Biblia. Con esto queda resuelta por el magisterio supremo de la Iglesia (aunque no *ex cathedra)*, la antigua contienda de los teólogos católicos acerca de la extensión y grado de infalibilidad de la Sagrada Biblia: no se puede sostener la distinción entre el *núcleo religioso, absolutamente* verdadero, y la *manera de exponerlo,* a la cual la influencia del elemento humano sólo consiente una verdad *relativa;* y por tanto, la Sagrada Escritura es absolutamente verdadera en todas sus partes [4].

---

[1] *Providentissimus Deus,* 58 s.

[2] El Pontífice se lamenta (p 23) de que las palabras de su predecesor hayan sido abiertamente desatendidas o secretamente combatidas, por más que no dan «lugar a dudas ni subterfugios». Después de felicitarse porque los exegetas, siguiendo las normas y respetando los límites señalados por León XIII, han emprendido nuevos caminos para resolver las dificultades que ofrece la Sagrada Biblia, añade: «Dista mucho de acatar estos límites y normas la opinión de aquellos modernos que distinguen una parte *religiosa,* que es asunto propio de la Escritura Sagrada, y otra *profana,* que sólo en segundo término le incumbe, sosteniendo que la divina Inspiración se extiende a todas las sentencias y aun a cada palabra de la Sagrada Biblia, pero su eficacia y sobre todo la infalibilidad y verdad absoluta se limita a la parte que en primer término le compete». Cfr. Linder. *Die absolute Wahrheit der Heiligen Schrift und die Lehre der Enzyklika Papst Benedikts XV. Spiritus Paraclitus,* en *ZKTh* 1822, 254 ss.

[3] P 27

[4] También Pío XI, en una carta del secretario de la Congregación de Sacerdotes de San Sulpicio, 22 de diciembre de 1923, insiste en que, tratándose de asuntos históricos, limitar la absoluta infalibilidad de los Sagrados Libros al *núcleo* de la narración, «es abiertamente contrario a los decretos dogmáticos de los concilios Tridentino y Vaticano, a las decisiones del magisterio eclesiástico, en particular a las encíclicas de León XIII y Pío X, a los decretos del Santo Oficio y de la Comisión Bíblica y a toda la tradición cristiana» (*Acta Apost. Sedis*, 1923, 616 ss.).

II. La Sagrada Biblia y la Ciencia

1. Generalidades

8. En la Revelación, Dios se ha ajustado a la condición del hombre; por esto, cuanto más estudiemos el carácter e ideas de aquellos remotos tiempos, tanto mejor comprenderemos el sentido de la Sagrada Escritura. Y es más; la divina Sabiduría dispuso que el desarrollo de la Revelación se enlazase estrechamente con el histórico y cultural de Israel, y unió de esta suerte en armonioso conjunto la historia de la Revelación y la del mundo.

El pueblo escogido no vivía en una isla perdida en el Océano, sino en Palestina, en continuo trato con los pueblos vecinos (filisteos, fenicios, moabitas, idumeos, etc.) y en su evolución espiritual e histórica recibió la influencia de los dos grandes reinos de la antigüedad, el asirio-babilónico y el egipcio. De donde el estudio de la historia, geografía, lengua y cultura de Palestina y pueblos vecinos puede prestar incomparables servicios a la Sagrada Biblia. Particular importancia ha adquirido la lingüística [1], máxime desde que se logró descifrar los jeroglíficos egipcios y la escritura cuneiforme de los asirios. A la filología deben insospechados progresos las ciencias históricas.

La historia del pueblo *egipcio, asirio* y *babilónico* ha sido aclarada, en gran parte, hasta sus más remotos tiempos. El conocimiento exacto del estado político y religioso de estos reinos ha permitido interpretar con precisión muchos datos y alusiones de los libros históricos y proféticos del Antiguo Testamento [2], y relacionar la historia bíblica con la profana. También ha iluminado la historia los pequeños estados de Siria y Fenicia, los países de los filisteos, moabitas, ammonitas, idumeos, y la Península Arábiga [3].

9. La importancia del asunto pide que dediquemos unas líneas a dar cuenta de las investigaciones históricas y resultados obtenidos.

En todas las épocas, la piedad y la ciencia cristianas dirigieron su mirada a Tierra Santa. La ciencia ha llegado a muchas de sus conclusiones y ha encontrado importantes puntos de apoyo, gracias a las noticias de los peregrinos, viajeros y misioneros de tiempos antiguos y modernos [4]. En el siglo XIX comenzaron a hacerse, por particulares y por sociedades, excavaciones y exploraciones

---

[1] Kihn, *Enzyklopädie und Methodologie der Theologie* (Friburgo, 1892), 120. Gieswein, *Die Hauptprobleme der Sprachwissenschaft in ihren Beziehungen zur Theologie, Philosophie und Anthropologie* (ibid., 1892). Hoberg, *Die Fortschritte der biblischen Wissenschaften* (ibid., 1902), 3 ss.

[2] Cfr. Kaulen, *Assyrien und Babylonien*[5] (Friburgo, 1899); Lindl, Cyrus, *Entstehung und Blüte der altorientalischen Kulturwelt* (*Weltgeschichte in Charakterbildern*) (Munich, 1903).

[3] Los resultados de las investigaciones geográficas y etnográficas y la bibliografía moderna pueden verse en Döller, *Geographische und ethnographische Studien zum 3 und 4. Buch der Könige*, en *Theol. Studien der Leo-Gesellschaft* IX (Viena, 1904) (en adelante lo citamos Döller, *Studien*); del mismo, en Nagl, *Die nachdavidische Königszeit ethnographisch und geographisch beleuchtet* (Viena y Leipzig, 1905). — Acerca de los viajes de investigación al (sur de) Arabia, cfr. *AO* VIII 4, X 2; Landersdorfer, *Die Bibel und die südarabische Altertumsforschung*, en *BZF* III. 5-6.

[4] Acerca de las peregrinaciones a Jerusalén en los cuatro primeros siglos, v. *HL* 1904, 62. La bibliografía relativa a las noticias de peregrinos a Tierra Santa, v. en el tomo II de esta obra (Apéndice 1). — Puede verse la exposición y discusión de las noticias de los peregrinos occidentales durante los 10 primeros siglos en A. Baumstark, *Abendländische Palästinapilger und ihre Berichte* (Colonia, 1906, en *VGG*). La bibliografía relativa a la literatura que trata de Palestina puede verse en Thomsen, *Systematische Bibliographie der Palästina-Literatur*, tres vols. (Leipzig, 1908, 1911, 1916) que comprenden la literatura de 1895 a 1914.

sistemáticas, las cuales han cedido principalmente en provecho de la topografía de Jerusalén [1] y de otros santos lugares, y de la geografía y arqueología bíblicas. Los descubrimientos más importantes en Palestina y países limítrofes han sido: la

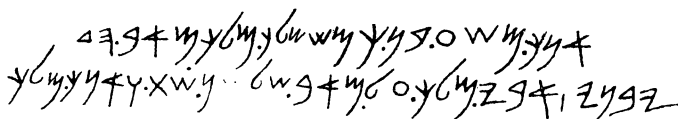


Fig. 1.—Escritura de la estela de Mesa, rey de Moab (líneas 9 y 10) (Hacia el año 850 a. Cr.).

estela del rey Mesa (fig. 1) (1868; cfr. núm. 595), la *inscripción de Siloah* [2] (fig. 2) (1880; ambos documentos son los más antiguos que se conocen de escritura y

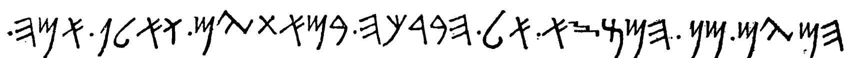


Fig. 2.—Escritura de la inscripción de Siloah (última línea). (Hacia el año 700 a. Cr.) (Constantinopla. Museo).

lengua hebrea) y los descubrimientos hechos en las excavaciones de Tell es-Hesy (probablemente lugar de la antigua Laquis) (1890-92); y en el siglo xx los descubrimientos de Gezer, Taanek (Tha'anach), Mageddo (Tell el-Mutesellim), Jericó y Samaria [3]. Desde 1878 funciona, junto a otras sociedades inglesas, francesas, americanas y rusas [4], una sociedad alemana (interconfesional), *Deutscher Verein zur Erforschung Palästinas,* la cual publica una revista que da cuenta de los progresos y resultados de las exploraciones [5]. La asociación católica *Deutscher Verein vom Heiligen Land,* se propone otros fines de carácter práctico (protección de los Santos Lugares, subsidio a las misiones y colonización); su órgano, *Das Heilige Land,* da también cuenta de las investigaciones científicas con carácter de vulgarización, e inserta artículos interesantes acerca de la historia y arqueología de Tierra Santa y pueblos vecinos [6]. En 1903 se fundó en Jerusalén un instituto evangélico alemán para investigaciones y estu-

---

[1] Ha reunido los materiales Kümmel en su obra *Zur Topographie des alten Jerusalem* (Halle 1906), presentándolos además en un mapa. Desde 1912 está apareciendo una gran obra de los PP. Vincent y Abel, O. Pr.: *Jérusalem, Recherches de topographie, d'archéologie et d'histoire* (París, Gabalda). Cfr. Thomsen, *Kompendium der palästinensischen Altertumskunde* (Tubinga, 1913).

[2] *ZDPV* 1899, 61 y 104. Se ha combatido de una y otra parte la antigüedad de la inscripción de Siloah. No contiene datos cronológicos; pero IV *Reg.* 20, 20 y II *Par.* 32, 30 atribuyen al rey Ezequías (a fines del siglo VIII a. Cr.) la restauración de un acueducto que proveía de agua el interior de la ciudad (de David). La inscripción se encuentra actualmente en el Museo de Constantinopla.

[3] Cfr. Karge, *Die Resultate der neueren Ausgrabungen und Forschungen in Palästina,* en *BZF* III, 8-9 (1910); Witzel, *Zur neueren Palästinaforschung,* en *PB* XXII 1 (1910); *ATAO*[3] 220; Thomsen, *Palästina und seine Kultur in fünf Jahrtausenden* (Leipzig, 1909). Cfr. Macalister, *The Excavation of Gezer 1902-1905 and 1907-1909,* tres volúmenes (Londres, 1902); Sellin, *Tell Ta'anek,* en *Denkschriften der Kais. Akad. Wiss. Philos.-histor. Klasse,* L 4 (Viena, 1904); Schumacher, *Tell el-Mutesellim,* tomo I (Leipzig, 1908); Sellin y Watzinger, *Jericho* (publicación 22 de la Sociedad Orientalista Alemana, Leipzig, 1913); una breve noticia acerca de Samaria puede verse en *RB* 1911, 125 ss.

[4] Un resumen histórico puede verse en *HL* 1895, 20 ss.: *Die biblischen Forschungen und das Heilige Land.*

[5] Cfr. los trabajos de *Deutscher Verein zur Erforschung Palästinas* de 1878 a 1897, en *ZDPV* XX (Leipzig, 1897).

[6] Un buen resumen acerca de «Alemania católica y el Oriente» puede verse en *KM* 1903-04, 30 ss ; *HL* 1906, 1 ss.

dios bíblicos [1].—Insospechados resultados obtuvieron los repetidos viajes de

⇄ r-p-ʿ-t-j ḥ-ə-t-j ʿ | m-r n-w-t | t-ə-j-t ṯ-ə-t(j) ś-ə-b | ś-t-n(j) m-ḥ i-b m || ś-t-n(j) | b-j-t(j) | w-ś-r m-ə-ʿ-t r-ʿ ś-t-p n r-ʿ | s-ə r-ʿ | r-ʿ-m-ś-ś m-r-j-i-m-n

Fig. 3. — Escritura jeroglífica egipcia.

exploración del teólogo católico A. Musil (Viena) en el país de los antiguos moabitas e idumeos; fruto de esos viajes fueron interesantes noticias históricas acerca del arte, mapas detallados y descripciones topográficas de las antiguas Edom y Moab [2]. Con gran celo y no escaso resultado se ha explorado tanto por particulares investigadores como por grandes expediciones (en su mayoría inglesas) la Península de Sinaí, teatro de la promulgación de la ley a Israel y de los viajes de este pueblo por el desierto, y se ha examinado en todos sus aspectos la credibilidad de los relatos bíblicos y de las tradiciones cristianas [3].

a b

Fig. 4. — Nombres del rey Ptolomeo XIV (*a*) y Cleopatra (*b*) en escritura jeroglífica, en un obelisco de File. (Hacia el 50 a. Cr.)

La prioridad de estos estudios corresponde a la egiptología. En la campaña de Napoleón a Egipto (1799), se encontró en las cercanías de Roseta una lápida con escritura jeroglífica (figs. 3 y 4) y demótica (fig. 5) en honor de Ptolomeo V Epífanes, rey de Egipto por los años de 196 (a. Cr.). En 1822 logró el sabio francés Champollion descifrar la escritura jeroglífica. Desde esta fecha se han desenterrado multitud de monumentos, sepulturas, templos y documentos (la expedición alemana llevada a cabo por Lepsius, 1842-1845, ha prestado excelentes servicios, como también la Sociedad Orientalista Alemana). De resultas de todo esto se ha ensanchado hasta la más remota antigüedad el campo de la historia y cultura egipcia, —no tanto el de la cronología y religión. Muy lejos está todavía la egiptología de esa seguridad que posee hace tiempo la ciencia histórica clásica; mas en lo esencial estamos en el secreto

←— i-b t-m-w | n ś-ẖ-ə-n-f ś-f | ḳ-r-ś m-n-f n ə-w-w |

Fig. 5. – Escritura hierática (en papiro).

de los textos y se ha logrado iluminar completamente (aun en la cronología) la historia del reino nuevo (desde 1600 a. Cr.) y muchos puntos del antiguo [4].

[1] Cfr. *Palästina-Jahrbuch des Deutsch-evangel. Instituts für Altertumswissenschaft des Heiligen Landes zu Jerusalem* (Berlín, 1905 ss.).

[2] Musil, *Arabia Petraea* I-III (Viena, 1907); cfr. G. Dalman, *Petra und seine Felsheiligtümer* (Leipzig, 1908); *Kath* 1909, II, fascículo 11-12.

[3] Cfr. descripciones de viajes y contribución a la historia y geografía bíblicas que publicó el P. Szczepanski, S. J., con el título *Nach Petra u. zum Sinai* (Innsbruck, 1908).

[4] El mejor tratado científico-popular, excelentemente ilustrado, de la historia, religión y cultura del Egipto antiguo y moderno, es el de Kayser, *Agypten einst und jezt*, 3.ª ed. completamente refundida por E. M. Roloff (Friburgo, 1908); Erman, *Agypten und ägyptisches Leben im Altertum*, 2.ª ed. refundida por Ranke (Tubinga, 1923). — De la relación de la Biblia con Egipto trata Heyes en su obra *Bibel und Agypten* (Münster, 1904).

Los papiros arameos del siglo v encontrados en 1905 y 1907 en Asuan y Elefantina, han esclarecido de manera sorprendente e insospechada la historia de la diáspora judía en Egipto [1].

La asiriología se constituyó en ciencia desde que el sabio alemán Grotefend logró descifrar (1802) la inscripción real [2]. En 1846 se encontró en Behistun, Persia, en una roca de más de 400 m. de altura, cortada a pico, una inscripción trilingüe (antiguo persa, suso-meda, asirio-babilónico) de 400 líneas; su interpretación fué origen de ulteriores investigaciones. En 1842 comenzóse a desenterrar las ruinas de Nínive y Babilonia, encontrándose multitud de esculturas, representaciones e inscripciones, y, finalmente, en 1852, la biblioteca del penúltimo rey asirio Asurbanipal (667-626). Consta de una infinidad de tablillas de barro cocido, de todos tamaños, desde 2 $1/2$ hasta 30 cm. de largo y ancho [3]. Antes de la cocción se grababa en ellas la inscripción con extraordinaria finura y cuidado, y luego de cocidas se las pulimentaba con todo esmero. Desde la destrucción de Nínive (606 a. Cr.) yacían enterradas bajo los escombros por capas de un pie de altura en varias salas del palacio real; al ser descubiertas fueron tiradas por uno y otro lado, sin orden ni concierto y en gran parte destruídas. Con todo eso, ofrecen material extraordinariamente rico para el estudio de la historia y civilización del primer período del mundo, del mismo modo que los millares de tablillas de arcilla encontrados en 1879 en Telloch, al sur del país de Babilonia. Los datos históricos en ellas encontrados han confirmado los relatos de la Sagrada Biblia, especialmente los de la época del reino de Israel.

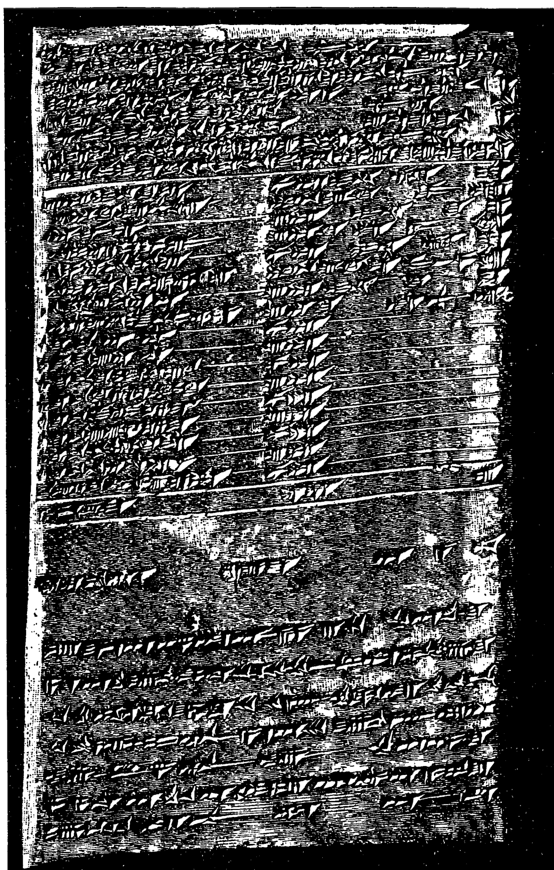


Fig. 6. — Ladrillo asirio bilingüe que contiene un himno a la luz, procedente de la biblioteca de Asurbanipal en Nínive (668-626 a. Cr.) (Tamaño natural). Londres. British Museum. (Según Smith).

[1] Datos y bibliografía, v. infra núm. 725.

[2] Cfr. Messerschmidt, *Die Entzifferung der Keilschrift*, en *AO* III, 2 (Leipzig, 1903); Witzel, *Die Ausgrabungen und Entdeckungen im Zweiströmeland*, en *BZF* IV, 3-4 (1911); Kaulen, *Assyrien und Babylonien* (Friburgo, 1899); Hilprecht, *Die Ausgrabungen in Assyrien und Babylonien* (Leipzig, 1904); Koldewey, *Das wiederstehende Babylon*[3] (Leipzig, 1914).

[3] Cfr. Zehnpfund, *Die Wiederentdeckung Ninives*, en *AO* III, 3

Los descubrimientos modernos más importantes han sido el de Tell el-Amarna (1887) y el código legislativo de Hammurabi, rey de Babilonia (1947-1905). En Tell el-Amarna se encontraron hasta 300 tablillas de arcilla con inscripciones cuneiformes que contienen la correspondencia diplomática de los reyes egipcios con los gobernadores y «reyes» de Canaán y Siria, de mediados del segundo milenario antes de Cristo; son de extraordinaria importancia para la historia [1]. (Cfr. núm. 144, 402).—El código de Hammurabi, «el más antiguo del mundo», grabado en un bloque de diorita de 2 ½ metros de altura, fué encontrado en 1901 en Susa por una expedición preparada por el matrimonio francés Dieulafoy, llevada a cabo bajo la dirección de Morgan, P. Scheil, O. P. y otros [2]. (Véase al final lámina 1). Contiene unos 282 estatutos, que regulan las



→ i-ša-ḳal šum-ma i-in ardi a-wi-lim uḫ-tab-bi-it.

Fig. 7. — Escritura cuneiforme babilónica antigua.

más diversas relaciones de la vida civil; revela cultura y desarrollo jurídico bastante elevados; apenas habla de religión [3].—La biblioteca del gran templo de Nippur (Nuffar, en Babilonia), descubierta en 1900 por Hilprecht [4], la cual contiene, según se dice, más de 20.000 tablillas y fragmentos, ha sido estudiada sólo en parte. Trátase principalmente de negocios, recibos, listas y disposiciones de todas clases, escritos por los sacerdotes del templo, en cumplimiento de sus múltiples deberes (religiosos y sociales). También se han encontrado ruinas y restos de una escuela del templo [5].

Al formar juicio acerca de la ciencia asiriológica y de los resultados obtenidos por ella, hay que guardarse igualmente de dos extremos: del excesivo

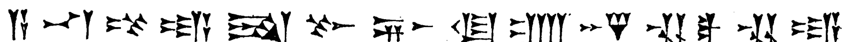


Fig. 8. — Escritura cuneiforme asiria.

aprecio y del desprecio. La lectura misma de la escritura (figs. 7 y 8) es dificilísima; multitud de signos y grupos de signos pueden entenderse de varias maneras; el lenguaje es afín al hebreo, pero no nos es tan conocido, que estemos libres de torcidas interpretaciones; la escritura es a veces muy pequeña, a menudo casi borrada y aun ilegible; las inscripciones se encuentran frecuentemente en un estado verdaderamente lamentable, y las noticias en ellas conteni-

[1] Cfr. Niebuhr, *Die Amarnazeit,* en *AO* I^2, 2; Klostermann, *Eine diplomatische Korrespondenz aus dem 2 Jahrtausend v. Chr.* (Leipzig, 1902); Rieber, *Die El-Amarnatafeln und ihre geschichtliche Bedeutung* en *K* IV (Viena, 1903) 161 ss.; Miketta, *Die Amarnazeit,* en *BZF* I, 10; *RB* 1908 09: *Les pays bibl. au temps d'el-Amarna par P. Dhorme.* Texto y comentario: Knudtzon, *Die El-Amarna Tafein* (Leipzig, 1907 ss.).

[2] Estado y resultados de las investigaciones desde 1904, en *RB* 1907, 131. Han aparecido 8 tomos de la obra monumental, *Mémoires de la Délégation en Perse,* en los cuales se exponen científicamente los resultados de la expedición

[3] Después de haber descifrado el texto el P. Scheil, lo publicó por primera vez Winckler: *Die Gesetze Hammurapis,* en *AO* IV^2, 4; con aclaraciones: Müller, *Die Gesetze Hammurapis* (Viena, 1903). Cfr. además Grimme, *Das Gesetz Chamurabis und Moses*[3] (Colonia, 1903).

[4] Cfr. su *Ausgrabungen im Bel-Tempel zu Nippur* (Leipzig, 1903), 14-54.

[5] Los textos asirios más importantes (desde 1889) pueden verse en *KB.* Winckler ofrece un recurso cómodo en *KT*[3] (Leipzig, 1909), una colección de los documentos más importantes, muy útiles para esclarecer el A. T. En 1909 apareció una colección: *Altorientalische Texte und Bilder zum AT,* editada por Gressmann (Tubinga). Un resumen de la literatura de los babilonios y asirios puede verse en G. Weber (Leipzig, 1907).

das presentan cierto matiz favorable a los asirios [1]. Las tablillas de arcilla de la biblioteca de Asurbanipal son ciertamente copias de documentos anteriores; mas no se puede asegurar que pertenezcan a tan remota antigüedad como en ellas se dice, o que no hayan experimentado variación al ser transcritas. Una pequeña parte de esta biblioteca contiene textos históricos; la mayor parte habla de astrología [2]. No cabe, por otra parte, despreciar una ciencia en que el ingenio y el esfuerzo han llegado a resultados indubitables, tanto en lo que atañe a los fundamentos y al método de investigación como en multitud de pormenores [3].

También las ruinas y campos de escombros de Asia Menor son una mina para la investigación de la historia de los pueblos. En los últimos años se ha logrado reunir materiales preciosos para estudiar el enigmático pueblo de los ketas (los heteos de la Sagrada Biblia) (cfr. lám. 5 *c*). Superó todas las esperanzas el hallazgo hecho en 1906 en Boghazköi (a cinco jornadas de Angora, la antigua Ancyra); descubrióse la antigua capital del reino keta (Chatti) y dos archivos de tablillas de arcilla. Una vez reconstruídos los textos se espera llegar a encontrar la clave de la escritura y lengua ketas, enigmáticas hasta el presente, y estar en posesión de resultados importantes acerca de la historia de los pueblos asiáticos de los siglos xv-xiii a. Cr. [4]. También son dignos de tenerse en cuenta los estudios de Evans acerca de la isla de Creta, de donde procedían los filisteos, o por lo menos parte de ellos, cuya cultura influyó indudablemente en Palestina e Israel [5].

10. Además de la historia profana y las ciencias auxiliares de ésta (cronología, geografía, topografía, arqueología) merecen mención especial la historia de la civilización y la historia comparada de las religiones. La primera demuestra que la teoría darwinista del progreso lento y continuo y de la libertad ilimitada como base de toda cultura, está en pugna con los vestigios más antiguos de la cultura humana y de su evolución [6]. La historia comparada de las religiones prueba que la religión es origen y fundamento de toda cultura, y que la historia de la religión es la verdadera historia de la humanidad; que los elementos religiosos fundamentales son comunes a todos los pueblos antiguos y que no puede explicarse la religión, ni como resultado de una evolución histórica del género humano, ni como producto de la lenta transformación del instinto animal [7]. Además, la historia comparada de las religiones ha esclarecido el parentesco histórico de todas ellas, sin que se haya podido llegar a resultados

---

[1] Cfr. Keil, *Zur Babel- und Bibelfrage* (Tréveris, 1903), 10-14; Zorell, *Zur Frage über Babel und Bibel,* en *FTB* XXII, 345.

[2] Cfr. Bezold, *Die babylonisch-assyrischen Keilinschriften und ihre Bedeutung für das AT* (Leipzig, 1904), 65.

[3] Cfr. Nikel, *Zur Verständigung über Bibel und Babel* (Breslau, 1903), 18-26; A. Jeremías, *ATAO*³ (Leipzig, 1915).

[4] *MDOG* 1908, núm. 35. E. Meyer, *Reich und Kultur der Chetiter* (Berlín, 1915); Landersdorfer, *Das hettistiche Problem und die Bibel,* en *ThG* XI, 22 ss.

[5] Lagrange, *La Crète ancienne,* en *RB* 1907, 163 ss.

[6] Cfr. Nikel, *Allgemeine Kulturgeschichte, im Grundriss dargestellt*² (Paderborn, 1906). «Erraríamos si creyéramos que el estado primitivo del espíritu humano y los orígenes de la civilización tuvieron principio de ínfimos y rudimentarios antecedentes, como podríamos imaginar que fueran los de aquellos remotísimos tiempos a que alcanza nuestro conocimiento histórico... Cuándo y en qué época nació, se desenvolvió y adquirió formas fijas la vida espiritual que caracteriza al Oriente, y cuáles fueron las condiciones y antecedentes en que tuvo origen este desarrollo, es todavía hoy problemático. Quédese a un lado si algún día llegará a resolverse esta cuestión; bástenos por de pronto consignar el fenómeno y reconocer sus efectos. Pero de las investigaciones que prometen darnos luz acerca de la evolución espiritual de la humanidad, de la religión y del pensamiento científico, no *parece* que vayan a deducirse resultados *distintos de los que actualmente posee la filosofía moderna*» (Winkler, *Religionsgeschichtlicher und geschichtl. Orient,* Leipzig, 1906, 33).

[7] Cfr. Schanz, *Apologie* III³: *Religion und Geschichte: Die Religion und der Mensch.*

universalmente admitidos. Los *orígenes* de la religión y la *época primitiva* del género humano son inaccesibles a la investigación histórica. Por mucho que se consulten los más antiguos recuerdos de los pueblos, se comparen sus idiomas, se observen las razas incultas que aun perduran, faltará siempre base para una «clasificación de los distintos tipos de religión por su grado de cultura»; y a juzgar por el estado actual no se puede esperar que en tiempos venideros lleguen a cambiar las cosas [1]. Esto no obstante, hay sabios que opinan haberse de librar en la historia comparada de las religiones la lucha de las inteligencias por el ser o el no ser de la religión (Max Müller). Significa un adelanto haber reconocido los investigadores modernos de la historia de las religiones, que aun en los más primitivos grados de cultura son posibles conocimientos sencillos, grandes y fecundos, porque ya en el principio de la evolución de la humanidad se manifiesta la maravilla del espíritu humano [2]. Este avance se debe al estudio de la religión india; y el estudio de las religiones orientales y de la etnología ha venido a confirmarlo: de suerte que, poco a poco, la ciencia de la historia comparada de las religiones se ve precisada a renunciar a su antigua oposición a la posibilidad de una Revelación divina efectuada al principio de la historia del género humano [3].

También las *ciencias naturales* han realizado grandes progresos, no tanto en el campo de las leyes como en el de la experimentación, investigación y aplicación de las fuerzas naturales. Acerca del gran «enigma del mundo», al cual da solución la Sagrada Biblia, las ciencias naturales responden con su: *ignoramus et ignorabimus*—«No lo sabemos, ni lo sabremos jamás» [4].

Todas las ciencias mencionadas han sido explotadas contra la Sagrada Biblia. «Es lamentable, dice León XIII en su encíclica *Providentissimus* [5], que muchos de los que exploran a fondo y sacan a luz los monumentos de la antigüedad, las costumbres y las instituciones de los pueblos y testimonios semejantes, entre-

---

1 W. Schmidt, *Die verschiedenen Typen relig. Erfahrung,* etc. (Gütersloh, 1908), 186.

2 Así Leopold v. Schröder, *Arische Religion* I (1914), 104 s.

3 Cfr. W. Schmidt, *Neue Wege der vergleichenden Religions- und Altertumswissenschaften,* en *K* XII (1911), 1.

4 Cfr. Esser, *Naturwissenschaft und Weltanschauung* (Colonia, 1905, en *VGG),* 69.

5 P. 56. Esta encíclica de León XIII, publicada el 18 de noviembre de 1893, tiene por objeto promover, recomendar y acomodar el estudio de la Sagrada Escritura a las necesidades de nuestros tiempos. Se puede dividir en tres partes: la primera trata de la *excelencia* y *utilidad* de la Sagrada Escritura y trae una exposición *histórica* del alto *aprecio, uso* e *interpretación* que de ella se ha hecho en la Iglesia; la segunda parte expone el *verdadero método de investigación* y exégesis bíblicas en los tiempos actuales: 1) denuncia la hostilidad a la Revelación sobrenatural contenida en los Sagrados Libros; 2) recomienda a los seminarics y universidades los estudios bíblicos, acomodados a las circunstancias de los tiempos; 3) expone las condiciones previas, bases y reglas para el estudio e interpretación de la Biblia según los principios católicos. La tercera parte señala como la más importante exigencia de nuestros días la demostración de la absoluta credibilidad de los Libros Sagrados, y para ello indica los siguientes recursos: 1) el cultivo de las lenguas orientales (la del texto primitivo y otras, especialmente las semíticas, imprescindibles unas, útiles otras) y de la crítica *(ars critica);* 2) conocimiento de las ciencias naturales; 3) estudio de la historia, arqueología, etc. Exhorta luego a los católicos versados en las ciencias profanas a que apoyen la labor de los teólogos y exegetas con sus actividades y estudios especiales y alaba a aquellos otros que forman asociaciones y suministran recursos pecuniarios: de este modo irá ganando la fe católica nuevos defensores, cuya actividad infunda respeto aun a los enemigos. — La encíclica *Providentissimus* ha sido notablemente completada con otros escritos de León XIII, particularmente la carta apostólica *Vigilantiae* del 30 de octubre de 1902, con varios decretos de Pío X, en especial la carta apostólica *Quoniam in re biblica* del 27 de marzo de 1906 y el *Motu Proprio* del 18 de noviembre de 1907, y finalmente con la encíclica de Benedicto XV *Spiritus Paraclitus* del 15 de septiembre de 1920. Cfr. Peters, *Papst Pius X und das Bibelstudium* (Paderborn, 1906); Fonck, *Der Kampf um die Wahrheit der Heiligen Schrift,* 69-85.

gándose con este motivo a grandes trabajos, tengan frecuentemente por fin encontrar la mancha de un error en los Libros Santos, a fin de dañar y quebrantar completamente la autoridad de los mismos». «Muéveles a esto sin duda *su hostilidad a las verdades reveladas*». Es, por consiguiente, un deber, como dice el mismo Pontífice, no sólo de los que se dedican a estudios bíblicos, sino también de todos los católicos versados en las ciencias humanas, percatarse de las nuevas armas y nueva estrategia con que luchan los enemigos, descubrir sus ardides y astucias, y defender en toda su integridad, con las armas de las ciencias, la santidad de la Sagrada Biblia.

Nos proponemos exponer a continuación nuestra posición frente a los ataques dirigidos a la Sagrada Escritura desde el campo de las ciencias naturales e históricas.

2. La Biblia y las Ciencias Naturales

11. León XIII [1], apoyándose en las reglas dadas por san Agustín y santo Tomás, dictó en su encíclica *Providentissimus* las normas para juzgar las relaciones entre la Biblia y las ciencias naturales.

«Es seguro, dice, que nunca llegará a haber desacuerdo real entre el teólogo y el naturalista, mientras *uno y otro se mantengan dentro de sus límites* y cuiden, según frase de san Agustín, «de no afirmar nada al azar y de no hacer pasar por conocido lo desconocido» [2]. Pero si ocurriese discrepancia sobre un punto, ¿qué debe hacer el teólogo? He aquí la regla general que establece el mismo Doctor: «Todo aquello que los sabios demuestran con seguros argumentos, hemos de probar que no está en contradicción con las Sagradas Letras; mas todo aquello que en sus escritos se opone a la Sagrada Escritura, esto es, a nuestra fe católica, debemos probar, en cuanto sea posible, o por lo menos creer sin género de duda, que es absolutamente falso» [3]. Para apreciar lo acertado de esta norma consideremos primero que los *escritores sagrados,* o más bien «*el Espíritu de Dios,* que hablaba por su boca, *no se propuso enseñar a los hombres estas cosas* (a saber, la constitución íntima de los objetos visibles), porque ello de nada había de servirles para su salvación». Así es que estos autores, sin dedicarse a investigaciones profundas de la naturaleza, *describen algunas veces los objetos y hablan de ellos o por una especie de metáfora, o como lo exigía el lenguaje vulgar de aquella época;* y así se hace todavía hoy sobre muchos puntos en la vida diaria, aun entre los hombres más sabios. Mas, así como el lenguaje corriente expresa primera y propiamente lo que aparece a los sentidos, no de otra manera (como nos lo advierte el Doctor Angélico) el escritor sagrado *habla según las apariencias sensibles* [4], o comunica lo que el mismo Dios, hablando a los hombres, significó de una manera humana, para ser más fácilmente comprendido [5]. Pero de que sea preciso defender con todo empeño la Sagrada Escritura, no se infiere que sea necesario conservar igualmente todos los sentidos que cada uno de los Padres o de los *intérpretes posteriores* han empleado para explicar estas mismas Escrituras. Aquellos, *dadas las opiniones corrientes en su época,* al explicar los lugares en que se habla de cosas naturales, tal vez no han juzgado siempre tan conforme a la verdad, que no hayan expuesto opiniones reprobadas en la actualidad. Es preciso *distinguir con cuidado* en sus explicaciones *aquello que dan como concerniente a la fe o como ligado con ella,* y aquello que afirman *de común acuerdo.* Porque «en lo que no es de necesidad de fe, los santos han podido tener pareceres diferentes,

---

[1] Encíclica *Providentissimus,* 53.
[2] *De Gen. ad litt. imperf.,* lib. 9, 30.
[3] Ibid. 1, 21, 41
[4] Ibid. 2, 9, 20. Por consiguiente no son *revelados* los datos de ciencias naturales que se encuentran aquí y allá en la Sagrada Escritura, aun cuando estén escritos por hombres inspirados.
[5] *Summa Theol. 1, q. 70, a. 1, ad 3.*

lo mismo que nosotros». Tal es la doctrina de santo Tomás [1]. Y en otro pasaje se expresa con mucha sabiduría en estos términos: «En lo que concierne a las opiniones que los filósofos han profesado comúnmente y que no son contrarias a nuestra fe, me parece más seguro no afirmarlas como dogmas, aunque algunas veces sean introducidas en nombre de aquellos filósofos, ni designarlas como contrarias al dogma, para no dar a los sabios ocasión de despreciar nuestra fe» [2]. Por otra parte, aunque el intérprete debe demostrar que ninguna de las verdades que los investigadores de la naturaleza, fundados en sólidos argumentos, dan por ciertas, está en contradicción con la Sagrada Escritura rectamente interpretada, no debe olvidar que a veces acaeció que unas conclusiones, dadas también como ciertas, han sido más tarde puestas en duda y aun desechadas. Mas si los naturalistas, franqueando en sus escritos los límites de su disciplina, invaden el terreno de la filosofía sembrando opiniones erróneas, el intérprete, como quiera que es teólogo, debe remitirlas a los filósofos para refutarlas».

12. Infiérense de todo esto las normas siguientes que—como lo prueban las palabras de san Agustín y de santo Tomás—no son nuevas en la Iglesia ni arrancadas por los progresos de las ciencias naturales.

a) *No puede existir contradicción entre el verdadero sentido de un texto auténtico de la Sagrada Escritura y los resultados ciertos de las ciencias naturales;* pues tanto el contenido de la Sagrada Escritura como las leyes de la naturaleza proceden del mismo autor, Dios. Si llega, sin embargo, a surgir algún desacuerdo, puede asegurarse que es sólo aparente, y la culpa recae en los intérpretes de la Biblia o en los naturalistas; en los intérpretes por atribuir a la Biblia algo que en realidad no dice [3]; en los naturalistas por dar como ciertas hipótesis inseguras o por ingerirse en cuestiones que están por encima de su competencia [4]. El hecho de que los más nobles y preclaros representantes de las ciencias naturales no hayan encontrado conflicto entre la investigación y la religión, entre la ciencia y la fe ni en los principios ni en los hechos [5], es una prueba de que no puede existir verdadera oposición entre las ciencias naturales y la fuente de la fe, la Sagrada Biblia.

En cuanto al siglo XIX, bástenos citar los trabajos de Kneller [6], Dennert [7]

---

[1] *In Sent. 2, dist. 2, q. 1, ad 3.*

[2] *Opusc. 10.*

[3] Esto sucedió con los enemigos de Galileo Galilei, los cuales creyeron ver una prueba del sistema geocéntrico en ciertas frases bíblicas, como orto y ocaso del sol. Suponían falsamente que el Espíritu Santo quería expresar en aquellas palabras alguna relación objetiva entre la Tierra y el Sol. — Puede estudiarse el origen, objeto, curso y término de esta célebre discusión en Schöpfer, *Bibel und Wissenschaft* (Brixen, 1896), 133 ss.; A. Müller, *Galileo Galilei und das kopernikan. Weltsystem* (Friburgo, 1909); *Der Galilei-Prozess* (1632-33) *nach Ursprung, Verlauf und Folgen dargestellt* (Friburgo, 1909).

[4] De este defecto adolecen los ataques del monismo haeckeliano contra la fe y la Biblia. Puede verse una crítica detenida del mismo en Engert, *Der naturalische Monismus Haeckels auf seine wissenschaftliche Haltbarkeit geprüft* (Viena, 1907); Brander, *Der naturalistische Monismus der Neuzeit oder Haeckels Weltanschauung systematisch und kritisch beleuchtet* (Paderborn, 1907); Dennert, *Die Wahrheit über Haeckel und seine Welträtsel* (edición popular, Halle, 1909); Wasmann, *Ernst Haeckels Kulturarbeit*, en los suplementos de *Stimmen der Zeit,* primera serie: *Kulturfragen,* primer fascículo (Friburgo, 1916).

[5] Prueba de ello es la obra del conocido naturalista Reinke: *Naturwissenschaft, Weltanschauung, Religion* (Friburgo, 1913).

[6] *Das Christentum und die Vertreter der neueren Naturwissenschaft. Ein Beitrag zur Kulturgeschichte des 19 Jahrhunsderts* [3] y [4] (Friburgo, 1912).

[7] *Die Religion der Naturforscher; auch eine Antwort auf Haeckels Welträtsel* (Berlín, 1901). El autor de este opúsculo se ha impuesto el trabajo de estudiar el criterio religioso de los sabios naturalistas más eminentes (unos 300) antiguos y modernos. De 262 sabios, no llegan al 2 °/₀ los que se declaran abiertamente opuestos al cristianismo y a la existencia de Dios. Una parte algo mayor, el 6 °/₀, es más o menos indiferente. *Una*

cuyas concienzudas investigaciones tanta resonancia han tenido entre los sabios naturalistas y Zöckler [1].

b) *Hay otra razón que hace imposible todo conflicto entre la Biblia y las ciencias naturales: ambas consideran la creación y las leyes que la rigen a distintas luces, y tienden a fines totalmente diferentes.* No pretende la Sagrada Escritura iniciarnos en el conocimiento de las cosas naturales, sino más bien explicar la relación que éstas tienen con Dios; ni su intento es dar lecciones de ciencias naturales, sino de religión; por esto subordina los fenómenos naturales a su última causa que es Dios, mientras las ciencias investigan las causas próximas, únicas a que alcanzan los medios de que disponen. Así, en el *Libro de los Salmos* se dice que el terremoto es «obra de la indignación divina» (*Ps.* 17, 8), en el *Libro de Job* que Dios es «padre de la lluvia» y «productor de las gotas de rocío» (*Iob* 38, 28), que «él atrae las gotitas de agua, derramando sobre los hombres las lluvias, a manera de torrentes, que se desprenden de las nubes (*Iob* 36, 27). Consideradas las cosas en su aspecto meramente religioso, no existe contradicción alguna entre el *relato bíblico de la creación* y las teorías científicas del cosmos; ni siquiera tienen contacto alguno ambas doctrinas. La Sagrada Escritura expresa de una manera intuitiva el dogma de que el mundo y todas las criaturas deben su ser y sus operaciones al Creador. Incumbe por otra parte a la investigación científica averiguar los medios de que se sirvió la voluntad creadora de Dios y las leyes que rigieron el desarrollo de la Creación. Y aun cuando el Espíritu Santo hubiese dictado o comunicado los más profundos secretos de la naturaleza y revelado todos sus enigmas al escritor humano de la Biblia, no por eso podía éste considerarlas en otro aspecto que en el religioso. Los Libros Sagrados permanecerían ininteligibles y cerrados y surgirían gravísimas dudas respecto de la fe, estando las apreciaciones científicas tan sujetas a mudanzas en el transcurso de los siglos. La Sagrada Escritura ha de ser un libro para el hombre de todos los tiempos; por lo mismo no podía adelantarse a los siglos, ni envejecer jamás, ni por ningún concepto comprometer su valor intrínseco.

c) *A causa de su fin religioso, la Sagrada Escritura no usa el lenguaje de los sabios, sino el del pueblo y el de la intuición, el único justificable pedagógicamente,* inteligible y sustancialmente inmutable en el correr de los tiempos. El pueblo juzga de todo según las apariencias, sin preocuparse de la razón interna del fenómeno. Así hablamos nosotros, como también el escritor bíblico, de la salida y puesta del sol, del solsticio, de la bóveda celeste, etc. Tales expresiones son justas si sólo atendemos a las apariencias; y aun los astrónomos modernos se sirven de ellas en sus obras científicas. Poseen cierta *verdad permanente,* que el cambio de las opiniones científicas no puede destruir; pues siempre será cierto que existe el *fenómeno* apreciado por los sentidos de la salida del sol por el este, de su ascensión en el firmamento y de su

---

gran mayoría, el 92 °/₀, cree en la existencia de Dios. Es difícil determinar con exactitud el pensamiento íntimo religioso de estos hombres; cierto es que muchos de ellos eran librepensadores, pero también lo es que otros eran profundamente cristianos. De unos 90 de ellos, es decir, del 39 °/₀, se puede afirmar esto último con toda certeza. De 32 naturalistas de reconocida autoridad e ilustres por sus investigaciones originales, cita Dennert 27 decididos creyentes, y de ellos por lo menos 12 confesionales, católicos y protestantes.

[1] *Gottes Zeugen im Reiche der Natur*[2] (Gütersloh, 1906). Termina la obra con estas palabras: «De la información que hemos abierto a través de los siglos, estudiando el movimiento científico, resulta que *no* puede reclamar para sí el testimonio de la historia aquella conocida afirmación de los modernos incrédulos: la convicción cristiana, el sentimiento religioso en general no se compadece con una seria formación científica. Ni siquiera respecto de la época reciente puede sentarse esta proposición. Sostener que el criterio religioso predominante en general hasta muy entrado el siglo XVIII desapareció entre los naturalistas eminentes del siglo XIX, merecería calificarse de mentira histórica. Las pruebas que hemos aducido echan por tierra las afirmaciones de los que creen hallarse juntas la cultura científica y la irreligión.»

desaparición por el oeste, ya se explique el fenómeno por la hipótesis heliocéntrica, ya por la geocéntrica. El lenguaje, pues, de las apariencias era el único adecuado a un libro, que, como la Sagrada Biblia, no se cuida de opiniones científicas ni para afirmarlas ni para negarlas, sino que se sirve de la naturaleza para ilustrar las verdades sobrenaturales. Tales expresiones, consideradas científicamente, son, si se quiere, imperfectas y aun pueden ser *falsamente interpretadas,* si se toma la apariencia por la realidad; pero *no son falsas,* y por tanto no implican error en la Sagrada Escritura [1].—Sucede además que la Sagrada Biblia está escrita en un lenguaje oriental rico en imágenes y descripciones intuitivas de la naturaleza, y estas descripciones se encuentran, por lo general, en párrafos altamente poéticos, en los cuales el autor se ha permitido la libertad propia de la poesía oriental. Sería, pues, absurdo pesar tales descripciones «en la balanza del lenguaje exacto y sobrio de Occidente» (Faulhaber). Y a veces es difícil y aun imposible decidir si el escritor ha querido reflejar sus conceptos acerca de los fenómenos naturales, o tan sólo trazar un cuadro intuitivo.

d) *Los escritores sagrados no recibían con la Inspiración un grado de cultura superior al de su época; conocían sólo las hipótesis cósmicas antiguas, y sólo a ellas podían aludir en sus escritos.* De donde no podía menos de traslucirse en la Sagrada Escritura la concepción antigua del mundo, tan discrepante de la moderna. Así, por ejemplo, la idea oriental antigua de que la tierra no sólo está rodeada por el mar, sino que debajo de ella se oculta otro océano, aparece en el Salmo 23: «El fundó la tierra sobre las aguas y la edificó sobre las olas.» Y aunque esta idea es inexacta, no por eso es responsable de error la Sagrada Biblia. No se describe la constitución de este mundo con un fin científico, sino para *cimentar* las verdades religiosas y darles *forma intuitiva.* También la infinita sabiduría del Espíritu Santo, a la manera de un experto catequista, necesitaba tomar pie de los conocimientos de sus oyentes y lectores. Considerada a la luz de las ciencias naturales, será anticuada, si se quiere, esta manera de dar forma intuitiva a la enseñanza; pero es indudable que cumplió su finalidad, a saber, manifestar la infinita omnipotencia e insondable sabiduría de Dios, de manera tan perfecta como pudiera hacerlo la ciencia de nuestro siglo con sus teorías más exactas y acabadas.

3. La Biblia y las Ciencias Históricas

a) El método histórico-crítico frente a la Biblia

13. Los corifeos de la lucha contra la infalibilidad de la Biblia y contra el dogma de la Revelación militan en el campo de las ciencias históricas y de la historia comparada de las religiones. El *método* llamado *histórico-crítico,* que desde el siglo XVI comenzó a dominar las ciencias históricas, y hoy informa completamente las modernas investigaciones, ha puesto en tela de juicio la veracidad de las historias antiguas en general y la credibilidad de la Sagrada Biblia en particular, fundándose en que los escritores sagrados no procedieron científicamente en la utilización de las fuentes.

El método histórico-crítico tiene ciertamente una importancia que no es

[1] Muchos exegetas católicos creyeron se podía admitir la existencia de errores científicos en la Biblia y alegaban la encíclica de León XIII. Pero Benedicto XV en su encíclica *Spiritus Paraclitus* declaró *insostenible* su alegación: «Afirman algunos que estas opiniones no están en pugna con los mandatos de nuestro predecesor, el cual declaró que el hagiógrafo hablaba en las cosas naturales según la apariencia, en lo cual puede haber equivocación. Cuán *temeraria* y *falsa* sea esta afirmación se descubre por las mismas palabras del Pontífice. Pues León XIII, siguiendo a san Agustín y santo Tomás, con mucha sabiduría dijo que no se empañan las Divinas Letras por la apariencia externa de las cosas, la cual debe tenerse en cuenta, ya que es dogma de sana filosofía que el sentido no se engaña en el conocimiento inmediato de las cosas que le son propias.»

lícito despreciar. «Se puede decir con derecho que la crítica ha hecho de la historia una ciencia; porque, merced al método crítico, se ha podido adquirir certeza de muchos hechos fundamentales y la convicción de la falsedad de otros... Consecuencia de este método ha sido la completa transformación de los conocimientos históricos; viejas leyendas, falsas tradiciones y falsificaciones históricas fueron reconocidas como tales y hubieron de dejar libre campo a la verdadera tradición; épocas enteras de la historia adquirieron nuevo aspecto [1]». La crítica se justifica por sí misma. En lo tocante a las fuentes históricas (tradiciones, documentos, monumentos) y a los hechos de la historia, es el medio para discernir lo auténtico de lo apócrifo, lo verdadero de lo falso, lo digno de crédito de lo que no lo es. La crítica es para la historia lo que la observación y experimentación para las ciencias naturales, con esta única diferencia: la crítica no nos pone inmediatamente en posesión de los hechos históricos, sino mediante una deducción fundada en axiomas psicológicos experimentales, a saber, que la tradición que se muestre digna de crédito, relate hechos sobre cuya explicación y conexión ha de recaer luego un juicio [2].

Es indiscutible el derecho de la crítica a interpretar la Sagrada Biblia y la historia de la Revelación; pero hay un *límite infranqueable* en el *dogma y en los hechos comprobados:* la Inspiración y el Canon. Lo que la Iglesia ha establecido en virtud de su magisterio infalible podrá, si se quiere, demostrarse científicamente y defenderse de las objeciones que se presentan; mas, de ninguna manera es lícito a los católicos ponerlo en tela de juicio. Queda todavía amplio campo a la investigación científica y al método crítico, pues la Inspiración nos garantiza la verdad de los escritos inspirados, mas nada dice del autor, época de la composición, fuentes, estado del texto, forma literaria e interpretación (mientras no haya otros libros, igualmente inspirados, que nos suministren datos seguros y elementos de juicio). Pueden acometerse y llevarse a cabo investigaciones de esta naturaleza en muy diversos sentidos, sin que por eso corra el menor peligro o se ponga en duda la Inspiración. Esta significa que Dios es autor de los Libros Sagrados y garantía de la verdad de su contenido; pero nada nos puede decir de las circunstancias históricas en que se compusieron y cómo han llegado hasta nosotros [3]. Poco o nada importa a la Inspiración que un libro haya sido escrito en éste o en aquel siglo antes de Jesucristo, por este o aquel escritor, que las fuentes o tradiciones utilizadas sean éstas o aquéllas, que el libro pertenezca a tal o cual género literario (historia propiamente dicha, obra didáctica de sabor histórico). Hay cuestiones que la razón humana puede intentar explicar con los recursos que la ciencia le suministra, aunque (por la insuficiencia de los medios) difícilmente se puede esperar una solución completa, y es además escaso el provecho que de ahí resulta al fin práctico y piadoso que se propone la Sagrada Escritura. En este sentido nunca ha negado la Iglesia católica, en principio, el derecho de la crítica, ni ha puesto trabas a la aplica-

---

[1] Bernheim, *Lehrbuch der historischen Methode* [3 y 4] (Leipzig, 1903), 296. De esta obra de carácter profesional ha publicado el mismo Bernheim en la colección «Göschen», número 270, un extracto que lleva el título: *Einleitung in die Geschichtswissenschaft* (Leipzig, 1906).

[2] La *crítica elemental o externa* estudia los datos históricos examinando y discutiendo su grado de exactitud; la *crítica superior o interna* estudia la relación de los testigos con los hechos, es decir, si los testimonios son fidedignos, verosímiles, posibles o inadmisibles. Es evidente y además reconocido por las primeras autoridades de la ciencia histórica, que la crítica no es un fin, sino un medio, y que la investigación histórica no se termina con la crítica. Esta es el medio de que disponemos para llegar al conocimiento de la verdad y solamente el primer requisito científico para determinar la realidad de los hechos; prepara los materiales a la historiografía, pero no la puede suplantar.

[3] Pesch, *Theol. Zeitfragen,* tercera serie, p. 48. Cfr. Khin, *Enzyklopädie,* 121 ss.: «Sólo pueden ser fuente de la fe y vida cristiana los libros auténticos que no han experimentado alteraciones dogmáticas o históricas. Por esto es de la mayor importancia conocer los principios y métodos, con cuyo auxilio se puede separar de la Biblia lo defectuoso y restablecer lo auténtico».

ción de sus métodos para fines científicos, ni siquiera ha descuidado el cultivo de tales métodos. León XIII reconoció explícitamente su necesidad e importancia [1], dictando al mismo tiempo reglas adecuadas para su recta aplicación [2]. Pío X, en su encíclica *Iucunda sane* de 12 de marzo de 1904 (con ocasión del centenario del Papa san Gregorio Magno), señaló normas muy dignas de tenerse en cuenta y defendió la crítica de los que la acusan de socavar la fe, «puesto que en sí y por sí es inofensiva, y puede influir ventajosamente, mientras se la aplique con acierto» [3]. Benedicto XV aprueba «la decisión de aquellos que, tratando de resolver las dificultades que ofrece la Sagrada Biblia, no perdonan medios de encontrar nuevos caminos y razones que les permitan resolverlas, plenamente confiados en las armas del estudio y de la crítica» [4].

14. Es reprobable tan sólo el *excesivo aprecio* del método crítico y su *falsa aplicación* a la Sagrada Escritura e historia de la Revelación. Echase de ver el *excesivo aprecio* en la exagerada importancia que se atribuye a la indagación y desmembramiento de las fuentes (separación de fuentes). No hace al caso la antigüedad de los documentos o fuentes que se cree haber descubierto, ni tampoco la manera cómo se han sucedido unos a otros, o su mutua dependencia; lo que verdaderamente importa es que sus noticias sean dignas de crédito. «El historiador busca la confianza en una autoridad que ofrezca garantías. Lo que mueve los pasos de una crítica razonable no es la cuestión formal de la época en que se escribió una noticia, sino la curiosidad insaciable acerca de la personalidad del autor de la noticia. En muchos casos puede quedar satisfecha la crítica, cuando ha logrado hallar un punto firme en que radica la autoridad... Esta es la única razón científica de que el documento sea tan superior a todo otro género de tradición, y exija con derecho y obtenga la máxima confianza... Toda la crítica histórica es una cuestión de confianza; la confianza que otorga quien acepta una tradición al que se la ofrece...» [5]. Está, pues, justificada plenamente la confianza que otorgamos a aquellos grandes hombres de Dios (Moisés, Josué, Samuel, David, Salomón, profetas, apóstoles) como depositarios de las tradiciones y autores de los Libros Sagrados.

Echase de ver la *falsa aplicación* del método crítico a la Sagrada Escritura [6], principalmente en tres puntos.

1. Empleo casi exclusivo de *criterios internos*. Mientras que a los testimonios externos se les niega casi toda autoridad (por incompletos, modernos o influídos de prejuicios), se pretende formar juicio acerca del origen, pureza y autoridad de los Sagrados Libros, y aun acerca del curso de la *Historia Sagrada*, sólo por disección del contenido, por criterios internos. «Ahora bien,

---

[1] La encíclica *Providentissimus* dispone que aquellos que son destinados a la enseñanza de la Sagrada Escritura, se preparen adecuadamente para ese ministerio y se ejerciten en el *arte de la sana crítica*, para que el día de mañana sepan oponerse a los procedimientos de la llamada crítica superior, artificiales y torcidamente empleados en perjuicio de la religión.

[2] Nombrando una comisión especial de sabios que se encargue de promover los estudios bíblicos. En las letras apostólicas *Vigilantiae*, de 30 de octubre de 1902, se lee: «La crítica es muy útil para llegar a comprender plenamente el sentido de los Libros Sagrados; por esto vemos con sumo agrado que los nuestros cultivan su estudio. Y ojalá lleguen a perfeccionarse en este arte, utilizando, si es preciso, los medios de los heterodoxos, lo cual Nós no reprobamos. Debe empero procederse con cautela, no sea que de este ejercicio nazca la intemperancia del juicio; pues a eso conduce con frecuencia aquel arte de la llamada crítica superior, cuya temeridad Nós más de una vez hemos denunciado.» Cfr. Fonck, *Documenta ad Pontificiam Commissionem de re biblica spectantia* (Roma, 1915).

[3] Edición de Herder 23. *Acta S. Apost.* XXXVI (1904), 521.

[4] *Spiritus Paraclitus*, 23.

[5] Lorenz, *Die Geschichtswissenschaft in ihren Hauptrichtungen und Aufgaben* II, 329 ss.

[6] Cfr. las deducciones de Reuss, en *Kath* 1896, I, 193 ss.

es evidente que, cuando se trata de una cuestión histórica—como es el origen y conservación de un libro cualquiera—, los testimonios históricos tienen más valor que todos los demás, y son, por tanto, los que con más cuidado hay que buscar y examinar. En cuanto a los caracteres intrínsecos éstos son la mayor parte de las veces de mucha menor importancia; de tal suerte, que no pueden ser invocados en favor de la tesis, sino para confirmarla en cierto modo. De lo contrario resultan graves inconvenientes; porque los enemigos de la religión tendrán más confianza para atacar y batir en brecha la autenticidad de los Libros Sagrados. Este género de crítica superior que hoy se exalta, conducirá en definitiva al resultado de que cada uno en la interpretación se atenga a sus gustos y a sus prejuicios. De este modo no se hallará la luz buscada para las Escrituras, y ninguna ventaja sacará la ciencia; pero se manifestará con evidencia aquel carácter del error, que consiste en la diversidad y disentimiento de opiniones, como lo está demostrando ya la conducta de los caudillos de esta nueva ciencia» [1].

2. Aplica distinto criterio a las fuentes y documentos históricos, según sean bíblicos o profanos. «Algunos proceden así, guiados por un ánimo hostil y con criterio poco razonable; tienen plena confianza en los libros paganos y en los documentos de la antigüedad, como si no cupiese en ellos ni sospecha alguna de error, mientras rehusan dar crédito a los Libros Sagrados a la menor apariencia de inexactitud, sin ninguna discusión previa» [2].

3. Niega por principio todo lo sobrenatural; de ahí que desecha el contenido esencial de la Sagrada Escritura, y desconoce el carácter de la historiografía bíblica. «Imbuídos en las máximas de la falsa filosofía y del racionalismo, no temen borrar de los Libros Sagrados las profecías, los milagros y todo lo sobrenatural» [3]. La negación de lo sobrenatural, verdadero dogma de la filosofía moderna, es considerado por la ciencia histórica moderna (relativismo y modernismo) como parte esencial del método crítico. La encíclica *Pascendi* de Pío X, 8 de septiembre de 1907, ha declarado incompatible con la doctrina cristiana el sistema de investigación histórica e historiográfica fundado en tal base, no en cuanto método, sino porque se funda en una falsa filosofía y conduce a resultados falsos. Entre las falsas hipótesis en que se apoya la crítica histórica que se precia de objetiva, la encíclica señala los siguientes: *a)* el *agnosticismo,* según el cual la historia, como las demás ciencias, debe ocuparse sólo de los fenómenos, y excluir toda intervención de Dios, o relegarla al dominio de la fe (así, por ejemplo, Cristo aparece en la historia sólo como hombre; la fe ha transfigurado o desfigurado su imagen, considerándolo como Dios, sin que en realidad lo sea (!)); *b)* el *inmanentismo,* según el cual todos los fenómenos históricos han nacido de ciertas necesidades y exigencias de la época; *c)* el *evolucionismo*, que estudia los hechos sólo por el lado de la evolución (natural, del progreso). Y así sucede que en este método «precede el filósofo; sigue el historiador; vienen detrás, por orden, la crítica interna y la textual. Y porque es propio de la primera causa comunicar su virtud a las siguientes, síguese evidentemente que semejante crítica no es una crítica cualquiera, sino que con razón se llama *agnóstica, inmanente, evolucionista; de donde se colige que el que la profesa y usa, profesa errores implícitos de ella y contradice a la doctrina católica»* [4].

---

[1] Encíclica *Providentissimus,* 50 s.

[2] Comparte esta opinión Stade, *Geschichte Israels* I, 68 s.: «Las inscripciones asiriobabilónicas son de inapreciable valor para la historia de Israel,... nos permiten con frecuencia comprender rectamente los escritos unilaterales de los hebreos.»

[3] Encíclica *Providentissimus,* 52. Cfr. Metzler, *Das Wunder vor dem Forum der Modernen Geschichtswissenschaft,* en *Kath* 1908, II, 241 ss. — *Natur und Wunder* en *SthSt* I, 198; *StL* LXIX (1905), 360 ss. — Así dice Harnack: «El historiador no tiene derecho a contar con el milagro como si fuese un hecho histórico cierto; pues con ello se destruye la teoría en que descansa toda investigación histórica.»

[4] Encíclica *Pascendi,* 61-71. Cfr. Hunzinger, *Die religionsgeschichtliche Methode,* en *BZSF* IV (1908), 11; Bessmer, *Philosophie u. Theologie des Modernismus,* 183 ss.

15. Una ojeada a la reacción que en distintos sectores se ha verificado en favor de la Tradición, nos pondrá de manifiesto cuán en su punto está la reserva frente al aprecio exclusivista y a los abusos del método histórico-crítico. Pues, desde que la azada ha sustituído a la pluma, o por lo menos la ha precedido en la investigación, en todos los campos de la historia antigua se ha hecho necesaria una revisión de anteriores juicios de la crítica literaria e histórica. Así como la expedición de los griegos a *Troya,* tenida antes por fabulosa, pertenece hoy al dominio de la ciencia, así las excavaciones realizadas en Tirinto, Micenas y Orcomenos (Grecia) han sacado a luz grandiosos palacios reales, que suponen una vida muy exuberante y una civilización relativamente elevada; de todo lo cual por la historia sólo teníamos noticias pálidas y fabulosas. Lo mismo ha sucedido con las excavaciones realizadas por el inglés Evans en la Isla de Creta, las cuales han dado realidad histórica al rey Minos y a su célebre laberinto, tenidos antes por mitos. Las inscripciones asirias han hecho surgir a la vida histórica a Midas, rey de Frigia, presentándolo como hombre de carne y hueso y soberano respetable del siglo VIII a. Cr. También han comenzado a disiparse las tinieblas que envolvían los nombres de los más antiguos reyes conocidos de Egipto y Babilonia, desde que Menes de Tebas y Sargón de Agade han sido reconocidos como personajes históricos. Y no pocas cosas actualmente ignoradas o sólo a medias conocidas, surgirán algún día a nueva vida. Las bases de la tradición histórica se han mostrado capaces de sustentar un peso mayor del que se creía, y los límites de lo históricamente posible y accesible se han ensanchado casi 2000 años, a pesar de la crítica [1].

La crítica literaria comenzó a celebrar sus primeros triunfos en el campo *bíblico,* cuando ya no estaba de moda en el estudio de las antigüedades (Homero) y de la germanística (nibelungos y eddas) [2]. En círculos científicos profesionales nunca enmudeció del todo la oposición al método del análisis de las fuentes y al exagerado aprecio que de él se hacía, y fué tenido relativamente en poca estima el valor de sus resultados [3]. Cada día se siente más la necesidad de una revisión de la tan encomiada crítica del *Pentateuco* (cfr. núm. 30 s.), y el panbabilonismo va derribando más o menos las teorías de la historia de las religiones (cfr. núm. 21). Mas es preciso reconocer que en la confusión de opiniones e hipótesis que cada uno combate y multiplica, es sumamente difícil hacer el recuento de los resultados históricos obtenidos aun por los críticos más expertos; y que el número de los resultados acogidos con general asentimiento es mucho menor que el de las controversias suscitadas. Por eso muchos, vistos los vanos esfuerzos de la crítica, vuelven sus ojos hacia una interpretación más en armonía con el contenido de los Libros Sagrados [4]. A esta reacción

---

[1] Cfr. Kittel, *Die babylonischen Ausgrabungen und die ältere biblische Geschichte*[5] (Leipzig, 1908), 7 ss. Acerca de la historia de los descubrimientos arqueológicos, cfr. A. Michaelis, *Archäologischen Entdeckungen des 19 Jahrhunderts* (Leipzig, 1906).

[2] Ejemplos y fuentes en *Kath* 1896, I, 303-306 ss.

[3] Así Klostermann, *Der Pentateuch* (Leipzig, 1893); König, *Falsche Extreme im Gebiete der neueren Kritik des AT* (Leipzig, 1885); *Neueste Prinzipien der atl Kritik* (Berlín, 1902); *Im Kampf um das AT* (Berlín, 1903).

[4] Así Orelli, *Der Prophet Jesaja*[3] (1904) V; Jeremías, *ATAO*[3] (1916) VIII; Oettli, *Geschichte Israels* V. Es muy notable el discurso pronunciado en Leipzig por el teólogo protestante Kittel en una asamblea de sabios, el 29 de septiembre de 1921, acerca del tema: *El porvenir de la ciencia bíblica (Die Zukunft der atl Wissenschaft,* impreso en *ZAW* 1921, 84 ss). «Lo que ante todo necesitamos, dice Kittel, es la *historia del espíritu* de Israel, su vida espiritual dentro y fuera de la literatura, *antes* de ella y en ella, no ya la literatura misma, no digamos el análisis de los libros y la determinación de la época en que se compusieron. Importa sobre todo investigar y auscultar la vida real, para mejor comprender y apreciar el sedimento literario. Es funestísimo el error que se comete estudiando cada libro por separado, y examinando de por sí solo cada aspecto del libro» (página 92). De igual manera se expresa recientemente Gressmann en una memoria: *Die Aufgaben der atl Forschung (ZAW* 1924, 1 ss.); opina que la crítica literaria ha caído «en la locura» y está desmoronándose.

contribuye no poco la circunstancia de que *la antigua tradición israelita, a la luz de las inscripciones* [1], ha resultado plenamente histórica y digna de crédito aun frente a la crítica más rigurosa, tanto en lo esencial como en los pormenores. Las fuentes de época anterior a los profetas contienen gran número de noticias antiguas, dignas de crédito y que excluyen la hipótesis de un origen posterior o de invención tendenciosa; lo mismo cabe decir de los escritos históricos posteriores—mal mirados por la crítica a causa de su aspecto profético—aun prescindiendo de las múltiples confirmaciones que los datos de los libros históricos y proféticos han recibido de las inscripciones egipcias y asirio-babilónicas en época indiscutiblemente histórica. Las nuevas investigaciones, brillantemente confirmadas por los documentos descubiertos en Elefantina, han demostrado la credibilidad de las fuentes de los libros de Esdras y Nehemías [2].

Algunos investigadores, libres de todo prejuicio dogmático y guiados por sus estudios críticos, han llegado a reconocer el *concepto tradicional* de la historia israelita (así, el sueco S. A. Fries); otros expresan su convicción firme y fundada de que las tradiciones del pueblo de Israel, aun las que se refieren a su historia primitiva, son completamente históricas en todo lo esencial, y pueden resistir la más acerada y penetrante crítica (así, Cornill, Oettli); otros, en fin, toman en su antiguo sentido y aplican a la verdad de la tradición aquella antigua y hermosa sentencia de que la crítica abusó: *Magna est veritas et praevalebit* («grande es el poder de la verdad y ella prevalecerá»), y están convencidos de que la tradición bíblica seguirá teniendo valor, cuando estén muy olvidadas las objeciones de la ciencia moderna (así, el inglés J. W. Dawson [3]). Aun los críticos liberales conceden «que la crítica del Antiguo Testamento ha ido en ocasiones algo (!) lejos y que en el porvenir se rehabilitarán quizá no pocas tradiciones bíblicas, ahora desechadas o tenidas por recientes. Finalmente, es indiscutible que a veces ha penetrado en la ciencia (del Nuevo Testamento) un espíritu profano y disolvente» [4]. De lo dicho se deduce que el mantenerse en la tradición bíblica, no puede ya calificarse de no científico, por más que las «concesiones» de los racionalistas se refieren por lo general a puntos determinados y no a la tradición bíblica en toda su extensión. Los reparos que el método histórico-crítico suscitó contra la credibilidad de la Sagrada Escritura han ido perdiendo terreno, a medida que se ha demostrado positivamente el carácter histórico de la tradición y de la Biblia.

---

[1] F. Hommel, autor del libro que lleva ese título (*Die altisraelitische Überlieferung in inschriftlicher Beleuchtung,* Munich, 1897), se funda en principios metodológicos incontestables, como ha demostrado E. Meyer, entre otros (*Die Entstehung des Judentums,* Halle, 1896), y deduce esta conclusión: «Si mediante las inscripciones se llega a demostrar que siquiera una parte de la tan discutida tradición hebrea es primitiva, y por ende, digna de crédito, queda socavado el edificio de la moderna crítica del *Pentateuco.*» Esta deducción es concluyente, si bien no todo el material que Hommel aduce puede admitirse como seguro. Cfr. *Grundriss der Geographie und Geschichte des alten Orients* (Munich, 1904) 167 ss., del mismo autor.

[2] Cfr. Meyer, l. c.

[3] Cfr. Fonck. *Kritik und Tradition im AT,* en *ZKTh* 1899, 262-281.

[4] Gunkel en *Rg V* II (Tubinga, 1906), 8. Del mismo modo Kittel en el discurso antes citado (p. 25): «Estábamos a punto de resolver la religión israelita en mitos babilónicos y su historia en cuentos y leyendas. Casi queríamos justificarnos de que aun existan nuestro antiguo pueblo bíblico y su religión, y sólo con cierto temor osábamos tomar en cuenta éste o aquel rasgo característico o de algún valor» (p. 98). La recusación de todo el A. T. por Harnack y el reciente libelo del célebre F. Delitzsch, *Die grosse Täuschung* (La gran decepción), nos han descubierto el abismo a que nos lleva la crítica. Católicos y protestantes han escrito excelentes réplicas a los recientes ataques de Delitzsch: Theis, profesor católico de Tréveris, *Friedrich Delitzch und die grosse Täuschung oder Jaho und Jahve* (Tréveris, 1921); König, profesor protestante de Bonn, *Friedrich Delitzschs die grosse Täuschung* (Gütersloh, 1921).

b) Carácter histórico de la tradición y narración bíblicas [1]

16. He aquí las razones que abonan el carácter histórico de la Biblia:

a) *El testimonio de los Libros Sagrados.*—Es un hecho generalmente admitido que los libros narrativos del Antiguo Testamento, en su forma actual, contienen una exposición uniforme del origen y desenvolvimiento del pueblo israelita, exposición que, juntamente con la historia primitiva que les sirve de introducción, aspira a ser tenida por histórica y reproduce en lo esencial las tradiciones del pasado de dicho pueblo. El *Pentateuco* presenta la historia de la humanidad desde la creación del primer hombre hasta la muerte de Moisés; a él siguen las narraciones de los libros de Josué, los Jueces, los Reyes, y después del Destierro, Esdras, Nehemías y los Macabeos. No cabe duda razonable de que los libros de los «profetas anteriores», y los que se compusieron durante el Destierro y después de él, refieren acontecimientos históricos. También se concede que los relatos del *Génesis* de tiempos históricos deben *ser considerados* como historia (Gunkel). En los libros proféticos, poéticos y didácticos se encuentran numerosas referencias y alusiones a sucesos narrados en los libros históricos. De mayor interés resulta el hecho de aparecer en todos los libros del Antiguo Testamento la misma idea de la marcha y significado de la historia hebrea (a partir de Abraham), y de apoyarse y completarse mutuamente sus testimonios. Recuérdese las genealogías que en el *Génesis* forman el esqueleto de la narración y se suponen y prosiguen hasta Jesucristo en el Nuevo Testamento. Prescindiendo de las innumerables referencias y alusiones, ténganse presentes las recapitulaciones con que topamos, por ejemplo, en *Neh.* 9, 6 ss.; *Eccli.* 25, 33, etc.; I *Mach.* 2, 52 ss.; *Sap.* 10-12; 16; *Ps.* 77; 104; 105; 106. Es indiferente para nuestro objeto el saber cuándo y por quién fueron compuestos estos libros y si se han conservado incorruptos en todos sus detalles. El Nuevo Testamento supone ciertas las narraciones del Antiguo Testamento y las confirma, unas veces aludiendo a circunstancias de ellas, otras, repitiéndolas, como sucede en las genealogías de Jesucristo, en los discursos de san Esteban (*Act.* 7 ss.), de los apóstoles (*Act.* 13; 17) y en la recapitulación de *Hebr.* 11. Y no se diga que Jesucristo, los apóstoles y evangelistas no hicieron más que acomodarse a las ideas de sus contemporáneos. Aun concediendo que tal acomodación fuera posible y realmente existiera en algún caso particular, siempre será verdad que la tradición histórica del Antiguo Testamento, desde los tiempos más remotos, ha sido confirmada por Jesucristo y tomada por los apóstoles como base de su predicación y como objeto de sus enseñanzas.

b) *El testimonio de la tradición judía y cristiana.*—La tradición admite como hechos históricos lo que en el Antiguo y Nuevo Testamento se cuenta de las maravillas de Dios, de los hombres de Dios, de Jesucristo y sus apóstoles [2].

---

[1] Cfr. *ThpQS* 1908, 540 ss. — Para lo que tratamos de demostrar y para fines prácticos, puede consultarse con provecho *Darlegung der göttlichen Pragmatik und Pädagogik der Heiligen Schrift,* que A. Meyenberg ha incorporado a sus estudios homiléticos y catequísticos ([5] Lucerna 1907, 110-146); en compendio en: *Brennende Fragen* III. 23 ss. Cfr. también las investigaciones críticas de Egger: *Absolute oder relative Wahrheit der Heiligen Schrift* (Brixen, 1909).

[2] Cfr. Dorsch, *Die Wahrheit der bibl. Geschichte in den Anschauungen der alten christlichen Kirche,* en *ZKTh* 1906, 57 ss. La fuerza avasalladora de la prueba allí aducida no se debilita objetando que los doctores y escritores de la antigüedad no conocieron las dificultades que hoy se han suscitado contra la credibilidad de los relatos bíblicos. En aquellos tiempos se conocían no pocas dificultades, como, por ejemplo, la de encajar los libros de Tobías y Judit en la historia sagrada y profana (Sulpicio Severo, *Chron.* 2, 12 y 14). Mas aunque se procuraba soslayarlas con interpretaciones alegóricas, no por eso se ponía en duda la historicidad de los relatos contenidos en los citados libros. Lo importante es la unanimidad y decisión con que la antigüedad eclesiástica dedujo del *sensus obvius* y de la Inspiración la verdad histórica de los relatos bíblicos, contraponiéndola a los mitos y fábulas gentiles.

Y no es letra muerta esta tradición, sino que constituye, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, una parte esencial de la vida religiosa. La fe, la organización, la vida moral y litúrgica descansan en las *obras* realizadas por Dios en bien de los hombres, transmitidas por los patriarcas, predicadas por los apóstoles, rememoradas por la Iglesia. Mientras en las religiones paganas los recuerdos históricos de los tiempos primitivos degeneraron en mitos y meros símbolos, el culto judío con sus fiestas y tiempos sagrados era una continua recordación de las «maravillas de Dios»; y ese recuerdo constituía el fundamento de la educación moral y religiosa: «Pregunta a tus padres, que ellos te dirán; a tus mayores, y ellos te anunciarán» [1]. «Yo recuerdo las obras del Señor, tendré presentes los dias antiguos y tus portentos» [2]. La Iglesia, en su enseñanza y vida litúrgica, se apoya en los hechos atestiguados por el Antiguo y Nuevo Testamento y los conmemora, ya como preparatorios y figurativos, ya como cumplidos y fundamentales, para que la conciencia y el entendimiento de los fieles se penetre de su significación dogmática e histórica [3]. Ella custodia y conserva con esmero todo aquello que la une con el pasado y le descubre su origen e historia. Ella nos enseña a escudriñar los divinos decretos de la Redención, que comienzan con el principio del mundo [4]; ella nos guía hasta aquel abismo insondable de la sabiduría y ciencia del Creador [5], y nos manifiesta la multiforme Sapiencia de Dios [6].

c) *La exposición y estilo de los relatos bíblicos.*—Salta a la vista la diferencia esencial que existe entre las tradiciones populares, míticas, legendarias, vestidas a veces de las galas de la poesía, y los relatos bíblicos. Además, en la Sagrada Escritura son tan fáciles de reconocer como en cualquier escrito profano los límites y caracteres de prosa y poesía y de distinguir el género histórico del retórico, didáctico y poético. Los libros y episodios narrativos del Antiguo y Nuevo Testamento están escritos en un estilo tan sencillo, objetivo y natural, que ofrecen el aspecto de documentos históricos e inspiran plena confianza [7]. Sucede esto sobre todo con aquellas narraciones que (como el *Génesis)* se desarrollan sobre un árbol genealógico, o con aquellas otras que (como los *libros de los Reyes,* del *Paralipómenon* y de *Esdras)* se basan en fuentes y documentos. La existencia de «fuentes» no repugna al carácter histórico ni menoscaba la credibilidad de los relatos bíblicos. Lo mismo decimos del pragmatismo religioso, el cual no excluye la fidelidad de la narración, sino que considera y describe los hechos desde un punto de vista más elevado.

d) *El testimonio de las fuentes profanas contemporáneas.*—Testimonios de otra naturaleza, revelados por las investigaciones arqueológicas, han venido a corroborar el carácter histórico y la credibilidad de los relatos bíblicos; hechos y datos de la Sagrada Escritura se han visto confirmados, y se ha comprobado la exactitud y fidelidad del ambiente histórico de las narraciones bíblicas. A este propósito véase lo expuesto en el núm. 15 y los comentarios que más tarde haremos.

17. Para apreciar debidamente el carácter histórico de las narraciones bíblicas téngase en cuenta las siguientes observaciones:

---

[1] *Deut.* 32, 7.

[2] *Ps.* 76, 6-12; cfr. 142, 5.

[3] Cfr. en el canon de la Santa Misa el pasaje donde se nombran juntos Abel, Abraham y Melquisedec por sus respectivos sacrificios.

[4] I *Cor.* 2, 7. *Ephes.* 3, 5-9. *Col.* 1, 26.

[5] *Rom.* 11, 33.

[6] *Ephes.* 3, 10. Seidenberger, *Grundlinien idealer Weltanschauung* (Brunsvique, 1902), 264 ss.; Willmann, *Geschichte des Idealismus* II² (Brunsvique, 1907), 1-11.

[7] De los apologistas antiguos, Tertuliano (hacia el 200) especialmente se fija en la forma de los relatos históricos del Antiguo y Nuevo Testamento: *Sicut scripta sunt ita et facta sunt (Apolog.* c. 20). Nosotros (los cristianos) tenemos abundante literatura (en los Libros Sagrados), poesía, sentencias, cánticos, canciones en abundancia; no fábulas, sino verdades; no frases artificiosas, sino palabras sencillas» *(De spectaculis,* c. 29).

a) La historiografía bíblica se halla informada de *tendencia y concepto religiosos* (pragmatismo) que constituyen el carácter esencial de la Sagrada Escritura y le asignan un puesto peculiar en la literatura mundial. Bien lo advirtió la tradición judía, por lo que a los libros de Josué, de los Jueces y Reyes llamó «profetas anteriores». Los Doctores de la Iglesia vieron en este carácter profético (didáctico religioso) de las narraciones sagradas una ventaja que garantiza su verdad histórica y su valor didáctico. En él se apoyan, por el contrario, los críticos modernos para poner en tela de juicio la credibilidad de los Sagrados Libros. Pero sin razón. La narración bíblica quiere ser verdadera historia, aunque no en el sentido de la crítica moderna. El historiador profético expone lo que Dios ha hecho por su pueblo y la conducta de Israel con su Señor, con el fin de enseñar, mover a virtud y piedad, amonestar y precaver. En consonancia con tan elevado objeto escoge el asunto, esclarece y relaciona los hechos, habla como «hombre de Dios», juzga los acontecimientos desde el punto de vista del gobierno divino del mundo y de la ley de Dios y describe la intervención divina en la historia; y es tan directa esta intervención como la que a cada paso nos muestra la Sagrada Escritura hablando de los fenómenos naturales, sin negar por ello o excluir la acción de las causas segundas [1].

Lo que en la historia crítica es de capital importancia—acopio de materiales, exactitud y verificación documental de todos los pormenores, relaciones que guardan los hechos entre sí, estudio del ambiente de la época,—la tiene muy secundaria y aun llega a faltar en la historia bíblica. En cambio, la investigación e historiografía críticas, especialmente en nuestros tiempos, prescinden de lo que es fundamental en la Biblia: el pragmatismo religioso. Mas éste es compatible con la verdad y veracidad históricas, como lo prueban las pinceladas con que los autores sagrados nos descubren las sombras de la historia de Israel y los flacos de sus grandes hombres. Esto no es dudoso para quien admite la Inspiración y cree que Dios ha hablado por boca de los profetas. Pero, aun humanamente considerado, es evidente que el pragmatismo religioso no está en pugna con el método crítico. Ambos pueden garantizar igualmente la verdad de la historiografía. «Si dos historiadores, profano el uno e inspirado el otro, se propusieran escribir la historia de Israel con los mismos materiales, es indudable que el cuadro del uno diferiría grandemente del que el otro nos pintara; y esto no obstante, a ninguno podríamos culpar de error. Esforzaríase el primero en descubrir el nexo de los acontecimientos, sus causas y efectos, sus motivos y consecuencias y en darnos una idea cabal de la historia de aquel pueblo. Y mientras este historiador con todo su aparato crítico no lograría rebasar el marco de los hechos visibles y de su conexión natural, el segundo, dejando todo esto de lado como cosa de poca monta y ajeno a su negocio, llegaría a descubrir en los sucesos naturales el dedo del Dios de la Revelación, el cual muestra su actividad guiando y reprimiendo con premios y castigos. ¿Cuál de las dos síntesis ofrece mayor garantía de infalibilidad, descubre verdades más sublimes y merece mayor estima? Evidentemente aquella que *no se fija en las causas segundas por más ampliamente que se conozcan, sino que se remonta a las primeras y altísimas*. Es claro que la síntesis histórica perfecta sería aquella que uniese en sí ambas formas de exposición; pero el historiador profano nunca podrá presumir de haber alcanzado este ideal» [2].

b) *La historiografía bíblica no se puede equiparar a la pagana.*—El exagerado aprecio del método crítico ha hecho que se la tenga en poco y no se haga justicia a su carácter. No hay derecho a juzgarla por la manera como los

---

[1] Cfr. Rademacher, *Gnade und Natur*[2], 43 ss.

[2] Rademacher, l. c. 64.—No merece tomarse en consideración la posibilidad de error real al señalar las causas segundas. Porque no puede llamarse erróneo lo que un crítico encuentra deficiente o impreciso en una historia profana. La Inspiración no hace que la síntesis histórica sea perfectísima *en todos sus aspectos*, sino que esté de acuerdo con los designios de Dios y exenta de errores reales.

clásicos griegos y romanos trataron la historia. Ante todo no hay base para establecer una comparación entre ambas. De los egipcios y babilonios no poseemos historia propiamente dicha, sino sólo materiales históricos: anales, inscripciones, documentos. Las obras del egipcio Manetho y del babilonio Beroso, fragmentariamente conservadas, se compusieron bajo la influencia griega, en la época de Alejandro Magno. También la historia del antiguo Oriente estaba dominada por el concepto religioso y la tendencia nacional; pero la fe estrictamente monoteísta de Israel hizo posible una síntesis histórica, tan superior a las demás como lo es la religión hebrea a la mitología y al paganismo [1]. Nada prueba contra la Sagrada Escritura el haber escrito Herodoto y T. Livio, entre otros, *Historia oratoria,* tratando los asuntos con cierta libertad épica. Los apologistas cristianos, que — sin conocer el carácter de la historia antigua — establecieron comparaciones entre los historiadores paganos y sagrados, dieron a Moisés un puesto muy superior a aquéllos. Es cierto que los escritores sagrados reproducen los discursos en lenguaje directo, que no puede responder a la realidad; mas esta libertad no es sistemática, sino fundada en el genio de la lengua hebrea, que no les permitía compendiar el sentido del discurso sirviéndose del lenguaje indirecto.

Pero si en su aspecto natural ocupa la historiografía bíblica un puesto singular entre las historias de los pueblos orientales, todavía sube de punto su excelencia si consideramos que, aun prescindiendo de la Inspiración, la mano de la Providencia que guiaba a Israel no pudo menos de imprimir su huella en la literatura sagrada de este pueblo. En los designios divinos la historia bíblica estaba llamada a un fin sublime: desarrollo del plan de la Redención desde las puertas del Paraíso hasta el término de la Revelación en Jesucristo. Los hombres que la escribieron estaban en relación especialísima con el Espíritu Santo, que regía los destinos de Israel. Por su carácter, objeto y origen, no se puede, pues, equiparar la historiografía inspirada con la de ningún otro pueblo pagano.

c) *La forma narrativa es en la Sagrada Biblia signo de historia verdadera,* mientras no haya razones sólidas que obliguen a admitir que el escritor no pretendía ofrecernos historia real en todas sus partes. Existen géneros literarios que, no obstante su ropaje histórico, no encierran historia, o mezclan lo real con la ficción. Tales son las parábolas, la alegoría, el poema épico, la narración didáctica, la novela histórica, el *midras* [2]. Los más importantes eran ya

---

[1] Todavía no nos han mostrado los montículos de ruinas del Oriente una síntesis histórica de los tiempos antiguos. Bezold, conocedor de la literatura asirio-babilónica, afirma (*Die Kultur der Gegenwart* I, 7, Leipzig, 1906, 41) que las notas históricas en ellos descubiertas no llegan al principio de la ciencia histórica. Lo mismo dice un especialista en historia antigua, Ed. Meyer, nada favorable al concepto religioso del A. T. (*Geschichte des Altertums* I[4], 1, 1921, 227): «De todos los pueblos asiático-europeos, sólo Israel y Grecia poseen verdadera literatura histórica. En Israel, que ocupa un *puesto privilegiado entre todos los pueblos civilizados del Oriente,* apareció en época tan antigua que es para asombrarse, y produjo obras de importancia... En Grecia nació más tarde». Es notable que Winckler *sólo* puede citar en apoyo de su teoría panbabilonista *la Biblia,* pues no hay otro ejemplo de síntesis histórica del antiguo Oriente (*Ex Oriente lux,* II, 2).

[2] «Midras» quiere decir, según Budde (*Geschichte der althebr. Literatur,* Leipzig, 1906, 216 ss.), algo así como leyenda popular, sacada de algún asunto histórico (tradicional). Es un género literario judío, relativamente moderno, del cual nos ha conservado la Sinagoga (el judaísmo) abundantes ejemplos, de carácter muy diverso. Unos guardan estrecha relación con las letras de los Libros Canónicos, y pueden considerarse como comentarios de los mismos; otros se han conservado en versiones, como libros apócrifos (deuterocanónicos) y seudoepigráficos. — Dos veces hace alusión el Antiguo Testamento a un midras: II *Par.* 24, 27; IV *Reg.* 12, 19; mas no parece que se le pueda aplicar el concepto que posteriormente encerraba esa palabra (leyenda), pues es evidente que el cronista se propone aducir una fuente histórica propiamente dicha. (Hay todavía otro pasaje, *Eccli.* 51, 25, que habla de la casa de midras = «mansión de la doctrina», seguramente en sentido figurado = «libro de la doctrina de Jesús hijo de Sirac».) No se puede, pues, equiparar los libros de las *Cronicas* («historia eclesiástica» del Antiguo

conocidos en la antigüedad. Es evidente que el Espíritu Santo puede servirse de cualquier género literario para revelar las divinas enseñanzas, como lo muestran en el Antiguo y Nuevo Testamento las parábolas, las alegorías y apocalipsis, y más particularmente la narración didáctica (parénesis), vinculada a algún personaje o acontecimiento histórico. Y aunque ésta por su forma narrativa podría reclamar para sí el calificativo de histórica, las circunstancias y pormenores de libre invención, que le dan carácter didáctico y edificante, no permiten que como tal se la considere. Si éstos o parecidos géneros literarios existen en la Sagrada Escritura, cuestión es que no se puede resolver de una manera general con principios, sino demostrando en cada caso el hecho y consultando la tradición eclesiástica. Esta tiene por históricos todos aquellos relatos del Antiguo y Nuevo Testamento que presentan forma narrativa. Los santos Padres y exegetas hasta nuestros días, han considerado siempre la forma narrativa como signo de historicidad, llegando a atribuir realidad histórica a algunas parábolas del Evangelio. Pero no nos dan una norma teórica ni práctica para discernir entre la narración parenética y la histórica. Por otra parte, no niegan que la primera sea posible, máxime existiendo un género literario afín, que es la parábola; y aun con sus interpretaciones alegóricas llegan a veces a desvanecer el carácter histórico de algunos relatos (como el de la casta Susana). No encontramos, pues, en la autoridad de la tradición un obstáculo que «nos cierre el camino para ir más lejos en las pesquisas y explicaciones, siempre que haya motivo razonable para ello. Mas debe seguirse con religiosidad el sabio precepto dado por san Agustín: no apartarse en nada del sentido literal y obvio, a no ser que alguna razón impida ajustarse a él u obligue a abandonarlo. Esta regla debe observarse con tanta mayor escrupulosidad cuanto que con el deseo de innovaciones y libertad de opiniones, hay mayor peligro de engañarse» [1]. Idéntica orientación señala el decreto de la Comisión Bíblica de 23 de junio de 1905 [2]. Dice así: Los Libros Sagrados tenidos por históricos (los que ostentan forma narrativa) no se deben entender, ni total ni parcialmente, en otro sentido que el literal, excepto el caso (que no se debe admitir con ligereza y sin fundamento) en que, sin menoscabo de las doctrinas de la Iglesia y salvo su juicio, se demuestre con argumentos sólidos, que el Espíritu Santo no quiso manifestar historia verdadera y propiamente dicha *(historiam vere et proprie dictam)*, sino parábola, alegoría u otro sentido distinto del rigurosamente literal e histórico. Benedicto XV confirmó explícitamente este decreto de la Comisión Bíblica [3]. Queda, pues, en pie, el sentido literal o histórico; cualquiera otro deberá acreditar su derecho con argumentos sólidos. Puede suceder también que un libro de sello histórico sea una mezcla de verdad y de ficción; mas esto ocurre solamente en narraciones de importancia secundaria, o que nos describen episodios sueltos (Judit, Ester), o tratan de la historia de una familia (Tobías, Rut).

d) *Dado que los escritores inspirados se hubieran servido de fuentes, se debe admitir que no dudaron de su autenticidad, antes bien, garantizaron su veracidad.*—Los autores sagrados no siempre fueron testigos, y a veces ni siquiera contemporáneos de los sucesos que narran; por donde era necesario que se sirviesen de fuentes históricas, orales y escritas. Estas no fueron muchas, o

---

Testamento) con un midras (narración adornada, no histórica, aunque de fondo histórico). Según los modernos, pertenecen a este género literario no sólo las *Crónicas (Paralipómenon)*, sino también *Gen.* 14 (Melquisedec); *Ios.* 22 9-34; *Iudic.* 20 y 21; *Rut;* I *Reg.* 16, 1-13, 19, 18-24; 21, 11-16; III *Reg.* 13 y IV *Reg.* 1, 9 ss. (Elías); Jonás. Cfr. Wildeboer, *Die Literatur des AT*² (Gotinga, 1905), 415.

1 Encíclica *Providentissimus.*

2 La consulta era esta: ¿Se puede tener por principio sano de exégesis que todos los Libros Sagrados tenidos por históricos, o algunos de ellos, no relatan historia propiamente dicha, sino que tienen forma histórica aparente para expresar alguna cosa distinta de lo que dice el sentido literal o histórico? Respuesta: *negative,* excepto el caso, etc., como arriba en el texto.

3 Encíclica *Spiritus Paraclitus,* 31.

al menos no nos consta que lo fueran. Pero la verdad de una síntesis histórica no depende necesariamente del número de fuentes, sino de la *credibilidad* de las mismas. No se puede *a priori* y sin pruebas fehacientes negar la autenticidad de las fuentes en que se basan las narraciones bíblicas; pero también es difícil probarla por haberse aquéllas perdido todas sin excepción. Sólo por el contenido y carácter de los relatos bíblicos podemos descubrir la naturaleza de las fuentes. Ahora bien, la objetividad y franqueza con que la Sagrada Escritura describe los puntos negros de la historia de Israel y de sus grandes hombres es claro argumento de la veracidad de las fuentes. Y aunque para el escritor sagrado la verdad de su historia consistiese en la *coincidencia* de sus relatos con *las fuentes,* no por eso podría ponerse en duda su credibilidad. «El escritor (sagrado) no puede, en realidad, decir sino lo que encuentra en las fuentes (paganas); mas lo que nos comunica lleva el sello de la autoridad y verdad divina, por la influencia del Espíritu Santo que lo hace suyo» [1].

Los críticos liberales afirman gratuitamente que los escritores sagrados sólo aspiraban a reproducir con fidelidad las fuentes, mas no a reflejar los *hechos históricos.* Mas aunque en algún caso *particular* el historiador bíblico se remita a la garantía de las fuentes — y aun ello habría que demostrarlo por el texto o el contexto o de alguna otra manera, — no por eso les es dado deducir una conclusión general. No era la mente del historiador aducir las fuentes para que el curioso lector pudiera comprobar la exactitud de su cita; sólo buscaba con ello ponerle en camino de investigar noticias más detalladas, que completasen el cuadro que le trazaba. Lo dicho se puede aplicar a la hipótesis de las *citationes implicitae* (citas sin indicación de fuentes). Esta hipótesis es frecuentemente un recurso muy cómodo para desentenderse de las dificultades históricas de la Biblia, sustrayéndolas en concepto de citas del dominio de la Inspiración. La Comisión Bíblica estableció su criterio en decreto del 13 de febrero de 1905. *No* es lícito a los exegetas católicos, para desembarazarse de las dificultades que ofrecen los pasajes históricos de la Biblia, suponer que son meras citas de documentos escritos por autores no inspirados, cuyos asertos no comparte ni hace suyos el autor sagrado, los cuales, por tanto, no pueden ser tenidos por infalibles; hay que exceptuar sin embargo el caso en que (salvo la doctrina y juicio de la Iglesia) se demuestre: 1), que el hagiógrafo cita realmente palabras o documentos de otro; y 2), que ni las aprueba ni hace suyas, de suerte que se pueda afirmar con razón que no habla en nombre propio. También Benedicto XV nos previene contra el abuso de la hipótesis de las citas implícitas [2].

e) *La verdad de los relatos bíblicos consiste no sólo en que el historiador reproduce con fidelidad las tradiciones populares u opiniones (erróneas) de la época,* sino que su exposición responde a la realidad histórica. Benedicto XV rechaza explícitamente la teoría de quienes atribuyen a los escritores sagrados el plan de escribir «historia según las apariencias», por cuanto, en cuestiones históricas, estaban tan poco iluminados por la Inspiración como en ciencias naturales.

Esta teoría se basa en ciertas sentencias de san Jerónimo y en la encíclica *Providentissimus;* pero es insostenible tanto en sus fundamentos como por sus consecuencias. Es cierto que en san Jerónimo (y otros santos Padres, como san Juan Crisóstomo) se leen frases como ésta: en la Sagrada Escritura se dicen muchas cosas según las opiniones de la época y no según la verdad objetiva *(rei veritas);* y aun es costumbre de los escritores bíblicos relatar las opiniones, según se creían en su tiempo [3]. Pero si atendemos al contexto donde aparecen esas o parecidas frases, echaremos de ver que no se refieren a pasajes históricos, sino sólo a nombres, señas, expresiones de uso corriente. Por ejemplo, al anta-

---

[1] Rademacher, *Gnade und Natur*[2], 72.
[2] Encíclica *Spiritus Paraclitus,* 31.
[3] San Jerónimo, *Comm. in Ierem.* 28, 10; *In Matth.* 14, 8. Bibliografía v. en Fonck, *Der Kampf um die Wahrheit der Heiligen Schrift,* 125 ss.

gonista del profeta Jeremías se le da el nombre de «profeta» (en vez de «*falso* profeta»); a san José se le llama «padre de Jesús» (en vez de «padre putativo»). De donde, no se les puede dar una generalidad que no tienen; antes deben tomarse con las limitaciones que la ideología de san Jerónimo [1] y demás santos Padres y la cosa misma imponen, a saber: todo cuanto el autor inspirado dé por sucedido y afirme como cierto, aconteció realmente y es objetivamente histórico. Cabe en algunos casos la duda de si realmente afirma el historiador sagrado o sólo reproduce una sentencia. Demos que el autor inspirado expusiera un dato (lugar del Paraíso, por ejemplo), o un pensamiento de manera asequible al vulgo y según los conocimientos físicos y geográficos de su época; pero es difícil admitir que se acomodara a relatos o documentos históricos objetivamente inexactos.

Tampoco puede esta teoría buscar apoyo en la encíclica *Providentissimus* [2]. León XIII no dice que los principios establecidos para juzgar de las ciencias naturales en relación con la Sagrada Biblia sean también aplicables a otros campos del saber humano, en particular a la historia. Equivaldría esto a admitir la posibilidad de que las cosas históricas se hallaran expuestas en la Sagrada Escritura en forma simbólica, o según la apreciación popular (según las «apariencias», o más exactamente, de oídas), o según las opiniones y capacidad de los contemporáneos, no entrando en las intenciones del Espíritu Santo instruir a los hombres acerca de asuntos (históricos) que no aprovechan para la salvación. Mas el contexto y razonamiento del documento pontificio excluyen semejante consecuencia. En él se dice que los principios establecidos para evitar y combatir las falsas teorías científicas y filosóficas, deben aplicarse a las ramas afines de la ciencia, especialmente a la historia, porque también de éstas se abusa para luchar contra la Revelación y argüir de error a la Santa Biblia. Ade-

---

[1] Cfr. su *Credo* bíblico en Fonck, l. c. 28. Schade, *Die Inspirationslehre des hl. Hieronimus,* en *BSt* XV 4-5 (1910). Benedicto XV rechaza con energía la interpretación que para defender su concepto liberal de la historia bíblica dan algunos a las palabras de san Jerónimo. Los fautores de novedades «van tan lejos que apelan al Doctor de Estridon (san Jerónimo) para defender su propio parecer, como si hubiera éste afirmado que en la Biblia se observa la fidelidad y orden históricos no según la realidad, sino según lo que en aquel tiempo se pensaba, y como si hubiera defendido que tal era la ley propia de la historia. En lo cual es de admirar cuanto retuercen las palabras de san Jerónimo para sus propias invenciones. Pues ¿quién no ve que Jerónimo no afirma que el hagiógrafo, ignorando la verdad de los hechos que narra, se acomoda a la falsa opinión del vulgo, sino que, al imponer un nombre a las personas y cosas, sigue el modo común de hablar? Como cuando llama a san José padre de Jesús, da a entender sin obscuridad en todo el hilo de la narración qué entiende con el nombre de padre. Y ésta es verdadera ley de la historia, según la mente de Jerónimo: que el escritor emplee el modo usual de hablar, cuando se trata de estas denominaciones, quitado todo peligro de error, porque el uso es árbitro y norma del bien hablar» *(Spiritus Paraclitus,* 29).

[2] *Haec ipsa deinde ad cognatas disciplinas, ad historiam praesertim, iuvabit transferri.* La traducción: «Estos principios pueden aplicarse según convenga a las disciplinas afines, especialmente a la historia», es errónea e induce a error. Debe traducirse de esta otra manera: «Lo mismo (lo que en los párrafos anteriores se ha dicho contra el proceder de los naturalistas que traspasan los límites de su competencia), lo mismo puede también aplicarse (con provecho) a las ciencias afines, especialmente a la historia. Porque es lamentable que muchos de los que exploran a fondo y sacan a luz los monumentos de la antigüedad, las costumbres y las instituciones de los pueblos, y testimonios semejantes, entregándose con este motivo a grandes trabajos, tengan frecuentemente por fin encontrar la mancha de un error en los Libros Santos, a fin de dañar y quebrantar por completo la autoridad de los mismos» (p. 56). Benedicto XV ha dado en su encíclica *Spiritus Paraclitus* la interpretación auténtica de la tan discutida frase de León XIII: «Porque si (León XII) afirma que los principios de las ciencias naturales se pueden también trasladar con provecho a la historia y disciplinas afines, esto no lo establece como cosa general, sino tan sólo ordena que procedamos del mismo modo para destruir las falacias de los adversarios y defender contra sus impugnaciones la fidelidad histórica de la Sagrada Escritura.»

más, no es lo mismo descripción de la naturaleza según lo que aparece, que «historia según las apariencias» (es decir, de oídas). Esta no garantiza la verdad, antes bien lleva mezclados verdad y error, con grave menoscabo de la autencidad e infalibilidad de toda la historia bíblica. Téngase en cuenta, finalmente, que la historia de las maravillas del Señor, de los hombres y del reino de Dios, no son *cosa accidental* (como los datos científicos naturales), sino parte esencial de las enseñanzas, avisos, amonestaciones y consuelos de Dios, comunicados a su pueblo mediante los Sagrados Libros; un error objetivo en esto, necesariamente alcanzaría a lo esencial. Este recurso a la encíclica de León XIII, que muchos consideran «incontestable», Benedicto XV lo califica de «infundado, falso y erróneo». La física estudia lo que aparece a los sentidos, y por tanto, debe estar de acuerdo con los fenómenos; pero la ley suprema de la historia es que la descripción esté conforme con la objetividad de los acontecimientos [1].

c) Los sistemas racionalistas y la historia bíblica

Partiendo de los falsos principios del método crítico arriba expuestos (negación de la Revelación e Inspiración y de todo el orden sobrenatural, evolucionismo religioso y cultural), el racionalismo califica los relatos bíblicos de mitos, leyendas, adornos legendarios o ficciones tendenciosas. No creemos necesario mencionar las diferentes formas en que se presentó en los siglos XVIII y XIX esta teoría; no hablemos ya de combatirlas o refutarlas, pues la ciencia misma se ha desentendido de ellas. Dos son las tendencias racionalistas que actualmente privan; y aunque nacidas de principios fundamentales comunes, se oponen rudamente por la manera diversa de apreciar el desenvolvimiento de las ideas religiosas y la historia del pueblo hebreo (y de todo el Oriente). Podríamos denominarlas *teoría evolucionista* y *teoría de las religiones comparadas (babilonismo)*.

18. La *escuela evolucionista,* que milita bajo la enseña del darwinismo, califica de *idealista* y no conforme con la realidad el cuadro histórico que de la evolución interna y externa de Israel nos ofrece la Sagrada Biblia. El pueblo escogido siguió en su desenvolvimiento religioso el camino opuesto, y su historia es tan poco simpática como la de los pueblos paganos circundantes.

De la protohistoria de Israel — según esta teoría — no podemos formarnos idea cabal, si bien es cierto que el fondo de las leyendas primitivas y patriarcales tiene más enjundia y es más instructivo que el de los demás pueblos. Con *Moisés* comienzan a surgir las primeras luces de las tinieblas de la leyenda. Moisés congregó en torno suyo tribus arábigo-madianitas que conservaban memoria de su estancia temporal en Egipto, y les dió un principio de unidad nacional, imponiéndoles el culto de Yahvé, una de las divinidades que recibían adoración, en la Península del Sinaí. Fué la levadura y la fuerza impulsiva que dió consistencia y sostén a estas tribus. Pero ni en la «época heroica» de Israel (Jueces), ni siquiera en la de David, estamos en terreno realmente histórico. Con la conquista de Jerusalén por David y con la incorporación a su cetro de todos los pueblos de Canaán, comenzó el hebreo a organizarse en todos los órdenes y se escribió la primera página de historia propiamente dicha, cuyo centro de gravedad estuvo, a partir de la división de Israel, no en Judá, sino en el reino del Norte (Samaria). Con el Templo salomónico vino la centralización del culto, que fué más tarde desenvolviéndose y transformándose por obra de los profetas, sobre todo desde que «un piadoso embuste» descubrió e introdujo el *Deuteronomio* en tiempo del rey Josías (621). La época profética, que termina con la catástrofe del cautiverio, produce el llamado monoteísmo ético, altera completamente el concepto religioso y elabora y retoca tendenciosamente la historia anterior, como se trasluce (?) en los libros de los Reyes. El judaísmo, llegado

---

[1] *Spiritus Paraclitus,* 29.

a su madurez en el Destierro, produce la religión legal, la cual, puesta por Esdras como fundamento de la reorganización iniciada al volver de Babilonia, se infiltra hasta en el concepto más elevado de Dios (Yahvé, Señor del mundo, de ahí el universalismo), pero viene luego a degenerar en anquilosado fariseísmo. Esta religión del judaísmo es la que encontramos codificada en el actual *Pentateuco,* y presentada como de fecha antigua (época mosaica y anterior a los profetas) en los libros históricos, por obra y gracia de grandes ficciones. De aquí que no se pueda considerar la ley mosaica como origen sino como resultado del desarrollo histórico, y que se haya de relegar los libros de Moisés y la mayor parte de los históricos, proféticos y didácticos del Antiguo Testamento a la época posterior al Destierro.

Esta es la fórmula de la escuela crítico-histórica o evolucionista de Graf-Reuss-Wellhausen, cuyas «conclusiones» circulan por la literatura teológica protestante del último cuarto del siglo XIX, y se encuentran vulgarizadas en multitud de manuales de historia de las religiones y de historia profana [1]. Es insostenible esta teoría, porque su argumentación es un círculo vicioso: llega a la separación de las fuentes por medio de criterios internos, y luego construye la historia utilizando esas fuentes establecidas arbitrariamente. Es, además, opuesta a la tradición atestiguada por las fuentes más antiguas, que ante la crítica pasan por indiscutibles, en particular por los profetas Amós, Oseas, Isaías y Miqueas. Estos reconocen y atestiguan (explícita o implícitamente) el pecado de Adán [2], la elección de Abraham [3], la destrucción de Sodoma y Gomorra [4], la historia de Jacob (en particular la lucha con el Angel [5]), el éxodo de Egipto y el viaje por el desierto [6], la obra de Moisés [7] y su legislación, escrita [8] y conocida en una porción de prescripciones [9]. Es psicológicamente imposible e históricamente insostenible admitir que los profetas—poseídos del más puro idealismo moral,—se hubieran servido para sus fines de interpolaciones, falsificaciones y elaboraciones tendenciosas. Por último, los descubrimientos modernos van esclareciendo la tradición antigua israelita, dándole nueva vida histórica [10], al paso que se derrumban las hipótesis del evolucionismo [11]. El mismo Wellhausen ha pronunciado la sentencia de muerte de su teoría con estas palabras: «Si la tradición israelita está *dentro de lo posible,* sería una locura preferir otra posibilidad». La posibilidad (natural) de la tradición hebrea puede demostrarse hoy mejor que nunca. Los resultados de la arqueología han hecho rectificar notablemente la

---

1 Una crítica extensa y acertada de la teoría de Wellhausen puede verse en Theis, *Friedrich Delitzsch und seine «grosse Täuschung» oder Jaho und Jahve* (Tréveris, 1921), 24 ss. E. König caracteriza de esta manera el procedimiento «crítico» de dicha escuela: «aparenta *ignorar* lo que consta en las fuentes; y lo que en éstas no aparece, lo *inventa*» *(Friedrich Delitzschs «Die Grosse Täuschung» kritisch beleuchtet,* Gütersloh, 1921, 83).

2 *Os.* 6, 7.

3 *Is.* 29, 23. *Mich.* 7, 20.

4 *Os.* 11, 8. *Is.* 1, 9. *Amos* 4, 11.

5 *Os.* 12, 2 ss.; cfr. *Gen.* 32, 24-31.

6 *Os.* 2, 14; 7, 16; 11, 1; 12, 9-13; 13, 4-5. *Amos* 2, 10; 3, 1; 9, 7.

7 *Os.* 12, 13. *Mich.* 6, 4. *Is.* 63, 11-12.

8 *Os.* 8, 12.

9 Cfr. los pormenores en Kley, *De Pentateuchfrage* (Münster, 1903), 223 ss.; *TAS* 1899, 512 ss.; 1901, 94 ss.

10 Cfr. *supra,* núm. 15.

11 «No se encuentra en el antiguo Oriente un ejemplo que confirme el dogma de la evolución rectilínea desde el grado ínfimo de cultura hasta el superior. Conforme van ampliándose los conocimientos del pasado histórico, se despierta en nosotros la impresión de decadencia más bien que de progreso; en todos los campos (arte, ciencia y religión), nos ocurre lo mismo... Se puede decir que de todos los conocimientos adquiridos mediante los innumerables testimonios recientemente descubiertos, contemporáneos de aquellos sucesos, el fruto más excelente ha sido el convencimiento de que va al fracaso la aplicación al mundo antiguo del principio de la evolución continua y progresiva. Ahora bien, este principio es el eje de la ciencia bíblica (evolucionista) actual» (Weber, *Theologie und Assyriologie im Streit um Babel und Bibel,* Leipzig, 1904, 17).

teoría wellhausiana de la historia religiosa hebrea, y por ende, los fundamentos del sistema evolucionista [1]. Huelga decir que la teoría que acabamos de exponer está en pugna con la Revelación.

19. A principios del siglo XX aparece en escena la teoría de las *religiones comparadas*, completando en parte y en parte rectificando las teorías crítico-literarias [2]. Partiendo de los mismos principios que éstas, fija su interés, no en la separación de fuentes y discusión de la época en que se escribieron los Libros Sagrados, sino en el estudio de la religión del Antiguo Testamento y su desarrollo histórico. A este fin, compara las religiones de Oriente y de la antigüedad en general, investiga su naturaleza y manifestaciones vitales, su literatura e historia. Este estudio resulta favorable a la religión y literatura del Antiguo Testamento, por cuanto ha demostrado que tienen mayor antigüedad que la señalada por la escuela crítica. Pero, en cambio, coloca la religión judía al mismo nivel de las paganas [3], y en vez de historia nos brinda *leyendas*. Da *a priori* por legendarios aquellos episodios de la Sagrada Escritura en que se relatan hechos extraordinarios y prodigiosos; mas también en otros capítulos, como las narraciones del *Génesis*, descubre carácter popular, y por ende, legendario. Para discernir la historia de la leyenda establece el siguiente criterio: la leyenda es en su origen tradición oral; la historia, documento escrito;—la leyenda trata de lo privado, personal, familiar; la historia, de los grandes acontecimientos públicos; — en las memorias históricas se puede siempre descubrir un camino que lleva del testigo ocular al narrador; la leyenda echa mano de la tradición y de la fantasía; — la leyenda da preferencia a lo «increíble» y acoge cosas que «repugnan a nuestros conocimientos mejor cimentados»; — la leyenda, finalmente, pertenece al género poético; la historia, al prosaico; «quien ha gustado del encanto poético de las leyendas antiguas, se enoja contra el bárbaro que sólo teniéndolas por historia y prosa cree apreciarlas dignamente» (Gunkel). En confirmación se citan las tradiciones legendarias primitivas de los pueblos paganos; es posible que en ellas se encuentren elementos históricos, aunque encubiertos con los atavíos de la poesía.

Estas hipótesis y conclusiones son arbitrarias y falsas. El concepto que establecen de leyenda e historia es caprichoso. Interesan a ésta no sólo los grandes acontecimientos políticos, sino también los hechos privados y de pequeña importancia que en realidad, nunca desprecia la historiografía, cuando cree que pueden serle útiles. ¿Serían posibles, de otra suerte, las biografías o la historia de la civilización? La importancia de los relatos bíblicos estriba esencialmente en su contenido religioso, es decir, en los elementos relativos a la historia de la Revelación. Y no se destruye porque los racionalistas afirmen que «lo principal de esos relatos es el tono poético», con la salvedad de que «leyenda no es sinónimo de mentira», antes bien la narración poética (leyenda) es más propia que la prosaica para conservar y transmitir las ideas religiosas. Porque ni la leyenda puede sin más calificarse de ficción, ni los límites entre exposición poética y prosaica son tan imprecisos en el Antiguo Testamento, que se puedan tener por producciones poéticas las sencillas y sobrias, aunque instructivas, narraciones populares (del *Génesis* y del Antiguo Testamento en general). En el Antiguo Testamento, los hechos llegan al narrador a través de la tradición. ¿Por qué no habría ésta conservado los sucesos sencillos de la historia primitiva y patriarcal en un pueblo como Israel, «que tenía tan despierto el sentido para la guarda de

---

[1] Cfr. Bea, *Deutsche Pentateuchforschung und Altertumskunde in den letzten vierzig Jahren*, en *StZ* XCIV (1918), 470.

[2] Ha sido desarrollada principalmente por Gunkel en su obra *Erklärung der Genesis*[3] (Gotinga, 1910) y llevada a las últimas consecuencias por Gressmann, Gunkel y otros, en la obra científico-popular: *Die Schriften des AT in Auswahl neu übersetzt und für die Gegenwart neu erklärt* (Gotinga, 1911-16).

[3] Por el contrario Kittel, en el discurso arriba citado (p. 24, nota 4), llama a la religión de Israel «flor de todas las religiones antiguas», «instrumento en manos del maestro... para levantar la religión absoluta» (*ZAW* 1921, 98).

aquellos recuerdos?» (König). ¿Qué dificultad hay en admitir que algunas tradiciones fueron anotadas ya antes de llegar a su definitiva redacción? [1] Es claro a todas luces que la tradición hebrea contiene muchas cosas que la diferencian esencialmente de las leyendas populares, y no permiten equipararla a éstas. Así sucede con el recuerdo imborrable de los sucesos y tradiciones de la época premosaica, que no llegaron a ser oscurecidos ni extinguidos por el esplendor de los tiempos mosaicos y posteriores a Moisés. Esta antigua tradición israelita contrasta en fondo y forma con las leyendas paganas. En los libros posteriores del Antiguo Testamento y no menos en los del Nuevo, «se la considera como realidad y no como poesía» (Gunkel). «No hay, pues, cuestión» para el historiador ni para el fiel cristiano de si es leyenda o historia.

20. El *babilonismo,* conocido y vulgarizado merced a la polémica bíblico-babilónica («Babel-Bibel») suscitada con motivo de algunas conferencias públicas del asiriólogo Federico Delitzsch (Berlín, 1902-1903), combate el carácter revelado de la religión del Antiguo Testamento, pretendiendo explicar su desenvolvimiento por la influencia de las ideas y civilización babilónicas, y la historia religiosa del Antiguo y Nuevo Testamento por plagios, o cuando menos analogías de la historia religiosa de los pueblos orientales. Las ideas religiosas fundamentales (origen del mundo, pecado original, precepto del sábado, sacrificios, leyes morales, esperanza de la vida futura), tomadas de la tradición babilónica, habrían sido despojadas de conceptos politeístas, depuradas y elaboradas por influjo del monoteísmo. Se cree haber hallado huellas de monoteísmo (y aun el nombre de la divinidad Yahvé [2]) en la época del rey Hammurabi (2000 a. de Jesucristo) en ciertas tribus arábigas que emigraron a Babilonia y llegaron a empuñar las riendas del poder, y de las cuales salieron los israelitas después de algunos siglos. Israel, como toda Asia Menor, estuvo desde el principio influído por la civilización babilónica [3], según se ha podido apreciar con bastante preci-

---

[1] «Aunque nada pudiera objetarse al análisis de las fuentes... sin embargo, la semblanza (de los patriarcas de Israel) es esencialmente la misma que ofrecen las diversas fuentes que se pueden determinar con seguridad. Es además tan sencilla la historia patriarcal, se mueve en tan angostos límites, que es de maravillar la sobriedad de la fantasía que inventó las figuras de los antepasados. No es posible afirmar con seriedad que tradición tan sencilla como ésta no pudiese conservarse varios siglos sólo por tradición oral, si se considera cuán tenaces eran los pueblos antiguos en transmitir a la posteridad las tradiciones recibidas de sus mayores y cuán precioso y sagrado era este depósito para las tribus hebreas» (Orelli, *Wider unberechtigte Machtsprüche der Kritik*, 9).

[2] Cfr. *infra* núm. 239. Asiriólogos de nota niegan que el nombre de Yahvé se encuentre en documentos babilónicos; así Zimmern (*Keilinschrift und Bibel*[3] 34), Bezold (*Die assyrisch-babylonischen Keilinschriften,* 31), Oppert, Halévy, Hilprecht, Budge, Margoliouth, Algyogyi-Hirsch. Ya antes de la polémica «Babel-Bibel», demostraron los asiriólogos Hommel y Sayce (1898) la raíz lingüística de *Yahve* en la forma *Ya(u).* Según recientes investigaciones (comparación de nombres personales babilónicos antiguos), parece que las formas *Ya've, Ya'u* y *Ya* son nombres de Dios, pero sólo entran en la composición de nombres personales: cfr. *BZ* 1912, 24 ss. Mas de aquí nada se sigue acerca del concepto que va unido al nombre hebreo de Dios; cfr. *RB* 1903, 362; 1907, 385; Theiss, l. c. 56; *Jaho und Jahve,* 49 ss.

[3] Hay en esto mucha exageración; y no advierten que también se dejó sentir en Israel la influencia de la civilización egipcia, fenicia y árabe, como lo prueban las recientes excavaciones de Gezer, Taanek y Mutesellim. Está fuera de duda, por ejemplo, que los nombres babilónicos de los meses se adoptaron muy tarde (en el Cautiverio) entre fenicios y hebreos; que la lengua y escritura hebreas eran distintas de las de Babilonia (aunque las de esta nación se conocían en Israel); y que, respecto de ideas cosmográficas (astronómicas), las analogías entre hebreos y babilonios son mucho menos en número y calidad que las diferencias; lo cual es muy de notar, dada la importancia que tenían en Babilonia la astronomía y astrología. Así sucede que de los 5 ó 6 nombres de constelaciones que cita el Antiguo Testamento, ninguno se ha llegado a descubrir hasta el presente en las inscripciones cuneiformes. Cfr. Schiaparelli, *Die Astronomie im AT* (Giessen, 1904), 16. Tampoco en el sistema de monedas, pesas y medidas dependía Israel de Babilonia (cfr. Kalt, *Bibl. Archäologie,* Friburgo, 1924, núm. 67 ss.).

sión en las tablillas de Tell el-Amarna y en el código de Hammurabi; es, pues, muy probable que aun en época histórica plagiase Israel los mitos babilónicos. Mas, aunque no se pueda demostrar o admitir esto, la semejanza y analogía de ideas y el desarrollo de ambos pueblos revelan igual grado de cultura; más aún, en lo tocante a la moral la comparación resulta favorable a Babilonia. No puede por tanto pretender la religión del Antiguo Testamento el calificativo de revelada; la historia de Israel, prescindiendo de los profetas, no es mejor que la de los demás pueblos. La influencia babilónica abarca las épocas anterior y posterior al Destierro hasta el Nuevo Testamento. Y aunque en este último la «investigación» no ha obtenido resultados definitivos, cree sin embargo reconocer en una porción de «ideas cristológicas» y de rasgos evangélicos, huellas de conceptos mitológicos babilónicos, «que pudieron penetrar en parte mediante el mazdeísmo o bien combinarse con elementos mitológicos egipcios» [1].

La idea frecuentemente repetida de haber vivido el pueblo de Dios como encerrado entre cuatro paredes sin contacto con el mundo, carece de base histórico-bíblica. Por el contrario, nos dicen a cada paso los Libros Sagrados, que Israel conocía su parentesco genealógico y cultural con los demás pueblos, y que estaba expuesto a múltiples y variadas influencias. Extraño sería que no se advirtiesen huellas y reliquias de la cultura de otros pueblos en la civilización material y espiritual y aun en el desarrollo religioso de Israel. Mas no hay derecho a ver en esto un argumento contra el carácter revelado del Antiguo Testamento; antes bien ello es prueba de aquella maravillosa y divina *pedagogía,* que por una parte protegió al pueblo escogido, guiándolo a través de los más variados influjos naturales, y por otra acertó a ponerlo todo a su servicio, aun los peligros y errores ético-religiosos, que temporalmente toleró, aunque sin aprobar costumbres menos perfectas, hondamente arraigadas. Es la pedagogía que en el Nuevo Testamento deja crecer en el campo del Señor la cizaña con el trigo hasta el día de la siega; es el espíritu acomodaticio que siempre ha observado la Iglesia en la educación de los pueblos, aunque sin renunciar a una tilde de las normas de sabiduría divina a ella confiadas.

En la demostración del carácter revelado de la Sagrada Escritura no debe entrar en cuenta lo que la misma Sagrada Escritura presenta como extraño, erróneo e inadmisible (es decir, mucho de lo que es propio de la «religión popular»), sino aquello que está sancionado en la doctrina y en la Ley, y aprobado como bueno y justo en la historia de Israel y en la vida corriente. Es claro que, *a priori,* ni las influencias profanas de orden material o espiritual, ni el parentesco o comunidad de ideas, apreciaciones y conceptos con otros pueblos repugnan o dañan al carácter revelado de la religión del Antiguo Testamento.

Las verdades religiosas de orden natural que la Revelación presupone o abiertamente enseña, pertenecen de por sí al patrimonio común de toda la humanidad, o por lo menos pueden pertenecer, siendo, como son, asequibles a la razón natural. Cuanto a aquellas verdades sobrenaturales que constituyen el objeto específico de la «Revelación», han sido encomendadas a la *revelación primitiva* y han sido transmitidas en formas muy diversas, alteradas y desfiguradas por las distintas ramas de la humanidad, hasta llegar como herencia paterna hasta nosotros. Resulta, pues, que la religión revelada tiene mucho de común con las religiones de los pueblos, o más bien, que las tradiciones religiosas de los pueblos tienen notables puntos de contacto con las del pueblo escogido. El concepto de «revelación mosaica» no significa que todo lo que está en

---

[1] Los pormenores en *KAT*[3] 377-394; un compendio al alcance de todos en Zimmern, *Keilinschrift und Bibel nach ihrem religionsgeschichtlichen Zusammenhang* (Berlín, 1903); Jeremías, *Babylonisches im NT* (Leipzig, 1905); para formar criterio cfr. Nikel, *Zur Verständigung über Babel und Bibel,* 10 ss.; *BZ* II 56, III 180; Kugler, *Babylon und Christentum,* fascículos 1 y 2 (Friburgo, 1903-04); Meinertz, *Das NT und die neuesten religionsgeschichtlichen Erklärungsversuche* (Estrasburgo, 1904). —Acerca de la cuestión «Babel-Bibel» v. *PB* 1904, 145 ss.; *BZ* I 321, II 101-325, III 95, IV 96-323.

la Ley y en la doctrina del Antiguo Testamento necesariamente es nuevo o inspirado a la letra en el fondo y en la forma; la Ley y la doctrina encierran enseñanzas que pertenecían a la tradición, o había consagrado el uso. Puede asimismo admitirse que de Egipto y Babilonia pasasen a Israel y fueran utilizadas para el culto ciertas ideas, formas y costumbres, siempre que fuesen humanas, útiles, razonables y consagradas por el uso.—Analogía, parentesco, y aun, si se quiere, comunidad de ideas y tradiciones religiosas, no es argumento cierto de la existencia de trasiego, menos aún de dependencia literaria; pueden explicarse por un origen común más antiguo. Y sobre todo, hay que admitir esto, si no se puede demostrar con seguridad la existencia de afinidades históricas y de relaciones de los pueblos con Israel, y si las afinidades están contrarrestadas por divergencias esenciales. Así sucede con las tradiciones babilónicas (egipcias, etc.) y las bíblicas, entre las cuales las divergencias son numerosas. El punto más flaco del babilonismo está precisamente en que realza las analogías, pone en primer término las afinidades y corre un velo sobre las divergencias o procura borrarlas [1], de suerte que le es tan difícil como al evolucionismo explicar lo que hay de propio, peculiar y excelente en la historia, doctrina y vida de Israel. Si en el pueblo escogido no influyeron otros factores que en los pueblos gentiles, particularmente en los semíticos, si el pueblo hebreo estuvo tan supeditado a la civilización babilónica, y sus ideas religiosas y tradiciones son plagio de las de Babilonia, ¿por qué la evolución del pueblo hebreo es tan distinta y aun opuesta a la de sus vecinos? ¿De dónde nace esa oposición tan profunda, tan palmaria e irreconciliable entre Israel y Babilonia, a pesar del parentesco lingüístico, ideológico y cultural? ¿De dónde ese monoteísmo único en su género, cuya fuerza vital y energía moral lograron resistir y vencer todas las influencias extrañas? [2] «El puro monoteísmo, el profetismo tan característico y la voz de la conciencia popular, que nunca se adormeció del todo en Israel, son el abismo profundo que se abre entre el pueblo hebreo y los pueblos paganos, por más que lleve Israel en su exterior todos los caracteres de su raza y de su época y profundas huellas del influjo babilónico, asirio, egipcio, árabe, etc. Tratamos de escrutar por todos los medios rigurosamente científicos que están a nuestro alcance el gran misterio que desliga, por decirlo así, al pueblo de la Antigua Alianza de toda conexión histórica con los pueblos paganos y le imprime un sello que le convierte en el prodigio de las naciones. *Pero el camino para descubrir esta verdad no pasa por Babel,* si bien es cierto que a los monumentos cuneiformes se debe el avance extraordinario de los estudios bíblicos en el pasado, y de ellos se espera no poco en lo futuro» [3]. Sobre esto, es más que problemático ser los mitos babilónicos representantes de la tradición *más primitiva.* Los babilonios la tomaron, como muchas otras cosas, de los sumerios, sobre cuyos hombros descansan [4]; y hoy en día no se puede dilucidar «si todos los materiales mitológicos encontrados en la biblioteca de Sardanápalo se consignaron por escrito realmente en época tan remota, y si las copias reproducen

---

[1] Cfr. König, *Die Babel-Bibel Frage und die wissenschaftliche Methode* (1904), 5 ss.

[2] Cfr. Nikel, *Der Monotheismus Israels in vorexilischer Zeit* (Paderborn, 1893); *BZF* I, 2; Lotz, *Das AT und die Wissenschaft* (Leipzig, 1905), 202 ss.

[3] Hilprecht, *Die Ausgrabungen am Bel-Tempel zu Nippur,* 74.

[4] «*Muy probablemente* la mitología babilónica es esencialmente de origen presemita, adoptada por los semitas invasores» (Köberle, *Die Kultur der semitischen Völker,* Leipzig, 1901, 18). Reconoce esto también Delitzsch (l. c. 32; cfr. *KAT*[3] 349), y lo confirman las investigaciones que se van haciendo acerca de la «cuestión sumeria». Cfr. Landersdorfer en *BZF* VIII (191, 457 y 472): «Como quiera que sea, también los recientes descubrimientos han dado nuevo aliento a los que sostienen que todas estas narraciones del origen del mundo y del género humano *provienen de una tradición común,* genuinamente conservada en la Biblia. Y aun, bien apreciadas las cosas, podría darse por verosímil que esta tradición pasó por las manos del pueblo civilizado más antiguo, el sumerio, y tal vez de él la tomaron los ascendientes de Abraham, antes de que fuese desfigurada con aditamentos y adornos mitológicos.»

con fidelidad la forma primitiva de las leyendas, o bien representan un momento evolutivo posterior» [1]. — Está ya demostrado que el parentesco (relativamente lejano) del código de Hammurabi con la Ley de Moisés (el llamado *libro de la Alianza, Ex.* 20-23) radica en el derecho semítico antiguo; que ambos, por tanto, tienen origen común. Pero admitir que las normas jurídicas — como cualesquiera otras manifestaciones de la vida cultural y popular que guardan alguna semejanza con las de otros pueblos — fuesen tomadas de Babilonia, es sencillamente desconocer los rudimentos del estudio comparativo [2].

Por esto el interés se ciñe actualmente, no ya a la investigación de los trasiegos, sino a la de los *paralelos* entre Babel y la Biblia, para venir a demostrar que tanto en ésta como en aquélla sólo ha lugar la evolución natural, sin influjo alguno de la Revelación. Precisamente la existencia entre los babilonios del concepto de revelación y la semejanza de las distintas formas — «divinidad que se muestra a sí misma, se aparece en sueños, en visiones o en forma de ángel, se manifiesta en el viento o en la tormenta, habla directamente, en particular a los profetas (sea esto una manera simbólica de hablar, sea una creencia religiosa real)» [3] — es prueba de que la revelación es posible, necesaria y real. Pero también cabe buscar la explicación de estos fenómenos religiosos en reminiscencias de la revelación primitiva comunes a todos los pueblos, en razones psicológicas generales, o finalmente, en la adaptación de las verdades reveladas a las ideas individuales y de la época. Los descubrimientos modernos han confirmado nuevamente un hecho de antiguo conocido y apreciado en su justo valor, a saber: que en todas las religiones se sintió la necesidad de la revelación y se conservó memoria de una manifestación de la divinidad acaecida en época muy remota; mas no han podido dar de ello una explicación nueva [4].

Por esto no se menoscaba ni oscurece el prestigio de que merecidamente goza la religión revelada del Antiguo Testamento [5]. Los que ponen la Biblia al mismo nivel moral que Babel, revelan desconocimiento del espíritu que anima la religión del Antiguo Testamento y sorprendente parcialidad a favor de Babilonia [6]. No se puede dar demasiado valor a las afirmaciones de la ciencia babilónica, pues descansan por lo general en hipótesis inciertas, materiales incompletos, conjeturas atrevidas y conclusiones prematuras. A pesar del rápido y enorme aumento de inscripciones descubiertas, son relativamente pocas las noticias que se han esclarecido; millares de textos están por descifrar, y cada nuevo año nos trae nuevas luces; todo va en continuo avance. Lo importante es que, pertrechados de todos los conocimientos lingüísticos necesarios, acometamos la lectura de las inscripciones y las hagamos hablar. Ciertamente no callarán; y la experiencia nos muestra que cada vez que se descifra una inscripción, resulta beneficiado el Antiguo Testamento, y lejos de quedar oscurecido o maltrecho, sale más esclarecido y perfecto [7].

21. Forma especial de la teoría babilonista es el *panbabilonismo*. Pretende

---

[1] Así Bezold, *Ninive u. Babylon* (Bielefeld y Leipzig, 1903), 104.

[2] Cfr. Kohler, *Hammurapis-Gesetz* (Leipzig, 1903), 143.

[3] Así Delitzsch, *Rückblick und Ausblick* (Leipzig, 1904), 29 ss. Con más precisión en *HaoG* 10 ss.; cfr. en contra Kugler *Babylon und Christentum* I (Friburgo, 1903), 23 ss.

[4] Según Winckler (*Ex Oriente lux* I, 6), la filosofía oriental (religión y ciencia) considera todo el saber como revelación de la divinidad. V. en *KAT*[3] 535 los documentos acerca de la revelación primitiva.

[5] Schanz, *Apologie* II, 361 ss., 385 ss. Lotz, *Das AT und die Wissenschaft,* 233 s.

[6] Cfr. Kugler. *Babylon und Christentum* I 46, especialmente 54 ss.; Lotz, l. c. 223.

[7] Bezold, *Die babylonisch-assyrischen Keilinschriften,* 42 s. Cfr. Sellin, *Der Ertrag der Ausgrabungen im Orient für die Erkenntnis der Religion Israels* (Leipzig, 1905); del mismo, *Die atl Religion im Rahmen der andern orientalischen* (Leipzig, 1908). — Un excelente estudio de conjunto acerca de la cuestión *Bibel oder Babel?* puede verse en el fascículo 13 de la colección *Glauben und Wissen* (Munich, 1907); y en Condamin, *Dictionnaire Apologétique de la foi catholique* II[4] (París, 1909), 328-390.

éste explicar el fondo y la forma de la historia bíblica, no por plagios directos de Babilonia, sino por la «filosofía oriental antigua» [1]. Esta filosofía (ciencia y religión) descansa en el culto estelar, y tiene su expresión poética en la mitología, la cual adorna con rasgos humanos a las divinidades estelares, busca en los fenómenos celestes la explicación de los humanos acontecimientos y traslada al cielo los sucesos históricos (leyendas heroicas). Este es el origen y sentido de los mitos astrales, que constituyen el revestimiento, el esquema y la forma de toda la historiografía, de suerte que — como dice la fórmula — «la filosofía oriental presenta los hechos históricos en forma de mitos», de los cuales hay que desentrañar el núcleo histórico. Puede expresarse brevemente la relación de la filosofía oriental con la historiografía mediante esta igualdad: imagen celeste = imagen terrestre, es decir, «todo ser o fenómeno terreno corresponde a otro ser o fenómeno celeste». En consecuencia, la historiografía, la síntesis histórica y aun a veces el mismo asunto histórico, son un reflejo de la mitología oriental. La historiografía mitológica no excluye toda historia real, antes bien es muchas veces envoltura que oculta un núcleo histórico. El mito es para el historiador lo que el metro y el lenguaje elevado para el poeta, lo que las líneas, colores y sombras para el pintor. También los historiadores del Antiguo Testamento escribieron en forma de esquemas o leyendas astrales [2]. Por concretas e instructivas que parezcan las narraciones del *Génesis* o de los libros de los Reyes, no son, sin embargo, conceptos reales, ni siquiera productos de la fantasía, sino leyendas astrales, que deben discutirse cada una de por sí, para averiguar qué haya de histórico en ellas.—Según esta teoría, Abraham, por ejemplo, sería un personaje real; pero en el relato de sus hechos, peregrinaciones y aventuras se han mezclado motivos de un mito lunar babilónico, los cuales le señalan como iniciador de una nueva era (y religión); cosa análoga sucede con la historia de José, Moisés, Saúl, David, etc. Las figuras de estos ilustres varones son encarnaciones de la idea de un salvador caído en la última miseria y levantado de ella para ser el libertador, motivo que tiene su fundamento en las oscilaciones y movimientos lunares (luna llena, luna nueva), y su imagen mitológica en la leyenda de Tammuz-Osiris-Adonis.

Este concepto de las cosas se aparta del tradicional cristiano y también del racionalista corriente; por lo que ha sido rudamente impugnado de todas partes [3], y con razón. Porque en ninguna fuente antigua lo hallamos explícita-

---

[1] Cfr. *KAT*[3]. La exposición sistemática más completa es la de Jeremías, en *HaoG* (1911) y *ATAO* (1916); en la teoría mitológico-astral encuentra Jeremías la clave «de todo el lenguaje simbólico de la Biblia». Winckler, en la colección de memorias que lleva por título *Ex Oriente lux,* ha intentado dar una exposición popular del sistema (Leipzig, 1905-06); el mismo en *AO* III, 2-3; *Die babylonische Geisteskultur in ihren Beziehungen zur Kulturentwicklung der Menschheit (Wissenschaft und Bildung)* (Leipzig, 1907). Orientación general acerca de «El antiguo Oriente y la investigación histórica» *(Der Alte Orient und die Geschichtsforschung)* v. en *WBG* 1906, núm. 41; acerca del panbabilonismo y su importancia: Landersdorfer en *HPB* 1909, 144[1].

[2] Según Winckler — *OLZ* 1905, 233 — leyenda es la forma en que «se lee» para el público, es decir, se pone al alcance del público una persona o un suceso. La leyenda posee una forma agradable y adornada con las galanuras del arte. La forma es aditamento, el suceso es histórico. El sabio renuncia a esta forma y se queda con el saber escueto y árido; el pueblo, en cambio, no le presta oído en estas condiciones. La leyenda es la única forma historiográfica en que se puede hablar al pueblo.

[3] Aparte de los representantes de la teoría evolucionista (Budde, Stade y otros), los cuales ven en el panbabilonismo «fantasías» y «enormidades», el asiriólogo Bezold *(Die assyr.-babylon. Keilinschriften,* 39) sostiene que las inscripciones cuneiformes no ofrecen base alguna para establecer conexión sistemática entre su contenido astral y la historia antigua de Israel. Cfr. *RB* 1905, 5-33 Decididamente opuesto se muestra el asiriólogo y astrónomo P. Kugler en sus escritos: *Kulturhist. Bedeutung der babylon. Astronomie* (en el tercer fascículo de *VGG* 1907), *Im Bannkreis Babels. Panbabylonistische Konstruktionen und religiongeschichtliche Tatsachen* (Münster, 1910) y *Auf den Trümmern des Panbabylonismus* (en *Anthropos* IV 2, 477 ss.); lo mismo el teólogo protestante Wilke en *BZSF* 1907, III, 10.

mente, sino que lo suponen sus inventores y lo deducen de ciertos indicios, guiándose por el afán de ordenar y esclarecer el embrollo de la mitología babilónica. Es cierto que en Mesopotamia fué la astronomía, no sólo la única ciencia, sino también el auxiliar más noble y principal del culto religioso dominante en casi toda el Asia Menor, cuyos caracteres conocemos por la mitología de Grecia y Roma. Como astrología, indudablemente influyó en la filosofía y en el culto de todo el mundo antiguo; y aun en otros aspectos no se puede menos de reconocer su importancia histórico-cultural. Pero se peca por exceso, al atribuirle antigüedad y servicios que no le corresponden. Los textos astrológicos de la biblioteca de Asurbanipal ofrecen un conocimiento simplista del firmamento y manifiestan el vivo deseo de interpretar de una manera mítica los fenómenos estelares, luz, oscuridad y movimiento; empero se echa de menos la aspiración al conocimiento sistemático de las leyes celestes, que constituyen la esencia de la astronomía. Sólo a mediados del siglo VIII a. Cr. asistimos a los comienzos de la ciencia astronómica, con lo que se relaciona la introducción de la era de Nabopolasar (747 a. Cr.). Con esto caen por tierra no pocas hipótesis panbabilonistas, en particular las que se refieren al conocimiento, nomenclatura y sustitución de nombres de los planetas y de divinidades planetarias en tiempos antiguos, a la «precesión del punto vernal» y a la interpretación mítica de los fenómenos celestes que tienen alguna importancia en el «sistema» [1]. En lo tocante a la mitología babilónica, está fuera de duda que es producto de la fantasía poética, que supo adornar y personificar legendaria y simbólicamente los fenómenos naturales (celestes y marítimos) y los hechos históricos. La *epopeya de Guilgamés,* en la cual va entretejido un relato del diluvio, se ha dado a conocer como una descripción accidentada del curso del sol [2].

La mitología astral no puede aplicarse a la Sagrada Escritura, por el mero hecho de faltar en ésta lo esencial del mito: el politeísmo, y en particular el culto estelar, rechazado tan enérgicamente por la religión revelada. Carecen de importancia las huellas o resabios de ideas mitológicas que creen haber encontrado los panbabilonistas en la Biblia; son a lo sumo descripciones poéticas o expresiones cuyo sentido mitológico, si no es dudoso, por lo menos estaba oscurecido y borrado en la conciencia israelita [3]. Es asimismo opuesta al concepto pragmático-monoteísta de los Libros Sagrados la aplicación del esquema astrológico-mitológico a la historiografía hebrea; y son dudosas la uniformidad y universalidad que se atribuye a la «filosofía oriental antigua», la cual no excluye el carácter y la independencia espiritual de los pueblos de Asia Menor, como lo muestra la religión bíblica. Se admite comúnmente que los relatos bíblicos, especialmente la historia primitiva, se diferencian por su sobriedad y sencillez de las fantásticas leyendas mitológicas de los gentiles [4]. No dan prueba

[1] Según P. Kugler en *VGG* 1907, 38 ss. Exposición detallada y pruebas en la magna obra del mismo: *Sternkunde und Sterndienst in Babel* I (Münster, 1906; II ibid. 1909).

[2] Cfr. Kugler, *Die Sternenfahrt des Gilgamesch,* en *StL* LXVI, 433.

[3] Cfr. Nikel, *Genesis und Keilschriftforschung,* 66-103; Zapletal, *Der bibl. Schöpfungsbericht* (Friburgo de Suiza, 1902), 77 ss.; v. *infra,* núm. 26.

[4] Ya advirtieron esto los PP. Apologistas más antiguos, los cuales conocían los mitos paganos por la literatura y vida de sus contemporáneos. Afirman que las lucubraciones de los filósofos, escritores y poetas gentiles son locuras e insensateces, en las cuales rara vez brilla la verdad, o va mezclado el error — así Teófilo, *Ad Autol.* 2, 12 —, mientras que los profetas, iluminados por Dios, sólo verdad (historia) escribieron: lo pasado, tal como sucedió; lo contemporáneo, según se efectuó; lo futuro, según el orden en que había de acontecer (ibid. 1, 14; 2, 9 ; y nada de fábulas necias, ni de invenciones fantásticas (μυθοποιοί, como Herodoto; así Atenágoras), nada de cuentos de viejas (Ireneo). «Comparad vuestras fábulas con nuestras narraciones, exclama Taciano (*Or. adv. Graecos* c. 21) dirigiéndose a los griegos (y aduce las fábulas y los mitos de Grecia)... a mí al menos me dan en rostro vuestras locuras y desvergüenzas y busco en vano la verdad. Como estuviese meditando acerca de las cosas buenas, encontré por casualidad «libros bárbaros», mucho más antiguos que para poder compararse con la doc-

alguna razonable los panbabilonistas, ni siquiera aducen una analogía histórica de cómo pudo el monoteísmo israelita surgir y desembarazarse del laberinto mitológico. También se hace sospechosa esta teoría por haberse de aplicar y probar únicamente en la literatura del Antiguo Testamento, ya que no existe en la antigüedad otro ejemplo de historiografía pragmática. Hay que reconocer, sin embargo, que la explicación panbabilonista de la religión bíblica y la afirmación de la existencia de un núcleo histórico en los relatos de los Libros Sagrados, representan un progreso respecto de las arbitrariedades de la escuela evolucionista. No se puede negar que los panbabilonistas han contribuído no poco a la recta comprensión de la cultura, filosofía y lenguaje del antiguo Oriente, y con ello del Antiguo Testamento. Pero el sistema en conjunto adolece de grandes exageraciones y parcialidades; la mitología astral es en gran parte pura fantasía, y la introducción de los motivos míticos astrales en los relatos del Antiguo Testamento da origen a problemas insolubles de carácter histórico y psicológico [1].

22. Séanos todavía permitido llamar la atención acerca de ciertas corrientes y producciones literarias que reflejan y ponen al alcance de la gente ilustrada y de las masas las teorías científicas aquí discutidas. Se establece con frecuencia antagonismo entre los conceptos de «historia bíblica» e «historia de Israel»: aquélla tiene carácter pragmático; ésta es objetiva, busca la verdad y sólo la verdad, desecha los actos religiosos más sublimes y heroicos, si no los halla suficientemente comprobados, y desenmascara sin piedad los relatos tendenciosos y las contradicciones, dondequiera que estén [2]. Fúndase este parecer en la negación absoluta de toda verdad revelada y en la hipótesis inadmisible de que puede darse algo científicamente falso, pero cierto en religión, intrínsecamente erróneo, pero útil para la edificación. La Iglesia católica rechaza enérgicamente tales opiniones, y fundándose en la ciencia y en la fe, defiende la armonía entre la naturaleza y la Revelación. La ciencia enemiga de la Revelación da por demostrado el antagonismo entre ambas. Apenas hay obra histórica de origen acatólico que no esté influída por los falsos principios y erróneas conclusiones arriba apuntados, o que no los dé por moneda corriente. La pedagogía escolar se preocupa del método y amplitud con que, habida cuenta del estado actual de la ciencia, debe enseñarse en las escuelas el estudio del Antiguo Testamento. Para el caso se dispone ya de literatura en abundancia. Se exige en primer término que en la instrucción de la juventud se suprima la historia del Antiguo Testamento. «Es ardiente deseo de muchos y un postulado de veracidad» llegar a la «Biblia cristiana depurada», conservando sólo aquello que tenga un fin ético-religioso, excluyendo todo lo de carácter histórico-arqueológico, que sólo tiene valor para los judíos, y lo que repugna a «nuestra» manera de pensar y a «nuestros» sentimientos [3]. Para círculos más amplios de lectores hay libros en abundancia, accesibles por su fondo y precio, en los cuales se explica la formación y el contenido de los Libros Sagrados «según los últimos estudios» [4]. Lo que en este sentido trabaja la propaganda socialista y librepen-

---

trina de los griegos.» — Gustan mucho los antiguos apologistas de comparar la cronología e historia paganas (de origen reciente y de carácter mítico) con el tesoro de la doctrina judía y cristiana, es decir, con la historia sagrada desde el principio del mundo; así Tertuliano, *De pallio* c. 2; Teófilo, *Ad Autol.* 3, 23; Hipólito, *Philos.* 10, 30; Clemente Alejandrino, *Strom.* 1, 21. Cfr. *ZKTh* 1906, 88 ss.

[1] En algunos episodios bíblicos (por ejemplo la historia de José) se puede demostrar con toda evidencia que el esquema mitológico-astral nada tiene que ver con las ideas israelitas, más aún, que en muchos puntos las contradice y destruye. Cfr. Jakob, *Quellenscheidung und Exegese im Pentateuch* (Leipzig, 1916), 64 ss.

[2] Stade, *Geschichte Israels* I (Berlín, 1887), 11.

[3] Delitzsch, *Rückblick*, 35.

[4] Pertenecen a esta clase los números dedicados a la historia de las religiones y de la Biblia en las colecciones *Universalbibliotheck* de Reclam (Zittel, *Die Entstehung der Bibel), Göschen, Aus Natur und Geisteswelt, Wissenschaft und Bildung, Religionsgeschichtliche Volksbücher,* etc.

sadora excede a toda ponderación y constituye un serio peligro para la fe de un sin fin de personas, cuyo número debiera tenerse en cuenta [1]. Por esto, los defensores de la fe deben familiarizarse con las armas de los enemigos y estar preparados para cualquier ataque. Los fieles necesitan instrucción sólida para poder responder a todo el que les pida razón de su esperanza (I *Petr.* 3, 15). Es de urgente necesidad que la verdad encuentre defensores que, en cuanto al número y a la fuerza, sobrepujen a los adversarios; y nada es tan propio para persuadir a la multitud a que acepte la verdad, como el ver a hombres de profundos conocimientos científicos abrazarla libremente. De donde es muy de desear que los católicos de reconocida autoridad y competencia científica acometan la defensa total y perfecta de los Libros Sagrados con todos los medios que proporcionan las diversas ramas de la ciencia, máxime siendo esta empresa tan grande, que no es suficiente para darle cima y remate la pericia de los exegetas y doctores sagrados [2].

d) Opinión de los exegetas católicos acerca del carácter histórico de algunos relatos bíblicos

23. *¿Historia o alegoría?*—El carácter histórico de algunos relatos bíblicos ha sido discutido también por sabios que militan en el campo de la Fe, de la Revelación e Inspiración. Fundándose en el procedimiento exegético alegórico tan acariciado por los santos Padres, opinan que cabe interpretar *alegóricamente* [3] algunos pasajes históricos, muy difíciles de explicar en sentido literal, y consideran la forma histórica como simple envoltura. Sucede esto sobre todo

---

[1] Pruebas documentales v. en *Kath* 1895, I 347 ss.; *Kathol. Seelsorger* (Paderborn, 1895), 418 ss.; *Kathol. Flugschriften zur Lehr und Wehr* (Berlín, Germania), núm. 126. Citemos sólo *Biblische Geschichte,* de Maurenbrecher (Berlín, 1909-10, Vorwärts).

[2] Encíclica *Providentissimus,* 62. Desde 1908 aparecen *Biblische Zeitfragen* (cuestiones bíblicas contemporáneas), publicadas por sabios católicos (Paderborn, Aschendorff); escritas en forma asequible aun a los *seglares* cultos, estas cuestiones bíblicas versan acerca de los problemas más importantes. — No confundir esta colección con otra publicada por *teólogos protestantes, Biblischen Zeit- und Streitfragen (Grosslichterfelde),* la cual, aunque contiene cosas aceptables, no se puede recomendar a los seglares sino con grandes precauciones y después de una rigurosa selección, por la profunda divergencia confesional.

[3] Alegoría puede llamarse toda expresión figurada en que existe analogía entre la figura y lo representado. En sentido estricto llamamos alegoría una figura que consiste en hacer patentes en el discurso, por medio de varias metáforas consecutivas, un sentido recto y otro figurado, ambos completos, a fin de dar a entender una cosa expresando otra diferente; a diferencia de la metáfora y de la comparación, la alegoría calla lo figurado. Ejemplos de alegoría (con la cual guarda analogía la parábola, aunque no es la misma cosa) tenemos en el *Salmo* 44, el cual, bajo la figura de un príncipe y de su esposa, ricamente ataviada, describe el reinado del Mesías y de su pueblo (la Iglesia de la Antigua y Nueva Alianza); lo es también el *Cantar de los Cantares,* que manifiesta el mismo pensamiento por medio de una serie de gráficas descripciones; *Ps.* 79, 9-14. También a los profetas les es familiar la alegoría, cuando pintan la relación de Dios con su pueblo *(Os.* 1-3. *Ezech.* 16, 1-60). Entre todos se distingue Ezequiel por el uso de esta figura (15; 17; 19; 34). — Hay que distinguir la alegoría, que tiene un sentido literal determinado, de la interpretación alegórica, empleada con tanta frecuencia por los SS. PP. Esta ve en el discurso figuras que o no están contenidas en las palabras o por lo menos no lo están con tanta amplitud, y atribuye al texto (simbólicamente interpretado) un sentido más elevado y sublime que el propiamente expresado en las palabras (cfr. Kihn, *Enziklopädie,* 170 s.). También la interpretación alegórica está fundada en la Sagrada Escritura. El libro de la Sabiduría interpreta hechos y dichos de libros anteriores, no obstante su realidad, como ropaje y atavío de verdades más altas y de avisos morales; por ejemplo 14, 7; 16, 15-29; 17, 21; 18, 14. En el N. T. usa a menudo san Pablo de este sistema exegético que denomina αλληγορούμενα=*per allegoriam dicta (Gal.* 4, 24). Frecuentemente va unido con la interpretación típica, y su fundamento más firme está en el simbolismo del A. T. Acerca del sentido místico (alegórico, espiritual), cfr. Schöpfer, *Geschichte des AT*[6] (Munich, 1923), 182.

con los libros de Tobías, Judit, Ester y con las historias de Susana, de Bel y del dragón del libro de Daniel. No obstante su forma sobriamente narrativa, estos relatos de apariencia histórica son meras alegorías, según la opinión de no pocos intérpretes. Además del ejemplo de los santos Padres, está en pro de esta opinión el principio admitido por León XIII de ser en ciertas circunstancias necesario sacrificar «el sentido literal y obvio». Mas no se puede decir que tal necesidad exista, cuando el contexto y la expresión son sencillos, sobrios, narrativos, sin huella de simbolismo. Podría entonces suceder que la envoltura histórica sirviese para un fin didáctico, como ocurre en las parábolas (véase, por ejemplo, el prólogo y el epílogo del libro de Job). Pero no se pueden *mudar* arbitrariamente los límites entre expresión literal y figurada, entre exposición narrativa y poética.

La exégesis alegórica de los santos Padres deja intacto el sentido literal histórico, aunque a veces parezca relegarlo a segundo término. El axioma de los santos Padres es éste, en frase de san Agustín: *Factum vidimus, mysterium inquiramus:* considerado el hecho (el sentido literal histórico), investiguemos el misterio (el sentido superior, espiritual, alegórico); en sentir de san Gregorio (homilía del ciego, Domínica de Quincuagésima, *Br. Romano),* se debe creer que los milagros del Señor, referidos por el Evangelio, sucedieron realmente, pero que encerraban además un sentido profundo, misterioso y moral. No obstante su predilección por la exégesis alegórica, la teología medioeval siguió fielmente el principio de que el sentido literal histórico es el fundamento de la interpretación espiritual [1]. En la Iglesia antigua, Orígenes y otros representantes de la escuela alejandrina se pusieron en pugna con la doctrina y práctica de la idea tradicional; mas fueron combatidos de todas partes, por cuanto menospreciaban el sentido literal y ponían en litigio su objetividad histórica [2]. El método alegórico de los santos Padres y de la Edad Media no se opone a la interpretación histórica, sino más bien la presupone; de consiguiente nada tiene de común con las teorías modernas mencionadas. El prestigio de que gozaba el sistema alegórico en la edad patrística, como método científico generalmente reconocido [3], explica suficientemente que los Padres se sirvieran de la exégesis alegórica para resolver o evitar ciertas dificultades históricas. Hoy no se puede acudir a ella, ni como sistema ni como recurso. Esto no obstante, León XIII nos avisa [4] que no debemos descuidar «el sentido alegórico o analógico aplicado a ciertas palabras por los santos Padres, sobre todo cuando estos significados se derivan naturalmente del sentido literal y se apoyan en gran número de autoridades. Porque la Iglesia ha recibido de los apóstoles este método de interpretación y lo ha aprobado con su ejemplo, como se ve en la Liturgia. No quiere decir esto que los santos Padres hayan pretendido demostrar con él los dogmas de la fe, sino que experimentaron que era bueno para alimentar la virtud y la piedad».

Pero además hay una razón que echa por tierra la teoría que impugnamos:

---

[1] Cfr. santo Tomás. *S. Theol. 1, q. 102, a. 1.* Más detalladamente y con más claridad un tratado (que probablemente procede de san Jerónimo) editado por Amelli en 1901, v. *ZKTh,* 86 s.

[2] Orígenes no combate en teoría ni la historicidad de los relatos bíblicos del A. T. ni la infalibilidad de los Sagrados Libros, antes bien salió contra Celso en pro de ambas cosas. Pero el sentido literal (histórico), que él entendía aún más estrictamente que nosotros, le pareció en algunos puntos absurdo, increíble y aun imposible; no porque los escritores sagrados enseñasen cosas erróneas, sino porque la letra, disparatada al parecer, está concebida y debe aplicarse en sentido espiritual (alegórico). De aquí nació un desacuerdo entre la teoría y la práctica, y la arbitrariedad se erigió en principio, en virtud ciertamente de un método tenido por «científico» entre judíos y paganos (Cfr. *ZKTh* 1906, 227 ss.).

[3] La literatura católica tiene una obra excelente acerca del origen, historia y aplicación del método alegórico (principalmente *antes* de Orígenes), en Heinisch, *Der Einfluss Philos auf die älteste christliche Exegese,* en *ATA* I, 1-2.

[4] Encíclica *Providentissimus,* 42.

y es que, en sentir de sus partidarios, el método histórico-gramatical, usado y defendido en la antigüedad (en la escuela antioquena) contra las arbitrariedades y juegos de palabras de los partidarios de la alegoría, es exclusivista y erróneo. Y en verdad, si se borrasen las diferencias entre el género simbólico-poético y el prosaico-narrativo, vacilarían todas las reglas exegéticas, y la Sagrada Escritura sería pábulo de interpretaciones caprichosas. Puede, ciertamente, la forma narrativa ser en circunstancias la envoltura de pensamientos más elevados, y entonces la interpretación literal no manifiesta el sentido de la Sagrada Escritura. Pero los signos diferenciales deben tomarse, en general, del estilo, del contexto y de las reglas exegéticas transmitidas por la Iglesia, y ha de observarse este principio: «El alcance y extensión de las sentencias de un escritor se reconocen por el estilo y por las leyes que rigen el lenguaje humano» [1].

24. *Inspiración y mito.*—La teoría babilonista, según la cual la Biblia ha tomado gran parte de sus asuntos de los mitos paganos, o por lo menos se ha apoyado en ellos, tiene partidarios entre no pocos sabios católicos, por lo menos en cuanto a la historia primitiva se refiere. El orientalista francés Lenormant, en su libro *Los orígenes de la historia según la Biblia y las tradiciones de los pueblos orientales* [2], opina que los once primeros capítulos del *Génesis* son una «selección sistemática y calculada» de mitos antiguos que los hebreos heredaron de sus padres, emigrados de Caldea, y tuvieron de común con los pueblos vecinos. Esos mitos son la «envoltura alegórica de verdades sublimes y eternas» [3]; por influjo «de un riguroso monoteísmo» pasaron del dominio del mito al de la alegoría, pero conservando «su tono legendario y alegórico» y «la forma consagrada por la antigüedad». Guiado por el deseo de conciliar con la Sagrada Escritura los supuestos resultados de la investigación profana, llegó a sostener que la Inspiración se limita a las «verdades sobrenaturales». Su libro incurrió en la censura [4]. Procuraron otros (Holzhey) evitar este error, admitiendo, sin detrimento del concepto estricto de Inspiración, que el material de la historia primitiva bíblica es un extracto del amplio caudal mítico de los pueblos semitas, al cual el escritor inspirado por Dios infundió un espíritu nuevo, después de despojarlo del confuso politeísmo. Según esta hipótesis, en la Sagrada Escritura se encuentran realmente «elementos míticos» despojados del tinte politeísta, los cuales sirvieron de envoltura de ideas religiosas más elevadas [5].

Débese rechazar la teoría de «los elementos mitológicos», porque la religión del Antiguo Testamento es esencialmente opuesta a los mitos. «Porque esta religión, desde su origen, propendía al monoteísmo (mejor dicho, era un monoteísmo de ley); mas, para una historia de los dioses hacen falta por lo menos dos de ellos. Por eso en el Israel que por el Antiguo Testamento conocemos, no se toleraban mitos propiamente tales y auténticos, por lo menos en prosa; al poeta le estaban permitidas ciertas alusiones mitológicas» [6]. De todos

---

[1] Pesch, *Theol. Zeitfragen,* tercera serie, 66. Cfr. *Kath* 1900 I, 73 ss.

[2] *Les origines de l'histoire d'après la Bible et les traditions des peuples orientaux* (París, 1880-82).

[3] *Vêtement figuré des vérités éternelles;* como tales señala Lenormant la creación del mundo por un Dios personal, la procedencia del género humano de una sola pareja, el pecado de nuestros primeros padres con sus consecuencias, la libertad en el primer pecado y en los sucesivos.

[4] Cfr. Hummelauer, *Inspiration und Mythus,* en *StL* XXI, 450 ss.; Vetter en *LR* 1883, 714; *HPB* 1894, 322.

[5] Loisy, *Les mythes babyloniens et les premiers chapitres de la Genèse* (París, 1901). Holzhey, *Schöpfung, Bibel und Inspiration* (Stuttgart y Viena, 1902), 39. Th. Engert, que dió a conocer sus ideas en *Zwanzigstes Jahrhundert* (1902, 544), ha evolucionado en sentido racionalista-evolucionista (*Die Urzeit der Bibel* I, Munich, 1907), hasta rechazar formalmente la doctrina católica de la Inspiración y Revelación, separándose por consiguiente del seno de la Iglesia. Lo mismo Minocchi (Florencia).

[6] Gunkel, *Die Sagen der Genesis,* 7.

los pasajes que se aducen para demostrar la teoría de los «elementos mitológicos», sólo en algunos, que presentan carácter poético [1], se describe el poder creador de Dios sobre el caos como una lucha victoriosa contra un monstruo. Mas esto no pasa de una expresión popular y poética, que bien puede ser de origen babilónico, y tal vez egipcio o fenicio. «En Palestina, como en otros muchos países donde vivían los semitas, circulaban e influían las ideas babilónicas en el lenguaje popular; el escritor que quisiera expresarse conforme a ese lenguaje, debía servirse de ellas. Por vía de recurso poético, pueden compararse con descripciones como aquella de *Iob* 38, 8 ss., en que se pinta al mar a la manera de un niño que sale del seno de su madre, vestido de una nube tenebrosa, o como aquella otra del Salmo 90 (89), 2, donde se dice que los montes nacen, y que el mundo y la tierra son engendrados» [2]. De ahí no se deduce que la historia primitiva bíblica sea una copia de las ideas babilónicas, o que el autor inspirado se base en los mitos paganos. Antes bien, vista la diferencia esencial y radical de ambas concepciones, se puede suponer que la historia bíblica, y en particular la historia primitiva, está compuesta con premeditada oposición a las leyendas y descripciones paganas, y sólo en la expresión se deja traslucir cierto lejano parentesco, que no incluye comunidad de ideas [3]. Esta es también la opinión unánime de los santos Padres. La diferencia entre los mitos disparatados y los relatos bíblicos (sobre todo de la época primitiva) es tan manifiesta, que sería irracional suponer que Dios se sirviera de aquéllos para dar a conocer la verdad pura y simple». «¿Cómo se habían de compadecer la perfección con la imperfección, la ciencia con la ignorancia, la verdad con el error, la luz con las sombras? Era imposible semejante consorcio en los profetas (escritores sagrados); pues del Señor recibían la palabra divina que anunciaban» [4].

25. *¿Historia o protohistoria?*—Partiendo de que no puede haber historia sin documentos escritos, directa o indirectamente emanados de testigos oculares, el P. Lagrange [5] puso en tela de juicio el carácter histórico de los relatos del *Génesis:* sólo el núcleo es histórico, lo demás son adornos de la tradición popular. Cuádrales a esos relatos el nombre de «protohistoria», es decir, un género histórico en el cual no todo son hechos reales, mas hay adornos y tradiciones populares—mitad historia y mitad leyenda. Así, por ejemplo, la creación del hombre es historia, pero que su cuerpo fuera formado de barro, es una tradición popular; la creación de Eva de la costilla de Adán es una parábola que sirve para significar la subordinación de la mujer; la tentación y la caída del primer hombre son hechos reales, pero las circunstancias (serpiente, árbol de la ciencia) son adornos populares; la transformación de la mujer de Lot (en columna de sal) es una tradición popular desprovista de fondo histórico.—Coincide en lo esencial con esta opinión la del P. Hummelauer [6], el cual sostiene que los relatos de todo el *Génesis* bien pueden pasar por «tradiciones populares» con fondo histórico, pero de ningún modo pretender que en todas sus particularidades se les reconozca pleno valor histórico; esto ocurre sólo cuando un autor inspirado o el magisterio de la Iglesia afirman o suponen la historicidad de un relato; en la tradición se ha conservado puro providencialmente el contenido religioso, mas no el estrictamente histórico. El *Génesis* suscribe sus narraciones como *toledoth* (historias), lo cual sólo puede tomarse en el sentido de «historia libre», de tradición popular.

---

[1] *Ps.* 73, 12; 88, 10 ss. *Iob* 9, 13; 26, 12. *Eccli.* 43, 25 (*Hebr.* 23); y aun *Is.* 51, 9 s.

[2] Zapletal, *Der bibl. Schöpfungsbericht,* 90. Cfr. Nikel, *Genesis und Keilschriftforschung,* 121 ss.

[3] Con razón observa Nikel, l. c. 123, nota 1: «Ni siquiera nuestro lenguaje moderno está exento del fondo mítico y legendario clásico; a veces nos servimos de conceptos y giros mitológicos, sin que por ello tengamos por seres reales a los dioses de Grecia.»

[4] Ireneo, *Adv. haer.* 4, 35, 2. Cfr. Dorsch en *ZKTh* 1906-07.

[5] *Le méthode historique* (París, 1903).

[6] *Exegetisches zur Inspirationsfrage,* en *BSt* IX, 4 (Friburgo, 1904).

Para armonizar esta teoría con la doctrina de la Inspiración, explican la prehistoria como un género historiográfico especial que tiene sus leyes propias: su verdad consiste en que lo sustancial de las narraciones está de acuerdo con la realidad, mientras que lo accesorio debe su origen al genio popular. Existiendo este género, pudo muy bien el Espíritu Santo servirse de él para la composición de los Libros Sagrados. Y no afirmando éstos la historicidad de lo accidental, no se puede decir que contengan errores, ni aun en los adornos literarios [1].

Esta teoría que rechaza la hipótesis de los mitos pero no la refuta, no es suficientemente sólida. Es cierto que existe una «ley de evolución natural», según la cual hechos transmitidos durante mucho tiempo por tradición oral, acaban en tradiciones populares adornadas de arreos legendarios, con grave perjuicio de su veracidad [2]; pero hay excepciones. Es un hecho incontrovertible que Israel tuvo una posición privilegiada entre los pueblos orientales, por el especialísimo favor divino que desde el principio de su historia disfrutó. Gobernados por Dios, sus antepasados salvaron del caos del paganismo el precioso tesoro de la revelación primitiva, y lo transmitieron a las generaciones venideras. Si en este aspecto no sucumbieron a la ley de la evolución natural, ¿sería menester un milagro extraordinario para que también se transmitieran inalterables los hechos históricos estrechamente unidos a las revelaciones de los hombres de la época primitiva y de los patriarcas? «Es muy conforme a la providencia especial de que gozaba el pueblo escogido, suponer que Dios, guía de Israel desde su más remoto origen, no permitiese que se borrara el recuerdo de aquellas personas a las cuales manifestó primero sus gracias. Las tradiciones acerca de los primeros ascendientes de un pueblo eran patrimonio que se debía conservar con toda fidelidad, para edificación y aliento de las generaciones futuras» [3]. No es exacto «hacer de lo habitual norma de lo real» (E. König) [4]. Con razón afirma Göttsberger: «No se niega la historicidad del contenido fundándose en la existencia de un género literario (tradición popular) que no requiere verdad histórica, sino que inventan ese género literario, precisamente porque no admiten como histórico el contenido mismo de la narración. Con dificultad podrán librarse del reproche de *petitio principii*» [5].

Mas ¿cómo distinguir en la protohistoria, en la tradición popular, lo verdadero de lo falso? Las teorías de que estamos hablando no dan respuesta satisfactoria a esta cuestión. Poco importa que no puedan resolverse todas las dificultades, y que en casos particulares no se puedan dilucidar ciertos puntos accidentales, el sentido de una parábola o alegoría, el carácter de un episodio y aun de todo un libro (por ejemplo, si es historia o ficción)—la Iglesia deja en esto amplia libertad a los intérpretes—; pero hay notable diferencia entre la ficción, que por su forma, contexto y objeto se manifiesta como tal y no está desprovista de verdad intrínseca, y la narración que se presenta como historia, cuando en realidad lleva mezclada la ficción con la verdad, y a lo sumo puede aspirar a una infalibilidad formal (acuerdo con la tradición). De que Dios pueda inspirar la envoltura simbólica de una verdad (parábola, alegoría, narración didáctica), teológicamente no se sigue que pueda inspirar un género histórico en el cual lo verdadero vaya confundido con lo falso. Si de alegoría se trata, bástanos saber que lo es para no confundir la verdad con la ficción. Pero en la *leyenda popular* no es suficiente conocer el género literario para esquivar el peligro de desechar lo verdadero y aceptar lo falso» [6].

---

[1] Cfr. Lagrange, l. c. 183; Hummelauer, l. c. 25 ss.—Para formar criterio, cfr. Pesch, *Theol. Zeitfragen,* tercera serie, 55 s.; *KPB* 1903, núm. 5 y 6; *BZ* II, 80.

[2] Hummelauer, l. c. 30.

[3] Nikel, *Das AT im Lichte der altorientalischen Forschuug* III: *Die Patriarchengeschichte,* en *BZF* V, 3, 17.

[4] *Geschichte des Reiches Gottes bis auf Jesus Christus* (Berlín, 1908), 28.

[5] *Autour de la question biblique,* en *BZ* 1905, 241.

[6] Pesch, l. c. 59, nota 1.

La cuestión puede reducirse a esto: ¿tienen cabida en la narración bíblica, como en las tradiciones populares, elementos fabulosos o legendarios que encierran ficciones o noticias objetivamente inexactas? O con otras palabras: la protohistoria bíblica y otros libros posteriores ¿merecen del historiador igual aprecio que las leyendas (del *Breviario Romano*, por ejemplo), las cuales, en muchos de sus puntos, no soportan la crítica, pero sirven de ejemplo y edificación? Presentado en estos términos el problema, no puede haber duda ni pleito en ello, porque es constante y cierta verdad que las tradiciones bíblicas son históricas, y porque la mezcla de verdad y error, propia de las leyendas —orientales o cristianas—repugna al concepto de Inspiración. Sólo cabe establecer parentesco o afinidad entre «leyendas» bíblicas y extrabíblicas, en cuanto que las últimas encierran alguna verdad, y las primeras guardan en su forma, estilo y colorido, los rasgos de las tradiciones populares.

La Comisión Bíblica, en decreto de 30 de junio de 1909, fijó su criterio respecto de esta cuestión y estableció las siguientes normas: 1. Los distintos sistemas inventados y so color de ciencia defendidos para excluir de los tres primeros capítulos del *Génesis* el sentido literal, no descansan en fundamentos sólidos. 2. *No* es lícito enseñar que los tres capítulos citados no refieren sucesos reales, sino fábulas tomadas de las mitologías y cosmogonías antiguas, despojadas por el escritor sagrado de los errores politeístas y acomodadas a la doctrina monoteísta, o alegorías y símbolos desprovistos de realidad histórica y destinados a representar verdades religiosas y filosóficas o, finalmente, leyendas, en parte históricas y en parte fantásticas, compuestas con un fin piadoso e instructivo. Todo esto repugna al carácter del *Génesis*, a su forma histórica, a la conexión íntima de estos tres capítulos entre sí y con el resto del libro, al múltiple testimonio de los libros del Antiguo y Nuevo Testamento, al unánime sentir de los santos Padres y a la tradición recibida del pueblo judío y fielmente observada en la Iglesia. 3. En especial, no se puede poner en duda el sentido literal histórico de dichos capítulos, cuando se trata de hechos que atañen a los fundamentos de la fe, como son: creación del mundo, del hombre y de la mujer (formada de aquél), unidad del género humano, felicidad original de nuestros primeros padres, primer pecado, promesa del Redentor, etc. 4. Esto no obstante, al comentar aquellos pasajes que interpretaron en distintos sentidos los santos Padres y Doctores de la Iglesia sin llegar a decirnos cosa cierta y definitiva, puede cada uno seguir el parecer que creyere prudente, salvo siempre el juicio de la Iglesia y la analogía de fe (a la cual nunca debe oponerse la interpretación). 5. No todas las palabras y frases se deben tomar siempre y necesariamente en sentido propio, de suerte que no sea lícito apartarse de él, aun cuando se trate de locuciones impropias, antropomórficas y simbólicas. 6. Supuesto el sentido literal e histórico, puede emplearse con prudencia y provecho la interpretación alegórica y profética de algunos pasajes, a ejemplo de los santos Padres y de la misma Iglesia [1].

26. *Relatos duplicados.*—El arma más poderosa para la separación de fuentes y el principal argumento que esgrimen los racionalistas contra la credibilidad de la historia bíblica, lo suministran los dobles relatos de la Sagrada Escritura, en los cuales se narra un mismo hecho dos o más veces de manera contradictoria. También algunos exegetas católicos, sin hacer por ello concesiones a las hipótesis racionalistas, creen deber admitir la existencia de relatos contradictorios, para orillar ciertas dificultades que ofrece la interpretación de las narraciones bíblicas. Explican las diferencias que entre los relatos se observan, suponiendo que cada uno refleja el mismo suceso transmitido de manera distinta por tradición. Estas tradiciones populares contradictorias, admitidas con su matiz peculiar en las fuentes escritas, fueron refundidas a modo de una

---

[1] Cfr. *Acta Apost. Sedis,* núm 13, 15 de julio de 1909, II 237; *ThpQ* 1915, 272; Méchineau, *L'historicité des trois premiers chapitres de la Genèse* (Roma, 1910).

armonía evangélica por el autor inspirado, pero sin cuidar de componer los desacuerdos. Queda a salvo la historicidad del *núcleo* del suceso relatado; pero en los *pormenores* y en su explicación la exégesis se reserva plena libertad, porque el autor inspirado, al dejar subsistir las discordancias, dió suficientemente a entender que sus aseveraciones no alcanzaban a los rasgos secundarios, antes bien, en cuanto a ellos, se atenía a las fuentes. De consiguiente, estas discrepancias no menoscaban la veracidad del autor inspirado ni la infalibilidad de la Sagrada Escritura. La exégesis no necesita esforzarse en buscar composturas y en unir proposiciones que sólo sacándolas de quicio se compaginan [1]. Si un escritor compone un relato sirviéndose de diversas fuentes, es de suponer que no dará cabida a noticias contradictorias, o por lo menos no echará de ver contradicción en los datos que utiliza; será, por tanto, posible conciliar las aparentes discordias. Esto se puede aplicar al autor o redactor de un libro que, como el *Génesis,* está compuesto conforme a un plan armónico. En este caso, sólo cuando por criterios extrínsecos se demuestre con certeza la existencia de fuentes o documentos, habrá lugar a pensar en «desacuerdos inconciliables». Se hace agravio al autor inspirado, suponiendo que no advirtió las contradicciones o que utilizó incautamente las fuentes, cosa que no se perdonaría a un historiador profano, ni aun atenuando el rigor que impone el método crítico. Esto nos previene ya contra la teoría de los dobles relatos; pues en ella—lo mismo que en la de las *citationes implicitae* o «historia según las fuentes»—se admite la posibilidad de que los datos sean inexactos—no importa que sean de mucha o de poca monta, pues Dios, que los inspiró, no puede ser autor de ningún error—; por donde viene a peligrar o padecer menoscabo la credibilidad de la narración. En muchísimos casos, las razones con que la crítica intenta demostrar la existencia de relatos duplicados y de contradicciones de lugares paralelos tienen valor meramente sujetivo, y apenas si pasan de «sutilezas», cuales se reprochan a la armonística tradicional. Ni aun en estos tiempos de crítica hay razón para apartarse de la declaración de un Ireneo y de un Justino: «Jamás me atreveré a decir y ni siquiera a pensar que los escritores sagrados hayan podido contradecirse unos a otros. Pero si se me presenta un pasaje de esta naturaleza, que parezca oponerse a otro, antes creeré que no alcanzo el sentido de las palabras; porque estoy firmemente convencido de que no puede haber un pasaje que se oponga a otro» [2]. Cuanto a la solución de las dificultades, baste lo que un sabio protestante, nada desafecto a las modernas tendencias críticas, compendia en estas palabras: «En muchos casos las pretendidas contradicciones no existen; por otra parte, aquí tiene aplicación aquella sentencia de san Agustín: *Distingue tempora et concordabit Scriptura;* otras veces, nacieron de glosas de lectores sucesivos (lectura errónea, corrupción o versión del texto primitivo)»... [3] «En el concepto de todo investigador libre de prejuicios, la historia bíblica no gana en credibilidad porque dos o tres escritores relaten el mismo hecho coincidiendo en lo sustancial» [4]. En fin de cuentas se puede decir que es muy menguado el valor científico de una crítica que anda a caza de contradicciones. Porque los autores o compiladores de los Sagrados Libros, a los cuales—prescindiendo de la Inspiración—nos los representamos como hombres sabios e inteligentes, echaron de ver, sin duda tan bien como los críticos modernos, aquellas «contradicciones»; y al dejarlas subsistir dieron a entender que no lo son, y que el acuerdo entre ellas es negocio de sana y esmerada exégesis.

---

[1] Schulz, *Doppelberichte im Pentateuch,* en *BSt* XIII, 1 (Friburgo, 1908). Peters en *WBG* 1908, núm. 9; cfr. la réplica de Allgeier, *über Doppelberichte in der Genesis* (Friburgo, 1911).

[2] Justino, *Dial. c. Tryph.* c. 65; cfr. san Ireneo, *Adv. haer.* 2, 28, 3, y en la encíclica *Providentissimus* la cita de san Agustín, *Ep.* 82, 1; *supra,* núm. 1.

[3] Strack, *Die Bücher Genesis,* etc. (Munich, 1894), XVII.

[4] Strack, *Genesis*[2] (1905) V.

III. Integridad e importancia de la Sagrada Escritura

27. *Integridad de la Sagrada Escritura.*—La Inspiración es garantía de infalibilidad y credibilidad de la Sagrada Biblia, no sólo en las cosas de fe y costumbres, sino también en los asuntos profanos que trata. Mas el influjo del Espíritu Santo sólo alcanza a los textos originales que salieron de manos de los escritores inspirados, no así a las copias y versiones que después han venido haciéndose hasta nuestras actuales Biblias impresas. No pueden éstas pretender igual crédito, sino en cuanto concuerdan con aquellos originales y son *genuina* reproducción de los escritos primitivos. Esta fidelidad en la reproducción puede extenderse a la letra de la Biblia o sólo al contenido. Lo esencial es la fidelidad (integridad) del contenido, la cual hasta cierto punto depende de la integridad textual [1].

El *texto* (la letra) no ha permanecido invariable en el transcurso de los siglos, como se puede ver en los manuscritos que han llegado hasta nosotros. *No* era esto *posible*, pero tampoco necesario. Ni aun en el texto original era posible tal integridad, porque las formas del lenguaje y los signos de la escritura estaban sujetos a cambio entre los hebreos, lo mismo que en los demás pueblos. Era menester transcribir los libros de época antigua según formas de lenguaje y caracteres más modernos; y en estas tareas ocurrieron cambios de expresión, ora casuales (por inadvertencia), ora intencionados (sustitución de palabras y giros arcaicos por otros más modernos e inteligibles). Esto no obstante, el estudio comparativo y la historia de la lengua han demostrado que el texto primitivo fué tratado con respeto y consideración, y que en los Textos Sagrados se conservó el arcaísmo de la lengua mucho más tenazmente que en la vida de relación.—Además de esto, la uniformidad en la lectura ofrecía no pocas dificultades, ya por la ausencia de vocales de las lenguas antiguas, ya por la falta de puntuación y separación de las palabras, por las abreviaturas usadas en la escritura, ya, en fin, por el parecido de muchas letras. Todo esto dió origen a multitud de diferencias (variantes) en las distintas copias y traducciones. Añádese a esto el haber frecuentemente pasado al texto las notas aclaratorias (glosas marginales), y el haber los copistas hecho a veces su labor guiándose más por la memoria que por los ojos. De algunos libros (por ejemplo, *Jeremías;* también *Tobías* y *Judit*) llegaron a existir varios textos, que se diferencian ora por la redacción más o menos compendiada, ora por el distinto orden de sus partes, ora, en fin, por ciertas particularidades de expresión. La necesidad de traducir los Libros Sagrados a otras lenguas fué origen de nuevas alteraciones inevitables, tanto en la versión como en las sucesivas copias. Esto no obstante, se puede afirmar con plena seguridad científica que el texto bíblico de los Libros Sagrados (inspirados) del Antiguo Testamento no experimentó alteraciones esenciales. Estas se reducen, por lo general, a variaciones no intencionadas en asuntos más o menos secundarios [2]. Lo cual no daña al *contenido esencial* de la fe y

---

[1] Peters, *Der Text des AT und seine Geschichte,* en *BZF* V, 6-7 (1912).

[2] Los *nombres* y los *números* son los que más alteraciones intencionadas o inadvertidas han experimentado, tanto en el texto original como en las versiones. Como los números se representan en hebreo por medio de letras y las centenas y unidades de millar se distinguen mediante puntos y líneas, se explica fácilmente la diversidad de lecturas y la distinta manera de interpretar las abreviaturas en los datos numéricos. De aquí resulta que en no pocos lugares no se puede determinar con seguridad el número auténtico. También puede ocurrir que en algunos pasajes y aun en libros enteros (como por ejemplo, en el *Pentateuco,* en los dos últimos libros de los *Reyes* y en el *Paralipómenon),* se introdujesen deliberadamente alteraciones en los números primitivos o en los que parecían dudosos, sea que se quisiera corregir mediante el cálculo ciertas faltas o datos inseguros, sea que «por afán espontáneo de admirar y exagerar los tiempos pretéritos» se diese la preferencia a cifras más elevadas. De aquí la necesidad de examinar a la luz de la crítica los datos numéricos del texto hebreo actual y de las versiones — sobre todo cuando

la moral, ni tampoco al de la historia de la Revelación, ni siquiera en aquellos pocos pasajes en que las diferencias son objetivas.

Pero *tampoco era necesaria* la integridad textual, porque es posible un cambio en la expresión literaria sin alteración del sentido y del pensamiento. *Ni* entraba esa integridad literal *en las intenciones* del autor divino de la Biblia, porque sólo el contenido procede de la inspiración y no la forma literaria, y porque los libros posteriores de la Sagrada Biblia no citan al pie de la letra los precedentes.

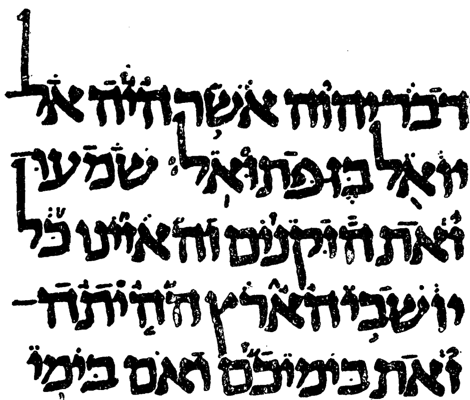


Fig. 9.—Códice de los profetas con puntuación babilónica. Reproducción del comienzo del libro de *Joel*.

Si la credibilidad de la Sagrada Escritura dependiese de la integridad literal, la divina Providencia hubiese curado de conservarnos los textos originales inspirados. No ha sucedido esto con ningún libro del Antiguo Testamento; no sabemos la suerte que corrieron los autógrafos. Los manuscritos que proceden del texto hebreo no pasan de los siglos IX y X después de Jesucristo (fig. 9). La Iglesia ha sostenido siempre este criterio, puesto que para sus fines se sirve de *versiones* que reflejen fielmente el contenido esencial y el sentido de la Revelación. Utilizó primero la versión *griega* (LXX), que recibiera de los apóstoles; ésta sirvió de base para la antigua versión latina *(Itala)*, destinada al Occidente, la cual, corregida en parte por san Jerómino y en parte restablecida del original hebreo *(Vulgata)*, «santificada por el uso de muchos siglos», fué declarada auténtica (entre las versiones latinas) por el Concilio Tridentino (esto es, conducente para la demostración del dogma y de la moral, siendo como es un documento que concuerda en lo esencial con el texto primitivo).

La Iglesia, en virtud de su oficio de defensora de la fe y maestra de la verdad sobrenatural, nos responde de la integridad de la Sagrada Escritura en lo esencial (integridad dogmática), mas no en lo accidental y en lo que atañe a la fidelidad literal y a la forma (integridad crítica). Puede obtenerse un texto relativamente seguro por medios meramente humanos, como son la *crítica y la exégesis bíblicas*. Incumbe a estas ciencias, y no al magisterio de la Iglesia, examinar la transmisión del texto bíblico, compulsando las antiguas versiones. Otra cosa son las verdades sobrenaturales, para cuya conservación se estableció el magisterio de la Iglesia. Esta puede garantizarnos la integridad de la transmisión de las verdades sobrenaturales contenidas en la Sagrada Biblia y de las noticias de orden natural estrechamente ligadas con aquéllas, tanto más cuanto que para el ejercicio de su misión se sirve de los Libros Sagrados como de instrumentos establecidos por Dios. Esta seguridad es, por su origen y por su fin, de carácter sobrenatural y en ella puede descansar la fe de los hombres. Pero la

---

se observan divergencias. En algunas cuestiones (por ejemplo, en la cronología de los tiempos primitivos) no se puede lograr plena seguridad ni precisión universal. Pero todo esto sólo afecta a cuestiones secundarias de orden científico y no daña ni a la infalibilidad de la Sagrada Escritura ni a la integridad esencial de nuestro texto. Precisamente en esto se reconoce la diferencia entre la infalibilidad de los Libros Sagrados, derivada de la Inspiración, y la integridad dogmática garantizada por la Iglesia: la primera es consecuencia necesaria de ser Dios el autor de la Sagrada Escritura, y al mismo tiempo requisito indispensable para la credibilidad incondicional de cuanto Dios ha querido que se escribiese para nuestra salud espiritual; la segunda es suficiente para lo sucesivo, porque abarca todo cuanto es útil para la salvación de los hombres.

garantía dada por la Iglesia no depende de la forma en que actualmente se halla la Sagrada Escritura; y la Iglesia, al dárnosla, debe dejarse guiar, en lo que a la forma atañe, por las consideraciones que en cada caso particular le indique el fin que a ella incumbe.

Supuestos el origen divino (Inspiración) de la Sagrada Escritura y la integridad esencial, la *credibilidad* es dogmáticamente cierta. Para el Antiguo Testamento tenemos, además, el testimonio del Nuevo, el cual no sólo garantiza el carácter histórico de aquél, sino que exige expresa y reiteradamente fe y obediencia a Moisés y a los profetas (es decir, a los libros atribuídos a Moisés y a los profetas) o simplemente a la «Escritura» [1]. Frente a aquellos que niegan por sistema la Inspiración y no reconocen la autoridad del Nuevo Testamento y de la Iglesia, se puede y debe demostrar por procedimientos científicos la credibilidad de la Sagrada Escritura como documento histórico. Una vez conocido y reconocido el autor de un libro, debemos probar que pudo, quiso y debió decir verdad. Pero si se desconoce el autor—y esto ocurre con los más de los libros históricos del Antiguo Testamento— [2], se debe probar que la tradición (oral o escrita) en que el libro se apoya, es digna de crédito, y que las objeciones aducidas en contra no tienen valor. Con los medios de que hoy disponemos (investigaciones históricas del antiguo Oriente, arqueología), se puede probar esto mejor que nunca, como iremos viendo más tarde al explicar cada libro en particular. No se olvide que las dificultades y objeciones contra la credibilidad de la historia bíblica nacen, en su mayor parte, de la aversión sistemática a todo lo sobrenatural (Revelación, milagros, profecías), o se fundan en conceptos erróneos de religión, evolución y método histórico-crítico.

28. *Belleza de la Sagrada Escritura.*—La Inspiración y la profundidad de la Sagrada Escritura la elevan por encima de todos los libros de la literatura universal. San Crisóstomo [3] entona un himno entusiasta en su alabanza: «La lección de la Sagrada Escritura es comparable a un tesoro. Pues, así como quien logra una partecita de él es dueño de grandes riquezas, así en la Sagrada Escritura en una breve sentencia puede hallarse un cúmulo de pensamientos y una inmensidad de riquezas. Y las divinas Escrituras no sólo son semejantes a un tesoro, sino a una fuente que mana perennes y copiosas aguas. Grande, por cierto, es la abundancia de este tesoro, y copioso el manantial de esta fuente espiritual. Y no os admiréis de que así suceda: los que nos precedieron sacaron de esta fuente cuanta agua pudieron; los que nos sucedan seguirán bebiendo de ella, mas no lograrán agotarla; por el contrario, el manantial irá en aumento y las aguas serán más copiosas». Los Libros Sagrados, escribe san Pablo a Timoteo [4], instruyen para la salvación, porque «toda escritura inspirada por Dios es propia para enseñar, convencer, corregir, dirigir a la justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y esté aparejado para toda buena obra».

La profundidad de la Sagrada Escritura va acompañada de belleza y sublimidad peculiares, «no superadas por libro alguno de la literatura, comparables tan sólo con la belleza y grandiosidad de la Creación del mundo visible, obra también inmediata de Dios... Los escritos que, como palabra suya, ha dirigido el Ser Supremo a la humanidad, nos producen también en sumo grado aquella impresión de divina belleza y sublimidad que sentimos frecuentemente al contemplar las obras de la Creación, muy superiores a las del arte humano. Por

---

[1] *Luc.* 21, 44 ss. *Ioann.* 5, 45-47. *Rom.* 1, 2. II *Tim.* 3, 16. II *Petr.* 2, 21.

[2] Aunque se desmorone la tradición relativa a la época y autores de los libros bíblicos, no por eso padece la credibilidad del contenido de los mismos. No precisa que los libros sean de los autores que indican los nombres. Mientras conste que un libro ha sido inspirado por el Espíritu Santo, no tiene importancia fundamental la cuestión del autor; ésta es asunto de la crítica.

[3] *Hom. 3 in Gen.* 1; cfr. Höpfl, *Das Buch der Bücher. Gedanken über Lektüre und Studium der Heiligen Schrift* (Friburgo, 1904), 1 ss.

[4] II *Tim.* 3, 15 ss.

sencilla y llana que parezca, por desprovista de arte y sin pretensiones, apodérase de nuestra inteligencia, de nuestra fantasía, de nuestro corazón; la sencilla máxima se transforma en lenguaje figurado ardiente; la oración ingenua en sublime himno; la sobria narración adquiere ora el encanto de gracioso idilio, ora el vuelo de sublime epopeya, ora la fuerza conmovedora de la tragedia más acuciante». Tal es el juicio del P. Baumgartner [1], eminente maestro en literatura.

29. *Lección de la Biblia.* — Por la gran importancia y belleza de la Sagrada Biblia, se procuró ya en los primeros tiempos de la Iglesia que su lectura fuese familiar al pueblo, aun a los niños, poniendo a su alcance *Doctrinas y Manuales* [2] que contenían en resumen lo esencial de la historia sagrada. Sirvieron de modelo las síntesis y resúmenes que en distintos lugares trae la misma Sagrada Escritura [3]. Encontramos los primeros ensayos de una *Historia Bíblica* en la primera carta de san Clemente Romano, tercero en la cátedra de san Pedro (92-101) y en las *Constituciones Apostólicas,* donde se enumeran ejemplos bíblicos para los catecúmenos. San Agustín, en su libro *De civitate Dei,* reunió la tradición de los cuatro primeros siglos y compuso para la práctica catequística su *Narratio* [4] (historia de los sucesos más importantes de la historia de la Revelación, como preparación a la enseñanza de la fe y la moral). En la *Crónica* de Sulpicio Severo, compuesta hacia el 400, tenemos un resumen de la historia sagrada desde el principio del mundo; en él se omite la historia evangélica y apostólica «para no menoscabar la dignidad de estas cosas relatándolas sucintamente». Desde entonces este compendio entró a formar parte de las «Crónicas del Mundo» que estaban en boga, hasta que, en tiempos modernos, la *Historia Bíblica* se transformó en los manuales populares y escolares que conocemos.

Además de estas historias bíblicas, la Iglesia, no sólo ha permitido la lectura de la Sagrada Biblia, sino que la ha recomendado siempre y aun más en los tiempos modernos [5]. Sostuvo siempre la Iglesia que la lectura de la Sagrada Biblia *no era necesaria* para la salvación, porque Jesucristo remitió a los fieles no a la letra muerta de un libro, sino a la enseñanza viva de los apóstoles y sus sucesores. Empero siempre inculcó la *utilidad* del estudio de la palabra escrita de Dios. Los escritos de los santos Padres, los decretos de los Sumos Pontífices y Concilios dan pruebas de esto en abundancia. Son dignas de notar las palabras de Pío VI (1781) al editor de la versión italiana: «Has tenido una buena idea cuando has creído deber alentar a los fieles a la lección de las divinas Letras, pues son fuentes riquísimas que deben estar abiertas para que todos puedan beber la pureza de costumbres y de religión [6]». León XIII concedió indulgencias a los que piadosamente leyeren los Evangelios [7], y Pío X declara expresamente

---

[1] *Geschichte der Weltliteratur* I^{3} y ^{4} (Friburgo 1901) 9. Acerca de la belleza de la Sagrada Escritura han escrito también A. Werfer, *Die Poesie der Bibel* (Tubinga, 1875); Wünsche, *Die Schönheit der Bibel,* I: *Das AT* (Leipzig, 1906); *Die Bildersprache des AT* (Leipzig); Schäfer, *Die formelle Schönheit der Parabeln des Herrn,* en *Kath* 1901, II 1 ss.

[2] Cfr. *KL* V^{2} 494 ss.

[3] Cfr. en el Antiguo Testamento: *Ps.* 77, 104, 134 ss.; *Ezech.* 20; *Sap.* 10 s.; *Eccli.* 44-50; II *Macch.* 2, 51-61; en el Nuevo Testamento: *Act.* 7; *Hebr.* 11 (v. también el libro apócrifo III *Mach.* 6, 4-8).

[4] *De catech. rudibus* c. 3.

[5] Hoffmann, *Die Heilige Schrift ein Volks- und Schulbuch in der Vergangenheit. Soll sie dies auch in Gegenwart und Zukunft sein?* (Kempten, 1902). Höpfl l. c. segunda parte: *Lektüre und Studium der Heiligen Schrift,* 64 ss. Peters, *Kirche und Bibellesen oder die grundsätzliche Stellung der katholischen Kirche zum Bibellesen in der Landessprache* (Paderborn, 1908).

[6] *KL* II^{2}. 742.

[7] Quien lea cada día, durante un cuarto de hora por lo menos, el santo Evangelio, gana cada vez 300 días de indulgencia; quien lo lea durante todo un mes, gana indulgencia plenaria.

que la Iglesia no se opone a la lectura de la Sagrada Biblia en lengua vulgar, ni le crea obstáculos de ninguna clase [1].

Mas, al establecer la Iglesia *limitaciones* a la lectura de la Sagrada Biblia, ejerce su deber y derecho de «defensora y maestra de la palabra revelada». Cuando se trata de la salvación eterna, necesitan los fieles garantía de tener en sus manos un texto íntegro en una versión de confianza, y explicación del verdadero sentido de las divinas Letras. La garantía es el magisterio infalible de la Iglesia. Por eso, la Iglesia ha limitado la lectura de la Sagrada Escritura en lengua vulgar, exigiendo el previo examen y aprobación. La Sagrada Escritura contiene muchísimos pasajes difíciles de entender, numerosas partes que pueden ser torcidamente interpretadas; por eso exige la Iglesia que las ediciones vayan provistas de notas aclaratorias, y que a los jóvenes y a los que espiritualmente son menores de edad, no se les ponga en las manos la Biblia *entera*—criterio que también van compartiendo los protestantes [2]. La evolución religiosa que ha experimentado el Protestantismo en sus numerosas sectas—especialmente en las de tendencia pietista, entre las cuales da hoy que hablar sobre todo la de los llamados «investigadores serios de la Biblia» [3],—demuestra que el principio del libre examen socava a la vez la fe y la dignidad de la Sagrada Escritura.

---

[1] Carta dirigida al cardenal Cassetta el 21 de enero de 1907 *(Acta A. Sedis* XL 135). También la encíclica *Spiritus Paraclitus,* de Benedicto XV, recomienda calurosísimamente la lectura de la Sagrada Escritura e invita a todos a imitar el gran amor que san Jerónimo tenía a los Sagrados Libros.

[2] Para ayudar al estudio de la Sagrada Escritura: Overberg, *Biblische Geschichte oder Haus- und Familienbibel,* nuevamente editado por Berlage y Scheuffgen (Münster, 1899); Ecker, *Kathol. Hausbibel* (Tréveris, 1903-04); Heilmann, *Katholische Volksbibel* (Stuttgart, 1921); Ambrosi, *Biblische Geschichte für das christl. Haus* (Einsiedeln, 1897); Leimbach, *Biblische Volksbücher* (Fulda, 1907 ss.); Linder, *Die Heilige Schrift für das Volk erklärt.* I: *Geschichte des Alten Bundes* (Klagenfurt, 1910 ss.). Es también recomendable la edición de Dimmler en 7 tomos (M.- Gladbach). S. Weber editó (Friburgo 1919) *A T in Auswahl erbauender Texte.* El editor del presente *Manual de Historia Bíblica* (de la ed. alemana) ha comenzado a publicar una serie de libros del A. T. con notas; han aparecido hasta hoy los libros de *Tobías, Judit, Ester* y *Job.*

[3] Cfr. Heimbucher, *Was sind denn die «Ernsten Bibelforscher» für Leute?* (Ratisbona, 1923); Allgeier, *Religiöse Wolksströmungen der Gegenwart* (Friburgo, 1924).

PRIMERA PARTE

Historia del Antiguo Testamento

La historia del Antiguo Testamento se divide en tres partes o épocas. La primera comprende la *historia primitiva,* a saber, creación del mundo y del hombre, pecado original y comienzo de la propagación de la malicia humana; primeras manifestaciones de la divina gracia y primeras promesas en las cuales tuvo principio y sostén la esperanza de un Redentor. Comprende la segunda la *elección y grandeza del pueblo de Israel;* declárase en ella cómo Dios, al escoger y formar para sí un pueblo, preparaba no sólo a éste, sino mediante él a todas las naciones para la venida del Salvador. La tercera describe la *decadencia gradual* del pueblo escogido, mostrándonos cómo de ella se sirvió Dios, en los planes de su infinita sabiduría, para preparar la venida del Redentor de Israel y de todas las naciones.

30. Pentateuco.—El *Pentateuco* (cinco libros), primero de los libros del Antiguo Testamento, compuesto de cinco partes que tratan de asuntos históricos y legales, es la primera y única fuente de la historia bíblica desde el origen del género humano hasta la muerte de Moisés. Cada una de estas cinco partes o libros se nombra en el texto hebreo por las primeras palabras con que empieza; en griego y en latín han recibido, por razón de su contenido, los nombres de *Génesis* (origen), *Exodo* (salida), *Levítico* (libro de los levitas), *Números* (censo) y *Deuteronomio* (segunda Ley, o inculcación de la Ley). El *Pentateuco,* por contener los orígenes de la divina Revelación, tiene capital importancia para la historia, ley, culto y vida del pueblo de Dios. Interesa, pues, sobremanera conocer al autor, la época y la forma de su composición y la autenticidad de sus relatos. Estas cuestiones son, desde hace más de un siglo, el centro y núcleo de la lucha por el Antiguo Testamento. La cuestión que en realidad se ventila no es meramente histórico-literaria, sino algo más trascendental, de carácter teológico e histórico-religioso, estrechamente ligada a esta otra: si Moisés, autor y mediador de la antigua Ley, es, y en qué sentido, depositario de las tradiciones premosaicas. En tanto que el Antiguo y el Nuevo Testamento y la teología judía y cristiana hasta el siglo XIX, han visto en la Ley «mosaica» el *principio* de la historia de Israel y la base de su desenvolvimiento hasta Cristo, la crítica moderna quiere descubrir en ella el *término,* el sedimento de una evolución puramente natural e histórica. Chocan, pues, aquí dos conceptos opuestos: Revelación y evolución puramente natural; y se discuten los fundamentos históricos y teológicos, no sólo del Judaísmo, sino también del Cristianismo.

Para saber en qué sentido y con qué derecho los libros que se dicen de Moisés llevan el nombre de este gran siervo de Dios y pueden ser atribuídos a él, pre-

ciso es ante todo consultar el *testimonio* (externo e interno) *de los Libros Sagrados del Antiguo y Nuevo Testamento,* como también la tradición judía y cristiana.

Ya en el libro de *Josué* encontramos testimonios bíblicos. Las narraciones de este libro suponen conocidos no solamente los hechos referidos en el *Pentateuco* y sus prescripciones esenciales, sino también la Ley que dió Moisés, que está escrita en el libro de la Ley de Moisés (*Ios.* 1, 7 s.; 8, 31; 22, 5; 23, 6); el mismo Josué escribió la ratificación de la Alianza «en el libro de la Ley de Dios [1]» (*Ios.* 24, 26). Ni en el libro de los *Jueces* ni en los dos primeros de los *Reyes* se encuentran alusiones directas a Moisés y al libro de la Ley; pero no faltan hechos y datos que suponen la existencia de la Ley y de las prescripciones del *Pentateuco* [2]. En cambio, los dos últimos libros de los *Reyes* aluden a la Ley mosaica escrita, cuyo cumplimiento inculcó David a su hijo Salomón, y en la cual se halla la norma para juzgar la conducta de los reyes de Judá e Israel [3]. En tiempo del rey Josías (621), el sumo sacerdote Helcías halló «el libro de la Ley de Moisés» (el ejemplar del Templo) con motivo de la reparación del Templo; este hecho afirmó al piadoso Rey en su celo por la reforma religiosa ya emprendida [4]. Los libros de las *Crónicas* (*Paralipómenon*) nos dan la misma noticia, y contienen alusiones más o menos frecuentes y expresas a la Ley y al libro de Moisés [5]. Lo mismo acontece en los libros de *Esdras* y *Nehemías* [6]. Entre los profetas, los primeros en citar expresamente la ley mosaica escrita son *Baruc* (2, 2), *Daniel* (9, 11, 13) y *Malaquías* (4, 4). Mas ya los profetas anteriores hablan a menudo de la «Tora (Ley) del Señor», la cual tienen en igual estima que la Revelación y la «Alianza eterna» del Señor, y cuya guarda está confiada a los sacerdotes (como *Deut.* 31, 9); aluden también a la Alianza del Señor, a las leyes de los sacrificios, al calendario de festividades y a otras prescripciones del *Pentateuco* en forma tal, que autoriza a concluir que una Ley escrita constituye el fondo de las exhortaciones de los profetas (*Os.* 8, 12) y que éstos conocían la letra de la Ley [7]. Aquellas palabras de Jesús hijo de Sirac (*Eccli.* 45, 1-5), referentes a Moisés y a su pueblo: «El (el Señor) le dió mandamientos para el pueblo... y puso en sus manos la ley de la vida y de la ciencia para que enseñase a Jacob su pacto y sus juicios y ordenanzas a Israel», deben reputarse como el sedimento de una tradición consolidada mucho tiempo antes. Ahora bien, ya que, según doctrina de la Iglesia, estos libros, tales como los tenemos, «tienen por autor a Dios», esas suposiciones y esos datos deben descansar en esta verdad: hubo una Ley divina de la cual Moisés fué mediador, un libro legal e histórico, del cual fué autor Moisés.

Numerosos pasajes del Nuevo Testamento atestiguan que entre los judíos del tiempo de Jesucristo nadie ponía esto en duda. Según los Evangelios, los escri-

---

[1] El artículo determinado, que aparece aquí y en lugares análogos, no indica necesariamente un libro existente y conocido, refiérese más bien al libro o folio que el escritor debía utilizar. Lo que sí ciertamente indica la existencia de un libro de la Ley, de origen mosaico, es el contexto y el conjunto de testimonios consignados en el texto.

[2] Cfr. *Iudic.* 6, 8-10; 11, 12-28; 13. 4 (*Num.* 6, 1-21); 18, 31; 20, 26-28; I *Reg.* 10, 18; 15, 1-10; 10, 25; 21, 1-6; 22, 6 ss.; 23, 6-9; II *Reg.* 6.

[3] III *Reg.* 2, 3. IV *Reg.* 14, 6; 21, 8; 23, 25.

[4] IV *Reg.* 22, 3 ss.; 23. 1-25; cfr. núm. 672

[5] I *Par.* 22, 12 s. II *Par.* 17, 9; 23, 18; 25, 4; 31, 3; 33, 8; 35, 12; 34, 14. Los racionalistas que combaten el origen mosaico del *Pentateuco* no tienen reparo en afirmar que, sólo dejando de lado como no históricos e indignos de crédito los datos del *Paralipómenon,* se consigue que desaparezca «una porción de argumentos molestos de la existencia de los libros mosaicos, difíciles de soslayar.» Así de Wette y Wellhausen. Cfr. núm. 500.

[6] I *Esdr.* 3. 2 s.; 6. 18; II *Esdr.* 1. 7 s.; 8, 1 8 14; 30, 34 36. *Eccli.* 24, 33; 45, 1-6 y 18. II *Mach.* 2, 4; 7, 6. *Iudith* 8, 23.

[7] Así, por ejemplo, el profeta *Amós* que ejerció su ministerio en el reino del Norte, emplea (4, 4 5; 5, 22 ss.) para designar el sacrificio los términos técnicos de *Lev.* 1-3; 7, 12, 16 y *Deut* 12, 6. Del mismo modo *Is.* 1, 11 ss. en Jerusalén. Cfr. Wetter, *Die Zeugnisse der vorexilischen Propheten über den Pentateuch,* en *TQS* 1899, 552.

bas y fariseos se apoyaban continuamente en la autoridad de Moisés y de su libro de la Ley, el cual en todos los asuntos tenía autoridad decisiva; para ellos, Moisés es el autor de la Ley escrita en el *Pentateuco* [1]. Jesucristo no sólo no contradice esta tradición, sino que la confirma directa e indirectamente: Moisés habla de él, acusa de incredulidad a los judíos que no reciben las palabras de Jesucristo [2]; aduce también una porción de las prescripciones mosaicas [3]. De igual modo los apóstoles y evangelistas dan por cierto que la Ley (libro de la Ley) procede de Moisés [4]. No cabe interpretar los testimonios de Jesucristo como mera adaptación a la manera (errónea) de pensar de sus contemporáneos; ello repugna el espíritu del Hombre-Dios; dichos testimonios significan que la opinión de los judíos concuerda con esta verdad: la Ley contenida en el *Pentateuco* es, sin género de duda, obra del gran siervo de Dios y profeta, y no sólo moral, sino literariamente. Mas con esto no tocamos todavía el aspecto crítico de la cuestión.

A los testimonios extrínsecos de los Libros Sagrados se añaden los criterios *internos,* esto es, razones sacadas del contenido mismo del *Pentateuco,* las cuales muestran su procedencia mosaica. Expresamente se atribuye a Moisés la redacción de cuatro fragmentos de carácter histórico, legal y poético [5]. Y es digno de mención lo que dice *Deut.* 31, 33: Moisés escribió las palabras de esta Ley (o libro), y confió a los levitas su custodia en el Arca de la Alianza, porque fuese testimonio contra el pueblo que tantas veces se había mostrado rebelde y se había de mostrar todavía más después de la muerte del caudillo. Y no se diga que este texto es una interpolación posterior, pues sería al mismo tiempo una falsedad, incompatible con la Inspiración. Moisés dejó, pues, un libro histórico y legal que forma, por lo menos, el núcleo del actual *Pentateuco.* Esto se confirma por una serie de capítulos legales que en su encabezamiento o en su remate llevan el nombre de Moisés [6]. Es característico del *Pentateuco* no presentar las leyes ordenadas sistemáticamente; las leyes que con el tiempo van cambiando no ocupan el puesto de las sustituídas, sino que se anotaban en el orden cronológico de su aparición y desarrollo. De donde resulta que algunos preceptos se mencionan varias veces en formas diversas y más o menos amplias (por ejemplo, la ley de la fiesta de la Pascua se menciona en siete lugares). Conclúyese de esto que las prescripciones legales se escribían al punto que se promulgaban. Una larga serie de ordenanzas se refieren al tiempo del viaje por el desierto y a la vida de campamento; la prescripción del *Levítico* 17, 3-7, de ofrecer a la puerta del Tabernáculo aun los sacrificios privados, es comprensible sólo en las circunstancias de la época de Moisés. Lo mismo cabe decir de los capítulos históricos. Es imposible que las narraciones del libro de los *Números,* salpicadas de nombres de personas y de datos numéricos, tengan por única base la tradición oral; por necesidad deben apoyarse en documentos escritos contemporáneos. Difícil sería a los críticos demostrar con argumentos sólidos que estas narraciones son invenciones atrevidas [7]. El autor y los primeros lectores están familiarizados con la geogra-

---

1 *Matth.* 19, 7; 22, 24. *Marc.* 12, 19; 20, 28 y otros pasajes. Lo mismo Filón el Alejandrino.

2 *Ioann.* 5, 45-47. Cfr. P. Dillmann, *Ioann.* 5, 45-47 *in der Pentateuchfrage* en *BZ* XV (1918-20). 139 ss.

3 *Matth.* 19, 8. *March* 1, 44; 7, 10; 10, 3. *Luc.* 5, 14. *Ioann.* 7, 19.

4 *Luc.* 24, 27 *Act.* 15. 21; 26. 22 *Rom.* 5, 13 s.; 10, 5-19. *Apoc.* 15, 3.

5 *Exod.* 17, 14; 24, 4 7; 34, 27. *Num.* 33, 2. *Deut.* 31, 9-13, 22 y 24-27. Cfr. *Lev.* 26, 45; 27, 34 y *Num.* 36, 13.

6 *Exod.* 12, 1 21; 13. 1 ss.; 20, 18; 25, 1. *Lev.* 1, 1; 26, 45; 27, 30. *Num.* 1, 1; 5, 1; 6. 1; y a cada paso *Deut.* 1, 1-5; 4, 5; 5, 6-26; 31.

7 Las listas de nombres llevan idéntico sello de autenticidad que los nombres arábigos de 2000 a. Cr.; «por consiguiente los nombres de dichas listas (1, 7, 13, 34) sólo pudieron formarse en tiempo de Moisés; y a pesar de la sospecha de mala transmisión textual que en ellas (especialmente en *Num.* 13) se advierte, quedan demostradas por las inscripciones como documentos auténticos y fidedignos, ante los cuales se derrumba el edificio construído por la crítica moderna del *Pentateuco* (Hommel, *Die altisraelitische überlieferung in inschriftlicher Beleuchtung* 302).

fía y civilización de Egipto y de la Península de Sinaí, empero de la tierra de Canaán manifiestan escaso conocimiento [1]. No encontramos en el *Pentateuco* testimonio expreso de haber escrito Moisés los cinco libros del principio al fin; pero se puede asegurar que todas las razones internas están en pro, y ninguna decisiva en contra de la posibilidad y aun probabilidad de que aquel caudillo y legislador de Israel, instruído en las ciencias de Egipto, escribiera la historia y legislación de su época, juntamente con la historia primitiva *(Génesis)*, según un plan bien ideado.

Hoy está demostrada de la manera más convincente la posibilidad *externa*, antes combatida, de que el *Pentateuco* se escribiera en tiempo de Moisés. El arte de escribir no sólo era conocido ya mucho tiempo antes (en Egipto, en

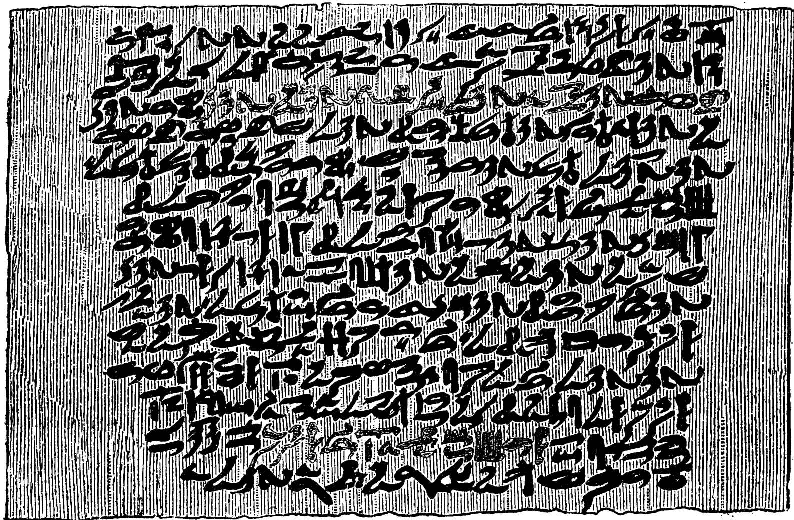


Fig. 10. — Fragmento del papiro Prisse (Libro [egipcio] de los Muertos). (XII dinastía, hacia 2000 a. Cr.). Museo de Turín.

el tercer milenario a. Cr.), sino que se practicaba en gran escala entre los egipcios y babilonios [2]. Los signos de la escritura cananea, descubiertos en la Península de Sinaí, han demostrado «que el alfabeto cananeo ordinario era corriente en Egipto entre los más sencillos esclavos o artesanos semitas, ya antes de la caída de los Hycsos, en el apogeo de la dinastía XII [3]» (2000 a 1788 a. Cr.). No hay, pues, motivo fundado para negar a los israelitas en Egipto la posibilidad de escribir la historia de sus antepasados y los acontecimientos de su época.

Además, por los años de 1500 a 1400 a. Cr., no era el pueblo de Israel una tribu inculta e «iliterata», ni tan pobre y degenerada en tradiciones y principios religiosos, que se deba tener por imposible la promulgación de la Ley y su

[1] Cfr. la descripción de Canaán: *Deut.* 8, 7-10; 11, 10 ss.

[2] Conocidas son las aficiones literarias de los antiguos egipcios; su literatura estaba muy desarrollada ya en el Imperio Medio (unos 2000 a. Cr.); el papiro gozaba de gran estimación tanto en la vida pública como en la privada. Se escribía también en piedra, madera, tablillas de arcilla y de cera, pergamino; «hasta el más tosco pedrusco se cubría de inscripciones» (Brugsh). No faltan anotaciones de costumbres religiosas, preceptos y reglas morales, por más que no se conservan «libros sagrados» (cfr. el *Libro de los Muertos;* v. fig. 10). Lo mismo se puede decir de los babilonios y otros pueblos más pequeños.

[3] Eisler, *Die kenitischen Weihinschriften der Hyksoszeit im Bergbaugebiet der Sinaihalbinsel* (Friburgo, 1919), 123.

escritura por mano de Moisés [1]. La posibilidad intrínseca y extrínseca de la legislación mosaica queda corroborada por la existencia del código de Hammurabi, anterior a Moisés en más de 500 años [2].

Tan firme y unánime ha sido la tradición judía y cristiana en atribuir a Moisés la paternidad del *Pentateuco,* que hasta el siglo XVII apenas se ha despertado duda alguna de importancia. Cierto es que no se ha logrado aclarar, no digamos resolver, la cuestión literaria de si el *Pentateuco* en su forma actual procede de un solo autor, y la cuestión histórico-religiosa de si la Ley permaneció como un todo invariable, o más bien estuvo sujeta a evolución; pero la misma Sagrada Escritura y la tradición nos ofrecen puntos de apoyo para resolverlas. Los libros Sagrados nos dicen que Josué y Samuel completaron la Ley de Moisés con algunos capítulos y ordenaciones; que David y Salomón establecieron nuevas prescripciones acerca del culto divino y del sacerdocio; que varios reyes llevaron a cabo diversas reformas religiosas, hasta que por fin Esdras dió a conocer la Ley completa y la puso por fundamento de la restauración de Israel después del Destierro. A este hombre, celebrado como «escriba y doctor versado en la Ley de Dios» (I *Esdr.* 7, 6) y que trajo la Ley de Babilonia (I *Esdr.* 7, 14-25), atribuye la tradición judía (IV *Esdr.* 14, 18-47) la colección, restablecimiento, perfeccionamiento y transcripción de los Libros Sagrados (desparramados y perdidos), principalmente del libro de la Ley; la tradición cristiana es del mismo parecer, aunque no admite, como la judía, ciertos adornos legendarios [3]. Tras maduro examen, como núcleo de esta tradición queda el hecho de haber emprendido Esdras la última redacción del libro de la Ley que lleva el nombre de Moisés, y preparado, por decirlo así, la edición del texto de que hoy disponemos. Con esto queda expuesta someramente la historia del *Pentateuco* y de la Ley contenida en él. La Tora que dejó Moisés no sólo experimentó las variaciones críticas anejas a todo libro que se copia, transcribe o vierte a otra lengua, sino que fué ampliada y completada de una manera justificable, tanto en la parte histórica como en la legislativa. Ello está de acuerdo con la ley de la evolución histórica—pues ningún código destinado a regular las relaciones reli-

---

[1] Pruebas documentales de la elevada cultura literaria de la época premosaica pueden verse en *ATAO*³ 244 y 370: «Vistos los antecedentes culturales, no cabe poner en duda que la codificación de leyes pudo efectuarse en los tiempos mosaicos.» También los descubrimientos de Samaria, Taanak y Megeddo permiten asegurar la existencia de una notable actividad literaria en Israel por los años de 1100 y aun antes. Cfr. Kittel, *Die atl Wissenschaft*³ (Leipzig, 1907), 47; Thomsen en *KPA* 83 ss.

[2] Fundándose algunos en que en la época mosaica eran conocidas en Asia Menor la lengua babilónica y la escritura cuneiforme, han querido deducir que ésa es la lengua y escritura que Moisés empleó en su obra. Pero recientemente se han descubierto en la Península de Sinaí inscripciones de aquel tiempo, en lengua y escritura propia. Las tentativas que para descifrarlas realizó el orientalista Grimm (*Althebräische Inschriften vom Sinai,* 1923), indujeron a este sabio a concluir que la lengua de estas inscripciones sinaíticas del 1500 a. Cr. «es puramente hebrea, y en nada importante se aparta del idioma bíblico, en particular del de los libros más antiguos» (p. 78), y que Moisés escribió su Ley en estos caracteres hebreos antiguos.

[3] Cfr. Klameth, *Esras Leben und Wirken* (Viena, 1908), 50-86. San Jerónimo deja a merced del adversario, o llamar a Moisés autor, o a Esdras restaurador del *Pentateuco* (*C. Helvid.* c. 7). Comparten la tradición judía Tertuliano, Clemente de Alejandría, Ireneo, Basilio, Crisóstomo, Teodoreto; en estos últimos se encuentran hipótesis y datos que no están en la leyenda judía; lo cual prueba que tienen además otros argumentos para admitir que Esdras restaurara los Libros Sagrados. El cardenal Belarmino supone que Esdras reunió, corrigió o completó los libros de Moisés; de la misma forma se expresan los muy beneméritos y aun hoy apreciados exegetas de los siglos XVI y XVII: Genebrardo, Pereira, Bonfrère, Cornelio a Lápide, Masio, Jansenio y otros. Su opinión dista un abismo de la actual crítica del *Pentateuco,* pero es una prueba de que cuanto ésta ha producido de verdadero y aceptable en el aspecto literario, no era del todo desconocido en los siglos pasados, y de que los sabios católicos no rompen con la tradición, ni «conceden nada a la ciencia incrédula», cuando tienen en cuenta los progresos de la crítica literaria del *Pentateuco.*

giosas, civiles y sociales puede permanecer invariable en el transcurso de los siglos,—y también con los fenómenos crítico-literarios. En este sentido puede decirse que el *Pentateuco* es una «compilación», dispuesta ciertamente según un plan de unidad, y compuesta, en su estado actual, de diversos fragmentos, que fácilmente se pueden reconocer por las diferencias lingüísticas y por la diversidad de asuntos; mas esto ni afecta a la sustancia de la Ley atribuída a Moisés, ni permite establecer con seguridad la separación y divisoria de fuentes determinadas.

La ciencia católica del siglo XVIII cambió bruscamente en la manera de juzgar el *Pentateuco*. Por una parte la arbitrariedad con que el Protestantismo trataba la Sagrada Biblia, y por otra la condenación de la crítica del P. Ricardo Simón, del Oratorio (1712) [1], por la autoridad eclesiástica, despertaron desconfianzas y recelos. Los excesos de los racionalistas, y la multitud de sistemas de crítica del *Pentateuco,* que se iban desmoronando unos tras otros, acostumbró a los católicos a defender la paternidad mosaica del *Pentateuco* actual, y su absoluta invariabilidad. Y en el afán de combatir las extralimitaciones, fuéronse apartando insensiblemente del concepto tradicional, desconociendo los derechos de la sana crítica literaria e histórica no contaminada de los falsos prejuicios de la crítica racionalista. Mas, por fin, los sabios escrituristas católicos modernos volvieron sus ojos hacia la sana crítica, siguiendo direcciones diferentes respecto al problema del *Pentateuco*. Sostienen unos que el *Pentateuco* fué, en lo esencial, compuesto por Moisés, si bien en el transcurso de los siglos experimentó cambios lingüísticos y adiciones materiales [2]. Otros, en cambio, de criterio más liberal, aprecian en el *Pentateuco* diversas fuentes literarias, procedentes unas de Moisés y otras más recientes. Así, por ejemplo, von Hummelauer distingue leyes mosaicas escritas, completadas por Josué y Samuel, y leyes sinaíticas y moabíticas que Moisés promulgó, y por orden suya, y a su vista, anotaron los sacerdotes juntamente con otras tradiciones históricas. Después de diversas vicisitudes, el texto actual fué compuesto o restablecido por Esdras. Schlögl supone que los cuatro primeros libros del *Pentateuco* son refundición y ampliación—posteriores al destierro—del texto legado por Moisés y sus contemporáneos, el cual en parte se había perdido; el *Deuteronomio* es una refundición libre de la Ley, puesta en boca de Moisés. Vetter opina que las primeras anotaciones históricas y legales—basadas en la tradición mosaica—, son de la época de los jueces; la primera redacción del *Pentateuco* se hizo en tiempo de la construcción del Templo de Salomón y la definitiva fué obra de Esdras. Recientemente un sabio francés, Tougard, admite cuatro fuentes escritas, cuyo núcleo data de la época de Moisés, y en cuya redacción debe atribuirse a Moisés por lo menos una participación virtual. Estas fuentes históricas experimentaron sistemáticas refundiciones en el transcurso de los tiempos, sin menoscabo de su fondo esencial, fueron ampliadas con multitud de adiciones, y posteriormente reunidas formaron el actual *Pentateuco*.

Esta última opinión, muy afín a la crítica racionalista del *Pentateuco,* fué rechazada por un decreto del Santo Oficio del 21 de abril de 1920 [3]. Ya el 27 de junio de 1906, la Comisión Bíblica, considerado atentamente el estado actual de las investigaciones, dió un decreto referente a la cuestión del *Pentateuco:* a) Las razones aducidas por los críticos para combatír la autenticidad del *Pen-*

---

[1] Cfr. Stummer, *Die Bedeutung R. Simons für die Pentateuchkritik,* en *ATA* III 4 (1912).

[2] Representan esta tendencia Hoberg, *Moses und der Pentateuch,* en *BSt* X 4 (1905); *über die Pentateuchfrage* (Friburgo, 1907); Kaulen-Hoberg, *Einleitung in die Heilige Schrift*[5], § 193 ss.: Cornely-Hagen, *Introductio in libros sacros*[8] núm. 240; Schöpfer, *Geschichte des AT*[6], 284 ss. (Munich, 1923); Höpfl, *Die Höhere Bibelkritik*[2] (Paderborn, 1906) y Sanda en su excelente obra *Moses und der Pentateuch* en *ATA* IX 4-5 (Münster, 1924)

[3] *Act. Apost. Sedis* XII, 158 Cfr. Schneider, *Die neueste kirchliche Entscheidung in der Pentateuchfrage,* en *PB* XXXIII (1920), 1 ss.

tateuco no son de tal peso que permitan afirmar—haciendo caso omiso de muchos pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento, tomados en conjunto, y contra el unánime sentir de la tradición judía y eclesiástica y los indicios internos que se deducen del texto mismo—que dichos libros no tienen por autor a Moisés, sino que se han formado de diversas fuentes de época posterior a Moisés en su mayor parte. b) La autenticidad mosaica no exige necesariamente la redacción completa de toda la obra por Moisés, de suerte que se deba sostener que Moisés escribiera de su mano o dictara todas y cada una de las palabras; puede admitirse la opinión de quienes creen que Moisés pudo encargar a uno o varios la redacción de la obra ideada por él bajo el influjo de la divina Inspiración; pero de tal suerte, que estos redactores trasladaran fielmente sus pensamientos, sin añadir ni omitir cosa alguna contra su voluntad, y que, finalmente, la obra así compuesta fué aprobada por Moisés como autor principal e inspirado, y publicada con su nombre. c) Se puede sostener sin perjuicio de la autenticidad mosaica del *Pentateuco,* que Moisés se sirviera de fuentes para la composición de la obra, ya de documentos escritos, ya de tradiciones orales, utilizándolos bien al pie de la letra, o bien siguiendo el sentido, ora resumiéndolos, ora amplificándolos, conforme al plan por él concebido, y bajo el influjo de la divina Inspiración. d) Salva siempre, en lo esencial, la integridad y genuinidad del *Pentateuco,* puede admitirse que en el decurso de los siglos ha experimentado ciertas variaciones, como por ejemplo: adiciones después de la muerte de Moisés, ora hechas por un autor inspirado, ora introducidas en el texto a modo de glosas y comentarios; sustitución de palabras y formas arcaicas por otras más corrientes; finalmente, variantes defectuosas, debidas al descuido de los copistas, las cuales es lícito investigar y juzgar según las leyes de la crítica [1].

31. Muy de otra suerte trata la cuestión del *Pentateuco* la crítica moderna, la llamada crítica superior, la cual desde mediados del siglo XVIII (J. Astruc, 1753) ha ido desarrollándose en numerosos trabajos de investigación y sistemas, y domina la mayor parte de la literatura acatólica, científica y popular. Anteriormente (núm. 18) hemos expuesto y criticado sus teorías fundamentales, tanto histórico-religiosas como metodológicas. Réstanos ahora aclarar brevemente sus intrincadas teorías crítico-literarias [2].

Kautzsch, en su obra *Die Heilige Schrift des AT* (4.ª ed. 1922, 1 ss.), nos presenta poco más o menos el siguiente cuadro de la teoría hoy corriente del *Pentateuco:* Los documentos israelitas más antiguos son las colecciones de canciones de los orígenes y tiempos heroicos, de las cuales se hace mención en el *Pentateuco* y en los libros históricos antiguos [3]. Ignoramos qué haya de histórico-literario desde estas dos colecciones de canciones hasta las fuentes más antiguas del *Pentateuco:* si, por ejemplo, éstas se apoyan en tradiciones orales o en documentos escritos. En el *Pentateuco* descuellan tres escritos: el más antiguo (JE), del cual proceden las narraciones de más valor literario; un escrito intermedio, el *Deuteronomio* (D), y un tercero (P), al que pertenece la mayor parte de la Ley de los tres libros medios del *Pentateuco.* En el escrito más antiguo (JE), a su vez, se pueden distinguir varias fuentes. Durante mucho tiempo se creyó que se reducían a dos, la Yahvista (J) y la Elohista (E). Mas la Yahvista es un conglomerado de otras dos fuentes por lo menos (J^1 y J^2), la primera de las

---

1 Ha comentado esta decisión A. Fernández, profesor del Instituto Bíblico de Roma, en una memoria titulada: *La crítica reciente y el Pentateuco,* en la revista *Biblica* (1920, 173 ss.), órgano de aquel Instituto.

2 Un bosquejo histórico detallado de la crítica moderna del *Pentateuco* y de la literatura del A. T., según el esquema de la escuela histórico-religiosa, puede verse en *Kath* 1896, I, 142 ss.

3 Cítanse como tales: El libro de las Batallas de Yahve, Num. 21, 27-30; el libro de los Justos (o de los valientes) *Ios.* 10, 12 s.; II *Reg.* 1, 19-27; el libro de las Canciones III *Reg.* 8, 53 (Budde, *Geschichte der althebräischen Literatur,* Leipzig, 1906, 17).

cuales apareció en la segunda mitad del siglo IX, y la segunda, antes de la mitad del siglo VIII. La Elohista no es independiente, sino parece ser una refundición de la Yahvista, elaborada por la religión profética de época posterior a la caída del reino del Norte. A mediados del siglo VII, ambas fuentes, J y E, se fundieron en un libro narrativo, conforme a un plan de unidad, por obra de un redactor.—El segundo escrito, el *Deuteronomio,* da mayor importancia a la legislación. El libro de la Ley, encontrado en 621 en tiempo del rey Josías, contenía esencialmente el actual *Deuteronomio,* el sedimento de la tendencia profética que pretendía destruir las «alturas» donde se ofrecían sacrificios, y centralizar el culto [1]. Autor y fecha de la composición de *D* son desconocidos; durante el destierro, o después de él, *D* fué agregado a los escritos *JE.* El tercer escrito es el código sacerdotal *(Priestercodex),* compuesto en tiempos de Ecequiel a Esdras. Base de esta fuente son la ley de santidad del *Levítico* (17-26) y el programa del porvenir del profeta Ecequiel (40-48), leído por Esdras al pueblo, y aceptado por éste unos 444 años antes de Jesucristo (II *Esdr.* 8-10).—El libro de la Ley de Esdras no era todavía nuestro *Pentateuco.* No tenemos dato alguno de cuándo, cómo y por quién fueran reunidos en un todo estos documentos históricos y legales para formar el actual *Pentateuco.* Se da como seguro que se sintió la necesidad apremiante de reunir la tradición de los tiempos antiguos y la historia anterior al destierro en una obra de conjunto; habríase encomendado a los letrados la tarea de conciliar posibles contradicciones. Cuándo y quién llevó a cabo esta empresa y cómo fué aprobada oficialmente la obra, son cuestiones envueltas en completa oscuridad. Hay, sin embargo, una circunstancia que nos ofrece un punto de apoyo: los samaritanos aceptaron el *Pentateuco* como sagrado en el siglo IV antes de Jesucristo. Dado el odio que profesaban a los judíos, difícilmente se hubieran determinado a ello, de no estar seguros de su autenticidad mosaica. Es de suponer, pues, que el *Pentateuco* fuera terminado definitivamente en una fecha bastante anterior a la aceptación por los samaritanos, y no estaremos lejos de la verdad si fijamos como fecha el siglo V antes de Jesucristo. Todos están unánimes en ponderar la habilidad con que el redactor desempeñó tan difícil empresa. Por lo que podemos apreciar, apenas podría decirse que usara torcidamente de las fuentes antiguas. Y la convicción inquebrantable de los judíos desde el siglo IV antes de Jesucristo y de los cristianos durante muchos siglos, de haber sido Moisés el autor único del *Pentateuco,* demuestra que el redactor hizo lo humanamente posible para dar aparente unidad a partes tan heterogéneas.

Esta teoría crítica tiene por *imposible* que la Ley mosaica, especialmente la parte relativa al Santuario, sacrificios y sacerdocio (teocracia), se compusiera en tiempo del viaje por el desierto y, por tanto, fuese escrita por Moisés. Los argumentos principales son: a) la legislación mosaica supone un pueblo sedentario y agrícola, como fué Israel en Canaán; b) posteriormente (Josué, jueces, profetas) no vemos indicios suficientes de la existencia y cumplimiento de la Ley, antes bien, ideas y situaciones no conformes, sino opuestas a la misma; c) una legislación escrita, tan extensa, exige lento desarrollo, y no pudo ser principio y base de la vida del pueblo desde Moisés.

Esta teoría del *Pentateuco,* hoy tan en boga, descansa, como las que la precedieron, en fundamentos que no merecen confianza, en una separación de fuentes basada en los dos nombres que se dan a Dios, Yahve y Elohim, y en particularidades lingüísticas. Utiliza el texto actual (masorético) con una confianza que no merece ni por su historia ni por su estado actual. Supone tácitamente que el último redactor del *Pentateuco* no cometió errores al servirse de documentos más antiguos—de lo cual no pueden aducir pruebas convincentes—, y que, una vez terminada la redacción, el texto no experimentó cambio alguno, por lo menos en lo tocante a los nombres de Dios, lo cual está en pugna con las dife-

---

[1] Cfr. Kalt, *Biblische Archäologie,* núm. 115 y 119.

rencias que se advierten entre dicho texto y la versión griega más antigua [1].

Pero todavía hay una circunstancia más grave. Las fechas que se asignan a las distintas fuentes y el juicio acerca del contenido de cada una de ellas, se basan únicamente en suposiciones, y conducen a resultados cada vez más insostenibles. Aplicando la teoría de la evolución darwinista a la historia de la religión (cfr. núm. 18), Wellhausen y su escuela llegan forzosamente a concluir, que la historia de Israel, especialmente la historia de la religión y del culto, fué muy distinta de como la pinta la Sagrada Escritura. Lo sucedido con el *Pentateuco* debió de ser por consiguiente muy humano, inmensamente humano. En su confección hubo no sólo infinidad de elaboraciones, refundiciones y redacciones, sino también invenciones a sabiendas, retoques, correcciones y adiciones tendenciosas, interpolaciones, falseamientos literarios y «piadosos embustes» del género más sospechoso. Los críticos moderados hacen esfuerzos convulsivos para salir del dilema: unos dicen que no hay derecho a aplicar a los tiempos antiguos los conceptos actuales de la propiedad y actividad literaria; otros opinan que el fin santifica los medios, y declaran que la alternativa de obra de Moisés u obra de un «falsario», carece de sentido, o hablan con énfasis de la profundidad de la sabiduría divina, cuyos caminos no nos es dado conocer, sino admirar; mas con estas escapatorias no logran poner en claro cómo una mala compilación, así elaborada por los hombres, pudo llegar a los honores de «libro sagrado», y cómo, a pesar de tales hechos, los escritores bíblicos recibieron y conservaron el título de amantes de la verdad, honrados y veraces. Los más avanzados confiesan llanamente que de nada sirven los paliativos: la ciencia demuestra que gran parte de la literatura del Antiguo Testamento descansa en invenciones y falsificaciones premeditadas.

Pero, prescindiendo de que estas hipótesis repugnan al carácter inspirado de los Sagrados Libros, ¿cómo se explica que tales falsificaciones históricas hallasen aceptación y crédito en Israel? ¿Tan mal informado estaba el pueblo acerca de su pasado? Hipótesis esencial de Wellhausen es que, hacia el año 800 y no antes, una «gran difusión del arte de leer y escribir» dió principio en Israel a un «período literario» [2], por consiguiente, siglos después de los sucesos que narra el *Pentateuco*. Pero las excavaciones y descubrimientos de los últimos tiempos han demostrado la falsedad del aserto, y han obligado a algunos de sus discípulos a retrasar hasta el tiempo de los jueces la fecha de las primeras fuentes escritas, y aun a conceder que pudieron hacerse las primeras anotaciones «en época anterior a la invasión de Israel, como nación, en Canaán» [3], o sea, en tiempo de Moisés. No es posible hoy poner en duda que estas primeras anotaciones y las fuentes escritas posteriores *pueden* dar una idea exacta del proceso de la historia, en particular de la historia religiosa de Israel. Aunque Moisés no escribiera al pie de la letra el *Pentateuco,* cual hoy lo tenemos, es indudable que pudo presenciar y realmente presenció, hizo y dispuso todo cuanto se le atribuye en dicho libro; que fué mediador de la Ley, dió una constitución a Israel y echó los fundamentos de la disciplina, de la jurisprudencia y del culto, consignándolos además por escrito; que reunió las tradiciones de los tiempos primitivos y las examinó, fundando para lo futuro una tradición que es base y fuerza impulsiva de la evolución. Y todo esto se puede demostrar aun admitiendo la teoría de las fuentes y sus principales resultados; pues dichas fuentes pueden encerrar noticias fidedignas, usos y costumbres del tiempo de Moisés. Lo que,

---

[1] Cfr. Dahse, *Textkritische Bedenken gegen den Ausgangspunkt der heutingen Pentateuchkritik,* en *Archiv für Religionsgeschichte* 1903, 305 ss; Gaspari, *Die Gottesnamen Jahve und Elohim in den Samuelsbüchern,* en *Neue kirchl. Zeitschrift,* 1910, 378 ss.; Hontheim, *Die Gottesnamen in der Genesis,* en *ZKTh,* 1910, 625 ss.

[2] Wellhausen, *Israelitische und jüdische Geschichte*[7] (1914), 79.

[3] Kittel, *Geschichte des Volkes Israel* I[5 6] (Stuttgart, 1923), 414: «Aunque hace poco menos de media generación hubiera sido temerario aun el tomar en cuenta esta hipótesis, hoy no se podría calificar de osada una empresa de este género.»

por ejemplo, nos dicen de la permanencia de Israel en Egipto, no puede la crítica relegarlo al campo de la fábula. «Porque sería preciso hacer pasar por creíble lo inexplicable, a saber, que un pueblo, sin motivo ninguno, inventase para sí un pasado lleno de oprobio y esclavitud, buscase en tierra extraña el origen de su héroe, y estableciese la fiesta principal, la Pascua, en recuerdo de la liberación de una esclavitud que nunca existió» [1]. La prolongada permanencia en un país extranjero dotado de sólida organización política y religiosa, no habría dejado de ejercer influencia en el pueblo israelita. Las investigaciones modernas llevadas a cabo en el sur de Arabia, han descubierto sorprendentes analogías entre el culto de Yahu y el *Priestercodex* con sus disposiciones en orden a las cosas sagradas, personal del culto, sacrificios, fiestas, etc.; el *Priestercodex* puede, pues, muy bien «pasar ante la crítica por una compilación del culto de Yahu, formulada por el mismo Moisés» [2]. En la Península de Sinaí se encontró un gran templo de Hathor (en Serbut el-Hadem) del siglo XII antes de Cristo, con vasijas para la purificación, vestigios de holocaustos y restos de altar del incienso; todo lo cual induce a pensar en la posibilidad de que, en tiempo del viaje de Israel por el desierto, existiesen en el Sinaí sacrificios semejantes a los mosaicos. La crítica debe confesar finalmente que el *Pentateuco* contiene «abundancia de material de tiempo anterior al destierro» y que en el «ritual del culto, en parte no hace sino consignar por escrito antiguas prácticas de sacrificios» [3]. También habla en favor del libro de la Ley mosaica la analogía con las leyes de Egipto y Babilonia (código de Hammurabi), escritas siglos antes de Moisés [4]; y así se explica cómo el actual *Pentateuco* (o el código sacer-

---

[1] Bea, *Deutsche Pentateuchforschung und Altertumskunde in den letzten vierzig Jahren*, en *StZ* XCIV (1918), 468.

[2] Grimme, *Ein Kamfruf gegen das AT*, en *Hochland* 1921, II, 403; cfr. Landersdorfer, *Bibel und südarabische Altertumsforschung*, en *BZF* III, 5-6.

[3] Staerk, *Die Entstehung des AT* (Leipzig, 1905), 29. Cfr. Vetter en *TQS* 1899, 552: el *P(riestercodex)* es más antiguo que (el profeta) *Amós* (siglo VIII a. Cr), por lo menos en alguna de sus partes, y el *D(euteronomio)* es, sin restricción, más antiguo que *Oseas* (siglo VIII a Cr.); cfr. ibid. 1901, 94; Kugler, *Von Moses bis Paulus* (Münster, 1922) (II parte: *Zum Alter der wichtigsten bürgerlichen und kultischen Gesetzesbestimmungen des Pentateuchs, insbesondere des sog. Priesterkodex)*, 36-133 — «Nada positivo hemos ganado con señalar época más moderna a la literatura hebrea antigua; es un procedimiento infundado y destructor de la historia de la evolución. Si Amós y Oseas escribieron antes del 750, *debe* haber existido una literatura anterior, pues en estos Profetas no se echa de ver aquella vacilación que es peculiar de los comienzos literarios. ¿Dónde están, pues, los comienzos? No sólo en *Iudic.* 5 (cántico de Débora), II *Reg.* 1, 19 (lamentos de David por la muerte de Saúl y Jonatás), sino también en *Deut.* 33 (bendición de Moisés), que según Dillmann se escribió hacia el 940, según los modernos en tiempo de Jeroboam II, 780, en *Gen.* 49 (bendición de Jacob), que según Dillmann es de la época de los jueces, y según Stade del tiempo de Acab, hacia el 900 — y sobre todo en la ley fundamental, *Exod.* 21 ss., que el elohista no concibió en su mente, sino que tomó de documentos literarios preexistentes, ordenándola en forma de código sistemático, *Qanûn* (canon), como aun hoy se denominan en el norte de Africa los pequeños códigos. Añádase a esto los demás fragmentos históricos del libro de los *Jueces* y del *Pentateuco,* los cuales no son meros retazos tomados de la boca del pueblo y amontonados aquí por primera vez, sino historia objetiva y cronológicamente ordenada.» (A. Merx, *Moses und Josua*, 135). Otras pruebas y referencias que abonan la credibilidad de la tradición histórica hebrea (especialmente del *Pentateuco)* pueden verse en König, *Glaubwürdigkeitsspuren des AT*, 42-54; *Geschichte des Reiches Gottes bis auf Christus* (Brunsvique y Leipzig, 1908), 12 ss.

[4] Partiendo de que Moisés pudo conocer en lo substancial el código de Hammurabi, ya directamente, ya por haberlo practicado los pueblos de Siria que estuvieron largo tiempo sometidos al dominio babilónico, emite Kittel el siguiente juicio *(Die oriental. Ausgrabungen und die ältere bibl. Geschichte,* Leipzig, 1908, 50): «... Nada, pues, impide que atribuyamos a Moisés el núcleo de las leyes (en su primera estructura) que hoy vemos compiladas en el *Pentateuco.*» El mismo observa en otro lugar *(Die atl Wissenschaft*[4], Leipzig, 1921, 26): «Hay que romper definitivamente, y cuanto antes mejor, con la idea de fijar la redacción de la Ley después de los profetas.»

dotal) contiene un conjunto de ordenanzas de escasa importancia para los tiempos posteriores al Destierro, las cuales sólo tienen sentido admitiendo que existieran tradiciones antiguas y documentos legislativos. También así se explica que en los relatos históricos de esta fuente que se tiene por reciente e inventada para glorificar los tiempos mosaicos, se conserve vivo y fiel el recuerdo de la época anterior a Moisés; lo cual no sería comprensible tratándose de una invención, pues carecería de finalidad. Es, por fin, argumento contra la hipótesis de los críticos, la necesidad en que se ven de forzar, suprimir e interpretar caprichosamente toda la tradición histórica y muchos testimonios de los escritos de los profetas.

Los representantes de la teoría de Wellhausen no consiguen explicar cómo adquirió tanta autoridad el libro de la Ley, compuesto después del Destierro, no estando fundado en tradiciones contemporáneas de Moisés; ni cómo llegó a ser indiscutiblemente reconocido por los judíos de la Diáspora [1] (siglo VI a. Cr.) y aun por los samaritanos, ni cómo pudo observarse un libro compuesto en el Destierro e introducido en Palestina después del regreso. De la aceptación del *Pentateuco* por los samaritanos puede concluirse mayor antigüedad de los libros mosaicos que la señalada por los racionalistas, porque no es verosímil que los samaritanos reconociesen el origen mosaico y el carácter obligatorio del libro de la Ley de los judíos en el siglo IV a. Cr., cuando tan aguda era la oposición nacional y religiosa entre ambos pueblos; también es sorprendente que los samaritanos reconociesen como sagrada la Ley mosaica, pero no los escritos de los profetas; es preciso, pues, retroceder por lo menos hasta los orígenes de la formación del pueblo samaritano (de la colonia samaritana), instruído «en las leyes de Dios de aquella tierra» por un sacerdote que regresó del cautiverio de Asiria (IV *Reg.* 17, 17), y aun hasta la división del reino en tiempo de Roboam; pues con este hecho no desaparecieron todas las tradiciones religiosas, sino sólo fueron oscureciéndose poco a poco.

Cuanto a las dificultades suscitadas por la crítica contra la autenticidad mosaica de la Ley, hemos de responder:

a) El pueblo de Israel, aunque no hubiese recibido de sus padres lecciones de agricultura, debió conocerla y practicarla en Egipto, donde tenía suma importancia y estaba muy floreciente [2]. De Egipto salió con rumbo a Canaán para poseer y cultivar esta tierra. Tampoco es incompatible con las ocupaciones de la agricultura la vida nómada que practicaron los patriarcas, algunas tribus de Egipto y los israelitas en el desierto, como puede observarse hoy en ciertas tribus de Oriente (cfr. *Gen.* 26, 12). Por otra parte, «la prolongada permanencia de 38 años en Cades es indicio de un principio de vida sedentaria;... en Cades se araba, sembraba y recogía la cosecha en aquel tiempo como se hace hoy» [3]. La legislación mosaica está hecha para estas circunstancias y a ellas se acomoda perfectamente. Las grandes fiestas, que dominan toda la vida religiosa, no son fiestas de la naturaleza; tienen base histórica, pero van unidas convenientemente al curso de la naturaleza durante el año; el calendario pudo, sin dificultad, establecerse en el desierto.

b) Aunque en el desierto y después de la conquista de Canaán no se observó la Ley—o falten de esto noticias—y aun existieron prácticas opuestas a ella, no es argumento de no haber existido. La Ley señala un ideal, cuya realización depende de muchos factores y circunstancias. Ocurren casos análogos tanto en la antigüedad como hoy día en la vida eclesiástica, civil y social. Las circunstancias extraordinarias y difíciles del viaje por el desierto y las no más holgadas

[1] En los papiros del siglo V a. Cr., recientemente hallados en Elefantina (Egipto), los judíos, que en Egipto hablaban arameo, emplean para designar los sacrificios de ofrendas e incienso, además de las formas arameas, las hebreas del *Pentateuco*. De esto se sigue que conocían la legislación escrita del *Pentateuco* relativa a los sacrificios. Esta, de consiguiente, debe ser más antigua. Cfr. *ThG* 1909, 288.

[2] Lo atestigua expresamente: *Exod.* 20, 4-5; 32, 1 ss. *Deut.* 11, 10 ss.

[3] Guthe, *Geschichte Israels*[3], 37.

de los tiempos que siguieron a la conquista de Canaán, explican fácilmente el hecho y la causa de la imposibilidad del cumplimiento inmediato y total de la Ley y la necesidad de tolerar temporalmente alguna excepción (por ejemplo, en orden a la unidad de lugar del culto en tiempo de los jueces y bajo Saúl y David), como también alguna costumbre contraria a la Ley; y esto no sólo en la vida del pueblo, influído por los extranjeros, o poco instruído y disciplinado, sino también en la de los sacerdotes y profetas, en quienes menester es suponer criterio acertado acerca de lo razonable de la Ley y su carácter obligatorio, según las circunstancias y los tiempos. Pero la crítica procede de un modo tan arbitrario con las noticias de los libros históricos que directa o indirectamente dan testimonio de la existencia de la Ley, que es imposible la discusión; porque por «razones internas» califica de invención posterior y de retoque tendencioso toda noticia de ese género; y así logra demostrar todo cuanto quiere.

c) Por lo que toca a la «evolución», no se olvide que Israel tenía ya en el desierto su historia, y que el legislador pudo muy bien aprovecharse de las tradiciones del pueblo y de las propias observaciones hechas en Egipto y Madián. Esto no es contrario a la Revelación. Guiado por el espíritu de Dios, Moisés sanciona las costumbres, las transforma según sus designios, o bien opone a ellas nuevas ordenaciones. Así se explica gran parte de la legislación mosaica. En todo caso, la analogía con la legislación religiosa y civil de los egipcios [1] y babilonios (código de Hammurabi) y de otros pueblos más pequeños [2], habla en favor de la posibilidad de la formación y codificación de la ley israelita en tiempo de Moisés. No es exacto que la ley nazca siempre de una necesidad, y por consiguiente sea producto de la evolución. «Estadistas sabios y previsores, que han visitado países extranjeros y observado costumbres y leyes de los pueblos, pueden dictar leyes adecuadas no sólo a las necesidades del momento, sino también a las del porvenir. Moisés, que libertó al pueblo de Israel y quiso darle domicilio fijo ¿no era el hombre capaz para dar leyes a Israel? [3]» Máxime, si admitimos que fué iluminado por Dios, el cual encerraba en la Ley designios (figurativos) más elevados. En la misma naturaleza de la ley va incluído su carácter evolutivo. «La obra de Moisés no podía ser algo rígido e invariable, cuya letra obligase siempre y en todas las circunstancias. Escrita para las necesidades religiosas y sociales del pueblo, un cambio de circunstancias traía consigo un retoque del código religioso y jurídico». Recuérdese la historia del Tabernáculo y del Templo, las reiteradas organizaciones y reformas del sacerdocio, del servicio divino y de toda la vida religiosa, y la actividad de los profetas en quienes se perpetuó el oficio de Moisés. Aun posteriormente admitían los judíos, además de la Ley mosaica, una tradición que gozaba de igual autoridad que aquélla. «La Biblia escrita y leída y las sentencias de los sabios eran las dos fuentes en las cuales bebían los israelitas la Tora que Moisés había recibido en el Sinaí. La Tora es única, aun cuando la fuente por donde llega hasta nosotros sea doble» [4]. Así se explica que algunas ordenaciones de la Ley, según

---

[1] Cfr. Kayser-Roloff, *Ägypten*³, 58 ss.; Brugsch, *Steininschrift und Bibelwort*, 231 ss.

[2] Cfr. las tarifas de sacrificios de Cartago y Marsella; Gressmann en *AOT* I, 177-179; Schanz, *Apologie* II³, 217. Son extractos de ordenaciones relativas a sacrificios, ritos, primicias para los sacerdotes, etc., las cuales en muchos puntos tienen gran parecido con las de *Lev.* 1 ss.; fueron escritas siglos antes de la ruina de Cartago. «No fueron tan poco prácticos los antiguos, que escribiesen sus leyes (acerca de la técnica de los sacrificios) cuando ya estaban en desuso. Los sacerdotes fueron los primeros en cultivar el arte de escribir: seguramente habrían aplicado su arte a lo que más amaba su corazón; los sacerdotes de Israel no habrían sido una excepción» (Bäthgen). «Sabemos con certeza que los pueblos antiguos tuvieron escritas desde muy antiguo las leyes y prescripciones relativas al culto» (Schanz, l. c.).

[3] Müller, *Die Gesetze Hammurapis*, 216.

[4] Hoffmann, *Die erste Mischna* (Berlín, 1882), 3. Acerca de las relaciones entre la ley escrita y la no escrita, v. Funk, *Die Entstehung des Talmud*, en la colección *Göschen*, número 479, p. 14 ss.

aparecen hoy después de la redacción y compilación de Esdras, se puedan considerar como el «sedimento» de una evolución histórica, sin que esto autorice a poner en tela de juicio el origen mosaico de la Ley, tomada en conjunto. La investigación crítica que se ocupa del esclarecimiento de los pormenores evolutivos de la Ley mosaica y de la formación de criterios para separar de los elementos primitivos las adiciones o variaciones posteriores, nada tiene de común con los principios de la crítica del *Pentateuco,* enemiga de la Revelación.

Rechazamos, pues, la teoría que niega a Moisés la paternidad de la Ley y tiene a sus libros por tardío amasijo de documentos de todo género, o por elaboración amañada; y no la rechazamos sólo por estar fundada en hipótesis racionalistas y por ser opuesta al concepto de la Inspiración, sino también por razones científicas y literarias.

ÉPOCA PRIMERA

Historia primitiva

Desde Adán hasta Abraham

32. Llamamos «historia primitiva» a la primera época, porque en ella se desarrollaron los primeros o más antiguos sucesos de la humanidad. Creado el mundo, comienza risueña y prometedora esta época con la creación del hombre, espléndidamente dotado y sublimado, a quien Dios quiere hacer feliz en el tiempo y en la eternidad; y acaba desastrosamente con la propagación de la idolatría por toda la tierra. La encabeza Adán, padre pecador del linaje humano; y al remate de ella brilla la esperanza de tiempos mejores en el padre justo de un pueblo temeroso de Dios, Abraham, con cuya vocación se inicia la segunda época.

La fuente de la historia primitiva es el primer libro de Moisés, llamado ordinariamente *Génesis,* que quiere decir origen, porque relata el origen de todas las cosas, en especial del hombre, del pecado y del pueblo escogido. Comprende desde Adán hasta la muerte de José en Egipto, y refiere los hechos mediante los cuales preparó Dios la elección del pueblo de Israel y la institución de la Antigua Alianza. Cual tejido de verde follaje, trepa la narración en derredor de la seca y firme armazón de diez tablas genealógicas (Adán, Caín, Set, Noé, los tres hijos de Noé, Sem, Thare-Abraham, Ismael, Esaú, Jacob). Fácilmente se advierte la norma que sigue el autor en la elección y exposición del asunto: las líneas secundarias son relegadas a un lugar determinado, y la narración se ocupa especialmente en los personajes importantes: Adán, Noé, Ahraham, Isaac, Jacob. No se puede encarecer con palabras la importancia de la historia primitiva contenida en el *Génesis* 1-11; es el fundamento de toda la historia y doctrina de la Gracia. Si la Biblia no diese explicación acerca de la creación del cielo y de la tierra, principio y desarrollo del género humano hasta Abraham, origen del pecado y promesa de un Redentor, quedarían al aire la historia de la Gracia y los fundamentos de la Revelación.

Es indudable que Dios reveló al género humano, al principio y de manera adecuada a su naturaleza, aquellas verdades que el hombre necesitaba conocer para lograr su fin, y todos aquellos conocimientos que no podía adquirir por propio esfuerzo o por experiencia. Nunca fué la Revelación tan necesaria como al principio de la historia, nunca tan conveniente que el Creador se dignase enseñar y educar a sus criaturas, si había de guiarlas a un fin superior. Esto supuesto, síguese necesariamente que tanto el contenido de la primitiva Revelación como los sucesos más importantes de la historia primitiva debieron transmitirse por tradición, a impulso de la divina Providencia. Hiciéronse de ello más tarde anotaciones, y finalmente, un hombre iluminado por Dios lo redactó en la forma que hoy vemos en el *Génesis.*

Con esta afirmación nos oponemos a la teoría moderna y modernista, según la cual la revelación primitiva es un concepto irrealizable, y la historia primitiva bíblica una serie de mitos y leyendas de la infancia de la humanidad. Este error ha invadido también el campo de la teología positiva protestante, la cual, con raras excepciones [1], desecha expresamente la historia bíblica primitiva, o la ignora desdeñosamente. Por esto es de gran importancia apoyar en sólidas razones científicas y defender de toda clase de objeciones *la posibilidad y el hecho de la Revelación y tradición primitivas* [2].

El testimonio de toda la antigüedad afirma unánimemente que toda verdad y ciencia religiosa procede del cielo, y que la señal de su origen divino es la antigüedad de la tradición. Esta es la convicción de griegos y romanos, de egipcios y babilonios [3]. Téngase presente las opiniones de los antiguos, los cuales hacen descender su filosofía (religión y ciencia) de tradiciones primitivas, que ha coleccionado, entre otros, Willmann [4], y los testimonios de los santos Padres de la Iglesia que Dorsch [5] ha reunido para probar la verdad de la Sagrada Escritura.

No era cosa imposible la transmisión fiel de las verdades reveladas y de la historia primitiva, y se puede señalar el camino que siguió la tradición desde los sucesos hasta el narrador. La misma Sagrada Escritura atestigua que la sabiduría antigua, transmitida por las generaciones pasadas sin interrupción, era tenida por la más excelente (cfr. *Iob* 8, 8; 15, 10, 19), y en las genealogías de los patriarcas nos muestra el camino que en los siglos anteriores a Abraham siguió la sabiduría primitiva y hereditaria. Es el camino que más tarde se indica como el ordinario y natural: «el padre enseña a sus hijos tu veracidad»... «Nuestros padres nos lo refirieron» [6]. Prenda de la fidelidad de esta tradición es la divina asistencia, que debe suponerse tanto en la época primitiva como en los tiempos posteriores. Adviértase además que las tradiciones religiosas de los países orientales se distinguen por una especial tenacidad y fidelidad [7]. Confiando en estas cualidades, se cree hoy tener derecho a buscar en la vida popular oriental vestigios y restos de la religión semítica primitiva [8], y se puede dar fe a viajeros y misioneros, cuando después de largas y concienzudas observaciones, aseguran existir aún hoy en el desierto tribus arábigas que practican el antiguo culto estelar monolátrico de la religión preislámica, cubierto de un ligero barniz de islamismo. Es, pues, posible, sin necesidad de un milagro, la transmisión de la tradición, máxime versando acerca de unas pocas verdades relativamente sencillas, como son las contenidas en los capítulos 1-11 del *Génesis*. El catecismo de la Revelación primitiva se reduce a las verdades fundamentales y necesarias para la salvación: existencia de un Dios (personal), creador y señor, legislador, juez y remunerador, acreedor a nuestras súplicas y sacrificios, el cual prometió la redención, luego de la primera caída. Pudieron, ciertamente,

---

[1] Entre las excepciones hay que citar a W. Lotz, *Die bibl. Urgeschichte in ihrem Verhältnis zu den Vorzeitsagen anderer Völker*, etc. (Leipzig, 1907).

[2] Cfr. la disertación del P. W. Schmidt, S. V. D.: *Die Uroffenbarung als Anfang der Offenbarungen Gottes*, en *Esser-Mausbach, Religion, Christentum, Kirche* I[5], 541-697.

[3] Uno de los lemas en que Jeremías (*HaoG* 9) cifra la cultura espiritual babilónica dice así: «Todo conocimiento es un don de la divinidad, y viene del primer origen de las cosas» (cfr. núm. 22).

[4] *Geschichte des Idealismus* I[2], 1-18; 119-136.

[5] *ZKTh* 1906, 76 ss.

[6] *Is.* 32, 19. *Ps.* 43, 1; cfr. núm. 16.

[7] Los himnos del *Rigveda* (India), con cerca de 153.800 palabras, se han transmitido y conservado de memoria, según Max Müller, tal vez 1000 años. Lo mismo debió de acontecer con los poemas homéricos. La literatura antigua del Norte ha vivido también en la tradición oral más de 500 años, hasta que en el siglo XIII comenzó a anotarse. En los pueblos primitivos y de cultura inferior la investigación encuentra cada vez más huellas de tradiciones antiguas (primitivas), que han sido genuinamente transmitidas a través de los siglos, donde se manifiesta la idea de la divinidad más pura de cuanto nos deja suponer la mitología posterior.

[8] Curtiss, *Ursemit. Religion im Volksleben des heutigen Orients* (Leipzig, 1903).

alterarse más o menos los asuntos de la tradición primitiva con episodios y adornos legendarios — así sucedió sin duda a medida que la humanidad se dispersaba, y se iba oscureciendo y aun borrando el concepto de Dios, — mas era suficiente que nada de lo esencial se perdiese, sino que de alguna manera y en alguna parte se conservase. Las tradiciones de la historia bíblica primitiva no son verdades que circulan por doquiera, sino una selección de tradiciones conservadas hasta Abraham en la línea genealógica de la promesa, transmitidas después por los patriarcas, cultivadas en las escuelas de los profetas y sacerdotes y finalmente escritas por uno o varios autores.

Estas ideas y hechos religiosos forman, como se reconoce universalmente, el fondo de las tradiciones mitológicas y legendarias de todos los pueblos, tanto de los civilizados antiguos como de los llamados primitivos (o naturales), cuyo grado de civilización es el de la infancia de la humanidad. Esta coincidencia de fondo no se explica por simple transmisión de un pueblo a otro (hipótesis de la emigración = *Wanderhypothese)* ni tampoco por la hipótesis psicológica (= *Völkeridee),* sino porque esas verdades son patrimonio común de la humanidad desde los tiempos más remotos. Las analogías y afinidades, como también las diferencias existentes entre tribus que tanto distan geográfica, lingüística y culturalmente, no pueden derivar de factores psicológicos o de la casualidad. La única explicación razonable está en admitir una tradición primitiva común, que ha adquirido formas distintas en cada pueblo [1]. Así como la homogeneidad del agua que corre por distintos arroyos es indicio de una fuente única, así la coincidencia de las leyendas de los pueblos demuestra que los hombres se extendieron por la tierra desde *un* mismo punto, y transmitieron a sus descendientes los hechos que presenciaron o recibieron de sus padres comunes. La sencillez, claridad y precisión de los relatos bíblicos — a diferencia de las narraciones paganas tan oscuras, desfiguradas y a veces desmesuradamente amplificadas, — hablan muy alto en favor de su credibilidad, como también de la protección divina que velaba por la pureza de la tradición. Podemos decir, finalmente, en pro de la historia bíblica primitiva, que los asuntos en ella contenidos y la manera de narrarlos, tienen carácter universal, y no aquel sello nacional que distingue a las leyendas paganas, y representa por consiguiente una tradición más pura y primitiva que éstas. La «ciencia» no quiere admitir esto; pero, aun en razón de sus teorías, «no puede en modo alguno declarar imposible la hipótesis del origen común de todos los mitos y religiones en tiempos prehistóricos» [2], más aún, esta hipótesis es la base del panbabilonismo y de la explicación psicológico-naturalista de las religiones [3]. Pero los nuevos descubrimientos de la geografía y de la historia comparada de las religiones, demuestran que las ideas religiosas y el estado social y económico de los pueblos primitivos son fiel reflejo de las ideas y de la situación que describe y supone la historia bíblica primitiva en la infancia de la humanidad; de donde nos es permitido concluir que la historia bíblica primitiva ofrece verdadera historia. Una invención de época posterior, por necesidad, hubiera dejado traslucir en muchos pormenores su origen reciente. Por consiguiente no padecen menoscabo el valor y la credibilidad de los relatos bíblicos, porque carezcamos de datos positivos (verbigracia de documentos babilónicos, anteriores a Moisés), que vengan a refrendar y confirmar lo que aquéllos dicen [4].

---

[1] «Si de una parte la semejanza de todas las leyendas hace pensar en una fuente única, de otra la difusión de las mismas por todos los pueblos sugiere la idea de que esa fuente no debe buscarse en la mitología de un solo pueblo, sino en aquellas primeras tradiciones que poseía la humanidad antes de diferenciarse en distintas razas» (Feldmann, *Paradies u. Sündenfall,* Münster, 1913, 499).

[2] Wundt, *Völkerpsychologie,* II; *Mytus und Religion* (Leipzig, 1905), 571.

[3] Ibid.

[4] Cfr. Nikel, *Die biblische Urgeschichte,* en *BZF* II, 3; *Der geschichtliche Charakter von Gen. 1-3,* en *WSt* III, 3 ss.; v. tambiénl a decisión de la Comisión Bíblica antes (número 25) citada.

I. Creación del mundo

Institución del sábado

(Gen. 1, 1-2, 3)

33. La recta interpretación del relato bíblico de la Creación depende de la manera de considerar su *origen, tradición, objeto, texto* y *carácter histórico.* Acerca de todo ello hemos de hacer las siguientes observaciones: 1. El relato de la Creación tiene por base, en lo esencial, la Revelación divina hecha por Dios, no a Moisés, sino a los primeros padres. Esta Revelación era necesaria para que los hombres tuviesen ideas seguras y suficientes acerca de sus relaciones con Dios, su destino y fin (sobrenatural)[1]. De *cómo* fuese esta Revelación sólo podemos hacer conjeturas; tal vez una *visión* como la que relata la Biblia (2, 21) al hablar de la creación de la mujer[2]. 2. Esta primera Revelación se *transmitió* oralmente y pudo anotarse por escrito aun antes de Moisés. La redacción escrita debe atribuirse al autor inspirado, o sea a Moisés, el cual puso a la cabeza de su obra la tradición recibida. Esto indican tanto el estilo popular de la narración como la sencilla a la vez que artística disposición del asunto. Primero la creación del cielo y de la tierra en general (1, 2), luego la obra de los seis días en dos partes que se corresponden mutuamente: en los tres primeros la obra de las separaciones (3-13); y, en los últimos, la ornamentación (14-25); finalmente la creación del hombre (26-29) y la institución del sábado (2, 1-3)[3]. No puede demostrarse con razones lingüísticas, ni de ningún otro orden, que la redacción escrita sea de época posterior[4]. 3. La Revelación divina se propone siempre un *fin religioso-didáctico*. De ahí haber los santos Padres afirmado que Moisés (en el relato de la Creación) se propuso enseñar solamente aquello que servía para la salvación; ocúpase de cosas profanas sólo de paso, y hablando de ellas conforme a las apariencias; queda al ingenio humano la tarea de investigarlas (Basilio, Ambrosio, Crisóstomo, Agustín). Rebájase la Revelación a la flaca inteligencia humana, para hacer comprensibles y palpables a los «pequeños y débiles» las cosas invisibles y espirituales (Crisóstomo, Agustín, Tomás de Aquino). Por eso presenta la actividad creadora de Dios a la manera de la del hombre (lenguaje de Dios, obra de los seis días, día de descanso); de las obras de Dios realza sólo aquellas que están al alcance de los sentidos y pueden ser comprendidas por los más sencillos; considera la Creación en el aspecto que al hombre interesa[5].

---

[1] No es probable que Adán llegase a conocer por medio del discurso el contenido del relato de la Creación (Dier, *Genesis,* Paderborn, 1914, 21). Nunca más necesaria y en su punto la Revelación que al comenzar la historia de la Redención.

[2] La teoría de las visiones explica el relato de la obra de los seis días como un trasunto de las visiones comunicadas a Adán. Según aquélla, los días son seis cuadros, que produjeron a Adán la impresión de otros tantos días de trabajo (mañana y tarde). Exposición y argumentos de la teoría, v. en Hummelauer, *Nochmals der bibl. Schöpfungsbericht,* en *BSt* III, 2 (Friburgo, 1898); Hoberg, *Die Genesis*², 2 ss.

[3] Así santo Tomás de Aquino, el cual advierte: «La parte superior del mundo (la luz, el cielo) es separada el primer día, y el cuarto engalanada (con las estrellas); la parte media (el agua) es separada el segundo día (en agua de la tierra y agua del aire); y el quinto poblada (de peces y aves); la parte inferior (la tierra) es separada (y adornada con plantas) el tercer día, y el sexto animada (con los animales terrestres)» *(S. Theol. 1, q. 65 init.; q. 74, a. 1;* cfr. *q. 70, a. 1* y otros lugares). Se puede añadir que al tercero y sexto día se asigna una doble acción creadora, y que en la descripción de cada obra se observa también un orden determinado y bien concebido: mandato de Dios — ejecución — descripción de la obra; los días tercero y siguientes hasta el sexto Dios aprueba su obra, los tres primeros da nombre a lo creado y en los dos últimos añade su bendición.

[4] Cfr. Zapletal, *Der bibl. Schöpfungsbericht,* 77, ss.

[5] Cfr. Schwane, *Dogmengeschichte* II, 272 ss.; Grassmann, *Die Schöpfungslehre des hl. Augustin* (Ratisbona, 1889); Raich, *St. Augustin und der mosaische Schöpfungsbericht,* en *FZB* X (1889), 130 ss.; homilías de san Basilio acerca de la obra de los seis

4. En conformidad con esto, el lenguaje es sencillo, claro, inteligible hasta para los niños, y no hay razón alguna para apartarse del sentido literal y «obvio», mientras la necesidad no obligue a ello. Las palabras «día, luz, mañana, tarde», etc., deben entenderse en su sentido ordinario; el hablar divino, como expresión humana aplicada a Dios para expresar simbólicamente que sus pensamientos son obras, y que la Creación es la Revelación natural de su poder, sabiduría y bondad. Descríbese la Creación como obra de seis días (ordinarios) con el subsiguiente día de descanso, para significar al hombre que debe trabajar seis días y descansar el sábado. 5. No por eso se limita a 6 × 24 horas la actividad creadora de Dios. Pues el relato de la Creación no es una crónica del proceso creador, sino un modo de enseñar intuitivamente, con sencillez y de una manera digna del Creador y accesible aun a las inteligencias infantiles, que todas las cosas dependen de Dios. Esta enseñanza toma pie del orden actual y duradero de las cosas, como dice muy bien santo Tomás [1], y no se cuida de lo pasado y oculto a los ojos del hombre (por ejemplo, del interior de la tierra); los días se suceden según el orden y la diferencia de cosas que la luz va poniendo de manifiesto (v. 2); la institución de la semana (seis días de trabajo y uno de descanso) es algo natural y obvio, un esquema atribuído a Dios, en el cual aparece ordenada en provecho del hombre la actividad creadora. El relato bíblico no es una pintura del proceso de la Creación, sino una demostración de que todo cuanto aparece a la vista procede de un acto divino, dividido por Dios mismo en seis días y revelado como obra de seis días para enseñanza de los hombres; seis pinceladas magistrales que nos permiten echar otras tantas miradas profundas a la Creación y a la omnipotencia divina y nos ilustran acerca del origen, valor y significado del mundo y de todos los seres y especialmente del hombre. El relato bíblico *no sigue* el orden cronológico estricto de cada una de las cosas creadas, como claramente se desprende del examen de la obra de los días 1.º y 4.º, sino que está subordinado a un plan más elevado, al orden de las creaciones en la mente divina, en cuanto un día es causa y condición del siguiente. Según san Agustín, en el relato de la Creación se trata «más bien del orden de dependencia natural que del orden temporal», y «las creaciones siguen unas a otras, no en orden temporal, sino según su dependencia causal» [2]. Pero, supuesto el concepto de obra de cada día y la enumeración de los días, era indispensable indicar el orden temporal de cada una de las obras de la Creación. Sin el orden en el tiempo y sin la representación especial no es posible formarse idea intuitiva de un acontecimiento. No por eso es necesario que las obras que se realizaron en el tiempo se describan cronológicamente, y de consiguiente, el relato bíblico sea una exposición científica del proceso de la Creación [3]. Así quedan a salvo la letra del texto bíblico y el carácter histórico del relato; es histórico, en cuanto que es fiel reflejo de una Revelación transmitida por la tradición, y relata en un orden objetivamente fundado, aunque no cronológico, hechos que realmente acontecieron. El orden objetivo de la narración no se funda en la actividad divina, que es simple y eterna, sino en las cosas, que son temporales y están a la vista del hombre, y en la Revelación divina que se

---

días; homilias de san Crisóstomo.— Acerca de la exégesis de los santos Padres en relación con las ciencias naturales, cfr. *TQS,* 1877, 636 ss.

[1] *In 2 Sent. dist. 12, q. 1, a. 3.*

[2] *De Gen. ad litt. 5, 5, n. 2.*

[3] Se objeta que esta teoría es opuesta al relato bíblico, por cuanto el *Génesis* afirma tan categóricamente el orden cronológico de los hechos, que descartándolo no es posible interpretar este capítulo sin privar a las reglas fundamentales de la exégesis de su firmeza y seguridad (así Braun, *Kosmogonie*³, 335, refiriéndose a la interpretación idealista en general); mas esta objeción no va contra nosotros. Porque la fuerza del texto bíblico está más bien en hacer resaltar el número seis, que en describir el orden de las obras, el cual, por otra parte, está lógica y objetivamente fundado. En la teoría de las visiones, la sucesión de las obras creadas es el orden cronológico de las visiones. Cfr. *Kath.* 1911, II, 458 ss.

adapta a la inteligencia humana. De donde la frase tan repetida en las Escrituras: «En seis días creó Dios el mundo», es del todo verdadera, pues Dios reveló a los hombres la Creación como obra de seis días. Esta explicación respeta la letra del texto, mantiene las ideas esenciales de la Sagrada Escritura y soslaya la tan cacareada contradicción entre la Biblia y las ciencias naturales [1].

La interpretación literal del relato de la Creación [2], según la cual Dios creó el mundo en 6 × 24 horas, tiene en su favor la letra del texto y el testimonio de la tradición, pero es del todo insostenible si se mira a los resultados completamente ciertos de las ciencias naturales, las cuales demuestran la necesidad de un largo lapso de tiempo para la evolución de la tierra. Por otra parte, están condenados al fracaso todos los sistemas que se inventen para poner de acuerdo la obra de los seis días con las teorías físicas de la formación del cosmos y de los períodos geológicos *(teoría de los períodos, teoría de las concordancias).* Y aunque la palabra «día» pueda interpretarse en algunos lugares como «período», en este relato tal acepción es inadmisible, pues se van contando los días, y las palabras «mañana» y «tarde» indican bien a las claras el sentido natural que debemos dar a aquélla. Son, además, inútiles los esfuerzos que se hagan por establecer una armonía, que no sea artificiosa, entre la cosmogonía bíblica y las ciencias naturales, porque éstas no han pasado de unas cuantas hipótesis, más o menos probables [3].

La explicación catequística y homilética de la historia de la creación debe hacerse exponiendo lisa y llanamente el relato bíblico, según el sentido literal, huyendo de discusiones científicas, atendiendo de un modo especial a las verdades religiosas que encierra, explicando con dignidad los antropomorfismos, y saliendo al paso de las objeciones corrientes de la incredulidad. Se debe también advertir que el relato bíblico no pretende dar solución *científica* al problema de la formación del universo, sino sólo explicar que todo depende de Dios, principio de todos los seres, y que Dios, al revelar la obra de la Creación, la distribuyó en seis días, figura y fundamento de la semana [4].

A. Creación «ex nihilo»

(Gen. 1, 1-2)

34. *En el principio creó Dios el cielo y la tierra.* En el principio, esto es, cuando fuera del Dios eterno nada había, y con el mundo

---

[1] Cfr. Theis, *Der erste biblische Schöpfungsbericht als Heptaëmeron,* en *PB* 1920, 245 ss.

[2] La defienden todavía Trissl, *Das bibl. Sechstagewerk* (Ratisbona, 1892); Kaulen, *Der bibl. Schöpfungsbericht* (Friburgo, 1902).

[3] Cfr. Gockel, *Schöpfungsgeschichtliche Theorien* (Colonia, 1907), y el capítulo *Kosmogonie* (de Pohle), en el vol. I, 565-575, de *Himmel und Erde. Unser Wissen von der Sternenwelt und vom Erdball* (Munich-Berlín, 1909).— Entre los que modernamente han intentado rehabilitar entre los científicos el relato bíblico, merece citarse el P. Kreichgauer, *Das Sechstagewerk* (Steyl, 1908). Véase la bibliografía en Hoberg, *Genesis*², 1 ss.; Schöpfer, *Gesch. des AT*⁶, 84 ss.; Hummelauer, *Der bibl. Schöpfungsbericht,* en *BSt* III, 2; Meyenberg, *Repetitionen über das Sechstagewerk,* en *Homilet. und katechet. Studien*⁵ (Lucerna, 1905), 112 ss.; Peters, *Glauben und Wisen in der Erklärung des bibl. Schöpfungsberichts* (Paderborn, 1907); Falbesoner, *Geschichte der Schöpfunf* (Ratisbona, 1912)

[4] Cfr. *ThpMS* XIV (1904), 521 s.; *Katechet. Blätter,* 1906, 260 ss.—P. R. Schultes, *Die bibl. Urgeschichte in Kanzelvolträgen* (Graz, 1908). Príncipe Maximiliano de Sajonia, *Predigten über das erste Buch Mosis* (Friburgo de Suiza, 1908). La teoría de los períodos, defendida por Eberhard en sus clásicas conferencias (tomo II, Friburgo, 1897), está ya anticuada; por lo demás estas conferencias son un modelo insuperable de exposición homilética de la historia bíblica. Puede verse una hermosa «muestra de meditación bíblica de carácter práctico» acerca del relato de la Creación en Sailer, *Pastoraltheologie* I, 3.ª sección.

comenzaron los siglos [1]. *Creó,* sacó de la nada [2], cosa exclusiva de Dios, en tanto que a los hombres y ángeles sólo les es dado formar, modelar, dar tal o cual forma a la materia creada por Dios de la nada. Esta es la interpretación que la misma Sagrada Escritura da a esta palabra, por ejemplo, cuando la madre de los Macabeos exhorta a su pequeñuelo: «Ruégote, hijo mío, que mires al cielo y a la tierra y a todas las cosas que en ellos se contienen; y que entiendas bien, que Dios las ha creado todas de la nada, como también el linaje humano» [3]. *Dios, un* solo ser divino [4], no dos o más dioses, como erróneamente suponen los paganos, o un principio malo eterno, como pretendían algunos sistemas religiosos paganos y aun algunos herejes, más paganos que cristianos. *El cielo y la tierra,* es decir, el universo con todo lo que en él está contenido, como se dice en varios pasajes del A. T. [5], y como explica san Pablo [6]: «Todo lo que hay en el cielo y en la tierra, lo visible y lo invisible»; y como añade la Iglesia [7]: «Los seres corpóreos y los espíritus».

---

[1] Concilio Vaticano, tercera sesión, cap. 1 (*Denz.* 1783).

[2] La palabra hebrea *barâ* corresponde a la voz latina *creavit* y castellana «creó»: aparece en muchos lugares del A. T., pero aplicada siempre a la actividad divina, nunca a la de las criaturas. En este lugar, el contexto exige que se entienda en el sentido de «sacar, producir de la nada»; puesto que antes del acto creador, nada había que pudiera modelarse o transformarse. Por esto nos cuenta primero el texto sagrado la Creación en general, luego nos pinta el estado del cosmos creado, y pasa después a describirnos en la obra de los seis días la formación de cada cosa en particular. — Es doctrina constante del A. y N. T. y de la tradición judía y cristiana que el mundo no es eterno, sino creado por Dios de la nada en el tiempo y con el tiempo; doctrina que, por lo demás, está al alcance de nuestra razón; cfr. Schanz, *Apologie* I^3, 510 ss.

[3] II *Macch.* 7, 28.

[4] La palabra hebrea *barâ,* «creó», en singular, excluye toda idea de politeísmo. El texto hebreo designa a «Dios» por medio de la palabra *Elohim,* con la terminación del plural, tal vez para significar la grandeza, excelencia y majestad divinas. También en el lenguaje corriente de otros documentos orientales antiguos, por ejemplo, en las cartas de el-Amarna se encuentran huellas del plural mayestático. Con todo, no deja de ser extraño que precisamente la palabra que más tenían en sus labios los israelitas se use en plural, existiendo dos nombres afines que significan lo mismo: *El* y *Eloha,* inculcando tan a menudo el A. T. la unidad de Dios y estando tan reprobado el politeísmo y aun castigado con pena de muerte (*Exod.* 20, 2. *Deut.* 8, 19; 13, 6-11). Algunos ven en el plural *Elohim* y en los modos correspondientes «Hagamos al hombre» (v. 26), «Adán se ha hecho como uno de nosotros» (v. 3, 22), «Descendamos» (v. 11, 7), vestigios de politeísmo primitivo, o por lo menos restos de ideas mitológicas; pero esta opinión es completamente infundada (cfr. Nikel, l. c., 78; Zapletal, l. c., 25 ss.); porque el nombre *Elohim* — sea cualquiera la interpretación de su origen — se emplea siempre en la Biblia en sentido rigurosamente monoteísta (es decir, para representar exclusivamente la esencia divina, la divinidad), en consciente oposición al concepto politeísta de los gentiles (Hehn, *Die bibl. und babylon. Gottesidee,* Leipzig, 1913, 178 ss.). Los intérpretes antiguos creyeron ver en el plural una alusión al misterio de la Santísima Trinidad. Esta alusión sólo puede consistir en que el plural mayestático dice bien con la plenitud, sublimidad y majestad de la divina esencia, la cual se nos ha manifestado en el misterio de la Santísima Trinidad con mayor claridad que en el A. T. Para más pormenores acerca de los nombres de Dios, v. Hoberg, *Die Genesis*^{6}, § 6; Hetzenauer, *Theologia biblica,* I (Friburgo, 1908), 372-384.

[5] *Exod.* 20, 11: Dios ha hecho el cielo y la tierra y todo cuanto en ellos hay; *Ps.* 88, 12: Tú has creado el orbe y cuanto en él se contiene; *Esth.* 13, 10: Tú hiciste el cielo y la tierra y cuanto se contiene en el ámbito del cielo. — Cielo y tierra equivalen en numerosos pasajes a lo que llamamos «mundo» (universo), que en hebreo no tiene palabra propia; cfr. *Gen.* 2, 1; *Deut.* 3, 24; 32, 1; *Is.* 1, 2.

[6] *Col.* 1, 16.

[7] Diciendo este versículo que Dios creó *todo* cuanto existe fuera de El, queda comprendida *la creación de los ángeles.* Cfr. *Decr. Conc. Lat.* IV, c. 1 *Firmiter;* repe-

Con majestad sublime y verdaderamente divina comienza la Sagrada Escritura por la verdad más importante para el hombre, la que le declara el objeto, destino y fin de su existencia: el universo es obra de Dios eterno e increado. *Dios* es antes que todas las cosas, y está sobre todas ellas; todas son por El y para El. No debe el mundo su existencia al ciego *acaso,* como creían los sabios paganos de la antigüedad y pretenden hoy en día los enemigos de la Revelación [1]. Ni puede proceder del *destino;* que no hay destino sin un ser que lo rija. Tampoco se explica la existencia del mundo por un *desenvolvimiento del mismo Dios,* lo cual es absurdo [2]; Dios y el mundo serían una misma cosa; Dios vendría a ser el mundo sin desarrollar; sin por ello haber dado con la solución, se nos presentaría de nuevo el problema: «¿Y ese mundo, de dónde procede?».

La única respuesta satisfactoria y que al mismo tiempo sobrepuja las especulaciones de la ciencia humana, la da en su primera línea la Sagrada Escritura: el mundo no es eterno, sino finito; su existencia y ese admirable orden que en él vemos, su conservación y gobierno se deben a un ser espiritual, infinitamente grande, sabio y poderoso, que siendo inmutable [3] ha establecido las leyes por las que se rige la naturaleza [4].

35. *La tierra empero estaba informe y vacía* [5], *y las tinieblas cubrían la superficie del abismo* [6]. El universo no se encontró desde un principio en estado perfecto; no reinaba en él ese orden, hermosura y ornato que ahora vemos. El universo era un «caos». Las expresiones bíblicas tienen sentido negativo más bien que positivo, de suerte que, como advierte san Agustín [7], no nos es lícito interpretar las palabras «abismo», «tinieblas», «agua» en la acepción corriente. Son maneras de designar la materia informe (cfr. *Sap.* 11, 18); y a la verdad, la Sagrada Escritura emplea diferentes vocablos para designar una misma cosa, no sea que, empleando *una sola* denominación, el lector aplique a esa única palabra el concepto que actualmente a ella va unido. Las cosmogonías paganas nos

---

tido en el Concilio Vaticano, sesión 3, cap. 1: «Dios creó a la vez de la nada... desde el principio de los tiempos ambas naturalezas, la espiritual y la corporal, es decir, la angélica y la terrena, y después la humana, como constituída de cuerpo y alma juntamente» (Denz., 1783).

[1] A este particular advierte san Juan Crisóstomo *(In Gen.,* hom. 3, n. 4): «¡Qué cosa más triste e irracional que atreverse a decir que las cosas se han creado fortuitamente, privando así de la providencia divina a toda la creación! ¿Cómo habría de ser razonable que tantos elementos y tan grande hermosura se puedan gobernar sin alguien que dirija y conserve todo el conjunto? Pues no es posible que la nave sin piloto surque los mares, ni puede el soldado hacer proezas sin dirección del jefe, ni una casa subsistir sin que alguien la administre. ¿Y será posible que este mundo inmenso y la armonía de sus elementos perduren como por acaso, no habiendo quien los gobierne, y con su sabiduría los guarde y conserve?»

[2] El universo sería Dios (panteísmo, del griego πᾶν = todo, y θεός = Dios).

[3] *Iob.* 11, 7 ss. *Ps.* 138, 3 ss.; 101, 26 ss. *Hebr.* 1, 10 ss.—Cfr. el prefacio de la ordenación del diácono.

[4] *Sap.* 6, 8.

[5] Las palabras hebreas *tohu-vabohu* son seguramente una consonancia antigua, transmitida por tradición; la segunda parte se conserva todavía en la palabra asiria *Bahu* = = diosa del caos, y en la fenicia *Bao* = divinidad femenina primitiva. — *Tohu* se ha conservado en hebreo con la significación de «vacío», «futilidad»; cfr. *Is.* 45, 18; *Ierem.* 4, 23; *Deut.* 32, 10.

[6] La palabra hebrea *tehôm* etimológicamente significa «susurrante», «bramante», en particular el ancho mar con sus mugientes olas (el asirio tiene la misma raíz *tihamtu* = = mar, pero en *Tiâmat* = diosa del Océano, la noción del caos es mitológica; significa también los profundos abismos del mar. De aquí el imaginarse el caos como un abismo inmenso e insondable.

[7] *C. Manich.* 1, 7.

hablan también del caos, pero no conocen este rasgo significativo que añade la Sagrada Escritura:

Y el espíritu de Dios se cernía sobre las aguas. El espíritu de Dios [1], es decir, la voluntad personal creadora de Dios, que domina y penetra todas las cosas como fuerza creadora, vivificadora e informante, el mismo Dios, a cuya «palabra» y «aliento» se atribuye la Creación y la vida. Y así dice el Salmista: «Por la palabra de Dios se fundaron los cielos, y por el espíritu de su boca todo su concierto y belleza». «Enviarás tu espíritu, y serán creados, y renovarás la faz de la tierra» [2]. *El se cernía* [3] sobre las aguas, no como un cuerpo en un lugar determinado, sino dominando allí con su voluntad creadora y omnipotente [4]. El es la fuerza de la cual procede toda la vida.

La expresión «Espíritu de Dios» la aplican los santos Padres y la Liturgia (en la bendición de la fuente bautismal) al Espíritu Santo, considerándola como un vislumbre de la Santísima Trinidad [5]. Según doctrina cristiana, todas las operaciones divinas *ad extra,* es decir, que se refieren no a la vida eterna y divina, sino a las criaturas, se predican de las tres divinas personas, pero de cada una de distinta manera. Así, por ejemplo, la Creación se atribuye al *Padre,* por cuanto en ella se manifestó de un modo especial la divina omnipotencia; al *Hijo,* por cuanto en ella se reveló la divina Sabiduría «que abarca de un cabo al otro del mundo con su poder, y ordena todas las cosas con suavidad» [6]; de donde san Juan dice expresamente: «Todo ha sido hecho por El (por el Hijo, el Verbo),... el mundo ha sido creado por El» [7]; y se predica del *Espíritu Santo* porque en la Creación se manifestó la vida y amor divino, mediante los cuales se ejecuta, vivifica, termina y sella cada cosa en particular.

36. Ni en el relato de la Creación ni en otra parte nos habla la Sagrada Escritura *de la edad del mundo* (de la Tierra). Sólo una cosa declara con cierto énfasis: que el mundo no es eterno, sino creado de la nada por Dios «al principio». Tampoco dice cosa alguna del tiempo transcurrido desde la Creación del mundo hasta la del hombre. Cierto es que a este principio del mundo sigue el relato de la obra de los seis días; mas ya sabemos que los días de la Creación no son la medida del tiempo necesario para la producción y desarrollo de los seres creados. No diciendo nada la Sagrada Escritura, quedan las ciencias naturales en libertad de hacer cálculos tan elevados como crean justificables; sólo incurrirán en contradicción con la Sagrada Escritura si afirman que el mundo es eterno. Mas esto no lo puede sostener la ciencia, sin ponerse en pugna con la teoría de la evolución y del progreso natural. La ciencia nos lleva hasta el principio, y antes de él no se encuentra sino la nada. Y cuanto más se afirme la «ley de la

---

[1] La palabra hebrea *rûach* significa propiamente «hálito» o «viento». Pero *rûach Elohim* significa siempre: «Espíritu de Dios».

[2] *Ps.* 32, 6; 103, 30; cfr. *Iudith* 16, 17.

[3] La palabra hebrea *merachêphet* = «se cernía» (cfr. *Deut.* 32, 11; no justifica el significado «empollaba» o «incubaba», que le dan san Basilio, san Jerónimo y otros), no es una representación grosera y material, como la de las leyendas paganas, sino una imagen tierna, tomada del pájaro que se cierne sobre sus polluelos (o que incuba los gérmenes encerrados en el huevo). No se puede decir que aquí haya un concepto mitológico; en cambio en los mitos paganos existe la idea del «huevo del mundo», la cual, de su originaria sublimidad, acaba por degenerar en grosera y material.

[4] Cfr. san Agustín, *De Gen. ad litt. imperf. lib.* c. 4, n. 16.

[5] Cfr. san Basilio, *Hexaem.* 2, 6: «La interpretación más verdadera y aceptada por nuestros antecesores entiende por «espíritu de Dios» el Espíritu Santo, porque especial y principalmente en la Sagrada Escritura se le da este nombre», etc.

[6] *Sap.* 8, 1.

[7] *Ioann.* 1, 3-10; cfr. *Col.* 1, 16; *Hebr.* 1, 2.

evolución», tanto más necesariamente obliga la razón a admitir la existencia de un principio, impulso o fuerza, que no puede residir en las cosas mismas. La ciencia moderna exige un espacio de tiempo incalculable para el desarrollo de los distintos mundos, sistemas solares y de nuestro planeta, desde aquella primera masa cósmica hasta el estado actual; mas sus cálculos atrevidos quedan siempre dentro del marco señalado por la Sagrada Escritura con estas palabras: «En el principio creó Dios». Deduciríase de ellos que Dios ejercitó su omnipotencia y sabiduría en favor del hombre, no ya hace 6.000 ó 600.000 años, sino incalculable número de millones de años; la ciencia vendría, pues, a darnos un conocimiento más profundo de aquella divina sentencia: «Con eterno amor te amé» [1].

B. La obra de los seis días

37. *Obra del primer día* (v. 3-5). *Dijo Dios: Sea hecha la luz, y se hizo la luz. Y vió Dios que la luz era buena, y dividió la luz de las tinieblas. A la luz llamó día, y a las tinieblas, noche. Y se hizo la tarde y la mañana* — un día (el primero). — El *hablar* de Dios indica su querer. De donde se dice: «Tú, Señor, has hecho todas las cosas y por tu voluntad fueron y son creadas» [2]. Cuando tratamos de hacer una cosa, solemos dar a conocer nuestra voluntad por medio de palabras o mandatos; Dios no necesita de la palabra. Pero como la Sagrada Escritura está escrita para los hombres, porque mejor entendamos las cosas, aplica a Dios esta manera de expresarse; y con la frase: «Dijo Dios», significa la voluntad divina omnipotente y creadora, mediante la cual pone Dios por obra sus divinos pensamientos.

La misma Sagrada Escritura, por boca del Salmista, nos enseña que, tratándose de Dios, no hay que pensar en esfuerzo o trabajo alguno para realizar las obras: «El habló y todo quedó hecho; ordenó y todo fué creado» [3]. Y aun más elevadamente por boca de san Pablo: «Llama a las cosas que no son del mismo modo que a las que son» [4]. Pero más sencilla e impresionante, si cabe, aparece aquí en las palabras de la Creación la omnipotencia ilimitada de la voluntad divina.

La majestuosa sencillez del mandato: *Hágase la luz*, y la subsiguiente lacónica expresión: *y se hizo la luz*, son verdaderamente dignas de Dios, y manifiestan la divina omnipotencia. La palabra «luz» significa lo que ordinariamente así llamamos, esto es, la luz del día [5], como se colige de lo que luego añade: «Y Dios llamó a la luz, día, y a las tinieblas, noche»; y se confirma por lo que dice en v. 14 ss., donde se encomienda a los luceros el oficio de separar la luz de las tinieblas e iluminar el día y la noche. No hay, pues, contradicción entre la obra del primero y del cuarto día: en aquél se atribuye a Dios, como causa última, la

---

1 *Ierem.* 31. 3.
2 *Apoc.* 4, 11; cfr. *Ps.* 134, 6.
3 *Ps.* 32, 9.
4 *Rom.* 4, 17.
5 Ya a los SS. PP. e intérpretes más antiguos sorprendió que la *luz* apareciera *aquí como criatura independiente,* sabiendo Moisés tan bien como nosotros y aun diciendo expresamente el cuarto día, que el sol es la causa de la luz sobre la tierra. La ciencia distingue hoy perfectamente luz y cuerpos luminosos (Braun, *Kosmogonie*[3], 336 ss.). Pero la Sagrada Escritura no quiere afirmar que la luz iluminara la tierra antes que fuese visible el sol; en la Biblia esta distinción no tiene otro fundamento sino la división sistemática de la obra de los seis días. Cfr. núm. 33.

separación de la luz y de las tinieblas; en éste se declara a qué criaturas encomendó el Señor la separación, en lo que a la tierra se refiere; ambas operaciones pueden haber coincidido en el tiempo. Es clara la razón por qué nos cuenta primero la creación de la luz; la luz es condición de toda vida y orden; además, habiendo de hablarnos de una obra llevada a cabo en varios días, había que establecer ante todo el orden de día y noche. Este es el sentido de la primera obra y de aquellas palabras: «Se hizo la tarde y la mañana», que separan la obra de un día de la del siguiente [1], y prueban que las obras de Dios se cuentan por días naturales.

38. La expresión *Dios vió* [2] *que la luz era buena* se repite análogamente en todos los actos de la Creación [3], y significa que la obra se da por buena y responde a la voluntad y designios del Creador. Con ella se reprueba el error [4] de los que admiten la existencia de seres malos en sí mismos, que no fueron creados por el verdadero Dios, sino por un ser eternamente malo o por espíritus malos.

Y separó la luz de las tinieblas, y llamó a la luz, día, y a las tinieblas, noche; es decir, con la separación de luz y tinieblas y la sucesión ordenada de día y noche, dió motivo y ocasión a estos dos nombres [5] e imprimió a su obra, y análogamente a las siguientes, el sello de la divina sanción.

En este relato el día se cuenta, no desde una tarde a otra, sino desde una mañana hasta la siguiente [6], a diferencia del día *natural,* tiempo que dura la claridad del sol sobre el horizonte, y del día *civil* que se cuenta de una medianoche a la siguiente. El día natural se completa con la noche que le sigue; al romper de nuevo el alba comienza la obra del siguiente día. El día laborable del hombre comienza, como el de Dios, por la mañana. Análogamente también los días *sagrados,* sábados y festividades, comienzan de víspera por la tarde, para recordarnos que así como en el mundo material las tinieblas precedieron a

---

[1] San Agustín, *De Gen. ad litt. imperf.* 1, 17; *C. Manich.* 1, 14.

[2] Humanamente hablando, pues no tiene ojos corporales. Pero como Dios es el autor de los ojos y de la facultad de ver, etc., pueden predicarse de El estas y otras actividades con más verdad que de los demás. A este respecto dice el *Ps.* 93, 9: «¿Acaso no oirá el que creó los oídos? o ¿no verá el que formó los ojos?» —Y el *Eclesiástico,* 23, 28: «Los ojos de Dios son mucho más claros que el sol.»

[3] La aparente excepción que se hace con el firmamento y el hombre (cfr. núms 39-46) se explica teniendo en cuenta que la obra del segundo día quedó terminada el tercero, y que la creación del hombre imprimió a toda la naturaleza el sello de perfección, como allí se hace resaltar (cfr. núm 47).

[4] En Oriente estaba extendida la creencia de que existían dos principios externos, uno bueno y otro malo (que los persas llamaban Ormuzd y Ahriman), y que el mundo de los espíritus estaba dividido también en dos grandes bandos; el mundo visible fué creado en parte por el espíritu malo, el cual inducía al hombre al mal sirviéndose de las criaturas creadas por él. Contra estas opiniones inadmisibles alza su voz la Sagrada Biblia, afirmando categóricamente que todos los seres, sin excepción, son criaturas de un Dios bueno, y por tanto, buenas, muy buenas en sí mismas (cfr. V. 31; cfr. igualmente *Tim.* 4, 4. San Agustín, *Conf.* 13, 28 ss.).

[5] «Llamó», puede significar, según esto: «hizo que se llamase». El Señor dió a la criatura en cuestión el ser, la esencia y las propiedades; la mudanza de luz y tinieblas dió origen a aquellos nombres. La imposición de nombre puede considerarse como signo de superioridad y derecho de propiedad: los padres dan el nombre a sus hijos, los reyes de la antigüedad se lo cambiaban a los príncipes sometidos, Dios cambia los nombres de las personas que llama a su servicio. Así san Juan Crisóstomo; entre los modernos Hummelauer, Zapletal.

[6] Lo dice expresamente san Agustín.

la luz y hubieran subsistido, de no intervenir la palabra creadora de Dios, así en la vida espiritual, nada se hace sin la gracia [1].

39. *Obra del segundo día* (v. 6-8). *Dijo asimismo Dios: Hágase el firmamento en medio de las aguas y divida aguas de aguas. E hizo Dios el firmamento, y dividió las aguas que estaban debajo del firmamento de las que estaban sobre el firmamento, y así se hizo. Y llamó Dios al firmamento cielo; y se hizo la tarde y la mañana — el segundo día.* — Firmamento significa la bóveda aparente del cielo, bajo la cual se ciernen las nubes y en la cual lucen las estrellas [2]. Su oficio es *separar* las aguas superiores de las inferiores [3], esto es, las nubes y vapor de agua que están en relación con el firmamento, de las aguas de la tierra. Dase también al firmamento el nombre de «cielo», mas no en el sentido amplio del versículo primero, donde significa todo lo que no es nuestro planeta.

40. *Obra del tercer día* (v. 9-13). *Dijo también Dios: júntense las aguas que están debajo del cielo en un lugar* [4] *y aparezca lo seco. Y así se hizo. Y llamó Dios a lo seco, tierra, y a las aguas reunidas llamó mar. Y vió Dios que era bueno* [5]. Ninguna descripción de los procesos mediante los cuales la superficie terrestre llegó a su actual configuración — para ello sería preciso hablar de hundimientos, levantamientos, etc. —; tierra y agua, tal como aparecen a la vista, son el fundamento de la descripción. Estas palabras quieren decir que la separación de ambos componentes de la superficie terrestre se efectuó en virtud de un acto creador, y que las partes separadas se designan con los nombres de

---

[1] Cfr. II *Cor.* 4, 6.

[2] La palabra hebrea *rakîa* significa lo «extenso», «dilatado», y en este sentido, como observa Kepler (*Epit. Astron. Copern.*, Linz, 1618, 495), sería la expresión más adecuada para designar el «espacio», en cierto modo «ilimitado». La Sagrada Escritura usa en otros lugares diversas palabras para designarlo, con lo que quiere dar a entender que no deben tomarse éstas al pie de la letra, sino simbólicamente: el cielo es comparado a un espejo fundido; se dice de él que es fijo, como de bronce fundido, transparente como zafiro o cristal; se le compara a un tapiz extendido, a una tienda, a un velo tenue (cfr. *Is.* 40, 22; *Iob* 37, 18; *Prov.* 8, 28).

[3] Se admite generalmente que los escritores sagrados creyeron que el objeto esencial del firmamento era sostener las aguas superiores (así Schiaparelli, *Astronomie des AT* (Giessen, 1904), 26-27, y *BZF* III, 259). Para separar las aguas superiores de las inferiores, no precisa que sea el firmamento como un «muro divisorio». Los hebreos antiguos sabían, como nosotros, que la lluvia viene de las nubes, las cuales no están *encima,* sino *arriba* en el firmamento, no sostenidas por el mismo, sino *relacionadas* con él (como expresa la palabra hebrea *me'al,* que puede, pero no siempre debe signficar «encima»). La palabra «exclusas, compuertas» del cielo es una expresión simbólico-intuitiva, en la cual no hay por qué buscar una explicación o idea física. Es infundada la hipótesis panbabilonista, según la cual era corriente en la antigüedad, especialmente en Babilonia y Egipto, la idea de un océano celeste sobre el firmamento. La barca de Re (dios del sol), según opinión de los egipcios, no navegaba *sobre* la bóveda celeste, pues, de ser así, no se la hubiera podido ver desde la tierra. El océano celeste de los babilonios no es otra cosa, según Kugler (*Sternenkunde, Ergänzungen,* 222, nota 5), sino «la región obscura, sin estrellas, de forma ovalada, situada en la Vía Láctea, entre la *x* de la *Cruz* y la *I* del *Centauro,* el saco de carbón de los astrónomos.» El mito según el cual, partida Tiamat como una platija en dos trozos, del uno se formó la tapa del cielo, y echado un cerrojo, se puso un guarda para que no cayesen las aguas, es una ficción poética, de la cual no se pueden deducir consecuencias científicas.

[4] En un lugar, es decir, en el lugar destinado a recibirlas, en los senos del mar formados para ello; por esto se habla luego en plural de las reuniones de aguas, de los mares.

[5] V. 9 y 10.

«tierra seca» y «mar». Dios es quien mandó que del abismo insondable del mar surgiese la tierra; El es quien fijó la medida de su elevación, y ordenó la proporción de mar y tierra, de la cual depende esencialmente la sucesión de humedades, el correr de las fuentes y ríos y, con ello, el crecer de las plantas y animales, como también la vida y múltiple actividad del hombre.

En el tercer día acontecieron los *cataclismos (geológicos)* de la corteza terrestre, las formaciones de las capas geológicas, sus deformaciones, fallas, hundimientos, elevaciones, perturbaciones, etc. Mas ni una sílaba hay en la Sagrada Escritura que aluda a tales fenómenos. Por el contrario, extiéndese en otros pasajes en la consideración de la rica variedad de la naturaleza, de las cualidades del suelo en montes y valles, admirando la vida que brota por todas partes de la tierra. «¿Quién puso diques al mar cuando se derramaba por fuera como quien sale del seno de su madre, cuando le cubría yo de nubes como de un vestido y le envolvía entre tinieblas como a un niño entre pañales? Encerréle dentro de límites fijados por mí y púsele cerrojos y compuertas y dije: hasta aquí llegarás, y no pasarás más adelante, y aquí quebrantarás tus hinchadas olas» [1].—«El abismo (esto es, el mar insondable) envolvía como un vestido a la tierra; las aguas sobrepujan los montes (al principio, cuando aun lo cubrían todo). A tu amenaza huyeron amedrentadas del estampido de tu trueno. Alzáronse los montes y hundiéronse los valles al lugar que dispusiste. Fijásteles un término que no traspasarán; no volverán a cubrir la tierra. Tú haces brotar las fuentes en los valles, y que filtren las aguas por entre los montes. Beben de ellas todas las bestias del campo; a ellas corren los onagros sedientos. Junto a ellas habitan las aves del cielo; de entre las peñas hacen oír sus gorjeos. Tú riegas los montes desde arriba; colmas la tierra con los frutos de tus obras. Tú produces el heno para las bestias y la verdura para el servicio de los hombres, haciendo salir pan del seno de la tierra y vino que recrea el corazón del hombre, para que su rostro se ponga radiante como por el óleo, y el pan fortalezca el corazón del hombre. Llénanse de jugo los árboles del campo y los cedros del Líbano que Él plantó» [2].

41. Es condición previa para el crecimiento de las plantas la separación de tierra y agua. Ahora bien, radicando las plantas en la tierra, y no exigiendo para su formación más que el concurso de las fuerzas generales de los elementos, tienen más bien razón de complemento natural, que de ornato. Por esto una misma obra creadora abarca estas dos cosas: separación de tierra y agua, y aparición de las plantas (santo Tomás de Aquino). *Produzca la tierra hierba verde y que dé simiente, y plantas fructíferas que den fruto según su especie, y contengan en sí mismas su simiente* [3] *sobre la tierra* [4]. *Y así se hizo. Y la tierra produjo hierba verde, y que da simiente según su especie, y árboles que dan fruto, de los cuales cada uno tiene su propia semilla según la especie suya. Y vió Dios que era bueno. Y se hizo la tarde y la mañana, el tercer día* [5].—

---

1 *Iob* 38, 8-11.
2 *Ps.* 103, 6-16.
3 El texto hebreo distingue tres clases de plantas: *lo verde,* es decir, la hierba y demás plantas herbáceas, que nacen en los campos y praderas cubriendo la tierra con verde tapiz; *hortalizas* que llevan simiente, es decir, legumbres, cereales, arbustos, matas, etc.; finalmente los *árboles frutales,* que dan fruto con su simiente.—La Sagrada Escritura no se propone dar una clasificación «científica» de los vegetales; sólo quiere hacer ver que todo es obra de la misma omnipotencia divina.
4 Sobre la faz de toda la tierra se ha de cumplir esta palabra creadora.
5 V. 11-13.

Con estas palabras se hace depender la aparición de las plantas, de la voluntad de Dios. El dió la existencia a las primeras plantas, El les comunicó la virtud de *reproducirse* según sus especies. Sin este acto creador de Dios, jamás hubieran germinado las plantas de la tierra inerte [1], jamás hubiera existido este precioso ornamento de la superficie terrestre.

Con lo anteriormente expuesto queda resuelta de por sí la dificultad de la *creación de las plantas antes que la del sol;* las obras de la Creación no están relatadas cronológicamente. San Crisóstomo observa que las plantas deben su existencia, no al sol, sino a la palabra omnipotente de Dios. Rica sobremanera es la abundancia, variedad, hermosura y utilidad de estas criaturas, manifestación inmensa de la bondad del Creador para con los hombres. Pasa de 400.000 el número de especies diferentes del reino vegetal [2]. Entre ellas fueron creadas también las plantas venenosas, espinas, etc., y no después de la caída de nuestros primeros padres. También éstas podían ser útiles al hombre, o por lo menos no serle nocivas en el estado de inocencia.

42. *Obra del cuarto día* (v. 14-19). *Dijo después Dios: Haya lucéros* [3] *en el firmamento del cielo que distingan el día y la noche* [4]; *y sean* (es decir, sirvan) *para señales y tiempos y días y años; brillen en el firmamento del cielo, e iluminen la tierra. Y así se hizo.* Objeto de la obra del cuarto día fueron los astros, ornamento de la bóveda celeste y de gran importancia para la tierra y el hombre. Además de servir para «separar el día de la noche», como se expuso ya en v. 3 y 4, sirven también *de señal* para conocer y aun predecir hasta cierto punto los fenómenos naturales de importancia para la tierra, como por ejemplo, el tiempo, el frío, humedad, tormentas, inundaciones, etc. Sirven *para* determinar *los tiempos* [5], por cuanto sus distintas posiciones en el firmamento causan e indican las estaciones, la época de la siembra y recolección, de las flores y frutos, del paso de los animales y de muchos otros fenómenos de la vida de los animales y del hombre. Por los astros se guía el hombre para calcular el tiempo propicio para sus empresas, cultivo del campo, navegación, etc. Por su curso y posición determinamos *la época de las fiestas,* sábados, luna nueva, Resurrección, Pentecostés, Año Nuevo, etc. Sírvese finalmente el hombre de los astros, para la división astronómica del tiempo *en días y años* [6].

Son a veces también los astros señales de *cosas sobrenaturales,* pero sólo

---

[1] Opina san Agustín que Dios creó en este día las condiciones de las simientes o gérmenes de las plantas, comunicando a la tierra la potencia necesaria para desarrollarlos después bajo el influjo del sol.

[2] Se encuentra abundante material acerca de todas estas cuestiones científicas en la revista *NO*. Cfr. Berthold, *Dar Naturschöne*[2] (Friburgo, 1882); Bäumer, *Wunder der Pflanzenwelt oder Offenbarung Gottes in Pflanzenleben eine religiös-wissenschaftliche Naturbetrachtung* (Ratisbona, 1911). Para fines prácticos: A. Werfer, *Gottes Herrlichkeit in seinen Werken* (Ulma, 1894).

[3] «Luz», en hebreo *mâ-ór,* quiere decir lugar de la luz, fuente de la luz, cuerpo luminoso — a diferencia del fenómeno o elemento luz del v. 1, que se llama en hebreo *ôr,* luz.

[4] Es decir, que brillarán distintamente, el uno de día y el otro de noche.

[5] La palabra hebrea *môêd* significa un lapso de tiempo determinado, de *yaád,* determinar, fijar. Los astros, por tanto, han de servir para regular el tiempo en la vida civil y religiosa.

[6] Cfr. Schiaparelli, *Die Astronomie des AT.*

por excepción, y por *manera* tan *prodigiosa,* que en ello se echa de ver la intervención directa de Dios; por ejemplo, la aparición de la estrella en el nacimiento del Salvador, el oscurecimiento del sol en su muerte. Moisés prohibió con todo rigor la astrología, el culto de los astros y todas las supersticiones que con él se relacionan [1].

43. *Hizo, pues, Dios dos grandes luceros* [2]; *el lucero mayor, para que presidiese el día, y el lucero menor* [3], *para que presidiese a la noche* [4], *— y estrellas. Y colocólas en el firmamento del cielo* [5], *para que resplandeciesen sobre la tierra, y presidiesen al día y a la noche, y separasen la luz de las tinieblas. Y vió Dios que era bueno. Y se hizo la tarde y la mañana, el cuarto día* [6]. Como un rey tiene el sol su trono en el cielo. Cuando aparece, comienza el día y su ocaso trae la noche. Y la luna brilla de noche en el firmamento como una reina entre las estrellas, presidiéndolas y guiándolas. Y las estrellas adornan el firmamento con su admirable belleza, y envían su amorosa luz a la tierra, aun cuando apenas contribuyen a iluminarla. Su número es incalculable, su variedad y magnitud asombrosas, su armonía sorprendente; mas Dios las tiene todas contadas, las llama a cada una por su nombre y señala a cada una su órbita [7]. El las creó todas, dió a cada una su brillo [8], y les señaló sus leyes; El es su eterno dueño y señor. Poéticamente describe el libro de *Job* (38, 7) las aclamaciones de los astros de la mañana en la Creación y los gritos de júbilo de los hijos de Dios (ángeles), es decir, las alabanzas a la grandeza y majestad de Dios. También las obras del cuarto día declaran al hombre la grandeza y amor de Dios [9].

El real Profeta contempla y adora maravillado el firmamento adornado por la mano de Dios; los astros son otros tantos pregoneros de la magnificencia divina; «*Los cielos publican* la gloria de Dios, y el firmamento anuncia las obras de sus manos» [10]. Admira en particular el astro del día, el sol; él es «como un esposo, que sale (ataviado, engalanado) de su cámara, para recorrer su órbita, transportado de júbilo, como un héroe; sale de un extremo del cielo, y su carrera se acaba en el otro extremo; y nada puede ocultarse a su calor». No menos le arrebata en la divina contemplación el cielo estrellado *en las noches tranquilas:* «Oh Señor, Dueño nuestro, ¡cuán admirable es tu Nombre

---

[1] *Lev.* 19, 26. *Deut.* 18, 9-12; cfr. 4, 19; 17, 3; también *Eccli.* 43, 1-11; *Sap.* 13, 2 s.

[2] Grandes, en cuanto que vistos desde la tierra, parecen mayores que los demás astros y son mucho más necesarios. Cfr. san Crisóstomo, *In Gen., hom.* 6, n. 3-4; san Agustín *De Gen. ad litt.*, l. 2, c. 16.

[3] El sol *aparentemente* no es mucho mayor que la luna, aunque en realidad con su masa podrían formarse 25 millones de astros del tamaño de ésta.

[4] El sol es en cierto modo el rey del día y la luna la reina de la noche. Cierto que la luna no es causa de la noche, como el sol del día; pero ella es de noche lo que el sol de día. — La frase: «para que presidan el día y la noche», nada tiene que ver con los dioses estelares y su influjo en la tierra (Kautzsch).

[5] No dice: «las fijó allí», sino: «les mandó que estuviesen allí», a la manera como luego se dice de Adán: «Dios lo trasladó al Paraíso» (san Crisóstomo, *In Gen., hom.* 6, n. 5).

[6] V. 16-19.

[7] *Gen.* 15, 5. *Is.* 40, 26 *Iob* 9, 7; 38, 31 ss.

[8] Cfr. I, *Cor.* 15, 41 ss., donde san Pablo compara la hermosura de los cuerpos gloriosos de los escogidos con el resplandor de los astros. Acerca de la magnificencia del hemisferio celeste austral, cfr. *HL* 1868, 147.

[9] *Deut.* 4, 19. *Is.* 45, 7. *Rom.* 1, 20. San Juan Crisóstomo, *In Gen., hom.* 6, n. 5 s.

[10] *Ps.* 18, 2. Por eso el Apóstol se sirve de esta imagen al hablar de los predicadores del Evangelio, cuya misión alcanza a todo el orbe (*Rom.* 10, 18).

en la redondez de la tierra! Porque tu majestad se difunde por (todo) el cielo (y hasta los niños y los lactantes la reconocen mostrando su alegría y estupor)... Cuando contemplo el cielo, la obra de tus manos, la luna y las estrellas que tú creaste; —¿qué es el hombre para que te acuerdes de él y vengas a visitarle?» [1].

44. *Obra del quinto día* (v. 20 23). «*Dijo también Dios: Produzcan las aguas reptiles animados* [2], *y (sean) aves que vuelen* [3] *sobre la tierra debajo del firmamento del cielo. Creó, pues, Dios los grandes peces y todos los animales que viven y se mueven, producidos por las aguas según sus especies, y asimismo todas las aves según sus especies. Y vió Dios que era bueno. Y bendíjolos, diciendo: Creced y multiplicaos y henchid las aguas del mar; y multiplíquense las aves sobre la tierra. Y se hizo la tarde y la mañana, el quinto día*».—Nuevas maravillas de la omnipotencia divina. La materia inerte se vivifica, miríadas de seres animados llenan los senos del mar y cruzan los espacios. Despliégase más y más el plan grandioso y amoroso de Dios en esta tierra tan insignificante al parecer. Deja de ser inerte la naturaleza visible; sus reinos están ordenados y embellecidos; los elementos ejercen influencia bienhechora según leyes fijas; tierra y mar, montes y valles, ríos y mares, verdes praderas y desolados desiertos, vastas llanuras y elevados picos cubiertos de nieve dan a la superficie del globo rica y beneficiosa variedad. Mas de pronto comienzan a animarse estos espacios con infinidad de seres vivientes, desde el monstruo del mar hasta los seres más diminutos (infusorios), imperceptibles a la vista, contenidos en innumerable cantidad en una sola gota de agua; desde el rey de los aires, el águila altiva, hasta el pequeño colibrí y los más minúsculos coleópteros e insectos, casi imperceptibles a nuestra vista, que se balancean dulcemente en el aire.

Todos estos seres *viven de la omnipotencia y bondad de Dios;* todos le deben el ser, la vida y el sustento [4]. ¡Cuán variados y peculiares su estructura, instinto y carácter! Creado cada uno para un fin determinado, y todos para un plan común y grandioso: hacer de la tierra la morada del hombre, sirviendo a su vida corporal y espiritual de diversas maneras; y cada cual a su modo, con miles y millones de voces, pregona la grandeza, riqueza, sabiduría, amor y perfecciones del Creador. Por eso la Sagrada Escritura remite tan a menudo al hombre a los seres vivientes de la Creación. La minúscula *hormiga* es imagen de la sabiduría, y a su escuela es enviado el perezoso [5]; la insignificante *abeja,* que labra la dulce miel, enseña al hombre a no juzgar por las apariencias [6]; los *insectos* y *langostas* parecen cosa despreciable, y son sin embargo instrumentos

---

[1] *Ps.* 8, 2-5.

[2] En hebreo: «Pululen las aguas animales vivientes»; — frase que expresa muy bien la vida exuberante y variadísima de los seres del mar. Cfr. Jakob, *Unsere Erde*[2] (Friburgo, 1895), 268 275.

[3] La conexión de estas dos frases podría hacer creer que también los volátiles habían de tener principio en el agua; pero el inciso «debajo del firmamento del cielo» excluye esta interpretación, y en el vers. 19, se dice expresamente que Dios «formó de la tierra todos los animales del campo y todas las aves del cielo». El texto hebreo dice así: «Y vuelen aves sobre la tierra, debajo del firmamento de los cielos.» No dice la Sagrada Escritura que Dios formase del agua los peces y las aves; habla de los dos a la vez, porque ambos son el ornato y la vida del agua (mar) y del aire, creados en el segundo día.

[4] *Ps.* 103, 25 30.

[5] *Prov.* 30, 24 s ; 6, 6 ss.

[6] *Eccli.* 11, 3.

terribles del castigo de Dios [1]. Pero con especial predilección nos remite la Sagrada Escritura a las *aves*. Ora habla de la diligencia y habilidad con que fabrican sus nidos, ora de los admirables viajes de las aves de paso (sin guía, mapa ni brújula); y a veces cita en términos de reprobación algún ejemplo de aparente insensibilidad. Pero sobre todo son imagen y ejemplo de la solicitud de Dios y de su amor a las criaturas. «Consulta a las aves del cielo, y te lo enseñarán; pregunta a los peces del mar, y te lo contarán» [2].—«El milano conoce en el cielo su tiempo; la tórtola, la golondrina y la cigüeña saben discernir la época de su transmigración» [3].—«El gorrión halla para sí una casa, y la tórtola un nido donde poner sus polluelos; (yo hallo) tu altar, oh Señor de los ejércitos, mi Señor y mi Dios» [4].—«La hija de mi pueblo es cruel como el avestruz en el desierto» [5], el cual abandona sus huevos y no se cuida de ellos. —«Mirad las aves del cielo cómo no siembran, ni siegan, ni tienen graneros; y vuestro padre celestial las alimenta. ¿Pues no valéis vosotros mucho más que ellos? [6]»

45. *Obra del sexto día* (v. 24-31).—*Dijo Dios: Produzca* [7] *la tierra animales vivientes* [8] *en cada género, animales domésticos, reptiles y bestias silvestres* [9] *según sus especies. Y así se hizo. Hizo, pues, Dios las bestias silvestres de la tierra según sus especies y los animales domésticos y todo reptil terrestre según sus especies. Y vió Dios que era bueno.* También es obra de la libre omnipotencia y sabiduría de Dios la creación de la última y más alta categoría de seres irracionales. ¡Cuán grandiosa, múltiple y magnífica es también esta creación! ¡Qué numerosas sus clases y especies y cuán variada la estructura de esos seres, todos perfectos en su género, y al mismo tiempo escalonados según organismos cada vez más perfectos! [10] ¡Qué diversos los fines de cada una de esas innumerables criaturas y qué admirables sus sentidos, miembros e instintos! Pero nuestra admiración sube de punto, si consideramos que en todos estos seres resplandece el mismo plan que en el resto de la Creación; todos estos seres, juntamente con los creados anteriormente y con las plantas, están calculados y dirigidos a un mismo objeto, supeditados los unos a los otros y ordenados con admirable armonía [11], para que la

---

1 *Deut.* 7, 20. *Ioel* 1, 4.
2 *Iob* 12, 7 s.
3 *Ierem.* 8, 7.
4 *Ps.* 83, 4; cfr. *Iob* 39, 27.
5 *Thren.* 4, 3; *Iob* 39, 14 ss.
6 *Matth.* 6, 26.
7 En virtud de la voluntad creadora de Dios, sin la cual de nada es capaz la tierra, por lo que luego añade: «Y Dios hizo los animales, etc », es decir, los creó «del suelo de la tierra» (cfr. 2, 19). Lo mismo sucede con las plantas, peces y aves (v. 11 y 20).
8 La Sagrada Escritura los comprende bajo estas tres denominaciones: *ganados*, es decir, los animales mayores, especialmente los domésticos; *reptiles*, es decir, los reptiles terrestres, gusanos y todos los animales pequeños que se mueven sobre la tierra, sin pies, o con pies apenas perceptibles; finalmente *las bestias del campo*, es decir, principalmente las fieras que viven salvajes en campos y bosques. Tampoco aquí la Sagrada Escritura pretende darnos una clasificación «científica» de los animales; con tres expresiones, que abarcan todos los animales de la tierra, nos dice que todo, sin excepción, debe a Dios su ser.
9 Aquí aparece la misma división de los animales, pero en distinto orden; de donde se ve que la Sagrada Escritura no da importancia al orden de enumeración.
10 Acerca de la teleología de la vida animal, cfr. *NO* 1870, 559; Mayer, *Der teleologische Gottesbeweis* (Maguncia, 1900), 76 ss.
11 Cfr. Berthold, *Das Naturschöne*², 224 ss.

tierra resulte digna morada del hombre, apta para el desenvolvimiento de sus múltiples facultades corporales y espirituales [1].

46. «*Dijo entonces Dios. Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra; y domine a los peces del mar y a las aves del cielo y a las bestias y a toda la tierra y a todo reptil que se mueve sobre la tierra.* Crió, pues, Dios al hombre a imagen suya: a imagen de Dios le crió; criólos varón y hembra. Echóles Dios su bendición y les dijo: Creced y multiplicaos y henchid la tierra y enseñoreaos de ella, y dominad a los peces del mar y a las aves del cielo y a todos los animales que se mueven sobre la tierra» (v. 26-28). Hermosamente dice a este propósito san Crisóstomo: «El hombre, que supera en dignidad a todos los seres visibles, para cuyo servicio fueron creados el cielo y la tierra, el mar, el sol, la luna y las estrellas, los reptiles, los animales domésticos y las bestias, fué con razón creado a la postre de todos. Pues, así como cuando un rey quiere entrar en una ciudad, primero envía sus satélites y todas las personas destinadas a su servicio para que dispongan todo de manera conveniente para el recibimiento; así Dios creó primero este ornato que en el mundo vemos, y luego creó al hombre, para constituirlo sobre todo ello. Y así mostró Dios cuánto estima a esta criatura» [2].

Aquí llama sobre todo la atención lo sublime del lenguaje, que se eleva casi hasta el tono poético, y por lo menos llega hasta la simetría de los miembros, propia de la poesía hebrea (en el v. 27). El plural no es un resto de politeísmo primitivo; tampoco se refiere a los ángeles, cual si Dios los llamase a consejo (!); es más bien «una deliberación íntima con El mismo, para encarecer la importancia de la última obra de la Creación» (Kautzsch); responde bien a la majestad de Dios (plural de majestad o sublimidad) y encierra una «alusión» a la Santísima Trinidad (cfr. núm. 34).—Del contexto se desprende en qué consiste la semejanza del hombre con Dios: en la *naturaleza racional*, que eleva al hombre sobre todas las criaturas y le hace apto para dominarlas.—Las palabras hebreas «imagen» y «semejanza» son sinónimas y en *Gen.* 5, 1 se emplean indistintamente. Del significado de la palabra no puede, pues, deducirse diferencia entre retrato natural y sobrenatural *(imago* y *similitudo)*, y de hecho en *Gen.* 5, 1 evidentemente se habla sólo del retrato natural. La descripción de la dignidad del hombre y de sus dotes se completa en el cap. 2, 7 ss. [3].

El *dominio del hombre* sobre todas las criaturas debía ser perfecto, como corresponde a un ser que es imagen de Dios y a su elevado destino; pero había de adquirirse mediante el ejercicio de las facultades humanas, ennobleciendo al mismo tiempo la naturaleza [4]. Por eso bendice Dios al

---

[1] Aquí no hay bendición, porque se sobreentiende, después de haberla pronunciado sobre los peces y aves. Por el contrario, cuando llega al hombre, dice expresamente el Texto Sagrado: «Y Dios los bendijo diciendo: creced y multiplicaos», etc., porque el hombre no es un animal, sino una criatura de otra naturaleza; que, aunque tiene de común con los animales el cuerpo, no se le puede aplicar todo lo que se diga de los animales. Por eso también se menciona en particular la institución del matrimonio. Cfr. 2, 18-24; san Agustín, *De Gen. ad litt.*, l. 3, c. 13.

[2] *In Gen.*, *hom.* 8, n. 2.

[3] Acerca de «La imagen de Dios en el hombre», cfr. Zapletal. *Alttestamentliches* (Friburgo de Suiza, 1903), 1-15; Strucker. *Die Gottebenbildlichkeit des Menschen in der chistlichen Literatur der ersten zwei Jahrhunderte* (Münster, 1913)

[4] Esto es todavía posible después del pecado. Pero si éste no existiera, el hombre habría extendido poco a poco la prosperidad paradisíaca sobre toda la faz de la tierra,

hombre [1] y le manda poblar la tierra, enseñorearse de ella y dominar los peces del mar y las aves del cielo y todos los animales que se mueven en la tierra. Y le señala para alimento los frutos de la tierra, en los cuales tendrán también su parte los animales. «Ved que os he dado todas las hierbas, las cuales producen simiente sobre la tierra, y todos los árboles, los cuales tienen en sí mismos simiente de su especie, para que os sirvan de alimento a vosotros y a todos los animales de la tierra [2] y a todas las aves del cielo, y a cuantos animales vivientes se mueven sobre la tierra, para que tengan qué comer.»

No cabe interpretar este pasaje como una *prohibición de comer carne;* pues a los hombres se les concede el dominio *absoluto* sobre la tierra, animales y plantas. Más adelante [3] refiere la Sagrada Escritura que Abel era pastor de ovejas y «ofrecía a Dios de los primerizos de su rebaño y de la grosura de ellos». Es probable que nuestros primeros padres poca o ninguna necesidad sintiesen de alimentarse de carnes; mas esto debió cambiar luego del pecado, y aun más después del diluvio [4]. Por eso se dió expresamente a los hombres este permiso, o más bien se les confirmó en él, después del diluvio, aunque con una limitación; tampoco tuvo el hombre después del diluvio aquel dominio casi *ilimitado* que antes poseyera, por más que Dios se lo restituyó con toda solemnidad y casi con las mismas palabras que en la Creación [5].

Aunque en este pasaje se habla de *alimentación vegetal de los animales,* no puede colegirse de ahí que, primitivamente, todos ellos, aun las fieras que hoy son carnívoras, se alimentasen exclusivamente de vegetales. El texto quiere decir que los animales llamados dañinos no sólo eran inofensivos para el hombre, sino también sumisos a su voluntad, sin excepción alguna y sin que el hombre hubiese adquirido este dominio con su esfuerzo o riesgo; tal vez quiere indicar también que en el Paraíso no había alimañas [6]. Ciertos pasajes de los profetas, como por ejemplo, aquel en que se dice que el león comerá paja como el buey [7], quieren dar a entender de una manera simbólica la superioridad del reino mesiánico. San Pablo dice [8] que, como consecuencia del pecado, la naturaleza empeoró; quiere significar con esto, primero que la naturaleza perdió aquella bondad especial de que Dios la había dotado en el paraíso en consideración y provecho del hombre, y también que la naturaleza se ha empeorado en orden al uso y servicio del hombre; y sobre todo quiere significar con aquellas palabras el abuso que de la naturaleza hace el hombre y el demonio, como príncipe de este mundo [9]. El Redentor quebrantó el poderío del demonio sobre la naturaleza [10]; y una vez vencido completamente el pecado, la naturaleza recobrará las cualida-

---

con un trabajo sencillo que hubiera contribuído al desarrollo de sus facultades espirituales y corporales.

[1] V. 28-30.

[2] Aquí establece el texto hebreo una distinción: al hombre se le señala para alimento principalmente los frutos del campo y de los árboles; a los animales, el verde, es decir, la hierba y cosas análogas.

[3] *Gen.* 4, 2-4.

[4] Santo Tomás, *Summa theol. 1, q. 96, a. 1 ad 3; cfr. 1, 2, q. 102, a. 6 ad 2.*

[5] Cfr. *Gen.* 9, 1-7; núm. 106.

[6] Cfr. san Agustín, *De Gen. ad litt.,* l. 3, c. 15 y 16; santo Tomás, *Summa theol. 1, q. 96, a. 1 ad 2,* califica esta opinión de descabellada, «pues por el pecado del hombre en nada cambió la naturaleza de los animales»; la sustitución del régimen vegetariano por el carnívoro llevaría consigo una transformación radical.

[7] Por ejemplo, *Is.* 11, 6-9.

[8] *Rom.* 8, 20.

[9] *Ioann.* 12, 13; 14, 30; 16, 11. II *Cor.* 4, 4. *Ephes.* 2, 2.

[10] Cfr. I *Tim.* 4, 5.

des que corresponden a la humanidad transfigurada [1]: habrá un cielo nuevo y una tierra nueva [2].

47. El relato de la obra de los seis días termina con estas palabras: «*Vió Dios todas las cosas que había hecho, y eran buenas en gran manera. Y se hizo la tarde y la mañana, el sexto día*» [3]. Aun cuando de cada una de las obras de la Creación en particular dice el Texto Sagrado que Dios la encontró buena, esto es, conforme a los designios de su sabiduría y amor, esto no obstante insiste una vez más al remate de toda la Creación. Dirige Dios en cierto modo una mirada a su obra, y la encuentra buena en conjunto y en cada una de sus partes, es decir, la encuentra hermosa, perfecta, en el mejor orden y armonía, conforme con su plan grandioso. Y la observación está muy en su punto después de haber creado Dios al hombre y haberle constituído señor de la naturaleza, la cual recibió de esta suerte su coronamiento y última perfección.

La Creación, por su parte, cumple con el fin de su existencia, sirviendo cada uno de los innumerables seres en particular y todos en armónico conjunto al Creador [4], y alabándola cada cual en su propia lengua, que el hombre puede y debe entender. En nombre de todos los seres toma la palabra el real Profeta: «¡Cuán grandiosas son tus obras, Señor! Todo lo has hecho sabiamente. Ahí el mar tan grande y tan inmenso; en él peces sin cuento, animales chicos y grandes. Todos esperan de Ti que les des a su tiempo el alimento. Tú se lo das, y ellos acuden a recogerlo, abres tu mano, y todos se hartan de tus bienes.»—«Tú derramas regocijo desde Oriente a Occidente... Todos alzan su voz y te cantan himnos» [5].

¿Y quién más obligado a glorificar al Señor, que *el hombre,* para cuya utilidad y deleite fueron todas las cosas creadas? No puede el hombre menos de exclamar, sumido en la contemplación de la bondad divina: «¡Alabad al Señor desde los cielos, alabadle en las alturas! ¡Alabadle vosotros los ángeles todos! ¡Alabadle, sol y luna! ¡Alabadle, lucientes estrellas! ¡Alabadle, cielos de los cielos, y vosotras, aguas, que estáis sobre el firmamento! ¡Alabad al Señor en la tierra, vosotros, monstruos marinos y abismos!... ¡vosotros, montes y collados, árboles frutales y cedros!... pues sólo su nombre es excelso; su gloria resplandece sobre los cielos y la tierra» [6]. Muy *dignas de notar* son las *últimas palabras* de la Creación; ellas nos advierten que no podemos permanecer mudos en medio de tantas maravillas y nos recuerdan «que Dios mismo alaba sus obras, porque los hombres y demás seres no son capaces de alabarlas bastante» [7]; ellas deben también reprimir nuestra lengua, para que no censuremos imprudentemente lo que no entendemos. A estos *censores* van dirigidas aquellas palabras de san Agustín: «No se les alcanza que todo es bueno para el Creador y el artista que sabe servirse de todo para el gobierno de la Creación que rige con sus leyes supremas. Llega un profano al taller del maestro y ve allí multitud de instrumentos, cuyo uso ignora, y aun los tiene por superfluos, si es muy lego en la materia. Topa por descuido en un horno o se hiere con un instrumento, y llega a tener por peligrosos y perjudiciales los enseres del taller. Mas el maestro, que conoce el uso y manejo de sus aparatos, ríe de su simplicidad y ejerce su arte

---

1 *Rom.* 8, 21-23.
2 *Is.* 65, 17-25 II *Petr.* 3, 13. *Apoc.* 21, 1.
3 V. 31.
4 *Judith* 16, 17. Véase en *Eccli.* 43 un himno magnífico de las criaturas a su Creador; cfr. también el canto de los tres jóvenes en el horno de Babilonia, *Dan.* 3, 52 ss.
5 *Ps* 103, 24-28; 64, 9-14.
6 *Ps.* 148; cfr. *Eccli.* 42, 15 ss.; 43, 29-37. *Dan.* 3, 57 ss.
7 San Crisóstomo, *In Gen., hom.* 10, n. 6.

sin cuidarse de necios discursos. ¡Y qué lejos llega a veces la necedad de los hombres! No osan censurar en un artífice humano lo que no entienden, y presumen saber lo que en modo alguno se les alcanza de las obras e instrumentos de Dios» [1].

C. Conclusión de la obra de la Creación. El sábado

(*Gen.* 2, 1-3)

48. *Quedaron, pues, acabados los cielos y la tierra, y todo el ornato de ellos. Y en el día séptimo había acabado la obra que hiciera, y descansó en el séptimo día de todas las obras que había llevado a cabo* [2]. Dos grandes verdades se hallan aquí íntimamente unidas, el remate de la Creación y el descanso de Dios; con lo cual se declara que el reposo de Dios no es absoluto [3], sino sólo con respecto a la obra de la Creación; «Descansó de toda la obra que había hecho», esto es, de la obra de la Creación. «Descansó» quiere decir, como explica santo Tomás [4], que desde el día séptimo no creó *ser alguno completamente nuevo* que no estuviese de alguna manera comprendido en la obra de los seis días, ya por su *materia,* como Eva que fué formada de una costilla de Adán, ya por su *causa,* como los seres que proceden de los que fueron creados por Dios, ya finalmente por su *semejanza,* como las almas de los hombres son creadas continuamente de la nada a semejanza del alma de Adán, cabeza del linaje humano. Por el contrario, *actúa Dios constantemente,* como dice el mismo Salvador [5], conservando y gobernando lo que una vez creó, pues si dejase Dios de obrar por un momento, cesaría de existir en el mismo instante toda la Creación, la cual no tiene otra razón de subsistencia que la virtud y omnipotencia divinas [6].

Clemente de Alejandría (200 d. Cr.) se expresa de esta manera: «Dios descansó, no porque cesara en su actividad, como quieren muchos entender el descanso de Dios; pues como Dios es bueno, si cesara de hacer bien, dejaría de ser Dios; lo cual, hasta el decirlo es un crimen. «Descansar» significa disponer que se guarde en todo tiempo y sin transgresión el orden de lo que se ha hecho; y «producir» significa sacar cada una de las cosas de la antigua confusión (del caos)» [7]. Según san Agustín, las palabras: «Dios descansó, etc.» significan también que Dios ha dispuesto que las criaturas racionales, en especial el hombre, encuentren *su reposo en El,* su Dios y su Criador, siendo impulsadas por la gracia del Espíritu Santo a aspirar a Dios, en cuya posesión descansarán felices, sin desear otra cosa [8]. Nos enseña al mismo tiempo este descanso de Dios, que

---

1 *De Gen. ad Manich.,* l. 1, c. 16.

2 V. 1 y 2.

3 Ya el pagano Celso (hacia 150 d. Cr.) dijo que era irracional suponer que Dios hubiese creado el mundo por partes y que, «rendido de fatiga como un artesano», descansase el séptimo día. Contéstale el docto Orígenes diciendo que lo irracional es la interpretación de Celso, pues la Sagrada Escritura da a entender sobradamente cuál sea la verdadera y racional; porque Dios no hizo el mundo a trozos y con fatiga, ni por tanto necesitó descansar como un artesano (Orígenes, *C. Cels.,* 6, 60, en *Migne* XI, 1391).

4 *Summa theol. I, q. 73, a. 1 ad 3.*

5 *Ioann.* 5, 17.

6 San Agustín, *De Gen. ad litt.,* l. 4, c. 12; cfr. santo Tomás, *Summa theol. I, q. 73, a. 2.*

7 *Strom.* 6, 16, en *Migne* IX, 369.

8 San Agustín, *De Gen. ad litt.,* l. 4, c. 9-10. Lo mismo *Hebr.* 4. *Apoc.* 14, 13; 7, 17 y 21, 3 s.

después de nuestras buenas obras hallaremos en El nuestro reposo. Este día séptimo es el día de descanso de la Creación, durante el cual hemos de imitar con nuestras buenas acciones el obrar de Dios, para conseguir entrar en el *eterno descanso* de Dios. — San Agustín, y con él otros muchos santos Padres, señalan el profundo y misterioso significado de la obra y del descanso de Dios, como figura de la obra del Unigénito y de su *descanso en el sepulcro;* sobre lo cual dijo el mismo Jesucristo: «Mi Padre obra hasta ahora, y yo también obro» [1]; y al fin de su obra, el día sexto (el viernes), sirvióse de las palabras del *Génesis:* «Está consumado [2]; e inclinando la cabeza, entregó su espíritu», y descansó todo el día del sábado en el sepulcro, una vez acabada la obra de la Redención. Así, el sábado del Padre después de la obra de la Creación es figura del sábado de su Hijo después de la obra de la Redención, con la que dió principio el orden del mundo nuevo, espiritual y redimido.

49. «*Y bendijo Dios el día séptimo y le santificó, por cuanto en él había descansado de todas las obras que hiciera*» [3]. Separó, pues, Dios este día de los demás, imprimiéndole *carácter sagrado,* para que en él descansara el hombre de su trabajo ordinario, y en el descanso encontrase tiempo y proporción de pensar en Dios, en su propio destino, en el objeto eterno de sus trabajos terrenales, de alegrarse en Dios y en las cosas divinas, y aprovecharse de los medios que en este día particularmente se le conceden: la instrucción, la gracia, la oración, asegurando de esta suerte el logro del eterno descanso para el cual le crió y destinó su bondadoso Hacedor.

Los cristianos descansamos el día primero de la semana en lugar del día séptimo; la significación es la misma, pero encierra un sentido más elevado. La obra de la Redención, corroborada por la gloriosa Resurrección del Señor el domingo, sellada de nuevo otro domingo con la venida del Espíritu Santo, es una creación espiritual, más sublime y admirable que la del mundo visible. En memoria de ello ha sido consagrado con mayor derecho el descanso del domingo; y son mayores los medios de santificación de que en este día disponemos nosotros, los cristianos, para lograr el eterno y feliz descanso del cielo.

Dios *bendijo* el día séptimo, esto es, depositó en él un cúmulo de bendiciones necesarias al hombre para la consecución de su fin sobrenatural. De esta suerte queda vinculada la salvación a la observancia del sábado. — Dios lo *santificó,* esto es, lo separó del resto de los demás días destinados a los trabajos terrenos, y le dió carácter sagrado; es «el día del Señor». Por esto dice el Sagrado Texto: «Acuérdate de santificar el sábado. Seis días trabajarás y harás tus obras; pero el séptimo día es el sábado del Señor tu Dios. No harás en él trabajo alguno; pues en seis días hizo el Señor el cielo y la tierra y el mar y todo lo que en ellos hay; mas el séptimo día descansó; por eso bendijo Dios el día del sábado y le santificó» [4]. Hay que distinguir la *institución* del sábado, del precepto de *santificar* el sábado, que más tarde dió el Señor por medio de Moisés. Mas por su destino aparece ya aquí el sábado como la primera disposi-

---

[1] *Ioann.* 5, 17.

[2] *Ioann.* 19, 30. El texto griego se sirve en ambos pasajes del mismo verbo; en hebreo con ninguna otra palabra mejor que con la de *Gen.* 2, 1 se podría expresar esta idea; la expresión latina *perfecti sunt,* «fueron terminados», significa lo mismo que *consummati sunt,* «fueron acabados».

[3] V. 3.

[4] *Exod.* 20, 8-11; 31, 13 ss. *Ierem.* 17, 19-27. Acerca del sábado, cfr. Lüken, *Stiftungsurkunde,* etc., 82.

ción de un *culto externo;* y del contexto parece deducirse que esta disposición fué comunicada al primer hombre.

Según la teoría babilonista, el sábado es de origen babilónico. En efecto, en algunos documentos babilónicos se da el nombre *sabattu* a un día determinado (el 15 de cada mes), y una vez se le designa expresamente como «día del sosiego del corazón» (a saber, de los dioses enojados); se le consideraba, según esto, como día de penitencia y oración. También los días 7, 14, 21 y 28 revestían carácter especial; se les llamaba «días malos», porque en ellos estaba prescrito para el rey ayuno y penitencia. No se puede probar con documentos que también a estos días se les llamase *sabattu*. La fiesta hebrea del sábado nada tiene de común con los días séptimos babilónicos, ni con el carácter del *sabattu*. El sábado y la semana de siete días de los israelitas eran independientes de las fases de la luna, mientras que los días séptimos babilónicos coincidían con los cuartos de luna. Parece que los babilonios (como los egipcios) no conocieron la semana que va sucediéndose sin interrupción todo el año. El *sabattu* y los días séptimos babilónicos eran días nefastos y no días de regocijo y descanso; estaban destinados a la reconciliación con las divinidades irritadas; tenían carácter lúgubre y se celebraban sin sacrificios, con ayuno y abstinencia y en traje de duelo. Por el contrario, Israel destinaba el sábado al recuerdo del poder y bondad de su Creador, y en él se mostraba como hijo e imagen de Dios; libre de todo trabajo corporal, dedicábase a meditar en su último fin y tributar a Dios culto especial (sacrificios), por ser día bendecido y santificado por el Señor. Más tarde quiso Dios que este día rememorase a los israelitas la institución de la Alianza [1], la liberación de la esclavitud de Egipto y la libertad de los hijos de Dios [2]; el sábado había de ser figura del descanso mesiánico y medio para conseguirlo tanto en esta vida como en la otra, en la Iglesia y en el cielo [3]. La palabra babilónica *sabattu* sólo tiene de común con la hebrea *sabbat* la raíz *(séba', sibitti* = abundancia, siete). La santidad del número siete y su significado simbólico de «perfección» son ideas muy antiguas, que rebasan los límites de la cultura babilónica; pertenecen por tanto a la historia primitiva [4].

50. *La cosmogonía bíblica y los mitos paganos.* — La cosmogonía babilónica, conocida en sus rasgos esenciales hace ya mucho tiempo por la obra de Beroso, sacerdote babilónico, comienza con estas palabras [5]: «Cuando todavía no era conocido arriba el cielo, y abajo no tenía nombre la tierra, del océano primordial, su padre, (y) de la tumultosa Tiamat, madre de todos, se mezclaron las aguas en uno; cuando ninguno de los dioses había sido creado... fueron formados los (primeros) dioses»... La narración, muy llena de lagunas, nos dice más adelante que entre los dioses fué también formado Marduc (Bel), el «Creador», y que Tiamat, elemento femenino del caos, se alzó contra los dioses recientemente creados; pero provocada a guerra por Marduc, fué vencida y dividida en dos partes, de una de las cuales hizo Bel «un techo, el cielo». Sigue luego la formación de los astros: sol, luna, planetas y estrellas; «Marduc (Bel) hizo aparecer la diosa-luna, a ella confió la noche, la constituyó astro de la noche para determinar el tiempo», etc. Tras minuciosa descripción de las estrellas, hay una gran laguna que, a juzgar por algunos fragmentos, correspondía a la creación de la tierra, de las plantas y de los animales. En esta misma laguna se describía sin duda la creación del hombre, de la cual tenemos noticia por otros fragmentos. Bel hizo cortar la cabeza a uno de los dioses (según Beroso, su pro-

---

[1] *Exod.* 31, 13 17.

[2] *Deut.* 5, 12-15.

[3] *Ps.* 94, 11; cfr. *Hebr.* 4, 3.

[4] Cfr. Kalt, *Bibl. Archäologie,* núm. 141; Hehn, *Siebenzahl und Sabbat bei den Babyloniern und im AT* (Leipzig, 1907); *Der israelitische Sabbat,* en *BZF* II, 12, y en *BZ* XIV, 198 s.

[5] Según Bezold, *Ninive und Babylon,* 104. Los textos babilónicos v. en *KAT*³, 91-118; *ATAO*³, 6 ss ; ibid., 21 ss., las demás cosmogonías paganas.

pia cabeza), y mezclando la sangre con barro, formó al hombre. Termina con un himno a Marduc (Bel). En la «cosmogonía» de Eridu, fragmento muy difícil, que, segun parece, es la introducción a una fórmula de conjuro, se dice del dios Marduc: «Él creó al hombre,... con él creó Aruru el género humano, los animales del campo y los seres que viven al aire libre». Según otros fragmentos publicados por el sabio inglés King, el hombre fué formado «de sangre y hueso, para habitar la tierra y ocuparse en el servicio de los dioses».

Los mitos de los demás pueblos (egipcios, indios fenicios, etc., hasta los griegos) tienen todos de común el caos tenebroso (agua primordial), del cual sale el huevo del mundo, cuya división forma el universo visible superior e inferior y los animales que en él habitan. Todos admiten un principio bueno y otro malo (dualismo), un mundo de dioses, en lucha unos con otros (politeísmo), y hablan de la formación del mundo, mas no de la creación de la nada.

Por más que la leyenda babilónica es antiquísima (2000 a. C., por lo menos), e innegable su semejanza en muchos puntos con la cosmogonía bíblica, las diferencias de fondo y forma son tan sorprendentes y esenciales, que no se puede admitir se haya ésta inspirado en aquélla, y más si se advierte que muchos rasgos son comunes a todos los mitos paganos, sin que pueda probarse parentesco histórico entre ellos. «Aquí (en la Biblia) desaparece ese mundo de fantasmas... Cuando de la epopeya babilónica se pasa al primer capítulo del *Génesis,* cree uno salir de las enmarañadas fantasías de un calenturiento, para entrar en pura región de lucidez mental y espiritual reposo [1]. En la cosmogonía babilónica, los dioses nacen del caos acuoso del mundo primordial, y luego se ven obligados a luchar por la vida contra monstruos mitológicos. En la cosmogonía bíblica, Dios eterno se eleva majestuosamente sobre toda la Creación, y todas las obras acatan su voluntad omnipotente y glorifican su sabiduría y amor. La Creación divina consiste en sacar de la nada, en tanto que los dioses babilónicos sólo pueden dar formas nuevas a la materia preexistente. En la cosmogonía babilónica no existe orden y división de la obra de la Creación en seis días con el sábado subsiguiente [2]. Pero si admitimos que la cosmogonía bíblica nació de la babilónica mediante un largo proceso de purificación y transformación, elaborado por las creencias hebreas, no sólo pecamos contra la analogía — puesto que los mitos no suelen ir simplificándose en los pueblos, antes bien complicándose cada vez más —, sino también dejamos sin resolver el problema del concepto israelita de Dios, al cual no es posible dar explicación natural. No poseemos la leyenda babilónica en su forma primitiva, sino en una posterior, influída por el politeísmo. Tal como hoy la tenemos, es un himno a Marduc, el dios de la ciudad de Babilona; hay indicios de que también al dios de la ciudad de Nippur (Bel) se atribuyó la dignidad de «Creador». Se puede demostrar que Marduc desterró otras divinidades locales, apropiándose algunos atributos de ellos. El mito en su forma actual parece ser un amaño para dar a Marduc la primacía entre los dioses babilónicos; de ahí el atavío de accesorios ajenos a la leyenda antigua. Es, pues, erróneo afirmar que la cosmogonía bíblica haya «salido ahora a la luz del día en forma más pura y primitiva de la noche de los montículos babilónicos» [3].

---

[1] Oettli, *Der Kampf um Bibel und Babel* (Leipzig, 1903), 9.

[2] Los pormenores pueden verse en Nikel, *Genesis und Keilschriftforschung,* 24-124; Kirchner, *Die Babylonische Kosmogonie und der bibl. Schöpfungsbericht, ein Beitrag zur Apologie des bibl. Gottesbegriffes,* en *ATA* II (1910). Para estudiar las afinidades entre la Sagrada Escritura y los mitos babilónicos referentes al origen del hombre, puede consultarse el resumen de Slaby en *K* X, 2, 186 ss. De los «nuevos textos para la historia primitiva de la humanidad», da una noticia Schollmeyer en *ThG* VII (1915), 845 ss., Landersdorfer, *Die sumerischen Parallelen zur biblischen Urgeschichte,* en *ATA* VII, 5 (1917); lo relativo al «sábado» véase en núm. 49.

[3] Delitzsch, *Babel und Bibel* I, 29.

2. Creación de los ángeles y caída de una parte de ellos [1]

51. Nada nos dice el libro del *Génesis* de la creación de los ángeles. Tal vez no entraba en el plan de Moisés, el cual sólo pretendía contar la situación e historia de la humanidad en este mundo visible. Tal vez temió, como suponen muchos santos Padres [2], que tales noticias pusieran al pueblo israelita, tan rudo e inclinado a la idolatría, en peligro de tributar adoración a los espíritus celestes, teniendo a la vista el ejemplo de los babilonios, egipcios, fenicios y sirios, adoradores de los astros. Quizá pasó Moisés en silencio la creación de los ángeles, por no haberle Dios revelado el momento en que se verificó. Esto no obstante, los menciona frecuentemente, y el relato del pecado de nuestros primeros padres presupone la caída de parte de aquéllos. Indudablemente, pues, la revelación y tradición primitivas contenían alguna noticia acerca de la existencia de espíritus buenos y malos. — Otros libros de la Sagrada Escritura hablan *clara y expresamente* de la creación de los ángeles y de la prueba a que fueron sometidos. En san Pablo, por ejemplo, se lee: «Por Él fueron creadas todas las cosas en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, Tronos, Dominaciones, Principados y Potestades» [3].

También acerca del *destino, dotes* y *prerrogativas* de los ángeles nos dan noticia *los libros posteriores* de la Sagrada Escritura. Se les llama mensajeros [4] e hijos de Dios [5], héroes de gran poder [6], santos [7]; ellos forman la milicia celestial que asiste al trono de Dios, dispuestos siempre a cumplir sus órdenes [8]. Son sabios y virtuosos, tanto que para decir de un hombre que es perfecto, se le compara con los ángeles [9]. Se ocupan en alabar y ensalzar al Señor [10], pero a veces son destinados a la custodia de los justos [11]. El Antiguo Testamento establece cierta jerarquía entre los ángeles; distingue querubines y serafines; Miguel, Gabriel y Rafael son príncipes de los ángeles [12] (arcángeles).

52. Tampoco habla el *Génesis* de la *caída de una parte de los ángeles*. Mas el pecado de nuestros primeros padres supone la existencia de espíritus malos, y en libros posteriores del Antiguo Testamento se habla expresamente de su pecado y castigo. «El demonio no permaneció en la verdad» [13]. «Dios no perdonó a los ángeles delincuentes» [14]. Su pecado fué el *orgullo*, «principio de

---

[1] Cfr. santo Tomás, *Summa theol. 1, q. 50, a. 1; q. 96 a. 2.*
[2] Por ejemplo, san Juan Crisóstomo, *In Gen., hom.* 2 n. 2.
[3] *Col.* 1, 16; cfr. *Deut.* 33, 2; *Ps.* 67, 18; *Dan.* 7, 10; *Iob* 38, 4 7; *Hebr.* 1, 4 ss.; 12, 22; *Apoc* 5, 11.
[4] *Ps.* 103, 4; cfr. *Hebr.* 1, 4.
[5] *Ps.* 28, 1; 88, 7. *Iob* 1, 6; 2, 1; 38, 7.
[6] *Ps.* 102, 20; cfr. *Ps.* 148, 1 7.
[7] *Deut.* 33, 2 3. *Ps.* 88, 6 8. *Iob* 5, 1. *Dan.* 8, 13. *Zach.* 14, 5.
[8] III *Reg.* 22, 19.
[9] I *Reg.* 29, 9; II *Reg.* 14, 17 ss.; cfr. III *Reg.* 13, 18; *Dan.* 9, 22.
[10] *Ps.* 102, 20; 148, 2. *Dan.* 3, 58. *Tob* 12, 15.
[11] *Gen.* 32, 1. *Ps.* 90, 11; cfr. II *Macch* 11, 6 ss.; *Tob.* 3, 25.
[12] Los serafines ocupan la categoría más elevada (*Is.* 6), siguen los querubines (*Gen.* 3, 24. *Ezech.* 1, 4 ss.; 10, 1 ss. *Apoc.* 4, 5 s): a las Potestades siguen las virtudes (*Ephes.* 1, 21), los arcángeles (I *Thess.* 4, 15) y los ángeles (*Gen.* 16, 7, etc.). Distinguimos nueve coros distribuídos en tres órdenes. Su número es inmensamente grande (*Gen* 32, 1; *Deut.* 33, 2; *Ps* 67, 18; *Dan.* 7, 10; *Matth* 26. 53; *Apoc* 5, 11; 12, 4), y todavía mayor que el de las cosas visibles (santo Tomás, *Summa theol. 1. q. 50, a. 3-4*). Acerca de Miguel, cfr. *Dan.* 10, 13 21; Gabriel, 8, 16; 9, 21; Rafael, *Tob.* 3, 25; 12, 15. La doctrina acerca de los ángeles buenos y malos en el A. T., puede verse en Atzberger, *Die christ. Eschatologie im AT und NT* (Friburgo, 1890), 110-115; Hagen, *Der Teufel im Lichte der Glaubensquellen* (Friburgo, 1889).
[13] *Ioann.* 8, 44.
[14] II *Petr.* 2, 4.

todo pecado» [1]. No nos dice la divina Revelación en concreto qué clase de soberbia fuese la suya [2]. Se cree que alude a la caída de los ángeles aquella descripción del *Apocalipsis:* «Trabóse entretanto una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles peleaban contra el dragón, y el dragón con sus ángeles lidiaba; pero no prevalecieron y no se encontró ya más en el cielo su lugar» [3]. Del *castigo* de los ángeles dice san Pablo: «Dios no perdonó a los ángeles delincuentes, sino que amarrados con cadenas infernales, los precipitó al abismo, donde son atormentados y reservados hasta el día del juicio» [4]. Tanto la Sagrada Escritura como la tradición eclesiástica afirman que el castigo es *eterno*. Así, por ejemplo, dice la sentencia de Jesucristo: «Apartaos de mí, malditos, id al fuego *eterno,* que está preparado para el diablo y sus ángeles.» [5]

Cuando se averiguó que en la cosmogonía babilónica intervienen infinidad de dioses inferiores y de espíritus, se quiso dar origen babilónico a los ángeles

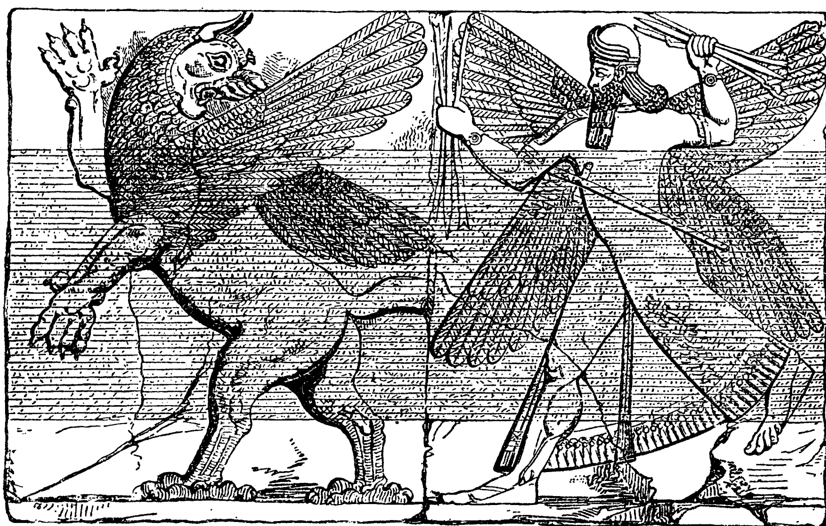


Fig. 11. Lucha de Marduc (Bel) con el dragón (grifo). Relieve de Nimrud. Londres. British Museum (según Layard).

de la Biblia. Para unos es babilónico el concepto de ángeles mensajeros de Dios y custodios de los justos; para otros, los ángeles de la Biblia son dioses estelares babilónicos «destronados». Pero la creencia en espíritus, en seres intermedios entre Dios y el hombre, es común a casi todos los pueblos, y debe de proceder de alguna fuente común más antigua. Los (siete) espíritus malos de los babilo-

---

[1] *Eccli.* 10, 15; *Tob.* 4, 14.

[2] Los SS. PP. y doctores católicos están divididos en distintos pareceres. Opinan unos que aquellos ángeles, llevados de vana complacencia en sus admirables prerrogativas, no quisieron someterse a Dios y buscaron en sí mismos la fuente de la felicidad. Creen otros que Dios les manifestó la futura encarnación del Hijo de Dios; mas ellos se rebelaron ante la idea de adorar a éste, vestido de la naturaleza humana, tan inferior a la suya.

[3] *Apoc.* 12, 7 ss. Refiérese este pasaje directamente al triunfo del cristianismo sobre la idolatría y sus fautores. Pero según la interpretación de algunos SS. PP., encierra también una alusión a la caída de los ángeles. Cfr. *Luc.* 10, 18, donde el Señor dice a sus discípulos: «Yo vi caer del cielo a Satanás como un rayo».

[4] II *Petr.* 2, 4.

[5] *Matth.* 25, 41.

nios son rebeldes vencidos por Marduc; trátase probablemente de personificaciones de fenómenos naturales (nubes tempestuosas que oscurecían el sol y la luna). El relieve babilónico en que se representa la lucha de Marduc con un monstruo fabuloso, nada tiene que ver con la lucha de Marduc y Tiamat; de donde mal puede ser el modelo babilónico de la lucha del arcángel san Miguel con la «antigua serpiente» (*Apoc.* 12, 9) [1].

3. Creación y dotes del primer hombre

(*Gen.* 2, 4-7; cfr. 1, 26 ss.; 5, 2).

53. *Relación del segundo capítulo del Génesis con el primero.* — El capítulo primero narra sucintamente *la creación* del mundo visible, en especial el *avío* de la tierra para morada de los seres racionales, la elevada dignidad y situación del hombre en la naturaleza, su preeminencia y señorío sobre todas las criaturas visibles. Desde el capítulo segundo trata la Sagrada Escritura del *destino sobrenatural* del hombre, de aquel amoroso decreto mediante el cual Dios quiso, no ya guiarle a una felicidad finita, limitada, propia de su naturaleza humana, sino darle la vida sobrenatural de la gracia para hacerle capaz de participar un día de la eterna beatitud. En el capítulo primero, al relatar la creación del hombre, insinúa el Texto Sagrado de un modo general tan elevado destino, para hacerlo expresamente resaltar en el segundo capítulo. Trata éste de las *prerrogativas* sobrenaturales del hombre luego de creado (v. 5-7), del *Paraíso* como habitación apropiada a tan privilegiado estado (v. 8-15), del primer *precepto,* de la creación de la *mujer* (v. 16-24), finalmente del *estado primitivo* de nuestros primeros padres (v. 25).

No se trata, pues, en este capítulo de una «segunda cosmogonía» abiertamente opuesta a la del capítulo 1. Entre ambos relatos existen ciertas diferencias, observadas ya desde antiguo. Pero supuesto que el autor inspirado o el redactor utilizara dos fuentes distintas, componiéndolas según un plan, con toda seguridad no hubiera dejado de advertir las contradicciones, ni advertidas las habría dejado subsistir. Estamos, pues, autorizados y aun obligados a leer el relato de la Creación con ojos conciliadores. Para disipar las dificultades que pueda suscitar la crítica, basta traducir e interpretar el relato conforme al sentido. La diferencia más importante parece ser el distinto orden de las obras de la Creación: según el capítulo 1, el hombre fué creado a la postre, mientras que según el capítulo 2, lo fué al principio, siguiendo luego las plantas, el Paraíso, los animales y la mujer.

Desaparece esta contradicción si se advierte que el autor se inspira en el orden objetivo y no en el cronológico. No quiere decir el escritor que el hombre fuera creado antes que las plantas y los animales, sino explicar la *relación* de aquél con las plantas y los animales y con la mujer.

Nada hay en el segundo capítulo que *cronológicamente* sea posterior al primero, si no es el último versículo. La narración debe tomarse en *sentido literal,* como la entendieron los santos Padres y Doctores de la Iglesia, y no alegóricamente, como una manera simbólica de expresar ciertas ideas. No se puede negar que la narración encierra verdades y *misterios* profundos; pero precisamente para significar esos misterios y verdades sucedieron así las cosas, y no de otra manera; porque los hechos históricos, y no las fábulas, son la expresión más adecuada de las ideas. Además de esto, la narración de los primeros capítulos del *Génesis* es tan sencilla y conexa, que sería gran arbitrariedad interpretar una parte de ellos en sentido alegórico y otra en sentido real.

Los versículos 4 y 5 no deben tomarse como remate del relato de la Creación, sino como *encabezamiento* de la parte siguiente (2, 4 hasta 4, 26). La palabra

---

[1] Cfr. Nikel, *Genesis und Keilschriftforschung,* 100; Kaulen, *Assyrien und Babylonien,* 192.

hebrea *thôledôt* (= descendencia, generación, historia), se repite nueve veces en el *Génesis,* encabezando siempre una serie de narraciones referentes a la historia (descendencia) de un mismo personaje. En este capítulo relata el autor lo que sucedió después que Dios hubo creado cielo y tierra; mas antes de pasar a referírnoslo, dirige una mirada retrospectiva a lo dicho en el capítulo 1 acerca del «cielo y de la tierra» y de su separación (creación) en el día segundo o tercero [1].

54. «*Esta es la historia del cielo y de la tierra después que fueron creados.* Cuando el Señor Dios creó el cielo y la tierra, no había germinado todavía planta alguna del campo ni hierba de la tierra; porque el Señor Dios no había aún hecho llover sobre la tierra, ni había hombre que la cultivase; y subía una niebla [2] de la tierra y humedecía toda la superficie del suelo. *Entonces formó el Señor Dios* [3] *al hombre del polvo de la tierra, e inspiróle en el rostro un soplo de vida, y quedó así hecho el hombre viviente*» [4].

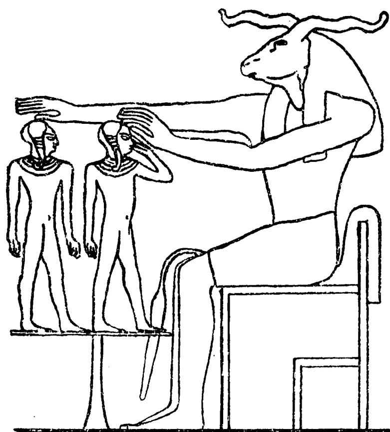


Fig. 12. – Chnum, formando en el torno de alfarero a Amenofis III y a su espíritu protector. Relieve de la sala donde nació de Amenofis III en Luqsor (1411-1375 a. Cr.). Según A. Jeremías, *ATAO,* 3.ª edición, página 25.

Todo revela en este pasaje — máxime si se atiende a lo que antecede — *la excelencia del hombre* sobre las demás criaturas visibles. Para él es creado el universo y se viste la tierra de sus galas. Ya no pronuncia Dios aquella palabra de su omnipotencia: «Hágase», sino que entra en consejo consigo mismo y repite por tres veces su propósito de crear al hombre a su imagen [5]. — Formó Dios el *cuerpo* del hombre mediante un acto especial de su voluntad omnipotente [6]. Esto significa que Dios quería dotarle de

---

[1] Acerca de la variante propuesta por algunos comentaristas: *érez veyamîm* (= tierra y mar), en lugar de *érez veschamáim* (= tierra y cielo), cfr Minjon, *Die dogmatischen Grundlagen des bibl. Schöpfungsberichtes* (Maguncia, 1910), 58 ss.; en contra Allgeier, *Über Doppelberichte in der Genesis* (Friburgo, 1911), 17.

[2] La palabra hebrea *êd,* que la *Vulgata* traduce *fons* = fuente, sale por segunda y última vez en *Iob* 36, 27, y se traduce ordinariamente *niebla.* Otros la relacionan con el babilónico *edu* = inundación, marea alta; en este supuesto querría decir nuestro pasaje que además de la lluvia existía un sistema artificial de riego (como, p. ej., el de Egipto por el Nilo). Cfr. Theis, *Sumerisches im AT* (Tréveris, 1912), 11 ss.; en contra König, *Genesis,* 195.

[3] El texto hebreo dice *Yahve-Elohim* = Señor Dios. Al nombre genérico Dios *(Elohim)* se le antepone otro que es exclusivo del Dios verdadero, primero para inculcar que *Yahve,* el Dios de la Revelación (el que es el eterno, *Exod.* 3, 14; cfr. núm. 239) no es sino el Creador del Mundo *(Elohim);* y en segundo lugar para recordar al hombre que Dios no necesita del mundo, que por amor creó todas las cosas y las puso al servicio del hombre, y que éste, en retorno, debe amar a Dios sobre todas las cosas, a El solo adorar y servir (cfr. *Deut.* 6, 4 5 13; *Matth* 4, 10).

[4] Para la interpretación del relato bíblico, cfr. Göttsberger, *Adam und Eva,* en *BZF* III, 11, y Feldmann, *Paradies und Sündenfall,* en *ATA* IV (1913).

[5] Cfr. san Juan Crisóstomo, *In Gen., hom.* 8, n. 2-3; san Agustín, *De Gen. ad litt* , 1-3, c. 19; santo Tomás, *Summa theol. 1, q. 93, a. 5; q. 91, a. 2.*

[6] La teoría del origen animal del hombre no se compadece con lo solemne del relato bíblico (ni con la formación de la mujer del costado de Adán). Por lo menos no hay razón para apartarse del sentido literal simple y llano (más pormenores en núm. 56).— La

especiales perfecciones; y a la verdad, el cuerpo humano es la obra maestra de la creación visible. Todo lo que de hermoso y útil se encuentra derramado por las criaturas, se halla reunido y expresado en el cuerpo humano con admirable armonía y perfección.

Mas por su *alma espiritual* el hombre había de remontarse hasta la esfera de los espíritus, y uniendo en sí mismo el mundo corpóreo y el incorpóreo, ser la piedra angular de toda la Creación. El soplo de vida que Dios inspiró en su rostro era el alma espiritual, racional e inmortal. Y siendo un ser espiritual, nada tiene de común con lo corpóreo, ni con un hálito o soplo; mas porque es el principio y fundamento de la vida corpórea, y porque ella hace que el cuerpo respire y viva, se le llama hálito de vida. Ni quiere esto decir que el alma sea una emanación del ser divino — como tampoco el aliento material procede de la esencia misma del que respira —; sino que expresa simbólicamente que no fué formada a la manera del cuerpo, de la materia preexistente, sino creada por Dios directamente de la nada y unida al cuerpo [1].

Por su alma el hombre es *imagen de Dios;* no que sea igual a Dios, infinitamente perfecto, porque sólo el Verbo del Padre, el «resplandor de su gloria», es «retrato vivo de su sustancia» [2]. Mas por el alma espiritual el hombre es semejante a Dios espíritu puro, y en las tres potencias (memoria, entendimiento y voluntad) lleva en cierto modo una débil imagen de la Santísima Trinidad [3]. Por el entendimiento puede el hombre conocer a Dios, por la voluntad, amarle; la inmortalidad del alma le hace participante de la eternidad divina.

55. El texto bíblico habla según lo que ve y entiende comúnmente, apartándose, tanto de consideraciones teológicas, como de adornos fantásticos. Pero, bajo el ropaje de la narración, expresa con claridad y hermosura profundos e importantes pensamientos (teológicos) acerca de la situación privilegiada del hombre, su diferencia esencial de los demás seres vivientes, su estado primitivo y el carácter moral del matrimonio [4]. Nos enseña en particular que el hombre fué creado en un estado perfecto y enriquecido por el Creador de dones que le elevaban a sobrenatural dig-

---

elocución es humana e intuitiva, pero en modo alguno indigna de Dios. No se dice que Dios «amasara» el cuerpo de Adán de un «terrón» o del barro, a la manera como los egipcios representaban a su dios Chnum con el torno de alfarero (fig. 12), ni se habla de «pellizcar el barro», como en el mito babilónico. Es cierto que la palabra hebrea *yazár* es un término técnico que sirve para designar la actividad del alfarero, y que en *Iob* 10, 9 y 33, 6 se lee «barro» *(hómer)* en vez de «polvo» *(aphár)*. Pero aquí como allí sólo afirma el texto sagrado que el cuerpo humano está compuesto de elementos de la tierra, en los cuales se ha de resolver después de la muerte. Los mitos y leyendas de todos los pueblos del norte de Asia describen de manera análoga la creación del hombre. El cuerpo es formado de la tierra por el Ser Supremo, y la divinidad le infunde el aliento vital. Estas tradiciones alcanzan hasta antes de la civilización nómada, por tanto hasta la tradición primitiva. Cfr. *Anthropos* IX (1914), 677.

[1] Santo Tomás, *Summa theol. 1, q. 90, a. 1 ad 1.*

[2] *Hebr.* 1, 3.

[3] Santo Tomás, *Summa theol. 1, q. 93, a. 1 4 5.*

[4] Llega a conceder esto Kautzsch (p. 12), después de haberse negado la ciencia racionalista durante mucho tiempo a reconocer valor histórico a los relatos bíblicos. — También la escuela panbabilonista admite que «aquí hay *filosofía* manifiesta y bien fundada»; pero va demasiado lejos al querer descubrir tendencias políticas y al imaginarse que, con ayuda de la protohistoria, se llegará a demostrar científicamente la verdadera situación entre las naciones del Judá anterior al destierro. Cfr. Erbt, *Die Urgeschichte der Bibel* (Berlín, 1904).

nidad y perfección. Colígese esto de algunos rasgos del relato del Paraíso y del estado lastimoso a que se vió reducido el hombre por el pecado, y lo confirman testimonios explícitos del Antiguo y Nuevo Testamento. El Antiguo Testamento nos enseña que Dios creó al hombre *recto* [1] (esto es, en estado de justicia y perfección), le otorgó el don de la ciencia del espíritu, llenó su corazón de discernimiento y le dió a conocer el bien y el mal [2]; que Dios no es autor de la muerte, pues creó al hombre para la inmortalidad, sino que la muerte entró en el mundo por la envidia del demonio [3]. Según el Nuevo Testamento, el hombre, que por la gracia y verdadera santidad se hace en cierto modo partícipe de la naturaleza divina, es una renovación y restauración del primitivo estado en que fué creado a imagen y semejanza de Dios [4]; y la Redención es una restitución de los bienes de la gracia, perdidos por el pecado. De ahí que, según doctrina unánime de los santos Padres y decisión del Concilio de Trento [5], el hombre salió de las manos de Dios en santidad y justicia sobrenatural, empero sin menoscabo de la capacidad de desenvolverse, atestiguada expresamente por la Sagrada Escritura, al decir que Adán había de decidirse libremente por Dios, haciéndose de esta suerte acreedor a un grado superior de perfección.

Los dones sobrenaturales que acompañaban a la justicia y santidad (gracia santificante), eran principalmente el estado de inocencia, que excluía todo apetito desordenado e inclinación pecaminosa. El hombre bien ordenado en todas las manifestaciones de su vida; los sentidos obedientes al espíritu, y éste sumiso en todo a Dios. Ninguna lucha de conciencia turbaba la paz de su alma, la cual se sentía a su vez en perfecta armonía con Dios. Su inteligencia estaba adornada de grandes conocimientos y altísima sabiduría; probablemente le fué otorgado desde el principio el don del lenguaje; y por gracia especial de Dios, mediante el fruto del árbol de la vida, obtuvo lo que el alma inmortal deseaba para su cuerpo y no podía alcanzar: la exención del dolor y de la muerte.—*Salió, pues, el primer hombre de las manos de Dios* en perfecto desarrollo, vigor y hermosura corporales, adornado en cuerpo y alma de los más excelentes dones de la naturaleza y de la gracia, imagen natural y sobrenatural de Dios, obra maestra de la omnipotencia, sabiduría y amor en todos los aspectos. «Hicístele un poco inferior a los ángeles, coronástele de gloria y honor y le diste el mando de las obras de tus manos» [6], exclama el real Profeta, tan lacónico como expresivo.

56. Cuanto acabamos de exponer está en contradicción con la teoría de los que afirman ser el hombre un producto, el más acabado, de la naturaleza, «el producto más perfecto y acabado de la evolución natural», obtenido por el progresivo desarrollo del reino animal en muchos siglos; el cual, al comenzar a ser hombre, se encontraba en estado de *ínfimo salvajismo*. Esta teoría, fundada en la aplicación de las teorías darwinistas a la historia del hombre, es la triste floración de una falsa filosofía que niega la existencia de un Dios personal y creador, y destruye los fundamentos de la verdadera moralidad. Es, además,

---

1 *Eccles.* 7, 30.

2 *Eccli.* 17, 1 ss. *Sap.* 10, 1 ss. Schmidt, *Das Wissen unserer Stammeltern im Paradies*, en *PriesterKonferenzblatt de Eberhart* (Brixen, 1906, núm. 1 y 2.

3 *Sap.* 1, 13; 2, 23.

4 *Col.* 3, 9 10. *Ephes.* 4, 24. II *Petr.* 1, 4.

5 Sesión quinta, can. 1 y 2. Cfr. *Catech. Rom. I, 2, q. 19; IV, 13, q. 4;* santo Tomás, *Summa theol. 1, q. 94-95.* Acerca de la doctrina de la justicia y del pecado original frente a las teorías críticas modernas, cfr. *ZKTh* 1884, 216 ss.; Pohle, *Dogmatik* I[6], 495 ss.

6 *Ps.* 8, 6; cfr. *Eccli.* 49, 19.

científicamente insostenible [1]. La teoría de la evolución, perfeccionada y convertida actualmente en la ciencia de la *Biología*, admite la transformación de las especies sólo en sentido restringido. El óvulo, del cual se desarrolla el organismo, representa ya plenamente el *germen de su especie;* es, pues, una *célula específica,* y engendra por división *sólo una especie idéntica* [2]. No conoce esa teoría el camino que lleva del animal primitivo al hombre. A la luz de los hechos [3] seriamente inquiridos y cuidadosamente observados, se disipan como la niebla los árboles genealógicos de los ascendientes del hombre y los estados evolutivos de la humanidad, construídos según opiniones preconcebidas.—También los *fósiles* [4] (paleontología) hablan en contra de la teoría monístico-materialista del origen del hombre. Los vestigios más antiguos del hombre y de su civilización nos presentan un *homo sapiens,* esto es, un ser fundamentalmente diferente del mundo animal. Nada hay en la paleontología que induzca a sostener el paso del animal al hombre; la paleontología «no conoce los ascendientes del hombre» (Branco) [5]. Al mismo resultado conduce la prehistoria; no ha descubierto estado alguno del hombre primitivo que tenga algún parecido con el animal; el hombre se pone inmediatamente en contacto con el mundo exterior, y lo domina; muestra disposición y aptitudes para el arte y la civilización [6], y vive en orden social y moral. La etnología y el folklore enseñan que los pueblos de civilización inferior no representan el estado primitivo de la humanidad, sino ramas de la familia humana, que han quedado retrasadas en el desenvolvimiento de la humanidad, y se han degradado y hecho salvajes tocante a religión y moral, pero que en el estado más primitivo y aun en el actual, a pesar de su degradación, se distinguen esencialmente del estado animal [7]. La *historia de la civilización y de las religiones* va haciendo fracasar cada día más el dogma de la teoría monista de la evolución y del progreso rectilíneo de la especie inferior a la superior [8].

Olvidan también los partidarios de la evolución, que este asunto no pertenece a las ciencias naturales, sino a la filosofía y a la teología. El hombre es un ser compuesto de cuerpo y alma, y su cuerpo (a diferencia del del animal) está organizado para ser instrumento de un alma intelectual. En cuanto al alma, es imposible que la evolución pueda salvar el paso. Cuanto al cuerpo, nos atenemos al juicio del naturalista J. Reinke: por dignidad debe declarar la ciencia, que nada sabe del origen del hombre [9].

---

[1] Cfr. Bosch, *Die neuere Kritik der Entwicklungstheorien, besondes des Darwinismus,* en *VGG* (Colonia, 1914); Wasmann, *Der Kampf um das Entwicklungsproblem* (Friburgo, 1907); *StL* LXXVI (1909) y LXXVII.

[2] Ofrece particular interés el mendelismo (de su inventor P. Gregorio Mendel [† 1884]), en el cual se funda la teoría de la variación de los caracteres. Cfr. Bosch, *l. c.*, 58 ss.; Muckermann, *Grundriss der Biologie* (Friburgo, 1909); *Kind und Volk*[11-15] (Friburgo, 1924); Wasmann, *Die moderne Biologie und die Entwicklungslehre*[3] (Friburgo, 1906); Schmitt, *Katholizismus und Entwicklungslehre (Kath. Lebenswerte* IX, Paderborn, 1913).

[3] Frank, *Die Entwicklungslehre im Lichte der Tatsachen* (Friburgo, 1911).

[4] Cfr. A. Schmitt, *Das Zeugnis der Versteinerungen gegen den Darwinismus* (Friburgo, 1908); *StL* LXXVI (1909), 30 ss.

[5] Wasmann, *Die moderne Biologie und die Entwicklungstheorie*[3], 488.

[6] Las facultades artísticas que en el hombre primitivo europeo revelan las pinturas rupestres y los instrumentos labrados, han obligado a los partidarios más decididos de la teoría evolucionista a reconocer la «enorme inteligencia de aquellos hombres». Cfr. Birkner, *Der diluviale Mensch in Europa*[2] (Munich, 1916).

[7] Cfr. Killermann, *Die Urgeschichte des Menschen auf Grund der neusten Forschungsergebnisse für das Volk dargestellt* (Ratisbona, 1911); pruebas más detalladas v. en la obra *Der Mensch aller Zeiten,* I: Obermaier, *Der Mensch der Vorzeit,* 223 ss. y 413 ss.

[8] Cfr. P. F. W. Schmidt, una exposición de los resultados de los últimos estudios acerca de la etnología y la historia de la civilización en el tomo III de la obra *Der Mensch aller Zeiten.*

[9] Cfr. también para todo este asunto Reinke, *Naturwissenschaft, Weltanschauung,*

57. Como afirmasen los saduceos no hallarse en los libros de Moisés la doctrina de la inmortalidad del alma y de la subsistencia de la misma después de la muerte del cuerpo, el Salvador les atajó con una simple cita del pasaje aquél en que el Señor se llama a sí mismo Dios de Abraham, etc.; «pues bien, Dios no es Dios de muertos, sino de vivos» [1]. Los modernos han renovado la afirmación de los saduceos, sosteniendo que dicha doctrina no se encuentra en los libros más antiguos del Antiguo Testamento. Pero, aun prescindiendo de que en tal supuesto carecería de sentido una *religión revelada* sobrenaturalmente—cual enseñan sin género de duda aquellos libros—, y que por lo mismo no hay razón para tratar en ellos ex profeso de la inmortalidad del alma, no faltan textos que suponen necesariamente, indican o declaran expresamente esa verdad: a) La doctrina de la *semejanza* del alma *con Dios,* con la cual va estrechamente unida la de la inmortalidad [2]; la *naturaleza del alma,* la cual no procede de la tierra como el cuerpo, a la cual, por tanto, no alcanza la pena de muerte [3]. b) Frases como éstas: «*ir a los padres*», o «reunirse con ellos», etc., son muy distintas de las palabras «fallecer», «morir»; designan aquéllas la unión del que muere con los miembros de su familia que le han precedido. Y no pueden referirse a la unión en el sepulcro, pues algunas sepulturas distaban entre sí cientos de millas, por ejemplo, la de Abraham [4] y la de sus ascendientes de Caldea. Ni se refiere Jacob a tal unión, cuando dice que quiere descender a donde está su hijo José [5], a quien creía devorado por una fiera. c) El lugar donde iban a parar los muertos se llama **Scheol** [6]; allá han de ir «vivos», en cuerpo y alma, y de «manera nunca oída» los rebeldes en tropel [7]; allí hay diversas mansiones [8]. d) La prohibición de *conjurar los muertos* [9] supone la fe en la supervivencia de las almas después de la muerte. e) La temprana traslación de esta vida terrenal y *la misma muerte son una felicidad para los justos* [10]; lo cual carecería de sentido, de no existir la creencia en la vida perdurable. f) *En los libros* del Antiguo Testamento *posteriores a Moisés* aparecen idénticas expresiones e ideas [11], unidas a otras, y siempre en el sentido

---

Religion (Friburgo, 1923), 60 ss.; Bumüller, *Aus der Urzeit des Menschen*² (Colonia, 1907); *ThpQS,* 1909 y 1911; *ZKTh,* 1912, 819 ss.; Schmitt, *Der Ursprung des Menschen,* en Esser-Mausbach, *Religion, Khristentum und Kirche* I⁵ (Kempten, 1923), 577 ss. Ude, *Kann der Mensch vom Tier abstammen?* (Graz y Viena, 1914); *NK* XIV (1916), 49 ss.; respecto al alma v. *Kath,* 1913, II, 137; *ThG* II, 387.

1 *Matth.* 22, 32; cfr. *Exod.* 3, 6; 4, 5 y otros lugares.

2 Cfr. *Sap.* 2, 23.

3 *Gen.* 3, 18; cfr. 2, 7; *Eccles.* 12, 7 y 3, 21.

4 *Gen.* 25, 8.

5 *Gen.* 37, 35.

6 Según algunos del hebreo *scha'al,* exigir, reclamar; y quiere decir: el lugar que en cierto modo reclama las almas, el insaciable que llama a sí todas las cosas; según otros, de *scha'al,* estar hueco; de ahí cueva o infierno, etc.; según Gesenius *(Hebräisches und aramäisches Handwörterbuch*¹⁴), es una palabra de etimología desconocida, peculiar de los israelitas, con la cual designaban éstos el reino de los muertos. En contra de éste, indican algunos la palabra babilónica *schu'âlu,* opinión que a su vez combate Zimmern en *KAT*³, 636 y 642. E. Glaser demuestra por el árabe *(Altjemenische Nachr.* I, 75) que *scheôl* puede muy bien interpretarse lugar de la cuenta, del juicio, de la aniquilación, del castigo, etc. Esto se aviene con los numerosos lugares de la Biblia en que se lee esta palabra, y muestra al mismo tiempo que también aquí importa menos la etimología que el *concepto* bíblico expresado con la palabra. Es el lugar donde moran las almas después de la muerte del cuerpo; para los justos, el *limbo* o también el *purgatorio* (II *Mach.* 12, 43 ss.); para los impíos, el *infierno* (*Num.* 16, 30 ss. *Iob.* 26, 5 s.).

7 *Num.* 16, 30 ss.; cfr. *Ps.* 54, 16.

8 *Deut.* 32, 22: «hasta el infierno más profundo.»

9 *Lev.* 19, 31; 20, 6. *Deut.* 18, 11; cfr. la aparición de Samuel (I *Reg.* 28, 11 ss.).

10 *Num.* 23, 10: «muera mi alma (muriese yo) la muerte de los justos», etc.; cfr. *Gen.* 15, 15: «Pero tú irás en paz a tus padres», etc.

11 Cfr. además acerca del *scheôl,* I *Reg.* 2, 6; *Ps.* 15, 10; 16, 15; 48, 15 s.; 85, 13; la *inmortalidad, Sap.* 3, 1; 5, 16; el *juicio* después de la muerte, *Eccles.* 12, 14; el juicio «al fin de los tiempos», *Is.* 66, 22 ss.; *Dan.* 12; *Malach.* 4; *resurrección de muertos,*

de la supervivencia personal del alma inmortal; y no se encuentra pasaje que permita suponer un cambio de ideas o de significación de tales expresiones. g) Hasta los *pueblos paganos* más antiguos [1] tenían esta creencia; y ciertamente, en este punto los israelitas y sus antecesores no estaban más atrasados que los paganos.

58. No obstante el alma inmortal y sus excelsas prerrogativas, el primer hombre es llamado Adán, que quiere decir hombre de la tierra. En los capítulos 2-4 del texto hebreo se toma esta palabra como nombre común; desde el versículo 25 del capítulo 4 como nombre propio. *Adamâ* significa en hebreo tierra, *adâm,* hombre de la tierra. Es una etimología popular que responde al espíritu de la lengua hebrea, y está conforme con la verdad. Según el profesor Sanda [2], *adamâ* significa en sumerio mi padre, *adamê,* nuestro padre. El nombre recordaba a los hebreos constantemente el origen terreno y la caducidad del hombre. Pero en su mano está ennoblecer la naturaleza corpórea, de humilde origen, sometiéndola al espíritu, y haciendo de ella un instrumento siempre dispuesto a las obras de virtud y piedad, e intermediario de los más excelentes medios de santificación, como son la palabra divina y los santos sacramentos.

4. El Paraíso

(*Gen.* 2, 8-17)

59. La morada del hombre en la tierra debía corresponder a tan singulares prerrogativas [3]. Y aun cuando Dios había aparejado con tanta magnificencia toda la Creación para recibirle, todavía quiso realzar la hermosura y bondad del lugar especial que previniera para primera mansión del hombre. «Había plantado el Señor Dios desde el principio [4] el *Paraíso de delicias* [5], y había hecho germinar en el mismo toda clase de árboles, hermosos a la vista y de frutos gustosos al paladar; y también el árbol de la vida en medio del Paraíso, y el árbol de la ciencia del bien y del mal».

III *Reg.* 17, 21; IV *Reg.* 4, 34; 13, 21; *resurrección de la carne, Iob* 19, 25; *Is.* 25, 8; 26, 19; *Ezech.* 37; *Dan.* 12; II *Mach.* 7, 9 14 23. Acerca de la doctrina de la inmortalidad en el A. T., v. *Kath*, 1877, II 352, etc., y especialmente L. Atzberger, *Die Christliche Eschatologie in den Stadien ihrer Offenbarung im AT und NT* (Friburgo, 1890); Flunk, *Die Eschatologie Altisraels,* en *ZKTh,* 1887, 447 ss.

[1] Cfr. el «*Libro de los muertos*» de Egipto, la leyenda babilónica del *viaje al infierno* de Istar, etc., las oraciones babilónicas (que trae Kaulen en su obra: *Assyrien und Babylonien*[5], 171 s.), el *Zend-Avesta* de los persas, etc. Por lo demás, advierte Bezold (*Die babyl.-assyrischen Keilinschriften,* 38), que en babilonio *no* existe una *descripción* del infierno tal como nosotros nos lo representamos. Las ideas bíblicas acerca de la vida de ultratumba son muy superiores a los pueriles mitos babilónicos, los cuales, además, en lo esencial no son específicamente babilónicos, sino comunes a todos los pueblos civilizados de la antigüedad. No hay razón, pues, para buscar en Babilonia el origen de las creencias hebreas relativas a la vida futura. Cfr. Nikel, *Zur Verständigung,* 92 ss. El material cuneiforme puede verse en Jeremías, *Hölle und Paradies,* en *AO* I, 3, nota 3; el material egiptológico en Wiedemann, *Die Toten und ihre Reiche im Glauben der alten Agypter,* en *AO* II, 2. Cfr. todavía Knabenbauer, *Das Zeugnis des Menschengeschlechts für die Unsterblichkeit der Seele* (Friburgo, 1878); Schmid, *Der Unsterbliehkeits- und Auferstehunsglaube in der Bibel* (Brixen, 1902).

[2] *ZKTh* 1902, 194.

[3] Santo Tomás, *Summa theol. 1, q. 102, a. 2 ad 4.*

[4] Es decir, ya anteriormente, antes de la creación del hombre. El texto hebreo dice «al oriente», o sea al oriente del escritor sagrado, es decir, al oriente de Palestina.

[5] El texto hebreo dice: «un jardín en Edén», es decir, en el lugar de delicias, que es lo mismo. Porque el paraje en que estaba situado el Paraíso recibió de éste el nombre de Edén, es decir, delicias.

Desconocida nos es la especie de estos dos árboles [1]. Eran, sin duda, como los demás del Paraíso, pero dotados por Dios de sobrenatural virtud; esto indica el nombre que les da el narrador, a quien no eran desconocidas sus propiedades. El árbol *de la vida* con sus frutos hubiera contrarrestado la natural caducidad y mortalidad del cuerpo, si el hombre no hubiese desobedecido. Esto quieren decir aquellas palabras que Dios pronunció luego de pecar Adán: «no sea que alargue la mano y tome también del fruto del árbol de la vida, coma de él y viva para siempre» [2]. En el árbol *de la ciencia* se iba a ver si Adán optaba por el bien o por el mal [3].

60. «De este *lugar* de delicias [4] salía *un río* para regar el Paraíso, y se dividía desde allí en *cuatro ríos*. El nombre del primero es *Fisón;* y es el que circula por todo el país de Hevilat, en donde se halla el oro; y el oro de aquella tierra es finísimo; allí se encuentra también el bdelio y la piedra cornerina [5]. El nombre del segundo río es *Geón:* éste es el que rodea la tierra de Etiopía [6] (en hebreo Kusch). El tercer río tiene por nombre *Tigris:* éste va corriendo hacia los asirios [7]). El cuarto río es el *Eufrates.*»

Esta noticia intercalada en el relato bíblico tiene por objeto fijar la situación del Paraíso. Estaba en la región fluvial del Tigris y Eufrates. Es muy difícil

---

[1] Creen unos que el árbol de la ciencia del bien y del mal fué una higuera, fundándose en que, después del pecado, nuestros primeros padres se cubrieron con hojas de higuera (*Gen.* 3, 7); opinan otros que se trata de un manzano, por aquello del *Cantar de los Cantares,* 8, 5; cuestión completamente baladí.

[2] *Gen.* 3, 22.

[3] Acerca de los árboles, cfr. san Agustín, *De Civ. Dei,* 1, 14, c. 26; santo Tomás, *Summa theol., 1, q. 102, a. 1 ad 4; q. 97, a. 4;* el árbol de la ciencia recibió este nombre, en sentir de santo Tomás, «por los efectos que de sus frutos se esperaban». Alusiones a los frutos, etc., del Paraíso, v. en *Cant.* 4, 13; *Eccli.* 40, 17 28; *Ezech.* 28, 13; 31, 8; san Crisóstomo, *In Gen., hom.* 13, c. 4; Teodoreto, *Anast. in Gen.,* c. 26. El último explica el árbol de la vida como un premio prometido a Adán si hubiese resistido a la tentación.

[4] En hebreo, «de Edén»; es decir, el río nacía en el paraje donde estaba el Paraíso. Suponen algunos que se trata de algo pretérito, que el escritor lo conoció ya transformado (hubo *un* río que más tarde se dividió); Engelkemper (*Die Paradiesesflüsse,* Münster, 1901, 57 ss.) ha demostrado que la palabra hebrea *scham* no indica tiempo, sino *lugar*.

[5] El nombre Hevilat significa varias cosas: *Gen.* 10, 7 llama así a un hijo de Kusch; 10, 29 a un descendiente de Sem; en *Gen.* 25, 18 y I *Reg.* 15, 7 se da este nombre a una región árabe. Países del oro pueden ser la Cólquida (costa oriental del mar Negro), Arabia, India y Africa. Se hace mención del bdelio (*bedólach*) en *Num.* 11, 7; mas de aquí nada seguro se puede deducir respecto a su naturaleza. Se ha entendido comúnmente por bdelio la resina aromática de un árbol muy extendido en Oriente (*LB* 1 583). Podría tal vez tratarse de alguna perla, pues se le nombra juntamente con el ónice (piedra *schoham*). Es cuestión secundaria si *schoham* significa ónice o esmeralda (LXX).

[6] El nombre latino no se refiere solamente a la conocida región africana (Nubia); en tiempo de Jesucristo designaba también una parte de Armenia, a donde (según Rufino, *Hist. eccl.,* 10, 9) fué el apóstol san Mateo a predicar el Evangelio. La palabra *Kusch* significa en *Gen.* 10, 10, sin género de duda, una región asiática, que bien pudiera hallarse al norte de Babilonia, de la cual queda tal vez memoria en el nombre de los coseos (en Herodoto?) y de los «etíopes» que, según los poetas griegos, habitaban los límites del mundo conocido. También en Arabia había una región llamada Kusch, cfr. *BZF* III, 5-6, 47.

[7] Gunkel (*Genesis*[3], 9) descubre en este dato un modo de hablar muy antiguo, que corresponde al hecho de hallarse situada la vieja capital de Asiria (Assur) al oeste del Tigris; este río, por otra parte, fué siempre el límite occidental de la nación asiria; más tarde todas las capitales del imperio estuvieron situadas al oriente del Tigris.

determinar los otros dos ríos; situados más lejos, y siendo menos conocidos (aun para los primeros lectores del *Génesis)*, se les especifica mencionando los países y productos de su cuenca. Creen algunos que estos versículos son *glosas*, es decir, notas aclaratorias añadidas posteriormente al texto, las cuales no se deben atribuir al autor inspirado. Mas en el texto más antiguo que poseemos se encuentra íntegro el pasaje, unido al resto de la narración. En todo caso, estos datos acerca de la situación del Paraíso tienen valor de *tradición* muy antigua, unida al texto primitivo; de donde no deben desecharse con ligereza. Otros entienden por Fisón y Geón dos ríos que nacen cerca de las fuentes del Tigris y Eufrates (tal vez el Kur o Tschorogh y el Araxes; cfr. Riess, *Bibl. Geographie*, página 16; entonces el país de Hevilat es la Cólquida de los griegos, y Etiopía es Kusch, la actual provincia persa Aderbeidschan) [1], y suponen que el Paraíso estaba en Armenia, en la misma región donde descansó el arca después del diluvio, y donde salió por segunda vez la humanidad a poblar la tierra. La posición y naturaleza de este país hablan en favor de tal hipótesis: en medio de los principales países de la tierra, a igual distancia del cabo de Buena Esperanza y del estrecho de Bering, a igual distancia también del cabo Comorín y de Islandia; entre el océano Atlántico y el mar Pacífico y entre las antiguamente cuencas marítimas asiática y africana (Gobi y Sahara), y después que éstas se secaron, entre el Mediterráneo, el mar Negro, el mar Caspio, el golfo Pérsico y el mar Rojo; o sea, en una posición muy propicia para la rápida expansión del género humano por toda la tierra [2]. Los intérpretes antiguos con Fl. Josefo, contemporáneo de los apóstoles, entienden por el Fisón, el Ganges, y por el Geón, el Nilo (o el Indo); las fuentes de esos dos ríos distan 800 millas entre sí, y de 400 a 500 de las fuentes del Eufrates y del Tigris. Esta idea es incomprensible a la ciencia geográfica de hoy, no así a la antigua, que atribuía origen común en Asia a los grandes ríos del mundo. Dudoso es, y aun inverosímil, que esta idea concuerde con la mente del escritor, pues de ser así el texto querría decir: el Paraíso se encontraba en aquel lugar donde, según opinión corriente de aquel tiempo y considerada como cierta por aquellos para quienes el autor escribió, tenían origen común los cuatro ríos conocidos. Esta manera de expresarse es incompatible con la Inspiración de la Sagrada Escritura, si se tiene en cuenta la diferencia entre el *sentido* y la *expresión;* el sentido no puede contener error alguno, pues Dios no es autor del error; la expresión, mediante la cual se expone el sentido, puede y debe acomodarse a las ideas de los contemporáneos del autor humano y a los usos de la lengua del pueblo (no a la ciencia) [3]. Otros, buscando en los documentos cuneiformes y en las tradiciones babilónicas alguna base para determinar la situación de los ríos del Paraíso, identifican los ríos Fisón y Geón con dos *canales* del Eufrates (cuyos nombres, «Pisanu» y «Guchanu», no están sólidamente establecidos) [4], o trasladan el Paraíso a la llanura del golfo Pérsico [5], o entienden por Fisón y Geón los dos mayores afluentes

---

[1] Esta interpretación se funda en el significado temporal de la palabra hebrea *mischam* (= desde entonces, en lugar de: desde allí). Según esto un solo río regaba el Paraíso (tal vez a la manera como el Nilo riega Egipto); más tarde, en virtud de ciertos cambios geológicos (hundimientos y elevaciones, relacionados tal vez con el diluvio), habrían aparecido en su lugar cuatro fuentes (en hebreo: cabezas de río). Cfr. Kaulen, en *Kath*, 1864, II, 1 ss.; *KL* IX, 1458, y Hoberg, *Genesis*[2], 32 ss.

[2] Cfr. Murr, *Wo steht die Wiege der Menschheit?* (Innsbruck, 1902).

[3] Así Engelkemper *(Die Paradiesesflüsse)*, con quien están de acuerdo, entre otros, N. Peters y Lagrange (en *RB*, 269 ss.; 1897, 344).

[4] Así Fr. Delitzch *(Wo lag das Paradies?*, Leipzig, 1881), pero con escasa aceptación.

[5] Cfr. Pörtner, *Das bibl. Paradies* (Maguncia, 1910) (cfr. *Kath*, 1901, I); lo mismo opina, aunque por otras razones, Hummelauer *(Comm. in Gen.)*, para el cual la frase «él se divide» significa: él se pierde, vierte sus aguas; y los «cuatro ríos» *(capita)*, son cuatro canales que desembocan en el golfo («río») Pérsico. Este llegaba antiguamente hasta donde actualmente se unen el Tigris y el Eufrates, y recibía, además de éstos, otros dos grandes ríos. Según esto, el Eufrates es el río que sale del Paraíso y vierte sus aguas en el gran río cuádruple.

de la región media del Eufrates, Chabur y Belich (fundándose en una inscripción, en la cual a la palabra *rasim* dan el sentido de desembocadura, afluente). Según esto, el Paraíso se hallaba en la llanura situada al oriente de la gran curva que describe el Eufrates aguas arriba de la confluencia del Belich; está en consonancia con esto el nombre Bit-Adini, país de Edén, que consta en los documentos, al cual se atribuye riqueza en oro [1]. También se ha pensado en Arabia, fundándose en una antigua tradición (de los primitivos semitas) [2].—Ninguna de las soluciones ha merecido general aceptación. Queda, sin embargo, en pie que la descripción bíblica de los ríos del Paraíso es algo más que «el intento de representar de alguna manera a los lectores, con los medios de una geografía ingenua y pueril, el lugar del jardín de Dios, del cual salían, según creencia popular, los grandes ríos fertilizadores del mundo» [3]; seguramente la descripción descansa en tradiciones antiguas no desprovistas de fundamento.

61. A este jardín de delicias trasladó Dios al hombre [4] para que lo *guardase y cultivase,* no con fatiga y sudor de su frente, sino como ejercicio de su señorío sobre la naturaleza, para ennoblecimiento de ésta, desarrollo de las propias facultades corporales y espirituales, glorificación de Dios y felicidad propia. Adán debía custodiar el jardín, mas no de enemigos intrusos o de fieras alimañas, etc.; guardarlo *para sí mismo,* cuidar de no perderlo por el pecado juntamente con los dones sobrenaturales [5], antes bien asegurar por su obediencia un paraíso aun más excelente, el cielo, con la eterna y beatífica visión de Dios.

En sentir de los santos Padres e intérpretes, *el Paraíso* terrenal *es una figura* de la Iglesia militante y triunfante [6]. *En la Iglesia* el árbol de la ciencia es la cruz, en la cual fué expiada la desobediencia del primer Adán por la obediencia del segundo; pues «Jesucristo obedeció hasta la muerte, y muerte de cruz» [7]. De esta suerte nos mereció el acceso al árbol de la vida. Este árbol es la sabiduría divina, el Santo Sacramento, en el cual nos da su cuerpo y sangre, como alimento del alma para la vida eterna y como prenda segura de nuestra resurrección [8]. Del lugar de delicias, del sacratísimo Corazón del Redentor, o,

---

[1] Así Riessler, *Wo lag das Paradies?* (Hamm, 1908) (en *FZB* XXVII, 12). Según Riessler *(ibid.* 17 ss.), está atestiguado que este lugar era tenido desde antiguo en gran veneración por los babilonios, y es verosímil que de esta región, especialmente de la ciudad santa de Eragiza, se hubiese difundido el motivo del árbol con la serpiente y los cuatro ríos, que tan temprano aparece en el arte sagrado de Mesopotamia y Egipto. Todavía no ha mucho era famosa aquella región por su extraordinaria fertilidad; Xenofonte, que pasó por este país en la expedición de los 10000, nos refiere en su *Anabasis* que allí se cuenta de un grandioso y magnífico parque *(Parádeisos);* lo cual no quiere decir que este parque tenga que ver con el Paraíso bíblico.

[2] Cfr. Landersdorfer en *BZF* III, 5-6, y *Zur Paradiesesfrage,* en *Kath,* 1913, II, 38-59; Feldmann, *Paradies und Sündenfall,* 104 ss.

[3] Dillmann, *Genesis*[5], 63.

[4] Según una leyenda judía, Adán fué formado (de tierra roja) en el campo damasceno, junto a Hebrón, y allí también fué muerto Abel y enterrado Adán (tal vez hay en esto una interpretación errónea de *Ios.* 14, 15); Noé guardó en el arca los huesos de Adán, que distribuyó después entre sus hijos, correspondiendo al primogénito Sem el cráneo, que, según una leyenda cristiana, fué enterrado más tarde en el monte Calvario.

[5] Santo Tomás, *Summa theol. 1, q. 102, a. 3.* San Agustín, *De Gen. ad litt.* l. 8, c. 10, n. 21 s.

[6] Cfr. en particular san Ireneo, *Adv. haer.,* l. 4, c. 24; l. 5, h. 2; san Ambrosio, *Lib. de Paradiso;* san Agustín, *De Civ. Dei.,* l. 13, c. 21; *De Gen. ad litt.,* l. 8, c. 1 4 5 6 13 14; l. 11, c. 25; l. 12, c. 28. Por eso se llama la Iglesia «paraíso» *(Luc.* 23, 24. *Cor.* 12, 4. *Apoc.* 2, 7).

[7] *Philipp* 2, 8; cfr. *Rom.* 5, 19.

[8] *Prov.* 3, 18. *Luc.* 22, 19 s. *Ioann.* 6, 50-59; cfr. el hermoso pasaje de la *Imitación de Cristo,* 4, 11, 4; san Buenaventura, *Lignum vitae.*

como dice el profeta Ecequiel, del lado derecho del templo [1], brota aquel río de agua viva que riega el paraíso de la Iglesia, aquel río salutífero de la divina doctrina que se difunde en los cuatro Evangelios por los cuatro puntos cardinales, aquel río de gracia que fluye principalmente en los santos sacramentos.

Mas *en el paraíso celestial,* junto al trono de Dios y del Cordero, brota el río de la celestial bienaventuranza; allí el Cordero divino es el árbol de la vida [2]. No hay árbol de la ciencia del bien y del mal, pues pasó el tiempo de la prueba. En cambio los bienaventurados ven cara a cara a Dios, el sumo bien, y en El hallan la plenitud de la ciencia, verdad y sabiduría [3].

En sentido moral ven los santos Padres en el Paraíso una *imagen del alma,* la cual es feliz con la alegría de la buena conciencia [4]. El árbol de la vida es Jesucristo, que da la vida sobrenatural al alma, y la conserva en ella por la gracia; el árbol de la ciencia es el libre albedrío que se somete a Dios; el río es la verdad divina que conserva al alma fresca y fructífera; los cuatro ríos son las virtudes cardinales, de las cuales reciben vitalidad y crecimiento todos los frutos, esto es, las virtudes [5].

5. Creación de la mujer

(*Gen.* 2, 18-25)

62. «Dijo el Señor Dios: *No es bueno que el hombre esté solo* [6]; *hagámosle una compañera que le sea semejante.* Dios había formado de la tierra toda clase de animales del campo y todas las aves del cielo, y los trajo a la presencia de Adán, para que viese cómo los había de llamar; pues de la manera como Adán llamase a los seres vivientes, tales habían de ser sus nombres. Y llamó Adán por su nombre a todos los animales y a todas las aves del cielo y a todas las bestias del campo; mas para Adán no se hallaba una compañera semejante a él.»

Aparece aquí Adán como hombre perfecto, en pleno disfrute de todas sus facultades corporales y espirituales, y ejerce por primera vez el señorío sobre la naturaleza, imponiendo nombres a los animales; mas al propio tiempo debió darse cuenta de que él, de naturaleza más excelente que todos los seres, necesitaba sociedad de su misma condición; su anhelo iba a realizarse.

Sería no conocer el estilo narrativo hebreo, creer que aquí se trata de un nuevo relato de la creación de los animales. El encadenamiento de frases y pensamientos es más bien éste: «Dios llevó a la presencia de Adán los animales que había creado». No afirma el texto que fuesen llevados *todos,* ni ello era necesario para el objeto que se pretendía; se trata más bien de todo género de animales (domésticos, aves, bestias del campo; v. 20), cuya denominación debía

[1] *Ezech.* 47, 1 s.; cfr. *Ioann.* 19, 34 ss.

[2] *Ps.* 1, 3; 91, 13; 16, 15; 35, 9 s. *Apoc.* 22, 1 s.; 2, 7; 7, 17; cfr. *Ioann.* 15, 1 s.

[3] I *Cor.* 13, 9 ss.; II *Cor.* 3, 18. I *Ioann.* 3, 2; cfr. *Iob* 19, 25 ss.; *Ps.* 15, 11; 38, 8 ss., entre otros lugares.

[4] San Agustín, *De Gen. ad litt.,* l. 12, c. 34. *Imitacion de Cristo,* 2, 1, 1; 4, 2; 3, 15, 4.

[5] Cornelio a Lapide, *Comm. in Gen.,* 2, 8; cfr. santo Tomás, *Summa theol., 2, 2, prol. in fine.*

[6] Como quisieran los herejes deducir de este pasaje que la virginidad no es agradable al Señor, saliéronles al paso los SS. PP. diciendo que no se refiere aquí Dios a cada uno de los hombres, sino sólo al linaje humano, que de *un solo* tronco había de propagarse a todo el orbe; por eso era necesario se le diese a Adán una compañera, una mujer, y se instituyese el matrimonio.

comenzar Adán, para continuarla más tarde él y sus descendientes, a medida que fuesen dominando la tierra. No dice el texto cómo llevó Dios los animales a la presencia de Adán (el texto hebreo dice: hizo venir, o hizo que vinieran). El hecho de haber dado Adán *nombre* a los animales prueba por lo menos que le era innata la *facultad* de hablar; el uso de esta facultad fué un acto libre del primer hombre (bajo la dirección de Dios). Pudo también suceder que Adán estuviese en posesión del lenguaje por gracia sobrenatural de Dios; pues el dar a cada animal el nombre que a su naturaleza corresponde, arguye conocimiento por ciencia infusa [1].

Al observar Adán los animales, advirtió que Dios los había criado por parejas, es decir, según dos sexos distintos que mutuamente se completaban. Mas, entre todos ellos, no encontró ser alguno que se le pareciese y que pudiera ser su pareja. Y como en el plan de Dios entraba la propagación del linaje humano por toda la tierra y la convivencia social de los hombres («no es bueno, esto es, no quiere Dios que el hombre esté solo»), fué creada la mujer, instituído el matrimonio y fundada la familia, base del orden social en la tierra.

63. «El Señor Dios hizo venir sobre Adán un *profundo sueño;* y mientras dormía Adán, tomó una de sus costillas, y llenó de carne su lugar. Y el Señor Dios, de la costilla que sacó de Adán formó una mujer, a la que llevó a la presencia de Adán (como compañera y esposa). Y dijo Adán: Esto es ahora [2] hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta se llamará Hembra (mujer) [3], porque del hombre ha sido sacada. Por esto [4] dejará el hombre a su padre y a su madre y estará unido a su mujer, y los dos serán una sola carne [5].» Con esto quedó instituído por Dios el matrimonio, que es el vínculo social más antiguo y sagrado, e indisoluble por voluntad de Dios [6].

Vió Adán la formación de Eva en una visión, en un éxtasis producido por Dios. Esto quiere indicar la palabra hebrea *tardēma* (= sueño profundo), que se emplea siempre en la Biblia (a excepción de *Prov.* 19, 15), para designar un sueño profundo producido por el Señor para comunicar la Revelación (los LXX

---

[1] El desarrollo de la vida espiritual está íntima y necesariamente relacionado con el del lenguaje, porque éste no es más que la expresión del pensamiento. Es, pues, muy natural que habiéndose concedido a Adán el don del conocimiento, se le otorgase también de una manera sobrenatural el del lenguaje (cfr. santo Tomás, *Summa theol.,* 1, q. 94); sin embargo, este argumento no es apodíctico y puede muy bien conciliarse con el texto la teoría de que el lenguaje nació de la libre acción del hombre, el cual con esto no hizo sino cumplir su destino. Tiene además esta teoría en su apoyo la autoridad de no pocos santos Padres (san Agustín, san Basilio), los cuales consideran el lenguaje como una creación del hombre, dotado de discurso, ciencia y facultad de hablar (cfr Pohle, *Dogmatik* I[6], 503). — Inútil es discutir cuál fuese la primera lengua, pues ésta se perdió y todas las históricamente comprobadas han experimentado grandes variaciones. Cfr. Giesswein, *Die Probleme der Sprachwissenschaft,* segunda parte: *Der Ursprung der Sprache und der Urzustand des Menschen,* 140-234.

[2] En hebreo «esta vez». Cuando le fueron presentados los animales, no pudo decir otro tanto; pero *ahora* reconoce en Eva a su semejante.

[3] En hebreo *ischah,* mujer, de *isch,* hombre.

[4] Las palabras que siguen son del mismo Dios, según *Matth.* 19, 4 5; de donde se deduce que Adán las pronunció por inspiración divina, para así declarar la naturaleza del matrimonio.

[5] *Gen.* 2, 21-24.

[6] Cfr. *Matth.* 19, 3-9. La traducción «ser dos en una carne» no es del todo exacta, ni declara suficientemente el profundo sentido que encierra: los dos vienen a ser *una* carne, dos se hacen *uno (una cara),* ya no son dos, como dijo Jesucristo, sino *una* carne, un todo que consta de dos personas. Acerca de Eva, cfr. Zschokke, *Die bibl. Frauen des AT* (Friburgo, 1882), 5 ss.; y Menzinger, *Eva,* en *ThpMS,* 1919-20, 9 ss.

traducen *éxtasis)*. La descripción es antropomórfica, pero no indigna de Dios. La formación de Eva de una costilla [1], quiere decir que Dios, por obra de su omnipotencia, formó a la mujer de una parte del hombre por modo maravilloso, a la manera como de la simiente y de las raíces hace crecer las plantas. La intención del autor es describir un hecho real: no sólo que Adán tuvo realmente una visión, sino también que el origen de la primera mujer, contemplado en visión, fué un hecho histórico y no un símbolo. Así lo interpreta el Apóstol san Pablo (I *Cor.* 11, 6); y según decreto de la Comisión Bíblica del 30 de junio de 1909, no puede ponerse en duda «el sentido literal histórico» de este pasaje. Que la mujer procede *del hombre,* significa la dignidad de nuestro primer padre, ya que como hubiese sido creado a imagen de Dios, él debe ser el origen único de todo el linaje humano, a la manera como Dios es el autor del universo. La formación de la mujer *de carne y hueso* de Adán, significa la íntima e indisoluble comunidad de vida que entre ambos debe existir; así como carne y hueso forman *un todo,* así ellos deben tener *un solo* corazón y *una sola* voluntad. El haber sido formada Eva precisamente de una costilla de Adán, indica que la mujer no es cabeza del marido, pero tampoco esclava suya, sino compañera y de igual condición que él; que le debe estar sometida, pero que el hombre debe alimentarla y cuidarla como parte de su ser, y amarla como nacida de su corazón [2]. Por eso dice san Pablo: «Esposos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a su Iglesia y se sacrificó por ella, para santificarla, limpiándola en el Bautismo de agua con la palabra de vida. Nadie aborreció jamás a su propia carne, antes bien, la sustenta y cuida, como Cristo a su Iglesia; porque nosotros somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos... *Este misterio es grande;* mas yo os digo: en (relación a) Cristo y (a) la Iglesia [3]».

Enciérrase, pues, en esto un misterio todavía mucho más profundo: la unión de Cristo con la Iglesia su esposa, comprada con su sangre preciosa [4]. Así como Adán quedó profundamente dormido por manera sobrenatural, y durante aquel sueño fué formada Eva de su costado, así durmió el Hijo de Dios en la cruz un sueño de sobrenatural y divino amor hacia los hombres. Comprólos con su muerte, y formó su Iglesia; de su divino costado manó sangre y agua [5], símbolos de los sacramentos de la Iglesia, en especial del Bautismo y del Sacramento del Altar, por medio de los cuales la Iglesia, como espiritual madre, engendra hijos a su divino esposo y los alimenta para la vida eterna [6].

64. Es una verdad revelada, admitida por toda la cristiandad, *que Adán y Eva son padres de todo el género humano;* en ella descansa el dogma del *pecado original* y de la *Redención* del género humano por Jesucristo. Supuesta aquella verdad, adquieren sentido más profundo dos grandes tesis de la moral cristiana, a saber: la igualdad original de todos los hombres y la obligación de la caridad fraterna [7].

Por eso atestigua la Sagrada Escritura en varios lugares la unidad del género [8] humano de la manera más explícita, en especial cuando compara

---

[1] Aunque el significado de la palabra hebrea *sel'a* (costilla) no es seguro, y se traduce por «costado», «sangre» o «espíritu de vida», sin embargo la idea es la misma: que la mujer ha sido formada del hombre.

[2] I *Cor.* 11, 7-12.

[3] *Ephes.* 5, 25 ss.

[4] *Act.* 20, 28.

[5] *Ioann.* 19, 31.

[6] Así santo Tomás *(Summa theol. 1, q. 92, a. 2-3);* san Agustín *(De Gen. ad litt.,* l. 9, c. 18 y 19 *Tract. 9 in Ioann núm. 10; Tract. 120, núm. 2),* y en general los santos Padres y exegetas de la Iglesia.

[7] Cfr. san Agustín, *Comm. in ep. ad Rom.,* 5, 12; *De Civ. Dei,* l. 12, c. 21; Lactancio, *Institut.,* l. 5, c. 10.

[8] Así, por ejemplo, *Gen.* 3, 20; cap. 4 y 5; 10, 32; *Eccli.* 17, 1 ss.; *Sap.* 7, 1; 10, 1; I *Par.* 1, 1; *Tob.* 8, 8; *Matth.* 19, 4; *Act.* 17, 26.

a Adán, padre terreno que nos acarreó la muerte, con Jesucristo, padre espiritual [1] que nos trajo la vida: «El primer hombre, Adán, fué creado alma viviente; el postrer Adán fué hecho espíritu vivificante. El primer hombre, de la tierra, es terreno; el segundo, del cielo, es celestial» [2]. «Adán fué figura de lo que había de venir. Pues, como por la desobediencia de *un solo* hombre fueron muchos (esto es, todos) constituídos pecadores, así también por la obediencia de *uno solo* serán muchos constituídos justos.» [3] «Por *un solo* hombre vino la muerte, y por *un* hombre debe también venir la resurrección de los muertos; y así como en Adán mueren todos, así en Cristo todos serán vivificados» [4].

Ninguna objeción sólida puede hacerse a la *unidad de la especie humana*. No cabe dudar que, no obstante la diversidad de razas, pueblos y tribus, las cualidades corporales y muchísimo más aún las espirituales son del todo iguales. Todas las investigaciones de la fisiología, en especial la aptitud ilimitada de reproducirse, común a las razas más diversas, corporalmente desemejantes, hablan en pro del origen único. Si el desenvolvimiento del género humano se hubiera realizado en distintos lugares de la tierra, sería verdaderamente sorprendente que en todas partes apareciesen los mismos caracteres corporales; en uno u otro de los grupos humanos formados independientemente aparecería esta o aquella particularidad corporal, ajena a los otros grupos. No sucede así; al contrario, cuanto más se estudian los pueblos y las razas, y aumenta el material de investigación, con mayor claridad se manifiesta que *en ningún pueblo del globo se encuentra el menor signo diferencial decisivo*. Aun los caracteres más extremos de las razas... están enlazados por una serie indefinida de grados intermedios; el color blanco o negro no es una diferencia cualitativa... Difícil es poner en consonancia con estos hechos ciertos de la antropología... la hipótesis de un desarrollo poligenético, en tanto que nada de sorprendente hay para los partidarios de la unidad del género humano en la ausencia de diferencias raciales decisivas» [5]. Los naturalistas de más prestigio, antiguos y modernos, están casi todos por la unidad de la especie humana: Buffon, Cuvier, Geoffroi St.-Hilaire, Prichard, Humboldt, Blumenbach Ioh. v. Müller, Owen, Quatrefages, Schubert, A. y R. Wagner, Ranke, Kollmann, Virchow, etc., los demás no niegan la posibilidad; mas aquellos que la rechazan, se contradicen. Buffon, representante por lo demás de ideas materialistas, dice: «todo tiende a demostrar que el género humano no se ha formado de especies esencialmente diferentes; por el contrario, primitivamente había una sola especie de hombres, la cual, multiplicada y propagada por la superficie del globo, ha experimentado diversas clases de variaciones por influencia del clima, diversidad de alimentación y mezcla incesante de individuos más o menos semejantes». La ciencia no nos puede dar *certeza* alguna acerca del origen del género humano—sólo la Revelación nos la da—; pero por lo menos puede probar la *verosimilitud* de la formación de todas las razas de *una sola* especie, su procedencia de *una sola* pareja [6]. De ahí se podrá apreciar el valor científico de aquella afirmación: la procedencia de una sola pareja es y será siempre «un concepto mitológico, física y psíquicamente imposible [7]». Las teorías antiguas y modernas que hablan

---

[1] Aquí está la razón por qué los evangelistas (*Luc.* 3, 38) traen la genealogía de Jesucristo hasta Adán; porque sólo siendo Jesucristo, el segundo Adán, de la misma especie que todos los demás hombres por su nacimiento de María, aprovecha su Redención a todos, como dañó a todos el pecado del primer Adán.

[2] I *Cor.* 15, 45 ss. [3] *Rom.* 5, 14 19.

[4] I *Cor.* 15, 21 s.

[5] Birkner, *Der Mensch aller Zeiten* II, 532.

[6] Cfr. Hettinger, *Apologie des Christentums* III, conferencia. 5, Schanz, *Apologie* II³, 700 s.

[7] Wundt, *Völkerpsychologie* VII, 74.

de predecesores y contemporáneos de Adán (preadamitas, coadamitas) son tan faltas de base científica, como opuestas a la Revelación.

65. Adán y Eva eran *del todo felices* en el Paraíso. Dotados de los más excelentes dones naturales y sobrenaturales, disfrutaban de íntimo trato con Dios y eran puros e inocentes. «Ambos estaban desnudos, Adán y su mujer, y no sentían rubor» (v. 25), es decir, no sentían inclinaciones malas en sus sentidos, porque, como dice san Crisóstomo, estaban vestidos de la gracia que venía del cielo [1]. Todo estaba en el hombre en perfecta paz y armonía; el cuerpo sometido al espíritu, la parte inferior del alma obedecía a la razón, y la inteligencia estaba sumisa en un todo a Dios.

San Agustín [2] resume en estas palabras el feliz estado paradisíaco: «Presto tenía Adán el alimento, porque no temiese el hambre, y la bebida, porque no temiese la sed; el árbol de la vida, porque la vejez no le extenuase. Ninguna enfermedad le aquejaba por dentro, ningún dolor por fuera; en su alma todo era paz y alegría. Ni la fatiga le inclinaba, ni el sueño le dominaba contra su voluntad. Todo le era fácil. De todas partes se le ofrecían placeres y bienandanzas.»

En tan santo y feliz estado, Adán y Eva se hicieron más semejantes a Dios, infinitamente santo y bienaventurado, que lo eran por naturaleza; su alma era imagen de Dios, no sólo natural, sino también sobrenatural, por los singulares dones de que Dios liberalísimamente la había adornado. Y esta semejanza con Dios, juntamente con los demás dones, hubiera sido heredada por los descendientes. Habrían venido éstos al mundo adornados de sobrenatural hermosura, para ser trasplantados, como los primeros padres, después de una feliz y santa vida sobre la tierra, del Paraíso terrenal a la eterna y beatífica visión de Dios y a la participación de la infinita felicidad, sin pasar por la muerte. Pero Dios vinculó la conservación de vida tan feliz a una prueba, que desgraciadamente no sostuvieron nuestros padres [3]. De haberlo hecho, hubiesen podido pecar, ciertamente, tanto ellos como sus descendientes, y perder la gracia mientras moraban en esta vida terrena; mas esto habría sido más difícil, estando en posesión de la gracia y sin inclinación al pecado y con gran disposición para el bien. Por otra parte, un pecado hubiera sido sólo en detrimento del pecador, y no se habría heredado como el de Adán; vinieran los hombres al mundo con la gracia santificante, como por especialísimo privilegio aconteció a la Santísima Virgen María.

6. Pecado de nuestros primeros padres

(*Gen.* 3, 1-13)

66. El relato del pecado de nuestros primeros padres no es un mito, ni tampoco mera alegoría (representación simbólica de una idea), sino ***historia real***. La Sagrada Escritura, tanto en las descripciones que preceden al relato del pecado de nuestros padres, como en las que le siguen (Creación del mundo, homicidio de Caín, diluvio), tiene carácter histórico; no encontramos indicio alguno que nos permita suponer que, dejando el carácter histórico, pasa al campo de la pura ficción. Era de sumo interés para la humanidad saber, no sólo *que* al principio hubo un pecado, sino *cómo* se cometió ese primer pecado; y para ello no bastaba una descripción alegórica. Todos los demás libros de la Sagrada Escritura tienen por hecho real la narración del *Génesis;* por ejemplo, cuando en sus comparaciones aluden al árbol de la vida (*Prov.* 3, 18; 11, 30), o recuerdan la ser-

---

[1] *Hom. in Gen.*, 15, núm. 4. Acerca del estado primitivo, v. núm. 56.
[2] *De Civ. Dei,* l. 14, c. 26.
[3] Nada dice la Sagrada Escritura *del tiempo que Adán y Eva vivieron en el Paraíso.* Pero es probable que, dadas sus elevadas dotes, su decisión fuese muy rápida, como la de los ángeles.

piente que con su astucia engañó a Eva (II *Cor.* 11, 3), o hacen resaltar que no fué Adán, sino Eva, quien primero prevaricó (I *Tim.* 2, 14), que Adán quiso disculparse (*Iob.* 31, 33), etc. También la tradición, judía y cristiana, entendió al pie de la letra la narración bíblica; la antigüedad cristiana ha rechazado todo intento de interpretación alegórica.

Desaparece el escrúpulo que suscita la ingenuidad del relato bíblico, si se advierte que éste se apoya evidentemente en una tradición que el escritor supone conocida. Descríbese el hecho conforme a la tradición, sin explicaciones ni comentarios. Sin duda se debe esto a razones idénticas o análogas a las que motivaron el silencio respecto de la creación y caída de los ángeles (cfr. núm. 51). Se puede suponer con fundamento (como lo hacen los comentadores antiguos), que Moisés habría querido evitar costumbres y conceptos idolátricos y supersticiosos, como los había en los pueblos paganos. Después de haber manifestado tan explícitamente la diferencia entre el hombre y los animales (cfr. núm. 46 y 54), no era de temer que se atribuyese a la serpiente, como a tal, la facultad de hablar. Mas siendo ésta designada como animal del campo, no es creíble que lo del lenguaje fuera mero símbolo. Preciso es admitir un hecho externo, en el cual intervino por lo menos la figura (aparición) de un reptil, real o aparente, tras el cual se ocultaba el tentador. La mayoría de los intérpretes dan por cierta la primera hipótesis; la segunda es también posible, pues la Sagrada Escritura sólo relata el hecho externo, y la maldición alcanza sólo al tentador bajo la figura de la serpiente. El relato bíblico presenta a la serpiente como un ser misterioso, inteligente, superior al hombre: el *demonio*. Bajo la figura del reptil, habló *él*—no la serpiente, que carece de los órganos de la palabra—, y produjo sonidos articulados, cosa que no excede las facultades de los espíritus caídos. En apariencia, las palabras vienen de la serpiente, instrumento del tentador; por eso «habla» la serpiente; el engañador y su instrumento se confunden en una misma acción [1]. No hay duda de que los primeros lectores del *Génesis* lo entendieron así; pues la primitiva tradición oriental habla de la existencia de potencias diabólicas, y una creencia popular muy extendida relacionaba su actividad con la de la serpiente. La maldición pronunciada contra ella (v. 14) no permite dudar de que en Israel se conocía su verdadera naturaleza. Todos están unánimes en ponderar la maestría de la descripción psicológica: «En las pocas palabras y acciones que el escritor atribuye a sus personajes, nos los hace conocer íntimamente: su obra maestra es la descripción de la mujer [2]». La historia del primer pecado, aun en su forma sencilla e infantil pero profundamente misteriosa, es la historia de todos los pecados. Aquel hecho histórico real del Paraíso simboliza el curso de todas las acciones pecaminosas en general; y del relato del *Génesis* se han sacado preciosas enseñanzas acerca de la naturaleza y esencia del pecado [3]. — No hay, pues, razón para tener por mito el sencillo relato bíblico. — Nada hay en él que dé pie a tal hipótesis; ni hasta el presente se ha encontrado entre las leyendas de los pueblos alguna que le sea análoga (cfr. núm. 76). El papel que en las tradiciones más antiguas desempeñan demonios y serpientes, nos indica que se trata de un hecho de la historia primitiva, cual nos lo refiere la Santa Biblia [4].

---

[1] San Agustín, *De Gen. ad litt.*, l. 11, c. 27, núm. 34: «En la serpiente habló el diablo usando de ella como de instrumento, moviendo su naturaleza de la manera como ella puede moverse o ser movida por él para producir el sonido de las palabras y los signos corporales, por los cuales la mujer vino en conocimiento de la voluntad del tentador.»

[2] Gunkel, *Genesis*², 12; lo mismo Kautzsch, *Die Heilige Schrift d. AT*⁴, 13: «Con razón se ha admirado siempre en este relato la psicología magistral del pecado.»

[3] Cfr. Hettinger, *Apologie* III⁹, 379 ss.; san Agustín, *C. Manich*, 2, 21; santo Tomás, *Summa theol.* 2, 2, q. 163 y 165. — Heinrich, *Dogmatische Teologie* VI, 679 ss. Puede verse en Sailer *Pastoraltheologie* I³, 3, Hauptst; una instructiva «muestra de meditación bíblica práctica» acerca del pecado de nuestros primeros padres; v. también Eberhard, *Kanzelvorträge* I, 45 ss.

[4] Cfr. Nikel, *Die bibl. Urgeschichte*, en *BZF* II, 3; *ThpMS* XXV, 593 ss.

67. Adán debía guardar el Paraíso para sí y también para sus descendientes, como padre del linaje humano. Por esto debía sostener una prueba, en la que su libre albedrío se decidiese por Dios, o se apartase de Él. La prueba consistió en una prohibición, en un sacrificio de obediencia y renuncia: *Podrás comer del fruto de todos los árboles del Paraíso; mas, del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, no comas; porque en cualquier día que comieres de él (es decir, al punto que comieres de él), morirás de muerte.*

En medio de aquella abundancia del Paraíso debía privarse el hombre del fruto de un solo árbol. La observancia de esta orden había de serle tanto más sencilla, cuanto que su entendimiento estaba dotado de altísimo conocimiento, y su voluntad enderezada al bien, hallándose en posesión de todos los dones de la gracia, reconociendo y amando a Dios como a su único bienhechor. Compréndese, pues, fácilmente lo duro de la sanción divina: morir de muerte corporal, separándose el alma del cuerpo, de muerte espiritual, apartándose el alma de Dios y de muerte eterna, por la condenación.

Nuestros primeros padres, por su inocencia y santidad, no experimentaban en sí tentación alguna; la incitación al quebrantamiento del precepto de Dios les vino de fuera, de Satanás, el cual se sirvió de la serpiente. «De todos cuantos animales había creado el Señor Dios, el más astuto era *la serpiente*», esto es, no una serpiente cualquiera, o la especie en general, sino aquella serpiente en la cual se había escondido un ser espiritual maligno [1]. Pues sólo a un ser de esa naturaleza se puede aplicar lo que luego se dice: «Y habló ella (la serpiente) a la mujer», etc. Otros pasajes de la Sagrada Escritura atestiguan que dicho ser maligno era el demonio. Así, por ejemplo: «Por la envidia del demonio entró la muerte en el mundo» [2]; y aquel otro: «Este (el demonio) desde el principio fué homicida» [3]; y todavía: «La antigua serpiente que se llama demonio y Satanás, que anda engañando a todo el mundo» [4].

No *era necesario* que la tentación viniese directamente de fuera; del mismo modo que los ángeles, el hombre podía de por sí caer en pecado. Pero era más conforme con la condición y estado de nuestros padres permitir Dios que la tentación viniese de fuera, por cuanto el hombre en su naturaleza depende de otras criaturas; además, la justicia original excluía la concupiscencia pecaminosa, y la fantasía estaba libre de peligrosas influencias; finalmente, la tentación por medio de Satanás, en los amorosos planes de Dios, cedía en mérito de Adán, si éste llegaba a vencer, y daba lugar a cierta disculpa, si sucumbía. Nada tiene de extraño que el tentador aparezca *en forma visible,* ya que también los ángeles buenos suelen aparecerse a los hombres en figura humana, conforme con su santidad y misión saludable, y no desdeñándose el mismo Dios de aparecer en forma de paloma, símbolo de su santidad. Pero Satanás sólo por fuera podía tentar al hombre, ya que ningún poder se le había concedido sobre éste, y aun el influjo sobre la fantasía o la sensualidad le estaba vedado [0]. No se sirvió Satanás de la serpiente por libre elección; Dios no le *permitió* otro instru-

---

[1] San Agustín, *De Gen. ad litt.,* l. 11, 29. Santo Tomás *Summa theol. 2, 2, q. 165, a. 2 ad 4.*
[2] *Sap.* 2, 23.
[3] *Ioann.* 8, 44.
[4] *Apoc.* 12, 9; 20, 2 9.
[0] San Agustín, *De Gen. ad litt.,* l. 11, *3.* Santo Tomás, *Summa theol. 2, 2, q. 165, a. 2 ad. 3.*

mento que este astuto y venenoso reptil, viva imagen del engaño, de la insinuante doblez y venenosa malignidad del tentador.

Dirigióse la serpiente a la *mujer*, como a parte más flaca y fácil de seducir, y porque esperaba engañar al hombre por medio de aquélla, reinando entre ambos tan estrecha unión y tierno amor [1]. Relátase la tentación en forma intuitiva en alto grado. Comienza la serpiente (no con espanto, aunque tal vez con sorpresa de la mujer [2]) diciendo:

68. *¿Por qué motivo os ha mandado Dios que no comáis de todos los árboles del Paraíso?* El tentador se adelanta a suscitar dudas acerca de la legitimidad de la prohibición divina y aun a presentarla en forma exagerada y equívoca, como dando a entender que Dios, como les prohibió el disfrute de un árbol, podía haberles prohibido también el de otros muchos, y aun el de todos. Eva, lejos de volver la espalda al tentador, entabla diálogo con él, respondiendo:

«*Del fruto de los árboles que hay en el Paraíso podemos comer.* Mas del fruto de aquel árbol que está en medio del Paraíso, mandónos Dios no comiésemos, *ni siquiera le tocásemos,* porque no muramos» [3]. La mujer tiene plena conciencia del precepto divino y no puede excusarse pretextando olvido. Responde, pues, a la pregunta del siniestro tentador, y empieza a dudar de la amenaza divina. Dijo entonces Satanás: «*Ciertamente que no moriréis;* mas bien sabe Dios que, al punto que comiereis de él, se abrirán vuestros ojos, y seréis como Dios, conocedores del bien y del mal.»

Mostróse el tentador como «mentiroso y padre de la mentira» [4].—«*Seréis como Dios*»; no que hubiesen de ser iguales a Dios en esencia, pues tan bien como Satanás sabía Eva que esto era imposible. Por eso añade el tentador: *seréis conocedores del bien y del mal,* como Dios, esto es, conoceréis todas las cosas; podréis saber, independientemente de Dios, por conocimiento propio, lo que es bueno y lo que es malo, lo bueno o malo que os pueda sobrevenir; podréis determinar por propia autoridad lo que debéis hacer o evitar para labraros vuestra dicha [5]. Promételes, pues, el demonio, o más bien procura arrastrarlos a que aspiren a ser independientes de Dios, semejantes a Él en la omnisciencia, libertad y felicidad absoluta; y todo esto podían conseguir comiendo de un árbol que el mismo Dios había creado y cuyo disfrute les había prohibido sólo por envidia y mala voluntad, como da a entender Satanás.—El demonio

---

[1] Santo Tomás, l. c. ad 1; de ahí también la disculpa de Adán (v. 12).

[2] Eva topaba a cada paso con cosas nuevas en la naturaleza; pero nada podía extrañarle, ni menos asustarle, mientras se conservase en estado de inocencia y santidad. En todo veía siempre nuevas maravillas de la omnipotencia, sabiduría y bondad divinas. Pero sabiendo muy bien, por las luces sobrenaturales de que estaba dotada, que el hablar no era propio de la serpiente, debió suponer que lo hacía por virtud de influjo sobrenatural. Era ello para maravillarla, mas no para producirle espanto, no teniendo nada que temer. Sólo podía ser víctima de un engaño y sentir la concupiscencia, cuando con su libérrimo albedrío se dejase arrastrar por la tentación y abriese las puertas de su alma al deseo de ser como Dios. Allí comenzó la duda de la amenaza de Dios, el deseo desordenado y sensual del fruto prohibido, y finalmente la desobediencia, que le llevó a la consumación del pecado (cfr. santo Tomás, *Summa theol. 1, q. 94, a. 4 ad 1 et 2;* san Agustín, *De Gen. ad litt.*, l. 11, 30).

[3] V. 2 y 3. El tentador calificó el mandato de arbitrario y gravoso; Eva en su réplica añade al precepto divino estas palabras: «y que ni siquiera lo tocásemos», como dando a entender que lo encontraba demasiado molesto. Había ya dado, pues, el primer paso.

[4] *Ioann.* 8, 44.

[5] Santo Tomás, *Summa theol. 2, 2, q. 163, a. 2.*

quiso contaminar a los hombres de su *pecado de orgullo*, sembrar en su corazón la desconfianza, y a ser posible apartarlos completamente de Dios. Fácil hubiera sido a Eva convencerse del engaño y perfidia de las palabras del seductor, mas le halagaba el conocimiento e independencia que se le prometía; su voluntad se abandonó a una aspiración orgullosa, y a medida que se alejaba de Dios, retiróse Dios de ella, privándola de su gracia.

69. *Nublósele la inteligencia;* la voluntad se debilitaba por momentos; al orgullo siguió la *falta de fe* en la palabra de Dios. Comenzó a ver el árbol de manera muy distinta. «*Vió, pues, la mujer que el fruto de aquel árbol era bueno para comer* y bello a los ojos y de aspecto deleitable.» «A los ojos siguió el corazón»[1], y comenzó a despertarse el aguijón de la *concupiscencia* hasta estonces no sentido; sucumbió la voluntad a la tentación de desobediencia, poniendo por obra el pecado: «*Y cogió del fruto y comió*». Adán, fascinado por su mujer, incurrió también en el pecado: «*Dió también de él a su marido, el cual comió*».

Estaba consumado el *primer pecado;* no fué inocente debilidad de ignorancia infantil, ni fué sólo el acto más funesto de su vida, sino un pecado muy grave por su naturaleza y circunstancias. Tiene todas las condiciones de un *pecado mortal:* el objeto era de importancia, y el castigo, la muerte; el quebrantamiento fué completo, con plena deliberación y consentimiento. Sube de punto la culpa de nuestros padres, si se considera el estado privilegiado, el don de ciencia, que excluía error inculpable, y la justicia original, que tenía a raya la concupiscencia. Pecaron, quebrantando un precepto en extremo fácil de cumplir, en un estado felicísimo por todos conceptos, contra el supremo Señor y amorosísimo bienhechor que acababa de colmarles de dones. No hubo solamente desobediencia al mandato de no comer del fruto; mezclóse la soberbia, la incredulidad y un insolente alzamiento, análogo al de los ángeles rebeldes, que pretendían igualarse a Dios. *Pero fué un pecado menos grave que el de los ángeles*, porque el conocimiento de Adán y Eva no era tan elevado como el de aquellos espíritus, ni cometieron el pecado espontáneamente, sino inducidos por el astuto tentador.

70. «*Luego se les abrieron a entrambos los ojos*», mas no a la manera como ellos se habían figurado, cegados por las engañosas promesas del demonio, sino como había deseado Satanás con maligno sarcasmo. No adquirieron un conocimiento elevado del bien y del mal, ni la libertad, señorío y bienaventuranza de que Dios disfruta; mas se vieron miserablemente engañados, y advirtieron su grave culpa y su terrible desgracia. Ahora conocieron el bien y el mal; no como Dios los conoce a la luz de su divina verdad y santidad, sino a costa suya; conocieron el bien que perdían y el abismo de males en que se habían precipitado.

Perdido habían para su alma (y esto era lo más doloroso) todos los dones sobrenaturales, la inocencia, justicia y santidad originales, juntamente con la amistad de Dios; abandonóles la luz de la ciencia sobrenatural; y aun en su naturaleza comenzaron a sentir flaquezas que antes no habían experimentado. Y ¡triste imagen de su espiritual desnudez! echaron de ver los sus ojos corporales, lo que antes no habían notado: *Vieron que estaban desnudos*[2]. Su espíritu se había alzado contra Dios, y su

[1] *Iob* 31, 7.

[2] Ya antes habían reparado en su desnudez, pero no tenían conciencia de este estado, como niños en quienes aun no se ha despertado la concupiscencia.

cuerpo comenzó a rebelarse contra el espíritu; despertóse la concupiscencia, y el rubor cubrió sus mejillas. Avergonzados, «tejieron unas hojas de higuera, y se hicieron unos ceñidores».

Si ante la propia conciencia sentían rubor ¿cuál no sería su vergüenza ante Dios purísimo, a quien tan gravemente acababan de ofender? Cuando «*oyeron la voz del Señor Dios* que se paseaba en el Paraíso al aura posmeridiana [1], escondióse Adán con su mujer de la vista del Señor Dios entre los árboles del jardín». Estremeciéronse a la idea de la presencia del Señor. De tal modo se nubló su razón, antes tan clara, que imaginaban poder esconderse de Dios, que todo lo ve y todo lo sabe. Pero el Señor les llama con voz enojada y a la vez amorosa para arrancarles una señal de arrepentimiento: *Adán, ¿dónde estás?* No es una pregunta, como advierte san Agustín, sino la voz del juez que llama a su presencia al reo. Mas éste, en vez de confesar humilde su pecado, causa de la huída, da una respuesta evasiva: «He oído tu voz en el Paraíso y he tenido miedo, porque estoy desnudo, y así me escondí». Mas Dios le respondió: «¿Quién te ha dicho que estás desnudo? ¿Has comido por ventura del árbol del que yo te había vedado comer?» A esta pregunta directa acerca de su pecado, confiesa Adán llanamente la verdad, mas no sin dar excusas que mitiguen el juicio acerca de su culpabilidad. «*La mujer que me diste por compañera* me dió del fruto del árbol, y le comí.» Idéntico es el proceder de la mujer. A la pregunta de Dios: «¿Por qué hiciste eso?», responde: «*La serpiente me engañó,* y comí».

«*Adán, ¿dónde estás?*». No sólo ¿en qué lugar te hallas?, sino, como dice san Ambrosio [2]: «¿en qué situación te encuentras? ¿A qué extremo te ha reducido tu pecado, que huyes de tu Dios a quien antes buscabas? ¿Dónde está la gracia y excelencia de que estabas vestido? ¿Dónde tu amor, tu confianza y tu inocencia? ¿Dónde están las promesas del seductor? ¿De dónde viene tu sonrojo, tu desnudez y tus remordimientos?». Aquella pregunta quería arrancarle la confesión humilde de su culpa, primer signo de un sincero arrepentimiento. *Reconociéronla, ciertamente,* Adán y Eva, pero forzados y con excusas. Otra habría sido su suerte, si con humildad y arrepentimiento hubieran confesado al punto su pecado. Pero herida tan profunda requería dura penitencia y larga curación.

7. Castigo del primer pecado y promesa del Redentor

(*Gen.* 3, 14-24)

71. Comprobada la culpa, vuélvese la justicia de Dios ante todo al causante del pecado, y luego, de rechazo, a su instrumento. De ahí que no

[1] Es decir, al atardecer, cuando suele levantarse el viento fresco en los países cálidos. Trátase aquí de una aparición del Señor (teofanía) en forma humana, como lo dan a entender las palabras de Dios (cfr. Kaulen, en *KL* IV, 841 ss.). Por lo demás, la expresión hebrea que ordinariamente se traduce por «pasear», no ha de entenderse en el sentido de «andar» (a la manera de los hombres). Puede también significar «marchar majestuosamente» (cfr. *Lev.* 26, 12; *Deut.* 23, 14; II *Reg.* 7, 6). Según esto querría decir la Sagrada Escritura que Dios se apareció como juez, entre rayos y truenos, y se explicaría mejor el espanto y el esfuerzo por ocultarse. Véase cómo en el lenguaje (poético) posterior los escritores sagrados nos describen a Dios como juez y vengador caminando en una tempestad y hablando con voz de trueno (*Ps.* 17, 8 ss.; 28, 1 ss. *Iob* 38, 1 ss. *Habac.* 3).

[2] *De Parad.* c. 14.

pregunta Dios a la serpiente: «¿Por qué hiciste esto?» Porque la serpiente no había obrado por propio impulso; además Satán, que de ella se sirvió, estaba ya juzgado [1]; confirma, pues, Dios la condena del demonio, ampliándola como correspondía a la nueva culpa: *Dijo el Señor Dios a la serpiente: por cuanto esto hiciste, maldita tú eres entre todos los animales y bestias de la tierra. Andarás arrastrando sobre tu pecho y comerás tierra todos los días de tu vida.*

La expresión «comerás tierra» se encuentra en documentos cuneiformes (por ejemplo, en las tablillas de *Amarna),* donde en general significa «perecer» y particularmente «ir al infierno»; por ejemplo, «véanlo nuestros enemigos y muerdan el polvo». Recuerda esta frase el prosternarse y «besar la tierra», que siempre suele decirse de los vencidos. «Morder el polvo» es además un eufemismo por «comer fango», que se aplica a los moradores del infierno (demonios); de ahí el sentido simbólico de la frase: ir al diablo, ir al infierno. Es una expresión oriental muy corriente, usada aun hoy, que indica simbólicamente una profunda humillación (cfr. *Mich.* 7, 17; *Is.* 65, 25; *Ps.* 71, 9). Esto viene a confirmar, que el juicio contra el causante del pecado no va contra la serpiente como tal, sino contra el demonio, a quien se expulsa a sus dominios infernales [2]. Dirigiéndose la maldición contra *Satanás* que se sirvió de la serpiente, preciso es interpretar las frases en sentido figurado, como lo hacen los santos Padres; desde este momento el demonio es objeto de abominación y espanto para los hombres, les está acechando, medita siempre maldad y vileza; solamente lo malo y vulgar es presa suya. Mas también alcanzó la maldición a la *serpiente,* instrumento de la perversidad de aquél. No ciertamente que en virtud de ella se trocase su naturaleza; mas sus cualidades, inofensivas antes para el hombre, se hicieron siniestras y peligrosas. Y en verdad, este animal causa espanto y aborrecimiento y es odiado por el hombre como ningún otro. Desde el pecado de nuestros primeros padres es la serpiente *símbolo del tentador* y recuerdo de la primera caída.

72. Ya aquí comienza a manifestarse la compasión de Dios hacia el hombre; castiga al perverso seductor, y destruye, como padre amoroso, el instrumento con que sus hijos se han herido [3]. Pero aun se revela más la divina misericordia en las siguientes palabras, que predicen al demonio su completa derrota y encierran una promesa consoladora para el hombre: la promesa del futuro Redentor. Por ser la primera, se le suele llamar también *Protoevangelio,* es decir, el primer Evangelio, la primera buena nueva del Redentor. Dice así: *Pondré enemistades entre ti y la mujer, y entre tu raza y la descendencia suya: ella quebrantará tu cabeza, y tú andarás acechando su calcañar* (v. 15).

La palabra hebrea *('ēbāh),* que traducimos *enemistades,* se aplica en la Sagrada Escritura sólo a enemigos que son seres *racionales.* No se trata aquí, pues, de una lucha a muerte entre el hombre y la serpiente, sino entre la mujer y Satanás, el cual se sirvió de la serpiente.—El verbo *pondré* implica tres cosas: a) La enemistad no es resultado de la amarga experiencia de Eva con Satanás, sino orden positiva de Dios, dada como *sentencia;* trátase, pues, de un antagonismo *de importancia.* b) El antagonismo no va a comenzar en el momento de la sentencia, *sino más tarde, cuando Dios disponga;* no hay que buscarlo en el deber de conciencia de resistir a toda tentación, existente desde

---

[1] San Agustín, *De Gen. ad. litt.,* l, 11, c. 36.
[2] Cfr. *ATAO*³, 97.
[3] San Crisóstomo, *In Gen., hom.* 17, n. 6.

que Dios intimó a nuestros padres la orden de no comer la fruta del árbol. c) La enemistad *duradera* con Satanás y la derrota de éste han de llegar *con toda certeza,* pues se trata de un castigo pronunciado por sentencia de Dios.

Entre ti y la mujer (ha'ischah). El artículo determinado que trae el texto hebreo puede tener fuerza de pronombre demostrativo («esta mujer»); mujer se refiere aquí a Eva. En hebreo se puede usar el artículo para designar una persona o cosa todavía desconocida, y que, por consiguiente, no se puede determinar con precisión, pero que, sin embargo, está ya en la mente del escritor [1]. En tales casos nosotros usamos, por lo general, el artículo indeterminado. Según esto, puede traducirse: pondré enemistades entre ti y una (cierta) mujer (del porvenir); como si dijese: has triunfado de una mujer, pero has de ser vencida por otra. Esta otra mujer no puede ser la misma Eva, que está presente, sino una mujer futura, cuya descendencia quebrantará la cabeza de la serpiente. Hay también razones *intrínsecas* en pro de esta interpretación: si la enemistad duradera *establecida por Dios* ha de ser algo más que el deber de resistir a toda tentación al mal, existente ya antes del pecado, sólo cabe interpretarla en el sentido de que aquella mujer jamás pecará o podrá pecar. Mas a Eva nunca se le atribuye tan absoluta constancia o inocencia. Demás de esto, todavía no existe la enemistad, sino que *vendrá más tarde;* no hay pasaje alguno de la Sagrada Escritura, donde se atribuya a Eva la victoria que sobre Satanás ha de obtener la descendencia de la mujer. Para los profetas la enemistad absoluta comienza en los tiempos mesiánicos, y está vinculada a una *mujer venidera.*

Entre tu descendencia y su descendencia. Descendencia puede significar tres cosas: la descendencia según la carne *(Gen.* 15, 5); una persona en particular *(Gen.* 4, 25); un parentesco espiritual (por ejemplo, el linaje de los impíos). En nuestro caso, el contexto exige que se interprete en el segundo sentido: el Mesías. No se comprende que todo el linaje humano, o parte de él, quebrante la cabeza de una serpiente del Paraíso; así como Satanás es un individuo, así su enemigo debe ser un solo individuo. En este mismo sentido explica san Pablo aquellas palabras: «En tu descendencia serán benditas todas las gentes de la tierra» *(Gal.* 3, 16). «Las promesas se hicieron a Abraham y al descendiente de él; no dice Dios: y a los descendientes, como si hablase de muchos, sino que habla como de *uno solo:* y al descendiente de ti, el cual es Cristo.» «La raza de la serpiente es el partido, el cortejo de Satanás, formado por los espíritus malos y por los que en libros posteriores de la Sagrada Escritura son llamados «hijos de Satanás», «raza de víboras», «engendro de serpientes» [2].

«*Ella (Él) quebrantará tu cabeza,* etc.». En el texto hebreo ocurre la figura llamada zeugma: los dos miembros del período están construídos con el mismo verbo «quebrantar». Esto indica que no sólo Satanás está herido, sino que también el Mesías padecerá una fuerte herida (la muerte), pero sin que por ello pueda aquél evitar la victoria de éste. Dichas palabras anuncian humillación y derrota al causante del pecado; al género humano, la Redención: quebrantada la cabeza de la «serpiente», está destruída la obra de Satanás, y la victoria queda por la descendencia de la mujer. Esta idea, que tan de manifiesto aparece en la profecía, debió de infundir aliento a nuestros padres; el v. 20 donde Adán llama a Eva «madre de todos los vivientes» a pesar de la maldición y de la pena de muerte, prueba que en él había renacido la esperanza. La victoria del género humano ha de ser resultado de una lucha nacida de la enemistad entre la mujer y la serpiente y entre la descendencia de ambos; mientras la serpiente acecha al calcañar (hiere de muerte) de la mujer, o de su descendencia, ésta (uno de la descendencia de la mujer) quebrantará la cabeza de la serpiente (aniquilará su poder). Este es el sentido directo del texto *hebreo* [3], en el cual coinciden los

---

[1] Cfr. *Gen.* 14, 13; *Is.* 7, 14.

[2] Cfr. *Sap.* 2, 25; *Matth.* 3, 7; 23, 33; *Ioann.* 8, 44; I *Ioann.* 3, 8-12.

[3] Dice así: «él (la descendencia de la mujer) te aplastará la cabeza». Concuerda con la versión griega, que ha conservado el sujeto masculino, por más que la palabra griega

Setenta, la *Itala* y la interpretación de la mayor parte de los santos Padres. Pero también la *Vulgata* da en lo esencial rectamente el sentido, atribuyendo la victoria a la mujer. Frente a la primera mujer que fué engañada, hay otra cuya descendencia quebrantará la cabeza de la serpiente; según esto, quien triunfa es la mujer, con lo que se justifica la interpretación que atribuye la victoria a la *Virgen María,* concebida sin mancilla, exenta de toda mácula, llena de gracia, enemiga del demonio, radiante de todas las virtudes, nueva Eva que nos trajo la salud, Madre del autor de la vida (espiritual y eterna), y Madre también de los vivientes [1]. Su benditísimo Hijo es aquel «héroe esforzado» que, como representante del género humano, derrotó en singular combate al demonio en el desierto, luchó con él después en el huerto de los Olivos, y finalmente le venció en la cruz al fin de su vida.

Queriendo Dios con esta promesa *levantar de su caída* a nuestros primeros padres, y por la esperanza en el futuro Redentor hacerles partícipes de las gracias de éste, dióles de aquellas palabras el conocimiento necesario para despertar la esperanza. Cuán profundo fuese este conocimiento, se echa de ver en que toda la humanidad fundó en dicha promesa la esperanza en el Redentor, y en que aun ciertas ideas de los pueblos paganos (retorno de la edad de oro, derrota definitiva del mal, esperanza del Salvador) se derivan de esta promesa y de su recta interpretación, o por lo menos la suponen [2]. Los resultados de la historia comparada de las religiones confirman brillantemente la tradición cristiana de que la promesa del Redentor procede del Paraíso (de la revelación primitiva). Hoy estamos autorizados para hablar de «la esperanza del antiguo Oriente en la Redención», nacida de una fuente antigua común, la cual en sus rasgos fundamentales se halla en todos los pueblos civilizados antiguos y aun antiquísimos. En ellos han perdurado el recuerdo del tiempo paradisíaco, de la maldición del pecado y la esperanza de un Salvador que renovará los días de bendición. Y aunque algunos caracteres se han oscurecido, han degenerado en mitos o recibido una interpretación material y política, esto no obstante, no se han borrado tanto que sea imposible reconocerlos. No están, pues, tan aisladas las profecías mesiánicas desde Noé hasta el último profeta; ni se las puede tener, como pretende el racionalismo antiguo, por resultado de una evolución puramente natural y de origen relativamente moderno; todas ellas radican en el Protoevangelio.

---

es neutra. También la antigua versión latina *(Itala)* conservó el masculino *ipse* (él), y el mismo san Jerónimo atestigua esta variante en sus *Quaestiones hebraicae*. Mantuvo, sin embargo, la variante *ipsa* (ella) que circulaba ya en las Biblias, para no dar motivo de escándalo con una traducción diferente, aunque más exacta; esto demuestra que la Iglesia antigua vió en la mujer del Protoevangelio a la Madre del Redentor. De donde la variante *ipsa,* que especialmente desde san Ambrosio y san Agustín era comúnmente usada, no entró en el Texto Sagrado ni por falsificación intencionada ni por descuido; es más bien una traducción aclaratoria que aplica la promesa a la Madre del Salvador. Cfr. Hoberg, *Genesis*², 50; Dier, *Genesis,* 40 s.; Zapletal, *Alttestamentliches,* 16 ss. Por lo demás, los intérpretes del texto latino siempre han tenido presente la variación, y aunque hayan aplicado el texto a María, nunca desconocieron que «la descendencia de la mujer, es decir, *Jesucristo,* había de aplastar la cabeza de la serpiente». Cfr. Th. Livius, *Die allerseligste Jungfrau bei den Vätern der ersten sechs Jahrhunderte* (Tréveris, 1901), 100 ss. Muchos exegetas renombrados de los siglos XVI y XVII defienden la variante *ipse* o por lo menos la tienen por admisible (Belarmino), explicando la *Vulgata* en el sentido del texto hebreo. Cfr. Smits, *Comm. in Gen.* I (Amberes, 1753). 578 ss.—Véase Leimbach, *Mess. Weiss.,* 4 s.; Schulte, *Mess. Weiss.,* 26 s.; *BZ* VIII, 350; *PB* XXIII (1910) 129.

[1] Cfr. Flunk, *Das Protoevangelium u. seine Beziehung zum Dogma von der Unbefleckten Empfängnis,* en *ZKTh,* 1904, 641 ss.; Schäfer, *Die Gottesmutter in der Heiligen Schrift*² (Münster, 1901). En la Bula *Ineffabilis* de 8 de diciembre de 1854 se dice expresamente que en la primera promesa fué anunciado clara y manifiestamente el Redentor del género humano y a la vez «designada» *(designatam)* su Madre santísima.

[2] Acerca de las esperanzas gentiles de un redentor y acerca de las religiones fundadas en el concepto de redención, cfr. Krebs, *Heiland und Erlösung* (Friburgo, 1915): cfr. también Peters, *Weltfriede u. Propheten* (Paderborn, 1917), 11.

En esta primera promesa del Redentor están contenidos, *como en germen,* los puntos capitales de las demás: la verdadera humanidad del Redentor, como hijo de una mujer; su divinidad, como descendiente de mujer y no de hombre; virginidad de su madre; pasión y muerte del Redentor, pues la serpiente le hiere de muerte; victoria sobre la muerte y el infierno, pues él quebrantará la cabeza de la serpiente, el enemigo infernal [1].

73. Aun cuando, para preservar de la desesperación a nuestros desgraciados padres, les participó Dios tan consoladora promesa en el momento de pronunciar la sentencia contra Satanás, no pudo sino hacer valer su justicia. A la pérdida, que en el alma experimentaron nuestros padres, añadió, como confirmación externa, *castigos corporales,* a cada uno según la culpa. Dijo Dios a la mujer: «Parirás tus hijos con muchas miserias y dolores, y estarás bajo la potestad del hombre, y él te dominará».

Eva es la primera en recibir el castigo, porque fué la primera en el pecado. Su orgullosa presunción de ser como Dios es castigada con humillantes miserias y fatigas; su apetito desordenado del fruto prohibido, con dolores; la seducción del hombre, con la sujeción a éste. Desde el principio había Dios dispuesto cierta subordinación, fundada y significada en la debilidad de la naturaleza femenina y en proceder de la costilla de Adán. Esta sujeción hubiera resultado bien ordenada, fácil y dulce para la mujer; mas por el pecado y las pasiones fué destruída, convirtiéndose en duro yugo y penosa esclavitud. Sobre el *hombre* había de recaer el cuidado del sostenimiento de la familia; y aquí le esperaba un triple castigo: esterilidad de la tierra, trabajo penoso y ardua lucha contra la maleza siempre pujante.

Dijo Dios *a Adán,* como a verdadero señor de la Creación: «Por cuanto has escuchado la voz de tu mujer y comido del árbol de que te mandé no comieses, maldita sea la tierra por tu causa; con grandes fatigas sacarás de ella el alimento en todo el discurso de tu vida. Espinas y abrojos te producirá, y comerás las yerbas de la tierra. Comerás el pan con el sudor de tu rostro, hasta que vuelvas a la tierra de que fuiste formado; *que polvo eres, y en polvo te tornarás»* (v. 17-19).

No cambió la naturaleza por esta maldición, de suerte que comenzase a producir ahora abrojos y espinas; sino que inicióse en ella cierto *empeoramiento respecto del hombre,* de suerte que ya no le estaba sujeta como antes. Con muchísimo trabajo y como por fuerza le arrancarán sus frutos. Desaparece aquella amorosa solicitud divina que alejaba las influencias dañinas de los elementos, plantas y animales; trocóse en temor y espanto y aun en mortal enemistad aquella natural sumisión y docilidad de los animales. Por otra parte, *Satanás* adquirió *cierto dominio* sobre la naturaleza y las criaturas, en perjuicio y aun para seducción del hombre, el antiguo señor. Por esto dice el apóstol san Pablo: «Las criaturas están sujetas a la nulidad, no de grado, sino por causa de aquel que les puso tal sujeción con la esperanza de que serán también ellas libertadas de esa servidumbre de la corrupción... Porque sabemos que hasta ahora todas las criaturas están suspirando y como en dolores de parto» [2].

---

[1] Muy ingeniosamente se interpreta esta profecía mesiánica en los sarcófagos de los primeros siglos cristianos, al representar a Jesucristo entre Adán y Eva en figura de un joven que ofrece al primero unas espigas y a la segunda un cordero, etc. Cfr. Kraus, *Realenzykl.* I, 17. Kaufmann, *Handb. der Christ. Archäologie*² (Paderborn 1913), 304.

[2] *Rom.* 8, 20 ss. — Mediante los conjuros y bendiciones de la Iglesia son libradas las criaturas del pernicioso influjo de Satán; la maldición se substituye por la bendición divina, tanto para bien del cuerpo como del alma. Cfr. Fr. Schmid, *Die Sakramentalien der Kirche in ihrer Eigenart beleuchtet* (Brixen, 1896).

Pero el más duro de todos los castigos externos fué *la muerte*. Al momento de pecar, despojóles Dios del don de la inmortalidad, de la impasibilidad y del disfrute del árbol de la vida, cuyo objeto era renovar continuamente las fuerzas. En el mismo instante inició la muerte su influjo en el cuerpo; éste comenzó a morir a consecuencia de la descomposición que producen la edad, el trabajo fatigoso, el frío y el calor, el hambre y la sed, las enfermedades, los sufrimientos y dolores [1]. La muerte, cosa natural para el cuerpo, pero que repugna al alma inmortal, la cual aspira a poseer su cuerpo, se trocó en triste y espantosa necesidad, con todas las enfermedades y penas que son sus mensajeros. Desgraciadamente, esta triste muerte natural era imagen de otra más espantosa, la espiritual y eterna [2], en que para siempre incurrieran Adán y Eva, de no haber obtenido por su arrepentimiento el perdón de Dios, y hallado la entrada en el limbo [3].

74. «*Hizo el Señor Dios a Adán y a su mujer Eva unas túnicas de pieles,* y los vistió» [4]. Hizo esto Dios, ante todo, para que estuviesen cubiertos en forma que nada padeciese el pudor, y además, para protegerlos contra las inclemencias del tiempo [5]. «Y dijo Dios: *Ved ahí a Adán que se ha hecho como uno de nosotros* [6], conocedor del bien y del mal. Ahora, pues, no vaya a alargar su mano, y tome del fruto del árbol de la vida, y coma de él y viva para siempre. Y echóle el Señor del Paraíso, para que labrase la tierra de que fué formado. Y desterrado Adán, colocó Dios delante del Paraíso querubines, y una espada llameante y que se agitaba, para guardar el camino del árbol de la vida.»

Estas palabras nos declaran que el hombre perdió el Paraíso para siempre. Quítasele toda posibilidad de comer del árbol de la vida: nueva prueba, según algunos comentadores, de la misericordia de Dios para con el hombre. No con-

---

[1] Pues comenzó a cumplirse al pie de la letra la amenaza: «en el día que comieres, morirás de muerte» (2, 17; núm. 61; cfr. santo Tomás, *Summa theol. 2, 2, q. 164, a. 1 ad 8*).

[2] Recuérdanos este espantoso castigo nuestra madre la Iglesia en la conmovedora ceremonia de la imposición de la ceniza, el miércoles de Quincuagésima, con estas palabras: «acuérdate, hombre, que eres polvo y en polvo te has de convertir».

[3] Así parece deducirse de la promesa del Redentor, que nuestros padres acogieron con fe y alegría (cfr. núm. 72). Lo mismo se desprende de la solicitud con que el Señor remedió su desnudez. Dios, por otra parte, que había decretado redimir a la humanidad, no podía dejar a nuestros primeros padres en poder de Satanás. La Sagrada Escritura habla concretamente de la penitencia y salvación de éstos (*Sap.* 10, 12); la tradición judía y cristiana y los SS. PP. están unánimes (cfr. san Agustín, *Ep. 164, c. 3, n. 6; De pecc. merit. et remiss. l. 2, c. 34, núm. 55*). Lo mismo indica la leyenda, según la cual el monte Calvario recibió este nombre de la calavera de Adán, enterrada allí para que la sangre de Jesucristo la regase (cfr. p. 102, nota 4). No aparecen en el Martirologio Romano, pero en los calendarios católicos se les nombra como santos.

[4] V. 21. Llevó Dios esto a cabo, indicándoles cómo habían de vestirse. La expresión «Dios hizo» es la misma de otros muchos pasajes en que se atribuye a Dios lo que ejecuta u ocasiona mediante las causas segundas. Solamente los necios o frívolos pueden escandalizarse de esto; y no merecen los escolásticos la burla de que han sido objeto por haber hecho intervenir a los ángeles en este menester.

[5] ¡Cuán admirable se manifiesta en el momento mismo del castigo la paternal solicitud divina, para la cual nada es excesivamente grande ni demasiado pequeño cuando se trata de demostrar el amor! Tal vez en esta misma ocasión hizo ver por primera vez a nuestros padres qué cosa sea la *muerte* y les instruyó acerca del *sacrificio* por medio del cual, y en consideración al único sacrificio verdadero, podían recobrar para su alma el vestido de la gracia.

[6] Acerca de la alusión al misterio de la Santísima Trinidad, cfr. p. 73, nota 4. No están de acuerdo los exegetas sobre si esta frase encierra o no ironía; pero no está desprovista de cierto tono de compasión.

viene que en tan lamentable estado viva eternamente, en peligro constante de impenitencia; sobre todo, es preciso precaverle de un nuevo y más peligroso engaño diabólico, que pudiera arrastrarle al despecho y a la impenitencia. Por esto Dios guardó del hombre y de Satanás el Paraíso, no fuera que éste diese a aquél, real o aparentemente, del fruto del árbol de la vida y le indujese a la impenitencia; y lo hizo de manera visible al hombre, para que la vista del Paraíso perdido le mantuviese de continuo en el arrepentimiento y en la penitencia [1].

Si misterioso parece cuanto se dice de la serpiente al principio de este relato, no lo es menos lo de los *querubines*. Hay que admitir también aquí, que la Sagrada Escritura hace una simple alusión a cosas conocidas por tradición oral. Otros pasajes de la Biblia nos dan alguna noción acerca de la naturaleza y destino de los querubines. Encima del Arca de la Alianza había dos querubines de forma humana; representábaselos bordados en la primera cubierta del techo del Tabernáculo y en la cortina del *Sancta Sanctorum,* y esculpidos entre palmas y capullos de flores en las paredes y en las hojas de la puerta del Templo de Salomón [2]. Se trata, pues, de seres superiores que están al servicio de Dios, como custodios de su Templo, sustentadores y guardianes del Propiciatorio (sobre el Arca de la Alianza). En este mismo oficio los contempla el profeta Ecequiel (cap. 1 y 10), y los menciona el Salmista (17, 10; 79, 2; 98, 1; también *Is.* 37, 16). Los rasgos particulares del cuadro de Ecequiel pueden tener relación con las figuras colocadas (como las esfinges egipcias) ante las puertas de los palacios asirio-babilónicos, llamadas *kirubu,* según consta en las inscripciones. Mas, de poco sirve esto para ilustrar nuestro asunto. Nos contentamos con saber que eran seres espirituales de orden superior, custodios del Paraíso inaccesible en adelante al hombre, y que eran convenientemente visibles. Además de los querubines, una «espada llameante y que se agitaba», impedía al hombre el retorno al Paraíso. Espada y fuego son símbolos de la justicia de Dios, e infunden miedo y espanto al hombre. Tal vez se trate de relámpagos o de un fenómeno ígneo natural, a la manera del fuego que hacía inaccesible el monte Sinaí.

75. Siendo *Adán padre* y cabeza del linaje humano, y queriendo Dios en sus inescrutables designios que la prueba del primer padre decidiera de la suerte de toda su descendencia, o sea, de si los hombres habían de venir al mundo en el esplendor de la integridad y perfección natural y de la santidad y justicia sobrenatural, o bien privados de tales prerrogativas, era natural que el primer pecado, con todas sus consecuencias, se transmitiese a todo el linaje humano. De esto da testimonio la Revelación en muchos lugares. La Sagrada Escritura enseña que todos los hombres, por ser hijos de Adán, nacen pecadores, enemigos de Dios, excluídos del cielo [3], y que la razón de todo ello está en proceder de Adán [4]; que el pecado de éste, con todas sus consecuencias, se transmite a todos sus descendientes [5]. Dice, en particular, san Pablo en la *Epístola a los Romanos* 5, 12: «Por *un solo* hombre entró el pecado en este mundo, y por el pecado, la muerte; y así, la muerte se transmitió a todos los hombres, porque todos pecaron en él en Adán». También da testimonio de esto la historia de la humanidad. En todas partes existe la convicción de que el hombre viene a este mundo en desgracia; por todas partes se ven las consecuencias del pecado: ignorancia, concupiscencia, dolores, muerte. Del hecho del pecado original

---

[1] Cfr. santo Tomás, *Summa theol. 1, q. 102, a. 2 ad. 3; 2, 2, q. 164, a. 2 ad 4.*— Santo Tomás hace resaltar el simbolismo de este castigo con las siguientes palabras: «Por el pecado del hombre se cerró la puerta del Paraíso terrenal, en señal de haberse cerrado el celestial» *(Summa theol. 3, q. 49, a. 5).*

[2] Acaso tuviesen cierto parecido con los espíritus protectores femeninos representados en forma humana, que rodean el sarcófago de Tutencamun con las alas extendidas.

[3] Cfr. *Gen.* 8, 21; *Ps.* 13, 3; *Prov.* 20, 9: *Ioann.* 1, 13; 3,3; I *Petr.* 1, 23; I *Ioann.* 5, 19.

[4] Cfr. *Iob* 14, 4; 15, 14; *Ps.* 50, 7; II *Cor.* 7, 1; *Ioann.* 3, 36; *Ephes.* 2, 3.

[5] Cfr. *Sap.* 2, 23; *Eccli.* 8, 6; I *Cor.* 15, 22; II *Cor.* 5, 14.

habla la tradición de todos los pueblos, los cuales practicaron ritos expiatorios para la purificación de los recién nacidos[1]. Aun los sabios paganos tenían conocimiento, aunque imperfecto, de un pecado que fué causa de todos los padecimientos y desvaríos de la humanidad[2].

Adán, penitente, es *figura del Salvador*, «que tomó sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores[3]». En el sudor con que Adán regaba la tierra, en ruda lucha con la esterilidad, ven muchos santos Padres una figura de aquellas gotas de sudor sanguíneo que derramó nuestro divino Redentor en el huerto de los Olivos[4].—*Eva,* madre del género humano, es *figura de María,* verdadera madre de los vivientes, por la cual fué levantada la maldición que aquélla acarreó a todo el género humano, y nos fué dado el autor de la vida, y con él, la vida sobrenatural juntamente con todas las gracias[5].

76. Ciertas ideas y tradiciones paganas tienen algún punto de contacto con los relatos bíblicos del Paraíso y del pecado. Feldmann[6] resume en las siguientes proposiciones los resultados de los estudios modernos: «Puede reducirse a los puntos siguientes la tradición común de todos los pueblos, a excepción de algunos de cultura inferior, que han perdido el tesoro de sus leyendas y los conceptos éticos y religiosos: a) Los primeros hombres disfrutaban al principio de la amistad de la divinidad, comunicando con ella y llevando una vida dichosa, libre de dolores y trabajos. b) Un delito de los hombres, o de su representante, contra la divinidad acabó con tan feliz estado; en algunos pueblos es simplemente un acto de irreflexión. c) En este delito, al cual iba unida la pérdida de los bienes originales, interviene por lo general un poder malo, enemigo de Dios y de los hombres, el cual es atacado y vencido, pero no aniquilado. d) Dios, enojado por el delito de sus criaturas, se retira de la humanidad; en algunas leyendas, Dios abandona la tierra o expulsa al hombre de las moradas celestiales. Desde este momento, el trabajo para ganarse el sustento, las enfermedades y la muerte son el patrimonio de los mortales». Estas ideas, que tan estrecha afinidad guardan con las del relato bíblico, es preciso extraerlas de las leyendas mitológicas con todo cuidado, como pepitas de oro de un montón de ruinas y escombros. Donde más fácilmente se reconocen los conceptos

---

[1] En la antigua Roma, por ejemplo, se lavaba a los niños al octavo día del nacimiento y a las niñas al noveno con el agua sagrada o de la purificación, imponiéndoles el nombre. En México, en tiempo de los aztecas, el sacerdote suplicaba a la divinidad, en rito purificatorio análogo, se dignase borrar los pecados anteriormente contraídos por el niño y concederle nuevo nacimiento. En el Tibet se encendía una hoguera, por cuyas llamas se hacía aparentemente pasar al recién nacido, para purificarle por medio del agua y del fuego. Todos los pueblos antiguos ofrecían a sus divinidades *sacrificios* cruentos para borrar en lo posible las consecuencias de una culpa innata; y algunos, como los indios y egipcios, enseñaron que la vida terrena es tiempo de castigo y penitencia.

[2] Cicerón *(De republ.,* l. 3, 1, 1, en san Agustín. *C. Julian. Pelag.,* l. 4, c. 12) se muestra muy admirado de los contrastes sorprendentes de la naturaleza humana, la cual por una parte es tan elevada y por otra tan sujeta está a las calamidades y vergonzosas pasiones; y no sabe explicarlo sino diciendo que el hombre es «un alma en ruinas». En otro lugar *(Hortensius 85,* en san Agustín, *l. c.* c. 7) dice: «A vista de tales desvaríos y calamidades, los antiguos magos y adivinos dijeron que nacemos en estado tan lamentable, para expiar algún crimen cometido en vida anterior.» Según el pitagórico Filolaos (cap. 6 del *Fedon* de Platón), los sabios y poetas antiguos dijeron que el alma está encerrada en un cuerpo, como en un sepulcro, en castigo de algún crimen. Platón dice a este propósito (en el *Timeo): «*La naturaleza y las facultades del hombre han cambiado y se han corrompido en el primer padre del linaje humano desde el principio» (Hettinger, *Apologie* III[9], 408 ss.).

[3] *Is.* 53, 4. *Matth.* 8, 17.

[4] *Luc.* 22, 44.

[5] Cfr. supra núms. 63 y 64. Véase una hermosa comparación de Eva con María en san Agustín, *Serm. 18 de Sanct.;* san Bernardo, *Hom. 2, sup. Missus est., in II Noct. Nat. B. V. M.,* e *in III Noct. diei 3, infr. Oct. Imm. Conc.*

[6] *Paradies und Sündenfall* (Münster, 1913), 435 s.

bíblicos principales es en los ciclos de antiguas leyendas orientales, ora vengan éstas unidas a las de la época primitiva de la humanidad, ora separadas de ellas; en ambos casos, la forma y exposición prueban que racionalmente no se puede admitir que la Biblia se haya inspirado en ellas. Merece comprobarse esto cotejando la tradición bíblica con las leyendas babilónicas. Asiriólogos calificados reconocen que, «por lo menos hasta ahora, *no se sabe* de mito alguno babilónico que pueda ser considerado como modelo de la narración bíblica del Paraíso», ni de la tentación, ni de otro asunto de los capítulos 2 y 3 del *Génesis*. Puede, a lo sumo, establecerse cierto paralelismo en algún punto particular (ríos del Paraíso, querubines custodios de la entrada del Paraíso, formación del hombre de la tierra) [1]. «Ha dado mucho que hablar y se ha interpretado en diversos sentidos un sello cilíndrico babilónico, en el cual se ven representadas dos figuras humanas a ambos lados de un árbol y una culebra detrás de una de las figuras humanas (cfr. lám. 1 b); mientras nada se averigüe con certeza acerca de la leyenda en que se funda esta representación, no se puede intentar relacionarla con la escena de la tentación del capítulo 3 del *Génesis*» [2]. Se encuentran con frecuencia representaciones de árboles sagrados con figuras de genios, mitad animales mitad hombres, a entrambos lados (fig. 13); mas no hay razón para referirlas al «árbol de la vida» de la Biblia. El culto de árboles sagrados pertenece «al patrimonio de la humanidad», y bien pudiera proceder de una fuente común, que nosotros vemos en la tradición bíblica. No se puede negar que las figuras fantásticas, representadas a entrambos lados del árbol sagrado de los babilonios, tienen cierto parecido externo con los querubines de la Sagrada Escritura, máxime si miramos a su nombre *(kirubu)*. Tampoco se puede negar haber sido *la serpiente,* en la mitología y arte de Babilonia y de otros pueblos, un animal misterioso [3], ni que fuesen ajenos a los babilonios la idea de *una revelación primitiva de Dios* y el conocimiento del *pecado* como infracción de un *precepto* divino [4].

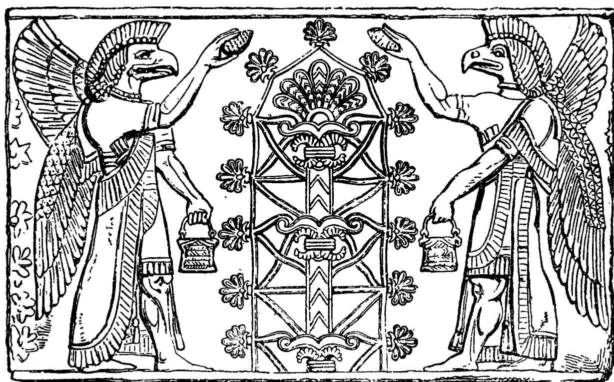


Fig. 13. — Relieve asirio de mármol, en Nimrud; árbol sagrado con figuras de dioses alados (Hacia 884 a. Cr.), Londres, British Museum. Fot. Mansell.

[1] Zimmern, *Keilinschr. u. Bibel,* 20 s. Jeremías, *ATAO*³, 187 ss. Para formar criterio, cfr. Nikel, *Genesis u. Keilschriftforschung,* 124 ss., y *Zur Verständigung,* etc., 40 ss. Bezold, *Ninive u. Babylon,* 108; *Keilinschr.*, 38. El *mito de Adapa* de las cartas de Amarna cuenta que Adapa perdió la inmortalidad por un error. Fuera de esto no tienen la menor afinidad ni Adapa con Adán, ni el manjar y el agua de la vida con el relato bíblico del Paraíso. A. Wünsche ha reunido *(Ex Oriente lux* I, 2-3) las leyendas relativas al árbol y al agua de la vida; lo mismo ha hecho con las leyendas judías y musulmanas de la creación y caída del primer hombre *(ibid.* II, 4); pero los resultados son muy «exiguos» según propio testimonio. Cfr. *TQS,* 1917-18, 1 ss. *(Ein Neuer Sündenfallbericht? Siegelzylinder?*

[2] Zimmern, l. c. 21.

[3] Las pruebas documentales en *ATAO*³, 94 ss.; además Nikel, l. c. 161 ss.

[4] *ATAO*³, 89; cfr. Hehn, *Sünde und Erlösung nach biblischer und babylonischer*

8. Caín y Abel

(Gen. 4, 1-14)

77. Los efectos espantosos del pecado original se manifestaron ya en el primer vástago de nuestros padres. Adán y Eva tuvieron muchos hijos [1], que la Sagrada Escritura menciona sólo de pasada y en general. De los dos primeros, *Caín y Abel,* conocemos algunas particularidades, y de Caín y Set, las genealogías. «Abel fué pastor de ovejas, y Caín, labrador. Y aconteció al cabo de mucho tiempo [2], que Caín presentó al Señor *ofrendas* de los frutos de la tierra. Ofreció asimismo Abel de los primerizos de su ganado y de lo mejor de ellos» [3].

Se habla aquí por primera vez de un sacrificio; seguramente no fué el primero, sino aquél en que Dios manifestó la distinta disposición de ánimo de entrambos hermanos [4], lo cual fué para el envidioso Caín motivo de asesinar a su hermano Abel. Es indudable que Dios, para despertar y mantener en nuestros padres, después del pecado, la idea de su completa dependencia del supremo Señor y el sentimiento de respeto y adoración, agradecimiento, confianza y arrepentimiento, les habría enseñado a ofrecer dones externos y visibles; y éste sería el medio de reconciliarse con el Creador, por consideración al verdadero sacrificio del Redentor prometido, figurado en aquellas ofrendas. Desde entonces, los sacrificios son el centro del culto divino en todos los pueblos antiguos, civilizados y salvajes; coincidencia difícil de explicar, si no se admite una revelación primitiva común [5]. En un principio se ofrecían sacrificios, como es natural, de lo que cada uno poseía o tenía a su alcance. Por esto ofrece «Abel de su rebaño, Caín, de los frutos de la tierra». El uno con sacrificios cruentos, el otro con incruentos, ambos quieren reconocer, agradecidos, que Dios, Creador y Señor de todas las cosas, era también el bondadoso dispensador de todas sus riquezas; y en prueba de ello ofrendan a Dios solemne y públicamente parte de sus bienes.

78. También en el *estado paradisíaco,* en el cual la concupiscencia estaba domeñada por la gracia sobrenatural, pudo ocurrírsele al hombre hacer a Dios

---

Anschauung (Leipzig, 1903). Slaby *(Der Sündenfall des Urmenschen, ein Vergleich zwischen der altbabylonischen Tradition und den biblischen Nachrichten,* en *ThpQS,* 1909, 511 ss.) demuestra palmariamente que la mitología babilónica contiene ciertas ideas afines a las de la tradición bíblica, pero con tales adornos e involucradas en tales conceptos, que se desvanece toda duda de trasiego o parentesco literario.

[1] Cfr. *Gen.* 5, 4; 4, 25. Caín era el primogénito, empero Abel fué el heredero de las promesas; en adelante no siempre iba unida a la primogenitura tan sobrenatural prerrogativa, porque mejor resplandeciese la libérrima elección divina (cfr. *Rom.* 9, 11 ss.).

[2] Es decir, después de mucho tiempo, tal vez 130 años, como se puede colegir del nacimiento de Set, que acaeció el año 130 de Adán. Habíanle nacido a Adán durante ese tiempo muchos hijos y nietos. Téngase esto en cuenta para comprender luego cómo pudo Caín tomar mujer, fundar una ciudad y tener miedo de ser muerto por cualquiera que le encontrase. Pudiera ser que ya para esa fecha viviesen millares de hombres (cfr. núm. 91).

[3] *Gen.* 4, 1-4.

[4] *Abel es llamado justo* por el Señor *(Matth.* 23, 35); y lo fué por la fe en el futuro Redentor *(Hebr.* 11, 4) y por la vida arreglada conforme a su fe (1 *Ioann.* 3. 12. *Gen,* 4, 4 y 7). Así como el sol, ya antes de mostrarse a nuestra vista, envía sus rayos al cielo, así el sol de los espíritus, Jesucristo, difundió los rayos de su gracia santificante por los siglos primeros, y Dios, en consideración a los méritos del Redentor, concedió las gracias necesarias a todos los hombres que antes de la era cristiana trataron seriamente del negocio de la salvación (cfr. núm. 72). *Caín, por el contrario, era malo,* y también lo fueron sus obras (v. 7; cfr. 1 *Ioann.* 3, 12; *Iudae,* 11).

[5] San Atanasio, *Epist. de Nicaen. Synodo,* núm. 5. San Agustín, *Epist. 102, q. 3, núm. 6.* Eusebio, *Demonstr. evang.,* l. 1, c. 10. Santo Tomás, *Summa theol. 2, 2, q. 85, a. 1 ad 2.*

sacrificio de sus bienes, privándose de lo lícito por voluntaria entrega a Dios, para mejor guardarse de lo ilícito y para unirse más libre e íntimamente a Dios, su Creador y Señor, por el recto uso de las criaturas. Pero era más fácil de imaginar esta manera de culto externo *después del pecado*. Porque, perdida la inocencia, la gracia y el Paraíso, y provocado Dios a ira por haber el hombre comido la fruta prohibida, natural era que pensara en reconciliarse con Dios y refrenar la concupiscencia por la renuncia voluntaria y dolorosa de los bienes y placeres, y por la solemne dedicación y entrega de los mismos a Dios, destruyéndolos (matando o quemando) en el lugar (altar) destinado a este objeto. Esto no obstante, es difícil asegurar si de propio impulso comenzó el hombre a ofrecer sacrificios a Dios. Es, ciertamente, un acto muy conforme con la naturaleza racional, antes y después del pecado; y, sin duda, esta conformidad contribuyó no poco a que, a pesar de las aberraciones del paganismo, la costumbre de ofrecer sacrificios se conservase a través de los siglos en la misma forma esencial. Mas porque los sacrificios después del pecado encerraban una idea que sólo por Revelación divina podían tener, a saber, *significar el verdadero sacrificio de reconciliación* que debía satisfacer cumplidamente a la Majestad ofendida, borrar la culpa de la humanidad y devolver al hombre la gracia divina, perdida por el pecado, y el derecho a la gloria eterna, necesario era que la *Revelación divina* interviniese como parte principal en su establecimiento. Por esta razón el evangelista san Juan [1] llama al Redentor «cordero sacrificado desde el principio del mundo», porque lo fué en los eternos decretos de Dios, y figurativamente en los sacrificios de la Antigua Alianza. Y el apóstol san Pablo dice expresamente que los sacrificios del Antiguo Testamento tenían sentido, significación y poder de borrar los pecados e impetrar la gracia a los hombres, porque representaban el verdadero sacrificio de Cristo: «Pues es imposible que con sangre de toros y machos de cabrío se borren los pecados» [2]. El mismo Apóstol observa que Abel ofreció un sacrificio «por la fe» en el futuro Redentor, «por lo que Dios le dió testimonio de que era justo» [3].

La institución del sacrificio se transmitió del primer hombre a toda su descendencia (después del diluvio por medio de *Noé*). Todavía dió el Señor, por medio de *Moisés*, un conjunto de disposiciones simbólicas relativas al modo y manera de ofrecer sacrificios. Pero la forma esencial del sacrificio y su profundo sentido típico ascienden a los orígenes de la humanidad: es patrimonio de todos los pueblos. El paganismo estuvo penetrado del presentimiento y del deseo de la Redención. Los sacrificios eran espléndidos y costosos. La misma aberración de los sacrificios humanos pone de manifiesto que nada parecía demasiado para ser ofrecido a Dios en expiación; la Sagrada Escritura nos refiere un ejemplo conmovedor [4]. Infructuosos fueron los intentos de los filósofos paganos para despojar al sacrificio del carácter expiatorio. Sólo cuando Jesucristo ofreció en la cruz el verdadero sacrificio de reconciliación, comenzaron a disiparse las sombras del Antiguo Testamento y a palidecer las figuras, como estaba predicho [5].

79. De intento dice la Sagrada Escritura que «Abel ofreció de los *primerizos* y de la *grosura*», es decir, de lo mejor de su ganado. Lo principal es el *espíritu* de fe, penitencia, arrepentimiento y amor con que ofrece el hombre a Dios sus dones. Abel poseía este buen espíritu [6]; no así

---

[1] *Apoc.* 13, 8.
[2] *Hebr.* 10, 4; cfr. 10, 10 ss.; 9, 11 ss.
[3] *Hebr.* 11, 4.
[4] Mesa, rey de Moab, encontrándose en gran aprieto, sacrificó a su primogénito (IV *Reg.* 3, 27), cfr. núms. 125 y 598.
[5] Cfr. *Dan.* 9, 27; *Osee* 3, 4; *Malach.* 1, 10 s.; *Ps.* 109, 4; *Hebr.* 7, 11; 5, 5 ss. Cfr. Thalhofer, *Das Opfer des A und des NB,* 8 ss.
[6] Por esto dice san Pablo (*Hebr.* 11, 4): «Por la fe (es decir, por sus piadosos y fieles sentimientos) ofreció Abel a Dios un sacrificio mejor que el de Caín», etc.

Caín, el cual no ofreció lo mejor que tenía [1]. Por eso «*miró el Señor con agrado a Abel y a su ofrenda;* pero no hizo caso de Caín y de sus ofrendas. Por lo que Caín se irritó sobremanera, y decayó su semblante» [2].

De qué manera manifestase Dios el agrado con que miraba las ofrendas de Abel y el desagrado que le producían las de Caín, no lo dice la Sagrada Escritura. Muchos intérpretes opinan que Dios enviaba del cielo fuego que devorase los sacrificios de Abel, como sucedió más tarde con frecuencia, por ejemplo, en el sacrificio de Elías, etc.; no sucedía lo mismo con los sacrificios de Caín [3].— Aquí comienza en el mundo la lucha de los impíos contra los fieles servidores de Dios y el reino de Dios sobre la tierra, del cual escribe san Agustín [4]: «Y no sólo desde el tiempo de la presencia corporal de Jesucristo y de sus apóstoles, sino desde el mismo Abel, que fué el primer justo, a quien mató su impío hermano Caín, y en lo sucesivo hasta el fin de este mundo, la Iglesia discurre peregrinando entre las persecuciones de la tierra y los consuelos de Dios».

Dios va tras los *pecadores endurecidos,* como el buen pastor tras las ovejas descarriadas, y procura despertar su conciencia al arrepentimiento por medio de avisos exteriores y mociones interiores. Seria y amorosamente pone en guardia Dios a Caín contra su pasión, e intenta convertirle con estas palabras:

80. «*¿Por qué motivo andas enojado?* ¿Y por qué ha decaído tu semblante? ¿No es cierto que si obras bien serás recompensado, pero si mal, el pecado está luego a las puertas? Mas su apetito estará en tu mano, y tú le dominarás» [5]. Dios le pone en guardia contra su mala pasión, y le recuerda sus deberes, animándole a luchar contra aquélla: ¡reprime y domina tu inclinación al pecado! Pero Caín no oyó la voz de Dios, antes guardó en su alma la envidia y el enojo. Su pasión se convirtió en odio feroz, y vínole a las mientes la idea terrible del homicidio; por fin supo hallar ocasión propicia para ejecutarlo.

«Dijo Caín a su hermano Abel: Salgamos fuera. Y estando los dos en el campo, acometió a su hermano Abel, y le mató» (v. 8). Inocentemente salió Abel con su hermano; pues «la caridad ninguna cosa piensa mal» [6]. Creyó, tal vez, mitigar la pesadumbre que roía el corazón de su hermano, con la amistosa participación en el paseo. Mas la pasión hizo de Caín una fiera, un fratricida.

81. Apenas consumado el crimen, habló el Señor a Caín: *¿Dónde está tu hermano Abel?* En análogas circunstancias, Adán se avergonzó en extremo al oír la voz de Dios y confesó su pecado, aunque buscándole alguna disculpa, y halló el perdón. Pudo también el fratricida alcan-

---

[1] Cfr. *Malach.* 1, 8 13 14; *Lev.* 22, 21-24; *Deut.* 15, 21.

[2] El texto hebreo dice así: «Su faz se hundió», es decir, triste y desazonado inclinó Caín su rostro hacia la tierra, meditando algo siniestro.

[3] Cfr. *Lev.* 9, 24; *Iudic.* 6, 21; 13, 20; II *Par.* 7, 1; III *Reg.* 18, 38.

[4] *Civ. Dei*, 18, 51 *in fine.*

[5] V. 6 y 7. El texto hebreo dice así: «Si eres bueno, ¿no será levantamiento (de tu rostro, es decir, alegría)? Pero si no eres bueno (entregándote a tus tenebrosos pensamientos), el pecado está a la puerta», como una fiera, como la serpiente (3, 15) o como un león rugiente, que busca a quien devorar (I *Petr.* 5, 8), etc. La segunda parte del v. 7 podría tal vez corregirse así—pues muy verosímilmente el texto primitivo está alterado—: Si no eres bueno, el pecado está ya en tu rostro (es decir, se ve ya en tu rostro, tu aspecto lo delata); de ti depende, y tú lo has de dominar (es decir, el pecado no te ha de doblegar ni dominar, sino tú que has de ser dueño de él). Cfr. *Kath.,* 1909, I 380.

[6] I *Cor.* 13, 5.

zar misericordia; pero tuvo la insolencia de negar su delito, y respondió: «No lo sé. ¿Soy yo acaso custodio de mi *hermano?*» A esta respuesta, el Señor apeló a su justicia. Replicó Dios: «*¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano está clamando a mí desde la tierra*[1]. Maldito, pues, serás tú desde ahora sobre la tierra, la cual ha abierto su boca y recibido de tus manos la sangre de tu hermano. Después que la hubieres labrado, no te dará sus frutos; errante y fugitivo vivirás sobre la tierra» (v. 10-12).

¡Terrible castigo pronunciado por Dios, infinitamente bueno, cuyo corazón está siempre dispuesto a bendecir y favorecer! Había Dios maldecido antes la tierra por causa del pecado; mas ahora maldice al pecador por su enorme delito e impenitencia. Mas no se entiendan mal las palabras de Dios. En boca del hombre, la maldición es una imprecación hecha en un momento de ira; es un pecado, por cuanto va contra el respeto debido a Dios y el amor al prójimo. Pero en boca de Dios es una sentencia de su justicia, e implica desheredamiento de la gracia, el cual todavía puede ser revocado acá bajo por la contrición y penitencia; lleva consigo anejo el castigo, que en la tierra tiene por objeto mover al pecador al arrepentimiento.

Así sucedió con Caín. Su castigo fué doble: esterilidad de la tierra y vida errante. La maldición de la tierra que Dios pronunciara en el Paraíso alcanzó a todos los hombres, los cuales deberán labrarla con el sudor de su rostro para arrancarle los frutos; empero al fratricida se le resistirá la tierra doble y triple; el segundo castigo obliga a Caín a llevar una vida errante en la patria de su destierro. A este doble castigo se juntaron los remordimientos de la conciencia, que no le daban punto de reposo, presentándole día y noche ante los ojos la imagen de su hermano asesinado.

82. Esta terrible sentencia quebrantó la altanería de Caín, mas fué para precipitarle en el otro extremo. Lejos de confiar en la infinita misericordia divina, dijo al Señor, lleno de pavura y desesperación: «*Mi maldad es tan grande, que no puedo esperar perdón.* He aquí que me arrojas hoy de esta tierra, y yo iré a esconderme de tu presencia, y andaré errante y fugitivo por el mundo; y cualquiera que me hallare me matará» (v. 13 y 14).

«*Mi maldad es tan grande,* que no puedo esperar perdón»—tristes palabras que el espíritu de las tinieblas insinúa desde los tiempos de Caín a miles y miles de desgraciados pecadores. *Antes* de pecar, les hace creer que el pecado no tiene importancia; mas, *luego* de cometido, lo agranda de manera que el pecador llega a desesperar de la misericordia divina, y se pierde irremisiblemente.—«Iré a esconderme de tu presencia»;—el pensamiento de la presencia de Dios causa espanto al impenitente; en Dios ve sólo al juez y no espera de él gracia y amor. *Quienquiera que me hallare me matará.* Temía esto Caín porque, en su negra acción, había pecado contra la humanidad, que era raza de hermanos, y porque la justicia pedía que él corriese la misma suerte que Abel. Mas ¿quién le había de matar, si sólo vivían Adán y Eva? Así parece; mas pudo suceder que para esa fecha viviesen ya muchos hombres; además Caín miraba no sólo al momento presente, sino a los días venideros. En todo caso no faltaban hom-

---

[1] Conforme a esta sentencia de Dios, el homicidio premeditado es de los *pecados que claman al cielo.* Todavía hay otros tres que repugnan a todo humano sentimiento, y que, no habiendo para ellos venganza suficiente en la tierra, reclaman la divina, como declara la Sagrada Escritura. Estos pecados son: la sodomía *(Gen.* 19, 13), la opresión del pobre, de la viuda y del huérfano *(Exod.* 2, 23) y la defraudación al jornalero *(Iac.* 5, 5).

bres que, a la corta o a la larga, pudiesen vengar la muerte de Abel. Dios, infinitamente sabio y justo, pesa las cosas con otra balanza que el hombre de cortos alcances; al fratricida le estaba reservado un castigo más prolongado, por ende más doloroso.

83. «Respondióle el Señor: No será así, antes bien, cualquiera que matare a Caín, recibirá un castigo siete veces mayor. Y puso el Señor *en Caín una señal* para que ninguno que le encontrase le matara» [1]. —Muchos han creído que la señal era un semblante fosco y tenebroso, que declaraba los remordimientos de conciencia del asesino. Puede entenderse la frase también de esta manera: el Señor dió a Caín una señal (una revelación), de que nadie le mataría. — «Salió, pues, Caín de la presencia de Dios, y *vivió prófugo en el país que está al oriente de Edén*» [2]. Cumplióse así en él lo que se dice del pecador, en especial del envidioso: «El dolor recaerá sobre su propia cabeza; y su iniquidad descargará sobre su coronilla» [3].

Abel murió tempranamente de muerte violenta; tanto más pronto fué al descanso de los justos, al limbo. Pero Caín, con el tormento de su conciencia, cada día y cada hora padecía una espantosa muerte, que hubiera aceptado como un señalado favor; pero le acaeció lo que dice el *Apocalipsis* de los impíos atormentados por especiales dolores: «buscarán la muerte y no la hallarán; y desearán morir, y la muerte huirá de ellos» [4].

84. *Abel es figura de Jesucristo* en muchos aspectos. Fué el primer *justo* entre los hombres [5]; el primer *pastor; ofreció* a Dios los primerizos de su rebaño, que Dios aceptó complacido. Jesucristo, «el justo» anunciado por los profetas [6], «el buen pastor» [7], «el príncipe de los pastores» [8], se ofreció y se ofrece cada día como sacrificio gratísimo al Padre celestial. Por esto la Iglesia ruega diariamente en el Canon de la Misa: «Dígnate mirar esta ofrenda con propicios y benignos ojos y aceptarla, como te dignaste aceptar las ofrendas de tu siervo Abel, el justo».—Es también Abel el primero que *fué odiado y muerto por la justicia*. Por envidia [9] fué entregado Jesucristo por sus «hermanos según la carne» [10] a muerte de cruz, y la tierra recibió su sangre. Inocente y manso *como un cordero* fué a la muerte Abel, saliendo de su tienda y del medio de su rebaño; Jesucristo se dejó llevar «como un cordero que no abre su boca» [11] de la puerta [12] de Jerusalén, centro de su amado pueblo, al banco del sacrificio.—La *sangre de Abel* clamaba al cielo pidiendo venganza del impenitente homicida; la sangre de Jesucristo clama «con más elocuencia» [13], pidiendo la reconciliación para los hombres que quieran obtenerla.

---

[1] V. 15. Según esto, la señal servía para proteger al desgraciado asesino; no le podía matar cualquiera; Dios se reservaba la venganza. Caen, pues, por tierra de por sí las arbitrarias y extravagantes interpretaciones del «estigma de Caín», muy extendidas entre los judíos. Cfr. *ThpQ*, 1900, 382 s.

[2] V. 16. En lugar de «prófugo de la tierra», etc., dice el texto hebreo: «en el país de Nod» (es decir, destierro); «al oriente de Edén», es decir, al oriente de la región donde estaba el Paraíso. Caín debía vivir en adelante desterrado, lejos de sus padres, lejos de la región del Paraíso, lejos del lugar donde Dios continuó manifestándose a los hombres. Queda separado del trato de aquellos que por el arrepentimiento y el culto permanecen unidos con Dios; — Caín es el primer hombre excluído de la comunidad de Dios, padre de los primeros «hijos del mundo», y, para los tiempos venideros, representante de la humanidad alejada de Dios y de su santo servicio.

[3] *Ps.* 7, 17. [4] *Apoc.* 9, 6. [5] *Matth* 23, 35. [6] *Ierem.* 23, 5 s.
[7] *Ioann.* 10, 11. [8] I *Petr.* 5, 4. [9] *Rom.* 9, 3. [10] *Matth.* 27, 18.
[11] *Is.* 53, 7. [12] *Hebr.* 13, 12; cfr. *Lev.* 16, 27.
[13] *Hebr.* 12, 24.

También Caín es figura, aunque triste y desgraciada, de los que le imitan [1]; lo es así mismo del pueblo que mató a Jesucristo, el justo, mereciendo por ello la reprobación [2].

9. Multiplicación y depravación del género humano

(*Gen.* 4, 17 a 6, 7)

85. Tuvo Caín de su mujer [3] un hijo, y edificó una *ciudad* [4] a la cual, del nombre de su hijo, llamó *Henoc,* que quiere decir inauguración. Figurósele a Caín que estos dos hechos señalaban el comienzo de una nueva vida y actividad. Y así fué; pero no en el buen sentido. Porque, después de haber renegado de Dios, sólo curó de establecerse con los suyos lo más regaladamente posible, de tomar posesión del mundo y de los bienes materiales y de disfrutar de ellos a su placer. Sus descendientes imitaron este ejemplo. Lejos de enderezar los sentidos y anhelos a Dios atemperándolos a la santa voluntad divina, pusiéronlos en la tierra, en sus bienes y placeres, en todo lo que la vida terrena les ofrecía de comodidad y regalo. Por esto se les llama *hijos de los hombres* [5], o «hijos del mundo». Dedicáronse con ahinco a la construcción de ciudades e invención de artes y oficios lucrativos y de esparcimiento. Los descendientes de Caín fueron: Henoc, Irad, Maviael, Matusael y *Lamec.* Este último fué el primero que rompió la unidad primitiva del matrimonio, y tuvo dos mujeres, Ada y Sela; fué también asesino, como Caín [6]. Se citan cuatro de sus hijos: *Jabel,* padre de los que habitan en tiendas y de los pastores (esclavos); *Jubal,* padre de

---

[1] *Iudae* 11. I *Ioann.* 3, 12.

[2] Cfr. san Ambrosio, *Abel et Cain,* 1, 2; Weiss, *Messian. Vorbilder,* 8; Kraus, *Realenzykl.* I, 3; Kaufmann, *Archäologie*², 305.

[3] *La mujer de Caín era hermana suya,* como no podía ser de otra suerte al principio del género humano, de haberse de cumplir el divino decreto, según el cual todos los hombres habían de nacer de una sola pareja *(Act.* 17, 26). Conforme iba desapareciendo esta suprema razón, entraron en vigor, en cuanto a los matrimonios, aquellas limitaciones que exige el bienestar físico y moral. No indica la Sagrada Escritura si Caín estaba ya casado y tenía hijos antes de cometer el fratricidio, y si fué con su familia al destierro; tal vez se puede ver un indicio de esto en 4, 17; y no es inverosímil que así fuese, de haber sucedido el crimen hacia el año 130 de Adán.

[4] El texto hebreo dice: «y estaba edificando la ciudad» (vivienda fija). No dice la Sagrada Escritura *cuándo* comenzó Caín a edificar la ciudad. Siendo probable que Caín llegase a edad tan avanzada como los descendientes de Set (compárese 4, 18-22 con 5, 6-32), pudo suceder lo que cuenta el *Génesis* después de varios siglos, cuando Caín tenía hijos suficientes para edificar no una, sino muchas ciudades.

[5] *Gen.* 6, 2-4.

[6] Por lo menos *eso* parece expresar en su agresivo canto (4, 23 s.). La tradición ha conservado sus palabras, notables por la forma poética, – llamadas ordinariamente «canción de Lamec»:

¡Ada y Sela, oíd mi discurso,
vosotras, mujeres de Lamec, oíd mis palabras!
Maté (mato) a un hombre por mi herida,
a un joven por mis cardenales.
Caín es vengado siete veces,
pero Lamec setenta y siete.

Ya se entienda este pasaje como amenaza o como confesión de un homicidio, lo cierto es que en sus acentos hablan el orgullo agresivo, el fiero deseo de venganza y la jactancia arrogante. — No hay que confundir este Lamec con otro del mismo nombre, descendiente de Set, que vivió más tarde.

los tañedores de cítara y arpa, hijos ambos de Ada; *Tubalcaín*, forjador de toda clase de instrumentos cortantes de cobre y hierro, y *Nohema* [1], hermana de éste, ambos de su otra mujer Sela.

Ha sorprendido que la Sagrada Escritura atribuya la invención de las artes (progreso de la civilización) a los hijos del mundo, como si con ello pretendiese reprobar tales inventos. Nada de esto; mas aquí se ve que los hijos del mundo, desde el principio, fueron más avisados que los hijos de la luz. Desde los comienzos de la historia se advierte que el progreso religioso no siempre corre parejas con el material, y que la inteligencia apartada de Dios se sirve de los adelantos del espíritu y de la técnica para satisfacer las pasiones (sensualidad, ambición, venganza).—Por lo que atañe a la historia de la civilización, es digno de notar que, según la Sagrada Escritura, el progreso de la humanidad se efectuó gradualmente: los hombres se proveen de vestidos y de alimentos, se dedican a la agricultura y a la ganadería, perfeccionan los instrumentos de trabajo y las artes para comodidad y alivio de la vida, construyen viviendas fijas, etc. Mas su estado inicial no es el que Darwin se imagina, un estado análogo al de los animales, sino sencillo, primitivo, patriarcal; y aunque menguadas las facultades por el pecado, el hombre se abre paso con su inteligencia y su voluntad, las cuales le elevan sobre todas las demás criaturas. Y aunque perdió la ciencia sobrenatural, quedáronle la fuerza de la razón, la libertad y la experiencia atesorada por nuestros primeros padres en el Paraíso. De esta manera se explican el desenvolvimiento de la humanidad y el grado de cultura relativamente elevado que nos revelan los datos históricos más antiguos.

86. Dios compensó a nuestros desventurados padres de la pérdida de Abel con otro hijo llamado Set, que quiere decir sustitución, el cual había de ser depositario y transmisor de las divinas promesas [2]. Por Set sigue la línea de los patriarcas, hasta llegar al pueblo escogido y hasta el Redentor nacido del pueblo de Dios; lo cual declara también san Lucas en su Evangelio al citar la genealogía de Jesús [3].

Enós, hijo de Set, se distinguió, como su padre, por la piedad y el temor de Dios. El es quien comenzó a «invocar el nombre de Dios», es decir, a llamar por el nombre de Dios a aquellos que con fidelidad servían al Señor, lo cual explica la denominación de *hijos de Dios*, en oposición a «hijos del mundo» [4]. Entre los descendientes de Adán por la línea de Set, aventaja a todos el sexto, llamado *Henoc* [5]. Este «anduvo con Dios»,

[1] Por el texto no se puede colegir la razón por qué se nombra a esta última; tal vez inició ella «los matrimonios mixtos» (casándose con un setita), de los cuales tomó principio la corrupción (cfr. 6, 2). Cfr. también p. 130.

[2] *Gen.* 4, 25.

[3] *Luc.* 3, 38.

[4] *Gen.* 4, 26. El texto hebreo dice: «Entonces se comenzó a llamar (nombrar) con el nombre de Dios», a aquellos, a saber, que permanecían fieles a Dios, en oposición a los impíos descendientes de Caín que se habían apartado del Señor, del verdadero y eterno Dios. Sirve esto de preparación al relato que comienza en 6, 5 (v. núm. 93). La humanidad se divide desde este momento en «hijos de Dios» e «hijos de los hombres o del mundo». Esta oposición persiste a través de toda la historia hasta el fin del mundo. San Agustín llama a los primeros *ciudad de los hombres*, cuyo primer representante fué Caín, y a los segundos *ciudad de Dios*, cuyo jefe fué Abel y luego Set (*De Civ. Dei*, l. 14, 28; 15, 1; 18, 51 *fin;* cfr. *Eccli.* 33, 10-18). — Se ha querido interpretar aquellas palabras en el sentido de que Enós fuera el primero en tributar a Dios culto público; pero no es acertada esta interpretación, porque el sacrificio es ya de sí culto público; la antigüedad no conoció otro culto solemne.

[5] No confundirlo con un hijo de Caín, del mismo nombre.

esto es, «agradó a Dios» muy particularmente [1], por lo cual el Señor le honró con su amistad (y como dice el Apóstol san Judas 14 s.), le encomendó que anunciase a los impíos el castigo del diluvio y, debajo de esta figura, el juicio universal: «Mirad que viene el Señor con millares de sus santos a juzgar a todos los hombres y a redargüir a los malvados». Se dice asimismo de Henoc: «Dios le trasladó para que no viese la muerte» [2]; de ahí la brevedad de su vida (356 años), comparada con la de los patriarcas. Es de creer que los demás descendientes de Set se conservaran en el temor de Dios.

87. Multiplicándose los hombres, y viendo los hijos de Dios «la hermosura de las hijas de los hombres, *tomaron de entre ellas por mujeres las que más les agradaron*»; esto es, los hijos de Dios (los setitas), tomaron mujeres de las hijas de los «hijos del mundo» (cainitas), fijándose sólo en la hermosura y el atractivo corporal y en las riquezas, mas no en la virtud y piedad [3]. De esta suerte, la impiedad y corrupción cundieron por todas partes. Por esto «dijo el Señor: *No permanecerá mi espíritu en el hombre para siempre,* porque es carnal; y sus días serán 120 años» (v. 3). Quería dejarles todavía este espacio de tiempo para que hiciesen penitencia, si bien la depravación no sólo era general, sino espantosamente grande, y casi incurable. Porque de aquellos matrimonios mixtos resultó una generación que se distinguió, no sólo por la estatura y fuerza gigantesca, sino también por su grosero orgullo y sensualidad. «*Estos son los poderosos, varones afamados* (de mala fama) *desde la antigüedad*» [4].

---

[1] Cfr. *Gen.* 6, 9; *Eccli.* 44, 16; *Hebr.* 11, 5.

[2] Cfr. *Hebr.* 11, 5. Sólo a *Elías* se volvió a conceder la gracia extraordinaria de ser arrebatado en cuerpo y alma al paraíso, es decir, a un lugar y estado misterioso, desconocido para nosotros, mas no a gozar de la vida beatífica de Dios (III *Reg.* 2; cfr. II *Par.* 21, 12). Según los santos Padres, otorgóse este admirable favor a los dos *grandes predicadores de penitencia* que ha tenido la humanidad y el pueblo hebreo, para que en los días aciagos del Anticristo vuelvan a la tierra, ganen para la causa de Dios a los hombres perseguidos y los sostengan en la fe. Apoyan los santos Padres este comentario en pasajes de la Sagrada Escritura: «Henoc fué transportado al paraíso, para que (un día) predique a los pueblos penitencia» (*Eccli.* 44, 16; cfr. 49, 16). «He aquí que yo enviaré al profeta Elías, antes de que llegue el día del Señor, grande y terrible» (*Malach.* 4, 5). «Elías vendrá antes y restablecerá todas las cosas» (*Marc.* 9, 11. *Matth.* 17, 11; cfr. 11, 14. *Apoc.* 11, 3; cfr. san Gregorio Magno, *in lectione VI, 3 Noct. fer. 2 infra Oct. Ascen.*). Cfr. *KL* V², 1769 s.; Eberhard, *Kanzelvorträge* II, 94.

[3] En los libros judíos apócrifos (libro de *Henoc* y libro de los *Jubileos*) se dice haber sido esos «hijos de Dios» los ángeles que se aficionaron a las hijas de los hombres; algunos escritores eclesiásticos, y aun SS. PP. de los primeros siglos, participaron de esta opinión, que los grandes Doctores de la Iglesia en el siglo IV rechazan como desatinada y absurda (Agustín, Crisóstomo, Cirilo de Alejandría, Teodoreto, Tomás de Aquino. *Summa theol. 1, q. 51, a. 3*). Los protestantes modernos han resucitado esta opinión, interpretándola mitológicamente. Pero es objetivamente imposible, porque, según la Sagrada Escritura, los ángeles son criaturas espirituales, y según el contexto, sólo fueron culpables los hombres, y a ellos sólo se aplicó el castigo. Cfr. Scholz, *Die Ehen der Söhne Gottes* (Ratisbona, 1865); Dier, *Genesis,* 59 ss.

[4] La palabra *nephilim* no significa propiamente «gigantes», sino hombres violentos; a esta cualidad alude el v. 11, cuando dice que la tierra estaba llena de injusticia y violencia. El profeta Baruc les llama hombres de elevada estatura, diestros en la guerra (*Bar.* 3, 26). En ninguna otra parte habla la Biblia de estaturas fabulosas. El relato de los exploradores que envió Moisés a Canaán dice así: «Allí (en Canaán) hemos visto también algunos hombres descomunales, hijos de Enac, de raza gigantesca, en cuya comparación nosotros parecíamos langostas» (*Num.* 13, 32-34); pero esto es una exageración amañada (cfr. núm. 360).

88. No vaya a creerse que, por haber tenido nuestros primeros padres a *Set en compensación de Abel,* no tuvieran otros hijos. Contra tal hipótesis hablan aquellas palabras de Caín: «cualquiera que me hallare me matará». Más bien se colige de este pasaje, que en las *genealogías* de los patriarcas no siempre se nombraba al primogénito, y ni siquiera al hijo único, sino sólo a aquel a quien Dios había destinado para transmisor de las promesas y tronco del linaje del pueblo de Dios y del futuro Redentor. Esto explica la diferencia de edad de los patriarcas al nacer el hijo que se nombra en la tabla genealógica (130, 105, 90, 70, 65, 187; Lamec engendró a Noé a los 500 años de edad), y aquel estribillo: «y engendró hijos e hijas»; Abraham, Isaac, Jacob, Judas, etc., no fueron primogénitos; parece como que Dios quisiera decir en la genealogía del Mesías: «No los que son hijos de la carne, éstos son hijos de Dios; sino los que son hijos de la promesa, ésos se cuentan por descendientes» [1]. Por esto no se nombra a Caín y Abel en la primera genealogía, sino sólo a Set. Esta genealogía (cap. 5) es como sigue:

1. Antes del diluvio 10 patriarcas que alcanzaron la siguiente edad

Adán	930 años.	Jared	962 años.
Set.	912 »	Henoc.	365 »
Enós	905 »	Matusalén	969 »
Cainán	910 »	Lamec	777 »
Malaleel	895 »	Noé	950 »

2. Después del diluvio, hasta la vocación de Abraham (*Gen.* 11, 10-32), diez patriarcas [2] que llegaron a la siguiente edad

Sem	600 años.	Reu.	239 años.
Arfaxad	338 »	Sarug.	230 »
Sale	433 »	Nacor.	148 »
Heber.	464 »	Tare	205 »
Faleg	239 »	Abraham.	175 »

3. Desde la vocación de Abraham hasta la constitución del pueblo israelita

Abraham (según *Gen.* 25, 7). . . .	175 años.
Isaac (según *Gen.* 35, 28).	180 »
Jacob (según *Gen.* 47, 28)	147 »

Los doce hijos de Jacob fueron padres y jefes de las doce tribus de Israel; de ellos José llegó a los 110 años, Leví a los 137.

Las genealogías de los capítulos 5 y 11 del *Génesis* son, como otras listas posteriores, documentos que el autor utilizó y tuvo por fidedignos (aunque no por completos). Fuente de estos documentos fué la tradición, que pudo muy bien conservar aún por más largo tiempo las genealogías, ya de palabra, ya por escrito. Constituyendo éstas el esqueleto de la narración, menester es tenerlas por *históricas,* aunque su explicación ofrezca algunas dificultades. Los nombres son personales (por ejemplo, Adán, Set, Enós, Henoc, Lamec, Noé, Tare, Abraham), y como tales aparecen en I *Par.* 1, 1 ss. y *Luc.* 3. No es posible interpretarlos como nombres gentilicios, aunque a veces (en la tabla de las naciones, cap. 10), unos y otros van mezclados (cotéjese con el nombre «Israel» que primero se aplicó al padre del linaje y después al pueblo hebreo). No son suficientes las razones que se aducen en contra del valor histórico de las genealo-

---

[1] *Rom.* 9, 8; cfr. núm. 77.

[2] Entre Arfaxad y Sale falta en el texto hebreo Cainán (460 años), a quien nombran la versión griega, en este lugar, y san Lucas en su Evangelio (3, 36).

gías, ni se puede admitir que éstas descansen en invenciones, como sucede con la «protohistoria» de babilonios, fenicios, griegos, etc. Poco importa que la historia de los babilonios nada sepa de «ese vasto período de la época primitiva, sumido en la noche de los tiempos», y que los nombres no se hayan conservado en la forma y significación propia, sino en hebreo. Precisamente una de las excelencias de la historia de la Revelación consiste en que, acerca del origen y fin último de la humanidad, nos da noticias que en ninguna otra fuente se pueden hallar. Poco medraran la Inspiración y credibilidad de la Sagrada Escritura, si necesitásemos buscar en otras partes pruebas de las historicidad de los sucesos referidos en ella. — Es completamente arbitraria la hipótesis admitida por los modernos, de ser la genealogía setita (cap. 5) una variante de la genealogía cainita del capítulo 4. Sólo dos nombres (Henoc y Lamec) aparecen en ambas a la vez, pero se refieren a personas de muy diversos caracteres. La identidad de nombre, ayer como hoy, nada prueba. Además, el árbol genealógico cainita consta de siete personas, y el setita de diez. Esto induce a creer que, en tiempo del séptimo de la genealogía cainita, y tal vez con el matrimonio de *Noema* (nombre que significa «hermosa»), comenzó la mezcla de ambas líneas, y con ello la corrupción de los setitas. En ambas genealogías se trata de tradiciones antiguas e independientes [1].

89. Por no admitir una *longevidad* tan grande *en los patriarcas,* cual se deduce de los datos bíblicos, algunos han leído *meses* por años; de donde las vidas más largas (Adán, Matusalén, Noé), serían de 75 a 80 años; pero Set y otros habrían tenido hijos a los 105, 90, 70, 65 meses respectivamente, o sea, a los 9, 8, 6 y 5 años (!). Otros interpretan *semestres* o *trimestres;* mas no hay derecho a dar a la palabra «año» significados tan diferentes en un espacio de tan pocas páginas. Luego del diluvio la edad decrece de súbito hasta la duración de hoy, sin que la Biblia cambie de palabra para designar el «año». Además, el relato del diluvio [2] prueba que el año 601, de los 950 que vivió Noé, fué un *año* cabal *de doce meses.* Sólo aludiendo a la longevidad de los patriarcas pudo decir Jacob a Faraón a los 130 años, que sus días eran pocos y no llegaban a los de sus padres [3].—Con la Sagrada Escritura coinciden las *tradiciones* de los pueblos antiguos, en los cuales perdura el recuerdo de edades muy avanzadas. Flavio Josefo se remite al testimonio de «todos los historiadores griegos y bárbaros (extranjeros)», aduciendo una larga serie de autores [4].

No se puede tener por *imposible sin más* la longevidad de los patriarcas. En los órganos, funciones y propiedades del cuerpo no hay *en sí* cosa alguna que haga imposible una vida más larga que la actual. La constitución corporal no basta para determinar la duración de la vida; ésta depende además de la adap-

---

[1] El clásico ejemplo de Eberhard (*Kanzelvorträge* II, 85 ss.) nos muestra cómo aun de la árida enumeración de nombres y números bíblicos, que sin duda encierran grandes ideas, se pueden sacar provechosas enseñanzas.

[2] *Gen.* 7 y 8.

[3] *Gen.* 47, 9.

[4] *Ant.* 1, 3, 9; cfr. Lactancio. *De orig. error.,* l. 2, c. 12; Lüken, *Die Traditionen des Menschengeschlechts,* etc., 148-158. También en algunos pueblos antiguos, Persia, India, Egipto, Fenicia, China, se encuentra la serie de 10 y de 7 patriarcas o reyes primitivos. Aunque se demuestre, pues, la existencia de una serie análoga en Babilonia, no por eso se deduce que los «diez reyes primitivos babilónicos anteriores al diluvio hayan sido admitidos en la Biblia con toda clase de coincidencias particulares, como otros tantos patriarcas prediluvianos» (Fr. Delitzsch, *Bibel und Babel* I, 32). En *Gen.* 5 vemos tradiciones antiquísimas que en su forma peculiar pasaron a los descendientes de Abraham. Los datos de la Sagrada Escritura acerca de los tiempos primitivos son mesurados y sobrios, comparados con los números que nos brindan los escritores paganos: el egipcio Manethón señala cerca de 25000 años de gobierno de los dioses y semidioses; según Beroso, la historia babilónica hasta Alejandro Magno comprende 470000 años; los indios se atribuyen una antigüedad de 4320 millones de años, y cosa parecida los chinos y japoneses. Para más detalles v. Nikel, *Genesis,* 164 ss., y *BZF* II, 142 ss.

tación a las condiciones externas, de los hábitos y de las perturbaciones que éstos acarrean. De donde, por las condiciones actuales, no se puede juzgar de los tiempos primitivos. Pero si el hombre originalmente fué creado para la inmortalidad, como lo declara la Sagrada Escritura, preciso es admitir que estaba dotado de una complexión conveniente, y suponer que la longevidad de los patriarcas era como un «reflejo del esplendor del Paraíso» (Zöckler). Los fósiles animales y vegetales demuestran que en los tiempos primitivos todo fué de un desarrollo mayor. Y si para juzgar de los reinos animal y vegetal de entonces no se puede tomar por medida el estado actual, tampoco cabe juzgar de las condiciones del primitivo reino humano por las actuales. Con todo, no podemos hacer un juicio cabal acerca de las circunstancias de que dependió la longevidad de los patriarcas [1]. Sin duda la causa principal fué la divina *Providencia.* La rápida propagación del género humano, la institución y consolidación del orden social y especialmente la transmisión segura de las revelaciones divinas exigían una extraordinaria longevidad de los primeros hombres [2]. Los patriarcas eran intermediarios de la divina Revelación para sus familias y custodios de la fiel transmisión de la misma. Además de esto, a la autoridad de padres unían la de jefes, con el triple poder: legislativo, judicial y ejecutivo. Su larga vida les daba el ascendiente necesario para el ejercicio de su autoridad. Adán pudo instruir a sus hijos hasta los tiempos de Lamec, Lamec hasta los de Sem y Sem hasta los de Abraham.

Es de notar aquella frase con que la Sagrada Escritura termina cada una de las biografías de los diez primeros patriarcas, que son los que mayor edad alcanzaron: «*y murió*». Así, por ejemplo: «Todo el tiempo que vivió Adán fué de 930 años, y murió»... «Los días de Matusalén fueron 969 años, y murió». Así se cumplía en aquellos longevos patriarcas la sentencia pronunciada por Dios a Adán: «Polvo eres, y en polvo te convertirás».

90. *Cronología de la Sagrada Escritura* [3].—Para la cronología de los tiempos primitivos no tenemos otra fuente que las tablas genealógicas de los capítulos 5 y 11, las cuales traen la edad de los patriarcas. Pero hay dos circunstancias que dificultan y aun imposibilitan establecer una cronología bíblica. Los números son distintos en el texto hebreo, en el samaritano y en la versión griega. Los años que preceden al nacimiento de cada patriarca, sumados con los 100 años que tenía Noé cuando entró en el arca, dan un total de 1656 desde Adán al diluvio según el texto hebreo, 1307 según el samaritano, 2256 según la versión griega (LXX). Desde el diluvio hasta el nacimiento de Abraham son 290, 940 y 1070 (1130) respectivamente; y si añadimos los 75 años de edad que Abraham tenía cuando abandonó Harán, 365, 1015 y 1145 (1205). No se puede averiguar qué números sean los primitivos y verdaderos, aunque es fácil imaginarse cómo pudieron aparecer estas diferencias entre el texto original y las versiones [4]. La *Vulgata* sigue al texto hebreo (actual), mientras que el *Martirologio Romano* hace el cómputo de la fecha del nacimiento de Jesucristo por los datos de la versión griega. Aún sería más difícil el cálculo si, como es posible, las tablas genealógicas no fuesen completas. Hay razones en pro de que lo son [5]; pero no faltan ejemplos de supresión de personajes intermedios en las tablas genealógicas de la Sagrada Escritura, como también sucede a veces que ciertos datos, que al parecer se refieren a la descendencia inmediata, deben enten-

---

[1] Cfr. *Kath.,* 1912, II, 208 ss.

[2] Cfr. Eberhard, *Kanzelvorträge* II, 92 ss.

[3] Deimel, *Veteris Testamenti Chronologia* (Roma, 1912); Euringer, *Die Chronologie der bibl. Urgeschichte (Gen.* 5 y 11), en *BZF* II, 11 (1913).

[4] Cfr. núm. 27 (p. 50, nota 2).

[5] La Biblia señala el *año* en que nació cada hijo, y de ahí calcula los años de vida de cada patriarca. Esto es difícil conciliar con la hipótesis de generaciones no inmediatas (nietos, biznietos, etc.). Así Hummelauer, *Comm. in Gen.,* 347.

derse de otra que no lo es [1]. De ahí que no podamos tener certeza absoluta. Ninguno de los múltiples sistemas que se han inventado para establecer científicamente la cronología bíblica, ha encontrado aprobación general. Esta cuestión sigue hoy sin resolverse, como lo estaba en tiempo de san Agustín (Cfr. *De Civit. Dei,* 16, 1); pero ha adquirido gran importancia con los progresos de la historia profana; en ciertos puntos se ha adelantado mucho y aun se ha llegado a confirmar algunos datos bíblicos [2]. Los datos de los capítulos 5 y 10 del *Génesis* bastaban para el fin que la Sagrada Escritura se propone, que es trazar el plan divino de la Redención; para esto no se necesitaba en realidad una cronología exacta.

91. *Edad del género humano* [3].—De los datos de la *Sagrada Escritura,* sólo se puede deducir con certeza que el género humano no existe desde tiempos remotísimos, sino desde hace algunos millares de años. (Tradicionalmente se admite unos 4000 a. Cr.; pero ni la misma Iglesia tiene por cierta esta hipótesis fundada en los datos de la *Vulgata,* puesto que el *Martirologio Romano* fija el nacimiento de Jesucristo en 5199 después de la Creación del mundo, mientras que, según otros cálculos, el Redentor apareció en el mundo el año 5700). Las *investigaciones históricas* modernas conducen al mismo resultado; pues sus cálculos, en cuanto pasan de los 2000 a. Cr., tienen sólo un valor hipotético, y son tanto más inseguros, cuanto a mayor antigüedad se refieren. Mas todo lo que se ha podido determinar con certeza o verosimilitud, obliga a rebajar mucho las primeras cifras, demasiado elevadas. La historia acreditada de los chinos e indios no va más allá del 3000 a. Cr.; lo mismo sucede con la de los babilonios y egipcios [4]. A estos tiempos históricos precede una época prehistórica, dentro de la cual debieron de desenvolverse el lenguaje, la civilización y la religión, hasta llegar al estado en que los encontramos en 3000 a. Cr. Por datos históricos y hemerológicos, por restos lingüísticos, monumentales y etológicos, se puede hacer algunas deducciones acerca del curso y duración de esta época prehistórica. En este punto las opiniones de los sabios son muy inseguras, por razón de la naturaleza misma del asunto y por los prejuicios que inficionan sus investigaciones, como la teoría de la evolución y otros. Sus cálculos oscilan entre los 5000 y 7000 años; es todavía posible armonizarlos con los datos bíblicos [5]. Sólo la

---

[1] Ejemplos de genealogías con lagunas tenemos en *Ruth* 4 y I *Par.* 2 y 4, y en san Mateo 1; la palabra *genuit* (engendró) debe interpretarse muchas veces como fórmula tradicional que indica descendencia inmediata; cfr. *Gen.* 29, 5; 38, 5; *Lev.* 26, 59, especialmente *Matth.* 1, 8, donde faltan tres personajes intermedios. Cfr. también p. 129, nota 2.

[2] Cfr. Himpel en *KL* III, 310 ss.; Schöpfer, *Geschichte d. AT*[6], 140 ss.; *Knabenbauer* en *LB* I, 890.

[3] La obra científica más completa acerca de la cuestión es la de Schanz, *Das Alter des Menschengeschlechts nach der Heiligen Schrift, Profangeschichte und der Vorgeschichte,* en *BSt* I, 2; del mismo, *Apologie* I[3], 740 ss. Cfr. Bumüller, *Aus der Urzeit des Menschen*[3] (Colonia, 1912); Scheuffgen, *Der vorgerschichtliche Mensch.,* en *FZB* XXIII (1904), 9.

[4] Ed. Meyer *(Aegypten zur Zeit der Pyramidenerbauer,* Leipzig, 1908, 1 ss.) asigna al rey egipcio más antiguo, Menes, la fecha de 3300, a los datos más antiguos de historia babilónica documentalmente atestiguados, la de 3000, al reino de Sumer y Accad, la de 2350 (cuando más), a Sargón I de Agade, la de 2550 (otros, 2000; antes, 3800); la primera dinastía babilónica reinó, según recentísimos cálculos de Kluger, de 2049 a 1750, Hammurabi, de 1947 a 1905 (y no como antes 2250). Y aunque estas fechas individualmente no sean definitivas, coinciden, sin embargo, en asignar a los datos seguros más antiguos de la historia egipcia y babilónica fechas que apenas si pasan del año 3000 a. Cr.

[5] También aquí las fechas más bajas son las de Ed. Meyer, el cual, fundándose en datos hemerológicos, asigna a los monumentos primitivos del reino egipcio antiguo la fecha de 4200; y como para él la cultura egipcia es anterior a la de Babilonia, calcula en 5000 años la historia precristiana. En sentir del P. Scheil, el primer período de la historia de Elam comienza en el siglo XXXVIII a. Cr.; y en opinión de Morgan, los descubrimientos más antiguos de la cultura prebabilónica alcanzan al V y VI milenario; y a juicio de Flinders Petrie, la primera dinastía egipcia comienza en 5500 a. Cr.

fecha del diluvio ofrece dificultad [1]; según el texto hebreo, sucedió el diluvio 2500 a. Cr.; según el samaritano, 3100, y según la versión griega, 3300. Siendo necesario un período de 3000 a 4000 años para el desenvolvimiento ininterrumpido de los pueblos posdiluvianos, sería preciso retrasar la fecha tradicional cristiana del diluvio. Hay que contar además con la posibilidad de que la segunda tabla genealógica (*Gen.* 11, 10 ss.) no sea completa, o los números no hayan sido transmitidos con fidelidad.

También los *geólogos* libres de prejuicios calculaban hasta hace poco en 5000 a 7000 los años del linaje humano a. Cr. [2]. Mas hoy opinan prestigiosos sabios católicos que se debe ampliar por lo menos a 100000 años la edad del hombre europeo [3]. Pero sus cálculos ni son seguros ni están exentos de objeción. Las fechas del comienzo de los períodos glaciares e interglaciares, de cuya suma resulta la edad del género humano, en modo alguno son indiscutibles; el campo investigado geológicamente es pequeño, y el material demostrativo demasiado exiguo para legitimar deducciones generales [4]. Apenas hay manera de concordar con los datos de la Sagrada Escritura las cifras elevadas que como resultado de sus estudios señalan actualmente los geólogos. Aunque las tablas genealógicas de la Biblia sean incompletas, es evidente que quieren dar un *número limitado de generaciones, un marco histórico cerrado* desde Adán hasta Cristo. Está de acuerdo con esto la manera de narrar del Antiguo Testamento; no se compadecen en ella las supuestas lagunas de miles de años. Es también en extremo inverosímil que, viviendo la humanidad hace ya 100000 años, sus recuerdos históricos y las huellas de su civilización no alcancen más allá de 5000 a 7000 años.

92. *Propagación y difusión del género humano en los tiempos primitivos.* — Acerca de esto, ningún dato nos proporciona la Sagrada Escritura. Si se atiende a la bendición pronunciada por Dios («creced y multiplicaos y llenad la tierra»), repetida después del diluvio, inclínase uno a admitir una gran multiplicación del género humano sobre la tierra, mayormente dadas las fuerzas gigantescas y la longevidad del hombre prediluviano. Aun con el aumento de población comprobado en tiempos ya históricos (de 1,5 a 2,5 por ciento), pueden ascender a muchos millones los habitantes de la tierra unos cuantos siglos después de Adán y del diluvio [5]. Suponen algunos, apoyados en datos de la Sagrada Escritura, que en tiempo del diluvio el género humano aun no se hallaba muy difundido fuera de la primitiva morada, y deducen de ahí que la propagación de la humanidad fué en tiempos primitivos mucho más lenta que después; de esta suerte, la revelación primitiva no se desvaneció en aquellos primeros tiempos tan fácilmente como debió de acontecer cuando la multiplicación fué más rápida [6]. Esta hipótesis se relaciona en cierto modo con la cuestión de la universalidad del diluvio y del marco en que se mueve la narración bíblica desde el Capí-

---

[1] Diversas tentativas de explicación, v. en *LB* I, 894; *BZF* II, 4, 25.

[2] Pfaff (*Schöpfungsgeschichte,* 712) dice: «Todos los geólogos y etnólogos sensatos y libres de prejuicios se inclinan hoy a creer que la humanidad data de unos cuantos milenarios... Los cálculos fundados en los métodos estratigráfico, biogeográfico, paleontológico, etc., no pasan de 5000 a 7000 años.» Del mismo modo se expresa K. E. von Baer: «La antigüedad del linaje humano no puede ser muy superior a la que se deduce de los datos bíblicos» (*NO,* 1877, 482).

[3] Cfr. Obermaier, *Der Mensch, aller Zeiten* I, 338 ss.

[4] Cfr. *TKTh,* 1912, 817; *HPB,* 150, 33; Bumüller, *Die Urzeit des Menschen*[3], 120; *ThpQ,* 1917, 255; *ThpM* XXV (1914-15), 295; Schneider, *Die Geologie zur Sündflut und zur Chronologie,* en *ThpQ,* 1924, 50 ss. Para calcular la duración de los períodos glaciares, se toma a menudo por norma la velocidad de los *nuestros,* aunque se trate de los *gigantescos* de la época antigua. Esto no puede menos de llevar a falsos resultados.

[5] Si tomamos por base el promedio actual de aumento de población, 2,5 por ciento, al cabo de 600 años pudieron haber vivido 5437134 hombres, al cabo de 700, 64233270, y al cabo de 800, 758839700, según cálculo de Lebert (*NO* 46, 672).

[6] Hoberg, *Genesis*[2], 68.

tulo 4 del *Génesis* [1]. En cuanto a la época posterior al diluvio (de Noé a Abraham), se admite que la tierra no estaba muy poblada y que los antiguos reinos (Babilonia, Asiria, Egipto) se tornaron en «imperios mundiales» merced acaso a la fantasía de épocas posteriores, la cual atribuyó a los tiempos pretéritos el orden de cosas de los posteriores, siendo en realidad muy modesta la extensión de aquellos imperios [2]. Las peregrinaciones de los patriarcas suponen una población muy poco densa. En algunas comarcas hubo grandes masas que dieron origen a los primeros Estados; y donde la población era muy densa, podían emprenderse obras de importancia, como en Babel y Egipto, sin que para ello sea preciso admitir que toda la tierra estuviese muy poblada.

10. El diluvio [3]

(*Gen.* 6, 5-9, 17)

93. «Viendo, pues, Dios ser mucha la malicia de los hombres en la tierra, y que todos los pensamientos de su corazón se dirigían al mal, pesóle de haber criado al hombre en la tierra. Y penetrado su corazón de un íntimo dolor, dijo: yo raeré de sobre la faz de la tierra al hombre a quien crié, desde el hombre hasta los animales, desde el reptil hasta las aves del cielo; pues siento ya el haberlos hecho.» (v. 5-7) Debían perecer también los seres irracionales; pues, exterminado el hombre, para el cual habían sido creados, ya no tenían razón de existir. La Sagrada Biblia no quiere decir que Dios en realidad tuviese dolor y pesar; con esas palabras expresa de una manera humana la extrema indignación divina. «Pues Dios no es un hombre, para arrepentirse» [4].

Entre tantos impíos vivía «*Noé,* hombre justo y perfecto, que andaba con Dios». Halló gracia a los ojos de Dios, y el Señor le dijo: «Haz para ti un arca de maderas bien acepilladas; en el arca dispondrás celditas, y las calafatearás con brea por dentro y por fuera. Y has de fabricar de esta suerte: la longitud del arca, de trescientos codos; la anchura de cincuenta; y de treinta codos su altura. Harás una ventana en el arca, y terminarás su altura en un codo (por arriba); pondrás la puerta del arca en un costado; y harás en ella tres pisos» (v. 14 16).

La palabra latina *arca* significa propiamente caja o cofre, como la hebrea *thebah* [5]. Esto indica que no tenía forma de embarcación, sino de casa de cuatro paredes, levantada sobre una balsa grande y sólida, destinada solamente a recibir las criaturas que se habían de salvar en el diluvio y sostenerlas sobre las aguas. Según el hebreo, se empleó en su construcción madera de «árboles de Gofer», familia de las aciculares, verosímilmente el ciprés, que alcanza gran elevación, es muy recto y proporciona madera incorruptible, muy dura y de poco peso. El interior del arca estaba dividido en compartimientos (en

---

[1] Cfr. núm. 103.

[2] Egipto propiamente dicho tenía en 1897 unos 9,5 millones de habitantes, en 1907 algo más de 11 millones; en densidad supera a Bélgica (7 millones), pues tiene casi igual superficie; no debió de ser mayor en su apogeo, en tiempo de los faraones (cfr. Kayser-Roloff, *Aegypten*³, 30). Cuando la conquista árabe, a principios del siglo XIX, su población debió de ser como de 2,5 millones.

[3] En hebreo *mabbul,* «gran inundación»; en latín *diluvium,* «gran inundación».

[4] I *Reg.* 15, 29; *Num.* 23, 19.

[5] *Thebah* es una palabra egipcia, que viene de *teb(t),* «caja»; aparece por segunda y última vez en *Exod.* 2, 3-5, para designar la cestita de juncos de Moisés.

hebreo nidos, es decir, pequeños receptáculos), para separar convenientemente unos animales de otros. Cae de su peso que el arca necesitaba luz y aire y, por ende, ventanas. Pero la disposición de la ventana o ventanas sólo pudo determinarla Dios, el cual sabía los peligros que el arca pudiera arrostrar. Aunque la expresión es oscura, con todo parece claro que la abertura para la luz y el aire debía corresponder al tamaño y destino de la construcción y estar colocada en la parte superior, de suerte que de allí se iluminaran y ventilasen todos los compartimientos. Podemos figurarnos la «ventana» como una abertura que recorría la parte superior del arca, lo cual parece conforme con el texto hebreo [1].

94. «Pues he aquí», prosiguió el Señor, «que voy a inundar la tierra con un diluvio de agua, para hacer morir toda carne en que hay espíritu de vida debajo del cielo. Todas cuantas cosas hay en la tierra perecerán. *Mas contigo yo estableceré mi alianza;* y entrarás en el arca tú y tus hijos, tu mujer y las mujeres de tus hijos contigo.

Y de todos los animales de toda especie introducirás dos en el arca, macho y hembra, para que vivan contigo. De las aves, según su especie; de las bestias, según la suya; y de todos los que se arrastran por la tierra, según su especie; dos de cada cual entrarán contigo, para que puedan conservarse» (v. 17-20). Mandóle también que tomase consigo toda clase de comestibles, para que tuviesen de qué alimentarse. «Hizo, pues, Noé todo lo que Dios le había mandado» (6, 17-22).

La *alianza* que Dios hizo con Noé consistía en una promesa de conservar al Patriarca y a los suyos, y fundar mediante ellos una nueva generación fiel al Señor. Noé, por consiguiente, es salvador y segundo padre del linaje humano. Por él se salvaron también los animales creados para Adán. En el arca encontró refugio una pareja de cada clase de animales; mas, de los animales puros, siete ejemplares (7, 2-3); porque, dada su gran utilidad para el hombre, fuese más segura su conservación y Noé tuviese a mano víctimas que ofrecer a Dios después del diluvio. El texto sagrado supone conocida la diferencia de *animales puros e impuros;* mas esto no obliga a retrasar la fecha de las prescripciones del *Levítico* hasta los tiempos primitivos. Es una distinción que conocieron todos los pueblos antiguos, nació tal vez en la época del primer pecado. La legislación israelita la encontró ya existente, la especificó algo más y la santificó con motivos religiosos *(Lev.* cfr. núm. 338).

95. Por su *forma,* el arca era adecuada a su destino (fig. 14). Sus proporciones le permitían soportar mucha carga, sin riesgo de volcar [2]. Su volumen era de 300 × 50 × 30 codos, es decir, 450000 codos cúbicos [3], 65000 m³;

---

[1] El texto hebreo dice: «harás luz *(zóhar)* al arca y acabarlo un codo de arriba», es decir, cuanto a la abertura para la luz, omitirás un codo del borde superior del arca; esto quiere sólo decir que Noé debía dar luz al arca en la parte superior; pues el tamaño de la abertura podía sin inconveniente alguno quedar a discreción del Patriarca. Algunos intérpretes, fundándose en un hebraísmo, entienden la palabra «ventana» en sentido colectivo, por el conjunto de ventanas. La ventana (en hebreo *jallón,* propiamente «agujero», «abertura») que abrió más tarde Noé para soltar el cuervo y la paloma, era cosa muy distinta: una ventana que se podía abrir y cerrar, situada, sin duda, en el compartimiento que ocupaban los hombres.

[2] El año 1609 el holandés Mennonit Jansen construyó una embarcación según las medidas del arca. No servía para navegar, pero en cambio soportaba un tercio de peso más que los barcos ordinarios de igual magnitud.

[3] El codo es, con toda verosimilitud, el codo grande («sagrado»), que como el «real» de los egipcios, equivalía a 0,525 m. Según esto, las medidas del arca eran 157,5 × 26,25 × 15,75 = 65116 m³. El *codo pequeño* (común) era cuatro dedos más corto y equivalía a 0,450 m. Dividíase en dos palmos o 24 dedos; el codo grande en cambio tenía 28 dedos;

ofrecía espacio suficiente para los animales y para las provisiones. Comparada con la catedral de Colonia (160 m. de longitud, 75 $^1/_2$ de anchura, 50 $^1/_2$ de altura), era casi igual a este gran edificio, no tan ancha ni tan alta. Consistiendo esencialmente en una inmensa balsa, sobre la cual se alzaba un edificio relativamente bajo, la construcción no sería difícil; un solo árbol podía, y aun hoy puede bastar, para cubrir la altura de 15 $^1/_4$ m. y aun la anchura de 26 $^1/_4$; y todavía era esto más fácil en tiempos de Noé, en una región donde el reino vegetal se desarrollaba con gran pujanza y extensos bosques cubrían montañas y vastas llanuras. Los bosques de América y Australia, con sus árboles de 50, 100 y hasta 150 m. de altura, nos dan idea de lo que el reino vegetal podía

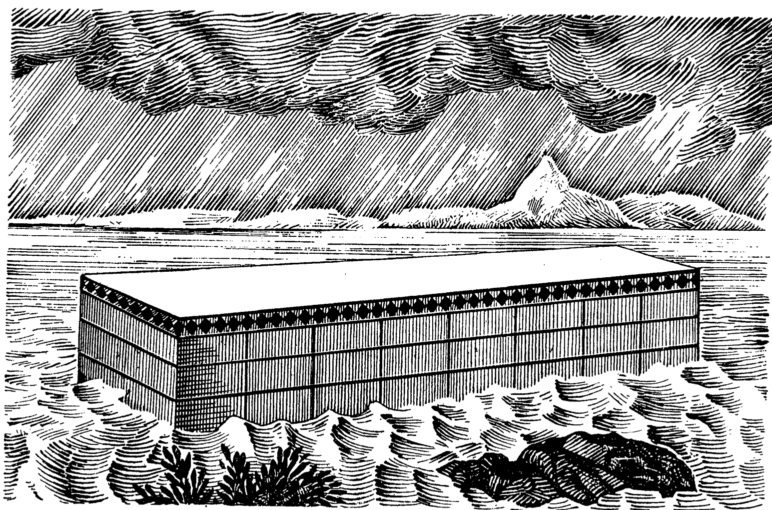


Fig. 14. — El arca (reconstrucción de Calmet).

ofrecer al hombre en aquellos tiempos [1].—El arca era suficientemente capaz para cobijar y contener gran cantidad de animales. Ni parece imposible tomar al pie de la letra aquellas palabras: «todos los animales fueron cobijados en el arca»; máxime si se advierte que el número de especies animales debía de ser inferior al de hoy. Mas quedan aún por resolver ciertas dificultades—por ejemplo, condiciones climatológicas y biológicas de muchos animales, conocimientos de Noé acerca de la naturaleza y exigencias de los mismos, reunión y dispersión de los animales por todas las zonas, gobierno y cuidado, por exiguo que fuese, de tantas especies zoológicas con tan pocos hombres, etc.;—dificultades, que sólo pueden orillarse, suponiendo una intervención milagrosa de Dios, de no admitir que las condiciones naturales eran muy distintas de las actuales. Mas esta hipótesis no parece suficientemente fundada, o por lo menos no se le puede dar tal alcance, que las dificultades queden esencialmente aminoradas. La cuestión se relaciona íntimamente con la de la universalidad del diluvio, y ambas se resuelven a la vez.—Hubo *tiempo* sobrado *para construir el arca*, pues, desde el primer anuncio del castigo hasta el comienzo del diluvio, transcurrieron 120 años, y nada se

---

6 codos formaban una *caña (calamus)*. El *pequeño codo babilónico* equivalía a 0,495 m. y tenía 30 dedos; el codo grande «real» equivalía a 0,550 m. y tenía 30 dedos. Cfr. Kalt, *Biblische Archäologie,* núm. 69.

[1] Como las gigantescas sequoias de California, que miden por lo común 3 m. de diámetro y 90 m. de altura; pero las hay a centenares de 5 a 13 m. de diámetro y 100 a 200 m. de altura.

dice del tiempo que duró la construcción[1]. Claro está que no la llevó a cabo sólo Noé con sus tres hijos; no le habrían faltado operarios, ora de su familia, ora jornaleros. El no haberse salvado los operarios encierra un profundo misterio.

96. *Con fe inquebrantable* y con fortaleza de alma, sin dejarse desconcertar por la incrédula terquedad y las burlas de sus contemporáneos, Noé predicó penitencia, anunciando el castigo que amenazaba[2]. Mas, como Jesucristo mismo dice por boca de san Mateo, «los hombres no hacían caso de sus palabras, sino que seguían comiendo y bebiendo, casándose y casando a sus hijos, hasta el día mismo de la entrada de Noé en el arca; y vino el diluvio, y los arrebató a todos»[3]. Por fin, se agotó la paciencia de Dios. Dijo, pues, Dios a Noé: «*Entra tú y toda tu familia en el arca.* Pues, de aquí a siete días yo haré llover sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches; y exterminaré de la haz de la tierra, los seres vivientes que he creado». Y entró Noé en el arca con los suyos y con los animales[4].

«Pasados los siete días, las aguas del diluvio inundaron la tierra. A los seiscientos años de la vida de Noé, el mes segundo[5], a diez y siete días del mes, *se rompieron todas las fuentes del grande abismo, y se abrieron las compuertas del cielo;* y estuvo lloviendo sobre la tierra, cuarenta días y cuarenta noches. En el plazo señalado del dicho (séptimo) día, entró Noé con los suyos en el arca, y el Señor la cerró por la parte de afuera[6]. Crecieron las aguas e hicieron subir el arca muy en alto sobre la tierra. Porque la inundación de las aguas fué grande en extremo; y ellas lo cubrieron todo en la superficie de la tierra. Mientras tanto, el arca ondeaba sobre las aguas. Y las aguas aumentaron desmesuradamente, y cubrieron todos los montes encumbrados debajo de todo el cielo. Quince codos se alzó el agua sobre los montes que cubriera[7]. *Y pereció toda carne* que se

---

[1] Opinan muchos, fundándose en *Gen.* 5, 31 (cfr. 6, 9 12; 7, 6 11), que la construcción duró 100 años; mas como, cuando se dió al Patriarca la orden de construir el arca, se hace mención de las mujeres de los hijos de Noé (6, 14 18), y éstos le nacieron al principio de los dichos 100 años, será preciso rebajarlos en algunas decenas. Aun así podría admitirse que Noé dispuso para la construcción del arca de unos 50 a 70 años.

[2] Predicación más persuasiva que la de las palabras: ¡todo inútil! Cfr. I *Petr.* 3, 20; II *Petr.* 2, 5; *Hebr.* 11, 7.

[3] *Matth* 24, 37.

[4] *Gen.* 7, 1-9. *Cómo Noé reunió a los animales,* es cuestión ociosa, una vez admitida la intervención milagrosa de Dios, que, según la Sagrada Escritura, realmente existió. Dios guió, mediante un impulso interior, a la presencia de Noé, como en otro tiempo a la de Adán, los animales que le plugo conservar y el Patriarca no podía reunir. Cfr. las expresiones del *Génesis:* 2, 19; 6, 20; 7, 9 y 15-16; cfr. núm. 62; san Agustín, *De Civ. Dei* l, 15, c. 27, núm. 4.

[5] Se disputa acerca del calendario en que se basan las fechas del diluvio. En el calendario babilónico más antiguo el año comienza por el equinoccio de otoño. Pero ya en tiempo de Hammurabi, como más tarde entre los israelitas, el equinoccio de primavera fué el origen del año civil. El texto (cfr. especialmente *Gen.* 8, 13) parece indicar que el historiador emplea como era auxiliar *los años de Noé,* y que reproduce el relato como lo encontró en las fuentes antiguas (cfr. Hoberg, *Genesis*², 93).

[6] Una muestra singular de la solicitud divina, que suplía lo que Noé no pudo ejecutar, por lo menos con la perfección y ajuste necesario.

[7] *¿Quién midió esta altura?* Opinan algunos que, como el arca se sumergía unos 15 codos y posó en el monte Ararat luego de comenzar el descenso, pudo Noé deducir la altura que alcanzaron las aguas. Cfr. *Gen.* 8, 4 con 7, 11 24. Puede ser también esta medida un cálculo o promedio de las observaciones que hiciera Noé después del diluvio, deducido v. gr., de la altura de los árboles que hubiera en los montes.

movía sobre la tierra, aves, animales, fieras y todos los reptiles que serpean sobre la tierra y los hombres todos. Y cuanto en la tierra tiene aliento de vida, todo pereció. Y destruyó Dios todas las criaturas que vivían sobre la tierra, desde el hombre hasta las bestias, tanto los reptiles como las aves del cielo; e hízolas desaparecer de sobre la tierra. *Solamente quedó Noé, y los que con él estaban.* Y las aguas cubrieron la tierra por espacio de ciento y cincuenta días» (7, 10-24).

97. *Causas naturales del diluvio.*—El diluvio fué un *castigo* terrible que Jesucristo compara con el juicio final. Mas, aun siendo obra de la omnipotencia divina, no por eso queda excluída la cooperación de las causas naturales [1]. Dios rige y gobierna la naturaleza y sus fuerzas según los designios de su sabiduría, amor y justicia. No por eso nos impide nuestra fe investigar las causas naturales. La Sagrada Escritura indica dos factores naturales del diluvio: «rompiéronse todas las fuentes del abismo (aguas del interior de la tierra y del mar), y se abrieron las compuertas del cielo (fuertes aguaceros)». El texto bíblico usa, como se ve, de un lenguaje popular e intuitivo. el cual no satisface a las ciencias naturales. Estas exigen pruebas geológicas de la realidad del hecho y una explicación satisfactoria de la posibilidad de la inundación, e inquieren los factores naturales que pudieron haber cooperado. Cuando la geología estaba todavía en sus comienzos, vióse en los fósiles hallados en los montes elevados y en el interior de la tierra (moluscos, arena de mar), en los huesos de las cavernas, en los bloques erráticos, en los valles de erosión, etc., una prueba de la inundación de toda la tierra con sus montes aun más elevados [2]; se identificó el comienzo de la época cuaternaria, aquel período de sacudidas, inundaciones y movimientos epirogénicos de la tierra, con el diluvio, y aun se aplicó este nombre *(diluvium)* a aquel período de la geología. Pero la ciencia moderna no admite la identificación y tiene por resultado cierto la distinción entre el *diluvium* o diluvio geológico y el diluvio bíblico. El relato bíblico supone una inundación simultánea con carácter de castigo, que no duró más de *un año.* Mas los glaciares fueron fenómenos naturales que duraron largo tiempo, y no ocurrieron simultáneamente en toda la tierra. Con todo, supuesto que la extensión geográfica del diluvio fuese limitada, no se ve la imposibilidad de que estuviera relacionado con ciertos fenómenos de los períodos glaciares. Hubo zonas muy extensas (por ejemplo, norte, este y sur de Africa, Asia Menor y costas del Océano Indico), que no fueron cubiertas por glaciares; en estos países se produjeron en dicha época fuertes precipitaciones, el llamado *período pluvial,* consecuencia, en gran parte, de los glaciares del norte. El hombre paleolítico antiguo seguramente presenció esta época. Tenemos, pues, una prueba de la posibilidad natural del diluvio por parte del principal factor de arriba; en cuanto al otro factor, las «aguas del abismo», puede, en parte, explicarse por los grandes cambios que experimentó la superficie terrestre al comienzo del período diluvial. Mas esto no excluye lo milagroso de tan terrible castigo [3].

98. Bien planteado, se resuelve con facilidad el problema de la *extensión del diluvio.* No debe presentarse en estos términos: ¿Fué universal o fué limitado (geográfica o antropológicamente) el diluvio? Pues es claro como la luz del

---

[1] San Agustín, *De Gen. ad. litt.,* 1. 19, núm. 39; 2, 1, v. 1. *Kath.,* 1865, II, 417. Acerca del milagro y su relación con las leyes naturales, cfr. E. Müller, *Natur. u. Wunder,* en *SthSt* I, 1-2 (Friburgo, 1892); *ZKTh,* 1893, 698.

[2] Cfr. Eusebio en Migne *P. gr.* XIX, 154; Wiseman, *Zusammenhang zwischen Wissenschaft u. Offenbarung* (1866); Bosizio, *Die Geologie u. die Sündflut* (1877); Trissl, *Sündflut oder Gletscher?* (1894).

[3] Cfr. Gander, *Die Sündflut in ihrer Bedeutung für die Erdgeschichte* (1896); *Kath.,* 1897, II, 193-553; Hauer, *Die Sündflut im Lichte moderner Forschung,* en *ThpQS,* 1923, 61 ss.

sol, que la Sagrada Escritura nos habla de un diluvio *universal*. La cuestión ha de plantearse más bien como sigue: ¿De qué universalidad habla el relato bíblico? ¿Cuál era el *orbis terrarum* geográfico y antropológico que estaba en la mente del escritor? El contexto nos da una contestación clara; mas es preciso no olvidar lo que precede y sigue al relato bíblico del diluvio: preceden las genealogías de Caín y Set (cap. 4 y 5), y siguen las de los tres hijos de Noé, de los cuales descienden los pobladores posdiluvianos (9, 18; cap. 10). Ahora bien, se ha creído ordinariamente que en esas genealogías y en esos capítulos se trataba de todos los hijos de Adán y de la tierra por ellos habitada; se ha visto en los once primeros capítulos del *Génesis* una historia universal de la humanidad. Mas esta manera de ver las cosas carece de base bíblica. Es evidente que los capítulos 4 y 5 tratan solamente de las ramas de Caín y Set; dice también de paso el texto sagrado (5, 4) que Adán tuvo otros hijos e hijas, de los cuales, empero, nada se cuenta. Cuál sea la razón de esto, no hace al caso. Al comunicarnos la Sagrada Escritura la genealogía de Adán, añade una nota acerca de la corrupción y del castigo de aquella parte de la humanidad que descendía de nuestro primer padre por Caín y Set. Esta es la humanidad que pereció en el diluvio, a excepción de Noé y sus hijos, y ésta es *toda* la humanidad de que se habla en los capítulos 4-9. Noé viene a ser, por sus hijos, el padre de una nueva humanidad, cuyo árbol genealógico está contenido en la tabla de las naciones (*Génesis* 10). Son las naciones grandes y pequeñas que intervinieron en la historia del antiguo Oriente y de Israel, y habitaron Asia Menor, países del Mediterráneo y norte de Africa. Este es el *Orbis terrae* del escritor sagrado. Todo lo que sale de este marco no entra en cuenta en la narración bíblica, ni interviene en la historia ulterior. Dentro de este cuadro, las expresiones «la tierra entera», «toda carne» (todos los hombres), conservan su significación propia e ilimitada; el relato bíblico trata exclusivamente de toda la tierra habitada por la generación pecadora. Todas las noticias que la Sagrada Escritura da en otros pasajes acerca del diluvio, están en perfecta armonía con esta interpretación y vienen a decir, ni más ni menos: todos los hombres de los cuales se ha hablado, perecieron—sólo se salvó Noé con su familia [1]. No por ello padece el sentido típico del diluvio, ni la opinión teológica unánime de los santos Padres que explícita o implícitamente suponen la universalidad del castigo. Tanto el aspecto científico como el práctico de la cuestión conducen a sentar y sostener que *el diluvio alcanzó a toda la humanidad de que habla el Génesis desde el capítulo 4, y a todo el país habitado por ella.*

99. El sentido limitado de las frases «toda la tierra», «toda carne», que acabamos de proponer, está de acuerdo con el *uso lingüístico* y con el *estilo narrativo* de la Sagrada Escritura. Se encuentran en ella a cada paso giros parecidos para expresar una universalidad que, según el contexto, sólo es relativa y se refiere al ambiente en que se mueve la narración. En apoyo de este aserto podemos alegar los siguientes pasajes: Dios quiere «infundir terror y espanto sobre todos los pueblos que habitan debajo de todo el cielo» (*Deut.* 2, 25). «El hambre afligió a toda la tierra en tiempo de José, y de toda la tierra venían

---

[1] Son los siguientes: «Y cuando por causa de él (de Caín) las aguas anegaron la tierra, la Sabiduría puso nuevamente remedio, conduciendo al justo (Noé) en un leño despreciable» (*Sap.* 10, 4). «Cuando al principio perecieron los soberbios gigantes, una barca fué el refugio de la esperanza de toda la tierra; barca que siendo gobernada por tu mano, conservó la semilla de que había de renacer el mundo» (*Sap.* 14, 6). «Noé fué hallado perfecto y justo; y en el tiempo de la ira vino a ser instrumento de reconciliación; por eso fué dejado a la tierra cuando vino el diluvio, y se le hizo aquella promesa sempiterna, que no sería destruída ya más toda carne por un diluvio» (*Eccli.* 44, 17-19). «Por la fe, avisado Noé de Dios sobre cosas que aun no se veían, con temor fué construyendo el arca para salvación de su familia y construyéndola condenó al mundo, y fué instituído heredero de la justicia, que viene de la fe» (*Hebr.* 11, 7). Cfr. también *Matth.* 24, 27; II *Petr.* 2, 4-9; 3, 5.

a Egipto a comprar trigo» *(Gen.* 41, 54, 56, 57); en la primera fiesta cristiana de Pentecostés se hallaron presentes hombres «de todas las naciones de debajo del cielo» *(Act.* 2, 5). Dice el *Libro* I *de los Reyes,* que la lucha entre los adictos a David y el ejército de Absalón se extendió *super faciem omnis terrae;* en realidad se refiere a las montañas de Efraim. Según el *Libro* III *de los Reyes,* Salomón es el monarca más poderoso de la tierra en riqueza y sabiduría, y toda la tierra vino a verle y oír su sabiduría (III *Reg.* 10, 23-24). En *Is.* 13, 5 se habla de un castigo de toda la tierra; en *Soph.* 1, 2-4 anuncia Dios que reunirá todo lo que hay en la superficie de la tierra, hombres y bestias, aves del cielo y peces del mar, y exterminará los hombres de la superficie de la tierra. Ambos lugares, según el contexto, se refieren a los habitantes de Judea y Jerusalén en sentido estricto, y aun de ellos sólo a los que se han entregado a la idolatría. Semejantes expresiones, que en cierto sentido se pueden llamar retóricas e hiperbólicas, se usan en todas las lenguas, sin que a nadie induzcan a error, y así solemos decir: «todo el mundo lo sabe», «no se habla de otra cosa en toda la ciudad»; los franceses dicen a cada paso: *tout le monde.*

El carácter del relato, su aspecto de diario basado en descripciones de testigos oculares, revela bien a las claras en ciertos rasgos que el diluvio no puede tomarse en sentido absolutamente general. No perecen los peces, por más que se dice: Morirá todo aquello en que hay espíritu de vida sobre la tierra; la paloma regresa al arca, porque todavía «hay agua sobre toda la tierra»; Noé ve surgir los vértices de las montañas y la tierra cubierta de agua cuanto su vista alcanza; el mundo estaba inundado, en cuanto se extendía el horizonte y alcanzaba el conocimiento del Patriarca. Tampoco pudo Noé exhortar a penitencia a todo el mundo, sino sólo a reducido número de personas. El atento examen del texto, habida consideración del genio de la lengua hebrea, trae el convencimiento de que en ninguna parte se afirma la inundación de *toda* la tierra, sino más bien que «la tierra» (la comarca), quedó inundada; en cambio se afirma categóricamente «que toda carne» pereció (es decir, todos los hombres que estaban fuera del arca). Basta una lectura e interpretación adecuada para resolver las dificultades que, al parecer, ofrecen algunos lugares: así *Gen.* 7, 3 dispone que entren en el arca los animales para que se conserve simiente que luego se propague «por toda la tierra»; 7, 19 no dice que todos los montes altos o los más elevados de la tierra fueran cubiertos por el agua, sino sólo «todos los montes elevados que hay debajo del firmamento», es decir, en todas direcciones, o sea: todos los montes visibles desde el punto de vista del observador; tampoco se dice en 7, 20 que la inundación subiese quince codos sobre los montes más altos, sino «sobre los montes que cubrió». De todo esto se colige sin dificultad que la Sagrada Escritura habla de una inundación que aniquiló hombres y animales dentro del campo u horizonte limitado por la narración misma.

Esta manera de interpretar parece opuesta al sentir unánime de la tradición, que hasta nuestros días ha admitido un diluvio universal que cubrió toda la tierra. Mas es evidente que los santos Padres y teólogos antiguos hablaron del diluvio, influídos por los imperfectos e inexactos conocimientos geográficos y científicos de su tiempo; no conocían una porción de dificultades, y de otras dieron soluciones que no están en armonía con la ciencia más precisa que hoy se tiene de la naturaleza. Explicaciones de este género nunca tienen valor permanente y decisivo, sobre todo cuando en nada tocan a la fe, como acontece en nuestro caso (y en el relato de la Creación), y debemos abandonarlas desde el momento que su inexactitud sea evidente, y el aferrarse a ellas hubiera de ceder en menosprecio de la fe (Sagrada Escritura)[1].

100. *Las objeciones contra la teoría de un diluvio relativamente universal* no son concluyentes. Admitióse en un tiempo que *toda* la humanidad poseía tradiciones tocantes al diluvio, derivadas de *una* fuente primitiva: cosa inexplica-

---

[1] Encíclica *Providentissimus,* núm. 11.

ble de no haber sido universal aquel fenómeno; pero los estudios etnológicos han demostrado la falsedad de la hipótesis. Una porción de pueblos conocidos carece de leyendas relativas al diluvio; en otros pueblos existe la leyenda, pero se refiere más bien a inundaciones locales [1]. No es, pues, exacto que expresiones bíblicas, como «toda la tierra», «toda carne», no se puedan entender sino en sentido absoluto. Noé, que por vía natural sólo podía contar cuanto observó desde el arca que se movía en un campo *limitado,* sólo por revelación divina hubiera podido llegar al conocimiento de la universalidad del diluvio; mas no hay razón alguna concluyente para admitir tal revelación. No puede decirse que, si el diluvio fué relativo, el medio escogido por Dios para salvar a Noé fuera inútil e innecesario. Ciertamente, Dios pudo preservar a Noé y a su familia disponiendo que emigrasen; pero el Señor tenía designios aleccionadores y simbólicos en la construcción del arca; la vista continua de aquella obra emprendida por orden divina era el mejor apoyo a las exhortaciones de Noé. La duración de 150 días se explica sin dificultad por un estancamiento efectuado en la región montañosa, y se debe apreciar desde el punto de vista del observador, que se encontraba en el arca. Las ciencias naturales, especialmente la física y la zoología, oponen tantas y tan poderosas dificultades a la universalidad geográfica simultánea del diluvio, que los representantes de la teoría del diluvio absolutamente universal se ven obligados a admitir—de no acumular milagros sobre milagros—que las condiciones físicas de la tierra eran antes del diluvio esencialmente distintas de las actuales [2]. Mas de ello no se encuentran fundamentos, ni en las ciencias naturales ni en la Sagrada Escritura. No es, pues, razonable persistir en una interpretación que el texto no exige, antes encuentra dificultades científicas muy serias, para sortear las cuales sería preciso una serie indefinida de milagros, de no admitir un conjunto de hipótesis completamente indemostrables [3].

101. Dios se acordó de Noé y de los animales que con él estaban en el arca, e hizo soplar el viento sobre la tierra; con lo cual las aguas disminuyeron. Se cerraron las fuentes del abismo y las compuertas del cielo, y cesó la lluvia. Las aguas fueron retirándose de la tierra, yendo y viniendo, y comenzaron a disminuir después de 150 días. En el séptimo mes, el día vigésimo séptimo del mes, reposó el arca sobre los montes de Armenia.

El texto hebreo llama *Ararat* al país de Armenia; las inscripciones cuneiformes asirias le llaman *Urartu* [4], que designa propiamente las llanuras del medio Araxes, que los armenios llaman Airarat. Sobre esta altiplanicie se eleva el monte Ararat a una altura de 4395 m. (5604 sobre el nivel del mar). El nombre pasó de la campiña al monte. La Sagrada Escritura no indica si el arca posó en la cumbre del grande o del pequeño Ararat (1300 m. más bajo).

102. Las aguas iban menguando de continuo; el día primero del mes (ocho meses aproximadamente desde el comienzo del diluvio), aparecieron las cumbres de los montes. Y pasados cuarenta días, abriendo Noé la ventana del arca que había hecho, soltó un cuervo [5], el cual salió, y no volvió hasta [6] que las aguas se secaron sobre la tierra. Envió después de él una

---

[1] Así Kaulen en *KL* XI, 337 ss.; cfr. núm. 108.

[2] Cfr. Trissl, *Sündflut oder Gletscher?* (1894).

[3] Cfr. Hummelauer, *Diluvium und Sündflut,* en *StL* XVI, 31 ss.; Schöpfer, *Geschichte des AT*[6], 125 ss.; *ibid.* y en Schanz (*Apologie* I[3], 757 ss.) se puede ver la bibliografía.

[4] Cfr. Döller, *Studien,* 316 ss.; *BZ* I, 349; II, 113; *TQS,* 1901, 321.

[5] Tal vez un *cuervo marino,* que nada y vuela. En los cadáveres que flotaban en las aguas encontró alimento, por lo que no regresó al arca.

[6] Hasta que, etc., no quiere decir que volviera después; del contexto se deduce evidentemente lo contrario.

paloma, para ver si habían cesado ya las aguas sobre la haz de la tierra. La cual, no habiendo hallado donde posar su planta, se volvió a él al arca; porque las aguas estaban sobre la tierra (cuanto en horizonte abarcaba). Extendió la mano, y tomándola, la metió en el arca. Y habiendo esperado aún otros siete días, envió de nuevo una paloma del arca. Y ella volvió a él por la tarde, trayendo en su pico un ramo de olivo [1] con las hojas verdes, con lo que entendió Noé que habían cesado las aguas sobre la tierra. Esto no obstante, esperó otros siete días y soltó una paloma, la cual no volvió ya más a él. Por fin, el año 601 de Noé, el mes primero, el primer día del mes, se vió la tierra libre de agua, y abriendo Noé la cubierta del arca, miró y vió que se había secado la superficie de la tierra. El mes segundo, el día veintisiete, quedó seca la tierra (8, 5-14).

103. El texto bíblico nos ofrece una especie de *diario del diluvio.*

Entre el 10 y el 17 del II mes del año 600 de Noé, entra éste en el arca.

En 40 días (hasta el 27 del III mes) perecen todos los seres vivientes.

Durante 150 días, es decir, desde el principio del diluvio (17 del II mes) hasta el 17 del VII mes, cubren las aguas la superficie de la tierra; este día comienzan a disminuir, y el arca descansa en los montes de Ararat.

El 1 del mes X, o sea 73 días después, aparecieron las cumbres de los montes (en la región donde posó el arca).

A los 40 días (el 10 del mes II) suelta Noé un cuervo; 7 días después (el 17 del IX mes) probablemente, envía por primera vez la paloma, y a los 7 días por segunda vez, y pasados otros 7 días por tercera vez (24 del IX mes, 1 del XII mes). El 1 del I mes, el año 601 de Noé (30 días después), estaba ya seca la tierra; Noé abre el techo del arca.

El 27 del II mes (7 días después), la tierra está del todo seca y Noé por mandato de Dios sale del arca.

Se hace difícil la exactitud absoluta en el cálculo, porque existen dos clases de datos numéricos: fechas precisas de mes (el 7 del II mes, el 1 del I mes, etc.), y plazos fijos (a los 40 días, pasados 7 días, etc.); de donde sólo aproximadamente se puede inferir la duración de los meses (29 y 30 días). Según el texto hebreo, 150 días hacen 5 meses, de donde éstos tienen que ser de 30 días. De aquí se sigue que la estancia de Noé en el arca fué de un año y 11 días, probablemente un año lunar (354 días) + 11 días, o sea, un año solar de 365 días. La *Vulgata (Gen.* 8, 4), se aparta un tanto del texto hebreo (el 27 del mes, en vez del 17), lo cual hace incierta la duración del mes.

104. Entonces habló Dios a Noé: «Sal del arca tú y tu mujer, tus hijos y las mujeres de tus hijos contigo. Todos los animales que están contigo, de toda carne, tanto de las aves como de las bestias, y de todos los reptiles que se arrastran sobre la tierra, sácalos contigo; y salid a tierra; creced y multiplicaos sobre ella». Salió Noé, y con él los suyos, en total ocho almas; salieron también todos los animales (8, 15-19).

Fácil es figurarse los sentimientos del alma de Noé, cuando al salir del arca en que durante un año había fluctuado entre el cielo y la tierra, entre la vida y la muerte, pisó de nuevo aquella tierra espantosamente asolada

[1] El olivo, uno de los árboles más estimados, se da bien en los montes. Estrabón (hacia el año 20 a. Cr.) y Parrot (Ritter, *Asien,* X, 920) en los tiempos modernos, atestiguan que crecía en el Ararat y sus contornos. La rama de olivo debió de parecer a Noé una señal de la gracia y clemencia divinas, y fué en adelante símbolo de paz y alegría. Acerca del simbolismo del ramo de olivo, cfr. Kraus, *Realenzykl.* II, 525 ss.; Kaufmann, *Archäologie;* Detzel, *Ikonographie,* I, 18.

por el diluvio, cubierta de cadáveres de tantos seres. Fueron sin duda de profunda gratitud a Dios por tan extraordinaria salvación y de ardiente deseo de permanecer siempre grato a los ojos del Señor omnipotente. Animado de tan nobles sentimientos «edificó un altar al Señor, y tomando de todos los animales y aves puros, ofreció holocaustos al Señor» (v. 20). Agradó a Dios el sacrificio, figura, como todos los del Antiguo Testamento, del sacrificio infinitamente precioso del Redentor prometido; y dijo el Señor: «*No volveré jamás a maldecir la tierra* por causa de los hombres; porque el sentido y el pensamiento del corazón humano son propensos al mal desde su juventud; no heriré más a toda ánima viviente, como lo hice. Mientras el mundo durare, no dejarán de sucederse la siembra y la siega, el frío y el calor, el verano y el invierno, la noche y el día» (v. 21 y 22). Y *bendijo Dios* a Noé y a sus hijos, y les dijo: «Creced y multiplicaos, y poblad la tierra. Teman y tiemblen ante vuestra presencia todos los animales de la tierra y todas las aves del cielo, con todo lo que se mueve sobre la tierra; todos los peces del mar estén en vuestra mano. Y todo lo que se mueve y vive, os servirá para alimento; así como las legumbres y yerbas, os he dado todas las cosas. A excepción de que no comeréis *carne con sangre*. Porque yo demandaré vuestra sangre de todas las bestias; y de mano de hombre, de mano del varón su hermano, demandaré el ánima del hombre. Si alguien derramare sangre humana, será derramada su sangre: porque a imagen de Dios fué creado el hombre» (*Gen.* 9, 1-6).

Con las palabras «nunca más maldeciré la tierra», quiso la bondad de Dios apartar del hombre el miedo a un segundo diluvio; la misma debilidad humana que deriva del *pecado original* es para Dios un motivo, y para el hombre una prenda de la misericordia divina. Confirma después el *nuevo orden* de la naturaleza, que debe durar mientras subsista la tierra, o sea, hasta el juicio final. El diluvio había cumplido su finalidad como figura y prenda del juicio final, como manifestación de la omnipotencia, santidad y justicia divinas. El amor de Dios mira al futuro Redentor, y quiere que todo el linaje humano pecador llegue a la madurez para cuando aquél venga. Vuelve Dios a dar al hombre el dominio de todos los animales, mas no ya ilimitado como en el Paraíso, sino un señorío que el hombre habrá de conseguir por la fuerza. Dióle también un precepto para probar su obediencia—análogo al que le impusiera luego de la Creación. No se trata aquí del primer permiso de comer carne (cfr. núm. 46); la importancia está en la *excepción* que Dios pone al uso de la carne: «excepto que no comeréis carne con su sangre». El texto hebreo explica la prohibición: «sólo que no comeréis carne con su alma, con su sangre.» La sangre es como el asiento de la vida; y de la vida Dios es el Señor. En la efusión de la sangre se reconocerá que Dios es el Señor de la vida, y el hombre recordará el pecado por el cual la perdió. Por esto la efusión de la sangre de la víctima y la aspersión por manos del sacerdote pertenecen a la esencia del sacrificio de la Antigua Alianza (*Lev.* 4, 7) [1]. Y para que la efusión de la *sangre* de los animales no excitase en los hombres movimientos de crueldad, convirtióla Dios en rito sagrado, vinculando a ella un acto de renuncia. Al mismo tiempo estableció vivo contraste entre la efusión de la *sangre humana* y la de los animales: la de éstos estaba permitida

[1] En el Concilio de los apóstoles se mantuvo la prohibición de comer sangre en atención a los judíos (*Act.* 15, 29), lo cual subsiste en las leyes orientales, tanto eclesiásticas como civiles; en Occidente, desaparecida la diferencia de cristiano-judíos y cristiano-gentiles, no tenía ya razón de ser y dejó de observarse. Cfr. san Agustín, *Contra Faustum,* 31, 13.

sin trabas; mas la sangre humana quedó bajo la especial protección divina, estableciéndose una ley [1], en cuya virtud todo homicida, fuese hombre o bestia, debía ser citado a juicio y castigado; más aún, hizo de éste un asunto suyo propio, dando por razón, que el hombre no es un animal, sino imagen de Dios. De consiguiente, quien atenta a la vida de un hombre, a los derechos de Dios atenta [2].

105. Como garantía de la alianza, y en particular, de la promesa de no volver a asolar la tierra con un nuevo diluvio, estableció Dios una señal magnífica a la vez que simpática. Dijo Dios: «Esta es la *señal de mi alianza* que establezco entre mí y vosotros y con toda ánima viviente que está con vosotros, por generaciones perpetuas. Pondré mi arco en las nubes, y será señal de alianza entre mí y entre la tierra. Y cuando cubriere el cielo de nubes, aparecerá mi arco en las nubes; y acordarme he de mi alianza con vosotros y con toda ánima viviente, y no habrá ya más aguas de diluvio para destruir a toda carne. Y estará el arco en las nubes, y lo veré, y me acordaré de la alianza perpetua, que ha sido concertada entre Dios y toda ánima viviente de toda carne que está sobre la tierra» [3].

La forma externa de esta enfática promesa es antropomórfica, es decir, Dios emplea expresiones humanas acomodadas a la capacidad del hombre. Como advierte san Crisóstomo, no es que Dios se acuerde de sus promesas al ver el arco iris; habla así, para que nosotros las recordemos, y tengamos ánimo y confianza. Ese fenómeno tan hermoso del arco iris, que los Salmos llaman testigo celeste [4], es señal y prenda de la bondad y gracia de Dios. No apareció el arco iris por primera vez en el cielo después del diluvio en virtud de cambios físicos y de la promesa divina; sino que Dios escogió este fenómeno natural, que ya existía, por signo visible de su alianza. Como victoria del sol sobre la bóveda celeste tenebrosa y henchida de aguas, es el arco-iris una excelente imagen de la gracia divina y del favor de Dios, después de su justo enojo [5].

106. Sostiene la crítica moderna, que el relato del diluvio es obra de un redactor que refundió dos fuentes contradictorias. Encuentra contradictorios principalmente los datos de la duración del diluvio. Según una de las dos fuentes, el diluvio duró 40 + 21 días; según la otra, pasó de un año. Pero es de notar que aquellas palabras «transcurridos cuarenta días, abrió Noé la ventana» (*Gen.* 8, 6), no se refieren a los cuarenta días mencionados en *Gen.* 7, 17, durante los cuales subieron las aguas; pues la misma fuente a que pertenece *Géne-*

---

[1] Se trata, no de una promesa de que todo asesino, hombre o bestia, moriría de muerte violenta, sino de una facultad u obligación que el Señor de la vida impone al hombre, de castigar con la muerte al asesino. La Ley mosaica dió después reglas concretas para llevar a cabo este mandato. Cfr. *Exod.* 21, 12-15, 28 ss.; *Num.* 35, 16 ss.; *Deut.* 19, 10; 21, 1-9.

[2] La tradición judía supone que Dios intimó entonces al hombre varios mandamientos, los *siete mandamientos de Noé,* que son: 1, no vivir sin una autoridad; 2, abstenerse de la blasfemia; 3, de la idolatría; 4, del incesto; 5, del homicidio; 6, del robo y latrocinio; 7, de la sangre de animales sofocados. Más tarde la Sinagoga impuso estos mandamientos a los *Prosélitos del Pórtico,* es decir, a los gentiles que vivían entre los judíos y querían adoptar la religión judía. Pertenecían a una categoría superior *los Prosélitos de la Justicia,* es decir, los que se circuncidaban, observando toda la Ley judía; se les consideraba y trataba como judíos. Cfr. *KL* X, 470 ss.

[3] V. 12-17; cfr. *Eccli.* 43, 12 s ; *Is.* 54, 9. Con un pequeño cambio del texto podría leerse: «vosotros lo veréis para recordar», en lugar de «yo lo veré». Y en efecto, Fl. Josefo parece haberlo leído así: «El arco iris será para vosotros señal de mi clemencia.» (*Ant.* I. 3 8).

[4] *Ps.* 88, 38.

[5] Acerca del arco iris como signo de la Alianza, cfr. *BZ,* 1915, 289 ss.

sis 7, 17, dice en *Gen.* 7, 23 que la inundación destruyó toda la vida; para lo cual no bastan unos pocos días. De entenderse *Gen.* 8, 6 como continuación inmediata de *Gen.* 7, 17, el hebreo exigiría el artículo determinado (transcurridos *los* cuarenta días). El redactor—concedamos que existiera—no vió contradicción alguna en los distintos datos que aceptó ni en las fuentes distintas de que echó mano. La apariencia de contradicción puede explicarse, admitiendo que el redactor no utilizó íntegros los datos de ambas fuentes, a fin de evitar repeticiones y difusiones. Ninguna de las dos fuentes que descubre la crítica nos da una historia completa y conexa del diluvio [1].

107. Ha sido objeto de maduro estudio en los tiempos modernos la ***relación del relato bíblico del diluvio con las tradiciones similares (leyendas) de los pueblos*** [2]; los resultados han hecho vacilar la hipótesis de la universalidad de las leyendas afines a la narración bíblica. Téngase en cuenta, ante todo, que diversos pueblos de la antigüedad no poseyeron tradición (demostrable) alguna de un diluvio acaecido al principio de su historia; entre éstos se incluye (¿con razón?) a los egipcios, árabes, chinos, africanos y pueblos del interior del norte de Asia. En algunos pueblos, tales leyendas no son primitivas, sino aceptadas posteriormente, o están influídas por la tradición judío-cristiana; y, finalmente, en otros tienen origen y carácter local y distan mucho del relato bíblico. De las numerosas leyendas a que antes se apelaba en apoyo del carácter histórico de la narración bíblica y de la universalidad del diluvio, quedan unas cuantas (según Andree, 20; según Riem [3], 68), cuya conexión histórica y objetiva con el relato bíblico se puede demostrar. Pertenecen esencialmente a pueblos semitas, que habitaban el Asia Menor. Tales son (por orden de importancia respecto del relato bíblico): la tradición babilónica, la siro-fenicia, la frigia, la india (en forma antigua y moderna) y la griega [4]. No han terminado todavía las investi-

[1] Cfr. Allgeier, *Doppelberichte in der Genesis,* 19-43.

[2] Estos estudios han sido realizados especialmente por el sabio católico Girard *(Le déluge devant la critique historique,* Friburgo de Suiza, 1893) y los protestantes Andree *(Die Flutsagen ethnographisch betrachtet,* Brunsvique, 1891) y Usener *(Die Sündflutsagen,* Bonn, 1899). Cfr. además Rieber, *Über Flutsagen und deren Beziehung zu den semitischen Flutberichten,* en *Kath,* 1897, I, 65 ss.—Estudio de conjunto y bibliografía, en Schanz, *Apol.* I³, 762 ss.

[3] *Die Sündflut, eine ethnographisch-naturwissenschaftliche Studie* (Stuttgart, 1906).

[4] Con este mismo asunto se relacionan dos representaciones que dan testimonio de la tradición del diluvio entre los griegos y etruscos. En el reverso de unas monedas de

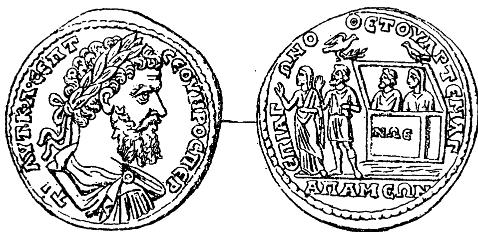


Fig. 15. — Monedas apameas de Septimio Severo (antes del 199). Roma, Gabinete de Medallas (según Garrucci).



Fig. 16. — Noé en el arca. Pintura mural del cementerio de Santa Domitila, en Roma (siglo IV).

bronce de la ciudad de Apamea (Frigia), se ven los bustos de distintos emperadores romanos, Antonino Pío, Septimio Severo (fig. 15), Macrino, Filipo, de los siglos II y III de la era cristiana; en el reverso aparece un arca flotando sobre las olas, dentro de la cual se ve un hombre y una mujer. En la parte anterior lleva el arca las letras NΩ, y en las monedas bien conservadas, NΩE (Noé). Fuera de ella camina otra pareja, hombre y mujer

gaciones, las cuales, por otra parte, ni están exentas de hipercrítica ni son absolutamente seguras. Contamos, pues, sólo con resultados provisionales (negativos). Mas ¿cómo explicar el gran número de leyendas y la relación de las tradiciones extrabíblicas con el relato bíblico? El gran número de leyendas se explica por la frecuencia de inundaciones, a cuyo recuerdo pudieron muy bien unirse elementos fabulosos de distintas especies y rasgos de la tradición judía, babilónica y cristiana; algunos admiten la influencia de ideas mitológicas y cosmológicas, como se echa de ver en la leyenda babilónica [1]. En cuanto a la relación con el relato bíblico, ofrece particular interés el mito babilónico del diluvio, que tiene gran afinidad con aquél, y que sin duda ha influído en otras tradiciones paganas (aun en las indias).

108. *La leyenda babilónica del diluvio,* conocida por los fragmentos de Beroso (Abydenus), es parte de la epopeya nacional en doce cantos, descubierta en los textos cuneiformes, llamada «Guilgamés», del nombre de su héroe; se la considera, cada día más, como leyenda cosmológica; pero indudablemente contiene episodios de fondo histórico. Esto último se confirma por la circunstancia de que los documentos babilónicos distinguen expresamente tiempos, reyes y ciudades anteriores y posteriores al diluvio. Refiere Utnapistim a su descendiente Guilgamés, de qué manera fué admitido a la compañía de los dioses. Sucedió esto después de haberse librado de una gran inundación, con la que los dioses, impulsados por Bel, quisieron aniquilar a los hombres (en la ciudad de Surripak en el Eufrates) [2]. El dios Ea reveló en sueños a su protegido Utna-

---

(que a juzgar por los vestidos y cabezas son los mismos del arca), con la diestra alzada y mostrando admiración. En el borde de la tapa (abierta) del arca posa un pajarito; otro pajarito viene volando (hacia la misma) con una ramita de olivo entre las patas. Basta comparar esta figura con otras de las catacumbas, en parte muy anteriores («de época próxima a la apostólica», Kraus, *Realenzykl.* II, 500), que representan el arca en forma rectangular, bogando sobre las aguas, como en la fig. 16, para reconocer claramente su relación con el relato bíblico. Escogieron los de Apamea este asunto para sus monedas por la proximidad de la ciudad al monte Ararat, donde se creía tomó tierra el arca; por esta misma razón Apamea se llamó también Κιβωτός, que significa arca. La propagación por Frigia de la tradición del diluvio se debe sin duda al influjo judío; cfr. Schürer, *Geschichte des jüdischen Volkes im Zeitalter Iesu Christi,* III[3] (1898), 14 s.; Kaufmann, *Archäelogie*[2], 305 s. — El otro monumento es un jarrón, mitad de arcilla y mitad de metal, que en 1696 descubrió en los alrededores de Roma un trabajador, al desenterrar un sepulcro. Están representadas en el jarrón 20 parejas diferentes de animales y 35 figuras humanas, aisladas unas, otras en grupo, pero todas demostrando en sus actitudes los mayores esfuerzos por escapar de morir anegadas; los más con la boca y nariz tapada, o bien prestando este favor a sus protectores, las mujeres en hombros y espaldas de los hombres. A la derecha, un grupo de tres, de pie sobre el cadáver de un ahogado, como queriendo ganar así un poco de altura. En el medio, una escalera, por la que habrían subido a algún lugar más elevado y seguro, o al arca. Estaba formada ésta por láminas metálicas, unidas con clavos, imitando una construcción de madera; a intervalos tenía ventanas o aberturas con sus postigos; encima se ve una serie de figuras de animales y de hombres que no pueden dominar el terror que les produce la vista del peligro.

[1] Demuestra Nikel (*Genesis und Keilinschriften,* 181 s.) que estas explicaciones no satisfacen y no pueden echar por tierra la conclusión de que las tradiciones relativas al diluvio descansan en algún acontecimiento importante; lo mismo opina Jeremías (*ATAO*[3], 144), a pesar de su predilección por los motivos cósmicos y astrales.

[2] Un texto mitológico, recientemente descubierto, que trata del diluvio, contiene algunos rasgos que no se hallan en el relato de Guilgamés. Háblase en él de diversas calamidades que afligieron a la humanidad: esterilidad, sequía, escasez de nacimientos, tanto de hombres como de animales, epidemias. Los hombres, sin embargo, lograban apartar de sí estas plagas. Pero como la humanidad se entregase de nuevo al pecado, *parece* ser que Bel decretó aniquilarla por medio de una inundación. Cfr. Nikel, *Zur Verständigung,* etc.; *Genesis und Keilschriften,* 18 s.—Pueden verse en *ATAO*[3], 117, y en *KT*[3], 8 ss. las inscripciones cuneiformes, las noticias de Beroso y Abydenus y otras tradiciones extrabíblicas. Acerca de las tradiciones sumerio-babilónicas relativas al diluvio, cfr. *BZ,* 1910, 225, y *ZAW,* 1910, 298.

pistim el peligro que le amenazaba, y le mandó construir una nave y tomar consigo «semillas de todas clases». Utnapistim edificó la nave de 120 codos de alta, con muchos compartimientos; allí encerró su familia, sus tesoros de oro y plata, su servidumbre, ganados y semillas de todas clases. Apenas comenzó la «lluvia destructora», que era la señal anunciada, cerró Utnapistim la nave, entregando el gobernalle a un timonel. En el diluvio, que se describe circunstanciadamente, intervienen en especial el dios de las tormentas, Rammân, los dioses Nebo. Marduc, Nergal, Ninib y los Anunnake, es decir, los espíritus celestes. A consecuencia de la inundación cada vez mayor, perecen los hombres. Pero los dioses se asustan ante el diluvio y sus efectos. Suben al «cielo de Anu», y allí «se acurrucan como perros». Istar, «señora de los dioses», se lamenta a grandes voces, sobre todo por haber aprobado en el consejo de los dioses la destrucción de los hombres mediante el diluvio. Los demás dioses lloran con ella. El diluvio dura seis días. En el día séptimo se «calma el mar». Abre Utnapistim una ventana de la embarcación, y la claridad del día inunda su rostro; y arrodillándose prorrumpe en llanto. El octavo día descansó la nave sobre el «monte Nizir». En este lugar permaneció seis días completos. A la mañana del día séptimo, soltó Utnapistim una paloma; mas, no encontrando ésta dónde posar, regresó a la nave. Luego soltó Utnapistim una golondrina, la cual regresó por la misma causa. Finalmente soltó un cuervo, el cual no volvió más. Entonces Utnapistim, saliendo de la nave, ofreció sacrificios de animales y de incienso. El efecto que la ofrenda produjo en los dioses se describe de la manera siguiente: «Los dioses aspiraron el olor; los dioses aspiraron el perfume, que era muy fragante; los dioses acudieron al sacrificio como moscas». Istar juró por su precioso collar, que jamás olvidaría los días del diluvio, y que Bel no había de participar de las ofrendas, por haber dispuesto irreflexivamente el diluvio y entregado a la destrucción a sus hombres de (Istar). En esto se acerca Bel, ve la nave y exclama enojado: «¿Quién escapó con vida del diluvio? ¡Ningún hombre debía haberse librado de la muerte!» Después de nueva contienda entre los dioses, Utnapistim es trasladado con su mujer a la lejanía, «a la desembocadura de los ríos», esto es, a la isla de los bienaventurados.

Es innegable el parentesco de este relato, desfigurado por fábulas mitológicas, con el bíblico; el relato de Beroso arriba mencionado, el cual se aproxima aun más al de la Biblia, reproduce al parecer una versión más reciente. Las tablillas que contienen la epopeya de Guilgamés, proceden de la biblioteca del rey asirio Asurbanipal (hacia 650; cfr. núm. 9); es probable, con todo, que el poema adquiriese mucho antes la forma poética; posible es que la redacción de la epopeya date del segundo milenario antes de Jesucristo; mas esto no se puede demostrar con rigor. De consiguiente, queda la posibilidad de que la epopeya babilónica experimentase cambios y amplificaciones en las copias del siglo VII [1], y no es inverosímil que la tradición judía hubiese influído en su forma actual [2]. Esto no obstante, nada se puede asegurar. Pero tampoco hay derecho a dar por cierta la procedencia babilónica del relato bíblico. Pues las diferencias son tantas y tan poco rebuscadas, que es imposible suponer que el escritor bíblico refundiera el relato babilónico politeísta, dándole un tinte monoteísta. Es también sorprendente que en babilónico el diluvio se llame *abûbu,* mientras que el *Génesis* lo designa con un nombre propio, *mabbûl,* desconocido en los dialectos semíticos, y no hallado en ningún otro pasaje del Antiguo Testamento. Es de observar finalmente que la epopeya babilónica del diluvio, por el triste papel que en ella desempeñan los dioses, difícilmente hubiera podido ejercer tanto atractivo en un escritor israelita, que le indujera a hacer de ella una refundición para enseñanza de sus compatriotas. Esta narración tenía interés para los israelitas sólo mientras vivía en el pueblo el recuerdo de los antepasados, que habi-

---

[1] Cfr. Bezold, *Ninive und Babylon,* 104.
[2] Cfr. Keil, *Zur Babel- und Bibelfrage,* 75.

taron en Babilonia. Era, pues, natural que los israelitas llevasen de Caldea a su patria la tradición del diluvio.

109. *El diluvio* es, según los santos Padres y la liturgia eclesiástica, *figura del Bautismo,* en cuanto que mediante él se borraron los pecados del mundo y se inició un nuevo linaje: «un mismo elemento (el agua) dió fin al pecado y fué principio de nuevas virtudes». También fué sin duda el diluvio para muchos compatriotas de Noé la salvación del alma; pues, mientras los cuerpos perecían miserablemente, *se arrepintieron* en los últimos momentos, en medio de las olas que por todas partes les acosaban. «Cristo fué en espíritu a los espíritus encarcelados y predicó a aquéllos que fueron incrédulos en otro tiempo y abusaron de la longanimidad de Dios en los días de Noé al fabricarse el arca» [1], los cuales se convirtieron cuando de súbito vino la inundación [2]. La *paloma* que regresó al arca es figura del Espíritu Santo, que da al agua la virtud de santificar [3]. El diluvio mismo representaba para Noé y los suyos el paso a una *nueva vida.* «De igual modo, el bautismo hace bienaventurados» [4], por cuanto que convierte al hombre en una nueva criatura en Cristo, haciéndole rico en gracias, hijo de Dios y heredero del cielo.

El arca «es *figura de la Iglesia de Cristo,* la cual nos hace felices mediante el *madero* (de la cruz) en que fué colgado el mediador entre Dios y el hombre, Jesucristo» [5]. La *abertura* que el arca tenía *al costado,* significa aquella herida por la cual quedó abierto el costado del divino Redentor, donde nos refugiamos cuando acudimos a El, pues de ella manaron los sacramentos, por los cuales los fieles son consagrados a Dios. Allí deben refugiarse todos los que no quieren perecer en el diluvio. Fuera del arca no había salvación posible. Fuera de la Iglesia no es posible salvarse de la eterna perdición, como observa san Cipriano [6]: «No puede tener a Dios por padre, quien no tiene a la Iglesia por madre. Y así como nadie podía librarse de la muerte fuera del arca de Noé, tampoco escapará de ella quien se halla fuera del seno de la Iglesia».—El arca *encerró criaturas de todas clases;* la Iglesia acoge en su seno a todas las naciones, «a toda criatura» [7]. Por *una sola puerta* se entraba en el arca; sólo el bautismo abre las puertas de la Iglesia. Frente a las olas que inundaban la tierra y se encrespaban furiosamente, el arca era una navecilla fluctuante, *un madero despreciable* [8]; pero *la dirigía Dios,* que todo lo puede y todo lo sabe, haciendo de ella una tabla de salvación. También la Iglesia, frente a terribles persecuciones que desde el principio se desencadenaron contra ella, parecía una frágil navecilla, privada de todo humano amparo, con el único apoyo del leño de la cruz, objeto de universal desprecio; pero el mismo unigénito *Hijo,* que en todo tiempo es su piloto, según su promesa [9], padeciendo y muriendo por nuestros pecados en el *madero de la cruz,* hizo de ella y de su Iglesia una fuente

---

[1] I *Petr.* 3, 19 s.

[2] Así lo entendieron san Jerónimo y otros santos Padres y después de ellos casi todos los escritores católicos de nota, como Cornelio a Lapide *(Comm. ad Gen. 6, 5 et I Petr. 3, 20),* Estius *(Comm. ad I Petr. 3, 20),* Allioli. Cfr. Hundhausen, *Das erste Pontifikalschreiben des Apostelfürsten Petrus* (Maguncia, 1873) 348 s.; Weiss, *Messianische Vorbilder,* 10 s.

[3] Cfr. la bendición de la pila bautismal el día de Sábado Santo; Kraus, *Realenzyklopädie* I, 593; II, 500.

[4] I *Petr.* 3, 21.

[5] San Agustín, *De Civ. Dei,* l. 15, c. 26; *C. Faust.,* l. 12, c. 14; *Tract. 120 in Ioann.;* lo mismo los demás santos Padres. San Agustín hace resaltar especialmente que lo largo, alto y ancho representan el cuerpo en que Cristo había de encarnar y de hecho encarnó; pues el cuerpo humano extendido en el suelo tiene de largo seis veces la anchura y diez veces la altura. San Agustín, *De Civ. Dei,* l. 15, c. 28, 1.

[6] *De unit. Eccl.,* c. 6 (ed. Hurter, Innsbruck, 1868).

[7] *Marc.* 16, 15.

[8] *Sap.* 10, 4.

[9] *Matth.* 28, 20.

inagotable de bendición.—*Las olas levantaban en alto el arca,* y ella se deslizaba sobre las aguas, y cuanto más subían éstas, tanto más se erguía aquélla hacia el cielo. Así, las terrenas tribulaciones levantan la Iglesia de la tierra, esto es, de las aspiraciones terrenas; y cuantas más tribulaciones experimenta, tanto más se eleva a Dios y tanto más majestuosamente se yergue sobre el agitado oleaje de este mundo.

11. Los hijos de Noé. Muerte de Noé

(*Gen.* 9, 18-29)

110. Los hijos de Noé que salieron del arca se llamaban Sem, Cam y Jafet; Cam es el padre de Canaán. De éstos se propagó el linaje de los hombres sobre toda la tierra. Y Noé, que era labrador, comenzó de nuevo a labrar la tierra, y plantó una viña; y habiendo bebido vino, se embriagó y quedó desnudo en medio de su tienda. Cuando vió esto Cam, padre de Canaán, salió fuera a contarlo a sus dos hermanos. Mas Sem y Jafet pusieron una capa [1] sobre sus hombros, y andando hacia atrás, cubrieron la desnudez de su padre» (9, 18-23).

De todo el resto de la vida de Noé, que aun duró 350 años, sólo se menciona el referido hecho, que tuvo importancia en el curso de la divina Revelación entre los hombres, por cuanto motivó la *separación* de una parte de la humanidad, con destino a una especial dirección divina y a una segunda *profecía mesiánica.* Acaeció esto después del diluvio, seguramente alguno o algunos decenios más tarde, pues se habla de un hijo de Cam, nacido después del diluvio. No dice el texto que Noé no conociera la fuerza del vino; es una opinión de los santos Padres, que quieren disculpar al Patriarca [2].

111. «Y cuando despertó Noé y supo lo que había hecho con él su hijo menor, dijo: *Maldito sea Canaán, siervo será de los siervos (ínfimo esclavo) de sus hermanos.* Y añadió: *Bendito el Señor (Yahve) Dios de Sem, sea Canaán siervo de él. Ensanche Dios a Jafet, y habite en las tiendas de Sem, y sea Canaán siervo de él»* (9, 24-27) [3].

Cam es castigado en su hijo Canaán; como faltó a su padre, fué castigado en su hijo. Es chocante que, entre los hijos de Cam mencionados en *Génesis* 10, 6, se maldiga al más joven. Debió éste, sin duda, participar en el pecado de su padre—como supone la tradición judía. Maldición y bendición de Noé no eran sino el anuncio de una revelación comunicada por Dios a Noé acerca de los futuros destinos de la humanidad después del diluvio, y en par-

---

[1] En hebreo *simlah*, un trozo grande de paño, rectangular, para envolver el cuerpo.

[2] San Crisóstomo, *In Gen.*, hom. 29, n. 3 y 4. San Ambrosio, *De Noe et arca,* c. 29, n. 111. Santo Tomás, *Summa theol.,* 2, 2, q. 150, a. 1. No es creíble que Noé fuese el primero en cultivar viñas y fabricar el vino. Hay un texto en san Mateo, 24, 38, donde el Salvador parece indicar lo contrario: «Así como en los días anteriores al diluvio comían y *bebían*», etc. La inexperiencia de los efectos del vino pudo ser en Noé meramente personal.

[3] El sentido literal indica a las claras que la parte de Sem fué una especial bendición de Dios, la de Jafet «difusión» (morada, domicilio dilatado y pacífico, poderío, felicidad), la de Canaán esclavitud. Resalta aún más la parte de Sem, si se toma por sujeto de la oración: «viva en las tiendas de Sem», no Jafet, sino Dios (lo cual está conforme con la primera frase); dice luego: «conceda Dios a Sem su revelación» (su especial protección), y explica luego cómo Yahve ha de ser el Dios de Sem, habitando en los tabernáculos de éste.

ticular, acerca de la relación de su descendencia con la promesa del Mesías. *El cumplimiento* de la profecía está a la vista, como nota san Agustín [1]. *Sem* fué el heredero de las promesas; de él procede el pueblo escogido y el divino Redentor, «en el cual fueron bendecidas todas las naciones de la tierra» [2]. La descendencia de *Jafet* fué la que más se extendió, conquistó los países de los descendientes de Sem, especialmente Canaán, entró con este motivo en conocimiento de la verdadera religión, y cuando los judíos rechazaron al Redentor, ocupó el puesto de aquéllos. En cuanto a los descendientes de *Cam,* no es tan fácil ver el cumplimiento de la profecía. No basta fijarse en los habitantes de la mayor parte de Africa, que, sumidos hasta hoy en la superstición pagana y en la barbarie, e inaccesibles a las verdades del Evangelio, languidecen en triste esclavitud, arrastrados a menudo a través de vastos mares. Mas no a todos los descendientes de Cam alcanzó la esclavitud, ni tampoco fué siempre ésa la suerte de los africanos. Precisamente los camitas (por ejemplo, los fenicios, cartagineses, egipcios) fueron los primeros que se esparcieron por el sur y oeste de Asia, y especialmente por Africa. Estuvieron sometidos a los jafetitas, a los griegos y romanos, pero después de haber tenido su parte en el señorío del mundo. Habremos, pues, de decir, que la maldición de Cam fué relativa, en comparación con sus hermanos, y alcanzó especialmente a Canaán. Los descendientes de Canaán (cananeos) cayeron en la más abyecta idolatría, consistente sobre todo en sacrificios humanos y prácticas deshonestas. En castigo de su depravación [3], fueron condenados por Dios al exterminio, y totalmente aniquilados por los israelitas. Lo que de ellos quedara, cayó con su país en poder de Israel, y más tarde, con éste, bajo el dominio de los jafetitas, de los persas, griegos y romanos. Debe tenerse en cuenta, en profecías de esta naturaleza, que sólo se expresa y representa la idea (aquí: el aborrecimiento del pecado de Cam y el castigo en su hijo), mas no los pormenores y el cumplimiento, que dependen en parte de condiciones morales (libre voluntad, cooperación, culpa o inocencia de los hombres), sobre todo tratándose de bendiciones y castigos.

112. «Noé vivió después del diluvio 350 años, y todos los días que vivió fueron 950 años; y murió.» Después de él disminuye de súbito la *vida del hombre* que hasta entonces se había aproximado a los 1000 años; su primer descendiente, Sem, llegó a la edad de seiscientos, mas presto disminuyó la duración de la vida humana, hasta las cifras de la corta duración actual.

Noé fué figura del Redentor. He aquí los rasgos esenciales: Fué el único *justo* entre todos sus contemporáneos, y halló gracia delante de Dios. Trabajó durante muchos años con fatigas y sudores en la construcción del *Arca,* y predicó penitencia a grandes voces.—En el Arca de Noé se guareció de las olas del diluvio y de los abismos del profundo la única esperanza y *salvación* del género humano; y por eso fué Noé en la realidad lo que su nombre dice: consuelo, salvador, como con espíritu profético le había llamado su padre Lamec seiscientos años antes del diluvio. Cuando salió Noé del Arca ofreció un *sacrificio,* que fué muy grato a Dios, de todos los animales puros. El Señor hizo *alianza* con Noé y sus hijos, y dióle en el *arco iris* una prenda de su favor y de su perpetua solicitud por la conservación de la tierra y de las criaturas. Noé fué escogido para *poblar de nuevo* la tierra de hombres y animales, como si dijéramos, para criarlos de nuevo en ella. Es clara la comparación y aplicación de estos rasgos a Jesucristo [4].

---

1 *C. Faustum,* 12, 14.
2 Cfr. *Eccli.* 49, 19.
3 Cfr. *Gen.* 15, 16; 18, 20, ss.; 19, 4 ss.; *Lev.* 18, 27.
4 Todavía hace resaltar san Agustín otros pormenores.

12. La torre de Babel. Dispersión de las naciones

(*Cap.* 10 y 11)

113. Antes de proseguir la historia de la Revelación, de cómo Dios abandonó, al parecer, la humanidad a su suerte, escogiendo una pequeña parte de ella, a la cual otorgó una dirección particular, el capítulo 10 echa una *ojeada* a los pueblos descendientes de los hijos de Noé, y nos ofrece una lista de setenta nombres (de padres de linaje, de naciones y ciudades), llamada *tabla de las naciones,* dispuesta en este orden: Jafet, Cam, Sem. Esta lista se funda en un preciso conocimiento de las ramas importantes de las familias de los pueblos conocidos por la más remota antigüedad (conocimiento que bien pudo venir por tradición), a que no alcanzan ni las listas comerciales de los egipcios ni las de las conquistas de los babilonios y asirios. Las ideas capitales de la unidad de origen, del parentesco y del destino idéntico de todos los hombres como miembros de una gran familia, ideas que campean en la tabla mosaica de las naciones, son completamente ajenas al paganismo. Sus datos, antes llenos de misterios, han servido de fundamento y guía para la investigación científica en tiempos antiguos y modernos; hoy han sido esclarecidos y confirmados en gran parte por los resultados de la etnología y lingüística, como también por la egiptología y asiriología; de suerte que la tabla de las naciones de Moisés debe ser reconocida «como un monumento histórico-geográfico importante para una época, de la cual no tenemos otros documentos extensos» [1].

TABLA DE LAS NACIONES

Jafet

Gomer — Magog, Madai, Javan, Tubal, Mosoc, Tiras

Gomer: Ascenez, Rifat, Togorma

Javan: Elisa, Tarsis, Cetim, Dodanim

Cam

Cus — Mesraim — Fut — Canaán

Cus: Saba, Hevila, Sabata, Regma, Sabataca | Nemrod

Regma: Saba, Dadan

Mesraim: Ludim, Anamim, Laabim, Neftuim

Canaán: Sidón, heteos, jebuseos, amorreos, gergeseos, heveos, araceos, sineos, aradios, samareos, amateos

Sem

Elam — Asur — Arfaxad — Lud — Aram

Aram: Us, Hul, Geter, Mes

Arfaxad: Sale

Sale: Heber

Heber: Faleg, Jectan

Jectan: Elmodad, Salef, Asarmot, Jaré, Aduram, Uzal, Decla, Ebal, Abimael, Saba, Ofir, Hevila, Jobab

---

[1] Así Dillmann, Franz Delitzsch y otros. Frente a las despectivas observaciones de Stade, Gunkel, Federico Delitzsch (*Babel u. Bibel* III[3]) y otros, cfr. la detallada discusión de la tabla de las naciones en *ATAO*[3], 148 ss. Esta no es un producto de la reflexión, sino una tradición antigua que merece confianza, aun cuando en su forma actual no sea anterior al siglo VIII; «porque los escritores bíblicos demuestran siempre tener cabal conocimiento de la geografía política (de su tiempo)». Un buen resumen puede verse en Weiss (*Weltgesch.* I, LXVI ss.) y Kaulen (*KL* XII, 1037 ss.).—Para formarse idea del mundo de la tabla de las naciones, puede servir Riess (*BA,* lámina IV) o Hagen (*AB,* lámina I) y el mapa de *ATAO*[3]. Esta nos muestra que en realidad sólo se nombran los pueblos de Siria, Canaán, Mesopotamia, Egipto, Arabia y vecinos.

En tan árida enumeración de nombres encontramos sólo una observación de carácter histórico tocante a un descendiente de Cam, llamado *Nemrod,* del cual se dice:

«Este comenzó a ser poderoso en la tierra. Y fué forzudo cazador delante del Señor. Por lo cual salió el proverbio: «Forzudo cazador delante del Señor, como Nemrod». Y el principio de su reino fué Babilonia y Arac, y Acad, y Calane, en el país de Senaar. De esta tierra salió a Asur [1], y edificó Nínive [2], la ciudad de las calles, y Cale; también Resén, entre Nínive y Cale: ésta es la ciudad grande» (10, 8-12).

Quedan todavía envueltos en la oscuridad nombre, historia y época de *Nemaod;* mas, al parecer, nos encontramos con un dato de la historia primitiva de los *sumerios* [3]. Tal vez es un nombre compuesto: *Nu-Marad,* es decir, hombre de Marad, antigua ciudad sumeria; pero acaso es otro nombre de Guilgamés [4]. La religión y civilización asirias proceden probablemente de Babilonia, y de ésta dependen totalmente. La caza (de fieras, como el león, el tigre, etc.) y la guerra fueron las ocupaciones favoritas de los asirio-babilonios desde los tiempos más remotos. Ninguna escena se encuentra representada con más frecuencia en los muros de los palacios que las de caza y guerra; en los relieves de los palacios asirios y en los sellos cilíndricos se ve frecuentemente la figura de un héroe (gigante, rey) que estrangula a un león; se trata probablemente de Guilgamés (Nemrod), a quien se describe en la epopeya como esforzado guerrero y cazador (éste es también el sentido de la expresión: «en la presencia del Señor»). Las ciudades citadas son antiquísimas y van estrechamente unidas a la historia y vida de los tiempos más remotos. No se atribuye a Nemrod la fundación de Babilonia; pero esta ciudad fué el principio y centro de su reino. Ya en tiempos muy remotos llegó Babilonia a tener importancia preponderante y central [5]. En el Antiguo Testamento se nombra frecuentemente la tierra de Senaar, que es el país bañado por el medio y bajo Eufrates. No se puede hoy poner en duda que guarden estrecha relación con este país los nombres «Sumir» y «Acad», los cuales designan en los documentos babilónicos un pueblo y un reino de aquella región [6]. Pero, mejor que por cualquier comentario, queda hoy esclarecido (el pasaje citado) por el descubrimiento de montículos de ruinas, cuyas inscripciones han puesto en claro la indudable identidad de los nombres de los lugares allí encontrados con los bíblicos: *Erech*, extensas ruinas de *Warca* a la izquierda del Eufrates, el *Uruk* de las inscripciones, donde tenía su templo principal Istar o Nanai, diosa del planeta Venus, astro de la tarde; Acad, mitad de la antigua ciudad doble *Sippar-Acad,* llamada *Sephar waim* en la Sagrada Escritura, igualmente a la izquierda del Eufrates, donde una divinidad local, adorada primitivamente con el nombre de Anunitu, fué identificada posteriormente con Istar, diosa del planeta Venus, astro de la mañana [7]. Sólo queda por identificar Calane; tal vez es *Nippur*, desenterrada por Hilprecht. La «ciudad de las calles» (en hebreo *Rechoboth Ir)* es probablemente Rêbit-Ninâ de las inscripciones cuneiformes, situada frente a Nínive, en el sitio de la actual Mosul. Se sospecha que *Cale* es la actual Nimrud, en cuya proximidad debe de hallarse

---

[1] Nombre del país y de la antigua capital de Asiria, cuyas extensas ruinas han sido reconocidas en la actual Kalah-Schergat, más de 50 Km. al norte de Mosul, o en Nínive propiamente dicha, que está frente a Kalah-Schergat, en la ribera derecha del Tigris.

[2] Cfr. núm. 117.

[3] Landersdorfer, *Die sumerische Frage und die Bibel,* en *BZF* VIII, 466.

[4] Baumgartner, *Geschichte der Weltliteratur* I (Friburgo, 1901), 78-87.

[5] Winckler, *Geschichte der Stadt Babylon*, en *AO* IV, 1. Delitzsch, *Babylon* (1901).

[6] Cfr. Bezold, *Die assyrische u. Babylonische Keilschriftforschung,* 20 y 55; *BZ* XI (1913), 360; *BZF* VIII, 465.

[7] Bezold, l.c. 21.

Resen. Estas tres ciudades, juntamente con Nínive, están comprendidas en un nombre común («Gran-Nínive») [1].

Termina la tabla con las siguientes palabras: «Estas son las familias de Noé, repartidas en sus pueblos y naciones. De éstas se propagaron las gentes por la tierra después del diluvio» (10, 32).

Al comienzo, pues, de la historia de la humanidad posdiluviana tenemos un *documento* divino *de la unidad* del linaje humano, del parentesco de todos los pueblos y, especialmente, del derecho de todos a participar un día de la Redención mesiánica; de esta suerte, antes de que las gentes abandonen la casa paterna, la casa regida de una manera especial por el Señor, reciben en cierto modo del mismo Dios un certificado de origen [2]; después de esto nos relata el capítulo 11 aquel suceso que puso de manifiesto la *nueva apostasía* de la humanidad y dió origen a la separación y dispersión de las gentes.

114. «Era entonces la tierra de un solo lenguaje, y de un mismo discurso. Y como partieran de Oriente y hallaran una campiña en la tierra de Senaar, habitaron en ella. Y dijo cada uno a su compañero: Venid, hagamos ladrillos y cozámoslos al fuego. Y se sirvieron de ladrillos en lugar de piedras, y de betún en vez de argamasa [3]; y dijeron: Venid, edifiquemos una ciudad y una torre, cuya cumbre llegue hasta el cielo; y hagamos célebre nuestro nombre, antes [4] de esparcirnos por todas las tierras» *(Gen.* 11, 1-4).

«*En la tierra*», es decir, entre los habitantes de aquella región cuya historia se cuenta aquí, entre los descendientes de Noé, había «*una sola* lengua y *un*

---

[1] La cláusula «esta es la gran ciudad», se refiere seguramente a las cuatro ciudades mencionadas, las cuales, aunque no estuviesen unidas por un cordón de fortificaciones, como antes se creía, podían, sin embargo, estar comprendidas bajo un mismo nombre («Gran Nínive»). Y aunque la Nínive de Diodoro (contemporáneo de Jesucristo; 480 estadios [90 Km.] de perímetro, muros de 30 m. de altura y 1500 torres) sea algo fantástica, y la cláusula «esta es la gran ciudad» muy probablemente sea glosa posterior, es verdad, sin embargo, que Nínive fué centro de un territorio muy poblado de ciudades, considerado en el concepto y lenguaje populares como una gran ciudad. Cfr. *Ion.* 1, 2; 3, 2 ss.; Kaulen, *Assyrien u. Babylonien*, 274. Cfr. para el estudio de todo el capítulo, Zehnpfund, *Babylonien in seinen Ruinenstädten,* en *AO* XI, 3-4.

[2] Cfr. Haneberg, *Geschichte der Offenbarung*[3], 39. Por esto se hace resaltar también más tarde expresamente, al dar el primer paso para seleccionar un pueblo, que todas las naciones tendrán parte en la Redención mesiánica: «En ti (en Abraham) serán benditas todas las naciones de la tierra» *(Gen.* 12, 3).

[3] Se encuentran también estos materiales entre los restos todavía existentes de Babilonia. Los alrededores de Babilonia están sembrados de ladrillos (fig. 17); abundaban también los yacimientos de asfalto. El asfalto, mezclado con juncos y arena, substituía al mortero, y unía tan fuertemente las piedras, que con dificultad se logra derruir los muros; el asfalto seco se empleaba para el fuego. Kaulen, *Assyrien u. Babylonien,* 78 ss., 115, Cfr. Herodoto, 1, 179; *ATAO*[3], 170 ss.

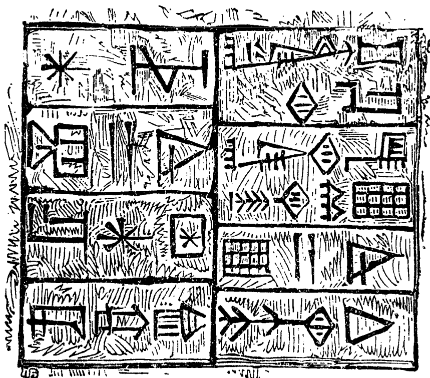


Fig. 17. — Ladrillo de Warca con inscripciones cuneiformes (Londres, British Museum).

[4] Según el texto hebreo («*para* que no seamos dispersados»), los constructores de la torre querían evitar la dispersión; pero la voluntad de Dios era que se difundiesen por toda la tierra.

mismo discurso», el mismo espíritu y la misma forma del lenguaje. Puesto que el escritor sagrado sólo tiene en consideración la descendencia de Noé, únicamente de ésta afirma la unidad de lengua. Parte de esta descendencia—no es de suponer que toda ella tomase parte en tan temeraria empresa—abandonó su morada del Oriente, es decir, Armenia, donde paró el arca después del diluvio; siguiendo el curso del Tigris hacia el sur, atravesó luego el río y dirigiéndose al Occidente se estableció en la tierra de Senaar y edificó allí una ciudad. *Génesis* 10, 25 nos da pie para fijar la fecha de esta construcción: «Uno de los hijos de Heber (biznieto de Sem) se llamaba Faleg» (es decir, división), «porque en sus días se dividió la tierra» (se dispersó la población de la tierra). Según *Génesis* 10, 10-17, nació Faleg el 101 después del diluvio; por lo que muchos han fijado en este año la fecha de la torre de Babel. Las palabras «en sus días» inducen a pensar más bien en alguno de los años posteriores de Faleg. Según la versión griega de los LXX, el suceso aconteció entre 531 y 870 después del diluvio. En el centro de esta ciudad pensaban construir una torre-templo que llegase al cielo [1]. La Sagrada Escritura deja traslucir lo que en la empresa había de malo: la apostasía de Dios, la pretensión de tener un centro de reunión sin Dios, más aún, en abierta rebelión contra Dios, y el orgullo de su propia grandeza e independencia; era el paganismo en germen. Indica la Sagrada Escritura que el proyecto se llevó, en parte, a cabo. Pero el Señor, en cuyos designios entraba la dispersión de las gentes por toda la tierra, no permitió que se terminase. Y al desbaratar sus planes quería darles una lección importante para el viaje, a saber: que la humanidad tenía su único centro en Dios, su Creador y Señor, y en El lo había de encontrar (más tarde por medio del Mesías).

115. «Y descendió el Señor, para ver [2] la ciudad y la torre que edificaban los hijos de Adán, y dijo: «He aquí que el pueblo es *uno solo,* y el lenguaje de todos, *uno mismo;* y han comenzado a hacer esto, y no desistirán de lo que han pensado, hasta que lo hayan puesto por obra. Venid, pues, descendamos [3] y *confundamos allí su lengua,* de manera que ninguno entienda el lenguaje de su compañero». Y el Señor los desparramó desde aquel lugar por todas la tierras, y cesaron de edificar la ciudad. Y por esto fué llamado su nombre *Babel* [4], porque allí fué confundido el lenguaje de toda la tierra; y desde allí los esparció el Señor por todas las regiones» (11, 5-9).

La Sagrada Escritura hace resaltar más la dispersión de los hombres que la confusión de lenguas; mas ésta fué el motivo y causa de aquélla. Es evidente que el texto sagrado pretende describir una intervención (prodigiosa) de Dios y una catástrofe, y que la narración realza especialmente aquel «no entenderse ya los unos con los otros». Pero no nos refiere el hecho circunstanciadamente, sino sólo insinúa que la confusión alcanzó primero al espíritu, a la forma interna

---

[1] Según sabemos por las excavaciones, en el centro de las ciudades babilónicas había una torre *(ziggurat),* cuya punta llegaba al cielo; constaba de 3-5 pisos (en representación de otros tantos planetas que recorrían el zodíaco); en el piso superior había un *templo* destinado a fines sagrados (astrológicos).

[2] Antropomorfismo, para significar que el Señor y Juez de los hombres, que tiene su trono en el cielo, conocía la presunción de aquéllos.

[3] Expresión análoga a la de la pág. 73, nota 4.

[4] Del hebreo *balal* = confundir, embrollar. La forma «Babel» está conforme con las leyes lingüísticas (en asirio-babilónico hay formaciones análogas). En las inscripciones cuneiformes asirio-babilónicas se lee *Bab-Ilu,* es decir, pórtico o santuario de *Ilu* (en hebr. El, Dios), divinidad que, con Bel y otras, recibía culto especial en Babilonia. Esta palabra *Bab-Ilu* pudiera ser muy bien una interpretación posterior del nombre primitivo *Babel* = confusión; como tampoco es preciso que la etimología bíblica de este nombre esté conforme con las reglas de la gramática.

del lenguaje; los hombres debieron darse cuenta de esta confusión, la cual les obligó a renunciar a su plan y a dispersarse. El cambio de la forma externa del lenguaje pudo efectuarse poco a poco, puesto que la posibilidad de cambios y ramificaciones radicaba en la naturaleza misma del lenguaje y estaba favorecida por el pecado original. «La primera e *imprevista* escena (de la separación de los hombres) la quiso Dios; El apresuró el proceso natural, mas nada nuevo creó en Babel, sino que llevó a la conciencia de los hombres cosas existentes mucho tiempo antes. El desarrollo *completo* de la separación pertenece a la historia posterior» [1].

Hasta el presente no se han encontrado en la tradición babilónica testimonios directos que confirmen la verdad del relato de la confusión de lenguas. Pero tenemos noticias de torres, indudablemente templos, cuyo origen se pierde en los tiempos primitivos. Las más antiguas y famosas de estas torres estaban en Babilonia, y sus restos se han conservado hasta nuestros días; no ciertamente los restos de los edificios primitivos, sino de los que se restauraron y transformaron en épocas posteriores (por Nabucodonosor 605-562 a. Cr.); mas en las actas de construcción se hace mención del origen inmemorial del edificio y se halla siempre esta frase consagrada: la torre «debe llegar al cielo», o «competir con el cielo». El más famoso de estos santuarios de Babilonia es la torre Etemenanki (piedra angular del cielo y de la tierra) del templo de «Esagila»; de ella se hace mención en documentos del tercer milenario a. Cr.; su base ocupaba una extensión de 91,50 m². Es posible que la tradición bíblica de la construcción de la torre tenga que ver con las ruinas que hoy se llaman «torre babilónica» [2]. Antes se indicaba como la torre bíblica a Birs Nimrud [3], situado al noroeste del campo de las ruinas babilónicas, o también las ruinas de Bâbil [4], que están al norte.— En Babilonia y otras partes del mundo debieron de existir tradiciones similares a la bíblica, como se colige de ciertas leyendas paganas y judías. Trátase en ellas de una rebelión de los hombres contra Dios, de un intento de tomar el cielo por asalto (titanes); Dios los castigó, confundiéndolos y desbaratando sus planes [5].

116. Babel [6], situada a orillas del Bajo Eufrates, adquirió muy pronto importancia preponderante entre los numerosos centros de culto y civilización (fig. 18). En este aspecto se considera como «fundador» de la ciudad a Sargón I (hacia 2800 a. Cr.), personaje mitad legendario y mitad histórico. Desde esta época adquiere el dios de la ciudad de Babel predominio sobre los otros dioses, al paso que el rey somete a su cetro a los reyes del país. La idea de la hegemonía política y religiosa del mundo, con Babel por centro, debió de ser muy antigua. Vémosla por primera vez unida al héroe legendario *Guilgamés,* probablemente el Nemrod de la Biblia (cfr. núm. 113). El es supremo legislador, maestro de astronomía (ciencia y religión), héroe esforzado, que emprendió una expedición audaz al paraíso para conseguir la vida eterna; constructor de la ciudad en que los *caldeos* (astrólogos) instituyeron después un sacerdocio real que se adueñó del poder, de la ciencia y de la religión. Estos rasgos se aplican más tarde a otros reyes (jefes) importantes de Babilonia (especialmente a Nabucodonosor), los cuales se complacían en llamarse «reyes de las cuatro regiones del mundo». Esto explica por qué era Babel para los hebreos la encar-

---

[1] Hoberg, *Genesis*², 129; *ThpM* XVII, 665 ss.

[2] Véase una exposición detallada, con grabados, en Koldewey, *Das wieder erstehende Babylon*³ (Leipzig, 1914); *MDOG,* núm. 59 (marzo 1918); *ATAO*³, 170. Véase en la lámina 1c una reconstrucción de la torre.

[3] Puede verse un estudio acerca de la investigación, estructura y probable destino de Birs Nimrud en Hilprecht, *Ausgrabungen in Assyrien und Babylonien,* 175 ss.

[4] Kaulen, l. c. 78 ss.

[5] *ATAO*³, 175 ss.

[6] Otros nombres antiguos: *Tin-tira, Ka-dingira, Bab-Ilu* = pórtico de Dios. — Winckler, *Gesch. der Stadt Babylon,* en *AO* VI, 1, 9 ss. Kaulen, l. c. 213 ss.

nación del poderoso enemigo de Dios, del paganismo, como se lee en los profetas, y aún (nominalmente) en el *Apocalipsis* del N. T.—La ciudad, que, a juzgar por las piedras que se han descubierto, debió de existir ya en tiempos prehistóricos y alcanzar muy pronto gran extensión, fué destruída por Senaquerib,

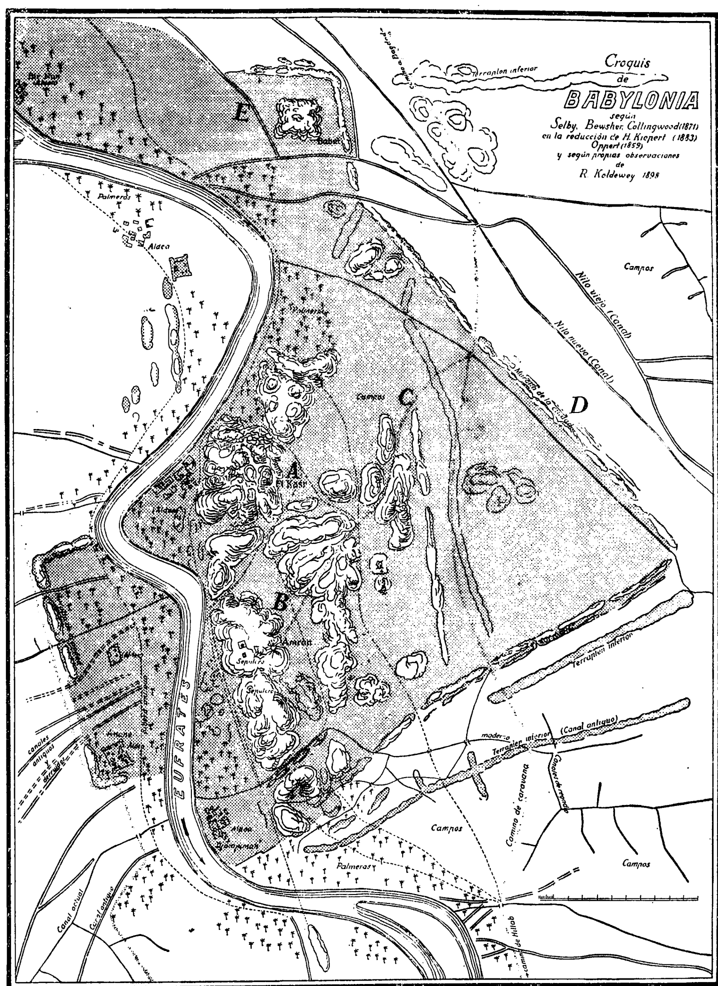


Fig. 18. — Plano de Babilonia. (Tomado de la revista *MDOG).*
A montículo Kasr; *B* montículo Amran ibn-Ali; *C* recinto interior, al oriente del grupo de montículos Homeira; *D* recinto exterior amurallado; *E* montículo de ruinas de Bâbil.

rey de Asiria, restaurada (hacia 689) por Nabucodonosor y ampliada notablemente con magníficos edificios nuevos y con la anexión de un barrio situado a la orilla izquierda (oriental) del Eufrates. Las descripciones de todos los escritores se refieren a esta Babilonia nueva (restaurada), que no llegó a disfrutar mucho tiempo de su esplendor. Según Herodoto[1], que la visitó por los años de 450 a. Cr., tenía forma cuadrangular, con un perímetro de 94 Km. Sus

[1] *Hist.*, 1, 178-183. Cfr. Weiss, *Weltgeschichte* I, 296.

muros, de 200 codos[1] de altura y 50 de espesor[2], estaban protegidos por 250 torres y 100 puertas de bronce. Después de edificado el palacio real (Kasr[3]), el río Eufrates dividía la ciudad en dos partes. En medio de una de ellas se levantaba el regio alcázar, con su amplio recinto fortificado; en el centro de la otra se hallaba el templo de Bel, cuya base era un cuadrado de dos estadios, o sea, de 420 m. de lado; en medio de este templo se levantaba una torre (Etemenanki, antes citada), cuya base era también un cuadrado de 210 m. de lado, con ocho terrazas de un estadio de altura. Rayan en lo fabuloso estos datos, que las nuevas investigaciones reducen a límites más modestos. Parece que el circuito de la ciudad era de 15 Km.; la anchura del campo de ruinas de 19 a 20 Km.; mas es de advertir que han desaparecido muchas huellas de la antigua grandeza[4].

117. También el origen de **Nínive**[5] se pierde en la noche de los tiempos. Ya hacia el 3000 a. Cr. recibía la ciudad el nombre del rey *Gudea* de Lagasch (sur de Babilonia); hacia 1800 a. Cr. se restauró el templo de la diosa *Istar*, cuya efigie fué prestada dos veces a Egipto en tiempo de Amarna (1400). Llegó a su grandeza y esplendor bastante tarde, cuando fué capital del reino asirio (desde 1300 poco más o menos) y superó a su rival, la antigua ciudad de Cale (Kelah) (desde Asurnasirpal, 885-860). Los modernos tienen por imposible, y las excavaciones no han confirmado, que la ciudad abarcara toda la inmensa extensión señalada por las ruinas de las ciudades arriba mencionadas (núm. 114). Las noticias de Diodoro descansan en exageraciones e invenciones más recientes. Los datos de la Sagrada Escritura acerca de la «gran ciudad» son, sin duda, de origen posterior, y se han de interpretar según el concepto y lenguaje del pueblo, para el cual todo el ámbito de las cuatro ciudades, entre las cuales descollaba Nínive, era una «gran ciudad» (ciudad mundial). Por lo demás, también en las inscripciones aparece Nínive como ciudad compuesta de cuatro[6]. Fué destruída completamente, y para siempre, hacia 606 a. Cr., según habían predicho los profetas[7]. Xenofonte vió en 401 a. Cr. las ruinas de dos ciudades abandonadas, Larissa y Mespila, situadas a orillas del Tigris, distantes una de otra cuatro millas y media[8]. Perdióse después el recuerdo de las ruinas, hasta que en 1842 comenzaron a surgir de entre los escombros, revelando al mundo los más asombrosos vestigios de antigua grandeza y esplendor[9].

118. La diversidad de lenguas—se cuentan hoy en día de 800 a 900, prescindiendo de los dialectos[10]—aparece en la Sagrada Escritura como un *castigo* del orgullo humano y de la apostasía. El estudio comparado de las lenguas se ve obligado a admitir la posibilidad de una lengua primitiva única. Esto es consecuencia necesaria de la unidad de la especie humana y se explica, no sólo por la facultad de hablar, propia y exclusiva del hombre, sino también por la regularidad que se advierte en la formación de todas las lenguas.

---

[1] Herodoto dice «codos reales, tres dedos más largos que los comunes», por tanto 0,550 m. (Cfr. núm. 95).

[2] Doble muro, con el espacio intermedio lleno de tierra.

[3] El plano (fig. 18) da una idea de la primitiva ciudad.

[4] Acerca de los resultados de las excavaciones, v. Koldewey, l. c. 303.

[5] *Nínive*, en asirio *Ninua*. Aparece este nombre en las inscripciones egipcias hacia el 1800 a. Cr.; significa «habitación»; según algunos, ciudad de *Ninus* o de *Ninib*. Cfr. Kaulen, l. c. 234 s.

[6] *KB* II, 117.

[7] Especialmente *Nah.* 2 y 3; *Soph.* 2, 13.

[8] *Anab.* 3, 4 7.

[9] Cfr. Kaulen, *Assyrien*, etc., 18 ss.; Zehnpfund, *Die Wiederentdeckung Ninives*, en *AO* V, 3 (1903); Döller, *Studien*, 313 ss.

[10] Cfr. Finck, *Die Sprachstämme des Erdkreises (Aus Natur und Geisteswelt*, volumen 267), donde enumera más de 2000 lenguas distintas; *ibid.*, vol. 268, *Die Haupttypen des Sprachbaues*, del mismo autor. Algunas restricciones, v. *Anthropos* V, 1174.

Pues la formación del lenguaje y de las raíces está íntimamente unida con la de los conceptos. «La lingüística ha demostrado con pruebas irrefutables, que el pensamiento humano y el lenguaje proceden de lo abstracto a lo concreto, y no de lo concreto a lo abstracto; las raíces o elementos, de que se forma una lengua, son siempre abstractos, nunca concretos; y sólo predicando de esto o de aquello los conceptos (genéricos), y localizándolos aquí o allí, se echaron los fundamentos de nuestra lengua y de nuestro pensamiento» (Max Müller). Pero aun prescindiendo de este importantísimo descubrimiento de la filosofía del lenguaje, sucede que, cuanto más adelantan los estudios históricos y comparativos de las lenguas, tanto más se van franqueando las barreras que parecían aislar las lenguas llamadas independientes. Demostrado, hace ya largo tiempo, el parentesco de las lenguas indias y europeas, se ha llegado a probar en los últimos decenios la íntima conexión de las familias semíticas e indogermánicas. Pues se ha descubierto que las raíces semíticas, que se tenían por bisilábicas, proceden de raíces monosilábicas; con lo cual cae por tierra la diferencia fundamental de ambas familias y resultan numerosos puntos de comparación [1]. Los trabajos de Bopp, Rémusat, Marsden, W. v. Humboldt, Adelung, Klaproth, Max Müller y otros, han reducido a unas pocas familias todas las lenguas del mundo. En la actualidad cada vez es más convincente la teoría de que el egipcio antiguo y otras lenguas de Africa septentrional están relacionadas con el babilonio más antiguo (sumerio semítico). De esta suerte se va reduciendo cada día más el círculo de las supuestas lenguas independientes; y es de esperar que lenguas tenidas hoy por muy aisladas lleguen a reconocerse como ramas nacidas históricamente de una unidad lingüística superior. En los últimos tiempos ha defendido denodadamente el italiano Trombetti (Bolonia) la unidad y parentesco primitivo de todas las lenguas [2], iniciando una verdadera revolución en la lingüística comparada. Sus novedades coinciden en algunos ejemplos sorprendentes con los novísimos descubrimientos del estudio de las razas, entre otros, con el hecho de que las «más primitivas» de todas las razas, los bosquimanos, los wetta, los battak, los australianos, están emparentados, es decir, son una variedad de la especie *homo sapiens*. Pero si no se logra reducir a unidad *todas* las lenguas, esto se explica suficientemente por dos razones. Primero, porque mientras las lenguas no se fijan mediante la escritura es cuando mayores y más arbitrarios cambios experimentan. Ejemplo de ello tenemos en los innumerables dialectos americanos y negros y en su asombrosa variabilidad. Y como no poseemos monumentos escritos del período más antiguo e importante de la formación del lenguaje, nos faltan los primeros y más importantes anillos de la cadena de ramificaciones de la primera lengua de los hombres. En segundo lugar, nos dice explícitamente la Sagrada Escritura que la diferencia de lenguas nació, no de natural y paulatina variación de sonidos y usos lingüísticos, sino de la confusión que alcanzó a la fuente misma del lenguaje, de la confusión de ideas. No podemos, pues, pretender llegar hasta el tronco primitivo de donde las lenguas se ramificaron.

El estudio comparado de las lenguas ha tropezado con un doble fenómeno muy notable y que encierra en sí una contradicción intrínseca. A medida que desaparecen las barreras que separan extrínsecamente las lenguas, y conforme va reduciéndose el círculo de lenguas independientes, con mayor claridad se entrevé el abismo que todavía las diversifica: la separación del pensamiento, la distinta manera de ver las cosas, la diversidad de sentimientos; todo lo cual es claro indicio de la apostasía de la humanidad y de una separación espiritual y

---

[1] Cfr. Müller, *Semitisch und Indogermanisch* I (Copenhague, 1907); Hommel, *Grundriss* I, 230.

[2] En su obra *Unità dell'origine del linguaggio* (1904); cfr. *Umschau* (Francfort, 1907), núm. 23. Según Schuchardt (*Sitzungsbericht der Königl. Preuss. Akad. der Wiss., Philos.-histor. Klasse*, XXXVII [1917], 518 ss.), está ya comprobada la unidad de origen de las lenguas (v. *Antrophos*, 1917-18, 359).

moral, consecuencia de la apostasía [1]. La unidad primitiva del lenguaje descansaba en la unidad de sentimientos, y ésta, a su vez, en la humilde sumisión de todos al verdadero Dios y a su Revelación. Con la apostasía quedó abierta profunda división espiritual en la humanidad y echado el fundamento de la diversidad de lenguas. La coincidencia en el lenguaje es la base de un pueblo; y así, cuantas lenguas, nacieron otros tantos pueblos, que fueron diferenciándose cada día más bajo el influjo del pecado y se combatieron a muerte con miras egoístas. Vino el Redentor de los hombres, el cual suprimió estas consecuencias del pecado, congregando y aunando de nuevo, mediante el Espíritu Santo, pueblos de toda clase de lenguas en la unidad de la fe, en su Iglesia una y católica, dándoles un lenguaje único, el amor. Esto vino a expresar simbólicamente el milagro de las lenguas, acaecido el día de Pentecostés, antítesis de la confusión de lenguas de Babel. También es una bella expresión de este pensamiento la *unidad* de lengua de la Iglesia. A este propósito dice san Agustín: «La soberbia confundió las lenguas; la humildad de Cristo las unió de nuevo. De *una* lengua se hicieron muchas; no te maravilles; lo hizo el orgullo. De muchas lenguas se hizo *una;* no te asombres, fué cosa del amor».

13. Origen y desarrollo del paganismo

119. A pesar de su decaimiento moral, la humanidad conservaba el conocimiento y el culto del único y verdadero Dios: mas la torre de Babel y la dispersión de las gentes son el punto crítico fatal de su desarrollo religioso; *es la hora del nacimiento del paganismo*. El *Libro de la Sabiduría* (10, 5) relaciona la elección de Abraham [2]—cuya historia comienza a narrar el *Génesis* en el capítulo 12—con el «comienzo de la maldad», la cual acarreó la confusión y dispersión de los pueblos. Otros lugares del Antiguo y Nuevo Testamento describen la idolatría, muy extendida ya en tiempo de Abraham en todas sus formas de *apostasía, degradación, corrupción execrable, digna de castigo e indisculpable*. Este es el juicio de la Sagrada Escritura acerca del origen y desarrollo del paganismo; mas los resultados de la investigación científica están, al parecer, en desacuerdo con él. La orientación que hoy predomina en la ciencia de las religiones pretende explicar toda religión por un paulatino desarrollo del culto natural y de la creencia en las almas y en los antepasados; de la más abyecta y grosera idolatría (politeísmo) deduce, por natural proceso histórico, la fe pura en Dios (monoteísmo) [3]. Esta teoría encierra un error de

---

[1] Cfr. Giesswein, *Die Hauptprobleme der Sprachwissenschaft,* 117 ss.; *NO,* 1893, 741; 1906, 435 ss. Para las controversias modernas: Schöpfer. *Bibel u. Wissenschaft,* 247. — Hammerschmid *(Die Sprachverwirrung zu Babel,* en *ThpMS,* 1898, 1 ss.), Happel *(Der Turmbau zu Babel,* en *BZ* I, 225 ss.; II, 337 ss.) y otros, suponen que el relato bíblico no se refiere a la diversificación de las lenguas, sino a una empresa que fué causa de la separación de los pueblos semitas; en cuanto al lenguaje y discurso *uniformes*, la Sagrada Biblia se refiere a que los hombres (descendientes de Arphaxad) quisieron abandonar su vida nómada, establecerse al oriente en el país de Senaar, y crear un gran estado (ciudad y torre como metrópoli del reino). Pero Dios los desconcertó, quedando desbaratado el plan que apenas habían iniciado. Cfr. Hummelauer. *Comm. in Gen.,* 301-306. En todo caso es preciso considerar el relato bíblico como tradición histórica, y no como respuesta ingenua y poética de la antigüedad (Gunkel, *Genesis*. 86) a ciertas preguntas que naturalmente ocurre hacer (¿de dónde la diferencia de castas? ¿por qué se dividió la humanidad?). — A. Schulz *(Doppelberichte,* 40 ss.) defiende la unidad de lenguas contra Gunkel.

[2] Se puede discutir si la dependencia es solamente lógica o también temporal; cfr. *BZ* III, 20 s.

[3] Cfr., por ejemplo, Achelis, *Abriss der vergleichenden Religionswissenschaft* (Leipzig, 1904. Colección «Göschen»); Lehmann, *Die Anfänge der Religion u. d. Religion der primitiven Völker,* en Hinneberg, *Die Kultur der Gegenwavt,* primera parte, sección 3,1 (Berlín y Leipzig, 1906), donde se da por completamente destruída la teoría (que ve en el paganismo un sistema degenerado), teoría fundada en la Biblia, desarrollada por san Agustín y defendida por la Iglesia católica y protestante.

los más perniciosos y de peores consecuencias, y nunca será bastante impugnada con razones teológicas y científicas [1].

Acerca del origen y naturaleza de las primeras ideas no sabe más la ciencia que del origen y estado primitivo del hombre. Los comienzos de la historia, civilización y religión, no están al alcance de las investigaciones humanas. Su estudio tropieza por todas partes con hechos y situaciones que suponen cierto grado de cultura y no dan, sino que exigen una explicación de su origen. Hay, además, muchos puntos inseguros, oscuros e incompletos en la historia de las religiones de los pueblos antiguos y primitivos, como también en la de los pueblos de cultura inferior (pueblos naturales); queda, pues, ancho campo para afirmaciones generales y deducciones atrevidas, en las cuales influyen grandemente los prejuicios del investigador. Las opiniones científicas van cambiando a medida que aumenta el caudal de hechos que descubre la investigación. A. Lang, Howitt y otros, «subyugados por la copia de noticias acerca de ideas religiosas elevadas existentes en pueblos primitivos», han llegado a admitir, al *lado* de los más rudimentarios orígenes de la religión y aun antes que ellos, la existencia de otro principio más elevado, cual es la fe en un ser supremo espiritual, en un Creador de todas las cosas y dador de todo bien. Respecto de las religiones del antiguo Oriente, de los arios y del Asia oriental, se ha demostrado que las ideas religiosas más elevadas y puras fueron las primitivas, las cuales fueron degenerando y empeorando en el transcurso de los tiempos. Fundándonos en los hechos comprobados hasta hoy, podemos afirmar con seguridad científica y con toda precisión: 1, que de acuerdo con antiquísimos documentos y tradiciones de los pueblos, la religión primitiva no fué el politeísmo, sino un monoteísmo puro; 2, que en la mayoría de los pueblos se advierte claramente cierta degradación progresiva; 3, que aun en los pueblos de cultura inferior (pueblos naturales, salvajes) se encuentran ideas más elevadas (monoteístas) que las contenidas en el culto de la naturaleza (fetichismo, totemismo), en el de los espíritus (animismo) y en la magia, cultos que hasta ahora se tenían por las formas más primitivas de religión. La fe en un ser supremo pertenece a los hechos primitivos de la religión; este punto es de grandísima importancia en la historia de las religiones, tanto más cuanto esta fe se encuentra relativamente pura, clara y vigorosa en los pueblos de cultura ínfima. Según esto, el desacuerdo arriba mencionado entre la Biblia y la ciencia es sólo *aparente*.

120. No debemos representarnos el *origen* de la idolatría [2] como una apostasía que sobrevino de súbito, uniforme y simultáneamente en todas partes, y tan completa, que no dejó huella de ideas elevadas y de nobles aspiraciones. «La Sagrada Escritura relaciona siempre la formación del conocimiento primitivo de Dios con el pecado. No queriendo los hombres agradar a Dios, sino a sí mismos, su necio sentido se oscureció (*Rom.* 1, 21). El pecado encierra una conversión hacia las criaturas, el hombre pierde de vista su único fin, digno de él; se entibian sus ambiciones por cosas elevadas, y se inicia un movimiento retrógrado. La caída no es repentina, sino lenta y continua... Nunca pasó la humanidad inmediatamente del culto de *un solo* Dios al de las fuerzas y de los fenómenos naturales; primero comparó el hombre a su Dios con las cosas más hermosas y preciosas que el mundo visible ofrecía, y pronto no distinguió entre Dios y sus obras, entre el símbolo y lo simbolizado... Fué borrándose el concepto espiritual de la divinidad; la hermosura de la naturaleza atrajo las miradas de los mortales; fascinados por la belleza, se olvidaron de pensar en el autor de ella,

---

[1] El material objetivo y literario se encuentra en la interesantísima obra del P. Schmidt (*Der Ursprung der Gottesidee,* tomo I, Münster, 1912). Cfr. además Seitz, *Natürliche Religionsbegründung* (Ratisbona, 1914); Cathrein, *Die Einheit des sittlichen Bewusstseins* (Friburgo, 1914); Wunderle, *Das Werden des Gottesglaubens,* en *Kath,* 1917, I, 73 ss.; Schmidt, *Gedanken über die Entwicklung der Religion* (*M VAG* XVI, 3) (Leipzig, 1911).

[2] Cfr. el bien orientado artículo de Himpel acerca de la idolatría, en *KL* V, 816 ss.

y creyeron encontrar en las criaturas el reposo de sus ojos y aspiraciones, y tuvieron por dioses regidores del universo «al fuego o al raudo viento, al giro de las estrellas o a las aguas inmensas, al sol o a la luna» (*Sap.* 13, 2). Iniciado el culto a los símbolos de los dioses, era natural extenderlo a todo lo que de alguna manera estuviera unido a la divinidad o encerrase, al parecer, una fuerza divina. Los aerolitos eran, por su procedencia, algo divino. La fuerza y otras cualidades en que los animales aventajan a los hombres, hicieron sospechar que en aquéllos se escondía algún ser superior. De esta suerte en los árboles y en las aguas, en los lugares siniestros y en otros mil objetos, se creyó ver manifestaciones de un poder, frente al cual el hombre se sentía inferior y al cual procuraba tener propicio. Se descubrió, o se creyó descubrir, que algunos hombres estaban más próximos a los dioses... Sueños, diversas noticias de la vida de las almas, la meditación sobre la vida y la muerte, el recuerdo de los grandes hombres de tiempos pretéritos, en suma, todo cuanto erróneamente se ha aducido para explicar el origen de la religión, contribuyó a multiplicar los dioses y espíritus, los mitos y supersticiones. De esta suerte, la naturaleza fué poblándose de dioses y otros seres divinos, desde las divinidades estelares hasta las hadas, ondinas, duendes y fantasmas; y todos estos seres se amalgaman en prodigioso sincretismo» [1]. Muéstrase, pues, el politeísmo como apostasía o apartamiento del puro conocimiento de Dios en el descenso gradual del culto: del de las estrellas al de la naturaleza; de aquí a la divinización de los hombres y, finalmente, a la adoración de animales e ídolos. San Atanasio nos presenta el siguiente esquema de la degradación idolátrica: estrellas, éter, elementos, temperatura, hombres; piedras, árboles, animales; monstruos, concupiscencias, placeres. Echase de ver que la idolatría es decadencia en que lleva aneja la corrupción moral, no sólo en los hechos, sino también en las causas, como dice expresamente san Pablo (*Rom.* 12, ss.), al cual nadie negará conocimento del paganismo [2]. El sarcasmo con que Isaías y otros fustigan la locura y corrupción del paganismo no es burla barata, sino completamente justificada [3].

121. Al juzgar el paganismo se han de evitar dos errores. El primero consiste en creer que la idea de Dios, existente en el paganismo, no fuese sino residuo y falseamiento de la revelación primitiva o de la religión judía; el otro consiste en considerar el apartamiento de la verdadera religión como sinónimo de abandono de toda religión y de todo concepto moral. Mas esto no sólo contradice a los hechos, a los datos de la Sagrada Escritura y al concepto que del paganismo se formaron los santos Padres que lo conocieron, sino que ha sido muchas veces rechazado enérgicamente por la Iglesia católica (últimamente con

---

[1] Pesch, *Gott und Götter*, 124 s.

[2] Cfr. Schanz, *Apologie* II³, 25; Quirmbach, *Die Lehre des hl. Paulus von der Natürlichen Gotteserkenntnis u. dem natürlichen Sittengesetz*, en *SthSt* VII, 4 (Friburgo, 1906).

[3] Delitzsch, *Bibel u. Babel* II, 29 s. Aun cuando los babilonios, por ejemplo, dirigían sus plegarias a «la divinidad que tenía su trono más allá de todo lo terreno», sin embargo las imágenes no eran meras representaciones del aspecto externo de sus dioses, sino más bien «piedras animadas», dioses y dioses reales, a quienes atribuían sentimientos y voluntad y de quienes se esperaban oráculos. Por eso tenían las imágenes por el más preciado tesoro del país o de la ciudad, y los conquistadores se esforzaban por apoderarse de los «dioses» de las ciudades vencidas y llevarlos a la metrópoli, seguros de asestar un golpe mortal a sus enemigos al privarles de sus dioses tutelares. «La imagen de la divinidad es la divinidad en forma corporal; con la imagen podemos apoderarnos de la divinidad misma; ésta sigue al conquistador. También puede uno adueñarse de la vida y del ser de una persona y confinarla en la imagen de un hombre o animal, sabiendo servirse de la ciencia conveniente y de fórmulas mágicas» (Winckler, *Der Alte Orient und die Geschichtsforschung*, 92). Es difícil juzgar hasta qué punto compartían esta locura los «intelectuales de Babilonia»; pero importa poco a la substancia de nuestro asunto. Cfr. Grimmer, *Unbewiesenes*, 17; Scholz, *Götzendienst u. Zauberwesen bei den alten Hebräern* (Ratisbona, 1879).

motivo de los errores jansenistas, en los siglos XVII y XVIII); y recientemente se ha reprobado definitivamente aquella frase pseudo-agustiniana: «aun las virtudes de los paganos son pecados, con cierto brillo exterior» [1]. La Iglesia enseña que existe conocimiento natural de Dios y de los principios morales; la Sagrada Escritura dice que los paganos no tienen disculpa, porque no reconocieron a Dios en sus obras, y con su injusticia pusieron óbice a la verdad [2]. La apostasía de la revelación primitiva fué ciertamente causa de indecible miseria espiritual; mas el conocimiento natural que acerca de Dios y de los principios morales les quedó, era un gran tesoro y facilitó a los bien dispuestos el logro de la eterna salvación [3]. Para formar juicio acerca del paganismo y de su origen, no entra en cuenta la religión judía como tal, porque ésta comenzó con la promulgación de la Ley en el Sinaí y tuvo por objeto establecer un muro de separación entre Israel, heredero de las promesas mesiánicas y los demás pueblos que habían apostatado de Dios. Para juzgar del paganismo se debe examinar el fondo de verdad que en sí mismo encierra, o aplicar como norma la verdad y moralidad que, por voluntad de Dios (manifestada en la Revelación), deben poseer los hombres. «El carácter específico que distingue al paganismo de la verdadera religión es una cosa mala en sí misma (apostasía de Dios), y en este contraste piensa san Pablo cuando pinta el mundo pagano con tan negros colores. Mas aquello que los paganos tienen de común con los cristianos es bueno, como enseña la Iglesia al rechazar el error de los que afirman ser reprobable todo lo de los paganos. No hay en esto contradicción alguna, sino maneras distintas de ver una misma cosa» [4].

122. Tienen importancia para la historia bíblica principalmente las religiones asirio-babilónica, egipcia y cananea (siro-fenicia), a las cuales suele aludir la Sagrada Escritura.

En el Antiguo Testamento se citan, sobre todo, los nombres e imágenes de los dioses babilonios y asirios. Aunque muchas cosas son todavía oscuras, parece que la religión babilónica [5] era esencialmente un culto estelar, al cual iban unidas deificaciones de la naturaleza y de los hombres; pero conservaba ciertas huellas de monoteísmo primitivo y latente [6]. En algunas indicaciones oscuras se vislumbra un ser supremo que domina a todos los dioses, a los hombres y a la naturaleza, interviene sólo en casos extraordinarios, y se relaciona con los hombres mediante los «dioses» propiamente dichos (fig. 19). Entre éstos ocupan una categoría superior la trinidad: *Anu* (el cielo superior), *Bel* (el creador, el príncipe justo de los dioses) y *Ea* (el mar y las aguas subterráneas; éste dispone de

---

[1] Denifle, *Luther und Luthertum*³ (Maguncia, 1904), 384. Weiss, *Apologie des Christentums* I⁴, 683 ss. Cfr. núm. 127.

[2] *Rom.* 1, 18 ss.

[3] «Estos desgraciados pueblos son dignos de lástima, pues no toda su literatura religiosa es superstición y envilecimiento moral. Por el contrario, cuanto más se la estudia, tanto más se descubre entre las escorias el oro puro de una filosofía más elevada y restos de una época mejor. Encontramos en ellos la fe en un Creador del mundo y en la providencia, una moral natural, la conciencia de la responsabilidad y de las culpas propias, la esperanza en un ser divino que ha de libertarlos del poder demoníaco, y la convicción de la vida de ultratumba; todo ello más o menos desfigurado y sofocado por falsas ideas politeístas y panteístas, pero no por eso menos verdadero en el fondo y a veces vestido con un ropaje bello y conmovedor» (Kugler, *Die Sternenfahrt des Gilgamesch,* en *StL* LXVI [1904], 433). Ejemplos de himnos y oraciones babilónicos, los más de ellos destinados a usos mágicos, v. en Zimmern en *AO* VII, 3.

[4] Pesch, *Gott. u. Götter,* 113.

[5] Cfr Kaulen, *Assyrien u. Babylonien,* 216 ss.; el mismo en *KL* I, 1809; Jeremías en *HaoG,* 234; Hehn, *Die bibl. u. Babyl. Gottesidee,* 5; Pesch, *Der Gottesbegriff,* etc., 87 ss.; Frank, *Bilder u. Symbole der babylonisch-assyrischen Götter* (Leipzig, 1906); Dhorme, *La religion assyro-babylonienne* (París, 1910).

[6] Cfr. *HaoG,* 226. Hehn *(l. c.* 76) discute la existencia de una divinidad semítica primitiva *El, Ilu,* y cree que en general no se puede plantear la cuestión del monopolio de un Dios en Babel.

los destinos y posee la sabiduría). Otra segunda trinidad: *Sin* (la luna), *Samas* (el sol), y *Ramman* (el Rimmon de la Biblia = aire). Lo que se dice del dios-sol expresa simbólicamente los efectos del astro del día; Ramman es la causa de los fenómenos naturales, los cuales llevan al hombre la convicción de su impotencia. Siguen en categoría los dioses planetarios: *Ninib* o Adar (Saturno), *Marduc* (Merodac de la Biblia, Júpiter), *Nergal* (Marte), *Nebo* (Nabu; Mercurio) e *Istar* (Astarté de la Biblia; Venus). *Istar,* como deidad femenina, está relacionada con la diosa *Nana* (Nanea de la Biblia, II *Mach.* 1, 13) y con el culto de *Tammuz* (Adonis de Grecia). Por lo general, a cada dios corresponde una deidad femenina; así al dios *Bel,* la diosa *Belit* (Beltis = Mylitta, diosa madre, cuyo

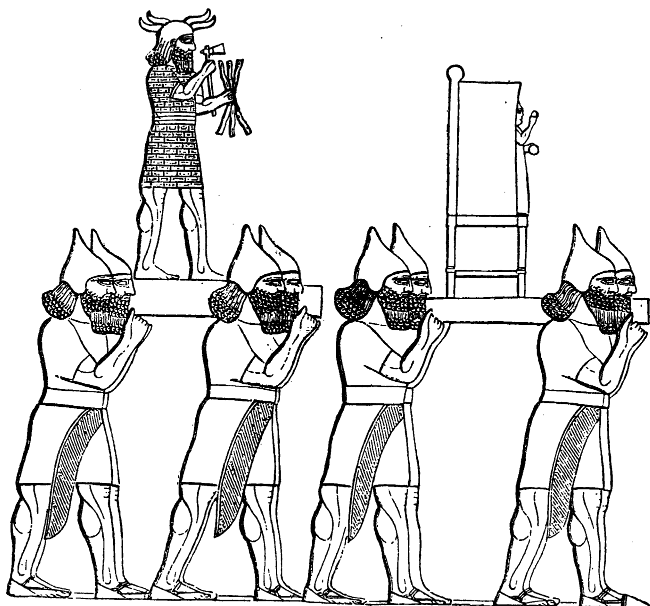


Fig. 19.—Relieve asirio; procesión de los dioses. Londres, British Museum (según Layard). Los dioses son llevados en solemne procesión. El que va detrás (a la izquierda) con el hacha en la diestra, un haz de rayos en la izquierda y cuatro cuernos en la frente, es Ramurân (Bel); la otra divinidad no se puede precisar.

culto, sumamente disoluto, corresponde al de Cibeles de Frigia, al de Rea de Grecia y al de *bona dea* de Roma).—La mayor parte de las divinidades eran primitivamente locales (patronos) de las ciudades, y recibieron culto en los lugares de origen, aun después de la formación del panteón. Por ejemplo, Marduc, divinidad local de Babel, adquirió poco a poco gran importancia, debido a la preeminencia de la ciudad, y se arrogó atributos y acciones de otras divinidades (por ejemplo, de Bel). En general, el desarrollo del politeísmo iba unido, interna y externamente, a la formación de los grandes estados, y traía consigo la centralización y mezcla de cultos y tradiciones originariamente locales. Así acaeció en Babilonia y Egipto; por ello resulta muy significativa la emigración de Abraham por los tiempos en que Hammurabi había creado un estado fuerte y unificado, que tenía por centro Babilonia. Entre los asirios, como resto del antiguo monoteísmo, aparece el nombre *Ilu* (El, quizá idéntico a Anu de los babilonios); con ese nombre se designaron después todos los dioses; los asirios adoraron también al padre de su linaje, *Asur,* como divinidad principal («rey de todos los dioses»), que sustituyó al dios babilonio Bel (Marduc); dieron tam-

bién culto a *Dagán*, tal vez el Dagón de los filisteos [1]. Además de los dioses propiamente dichos, la religión asirio-babilónica tenía multitud de seres buenos y malos (*Igigi* = espíritus del cielo y *Anunaki* = dioses de la tierra, del agua, de las tormentas y tempestades), personificaciones de las fuerzas naturales; se les representaba en parte como seres humanos, en parte como monstruos (dragones) y figuras fantásticas (grifos). Los dioses tuvieron altares, en los cuales se ofrecían sacrificios de animales y ofrendas de incienso, alimentos y bebidas; sus imágenes eran adoradas y llevadas en solemne procesión. En los documentos, fórmulas deprecatorias, himnos y salmos penitenciales, encuentran a menudo expresión íntima y conmovedora las ideas y los sentimientos religiosos, mas no como en los libros del Antiguo Testamento [2]. De la corrupción de costumbres, derivada de la idolatría, y del arte mágico y adivinatorio (astrología), que iba unido al culto—especialmente al de la diosa *Istar*—los profetas nos hacen descripciones pavorosas, que nada tienen de exageradas, pues las confirman los escritores paganos y las investigaciones modernas [3].

123. La religión *egipcia*, de cuyo origen y relación con la babilónica disputan todavía los sabios, «nació también de una idea más pura de Dios» (Brugsch), y ha conservado un rasgo de monoteísmo más claro que la babilónica [4]. Consiste esencialmente en el culto de las estrellas, especialmente del sol, símbolo de la divinidad. De la diversidad de funciones que se atribuían al sol, y de la variedad de formas de adoración que recibía en las distintas comarcas y ciudades, resultó un grupo de nueve divinidades principales, que ora iban unidas y confundidas, ora se suplantaban unas a otras, según las vicisitudes políticas. Mas tenemos noticias de dos intentos de restablecer el culto monolátrico, el primero en el siglo XX a. Cr., iniciado por los sacerdotes de Tebas; el segundo en el siglo XIV a. Cr., por el rey Amenhotep IV (Amenofis, entre 1450 y 1400), el cual procedía de los sacerdotes de Heliópolis. Este rey quiso establecer en todo el país el culto de *una* divinidad (*Aten* = disco solar, en cuyo honor se puso a sí mismo el nombre de Chuen-Aten) [5]. El intento fracasó por la oposición de los sacerdotes y del pueblo, los cuales se mantuvieron fieles al culto local. Los nombres más conocidos del numeroso panteón egipcio son: *Nu* (mencionado raras veces), *Amon, Re, Ptah, Osiris, Set, Horus, Chepre, Tot,* en su mayoría nombres distintos del dios-sol; como divinidades femeninas: *Nut, Isis, Hator*, [6], *Neftys* (lám. 3a). En los mitos egipcios (de los cuales el más conocido es el de

---

[1] No está demostrado que se le representase en figura de pez, pero es muy verosímil según *ATAO*[3], 417.

[2] Ejemplos en Kaulen, *Assyrien,* etc., 170 ss. Contra la afirmación de que «las aspiraciones ético-religiosas de los espíritus nobles de Babilonia están en armonía con las de los israelitas» (Delitzsch, *Rückblick,* 14) y de que el nivel moral de Israel no es más elevado que el de Babilonia (*Bibel u. Babel* II, 32 s.), cfr. Kluger, *Babylon u. Christentum* I, 26 ss. Los modernos panegiristas de Babel nada nos dicen de las supersticiones babilónicas, del culto tenebroso practicado por magos, adivinos y exorcistas, y de las prácticas siniestras. Cfr. Nikel, *Genesis,* 253.

[3] Cfr. Baruch., 6; Kugler, l.c. 54 s.; Scholz, *Götzendienst,* 253 s. «En ninguna parte se puede apreciar mejor lo típico y esencial del culto babilónico que en los conjuros demoníacos, en los agüeros y en su ritual. Ninguna tradición acerca de Babilonia y Asiria ha sido tan tenazmente conservada por la antigüedad como la de las hechicerías y artes adivinatorias. El grito despectivo del (deutero)-Isaías a la hija de Babel (47, 12-13) revela cuánta importancia se daba en Babilonia y en otros pueblos de la antigüedad a los magos y agoreros.» O. Weber, *Dämonenbeschwörung bei den Babyloniern und Assyriern,* en *AO* VII, 4. Ungnad, *Die Deutung der Zukunft bei den Babyloniern und Assyriern,* en *AO* X, 3.

[4] Ejemplos de frases y oraciones monoteístas, v. en Kayser-Roloff, *Aegypten*[3], 34 ss.; Kugler en *StL* LXXII (1902), 388.

[5] Cfr. *Kath,* 190, II, 193-199.

[6] Haciendo excavaciones en un templo de la XI dinastía, en Deir-el-Bahari, el profesor Naville encontró, en 1906, un santuario con su imagen muy bien conservada (lámina 3b).

Isis y *Osiris)*, tiene gran importancia el principio malo, en forma de la serpiente *Apepi* (Apopis), y el demonio *Tyfon* (Set)[1]. También la religión egipcia está plagada de cultos demoníacos y supersticiones de todas clases.

La doctrina moral se conservó relativamente pura por haber encontrado apoyo en la creencia en la inmortalidad, en el juicio de los muertos y en la resurrección. Esa doctrina moral es también indicio de que las ideas religiosas más antiguas se aproximaban al monoteísmo. Pues precisamente las inscripciones y documentos más antiguos inculcan los deberes con la divinidad, con los hombres y con el estado, ensalzando el amor a los padres, a los niños y a Dios. Se prohibía la embriaguez, la mentira y el homicidio. El *Libro de los Muertos* pone estas palabras en boca del alma que se presenta ante el juez: no hice injusticia a los hombres, ni mentí; no conozco pecado, no descuidé el trabajo diario, no cometí homicidio ni adulterio, ni sustraje furtivamente, etc. [2].

Esto no obstante, ni la preconizada «sabiduría» de los egipcios, ni su moralidad, son superiores a las de otros pueblos paganos. Pues las más bellas doctrinas y reglas morales pertenecían a la doctrina secreta de las clases sacerdotales y estaban envueltas en un cúmulo de supersticiones, formulismos, magia y encantamientos [3], y el influjo que ejercían en el pueblo era escaso, o se fué perdiendo poco a poco. Prueba de ello es el haber degenerado la religión popular en *culto a los animales* [4], qne aun a los paganos griegos parecía extraño y repugnante. Y aunque al principio ciertos animales eran adorados como símbolos de la divinidad o por supuestas relaciones con ella, pronto este culto degeneró en la más grosera e insensata idolatría. El culto a los animales sagrados alcanzó pleno desarrollo en el período de la decadencia de Egipto. Eran tenidos por sagrados principalmente el toro, como imagen del dios Ptah y símbolo de la fuerza; el fénix fabuloso, símbolo de Osiris; el gavilán, consagrado al dios Horus; el mandril y el ibis, al dios Tot; el cocodrilo, al dios Soba; la vaca, a Isis y Hator; el gato, a la diosa Pact (Sechet o Bast), etc.; hasta el ichneumon (rata), el caballo del Nilo, la oveja, la cabra, el escarabajo [5] y otros eran contados entre los animales sagrados. El culto más popular parece haber sido el de *Apis* (buey) y el del *gato*. Al primero se le tenía por encarnación de Ptah (sol); por eso se le alojaba en el templo de Ptah en Memfis, donde era exquisitamente sustentado. La manera de exteriorizar su apetito, especialmente cuando comía de manos de sus visitantes, su andar y el proceder de los niños que jugaban delante de su santuario, eran tenidos por oráculos. La fiesta de su hallazgo se celebraba todos los años al subir el Nilo, por siete días, con danzas y procesiones; más solemne era la fiesta de su nacimiento. Pero no podía vivir más de veinticinco años [6]. Si para esa edad no moría, se le ahogaba en una fuente sagrada, mientras, con grandes lamentos, se iba en busca de otro. Pero si moría de muerte natural, hacía duelo todo Egipto, hasta tanto que se encontraba otro. Matar un gato era para los egipcios un crimen que se expiaba con la muerte.

---

1 Su símbolo y distintivo — la cabeza de un animal desconocido — se ha descubierto en el *Okapi* (rumiante parecido a la jirafa), que aún se encuentra en las selvas vírgenes situadas entre el Nilo y el Congo.

2 Kayser-Roloff, l. c. 51 ss. Erman. *Die ägyptische Religion* (Berlín, 1905). Wiedemann, *Die Religion der alten Aegypter* (Münster, 1891). Schanz, *Apologie* II, 149-169. Pesch, *Der Gottesbegriff,* 115-133. Zimmermann, *Die ägyptischen Religion nach der Darstellung der Kirchenväter u. der ägyptischen Denkmäler (Studien zur Geschichte u. Kultur des Altertums* V, 5-6. Paderborn, 1912). Baumgartner, *Geschichte der Weltliteratur* I, 99.

3 Cfr. Wiedemann, *Magie und Zauberei im altem Aegypten,* en *AO* VI, 4.

4 Wiedemann, *Der Tierkult der alten Agypter,* en *AO* XIV (1912), 1.

5 El escarabajo *(Ateuchus sacer)* era el símbolo de la resurrección, porque se creía que el macho se reproduce a sí mismo, asegurándose de esta suerte vida eterna (en realidad introduce en el suelo bolitas de estiércol en las cuales deposita la hembra los huevos). Cfr. Wiedemann, *Religion der alten Aegypter,* 155.

6 Período de Apis. Se creía que a la divinidad no agradaba morar en un buey viejo

124. El culto *siro-fenicio*, con el que estuvieron en contacto inmediato los israelitas en Canaán, procedía esencialmente del babilónico (y egipcio); pero divinizaba más groseramente la naturaleza, y tenía un carácter siniestro de lujuria y crueldad. El dios principal era *Baal* (Bel, señor, dios del sol), al cual se daban renombres y figuras especiales en los distintos lugares (por ejemplo, Baal-Peor; compárese Beel-zebub = Baal de las moscas, dios de los mosquitos en el Antiguo Testamento), y *Baaltis* (Aschera, Istar-Mylitta), divinidad femenina correspondiente. Como representantes de las fuerzas destructoras se adoraba a *Moloc* (dios del fuego) y a *Astarte* (Moloc femenino; cfr. núm. 435). Otras deidades, como *Melkart* (Baal de Tiro), *Adonis* y *Astarte* de Tiro, provenían de la fusión de varios caracteres, a veces contradictorios (fuerzas naturales vivificantes y destructoras), de divinidades anteriores. Además de las siete principales divinidades, las cuales representaban los dioses de las principales ciudades (los «poderosos»), había otra (Esmun, la octava) y una multitud de dioses subordinados. Tampoco la religión fenicia era originariamente culto de la naturaleza; hubo en ella una idea más pura de Dios, la cual fué oscureciéndose, sin llegar a borrarse del todo. Temor servil a los dioses y sensualidad desenfrenada eran sus caracteres predominantes, por lo que no había pueblo civilizado que tuviese religión más repugnante y escandalosa. «Con todo, también esta religión es un testimonio de la imperiosa necesidad que el hombre siente de un ser y señor supremo, del cual se reconoce dependiente; de un ser en quien cifrar la esperanza, a quien acudir en busca de socorro; de un ser siempre dispuesto a satisfacer nuestros deseos y aspiraciones; capaz, en suma, de remediar todas las insuficiencias que descubrimos en nosotros mismos y en la naturaleza que nos rodea» [1].

125. De resultas de la idolatría, iba en aumento la *corrupción de costumbres*. «Porque los paganos, dice san Pablo, desecharon la noción de Dios, entrególos Dios a su réprobo sentido, para que hiciesen cosas que no convienen, llenos de toda iniquidad, de malicia, de fornicación, de avaricia, de maldad; llenos de envidia, de homicidios, de contiendas, de engaño, de malignidad; chismosos, murmuradores, aborrecidos de Dios, injuriadores, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes a sus padres, necios, inmodestos, malévolos, sin fe, sin misericordia» [2]. No era esto de admirar en una religión que divinizaba a los hombres con sus pasiones y vicios, y la naturaleza con el abuso que de ella hace el hombre. Pero los *sacrificios humanos* son la señal más patente del espantoso envilecimiento moral de los gentiles. El culto de *Moloc*, practicado en los pueblos cananeos, estigmatizado a cada paso por la Sagrada Escritura, consistía en entregar al dios del fuego los niños, por lo general después de darles muerte, pero a menudo también vivos [3]. Todas las religiones paganas—aun las más civilizadas—se mancharon más o menos con la abominación de los sacrificios humanos. Lo que la Sagrada Escritura echa en cara a los cananeos (moabitas, ammonitas), se tenía por lícito en Babilonia, Egipto, Cartago, Persia y aun en Grecia y Roma, en Germania, en México, y se practica aún hoy en el

---

[1] Pesch. *Gottesbegriff*, 98 ss. Hehn, *Die bibl. u. babylonische Gottesidee*, 104 ss. Weiss, l.c. I, 460-485; ibid., 476 y la «tarifa de sacrificios de Marsella», que es una inscripción en que se reglamentan los sacrificios y se establece lo que en cada caso corresponde a los sacerdotes. Acerca de su relación con la Ley de Moisés, v. núm. 351.

[2] *Rom* 1, 28 ss.

[3] Cfr. *Lev*. 18, 21; 20, 2-4; *Deut*. 12, 31; 18, 10 y otros lugares — Las numerosas tinajas de arcilla encontradas en las excavaciones de Taanek y Maggedo, en cuyo interior se hallaron restos de cadáveres de niños, no prueban necesariamente la práctica de sacrificios humanos en masa; es posible que se trate simplemente de sepulturas instaladas en las casas o santuarios. También la frase: «pasar por el fuego» interpretan algunos no en sentido de sacrificio, sino como una ceremonia (¿practicada en el solsticio?). Esto no obstante, la práctica de los cananeos de sacrificar hombres y niños está suficientemente atestiguada. Sólo falta averiguar si era muy frecuente. Cfr. *ATAO*[3], 399, y Mader, *Die Menschenopfer der alten Hebräer*, en *BSt* XV (1909), 5-6, 75 ss.

interior del Africa y en las islas del mar del Sur [1]. Mas en la religión revelada no encontramos vestigios ni restos de tamaña abominación. Lo que se ha intentado interpretar en ese sentido, es más bien prueba de la más cruda oposición al paganismo [2]. Estos espantosos sacrificios humanos, especialmente de niños, estaban fundados en una gran verdad, a saber, que ***sobre la humanidad pesa una enorme culpa*** que sólo puede expiarse con el sacrificio completo de un ser inocente. Así reza la sentencia que proferían los drúidas—sacerdotes paganos de Galia—al ofrecer un sacrificio humano: «Si la mancha de nuestro linaje pecador no se puede lavar con la sangre de un hombre, nunca se aplacará la ira de los dioses». Mas también esta verdad fué horriblemente desfigurada por influjo de Satanás, y en servicio de la ceguedad y de las pasiones humanas.

126. Bien pudo decir san Pablo que el culto a los ídolos no fué un *culto* a los dioses, sino al *demonio.* «Los sacrificios que ofrecen los paganos, a los demonios ofrecen, que no a Dios» [3]. Pues, aunque la intención de muchos paganos no era de ofrecer sacrificios a los espíritus malos, con todo, a los ídolos del mundo daban culto, y a los placeres y a todos los vicios; en definitiva o propiamente, a los príncipes de este mundo, a Satanás y a sus ángeles. Escondíanse éstos tras los ídolos, no sólo comunicando su espíritu al culto pagano, sino haciéndose oír a veces desde los ídolos, y dando oráculos por medio de éstos o de sus sacerdotes, etc.; pues no todas las manifestaciones se explican por el embuste de los hombres. En esto, los santos Padres están todos de acuerdo, y la Sagrada Escritura, por lo menos en la versión oficial de la Iglesia, dice: «Todos los dioses de los paganos son espíritus malos» [4].

ÉPOCA SEGUNDA

Elección y grandeza del pueblo de Israel

Desde la vocación de Abraham hasta la muerte de Salomón

(2100-929 a. Cr. aproximadamente)

127. Dios permitió que el mundo cayese en el paganismo; debían probar los hombres las manifestaciones y espantosas consecuencias del pecado a que se habían entregado, porque más dolorosamente sintiesen toda la miseria derivada del apartamiento de Dios, y más ardientemente anhelasen la venida del médico divino que podía curarles. El primer requisito para la conversión era la creencia en un Dios verdadero y en su Revelación y la esperanza en el divino Redentor prometido en el Paraíso. Mas era incapaz de ello la humanidad sumida en el más abyecto paganismo. Por eso creó Dios para sí un pueblo propio, escogió a Israel, y confióle el depósito de la fe y esperanza, para que celosa-

---

[1] Cfr. Weiss, *Apologie* II, 6. *Abhandlung;* Schanz en *KL* IX, 87 s., y *Apologie* II en la palabra «*Menschenopfer*» del índice de materias; Scholz, *Götzendienst,* en las palabras «*Kinderopfer*» y «*Menschenopfer*» del índice de materias.

[2] El sacrificio de Abraham, la consagración del primogénito. La penetración del culto de Moloc en Israel fué debida al influjo egipcio y cananeo; siempre lo calificó la Sagrada Escritura de abominable aberración y apostasía. Otras «huellas» (como II *Reg.* 21, 2 ss.) se explican como excepciones que dependían de las circunstancias históricas. P. E. Mader, l. c. 97 ss.; ibid. 14 ss., un resumen de todo el material tocante a los sacrificios humanos de los pueblos vecinos a Israel y su relación con el culto de Moloc.

[3] I *Cor.* 10, 2 s.

[4] *Ps.* 95, 5 y I *Par.* 16, 26; cfr. *Lev.* 17, 7. La expresión hebrea *'elîlim* significa en este pasaje «ídolos», pero puede también traducirse «bagatela»; en algunos lugares se llama a los ídolos «espíritus malos» (*s^e'arim, Lev.* 17, 7, o *schedim, Deut.* 32, 17). La traducción que damos arriba no responde, pues, al sentido del versículo, pero sí a la convicción del A. T. Cfr. Scholz, *Götzendienst,* 28 s.

mente lo guardase como inestimable tesoro de familia en medio del mundo alejado de Dios. Y cuando en el curso de los siglos la humanidad, asustada de las terribles consecuencias del paganismo, estuviese aparejada a recibir la luz de la verdad divina, aquella fe y aquella esperanza habían de difundirse de Israel a todo el orbe, según los planes de la divina Providencia, y el tesoro de la familia israelita había de pasar a ser patrimonio de toda la humanidad. Por donde, en cada nueva selección y cada vez que se reduce el círculo de los partícipes de la Revelación, afirma Dios que ello sucede *en bien de todas las gentes,* para que toda la tierra sea llena de su gloria [1].

De ahí que la segunda época del Antiguo Testamento nos presenta sólo la historia del pueblo escogido. Mas así como la época primera contiene en la elección y dirección de los Patriarcas el germen de la segunda, así encierra la historia de Israel el germen que se desarrollará después más y más hasta la venida de Jesucristo, el *deseado de todas las naciones* [2].

A. Elección del pueblo de Israel. Los Patriarcas

(Desde Abraham hasta Moisés)

128. El «pueblo escogido» nace con Abraham, cabeza de linaje. Los modernos tienen esto por imposible o contrario a la historia, dado que ni los pueblos suelen formarse por rápida multiplicación de *un* linaje, ni los linajes, por descendencia de *una* familia, sino por fusión de familias y de linajes; y nunca los pueblos poseen conciencia clara de su primer origen [3] (aunque se atribuyan padres de linaje). Mas, habiendo recibido Israel de la Providencia el encargo excepcional de ser depositario de la Revelación, natural era que conservase la memoria de su elección, de su historia y de la transmigración de sus padres, porque todo ello era negocio de mucha consideración para la historia religiosa. Además de esto, no se puede dudar que la familia y el linaje son la fuente de donde nacen los pueblos, pequeños o grandes. Cuanto a la rápida multiplicación y formación de un pueblo, clara cosa es que contribuyen grandemente a ello las fusiones con razas afines, las mezclas y anexiones de diversas clases; la Sagrada Escritura da a entender explícitamente que no faltaron estos factores en el desarrollo del pueblo israelita; baste recordar las almas (personas) que Abraham y Lot «ganaron» (adquirieron) en Harán *(Gen.* 12, 5); los trescientos diez y ocho esclavos armados de que Abraham disponía; las líneas colaterales de Abraham, las cuales, aunque no comprendidas en las promesas mesiánicas, lo fueron cuanto a la múltiple descendencia; los matrimonios de Isaac y de Jacob con mujeres de su parentela; el refuerzo de Harán *(Gen.* 32, 5) y de Egipto *(Gen.* 12, 16-20); la *turba multa* que se agregó al pueblo de Dios a la salida de Egipto *(Exod.* 12, 38); el incremento que más tarde experimentó Israel con la población cananea [4]. No hay, pues, razón fundada que

---

[1] Cfr. núm. 111 s., 113; *Gen.* 9, 27; 12, 3: 26, 4; 28, 14; *Num.* 14, 21; *Is.* 6, 3; 42, 6; 49, 6, y otros muchos lugares. Cfr. Schäfer, *Die Idee des Katholizismus im AT,* en *Kath* 1878, I, 11-146.

[2] Cfr. *Gen.* 49, 10-26; *Is.* 49, 6; *Agg.* 2,8; *Luc.* 2, 31.

[3] Así Stade, Wellhausen, Guthe, Holzinger, Gunkel, Winckler, E. Meyer, Erbt y otros: cfr. en contra Miketta, *Die Entstehung des Volkes Israel,* en *WSt* II, 45 ss.; Eberharter, *Neuere Hypothesen über die Patriarchen,* en *ZKTh,* 1914, 660 ss.; el mismo, *Ehe und Familienrecht der Hebräer,* en *ATA* V, 1-2, 5 ss.

[4] Es completamente errónea y opuesta a los testimonios del A. T. la opinión de que al pueblo de Dios pertenece solamente la descendencia de Abraham según la carne. Con ciertas excepciones, cualquier extranjero que aceptase las creencias israelitas y la circuncisión podía incorporarse a la descendencia de Abraham. Que así sucediese realmente ya desde los tiempos de Abraham, lo demuestra Hummelauer *(Comm. in Iosue,* 29 ss.) con testimonios de la Sagrada Escritura.—Débese también rechazar, por exagerada, la opinión de los que llaman a Abraham padre de Israel, no en sentido etnológico, sino sólo en el religioso (como padre de los creyentes, v. *infra* núm. 132).

desvirtúe la tradición de haber tenido el pueblo de Israel por cabeza a Abraham, del cual recibió el sello de fidelidad a Dios, y vivido los años de su infancia en Isaac y Jacob, hijo y nieto de Abraham, y en los doce hijos de Jacob. Pudiera muy bien llamarse *la historia de los Patriarcas, período de la infancia del pueblo escogido*. Es notable este período por el admirable gobierno de Dios que en él vemos. Pero aun lo es más por la promesa del futuro Redentor, hecha por Dios a los Patriarcas y a su descendencia, y por haber sido estos Patriarcas, en múltiples aspectos, figuras que anunciaron al futuro Redentor, a la manera como el alba anuncia el sol.

129. Sólo aproximadamente puede fijarse la *época* en que vivió Abraham. A juzgar por los datos genealógicos (núm. 48), habría sido por los años 2250-2450 a contar desde Adán. Mas, por las razones arriba expuestas (núm. 90), nada adelanta con esto la cronología. Si, tomando en cuenta los datos posteriores, calculamos a la inversa, habremos de fijar su existencia entre 2160 y 1985 a. Cr. [1]. Supuesta la identidad de Hammurabi con Amrafel [2], de quien se habla en *Gen.* 14 (cfr. núm. 143), la época de Abraham coincidiría, según cálculos antiguos de Kugler [3], con la del reinado de Hammurabi (2123-2081 a. Cr.); pero según cálculos más recientes del mismo (1947-1905), se debe retrasar todavía un siglo. Se ha puesto en tela de juicio la *historicidad* de las narraciones relativas a Abraham (Isaac y Jacob); mas, para los fieles cristianos, es incontrovertible, porque así lo enseña la fe — con razón se la considera como la raíz de donde se ha desarrollado la historia de la Revelación —; y hoy se puede sostener con toda seguridad científica contra cualquier ataque [4]. Una prueba negativa de la historicidad de Abraham tenemos en lo arbitrario e inconsistente de las diversas teorías que se han inventado para combatirla. Según esas teorías, los Patriarcas son personificaciones de los linajes que llevaron sus nombres, acaso divinidades cananeas degradadas (héroes), o dioses estelares de origen babilónico; aunque tal vez en esos mitos se encierra un núcleo histórico que no es fácil precisar. Es inútil buscar testimonios positivos acerca de los Patriarcas en las fuentes históricas profanas; el punto de vista religioso de éstas es muy distinto del bíblico. Pero no es poco que la «ciencia», compelida por el material positivo de las inscripciones, haya admitido la «fidelidad del fondo histórico» sobre el que está construída la «leyenda de los Patriarcas», y haya reconocido la personalidad histórica de Abraham o por lo menos tenga por posible su existencia [5]. Lo que llaman «idealización» de las figu-

---

[1] Según III *Reg.* 6, 1, el templo salomónico se comenzó el año 480 de la salida de Egipto, y según *Exod.* 12, 40, los hebreos vivieron en este reino 430 años; añádase a esto los 290 años de los patriarcas Jacob, Isaac y Abraham. Si, como supone Lindl (*Cyrus*, 11), el año 4 de Salomón coincide con el 11 de Hiram, rey de Tiro, y con el 957 a. Cr., el año del nacimiento de Abraham habría sido el 2157. Opina Hontheim que el templo se edificó en 969 a. Cr. (*ZKTh* 1912, 55), Kugler (*Von Moses bis Paulus*, 175) que en 968; de donde el éxodo habría acontecido en 1449, y el nacimiento de Abraham, en 2168.

[2] La oposición de Bezold (*Die Babylon-assyr. Keilinschriften*, 27, donde dice: «*Todavía* no se ha esclarecido mediante las inscripciones cuneiformes la época de Abraham»), no ha impedido que los sabios se pronuncien cada vez con más decisión por la identidad de *Amrapel* con *Hammurabi;* cfr. Dhorme, *Hammurapi-Amrapel*, en *RB* 1908, 295-226; Condamin, *Abraham et Hammurapi*, en *Études*, 1908, 485-501; *ATAO*[3] 284; *ZKTh* 1912, 66 ss.; *AO* IX (1907), 1. Cfr. también núm. 143. Según los cálculos precisos de King (1907), la llamada segunda dinastía babilónica es contemporánea de la primera, y Hammurabi, del siglo xx; lo cual coincide con las últimas investigaciones de Kugler (*Von Moses bis Paulus*, 497 ss.).

[3] *Sternkunde und Sterndienst in Babel* II, 2, fascículo 1 (1912), 257 ss.

[4] Cfr Döller, *Abraham und seine Zeit*, en *BZF* II (1909); Nikel, *Patriarchengeschichte*, ibid. V 3; Eberharter en *ZKTh* 1914, 655; Dier, *Genesis*, 114.

[5] Cornill tiene a Abraham «por personaje histórico en el sentido más estricto de la palabra», y el relato de su viaje a Canaán, por «históricamente fundado». Según Oettli (*Geschichte Israels*, 65), se puede considerar a Abraham como «magnitud histórica de

ras de los Patriarcas [1], no es sino el concepto bíblico de la historia en cuanto se relaciona con la Redención, concepto que está fundado en el objeto mismo de la Sagrada Escritura, la cual realza sólo el aspecto religioso de los personajes y de los sucesos, pasando por alto o tocando sólo de soslayo la historia profana. Todos reconocen que los relatos bíblicos no ocultan las debilidades y faltas de los Patriarcas, lo cual es claro indicio de no existir en esos relatos tendencia a idealizaciones. La fidelidad de la tradición se puede también reconocer en una porción de hechos e ideas contenidos en la Biblia, los cuales no responden a estados históricos posteriores; tales ideas y hechos no pueden ser invenciones del narrador, sino anotaciones que descansan en la tradición oral o escrita [2].

14. Vocación de Abraham

(*Gen.* 11, 27 a 12, 7)

130. Entre la multitud de paganos apartados de Dios, vivía un varón justo y virtuoso, que conservaba la fe en el Dios verdadero. A éste escogió el Señor, entre todos, para que por medio de él y su descendencia se guardase y propagase la fe y esperanza en el futuro Redentor. Llamábase Abraham [3], y era de Ur de los caldeos [4] (v. el mapa del antiguo Oriente,

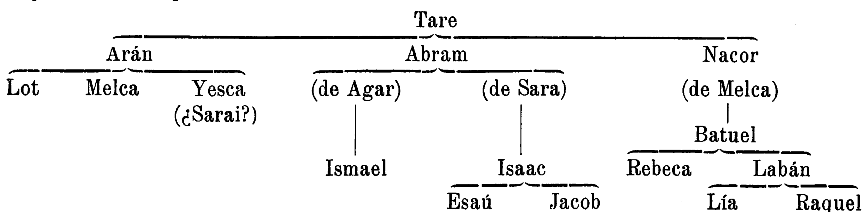
primera categoría». Según Erbt (*Die Hebräer,* 61 ss.), «Abraham aparece como persona de carne y sangre, contemporáneo de Hammurabi». Lo mismo opina Wilke, *War Abraham eine historische Persönlichkeit?* (Leipzig, 1907). También Kittel (*Geschichte des Volkes Israel* I³, 459) cree que por lo menos en la escena de Melquisedec «aparece ante nosotros, según antigua e incontestable tradición, como personaje palpable y real». Esto no obstante, todos estos escritores tienen los relatos bíblicos de los Patriarcas por leyendas que únicamente «nos ofrecen material de recuerdos históricos auténticos».—La discusión de los pormenores de este estudio puede verse en Dornstetter, *Abraham,* en *BSt* VII, 1-3, y en Nikel, *Genesis,* 201 ss.

[1] Jeremías, *ATAO*³, 256.

[2] Por ejemplo, los matrimonios de Isaac y Jacob, que no están en armonía con la ley (*Lev.* 18, 18), y con las «usanzas del tiempo de Abraham», que explicamos más tarde en el núm. 148.—Tampoco es verosímil que una invención posterior hubiese presentado a los Patriarcas como jefes nómadas, como colonos tolerados y a veces perseguidos. La fantasía inventa semblanzas más brillantes, como tenemos ejemplo en las leyendas judías y árabes posteriores relativas a Abraham.

[3] *Abrâm,* es decir, «padre excelso»; más tarde le llamó el Señor *Ab-râham,* «padre de multitud». El nombre Abram consta en las inscripciones cuneiformes en la forma *Abiramu* = «mi Padre (es decir, Dios) es excelso» o «Padre del excelso» (también *Abūrama);* también *Sarai, Nacor, Yakub-ilu* y *Yaschup-ilu* se encuentran en babilonio. Cfr. Dornstetter, l. c. 188; Nikel, l. c. 211 s.; *RB* 1908, 205 ss.

Para mejor comprensión de esto y de lo que sigue, damos aquí la tabla genealógica de la parentela más próxima de Abraham:



[4] Así se llamaba la región situada al sur de Babilonia, cuya capital Ur se ha reconocido en las grandiosas ruinas antiguas de la actual Mugeir, 300 Km. al sur de Babilonia, en la ribera derecha del Eufrates (cfr. Kaulen, *Assyrien,* etc., 96 ss., 110). Allí se adoraba al dios lunar Sin en un antiquísimo santuario, que restauró el último rey de Babilonia, Naboned, por los años 550 a. Cr. Los *caldeos* probablemente no son camitas; sino semitas arameos, que vivían en Babilonia ya en tiempo de Nemrod (cfr. *Is.* 23, 13, *Iudith* 5, 6), con lo que está de acuerdo el no hacer mención de ellos la Sagrada Escri-

figura 20). Su padre fué Tare, de la raza de Sem; su mujer se llamaba Sarai [1], y no tenía hijos. Abraham tenía dos hermanos, Arán y Nacor, el primero de los cuales murió tempranamente, dejando un hijo, llamado Lot, y dos hijas, Melca y Yesca. Abraham abandonó a Ur, llevando consigo a su padre Tare y a la familia de éste [2]. Tomó el camino del noroeste, siguiendo la dirección del Eufrates [3], y se detuvo en Mesopotamia, llegando a Harán [4], donde se estableció.

No indica el *Génesis* las razones que indujeron a Abraham a emigrar de su patria, o más bien motivaron el mandato divino. El libro de *Josué*, 24, 2, dice que la idolatría había entrado en la familia de Tare [5], e *Isaías*, 29, 22, advierte que Abraham fué redimido por Dios, es decir, sacado de su patria idólatra. El libro de *Judit*, 5, 6-9, reproduce una antigua tradición judía, según la cual Abraham con los suyos (su familia en sentido estricto y los que vivían unidos a ella, servidumbre, etc.) no quiso adorar a los dioses de Caldea ni seguir las costumbres de sus padres, adoradores de una multitud de ídolos, sino que daba

---

tura (aun en *Gen.* 22, 22) ni las inscripciones cuneiformes en parte alguna, sino al sur de Babilonia; poco a poco llegaron a tener gran influencia en esta ciudad. Sus reyes, que un tiempo reconocían la supremacía de Asiria, rigieron también los destinos de Babilonia desde Nabopolasar, 625 a. Cr. De aquí el nombre de «caldeos» que Jeremías y Habacuc dan a los babilonios, v. *infra* núm. 673. Kaulen, l. c. 214; *KL* III, 38 s.; Hagen en *LB* I, 819; Dornstetter, *Abraham*, 7 ss. El nombre aparece en la forma *Kasdim, Kaldu* y *Kardu*.

[1] *Sarài* significa noble, principal; más tarde se le llamó *Sara*, es decir, princesa, por ser madre de muchos pueblos.—*Gen.* 11, 29 induce a sospechar que Sarai y Yesca son una misma persona, pues parece ser que Abram y Nacor se casaron con las hijas de su hermano Arán, que era de bastante más edad que ellos. Parece, pues, según 11, 32 (cfr. 12, 11), y san Esteban lo confirma expresamente (*Act.* 7, 4), que Abraham salió de Harán *después de la muerte* de su padre, que vivió 205 años. De donde Abraham, que al salir de Harán tenía 75 años, nació el año 130 de Tare, 60 años más tarde que su hermano Arán. Cfr. Hoberg, *Genesis*², 142.

[2] *Ur* significa en caldeo *ciudad*. En hebreo se le dió la interpretación de fuego, luz, llama. A esto va unida una leyenda judía, según la cual Abraham fué arrojado a las llamas por negarse a tomar parte en la idolatría; pero Dios le libró milagrosamente; cfr. *Gen.* 15, 7; *Nehem.* 9, 7; *Iudith* 5, 6-9; Fl. Josefo, *Ant.* 1, 7, c. 1; san Agustín, *De Civ. Dei*, 16, 13; alúdese también a ella en la *recomendación del alma: sicut liberasti Abraham de Ur Chaldeorum*.—Ur era realmente el lugar principal del culto del dios lunar (Sin) y por lo mismo muy poco apropiado para la Revelación. Lo mismo se puede decir de Harán, donde se daba culto a la misma divinidad. Parece ser que Abraham indujo a su padre a que saliera de Ur, y que luego por amor a éste se quedó en Harán. No hay fundamento ninguno para suponer que la salida de Abraham fuese motivada por una «reforma religiosa» que introdujera Hammurabi para dar culto preferente al dios de la primavera, Marduc. Tampoco nos da indicios la Sagrada Escritura de alguna «emigración» o «invasión bélica», si bien no debió de ser exiguo el acompañamiento que Abraham llevara consigo de Harán, y según el cap. 14, no carecía este Patriarca de los medios necesarios para defender sus bienes y los de sus aliados.

[3] Con sus rebaños no podían ir directamente hacia el oeste, porque hubieran tenido que andar por el yermo y desolador desierto de Siria más de 1.100 Km. (cfr. *ZDPV* 1900, 1 ss.), mientras que de Harán (que está en el alto Eufrates) a Canaán sólo tocaban el borde septentrional del desierto.

[4] *Gen.* 11, 31 s. Harán, en griego *Carrhae* (Carras), ciudad de la alta Mesopotamia (hebr. *Aram naharáim)*, situada en la gran vía comercial que unía el Mediterráneo con el golfo Pérsico (cfr. Dornstetter, *Abraham*, 14 ss.), más de 1.100 Km. al noroeste de Ur, unos 60 Km. al sur de Edesa, 110 Km. al oriente del Eufrates, célebre por la derrota del general Craso (53 a Cr.).

[5] «Vuestros padres, Tare padre de Abraham y de Nacor, habitaron a la otra parte del río (Eufrates) y sirvieron a dioses ajenos; mas yo saqué a vuestro padre Abraham de los confines de Mesopotamia y le conduje a la tierra de Canaán» (*Ios.* 24, 2 s.). Encontramos en el *Génesis* varios ejemplos de prácticas idolátricas, o por lo menos de supersticiones abominables, en la parentela de Abraham: *Gen.* 31, 19; 35, 2; v. *infra* núm. 183.

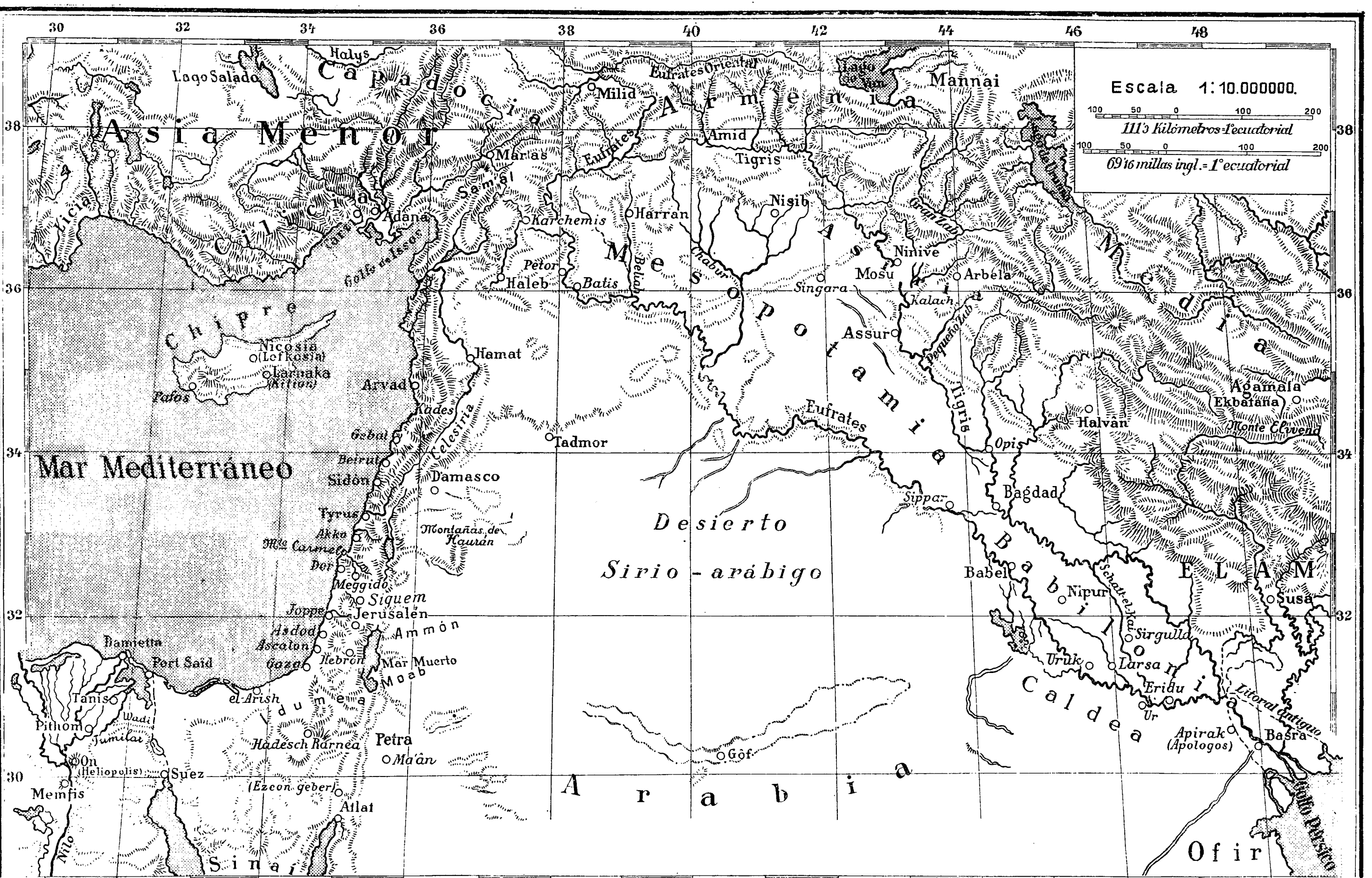


Fig. 20. — Mapa del antiguo Oriente.

culto al *único* Dios verdadero del cielo. Su emigración a Canaán significaba, sin duda, alejamiento del dominio directo babilónico. Y aunque tampoco en la nueva patria encontró «temor de Dios» (*Gen.* 20, 11), sino toda clase de abominaciones idolátricas, el peligro de contagio no era tan grande para el extranjero y su familia como en la casa paterna, en medio de su parentela. La Sagrada Biblia nos pinta a Abraham como un fiel adorador y amigo del verdadero Dios, a quien el Señor iba disponiendo poco a poco para que fuese padre de todos los creyentes; lo cual es claro indicio de que aun no se habían borrado del todo la idea y el culto del verdadero Dios, y de que la Revelación buscaba un punto de apoyo en los restos aun existentes de la verdadera fe y de las tradiciones primitivas, haciendo de Abraham un nuevo principio de la historia de la Redención [1]. Ignoramos cómo pudieron conservarse y transmitirse los restos de tradiciones monoteístas en medio del politeísmo, que tanto se había difundido y tan profundas raíces había echado mucho antes de los tiempos de Hammurabi. Hay un hecho comprobado por la historia de las religiones, que demuestra la posibilidad de la conservación y transmisión: las ideas, tradiciones y prácticas primitivas se conservan largo tiempo y tenazmente en las naciones o en sectores de ellas, aun cuando las haya olvidado tiempo ha la religión oficial (la única que conocemos, aunque imperfectamente, por los documentos babilónicos). Ahora bien, si se comprueba (en lo esencial) que la antigua religión babilónica había conservado cierto fondo monoteísta (o por lo menos henoteísta y monolátrico), y que ya antes de Hammurabi se sintieron fuertes corrientes monoteístas, especialmente en los lugares donde dominaba el culto lunar [2] (Ur, Harán); y si además se tiene en cuenta que aun no había desaparecido del todo en Canaán la fe pura en Dios, como lo prueba el ejemplo de Melquisedec (cfr. número 114), tenemos por el lado religioso los postulados naturales que nos hacen comprensible la siguiente historia de Abraham.

131. Dijo Dios a Abraham: «Sal de tu tierra y de tu parentela y de la casa de tu padre, y ven a la tierra que te mostraré. Y yo te haré cabeza de una nación grande, y bendecirte he, y ensalzaré tu nombre, y tú serás bendito. Bendeciré a los que te bendigan, y maldeciré a los que te maldigan, y *en ti serán benditas todas las naciones de la tierra*».

Duro en verdad fué el mandato que recibiera Abraham; más duro aún por la enumeración de los bienes que el precepto divino le obligaba a renunciar. Por

---

[1] Son de notar los siguientes nombres de Dios, característicos en la historia de Abraham: *El* (el excelso, el poderoso), *El-Olám* (el Dios de los tiempos primitivos o del mundo), *El-Schaddái* (el Todopoderoso, *El-Elyón* (el Altísimo) = Creador del cielo y de la tierra (por boca de Melquisedec, *Gen.* 14, 19). Estos nombres no han podido inventarse o elaborarse posteriormente, sino indudablemente descansan en «una tradición histórica», y desde el punto de vista de la historia de las religiones merecen ser muy escrupulosamente apreciados (Baentsch). Cfr. Hehn, *Die bibl. und babyl. Gottesidee,* 259 ss.; Nikel en *BZF* V, 139.

[2] Para estudiar esta cuestión tan debatida, cfr. Nikel, *Genesis und Keilschrift,* 224 ss., y *BZF* I, 29 ss. Es exagerado afirmar que «los espíritus libres y cultos de Babilonia predicasen que todos los dioses fueran una cosa en Marduc, dios de la luz» (cfr. Delitzsch, *Babel und Bibel* II, 49); pero también es completamente infundado admitir que en la religión más antigua de la patria de los hebreos se adviertan huellas de animismo, totemismo, fetichismo y culto de los antepasados. En manera alguna se puede admitir que el monoteísmo bíblico «esté tomado» de Babilonia, aun cuando se llegue a demostrar que la palabra Yahve (con más propiedad una forma primitiva de la misma, *Yah* o *Ya-u)* aparece en nombres propios y en documentos babilónicos de 2500 a. Cr., pues esto nada nos diría de la *noción* que el primitivo Israel tenía de Dios.—La proposición de Jeremías (*ATAO*[3], 269): «La religión de Israel empalmó con las ideas existentes en sentido progresivo-reformista», puede entenderse aceptablemente, y quien así opina está más en lo cierto que cuantos niegan toda relación y dependencia natural y ven en Abraham un principio absolutamente nuevo del reino de Dios (König, *Geschichte des Gottesreiches,* 54 ss.).

eso se apresura Dios a declarar el significado y la recompensa de tamaño sacrificio. Debía entregarse Abraham sin reserva a Dios y a su dirección, porque Dios se sirviera de él para sus fines altísimos y le confiase en cierto modo todos sus bienes, y aun a sí mismo, en pro de la humanidad. Siempre recompensa Dios con largueza cualquier sacrificio.

Abraham es llamado a ser ***cabeza del linaje del pueblo escogido,*** del pueblo encargado de guardar la verdadera fe y las promesas; por uno de sus descendientes, por el Redentor prometido en el Paraíso, serán bendecidas y recibirán la salud todas las naciones de la tierra. Con esto repite Dios la consoladora promesa del Redentor dada en el Paraíso y renovada después del diluvio, pero de manera más concreta y terminante. Pues mientras allá se designa al Redentor como descendiente de Eva y de Sem, aquí se le hace descendiente de Abraham, con exclusión de todos los demás pueblos [1]. Esta es la tercera gran promesa mesiánica, llamada ***promesa patriarcal.*** Le fué repetida todavía a este Patriarca, cuando acogió en su casa a los extranjeros antes de la destrucción de Sodoma; más tarde, con especial solemnidad, después del sacrificio de Isaac; y lo fué finalmente también a Isaac y a Jacob [2]. Y todas las veces la promesa encierra tres puntos: 1) selección de un linaje para pueblo de Dios; 2) afirmación de que esto se hace en bien de todas las naciones; 3) alusión a *un* hijo de Abraham, mediante el cual se ha de realizar un día la salvación [3]. La promesa mesiánica va acompañada de otra: *la promesa de la tierra de Canaán;* este país, santificado por las peregrinaciones de los Patriarcas [4], había de ser teatro de las divinas revelaciones y del desenvolvimiento del pueblo de Dios; de la vida, pasión y glorificación del divino Redentor y del establecimiento de la Iglesia [5].

132. Obedeciendo a la orden divina, tomó Abraham a su mujer Saray; a Lot, hijo de su hermano; todos los bienes que poseían y las almas (es decir, los siervos y esclavos) que habían adquirido en Harán. Setenta y cinco años tenía Abraham cuando dejó Harán [6]. Llegados a Canaán, atravesaron este país hasta el lugar que se llamaba Siquem [7]. Allí se le apareció de nuevo el Señor, y le dijo: «Mira, esta tierra la daré a tu descendencia». Lleno de agradecimiento, «erigió allí mismo Abraham un altar al Señor», para ofrecer un sacrificio y dejar a la posteridad un monumento visible de la divina bondad [8].

Sin reserva y con inquebrantable fidelidad obedeció Abraham al llamamiento y voluntad de Dios. Durante toda su vida conservó este espíritu aun en medio de las más duras pruebas. «Por la fe obedeció Abraham a Dios, partiendo al país que debía recibir en herencia; y se puso en camino, ignorando a dónde iba. Por la fe vivió en la tierra que se le había prometido, como en tierra extraña, habitando en cabañas; y porque tenía puesta la mira en aquella ciudad de sólidos fundamentos, cuyo arquitecto y fundador es el mismo Dios» [9]. Cuando le

---

[1] Cfr. núms. 72 y 111.
[2] Cfr. *Gen.* 18, 18; 22, 18; 26, 4; 28, 14.
[3] Cfr. *Gal.* 3, 8-14; *Act.* 3, 25; *Matth.* 1, 1.
[4] Muchos lugares fueron tenidos en gran respeto y veneración entre los descendientes de los Patriarcas por las apariciones y favores que éstos recibieron de Dios durante sus peregrinaciones, por los altares que erigieron y por otros muchos hechos que manifiestan el cuidado que Dios tuvo de ellos mientras duró la vida nómada.
[5] Cfr. *Gen.* 12, 7; 13, 12-18; 15, 12-21; 26, 3 s.; 28, 13 s.; 35, 12; 46, 3 s.; 48, 4-21 s.; 50, 23; *Exod.* 23, 31 ss ; 33, 1 s.; 34, 11-16, etc. Cfr. Reinke, *Beiträge* I, 269, etc., acerca del derecho de los israelitas a Canaán.
[6] La distancia de Harán a Siquem es de unos 750 Km.
[7] Cfr. Dornstetter, *Abraham,* 21 ss.
[8] 12, 4-7. [9] *Hebr.* 11, 8-10.

fué prometido un hijo «creyó, contra toda esperanza, en la esperanza de llegar a ser padre de muchas gentes» [1]; y cuando Dios exigió el sacrificio de este hijo de la promesa, de esta prenda de su esperanza, «ofreció a Isaac; sacrificó a su unigénito..., pensando que Dios puede suscitar de entre los muertos» [2]. Por eso le confirmó Dios las promesas, hízole *modelo* resplandeciente *de fe* y de abnegación para el pueblo de Israel y para todos los tiempos, y *padre* no sólo del pueblo escogido, sino también del espiritual, *de todos los creyentes* [3]. Los profetas y el mismo Jesucristo señalan a Abraham como verdadero modelo del pueblo de Dios [4]. Más aún, en un sentido superior es padre y modelo de todos los creyentes de la Nueva Alianza. Tan fija tenía la mirada en el futuro Redentor, que Jesucristo llegó a decir a los judíos: «Abraham, vuestro padre, exultó por ver este día mío; viólo y se alegró» [5]; y al convertirse Zaqueo, exclamó Jesús: «Hoy ha sido día de salvación para esta casa, porque también éste es (ahora verdaderamente) hijo de Abraham» [6]; y san Pablo dice: «No todos los que descienden de Abraham pueden, por eso, llamarse hijos suyos (y de Dios), sino solamente los hijos de la promesa» [7]; y en otro lugar: «los que abrazan la fe son hijos de Abraham... y benditos en el fiel Abraham» [8].

133. Palestina [9] es una parte de la Siria actual. Es la región comprendida entre los grados 31 y 33 de latitud norte; extiéndese de norte a sur, desde el

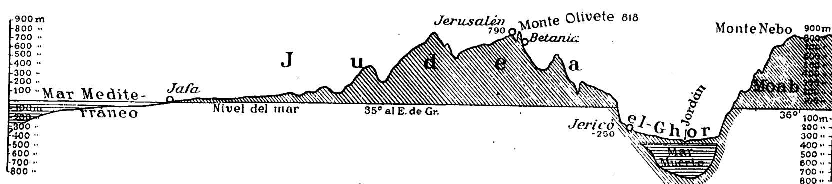


Fig. 21. — Configuración vertical de Palestína a 31° 45′ de latitud N.

monte Líbano hasta los desiertos de Egipto y de Arabia Pétrea, 240 Km. aproximadamente; y de occidente a oriente, desde el Mediterráneo hasta el desierto de Siria, al otro lado del Jordán, en una anchura media de 150 Km. (fig. 21). Tiene, por tanto, de superficie 30.000 Km² [10]. La geología divide este país en cuatro zonas, cada una de las cuales tiene sus caracteres climatológicos, vege-

---

[1] *Rom.* 4, 18. [2] *Hebr.* 11, 17 ss. [3] *Rom.* 4, 11. *Eccli.* 44, 20.

[4] *Is.* 51, 1 s. *Ezech.* 33, 24. *Iudith.* 8, 22. I *Mach.* 2, 51 ss. *Matth.* 3, 9; 8, 11; *Ioann.* 8, 39.

[5] *Ioann.* 8, 56. [6] *Luc.* 19, 9. [7] *Rom.* 9, 7. [8] *Gal.* 3, 7 ss.

[9] En hebreo *Peleschét* = *Philistaea,* tierra de los filisteos: éste era primitivamente el nombre del litoral habitado por los filisteos (*Is.* 14, 29-31), pero en la época griega (Herodoto) pasó a todo el país. Más antiguo es el nombre de «país de *Canaán*», cuyo significado todavía se discute; aparece por primera vez en las cartas de Amarna (1450-1370 a. Cr.) y en las inscripciones egipcias de la XIX dinastía (1315-1200) en la forma *Kinachi* o *Kna'an;* los egipcios le llamaban *Rezen* (superior). El primer documento (babilónico) que hace mención de él le designa con los nombres de *Mar-tu* y también *Mât acharri* = país del Occidente, o *Amurru* = país de los amoritas; puede demostrarse que ya para el tiempo de Sargón I (2775 a. Cr.) se le daban estos nombres. Llámase también tierra *prometida* o de *promisión,* porque Dios prometió reiteradamente a los Patriarcas que se la daría a sus descendientes, y *Tierra Santa* por haber sido teatro principal de la Revelación en la Antigua Alianza, y sobre todo de la vida, pasión y muerte del divino Redentor Jesucristo y de sus apóstoles.—Para estudiar la prehistoria y protohistoria del país y de sus habitantes, cfr. Dornstetter, *Abraham,* en *BSt* VII, fascículo 1-3 (1902), 130 ss.; Procksch, *Die Völker Altpalästinas (Das Land der Bibel* I, 2; Leipzig, 1914); Karge, *Rephaim, die vorgeschichtliche Kultur Palästinas und Phöniziens* (Paderborn, 1908); un resumen muy conciso en *Kalt, Bibl. Archäologie,* §§ 1 y 4.

[10] Igual extensión poco más o menos que los Estados de Baden y Württemberg, que juntos tienen unos 4 millones de habitantes, o que Bélgica con unos 7 millones.

tales, animales y económicos: la llanura de la costa de levante, los montes cisjordánicos, el valle del Jordán y las montañas de Transjordania al oriente.

La planicie del litoral, que en suave pendiente asciende hacia la región montañosa, tiene una anchura media de dos millas—en el sur hasta cinco—y es muy fértil en los terrenos de cultivo. La zona septentrional, desde el monte Carmelo hasta Joppe, unos 90 Km. de longitud, recibe el nombre de llanura de *Sarón* [1]. La meridional, al oeste de la tribu de Judá, tiene casi la misma largura, pero es mucho más ancha; se denomina *Sefela,* que significa tierras bajas [2]. En esa región vivían los filisteos, con los cuales estuvieron los hebreos en lucha durante siglos. *La cuenca cerrada entre las cordilleras de ambos lados del Jordán* comunica por la parte superior con el fértil valle situado entre el Líbano y el Antilíbano (Celesiria, que quiere decir Siria excavada). Sus límites son: por el norte las fuentes del Jordán, y por el sur el mar Muerto; alcanza una longitud de 450 Km., de los cuales 260 pertenecen a Palestina. El valle del Jordán, dilatado y profundo, está en su mayor parte bajo el nivel del mar. Formóse al principio del período diluvial por hundimiento de la meseta primitiva, y constituye la depresión continental más baja de la tierra (cfr. núm. 141). Una de las fuentes principales del Jordán, la de Banias, está a 380 m. de altitud [3], y el lago de Merom, 22 Km. al sur, está sólo a 83 m. sobre el mar. Ya el lago de Genesaret, 18 Km. y medio al sur del Merom, señala 191 m. bajo el nivel del mar. Desciende nuevamente el valle del Jordán (con el nombre de Ghor, que quiere decir hondonada) más de 200 m., hasta llegar al mar Muerto, cuyo nivel está 392 m. más bajo que el Mediterráneo, del cual dista 74 Km. Al sur del mar Muerto se eleva poco a poco el valle (con el nombre de *Araba,* que significa estepa), hasta alcanzar a los 110 Km. la altitud de 240 m., para descender luego hasta el mar Rojo. El clima de la depresión del Jordán es casi tropical [4].

134. Además de estas zonas de tierra baja (marítima y fluvial), que se extienden de norte a sur, hay otras dos: la *llanura de Zabulón,* llamada Asoquis por griegos y romanos y el Buttauf en la actualidad, la cual se extiende desde el lago de Genesaret hacia las cercanías de Akka; la otra es la *gran llanura,* llamada también valle de Jezrael (o de Esdrelón) y campos de Mageddo, por la proximidad de estas ciudades (ahora se le llama Merdsch-ibn-Amer = pradera del hijo de Amer). Esta segunda planicie tiene forma casi triangular; la base está al norte, tiene una longitud de 35 Km. desde el Tabor hasta la bahía de Akka [5]; el vértice del triángulo está en Genin, unas cuatro millas al sur del Tabor. El lado occidental del triángulo sigue la dirección de la vertiente noroeste del monte Carmelo y de su prolongación hacia el sudeste; el lado oriental pasa por Jezrael, y tocando las laderas de los montes de Gelboé llega hasta el Pequeño Hermón y el Tabor. Esta región tiene 120-150 m. de latitud, está regada por el Cisón y es feracísima. Desde los días de los jueces fué teatro de muchos y rudos combates.

---

1 Cfr. *HL* 1873, 100. Extiéndese al norte más allá del monte Carmelo hasta Tiro («llanura de Akka»).

2 Cfr. *Forschungen in den Niederungen des Stammes Juda,* en *HL* 1867 ss.; 1871-74; 1876, 169 ss., 177 ss.; 1877; Range, *Die Küstenebene Palästinas* (Berlín, 1922).

3 El nacimiento del Hasbani, afluente del Jordán, está 22 Km. al norte, casi a 2 Km. de Hasbeya, al pie del Gran Hermón, a 520 m. de altitud.

4 Cfr. *HL* 1873, 17.—Este país abarcaba, por tanto, en un espacio relativamente pequeño las propiedades y caracteres de todas las zonas: cumbres nevadas en el Líbano, ardores tropicales en la depresión del Jordán. Cfr. Schwöbel, *Die Landesnatur Palästinas* (Leipzig, 1914); Fonck, *Moderne Bibelfragen,* 179 ss. *(«Das Land der Bibel im Lichte des alten Orients»).*

5 *La llanura de Akka* se une con la llanura de Esdrelón por el valle del Cisón, y se prolonga hacia el norte, estrechándose cada vez más, hasta las estribaciones de Nacura, entre Akka y Tiro.

135. *Las dos cordilleras* paralelas que flanquean el Jordán [1] están surcadas por numerosos barrancos y ofrecen muy variada configuración. Las montañas cisjordánicas eran propiamente el asiento del pueblo de Dios. Allí moraban nueve y media de las tribus, y allí estaban las ciudades más importantes y los lugares más famosos. Viniendo de la costa, la ascensión es, por lo general, muy suave, mientras que la pendiente al valle del Jordán es rápida y presenta una larga cadena de rocas aisladas y ásperas gargantas. La parte septentrional de la cordillera hasta la gran llanura de Jezrael o de Esdrelón, al oriente del Carmelo, se llamó *montañas de Neftalí*, en la región que más tarde fué Galilea; la parte central, en Samaria, recibió el nombre de *montañas de Efraim;* la parte meridional, *montañas de Judá* [2]. Son sus más célebres cumbres: el Gran Hermón, frente al Líbano, los montes de Gelboé, las alturas de Hebal y Garizim y el monte Olivete. — La cordillera transjordánica es de origen volcánico en la región norte [3]. La región central, al sur del lago de Genesaret hasta el río Arnón, se denominó *montañas de Galaad,* y se distinguía por sus pastos y bosques; allí habitaron más tarde las tribus de Rubén, Gad y la mitad de Manasés. En tiempo de Jesucristo llamóse esta región Perea (es decir, la ulterior). Al sur de ella, en la ribera oriental del mar Muerto, estaban las *montañas de Moab* con sus fértiles campiñas [4].

136. *El clima* [5] de Palestina es muy variado por causa de la diferencia de altitudes, pero en general es muy sano. Hay dos estaciones: la seca y la lluviosa. A fin de octubre comienza la *estación de las lluvias,* con algunas tormentas (lluvia temprana) [6]; es el momento de comenzar el cultivo del campo. No llueve sin interrupción, sino que los días de lluvia (viento sur y oeste) alternan con días serenos (viento norte y noroeste). Noviembre tiene algo de fin de estío; la naturaleza está del todo adormecida. Diciembre es tormentoso, y al terminar arrecia a veces el frío, especialmente en las montañas [7]. Los meses de enero y febrero son verdaderamente invernales, tempestuosos, lluviosos y fríos; los montes se cubren de nieve, sobre todo en enero. En mayo y abril viene la «lluvia tardía» [8]. Con el mes de mayo empieza regularmente la sequía, y el cielo aparece de ordinario despejado [9]. A mediados de verano la atmósfera es asombrosamente clara y transparente, por lo que la luna y las estrellas brillan en la noche con admirable resplandor. La época de la cosecha varía según las altitudes; la recolección de cereales suele coincidir con la primera quincena de mayo; en el valle del Jordán se adelanta a fines de abril o principios de mayo. Pasada

---

[1] Enlázanse estas cordilleras con las del Líbano, que alcanza en el Machmal la altura de 3052 m., y con las del Antilíbano, que en el Gran Hermón llega a los 2860 m.; la occidental tiene una altitud media de 300 m. con montañas que alcanzan de 500 a 1000 m.; la de allende el Jordán es notablemente más elevada, 1000-1300 m. por término medio, y en Haurán llega a los 1700 m.

[2] Prolóngase hacia el sur por las montañas occidentales del Arabah (Azazimath, cfr. *infra* núm. 359), las cuales a su vez se enlazan con las de la Península de Sinaí, donde el macizo sinaítico llega a la altura de 2650 m.

[3] En Basán, desde el Líbano hasta el Hieromax, que afluye al Jordán por el oriente, 7 $^1/_2$ Km. al sur del lago de Genesaret. En tiempo de Jesucristo se llamaban aquellas regiones Gaulanitis, Iturea, Traconitis y Hauranitis.

[4] Todavía más al sur, al oriente del Arabah, se extendían hasta el mar Rojo *las montañas de Seir,* asiento de los descendientes de Esaú, los idumeos; en la proximidad de Petra, capital de Idumea, está el monte *Hor* (1329 m.), donde fué enterrado Aarón, hermano de Moisés (*Num.* 20, 22; cfr. núm. 373).

[5] Klein, *Das Klima Palästinas auf Grund der alten hebr. Quellen,* en *ZDPV* XXXVII, 1; XXXIII, 107 ss.; Schwöbel, l. c. 22 ss.

[6] Se llamaba *lluvia temprana,* porque caía al comienzo del año civil, luego de la estación seca. Cfr. *HL* 1878, 57.

[7] Cfr. *Ierem.* 36, 9-22 ss.

[8] Si la *lluvia tardía* es escasa o falla del todo, puede venir el hambre.

[9] Por eso pide Samuel a Dios, como prodigio manifiesto, truenos y lluvia en la época de la recolección del trigo (I *Reg.* 12, 17).

la recolección, pierde la naturaleza su frescor y hermosura, excepto en aquellos parajes donde hay agua abundante para riego. Mas el rocío compensa en cierto modo la falta de lluvia.

137. Por su *fertilidad* llamóse Canaán «tierra que mana leche y miel» [1]; y en verdad, su posición geográfica y las condiciones físicas de la superficie la hacen apta para producir en abundancia los más variados frutos. Apenas existe otro país que en tan reducido espacio ofrezca tan asombrosa riqueza de especies. Aquí están representadas las zonas vegetales más diversas de nuestro planeta. En las llanuras de la costa y en la vertiente occidental de las cordilleras domina la flora del Mediterráneo, mientras que en la ladera oriental y en el sur abunda la vegetación de las estepas orientales; el Líbano ostenta la flora alpina, y el valle



Fig. 22. — Rama de granado.
a, fruto; *b*, corte transversal superior; *c*, corte transversal inferior.



Fig. 23. – Rama de olivo.
a, fruto; corte longitudinal.

del Jordán se adorna con las flores de India y Nubia. Higueras y granados, vides y otros frutales, olivos y almendros proporcionaban pingüe ganancia. Añádase a esto el tesoro de sus plantas aromáticas: mirra, ácoro, casia, azafrán, bálsamo, incienso, etc. En alta estima eran tenidos, tanto por su belleza como por su utilidad, el falso plátano o arce, el ciprés, el terebinto, la acacia, la palmera y el cedro del Líbano. En Jericó prosperaban hermosos rosales y plantas balsámicas, caña de azúcar, añil, algodón [2], etc. A la riqueza de sus flores debe el país la cantidad de miel. Parece que nunca fué rico en bosques [3] el país cisjordánico; en cambio son famosas en el Antiguo Testamento las selvas del Líbano, del Haurán y del Carmelo. Por su fertilidad natural pudo alimentar este país en tiempo de David y Salomón una población de cinco millones, y exportar todavía en abundancia sus productos. Lo mismo sucedía en tiempo de Jesucristo y aun en la Edad Media, hasta que bajo la dominación turca perdió aquella prosperidad, de suerte que actualmente sólo mantiene a 650000 habitantes (26 por Km^2. Compárese con Alemania y Bélgica, cuyas densidades son 104 y

---

[1] *Exod.* 3, 8, etc. Por eso pudo decir Moisés al pueblo: «El Señor, tu Dios, te introducirá en esa tierra buena, tierra llena de arroyos y de estanques y de fuentes; ... tierra de trigo y cebada y de viñas, en la que nacen higueras y granados y olivos; tierra de aceite y de miel, donde sin escasez ninguna comerás el pan y gozarás en abundancia de todos los bienes; cuyas piedras son hierro (tierra que ofrece mineral de hierro en abundancia) y de cuyos montes se sacan los metales de cobre (*Deut.* 8, 7 ss.; cfr. 11, 9; 32, 13 s.).

[2] Cfr. *infra* núm. 193. *HL* 1876, 143.

[3] Acerca de la influencia de los bosques, cfr. *ZDPV* 1885, 101. Acerca del cambio de clima, ibid. 1902, 97 ss.

234 por Km²). Esto no obstante, la tierra cultivada conserva todavía su prístina fertilidad [1].

Había, pues, Dios deparado al pueblo hebreo una tierra *que parecía hecha de intento para su elevado destino,* una tierra situada en medio del mundo antiguo, donde Israel podía estar en constante relación con los grandes imperios orientales, y desde la cual los mensajeros de la fe podían derramarse con facilidad, en la plenitud de los tiempos, por todas las partes del mundo [2]; al mismo tiempo, un país tan aislado [3], que no hubiera sido difícil a los israelitas librarse del paganismo y su pernicioso influjo; un país tan rico, que Israel podía satisfacer todas sus más diversas exigencias sin depender del extranjero; un país, en fin, variadamente estructurado, sano; idóneo, en suma, para desarrollar las facultades corporales y espirituales de la nación escogida [4].

15. Amor a la paz y desinterés de Abraham

(*Gen.* 12, 8-13, 18)

138. Partiendo de Siquem hacia el sur, «llegó Abraham a un monte que miraba al oriente de Betel [5]; allí tendió su pabellón y erigió al Señor un altar e invocó su nombre». Pero sobrevino el hambre y se vió en la precisión de bajar a Egipto, donde corrieron peligro su vida y la honra de Sarai. Conocedor Abraham del estado moral de Egipto, pensó librarse de ese doble peligro, diciendo que Sarai (que no tenía hijos) era su hermana. Mas, como le fuese quitada Sarai a causa de su hermosura y llevada al palacio de Faraón, castigó Dios a éste y a su corte (con enfermedades y desgracias). Por fin supo Faraón que Sarai era mujer de Abraham y se la devolvió. Y Abraham, protegido visiblemente por Dios, regresó a Canaán, más poderoso y rico que había salido [6].

No está exenta de culpa la conducta de Abraham, pero las circunstancias la hacen comprensible y en parte disculpable. Porque con verdad podía decir Abraham que Sara era «hermana» suya, esto es, pariente próxima; tal vez le

---

[1] Cfr. Wimmer, *Palästinas Boden mit seiner Pflanzen- und Tierwelt* (Colonia, 1902; en *VGG);* Killermann, *Die Blumen des Heiligen Landes* (Leipzig, 1915); Keppler, *Wanderfahrten und Wallfahrten*[8-10] (Friburgo, 1922).

[2] Este país se halla casi en el centro del mundo antiguo; está unido con Europa y norte de Africa por el Mediterráneo; con Egipto, Nubia, Abisinia, con el interior de Africa, con Arabia e India, por las rutas de las caravanas que atravesaban el istmo de Suez, y por el mar Rojo; con el interior de Asia, por las vías comerciales que tocaban sus límites. Cfr. Dalman, *Palästina als Heeresstrasse im Altertum und in der Gegenwart,* en *PJ* XII, 15 ss.

[3] Al norte, por la elevada cordillera del Líbano; al oeste, por el litoral con muy pocos puertos; al sur y oriente, por grandes desiertos.

[4] Faulhaber, *Zeitfragen u. Zeitaufgaben*[6-7] *(Palästina als Bühne der bibl. Geschichte),* 157 ss.

[5] Acaso existiera ya la ciudad; pero el nombre le pusieron después los israelitas, por haber llamado Jacob así aquel paraje; estaba situada 36 Km. al sur de Siquem, 15 Km. al norte de Jerusalén (cfr. núm. 179).

[6] *Gen.* 12, 8-20. Acerca de las relaciones de Abraham con Egipto, cfr. Dornstetter, *Abraham,* 85 ss.; Heyes, *Bibel und Aegypten* (Münster, 1904), 1 ss. No hemos de imaginarnos a Abraham y demás Patriarcas como pastores a la manera de los jeques beduinos. Los pastores orientales eran príncipes que daban en arriendo sus rebaños y mayorales, disponían de grandes haciendas y mantenían relaciones con los señores del país. La cláusula «los cananeos estaban (ya) en el país», significa que Canaán era para entonces un país agrícola, tal vez en mayor grado que hoy; los documentos antiguos nos muestran que los nómadas (beduinos) de aquella época estaban en contacto con la civilización.

dió ese nombre en la acepción egipcia de «amada»[1]. Pero sin duda sabía Abraham que los faraones se atribuían el derecho de apoderarse a su capricho de toda mujer; en este caso, al marido amenazaba la muerte, no así al «hermano», a quien se indemnizaba. Si salvaba su vida pasando ante los egipcios por hermano de Sara, podría también cuidar de la honra y vida de su mujer. No fué Abraham, sino las costumbres egipcias las que pusieron en peligro la vida de Sara. Confiaba también el Patriarca en la protección divina y vió recompensada su esperanza. La aceptación de los regalos de Faraón no fué injusticia o egoísmo, sino medida de prudencia. No dice el Texto Sagrado qué circunstancias pusieron en claro este asunto y ocasionaron la libertad de Sara; bástenos saber que así lo dispuso Dios, el cual pudo valerse de mil medios y caminos que encajaran bien en la manera de ser de los egipcios. Por entonces tenía Sara sesenta y cinco años (cfr. núm. 130); estaba, por tanto, en la mitad de sus días (vivió 127 años); además era estéril, de una familia muy agraciada corporal y espiritualmente, libre de cuidados y pasiones extenuantes; añádase a esto la sencillez de su vida, al aire libre y en un clima sano, y no extrañará que todavía fuese celebrada por su gracia y *hermosura*, sobre todo en comparación de las mujeres egipcias, de reconocida fealdad y prematura vejez[2].

Atravesando, pues, Abraham la región meridional, «regresó hacia Betel, hasta el lugar en donde primero tuvo asentada su tienda; allí erigió un altar, e invocó el nombre de Dios». Habíase cumplido en parte la promesa divina. «Era rico en bienes, oro y plata», tenía muchos siervos y siervas, camellos y asnos, bueyes y ovejas. «También Lot, que andaba en compañía de Abraham, tenía muchos rebaños; por lo que ya no eran suficientes para ambos los pastos», tanto menos, cuanto que «los cananeos habitaban ya en aquel país»[3]. De aquí vino a suscitarse una riña entre los pastores de los ganados de Abraham y Lot. Dijo entonces Abraham a Lot: «Ruégote no haya discordia entre nosotros, ni entre mis pastores y los tuyos; pues somos hermanos[4]. Ahí tienes a la vista toda esa tierra; sepárate de mí, te ruego; si tú fueres a la izquierda, yo iré à la derecha; si tú escogieres la derecha, yo iré a la izquierda». Y alzando Lot los ojos, miró *toda la región del Jordán,* que antes que asolase el Señor a Sodoma y Gomorra, estaba regada como antes el Paraíso y como

---

[1] Así Hoberg, *Genesis*[2], 148 y 209.

[2] Cfr. Heyes, l. c. 18. Como se lee en el cap. 20, Sara y Abraham se encontraron más tarde en situación análoga con Abimelec, rey de los filisteos. Allí se refiere cómo Abraham y Sara convinieron, al llegar a Canaán, en pasar ante los extraños por hermano y hermana; también se aducen los motivos y razones que tuvieron para proceder de esta suerte: «tal vez en este país no haya temor de Dios»; Abraham podía temer por su vida. Abimelec no mancilló el honor de Sara, porque Dios, después de castigar su casa con enfermedades y esterilidad, le amonestó en sueños. Abraham recobró a Sara y recibió regalos de Abimelec «para tapar los ojos», es decir, en concepto de expiación e indemnización; pero tuvo que oír de labios de Abimelec la censura de su conducta. Por intercesión de Abraham cesó la plaga que afligía al Rey y a su casa, y pronto concertaron ambos una alianza.—Este relato es, por su contenido, semejante al primero, pero de ninguna manera un «duplicado», sino diferente en sus circunstancias; ayuda además a esclarecer el primero. Cfr. Zschocke, *Die biblischen Frauen,* 56 ss., y Zaphetal en *ThR* 1906, 538.

[3] Los *cananeos* entraron en Palestina por el sur, probablemente en la segunda mitad del tercer milenario a. Cr. Según tradición de ellos mismos, vinieron, como dice Herodoto (7, 89), del mar Rojo y se establecieron al sur del país, en la costa y en la llanura, desalojando a los indígenas (Böhl, *Kananäer u. Hebräer,* en *BWAT* 1911).

[4] Es muy frecuente en Israel darse entre parientes próximos el nombre de *hermano y hermana.* Así debe interpretarse el Nuevo Testamento cuando habla de los *hermanos* de Jesús. Abraham era tío de Lot.

Egipto, y escogió este paraje. Separáronse, pues, el uno del otro, y Lot habitó en Sodoma. Mas los sodomitas eran perversos en extremo y grandes pecadores a los ojos de Dios (13, 1-13).

Abraham, más anciano que Lot y cabeza de familia, nos da un ejemplo sublime de *desinterés* y *amor a la paz*. Estas dos virtudes radican en la caridad verdadera y sincera; pues «la caridad no es envidiosa, no se irrita» [1]. Acerca de *la elección de Lot* advierte san Ambrosio: «El más débil escogió lo más agradable, despreciando lo más útil». Y aunque Lot perseveró justo entre los pecadores, con todo, en las penas que atribularon su alma a la vista de la impiedad, en la prisión que padeció, y aun más en la precipitada fuga de Sodoma, debió de ver una reprensión por sus imperfecciones.

139. Los relatos de los viajes y hechos del Patriarca en Canaán y Egipto responden del todo a las circunstancias y a la vida de aquellos tiempos, que hoy en día conocemos por inscripciones y monumentos. Mucho antes del tiempo de Abraham, Palestina estaba bajo la influencia de la civilización de Egipto y Babilonia. No eran raros los viajes y expediciones guerreras del uno al otro país. Todavía algunos siglos después de Abraham presentaba Canaán la mezcla característica de población fija, agrícola y nómada que la historia de los Patriarcas supone. Las tribus nómadas de Palestina tenían íntima relación con el país civilizado de Egipto. Según testimonio de documentos egipcios (relaciones de viajes, cartas), los jefes de estas tribus nómadas frecuentaban la corte de los faraones y estaban al corriente de los sucesos de Egipto. Entre el país del Eufrates y Egipto se cruzaban embajadas con mensajes escritos. Estos nómadas asiáticos (beduinos) no eran bárbaros; los pueblos bárbaros, a los cuales combate el rey de Egipto, se nombran en oposición a los nómadas. Los jefes de éstos solían aliarse para hacer expediciones bélicas contra los «príncipes de las naciones», como se dice de Abraham (*Gen.* 14) [2].

Tenemos un testimonio de la historicidad de la narración bíblica en los regalos que Abraham recibió de Faraón (*Gen.* 12, 16): «Por respeto a ella (Sarai), trataron (los egipcios) bien a Abraham, el cual adquirió ovejas y bueyes y asnos, esclavos y esclavas, y asnas y camellos». Durante mucho tiempo la crítica ha ridiculizado este pasaje de los regalos, creyendo ver entre ellos algunos objetos desconocidos en Egipto y echando de menos otros que allí era costumbre regalar. Mas hoy se sabe por los monumentos, que ovejas, bueyes y asnos pertenecían ya desde antiguo a la riqueza de Egipto; y también el camello, aun cuando (como el cerdo) no aparezca representado en los monumentos. No se habla de caballos; pues este animal era desconocido en Egipto, hasta que los «reyes pastores» (Hycsos) lo importaron de Asia. Acaeció esto después de los tiempos de Abraham. ¿Hubiera tenido en cuenta esta pequeña pero significativa diferencia un escritor de tiempos posteriores, que no conociese con exactitud la tradición de los tiempos pasados, habiendo visto los descendientes de Abraham por sus propios ojos la caballería egipcia, ante la cual se sobrecogieron de pavor a la salida de Egipto? También es conocida desde muy antiguo la riqueza de Egipto en plata y oro (en lo que asimismo se enriqueció Abraham, según *Gen.* 13, 2) [3].

---

[1] I *Cor.* 13, 4 s.

[2] Cfr. *ATAO*[3], 192 ss. — Acerca de Egipto (nombre, geografía y civilización), cfr. Döller, *Studien*, 31 ss.; Hagen en *LB* I, 119-143.

[3] En las excavaciones realizadas en Abusir el-Meleq (1905) por la Sociedad Orientalista Alemana, se descubrió, entre otras cosas interesantes, una vasija de piedra calcárea, que tenía la forma de un camello en actitud de reposo; se halla expuesta en el Museo Egipcio de Berlín (fig. 24). Como estos objetos son indudablemente del 4 milenario a. Cr., puede asegurarse que el camello era conocido en Egipto en tan remota antigüedad. — Acerca de los regalos de Faraón a Abraham, cfr. Dornstetter, *Abraham*, 108-122. *Ibid.*, p. 88 ss., la refutación de que Abraham marchara, no a Egipto (hebr. *Misraim*), sino a un país árabe,

140. Dios recompensó el noble desinterés de Abraham (para con Lot), renovándole la promesa de entrar sus descendientes en posesión de todo aquel país. «Alza tus ojos, y mira hacia el norte y el mediodía, hacia el oriente y el poniente. *Toda esta tierra que ves,* yo te la daré a ti y a tu posteridad para siempre [1]. Y multiplicaré tu descendencia como el polvo de la tierra. Y si hay hombre que pueda contar los granitos de polvo de la tierra, ése podrá contar tus descendientes. Levántate, y ve recorriendo el país a lo largo y a lo ancho; porque a ti he de dártelo.» Abraham, removiendo su tienda, se puso en camino, y fué al *valle de Mambre* [2], junto a Hebrón, y edificó allí un altar al Señor [3].

141. El lugar escogido por Lot era la región inferior de la *campiña del Jordán,* cubierta hoy por el mar Muerto o por su parte meridional [4]. El **Jordán** [5], eje fluvial de Palestina, nace en el extremo norte de este país. Tiene sus fuentes [6] en el monte Hermón, estribación del Antilíbano, y discurre de norte a sur hasta sepultarse en el mar Muerto; su longitud en línea recta es de 225 Km.; pero las curvas que describe alargan su curso hasta los 750 Km. Apenas nacido, entra en el pequeño lago de *Merom* (Huleh), atraviesa luego el de *Genesaret,* desembocando 112 Km. más abajo, en el Asfaltites (= mar Muerto).

En el hondo valle del Jordán a través de los siglos ha excavado el río, dentro de su amplio cauce de un cuarto de hora de ancho, otro más reducido, de orillas escarpadas y 15 m. de profundidad. Durante la época lluviosa y al derretirse las nieves, rebasa el Jordán su lecho interior, adquiriendo gran extensión y alto nivel. Pero, ordinariamente, su anchura no pasa de 30 m., y en otoño ofrece muchos puntos vadeables, que no siempre pueden cruzarse sin peligro, a

---

llamado *Musri.* Existió un *Musri* al norte de Siria (III *Reg.* 10, 28; IV *Reg.* 7, 8) y también un *Musran* (¿Madián?) al norte de Arabia, el cual por haber estado temporalmente bajo el dominio de Egipto, puede tal vez estar comprendido en el nombre de éste; no se ha demostrado que existiese en el norte de Arabia un *Musri* con el cual se pudiera confundir el Mizraim o Egipto de la Biblia. Siempre que se habla del rey de Mizraim, se alude ciertamente a Egipto. Ningún texto cuneiforme obliga a interpretar Musri = Mizraim por otro país sino Egipto.

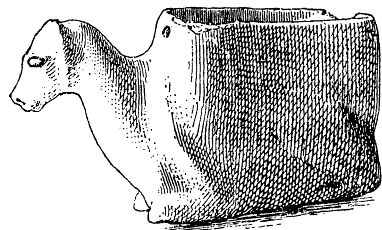


Fig. 24. — Vasija de piedra calcárea, en forma de camello, encontrada en un sepulcro prehistórico egipcio. (Propiedad de la Sociedad Orientalista Alemana).

[1] Es decir, mientras sigan siendo el pueblo de Dios) cfr. *Lev.* 18, 28; 26, 38; *Deut.* 4, 27; 28, 64; 29, 28; 30, 1), y en cuanto que la posesión de Canaán es símbolo de aquella otra más hermosa del cielo, que Dios ha de dar a los hijos espirituales de Abraham (cfr. *Hebr.* 4, 8 ss.).

[2] Le llamó así su dueño *Mambre,* el amorita, el cual, juntamente con sus hermanos Aner y Escol, concertó alianza con Abraham *(Gen.* 14, 13-24; cfr. núm. 144).

[3] Acerca de las teorías arbitrarias y singularísimas que han inventado los modernos críticos acerca de Abraham y sus relaciones con Hebrón, cfr. la obra de Dornstetter, *Abraham,* 67 ss.

[4] Cfr. núm. 133 y núm. 157; *TQS* 1867, 625: *Die westl. Jordansau;* Blankenhorn, *Naturwissenschaftliche Studien am Toten Meer und im Jordantal* (Berlín, 1912).

[5] En hebreo *Jardên,* el que va descendiendo a causa de su rápida pendiente; en árabe se le llama generalmente *ech-Cheria,* abrevadero, pero también *Urdun.* Döller, *Studien,* 125 ss.

[6] Hasbani, Leddan, Baniani. La fuente principal está a unos 380 m. de altitud, no lejos de Banias, antigua Paneas o *Caesarea Philippi,* 3 millas al norte del lago de Merom, una hora escasa al oriente de Tell el-Kadi, antigua Lesem o Lais, que más tarde se llamó Dan (cfr. núm. 133).

causa de lo impetuoso de la corriente. Al salir del lago de Genesaret son todavía límpidas las aguas; pero pronto el barro va comunicándoles color amarillento; son potables, aunque poco gratas, por tibias. Abunda la pesca. En la espesura de sus riberas se guarecían en otro tiempo los leones; hoy, algunas fieras menos peligrosas. Sus principales afluentes son el Hieromax, llamado hoy Wadi Jarmuk, que desciende del monte Haurán, y el Jabok o Jebok, llamado hoy Wadi Zarka, de los montes de Galaad; ambos confluyen por la orilla izquierda, a 8 y 50 Km. aguas abajo del lago de Genesaret (= Tiberíades).

142. Hebrón[1] es una ciudad antiquísima. Está situada siete horas al sur de Jerusalén, a unos 850 m. de altitud, en una hondonada de las montañas de Judá, fértil y abundante en aguas. Según una leyenda hebrea, allí fué creado y enterrado Adán[2]. Lo que sabemos con certeza es que allí está el *sepulcro de la familia de Abraham*[3]. Conquistada Hebrón por Josué, tocó en suerte a Caleb (tribu de Judá); el cual, a la muerte de aquel caudillo, hubo de reconquistarla del poder de los cananeos. Llegó a ser una de las poblaciones más importantes de la tribu de Judá, ciudad libre o de refugio entre las seis que Moisés designara, y una de las trece sacerdotales.

En el desierto de Tif, que separa a Hebrón del mar Muerto, se ocultó David largo tiempo para librarse de las asechanzas de Saúl, y en ella fué elevado al trono, reinando siete años y medio sobre la tribu de Judá. Junto al pozo de Hebrón[4] mandó colgar los cadáveres de los asesinos de Isboset, hijo de Saúl; en la puerta de esta ciudad fué traidoramente asesinado Abner por Joab. Roboam mandó fortificarla de nuevo; después de la cautividad de Babilonia, recobró su antiguo esplendor. Judas Macabeo la rescató de los idumeos, que se habían apoderado de ella después de la caída del reino de Judá; pero, en tiempo de Jesucristo, la vemos de nuevo bajo el yugo de Idumea. Fué destruída por los romanos en la guerra de los judíos el año 69 de Cristo, y más tarde reedificada. Los Cruzados la conquistaron el año 1100, estableciendo un obispado en 1167. Saladino se la arrebató en 1187, y desde entonces está en poder de los mahometanos.

Hebrón fué siempre *lugar sagrado* para los judíos, principalmente por contener los sepulcros de los Patriarcas. En ella fué ungido rey David «delante de Yahve», es decir, a la vista del lugar santo; allá se dirigió Absalón «a ofrecer sacrificios», cuando quiso alzarse rey[5], y, según Fl. Josefo[6], allí ofreció Salomón 1000 holocaustos en el altar de bronce erigido por Moisés; por lo que Dios se le apareció en sueños, invitándole a pedir lo que más deseara, y Salomón sólo pidió la sabiduría[7]. Para los judíos de hoy, Hebrón, Jerusalén, Tibe-

---

[1] El nombre antiguo *Kirjath Arbe,* del cual había aún memoria en tiempo de la *conquista* de Canaán por Josué, significa probablemente «ciudad cuádruple», ya por los cuatro caminos que allí concurren, ya por constar de cuatro barrios (cuatro poblaciones unidas). Fundándose en *Ios.* 14, 15, creyeron algunos que significaba «ciudad de Arbe», antiguo señor de la ciudad, padre de la raza gigantesca de los enaquitas. Los árabes la llaman *el-Chalil,* que quiere decir el amigo (de Dios), o sea Abraham (cfr. pág. 192, nota 2). Döller, *Studien,* 14 ss. Es posible que Hebrón se derive de *Habirun* = «ciudad de los Habiri». Nagl, *Nachdavidische Königszeit,* 190. — Según *Num.* 13, 23, Hebrón fué edificada siete años antes que Tanis, capital del Bajo Egipto; según E. Meyer, hacia 1670 comenzó la era de Tanis, y en la célebre inscripción de Sesac (v. núm. 570) se designa a Hebrón, hacia el 1000 a. Cr., como «posesión de Abraham»; según Fl. Josefo *(De bello iudaico,* 4, 9, 7) era anterior a Memfis, primitiva capital de los faraones, y en su tiempo tenía ya 2300 años; fué, por tanto, fundada por los años del nacimiento de Abraham (?).

[2] Cfr. p. 102, nota 4.

[3] Cfr. núm. 165 s.

[4] Probablemente un pozo situado al sudoeste de la ciudad, de 40 m. de largo y ancho por 7 de profundidad, construído de piedras labradas. Existe también al nordeste de la parte meridional de la ciudad un estanque de 26 m. de largo, 17 de ancho y 6 $^{1}/_{2}$ de profundidad.

[5] II *Reg.* 2, 4; 5, 3; 15, 7. [6] *Ant.* 8, 2, 1.

[7] Según la Sagrada Escritura (cfr. III *Reg.* 3, 4), celebróse este sacrificio en Gabaón, algo más de una milla al noroeste de Jerusalén.

riades y Safed son las «cuatro ciudades sagradas» de Palestina. También para los mahometanos es sagrada Hebrón, y cuidan celosamente el santuario (*Haram*) levantado sobre la cueva del sepulcro de Abraham, al sudeste de la ciudad [1]. Al sudoeste de Hebrón se eleva una colina de 900 m. sobre el nivel del mar. A media hora de distancia, al noroeste del valle, se muestra la *encina de Abraham* [2], en el antiguo bosque de Mambre; en esa comarca se encuentran los mejores viñedos; por lo cual se pretende localizar en su término el *torrente del Racimo,* donde los exploradores de Moisés cortaron aquel hermoso ejemplar [3]. Una milla al este de Hebrón se halla *Beni Naim*, la antigua Anim [4], punto culminante de la región, que domina el panorama del mar Muerto. Hasta allí acompañó Abraham al Señor; y desde allí pudo el Patriarca contemplar la catástrofe de Pentápolis [5]. La población asciende actualmente a 20000 habitantes, de ellos 1500 judíos; los restantes, mahometanos fanáticos.

16. Melquisedec

(*Gen.* 14)

143. Después de algún tiempo, aconteció que cuatro reyes extranjeros hicieron una incursión en aquel país; iban al frente Codorlahomor, rey de Elam, y Amrafel, rey de Senaar; era su propósito someter las ciudades [6] de Sodoma, Gomorra, Adama, Seboim y Bala (Segor), regidas por otros tantos reyes. Porque, tributarios éstos de Codorlahomor durante doce años, ahora habían sacudido el yugo. Libróse la batalla en el valle de las Selvas, donde está hoy el mar Muerto. El valle de las Selvas estaba sembrado de pozos de asfalto [7]. Los reyes de Sodoma y Gomorra volvieron las espaldas y cayeron allí mismo; los demás se salvaron en los montes. Los enemigos saquearon Sodoma y Gomorra, y se apoderaron también de Lot y de todos sus bienes. Uno de los que escaparon, corrió al valle de Mambre a dar la noticia a Abraham. Luego que éste la oyó, pasó revista a sus criados expertos en la guerra, 318 en número, y con ellos y sus aliados fuése en seguimiento de los vencedores hasta Dan [8]; echóse sobre ellos de noche, desbaratólos, y les fué persiguiendo hasta Hoba, a la izquierda de Damasco [9], logrando recobrar todas las riquezas y a Lot con todos sus bienes (14, 1-16).

Con este relato se pone la Sagrada Escritura, por primera vez, en contacto inmediato con la historia profana. Por esta razón el capítulo 14 tiene grandísima importancia para la demostración científica de la credibilidad histórica del relato bíblico, y ha sido rudamente combatido hasta el día de hoy. Mientras la

---

[1] Cfr. núm. 165.
[2] Cfr. núm. 152.
[3] Cfr. núm. 360. Otros creen encontrar el *torrente del Racimo* en Bersabee.
[4] *Jos.* 15, 50.
[5] *Gen.* 18, 17 ss ; 19, 27 s.; cfr. núms. 154 y 156.
[6] De ahí el nombre de Pentápolis, es decir, las cinco ciudades (*Sap.* 10, 6).
[7] Estos pozos podían ser la ruina del enemigo desconocedor del terreno; pero esta vez impidieron la huída de los naturales.
[8] Dan, no lejos del Líbano y de la fuente del Pequeño Jordán; según otros, probablemente Dan-Jaan, en Galaad, en uno de los dos caminos que por el norte y sur del lago de Genesaret conducían a Damasco (II *Reg.* 24, 6; cfr. *Deut.* 34, 1).
[9] Seguramente la aldea llamada todavía Hoba (*Habun*), media hora al norte de Damasco, a unos 300 Km. de Hebrón.

historia profana ignoró los nombres y la expedición que aquí se mencionan, túvose este relato por «invención tendenciosa», indigna de crédito. Pero, desde que las inscripciones cuneiformes aclararon muchos nombres y hechos, se va poniendo cada vez más empeño en cimentar en este capítulo la autenticidad de la historia bíblica de Abraham y la cronología [1]. Mas es necesario proceder con mucha circunspección. El descifrar los nombres propios es tarea sumamente difícil; muchas lecturas tenidas antes por ciertas son insostenibles; otras han sido impugnadas por asiriólogos calificados; por lo que, hoy por hoy, se tienen por dudosas [2]. Hasta ahora sólo se ha podido demostrar con certeza que los antiguos reyes de Elam pretendían la supremacía sobre Babilonia; que «la tierra de Occidente» estuvo bajo el dominio de los reyes babilónicos y que las expediciones bélicas hacia los países occidentales no eran cosa rara. Los nombres de personas y lugares son antiguos y no pudieron ser inventados por un escritor posterior. De aquí se sigue que el relato de la incursión de cuatro reyes de Oriente contra cinco reyes de Occidente ***está de acuerdo con las circunstancias históricas de la antigüedad, y contiene datos primitivos seguramente históricos.*** Ello da pie para formar un juicio provisional favorable a la fidelidad histórica de los relatos bíblicos en general. Afirmar que el relato contenga «cosas imposibles en sí mismas» [3] junto a otras acreditadas, o suponer que lo haya compuesto un escritor posterior valiéndose de noticias antiguas, es refugiarse en los prejuicios y falsos principios de siempre. ¿Por qué no había de disponer el autor del *Génesis* de una tradición antigua (tal vez escrita)? Así parece colegirse del estilo arcaico del capítulo 14. La figura de Melquisedec y el nombre de Dios, El-Elyon, «el Altísimo», encajan bien en una época arcaica en que los babilonios, egipcios, fenicios y árabes tenían sacerdotes-reyes. No podemos entrar en pormenores de este estudio complicado [4]. La importancia del capítulo 14 para la historia sagrada está ***exclusivamente*** en la conducta de Abraham y en la intervención de Melquisedec. Los reyes de Oriente entran en escena accidentalmente, sólo porque su expedición daba pie para lo que el escritor quería contarnos después.

---

[1] Así Hommel, *Die altisraelitische Überlieferung,* 18 ss.

[2] Explican algunos lingüísticamente *Amraphel* de *Jammurapil (rapaltu) = Jammurapi,* o también de *Ha-am-mu-ra-pi.* El asiriólogo Bezold rechaza decididamente la identidad personal de *Amrafel* y *Hammurabi;* otros se pronuncian resueltamente a favor (véase p. 169, nota 2). No se ha comprobado todavía en las inscripciones el nombre *Codorlahomor;* pero sus elementos son ciertamente elamíticos: una serie de nombres de antiguos reyes comienzan por *Kudur; Lagamar* es nombre de un dios elamita. También se ha demostrado la antigüedad e historicidad de otros nombres de personas, ciudades y pueblos, mencionados en *Gen.* 14, 1-13. *Arioch* corresponde a *Eri-aku,* atestiguado por las inscripciones, escritura sumeria del rey babilónico *Warad-Sin,* probablemente idéntico a *Rim-Sin* de Larsa. *Ellasar* es seguramente Larsa, antigua residencia de los reyes de Babilonia; se supone que *Tadal* es el *Tudchula* de las inscripciones.

[3] No se ve imposibilidad ni en el número de los siervos reclutados por Abraham, ni en lo largo del camino desde Hebrón hasta Damasco, ni en la victoria sobre los cuatro reyes. Porque Abraham contaba seguramente con fuerza suficiente para defender sus bienes y podía disponer de sus aliados. La gente de Abraham podía llegar a Damasco en unos pocos días, mientras que la retaguardia de los elamitas vencedores, donde iban los despojos (rebaños) de Lot, tenía que caminar con lentitud. Es de suponer que el ejército de los cuatro reyes sería relativamente pequeño—no había entonces grandes imperios—; tampoco tendrían gran extensión los dominios de los cinco reyes vencidos; demás de esto, bastaba una sorpresa a la retaguardia para explicar el feliz éxito de la intervención de Abraham: «salvó a Lot con sus bienes».

[4] Dornstetter, *Abraham,* 161 ss ; *BZF* II, 35 ss., y V, 3; Bezold, *Die Assyr.-babylon. Keilinschriften,* 23 ss. El investigador protestante Sellin refuta enérgica y acertadamente la hipercrítica que cree descubrir en *Gen.* 14 una invención tardía. Casi todos los argumentos que se esgrimían antes contra la credibilidad y autenticidad de v. 18-20 (Melquisedec), se tornan en pruebas favorables, merced a recientes descubrimientos, v. *BZ* IV, 326.

144. Al regresar Abraham, saliéronle al camino (el rey de Sodoma [1]) y Melquisedec, rey de Salem (la futura Jerusalén [2]), en el valle del Rey, que está junto a Salem. *Melquisedec ofreció pan y vino,* pues era sacerdote del Dios altísimo, y bendijo a Abraham diciendo: «Bendito sea Abram de Dios, que creó cielo y tierra; y bendito sea Dios el Excelso, que entregó en tus manos a los enemigos». Dióle Abraham diezmos de todo lo que había arrebatado a los enemigos. Entonces dijo el rey (de Sodoma) a Abraham: «Dame las personas (que has libertado), lo demás quédate para ti». Pero Abraham replicó: «Alzo mi mano al Señor Dios excelso, que ni una hebra de hilo, ni la correa de un calzado tomaré de todo lo que es tuyo, porque no digas: Yo enriquecí a Abram; a excepción sólo de los alimentos que han consumido los mozos, y de las porciones de estos varones que vinieron conmigo de la vecindad, de Aner, Escol y Mambre; éstos tomarán su parte» [3].

145. Misteriosa es la aparición de *Melquisedec* en el relato que precede. Está sobre Abraham, padre escogido y privilegiado de los creyentes; pues ofrece un *sacrificio* por éste y los acompañantes; le *bendice* y recibe de él *diezmos* de todo. No ofreció Melquisedec pan y vino a los combatientes de Abraham para que reparasen sus fuerzas—éstos tenían alimentos en abundancia, como se colige de las palabras de Abraham—sino en calidad de sacrificio (y banquete *sacrificial),* de acuerdo con lo que el texto añade: «porque era sacerdote de Dios altísimo» [4]; repárese en el sentido del contexto, en la bendición al fin de la ofrenda, en la alusión contenida en el salmo mesiánico: «tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec» [5], en el simbolismo que el hecho encierra para la Nueva Alianza, cuyo sacrificio incruento anunció Malaquías [6], en el cumplimiento mediante el sacrificio incruento de la Nueva Ley, en la interpreta-

---

[1] Tenía que ser sucesor del que acababa de morir, lo cual no es imposible, pero sí poco probable. Suponen algunos que por corrupción del texto se nombra aquí al rey de Sodoma, mientras que primitivamente sólo se hablaba de Melquisedec, al cual se deben atribuir las siguientes palabras «Dame las almas (es decir, los enemigos que has tomado cautivos)». Hoberg, *Gen.*[2] 162.

[2] Cfr. *Ps.* 75, 3; Fl. Josefo, *Ant.* 1, 10, 2. No la Salim situada en las cercanías del Jordán, 75 Km. al norte de Jerusalén *(Ioann.* 3, 23). Cerca de Jerusalén está el valle del Rey, donde Absalón erigió su mausoleo (II *Reg.* 18, 18; cfr. Fl. Josefo, l. c. 1, 10, 2; 7, 10, 3; v. núm. 544); allí podían dividirse los caminos de Sodoma y Hebrón. Cfr. Mommert, *Salem, die Königsstadt des Melchisedech* (Leipzig, 1903). La mención más antigua de Jerusalén, *Urusalim,* se encuentra en una de las cartas de Amarna (v. núm. 9), escrita por *Abdichiba* a Amenofis IV (el original se encuentra en el Museo de Berlín; lámina 2d) Allí se lee, entre otras cosas, este pasaje notable, que algunos tienen por paralelo de *Hebr.* 7, 3: «En lo que a mí toca, no me pusieron (al frente de *Urusalim)* ni mi padre ni mi madre; sino el brazo del poderoso rey me hizo entrar en mi casa solariega» (es decir, me invistió del poder y de la dignidad de príncipe). El apóstol san Pablo en *Hebr.* 7, 3 considera como un rasgo simbólico la presentación que de Melquisedec hace el texto sagrado: sin padre, sin madre y sin genealogía».

[3] 14, 17-24.

[4] La expresión hebrea, que traducimos «ofreció» *(Vulgata: proferebat),* puede muy bien significar «ofrecer en sacrificio», como lo entendió la tradición judía; cfr. Hoberg, *Genesis*[2] 163; Pohle, *Dogm.* III[3], 331. La conjunción «pues» *(enim)* que no aparece en la versión griega, nada prueba en contra; porque en hebreo la cláusula «era sacerdote del Dios altísimo» está unida a la frase anterior, y puede, por tanto, considerarse como una explicación del por qué Melquisedec «ofreció» pan y vino. Pero si unimos esa cláusula con la siguiente, el sacerdote Melquisedec bendice a Abraham, lo cual, según los usos orientales, presupone un sacrificio.

[5] *Ps.* 109, 4.

[6] *Malach.* 1, 11.

ción de san Pablo [1] y de los santos Padres [2]. ¿Tendría sentido el realce que el Antiguo Testamento da al carácter sacerdotal de Melquisedec, si en el *único* lugar que habla expresamente de él no se indicase la función característica del sacerdote—el sacrificio? El apóstol san Pablo, al exponer el simbolismo de Melquisedec (*Hebr.* 7), no hace mención expresa de su sacrificio, pero le llama sacerdote repetidas veces. El Canon de la Misa ha fijado desde antiguo la interpretación unánime de la Iglesia con estas palabras: *quod tibi obtulit sacerdos tuus Melchisedech,* y el *Catecismo Romano* (parte II, c. 4, q. 78) define de esta manera su carácter: *nulla in re imaginem magis expressam licet videre, quam in Melchisedech sacrificio.* Cuando los protestantes, para desfigurar el carácter del santo Sacrificio de la Misa, interpretan torcidamente el sacrificio de Melquisedec, contradicen a la letra y al contexto de este pasaje, al Nuevo Testamento y a la interpretación constante de la Iglesia de Dios.

Por este sacrificio, y por las circunstancias que en él concurrieron, fué Melquisedec *figura* señalada *de Cristo,* como nota punto por punto san Pablo [3]. Melquisedec era *rey;* su nombre suena «rey de la *justicia*» [4]; su ciudad, *Salem:* es, pues, «rey de la paz». Melquisedec era rey y sacerdote. No menciona la Sagrada Escritura *padre, ni madre,* ni genealogía de Melquisedec, principio ni fin de sus días; sólo dice que *ofreció un sacrificio,* un sacrificio de *pan y vino;* a esto alude el salmo: «tú eres sacerdote según el orden de Melquisedec». Con ello indica el mismo Antiguo Testamento el rasgo más importante del simbolismo: el Ungido del Señor, el Hijo de Dios, ha de ser sacerdote y rey, como Melquisedec, en lo cual va incluída también la semejanza del sacrificio de ambos.

17. Fe y hospitalidad de Abraham. Precepto de la circuncisión

(*Gen.* 15, 1-18, 15)

146. Pasadas que fueron estas cosas, habló Dios a Abraham en una visión, diciendo: «No temas, Abram, yo soy tu protector, y tu galardón sobremanera grande» [5]. Y acordándose Abraham de la promesa de gran descendencia que anteriormente Dios le hiciera, respondió con melancolía: «¡Oh, Señor Dios! ¿y qué es lo que me has de dar? Yo me voy sin hijos; así que habrá de heredarme el hijo del mayordomo de mi casa, ese Eliezer de Damasco». Al punto replicó el Señor diciendo: «No será éste tu heredero, sino un hijo que saldrá de tus entrañas». Y sacóle afuera — era de noche — y le dijo: «Mira al cielo, y cuenta, si puedes, las estrellas. Pues así será tu descendencia». Creyó Abraham a Dios, y su fe reputósele por justicia (*Gen.* 15, 1-6).

Prometióle de nuevo Dios dar en posesión a su descendencia la tierra de Canaán; pero le añadió: «Sepas desde ahora, que tus descendientes han de vivir peregrinos en tierra ajena, donde los reducirán a la esclavitud, y afligirlos han por espacio de cuatrocientos años [6]. Mas, a la nación

---

1 *Hebr.* 7, 1-6-11 ss.; cfr. 5, 6-10.

2 Lo mismo expresan las representaciones de las catacumbas: Kraus, *Realenzykl.* II, 390.

3 *Hebr.* 6, 20; 7, 1 ss. Cfr. Weiss, *Mess. Volbilder,* 18.

4 Probablemente *título* de los reyes de Jerusalén (cfr. Adonisedec = rey de justicia, véase núm. 413).

5 Sin duda quiso Dios con esto tranquilizar a Abraham acerca de posibles venganzas de los reyes vencidos o envidiosas insidias de los cananeos, y recompensarle al mismo tiempo por su comportamiento heroico, abnegación y desinterés.

6 En números redondos, en vez de los 430 años que duró la estancia en Egipto (*Exod.* 12, 40), o de los 359 años transcurridos desde la muerte de José (*Gen.* 41, 46-47; 45, 6; 50, 22. *Exod.* 1, 6-9).

a la cual han de servir, yo la juzgaré; y después de esto, saldrán cargados de riquezas. Entre tanto tú irás en paz a juntarte con tus padres [1], terminando tus días en una dichosa vejez. A la cuarta generación [2] es cuando volverán acá; porque al presente no está todavía llena la medida de las maldades de los cananeos» *(Gen.* 15, 7-16).

Reputósele a Abraham la *fe* por justicia; esto es, Abraham fué acepto a Dios de una manera especial, porque no miró ni a su edad avanzada (de 75 a 85 años) ni a la esterilidad de su mujer, muy entrada ya también en años, sino sólo a la omnipotencia y veracidad de Dios. La fe práctica en el santo amor de Dios produjo tan hermosos frutos de abnegación, respeto, obediencia y sacrificio en la vida de este santo Patriarca. Por ello había abandonado su patria, la casa paterna, todo lo que hasta entonces amara y tuviera en estima; por esta fe estuvo dispuesto más tarde a sacrificar al hijo de la promesa; en suma, esta fe es la raíz de todas sus grandes y sublimes virtudes.

147. Entiende la Sagrada Escritura por **visión** una misteriosa aparición o comunicación, por medio de la cual se manifiesta Dios al hombre. Hay cuatro maneras de visiones, dos de las cuales se dirigen a la inteligencia del hombre mediante internas ilustraciones o mediante comunicaciones de conocimientos o verdades; las otras dos obran primero en los sentidos interiores o exteriores, por medio de fenómenos reales externos (y ésta es la ínfima clase de visiones sobrenaturales) o mediante un influjo en la fantasía (imaginación), ora en estado de vigilia, ora en sueños; (llámase esta última, *visión en sueños)* [3]. Sólo Dios, creador del alma humana, puede influir directamente en la inteligencia; por donde aquellas dos primeras maneras de visiones son las más excelentes. Las criaturas (y también los espíritus malos) sólo pueden ejercer influjo en el espíritu humano mediante los sentidos internos o externos. Esas revelaciones divinas sobrenaturales van acompañadas de la evidencia y convicción de su origen divino. Acontece, a veces, que el alma en estado de vigilia abandona los sentidos exteriores y cesa de su actividad; de suerte que el hombre queda sin conocimiento alguno, como dormido y aun como muerto; porque el alma está poseída del todo por el espíritu de Dios, sumida total y exclusivamente en la divina comunicación. A tal estado se llama *éxtasis* o arrobamiento, en el cual no queda oscurecido el discurso como en el falso éxtasis [4], sino sublimado por modo sobrenatural, ni queda suprimida la libertad de la voluntad, sino dignificada e ilustrada por la íntima unión con la voluntad divina [5].

148. Refiere el capítulo 16 [6] que Sara (tal vez porque su fe en la divina promesa no era bastante firme) dió a Abraham por mujer a su sierva egipcia Agar para que de ella tuviese hijos (esto es, para que Abraham no quedase sin descendencia por la esterilidad de Sara). Cedió Abraham a las instancias de su

---

[1] Testimonio de la inmortalidad del alma (cfr. núm. 57).

[2] Las cuatro generaciones son: Leví, Caat, Amram, Moisés *(Exod.* 6, 16-20. *Num.* 26, 57-59). Tal vez se omitan algunas intermedias, aquéllas, v. gr., que «no merecían nombrarse» por estar mancilladas, como sucede en la genealogía de Jesucristo entre Salmón y Booz, entre Joram y Ozías. Tal vez toma el autor sagrado 100 años para cada generación; lo cual se explica tratándose de una familia cuyos miembros llegaron a la edad de 130-150 años.

[3] Cfr. *Gen.* 15, 12; 20, 3; 37, 5 ss.; 40, 5; 41, 1; *Num.* 12, 6.

[4] Así se llaman a veces también los estados provocados por el hombre o por influencia diabólica; también en éstos queda el paciente insensible a todo lo exterior, pero al mismo tiempo pierde la conciencia, quedando en estado letárgico o como embriagado. Fenómenos de esta naturaleza se dan con frecuencia entre los magos y adivinos gentiles; entre los profetas, jamás.

[5] Para más detalles cfr. santo Tomás *(S. theol. 2, 2, q. 171-175).* Schöpfer, *Geschichte des AT*[6], 428 ss.

[6] San Pablo *(Gal.* 4, 22-31) explica el carácter típico de este pasaje.

mujer. Mas luego que Agar se vió embarazada, despreció a su señora, la cual se sintió ofendida y humillada. Por lo cual Abraham dejó a Agar a disposición de Sara. Esta maltrató a Agar, la cual huyó y anduvo errante por el desierto; y estando en peligro de muerte, tuvo una aparición del Señor, quien le ordenó volviese a la casa de su señora y le estuviese sumisa; dióle al mismo tiempo a conocer el nombre y la suerte del hijo que llevaba en sus entrañas. Este fué *Ismael,* nacido en el año 86 de Abraham; había de ser padre de numerosa descendencia (habitantes del desierto, tribus nómadas). Lo demás de la historia de Ismael y de su madre se relata en el capítulo 19 (cfr. núm. 159).

Los sucesos están descritos con tanta claridad y tan de acuerdo con el estado social de los tiempos antiguos, que, de no hablarse de una aparición y revelación divina, la crítica no vería en ellos nada de legendario. No hay que juzgar del proceder de Sara y Abraham según las normas de las leyes posteriores, sino según las ideas y costumbres jurídicas de su tiempo. Precisamente, este caso (que luego se repite con Jacob, *Gen.* 30, 1 ss.) está previsto y reglamentado en el código babilónico antiguo (código de Hammurabi)[1]. Según este código, le estaba permitido a Sara estéril mirar por su derecho, procediendo con su marido y la criada en la forma que cuenta la Sagrada Escritura; y Abraham se sometió al derecho vigente, al parecer, contra su voluntad. Se trataba, como han reconocido los santos Padres, de un caso excepcional (esterilidad duradera de Sara), que podía justificar una dispensa de la regla primitiva. Tampoco se puede ver en ello una poligamia ilimitada, pues el código babilónico no concedía otra tercera mujer a quien hubiese elevado a la dignidad de secundaria a la criada de la estéril, ni daba a la secundaria iguales derechos que a la principal; pero en lo tocante a la herencia, daba iguales derechos a los hijos de ambas, siempre que el padre les hubiese reconocido en vida (adoptándolos, «diciendo: hijos míos»). La Sagrada Escritura no alaba ni aprueba la conducta de Abraham y Sara; más bien deja entrever que las intenciones humanas querían prevalecer sobre los designios divinos; indica también la Sagrada Escritura que los interesados llegaron a conocer las malas consecuencias de su conducta. Dios permanece fiel a las promesas y sabe servirse de las intenciones torcidas y de las debilidades de los hombres. Por eso redujo a Agar a la obligación y bendijo a Ismael, por medio del cual había de cumplir parte de la promesa (descendencia); mas su libre y graciosa elección no fué coartada ni inspirada por la prudencia mundana de Sara: no ha de ser el hijo de la esclava, sino el de la libre, quien propague el nombre de Abraham y sea su heredero, como explica el resto de la narración. Aquí está el recóndito y elevado misterio de aquellos sucesos, al parecer insignificantes; aquí la razón por qué la esclava extraviada mereció tener una aparición y revelación del Señor. Es de notar que la crítica utiliza con preferencia este capítulo para realzar el «carácter legendario» de los relatos del *Génesis*[2], cuando en realidad en él está retratada de mano maestra la situación histórica de aquellos tiempos.

149. Siendo Abraham de edad de 99 años, apareciósele el Señor y le dijo: «Yo soy el Dios todopoderoso; camina delante de mí y sé perfecto». Postróse Abraham sobre su rostro. Y díjole Dios: «De hoy más, tu nombre no será Abram, sino *Abraham*[3]; porque te tengo destinado para padre de

---

[1] El código de Hammurabi establece en el § 146: «Si, habiendo un hombre tomado mujer, da a su marido una esclava por mujer, y porque le pare la esclava, ella desprecia a su dueña estéril, tiene ésta derecho a castigar a aquélla como propiedad *suya*».—Este artículo del código de Hammurabi supone la costumbre de que una mujer estéril dé a su marido una esclava por mujer secundaria.

[2] Particularmente Gunkel. Véase en *Dornstetter, Abraham,* 95 ss. la refutación de diferentes teorías y objeciones. Ibid. 123-130 un capítulo acerca de Agar e Ismael entre los mahometanos.

[3] Cfr. núm. 130.

muchas naciones, y reyes descenderán de ti. Y estableceré mi pacto entre mí y entre ti y tu posteridad después de ti, para ser yo el Dios tuyo y de toda tu posteridad [1]; daré a ti y a tus descendientes la tierra en que estás como peregrino, toda la tierra de Canaán en posesión perpetua [2], y seré el Dios de ellos. Guarda, pues, mi pacto, tú y tu posteridad en sus generaciones. Y la señal de este pacto es, que a todo niño de sexo masculino circuncidaréis a los ocho días de nacer. Ya no llamarás Sarai a tu mujer, sino Sara [3]. Yo le daré mi bendición y de ella te daré un hijo a quien he de bendecir; de él descenderán reyes de pueblos». Postróse Abraham sobre su rostro, y *sonrióse* [4], diciendo en su corazón: «¿Conque a un viejo de cien años le nacerá un hijo, y Sara, a sus noventa años ha de parir?» Y dijo a Dios: «¡Ojalá que Ismael viva delante de ti!» [5] Y Dios replicó: «Sara, tu mujer, te parirá un hijo, a quien llamarás *Isaac* [6], y con él confirmaré mi pacto en alianza sempiterna. He otorgado también tu petición a favor de Ismael; he aquí que le bendeciré, y le daré una descendencia muy grande y numerosa; pero el pacto mío le estableceré con Isaac, que Sara te parirá el año que viene por este tiempo». Y se retiró Dios de la vista de Abraham [7]. Este cumplió la orden divina de la circuncisión en sí mismo y en Ismael, que tenía entonces trece años, y en todos los familiares varones (17, 1-27).

150. Según Herodoto y los monumentos, ya en época remota **la circuncisión** era en Egipto práctica general, aunque de escasa importancia; en la época griega era costumbre y privilegio del estado sacerdotal [8]. También en Cólquida, Etiopía y otros pueblos antiguos se conocía la circuncisión; no es seguro que la conociesen los pequeños pueblos vecinos de Israel: idumeos, ammonitas, moabitas, árabes [9]; sólo de los cananeos (por consiguiente también de los fenicios) y filisteos se dice expresamente en el Antiguo Testamento que eran incircuncisos [10]. Puede señalarse como costumbre antiquísima y bastante extendida, y cabe apreciarla, y de hecho se apreció, de diversas maneras. En el Antiguo Testamento, desde Abraham, tuvo significado *esencial y exclusivamente religioso;* es el signo de la Alianza o de la obligación impuesta al Patriarca y a su descendencia, y se distingue de la práctica análoga de otros pueblos, no sólo por los motivos de su institución, sino también por otras circunstancias externas (practicarse al octavo día, no entre los seis y diez años, como hacían los egipcios, o todavía más tarde, como se hacía en otros pueblos. La omisión de dicha práctica excluía del pueblo de Dios). Como señal establecida por el Señor, la

---

[1] Habéis de adorarme siempre como a único Dios verdadero, y guardar fielmente mis mandamientos.

[2] Cfr. núm. 140.

[3] Cfr. núm. 130.

[4] Esta sonrisa provenía de tan agradable sorpresa (cfr. *Rom.* 4, 19 ss.); por eso no fué reprendido como su mujer Sara, la cual dudó de las palabras del Señor (cfr. núm. 152).

[5] Como si dijera: No apartes de él tu gracia y bendición. Dios escuchó esta súplica; pero en la promesa a Isaac demostró una vez más que *da sus gracias con libérrima voluntad a quien le place* (cfr. núm. 88).

[6] Es decir, sonrisa, alegría; cfr. *Gen.* 18, 12; 21, 3, 6; núm. 152 y 159.

[7] Antropomorfismo, con el cual quiere expresar que Dios acabó su conversación con Abraham. Así como el dignarse Dios comunicar al hombre sus verdades puede llamarse «bajar» (cfr. *Gen.* 11, 5), de la misma manera podemos decir que cesar la revelación es «marcharse» o «subir».

[8] Ermann, *Aegyptische Religion,* 223. Heyes, *Bibel und Aegypten,* 48 ss.

[9] Como afirman Gunkel *(Genesis,* 237) y Benzinger *(Archäologie,* 119).

[10] Cfr. *Gen.* 34, 15; *Ierem.* 9, 24; *Iudic.* 14, 3; *LB* I 939.

circuncisión era *el más importante de los signos y ritos sagrados (sacramentos) de la antigua Alianza;* pero ni éste ni los demás tenían la virtud de santificar y comunicar la gracia, a diferencia de los sacramentos de la Nueva Alianza; sólo servía para *simbolizar* la investidura de la gracia por la Pasión y méritos de Jesucristo.

Desde la promesa del Paraíso se podía merecer la *gracia* y *santificación* sólo por la fe y el amor de Dios, por la esperanza en el perdón y en la recompensa; en lo cual iban incluídos en cierto modo, aunque oscura e inconscientemente, idénticos sentimientos respecto del Redentor prometido; por este medio, y no por la circuncisión, fué santificado Abraham [1]. De donde solamente los *adultos* podían estar en unión con el Redentor prometido, como miembros con la cabeza, y ser partícipes de sus gracias y bendiciones. En substitución de los *niños,* otras personas mayores debían llevar a cabo, mediante algún acto religioso, la entrega y unión con el Redentor y la agregación al pueblo de Dios, es decir, a los allegados del Señor. Hasta Abraham no había acto alguno prescrito por Dios, sino libre e indeterminado, de acuerdo con las prácticas religiosas de la época; y así continuó para todos los pueblos paganos en la Antigua Alianza. Mas, elegido Abraham padre del linaje del pueblo escogido, al *formalizar el pacto* y comenzar el cumplimiento de la promesa, estableció Dios una señal, la circuncisión. Ella había de ser un *documento* indeleble, escrito en la carne del pueblo con efusión de sangre; un *recuerdo* constante del pacto; un *signo distintivo* de Israel. Debía, al mismo tiempo, aludir a la promesa de la gran *descendencia,* en particular al *Mesías,* el magno vástago de Abraham, el deseado de las naciones [2]. Finalmente, debía recordar a los descendientes de Abraham la *inclinación al mal*, heredada de Adán, y la necesidad de los sacrificios cruentos, y excitar a la lucha continua contra el pecado por medio de la circuncisión de los malos deseos [3].

151. La circuncisión era **figura** *del Bautismo*, por el cual los hombres son purificados y santificados, recibidos en la Iglesia de Dios y hechos partícipes de las gracias y bendiciones divinas. Y si aquélla era una señal que *recordaba la obligación* de conservar siempre pura el alma, y sin ella nadie podía ser un verdadero israelita, ¿cuánto más debe serlo el Bautismo en la Nueva Alianza? Pues «nosotros, los que servimos al espíritu, somos la circuncisión (esto es, los verdaderos hijos de Abraham y de Dios)» [4]. En el Bautismo, dice san Pablo, «tenéis vosotros en él (en Cristo) la circuncisión, no hecha por mano que cercena la carne del cuerpo, sino con la circuncisión de Cristo, siendo sepultados con El por el Bautismo y con El resucitados» [5].

Ambos ritos *se corresponden* como figura y realidad. Basta indicar los puntos de analogía: la circuncisión era el *primero e imprescindible sacramento* de la Antigua Alianza; daba *derecho* a las promesas y bendiciones del pueblo de Dios y quien careciese de ella era excluído, como extranjero, de todos esos bienes. Por la circuncisión se obligaba el hombre al fiel cumplimiento de la Ley del Antiguo Testamento. Era un sello *indeleble* impreso en la carne para honra o para ignominia y reprobación, según que el circuncidado viviese en pureza y santidad o apartado de las virtudes. Pero existen también diferencias entre la imagen y el cumplimiento, entre la sombra y la realidad. La circuncisión estaba prescrita *sólo para Abraham y su descendencia,* hasta los tiempos del Redentor; el Bautismo, para todos los pueblos y para todos los tiempos, hasta el fin del mundo [6]. La circuncisión era una señal *corporal,* que daba derecho a los

---

[1] *Rom.* 4, 9 ss.
[2] Cfr. *Gen.* 49, 10; *Agg.* 2, 8.
[3] Cfr. *Gen.* 17, 1; *Deut.* 10, 16; 30, 6; *Rom.* 2, 25-29.
[4] *Philipp.* 3, 3.
[5] *Philipp.* 3, 3. *Col.* 2, 11 s. Weiss, *Messian. Vorbilder,* 58.
[6] Esto representaba también la figura, ya que Abraham debía circuncidar a sus esclavos, tanto a los nacidos en su casa como a los comprados por dinero, y porque en

bienes corporales y terrenos; el Bautismo no consiste sólo en un signo externo, sino que encierra además en sí la gracia, imprime al alma carácter indeleble y comunica bienes mucho más elevados, espirituales y celestiales. La circuncisión confería de por sí la admisión en el pueblo de Dios y la *esperanza* en el futuro Redentor, pero en modo alguno la gracia santificante; pues, como advierte san Pablo [1], Abraham era justo delante de Dios antes de ser circuncidado, por su fe en las promesas divinas y por su vida ajustada en todo a la fe. El Bautismo, por el contrario, confiere por sí mismo la gracia de la justificación y santificación.

152. Después de algún tiempo, estando Abraham sentado a la puerta de su tienda en el valle de Mambre [2], en el mayor calor del día, se le apareció de nuevo el Señor. Sucedió, pues, que alzando Abraham los ojos, vió cerca de sí, parados, a *tres personajes*. Luego que los vió, corrió a su encuentro, hízoles profunda reverencia y dijo (al más importante de los tres): «Señor, si yo, siervo tuyo, he hallado gracia en tus ojos, no pases de largo. Yo traeré agua, y lavaréis vuestros pies y descansaréis un poco a la sombra de este árbol. Yo os pondré un bocado de pan, para que reparéis vuestras fuerzas; después pasaréis adelante». Respondieron ellos: «Haz como has dicho». Abraham entró corriendo en el pabellón de Sara, y le dijo: «Amasa de prisa tres satos [3] de flor de harina, y cuece unos panes en el rescoldo» [4]. Y él mismo fué corriendo a la vacada, y cogió de ella el ternerillo más tierno y gordo, y mandó aderezarlo. Presentó luego a los tres huéspedes el ternerillo y las tortas, juntamente con leche y manteca. Mientras ellos comían, estaba él de pie junto a ellos debajo del árbol. Cuando hubieron comido [5], le preguntaron: «¿Dónde está Sara, tu

---

general podían los paganos formar parte del pueblo de Dios mediante la circuncisión (*Exod.* 12, 48; *Num.* 9, 14; cfr. núm. 107 y 127), y los idumeos y egipcios, a la tercera generación; sólo los ammonitas y moabitas estaban excluídos perpetuamente de la comunidad de Dios (*Deut.* 23, 2-8).

[1] *Rom.* 4, 9.

[2] En un encinal. Toda la antigüedad tuvo en gran veneración una encina, bajo la cual la tradición hacía sentar al patriarca Abraham; todavía en tiempo de Constantino acudían allá en peregrinación judíos y cristianos y aun gentiles. Este piadoso Emperador edificó junto a la encina, a dos millas romanas de Hebrón (casi 3 Km.), camino de Jerusalén, una iglesia dedicada a la Santísima Trinidad, cuyas ruinas se ha creído encontrar en las cercanías. Los árabes llaman ese lugar Ramath el-Chalil («altura del amigo de Dios», es decir, de Abraham); los judíos, «casa de Abraham» (cfr. p. 103, nota 7). Tienen algunos por *encina* auténtica la que se ve hoy un poco más al sur, en el hospicio ruso, en un cercado de piedra; sin embargo, esta hipótesis es poco fundada. Cfr. *HL* 1909, 94; *ZDPV* 1890, 222; Mader, *Altchristliche Basiliken und Lokaltraditionen in Süd-Judäa*, en *Studien zur Geschichte und Kultur des Altertums*, VIII (Paderborn, 1918), 54 ss.

[3] En hebreo *tres seah* (latín *sata*), es decir, un efi. Las *medidas de capacidad para áridos* son: el gomor o coro (364, 4 litros) = 2 letech (182, 2 litros) = 10 efi (36, 44 litros) = 30 seah (12, 25 litros) = 100 omer (3, 64 litros) = 180 cab (2 litros). En estas medidas andan mezclados un sistema sexagesimal (babilónico) y otro decimal (egipcio). Y es de notar (para la cuestión del *Pentateuco*), que las medidas sexagesimales (babilónicas) *nunca* aparecen en el *Exodo* y *Deuteronomio* y que la unidad fundamental israelita es el «efi», antigua palabra egipcia. Las *medidas de capacidad para líquidos* son: el coro (364,4 litros) = 10 bat (36,44 litros) = 60 hin (6 litros) = 720 log (0,5 litros). El «hin» aparece sólo en el *Pentateuco* (y en *Ezequiel*) y es también palabra egipcia. Cfr. Kalt, *Bibl. Archäologie*, núm. 69.

[4] Torta cocida en el rescoldo. La operación es como sigue: encendido el fuego, se separan las brasas y se extiende la masa en forma de torta sobre las losas calientes y se cubre luego con ceniza. Al poco rato está ya cocido el pan, está hecha la torta.

[5] No en realidad, sino en apariencia, como se lo explicó Rafael a Tobías (*Tob.* 12, 19; cf. núm. 629).

mujer?» — «Ahí está, respondió, dentro de la tienda». Y díjole el Señor: «Yo volveré sin falta dentro de un año, por este tiempo; y Sara, tu mujer, tendrá un hijo»[1]. Al oír esto Sara, se rió detrás de la puerta de la tienda. Mas el Señor dijo a Abraham: «¿Por qué se ríe Sara, diciendo: ¿Y será verdad que yo he de parir en tan avanzada edad? Pues, qué, ¿hay para Dios cosa difícil? En el plazo señalado volveré a visitarte por este mismo tiempo y Sara tendrá un hijo» Negó Sara asustada, y dijo: «No me he reído». Pero el Señor le dijo: «No es así, sino que te has reído» (*Génesis* 18, 1-15).

En este momento debió de reconocer Abraham al que con él y con Sara hablaba. Pronto lo iba a saber con certeza. Su *caridad para con el prójimo* era una prueba manifiesta de su gran *amor a Dios;* por esto a la última prueba siguió la realización de la divina promesa.

En la aparición de Dios en figura de tres hombres se vislumbra el misterio de la *Santísima Trinidad.* Así lo entienden unánimes los santos Padres y lo dice la Iglesia en el Oficio Divino: «Vió tres y adoró a uno» [2]. En los tres hombres, a dos de los cuales llama ángeles [3] la Biblia, ven los más de los santos Padres figuras bajo las cuales solía aparecerse *Dios* visiblemente a Abraham; otros suponen que fueron ángeles, representantes de Dios, y que como tales fueron honrados por Abraham y Lot.

153. Se habla en el Antiguo Testamento con frecuencia del *Angel del Señor* («Angel de Yahve»), medianero de la divina Revelación y forma visible de Dios mismo («mi Nombre es en El», *Exod.* 3, 20-23; es decir, en El y mediante El aparezco yo mismo). Se presenta como Dios, se llama Dios o Yahve, y recibe nombres y honores divinos. Se aparece a los patriarcas: a Abraham en Mambre y más tarde en el sacrificio de Isaac; a Jacob en Betel; a Moisés en la zarza. Libra a Israel de la cautividad de Egipto, da la Ley en el Sinaí, precede al pueblo en forma de columna de nube, se aparece a Josué y a Gedeón, al padre de Sansón y llama a Samuel; apellídase «Angel de la Alianza». A veces se distingue de Dios, y se presenta como *enviado* suyo. Los más de los santos Padres dicen que este «Angel de Dios», enviado por el Señor, es Dios mismo, el *Hijo de Dios,* el cual en el Antiguo Testamento preparaba la Redención, que El mismo había de llevar a cabo después de vestir carne mortal. Otros santos Padres ven en El un verdadero ángel, del cual se servía Dios en el Antiguo Testamento para comunicarse con los hombres [4].

18. Destrucción de Sodoma y Gomorra

(*Gen.* 18, 16 a 19, 28)

154. Acompañó Abraham a los tres extranjeros todavía un trecho, en dirección a Sodoma. Dijo entonces el Señor: «¿Cómo es posible que yo encubra a Abraham lo que voy a ejecutar, habiendo de ser él padre de una nación grande y fuerte, y *habiendo de ser benditas en él todas las nacio-*

---

[1] Cfr. núm. 149.
[2] *Resp. II Noct. Domin. in Quinquag.*
[3] *Gen.* 19, 1; cfr. núm 154.
[4] Para más detalles, cfr. san Agustín, *De Trin. l. 3, c. 11; q. 3, in Exod ;* santo Tomás, *Summa theol. 1, 2, q. 98, a. 3;* Heinrich, *Dogmatische Theologie,* IV, 47 ss.; *Kath,* 1882, II, 149. Opinan algunos que, cuando se habla del «Angel de Yahve», no se trata de una aparición de Yahve, sino de una glosa teológica, una manera de indicar que no se quería hacer intervenir directamente a Yahve (*RB* 1903, 212-225); mas esto no se concilia con las ideas teológicas de aquellos tiempos (cfr. Hetzenauer, *Theol. bibl* I, 470).

nes de la tierra? Bien sé yo que ha de mandar a sus hijos, y a su familia después de sí, que guarden el camino del Señor, y obren según rectitud y justicia, para que el Señor cumpla por amor a Abraham todas las cosas que tiene prometidas». Dijo, pues, el Señor a Abraham: *El clamor de Sodoma y Gomorra se aumenta más y más, y la gravedad de su pecado ha subido hasta lo sumo* [1]. Los dos ángeles partieron de allí, tomando el camino de Sodoma, mientras Abraham, asombrado, quedó de pie delante del Señor (*Gen.* 18, 17-22).

Y acercándose Abraham al Señor, intercedió por las ciudades nefandas con súplicas conmovedoras, en que andaban a porfía el amor, la humildad y la confianza, diciendo: «¿Por ventura destruirás al justo con el impío? Si se hallasen cincuenta justos en aquella ciudad, ¿no perdonarás a todo el pueblo por amor de los cincuenta justos?» Respondió el Señor: «Si yo hallare en Sodoma cincuenta justos, perdonaré a todo el pueblo por amor de ellos». Temió Abraham que ni siquiera tan corto número de justos hubiese en Sodoma, e insistió: «Ya que una vez he comenzado, hablaré a mi Señor, aunque yo sea polvo y ceniza. Y si faltaren cinco justos al número de cincuenta, ¿destruirás la ciudad toda entera, porque los justos no son más que cuarenta y cinco?» Respondió el Señor: «No la destruiré, si hallare en ella cuarenta y cinco justos». Insistió todavía cuatro veces Abraham, hasta que, reduciendo, llegó al número de diez. Y prometió Dios con benévola paciencia y mansedumbre: «No la destruiré, por amor a los diez». Tras esto, desapareció el Señor, y Abraham regresó a su tienda (*Génesis* 18, 23-33).

155. Pero en Sodoma no se encontraron diez justos. Por eso, mientras Abraham intercedía cerca del Señor, los dos ángeles prosiguieron su camino, y sin ser llamados o detenidos por el Señor, llegaron a Sodoma al atardecer, al tiempo en que Lot estaba sentado a la puerta de la ciudad. Al verles, éste se levantó, fué a su encuentro, postróse en tierra y dijo: «Ruégoos, señores míos, que vengáis a la casa de vuestro siervo y os hospedéis en ella; lavaréis vuestros pies y de madrugada proseguiréis vuestro camino». Respondieron ellos: «No, pues nos quedaremos a descansar en la plaza» [2]. Pero Lot logró con sus instancias que se hospedaran en su casa. Preparó un banquete, coció panes sin levadura y les dió de cenar. Pero antes que se fuesen a acostar, cercó la casa una multitud de hombres de la ciudad, jóvenes y viejos, que querían violentar a los extranjeros a su nefando vicio contra naturaleza [3]. En vano ofreció Lot todo para contenerlos [4]. Ya estaban a punto de forzar la puerta, cuando he aquí que los

---

[1] Es decir, lo horrible y abominable de sus pecados clama al cielo venganza (cfr. núm. 81). Segun *Ezech.* 16, 49 s. y *Iudæ* 7, los pecados de orgullo, intemperancia, lujuria, y muy especialmente el pecado *contra naturam*, llamado *sodomía*, claman al cielo con gritos espantosos pidiendo venganza. Según *Sap.* 14, 26 y *Rom.* 1, 18 es un abominable desvarío («inversión sexual»), oprobio del paganismo.

[2] Fórmula cortés de rehusar, para dar pie a una invitación más apremiante.

[3] Esto indica que la corrupción había llegado a sumo grado; ni siquiera se guardaban los miramientos que impone la hospitalidad.

[4] Sus manifestaciones y ofrecimientos procedían sin duda de buena intención; pero sólo se explican por el atolondramiento de Lot, de no admitirse que la Biblia le pinta como justo, sólo en comparación con los infames sodomitas. El relato da a entender que Lot se encontraba en Sodoma en situación muy crítica, como lo hace resaltar san Pedro (II *Petr.* 2, 7-8; cfr. *Sap.* 10, 6 y 19, 16), pero que su «justicia» no llegaba a la de su tío Abraham, antes bien estaba entre ésta y la perversión de los malvados sodomitas. Nótese que Lot iba a dar a sus hijas en matrimonio a dos hombres de Sodoma (lo cual vino

huéspedes metieron a Lot dentro, dejando momentáneamente ciegos a los de fuera de suerte que no pudieran atinar más con la puerta [1]. En seguida dijeron a Lot: «Saca de esta ciudad a todos los tuyos, pues vamos a arrasar este lugar» (19, 1-13).

Habló, pues, Lot a los dos jóvenes a quienes iba a dar a sus dos hijas en matrimonio, y les dijo: «Levantaos y salid de este lugar, porque va el Señor a asolar esta ciudad.» Mas ellos creían que Lot se chanceaba. Al apuntar el alba, daban prisa los ángeles a Lot diciendo: «Apresúrate, toma a tu mujer y a tus dos hijas, no sea que perezcáis vosotros en esta ciudad malvada.» Viendo que Lot se entretenía, le asieron de la mano, a él y a los suyos, y le sacaron y pusieron fuera de la ciudad, diciendo: «No mires hacia atrás, sino ponte a salvo en el monte». Lot recabó de Dios con sus oraciones que fuese perdonada la pequeña ciudad de Segor, que estaba en la proximidad, en la cual pudo refugiarse *(Génesis* 19, 14-22).

156. Al apuntar el sol, entraba Lot en Segor. Entonces el Señor hizo llover del cielo azufre y fuego sobre Sodoma y Gomorra y arrasó estas ciudades con toda la comarca, a los moradores de las ciudades y todas las verdes campiñas de aquella región. La mujer de Lot, volviéndose a mirar hacia atrás (pues no creyó la advertencia de los ángeles) [2], quedó convertida en estatua de sal [3]. Habiendo ido Abraham muy de mañana al lugar donde el día anterior había conversado con el Señor, se puso a mirar hacia Sodoma y Gomorra y a toda aquella comarca, y vió levantarse de la tierra un vapor como la humareda de un horno. Pero el Señor, acordándose de Abraham, al destruir los pueblos de aquella comarca, libró a Lot de la ruina de las ciudades en que hasta entonces había morado *(Gen.* 19, 23-29).

El castigo alcanzó a Pentápolis *(Sap.* 10, 6), esto es, la región de las cinco ciudades: *Sodoma, Gomorra, Adama, Seboim* y *Segor (Deut.* 29, 23; cfr. *Génesis* 10, 19; 14, 2). Esta última fué perdonada. Se llamaba propiamente Bala (garganta, hendidura), sin duda por su situación *(Gen.* 14, 2), y recibió el nombre de Segor, que quiere decir pequeña, porque Lot intercedió por ella a causa de su pequeñez. Estaba situada probablemente en el extremo sudeste del mar Muerto (en el actual es-Safije); más tarde la poseyeron los *moabitas,* descendientes de Lot, como los *ammonitas. Gen.* 19, 30-38, nos refiere la historia de esta descendencia, fruto de un repugnante incesto que la Sagrada Biblia nos revela, sin duda, por los elevados fines que en ello se propone. La culpa no es propiamente de Lot; éste fué víctima del vino (san Agustín), (como Noé después del diluvio), y en estado de embriaguez perpetró un vergonzoso crimen de lujuria; con este hecho tan poco glorioso desaparece de la historia. Sus hijas fueron las principales culpables y no cabe disculparlas, aunque su pecado admite circunstancias atenuantes. A la descendencia de Moab y Ammón, hijos de este doble incesto, acompaña perpetuamente la mancha de su origen: queda excluída del pueblo de Dios, aun después de la décima generación, es decir, perpetua-

---

a impedirlo el castigo), y que sus hijas se portaron después ignominiosamente, prueba evidente de que no habían evitado el contagio de la inmoralidad reinante. Pormenores acerca de Lot, su mujer y sus hijas, y juicios de los santos Padres, pueden verse en Zschocke, *Die Biblischen Frauen,* 73 ss.

[1] En esto debió de conocer Lot que eran enviados de Dios.

[2] *Sap.* 10, 7.

[3] Probablemente le alcanzó el furioso incendio; y cubierta por las masas de sal de piedra que ardientes o fundidas salían del suelo, quedó convertida en escoria de sal. Se explica fácilmente que el recuerdo de la trágica suerte de la mujer de Lot haya ocupado la fantasía popular y relacionado aquel triste suceso con las columnas de sal existentes en los alrededores del mar Muerto; pero nada tiene que ver en esto la Sagrada Escritura, ni siquiera *Sap.* 10, 7.

mente, porque la deshonestidad y falta de piedad de que nació, constituyen el rasgo fundamental del carácter y del culto de los dos pueblos (cfr. *Deut.* 23, 30; IV *Reg.* 3, 26 ss.). La crítica atribuye este relato al odio nacional judío, o lo tiene por invención de mal gusto. Pero en realidad los motivos porque burlaron a su padre las hijas de Lot están de acuerdo con ciertas ideas y costumbres de Egipto y otros pueblos, atestiguadas históricamente, tanto que por este lado sería superflua la discusión de la moralidad del hecho aquí referido. En contra de la teoría del «odio nacional» está aquel texto del *Deut.* 2, 9-19: No ha de tomar Israel en posesión la tierra de los moabitas y ammonitas, porque el Señor «la dió en propiedad a los hijos de Lot.» Los modernos creen haber hallado el nombre y lugar de Segor en las ruinas de Zuweira, una hora al noroeste de Djebel Usdum, 22 Km. al noroeste de es-Safije, en la vertiente de la cordillera occidental, frente al mar Muerto.

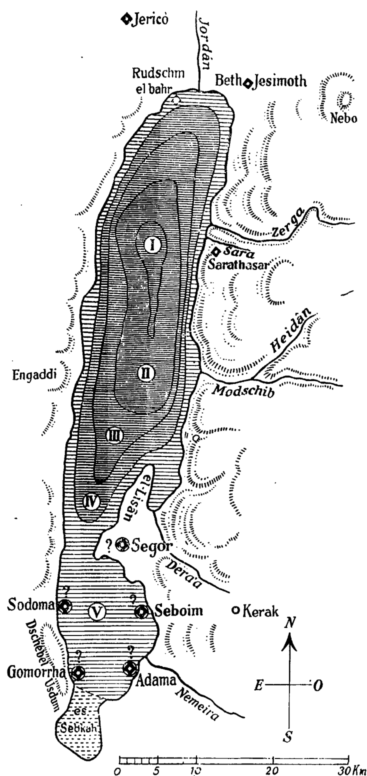


Fig. 25. El mar Muerto.
Niveles sucesivos; I, ínfimo, unos 390 m. de profundidad; II, a 1/4 de elevación; III, a 1/2; IV, a 3/4 (hacia 1000 a. Cr.); V, nivel actual.
(De la revista *Das Heilige Land).*

157. El mar Muerto. Está demostrado por la ciencia que la formación del mar Muerto no fué debida al castigo de las ciudades nefandas, y que el Jordán nunca desembocó en el mar Rojo. Para ello sería preciso admitir que todo el valle de Araba, hasta su divisoria de 240 m. de altitud, hubiese experimentado un profundo hundimiento. Podrían, tal vez, hablar en favor de aquellas hipótesis, las escarpadas laderas del valle del Jordán y los acantilados del lago Asfaltites; mas, ni en la Biblia ni en la geología se halla base para tales afirmaciones [1]. Es igualmente insostenible la hipótesis de haber tenido el mar Muerto antes del castigo las mismas dimensiones y composición que hoy [2]. Geológicamente se ha comprobado que el valle del Jordán, aparecido por hundimiento de la corteza terrestre al principio del *diluvium*, estuvo durante todo el período fluvial cubierto por un lago, que fué desecándose poco a poco, quedando al sur una cavidad lacustre, cuyas aguas adquirieron su salobridad característica por disolución de yacimientos subterráneos de sal. El Jordán fué abriendo su cauce en el suelo de la fosa ya seca del valle y vertiendo sus aguas en la laguna que llenaba sólo el centro del mar Muerto actual, sin anegar todavía las amplias riberas circundantes, ni el seno meridional (que se extiende desde la península de El-Lisan), donde pudo desarrollarse una vegetación y fertilidad comparable a la del Paraíso (cfr. *Gen.* 13, 10) [3]. En este extremo sur, en el valle (bosque)

[1] Cfr. Elbert, *Entstehung und Geschichte des Toten Meeres,* en *NO* 1900, 133 ss. Acerca del mismo tema, Blankenhorn en *ZDPV* 1896, 5-59 (con abundantes mapas), el cual, empero, cambió más tarde radicalmente de opinión en su *Kurzer Abriss der Geologie Palästinas* (1912).

[2] Cfr. Heidet en *HL* 1908, 149 ss.

[3] De ello es buena prueba el hecho de subir lenta, pero constantemente, el nivel del mar Muerto (fig. 25). Lo atestigua, entre otros, el mapa de Madaba (véase en el II tomo de esta obra, núm. 39 y Apéndice I, 8), que data del siglo VI d. Cr.; en él aparece libre

de Siddim, actualmente sumergido, estaban situadas las cinco ciudades. En el tercio inferior del mar Muerto la profundidad no pasa de cuatro metros, llegando en lo restante a cuatrocientos. Es tan llano su fondo en algunos parajes, que podría vadearse, si no fuera tan fangoso y salino. Evidentemente, aquí se hundió el suelo más tarde, y fué inundado por las aguas del norte del lago; y con este fenómeno puede tener relación el castigo de que habla el *Pentateuco* (*Gen.* 19).

Las causas naturales que coadyuvaron al castigo de Sodoma y Gomorra pueden determinarse de la siguiente manera: El fuego enviado por Dios (rayos y otros fenómenos) inflamó los gases de los pozos de asfalto y de las fuentes de nafta existentes en aquella región (*Gen.* 14, 10); tras esto, se incendiaron los yacimientos, con lo que aire y tierra quedaron convertidos en un mar de fuego. En aquel incendio, acompañado tal vez de un terremoto, perecieron las ciudades; el suelo, tan hermoso y feraz en otro tiempo, quedó asolado, desierto y estéril; hundióse el valle de Siddim, sobre el cual se precipitaron las olas salobres del lago. Probablemente intervinieron fenómenos volcánicos, que explicarían la lluvia de fuego y azufre y la humareda y el hundimiento del suelo. No son raros en Siria y Palestina, especialmente en la región del Jordán, los terremotos, convulsiones, corrimientos y hundimientos de la corteza terrestre; consta, además, el origen volcánico de aquella comarca, desde que una expedición americana descubrió en 1910 restos de lava y un cráter todavía en actividad. Estos fenómenos debieron contribuir a la intensa disolución de los yacimientos subterráneos de sales, aumentando la densidad de las aguas. Merced a la extraordinaria cantidad de sal que el mar Muerto encierra, se le llama en el Antiguo Testamento «mar de Sal»; recibe también otros nombres, como «mar del Desierto», «mar de Asfalto»; la *Vulgata* le llama «mar Muerto» (*Ios.* 3, 16), porque en sus aguas no puede subsistir ningún ser viviente y en sus orillas no hay vegetación.

158. También los escritores antiguos, Estrabón, Plinio, Tácito, describen el mar Muerto y su formación. Como refiere Tácito (*Hist.* 5, 7), «aquellas campiñas, que según antiguas leyendas eran fértiles y estaban rodeadas de populosas ciudades, fueron arrasadas por fuego celeste; y se dice que aun quedan huellas de aquel cataclismo, y que el suelo, cuya superficie fué abrasada, perdió la virtud de producir cosa alguna». Recientes investigaciones, hechas a costa de graves dificultades, han suministrado datos más completos acerca del lago Asfaltites[1]. Tiene 75 Km. de largo, de norte a sur, por 15 de ancho y 400 m. de profundidad[2]. La superficie está 394 m. bajo el nivel del Mediterráneo y 1.154 respecto de Jerusalén. Por tanto, la máxima profundidad de esta enorme depresión terrestre es de unos 800 m. Es como un vasto circo circundado de paredes rocosas, cortadas verticalmente, entre las cuales los ardientes rayos del sol producen un calor insoportable y evaporan las aguas que en abundancia fluyen a su seno (el Jordán vierte 6.000 millones de litros al día). El agua es azulada y clara, y está saturada de sal; su densidad es 1'25. Contiene un 28 %, y en algunos lugares un 56 % de sales y otras sustancias. Su sabor es insoportable, nauseabundo y amargo; sal que se arroja en ella no se

---

una zona de la ribera, que no es transitable hace ya mucho tiempo.—Meusburger, *Das Tote Meer (Programm des k. k. Gymnasiums zu Brixen* 1907-1909), ha reunido todas las noticias desde la antigüedad hasta nuestros días y los resultados de todas las investigaciones.

[1] Los más importantes son: Schubert (1837), Russegger (1838), Robinson (1838), Lynch (1848), duque de Luynes (1864), expedición germano-danesa (1911). El P. Abel O. Pr. ha reunido todos los resultados de las investigaciones llevadas a cabo hasta el día de hoy en su obra: *Une croisière autour de la mer Morte* (París 1913).

[2] Tiene poco más o menos la extensión del lago de Constanza, pero es bastante más profundo El lago de Constanza tiene 76 Km. de largo, 14 de ancho y 252 m. de profundidad.

disuelve; es difícil al hombre sumergirse en aquel líquido, y los objetos que ordinariamente se hunden en otras aguas, allí son empujados a la superficie. El fondo está relleno, en muchos sitios, de fango negro y pestilente; en la superficie flotan frecuentemente grandes manchones de asfalto. Soplan a menudo recios vientos sobre el lago; pero sólo en caso de fuertes tormentas consiguen mover oleaje. Si, por alguna crecida, rebasa sus riberas, al recobrar el nivel ordinario deja en ellas una costra de sal cristalizada, de aspecto níveo. Con frecuencia se ve cubierto de un vapor pesado y cálido, como humo. Sus orillas aparecen blancas por la sal que las cubre. La atmósfera está saturada de partículas salinas, sulfurosas y resinosas; de suerte que, no solamente los objetos que se sumergen en el agua, sino también los seres vivientes que permanecen algún rato en sus proximidades, quedan cubiertos de sal, como lo experimentan los viajeros en sus vestidos. Por eso se mantienen alejados de él los rebaños y animales salvajes; bandadas de aves, que por acaso llegan allá extraviadas, se alejan en raudo vuelo. El aspecto del contorno es triste y desolador; silencio de muerte por todas partes, ni un signo de vida; sólo el inmenso espejo azul de las aguas, con su hórrido marco de rocas desnudas, escarpadas y abruptas y sus playas desoladas, cubiertas de margas o de sal, símbolo de la justicia divina que acabó con las abominaciones de este país [1].

La llamada *manzana de Sodoma* es más bien invención de la fantasía, que fruta posible de precisar; pero la vegetación de los alrededores del mar Muerto es muy característica, y se encuentran algunas clases de frutos, que la imaginación popular pudo interpretar como señal del castigo [2]. Al sudoeste del lago está el *valle de la Sal* [3], de dos a tres millas de ancho; y hacia el sur se eleva el collado de Sodoma, Djebel Usdum, de 45 m. de altura, cuya base se compone de sal gema. Llama la atención, al pie de este monte, un bloque de sal de doce metros de altura, denominado por los árabes *columna de Lot*. Ignoramos si es la misma que describe Josefo [4] y mencionan frecuentemente los santos Padres, o si señala el lugar en que pereció la mujer de Lot. Acaso la extraña figura del monolito diera motivo para relacionarlo con el trágico suceso de aquella desventurada. Nada indica acerca de esto la Sagrada Biblia. Esas «agujas de sal» suelen cambiar de configuración (como las puntas de las montañas calizas y areniscas). El libro de la *Sabiduría* [5] (10, 7) alude, al parecer, a esta columna, cuando dice: «Todavía hoy permanece desierta y humeante aquella tierra en testimonio de sus abominaciones, y los árboles dan frutos que no llegan a sazón, y allí está fija la estatua de sal, padrón de un alma incrédula».

19. Nacimiento y sacrificio de Isaac. Agar e Ismael

(*Gen.* 20-22; cfr. cap. 16)

159. Después de la destrucción de Sodoma, partió Abraham para la «tierra meridional» (Negeb), y habitó entre *Cades* y *Sur* (es decir, en la región sur de Canaán, que mira a Arabia y Egipto). Detúvose algún tiempo en Gerara (20,1), ciudad de los filisteos, próxima al Mediterráneo, unos 75 Km. al sudoeste de Hebrón. Por fin se estableció en aquella comarca de Hebrón (unos 45 Km. al sudoeste), al norte del gran desierto de Farán, camino de Egipto, y cavó un pozo [6]. Habiéndoselo disputado las

---

[1] Puede verse una pintura de tonos magníficos en Keppler, *Wanderfahrten und Wallfahrten im Orient*[8-10] (Friburgo 1922) 303 ss.
[2] Fonk, *Streifzüge durch die biblische Flora,* en *BSt* V 1, 137 ss.
[3] I *Par.* 18, 12.
[4] *Ant.* 1, 11, 4.
[5] *Sap.* 10, 7.
[6] Cfr. *HL* 1905, 117: *Wie man im Philisterland Brunnen gräbt.*

gentes del rey filisteo de Gerara, pactó con esta ciudad y su caudillo una alianza, en virtud de la cual quedó dueño del pozo. Desde ese día llamóse aquel lugar *Bersabee* [1], que quiere decir pozo del juramento (*Gen.* 21, 22 ss). Aquí es donde le nació el hijo a Abraham, al año de la promesa del Señor, teniendo el Patriarca cien años, y Sara, noventa. Llamóle Isaac, y le circuncidó al octavo día, según el mandato de Dios. Sara reconoció con agradecimiento, que al favor de Dios debía aquel vástago del cual había de salir el pueblo de Dios, y dijo: «Dios me ha dado motivo de alegrarme, y cualquiera que lo oyere, se regocijará conmigo». Creció el niño y se le destetó; y en el día en que fué destetado, celebró Abraham un gran banquete.

Como era de prever, Sara y Agar no podían vivir juntas sin acerbas disensiones; el hijo de la sierva (Ismael) era un continuo peligro para el hijo de la promesa. Ismael, de carácter indómito y fiero, burlaba y perseguía al pequeño e indefenso Isaac, tal vez por envidia de la promesa y no sin culpa de Agar, su madre [2]. Cuando Sara vió esto, dijo a Abraham: «Echa fuera a esta esclava y a su hijo». Dura pareció a Abraham semejante demanda; mas Dios le dijo: «No te parezca cosa recia lo que se te ha propuesto, pues por Isaac será llamada tu descendencia»; como si dijera: los descendientes de Isaac serán tenidos por verdaderos hijos tuyos y herederos de la promesa que se te ha hecho. «Pero también al hijo de la esclava haré padre de un pueblo grande, pues es hijo tuyo.» Levantóse Abraham de mañana, y tomando pan y un odre de agua [3], púsolos sobre los hombros de Agar, y entregándole el hijo, la despidió [4].

---

[1] En adelante Abraham e Isaac vivieron principalmente en Bersabee (cfr. 21,1 14 22; 22, 1 19; 24, 62; 25, 11; 26, 23; 28, 10); transitoriamente también en Gerara (20, 1; 26, 1 17) y en Hebrón (23, 1; 25, 9). Cfr. Dornstetter, *Abraham* 39 ss. Hacia el fin de sus años vivió Isaac en Hebrón, lo mismo que *Jacob* a su regreso de Mesopotamia (35, 27; 37, 1 14; 46, 1).—Una de las dificultades que ofrecen estos relatos es que en ellos se habla del país y del rey de los filisteos, de los cuales no tenemos noticias extrabíblicas, sino más tarde. Pero *Gen.* 21, 34; 26, 1 18; *Exod.* 13, 17; *Iosue* 13, 2 (cfr. *Deut.* 2, 23) atestiguan que ya en época preisraelita los filisteos habitaban la región meridional de la costa. Según *Gen.* 10, 14, vinieron de Casluim (delta oriental del Nilo). Tampoco del nombre de los cananeos tenemos testimonio escrito, sino siglos más tarde de su inmigración. Según recientes investigaciones, parece que existieron varias inmigraciones de diversas tribus y por distintos lados. La inmigración de filisteos procedentes de Caphtor (Creta), de que hablan *Amos* 9, 7 y *Ierem.* 47, 4, es seguramente la segunda, acaecida en tiempos de Ramsés II; procedentes de Creta, ocuparon la delta del Nilo, pero arrojados de allí, se establecieron en la región septentrional de la costa siria. Cfr. Nagl, *Nachdav. Königszeit* 155 ss ; Dornstetter, *Abraham* 151.—Por lo demás, la Biblia sitúa Gerara en el país de los filisteos, mas no Bersabee, lo cual está de acuerdo con la realidad.

[2] Cfr. *Gen.* 16, 12; 17, 16 ss.; *Gal.* 4, 29.

[3] Todavía hoy se usan pellejos en Oriente para llevar los líquidos, pues las vasijas de barro se quiebran con facilidad y las de metal echan a perder el contenido con el calor que le comunican. Se hacen ordinariamente de una piel entera de cabra o de macho cabrío, sin la parte correspondiente a la cabeza y a los pies; en las cuatro extremidades se atan las correas que han de servir para coger, transportar o colgar los pellejos.—De la manera como Abraham despidió a Agar, y de lo que sucedió después (v. 21 ss.), se deduce que el Patriarca señaló a la sierva el lugar donde debía vivir. Pero ésta erró el camino, por lo que no fueron suficientes las provisiones.

[4] Esta lectura de la *Vulgata*, conforme con el texto hebreo, soslaya una dificultad que se presenta en la versión griega y se ha utilizado para demostrar la existencia de un «doble relato». Según el texto griego, parece ser que la madre cargó sobre las espaldas a su hijo Ismael, el cual tenía ya 17 años. No habiendo reparado los intérpretes antiguos en esta dificultad, es de suponer que la variante actual naciese de algún descuido. No hay

160. Agar fué al *desierto de Bersabee* y anduvo allí errante; «y habiéndosele acabado el agua del odre, dejó a su hijo [1] (que se moría de sed) debajo de uno de los árboles que allí había, y se apartó un tiro de flecha; porque decía: No quiero ver morir a mi hijo. Y así sentada en frente de Ismael, alzó el grito y comenzó a llorar. Pero Dios oyó la voz (de Agar y) del muchacho; y el Angel de Dios desde el cielo llamó a Agar diciendo: ¿Qué haces, Agar? no temas; porque Dios ha oído la voz de tu hijo. Levántate y toma al muchacho; pues yo le haré cabeza de una gran nación. Y Dios abrió los ojos de Agar, la cual, viendo allí cerca un pozo de agua, fué corriendo, y llenando el odre dió de beber al muchacho. Este fué creciendo y vivió en el desierto [2], llegando a ser muy diestro en el manejo del arco». Pero, como Dios había predicho, fué un hombre fiero, cuya mano se alzaba contra todos, y las manos de todos contra él. Sus doce hijos fueron cabezas de otras tantas tribus árabes, que con sus correrías salvajes y desenfrenadas no han desmentido a su padre hasta el día de hoy [3]. Ismael asistió más tarde con su hermano Isaac al entierro de su padre Abraham y murió a los ciento treinta y siete años de edad [4]. Una hija (o nieta) casó más tarde con Esaú [5].

La expulsión de Ismael pareció muy dura a Abraham, mas fué un justo castigo para Ismael y Agar y una orden expresa de Dios, indispensable para la realización de los designios que el Señor tenía con Isaac, a quien Ismael despreciaba y envidiosamente pretendía anular. San Pablo nos descubre el profundo misterio de este suceso, así como el análogo de Esaú. ***Dos enseñanzas importantes*** le fueron dadas al pueblo de Dios luego de su nacimiento: 1, que la dignidad de pueblo escogido se debía a la libérrima y ***graciosa elección*** divina, y 2, que esa dignidad no radicaba en la descendencia según la carne, sino en la ***conformidad de sentimientos con Abraham:*** «No todos los que son del linaje de Abraham son (por eso) hijos (legítimos de Abraham y de Dios), sino: por Isaac se contará tu descendencia, es decir: no los que son hijos de la carne, éstos son hijos de Dios, sino los que son hijos de la promesa, esos se cuentan por descendientes» [6]. Con estas palabras nos exhorta el Apóstol a permanecer fieles y constantes en la fe, para llegar a ser partícipes de las promesas. Los más de los judíos fueron infieles, y por ende, desechados como Ismael; los cristianos ocuparon su puesto, como hijos espirituales de Abraham; «Nosotros, hermanos míos, somos hijos de la promesa, figurados en Isaac. Mas, así como entonces el nacido según la carne perseguía al nacido según el espíritu, así sucede también ahora. Pues ¿qué dice la Escritura? Echa fuera a la esclava y a su hijo: que no ha de ser heredero el hijo de la esclava con el hijo de la libre. Según esto, hermanos, nosotros no somos hijos de la esclava, sino de la libre, con cuya libertad Cristo nos hizo libres» [7]. Los dos hijos de Abraham son «**figura** ***de los dos Testamentos:*** el uno, dado en el monte Sinaí, que engendra esclavos, simbolizado en Agar, la Jerusalén (judía), la cual sirve juntamente con sus hijos (a la

---

razón ninguna en la cosa misma para apartarse de la interpretación tradicional, que tan acertadamente inició san Agustín. Cfr. Hoberg, *Genesis*[2] 215; Allgeier, *Doppelberichte* 50 ss.; Ehrlich, *Randglossen zur hebräischen Bibel* I, 88.

[1] El texto hebreo no dice: «ella lo arrojó», sino: «ella lo puso en el suelo» o «ella le hizo echarse en el suelo».

[2] Agar vivió con su hijo Ismael en el desierto de *Farán*. Al occidente de éste, mirando a Egipto, se extendía el *desierto de Sur*, llamado hoy Djifar. Todavía hoy se llama la fuente de aquel paraje *fuente de Agar* (tal vez la mencionada en 16, 14, o también la de este pasaje), en el camino que conduce a las caravanas a Egipto, unos 90 Km. al mediodía de Bersabee, 135 Km. de Hebrón.

[3] Cfr. *Gen.* 16, 12; 25, 12 ss. Acerca de los descendientes de Ismael, los beduínos, cfr. *HL* 1870 y 1871; 1883, 149. *NK XIV* (1916-17), 429 ss.

[4] Cfr. *Gen.* 25, 9 17; 28, 9; v. núm. 170.

[5] Cfr. núm. 178.

[6] *Rom.* 9, 7 s.

[7] *Gal.* 4, 28 ss.

Ley vieja). Mas aquella Jerusalén de arriba (la Iglesia de Cristo), es libre, y ella es nuestra madre»[1].

161. No habían terminado las pruebas de Abraham. Había de dar todavía la señal más grande *de su amor a Dios sobre todas las cosas y de su fe inquebrantable en las divinas promesas.* Estaría a la sazón Isaac en la flor de la edad[2], cuando Dios llamó de noche a Abraham y le dijo: «Abraham, Abraham». Y Abraham respondió: «Aquí me tenéis, Señor». Díjole Dios: «Toma a Isaac, tu hijo único, a quien amas, y ve a la tierra de la aparición (del Señor)[3] y ofrécemelo allí en holocausto, sobre uno de los montes que yo te mostraré». Cada palabra de esta orden era una flecha que traspasaba con agudos dolores el corazón de Abraham. Un mandato de esta naturaleza debió de parecerle incomprensible; estaba en contradicción con el precepto expreso de no derramar sangre humana. Pero además, ¿cómo había de exigir Dios el sacrificio del hijo único y muy dilecto? ¿En qué iba a parar la promesa de hacerle padre de una gran multitud por Isaac, y ascendiente del Redentor? Pero Abraham era un «hombre de Dios», por lo cual dice el Apóstol san Pablo: «Por la fe, Abraham, cuando fué probado, ofreció a Isaac; y el mismo que había recibido las promesas, sacrificaba al unigénito; él, a quien se había dicho: de Isaac saldrá tu descendencia que llevará tu nombre. Mas pensó, que Dios le podía aún resucitar de los muertos»[4]. Estaba, pues, convencido de que el misterio, al parecer incomprensible, tendría solución en manos del Dios todopoderoso, aun cuando fuese preciso un prodigio inaudito.

162. Sin vacilar ni replicar, levantóse Abraham, siendo aún de noche; partió la leña para el holocausto, cargóla sobre el asno, y tomó consigo a dos criados y a su hijo Isaac. Al tercer día de camino[5], divisó a lo lejos el lugar[6], y dijo a sus criados: «Aguardad aquí con el jumento; que yo y mi hijo subiremos allá arriba con presteza, y acabada nuestra adoración, volveremos a vosotros». Creía, pues, firmemente que de fijo volvería con Isaac, salvado de la muerte o resucitado. Tomó *la leña del holocausto, y cargóla sobre las espaldas de su hijo Isaac.* Y él llevaba en las manos el brasero con el fuego y el cuchillo. Así subieron los dos al monte.

Por el camino, dijo Isaac a su padre: «¡Padre mío!» Y le respondió Abraham: «¿Qué quieres, hijo mío?» «Veo, dijo Isaac, el fuego y la leña;

---

[1] *Gal.* 4, 24 ss.

[2] Resulta esto de la narración misma. Josefo cree que tendría unos 25 años, otros intérpretes hebreos antiguos opinan que de 30 a 35.

[3] En hebreo *Moriyah,* «aparición del Señor», o «lugar donde apareció el Señor». El nombre recibió esta interpretación del suceso que aquí se narra (cfr. núm. 163). El nombre primitivo parece tener alguna relación con *Amurru* o *Martu,* país de los amoritas o amorreos, e indicar que ya en tiempo de los amorreos se daba a dicho monte algún significado religioso. Respecto a su identidad con el monte del Templo, no hay otro argumento bíblico que la coincidencia de nombre (II *Par.* 3, 1); pero la tradición antigua lo afirma categóricamente. Cfr. Dornstetter, *Abraham* 137; Hummelauer, *Comm. in. Gen.* 432.

[4] *Hebr.* 11, 17 ss.

[5] De Bersabee a Jerusalén hay unas 15 horas. De aquí se ve que Isaac ya no era un niño de tierna edad, pues recorrió este camino a pie, llevando en sus hombros la leña para el sacrificio.

[6] Mostróselo el mismo Dios, según se lo había prometido.

pero ¿dónde está la víctima del holocausto?» Abraham respondió, con el corazón acongojado, aunque rendido a la voluntad de Dios: «Hijo mío, Dios sabrá proveerse de víctima para el holocausto». Continuaron su camino y llegaron por fin al lugar que Dios le había mostrado, en donde Abraham erigió un altar y acomodó la leña; y habiendo atado a Isaac, su hijo, púsole en el altar sobre el montón de leña. Entonces extendió su mano y tomó el cuchillo para sacrificar a su hijo.

163. Había sostenido Abraham la prueba hasta el fin; y en este punto descubre Dios, con gran sorpresa y alegría del Patriarca, que la orden divina, incomprensible humanamente, era una prueba, mediante la cual, la suma fidelidad había de obtener la más alta recompensa. De súbito el Angel del Señor gritó del cielo: «Abraham, Abraham, no extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas daño alguno; porque ahora conozco que temes a Dios; pues *no has perdonado a tu hijo único por amor de mí»* [1]. Levantó Abraham los ojos, tal vez advertido por algún rumor, y vió detrás de sí un *carnero* [2], enredado por los cuernos en un zarzal, «y habiéndolo tomado, como ofrecido por Dios mismo, lo sacrificó en holocausto en vez de su hijo. Y llamó a este lugar: Dios ve [3]. De donde, hasta el día de hoy, se dice: en el monte el Señor verá» [4].

Llamó el Angel del Señor, por segunda vez, desde el cielo a Abraham, diciéndole: «*Por mí mismo he jurado,* dice el Señor: que en vista de la acción que acabas de hacer, no perdonando a tu hijo único por amor mío, yo te llenaré de bendiciones y multiplicaré tu descendencia, como las estrellas del cielo y como la arena del mar; y *en uno de tus descendientes serán benditas todas las naciones de la tierra;* porque has obedecido a mi voz». Ya lo había Dios prometido a Abraham en otra ocasión; mas en ésta, confirma sus promesas de la manera más solemne; pues, como dice san Pablo [5], «no tenía Dios otro mayor por quien jurar». Lleno de gozo, regresó Abraham con su hijo al lugar donde habían quedado los criados, y se volvieron todos juntos a Bersabee.

164. No se puede ver en esta narración una reminiscencia de sacrificios de niños, cual si los hebreos hubiesen tenido tal práctica en algún tiempo, como los pueblos semitas y cananeos. No hay vestigio alguno que sugiera esta opinión [6].

---

[1] Del angel, que hablaba en nombre de Dios; acaso es el mismo Dios quien habla (cfr. núm. 153).

[2] Los santos Padres ven en el *carnero* una *figura* de Jesucristo, el cual fué colgado y sacrificado en una cruz (san Agustín, *De Civ. Dei,* l. 16, s. 32, 1).

[3] Abraham tiene en su memoria la dolorosa respuesta que dió a Isaac, al preguntarle éste por la víctima: «Dios proveerá (hebr.: Dios verá) la víctima». ¡Con cuánta alegría puede recordarlo ahora, y hacer del monte un monumento perpetuo del amor de Dios! De la expresión hebrea se formó el nombre *Moria,* el cual encierra también la idea de la «aparición del Señor». Mediante el sacrificio de Abraham quedó consagrado el monte para ser 1000 años más tarde el sustentáculo del Templo (II *Reg.* 24, 16; III *Reg.* 6, 1 ss.; II *Par.* 3, 1; Fl. Josefo, *Ant.* 1, 13, 2; cfr. núm. 548).

[4] En hebreo «ser visto», es decir, aparecer.

[5] *Hebr.* 6, 13.

[6] La Ley y los profetas reprobaron y combatieron, como la más execrable abominación, los sacrificios humanos (de niños), usados en los pueblos vecinos, e introducidos en Israel con el culto idolátrico por los pueblos paganos próximos; cfr. núm. 125. No deja de haber algo de verdad en suponer que esta narración encierre una *protesta* contra la *locura* de que Dios exija el sacrificio real de los primogénitos, o de que tales sacrificios

La prueba de Abraham y esta narración tienen por objeto declararnos que Dios *no* quiere sacrificios humanos, cuales los practican los gentiles, sino el sacrificio del corazón: el valor del sacrificio está en el espíritu piadoso y creyente, no en el objeto sacrificado. Nos enseñan, además de esto que los sacrificios de animales substituyen a los humanos, teniendo, por consiguiente, el sacrificio carácter simbólico. Esta idea es el fundamento de los sacrificios expiatorios del mundo antiguo; mas es tan grande su importancia en la historia de la Revelación y en su aspecto de precursora de la Redención, que la Biblia la realza por medio de un hecho que debió de imprimirse hondamente en el corazón y en la vida del patriarca Abraham. Objetan los modernos no haber sido posible que Dios deseara, ni aun como prueba, un sacrificio opuesto a la santidad, justicia, moral y humanidad, ni que Abraham creyese haberle Dios exigido en realidad sacrificio semejante; se desvanece esta objeción considerando que el Patriarca se encontraba en país cananeo y conocía las costumbres de los habitantes tocante a sacrificios humanos (niños, primogénitos), usados desde los tiempos históricos más remotos. De consiguiente, la prueba de Abraham consistió en exigir Dios, al parecer, un sacrificio que nada tenía de extraño en aquella comarca, si bien era tenido por cosa de mucha consideración, doblemente grande, tratándose del hijo único y heredero de las promesas divinas. Es como si Dios hubiese exigido de Abraham una cosa superior a lo que los cananeos de aquella comarca solían hacer (en ciertas ocasiones), sacrificando a sus dioses lo más querido y precioso (un niño, el primogénito). La fe de Abraham sostuvo la prueba; no vaciló en sacrificar a su hijo unigénito muy amado, si Dios así lo exigía, ni vaciló su fe en la divina promesa («considerando que Dios le podía aún resucitar de los muertos»; *Hebr.* 11, 19). Obtuvo en recompensa la renovación de las promesas, y aprendió que Dios no apetece sacrificios humanos, sino fiel sumisión y obediencia. La narración es una «obra maestra de descripción psicológica».

Isaac es la **figura** *más refulgente del sacrificio de Jesucristo.* Abraham, oída la voz de Dios, no perdona a su hijo *unigénito* y muy amado. Dios «no perdonó a su Unigénito, sino le entregó por todos nosotros» [1]. Isaac, sumiso y obediente, *llevó sobre sus espaldas* hasta el monte Moria *la leña* en que había de ser sacrificado. Cristo arrastra el leño de la cruz hasta una altura del mismo monte, «obediente hasta la muerte y muerte de cruz» [2], «como un cordero que no abre su boca». Isaac se dejó atar *voluntariamente* y poner sobre el montón de leña. «Cristo fué sacrificado porque El mismo quiso» [3] y se dejó clavar en la cruz. Pero Isaac era *sólo una figura;* «como tal, lo recobró Abraham» [4], y en su lugar Dios le presentó un carnero; en cambio el sacrificio de Jesucristo se llevó a cabo; entregado por su mismo Padre por todos nosotros, derramó Cristo su preciosísima sangre para dar satisfacción cumplida por nuestros pecados. Isaac fué también una *figura de la resurrección* de Jesucristo de entre los muertos. Pues aunque no murió realmente como Cristo, fué entregado por su padre a la muerte y devuelto a éste como resucitado de entre los muertos [5].

20. Matrimonio de Isaac con Rebeca. Muerte de Abraham

(*Gen.* 23-25)

165. Murió Sara en Hebrón a los ciento veintisiete años de edad. Hízole Abraham las honras fúnebres con gran llanto, y la enterró en

---

sean de infalible eficacia cuando se ofrecen en caso de necesidad, locura que perduró hasta la época de los reyes, fomentada por el ejemplo de los pueblos circunvecinos (cfr. IV *Reg.* 3, 27; 16, 3; 21, 6; *Mich.* 6, 7) (Kautzsch 44). Pero no es cierto que el relato naciese de esta tendencia y que no tenga fundamento real en algún suceso histórico de la vida de Abraham. Cfr. Mader, *Die Menschenopfer der alten Hebräer* en *BSt* XIV 560 ss.

[1] *Rom.* 8, 32. [2] *Philipp.* 2, 8. [3] *Is.* 53, 7. [4] *Hebr.* 11, 19.

[5] Acerca de la representación de este sacrificio en las catacumbas, cfr. Kraus, *Realenzyklopädie* I, 3; Kaufmann, *Archäologie* 335.—Acerca del asunto, cfr. Dornstetter, *Abraham* 51, ss. Acerca del simbolismo, cfr. Weiss, *Messian. Vorbilder* 14.

Mambre [1], en una cueva doble que compró por cuatrocientos siclos de plata, para evitar toda clase de querellas.

El capítulo 23, así como el siguiente, es un modelo de descripción animada y exacta. Refleja, hasta en los más pequeños pormenores, las ideas, costumbres jurídicas, usos y estado de Canaán en los tiempos más remotos conocidos por la historia. En primer lugar trae a la luz de la historia a los «hijos de Het» = = heteos = ketas (lámina 5c), de los cuales sólo la Biblia, al parecer, ha guardado noticia; y atestigua que habitaban y poseían en propiedad aquel país (también al sur), que más tarde hubieron de abandonar a Egipto, sin ser desposeídos totalmente de él [2]. Los datos acerca del duelo de Abraham, las formalidades de la compra y venta [3], el precio del terreno y aun las formas de cortesía, responden con exactitud a las costumbres orientales que aun hoy se observan en parte, y al derecho de aquella época, atestiguado por los monumentos [4].

La importancia histórica de este pasaje está sobre todo en consignar que Abraham, después de vivir largo tiempo en Canaán como peregrino, adquirió en propiedad jurídica el sepulcro de su familia, asegurando así a sus descendientes cierto derecho a poseer en la tierra de promisión. Era costumbre ordinaria en Oriente enterrar a los muertos en cuevas naturales o artificiales. La extensión y disposición de éstas dependía de las circunstancias, como aun hoy puede apreciarse. Se cavaban horizontalmente en la ladera de los montes; a veces, una serie de gradas conducían al interior. El techo era ordinariamente abovedado, sostenido por columnas. En algunas de estas cámaras subterráneas destinadas a sepulcros familiares, había en las paredes laterales nichos en forma de hornos, de unos dos metros de profundidad; en otras se depositaban los cadáveres en fosas cavadas en el suelo; menos frecuente era enterrar a los muertos en sarcófagos de piedra, cubiertos con losas talladas. Estos hipogeos eran oscuros, no teniendo otro acceso que la entrada angosta, cerrada por una losa o por puertas giratorias sobre goznes. Algunos constaban de varios compartimientos, unidos por corredores, y en tal forma dispuestos, que los más interiores eran más profundos, salvándose el desnivel por medio de gradas. Los exteriores eran al parecer antecámaras, pues de ordinario no había nichos o tumbas en sus paredes [5].

166. *El sepulcro de Abraham en Hebrón,* donde fueron sepultados Sara y Abraham, Isaac y Rebeca, Lía y Jacob [6], es tenido en gran veneración desde la antigüedad. La emperatriz Elena erigió una iglesia magnífica sobre bases que,

---

[1] Por su forma llamábase la cueva *Macpela,* es decir, duplicado; estaba situada al extremo del campo de Efrón el heteo, frente al bosque de Mambre (cfr. núm. 140 y 142).

[2] Cfr. núm. 9.—Los críticos ya no ponen en duda como antes la tradición bíblica de que ya en tiempo de los Patriarcas hubiese heteos en Hebrón. Está averiguado que en la época de Amarna vivían en el sur de Palestina como señores de un país conquistado por ellos. Pero su inmigración fué muy anterior. «La inscripción de una lápida sepulcral egipcia, que se conserva en el museo del Louvre, da cuenta de heteos establecidos en el sur de Canaán, no en tiempo de Abraham, sino dos siglos antes; los objetos de alfarería encontrados en ruinas antiquísimas de ciudades palestinenses, presentan el mismo aspecto que los de Capadocia, metrópoli de los heteos». (Prof. Sayce, Oxford). Cfr. Dornstetter, *Abraham* 142. La gran influencia de Egipto en el arte heteo supone entre ambos pueblos un contacto más íntimo que el mero tráfico comercial existente entre Egipto y Asia Menor. No es inverosímil que el movimiento de los reyes Hycsos tuviese alguna relación con el avance de los heteos hacia el sur.

[3] Abraham «pesó en presencia de ellos el dinero, 400 siclos de plata, moneda corriente». El siclo era en aquel tiempo unidad de peso, no una moneda en el sentido que más tarde tuvo esta palabra. Circulaban trozos de metal de determinado peso, que se volvían a pesar cada vez que se hacía alguna compra. Cfr. Thomsen, *Kompendium der palästinensischen Altertumskunde* (Tubinga 1913) 93.

[4] Cfr. Bauer, *Volksleben im Lande der Bibel*[2] (Leipzig 1903) 194; *HL* 1904, 181; 1908, 187; 1909, 30 ss.

[5] Cfr. Vincent, *Canaan* 206-295; Thomsen, l. c. 74-79.

[6] *Gen.* 23, 19; 25, 9; 35, 27; 49, 31; 50, 13. Cfr. núm. 142.

según los judíos, datan del tiempo de Salomón. Los cruzados la restauraron casi desde los cimientos, instituyendo un obispado y una colegiata (1167). Pero veinte años después el sultán Saladino transformó la iglesia en mezquita (1187). Domina ésta todo Hebrón; el rectángulo de quince a veinte metros de altura, setenta de longitud y cincuenta de anchura que rodea al edificio, tiene en la base sillares tan grandes (los hay de seis metros de largo) como los restos del templo de Salomón, pero no son anteriores a la dominación romana. La iglesia, de tres naves, está situada en la parte meridional de este rectángulo; en medio de la iglesia se admiran los monumentos funerarios de Isaac y Rebeca, el uno frente al otro; análogamente fuera de la iglesia, en el vestíbulo, hay unos pequeños edificios con los mausoleos de Abraham y Sara, Jacob y Lía. Los sepulcros se encuentran debajo de la iglesia, en la cueva doble, cuyo acceso a nadie le está permitido. Está rigurosamente prohibida a los cristianos la entrada en el interior de la mezquita, que hasta el presente se ha franqueado, por excepción, sólo a algunas personas de sangre real [1].

167. Abraham era ya muy anciano, y Dios le había bendecido en todas las cosas. Antes de morir, pensó en buscar para su hijo Isaac [2] una esposa temerosa de Dios. Dijo, pues, al criado más antiguo de su casa, *Eliezer*, mayordomo de cuanto tenía: «Júrame por el Señor, el Dios del cielo y de la tierra, que no casarás a mi hijo con mujer de los hijos de los cananeos, entre los cuales habito; sino que irás a mi tierra y a la parentela mía, y de allí traerás mujer para mi hijo Isaac». En la elección de esposa para su hijo, puso Abraham muy por encima de todos los bienes terrenos la comunidad del más estimado tesoro: la verdadera religión. Respondió Eliezer: «Y si la mujer no quisiere venir conmigo a este país, ¿debo por ventura llevar a tu hijo al lugar de donde tú saliste?» Respondió Abraham: «El Señor, Dios del cielo, que me sacó de la casa de mi padre y de la tierra de mi nacimiento, el cual me juró diciendo: a tus descendientes daré yo esta tierra, El enviará su Angel delante de ti, para que traigas de aquel país mujer para mi hijo. Y si la mujer no quisiere seguirte, quedas libre del juramento; pero en ningún caso lleves allá jamás a mi hijo». ¡Rasgo conmovedor de tierna piedad! Para Abraham la promesa divina es a la vez una orden; y desviarse sólo transitoriamente del cumplimiento de ella, le parece duda pecaminosa y desagradecimiento.

168. Juró el criado, y tomando de todos los bienes de su señor, cargó en diez camellos y salió para *Harán* [3], ciudad de Nacor. Luego que hubo llegado, dejó a descansar los camellos fuera de la ciudad, junto a un pozo de agua; al mismo tiempo imaginó, con la asistencia divina, tal vez por inspiración del cielo, una señal sencilla a la vez que significativa para reconocer la esposa destinada por Dios al hijo de su señor. Era al atardecer, y las doncellas de la ciudad solían salir a sacar agua del pozo. Eliezer dirigió a Dios esta plegaria: «¡Señor Dios, sé propicio en este día a mi señor Abraham! He aquí que las hijas de los moradores de esta ciudad vendrán a sacar agua. Rogarlas he que me den de beber. Y la doncella que me respondiese: Bebe, y aun a tus camellos daré de beber, esa es la que Tú tienes deparada para tu siervo Isaac, y en eso conoceré yo que has sido propicio a mi amo».

---

[1] Véase la descripción del interior de la mezquita en *HL* 1909, 14 ss.

[2] Isaac tenía a la sazón (según *Gen.* 25, 20) 40 años, y Abraham, por consiguiente, 140.

[3] Cfr. núm. 130. Harán distaba 900 Km. de Bersabee; en camello o dromedario, que anda más de 150 Km. por día, podía llegar Eliezer al término del viaje en 7 u 8 días.

No bien había acabado esta plegaria, cuando he aquí que llegó Rebeca, virgen muy honesta y en extremo hermosa. Traía un cántaro al hombro; había bajado ya a la fuente [1], y, llenado el cántaro, se volvía. Fué entonces a su encuentro Eliezer, y le dijo: «Dame a beber un poquito de agua de tu cántaro». Y ella le respondió: «Bebe, señor mío». Y diciendo y haciendo, bajó el cántaro sobre su brazo y le dió de beber. Y acabando de darle de beber, añadió: «Voy a sacar agua también para tus camellos, hasta que beban todos». Y vaciando el cántaro en los canales, fué otra vez presurosa al pozo a sacar agua para todos los camellos [2]. Entre tanto Eliezer la contemplaba en silencio, ansioso de saber si Dios había hecho próspero su viaje o no. Abrevados ya los camellos, presentóle Eliezer pendientes de oro [3] que pesaban dos siclos, y dos brazaletes que pesaban diez, y le preguntó: «¿De quién eres hija? ¿Hay en casa de tu padre lugar para alojarme?» «Yo soy, respondió ella, *hija de Batuel,* hijo de Melca y de Nacor.» Y añadió: «De paja y forraje hay en casa provisión abundante, y mucho sitio para hospedaje.» Inclinóse profundamente el hombre, adoró al Señor y dijo: «Bendito sea Dios, que me ha guiado directamente a la casa del hermano de mi señor.»

169. Fué corriendo la doncella a casa de su madre, a la cual refirió cuanto había oído. Y oyendo Labán, hermano de Rebeca, estas palabras, y viendo los pendientes y brazaletes en las manos de su hermana, fué presuroso a la fuente en busca del hombre, y le dijo: «Entra, bendito del Señor. ¿Qué haces aquí fuera? Preparado he para ti hospedaje y lugar para tus camellos». Con esto, le introdujo en el alojamiento, descargó los camellos, dióles paja y forraje, y trajo agua para lavar los pies, así a él como a los mozos que le acompañaban. Luego pusieron la comida. Mas él dijo: «No comeré hasta que os haya expuesto mi comisión». Respondió Labán: «Dí, pues». Refirióles cómo había rogado a Dios, pidiéndole una señal para reconocer a la esposa de su señor Isaac, y terminó con estas palabras: «Si queréis hacer merced y mostrar lealtad a mi señor Abraham, decídmelo; pero si pensáis de otro modo, decídmelo también, para que yo siga mi camino». Y respondieron Labán y Batuel: «Obra es ésta del Señor. Ahí tienes a Rebeca; tómala, llévala contigo». Postróse en tierra Eliezer y adoró al Señor. Y sacando alhajas de oro y plata y vestidos, se los regaló a Rebeca, y ofreció también presentes a sus hermanos y a la madre. Después de esto, comenzaron alegremente el banquete.

A la mañana siguiente, dijo Eliezer: «Despachadme, a fin de que pueda volver a mi amo». A lo que replicaron los hermanos y la madre: «Estése la chica con nosotros diez días siquiera, y después irá». «No queráis detenerme, dijo él; ya que el Señor ha dirigido mis pasos, dejadme volver a mi amo». Respondieron ellos: «Llamemos a la chica y veamos lo que dice». Llamada, pues, vino y le preguntaron: «¿Quieres ir con este hombre?» «Iré», respondió ella. Con esto la dejaron ir, acompañada de su ama de leche y de los votos de todos, que le decían al partir: «¡Oh! Crezcas en mil y mil generaciones y apodérense tus descendientes de las ciudades de sus enemigos». Rebeca y sus doncellas montaron en camellos y siguieron a Eliezer, el cual volvió presuroso a la casa de su señor.

170. Al mismo tiempo, Isaac se estaba paseando por el camino que va al pozo donde el Angel se apareció a Agar; pues vivía en la tierra meridional [4]. Había salido al campo a orar y meditar, cuando el día declinaba. Y habiendo alzado los ojos, vió los camellos que venían a lo lejos.

---

[1] En los pozos el nivel del agua estaba ordinariamente algunos pasos más bajo que el suelo y el brocal; por unos peldaños se bajaba a proveerse de agua.

[2] No era poco trabajo, siendo 10 los camellos que habían de proveerse de agua para todo el viaje

[3] La palabra hebrea *nesem,* anillo, sortija, puede significar también anillo para la nariz; pero aquí significa, sin duda, pendientes (cfr. *Gen.* 35, 4).

[4] Es decir, al sur del país; cfr. núm. 159 s.

También Rebeca, cuando alcanzó a ver a Isaac, preguntó a Eliezer: «¿Quién es aquel hombre que viene por el campo a nuestro encuentro?» Y le respondió: «Aquél es mi amo». Y ella, corriendo prontamente el velo, se cubrió [1]. Eliezer contó a Isaac punto por punto los sucesos del viaje. E Isaac hizo entrar a Rebeca en la tienda de su madre, y la tomó por mujer; y la amó en tanto grado, que se le templó el dolor que la muerte de su madre Sara le había causado.

Todavía vivió Abraham treinta y cinco años, y murió a los ciento setenta y cinco [2]; y fué a reunirse con sus padres. Isaac e Ismael le enterraron en la cueva doble de Mambre, junto a Sara.

171. En este relato no sólo podemos admirar la fidelidad a Dios y el amor paternal de Abraham, sino también apreciar las costumbres y usos jurídicos de aquellos tiempos antiguos. El padre es quien elige esposa al hijo, según derecho babilónico (*Hammurabi*, 155 s.). Mas no es Rebeca propiedad de su esposo por derecho de compra; tanto ella como sus padres reciben regalos. Entre los Patriarcas no estuvo generalmente en uso la compra de la mujer. Tampoco Labán exigió por sus hijas cosa alguna en concepto de compra. Si la compra de la esposa hubiese sido conforme a derecho, no habrían podido quejarse Lía y Raquel de haber sido vendidas en virtud del contrato de servicio entre Labán y Jacob. Según derecho babilónico antiguo, no se podía exigir el pago del precio de compra convenido en un contrato matrimonial [3].

Abraham fué a reunirse con sus padres. Estas palabras sólo pueden significar que su alma fué trasladada al lugar donde estaban las de los antepasados que habían sido justos: Sem, Noé, Henoc, Abel y Adán arrepentido; al limbo, es decir, a aquel lugar en que eran guardados todos los justos de la Antigua Alianza, hasta que Cristo abrió de nuevo el cielo, cerrado por los pecados. Mas porque Abraham, padre del pueblo escogido y del Redentor, sobrepujó a todos sus antepasados en la fe y en las demás virtudes, dicho lugar recibió entre los descendientes del Patriarca el nombre de «seno de Abraham» [4], que quiere decir lugar donde se descansa, como en un perpetuo festín, en compañía de Abraham, en su regazo o en su seno, según costumbre oriental.

21. Esaú y Jacob

(*Gen.* 25-27)

172. Veinte años estuvieron sin hijos Isaac y Rebeca. Por fin oyó el Señor las plegarias de Isaac y le dió dos hijos gemelos [5]. El primogénito era rubio y velludo como un pellico, y fué llamado *Esaú*, que quiere decir el velludo; al otro se le llamó *Jacob*, que significa «el que ase al talón», y, en sentido figurado, «el que pone asechanzas» o «el que gana con astucia». Así que fueron mayores, Esaú salió diestro en la caza y hombre del campo [6]; Jacob, al contrario, era un hombre tranquilo y habitaba en tienda [7]. Como

---

1 Es costumbre antigua de Oriente presentarse las doncellas en público, y especialmente la novia delante del novio, con el rostro tapado por un velo.

2 *Gen.* 25, 1-18, trae toda su *descendencia* (de Cetura), a excepción de Isaac, una larga serie de tribus árabes.

3 Cfr. Kalt, *Bibl. Archäologie* núm. 39.

4 *Luc.* 16, 22.

5 Diez y seis años antes de morir Abraham, probablemente en la región de Bersabee, cerca de la fuente de Agar; cfr. *Gen.* 25, 11 y núm. 159.

6 Es decir, andaba de acá para allá sin morada fija.

7 Es decir, solía vivir en casa, en la tienda de sus padres. Podemos figurarnos las tiendas como las de los actuales nómadas y habitantes del desierto. Acerca de la instala-

gustase Isaac comer de las cacerías de Esaú, sentía preferencia por éste; Rebeca, por el contrario, amaba a Jacob; le amaba tanto más, cuanto que Dios le había dicho antes del nacimiento de ambos: «*Dos pueblos* saldrán de ellos, y el un pueblo sojuzgará al otro; y *el mayor ha de servir al menor*» [1].

Estas profecías comenzaron a cumplirse cuando Jacob, constituído heredero de *las promesas* con preferencia a su hermano Esaú, que en rigor era el primogénito, adquirió los *derechos de primogenitura* y la bendición paterna. Ya con esto, los descendientes de Esaú, los *idumeos,* quedaron siervos, es decir, subordinados a los descendientes de Jacob o israelitas [2].

Cierto día aderezó Jacob un plato de lentejas; Esaú, que del campo venía fatigado, se llegó a él y le dijo: «Dame de ese plato rojo que tienes ahí [3]; pues estoy muy cansado». Por ello se le dió [4] más tarde el nombre de Edom (que significa rojo). Pero Jacob le replicó: «Véndeme (los derechos de) tu primogenitura» [5]. Respondió Esaú: «Me muero (de hambre); ¿de qué me servirá ser primogénito?» «Júrame, pues», dijo Jacob. Esaú se lo juró; comió y bebió, y marchóse de allí, dándosele muy poco de haber vendido sus derechos de primogénito.

173. Habiendo sobrevenido hambre en el país, fuése Isaac a Gerara, al rey Abimelec. Aparecióseie entonces el Señor y le dijo: «No bajes a Egipto [6]. Yo estaré contigo y te bendeciré; multiplicaré tu posteridad como las estrellas del cielo y a ella daré todas estas regiones; y *en uno de tus descendientes serán benditas todas las naciones de la tierra*» [7]. Quedóse, pues, Isaac en Gerara. Sembró luego en aquella tierra, y en el mismo año cogió ciento por uno e hízose muy rico. Tuvo rebaños de ovejas y de ganados mayores y muchísimos criados. Temiendo Isaac por su vida, como en otro tiempo su padre Abraham (cfr. número 138), dijo que Rebeca, su mujer, era hermana suya (o sea, pariente). Descubrióse por acaso al poco tiempo la verdad, e Isaac obtuvo, no sin una reprensión, la seguridad plena para sí y su mujer. Tanto crecieron sus riquezas,

---

ción de las tiendas de los beduinos, cfr. A. v. Hörmann en *HL* 1870, 151 ss.; Miller, *Das arabische Zelt,* en *Benediktin. Monatsschrift* 1919, 68 ss. Las tiendas de los patriarcas, dueños de grandes riquezas, estaban mejor acondicionadas que las de los beduinos.

[1] *Gen.* 25, 23.

[2] Cfr. núm. 176.

[3] El potaje de lentejas es aún hoy en Siria y Egipto el plato favorito.

[4] No se dice *cuándo* se le dió este nombre; con seguridad más tarde y por apodo; el historiador nos cuenta lo que estaba en uso en *su tiempo.*

[5] *Los derechos de primogenitura* consistían en doble parte en la herencia paterna, jefatura de la familia y, hasta cierto grado, señorío sobre los hermanos. En tiempo de los patriarcas tenía además el primogénito el privilegio sagrado de ejercer el sacerdocio en la casa paterna y, si Dios no disponía otra cosa, recibir la última bendición paterna, acompañada de las divinas promesas (cfr. 27, 4 19 25 ss.; núm. 175 s.). Mas para Esaú eran de poco valor los bienes futuros y espirituales. Por eso le llama *Hebr.* 12, 16 «profanador de las cosas santas» *(profanus).*

[6] Dedúcese de estas palabras que Isaac había pensado refugiarse en Egipto para remediar el hambre, como hiciera en otro tiempo Abraham. — Si el Abimelec aquí nombrado es el mismo que antaño hizo alianza con Abraham (21, 22 ss), habría llegado él y su general Ficol a edad tan avanzada como los patriarcas, a no ser que adelantemos la fecha de este acontecimiento. Pero es muy posible que se trate del hijo del amigo de Abraham. Se explica que ambos reyes se llamen lo mismo, porque Abimelec es título de los reyes filisteos (Ab = padre, es decir, rey) como Faraón lo es de los reyes egipcios (cfr. núm. 198) y «Padischa» (Bajá), de los turcos; lo mismo puede decirse de Ficol (el grande, el poderoso), título de los generales, como Rabsaces = copero mayor o jefe (cfr. núm. 639).

[7] Cfr. núm. 131.

que suscitaron la envidia de los filisteos, los cuales comenzaron a disputarle los pozos que su padre Abraham y él mismo habían cavado. Pero Isaac cedió amistosa y pacíficamente, y se retiró por fin a Bersabee. Aquí se le apareció por segunda vez el Señor y le dijo: «Yo soy el Dios de tu padre Abraham; no temas, pues estaré contigo y te bendeciré.» Edificó allí Isaac un altar; y habiendo invocado el nombre del Señor, desplegó su tienda de campaña y mandó a los criados que abriesen un pozo. Vino entre tanto desde Gerara a este mismo lugar Abimelec, rey de los filisteos, para reconciliarse con Isaac y asegurar su amistad con un juramento. En el mismo día los criados encontraron agua en el pozo, por lo que Isaac le llamó «el pozo del Juramento» [1] y a la ciudad se le llamó Bersabee, hasta el presente día. Por el mismo tiempo Esaú, a los cuarenta años de edad, tomó a dos cananeas por esposas; ambas fueron una espina en el corazón de Isaac y de Rebeca.

174. Siendo ya viejo Isaac, debilitósele tanto la vista, que llegó a faltarle [2]. Llamó un día a Esaú a su tienda, y le dijo: «Hijo mío, ya ves que estoy viejo y no sé el día de mi muerte. Toma la aljaba y el arco y sal al campo, y en cazando algo, guísame de ello un plato, como tú sabes que me gusta, y tráemele para que le coma y mi alma te bendiga antes que muera». Salió luego Esaú al campo.

Rebeca había oído la conversación. Temerosa de que Jacob, su predilecto, quedase pospuesto a Esaú, contra la voluntad de Dios [3], persuadió a Jacob a que suplantara a Esaú. Sin duda había participado Rebeca a Jacob la revelación divina de su preferencia. Pero éste, en vez de encomendar a Dios, con ánimo sencillo y confiado, el cumplimiento de la promesa, accedió, tras algunas reflexiones, a la pretensión de la madre. «Tú sabes, dijo, que mi hermano Esaú es velludo, y yo, lampiño; si mi padre me palpa y llega a conocerme, temo no piense que he querido burlarle; y

---

[1] La *Vulgata* traduce «abundancia»; esto se funda en la manera distinta de leer una palabra hebrea que, según *Gen.* 21, 31, significa «juramento», y dió origen a la ciudad de Bersabee (cfr. núm. 159). Según el contexto, parece que se trata de la misma fuente a la que en ocasión análoga Abraham dió ese nombre, de suerte qne Isaac no hizo sino recordar el nombre antiguo (cfr. 26, 18 ss.), el cual pasó a la ciudad (Bersabee) contigua, ya existente, o fundada después.

[2] Isaac tenía 100 años cuando se casó Esaú, y 137 cuando acaeció lo que aquí se narra. Mas, como todavía vivió 43 años, es decir, hasta los 180, con razón suponen algunos que la ceguera fué transitoria o producida por alguna enfermedad; pero en aquella sazón el mal hizo pensar a Isaac en la muerte, como más tarde a Tobías (*Tob.* 4, 1).

[3] Cfr. (*Gen.* 25, 22) v. núm. 172; cfr. *Eccli.* 44, 25; *Malach.* 1, 2; *Rom.* 9, 11 ss. La conducta de Rebeca no se puede aprobar ni disculpar del todo. Rebeca la expió largamente con no pocas amarguras y disgustos; cfr. núm. 178. Más fácil es disculpar a Jacob, el cual procedió conforme a las instrucciones de su madre (no ciertamente como un joven inexperto, sino como hombre maduro; cfr. Hoberg, *Genesis*[2] 270). Sin embargo, no satisfacen las explicaciones de algunos santos Padres (san Agustín) y teólogos que buscan la manera de absolver a Jacob de la nota de mentira y engaño, viendo en la acción de éste un misterio, es decir, una alusión misteriosa a una verdad más elevada (al misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, el cual se vistió, por decirlo así, con un *vestido* ajeno; cfr. san Agustín, *Lib. de mend.* c. 10). Pero prescindiendo de si Jacob conocía el sentido típico de su acción (lo cual no es verosímil), todavía hay que distinguirla del misterio; éste es cosa de Dios; de aquélla responde su autor. En cuanto al carácter típico, que se funda en *Gen.* 23 comparado con *Rom.* 9, 10-13, debemos decir que Dios permite los pecados de los hombres, pero no se deja influir o determinar por ellos, y sabe servirse de las consecuencias de las faltas humanas para la ejecución de sus planes (cfr. núm. 177). Jacob podía creerse con derecho a la primogenitura que Esaú le vendió y la madre le aseguró. Pero no deja de ser «embaucador» de su padre y de su hermano. Cfr. Zschokke, *Die bibl. Frauen* 99; Hötzl, *Esau und Jacob, Typik und Kasuistik* (Munich 1881).

acarrearé sobre mí la maldición, en lugar de la bendición». Pero la madre respondió: «Sobre mí caiga esa maldición, hijo mío; tú haz lo que te aconsejo, y date prisa a traer lo que te tengo dicho». Fué Jacob, y trajo dos cabritillos, como quería su madre, y ésta los guisó a gusto de Isaac; vistió a Jacob con los más ricos vestidos de Esaú, envolvióle manos y cuello en las pieles de los cabritillos [1], y mandóle a su padre con el manjar.

175. Dijo Jacob: «¡Padre mío!» Y éste respondió: «Oigo. ¿Quién eres tú, hijo mío?» «Yo soy tu primogénito Esaú. He hecho como me mandaste; levántate, siéntate y come de mi caza, para que me bendiga tu ánima». Dijo de nuevo Isaac: «¿Cómo has podido hallar tan presto, hijo mío?» Y éste respondió: «Fué voluntad de Dios que luego se me pusiese delante lo que quería». «Llégate acá, hijo mío; que te palpe y reconozca si tú eres mi hijo Esaú, o no». Llegóse al padre; y habiéndole palpado, dijo Isaac: «La voz, cierto, voz es de Jacob; mas las manos son manos de Esaú». Y no le conoció. Comió y bebió luego el vino que Jacob le presentara.

Después de esto dijo: «Llégate a mí y dame un ósculo, hijo mío». Acercóse éste y le besó. Y luego que el padre percibió la fragancia de los vestidos [2] de Jacob, bendiciéndole, dijo: «He aquí el olor de mi hijo, como el olor de un campo lleno, al que bendijo el Señor. Dios te dé del rocío del cielo [3] y de la grosura de la tierra, abundancia de trigo y de vino. Y *sírvante los pueblos,* y adórente las tribus; seas señor de tus hermanos, e inclínense ante ti los hijos de tu madre. *El que te maldijere, maldito sea; y el que te bendijere, sea colmado de bendiciones»* [4].

Esta bendición se refiere primero a los bienes terrenos; mas luego mira, principalmente en su última parte, a la promesa del Redentor, hecha a Isaac y Abraham. Por causa del Redentor era bendito aquel a quien los Patriarcas bendecían, y maldito, quien de ellos era maldito; y ante *este* descendiente de Jacob se postraron, no como ante David los idumeos y otros pueblos, sino todas las naciones de la tierra, bendecidas por él.

176. Apenas había salido Jacob, llegó Esaú con las viandas de la caza ya aderezadas y diciendo: «Levántate, padre mío, y come de la caza de tu hijo, para que me bendiga tu ánima». Y díjole Isaac: «¿Pues quién eres tú?» El cual respondió: «Yo soy tu hijo primogénito Esaú». Espantóse Isaac sobremanera y dijo: «Pues ¿quién es aquel que poco ha me ha traído de la caza que cogió y he comido de todo, antes que tú vinieras? Y le bendije, y será bendito» [5]. Sin duda, recordó Isaac la promesa que hiciera Dios a Rebeca, y adoró la permisión de Dios y sus inescrutables consejos.

---

[1] El pelo negro y suave, como la seda, de los camellos orientales y de las cabras de Angora es parecido al humano; de ahí la comparación del *Cantar de los Cantares* 4,1: «Tus cabellos, como de rebaños de cabras que bajan del monte Galaad». Los romanos lo empleaban para sustituir al humano (Marcial 2, 46).

[2] Los vestidos de Esaú, del «hombre del campo», estaban impregnados del aroma de las hierbas y flores campestres; de éstas dicen los antiguos (Herodoto) y modernos que han viajado por Arabia, que despiden un olor extraordinariamente agradable.

[3] Sabido es que en Palestina no llueve de mayo a septiembre; el rocío es allí muy provechoso y aun imprescindible para el crecimiento de las plantas (v. núm. 136). Cfr. Kalt, *Bibl. Archäologie* núm. 59.

[4] *Gen.* 27, 27-29.

[5] *Gen.* 27, 33.

Por lo que, lejos de enojarse o de tornar en maldición sus bendiciones, las confirmó.

Cuando oyó Esaú las palabras de su padre, bramó con grande alarido; y consternado, dijo: «Dame también a mí tu bendición, padre mío». El cual dijo: «Vino tu hermano fraudulentamente, y recibió la bendición tuya». Y él respondió: «Con razón fué llamado su nombre Jacob [1]; ya antes me quitó la primogenitura, y ahora me ha robado también la bendición». Y volviéndose a su padre, le dijo: «¿Por ventura no has guardado bendición también para mí?» Respondió Isaac: «Le he constituído señor tuyo, y he sometido a todos sus hermanos a su servidumbre; de trigo y de vino le he fortalecido. Después de esto, hijo mío, ¿qué podré ya hacerte a ti?» Y Esaú respondió: «Pues, qué, ¿no tienes, padre mío, sino *una sola* bendición? Ruégote que me bendigas también a mí». Y como llorase con gran alarido, conmovido Isaac le dijo: «En la grosura de la tierra y en el rocío del cielo de arriba será tu bendición [2]. Vivirás de tu espada y a tu hermano servirás; y llegará tiempo en que sacudas de tu cerviz su yugo» [3].

177. La servidumbre de Esaú consiste en la pérdida de la primacía y en la subordinación a su hermano Jacob, el cual ha obtenido la bendición y ha sido constituído jefe de la familia y heredero de las promesas. La servidumbre pasó a sus descendientes, los idumeos, los cuales no son de la misma condición que los descendientes de Jacob y dependen de aquéllos. Mas queda una esperanza, que mitiga la servidumbre de Esaú y amengua la bendición de Jacob. Efectivamente, los idumeos se mostraron siempre inquietos y vivieron de la guerra y de la rapiña; desenvolviéronse hasta constituir un pueblo fuerte y numeroso y soportaron de mala gana y sólo temporalmente la dominación de los reyes israelitas. Representan en toda su historia el papel de «hermanos enemigos»; en tiempo de Moisés, se negaron a dejar paso por su país al pueblo de Dios y desdeñaron los deberes de hospitalidad; por eso fueron excluídos de la comunidad de Israel, hasta la tercera generación (*Núm.* 20, 18 ss.; *Deut.* 2, 4; 2, 29; 23, 7 s.). Sometidos por Saúl y David, sacudieron el yugo judío en tiempo de Joram, rey de Judá (850 a. Cr.). Fueron sometidos de nuevo por Amasías (800 a. Cr.); pero recobraron su libertad en tiempo de Acaz (730 a. Cr.), y de ella disfrutaron hasta que les venció completamente Juan Hircano, obligándoles a circuncidarse (129 a. Cr.). Pero el año 37 a. Cr., con Herodes, consiguieron dominar a los judíos, y en la destrucción de Jerusalén (70 d. Cr).,

---

[1] Cfr. núm. 172.

[2] El texto hebreo puede traducirse así: «Sin grosura de la tierra será tu habitación y sin rocío del cielo de arriba. Pero vivirás de tu espada, etc.». Esto sería más bien una maldición que una bendición; parece más conforme que, perdida la bendición propiamente dicha (primacía vinculada a la primogenitura), obtuviese Esaú por lo menos una bendición temporal. La posesión de los descendientes de Esaú (*las montañas de Seir,* llamadas también Edom o Idumea y en la actualidad Djebel es-Chera), que se extiende desde el mar Muerto hasta el golfo Elamítico, era muy fértil en las laderas de sus montes y producía a sus poseedores pingües rentas (cfr. *Gen.* 33 9, núm. 187); pero de la región occidental dicen los modernos, que es sumamente desierta y estéril. Temporalmente se extendió el dominio de Idumea más allá de la región norte de la Península de Sinaí, y aun más allá de la parte inferior de Canaán hasta Belén. La capital se llamó en hebreo *Sela,* en griego *Petra* (roca), de donde le viene el nombre a Arabia Petrea. Cfr. *Moab und Edom in Lichte der Forschungen von A. Musil,* en *Kath* 1909 II 340 ss. (Slaby) y la descripción de un viaje a *Petra* en Szczepanski, *Nach Petra u. zum Sinai* (Innsbruck 1908) 1-184 (cfr. núm. 8); *HL* 1918, 146 ss.

[3] *Gen.* 27, 39 s.

tomaron parte muy activa. Desaparecen luego de la historia, absorbidos por las tribus árabes [1].

Todas las personas que intervienen en el precedente episodio faltaron, *mas también expiaron su culpa.* La predilección de Isaac por su fiero hijo Esaú, fué recompensada con grandes pesares y amargo desengaño. Esaú perdió el derecho de primogenitura y la bendición preciosísima; Rebeca se vió separada por veinte años de su predilecto Jacob; por el fraude de que éste usó con su padre, fué engañado de la manera más humillante por su primo Labán, y atribulado por sus propios hijos. Dios es siempre justo en su *providencia;* pero también es absolutamente libre e independiente en conferir sus gracias a quien le place, inmutable en sus *eternos consejos,* e infinitamente sabio en sus disposiciones. Dios, desde *ab aeterno,* había adjudicado a Jacob la herencia sagrada de su padre Isaac; las faltas de los hombres que tomaron parte en este negocio no podían cambiar el decreto; al contrario, estas faltas fueron, en las manos de Dios, medios para llevar a cabo sus designios.

22. Huída de Jacob y mansión en casa de Labán

(*Gen.* 27, 41, ss.; cap. 28-30)

178. Esaú aborrecía a Jacob por la bendición que éste había obtenido de su padre; y dijo en su corazón: «Vendrán los días de luto de mi padre [2], y entonces mataré a mi hermano Jacob». Dieron aviso de esto a Rebeca; la cual, enviando a llamar a su hijo Jacob, le habló así: «Mira, que tu hermano Esaú está amenazando matarte. Ahora, pues, hijo mío, oye mi voz, y sin perder tiempo, huye a Harán a casa de mi hermano Labán. Y morarás con él algunos días, hasta que se sosiegue el furor de tu hermano». Para recabar de Isaac el consentimiento para el proyectado viaje, sin por ello declararle la verdadera causa, que pudiera producirle inquietud, díjole Rebeca: «Fastidiada estoy de vivir, a causa de las hijas de Het, con las cuales casó Esaú [3]; si Jacob tomare mujer de linaje de las de esta tierra, no quiero vivir más» [4].

Llamó entonces Isaac a su hijo Jacob, le bendijo y le dió esta orden: «No tomes mujer de la casta de Canaán; mas ve, y pasa a Mesopotamia, a casa de Batuel, padre de tu madre, y toma de allí mujer de las hijas de Labán, tu tío materno. Y *el Dios omnipotente te bendiga y te multiplique,* para que seas caudillo de un gran pueblo, y heredes la tierra que Dios prometió a tu abuelo». Obedeció Jacob y se puso en camino sin dilación. Enterado Esaú de la orden que su padre había dado a Jacob, y viendo también que su padre no miraba con agrado a las hijas de Canaán, fuése a Ismael [5], y — nuevo desatino — sobre las que ya tenía, tomó por mujer una hija (o nieta) de éste.

179. *Partiendo de Bersabee,* se dirigía Jacob a Harán. En el camino le sorprendió la noche en el campo. Fatigado del viaje, tomó una de las

---

[1] Para conocer la historia de los idumeos cfr. Theis, *Die Weissagung des Abdias* (Tréveris 1917) 1 ss.

[2] Es decir, el duelo por la muerte del padre; como si dijese: pronto morirá mi padre. No quiere llevar a cabo su plan en vida del padre para no darle pesadumbre.

[3] Cfr núm. 173. [4] Cfr. núm. 167.

[5] Es decir, a la familia de Ismael; porque éste había muerto catorce años antes, a la edad de 137 años (cfr. núm. 160). Mediante este matrimonio con una mujer de la parentela patriarcal pensaba Esaú ponerse en mejor situación cerca de Isaac.

piedras que allí había, y poniéndola por cabecera, se durmió. *Vió en sueños una escala,* cuyo pie estaba sobre la tierra, y su remate tocaba en el cielo. *Angeles de Dios* subían y bajaban por ella, y allí arriba estaba el Señor, que le decía: «Yo soy el Señor (Yahve), Dios de Abraham y Dios de Isaac. La tierra en que duermes, la daré a ti y a tu posteridad. Y será tu posteridad como el polvo de la tierra. Serás dilatado al occidente, y al oriente, y al septentrión, y al mediodía, y *serán benditas en ti y en uno de tus descendientes todas las naciones de la tierra.* Y yo seré tu guarda a dondequiera que fueres, y te volveré a esta tierra; y no te dejaré, hasta haber cumplido todo lo que te he dicho» (28, 10-15).

Luego que Jacob despertó del sueño dijo: «Verdaderamente el Señor está en este lugar, y yo no lo sabía». Y lleno de santo temor exclamó: *¡Cuán terrible es este lugar! No hay aquí otra cosa, sino casa de Dios y puerta del cielo* (v. 16 y 17). Levantóse Jacob de mañana, tomó la piedra que había puesto por cabecera, y en agradecimiento la alzó por monumento, derramando aceite sobre ella [1]. Y llamó *Betel* [2] el nombre de la ciudad, que antes se llamaba Luza. Y en señal de confianza y sumisión a la voluntad divina, hizo un voto diciendo: «Si fuere Dios conmigo, y me guardare en el camino por el que yo ando, y me diera pan para comer y vestido para vestir, y volviere a casa de mi padre, el Señor (Yahve) será mi Dios, y esta piedra que he alzado por monumento será llamada casa de Dios; y de todo lo que tú, Señor, me dieres, te ofreceré los diezmos» *(Gen.* 28, 18-22). — Testimonio elocuente de la antigüedad y santidad de los votos.

180. Prosiguiendo después Jacob su viaje, llegó al país de Oriente (Mesopotamia). Y vió en el campo un pozo [3] cuya boca estaba tapada con una gran piedra [4]. Cerca del pozo sesteaban tres hatos de ovejas. Y era

---

[1] En señal de que había de consagrarse a Dios y a su santo servicio. El óleo es símbolo de la gracia del Espíritu Santo, que todo lo ilumina, vivifica y santifica. Por eso se ungía a las personas y cosas consagradas a Dios y al culto divino, para que descendiesen sobre ellas las bendiciones celestiales necesarias para tan santa misión (cfr. el prefacio de la consagración del Santo Crisma, el día de Jueves Santo). No hay por qué extrañarse de que Jacob llevase consigo óleo; aun hoy en Arabia se proveen de aceite los viajeros, no sólo para alimentarse, sino también para dar flexibilidad a sus miembros (cfr. *Luc.* 10, 34: el samaritano compasivo).

[2] *Beth-El,* es decir, casa de Dios; la ciudad estaba, pues, situada cerca de donde se apareció el Señor a Jacob; diósele este nombre en adelante en la familia patriarcal y más tarde entre los israelitas, y fué siempre para todos un lugar santificado por la historia de los Patriarcas (cfr. núms. 138 y 189). Betel estaba 15 Km. al norte de Jerusalén, a unos 90 Km. de Bersabee, en los confines de Benjamín y Efraim. Tocó en suerte a los hijos de Benjamín, pero Efraim lo conquistó a los cananeos; posteriormente perteneció al Reino del Norte. Hoy se llama Beitin. Cfr. Döller, *Studien* 211 ss.; *Rb* 79.

[3] No de los que antes hemos mencionado (núm. 168), al cual hubiera podido bajar Rebeca, sino probablemente una cisterna.

[4] *Gen.* 29, 1 s. Para proteger las aguas del calor del sol y de la arena del desierto próximo. Todavía hoy se acostumbra en aquellos parajes tapar los pozos con enormes piedras, que llevan en el centro un orificio; éste es la boca de la cisterna, y se cierra a su vez con otra piedra. Esta última es la que apartó Jacob. El no haber sido molestado por los pastores, aun cuando no estaban reunidos todos los rebaños, indica que el pozo pertenecía a la familia de Labán y que, por consiguiente, podía abrirse estando presente uno de la familia, como todavía hoy se acostumbra. (Cfr. Robinson, *Reise in Palästina* II 414).

costumbre no quitar la piedra de la boca del pozo hasta que estuviesen juntas todas las ovejas, y, luego de abrevarlas, volver a ponerla en su sitio. Volviéndose a los pastores díjoles Jacob: «Hermanos, ¿de dónde sois?» Y ellos respondieron: «De Harán». Y siguió preguntándoles: «¿Acaso conocéis a Labán, hijo de Nacor?» «Le conocemos». «¿Está con salud?» «Bueno está, respondieron; y ve aquí que *Raquel,* su hija, viene con su ganado.» Luego que la vió Jacob, removió la piedra del pozo para abrevar el rebaño de Raquel. La saludó y lloró de gozo, y le dijo cómo él era hermano [1] de su padre e hijo de Rebeca. Raquel corrió a decírselo a su padre. Salió éste al encuentro de Jacob, le abrazó y besó, y llevóle a su casa. Y oyendo el motivo del viaje, dijo: «Hueso mío y carne mía eres» [2].

Pasado un mes, dijo Labán a Jacob: «¿Acaso por ser hermano mío me has de servir de balde? Dime qué recompensa quieres». Tenía (Labán) dos hijas, el nombre de la mayor *Lía* y el de la menor *Raquel.* Mas Lía era enferma de ojos, y Raquel de bello rostro y de lindo semblante. Por lo cual, dijo Jacob: «Te serviré siete años por Raquel, tu hija menor». Respondió Labán: «Mejor es que te la dé a ti que a otro hombre; quédate conmigo». Sirvió, pues, Jacob por Raquel siete años».

Pasados los cuales, engañóle Labán; y en el día de la boda dióle por mujer a Lía en vez de Raquel, aprovechándose de que la novia solía estar cubierta con el velo. Descubierto el engaño, dijo Jacob a Labán: «¿Qué es lo que has querido hacer? ¿No te he servido yo por Raquel? ¿Por qué me has engañado?» Y respondió Labán: «No es costumbre en nuestro lugar, que demos antes en matrimonio a las menores. Cumple la semana de días de este casamiento, y también te daré a Raquel por el servicio de otros siete años». Condescendió Jacob con la propuesta; y pasada la semana, tomó por mujer a Raquel [3]. De estos dos matrimonios tuvo Jacob once hijos, que fueron: Rubén, Simeón, Leví, Judá; luego Dan y Neftalí, Gad y Aser; después Isacar y Zabulón y una hija llamada Dina; finalmente José [4].

181. Nacido José, dijo Jacob a su suegro: «Déjame volver a mi patria». Replicóle Labán: «Halle yo gracia en tus ojos; tengo conocido por experiencia, que Dios me ha bendecido por tu causa; señala tú la recompensa que debo darte». A lo que respondió Jacob: «Tú sabes de qué manera te he servido, y cuán grande haya sido tu hacienda en mis manos. Poca era la que tenías cuando yo vine a ti; y ahora te has hecho rico; y el Señor te ha dado su bendición a mi entrada. Y así es justo que yo también mire

---

[1] Hijo de hermana, primo; cfr. núm. 138.

[2] Pariente mío muy cercano; por tanto, puedes quedar conmigo.

[3] La bigamia con dos hermanas está reprobada en absoluto por la Ley; *Lev.* 18, 18 la prohibe terminantemente. En cambio la permitía el derecho babilónico y según esto hay que juzgar la conducta de Jacob (cfr. núm. 148). «Un inventor de leyendas, que tuviese interés por el prestigio del derecho vigente, hubiera evitado echar mano de normas jurídicas antiguas» (*ATAO*[3] 295). Cfr. Zschokke, *Die bibl. Frauen* 109 s.

[4] Hijos de Lía: Rubén, Simeón, Leví, Judá. Como fuese estéril Raquel, dió a Jacob por mujer secundaria a su sierva Bala (como en otro tiempo Sara, cfr. núm. 148); de ésta le nacieron a Jacob Dan y Neftalí. Lía imitó el ejemplo de Raquel, y de su sierva Zelfa tuvo Jacob a Gad y Aser; más tarde tuvo de la misma Lía a Isacar, Zabulón y Dina. Oyó Dios por fin las súplicas de Raquel y le concedió un hijo, José, y más tarde (en Canaán) otro, Benjamín. Orígenes tan distintos explican la diversidad de caracteres de los hijos de Jacob y sus celos y rencillas; también se comprende la predilección de Jacob por José, hijo único de Raquel, engendrado en la ancianidad. De Benjamín se habla más tarde; cfr. *Gen.* 35, 16 ss.

por mi casa». Dijo Labán: «¿Y qué es lo que quieres que te dé?» Jacob sólo pidió para sí lo que naciese de color manchado y vario, tanto de las ovejas como de las cabras. Labán quedó contento, porque en Oriente las más de las ovejas son blancas y las cabras, negras; pero, cuando vió que las ovejas manchadas y de variada color eran numerosas, trocó la recompensa por diez veces (esto es, con frecuencia). Pero Dios bendijo a Jacob de tal suerte [1], que se hizo riquísimo. Llegó a tener multitud de criados y criadas, ovejas y cabras, camellos y asnos.

182. La visión de la *escala del cielo* tiene señalada importancia en la vida de Jacob. Ella le asegura de la protección divina, le instruye en las relaciones para con el Dios de sus padres y le conforta en la fe para triunfar de los peligros que le amenazan en tierra extraña (pagana). La Sabiduría (de Dios, o sea, el mismo Dios) «condujo por caminos seguros al justo cuando huía de la ira de su hermano, mostróle el reino de Dios (el cielo abierto), y le dió la ciencia de los santos (hízole que viera a los ángeles de Dios), le enriqueció en los trabajos y recompensó sus fatigas. Cuando querían sorprenderle con fraudes, Ella le asistió e hízole rico. Le guardó de los enemigos, y le dió una fuerte lucha para que venciese y supiese que, de todas las cosas, la más poderosa es la Sabiduría» (*Sap.* 10, 10-12). La importancia de esta visión no queda menguada por el enlace que pueda tener con algún fenómeno natural. Como tal consideran algunos las torres babilónicas escalonadas (cfr. núm. 114), que representan el «palacio celeste» (imagen oriental del cielo y del mundo), que se llaman también «casa de Dios» [2]. Es posible que Jacob tuviese conocimiento de estos santuarios babilónicos; no pudo menos de verlos en Mesopotamia. Pero el Texto Sagrado no hace ninguna alusión a ellos, y la imagen de la escala de Jacob es tan fácil de idearse y tan sencilla, que no necesita de analogías babilónicas. La doctrina de los ángeles la había recibido sin duda de sus padres. Aquí se le presentó en forma fácilmente comprensible; no necesitaba, pues, estar iniciado en las teorías babilónicas de los «espíritus celestes». El acto de ungir y erigir la piedra junto a la cual había aparecido la escala del cielo, sólo tiene cierta semejanza externa con la adoración (idolátrica o supersticiosa) de piedras sagradas, practicada en muchos pueblos orientales. El acto está fundado en la narración misma, y se diferencia clarísimamente de otras costumbres posteriores, prohibidas por la Ley y por los profetas («masseba», o cipo idolátrico).

La *escala del cielo* es una bella figura de la *protección* de Dios a sus fieles siervos, mayormente, cuando éstos, a ejemplo de Jacob, se ven abandonados de todos y privados de auxilio terreno. Los *ángeles* suben y bajan por ella, para servir de medianeros, llevando al cielo las plegarias, y trayendo a la tierra la gracia divina. Es también, con Betel, una hermosa *imagen de nuestras iglesias,* cada una de las cuales es casa de Dios y escala del cielo. Allí especialmente elevan al Señor nuestras plegarias los ángeles y sacerdotes, como mensajeros celestiales, y nos alcanzan la divina gracia.—La piedra *ungida por Jacob* es *figura de Jesucristo,* el cual, «desechado por los albañiles, vino a ser piedra angular de la Iglesia» y «Ungido del Señor» [3], y se ofrece en nuestros altares a su eterno Padre. Mirando a este simbolismo, exige la Iglesia que los altares de los templos sean de piedra y estén ungidos con el Santo Crisma, o tengan por lo menos una piedra consagrada [4].

---

[1] Dios mismo proporcionó a Jacob los medios naturales para mirar por sí y por los suyos y contrarrestar la avaricia y envidia de Labán, como lo reconocieron éste y sus hijas (*Gen.* 31, 14 ss.; 30, 27; 41 ss.).

[2] Cfr. *ATAO*[3] 319 ss.

[3] *Matth.* 21, 42. *Luc.* 4, 18; cfr. *Dan.* 2, 34 ss.

[4] En el prefacio de la consagración del altar se alude al sentido típico de la piedra erigida y ungida por Jacob, pidiendo a Dios que el nuevo altar sea lugar de gracias, como aquel «que Jacob erigió luego de contemplar al Señor en aquella magnífica visión».

23. Regreso de Jacob a su patria y reconciliación con Esaú. Rapto de Dina. Muerte de Raquel e Isaac

(*Gen.* 31-35)

183. Veinte años llevaba Jacob en casa de Labán, y cada día iba en aumento el deseo de regresar a la casa paterna. Mas, cuando oyó que decían los hijos de Labán: «hase apoderado Jacob de todos los bienes de nuestro padre y enriquecido con su hacienda, y se ha hecho señor poderoso»; y se percató de que Labán no le miraba con el mismo semblante (ánimo y proceder) que antes; y sobre todo, cuando oyó la voz de Dios que le decía: *Vuelve a la tierra de tus padres; que yo estaré contigo*, no vaciló por más tiempo; sino salió secretamente con todo lo que tenía, para no ser detenido por Labán. Raquel llevó consigo *los ídolos* [1] de su madre, no ciertamente por privarle de esos objetos idolátricos, sino porque ella, como toda su familia, estaba enredada en el loco paganismo de su padre [2].

Labán tenía ya de antes dispuesto que los rebaños suyos y los de Jacob paciesen en campos separados por una distancia de tres jornadas [3]; y como a la sazón estuviese ocupado en el esquileo de sus ovejas, no supo la salida de Jacob hasta el tercer día. Tomando consigo a sus hermanos, fuéle siguiendo por espacio de siete días, y le alcanzó en el monte de Galaad [4]. Apareciósele en sueños el Señor y le dijo: «Guárdate de hablar ásperamente a Jacob». Por lo cual dijo Labán a Jacob: «¿Por qué has querido huir sin saberlo yo, y sin avisarme, para que te acompañase con alegría y cantares, y panderetas y vihuelas? No me has permitido dar siquiera un beso a mis hijos e hijas [5]. Has obrado neciamente. Bien es verdad que ahora está en mi mano darte el castigo; pero el Dios de vuestro padre me dijo ayer: Guárdate de hablar a Jacob cosa que le ofenda. Está bien que deseases ir a los tuyos, y te tirase la bienquerencia de la casa de tu padre; mas ¿a qué propósito robarme mis dioses?»

184. Respondió Jacob: «El haberme marchado sin darte aviso, ha sido porque temí que por fuerza me quitaras tus hijas. Y tocante a que me acusas de hurto, aquel en cuyo poder hallares tus dioses sea muerto a la vista de nuestros hermanos. Escudriña si hay en mi poder alguna cosa que te pertenezca,

---

[1] En hebreo *Terafim*, que significa conservador, alimentador; eran probablemente figuras humanas destinadas en un principio a evocar la memoria de los difuntos de la familia, pero más tarde fueron venerados como dioses tutelares y dispensadores de la felicidad familiar, y aun tal vez consultados como oráculos. Este suceso nos prueba que la idolatría había penetrado en la parentela que Abraham tenía en Mesopotamia. Tal vez se trata solamente de objetos *supersticiosos* y relacionados con la idolatría; de ser así, no habría desaparecido del todo la noción y culto del verdadero Dios. Más tarde encontramos también muy a menudo entre los israelistas hasta la cautividad esta mezcla de superstición idolátrica, tan severamente prohibida, y de religión verdadera. Cfr. *KL* IV, 14, 54 ss ; Scholz, *Götzendienst,* etc , 127 ss.; Kortleitner, *De polytheismo* 152-155; *Archaeologia biblica* (Innsbruck 1917) 429.

[2] Así san Juan Crisóstomo (*Hom.* 57), y lo indica *Gen.* 35, 2, cuando dice que Jacob retiró de su familia todos los ídolos (cfr. núm. 187).

[3] Cfr. *Gen.* 30, 36.

[4] Ahora Djebel Djil'ad (cfr. núm 135), de la cordillera Djebel Adschlun, la parte que está al norte del río Jabok, a unos 740 Km. de Harán (cfr. núm 168).

[5] Es decir, a mi nieto.

y llévatela». Diciendo esto, no sabía que Raquel había hurtado los ídolos. Hizo Labán las más escrupulosas pesquisas, mas no encontró los ídolos, porque Raquel los había ocultado debajo de los aparejos de un camello, sentándose ella encima. Entonces Jacob, enojado, dijo a Labán: «¿Por qué culpa mía, y por qué pecado mío te has enardecido tanto contra mí y has escudriñado todo mi ajuar? ¿Qué has hallado de todo el haber de tu casa? Ponlo aquí a la vista de mis hermanos y de los tuyos, y sean jueces entre mí y entre ti. ¿Para esto he vivido veinte años contigo? Tus ovejas y cabras no fueron estériles, no me he comido los carneros de tu ganado, ni te mostré lo que las fieras habían arrebatado; que yo resarcía todo el daño. Todo lo que perecía por hurto, me lo exigías con rigor; de día y de noche me quemaba el calor y la helada, y el sueño huía de mis ojos. Y de esta manera te he servido veinte años en tu casa, catorce por tus hijas y seis por tus ganados; diez veces me cambiaste el salario. Y si el Dios de mi padre Abraham, y el temor de Isaac no me hubiera asistido, tal vez ahora me hubieras despachado desnudo. Dios miró mi aflicción y el trabajo de mis manos, y ayer te reprendió».

A esto replicó Labán: «Todo cuanto tienes, mío es. Mas ¿qué puedo hacer yo contra mis hijas y nietos? Ven, pues, y *hagamos un pacto*». Tomó, pues, Jacob una piedra, y alzóla por monumento. Y dijo a sus hermanos [1]: «Traed piedras». Jacob y Labán le llamaron, cada uno en su lengua, majano del testimonio; y Labán dijo: «Este majano y esta piedra darán testimonio, si yo pasare de él para ir contra ti, o si tú le pasares, maquinando contra mí». Por esto, se llamó a aquel lugar Galaad, es decir, majano del testimonio. Jacob corroboró el pacto con juramento y con un sacrificio, e invitó a sus hermanos a un banquete. Labán levantóse antes de amanecer, besó a sus hijos e hijas, y echóles la bendición y se volvió a su país.

185. Jacob prosiguió su camino. Pensaba con angustia en su hermano Esaú, con quien pronto iba a encontrarse. Mas Dios confortó a su siervo con una prueba extraordinaria de su protección, como cuando en otro tiempo huyera. Saliéronle al camino *ángeles del Señor;* y al verlos, dijo: he aquí los campamentos de Dios (que pelean en mi favor contra Esaú); y llamó aquel lugar, *Mahanaim* [2], que quiere decir campamentos. Nada más nos dice el Texto Sagrado acerca de este encuentro maravilloso, ni sobre las angustias de Jacob; mas, como al fin del relato se habla por extenso de un encuentro con el Angel del Señor, se puede suponer que no se trata de dos distintas apariciones de ángeles, sino que este párrafo resume al principio, a manera de introducción, los sucesos que luego narra por partes, según la importancia de cada uno.

Jacob tuvo la precaución de enviar mensajeros a su hermano Esaú a la tierra de Seir, en Idumea [3], dándoles este encargo: «Así hablaréis a Esaú, mi señor: Jacob, tu hermano, te dice esto: En casa de Labán he peregrinado, y he estado

---

[1] A los parientes de Labán.

[2] Este plural (ángeles de Dios) no significa necesariamente una pluralidad de ángeles; Jacob comprende que se le ha aparecido el Dios infinitamente poderoso, cuya protección vale por un campamento; cfr. *Ps.* 33, 8. «El Angel del Señor acampará alrededor de los que le temen, y los librará». En el lugar donde sucedió la aparición se fundó más tarde la ciudad de Mahanaim o Manaim (hoy Mahneh), al norte del río Jabok, en los confines de Gad y Manasés. Recibió el nombre del suceso, o tal vez el nombre significa lo que Jacob dijo al aparecérsele Dios: «este es campamento de Dios», el lugar de la aparición de Dios; cfr. infra Fanuel = aparición de Dios.

[3] La capital Petra está unos 270 Km. al sur del Jabok (cfr. núm. 141). Parece, pues, que Esaú había escogido ya su patria fuera de la tierra de promisión (cfr. núms. 176 y 191; *Gen.* 36, 6).

hasta el día de hoy. Tengo vacas, y asnos, y ovejas, y siervos, y siervas; y envío ahora embajada a mi señor, para hallar gracia delante de ti». Y volvieron a Jacob los mensajeros, diciendo: «He aquí que Esaú viene a toda prisa a tu encuentro con cuatrocientos hombres.» Grande fué el temor de Jacob; y amedrentado, repartió la gente que tenía consigo, y también el ganado, y las ovejas, y las vacas, y los camellos, en dos cuadrillas, diciendo: «Si viniere Esaú a la una cuadrilla, y la hiere, la otra se salvará». E hizo luego esta oración: «Dios de mis padres, que me dijiste: Vuélvete a tu tierra, que yo seré contigo; indigno soy de las mercedes y de la fidelidad de que has usado con tu siervo. Con sólo mi cayado pasé este Jordán; y ahora vuelvo con dos cuadrillas. Líbrame ahora de las manos de Esaú, mi hermano». Y habiendo dormido allí aquella noche, separó, de cuanto tenía, presentes para su hermano Esaú: doscientas cabras, veinte machos de cabrío, doscientas ovejas y veinte carneros, treinta camellas paridas con sus crías, cuarenta vacas, veinte toros, veinte asnas, y diez pollinos de ellas», y los mandó por delante a intervalos. Y ordenó a los conductores de cada uno de los rebaños, que si Esaú les salía al encuentro y les preguntaba por el amo de los rebaños, le respondiesen: «es de tu siervo Jacob, y lo envía como regalo a su señor Esaú; y él mismo viene detrás de nosotros». Durante la noche, pasó él con su familia y sus rebaños el vado del Jabok.

186. Después de haber hecho pasar todo lo que le pertenecía, quedóse atrás solo [1]. Y he aquí que *se le apareció un personaje que comenzó a luchar con él* hasta el amanecer. Viendo este varón que no podía sobrepujar a Jacob, tocóle el tendón del muslo, el cual se secó, mientras seguían luchando. Y dijo a Jacob: «Déjame ir, que ya raya el alba». Mas viendo Jacob por este hecho que su competidor era un ser sobrenatural, respondió: «No te dejaré, si antes no me das la bendición». «¿Cómo te llamas?» preguntó aquél. Y Jacob respondió: «Jacob». Díjole entonces: «Ya no te llamarás Jacob, sino *Israel* (que quiere decir combatiente de Dios); porque si contra Dios te has mostrado valeroso, ¿cuánto más prevalecerás contra los hombres?» Y le bendijo. Jacob llamó aquel lugar *Fanuel,* que significa aparición de Dios, diciendo: «Yo he visto a Dios cara a cara, y mi alma ha sido salva» [2].

La *lucha* misteriosa de Jacob, y el triunfo de éste en el dintel mismo de la tierra de promisión y a la vista del peligro que le amenazaba, debieron de confortar el ánimo del Patriarca y asegurarle nuevamente del cumplimiento de la divina promesa. Era también la lucha con el Angel del Señor figura de su oración, más apremiante cada vez, a medida que estaba más próximo el grave peligro que amenazaba a él y a los suyos. Colígese esto, no sólo de la oración de Jacob, sino también del profeta Oseas: «Jacob luchó con el Angel y prevaleció sobre él y le venció; y con lágrimas se encomendó a él» [3]. El resto de la narración muestra que el competidor de Jacob era el «Angel de Jahve» (véase la explicación en el núm. 153). Es más difícil explicar el hecho, que interpretar su sig-

---

[1] Es dudoso, y aun poco probable, que «a esta parte» signifique al norte del Jabok, como se admite comúnmente; el texto no lo dice, y del contexto parece desprenderse que Jacob quedó a la zaga.

[2] Es decir: «y todavía vivo, no me he muerto (de espanto)». Era *creencia popular,* atestiguada muy amenudo por la Sagrada Escritura, que quien veía a Dios o a un ángel, moría. Esta creencia se fundaba en la sensación de impotencia que experimenta el hombre en presencia de un ser superior, y especialmente en presencia de Dios (cfr. *Dan.* 10, 7 ss.). Tal vez en apoyo de la misma se invocaban las palabras de Dios a Moisés, *Exod.* 33, 20. También en las apariciones de Dios vemos reflejada esta opinión popular, por ejemplo, *Exod.* 19, 21; 20, 19; *Deut.* 5, 25; 18, 16; *Iudic.* 6, 22; 13, 18 ss.; *Is.* 6, 5.

[3] *Osee* 12, 3 s.; cfr. *Sap.* 10, 12.

nificado. ¿Se trata de un hecho externo, o de una visión? Lo primero parece más conforme con la narración, y así lo entendieron los más de los intérpretes católicos; pues Jacob quedó realmente cojo de resultas de la lucha. Con todo, podría explicarse la cojera por efecto de una visión, y no hay razones intrínsecas que hagan improbable esta segunda hipótesis. La analogía con otras apariciones de Dios en sueños antes está a favor que en contra de dicha suposición. Se trata de averiguar *qué es lo que nos cuenta el autor sagrado.* La dificultad está en el orden en que se desarrollaron los hechos; orden, que no se puede fijar con certeza: dos veces se habla de pasar la noche en este lugar (v. 13 y 21); entre las dos noches ocurre el envío de regalos a Esaú, y después de ellas, se relata el paso del río, y cómo Jacob se quedó atrás solo; en este momento acontece la aparición. Si el quedarse atrás Jacob obedeció al deseo de entregarse a la oración y al descanso (después de las fatigas anteriores), sería más verosímil una visión. Las interpretaciones racionalistas no respetan el significado del suceso, fundándose en último término en sus prejuicios acerca de las apariciones divinas. Según ellos, éstas proceden de la imaginación o de adornos mitológicos. En el sueño de Jacob creen ver «señales de pesadilla». Pero se puede preguntar, si realmente se trata de un sueño; en caso afirmativo, importarían poco las señales de la pesadilla [1].

187. Luego de salir el sol, prosiguió Jacob su camino; mas iba cojeando de un pie. Y cuando vió venir a Esaú, y con él a cuatrocientos hombres, dividió a los suyos en tres grupos, colocando a Raquel y a José los postreros, porque su salvación era lo que más le interesaba. Y adelantándose, postróse siete veces en tierra, mientras se acercaba su hermano [2]. Enternecido entonces Esaú, y conmovido por merced divina, corrió a su encuentro, le abrazó y le besó llorando de gozo.

Al ver Esaú a los hijos de Jacob, dijo: ¿De quién son éstos?» Y respondió Jacob: «Son los hijos que Dios me ha dado». A una señal de Jacob, se acercaron todos y se postraron ante Esaú. Este preguntó luego: «¿Qué significan aquellas cuadrillas que he encontrado?» Respondió Jacob: «El deseo de hallar gracia en presencia de ti, mi señor». A lo que replicó Esaú: «Tengo yo muchísimos bienes; guarda, hermano mío, para ti y los tuyos». Jacob respondió: «No sea así, te ruego; mas, si he hallado gracia en tus ojos, recibe de mis manos este donecillo; porque he visto tu rostro (tan bondadoso), como si hubiera visto el rostro de Dios. Suplícote que recibas la bendición que Dios, dador de todas las cosas, se ha dignado otorgarme». Aceptó Esaú por fin los presentes, y dijo: «Vamos juntos, y seré compañero de tu viaje». Y respondió Jacob: «Sabes, señor mío, que tengo en mi compañía niños tiernos y ovejas y vacas; si forzase la marcha, morirán en un día todos mis rebaños. Vaya mi señor delante de su siervo; que yo seguiré poquito a poco, según viere que pueden aguantar mis niños». Respondió Esaú: «Ruégote que, por lo menos, quede alguna gente de la que viene conmigo para acompañarte en el camino». Mas Jacob replicó: «Lo que únicamente necesito, señor mío, es que encuentre yo gracia en tus ojos». Con esto regresó Esaú a Seir [3].

---

[1] Cfr. en *ATAO*[3] 323, Hoberg, *Genesis*[2] 314.

[2] Es aún hoy costumbre oriental saludar al superior con cierta solemnidad. La reverencia consiste en inclinar más o menos la cabeza, cruzando los brazos delante del pecho, o bien en doblar el cuerpo, y, en ocasiones, en postrarse en tierra, especialmente en presencia de los reyes, como lo hicieron los hermanos de José en Egipto (*Gen.* 44, 14).

[3] El miedo y el cálculo aconsejaron a Jacob tan extremada cortesía. Pero Esaú olvidó su antiguo rencor y se presentó como transformado. El haberse establecido en Seir es prueba de que no quería seguir viviendo cerca de sus padres, después de los matrimonios que había contraído, y de que reconocía la bendición paterna que daba a Jacob la preminencia.

188. Y Jacob marchó por el valle del Jordán, hacia el norte, a Socot[1], donde permaneció algún tiempo; pasando de allí el Jordán, se dirigió hacia el sudoeste, a la proximidad de Siquem, que dista unos 52 Km. de Socot; compró allí por cien corderos[2] un campo[3]; erigió un altar, e invocó al fortísimo Rey de Israel. Aquí le sobrevino una gran tribulación. Cierto día salió su hija *Dina* a una fiesta de Siquem, para ver por vana curiosidad a las mujeres de aquel país ataviadas con las galas de fiesta. Reparó en ella Siquem, hijo de Hemor, príncipe de aquella tierra; y enamorándose, la raptó y desfloró. Fué luego a su padre Hemor, pidiéndole a aquella jovencita por mujer. Hemor intercedió cerca de Jacob y sus hijos. Pero cuando éstos oyeron lo que había sucedido, se irritaron sobremanera, porque Siquem había cometido una acción tan fea contra Israel, violando a una hija de Jacob. Hemor insistió en favor de su hijo, diciendo: «Enlacémonos recíprocamente con matrimonios; dadnos vuestras hijas y recibid las nuestras. Habitad de asiento entre nosotros; la tierra está a vuestra disposición; cultivadla, comerciad y entrad en posesión de ella».

Los hijos de Jacob sabían bien cuánto desagradaba a Dios tal unión[4]; con todo, accedieron a ello, imponiendo por condición que los siquemitas se circuncidasen, a lo cual éstos accedieron. Al tercer día, cuando los dolores de la herida eran agudísimos y nadie en la ciudad pensaba en una sorpresa ni en oponer resistencia, entraron Simeón y Leví[5] audazmente en la ciudad, espada en mano; pasaron a cuchillo a todos los varones, y se llevaron a Dina, su hermana, de casa del raptor. Los demás hijos de Jacob se arrojaron después sobre los muertos, y saquearon la ciudad; llevaron cautivos a niños y mujeres y ganados, asolando casas y campos.

Tan atribulado quedó Jacob por la conducta cruel, pérfida e inhumana de sus hijos, que sesenta años después, al darles la bendición en el lecho de muerte, protestó de aquella acción[6]. Temía además Jacob la venganza de los moradores de aquel país. Mas Simeón y Leví replicaron, cegados todavía por su sed atroz de venganza: «pues qué, ¿habían ellos de abusar de nuestra hermana?»

189. Entre tanto Jacob recibió de Dios este aviso: «*Levántate y sube a Betel,* y habita allí, y erige un altar al Dios que se te apareció cuando huías de Esaú, tu hermano»[7]. Habiendo convocado Jacob a toda su familia, dijo: «*Arrojad los dioses ajenos*[8] de en medio de vosotros; purificaos

---

[1] En hebreo *sukkoth,* es decir, cabañas o majadas, así llamado porque Jacob se había establecido ya antes allí con los suyos. Según *Ios.* 13, 27; *Iudic.* 8, 5, y san Jerónimo, este lugar estaba situado en la comarca de Escitópolis (Beisán de hoy), en la parte oriental del valle del Jordán; más tarde fué posesión de Gad. Aquí, como en Siquem, permaneció Jacob con los suyos varios años, como se desprende del suceso de Dina, la cual tendría a la sazón unos 14-15 años, habiendo salido de Harán, a lo sumo, a la edad de 6 años. Pero la estancia en esta región no le impediría visitar a su padre en Hebrón, distante 34 horas de Socot y 22 de Siquem, como no le impidió más tarde enviar a José de Hebrón a Siquem, para preguntar por sus hijos (cfr. núm. 193).

[2] En hebreo *kesîtah,* de *kasat,* dividir, medir, pesar; un objeto de peso determinado, tal vez un trozo de plata de valor determinado, desconocido para nosotros.

[3] En este campo, llamado más tarde *campo de Jacob,* a 500 pasos de Siquem, cerca de la actual Nablus o Naplusa, abrió el *pozo de Jacob,* famoso más tarde por la conversación de Jesús con la Samaritana (*Ioann.* 4). Está cavado en la roca; tiene 20 m. de profundidad, y aún la tuvo mayor; su diámetro es de 2 1/2 m.; el nivel del agua está a 4 1/2 m. de profundidad y a veces notablemente más bajo; lo tapa una enorme piedra. Jacob donó este campo a José, el cual fué allí enterrado (*Gen.* 48, 22; *Ios.* 24, 32).

[4] Cfr. núm. 167. [5] Hijos de Lía, como Dina (cfr. núm. 180).

[6] *Gen* 49, 5-7. Aunque en la oración de Judit (9, 2 s.) se habla con encomio de esta acción, sin embargo hay que distinguir entre el «celo» por la gloria de Dios y por la virtud, muy justo y digno de elogio, y la *manera* de ejercerlo, inhumana y cruel.

[7] Cfr. núm. 179.

[8] Los Terafim de Raquel (cfr. núm. 183), los ídolos de que se apoderaron en Siquem, y todos los objetos análogos que pudiera haber entre ellos.

y mudad vuestros vestidos [1]: Levantaos, y subamos a Betel, para erigir allí un altar al Dios que me oyó en el día de mi tribulación y fué compañero de mi viaje». Diéronle, pues, todos los dioses ajenos que tenían; y Jacob los enterró bajo una encina, junto a Siquem. Luego que salieron hacia Betel, el terror de Dios se apoderó de todas las ciudades circunvecinas, de suerte que nadie se atrevió a perseguirles.

Llegados a Betel, erigió Jacob un altar conforme al voto que antes hiciera a Dios. Por aquel mismo tiempo murió Débora, ama de leche de Rebeca, y fué enterrada al pie de Betel, debajo de una encina, que por eso se llamó *Encina del llanto.* Aquí, en Betel, *se apareció de nuevo el Señor a Jacob,* y le bendijo, diciéndole: «En adelante no te llamarás Jacob, sino Israel. Yo soy el Dios todopoderoso; crece y multiplícate: linajes y pueblos nacerán de ti; reyes descenderán de ti. Y la tierra que di a Abraham e Isaac, la daré a ti, y a tu posteridad después de ti». Y desapareció el Señor. Mas él erigió un monumento de piedra en el lugar en que Dios le había hablado, ofreciendo sobre él libaciones, y derramando óleo; y dió a este lugar el nombre de Betel.

190. Partiendo de Betel, llegó a la región de *Efrata* [2]. *Allí murió Raquel,* del parto de un hijo al que llamó Benoni, hijo de mi dolor; mas Jacob le llamó *Benjamín,* hijo de la diestra, o sea báculo de mi vejez. Fué sepultada en el camino de Efrata, y Jacob erigió un monumento sobre su tumba. Este es el monumento de Raquel hasta el día de hoy. Saliendo de allí, fijó su tienda a la otra parte de la *Torre del Ganado* [3].

Se colige de aquellas palabras: «Este es el *monumento de Raquel* hasta el día de hoy», que el mausoleo de Raquel existía en tiempos de Moisés, unos quinientos años después de erigido. Se hace mención de él cuatrocientos años más tarde, en el relato de la elección del rey Saúl [4]; y quinientos años después habla de él Jeremías [5]; todavía se cita seiscientos años más tarde, con ocasión del degüello de los Inocentes [6], y muy frecuentemente en la era cristiana, especialmente por san Jerónimo [7]. De modo que no cabe duda sobre el lugar del monumento. Es un pequeño edificio blanqueado, de base cuadrada, terminado por una cúpula; se halla en el camino de Jerusalén, a un cuarto de hora de Belén. En su interior hay un sarcófago, también blanqueado. Fué construído en 1625 por los turcos; en 1841 consiguió Moisés Montefiore que fuese entregado a los judíos, los cuales construyeron delante de él un vestíbulo muy modesto.

191. Vino por fin [8] Jacob a Hebrón [9], a casa de su padre Isaac. Vivió éste todavía doce años, rodeado de sus hijos y de los hijos de sus hijos,

---

1 El lavado del cuerpo era símbolo de la limpieza del corazón; los vestidos nuevos representaban el espíritu nuevo y grato a Dios.

2 Llamada más tarde *Betlehem.* Ambos nombres significaban casi lo mismo: Ephrata = fértil; Betlehem = casa del pan.

3 La *Torre del Ganado,* junto a Belén, servía para vigilar los rebaños que pacían en las praderas circunvecinas. Según san Jerónimo, estaba a 1000 pasos, esto es, una milla romana (1 1/2 Km.) al oriente de Belén; ha sido identificada con Siar el-Ghanem (que significa corral de rebaños) en una colina que está 10 minutos al norte de Deir er-Rawat (aldea de pastores). Según una tradición judía antigua, allí, en la Torre del Ganado, había de «aparecer el Mesías en la plenitud de los tiempos» (cfr. *Mich.* 4, 8). Allí vigilaban sus rebaños los pastores, cuando el Angel les anunció el nacimiento del Señor (cfr. *HL* 1872, 5 ss.).

4 I *Reg.* 10, 2.

5 *Ierem.* 31, 15.

6 *Matth.* 2, 18.

7 *Ep. ad Eustoch. 108 (al. 27),* núm. 10.

8 Diez años después que salió de Harán; ahora tenía 107 años.

9 Aquí se había establecido entretanto Isaac (cfr. núms. 159 y 179). Aquí vivió en adelante Jacob; de aquí envió a José tal vez al año siguiente a Siquem (cfr. núm. 193).

con la única pena del triste suceso de José. Consumido por la edad, murió a los ciento ochenta años y fué enterrado por Esaú y Jacob en Mambre, donde también fué sepultada Rebeca. Esaú, hombre de ánimo inquieto, había emprendido anteriormente frecuentes viajes. Mas, a la muerte de su padre, retiróse para siempre y en paz al país de Idumea [1], pues la tierra no era suficiente para los rebaños suyos y los de su hermano Jacob.

24. Historia de José. Es vendido por sus hermanos

(*Gen.* 37, 1-35)

192. Jacob habitó en tierra de Canaán, donde había vivido su padre como peregrino. Siendo José, su penúltimo hijo, de diecisiete años [2], y como guardase los rebaños de su padre con sus hermanos (hijos de Bala y Zelfa), acusó a éstos ante él de una mala acción [3]. Jacob amaba a José más que a todos sus hijos, por haberle engendrado en la vejez, y le hizo una túnica de colores [4]. Por esto le odiaban sus hermanos [5] y no podían hablarle amistosamente. Sucedió, además, haber tenido José un sueño maravilloso, que contó sin recelo a sus hermanos: «Oíd lo que he soñado: Parecíame que estábamos atando gavillas en el campo, y como que mi gavilla se levantaba y se tenía derecha, y vuestras gavillas, que estaban alrededor, adoraban a mi gavilla». Respondieron sus hermanos: «¿Serás por ventura nuestro rey? ¿o estaremos sujetos a tu dominio?» Y esto fomentó aún más su odio y envidia.

Vió también otro sueño, que contó a sus hermanos diciendo: «He visto en el sueño como que el sol y la luna y once estrellas me adoraban». Mas su padre le reprendió, diciendo: «¿Qué quiere decir ese sueño que viste? ¿acaso yo y tu madre [6] y tus hermanos te adoraremos sobre la tierra?» Mas el padre consideraba en silencio estas cosas y pensaba que tal vez Dios tenía destinado a su hijo José para grandes cosas [7]. Y así fué. Preci-

---

[1] Cfr. *Gen.* 36, donde se nombran los descendientes, para que conste su derecho al Redentor.

[2] Según el texto hebreo, 17 años. Sucedió esto, luego que Jacob regresó a casa de su padre Isaac.

[3] Probablemente de un pecado de sodomía.

[4] En hebreo *kethóneth passim,* según la interpretación comúnmente seguida, una túnica que llegaba hasta los tobillos, esto es, un vestido de pliegues, con mangas, como solían llevar las personas distinguidas, tejido de materias de variados colores, de mucho valor, y finamente bordado (cfr. II *Reg.* 13, 18; *Ps.* 44, 10). Tal vez el texto decía antiguamente *pass passim,* expresión que (comparada con la equivalente asiria) significaría *polímita*, como lo han entendido las versiones griega, latina y siríaca (cfr. *OLZ* 1908, 368). El *kethóneth* del vulgo era un vestido interior estrecho, semejante a la camisa. El haber hecho Jacob a José un vestido de color, es argumento de que éste gozaba de la predilección de su padre, y que acaso estaba destinado a heredar los derechos de primogenitura, de que se habían hecho indignos Rubén, Simeón y Leví.

[5] Es decir, los acusados por él, los hijos de Bala y Zelfa; cfr. núm. 108. Los demás le envidiaban por los sueños que les contó.

[6] Jacob se refiere aquí a Bala, que aun vivía, o a Raquel que acababa de morir, y pregunta a su hijo si acaso se figura que ha de enaltecerse sobre toda la familia.

[7] El relato de los sueños parece indicar que José, preferido por su padre, se había engreído algún tanto; ciertamente, no obró con prudencia irritando la envidia de sus hermanos. Cara le costó su temeridad. Al padre le produjo alguna inquietud la narración,

samente el disgusto de sus hermanos por el ensalzamiento de José, significado en ambos sueños, y la resolución que tomaron de impedirlo a todo trance, fueron los medios de que la omnisciencia de Dios se sirvió para ensalzarle tan maravillosamente.

193. Estando en cierta ocasión los hermanos de José en Siquem apacentando los rebaños de su padre Jacob, dijo éste a José: «Anda, ve y averigua si tus hermanos lo pasan bien, y si están en buen estado los ganados». Salió, pues, José del valle de Hebrón, y llegó a Siquem. Un hombre le halló errante en el campo, y preguntóle qué buscaba. Y él respondió: «Busco a mis hermanos; señálame dónde apacientan los rebaños». Y díjole el hombre: «se retiraron de este lugar; y les oí decir: Vámonos a Dotaín» [1]. Caminó, pues, José en pos de sus hermanos, y los halló en Dotaïn. Los cuales, luego que le vieron de lejos, antes que se acercase a ellos, pensaron matarle. Y se decían unos a otros: «Mirad que viene el soñador. Venid y matémosle, y echémosle en una cisterna vieja [2], y diremos: una fiera muy mala le devoró; y entonces se verá qué le aprovechan sus sueños». Oyendo esto *Rubén,* su hermano mayor, dijo: «No manchéis vuestras manos con su sangre, sino echadle más bien en una cisterna del desierto». Esto decía Rubén con el fin de librarle de ellos y restituirle a su padre.

Al punto, pues, que llegó, le desnudaron de la túnica polímita; y siguiendo el consejo de Rubén, metiéronle en una cisterna vieja, que no contenía agua. Y sentándose para comer, vieron venir a unos viandantes ismaelitas (una caravana) de Galaad con sus camellos, llevando especias, resina y estacte [3] para Egipto. Y dijo *Judá* a sus hermanos: «¿Qué nos

---

porque veía en ella un signo de la exaltación de su predilecto y un peligro para la paz entre sus hijos. Pero como, por otra parte, creía que José estaba destinado a grandes cosas, y él mismo había recibido a menudo avisos e instrucciones en sueños, «consideraba el asunto en silencio».

[1] *Dothain* era una ciudad pequeña, situada a 90 Km. de Hebrón, 22 Km. al norte de Siquem, cerca del camino que seguían las caravanas que iban de Siria a Egipto; llámase ahora Tell (ruinas, montículo) Dothan (*Rb* 138).

[2] Cisterna es un estanque profundo revestido de mampostería, en el cual se recogen las aguas de la nieve o de las lluvias. Secas, podían servir de prisión o de refugio.

[3] Estos productos de Siria, Canaán y países vecinos (cfr. núm. 137), eran muy apreciados en Egipto para medicinas y embalsamamientos. Los modernos entienden por *especias* (hebr. *nejóth*) el tragacanto, resina producida por un arbusto de la familia de las leguminosas. La *resina* (en hebreo *z'ri* o *zorî*) procedía sin duda de una planta balsámica, que abundaba en Galaad (*Balsamodendron Gileadense;* cfr. *Gen.* 43, 11; *Exod.* 27, 17; *Ierem.* 8, 22; 46, 11); este arbusto tiene 1 m. de altura; en el tronco y las ramas se parece a la cepa, en las hojas a la ruda. El *bálsamo* propiamente dicho y *auténtico* crecía, según Fl. Josefo (*Ant.* 15, 4, 2; cfr. 14, 4, 1; *De Bello iudaico* 1, 6, 6), sólo en Jericó (cfr. *HL* 1875, 139). La *mirra* (óleo de mirra, resina de mirra, *stacte* en griego y en latín) es producida por el árbol de la mirra (*Amyris cataf*), de 3 m. de altura, parecido a la acacia, provisto de espinas, que crece especialmente en Arabia Feliz. En primavera y otoño exuda de por sí una savia blanca, aromática y resinosa que adquiere consistencia de goma; era muy estimada desde antiguo por sus propiedades curativas y agradable perfume. Se empleaba también para confeccionar el óleo de ungir (cfr. núm. 304). Pero se usaba principalmente en Egipto para embalsamar los cadáveres. Según nuevas averiguaciones, la palabra hebrea *mor* no significa la mirra propiamente dicha (que es un cuerpo sólido, poco aromático, resina producida por una clase de palmeras), sino el *bálsamo*, líquido de perfume exquisito, producido por la palmera *Commiphora opobalsamum.* Como la palabra del texto hebreo es *lot* (y no *mor,* mirra), entienden por ella comúnmente la

aprovecha si matáremos a nuestro hermano y encubriéremos su sangre? Más vale que sea vendido a los ismaelitas, y que no se manchen nuestras manos; porque hermano y carne nuestra es». Y los hermanos se avinieron a sus razones. Sacáronle al llegar los comerciantes madianitas [1], a los cuales lo vendieron por veinte siclos de plata [2]. Podía José en tan angustioso trance llorar y suplicar cuanto quisiera; en sus despiadados hermanos no había un adarme de compasión; no le oían [3]. Los ismaelitas le condujeron a Egipto.

194. Habiendo vuelto a la cisterna Rubén, que no había estado presente a la venta de su hermano, y no hallándole, rasgó sus vestiduras [4], diciendo: «El chico no parece; ¿y adónde iré yo ahora?»; los demás hermanos estaban completamente indiferentes. Mataron un cabrito, tiñeron en su sangre la túnica polímita de José y la enviaron a su padre, diciendo: «Esta túnica hemos hallado; mira si es o no la de tu hijo». El padre, cuando la reconoció, dijo: «La túnica es de mi hijo; una fiera muy mala se lo comió; una bestia devoró a José». Y rasgadas sus vestiduras, vistióse de cilicio [5], llorándole por mucho tiempo. Y, juntándose todos sus hijos para suavizar el dolor del padre, no quiso admitir consuelo, sino decía: «Descenderé llorando al reino de los muertos [6] a juntarme con mi hijo».

195. Se ha considerado siempre a *José* como **figura** *de Jesucristo*. Fué *odiado* y perseguido por sus hermanos por ser el *predilecto* de su padre; y cuando les refirió sus sueños maravillosos, en los cuales Dios quiso anunciar el futuro ensalzamiento, no le creyeron. También Jesús, el Hijo muy amado de Dios, fué odiado y perseguido por los judíos; y cuando expuso a éstos su origen divino y la grande obra de la Redención, para la cual había venido a la tierra, no se lo creyeron: «Ni sus hermanos creían en él» [7]. José fué escarnecido por sus hermanos, despojado de sus vestidos y vendido por unas pocas *monedas*. Lo

---

resina aromática, llamada *ledum* o *ladanum* en griego y latín, producida por las hojas de cisto, que crece en Arabia y Siria y también en Palestina. Cfr. Fonck, *Streifzüge durch die bibl. Flora*, en *BSt* V 52, 149 s , 155; *Rb* 414, 419.

[1] Tan pronto se les llama ismaelitas como madianitas o medanitas, como en *Iudic.* 8, 22 24 26; estas tribus, que descendían de Abraham, tenían sus viviendas en la proximidad de la familia patriarcal, con límites no bien definidos, llevaban una vida poco estable, y se unían para fines comerciales o guerreros, no distinguiéndose unas de otras con precisión (cfr. *Rb* 216). Según Eisler (*Kenitische Weihinschriften* 82, nota 2), Madián no es nombre de tribu, sino significa comunidad jurídica o religiosa, una anfictionía como si dijéramos, formada por varias tribus, con un santuario determinado. – Como desde el nacimiento de Ismael habían pasado ya 181 años, los descendientes de éste eran seguramente muy numerosos. También puede ser que les diera el nombre el historiador, que vivió muchos años después.

[2] Siclos de plata, v. núm. 164. No se puede precisar el valor absoluto de un siclo; tal vez ascendía a 40 marcos oro. La Ley determinaba (*Lev.* 27, 5) que para redimir a un joven (hasta los veinte años) del servicio del Santuario, había que pagar 20 siclos.

[3] *Gen.* 42, 21; v. núm. 208.

[4] El *rasgar* las vestiduras era símbolo del dolor que desgarra el corazón. Esta práctica se usaba entre griegos y romanos y en Oriente era general. Acerca de lo que hoy se acostumbra, cfr. Bauer, *Volksleben im Lande der Bibel* 243.

[5] El *vestido de luto* de los antiguos era a manera de saco burdo de pelos de cabra o de camello, de color negro o pardo-oscuro, con dos aberturas para los brazos; llegaba escasamente hasta las rodillas y se ceñía al cuerpo con una cuerda. Vestíanse de saco no solamente los que hacían duelo, sino también los profetas, penitentes y predicadores.

[6] Cfr. *Num.* 57.

[7] *Ioann.* 7, 5

mismo sucedió a Jesús, víctima de uno de sus discípulos [1]. Jacob quedó inconsolable por la supuesta muerte de su querido hijo, hasta que el mismo José le explicó cómo aquella muerte supuesta había sido el medio para su *ensalzamiento* y la salvación de los suyos. Los amigos de Jesús estaban sumidos en la tristeza, cuando la muerte venció, al parecer, a su querido Maestro. No comprendían todavía que la muerte era el camino de la glorificación del Mesías y de la redención de todos, hasta que el mismo Jesús hubo de explicárselo: «¡Oh necios y tardos de corazón para creer todo lo que anunciaron ya los profetas! Pues qué, ¿por ventura no era conveniente que Cristo padeciese todas estas cosas y así entrase en su gloria?» [2].

25. José en casa de Putifar [3]

(*Gen.* 37, 36; 39, 1-20)

196. Entretanto, los madianitas vendieron a José en Egipto a *Putifar* [4], jefe de las guardias de Faraón. Mas Dios estaba con él, y todo le salía bien. Por esto halló gracia en presencia de su señor y le servía; su señor le puso al frente de todo, y José gobernaba la casa que se le encomendara y todos los bienes que le fueron confiados [5]. Bendijo Dios la casa del egipcio a causa de José, y multiplicó toda su hacienda, así en la casa como en el campo. De suerte que Putifar no tenía otro cuidado que el de ponerse a la mesa para comer; es decir, abandónólo todo al cuidado de su mayordomo José.

197. Era José de rostro hermoso y de gallarda presencia. Por lo que, al cabo de muchos días [6], la mujer de Putifar puso sus ojos en él, y le solicitó al pecado. Mas José rechazó con horror el deseo de aquella mujer, diciendo: «Mira, no hay cosa que mi señor no me haya confiado, a excepción de ti, su mujer; pues ¿cómo puedo yo cometer tamaña maldad, y pecar contra mi Dios?» Mas la mujer de Putifar no cesaba de insistir uno y otro día en sus deshonestos propósitos cerca del joven, que perseveraba firme en el santo temor de Dios y no daba oído a sus halagos. Pero aconteció, que un día entró José en casa y se puso a solas a hacer sus faenas. Enton-

---

[1] *Ioann.* 6, 71; 13, 18 21.

[2] *Luc.* 24, 25 s.

[3] Por la época en que José fué vendido a los ismaelitas, ocurrió el matrimonio de Judas con una cananea, suceso que se relaciona con *la historia de Tamar*, madre de Fares y Zara, hijos de Judas (*Gen.* 38), y, por tanto, madre del Mesías que había de venir a llamar a los pecadores y gentiles (cfr. *Matth.* 1, 3).—Todo lo que ha descubierto la egiptología tocante a la historia de Abraham y sus descendientes, se encuentra comprendido en la obra *Bibel und Aegypten*, de G. J. Heyes, tomo I (Münster 1904). Cfr. *Joseph in Aegypten*, del mismo autor, en *BZF* IV 9.

[4] Este nombre, que más tarde aparece en el texto hebreo en forma más completa (*Poti-phara*), es auténticamente egipcio; en su composición entra el nombre del dios solar *Ra;* significa «regalo de Ra» o «consagrado a Ra» (*Peti-pa-ra* o *Petepra*).

[5] En todas las casas principales de Egipto había un intendente o administrador. Se le representa con una vara o un mamotreto en la mano y un estilo o pluma de junco en la oreja. En cierto monumento aparece el intendente de mayor estatura que los criados y se le llama *merpa* = «jefe de la casa». Este es el título que tenía José, pues Putifar le hizo administrador de su casa. Examinando un plano de casa egipcia (según Ermann), se ve claramente por qué José «pasó por el interior de la casa para ir a ocuparse en su negocio (trabajo)»: las despensas se hallaban en la parte trasera de la casa, de suerte que no se podía llegar a ellas sin atravesar el interior.

[6] Unos diez años después, cuando José tenía 26.

ces ella, asiéndole por la orla de la ropa [1], le declaró una vez más sus lascivos deseos; pero José, dejando la capa en las manos de ella, huyó y salióse fuera. Y cuando la mujer vió la capa de José en sus manos y que había sido burlada, llamó ante sí a los hombres de su casa y les dijo: «Ved que mi marido trajo aquí a un hebreo para que hiciese burla de nosotros. Ha osado entrar a donde yo estaba, con intento de seducirme; y habiendo yo dado voces, soltó la capa que yo tenía asida, y escapóse fuera» [2]. Cuando Putifar volvió a casa, le mostró la capa de José, y le refirió la misma mentira. Putifar, demasiado crédulo a las razones de su mujer, se encolerizó sobremanera y mandó meter a José en la cárcel en que se guardaban los presos del Rey [3]. Allí quedó éste aherrojado [4].

26. José en la cárcel

(*Gen.* 39, 21 ss.; cap. 40)

198. Consumíase José en la prisión. Pero el Señor no le abandonó; y apiadado de él [5], dióle gracia en los ojos del carcelero [6]. Puso éste en manos de José todos los presos que estaban arrestados en la cárcel; y cuanto se hacía, era por orden del hebreo. Pero sucedió que el copero del Rey de Egipto y el panadero ofendieron a su señor. Faraón [7] los echó a la cárcel del jefe

---

[1] La *capa* (*simla*, manto), usada en todo el Oriente, aunque no igual en todas partes, era una prenda rectangular, de paño; a los pobres servía también de manta, por lo que a nadie estaba permitido retener por la noche en rehén la capa del prójimo. Materia y color variaban según la posición de cada cual. Moisés mandó poner en los cuatro ángulos alamares y borlas que invitasen a la observancia de la Ley (*Num.* 15, 38 ss.; *Deut.* 22, 12; *Matth.* 23, 5). Los israelitas principales llevaban, además, otro manto de materia muy fina (*me'il*), que llegaba, como el asirio-babilónico, desde el cuello hasta las rodillas, con mangas cortas y ricos flecos en la fimbria. Kalt, *Biblische Archäologie* núms. 28 y 29.

[2] Algunos sabios modernos opinan que este relato está en pugna con las costumbres egipcias, especialmente con la condición de las mujeres de Egipto, con su recogimiento, etc. Sólo que confundieron las costumbres del antiguo Egipto con las de otra época posterior. Los monumentos y escritos y los testimonios de escritores antiguos confirman el relato bíblico en todos sus pormenores. Las mujeres que conocemos por la historia o por la literatura egipcia, son de mal carácter; en particular las mujeres de las clases más elevadas se permitían toda clase de libertades; algunas escenas representadas en los monumentos no son para descritas. Uno de los papiros más antiguos les atribuye «toda clase de maldades, astucias y engaños» (cfr. en contra Kayser-Roloff, *Aegypten*[3] 178). La narración egipcia antigua, que lleva por título «los dos hermanos» (del siglo XV), nos presenta una escena en todo semejante a la bíblica: una mujer que seduce y calumnia; sin embargo las diferencias son más que las afinidades y no hay razón suficiente para considerar la bíblica como imitación de la egipcia (Gunkel); el parecido de ambas sólo demuestra que el escritor sagrado conocía bien la vida de Egipto. Cfr. Erman. *Aegypten und ägiptisches Leben*[2] 439 s.; Heyes, *Bibel und Aegypten* 129 y 137; *BZF* IV, 348 ss.

[3] Encontrábase la cárcel en un compartimiento de la casa de Putifar, como se desprende del relato mismo. En general, la prisión destinada a los delitos cometidos en el palacio real estaba en casa del jefe de la guardia de Faraón (cfr. *Ierem.* 37, 15).

[4] *Ps.* 104, 18: Hierro cercó a su alma, es decir, a su persona.—Acerca de la administración de justicia en el antiguo Egipto, v. Heyes, *Bibel und Aegypten* 158. Según esto, José fué tratado con cierta consideración, tal vez porque su culpa no constaba con certeza.

[5] *Sap.* 10, 13 s. «La Sabiduría (Dios) bajó con él a la fosa, y no le desamparó en la prisión».

[6] Probablemente el mismo Putifar, el cual, una vez sosegada su ira, no pudo convencerse de la culpa de José, por lo que le trató con blandura.

[7] Nombre genérico o título de reyes egipcios. *Per-āa* significa «la casa grande», la habitación, el palacio real, y también el señor que allí manda; de igual modo cuando decimos: «La Gran Puerta» nos referimos al sultán turco o a su gobierno. Al principio se daba

de los soldados, en la cual José estaba preso. El alcaide de la cárcel los entregó a José, el cual también les servía. Pasado algún tiempo, una noche tuvieron los dos cada uno un sueño, presagio de la suerte que les aguardaba; por lo que ambos estaban tristes. Entrando José por la mañana y viéndolos apesadumbrados, preguntóles diciendo: «¿Por qué vuestro rostro está hoy más triste que de costumbre?» Y ellos respondieron: «Hemos visto un sueño, y no hay quien nos lo interprete». Y díjoles José: «Pues qué ¿no es cosa de Dios la interpretación? Contadme lo que habéis visto» [1].

El copero mayor fué el primero en referir su sueño: «Veía delante de mí una vid con tres sarmientos. Comenzó a reverdecer, echó flores y, por fin, dió uvas maduras. En mi mano tenía yo la copa de Faraón; cogí las uvas, las exprimí en la copa, que luego alargué al Rey». Respondió José: «Esta es la interpretación del sueño: los tres sarmientos son tres días, al cabo de los cuales Faraón se acordará de tu ministerio y te restituirá a tu antigua categoría; y le darás la copa según tu oficio, como antes solías hacerlo. Solamente acuérdate de mí, cuando tuvieres esta dicha, y haz conmigo misericordia, insinuando a Faraón que me saque de esta cárcel; porque a hurto me han arrebatado de la tierra de los hebreos [2], y aquí, siendo inocente, he sido echado en calabozo». Viendo el jefe de los panaderos que José había descifrado el sueño sabiamente, dijo: «Mi sueño es como sigue: tenía yo tres canastillos de harina sobre mi cabeza [3]; en el canastillo que estaba más alto había toda clase de viandas hechas por el arte de pastelería; pero vinieron las aves, y comieron del canastillo». Respondió José: «Esta es la interpretación del sueño: los tres canastillos son tres días; al cabo de los cuales, cortará Faraón tu cabeza y te colgará en una cruz [4], y las aves despedazarán tus carnes».

Tres días después era el cumpleaños de Faraón; el cual habiendo dado un grande convite a sus ministros, se acordó del jefe de coperos y del jefe de los panaderos. Y restituyó al uno su empleo, para que le sirviese la copa, y colgó al otro en una horca. «Mas el copero mayor, vuelto a su prosperidad, no se acordó más del intérprete.»

199. La Providencia se sirvió de las circunstancias naturales para libertar y ensalzar a José. La interpretación de sueños tiene mucha importancia en la vida egipcia (como también en la babilónica). Reyes y sacerdotes están sometidos a ella. Y no sólo en la antigüedad, sino también en los tiempos presentes [5] (cfr. más abajo los sueños de Faraón). En el relato aparecen como cargos

---

este nombre sólo a los reyes de Egipto; más tarde se comenzó a añadir el nombre personal. «Faraón» es un nombre tan empleado para designar al rey de Egipto, que los «hebreos y asirios lo tenían por nombre propio» (Erman l.c. 63; cfr. Heyes l.c. 21 ss.). Los israelitas se acostumbraron tanto más fácilmente al título de los reyes de Egipto, cuanto que en su lengua existía una palabra análoga *(pera)*, que significa «príncipe».

[1] Es decir, si el sueño procede de Dios, El nos dará la interpretación.

[2] José podía dar este nombre a la región de Canaán en que habitaron su padre y su antepasados, conocidos con el nombre de hebreos por los habitantes de Canaán y demá pueblos vecinos. Cfr. *Gen.* 12, 16; 14, 13; 21, 22.

[3] Herodoto advierte expresamente que los hombres llevaban las vasijas sobı la cabeza, las mujeres sobre los hombros.

[4] Los egipcios, como también otros pueblos antiguos, decapitaban primero a los malhechores; luego colgaban en un palo sus cadáveres en señal de afrenta.

[5] Ebers, *Aegypten,* etc., 321 s.; *ATAO*[3] 334.

elevados los oficios de copero y panadero del rey. Ello está en armonía con la importancia que las personas principales de Egipto daban a la cocina. La literatura egipcia cuenta entre los principales cargos del palacio real el de «secretario de la mesa» y el de «repostero». En la tumba de Ramsés III se encontró, representada en las paredes, una panadería real completa; lo mismo aconteció en las excavaciones llevadas a cabo por la Sociedad Orientalista

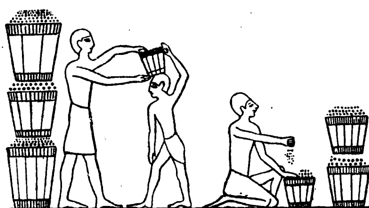


Fig. 26. — Vendimia en Egipto. Pintura mural de un sepulcro en Benihasán (Reino Medio). La uva es recogida en cubetas.

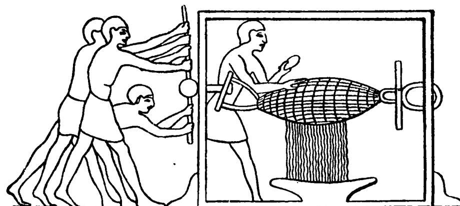


Fig. 27. — Prensa del vino, en Egipto. Pintura mural de un sepulcro en Benihasán (Reino Medio). Mediante una palanca unida a un eje se exprimen sacos repletos de uva.

Alemana [1]. También atestiguan los monumentos la función del copero: exprimir las uvas en la copa del rey. En una ceremonia religiosa, el rey ofrece el zumo de uvas mezclado con agua al dios Horus; el hombre que está a la derecha del rey desempeña evidentemente un cargo de confianza. La fiesta del natalicio de los reyes es costumbre antigua, de la cual da testimonio la famosa piedra de Roseta. Resulta, pues, que en nuestro relato todo es genuinamente egipcio, hasta los últimos pormenores [2].

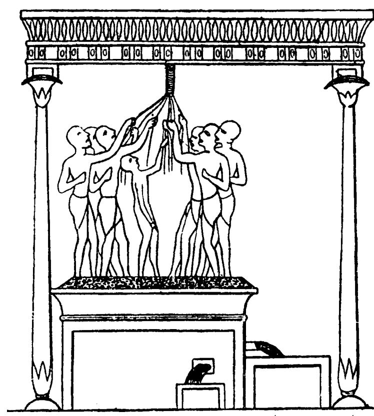


Fig. 28. — Prensa del vino, en Egipto. Pintura mural del sepulcro de Chuemhotep, en Benihasán (Reino Medio). Los pisadores, asiéndose a unas cuerdas que cuelgan del techo, estrujan la uva con sus pies.

Herodoto y Plutarco niegan, al parecer, **el cultivo de la viña en Egipto:** el primero dice que en Egipto no se criaban cepas; el segundo, que antes de Psammético (665-611 a. Cr.) ni se fabricaba ni se bebía vino. Pero lo que quieren decir Herodoto y Plutarco es, a lo sumo, que el pueblo no conocía el cultivo y uso del vino. Pues el mismo Herodoto refiere en otro lugar [3] que en Egipto se daba cada día a los sacerdotes vino de uvas y carne de ganso y de buey, y que se usaba el vino en los sacrificios, etc. Según Atenio y Diodoro, se cultivaba la viña en algunas regiones de Egipto. Diodoro, Estrabón y Plinio el Viejo hablan de varias clases de vino. Diodoro añade que la introducción del cultivo de la viña se atribuía a Osiris, el dios más antiguo del país. Numerosos testimonios y pinturas murales de los monumentos egipcios más antiguos hablan con irrefragable certeza en pro de la historicidad del relato bíblico (véanse figs. 26, 27 y 28); las pinturas murales muestran la vid ya trepando por las paredes, ya formando glorietas y calles

[1] *ATAO*[3] 335; Erman, *Aegypten*[2] 224. Cfr. *ThG* IX (1917) 222 ss.; *Gen.* 44, 1, *im Lichte der altorient. Denkmäler* (Slaby).
[2] Ebers l. c. 330; Vigouroux l. c.
[3] 2, 37 39 42 60 121 133 144 168; cfr. Kayser-Roloff, *Aegypten*[3] 168 ss.; Heyes, *Bibel und Aegypten* 179 ss. (*Weinbau und Weingenuss*).

abovedadas, no en los árboles como en Roma. La uva se recogía en cestos hondos o en cubas, que se transportaban a la prensa sobre la cabeza o en los brazos, en el hombro izquierdo o con ayuda de una palanca apoyada en ambos hombros. Había prensas de mano y de pie. La de pie consistía en un pedestal con capitel y columnas pintadas; los pisadores se agarraban fuertemente a unas cuerdas (fig. 28 p. 228). En la de mano se introducían las uvas en sacos, que los operarios retorcían por medio de un lazo o de unos palos especiales; el mosto iba cayendo poco a poco en una tinaja colocada debajo (fig. 27, p. 228). Se han descubierto también, en las ruinas de ciudades egipcias antiguas, restos de ánforas o cántaros con una costra de tártaro en la pared interior.

27. Encumbramiento de José

(*Gen.* 41, 1-15)

200. Dos años después, cuando José contaba treinta, tuvo Faraón un sueño. Parecíale estar junto al río [1], del cual salieron siete vacas, hermosas y muy gruesas, y pacían la hierba de la ribera. Subieron también del río otras siete vacas feas y macilentas [2]; y éstas se comieron a aquéllas, cuya hermosura y lozanía de cuerpos era maravillosa. Despertó Faraón, y volviendo a dormirse, tuvo otro sueño: Siete espigas [3] brotaron en *una sola* caña, llenas y hermosas; y tras ellas brotaron otras tantas espigas secas, que devoraron toda la lozanía de las primeras. Despertó Faraón.

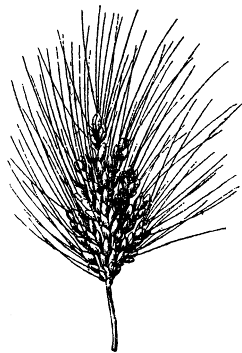


Fig. 29. Triticum compositum (trigo egipcio).

Llegada la mañana, lleno de pavor, envió a llamar a todos los adivinos y a todos los sabios de Egipto, y les contó el sueño; mas no hubo quien lo interpretase [4]. Entonces, por último, acordándose el jefe de los coperos, dijo: «Confieso mi pecado: Indignado el Rey con sus siervos, mandó nos encerrasen a mí y al jefe de los panaderos en la cárcel del general de los soldados, donde *una* noche vimos los dos cada

[1] Es decir, en el Nilo, único río de Egipto.

[2] Alusión muy acertada a la fertilidad y esterilidad inminentes, las cuales dependían del río Nilo. Para el egipcio, el buey es símbolo de la fertilidad del campo. El toro está consagrado a Osiris, inventor de la agricultura; se representa a menudo el toro de Osiris acompañado de siete vacas, por ejemplo, en las viñetas del capítulo 110 del *Libro de los Muertos;* el texto de este capítulo contiene una oración suplicando a Osiris se digne él, o las siete vacas con el toro, proveer de alimentos (al orante) después de muerto. En el sueño interviene, pues, un «motivo mitológico», familiar y asequible a Faraón; cfr. Ebers, *Aegypten*, etc., 104; Heyes, *Bibel und Aegypten* 214; *BZF* IV 353; *ATAO*[3] 335.

[3] Sin duda de trigo, que en Egipto tenían de siempre fama de lozanas, muy alimenticias y de extraordinaria virtud germinativa (fig. 29).

[4] Estos *sabios* pertenecían probablemente a la segunda categoría sacerdotal, que se dedicaba al servicio divino y al cultivo de las ciencias. Los escritores antiguos les llaman amanuenses sagrados, los experimentados o sabios. A ellos acudían los egipcios en demanda de luces y asistencia en todos los negocios que rebasaban el saber común y las facultades ordinarias. Formaban un grupo especial los *adivinos* y *hechiceros* que se dedicaban a la interpretación de sueños y de señales (agüeros) y a las artes mágicas. Su ciencia había de enmudecer cuando Dios manifestase sus arcanos. «*Todos* los sabios y adivinos» quiere decir, sin duda, todos los representantes del gremio que se hallaban en la ciudad y eran a la vez consejeros del rey.

uno un sueño, presagio de cosas futuras. Había allí un joven hebreo, siervo del mismo general de los soldados. Referímosle nuestros sueños, y él nos los interpretó en la forma que luego acreditó el paradero del caso: porque yo fuí restituído a mi empleo, y el otro fué colgado».

201. Entonces, por orden del Rey fué sacado José de la cárcel; le cortaron el pelo, y habiéndole mudado de vestido [1], le llevaron a la presencia de Faraón. Díjole el Rey: «He visto unos sueños y no hay quien me los declare. He oído que tú los descifras con mucha sabiduría». «No seré yo, replicó José, sino Dios, quien responderá favorablemente a Faraón». Refirió, pues, el Rey ambos sueños. Y José habló de esta manera: «El sueño del Rey es *uno;* Dios ha mostrado a Faraón lo que va a hacer. Las siete vacas hermosas y las siete espigas llenas son siete años de abundancia. Las siete vacas flacas y las siete espigas secas significan siete años de esterilidad, que han de suceder a los siete de abundancia y han de consumir todo el remanente de aquéllos. Entonces castigará duramente el hambre a todo el país, y la esterilidad será tan grande, que hará olvidar la anterior abundancia. El haber tenido tú dos sueños de la misma significación, denota la certidumbre de que la palabra de Dios se cumplirá cuanto antes. Ahora, pues, provea el Rey de un varón sabio y diligente, y hágale gobernador de la tierra de Egipto. Pondrá éste intendentes en todas las regiones, y hará que se recoja en graneros la quinta parte de los frutos de los siete años de fertilidad, que van ya luego a empezar; y encerrará todos los frutos en las ciudades, a disposición de Faraón, para que haya provisiones en los siete años de esterilidad, y la tierra no sea consumida de la carestía».

202. Agradó el consejo a Faraón y a todos sus ministros; por lo cual, dijo a éstos el Rey: «¿Por ventura podremos hallar un varón como éste, que esté lleno del espíritu de Dios?» Dijo, pues, a José: «Tú serás sobre mi casa, y al imperio de tu boca obedecerá todo el pueblo; no tendré yo sobre ti más precedencia que la del solio real». Y repitió Faraón: «He aquí que te constituyo sobre toda la tierra de Egipto». Y se quitó el anillo del dedo y se lo puso a José; vistióle una ropa de lino muy fino [2], y le puso alrededor del cuello un collar de oro. Y le hizo subir en su segunda carroza, gritando un pregonero, que todos delante de él doblasen la rodilla y le respetasen como a gobernador de toda la tierra de Egipto [3]. Dijo tam-

---

[1] Así lo exigía la costumbre egipcia. Mientras que en otros pueblos orientales la barba era un bello ornamento facial, y su pérdida se reputaba por cosa muy lamentable, los egipcios (según Herodoto) dejaban crecer el pelo de la cabeza y de la barba sólo cuando estaban de luto. Las esculturas antiguas representan a los egipcios imberbes, y solamente los prisioneros llevan barba (cfr. *ATAO*[3] 335).

[2] En hebreo *schêsch* (de *schûsch,* brillar, resplandecer, iluminar); designa un tejido muy blanco, fino y suave, de un lino que sólo existe en Egipto, con el cual se hacían las vestiduras sacerdotales. Para más detalles, cfr. Scholz, *Die heiligen Altertümer des Volkes Israel* I 53; *LB* I 692.

[3] Estas cuatro distinciones eran las señales externas de su nueva dignidad, y como tales aparecen a menudo en la historia y en los documentos egipcios: 1. La entrega del sello para sellar los decretos reales es el signo más elocuente de la posición y plenipotencia del primer ministro (cfr. *Esth.* 3, 10; 8, 2). 2. Los vestidos de los sacerdotes, según Herodoto (2, 37), eran de biso, símbolo de la pureza y santidad; por su preciosidad eran

bién el Rey a José: «Yo soy Faraón: sin tu orden, ninguno moverá mano ni pie en toda la tierra de Egipto». Mudóle además el nombre, y le llamó con una palabra egipcia, *Zaphnat-panêach* (según san Jerónimo, salvador del país); y dióle por mujer a Asenet, hija de Putifar [1], sacerdote de Heliópolis. Treinta años tenía José cuando se presentó a Faraón [2].

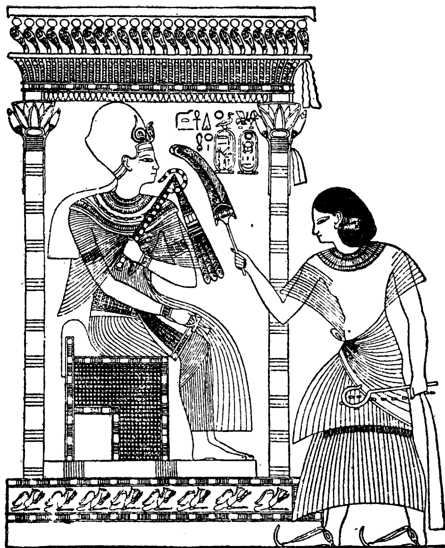


Fig. 30. — El rey Tutenkamum (1358-1350 a. Cr.) con un vestido de biso (lino) y un collar de varias sartas, concede audiencia a Huy, gobernador de Etiopía. Pintura mural de una sepultura de Tebas. (Berlín, Museo de Etnología.)

203. No faltan ejemplos que nos ilustran acerca del empleo de José en Egipto. En el Reino Nuevo (desde 1600) los extranjeros ocuparon a menudo los puestos más elevados. Un ejemplo de los más notables nos suministran las cartas de Amarna. Un tal *Janchamu* — nombre semítico —, gobernó el país (provincia) de Jarimuta, en la delta del Nilo, granero por aquel entonces de las costas orientales del Mediterráneo. Aparece con poder ilimitado en calidad de plenipotenciario del rey de Egipto; de él depende la administración de los graneros. Este Janchamu no es el José de la Biblia, pero es un caso análogo, que demuestra «ser egipcio el ambiente de la historia (de José)» [3]. También los nombres de *Zaphnat-panêach* y *Asᵉnath* son egipcios. En sentir de egiptólogos antiguos y modernos, el primer nombre significa «sustentador de la vida»; en opinión de otros, es un títnlo (que se daba al ingresar en la corporación de los empleados de mayor categoría o de los sabios) o simplemente un nombre honorífico [4]. Ni el texto hebreo ni la versión griega explican el significado del nombre egipcio; san Jerónimo lo traduce

privilegio de los reyes y personas principales. 3. En los monumentos aparecen las personas de categoría adornadas con collares de oro primorosamente trabajados (cfr. fig. 30); eran condecoraciones análogas a las insignias de nuestras Ordenes, o distintivos de la autoridad judicial. 4. La carroza real simbolizaba la elevada posición de José en Egipto, el primero después de Faraón, como lo decía en alta voz el pregonero. Cfr. Hoberg, *Genesis*[2] 384; Heyes, *Bibel und Aegypten* 235 238 242 ss.; Slaby, *Gen.* 41, 41-42 *und die altägyptischen Denkmäler,* en *BZ* XVI 18 ss.; *BZF* IV 356.

[1] Este Putifar es distinto del jefe de la guardia real. Por su matrimonio se relacionó José con lo más selecto de Egipto, facilitándosele el ejercicio de su alto cargo. Los sacerdotes, guerreros, pastores, labradores, artesanos, etc., no formaban castas (como antes se creía), sino *gremios.* No se sigue, pues, que José, por su matrimonio, fuese recibido entre los sacerdotes, sino solamente que fué «ennoblecido» e incorporado al gremio sacerdotal, al que pertenecían los sabios y los altos dignatarios del reino; porque los sacerdotes eran del número de los nobles y sabios, y tanta era su influencia que sin ellos nada importante se hacía. Cfr. Kayser-Roloff, *Aegypten*[3] 164.

[2] Estuvo esclavo 13 ó 14 años, de los cuales por lo menos 3 ó 4 en prisión.

[3] *ATAO*[3] 337 s.; cfr. Hoberg, *Genesis*[2] 386.

[4] Heyes l. c. 258 ss.; II 122 ss. A la interpretación («habla un dios, y él vive») que Steindorff, Spiegelberg y otros tienen por «absolutamente cierta», se puede objetar, según *ZAW* 1905, 210, que el nombre de la versión griega supone otra forma hebrea. Según Heyes, es posible esta interpretación: el que alimenta la vida. Cfr. *BZF* IV 371 ss.

de acuerdo con el contexto y en conformidad con el cargo que desempeñaba José: José salvó el país en tiempo del hambre.—*As^enath* corresponde a la palabra egipcia *Ns-nt,* que significa «perteneciente a (la diosa) Neit», o bien es un nombre muy corriente de mujer *(Asen).* Se suele objetar ser ambos nombres de fecha reciente y estar atestiguados por primera vez el año 1200 a. Cr.; pero bien pudieron emplearse ya en tiempos anteriores, tanto más cuanto que el material de nombres propios de fecha cierta es «muy exiguo».

La Sabiduría divina llevó al justo José desde el estado más despreciable al más admirable *encumbramiento,* «dióle el cetro del reino y el poder contra aquellos que le habían oprimido, y convenció de mentirosos a los que le habían infamado, y procuróle gloria eterna» [1]. Recompensóle sus trabajos con otras tantas honras y alegrías. Odiáronle sus hermanos por sus sueños, y la interpretación de los sueños le granjeó la estima y el amor de los egipcios; despojáronle sus hermanos de la túnica polímita, los egipcios le vistieron del más precioso ropaje y le ataviaron con los emblemas reales; sus hermanos le arrojaron en una cisterna, y los egipcios le sacaron de la cárcel; vendiéronle aquéllos como esclavo a unos extranjeros, y expuesto por éstos a la irrisión en el mercado de esclavos, Faraón le hizo señor de toda la tierra de Egipto, y mandó pasearle a la vista del pueblo, en la segunda carroza real, en señal de sumo honor.

Tanto en los padecimientos como en la exaltación, es José **figura** *de Cristo,* el cual salió glorioso de la cárcel del sepulcro [2] y fué exaltado por su Padre celestial, el Rey del universo, y recibió del mismo «un nombre superior a todo nombre, para que, al nombre de Jesús, se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno; y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre» [3].

204. Heliópolis [4], la ciudad del sol (en egipcio *An, On;* en hebreo *On* o *Aven* = sol, luz), era una capital de provincia del Bajo Egipto, situada unos 37 Km. al norte de Memfis, más de 10 Km. al norte de El Cairo, no lejos de la orilla derecha del brazo oriental (pelúsico) del Nilo. Aquí estaba desde antiguo el templo principal del dios-sol y era la sede de un sacerdocio ilustrado que ocupaba el primer puesto entre los sacerdotes egipcios. Allí se criaba el segundo de los cuatro toros sagrados, el Mnevis (que significa: el sol que revive) [5]. Más tarde fué destruída por los persas; como único resto de aquella grandiosa ciudad, queda todavía un *obelisco* de más de veinte metros de altura, que tal vez estaba en pie en tiempo de Abraham.

205. El **Nilo** [6], el río más largo de la tierra, aunque no el más caudaloso, está formado por dos confluentes, el Nilo Blanco y el Nilo Azul. Nace este último en Abisinia, y las fuentes del Nilo Blanco, mucho más caudaloso que el Azul, se encuentran unos 1500 Km. más abajo, en la región de los dos grandes lagos, situados entre 3° de latitud sur y 3° de latitud norte, a 1158 y 653 m. de altitud respectivamente. Saliendo del lago Victoria-Nyanza, que está al sur del Ecuador y tiene una superficie de 80000 Km^2, sigue hacia el noroeste, vertiendo sus aguas en el lago Alberto-Nyanza, de 37000 Km^2 de superficie; sale de éste en dirección norte, y dejando al oriente Abisinia, enfila hacia Nubia y se une con el Nilo Azul en Chartum, a 15° de latitud norte. De aquí a su desembocadura, en el grado 31 de latitud norte, su curso mide más de 3000 Km. y a la región de sus fuentes casi otro tanto. Su recorrido total, de 6270 Km. u

---

[1] *Sap.* 10, 14.
[2] *Act.* 2, 24 ss.; *Col.* 3, 15.
[3] *Philipp.* 2, 9-11; cfr. Weiss, *Messian. Vorbilder* 15.
[4] Cfr. Keppler, *Wanderfahrten*[8-10] 94 ss.
[5] Cfr. núm. 123.
[6] Del hebreo *nahal,* es decir, río; en la Sagrada Escritura se le llama ordinariamente *yeôr,* el río, o *schijor,* el turbio, a causa de sus aguas fangosas. Acerca del Nilo cfr. Kayser-Roloff, *Aegypten einst und jetzt*[3] 1 ss.; Keppler l. c. 30 ss.; Heyes, *Bibel und Aegypten* 203 ss.

850 millas, abarca en línea recta 34° de latitud, casi la décima parte del meridiano terrestre. Aguas arriba de Tebas, en el Alto Egipto, forma el Nilo seis cataratas; después sigue hacia el norte, trazando infinidad de meandros; pasado El Cairo, se divide en dos brazos principales, que forman la delta [1] surcada por una red de canales. Desembocaba en el Mediterráneo antiguamente por siete o nueve bocas [2], que a causa de los aluviones se han reducido a dos: la oriental en Damieta y la occidental en Roseta. Sus aguas turbias y cenagosas se filtran con facilidad, resultando potables, muy buenas y saludables. Las inundaciones periódicas del Nilo son la causa de la fertilidad de Egipto. Las lluvias ecuatoriales y de los glaciares, que alimentan los afluentes del curso superior, hinchan anualmente el Nilo, a fin de junio, en Egipto propiamente dicho; sobreviene la inundación en agosto, convirtiendo el país en un mar durante los meses de verano; a principios de octubre llega a su máximo nivel; comienza luego a disminuir poco a poco durante todo el mes, hasta que las aguas vuelven a su lecho, dejando el campo cubierto de un barro negro y espeso. En este barro mezclado con arena se hace la siembra, para la cual se utilizan con frecuencia las ovejas o los cerdos, que con sus pisadas introducen en la tierra las semillas. Al cabo de cuatro o cinco meses se han convertido éstas en frutos maduros. Si falta la inundación o sólo sube doce codos, los egipcios padecen carestía; si sube demasiado, no puede hacerse a su debido tiempo la siembra. Pero si la inundación llega a la altura de quince o diez y seis codos [3], la feracidad de esta tierra es extraordinaria. Las regiones más apartadas reciben el agua por canales y las más elevadas, por medio de *norias*. En la antigüedad fué Egipto, por su abundancia de trigo, el granero de Asia y Europa. Es también rico en otras producciones agrícolas. En tres cosechas anuales se recogen los más variados productos: guisantes, alubias, lentejas, arroz, maíz, sésamo, cohombros, calabazas, melones, cebollas, ajos, trébol de Alejandría, lino, algodón, caña de azúcar, añil, pimienta, bálsamo. Añádanse a esto las frutas más sabrosas: dátiles, higos, sicómoros, naranjas, granadas, membrillos, melocotones, albérchigos, almendras, etc. También se cultiva la viña, y en algunos lugares se dan excelentes olivos.

28. Viaje de los hermanos de José a Egipto

(*Gen.* 41, 47 ss.; cap. 42 y 43)

206. José recorrió sin demora todas las provincias de Egipto, para dar órdenes oportunas en todas partes. Vinieron entre tanto los siete años de fertilidad. José mandó depositar en las ciudades todo el grano sobrante; fué tanta la abundancia, que igualaba a las arenas del mar y excedía a toda medida. Antes que viniese la carestía, le nacieron a José dos hijos; al primero llamó *Manasés,* diciendo: «Dios me ha hecho olvidar todos mis trabajos y la casa de mi padre» [4]. Al segundo llamó *Efraim,* diciendo:

---

[1] Llámase así esta región por su semejanza con la letra *d* (Δ) del alfabeto griego.

[2] Cfr. *Is.* 7, 18; 11, 15.

[3] Algo más de 8 u 8 $^1/_2$ m., porque el codo árabe equivale a 0,54 m. Dice Plinio (*Hist. nat.* 5, 58) que «a los 13 codos la tierra padece hambre; a los 14 nace la alegría, a los 15 la certeza, a los 16 la felicidad».

[4] *Manasés* significa «el que hace olvidar»; en medio de su prosperidad, pone José un signo de amor y de anhelo por los suyos en el nombre de su primogénito, significando que, al darle Dios familia propia, le ha compensado de la pérdida de la querida casa paterna. No dice la Sagrada Escritura por qué no avisó José a su padre de su elevación; pero del relato se desprende que no se había olvidado de los suyos y que les guardaba amor y cariño. Debió de serle imposible la comunicación con los suyos, lo cual nada tiene de particular, dadas las costumbres de los pueblos antiguos, especialmente de los egipcios, tan amigos de aislarse de los extranjeros. Encomendó a Dios, que hasta entonces había guiado

«Dios me ha hecho crecer en la tierra donde entré pobre» [1]. Pasados los siete años de abundancia, comenzaron los siete de carestía, y el hambre afligió a todos los países circunvecinos [2]; mas en toda la tierra de Egipto había pan. Por fin, también Egipto comenzó a sentir necesidad, y el pueblo clamaba al Rey, pidiendo pan, y el Rey contestaba: «*Id a José* y haced cuanto él os dijere». Abrió, pues, José todos los graneros y empezó a vender a los egipcios. Y venían a Egipto de todos los países para comprar víveres.

207. Y oyendo Jacob que se vendían alimentos en Egipto, dijo a sus hijos: «¿Por qué os descuidáis? He oído que se vende trigo en Egipto; id y comprad lo necesario para que podamos vivir y no perezcamos de hambre». Bajaron, pues, diez de los hermanos de José a Egipto; pero Benjamín, el menor de todos [3], quedó en casa con Jacob; «no sea, decía éste, que le suceda algún contratiempo en el camino». Entraron, pues, en la tierra de Egipto con otros que iban a comprar. Allí mandaba José, y a su arbitrio se vendían granos a los pueblos. Admitidos a la presencia de José, postráronse en tierra ante su hermano, mas no le reconocieron; pero él los reconoció, y por su memoria cruzaron los sueños aquellos, cuyo cumplimiento creían evitar sus hermanos, vendiéndole a los madianitas. Antes de darse a conocer, quiso probarlos y enmendarlos.

Hablóles, pues, con aspereza como a extraños, diciéndoles: «¿De dónde venís? Vosotros sois espías que habéis venido a reconocer los parajes menos fortificados de este país» [4]. Respondieron ellos: «No es así, señor; tus siervos han venido a comprar qué comer. Todos somos hijos de *un* padre; venimos de paz, ni tus siervos maquinan mal alguno». A los cuales él respondió: «No es así, mas venís a observar los lugares indefensos de este país». Y ellos respondieron: «Doce hermanos somos, tus siervos, hijos de *un* padre, de la tierra de Canaán; el más pequeño está con

---

sus pasos, el cuidado de coronar la obra uniéndole a los suyos mediante algún suceso extraordinario. Llegó el momento propicio, cuando Faraón y todo Egipto comenzaron a cosechar los frutos de la sabiduría y previsión de José y se volvieron a él reconocidos (*Gen.* 45, 16 ss.; núm 217; *Gen.* 50, 4 ss.).

[1] *Ephraim* = frutos, descendencia; este nombre simboliza la alegría de José al nacerle un segundo hijo.

[2] Las inscripciones atestiguan la existencia de años de carestía que afligían a Egipto y países limítrofes, especialmente a Palestina y Siria; los documentos en *BZF* IV 360. En una islita del Nilo, en el Alto Egipto, se ha encontrado el testimonio de una carestía que duró siete años; cfr. Brugsch, *Steininschriften und Bibelwort* 90; del mismo, *Die biblischen Jahre der Hungersnot* (Leipzig 1891); Ebers, *Aegyptische Studien* 96 ss. Sin embargo se asigna a la inscripción fecha posterior, suponiendo además que se ha puesto el número siete por su carácter sagrado y simbólico o por influencia de la tradición judía. Hay testimonios de haber existido una carestía de siete años en la era cristiana (de 1064 a 1071); cfr. Heyes, *Bibel und Aegypten* 230 ss. La causa es la misma en todos los países del mar Mediterráneo: que no hay suficiente formación de nubes en este mar, o que las montañas de esos países no son suficientemente visitadas por las nubes. Síguese la escasez de lluvias, la sequía de fuentes y ríos y aún del Nilo, el cual entonces no sube a la altura conveniente para inundar el país de Egipto.

[3] Tenía a la sazón 22 años.

[4] No se trata simplemente de intimidarlos; antes bien, es de presumir que los extranjeros, por alguna circunstancia, se hicieron *sospechosos* y por eso fueron llevados a presencia de José. De otra suerte, habría que admitir que en este caso ocurrió algo singular, pues no era posible que fuesen presentados a José todos los que iban a comprar trigo a Egipto.

nuestro padre, el otro no existe ya»[1]. «Lo dicho, replicó; espías sois. Voy ahora a hacer una prueba de vosotros; por vida de Faraón[2], que no saldréis de aquí hasta que venga vuestro hermano el más pequeño. Enviad uno de vosotros que lo traiga; y vosotros quedaréis en prisiones, hasta que se pruebe si es verdadero o falso lo que habéis dicho»[3]. Metiólos, pues, en la cárcel por tres días.

208. Al tercer día, hizo que compareciesen en su presencia, y les dijo suavizando un tanto sus órdenes: «Haced lo que os he dicho, y quedaréis con vida; porque yo temo a Dios. Si sois de paz, uno de vuestros hermanos quede atado en la cárcel. Y vosotros id, y llevad a vuestras casas los granos que habéis comprado, y traedme a vuestro hermano menor, para que me convenza de que decís verdad, y no muráis». Y se dijeron el uno al otro: «Justamente padecemos esto, porque pecamos contra nuestro hermano, viendo la angustia de su alma cuando nos rogaba y no le oímos; por ello ha venido sobre nosotros esta tribulación». Uno de ellos, Rubén, dijo: «¿Por ventura no os dije: No queráis pecar contra el muchacho; y no me escuchasteis? Ved cómo se (nos) demanda su sangre». Y no se imaginaban que José lo entendía, pues les había hablado por intérprete. Pero él entendía todo; y se retiró por un poco tiempo y lloró. Prueba manifiesta de que la aparente aspereza no procedía del ruín deseo de venganza, sino de la noble intención de cerciorarse del arrepentimiento de sus hermanos y del amor hacia su padre, sin lo cual no podía pensar en transportarlos a Egipto; pues siempre habría quien mirase con malos ojos su origen extranjero. Luego que José probó ser verdad el arrepentimiento y el amor fraterno, se repuso, y volviendo a ellos, mandó prender a *Simeón* y atarle en presencia de sus hermanos[4]; ordenó a los oficiales que les llenasen de trigo los costales, y pusiesen secretamente en ellos el dinero de cada uno, dándoles además víveres para el camino. Y ellos se fueron llevando los granos en sus asnos[5]. Mas, como uno de ellos hubiese abierto el costal para dar un pienso al jumento en el mesón[6], y viese el dinero en la boca del costal, lo refirió a sus hermanos, los cuales, atónitos y sobresaltados, se dijeron unos a otros: «¿Qué es esto que Dios ha hecho con nosotros?»

---

[1] Es decir, ¿cómo es posible que un padre mande a todos sus hijos a una empresa tan peligrosa como es el espiar un país extranjero?

[2] Jurar, o más bien, afirmar una cosa por la vida del rey, era muy frecuente en la antigüedad, aun entre los romanos de la época de los Emperadores. En Persia es costumbre jurar por la cabeza del rey. Tratándose de José, no se puede creer que en ello hubiese idolatría. Tertuliano dice a este propósito (*Apol.* c. 32): «No juramos por los dioses tutelares del emperador, sino por su salud y prosperidad.. Respetamos las órdenes de Dios en los emperadores... Por eso les deseamos prosperidad en todo, porque Dios lo quiere, y esto lo tenemos por un gran juramento». Cfr. santo Tomás, *Summa theol. 2, 2, q. 89, a. 6.*

[3] Como si dijera: si en una cosa decís verdad, esto me probará que en todo lo demás también la habéis dicho.

[4] Tal vez porque éste era el mayor después de Rubén, el cual se había esforzado en otro tiempo por librar a José.

[5] Cada uno de los hermanos aparece conduciendo su bestia y su carga; mas esto no excluye que llevasen en su compañía criados con las bestias necesarias para transportar provisiones suficientes para todas las familias, a las cuales alude José expresamente (v. 19).

[6] En un albergue del camino, donde las caravanas pasaban la noche.

209. Llegado que hubieron a Canaán a la casa de su padre, le refirieron todo lo acaecido, y cómo debían llevar a su hermano Benjamín en prueba de su inocencia, a fin de que Simeón quedase libre y pudiesen comprar trigo. Al vaciar los sacos, halló cada uno el dinero atado en la boca de los costales; y como todos a una quedasen atónitos, dijo Jacob: «Me dejáis sin hijos; José ya no existe; Simeón queda en prisiones; y queréis quitarme a Benjamín. Sobre mí han recaído todos estos males». Dijo entonces *Rubén,* queriendo convencer a su padre: «Quita la vida a mis dos hijos, si yo no te le volviere; entrégamele en mi mano, y yo te lo restituiré». Pero Jacob replicó: «No descenderá mi hijo con vosotros; su hermano murió, y él solo ha quedado; si le acaeciere algún desastre, llevaréis mis canas con dolor al sepulcro».

Algunos santos Padres, especialmente san Bernardo [1], ven en José una *figura de san José,* casto esposo de María y padre nutricio de Jesús. A semejanza de aquél, fué también san José a Egipto, perseguido por la envidia: guardó con solicitud la augusta familia que le estaba confiada y demostró virginal fidelidad al Señor, que le encomendó su más preciosa alhaja. Fué honrado con la especial revelación de los misterios divinos, y en recompensa de su celestial sabiduría y virtud, fué elevado hasta el trono del gran Rey, ante el cual es un poderoso intercesor, al que acudimos en todas las necesidades, y un sabio consejero, cuya palabra y ejemplo debemos seguir. Finalmente, por voluntad del Rey, él es quien abre los reales graneros a los que se lo piden, y distribuye el pan de la vida, que tan solícitamente guardó en la tierra.

210. Entre tanto, el hambre afligía a toda la tierra. Y consumidos los víveres que habían traído de Egipto, dijo Jacob a sus hijos: «Volved, y compradnos algunos víveres». Respondió Judá: «Aquel hombre nos intimó con protesta de juramento, diciendo: no veréis mi rostro, si no trajereis a vuestro hermano menor con vosotros. Por tanto, si quieres enviarle con nosotros, iremos juntos, y te compraremos lo necesario. Mas, si no quieres, no iremos; porque aquel hombre, como ya muchas veces hemos dicho, nos intimó diciendo: No veréis mi rostro, sin vuestro hermano menor». Díjoles Israel: «Para desdicha mía le hicisteis saber que aun teníais vosotros otro hermano». Mas ellos respondieron: «Preguntónos aquel hombre punto por punto acerca de nuestro linaje: si vivía el padre, si teníamos otro hermano, y nosotros le respondimos al tenor de sus preguntas. ¿Acaso podíamos saber que había de decir: Traed a vuestro hermano con vosotros?»

Mas Judá dijo a su padre: «Envía conmigo al muchacho [2], para que marchemos y podamos vivir; no sea que muramos nosotros y nuestros niños. Yo me encargo del muchacho; demándamelo de mi mano. Si no te le devolviese y pusiere en tus manos, seré reo de pecado contra ti en todo tiempo. Si no fuera por esta demora, estaríamos ya de vuelta». Y al fin, díjoles su padre Israel: «Si así es menester, haced lo que quisiereis. Tomad en vuestras vasijas de los mejores frutos de la tierra, y llevad a aquel hombre presentes: un poco de resina y de miel, de estoraque y de estacte,

[1] *Hom. 2, super Missus est.*
[2] La palabra hebrea *naar,* muchacho, significa también joven; tenía a la sazón 23 años.

de terebinto y de almendras [1]. Llevad también con vosotros doblada cantidad de dinero [2]; y volved a llevar el que hallasteis en los costales, no sea que haya sucedido por yerro. Dios todopoderoso os le depare propicio a aquel hombre, para que deje volver con vosotros a vuestro hermano que allí tiene preso, y a este Benjamín. Entretanto, yo quedaré como huérfano, sin hijos».

211. Llegaron felizmente a Egipto los hermanos de José, con Benjamín y los regalos. Luego que José los vió, y a Benjamín entre ellos, dió orden al mayordomo de su casa, diciendo: «Introduce en casa a esos hombres, y mata víctimas, y dispón un banquete; porque han de comer conmigo a mediodía». El ejecutó lo que se le había mandado, e introdujo a los hombres en casa. Ellos, atemorizados, se decían unos a otros: «por el dinero que nos hallamos la otra vez en nuestros costales nos sucede esto. Se nos quiere calumniar y hacernos esclavos». Por lo cual, llegándose en la misma puerta al mayordomo de la casa, le dijeron: «Suplicámoste, señor, que nos escuches. Ya antes hemos venido a comprar víveres. Y después de comprados, cuando llegamos al mesón, abrimos nuestros costales, y hallamos en la boca de los mismos el dinero [3]. Aquí lo traemos en igual peso. Además de éste, traemos otro dinero, para comprar lo que necesitamos; no hemos podido saber quien lo haya puesto en nuestros costales». Mas él respondió: «Paz con vosotros, no queráis temer. Vuestro Dios, y el Dios de vuestro padre os dió los tesoros en vuestros costales; porque el dinero que me disteis, lo tengo yo en buena moneda» [4]. Y sacóles a Simeón. Y después de haberlos introducido en la casa, trajo agua con que lavar sus pies, y dióles pienso para los jumentos. Y ellos estaban disponiendo los presentes, hasta que José entrase al mediodía; porque habían oído que habían de comer con él.

212. Cuando entró José en su casa, ofreciéronle los presentes, y le adoraron postrados en tierra. Mas él, después de volverles el saludo con afabilidad, preguntóles, diciendo: «¿Por ventura está bueno vuestro anciano padre, de quien me hablasteis? ¿Vive todavía?» Los cuales respondieron: «Bueno está vuestro siervo; aun vive nuestro padre». E inclinándose, le adoraron de nuevo. Y alzando José los ojos, vió a Benjamín, hermano suyo [5], y dijo: «¿Es éste vuestro hermano menor de quien me hablasteis? — Dios te bendiga, hijo mío». Y salió de prisa a sus habita-

[1] Cfr. núm. 137. Acerca de la resina o bálsamo, especias, mirra, v. núm. 193.— Puesto que en Egipto no escaseaba la miel de abejas, es probable que esta palabra (en hebreo *debásch)* signifique en este pasaje arrope (en árabe *dibs),* mosto cocido al fuego hasta que toma consistencia de jarabe; los romanos le llaman *sapa,* los griegos *hepsêma.* Gustan mucho de él los orientales, y se fabrica sobre todo en Hebrón, de donde lo llevan a Egipto anualmente centenares de camellos (cfr. núm. 137). — El terebinto es un árbol de la familia de las terebintáceas, género pistáceas. El fruto, de tamaño de la avellana, tiene la envoltura aromática, y la parte comestible sabe a almendras. Cfr. Fonck, *Streifzüge* 48 s.

[2] Porque era de suponer que creciendo el hambre, subiese el precio del trigo.

[3] Pequeña inexactitud, que no hace al asunto, y les evita innecesaria prolijidad.

[4] Así era en verdad. Todo se lo debían a la admirable providencia de Dios Seguramente el mayordomo había recibido de José instrucciones para darles esta respuesta.

[5] También por parte de la madre, pues ambos eran hijos de Raquel.

ciones, porque se le conmovió el corazón a la vista del hermano [1] y se le saltaban las lágrimas; y entrándose en su aposento, prorrumpió en llanto. Y saliendo fuera otra vez, después de haberse lavado la cara, se reprimió y dijo: «Poned la mesa». Pusieron, pues, separadamente las mesas: una para José, según costumbre muy rigurosa de Egipto de comer separados los reyes y altos personajes; otra para sus hermanos y una tercera finalmente para los egipcios; porque a éstos «no es lícito comer con los hebreos, y se tiene por profano semejante banquete» [2]. Sentáronse [3], pues, los once hermanos frente a José en una mesa separada, según su edad, de lo cual se maravillaban. Mas Benjamín de todas las viandas recibió porciones cinco veces mayores que sus hermanos [4]. Comieron, pues, y bebieron y alegráronse con José.

29. José prueba a sus hermanos y se da a conocer

(*Gen.* cap. 44 y 45)

213. Quería asegurarse José de si sus hermanos se habían enmendado del todo; dió, pues, esta orden al mayordomo de su casa diciendo: «Llena de trigo sus costales, cuanto pueden caber; y pon el dinero de cada uno en la boca del costal [5]. Pon además mi *copa de plata* en la boca del costal del más joven». Y así se ejecutó. Llegada la mañana, fueron despachados. Y ya habían salido de la ciudad y caminado algún trecho, cuando José, llamando al mayordomo de casa, le dijo: «Marcha, y ve en seguimiento de esos hombres; y alcanzados que sean, diles: ¿Por qué habéis vuelto mal por bien? La copa que habéis hurtado es la misma en que bebe mi amo, y en la que suele adivinar [6]; habéis hecho una acción malísima».

---

[1] Su madre Raquel murió del parto. En aquel entonces tenía José 15 años y sintió amargamente el dolor de tamaña desgracia; al poco tiempo era llevado a Egipto. ¡Qué recuerdos! ¡Qué rasgo tan emocionante de íntimo amor fraterno, santificado por el santo amor de Dios!

[2] Los egipcios no se sentaban a la mesa con los extranjeros. Esto era entre ellos una abominación, porque los extranjeros se alimentaban de carne de animales que los egipcios adoraban. Cuenta Herodoto que ni siquiera se servían del cuchillo de un griego. Además los hebreos se dedicaban al pastoreo, y los egipcios aborrecían este género de vida (cfr. núm. 219).

[3] Ya desde la V dinastía las familias principales usaban sillas y mesas en los banquetes. Pero el antiguo Egipto no conoció las mesas largas, a las cuales se pueden sentar varias personas. En sociedad se sentaban de dos en dos; dispuestas las viandas en una mesa grande, los criados y criadas se encargaban de repartirlas (Erman 221).

[4] El número 5 hay que entenderlo proverbial o simbólicamente, como si quisiera decir: cúpole a Benjamín mucho más que a los otros, o a Benjamín tocó de todo la mejor parte, la porción de honor. En otros pasajes se menciona la porción de honor, por ejemplo, en la historia de Saúl (I *Reg.* 9, 23), y no era desconocida en otros pueblos antiguos, ni entre los griegos y persas. La preferencia por Benjamín, el saludo amistoso, el interés hacia el padre y la colocación por orden de edad se dirigían a atenuar algún tanto el asombro y terror de la escena que les preparaba.

[5] José mandó poner por segunda vez el dinero en la boca de los costales, sin duda para evitar que sus hermanos sospechasen que Benjamín hubiera hurtado la copa; pues cuando viesen el dinero en sus costales, pensarían que de la misma inexplicable manera había ido aquélla a parar al de su hermano menor.

[6] La conducta de José no envuelve una mentira, ni prueba que se hubiese contaminado de la superstición de los egipcios. La intención no era engañar a sus hermanos, sino probarlos para luego declararles toda la verdad. Cuanto a la *copa divinatoria,* se sirvió de la superstición extendida en Egipto y, en general, en el mundo antiguo y aun hoy en

El hizo como José mandó; y habiéndolos alcanzado, habló por el mismo tenor. Y ellos respondieron: «¿Por qué habla así nuestro señor? Lejos de sus siervos tan grande maldad. El dinero que hallamos en la boca de los costales le volvimos a traer desde tierra de Canaán; ¿pues, cómo habíamos de hurtar de la casa de tu señor oro o plata? Cualquiera de tus siervos en cuyo poder fuere hallado lo que buscas, muera, y nosotros seremos tus esclavos». «Bien está, respondió el mayordomo; ejecútese vuestra sentencia (pero con esta mitigación): aquel en cuyo poder se hallare, será mi esclavo, y los demás quedaréis libres». Con lo que derribando apresuradamente los costales en tierra, abrió cada uno el suyo. Y escudriñados todos desde el mayor hasta el más pequeño, hallóse la copa en el de Benjamín. Y ellos, habiendo rasgado sus vestiduras, y cargado de nuevo sus asnos, volvieron a la ciudad.

214. Y entró *Judá* el primero con sus hermanos en casa de José, el cual entre tanto había quedado en casa; y todos a una se postraron en tierra delante de él. Díjoles José: «¿Por qué os habéis conducido de esta manera? ¿No sabíais que un hombre como yo (que ve hasta las cosas más ocultas) había de llegar a saberlo?» Judá replicó: «¿Qué responderemos a mi señor? ¿o qué hablaremos, o qué podremos oponer con justicia? Dios ha hallado la iniquidad de tus siervos. Vednos aquí, esclavos somos todos de mi señor, tanto nosotros, como aquel en cuyo poder se ha hallado la copa». Pero José respondió: «Lejos de mí tal acción. Aquel que ha hurtado la copa, sea ese mi esclavo; y vosotros marchad libres a vuestro padre».

¡Cuán hermosa es la conducta de los hermanos de José! Lejos de culpar a Benjamín, atribuyen su desgracia a una culpa común, y se preparan a llevar el castigo en común: claro indicio del cambio completo en su manera de ser. Su amor fraterno y filial sostuvo esta última y difícil prueba; porque bien podían haberse librado, sometiéndose a la sentencia de José, inmutable al parecer, entregando a Benjamín. Podían haberse marchado como inocentes, tranquilos de haber hecho lo que estaba en su mano; sólo hubiera quedado en Egipto Benjamín, el culpable. Mas ellos, sin pensar en sus mujeres e hijos, recuerdan con dolor y arrepentimiento el crimen que cometieron con su hermano José, hermano de Benjamín, ven en su desgracia el castigo de Dios, y prefieren soportar esta dura expiación, si con ella logran evitar a su anciano padre una pena análoga a la de la pérdida de José. Mas la palma corresponde a Judá, en cuyo discurso sencillo van unidos, de manera conmovedora, el más tierno amor filial y fraterno, con la más resuelta franqueza y el más perfecto sacrificio y abnegación personal.

215. Entonces Judá, acercándose a José, dijo atentamente: «Ruego, señor mío, que tu siervo hable una palabra en tus oídos, y no te enojes con tu esclavo; porque tú eres igual a Faraón. Preguntaste la primera vez a tus siervos: ¿Tenéis padre o hermano? Y nosotros respondimos a ti, mi

---

Oriente, para hacerles temer un rigurosísimo castigo por el hurto. La adivinación por medio de copas, escudillas, jofainas, etc., se practicaba de distintas maneras, por ejemplo: el adivino derramaba agua limpia en ellas y simulaba ver en el fondo figuras e imágenes de cosas futuras; o bien arrojaba en ellas oro, plata y piedras preciosas e interpretaba las figuras que en el fondo aparecían. También se observaba la manera de subir los líquidos espumosos en los vasos, o se vertía parte del líquido por el lado del asa, examinando la manera cómo el agua se derramaba. Según S. Efrén, se observaba también el sonido que la percusión producía en los objetos. Cfr. Scholz, *Götzendienst und Zauberwesen* 71 s.

señor: Tenemos un padre anciano, y un hermano pequeño, que le nació en su vejez y cuyo hermano uterino ha muerto; su madre tiene ese único hijo, y su padre le ama tiernamente. Y dijiste a tus siervos: Traédmelo acá, y pondré mis ojos sobre él. Insinuamos a mi señor: No puede el muchacho dejar a su padre; porque si le dejare, el padre morirá. Y dijiste a tus siervos: Si no viniere vuestro hermano menor con vosotros, no veréis más mi cara. Pues luego que subimos a tu siervo, nuestro padre, le contamos todo lo que habló mi señor. Y dijo nuestro padre: Volved y compradnos un poco de trigo. Al cual le dijimos: No podemos ir; si nuestro hermano menor descendiere con nosotros, iremos juntos; de otra manera, estando él ausente, no nos atrevemos a ver el rostro de aquel hombre. A lo cual él respondió: Vosotros sabéis que dos hijos me nacieron de Raquel. Salió el uno, y dijisteis: Una fiera le devoró; y hasta ahora no parece. Si llevareis también a éste, y le acaeciere en el camino alguna cosa, llevaréis mis canas con tristeza al sepulcro. Pues, si yo volviere a tu siervo, nuestro padre, sin el muchacho, de cuya vida está colgada la de nuestro padre, y viere él que no viene con nosotros, morirá, y sus siervos llevarán sus canas con dolor al sepulcro. Sea tu esclavo yo, que salí fiador por él, y me obligué, diciendo: Si no le volviere a traer, reo seré de pecado contra mi padre en todo tiempo. Por tanto, yo, tu siervo, quedaré y *seré tu esclavo en vez del muchacho;* y vaya éste con sus hermanos. Porque no puedo volver a mi padre sin el muchacho, por no ser testigo de la calamidad que ha de oprimir a mi padre».

216. No podía José contenerse por más tiempo. Mandó, pues, salir a todos los egipcios; y rompiendo a llorar a gritos que oyeron los egipcios y toda la casa de Faraón, dijo: «Yo soy José.—¿Vive todavía mi padre? [1]» No podían responderle los hermanos, sobrecogidos de excesivo espanto y terror. Mas él les dijo dulcemente: «Llegaos a mí». Y habiéndose ellos acercado, les dijo: «Yo soy José, vuestro hermano, a quien vendisteis a Egipto. No os asustéis, porque *por vuestra salud me envió Dios antes de vosotros a Egipto.* Pues ya hace dos años que comenzó a haber hambre en la tierra, y aun quedan cinco años, en que ni se podrá arar ni segar. Y Dios me envió delante, para que os conservéis sobre la tierra, y podáis tener alimentos para vivir. No por consejo vuestro, sino por voluntad de Dios he sido enviado acá; El me ha hecho padre (consejero) [2] de Faraón, y señor de toda su casa, y príncipe en toda la tierra de Egipto. Apresuraos, subid a mi padre, y le diréis: Esto te envía a decir José, tu hijo: Dios me ha hecho dueño de toda la tierra de Egipto; desciende a mí, no te detengas, y habitarás en la tierra de Gesén; y estarás cerca de mí, tú y tus hijos, y los hijos de tus hijos; tus ovejas, y tus ganados mayores, y todo lo que posees. Y allí te alimentaré (porque aun restan cinco años de hambre), para que no perezcas tú, y tu casa, y todo lo que

---

[1] Esta pregunta procedía del sentimiento del amor filial y del gozo, largo tiempo reprimidos y que ahora se desbordaban; como si dijera: ¿No es, pues, un sueño, sino verdad que mi padre vive?

[2] Esta misma expresión se aplica a los favoritos y consejeros del rey en *Esth.* 13, 6; 14, 11.

posees. Reparad que vuestros ojos están viendo que soy yo en persona quien os hablo. Anunciad a mi padre toda mi gloria, y todo lo que habéis visto en Egipto; apresuraos, y traédmele». Y se echó al cuello de Benjamín, su hermano; y abrazándole, lloró. También Benjamín lloraba. Y besó José a todos sus hermanos, y lloró sobre cada uno de ellos; después de lo cual se atrevieron a hablarle.

217. Llegó al palacio de Faraón la noticia: «Vinieron los hermanos de José». Y holgóse de ello Faraón, y toda su familia, y dijo a José: «di a tus hermanos: Cargad los jumentos y marchad a tierra de Canaán. Y tomad de allí a vuestro padre y vuestra parentela, y venid a mí. Yo os daré todos los bienes de Egipto, para que comáis el meollo de la tierra. Da también orden que tomen carros [1] de la tierra de Egipto para el trasporte de sus hijos y mujeres, y diles: Tomad a vuestro padre, y apresuraos a venir cuanto antes. Y no dejéis cosa alguna de vuestro ajuar [2]; porque todas las riquezas de Egipto vuestras serán».

Comunicó José a sus hermanos la voluntad del Rey; y dióles carros, conforme a la orden de Faraón, y víveres para el camino. Mandó asimismo sacar dos vestidos para cada uno [3]. Y a Benjamín dió trescientas monedas de plata, con cinco vestidos muy preciosos. Envió para su padre igual cantidad de dinero y vestidos, y además diez asnos cargados con toda clase de riquezas de Egipto [4], y otras tantas borricas que llevasen trigo y panes para el camino. Despidió con esto a sus hermanos, y cuando partían, les dijo: *No riñáis en el camino,* como si dijese: no os reprochéis los unos a los otros vuestra anterior conducta para conmigo, ni disputéis quién de vosotros tuvo mayor culpa, sino olvidad todo lo pasado.

30. Jacob baja a Egipto

(*Gen.* 45, 25 a 47, 27)

218. Llegado que hubieron a la casa de su padre, diéronle la nueva diciendo: «*Tu hijo José vive;* y él es el que manda en toda la tierra de Egipto». No quería Jacob dar crédito a lo que oía, hasta que le refirieron todo por menudo, y le mostraron los carros y los magníficos presentes. Parecíale que despertaba de un profundo letargo; su espíritu revivió, y dijo: «Bástame, si todavía vive mi hijo José: iré y le veré antes de morir». Y se puso en camino, con todo lo que poseía.

Cuando pasó por *Bersabee,* en los confines del desierto, ofreció un

---

[1] En el montañoso país de Canaán era poco usado el carro (cfr. II *Reg.* 15, 1; III *Reg.* 1, 5).

[2] Traed todas vuestras cosas, porque vais a vivir de asiento en Egipto. Algunos traducen el texto hebreo: «No os molestéis por vuestro ajuar, porque en Egipto encontraréis todo lo que necesitáis».

[3] En hebreo, vestidos para cambiar, es decir, vestidos hermosos y honoríficos, que se usaban en las fiestas solemnes, bodas, etc. Se prefería el color blanco, símbolo de la alegría inalterable.

[4] Luego explica el texto el objeto de tantos regalos, que, al parecer, están fuera de propósito, si José pensaba ver pronto a los suyos junto a sí. En los regalos conoció Jacob que eran verdad las noticias tan extraordinarias e increíbles; y movido por el deseo de ver a su hijo, se dejó convencer y, a pesar de su avanzada edad de 130 años, bajó a Egipto.

sacrificio a Dios para implorar su bendición. *Apareciósele* en sueños *el Señor,* y le dijo: «Jacob, Jacob». Y éste respondió: «Vedme aquí». Díjole Dios: «Yo soy el Dios fortísimo de tu padre; no temas; desciende a Egipto, porque yo descenderé contigo allá, te haré un gran pueblo y (en ese pueblo) te sacaré de allí. Y José será quien cierre tus ojos [1]». Partió Jacob consolado, y le acompañaron sus hijos y las mujeres e hijos de ellos, en los carros de Faraón; y llevaron consigo sus rebaños y cuanto poseían en Canaán. Por fin llegó Jacob a Egipto con sus hijos y los hijos de sus hijos [2], un total de sesenta y seis (descontados él y las mujeres); setenta, si incluimos al Patriarca y a José con los dos hijos de éste [3].

219. Se adelantó Judá para anunciar a José la llegada de su padre. Mandó entonces José enganchar su carroza, y salió al encuentro de su padre a la tierra de Gesén. Apenas le vió, saltó de la carroza, echósele al cuello y lloró de gozo. Y dijo el padre a José: «Ahora moriré contento; porque he visto tu rostro, y te dejo vivo». Y José dijo: «Subiré, notificaré a Faraón y le diré: Mis hermanos y la casa de mi padre, que estaban en la tierra de Canaán, han venido a mí. Y son pastores de ovejas, y se dedican a la cría de ganado; han traído consigo sus rebaños y ganados mayores, y todo cuanto pudieron. Y cuando os llamare y dijere: ¿Cuál es vuestro oficio? responderéis: Pastores somos tus siervos, desde nuestra niñez hasta ahora, nosotros y nuestros padres. Y esto lo diréis, para que podáis habitar en la tierra de Gesén; porque los egipcios abominan a todos los pastores de ovejas» [4].

Entrando, pues, José a Faraón, le avisó diciendo: «Mi padre y hermanos, sus ovejas y ganados mayores, y todo lo que poseen, han venido de la tierra de Canaán, y he aquí que están detenidos en la tierra de Gesén».

---

[1] Aunque Jacob veía claramente el dedo de Dios en los maravillosos destinos de José, sin embargo, no podía menos de sentir honda pena al abandonar aquella tierra que hasta entonces había sido el objeto de sus alegrías y esperanzas y que tal vez no volvería a ver; y seguramente experimentaría cierto recelo y temor de marchar a un país de costumbres tan distintas de las suyas. Mas Dios le consoló en este trance, como cuando en otro tiempo (cfr. núm. 179) se vió obligado a dejar la tierra de promisión.

[2] El *Génesis* trae luego (46, 8 ss.) la lista de los hijos y nietos de Jacob; el objeto es consignar por escrito, ya desde el comienzo de la estancia en Egipto, los descendientes de Jacob, padres de las tribus israelitas que cuatro siglos más tarde salieron de Egipto. Que ésta sea la intención del escritor sagrado se desprende de la lista que se lee en *Num.* 26, y aun lo da a entender suficientemente nuestro pasaje al citar a los diez hijos de Benjamín (más exactamente a ocho y dos nietos), los cuales aun no habían podido nacer (pues su padre tenía a la sazón sólo 23 años (cfr. núm. 210); los hijos de Judas tenían, por aquel entonces, alrededor de tres años (cfr. núm. 196), por lo que los nietos no pudieron sino nacer en Egipto.

[3] *Exod.* 1, 5 y *Deut.* 10, 22, también dan esta cifra. San Esteban (*Act.* 7, 14) habla de 75; esto obedece a que sigue la versión griega, la cual cita nueve en vez de cuatro en la familia de José, o sea cinco más, contando, por consiguiente, los cinco que le nacieron en Egipto en vida de Jacob (cfr. *Gen.* 50, 23; I *Par.* 7, 14-20 ss.) —Además de la familia propiamente dicha, vino a Egipto numerosa servidumbre, compuesta de administradores, criados y criadas, «almas» adquiridas o nacidas en casa de Jacob, con sus respectivas familias; entre todos formaban seguramente un grupo de algunos millares.

[4] Esto responde a la manera de ser de Egipto; los pastores de bueyes eran muy poco estimados y vivían en la región pantanosa del norte; cfr. Erman, *Aegypten* 525. Pero el texto se refiere seguramente a pastores como los hermanos de José, nómadas de origen semita, procedentes de Asia, *Schasu* (beduinos), huéspedes poco gratos a los egipcios, pero protegidos y aun preferidos por los «reyes pastores» (Hycsos).

Y presentó al Rey a cinco de sus hermanos [1], a los cuales preguntó Faraón: «¿Cuál es vuestro oficio? Y respondieron: Pastores de ovejas somos vuestros siervos, así nosotros como nuestros padres. Hemos venido para estar algún tiempo en tu tierra, porque no hay yerba para los ganados de tus siervos, porque el hambre va en aumento en la tierra de Canaán; y pedimos que mandes que nosotros tus siervos estemos en la tierra de Gesén» [2]. El Rey dijo a José: «Haz que tu padre y tus hermanos habiten en la tierra de Gesén. Y si entiendes que entre ellos hay hombres robustos, ponlos por mayorales de mis ganados».

Después de esto, llevó José a su padre a la presencia del Rey, y Jacob imploró la bendición de Dios sobre Faraón. Y cuando éste le preguntó: «¿Cuántos son los años de tu vida?» respondió: «Los días de mi peregrinación sobre la tierra [3] son ciento y treinta años, cortos y malos, y no han llegado a los días de mis padres durante su peregrinación». Y se despidió de Faraón, después de implorar de nuevo para el Rey la bendición de Dios. José dió a su padre y a sus hermanos posesiones en la región más fértil de Egipto, en *tierra de Gesén,* conforme había ordenado Faraón; y los alimentaba y les daba toda clase de víveres.

En las otras regiones de Egipto faltaba el pan. Y venían a comprarlo a José, el cual poco a poco iba adquiriendo todo el dinero del país y depositándolo en el erario del Rey. Luego llegó a faltar el dinero, y José les daba pan a cambio de ganados, luego a cambio de la tierra y finalmente a cambio de su libertad. Mas José les devolvió sus campos y sus ganados, con la obligación de dar al Rey la quinta parte de los frutos [4].

220. Una mirada retrospectiva a la historia de José confirmará el juicio general de que esta narración es un modelo no igualado de arte narrativo oriental. No sólo aparecen descritas en ella de una manera atrayente y graciosa, con sabroso arcaísmo y con exacta fidelidad, las vicisitudes extraordinarias del joven hebreo; sino además es tal la unidad de plan y la trabazón de los sucesos,

---

[1] De la frecuencia con que se repite el número cinco en los homenajes (por ejemplo, *Gen.* 43, 34; 45, 22; cfr. núm. 212, 217), deducen algunos que este número tenía importancia en el ceremonial egipcio.

[2] Eso pidieron llevados de su modestia; al mismo tiempo se reservaban el derecho de regresar, cuando quisieran, a la tierra de promisión; de donde se ve que el retenerlos por la violencia era una injusticia que clamaba al cielo.

[3] La palabra *peregrinación* significa en este lugar «vida», y está bien escogida, porque Jacob pasó casi toda su vida como peregrino. Pero no andan descaminados los que en ella ven una alusión a la instabilidad de la vida terrena, cuyo feliz término abre las puertas del eterno descanso. «Advenedizo soy y peregrino, como todos mis padres» (*Ps.* 38, 13). «Tus leyes son mi canto en el lugar de mi peregrinación» (*Ps.* 118, 54). Del mismo modo el Apóstol: «No tenemos aquí morada fija, sino vamos en busca de lo que está por venir» (*Hebr.* 13, 14; cfr. II *Petr.* 1, 14). *Malos* o *tristes* llama Jacob los años de su vida, por las muchas pruebas y tribulaciones que en ellos padeció. Y dice que son *pocos,* comparados con la longevidad de los patriarcas (cfr. núm. 88 s.).

[4] Este tributo nos parecerá muy duro, si lo miramos a través del estado actual de las cosas; pero lo es mucho menos si se considera que en Egipto se recogen dos y aun tres cosechas, que el suelo, metódicamente cultivado, es feraz sobre toda ponderación, y que en tiempo de José no se conocía ninguno de los muchos tributos que nosotros padecemos. Al traspasar José por este procedimiento las haciendas a manos de Faraón, pudo tener la sana intención de distribuir por igual la tierra, reorganizar la agricultura y evitar en lo futuro tan espantosa carestía.

que «fracasan completamente todos los intentos de separar fuentes» [1]. El colorido es genuinamente egipcio: «Toda la historia de José está de acuerdo con el verdadero estado político-social de Egipto» (Ebers), por lo menos, «no ha podido aducir la egiptología un hecho bastante a derribar la tesis de que al autor (a los autores) del *Génesis* eran familiares las cuestiones egipcias» [2]. De donde se sigue que dicha historia (como la de los Patriarcas) es *posible,* y que el escritor por lo menos la tomó de tradiciones autorizadas [3]. Su arcaísmo y verismo, que todos reconocen, son claro indicio de que no se trata de una «invención tendenciosa» de fecha posterior, ni de una «ficción de la musa popular». Tampoco puede ser una «sarta de leyendas», «de origen extranjero en su mayor parte», «unificadas y entretejidas con elementos israelíticos», y aplicadas a la figura hebrea de José [4]. Todas estas tentativas (como también la interpretación mitológica) [5], inventadas para eludir la historicidad, han nacido de la repugnancia a la Revelación.

Todavía no se han descubierto documentos egipcios o noticias que confirmen directamente la emigración de la familia de Jacob a Egipto, ni la permanencia de sus descendientes en este país durante varios siglos; tampoco se puede precisar la época en que esto aconteció. Mas no es de extrañar; porque los incontables monumentos y documentos egipcios son de escasa utilidad para fijar *datos y hechos históricos;* «sólo una pequeñísima parte es utilizable para la historia». Precisamente, el período en que ocurrió la emigración de Jacob es uno de los más oscuros; y la delta del Nilo, donde habría que ir en busca de documentos de su permanencia, es la región en que menos abundan, y hasta el presente la menos investigada [6]. Los mausoleos, construídos con esmero y cuidadosamente conservados, suelen ser la fuente principal de nuestras noticias. Pero José no fué enterrado en Egipto, sino en Canaán (cfr. núm. 230). Tampoco debemos pasar por alto que, a causa de la diferencia de religiones, los egipcios apreciaban las personas y los hechos de distinta manera que los hebreos. Esto no obstante, se ha demostrado que se conocían en Egipto los nombres de Jacob (¿José?) e Israel; con este último nombre se designaba un pueblo de Canaán (en una inscripción de Merenptah del 1225 a. Cr. aproximadamente); el primero era nombre personal de un siervo no egipcio [7]. Los testimonios indirectos son más numerosos y muy suficientes. La demostración científica debe ante todo admitir y tomar por punto de partida el testimonio claro e indubitable de la tradición judía: la permanencia en Egipto y la salida de ese país son hechos fundamentales innegables, en los cuales descansa la historia y la nacionalidad de Israel. Ahora bien, esta tradición se manifiesta histórica y fidedigna en aquellos

---

[1] Prueba esto con mucho acierto Hoberg en su explicación de los capítulos 37-50 del *Génesis* (345-459). Cfr. Witzel en *PB* XXIII 222 ss.

[2] Miketta en *BZ* IV 7.

[3] Al argumento en pro del carácter histórico de este relato, sacado del colorido egipcio que le distingue, contestan los adversarios que así debe ser la novela histórica (*RB* 1905, 640), pero que esto no prueba que el autor sea de época próxima a los hechos. Posible es que la tradición escrita conservara con fidelidad muchas cosas que más tarde pudiera utilizar algún historiador o redactor. Pero no se debe olvidar que también en Egipto cambiaban muchos usos y costumbres, de suerte que un escritor de siglos posteriores, desconocedor de la tradición, no podía pintar la vida egipcia con sus verdaderos colores.

[4] Gunkel, *Genesis*³ 350 s.

[5] Winckler, *Abraham als Babylonier und Joseph als Aegypter* (Leipzig 1903). Gressmann, *Schriften des AB*. I 1, 247.

[6] Spiegelberg, *Der Aufenthalt Israels in Aegypten im Lichte der ägyptischen Monumente* (Estrasburgo 1904) 17. Cfr. *ThR* 1905, núm. 8.

[7] Spiegelberg l. c. 29 ss.; v. en la misma obra la figura 1, columnas con inscripciones, encontradas por Petrie.—Hommel, *Die altisraelitische Überlieferung* 111. Nikel, *Genesis und Keilschriftforschung* 212. Las formas *Yakub-ilu*, y tal vez también *Yashup-ilu*, aparecen hacia 1500 como nombres de lugar o de región, y corresponden a época anterior; más aún, la forma abreviada *Yakubu* se lee en antiguas tablillas babiló-

puntos que la «crítica histórica» admite en vista de sus teorías (es decir, en todos, menos en los religiosos y sobrenaturales). Pues las inmigraciones y colonizaciones de tribus nómadas asiáticas en la delta del Nilo están atestiguadas desde los tiempos más remotos; y el antiguo Egipto ofrecía espacio abundante para tales huéspedes [1]. Además de esto, la tradición hebrea se muestra conocedora del estado de cosas de Egipto antiguo; y el matiz de las narraciones es tan egipcio, que sólo viéndolo y experimentándolo pudo asimilarlo el escritor. Si, pues, la ciencia debe admitir que antiguamente (a más tardar en el siglo XVII o XVI a. Cr.) fueron a Egipto tribus nómadas semitas en tiempo de carestía, y que una de esas tribus—cuyos miembros llegaron a ocupar cargos importantes en el Estado egipcio, como otros muchos empleados semitas extranjeros—obtuvo permiso para residir durante largo tiempo en el distrito de Gesén [2], no tiene razón de ser la duda de los críticos ni la manera despectiva con que tratan la tradición.

Ofrece un punto de apoyo para la *cronología* la recomendación que hizo José a sus hermanos, de presentarse a Faraón como «pastores». Ello parece indicar que aquel Faraón era uno de la dinastía de los *Hycsos* [3], que reinaron en el Bajo Egipto, de 1700 a 1580 a. Cr. Su historia está aún envuelta en tinieblas (porque, extinguidos violentamente muchos recuerdos de ellos, destruídos sus monumentos, sus nombres se hicieron indescifrables). Con todo, es seguro que eran extranjeros, conquistadores venidos de Asia, «Schasu» (beduinos, nómadas), tal vez heteos [4] (en egipcio, keta). Era, pues, natural que viesen con buenos ojos la inmigración de elementos asiáticos, que, por el contrario, para los egipcios nativos eran objeto de execración. Pero expulsados los Hycsos, y habiendo subido al trono un Faraón (dinastía indígena poco afecta a los extranjeros) «que no conoció a José», con facilidad se explica la opresión del pueblo extranjero que vivía de asiento en Gesén. Estarían, pues, de acuerdo la cronología bíblica y la profana. Según E. Meyer, la invasión de los Hycsos ocurrió hacia el 1710 a. Cr. Por esta época debió de emigrar Jacob a Egipto, dado que Abraham fuese contemporáneo de Hammurabi (1947-1905 a. Cr.) [5], pues la emigración de Jacob acaeció 215 años después de salir Abraham de su patria.

221. Gesén o Gosén, llamado también Ramsés o Ramesses (fig. 31) [6], era el país de los confines orientales del Bajo Egipto. Limitaba al este con el desierto de Arabia y al oeste con el brazo (oriental) del Nilo; por el sur llegaba aproximadamente a Heliópolis, junto al actual Cairo, y por el norte hasta el mar, propiamente hasta el lago Menzaleh. Abarcaba, según esto, una extensión de unos

---

nicas de contratos. – Acerca de la inscripción israelita y del nombre *Yacob-el*, cfr., además, Miketta, *Der Pharao des Auszugs*, en *BSt* VIII 72 ss., 58 ss., *ZKTh* 1899, 577 s.; Spiegelberg, *Aegyptologische Randglossen* (Estrasburgo 1904) 12 s.

[1] Cfr Spiegelberg, *Der Aufenthalt Israels* 25. Las pinturas murales que representan una familia semítica que emigra a Egipto (v. lámina 5 a), se interpretaron primero de la familia de Jacob.

[2] Así Spiegelberg l. c. 21, 49, cfr. Dornstetter, *Abraham* 87. Miketta, *Der Fharao des Auszugs* 65.

[3] Todavía no se ha encontrado en documentos egipcios el nombre de Hycsos; allí se les llama «asiáticos», «la peste», «Mentiu-beduinos». Pero es nombre de origen egipcio y significa príncipes de los Schasu, jeques beduinos, reyes pastores. Cfr. *ZAW* 1907, 23-25. El año 1905 desenterró Flinders Patrie, en Tell el-Yehudiyeh, un campamento con sus terraplenes; supone Petrie que se trata de un campamento de Hycsos, tal vez la famosa ciudad de Avaris; v. *BZF* IV 345.

[4] No es aventurado suponer que el movimiento de los Hycsos estuviera relacionado con la conquista de Palestina por los heteos. Es muy sorprendente que en *Num.* 13, 22, se haga el cómputo de la fundación de Hebrón (donde vivían los heteos en tiempo de Abraham) según la era de los Hycsos de Tanis, y que los reyes Hycsos adorasen de una manera especial el dios heteo Sutech (*Teschub*). Cfr. E. Meyer, *Geschichte des Altertums*[4] I 315; Kittel (*Geschichte des Volkes Israel*[3] I 93).

[5] Cfr. núm. 129.

[6] Cfr. *Gen.* 47, 11; de la capital del mismo nombre que más tarde edificaron los israelitas sometidos a trabajos forzados (cfr. núm. 232).

6600 Km². Coincidía, pues, casi con la actual provincia de *Scharkiyeh* (país oriental), donde se encuentran extensos montículos de ruinas, llamados Tell-el-Jehud o Turbet-el-Jehud [1], que quiere decir montículos de los judíos, sepulcros de los judíos. En Gesén había estepas apropiadas para el pastoreo y tierra laborable muy fértil [2]. Hoy también reúne aquel país ambas cualidades. La fertilidad depende del sistema de canales que lo cruzan, y siendo la elevación sobre el nivel del Nilo mucho menor que en otras regiones de Egipto, tanto es más fácil el riego. Parte de dicha región está hoy invadida por el mar [3] y el resto es un desierto de arena; pero, como se vió al construir el canal de Suez (1869), la capa de arena es muy delgada, y el subsuelo, formado por légamo del Nilo, alcanza una profundidad de 4 a 6 y hasta 10 metros. El riego y el cultivo van desarrollando allí de nuevo magnífica vegetación [4].

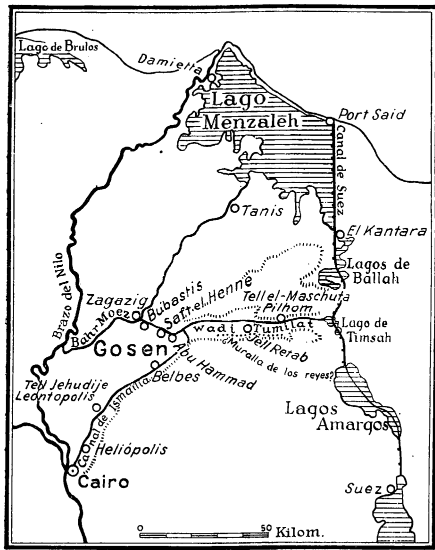


Fig. 31. — Mapa del país de Gesén.

31. Muerte de Jacob y de José

(*Gen.* 47, 27-50, 25)

222. Jacob vivió en Gesén todavía diez y siete años, y su descendencia se hizo muy numerosa. Pero como viese que se acercaba el día de su muerte, y estuviese postrado en cama por la debilidad senil, llamó a su hijo José, y le dijo: «Si he hallado gracia en tus ojos, júrame hacerme merced de no enterrarme en Egipto; sino llévame de este país, y ponme en el sepulcro de mis antepasados». Juróselo José, y Jacob adoró al Señor, vuelto hacia la cabecera de su cama [5].

Después de algún tiempo, notificaron a José que su padre estaba enfermo. Tomando a sus dos hijos *Efraím* y *Manasés,* púsose en camino. Y como anunciasen al anciano que venía José, reuniendo todas sus fuerzas se incorporó en la cama. Y luego que José hubo entrado, díjole Jacob: «El Dios omnipotente se me apareció en Betel, me bendijo y hablóme de esta suerte: Yo te aumentaré y multiplicaré y haré padre de muchísimos

---

[1] Junto a la actual Schibin el-Kanatir, donde se creyó haber hallado también el lugar del templo judío de Leontópolis, construído hacia 150 a. Cr. (cfr. núm. 725), 25 Km. al norte de Heliópolis. Las excavaciones realizadas en 1905 por Flinders Petrie han confirmado las sospechas. Todavía se puede reconocer el tosco perfil del templo. Sus muros y columnas, que existían todavía hace unos decenios, han sido destruídos por los indígenas.

[2] Cfr. *Gen.* 46, 34; 47, 6.

[3] El lago de Menzaleh cubre una extensión de 1840 Km², región extraordinariamente feraz en otro tiempo.

[4] Cfr. Keppler, *Wanderfahrten*8—10 182 ss. Donde se ve hoy el canal de agua dulce que por el Wadi Tumilat va del Nilo al lago Timsah, construyeron Seti I y su hijo Ramsés II, hace ya 3500 años, un canal que unía el Nilo con el mar Rojo y fertilizaba toda aquella región.

[5] La versión griega y san Pablo (*Hebr.* 11, 21) leyeron así el texto hebreo: «a la cabeza (punta) de su cetro», acatando el señorío de José y, en él, la realeza de Jesucristo.

pueblos, y daré esa tierra a ti, y a tu posteridad después de ti, en posesión sempiterna [1]. Por tanto, tus dos hijos que te han nacido en la tierra de Egipto antes que yo viniese acá, míos serán: Efraim y Manasés serán puestos en cuenta para mí, como Rubén y Simeón [2]. Mas los otros que has engendrado después de éstos, tuyos serán, y en su herencia se les llamará por el nombre de sus hermanos. Porque, al venir yo de Mesopotamia, se me murió Raquel en la tierra de Canaán, en el camino junto a Efrata» [3].

223. Y viendo a los hijos de José, dijo: «¿Quiénes son éstos?»; pues sus ojos se habían oscurecido a causa de la extrema vejez. Respondió José: «Son hijos míos, que el Señor me ha dado en este lugar. Acércamelos, dijo, para que los bendiga». Acercólos José, y Jacob los besó y abrazó, diciendo a José: «No pensaba ver ya más tu rostro, y he aquí que Dios me ha hecho la merced de ver tu descendencia». Y habiéndolos retirado del regazo de su padre [4], postróse José reverente en tierra. Y pasó a Efraim a su derecha, esto es, a la izquierda de Israel, y a Manasés a su izquierda, es decir, a la derecha del padre. El cual, extendiendo la mano derecha, la puso sobre la cabeza [5] de Efraim, que era el hermano menor, y la izquierda sobre la cabeza de Manasés, que era el mayor en edad, cruzando las manos [6]. Y bendijo Jacob a los hijos de José, y dijo: «El Dios, en cuya presencia anduvieron mis padres Abraham e Isaac, el Dios que me mantiene desde mi juventud hasta el día de hoy, el Angel [7] que me libró de todos los males bendiga a estos niños; y mi nombre [8] sea invocado sobre ellos, y también los nombres de mis padres Abraham e Isaac, y crezcan en multitud sobre la tierra».

Y viendo José que su padre había puesto la mano derecha sobre la cabeza de Efraim, lo llevó a mal; y tomada la mano de su padre, intentó alzarla de sobre la cabeza de Efraim y trasladarla sobre la cabeza de Manasés. Y dijo a su padre: «Padre, no conviene así, porque éste es el primogénito; pon tu derecha sobre *su* cabeza». Jacob lo rehusó, diciendo: «Lo sé, hijo mío, lo sé: éste ciertamente será también sobre pueblos, y será multiplicado; mas su hermano menor será mayor que él, y su posteridad crecerá en gentes» [9]. Y los bendijo, diciendo:

---

[1] Cfr. núm. 140.—Recuerda aquí la promesa que Dios le hiciera (cfr. núm. 189) de darle la tierra de Canaán, para justificar la parte que asigna a los hijos de José.

[2] Como mis propios hijos. Rubén perdió por un crimen (cfr. núm. 190) la primogenitura; Simeón y Leví se hicieron indignos de sucederle, por la crueldad con que agredieron a los siquemitas. Jacob transfirió a José los derechos de primogenitura, que consistía en doble herencia, adoptando por hijos suyos propios a los de su predilecto; de suerte que éstos recibieron su parte en Canaán como dos tribus, Efraim y Manasés. Los demás hijos de José habían de ser incluídos dentro de estas dos tribus y vivir en la región que a sus hermanos se adjudicara.

[3] Evoca Jacob el recuerdo de Raquel, porque de ella tuvo a José y Benjamín, y en el primero de éstos quería honrar la memoria de aquélla.

[4] En hebreo, «de sus rodillas». Tendría Manasés entonces 19 años y Efraim 18, pues ambos nacieron antes de los siete años de esterilidad, y Jacob bajó a Egipto el segundo año de carestía, y allí vivió 17 años. (Cfr. *Gen.* 41, 50; 45, 6; 47, 9 28).

[5] Como el hombre hace la mayor parte de sus acciones con las manos, se consideran éstas, especialmente la derecha, como intermediarias de las buenas obras.—El símbolo de la *imposición de las manos*, que tan a menudo se repite en el A. y N. T., es, como se ve, antiquísimo; y seguramente no fué ésta la primera vez que se practicó (recuérdese la bendición de Isaac a Jacob, que debió de hacerse de idéntica manera).

[6] En hebreo: él puso así las manos intencionadamente, la diestra sobre la cabeza del que estaba a su izquierda, etc., o sea, *en forma de cruz*.

[7] Dios mismo, o el Angel que hizo sus veces y le protegió visiblemente. Manifiéstase aquí muy claramente la fe en los Angeles Custodios.

[8] Han de ser considerados como hijos míos y recibir como tales su parte en la tierra de promisión.

[9] Cumplióse más tarde esta profecía. En el censo que se llevó a cabo en tiempo de Moisés, la tribu de Manasés excedió en 20000 a la de Efraim (*Num.* 26, 34, 37); pero ya

«En ti» (José), es decir, en consideración a ti y a tus hijos, «se bendecirá en Israel y se dirá de esta manera: Dios te haga (te bendiga) como a Efraim y Manasés» [1].

Volvióse de nuevo a José, y le dijo: «Mira que yo muero; pero Dios estará con vosotros y *os restituirá a la tierra de vuestros padres*. Yo te doy, con preferencia a tus hermanos, una región que con mi espada y mi arco conquisté al Amorreo» [2].

Llamó luego Jacob a todos sus hijos en derredor suyo. Y el espíritu de Dios vino sobre él e, iluminado, pronunció aquellas palabras que se llaman **bendición de Jacob** [3]. Entresacamos las sentencias dirigidas a *Judá, José* y *Benjamín*.

224. «**Judá,** te alabarán tus hermanos. Tu mano en la cerviz de tus enemigos; se prosternarán ante ti los hijos de tu padre. Cachorro de león, Judá; a la presa te levantas, hijo mío; plegado ha sus rodillas y se ha acostado como león, como leona; ¿quién te hará levantar? *No será quitado de Judá el cetro, y de su muslo el caudillo,* **hasta que venga el que ha de ser enviado, a quien esperan las gentes** [4]. El ata a la vid su pollino y a la cepa su asna. Lava en vino su vestido y en sangre de uvas su palio. Más hermosos (negros) que el vino son sus ojos, y sus dientes más blancos que la leche» [5].

Tomando pie del nombre de su cuarto hijo Judá (glorificación), anuncia Jacob que será glorificado entre sus hermanos: primero, por su fortaleza y valor; luego, por su *dignidad real;* finalmente, por la magnífica porción que le ha de caber en suerte.

Tuvo Judá un hermoso rasgo cuando quiso ver a José antes vendido que ase-

---

en tiempo de los Jueces era Efraim una de las más numerosas y poderosas tribus y, a la muerte de Salomón, la primera de las diez del reino del Norte, al cual dió el primer rey, Jeroboam, y la capital Siquem; de aquí la sinécdoque: Efraim por Israel (reino del Norte), frecuente en la Sagrada Escritura.

[1] Es decir: vuestro número y prosperidad será proverbial en Israel. Otra cosa muy distinta es, en expresión y sentido, la bendición patriarcal: «En ti, en tu descendencia (el Mesías), serán bendecidos todos los pueblos de la tierra»; lo cual carecería de sentido y no se habría cumplido, de haberlo de interpretar de esta otra manera: «Tú, Abraham, etc., serás en todos los pueblos *el proverbio de bendición;* todos los pueblos «desearán para sí una suerte como la de Abraham», etc. (cfr. núm. 131).

[2] Despréndese de esto que los amorreos (amoritas), los más poderosos de todos los habitantes de Canaán, al retirarse los hebreos después de la cruel matanza de los siquemitas, se habían apoderado injustamente de la heredad comprada por Jacob en Siquem (*Gen.* 33, 39; 32, 1; cfr. núm. 188), y que Jacob la recobró después con las armas. Esta heredad entrega aquí Jacob a José (cfr. *Ioann.* 4, 5); en ella reposaron después los restos mortales del predilecto (*Ios.* 24, 32) y, según tradición judía, los de sus hermanos (cfr. *Act.* 7, 16).

[3] Cap. 49.—Cfr. Reinke, *Die Weissagung Jakobs,* etc. (Münster 1849); Hoberg, *Genesis*[3] 438; Seydl en *Kath* 1900 I 548, II 39 ss., 344; Zapletal, *Alttestamentliches* 26 ss.; Riessler en *ThpQS* 1908, 525; Leimbach, *Messian. Weiss.* 24; Schulte, *Messian. Weiss.* 43; Feldmann en *BZF* VIII 435.

[4] El hebreo puede entenderse así: «hasta que *Schilo* (es decir, el Príncipe de la paz, el Mesías, cfr. *Is.* 9, 6) venga, y le sea voluntaria obediencia de los pueblos»; «hasta que él (Judá) venga a Silo y le sea la obediencia de los pueblos», es decir, hasta que el pueblo disfrute de paz en la tierra prometida (en Silo se estableció el Tabernáculo, *Ios.* 18, 1), entonces el señorío de Judá se convertirá en señorío sobre las naciones; así Strack, *Genesis*[2] 168 s.; o: «hasta que venga aquél a quien corresponde (el cetro)», es decir, el Mesías. La última interpretación concuerda con *Ezech.* 21, 27, y está más conforme con el contexto. La versión caldea del judío Onkelos, siglo I d. Cr., traduce así: «hasta que venga el Mesías, al cual corresponde el reino». Algunos modernos relacionan *schilo* con el asirio *schilu,* «dominador» (Sanda, Riessler, Halevy); cfr. Döller, *Messiaserwartung im AT,* en *BZF* IV, 26 s.

[5] Imágenes que expresan el ideal de la belleza corpórea.

sinado; más hermoso todavía cuando salió fiador de su hermano Benjamín ante su padre, y se ofreció a sí mismo a José en vez de Benjamín [1]. De los derechos de primogenitura que perdió Rubén, pasan a Judá la dignidad de príncipe y la herencia de las promesas. Judá aparece en adelante como la tribu más fuerte y valerosa; siempre a la vanguardia en la expedición por el desierto [2], fué guía de las otras tribus en la conquista de la tierra prometida y en la lucha contra Benjamín [3]. Al hablar del ejército de las tribus israelitas, se hace mención especial del suyo [4]; con David, adquirió *la primacía sobre las demás tribus, por la investidura de la dignidad real* [5]. A este brillante porvenir coadyuvó la posesión de una de las más ricas regiones de la tierra prometida, prenda constante, en cierto modo, del cumplimiento de aquellas otras promesas incomparablemente más hermosas. Esa región producía excelentes vinos en las alturas y en las laderas de las montañas, por ejemplo, en Engaddi, Hebrón, donde estaba el viñedo de Escol, etc.; también tenía fértiles praderas y pingües pastos [6]. En todo esto, el sentido de la profecía es claro e indiscutible. Pero la dificultad sube de punto cuando se trata de interpretar las expresiones que en la versión latina se aplican al futuro Redentor. Evidentemente el texto original ha experimentado aquí desde muy antiguo alguna corrupción o variación que la crítica no ha puesto todavía en claro. Tenemos que acudir, de consiguiente, a las versiones más antiguas, las cuales—coincidiendo en lo esencial—han entendido este pasaje en sentido mesiánico. La versión griega es la que tiene más probabilidad. Dice así: *Hasta que venga aquel a quien corresponde el cetro y a quien la obediencia de los pueblos.* Concuerdan con esta versión así la *Itala* como la de san Jerónimo [7]. La frase no encierra indicación alguna directa del futuro dominador del mundo (o a lo sumo un nombre del mismo, Schilo = príncipe de la paz), sino sólo una alusión misteriosa que presupone la idea y la esperanza del Mesías, tal como más tarde fué desarrollada por los profetas. Responde esto cabalmente al carácter de la promesa patriarcal y es una prueba más de la antigüedad de la profecía.

225. Muy diversas interpretaciones, y no todas justificadas, se han propuesto a la frase: «hasta que venga aquel, etc.». La interpretación corriente, según la cual el fin del reino de Judá señala el momento en que ha de aparecer el Mesías, no está exenta de objeciones; resulta algo más aceptable, si por «cetro» se entiende la dominación, como tal, de esta tribu [8]. Pero de hecho, la independencia de Judá feneció con la cautividad, y no cabe hablar de continuación del reino (como hegemonía de la tribu) después del destierro, sino en un sentido imperfecto. También se puede discutir si las palabras «hasta que venga aquel» señalan una fecha, *después* de la cual cesará el dominio de Judá y comenzará otro. Porque esa misma expresión, en otros pasajes, muy importantes algunos (por ejemplo, *Ps.* 109, 1; *Matth.* 1, 25), sólo significa que hasta cierta fecha sucederá o dejará de suceder un hecho determinado, prescindiendo de lo que más tarde pueda acontecer; otras veces implica simplemente una prueba y firme aseveración de lo anteriormente prometido (*Gen.* 28, 15). Debemos, pues, decir: la profecía de Jacob deja entrever el reino de Judá hasta la venida del Mesías, sin reparar en posibles interrupciones que la historia pueda traer consigo; al reino (como también a la profecía) importa la vitalidad del concepto, no los altibajos que puedan sobrevenir, o dicho de otro modo: la dominación de Judá no pasará, porque ciertamente ha de aparecer aquel a quien corresponde el señorío

---

1 Cfr. núm. 193 210 214.
2 Cfr. *Num.* 2, 2 9; 10, 13 s.
3 Cfr. *Num.* 10, 14; *Iudic.* 1, 2; 20, 18.
4 I *Reg.* 11, 8.
5 Por eso es llamado el Salvador en *Apoc.* 5, 5 «León de la tribu de Judá».
6 Cfr. núm. 142.
7 Cfr. *Kath* 1900 I 159.
8 Cfr. Leimbach, *Messian. Weiss.* 30.

del mundo. A él pasará el cetro de Judá, y en él encontrará su perfección. Concuerda esto con las ideas fundamentales de las profecías mesiánicas posteriores y con las del Evangelio, según las cuales el Mesías ha de sentarse en el trono de David, su padre, y su reino no ha de tener fin (II *Reg.* 7, 13-16; *Is.* 9, 7; *Luc.* 1, 32).

226. «*Hijo* (árbol o cepa fructífera) *que crece,* **José,** *hijo que crece,* y de hermoso aspecto; sus ramas discurren por el muro [1]. Mas le amargan, se querellan y le envidian arqueros [2]. Pero firme está su arco, y libres de ligaduras [3] sus brazos y manos, *por la fuerza del poderoso de Jacob;* y así él fué pastor, roca (sostén) de Israel [4]. El Dios de tu padre será tu ayuda, y el Omnipotente te bendecirá con la bendición del abismo que yace abajo [5], con la bendición en tu descendencia y en tus rebaños. Esta bendición de tu padre sobrepujará las bendiciones de sus padres [6], **hasta que venga el deseo de los collados eternos** [7]; cúmplase (esta bendición) en la cabeza de José y en la coronilla de la cabeza del Nazareo (consagrado a Dios, príncipe) entre sus hermanos».—Aludiendo al nombre de José [8], a su hermosura y a su elevación en Egipto [9], a las

---

[1] El texto hebreo no nos puede dar certeza, porque es dudoso y sólo se puede restablecer por conjeturas (cfr. Zapletal, *Alttestamentliches* 46 s.). Mas aquí, como en las demás profecías, hay una comparación; según las versiones griega y latina se compara a José a un árbol o a una vid que crece visiblemente y extiende sus ramas (retoños = hijas) por el muro (por las paredes de la casa, *Ps.* 127, 3). Como la comparación se funda en el nombre (José quiere decir crecimiento; cfr. *Gen.* 30, 24), se confunden persona e imagen. José era de rostro hermoso; también el árbol ofrece bello aspecto. La frase siguiente se ha tomado con frecuencia al pie de la letra: «Las hijas corren por los muros», como explicación de la anterior: era de lindo rostro. Pero es más conforme seguir la comparación. «Quien haya visto las viñas en Hebrón y las terrazas cubiertas por ramas de vid, hallará que la comparación es bella y está muy bien traída» (Zapletal l. c. 47). Conjeturan otros que Jacob llama a José «hijo de vid» por ser hijo de Raquel, su esposa favorita. La lección ordinaria del texto hebreo se traduce hoy generalmente así: «José es un becerro junto a la fuente; siguen sus huellas para espiarle»... Abona esta interpretación la analogía con las comparaciones de los demás hermanos, tomadas del reino animal; está, además, en consonancia con lo que sigue.

[2] Como a José sus hermanos, así los enemigos preparan a su tribu guerras y asechanzas, de las cuales sabrá salir vencedora.

[3] Es decir, así como en Egipto se soltaron las cadenas de José, así su tribu luchará libre y expedita contra todos los enemigos. En hebreo: «Agiles son los brazos de sus manos», los brazos dan la fuerza a las manos para tender el arco, etc.

[4] El «Fuerte de Jacob» es Dios; El libró y ensalzó a José para que fuese pastor (alimentador) y apoyo de Israel (de Jacob y su familia). (Cfr. *Eccli.* 49, 17).—El texto hebreo puede entenderse también de esta manera: «Por las manos (es decir, por el apoyo) del Fuerte de Jacob, por el que es pastor, (por la) roca de Israel»—de suerte que estas expresiones se refieren también a Dios, como en *Gen.* 48, 15; *Ps.* 18, 3 (hebr.); *Is.* 28, 16; *Dan.* 2, 34.

[5] Con lluvia y rocío del cielo, con fuentes y arroyos de la tierra.

[6] Será más abundante que la bendición pronunciada sobre mí por mis padres.

[7] No es acertada la traducción: «hasta el límite de los collados eternos». Zapletal (fundándose en el texto enmendado) traduce así: «Bendiciones de los montes eternos, lo más precioso de los montes antiquísimos venga sobre la cabeza de José, etc.». Lo mismo viene a significar la traducción de E. Seydl en *ZKTh* 1899, 757: «Las bendiciones de tu padre sobrepujan las bendiciones de los montes eternos, los bienes apetecibles de los collados antiquísimos». Estas bendiciones y estos bienes son los frutos de la magnífica tierra montañosa que Dios prometió a los Patriarcas. La bendición de José encierra algo todavía mejor y más apetecible, más sublime (poderío, autoridad, gloria) que la bendición de sus padres. Aquí se encierra la bendición mesiánica. La expresión es manifiestamente mesiánica, si se interpreta: hasta que venga el deseado de los collados (eternos), aquél cuya venida están esperando desde todas las colinas (imagen poética para indicar la ansiedad de la expectación; cfr. *Tob.* 11, 5), desde los tiempos más remotos. Si de antiguo existía la expectación por el Redentor—como hoy reconocen muchos—la expresión tiene sentido cabal. Cfr. Zorell en *ZKTh* 1909, 582.

[8] Cfr. *Gen.* 39, 24.

[9] Cfr. *Gen.* 39, 6; 41, 22 ss.; v. núm. 196 y 202.

asechanzas de sus hermanos y a los admirables caminos de Dios, Jacob pronuncia, con el corazón rebosante de amor, la profecía acerca de José y su linaje y le promete numerosa descendencia, victoria sobre sus enemigos y medida colmada de felicidad terrena y de posteridad, hasta que venga el deseado y justo, el Mesías, por el que suspira Jacob en medio de su bendición *(Gen.* 49, 18). Este pensamiento mesiánico sólo en la versión latina se encuentra explícito. Y tanto más necesita de explicación, cuanto que las palabras «deseo de los collados eternos», que han pasado a la liturgia (letanías del Sagrado Corazón de Jesús), son muy difíciles de entender. No hay duda que «collados eternos» quiere decir lingüísticamente montes primitivos, inconmovibles (cfr. *Deut.* 33, 15; *Ps.* 75, 5). Estos collados pueden significar simbólicamente las personas anteriormente nombradas, o bien toda la creación (en el sentido de *Is.* 45, 8, y *Rom.* 8, 28). El deseo de los collados eternos es, por consiguiente, aquel (o aquello) tras el que (o lo que) iba «el deseo (el anhelo) de los Patriarcas» o «el deseo de la creación desde el principio» o sea objetivamente lo que se dice poco antes en aquellas palabras: «hasta que venga aquel que ha de ser enviado» *(Gen.* 49, 10), y más tarde, por boca de Ageo: «el deseado de las naciones» *(Agg.* 2, 8). Con esta interpretación de san Jerónimo coincide la de los comentaristas del texto latino [1]. Según la versión griega, sólo se habla de bendiciones de collados antiquísimos (fértiles), que han de ser sobrepujadas por las bendiciones de Jacob. «Pero todas las bendiciones culminan en la gracia de la Redención; de donde las palabras de Jacob encierran una alusión al Mesías» [2].

«**Benjamín,** *lobo rapaz,* a la mañana comerá la presa y a la tarde repartirá los despojos» [3]. Quiso con esto Jacob significar el carácter *belicoso y audaz* de los benjaminitas, que se manifestó más tarde en diversas circunstancias, por ejemplo, en la guerra contra las demás tribus, en el Juez *Aod,* en Saúl y Jonatás, y no menos en los insuperables arqueros de esta tribu [4]. Los más de los santos Padres aplican *alegóricamente* estas palabras al benjaminita *Saulo* [5], el cual, en un principio, quiso exterminar la grey de Cristo, y luego Pablo, convertido, hizo tan grande presa para Cristo y su Iglesia entre los pueblos.

227. La bendición de Jacob requiere todavía un comentario en otro aspecto. El original hebreo de este pasaje está redactado en forma poética (rítmica, métrica); es claro a todas luces, que esas frases no salieron de boca de Jacob en la forma que aquí ofrecen. «Son más bien una elaboración poética de las palabras de despedida, que Jacob, inspirado por Dios, dirigió a sus hijos en el lecho de muerte. Posible es que el texto primitivo haya experimentado acrecentamiento con el tiempo, como aconteció a algunos salmos, por adiciones alusivas a hechos posteriores (por ejemplo, el v. 15); pero, de ningún versículo determinado se puede decir con seguridad, que sea de origen posterior a Moisés. Los criterios internos más hablan en contra que a favor de un aumento del contenido de la bendición de Jacob; pues en ella no se ve una alusión concreta a situaciones históricas de época posterior» [6]. Aun los críticos modernos reconocen, que el fondo y la forma de la bendición de Jacob son antiquísimos en lo esencial, seguramente anteriores a la época de los Reyes o del reino dividido. El cántico de Débora *(Iudic.* 5) presupone la bendición de Jacob, y la bendición de Moisés le es similar [7].

228. Bendijo, pues, Jacob a sus hijos, padres de las doce tribus de Israel, y por remate les dió esta orden: «Yo voy a reunirme con mis ante-

---

[1] La demostración en *Kath* 1899 II 71 y *ThG* 1910, 331 ss.
[2] Hoberg, *Genesis*² 449.
[3] Mañana y tarde, es decir, siempre sale victorioso en sus correrías.
[4] Cfr. *Iudic.* 20, 15 16; I *Reg.* 11 y 13 ss.
[5] Cfr. *Rom.* 11, 1.
[6] Hoberg, *Genesis*² 438. Cfr. *Kath* 1900 II 29 ss.
[7] Gunkel, *Genesis* 421. Kautzsch, 91.

pasados; *enterradme con mis padres en frente de Mambre, en la cueva doble* [1] que compró Abraham para sepultura de su familia. Allí le sepultaron a él y a su mujer Sara; allí fueron enterrados Isaac y Rebeca y allí también está enterrada Lía». Concluídos estos encargos, recogió sus pies sobre la cama y expiró, a los ciento cuarenta y siete años de edad.

Viendo esto José, echóse sobre el rostro de su padre llorando y besándole. Y mandó a los médicos [2] que embalsamaran a su padre, los cuales, según costumbre egipcia, cumplieron su cometido en cuarenta días. Setenta días duró el duelo [3]. Pasado el cual, habló José a la familia de Faraón: «Si he hallado gracia en vuestros ojos [4], decid a Faraón que mi padre me juramentó, diciendo: Mira que me muero. Me enterrarás en mi sepulcro, que cavé para mí en tierra de Canaán. Iré, pues, y enterraré a mi padre, y volveré. Y díjole Faraón: «Sube y entierra a tu padre como prometiste con juramento». Y José emprendió el viaje a Canaán acompañado de sus hermanos, de los magnates de la corte y de las personas conspicuas de Egipto [5], con carros y gentes de a caballo; un gran acompañamiento. Llegaron a la era de Atad, «a la otra parte del Jordán» [6] y allí celebraron por siete días las exequias con grande y acerbo llanto. Viendo esto los habitantes de Canaán, dijeron: «Grande duelo es éste para los egipcios». Y por esto fué llamado aquel lugar «llanto de Egipto». Hicieron, pues, los hijos de Jacob lo que éste les había mandado; y transportándole a tierra de Canaán, le sepultaron en la cueva doble, frente a Mambre. Y volvió José a Egipto con sus hermanos y toda la comitiva.

229. Muerto Jacob, tuvieron miedo los hermanos de José y se decían unos a otros: «No sea caso que se acuerde de la injuria que padeció, y nos retorne todo el mal que le hicimos». Le enviaron, pues, a decir: «Tu padre nos mandó antes de morir, que te dijéramos esto en su nombre: Ruego que te olvides de la maldad de tus hermanos, y del pecado y de la malicia que ejecutaron contra ti. Nosotros también te rogamos que perdones esta iniquidad a los siervos del Dios de tu padre». José lloró al oírles. Y ésta, al parecer, fué su única respuesta, más elocuente que largos razonamientos. Cobraron ánimo sus hermanos, y viniendo a él le dijeron: «Esclavos tuyos somos». Mas José les respondió: «No

---

1 Cfr. núm. 165.

2 A los médicos, que formaban parte de su corte. En Egipto había especialistas para todas las enfermedades; una clase de médicos entendía en embalsamar.

3 Con estos datos están de acuerdo los de Diodoro y Herodoto; y cuando éste dice que el embalsamamiento duraba 70 días, se refiere a la duración del duelo. (Más detalles, v. núm. 231.)

4 Durante el duelo, por lo tanto sin vestidos especiales y sin cortarse el pelo, no podía José comparecer en la presencia de Faraón (cfr. núm. 201); tal vez creyó ser necesario que alquien intercediera por él (cfr. núm. 206).

5 Es decir, le acompañaron «todos» los egipcios de la corte de Faraón, que por su categoría estaban obligados. Los egipcios acostumbraban celebrar las honras fúnebres con toda pompa y ceremonia.

6 Entiéndese por eras, plazas al aire libre, situadas en lugar elevado. No es fácil que la era de Atad (era del espino), estuviese a la otra parte del Jordán, a tres millas romanas de Jericó y frente a éste, a dos millas del Jordán, en Beth-Hagla (cfr. *Ioss.* 15, 6). No es probable que José diese un gran rodeo por el mar Muerto (como el pueblo de Israel al fin de su viaje por el desierto), en vez de seguir a Hebrón por el camino más corto, atravesando los dominios de los filisteos (Gaza). Conociendo el término de su viaje—la cueva doble de Hebrón—debemos buscar la era de Atad aquende el Jordán, pero no en el valle. «Al otro lado del Jordán» es, sin duda, glosa o corrupción del texto, el cual es posible que dijese: «al otro lado del río», es decir, «del arroyo de Egipto», límite común de Egipto y del «mediodía» de Canaán. Así se explica, sin violentar el texto, el luto de siete días que se celebró luego de atravesar la comitiva los límites de Egipto y pisar el suelo de la tierra prometida (cfr. Hagen en *LB* I 380).

temáis. ¿Podemos nosotros acaso resistir a la voluntad de Dios? [1] *Vosotros pensasteis hacerme mal;* mas *Dios lo convirtió en bien,* para ensalzarme, como lo veis al presente, y para hacer salvos a muchos pueblos». Y les consoló y habló con palabras tiernas y amorosas.

230. Todavía vivió José cincuenta y cuatro años en prosperidad. Vió a los hijos de Efraim hasta la tercera generación [2]. Tuvo también y acarició sobre sus rodillas a los hijos de Maquir, hijo de Manasés. Cuando tenía ya ciento diez años y estaba próximo a su fin, habló a sus hermanos: «Después de mi muerte, Dios os visitará, y *os hará subir* de esta tierra a la tierra que prometió con juramento a Abraham, a Isaac y a Jacob. Juradme que transportaréis de este lugar mis huesos con vosotros [3]. Y ellos se lo juraron. Muerto, le embalsamaron depositándole dentro de una caja en Egipto [4].

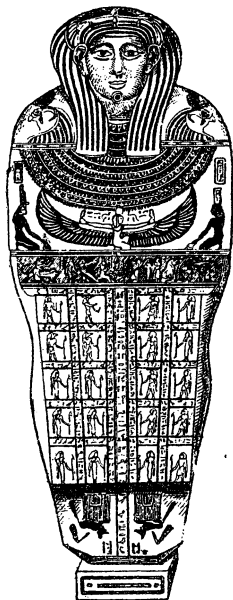


Fig. 32.
Cofre de madera para momias, ricamente adornado con pinturas e inscripciones jeroglíficas.
(París. Louvre)

Diodoro (contemporáneo de Jesucristo) y Herodoto (hacia el 450 a. Cr.) describen circunstanciadamente la *manera de embalsamar* entre los egipcios. Había tres sistemas. El primero, muy prolijo, costaba un talento ático [5] y sólo estaba al alcance de las personas ricas y principales. Los cadáveres embalsamados por ese procedimiento *(momias),* traídos de Egipto a Europa en tiempos modernos, tienen una antigüedad de 2000 a 3000 años, y conservan aún su indestructibilidad. Cabeza, brazos, piernas, manos y pies están envueltos con ligaduras especiales. Los ojos son de esmalte (vidrio). Las uñas de manos y pies en muchas están doradas; algunas momias halladas en sepulturas reales están doradas del todo. En unas franjas exteriores de biso se escribían en caracteres jeroglíficos noticias acerca del nombre, estado y hechos del muerto. Las cajas o cofres en que se colocaban las momias, eran de madera de sicómoro, y llevaban de ordinario inscripciones jeroglíficas (fig. 32), y, tratándose de personajes distinguidos o de reyes, se las encerraba en un sarcófago de granito o de basalto.

Las razones que los egipcios tenían para embalsamar a sus muertos eran, principalmente, el horror natural del hombre a la putrefacción y el deseo de con-

---

[1] En hebreo: «¿Soy yo el representante de Dios?», es decir, «¿puedo oponerme a los maravillosos designios de Dios, el cual ha dispuesto vuestra salvación?

[2] En hebreo: «Hijos de la tercera generación»—lo cual quiere decir hijos de biznietos, por tanto tataranietos. Es posible, porque José vivió todavía 74 años después de nacerle Efraim.

[3] Dice el *Eclesiástico,* refiriéndose a este pasaje: «Sus huesos fueron guardados y profetizaron después de su muerte», es decir, la predicción se cumplió y el haber sido llevados sus restos cuando Israel salió de Egipto, fué prenda del cumplimiento de las demás promesas. Dásele también el nombre de jefe de sus hermanos, fundador y sostén de su pueblo.

[4] En una caja de madera de sicómoro, la cual, según costumbre egipcia, se guardó en un aposento, donde estuvo hasta el éxodo de Israel (cfr. *Exod.* 12, 10; *Ios.* 24, 32).

[5] 5000 marcos oro próximamente. El célebre químico Berthelot, examinadas las momias del Museo de Louvre, cree poder asegurar que el óleo de embalsamar era el aceite de ricino, que sigue usándose en Egipto. Esta sustancia ha experimentado alguna alteración por efecto del hidrógeno, pero ha conservado sus propiedades a través de los siglos.

servar intacta el mayor tiempo posible la forma externa de los seres queridos. Contribuía también no poco la creencia egipcia de que las almas de los buenos visitaban alternativamente el cuerpo mortal que habían dejado y el cielo estelar. En el cielo estelar se empleaban las almas en las mismas ocupaciones que en vida tuvieron, pero sin las inquietudes de antaño, hasta que llegaban a ver el sol en todo su esplendor, recorrían con él el universo, y por fin, eran admitidas en la barca del dios-sol y en la sociedad de los dioses que gobiernan los remos de esta barca [1].

II. Educación admirable del pueblo de Israel por medio de Moisés

El pueblo de Israel vivió su infancia en las familias de los doce hijos de Jacob; mas ahora el infante, gobernado por el Padre celestial, va haciéndose adolescente y apto para la elevada misión que le ha sido encomendada. Podemos llamar, pues, el segundo tercio de esta época, *Historia de la adolescencia del pueblo de Israel.* Con razón podríamos también llamarlo, Historia de la admirable providencia de Dios; pues en ningún período del mundo precristiano se ha mostrado Dios tan pródigo y admirable en palabras y obras. Por esto pudo el Profeta poner en boca del Señor aquellas palabras: «¿Qué más debí yo hacer por mi viña que no lo haya hecho?» [2] Y Moisés pudo exclamar: «¿Dónde hay pueblo tan grande, que tenga sus dioses tan cerca como está cerca el Dios nuestro?» [3] El maravilloso gobierno de Dios se mostró en la liberación de la esclavitud de Egipto, en la Alianza con Israel en el Sinaí, en la asistencia durante el viaje por el desierto y la invasión de la tierra prometida.

32. Nacimiento de Moisés [4]

(*Exod.* 1, 7 a 2, 10)

231. El segundo libro de Moisés recibe por su contenido el nombre de «**Exodo**», que quiere decir salida. Los relatos de este libro no son continuación de los del *Génesis*. Después de enumerar brevemente los nombres de los hijos de Jacob que se trasladaron a Egipto, pasando en silencio el tiempo (más de 200 años) de permanencia en este reino, describe la opresión de los descendientes de Jacob, en una época en que ya no se conocía a José. Luego cuenta cómo fué salvado de las aguas y educado Moisés, a quien Dios había escogido para libertar a su pueblo de la esclavitud. Sigue el relato de los sucesos del desierto, la promulgación de la Ley de Dios en el Sinaí y la construcción del Tabernáculo [5].

---

[1] Cfr. Keppler, *Wanderfahrten*[8-10] 56 ss.; Wiedermann, *Tote und Totenreiche im Glauben der alten Aegypter,* en *AO* II 2[2].

[2] *Is.* 5, 4.

[3] *Deut.* 4, 7.

[4] Cfr. Hugo Weiss, *Moses und sein Volk. Eine historisch-exegetische Studie* (Friburgo 1885); Nikel, *Moses und sein Werk,* en *BZF* II 7 (1909).

[5] Cfr. J. Weiss, *Das Buch Exodus übersetzt und erklärt* (Graz y Viena 1917).— En lo tocante a la separación de fuentes, se va generalizando la convicción de que en los libros intermedios del *Pentateuco* poco se logra con la distinción de fuentes Yahvistas y Elohistas (cfr. Gresmann, *Schriften des AT* I 2, 17). Es «mucho más difícil distinguirlas aquí que en el *Génesis*» (Kittel, *Geschichte des Volkes Israel* I[3] 481), y «el fondo común de todas ellas nos ofrece noticias históricas de confianza» (König, *Geschichte der atl Religion*[2] 195), que llegan, en los puntos esenciales, muy cerca de la época mosaica (Kittel l. c 525). Aquí, como en los demás Libros Sagrados, la piedra de escándalo es el milagro, «distintivo inconfundible de la leyenda» (Gressmann 10); porque «nunca en parte alguna ha ocurrido un milagro» (Ibid. 53).—No se puede ocultar que el texto original

Los hijos de Israel crecieron y se multiplicaron, como si brotaran de la tierra; y engrosados en gran manera, llenaron el país. Entre tanto, *se alzó en Egipto un nuevo Rey,* que nada sabía de José, y dijo a su pueblo: «Bien veis que el pueblo de los hijos de Israel es muy numeroso y más fuerte que nosotros. Vamos, pues, a oprimirle con astucia, no sea que siga multiplicándose más y más; y sobreviniendo alguna guerra contra nosotros, se agregue a nuestros enemigos, y después de vencernos, se vaya de este país.» Estableció, pues, Faraón *sobrestantes de obras,* que los vejasen con trabajos pesados, obligándoles a fabricar *arcilla y ladrillos* [1], y a construir grandes almacenes [2]. Así edificaron, entre otras, las ciudades de Pitom y Ramesses, destinadas a provisiones. Pero cuanto más los oprimían, tanto más se multiplicaban.

Además de esto, el Rey de Egipto impuso a las *parteras* de los hebreos — de las cuales una se llamaba Séfora y la otra Fua [3]— el siguiente precepto: «Cuando asistiereis a las hebreas en los partos, al momento que salga la criatura, si fuese varón, matadle». Pero las parteras temieron a Dios, y no ejecutaron la orden del Rey de Egipto, sino conservaban la vida a los niños. Por último, Faraón intimó a todo el pueblo esta orden: «Todo varón que naciere entre los hebreos, echadle al río». Mas este mandato cruel [4], que debía a la larga acabar con el pueblo de Israel, fué el medio de que Dios se sirvió para libertarlo.

232. «El nuevo Rey no conoció a José», pertenecía sin duda a una nueva dinastía, y regía según máximas distintas de las de aquellos faraones que conocieron a José y supieron aprovecharse de sus normas administrativas. Concuerda esto con el cambio de situación que debieron de experimentar los israelitas después que fué expulsada la dinastía de los Hycsos (bajo Amosis I, por los años de 1580 a 1557). No sabemos la actitud que guardaron los hebreos en las duras y largas luchas de los egipcios contra la dominación extranjera; mas el temor que abrigaban los egipcios de que los hebreos llegasen a constituir un serio peligro en caso de una guerra, hace suponer que se les tenía por sospechosos.

---

ofrece dificultades. La narración está frecuentemente interrumpida por secciones legislativas, pues el escritor acostumbra consignar las leyes en orden cronológico, luego de los sucesos que directa o indirectamente las motivaron. No siempre se percibe con claridad la dependencia temporal y causal de los acontecimientos, y muchos datos geográficos nos resultan incomprensibles. Es indudable que las adiciones y glosas, y tal vez también la mano de Esdras, el cual hizo la colección de los Libros Sagrados, han producido alteraciones en el texto original.

[1] Según Fl. Josefo *(Ant.* 2, 9, 1), el trabajo principal era hacer canales para riego y diques para contener las aguas del río.—Hacíanse los ladrillos de barro del Nilo, amasado con paja; una vez terminados, se ponían a secar al sol. Los egipcios surtían de paja a los hebreos; pero, habiéndosela negado en cierta ocasión, hubieron de buscar ellos mismos hierbas lacustres con que sustituirla. Dura crueldad fué la de los egipcios, porque obligaban a los hebreos a construir igual número de ladrillos que antes; cfr. núm. 242.

[2] Instalados en las ciudades para surtir el comercio y el ejército.

[3] Sólo dos nombres nos ha conservado el Sagrado Texto, no porque fuesen las únicas parteras, sino porque, temerosas de Dios, no ejecutaron el mandato de Faraón. La orden decía que muriesen los niños apenas nacidos, para que sus madres creyesen que los habían parido muertos. Esta imposición inhumana está de acuerdo con las ideas y costumbres de los faraones, los cuales no respetaban la vida del ciudadano. Las parteras ocultaban a Faraón su humano proceder, diciendo que las hebreas no necesitaban de su ayuda. La Sagrada Escritura no aprueba este tapujo de las hebreas; se limita a decir que eran temerosas de Dios y no mataban a los niños. Cfr. Zschokke, *Biblische Frauen* (Friburgo 1882) 149.

[4] La orden se habia dado poco antes de nacer Moisés, pues no alcanzó a su hermano Aarón, tres años mayor que él.

Gesén era un distrito fronterizo, expuesto a las invasiones de las razas asiáticas, aliadas de los reyes destronados y de los semitas que vivían en el mismo. La tradición judía guarda en una noticia de Flavio Josefo [1] el recuerdo de la coincidencia de la opresión de los israelitas con el destronamiento de los Hycsos. Por las pinturas e inscripciones sabemos que los faraones obligaban a sus prisioneros de guerra y a las razas extranjeras, especialmente semitas, a rudos trabajos serviles; ello es una confirmación de las noticias de la Biblia, aunque

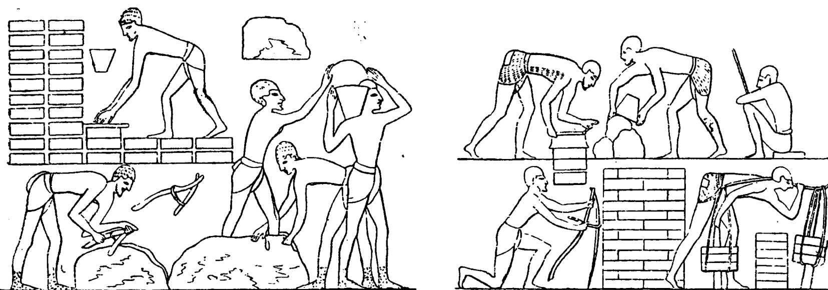


Fig. 33. – Operarios semitas.
Pintura del sepulcro de Rechmerê' en Abd-el-Kurna (hacia 1450 a. Cr.)
Se trabaja la arcilla con la azada y luego se le da la forma; los ladrillos son apilados para secarse; el transporte se hace en una especie de yugo; la muralla de ladrillos apilados es examinada con una vara. El capataz con un bastón inspecciona el trabajo.

en dichas pinturas nunca se nombre expresamente a los israelitas [2] (fig. 33). También es creíble que los egipcios pretendiesen quebrantar con trabajos forzados el vigor de un pueblo acostumbrado a otras ocupaciones [3].

Recientes excavaciones han dado alguna luz acerca de las ciudades de *Pitom* y de *Ramesses;* aunque no tanta, que se pueda fijar la fecha de la opresión y de la salida de los hebreos. Cree el investigador inglés Ed. Naville haber encontrado (1883) la ciudad de Pitom (es decir, lugar o vivienda del dios Tum, o sea, del sol poniente, nombre religioso de una ciudad, cuyo nombre civil es *Tucut,* en hebreo Socot), en el montículo de escombros *Tell-el-Maschuta,* unos 20 Km. al oeste del extremo oriental del canal de agua dulce (véase núm. 221), allí donde más tarde estuvo Heroópolis. También se encontraron restos notables de espaciosos almacenes, esmeradamente edificados con ladrillos. No se ha logrado

[1] En su libro contra Apión; cfr. *ATAO*³ 348 s.

[2] Se reconoce con facilidad a los semitas por la configuración del rostro, por la barba y el cabello; también el color claro amarillo les distingue de los egipcios, de rostro rojizo, color ladrillo. Debido a las inmigraciones de tribus de pastores árabes, que penetraban por el istmo de Suez, la población del Bajo Egipto presentaba desde antiguo caracteres muy mezclados de elementos semitas (cfr. Brugsch, *Steininschrift und Bibelwort* 181 ss.). Es dudoso que sean hebreos los *Aperu ('Aperiu),* operarios, marineros, etc., con frecuencia mencionados en documentos egipcios desde la época de Thutmosis III hasta la de los Ramesidas (siglos XVI-XIII). Lingüísticamente es posible; pero objetivamente el concepto de *Aperu es más amplio,* de suerte que para los egipcios es posible que estuviesen comprendidos bajo ese nombre los operarios hebreos condenados a trabajos forzados. Las razones en pro y en contra pueden verse en Heyes, *Bibel und Aegypten* 146 ss.; Miketta, *Der Pharao des Auszugs* 50 ss.

[3] A pesar de todas las crueldades, por regla general los trabajadores estaban bien atendidos. Los papiros disponen que se les distribuya con puntualidad la ración de grano y aceite, y recomienda que se reparta equitativamente el trabajo. Las pinturas murales nos muestran ollas de carne jugosa, ricas legumbres y sabrosos peces, abundantes en el Nilo y apetecidos por egipcios y hebreos. La cebolla era un regalado manjar, muy estimado desde antiguo. Esto explica por qué los israelitas anhelaban en el desierto las viandas que comían en Egipto (*Exod.* 16, 3. *Lev.* 11, 5).—No dice la Sagrada Escritura, ni es probable, que los israelitas hubiesen trabajado en la construcción de las Pirámides; estos monumentos son de época anterior y no se erigieron en la delta del Nilo.

fijar la posición de Ramesses; Flinders Petrie cree haberla encontrado en las ruinas de Wadi Tumilat, junto a Tell er-Retaba (unos 30 Km. al oeste de Ismailia). Recientes excavaciones hacen suponer que se trata de *Zoan* o *Tanis,* hoy un mísero pueblo de pescadores, llamado *San,* en la delta tanítica del Nilo. La ciudad, hermoseada por Ramsés II con grandes edificios y magníficos jardines, fué convertida en plaza de armas para las guerras con Asia, y vino a ser capital de la provincia de Gesén, que por ello se llamó país de Ramesses. Ramsés residía no pocas veces en Tanis; lo mismo hacía su hijo Merenptah I. Aquel pasaje del *Salmo* 77, 12, donde se lee haber sucedido las maravillas de Moisés en el «país de Tanis», debe entenderse como una figura poética (para designar a Egipto); pero demuestra la gran importancia que tenía esta ciudad en el Egipto conocido por los israelitas.

Pero ni de los datos de la Sagrada Escritura ni de los restos hallados en las excavaciones puede colegirse que dichas ciudades, como tales, fuesen edificadas por los israelitas bajo Ramsés II (1324-1258). No cabe dudar de haber existido estas ciudades ya anteriormente; pues mucho antes de Ramsés, en las múltiples campañas de los faraones contra Siria y Palestina, debió de sentirse la necesidad de disponer de plazas fuertes y de arsenales. Algunos sabios (fijándose en la singular manera como está escrito el nombre, y en *Gen.* 47, 11, donde Ramesses aparece como nombre de provincia) admiten la posibilidad de que haya sido puesto en este lugar por una confusión posterior, o bien en sustitución de otro menos conocido.

233. No se puede asegurar *bajo qué reyes y hacia qué época aconteció la opresión y la salida de los hebreos,* por más que las modernas investigaciones parecen ofrecer cada día bases más seguras para resolver estos problemas. Egiptólogos y exegetas antiguos creyeron que se trataba de los faraones de la XIX dinastía; se tuvo a Ramsés II (que reinó 64 años) por el Faraón de la opresión, y a su hijo Merenptah por el de la salida. Esta opinión se apoyaba en la hipótesis de haber sido edificadas Pitom y Ramesses en tiempo de Ramsés II, y en la larga duración que *Exod.* 2, 23 parece atribuir al reinado del Faraón de la opresión [1]. Pero desde que por cálculos astronómicos se supo que la XVIII dinastía comenzó a mediados del siglo XVI (1545), y la XIX en la segunda mitad del siglo XIV (1315), cayó por tierra aquella hipótesis [2]. Porque habiendo transcurrido, según datos de la Biblia (versión de los *Setenta),* 430 años desde la inmigración de Abraham a Canaán hasta la salida de Israel de Egipto, y 480 entre este acontecimiento y el comienzo de la edificación del Templo [3], la salida de Israel debió de ocurrir en el siglo XV y no en el XIII. Además de esto, la inscripción de Merenptah, arriba mencionada (cfr. núm. 220), habla de Israel como de un pueblo domiciliado en Palestina, mientras que otra inscripción, de fecha anterior según toda probabilidad, presenta a la tribu de Aser ocupando la región donde tuvo su morada en tiempo de Josué. Finalmente, las cartas de Amarna, escritas por los años de 1400, nos describen a Canaán en un estado que no concuerda con el del reinado de Ramsés II, pero sí con lo que de la conquista de Canaán nos refiere el libro de Josué; pero hay todavía razones para creer que los «habiri», tantas veces nombrados en aquellas cartas, son precisamente los hebreos [4]. Cada día tiene más aceptación la hipótesis de ser *Tutmosis III* (1515-1461), de la XVIII dinastía, el Faraón de la opresión, y su hijo Amenofis II (1461-1436) el de la salida [5]. No hay esperanza de poder determinar

---

[1] Puede verse un resumen de todas las opiniones y cálculos en Miketta, *Der Pharao des Auszugs* 6 ss.

[2] Cfr. Lehmann, *Zwei Hauptprobleme der oriental. Chronologie und ihrer Lösung* (Leipzig 1898) 147 ss. Miketta, l.c. 21; Lindl, *Cyrus* 13 ss.; Schöpfer, *Geschichte des AT*[6] 223 s.; Kayser-Roloff, *Aegypten*[3] 316.

[3] Cfr. núms. 129 y 257; para los pormenores cfr. Miketta, l.c. 17 ss.

[4] Cfr núm. 402.

[5] Miketta l.c. 22 ss.; Lindl l.c. 39 ss.; Fonck en *ZKTh* 1899, 273 ss. Según moder-

el año en que se efectuó la liberación; pues la Biblia da solamente datos en globo y de límites imprecisos. Pero se puede asegurar con certeza que no acaeció *antes* del 1500 ni *después* del 1436 (año de la muerte de Amenofis II)[1]. No se pretenda encontrar en las inscripciones egipcias noticias de la vergonzosa derrota del mar Rojo (ni de las plagas con que fué castigado Egipto); estas noticias repugnan al orgullo nacional egipcio. Se facilita la cronología y se comprende mejor el relato, abandonando la idea de *un solo* cambio de gobierno desde el principio de la opresión hasta la salida (más de 80 años; cfr. *Exod.* 7, 7). Aquí, como en la historia de José, la Sagrada Escritura habla de Faraón; no de la persona y del hombre, sino de la dignidad. Sólo por razones especiales hace mención (como las fuentes egipcias), de la muerte de un Faraón, y de un nuevo Rey que no conocía a José. Para la historiografía sagrada eran completamente indiferentes los cambios de reyes (y sus nombres). Además, el reinado de Tutmosis III es aproximadamente igual en duración al de Ramsés II (54, 67 años).

234. Un hombre de la familia de Leví, que tenía por nombre *Amram*, casó con una mujer de su linaje, llamada *Jocabed*. Esta dió a luz a un niño hermoso sobre toda ponderación. Ocultólo durante tres meses; mas, no pudiendo encubrirle por más tiempo, tomó una cestilla de juncos[2] y la calafateó con resina y pez; colocó dentro al infantito y expúsole en un *carrizal*[3] de la orilla del río, quedándose a cierta distancia una hermana suya, llamada Miriam (María)[4], para observar el paradero de la ces-

---

nos estudios, Tutmosis III supera en importancia a Ramsés II, al cual se atribuyeron más tarde hechos y edificios de aquél (Steindorff, *Die Blütezeit des Pharaonenreiches* 60). Según III *Reg.* 6, 1, comenzóse a construir el Templo de Salomón 480 años después del éxodo (968 a. Cr.); el cual acaeció, por consiguiente, hacia el 1450 a. Cr., en el reinado de Amenofis II.

[1] Sellin-Watzinger (*Jericho,* Leipzig 1813, 181 s.), fundándose en las excavaciones realizadas por ellos mismos, creen deberse admitir que Jericó fué destruída, a más tardar, hacia 1500. Según esto, la salida de Egipto habría ocurrido a mediados del siglo xvi. Pero, aun prescindiendo de que la opresión de los israelitas duró todavía después del destronamiento de los Hycsos, seguramente más de una generación, aún no se explica la conquista de Canaán en tiempo de Tutmosis III; este Faraón, después de algunas felices expediciones, logró hacer de Palestina una provincia egipcia. Carece de fundamento bíblico la hipótesis de Kittel (*Geschichte des Volkes Israel* I 472), según la cual parte de las tribus israelitas conquistó Jericó mucho antes que Josué.

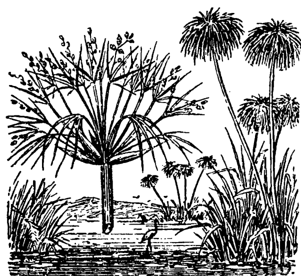


Fig. 34.
Arbusto del papiro.
A la izquierda, umbela joven.

[2] Según Fl. Josefo (*Ant.* 2, 9, 4), el *papiro* (*Cyperus papyrus,* fig. 34). Antiguamente abundaba este arbusto en las lagunas de Egipto; hoy es muy raro. El tallo es trígono y tiene 3-5 m. de altura, la corteza es verde y la medula blanca y ligera como la del junco; termina en un tupido penacho de ramas verdes y capiliformes, en cuyos extremos nacen diminutas espigas de color moreno gris. La raíz tiene el grosor del brazo y 4 m. de longitud; de ella hacían los antiguos colchones y cuerdas; del tallo se construían embarcaciones (que más bien semejaban pequeñas balsas), de la cutícula se hacían velas y de la medula, papel. Crece también en la llanura de Genesaret, especialmente en el lago de Merom. Cfr. Fonck, *Streifzüge durch die bibl. Flora* 36 ss.; *Rb* 438.

[3] El junco del Nilo, llamado «Sari», tiene un metro de altura y el grosor del pulgar.

[4] Cfr. *Exod.* 15, 20; cfr. núm. 277. He aquí la genealogía de Moisés (según *Num.* 26, 57; cfr. *Exod.* 2, 22; 6, 14 ss.), interesante sobre todo porque de ella salió más tarde la

tita [1]. Dispuso Dios que la hija de Faraón bajase a bañarse en el río. Así que vió la cestita en el carrizal, mandó a una de sus doncellas que la recogiese. Habiéndola abierto, como viese dentro a un niño que daba tiernos vagidos, compadecióse de él y dijo: «Este es un niño de los hebreos». Y acercándose la hermana del niño, dijo a la hija de Faraón: «¿Quieres que vaya y busque una madre hebrea que pueda criar a ese niño?». «Anda», respondió ella. Fué corriendo la muchacha y llamó a su madre. A la cual dijo la hija de Faraón: «Toma este niño y críamele, que yo te pagaré». Tomó la mujer al niño y lo crió. Y cuando fué ya crecido, lo entregó a la hija de Faraón, la cual lo adoptó por hijo, poniéndole por nombre *Moisés* [2], como quien dice: Del agua le saqué.

235. Tanto en la emigración de la familia de Jacob a Egipto, como en la dura opresión que padecieron después los hebreos, se manifiesta la mano de la *divina providencia*. Porque si los israelitas habían de ser aptos para su vocación, es decir, para conservar las creencias religiosas en medio de pueblos entregados a la idolatría, y expertos al mismo tiempo en los conocimientos humanos, era preciso que formasen un pueblo, se ensayasen en las artes y ciencias y aprendiesen a ser fieles y constantes en la observancia de la verdadera

---

familia sacerdotal (seguramente hay huecos entre Kaath y Amram, como sucede en algunas genealogías bíblicas):

Leví

Gersón — Kaath — Merari

Amram (su mujer, Jocabed) — Isaar

María — Aarón — Moisés — Coré (*Num.* 16)

Nadab — Abiu — Eleazar — Itamar — Gersan — Eliezer

Finees

[1] Todo esto indica que, al exponer al niño en la corriente, se habían tomado prudentes precauciones. La Sagrada Escritura hace resaltar, sobre todo, la providencia divina, sin la cual hubieran fracasado los medios mejor calculados.

[2] Siguiendo a Fl. Josefo (*Ant.* 2, 9, 6), se ha querido buscar etimología egipcia al nombre de Moisés (en griego *Moyses*): *môu* = agua y *eses* (*schi*, tomar) = salvado de las aguas. Pero de tener origen egipcio, no hay duda que debe hallarse en *mês, mesu*, que significa niño, hijo; forma que se usa unida a nombres propios (*Thot-mes, Ah-mes*, en griego *Thutmosis, Amosis*), pero también de por sí sola como nombre (pruebas en *ZAW* 1907, 137). Esta explicación está de acuerdo con la de la Biblia, puesto que la hija de Faraón adoptó por hijo al niño (*Hebr.* 11, 24), por haberla salvado de las aguas. Después se hebraizó el nombre, interpretándose la nueva forma mediante un juego de palabras (cfr. Döller en *BZ* III 151). Creen otros que el nombre fué originariamente hebreo y tenía doble sentido: el que saca (salvador), y el sacado (salvado; cfr. Kaulen en *KL* VIII 1843). Los modernos ven en el riesgo y salvación de Moisés un «motivo legendario», que tiene gran importancia en el antiguo Oriente y aparece regularmente al principio de una nueva época (*ATAO*^{3} 352 s.). Mas de esto nada se sigue contra la historicidad del relato bíblico; éste es tan sobrio y sencillo y de tanta verdad psicológica, que resiste muy bien la comparación con las narraciones fabulosas y fantásticas del nacimiento y salvación de Sargón I de Babilonia, con la leyenda fenicio-egipcia de Osiris y con otras (cfr. *Die Kindheitsgeschichte des Moses nach moderner religionsgeschichtlicher Auffassung* de Wittek en *Kath* 1910 II 350 ss.). Pero hay un argumento que corrobora el testimonio de la tradición; porque—según confesión de los mismos investigadores críticos,—el desenvolvimiento histórico y religioso de Israel, desde su permanencia en Egipto, no se explica sin un personaje relevante, vigoroso y creador, cual nos presentan a Moisés las sagradas fuentes (cfr. Kittel, *Geschichte des Volkes Israel* I^3 575). También Gressmann (*Mose und seine Zeit*, Gotinga 1910, y *Schriften des AT* I 2) admite la historicidad de la persona de Moisés y del núcleo de la narración bíblica.

religión. Para ello ninguna coyuntura mejor que la permanencia en Egipto; porque en este pueblo florecían, además de la agricultura metódicamente practicada, toda clase de oficios e industrias, de artes y ciencias y de instituciones políticas bien organizadas. Y tanto más contribuía la opresión a la guarda de la verdadera fe, cuanto que los mantenía alejados de los egipcios, de la idolatría y de las malas costumbres paganas y les enseñaba la escuela de la humildad. Échase de ver también el gobierno divino en la manera cómo el *futuro caudillo* de Israel, a pesar del edicto de muerte, fué a parar al palacio real, donde pudiese aprender la sabiduría de los egipcios; y más tarde, por su condición de hebreo, fué despedido de allí por los naturales. Es de suponer que Moisés viniera al palacio real en una edad en que la educación religiosa recibida en casa de sus padres estaba ya profundamente arraigada en su corazón; o que en la corte no hubiera estado privado de la saludable influencia de sus padres y compatriotas; y que, por este medio, hubiese conservado despierto y puro el sentimiento religioso y nacional, para no perecer envuelto en la sabiduría de los egipcios [1].

En los monumentos y documentos de Egipto no se ha descubierto hasta ahora noticia alguna acerca del nombre, posición y empleo de Moisés [2]. Se encuentran testimonios abundantes que atestiguan la costumbre que los reyes de Egipto tenían de admitir gente de otras naciones (de Libia, Nubia, semitas) para su servicio personal y el del Estado. También sabemos que, juntamente con sus hijos, educaban a niños de familias distinguidas [3]. No es, pues, una cosa imposible lo que la Sagrada Escritura refiere de la educación de Moisés en la corte egipcia; al contrario, concuerda con lo que sabemos del Egipto de la XVIII dinastía.

33. Huída y vocación de Moisés

(*Exod.* 2, 11 a 4, 31)

236. Moisés fué instruído en todas las ciencias de los egipcios y llegó a ser poderoso en palabras y en obras [4]. Cierto día, siendo ya mayor [5], salió a sus hermanos los hebreos y vió la aflicción en que se hallaban; y observando que un egipcio maltrataba a uno de los hebreos sus hermanos, enardecióse en celo por su pueblo. Y habiendo mirado en derredor y no divisando a nadie, mató al egipcio y le escondió en la arena.

La acción de Moisés, en sí misma considerada, era pecaminosa; pues no tenía poderes que a ello le facultaran. Mas advierten los santos Padres [6] que puede encontrársele cierta disculpa en la inicua opresión y en los malos tratos que los israelitas recibían de los egipcios; pues tal acción era una especie de defensa legítima. Además Moisés mostró aquí sentimientos muy propios de un hombre destinado por Dios para libertador: amor ilimitado hacia su pueblo, odio a la injusticia y disposición incondicional a sacrificarlo todo, incluso la vida,

---

[1] Acerca de esta sabiduría, cfr. núm. 123. También Brugsch (*Steininschriften und Bibelwort* 222) sostiene que estaríamos equivocados, si en las ideas generales de la sabiduría sacerdotal egipcia acerca del concepto purísimo de la divinidad *sólo* viéramos groseras ideas paganas.

[2] Grimme (*Althebr. Inschriften vom Sinai* 1923, 192 ss.) cree haber descubierto el nombre de Moisés en inscripciones sinaíticas antiguas posteriores al 1500 a. Cr.; sin embargo, habría que comprobar su lectura e interpretación estudiando más detenidamente los originales.

[3] Cfr. Erman, *Aegypten und ägyptisches Leben*[2] 90 ss.

[4] *Act.* 7, 22.—Poderoso en palabras por la sabiduría y vigor de sus discursos y disposiciones, aunque (según *Exod.* 4, 10; 6, 12) no tenía facilidad de expresión.

[5] Según *Act.* 7, 23, tenía 40 años de edad.

[6] Cfr. san Agustín, *C. Faus.* l. 22, c. 70; *Quaest. 2 in Exod.;* santo Tomás, *Summa theol. 2, 2, q. 60, a. 6 ad 2.*

por ayudar a los suyos. Hablando de estos sentimientos, dice san Pablo: «Prefirió ser afligido con el pueblo de Dios, a gozar de las delicias pasajeras del pecado; juzgando que el oprobio de Cristo era un tesoro más grande que todas las riquezas de Egipto» [1]. A esto se refieren también los santos Padres, cuando suponen que Moisés no obró solamente por propio impulso, sino por inspiración divina; lo cual indicó también san Esteban en estas palabras: «Moisés creyó que sus hermanos se percatarían de que Dios quería procurarles la salvación por su mano; mas ellos no lo advirtieron» [2].

237. Saliendo Moisés el día siguiente, vió a dos hebreos que reñían; y dijo al que hacía la injuria: «¿Por qué maltratas a tu prójimo?» El hombre respondió: «¿Quién te ha constituído príncipe y juez sobre nosotros? ¿Acaso quieres matarme, como mataste ayer al egipcio?» Temió Moisés y dijo: «¿Cómo se habrá sabido esto?» Súpolo también Faraón y trataba de hacer morir a Moisés, el cual, huyendo de la vista del Rey, fuése a morar en tierra de Madián y se puso a descansar junto a un pozo. Vinieron a la sazón a sacar agua las siete hijas de un sacerdote de Madián [3], llamado Jetró o Ragüel [4], y llenados los canales, querían dar de beber a los rebaños de su padre. Sobrevinieron unos pastores y las echaron. Pero saliendo Moisés en defensa de las doncellas, dió de beber a las ovejas. Así que volvieron a su casa las doncellas y refirieron a su padre lo ocurrido, díjoles Ragüel: «¿Por qué habéis dejado ir a ese hombre? Llamadle y que coma con nosotros».

Vino Moisés y vivió cuarenta años en casa de Jetró [5]. En esta época de su vida tomó por mujer a una de las hijas de Jetró, llamada Séfora, la cual le parió dos hijos; al primero llamó Gersam, diciendo: «He sido peregrino en tierra extraña»; al segundo Eliezer, diciendo: «El Dios de mi padre, protector mío, me libre de las manos de Faraón» [6].

La prolongada permanencia en Madián era, en los designios de Dios, un nuevo y más importante medio para que Moisés se preparara a la gran empresa, después de haberse iniciado en la corte de Faraón en todos los conocimientos de los egipcios. En la soledad del desierto había de ejercitarse en aquellas virtudes que en tal alto grado resplandecieron más tarde en el caudillo del pueblo de Dios: **figura** de Cristo, que había de pasar treinta años oculto, antes de comenzar la predicación de su doctrina y fundar la Nueva Alianza.—Afirman los críticos modernos que en casa de su suegro adquirió Moisés el conocimiento de Yahve, divinidad de Madián, adorada en el Sinaí, y que de la religión sinaítica

---

1 *Hebr.* 11, 24-26. El oprobio de Jesucristo, del Mesías, en concepto de los egipcios, es ser israelita. Pero Moisés lo prefirió a todos los tesoros de los egipcios, porque «en la fe» reconoció que Israel era el pueblo escogido, al cual se había prometido el Mesías.

2 *Act.* 7, 25.

3 Región de la Arabia Pétrea, que se extiende por el norte de la Península de Sinaí hasta el país de allende el Jordán y por el oriente hasta más allá del golfo Elanítico (cfr. núm. 193).

4 Era a la vez jefe de la familia y príncipe de su tribu, y adoraba, como descendiente de Abraham, al verdadero Dios, como Job, Melquisedec, y otros. De sus dos nombres, Ragüel (amigo de Dios) y Jetró o Jeter, el último era tal vez título de sacerdote y príncipe; el doble nombre de los sacerdotes y príncipes está conforme con la costumbre de los mineos (Landersdorfer en *BZF* III 228).

5 Cfr. *Exod.* 7, 7.

6 Gersam, en hebreo *Gerschôm*, destierro; de *garasch*, expulsar. Moisés se da a sí mismo, con dolor de su corazón, el nombre de extranjero, en hebreo *gêr*.—*Eli-ezer* = = Dios es auxilio, expresa, además del dolor, la confianza en el Señor que le salvó de las manos de Faraón, y puede librarle del destierro y tornarle a los suyos.

sacó la idea del monoteísmo para unificar las tribus israelitas. Mas esta afirmación carece de base, siendo tan escasos los conocimientos que tenemos del país y de las costumbres de los madianitas y mineos. Lo que sabemos de la pretendida religión sinaítica (paganismo árabe antiguo), nos revela un monoteísmo latente (monolatría, culto del sol y de las estrellas), ideas más puras y formas más sencillas que las conocidas hasta entonces por Moisés; y aun sin duda las tribus entre las cuales gobernaba Jetró como sacerdote, debieron de conservar algunas tradiciones y prácticas de la *religión de Abraham* (del cual descendían, según la Biblia) [1]. Moisés encontró, pues, en Madián una escuela religiosa libre de las influencias de la cultura egipcia, donde se conservaban tal vez algunas tradiciones patriarcales más vivas que entre sus hermanos de raza en Egipto. Es evidente que esto pudo influir en su «formación». Pero lo que hizo de él un fundador de religión, como vamos a ver en seguida, fué la revelación divina; la cual no quieren reconocer los críticos, o interpretan a su manera (atentos sólo a sus propias revelaciones).

238. Largo tiempo gimieron los hijos de Israel bajo el peso de una cruel opresión; y elevando por fin sus gritos al cielo, el Señor oyó sus gemidos y acordándose del pacto que hiciera con Abraham, Isaac y Jacob [2], envióles su auxilio. Ocupábase Moisés en apacentar las ovejas de su suegro Jetró. Como guiase una vez su grey a lo interior del desierto, llegó hasta el *monte de Dios* [3] Horeb. Allí se le apareció el Señor [4] en una llama de fuego, que salía de en medio de una zarza. Viendo Moisés que la zarza ardía y no se consumía, dijo: «Iré a ver esta gran maravilla; cómo es que no se consume la zarza». Pero el Señor le llamó desde la zarza: «Moisés, Moisés». Y éste contestó: «Aquí me tienes». «No te acerques acá, prosiguió el Señor; quítate el calzado de los pies [5]; porque la tierra que pisas es santa. Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob». Cubrióse Moisés el rostro; porque no se atrevía a mirar a Dios.

239. Díjole el Señor: «He visto la tribulación de mi pueblo en Egipto, y quiero libertarlo de las manos de los egipcios y llevarlo a una tierra buena y espaciosa; a una tierra que mana leche y miel. Ea, pues, quiero

---

[1] Cfr. Hommel, *Die altisraelitische Überlieferung* 86 s. De los nombres Sinaí, desierto de Sin, etc., se ha querido deducir que el dios lunar babilónico *Sin* recibía culto en Madián-Arabia (cfr. el nombre del monte Nebo). No es esto imposible (cfr. Eisler, *Kenitische Weihinschriften* 66 ss.). Pero Sinaí se deriva de Sin, nombre del desierto contiguo, cuyo origen no hay por qué buscarlo en el dios lunar babilónico (König, *Geschichte des Reiches Gottes* 100).

[2] De lo ocurrido con el becerro de oro (*Exod.* 32) y de Ezequiel (20, 6 ss.) podemos colegir que los israelitas se habían contagiado de la idolatría egipcia. La opresión contribuyó, como hemos dicho, a separar a los israelitas de todo lo egipcio y despertar la conciencia religiosa. El «haber clamado al Señor» fué un motivo más para que Dios les librase de Egipto, no porque lo mereciesen, sino porque El lo había prometido. (Cfr. *Deut.* 9, 5-6; 7, 6-9; 10, 15).

[3] Llámale así el historiador, porque más tarde en una de sus cumbres, en el Sinaí, se apareció el Señor al pueblo de Israel y le dió la Ley. Acerca del lugar de esta aparición v. núm. 282.

[4] Según el texto hebreo (cfr. *Act.* 7, 30, 53; *Gal.* 3, 19; *Hebr.* 2, 2) «el Angel del Señor», es decir, el mismo Dios. Cfr. núm. 153.

[5] En el cálido Oriente el calzado (sandalias) sirve para conservar limpios los pies; quitarse el calzado equivale a quitar la suciedad que se les haya podido adherir; es, por tanto, un símbolo de pureza y respeto. Alegóricamente, representa el abandono de los cuidados y afanes terrenos. Por esto los sacerdotes deben desempeñar su ministerio en el Santuario con los pies descalzos (cfr. *Exod.* 30, 19).

enviarte a Faraón, para que saques de Egipto a mi pueblo.» Replicó Moisés: «¿Quién soy yo, para ir a Faraón y sacar de Egipto a los hijos de Israel?» Y el Señor le contestó: «Yo estaré contigo; y la señal que tendrás de haberte yo enviado, será ésta: cuando habrás sacado a mi pueblo de Egipto, ofrecerás un sacrificio a Dios sobre este monte [1]».—Dijo de nuevo Moisés: «Y bien, yo iré a los hijos de Israel y les diré: el Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros. Pero si me preguntaren: ¿cuál es su nombre?, ¿qué les diré?». Respondió el Señor a Moisés: **Yo soy el que soy,** y añadió: «He aquí lo que dirás a los hijos de Israel: *El que es,* me ha enviado a vosotros. *Yahve,* el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob me ha enviado a vosotros. Este nombre tengo yo eternamente, y con éste se hará memoria de mí en toda la serie de las generaciones».

La aparición de Dios en la zarza ardiente fué para Moisés un «acontecimiento religioso» que imprimió a su vida una dirección decisiva, que no entraba en sus cálculos y deseos. Lo que vió, le fué al mismo tiempo significado; recibió comunicaciones y revelaciones de Dios, que no esperaba, a las cuales obedeció, aunque oponiéndose cuanto pudo (cfr. *Ierem.* 20, 7). Es indudable que se trata, no de un hecho meramente interno y psicológico, sino externo, que excluye toda sospecha de engaño de los sentidos o de propia ilusión. Siendo la vocación de Moisés de tanta trascendencia para la historia del pueblo de Dios, no es posible poner en duda su historicidad. Por lo mismo se esfuerzan los racionalistas en probar que se trata de una leyenda o de un mito, nacido de la confusión de la palabra Sinaí con *seneh,* zarza, o que el milagro de la zarza no es sino un fuego subterráneo aparecido en la proximidad de un matorral.

Es muy natural que Moisés preguntase por el nombre de Dios. Se trataba de ir a Egipto, país clásico de los nombres de los dioses, y de presentarse no sólo ante sus hermanos los hebreos, sino ante Faraón y sus cortesanos. Debía por consiguiente estar preparado a oír esta pregunta: ¿quién es el Dios que te ha enviado? ¿cuál es su nombre? En la respuesta de Dios se afirma categóricamente (y la repetición en *Exod.* 6, 2-8 lo hace resaltar todavía más), que el interlocutor es *el mismo* que había hablado a los Patriarcas, manifestándoseles como *El-Schaddaj* (el Omnipotente; cfr. p. 173, nota 1). No se trata, pues, de una noción distinta de las otras, sino de una denominación, bajo la cual el Dios de los Patriarcas quiere dar a conocer a los israelitas su ser inmutable; de un nombre propio, por el que se distingue de todo lo que en Egipto se adora como dios. La Revelación divina no permite dudar que este nombre *Yahve* [2] encierra el con-

---

[1] Como si dijera: tan cierto como es mi voluntad que ofrezcas en este lugar el sacrificio de la Alianza que he de concertar con mi pueblo, así lo es que sacarás a mi pueblo de Egipto. El objeto mismo de la liberación será prenda de que aquélla ha de tener cumplimiento. Luego dispone Dios la manera de ofrecer el sacrificio (v. 18; cfr. *Exod.* 5, 1 ss.; 7, 16; 8, 1 20 ss.; 9, 1 13; 10, 3 7 8 24; el cumplimiento 24, 4 ss.).

[2] Gramaticalmente *Yahve* puede ser forma verbal («el que es» o «el que da el ser») o bien substantivo («el ente») (de la raíz *hayah* [*havah*] = ser, que es afín de *yavah* = vivir). La forma arcaica parece haber sido *Yahu, Yah, Yo.* No era necesario que la palabra fuese nueva, y probablemente no lo era: al aplicarse Dios el nombre (tal vez en forma algo distinta de la actual), la palabra adquirió significado especial que antes no poseía. Grimme (*Althebr. Inschriften vom Sinai* 85 s.) cree poder determinar en las inscripciones sinaíticas antiguas el nombre de *Yahu,* equivalente al dios egipcio *Sapdu* (= *Schaddai,* antiguo nombre hebreo de Dios, cfr. *Exod.* 6, 3), que fué adorado especialmente en el Sinaí y en Gesén. Pero aunque el *nombre Yahve* tenga alguna relación (local tal vez) con el antiguo *Yahu,* la *noción divina* que ambos representan es tan distinta, que no se puede admitir conexión íntima entre ambos.—El nombre *Jehová,* tan usado aún hoy, nació de un error. No atreviéndose los judíos (a causa de *Exodo* 20, 7) a pronunciar el santo nombre de Dios, escribían JHVH (*Tetragrammaton,* el nombre de las cuatro letras,

cepto de Ser, del Eterno e Inmutable; propiamente significa: *el que es, era y será* (*Apoc.* 1, 48; cfr. *Is.* 42, 8). Este concepto de «el que es» (el viviente) se funda en la raíz misma de la palabra; pero no se desarrolla abstracta y filosóficamente, sino de una manera concreta e intuitiva: yo soy el que soy, el que habló antes a los Patriarcas y quiere ahora cumplir las promesas. El nombre mismo ha de ser, como quien dice, signáculo y prenda; por lo que en adelante será «memoria» (recuerdo) para Israel, es decir: el característico, el inefable (intransferible) y el «santo nombre de Dios» el nombre propio del Dios de la Revelación. Todos los esfuerzos de los racionalistas por explicar su origen se estrellan contra esta interpretación sacada del contexto del relato [1]. No cabe la menor duda del origen hebreo (semítico-arameo) del nombre. Su significación es incontestablemente clara, y no tiene semejante en la historia de las religiones.

240. Revelado su nombre, dió el Señor a Moisés la siguiente orden: «Ve, y junta a los ancianos de Israel, y les dirás: El Señor Dios de vuestros padres se me apareció, diciendo: yo he venido a visitaros [2], y he visto las cosas que os han acontecido en Egipto, y tengo decretado el sacaros de la opresión que padecéis, y trasladaros al país del Cananeo, a una tierra, que mana leche y miel. Y escucharán tu voz, y entrarás tú con los ancianos al Rey de Egipto, y le dirás: Yahve, el Dios de los hebreos, nos ha llamado; hemos de ir camino de tres días al desierto para ofrecer sacrificios a Yahve, el Dios nuestro. Ya se yo que el Rey de Egipto no querrá dejaros ir. Por esto extenderé yo mi brazo, y heriré a los pueblos de Egipto con toda suerte de prodigios; después de lo cual os dejará partir. Haré también que este pueblo halle gracia en los ojos de los egipcios, para que, al partir, no salgáis vacíos; sino pediréis a los egipcios alhajas de plata y oro y vestidos, que llevaréis con vosotros» [3].

---

también *Schem hammephorasch,* el nombre inefable), pero leían *Adonai* (Señor); y cuando se introdujeron los signos vocales (Masora; siglo v-vii a. Cr.) pusieron los de esta palabra debajo del *Tetragrammaton.* En el siglo xvi algunos cristianos (Galatino, Lutero, y otros) que no tuvieron esto en cuenta, comenzaron a leer *Yehovah.* Esta lectura es ciertamente errónea. Según noticias antiguas (de los santos Padres y traductores de la Biblia), y según las reglas de la morfología y etimología, la pronunciación verdadera sólo puede ser *Yahve(h)* o *Yahu* (abreviadamente *Yah* o *Yo,* en especial en composición). Cfr. Hoberg, *Genesis*² XXIV s.; Hetzenauer, *Theol. Bibl.* I 374 ss.; Hehn, *Die biblische und babylonische Gottesidee* 214 ss.; especialmente Theis, *Friedrich Delitzsch und seine «Grosse Taüschung» oder Jaho und Jahve* 49 ss.—Según tradición *judía,* el *Tetragrammaton* encierra el atributo divino de la misericordia; el nombre Yahve, por consiguiente, cifra la esencia de Dios en el amor, y por eso es más excelente que todos los otros nombres, que sólo declaran su omnipotencia. Pasajes que prueban esto: *Exod.* 34, 6; *Deut.* 4, 31; *Ps.* 85, 15; 110, 4; *Nehem.* 9, 16 31; Cfr. Güdemann, *Jüd. Apologetik* (Glogau 1906) 105. La traducción (perífrasis) ordinaria de los judíos es: «el Eterno».

[1] Con razón advierte Theis (l. c. 49): el nombre de Yahve «se presenta como distintivo tan original y característico del A. T., que no se comprende por qué no se va hoy a buscar su origen y significado en el A. T., y por qué, antes que consultar y creer a la Biblia, se prefiere renunciar al conocimiento de lo que es exclusivamente bíblico. Cfr. Heyes, *Der Jahveglaube Israels und die ägyptische Religion,* en *Festschrift. G. von Hertling zum 70 Geburtstag* (Kempten 1913).

[2] Cfr. *Gen.* 50, 24; v. núm. 231.

[3] Siendo el mismo Dios, único y supremo Señor de todas las cosas, quien dió a los israelitas esta orden, confirmándola con los mayores prodigios, huelga toda otra justificación del hecho. No obstante se puede añadir que fué una compensación por los inmuebles que dejaban, y por los demás trabajos a que estuvieron sometidos. No como esclavo o fugitivo, sino como un vencedor triunfante había de salir Israel de la tierra de la esclavitud, cargado de botín: *figura* de aquél que en la noche de Pascua venció al demonio, le quitó la presa y enriqueció a su Iglesia. Cfr. *Luc.* 11, 22; San Agustín, *Quaest. 6 in Exod.,* y el *Exultet* del Sábado Santo.

Replicó Moisés, y dijo: «No me creerán ni oirán mi voz los israelitas, sino dirán: no se te ha aparecido el Señor». Y el Señor le dijo: «Toma tu vara y arrójala en tierra». Arrojóla, y se convirtió en serpiente; y Moisés echó a huir. Dijo entonces el Señor: «Alarga tu mano, y cógela por la cola». Alargó la mano, y la cogió; y la serpiente volvió a ser vara. «Por esta señal, le dijo el Señor, te creerán». Y añadió el Señor: «Mete tu mano en el seno». Y habiéndola metido, la sacó cubierta de *lepra*, blanca como la nieve. «Vuelve a meter la mano en el seno». Volvió a meterla; al sacarla de nuevo, era semejante a la demás carne. Díjole entonces Dios: «Si no te creyeren ni dieren oídos al primer prodigio, se rendirán al segundo. Y si ni aun a estos dos prodigios dieren crédito ni escucharen tu voz, toma agua del río, y derrámala en tierra, y cuanta sacares del río se tornará en sangre» [1].

241. Moisés le replicó: «Señor, te suplico tengas presente que yo no soy elocuente; antes soy torpe de lengua». Díjole a esto el Señor: «¿Quién hizo la boca del hombre? ¿No fuí yo? Anda, pues, que yo estaré en tu boca y te enseñaré lo que has de hablar».—Todavía rehusaba Moisés (con un sentimiento de humildad, al considerar su flaqueza ante empresa tan grande), y dijo al Señor: «Suplícote, Señor, *que envíes al que has de enviar*» [2]. Enojado el Señor contra Moisés, dijo: «Aarón, tu hermano, habla bien. Tú le dirás e irás poniendo mis palabras en su boca. Toma también en tu mano esta vara, con la cual has de hacer prodigios».

Despidiéndose de su suegro Jetró, partió Moisés a Egipto [3]. Avisado por el Señor, salióle al encuentro su hermano Aarón. Y como se encontrasen en el monte de Dios [4], refirió Moisés a su hermano todas las palabras del Señor. Con esto, fueron juntos a Egipto, y congregaron a los ancianos de Israel. Y Aarón refirió todas las palabras que había dicho el Señor a Moisés; y éste hizo los milagros delante del pueblo. Y el pueblo creyó y adoró al Señor.

Se toma frecuentemente *el fuego* como imagen de Dios [5], pues, por su fuerza, poder iluminador y calorífico y por su energía irresistible, es más propio

---

[1] Tres imágenes expresivas de la misión de Moisés, el cual ha de vencer las mortíferas insidias de Egipto, llevar al pueblo escogido en su regazo como a un niño leproso, y castigar y destruir a Egipto, figurado en el Nilo fertilizador.

[2] Es decir, manda a quien quieras, que no a mí. Los santos Padres ven en estas palabras una alusión al Mesías, como si dijera: Pues que has de mandar al salvador de tu pueblo, envíale ya ahora, y no a mí. Cfr. núm. 224.

[3] Llevó consigo a su mujer y a sus hijos. Como el menor de éstos, por culpa de Séfora, no estuviese circuncidado, salió el Señor al encuentro de Moisés en un descanso del camino, y le amenazó de muerte. No nos da más pormenores la Biblia; tal vez se trate de una enfermedad grave. Entonces Séfora se apresuró a circuncidar al niño, y llamó a Moisés su *esposo de sangre*, porque derramando la sangre del niño libró de la muerte al padre, obteniéndole segunda vez, por decirlo así, por marido (*Exod.* 4, 20-26). Según otra interpretación, Séfora, dejándose arrastrar de ideas supersticiosas, llama a Moisés su esposo de desgracias, es decir: teme para sí y sus hijos nuevas calamidades y le abandona para regresar a su patria. Cfr. *ThpMS* XX (1909-10) 85 ss. Sea de esto lo que fuere, el suceso fué una providencia de Dios, que dió ocasión a que Moisés volviese a los suyos; Séfora sólo le hubiera servido de estorbo en tan difícil misión. Después de llevar a cabo la liberación de Israel, quiso verla de nuevo, como sucedió. Cfr. *Exod.* 18, 1 ss.; v. núm. 277.

[4] Cfr. núm. 238.

[5] Cfr. *Deut.* 4, 24; *Ps.* 96, 3; *Is.* 10, 17; I *Ioann.* 1, 5.

que ningún otro elemento para representar a Dios, espíritu puro, luz eterna e inmensa, suprema majestad, omnipotencia temible y fuente del amor y bendición, que todo lo anima, calienta e ilumina. El fuego *en la zarza* simboliza, como aquel otro que misteriosamente penetró por entre las víctimas de Abraham [1], algo que está relacionado con la situación del pueblo de Dios y con la designación de Moisés para libertarlo. La zarza significa el pueblo de Israel oprimido y humillado; el fuego representa a Dios, que visita a su pueblo con tribulaciones; mas no para destruirlo y consumirlo, sino para conservarlo milagrosamente, purificarlo y glorificarlo.

Todo esto sucede, no por méritos de Israel, sino sólo porque se cumplan las promesas. Por ello existe una *relación típico-simbólica* al fin para el cual Dios hace tan grandes maravillas, al *Mesías,* que había de salvar al pueblo más eficazmente que Moisés y a su *Madre virginal,* auxilio y refugio del pueblo de Dios. En esto se funda la aplicación que algunos santos Padres y la Iglesia hacen del prodigio de la zarza, dándole interpretación simbólica (más bien que típica). San Gregorio de Nisa, entre otros, dice: «Así como esta zarza hace resplandecer el fuego y no se quema, así la Virgen María ha dado al mundo la luz y no ha perdido la virginidad». Y la Iglesia canta en el Oficio de la Virgen: «En la zarza que Moisés vió que no se quemaba, reconocemos tu virginidad digna de todo elogio. ¡Madre de Dios, ruega por nosotros!». Y san Gregorio Magno relaciona el prodigio de la zarza con la *Encarnación de Jesucristo,* cuando dice: «Ella nos muestra a Aquel que en el fuego de la divinidad quería tomar como zarza nuestra carne sujeta a los dolores y conservar intacta nuestra humana naturaleza en el fuego de la Divinidad».

34. Las diez plagas

(Exod. 5, 10)

242. Entraron Moisés y Aarón [2] a la presencia del Rey y le dijeron: «Esto dice Yahve, el Dios de Israel: deja ir a mi pueblo, a fin de que me ofrezca un sacrificio en el desierto» [3]. A lo que respondió Faraón: «¿Quién es Yahve, para que yo escuche su voz y deje salir a Israel? Yo no conozco a Yahve, ni dejaré ir a Israel. ¿Cómo es que vosotros, Moisés y Aarón, queréis distraer al pueblo de sus tareas? Marchad a vuestros quehaceres». Y en aquel mismo día dió orden a los sobrestantes de las obras y a los exactores del pueblo, diciendo: «De ningún modo habéis de dar paja al pueblo, como antes, para que haga los ladrillos: que vayan ellos mismos a recogerla; pero les exigiréis la misma cantidad de ladrillos que hasta ahora, sin disminuirles nada; pues están holgando; y por eso vocean, diciendo: vamos a ofrecer sacrificio a nuestro Dios».

Los israelitas murmuraron contra Moisés y Aarón, porque ellos les habían acarreado nuevas vejaciones. Volvióse Moisés a Dios en su tribulación. Y Dios le dijo: «Yo soy el Señor; intima a Faraón cuanto yo te he

---

[1] *Gen.* 15, 17.

[2] Tenía Moisés 80 años y Aarón 83.

[3] El Señor le había encargado esto entre otras cosas (v. núm. 240). Pero aun quería más, a saber, que su pueblo abandonase Egipto para siempre. Faraón no tenía derecho a retener a Israel. Dios le anunció, por medio de Moisés, primero una parte de su voluntad, para facilitarle la obediencia (san Agustín, *Quaest. 13 in Exod.),* mientras los prodigios le daban a entender que Moisés era verdadero enviado suyo, al cual debía obedecer en todo. Pero ni siquiera quiso permitir Faraón que saliese Israel a ofrecer el sacrificio. Esto dió lugar a que se manifestase por una parte la tiránica altanería del Rey, y por otra la justicia del castigo divino.

mandado. Si os dijere: Haced prodigios, dirás a Aarón: toma tu vara y arrójala a los pies de Faraón; la vara se convertirá en serpiente». Habiéndose, pues, presentado Moisés y Aarón al Rey, Aarón echó la vara en presencia de Faraón y de sus servidores, la cual se convirtió en serpiente [1]. Llamó entonces Faraón a los sabios y hechiceros [2], y ellos también, con encantamientos y secretos de su arte, hicieron lo mismo. Arrojaron cada uno de ellos sus varas, las cuales se transformaron en serpientes; pero la vara (esto es, la serpiente) de Aarón devoró las varas (serpientes) de ellos. Espantóse el Rey; pero su corazón siguió tan duro como antes.

243. La Sagrada Escritura dice expresamente que los magos de Egipto consiguieron *por medio de sus artes secretas* hacer lo mismo que Moisés; mas los modernos pretenden que todo esto fué un juego de prestidigitación, por el que conseguían sustituir rápidamente las varas por serpientes. Otros traen a la memoria los psilos o encantadores de serpientes [3], que aun hoy ejercen poder mágico sobre las serpientes; las transforman en «varas», es decir: mediante presión en la nuca [4] las obligan a ponerse tiesas, rígidas y como muertas. Esta explicación natural repugna al concepto bíblico de la magia: arte secreta con auxilio de los espíritus malos; por ello en el Antiguo Testamento se castigaba la magia con pena de muerte. En nuestro caso no se puede pensar en una explicación natural. Porque, prescindiendo de que los magos deberían haber estado convenientemente preparados para tan especial prestidigitación, los que presenciaban el hecho tenían ojos para distinguir un espectáculo vulgar de prestidigitación, de un milagro, y serpientes rígidas, de varas. Por lo menos, no habrían pasado inadvertidos tales engaños a Moisés y Aarón, interesados en descubrir el embuste. Tampoco había Dios menester de milagros para contender con prácticas más o menos maravillosas de prestidigitación. Según los santos Padres, los magos de Egipto, como sucede en la magia propiamente dicha, no obraban, con ayuda de Satán, milagros propiamente dichos, es decir, cosas superiores a las fuerzas naturales, exclusivas por tanto de la omnipotencia divina; sino sólo cosas que superaban las fuerzas del hombre, y por ello parecían prodigiosas [5]. Ora con varas, ora con serpientes, o bien sustituyendo hábilmente unas por otras, aquello fué un embeleco diabólico [6].

244. Desde este momento los milagros de Dios se convierten en plagas, que fueron *diez*, cada vez más espantosas. Fácil es reconocer el objeto y significación de las mismas: enseñar a Faraón, que Yahve, en cuyo nombre se presentan Moisés y Aarón, es el Dios omnipotente, ante quien nada pueden los dioses egipcios, el Rey y sus magos. Se trata, pues, de *verdaderos milagros*, como el relato hace resaltar claramente, y lo atestiguan las alusiones posteriores. Cada una de ellas guarda relación con una propiedad natural del país de Egipto, lo cual las hace más comprensibles. Nada dicen los documentos egipcios acerca de estos hechos, cuya memoria sólo la Sagrada Escritura nos ha conservado; pero sí dan testimonio de las propiedades naturales del país de Egipto, con las

---

[1] La expresión hebrea indica más bien un animal mayor *(tannin)*, tal vez el cocodrilo. Esto se avendría mejor con las circunstancias, y explicaría más fácilmente cómo la «serpiente» de Aarón se tragó las de los hechiceros.

[2] Al frente de ellos iban Jannes y Mambres (II *Tim*. 3, 8).

[3] Acerca de los psilos de hoy, cfr. Kayser-Roloff, *Aegypten*[3] 236.

[4] Leunis, *Synopsis* I 330. Keppler, *Wanderfahrten*[8-10] 38.

[5] El Salvador y sus apóstoles dicen expresamente que los impíos «harán grandes maravillas y prodigios» y que especialmente el Anticristo obrará «conforme al poder de Satanás». Cfr. *Matt*. 24, 24; II *Thess*. 2, 8 ss.

[6] Cfr., acerca de éste y del siguiente prodigio, Gutberlet, *Das Buch der Weisheit* (Münster 1874), 439 ss. Heinisch, *Das Buch der Weisheit* (Münster 1912). También F. Schmid, *Die Zauberei und die Bibel*, en *ZKTh* 1902, 113 ss.

cuales guardan relación las plagas bíblicas.—El libro de la *Sabiduría* habla de las plagas (11, 5 ss.; 16, 1 ss.), y refiere pormenores que no se cuentan en el *Exodo*. Las diferencias no son contradicciones, ni dan motivo alguno para dudar de la historicidad del relato bíblico. Es posible que el autor del libro de la *Sabiduría* dispusiera de fuentes que contenían noticias más circunstanciadas que el *Pentateuco*. Era además muy propio de un libro didáctico, como la *Sabiduría*, parafrasear el relato, e ilustrarlo con piadosas consideraciones [1].

I. Dijo el Señor a Moisés: «Ve a encontrar por la mañana temprano a Faraón, cuando vaya a la orilla del río». Hiciéronlo así Moisés y Aarón; y levantando Aarón la vara, hirió el agua del río a presencia del Rey y de sus criados; y *el agua* se convirtió *en sangre*. Murieron los peces que había en el río y éste se corrompió; y hubo sangre en todos los arroyos, lagunas, estanques y vasijas, tanto de madera como de metal. También los hechiceros de los egipcios hicieron una *apariencia* de algo semejante por medio de sus encantamientos (ayudados del demonio). Endureció el Rey su corazón, y regresó a su casa sin escuchar a Moisés. Los egipcios cavaban alrededor del río, por si hallaban agua para beber, y desfallecían de sed [2]; mientras los israelitas tenían agua en abundancia.

Como se colige de este relato, todavía quedaba *agua del Nilo* incorrupta, tal vez la acumulada anteriormente en vasijas, o la que tenían los hebreos para su uso; acaso los magos la sacaron de alguna fuente próxima. El sentido, pues, del texto es éste: el agua del Nilo y la de los brazos, canales, lagunas y charcos de agua del Nilo se convirtió en sangre, de suerte que de todas las vasijas de madera o de piedra no salía sino sangre.—Con la palabra *sangre* parece haber querido significar la Sagrada Escritura la *coloración* [3] que presentaba el agua después del prodigio: una coloración rojo-sanguínea, juntamente con una descomposición que la hacía mal oliente o insoportable. El prodigio está relacionado con un fenómeno natural en Egipto [4]; pero su carácter milagroso es manifiesto. El Nilo, al comenzar las crecidas a fines de junio o principios de julio (cfr. núm. 205), adquiere color verdoso, y sus aguas apenas se pueden beber durante unos días; a fines de julio se torna de color moreno-rojizo, como de ocre. En el caso de las plagas, el fenómeno sucedió a principios de año, en febrero, no en tiempo de las inundaciones, pues Faraón iba tranquilamente a la orilla del río, los egipcios cavaban también en la orilla en busca de agua, etc.; la transformación fué repentina y a la voz de Moisés; además el agua se hace imposible de beber, de mal olor y mortal para los peces; tampoco el color es el que los egipcios solían ver, sino un color de sangre, que infundía espanto.

Son notables también las circunstancias siguientes: el río Nilo era adorado por los egipcios como un dios, y sin duda Faraón bajó por la mañana a él para tributarle su diaria adoración [5]. Precisamente en ese sagrado río hace Dios ostentación de su poder, convirtiéndolo por medio de su enviado Moisés en objeto de horror y espanto.

245. II. Pasaron siete días; y Aarón, por mandato del Señor, extendió su mano sobre las aguas de Egipto, y salieron fuera *ranas* que cubrieron toda la tierra de Egipto [6]; entraron en las casas, en los hornos, en los

---

[1] Cfr. Feldmann en *ThG* 1909, 178 ss.; *TQS* 1905, 275.

[2] *Sap*. 11, 5 ss.

[3] Como *Ioel* 2, 31: «Tórnese en sangre la luna», Cfr. *Apoc*. 6, 12; 3 ss.; 8, 8; 11, 6.

[4] Cfr. núm. 99, 157.

[5] Cfr. *Exod*. 8, 20.

[6] Según el contexto, refiérese aquí solamente al teatro de los sucesos: al palacio de Faraón, a la provincia en que está enclavado, al país vecino de Gesén, por tanto al Bajo Egipto; lo mismo significa «todo Egipto» en la historia de José.

repuestos de viandas, en los aposentos de dormir y en las mismas camas, tanto en el palacio de Faraón, como en las casas de sus siervos. Lograron también los magos una cosa semejante con sus encantamientos; e hicieron salir ranas sobre la tierra de Egipto, mas luego no pudieron deshacerse de ellas.

Faraón llamó a Moisés y Aarón, y les dijo: «Rogad al Señor que aparte las ranas; que yo dejaré ir a vuestro pueblo para que ofrezca sacrificios al Señor». Dijo entonces Moisés a Faraón: «Determina tú en qué tiempo he de interceder, para que las ranas sean echadas lejos, y sólo queden en el río». Y Faraón respondió: «Mañana». «Bien está, dijo Moisés; lo haré según pides, para que sepas que ningún (Dios) hay como Yahve, Dios nuestro». Y Moisés clamó al Señor, y el Señor hizo a la mañana siguiente según Moisés se lo pidió. Y murieron todas las ranas de las casas y de las granjas y de los campos; y las juntaron en inmensos montones; con lo que la tierra quedó llena de hediondez. Mas Faraón, viéndose libre del mal, endureció su corazón.

También esta segunda plaga vino del sagrado Nilo, y se relacionó, como la anterior, con un fenómeno natural de Egipto. En el Nilo y en sus charcos existen multitud de ranas, las cuales, al bajar el río después de las inundaciones, suelen extenderse en gran número por la tierra. El prodigio consistió en haber sucedido esto en tiempo desacostumbrado, repentinamente, a la voz de Moisés, y en cantidad extraordinaria; y en haber cesado la plaga también de repente, a la oración de Moisés; de suerte que Faraón, a pesar de las artes de sus magos, reconoció la mano de Dios y recurrió a las oraciones de Moisés.

246. III. Al mandato de Dios, extendió Aarón la vara e hirió el polvo de la tierra; hombres y bestias fueron infestados de *cínifes*. Procuraron también los encantadores con sus hechizos producir mosquitos; mas no pudieron. Y dijeron los encantadores a Faraón: *Es el dedo de Dios* [1]. Pero el Rey [2] no escuchó a Moisés y Aarón, como el Señor había predicho.

Los cínifes (en hebreo *kinnim,* en latín *sciniphes)* son pequeños mosquitos. En Egipto, después de la recolección, salen en enorme cantidad de las charcas que, pasadas las inundaciones, quedan en las cercanías del Nilo; su picadura produce comezón muy dolorosa en la piel; penetran por nariz y oídos. Los egipcios solían protegerse de ellos durante el sueño con una red. También este prodigio aconteció en tiempo desacostumbrado, repentinamente y a la voz de Moisés; y además la cantidad de mosquitos fué tan espantosa, que parecía haberse convertido en dañinos cínifes todo el polvo de Egipto y de su fértil campiña.

247. IV. Estando Faraón por la mañana en el río, mandó Dios a Moisés que le anunciase la cuarta plaga. *Moscas de todo género* llenaron la casa de Faraón y de sus siervos; todo el país de Egipto quedó inficionado de ellas [3], con excepción de la tierra de Gesén. Faraón mandó llamar a Moisés y Aarón y les dijo: «Id y sacrificad a vuestro Dios, sin salir de esta tierra». «No puede ser eso, replicó Moisés, porque hemos de sacrificar al Señor Dios nuestros animales, cuya inmolación es un sacrilegio para

---

[1] Ora quisieran con estas palabras dar a Dios el honor debido, ora justificar su impotencia para no quedar postergados, lo cierto es que en estas insignificantes criaturas fracasó su poder, no permitiendo el Señor que en adelante prosperasen sus artes diabólicas.

[2] Moisés y Aarón.

[3] Es decir, hombres y bestias perecieron mediante ellas (cfr. *Sap.* 16, 9).

los egipcios. Pues si a su vista matáremos aquellos animales que ellos adoran, nos apedrearán [1]. Andaremos tres días camino del desierto, y allí ofreceremos sacrificios al Señor Dios nuestro, como nos lo tiene ordenado». Y dijo Faraón: «Yo os dejaré ir al desierto a ofrecer sacrificios a Yahve, vuestro Dios, con tal, empero, que no vayáis más lejos; rogad por mí». Y dijo Moisés: «En saliendo de tu presencia oraré al Señor, y mañana las moscas se alejarán de Faraón, de sus siervos y de su pueblo; pero no quieras engañarme de nuevo, impidiendo que el pueblo vaya a adorar a Yahve». Despedido Moisés de Faraón, oró al Señor, el cual cumplió la promesa de Moisés, y arrojó las moscas lejos de Faraón, de sus siervos, y de su pueblo, sin que una tan sólo quedase. Mas endurecióse el corazón de Faraón, de suerte que ni tampoco esta vez dejó salir al pueblo.

La palabra hebrea *arob* significa propiamente mezcolanza, insectos; las versiones antiguas traducen *kynomyia* o *coenomyia,* moscas de perro [2]. Esta plaga fué aún peor que las anteriores; porque las moscas perseguían a hombres y animales con furia; les picaban en la piel y especialmente en los párpados y en la región periorbital, produciendo horribles dolores. Laborde las llama «el animal más temible de la creación». La misión de Moisés se limitó esta vez a anunciar al Rey la plaga y el cumplimiento. Desaparece de consiguiente la posibilidad de atribuirla al arte mágica de Moisés y Aarón, puesto que vino directamente de Dios. Israel fué preservado maravillosamente de la plaga, porque mejor reconociese la impotencia de los falsos dioses y la omnipotencia de su Dios. Tan honda impresión produjo este castigo en el ánimo de Faraón, que por un momento accedió a la demanda de Moisés.

248. V. De nuevo dijo Dios a Moisés que intimase a Faraón la orden de dejar salir al pueblo; y si Faraón no accedía, le anunciase para el día siguiente una *peste* que sólo afligiría a los egipcios. Y efectivamente, murieron los caballos, asnos, camellos, bueyes y ovejas; pero de los animales de los israelitas ni uno siquiera pereció. Y por más que Faraón se enteró de esto, endureció su corazón.

VI. Por orden del Señor, Moisés y Aarón esparcieron ceniza de un horno [3] hacia el cielo, en presencia de Faraón, y resultaron *úlceras y tumores* apostemados en hombres y animales. Ni los hechiceros podían comparecer delante de Moisés, a causa de las úlceras que padecían. Y endureció el Señor el corazón de Faraón, el cual tampoco esta vez dió oídos a Moisés y Aarón, como lo había predicho el Señor a Moisés.

En esta plaga se atribuye *el endurecimiento del corazón* de Faraón tanto a éste como a Dios. Faraón endureció su corazón por el mal uso de la libertad, obstinándose en su terquedad y soberbia, por más que Dios se esforzó en mover y reducir su voluntad. Dios endureció el corazón de Faraón, no porque quisiera o produjese el endurecimiento — que sólo afirmarlo sería blasfemar de la santidad y justicia divinas —, sino porque abandonó a Faraón a su albedrío, dejándole obrar de modo que todo redundase en gloria de Dios y salvación de su pueblo. Dios se lo había predicho a Moisés [4], para que ni un instante dudase del poder divino cuando viera la terquedad de Faraón.

---

[1] Cfr. núm. 123 acerca del culto de los animales en Egipto.
[2] Cfr. *Ps.* 77, 44; 104. 31; *Rb.* 396.
[3] Para significar simbólicamente la inminente plaga de las úlceras y tumores.
[4] *Exod.* 4, 21 y 7, 3.

249. VII. Y dijo el Señor a Moisés: «Levántate de mañana, preséntate a Faraón y le dirás: esto dice Yahve, el Dios de los hebreos: deja que vaya mi pueblo a ofrecerme sacrificios. Porque esta vez he de enviar todas mis plagas sobre tu corazón y sobre tus siervos y sobre todo tu pueblo, para que sepas que no hay semejante a mí en toda la tierra. Pues extenderé mi mano y te castigaré a ti y a tu pueblo con pestilencia [1], y serás exterminado de la tierra. Que a este fin te he conservado, para mostrar en ti mi poderío; porque mi nombre sea celebrado en todo el mundo. ¿Y aún tienes tú a mi pueblo, y no quieres dejarle ir? Pues mira, mañana a esta misma hora, haré llover un horrible *pedrisco,* tal cual nunca se ha visto en Egipto desde que comenzó a ser habitado hasta el presente. Por eso, desde ahora, envía y recoge tus bestias y todo cuanto tienes en el campo; porque hombres y bestias, y todo lo que se hallase al descubierto, y no se hubiese retirado de los campos, en cayendo sobre ellos el pedrisco, perecerá».

Quiénes, temieron a Dios y recogieron en su casa criados y bestias; quiénes, despreciando la palabra del Señor, dejaron en el campo a sus siervos y animales. Dijo, pues, el Señor a Moisés: «Extiende tu mano hacia el cielo». Extendió luego Moisés la vara hacia el cielo, y el Señor despidió truenos, granizo y centellas, que caían sobre la tierra. Y fué la piedra de tal tamaño, cual nunca se vió antes en toda la tierra de Egipto. Y arrasó el pedrisco toda la yerba del campo, y destrozó todos los árboles del país. Hasta el lino y la cebada se perdieron; por cuanto la cebada estaba espigada, y el lino granaba ya. Pero el trigo y la espelta no padecieron, por ser tardíos. Sólo en tierra de Gesén, donde moraban los hijos de Israel, no cayó piedra.

250. Durante la tormenta, envió Faraón a llamar a Moisés y Aarón, y les dijo: «También esta vez he pecado; Yahve es justo; yo y mi pueblo somos impíos. Rogad a Yahve que cesen esos terribles truenos y el pedrisco, para que yo os deje ir; y de ninguna manera os detengáis aquí más tiempo». Respondió Moisés: «En saliendo de la ciudad, alzaré mis manos al Señor, y cesarán los truenos, y no caerá más piedra; para que sepas que la tierra es del Señor. Pero yo conozco que ni tú ni tus siervos teméis todavía al Señor». Despedido Moisés de Faraón, así que salió de la ciudad, alzó las manos al Señor, y cesaron los truenos y el pedrisco; ni una gota de agua cayó sobre la tierra. Pero viendo Faraón que habían cesado la lluvia, la piedra y los truenos, agravó su pecado; se obstinó su corazón y el de sus siervos, y endurecióse más y más, y no dió libertad a los hijos de Israel.

Lo prodigioso de la tormenta consistió en lo horrible de la devastación, en la inmunidad del país de Gesén y en haber acontecido a la voz de Moisés. Tan viva impresión causó esto en el ánimo de Faraón, que por primera vez reconoció haber pecado. Empero muy pronto demostró que su arrepentimiento no era sincero. — No son frecuentes las tormentas en el Bajo y Medio Egipto, y acontecen en los meses de diciembre y enero. De la relación de los daños causados se colige que el suceso ocurrió a principios de febrero, cuando la cebada comienza a madurar; a fines del mismo o principios de marzo está ya en

---

[1] Peste, una de las plagas más terribles de Dios, significa en este lugar el conjunto de plagas que aun les aguardaban, hasta la destrucción del ejército en el mar Rojo.

sazón; el trigo viene un mes más tarde. Las bestias salen a las praderas de enero a abril [1].

251. VIII. Fueron Moisés y Aarón por orden de Dios a Faraón, y le dijeron: «Esto dice Yahve, Dios de los hebreos: ¿Hasta cuándo rehusarás sujetarte a mí? Deja salir a mi pueblo a ofrecerme sacrificios. Que si prosigues resistiendo, y no quieres soltarle, mañana inundaré tus comarcas *de langosta,* que cubra la superficie de la tierra, de suerte que nada de ella se vea, y devore cuanto no hubiese destrozado el pedrisco; porque roerá todas las plantas que brotan en los campos. Y se llenarán de ellas tus casas y las de tus servidores y las de todos los egipcios, en tanta cantidad, cuanta no han visto ni tus padres ni tus abuelos». Con esto volvió las espaldas, y dejó a Faraón. Dijéronle a Faraón sus ministros: ¿Hasta cuándo hemos de padecer esta ruina? Deja ir a esos hombres a ofrecer sacrificios a Yahve, su Dios. ¿No ves cómo está perdido Egipto?» Volvieron, pues, a llamar a Moisés y Aarón ante el Rey, el cual les dijo: «Id, sacrificad a Yahve, vuestro Dios. Mas ¿quiénes son los que han de ir?» «Hemos de ir, respondió Moisés, con nuestros niños y ancianos, con los hijos e hijas, con nuestras ovejas y ganados mayores; por cuanto es una fiesta solemne del Señor Dios nuestro».

Respondió sarcásticamente Faraón: «Así Dios os guarde, como he de permitiros ir con vuestros niños. ¿Quién puede dudar que procedéis con refinada malicia? No ha de ser así; mas id solamente los hombres y sacrificad al Señor; pues eso es lo que vosotros mismos habéis pedido». Y al punto fueron echados de la presencia de Faraón. Extendió Moisés, por mandato del Señor, la vara sobre la tierra de Egipto; y envió el Señor todo aquel día y aquella noche un viento abrasador (del este), el cual, venida la mañana, trajo langostas. Derramáronse éstas sobre toda la tierra de Egipto y posaron en todos los términos de los egipcios en espantosa multitud; y cubrieron toda la faz de la tierra, talándolo todo [2]. Por manera que no quedó absolutamente cosa verde en todo Egipto ni en los árboles, ni en las yerbas de la tierra. Por lo cual llamó Faraón a toda prisa a Moisés y Aarón y les dijo: «Pecado he contra Yahve, vuestro Dios, y contra vosotros. Ahora, pues, perdonadme también por esta vez mi pecado, y rogad a Yahve, vuestro Dios, que aparte de mí esta muerte». Salió Moisés de la presencia de Faraón y oró al Señor; el cual hizo soplar del poniente un viento muy recio que, arrebatando las langostas, las arrojó en el mar Rojo, sin que quedase ni una sola en los términos de Egipto [3]. Y Faraón endureció su corazón, y no dejó salir de su tierra a los hijos de Israel.

252. Se trata aquí de la especie *Pachytilus migratorius* (fig. 35) de trece centímetros de largura; plaga terrible, no rara en Oriente y en Egipto. En Egipto las trae el viento del sur o del sudoeste en enjambres o nubes que oscurecen el sol. Allí donde van a parar, cubren varias millas de extensión, y en

---

[1] Acerca de esta plaga cfr. *Sap.* 16, 16-19.

[2] Acerca de esta plaga cfr. *Sap.* 16, 9; Gutberlet, *Das Buch der Weisheit* 410; Heinisch, *Das Buch der Weisheit* 234.

[3] Es decir: cesó por completo la plaga.

poco tiempo devoran todo lo verde, la corteza y las raíces de los árboles, haciendo ruido que se oye a gran distancia; penetran a menudo en las casas, y roen la madera; y aun en su retirada son perniciosas, porque dejan los huevos y excrementos de pestilente hedor; el viento las echa al mar, el cual las devuelve muertas a la orilla, y desde allí apestan el aire. En cierta ocasión murieron en Numidia 80000 hombres, de una peste producida por la langosta. Con razón la llama Faraón «esta muerte», y ruega con insistencia que le sea perdonado su pecado. Lo prodigioso está en haber venido la langosta a la voz de Moisés, desde gran distancia, cubriendo todo Egipto—no sólo una faja de tierra, como de ordinario sucede—, y en haber desaparecido también a la voz de Moisés. El profeta Joel describe poéticamente los horrores de semejante plaga, imagen de las plagas que han de preceder al juicio final [1].

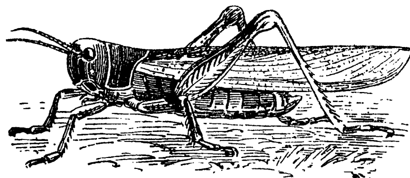


Fig. 35. — Pachytylus migratorius.

253. IX. Extendió Moisés por mandato de Dios su mano hacia el cielo, y al punto se cubrió Egipto de *tinieblas* horrorosas por espacio de tres días. Una persona no veía a otra, ni se podía mover del sitio en que se hallaba; pero dondequiera que habitaban los hijos de Israel, allí había luz.

«No había ya fuego, por grande que fuera, que pudiese alumbrarles; ni el claro resplandor de las estrellas podía esclarecer aquella horrenda noche. En aquella oscuridad, todo causaba espanto a las criminales conciencias de los egipcios: el susurro de los vientos, el ímpetu de corrientes caudalosas de agua, el correr de los animales, el alarido de las bestias, la caída de una hoja. Y aun ellos se hacían a sí mismos más insoportables que las tinieblas, las cuales sólo eran imagen de las eternas que les aguardaban. Oían los israelitas las voces de los egipcios, pero sin verlos; y glorificaban al Señor que les libró de tal angustia» [2]. También esta plaga se relaciona, al parecer, con un fenómeno natural en Egipto. El (viento) *camsin* o siroco egipcio, cuando se convierte en huracán *(simun),* llena el aire de partículas de arena, que llegan a ocultar la luz del sol; el disco solar aparece con un resplandor turbio y tenue. Como quiera que sea, también aquí el fenómeno se produjo de una manera prodigiosa: las tinieblas fueron más terribles y pavorosas que las producidas por el *camsin;* la tierra de Gesén quedó preservada — por no hablar de otras circunstancias.

254. *Estas terribles plagas* habían de servir, no sólo para quebrantar la resistencia que Faraón y Egipto oponían al deseo del pueblo de Dios de ofrecer un sacrificio, sino principalmente para mostrar a los pueblos paganos, a la cabeza de los cuales estaba Egipto por su poderío y civilización: 1, que sus *divinidades terrenas* eran falsas y sus sacerdotes impotentes; por el contrario, el Dios sobrenatural, Señor del cielo y de la tierra, que pone sus leyes a la naturaleza, era el único Dios verdadero; 2, que este Dios omnipotente y omnisciente no se sirve de un «ejército de osos y leones» [3] para humillar a los *orgullosos* de la tierra que levantan sus cabezas contra El, sino de los más débiles e insignificantes animalitos; 3, que Dios, para mostrar su acabada *justicia,* castiga generalmente al hombre allí donde más pecó [4]. Con sangre de niños hebreos habían enrojecido el Nilo los egipcios; sangre les dió a beber el Nilo. Adoraban

---

[1] *Ioel* 1, 1; 2, 1. *Apoc.* 9, 7; cfr. *NO* 1874, 98 ss.; *HL* 1915, 192.
[2] Así describe la *Sabiduría* (17, 5 ss.; 18, 1 ss.) lo espantoso de aquellas tinieblas; cfr. Gutberlet l. c. 444 ss. 468 ss.; Heinisch l. c. 321 ss.
[3] *Sap.* 11, 18.
[4] *Sap.* 11, 17.

a las serpientes y otros animales despreciables; un ejército de tales animales les mandó Dios en castigo; 4, pero, sobre todo, habían de servir las plagas para librar a los hebreos, tan medrosos y esclavizados hasta entonces, del temor a los ídolos; para levantar su espíritu, infundiéndoles confianza y seguridad en la omnipotencia de Dios, desprecio de los dioses de los egipcios y de sus engañosas artes mágicas, impotentes contra Yahve; para prepararlos de esta suerte a servir al Señor y entregarse incondicionalmente a las divinas disposiciones.

255. Hasta ahora las plagas de Dios habían tocado a los egipcios en sus bienes y haciendas, en sus animales y en su cuerpo. Pero la terquedad de Faraón atrajo sobre su pueblo un castigo aun más terrible: la muerte. Después de las espantosas tinieblas, llamó Faraón a Moisés y Aarón y les dijo: «Id, ofreced sacrificios a Yahve; queden solamente vuestras ovejas y ganados mayores». Respondió Moisés: «También nos has de dar bestias y holocaustos que ofrecer a Yahve, nuestro Dios. Los ganados todos han de venir con nosotros: no ha de quedar de ellos ni una pezuña; como que son necesarios para el culto de Yahve, nuestro Dios; mayormente no sabiendo qué es lo que debemos inmolar, hasta que lleguemos al sitio mismo». Y dijo Faraón: «Quítateme de delante, y guárdate de comparecer otra vez en mi presencia; el primer día que te presentes, morirás».

Replicó Moisés: «Así se hará, como tú has dicho: no volveré yo a ver tu casa (sin ser llamado). Pero sabe que esto dice Yahve: A la media noche [1] saldré a recorrer Egipto, y *morirán todos los primogénitos* en la tierra de los egipcios: desde el primogénito de Faraón, heredero del trono, hasta el primogénito de la esclava, que hace rodar la muela en el molino, y todas las primicias de las bestias. Y se oirá un clamor grande en todo el Egipto, cual nunca hubo, ni habrá jamás. Pero entre todos los hijos de Israel, desde el hombre hasta la bestia, no chistará siquiera un perro; para que conozcáis cuán milagrosa distinción hace el Señor entre egipcios y hebreos. Y todos esos servidores tuyos vendrán a mí, y postrados en mi presencia, me suplicarán, diciendo: «Sal tú, y todo el pueblo que está a tus órdenes. Y después de esto, saldremos». E irritado Moisés en extremo, se apartó de Faraón [2].

En lo que sigue de la historia de la salida, es de advertir que el redactor incluye disposiciones legales acerca de la fiesta y significación del cordero pascual, dictadas más tarde por Moisés. Para la salida, preparada con mucha anticipación, bastaban las disposiciones esenciales relativas al cordero pascual; lo demás pertenece a la promulgación de la Ley en el desierto; el Texto Sagrado vuelve a hablar de ello al narrar aquellos sucesos. Lo propio acontece con otros capítulos históricos y legales referentes al viaje por el desierto.

---

[1] No quiere decir el Texto Sagrado que esto sucediese la noche inmediata; en general, entre una y otra plaga pasaron días y aun semanas. La Sagrada Escritura no indica con qué intervalos se sucedieron las plagas. De *Exod.* 7, 25, no se desprende que de uno a otro prodigio transcurriese una semana. Por el contrario, algunas debieron de acaecer muy próximas, otras, en cambio, más separadas. Creen algunos que, desde la primera entrevista de Moisés con Faraón hasta la salida de Egipto pasó un año entero. Antes de la última plaga se dictaron a los israelitas las prescripciones acerca del cordero pascual. Lo indeterminado de la noche y el repentino cumplimiento de la amenaza hicieron aún más espantoso el castigo.

[2] Imagen de la ira divina, que se disponía a aniquilar al rey de Egipto, porque, además de endurecer su corazón, había amenazado de muerte al enviado de Dios.

35. El cordero pascual y la salida de Egipto

(*Exod.* 12, 1 a 13, 19)

256. Dijo el Señor a Moisés y Aarón: «Este mes ha de ser para vosotros el primero de los meses del año [1]. Decid a todo el pueblo de Israel: El día diez de este mes, tome cada cual (cada jefe de familia) un cordero o cabrito. Y no habiendo en alguna familia suficiente número de individuos para comer el cordero, tome a su vecino inmediato con el número de personas que sea menester para comerle. El cordero (o cabrito) ha de ser sin defecto, macho y primal. Le guardaréis hasta el día catorce de este mes; en el cual, por la tarde [2], le inmolaréis. Y tomarán de su sangre, y rociarán con un manojito de hisopo [3] las jambas y el dintel de las casas en que le comerán».

Todavía dió el Señor algunas prescripciones acerca del modo de preparar y comer el cordero: «Comeréis aquella noche las carnes asadas al fuego, con panes ácimos y lechugas silvestres. Nada de él comeréis crudo, ni cocido en agua; sino sólo asado al fuego [4]; comeréis cabeza, pies e intestinos. No quedará nada de él para la mañana siguiente. Si sobrare alguna cosa, la quemaréis al fuego.—*No quebrantaréis hueso alguno*. Ningún extranjero e incircunciso probará de él.—Y le comeréis de esta manera: tendréis ceñidos vuestros lomos, y puesto el cal-

---

[1] Hasta entonces el *año* hebreo *comenzaba* por el equinoccio de otoño (cfr. pág. 137, nota 5); desde ahora había de comenzar con el mes de la prodigiosa liberación de Egipto, para perpetua memoria de tan extraordinario favor divino; el séptimo mes, en el cual caía el equinoccio de primavera, comenzó a ser el mes primero.

[2] En hebreo: «entre los dos atardeceres» (*Deut.* 16, 6: «por la tarde, al caer el sol»). Según Schiaparelli (*Die Astronomie im AT* 84), esta expresión significa el momento en que acaba el primer crepúsculo (en Palestina, media hora después de la puesta del sol) y comienza el segundo con la aparición del disco lunar; entonces remataba el día, comenzando el siguiente. Más tarde, los judíos tomaron el primer atardecer entre el mediodía y el ocaso y el segundo a la puesta del sol; de ahí que comenzasen *hacia las 3 de la tarde* a sacrificar el cordero.

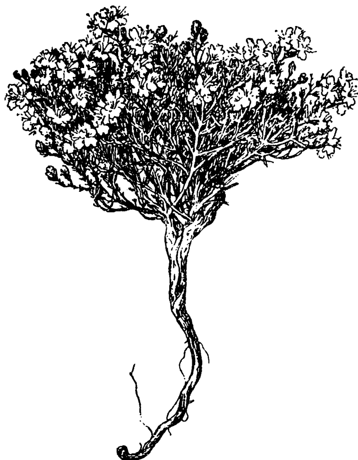


Fig. 36.
Zuhêf (Thymus Cephalotus L.) en flor.

[3] El *hisopo* bíblico no es el *Hyssopus officinalis,* que no pertenece a la flora oriental, sino, según Fonk (*Streifzüge* 105 ss.), el *Origanum maru L.* (familia de las labiáceas). Esta planta alcanza 1 m de altura; la parte inferior es leñosa, el tallo recto y las ramas rígidas y velludas, y al mismo tiempo muy a propósito para impregnarse de humedad, que devuelven al ser sacudidas. Pero, según Heidet (*HL* 1910, 60 ss.) (cfr. ibid. 1916, 34 y 80), el hisopo bíblico es el *Thymus Cephalotus L.* (fig. 36), llamado por los árabes *zuhef* (o *hezuf,* en hebreo *ezob),* árbol enano de 20-25 cm. de altura. Cuádrale a éste lo que dice III *Reg.* 4, 33 (crece en las paredes de las rocas) y supone *Ioann.* 19, 28-30. Esta tupida planta era muy a propósito para los usos rituales del A. T., es decir, para aspersorio con que rociar la sangre o el agua de la purificación (v. núm. 340). La palabra pasó luego a simbolizar la purificación de las personas y cosas. Véase, por ejemplo, la oración de David penitente: «Rocíame con el hisopo (es decir, con el agua de la purificación, en la cual se introducía el ramito de hisopo) y seré limpiado; lávame y quedaré blanco como la nieve» (*Ps.* 50, 9).

[4] A este efecto se le colgaba por dos palos atravesados en forma de cruz.

zado en los pies [1], y un báculo en la mano [2]; y comeréis aprisa; por ser la Fase (esto es, el Paso) [3] del Señor. Porque yo pasaré aquella noche por Egipto, y heriré de muerte a todo primogénito de los egipcios, sin perdonar a hombre ni a bestia; y de los dioses de Egipto [4] yo tomaré venganza. Yo, el Señor. La sangre os servirá como señal en las casas donde estuviereis; pues yo veré la sangre, y pasaré de largo, sin que os toque la plaga exterminadora, cuando yo hiera a Egipto» [5].

«Este día será memorable para vosotros; y le celebraréis como fiesta del Señor, de generación en generación. Porque ese mismo día sacaré de la tierra de Egipto a vuestro pueblo. Por siete días comeréis pan sin levadura; y no se hallará levadura en vuestras casas. Los días primero y séptimo serán santos y festivos [6]; ninguna obra servil haréis en ellos, excepto las que atañen a la comida [7]. Y cuando vuestros hijos os pregunten: ¿qué significa este rito? les responderéis: Esta es la víctima del Paso del Señor.» — Convocó Moisés a todos los ancianos de Israel, y les comunicó todas estas prescripciones. Al oírlas, postráronse todos y adoraron al Señor; y habiendo salido, hicieron como el Señor había mandado [8].

257. *Llegó el día catorce.* Y he aquí que a la media noche el Señor hirió de muerte a todos los primogénitos de la tierra de Egipto, desde el primogénito de Faraón, hasta el primogénito de la esclava que estaba en cadena, y a todo primer nacido de las bestias. Mas, al ver el Señor las puertas de los israelitas rociadas con la sangre del cordero, pasó de largo y no permitió entrar por ellas al Angel Exterminador [9]. Entonces se levantó Faraón de noche, y todos sus servidores, y el Egipto todo; y fueron grandes los alaridos en Egipto; porque no había casa en donde

---

[1] En casa andaban los israelitas descalzos (cfr. núm. 238); mas en esta ocasión debían estar preparados para la salida.

[2] Como la túnica era molesta para largos viajes, se la ceñían con un cinturón; de donde «ceñir la cintura» (los lomos), quiere decir estar listo para marchar; en este sentido dice el Señor: «Tened ceñida vuestra cintura (para el Juicio)» (*Luc.* 12, 35). También el bastón formaba parte del equipo necesario para viajar; de ahí que lo cite el Señor como algo casi indispensable, cuando «mandó a los Doce que no llevasen nada para el camino, sino un cayado» (*Marc.* 6, 8).

[3] En hebreo *pésach,* en griego y latín *pas-cha* y también *passah.*

[4] Haciendo ver en éste, como en los demás castigos, su impotencia e inanidad. Según tradición judía, en aquella noche fueron destruídos todos los ídolos egipcios y derruídos los templos; mas ni en la Sagrada Escritura hay un texto en que apoyarla, ni en parte alguna testimonio que la confirme.

[5] «La aspersión de las puertas con sangre supone conocimiento del sacrificio expiatorio». Si la costumbre de las tribus árabes de poner *señales de sangre* en casas, animales y hombres (la sangre es para los orientales el aglutinante más firme entre la divinidad y sus adoradores, garantiza la participación en lo divino y asegura contra todo riesgo; así Beer en *ZDMG* 1905, 429), es realmente un elemento de la primitiva religión de los semitas (como lo afirma Curtiss, *Ursemit. Religion im Volksleben des heutigen Orients,* 1903). pudiera en ese caso estar relacionada con ella la disposición mosaica, pero con significado nuevo y determinado.

[6] En hebreo: Los días primero y séptimo había asamblea, es decir, culto solemne.

[7] En sábado no se permitía ni siquiera encender fuego para preparar la comida (*Exod.* 16, 23; 35, 2 s.).

[8] *Exod.* 12, 21 27 s.

[9] En hebreo «destructor», probablemente uno o algunos de los ángeles buenos, de los cuales se sirvió Dios para llevar a cabo el castigo. Se les llama (*Ps.* 77, 49 ss.) «ángeles malos» porque su intervención era mortal para los enemigos de Dios.

no hubiese algún muerto [1]. Y llamando Faraón en aquella misma noche a Moisés y Aarón, les dijo: «Marchad, y retiraos de mi pueblo, así vosotros como los hijos de Israel. Id y ofreced sacrificios a Yahve, como decís. Llevaos vuestras ovejas y ganados mayores; y antes que os marchéis, bendecidme» [2]. Al mismo tiempo los egipcios estrechaban al pueblo para que saliese prontamente del país, diciendo: «Si no marcháis, pereceremos todos». Y como Dios había predicho, los egipcios dieron de grado a los israelitas alhajas de oro y plata y muchísimos vestidos; de suerte que los israelitas salieron con rico botín [3]. Pusiéronse inmediatamente en camino, según el mandato de Dios, y como no hubiese tiempo de echar levadura a la harina amasada, envolviéronla en los mantos y se la echaron a cuestas. «El tiempo que moraron en Egipto los hijos de Israel fué de 430 años [4]. Cumplidos los cuales, salió de Egipto todo el ejército del Señor en el día señalado» (esto es, el día de la Pascua, 14-15 de Nisán), «bien equipado, y distribuído en ordenados escuadrones».

Moisés, instruído por Dios de todos los pormenores, había tomado las medidas necesarias para que todos sacrificasen el cordero en la misma noche y, preparados, esperasen la señal de partida. La señal pudo haber consistido en fogatas preparadas con este objeto en determinados lugares del país, las cuales, encendidas una tras otra, habrían señalado con la velocidad del rayo el momento de emprender la marcha. Partieron, pues, de todas partes por grupos y se concentraron en Socot (véase el mapa de la página 287). *Ramesses,* de donde salieron los israelitas, designa no sólo la ciudad donde Moisés habló a Faraón, sino toda la tierra de Gesén. *Socot* o Pitom (núm. 232), conocida de todos los israelitas, fué señalada como lugar de concentración; y a la verdad, por hallarse junto al canal de Seti I y cerca de los estanques de que hacen mención los manuscritos

---

[1] Cfr. *Sap.* 18, 10 ss.; Gutberlet, *Das Buch der Weisheit* 482 ss.; Heinisch, *Buch der Weisheit* 328 s.

[2] Con estas últimas palabras quedaban los israelitas completa e incondicionalmente despedidos.

[3] A propósito de los vasos de plata y oro que llevaron consigo los israelitas, se han cometido varios errores en las versiones, traduciendo, por ejemplo, «pedir prestado», «pedir fiado», en vez de «demandar», «apetecer»; «despojaron», en vez de «tomaron». La palabra latina *spoliaverunt Aegyptios* no justifica tales versiones, porque lingüísticamente no significa «despojar», sino «tomar despojos de los egipcios», y objetivamente el contexto lo explica en este sentido: «Yahve dió gracia al pueblo a los ojos de los egipcios, de suerte que éstos dieron de grado a los israelitas, y así éstos tomaron despojos de los egipcios». Ello concuerda con las instrucciones que en *Exod.* 3, 21-22 y 11, 2, les dió el Señor (cfr. núm. 240). Las expresiones del texto hebreo no ofrecen lugar a error; en particular, la palabra que la *Vulgata* traduce *commodare,* en el único pasaje en que vuelve a salir no significa «prestar», sino «dar de grado» (1 *Reg.* 1, 28). Para esta cuestión cfr. Reinke, *Beiträge* III 147. Es, pues, falsa esta interpretación, tan repetida aun en la literatura popular: «Yahve incitó a Israel a sustraer vasijas de oro y plata a los egipcios».

[4] *Exod.* 12, 40. Este dato del original hebreo y de la *Vulgata* obedece, sin duda, a algún error textual. Según la versión griega, los 430 años corresponden a la estancia de los israelitas en Egipto y a la de sus antepasados en Canaán; lo mismo dicen san Pablo (*Gal.* 3, 16 s.; *Act.* 13, 20) y Josefo (*Ant.* 2, 15, 2). Si la estancia de los Patriarcas en Canaán duró 215 años, sólo quedan otros 215 para la de los israelitas en Egipto. Están de acuerdo con esto los cálculos antes apuntados (220 y 233), según los cuales Jacob bajó a Egipto hacia el 1700 y el éxodo y la conquista de Canaán acontecieron en el reinado de Amenofis II (1461-1436). También están en armonía con este número las genealogías, las cuales cuentan seis generaciones, por término medio, desde Leví y demás hijos de Jacob hasta Moisés. Los 400 años de *Gen.* 15, 13, son de una profecía algún tanto oscura; pero el contexto (cfr. v. 16) permite suponer que también en ellos se incluyen los años de la estancia en Canaán.

egipcios, por la proximidad de la actual Ismailia, sita a orillas del lago Timsah, al sudeste del país de Gesén, a unos 40 Km. de Ramesses (Tanis), era el lugar más indicado para ello. La mayor parte de los israelitas podía llegar allí al día siguiente y los restantes al tercero, pues los más alejados apenas distaban 90 Km. En dicho lugar había agua potable y todo cuanto pudiera necesitar aquella gran multitud. No era de temer resistencia alguna por parte de las autoridades o tropas egipcias, que ni podían ni querían oponerse al proyecto, ni aquí ni en parte alguna, habiendo salido los israelitas con permiso expreso de Faraón, acompañados de los votos del pueblo egipcio, y en tan gran número que hubiera sido inútil resistirles.

Hablando de la *dirección que los expedicionarios* tomaron hacia el mar Rojo, dice la Sagrada Escritura: «No guió Dios a los israelitas por el camino del país de los filisteos, que era el más corto [1]; no fuera que se arrepintiesen al ver que les movían guerras [2] y se volviesen a Egipto, sino los condujo por el camino del desierto, que está cerca del mar Rojo» [3]. Aquí quería Dios castigar a Faraón, cuya mudanza había previsto, y librar de una vez para siempre de sus manos al pueblo escogido.

258. Partieron, por fin, los hijos de Israel de Ramesses a Socot, en número de unos 600000 hombres, sin contar mujeres y niños. Llevaron también consigo los restos de José, como lo habían prometido con juramento sus hermanos [4]. También salió con ellos una turba inmensa *de gente de toda clase* [5]; ovejas y ganados mayores, y todo género de animales en grandísimo número [6]. Y cocieron en Socot la harina amasada que trajeran de Egipto, e hicieron panes ácimos, cocidos al rescoldo [7]. Aquí se apareció el Señor a Moisés y le dijo: «*Conságrame todo primogénito masculino*, tanto de hombres como de animales; pues míos son todos. Pero a los primogénitos varones los rescatarás con dinero.» Comunicó Moisés esta orden al pueblo, y añadió: «Cuando vuestros hijos os preguntaren el día de mañana: ¿Qué significa esto? les responderéis: El Señor nos sacó con brazo fuerte de la tierra de Egipto, matando a todos los primogénitos egipcios (mas a los nuestros perdonó)» [8].

---

[1] Hasta el límite, unos 190 Km.; hasta la capital (Gaza), unos 300 Km.

[2] Estaban amenazados por los belicosos filisteos y por Faraón que les perseguía.

[3] *Exod.* 13, 17 s.

[4] *Exod.* 13, 19; cfr. 50, 24 s.; v. núm. 230.

[5] En hebreo *ereb,* mezcla, amasijo, es decir, hombres de distinta procedencia, extranjeros que estaban al servicio de los israelitas acaso ya antes del éxodo (cfr. *Deut.* 29, 10), especialmente egipcios, a quienes la pobreza había obligado a salir con Israel.

[6] *Exod.* 12, 38.

[7] *Exod.* 12, 39.

[8] *Exod.* 13, 2; 12-16. Las primicias correspondían a Dios; el varón primogénito, como don más noble y excelente, debía ser consagrado y santificado para Dios (cfr. *Exod.* 22, 29; 34, 19 s.; *Lev.* 27, 26); pero Dios invoca todavía otra razón: el haber perdonado a los primogénitos hebreos en Egipto cuando el Angel Exterminador degolló a los egipcios (cfr. *Exod.* 13, 13 ss.). Los primogénitos israelitas estaban, pues, obligados a consagrarse exclusivamente a Dios. Pero cabía el rescate con dinero; y más tarde separó el Señor para sí en sustitución de los primogénitos a la tribu de Leví, a la cual se pagaba en adelante el tributo de rescate (5 siclos); a esta tribu quedó encomendado exclusivamente el servicio divino (*Num.* 3, 12 s.; 40 ss.; 8, 16 ss.; 18, 15 s.).—Entiéndese por primogénito en sentido *ritual,* según *Exod.* 13, 12, el primer varón de cada *mujer,* pero en sentido *jurídico,* el primer varón del *padre.* A éste correspondían la presentación y rescate del niño. La Ley recordaba a los israelitas en todo momento que el pueblo entero, representado en sus primogénitos, era de Dios y estaba obligado al servicio divino, y que debía agradecer a Dios el haberle escogido por primogénito entre las naciones, y sacado de Egipto, perdonando a sus primogénitos (más pormenores en núm. 297, 323 y 353).

Si el número de hombres que salieron de Egipto era de 600000, preciso es admitir que la población masculina se elevaba al millón (ya que por término medio sólo el 55 °/₀ de la humanidad pasa los 20 años); y suponiendo el número de mujeres igual al de varones, la población total que salió de Egipto pudiera elevarse a dos millones. Dada la extraordinaria propagación de los israelitas en Egipto (*Exod.* 1, 7, 12), no es imposible que, al cabo de 200 años, su número fuese tan elevado, aun prescindiendo de los cientos de criados y criadas que acompañaron a la familia patriarcal (*Gén.* 14, 14) y de los extranjeros que salieron de Egipto con los israelitas[1]. Razones de otra índole hacen dudar de cifra tan elevada: la dificultad de movilizar y proveer de víveres a tan enorme multitud, con sus animales, tanto en la salida como en los viajes por el desierto. Y, efectivamente, ciertos datos de la Santa Biblia inducen a sospechar que las cifras actuales no son auténticas. El paso del mar Rojo en una noche sugiere tal sospecha; y en ciertos pasajes se vislumbra una tradición que no se aviene con tan elevadas cifras. Según *Exod.* 23, 27 ss., quiere Dios ir quitando poco a poco de la presencia de los israelitas a los heveos, cananeos y heteos, dando tiempo a que éstos crezcan y puedan ocupar completamente aquel país. En *Deut.* 7, se dice que esos y otros pueblos son más numerosos que Israel. De donde no parece aventurado suponer que en fecha posterior se introdujera erróneamente dicha cifra en la Sagrada Escritura. Mas ¿cómo achacar a un cambio casual o a error de copista una cifra que se repite varias veces en la Biblia, como resultado de dos recuentos de las tribus de Israel? (*Exod.* 38, 26; *Num.* 1, 46; 2, 32; 11, 21; 26, 51). Varias son las soluciones que se han propuesto. La de Hummelauer (*Comment. in Num.* 220-230) consiste en suprimir dos ceros a la cifra 600000; con lo que la población total se reduce a 250000. Mas este procedimiento es insostenible. Flinders Petrie da a la paladra hebrea «*eleph,* mil» el sentido de «grupo» (familia). Miketta[2] propone otra solución; admite que las cifras actuales nacieron de haber cambiado de sistema de numeración en los *eleph.* Si en virtud del sistema sexagesimal[3] suponemos «*eleph* = 60», resulta ser 36000 (en vez de 600000) el número de hombres capaces de tomar las armas, y la población total, de 100000 a 120000, lo cual es más conforme con el dato que leemos en el *cántico de Débora (Iudic.* 5, 7: 40000 guerreros). Como se ve, no se ha dado hasta el presente una solución satisfactoria.

259. *Las prescripciones relativas al cordero pascual* y la institución de la fiesta prueban que no se trataba de un *banquete* ordinario, sino simbólico, del cual sólo participaban los miembros del pueblo de Dios, los verdaderos adoradores del Señor. El cordero debía estar en la plenitud de su vigor y no tener defecto alguno, cual convenía al *sacrificio*[4] ofrecido a la santidad y grandeza divinas y cuadraba al pueblo de Israel, a cuyos primogénitos sustituía y cuya integridad y santidad representaba. Debía ser *víctima expiatoria* de los pecados de Israel, haciendo al pueblo capaz y digno de la salvación; esto significaba el rociar las puertas con su sangre, con lo cual las casas y las familias quedaban reconciliadas. Debía ser *hostia pacífica,* pues el banquete era figura de la feliz unión con Dios, en el cual había de encontrar Israel gracia y fuerza para librarse de la esclavitud, llegar al monte de Dios y conseguir las mercedes que en ese monte Dios le deparaba. Debía comerse *asado* al fuego, porque se purificase y

---

[1] Cfr. Padtberg, *Menschheitsvermehrung,* en *StZ* 1921, 152 ss.

[2] *WSt* III 109.

[3] En los pueblos antiguos, también en Israel, andaban mezclados los sistemas sexagesimal y decimal.

[4] En otro tiempo pretendieron algunos socavar la doctrina católica del sacrificio de la Misa, negando al cordero pascual el carácter de sacrificio (así, por ejemplo, Kurtz, *Gesch. d. A. B.* II 119); pero la expresión «sacrificio del Paso del Señor» (en hebr. *sébaj pésaj leyáhve;* cfr. *Num.* 9, 13; *Sap* 18, 9 s.; Gutberlet, *Das Buch der Weisheit* 477 s.), una serie de disposiciones que sólo convienen al sacrificio y la interpretación que le da el N. T. aplicándolo al sacrificio de Jesucristo (I *Cor.* 5, 7; cfr. 10, 17 y *Ioann.* 19, 36), no dejan lugar a duda. Cfr. *Kath* 1871 II 268 ss.

quedase solamente la carne, sin agua u otra sustancia que la impregnara. *No debía rompérsele hueso alguno,* para que fuera a la mesa como un todo indiviso, como algo santo y perfecto; por lo que no habían de probar de él los que no fueran israelitas [1], y nada debía quedar sobrante para uso profano. *Las yerbas silvestres* representan la dura esclavitud; *el pan ácimo* recuerda la prisa y ansiedad del momento de partida y la pureza que debe distinguir al pueblo de Dios [2]. El comer apresuradamente, el ceñir los lomos, el calzado en los pies y el báculo en la mano, traen a la memoria el apresuramiento de la salida, e indican que el pueblo escogido ha de estar siempre aparejado a seguir la voz de Dios.

Era, pues, el cordero pascual, como sacrificio, como banquete y en todos sus aspectos, *tipo señalado de Jesucristo,* de quien recibía el poder expiatorio, y protector. Por lo cual dice el Apóstol san Pablo: «Jesucristo, que es nuestro (verdadero y perfecto) cordero pascual, ha sido inmolado (por nosotros)» [3]. El era el «cordero de Dios (verdaderamente) inmaculado y sin defecto» [4], «que quita los pecados del mundo» [5]; El nos libró del poder del Angel Exterminador infernal y de la muerte eterna [6]. Fué inmolado el mismo día en que por primera vez se celebró y después, en años sucesivos, se fué conmemorando el sacrificio del cordero. Siendo costumbre quebrantar los huesos de los ajusticiados, no lo hicieron con Jesucristo; en lo cual se cumplió el simbolismo de la orden dada por el Señor de no quebrantárselos al cordero pascual, pues el cordero había de simbolizar la perfección e integridad del cuerpo de Jesucristo, inmolado en la Cruz íntegro e indivisible, como íntegro e indiviso se da a comer en la Eucaristía, aun siendo tantos los que le comen. A lo cual alude san Juan cuando dice: «Esto sucedió para que se cumpliese la Escritura: no le quebrantaréis hueso alguno» [7]. Y lo trae a colación san Pablo cuando dice: «El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? y el pan que partimos, ¿no es la participación del cuerpo del Señor? Porque todos los que participamos del *mismo* pan, bien que muchos, venimos a ser *un solo pan, un solo cuerpo»* [8].

36. El paso del Mar Rojo

(Exod. 13, 20 a 15, 21)

260. Habiendo salido de Socot los israelitas, acamparon en Etam, que está en la extremidad del desierto. E iba el Señor [9] delante mostrándoles el camino, de día en una *columna de nube* y por la noche en una *columna de fuego* [10], para ser su guía de día y de noche durante el viaje. Nunca se apartó del pueblo la columna de nube durante el día, ni la de fuego por la noche. Era, pues, una señal consoladora de la protección y

---

[1] Los extranjeros podían ingresar en el pueblo escogido mediante la circuncisión y así participar del cordero pascual *(Exod.* 12, 44-48): prueba de que los gentiles no estaban excluídos del pueblo de Dios y de las divinas promesas (cfr. núm. 106 y 128).

[2] En la Sagrada Escritura la levadura es imagen del pecado, que amenaza al espíritu del hombre con la fermentación y putridez. Por eso advierte el Apóstol: «Celebremos la Pascua, no con levadura añeja ni con levadura de malicia y de corrupción, sino con los panes ácimos de la sinceridad y de la verdad» (I *Cor.* 5, 8).

[3] I *Cor.* 5, 7.

[4] I *Petr.* 1, 19.

[5] *Ioann.* 1, 29.

[6] *Hebr.* 2, 14 s. San Agustín ve en la aspersión de las puertas con la sangre del cordero una figura de la Cruz, con la cual se signa el cristiano la frente *(De catech. rud.* c. 20).

[7] *Ioann.* 19, 36.

[8] I *Cor.* 10, 16-17.

[9] Según *Exod.* 14, 19, «el Angel del Señor»; cfr. núm. 153.

[10] Es decir, en una nube, oscura de día y luminosa de noche (cfr. *Exod.* 14 19 24; *Num.* 9, 21).

proximidad de Dios; les señalaba el camino que debían seguir y les indicaba cuándo, dónde y por cuánto tiempo debían acampar.

Según las investigaciones egiptológicas, Etam, en egipcio Chetam, que significa circunvalación, era una cadena de fortificaciones situada al otro lado del istmo de Suez; extendíase desde Pelusium hasta el golfo de Suez en una longitud de 120 Km. (comprendidos los lagos), protegiendo a Egipto contra las invasiones de los pueblos orientales. Llamábase en hebreo *Schûr* o Sur, que quiere decir muro; de ahí que el desierto colindante por el oriente se denomine Etam o Sur. El Etam donde acamparon los israelitas era tal vez una fortaleza importante de esta cadena de defensas fronterizas, sita en el camino del Sinaí, probablemente junto a la actual Serapeum, 30 Km. al sudeste de Socot. Se explica que en este lugar apareciese la columna por primera vez: hasta aquí los expedicionarios habían caminado en dirección al desierto, preocupados únicamente con librarse del dominio de Faraón; pero aquí recibieron de Dios la orden de regresar a tierra egipcia, a la parte occidental del mar Rojo y de acampar junto a los lagos que están al norte de dicho mar, donde fácilmente podía cortarles Faraón la retirada. Ninguna elocuencia humana hubiera sido capaz de persuadir a los jefes de Israel a que siguieran un camino que los llevaba a una segura catástrofe. Pero interviene directamente Dios, siendo El mismo guía de los fugitivos, por medio de la maravillosa y visible aparición.

El «fuego de caravanas», que para señalar el camino solía enarbolarse en un brasero al frente de la comitiva, no explica la columna de nube y fuego. El brasero podía servir muy bien para una caravana; no para una comitiva tan numerosa con sus rebaños y todos sus bienes; ni mucho menos podía servir para asegurar de la protección divina a los israelitas. Es además esta opinión contraria a todos los pasajes bíblicos que hablan de la columna de nube y fuego, según los cuales se trata de un fenómeno maravilloso, espléndido, venido del cielo, signo de la protección y presencia de Dios. Independientemente de la voluntad de los hombres, la columna desciende y se eleva; camina delante de los hebreos; se coloca detrás de ellos como un muro de separación entre egipcios e israelitas, cobija a la comitiva cuando ésta acampa; es oscura de día, ilumina las tinieblas de la noche, o ambas cosas a la vez, como en la noche del paso del mar Rojo; descansa sobre el Tabernáculo, y Dios habla desde ella a Moisés y Aarón [1].

261. En Etam habló Dios a Moisés, diciendo: «Di a los hijos de Israel que vuelvan y acampen frente a *Fihahirot,* que está entre Magdalum y el mar, delante de *Beelsefón;* a la vista de este lugar sentaréis el campamento, junto al mar. Porque Faraón va a decir de los hijos de Israel: están estrechados del terreno, y cerrados del desierto. Y yo endureceré su corazón, y os perseguirá; con lo que seré glorificado en Faraón y en todo su ejército, y conocerán los egipcios que yo soy el Señor» [2]. Los israelitas hicieron según el mandato de Dios.

Este cambio de ruta debió de dar a los egipcios la impresión de que los hebreos desconocían por completo el terreno; los expedicionarios habían caído en una trampa (el texto hebreo dice: «perplejos andan ellos en el país, y el desierto les rodea») — tentación verdaderamente irresistible para el Rey de Egipto, de aprovecharse del apuro de los israelitas. Renace su orgullo; ha pasado la impresión espantosa de la muerte de los primogénitos, y su espíritu altanero concibe la idea de vengarse de los israelitas, cosa muy fácil al parecer. Y Dios permite su ceguera (cf. núm. 248 ss.), porque Faraón, por su indó-

---

[1] Cfr. *Exod.* 13, 21; 14, 19 ss.; 23, 20; 40, 34 ss.; *Num.* 9, 15 ss.; 14, 14 ss.; *Deut.* 1, 33; *Ps.* 79, 10; *Sap.* 10, 17; 18, 3; *Is.* 4, 5; I *Cor.* 10, 1.

[2] Cfr. *Sap.* 19, 1 ss.; Gutberlet, *Das Buch der Weisheit* 497 ss.

mita arrogancia y tenaz resistencia a la gracia, ha merecido ser un ejemplo de la justicia divina para todos los siglos.

262. Como anunciasen a Faraón que el pueblo iba huyendo [1], trocóse su corazón y el de sus servidores, y dijeron: «¿En qué pensábamos al soltar a Israel para que dejase de servirnos?» Mandó, pues, el Rey uncir sus caballos a la carroza y tomó consigo a todo su ejército. Y llevó 600 carros escogidos, y todos cuantos había en Egipto [2]; su caballería y los capitanes de todo el ejército; y fué en persecución de los israelitas, y dióles alcance en Fihahirot, enfrente de Beelsefón.

Viendo los hijos de Israel en pos de sí a los egipcios, se amedrentaron sobremanera, clamaron al Señor y dijeron a Moisés: «¿Acaso faltaban sepulturas en Egipto para que nos hayas traído a que muramos en el desierto? Mucho mejor nos era servir a los egipcios que morir en el desierto». Moisés, empero, respondió al pueblo: «No temáis; estad firmes y veréis los prodigios que ha de obrar hoy el Señor, pues esos egipcios que ahora estáis viendo, ya nunca jamás volveréis a verlos. El Señor peleará por vosotros, y vosotros os estaréis quedos» [3].

263. Y dijo el Señor a Moisés: «¿Por qué clamas a mí? Di a los hijos de Israel que marchen. Y tú levanta tu vara y extiende tu mano sobre el mar y divídele, para que los hijos de Israel caminen por en medio de él a pie enjuto». En esto, alzándose el Angel de Dios, esto es, la columna de nube que iba delante del ejército de los israelitas, se colocó detrás de ellos [4], entre el campamento de los egipcios y el de los hebreos. Y la nube era tan tenebrosa por la parte que daba a los egipcios, que éstos no pudieron llegar a los israelitas en toda la noche; en cambio para Israel hacía clara la noche. Y extendiendo Moisés la mano sobre el mar, abrióle el Señor por el medio; y soplando toda la noche un viento recio y abrasador [5], le dejó en seco, y las aguas quedaron divididas. Con lo que los hijos de Israel entraron por medio del mar en seco, teniendo las aguas como muro a derecha e izquierda.

Persiguiéronles los egipcios, entrando tras ellos en medio del mar, con

---

[1] No se figuraba que estuviese todo tan bien preparado y hubiese de acontecer tan rápidamente.

[2] Es decir, todo lo que de momento pudo reunir. Por entonces los carros de guerra y la caballería constituían la fuerza principal del ejército egipcio. Se discute todavía si la *caballería* egipcia es cosa distinta de los guerreros que combatían en los carros. Hasta hoy no se ha descubierto en los monumentos egipcios el jinete en el sentido actual de la palabra, si bien es cierto que las inscripciones hablan del jefe de la caballería como de un personaje muy considerado. Faraón podía reunir pronto y con facilidad un ejército, porque las fuerzas solían estar concentradas principalmente en el Bajo Egipto, especialmente frente a Arabia y Palestina. También le era fácil alcanzar al pueblo hebreo que escapaba con mujeres y niños, con grandes rebaños y con todos sus haberes.—Acerca de la milicia egipcia cfr. Kayser-Roloff, *Aegypten*[3] 68; Steindorff, *Die Blütezeit des Pharaonenreiches* 72 ss.

[3] Vosotros admiraréis en paz (en calma) la obra de la divina omnipotencia.

[4] Para protegerlos y defenderlos de Faraón que les seguía de cerca.

[5] El texto hebreo dice un *viento de oriente;* mas éste sopla allí cálido e impetuoso. Los israelitas disponían de unas 7 u 8 horas para el tránsito; suponiendo que el grupo expedicionario tuviese una longitud equivalente a dos horas, aun le quedaban de 5 a 6 horas, tiempo suficiente para pasar el mar, estando todo preparado de antemano, de no ocurrir ningún entorpecimiento (cfr. *Exod.* 13, 18).

toda la caballería de Faraón, sus carros y gente de a caballo [1]. Era la vigilia de la mañana [2]; y he aquí que el Señor, echando una mirada desde la columna de fuego y de nube sobre los escuadrones de los egipcios, hirió a su ejército [3] y trastornó las ruedas de los carros; los cuales caían precipitados al profundo. Por lo que dijeron los egipcios: «Huyamos de Israel, pues Yahve pelea por él contra nosotros». Entonces dijo el Señor a Moisés: «Extiende tu mano sobre el mar, para que se reúnan las aguas sobre los egipcios, sobre sus carros y caballos». Hízolo Moisés, y el mar volvió a su sitio al rayar el alba; y huyendo los egipcios, las aguas les cortaron el paso, y el Señor los envolvió en medio de las olas. Vueltas las aguas a su estado normal, anegáronse en ellas los carros y la caballería de todo el ejército de Faraón. Ni uno siquiera se salvó.

Mas los hijos de Israel marcharon por medio del mar enjuto, teniendo las aguas por muro a derecha e izquierda. De esta suerte libró el Señor a Israel aquel día de mano de los egipcios. Y vieron los hebreos en la orilla del mar los cadáveres de los egipcios, y cómo el Señor había descargado sobre ellos su poderosa mano. Con esto temió el pueblo a Dios y creyó al Señor y a su siervo Moisés [4].

264. Este espantoso castigo, que aniquiló en un momento el poderío de los egipcios, les imposibilitó por mucho tiempo para molestar a los israelitas en su viaje por el desierto e inspiró a Israel confianza ilimitada en Dios, necesaria para el cumplimiento de la misión que se le confiara.—Sublime y patética, como el castigo mismo, es la descripción que de él hace la santa Biblia; dignos entrambos, castigo y descripción, de los designios que Dios comenzaba a realizar en el pueblo escogido. *Exod.* 14, 5 ss. (véase núm. 262) hace resaltar la parte que tomó Faraón en la persecución de los israelitas. Pero ni en el relato mismo ni en el *cántico de Moisés* (véase núm. 268) se dice expresamente que hubiese perecido Faraón Se ha querido deducir su muerte en el mar del contexto de la narración y del *Salmo* 135, 15. Se conoce la sepultura y momia de Amenofis II, tenido actualmente por el Faraón del éxodo [5]. Del contexto sólo puede deducirse que Faraón mudó de parecer y empleó todo su poderío para reducir a Israel. No parece ajeno al contexto, que él mismo se colocase al frente de su ejército; mas pueden también interpretarse las expresiones bíblicas como las de los historiadores antiguos y modernos, los cuales, al describir las campañas, victorias y derrotas, las atribuyen a los reyes, aun cuando éstos no hayan dirigido en persona la campaña [6]. Y aunque Faraón se encontrase al frente del ejército, todavía no se infiere que se hallase en la división que persiguió a los israelitas en el mar y fué anegada en él. Sólo a ésta se refiere *Exod.* 14, 28, al decir que no quedó ni un superviviente. Parece además que estas frases (como aquella otra de *Exod.* 10, 19

---

[1] La nube tenebrosa les despistó, y en su ceguedad y en el calor de la persecución no repararon en el prodigio.

[2] La noche se dividía en tres vigilias, y más tarde, desde el tiempo de los romanos, en cuatro; era, por tanto, después de las dos de la madrugada.

[3] Con rayos y huracán (cfr. *Ps.* 76, 18; *Sap.* 19, 12; Gutberlet, *Das Buch der Weisheit* 514).

[4] Véase una hermosa descripción del tránsito en *Sap.* 19, 5 ss.; Gutberlet l. c. 500 ss.; *Ps.* 76, 16 ss.; 113, 3 ss.; 135, 11 ss.

[5] Steindorff, *Die Blütezeit des Pharaonenreiches* 62 s.

[6] «Los reyes de los imperios no necesitan ocupar en persona su carro de guerra para castigar a los vasallos reacios en pagar los tributos. Pero el estilo pomposo de los anales suele nombrar al rey como representante del ejército, aun cuando personalmente no haya tomado parte en la guerra» (*ATAO*³ 347; ibid. 285). y ésto, tanto en el antiguo Oriente, como en épocas posteriores.

al hablar de la desaparición de la langosta) más bien son expresiones populares para significar la destrucción total del poderío egipcio, que datos matemáticamente exactos. No se ve, pues, contradicción alguna ni con los hechos ni en el relato mismo. El *Salmo* 135, 15 es una alusión poética, que no comprende necesariamente al Rey de Egipto, ni afirma que hubiese perecido en el mar Rojo [1].

265. *Acerca del sitio donde se verificó el paso por el mar Rojo,* no están de acuerdo los sabios, a pesar de sus esfuerzos por averiguarlo, pues no se sabe con seguridad la situación de *Beelsefón, Fihahirot* y *Magdalum* (Migdol) [2]. Mas, como quiera que se conocen con certeza el punto de partida y la dirección de los expedicionarios, no cabe optar sino entre un lugar más al norte o más al sur. Según esto, se han emitido dos hipótesis: la de los *Lagos Amargos* y la de *Suez*. Según la última, los israelitas bajaron hasta las montañas de Attaka, atravesando 20-25 Km. al sur del actual Suez un brazo de mar de 20 Km. de anchura y 12-20 m. de profundidad. Está conforme con esto el haber quedado los israelitas como cogidos en una trampa, cuando les perseguían los egipcios (a la espalda [en Suez] el enemigo; al oeste la montaña, por cuyos secos y fragosos valles no era posible escapar; delante [al sur y este] el mar). Sólo un milagro podía sacarlos del atolladero. Esta hipótesis tropieza con algunas dificultades: de Etam a Suez hay varios días de marcha; además no hubiera tenido objeto querer seguir un camino que daba un rodeo por la cadena de fortificaciones fronterizas, las cuales, como hemos dicho, llegaban hasta Suez. Apenas difiere de ésta la hipótesis que fija el sitio de paso del mar Rojo un poco más al norte, en las proximidades de Suez (en la antigua *Klysma* o Kolzum), donde el brazo de mar tiene menos profundidad y es más estrecho [3].

Iniciaron la hipótesis de los Lagos Amargos los ingenieros franceses Lesseps y Lecomte, que trabajaron en la construcción del canal de Suez. Estos creyeron encontrar en la disposición del terreno y en las noticias antiguas acerca de la anchura del istmo de Suez, pruebas seguras de que en tiempo de Moisés el mar Rojo llegaba 70 Km. más arriba que en la actualidad: hasta la actual Serapeum; los israelitas habrían pasado 70 Km. al norte de Suez, por el medio de lo que hoy es el Gran Lago Amargo, que entonces formaba parte del mar Rojo, y tenía 12-15 Km. de anchura y por lo menos 15 m. de profundidad. Esta hipótesis es hoy seguida por la mayor parte de los sabios. Tiene la ventaja de explicar perfectamente la posición de los israelitas y las condiciones naturales del paso, sin anular la necesidad de la intervención divina. Carece de importancia la dificultad que a esta hipótesis oponen una elevación del terreno entre los Lagos Amargos y Suez, llamada Saluf, y el nombre de «mar de Algas» *(jam-suph)*, que se da al mar Rojo [4]. Con todo, la hipótesis de los Lagos Amargos no pasa de cierta probabilidad.

---

[1] Hummelauer *Comm. in Exod. 30*. La expresión «sacudió (o empujó) al mar Rojo», debe entenderse en sentido moral: aniquiló su poderío.

[2] Fihahirot pudiera ser el *Pikeheret* egipcio, en el lago Timsah, 5 Km. al sur de Ismailia; en este caso el lugar del paso estaría entre el lago Timsah y los Lagos Amargos (junto a Serapeum). Allá se busca también Migdol (torre, castillo), nombre que significa varias cosas. Beelsefón significa «señor del Norte», pero no se puede fijar su situación (tal vez un santuario de la cordillera de Attaka). Sólo se puede asegurar que no era desconocido en Egipto el nombre semítico de la divinidad (Baal-zaphon, Bali-sapuna), y tenía allí su análogo (Amon-Ra, señor del Norte).

[3] Cfr. Vigouroux, *La Bible et les découvertes modernes* II 383 ss.; Jullien en *KM* 1893, 14 ss Del lugar de Suez (Klysma) dice Niebuhr *(Beschreibung von Arabien*, Copenhague 1772, 411): «Es un error creer que el paso de una caravana tan numerosa pudiera efectuarse aquí de una manera puramente natural. Por lo menos hoy ninguna caravana sigue ese camino para ir de Kahira al monte Sinaí, aunque, de poderlo seguir, ganaría mucho tiempo. Aun era menos fácil la empresa hace miles de años para los hijos de Israel» etc. (cfr. también Robinson. *Palästina* I 82. ss.).

[4] Cfr. Szczepanski, *Nach Petra und zum Sinai* 251 ss.; Lagrange en *RB* 1900, 63 ss ; Weiss, *Buch Exodus* 108.

266. Más importante que la cuestión topográfica es la del *carácter prodigioso del suceso*. En este punto, ni el relato bíblico ni las posteriores referencias o alusiones bíblicas dejan lugar a duda [1]. Es superficial y arbitraria la hipótesis de haber podido los israelitas aprovechar la *marea baja* que hubiera facilitado el paso por algún lugar vadeable. En cualquiera de las dos hipótesis arriba expuestas, las disposiciones naturales del terreno distan muchísimo de poder explicar el hecho.

Ciertamente, en Suez tiene el mar escasa profundidad; bancos de arena se extienden de una a otra ribera, tanto al norte como al sur; la marea es tan fuerte, que en el momento de mínima puede pasarse de un lado al otro, aprovechando los bancos de arena. Soplan a veces fuertes vientos del nordeste, que, reteniendo las aguas, prolongan algún tanto la marea baja; pero también puede acontecer que un violento y repentino oleaje sorprenda al incauto pasajero que aprovecha la marea baja para vadear el mar. La bajamar dura seis horas, de las cuales a lo sumo tres son aprovechables para vadear el mar; aun en esas tres horas difícilmente se puede pasar a pie enjuto por los bancos de arena del norte de Suez [2]; por los del sur el agua llega a los hombros en los lugares más profundos que es preciso salvar. Algunos aprovechan estos lugares de fácil paso, especialmente los del norte de Suez; mas nunca las caravanas, aunque de ello resulte una ganancia de tres horas, que cuesta bordear el golfo. Pero las personas que se decidan a atravesarlo, deben calcular con precisión la bajamar, si no quieren arriesgar su vida, como aconteció en 1565 a Furer y Beier, que lo pasaban a pie y en 1799 a Bonaparte, el cual, aunque a caballo, con suma dificultad pudo escapar de las olas [3]. ¡Larga marea debió de ser aquella que aprovecharon los israelitas: una multitud intensa de hombres, mujeres y niños con numerosos rebaños y toda clase de impedimenta, atravesando por un suelo desigual, lleno de dificultades y peligros y cubierto en parte de agua! Tan larga, que aun a los egipcios dió tiempo de entrar en el mar en seguimiento de los hebreos; y el corto espacio de media hora fué bastante para anegar a todo el ejército egipcio [4]. Es insensato y absurdo suponer en israelitas y egipcios tal desconocimiento de los fenómenos ordinarios de la naturaleza, como son las mareas y el oleaje de un mar próximo a su país; una ignorancia tan grande, que los israelitas atribuyeron el paso por el mar a un prodigio inaudito; y los egipcios, por el contrario, se echaron en brazos de una muerte segura, pudiendo dar alcance a los israelitas sin correr ningún riesgo, de haber bordeado el golfo con sus carros y caballos.

Tampoco se explica naturalmente el paso por los Lagos Amargos. Los puntos que unen unos lagos con otros o que pudieran servir de vados, son brazos de agua de tal anchura y profundidad, que no pueden atravesarlos las grandes caravanas con sus rebaños. Las palabras del *Exodo:* «El Señor retiró las aguas a uno y otro lado mediante un viento recio que sopló del este durante toda la noche, dejando el mar en seco», o aquellas otras: «abrió un camino en el mar», en modo alguno indican un fenómeno natural, sino una intervención directa. Todo el proceso lleva el signo de milagro *praeter naturam:* en un momento determinado y para un fin también determinado interviene una fuerza extraordinaria, que sólo está en manos de Dios. Se puede discutir si las palabras: «Las

---

[1] Todos los pasajes bíblicos y lugares paralelos relativos al paso del mar Rojo se hallan reunidos y críticamente discutidos en la obra citada de Szczepanski, 237 ss., y en *ZKTh* 1908, 230 ss.

[2] Observa Niebuhr (*Beschreibung von Altarabien* 412): «Yo mismo, aprovechando la marea baja, pasé a caballo el golfo, cerca de Kolzum; los árabes que me acompañaban se hundían en el agua hasta la rodilla; mas la anchura de este arrecife o istmo submarino no parece sea grande. De donde si una caravana llegase a pasar el mar en Kolzum, aprovechando la marea baja, no lo haría sin dificultades y molestias y a pie enjuto».

[3] Robinson, *Palästina* I 95.

[4] Explican esto diciendo que el golfo era en aquellos tiempos mucho más ancho y profundo; pero así es más difícil explicar por la marea baja el paso de Israel.

aguas formaron para ellos un muro a su derecha y a su izquierda» se deben entender en sentido figurado o literal, es decir, si quieren significar que las aguas de uno y otro lado del vado seco formaron un muro de protección contra los posibles ataques por los costados; mas ello no altera el carácter milagroso del paso del mar Rojo. Confirman este carácter los lugares paralelos aducidos por la misma Biblia con motivo del paso del Jordán (*Ios.* 3, 15 ss.; *Ps.* 113, 3-5), y lo aclaran ciertas noticias acerca del espanto de los cananeos (*Ex.* 15, 14-16; véase núm. 267; *Ios.* 2, 9 s.; 9, 9; *Iudith* 5, 12 ss.). Pasemos por alto el valor histórico que pueda tener la noticia transmitida por Diodoro [1], según la cual los habitantes de aquella costa, los «ictiófagos», conservaban la tradición de haber en cierta ocasión retrocedido maravillosamente el mar, quedando en seco el golfo, y de haber vuelto luego de repente a su prístino estado.

267. *Entonces* [2] *Moisés y los hijos de Israel* entonaron este cántico al Señor [3]:

«Cantemos al Señor (Yahve), porque gloriosamente se ha engrandecido: al caballo y al caballero derribó en el mar.

Mi fortaleza y mi alabanza es el Señor: y para mí ha sido la salud. Este es mi Dios, y le glorificaré: el Dios de mi padre [4], y le ensalzaré.

El Señor es un varón guerrero: Omnipotente es su nombre.

Los carros de Faraón y su ejército arrojó al mar: sus príncipes escogidos fueron sumergidos en el mar de Algas.

Los abismos los cubrieron: descendieron al profundo, como una piedra.

Tu diestra, oh Señor, ha sido engrandecida en fortaleza: tu diestra, oh Señor, hirió al enemigo.

Con la multitud de tu gloria has derribado a tus adversarios: enviaste tu ira, que se los tragó como una paja.

Al soplo de tu furor se amontonaron las aguas: paráronse las olas movedizas (como un muro), amontonáronse los abismos en medio del mar.

Dijo el enemigo: los perseguiré y los alcanzaré: repartiré despojos, se hartará mi alma: desenvainaré mi espada, y los matará mi mano.

Sopló tu espíritu, y cubriólos el mar; fueron sumergidos como plomo en aguas impetuosas.

¿Quién semejante a Ti entre los fuertes [5], Señor? ¿Quién excelso y santo como Tú, tan terrible y merecedor de alabanza, tan hacedor de maravillas?

Extendiste tu mano: y se los tragó la tierra.

Con tu misericordia fuiste el caudillo del pueblo que redimiste, lo llevaste con tu fortaleza a tu santa morada.

Subieron los pueblos y fueron confundidos [6]; penetrados de dolor quedaron los habitantes de Filistea.

---

[1] *Bibl. hist.* 3, 39.

[2] Probablemente en el lugar que hoy se llama Ayun-Musa (fuente de Moisés), algo más de 20 Km. al sur de Suez.

[3] Es una de las canciones más hermosas, una explosión de extático agradecimiento, penetrada y sublimada por el espíritu profético. Por eso, después de ensalzar al Señor y darle gracias por el estupendo prodigio que acaban de presenciar, pasa en la segunda parte (v. 11 ss.) a predecir la providencia de Dios en el desierto, la derrota de los enemigos de Israel, la toma de posesión de la tierra prometida, y el establecimiento del Reino de Dios en su pueblo. Se ha observado y reconocido el carácter arcaico de la forma y del fondo, inexplicable si se tratara de una imitación posterior. Pero, recitándose esta canción todos los años en la fiesta conmemorativa de la salida de Egipto, posible es que experimentara retoques y adiciones después de la conquista de la tierra prometida. Cfr. Thalhofer, *Psalmen*[6] 885 ss.; Weiss, *Buch Exodus* 109 s.

[4] Es decir, de Abraham, o de mis padres.

[5] En hebreo: «Entre los dioses» de Egipto y de otros pueblos, impotentes y vanos; Tú solo eres el Dios, el Omnipotente. Este versículo cierra lo que antecede con una frase entusiasta de loor y gratitud, para dar comienzo a la visión en que Moisés contempla los futuros prodigios del Señor en favor de Israel.

[6] En hebreo: «Oyenlo los pueblos y tiemblan». Es natural que los pueblos vecinos se

ARABIA PETRAEA ET CHANAAN

tempore reditus Israelitarum ex Aegypto.

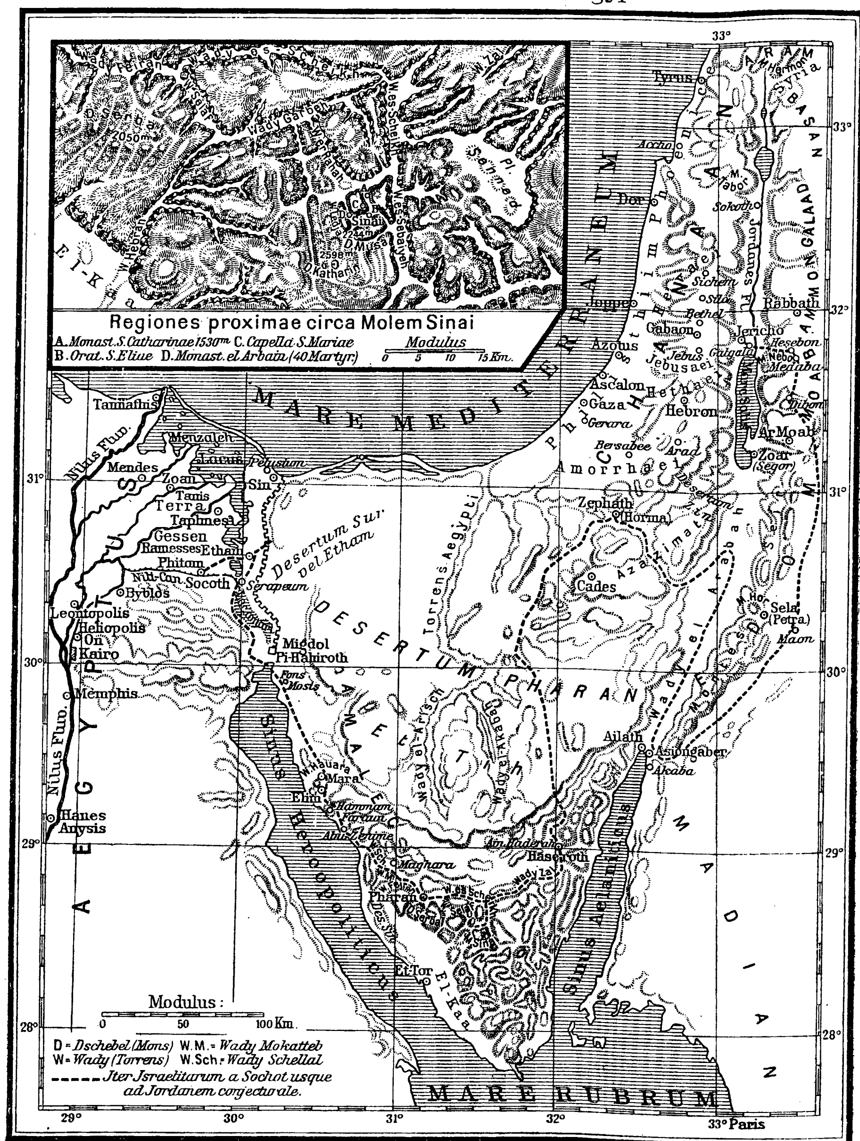


Fig. 37.—Mapa de la Península de Sinaí y de Canaán en tiempo de la salida de Egipto

Entonces fueron conturbados los príncipes de Edom; temblor se apoderó de los valientes de Moab; quedaron yertos todos los habitadores de Canaán.

Caiga de recio sobre ellos miedo y pavor por la grandeza de tu brazo; queden inmóviles como piedra: hasta que pase tu pueblo, Señor; hasta que pase este tu pueblo, que poseíste.

Los introducirás y los plantarás en el monte de tu heredad [1], firmísima morada tuya, que has labrado, Señor; en tu santuario, Señor, que asentaron tus manos.

El Señor reinará eternamente y más allá.

Porque Faraón entró a caballo en el mar con sus carros y jinetes; y el Señor revolvió sobre ellos las aguas del mar: mas los hijos de Israel pasaron por medio de él a pie enjuto.»

Y *María*, la profetisa [2], hermana de Aarón, tomó en su mano un pandero [3]; y salieron en pos de ella todas las mujeres con panderos y danzas [4]. Y ella entonaba [5]: «Cantemos himnos al Señor, porque gloriosamente se ha engrandecido: ha precipitado en el mar al caballo y al caballero».

268. No se han hallado testimonios directos que confirmen la estancia de Israel en Egipto y los sucesos de su éxodo. Pero quedan vestigios de una tradición, que bien pudiera estar relacionada con tales sucesos, en ciertas noticias acerca de la expulsión de los Hycsos y de los «leprosos» (extranjeros aborrecidos de los egipcios por motivos religiosos). Para el historiador judío Flavio Josefo, esas noticias están relacionadas con la salida de sus compatriotas. Pero son confusas, contradictorias, y probablemente están influídas por la tradición judía; de suerte que de ellas no se puede sacar un argumento seguro [6].

Parece extraño a algunos que los egipcios no molestasen a los israelitas en la Península de Sinaí, sometida a su dominio. Mas la Sagrada Biblia dice expresamente que por orden de Dios los israelitas no llevaron el camino ordinario de Palestina; sino que tomaron la dirección del desierto. Después de la catástrofe del mar Rojo debió de quedar Egipto sin arrestos para perseguir a los gravosos «*schasu*» (tribu nómada asiática). En adelante, la política egipcia hubo de tomar otros derroteros, mientras Israel se apartaba más y más de los confines egipcios y pasaba desapercibido políticamente. De los veintiséis años de reinado de

---

hubieran sobrecogido de espanto al enterarse de tan prodigioso acontecimiento; pero además lo dicen *Ios.* 2, 9 s.; 9, 9 y *Iudith* 5, 12 ss.; cfr. núm. 277.

[1] Es decir, en esas hermosas montañas que has escogido para tu pueblo, donde habitarás en medio de los tuyos.

[2] Está adornada, como sus hermanos, de extraordinarios dones divinos; cfr. *Num.* 12, 2; núm. 358.

[3] Refiérese al pandero o pandereta. Es un aro o bastidor redondo o también triangular o cuadrado, cuyo vano está cubierto con piel muy lisa y estirada, en el cual hay agujeros con sonajas o cascabeles de metal. Tocábase hiriendo la piel con los dedos; se usaba sobre todo para señalar el ritmo de las danzas y cantos.

[4] También más tarde vemos que el pueblo se entrega a la danza acompañada de canto e instrumentos, para manifestar su entusiasmo religioso. Las más de las veces las danzaban las mujeres y doncellas, y siempre personas del mismo sexo; eran muy honestas, como en el antiguo Egipto (cfr. Erman, *Aegypten*[2] 280 ss.) y aun hoy en Oriente. Las danzas corruptoras e impúdicas, como las del palacio de Herodes, se introdujeron entre los judíos en la época de la decadencia religiosa y moral, juntamente con otras costumbres paganas. Cfr. Zehnpfund, *Der Tanz bei den Hebräern*, en *RE* XIX, 378 ss.

[5] Es decir: Moisés entonaba la canción para los hombres, y María para las mujeres. Fundados en la frase: «María les replicaba» (a los hombres), entienden algunos que, a ejemplo del *Ps.* 135, María con su coro de mujeres interrumpía a los hombres, cantando tras cada verso de aquéllos el siguiente estribillo: «Cantemos al Señor», etc.

[6] Cfr. *ATAO*[3] 342 ss , donde se hallan reunidas todas las noticias referentes a este asunto. Lo esencial puede verse también en Weiss, *Weltgeschichte* I 279 ss.; Lindl, *Cyrus* 40 44.

Amenofis II, sólo conocemos una expedición contra Siria [1]. Esto no prueba que la Península de Sinaí no estuviese bajo el dominio egipcio [2]; pues Tutmosis III había hecho sentir la fuerza de su brazo en las tribus que allí habitaban, y perpetuado su nombre con edificios. También las inscripciones dicen que Amenofis II se consideraba señor de la Península de Sinaí y terminó las construcciones de su padre. Esto no obstante, los vínculos de unión de la Península de Sinaí con el reino de Egipto eran muy flojos; quedaba aquélla a su propia merced, ya porque otros asuntos reclamasen la atención de los egipcios, ya porque Faraón no fuera amigo de empresas militares. Esto ocurría probablemente en el reinado de Amenofis II. De igual modo Ramsés II atacó más tarde con mano fuerte a la Península de Sinaí, mientras que su hijo Merenptah la dejó a su propio arbitrio. «Nunca ejercieron los egipcios un dominio propiamente dicho sobre los pueblos de la península» [3].

269. *El paso por el mar Rojo* bajo la protección de la columna de fuego y de nube fué **figura** *del Bautismo:* «Porque no debéis ignorar, hermanos, que nuestros padres estuvieron todos a la sombra de aquella nube, y todos pasaron el mar, y todos fueron bautizados por Moisés en la nube y en el mar» [4] El *mar Rojo* es figura del lavado bautismal, enrojecido en cierto modo por la sangre de Cristo [5]. La columna de nube representa al Espíritu Santo, que da al agua bautismal la gracia de regenerarnos espiritualmente, y mediante sus inspiraciones nos conduce a la tierra de promisión.

Moisés es **figura** *del Redentor,* a quien nosotros seguimos como a guía que nos conduce al cielo; su vara representa la Cruz, instrumento de la Redención y signo de nuestra salvación. Luego del paso del mar Rojo, recibieron los judíos el maná y el agua pura de la roca; así también son alimentados y recreados los fieles con pan y bebida sobrenaturales y divinos, con la carne y sangre de Jesucristo en el Santísimo Sacramento. María, la hermana de Moisés, es considerada por muchos santos Padres como **figura** *de la Virgen Santísima,* por el nombre [6] (según algunos también por la virginidad) [7], pero muy especialmente por el parentesco con Moisés y Aarón y los vínculos con el pueblo de Dios; ella fué quien salvó a Moisés de las aguas, estuvo unida estrechamente con el sumo sacerdote Aarón, como hermana, y fué coadjutora de Moisés en la gran obra de la independencia de su pueblo y en la conducción a la tierra prometida. Profetizó y entonó un magnífico himno triunfal, celebrando el fin de la esclavitud y anunciando las futuras misericordias del Señor; en este himno ve la Iglesia una figura del canto de júbilo por la Redención [8]. La bienaventurada

---

[1] Steindorff, *Die Blütezeit des Pharaonenreiches* 62.
[2] Miketta, *Der Pharao des Auszugs* 46.
[3] Dillmann a propósito de *Exod.* 2, 15.
[4] Cfr. I *Cor.* 10, 1 ss.; Weiss, *Messian. Vorbilder* 26.
[5] I *Cor.* 6, 11. *Hebr.* 10, 19 22. I *Ioann.* 1, 7; 5, 6. I *Petr.* 1, 19. Cfr. el *Exultet,* la cuarta profecía con la oración y la bendición de la pila bautismal del Sábado Santo.
[6] Acerca del significado del nombre *Miryam* = María, cfr. Bardenhewer en *BSt* I 1; *Kath* 1897 I 515. Los sabios no están de acuerdo. Lo único cierto es que las etimologías y explicaciones antiguas («estrella del mar», «amargura», «excelsa señora») tienen valor y autoridad de ensayos etimológicos populares. Frente a Bardenewer (que interpreta Miryam = bien nutrida = hermosa), Zorell deduce el nombre de la raíz egipcia *mer, mar* = amar, unida a una forma secundaria de *Yahve (Yam = Yaha = Yahve)* y lo interpreta: «la que ama a Dios» o «la amada de Dios» *(ZKTh* 1906, 356 ss.). Por último, Grimme propone *(BZ* VII [1909] 245 s.) una etimología sudarábiga, según la cual *Miryam* pudiera significar: «mi pariente es el Excelso», y expresaría una relación con Dios, análoga a la de otras etimologías.
[7] Fundándose en que siempre se le llama hermana de Moisés y Aarón y no se habla de marido, concluyen san Gregorio de Nyssa, san Ambrosio y otros intérpretes, que María permaneció virgen. Josefo, por el contrario *(Ant.* 3, 2, 4), afirma que se casó con Hur, hijo de Caleb (I *Par.* 2, 19); probablemente se funda en que en el *Exodo* se hace dos veces mención (17, 10; 24, 14) de este príncipe de la tribu de Judá juntamente con Moisés y Aarón. [8] Cfr. núm. 267.

Virgen María está íntimamente unida con el Sumo Pontífice eterno, tanto en la obra de la Redención como en la del reparto de sus beneficios: es nuestra medianera e intercesora; ella también entonó un magnífico himno triunfal, el *Magnificat*[1].

37. Prodigios en el desierto[2]

(*Ex.* 15, 22-18, 27)

270. Ya en la ribera oriental del mar Rojo, encontráronse los israelitas con el desierto de *Sur* o de *Etam*[3], y anduvieron tres días por la soledad, sin hallar agua. Dieron por fin con ella; mas no la pudieron beber por ser amarga. Por eso pusieron a aquel sitio un nombre apropiado, llamándole *Mara*, que quiere decir amargura. Aquí murmuró el pueblo contra Moisés, diciendo: «¿Qué beberemos?» Y Moisés clamó al Señor, el cual le mostró un madero; y habiéndolo echado en las aguas, éstas se endulzaron.

En estas tres jornadas hubieron de pasar una planicie de 25 a 30 Km. de anchura: pedregosa, cubierta de arena movediza, sin vegetación, espantosamente desierta y desoladora, bajo un cielo abrasador y sin nubes; a la derecha el mar: a la izquierda, un monte cretáceo, pequeño, pelado. Había ya comenzado el estiaje, y no se encontraba agua en parte alguna. El *Mara* de la Biblia es tal vez el actual Ain Howara, que aun hoy es la primera fuente que se encuentra después de Ayun Musa, unos 65 Km. al sur; el agua está saturada de sulfato de magnesio y no es potable ni para el hombre ni para las bestias. Su conversión en agua potable fué el primer milagro del desierto; sorprende especialmente por lo insignificante del medio con que se llevó a cabo. No cabe explicarlo naturalmente. Bien es verdad que en *Eccli.* 38, 4-6 se dice no debe el hombre prudente desechar los medicamentos, aunque toda salud viene de Dios, el cual endulzó las aguas con un madero, para que los hombres conociesen la virtud del leño. Quiere decirnos con esto el *Eclesiástico* que, aun cuando Dios puede curar directamente con su omnipotencia, quiere, no obstante, que el hombre acuda a los medicamentos naturales, como El mismo lo hizo ordenando a Moisés el empleo de un remedio natural, para una obra con la cual quiso mostrar a los hombres su omnipotencia. No existe madera alguna que tenga la virtud de convertir en agua potable una fuente salobre y proveer así a las necesidades de una multitud tan grande de hombres y bestias. Cuáles fueran los designios de Dios al hacer este prodigio, se dice a continuación: «Allí dió el Señor al pueblo preceptos y leyes; y allí le probó, y le dijo: Si escuchares la voz del Señor Dios tuyo, e hicieres lo que es recto delante de El, y obedecieres sus mandamientos, y observares todos sus preceptos, no descargaré sobre ti plaga ninguna, de las que he descargado sobre Egipto; porque Yo soy el Señor, que te doy la salud». Esta prodigiosa conversión de las aguas, al principio mismo del dificultoso viaje que habían emprendido, era señal y prenda de que Dios les

---

[1] Cfr. Zschokke, *Die bibl. Frauen* 155.

[2] Sólo el horror que la ciencia moderna tiene al milagro puede explicar los esfuerzos que se hacen para relegar toda esta sección al dominio de lo legendario y fabuloso y buscar otro derrotero y distinta interpretación al viaje de Israel por el desierto, supuesto que se respete el núcleo histórico del hecho. Hay quien sostiene (cfr. Gressmann, *Schriften des AT* I² 58) que Israel salió de Egipto por la ruta de las caravanas que va directamente de Suez a Akabah (véase el mapa) y Cades, y que el Sinaí es un volcán de la región oriental del «mar de algas» = golfo de Akabah, etc. Estas hipótesis están en manifiesta oposición con los datos bíblicos y sucumben ante un examen científico. Cfr. Kittel, *Geschichte des Volkes Israel* I³ 531 538 571. Flinders Petrie (*Egypt and Israel*, 1911) defiende decididamente que Israel enderezó sus pasos al monte Sinaí, situado al sur de la península.

[3] Cfr. núm. 260.

tenía bajo su especial amparo, y estaba dispuesto a endulzar todas las amarguras con su amor y omnipotencia. El mismo Dios, que castigó a los egipcios por su terquedad, se dispone a proteger y salvar a los israelitas, si quieren ser dóciles. Este primer milagro es, pues, una antítesis de la primera plaga de Egipto, por la cual se corrompieron e hicieron imposibles de beber las aguas del Nilo. En aquel leño ven los santos Padres un símbolo del madero de la Cruz, que endulza las fatigas y amarguras de la peregrinación por este mundo.

271. De Mara pasaron los hijos de Israel a *Elim,* donde había doce manantiales de agua y setenta palmeras, y acamparon junto a las aguas. No se dice cuánto tiempo permanecieron en Elim. Habiendo salido de allí, llegaron el día 15 del segundo mes, es decir, al mes de salir de Egipto, al *desierto de Sin,* sito entre Elim y el Monte Sinaí. Y en aquel desierto murmuró el pueblo contra Moisés y Aarón, diciendo: «¡Ojalá hubiéramos muerto a manos del Señor en la tierra de Egipto, cuando estábamos sentados junto a las ollas de carne, y comíamos pan cuanto queríamos! ¿Por qué nos habéis traído a este desierto, para matar de hambre a toda la gente?»

Créese haber encontrado Elim en el valle de Garandel, 10 Km. al sur de Howara (Mara). Aun hoy es un importantísimo lugar de aprovisionamiento de aguas para los árabes y para los que van al Sinaí: un oasis sombreado por palmeras, tamariscos y acacias. Continuando su camino, hubieron de dirigirse hacia oriente, para rodear un áspero promontorio llamado hoy Ras Hamman Firahun (promontorio de las fuentes termales de Faraón); tras una marcha de diez horas, salvando ásperos declives, llegaron por fin a la costa, donde acamparon. Este es sin duda el «campamento del mar Rojo», del que se hace mención en *Num.* 33, 10, después del de *Elim;* estaba probablemente en las inmediaciones del promontorio Abu Zenim, donde se hallaba el mejor puerto de todo el litoral y adonde concurrían los caminos de las minas egipcias de la península sinaítica. De aquí tenían que internarse en el Wadi Schellal (valle de las Cascadas), caminando hacia la región montañosa por entre peñascos imponentes y altísimos, para acampar, tras una marcha de diez horas, en el *desierto de Sin,* probablemente en el actual Wadi Budra, que está al sur del desierto de Etam y al norte de la sabana costeña el-Kaa de 15 20 Km. de anchura, en la ladera occidental de las estribaciones del noroeste del Sinaí. Los valles eran cada vez más angostos; los montes más sombríos; y aquel grandioso paisaje montañoso, con sus gargantas estrechas, por las que tenían que pasar apretados, se hacía cada vez más extraño a los israelitas, acostumbrados a las llanuras del Bajo Egipto. Esta marcha fué en extremo penosa; la alimentación era escasa, y las preocupaciones por el descanso y por sus mujeres y niños, indecibles. Entonces se acordaron de Egipto, donde las fatigas apenas habían sido mayores; pero donde por lo menos contaban con el descanso y la comodidad de la noche. Profunda nostalgia se apoderó de ellos ante este viaje fatigoso y lleno de preocupaciones, en un paraje tan extraño para ellos. Esto explica la murmuración del pueblo, a pesar de los prodigios, y la paciencia que Dios tuvo con la ruindad israelita.

272. En lugar de castigarles por aquella falta de confianza, por su desagradecimiento y sublevación, dijo el Señor a Moisés: «Voy a hacer que os llueva *pan del cielo;* salga el pueblo, y recoja lo que baste para cada día; mas en el día sexto, recoja cada uno doble, y reserve (para el día siguiente, sábado)». Entonces Moisés y Aarón dijeron a todos los hijos de Israel: «Esta tarde conoceréis que el Señor es quien os ha sacado de la tierra de Egipto; y mañana veréis el poder de Dios. Esta misma tarde os

dará el Señor a comer carnes, y a la mañana, pan, hasta que no queráis más; por cuanto ha oído vuestras quejas con que habéis murmurado contra El. Porque ¿quiénes somos nosotros? Contra el Señor son, y no contra nosotros, vuestras murmuraciones». Dijo también Moisés a Aarón: «Di a todo el pueblo de los hijos de Israel: Venid; presentaos al Señor (en la columna de nube), porque ha oído vuestras murmuraciones». Aun estaba hablando Aarón a toda la muchedumbre de los hijos de Israel, cuando volviendo ellos los ojos hacia el desierto, he aquí que la majestad del Señor se apareció en medio de la nube; y dijo el Señor a Moisés: «He oído las murmuraciones de los hijos de Israel. Diles: esta tarde comeréis carnes, y a la mañana os hartaréis de pan; con lo que sabréis que Yo soy el Señor Dios vuestro».

273. Llegada, pues, la tarde, vinieron *codornices* en tanta abundancia, que cubrieron todo el campamento [1]; y por la mañana aparecieron los alrededores del campamento cubiertos de rocío; evaporado éste, quedó en el desierto una cosa menuda y blanca como la escarcha. Lo cual visto por los hijos de Israel, se dijeron unos a otros: *¿Man-hu?* que significa: ¿Qué es esto? y Moisés les dijo: «Este es el pan que el Señor os ha dado para comer. Ved lo que el Señor os ha ordenado: Recoja de ello cada uno cuanto baste para su sustento; cogeréis, pues, un gomor [2] por persona». Así lo hicieron los hijos de Israel, y recogieron quién más, quién menos. Midiéronlo después con el gomor; ni quien había cogido más por eso tuvo más, ni quien menos recogió tuvo menos, sino cada cual reunió tasadamente aquella porción que podía comer. Debían recogerlo de madrugada, pues en calentando el sol se derretían los granitos [3]. Advirtióles además Moisés: «Ninguno reserve de ello para mañana». Algunos no obedecieron, sino lo reservaron para el día siguiente; pero por la mañana empezó a hervir en gusanos y se pudrió.

Las indicaciones de la santa Biblia, las noticias de la antigüedad, las ruinas de ciudades y los restos de minas egipcias y hornos de fundición, las inscripciones halladas en Wadi Mokatteb y hasta en los valles más apartados, finalmente el comercio secular entre árabes y egipcios nos muestran claramente que la península sinaítica estaba en gran parte poblada de árboles, lo cual redundaba en beneficio del clima y de la vegetación de aquel país. No era esta península entonces el triste desierto de hoy, en el cual sólo algunos valles recuerdan lo que fué en otro tiempo; era un país alpino, exuberante, capaz de alimentar y

---

[1] Todos los años vienen del interior del Africa por la primavera enormes *bandadas de codornices* que, atravesando Egipto y la Península de Sinaí, van a vivir al norte, de donde regresan por el otoño. Vuelan en grupos apretados y llegan a veces tan rendidas, que se dejan coger con las manos; los muchachos árabes, arrojándoles un palo, matan dos o tres de una vez. El Señor hizo que una de estas bandadas pasara por el campo de los israelitas. Así tuvieron éstos carne para comer, y por la mañana les cayó por vez primera en derredor de sus tiendas el maná que sustituía al pan. Cfr. acerca de las codornices, *Sap.* 16, 2 s.; Gutberlet, *Das Buch der Weisheit* 401 s.; *Rb* 389.

[2] Gomer (hebr. *'Omer)*, medida de capacidad = 3,64 litros. Cfr. página 192, nota 3.

[3] El maná tenía la propiedad de que, secado al fuego, podía triturarse, y, reducido a polvo, servía de manjar en diversas formas *(Num.* 11, 8); pero herido por los rayos del sol se derretía al momento. Aprovéchase de esto la *Sabiduría* (16, 27) para exhortarnos a la oración matutina: «Aquel maná que no podía ser consumido del fuego, calentado al más leve rayo del sol se deshacía; para que supiesen todos que era necesario adelantarse al sol para cantarte tus alabanzas, y darte gracias, ¡oh Señor!, y adorarte así que amanece».

dar agua en abundancia a los numerosos rebaños de Israel, especialmente en la meseta que rodea al Sinaí. Estos rebaños suministraban a los expedicionarios leche, carne, lana, cuero, etc., de suerte que durante cuarenta años no necesitaron llevar vestidos y calzados rotos (*Deut.* 8, 4). Sin duda entonces, como hoy, carecían de cereales los peninsulares; pero los comerciantes extranjeros venían a determinados lugares a ofrecérselos. No faltan oasis y anchos valles (por ejemplo, la meseta de Cades), propios para el cultivo, donde todavía hoy los beduínos cultivan huertas, siembran y recogen cereales. Aun así, debió de escasear y ser muy difícil el mantenimiento de un pueblo tan numeroso. Se habría tenido que buscar praderas para los rebaños y restringir la matanza de animales; además las circunstancias exteriores eran aún menos favorables que en el mismo Sinaí. Los israelitas no vivían exclusivamente del maná (las codornices fueron un regalo transitorio), mas tampoco podían pasar sin este maravilloso pan del cielo; por lo cual les fué concedido hasta que llegaron a Canaán y se alimentaron por primera vez de los frutos de la tierra. Cada uno recogía por las mañanas tanto maná cuanto necesitaba para sí y su familia: un gomor por cabeza, por término medio, de suerte que cada cual recibía su parte, y el débil no era perjudicado por el fuerte; y así quedaba cerrada la puerta del egoísmo (cfr. II *Cor.* 8, 15). No es necesario admitir un milagro, pues posible es que estuviese intervenida la repartición del maná. No estaba permitido recoger mayor cantidad que la necesaria para el día. Con esto quiso Dios enseñar a los israelitas, que en todo momento dependían, como niños, de su bondad paternal, y que debían contentarse con lo necesario para el día, como enseñó más tarde en la oración dominical: «el pan nuestro de cada día dánosle hoy». Quiso al mismo tiempo llamarles la atención sobre el milagro que sucedió con el maná recogido para el sábado, y confirmarles con ello en el respeto a la santidad del día del Señor.

274. El día sexto se recogió doble cantidad, es a saber, dos medidas de gomor por cabeza. De lo cual vinieron a dar cuenta a Moisés todos los príncipes del pueblo. Y él les dijo: «Esto es lo que tiene ordenado el Señor: mañana es el día de sábado del Señor; haced, pues, hoy todo lo que tengáis que hacer, y coced lo que haya de cocerse (hoy como los demás días); todo lo que sobrare, guardadlo para mañana». Hiciéronlo como Moisés lo había mandado, y el maná no se perdió; ni se halló en él gusano alguno. Dijo entonces Moisés: «Este lo comeréis hoy; porque siendo el sábado del Señor, hoy no le habrá en el campo.» No obstante, salieron algunos a recogerlo, mas nada hallaron. Por lo cual, dijo el Señor a Moisés: «¿Hasta cuando habéis de ser rebeldes a mis mandamientos y a mi Ley? Considerad que el Señor os ha encargado la observancia del sábado; y por eso el sexto día se os da doblado alimento; estése cada cual en su tienda, ninguno salga fuera el día séptimo». Y observó el pueblo el descanso del día séptimo [1].

Israel llamó aquel manjar *man* o *manna;* era blanco, del tamaño de la simiente del cilantro [2], y su sabor como de torta amasada con miel [3]. Por orden

---

[1] Durante la esclavitud, fácil es que hubiese caído en desuso entre los israelitas la *fiesta del sábado* (cfr. núm. 298); mas ya no había ahora quien se lo estorbase. Por eso aquí se les inculca de nuevo el precepto, mientras el beneficio del manjar celestial les enseñaba que «no de sólo pan vive el hombre, sino de toda palabra que viene de la boca de Dios» (*Deut.* 8, 3). La fiesta del sábado fué en adelante la señal de la libertad, el recuerdo de la liberación de la servidumbre egipcia (cfr. núm. 49).

[2] El *cilantro* es una hierba que de Oriente ha venido a enriquecer la flora europea; se usa como condimento y medicina; su simiente es elipsoidal, con rayas de color pardo amarillento. El maná se le parecía en la forma; pero era blanco «como el *bdelio*» (*Num.* 11, 7, y *Gen.* 2, 12; cfr. página 100, nota 5), que es una resina blanquecina, transparente y aromática, que exuda el *Balsamea Roxburghii*, árbol muy común en Arabia y países circunvecinos. Cfr. Hagen en *LB* I 583; *Rb* 434.

[3] El libro de la *Sabiduría* pondera el sabor del maná con estas palabras: «Alimentaste a tu pueblo con manjar de ángeles, y le suministraste del cielo un pan aparejado sin

del Señor dijo Moisés a Aarón: «Toma un vaso [1] y echa en él todo el maná que pueda caber en un gomor, y colócalo delante del Señor, para que se conserve en vuestra posteridad, y las futuras generaciones conozcan el pan con que os alimenté en el desierto, después que os saqué de Egipto». Aarón lo puso en el Tabernáculo, para que se conservase. Y los hijos de Israel comieron maná por espacio de cuarenta años, hasta que llegaron a los confines de la tierra de Canaán [2].

275. Habiendo partido los israelitas del desierto de Sin en dirección al monte Sinaí, después de varias estaciones [3] acamparon en *Rafidim,* donde no tuvo el pueblo agua que beber. Levantando el grito contra Moisés, dijeron los israelitas: «Danos agua para beber». Moisés les respondió: «¿Por qué os amotináis contra mí? ¿Cómo es que tentáis al Señor? [4]» Mas el pueblo, hallándose acosado de la sed y sin agua, murmuró contra Moisés diciendo: «¿Por qué nos has hecho salir de Egipto, para matarnos de sed a nosotros, y a nuestros hijos y ganados?» Clamó entonces Moisés al Señor, y le dijo: «¿Qué haré yo con este pueblo? Falta ya poco para que me apedree». Dijo el Señor a Moisés: «Adelántate al pueblo, llevando contigo algunos de los ancianos de Israel, y toma en tu mano la vara con que heriste el Nilo, y vete hasta la peña de Horeb [5], que Yo estaré allí, delante de ti; y herirás la peña, y brotará de ella agua para beber el pueblo». Hízolo así Moisés, en presencia de los ancianos de Israel; y puso a este lugar el nombre de «tentación» [6], porque allí se quejaron los hijos de Israel y tentaron al Señor diciendo: «¿Está o no está con nosotros el Señor?»

276. Después que los israelitas salieron de Rafidim y fueron un buen trecho por caminos embarazosos, sobrevinieron los *amalecitas* [7], y ataca-

---

fatiga, el cual contenía en sí todo deleite y la suavidad de todos los sabores» (16, 20). El versículo siguiente explica cómo deba entenderse esto, cuando nos dice que el maná demostraba la *dulcedumbre de Dios,* es decir, recordaba su *mansedumbre* y *amor,* pero al mismo tiempo, según el gusto de cada uno, adquiría cualquier otro sabor (de la dulzura divina), es decir, tenía la virtud de evocar la *omnipotencia, sabiduría* y *fidelidad* divinas. Cfr. Feldmann en *ThG* 1909, 180 ss.; Heinisch, *Buch der Weisheit* 313 s.

[1] De oro, como todo lo del Santuario (cfr. núm. 300; *Exod.* 25, 29 ss.; 37, 1 ss.; *Hebr.* 9, 4).

[2] Es posible que se refiera al Tabernáculo de la «reunión» (*Exod.* 33, 7 ss.). Pero también puede ser que Dios hubiese dado esta orden más tarde, después de instalado el Tabernáculo mosaico y depositado «el testimonio», o sea, las tablas de la Ley, en el *Sancta Sanctorum,* por tanto el año siguiente, o tal vez al terminar los 40 años, como dan a entender las palabras que siguen. Pero Moisés intercaló aquí esta orden, por reunir en un mismo lugar todo lo tocante al maná. Para más pormenores acerca del maná, v. núm. 278.

[3] *Num.* 33, 12 13, menciona Daphka y Alus. *Daphka* es tal vez el *t-maphka* egipcio, es decir, el país de la esmeralda, yacimiento de las antiguas minas egipcias de turquesa y cobre en *Wadi Magara,* a una jornada de la anterior estación, en el desierto de Sin; allí encontraron agua en abundancia. Saliendo del Wadi Magara en dirección al mediodía, entraron en el *Wadi Mokatteb* (es decir, valle de las inscripciones, v. núm 276), donde el verdor del paisaje recreó sus ojos; a la terminación de este valle se halla *Alus,* distante 15-20 Km. de Daphka. *Rafidim,* distante otro tanto de Daphka, estaba situado al comienzo del desierto y pelado *Wadi Firan* o *Faran,* que empalma con el Wadi Mokatteb y está próximo al desierto del Sinaí. Cfr. *HL* 1904, 37 ss.

[4] ¿Por qué dudáis de su socorro?

[5] Es decir, al monte Horeb; pues hasta el pie de esta montaña había una jornada (*Exod.* 19, 2).

[6] En hebreo *Massah* y *Meribah,* es decir, tentación y altercado.

[7] De los *amalecitas* (en asirio *Melucha* = habitantes del país de la malaquita) se

ron de sorpresa la retaguardia hebrea; y sin temor alguno de Dios, mataron a los que, fatigados del camino, se encontraban descansando. Dijo entonces Moisés a Josué: «Escoge hombres de valor, y ve a pelear contra los amalecitas. Mañana yo estaré en la cima del monte, teniendo la vara de Dios en mi mano» [1]. Hizo Josué lo que Moisés había dicho, y trabó combate con Amalec. Entre tanto subió Moisés con Aarón y Hur [2] a la cima del monte. Y cuando Moisés, *orando* [3], *alzaba las manos,* vencía Israel; mas si las bajaba un poco, Amalec tenía ventaja. Ya los brazos de Moisés estaban cansados; por lo que, tomando Aarón y Hur una piedra, pusiéronla debajo, y sentóse Moisés en ella; y Aarón de una parte, y Hur de la otra, le sostenían los brazos; los cuales permanecieron alzados hasta que se puso el sol. Josué derrotó a Amalec, y pasó a cuchillo a su gente.

Después de esta victoria, dijo el Señor a Moisés: «*Escribe esto para memoria* en el libro; y adviérteselo a Josué; porque Yo he de borrar de debajo del cielo la memoria de Amalec» [4]. Y en acción de gracias por tan señalada victoria, edificó Moisés un altar al Señor, poniéndole por nombre: *El Señor es mi bandera,* y diciendo: «Ciertamente que la mano del Señor se extenderá desde su solio contra Amalec, y guerra del Señor habrá contra Amalec de generación en generación».

277. Como hubiese oído *Jetró,* suegro de Moisés, todo lo que Dios había hecho en favor de Moisés y de Israel, su pueblo, y como el Señor le había sacado de Egipto, tomó a Séfora, mujer de Moisés y a los dos hijos de éste, y vino a encontrar a su yerno en el desierto [5]. Habiendo

---

hace mención en *Gen.* 14, 7. Ya a mediados del tercer milenario a. Cr., tenían relaciones comerciales con los babilonios; el rey Gudea de Lagasch (2600-2560) les compraba pórfido, madera *(usu)* y otras materias. (Cfr. E. Meyer, *Geschichte des Altertums* I^4 527). Vivían al sur de Canaán y en la costa occidenlal de la Península de Sinaí. (Cfr. Eisler, *Kenitische Weihinschriften* 81, nota 4). También más tarde se comportaron como enemigos mortales de los israelitas, al lado de los madianitas, ammonitas, moabitas (e idumeos). El objeto del ataque de los amalecitas era también cortar el paso por su país a los hebreos e impedir el aprovechamiento de los pastos y la ocupación del hermoso oasis de la parte superior de este valle; pero en Israel combatían principalmente al pueblo de Dios. Por eso se les llama (*Num.* 24, 20; cfr. núm. 382) «primicias de los gentiles», es decir, los primeros gentiles que disputaron al pueblo escogido la herencia que Dios les diera; de aquí su derrota de manera tan misteriosa, más con las *armas de la oración* que con la espada, y de aquí el encargo que dió el Señor a Israel de no olvidar la sorpresa de los amalacitas, sino de continuar la *guerra de Dios contra Amalec* de generación en generación y hasta la ruina completa (cfr. *Deut.* 25, 17 s.; I *Reg.* 15, 2).

[1] El ataque ocurrió por la tarde, de suerte que la noche puso término a la lucha. Sin embargo, era de prever que por la mañana siguiente se renovara la pelea. Los enemigos habían tomado excelentes posiciones. Mientras Israel ocupaba la llanura, donde podía desplegar todas sus fuerzas, no prevalecían los enemigos. Hubieron, por tanto, de dejarle libre el paso por sus montañas para caer sobre él de improviso en algún desfiladero y aniquilarlo o rechazarlo.

[2] Un hijo de Caleb, que gozaba de la confianza de Moisés y del pueblo. (Cfr. núm. 269).

[3] *Iudith* 4, 13.

[4] Josué, por consiguiente, estaba ya escogido para suceder a Moisés; para robustecer su confianza, Moisés le enseña que el secreto de la victoria está siempre en la oración perseverante. La obligación de *aniquilar a Amalec* incumbía a Israel, mientras le dejaran en paz sus enemigos; 400 años más tarde la cumplió Saúl por mandato del Señor (cfr. núm. 472 ss.).

[5] Cerca de Rafidim, en la parte superior del Wadi Firan, en un paraje ameno, donde los hebreos habían acampado para descansar, después de la victoria sobre los amalecitas.—Acerca de la mujer y de los hijos de Moisés cfr. núms. 237 y 241.

oído Moisés la noticia de su venida, salió a recibirle, hízole profunda reverencia y le besó; ambos se saludaron con palabras afectuosas. Y así que hubieron entrado en el pabellón, contó Moisés a su suegro todos los prodigios que había hecho el Señor contra Faraón y los egipcios, y todos los trabajos del viaje y cómo el Señor les había librado. Alegróse Jetró en sumo grado y dijo: «Bendito sea Yahve, que os ha librado de las manos de los egipcios y de las manos de Faraón, y ha sacado a su pueblo del poder de Egipto. Ahora conozco que Yahve es grande sobre todos los dioses». Ofreció, pues, Jetró holocaustos y hostias al Señor; y fueron Aarón y los ancianos de Israel a comer con él en la presencia de Dios.

Al día siguiente, observando Jetró que Moisés estaba todo el día ocupado, *como representante de Dios, en despachar* las causas del pueblo, dijo: «No haces bien en eso; con trabajo tan ímprobo te consumes tú, y no llegas a dar satisfacción al pueblo; es empeño superior a tus fuerzas; no podrás sobrellevarlo tú solo. Escucha, pues, mis palabras y consejos, y Dios será contigo para ayudarte a ponerlos por obra. Sé tú medianero del pueblo en las cosas que tocan a Dios, presentándole las súplicas que se le hacen, y enseñando al pueblo las ceremonias y los ritos del culto divino y el camino que debe seguir, y las obras que debe practicar. Para lo demás, escoge de todo el pueblo sujetos de firmeza y temerosos de Dios, amantes de la verdad y enemigos de la avaricia; y de ellos, establece tribunos (sobre 1000), centuriones (sobre 100) y cabos de cincuenta personas y de diez; los cuales sean jueces del pueblo continuamente. Y si ocurre alguna cosa grave, remítanla a ti, sentenciando ellos las de menos importancia. Pareció bien el consejo a Moisés, el cual lo propuso al pueblo. Y oída la aprobación de éste, escogió hombres prudentes y experimentados de entre los cabezas de las tribus, y los constituyó *jueces y prepósitos, tribunos, centuriones y cabos,* dándoles este mandato: «Juzgad según justicia, ora sean ciudadanos, ora extranjeros; del mismo modo oiréis al pequeño que al grande. Ni guardaréis miramiento a nadie; pues que vosotros sois jueces en lugar de Dios. Mas si alguna cosa difícil os ocurriere, dadme parte a mí, y yo determinaré» [1]. Después de esto, despidióse Jetró de Moisés, y regresó a su casa [2].

278. Todo cuanto la santa Biblia dice del **maná,** indica que se trata de un *manjar milagroso y sobrenatural.* Para explicarlo naturalmente se ha recurrido al *tamarisco,* arbusto que crece especialmente en el Sinaí y lugares circunvecinos, y aun hoy en día produce maná [3]. Mas precisamente este maná de

---

[1] Cfr. *Deut.* 1, 10 ss. Los israelitas tenían sus jefes de familia y de tribu encargados de mantener el orden social y ejercer justicia. Pero en esta nueva organización las cosas están mejor y más sólidamente dispuestas; la elección es una garantía de rectitud, y, lo que es más, los elegidos quedan investidos de plenos poderes divinos. Los números no han de tomarse matemáticamente, sino de acuerdo con la división del pueblo en tribus, linajes, familias, etc. De entre los Ancianos eligió más tarde Moisés, por orden de Dios, 72 varones que le ayudasen en los negocios importantes; el Señor les infundió espíritu de profecía, es decir, dones sobrenaturales como a Moisés, para que desempeñasen con acierto su cometido (*Num.* 11, 16; cfr. núm. 356).

[2] Según parece, dejó con Moisés a Hobab, del cual se habla más tarde (cfr. *Num.* 10, 29).

[3] Cfr. Fonck, *Streifzüge* 13 ss.; Kolb, *Das Manna der Natur und der Bibel,* en *NO* 1892, 2.

tamarisco o de taray demuestra que el que disfrutaron los israelitas era de origen sobrenatural. El taray exuda en junio y julio por sus ramas tiernas una sustancia semejante a la resina; esta sustancia se endurece con el fresco de la noche y cae al suelo en forma de pequeños granos de color amarillento, a veces blanco, que se recoge antes de salir el sol, porque al calor de los rayos solares se derrite. Es abundante en años de lluvia, mientras que en otros apenas se produce. Tiene aspecto de la goma, gusto dulce que sabe a miel, y es un purgante suave. Derretido y cocido, se conserva largos años; suele venderse a los peregrinos. El *nombre* de maná lo debe sin duda al recuerdo del maná bíblico, con el cual tiene cierto *parecido superficial,* a saber: producirse en los lugares y tiempos en que Israel lo encontró por primera vez; tener forma de pequeños granos; yacer en el suelo; derretirse a los rayos solares; por lo que debe recogerse antes de salir el sol. Pero son sin comparación mayores las *diferencias* entre el auténtico maná bíblico y la resina de taray. La primera es, que los israelitas recogían en tanta cantidad, que bastaba para alimentar a un pueblo numeroso: un gomor (unos 2 Kg.) por cabeza; y del maná de taray, apenas si en toda la Península de Sinaí se puede recoger en un año 250-300 Kg. Además, el maná cayó *diariamente durante cuarenta años seguidos,* no sólo en el Sinaí, sino en el desierto, *hasta llegar a Canaán.* El maná se podía *moler* en molinos de mano y *pulverizar* en el almirez; cosa imposible de hacer con la resina de taray, que es blanda como la cera. El maná tenía *sabor fuerte* y *era alimenticio;* la resina de taray es de un sabor suave y dulce, que puede comerse con el pan, pero que de ningún modo puede sustituirlo [1].

Fundándose en que el maná caía del cielo con el rocío, algunos sabios han querido ver en él la *Lecanora Esculenta,* que también «llueve del cielo» y se puede pulverizar y comer, como el maná; sólo que, por su color, olor y tamaño, se diferencia enormemente del maná bíblico. Además, no se produce en la Península de Sinaí, sino al norte de Asia, de donde habría de transportarla el viento; y esto, todos los días durante cuarenta años y en gran cantidad. Menos aun se explica el maná bíblico, suponiendo que el *vapor de la savia dulce* de los árboles y arbustos de Arabia cayese condensado, al mismo tiempo que el rocío. Todas estas explicaciones naturales no logran descartar el milagro. El maná era *pan del cielo,* aparejado por ministerio de los ángeles [2] para alimentar al pueblo de Dios, que en el desierto se apercibía a su gran misión entre los pueblos, y para simbolizar el verdadero pan del cielo, alimento de las almas inmortales en su peregrinación por este mundo.

279. El maná era **figura del Santísimo Sacramento del Altar,** en el cual está presente el verdadero *pan del cielo,* Jesucristo, que por manera divina desciende al altar en el Santo Sacrificio de la Misa, mientras dura la *peregrinación terrena* de los redimidos, libertados de la esclavitud del pecado por el Bautismo, y destinados a la tierra de promisión, que es la patria celestial. Este celestial maná conserva y acrecienta la *vida* sobrenatural *del alma;* pero, mientras el maná terreno de los israelitas no libraba de la muerte, el Sacramento del Altar es prenda de vida eterna, de gloriosa resurrección y de inmortalidad [3]. Para los justos encierra en sí el *sabor de toda dulzura,* la causa y compendio de todas las gracias y dones espirituales, la plenitud de todos los consuelos y alegrías. *Además llega para todos:* todos comen indiviso el mismo pan del cielo, el cuerpo de Cristo; todos reciben un alimento suficiente para su viaje a la patria de la felicidad. El maná cesó luego que los israelitas pasaron las fronteras de la tierra prometida y probaron sus frutos; y el Santísimo Sacramento cesa también, cuando, llegados al cielo, los justos ven cara a cara a Aquel a quien sólo ven y reciben aquí bajo el velo del Sacramento, según aquella promesa de

---

[1] Acerca del maná de taray cfr. Schönfeld, *Die Halbinsel Sinai* 23; Szczepanski, *Nach Petra* 413; Guérin, *La Terre Sainte* II 360; *Rb* 418.

[2] *Ps.* 77, 24; 104, 40; *Sap.* 16. 20; *Ioann.* 6, 31.

[3] *Ioann.* 6, 49 ss. Cfr. Weiss, *Messian. Vorbilder* 28.

Dios mismo: «A quien venciere, le daré un maná escondido (durante su estancia en la tierra)» [1]. El vaso de oro lleno del maná es una hermosa figura del *Ciborio* del Tabernáculo, en donde se guarda el verdadero maná para perpetua memoria de los prodigios del amor de Dios.

280. En las palabras del Señor: «*He aquí que yo estaré delante de ti en la* **roca»**, etc., vieron los judíos una alusión misteriosa al futuro Redentor, y a los torrentes de salud que de él habían de brotar. El apóstol san Pablo dice expresamente que los israelitas fueron bautizados (simbólicamente) en el mar Rojo; y que todos comieron la misma comida espiritual y bebieron la misma espiritual bebida; bebieron, a saber, de la roca espiritual que les seguía (es decir, que apagó su sed); mas *la roca era Cristo* [2], esto es, la roca era una **figura** de Cristo; el cual, golpeado por mano de judíos y paganos, abrió en la Cruz las ricas *fuentes* de sus sagradas llagas, de donde brotaron aguas vivas de gracias, adonde el profeta Isaías [3] invita a ir a sacar con alegría aguas, que, según palabra de Cristo, saltan hasta la vida eterna [4]. Moisés en actitud de golpear la roca, aparece en las catacumbas como figura de san Pedro, vicario de Cristo [5]. Los santos Padres ven en Moisés que alzaba en el monte sus brazos suplicantes al cielo, una **figura de Cristo en la Cruz** [6], que nos alcanza la victoria sobre Satán y el infierno. Allí ofreció él «plegarias y súplicas con grandes gemidos y lágrimas, y fué oído» [7].

281. Península de Sinaí [8]. Lleva este nombre la península triangular comprendida entre los dos brazos del mar Rojo. El brazo noroeste se llama *golfo de Suez*, por la ciudad que se halla al extremo norte; tiene 300 Km. de longitud y 30-45 de anchura. Partiendo de Suez hacia el norte, se extiende un valle de 110 Km. de longitud, el cual en algunos lugares desciende a 15 m. bajo el nivel del mar. Este valle termina en la proximidad de Pelusium, antigua ciudad marítima del Mediterráneo. El brazo nordeste se llama *golfo de Elat* o Aila [9], por la ciudad marítima de Elat, sita en su extremo norte; su longitud es de 190 Km., y su anchura 15-20 Km. Siguiendo la dirección marcada por este brazo, se extiende hacia el norte el valle de Arabah (que significa estepa o dehesa); su longitud es de 190 Km.; en los 75 primeros, el terreno sube poco a poco, alcanzando una altitud de 240 m.; luego desciende en los 115 Km. restantes, hasta el mar Muerto, que está, como se ha dicho antes, a 394 m. bajo el nivel del Mediterráneo. Los antiguos llamaron *Arabia Petraea* al triángulo limitado por los dos golfos con los dos valles y por el país de Canaán al norte. Tiene una superficie de 56000 Km², equivalente a Suiza y Tirol juntos, con tres millones y medio de habitantes. La Península de Sinaí—excluyendo por consiguiente la parte que está al norte de ambos golfos—tiene una extensión de 25000 Km², aproximadamente como el Tirol.

En medio del tercio sur de esta Península se yergue un *macizo montañoso*, que a 75 Km. de la punta sur alcanza 2600 m. de altitud; por el sur avanza este

---

1 *Apoc.* 2, 17. 2 I *Cor.* 10, 2-4. 3 *Is.* 12, 3.
4 *Ioann.* 4, 13 s.; 7, 38. 5 Kaufmann, *Archäologie*² 359.
6 Cfr. *Is.* 65, 2; *Rom.* 10, 21; Kraus, *Realenzykl.* II 252. 7 *Hebr.* 5, 7.
8 He aquí unos cuantos tratados y artículos modernos acerca de la Península de Sinaí: *HL* 1886, 81 86; 1892, 69; 1895, 6; P. Jullien S. J., *Eine Reise nach dem Sinai*, en *KM* 1893, n. 3-6 (con grabados); P. Saul O. Pr., *Auf der Sinaihalbinsel (eine Studienreise der Bibelschule von Jerusalem)*, en *HL* 1902, 83 ss.; Schönfeld, *Die Halbinsel des Sinai in ihrer Bedeutung nach Erdkunde und Geschichte auf Grund eigener Forschung an Ort und Stelle* (1903, Berlín 1907, con un mapa y 20 grabados); Szczepanski, *Nach Petra und zum Sinai, zwei Reiseberichte nebst Beiträgen zur bibl. Geographie und Geschichte* (1906) *mit 2 Kartenskizzen* (Insbruck 1908); P. Lagrange en *RB* 1899, 369; P. B. Meistermann, *Guide du Nil au Jourdain par le Sinaï et Petra* (París 1909, con mapas, planos y fotografías); *RB* 344. Los mapas, indispensables para este estudio, pueden verse en Riess, *BA*³ (Friburgo 1895) folio II; Hagen, *AB* lámina 3.
9 Junto a la actual Akabah; en la proximidad estaba situada Asiongaber.

macizo hasta el mar Rojo, y se extiende por el nordeste y noroeste, siguiendo paralelamente a las costas, llegando por el oeste hasta Suez, y por el este, hasta unirse con las montañas de Judá y Galilea y el monte Líbano. Al oriente de esta cadena corre paralelamente otra cordillera que nace al este del golfo de Elat, formando las montañas de Idumea o Seir, Moab y Galaad hasta el Antilíbano [1]. Las estribaciones del macizo antedicho forman un ángulo abierto hacia el norte, cuyos lados comprenden una altiplanicie; la parte oriental se llama *desierto de Farán* (actualmente et-Tih), y la occidental, desierto de *Sur* (hoy Djifar). Entre el golfo de Suez y la cordillera que, partiendo del macizo central, corre paralelamente a la costa, queda una zona desértica de anchura variable; su parte norte se llama desierto de Sur o de Etam (hoy desierto de Suez) [2].

En el macizo central está el **desierto de Sinaí,** comprendiéndose bajo este nombre los distintos valles, en donde acamparon los israelitas durante un año, para recibir la Ley, los preceptos, ceremonias y ritos, mediante los cuales fueron constituídos pueblo escogido de Dios. Comprende el desierto de Sinaí las

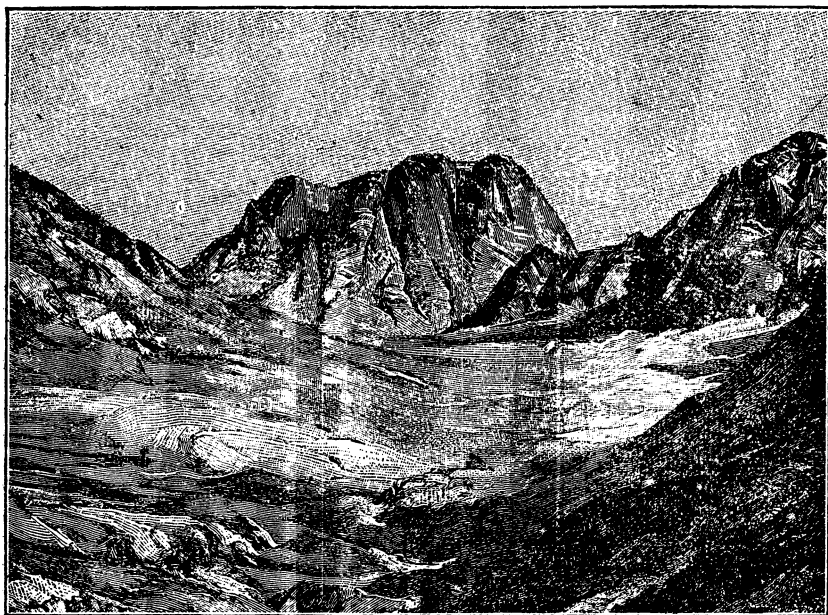


Fig. 38. — Meseta er-Raha con el monte de la Ley (Râs-es-Safsâfeh al fondo)

planicies siguientes: dos grandes mesetas, *er-Raha* (fig. 38) [3] y *es-Sebayeh,* la primera al norte y la segunda al sur del monte en que se dió la Ley; el valle *el-Ledja,* que separa el monte de la Ley del monte el-Homr que está al sudoeste, y del monte de Santa Catalina *(Djebel Katherin)* que está al sur; el *valle de Jetró* o *de Choaib,* que separa el monte de la Ley del monte ed-Deir que está al nordeste; finalmente, el dilatado *valle ech-Cheik,* que comenzando al pie del monte Horeb, en el límite sudoeste de la planicie er-Raha, se extiende primero al nordeste, y luego al norte hacia Rafidim. Estos valles son aún hoy ricos en fuentes y yerbas. En ellos debieron de encontrar pastos abundantes los rebaños de Israel.

---

[1] Cfr. núm. 133. [2] Cfr. núm. 260 265 ss.
[3] Es decir, descanso, estación.

282. A este sistema orográfico del vértice peninsular, llamado Sinaí en sentido lato (fig. 39), llaman los árabes Djebel et-Tur[1]. Los valles el-Ledja y es-Choaib lo dividen en tres montañas: una occidental o más bien sudoeste, llamada Djebel el-Homr, en la cual se encuentra la cumbre más alta de toda la península, de más de 2600 m. de altura, el *monte de Santa Catalina;* llamado así, porque según la leyenda, allí fué trasladado el cuerpo de santa Catalina de Alejandría[2]. Una pobre capillita señala en la cumbre el lugar donde los restos mortales de la santa Mártir tuvieron su primera sepultura; de allí fueron trasladados más tarde al monasterio de Santa Catalina por los anacoretas del Sinaí. Desde esta cumbre el panorama es grandioso; la vista abarca toda la península con sus innumerables picachos, ambos golfos del mar Rojo y más allá las montañas africanas y arábigas. La otra montaña, al norte, se llama actualmente Djebel ed-Deir, que quiere decir, monte del monasterio, porque en su base fué construído el monasterio de Santa Catalina; tiene una altura de 2054 m. La tercera es el *Sinaí* propiamente dicho, u *Horeb* (véase la inscripción de la figura 39). Tiene muchas cúspides y cumbres; pero sobre todas destacan dos: el Horeb propiamente dicho al norte, y el monte de Moisés al sur. El primero, llamado hoy *Râs es-Safsâfeh*[3], se eleva a 600 m. verticalmente sobre la *meseta er-Raha,* alcanzando una altura de 1994 m. sobre el nivel del mar. En la meseta que (según Schönfelder) tiene 6 Km. de larga por 2-3 de ancha, estaba la mayor parte del campamento de Israel[4]; allí podían presenciar los hebreos con facilidad los sucesos de la montaña que frente a ellos se erguía; allí era posible circunvalar el monte, para que nadie lo tocase; allí podía también el pueblo huir del monte con facilidad, cuando las apariciones divinas le llenaban de terror; allí adoró Israel el becerro de oro, el cual desmenuzado en polvo fué arrojado al arroyo que corre al pie del monte Horeb[5].



Fig. 39. – Mapa del Sinaí
A, el-Arbain. *H*, Djebel el-Homr. *K*, Monasterio de Santa Catalina. *M*, Djebel Mûsa. *WR*, Wadi er-Raha. *WS*, Wadi es-Sabad. *WSch*, Wadi ech-Cheik.

[1] Djebel significa monte; Tur, monte, cordillera.

[2] Cfr. *KL* VII 338; *KHL* II 330.

[3] Es decir, monte del sauce, de un sauce que antes allí había.

[4] Szczepanski (*Nach Petra* 400) nos da medidas algo menores, pero, según sus cálculos, la meseta tiene unas 500 Ha. Todos los que visitan aquel paraje hablan con admiración de la grandiosa y pintoresca belleza de esta llanura y del marco en que se encuentra, y afirman unánimes que dicho lugar, con los valles vecinos, aun hoy habitados, estaba muy indicado y era más que suficiente para acoger al pueblo de Israel durante el año que permaneció estacionado al pie del Sinaí.

[5] Es un error afirmar que los datos de la Sagrada Escritura acerca del lugar de la Revelación sean imprecisos e inciertos. Esto podría achacarse sólo a la tradición, cuyos testimonios son escasos y tardíos. En la Sagrada Escritura ambos montes, el Sinaí y el Horeb, significan indistintamente el macizo montañoso («el monte de Dios») con sus distintas cumbres. Más tarde se establecieron los nombres de Sinaí, Horeb, monte de Moisés en la forma arriba indicada. Cfr. Weiss, *Buch Exodus* 144; Döller, *Studien* 231 ss. Los modernos buscan el Sinaí en un *volcán* de la costa nordeste del mar Rojo, o en un monte

La otra cumbre, *Djebel Mûsa* o monte de Moisés, debe su nombre a una tradición del siglo VI d. Cr., en que fué construído el monasterio del Sinaí; según ella, aquí es donde se promulgó la Ley: el Sinaí en sentido estricto. Se eleva verticalmente más de 700 m. sobre la meseta es-Sebayeh, alcanzando una altitud de 2244 m. La meseta se extiende en semicírculo hasta otros montes de suave pendiente y llega hasta el pie mismo de Djebel Mûsa, que se puede tocar con la mano. Mide una extensión de 5 Km.; puede muy bien ser el teatro de los acontecimientos descritos en *Exod.*, 19 ss. Por tal la tienen no solamente los monjes griegos del monasterio del Sinaí, sino también muchos sabios.

283. El monasterio de Santa Catalina [1] (1528 m. sobre el nivel del mar, 716 m. más bajo que la cumbre del Sinaí), está edificado, según la tradición, donde *el Señor se apareció a Moisés en la zarza;* debe su nombre a las reliquias de la santa mártir Catalina de Alejandría († 307), trasladadas a este lugar del monte de Santa Catalina. Se le llama también **monasterio de la Transfiguración,** porque monasterio e iglesia están dedicados a dicho misterio, representado en un mosaico del ábside. En el mismo lugar donde la emperatriz santa Elena erigiera una iglesia, el emperador Justiniano construyó o más bien fortificó en 527 el monasterio, que existía ya mucho antes. Sus moradores son monjes cismáticos griegos. Es famosa la biblioteca: además de varios miles de obras impresas, posee unos 500 manuscritos, entre los cuales descubrió en 1859 el investigador alemán Tischendorf los pergaminos inestimables del Antiguo y Nuevo Testamento — el *Codex Sinaiticus* [2]—, y en 1892 las inglesas Mrs. Lewis y Gibson encontraron una valiosa versión *siríaca* de los Evangelios, del siglo V.

Hay una porción de caminos que llevan a la **cumbre del Sinaí.** De la huerta del monasterio arranca una senda por la roca contigua, casi en dirección del mediodía; en los lugares empinados se hace más llevadera la senda mediante unos escalones (3000 en total), y en tres horas puede conducir al viajero hasta la cumbre. Pasando por la fuente y capilla de san Sangario, luego por la capilla de María, y atravesando después las dos pequeñas puertas de piedra, se llega a una altura de más de 500 m. sobre el valle del monasterio, un collado que separa las cumbres del Horeb y del Sinaí. En este collado, a 2097 m. sobre el Mediterráneo, está la *capilla de Elías,* junto a la gruta donde el Profeta descansó después de aquella caminata de cuarenta días y cuarenta noches [3]. De aquí [4] se sube en tres cuartos de hora, pasando por varias capillitas, hasta el monte de Moisés, es decir, a una pequeña planicie de rocas descomunales. Sobre la más alta de todas se alza de las ruinas de un viejo edificio una humilde capillita; junto a ésta se muestra la hendidura desde donde Moisés consiguió

---

de los alrededores de Cades (así, Wellhausen, Gunkel, E. Meyer y otros), y tienen por inverosímil el viaje de 40 años por el desierto. Cfr. Lagrange en *RB* 1899, 369; Miketta, *Wo lag der Berg Sinai? WSt* III 79 ss.; IV 117 ss. A. Musil pretende descubrir el Sinaí bíblico en Madián, no lejos de Elat-Akabah, en el volcán apagado el-Bedr (a unos 25 Km. de la costa oriental del golfo elanítico), lugar tenido aún hoy en veneración; pero las razones en que se apoya no son concluyentes ni siquiera verosímiles. Grimme tiene por Sinaí bíblico la meseta rocosa de Serabit el-Hadem, al nordeste del desierto de Sin; en este supuesto, Moisés, a pesar de su victoria sobre los amalecitas, habría desistido de seguir la dirección del sur, retirándose de allí mismo hacia el nordeste. Pero en la Biblia no hay una palabra que induzca a sospechar esto. Los estudios e investigaciones de Schiwietz (*Kath* 1908 II 9 ss.) han demostrado la inconsistencia de la hipótesis de haber la tradición primitiva tenido por monte de la Ley el *Serbal,* próximo al oasis de Feirán (Farán), y de haberlo trasladado más tarde al Horeb-Sinaí.

[1] Johann Georg, duque de Sajonia, *Das Katharinenkloster am Sinai* (Leipzig-Berlín 1912; con 43 grabados en 12 láminas).

[2] Este manucristo es del siglo IV; contiene todo el Nuevo Testamento y casi toda la versión griega del Antiguo; consérvase en Leningrado.

[3] Cfr. núm. 589.

[4] Quedan atrás ya 2000 peldaños; los 1000 restantes forman una escalera continuada hasta la cumbre.

ver a Yahve [1]. Frente por frente y muy próxima, unos metros más abajo, hay una mezquita pequeña y mal conservada. En el monte y en los valles que rodean al Sinaí hay multitud de ruinas de oratorios, de viviendas de anacoretas y de monasterios. Uno de éstos, el monasterio de *el-Arbain,* es decir, de los cuarenta mártires (monjes asesinados a fines del siglo IV), ha sido restaurado recientemente; se encuentra en el valle de *el-Ledja,* en la ladera occidental del Sinaí, a dos horas del monasterio de Santa Catalina. Del monasterio el-Arbain se va en tres horas al monte de santa Catalina, el más alto de toda la península (fig. 39), y tras una hora de camino, sumamente penoso, se llega a la cumbre (2602 m.).

38. El Decálogo

(*Exod.* 19, 1 a 24, 11)

284. Habiendo partido los israelitas de Rafidim, llegaron al desierto del Sinaí el tercer mes de la salida de Egipto, probablemente el primer día del mes [2], y acamparon enfrente del *monte Sinaí.* Este era el lugar que Dios había escogido para pactar solemnemente con su pueblo la Alianza que con los Patriarcas había iniciado. En el Sinaí, en este santo retiro, en este majestuoso y sublime paraje, quería hablar Dios con su pueblo, comunicarle su santa Ley, darle una constitución religiosa, política y civil, constituirlo en todos los aspectos *pueblo de Dios,* y cimentarlo tan sólidamente, que fuese capaz de conservar en medio del mundo pagano el sagrado tesoro de la divina Revelación, que en la plenitud de los tiempos se había de comunicar a todas las naciones.

Disponíase Moisés a subir al monte de Dios [3], cuando he aquí que el Señor le dijo: «Esto dirás a los hijos de Israel: Vosotros mismos habéis visto lo que he hecho con los egipcios; de qué manera os he traído, como con alas de águila [4], y os he tomado por mi cuenta. Ahora bien, si escuchareis mi voz y observareis mi pacto, seréis para mí, entre todos los pueblos, la porción escogida; ya que mía es toda la tierra [5]. Y seréis vosotros para mí un reino sacerdotal, y nación santa». Expuso Moisés

---

[1] Cfr. núm. 296. Cfr. Szczepanski, *Nach Petra* 314 s., y Schönfeld, *Die Halbinsel des Sinai* 43 ss.

[2] El día 45 ó 46 de la salida de Egipto, puesto que ésta aconteció en la noche del 14 al 15 del primer mes. Las caravanas recorren el camino de Suez al Sinaí en 7-8 jornadas. Los israelitas hicieron largas estaciones, especialmente en Elim, en el desierto de Sin, y en Rafidim (cfr. núms. 271 ss., 275 ss.).

[3] En el texto hebreo se mencionan varias ascensiones que no parecen fundadas. Del examen de antiguas versiones y por razones lingüísticas se desprende que Moisés fué primero instruído de los designios de Dios y luego subió al monte, donde le fué encomendado que hiciera los preparativos para concertar la Alianza. Esta es la interpretación que en nuestro texto suponemos.

[4] Imagen de la protección divina, fuerte, a la vez que tierna (cfr. *Deut.* 32, 10-11).

[5] Casi todos los pasajes en que se habla de la *elección especial de Israel,* indican también de alguna manera que, si tal sucede, es para que se cumplan los amorosos designios de Dios *en favor de todos los hombres.* En este lugar dice Dios que toda la tierra y todos los pueblos son suyos, pero que a Israel lo tiene como alhaja y presea riquísima. Israel ha de ser su *reino,* del cual El será Rey; y en ese reino se le tributará un culto particular. Pero este reino ha de ser *sacerdotal,* ya porque estará regido por un sacerdote y rey como Melquisedec, ya porque será un reino santo (elegido por Dios y consagrado al Señor), sometido a la ley sacerdotal, una verdadera teocracia; a su vez el pueblo entero será un pueblo sacerdotal para todas las naciones, a las cuales enseñará el culto y religión del *único* y verdadero Dios.

(por medio de los Ancianos) al pueblo las breves pero sublimes y prometedoras palabras del Señor, y el pueblo respondió a una voz: «Haremos todo cuanto ha dicho el Señor». Esta declaración esperaba el Señor para instituir solemnemente y de una manera concreta con su pueblo la divina Alianza.

Subió, pues, Moisés al monte, y el Señor le dijo: «Vuelve al pueblo y haz que todos se purifiquen [1] hoy y mañana, y laven sus vestidos. Y estén preparados para el día tercero; porque en ese día descenderá el Señor a vista de todo el pueblo sobre el monte Sinaí. Tú has de señalar límites alrededor del monte, y dirás al pueblo que nadie se atreva a subir al monte, ni siquiera a tocar sus límites. Y cuando comenzare a sonar la bocina, salgan entonces hacia el monte». Bajó Moisés del monte, y cumplió las órdenes de Dios.

285. Llegado el día tercero [2], al rayar el alba, de repente comenzaron a oírse truenos y a brillar relámpagos; cubrióse el monte de una densísima nube, y el *sonido de la bocina* [3] resonaba con grandísimo estruendo; con lo que se aterrorizó el pueblo, que estaba dentro de los campamentos. Mandóles Moisés salir de sus tiendas para recibir al Señor, y todos se pararon al pie del monte. *Todo el Sinaí estaba humeando,* por haber descendido el Señor a él entre llamas [4]; subía el humo de él, como de un horno, y todo el monte causaba espanto. Al mismo tiempo, el sonido de la bocina cada vez se sentía más recio y se extendía a mayor distancia [5]. Y entonces pronunció Dios todas estas palabras:

I. «*Yo soy el Señor* (Yahve), *tu Dios,* que te he sacado de Egipto, de la casa de la esclavitud. *No tendrás otros dioses delante de mí; no*

---

[1] Moisés ha de preparar al pueblo para la aparición de Dios, primero haciendo que se purifique y cambie los vestidos (cfr. *Gen.* 35, 2; 41, 14), pero sobre todo mediante la limpieza del corazón y de los sentimientos, simbolizada en aquella otra exterior; también ha de advertirles que se guarden de tocar temerariamente el monte santificado por la presencia de Dios.

[2] Era el día 6 ó 7 del tercer mes, 50 días después de la salida de Egipto.

[3] La bocina de Dios (cfr. I *Thess.* 4, 16), un sonido potente, venido del cielo, semejante al de la bocina.

[4] «*Con* millares de santos», es decir, de ángeles *(Deut.* 33, 2). Tan temerosa fué la aparición, que Moisés mismo dijo: «Espantado estoy y tembloroso» *(Hebr.* 12, 21). El fuego es imagen de Dios (cfr. núm. 241). El humo procede, no de fenómenos volcánicos, sino de la tormenta, de las tenebrosas nubes que despedían rayos mientras el ronco trueno asordaba a los hombres y hacía temblar la tierra. Los que han visitado estos parajes dicen que las tempestades son terribles, grandiosas e imponentes. Cfr. *Deut.* 4, 11, donde se explica el «humo» por la tenebrosa oscuridad; las frecuentes descripciones bíblicas, en que aparece Dios envuelto en espesos nubarrones, entre rayos y truenos, que hacen humear y trepidar los montes, están inspiradas en los fenómenos que sucedieron en el Sinaí.

[5] En este pasaje hay intercalada una breve observación que tiene por objeto explicar de qué manera conversaba Dios con Moisés en el monte: «Hablaba Moisés y Dios le replicaba; y el Señor bajó al monte Sinaí y llamó a Moisés a la cumbre; y cuando éste se hallaba ya en lo alto, el Señor le dijo»—lo que arriba hemos expuesto acerca de los preparativos para el tercer día. Añade el texto un precepto para los sacerdotes, a los cuales ni antes ni después nombra: «los sacerdotes que se acerquen al Señor han de ser santos, porque no les castigue el Señor». Según el contexto parece ser que estos sacerdotes (no confundirlos con los hijos de Aarón) se mostraron rebeldes a las disposiciones divinas. Por eso no se hace mención de ellos cuando más tarde son invitados Aarón y los Ancianos a subir al monte para ver al Señor (cfr. núm. 288-298). Moisés expone todo este suceso con más pormenores en sus discursos al pueblo *(Deut.* 5, 1 ss.; 18, 15 ss.; 33, 2).

harás para ti imagen de escultura, ni figura alguna de las cosas que hay arriba en el cielo ni abajo en la tierra, ni de las que hay en las aguas debajo de la tierra, *para adorarlas* [1]. Pues Yo soy el Señor, tu Dios, el fuerte, el celoso; que castigo la maldad de los padres en los hijos, hasta la tercera y cuarta generación, en aquellos que me aborrecen; y uso de misericordia hasta el milésimo con los que me aman y guardan mis mandamientos [2].

II. *No tomarás en vano el nombre del Señor, tu Dios.* Porque no dejará el Señor sin castigo al que tomare en vano el nombre del Señor, Dios tuyo.

III. *Acuérdate de santificar el día de sábado.* Los seis días trabajarás y harás todas tus labores; mas el día séptimo es el sábado del Señor, tu Dios. Ningún trabajo harás en él, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu criado, ni tu criada, ni tus bestias de carga, ni el extranjero que habita dentro de tus puertas. Por cuanto el Señor en seis días hizo el cielo, y la tierra, y el mar, y todas las cosas que hay en ellos, y descansó en el día séptimo; por eso bendijo el Señor el día del sábado, y le santificó.

IV. *Honra a tu padre y a tu madre,* para que te vaya bien y vivas largos años sobre la tierra.

V. *No matarás.*

VI. *No cometerás adulterio.*

VII. *No hurtarás.*

VIII. *No levantarás falso testimonio* contra tu prójimo.

IX. *No desearás la mujer de tu prójimo.*

X. *No codiciarás la casa de tu prójimo,* ni sus campos, ni su

---

1 La prohibición de hacer imágenes de escultura y figuras, ha de entenderse de las *imágenes de la divinidad* usadas entre los paganos. Las cosas que hay arriba en el cielo, sólo pueden ser (según *Deut.* 4, 15-19) los cuerpos celestes que adoraban los egipcios y babilonios (cfr. núm. 121-123). Entendido a la letra este texto, se prohibe hacer y adorar tales imágenes, mas no fabricar y adorar otras imágenes; prueba de ello son los querubines del Arca del Testamento, los del velo del *Sancta Sanctorum,* la serpiente de bronce y las imágenes del Templo (cfr. *Exod.* 25, 18; 26, 31; *Num.* 21, 8; III *Reg.* 7, 25 36). *Deut.* 4, 15 insiste en que Dios no debe ser adorado bajo ninguna imagen, como tampoco quiso manifestarse al pueblo en el monte bajo símbolo alguno (figura). Los judíos dieron a este mandato una interpretación todavía más rigurosa.—La ausencia de imágenes en el culto israelita es un misterio cuya explicación busca en vano la historia de las religiones, puesto que todos los pueblos de la antigüedad tienen sus ídolos y símbolos de la divinidad. La escuela histórico-evolucionista resuelve la cuestión con suma facilidad, negando que el primitivo culto de Yahve (que ellos hacen derivar del culto cananeo de Baal) careciera de imágenes, y atribuyendo su desaparición al profetismo. Cfr. König, *Die Hauptprobleme der israelitischen Religionsgeschichte* (Leipzig 1885) 53 ss., y *Geschichte der atl Religion*[2] 255 ss.—Otros explican la carencia de imágenes (y el monoteísmo, v. núm. 237) por la religión arábiga antigua; pero se ven obligados a admitir que todavía no se han estudiado suficientemente los monumentos que ha dejado en pie el fanatismo musulmán.—Lo cierto es que en las recientes excavaciones de Palestina no se ha descubierto hasta hoy ninguna imagen de Yahve. El P. Vincent ha demostrado en *RB* 1909, 121 ss., que el «hallazgo» (en 1905) de un sello, que se intentaba relacionar con Yahve, es una impostura; cfr. *Kath* 1909 I 318.

2 Esto se entiende del pueblo de Dios en general, no de cada familia o persona en particular (cfr. *Deut* 24, 16; *Ierem.* 31, 29; *Ezech.* 18, 2): si los padres, a los cuales aquí habla Dios, pecaren y se hicieren indignos de las divinas promesas, ellos y sus descendientes sufrirán las consecuencias.

esclavo, ni esclava, ni su buey o asno, ni cosa alguna de las que le pertenecen».

286. Entre tanto, el pueblo oía los truenos y el sonido de la bocina; veía los relámpagos y las densas nubes que cubrían el monte; y aterrado se mantenía a distancia. Los Ancianos y jefes de las familias acudieron despavoridos a Moisés, y le dijeron: «Ya ves que Yahve, nuestro Dios, nos ha mostrado su majestad y grandeza. Mas, ¿por qué nos ha de devorar este fuego terrible? Si proseguimos oyendo la voz del Señor, nuestro Dios, pereceremos. ¿Qué es el hombre, para que pueda escuchar la voz de Dios viviente, hablando de en medio del fuego, como lo hemos oído nosotros, y pueda conservar la vida? Mejor es que tú te acerques, y oigas todas las cosas que te dijere el Señor, nuestro Dios. Tú nos las dirás después a nosotros. Pero que no nos hable el Señor (directamente); no sea que muramos». Moisés tranquilizó al pueblo diciéndole: «No temáis; pues el Señor ha venido para probaros, y para que su temor se imprima en vosotros, y no pequéis». Y el Señor dijo a Moisés: «Ojalá que siempre tengan tal corazón, que me teman y guarden todos mis mandamientos en todo tiempo; para que sean felices ellos y sus hijos eternamente. Anda y diles: Retiraos a vuestras tiendas. Tú, entre tanto, quédate conmigo; y yo te declararé todos mis mandamientos y las ceremonias y leyes que les has de enseñar, para que las pongan por obra en la tierra cuya posesión les daré» [1].

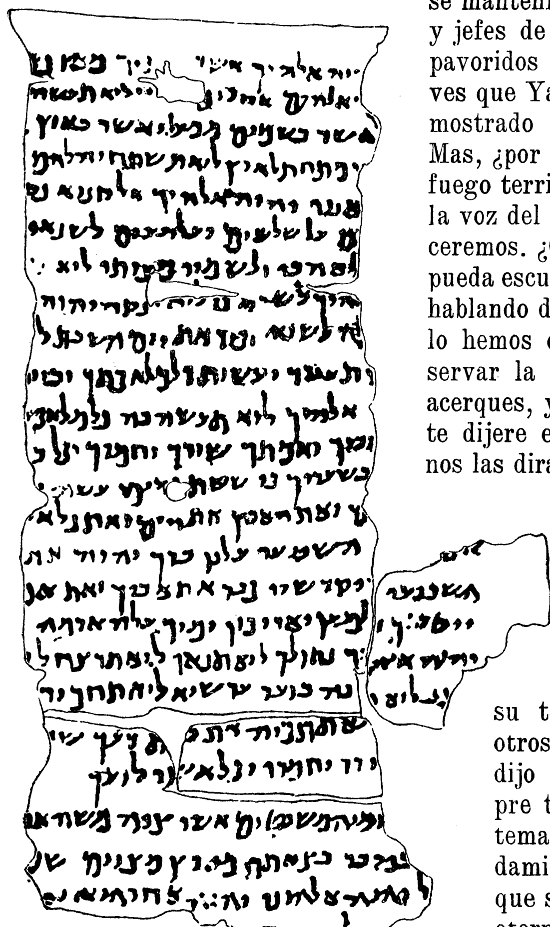


Fig. 40. — La copia más antigua de los Diez Mandamientos (Papiro Nash) (II siglo a. Cr.) Biblioteca de la Universidad de Cambridge.

El texto bíblico habla siempre de *diez palabras* (mandamientos); pero ni los enumera, ni da una división de ellos; tampoco se dice cosa alguna acerca de la distribución de los Diez Mandamientos en dos Tablas. El *Deuteronomio* (5, 6 ss.) expone los Diez Mandamientos de manera algo distinta. La enumeración y divi-

[1] Cfr. *Deut.* 5, 22 ss.

sión usadas en la Iglesia católica (y luterana) proceden de san Agustín, y están objetivamente fundadas[1]. La diferencia de ambos textos bíblicos radica en la división del primer mandamiento en dos, y en la unión de los dos últimos en uno solo, o viceversa. Estas diferencias entre la redacción (antigua) del libro del *Exodo* y la (posterior) del *Deuteronomio* (cap. 5) son completamente accidentales[2], y sólo prueban que Moisés, mediador de la Antigua Alianza, al repetir e inculcar los Diez Mandamientos, no fué esclavo de la letra, sino que procedió con libertad, acompañando cada uno de los mandamientos de comentarios que los aclarasen e hiciesen comprensibles; prueban también que en la transmisión del texto se introdujeron pequeñas diferencias, como suele acontecer en los lugares paralelos. Esto se comprueba con toda claridad en el papiro *Nash,* dado a conocer en 1902, el cual trae una copia del *Decálogo,* la más antigua que poseemos, probablemente del siglo segundo de la era cristiana. Esta copia se diferencia en algunos puntos (accidentales) del texto hebreo actual y de la versión griega de los *Setenta* (fig 40)[3]. Tenemos ejemplos similares en las pequeñas diferencias que se advierten en las oraciones más usadas por el pueblo cristiano *(Pater noster, Ave Maria, Credo).* En las Tablas se imprimió seguramente la redacción más breve de los Diez Mandamientos (cfr. V-VIII mandamientos); ignoramos en qué escritura[4]. En ninguna parte se dice que la primera Tabla contuviese los tres primeros mandamientos, y los siete restantes la segunda. Por su sentido, no son nuevos del todo los Diez Mandamientos; son esencialmente fórmulas (claras y precisas) de la ley natural, escrita en el corazón de todos los hombres: ley, que por medio de la Revelación divina recibe un valor incomparablemente mayor y una confirmación mucho más eficaz. No es, pues, de extrañar que entre los paganos (egipcios, babilonios) se encuentren prescripciones y principios jurídicos que concuerdan con los del *Decálogo;* pero tampoco se puede sostener que éstos sean copia de la moral de los egipcios o babilonios[5]. Recientemente van reconociendo los racionalistas que el *Decálogo* no es de origen posterior, como pretende la escuela babilonista, sino que data de los

---

[1] Cfr. Renschka, *Die Dekalogkatechese des hl. Augustinus. Ein Beitrag zur Geschichte des Dekalogs* (Kempten 1905).

[2] Pueden estudiarse reunidas y ordenadas en König, *Einleitung in das AT* (Bonn 1893), 57. La diferencia principal está en que *Deut.* 5 funda el precepto del sábado en la liberación de la esclavitud egipcia, y en los mandamientos IX y X comienza la enumeración por la «mujer», mientras que en *Exod.* 20 se la nombra después de la «casa».

[3] Peters, *Die älteste Abschrift der zehn Gebote, der Papyrus Nash* (Friburgo 1905). Facsímil y texto en Hetzenauer, *Theol. bibl.* I 64.

[4] Grimme *(Althebr. Inschriften vom Sinai* 90 ss.) admite que los Diez Mandamientos se esculpieron en la misma escritura semítica que algunas tablas sinaíticas antiguas.

[5] Según el *Libro de los Muertos* del Reino Nuevo (1580-1100 a. Cr.), el difunto, antes de entrar en la «sala de la verdad», en la cual se sienta Osiris rodeado de 40 jueces (muertos), ha de declarar entre otras cosas lo que sigue: «No hice lo que es abominable a los ojos de Dios... A nadie he matado... No reduje el número de tortas que se ofrecen a los dioses... No cometí adulterio ni fornicación... Limpio soy... No robé... no cometí homicidio... no disminuí la medida del grano... no hablé mentira... no hice cosa mala», etc. Además de estas declaraciones negativas había otras positivas: «Hice lo que es laudable entre los hombres y grato a los dioses... Dí pan al hambriento... agua al sediento... vestidos al desnudo .. Sacrifiqué a los dioses y ofrecí sacrificios a los muertos...» (Gressmann en *AOT* 187 s.; cfr. Baumgartner, *Weltliteratur* I 99). – En una fórmula para conjurar el encantamiento. el sacerdote, señalando al pecador, propone a la divinidad las siguientes cuestiones: «¿Ha ofendido a su dios?... ¿ha contestado sí, cuando era no, y no, cuando era sí?... ¿Ha usado balanza falsa y tomado dinero injustamente?. . ¿Se ha acercado a la mujer de su compañero?... ¿Ha derramado la sangre de su camarada?... ¿le ha sustraído el vestido?... ¿ha resistido a sus superiores?... ¿Fué sincera su boca, pero falso su corazón?... ¿Ha hecho cosas feas?», etc. (Gressmann l.c. 96 s.). Dedúcese de aquí que no se perdió la ley (natural) escrita en el corazón del hombre; pero las fórmulas concretas y breves sólo se encuentran en el pueblo de la Revelación. (Cfr. núm. 350-351.)

tiempos mosaicos. Tanto es así, que comienzan a darle el nombre de «catecismo de los hebreos en tiempo de Moisés» [1].

287. Los libros mosaicos, después de referir los hechos principales que acontecieron hasta la promulgación de la Ley, no continúan la narración, sino que abren un paréntesis para explanar el *Decálogo* y dar reglas morales. Indudablemente los capítulos 20, 22-23, 33 forman la parte más antigua de la colección de leyes mosaicas. Pues expresamente se dice que Moisés escribió «todas estas palabras» en el «Libro de la Alianza», libro que desempeña un papel muy importante en la solemne ceremonia del pacto de la Alianza [2]. Pues, luego que Moisés recibió repetidas veces instrucciones y encargos del Señor durante los días siguientes a la promulgación del *Decálogo,* y escribió las palabras del Señor en el «Libro de la Alianza», procedió a la confirmación de la misma; a lo cual se declaró dispuesto el pueblo, diciendo: «Haremos todo lo que el Señor ha dicho». Entonces Moisés, levantándose de madrugada, edificó un altar al pie del monte, erigió *doce piedras,* según el número de las doce tribus de Israel, y ofreció *sacrificios*. Recogió la mitad de la sangre en vasos y derramó sobre el altar la otra mitad. Y tomando el «Libro de la Alianza», lo leyó delante del pueblo; el cual dijo: «Haremos todas las cosas que ha ordenado el Señor, y seremos obedientes». Tomando entonces Moisés la sangre de los vasos, roció con ella al pueblo y el libro [3], diciendo: *Esta es la sangre de la Alianza, que el Señor ha contraído con vosotros acerca de todas estas cosas.*

288. Subió luego Moisés al monte acompañado de Aarón y de Nadab y Abiú, hijos de éste, y de los setenta Ancianos de Israel. «Allí vieron al Dios de Israel; y la peana de sus pies parecía una obra hecha de zafiros, y como el cielo cuando está sereno». Vieron, pues, al Señor y comieron y bebieron (después de bajar del monte). No vieron a Dios en su esencia, cosa imposible en esta vida mortal; ni siquiera a Moisés fué otorgada tal gracia; sino le vieron en una *figura simbólica,* en una nube o tenue envoltura, tal vez en figura humana — pues se habla de los «pies» —, pero en forma tan excelsa y gloriosa, que reconocieron el simbolismo, y nunca llegaron a imaginarse que Dios tuviese figura humana. Al *pueblo* se mostró Dios por medio de manifestaciones grandiosas de su poder, y no en figura alguna, para precaverlos de la adoración de dioses falsos (cfr. *Deut.* 4, 12). El color y brillo del *zafiro* o del cielo sereno es símbolo de la pureza, sublimidad y majestad divinas (cfr. *Ezech.* 1, 26; 10, 1), lo mismo que el arco iris (cfr. *Apoc.* 4, 3; 10, 1). Termina el sacrificio de la Alianza y queda ésta sellada con un *banquete sacrificial*. El *altar* erigido por Moisés representa a Dios mismo; las doce piedras, a las doce tribus de Israel; *las víctimas* representaban a Israel, con todos sus bienes, dispuesto a entregarse a Dios; o más bien figuraban a aquél que es la verdadera víctima agradable a Dios; a aquél que, representando a todos los hombres, se ofreció un día a su eterno Padre, mereciendo así la preparación y conclusión de la Antigua Alianza, y todas las gracias de la Nueva. La *sangre de la víctima* se empleó por mitad en el altar y en rociar al pueblo, para significar la entrega absoluta de éste a Dios, las gracias divinas que de aquí resultan y la íntima unión de Dios con Israel. Por eso se roció también con la sangre el *Libro de la Alianza,* porque en él estaban las leyes, que son el fundamento de la Alianza, a saber: las disposiciones en las cuales Dios revela su voluntad y se manifiesta a sí mismo, y con cuya aceptación y fiel cumplimiento realiza Israel la entrega a Dios. — Moisés,

---

[1] Así Gressmann, *Mose* 475. Cfr. Wildeboer en *ZAW* 1904, 296 ss.; Weiss, *Buch Exodus* XXX ss. 154 s.; König, *Geschichte der atl Relig.*[2] 195 ss.; Kittel, *Geschichte des Volkes Israel* I[3] 582 ss. Acerca de las cuestiones tocantes al Decálogo, Libro de la Alianza, y Alianza del Sinaí, cfr. Karche, *Geschichte des Bundesgedankens im AT* (Münster 1910, en *ATA* II 1-4)

[2] Cfr. Weiss, *Buch Exodus* 167 s.; ibid. XXX s.; *Wann ist das Bundesbuch entstanden?*

[3] Cfr. *Hebr.* 9, 19.

mediador de la Alianza, Aarón con sus hijos escogidos por Dios y elevados al sacerdocio para continuar la mediación entre Dios y el pueblo, los *setenta Ancianos,* representantes del pueblo, suben al monte para recibir en una *aparición de Dios* la prenda de su bondad y gracias divinas y la certeza de la confirmación de la Alianza por parte de Dios; finalmente, celebran *el banquete,* como signo de unión amistosa con Dios, pactada mediante la Alianza y sellada con el sacrificio.

289. Los sucesos del Sinaí, acompañados de tantos signos y prodigios, cuya significación se pone expresamente de manifiesto, y a los cuales alude constantemente la Sagrada Escritura, son la revelación más espléndida del Antiguo Testamento. En ella descansa todo cuanto exigen la naturaleza, desarrollo e historia del Reino de Dios. No es maravilla, pues, que la ciencia incrédula discuta la historicidad del relato bíblico y no vea en él sino un intento de dar cima a la constitución del pueblo de Israel «con una escena dramática realizada en un teatro espléndido». Esto no merece refutación. Demostrada la posibilidad de la tradición judía — y esto se ha logrado en todas sus partes —, es a todas luces disparatado recurrir a hipótesis peregrinas [1].

290. *La institución de la Antigua Alianza es figura de la institución de la Nueva,* que se realizó con prodigios similares. «Ambas promulgaciones de la Ley acontecieron a los cincuenta días de la Pascua, dice san Jerónimo: aquélla, en el Sinaí; ésta, en Sión. Allí se estremeció el monte; aquí, el Cenáculo apostólico. Allí resonó el trueno acompañado de relámpagos y huracán; aquí sopla del cielo un viento, como de huracán que se va aproximando, y aparecen lenguas como de fuego. Allí se anunció la Ley, entre el clamor de trompetas; aquí resonó la Ley, saliendo de boca de los apóstoles» [2]. Y podemos añadir: allí descendió Dios; aquí también desciende Dios, el Espíritu Santo. En el Sinaí, la Ley fué escrita por el dedo de Dios en Tablas de piedra; en Sión lo fué «por el Espíritu de Dios vivo, en tablas de carne, en el corazón» [3]. En el Sinaí se promulgó la letra muerta; en Sión se comunicó el Espíritu vivo y vivificante. Allí se dieron mandamientos; aquí, gracias superabundantes para cumplirlos. Allí se puso ante los ojos de un pueblo sensual, acostumbrado a obrar por temor, el deber estricto y riguroso; aquí se anunció el dulce atractivo del amor, a los discípulos de aquél que con palabras y obras predicó siempre el amor filial y alegre, como resumen y cumplimiento de toda la Ley [4]. Todo inspiraba miedo y terror en el Sinaí; aquí, alegría y entusiasmo. Pactó Dios con los hombres esta *Nueva Alianza,* sellada en Pentecostés, enviándoles el Verbo humanado, en cuya Encarnación se unieron ambas naturalezas, divina y humana, en íntima e inseparable unión, y prometiendo a los que creyeren en su Unigénito y se aprovecharen de los medios de salvación, no ya auxilios y bendiciones temporales, sino reconciliación, santificación y vida eterna. También la Nueva Alianza tiene su *mediador,* pero «tanto más excelente, cuanto más excelente es la Alianza, otorgada sobre mejores promesas» [5]. También la Nueva Alianza fué sellada con la *sangre de la víctima,* con la sangre infinitamente preciosa del cordero inmaculado, sin la cual careciera de valor la sangre de la antigua víctima. Derramó su preciosa sangre por toda la humanidad en el altar de la Cruz, y luego de la Ultima Cena la destinó para rociar a su pueblo en el santo sacrificio de la Nueva Alianza y para servir, juntamente con su cuerpo, en el *banquete sacramental.* Por eso, al instituir el Santísimo Sacramento, se sirvió casi de las mismas palabras que Moisés: «Esta es mi sangre de la Nueva Alianza, que será derramada por muchos para remisión de los pecados» [6].

---

1 Cfr. núm. 16, 30, 31.
2 San Jerónimo, *ad Fabiol. mans. 12*[3].
3 II *Cor.* 3, 3; cfr. *Ierem.* 31, 33. 4 *Matth.* 22, 40. *Rom.* 13, 10.
5 *Hebr.* 8, 6. Cfr. Weiss, *Messian. Vorbilder* 33 s.
6 *Matth.* 26, 28; *Hebr.* 9, 20; cfr. 10, 19; I *Petr.* 1, 4 19; I *Ioann.* 1, 7.

39. El becerro de oro

(*Exod.* 24, 12-18; 31, 18; 32, 1 a 34, 35)

291. Por orden de Dios subió Moisés a la cumbre del monte, acompañado de Josué su ministro, dejando a Aarón y Hur encargados de resolver las querellas del pueblo hasta su regreso. Luego que subió, cubrióse el monte de una nube; y la gloria del Señor se manifestó en la cima del Sinaí, cubriéndola con una nube por seis días; y al séptimo llamó Dios a Moisés de en medio de la nube oscura; la gloria del Señor aparecía a los ojos de los hijos de Israel como un fuego ardiente, que abrasaba la cumbre del monte. Y habiendo entrado Moisés en medio de aquella niebla, subió a la cima misma del monte, en donde estuvo *cuarenta días y cuarenta noches* en conversación con Dios, *sin comer ni beber.*

Allí dió el Señor a Moisés *instrucciones* concretas *para la confección de un Tabernáculo sagrado* — donde quería morar en medio de su pueblo —, de las vestiduras sacerdotales y de los vasos sagrados. Todo ello le mostró en visión, diciéndole estas palabras: «Mira bien, y hazlo fabricar según el modelo que se te ha propuesto en el monte» [1]. También le dió instrucciones acerca de la *consagración de los sacerdotes* y del sacrificio diario, acerca del altar del incienso y de los *tributos para el culto* [2], del lavamanos de los sacerdotes, también de la composición del *ungüento y del perfume;* designó asimismo nominalmente los *artífices,* llenándolos de sabiduría: Beseleel, hijo de Uri, nieto de Hur, de la tribu de Judá; Ooliab, hijo de Aquisamec, de la tribu de Dan. Terminó, por fin, inculcando la *guarda del sábado* [3]. Acabado todo ello, dió a Moisés *dos Tablas de piedra,* en las cuales por ambos lados estaban escritos por el dedo de Dios [4] los Diez Mandamientos; Tablas que debían guardarse como testimonio de la Alianza en el Tabernáculo que se iba a construir [5].

---

[1] *Exod.* 25, 9 40; cfr. *Act.* 7, 44. Según san Pablo (*Hebr.* 8, 5), estas prescripciones son símbolo de los celestiales misterios de la Nueva Alianza.

[2] Cuando Moisés hizo el censo del pueblo, obligó a todos los mayores de 20 años a pagar un tributo de medio siclo (= 8,5 gramos, un marco aproximadamente; cfr. núm. 298 y Kalt, *Bibl. Archäologie* núm. 68), al rico lo mismo que al pobre (*Exod.* 30, 12 ss.) — dando a entender que a los ojos de Dios igual es el alma del pobre que la del rico, y que todos tienen los mismos derechos en el Santuario.

[3] *Cap.* 29-31.

[4] Los modernos traducen: «con escritura de Dios»; suponen que se refiere a la escritura «hierática», es decir, cuneiforme babilónica, usada en documentos religiosos y jurídicos, a diferencia de la literal, empleada en la vida ordinaria (Benzinger, *Hebr. Archäologie*[2] 177). Pero en otros pasajes se declara expresamente o se da por supuesto que Dios mismo fué el autor de la escritura grabada en las Tablas.

[5] *Exod.* 31, 18; cfr. 32, 15; *Deut.* 9, 9. A propósito de la *distribución* de los Diez Mandamientos en dos Tablas, séanos permitido hacer algunas observaciones acerca del *simbolismo de los números* en el A. T., ya que ninguna aclaración nos da la Sagrada Escritura. *Tres,* como primer número plural, representaba entre los sumerios «multitud»; encerraba la idea del supremo desenvolvimiento de la vida, por eso era el número de Dios (cfr. el trisagio *Is.* 6, 3). *Cuatro* significa la universalidad («de los cuatro cabos de la tierra» = = de todas partes), figurada en el cuadrado. *Siete* indica «plenitud» y «perfección», simbolismo antiquísimo, que rebasa los límites de la civilización babilónica. *Diez,* compuesto de tres y siete, es suma y compendio de ambas nociones. También los números 12, 40, 70, encierran cierto simbolismo fundado en la misma narración bíblica (12 tribus, 40 días en el Sinaí, 40 días en el desierto, 70 Ancianos, etc.). Cfr. Hehn *Siebenzahl und Sabbat,* 63 76 s.

292. Mas, viendo el pueblo que Moisés tardaba en bajar del monte, levantándose contra Aarón, dijo: «Ea, haznos dioses que nos guíen, ya que no sabemos qué se ha hecho de Moisés, de ese hombre que nos sacó de la tierra de Egipto». Respondióles Aarón: «Tomad los pendientes de oro de las orejas de vuestras mujeres, y de vuestros hijos e hijas, y traédmelos». Así lo hizo el pueblo, trayendo los pendientes a Aarón [1]. El cual, habiéndolos recibido, los hizo fundir y vaciar en un molde, y *formó de ellos un becerro de oro* [2]. Dijo entonces el pueblo: «Estos son tus dioses [3], ¡oh Israel!, que te han sacado de la tierra de Egipto». Viendo esto Aarón, edificó un altar delante del becerro, y mandó publicar a voz de pregonero, diciendo: «Mañana es la gran fiesta del Señor». Y levantándose de mañana, sacrificaron holocaustos y hostias pacíficas, y el pueblo todo se sentó a comer y beber, y se levantaron después a divertirse [4].

¡Tan pronto olvidaron los israelitas sus sagradas promesas, la Alianza contraída solemnemente con Dios y los prodigios de la gracia y omnipotencia divinas! Y tan grande fué su desagradecimiento y vileza, que suspiraban por las abominaciones del paganismo egipcio, y «trocaron la majestad de Dios por una figura de becerro, que come heno» [5].—Verdaderamente inexplicable es la *conducta de Aarón* [6]. Por miedo a la agitación popular siguió consejos de pruden-

---

[1] La expresión hebrea permite interpretar que las alhajas les fueron arrebatadas violentamente por los que traían entre manos la construcción del becerro de oro (cfr. Weiss, *Moses* 88 y la nota siguiente).

[2] Se ha visto comúnmente en la adoración del becerro de oro un remedo del culto egipcio de Apis (cfr. núm. 123), sobre todo por la manera de celebrarlo con procesiones, sacrificios, banquetes, danzas, etc. Es también posible que el becerro de oro («becerro» despectivamente por «toro») representase al buey sagrado Mnevis de Heliópolis, que recibía culto especial en la tierra de Gesén; pues la prohibición de ofrecer sacrificios a los cabrones (*Lev.* 17, 7) se refiere seguramente al culto que en Gesén se daba al macho cabrío. Los descubrimientos han demostrado que los egipcios adoraban imágenes de estos bueyes. Y aunque no es exclusivo de los egipcios el culto de la divinidad simbolizada en el buey, sino que se encuentra también en otras religiones, ocurre pensar, sin embargo, en la influencia egipcia, al ver las aberraciones de Israel en el Sinaí. La figura 41 muestra un toro de bronce de la región oriental del Jordán (7 cm. de largo).

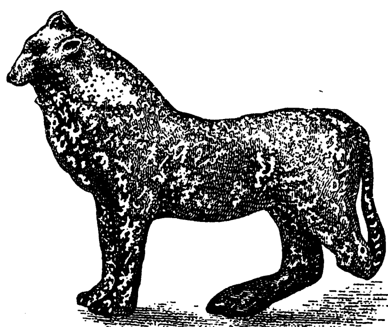


Fig. 41.
Toro de bronce que se cree procede de Rihab ($^5/_7$ del tamaño natural)
cl. *Deutsche Palästinavereins.*

[3] El hebreo puede traducirse: Este es tu Dios, etc.

[4] Refiérese el Texto Sagrado a los banquetes, gritos de júbilo, cantares y danzas con que celebraban los egipcios la fiesta del buey Apis (*Herodoto* 2, 60; 3, 27). Tal vez la expresión «divertirse» (*ludere*) sea un eufemismo para velar desnudeces impúdicas y desenfrenos libidinosos, que se practicaban en las fiestas paganas.

[5] *Ps.* 105, 20.

[6] Hummelauer cree que los iniciadores de la rebelión fueron los sacerdotes antes mencionados, los cuales, excluídos por su contumacia de subir al Sinaí, y desposeídos de la dignidad de que hasta entonces habían disfrutado, se alzaron contra la disposición de Moisés y hallaron su ruina en el merecido castigo que siguió a su culpa. Así se explicaría fácilmente el proceder de Aarón, y aun sería en cierto modo excusable, pues con calculada prudencia y aparente transacción precipitó a los elementos levantiscos en la fosa que ellos mismos habían preparado. (Cfr. las insinuaciones de Hummelauer a propó-

cia humana. Para disuadir a los israelitas, contó primero con el egoísmo y la vanidad, especialmente de las mujeres, pidiéndoles sus joyas; pero se equivocó. Todos acudieron con gran celo, llevándole lo que se les pedía. Ya en este trance, no le pareció posible oponer resistencia a sus deseos; accedió, y les hizo un becerro de oro fundido, sellando él mismo la apostasía. Y el último recurso de llamar fiesta de Yahve lo que no era sino un acto de idolatría, fué, no un arreglo, sino una humillación aun mayor de la gloria de Dios. Tuvo, pues, que tolerar el sesgo pagano que tomó la fiesta. Tan completa fué la apostasía del pueblo, que Dios pensó reprobarle por completo y exterminarle; y tan grande el pecado de Aarón, que también le exterminara Dios, si Moisés, con caridad heroica, no hubiera intercedido por su hermano y por todo el pueblo.

293. Y el Señor dijo a Moisés: «Anda, baja; pecado ha tu pueblo [1], que sacaste de la tierra de Egipto. Pronto se ha desviado del camino que le enseñaste; se han formado un becerro de fundición, y le han adorado, sacrificándole víctimas. Veo que ese pueblo es de dura cerviz; déjame desahogar mi indignación contra ellos, y exterminarlos; que yo te haré a ti caudillo de una nación grande». Moisés, empero, rogaba al Señor, su Dios, diciendo: «¿Por qué, oh Señor, se enardece así tu furor contra tu pueblo, que Tú sacaste de la tierra de Egipto con fortaleza grande y mano poderosa? ¡Ah! que no digan los egipcios: Sacólos maliciosamente de Egipto, para matarlos en los montes y exterminarlos de la tierra. Apláquese tu ira, y perdona la maldad de tu pueblo. Acuérdate de Abraham, de Isaac y y de Israel, tus siervos, a los cuales por ti mismo juraste, diciendo: Multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo, y toda esta tierra de que os tengo hablado, se la daré a vuestra posteridad, y la poseeréis para siempre». Con esto se aplacó el Señor, y dejó de ejecutar contra su pueblo el castigo que había pronunciado.

294. Bajó Moisés del monte con Josué, su ministro, trayendo en la mano las dos Tablas de la Ley, escritas por ambas caras. Oyendo Josué el tumulto del pueblo que voceaba, dijo a Moisés: «Alaridos de guerra se oyen en los campamentos». Respondióle Moisés: «No es griterío de gentes que se exhortan al combate, ni vocerío de los que huyen; lo que oigo yo es algazara de gentes que cantan». Y habiéndose acercado ya al campamento, vió el becerro y las danzas; e irritado sobremanera, arrojó de la mano las Tablas [2], y las hizo pedazos al pie del monte.

Y arrebatando el becerro que habían hecho, lo arrojó al fuego y redújolo a polvo, que esparció en el agua y dió a beber a los israelitas [3]. Dijo

---

sito del pasaje *Exod.* 32, 25, muy oscuro por cierto, *Das vormosaische Priestertum in Israel,* Friburgo 1899, 8 ss.; 28 ss.)

[1] Ya no le llama Dios «mi pueblo», porque ha apostatado (cfr. *Osee,* 1, 9); en la expresión «tu pueblo» podía ver Moisés un recuerdo de su oficio de mediador y la insinuación de que la misericordia divina se deja ganar por las súplicas. Conforme a esto obró Moisés.

[2] Hizo esto llevado de justa indignación e impulsado por Dios, para darles a entender que, rompiendo la Alianza, se habían hecho indignos del beneficio de la Ley divina. Del tamaño del Arca puede colegirse el de las Tablas; aquélla tenía dos codos y medio de largo por codo y medio de ancho, es decir, 130 cm. por 78 cm.

[3] Probablemente no era la imagen de oro macizo, sino de madera revestida de oro. Primero destruyó al fuego el exterior metálico del ídolo que luego pulverizó, es decir, molió o redujo a polvo (entre piedras y arena), arrojándolo por fin al arroyo, de donde solían sacar el agua para beber. Así describe aquel suceso Moisés mismo (*Deut.* 9, 21). De esta manera comprendieron los israelitas lo ridículo y despreciable de la idolatría.

después a Aarón: «*¿Qué es lo que te ha hecho este pueblo* para que acarrearas sobre él tan enorme pecado?» Y viendo el desenfreno del pueblo, que se entregaba a las abominaciones de la idolatría, poniéndose a la puerta del campamento, dijo: *El que sea del Señor, júntese conmigo.* Juntáronsele solamente los hijos de Leví [1]; a los cuales dijo: «Esto dice el Señor Dios de Israel: Ceñíos vuestra espada al cinto, e id de puerta en puerta por el campamento, y matad a todo el que encontrareis (en la abominación de la idolatría), sea hermano, amigo o vecino». Ejecutaron los levitas la orden; y perecieron en aquel día unos veintitrés mil hombres [2].

295. Al día siguiente dijo Moisés al pueblo [3]: «Habéis cometido un pecado enorme. Subiré al Señor, por si puedo inclinarle de algún modo a apiadarse de vosotros». Y habiendo vuelto al Señor, dijo: «Este pueblo ha cometido un pecado gravísimo: se ha fabricado dioses de oro. Pero, perdónales esta culpa, o si no lo haces, *bórrame del libro* [4] que has escrito». El Señor respondió: «Al que haya pecado contra Mí, a ese borraré

---

[1] No está claro por qué se reunieron en torno de Moisés solamente los hijos de Leví; pero ello prueba que la rebelión se dirigía particularmente contra Moisés. «El autor describe de un modo conciso y pintoresco... que en cierta ocasión, en el Sinaí, Moisés dominó un motín del pueblo con mano armada, ayudado por los levitas (su propia tribu, que le fué fiel), como lo da a entender *Deut.* 33, 9. Nada de inverosímil hay en ello. En un motín está muy indicada una orden sangrienta; y el no haberse defendido de los levitas el pueblo en masa, sólo prueba que los más fueron al motín arrastrados, y por eso retrocedieron al ver el rigor del castigo, y que los rebeldes contumaces y decididos fueron relativamente pocos» (Dillmann, comentando este pasaje). El castigo impuesto a los cabecillas era absolutamente necesario para deshacer el terrorismo que éstos ejercían sobre el pueblo. Los culpables no se sintieron con fuerzas para resistir; además estaban rendidos de fatiga, desmadejados y borrachos después de un día de intemperancia, alboroto y desenfreno, y la conciencia les reprochaba su culpa.

[2] El texto hebreo dice: 3000; la versión griega y algunos manuscritos de la *Vulgata* traen este mismo número; puede considerarse, por tanto, como auténtico. San Pablo habla (I *Cor.* 10, 7-8) de 23000; pero probablemente se refiere a otro suceso, a la prevaricación en que intervinieron los madianitas como seductores (cfr. núm. 385). Estos trágicos acontecimientos nos manifiestan una espantosa depravación, que en cualquier momento podía arrastrar al pueblo hebreo a toda suerte de aberraciones y abominaciones paganas, también nos hacen admirar la santidad y justicia de Dios, que castiga a los culpables; pero al mismo tiempo su magnanimidad, que supo sufrir a este pueblo y a pesar de sus infidelidades, ora con castigos, ora con nuevas demostraciones de gracia y misericordia, alejó siempre de él estos horrores y le hizo su pueblo escogido.

[3] Para los críticos de la escuela de Wellhausen, la parte que trata de los primeros acontecimientos del Sinaí encierra «uno de los problemas analíticos más difíciles» (Kautzsch, *Die Heilige Schrift des AT* 49); aquí fracasan todas las tentativas de discernir fuentes. Prescindiendo de algunas corrupciones del texto y glosas explicativas, la narración es clara y digna de todo crédito. En el fondo de este relato se aprecia una gradación: Moisés interpone su valimiento en favor del pueblo y se ofrece a sí mismo en sacrificio; lucha con Dios, porque no se aleje de su pueblo, antes bien, le acompañe en el viaje por el desierto; pídele por fin que le permita ver la majestad divina y obtiene este favor y con él la confirmación de su misión y una prenda del feliz éxito que la ha de coronar. Todo esto precede a la renovación de la Alianza que sigue luego.

[4] Refiérese al *Libro de la Vida*, del cual se habla repetidas veces en la Sagrada Escritura; por ejemplo, *Ps.* 68, 29; 136, 16; *Dan.* 12, 1; *Luc.* 10, 20; *Philipp.* 4, 3; *Apoc.* 3, 5; 13, 8; 20, 15; 21, 27; 22, 19.—Esta expresión, tomada de las listas civiles de un reino, se aplica aquí simbólicamente al número de los que tienen derecho a los bienes del Reino de Dios en la tierra y en el cielo (cfr. *Is.* 4, 3; *Ezech.* 13, 9; santo Tomás, *Summa theol. 1, q. 24)*. No quiere decir Moisés: ¡haz que muera!, ni tampoco: ¡bórrame del libro de los elegidos! Antes bien, penetrado de dolor y de amor, como más tarde san Pablo *(Rom.* 9, 33), expresa su deseo de ofrecerse, si posible fuese, en sacrificio, por salvar a sus hermanos. Así san Jerónimo.

Yo de mi libro. Mas tú, ve, y conduce a ese pueblo adonde te tengo dicho; mi Angel irá delante de ti. Mas en el día de la venganza [1] castigaré todavía ese pecado».

Prosiguió el Señor: «Yo enviaré a *mi Angel* delante de ellos. Mas Yo no quiero seguir en medio de ellos; pues es un pueblo de dura cerviz y me vería acaso obligado a destruirlo en el camino» [2].—Oyendo el pueblo estas tremendas palabras, prorrumpió en llanto, y nadie se vistió con sus acostumbrados adornos. Pues el Señor había dicho a Moisés: «Di a los hijos de Israel: eres pueblo de dura cerviz; si Yo llego una vez a aparecer en medio de ti, te exterminaré; ahora bien, quítate tus adornos, para ver qué tengo de hacer contigo» [3]. Despojáronse, pues, los hijos de Israel de sus galas al pie del monte Horeb.

Moisés, recogiendo *el Tabernáculo* [4], lo extendió lejos, fuera del campamento. Por lo cual, todos los que tenían alguna cosa que consultar, salían fuera del campamento, al Tabernáculo de la Alianza. Y cuando Moisés salía para ir al Tabernáculo, se levantaba todo el pueblo y quedaba cada cual en pie a la puerta de su pabellón, siguiendo a Moisés con los ojos, hasta que entraba en el Tabernáculo. Y en el Tabernáculo de la Alianza descendía la columna de nube, y quedaba fija en la puerta; y todo el pueblo contemplaba esto y adoraba al Señor, cada cual en la puerta de su pabellón; y Dios hablaba con Moisés cara a cara, como habla un hombre con su amigo [5].

296. Dijo Moisés al Señor: «Tú me mandas que salga conduciendo a este pueblo a Canaán; y no me haces saber quién es aquél a quien has de enviar conmigo [6]; y eso, habiéndome dicho: Te conozco por tu nombre y has hallado gracia

---

[1] Es decir, cuando los castigue en general por sus pecados; tal vez se refiera a la sentencia fulminada al año siguiente, al regresar los exploradores, en virtud de la cual todo el pueblo fué condenado a morir en el desierto (*Num.* 14, 22 ss.).

[2] Dios había prometido (*Exod.* 29, 42 ss.) habitar en medio de su pueblo y mostrar su majestad, como cuando iba delante de él en la columna de nube y de fuego. En el Sinaí le mostró su gloria, mas el pueblo por su infidelidad se hizo indigno de conservar esta señal de la presencia del Señor y prenda de su favor, más aún, había merecido ser consumido por el fuego de la santidad divina que brilló en el Sinaí (*Exod.* 24, 16-17). Por esto en adelante le precederá en su viaje el Angel del Señor y se instalará fuera del campamento el Tabernáculo de la reunión (de Dios con su pueblo), hasta que Israel haga penitencia y se renueve la Alianza.

[3] Con esto confirma Dios aquel primer signo de voluntario arrepentimiento, dando a la vez a entender que no es imposible aplacarle.

[4] *El Tabernáculo de la reunión* de que se habla aquí sin haberlo antes mencionado, no es el *Tabernáculo de la Alianza* que más tarde se había de edificar (*Exod.* 26 ss.; cfr. 36 ss.), sino un lugar céntrico donde se ofrecían los sacrificios, se reunían los Ancianos, donde posó también la columna de nube y Dios habló con Moisés. Ahora lo erige Moisés fuera del campamento para dar a entender que Dios no quería seguir en adelante con su pueblo apóstata y perjuro. Ello contribuiría a robustecer la buena disposición del pueblo. Al mismo tiempo dió el Señor a Moisés delante de todos una prueba especial de íntima amistad y gracia, para consolarle en sus penas por tan triste apostasía, y para infundir al pueblo respeto y confianza hacia su experto jefe y guía.

[5] No como si viese el rostro (figura o ser) de Dios—cosa imposible, como dice a continuación: trataba con Dios... como un hombre conversa con otro, aunque no vea su rostro.—Este pasaje parece ser una glosa aclaratoria interpolada.

[6] Según el contexto parece querer decir: «Tú no quieres seguir conmigo»; de no ser El, cualquier otro le es indiferente. Moisés apela a la amistad con que Dios le honra y suplica al Señor por esta misma amistad, que El mismo sea el guía. Accede por fin el Señor: «Mi rostro», etc., es decir, Yo mismo.

en mis ojos. Si es cierto que yo he hallado gracia en tus ojos, sé Tú el guía, y vuelve tus ojos hacia este tu pueblo». El Señor dijo: «Yo mismo iré en persona delante de ti, y te procuraré el descanso» [1]. Suplicó Moisés: «Si Tú mismo no vas delante, no nos hagas salir de este lugar; pues ¿en qué podremos conocer yo y tu pueblo haber hallado gracia en tu acatamiento, si no vienes con nosotros, para que seamos respetados de todos los pueblos que habitan en la tierra?» Respondió el Señor a Moisés: «También haré lo que acabas de pedir; porque has hallado gracia en mis ojos y te conozco por tu nombre» [2]. Alentado Moisés, dijo entonces: *Muéstrame tu gloria.* Respondió el Señor: Yo te mostraré a ti todo el bien [3], y pronunciaré el nombre del Señor delante de ti; pues Yo uso de misericordia con quien quiero, y hago merced a quien me place». Y prosiguió: «Mi rostro no le puedes ver; *pues ningún hombre me ve y vive.* Mas Yo tengo aquí un paraje especial. Tú, pues, te estarás sobre aquella peña; y al tiempo de pasar mi gloria, te pondré en el resquicio de la peña, y te cubriré con mi mano derecha, hasta que Yo haya pasado. Después apartaré mi mano y verás mi espalda; pero mi rostro no podrás verle».

Dijo después el Señor: «Labra dos tablas de piedra, semejantes a las primeras, y Yo escribiré en ellas las palabras que contenían las que hiciste pedazos». Así lo hizo Moisés; y levantándose muy de mañana, subió con las tablas al monte. Y descendido que hubo el Señor en una nube, se estuvo Moisés con El, pronunciando el nombre del Señor. Y pasando el Señor por delante de él, dijo Moisés [4]: «Señor, Señor, misericordioso, clemente, sufrido, piadosísimo y veraz, que conservas la misericordia para millares, y borras la iniquidad y los delitos y los pecados, y castigas la maldad de los padres en los hijos y nietos hasta la tercera y cuarta generación» [5]. Al instante Moisés se postró de cara sobre el suelo y, adorando al Señor, dijo: «Si he hallado gracia en tus ojos,

---

[1] Te daré contento. — La expresión «mi rostro», tantas veces repetida en este relato, según el uso hebreo y griego puede significar «persona», «yo mismo» (como la palabra nombre que significa «ser»). Trátase evidentemente de una señal visible de su presencia, de una prenda de su protección y auxilio, como la columna de nube y fuego que acompañó al pueblo hebreo al salir de Egipto, y como el Tabernáculo de la Alianza que más tarde dió el Señor a Israel (v. núm. 354). Dedúcese esto de *Num.* 10, 35: al levantarse el Arca, los enemigos serán disipados «de la presencia de su rostro (de Dios)», y de expresiones consagradas como: «aparecer», «sacrificar», «celebrar banquete sagrado», «regocijarse», «morar en la presencia del Señor», es decir, en el Santuario, en el Templo donde Dios tiene su trono sobre el Arca del Testamento. Allí se contempla (por la fe) el rostro y la majestad del Señor; cfr. página 325, nota 1. En un lugar de Isaías (63, 9) aparecen unidas las dos expresiones «Angel» y «rostro de Dios» («el Angel de su rostro»). Pero es corrupción del texto. Las dos maneras de Revelación, por medio del «Angel de Dios» y por medio del «rostro de Dios», son análogas, pero no equivalentes.

[2] Expresión humana que declara la amistad especial de que Moisés goza.

[3] En hebreo dice «todo mi bien», es decir, mi grandeza y especialmente mi bondad; pero no la esencia divina, que los mortales no pueden sufrir, sino, como se desprende de lo que sigue, por medio de palabras que ensalzan esta bondad, y de una misteriosa aparición tan hermosa y sublime, que Dios le hubo de proteger durante ella con su omnipotencia, y él sólo pudo ver el reflejo que desaparecía. «La majestad del Señor» se *mostró* en la columna de nube (*Exod.* 16, 10), en los fenómenos del Sinaí (*Exod.* 24, 17; v. núm. 285) y en la nube que temporalmente aparecía en el Propiciatorio y en el Tabernáculo (v núm. 304; *Exod.* 40, 34; *Lev.* 9, 31) y llenó el Santuario en la dedicación del Templo salomónico (III *Reg* 8, 11. II *Par.* 7, 11) También se manifiesta en la tempestad (en los rayos que rasgan las nubes). Mas todo esto no es la majestad de Dios, sino un reflejo y símbolo de la misma. El profeta Ezequiel ve «la majestad del Señor» que entra y sale del Santuario (*Ezech.* 9, 9; 43, 2), es decir, una aparición que simboliza la presencia del Señor (*Ezech.* 2, 1; el trono de Dios). De aquí se ve claramente cuán superficial sería considerar la majestad divina como un simple fenómeno natural, una tempestad. Cfr *ThR* 1909, 397.

[4] Cfr. *Num.* 14, 17.

[5] Dios procede así, porque los hijos, etc., imitan los pecados de sus padres y, si son inocentes, para probarlos. Cfr. núm. 285.

suplícote que vengas con nosotros, pues este pueblo es de dura cerviz [1]; y perdones nuestras maldades y tomes de nuevo posesión de nosotros».

297. El Señor respondió: «*He aquí que Yo estableceré de nuevo Alianza con vosotros* en presencia de todos; haré prodigios nunca vistos sobre la tierra, ni en nación alguna; para que vea ese pueblo, que tú conduces, la obra terrible que Yo, el Señor, he de hacer [2]. Vosotros observad todas las cosas que Yo os encomiendo en este día; y Yo mismo arrojaré de delante de ti a los cananeos; mas, guardaos de contraer jamás amistades con los habitantes de aquella región; lo cual sería ocasión de vuestra ruina. Antes bien, destruid sus altares, romped sus estatuas, y talad sus bosques sagrados. No adoréis Dios alguno extranjero; pues el Señor es un Dios celoso. No hagáis pacto con los habitantes de aquellos países; no sea que os obliguen a comer de las cosas sacrificadas. Ni tomaréis mujeres para vuestros hijos entre las hijas de ellos; no suceda que después de haber idolatrado ellas, induzcan también a vuestros hijos a corromperse con la idolatría [3]. No os hagáis dioses de fundición».

Y prosiguió [4] el Señor dándole instrucciones acerca de la fiesta de los Acimos, de la consagración de los primogénitos, de la fiesta del sábado, de la fiesta de Pentecostés y de los Tabernáculos, de la presentación de todos los varones delante del Señor en tres épocas del año, etc. Y dió, por fin, a Moisés este encargo: «*Pon por escrito* estas cosas, mediante las cuales he renovado la Alianza contigo y con los hijos de Israel». Mantúvose Moisés con el Señor (por segunda vez) *cuarenta días y cuarenta noches, sin comer ni beber,* y Dios escribió los Diez Mandamientos de la Alianza en las Tablas.

Y al bajar Moisés del monte Sinaí con las dos Tablas de la Ley, *despedía* de su rostro *rayos de luz* [5], sin que él lo supiera, a causa de la conversación que había tenido con el Señor. Aarón, pues, y los hijos de Israel, viendo resplande-

---

[1] Inclinado de suyo a la rebelión; esto invoca aquí Moisés, para mover a Dios a compasión, como el mismo Dios lo dijo hablando de todo el género humano luego del diluvio (*Gen.* 8, 21; cfr. núm. 106).

[2] En prueba de esta renovación de la Alianza, el Señor hará *prodigios terribles,* aniquilando las naciones que se opongan a la vocación del pueblo hebreo; Israel será el instrumento de la justicia divina y velará por el culto del verdadero Dios.

[3] *La Alianza de Dios,* por su santidad e intimidad, es comparada en el Antiguo Testamento, y no menos en el Nuevo, con el matrimonio y los esponsales. De ahí que *la idolatría es un adulterio* o prostitución; y tanto más, cuanto que la idolatría cananea iba acompañada de toda suerte de impudicias y crímenes abominables (cfr. núm. 124).— Por primera vez encontramos aquí el mandato de Dios relativo al trato con los cananeos, mandato que se consignó en el *Libro de la Alianza (Exod.* 23, 24 ss.) y que más adelante se inculca con frecuencia. No se habla de exterminio de los cananeos mediante matanzas sangrientas; sólo se prohibe con todo rigor tener amistad con ellos, concertar alianzas y matrimonios, participar en su culto y en sus banquetes idolátricos, en suma, *toda comunión religiosa* con los habitantes de la tierra prometida, condenados al exterminio por la enormidad de sus pecados; más aún, dice expresamente el *Libro de la Alianza* que la expulsión o exterminio de los cananeos no ha de ser repentina, no se ha de llevar a cabo en un solo año, pues de esta suerte el país quedaría desierto y las fieras se adueñarían de él. Lo mismo dicen las disposiciones posteriores, por ejemplo, *Deut.* 7, 1 ss.; 12, 2 ss. Algo más enérgico se muestra *Num.* 33, 50-56, *Deut.* 20, 16 ss.; pero la orden de exterminio sin compasión está, en cierto modo, mitigada por las prescripciones relativas al anatema (cfr. *Deut.* 20, 10 ss. y núm. 372 417).

[4] Durante los cuarenta días con sus noches que Moisés pasó en el monte ayunando rigurosamente para expiar los pecados del pueblo (cfr. *Deut.* 9, 18).

[5] En hebreo *karán.* Como *kéren* (rayo de luz) ordinariamente significa «cuerno», los artistas pintan a Moisés con dos cuernos en la frente. Estos simbolizan los destellos de luz, o la virtud divina que Dios comunicó a Moisés, exteriorizada en los rayos que de su frente salían. No hay razón alguna para ver en esto un «motivo mitológico» (cuernos = rayos del sol, o distintivo de los dioses en Oriente), ni siquiera en la expresión *cornutus* de la *Vulgata* (a menudo erróneamente entendida), que quiere decir «radiante», y *no* «dotado de cuernos». Los «cuernos» de Moisés pueden considerarse como «distintivo del poder divino» (*AIAO*[3] 397) en cuanto que daban testimonio de la misión y autoridad del jefe de Israel.

ciente la cara de Moisés, temieron acercársele. Pero llamándoles Moisés, dióles cuenta de todo lo que con él había hablado el Señor. Y al terminar su discurso, cubrió *su rostro con un velo,* que quitaba cuando entraba a tratar con Dios, volviéndole a poner, una vez terminada su conversación con el Señor [1].

Según los santos Padres, el ***haber roto*** Moisés ***las primeras Tablas de la Ley*** significaba que no había de durar para siempre la primera Alianza, sino que había de ceder su puesto a otra más perfecta, a «una Alianza Nueva y eterna» [2]. El ***rostro radiante de Moisés*** cuando descendió del monte con las nuevas Tablas, significaba, según san Pablo, la gloria del Evangelio y de sus ministros. «Pues, si el ministerio de aquella Ley de muerte, grabada con letras sobre dos piedras, fué tan glorioso, que no podían los hijos de Israel fijar la vista en el rostro de Moisés por el resplandor de su cara, el cual no era duradero, ¿cómo no ha de ser sin comparación más glorioso el ministerio del Espíritu? Porque, si lo que se anula ha estado lleno de gloria, lo que subsiste debe ser mucho más glorioso» [3]. Y el cubrir Moisés su rostro *con un velo* luego que anunció a los israelitas las palabras de la Alianza, significa, según el Apóstol, que la Ley de la Antigua Alianza había de estar velada en su mayor parte a los judíos; pues no recibe verdadera luz sino en Cristo y en la Nueva Alianza, que los judíos rechazaron; y sólo «cuando se conviertan al Señor, se correrá el velo» [4]. Por eso la Iglesia ruega el *Viernes Santo* que Dios quite de los corazones de los judíos este velo, para que también ellos reconozcan a Jesucristo Nuestro Señor.

40. El Tabernáculo

(Exod. 35, 40; cfr. 25-27; 30, 1-31, 11)

298. Los descendientes de Jacob conservaron sin duda en Egipto las tradiciones y prácticas religiosas heredadas de sus mayores. No lo dice la Sagrada Biblia; pero de indicaciones hechas al desgaire se colige haber existido organización y prácticas que tenían sus raíces en la tradición; y así habla la santa Biblia, no sólo de los Ancianos del pueblo, sino también de los sacerdotes y de un Tabernáculo sagrado [5]; y Moisés apoya ante Faraón su deseo de salir al desierto con la necesidad de «ofrecer un sacrificio» y «celebrar una fiesta del Señor» [6]. Mas, por otra parte, las ideas tradicionales debieron de estar sometidas a múltiples influencias durante los siglos de estancia en aquel país pagano, cuya religión trascendía notablemente a la vida pública; por lo que las prácticas religiosas forzosamente habían de tropezar con múltiples obstáculos. Recuérdese la fiesta del sábado; los sacrificios hebreos, abominación para los egipcios, porque en ellos se inmolaban ciertos animales que éstos tenían por sagrados; la propensión israelita a la idolatría [7], tan a menudo reprendida por Moisés, etc. Por esto, después que Israel había reconocido a su Señor en la imponente revelación del Sinaí y aceptado la constitución que Dios se sirvió darle, debía recibir también

---

[1] El cubrir el resplandor del rostro con un velo encerraba profundo misterio, como se colige de II *Cor.* 3, 13. Moisés cubría su rostro después de comunicar las divinas revelaciones al pueblo; no fuese éste a creer, al ver que el resplandor era pasajero, que también la Alianza del Sinaí era una cosa transitoria, y no cuidase de cumplirla. «Este velo, dice el Apóstol, sigue todavía corrido sobre los libros del Antiguo Testamento, de suerte que los judíos no reconocen que ha cesado el resplandor de la Antigua Alianza, es decir, sus instituciones saludables, y que debe cesar por haberse cumplido en Cristo». Cfr. Göttsberger, *Die Hülle des Moses nach Exod.* 34 y II *Cor.* 3, en *BZ* XVI 1 ss.

[2] *Ierem.* 31, 31; cfr. *Matth.* 26, 28; *Hebr.* 8, 9; 13, 20.

[3] II *Cor.* 3, 7 ss.

[4] Ibid. v. 13 ss.

[5] Cfr. núm. 278, 285, 286; Hummelauer, *Das vormosaische Priestertum* 1 ss.; Feldmann, *Israels Religion, Sitte und Kultur in der vormosaischen Zeit,* en *BZF* VIII 11, 30 (422) ss.

[6] Núm. 123.

[7] Núm. 242, 255 s.

un *culto* bien organizado, majestuoso y digno, y un *sacerdocio* escogido y santificado por el mismo Dios. Así sucedió después de la primera conversación que Moisés tuvo con el Señor en el monte [1] durante cuarenta días y cuarenta noches.

Renovada la Alianza, congregó Moisés al pueblo, inculcóle de nuevo la *guarda del sábado,* y prosiguió: «Este es el precepto que me ha dado el Señor: De vuestras cosas, *separad las primicias* [2] que cada uno espontáneamente y de corazón quiera ofrecer al Señor: oro, plata, cobre y bronce; jacinto, púrpura y grana dos veces teñida [3]; lino fino [4], pelo de cabra [5]; pieles de carneros almagradas y moradas [6]; maderas de setim [7]; aceite para mantener las lámparas, y aromas para confeccionar el ungüento y los perfumes de suavísimo olor; piedras de ónice [8] y demás pedrería para ornato del efod y del racional» [9]. Invitó también Moisés a todos aquellos que tenían aptitudes artísticas a que viniesen y ayudasen a confeccionar todo lo que el Señor había mandado: el Tabernáculo con todas sus partes, el Arca con sus accesorios y las vestiduras sacerdotales.

Todos ofrecieron al Señor con ánimo prontísimo, no sólo medio siclo de plata para la construcción del Santuario [10], sino también muchísimos dones voluntarios: brazaletes de oro, cadenillas, sortijas, pendientes y toda clase de alhajas; los príncipes de las tribus ofrecieron piedras preciosas y especies aromáticas. Todos ofrecieron con devoto corazón sus donativos al Señor.

Dió entonces Moisés a conocer los nombres de los artífices que Dios mismo había escogido y llenado de inteligencia y conocimiento para tan gran obra: Beseleel y Ooliab. Asoció a otros que de suyo se ofrecieron para trabajar, y entrególes todas las ofrendas de los hijos de Israel. Luego pusieron manos a la obra, mas el pueblo prosiguió todos los días por la mañana ofreciendo nuevos

---

1 Núm. 291.

2 En hebreo *terûmah* = elevación (de *rûm,* ser alto, elevado); es una palabra que significa, en general, don ofrecido al Señor.

3 Tres clases de púrpura: *jacinto,* de color azul oscuro; *púrpura,* de color rojo oscuro; *carmesí,* púrpura rojo-escarlata muy subido. El tinte de púrpura, tan estimado casi como el oro, se preparaba con la tinta de un molusco del mismo nombre; el carmesí se obtenía del quermes, insecto hemíptero, que vive en la coscoja. *Dos veces teñida* significa que primero se teñía la lana antes de trabajada y luego se volvía a teñir la hebra.

4 Cfr. núm. 202.

5 Cfr. núm. 174.

6 En hebreo pieles de *tascha,* probablemente vaca marina, que aun hoy se ve en el mar Rojo.

7 En hebreo «madera schittim», es decir, madera de acacia, de bello aspecto, ligera pero fuerte y duradera. A consecuencia de la tala continua de los bosques durante siglos (cfr. núm. 273), la acacia no crece en la Península de Sinaí con la abundancia y tamaño que antes. Cfr. Fonck, *Streifzüge,* etc., 94 ss., 146.

8 Llamóse esta piedra ónix, propiamente uña de dedo, por su color; era muy estimada en la antigüedad. Otros traducen la palabra hebrea *schoham* (pálido) por berilo verde pálido, o crisopraso verde naranja, o crisoberilo de un color brillante azul claro.

9 Cfr. núm. 318.

10 La suma de estos tributos ascendía a 100 talentos y 1775 siclos, es decir, 301775 siclos ó 603550 medios siclos, lo cual está de acuerdo con el número de israelitas mayores de 20 años, que resultó del censo verificado nueve meses más tarde (cfr. núm. 352 y 258). Los 100 talentos de plata estaban destinados expresamente para confeccionar basas en que se sustentaban los 48 tablones que formaban las tres paredes del Tabernáculo y las cuatro columnas de las cuales pendía el velo del *Sancta Sanctorum;* los 1775 siclos restantes se habían de emplear en la fabricación de los travesaños y argollas y en recubrir de plata los capiteles de las columnas.—Este tributo sirvió de pauta más tarde al rey Joas (836-797) para exigir otro semejante con que restaurar el Templo (IV *Reg.* 12, 4; II *Par.* 24, 6). Después del destierro introdujo Esdras un tributo anual de 1/3 de siclo para remediar las necesidades del Santuario (II *Esdr.* 10, 32); en tiempo de Jesucristo se había convertido en 1/2 siclo o dos dracmas áticos (el didracma, llamado también tributo de Moisés o del Templo; cfr. *Matth.* 17, 23). Después de la destrucción del Templo por el emperador Tito, los judíos se vieron obligados a pagar este tributo al templo de Júpiter Capitolino. (Fl. Josefo, *Bell.* 7, 6, 6).

dones, hasta que Moisés hizo saber, a voz de pregonero, que no se recibirían ya más donativos. El oro ofrecido llegó a veintinueve talentos y setecientos treinta siclos; la plata, a cien talentos y mil setecientos setenta y cinco siclos; el cobre o bronce, a setenta talentos y dos mil cuatro cientos siclos [1].

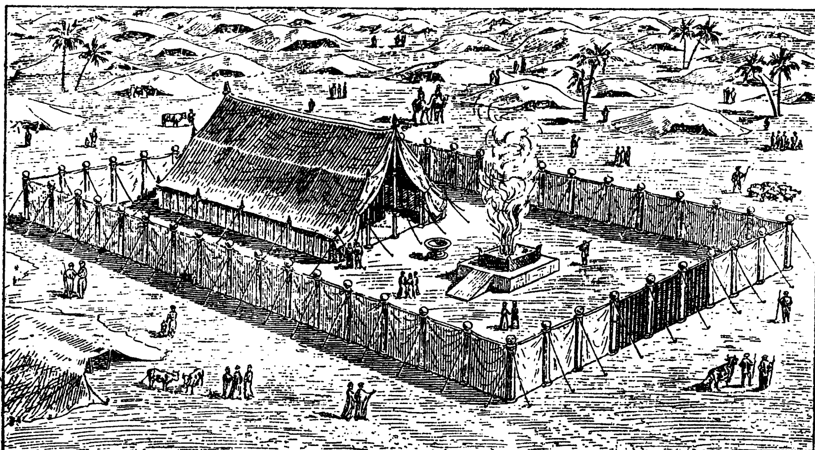


Fig. 42.—El Tabernáculo en el desierto. Reconstrucción.

299. Hicieron primero los artífices el **Tabernáculo** [2] (fig. 42), llamado también «Tabernáculo de la Alianza», «Tabernáculo de la reunión» (de Dios con Moisés), «Tabernáculo del testimonio», porque allí lo daba Dios de su presencia, o también «Mansión», porque allí quería Dios habitar de asiento entre

---

[1] Las *medidas fundamentales* de peso eran en Asia Menor el talento, la mina y el siclo. Los israelitas (hasta el destierro) calculaban el peso en talentos y siclos, los babilonios en minas y submúltiplos de la mina. Los israelitas dividían el talento en 3000 siclos (30 minas de a 100 siclos), los babilonios en 60 minas de a 60 siclos (= 3600 siclos). El peso de un siclo hebreo equivalía a 8,4 gr., el de un talento a 26 Kg. Los babilonios tenían dos clases de pesos: «real» (con doble patrón: *grave*, de 16,8 g. y *ligero*, de 8,4 g. y el siclo) y «común» (también con doble patrón: de 17,4 g. y 8,7 g. el siclo respectivamente). Los israelitas tenían clase *única* de pesos, pero con doble patrón, de 8,4 g. y 16,8 g. el siclo respectivamente; éste último era la «pesa del Santuario». El siclo de oro calculado con la pesa del Santuario valía, aproximadamente, 45 marcos oro. La relación entre la plata y el oro en Israel parece haber sido 1 : 12 (cfr. Kalt, *Bibl. Archäologie* núm. 67). Según esto, 87730 siclos de oro equivalen a unos 4 millones de marcos oro y 301775 siclos de plata, a más de un millón de marcos oro, suma que no nos parecerá exagerada si consideramos la enorme abundancia de metales nobles que había en Oriente y la suntuosidad con que adornaban sus templos. Refieren Strabón y Diodoro que los sabeos poseían tan gran cantidad de objetos de oro y plata, que las tribus del norte se los daban a cambio en peso cobre y hierro. Según Diodoro (1, 9) y Herodoto (1, 183), el oro de las estatuas y objetos del templo babilónico de Bel se calculaba en 7000 talentos, más de 800 millones de marcos oro, y en la caída de Nínive debió de destruir Sardanápalo más de un millón de talentos de oro y diez veces otros tantos de plata (unos 200000 millones de marcos oro) (cfr. Bähr, *Symbolik des mos. Kultus* I 285 ss.). Suponiendo que fuesen 50000 los hombres y mujeres que contribuyeran a los gastos del Tabernáculo, corresponde a cada persona 15 g. de oro y 50 g. de plata, cantidad insignificante comparada con la que aún hoy llevan sobre sí las mujeres de Arabia.

[2] Acerca del Tabernáculo y sus objetos cfr. Scholz, *Die Heiligen Altertümer des Volkes Israel* I 147; Schegg, *Bibl. Archäologie* 406 ss.; P. Odilo Wolff O. S. B., *Der Tempel von Jerusalem, eine kunsthist. Studie über seine Masse und Proportionen* (Viena 1912) 16-27; Schick, *Die Stiftshütte, der Tempel in Jerusalem und der Tempelberg der Jetztzeit* (Berlín 1896).

su pueblo; mientras que, en el Tabernáculo anterior, sólo se establecía de pasada. Dispusieron todo exactamente como Dios había mandado y mostrado punto por punto a Moisés. Pues todo encerraba significación profunda, y debía simbolizar la majestad de Dios y su Alianza con Israel y prefigurar los misterios de la Nueva Alianza.

El racionalismo antiguo combatió la posibilidad de la construcción del Tabernáculo, fundándose en la incompetencia técnica y en la falta de materiales necesarios, pues la preciosidad de su mueblaje no está en armonía con el «suelo del desierto». Mas se debe tener en cuenta que los israelitas habían visto durante muchas generaciones los magníficos templos egipcios y el solemne culto de los mismos. Menguado hubiera sido el aprecio que de su Dios mostraban, si no hubiesen instalado el Santuario con toda la magnificencia que las circunstancias permitían [1]. No les faltaban medios, pues los israelitas salieron de Egipto provistos de muchas cosas, y aun podían adquirir otras muchas en el Sinaí, comprándolas a los comerciantes madianitas que por allí pasaban. Ni carecían de artífices capaces de construirlo en poco tiempo; pues sería verdaderamente extraño que no hubiese encontrado cultivadores entre los hebreos el arte egipcio, tan desarrollado en todas las ramas de la técnica y del arte (especialmente en orfebrería e industria textil) [2].—Wellhausen combate la historicidad del Tabernáculo por razones histórico-religiosas y llama al Tabernáculo de la Alianza «ficción» (falsificación del *Priestercodex* de la época posterior al destierro, con que se pretendió dar apariencia de venerable antigüedad a la centralización del culto en el Templo de Jerusalén). Pero, aun aquellos críticos que no conceden valor histórico a la descripción bíblica del Tabernáculo, rechazan la hipótesis de Wellhausen y admiten que en época antigua existió un Tabernáculo-Santuario precursor del Templo [3]. Pero aunque actualmente se admite la posibilidad y aun la existencia efectiva de un Santuario transportable por el desierto, se ha intentado darle una significación opuesta a los datos de la santa Biblia. Los panbabilonistas se fijan en que el Tabernáculo y el Arca fueron construídos según modelo mostrado por Dios; y en este dato bíblico creen ver una confirmación de su teoría orientalista, según la cual, todo lo terreno es imagen de lo celeste [4]. También encuentran cierto parecido entre el Arca de la Alianza y las barcas o cofres de los dioses, usados en Egipto y en otros pueblos. El modelo dado por Dios se describe con todos sus pormenores en *Exod.* 25 ss.; y de *Exod.* 24, 10 (cfr. núm. 288) nada se sigue en pro de la teoría panbabilonista. Ni prejuzga el significado religioso del Tabernáculo y del Arca el parecido externo que ambos puedan tener con los santuarios e instrumentos del culto pagano; en esto, sólo los datos bíblicos son decisivos.

El Tabernáculo se componía del *Santuario* (en hebreo *mischkan,* mansión) y del *Atrio.* El Santuario estaba dividido por un velo en dos partes: el Santo o *Sancta* y el Santísimo o *Sancta Sanctorum.* Las conveniencias del pueblo y el continuo vagar por el desierto exigían que el Santuario fuese fácilmente desmontable y portátil. A este fin, sus paredes estaban formadas por cuarenta y ocho tablones de madera de setim (de acacia), revestidos de oro [5], colocados verticalmente; cada uno de los cuales tenía diez codos de longitud (el codo = 0,525 m.), codo y medio de anchura y (según Fl. Josefo, *Ant.* 3, 6, 3)

---

[1] Cfr. Hommel, *Die altisr. Überlieferung* 280.

[2] Cfr. Spiegelberg, *Geschichte der ägyptischen Kunst* (Leipzig 1903) 36 56 ss.; *OLZ* 1906 y 1907, números 56 y 69 de la sección *Altertumsberichte;* Kayser-Roloff, *Aegypten*[3] 159 ss.

[3] Kittel, *Geschichte des Volkes Israel* I[3] 332. Gressmann, *Die Anfänge Israels* (*Schriften des AT* I[2]) 95.

[4] *ATAO*[3] 381 ss.; cfr. Kortleitner, *Arch. bibl.* 71-77.

[5] El texto distingue el oro (ordinario) del oro puro; el primero es una aleación, de modo que «recubierto de oro» puede significar: dorado o guarnecido (recubierto) de láminas de oro; el segundo—empleado en los objetos del *Sancta Sanctorum*—es oro de copela, tan puro y fino como se podía obtener en aquellas circunstancias.

el grosor de la longitud de un dedo ($^1/_6$ de codo); veinte de estos tablones formaban la pared del mediodía y otros veinte la del norte; los ocho restantes, la del oeste. Estas tres paredes cerraban un espacio de treinta codos de largo por diez de ancho y alto. Cada tablón se apoyaba en dos basas de plata, y hacia el exterior tenía una argolla de oro; unas varas de madera de setim, recubiertas de oro, pasaban horizontalmente por estas argollas y sujetaban el maderamen, formando un todo firme e impidiendo toda suerte de oscilación [1].

Cuatro cubiertas componían el techo del Santuario; la primera, la *interior,* constaba de diez cortinas de biso (lino fino), de diferentes colores (jacinto, púrpura y grana dos veces teñida), decoradas con variedad de bordados que representaban querubines, palmas, flores, etc. Cada cortina tenía veintiocho codos de largo por cuatro de ancho; cinco de ellas, unidas entre sí, formaban una pieza. Cada una de las dos grandes piezas estaba provista de cincuenta presillas de color azul celeste, las cuales se correspondían unas con otras; por ellas se unían ambas piezas mediante otros tantos broches de oro, formando así la cubierta interior. Seguía la *segunda* cubierta, tejida de pelos (negros) de cabra; constaba igualmente de dos piezas; la una de cinco y la otra de seis tapices, de treinta codos de largo y cuatro de ancho cada uno. Luego la *tercera* cubierta, de pieles de carnero, almagradas; y finalmente la *cuarta,* de pieles moradas, para proteger el Tabernáculo contra la intemperie (en la estación de las lluvias).

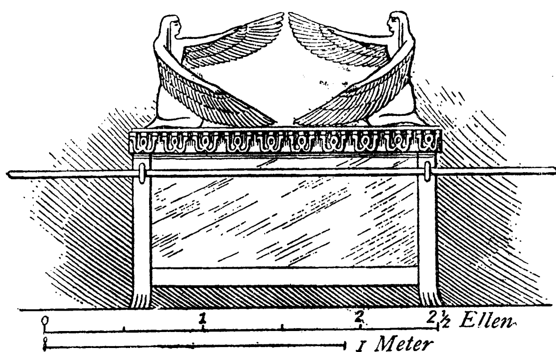


Fig. 43. — Arca del Testamento.

El velo del Sancta Sanctorum era semejante a la cubierta interior de la techumbre; pendía de cuatro columnas de madera de setim recubiertas de oro y apoyadas en pedestales de plata. Cubría la *entrada* del Santuario otra cortina parecida a la anterior, pero sin bordados, pendiente de cinco columnas de madera de setim, recubiertas de oro y sustentadas en pedestales de bronce.

300. El velo dividía el Santuario en dos partes: el *Sancta* y el *Sancta Sanctorum.* Este último tenía diez codos de largo [2], ancho y alto; era, pues, exactamente cúbico. En medio de él se guardaba el Arca de la Alianza con las Tablas de la Ley y el Propiciatorio.

El *Arca de la Alianza* era de madera de setim; tenía dos codos y medio [3] de largo por uno y medio de ancho y alto; estaba revestida exterior e interior-

---

[1] En opinión de Schick *(Stiftshütte* 21), el fuerte travesaño, distinto de los pasadores que rodeaban y sujetaban las paredes del Santuario, y que tanto ha dado que pensar a los exegetas, es la *barra del Santuario,* sostenida por la columna central de la puerta y por dos brazos unidos a los tablones angulares del fondo; esta barra se elevaba 15 codos (esto es, alzaba 5 sobre el cuerpo del edificio y sustentaba las cubiertas, las cuales, amarradas con cuerdas a unas estacas fijas en el suelo, dejaban todavía un espacio cubierto fuera de la armazón de madera. Esto daba aspecto de tienda al Santuario. Wolff *(Der Tempel von Jerusalem),* pero otros rechazan esta opinión y creen que sólo estaban sujetas al suelo con estacas, a la manera de las tiendas de los beduínos, las dos cubiertas superiores que servían para proteger el Santuario contra las inclemencias del tiempo (la de pieles de carnero y la de pieles de foca).

[2] 5 $^1/_4$ m.

[3] 1,3 m. de largo, 0,78 m. de ancho.

mente de oro purísimo y coronada de áurea moldura; tenía cuatro anillas de oro en los ángulos, dos en cada lado, por los cuales pasaban dos varas de madera de setim, doradas, que nunca debían retirarse, y servían para transportar el Arca. En el Arca se depositaron las Tablas de la Ley y probablemente también el vaso con el maná [1]; y más tarde se colocó también la vara florida de Aarón [2]. Cubríala el *Propiciatorio,* llamado también *Oráculo* o *Trono de la gracia.* Era una plancha de oro purísimo, de dos codos y medio de largo y codo y medio de ancho; sobre ella se posaban *dos querubines* de oro repujado, erguidos, puestos frente a frente y mirando al Propiciatorio [3] y protegiéndolo con sus alas extendidas. En el Propiciatorio, entre los dos querubines, se mostraba Dios especialmente dadivoso; hablaba a los hijos de Israel por medio de Moisés y les anunciaba su voluntad; de ahí el nombre de Oráculo y Trono de la gracia [4].

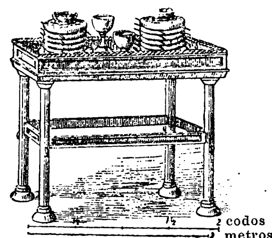


Fig. 44.
Mesa de los panes de la proposición.

301. *El Santo* tenía veinte codos de largo por diez de alto y ancho. En él se colocaba la mesa de los panes de la proposición; frente a ésta, al mediodía, el candelabro de oro de siete brazos; próximo al velo del *Sancta Sanctorum,* el altar del incienso, también de oro.

La mesa de los panes de la proposición (fig. 44), de dos codos de largo por uno de ancho y uno y medio de alto, era también de madera de setim, chapeada de oro purísimo; bordeábala cornisa de oro; apoyábase en cuatro columnitas, reforzadas a la mitad de su altura por listones horizontales adornados con áureas molduras; cuatro anillas de oro, una en cada pie, atravesadas por dos varas de madera de setim recubiertas de oro, facilitaban el transporte de la mesa. Sobre ésta se ponían, en dos pilas de a seis, sobre sendos platillos, *doce tortas delgadas* [5], según el número de las doce tribus de Israel. Cada una con-

---

[1] Cfr. núm. 274.

[2] Colígese esto de *Hebr.* 9, 4; pero la preposición «en» puede significar, como en *Exod.* 16, 32 ss., *Num.* 17, 10 (texto hebr. 17, 25): *junto, al lado* del Arca de la Alianza. Aun colocando la vara diagonalmente, hubiera sido preciso acortarla, pues es de suponer que tendría casi la altura de un hombre. En el *Templo de Salomón* vaso y vara se guardaban en lugares propios, y el Arca encerraba solamente las Tablas de la Ley, mencionadas también en *Exod.* 25, 16 21; 40, 20. El *Libro de la Ley,* que por orden de Moisés debía guardarse al lado del Arca de la Alianza, se depositó, según parece, en la cámara de los tesoros del Templo.

[3] Probablemente de rodillas y en figura humana.

[4] A propósito del *significado y objeto del Arca de la Alianza,* la crítica llega a los resultados más contradictorios. Unos la consideran como mero trono de Yahve, mientras que otros, rechazando tal supuesto como muy inverosímil, la tienen simplemente por un símbolo de la divinidad o por una materialización de Yahve o, finalmente, por una urna donde se guardaba la imagen de Yahve o algunas piedras sagradas (fetiches). Los más la consideran como santuario de guerra y niegan unánimemente que en ella se hubiesen guardado las Tablas de la Ley. Pero la historia bíblica, única fuente que tiene autoridad decisiva en este asunto, sólo conoce el Arca como *trono de Dios invisible* («el cual tiene su trono sobre los querubines»: *Exod.* 40, 32); toda otra hipótesis pugna con el culto israelita que nunca admitió imágenes de ninguna clase. Es asimismo antigua y unánime la tradición de estar depositadas en el Arca las *Tablas de la Ley,* testimonio perenne de la Alianza de Dios con su pueblo; de ahí el nombre de «Arca de la Ley» (cfr. III *Reg.* 8, 9 21; *Ierem.* 3, 16). El haberla sacado más tarde al campo de batalla no prueba que fuese un santuario de la guerra. La analogía del Arca de la Alianza con otras arcas paganas es muy lejana y extrínseca. El trabajo de Gressmann, *Die Lade Yavhes* (1920), nos muestra lo que la crítica ha hecho del relato bíblico. Cfr. Dürr, *Ursprung und Bedeutung der Bundeslade,* en *Zeitschrift für Theologie und Seelsorge* (Bonn) I 17 ss.

[5] Cfr. *Lev.* 24, 5.

tenía dos décimas de efi [1] de flor de harina. Amasábanse sin levadura [2]. Sobre cada pila se veía una tacita de oro con *incienso,* que se quemaba los sábados en el atrio, al renovarse los panes de la proposición. Colocábanse también sobre esta mesa unas vasijas de oro con *vino,* que se ofrecía a Dios, es decir, se derramaba en el altar de los holocaustos al quemarse el incienso. De donde se ve claramente, que los panes de la proposición eran *ofrendas,* por lo que únicamente los sacerdotes, y sólo en lugar sagrado, podían comerlos [3]. Llamábanse *panes de la proposición* o panes de la faz de Dios, porque estaban constantemente depositados como ofrenda perpetua delante del Señor.

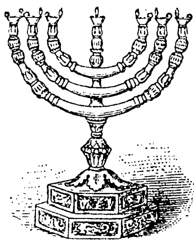


Fig. 45. Candelabro de siete brazos.

302. Frente a la mesa de los panes de la proposición colocó Moisés el *candelabro de siete brazos* (fig. 45) [4], de oro finísimo repujado; su peso, incluídos los accesorios, era de un talento [5]. Sobre un basamento en forma de caja, semejante al Arca de la Alianza, y sustentado en tres pequeños pies, se levantaba el tronco del candelabro, decorado con cuatro cálices de flor, abiertos, con sus botoncitos y florecitas. De aquí arrancaban seis brazos, tres por cada lado; los motivos ornamentales de éstos eran semejantes a los del tronco, tres cálices de flor. Los brazos alcanzaban la misma altura que el tronco. Brazos y tronco remataban en otras tantas lamparitas planas, de tal manera dispuestas, que los mecheros miraban al norte. Día y noche [6] debían arder delante del Señor, por lo que cada tarde se las llenaba de aceite purísimo de oliva, preparado a este exclusivo objeto.

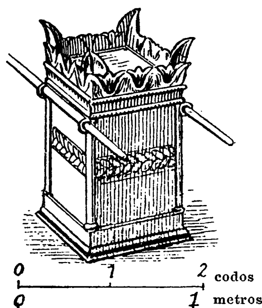


Fig. 46. Altar del incienso.

El altar del incienso (fig. 46) [7] estaba construído de madera de setim y recubierto de oro finísimo. Era rectangular, de un codo de largo y ancho por dos de alto; llevaba en la parte superior una orla o cornisa, y hacia la mitad de su altura, otra, de oro. Cuatro cuernos de oro [8] salían de los vértices superiores, y cuatro argollas de oro bajo la cor-

---

[1] Es decir, 2 gomor, o sea 7,28 litros (cfr. página 192, nota 3, y Kalt, *Bibl. Archäologie* núm. 69). [2] Fl. Josefo, *Ant.* 3, 6, 6.

[3] Si una extrema necesidad aconsejaba otra cosa, debía, por lo menos, estar legalmente puro quien los comía (cfr. núm. 488).

[4] Cfr. Krüger, *Der siebenarmige Leuchter,* en *TQS* 1857, 238 ss.; Hasak, *Der siebenarmige Leuchter und die andern Tempelgeräte,* en *HL* 1915, 200 ss. Estaba colocado oblicuamente, de suerte que las 7 luces parecían *una sola* al que las miraba desde la puerta, sin perder esencialmente la dirección este-oeste. [5] Cfr. núm. 298.

[6] Cfr. *Lev.* 24, 4: «En este purísimo candelabro han de estar siempre colocadas las lámparas delante del Señor». De día, según Fl. Josefo (l.c. 3, 8, 3), ardían sólo 3 lámparas, según el *Talmud* por lo menos una; durante la noche, las 7.

[7] La crítica combate sin razón la *historicidad del altar del incienso,* tanto en el Tabernáculo como en el Templo. El sacrificio del incienso es antiquísimo, y se ha demostrado que existía en Egipto, Siria y Arabia ya en la época preisraelita. No se comprende que Israel, cuyo culto tantos puntos de contacto tenía con los del mundo que le rodeaba, no practicase desde el principio el sacrificio del incienso. Ahora bien, los Libros Sagrados dan a cada paso testimonio de este sacrificio y del altar en que se ofrecía (*Exod.* 37, 25 ss. *Lev.* 4, 7. *Is.* 6, 6. III *Reg.* 6, 20. I *Par.* 28, 18. *Ezech.* 41, 22. I *Mach.* 1, 23; 4, 49). Un interpolador seguramente no hubiera esperado hasta este pasaje (*Exod.* 37, 25 ss.) para hablarnos del altar del incienso, sino que lo habría mencionado ya en *Exod.* 25. —El *incensario* de oro que, según san Pablo (*Hebr.* 9, 4), se hallaba en el *Sancta Sanctorum,* no es el altar del incienso, sino el braserito de oro que depositaba el sumo sacerdote en el *Sancta Sanctorum* el día de la Expiación.

[8] Que semejaban a los del toro; no, como creen los rabinos, unos pilarcitos rectangulares, o asideros en forma de semihexaedros.

nisa para las varas de transporte. En él se quemaba el incienso mañana y tarde [1].

303. Rodeaba al Santuario el *Atrio,* de cien codos de largo (52 metros y medio) por cincuenta de ancho (26 $^1/_4$ m.). Estaba formado por sesenta columnas de madera (con pedestales de bronce y capiteles plateados), a cinco codos de distancia unas de otras, trabadas por la parte superior mediante unas varillas de plata; de éstas colgaban cortinas sencillas, blancas, de torzal de lino fino; las cuales cerraban completamente el Atrio, sin dejar hueco alguno. Sólo al oriente quedaba una entrada de veinte codos de anchura, que se cerraba con una cortina de la misma calidad que

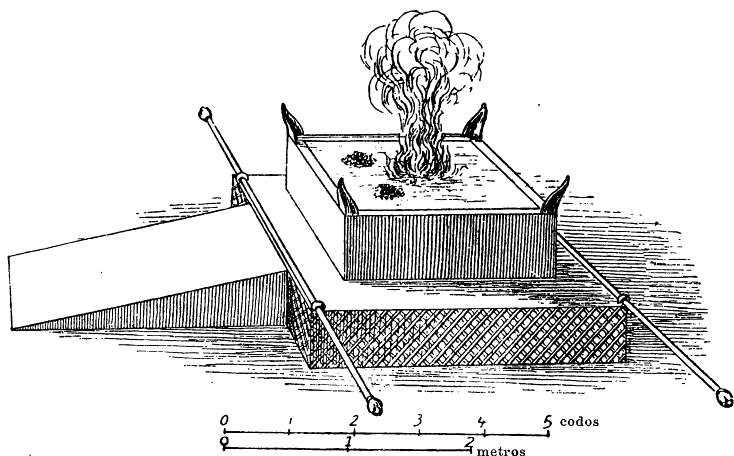


Fig. 47. — Altar de los holocaustos.

la del *Santo.* Al *Sancta Sanctorum,* solamente el sumo sacerdote tenía acceso; al *Santo,* los sacerdotes; y todo el pueblo, al Atrio, donde estaban *el altar de los holocaustos, el baño de bronce,* y los instrumentos para degollar las víctimas destinadas al sacrificio.

El altar de los holocaustos (fig. 47) tenía cinco codos en cuadro por tres de alto, de madera de setim, recubierto de bronce. Un enrejado también de bronce, servía de parrilla. De los cuatro ángulos superiores salían cuatro cuernos [2]

---

[1] En el *incienso* entraban estos componentes: 1, mirra (cfr. núm. 193) o más probablemente estoraque, resina producida por un árbol de Oriente, semejante en la forma al encino y en las hojas al arce; 2, ónice o uña olorosa, opérculo de una especie de cañadilla (género Murex), que abunda en las aguas del golfo pérsico y mar índico, uno de los perfumes más apreciados aun hoy en Oriente; 3, gábano aromático. Existen variedades de este arbusto en Arabia y Siria; la ordinaria suministra una resina de olor desagradable, de ahí la advertencia de emplear gábano «aromático»; 4, incienso translúcido, es decir, purísimo; probablemente resina de una planta de la familia de las terebintáceas del sudeste de Arabia *(Amyris Kafal);* tal vez incienso índico, resina producida por un árbol muy esbelto *(Boswellia serrata sive thurifera)* de hojas pinnadas y flores pequeñas, de color pardo, incienso mucho más precioso que el arábigo. Cfr. Scholz, *Die heiligen Altertümer* I 163.

[2] Los cuernos eran parte esencial del altar, el cual quedaba profanado si aquellos se quitaban. No son peculiares de los israelitas, sino que se encuentran también en los altares de otros pueblos antiguos, fenicios, árabes, griegos, romanos, etc. Su origen es muy oscuro. Acaso procedieran de las columnas de piedra (masseba) conocidas ya de los Patriarcas

broncíneos. Rodeaba al altar, hasta la mitad de su altura, una plataforma unida a la base; a ella subía el sacerdote oficiante por un plano inclinado [1].

Entre este altar y el Santuario, tal vez un poco apartado, se hallaba el *baño* de bronce, en el cual, so pena de muerte, debían lavar los sacerdotes las manos y los pies, antes de subir al altar para el sacrificio y antes de entrar en el Santuario, en señal de la imprescindible pureza y santidad de cuerpo y alma. Estaba fabricado de los espejos (metálicos) ofrecidos por las mujeres que servían en el santuario, o por las que de tiempo en tiempo allí se congregaban [2].

304. En seis meses [3] se terminó la obra. Entonces mandó el Señor a Moisés que instalase el Tabernáculo con todos sus objetos y accesorios después de ungirlos con óleo [4]; que le presentase a la entrada del Tabernáculo a Aarón y sus hijos, los lavase y vistiese con los sagrados ornamentos y los ungiese sacerdotes por toda su descendencia [5]. *Erigió,* pues, *Moisés el Tabernáculo;* y después de instalarlo y ordenarlo todo—era esto el día primero del primer mes del segundo año de la salida de Egigto—he aquí que *una nube de fuego* (Scheschina) *cubrió el Tabernáculo,* y la gloria de Dios lo llenó, de suerte, que Moisés no se atrevía a entrar.

Y aunque esta gloria prodigiosa pasó con la consagración, la nube quedó siempre en el Tabernáculo *durante todo el viaje* por el desierto. Cuando ascendía del Tabernáculo, alzaban los israelitas el campamento; cuando sobre él posaba, hacían alto allí mismo. Durante el día cerníase sobre el Tabernáculo con aspecto tenebroso; por la noche resplandecía como una llamarada; de suerte, que en toda la peregrinación era vista por los israelitas [6]. También *el Señor quedó* en adelante presente de

---

(*Gen.* 28, 18), las cuales simbolizaban la presencia de la divinidad; erigíanse también en los altares, pero con el tiempo fueron retirándose a los ángulos y se redujeron por fin a la forma de «cuernos».

[1] Elevábase de la tierra (estaban prohibidas las gradas. *Exod.* 20, 26; *Lev.* 9, 22), probablemente por la parte oriental del altar, de suerte que al subir el oficiante miraba al Tabernáculo (*Ezech.* 43, 17). En el Templo de Herodes la subida era por el lado del mediodía. Según algunos intérpretes, del borde exterior de la plataforma bajaba hasta el suelo un enrejado que tenía por objeto preservar de profanación la parte inferior del altar y el suelo donde se derramaba parte de la sangre de la víctima.

[2] *Exod.* 38, 8. Este «reunirse» o «congregarse» acaso tengan relación con ciertos servicios que regularmente prestaban las mujeres por tandas, como los sacerdotes y levitas (*Num.* 4, 23, y otros pasajes); tal vez se trate de las mujeres o hijas de las familias sacerdotales. Según la tradición (conservada en el Targum de Onkelos), dicho servicio era la oración; según la versión griega, el ayuno (y la oración). Cfr. núm. 322.—En pinturas egipcias vemos representadas mujeres con un espejo en la mano, ocupadas en el servicio sagrado de la danza y del canto (Weiss, *Buch Exodus* 343).

[3] Había llegado Israel al Sinaí al principio del tercer mes (*Exod.* 19, 1; cfr. núm. 284); nueve meses después se construyó el Tabernáculo, pero algo antes estaba ya todo preparado (*Exod.* 39, 32 ss.; 40, 1 17); y antes de poner manos a la obra pasaron algunos días en preparativos para la promulgación de la Ley, y luego en pactar la Alianza; siguieron luego las dos ascensiones de Moisés al Sinaí, de 40 días cada una, separadas por un intervalo de algunos días (Cfr. *Exod.* 19, 1 a 24, 11; 24, 18; 34, 28).

[4] *Exod.* 30, 22-33 explica la composición del óleo de ungir: un hin (6 litros) de aceite de oliva mezclado con cuatro especias aromáticas: a) 500 siclos (8 $^1/_2$ Kg.) de mirra flúida (bálsamo; v. página 223, nota 3); b) 250 siclos de canela aromática, corteza interior de las ramas del canelo; c) 250 siclos de ácoro, raíz muy aromática de la planta de este nombre, existente en Arabia; d) 500 siclos de casia, corteza de una variedad del árbol de la canela. Cfr. Scholz, *Die heiligen Altertümer* I 44 ss.; *BZ* VII 17.

[5] Antes de relatarnos cómo se llevó a cabo esta consagración (*Lev.* 8, 1), nos da cuenta el *Levítico* (1-8) de las leyes referentes a los sacrificios.

[6] Cfr. *Exod.* 40, 32-36; *Num.* 9, 15-23; 14, 14; *Deut.* 1, 33.

modo prodigioso *en el Tabernáculo,* poniendo en una nube su trono entre los querubines del *Sancta Sanctorum;* y cuando Moisés deseaba consultar algún asunto, descendía el Señor a este lugar para oír los deseos del caudillo [1].

305. **El Tabernáculo** se nos presenta como un todo magnífico y armonioso en todas sus partes. Y siendo Dios mismo quien dió, punto por punto, las instrucciones para la construcción, menester es que todo encierre *profunda significación.* Mas, no diciendo nada expresamente la Sagrada Escritura acerca del particular, queda libre campo a la investigación [2]. El Santuario simbolizaba, ante todo, *la Alianza* entre Dios e Israel; era el lugar donde el pueblo trataba con Dios y le tributaba el culto, y donde Dios se complacía en habitar con su pueblo y comunicarle sus gracias [3].

El *Sancta Sanctorum* era su habitación propiamente dicha. Estaba en la parte que mira a *occidente;* hacia ese punto cardinal habían de dirigir el rostro en las oraciones, y no hacia oriente—apartándose de la costumbre de los paganos que adoraban el sol [4]. El interior era completamente *oscuro;* porque Dios es invisible y estaba allí presente envuelto en la nube [5]. Como el más santo de los lugares, era también el más *suntuoso* e *impenetrable;* y lo restante era tanto más sencillo en su materia y tanto más accesible a los hombres, cuanto más distaba de este santísimo recinto. *Sólo el sumo sacerdote* y *una sola vez* al año (en el día de la Expiación) podía entrar en el *Sancta Sanctorum.* En el *Santo* tenían acceso todos los sacerdotes, para el servicio diario. En el *Sancta Sanctorum* sólo había objetos que se relacionaban directamente con Dios: las *Tablas de la Ley* escritas por su mano, base de la Alianza con Israel y compendio de la Revelación, de las enseñanzas, preceptos y consejos divinos. Como el más preciado tesoro y el objeto más sagrado para Israel [6], guardábanse en una *arca* preciosísima de madera incorruptible y de oro purísimo, imagen del corazón que, guardándolos, resplandece en pureza e incorrupción. El *Propiciatorio* con el Trono de la gracia, era el lugar donde Dios se mostraba a su pueblo y donde aceptaba la sangre de la reconciliación por las transgresiones de la Ley, en el gran día de la Expiación del pueblo. Los *querubines,* símbolo de los custodios del Paraíso, miraban hacia el Propiciatorio que cubría el Arca, donde se encerraban las Tablas, y extendían sobre él sus alas en señal de custodia y protección; simbolizaban también el respeto y adoración de la divina voluntad y la fidelidad en el servicio divino; pero, sobre todo, representaban la presencia de Dios, el cual tiene su trono sobre los querubines. Por eso se aprecian también bordados en la cubierta interior del Tabernáculo y en el velo del *Sancta Sanctorum.* El *vaso con el maná,* que se guardaba en el Arca, era un perpetuo recuerdo del alimento milagroso que recibiera Israel en el desierto, y una continua advertencia de que «no sólo de pan vive el hombre, sino de toda la palabra que sale de la boca de Dios» [7]; invitaba, por consiguiente, a los israelitas a poner toda su

---

[1] Cfr. en particular *Exod.* 25, 22 y 30, 6; *Lev.* 1, 1 y 16, 2; *Num.* 7, 89; también *Exod.* 40, 34 s.; *Ps,* 98, 7; III *Reg.* 8, 10 ss.; II *Par.* 5, 13 s. —De la descripción misma y de otros lugares como *Exod.* 16, 10; 24, 16, se desprende que la «majestad del Señor» no fué un fenómeno producido por el incienso, sino una señal prodigiosa de la presencia de Dios.

[2] Cfr. Scholz l. c. I 184 ss.

[3] Cfr. *Exod.* 25, 8; 29, 45 s.; *Lev.* 15, 31; *Num.* 2, 17; 5, 3. Acudir al Tabernáculo era lo mismo que comparecer en la presencia de Yahve (*Exod.* 34, 23 ss. *Lev.* 9, 5; 23, 40. I *Reg.* 1, 3), y este habitar de Dios en medio de su pueblo es para los profetas y los apóstoles figura de otro mucho más espléndido, entre los hombres, en la tierra y en el cielo. Cfr. *Is.* 4, 6: *Ezech.* 37, 24; *Apoc.* 21, 3.

[4] Cfr. *Ezech.* 8, 16; santo Tomás, *Summa theol. 1, 2, q. 102, a. 4 ad 8.*

[5] «Nubes y tinieblas en su derredor» (*Ps.* 96, 2; cfr. *Exod.* 19, 9; 20, 21; *Deut.* 4, 11; *Ps.* 17, 10; II *Par.* 5, 14; 6, 1).

[6] Cfr. I *Reg.* 4, 21; *Ps.* 25, 8; 77, 60 s ; 131, 7 s.

[7] *Deut.* 8, 3.

confianza en Dios y entregarse sin reserva al cumplimiento de su santa voluntad. La *vara de Aarón* era una prueba perpetua de la institución del sacerdocio levítico; el *Libro de la Ley,* depositado también en el Arca, era un argumento irrecusable de la santa voluntad de Dios frente a la contumacia de los israelitas: testimonio incontrovertible de la verdad y santidad, en medio del torbellino de las pasiones del pueblo escogido y del influjo de los pueblos paganos [1].

306. El Tabernáculo, habitación de Dios en medio de su pueblo, era a la vez el lugar donde *Israel se reunía con Dios* para saber su voluntad, para reconciliarse con El, servirle e invocarle en las necesidades. *En el Santuario, del altar del incienso* ascendía cada mañana hacia el cielo una nube de perfume, símbolo de la oración [2]. Por lo que, al mismo tiempo que encendía el incienso, el sacerdote oraba, acompañándole los fieles fuera del atrio [3]. En la *mesa de oro* de los *doce panes de la proposición* se veía siempre esta ofrenda incruenta y ácima (pura y sin mezcla de corrupción) del Antiguo Testamento, como perpetua acción de gracias por el alimento corporal y por todos los bienes terrenos; y como símbolo de la entrega a Dios y de la pureza y limpieza de corazón, necesarias para la unión con El. El *candelabro de oro,* que estaba enfrente de esta mesa, con sus siete luces vueltas hacia ella, tenía por objeto iluminar y adornar el Santuario [4]; mas era, al mismo tiempo, símbolo de la verdadera luz que ilumina todo el mundo [5], esto es, de Dios, a quien se enderezaba la ofrenda y de quien únicamente podía recibir su consagración y la virtud bienhechora. El aceite era imagen del Espíritu de Dios; las *siete luces* que de este aceite se alimentaban, significaban las siete irradiaciones, los siete dones del Espíritu Santo, compendio de todas las gracias, que hacen posible la vida sobrenatural, la verdadera y completa entrega a Dios [6]. Por eso el *candelabro siempre encendido representaba* asimismo la vida sobrenatural del pueblo escogido; y sus siete lámparas significaban la vida de fe empleada en buenas obras, alimentada constantemente por el aceite, es decir, por el espíritu y la gracia de Dios [7].

307. Mientras que el *Sancta Sanctorum* era prenda y símbolo de la presencia del Señor en medio del pueblo, y el *Santo* recordaba a Israel el deber de entregarse completamente a Dios y de vivir unido con El por mediación de los sacerdotes, el *Atrio,* accesible a todos, por ser lugar destinado a los sacrificios cruentos y a las purificaciones, recordaba constantemente la necesidad de la expiación y de la santificación de las almas.

En el *altar de los holocaustos* se ofrecían los sacrificios que exteriorizaban estos sentimientos. Los *cuernos* simbolizaban el vigor y la salud plena que, irradiando del altar, se comunicaban a los hombres; ungíanse con la sangre de la víctima, a fin de aproximarla en cierto modo a Dios y alcanzar más abundantes gracias. Era el altar, por consiguiente, lugar de salud y bendición divina, y de ahí también asilo de los injustamente perseguidos [8]. El *baño de bronce,* donde se hacían las purificaciones prescritas para antes de ofrecer el sacrificio o entrar en el Tabernáculo, recordaba que, sin pureza de alma, no se puede acercar a Dios.

---

1 *Deut.* 31, 26 ss.; 32, 16 36 ss.
2 *Ps.* 140, 2. *Apoc.* 5, 8; 8, 3.
3 *Luc.* 1, 10.
4 Santo Tomás, *Summa theol. 1, 2, q. 102, a. 4 ad 6.*
5 *Ioann.* 1, 3 s.; 8, 12. I *Ioann.* 1, 5. *Is.* 10, 17; 49, 5; 60, 1 19. *Sap.* 7, 26.
6 *Is.* 11, 2 s. *Zach.* 4, 2; 3, 9. *Apoc.* 5, 6.
7 *Matth.* 5, 16; 25, 1 ss. *Luc.* 12, 35. *Phillip.* 2, 15 s.
8 Aquí hallaba protección contra las venganzas el que involuntariamente cometía un homicidio (lugar de refugio).—En determinados casos se llevaba la sangre de la víctima del altar de los holocaustos al del incienso, al velo del *Sancta Sanctorum,* y al mismo *Sancta Sanctorum* y al Propiciatorio para dar a entender la necesidad de la expiación y santificación que sólo Dios concede. Cfr. núm. 299 300.

308. Todo el Antiguo Testamento, pero singularmente el Tabernáculo, con el Atrio y los objetos sagrados, encerraba profundo sentido típico e íntima relación con la Iglesia del Nuevo Testamento, con su naturaleza y destino, con sus gracias e instituciones [1], y sobre todo con sus templos. *La Iglesia* de Cristo, como el Tabernáculo, es un todo majestuoso, bien ordenado, *sólidamente eslabonado,* armónico e íntimamente unido. Sus más preciosos tesoros son, no las *Tablas de la Ley,* que eran de piedra, sino el legislador mismo, que deposita su ley de amor en las tablas vivientes del corazón. La *mesa de los panes de la proposición* es el Santo Tabernáculo con el Santísimo Sacramento; el *candelabro,* el Evangelio; las *siete lámparas,* los siete dones del Espíritu Santo y los siete Sacramentos; el *altar de los holocaustos* es el madero de la Cruz, de ningún valor en sí mismo, pero de infinito, por el sacrificio que en él se llevó a cabo; el *baño de bronce* es la pila bautismal, imagen del Redentor, cuya sangre preciosa se derrama, como de otras tantas fuentes de salud, por las cinco aberturas de sus sagradas llagas, y nos purifica de todos nuestros pecados.

309. El templo cristiano es la casa de Dios entre los hombres por manera más sublime y propicia. En el *Sancta Sanctorum,* en el coro (presbiterio) está el Arca de la Alianza, el *Tabernáculo* con el Santísimo Sacramento, donde Jesús está presente día y noche bajo las especies de pan, envuelto como de una nube, pero verdadera, real y sustancialmente, con su humanidad y divinidad. El Santísimo Sacramento está dirigido hacia *oriente;* porque en Jesús nos nació el sol de justicia; el vaso del maná es el *copón* que encierra el verdadero pan del cielo; las Tablas de la Ley son el *Evangelio,* que antiguamente se guardaba junto al Santísimo Sacramento y que se canta en el coro (presbiterio) de la iglesia. La mesa de los panes de la proposición del *Tabernáculo* recuerda el *Santísimo Sacramento* expuesto a la adoración del pueblo, o distribuído a los fieles en la *mesa del Señor.* El altar del incienso está sustituído por las oraciones infinitamente preciosas de Cristo y de su Iglesia, las cuales se elevan del altar y ascienden al cielo; o también por la *oración pública* y privada del Oficio Divino de los sacerdotes y por las plegarias de los fieles. El candelabro de oro, que día y noche ardía en el *Sancta Sanctorum,* está reemplazado por la *lámpara* del Santísimo, imagen de Cristo, luz del mundo, y por nuestra devoción y amor que nunca deben apagarse. Al *Atrio* corresponde en nuestras iglesias la nave a donde todos tienen acceso. La *pila bautismal* nos recuerda el altar de la Cruz, donde se realizó la reconciliación con Dios; la *pila del agua bendita* nos trae a la memoria la limpieza de alma, necesaria para entrar en la casa de Dios.

41. Los sacrificios de la Antigua Alianza

(Lev. 1-7; 16; 22)

310. El tercer libro de Moisés, llamado Levítico [2], refiere cómo Dios, después de haber edificado para sí una habitación en medio de su pueblo y escogido por sacerdotes a Aarón y sus hijos [3], organizó el servicio sacerdotal de una manera perfecta, dando reglas acerca de los actos de culto, ministros y tiempos sagrados. Primero dictó disposiciones acerca de los sacrificios; luego instituyó sumo sacerdote a Aarón, mandó ungir el Tabernáculo y todos los objetos sagrados y también a Aarón, unido inseparablemente al Santuario, y consagrar sacerdotes a sus hijos (cap. 1-10). Dió después a éstos instrucciones acerca de su oficio, santidad de su misión, solemnidades y fiestas (especialmente cap. 16 y 21-25). Los capítulos 11-15 contienen leyes relativas a la purificación; los capítulos 17-20 hablan de la inmolación de las víctimas, de la prohibición de

---

[1] *Hebr.* 8, 5 ss.; 9, 1 ss.; 10, 1 ss.

[2] Es decir, *Libro de los Levitas,* porque trata de cómo Dios escogió a la tribu de Leví para su santo servicio y contiene principalmente disposiciones referentes a los levitas y a su sagrado ministerio.

[3] Cfr. *Exod.* 25-30; 36-40; núm. 291.

comer sangre de animales, etc., de los impedimentos matrimoniales por parentesco, de diversos preceptos e instrucciones y de castigos establecidos para diversos pecados. El capítulo 26 contiene bendiciones para quienes cumplan lo prescrito y maldiciones para quienes lo quebranten. El capítulo 27 habla de los votos y de los diezmos [1].

311. Los actos religiosos prescritos por el Señor se refieren todos más o menos a los sacrificios. Divídense éstos, en cruentos e incruentos [2]. Para los *sacrificios cruentos* se destinaban los animales más nobles y preciosos [3]; para los *incruentos,* los productos más importantes y excelentes del reino vegetal, que sirven de alimento al hombre. Así lo exigían la infinita majestad y perfección de Dios y la significación del sacrificio mismo, que es la entrega voluntaria que hace el hombre de una parte de sus bienes [4].

Para los sacrificios cruentos, sólo se permitían animales vacunos, ovejas y cabras; en ciertos casos, tórtolas o palominos. Las víctimas habían de ser sanas, sin defecto, perfectas y de cierto vigor [5]. Para los sacrificios incruentos (aparte del sacrificio del candelabro y del incienso) se empleaban, en calidad de *ofrendas,* cereales en distintas formas: harina gruesa [6], harina de trigo candeal [7],

---

[1] La moderna crítica del *Pentateuco* (v. núm. 31) ve en las leyes del *Levítico,* que atribuye al *PC (Priestercodex),* una codificación de las prácticas rituales posteriores al Destierro, trasladadas a tiempos pretéritos mediante una ficción (falsificación). Pero aun los mismos racionalistas van concediendo poco a poco que «se debe renunciar a la idea de que la codificación literaria de un asunto sea a la vez argumento de la antigüedad del asunto mismo. En el *Priestercodex,* junto a cosas recientes y aun novísimas, hay otras antiguas y antiquísimas... Gran parte de ellas son prácticas rituales anteriores al Destierro, presentadas aquí con nuevo ropaje» (Baentsch en *OLZ* 1908, 87). Aun se verá precisada la crítica a revisar este juicio en vista de las nuevas investigaciones. Dadas las sorprendentes analogías del culto mosaico con el arábigo antiguo, «el *Priestercodex* bíblico... puede pasar ante la crítica como una compilación del culto de Yahu, *reducida a fórmulas por Moisés mismo*». (Grimme, *Ein Kampfruf gegen das AT,* en *Hochland* 1921 II 404.)

[2] Cfr. Kortleitner, *Arch. bibl.* 291-354.—La crítica racionalista niega el *origen mosaico de las leyes israelitas concernientes a los sacrificios,* alegando la actitud que observaron los profetas respecto a los sacrificios *(Ierem.* 7, 21 ss. *Is.* 1, 11 ss. *Amos.* 5, 25 s. *Ps.* 49, 8 ss.). Pero los profetas no rechazaron el sacrificio como tal, sino que combatieron la falsa idea de que los sacrificios externos pueden ser gratos a Dios y satisfacer a la Ley si no van acompañados del espíritu interior. La crítica concede que el pasaje de Jeremías 7, 21 ss., no ha de entenderse al pie de la letra; no se comprende que el Profeta «contradiga con esto abiertamente una tradición que, siendo hijo de sacerdote, seguramente no le era desconocida» (Kautzsch, *Die Heilige Schrift des AT* 745). ¿Cómo había de desechar el *sacerdote* Jeremías el culto de los sacrificios en cuanto tal? Tan lejos estaba de esto que, como profeta, no comprendía el futuro mesiánico sin sacrificios, más numerosos que antes (31, 14; 33, 18). Si Isaías y Amós rechazan los sacrificios, habrá que decir que también rechazan la oración y el canto de los Salmos de que hacen mención con los sacrificios; lo cual no hay crítico que se atreva a sostener. ¿Cabe además que Israel admitiese entre sus canciones religiosas Salmos que están en pugna con el culto divino más sublime? Malaquías dice claramente que Dios se complace en los sacrificios, cuando éstos son expresión de los sentimientos religiosos interiores del que los ofrece.

[3] *No* se admitían los *peces,* por la facilidad con que se corrompen; *tampoco los animales salvajes,* porque viven alejados del hombre, y no se puede decir que sean propiedad suya.

[4] Acerca del origen y significado del sacrificio cfr. núm. 78.

[5] El ganado debía tener por lo menos 8 días; las ovejas y cabras, un año; los animales vacunos podían tener dos o tres años, y aun cinco y hasta siete. De Gedeón se cuenta en *Iudic.* 6, 25, que sacrificó un toro de siete años.

[6] Las espigas maduras se secaban o tostaban al fuego; luego se molía o trituraba el grano.

[7] La ofrenda prescrita para la purificación de la mujer sospechosa de infidelidad, se preparaba con harina de cebada *(Num.* 5, 15).

panes ácimos o tortas de harina; en calidad de *libación* se usaba el vino. Toda ofrenda iba acompañada de «sal de la Alianza», y casi todas, de aceite e incienso. Los panes de las ofrendas debían ser *ácimos* [1], para significar su pureza y la obligación de ofrecerlos con puro corazón. El *aceite,* símbolo del Espíritu de Dios, significaba la necesidad de que la ofrenda y los sentimientos del oferente fuesen acompañados y penetrados del espíritu divino y de la fe sobrenatural. La *sal* de la Alianza representaba el poder de Dios, que resplandece en la Alianza y la vida de fe, que es el codimento de la ofrenda [2]. El *incienso* era imagen de la oración, que debe acompañar al sacrificio [3].—Los sacrificios incruentos, ora acompañaban a los cruentos (holocaustos y hostias pacíficas), ora se ofrecían solos, independientemente de todo otro sacrificio [4], como el de Caín y el de Melquisedec.

312. El *ritual del sacrificio* cruento comprendía cinco puntos:

1. Presentación de la víctima. 2. Imposición de las manos. 3. Inmolación [5]. 4. Aspersión de la sangre. 5. Combustión de la víctima o de parte de ella, sirviendo lo restante para alimento de los sacerdotes y para el banquete de los oferentes.

El que ofrecía el sacrificio debía llevar por su mano la víctima al altar del Atrio, imponerle las manos sobre la cabeza en señal de entrega a Dios y de sustitución, confesar sus pecados [6] e inmolarla también por su mano junto al lado oriental del altar [7]. Un sacerdote, ayudado a veces por los levitas, recogía la *sangre* en una copa y *rociaba* después con ella, según la clase e importancia del sacrificio, el altar de los holocaustos o del incienso, el velo que cubría el *Sancta Sanctorum* o el Arca de la Alianza. Con esto se hacía entrega a Dios de la vida del animal y de la del oferente, a quien la víctima sustituía [8]. Por fin,

---

[1] La *levadura,* que hace fermentar la masa, es imagen de la corrupción y putrefacción; por eso estaba excluída de los sacrificios; por la misma razón lo estaba también la *miel.* Solamente los *primeros panes* hechos con trigo de la nueva cosecha, que se ofrecían por Pentecostés, debían ser fermentados, porque representaban el pan de cada día.

[2] La sal de la Alianza es signo de la indisoluble amistad entre Dios y su pueblo y de la gracia que de aquí procede, la cual da el condimento y la fuerza a la oración y al sacrificio en el acatamiento de Dios (*Lev.* 2, 13. *Mach.* 9, 48). Conocida es la costumbre que tienen los árabes y otros pueblos de comer con el huésped pan y sal, antes que otra cosa, en señal de estrecha amistad.—La sal no debe faltar en ningún banquete, y menos en el banquete sagrado que se celebraba después del sacrificio. La sal preserva de la corrupción, y por lo mismo es signo de incorruptibilidad y constancia; de ahí la expresión «Alianza de sal», como si dijera, alianza eterna (*Num.* 18, 19. II *Par.* 13, 5).

[3] Cfr. núm. 302.

[4] *Sacrificios incruentos independientes* eran los panes de la proposición, el incienso y el candelabro del Tabernáculo (cfr. núm. 301 ss.); también lo eran el grano, harina o tortas que ofrecían voluntariamente los israelitas; el sacrificio *pro peccato* de un pobre de solemnidad; el sacrificio de la consagración de Aarón y sus hijos, y la oblación que diariamente ofrecía el sumo sacerdote; las primeras gavillas, el segundo día de Pascua; los primeros panes, el día de Pentecostés; finalmente el sacrificio por celos (*Lev.* 2; 5, 1 ss.; 6, 14 ss.; 23, 10 17 ss. *Num.* 5, 15 ss.).

[5] La inmolación era el acto central del sacrificio; pues la efusión de la sangre, en la cual se creía estar el asiento de la vida (*Lev.* 17, 11), venía a representar y sustituir la entrega de la vida del oferente; la aspersión era ciertamente un complemento litúrgico esencial de aquel acto, en cuanto que aproximaba a Dios la sangre, o sea, la vida del oferente. Por eso en muchos lugares del A. T. se usa la palabra *zebach,* «inmolación», para designar el sacrificio y el verbo *zabach,* «inmolar», como sinónimo de «sacrificar» (cfr. *Gen.* 31, 54; *Lev.* 3, 8-11; 17, 7; *Deut.* 12, 27; 33, 19).

[6] *Exod.* 29, 19. *Lev.* 4, 4 15 29 33; 8, 22; 16, 21. *Num* 5, 7.

[7] Los sacerdotes inmolaban solamente las palomas, para poder rociar en seguida el altar con su sangre, pues ésta era poca para recogerla en un vaso.

[8] Cfr. *Lev.* 17, 11: «La vida de la carne (del animal) está en la sangre, y yo os la he dado (entregado), (sólo) para que con ella podáis satisfacer sobre el altar por vuestras vidas; porque la sangre ha de servir de expiación por la vida» (cfr. núm. 106).

partido el animal en pedazos, se *quemaban* todos o parte de ellos en el altar, juntamente con las ofrendas, mientras los sacerdotes intercedían por el oferente. Entre tanto se ofrecían las libaciones, derramándolas en derredor del altar, para significar la entrega de ellas y del oferente a Dios. La destrucción de la víctima significaba la aceptación divina; pues el fuego, que siempre ardía en el altar, de Dios procedía y santo era [1]. Los sacrificios eran, pues, «un banquete del Señor», «un olor agradable a Dios», porque expresaban el alejamiento del pecado, la entrega a Dios; y sobre todo, figuraban el sacrificio único, verdadero e infinitamente grato de su Unigénito.—Cuando sólo una parte de la víctima se consumía en el fuego, lo restante se quemaba fuera de los campamentos, o lo comían los sacerdotes en el Atrio, acompañados a veces del oferente y de los amigos de éste [2], según la clase del sacrificio. La invitación al banquete era una prueba singular de amistad y unión con Dios.

313. Los *sacrificios,* tanto cruentos como incruentos, se distinguían por el fin a que se enderezaban. Los más frecuentes y comunes eran los *holocaustos*. En estos sacrificios, las víctimas se quemaban completamente en el altar [3], en señal de reconocimiento y adoración de la Majestad suprema de Dios y como símbolo de la entrega absoluta a Dios y a su santo servicio. Las *hostias pacíficas* recibían el nombre de las relaciones de paz y amistad del oferente con Dios, relaciones que aquél quería demostrar y confirmar con su sacrificio. Este podía ser de dos clases: impetratorio y de acción de gracias, ya por los favores recibidos, ya en cumplimiento de un voto. Los sacrificios *propiciatorios* tenían por objeto restablecer la amistad con Dios. La Ley distinguía dos clases: *sacrificios por el pecado (chattath, sacrificium pro peccato)* y *sacrificios por el delito (ascham, sacrificium pro delicto)*. La idea fundamental de este sacrificio era la satisfacción *(satisfactio);* siempre que se quebrantaba la justicia para con Dios o para con el prójimo, además de reparar los daños, se debía ofrecer un sacrificio *pro delicto,* como parte esencial de la penitencia. El sacrificio *pro peccato* tenía por objeto reconciliar [4] al hombre de infracciones impremeditadas, y limpiarle de ciertas impurezas legales. Su fundamento era, pues, la expiación *(expiatio)*.

314. Para *holocausto* se permitían sólo animales machos. Holocausto (de un cordero) era el sacrificio cotidiano del Santuario, mañana y tarde; como sacrificio privado, el holocausto estaba prescrito para la mujer que había cumplido los días de su purificación y para el nazareo, al terminar el tiempo de su consagración. La sangre se esparcía en derredor del altar, para que no faltase en este lugar el recuerdo de la necesidad que el hombre tiene de expiar sus pecados, y para representar el verdadero sacrificio, del cual recibían su valor y sentido los sacrificios de la Antigua Ley.—Las *hostias pacíficas,* lo mismo que

---

[1] Dios mandó expresamente *(Lev.* 6, 9) que el sacrificio se quemase sólo con fuego del altar de los holocaustos; en el primer sacrificio (cuando Aarón sacrificó públicamente por primera vez), vino fuego del Señor, es decir, del Tabernáculo, y consumió la víctima *(Lev.* 9, 24; v. núm. 321).

[2] Esto sucedía sólo en los sacrificios de hostias pacíficas.—Pero de los sacrificios *pro peccato* y *pro delicto* no podía participar el oferente, porque antes de ser comensal del Señor debía reconciliarse con El.

[3] Sólo se le quitaba la piel, que pertenecía al sacerdote.

[4] No había sacrificio expiatorio para los pecados «de mano alzada», es decir, cometidos contra Dios a sabiendas y con premeditación; éstos se expiaban con la muerte. Así la blasfemia, la violación del sábado, la idolatría, los agüeros, los pecados *contra naturam;* algunas faltas graves contra la ley ceremonial, etc.

los holocaustos, suponían estado de paz o de gracia en el oferente; si éste era reo de algún pecado o delito, debía primero ofrecer un sacrificio de expiación. Con la sangre de las hostias pacíficas se rociaba los lindes del altar; sólo se quemaba la grosura [1] como lo mejor de la víctima. Lo restante se empleaba en el *banquete del sacrificio* [2], en el cual tomaban parte los amigos del oferente, los levitas y los pobres, invitados por aquél. En los sacrificios voluntarios de hostias pacíficas se permitían animales hembras.

Ofrecíanse *sacrificios por el pecado* [3] (una cabra), en el novilunio, en Pascua, Pentecostés, Año Nuevo y en el día de la Expiación. Estaban prescritos como sacrificios privados para la purificación de los leprosos, de las madres y de los nazareos. La víctima debía ser conforme a la condición y recursos del oferente. La sangre de las *víctimas del sacrificio «pro peccato y pro delicto»* se derramaba en el altar de los holocaustos; pero además se untaban con ella los cuernos [4] del altar y en casos especiales de mucha importancia, se rociaba con ella el altar del incienso, el velo del *Sancta Sanctorum* y el Arca de la Alianza. La grosura se quemaba en el altar; lo restante lo comían los sacerdotes en el Atrio; pero si el sacrificio expiatorio se ofrecía por el sumo sacerdote o por todo el pueblo, se quemaba todo (a excepción de las partes gordas) fuera del campamento [5] (más tarde fuera de Jerusalén). El *no haber banquete* significaba cuán grande sea el aborrecimiento de Dios al pecado, que excluye al hombre de la comunidad con el Señor [6]. El banquete de los sacerdotes o la combustión de lo restante significaba que Dios recibía el sacrificio del pecador y con ello le daba una prenda de perdón.—En todos estos sacrificios expiatorios era necesaria la *confesión del pecado*, por lo menos en general. Para ciertos pecados se prescribían sacrificios expiatorios especiales. Quien quisiera ofrecer uno de éstos, debía primero confesar al sacerdote el pecado que lo motivó [7].

315. *La eficacia de los sacrificios de la Antigua Ley* era triple: 1, *sacramental (ex opere operato):* los sacrificios conferían la justicia legal a los israelitas, limpiándoles de las impurezas levíticas; san Pablo llama a los sacrificios santificación «en orden a la purificación de la carne» [8]. 2, *simbólica:* todo sacrificio ofrecido con pureza de intención, era una prueba de fe, adoración, gratitud, esperanza, amor y arrepentimiento del oferente. 3, *típica (ex opere operantis):* los sacrificios del Antiguo Testamento, como figuras del sacrificio mesiánico,

---

[1] La grasa de las vísceras con el redaño, los riñones con su manteca, los lóbulos del hígado y el rabo, muy rico en tejido adiposo de alguna variedad ovejuna.

[2] El pecho correspondía al sacerdote oficiante; el cuarto trasero derecho se ofrecía a Dios y era asignado a los sacerdotes en concepto de comensales de Dios y en recompensa de su servicio.

[3] En la época premosaica no se hace mención de sacrificios *pro peccato*. Pero se demuestra su antigüedad por la temprana aparición del concepto *jat'at* en el sur de Arabia, y por lugares de la Escritura, como I *Reg*. 3, 14, IV *Reg*. 12, 17 y *Osee* 4, 8, que lo suponen conocido (cfr. Landersdorfer, *Bibel und südarab. Altertumsforschung,* en *BZF* III 5/6, página 69). Acerca del sacrificio expiatorio v. Médebielle, *Le symbolisme du sacrifice expiatoire en Israël (Biblica* 1921, 141, ss.; 273 ss.).

[4] Cfr. núm. 307.

[5] Cfr. *Hebr*. 13, 12; *Ioann*. 19, 17.

[6] Cfr. núm. 312.

[7] Léese en el *Libro de los Números* (5, 6 ss.; cfr. *Lev*. 6, 1 ss.): «Cuando un hombre o mujer cometiere alguno de los pecados en que suelen caer los mortales y hubiere traspasado el mandato del Señor, confesará su culpa... y presentará al sacerdote la restitución y el sacrificio a proporción de su pecado; y el sacerdote hará oración por él en presencia del Señor y le serán perdonados los pecados que hubiere cometido». Según unánime tradición judía era necesario confesar los pecados en particular. La fórmula (según Maimónides, † 1204) era ésta: «He pecado, he obrado perversamente, he apostatado, en particular, he hecho esto o aquello (aquí la acusación en particular); pero arrepentido vuelvo a ti, Señor; sea éste (animal) mi reconciliación» (Cfr. Scholz, *Die heiligen Altertümer* I 19 ss.).

[8] *Hebr*. 9, 13.

conferían la justicia y el perdón, y devolvían el estado de gracia, supuesta siempre la recta intención del oferente. Eran por tanto indispensables para obtener la remisión de los pecados. Por eso dice el apóstol san Pablo: «sin efusión de sangre no hay remisión» [1]. Mas esa virtud no radicaba en las víctimas y ofrendas. La Ley, como dice san Pablo, no puede «jamás hacer justos y perfectos a los que se acercan a sacrificar; porque es imposible que con sangre de toros y de machos de cabrío se borren los pecados» [2]. Por eso se repetían los sacrificios y se multiplicaban las víctimas; porque «si la Ley con sus sacrificios confiriese la santidad a los oferentes, cesaran éstos de ofrecer sacrificios, no teniendo ya conciencia de pecado, una vez que fueron santificados» [3]. Ello no obstante, tenían la virtud de reconciliar con Dios. Por esto dice el Señor haber concedido a los israelitas la sangre de las víctimas: porque con ella satisficiesen por sus almas sobre el altar, y en el día de la Expiación se reconciliasen y purificasen de todos los pecados [4].

316. *Los sacrificios de la Antigua Ley eran* **figura del sacrificio perfecto de Jesucristo,** y se ofrecían con la fe en el futuro Redentor y en unión espiritual con el sacrificio mesiánico. Por la íntima unión con éste, comunicaban aquéllos por adelantado la gracia santificante merecida más tarde por el sacrificio de Jesucristo y unida inseparablemente al mismo. El *sacrificio de Jesucristo* es el cumplimiento perfecto de los sacrificios de la Antigua Ley. Es un sacrificio de valor infinito, efectuado en verdadera y perfecta *sustitución* nuestra; por él somos «santificados para siempre, y no es necesario otro sacrificio por los pecados» [5]. En el Santo Sacrificio de la Misa tenemos un sacrificio *perpetuo*. Este *solo* sacrificio es suma y recapitulación de las virtudes de todos los sacrificios: es la más sublime alabanza, perfectísima acción de gracias, ferventísima súplica y eficacísima reconciliación. En el rito de este sacrificio se pone también de manifiesto la semejanza de los sacrificios de la Antigua Alianza con el de la Nueva, y la superioridad de éste sobre aquéllos.

42. El sumo sacerdote, los sacerdotes y los levitas

(*Lev.* 8; 9; 21; 22; cfr. *Exod.* 28 s.; *Num.* 1, 49 ss.; 3, 6 ss.)

317. Para cuidar del Santuario y del culto y fomentar en el pueblo nobles y santos sentimientos, diputó Dios personas sagradas [6] de la tribu de Leví [7]. A Aarón y a sus descendientes primogénitos constituyó *sumos sacerdotes;* a los demás descendientes de Aarón invistió de la dignidad *sacerdotal,* y a la descendencia de Leví confió la misión de *ayudar* a los sacerdotes en el sagrado ministerio.

---

[1] *Hebr.* 9, 22. [2] *Hebr.* 10, 4. [3] *Hebr.* 10, 2.

[4] *Lev.* 17, 11; 16, 30.

[5] *Hebr.* 10, 1 10 18; cfr. I *Cor.* 6, 20; I *Petr.* 1, 18 s.

[6] Cfr. Scholz, *Die heiligen Altertümer* I 10 ss.; Hoonacker, *Le sacerdoce lévitique dans la loi et dans l'histoire des Hébreux* (Lovaina 1899); Kortleitner, *Arch. bibl.* 139-217.

[7] Leví fué el tercer hijo del patriarca Jacob y de Lía. Desplegó un celo apasionado e inhumano por el honor de su familia. Jacob reprobó su vengativa conducta y le profetizó que su descendencia se dispersaría por todo Israel; pero esto redundó en gran honra de Leví y beneficio de Israel. Leví fué a Egipto con sus tres hijos: Gersón, Caat y Merari; éstos fueron los padres de toda la tribu de Leví. María, Aarón y Moisés proceden del segundo hijo Caat. La tribu de Leví se puso en el desierto al lado de Moisés para castigar a los idólatras que adoraron el becerro de oro; este hecho le valió una especial bendición, es decir, la elección para el servicio divino. Leemos más tarde que Finees, nieto de Aarón, salió por la honra del verdadero Dios contra el culto abominable e inmoral que los madianitas tributaron a Beelfegor; con este hecho aseguró el sumo sacerdocio para sí y sus descendientes.

La escuela de Wellhausen niega que el sacerdocio fuese patrimonio exclusivo de la familia de Aarón, y que su estructura jerárquica date de tan remota antigüedad. Según esa escuela, ambas cosas son resultado de un lento desarrollo, que no terminó hasta las reformas de Josías y de Ezequiel[1]. Mas la teoría está en contradicción con los testimonios de las fuentes bíblicas. Toda la historia de Israel atestigua que, desde la institución del Tabernáculo en el desierto, *sólo la tribu de Leví* quedó facultada para ejercer el sacerdocio. Ya en tiempo de Josué (18, 7), el sacerdocio era la «herencia de los levitas». En la *época de los Jueces,* se consideraba a los levitas facultados por derecho divino para las funciones sacerdotales. Por eso Micas, cuando dió con el levita, desistió de instituir a su hijo sacerdote del santuario que para sí erigiera, y se creyó seguro de la bendición de Dios, teniendo «al levita por sacerdote» (*Iudic.* 17, 5, 12). También los danitas designaron levitas por sacerdotes de Lais (*Iudic.* 18, 30). A Helí dijo Dios por un profeta: «(en los descendientes de Aarón) escogí yo mis sacerdotes de entre todas las tribus, para que suban a mi altar» (I *Reg.* 2, 28). El autor de los *Libros de los Reyes* censura en Roboam el haber nombrado sacerdotes a «gentes del pueblo que no eran levitas» (III *Reg.* 12, 30, II *Par.* 13, 9). El autor del *Paralipómenon* dice que Dios castigó con lepra al rey Ozías, por haber osado ofrecer incienso en el Templo, incumbencia de los «sacerdotes, descendientes de Aarón, los cuales están consagrados para ofrecer el incienso» (II *Par.* 28, 16). De ciertos sacrificios ofrecidos por *legos* (Gedeón, *Iudic.* 6, 25 ss.; Manué, *Iudic.* 13, 16; Samuel, I *Reg.* 7, 9; Saúl, I *Reg.* 13, 12; Elías, III *Reg.* 18, 31 ss.) nada se infiere contra el privilegio de los sacerdotes. En todos estos casos (excepto en el de Saúl, el cual dió por disculpa «la urgencia»), intervinieron circunstancias excepcionales (mandato de Dios, misión profética), que dejan a salvo la práctica ordinaria. En cuanto a otros sacrificios de legos, no se puede demostrar que se realizaran *sin mediación de un sacerdote.*—También pugna con las fuentes históricas otra teoría crítica, a saber: que *primitivamente, todos* los levitas fueran sacerdotes, y que la categoría de levitas, ministros de los sacerdotes, la instituyeran los sumos sacerdotes degradados por Josías. La rebelión del levita Coré iba contra la situación privilegiada de la familia de Aarón (*Num.* 16). El autor del *Paralipómenon* habla de estas dos categorías diferentes en toda la historia de Israel, existentes desde el principio (*Par.* 23, 13 ss.). La organización del culto, llevada a cabo por David, presupone esta diferencia de categorías (I *Par.* 23); el tercer libro de los *Reyes* (8, 4) da testimonio de ella en tiempo de Salomón; Jeremías la conoce (33, 21). La expresión *sacerdotes de la estirpe* (tribu) *de Leví (Deut.* 17, 9, 18; 24, 8; 27, 9) no prueba que los levitas tuviesen *todos* derecho a ejercer las funciones sacerdotales. La anarquía reinante en la época de los Jueces y el empobrecimiento de los levitas, nacido de la decadencia religiosa del pueblo, incitó sin duda a muchos levitas a ganarse el sustento ejerciendo funciones de sumo sacerdote; pero en ningún pasaje sanciona la Sagrada Escritura tal usurpación. Los egipcios, babilonios y árabes (madianitas) tenían ya en tiempo de Moisés organizada jerárquicamente la clase sacerdotal.

318. El *sumo sacerdote* reúne en sí la plenitud de los poderes sacerdotales, por lo cual se le llama también «príncipe de los sacerdotes»[2], o «*el* sacerdote»[3] por excelencia. El era (desde la muerte de Moisés) el mediador entre Dios y el pueblo. Por eso tenía el privilegio de entrar en el *Sancta Sanctorum* para ofrecer el sacrificio por sí y por el pueblo el día de la Expiación y de consultar al Señor, en circunstancias extraordinarias, por medio del *Urim y Tummim.* Mas esto exigía en él pureza especial y

---

[1] Cfr. Baudissin, *Die Geschichte des atl Priestertums* (Leipzig 1889).
[2] IV *Reg.* 25, 18.
[3] *Exod.* 29, 30. *Lev.* 1, 7. III *Reg.* 1, 8.

vida irreprochable. El sumo sacerdote debía descender de Aarón por línea masculina y de matrimonio lícito (al sumo sacerdote); estar exento de defectos corporales; casarse sólo con una doncella de Israel; alejarse de todo cadáver; no tomar parte en pompas fúnebres, etc., para simbolizar con ello la santidad interior y la perfecta entrega a Dios.



Fig. 48. — Sumo sacerdote.

Sus *vestiduras* eran preciosísimas, como correspondía a tan alta dignidad. Además de las prendas sacerdotales [1], se vestía de otras cuatro: 1. Una *túnica* de lino (en hebreo *meʿil* = envoltura) de color azul oscuro, de cuya orla pendían campanillas [2] y granadas de oro; estas últimas eran de hilo de lino, de los cuatro colores del Santuario (blanco, púrpura, jacinto y carmesí). Esta prenda era cerrada; no tenía mangas, sino dos aberturas para los brazos, y probablemente no pasaba de la rodilla. 2. El *efod (humeral,* escapulario; de *aphad* = ceñir, revestir); de lino, con figuras artísticas bordadas en oro, como la cubierta interior del techo del Santuario (pero sin querubines); no llegaba a las rodillas; se componía de dos piezas unidas en los hombros por dos piedras de ónix, en cada una de las cuales estaban escritos los nombres de seis tribus de Israel; se sujetaba al cuerpo con un cinturón preciosamente trabajado. No podemos formarnos idea exacta del efod, porque la descripción no es del todo clara, y algunas palabras pueden tomarse en distintos sentidos. Podemos imaginárnoslo como un escapulario monacal sujeto al talle por un cinturón. A juzgar por los monumentos egipcios, era una prenda que cubría el tronco desde el pecho, pendiente de los hombros por dos cintas (tirantes) y ceñida por otra al cuerpo en la parte inferior. Algunos creen ver en el efod una prenda análoga a la estola sacerdotal o al palio, que se sujetaba al cuerpo mediante una especie de jubón o almilla. El *efod-bad,* que se menciona a menudo, no era una vestidura de hilo (estaba hecho de biso); antes bien, una prenda honorífica y ostentosa: un adorno análogo a la estola de los romanos [3]. 3. El *pectoral* [4] o racional, placa rectangular, semejante en materia y ornamentación al efod, con anverso y reverso (se parecía, pues, a una bolsa de corporales); colgaba por dos cadenitas de oro de los ónices del efod; de los ángulos inferiores salían dos cintas de jacinto que lo sujetaban a dos anillos de dicha prenda. Llevaba en el anverso doce piedras preciosas, dispuestas en cuatro filas, con los nombres de las doce tribus de Israel grabados en oro [5]. En el racional estaban el *Urim y Tummim,* que significa doctrina y verdad, más

---

[1] Cfr. núm. 320.

[2] Los reyes orientales usaban campanillas en sus vestidos; según *Eccli.* 45, 11, servían éstas «para recuerdo a los hijos de su pueblo», es decir, para anunciar la presencia del sumo sacerdote.

[3] Bibliografía v. en Zapletal, *Alttestamentliches* 55 ss.; Sellin, *Der israelitische Ephod* (Giessen 1906); Kortleitner, *Arch. bibl.* 196; *LB* II 188.

[4] En hebreo *joschen,* que tal vez significa «adorno» o «bolsa»; la *Vulgata,* del objeto a que estaba destinada esta prenda, traduce *rationale, rationale iudicii,* que vale tanto como «averiguación», «averiguación de lo justo» («bolsa de la sentencia del fallo divino», Kautzsch); análogamente en griego *logeion,* etc.

[5] Las piedras preciosas eran probablemente las siguientes: en la primera fila, carneolita, topacio y esmeralda; en la segunda, rubí o carbúnculo, zafiro y diamante; en la tercera, ópalo o jacinto, ágata y amatista; en la cuarta, crisólito, ónice y jaspe.

exactamente «luz y perfección», esto es, luz perfecta (cfr. *Eccli.* 45, 12); era una señal exterior, que nos es desconocida (suertes sagradas, varillas o piedras), la cual servía para averiguar la voluntad divina y «descubrir la verdad de las cosas»: símbolo de la completa revelación de Dios a Israel. Consultar el *Urim y Tummim* equivalía a consultar a Dios; pues Dios había prometido revelar por este medio su voluntad al sumo sacerdote en los asuntos importantes, cuando, revestido de sus ornamentos se presentaba ante El. Era una especialísima merced divina, que sólo duró mientras Israel se mantuvo fiel a Dios [1].

4. Cubría el sumo sacerdote su cabeza con una *tiara* de lino blanco, como la de los sacerdotes; pero sobre ella iba otra de púrpura de color azul oscuro; en una laminita de oro, ceñida a la cabeza por dos cintas de color azul oscuro y situada sobre la frente, se leía esta inscripción: «Santo del Señor».


Fig. 49. — Sacerdote.

319. A los *sacerdotes* (fig. 49) estaban encomendados todos aquellos ministerios sagrados que no eran de la exclusiva competencia del sumo Sacerdote: llevar el Arca de la Alianza y todos los demás objetos sagrados; ofrecer sacrificios y orar por el pueblo; bendecirle, instruirle en la Ley (ayudados por los levitas), y exhortarle al fiel cumplimiento de la misma.

David los distribuyó para el *servicio del Santuario* en veinticuatro clases [2]; al frente de cada una había un jefe. Prestaban servicio por semanas, en el orden que les tocaba en suerte; dentro de cada clase se sorteaban también los distintos servicios. Estos eran especialmente cuatro: *a)* ofrecer holocaustos; *b)* encender las lámparas del candelabro de oro; *c)* renovar el sábado los panes de la proposición, comiendo los que habían estado expuestos; *d)* quemar el incienso por la mañana y por la tarde en el altar del incienso.

En conformidad con su misión, el Señor exigía de ellos: «*sean santos* para su Dios y no profanen su nombre; pues ofrecen incienso del Señor y los panes de su Dios;... por tanto, deben ser santos como Yo soy santo, Yo, el Señor que los santifico» (*Lev.* 21, 6 ss.). Esta santidad debía extenderse a toda la familia del sacerdote; se castigaba con severidad a los miembros de ella que prevaricaban [3]. También sus *cuerpos* habían de ser *inmaculados*. Debían conservarse

---

[1] Según tradición judía, en tiempo del segundo Templo no se consultó ya más el *Urim y Tummim,* y del silencio de la Sagrada Escritura se deduce que ya mucho antes debió de cesar aquella costumbre, a medida, tal vez, que la Ley y la administración de justicia fueron adquiriendo carta de naturaleza en Israel y desaparecieron las situaciones difíciles o los casos complicados. No se puede negar que existe cierto parecido con las consultas de la divinidad que se practicaban en muchos pueblos mediante suertes u oráculos; pero la diferencia es palmaria. En algunos casos parece que la cuestión se resolvía con un «sí» o «no» o mediante las palabras «culpa», «inocencia»; en otros, no bastaba esta explicación (por ejemplo I *Reg.* 23, 11 ss.; 30, 8). Por la unión que existía entre el pectoral que encerraba las suertes sagradas y el *efod,* se explica cómo este último podía emplearse recta o abusivamente para consultar a la divinidad.

[2] 16 de la descendencia masculina de Eliezer y 8 de la de Itamar.

[3] Cfr. *Lev.* 10; 21, 6 ss.: *Is.* 52, 11. La apostasía temporal, un grave crimen y el matrimonio con pagana, con repudiada o con mujer de mala fama, incapacitaban para ejercer las funciones sacerdotales (mas no privaban de los emolumentos sacerdotales). La hija de sacerdote sorprendida en flagrante debía ser lapidada y luego quemada viva. Cfr. Amenazas y castigos a los hijos de Leví (I *Reg.* 2, 13 ss.; 22 ss.; 4, 10 ss.).

limpios de toda impureza durante el tiempo de su ministerio y abstenerse de bebidas que pudiesen embriagar. Las *vestiduras* que usaban en el desempeño de su sagrado ministerio simbolizaban esta santidad y la sagrada misión que les estaba encomendada. Eran las siguientes: 1. *Paños de honestidad* de lino dos veces retorcido (símbolo de la castidad). 2. *Túnica* de lino blanco, estrechamente ceñida al cuerpo: llegaba hasta los tobillos; tenía mangas largas, y se sujetaba al cuello con cintas; tenía forma de cubo y representaba la pureza de vida. 3. *Cinturón,* que colgaba hasta el tobillo; de cuatro colores, como el velo del Santuario: blanco, jacinto, púrpura y carmesí; era distintivo del sacerdote como ministro de Dios; y por su relación con el Santuario, significaba al mismo tiempo el don de discernimiento necesario al sacerdote. 4. La *tiara,* de lino blanco sin retorcer, que cubría la cabeza a modo de turbante: símbolo de la recta intención que debe resplandecer en todos los actos del sacerdote.

El *Libro de la Sabiduría* (12, 24) nos dice que las vestiduras del sumo sacerdote encerraban sentido *simbólico* en sus distintas partes, colores, etc. El simbolismo era en parte conocido en el Antiguo Testamento. De Aarón, el cual (como se dirá en el núm. 364 s.) resistió a los rebeldes de Coré y se interpuso en favor del pueblo, se dice: «En sus vestiduras estaba representado todo el mundo; la gloria de los mayores estaba esculpida en cuatro filas de piedras, y tu magnificencia estaba grabada en la diadema de su cabeza». Según esto, los colores, el número y el ornato de las vestiduras son imágenes del mundo (terreno y celeste); el racional, con los nombres de las doce tribus grabados en otras tantas piedras preciosas, traía a la memoria los prodigios de Dios y las promesas que el Señor hiciera a los Patriarcas; la tiara con la inscripción: «Santo del Señor» simbolizaba la condición privilegiada y las obligaciones especiales del sumo sacerdote [1].

320. Siendo tan grandes la excelencia, santidad y dignidad del sacerdocio, quiso Dios dar al pueblo una señal visible del llamamiento divino de *Aarón y de sus hijos,* mediante una *consagración de siete días* (*Lev.* 8 y 9).

Tomando Moisés a Aarón, lavólo (mandó que se lavase), y le vistió de las ropas sagradas; le puso la tiara, y derramó sobre su cabeza el óleo santo — en señal de ser Aarón el jefe de los sacerdotes, del cual derivaba el poder de consagrar y sacrificar —, y le ungió y consagró. Lavó luego a los hijos de Aarón: Nadab, Abiu, Eleazar e Itamar; vistiólos de las vestiduras sacerdotales, y los ungió; mas no derramó sobre sus cabezas el óleo santo, sino ungió su frente y sus manos. El lavatorio significaba la limpieza y santidad interior; la unción simbolizaba la comunicación del Espíritu Santo; el acto de vestirle representaba la investidura de la dignidad. Luego de esto, ofreció un becerro por el pecado, y después de poner Aarón y sus hijos las manos sobre la cabeza de la víctima, la degolló. Ofreció luego dos carneros, sobre cuyas cabezas pusieron igualmente las manos Aarón y sus hijos en señal del traspaso de sus pecados; uno de los carneros lo ofreció en holocausto, el otro para la consagración de los sacerdotes; y tomando de la sangre del segundo carnero, tocó la ternilla de la oreja derecha, el pulgar de la mano derecha y el dedo gordo del pie derecho de Aarón y de sus hijos (en señal de que en adelante debían dedicar toda su actividad al desempeño de su sagrado ministerio); con lo restante de la sangre roció los lindes del altar; y, mezclando un poco de esta sangre con el óleo santo de ungir, roció a Aarón y a sus hijos y las vestiduras de ellos. Porque esto significaba que con la virtud expiatoria de la sangre de la víctima y la eficacia santificadora del óleo de la consagración quedaban santificados y consagrados para el Señor. Hecho esto,

[1] Cfr. santo Tomás, *Summa theol. 1, 2, q. 102, a. 5 ad 10;* Scholz, *Die heiligen Altertümer* I 53 y 101; Kortleitner l.c. 207; Gutberlet, *Das Buch der Weisheit* 493, comentarios a *Sap.* 18, 24. Cfr. todavía *Eccli.* 45, 9 s.; 50, 11-12: v. núm. 793.

celebraron el banquete que había de sellar la unión íntima con el Señor, del cual eran comensales y familiares en adelante Aarón y sus hijos. Otros seis días repitió Moisés las mismas ceremonias.

321. Llegado el *día octavo,* se acercó Aarón al altar y ofreció un sacrificio *pro peccato,* por sí y por todo el pueblo; y luego holocaustos y víctimas pacíficas. Después entró por primera vez con Moisés en el Santuario; y al salir extendió sus manos sobre el pueblo, y le bendijo. Y he aquí que de la columna de nube salió fuego que devoró las víctimas que había sobre el altar [1]. Viendo lo cual las gentes del pueblo, postrándose sobre sus rostros, alabaron al Señor [2].

Mas ya en esta primera consagración sacerdotal mostró Dios a sus ministros cuánta fuera la santidad y fidelidad que de ellos se exigía. Porque sucedió que los hijos mayores de Aarón, *Nadab* y *Abiú,* tomando los incensarios [3] con temeraria ligereza, pusieron en ellos el incienso sobre fuego común, en lugar de tomarle del altar de los holocaustos [4]. Salió fuego del Señor, del *Sancta Sanctorum,* y los mató. Dijo entonces Moisés a Aarón: «Esto es lo que tiene dicho el Señor: *Yo quiero ser tratado santamente por los que a mí se acercan,* y ser glorificado a la vista de todo el pueblo». Luego mandó sacar los cadáveres fuera del campamento. Además dijo el Señor a Aarón: Ni tú ni tus hijos beberéis vino ni bebida que pueda embriagar, cuando entréis en el Tabernáculo, so pena de muerte. Y sea éste un precepto perpetuo para vuestra posteridad, para que sepáis discernir entre lo santo y lo profano, entre lo puro y lo impuro» [5].

322. Los *restantes levitas* fueron separados de entre los hijos de Israel con ocasión del censo, y destinados al servicio del Santuario, para *ayudar a los sacerdotes* en todos los ministerios sagrados que no estaban reservados a éstos. Dios tomó para sí a los levitas en sustitución de los primogénitos [6] que le correspondían por derecho; los puso al servicio del Tabernáculo y los hizo *consagrar* con toda solemnidad [7]. Mandó que, ante todo, los lavasen con agua de purificación (del baño del Atrio), les cortasen el cabello y les *lavasen* los vestidos, para significar la santidad de alma que debían tener los que estuviesen consagrados al servicio de Dios. Luego, los *principales de las tribus impusieron sus manos sobre ellos* para indicar que, como víctimas ofrecidas por todo el pueblo al Señor, debían llevar sobre sí o expiar los pecados de todos. Finalmente fueron *agitados* por Aarón, esto es, movidos de una a otra parte, como se hacía con las víctimas antes de inmolarlas, probablemente del altar de los holocaustos

---

[1] Los sacerdotes cuidaron de alimentar en adelante este fuego sagrado. En ocasiones análogas, cuando Salomón y Zorobabel dedicaron el Templo, el fuego del sacrificio fué encendido milagrosamente por el mismo Dios. Cfr. núm. 314, 563 y 716.

[2] Al morir el *sumo sacerdote,* se *ungía cada vez* al sucesor; por eso se le llamaba también *sacerdote ungido (Lev.* 4, 3; cfr. *Exod.* 29, 7 21; análoga, aunque distinta, es la expresión «el ungido de Yahve», que se aplica a los reyes teocráticos y al Redentor). Los demás sacerdotes no necesitaban consagración especial; bastaba una simple purificación mediante la ofrenda diaria (prescrita en *Lev.* 6, 14 ss.).

[3] *Lev.* 10, 1 ss.

[4] Según otros, el pecado consistía en haber procedido sin orden y encargo de Dios.

[5] De aquí se colige que el criminal atolondramiento de los hijos de Aarón procedía de embriaguez.

[6] *Num.* 1, 49 ss.; 3, 6 ss.; cfr. núm. 353.

[7] *Num.* 8, 5 ss. Su número ascendía a 22000; y el año 40 de la salida de Egipto, a 23000. De donde la tribu de Leví era como la mitad de las menos numerosas. Era, sin embargo, suficiente para desempeñar su cometido.

a la entrada del Tabernáculo y viceversa, para significar que pasaban al servicio divino, como propiedad de Dios; pero que Dios los designaba para ministros de los sacerdotes.

Sus *obligaciones* [1] eran: llevar los objetos del Tabernáculo [2] sobre sus hombros o en carros durante el viaje por el desierto [3]; cuidar del Tabernáculo [4] (más tarde del Templo); preparar los panes de la proposición; custodiar los tesoros y provisiones del Santuario; cuidar de la música sagrada y del canto, y ayudar a los sacerdotes cuando éstos (por excepción) degollaban las víctimas; a veces también sacrificar los corderos de la Pascua, en sustitución de los israelitas que habían contraído impureza legal. También les incumbía recoger emolumentos para el Santuario, instruir al pueblo en la Ley y ejercer justicia [5]. Para los oficios humildes (traer agua, recoger leña), tenían los levitas a sus órdenes auxiliares, llamados *natineos* [6]. Eran prisioneros de guerra y esclavos, regalados al Santuario. Más tarde vivieron éstos en el monte del Templo o en las ciudades levíticas.

Los levitas entraban en *servicio* a los veinticinco años — más tarde a los veinte —, y se retiraban a los cincuenta [7]. Después de esta edad, ayudaban a sus hermanos, especialmente en la guarda de los objetos del Santuario. David los dividió en cuatro *clases* (ayudantes del altar, jueces, guardas y cantores) y cada clase (excepto la de los jueces) en veinticuatro grupos, que alternaban por semanas en el servicio [8]. No tenían *vestidura* especial; pero cuando ejercían su sagrado ministerio, usaban por lo general una túnica (efod) de lino o de biso, análoga a la de los sacerdotes, pero más pequeña [9].

Por el Texto Sagrado no se puede saber con claridad qué oficio desempeñaban delante de la puerta del Santuario las *mujeres* (o *vírgenes)* mencionadas en *Exod.* 38, 8 y I *Reg.* 2, 22. Seguramente serían oficios acomodados a sus aptitudes: labores domésticas y de mano, necesarias de cuando en cuando para reparar los vestidos, tapices y tejidos; quizá se empleaban también en el canto y las danzas y en tañer las sonajas en las solemnidades (cfr. núm. 267; *Ps.* 67, 26). Suponen algunos que no desempeñaban propiamente oficio alguno (cfr. núm. 303). I *Reg.* 2, 22 indica las malas consecuencias que se seguían de la presencia de mujeres en el Santuario. Acaso fuera ésta la causa de que desapareciese dicha institución; por lo menos no se las nombra ya más. Su oficio nada tiene que ver con el que se atribuía a las mujeres egipcias y babilónicas en los oráculos y mucho menos con los desórdenes de que iba acompañado el culto idolátrico cananeo-fenicio [10]. Según la tradición judía, en tiempo del segundo

---

1 *Num.* 4; 7; 18, 2 ss.

2 Cubiertos de antemano por Aarón y sus hijos.

3 A los sacerdotes de la familia de Caat correspondía llevar los objetos sagrados propiamente dichos: Arca de la Alianza, mesa de los panes de la proposición, candelabro, altar del incienso y de los holocaustos, con sus accesorios, y el velo del *Sancta Sanctorum* (*Num.* 4, 5 ss.).

4 Cfr. núm. 387.

5 *Deut.* 17, 8 s.; 31, 9 24; 33, 10. II *Par.* 19, 8.

6 Del hebreo *nathan* = dar, regalar, quiere decir: dados en regalo, regalados. Cfr. *Esdr.* 2, 70; *Nehem.* 7, 73.

7 *Num.* 4, 3 ss.; 8, 23 s. I *Par.* 23, 24.

8 Cfr. núm. 515 y 552.

9 I *Reg.* 2, 18. I *Par.* 15, 27.

10 Cfr. IV *Reg.* 23, 7; Scholz, l.c. I 35. Conceden los racionalistas (Benzinger, *Hebr. Archäologie*² 360) que el «Yahvismo oficial» se opuso siempre tenazmente a tamaño desmán. Sin embargo, suponen que también en los santuarios cananeo-israelitas existió personal femenino, y admiten que el Templo de Jerusalén y por ende el culto oficial de Yahve tuvo mujeres «consagradas a Dios» (*kedeschoth,* es decir. prostitutas); todas las noticias referentes a este asunto han sido eliminadas de los *Libros Sagrados* del A. T. Mas esto es afirmar sin pruebas. Los profetas levantan su voz contra abusos y crímenes paganos que, aunque opuestos a la Ley de Dios, se introducían temporalmente en el Santuario.

Templo ofrecíanse libremente al servicio divino, o eran «consagradas» (desposadas) por sus padres al Señor; mas nada dice la Sagrada Escritura acerca del particular. La versión griega (alejandrina) entiende este servicio de las mujeres en sentido espiritual: ayuno y oración. Concuerda con esto lo que *san Lucas* 2, 37 dice de la piadosa viuda Ana y el oficio que señala I *Tim.* 5, 5 a las viudas cristianas [1].

323. Los ministros del Santuario debían *vivir del Santuario* [2]. Dios quiso ser su herencia y posesión. Por esto, a Leví no se le dió porción alguna en la tierra prometida; le fueron señaladas como mansión cuarenta y ocho ciudades, diseminadas por todo el país; de ellas, trece para los sacerdotes en Judá (con Simeón y Benjamín) [3], y una zona de mil codos en derredor de los muros de cada una de estas ciudades, para apacentar los ganados. Demás de esto, los hijos de Israel estaban obligados a dar anualmente a los levitas los *diezmos* de los cereales, frutas y recentales; de todo lo cual era Israel deudor a Dios, su Rey (*Num.* 18, 20 ss.; *Deut.* 10, 9; 12, 22; 14 ss ; 18, 2). Se podía dar los diezmos en dinero (con recargo de $^1/_5$ de su valor) [4]. Según opinión de muchos intérpretes, los israelitas estaban obligados por el *Deuteronomio* a separar todavía *un segundo diezmo* de las nueve partes que les habían quedado, para celebrar banquetes, ellos y los levitas, en la presencia del Señor [5]. Este (segundo) o tal vez otro (tercer) diezmo se destinaba cada tres años íntegramente a socorrer a los necesitados del país — *diezmos de los pobres* [6]. Los levitas entregaban *a los sacerdotes los diezmos* de los diezmos recogidos. También correspondían a éstos ciertas *porciones de las víctimas,* las *primicias* de los frutos y los *primogénitos* de los animales puros, *el dinero del rescate* de los primogénitos y de todo lo que estaba consagrado a Dios [7]. Estaban además exentos de contribuciones y del servicio marcial [8].

324. Los sacerdotes de la Antigua Alianza, y sobre todo el sumo sacerdote Aarón [9], son **figuras** *de Cristo y de los sacerdotes de la Nueva Alianza:* aquéllos debían *carecer de defectos* corporales; Cristo es santo, inocente, inmaculado, apartado de los pecados y encumbrado sobre los cielos, no tiene necesidad de ofrecer cada día sacrificios, primero por sus pecados, y después por los del prójimo;... porque la Ley constituye sacerdotes a hombres flacos; pero la promesa de Dios, confirmada con juramento (estableció sumo sacerdote

---

1 Cfr. Kortleitner, *Arch. bibl.* 171.

2 Cfr. I *Cor.* 9, 13.

3 No sólo vivían exclusivamente en estas ciudades, sino que en ellas tenían su morada inalienable, como inalienables eran también las dehesas que rodeaban las ciudades; podían, sin embargo, establecerse en otros lugares (*Num.* 35, 2 ss. *Jos.* 21; cfr. *Deut.* 12, 12 ss.; 14, 27; 16, 11; 18, 6).

4 Cfr. *Lev.* 27, 30 ss.; *Num.* 18, 21-30.

5 *Deut.* 12, 6 ss.; 17 ss. Se discute acerca de si eran dos o sólo uno los diezmos que los israelitas estaban obligados a pagar *anualmente.* Si consideramos que el *Deuteronomio* introdujo mitigaciones en otros puntos, nos parece poco verosímil que duplicase el diezmo prescrito en *Num.* 18, 21. Las repetidas exhortaciones a no olvidar la caridad con los levitas (*Deut.* 12, 12; 14, 29; 26, 12), parecen indicar que los ingresos eran insuficientes. La primitiva práctica del diezmo señalado en *Num.* 18, 21, debió de mitigarse en el sentido de que el donante pudiera reservarse una parte para sí y para celebrar en el Santuario un banquete, al cual debían ser invitados los levitas. Esto no excluye que algunos israelitas renunciaran a la mitigación. Después del destierro se daba a los levitas el diezmo íntegro (*Nehem.* 10, 38). Parece que además se acostumbró a dar al Santuario un segundo diezmo; al menos Fl. Josefo y la *Mischna* mencionan dos diezmos anuales, el segundo de los cuales se destinaba cada tres años a los pobres (diezmo de los pobres). Cfr. Eissfeldt, *Erstlinge und Zehnte im AT,* en *BWAT* 1917, 22.

6 *Deut.* 14, 28 s.; 26, 12. *Num.* 27, 32 y II *Par.* 31, 4 s., hacen mención de un *diezmo del ganado;* pero no parece que se llevara a la práctica.

7 *Num.* 18, 15. *Lev.* 27, 1 ss.

8 *Esdr.* 7, 24. Fl. Josefo, *Ant.* 3, 12, 4; cfr. 12, 3, 3.

9 Cfr. *Eccli.* 45, 7 ss.; Weiss, *Messian. Vorbilder* 38.

de la Nueva Alianza) al Hijo, que es perfecto eternamente [1]. El sumo sacerdote de la Antigua Alianza era *ungido con óleo,* lo mismo que el Tabernáculo; Cristo fué ungido con el Espíritu Santo, que en él habita en la plenitud de la divinidad [2]; por esto se le llama Mesías, es decir, el Ungido, el Santo de Dios, el Santísimo [3]. El sumo sacerdote *consultaba a Dios* en el *Sancta Sanctorum* por medio del *Urim y Tummim;* Cristo es la luz verdadera y perfecta; existente desde la eternidad en el seno del Padre, él nos ha revelado los secretos de Dios [4]. La *reconciliación* que se obtenía en el Antiguo Testamento por el sumo sacerdote era simbólica, y recibía su virtud y eficacia de la que Cristo nos logró. Pero vino Jesucristo, y como «pontífice de los bienes venideros, entró en el Santuario con su propia sangre una sola vez, y obtuvo una redención eterna» [5]. El mismo es la reconciliación por los pecados de todo el mundo [6]. Por eso, su *intercesión* es infinitamente superior y más eficaz que la del sumo sacerdote de la Antigua Alianza. «Nuestro Pontífice penetró en los cielos, donde vive eternamente, para interceder por nosotros; él puede compadecerse de todas nuestras debilidades; lleguémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, a fin de alcanzar misericordia y hallar merced, cuando necesitamos ayuda» [7].

43. Fiestas y tiempos sagrados

(Lev. 6; 16; 23; 25; cf. *Num.* 28 ss.)

325. Todos los tiempos pertenecen al Señor y a su servicio; esto significaba el *incienso* [8] que diariamente se quemaba, y las *ofrendas incruentas* que mañana y tarde ofrecía el *sumo sacerdote* [9] por sí y por el pueblo, y sobre todo el *sacrificio perpetuo* [10] del cordero de un año y sin defecto, que, acompañado de ofrendas y libaciones, se inmolaba en holocausto [11] mañana y tarde en nombre del pueblo.

Demás de esto, tenía Dios establecidos *tiempos sagrados y fiestas especiales* [12]. Entre todas, descollaba la fiesta del *sábado* [13], en la cual se ofrecía, además de los sacrificios ordinarios, dos corderos de un año con las correspondientes ofrendas y libaciones, y se renovaban los panes de la proposición [14]. En el *novilunio* se consagraba el mes a Dios, ofreciendo dos becerros, un carnero y siete corderos de un año en holocausto, y un macho cabrío en sacrificio propiciatorio por los pecados no expiados en el mes transcurrido [15]. Mientras se ofrecían estos sacrificios, los sacerdotes

---

1 *Hebr.* 7, 26 ss.; cfr. *Ps.* 109, 4.
2 *Act.* 10, 38. *Luc.* 4, 18. *Is.* 11, 2 s.; 61, 1 ss. *Ps.* 44, 7 s.
3 *Ioann.* 1, 41; 4, 25. *Marc.* 1, 24. *Dan.* 9, 24.
4 *Ioann.* 1, 9 18; 5, 20. 5 *Hebr.* 9, 7 ss.; 10, 10 ss.
6 *Rom.* 3, 25. I *Ioann.* 2, 2; 4, 10.
7 *Hebr.* 4, 14 16; cfr. 7, 25; *Rom.* 8, 34. 8 *Exod.* 30, 7 s. *Luc.* 1, 9.
9 *Lev.* 6, 14. 10 *Exod.* 29, 38 ss. *Num.* 28, 3 ss.
11 El *sacrificio vespertino* se ofrecía «entre ambos atardeceres» (cfr. núm. 256) y se quemaba durante toda la noche hasta la mañana; el *matutino,* luego de la salida del sol, y la víctima se quemaba durante todo el día hasta el atardecer—figura elocuente del *cordero inmaculado,* víctima que fué inmolada cual sacrificio vespertino en el madero santo de la Cruz, se ofrece todas las mañanas en el altar y se consume de amor día y noche por los hombres (Cfr. núm. 317).
12 Véase en el núm. 332 el *calendario religioso.* Acerca de las festividades y tiempos sagrados v. Scholz, *Die heiligen Altertümer* II 5 ss.; Kortleitner, *Arch. bibl.* 218-289; Kugler, *Von Moses bis Paulus* 52-83.
13 *Lev.* 23, 3; *Exod.* 16, 22 ss.; 20, 8 ss.; 31, 13 ss.; 35, 2 s.; *Num.* 15, 32 ss.; *Deut.* 5, 12 ss.; cfr. también núm. 49.
14 *Num.* 28, 9; cfr. II *Par.* 31, 3; *Nehem.* 10, 33. 15 *Num.* 28, 11 ss.

hacían resonar siete trompetas [1]—como en las demás festividades—para que Israel dedicase a Dios un recuerdo agradecido. Este día se transformó pronto en festivo [2]; mas no estaba prescrito descanso sabático. El novilunio del séptimo mes, llamado también *fiesta de las bocinas,* porque su sonido [3] traía a los israelitas el recuerdo de Dios, se celebraba con especial solemnidad, con descanso sabático y múltiples sacrificios [4]; posteriormente, ese día fué el comienzo del año civil [5].

Tres eran las fiestas mayores del año: la de la *Pascua,* la de *Pentecostés* y la de los *Tabernáculos.* Estas fiestas tenían por objeto recordar a los israelitas la admirable providencia de Dios y las mercedes extraordinarias de El recibidas, y moverles al agradecimiento. En ellas todo varón israelita debía comparecer en la presencia del Señor, es decir, presentarse en su santa mansión [6]; esto contribuyó no poco a que los judíos se conservasen como un pueblo de Dios, se sintiesen hermanos los unos de los otros y se mantuviesen fieles al Señor. Según la crítica, sólo la fiesta de la Pascua es anterior a la ocupación de Canaán; era una fiesta de pastores, en la cual éstos ofrecían las primicias de sus rebaños. Las otras eran primitivamente fiestas agrícolas, que los israelitas tomaron de los cananeos. Más tarde adquirieron carácter histórico. Mas la tradición nada dice de esa fiesta pastoril; el sacrificio de las primicias nunca fué objeto de una festividad general del pueblo. Ni en la Sagrada Escritura ni en otro documento alguno aparecen testimonios que confirmen la teoría de las fiestas cananeas de la cosecha [7], a excepción de *Iudic.* 9, 27.

326. *La Pascua* comenzaba al atardecer del 14 de *Nisán* [8]; se instituyó para conmemorar con la cena del cordero la *liberación de la esclavitud egipcia* y la indulgencia acordada por Dios en favor de los primogénitos israelitas. Cada jefe de familia debía matar un cordero—como en Egipto—y comerlo con verduras amargas, en compañía de los suyos [9]. La fiesta duraba siete días; pero sólo se guardaba descanso sabático el primero y último, y el sábado que caía entre ambos. Durante los siete días sólo estaba permitido pan ácimo, y no debía quedar en las casas el fermentado,

---

1 *Num.* 10, 10; cfr. núm. 354.

2 Cfr. *Amos* 8, 5; *Is.* 1, 13.

3 La *bocina,* distinta de la trompeta, era un cuerno de gran tamaño; producía un sonido bronco que se oía a gran distancia.

4 *Lev.* 23, 23 ss.; cfr. *Num.* 29, 1 ss.

5 Cfr. núm. 256.

6 Dios había prometido (*Exod.* 34, 24) que durante las tres fiestas les dejarían en paz los enemigos; y de hecho el primer caso en que ocasionó daños la participación en tales fiestas, ocurrió poco antes de la última destrucción de Jerusalén, después que los judíos habían desechado a su Redentor y dejado, por consiguiente, de ser el pueblo escogido (*Dan.* 9, 26). Sucedió, en efecto, que, al comenzar la guerra judía, el gobernador Cestius conquistó y entregó a las llamas en 66 d. Cr. la ciudad de Lydda, mientras los hombres se hallaban en Jerusalén celebrando la fiesta de los Tabernáculos (Fl. Josefo, *Bell. iud.* 2. 19, 1; 4, 5, 3).

7 *Hilulim.* La *hilulim* de que se hace mención en *Lev.* 19, 24, nada tiene que ver con la fiesta de otoño, sino se refiere a la entrega que los israelitas debían hacer a Dios de los frutos de los árboles en sacrificio de acción de gracias (*hilulim*) al cuarto año de entrar en la tierra de promisión. *Iudic.* 21, 19, llama a la fiesta de otoño «fiesta de Yahve».

8 *Lev.* 23, 5; cfr. *Exod.* 12, 13 ss.; 13, 3 ss.; 23, 15; 34, 18 25; *Num.* 9, 2 ss.; 28, 16 ss.; *Deut.* 16, 1 ss.; cfr. núm. 256 ss.

9 Más tarde la inmolación solía hacerse en el atrio del Templo; el banquete, en casa, pero en Jerusalén. Desapareció la costumbre de rociar las puertas con la sangre de la víctima y la de comer en traje de caminante. Los peregrinos se volvían a sus casas pasado el primer día de la fiesta.

para recordar el apresuramiento de la salida e inculcar la pureza y santidad de corazón; por eso se llamó también esta fiesta *«massot», es decir, fiesta de los panes ácimos*. Todos los días de la Pascua se ofrecía en el Santuario un *sacrificio* especial (como en el novilunio); además, el segundo día se presentaba la ofrenda de las primeras gavillas de cebada, inmolando un cordero en holocausto. Con esto quedaba *abierta* solemnemente la época de *la recolección de cereales,* y sólo desde esta fecha se podían consumir los nuevos frutos, en reconocimiento de que los productos del campo son un regalo del Señor.

327. *La solemnidad de la Pascua* se celebró *más tarde* de la siguiente manera, usada seguramente también en tiempo de Jesucristo. Apenas llegaban los peregrinos a Jerusalén, adquirían los corderos. Ya el 10 de *Nisán* se los escogía y, engalanados, se los llevaba al lugar donde se guardaban hasta el momento del sacrificio. El 13 de *Nisán* por la tarde se traía el agua para amasar el *pan ácimo;* al anochecer, se registraban minuciosamente las casas con candelas, para recoger todo el pan fermentado que hubiese en ellas. El 14 de *Nisán* cocía la dueña de cada casa el pan ácimo, que se comenzaba a comer desde la refección del mediodía; para esta hora debía quemarse al aire libre todo el pan fermentado que se hubiese hallado en el hogar.

Al oír el clangor de las trompetas del Templo, acudían allá los jefes de familia con su cordero. Hacia las dos y media se ofrecía el sacrificio vespertino. Todos los israelitas eran admitidos en el Atrio. Cada cual por su mano, o por la de los levitas, degollaba su cordero. Los sacerdotes recogían la sangre y la derramaban sobre el altar, en el cual se quemaba también la gordura de las víctimas. Luego llevaban a su casa el cordero, y hacían los preparativos para el banquete pascual. *Para asar el cordero,* se le atravesaba en un asador; ordinariamente se le introducía por los costados otro palo más corto, de suerte que el cordero quedaba como sujeto a una cruz. Entre tanto, se preparaban ciertas *verduras amargas:* tallos de rábanos silvestres, perifollo, musgo de palmera datilífera y escarola; una taza con *vinagre* servía para mojar las verduras. Se hacía también una *mermelada dulce* [1], compuesta de manzanas, higos, nueces y vino, en forma de ladrillo, en recuerdo de los duros trabajos de Egipto.

Llegada la hora de la comida, se reunían los *comensales,* que no podían ser menos de diez, todos limpios de toda impureza legal. El padre de familia comenzaba la comida, tomando en su mano la *primera copa* de vino y pronunciando una bendición. Recitaba luego una plegaria en agradecimiento por la institución de aquel banquete; bebía, y la copa circulaba por toda la mesa. Luego lavaban todos sus manos, y, tras una nueva bendición, se recitaban otras oraciones. Entonces se traía la mesa que estaba ya puesta con las verduras amargas, los panes ácimos, la taza de vinagre, la mermelada, el cordero y otras viandas. El padre de familia probaba las verduras, después de mojarlas en el vinagre; los demás hacían lo mismo. Un lector recordaba en alta voz la historia del cordero pascual [2].

Se escanciaba la *segunda copa*. Entre tanto, un hijo de la casa, o un joven cualquiera, suplicaba al padre de familia que explicase el sentido de las ceremonias de la Pascua. Explicábasela éste *(Passahhaggada),* añadiendo luego: «Aleluya, alabad al Señor, vosotros, siervos del Señor», y cantaba con todos la primera parte del *Hallel* [3]; bendecía el vino, lo bebía y lo alargaba a los presentes. Lavadas de nuevo las manos, tomaba dos panes ácimos; partía el uno en dos pedazos, poniéndolos encima del otro pan. Tras una corta oración, tomaba

---

[1] En hebreo *jaróset,* que quiere decir barro de tejas.
[2] Según *Exod.* 12, 26 ss.; 13, 8.
[3] Es decir, los Salmos que comienzan por Alleluia, 112 y 113, 1-8.

uno de los trozos del pan dividido, lo envolvía en verduras amargas, lo untaba en la mermelada y comenzaba a comerlo, diciendo una oración. Luego bendecía el cordero y tomaba un bocado. Con esto se iniciaba propiamente el banquete pascual, y todos comían de los panes ácimos, de la mermelada y del cordero.

Acabado el convite, se repartía la *tercera copa*, y pronunciando sobre el vino la bendición ordinaria de la mesa, se bebía. Se escanciaba la *cuarta copa*, y se rezaba la segunda parte del *Hallel* [1], alternando en dos coros, especialmente el versículo 27 del salmo 117. Un niño cantaba: «Bendito sea el que viene», y le respondían los demás: «En el nombre del Señor». Seguía otro cantar de bendición y alabanza y el gran *Hallel* (salmo 135) juntamente con un grandioso himno de gracias. Entonces se bendecía y bebía la cuarta copa de vino. Había terminado la cena pascual [2].

328. La segunda fiesta principal era la de *Pentecostés*. Caía en verano, siete semanas después de la Pascua, el día quincuagésimo. De ahí su nombre de fiesta de las semanas o de Pentecostés [3]. No se dice en el Antiguo Testamento con qué motivo *histórico* se instituyera esta fiesta, o cuál fuese su significado. Pero su enlace con la Pascua hace suponer que nació en el Sinaí—lo cual está de acuerdo con la tradición judía [4]. Era, sin duda, una fiesta de acción de gracias por el feliz término de la recolección de cereales; por eso se llamaba también *fiesta de la siega* o día de las primicias [5], es decir, de los primeros panes de la nueva cosecha de trigo; los cuales se ofrecían, como en la fiesta de Pascua, juntamente con holocaustos y víctimas propiciatorias. Estaba prescrito *un solo* día de fiesta; pero se permitía sacrificar en los seis siguientes las víctimas voluntarias que no se habían podido inmolar en el día. Más tarde comenzaron a guardar, al menos los judíos que vivían fuera de la tierra prometida, dos días de fiesta, como en las festividades principales.

La víspera se dejaba oír, como en todas las vigilias, el clamor de las bocinas y trompetas. El *día de la fiesta*, muy de madrugada, una multitud se apiñaba en el Atrio del Templo. Se ofrecían los sacrificios matutinos cotidianos y luego los propios de la festividad, como en la Pascua. En el momento de las libaciones, los sacerdotes hacían resonar sus trompetas; los levitas entonaban canciones y tañían los instrumentos músicos; y el pueblo cantaba el *Hallel* [6]. Luego se ofrecían dos panes ácimos de la nueva cosecha, juntamente con siete corderos de un año; un becerro y dos carneros en holocausto; un macho cabrío

---

[1] *Ps.* 113, 9—*Ps.* 117. Cfr. Zapletal, *Der Wein in der Bibel* (Friburgo 1920) 58 ss.; *Der Wein beim Passahmahle.*

[2] Cfr. Allioli, *Bibl. Altertümer* I 200; Scholz; *Die heiligen Altertümer* II 55 ss.; Haneberg, *Altertümer der Bibel* 621 ss. Acerca de la importancia de esta fiesta para la institución de la Eucaristía y de la liturgia de la Santa Misa: Bickell, *Messe und Passah* (Maguncia 1872); *Kath.* 1871 II 120 ss.

[3] Del griego *pentecóste*, es decir, quincuagésimo (día). Acerca de la fiesta cfr. también *Exod.* 23, 16; 34, 22; *Lev.* 23, 15 ss.; *Num.* 28, 26; *Deut.* 16, 9 ss.

[4] Grimme (*Das israelitische Pfingstfest und der Plejadenkult*, Paderborn 1907) cree descubrir en el nombre *hagg schabu'ôt* (= fiesta de las semanas) un recuerdo de las Pléyadas, y pretende demostrar la probabilidad de que la fiesta de Pentecostés tuviese alguna relación con una antigua fiesta semita de las Pléyadas, a la cual se habría dado otro carácter. De ser ello cierto tendríamos una prueba fehaciente de la antigüedad de la fiesta; pero la hipótesis es insostenible. El nombre *schabu'ôt* nada tiene que ver con las Pléyadas, sino significa período de siete; *Daniel* (9, 24) emplea la misma palabra para expresar el concepto de «semanas de años».

[5] *Exod.* 23, 16. *Num.* 28, 26.

[6] *Ps.* 112-117.

en sacrificio propiciatorio y dos corderos de un año en acción de gracias. Los sacerdotes bendecían solemnemente al pueblo, al sonido de la música de los levitas; el pueblo, arrodillado, hacía su oración.

Los extranjeros que no cabían en el Templo, se congregaban *en las sinagogas,* donde repetían las canciones de un cantor de oficio. Cinco de ellos leían por orden, en alta voz, un trozo de la Ley, que luego se explicaba a la comunidad; por fin se recitaban las preces propias de la fiesta. Las sinagogas y las ventanas de las casas privadas se adornaban con rosas y otras flores en memoria del verdor y floridez con que se engalanaron los alrededores del Sinaí durante la promulgación de la Ley [1].

329. *La tercera fiesta mayor* era la de los *Tabernáculos,* que se celebraba en otoño, el día 15 del séptimo mes, en memoria de la *protección* que Dios dispensó a los israelitas *en el desierto*, donde vivieron en tiendas o cabañas de follaje. Era a la vez acción de gracias *por el feliz término de la vendimia y de la recolección de los frutos*. Y como con esto concluía la cosecha anual, se llamaba también «fiesta de la recolección». Era la más alegre del año; y no duraba siete días como la Pascua, sino que se añadía un octavo, con descanso sabático, como el primer día. Ofreciánse durante ella, además de los sacrificios voluntarios, muchos otros peculiares de la solemnidad; los israelitas habitaban en tiendas de follaje, según aquellas palabras del Señor: «Cogeréis ramas de los árboles más bellos, ramos de palmas y de árboles frondosos y de saúco de los torrentes, y os regocijaréis en la presencia del Señor Dios vuestro» [2].

Las *tiendas* se instalaban al aire libre, en las azoteas, en las calles y en los jardines; las de los sacerdotes y levitas, en el Atrio del Templo; y las de los extranjeros que no cabían en Jerusalén, en las cercanías de la ciudad.

330. Con el tiempo fueron introduciéndose nuevas prácticas; señalaremos las principales. Cada día de la fiesta iba de madrugada un sacerdote con un vaso de oro a buscar *agua a la fuente de Siloé* (fuera de Jerusalén, al sudeste del monte del Templo) [3]. Traíala al atrio interior, pasando por la puerta del agua que daba al mediodía. Y al entrar en el atrio, los sacerdotes hacían resonar las trompetas, mientras otro sacerdote le tomaba el agua y, acompañado de un coro de sacerdotes y del pueblo, cantaba en alta voz: «Sacaréis agua con alegría de las fuentes del Salvador» [4]. Luego la llevaba al altar y, mezclándola con el vino de las libaciones, vertíala por unos caños del lado del altar que miraba al poniente. Entre tanto sonaban las trompetas, caramillos y otros instrumentos músicos; y era tal el regocijo, que dicen los rabinos: «Quien no ha presenciado la ceremonia de sacar el agua, no sabe qué sea júbilo». Esta ceremonia era un recuerdo del milagro del agua que Moisés hizo brotar *de la roca* en el desierto; pero encerraba también una alusión a la salud que los judíos esperaban de la venida del Redentor, tantas veces y tan manifiestamente anunciada por los pro-

---

[1] Cfr. Allioli l. c. I 205 ss.; Scholz l. c. II 66 ss Haneberg l. c. 653 ss.

[2] *Lev.* 23, 40; acerca de esta fiesta cfr. también *Exod.* 23, 16; *Num.* 29, 12 ss.; *Deut.* 16, 13 ss. La fiesta de los Tabernáculos nunca lo fué de *Año Nuevo,* como supone la escuela crítica. Cfr. Volz, *Das Neujahrfest Yahves (Laubhüttenfest;* Tubinga 1912). No se puede demostrar que los cananeos comenzasen el año con su «fiesta de otoño». El «cabo de año» en que, según *Exod.* 34, 22, debía celebrarse la fiesta de los Tabernáculos, se refiere a la terminación del año *agrícola,* al remate de la recolección.

[3] Llámanla hoy los cristianos «fuente de María», porque, según tradición local reciente, la Virgen María, cuando era doncella del Templo, solía ir allí a sacar agua. En realidad es idéntica a *Gihon* (manantial; Siloe, en hebr. *schiloaih,* acueducto; cfr. *Ioann.* 9, 7). Cfr. también *HL* 1916, 25 ss.

[4] *Is.* 12, 3; cfr. núm. 280; núm. 650.

fetas. Ello se colige de las palabras de Isaías, que acompañaban la ceremonia [1]. El mismo Redentor aludió a esto, cuando en el último día grande de la fiesta, que se llamaba el Gran Hosanna, gritó: «Si alguien tuviere sed, venga a mí y beba. Quien cree en mí, de su cuerpo manarán ríos de agua viva, como dice la Escritura». Referíase al Espíritu que habían de recibir los que en él creyesen [2].

Durante los *sacrificios de la fiesta,* para los cuales se exigía la presencia de 424 sacerdotes, se cantaba todos los días música selecta, y el pueblo salmodiaba el *Hallel.* Además, al principio del salmo 117: «Alabad al Señor, porque es bondadoso; porque su misericordia dura eternamente», y al principio del versículo 25: *Hosanna* [3], blandían los asistentes los ramos de palmeras. Daban cada día una vuelta en derredor del altar — en el séptimo día, siete vueltas —, *agitando los ramos de palmas,* para expresar su gratitud y alegría por las mercedes otorgadas a sus padres en el desierto y en la conquista de Jericó, y en homenaje a Dios, Rey amorosísimo.

Al atardecer del primer día, *se iluminaba* el atrio de las mujeres con cuatro grandes candelabros de cincuenta codos de altura, cada uno de ellos con cuatro recipientes de oro con aceite. Jerusalén quedaba iluminada. Personas conspicuas ejecutaban una danza de antorchas, mientras los levitas, colocados en las quince gradas que descendían del atrio de los hombres al de las mujeres, cantaban los *Salmos de las gradas* [4], con acompañamiento de instrumentos músicos. Dos sacerdotes bajaban tocando la trompeta desde la grada superior hasta el atrio de las mujeres, seguían hasta la puerta oriental y, mirando hacia el occidente, decían a grandes voces: «Nuestros padres, que estaban en este lugar, volvían la espalda al templo y su rostro hacia el oriente para adorar al sol, pero nosotros dirigimos nuestros ojos a Dios».

331. El gran día de la Expiación [5] era día de penitencia general, como preparación a la fiesta de los Tabernáculos, que se celebraba cinco días después. Todos los israelitas, excepto los niños y enfermos, estaban obligados a ayunar rigurosamente, hacer oración, confesar sus pecados y clamar insistentemente a Dios pidiendo misericordia, hasta la puesta del sol. Algunos añadían penitencias voluntarias. Pero lo más importante era la *solemne reconciliación* del pueblo con Dios, la cual se llevaba a cabo ofreciendo un macho cabrío en sacrificio expiatorio y despidiendo otro al desierto, para simbolizar la liberación de los pecados del pueblo. El sumo sacerdote, revestido de las prendas de simple sacerdote [6], traía ante el Santuario las víctimas: por sí y por su casa, un *toro* por el pecado y un *carnero* en holocausto; por el pueblo, dos *machos cabríos* por el pecado y un *carnero* en holocausto. Comenzaba por echar suertes sobre cuál de los dos machos cabríos había de ser inmolado «a Yahve», y cuál entregado «a Asasel» [7] en el desierto.

---

[1] Por ejemplo, *Is.* 44, 3; *Ezech.* 36, 25 47; *Ioel* 3, 18.

[2] *Ioann* 7, 37 ss.

[3] En hebr. *Hoschiah-nah,* que propiamente significa: «ayuda, pues»; se toma, en general, como grito de júbilo.

[4] *Ps.* 119-133.

[5] *Lev.* 23, 27 ss.; cfr. 16, 29 ss.; *Num.* 29, 7 ss. Puede verse una exposición detallada de estas cuestiones (en particular de las críticas) en Landersdorfer, *Studien zum biblischen Versöhnungstag,* en *ATA* X 1 (1924). Cree este escritor que no es «atrevido» suponer que la fiesta de la Expiación fuese tan antigua como el Tabernáculo.

[6] Por lo menos desde la época del segundo Templo, se preparaba para ejercer esta importantísima función con siete días de recogimiento en una de las habitaciones del templo.

[7] El desierto aparece como lugar de maldición e imagen del infierno, y de ahí también, sea simbólicamente, sea literalmente, como mansión de los espíritus malos (cfr. *Is.* 13, 21; *Apoc.* 18, 2; *Tob.* 8, 3; *Matth.* 12, 43).—*Asasel* o *Azazel* (enemigo de Dios) en oposición a Yahve, significa demonio del desierto (Satanás), según el *Talmud,* Sammael, es decir, *cacodaemon,* el peor de los demonios. El acto de echar el macho cabrío al desierto para Asasel *simboliza*, por consiguiente, que el pueblo reconciliado con Dios nada tiene que ver con el pecado y su autor, el demonio, en cuyo poder caen (para nunca más volver) los

Hecho esto, imponía las manos sobre el toro, confesaba los pecados en nombre suyo, de su casa y de todos los sacerdotes, y degollaba la víctima. Y tomando su incensario de oro, con brasas del altar de los holocaustos, y el incienso, entraba al *Sancta Sanctorum,* donde ponía el incienso sobre las brasas. Una nube de humo perfumado envolvía el Propiciatorio. Tomando entonces la *sangre de la víctima,* rociaba con ella el Propiciatorio, y siete veces el suelo, delante del Arca. Vuelto al Atrio, inmolaba el *macho cabrío expiatorio;* rociaba de nuevo con su sangre el Propiciatorio, y siete veces el suelo; pasaba al *Santo,* y rociaba con la sangre del toro el velo del *Sancta Sanctorum,* y *mezclando* la sangre del toro con la del macho cabrío, untaba los cuatro cuernos del altar del incienso para expiar sus pecados y los del pueblo; por fin rociaba siete veces con el dedo el mismo altar, para expiar los pecados cometidos en el Santuario. La sangre restante la derramaba sobre el altar de los holocaustos, después de haberlo rociado.

En seguida imponía sus manos sobre la cabeza del macho cabrío que había de soltarse al desierto; *confesaba los pecados de todo el pueblo* y encomendaba el macho cabrío a un hombre que lo llevase al desierto. Terminada la ceremonia, el sumo sacerdote daba lecciones de la fiesta y pronunciaba diversas alabanzas divinas. Luego, revestido de sus ornamentos más preciosos, ofrecía los *dos carneros* en holocausto por sí y por el pueblo y los *sacrificios* ordinarios *de la fiesta;* por remate de todo daba al pueblo la *bendición solemne* [1].

332. Más tarde fueron añadiéndose *otras fiestas,* con motivo de mercedes extraordinarias recibidas de Dios. De todas ellas resultó el siguiente **calendario religioso** [2]:

1. *Nisán,* o *Abib,* mes de las espigas o de los nuevos frutos. Comenzaba con el novilunio que precede al equinoccio de primavera; corresponde por tanto a la segunda mitad de marzo y primera mitad de abril. El día 14 por la noche, *solemnidad de la Pascua,* sacrificio del cordero pascual, etc. Del 15 al 21, *fiesta de la Pascua,* llamada también «fiesta de los panes ácimos». El 16 o, si

---

pecadores empedernidos. Es claro a todas luces que no se trata de un sacrificio ofrecido al demonio del desierto, como reconoce el mismo Kautzsch, página 185. Cfr. Kortleitner, *Arch. bibl.* 277-279. Landersdorfer (l. c. 13 ss.) supone que Asasel no pertenece al ritual primitivo del día de la Expiación, sino que es de origen posterior; primero designó esta palabra el monte del cual se precipitaba el macho cabrío de los pecados, y luego la aplicó el pueblo a un demonio. No se puede desechar sin más una explicación *local* de este término, que etimológica y objetivamente es oscuro; la encontramos en intérpretes antiguos y modernos (por ejemplo, Hummelauer); pero el contexto parece requerir un ser *personal.* Las razones que se aducen para probar que se trata de una adición posterior, no tienen suficiente valor demostrativo.

[1] En la triple invocación a Dios del sumo sacerdote en el momento de bendecir al pueblo, ven algunos comentaristas una alusión al misterio de la Santísima Trinidad (*Num.* 6, 22 ss.; cfr. *Ps.* 66, 8).

[2] Los israelitas, como los babilonios antiguos, establecieron su *calendario* a base del *año lunar completo* (año luni-solar), puesto que se guiaban a la vez por la luna y el sol. El *año* se dividía en doce meses lunares de 29 ó de 30 días, en total 354 días. Los 11 días de diferencia con el año solar se compensaban intercalando un mes cada 2 ó 3 años. Cuatro siglos a. Cr. tenían los babilonios un *ciclo bisiesto* de 19 años, que ya dos siglos más tarde adoptaron los judíos, pero con el siguiente orden de años bisiestos: 3, 5, 8, 11, 14, 16, 18. El *año* civil y religioso comenzaba con el mes de la recolección de la cebada (Nisán, *Exod.* 12, 1); el año económico, en otoño. En época judía más reciente se comenzó a contar el año civil en otoño (Tischri), conforme a la costumbre siria. Los *meses* se designaban entre los israelitas desde los tiempos más remotos hasta el siglo v a. Cr. por números ordinales. Salomón introdujo los nombres fenicios (Ziw, Etanim, Bul), que a su muerte cayeron en desuso. Los nombres babilónicos que damos en el texto, Nisán, Ijar, etc., comenzaron a emplearse, según parece, desde Nehemías. Cfr. Kugler, *Von Moses bis Paulus* (I *Die Einrichtung des altisraeilitischen und die Technik des spätbiblischen Kalenders*) 1-35; Bach, *Die Festrechnung der Juden* (Friburgo 1908) 1-16; Kalt, *Bibl. Archäologie* núm. 151.

éste era sábado, el 17, ofrenda solemne de las primeras gavillas. Desde esta fecha se comenzaban a contar las siete semanas hasta Pentecostés.

2. *Ijar* (abril-mayo), primitivamente *Ziw* o *Zio,* que quiere decir mes del esplendor o de las flores.

3. *Siván* o *Sibán* (mayo-junio); el 6 ó el 7, *fiesta de Pentecostés* o de las semanas, fiesta de la siega o día de las primicias (de la cosecha de trigo).

4. *Thamuz* o *Adonis* (junio-julio).

5. *Ab* (julio-agosto); día 9, conmemoración de la *destrucción de Jerusalén* (duelo y ayuno).

6. *Elul* (agosto-setiembre).

7. *Tischri* (setiembre-octubre), primer mes del año civil, llamado antiguamente *Etanim,* mes sabático; día 1, fiesta (civil) de año nuevo; día 10, *gran día de la Expiación* (penitencia, ayuno); del 16 al 22, *fiesta de los Tabernáculos* (el 23, alegría de la Ley).

8. *Marqueshvan, Marsuan* (o también *Bûl),* que acaso quiere decir mes de las lluvias (octubre-noviembre).

9. *Kislev* o *Casleu* (noviembre-diciembre); el 25, desde el tiempo de Judas Macabeo, *fiesta de las Encenias,* o de la Dedicación del Templo.

10. *Tebet* (diciembre-enero).

11. *Schebat* o *Sabbat* (enero-febrero).

12. *Adar* (febrero-marzo); el 14 y el 15, *fiesta de los Purim* o de las Suertes.

13. Se intercalaba cada dos o tres años un segundo *Adar,* el *Veadar;* el 14 y el 15, el *Gran Purim.*

333. También el curso de los años estaba en cierta manera santificado. Cada año séptimo era *sabático* [1]. En reconocimiento del señorío de Dios sobre todo el país [2], y para que los israelitas no se afanasen demasiado por los negocios terrenos y se guardasen de la insensibilidad egoísta para con sus hermanos los pobres, habían de dejar este año los campos, huertas y viñedos incultos, y lo que de por sí éstos produjesen quedaba *a disposición de todos,* especialmente de los pobres y extranjeros. No se prohibían otros trabajos. Como consecuencia del descanso de la tierra, se estableció que no se apremiase al *deudor.* Para que los pusilánimes no se apurasen pensando qué iban a comer en el séptimo año, prometió el Señor tan larga bendición en el sexto que la tierra produjese en él como en tres [3].

Transcurridos siete años sabáticos, se celebraba *el año jubilar* [4]. Era

---

[1] *Lev.* 25, 1 ss.; cfr. *Exod.* 23, 10 s.; *Deut.* 15, 1 ss.; 31, 10 ss.

[2] Por ello se leía en la fiesta de los Tabernáculos la Ley a todo el pueblo reunido en el Santuario, a fin de recordarles que la observancia de la misma era requisito indispensable para seguir en la posesión de la tierra prometida. El descanso de los trabajos penosos en esta fiesta, lo mismo que el de los domingos, les proporcionaba ocasión para refrescar el conocimiento de la Ley y afianzarse más en el amor y observancia de la misma.

[3] *Lev.* 25, 21. Los primeros Libros Sagrados que hacen mención del año sabático, fuera del *Pentateuco,* son los de *Nehemías* (10, 32) y *Macabeos* (I *Mach.* 6, 49 ss.). Mas de aquí no es lícito concluir, como lo hacen los críticos, que el año sabático fuera de origen posterior al destierro, y que anteriormente sólo existiese un *año de barbecho, establecido por la Ley,* pero desprovisto de carácter religioso (*Ezech.* 23, 10 s.). No se ve razón de orden económico para que la Ley estableciese cada siete años uno de barbecho *simultáneo,* en un país física y climatológicamente tan variado. Ni siquiera consta que los cananeos conocieran el sistema agrícola del barbecho como lo conocen y practican hoy los fellahs de Palestina. La institución del año sabático sólo pudo tener fundamento ya desde su origen en motivos religiosos.

[4] Por consiguiente, cada 50 años. En hebreo se le llama año de Yobel (*yabal* = resonar), porque para anunciarlo se hacía resonar por todo el país el sonido de la bocina. Cfr. acerca del mismo asunto *Lev.* 25, 8 ss.; 27, 17 ss.; *Num.* 36, 4.

también de *descanso para los campos*. Los *esclavos* israelitas recobraban su libertad [2], las *fincas vendidas* volvían a sus antiguos dueños [3]; estaba asimismo prohibido el apremio de los *deudores*. Por ello se llamaba el gran año de la remisión. El año jubilar rememoraba a los israelitas que Dios es el Señor de la tierra, e Israel el usufructuario, pero a condición de guardar la Ley; que todo israelita es propiedad inalienable de Dios, y por tanto no puede ser esclavo perpetuo de nadie. Finalmente, con estas disposiciones se atajaba la codicia desmesurada de los ricos, se evitaba la pobreza duradera de las tribus y familias de Israel y se fomentaban una porción de hermosas virtudes, como la sobriedad, la compasión, la confianza en el Señor, la gratitud a Dios. Era verdaderamente año de gracia y bendición para Israel. Pero el fundamento de todo era la *remisión de los pecados*, por lo cual el año sabático y el año jubilar comenzaban con el gran día de la Expiación [4].

334. Mientras Dios daba estas disposiciones acerca de los tiempos sagrados, un suceso [5] análogo al de Nadab y Abiú (cfr. núm. 321), vino a imprimir en el pueblo el respeto debido al nombre de Dios. El hijo de un egipcio y de una israelita llamada Salumit, de la tribu de Dan, en un altercado que tuvo con un israelita, maldijo y *blasfemó del nombre de Dios*. Trajéronle a la presencia de Moisés, el cual le puso en custodia, mientras consultaba al Señor. «Echa al blasfemo del campamento, respondió el Señor, y todos los que le hayan oído sus blasfemias impongan sus manos sobre la cabeza del blasfemo (en testimonio contra él), y sea apedreado por todo el pueblo». Y dijo a los hijos de Israel: «*Quien de su Dios maldijere*, pagará su pecado; y quien blasfemare del nombre del Señor, morirá (de muerte); morirá apedreado a manos de todo el pueblo, sea extranjero o israelita» [*Lev.* 24, 10 - 14].

335. *También la Nueva Alianza tiene sus tiempos sagrados y sus días festivos*, **figurados** en los del Antiguo Testamento. El *domingo* cristiano es el cumplimiento o realización del *sábado* judío. Los *novilunios* quedan sustituídos por otras festividades que llenan todo el mes. Nuestro *Año Nuevo* está señalado con la fiesta del Santísimo Nombre de Jesús, Redentor nuestro, y de la primera efusión de su preciosísima sangre; nos recuerda que debemos vivir sólo para él, santificar y consagrarle todos los días del año. En la *fiesta* cristiana de *Pentecostés* celebramos la promulgación de la nueva Ley, escrita por el Espíritu Santo en los corazones de los hombres, y la constitución del verdadero pueblo de Dios mediante el establecimiento de la Iglesia y la comunicación de las primicias de los preciosos dones y frutos del Espíritu Santo. Podemos considerar como *fiesta de los Tabernáculos la de Navidad*, aquel tiempo tan suspirado en que apareció la luz del mundo, durante el cual nos es concedido sacar agua con

---

[2] Se devolvía la libertad al esclavo judío al séptimo año a contar desde el comienzo de su esclavitud (y no precisamente el año sabático); pero el año jubilar todos quedaban libres, aun los que un día antes comenzaron a servir.

[3] En la venta misma se tenía cuidado de que el comprador no saliese perjudicado; porque la heredad se apreciaba según el provecho que pudiera producir hasta el próximo año jubilar. Se exceptuaban de la devolución las casas de la ciudad, a no ser que pertenecieran a sacerdotes o levitas.

[4] Cfr. *Lev.* 25, 9. Carecemos de datos históricos acerca de la práctica de estas prescripciones ideales, «que innegablemente encierran miras elevadas» (Kautzsch l. c. 197); sólo del año sabático se hace mención en la época posterior al destierro (cfr. *Nehem.* 10, 33; I *Mach.* 6, 49 52). Hablan en pro de la antigüedad del año jubilar las disposiciones mismas, que sólo pudieron tomarse cuando aun era muy rudimentaria la situación agrícola de Israel.

[5] *Lev.* 24, 10 ss.

alegría de las fuentes del Salvador; o también la *fiesta del Corpus Christi,* en la cual disfrutamos del verdadero maná y celebramos la mansión de Dios entre nosotros durante nuestro peregrinar por este mundo, no en una columna de nube, sino verdadera y sustancialmente. Los *usos* de la fiesta de los Tabernáculos los encontramos transfigurados y cumplidos en otras fiestas del año cristiano: en la *Purificación de la Virgen María,* con la procesión de las candelas en honor del Redentor; en el *Domingo de Ramos,* con la procesión de Palmas y con las aclamaciones del Hosanna en agradecimiento por la gracia de la Redención; en el *Sábado Santo* con la bendición del agua bautismal, día en que tan abundantes corren las fuentes del Salvador. La fiesta de los Tabernáculos, en su aspecto de *fiesta de la recolección* de los frutos del otoño, la tenemos en la *fiesta de Todos los Santos.* Nuestro *gran día de la Expiación* es el *Viernes Santo;* nuestro *año sabático y jubilar* son los *jubileos* ordinarios y extraordinarios, en los cuales la Iglesia nos anuncia un año de Expiación y nos abre los tesoros de sus gracias, para cancelar todas nuestras deudas y librarnos de la esclavitud del demonio.

44. Culto privado [1]

(*Exod.* 13. *Lev.* 7; 11-14 s.; 16 s.; 23; 27. *Num.* 6; 15; 19; 30. *Deut.* 6; 11 s.; 14; 22 s.; 26, 32)

336. Para que las creencias religiosas y el temor de Dios arraiguen en el pueblo e influyan en sus sentimientos y en su conducta, no basta el culto tributado a Dios oficialmente; menester es que la piedad penetre en la vida familiar. Por eso Dios, como educador de su pueblo, dió también en este particular sus disposiciones. *La oración privada,* primera y más necesaria manifestación de los sentimientos religiosos, no fué objeto de un precepto especial, como quiera que sin ella no se comprende la vida religiosa; y además, en el curso de la historia, inculca Dios a cada paso el espíritu de fe y de piedad.

La oración es una manifestación de la vida religiosa; por eso es tan antigua y tan universal como la humanidad. Entre los antiguos paganos era egoísta en los móviles y supersticiosa en la forma; fórmulas de encantamientos y de conjuros constituían el fondo de las oraciones, aunque no quedaba excluído completamente el culto de la divinidad. Israel aventajó a todos los pueblos cultos de la antigüedad: su oración consistía en actos de adoración y alabanza, de acción de gracias y de súplicas; los motivos fundamentales eran el poder, amor y fidelidad de Dios. Todos los patriarcas, desde Abel, son de ello modelos refulgentes: Enós invocó el nombre del Señor; Henoc anduvo con el Señor; el sacrificio y bendición de Noé es claro indicio de un espíritu de oración; Abraham caminó en la presencia del Señor e intercedió por Sodoma y por Abimelec; también Eliezer, su mayordomo, entendía de oración; Isaac ora por Rebeca; Jacob eleva al cielo sus plegarias en el apuro por la proximidad de su hermano Esaú; los israelitas, en Egipto, acudían al Señor implorando la liberación de la esclavitud; silenciosa, íntima, confiada es la oración de Ana, madre de Samuel; Rafael presenta ante el trono del Señor [2] la oración de Tobías; el Salterio nos ofrece numerosas, magníficas y ejemplares oraciones; de él tomaba la mayor parte el ritual del Antiguo Testamento.

Había quien se levantaba a la oración [3] *a medianoche,* o *de madrugada*

---

[1] Kortleitner, *Arch. bibl.* 373-413.
[2] *Tob.* 12, 12.
[3] *Ps.* 118, 62.

antes de salir el sol[1]. El Nuevo Testamento nos atestigua la costumbre de orar antes y después de la mesa[2]. El «Salmista anunciaba siete veces al día las alabanzas del Señor»[3]; a ejemplo suyo se instituyeron las siete Horas Canónicas. Para la ofrenda de los diezmos estaban prescritas fórmulas determinadas de oración[4]. Se oraba *de rodillas,* como Salomón y los levitas en tiempo de Ezequías[5]; con el rostro en tierra, como Josué y Judit[6]; de pie, como lo hizo el pueblo en la Dedicación del templo de Salomón[7]; en los casos de súplicas muy fervorosas, con las manos elevadas y extendidas, como Salomón y los israelitas[8], o con el rostro vuelto al Santuario, como David y Daniel[9].

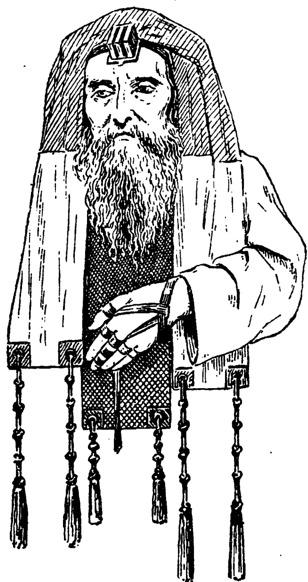


Fig. 50.
Judío con cedulitas y vendas.

337. Dios quiso que la instrucción religiosa y moral fuera acompañada de ciertos distintivos que los israelitas debían atar a su cuerpo o fijar en las paredes de su casa.

Tales eran las *cedulitas y las vendas.* Descubriéronlas los israelitas en la prescripción[10] de llevar «como señal en la mano y como recuerdo entre los ojos» lo que Dios hizo en Egipto; y en aquella otra: «Estas palabras que hoy te mando[11], deberán estar en tu corazón; las inculcarás a tus hijos, y hablarás de ellas cuando estés sentado en tu casa y cuando estés de camino, cuando te acuestes y te levantes; y las atarás a tu mano como señal; y ellas serán un recuerdo entre tus ojos»; y en aquel otro pasaje: «Atad estas palabras a vuestras manos para señal; ellas serán un recuerdo entre vuestros ojos» (figs. 50, 52 y 54). En conformidad con esto, los israelitas escribían en unas cedulitas de pergamino las referidas palabras del Señor; las ponían en unas cajitas hechas de vendas, y se las ceñían a la frente y a la mano izquierda antes de la oración y de la lectura. El Nuevo Testamento las llama *filacterias,* que quiere decir despertadores de la observancia de la Ley o preventivos contra las infracciones de la misma *(Matth.* 23, 5). Escribían también aquello del *Deut.* 6, 4-9: «Oye, Israel, etc.» (cfr. núm. 390) y 11, 13-20: «Si obedecéis a mis mandamientos, etc.» (cfr. núm. 392), en unas

---

1 *Ps.* 5, 4; 56, 9.
2 *Matth.* 15, 36; *Ioann.* 6, 11. *Act.* 27, 35.
3 *Ps.* 118, 164. Colígese también de *Ps.* 54, 17 18 (cfr. *Dan.* 6, 10) que era costumbre orar por la mañana, al mediodía y al atardecer.
4 *Deut.* 26, 13 ss.
5 III *Reg.* 8, 54. II *Par.* 29, 30.
6 *Ios.* 7, 6. *Iudith* 9, 1; 10, 1. Las expresiones con más frecuencia usadas para designar oración y bendición, denotan continente humilde y respetuoso; *barach* = bendecir, significa propiamente «hacer arrodillarse a uno»; *tephillah* = oración, viene de *phalal* = = postrarse en tierra; *kar'a* significa «caer de rodillas y adorar» (III *Reg.* 19, 18· *Is.* 45, 23).
7 III *Reg.* 8, 14.
8 II *Par.* 6, 12 s. *Is.* 1, 15.
9 *Ps.* 5, 8. *Dan.* 6, 10. Más pormenores acerca de la oración, en Scholz, *Die heilige Altertümer* II 345 ss.; Döller, *Das Gebet im AT* (Viena 1914); Greiff, *Das Gebet im AT,* en *ATA* V 3 (Münster 1915).
10 *Exod.* 13, 9 16.
11 Los judíos entendieron esto de las palabras que inmediatamente preceden: «Escucha, Israel: el Señor Dios nuestro es el solo Señor. Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas» *(Deut.* 6, 4 ss.; 11, 18 ss.).

cedulitas rectangulares de pergamino, y puestas en una capsulita, las colocaban en las jambas y en las puertas de las habitaciones; por lo que se las llamaba

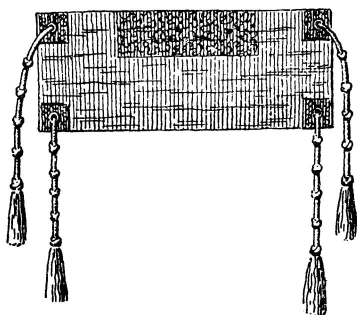


Fig. 51. — Manto de oración con borlas.

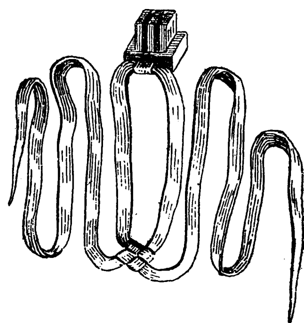


Fig. 52. — Cedulitas para la frente.

mesusa (jambas). Al entrar en la casa y al salir de ella, solían tocarlas con la mano, que luego se llevaba a los labios. Estaban prescritos por Dios los *flecos* del manto [1] *(zizith,* borlas en los cuatro cabos del manto cuadrangular): «Di a los hijos de Israel, que se hagan unas borlas en los remates de sus mantos, poniendo en ellos cintas de color de jacinto; para que, viéndolas, se acuerden de todos los mandamientos del Señor y los cumplan y se conserven santos para su Dios». Y así como los ojos corporales se dirigían todos los días a esas borlas, del mismo modo el espíritu y el corazón de los israelitas debían enderezarse cada día hacia los mandamientos divinos [2].

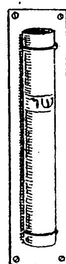


Fig. 53.—Cedulitas para las jambas de las puertas *(mesusa)*.

338. Para refrenar la gula y recordar a Israel su dignidad de pueblo de Dios y su vocación a la santidad, dióle el Señor diversos *preceptos relativos a los manjares* [3]. Prohibióles: 1, todos los *animales impuros;* 2, la *sangre* y la carne con sangre; 3, los animales *sofocados* (por ejemplo, los cogidos con trampa), porque todavía tienen la sangre en sí, o los animales *devorados* por las fieras, porque, comiendo de ellos, se hace el israelita comensal de los animales [4]; 4, ciertas *partes gordas* de las ovejas, becerros y cabras, las cuales se destinaban al altar, por ser lo mejor del animal [5];

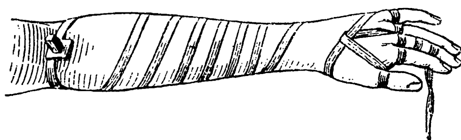


Fig. 54. — Cedulitas y vendas en el brazo.

1 *Num.* 15, 37 ss. *Deut.* 22, 12.

2 A consecuencia de la cautividad o dispersión se introdujo la costumbre de llevar debajo de los vestidos ordinarios un *escapulario* con borlas en los cuatro ángulos. Pero como esta prenda estaba oculta, adoptaron para el tiempo de la oración y de otros ejercicios piadosos un manto especial (fig. 51). Todavía hoy es costumbre entre los judíos vestir esta prenda a los 13 años con determinado ritual.

3 Cfr. Döller, *Die Reinheits- und Speisegesetze des AT in religionsgeschichtlicher Beleuchtung,* en *ATA* VII 2/3.

4 «No comeréis la carne que antes haya sido gustada de las bestias, sino la echaréis a los perros» *(Exod.* 22, 31).

5 «No comeréis grosura de oveja, ni de buey, ni de cabra; si alguno comiere de la grasa que debe ser quemada en ofrenda al Señor, será exterminado de su pueblo» *(Lev.* 7, 23 25).

el cabrito *cocido en la leche de su madre*[1]; 6, carne y vino *ofrecidos a los ídolos*[2].

Entiéndese por *animales puros* los que se alimentan de vegetales y llevan vida más pura; en especial los animales domésticos ordinarios. Las víctimas para los sacrificios se escogían entre aquellos animales, cuya entrega y pérdida era más dolorosa al hombre. En particular *Lev.* 11 cuenta entre los animales puros, cuya carne estaba permitida, los siguientes: entre los mamíferos, los rumiantes que tienen la pezuña partida (*Deut.* 14, 3-6); entre los acuáticos, los peces de escamas y aletas (*Deut.* 14, 9 s.), de los cuales excluyeron los judíos la anguila; entre las aves, había más de veinte impuras. Se llamaban *impuros* aquellos que tenían especial relación con la muerte y putrefacción: las fieras y aves de rapiña, los gusanos, insectos (excepto cuatro clases de langostas) y toda clase de bichos; también, todos aquellos que son de alguna manera impuros, como el cerdo y similares, y análogamente, aquéllos que con su género de vida recuerdan al hombre la muerte y su causa, el pecado. Las leyes relativas a los manjares tenían *carácter* esencialmente religioso. Esto se colige claramente del remate de este precepto (*Lev.* 11): «No queráis manchar vuestras almas, ni toquéis tales cosas; sed santos, porque Yo soy santo». Por medio de esta distinción entre animales puros e impuros, quería Dios inculcar a los hombres el *respeto* a Dios infinitamente puro y santo y el cuidado por la propia santificación. Quería al mismo tiempo recordarles su *elección* y la preferencia sobre todos los pueblos paganos, en cuanto que, como pueblo de Dios, sólo de lo mejor «del mercado de la tierra» les estaba permitido alimentarse. Servían también estas leyes para preservarlos de ciertas supersticiones paganas anejas a los sacrificios de algunos animales y a los banquetes consiguientes. Hay quien sostiene que esas leyes eran medidas higiénicas exigidas por lo cálido del clima. Mas ello no parece ser conforme a la verdad, o por lo menos la cuestión de higiene fué muy secundaria, pues los pueblos vecinos, que no conocían la diferencia de animales puros e impuros: filisteos, sirios, etc., eran tan sanos como los israelitas.—La sangre estaba prohibida porque servía exclusivamente para reconocer el señorío de Dios sobre la vida y para la expiación (cfr. *Lev.* 17, 11, 14; *Deut.* 12, 23 y núm. 107).

339. Las *leyes de la purificación* se refieren a ciertos estados corporales, que interrumpían por determinado tiempo[3] la comunidad externa (legal) con Dios, es decir, que privaban temporalmente del derecho a participar en el culto, por provenir de acontecimientos relacionados en cierto modo con la maldición divina y con las consecuencias del pecado. Producía impureza legal el contacto con un cadáver[4], porque la muerte es pena del pecado; la lepra, porque es una putrefacción en vida y una imagen de la

[1] Por tres veces se inculca: «No cocerás el cabrito en la leche de su madre» (*Exod.* 23, 19; 34, 26. *Deut.* 14, 21). De una glosa de la versión samaritana se deduce que esta prohibición se encaminaba a contrarrestar una costumbre idolátrica. El egipcio Sinuhe (hacia el 1700 a. Cr.) nos cuenta, en la relación de su viaje, que era costumbre entre los idólatras cocer en leche la carne (*BZ* VII 16). Los judíos, llevados de su ridícula escrupulosidad, declararon alimento impuro la carne o el caldo en que hubiese caído una sola gota de leche.

[2] «No comáis de sus sacrificios» (*Exod.* 34, 15). «Mía es la venganza, y yo les daré el pago a los que comieron de las víctimas ofrecidas a los dioses y bebieron el vino de sus libaciones» (*Deut.* 32, 25 28). Más tarde los judíos tuvieron por impuro todo manjar y vino que procediesen de los idólatras; porque, como éstos vendían en los mercados cosas ofrecidas a los dioses, podría suceder que entre las compras que hacían los judíos se hallase algún manjar ofrecido a los ídolos.

[3] Esta idea no es peculiar de Israel, sino también de muchos otros pueblos.

[4] También el contacto de carroña de un animal, porque el asco que produce la carne podrida de una bestia es consecuencia del pecado.

muerte; y en fin, todo lo que estaba en relación con la vida sexual, porque aquí es donde más se manifiesta la concupiscencia derivada del pecado [1].

Las purificaciones prescritas para esos casos tenían por objeto mantener despierta la *conciencia* del primer pecado y del original, recordar la *inclinación al mal* y la necesidad de la Redención y avivar el deseo de la *expiación* y limpieza del alma. Por esto, para las grandes purificaciones estaba prescrito un sacrificio *pro peccato,* el cual, como todo sacrificio de esta naturaleza, era figura del *verdadero cordero* que quita los pecados del mundo. La primera y más importante purificación del hombre, que se practicaba luego de nacer, era la *circuncisión,* medio de que disponía la Antigua Alianza para librar del pecado original, por su relación con el Bautismo, del cual era figura [2].

340. Para diversas especies de pecados había señaladas otras purificaciones, *acompañadas algunas de ellas de sacrificios propiciatorios.* Las más importantes eran: la de la madre, la del leproso y la del impuro por contacto de cadáver.

El nacimiento de varón dejaba impura a la madre por siete días, el de hembra por catorce; además se la excluía del Templo por cuarenta días en el primer caso y por ochenta en el segundo. Pasados éstos, debía ofrecer un palomino o una tórtola *pro peccato* y un cordero de un año en holocausto; por el sacrificio y la oración quedaba purificada [3]. Los pobres ofrecían dos tórtolas o palomas, la una por el pecado y la otra en holocausto. Si se trataba del primogénito varón, la madre debía ofrecerlo al Señor y redimirlo por cinco siclos de plata [4].

Tan pronto como alguien era sospechoso de *lepra* [5], debía presentarse a los sacerdotes para que le reconocieran. Si estaba contaminado de la enfermedad, declarábanle impuro: quedaba excluído del trato de los hombres, y tenía que alojarse en un lugar destinado a los leprosos fuera del campamento — más tarde, fuera de las ciudades y aldeas —; en ese lugar le era permitido andar libremente; y si alguien se le aproximaba debía gritar: «¡impuro!» Cuando le parecía que estaba ya curado, debía *presentarse a los sacerdotes* para que le reconociesen; si realmente estaba curado, le *declaraban puro y libre;* mas no sin antes efectuar varias ceremonias muy simbólicas. Primero se le limpiaba fuera del campamento (o de la ciudad) y luego se le recibía en la comunidad del pueblo. El sacerdote preparaba dos aves puras; además una mata de hisopo, un palito de cedro y lana coccínea — símbolos de la pureza, de la incorruptibilidad y del vigor —, los cuales unidos significaban la remisión de la sentencia de muerte; una vasija de barro, porque después del uso sagrado que de ella se iba a hacer, no debía utilizarse para ningún otro servicio, sino quebrarse. Esta vasija se llenaba de agua de la fuente, símbolo de purificación completa. Hechos estos preparativos, se mataba una de las aves sobre el cántaro, de suerte que la sangre se derramase dentro de él y se mezclase con el agua; sumergíase en la vasija el hisopo atado con la lana al palito de cedro; luego se introducía la

---

[1] *Gen.* 3, 7 11; cfr. *Iob* 14, 4; *Ps.* 50, 7; Scholz, *Die heiligen Altertümer* II 212 ss.

[2] Cfr. núm. 150. Por medio de ella era admitido también el pagano a la comunidad del pueblo de Dios, como *prosélito de la justicia* (cfr. núm. 106). Cuando cesó el culto de los sacrificios, se introdujo como símbolo de purificación el bautismo de los prosélitos, en sustitución del sacrificio que antes estaba prescrito para este caso.

[3] *Lev.* 12.

[4] Cfr. núm. 258; *Num.* 3, 47; 18, 15 ss.; *Luc.* 2, 22 s.

[5] Esta enfermedad maligna y destructora, endémica en Egipto y Asia Menor, consiste en la degeneración y destrucción lenta y progresiva de las arterias y del sistema glandular; las consecuencias se manifiestan primero en la piel. De las distintas clases de lepra, dos principalmente menciona la Sagrada Escritura, la *blanca* y la *tuberculosa* (ésta se llama también *elefantiasis,* porque además de las manchas, señales y úlceras, se forman nudos y tubérculos que sacan de su posición los miembros y articulaciones). Se la tiene por incurable.

segunda ave con sus plumas (de las alas y de la cola), para hacer de ella un medio de purificación. Se rociaba siete veces al leproso con el hisopo, para significar que su impureza estaba borrada, y se dejaba en libertad el ave, en señal de que la purificación era completa. Luego se le lavaban los vestidos, cortábansele los cabellos y se le bañaba para quitar con ello toda impureza corporal, simbolizando al mismo tiempo la perfecta pureza del alma. Después de estas ceremonias, le era permitido al leproso entrar en el campamento (ciudad); mas no en su casa, para que no se manchase de nuevo con el trato; antes bien en el retiro debía prepararse para la *incorporación* a la comunidad de Dios. Esto sucedía al octavo día mediante un sacrificio *pro delicto* (en satisfacción por su alejamiento temporal del servicio de Dios), un sacrificio *pro peccato* y un holocausto por su completa purificación y conservación en limpieza *(Lev.* 14). El séptimo día se repetía el lavado de la ropa y del cuerpo y el cortar el pelo, para sellar en cierto modo la purificación. Con la sangre del sacrificio *pro delicto,* mezclada con óleo consagrado de antemano, ungíale el sacerdote la oreja derecha, el dedo pulgar de la mano derecha y el dedo gordo del pie derecho, para significar que se le admitía de nuevo a la observancia de la Ley y se le recibía en la sociedad, y que Dios le daba su gracia para ello.—Esta purificación del leproso es una figura muy señalada de la purificación del alma, de la lepra del pecado; y así se dice en el *Salmo* 50, 9: «Rocíame con el hisopo (con el agua de purificar, en la cual se sumergía el hisopo), y seré purificado».

La impureza mayor nacía del *contacto de un cadáver*. La purificación exigía procedimientos especiales *(Num.* 19). La razón está, en que la muerte es la consecuencia más terrible del pecado, y por ende símbolo del pecado. El cadáver manchaba, no sólo todo cuanto tocase, sino también la tienda o casa en que se hallaba y los objetos o personas que allí hubiese. No bastaba el agua ordinaria para lavar esa mancha; a este objeto, se preparaba una mezcla de agua con ceniza de una *vaca roja*. Para obtener dicha ceniza, se degollaba y ofrecía en sacrificio *pro peccato* de tiempo en tiempo fuera del campamento (más adelante en el monte de los Olivos) una vaca joven, sin tacha alguna y que no hubiese llevado todavía el yugo; se rociaba siete veces su sangre en dirección al Santuario, y se reducía a cenizas el animal, juntamente con un poco de madera de cedro, hisopo y lana coccínea. El cedro, el hisopo y la lana eran símbolos de la incorruptibilidad, pureza y vigor. Esto mismo venía a significar el sexo del animal, su juventud, vigor y color rojo, el de la sangre y la vida. El sacrificio se hacía fuera del campamento; porque el Santuario no debía mezclarse para nada en cosas de muerte [1]. Cuando ocurría impureza por contacto de algún cadáver, se mezclaba en una vasija un poco de esta ceniza con agua de la fuente. Con la mezcla se rociaba lo impuro el tercero y séptimo día, y quedaba purificado. Esta purificación estaba mandada bajo pena de exterminio.

Ciertas impurezas se borraban separando *temporalmente* al impuro de sus familiares, y con sencillos lavatorios; así, por ejemplo, cuando alguien tocaba a un impuro por contacto de cadáver o carroña.

341. *El ayuno* es un excelente medio para conservar y promover la vida religiosa y moral. Prepara para la amistad con Dios, por los sentimientos de arrepentimiento de que procede; doma las pasiones sensuales; fortalece contra los ataques del enemigo; dispone el espíritu a las cosas divinas y fomenta todas las virtudes, especialmente la castidad. El Antiguo Testamento le llama «mortificación del alma».

Por esto prescribió Dios un gran ayuno para la *solemnidad* anual *de la Expiación* [2]. Más tarde se añadieron *cuatro días* de ayuno: el diez del décimo

[1] Los santos Padres ven con san Pablo *(Hebr.* 13, 11 ss.) en el sacrificio de la vaca roja una *figura de Jesucristo,* que padeció fuera de las puertas; y en el agua de la purificación, una *figura del agua bautismal,* que recibe su virtud de la sangre de Jesucristo inmolado en la Cruz. [2] Cfr. núm. 331.

mes, el nueve del cuarto, el diez del quinto y el tres del séptimo [1], en memoria del primer sitio, conquista e incendio de Jerusalén por Nabucodonosor, y del asesinato del gobernador Godolías por los judíos [2]. Además, en ocasiones extraordinarias, calamidades o peligros, se prescribían *ayunos y penitencias* generales [3]. Mas, también como *ejercicio privado,* recomendó Dios el ayuno por medio de Moisés, ora en cumplimiento de algún voto, ora por espontánea voluntad; y lo vemos practicado con gran celo, ya para levantar el espíritu, ya para apartar alguna desgracia pública o privada, ya, en fin, por penitencia [4]. Los israelitas piadosos, especialmente los fariseos *(Luc.* 18, 12), ayunaban dos veces por semana: el jueves, porque ese día subió Moisés al Sinaí, y el lunes, porque en él bajó del monte.

342. Los *votos* [5] eran una manifestación especial del celo por la gloria de Dios. Se usaron desde muy antiguo; los hallamos ya en tiempo de los patriarcas [6]. La Ley de Moisés impone la obligación de cumplir los votos y regular su validez. «Cuando hicieres algún voto al Señor Dios tuyo, no retardarás el cumplirlo, porque tu Señor Dios te lo demandará. Y si lo retardares, te será imputado a pecado. Si no llegares a prometer, no habrá en ti culpa. Pero lo que una vez salió de tus labios lo has de cumplir y ejecutar como lo prometiste al Señor Dios tuyo» [7]. Objeto del voto podían ser cosas, animales, personas o privación de una cosa permitida. Lo que por derecho correspondía a Dios (primicias, primogénitos), no podía ser objeto de un voto. Para la validez de los votos de los niños era necesario el consentimiento de sus padres; para los de las mujeres, el de sus maridos.

El mayor de los votos era el de los *nazareos* o nasireos [8]. Consistía en la consagración temporal (por un mínimum de treinta días) o perpetua de una persona a Dios; lo hacía el mismo individuo o los padres por él. El nazareo debía privarse del vino y de toda bebida que pudiese embriagar; dejar crecer sus cabellos, símbolo de vigor y fuerza, en señal de perfecta consagración y entrega; guardarse de toda impureza por contacto de cadáver, aun de sus parientes más próximos: en suma, ser modelo de absoluto apartamiento de todo pecado. Terminado el tiempo de su consagración, ofrecía un sacrificio expiatorio por los pecados que hubiese cometido durante él; un holocausto, en señal de completa entrega a Dios, y víctimas pacíficas, en prueba de amistad y comunidad con Dios, amén de otras ofrendas. Entonces el sacerdote le cortaba una parte de sus luengos cabellos, que arrojaba al fuego del sacrificio en señal del cumplimiento del voto [9]. Si el nazareo, por alguna impureza, interrumpía su

---

[1] *Zach.* 7, 5; 8, 19.

[2] IV *Reg.* 25, 18 25. *Ierem.* 39, 1 2; 41, 1; 52, 6 12; núm. 675 s.

[3] Pecados del pueblo, plagas, derrotas *(Iudic.* 20, 26. I *Reg.* 7, 6. *Ioel.* 1, 14; 2, 12. *Baruch* 1, 6), demanda del auxilio divino *(Is.* 58, 3 ss. *Ierem.* 36, 9. *Ionas* 3, 5. II *Par.* 20, 3. *Esdr.* 8, 21. *Est.* 4, 3 16. *Iudith* 4, 9 ss. I *Mach.* 3, 47. II *Mach.* 13, 12).

[4] *Num.* 30, 14 ss.; cfr. *Exod.* 24, 18; 34, 28; I *Reg.* 31, 13; II *Reg.* 1, 12; 3, 35; 12, 16 22; *Ps.* 34, 13; *Dan.* 9, 3; 10, 3; *Esdr.* 10, 6; *Nehem.* 1, 4; *Iudith* 8, 16.—Para más pormenores cfr. Scholz, *Die heiligen Altertümer* II 332 ss.; *LB* II 642; Kortleitner, *Arch. bibl.* 383; Fruhstorfer, *Fastenvorschriften und Fastenlehren der heiligen Schrift des Alten Bundes,* en *ThpQS* LXIX 59 ss.

[5] Cfr. acerca de ello *Lev.* 27; *Num.* 30, 3 ss.; *Iudic.* 11, 30; I *Reg.* 1, 11 22 28; 2, 20; II *Reg.* 15, 8; *Ps.* 65, 13; 115, 14; 131, 2; *Ionas* 1, 16; 2, 10; Scholz l. c. II 309 ss.

[6] Cfr. núm. 179.

[7] Cfr. *Deut.* 23, 21 ss.; *Eccles.* 5, 4; *Iudic.* 11, 35.

[8] El nombre significaba *apartado,* a saber, del mundo y sus placeres y *santo,* para el Señor.

[9] Véase en *Num.* 6 las prescripciones relativas al voto.—Tenemos *ejemplos* de nazareato perpetuo en Sansón, Samuel, Juan Bautista *(Iudic.* 13. I *Reg.* 1, 11 ss. *Luc.* 1, 15); de temporal, en el *Libro de los Macabeos* y en los *Hechos de los Apóstoles* (II *Mach.* 3, 49. *Act.* 21, 23). Más pormenores en Scholz, *Die heiligen Altertümer* II 316 ss.).

voto, quedaba impuro por siete días; debía cortar sus cabellos, y ofrecer el día octavo dos palomas: una por el pecado, la otra en holocausto, y comenzar de nuevo su tiempo.—*El Redentor fué nazareo en el sentido más elevado de esta figura;* santo, como retoño de la raíz de Jesé [1]; infinitamente más santo que los nazareos, «separado de los pecadores», etc., [2] el «Santo de los santos» [3], el Santo de Dios [4].

Llámase *ley ceremonial* el conjunto de prescripciones dictadas por Dios a Moisés en orden al culto público y privado. Las ceremonias, como tales, no causaban de por sí la santificación interna, sino sólo en cuanto eran *figuras* de Jesucristo, de los sacramentos y sacramentales, y se practicaban con espíritu de *fe* en el Redentor. *Cesaron,* al venir la plenitud y ser sustituídas por la *realidad* beatífica, por el sacrificio de Jesucristo, por los sacramentos, en los cuales se nos aplican las gracias que el Redentor nos mereció, y por los sacramentales. Los votos del Antiguo Testamento han tenido cumplimiento sublime en los consejos evangélicos y en los votos monásticos.

45. Legislación civil

(De *Exod.* 21; 23; 34; *Lev.* 18; 20; 24 s., *Num.* 5; 15; 23 s.; *Deut.* 5; 7; 13 s.; 16 s.; 18-22; 24; etc.)

343. Queriendo *Dios ser el Rey de su pueblo,* dictó El mismo leyes que regulasen las relaciones sociales y civiles de los israelitas, como correspondía a la dignidad del pueblo escogido. Hablaremos aquí tan sólo de tres clases de prescripciones, que importan mucho para esclarecer no pocos lugares del Antiguo y Nuevo Testamento.

I. La *familia,* base de la sociedad, debía tener en su origen, el *matrimonio,* especial sentido religioso y sagrado [5]. Por esto se permitía el matrimonio sólo entre personas adictas a la *verdadera fe* [6]. Por la misma razón, el *parentesco de consaguinidad* constituía impedimento [7] absoluto en línea directa, y hasta el segundo grado en línea colateral (con algunas excepciones). El *adulterio* [8] se castigaba con pena de muerte (lapidación).

Si recaía *sospecha de infidelidad* en alguna mujer, debía ésta purificarse mediante un *sacrificio por celos.* La mujer, teniendo en sus manos la ofrenda — que era un presente de su marido — y el agua de los celos, que se tomaba del baño del Santuario, pronunciaba un juramento, en virtud del cual, en caso de culpabilidad, acarreaba sobre sí los más terribles castigos de Dios; luego bebía el agua, después de lavar en ella una cedulita de pergamino en que se habían escrito las palabras del juramento (*Num.* 5, 11 ss., cfr. núm. 345). Era,

---

[1] *Matth.* 2, 23; cfr. *Is.* 11, 1, y san Jerónimo, *Comm. in Is. 11, 1.*
[2] *Hebr.* 7, 26.
[3] *Dan.* 9, 24.
[4] *Marc.* 1, 24; *Luc.* 1, 35; cfr. san Jerónimo, *Comm. in c. 2 Matth.*
[5] Cfr. Eberharter, *Das Ehe- und Familienrecht der Hebräer mit Rücksicht auf die ethnologische Forschung dargestellt,* en *ATA* V 1/2 (1914); Kalt, *Bibl. Archäologie* núm. 34-44.
[6] Los matrimonios con cananeos estaban prohibidos con todo rigor, por el peligro de idolatría (*Exod.* 34, 16; *Deut.* 7, 1-4); por la misma razón no era lícito a los hebreos casarse con moabitas y ammonitas. Con egipcios e idumeos no estaba permitido contraer matrimonio hasta la tercera generación (*Deut.* 23, 8); estaba permitido el matrimonio con otros paganos, pero después del destierro se prohibió toda clase de matrimonios mixtos (*Esdr.* 9, 2). El profeta Malaquías (2, 10 ss.) los considera como prevaricación, desprecio de la divina prosapia de Israel, menosprecio de la prerrogativa de ser el pueblo de Dios.
[7] Cfr. *Lev.* 18; 20, 11-20.
[8] Lo mismo la infidelidad de la *prometida* (*Lev.* 20, 10. *Deut.* 22, 20 ss.).

pues, una especie de juicio de Dios. También la ley babilónica antigua prescribía en tales casos algo semejante, una prueba de agua [1].—Aunque Dios estableció en el Paraíso la *unidad e indisolubilidad* del matrimonio, esto no obstante, toleró en el Antiguo Testamento a los israelitas la *poligamia* y el *divorcio,* a causa de la práctica contraria de todos los otros pueblos y por la «dureza de corazón de los israelitas». Se permitía el divorcio sólo en caso de infidelidad o de alguna otra causa muy grave; mas antes debía presentar el marido una escritura de repudio. Con esto se protegía en cierto modo a la mujer contra la arbitrariedad, y se daba al marido ocasión de pensar mejor las cosas (*Deut.* 24, 1 ss.). El retorno *a la ley primitiva* fué resultado de la Revelación divina y del progreso religioso-moral; poco a poco se fué volviendo a la observancia de la unidad e indisolubilidad del matrimonio. La *unidad* del matrimonio era generalmente observada ya en tiempo de Jesucristo; cuanto al *divorcio,* no sólo prevaleció la norma de permitirse únicamente en caso de adulterio, sino que el profeta Malaquías (2, 4 ss.) lo condenó categóricamente. Jesucristo, el Señor, restableció la indisolubilidad primitiva del matrimonio y lo elevó a sacramento (*Matth.* 19, 3 ss.). No obstante aquellas concesiones, no puede decirse que el vínculo conyugal de los israelitas estuviera relajado o fuese inestable; el segundo matrimonio era tan verdadero y estricto como el primero, e imposibilitaba el retorno a éste. En Israel la mujer *no* era *una esclava* del hombre, como en otros pueblos orientales [2].

Mucho tiempo antes de Moisés (*Gen.* 38, 8), estaba en uso el *matrimonio de obligación,* llamado *levirato.* Si un hombre moría sin sucesión, su hermano estaba obligado a casarse con la viuda; el primer hijo de este matrimonio recibía el nombre y la herencia del difunto. En los demás casos, estaba rigurosamente prohibido el matrimonio entre personas ligadas por afinidad en línea directa, y hasta el primer grado en línea colateral (*Lev.* 18, 15 ss.; 20, 21). Mas el levirato estaba permitido y aun mandado, para que se conservasen el nombre y la estirpe del difunto. Si un hombre dejaba sólo hijas, en ellas recaía la herencia. Mas no podían casarse fuera de su tribu, para que cada una de las doce tribus conservase íntegra su porción primitiva [3].

344. II. Los israelitas debían distinguirse de los pueblos paganos tanto por su *magnanimidad* como por su *humanitarismo* y compasión, disponiéndose así para los tiernos sentimientos de piedad y virtud. Por esto les mandó Dios entre otras cosas:

«No *tomarás en prenda* a tu hermano la muela del molino; porque esto sería tomar en prenda su vida» (hacerle imposible la subsistencia). «Cuando exigieres de tu prójimo alguna cosa que te deba, no irás a su casa a tomarle algo en prenda; sino te estarás fuera, y él te sacará lo que tuviere. Mas si es pobre, no pernoctará en tu casa la prenda, sino se la devolverás antes de la puesta del sol, para que pueda dormir bajo su techo y te bendiga, y el Señor tu Dios te lo impute a justicia» [4].

«No negarás *la paga de su trabajo* a tu hermano menesteroso y pobre, o al forastero que mora contigo en la tierra y está dentro de tus puertas; sino que en el mismo día, antes de ponerse el sol, le darás el salario de su trabajo; porque es pobre, y con ello sustenta su vida; no sea que levante el grito contra ti al Señor, y te sea imputado a pecado.—No se hará morir a los *padres por sus hijos,* ni a los hijos por sus padres; sino cada uno morirá por su pecado. —No pervertirás la justicia del *extranjero* y del *huérfano,* ni quitarás en

---

[1] *ATAO*[3] 374.

[2] En contra de Delitzsch, en sentir del cual la situación de la mujer en el derecho y culto babilónicos era «muy distinta y mejor» que en el israelita, cfr. Kugler, *Babylon und Christentum* I 51 ss. (*über die Stellung der Frau im mosaischen Gesetz*).

[3] Cfr. *Num.* 36, 6 ss.

[4] *Deut.* 24, 6 10-12.

prenda el vestido de la viuda»[1].—«Cuando *segares las mieses* en tu campo, y dejares olvidada alguna gavilla, no volverás a tomarla; sino la dejarás que se la lleve el forastero, y el huérfano, y la viuda; para que te bendiga el Señor Dios tuyo en todas las obras de tus manos. Del mismo modo, déjales espigar en tu campo y racimar en tu viña»[2].

«*Si salieres a la guerra* contra tus enemigos, y vieres la caballería y los carros, y la multitud del ejército contrario mayor que la que tú tienes, no los temas; porque está contigo el Señor Dios tuyo, que te sacó de Egipto. Al acercarse la hora del combate... gritarán los capitanes, de modo que todos lo oigan: ¿Por ventura alguno ha plantado una viña, sin que todavía haya podido disfrutar de ella? ¿Hay alguno que tenga mujer apalabrada y no la haya tomado todavía? *Vuélvase a su casa;* no sea que muera en el combate y pierda lo que (tal vez con mucho trabajo) adquirió. Y después que hayan dicho esto, añadirán todavía al pueblo: ¿Hay alguno medroso y de *corazón apocado?* Váyase y vuélvase a su casa, porque no comunique a sus hermanos el miedo de que está poseído».—A la ciudad sitiada debe ofrecerse primero *la paz,* y cuando se toma por asalto una ciudad, se ha de respetar *a las mujeres y a los niños.* Durante el sitio, no se han de cortar los *árboles frutales* ni talar con el hacha los árboles del contorno[3].

345. En una época en que era tan corriente la *esclavitud,* resultaba imposible prohibirla en absoluto; pero Dios inculcó a los israelitas la suavidad en el trato con los esclavos[4]:

«Si se descubriere que un hombre ha sonsacado de los hijos de Israel a un hermano suyo, y le ha *vendido,* se le matará»[5].—«Si tu hermano, obligado de la pobreza, *se vendiere a ti,* no le oprimirás con servidumbre de esclavos; sino le tendrás como un jornalero y como un colono, y trabajará en tu casa hasta el año del jubileo, y entonces saldrá con sus hijos, y volverá a la parentela y a la posesión de sus padres»[6].—«*En el sábado descansarán tu esclavo* y tu esclava, lo mismo que tú».—«Celebrarás *banquetes* en la presencia del Señor, tú, tu hijo y tu hija, tu siervo y tu sierva y el extranjero y el huérfano y la viuda que moran contigo, y te acordarás de que también tú fuiste esclavo en Egipto»[7].—«Quien *hiriere* con palo a su esclavo o esclava hasta hacerle morir entre sus manos, será reo de crimen (será castigado como corresponde)... Si alguno hiriere *en el ojo a su esclavo* o esclava y los dejara tuertos o les hiciere saltar un *diente,* les dará libertad»[8].

346. *También a los animales* alcanza la legislación divina:

«Si encontrares *perdido* el buey o el asno o la oveja de tu hermano, no pases adelante; sino devuélveselo, aun cuando se trate de tu enemigo. Y si lo vieres caer en el camino en el suelo o en una hoya, no pases de largo; sino le ayudarás (o lo sacarás).—Seis días trabajarás; mas el séptimo día descansarás; para que (también) *descanse tu buey y tu asno.* Seis años sembrarás tu tierra y recogerás sus frutos. Mas el año séptimo la dejarás y harás que descanse; para que coman *los pobres de tu pueblo* y tus criados y criadas y tus animales[9].—Si andando por el camino hallares algún *nido de ave* en un árbol o en la tierra, y a la madre echada sobre los pollos o los huevos, no la cogerás con los hijos; sino la dejarás que se vaya, quedándote a lo sumo con los hijos, para que te vaya

[1] *Deut.* 24, 14-17.
[2] *Deut.* 24, 19 ss ; cfr. *Lev.* 19, 9; 23, 22.
[3] *Deut.* 20, 1-7 19 s.
[4] Israel era el único pueblo de la antigüedad que tenía legislación para los esclavos y mantenía el principio de la igualdad de todos los hombres. Más pormenores acerca de la esclavitud en Israel v. Kalt, *Bibl. Archäologie* núm. 52 ss.
[5] *Deut.* 24, 7. [6] *Lev.* 25, 39-41. [7] *Deut.* 5, 14; 16, 11.
[8] *Exod.* 21, 20 26. [9] *Exod.* 23, 4 s.; 10 ss. *Deut.* 22, 1 4.

bien y vivas largo tiempo.—No ararás con buey y con asno juntamente.—No atarás la boca del buey que tritura (trilla) tus mieses en la era»[1].

347. Mediante una *recta e imparcial administración* de justicia, se mantenía el sentido del derecho frente a las perturbaciones del orden social. A este fin, ya al principio en el desierto[2], se constituyeron jueces experimentados e incorruptibles, disponiéndose para lo futuro:

«Establecerás *jueces*[3] y maestros en todas tus puertas[4] que el Señor Dios tuyo te diere en cada una de las tribus, para que juzguen al pueblo con juicio justo, sin inclinarse a alguna de las partes. No serás aceptador de personas ni de dádivas». «Sólo por deposición de dos o tres *testigos* se decidirán los asuntos»[5]. No se conocía el uso de la *tortura* para arrancar la confesión de un crimen. El principio vindicativo de los delitos personales era *la ley del talión:* vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, herida por herida, golpe por golpe[6]. Mas esta pena sólo se aplicaba a petición del ofendido, admitiéndose también *indemnizaciones pecuniarias*. La restitución prescrita en caso de latrocinio era muy elevada; si aparecía lo hurtado, el ladrón debía restituir el doble; si no aparecía, el cuádruplo y aun el quíntuplo[7]. El *asesinato premeditado* se castigaba irremisiblemente con pena de muerte; para el asesino no había lugar de refugio, ni rescate pecuniario[8]. *Los castigos,* aun los corporales y la misma pena de muerte, eran rigurosos, pero humanos: *nunca* iban acompañados de *tormentos* o de crueldades. El número de golpes no debía exceder de 40[9]. *La pena de muerte* merecida por asesinato intencionado, por quebrantamiento voluntario de la ley ceremonial divina o por ciertos delitos carnales, se ejecutaba sin largas torturas, a espada, y más generalmente, por lapidación[10].

Se ha reprochado a la Ley mosaica no haber prohibido, antes sancionado, la *vindicta (privada)* «que pesa aún hoy como una maldición sobre los pueblos orientales»[11]. Mas, los que esto afirman, no advierten que la Ley no dispuso la venganza, sino la toleró (como uso arraigado), encauzándola dentro de los límites de la justicia bien ordenada. Sólo al heredero del occiso le estaba permitida la venganza, después del proceso judicial. Si la culpa era dudosa, podía el asesino refugiarse en las ciudades libres, y solicitar amnistía al entrar en funciones un nuevo sumo sacerdote. Nada, pues, de arbitrariedades en la venganza privada, que pesa como una maldición sobre los pueblos del Oriente[12]. La ley de la venganza era indispensable en aquellos tiempos, como lo es todavía hoy entre las tribus del desierto. Son interesantes a este propósito las observaciones de Musil: «La institución de la vindicta (privada) es una de las mejores, en las

---

1 *Deut.* 22, 6 s.; 10; 25, 4.

2 Cfr. núm. 377.

3 La autoridad suprema residía en el *sumo pontífice.* Quien no se sometía a sus decisiones era castigado con la pena de muerte. Ya a los Patriarcas se había anunciado que Israel había de tener *reyes (Gen.* 17, 6 16; 35, 11); por lo cual el *Deuteronomio* establece las «leyes del rey» *(Deut.* 17, 12 14 ss.; núm. 393).

4 En las puertas de la ciudad estaban los lugares diputados para sentenciar las causas.

5 *Deut.* 16, 18 s.; 19, 15.

6 *Lev.* 24, 19.

7 *Exod.* 21.

8 *Exod.* 21, 12 ss. *Lev.* 24, 17 21. *Num.* 35, 16 ss. 31 *Deut.* 19, 11 ss.; cfr. núm. 97.

9 *Deut.* 25, 2 s. Para no pasar de este número, se solía dar sólo 39 (cfr. II *Cor.* 11, 24).

10 *Lev.* 20, 2 27; 24, 14 ss. *Num.* 15, 35. *Deut.* 13, 10; 17, 5; 21, 21; 22, 21 24. *Exod.* 19, 13; 32, 27. *Deut.* 13, 15. La cremación o suspensión del *cadáver* se consideraba como *agravante* del castigo; cfr. *Lev.* 20, 14; 21, 9; *Num.* 25, 4; *Deut.* 21, 22 s.; véase también núm. 321.

11 Delitzsch, *Babel und Bibel* II 26.

12 Cfr. Kugler, *Babylon und Christentum* 49 s.; Rieber, *Die Blutrache und das ius talionis im mosaischen Gesetz,* en *Kath* 1902, II 312 ss.

comarcas que carecen de un poder fuerte. Porque, no habiendo una persona que tome venganza del asesino, queda uno abandonado a sí mismo y a la divina providencia y, por ende, en continuo peligro de perder la vida violentamente. Mas, habiendo un vengador, se puede vivir tranquilo y sentirse tan seguro en el desierto como en las calles más concurridas de las populosas urbes europeas. Toda gota de sangre vertida se expía con la sangre del asesino, o como dice el refrán: hueso por hueso, sangre por sangre, hombre por hombre, alma por alma. Una vez expiado el crimen con el castigo del criminal o de su pariente más próximo, queda satisfecha la justicia y cesa la vindicta; ambas familias pueden continuar en las más amistosas relaciones» [1].

348. Para animar eficazmente al pueblo de Israel *al exacto cumplimiento de todos los preceptos*, prometió Dios ya desde el primer anuncio: «*He aquí que yo enviaré mi Angel* para que te guíe y te guarde en el camino, y te introduzca en el lugar que he preparado. Reverénciale, y escucha su voz, y por ningún caso le menosprecies; porque, cuando pecares, no te lo pasará, *y en él está mi nombre*[2]. Mas si oyeres su voz e hicieres todo lo que digo, seré enemigo de tus enemigos y afligiré a los que te afligen» [3].

Y al terminar la promulgación de la Ley en el Sinaí, anunció *bendiciones y maldiciones*: «*Si anduviereis en mis preceptos*, y guardareis mis mandamientos, y los cumpliereis, os daré lluvias a sus tiempos, y la tierra producirá su esquilmo, y los árboles se cargarán de frutas. La trilla de las mieses alcanzará la vendimia, y la vendimia a su vez la sementera. Daré paz en vuestros términos; dormiréis, y no habrá quien os espante. Perseguiréis a vuestros enemigos, cinco de vosotros a ciento de los extraños, y ciento de vosotros a mil; caerán a espada vuestros enemigos delante de vosotros. Os multiplicaré, y afirmaré mi pacto con vosotros. Andaré entre vosotros y seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo» [4].

«*Mas si no me oyereis* ni cumpliereis todos mis mandamientos, os visitaré repentinamente con pobreza y enfermedades, y en vano haréis la siembra; porque vuestros enemigos la devorarán. Pondré mi rostro contra vosotros, y caeréis delante de vuestros enemigos, y quedaréis sujetos a aquellos que os aborrecen. Huiréis, sin que ninguno os persiga. Y si ni aun así me obedeciereis, añadiré siete tantos más a vuestros castigos por causa de vuestros pecados. Yo haré que el cielo sea de hierro para vosotros, y de bronce la tierra. Y enviaré contra vosotros las fieras del campo, para que vuestros caminos queden desiertos. Y descargaré sobre vosotros la espada que os castigará por haber roto mi Alianza. Y si os refugiareis en las ciudades, os enviaré la peste, y un hambre tan grande, que comeréis las carnes de vuestros hijos. Y os entregaré en manos de vuestros enemigos y caeréis entre las ruinas de vuestros ídolos, y vuestras ciudades quedarán destruídas, vuestros santuarios asolados y vuestra tierra devastada. Y os dispersaré entre las gentes hasta que reconozcáis vuestras culpas. Mas yo *no abandonaré del todo a mi pueblo*, de suerte

---

1 *Arabia Petrea* III (Viena 1908) 559.
2 Es decir, me manifiesto por medio de él; cfr. núm. 153 260 295.
3 *Exod.* 23, 20.
4 *Lev.* 26, 3-12; cfr. 18, 24 ss.

que perezca completamente y mi pacto hecho con él quede anulado; porque Yo soy el Señor Dios tuyo» [1].

349. La *Ley, tanto civil como ceremonial,* estaba en armonía con el carácter y las necesidades del pueblo israelita y era idónea para *preparar el camino al futuro Redentor:* «El fin de la Ley es Cristo» [2]. En ella se encierran los más hermosos gérmenes de *verdad* divina, *virtud* y santidad, que esperan y anuncian desarrollo y madurez más completos. *Los muchos preceptos* y prescripciones ceremoniales llevaron a la conciencia de Israel el convencimiento de la grande y universal fragilidad humana; y así dice el Apóstol: «Por la ley nos viene el *conocimiento del pecado*» [3]. De ahí que despertasen el anhelo por el Redentor que había de traer la completa reconciliación y santificación; del Redentor, que, tomando sobre sí los pecados, había de expiarlos, acabando con la iniquidad y granjeándonos una eterna justicia [4]. Mas, como quiera que la Ley influía en los corazones principalmente por *el miedo,* y agobiaba a los israelitas con una multitud de preceptos externos [5], contribuyó a despertar el deseo de la religión del amor y de la gracia. En este sentido la llama san Pablo *pedagogo para Cristo* [6].

350. Pruebas de la *independencia y carácter revelado* de la legislación mosaica. La religión mosaica, en particular la Ley, no deriva de fuentes egipcias, arábigas o babilónicas, ni se explica por ellas; ciertas afinidades que entre éstas y aquéllas se advierten, nada prueban contra el carácter revelado de la legislación de Moisés.

Hoy es universalmente reconocido que la Ley mosaica no deriva de la egipcia ni se puede explicar por ella [7]; antes bien ambas son radicalmente opuestas, tanto en la parte dogmática y ética, como en la ritual. Existen afinidades a lo sumo en algunos principios morales admitidos por toda la humanidad y en ciertas exterioridades secundarias — particularidades de los vestidos sacerdotales, simbolismo de los colores y números—, cuya significación, o era muy natural en sí misma, o la Ley mosaica la transformó convenientemente, acomodándola a su espíritu; a la manera como el Cristianismo toleró, conservó, purificó y transformó ciertos usos paganos, buenos en sí, y que estética o psicológicamente tenían razón de ser.

Se sospecha y afirma la existencia de elementos árabes (mineo-sabeos) en la legislación mosaica, debido a la estancia de Moisés en casa de Jetró y a la visita que éste hiciera a su yerno en el Sinaí. Hasta hoy sólo se han descubierto ciertas reminiscencias, más bien léxicas que reales: nombres técnicos del sacrificio, ritual y santuario *(bait),* especialmente los de holocausto y sacerdote *(lawi'u,* levita). También se ha notado cierta afinidad en el altar y sacrificio del incienso y en las ceremonias del gran día de la Expiación. Pero también aquí se trata, al parecer, sólo de exterioridades y cosas accidentales, a las cuales el legislador de Israel, al adaptarlas a sus ritos, dió el sentido que tuvieron en el culto de Yahve [8]. Pero hay además una circunstancia que resta valor a las inscripciones y pinturas arábigas aducidas, y es: que a la mayor parte de ellas no se les puede asignar fecha cierta. Cabe que dichas reminiscencias deriven del contacto de los mineos con los hebreos, mas no viceversa; esto acontece probablemente con la palabra *lawi'u* que, según la tradición hebrea, tiene origen histórico personal innegable (descendientes de Leví, hijo de Jacob. Cfr. *Gen.* 34 y 39).—También en Babilonia hay «ritos análogos» a los israelitas; algunos de los cuales se hallan asimismo en otras religiones y son, por ende, de origen humano común; otros tienen parentesco solamente lingüístico o semejanza

---

1 *Lev.* 26, 14 ss.
2 *Rom.* 10, 4. 3 *Rom.* 3, 20.
4 *Is.* 45, 8; 53, 4 ss. *Dan.* 9, 27. 5 *Act.* 15, 10. 6 *Gal.* 3, 25.
7 Sellin. *Ertrag der Ausgrabungen* 10. Gressmann, *Schriften des AT* I 2 24.
8 Cfr. Landersdorfer en *BZF* III 234; Hommel, *Die altisraelitische Überlieferung* 278 s.; *ATAO*[3] 380.

externa. Nada tienen que ver en esta cuestión las idolatrías que temporalmente anidaron en Israel [1].

351. Si comparamos la legislación mosaica con la de Hammurabi, resalta la superioridad de aquélla sobre ésta en todos los aspectos. La legislación de Hammurabi nace en un estado que jurídica y culturalmente estaba muy adelantado; pues el imperio babilónico tenía ya larga historia en 2000 a. Cr. Mas la legislación mosaica aparece sin precedentes y en consonancia con las costumbres sencillas que el pueblo de Israel tenía por los años de 1500 a. Cr.; sin embargo, en los principios ético-religiosos aventaja a la babilónica. En los puntos en que ambas coinciden — especialmente en lo del libro de la Alianza — el parecido puede explicarse por antecedentes históricos o psicológicos de carácter universal, o por fuente común antigua, que podría llamarse derecho antiguo común, semítico o arábigo. Se ha demostrado de una manera convincente, que Moisés no tomó de Hammurabi la legislación (cfr. p. 64 ss.); pero también se puede asegurar que en la Ley mosaica hay elementos del derecho consuetudinario antiguo, como atestigua la Sagrada Escritura en lo que toca a los tiempos patriarcales. El paralelo «Moisés-Hammurabi», lejos de menoscabar el acontecimiento de la promulgación de la Ley en el Sinaí [2], resulta desfavorable al código babilónico. Hammurabi, que en el prólogo y remate de su código nombra nada menos que treinta y dos dioses, no recibe la ley del dios-sol (Samas) — según la explicación que se da del relieve de la parte superior de la estela de Hammurabi [3]—: él es el *rey* soberano *de la justicia;* se siente en cierto modo de igual condición que los dioses; se equipara por lo menos al sol que asciende por encima de las nubes, encomia *su* propia sabiduría e invita a los que buscan el derecho a que vengan a *él* a oír *sus* palabras. Faltan en su legislación las ideas religiosas; no combate la concupiscencia, origen del pecado; no refrena el egoísmo, ni conoce el mandamiento del amor al prójimo, ni reconoce en el pecado la causa de la perdición de la humanidad, porque reprueba el temor de Dios; ataja la injusticia con rigor draconiano, mas no los horrores de la inmoralidad del culto. Aun en disposiciones humanitarias le supera manifiestamente la legislación mosaica [4].

---

[1] Cfr. Zimmern, *Keilinschrift und Bibel* 26 ss.; *ATAO*³ 375. También Grimme (*Mohamed* 40) señala algunas analogías, inadvertidas hasta el presente, entre las ideas y prácticas religiosas árabes e israelitas. «Las investigaciones modernas histórico-religiosas han demostrado de una manera incontrovertible que muchas prácticas israelitas no fueron inventadas por Moisés, sino que estaban en uso anteriormente en otros pueblos semitas. Así como es cierto que la gracia presupone la naturaleza, así también lo es que la divina providencia se sirvió de formas y prescripciones religiosas ya existentes, buenas en sí mismas, y las implantó en el pueblo escogido. Así se explican—aun prescindiendo de la revelación primitiva que a todos los pueblos se extiende—multitud de coincidencias o analogías de la religión hebrea con las de otros pueblos orientales. Pero no se puede negar, por otra parte, que aquélla vence a todas las demás por su fondo y sublimidad y que en ella intervinieron fuerzas y virtudes que echamos de menos en las otras. La superioridad de la religión israelita sobre las del Asia Menor es un hecho cada día más comprobado por los estudios orientales». Así Heyes en *LBKV* 1905, núm. 18, 135.

[2] Como cree Delitzsch (*Rückblick* 31).

[3] Véase el grabado de la lámina 1. Explicación de la figura véase en Grimme, *Das Gesetz Chamurabis und Moses* (Colonia 1903) 6 s.; *Unbewiesenes* 57 s.; Horowitz, *Babel und Bibel* (Francfort 1904) 25 s. A pesar de esto, consta que, también según las ideas babilónicas, los hombres reciben preceptos de los dioses, y que se les comunica la sabiduría y las disposiciones divinas por medio de libros y escritos. *ATAO*³ 372.

[4] Los detalles véanse en Grimme l. c.; Nikel, *Zur Vesrständigung* 88 ss.; *Moses und sein Werk* (*BZF* II 7) 30 s.; Kugler, *Babylon und Christentum* I 46 ss.; J. Jeremias, *Moses und Hammurapi*² (Leipzig 1903) 33 ss.; *ATAO*³ 371 ss. Bibliografía general: *ThR* II 19. *BZ* 327; II 79 104; III 97 324. En lo esencial conducen al mismo resultado los estudios críticos e histórico-jurídicos de Müller (*Die Gesetze Hammurapis und ihr Verhältnis zur mosaischen Gesetzgebung,* Viena 1903; una conferencia del mismo, *Über die Gesetzte Hammurapis,* Viena 1904), y de Kohler y Peiser (*Hammurapis Gesetz* I, Leipzig 1903). —Acerca de Moisés y Hammurabi y la legislación matrimonial de ambos cfr. *PB* 1904. 1 ss. Cfr. además Meissner, *Aus dem altbabylonischen Recht,* en *AO* VII (1905) 1.

No la creencia en la Revelación, sino su enemiga, la crítica del *Pentateuco,* ha recibido rudo golpe con el descubrimiento del código más antiguo del mundo. Antes y después de ese descubrimiento, el Sinaí es para el historiador «un misterio único en el mundo», que sólo se explica admitiendo que existió «una comunicación directa de Dios con el hombre», es decir, una Revelación [1].

46. Censo del pueblo. Salida del Sinaí. Exploradores

(*Num.* 1-14)

352. El **cuarto libro de Moisés,** llamado de los **Números** [2], refiere lo que ocurrió después de la salida del Sinaí: primero los sucesos del segundo año de la salida de Egipto hasta la reprobación del pueblo (cap. 1-19), y luego los del año cuarenta (cap. 20-36).

Casi un año permanecieron los israelitas al pie del Sinaí. Había terminado la divina instrucción de Israel para el grandioso destino que el Señor le reservaba, y estaban echados los cimientos del reino que Dios quería fundar en la tierra prometida. Mas sólo con la espada podía llevarse a cabo la toma de posesión de aquel país; por lo que era preciso hacer de Israel un pueblo guerrero y bien disciplinado. A este fin se encaminaba el censo de los hombres de armas, de 20 años para arriba [3]. El resultado fué el siguiente:

Tribu de:	Jefes:	De 20 años	De 40 años
Rubén	Elisur	46500	43730
Simeón	Salamiel	59300	22200
Gad	Eliasaf	45650	40500
Judá	Nahason	74600	76500
Isacar	Natanael	54400	64300
Zabulón	Eliab	57400	60500
Efraim	Elisama	40500	32500
Manasés	Gamaliel	32200	52700
Benjamín	Abidan	35400	45600
Dan	Ahiezer	62700	64400
Aser	Fegiel	41500	53400
Neftalí	Abira	53400	45400
	Total	603550	601730

353. Hecho el censo, se dictaron disposiciones relativas a la *formación en los campamentos* y *en las marchas.* En el campamento la Casa del Señor ocupaba el centro. En derredor de ella las tiendas de la tribu de Leví: a la entrada, o sea en el lado oriental, Moisés y Aarón, los hijos de Aarón y los *sacerdotes;* en los otros tres lados los *demás levitas,* a saber: los descendientes [4] de Gersón

---

[1] Kittel, *Geschichte des Volkes Israel* I³ 594.

[2] Es decir, número o numeración; lleva este nombre porque comienza con el censo del pueblo, que se llevó a cabo antes de marchar del Sinaí.

[3] Cfr. *Num.* 1 ss. Nueve meses *antes,* con motivo de la recaudación de tributos para construir el Santuario, se efectuó un censo que tuvo el mismo resultado (*Exod.* 30, 16; cfr. 38, 25; núm. 298). Compárese con el censo verificado el *año* 40, al terminar el viaje por el desierto (*Num.* 26; cfr. núm. 386). La *disminución* del pueblo (unos 1820 hombres) se explica por los castigos que Dios le impuso durante el viaje. La mayor participación en los crímenes debió ser la causa principal de la gran mengua de *algunas tribus.* En particular la tribu de Simeón, a la que pertenecía el desvergonzado Zambri, parece haber sido la que mayor parte tomó en la disoluta idolatría madianita; es de suponer que también habría sido la más castigada cuando el Señor, irritado, hizo perecer a 24000 israelitas (v. núm. 385). *Manasés aumentó* la que más, un 60 %, lo cual nada tiene de sorprendente: la población de Prusia creció de 1816 a 1855 de 10 millones a 17, o sea un 65 %. La tribu de Leví no se cuenta entre la gente de guerra, porque su sagrado ministerio la eximía del servicio de las armas (más detalles en núm. 323). Acerca de los datos numéricos cfr. núm. 258.

[4] Cfr. núm. 234.

al occidente, los de Caat al mediodía y los de Merari al norte del Tabernáculo. En otro círculo más amplio debían situarse las doce tribus, tres en cada lado, con una enseña: Judá, Isacar y Zabulón al oriente; Rubén, Simeón y Gad al mediodía; Efraim, Manasés y Benjamín al occidente; Dan, Aser y Neftalí al norte. El orden en las marchas era el siguiente: *Judá* a la vanguardia, siguiéndole Isacar y Zabulón; luego, los levitas de las familias de Gersón y Merari, llevando los componentes del Tabernáculo. Detrás, *Rubén,* Simeón y Gad; a continuación, los levitas de la familia de Caat (y los sacerdotes) con los instrumentos del Tabernáculo; a la postre, *Efraim,* Manasés y Benjamín. La retaguardia la formaban Dan, Aser y Neftalí[1].

354. Entre tanto había llegado el aniversario de la salida de Egipto, y el pueblo celebraba por primera vez la memoria de la Pascua. Mandó Dios a Moisés que fabricase *dos trompetas de plata* para dar la señal de marcha a los jefes y a las divisiones del ejército, cuando se levantase la columna de nube; habían de servir también para dar la voz de combate y de victoria; su sonido, en fin, debía alegrar a los israelitas en los días de regocijo, especialmente al ofrecerse los holocaustos en las festividades y en los novilunios[2]. Tras esto, dió el Señor la señal de *marcha,* levantándose la columna[3] de nube, la cual fué delante de los israelitas tres jornadas, hasta el *desierto de Farán*[4]. Y cuando los sacerdotes levantaban el Arca sobre sus hombros para emprender la marcha, decía Moisés: «*Levántate, Señor,* y sean disipados tus enemigos, y huyan de tu rostro los que te aborrecen». Y cuando la bajaban de nuevo decía: «*Vuélvete, Señor,* hacia la multitud del ejército de Israel» (*Num.* 10, 35 s.). No tardó mucho el pueblo en murmurar de lo embarazoso de la marcha. Enojóse el Señor, y salió de El un fuego que devoró a los que estaban al extremo del campamento. El pueblo, asustado, clamó a Moisés; éste oró al Señor, y el fuego se extinguió. Por este castigo se llamó aquel lugar *Tabeera,* que quiere decir *Incendio*[5].

---

[1] Cfr. *Num.* 10, 13-28.

[2] Sólo a los sacerdotes se permitía el uso de estas trompetas.

[3] Cfr. núm. 260 y 304.

[4] Cfr. *Num.* 10, 12; 13, 1; núm. 359. El desierto de Farán, el «grande y espantoso», como le llama el *Deuteronomio* (1, 19), se prolonga al norte por el desierto de Cades y el de Sin (en hebreo *Zin,* no confundirlo con el desierto de Sin ni con el de Sinaí; cfr. núm. 281 s.) hasta el límite meridional de Canaán.—Seetzen y otros viajeros modernos lo describen como un desierto pavoroso: montículos cretáceos pelados, llanuras inmensas de arena movediza o sembradas de piedra negra que despide fuego; sin aldeas ni poblados, sin árboles ni arbustos; sólo algunos oasis en que pueda descansar el transeunte (cfr. núm. 391).—Acerca de la ruta de los israelitas cfr. Weiss, *Moses* 92 ss. Tomando el valle de *Cheik,* caminaron unos 50 Km. hacia el norte; torciendo luego un poco a la derecha atravesaron la planicie arenosa er-Ramleh, que se extiende al norte del macizo sinaítico, para entrar a los 20 Km. en el valle de *Zulaka;* ascendiendo por este valle, en dirección del nordeste, hicieron alto al tercer día a unos 120 Km. del Sinaí, en el actual *el-Ain* (la fuente), llamado *Sepulcros de la concupiscencia* (e *Incendio*), por los sucesos que allí se desarrollaron. El camino había sido sumamente fatigoso; de ahí el descontento que paró en abierta murmuración. Según otros, del extremo septentrional del valle de Cheik torcieron hacia el nordeste, y pasando por Ain el-Hadra, fueron en busca de la costa occidental del golfo de Akabah (cfr. núm. 281), a la que arribaron después de un recorrido de 120 Km. Luego subieron por el litoral hasta Elat o Akabah, encaminándose de allí, casi en dirección septentrional, al desierto de Farán. La primera hipótesis nos parece más conforme con los sucesos siguientes.

[5] Este lugar no parece distinto de «Sepulcros de la concupiscencia», sino un rincón muy apartado de aquel vasto campamento. Así se explica por qué *Num.* 33, 16 s. no lo menciona entre las estaciones del pueblo de Israel.

355. Aquella *turba* que se les había allegado a la salida de Egipto [1], tuvo ardiente *deseo de comer carne;* y contagiándose los israelitas, pusiéronse a las puertas de sus tiendas; y llorando decían: «¡Quién nos diera carne para comer! Nos acordamos de los peces que de balde comíamos en Egipto, y se nos vienen al pensamiento los cohombros y los melones, y los puerros, y las cebollas, y los ajos [2]. Nuestra alma está a punto de fallecer y ninguna otra cosa ven nuestros ojos, sino maná». Encendióse en gran manera la ira de Dios; y aun a Moisés le parecía cosa intolerable. Por lo que dió quejas al Señor, diciendo: «¿Por qué has cargado sobre mí el peso de todo este pueblo? ¿He engendrado yo acaso a todo este pueblo para que tú me digas: Llévalos en tu seno y condúcelos a la tierra que prometí con juramento a tus padres? ¿De dónde he de sacar yo carnes para dar a tan grande multitud? Lloran contra mí, diciendo: Danos carnes que comamos. No puedo yo solo soportar a todo este pueblo, porque me es pesado. Que si no pones remedio, suplícote que me quites la vida; y halle yo gracia en tus ojos para no ser oprimido por tantos males».

356. Y el Señor dijo a Moisés: «*Reúneme setenta varones de los ancianos de Israel,* los que tú conozcas que son Ancianos y jefes (guías y funcionarios) del pueblo [3] y los llevarás a la puerta del Tabernáculo de la Alianza; y descenderé Yo y tomaré de tu espíritu y lo comunicaré a ellos [4], para que sostengan contigo la carga del pueblo. Dirás también al pueblo: «Purificaos [5]; mañana comeréis carnes, como deseáis; no un día, ni dos, ni diez, ni veinte; sino por todo un mes entero, hasta que os causen náuseas». No porque dudase de la omnipotencia de Dios, sino lleno de asombro y deseando saber cómo lo llevaría Dios a cabo, dijo Moisés: «Seiscientos mil hombres de a pie son los de este pueblo. Y tú dices: les daré a comer carnes un mes entero. ¿Por ventura se ha de matar tan grande multitud de ovejas y de bueyes, que les baste para comer?» Respondió el Señor: «¿Pues qué, la mano de Dios es débil? Presto verás si se pone por obra mi palabra».

Moisés comunicó al pueblo las palabras del Señor, eligió setenta entre los ancianos de Israel, y los puso en semicírculo delante del Tabernáculo. Descendió el Señor en la nube y habló a Moisés; y tomando del espíritu que en él había, se lo infundió a los setenta varones. *Al punto comenzaron éstos a profetizar* [6].

---

[1] Cfr. núm. 258.

[2] *El Nilo es muy abundante en pesca;* hasta los más pobres pueden procurarse qué comer. Pero también de otros manjares de excelente calidad había abundancia en Egipto. El *cohombro* egipcio es más largo, tierno, dulce y digestible que nuestro pepino; en Siria se come como fruta. La *sandía* tiene casi 1 metro de longitud y $^{1}/_{2}$ de grosor; su jugo es muy dulce y refrescante. El *puerro* se come con pan; los *ajos* y *cebollas* son la vianda principal del trabajador egipcio (cfr. página 256, nota 3); la cebolla egipcia tiene un gusto exquisito y, tanto cocida como asada, es el alimento favorito de los egipcios. Cfr. página 256 nota 3.

[3] No dice el texto si eran los mismos que un año antes de promulgar la Ley llevó consigo Moisés al monte Sinaí (cfr. núm. 288). Es de advertir que, según el texto hebreo, los «Ancianos» son a la vez *schoterim,* es decir, funcionarios, expertos en (leer y) escribir. De *Exod.* 5, 14 ss.; 38, 21; *Num.* 5, 23, se desprende que había donde escoger entre los israelitas. Es muy probable que el exigir dicho requisito fuera para que pudiesen conocer, aprender y enseñar la Ley y aplicarla con justicia; es posible también que la administración de justicia requiriese algunas anotaciones escritas.

[4] No por ello disminuyó el espíritu de Dios que moraba en Moisés; como no se menoscaba un fuego por encender otro en él. Las palabras de Dios quieren decir: voy a llenarlos del mismo espíritu que te comuniqué a tí. Su oficio era, por consiguiente, mucho más noble que el de los prepósitos de que hemos hablado en el núm. 277.

[5] Cfr. núm. 284.

[6] Es decir, hablaban de una manera tan santa e inspirada, que todos comprendieron que se les había comunicado el espíritu de Dios.

Dos de los elegidos, *Eldad* y *Medad*, se habían quedado en el campamento [1]; mas también ellos profetizaban — señal de que también a ellos les alcanzó el espíritu. Refiriéronlo a Moisés, y Josué dijo: «Señor mío, Moisés, no les permitas tal cosa». Pero Moisés replicó: «¿A qué fin tienes celo por mí? Ojalá profetizase todo el pueblo y concediese el Señor a todos su espíritu».

357. Habiendo vuelto al campamento Moisés y los Ancianos, un viento movido por el Señor transportó *codornices* [2] del otro lado del mar, arrojándolas en derredor del campamento en un espacio como de una jornada de camino; y volaban las codornices a dos codos de altura sobre la tierra (de suerte que los israelitas las podían coger fácilmente). Acudió el pueblo; y aquel día y toda la noche y el día siguiente juntó el que menos diez coros de codornices [3]; y las pusieron a secar alrededor de los campamentos [4]. Aun tenían las carnes entre sus dientes, y no se había acabado semejante vianda, cuando irritado el furor del Señor contra el pueblo, le castigó con una plaga sobremanera grande. Y porque allí quedó sepultada la gente que tuvo aquel antojo, llamóse el lugar *Sepulcros de la concupiscencia* [5]. De allí marcharon a *Haserot* [6].

358. Aquí tuvo que sufrir Moisés una nueva prueba. Sus más allegados, *su hermana María* e, incitado por ésta, su hermano Aarón, hablaron contra él a causa de su mujer etiópica [7]: «¿Por ventura el Señor ha hablado sólo por boca de Moisés? ¿No nos ha hablado igualmente a nosotros?» Moisés, el hombre más manso de cuantos moraban en la tierra, sufrió en silencio y con paciencia la murmuración; pero el Señor no lo dejó pasar. Llamando al punto a Moisés, María y Aarón a la puerta del Tabernáculo, aparecióseles en la nube y dijo a María y Aarón: «Oíd mis palabras: Si alguno fuere entre vosotros profeta del Señor, yo me apareceré a él en visión, o le hablaré en sueños [8]. Mas no así a mi

---

[1] Por algún motivo que no desagradó a Dios.

[2] Como un año antes, pero en tanta cantidad que bastaron para un mes (cfr. *Ps.* 77, 26 ss). Tan pronto como se repara en la ocasión, en las circunstancias y consecuencias, se echa de ver que los relatos corresponden a dos hechos distintos (cfr. núm. 273), y que no se trata de un relato doble.

[3] Unos 36 Hl. (cfr. página 192, nota 3). Cfr. también Kalt, *Bibl. Archäologie* núm. 69.

[4] Las extendieron para secarlas al sol y al calor de la arena, como todavía hoy suelen hacer los egipcios con los peces y aves.

[5] Enviósles Dios el castigo antes de acabar el mes, cuando ya la carne les producía náuseas. No dice la Sagrada Escritura que hubiesen muerto por haberse dejado llevar de la gula, pero es muy probable. Creen algunos que la muerte de muchos pudo provenir de las cosas nocivas de que se alimentan las codornices; mas esto no basta para explicar tamaño castigo.

[6] Tal vez *Bir el-Themed* de hoy, unos 70 Km. al norte de *el-Ain;* según otros Ain el-Hadra, unos 100 Km. al nordeste del Sinaí, a 20 Km. del golfo de Akabah. Cfr. núm. 354.

[7] Según el hebreo: «de que había tomado mujer kusita» (es decir, etiópica). Tal vez sucedió esto en un segundo matrimonio de Moisés a la muerte de Séfora; pero probablemente se refiere el Texto Sagrado a Séfora misma, que podía ser o por lo menos llamarse kusita (¿extranjera?), por existir en Arabia una región llamada *Kus,* y porque entre las tribus madianitas y en su proximidad vivían tribus kusitas. Así vemos que *Habacuc* 3, 7 (cfr. *Ps.* 67, 32; *Is.* 60, 6) relaciona los kusitas (*Vulgata:* etíopes) con los madianitas; que en II *Par.* 14, 9, se designa como kusita al jefe de una tribu árabe llamado Zara (*Zerach*), y que *Is.* 45, 14, enumera después de Kus a los «sabeos, hombres de gran estatura», es decir, a los árabes. Cfr. Landersdorfer en *BZF* III 214. Aarón y María, envidiosos de la elevada posición de Moisés, creyeron ver en Séfora un medio para desacreditar al hermano y elevarse a sí mismos. En el cargo que le hicieron vemos el falso y mezquino *exclusivismo* judío, muy opuesto al espíritu de Moisés y de la Revelación. Sólo estaban prohibidos los matrimonios con cananeas (*Exod.* 34, 16; cfr. núm. 343).

[8] Cfr. núm. 147.

siervo Moisés, que es el más fiel de toda mi casa [1]; porque le hablo boca a boca; y él ve al Señor claramente, y no bajo enigmas y figuras [2]: ¿Pues cómo no habéis temido hablar mal de mi siervo Moisés?» Y se retiró la nube del Tabernáculo. Y he aquí que María se vió cubierta de lepra, y se quedó blanca como la nieve. Y como Aarón la viese, dijo a Moisés: «Suplícote, señor mío, que no quede sobre nosotros este pecado que neciamente hemos cometido; y que no quede ésta como un muerto. Mira, la lepra ha consumido ya la mitad de su carne». Y clamó Moisés al Señor, diciendo: «¡Oh Dios, sánala, te ruego!» Al cual respondió el Señor: Si su padre le hubiera escupido en la cara [3], ¿acaso no debería estar sonrojada siquiera por siete días? [4] Que esté separada siete días fuera del campamento, y después la harás volver». Y así sucedió; y el pueblo no se movió de aquel lugar, hasta que Moisés hizo volver a María.

359. Salieron de Haserot y acamparon en la región norte del desierto de *Farán*, llamada *desierto de Sin o de Zin junto a Cades* [5]. Aquí les habló [6] Moisés diciendo: «Habéis llegado a las montañas del Amorreo, al límite de la tierra cuya posesión nos ha de dar el Señor. Subid y ocupadla, como Dios nuestro Señor lo prometió a vuestros padres; no tenéis que temer, ni alarmaros por nada». Mas ellos respondieron: «Enviemos personas que reconozcan la tierra y nos informen por qué camino debemos subir». Por orden de Dios [7] accedió Moisés a su deseo, y eligió doce hombres conspicuos, uno de cada tribu: entre ellos a *Caleb* de la tribu de Judá y a *Josué* [8] de la de Efraim. Y antes de salir los exploradores les dijo Moisés: «Subid y reconoced qué tal es el país y el pueblo que lo habita, si fuerte o débil, si pocos en número o muchos. Examinad también las ciudades, si están muradas o sin muros; si el terreno es pingüe o estéril, si de bosques o sin árboles. Tened buen ánimo y traednos de los frutos de ese país».

---

[1] O según el hebreo: «que tiene a su cargo toda mi casa» (es decir, el gobierno del pueblo).

[2] No que viese al Señor «realmente» (cfr. núm. 288), sino de una manera especial y sublime, mediante un trato íntimo y familiar; no como los demás por medio de figuras y enigmas.

[3] Es decir: Si su padre le hubiese denostado públicamente por algún traspié.

[4] Es decir: Se habría escondido espantada; ¿cuánto más ahora que con su conducta ha merecido la reprensión de Dios?

[5] Cfr. *Num.* 13, 1 22 27; *Deut.* 1, 19 ss.—Según *Num.* 33, 18 s., llamóse aquel campamento *Rethma* (es decir, valle de la retama, por las muchas matas de retama que allí había). Hasta ahora se ha identificado comúnmente *Cades* con la actual Ain Kadis, que se halla en la accidentada meseta de Azazimat; tiene ésta una extensión de 15 Km. de largo por 7 de ancho, y se encuentra naturalmente defendida por una cadena de montañas que la circundan; uno de los valles que allá conducen por oeste lleva todavía el nombre de Wadi Rethemath (valle de las retamas). Allí se ve la antiquísima fuente de Misphat *(Gen.* 14, 7, probablemente un santuario de los amorreos), y a corta distancia la fuente Ain el Kderat, (acaso) la que Moisés hizo brotar de la roca (v. núm. 370). Allí encontraron los israelitas hierba en abundancia para sus rebaños; allí podían acampar con toda comodidad y defenderse de cualquier ataque. Allí esperaron las noticias de los exploradores. Las nuevas investigaciones pueden verse en *ZDPV* 1885, 182; 1914, 37; *RB* 1896, 440; Schönfeld, *Halbinsel des Sinai* 97 ss. 171 s.; *Hagen LB* I 699. A. Musil cree haber hallado el Cades bíblico en la actual *Kornub,* mucho más cerca del límite meridional de Tierra Santa.

[6] Según *Deut.* 1, 20 ss. [7] *Num.* 13, 2 ss.

[8] Llamábase Osee (salvación); Moisés le da aquí el nombre de *Ioschua* o *Iehoschua* = = Josué, en griego Jesús, es decir: aquel mediante el cual Yahve ha de salvar. Con esto quería indicar que Josué, con el auxilio de Dios, había de conducir al pueblo hebreo de las angustias del desierto a la tierra prometida.

360. Era el tiempo de las primeras uvas [1]. Los exploradores recorrieron todo el país «hasta Rohob, a la entrada de Emat» [2]. *Y habiendo regresado a los cuarenta días,* mostraron al pueblo los frutos de aquel país, especialmente un racimo, que cortaron en el *torrente del Racimo* [3] junto a Hebrón; traíanle entre dos en un varal. Mostraron también granadas e higos. Y hablaron diciendo: «Aquel país realmente mana leche y miel [4]; pero sus habitantes son muy valerosos y sus ciudades grandes y fortificadas. Allí hemos visto la raza de Enak». Con esta descripción comenzó el pueblo a murmurar contra Moisés y Aarón; pero Caleb y Josué, para acallar el murmullo, dijeron: «Ea, vamos allá y tomemos posesión de la tierra; que podemos vencer a sus habitantes». Empero los otros exploradores decían: «De ningún modo tenemos fuerza para subir a ese pueblo, porque es más fuerte que nosotros. La tierra se traga a sus habitantes [5]; los hombres que hemos visto son de elevada estatura; hasta *gigantes* hemos visto, hijos de Enak, de raza gigantesca, en cuya comparación nosotros parecíamos langostas» [6].

Oído lo cual, «toda la multitud lloró a gritos aquella noche, y *todos murmuraron contra Moisés y Aarón,* diciendo: ¡Ojalá hubiéramos muerto en Egipto! ¡y ojalá perezcamos en este vasto desierto! ¿Por qué el Señor nos lleva a esa tierra, para que perezcamos a espada, y nuestras mujeres e hijos sean llevados

---

[1] Julio o agosto; la vendimia es en septiembre u octubre (cfr. núm. 136).

[2] Si por Rohob se entiende el lugar de este nombre, que *Iud.* 18, 28 menciona al norte, junto a Dan, entonces el texto vendría a decir que recorrieron el país de uno al otro extremo. Schönfeld, que hizo este recorrido a caballo, lo calcula en 388 Km. (ida y vuelta 776 Km.). No es imposible hacerlo en 40 días, pues el editor de esta obra (Kalt) ha recorrido por Palestina 500 Km. en 20 días (con los correspondientes descansos). Pero no deja de sorprender que el texto hebreo hable sólo de «Negeb», país del mediodía (v. núm. 159), donde los exploradores vieron a los enakitas y encontraron aquellos frutos extraordinarios. Allí se encuentran hoy huellas de muchas ciudades destruídas; muy bien pudieran hallarse Rohob y Emat en esta región. No es raro en la antigüedad, como tampoco ahora, que dos o más ciudades lleven el mismo nombre. Posible es también que se haya introducido alguna alteración o glosa en el texto.

[3] Buscan los modernos el torrente o valle del Racimo 45 Km. al sur de Hebrón, junto a las «colinas de los racimos» *(tuteilât el-inab)* que rodean Bersabée. Cfr. *LB* II 213.

[4] Cfr. *Exod.* 3, 8 17; también *Exod.* 13, 5; 33, 3; *Lev.* 20, 24; núm. 363. El editor de esta obra puede responder, por experiencia propia, de que es verdad cuanto de la altura extraordinaria de las cepas y del gran tamaño de los *racimos* nos dicen los viajeros antiguos y modernos (por ejemplo, Estrabón, *Georg.* 2, 73; Mislin, *Die heiligen Orte* III 79); no son raros los racimos de 30 a 40 cm. de longitud. Distinguíanse por sus viñedos los valles de Engaddi *(Cant.* 1, 13), Escol (arroyo del racimo) y Sorec (valle del racimo) en Judá, Samaria *(Ierem.* 31, 5), Sabama en Galaad *(Is.* 56, 8 9), Sarepta en Sidón, y los valles del Líbano. Cfr. Zapletal, *Der Wein in der Bibel* (Friburgo 1920).—El *granado* da a fines de agosto frutos del tamaño de la naranja.—La *higuera* es aún hoy abundantísima en Palestina; trae tres cosechas: en enero, junio y agosto. Sus anchas hojas proporcionan fresca sombra; de ahí la frase: «estar sentado bajo su higuera», que emplea la Sagrada Biblia para expresar el descanso apacible y el bienestar no turbado (cfr. III *Reg.* 4, 25; *Mich.* 4, 4). Para más pormenores cfr. núm. 137 193 663.

[5] Tal vez por las continuas luchas de unos con otros; pero es posible esta otra interpretación: «allí no se puede vivir ni prosperar».

[6] Todo el relato era una exageración llena de embustes. Los hijos de Enak eran tres: Aciman, Sisai y Tolmai *(Num.* 13, 23; cfr. núm. 142); su padre Enak (nombre que tal vez significa «el de cuello largo», el gigante) era hijo de Arbe, el mayor de los enakitas *(Ios.* 14, 15; 15, 13). En sentir de algunos intérpretes, Enak o Enakitas era el nombre del linaje de Arbe, y Aciman, Sisai y Tolmai eran tres tribus de este linaje; pues todavía se hace mención de ellos 50 años más tarde en tiempo de Josué *(Ios.* 15, 14, y *Iudic.* 1, 10). *LB* II 174.

cautivos? ¿Por ventura no es mejor volvernos a Egipto?» En vano trataba Moisés de calmarlos [1]: «No vaciléis; ni temáis a los cananeos. El Señor Dios, el cual es nuestro conductor, Él mismo peleará por vosotros, como lo hizo en Egipto a vista de todos; Él os ha traído, por el desierto hasta hoy, como un padre lleva a sus pequeños». Mas ellos, en abierta rebeldía, se decían unos a otros: «*Nombremos un caudillo* y volvamos a Egipto». Cuando esto oyeron Moisés y Aarón, se postraron en tierra delante de toda la multitud de hijos de Israel. Josué y Caleb rasgaron sus vestiduras y dijeron al pueblo de Israel: «La tierra, que hemos recorrido, es buena. Si el Señor nos fuere propicio, nos introducirá en ella, y nos dará un país que mana leche y miel. No queráis ser rebeldes contra el Señor; ni temáis al pueblo de esta tierra; porque nos los comeremos como pan. Se hallan destituídos de toda defensa; el Señor está con nosotros, no los temáis» [2]. Y como alzase el grito la multitud y *quisiera apedrearlos,* apareció la nube del Señor sobre el Tabernáculo a la vista de todos los hijos de Israel.

361. Y el Señor dijo a Moisés: «¿Hasta cuándo ha de blasfemar de mí ese pueblo? ¿Hasta cuándo no me han de creer, con todos los prodigios que llevo hechos delante de ellos? Los voy a herir, pues, con peste y acabaré con ellos; y a ti te haré caudillo de una nación grande y más fuerte que ésta». *Intercedió Moisés de nuevo* [3] y dijo: «Perdona, te ruego, el pecado de este pueblo, según la grandeza de tu misericordia». Mas el Señor replicó: «He perdonado conforme a tu palabra, pero, por mi vida, *la tierra será llena de la gloria del Señor* [4]. Diles pues: Vivo yo, dice el Señor, que he de hacer con vosotros lo que habéis hablado. En esta soledad yacerán vuestros cadáveres. Todos los que habéis sido contados de veinte años arriba, y que habéis murmurado contra mí, no entraréis en la tierra, sino Caleb y Josué. Pero yo haré entrar en ella a vuestros pequeñuelos. Pero tendrán que *andar vagando por el desierto cuarenta años,* hasta que sean consumidos los cadáveres de sus padres en el mismo desierto, a proporción de los cuarenta días empleados en explorar el país; por cada día se contará un año de castigo. Mañana partiréis, y os volveréis de la presencia del Amorreo y del Cananeo [5] al desierto por el camino del mar Rojo». *Los diez exploradores* que desacreditaron aquel país e indujeron al pueblo a la murmuración, fueron heridos por Dios de muerte repentina. Moisés refirió las palabras de Dios al pueblo, que se hallaba consternado, y el pueblo prorrumpió en amargo llanto.

362. Pasando el pueblo, en su volubilidad, de un extremo al otro, y desobedeciendo la orden de Dios, quiso marchar a la tierra prometida. A la mañana siguiente disponíanse a subir las montañas que tenían a la vista y atacar a los *amalecitas y cananeos.* En vano les disuadía Moisés: «¿A qué fin queréis quebrantar el mandato del Señor? Sabed que no os ha de salir bien. No penséis en ir; porque el Señor no está con vosotros». Con todo, ellos, obstinados, subieron a la cima del monte; pero el Amale-

---

1 Cfr. *Deut.* 1, 29 ss.
2 Véase en *Eccli.* 46, 9-12 el elogio de Josué y Caleb.
3 Cfr. núm. 293 297.
4 Alude a la elección de Israel en beneficio de *todos* los pueblos.
5 Resueltos a resistir a los israelitas, estaban acampados en el valle (*Num.* 14, 25), probablemente en el ancho Wadi Marreh, que limita al sur el país de Canaán, separándolo de la cordillera de Azazimat.

cita y el Cananeo les salieron al encuentro, los destrozaron y los fueron persiguiendo hasta *Horma* [1].

47. El profanador del sábado. Sedición de Coré. La vara de Aarón

(*Num.* 15-17)

363. De regreso en el campamento, lloraron los israelitas arrepentidos en la presencia del Señor. Vana fué esta vez su esperanza de aplacar la ira de Dios; solamente consiguieron no verse obligados a volver inmediatamente al desierto. *Quedaron, pues, largo tiempo en Cades* [2]. Aquí sucedió probablemente lo del israelita que *fué a recoger leña* fuera del campamento *en día de sábado* [3]. Presentáronle a Moisés y Aarón y a toda la Sinagoga. No sabiendo cómo castigar tamaña profanación, le pusieron en custodia. Y dijo el Señor a Moisés: «Muera de muerte ese hombre; apedréelo el pueblo fuera del campamento».

364. Algún tiempo después *alzáronse* contra Moisés y Aarón *doscientos cincuenta* hombres de los más ilustres de la Sinagoga, capitaneados por Coré, Datán y Abirón. Era Coré pariente próximo de Moisés y Aarón por ser nieto de Leví e hijo de Caat [4]; Datán y Abirón eran hijos de Eliab, de la tribu de Rubén [5]. Levantándose, pues, contra Moisés y Aarón les dijeron: «*Toda esta comunidad es santa;* ¿por qué, pues, os ensalzáis tanto sobre el pueblo del Señor?» Cuando Moisés oyó esto, postróse en tierra sobre su rostro para encomendar a Dios el asunto. Luego habló a Coré y a sus partidarios: «Mañana declarará el Señor quiénes son los suyos; presentaos, pues, ante el Señor, cada cual con su incensario; y aquél a quien El escogiere, ese será santo [6]. *¡Oh hijos de Leví! mucho os engreís* [7]. ¿Os parece poco que el Dios de Israel os haya separado de todo el pueblo y allegado a sí para que le sirvierais en el culto del Tabernáculo y delante del concurso del pueblo ejercierais su ministerio? ¿Para esto ha hecho que tú y tus hermanos, hijos de Leví, os acerquéis a El, para que usurpéis también el sacerdocio, y os sublevéis contra el Señor? Porque ¿quién es Aarón [8] para que murmuréis contra él?»

Mandó en seguida llamar a Datán y Abirón. Ellos respondieron: «*No vamos.* ¿Te parece aún poco el habernos sacado de una tierra que manaba leche y miel [9] para hacernos morir en el desierto? ¿quieres todavía enseñorearte de nosotros? Por cierto, que nos has introducido en una tierra donde corren arroyos de leche y miel, y nos has dado posesiones de campos y viñas. ¿Quieres por ventura sacarnos también los ojos? [10] No vamos». Entonces Moisés, disgustado por estos

---

[1] Según Schönfeld (l.c. 166), Horma se halla a 35 Km. de Cades, en una colina cubierta de ruinas que proceden de antiguas fortificaciones; era antes y aun hoy es un lugar estratégico importante. Cfr. *LB* II 556. Otros la buscan mucho más al sur, al oeste de Elat; pero, en este supuesto, sería distinta de la que más tarde menciona la Sagrada Escritura (núm. 372). [2] Cfr. *Deut.* 1, 45 s. [3] *Num.* 15, 33.

[4] Cfr. *Exod.* 6, 16 ss.; núm. 234.

[5] Menciónase además a un rubenita, llamado Hon, hijo de Felet; pero no se le vuelve a nombrar, porque acaso se retiró a tiempo.

[6] *Santo para el Señor,* consagrado a su servicio en el sacerdocio o en el pontificado. Dios lo dará a conocer mediante un prodigio.

[7] El levita Coré era el cabeza de motín.

[8] Es decir: vuestras quejas no van en último término contra Aarón, sino contra el Señor, que le eligió.

[9] Así llaman a Egipto, aludiendo con sorna a la tierra prometida (cfr. núm. 360).

[10] Es decir: ¿quieres también cegarnos, para que no veamos tus embustes y tu insolencia?

reproches tan inmerecidos, habló al Señor: «Tú sabes que ni siquiera un asnillo he tomado jamás de ellos, ni a ninguno he hecho daño». Dijo después a Coré: «Tú y toda tu cuadrilla presentaos mañana aparte delante del Señor [1], con los incensarios, y echaréis en ellos incienso; Aarón se presentará también separadamente». Así se hizo.

365. Coré había reunido gran multitud del pueblo contra Moisés y Aarón a la entrada del Tabernáculo. Y he aquí que de repente se manifestó a todos la gloria del Señor [2], el cual habló así a Moisés y Aarón: «Apartaos de esa turba, porque en un momento los consumiré». A estas palabras, postráronse sobre su rostro Moisés y Aarón y dijeron: «¡Oh fortísimo Dios de los espíritus de todos los hombres! [3] ¿Es posible que por el pecado de uno [4] se ensañe tu ira contra todos?» Pero el Señor dijo a Moisés: «Manda a todo el pueblo que se separe de las tiendas de Coré y de Datán y de Abirón». Levantóse Moisés, y fué con los ancianos a las tiendas de los tres cabecillas [5] de la sedición, y dijo a todo el pueblo: «Retiraos de las tiendas de esos hombres impíos, y no queráis tocar lo que a ellos pertenece, porque no seáis envueltos en sus pecados». El pueblo siguió el aviso; pero Datán y Abirón, saliendo de sus tiendas, se pusieron a la entrada de sus pabellones con sus mujeres e hijos y toda su gente. Dijo entonces Moisés: «En esto conoceréis, que el Señor me envió para que hiciera todo lo que veis, y que no lo he sacado yo de mi propio corazón. Si éstos murieren de la muerte ordinaria de los hombres, no me ha enviado el Señor; mas si el Señor hiciere una cosa nueva, de manera que abriendo la tierra su boca se los trague con todo lo que les pertenece, y descendieren vivos al infierno, sabréis que han blasfemado contra el Señor».

No bien acabó de hablar, *se abrió de repente la tierra* debajo de los pies de ellos, y se los tragó juntamente con sus tiendas [6] y todos sus haberes; y bajaron vivos al infierno [7]. Todo Israel, que estaba en derredor, a los alaridos de los que perecían echó a huir, diciendo: «No sea caso que a nosotros nos trague también la tierra». Al mismo tiempo, *saliendo fuego del Señor,* mató a doscientos y cincuenta hombres, que ofrecían incienso. Para perpetuo escarmiento, Eleazar, hijo de Aarón, por orden de Dios, redujo a planchas los *incensarios* de los muertos y los clavó en el altar de los holocaustos, para que nadie que no fuese del linaje de Aarón se acercase a ofrecer incienso.

366. Este castigo llenó de espanto al pueblo, pero no llegó a calmar la agitación y malquerencia contra Moisés y Aarón. Al contrario, a la mañana siguiente murmuraban contra ellos diciendo: «Vosotros habéis dado muerte al pueblo de Dios». Y levantándose una *sedición general,* huyeron Moisés y Aarón al Tabernáculo de la Alianza. Aparecióseles de nuevo la majestad del Señor, el cual dijo a Moisés y Aarón: «Retiraos de en medio de esta multitud, porque ahora mismo acabaré con ellos». Postráronse en tierra sobre sus rostros, y dijo Moisés a Aarón: «Toma el incensario y fuego del altar; echa incienso sobre él y ve prontamente al pueblo para reconciliarlo con Dios, porque ya ha salido la ira del Señor y la mortandad se recrudece» [8]. Obedeció Aarón; y corriendo al

---

[1] Delante del Tabernáculo. [2] En la nube.

[3] Que a todos das espíritu y vida, señor de la vida y de la muerte (cfr. núm. 386).

[4] De Coré.

[5] Las tiendas estaban juntas en la proximidad (cfr. núm. 353).

[6] En hebreo dice «con sus casas», es decir, con sus familias. Sin embargo no perecieron todos los *hijos de Coré (Num.* 26, 11), sin duda porque no todos estaban conformes con su padre En tiempo de David vemos descendientes de Coré; y aun después los había entre los cantores del Templo (I *Par.* 6, 18-22; 9, 19; II *Par.* 20, 19. *Ps.* 41-48; 83; 84; 86; 87).

[7] Refiérese en primer lugar al «Scheol», es decir, a la mansión subterránea de los muertos (cfr. núm. 57). El texto hace resaltar lo espantoso y repentino del castigo, efecto de la rigurosa sentencia de Dios (cfr. *Ps.* 54, 16).

[8] El *Libro de la Sabiduría* 18, 20 ss., compara el castigo repentino de los rebeldes de Coré con la muerte de los primogénitos de Egipto; pero Aarón puso

medio de la multitud ofreció incienso, y *puesto entre los muertos y los vivos* intercedió por el pueblo, y cesó la mortandad, después que hubieron muerto catorce mil setecientos hombres.

367. Para dar una prueba visible de la vocación de Aarón que evitase en adelante tan desastrosas sediciones, dijo el Señor a Moisés: «Toma de cada príncipe de las doce tribus una vara y escribe el nombre de cada jefe sobre su vara; mas en la vara de la tribu de Leví escribirás el nombre de Aarón. Y las pondrás en el Tabernáculo de la Alianza. La vara del que yo eligiere entre ellos para el sacerdocio florecerá». Hízolo Moisés como el Señor había mandado; y volviendo al día siguiente halló que *había florecido la vara de Aarón, produciendo pimpollos, flores y almendras* [1]. Sacó todas las varas de la presencia del Señor, y cada príncipe vió y recibió la suya. Entonces dijo el Señor a Moisés: «Vuelve la vara de Aarón al Tabernáculo de la Alianza, para que allí se conserve en señal contra los hijos rebeldes de Israel, y cesen sus querellas delante de mí». Así lo hizo Moisés [2]. El pueblo quedó tan impresionado y asustado por el nuevo prodigio, que dijo a Moisés: «He aquí que nos vamos consumiendo y pereciendo todos. Cualquiera que se acerque al Tabernáculo del Señor morirá. ¿Por ventura hemos de ser todos acabados hasta que no quede ninguno?» [3]

368. Aarón que, revestido de las insignias de sumo sacerdote, lograba por su intercesión reconciliar al pueblo de Israel con el Señor, es **figura de Jesucristo** [4], verdadero y eterno Sumo Sacerdote, a quien contempló san Juan [5] vestido de ropa talar, ceñida al pecho una faja de oro, la cabeza radiante con divinos esplendores, y a la diestra un incensario de oro; el cual, uniendo en sí la naturaleza humana y la divina, representó como Redentor de las naciones a todo el género humano, y lo reconcilia continuamente con su eterno Padre. «Si alguno pecare, tenemos un abogado por nuestros pecados, no sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo» [6]. — *En la vara de Aarón,* seca en un tiempo, pero que de súbito reverdeció y dió frutos, y después fué guardada en el *Sancta Sanctorum,* ven los santos Padres una **figura de la Santa Cruz,**

---

delante de los ojos de Dios la Alianza que con sus padres había concertado, y el Angel exterminador, viendo en los ornamentos pontificales las insignias del medianero entre Dios y los hombres, quedó desarmado. Cfr. Gutberlet, *Das Buch der Weisheit* 488 ss.; Heinisch, *Das Buch der Weisheit* 335.

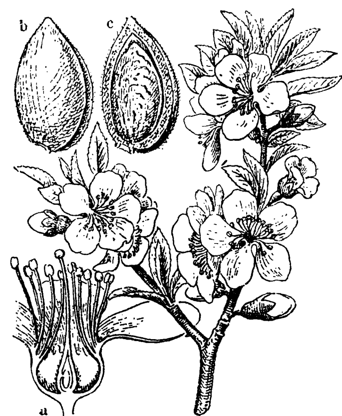


Fig. 55. — Almendro.
a) flor, corte longitudinal; *b)* fruto, aspecto exterior; *c)* fruto, corte longitudinal.

[1] Eran, por consiguiente, varas de almendro (figura 55). Este prodigio indicaba a la vez *simbólicamente* que el pontificado no tenía origen natural ni estaba destinado a cosas naturales, sino que procedía de Dios y su objeto era promover la vida sobrenatural y producir frutos de vida eterna. El almendro (en hebreo *schakéd,* el guardia, porque es el primero en florecer, en enero), significa el celo y vigilancia con que deben ejercer su sagrado ministerio los sacerdotes del Señor.

[2] Cfr. núm. 300.

[3] Era esto una súplica a Moisés, para que intercediese por ellos; no sea que les viniese otra plaga. Porque temían que, de enviar Dios un nuevo castigo, fuese exterminado todo el pueblo.

[4] Cfr. núm. 324.

[5] *Apoc.* 1, 13 ss.; 8, 3.

[6] I *Ioann.* 2, 1 s.

leño seco, que trajo divino fruto en Cristo, el cual se dejó clavar en ella; produjo también en infinita abundancia flores y frutos de gracias divinas y de hermosísimas virtudes. San Jerónimo ve en la *vara de Aarón* una **figura de la Virgen María,** la Madre de Dios, íntimamente unida con su divino Hijo, en la cual se cumplió aquello de Isaías: «Saldrá un renuevo del tronco de Jesé, y de su raíz se elevará una flor». *(Is.* 11, 1.)

48. Muerte de María. Duda de Moisés y de Aarón. Muerte de Aarón. La serpiente de bronce

(Num. 20 y 21)

369. Estos sucesos acontecieron en los dos primeros años de la salida de Egipto. Partiendo de Cades, el pueblo continuó su marcha a la tierra prometida con muchos rodeos: estamos ya al remate del viaje por el desierto. *Los treinta y ocho años* que transcurrieron desde aquellos sucesos hasta el fin del viaje *están envueltos en la oscuridad,* iluminada tan sólo por algunas indicaciones de la Sagrada Escritura. Según ésta, parece ser que aquella generación, condenada a morir en el desierto, se abandonó a la indiferencia religiosa, descuidó los sábados, los sacrificios y la circuncisión, y aun se entregó a la idolatría egipcia y cananea [1]. No por ello se puede decir que quedase rota la Alianza del Sinaí. La permanencia en el desierto debió de ser un período de educación y formación del pueblo escogido, pues de otra suerte no se explica la conciencia de unidad religiosa y el entusiasmo de Israel, indispensables para la conquista de Canaán. Esta educación sólo era posible alternando las marchas por el desierto con detenciones temporales. No hemos de imaginarnos el viaje por el desierto como una «procesión bien disciplinada», sino más bien como un despliegue de las tribus, las cuales se derramaban por llanuras y valles mientras el Tabernáculo de la Alianza, custodiado por Moisés y los sacerdotes, formaba el cuartel general. Según toda probabilidad, el Tabernáculo permaneció en *Cades* y sus cercanías, acompañado de grandes núcleos de pueblo; allí se congregaba en las fiestas mayores y en ocasiones especiales toda la comunidad, esto es, los jóvenes y los de edad madura, o bien los Ancianos, «para comparecer ante el Señor», ofrecer sacrificios y recibir avisos (instrucciones, Tora) [2].

De distintas maneras puede explicarse la escasez de noticias tocantes al viaje por el desierto. Acaso no se habla de estos treinta y ocho años, «porque fueran de escaso interés para el plan divino de la Redención», una vez descrito circunstanciadamente todo lo que Dios había dispuesto para la instrucción del pueblo. Posible es que lo poco edificante de estos años obligase al escritor sagrado a pasarlos en silencio, después de habernos dado abundantes muestras de la desobediencia y terquedad de Israel [3].

El capítulo treinta y tres enumera las estaciones (campamentos) que por orden de Dios iba disponiendo Moisés en el viaje por el desierto; carecemos de referencias extrabíblicas que nos permitan precisar esos lugares. También el *Deuteronomio* (1, 46; 10, 6) trae algunos datos que por la misma razón resultan dudosos [4].

---

[1] Cfr. *Ios.* 5, 2 ss.; 24, 14 23; *Ps.* 77, 32 ss.; *Amos.* 5, 25 s; *Ezech.* 20, 18 ss.; *Act.* 7, 41 ss.

[2] Cfr. Weiss, *Moses* 110. El pueblo debió de distribuirse por distintos parajes. De lo contrario sería preciso admitir una serie de milagros, de los cuales nada dice la Sagrada Escritura. Hágase cuenta de lo que se requiere para mantener y poner en movimiento a todo un pueblo nómada. No quiere decir esto que la gran masa del pueblo no se reuniese temporalmente en el cuartel general. Schönfeld, en su obra *Die Halbinsel des Sinai* 174 s., nos ofrece una descripción muy sugestiva.

[3] Hummelauer, *Comm. in Num. 1-6;* 213; Eberhard, *Kanzelvorträge* III 350.

[4] Las investigaciones geográficas y topográficas llevadas a cabo por A. Musil en los países de Idumea y de Moab han esclarecido en parte el enigma del capítulo 33 del *Libro de los Números.* De los campamentos mencionados en dicho capítulo, A. Musil ha encon-

En *Cades murió María,* la hermana de Moisés, y allí fué enterrada. Aquí mostró de nuevo el pueblo su triste inconstancia, pues, habiendo *faltado agua* [1], *murmuró contra Moisés y Aarón* y se amotinó diciendo: «Ojalá hubiésemos perecido entre nuestros hermanos. ¿Por qué habéis conducido al pueblo a este desierto para que muramos nosotros y nuestros ganados? ¿Por qué nos hicisteis salir de Egipto y nos habéis traído a este miserable terreno que no se puede sembrar, que ni da higos, ni vides, ni granadas, y ni aún tiene agua para beber?» Contristados Moisés y Aarón por esta nueva rebeldía, y compadecidos de la gran necesidad del pueblo, entraron en el Tabernáculo, postráronse en el suelo y clamaron al Señor: «Señor, Dios, escucha los clamores de este pueblo, y ábreles tus tesoros, una fuente de agua viva, a fin de que, apagada su sed, cesen de murmurar».

370. En esto apareció la gloria del Señor sobre ellos, y el Señor habló a Moisés: «Toma la vara y congrega al pueblo tú y tu hermano Aarón, y hablarás a la peña en presencia de todos, y ella brotará agua que beberá el pueblo con sus ganados». Tomó, pues, Moisés la vara que se guardaba en el Tabernáculo; congregó la multitud delante de la peña, y dijo: «Oíd, rebeldes. *¿Por ventura podremos nosotros sacaros agua de esta peña?*» Y habiendo alzado Moisés la mano, hiriendo *dos veces* la roca con la vara, salieron aguas muy copiosas, que bebieron hombres y bestias. Y dijo el Señor a Moisés y a Aarón: «Por cuanto no me habéis creído, y no me habéis glorificado [2] delante de los hijos de Israel, no introduciréis a este pueblo en la tierra que les daré». Aquella fuente recibió el nombre de *agua de la Contradicción*, porque allí murmuraron del Señor los hijos de Israel [3].

371. Convencido Moisés de que la conquista de Canaán era muy difícil por el sur, pensó dar un rodeo, bordeando los límites meridionales de aquel país, hasta situarse al oriente del Jordán, para entrar de allí a la tierra de promisión atravesando el río. A este fin mandó desde Cades *emisarios a los reyes de Moab e Idumea* [4], cuyos dominios ofrecían el camino más corto para ir al lado oriental del Jordán [5]. Invocaba el parentesco de

---

trado Phunon en las ruinas de Fenan, donde se ven restos de pozos de minas de cobre y de hornos de fundición; se puede seguir los pasos de los expedicionarios hasta la llanura de Moab. Hace resaltar Musil la sorpresa que produce el ver al escritor bíblico tan enterado de la posición de estos lugares, y cómo los nombres antiguos se han conservado hasta nosotros. Las dudas y errores se deben al desconocimiento que de aquellos parajes, difícilmente accesibles, tenían los intérpretes.

[1] Como aun no había comenzado la estación de las lluvias, es probable que la fuente no diese suficiente agua para tan grande multitud.

[2] El pecado debió de consistir en algún acto de incredulidad, que habría trascendido en cierto modo al pueblo, con menoscabo de la gloria de Dios (Cfr. *Num.* 27, 14; *Deut.* 1, 37; 3, 26; 4, 21; 32, 51); empero no fué una falta grave. Acaso se desalentaron Moisés y Aarón al ver que, después de 40 años, a punto de entrar en la tierra prometida, incurrían los israelitas en la misma contumacia que 38 años antes en este mismo lugar; dudaron por un momento de que en tales circunstancias quisiera Dios obrar nuevos prodigios; tal vez se traslució esta duda en la doble percusión de la roca.

[3] La misma que corre todavía, según Rowland; éste quedó asombrado (1842) del agua que salía a torrentes de en medio de la roca, y de las graciosas cascadas que iba formando hasta llegar al lecho inferior del río en Cades. También Schönfeld describe esta fuente (l. c. 100 y 172)—cinco pozos, alimentados, al parecer, por *un* manantial subterráneo—; pero deja en pie la cuestión de si es la misma de que habla la Biblia.

[4] Acerca de Idumea cfr. núm. 176.—Acerca de Moab cfr. núm. 373.

[5] Cfr. *Iudic.* 11, 17.

estas dos naciones con Israel [1], y pedía paso libre por ambos países, con la promesa formal de no salirse del camino público, comprando el agua y víveres a los habitantes próximos. Ambos reyes se negaron, y el de Idumea ocupó inmediatamente con un numeroso ejército los pasos que daban acceso a su reino [2].

En vista de esto, determinó Moisés *rodear los países de Idumea y Moab,* y por ese camino [3] llegó al *monte Hor,* que está en los límites de Idumea [4]. Aquí habló el Señor a Moisés: «Vaya Aarón a reunirse con su pueblo. Toma contigo a Aarón y a su hijo y los conducirás al monte Hor. Allí morirá Aarón». Moisés hizo según le mandó Dios. *Aarón murió* sobre la cima del monte, a la edad de 123 años, el primer día del quinto mes. La multitud hizo duelo por él treinta días.

372. Como hubiese oído el *rey de Arad* [5], cuyos dominios estaban al sur de Canaán, que Israel se hallaba en el mismo camino que antes siguieran los exploradores [6], cayó sobre él y consiguió alguna ventaja. En vista de lo cual Israel se obligó al Señor con *voto,* diciendo: «Si entregares a ese pueblo en mis manos arrasaré sus ciudades». Oyó el Señor la súplica de su pueblo, y éste cumplió el voto; por lo que llamó el nombre de aquel lugar *Horma,* esto es, anatema (exterminio) [7].

Este *voto* se explica por la orden que recibió Israel acerca de la conducta que debía observar con los siete pueblos cananeos (cfr. núm. 297). Fué esencialmente renovación del juramento de fidelidad a Yahve, y renuncia al paganismo, con que por necesidad había de estar en contacto durante la conquista de Canaán. Obligóse, pues, Israel al *anatema,* el cual traía consigo el exterminio,

---

[1] Cfr. núm. 172 y 176.

[2] De *Deut.* 2, 4 ss., 29 se desprende que el rey de Idumea sólo se opuso a que un pueblo tan numeroso atravesara su país; pero le consintió que tocase sus límites y aun le vendió de grado provisiones de boca. Lo mismo hizo el rey de Moab.

[3] Acaso se encaminó Moisés directamente a los confines orientales de Idumea, a donde da fácil acceso un ancho valle que arranca de la cordillera de Azizimat y enlaza, a la otra parte del Arabah (cfr. núm. 28) con el Wadi Ghuweir, por donde pasa el camino que atravesando Idumea conduce a la región oriental del mar Muerto.—Los modernos opinan que Moisés, rodeando por el sur la cordillera de Azazimat, se dirigió al oeste directamente por el Wadi Rethemath, o bien yendo por el norte a buscar el Wadi Marreh: el mismo camino que siguieron en otro tiempo los exploradores; allí le sorprendió el *rey de Arad,* suceso que deja para más tarde, por no cortar el hilo de su relato (pecado de Aarón en el *agua de la Contradicción* y muerte del mismo en el monte Hor) (cfr. las notas 6 y 7 de esta misma página).

[4] *Num.* 33, 37.

[5] Llamado también *Herad;* según Eusebio y san Jerónimo, 20 millas romanas (es decir, 30 Km.) al sur de Hebrón; hoy se ve allí un montículo de ruinas. *LB* I 352, *Rb* 38.

[6] La palabra hebrea *bâ* puede significar «venir», o «marchar adelante». Si por «camino de exploradores» se entiende el que 38 años antes siguieron los exploradores israelitas, habría acontecido este suceso antes de la muerte de Aarón y luego de salir de Cades (cfr. núm. 371); pero si esta expresión designa algún otro lugar (la versión griega tradujo: «el camino de Athareim», nombre propio), habría que buscarlo en las proximidades del monte Hor; el rey de Arad habría atacado aquí a los israelitas por la espalda, no para cortarles el paso, sino por rapacidad (cfr. Kaulen en *Kath* 1867 II 323).

[7] Si la sorpresa aconteció en el monte Hor, es preciso admitir que una columna israelita persiguió al enemigo durante un trecho fatigosísimo de 80 Km. Para evitar nuevos ataques devastaron los israelitas la parte meridional de los dominios del enemigo, dando a todo aquel país el nombre de «Horma», para más tarde acabar el exterminio prometido, comenzando por el norte y conquistar la capital *Zephat* (es decir, atalaya), que se llamó después también Horma. Cfr. *Iudic* 1, 16; *Ios.* 12, 14; núm. 424 y 362.

porque estos pueblos paganos eran enemigos de Dios y objeto de abominación para el Señor (*Deut.* 7, 25 ss.). «Por sus pecados» son condenados a exterminio los cananeos, siendo Israel el instrumento de la divina justicia. Por donde aquel voto fué recompensado con la victoria [1].

373. El país de *Moab,* llamado hoy Kerak (por su capital), comprendía la región oriental del mar Muerto; mas ya en tiempo de Moisés había sido conquistada por Sehón, rey de los amorreos, la parte situada al norte de Arnón [2]. Su capital era *Ar-Moab,* llamada también Rabbat-Moab (que quiere decir capital de Moab), más tarde Areópolis y hoy Rabba; cuatro horas al sur se hallaba *Kir-Moab* (muralla, fortificación, ciudad de Moab), ciudad fortificada y, al parecer, capital temporal, llamada también *Kir-Heres* o Hareset (ciudad de alfareros), o Karak, Karka, es decir, ciudadela, alcázar; hoy en día Kerak. Tiene unas seiscientas casas, y está 2 Km. al oriente del extremo meridional del mar Muerto; elévase a 1360 m. sobre éste; y a 970 sobre el Mediterráneo; está sólidamente asentada en la cumbre de un monte, y tiene magníficas vistas al mar Muerto y a toda la comarca. En 1875 se inició allí una misión católica que, interrumpida durante cuatro años, se reanudó de nuevo en 1883 [3].

El *monte Hor* está situado unos 12 Km. al sudoeste de *Petra,* capital de Idumea, en Wadi Mûsa (valle de Moisés), 100 Km. al sur del mar Muerto; se llama aun hoy Djebel Harun (monte de Aarón). Es muy escarpado, y en algunos trechos hay peldaños cavados en la roca que facilitan la ascensión. La cumbre se divide en dos picos: en el oriental, el más elevado, de 1329 m. sobre el Mediterráneo según medidas recientes, hay una pequeña mezquita, en la que se dice estar el sepulcro de Aarón. No es antiguo el mausoleo, pero sí lo es mucho la tradición de haber sido allí enterrado Aarón. Desde antiguo fué visitado por peregrinos, como atestiguan las inscripciones árabes y hebreas de los visitantes. Desde el pico se domina todo el desierto hasta el Sinaí y la mayor parte de las montañas de Idumea. Es notable la vista que ofrecen las ruinas de Petra con sus sepulcros cavados en la roca, con las quebradas montañas que le rodean, y el pelado y triste Arabah que se extiende al norte hasta el mar Muerto. Por el sur la vista alcanza hasta el golfo de Akabah [4]. Los modernos buscan el monte Hor en la parte occidental de Arabah, más cerca de *Cades* [5].

374. Del monte Hor partieron los israelitas hacia el mediodía, camino del mar Muerto, a fin de *rodear Idumea;* pero, fatigados por las dificultades del viaje, *murmuraron de nuevo* contra Dios y contra Moisés, diciendo: «¿Por qué nos sacaste de Egipto, para que muriésemos en el desierto? Falta el pan, no hay agua; nuestra alma ya padece bascas por este manjar de poquísima sustancia» [6]. Por lo cual [7] el Señor envió contra el pueblo *serpientes abrasadoras* [8]. Muchos murieron de sus mordeduras.

---

[1] Cfr. núm. 417.

[2] *Num.* 21, 26.

[3] Algunos entienden por *Petra deserti,* Petra en el desierto (*Is.* 16, 1), no la capital de Idumea (núm. 176), sino la fortaleza moabita de Kerak.

[4] Véase la descripción de A. Musil en *Kath* 1909 II 351 s.

[5] Cfr. Szczepanski, *Nach Petra und zum Sinai* 139 s.; Lagrange en *RB* 1899, 376; 1900, 280; Hagen en *AB* 61; *LB* II 544.

[6] Así llamaban al maná, como en otro tiempo sus padres (núm. 355).

[7] Cfr. I *Cor.* 10, 9.

[8] Serpientes cuya mordedura quemaba como el fuego, y producía una inflamación mortal. Notan Herodoto y Diodoro que en Arabia hay una verdadera plaga de grandes y venenosas serpientes. Lo mismo aseguran los viajeros de época moderna y novísima. Dios se sirvió en esta ocasión «de las criaturas para vengarse de los que obraban mal» (*Sap.* 5, 18), pero en tanta cantidad y en tal época que todos vieron la mano divina que castigaba su murmuración. De ahí que también fuera sobrenatural el remedio. «Fueron aterrados por un breve tiempo para escarmiento, recibiendo luego una señal de salud, para recuerdo de

Entonces clamó a Moisés el pueblo arrepentido, diciendo: «Hemos pecado hablando contra el Señor y contra ti: ruega que aparte de nosotros las serpientes». Y el Señor le dijo: «Haz una serpiente de bronce y ponla por señal: el que herido la mirare, vivirá». Hízolo así Moisés, y todos los que mordidos por las serpientes miraban a la *serpiente de bronce* fueron sanados [1].



Fig. 56. — Serpientes de bronce de Gezer (1/2 del tamaño natural). (Según Vincent).

El *alzamiento de una serpiente de bronce* como remedio contra las mordeduras mortales de las serpientes, y la orden de mirarla (confiadamente), debieron de parecer a los israelitas cosa de mucho misterio, estando tan severamente prohibido toda suerte de imágenes. No sabemos si los israelitas llegaron a comprenderlo, o si la explicación quedó reservada a la plenitud de los tiempos [2]. Desde el Paraíso era la serpiente imagen del pecado; y día había de llegar en el que el pecado y su autor fuesen vencidos por el Redentor en lucha a muerte [3]. Jesucristo mismo dió a conocer a Nicodemus el misterio de la serpiente de bronce, *signo de la salud* [4]. Fué una figura preclara del Redentor, el cual, para redimirnos de la maldición del pecado, hízose por nosotros maldición, y enclavó en la Cruz la carta de nuestra culpabilidad [5], «para que resurgiese la vida de donde había salido la muerte» [6].

49. Conquista de la Transjordania [7]. Profecía de Balaam. Sucesos que ocurrieron hasta que se tomaron providencias para la conquista de la región oriental del Jordán

(*Num.* 21, 10 a 36, 13)

375. *Pasaron* [8] *adelante* los israelitas *hacia el mediodía* hasta el golfo de Akabah, y torciendo hacia el Oriente en las cercanías de Asiongaber, ascendieron luego *por los límites orientales de Idumea* y Moab hasta

---

los mandamientos de tu Ley; porque, quien a ella se volvía, sanaba, no por virtud del objeto que veía, sino por Ti, Salvador de todos» (*Sap.* 16, 5 ss.; cfr. Gutberlet, *Das Buch der Weisheit* 404 ss.; Heinisch, *Buch der Weisheit* 304).

[1] La historicidad del hecho está garantizada por la autoridad de Jesucristo (*Ioann.* 3, 14); no pueden alterarlo los «resultados» de la historia de las religiones.

[2] Los israelitas conservaron la serpiente de bronce como recuerdo, llevándola consigo a Canaán. Mas como le tributasen más tarde culto *idolátrico* o *supersticioso,* mandó destruirla el piadoso rey Ezequías (727 a. Cr.). Cfr. núm. 639.

[3] Cfr. núm. 68 y 71. Porque el *dios pagano de la medicina, Esculapio,* llevase un bastón en forma de serpiente, y ésta fuese en general para los gentiles imagen de la virtud de sanar (por lo que se usaban como amuletos figuras de serpientes; cfr. figura 56 y Vincent, *Canaan* 174), ello no es razón para que Moisés erigiera la serpiente de bronce. Antes bien se podría decir que esas ideas paganas tienen algo que ver con los oscuros recuerdos del pecado y de la promesa del Redentor. Cfr. Scholz, *Götzendienst und Zauberwesen* 101 ss.; *KL* IV 1457; Kortleitner, *De Polytheismo* 191; *Arch. bibl.* 424.

[4] *Sap.* 16, 6. *Ioann.* 3, 14.

[5] *Gal.* 3, 13. *Col.* 2, 14.

[6] *Praef. Crucis.* Cfr. Weiss, *Messian. Vorbilder* 31.

[7] Cfr. Lagrange. *Jenseits des Jordan,* en *HL* 1894, 97 ss.; 1877, 49; 1898, 1 ss.

[8] Las estaciones hasta el campamento de los campos de Moab véanse en *Num.* 20, 22; 21, 10-13 19 ss.; 22, 1; 33, 37-49. *Deut.* 2, 1 8 13 26 ss.; 10, 6-8, página 373, nota 4.

llegar al río Arnón, que dividía entonces a los moabitas de los amorreos [1]. Desde allí envió Israel emisarios a *Sehón, rey de los amorreos,* pidiendo les dejase paso pacífico por sus dominios hasta el Jordán. No quiso Sehón permitirlo a Israel; antes bien salióle al encuentro y le presentó batalla. Mas su ejército fué pasado a cuchillo por los hijos de Israel en Jasa [2] y conquistada su capital *Hesebón* [3] con todo el país desde el Arnón hasta el Jabok [4].

Penetrando después en el reino de Basán, que se extendía desde el río Jabok hasta el monte Hermón, en el Antilíbano, salióles al encuentro *el rey Og* [5] y les presentó batalla en Edrai [6]. Israel, animado por Dios, entró en combate; mató al rey y a sus hijos, aniquiló todo su ejército y se apoderó de sus dominios con sesenta ciudades de muros altísimos, sin contar los innumerables pueblos que no tenían murallas [7]. Moisés dió más tarde el reino de Sehón a las tribus de Rubén y Gad, y el reino de Og a media tribu de Manasés, con la condición de que los hombres de armas pasasen con sus hermanos a la región occidental del Jordán, para ayudar a las demás tribus en la conquista de Canaán propiamente dicho [8].

376. Pasando adelante Israel hacia el norte, acampó en las *llanuras de Moab* [9], cerca del Jordán, frente a Jericó. Temiendo *Balac, rey de los moabitas,* que Israel intentase atacarle como a los amorreos, hizo alianza con los *madianitas,* que habitaban al sur y sudeste hasta el mar Rojo, o recorrían aquel país como nómadas. Pero sintiéndose todavía con pocas fuerzas para declarar la guerra a Israel, de acuerdo con los madianitas

---

[1] Cfr. núm. 372.

[2] Una ciudad del desierto, entre Dibón y Medaba, al norte del río Arnón (*Num.* 21, 30). A medio camino de Medaba a Nebo se encuentra *Máin* con las ruinas del antiguo Baal-Meón (*Num.* 21, 30. *Ios.* 13, 9 16 s. I *Par.* 5, 8; 19, 7; *Is.* 15, 2; 16, 8. Szczepanski, *Nach Petra* 173 s.). Tocante a las ciudades de que aquí y en lo siguiente se hace mención, véase los datos tomados de A. Musil por Slaby, en *Kath* 1909 II 345 ss.

[3] Ahora Hesban, situada en un montículo que domina la meseta de Moab, a 900 m. de altitud, 1300 sobre el nivel del mar Muerto, 25 Km. al este de la desembocadura del Jordán, 7 Km. al este de Nebo; tocó en suerte a la tribu de Rubén y volvió más tarde al poder de los moabitas (*Ierem.* 48, 45). Eran célebres sus estanques (*Cant.* 7, 4). Un obispo de Hesebón (Esbus) asistió en 325 al Concilio Niceno. Sólo quedan algunas ruinas de la ciudad. Cfr. *HL* 1883, 146; 1897, 71; *LB* II 513; *Rb* 200.

[4] Cfr. núm. 141 y 185.

[5] También el *reino de Og* estaba habitado por *amorreos,* los cuales desde la derrota de su rey Sehón eran enemigos declarados de los israelitas. Og descendía de una *raza de gigantes,* es decir, de una tribu vigorosa y de gran estatura, los *rafaítas.* Mostrábase su *cama de hierro en Rabbath,* ciudad de los hijos de Ammón, que viven al oriente de los amorreos; tenía nueve codos (unos 4 m.) de largo y 4 de ancho (casi 2 m.) (*Deut.* 3, 11). Sospecha Karge (*Rephaim* 638 ss.) que se trata, no de la cama de Og, sino de uno de los *dólmenes* que abundan en Transjordania (lám. 4 *a*). No dice bien con esta interpretación el calificativo «de hierro»; pues los dólmenes de aquel país no son de basalto (mineral de hierro), sino de piedra calcárea o silícea. Tal vez este adjetivo se debe a algún cambio o glosa de época posterior. En el mundo mahometano el rey Og es el centro de un ciclo de leyendas, que dió a conocer en Alemania el poeta Fr. Rückert.

[6] Probablemente la actual *Derath,* 50 Km. al oriente del extremo sur del lago de Genesaret, 60 Km. al norte del Jabok. Era la segunda ciudad de Basán después de Astarot, que actualmente es un montículo de ruinas, llamado Aschtere, 18 Km. al noroeste de Derath (*Deut.* 1, 4. *Ios.* 9, 10; 12, 4). *LB* II 130. *Rb* 141.

[7] Cfr. *Deut.* 3, 4 s.

[8] *Num.* 32; cfr. núm. 387.

[9] Esta meseta pertenecía a los moabitas; pero les fué arrebatada por Sehón y pasó, con el reino de éste, a manos de los israelitas. Acerca de esta región cfr. *HL* 1879, 56; 1886, 104; 1882, 31; 1883, 134; 1897, 66.

envió un mensaje con ricos presentes a un adivino[1] llamado *Balaam,* hijo de Beor, para recabar de él que maldijese a Israel. «Acaso por este medio, decía Balac, consiga yo rechazar y arrojar de mi reino a Israel; pues bien sé yo que será bendito aquél a quien bendijeres y maldito aquél sobre quien descargares tus maldiciones».

377. El episodio de Balaam es una historia conexa y completa, de una extensión proporcionada a la importancia del asunto[2]. Los israelitas supieron los sucesos de este episodio y las sentencias de Balaam por sus vecinos (los moabitas y madianitas); porque fué un asunto de carácter público, una especie de «negocio de Estado». El fondo consuena perfectamente con la condición de aquellos tiempos[3], en especial con la idea existente en los pueblos paganos, de que los adivinos y encantadores, por su proximidad a Dios, pueden con sus bendiciones y maldiciones acarrear favores o perjuicios[4]. Dios permitió el mal paso de Balac para añadir un triunfo moral a la victoria material de Israel sobre sus enemigos. El carácter de Balaam es turbio y equívoco. No están de acuerdo los intérpretes y los santos Padres sobre si Balaam fué verdadero o falso profeta, del cual se sirviera Dios como de instrumento[5]. Es cierto que conoció y adoró (por lo menos temporalmente) al Dios de Israel, y que tenía conocimiento de las promesas hechas a los Patriarcas y de los prodigios de Dios a la salida de Egipto. Hablan en favor de Balaam la invocación y consulta a Yahve y la declaración terminante de no decir sino aquello que Dios le mandase; y en contra, la conducta oscilante y no exenta de avaricia, el comportamiento a la manera de los adivinos paganos, el consejo depravado y el trágico fin[6]. Para sus contemporáneos debió de ser un adivino renombrado e influyente.

Balaam respondió a los enviados de Balac: «Quedaos aquí esta noche, y yo responderé lo que me dijere el Señor». Aparecióseles el Señor de noche y le dijo: «No vayas con ellos, ni maldigas a ese pueblo, siendo como es bendito». Levantándose, pues, de mañana, dijo a los enviados: «Volveos a vuestra tierra, porque me ha prohibido Yahve ir con vosotros». A su regreso dijeron los envia-

---

[1] En hebreo *Pethorah,* de Pethor, ciudad que nos es desconocida. Fundándose en *Deut.* 23, 4, la buscan algunos en *Pitru,* situada a orillas del Eufrates. Según una variante de la *Vulgata (Num.* 22, 5), parece que se debe buscar la patria de Balaam en el país de los *ammonitas,* cuya región septentrional puede decirse en sentido amplio que pertenece a Aram. El dato de *Deut.* 23, 4, *Mesopotamia Syriae* descansa probablemente en la confusión de Aram con *Edom* (la diferencia es insignificante en hebreo). Esto nos pone en la verdadera pista: Balaam, según *Num.* 22, 36 39, viene de los confines meridionales del país de Moab, pasando el Arnón, Ar-Moab y Kirjath-Chusoth (cfr. núm. 373); o sea, viene de los dominios de Idumea. De nuevo en su patria *(Num.* 24, 25), es pasado a cuchillo entre los madianitas *(Num.* 31, 8).

[2] Cfr. *Deut.* 23, 4; *Ios.* 24, 9 10; *Mich.* 6, 5; II *Esdr.* 13, 2; *Apoc.* 2, 14.

[3] Según Hommel *(Die altisraelitische Überlieferung* 290), nada tienen de anacrónico en sí mismas las figuras de Melquisedec en tiempo de Abraham, de Jetró y de Balaam en tiempo de Moisés; más aún, según Hommel, página 247, sólo en tiempo de Moisés se comprende la profecía de *Num.* 24, 21-24. Ni siquiera se compadece con la época de los *Reyes;* lleva en sí misma el sello de la autenticidad, como el cántico de Débora *(Iudic.* 5), y (aunque oscurecido por algunos errores de poca monta, debidos al amanuense) es con razón uno de los documentos cuya antigüedad y exactitud han sido demostradas sin género de duda por testimonios externos. Supone además Hommel que los términos geográficos *Asur* y *Eber (Num.* 24, 22 y 24) deben tomarse en el sentido antiguo (de las inscripciones mineas), entendiéndose por ellos las provincias meridionales (país de *Sur,* desde el torrente de Egipto hasta la región comprendida entre Bersabee y Hebrón: sur de Palestina). Cfr. *BZF* III 205 ss., 210. Los críticos racionalistas buscan «una fecha reciente» para las sentencias de Balaam, fundándose en que encierran profecías.

[4] Cfr. *KL* I 1869. —El Sagrado Texto llama a Balaam *kosém,* es decir, «adivino», en sentido pagano; cfr. *Deut.* 18, 10; *Ios.* 13, 22.

[5] *KL* l. c. Hummelauer, *Comm. in Num.* 261-266.

[6] Cfr. núm. 387 y II *Petr.* 2, 15; *Iudae* versículo 11. — Eberhard, *Kanzelvorträge* III 395 ss. Hagen, *LB* I 546.

dos a Balac: «No ha querido Balaam venir con nosotros». Entonces Balac envió de nuevo mensajeros en mayor número y más principales, los cuales visitaron a Balaam diciendo: «Esto dice Balac: no difieras más el venir a mí; dispuesto estoy a honrarte, y te daré todo lo que quisieres. Ven, y maldice a ese pueblo». Pero Balaam replicó: «Aunque Balac me diera su casa llena de plata y oro, no podré alterar la palabra del Señor mi Dios, para hablar ni más ni menos. Ruégoos, sin embargo, que os quedéis también aquí esta noche, para que yo consulte de nuevo al Señor». Cegó a Balaam la promesa de los regalos, y buscaba un arbitrio para conciliar la voluntad de Dios con la suya propia. Dios, en sus altísimos designios, le permitió marchar con los enviados, prohibiéndole empero hacer otra cosa que lo que El le ordenase.

378. *Levantóse Balaam de mañana,* y habiendo aparejado su borrica, marchó con ellos. Mas el Angel del Señor se atravesó en el camino delante de Balaam, con la espada desenvainada. A su vista desvióse asustada la borrica y se iba por el campo. Y como Balaam le diese de palos y quisiese encarrilarla por la senda, paróse el Angel en un lugar muy estrecho, entre dos cercas de unas viñas, donde apenas había espacio para escapar. Viéndole la borrica, se arrimó a la pared, oprimió contra ella el pie del que iba montado; mas éste proseguía en darle de palos. Púsose el Angel entonces delante de Balaam en un sitio tan angosto, que la borrica no podía desviarse ni a la derecha ni a la izquierda. A su vista echóse al suelo la bestia debajo del que la montaba; el cual enfurecido la apaleaba con más vigor.

Abrió entonces el Señor la boca de la borrica, y ésta habló: «¿Qué te he hecho yo? ¿Por qué me pegas por tercera vez?» Fuera de sí de ira dijo Balaam: «Porque lo tienes merecido, y has hecho burla de mí; ¡ojalá tuviera yo una espada para envasártela!» Replicó la borrica: «¿Por ventura no soy tu bestia, sobre la cual has solido ir siempre montado hasta el día de hoy? Dime, si yo jamás te he hecho una tal cosa». Y él respondió: «Nunca». En el punto mismo *abrió el Señor los ojos de Balaam,* y vió al Angel parado en el camino con la espada desenvainada, y adoróle postrado en tierra. Al cual el Angel dijo: «¿Por qué castigas por tercera vez a tu borrica? Yo he venido para oponerme a ti, por cuanto tu camino es perverso y contrario a mí. Y si la borrica no se hubiera desviado del camino, cediendo el lugar al que se le oponía, yo te hubiera muerto, y ella viviría». Dijo Balaam: «He pecado, no sabiendo que tú estabas contra mí. Y ahora si te desagrada que vaya, me volveré». Dijo el Angel: «Ve con esos y guárdate de hablar otra cosa que lo que yo te mandare».

Sucedió aquí por modo maravilloso y sorprendente lo que de manera menos extraordinaria acontece infinitas veces en la vida del hombre: que Dios avisa a los hombres por medio de inspiraciones interiores o por medio de acontecimientos externos; y sólo la ceguera producida por la pasión es obstáculo para escuchar el aviso.—El texto de la Sagrada Escritura no permite dudar que se trata de un *prodigio asombroso,* el cual tenía su razón de ser en los extraordinarios, grandes y santos designios de Dios. Todo sucede por modo sorprendente, a fin de hacer más visible la acción y el gobierno de Dios [1]. Si un ser irracional llamó al orden a Balaam, fué porque más confundido quedase el falso profeta, y más resaltase la completa impotencia y futilidad de las falsas profecías, adivinaciones y encantamientos. Si la borrica habló, obra fué de la omnipotencia divina, la cual podía haberlo hecho sin servirse de instrumento. No se puede poner en duda la realidad del fenómeno externo, diciendo expresamente el texto: «Dios abrió la boca de la borrica». Y en II *Petr.* 2, 16 se dice que la bestia, hablando en voz humana, refrenó la necedad del profeta. Y no es que la Sagrada Escritura atribuya a la bestia irracional proceder y lenguaje racionales, sino (como dice san Agustín) quiere tan sólo declararnos que Dios por boca de la borrica hizo oír a Balaam de una manera comprensible lo que quería decirle; a la manera como el adivino, por el grito de los animales, el arrullo y

---

[1] Véase núm. 383.

vuelo de los pájaros, conoce las cosas ocultas (Gregorio de Nyssa) [1]. No dice el texto que *Balaam no se asustara* o no se admirase al oír hablar a su borrica; mas la violencia de la ira y acaso la familiaridad con las artes mágicas y supersticiosas explican que no se asombrase, máxime no habiendo entrado en reflexión hasta que, algo después, Dios le abrió los ojos. Tampoco dice el texto sagrado *si los dos criados de Balaam y los emisarios* de Balac se percataron de lo ocurrido; pues esta circunstancia es de escaso interés. De la voluntad y designios de Dios dependía que lo advirtieran o no. Recuérdese la voz que se oyó del cielo sobre Jesús, y la aparición a Daniel y a san Pablo [2].

379. Luego que Balac tuvo aviso de la venida de Balaam, salió a su encuentro a una ciudad de los confines de su reino, situada a orillas del Arnón. De allí fueron juntos a una ciudad limítrofe [3]. Ofreció Balac sacrificios a los ídolos, y envió parte de la carne de las víctimas a Balaam y a los príncipes que le acompañaban. Venida la mañana, le llevó a las *alturas de Baal* [4] y le hizo ver desde allí un extremo del pueblo de Israel [5]. Dijo entonces Balaam a Balac: «Edifícame aquí siete altares, y prepara otros tantos becerros y carneros». Pusieron, pues, en cada altar un becerro y un carnero, y Balaam dijo a Balac: «Estate un poco junto a tu holocausto, mientras voy a ver si quizá el Señor viene a mi encuentro [6]; te diré todo lo que mandare». Fué, pues, a una altura solitaria; salióle al encuentro (apareciósele) Yahve [7]. Balaam le dijo: «Siete altares he erigido, y he puesto encima de cada uno un becerro y un carnero». Mandóle Yahve volver a Balac, sugiriéndole lo que había de responder. Habiendo vuelto, halló a Balac que estaba aguardando junto a su holocausto con todos los príncipes de los moabitas. Y Balaam comenzó su profecía diciendo:

«De Aram me ha traído Balac rey de Moab — de los montes del Oriente.
Ven, dijo, y maldice a Jacob; date prisa y lanza imprecaciones contra Israel.
¿Cómo he de maldecir a quien Yahve no maldice,
y cómo he de imprecar a quien Dios no impreca?

---

[1] Frente a las objeciones y chistes corrientes, cfr. las acertadas observaciones de Eberhard, *Kanzelvorträge* III 405; Hundhausen, comentario a II *Petr.* 2, 16 (Maguncia 1878). No es poco el haber reconocido Kautzsch (*Die Heilige Schrift des AT* I 237), que todo este episodio «representa algo más de lo que la ordinaria superficialidad le dispensa»; que posee una belleza peculiar; y que expone con naturalidad «cómo Dios sabe traer a mandamiento la inteligencia y soberbia humanas por medios al parecer despreciables»; finalmente que en este pasaje «se manifiesta un valioso testimonio de la fuerza educadora de la antigua religión, y una exquisita sensibilidad para los quejidos de la criatura».

[2] *Ioann.* 12, 29. *Dan.* 10, 7. *Act.* 9, 7; 22, 9.

[3] En hebreo *Kariath-Chuzoth*, es decir, ciudad de las estepas. Se la identifica con la actual *Kreyat*, 8 Km. al norte del Arnón, 15 Km. al oriente del mar Muerto, en la meseta de Moab, en la ladera sudoeste de la cordillera del Attârus; desde ella se ofrece a la vista dilatado y bello panorama.

[4] Acerca de las *alturas de Baal*, en cuanto lugares artificialmente dispuestos para ofrecer sacrificios, véase *HL* 1876, 145 s. Szczepanski, en su obra *Nach Petra* 147, nos describe la de Petra; pueden verse los grabados en *ATAO*³ 402. A. Musil ha descubierto una porción de estos lugares: en la cumbre artificialmente truncada de una roca se ve un depósito de agua, un altar con una cavidad para recoger la sangre de la víctima, y otro altar para los holocaustos, al cual se sube por unos peldaños. Delante, un largo atrio, cerrado por bancos, y en cuyo centro se levanta una mesa.

[5] Es decir, «todo el campamento, hasta su extremo» (cfr. 23, 13; núm. 380). La expresión hebrea «extremo del pueblo» la entienden algunos de la parte más alejada del campamento, quizá una de las cuatro secciones del mismo.

[6] Por medio de señales o indicios naturales, vuelo de las aves, etc. (cfr. *Num.* 24, 1), a la manera de los paganos.

[7] Sea que se le apareciese (un ángel), sea que Balaam fuese interiormente iluminado.

De lo alto de los riscos le veré y desde los collados le contemplaré:
este pueblo habitará solo,
y no será contado entre las gentes.
¿Quién podrá contar el polvo de Jacob ni saber la estirpe de Israel?
Muera mi ánima[1] *de la muerte de los justos*[2]
y mis postrimerías sean semejantes a las suyas[3].

380. Y dijo Balac a Balaam: «¿Qué es lo que dices? Te he llamado para que maldijeras a mis enemigos; y tú, al contrario, los bendices». A lo que replicó Balaam: «¿Puedo por ventura hablar otra cosa, sino lo que mandare el Señor?» Dijo, pues, Balac: «Ven conmigo a *otra altura,* de donde veas una parte de Israel y no puedas verle todo[4]; y maldícele desde allí». Y habiéndole conducido a un sitio elevado sobre la cumbre del monte *Fasga*[5], erigió Balaam siete altares, y ofreció sacrificios como antes. Fué a consultar al Señor, el cual puso en su boca las palabras que debía responder. Y Balaam comenzó su profecía diciendo:

«¡Levántate, Balac, y escucha! — ¡Oye, hijo de Sefor!
No es Dios como el hombre, para que mienta,
ni como hijo de hombre, para estar sujeto a mudanza.
El dijo ¿y no lo hará? prometió ¿y no ha de cumplirlo?
He sido llamado para bendecir
y no puedo estorbar la bendición.
No hay ídolo en Jacob, ni simulacro en Israel.
Yahve, su Dios, está con él
y *para El como Rey* suyo son los clamores de júbilo[6].
Dios lo sacó de Egipto;
su fortaleza es como la del *rinoceronte*[7].
No hay agüeros en Jacob ni adivinos en Israel.
A su tiempo se anuncia a Jacob
y se dice a Israel lo que Dios va a hacer.
He aquí que este pueblo se levantará como leona
y se alzará como *león*[8].
No se acostará hasta devorar la presa,
hasta beber la sangre de los descuartizados»[9].

381. Y dijo Balac a Balaam: «Ni le maldigas, ni le bendigas». Y él replicó: «¿No te dije que haría todo lo que el Señor me mandase?». Y díjole

---

[1] Es decir: yo.
[2] De los israelitas, de los hijos del pueblo de Dios. [3] *Num.* 23, 7-10.
[4] Parece más exacta la traducción del hebreo: «desde donde lo puedas ver (del todo); sólo ves (aquí) un extremo, y no lo ves todo». El rey pagano creía que un cambio de punto de vista podría hacerle variar de dictamen.
[5] Llámase Nebo la parte occidental de la cordillera de Abarim; esta cordillera formaba el borde septentrional de la meseta de Moab y, según Eusebio, estaba frente a Jericó. Nebo tiene varias cumbres, de las cuales la que más avanza hacia la llanura del Jordán es Fasga, el actual Djebel Siyara. Otra cumbre es Fogor; otra tercera es la que hoy lleva el nombre de Nebo. La altura de Baal debe buscarse al sur de Nebo. Más pormenores véase en Kalt, *Nebo, Phasga, Phogor und Bamoth-Baal* (Maguncia 1814); Musil, *Arabia Petraea* I 342 ss.
[6] Dios es a la vez su rey, y a El sólo le aclaman con júbilo.
[7] En hebreo *re'em*, buey salvaje (bisonte y no búfalo), imagen de la fuerza extraordinaria acompañada de singular ligereza (cfr. *Deut.* 33, 17; *Iob.* 39, 9 ss.). Cfr. núm. 523 y *RB* 411. El *rinoceronte* vive todavía hoy en las depresiones pantanosas de Asia y de Africa.
[8] Otra vez la imagen del *león,* que significa el vigor irresistible de Israel.
[9] *Num.* 23, 18-24.

Balac: «Ven, y te llevaré a otro lugar; por si pluguiere a Dios que de allí los maldigas». Y le llevó a la cima del monte *Fogor,* que dominaba la extensa llanura donde acampaba Israel. Erigió también allí Balaam siete altares, y ofreció de nuevo sacrificios. Y cuando conoció Balaam ser del agrado de Dios que bendijera a Israel, no fué como antes a demandar el agüero, sino que enderezó su rostro hacia la llanura y alzando los ojos, vió a Israel acampado en las tiendas por sus tribus. Viniendo entonces el espíritu de Dios sobre él, habló de esta manera:

«Esto dice Balaam, hijo de Beor:
esto dice el hombre que tiene tapados los ojos [1].

Habla el que oye las palabras de Dios, el que ve las visiones del [Todopoderoso,
el que cae y entonces se abren sus ojos:

¡Cuán bellos son tus pabellones, Jacob, y tus tiendas, Israel!
Como valles con bosques; como huertas de regadío junto a los ríos;
como tiendas que fijó el Señor [2], como cedros junto a las aguas.

Como agua fluirá de su arcaduz [3];
y su descendencia será como inundación de aguas.
Desechado será su rey por causa de Agag,
y le será quitado el reino [4].

Dios le sacó de Egipto;
su fortaleza como la del rinoceronte.
Devorará a los gentiles, sus enemigos,
desmenuzará sus huesos y atravesarlos ha con saetas.

Se echa a dormir como león;
como leona a quien nadie osará despertar.
Quien te bendijere, será bendito;
quien te maldijere, por maldito será tenido» [5].

382. Y *enojado Balac* contra Balaam, dando una palmada dijo: «Te he llamado para maldecir a mis enemigos; pero tú, por el contrario, los has bendecido ya tres veces. *Vuélvete* a tu lugar. Había en verdad resuelto honrarte grandemente; mas Yahve te ha privado de la honra prevenida». Respondió Balaam a Balac. «¿Pues no dije a tus mensajeros: Si Balac me diere su casa llena de plata y de oro no podré traspasar la palabra de Yahve (mi Dios) [6] para proferir por mi capricho cosa alguna o de

---

[1] Aquel que distingue con claridad las cosas futuras, cuando Dios le abre en un *éxtasis* los ojos del espíritu, mientras se cierran los del cuerpo (cfr. núm. 147).

[2] En hebreo: «Como *árboles de áloe,* que plantó el Señor».—El *áloe,* conocido principalmente por su resina, muy indicada para embalsamar los cadáveres (*Ioann.* 19, 39), es un arbusto de Africa y Arabia, de hojas verde-azuladas que rematan en punta espinosa. Pero Balaam se refiere a otro arbusto de India Oriental, China, etc., de 3 m. de altura, cuya madera, de color rojo-púrpura encendido, ha sido muy estimada en todo tiempo por el agradable aroma (cfr. *Ps.* 44, 9; *Prov.* 7, 17; *Cant.* 4, 14). *LB* I 198, *Rb* 414.

[3] Imagen para significar innumerable descendencia.

[4] *Agag* es nombre genérico de los reyes amalecitas, como *Faraón* lo es de los egipcios; aquí es una sinécdoque para significar al pueblo amalecita. El *texto hebreo* se puede traducir: «Su rey será exaltado sobre el de Agag y su reino será levantado»; lo cual se cumplió cuando, derrotados los amalecitas por Saúl, su rey fué hecho prisionero y muerto después por Samuel (I *Reg.* 15, 26 ss.).

[5] *Num.* 24, 3-9.

[6] La expresión «de mi Dios», que no se acomoda a los sentimientos de Balaam, es una adición que no aparece en el texto hebreo ni en las versiones.

bien o de mal, sino que todo lo que el Señor me dijere, eso hablaré? Esto no obstante, al volverme a los míos, te daré un consejo [1] sobre *lo que en los últimos días hará este pueblo a tu pueblo*». Y prosiguió de nuevo sus profecías diciendo:

«Palabra de Balaam, hijo de Beor:
palabra del hombre que tenía los ojos tapados.

Palabra del que oye las palabras de Dios, del que ve las visiones del [Todopoderoso
del que cae y entonces se abren sus ojos:

Le veo [2], mas no ahora; le contemplo, mas no de cerca:
De Jacob nace una estrella;
de Israel se alza un *cetro;*
y herirá a los caudillos de Moab [3], destruirá a todos los hijos de la [rebelión [4]

Idumea será su [5] posesión;
Seir será porción de sus enemigos [6];
e Israel se mantendrá valeroso.

De *Jacob saldrá el que ha de dominar*
y destruir las reliquias de la ciudad» [7].

Y echando una mirada hacia el país de *Amalec,* dijo:

«El primero de los gentiles Amalec [8] y su fin exterminio».

Dirigió asimismo su vista hacia el *Cineo* [9] y dijo:

«Fuerte sin duda es tu morada;
mas aunque pongas tu nido en la roca,

---

[1] Es decir, de mi profecía podrás inferir el modo cómo debes conducirte con este pueblo, a saber: pacíficamente.

[2] A él, la estrella, el cetro de Israel. De la equivalencia estrella = cetro, se deduce que «estrella» es una expresión figurada para designar al dominador nombrado explícitamente en el versículo 19. Prométese, pues, a Israel un caudillo brillante, un Rey victorioso, que dará días de gloria a Israel, venciendo a todos los enemigos. Cfr. *Is.* 14, 12, donde se compara al rey de Babel con una estrella resplandeciente.

[3] En hebreo: a Moab por ambos lados, es decir, de un cabo al otro.

[4] Tal es la interpretación corriente de este difícil pasaje del texto hebreo, probablemente corrompido. El contexto parece exigir que se nombre otro pueblo enemigo en consonancia con Moab e Idumea, por ejemplo, *Ammon;* a éste aplican los modernos la frase del texto.

[5] De Israel.

[6] De los israelitas.

[7] Es decir, él exterminará los últimos restos del enemigo; su victoria será completa.—Según conjetura bien fundada, el texto hebreo se debe leer: lo que quedare de Seir (Idumea); la variante «de las ciudades» nació sin duda de un error de lectura (*me'ir* en vez de *se'ir*). Cfr. *BZ* II 141.

[8] No el pueblo más antiguo (aunque lo es mucho), sino el primero que hizo frente a Israel (cfr. *Exod.* 17, 8 ss.; núm. 276).

[9] En *Gen.* 15, 19, se hace mención de los *cineos (kinitas* o *kenitas)* entre los pueblos que viven en Canaán. Una rama de este pueblo vivía entre los madianitas en tiempo de Moisés; pues su cuñado Hobab (cfr. núm. 237 277), que era cineo, siguió, con toda su familia, a los israelitas y obtuvo su porción al sur de Judá (*Num.* 10, 29. I *Par.* 2, 55. *Iudic.* 1, 16. I *Reg.* 27, 10; 30, 29); pronto se separó de él Haber con parte de la familia, y fué a establecerse al norte de Palestina, no lejos de Cedes, en las cercanías del lago de Merom (*Iudic.* 4, 11). Otra fracción de la misma familia fué a establecerse cerca de los amalecitas, en montañas rocosas. Estos no tomaron parte en el ataque a los israelitas, antes se portaron como buenos amigos; por lo que Saúl les perdonó en la hora del exterminio de los amalecitas (I *Reg.* 15, 6).

y seas escogido del linaje de Cin, ¿cuánto tiempo podrás durar?
Pues Asur [1] te llevará cautivo».

Y dijo por remate:

«¡Ah! ¿quién vivirá cuando Dios haga estas cosas?
Vendrán en galeras desde Italia [2],
vencerán a Asur, y destruirán a Eber
y por último ellos mismos perecerán» [3].

383. *Balaam contempla y anuncia la grandeza de Israel* en los momentos más culminantes de la historia, desde sus días hasta los tiempos mesiánicos, y los destinos de los pueblos vecinos y de las naciones paganas. Pero su mirada se fija en el Mesías, por causa del cual será bendecido Israel; en el Mesías, que un día colmará la grandeza de Israel y dará cumplimiento a sus destinos en beneficio de todas las naciones.

La profecía concuerda con la manera cómo Dios rige a Israel, y está aquí muy en su lugar entre las demás profecías mesiánicas. Desde el *Paraíso* y en toda la historia de los Patriarcas encontramos alusiones manifiestas al Mesías. En los cuarenta años de la actividad de Moisés, la vista se dirige exclusivamente a lo presente; sólo en los *hechos* se ven alusiones al Redentor: el cordero pascual, el mar Rojo, Mara, el maná, el agua de la roca, la Ley, el culto divino, la serpiente de bronce, y en general la Antigua Alianza, que es figura de la Nueva. Con todo, hallamos *dos profecías mesiánicas explícitas:* la primera, la promesa de un *Gran Profeta,* fundador de una Alianza Nueva y eterna [4]; y aquí, inmediatamente antes de entrar en la tierra prometida, la profecía de Balaam, el cual, obligado por Dios, anuncia la impotencia del paganismo, bendice al pueblo escogido, predice la dignidad y destino del mismo entre las naciones, indica el objeto de ser introducido en Canaán y las condiciones del disfrute de la tierra prometida, y ensalza la invencible consistencia del pueblo de Dios, mediante la cual consigue el fin para el que ha sido llamado. Las tres primeras partes de la profecía expresan en frases generales la idea de que Israel será bendecido y alcanzará victoria de sus enemigos que quieren maldecirle. Pero la cuarta toma más alto vuelo y anuncia para tiempos lejanos un *rey poderoso y vencedor;* un dominador, que llevará a Israel a la cumbre de la gloria y vencerá a sus enemigos.

Parte de la profecía se cumplió, al parecer, en las victorias de Israel sobre los pueblos vecinos, particularmente en la expedición de Saúl contra Amalec, y aun más en las victorias de David, especialmente sobre Idumea. Pero, prescindiendo de que el real Profeta en sus triunfos es *figura del Mesías,* no puede

---

[1] No hay razón para que Asur no sea el conocido imperio asirio, que ya desde antiguo influía en los países del occidente de Asia y más tarde fué el azote de Israel y de los pueblos vecinos.—Según Hommel, la Sagrada Biblia se refiere aquí y en el versículo 24 a un país y pueblo meridional que venció a los cineos; tampoco Eber del versículo 24 (*Vulgata:* «los hebreos») significa el pueblo escogido, sino un país equivalente a Asur; cfr. núm. 377.

[2] En hebreo, «del lado de Kittim (o Cetthim)» (cfr. *Gen.* 10, 4). No puede referirse este nombre a la capital de la isla de Chipre, llamada Kittion, pues el nombre Kiti aparece por primera vez en inscripciones fenicias de la época persa. Refiérese sin duda el texto a *Italia meridional,* especialmente a Sicilia. La *Vulgata* está, pues, en lo cierto (*ATAO*[3] 155; cfr. *Is.* 23, 1 12; *Dan.* 11, 30). Balaam no sabe quién sea este vencedor. Mil años más tarde tuvo Daniel acerca de ello revelaciones (en especial *Dan.* 2, 37 ss.) que apuntan a los griegos (macedonios) y a los romanos (cfr. *Dan.* 9, 26).

[3] *Num.* 24, 15-25. Las tres últimas sentencias no tienen relación, al parecer, con las profecías mesiánicas precedentes. Se limitan a anunciar la ruina de los pueblos que nombra. Pero precisamente esto es lo interesante: que estos pueblos perecen, mientras Israel triunfa. Si por Asur y Eber se entiende pueblos orientales (de allende el Eufrates), y por Kittim, Italia, la Sagrada Escritura expresa este pensamiento verdaderamente mesiánico: los enemigos de Israel, los imperios, perecen; el reino de Dios subsiste. Cfr. Hummelauer, *Comm. in Num.* 307.

[4] Cfr. núm. 394.

decirse que sus victorias agotaran el contenido de las magníficas profecías de Balaam. Ya en tiempo de Salomón comenzaron los idumeos a sacudir el yugo de la dominación israelita, y más tarde consiguieron arrojarlo del todo, siendo en adelante enemigos peligrosos de Israel, hasta que con Herodes (idumeo) lograron someter a su cetro el reino judío [1]. En la letra misma del texto descubrimos *indicios* de que la profecía de Balaam, pasando por David y el reino histórico, se refiere *al Mesías. a)* El cumplimiento ha de sobrevenir *en los últimos tiempos;* ahora bien, esta frase designa siempre la época mesiánica, término, cumplimiento y antítesis de la Antigua Alianza, que es tiempo de preparación [2]. Por eso divisa Balaam la estrella, el cetro, «no ahora», «no en época próxima», sino en un futuro lejano. *b)* Los pueblos que nombra aparecen (por lo menos según la interpretación corriente de los versículos 22 y 24) como *representantes de todos los enemigos* del reino de Dios sobre la tierra, de los cuales triunfará definitivamente el Mesías, como lo anuncian los salmos 2 y 109. *c) Las circunstancias* de la profecía, como son la sublimidad del momento, la intervención extraordinaria y sorprendente de Dios, la solemnidad del anuncio, la gradación de las cuatro bendiciones, todo revela un vaticinio extraordinario, que no guardaría proporción con unas cuantas victorias de David sobre unos pocos pueblos vecinos. *d)* En las cuatro predicciones de Balaam se advierte una *progresión:* primero se describe a Israel como un pueblo aparte de los demás, ensalzando su grandeza y magnífica suerte; luego se le anuncia una bendición intransferible, por ser Israel el pueblo escogido, Dios su Rey, y no haber en dicho pueblo culto alguno idolátrico; celébrase después la hermosura de la tierra de Israel, el crecimiento y prosperidad de este pueblo en ella y la victoria sobre todos los enemigos; finalmente, alúdese a aquél en quien todo esto ha de tener cabal cumplimiento. De donde, si Balaam en la segunda de sus profecías ponderó como algo grande el ser Yahve el Rey de Israel, menester es que la *estrella de Jacob* nos declare algo aun más excelente; y ello no puede ser otra cosa sino que *Dios* aparece visiblemente como Rey de Israel y que, por consiguiente, a este pueblo le gobierna el Mesías, el Hijo de Dios hecho hombre.

384. Habla en favor de esta interpretación *una larga serie de profecías mesiánicas,* que encierran y desarrollan idénticos pensamientos. David celebra al Mesías como Hijo de Dios, que ha de someter a todos los reyes de la tierra y extender su señorío desde Sión por todo el orbe, como Señor de los hombres y Príncipe justo en temor de Dios [3]. Isaías lo anuncia como hijo de una Virgen y señor de un reino eterno, como triunfador del orbe y vencedor de todos los impíos; como aquel cuyos mensajeros han de someter Filistea, Moab, Idumea y toda la tierra [4]. Se le llama *luz* de las tinieblas [5] y sol de justicia [6]. Daniel le ve en una época determinada, al fenecer los imperios de la tierra, como Hijo de Dios e Hijo del hombre, Rey del mundo y Señor de un imperio eterno y universal [7].

Todo esto se cumplió y confirmó en la aparición de Cristo. No se puede identificar sin más *stella ex Iacob* (manera simbólica de designar a un rey poderoso) y *stella in Oriente,* anunciadora del nacimiento de Jesucristo. Mas es cierto que en tiempo del Mesías la expectación de un Redentor iba unida en Oriente a la aparición de una estrella esplendorosa. Parece que estrella y cetro se tomaron como atributos reales y que la profecía de Balaam se interpretó: una estrella le anunciará, su cetro aplastará a sus enemigos. Otra cosa es el explicar la expectación del Redentor en el antiguo Oriente; de siempre en los oráculos orienta-

---

[1] Cfr. núm. 176.

[2] Cfr. *Gen.* 49, 1; *Deut.* 4, 30; 32, 35; *Is.* 2, 2; 9, 1; *Ierem.* 30, 24; 31, 31; *Ezech.* 38, 8 16; *Ioel* 2, 22; *Act.* 2, 17; *Gal,* 4, 4; I *Cor.* 10, 11, etc.

[3] *Ps.* 2; 109. II *Reg.* 23, 2.

[4] *Is.* 7, 14; 9, 6 s.; 2, 2; 11, 4 14 ss.; 55, 1-5; 66, 18.

[5] *Is.* 9, 2; cfr. 2, 5; 60, 1 ss.

[6] *Malach.* 4, 2.

[7] *Dan.* 2, 44; 7, 13 ss.

les desempeña un papel especial el Occidente [1]. Mas con todo, la interpretación de la imagen encerrada en la estrella o en el cetro (luz, resplandor, poderío) está plenamente justificada. Y aun pueden aducirse a este propósito dos lugares de san Lucas: «Oriente de lo alto» y «luz para iluminación de los gentiles y gloria de Israel» [2]. El mismo Redentor atestigua ser luz que vino al mundo, raíz de Jesé y estrella esplendorosa de Oriente [3]. El discípulo amado le llama «luz verdadera» que ilumina a todos los hombres que vienen a este mundo y sustituye con ventaja a toda otra luz en la Jerusalén celestial [4]. *La tradición judía* ve al Mesías en la estrella (Rey) anunciada por Balaam; así la versión caldea del siglo I y el *Talmud* de fines del II. Por eso llamaron los judíos al supuesto Mesías (135 d. Cr.) Barcoquebas, que quiere decir hijo de la estrella.—Así entendieron siempre este pasaje los santos Padres y toda la *tradición cristiana* [5].

385. Terminado su cometido, regresó Balaam a su patria. Volvióse también Balac por el camino por donde había venido. Luego encontramos a *Balaam entre los madianitas,* a los cuales aconsejó que indujesen a los israelitas a su licenciosa idolatría, para de ese modo impedir el cumplimiento de las promesas.

El consejo fué puesto por obra; bajo capa de amistad, los madianitas invitaron a sus abominables sacrificios a los israelitas que acampaban en Settim [6], frente a Jericó; y los israelitas se dejaron seducir por las hijas de Moab y de Madián, incurriendo en toda clase de abominaciones idolátricas y deshonestas. Consagráronse a Beelfogor, dios moabita de la lujuria [7]. Enojado el Señor, mandó a Moisés que hiciese matar a los culpables; al mismo tiempo envió una enfermedad pestilencial.

Mas he aquí que, mientras Moisés y toda la comunidad lloraban a la puerta del Tabernáculo queriendo aplacar al Señor, uno de los príncipes de la tribu de Simeón, llamado Zamri, se entregó al pecado con suma insolencia. Viendo esto Fineés, hijo del sumo sacerdote Eleazar, se levantó de en medio del gentío; y cogiendo un puñal, entró en pos del israelita y lo atravesó. Tanto agradó a Dios celo tan santo e intrépido, que detuvo el azote con que había ya dado muerte a 24000 hombres [8], y aseguró a Fineés, por medio de Moisés, que le sería dada a él y a sus descendientes en perpetua herencia la dignidad de sumo sacerdote [9].

---

[1] *ATAO*³ 405. La teoría panbabilonista, según la cual el cetro y la estrella caracterizan al Salvador anunciado por Balaam como «un fenómeno celeste que ha de traer la edad de oro, contribuye tal vez algún tanto a esclarecer la profecía. Balaam hace el horóscopo del Salvador esperado; ve en espíritu el astro de la buena ventura, que anuncia su aparición, como *Matth.* 2». Acerca de la estrella de los Magos cfr. Steinmetzer, *Die Geschichte der Geburt und Kindheit Christi und ihr Verhältnis zur babylonischen Mythe* (en *Neutest. Abhandlungen,* editados por Meinertz II 66 ss.).

[2] *Luc.* 1, 78; 2, 32.

[3] *Ioann.* 3, 19; 8, 12, etc. *Apoc.* 2, 28; 22, 16.

[4] *Ioann.* 1, 9. *Apoc.* 21, 23; 22, 5.

[5] Acerca de Balaam y sus profecías cfr. *TQS* 1872, 625 ss.; Reinke, *Beiträge* IV. Una hermosa exposición homilética en Eberhard, *Kanzelvorträge* III 409 ss.

[6] En los campos de Moab (cfr. núm. 376).

[7] Baal o Beel, dios solar que recibía culto principalmente en la ciudad moabita de Peor o Fogor. Según san Jerónimo, era idéntico Camos, dios principal de los moabitas, (*Num.* 21, 29), y probablemente una misma cosa con Moloc, dios del fuego, adorado por los cananeos; pero el culto de Baal se distinguía por la deshonestidad. Cfr. Scholz, *Götzendienst* 173 ss.; Kortleitner, *De polytheismo* 212.

[8] Cfr. I *Cor.* 10, 7 s., donde san Pablo habla de 23000, pero añadiendo: «en un mismo día»; de donde no entran en su cuenta los que fueron muertos por los jueces del pueblo. Es más sencillo suponer que en uno y otro lugar se den números redondos; cfr. núm. 352, donde el texto hebreo trae una cifra semejante (23000), que según las versiones antiguas habría que reducir a 3000. Hummelauer (*Comm. in Num.* 321) cree que también en este pasaje se debe rebajar el número.

[9] *Eccli.* 45, 28 ss.

386. Tan vergonzosa seducción no podía quedar sin castigo. Mas antes era preciso hacer *un nuevo censo* [1], organizando a Israel como ejército de Dios; pues, a excepción de Josué y Caleb, habían muerto ya todos los del censo que hiciera Moisés treinta y ocho años antes en el Sinaí. El número de hombres aptos para las armas fué de 601730; además de 23000 levitas que pasaban de un mes. Luego [2] fué anunciado a Moisés su próximo fin, y a petición suya fué designado *Josué para sucederle en el gobierno del pueblo.*

Habló, pues, el Señor a Moisés: «*Sube a ese monte Abarim* [3], y contempla desde allí la tierra que he de dar a los hijos de Israel. Y después que la hubieres visto, irás tú también a tu pueblo, como fué tu hermano Aarón. Porque me ofendisteis ambos en el *agua de la Contradicción,* no queriendo glorificarme delante del pueblo» [4]. En vano replicó Moisés [5]: «Señor Dios, tú comenzaste a mostrar a tu siervo tu grandeza y tu mano fortísima. Porque ni en el cielo ni en la tierra hay otro Dios que pueda hacer tus obras ni compararse contigo en fortaleza. Permíteme, pues, que pase y vea esta tierra de la otra parte del Jordán, con sus magníficas montañas, hasta el Líbano». Mas el Señor mantuvo el castigo y dijo: «No me hables más de tal cosa. Sube a la cumbre del monte, y tiende la vista en derredor, al poniente y al norte, al mediodía y al occidente; mas el Jordán no le pasarás».

Dijo entonces Moisés [6]: «Provea el Señor, Dios de los espíritus de toda carne [7], un hombre que gobierne a esta multitud y la guíe; para que el pueblo del Señor no sea como oveja sin pastor». A esto dijo el Señor: «Toma a Josué, varón en quien está el espíritu de Dios, y preséntalo al sumo sacerdote Eleazar y a todo el pueblo; y le darás a la vista de todos la autoridad necesaria; impondrás sobre él tu mano y le conferirás una parte de tu autoridad (dignidad) [8], para que todo el pueblo de Israel le obedezca. Pero cuando hubiere de emprender algún negocio, en nombre de él consultará al Señor el sumo sacerdote Eleazar» [9]. Hízolo Moisés como el Señor le había mandado.

387. Todavía dió Moisés *varias disposiciones acerca de los sacrificios, festividades y votos* [10]. Después de lo cual dijo el Señor a Moisés: «Antes que vayas a reunirte con tus padres, toma venganza de lo que los *madianitas* [11] han hecho a los hijos de Israel». Escogió Moisés mil hombres de cada una de las tribus y les mandó salir a campaña a las órdenes de *Fineés* [12]. Los madianitas fueron derrotados; todos los varones fueron muertos, entre otros, cinco príncipes y *Balaam;* también fueron muertas todas las mujeres que sedujeron a Israel, o que aun podían serle peligro-

---

[1] Acerca de la relación de este censo con el anterior cfr. núm. 352.

[2] Las hijas de Salfaad recabaron de Moisés un cambio de la *ley de herencia,* en el sentido de que, a falta de hijos, las hijas heredasen al padre (*Num.* 27, 1-11). Luego de esto se prohibió casarse fuera de su tribu a las hijas que hubiesen heredado (*Num.* 36).

[3] Cfr. núm. 380. [4] *Num.* 27, 12; cfr. núm. 370.

[5] Cfr. *Deut.* 3, 24 ss. [6] *Num.* 27, 16 ss.

[7] Es decir: el Señor de la vida y de la muerte (cfr. núm. 364), que penetra hasta lo más íntimo del hombre.

[8] Había de ser guía de Israel, pero sin las gracias extraordinarias y los plenos poderes que Moisés poseyera.

[9] Por medio del *Urim* y *Tummim* (cfr. núm. 318). [10] Cfr. *Num.* 28-30.

[11] No fueron castigados los moabitas, porque obraron inducidos por los madianitas, y eran además hermanos de los israelitas.

[12] Por su celo éste era el más indicado para enardecer el espíritu belicoso de los israelitas. Tomó consigo las trompetas de plata, que por orden de Dios se fabricaron en el campamento del Sinaí para dar la señal del combate y de la victoria (cfr. *Num.* 10, 9; núm. 354).

sas. Las doncellas y niñas quedaron cautivas. El botín fué grandísimo: 675000 ovejas, 72000 bueyes, 61000 asnos. En acción de gracias, ofrecieron los israelitas al Señor las primicias, y los jefes del ejército todo el oro que habían cogido en el botín, 16750 siclos; porque ni siquiera un israelita había perecido en el combate [1].

Dió Moisés, por orden de Dios, las últimas disposiciones, especialmente acerca del reparto de la tierra. Rubén, Gad y media tribu de Manasés obtuvieron toda la región al oriente del Jordán [2]; se determinaron con más precisión los límites del país [3], las ciudades de los levitas y sacerdotes [4] y las de refugio [5], y se completó el derecho hereditario [6].

50. Últimos avisos y muerte de Moisés

(Deut. 1-34)

388. **El libro quinto de Moisés** se llama **Deuteronomio,** que quiere decir, *segunda ley,* porque en ese libro se explica la Ley [7], se inculca, se amplía y se da a conocer de nuevo [8]. Todo esto se desarrolla en tres grandes discursos que Moisés pronunció delante de Israel en los campos de Moab, frente a Jericó, en el año cuarenta, el primer día del mes undécimo [9], o sea, poco antes de reunirse con sus padres; exhorta en ellos a Israel de una manera eficaz e impresionante a la inquebrantable fidelidad a Dios y al exacto cumplimiento de la Ley.

En el *primer discurso* (caps. 1-4) repasa Moisés la conducta de Israel durante los cuarenta años del viaje por el desierto, dando instrucciones y avisos saludables. En el *segundo discurso* (caps. 5-26) inculca a los israelitas la Ley. Pero en los capítulos 12-26 las exhortaciones van mezcladas con preceptos complementarios y ampliativos acerca de las relaciones con Dios, constitución del Estado israelita, vida, propiedad en tiempo de paz y de guerra, relaciones familiares civiles y religiosas, y ofrendas de diezmos y primicias. Según I *Reg.* 10, 25, fueron obra de Samuel, quien los incorporó a la Ley de Moisés. El *tercer dis-*

---

[1] Unos 750000 marcos oro; cfr. núm. 298. Acerca de lo elevado de estas cifras cfr. núm. 352.

[2] Cfr. núm. 375.

[3] Enumera primero todos los *lugares* donde acampó Israel en el desierto *(Num.* 33). Luego intima a los israelitas la orden de expulsar o matar a los *habitantes del país* por su impiedad (cfr. *Deut.* 9, 5; núm. 372; núm. 392, 407), destruir sus *ídolos* y talar los bosques donde les daban culto *(Num.* 33, 49 ss.). Dispone que se haga el reparto de la tierra bajo la dirección de Eleazar y Josué, ayudados por los príncipes de las doce tribus, decidiendo por *suerte* el sitio que cada tribu había de ocupar, pero determinando la extensión de terreno proporcionalmente a la magnitud de cada una *(Num.* 34; cfr. *Num.* 26, 52 ss.).

[4] La *tribu de Leví* recibió 48 ciudades distribuídas por todo el país, a uno y otro lado del Jordán; 13 de ellas, situadas en Judá (Simeón y Benjamín), fueron adjudicadas a los *sacerdotes:* Hebrón, Lobna, Jeter, Estemo, Holón, Dabir, Ain, Jeta, Betsames, Gabaon, Gabae, Anatot, Almón (las cuatro últimas en Benjamín; *Num.* 35, 2 ss.; cfr. *Ios.* 21, 2 ss.; cfr. núm. 323).

[5] Lo eran *seis de las ciudades levíticas,* tres a este lado del Jordán y otras tres al otro, casi a igual distancia unas de otras, para que los fugitivos pudieran alcanzarlas fácilmente. Al oriente del Jordán: *Bosor* en la tribu de Rubén, *Ramot* en la de Gad y *Golán* en la de Manasés; al occidente: *Hebrón* en Judá, *Siquem* en Efraim y *Cedes* en Neftalí.— Si alguien era perseguido por homicida, en ellas encontraba refugio seguro hasta tanto que, examinada judicialmente su causa, si el homicidio había sido premeditado, se le entregaba al vengador (cfr. núm. 347), o se le castigaba con la pena de muerte; pero si se demostraba la inocencia, podía permanecer en la ciudad de refugio, sin que nadie le molestase, hasta la muerte del sumo sacerdote, y entonces se le permitía regresar a su patria *(Num.* 35, 6 11 ss. *Deut.* 4, 41; 19, 2 9. *Ios.* 20, 2 ss.). [6] *Num.* 36.

[7] Cfr. *Deut.* 1, 4. [8] *Deut.* 17, 18; cfr. núm. 393. [9] *Deut.* 1, 3 5.

curso (caps. 27-30) tiene por objeto fortalecer a Israel en el pacto con Dios, disponiendo que se erigiesen monumentos de piedra en la tierra prometida, promulgando bendiciones y maldiciones, y exhortando al cumplimiento de la Alianza y a la penitencia, si alguna vez el pueblo llegaba a incurrir en la cólera divina.— La *última parte* del libro (caps. 31-34) relata las postrimerías de Moisés [1]: cómo nombró a Josué por sucesor suyo y encomendó a los levitas la Ley; sigue luego el canto profético de Moisés, su bendición y una breve noticia acerca de la muerte.

La crítica moderna cree encontrar en el *Deuteronomio* la clave de los libros de Moisés. Afirma que el código legislativo contenido en los capítulos 12-26 es la parte primitiva del libro de la Ley, «encontrado» y puesto en vigor en tiempo de Josías (año 622), y posteriormente aumentado y completado con introducciones y complementos. En defensa de la teoría, la crítica sólo puede aducir casi exclusivamente criterios internos. Pero por criterios internos y externos se ha llegado a determinar con certeza que Moisés es el autor (cfr. núm. 30). Puede admitirse que el libro fuera posteriormente completado (por Josué y Samuel); pues el código de los capítulos 12-26 del *Deuteronomio* se aparta en ciertos puntos de las leyes del *Exodo, Levítico* y *Números,* y supone un estado político y religioso análogo al de la época de los Jueces y especialmente a la situación del tiempo de Samuel y de la lucha con los filisteos. Lo primitivo y de origen mosaico pudieron ser los discursos de los capítulos 1-12 junto con las bendiciones y maldiciones del capítulo 28; los cuales se unieron al relato de la segunda Alianza (cap. 29 a 31, 13) y al de la muerte de Moisés y quedaron insertados dentro de la narración histórica que comienza en *Ex.* 1, 1. De donde habría que admitir que en los capítulos 12-26, junto a las leyes de auténtico origen mosaico, hay otras que se atribuyeron a él o fueron puestas en boca suya, por haber sido dictadas e incorporadas a la obra por hombres de prestigio, bajo la inspiración del Espíritu Santo, en consonancia con el espíritu y autoridad de Moisés y en armonía con las leyes establecidas por aquel hombre de Dios [2].

389. De las magníficas exhortaciones del *primer discurso* entresacamos los párrafos que siguen. Tras una breve recapitulación de los sucesos y del gobierno de la divina providencia, desde la salida de Egipto hasta el nombramiento de Josué, prosigue Moisés:

«*Ahora pues, Israel, oye los preceptos y los juicios* que yo te enseño, para que, cumpliéndolos, vivas, y entres en posesión de la tierra que el Señor, el Dios de vuestros padres, os ha de dar. No añadiréis a la palabra que os hablo, ni quitaréis de ella. Guardad los mandamientos del Señor Dios vuestro, que yo os intimo.—Sabéis que yo os he enseñado los preceptos y derechos, como el Señor mi Dios me lo mandó; observadlos, pues, en la tierra que habéis de poseer, guardadlos y ponedlos por obra. *Porque ésta será vuestra sabiduría* e inteligencia delante de los pueblos, para que oyendo todos estos preceptos digan: Ved aquí un pueblo sabio y entendido, gente grande. *Ni hay otra nación tan grande que tenga tan cerca de sí a los dioses, como el Dios nuestro está cerca de nosotros.* Porque ¿dónde hay gente tan ilustre que tenga ceremonias y justos mandatos y toda la Ley, que voy yo a exponeros hoy delante de vuestros ojos? Guárdate, pues, a ti mismo y guarda tu alma con solicitud, y no te olvides de las cosas que vieron tus ojos, ni se aparten de tu corazón en todos los días de tu vida. Las *enseñarás* a tus hijos y nietos, desde el día en que estuviste delante del Señor Dios tuyo en Horeb, cuando el Señor me habló, diciendo: Tráeme ese pueblo,

---

[1] El canto profético de Moisés fué anotado por él mismo (cfr. *Deut.* 31, 19 22), como también lo fué, sin duda, su bendición. Con esto y la breve noticia de la muerte de Moisés acaba el *Pentateuco*.

[2] Cfr. Weiss, *Das Buch Exodus* XVIII ss.; Pope, *The date of the composition of Deuteronomy* (Roma 1911); Hummelauer, *Comm. in Deut. 1-159* y *Zum Deuteronomium,* en *BSt* VI 15 ss.; Euringer, *Der Streit um das Deuteronomium,* en *BZF* IV 8.

para que oigan mis palabras y aprendan a temerme todo el tiempo que vivan en la tierra, y enseñen a sus hijos. Y os llegasteis al pie del monte, que ardía hasta el cielo; y había en él tinieblas y nube y oscuridad. Y os habló el Señor de en medio del fuego, y os anunció su Alianza, y los Diez Mandamientos que escribió en dos Tablas de piedra» [1].

«*Ved que muero en esta tierra;* no pasaré el Jordán. Vosotros lo pasaréis, y poseeréis una tierra hermosa. Guardaos de *no olvidar jamás el pacto* que hicisteis con el Señor, vuestro Dios. Yahve, tu Dios, es un Dios misericordioso; no os abandonará. Volved si no a los lejanos siglos, hasta los días en que Dios creó al hombre sobre la tierra, y preguntad de oriente a occidente *si jamás se oyó decir* que pueblo alguno oyese la voz de Dios de en medio del fuego, como la oisteis vosotros, sin perder la vida; o que Dios viniese de propósito a escoger para sí un pueblo de en medio de las naciones, con pruebas (Faraón), señales y portentos, peleando con mano fuerte y con visiones espantosas, como hizo Yahve con vosotros en Egipto a vista de todos vosotros, para que supierais que Yahve sólo es Dios y que no hay otro sino El. *El os sacó de Egipto,* yendo delante de vosotros con su gran poder, para destruir naciones grandísimas, más fuertes que vosotros, y daros en posesión la tierra de ellas». Guardad, pues, sus preceptos y mandamientos para que os vaya bien, a vosotros y a vuestros hijos después de vosotros, y permanezcáis mucho tiempo sobre la tierra, que el Señor tuyo te ha de dar» [2].

390. *El segundo discurso* de Moisés encierra multitud de hermosísimas enseñanzas y conmovedoras exhortaciones. Comienza así:

«*Oye, Israel, las ceremonias y juicios* que yo hablo hoy a vuestros oídos; aprendedlos y cumplidlos. Yahve, nuestro Dios, hizo alianza con nosotros en Horeb [3]. No hizo pacto con nuestros padres, sino con nosotros que ahora somos y vivimos [4]. Cara a cara nos habló en el monte de en medio del fuego. Yo entonces fuí intérprete y medianero entre el Señor y vosotros, para anunciaros sus palabras. Porque temisteis el fuego, y no subisteis al monte; y dijo: Yo soy Yahve, tu Dios, etc. [5] Guarda *el día del sábado,* para santificarlo, como te lo mandó el Señor Dios tuyo. Seis días trabajarás y harás todas tus obras. El día séptimo es día de sábado, esto es, el descanso del Señor Dios tuyo. Ninguna obra harás en él, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu buey, ni tu asno, ni alguna de tus bestias, ni el extranjero que está dentro de tus puertas; para que descanse tu siervo, y tu sierva, como también tú. Acuérdate que tú también fuiste siervo en Egipto, y que te sacó de allí Yahve, tu Dios, con mano fuerte, y con brazo levantado. Por esto te mandó que guardases el día de sábado» [6].

«*Oye, Israel; Yahve, Dios nuestro, es el único Señor. Amarás al Señor Dios tuyo* con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas. Y estas palabras, que te mando yo hoy, estarán en tu corazón; y las contarás a tus hijos, y las meditarás sentado en tu casa, y andando por el camino, al ir a dormir, y al levantarte. Y las atarás como por señal en tu mano, y estarán entre tus ojos, y las escribirás en el umbral y en las puertas de tu casa» [7].

391. «*Acuérdate de todos los caminos* por donde te ha traído el Señor Dios tuyo por cuarenta años en el desierto, para probarte. Te afligió con hambre, y te

---

[1] *Deut.* 4, 1 ss.; cfr. núm. 285 ss.

[2] *Deut.* 4, 22 s. 31 ss.; cfr. núm. 242 ss., 372, 375, 387.

[3] Es decir, en el Sinaí; cfr. núm. 281 288.

[4] Con los que entonces tenían menos de 20 años, a excepción de Moisés, Josué y Caleb.

[5] *Deut.* 5, 1-6; sigue luego la repetición del primero y segundo mandamiento, versículos 7-11.

[6] *Deut.* 5, 12-15; sigue en los versículos 16, 21 la repetición de los demás mandamientos; a continuación las manifestaciones del pueblo arriba mencionadas (núm. 317) y la respuesta del Señor (versículos 23-29). [7] *Deut.* 6, 4 s.; cfr. núm. 337.

dió por alimento el maná, que no conocías tú ni tus padres; para mostrarte que el hombre *no vive de sólo pan,* sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. Tu vestido, con que te cubrías, no se consumió por ser viejo, ni tu calzado se estropeó [1]; y he aquí que es el año cuadragésimo. Para que recapacites en tu corazón, que a la manera como un hombre instruye a su hijo, así te instruyó a ti el Señor Dios tuyo, para que guardes los mandamientos del Señor Dios tuyo, y andes en sus caminos, y le temas. Porque el Señor Dios tuyo te introducirá *en una tierra buena,* tierra de arroyos y de aguas y de fuentes; en cuyos campos y montes salen ríos de los abismos; tierra de trigo, de cebada, y de viñas, en la que se crían higueras, y granados, y olivos; tierra de aceite y de miel, donde sin escasez alguna comerás tu pan, y gozarás en abundancia de todas las cosas; cuyas piedras son hierro [2], y de sus montes se extraen los metales de cobre. A fin de que cuando hubieres comido y te hubieres saciado, bendigas al Señor Dios tuyo por la bellísima tierra que te dió. *Está alerta y cuida* de no olvidarte jamás del Señor Dios tuyo, ni despreciar sus mandamientos y juicios y ceremonias que hoy te prescribo; no sea que después de haber comido y de haberte saciado, y de haber edificado casas hermosas y habitado en ellas, y adquirido vacadas y hatos de ovejas, abundancia de plata y oro, y de todas las cosas, se engría tu corazón y no te acuerdes del Señor Dios tuyo que te sacó de la tierra de Egipto, de la casa de la esclavitud, y te condujo *por un desierto vasto y espantoso,* donde había escorpiones y serpientes venenosas que abrasaban con su aliento; y estando todos a punto de desfallecer, sacó arroyos de una piedra muy dura; y después de haberte afligido y probado, por último *tuvo misericordia de ti,* para que no dijeras en tu corazón: mi fortaleza y la robustez de mi mano me granjearon todas estas cosas; antes te acuerdes del Señor Dios tuyo, que te dió la fortaleza; y así cumpla El en ti su pacto» [3].

392. «Oye Israel: *Tú vas a pasar el Jordán,* para subyugar naciones muy numerosas y más fuertes que tú, ciudades grandes cuyos muros llegan hasta el cielo (es decir, muy altas y fortificadas), un pueblo fuerte y de gran estatura, los hijos de los enakitas [4], que tú mismo viste y oíste, a quienes ninguno puede resistir frente a frente. Sabrás, pues, el día de hoy, que *el Señor Dios tuyo pasará El mismo delante de ti* como fuego devorador y consumidor, que los ha de quebrantar y arruinar y destruir en poco tiempo en tu presencia. como te lo ha prometido. No digas en tu corazón, cuando el Señor Dios tuyo los hubiere destruído delante de ti: Por mi justicia me ha introducido el Señor en la posesión de esta tierra, siendo cierto que por sus impiedades fueron destruídas. Porque *no por tus justicias* y rectitud de tu corazón entrarás a poseer su tierra; sino porque ellas procedieron impíamente, han sido destruídas al entrar tú [5], y porque el Señor cumpliera su palabra, que dió con juramento a tus padres Abraham, Isaac y Jacob. Sabe, pues, que no por tus justicias te ha dado el Señor Dios tuyo esta excelente tierra en posesión; *pues eres un pueblo de durísima cerviz.* Acuérdate y no te olvides que provocaste a ira al Señor Dios tuyo en el desierto. Desde aquel día que saliste de Egipto hasta este lugar, has sido siempre testarudo contra el Señor» [6].

«*Y ahora Israel, ¿qué te pide el Señor* Dios tuyo, sino que temas al Señor Dios tuyo, y andes en sus caminos, y le ames, y que sirvas al Señor Dios tuyo

---

[1] Cfr. núm. 273, 274.

[2] Un país que tiene minas de hierro en abundancia, especialmente en Basán, allende el Jordán (cfr. núm. 137).

[3] *Deut.* 8, 2-18; cfr. núm. 275, 354, 369, 374. A las diez tentaciones de sus padres en el desierto (cfr. núm. 262, 270-275, 292, 354, 355, 360) hasta que fueron completamente reprobados, había añadido la nueva generación cuatro (cfr. núm. 365 369 374 385).

[4] Cfr. núm. 360.

[5] Los pueblos de allende el Jordán estaban ya vencidos (cfr. núm. 375); lo mismo había de acontecer con los de la región occidental (*Deut.* 12, 2 ss.; cfr. núm. 387).

[6] *Deut.* 9, 1-7; cfr. núm. 391.

con todo tu corazón, y con toda tu alma, y guardes los mandamientos del Señor y sus ceremonias que yo te prescribo hoy, para que te vaya bien?» [1]

«Vuestros ojos han visto todas las grandes maravillas que hizo el Señor, para que guardéis todos sus mandamientos que yo hoy os intimo, y podáis entrar *a poseer la tierra*, a la que vais a llegar, y viváis en ella largo tiempo; la que mana leche y miel, y la que prometió el Señor a vuestros padres y a su posteridad con juramento. Porque la tierra que entras a poseer, *no es como la tierra de Egipto*, de donde saliste, en la que después de arrojada la semilla, se conducen aguas de regadío, como en las huertas [2]: sino que es de montes y de vegas, que esperan las lluvias del cielo. Y el Señor Dios tuyo siempre la visita, y sus ojos están sobre ella desde el principio del año hasta su fin» [3].

«*Si obedeciereis, pues, a mis mandamientos* que hoy os intimo, amando al Señor Dios vuestro, y sirviéndole de todo vuestro corazón y de toda vuestra alma [4], dará El a vuestra tierra la lluvia temprana y tardía [5], para que cojáis trigo, y vino, y aceite, y heno de los campos para apacentar las bestias, y para que vosotros comáis y os saciéis. Guardaos, no sea que vuestro corazón sea engañado, y os apartéis del Señor, y sirváis a dioses ajenos, y los adoréis; y airado el Señor cierre el cielo, y no caigan lluvias, ni la tierra produzca su fruto, y seáis luego exterminados de la tierra fertilísima, que el Señor os ha de dar. Grabad éstas mis palabras en vuestros corazones y en vuestras almas, y traedlas atadas para memoria en vuestras manos, y pendientes entre vuestros ojos. Enseñad a vuestros hijos a meditarlas, ora estuviereis sentados en vuestras casas, ora anduviereis por el camino, y cuando os acostareis y levantareis. Las escribiréis en las jambas y puertas de vuestras casas» [6].

393. «Si estando pendiente ante ti una *causa*, hallares ser difícil y dudosa la sentencia... marcha y acude al lugar que habrá escogido el Señor Dios tuyo. Y te encaminarás *a los sacerdotes* del linaje de Leví, y *al* que fuere *juez* en aquel tiempo; y les consultarás, y te manifestarán cómo has de juzgar según verdad. Y harás todo lo que dijeren los que presiden en el lugar que escogiere el Señor, y todo lo que te enseñaren según su ley; y seguirás su parecer sin torcer ni a la diestra ni a la siniestra. Mas el que se ensoberbeciere, *no* queriendo *obedecer* al mandamiento del sacerdote que en aquel tiempo está sirviendo al Señor Dios tuyo, ni al decreto del juez, ese tal *morirá*, y quitarás el mal de Israel; y todo el pueblo al oirlo temerá, para que ninguno en adelante se ponga hinchado de soberbia» [7].

«Cuando hubieres entrado en la tierra que el Señor Dios tuyo te dará, y la poseyeres y habitares en ella, y dijeres: *estableceré un rey sobre mí* [8], como lo tienen todas las naciones que están alrededor; pondrás a aquél que escogiere el Señor Dios tuyo del número de tus *hermanos*. No podrás nombrar rey a hombre de otra nación, que no sea tu hermano. Y una vez que fuere establecido, *no multiplicará sus caballos*, ni hará volver el pueblo a Egipto, engreído

---

[1] *Deut.* 10, 12 s.

[2] En hebreo: «cuando te veías obligado a sembrar la simiente y regar (el campo) *con tus pies*», es decir, arrastrando el agua con gran fatiga o dándole a la noria con el pie.

[3] *Deut.* 11, 7-12.

[4] Cfr. núm. 390.

[5] Cfr. núm. 136. [6] *Deut.* 11, 13-20; cfr. núm. 370.

[7] *Deut.* 17, 8-13. A juzgar por el contexto y según tradición y práctica de los judíos, este juez era el *sumo sacerdote*. Trátase en nuestro pasaje de un tribunal supremo que resolvía en última instancia las causas más difíciles e importantes, especialmente las que tocaban a la religión. Fallaba la sentencia el sumo sacerdote, solo o asistido de un Consejo, que él presidía y en el cual su voto era decisivo. Este Consejo Supremo se llamó después del destierro «La Gran Sinagoga», y más tarde «Sanedrín» o «Concilio» (véase núm. 725). El sumo sacerdote estaba dotado del *don de profecía* para ejercer estas funciones (cfr. núm. 350; *Ioann.* 11, 51). Cúmplese la figura en el *magisterio infalible* del sumo pontífice de la Iglesia, el Papa. Más pormenores en Heinrich, *Dogmat. Theologie* II 257 ss.

[8] Cfr. núm. 347.

por el número de su caballería [1]; mayormente, teniéndoos mandado el Señor que nunca más volváis por el mismo camino. *No tendrá muchas mujeres* [2] que con halagos se enseñoreen de su corazón, ni sumas inmensas de oro y plata. Y después que estuviere sentado en el solio de su reino, *escribirá para sí una copia de esta ley* en un libro, recibiendo un ejemplar de los sacerdotes de la tribu de Leví, y lo tendrá consigo, y lo leerá todos los días de su vida, para que aprenda a temer al Señor Dios suyo, y a guardar sus palabras y ceremonias que están mandadas en la Ley; y para que su corazón no se ensoberbezca sobre sus hermanos, ni se desvíe a la diestra ni a la siniestra; a fin de que reine él, y sus hijos, largo tiempo sobre Israel» [3].

394. «*Los sacerdotes y levitas,* y cuantos son de la misma tribu, no tendrán parte ni heredad con el resto de Israel; porque se han de sustentar de los sacrificios del Señor y de sus ofrendas. Y ninguna otra cosa tomarán de lo que posean sus hermanos; porque el mismo Señor es su heredad, como se lo tiene dicho» [4].

«*Cuando hubieres entrado en la tierra* que te dará el Señor Dios tuyo, guárdate de querer imitar las abominaciones de aquellas gentes; y que no se halle entre vosotros quien purifique a su hijo o a su hija pasándolos por el fuego (de Moloc) [5], o quien pregunte a adivinos, y observe sueños y agüeros, ni quien sea hechicero, ni encantador, ni quien consulte a los pitones o adivinos, o busque de los muertos la verdad. Porque todas estas cosas son abominables al Señor, y por haber cometido tantas maldades aquellos pueblos, acabará con ellos a tu entrada. Has de ser perfecto y sin mancilla con el Señor Dios tuyo. Esas gentes, cuya tierra poseerás, dan oídos a agoreros y a adivinos; mas tú has sido instruído diversamente por el Señor Dios tuyo. Tu Señor Dios te suscitará *de tu nación y de entre tus hermanos un Profeta como yo;* a él oirás, según demandaste al Señor Dios tuyo en Horeb, cuando se congregó el pueblo, y dijiste: No oiré de aquí en adelante la voz del Señor Dios mío, ni veré ya más este fuego espantoso, porque no muera. Y el Señor me dijo: *Levantaré para ellos* (un) *profeta de en medio de sus hermanos semejante a ti, y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mandare.* Mas el que no quisiere oír sus palabras que hablará en mi nombre, experimentará mi venganza. Mas el profeta que, corrompido de presunción, quisiere hablar en mi nombre lo que yo no le he mandado decir, o hablare en nombre de dioses ajenos, perecerá. Y si preguntas: ¿cómo reconocer que el Señor no ha hablado? esto tendrás por señal: si lo que aquel profeta hubiere vaticinado en el nombre de Yahve, no se verificare, esto no lo habló Yahve, sino que se lo forjó el profeta por orgullo de su corazón; y así no le temas» [6].

---

[1] En hebreo: «para multiplicar sus caballos». No ha de ser conquistador. Los israelitas hablaron repetidas veces a Moisés de volver a Egipto. Más tarde ya no se acordaron de ello.

[2] A la manera de los paganos, particularmente de los príncipes.

[3] *Deut.* 17, 14-20.

[4] *Deut.* 18, 1 s.; cfr. núm. 323.

[5] Cfr. núm. 124 y 385.

[6] *Deut.* 18, 9-22. Despréndese claramente del contexto, que Moisés habla aquí de la institución del *profetismo en general,* después de haber tratado sucesivamente de los demás estados u oficios (jueces, reyes, sacerdotes). El contraste que establece con los demás pueblos, y los caracteres que señala para distinguir al profeta, demuestran que se trata de una institución docente fija, que debía de existir, además del sacerdocio, desde los tiempos de Moisés. Pero en la promesa del profetismo va incluído *el* Gran Profeta y mediador de la Nueva Alianza *(Hebr.* 9, 15 ss.); porque algo quiere significar el texto con el singular (un profeta, gramaticalmente: un profeta de tiempo en tiempo, según las necesidades lo requieran). Acerca de esto el Nuevo Testamento no deja lugar a duda, antes bien, declara que los judíos entendieron la profecía del Mesías. El mismo Salvador dice a este propósito que Moisés escribió de él *(Ioann.* 5, 45 ss.; cfr. 12, 48 ss.); Felipe, en el momento mismo de su vocación, reconoce «a aquel de quien escribieron Moisés y los profetas» *(Ioann.* 1, 45); y el pueblo prorrumpe lleno de gozo: «Este es verdaderamente el Profeta que ha de venir al mundo» *(Ioann.* 6, 14); los mismos samaritanos, que no admitían lo

395. En *el tercer discurso* (cap. 27-30) termina Moisés de repetir e inculcar la Ley. Entresacamos los párrafos siguientes.

«*Si oyeres la voz del Señor* Dios tuyo para cumplir y guardar todos sus mandamientos que yo te intimo hoy, el Señor te ensalzará sobre todas las gentes que hay sobre la tierra. Y vendrán sobre ti y te alcanzarán todas *estas bendiciones*, con tal que escuches sus mandamientos. Serás bendito en la ciudad, y bendito en el campo. Bendito el fruto de tu tierra, y el fruto de tus bestias; benditos tus graneros, y benditas tus provisiones. Serás tú bendito cuando entres y cuando salgas.—El Señor te pondrá a la cabeza, y no a la cola; y estarás siempre encima, y no debajo» (28, 1-6, 13).

«*Pero si no quieres escuchar* la voz del Señor Dios tuyo para guardar y cumplir todos sus mandamientos y ceremonias que yo te prescribo hoy, vendrán sobre ti y te alcanzarán todas estas maldiciones. Serás maldito en la ciudad, maldito en el campo, etc. El Señor enviará sobre ti hambre y carestía, y maldición sobre todas tus obras que tú hicieres, hasta desmenuzarte y exterminarte en poco tiempo a causa de tus malísimas invenciones, por las cuales me abandonaste. Añadirá el Señor sobre ti pestilencia, hasta raerte de la tierra, a cuya posesión te encaminas. El Señor te herirá con pobreza y calentura, con frío y calor y sequedad, con aire corrompido y con añublo, y te perseguirá hasta que perezcas. Tornaráse de bronce el cielo que está sobre ti; y de hierro la tierra que pisas» (28, 15-23).

«*El Señor te llevará a ti, y al rey* que establecieres sobre ti, a una gente que no conoces tú, ni tus padres, y servirás allí a dioses ajenos, al leño y a la piedra [1]. Y quedarás perdido, para ser fábula y ludibrio de todos los pueblos adonde el Señor te llevare. — *El Señor te esparcirá* por todos los pueblos desde un extremo de la tierra hasta sus fines; y servirás allí a dioses ajenos que ni tú conoces ni tus padres: a leños y a piedras. Ni tendrás descanso entre aquellas gentes, ni hallará reposo la planta de tu pie. Porque el Señor te dará allí un corazón medroso, y ojos desfallecidos, y un alma consumida de tristeza; y estará tu vida como colgada delante de ti. Temerás noche y día, y no confiarás de tu vida» (28, 36 s., 64-66).

«*Cuando vinieren, pues, sobre ti todas estas cosas,* la bendición o la maldición que he puesto delante de ti, y te *arrepintieres* en tu corazón en medio de todas las gentes por las que te haya esparcido el Señor Dios tuyo, y te convirtieres a Él, y obedecieres a sus mandamientos con tus hijos de todo tu corazón, y de toda tu ánima, como yo hoy te lo intimo; el Señor Dios tuyo te hará volver de tu cautiverio, y tendrá misericordia de ti, y te congregará de nuevo de todos los pueblos por donde antes te desparramó» (30, 1-3).

«*Este mandamiento* que yo te intimo hoy, *no está sobre ti,* ni lejos de ti, ni situado en el cielo, de manera que puedas decir: ¿Quién de nosotros puede subir al cielo, para que nos lo traiga, y le obedezcamos y lo pongamos por obra? Ni está más allá de la mar, para que te excuses y digas: ¿Quién de nosotros podrá pasar la mar y traerlo hasta nosotros, para que podamos oír y hacer lo

---

libros proféticos, fundaban en este pasaje su expectación mesiánica (cfr. *Ioann.* 4, 25). Acerca del anuncio del Gran Profeta cfr. Reinke, *Beiträge* IV 314 ss.; Hummelauer, *Comm. in Deut.* 372-377 ss. Los samaritanos tenían este pasaje en su texto, no sólo en *Deut.* 18, 15, sino también después de *Exod.* 20, 21 ss., y lo interpretan del Mesías, a quien llaman *Ta'eb,* es decir, el que convierte a los hombres y los guía por el camino del bien y de la verdad, para que sean *un* camino, esto es, *una* religión. También es cierto que vinculaban a la persona de *Ta'eb* esperanzas políticas y materiales análogas a las que aparecen en la literatura apócrifa de los últimos siglos antes de Jesucristo. Por otra parte el pasaje de san Juan 4, 25 supone que no desconocían los samaritanos el nombre de Mesías, el ungido. (Cfr. *ZDPV* 1885, 152; Merx, *Der Messias oder Ta'eb der Samaritaner,* en el suplemento 18 [1909] de *ZAW).*

[1] Diez tribus transportadas a Asiria se perdieron casi por completo entre los gentiles; las otras, cautivas en Babilonia, no se mantuvieron del todo alejadas de la idolatría.

que está mandado? Sino que está muy cerca de ti la palabra, en tu boca, y en tu corazón, para que la ejecutes. *Considera* que hoy he puesto a tu vista la vida y el bien, y por el contrario la muerte y el mal.—Llamo hoy *por testigos* al cielo y a la tierra, que os he propuesto la vida y la muerte, la bendición y la maldición. Escoge, pues, la vida, para que vivas tú, y tu posteridad; y ames al Señor Dios tuyo, y obedezcas a su voz, y le sigas (porque *El es tu vida* y la longitud de tus días); para que habites en la tierra que el Señor juró a tus padres Abraham, Isaac y Jacob que les había de dar» (30, 11-15, 19-20).

396. *Luego se despidió Moisés* del pueblo diciendo: «De ciento y veinte años soy en este día, y ya no puedo salir ni entrar delante de vosotros, y sobre todo, que el Señor me ha dicho: No pasarás ese Jordán. Y así, *el Señor Dios vuestro* irá delante de vosotros. El acabará con todas estas gentes en vuestra presencia y las conquistaréis. Y en su nombre irá *Josué* delante de vosotros, como ha dicho el Señor. Portaos varonilmente y con fortaleza. No temáis ni os amedrentéis a su vista, porque el Señor mismo es vuestro caudillo y no os abandonará». Llamó luego a *Josué* y le dijo delante de todo Israel: «Sé varonil e intrépido, porque tú introducirás a este pueblo en la tierra que el Señor juró a sus padres que les había de dar, y tú se la repartirás por suerte. Y el Señor, que es vuestro guía, El mismo será contigo, no te dejará ni te desamparará; no temas, ni te amedrentes».

Encomendó luego *Moisés a los sacerdotes y Ancianos de Israel* velasen por la guarda de la Ley que él había escrito en un libro [1] (juntamente con los principales acontecimientos de la divina providencia), y les mandó que cada siete años, en el año de la remisión, en la fiesta de los Tabernáculos, se leyese a todo Israel, hombres y mujeres, niños y extranjeros que con ellos viviesen: «para que teman al Señor y guarden todas las palabras de la Ley».

Dijo después el Señor a Moisés: «Mira, ha llegado ya el día de tu muerte: *Llama a Josué, y presentaos los dos en el Tabernáculo de la Alianza,* para que le dé mis órdenes». Así lo hizo. Aparecióse el Señor a la puerta del Tabernáculo en la columna de nube, y dijo a Moisés: «Mira, tú vas ya a dormir con tus padres, y este pueblo se levantará y se prostituirá a dioses ajenos [2] en la tierra, a la que va a entrar para habitar en ella; allí me abandonará y quebrantará la Alianza que he concertado con él. Y mi furor se enardecerá contra él en aquel día; y le abandonaré, y esconderé de él mi rostro, y será consumido; caerán sobre él todos los males y aflicciones en tanto grado, que dirá en aquel día: verdaderamente, porque no está Dios conmigo me han sobrevenido estos males. Y *así, escribíos ahora este cántico* (cfr. núm. 397), y enseñadlo a los hijos de Israel, para que nunca lo olviden, y me sirva de testimonio contra ellos, especialmente cuando sobrevengan a Israel males y desastres». Escribió, pues, Moisés el cántico, y lo enseñó a los hijos de Israel. Mas a Josué dijo el Señor:

---

[1] Se discute sobre si este pasaje alude a la ley contenida en el *Deuteronomio,* o a todo el *Pentateuco.* Pero aunque «esta ley» se refiera sólo al *Deuteronomio* (como parece suponer el hecho de leerse en la fiesta de los Tabernáculos, pues no es creíble que se leyese todo el *Pentateuco),* sin embargo, lo que se dice en el versículo 24, unido a lo del *Exod.* 7, 14; 34, 27, indica que Moisés escribió y terminó toda la Ley en un libro.

[2] Expresión consagrada para indicar la apostasía idolátrica; porque la infidelidad de Israel para con Dios se puede comparar a la de la mujer o esposa, y porque la idolatría de los cananeos iba mezclada con toda suerte de abominaciones y vergonzosas deshonestidades; cfr. núm. 124.

«Esfuérzate, y sé valiente; porque tú introducirás a los hijos de Israel en la tierra que les he prometido; que yo seré contigo».

397. Luego, pues, que Moisés *escribió las palabras de esta ley en un libro* y lo completó [1], mandó a los levitas que llevaban el Arca de la Alianza del Señor [2], diciendo: «*Tomad este libro y ponedlo a un lado del Arca de la Alianza del Señor* Dios vuestro [3], para que sirva allí de testimonio contra ti. Porque yo sé tu terquedad y tu durísima cerviz. Aun viviendo yo y conversando con vosotros os habéis siempre conducido contenciosamente contra el Señor; ¿cuánto más después que yo hubiere muerto?» Mandó luego reunir a todo el pueblo y pronunció delante de él las palabras de este cántico [4]:

«Oíd, cielos, lo que hablo; oiga la tierra las palabras de mi boca.
Derrámese como lluvia mi doctrina;
descienda mi habla como rocío,
como lluvia sobre yerba, y como llovizna sobre grama.
Porque quiero invocar el nombre del Señor; dad gloria a nuestro Dios.
Perfectas son las obras de Dios, y todos sus caminos justicia;
fiel es Dios y sin ningún engaño, justo y recto.
Pecan contra El en ignominia, y no son ya más hijos suyos,
generación torcida y perversa».

«¿Así pagas al Señor, pueblo necio y mentecato?
¿Por ventura no es El tu padre, que te poseyó,
te hizo y te crió?
Acuérdate de los tiempos antiguos, considera todas las generaciones;
pregunta a tu padre, y te lo declarará;
a tus mayores, y te lo dirán».

«Cuando el Altísimo separó las gentes, cuando dispersó a los hijos [de Adán;
fijó los límites de los pueblos según el número de los hijos de Israel [5].
Mas la porción del Señor es su pueblo,
y Jacob, la herencia que le cupo.
Hallólo en tierra yerma, en lugar de horror y de vasta soledad [6];
El le guió y adoctrinó, y guardóle como la niña de sus ojos.
Como el águila incita a volar a sus polluelos, y revolotea sobre ellos,
así extendió sus alas, y le tomó,
y le llevó sobre sus hombros».

---

[1] Con su cántico (y bendición); cfr. núm. 396, 399.

[2] Es decir, a los sacerdotes, pues sólo a éstos estaba permitido llevar sobre los hombros el Arca del Señor (cfr. núm. 351).

[3] Cfr. núm. 300.

[4] Capítulo 32. Para el texto hebreo cfr. *BZ* II 1 s.; para la estructura de las estrofas, Zenner, *Die Chorgesänge im Buche der Psalmem* (Friburgo 1896) 76 ss. Ni del fondo ni del estilo se puede sacar un argumento contra la autenticidad del cántico (Hummelauer, *Comm. in Deut.* 513). Todos aprecian *unánimemente* su mérito literario. La crítica racionalista trata de relegarlo por lo menos a una época posterior a Moisés, si no ya a la del destierro, fundándose en que el cántico revela una situación y un estado de cosas no diversos de los del tiempo de Acab y Elías, o del destierro, y en la semejanza de conceptos con los de Jeremías, Ezequiel y Deutero-Isías. Kautzsch *(Die Heilige Schrift des AT)* 296. Para la interpretación cfr. Thalhofer, *Psalmen*[6] 894.

[5] Es decir: desde el comienzo de los pueblos tenía Dios presente a su escogido, y dirigía de tal suerte el desarrollo de las naciones, que tocase entre ellas a Israel una parte proporcionada a su grandeza.

[6] Cfr. núm. 391.

«El Señor solo fué su caudillo; y no había con El dios ajeno.
Establecióle sobre tierra alta,
para que comiera de los frutos de los campos,
para que chupara miel de las peñas, y aceite de roca muy dura;
manteca de vacas y leche de ovejas,
con grosura de corderos y de carneros de Basán,
con la medula del trigo; y para que bebiera sangre purísima de uva».

«Engrosóse el (pueblo) favorito[1] y se rebeló; engrosado, engor-
abandonó a Dios su Salvador. [dado, ensanchado,
Provocáronle con dioses ajenos, y le movieron a ira con sus abomina-
[ciones;
Ofrecieron sacrificios a los demonios, y no a Dios; a dioses que no
nuevos y recién venidos, que no adoraron sus padres. [conocían,
Abandonaste al Dios que te engendró,
te olvidaste del Señor tu Criador».

«Viólo el Señor y se encendió en cólera,
por ser sus hijos e hijas lo que le provocaron.
Y dijo: Esconderé de ellos mi rostro, y veré su fin;
porque son raza perversa, e hijos infieles.
Se ha encendido el fuego de mi furor,
y arderá hasta lo más profundo del infierno.
Devorará la tierra con sus plantas,
y abrasará los cimientos de los montes.
Amontonaré males sobre ellos,
y lanzaré contra ellos todas mis saetas.
Serán consumidos de hambre;
y los devorarán las aves con mordedura muy amarga[2].
Armaré contra ellos los dientes de las bestias;
el furor de las serpientes que se arrastran por la tierra.
Por de fuera los desolará la espada, y dentro el pavor,
al mancebo y a la doncella, al lactante y al anciano».

«Dije: ¿Dónde están?
Borraré su memoria de entre los hombres.
Mas lo he diferido por causa del furor de los enemigos,
porque no dijeran engreídos sus enemigos:
Nuestra mano robusta, y no el Señor, hizo todo esto.
Gente es sin consejo, sin prudencia.
¡Oh si tuvieran sabiduría e inteligencia,
y previesen las postrimerías!
¡Cómo había de poder perseguir uno a mil, y dos poner en fuga diez mil!
De no haberlos su Dios vendido, y el Señor entregado.
Porque no es nuestro Dios como sus dioses;
testigo de ello son nuestros enemigos.
De la viña de Sodoma es su viña, y de los ejidos de Gomorra;
sus uvas, uvas de hiel, y sus racimos muy amargos;
hiel de dragones su vino, y veneno de áspides incurable»[3].

---

[1] En hebreo *Yeschurun,* sobrenombre honorífico de Israel, un nombre de cariño, derivado de *yaschar,* justo. Viene a significar: pueblo escogido por Dios para la justicia y santidad y, por lo mismo, muy amado de El.

[2] Las aves de rapiña devorarán sus cadáveres. El hebreo se puede traducir: fiebre (peste) les devorará con epidemia amarga, es decir, venenosa.

[3] El sentido es: el Dios de Israel no es como los dioses de los paganos, que son impotentes. Los mismos enemigos de Israel, Faraón, los amalecitas, el rey de Arad, Sehón, Og, Balaam, se ven obligados a reconocerlo. Si alguna vez llegan a prevalecer los enemigos de Israel, sepan que esto viene de que en sus sentimientos (cepa) y acciones (racimos y vino) imitan a los habitantes de Sodoma y Gomorra.

«¿Pues no tengo yo reservadas todas estas cosas en mis adentros y [selladas en mis tesoros? [1]
Mía es la venganza, y yo les daré el pago
a su tiempo, para que vacilen sus pies.
Cerca está el día de su perdición, y el plazo se apresura a venir.
Entonces juzgará el Señor a su pueblo,
y será misericordioso con sus siervos.
Pues el Señor verá, cuando su mano haya perdido el vigor
y desfallecieren los encastillados, y aun que los que quedaron se hubie- [ren consumido.
Y dirá entonces [2]: ¿Dónde están sus dioses, en los que tenían la con- [fianza,
de cuyas víctimas comían las grosuras, y bebían el vino de sus liba- [ciones?
¡Levántense, y vengan a vuestro socorro y os amparen en vuestra nece- [sidad!».

«*Ved, pues, que yo soy único*
y que no hay otro Dios fuera de mí;
yo quito la vida y yo hago vivir; hiero y curo;
y no hay quien pueda librar de mi mano.
Alzo mi mano al cielo y digo:
¡Vivo yo para siempre!
Si afilare mi espada como el rayo,
y mi mano se armare para hacer juicio,
tomaré venganza de mis enemigos, y daré su merecido a los que me [aborrecen.
Embriagaré mis saetas en sangre,
y mi espada devorará las carnes de los enemigos;
en la sangre de los muertos y de los cautivos,
en la sangre de los enemigos con la cabeza rapada» [3].

«Alabad, gentes, a su pueblo, porque venga la sangre de sus sier- [vos,
y toma venganza de sus enemigos,
y es propicio a la tierra de su pueblo».

398. Después que hubieron pronunciado Moisés y Josué este cántico en presencia del pueblo, inculcó Moisés una vez más la guarda fiel de la Ley, de lo cual dependía la posesión de la tierra prometida. En el mismo día dijo el Señor a Moisés: «*Sube a esa montaña de Abarim, al monte Nebo* [4], que está en la tierra de Moab, enfrente de Jericó, y mira la tierra de Canaán, que yo he de dar a los hijos de Israel para que la posean; *y muérete en el monte;* porque luego que hubieres subido, serás incorporado a tu pueblo, al modo como Aarón, tu hermano, murió en el monte Hor y fué agregado a su pueblo [5]; porque prevaricasteis contra mí en medio de los hijos de Israel, en las aguas de la Contradicción en Cades del desierto de Sin [6]; y no me santificasteis entre los hijos de Israel. Verás de frente la tierra que yo daré a los hijos de Israel, y no entrarás en ella».

399. *Esta es la bendición* con la cual Moisés, el hombre de Dios, bendijo a los hijos de Israel antes de morir [7]:

---

[1] Reservadas para el día de la venganza.

[2] Dios no aniquilará por completo a Israel, sino exterminará sólo a los impíos; hará entrar en reflexión a su pueblo, lo convertirá y, después de tomar venganza de los enemigos, lo reconocerá de nuevo por suyo. Así este cántico acaba con una promesa consoladora.

[3] Desprovistos, como prisioneros, de su ornamento capilar, signo de fortaleza.

[4] Cfr. núm. 380. [5] Cfr. núm. 371. [6] Cfr. núm. 370.

[7] Como en otro tiempo bendijera Jacob a sus hijos (cfr. núm. 224). Ni del estilo ni del fondo se puede sacar argumento en contra de la autenticidad de la bendición de Moisés;

«Del Sinaí el Señor vino, y de Seir nació para nosotros;
apareciósenos desde el monte Farán [1];
y con El millares de santos [2].
En su derecha la ley de fuego.
Amó a los pueblos; todos los santos están en su mano;
y los que se llegan a sus pies recibirán de su doctrina.
Moisés nos prescribió la Ley, la dió por herencia a la multitud de Jacob.
Dios mismo será el Rey en el justo [3],
cuando los príncipes del pueblo se junten con las tribus de Israel».

« *Viva Rubén,* y no muera, y sea pequeño en número [4].
Esta es la bendición de Judá: Oye, Señor, la voz de Judá,
e introdúcele en su pueblo;
sus manos combatirán por él; Dios es su protector contra sus enemigos [5].
Dijo asimismo a Leví: Tu perfección y tu doctrina [6]
para tu varón santo [7],
a quien probaste en la tentación [8] y juzgaste en las aguas de la Contradicción;
el cual [9] dijo a su padre y a su madre: No os conozco;
y a sus hermanos: No sé quién sois;
y no conoció a sus propios hijos.
Estos [10] cumplieron tu palabra y guardaron tu pacto;—
tus juicios, oh Jacob, y tu Ley, oh Israel [11].—
Cuando te enojas ponen el incienso, y holocausto sobre tu altar [12].
Bendice, Señor, su [13] fortaleza, y recibe las obras de sus manos.
Hiere las espadas de sus enemigos; y los que le aborrecen, no se levanten».

Y sigue bendiciendo a las demás tribus [14], terminando con estas palabras [15]:

por el contrario, ambos hablan en pro de su mucha antigüedad. Posible es, sin embargo, que las palabras de la bendición mosaica, que solían recitarse públicamente en ocasiones solemnes, hubiesen experimentado alguna elaboración poética y adiciones explicativas; indicio de esto son, al parecer, las frases de la introducción y del remate. Hummelauer, *Comm. in Deut.* 538. La crítica racionalista admite un núcleo antiguo, no anterior a la época de los Jueces; pero opina que la bendición completa es del tiempo de la cautividad. Kautzsch, *Die Heilige Schrift des AT* 323. Gressmann, *Die Schriften des AT* I 2, 173 ss.

[1] *Seir,* montañas de Idumea (cfr. núm. 176), y *Farán,* en el límite del desierto del mismo nombre (núms. 281, 371, 372), están al nordeste y norte del Sinaí. De la lejanía, de las alturas de esas montañas venía la majestad de Dios, que Israel contempló en el Sinaí (en medio de espantosa tempestad); núm. 285.

[2] En hebreo: Santas miríadas, es decir, innumerables ángeles (cfr. núm. 51, 185).

[3] En hebreo *Yeschurun,* página 398, nota 1.

[4] Cfr. *Gen.* 49, 4.

[5] Escucha las plegarias de Judá, cuando luche por su pueblo, Israel, e implore feliz regreso (cfr. núm. 224).

[6] El *Urim* y *Tummim,* la más alta distinción de la tribu de Leví en la persona del sumo pontífice (cfr. núm. 318).

[7] Aarón.

[8] En hebreo *en Massa,* cuando el pueblo murmuró por la falta de agua; lo cual fué para Moisés y Aarón una prueba que supieron soportar (núm. 275); otra cosa fué en la segunda prueba, «en el agua de la Contradicción» (Cfr. núm. 370).

[9] El cual, llevado del celo por la gloria de Dios, sacrificó los sentimientos naturales hacia sus hijos y su tribu (cfr. núm. 294).

[10] Los levitas.

[11] En hebreo: «ellos enseñan a Jacob tu justicia, tu Ley a Israel», como si dijera: en recompensa de su fidelidad, ellos son los maestros y guías espirituales del pueblo.

[12] En expiación.

[13] De Leví, de los levitas; este último deseo se cumplió de una manera espléndida en los Macabeos, levitas que con tanto denuedo y acierto lucharon contra los gentiles por defender la Ley santa de Dios.

[14] Pasa por alto a *Simeón,* tal vez por haberse esta tribu señalado en las abominaciones madianitas (cfr. núm. 352, 385).

[15] *Deut.* 33, 27 ss.

«*No hay otro Dios* como el Dios del justo (de Israel) [1].
El tiene su trono arriba en el cielo, El es tu protector,
El, cuya majestad se cierne en las nubes.
Su morada en lo alto, y acá abajo sus brazos eternos [2];
El arroja de tu presencia al enemigo y le dice: aniquilado seas».

«Habitará Israel *seguro y solo;*
Los ojos de Jacob miran a una tierra repleta de trigo y de vino,
y su cielo se oscurece por el rocío.
Bienaventurado eres tú, Israel; ¿quién como tú?
¡Oh pueblo, que eres dichoso en el Señor,
escudo de tu salvación y espada de tu gloria!
te negarán tus enemigos [3];
y tú les pisarás la cerviz».

400. *Subió, pues, Moisés de las campiñas de Moab al monte Nebo,* a la cumbre de Fasga [4], enfrente de Jericó; y mostróle el Señor toda la tierra de Galaad hasta Dan, y toda Neftalí, y la tierra de Efraim y de Manasés, y toda la tierra de Judá hasta el mar, y la parte meridional, y los dilatados campos de Jericó, ciudad de las palmas, hasta Segor [5]; y díjole el Señor: «Esta es la tierra por la que juré a Abraham, a Isaac y a Jacob, diciendo: A tu linaje la daré. La has visto con tus ojos, mas no pasarás a ella».

Y murió allí Moisés, siervo del Señor, en tierra de Moab, como el Señor lo había mandado. Y enterrósele en el valle de la tierra de Moab, enfrente de Fogor; y no supo hombre alguno su sepulcro hasta el día de hoy [6].

---

[1] En hebreo *Yeschurun,* véase página 398, nota 1.

[2] Su poder se extiende desde el cielo hasta el abismo, abarca el universo.

[3] No querrán saber de ti; — en hebreo: «serán hipócritas contigo», por miedo aparentarán ser amigos tuyos.

[4] Cfr. núm. 380. — En la cumbre del monte que actualmente lleva el nombre de Djebel Siyara (Fasga) se ven las ruinas de una iglesia de Moisés, de que hace mención la peregrina Silvia (siglo IV d. Cr.). Cfr. Kalt, *Nebo, Phasga, Phogor und Bamoth-Baal* (Maguncia 1914) 29 ss.

[5] Por consiguiente, todo el país de uno y otro lado del Jordán; cada región se designa por el nombre de las tribus que la han de ocupar; lo cual podía ya hacerlo Josué que pocos años después repartió el país.—Acerca de Segor cfr. núm. 156.

[6] Del texto no se sigue que Moisés subiera al monte *solo* y muriese sin testigos. Su sepulcro había de quedar ignorado, lo cual no era obstáculo para que algunos hombres de confianza presenciaran su muerte; como sucedió más tarde cuando Jeremías escondió el Arca de la Alianza en presencia de testigos y, sin embargo, el lugar quedó ignorado (II *Mach.* 2, 7). La expresión hebrea correspondiente a «él le enterró», puede también traducirse «se le enterró», o como dice la versión griega: «*ellos* (Josué, Eleazar, etc.) le enterraron». La tradición judía admite, como indica la carta del Apóstol Judas Tadeo (versículo 9), que fué enterrado por ministerio del arcángel san Miguel, jefe de la milicia celestial, custodio del pueblo de Dios, guía de Israel en el desierto, y lugarteniente de Dios, con el cual hablaba Moisés a menudo como con un amigo. El *sepulcro de Moisés* había de quedar ignorado para que los restos del Profeta no fuesen profanados, y para que no fuese motivo de idolatría para los judíos.—Posteriormente la tradición judía ha rodeado la vida y muerte del gran legislador de numerosas fábulas e innumerables adornos que ni siquiera merecen mención. Entre los escritos apócrifos anteriores a la era cristiana hay uno que tiene por título: *Ascensión de Moisés.*— Según Fl. Josefo (*Ant.* 2, 8), murió el mayor de los profetas el día 1 del mes 12, o sea de Adar (en febrero), el año 40 de la salida de Egipto. Pero, según *Deut.* 34, 8; cfr. *Ioann.* 1, 11; 3, 1; 4, 19, desde su muerte hasta el paso del Jordán, que se verificó el 10 del primer mes, transcurrieron *por lo menos* 30 días (de duelo), tres días durante la investigación de Jericó por dos exploradores y acaso otros tres después de su regreso. Según esto, Moisés habría muerto lo más tarde del 4 al 7 del mes 12, pero probablemente mucho antes. La Iglesia celebra su memoria el día 4 de septiembre.

Ciento veinte años tenía Moisés cuando murió; no se ofuscó su vista, ni se movieron sus dientes [1]. Y lloráronle los hijos de Israel por espacio de treinta días en las campiñas de Moab; y se cumplieron los días del duelo por Moisés.

401. *Josué, hijo de Nun,* fué lleno de espíritu de sabiduría, porque Moisés puso sobre él las manos [2]. Y los hijos de Israel obedecieron e hicieron como Dios les había mandado. *Y de allí en adelante no surgió en Israel un profeta como Moisés,* con quien el Señor hablaba cara a cara, y por cuyo medio hizo todos aquellos prodigios y portentos en Egipto, todas aquellas maravillas realizadas por Moisés a vista de todo Israel.

No fué Moisés un profeta como otro cualquiera de los que habían precedido o vinieron después de él; ni tan sólo el mayor de los profetas, sino el único en su clase, por su íntima amistad con Dios, por su vocación de mediador de la Antigua Alianza y por el número y magnitud de los prodigios que por su medio hizo Dios. «*Glorificóle Dios en presencia de los reyes,* le honró y engrandeció como a los santos y le mostró su gloria» [3]. *Los profetas que fueron antes que él* (Patriarcas) prepararon el advenimiento de la Antigua Alianza, de la cual Moisés había de ser mediador; *los que después de él vinieran,* habían de mantener, fortalecer y renovar al pueblo de Dios en la Alianza, cimentando en ella la venida del que *había de ser un profeta como Moisés* y aun infinitamente más excelso que Moisés, como lo es el hijo sobre los siervos, como lo es el Creador sobre los fieles administradores de la casa de Dios [4]: la venida de *Jesucristo,* mediador de la Nueva y eterna Alianza, Unigénito de Dios, bendito sobre todas las cosas por siempre jamás [5]. Tanto por su cargo y labor eficaz como por otros muchos rasgos de su persona y de su vida, es Moisés **figura de Jesucristo,** mediador de la Nueva Alianza. Ambos son *destinados a morir,* apenas nacidos, por una orden sanguinaria de un rey; y ambos se libran providencialmente de la muerte. Ambos pasan sus primeros años en Egipto. Una aparición prodigiosa en el *desierto* decide la suerte de Moisés; otra no menos maravillosa anuncia en el desierto la misión de Jesucristo. Con *ayuno de cuarenta días* se preparó Moisés a la promulgación de la Ley; Jesucristo, a la predicación del Evangelio. Moisés confirmó con grandes *prodigios* y portentos el origen divino de su misión; con milagros todavía mayores y más numerosos demostró Jesucristo proceder del Padre y compartir con El la naturaleza divina. Moisés *cela* entre su pueblo por la gloria del verdadero Dios; Cristo se consume de celo por la gloria de su eterno Padre. Moisés *ruega* con extraordinaria insistencia y se entrega a sí mismo para la reconciliación de Dios con su pueblo; Cristo «en los días de su vida ofreció plegarias y súplicas a Dios con grandes gemidos y lágrimas» [6], se ofreció por la salvación del mundo y ahora está en el cielo para rogar por nosotros, representando a su Padre su sangre, más elocuente que la de Abel [7]. Moisés, luego de estar en comunicación con Dios, aparecía al pueblo con el rostro resplandeciente, en señal de su oficio de mediador; Cristo fué transfigurado en presencia de sus discípulos, y su rostro *resplandeció* como el sol, mientras Moisés y Elías, representando la Ley y los Profetas, daban testimonio de su divinidad y de su misión.

---

1 En hebreo: «y no se marchitó su lozanía». Su muerte no fué consecuencia de la debilidad senil, sino de la disposición divina.
2 Cfr. núm. 386 y 396.
3 *Eccli.* 45, 1 ss. Cfr. *KL* VIII 1943.—Acerca de Moisés como figura de Jesucristo, y de las instituciones creadas en su legislación, cfr. Weiss, *Die messianischen Vorbilder des AT* 22-60.
4 *Hebr.* 3, 2 ss.
5 *Rom.* 9, 5. 6 *Hebr.* 5, 7. 7 *Hebr.* 7, 25; 12, 24.

III. Gobierno de Israel en tiempo de Josué y de los Jueces

(1400-1050 a. Cr.)

51. Entrada en la tierra prometida. Josué

(Ios. cap. 1-24)

402. Así como el nuevo caudillo de Israel fué escogido para completar la obra de Moisés, así el llamado **libro de Josué** [1] es un complemento de los del gran legislador, pero que conserva su independencia. Trata este libro de la conquista (cap. 1-12) y reparto (cap. 13-22) de la tierra prometida, con lo cual quedó sellado el pacto de Dios con Israel. Termina, como el *Deuteronomio,* con la renovación de la Alianza (cap. 23 y 24). Recibe su *nombre* de Josué, en torno del cual giran más o menos los hechos que en él se narran; mas el título no es argumento de quién sea el autor. No es una historia completa de la toma de posesión de Canaán; el *objeto* [2] de él es sólo declarar cómo el Señor ayudó a los israelitas en la conquista de la tierra que con juramento había prometido a sus padres y cómo se cumplieron todas las promesas divinas (cfr. 21, 41-43). Siguiendo este plan, relata por extenso aquellos sucesos en que resplandece la fidelidad y omnipotencia divinas (por ejemplo, el paso del Jordán, la toma de Jericó, la batalla de Gabaón); pero de los demás sucesos hace sumaria relación. La historia de este período comprende, según Fl. Josefo [3], veinticinco años, cinco de los cuales corresponden a las conquistas de Josué.

No se puede negar la *unidad* e *independencia* del libro; mas la crítica racionalista pone en tela de juicio entrambas cualidades. De él y del *Pentateuco* hacen los racionalistas el *Exateuco,* y extienden al sexto libro la teoría de las fuentes y la fragmentación que para los otros cinco inventaron. Pero se ven obligados a confesar que aquí tropiezan con dificultades incomparablemente mayores que en el *Pentateuco,* y que las conclusiones distan mucho de ser definitivas. Nunca estuvo unido el libro de Josué al *Pentateuco.* Su «carácter literario es muy distinto del de éste» [4]; con el de Josué comenzaron los judíos una segunda serie de libros canónicos, que llamaron «Profetas Antiguos»; los samaritanos poseen los libros de Moisés, mas no el de Josué [5]. De fuentes diversas (en parte contradictorias) no pudo resultar un edificio histórico sin lagunas; las pretendidas contradicciones han sido llevadas al libro por la crítica. Según las fuentes elohistas, Josué, al frente de las tribus unidas, en unos pocos años tomó posesión completa de Canaán; según las yahvistas, las tribus procedieron por separado o por grupos, sin lograr jamás el triunfo definitivo [6]. Mas ni lo uno ni lo otro está de acuerdo con la realidad. Josué venció a todos los reyes de Canaán en el primer ataque general; mas no por eso se adueñó Israel del país, pues todavía quedaban por conquistar muchas ciudades; y no pudiendo de momento ocuparse todo el terreno conquistado, volvían a él sus antiguos poseedores; y algunas ciudades (como Hebrón) hubieron de ser reconquistadas más tarde. Era incumbencia de cada tribu en particular tomar posesión plena de la parte que le cupo en suerte. Cierto es que el reparto del país hecho en Silo (capítulo 18 ss.) fué algo distinto del que se inició en Gálgala (cap. 13 ss.);

---

[1] Hummelauer, *Comm. in lib. Josue* (París 1903); Schenz, *Das Buch Josua* (Viena 1914); Schulz, *Das Buch Josue* (Bonn 1924); Himpel, *Selbständigkeit, Einheit und Glaubwürdigkeit des Buches Josua,* en *TQS* 1864 II 1 ss.

[2] Carece de base la hipótesis de haber sido refundida la parte histórica *en época posterior,* con objeto de hacer un libro piadoso y edificante.

[3] *Ant.* 5, 1, 19 y 28. [4] Cornill, *Einleitung in das AT*[6] 91.

[5] En 1908 se halló un texto samaritano del libro de Josué. Túvolo por muy antiguo quien lo «descubrió»; pronto vieron que se trataba de una compilación moderna, desprovista de valor crítico, compuesta a principios de este siglo por un sacerdote samaritano llamado Jakub *(Kath* 1908 II 400 s.).

[6] Sellin, *Einleitung in das AT*[2] 61; cfr. Kittel, *Geschichte des Volkes Israel* I[3] 596.

mas en esto no hay contradicción ni motivo para distinguir fuentes diversas. Porque, como hubiese Josué adquirido conocimiento más exacto del país mediante la demarcación que dispuso desde Silo, creyó necesario cambiar en algunos puntos el reparto proyectado.

No se puede determinar con certeza el *autor* del libro. La tradición judía y muchos santos Padres lo atribuyen a Josué. En favor de esta opinión habla, al parecer, un pasaje de *Iosué* (24, 24). Por lo menos no pudo escribirse mucho después de los sucesos que relata, y seguramente es anterior a David, pues, a juzgar por *Ios.* 15, 63, cuando se escribía el libro habitaban aún los jebuseos en Sión, de donde fueron echados por David (II *Reg.* 5, 6). Pero una serie de pormenores arguyen época mucho más antigua (por ejemplo: según *Ios.* 6, 25, en tiempo del autor aun vivía Rahab). La misma crítica se ve obligada a admitir «que en la composición del libro se utilizaron relatos y documentos muy antiguos, algunos de ellos acaso del tiempo de Josué» [1]. Nada sólido puede aducirse en contra de la antigüedad de la redacción. Según II *Reg.* 1, 18, en el «Libro de los Justos» citado por *Ios.* 10, 13, se hallan los lamentos fúnebres de David por la muerte de Saúl y Jonatás; mas esto no prueba que el *Libro de Josué* se compusiera a lo sumo en tiempo de David; pudo muy bien completarse posteriormente aquella colección de canciones (por ejemplo, con los lamentos de David). Otras dificultades se resuelven admitiendo la existencia de adiciones en el libro de Josué.

La *credibilidad* histórica, garantizada por las citas de *Eccli.* 46, 1-12; *Act.* 7, 45; *Hebr.* 11, 30: 13 s.; *Iac.* 2, 25 y por los testimonios de la tradición (cfr. núm. 422), es admitida en lo esencial aun por los críticos racionalistas; solamente los prejuicios contra todo lo que sea milagroso les impide admitirla en la totalidad. Así, dice Kittel [2]: No todos los pormenores son históricos, pero algunos tienen «tal color de vida, que no hay derecho a dudar de la historicidad del conjunto». La situación política que suponen estos relatos se ha visto confirmada brillantemente por las tablillas de Tell el-Amarna (v. núm. 7). Resulta de estas cartas, escritas hacia el 1400 a. Cr., que el dominio de Egipto sobre Canaán, fundado por Tutmosis III, fué debilitándose en tiempo de los sucesores, y se redujo a mera sombra en tiempo de Amenofis IV (desde 1383 a 1392). Los lugartenientes egipcios eran impotentes contra la multitud de tribus y régulos (jefes de tribus) levantiscos y fueron por fin abandonados por su soberano (Faraón). Desde el punto de vista egipcio, la situación de Canaán era anárquica. En realidad el país carecía de un poder central fuerte, y estaba dividido en infinidad de estados pequeños, cuyos jefes gobernaban desde ciudades fortificadas, hostilizándose unos a otros, cuidando de sus intereses particulares, uniéndose para una acción mancomunada como amenazase el peligro. La correspondencia de Amarna describe, pues, una situación política de Canaán idéntica a la que se desprende del libro de Josué e hizo posible la conquista de los hebreos. Entre las tribus de las cuales no podían defenderse los gobernadores egipcios, se cita en varios pasajes de las cartas de Amarna, escritas en Urusalimu (Jerusalén), una que tenía por nombre *Habiri,* un pueblo (o reunión de tribus) que peleaba contra los indígenas y dominaba en ciudades y aun en comarcas enteras. Penetró en Canaán por el sur, y llegó luego al norte; peleó unas veces con sus solas fuerzas; unióse otras con príncipes del país, sabiendo explotar la disensión de éstos. Diversas razones inducen a creer que los habiri, o por lo menos parte de ellos, son los hebreos. Si esto fuera cierto deberíamos admitir que las cartas de Amarna reflejan el estado político de Canaán luego de la inmigración israelita, aquel mismo que se desprende del prólogo del libro de los *Jueces*. Mas esto no puede afirmarse con certeza; pues no se han resuelto satisfactoriamente todas las dificultades, y todavía los sabios discuten la identidad entre Habiri y hebreos [3]. Ello no obstante, puede determinarse con

---

[1] Strack, *Einleitung*[6] 69. [2] *Geschichte des Volkes Israel*[3] 640 s.

[3] Cfr. Dhorme en *RB* 1909, 67-73. Kittel l. c. 464, se pronuncia decididamente por la identidad de hebreos y habiri; empero con la restricción de que hebreos = habiri es

seguridad el estado político general de Canaán por los años de 1400 a. Cr., el cual facilitó a los israelitas la penetración en ese país y su establecimiento en él, sin resistencia alguna por parte del poder (protector) egipcio, sin chocar con los heteos (ketas), que penetraron más tarde por el norte, y sin ser detenidos por los reyezuelos que estaban divididos entre sí. Quien se viere sorprendido de la distinta pintura que de los hechos nos presentan las cartas de Amarna y los relatos bíblicos, tenga en cuenta que no podían apreciarlos de igual manera los representantes de Egipto y el historiador sagrado. Este nos describe los sucesos por el lado religioso; de donde es posible que unas mismas cosas y circunstancias aparezcan en su historia con distinta luz de la que ofrecen los datos egipcios [1].

403. Muerto Moisés, dijo el Señor a Josué: «Anda y pasa el Jordán, tú y todo el pueblo contigo. Todo lugar que pisare la planta de vuestro pie os lo entregaré. Nadie podrá resistiros mientras vivas; como estuve con Moisés, así estaré contigo. Armate de fortaleza para cumplir la Ley; no te apartes de ella ni a la derecha ni a la izquierda. Tu boca hable de continuo del libro de esta Ley, y medita de día y de noche lo que en él se contiene. No temas ni desmayes, porque contigo está el Señor a cualquier parte que vayas».

En consecuencia dió Josué la siguiente orden en el campamento: «Después de tres días [2] habéis de pasar el Jordán y entrar en posesión de la tierra que os ha de dar el Señor». Recordó a los hombres de armas de las tribus de Rubén y Gad y media de Manasés la promesa que hicieran a Moisés de ayudar a sus hermanos en la conquista de la tierra de la parte occidental del Jordán [3]. Ellos replicaron: «A dondequiera que nos mandes, iremos; como obedecimos a Moisés en todo, te obedeceremos también a ti. Sólo deseamos que Dios sea contigo, como fué con Moisés».

404. Jericó era la primera ciudad cisjordánica que se ofrecía a sus ansias de conquista. Josué envió secretamente del campamento de Settim [4] dos *exploradores*. Hospedáronse éstos al anochecer, para no ser conocidos, en casa de una meretriz [5] llamada *Rahab*. Súpolo al punto el rey de Jericó; y adivinando su intención, dió orden a Rahab de entregar a los extranjeros. Pero Rahab respondió: «Confieso que vinieron a mi casa, mas yo no sabía de dónde eran. Y cuando se cerraba la puerta siendo ya oscuro, ellos también salieron en aquel punto, y no sé a dónde marcharon. Id luego en su seguimiento, y los alcanzaréis». Empero la mujer había escondido a

---

concepto más amplio que israelitas, pues éstos no son los únicos descendientes de Abraham, el Hebreo.

[1] Cfr. Miketta, *Der Pharao des Auszugs* 79 ss.; *Die Amarnazeit,* en *BZF* I 10 (1908); Nieber, *Die El-Amarna-Tafeln,* etc., en *K* IV 161 ss.; *HL* 1903, 77 ss.; Nikel, en *BZF* III 3/4, 100 ss.

[2] Aun se difirió algunos días el paso del Jordán, por haber sido descubiertos los exploradores en Jericó; cfr. núm. 404.

[3] Cfr. núm. 375. Josué, sin embargo, miró por la seguridad del terreno ya conquistado; por lo que dispuso que sólo le siguiesen 40000 al otro lado del Jordán (*Ios.* 4, 12 s.).

[4] En las campiñas de Moab, último campamento de los israelitas allende el Jordán.

[5] Una casa pública infundía menos sospechas; tal vez se guiaran los exploradores por la situación favorable de la casa que estaba pegada a las murallas de la ciudad; lo cual les podía facilitar la huída. Rahab tenía ya noticia de los prodigios obrados por Dios en favor de Israel, y había vuelto su corazón al verdadero Dios, renunciando tal vez a su mala vida. Acerca de Rahab cfr. Zschokke, *Bibl. Frauen* 166 ss.

sus huéspedes en el terrado de su casa, cubriéndolos con haces de lino; y de noche les facilitó la huída.

Luego que los perseguidores salieron de la ciudad hacia el Jordán en busca de los presuntos fugitivos, subió Rahab adonde estaban ellos y les dijo: «Sé que el Señor os ha entregado la tierra; porque ha caído sobre nosotros el terror de vuestro nombre, y han desmayado todos los habitantes de la tierra. Hemos oído que el Señor secó las aguas del mar Rojo al entrar vosotros en él, cuando salisteis de Egipto, y lo que habéis hecho a los dos reyes amorreos que estaban al otro lado del Jordán: Sehón y Og, a quienes matasteis. Y cuando esto oímos, tuvimos miedo, y desmayó nuestro corazón, y no quedó aliento en nosotros a vuestra entrada; porque el Señor Dios vuestro, El mismo es el Dios allá arriba en el cielo y acá abajo en la tierra. Ahora, pues, juradme por el Señor, que del mismo modo que yo he hecho misericordia con vosotros, la haréis también vosotros con la casa de mi padre; y dadme una señal segura de que salvaréis a mi padre, y a mi madre, y a mis hermanos y hermanas, y todas las cosas que son de ellos, y que nos dejaréis con vida». Juráronle ellos que Rahab y todos los suyos que estuvieren en su casa cuando entrasen los israelitas serían perdonados; una cuerda roja colgada en la ventana sería la contraseña.

Luego que Rahab los hubo descolgado con una cuerda desde la ventana, a favor de la noche tomaron ellos por consejo de Rahab el camino del monte, frente al campamento de los israelitas, y allí se ocultaron por tres días. Regresaron luego al campamento pasando el Jordán, y refirieron a Josué lo que les había acontecido, añadiendo: «El Señor ha puesto en nuestras manos toda esta tierra; pues todos sus moradores están amilanados». A la mañana siguiente salió Josué de Settim, y acampando a la orilla del Jordán por tres días, hizo los últimos preparativos para atravesar el río. Pasados estos tres días hizo pregonar en el campamento: «Luego que viereis el Arca del Señor Dios vuestro, y a los sacerdotes que la llevan, levantaos también vosotros e id siguiendo a los que fueren delante. Mas haya entre vosotros y el Arca el espacio de dos mil codos; y seguid de lejos el mismo camino que ella lleve». Mándalos así mismo: «Santificaos; porque mañana ha de obrar el Señor maravillas entre vosotros».

405. A la otra mañana dijo el Señor a Josué: «Hoy comenzaré a ensalzarte a vista de todo Israel, para que sepan que, así como fuí con Moisés, así soy también contigo. Tú, pues, manda a los sacerdotes que llevan el Arca del Testamento, y diles: Luego que hubiereis puesto el pie en las aguas del Jordán y éstas se hayan dividido, parad allí. Pues luego que hayáis puesto la planta del pie en el río, las aguas de la parte de abajo proseguirán su curso; mas las que vienen de arriba se pararán amontonándose». Hizo Josué lo que el Señor le había ordenado y anunció al pueblo el prodigio que iba a suceder. Salió, pues, el pueblo para pasar el Jordán; y los sacerdotes que llevaban el Arca del Testamento marchaban delante. Y luego que éstos entraron en el Jordán, que entonces venía hinchado (era el tiempo de la siega), las aguas de arriba se pararon en el mismo lugar, y se elevaron a manera de un monte; pero las de abajo siguieron su curso al mar Muerto. Los sacerdotes se detuvieron en medio del Jordán sobre el suelo enjuto, y todo el pueblo iba pasando por delante de ellos.

Era el tiempo de la siega; y las hinchadas aguas del Jordán corrían tan impetuosas, que era de todo punto *imposible* a Israel atravesar el río de un modo natural. Es verdad que el Jordán ofrece en la región de Jericó tres vados, por donde, en caso de necesidad, se puede atravesar el río, si no viene hinchado. Pero estos vados tienen una profundidad de un metro aun en el mayor descenso

del río; y la corriente es extraordinariamente impetuosa, pues, desde el lago de Genesaret al mar Muerto, el Jordán tiene un desnivel de 200 metros en una longitud de 112 Km., o de 375 Km. si se tiene en cuenta los meandros. En tiempo de la siega, en abril y principios de mayo, viene repleto el cauce del Jordán; a veces las aguas rebasan su nivel más alto, alcanzando el río 4 metros de altura y más en algunos lugares. Aun estando el Jordán en su nivel inferior, no hubieran podido pasar los israelitas con sus mujeres y niños; pero en aquellas circunstancias la altura del agua hacía tan imposible el paso del río, que los cananeos tuvieron por superfluo ocupar los vados. Puede admitirse que el estancamiento repentino del Jordán no se debiera sólo a un prodigio, sino que fuese favorecido por causas naturales, motivadas por Dios. El agua no se estancó precisamente en el lugar del paso, sino «a larga distancia» (río arriba), «junto a la ciudad de Adom» [1] (donde se estrecha el valle del Jordán), e inundó la región «hasta llegar a Sartán». Los israelitas no podían darse cuenta, desde el lugar en que se encontraban, de la manera como se realizó el estancamiento [2]. La hipótesis anterior no se opone al carácter milagroso del suceso, pues Dios fué quien anunció el estancamiento e hizo que comenzase y cesara en un momento determinado. En éste, como en otros casos análogos, no indica el Texto Sagrado cuáles fuesen las causas naturales del estancamiento.

406. Luego que acabaron de pasar, dijo el Señor a Josué: «Escoge doce hombres, uno de cada tribu, los cuales sacarán doce piedras del medio del río, donde están parados los sacerdotes, y las traerán sobre sus hombros, para erigir un monumento entre vosotros». Hízolo así Josué, y mandó también levantar doce piedras en el lugar donde estuvieron parados los sacerdotes con el Arca. Hecho esto mandó a los sacerdotes: «Salid del Jordán». Salido que hubieron, las aguas tornaron a su cauce, llenándolo como antes.

El pueblo acampó en Gálgala; era el día primero del primer mes (Nisán). Aquí colocó Josué las doce piedras que había tomado del fondo del Jordán, y dijo a los hijos de Israel: «Cuando preguntaren el día de mañana vuestros hijos a sus padres y les dijeren: ¿qué quieren decir estas piedras? les instruiréis y diréis: a pie enjuto atravesó Israel este Jordán, secando el Señor las aguas, como lo hizo en otro tiempo en el mar Rojo, para que reconozcan todos los pueblos de la tierra la mano poderosa del Señor».

La antigua ciudad cananea **Jericó** (v. láms. 2 *ab* y 6 *a*) [3] estaba situada, como lo han demostrado con certeza las excavaciones llevadas a cabo por la Sociedad Orientalista Alemana desde 1907, al norte de un riachuelo llamado Kelt, en la ladera oriental de las montañas, muy cerca de la fuente de Eliseo o del Sultán [4], veinticinco minutos al norte de la actual Jericó, en un valle sumamente fértil, rodeado de rocas peladas. Su nombre (la perfumada) le viene sin duda de los muchos árboles y arbustos aromáticos que hay en sus alrededores, especialmente plantas balsámicas, rosales [5] y palmeras; por lo que se llamaba a Jericó la ciudad de las palmeras [6]. A juzgar por las excavaciones, el circuito de

---

[1] *Adom* estaba situada probablemente en la proximidad de la confluencia del río Jabok con el Jordán, no lejos del vado actual ed-Damiye, unos 25 Km. al norte del sitio por donde pasaron los israelitas. *Sartán* se hallaba quizá frente a Adom, en la actual Karn Sartabe.

[2] Véase un ejemplo de esto en Hummelauer, *Comm. in lib. Josue,* 136 s.

[3] Cfr. Sellin-Watzinger, *Jericho* (publicación 22 de la Sociedad Orientalista Alemana 1912) y *MDOG* núm. 39 y 41; además *RB* 1909, 270 ss.; 1910, 404 ss.; *HL* 1909, 95 ss.

[4] Cfr. núm. 597. [5] *Eccli.* 24, 18; cfr. núm. 788.

[6] *Deut.* 34, 3. *Iudic.* 1, 16; cfr. núm. 426.

la ciudad era de 600 metros; un doble cordón de murallas la hacían inexpugnable. Destruída por Josué, quedó mucho tiempo en ruinas, hasta que los israelitas (probablemente en tiempo de los Jueces) se establecieron allí. Las excavaciones han puesto en claro «que la ciudad experimentó en su desarrollo cultural una solución de continuidad, sin semejante en ciudad alguna de Palestina, y que después de la demolición de una parte de sus fuertes muros de arcilla, se cultivaron en ella huertas y campos» [1]. En tiempo de Acab fué fortificada de nuevo (850 a. Cr.) [2]. Gálgala se hallaba al oriente de Jericó, a 2 Km. aproximadamente, 9 Km. al occidente del Jordán [3]; cree uno descubrirla en el montón de ruinas Djeldjul (Gelgul), al norte del arroyo Kelt. No era una ciudad o colonia, ni tampoco un «cromlec» en el sentido ordinario (lugar de sepulturas), sino un campamento fortificado, un lugar notable por las doce piedras conmemorativas que allí había. Las piedras erigidas en Gálgala existían sin duda en tiempo de Jesucristo, y a ellas parece aludir san Juan Bautista cuando dice a los fariseos: «Yo os digo que Dios puede hacer que nazcan de estas mismas piedras hijos de Abraham» [4]. El peregrino de Burdeos [5] las menciona en 333; san Jerónimo en 382 [6]; Teodoro en 550 [7]. Según Arculfo (690) eran tan grandes, que entre dos jóvenes con dificultad podían levantarlas; sobre ellas se alzaba en su tiempo una iglesia de madera [8]. San Willibaldo las vió todavía en el siglo VIII, y Ludolfo de Sajonia en el XIV [9].

407. Cuando oyeron los reyes cananeos que Dios había secado el Jordán al poner pie en él los hijos de Israel hasta que hubieron pasado [10], desmayó su valor y temieron ante los israelitas. Dijo entonces el Señor a Josué: «Hazte unos cuchillos de pedernal y restablece otra vez la *circuncisión* entre los hijos de Israel» [11]. Hizo Josué lo que el Señor le mandó. Y el Señor dijo a Josué: «Hoy os he quitado de encima el oprobio de Egipto». Y se llamó aquel lugar *Gálgala* [12], hasta el presente día. Detuviéronse los hijos de Israel en Gálgala y celebraron *la Pascua* el día catorce de Nisán al atardecer [13], y comieron de los frutos de la tierra. Ya no cayó en adelante el maná.

---

1 Sellin en *MDOG* núm. 39, página 41.
2 Cfr. núm. 408.
3 Cfr. Fl. Josefo, *Ant.* 4, 1, 4. Acerca de la situación de Gálgala cfr. Döller, *Studien* 242; *LB* II 653. 4 *Matth.* 3, 9. 5 *Itin. Burdig.* c. 10.
6 *Itin. Paulae.* c. 14. 7 *De situ terrae sanctae* n. 16.
8 Adamnanus, *De locis sanctis,* l. 2, c. 12.
9 Cfr. Robinson, *Palästina* II 508.
10 El texto hebreo dice: «hasta que hubimos pasado», lo cual, para algunos, es argumento de haber sido esto escrito por algún testigo ocular que tomó parte en los acontecimientos.
11 Durante los 38 años de reprobación, abandonaron los israelitas la práctica de circuncidar a sus hijos; «ni siquiera la señal externa de la Alianza habían de conferir a sus descendientes los perjuros» (cfr. Schenz, *Das Buch Josue* 61); pero renovada esta práctica en la nueva generación, renuévase en cierto modo también la alianza que Dios concertó con los Patriarcas; niños y hombres se tornan «hijos de Abraham», a cuyos descendientes estaba prometido el país cananeo. Esta circuncisión general se llamó la *segunda;* la primera fué la que verificó Abraham entre los suyos por orden de Dios después de pactar la alianza; no se hace mención de circuncisión general en tiempo de Moisés. «El oprobio de Egipto» puede significar la esclavitud en que gimieron los israelitas, que termina propiamente al entrar en posesión de la tierra prometida. La circuncisión podía imposibilitar por algunos días a la mayoría de los hombres (cfr. *Gen.* 34, 25); pero Josué tenía suficiente confianza en Dios para no temer que la ejecución inmediata de la orden divina pusiera en riesgo la seguridad del pueblo.
12 *Gálgala*, es decir, desquite, porque con este acto se desquitaron de la ignominia de la reprobación que pesaba sobre ellos.
13 Por consiguiente, cinco días después de pasar el Jordán.

Jericó era una ciudad muy fortificada, cuidadosamente cerrada y defendida por fuerte guarnición; debió, por consiguiente, parecer inexpugnable a los israelitas, criados en el desierto, e inexpertos en el uso de las armas. Hallándose Josué en los alrededores de Jericó, como estuviese pensando de qué manera podría atacar la ciudad, vió delante de sí a un varón con la espada desenvainada. Se encaminó Josué a él y le dijo: «¿Eres de los nuestros o de los enemigos?» Respondió: «No, sino soy *el príncipe de la milicia del Señor,* y vengo en vuestra ayuda.» Postróse Josué en tierra sobre su rostro, y adorando, dijo: «¿Qué es lo que mi Señor habla a su siervo?» «Quita el calzado de tus pies, le respondió, porque el lugar en que estás, santo es» [1]. Así lo hizo Josué. Dijo entonces el Señor: «Mira, yo he puesto Jericó en tus manos. Dad la vuelta a la ciudad todos los hombres de armas una vez al día, durante seis días; y al séptimo daréis siete vueltas. Y en este día irán los sacerdotes delante del Arca de la Alianza, tocando las trompetas del jubileo [2], y el pueblo levantará un fuerte clamor; entonces caerán los muros de la ciudad, y cada uno entrará en la ciudad por el sitio en que se encontrare» [3]. Anunció Josué al pueblo las palabras del Señor, y añadió: «La ciudad y cuanto hay en ella sea anatema al Señor [4]; sólo Rahab quedará con vida, con todos los que estén en su casa. Guardaos de tocar cosa alguna, para no envolver todo el campamento de Israel en anatema y desgracia».

408. Dieron por seis días la vuelta alrededor de la ciudad, primero los hombres armados, luego los siete sacerdotes con las trompetas, luego el Arca y finalmente todo el pueblo; y las trompetas resonaban sin cesar. Pero el séptimo día, cuando en la séptima vuelta los sacerdotes tocaban las trompetas, dijo a los suyos Josué: «Alzad el grito, porque el Señor os ha entregado la ciudad». Levantóse, pues, un clamor de todo el pueblo, y las trompetas resonaban; y he aquí que las murallas se derrumbaron [5] de repente, y los israelitas penetraron en la ciudad. Pasaron a cuchillo a todos y quemaron la ciudad. Mas el oro y plata y los vasos de hierro y bronce los consagraron al Señor. Sólo se

---

[1] Era el mismo que se apareció antes a Moisés en la zarza (*Exod.* 3, 2, texto hebreo); el que protegió al pueblo en el éxodo (*Exod.* 14, 19); el que había sido prometido para guía y protector (*Exod.* 23, 20 23); cfr. núms. 143, 238, 260, 348.—En esta ocasión se aparece como guerrero, para alentar a Josué. Es el mismo que aparece en *Iudic.* 2, 1, para reprochar a Israel su infidelidad.

[2] Cfr. núm. 333.

[3] El texto trae en los versículos 3-5 lo esencial de la orden de Dios; los pormenores, conforme nos va dando cuenta de la ejecución del plan divino, versículos 6-20.

[4] Lo mismo que las ciudades del rey de Arad (cfr. núm. 372). Según esto, habían de ser pasados a cuchillo los habitantes con sus ganados, y quemados todos sus bienes. El oro y plata y los objetos de cobre y hierro habían de enriquecer el tesoro del Señor. Si alguien se apropiaba alguna cosa de las anatematizadas, esto es, de las consagradas al Señor, caía él mismo en anatema (*Deut.* 13, 14 ss. *Num.* 31, 54; cfr. núm. 372 y 417; cfr. Döller en *ZKTh* 1913, 1 ss.).

[5] Las siete vueltas al rededor de Jericó con el Arca de la Alianza tenía menos de maniobra militar que de religiosa; el objeto era hacer ver a Israel que el resultado favorable se debía no sólo a las armas, sino a Dios. Porque no se derrumbaron las murallas por el griterío del pueblo ni por el resonar de las trompetas ni por las siete vueltas, sino por la omnipotencia divina, cuya eficacia tanto más resalta cuanto más ineficaces eran en sí mismos los medios empleados; mas éstos señalaban ya de antemano el instante del derrumbamiento y excluían, por consiguiente, toda explicación natural del hecho. El carácter religioso de la cosa, el sagrado número siete, etc., hicieron resaltar el suceso como obra de Dios, encaminada a dirigir los altos destinos del pueblo; mientras por otra parte el proceder de los israelitas fué un hermosísimo testimonio de su confianza en Dios, sin la cual no se hubiera realizado el prodigio: «Por la fe se derrumbaron los muros de Jericó», etc. (*Hebr.* 11, 30).

perdonó la vida a Rahab y a los suyos, que fueron incorporados al pueblo de Dios [1].

Reducida la ciudad a cenizas, fulminó Josué esta imprecación: «Maldito sea delante del Señor el varón que levantare y reedificare la ciudad de Jericó [2]. Muera su primogénito cuando eche sus cimientos, y perezca el postrero de sus hijos cuando le ponga las puertas.

409. Pero hubo un hombre de la tribu de Judá, llamado *Acán* (Acar), que retuvo para sí parte del botín. Y sucedió que habiendo mandado Josué 3000 hombres contra la pequeña ciudad de Hai [3] fueron éstos derrotados, quedando muertos treinta y seis de ellos; con lo que se intimidó el pueblo. Josué y los ancianos de Israel rasgaron sus vestiduras, cubrieron de ceniza sus cabezas, postráronse sobre su rostro en presencia del Arca Santa, y así permanecieron hasta la tarde.

Y exclamó Josué: «Señor Dios mío, ¿qué diré viendo a Israel volver las espaldas a sus enemigos? Lo oirán los cananeos y todos los habitantes de la tierra, se reunirán y nos cercarán, y borrarán nuestro nombre de la tierra. ¿Y qué harán de tu excelso nombre?» Respondióle el Señor: «Israel ha pecado; han robado y escondido de lo destinado al anatema. Dirás a Israel: No podrás hacer frente a tus enemigos, hasta que sea exterminado de en medio de ti el que se ha contaminado con ese sacrilegio. Mañana os presentaréis al Señor (ante el Arca Santa); se echarán suertes entre las tribus; luego, entre las parentelas de la tribu que saliere por suerte; después, entre las familias de la parentela; finalmente, entre los individuos a que hubiere salido la suerte. Quienquiera que fuere hallado culpable, será quemado con todos sus bienes».

Hizo Josué a la mañana siguiente lo que el Señor le había ordenado, y cayó la suerte [4] a la tribu de Judá; de ésta, a la parentela de Zaré; y sorteada ésta, cayó la suerte a la familia de Zabdi, y en esta familia a Acán. Díjole Josué: «Hijo mío, da gloria a Dios y confiesa lo que has hecho». Confesó Acán haberse

---

[1] Según *Matth.* 1, 5, la tomó por mujer Salmón, príncipe de la tribu de Judá; así esta meretriz llegó a ser madre de David y del Mesías, como antes Tamar (*Gen.* 38, 28 s.) y después Rut y Betsabee (*Ruth.* 4, 21 s. II *Reg.* 12, 24). La excepción hecha en favor de Rahab y de su casa no fué sólo recompensa por el trato que dió a los exploradores, sino además un ejemplo de cómo también los cananeos podían incorporarse al pueblo de Dios, aceptando la fe de los israelitas y dejando así de ser cananeos.

[2] Es decir: quien ponga murallas en su derredor *como a una fortaleza*. Con esto no se prohibía que se levantasen allí casas y viviendas. Josué mismo dió esta ciudad a la tribu de Benjamín (18, 21); más tarde se hace mención de ella como ciudad (*Iudic.* 3, 13. II *Reg.* 10, 5). «En tiempo de Acab (850 a. Cr.), *Hiel,* natural de Betel, reedificó Jericó; sobre Abiram, su primogénito, puso los fundamentos; sobre Segub, el último de sus hijos, puso las puertas (III *Reg.* 16, 34). Trátase aquí probablemente de un sacrificio por la construcción. Según se echa de ver por las excavaciones de Canaán, esta clase de sacrificios existieron no sólo entre los cananeos, sino también, como casos aislados, entre los israelitas. Con ellos se quería, sin duda, tener propicio a Dios o tal vez al demonio, o se esperaba hallar en el inmolado un genio protector o un buen espíritu, que en lo venidero apartase de la casa todo mal. Más tarde se contentaron con sacrificios simbólicos. Cfr. Peters, *Hiels Opfer seiner Söhne beim Wiederaufbau Jerichos,* en *ThG* I (1909) 21-32.

[3] Más de 20 Km. al noroeste de Jericó, unos 18 Km. al norte de Jerusalén; este lugar cerraba el paso de Jericó a Belel y con ello el camino al corazón del país. *LB* II 442.

[4] Acostumbrábase en la antigüedad *echar suertes* en las indagaciones judiciales, en las distribuciones, empresas bélicas, elección de empleados, etc. A este objeto se tomaban unas varitas o tablitas de madera, en las cuales se escribían los nombres, objetos, etc., respectivos. En nuestro caso, se tenía por culpable aquella tribu, etc., cuyo nombre salía primero. Como la suerte fué aquí dispuesta por Dios, era un medio lícito y, además, seguro para averiguar la verdad. Cfr. Hummlauer en *BZ* II 254 ss.

reservado un manto (babilónico) de púrpura, muy hermoso, doscientos siclos [1] de plata y una barra de oro de cincuenta siclos de peso, y escondido debajo de la tierra en su tienda. Todo se halló según había confesado Acán. Tomando Josué a Acán con la plata, el manto y la barra de oro, sus hijos e hijas y todos sus bienes, los llevó al valle de Acor y dijo: «Ya que tú nos has llenado de turbación, extermínete el Señor en este día». Y apedreóle todo Israel; y él y todo lo que tenía fué consumido en llamas y cubierto con un gran montón de piedras [2]. Y llamóse este lugar *valle de Acor* [3] hasta el presente día.

410. Por orden de Dios salió Josué con todo el pueblo contra la ciudad de Hai, y se sirvió de una estratagema para su conquista. Escogió 30000 de los más valientes, y envió de noche 5000 de ellos, con orden de emboscarse a la espalda de la ciudad. Josué, con el resto del ejército, se acercó al romper el alba a la ciudad por la parte opuesta. Saliόles el rey de Hai con todos sus hombres de armas. Josué emprendió una fuga simulada en dirección del desierto, y el rey de Hai le persiguió a toda priesa alejándose mucho de la ciudad.

Dijo entonces el Señor a Josué: «Levanta tu broquel contra la ciudad; porque voy a entregártela». Hízolo Josué; y a esta señal salieron los emboscados contra la ciudad y la incendiaron. Cuando el rey y sus guerreros vieron las columnas de fuego y el humo que subía hasta el cielo, quedaron como petrificados. Atacados al mismo tiempo por los que aparentaban huir y por los que, después de incendiar la ciudad, les perseguían por la espalda, no quedó de todos ellos ni uno solo con vida. El rey fué hecho prisionero; y después de darle muerte le tuvieron colgado de un palo hasta la tarde, en que le enterraron bajo un montón de piedras a las puertas de la ciudad. También a los moradores de la ciudad alcanzó el castigo de Dios; y Josué no bajó la mano con que tenía alzado el broquel, hasta que el castigo se cumplió del todo. Por fin fué reducida a cenizas la ciudad.

411. Entonces Josué [4] edificó al Señor Dios de Israel un *altar* de piedras sin labrar en el monte Hebal, según lo había mandado Moisés [5]; y ofreció sobre él holocaustos y víctimas pacíficas. También erigió *grandes piedras* que mandó

---

[1] Unos 2500 marcos oro (cfr. núm. 298).

[2] Era un *juicio de Dios,* dispuesto por el mismo Dios, Señor de vida y muerte del justo como del culpable, para infundir entre los israelitas saludable temor y aborrecimiento de tales sacrilegios. Cfr. san Agustín, *Quaest. in Iosue* 8.

[3] Es decir, consternación, de *achar,* consternar, turbar; alude al mismo tiempo al nombre del delincuente, Acar en hebreo; Acán es un error de copista. *LB* I 69 81 *RB* 10.

[4] El relato de la promulgación de la Ley y de la renovación de la Alianza (8, 30-35), que dispuso Moisés para cuando Israel se hubiese posesionado de la tierra prometida, evidentemente no está en el lugar que al principio tuvo. Habiendo apenas comenzado la toma de posesión, no habiéndose cumplido, por consiguiente, los requisitos para llevar a cabo la orden de Moisés, y siendo aún dudosa la posibilidad de ejecutarla, se puede conjeturar fundadamente que el lugar propio de este pasaje está al fin del libro, donde se relata la renovación de la Alianza; habría venido por alguna casualidad al lugar que hoy ocupa, donde no cuaja bien con el contexto, como lo muestra el comienzo del capítulo siguiente. Cfr. Hummelauer, *Comm. in Iosue* 212 ss. (v. núm. 421).

[5] Cfr. *Deut.* 27, 2 s.; núm. 396. Difícilmente se podría escoger otro lugar más apropiado para tan solemnísima ceremonia. Los montes Hebal y Garizim, separados por un valle de unos 80 m. de anchura, están situados casi en el centro del país, en la gran vía comercial que atraviesa de norte a sur la región cisjordánica; sus cumbres (Hebal 924 m. de altitud, Garizim 885) descuellan 354 y 315 m. sobre el valle y son visibles a larga distancia. En el valle está la ciudad de Siquem, de múltiples recuerdos de la historia patriarcal. Cfr. núm. 132 y 188 ss.

encalar; en las cuales dispuso se escribiera la Ley que Moisés había promulgado al pueblo [1]. Mandó poner el Arca Santa en el valle; alrededor de ella se colocaron los sacerdotes y levitas, los ancianos, los caudillos y jueces, y a uno y otro lado las doce tribus, seis en el monte Hebal y seis en el Garizim. Luego bendijo Josué al pueblo e hizo pronunciar a los sacerdotes y levitas la maldición de Dios contra los transgresores de la Ley. Y las seis tribus que estaban en el monte Hebal contestaban al oír cada una de las maldiciones: «Amén» (es decir, así sea). Tras esto, pronunciaron los levitas todas las bendiciones prometidas a los fieles cumplidores de la Ley; y a cada bendición contestaban las seis tribus que estaban en el monte Garizim: «Amén». De esta suerte se renovó solemnemente la Alianza en medio de la tierra prometida. Y no sólo se grabó la Ley en la memoria, sino se erigió un testimonio perenne de las bendiciones y maldiciones reservadas a los que la cumplieren o la quebrantaren: los montes de Hebal y Garizim que se yerguen en medio del país.

412. La suerte de Jericó y Hai, y el avance continuo de los israelitas obligó a los *reyes de Canaán* a aliarse para oponer resistencia al enemigo. Mas antes que esto se llevase a cabo, los habitantes de Gabaón [2] discurrieron un ardid para salvarse; pues sabían muy bien que era inútil toda resistencia contra el pueblo de Dios y que la destrucción de los cananeos era inevitable. Enviaron a Israel mensajeros, equipados de suerte, que parecía que venían de lejanas tierras. Cargaron sobre sus jumentos unos costales viejos con pan duro y enmohecido y pellejos de vino rotos y recosidos; pusiéronse un calzado muy viejo y lleno de remiendos, y vistiéronse de sayos también muy usados. Así llegaron a la presencia de Josué, que a la sazón se hallaba en el campamento de Gálgala [3], y le expusieron su deseo de hacer paz y alianza con los israelitas. Josué y los príncipes de Israel les dieron crédito e hicieron con ellos un pacto, sin consultar el oráculo del Señor mediante el sumo sacerdote; y les prometieron que no les quitarían la vida, confirmando su promesa con juramento.

Mas tres días después se descubrió el engaño. Levantaron el campamento los hijos de Israel, y al tercer día llegaron a las ciudades de los gabaonitas; mas no les hicieron daño alguno, por cuanto se lo habían jurado [4]; por lo que

[1] No la Ley «completa»; trátase de aquella ley *(Deut.* 6, 1-7 11) mediante la cual Moisés renovó la Alianza en los campos de Moab, como lo prueban la adición *(Deuteronomium legis)* de las antiguas versiones y la referencia a *Deut.* 27, 5. La cal tenía por objeto hacer resaltar la escritura. Y aunque ésta podía borrarse fácilmente, allí quedaban las piedras como símbolo y recuerdo perenne de aquel acto. Esto recuerda el procedimiento egipcio de grabar jeroglíficos y figuras sobre piedras enlucidas con un estuco de cal. Muchas de esas escrituras y figuras egipcias de hace 30 siglos han llegado hasta nosotros admirablemente conservadas.

[2] *Gabaón* o Guibeón estaba situada, según Fl. Josefo, unos 8 Km. al noroeste de Jerusalén; la habitaban los heveos *(Ios.* 11, 19). Según *Ios.* 10, 2, era una ciudad grande, mayor que Haí, una de las ciudades reales. Como la Escritura sólo habla de los ancianos de la ciudad *(Ios.* 9, 11), créese que constituía un estado libre juntamente con las pequeñas ciudades de Berot y Cariatiarim *(Ios.* 9, 17). Allí se ve hoy entre inmensas ruinas la pequeña aldea llamada el-Djib (o Gib). Cfr. Döller, *Studien* 109; *LB* II 333; *Rb* 162.

[3] El campamento fortificado de Gálgala, mencionado en el núm. 406, a donde se retiró Josué después de la toma de Haí. Era lugar muy seguro para el pueblo y excelente base para las empresas de Josué. Creen otros que se trata del Gálgala nombrado en *Deut.* 11, 30 (actualmente Djildjilia o Gilgilia), junto al camino que atraviesa Canaán, casi a igual distancia (25 Km.) de Jerusalén y de Siquem. A este punto elevado y céntrico trasladó Josué su cuartel para comenzar la nueva campaña. Gabaón estaba 20 Km. más al sur, y unos 40 Km. al oeste del Gálgala del Jordán. Cfr. Schenz, *Das Buch Josue* 70.

[4] Aunque había sido manifiestamente engañado Israel por los gabaonitas, no estaba, sin embargo, él mismo exento de culpa; mas era imposible volver atrás, porque el quebrantar el juramento hubiera sido interpretado por los cananeos como un desacato al nombre de Dios. La murmuración del pueblo procedía, no del celo por la Ley, que disponía el exterminio de los cananeos sólo en guerra y prohibía toda clase de comunión *religiosa* con ellos (cfr. núm. 297 y 417), sino del disgusto de verse privados de la posesión de Gabaón y de las ciudades con ella aliadas. Más tarde recalca la Sagrada Escritura *(Ios.* 11, 19 s.;

todo el pueblo murmuró contra los príncipes. Mas éstos replicaron: «Se lo hemos jurado en el nombre del Señor Dios de Israel, y por esto no les podemos tocar. Mas esto haremos con ellos: Queden enhorabuena salvos y con vida, para que no venga sobre nosotros la ira del Señor, si fuéremos perjuros; pero vivan con tal condición, que corten leña y acarreen el agua [1] para el Santuario». Josué notificó a los gabaonitas esta decisión, y les echó en cara su engaño. Mas ellos respondieron: «Llegó a noticia de nosotros, tus siervos, que el Señor Dios tuyo tenía prometido a Moisés, su siervo, entregaros toda la tierra, y destruir todos sus habitantes. Temimos, pues, mucho, y quisimos mirar por nuestras almas; y compelidos de vuestro terror, tomamos este partido. Mas ahora estamos en tu mano; haz de nosotros lo que tuvieres por bueno y justo». Determinó Josué que fuesen empleados en el servicio del Santuario, en el lugar que Dios designase.

413. Como oyese *Adonisedec* [2], rey de Jerusalén, lo que había acontecido con Jericó y Hai, y que los gabaonitas se habían sometido a Israel, entró en grandísimo temor, por cuanto la ciudad de Gabaón, próxima a Jerusalén, era muy grande, y muy esforzados todos sus guerreros. Por lo cual se alió con los cuatro reyes próximos: Oham, rey de Hebrón; Faran, rey de Jerimot; Jafia, rey de Laquis, y Dabir, rey de Eglón. Juntos marcharon y, acampando cerca de Gabaón, la sitiaron. Los gabaonitas pidieron socorro a Josué. Acudió éste con todo su ejército desde Gálgala, caminando toda la noche. El Señor le infundió valor diciendo: «No los temas, pues Yo los tengo entregados en tus manos; ninguno de ellos podrá resistirte».

Cayó de improviso Josué sobre los enemigos, y el Señor los desbarató; e Israel hizo en ellos un gran estrago en la batalla de Gabaón, y les fué persiguiendo camino del desfiladero de Bethorón y acuchillando hasta Azeca y Maceda [3]. Y mientras iban huyendo a la otra parte de Bethorón, al bajar el desfiladero, el Señor llovió del cielo sobre ellos grandes piedras de granizo [4] hasta Azeca; y fueron muchos más los que murieron del granizo que del cuchillo de los hijos de Israel.

414. Entonces, cuando Dios entregó a los enemigos en manos de Josué, suplicó éste al Señor, diciendo en presencia de los hijos de Israel: «Sol, detente sobre Gabaón, y luna, sobre el valle de Ayalón. Y *paráronse el sol y la luna* [5],

---

cfr. núm. 416) que Gabaón fué la única ciudad que acudió a Josué en demanda de paz; cuando Saúl quiso exterminar a los gabaonitas, el Señor envió el hambre sobre Israel (II *Reg.* 21, 1 ss.; cfr. núm. 546).

[1] Este oficio era tenido por el más humilde de todos (*Deut.* 29, 11), pero estaba en cierto modo ennoblecido por haberse de ejercer en el Santuario; además, los gabaonitas quedaron al servicio de los levitas, con lo cual se reconocía y sellaba su conversión a la verdadera fe; así no había peligro de que la condescendencia fuese ocasión de idolatría para los israelitas.

[2] Este nombre significa: «Señor de la justicia», lo mismo que Melquisedec, cfr. núm. 144. No confundirlo con Adonibezec (*Iudic.* 1, 5); cfr. núm. 424.

[3] Bethorón está situado 8 Km. al noroeste de Gabaón, y Ayalón 18 Km. al oeste; Azeca, 20 Km. al sur de Bethorón; Maceda, tal vez 35 Km., según Eusebio (*Onom.*), 8 millas romanas (12 Km.) al oriente de Eleuterópolis (cfr. Döller, *Studien* 162). *LB* I 500 649. *HL* 1910, 76 ss.

[4] Fué una terrible tempestad de granizo, acompañada de truenos y rayos, como la de Egipto (cfr. núm. 249), o como la que envió Dios en la victoria de Samuel sobre los filisteos (I *Reg.* 7, 10). Hummelauer, *Comm. in Iosue* 232, trae ejemplos de tremendas catástrofes producidas por el granizo, funestas aun para los hombres.

[5] Josué habla aquí según las apariencias. A él le interesa que no llegue la noche antes de tiempo, mas no el modo y manera como Dios pudiera lograr esto. El texto hebreo podría traducirse así: «¡Sol, *calla* (es decir, cesa de brillar) sobre Gabaón, y luna, sobre el

hasta que el pueblo se vengó de sus enemigos. ¿Por ventura no está escrito esto en el libro de los Justos? [1] El sol, pues, se paró en medio del cielo, y no se apresuró a ponerse por el espacio de un día. No hubo antes ni después día (tan largo) como éste [2], obedeciendo el Señor a la voz de un hombre, y peleando por Israel».

Este pasaje, que (como revela la forma rítmica del texto hebreo) procede de una fuente poética, según unánime sentir de los exegetas es una *adición* al relato anterior. La súplica de Josué habría acontecido al principio de la derrota de los enemigos y, según *Eccli.* 46, 6 *(Vulg.),* antes del granizo enviado por Dios *(Ios.* 10, 11); pues tanto la tormenta como el «pararse el sol» se atribuyen a la oración de Josué. Tratándose del género poético, hay que distinguir el *hecho,* de la *manera de expresarlo,* y apreciar aquél en su verdadero contexto. Ahora bien, el relato quiere realzar la acción del granizo en la derrota de los enemigos, mientras que la adición dice haber sido la victoria consecuencia de la oración de Josué y de la intervención prodigiosa de Dios. Diversas teorías han propuesto los exegetas para explicar el milagro de «pararse el sol» y relacionarlo con la tormenta de granizo. Hummelauer [3] supone que, al comenzar la batalla, las nubes cubrían el cielo produciendo tal oscuridad, que llegó a creerse era entrada ya la noche e iba a quedar indecisa la batalla. Por eso rogó Josué al Señor que prolongase el día o que no permitiera se terminase, hasta vencer a los enemigos. Esta súplica hizo que las tinieblas se resolvieran en una terrible granizada; luego apareció de nuevo el sol, lo cual hizo posible la persecución de los enemigos. Por donde en este día apareció dos veces el sol, y un día vino a ser como dos *(Eccli.* 46, 5). Según esta explicación lo extraordinario consiste, no en el alargamiento milagroso del día, mediante una duración inusitada de la luz solar, sino en que el granizo y la aparición del sol fueron motivados por la oración de Josué.—Diverso camino siguen otros intérpretes [4], traduciendo el texto hebreo: «Sol, cállate (esto es, cesa de brillar) sobre Gabaón, y luna, sobre el valle de Ayalón». Los israelitas, fatigados por la marcha nocturna desde Gálgala a Gabaón, y por la batalla de antes del mediodía, estaban a punto de desfallecer, sin lograr el fruto de la victoria; pues el sol desde el zenit enviaba ardientes rayos, y no había nubes que mitigasen su ardor. En este apuro, suplicó Josué al Señor que «se estuviesen quedos» el sol y la luna, es decir, que del mar subiesen nubes que ocultaran de la vista ambos astros. Oyó Dios su plegaria de una manera inesperada; pues envió, no sólo densas nubes, sino en ellas una tormenta de granizo que aniquiló a sus enemigos. Gracias a este auxilio divino, pudo Josué en el curso de un día conseguir una victoria que de otra suerte hubiera costado dos días. Por ello «un día vino a ser como dos», un día cual no hubo otro igual antes ni después. Cuando las opacas nubes se disiparon, vióse todavía el sol en el firmamento, con asombro de todos los que creían que ya había anochecido. Por el trabajo realizado, parecióles este día de batalla mucho más largo que los demás; lo cual expresa poéticamente el libro de los Justos de esta manera: «El sol detuvo su carrera sin ponerse por espacio de un día». Según esta interpretación, lo prodigioso consiste en que, a la voz de Josué, Dios hizo subir del mar densas nubes, de las que se sirvió para pelear por Israel [5].

---

valle de Ayalón! Y el sol *calló,* y la luna se detuvo, hasta que el pueblo se hubo vengado de los enemigos».

[1] Probablemente una colección de canciones acerca de los hechos extraordinarios de los hombres temerosos de Dios (véase pág. 61, nota 3). El libro segundo de los *Reyes* (1, 18; cfr. núm. 502) cita de la misma colección los lamentos de David por la muerte de Saúl y Jonatás.

[2] La expresión «tan largo» es una aclaración de la *Vulgata;* el texto hebreo dice: «un día como éste», y caracteriza la importancia del día por la observación que luego sigue.

[3] *Comm. in Iosue* 233 ss.

[4] Cfr. *ThG* I (1913) 454 ss.; *ZKTh* 1913, 895 ss.

[5] Según Schulz *(Josue* 41), este episodio es sólo un cuento popular (!), no un hecho real; cfr. núm. 17 *e.*

415. Mas los cinco reyes se escaparon y escondieron en una cueva de la ciudad de Maceda. Luego que Josué tuvo noticia de esto, no queriendo interrumpir la persecución del enemigo, mandó rodar unas grandes piedras a la boca de la cueva, poniendo hombres que la custodiasen. Después que hubieron exterminado a sus enemigos, aun a aquellos que se habían refugiado en ciudades fuertes, mandó Josué sacar de la cueva a los cinco reyes, matarlos y colgar sus cadáveres en palos, arrojarlos luego en la cueva y cerrar la entrada con grandes piedras. En continua carrera triunfal apoderóse después de Maceda, Lebna, Laquis, Eglón, Hebrón y Dabir [1]; derrotó al rey de Gazer [2], que pretendía socorrer al rey de Laquis; conquistó toda la región meridional de Canaán; pasó a cuchillo a los habitantes e hizo matar a sus reyes. Y volvióse con todo Israel a Gálgala [3], donde estaba el campamento.

416. Amedrentado por estas conquistas *Jabín, rey de Asor* [4], reunió a todos los reyes del norte del país con todos sus ejércitos en la región del lago de Merom [5]. Congregó un gentío innumerable como la arena del mar, y una multitud inmensa de caballos y carros. Animado por Dios, vino Josué a marchas forzadas contra ellos, los acometió de súbito y los persiguió hasta la gran ciudad fenicia de Sidón. E hizo como el Señor le había mandado: desjarretó sus caballos y quemó sus carros [6]. Volvióse luego y tomó Asor, degolló a su rey, que se había refugiado en la ciudad, y a todos sus

---

[1] No se ha logrado fijar la situación de *Lebna;* pero debe buscarse no lejos de Eleuterópolis. También se disputa de la situación de *Laquis;* creen algunos hallarlo en Umm Lâqis, pero probablemente es el lugar denominado Tell el-Hasî, unos 27 Km. al oeste de Hebrón. *Eglón* es la actual Chirbet Adschlân, unos 3 Km. al norte de Tell el-Hasî. *Dabir*, llamada también Kariat-Sefer y Kariatsenna (cfr. *Ios.* 13, 15 49), estaba situada donde lo está hoy la aldea el-Dahariye, entre Hebrón y Beerseba. Más pormenores en Döller, *Studien* 252 266 14 39; *Rb* 239 237 142 129.

[2] *Gazer* ha sido encontrada en las ruinas de Tell Gezer, cerca de Kubat, que está situada en el camino de Jaffa a Jerusalén, donde comienza la región montañosa. No se habla aquí de la conquista de la ciudad. Cfr. núm. 9, y Macalister, *Streiflichter zur bibl. Geschichte aus der altpalästinischen Stadt Gezer* (Wismar 1907).

[3] Cfr. núm. 412. Colígese de esto que Josué acampó con el grueso del ejército y el pueblo en Gálgala, y de aquí tuvo en jaque a los cananeos (cfr. *Ios.* 10, 6 9; 10, 43; 14, 4), como hicieron los Hycsos en el Bajo Egipto (Avaris). De esta manera evitó la disgregación del pueblo y mantuvo viva la conciencia de la unidad religiosa y nacional, hasta tanto que se vió quebrantado el poder del cananeo, y llegaba el tiempo de repartirse la tierra prometida.

[4] Al norte de Canaán. Tal vez se trata de la gran ciudad descubierta en los escombros de Tell Hara, 3 Km. al sudeste de Cedes. Cedes está 12 Km. al noroeste del lago de Merom. Según *Ios.* 11, 10, el rey Asor tenía desde antiguo cierta preponderancia sobre los reinos del norte de Canaán. Cfr. Döller, *Studien* 160 s.; *LB* I 451; *Rb* 51; núm. 111.

[5] Cfr. núm. 133 y 141. Está en una explanada del valle del Jordán, 83 m. sobre el Mediterráneo, 274 m. sobre el lago de Genesaret, 475 m. sobre el mar Muerto, de donde le viene el nombre, que significa «aguas de la altura». Atraviésale el Jordán, que nace 30 y 60 Km. más al norte. Al derretirse las nieves alcanza 20 Km. de largura por 7 Km. de anchura; sus aguas son turbias e insanas; abunda la pesca. En verano está casi vacío, asemejándose a un pantano cenagoso de forma acorazonada, de 5 Km. de largo por otros 5 de ancho, donde crecen el junco, el gladiolo, el papiro, etc., y moran la serpiente, el jabalí, etc. Llamóse más tarde Samochonitis, «lago de la altura», según otros «lago abundante en pesca»; hoy se llama Bahr el-Huleh, es decir, lago del valle. *Rb* 262.

[6] La caballería y los carros falcados debieron impresionar vivamente a los israelitas nacidos en el desierto. El haberlos destruído significaba que el pueblo de Dios no tenía por qué temerlos, ni debía aprovecharse de ellos para reforzar su ejército, sino más bien invocar el nombre del Señor (cfr. *Exod.* 15, 1 4; *Deut.* 17, 16; *Ps.* 19, 8; 146, 10).

habitantes, y redujo la ciudad a cenizas. Conquistó luego sucesivamente [1] todas las restantes ciudades, pasó a cuchillo a sus reyes y habitantes y redujo a cenizas sus ciudades, con excepción de las fortificadas que se hallaban en collados y alturas. A excepción de Gabaón, Cafira, Berot y Cariatiarim que se entregaron pacíficamente a Josué, y por eso hallaron gracia, no hubo ciudad alguna que de suyo se rindiese; y así todas perecieron por su obstinación.

417. En la sucinta narración del remate de la conquista de Canaán (*Ios.* 10, 20-11, 20), se dice haber quitado Josué la vida a todos; que nada quedó con vida; que Josué derrotó a los cananeos hasta el aniquilamiento, como había mandado Moisés en la Ley. Esto no obstante, es injusto acusar a los israelitas de haber caído sobre Canaán cual «nómadas rapaces y asesinos» [2], y de haber «derramado un río de sangre inocente» [3]; ni hay razón para explotar este asunto contra la Revelación. Ante todo, conviene distinguir la *legislación* mosaica acerca del anatema, del *derecho de guerra* de aquellos tiempos. Por lo que hace al último, no podían los israelitas esperar compasión alguna de parte de sus enemigos; tampoco, pues, tenían éstos derecho ni razón para esperarla de los hebreos. Además, fuera de Israel estaba también en uso el anatema, en virtud del cual se destruía en honor de la divinidad todo ser viviente. Las crueldades de que innegablemente se hicieron culpables los israelitas en sus guerras, nada tienen que ver con su religión, como no se pueden achacar al Cristianismo las crueldades de los cristianos en la guerra mundial. No proceden del espíritu de la religión, aunque aparezcan ligadas a intereses o motivos religiosos. La comparación con lo que otros pueblos hicieron, resulta favorable a Israel. «Reunido todo lo que queda, después de descartar traducciones erróneas (cfr. núm. 538) e interpretaciones arbitrarias, es insignificante comparado con las crueldades inauditas y los ríos de sangre de que se hicieron culpables la codicia y lujuria insaciables, el despotismo conculcador y el ingenioso espíritu de venganza de los poderosos príncipes asirio-babilonios» [4].

Si Dios, en virtud de su soberanía ilimitada, mandó a Israel conquistar la tierra de Canaán y exterminar a los habitantes en castigo de su impiedad y de sus costumbres depravadas, ninguna injusticia ni crueldad hay en ello, como advierten el *Libro de la Sabiduría* (12, 3 ss.) [5] y san Agustín [6]. Es un tesoro tan grande la conservación de la verdadera fe y de las buenas costumbres, que no se opone a la santidad, justicia y bondad de Dios que el médico divino corte o haga amputar del cuerpo de la humanidad un miembro que pone en peligro tan soberano bien. Por eso amenazó el Señor a Israel con un castigo semejante. El anatema era un castigo de Dios, como los demás (diluvio, peste, etc.). Que éstos se llevasen a cabo mediante las fuerzas de la naturaleza y aquél por mano de los hombres, no implica otra diferencia sino que las fuerzas naturales dependientes de la divina voluntad no pueden rebasar los límites del castigo deseado por Dios, mientras que el hombre, dotado de libre albedrío, pasa a veces la justa medida. No siempre llevaba consigo el anatema la destrucción de todo lo anatematizado (hombres, animales y objetos); el Antiguo Testamento distinguía varios grados: unas veces parte del botín se destinaba al Santuario o se entregaba a los vencedores; otras sólo se degollaban determinada clase de hombres. Pero en ningún pasaje mandó la Ley el exterminio de *todos* los cananeos, sino sólo de los siete pueblos nombrados en *Deut.* 7, 1 y otros pasajes, los cuales, por su rebajamiento moral, eran un continuo peligro para Israel, como se mostró

[1] «En mucho tiempo» (*Ios.* 11, 18); según Josefo, en cinco años.
[2] Delitzsch, *Die grosse Täuschung* (1920) 51.
[3] Delitzsch, *Babel und Bibel* II 32; cfr. Rückblick 52.
[4] Kugler, *Babylon und Christentum* 57.
[5] Cfr. Schmid, *Die ausserordentlichen Heilswege Gottes* 255 ss.
[6] San Agustín, *c. Faustum l. 22, c. 72-79; Quaest. 10 in Iosue.*

más tarde. Hay textos en que el exterminio significa sólo anulación del enemigo, sometimiento (*Ios.* 17, 13. *Iudic.* 1, 27-36) o destierro de la tierra de Canaán (*Ios.* 23, 13) [1]. Los demás pueblos no estaban excluídos de morar en común con Israel (como lo demuestra sobradamente la historia), con tal que se acomodasen a las costumbres de los israelitas y aceptaran la circuncisión (obligándose a la Ley). Los avisos de la Ley relativos al exterminio de los cananeos, en el fondo no eran sino «el acento angustioso e inquietante por el porvenir del pueblo de Dios: cómo podría conservar en medio de los gentiles el sagrado patrimonio de la fe y de la vocación divina, máxime siendo en él tan viva la propensión al paganismo y al espíritu mundano de Canaán» [2]. Por lo regular, el anatema comprendía sólo a los culpables, como se colige del precepto de investigar la culpabilidad de las ciudades idólatras antes de ejecutar el anatema. Competía esto sólo a Dios o a su lugarteniente, de suerte que el anatema tenía siempre carácter de castigo infligido por Dios. La orden de destruir todo lo anatematizado, como cosa consagrada a Dios, refrenaba la codicia de los particulares y de la comunidad; el pillaje era un crimen y un perjurio contra Dios. La guerra emprendida para ejecutar el anatema tenía carácter ético e idealista, a pesar de toda la crueldad que encerraba.

418. *En substancia, Israel había entrado en posesión de la tierra prometida* [3]. Podía encomendarse a las tribus la empresa de someter totalmente las ciudades aisladas, situadas en las montañas o en la costa. A treinta y uno ascendía el número de reyes vencidos con el auxilio milagroso de Dios (cap. 12). Mas era ya hora de repartirse la región occidental del Jordán [4], según la orden divina (cap. 14-17; consúltese además el mapa de Palestina o de Canaán, pág. 424).

Comenzóse el reparto en *Gálgala*. *Caleb,* por su fidelidad e intrepidez (cfr. núm. 361 s.) obtuvo la comarca de Hebrón, según se lo había prometido el Señor. El mismo había pedido esta región, prometiendo exterminar con la ayuda de Dios a los hijos de Enak que allí habitaban [5]. Luego echaron suertes entre las tribus poderosas de Judá y José (Efraim y media de Manasés). Cupo a *Judá* la

---

[1] Según el texto hebreo.—Esto se confirma por la noticia verosímil de haber emigrado al norte de Africa por aquel tiempo algunas tribus cananeas (fenicias), huyendo de los invasores; cfr. Kaulen-Hoberg, *Einleitung*[5] § 208.

[2] Schell. *Jahve und Marduk (Kleinere Schriften,* editados por Hennemann, 1908, 450). Cfr. Döller, *Der Bann im AT und im späteren Judentum,* en *ZKTh* 1913, 1 ss.; Happel, *Feindeshass und Grausamkeit im AT,* en *ThpMS* 1904, 430 ss.

[3] Según las afirmaciones de los modernos, la conquista de Canaán no se verificó de una vez, sino poco a poco, y fué acompañada de circunstancias muy distintas de las que nos pinta la Sagrada Escritura. Algunas tribus salieron de Egipto y se encaminaron a Canaán mucho antes que Josué, y se establecieron en el sur y aun en el centro del país (Aser; cfr. núm. 232) y ayudaron a sus hermanos, que lo invadieron más tarde a las órdenes de Josué. Estas hipótesis se relacionan en parte con la cuestión de la fecha del éxodo y en parte con una idea del origen del pueblo de Dios, opuesta a los datos de la Biblia (cfr. núm. 20 y 228). Puede admitirse la posibilidad de que ciertas tribus (familias) mantuvieran relación con Canaán, y alguna división del ejército de Moisés (cfr. núm. 362) y Josué operase por cuenta propia y atacase a los cananeos por distintos sitios. Repárese, empero, en que la fuerza de Israel estriba en su unidad religiosa, para la cual fué educado en el desierto; una invasión por grupos hubiera fracasado completamente. Esto viene a robustecer la tradición bíblica y demostrar la falsedad de las teorías modernas. Lo que hay de cierto es que ni el *Libro de Josué* ni el de los *Jueces* pretenden darnos una historia acabada de aquella época. Cfr. Rieber en *K* IV (1905) 175.

[4] Acerca del reparto de la región transjordánica (*Ios.* 13, 15-32) cfr. núm. 387.

[5] Como desde la primera expedición de los exploradores (segundo año de la salida de Egipto) habían transcurrido 45 años, el reparto de la región occidental comenzó el séptimo después de comenzar la conquista. Caleb tenía a la sazón 85 años, pero se conservaba tan robusto como a los 40 (*Ios.* 14, 7 10 s.; cfr. *Eccli.* 46, 9-12).

región más grande y fértil de Canaán, a saber, toda la región meridional entre el mar Mediterráneo y el mar Muerto, hasta el país de los amalecitas e idumeos, ciento veinticinco ciudades, entre ellas Hebrón y Belén. La región de *Efraim* estaba casi en medio de Canaán, desde el mar Mediterráneo hasta el Jordán; era muy fértil, y tenía las ciudades de Silo, Siquem y más tarde Samaria. La porción de *Manasés* estaba próxima a la de Efraim; tenía al occidente por límite el Mediterráneo.

Las restantes tribus demoraron el reparto, porque les agradaba más la vida nómada que la lucha a exterminio contra el Cananeo. Apremióles Josué en Silo [1], donde había fijado el Tabernáculo, a terminar el reparto de la tierra; y a este objeto encargó a personas de confianza que demarcasen con exactitud todo el país. Salió primero la suerte de *Benjamín,* la cual obtuvo la región fértil comprendida entre Judá y Efraim, con las ciudades de Jerusalén, Jericó y Betel [2]. A *Simeón,* la tribu más débil de todas, tocóle su parte dentro de la de Judá [3]; pues se encontró que la de esta tribu era demasiado grande, comparada con el total de las siete tribus.

A *Zabulón* se le adjudicó la región comprendida entre el lago de Genesaret y el mar Mediterráneo, al pie del monte Carmelo.—La porción de *Isacar* vino a estar situada, como Jacob había profetizado, en medio de las otras tribus, entre Zabulón, Manasés, Efraim y Gad, en la región más fértil de Palestina, con las hermosas vegas de Jezrael y de Sarón.—*Aser* obtuvo la fértil zona del litoral, desde el Carmelo hasta Fenicia.—Cupo en suerte a *Neftalí* la región comprendida entre el lago de Genesaret y el Líbano.—Para *Dan* quedó una comarca relativamente pequeña, próxima al Mediterráneo, entre Judá y Efraim. Esta grande tribu debía servir de muralla contra los belicosos filisteos. Los danitas conquistaron muy pronto a los sidonios los dominios de la ciudad de Lesem o *Lais,* que llamaron Dan, situada al pie del Líbano [4].—La tribu de *Leví* no obtuvo terreno alguno propio, sino cuarenta y ocho ciudades, desparramadas por todas las tribus; trece de ellas, en Judá, Simeón y Benjamín, fueron destinadas a los sacerdotes. Señalósele además el diezmo de todos los frutos de la tierra y de todos los animales domésticos puros y una parte de los sacrificios [5].

419. Así cumplió Dios la promesa que hiciera a los Patriarcas. Israel vivía ya en aquel magnífico país, y gozaba de paz con todos los pueblos vecinos; nadie se atrevía a resistirle. Israel supo corresponder (en lo esen-

---

[1] Capítulo 18-20. *Silo correspondió a la tribu de Efraim,* a la cual pertenecía Josué; estaba situado casi en el centro del país, 30 Km. al norte de Jerusalén, 20 Km. al sur de Siquem, en un cerro circundado casi por completo de montañas; un lindo valle, fértil en extremo, le daba salida hacia el noroeste. Dios eligió aquel *lugar para su Santuario* (*Deut.* 12, 11; *Ios* 9, 27; cfr. 18, 1); en Silo estuvo establecido el Santuario más de 300 años, hasta el reinado de Saúl. Pero a veces sacaban los israelitas el Arca de la Alianza al campo de batalla; mas desde que cayó en manos de los filisteos en tiempo de Helí, no volvió más a Silo; los sacrificios, empero, seguían celebrándose en esta ciudad. Luego que dejó de ser la sede del Santuario, decayó rápidamente, y en tiempo de Jeremías (7, 2) estaba ya en ruinas; san Jerónimo encontró «apenas los fundamentos de un altar» (*Comm. in Sophon.* 1, 14). El nombre se ha conservado hasta el día de hoy en la palabra Seilun. Cfr. *HL* 1882, 129 ss.; Döller, *Studien* 23; *Rb* 341.

[2] Jerusalén y Betel estaban todavía por conquistar; la primera fué tomada por Judá y Benjamín y se consideró en seguida como propiedad de esta última tribu; Betel, 20 Km. al norte de Jerusalén, fué conquistada por la tribu de José (Manasés y Efraim, cfr. núm. 222), tal vez por necesidad, pues estaba en los límites de esta tribu, y Benjamín no se cuidaba de ello; más tarde perteneció al reino del Norte (cfr. núm. 179 y 424).

[3] 18 ciudades con sus pastos, desparramadas por la tribu de Judá; así se cumplió la profecía de Jacob (*Gen.* 49, 5-7). Sin embargo, Simeón conquistó más tarde parte de las montañas de Seir y de la región que está al sur de Judá, a donde se habían retirado los amalecitas (cfr. I *Par.* 4, 42 s.).

[4] Cfr. *Ios.* 19, 47; *Iudic.* 18; núm. 450.

[5] *Ios.* 13, 14 33; 21, 1-40; cfr. núm. 375 y 387.

cial) a la bondad y fidelidad del Señor con fidelidad a su Dios y a su santa Ley [1].

Buen testimonio de esto dieron las tribus transjordánicas en la siguiente coyuntura. Al despedir Josué a los guerreros de las tribus de Rubén, Gad y media Manasés [2], díjoles entre otras cosas: «Volveos a la tierra de vuestra posesión que os entregó Moisés al otro lado del Jordán. Guardad la Ley, amad al Señor, vuestro Dios, andad en todos sus caminos, y servidle de todo corazón y de toda vuestra alma». Y recibida la bendición, ellos partieron para sus casas. Mas, cuando hubieron llegado a la orilla del Jordán, erigieron un *altar de descomunal magnitud* [3]. Las otras tribus creyeron ver en este acto una apostasía y un sacrilegio y la intención de ofrecer a Dios sacrificios en distinto lugar del establecido [4]. Reuniéronse, pues, en Silo para pelear contra ellos y castigarlos, según el mandato del Señor [5]. Mas antes enviaron mensajeros para hablar a los supuestos prevaricadores: «Esto nos manda deciros todo el pueblo del Señor: ¿Qué transgresión es ésta? ¿Por qué habéis abandonado al Señor Dios de Israel, edificando un altar sacrílego y separándoos de su culto? Porque si creéis que es inmunda la tierra de vuestra posesión, pasad a la tierra en donde está el Tabernáculo del Señor y habitad entre nosotros; mas no os apartéis del Señor ni de nuestra compañía, edificando otro altar fuera del altar del Señor Dios nuestro. ¿No descargó la ira divina sobre todo el pueblo de Israel cuando Acán [6], hijo de Zaré, traspasó el mandamiento del Señor?»

Replicaron a esto las tribus: «El fortísimo Dios, el Señor lo sabe, y también lo sabrá Israel: si con ánimo de rebelión hemos levantado este altar, no nos ampare, sino que nos castigue desde ahora. *No* hemos edificado el altar *con el designio de ofrecer* sobre él *sacrificios,* sino sólo para que no llegue un día en que vuestros hijos digan a los nuestros: El Señor ha puesto lindes entre nosotros y vosotros. el río Jordán; no tenéis por tanto parte en el Señor. Sólo para testimonio entre vuestra posteridad y la nuestra ha de servir; para que nosotros, lo mismo que vosotros, tengamos parte en el Señor y nos sea permitido servirle con sacrificios. Lejos de nosotros apartarnos del Señor Dios nuestro». Satisfechos y muy alegres regresaron los mensajeros a Silo, y las tribus allí reunidas volvieron a sus casas, tranquilas y alabando a Dios.

420. *Luego de cumplir Josué su cometido,* habíase retirado a la ciudad de *Tamnatsare* [7], en las montañas de Efraim; y habiendo transcurrido mucho tiempo de paz para Israel, ya en edad avanzada [8], sintió que se acercaba el fin de sus días. Quiso inculcar una vez más a todo el pueblo la fidelidad a Dios y *renovar la Alianza de Israel con su Señor.* Congregó

---

1 *Ios.* 21, 41-43.

2 *Ios.* 22; cfr. núm. 375 y 403. Tal vez *Ios.* 22, 1, no sigue cronológicamente a *Ios.* 21, 43, sino a 11, 23.

3 Acaso en la cumbre de Kurn Sartabeh (310 m. sobre el nivel del Mediterráneo, 610 sobre el valle del Jordán), no lejos del vado llamado Damieh, unos 25 Km. al oriente de Silo. unos 30 Km. al norte de Jericó (cfr. *HL* 1879. 54).

4 Cfr. *Exod* 20, 21 ss.; *Lev.* 17, 1-8; *Deut.* 12, 4 ss.; núm. 418. Las (aparentes) transgresiones de esta ley (por ejemplo, *Iudic.* 2, 5; 6, 24; I *Reg.* 6, 15; 7, 10 17; 9, 12; 11, 15; 13, 9; 15, 12; 16, 5; 21, 6 ss.; II *Reg.* 6, 12 ss.; 15, 8) se explican observando que el precepto no se refería mera y exclusivamente al lugar que Dios escogiese para sede permanente de su Santuario, sino comprendía también cualquier otro lugar donde el Señor quisiera manifestar su nombre, esto es, su presencia. Cfr. Engelkemper, *Heiligtum und Opferstätten in den Gesetzen des Pentateuchs* (Paderborn 1908).

5 *Deut.* 13, 12 ss.

6 Cfr. núm. 409.

7 Acerca de la situación de Tamnatsare y del sepulcro de Josué cfr. página 421, nota 3.

8 *Ios.* 23, 1; cfr. 13, 1.

en torno suyo a los Ancianos y príncipes del pueblo [1]; recordóles todas las grandes cosas que el Señor había hecho con ellos y les previno contra la infidelidad para con El.

«Vosotros habéis visto todo lo que el Señor Dios vuestro ha hecho con todas las naciones que tenéis alrededor, y de qué manera El mismo ha combatido por vosotros; y que ahora os ha repartido por suerte toda la tierra, desde la parte oriental del Jordán hasta el mar grande. Aun quedan muchas naciones; pero el Señor Dios vuestro las exterminará y disipará de vuestra presencia, y poseeréis la tierra, como os lo ha prometido. Solamente que seáis esforzados y solícitos en guardar todas las cosas que están escritas en el libro de la Ley de Moisés; y no os desviéis de ellas ni a la diestra ni a la siniestra. No juréis por el nombre de los dioses extranjeros, mas estad unidos al Señor Dios vuestro, como lo habéis hecho hasta este día; y entonces, el Señor Dios disipará de vuestra presencia estas gentes grandes y muy fuertes, y ninguno os podrá resistir. Uno solo de vosotros perseguirá a mil hombres de enemigos; porque el Señor Dios vuestro combatirá, El mismo, por vosotros».

Mas si quisiereis entregaros a los errores de estas gentes que habitan entre vosotros, y mezclaros con ellas por matrimonios, y contraer amistades, tened entendido ya desde ahora que el Señor Dios vuestro no las exterminará de vuestra presencia, sino serán para vosotros un hoyo, una trampa y un tropiezo que tendréis al lado y una espina en vuestros ojos, hasta que Dios os quite y extermine de esta hermosa tierra que os ha dado. Ved que yo estoy para entrar en el camino de toda carne, y ya veis que el Señor no ha dejado sin efecto ni una sola palabra de todas las que os prometió. Mas así también descargará todos los males con que os ha amenazado, si no guardáis el pacto del Señor».

421. Deseando renovar con toda solemnidad la Alianza con el Señor, congregó Josué a todas las tribus y especialmente a los prepósitos de las mismas en la ciudad de Siquem [2], evocadora de santos recuerdos de los tiempos patriarcales. Y cuando estuvieron delante del Señor [3], púsoles ante los ojos la graciosa providencia del Señor con los Patriarcas y con Israel y les exhortó a la fidelidad inquebrantable para con Dios:

«Temed al Señor (Yahve) y servidle con un corazón perfecto y sincero. Pero si os parece cosa mala servir al Señor, elegid hoy lo que os agrada: servir a los dioses, a quienes sirvieron vuestros padres en Mesopotamia, o a los dioses de los amorreos, en cuya tierra habitáis; que *yo y mi casa serviremos al Señor»*. Y respondió el pueblo, y dijo: «Lejos de nosotros abandonar al Señor y servir a dioses ajenos. El nos sacó de Egipto, y obró a nuestros ojos grandes prodigios, y nos dió esta tierra, quitándosela a los cananeos. Serviremos, pues, al Señor, porque El es nuestro Dios».

Y añadió Josué: «No podéis servir a la vez al Señor y a los dioses ajenos». Respondió el pueblo: *Sólo al Señor serviremos.* Prosiguió Josué: «Vosotros sois testigos, de que vosotros mismos habéis escogido al Señor para servirle». Y respondieron: «Testigos somos». Así ratificó Josué la Alianza. *Escribió*

---

[1] En Tamnatsare o acaso en Silo, donde estaba el Santuario. También es posible que esta reunión sea la misma de capítulo 23 y 24, por consiguiente en Siquem (*Ios.* 24, 1); en tal supuesto, Josué se dirige en el capítulo 23 a los jefes, en el capítulo 24 al pueblo.

[2] Cfr. núm. 388. Aquí probablemente encaja la sección allí expuesta. Quizá también esté relacionada la renovación de la Alianza con el suceso referido en el núm. 419.

[3] Las palabras «y ellos comparecieron en la presencia del Señor» (24, 1), y la mención que más abajo (24, 26) hace del «Santuario del Señor», no son prueba cierta de que el Arca de la Alianza (o el Tabernáculo) hubiese sido llevada a Siquem; la expresión «en la presencia del Señor» significa tan sólo una ceremonia religiosa solemne, y «Santuario del Señor» puede llamarse aquel lugar, porque estaba consagrado por el sacrificio de Abraham y por la promesa que hiciera la familia de Jacob de renunciar a toda idolatría.

también *todas estas palabras en el libro de la Ley del Señor* [1] y cogió una gran piedra y la colocó debajo de una encina que estaba en este santo lugar, y dijo a todo el pueblo: «Ved aquí esta piedra que os será testimonio para que no seáis después infieles al Señor». Luego despidió al pueblo.

No mucho después murió Josué, siervo de Dios, a la edad de ciento diez años. Le sepultaron en los términos de su posesión en *Tamnatsare,* ciudad situada en las montañas de Efraim, al norte del monte Gaas. Los *restos de José,* que los hijos de Israel habían traído de Egipto, los sepultaron en Siquem, en una heredad que Jacob dió en herencia a José [2]. También murió el sumo sacerdote Eleazar, y le sepultaron en Gabaat [3], posesión de su hijo Fineés [4], en la montaña de Efraim [5].

422. En el maravilloso *paso del Jordán,* lo mismo que en el del mar Rojo, ven los santos Padres una *figura del Bautismo* [6], que abre a los hombres el paso de la tierra prometida de la Iglesia, y el camino de la eterna herencia del cielo. La caída de los *muros de Jericó* fué, según los santos Padres, figura del derrumbamiento de la gran fortaleza del mundo pagano, provocado por los apóstoles con fuerzas tan insignificantes al parecer. Las *vueltas religiosds* que por orden del Señor dieron los israelitas (alrededor de Jericó), llenos de fe y confianza, y que tuvieron tan prodigiosa virtud, figuras eran de nuestras procesiones eclesiásticas. Suma alabanza merece *la fe de Rahab* en el verdadero Dios a quien reconoció por los portentos, y el celo que desplegó por salvar a los exploradores [7]. Su incorporación al pueblo de Dios con derecho a participar en las promesas y bendiciones nos enseña cuán gran favor está reservado en el reino del Redentor a los paganos que se hacen creyentes. El haber sido *madre del linaje del Redentor* [8], así como la elección de las otras tres mujeres en la genealogía de Jesucristo [9], significa, según san Jerónimo, que el Señor no tiene a menos proceder de pecadores (Tamar, Rahab, Betsabee), habiendo venido a este mundo para borrar los pecados de todos; la vocación de Rahab y de Rut es también figura de la vocación de los gentiles [10]. Finalmente, la casa de Rahab donde se salvaron cuantos allí se habían refugiado, mientras en su derredor todos perecieron, puede considerarse como una figura de la Iglesia de Cristo.

---

1 Cfr. núm. 388 y 396.

2 Núm. 223. Según tradición judía, trajeron también los restos de los hermanos de José y los enterraron en el mismo lugar (cfr. *Act.* 7, 15 s.).

3 Victor Guérin (1863) creyó descubrir el sepulcro de *Josué* en la ladera septentrional de un monte próximo a Tibne (Thamnath), unos 30 Km. al noroeste de Jerusalén; es un amplio sepulcro familiar, cavado en la roca, de los más hermosos de Palestina. Los investigadores modernos, por el contrario, se inclinan a creer, de acuerdo con la tradición judeo-samaritana, que la ciudad de Tamnatsare, con el sepulcro de Josué, estaba junto a la actual Kefr Hares, 14 Km. al norte de Tibne (*Rb* 1893, 608). Según la misma tradición, la actual aldea Awerta, 7 Km. al sur de Naplusa (Siquem), es la ciudad bíblica de «Gabaat Fineés», mientras que Guérin busca el sepulcro de Eleazar en Djibia, a 5 Km. de Tibne. Cfr. Guérin, *La Terre Sainte* I 253; II 232; *LB* II 331; III 1156.

4 El texto hebreo dice: «en Gabaat Fineés», es decir, en una colina o monte de la herencia asignada a Fineés. La palabra hebrea *geba* o *gabae, gibeah, gabaon,* etc., significa colina o altura. Es un término muy común; para distinguir unos de otros los lugares que llevan dicho nombre, se les añade algún calificativo, por ejemplo, Gabaa de Benjamín o Gabaat de Saúl, Gabaa en Cariatiarim, etc. Acerca de los distintos Gabaa cfr. *LB* II 325; *AB* 50; *Rb* 159.

5 Véase el elogio de Josué en *Eccli.* 46, 1 ss.

6 Tanto más cuanto que, según la tradición, en aquel mismo lugar del Jordán fué bautizado el Salvador por san Juan Bautista, santificando y consagrando en cierto modo el agua para el sacramento del Bautismo (cfr. núm. 405 s.).

7 *Hebr.* 11, 31. *Iac.* 2, 25. 8 *Matth* 1, 5.

9 *Matth.* 1, 3 ss.; cfr. núm. 408 y 457.

10 San Jerónimo, *In Matth.* 1, 5.

En todo es Josué **figura de Jesucristo:** en el nombre de Josué o Jesús, que le fué dado por Moisés [1]; en haber conducido a los israelitas a la *tierra de promisión,* y conquistado este país [2]; y finalmente en los *portentos* de que fueron acompañados estos hechos y en la ratificación de la *Alianza*. Así Jesucristo lleva a los hombres por el Bautismo al reino de su Iglesia. Él es quien les ha conquistado este reino con sus triunfos sobre la muerte y el infierno, y con los de sus apóstoles y ministros. También estas victorias van acompañadas de grandes prodigios, y mientras dura la lucha, brilla en el cielo de la Iglesia la luz esplendorosa de un sol espiritual, el Evangelio, que ilumina todo el mundo. Finalmente, antes de ir al Padre, pacta Jesucristo con los suyos la Nueva Alianza [3].

52. Los Jueces. Otoniel, Aod, Samgar

(*Iudic.* 1-3)

423. El libro de los Jueces [4] se propone demostrar, relatando unos cuantos sucesos importantes de un período de más de trescientos años, que sólo en la completa entrega al Señor y en su santa Ley podía hallar la salvación y prosperidad el pueblo de Dios. Porque, siempre que Israel (ya todo el pueblo, ya alguna tribu) se apartaba de Dios, caía luego en poder de los enemigos; pero tan pronto como se convertía y acudía a Dios en demanda de auxilio, suscitábale el Señor héroes piadosos que le daban libertad y regían sus destinos. Estos héroes fueron los Jueces (cfr. *Iudic.* 2, 12 ss.).

Recibieron el nombre de *Jueces*, no sólo porque dirimían las contiendas jurídicas (cfr. 4, 5), sino principalmente porque protegían el derecho y la justicia conforme a la *Ley de Dios,* y defendían con todas sus fuerzas de manera particular el culto del verdadero Dios, combatiendo la abominación de la idolatría y ejecutando los castigos del Señor en sus opresores paganos. Comenzaron por ejercer el *mando supremo* en la guerra contra los gentiles que les oprimían; mas luego desempeñaron también las funciones de *gobierno* formal, siendo por otra parte inseparables en Oriente los conceptos de regir y juzgar desde los tiempos más remotos [5]. La Sagrada Escritura usa frecuentemente ambas palabras como sinónimas [6]. Sin embargo, el gobierno de los Jueces era muy distinto del de los reyes. Aquél tenía siempre carácter *extraordinario* y se fundaba en un llamamiento directo de Dios; no era hereditario, ni se ejercía necesariamente sobre todas las tribus; carecía del aparato externo de la dignidad real y dejaba aparecer a Dios como verdadero Rey de Israel [7]. Los Jueces no exigían tributos, ni reclutaban tropas [8]. Podía también suceder que ejerciesen *simultáneamente* el oficio de juez *varias personas* en distintas tribus. Así durante los ochenta años de paz que Aod logró con sus victorias sobre los moabitas, acontecieron probablemente la opresión de las tribus del norte por Jabín y las incursiones de los filisteos por el sudoeste—a la que opuso resistencia el juez Samgar [9]. También comenzaron simultáneamente al occidente la opresión de los filisteos, que duró cuarenta años, y al oriente la de los ammonitas [10]; de suerte que Jefté y sus sucesores juzgaron al mismo tiempo que Helí, Sansón y Samuel. Con esto queda resuelta una dificultad de cronología: se dice en III *Reg.* 6, 1 que el Templo de

---

[1] Cfr. núm. 359. [2] *Hebr.* 4, 8 s.

[3] *Dan.* 9, 27; cfr. también *Ioann.* 13-17. Acerca del carácter típico de Josué cfr. Weiss, *Messian, Vorbilder* 61.

[4] Cfr. Kaulen-Hoberg, *Einleitung* § 209; Schöpfer, *Geschichte des AT*[6] 337 ss.; Hagen, *Intr. Comp.*[8] núm. 289; Hummelauer, *Comm. in lib. Iudicum et Ruht* (París 1888); Neteler, *Das Buch der Richter* (Münster 1900); Zapletal *Das Buch der Richter* (Münster 1923).

[5] Los magistrados supremos de Cartago se llamaban sufetes (hebr. *schophetim);* nombre y concepto coinciden con los de los Jueces de Israel.

[6] Cfr. I *Reg.* 8, 5; *Ps.* 2, 10; 71, 1 ss.; *Amos.* 2, 3.

[7] Cfr. *Iudic.* 8, 23. [8] Cfr. I *Reg.* 8, 11; 14, 52.

[9] *Iudic.* 3, 31; 4, 1 10; 5, 14 ss. [10] Cfr. *Iudic.* 10, 7.

Salomón se construyó el año 480 de la salida de Egipto; mientras que la suma de los años de gobierno de los Jueces es de 600 años. Ordinariamente suscitó el Señor los Jueces en la tribu más oprimida; las demás se reunían en torno de aquélla. Una vez que los Jueces conseguían humillar al enemigo, se retiraban a su vida privada, como hizo Gedeón [1], o se limitaban a ejercer el oficio de juez y la influencia que su misión divina y sus méritos les habían granjeado.

Nos es desconocido *el autor del Libro de los Jueces* (si se puede hablar de *un solo* autor). El libro se compone de episodios tomados de la vida de cada uno de los Jueces, transmitidos oralmente o por escrito, compilados por una mano experta, fundidos en un todo y acaso completados más tarde. Puesto que *Iudic.* 13, 1 nos dice cuánto tiempo duró la dominación filistea, no es posible que el libro se compusiera antes de terminar aquélla; es decir, debió de redactarse después de la victoria de Samuel sobre los filisteos [2]. Tiene gran probabilidad el testimonio del Talmud y de la tradición, según el cual Samuel es autor (o por lo menos recopilador de las «historias heroicas» contenidas en el *Libro de los Jueces)* [3]. Si fué Samuel, o bien otro escritor más moderno, si uno o varios los que reunieron el material sirviéndose de las fuentes, son cuestiones de poca monta, como sean los autores inspirados y nos cuenten la verdad histórica. Multitud de citas y alusiones del Antiguo y Nuevo Testamento suponen y confirman el *carácter histórico* y la *credibilidad* de los episodios que se narran en el *Libro de los Jueces. Isaías* (9, 4; 10, 26) alude al día glorioso de la victoria de Gedeón sobre Madián *(Iud.* 7, 22, 25). En los Salmos hay alusiones a sucesos del tiempo de los Jueces *(Ps.* 82, 10 ss ; 105, 34; 97, 8 9). El *Eclesiástico* alaba la justicia y piedad de los Jueces *(Eccli.* 46, 13 ss.), y san Pablo los ensalza como héroes de la fe *(Act.* 13, 20; *Hebr.* 11, 32). También los racionalistas reconocen que la parte principal de la narración (2, 6-16, 31) contiene «documentos de gran valor» [4] y «tradiciones antiguas auténticas» [5]. Sólo rechazan el criterio religioso (profético) que informa el libro, como impuesto forzadamente al asunto y no conforme con la realidad. Pero sin ninguna razón; porque las fórmulas: pecado, castigo, liberación, en manera alguna fueron inventadas deliberadamente por el autor en el sentido que los racionalistas pretenden; lo que sucede es que, para la historiografía profética, el pueblo de Israel forma una unidad nacional y religiosa, y esa unidad corre peligro tan pronto como una sola tribu se entregue a la idolatría, o sea oprimida por los paganos. Los episodios compilados con este criterio son ejemplos que manifiestan a las futuras generaciones la malicia de la apostasía y sus funestas consecuencias, el paternal gobierno y la solícita providencia de Dios; mas, para que los ejemplos tuviesen *eficacia,* era necesario exponerlos con su verdadero e incontestable carácter histórico.

Acerca de la *duración* del período de los Jueces, sólo se puede asegurar que debió de llegar a unos 350 años; porque si a los 480 años, de que habla III *Reg.* 6, 1, restamos los 40 años del viaje por el desierto, los 25 del gobierno de Josué, los del reinado de Saúl y los 40 del reinado de David, venimos a parar a dicho resultado. No se puede obtener mayor precisión, porque no sabemos el año del éxodo y no se puede determinar con seguridad la simultaneidad de varios Jueces. Además, algunos datos están expresados en números redondos, o son críticamente inseguros; de donde no sirven para el cálculo cronológico. Si, según lo antes expuesto (v. núm. 232), fijamos la fecha del éxodo

[1] *Iudic.* 8, 29.

[2] I *Reg.* 7, 10 ss.

[3] No se puede objetar que *Iudic.* 18, 30, habla del «día de la *cautividad del país»* (en hebreo: *goloth ha'arez)* y que, por tanto, el libro se escribió después del destierro. Aquí hay un error textual manifiesto; el escritor se refiere a la *captura del Arca* por los filisteos *(goloth ha'aron)* en tiempo de Helí. Compárese *Iudic.* 18, 31, con I *Reg.* 4, 21; *Ps.* 77, 60.

[4] Kittel, *Geschichte* II³ 25.

[5] Cornill, *Einleitung*⁶ 96; cfr. núm. 429.

hacia mediados del siglo xv, el período de los Jueces vendría a caer entre 1380 y 1030 [1].

424. En la introducción (cap. 1) describe el *Libro de los Jueces* el estado de Israel luego de tomar posesión de la tierra de Canaán y después de la muerte de Josué, hasta que las tribus se establecieron de fijo en las regiones que les tocaron en suerte. Pasa luego revista a las batallas del tiempo de Josué, y a las que se llevaron a feliz término después de la muerte de aquel caudillo.

Judá debía ser la primera en tomar las armas, según la disposición divina. Unida a Simeón, cuyo territorio estaba en sus dominios, acometió a Adonibezec [2] que avanzaba de la parte del norte, acaso para unirse con los cananeos contra Israel. Derrotaron a Adonibezec, le hicieron prisionero en la huída y le cortaron los pulgares y los dedos gordos de los pies, en justo castigo de las crueldades que él mismo confesó: «Sesenta reyes [3] a quienes fueron cortados los pulgares y dedos gordos de los pies, recogían debajo de mi mesa las sobras de la comida; como yo hice, así me ha pagado Dios». De Bezec marchó Judá con el real prisionero a la conquista de la ciudad de Jerusalén, que había correspondido a Benjamín; pero era demasiado fuerte para las fuerzas militares de esta tribu; la sitiaron, asaltaron la parte baja de la ciudad, la incendiaron y mataron a sus habitantes. Mas no se pudo conquistar la parte alta, por ser mucha su elevación y firmeza. Quedaron, pues, allí los jebuseos; mas los benjaminitas reedificaron y habitaron la parte baja, hasta que David (unos 350 años más tarde) echó de allí a los jebuseos [4]. Aquí murió Adonibezec.

Marchó luego Judá hacia el mediodía. Allí extirpó Caleb, como antes había prometido [5], a tres de los más fuertes hijos de Enak, que se habían establecido de nuevo en la ciudad de Hebrón, conquistada antes por los israelitas. Su hermano menor o sobrino [6] Otoniel tomó por asalto la ciudad de Dabir, y por este acto heroico se le dió por mujer a la hija de Caleb, Axa. Judá y Simeón conquistaron y redujeron a cenizas la ciudad de Tefat u Horma [7], en los límites meridionales; torciendo luego al occidente, tomaron en la llanura del mar Mediterráneo las ciudades filisteas [8] de Gaza, Ascalón y Accarón. Pero no pudieron exterminar a los moradores del valle, que tenían muchos carros falcados.—No cumplieron así su cometido las demás tribus; Efraim conquistó Betel [9], pero no exterminó al Cananeo que vivía en la ciudad de Gazer. Análogamente las tribus de Manasés, Zabulón, Aser y Neftalí dejaron en paz a los cananeos que vivían dentro de sus límites, o a lo sumo los hicieron tributarios.

---

[1] Cfr. Hontheim, *Die Chronologie der Richterzeit und die ägyptische Chronologie*, en *ZKTh* 1913, 76 ss.; Nikel en *BZF* III 158 ss.

[2] Es decir, señor o rey de Bezec. Se menciona esta ciudad en I *Reg.* 11, 8, como lugar de concentración de tropas en la guerra que Saúl emprendió contra los ammonitas; estaba situada (según san Jerónimo, *De situ et nom. locor. Hebr. sub v. Bezec)* 17 millas romanas (25 Km.) al nordeste de Siquem. *LB* I 670.

[3] Jefes de pequeños dominios, reyes de ciudades. Esta mutilación era frecuente en la antigüedad. Pruebas en Zapletal, *Buch der Richter* 4 ss.

[4] II *Reg.* 5, 6 ss.; cfr. núm. 507.

[5] Núm. 418.

[6] Caleb tenía a la sazón 96 años. Otoniel tendría unos 40; y cuando derrotó a Cusán, unos 48 (cfr. *Ios.* 14, 7 10; 15, 17; *Iudic.* 1, 13; 3, 9 11; I *Par.* 4, 13).

[7] Es decir, *anatema;* con esto cumplieron el voto que antes hicieran (cfr. núm. 372).

[8] Cfr. núm. 159. La importancia de los filisteos en tiempo de los Jueces se explica por una nueva inmigración de razas afines que, impelidas por los dorios, hubieron de abandonar sus lares. *Amos* 9, 7, los hace originarios de Captor = Creta (*Vulgata:* Capadocia). Pero es posible que se trate de diversas razas y emigraciones. Opinan los modernos que los filisteos eran originarios del Asia Menor (piratas). En los textos egipcios se ha encontrado un país, *Keft-her,* que se identifica con el sur de Asia Menor, o sea, con Cilicia y Capadocia, y muy probablemente corresponde al Captor de la Biblia (*OLZ* 1910, 49-54, Wiedemann). Según esto, los LXX han conservado en *Deut.* 2, 23 y *Amos* una tradición aceptable. Cfr. Müller, *Die Urheimat der Philister* en *MVAG* 1901, 1; *Rb* 103 (Caphtorim). [9] Cfr. núm. 418.

425. La dispersión de Israel por todo el país y la convivencia con los cananeos ponían en constante peligro la vida religiosa y la unidad nacional, de no tomarse las medidas oportunas. Así sucedió que, muerta aquella generación que había sido testigo de los prodigios del Señor y de las acciones de Josué, comenzó a enfriarse el celo religioso. Trabaron los israelitas alianzas y matrimonios con los idólatras, y participaron del culto y de las abominaciones gentiles. Se olvidaron de la Ley mosaica, de los avisos de Josué y del pacto solemnemente ratificado con el Señor. Subió entonces el Angel del Señor de Gálgala al lugar que se llamó de los Lloradores [1], y dijo al pueblo allí reunido: «Yo os saqué de Egipto, e introduje en la tierra por la que juré a vuestros padres, y prometí que nunca jamás invalidaría mi pacto con vosotros; mas con tal condición que no haríais alianza con los habitantes de esta tierra, sino derribaríais sus altares: y no habéis querido oír mi voz. ¿Por qué habéis hecho esto? Por lo mismo no he querido exterminarlos de vuestra presencia; para que los tengáis por enemigos, y sus dioses sean para vuestra ruina». A estas palabras rompieron en llanto los hijos de Israel y ofrecieron sacrificios al Señor [2].

Pero parte del pueblo persistió en sus alianzas religiosas y matrimoniales con los cananeos. En estas palabras resume la Sagrada Escritura el pecado de Israel y toda la miseria de aquella época: «Ellos hicieron lo malo delante del Señor, y sirvieron a Baal y Astarot» [3]. Por lo que Dios los entregó en manos de *Cusán-Rasataim*, rey de Mesopotamia [4]. Durante

---

[1] En hebreo *bojim*, el que llora, plorante; vínole este nombre al lugar, del suceso aquí narrado; de su situación nada sabemos. — *El Angel del Señor* (cfr. núm. 153 y 407) vino a Gálgala, donde en otro tiempo se apareció a Josué después de la circuncisión del pueblo, asegurándole la conquista de Jericó y de Canaán. Esto había de recordar a los israelitas las condiciones que el Señor les impusiera para poder continuar en posesión de la tierra (cfr. núm. 297).

[2] Cfr. núm. 419.

[3] Cfr. núm. 124 y 385. Astoreth o Astarte, de ordinario en la forma plural *Astaroth*, correspondiente a *baalim* (imágenes o distintos nombres y formas de Baal), y también *Asera* = *Isar* de los babilonios; su culto estaba extendido por toda Asia Menor. En el Antiguo Testamento aparece como diosa de los sidonios (fenicios). Es la «diosa»; se la venera como diosa-madre y reina de las estrellas, y está relacionada con el planeta Venus (lucero de la mañana y de la tarde); se la considera como la fuente y señora de donde dimana la fertilidad celeste y terrena. Desde antiguo va su culto mezclado de vergonzosas abominaciones y deshonestidades. — El hallazgo de imágenes de Isar (asera) viene a dar la razón a la Sagrada Escritura, la cual entiende por asera ya un ídolo (palo, estaca) que se erguía junto al altar, ya la diosa misma (v. lámina 3 c). Existían imágenes de Isar = Astarte = Asera en forma de caduceo: un busto de la diosa cubierto por un velo y terminado en un palo. Cfr. Vincent, *Canaan*, figuras 102-110. Era también «diosa de los árboles», por lo que se le daba culto entre «árboles frondosos» o en bosques sagrados; los LXX y la *Vulgata* traducen *asera* por *lucus* o *nemus*, bosque sagrado o selva; lo cual es un error, cuyo origen se ha puesto en claro recientemente. Cfr. Kortleitner, *De polytheismo* 237; *LB* I 509; *Arch. bibl.* 426; *Rb* 482.

[4] La expresión hebrea (*Aram naharaim*) significa en este pasaje (como en *Gen.* 24, 10, donde Harán aparece como capital; cfr. núm. 130 y 168; Döller, *Studien* 195) el país del Alto Eufrates, que las inscripciones egipcias y asirias denominan *Naharina*, país del río (y también *Mitanni*), el cual por occidente comprendía parte de Siria (de aquí *Iudic.* 3, 10: «rey de Siria»). Probabilísimamente Cusán-Rasataim es un rey de los heteos (ketas) que moraban en aquella región y tenían rivalidades con los egipcios y asirios. Fueron combatidos en Siria por Tutmosis III (1500) y Ramsés II (1300). En la batalla de Charkamis (Carchemis), en el Alto Eufrates, hacia el año 717, fueron derrotados por sus vecinos los asirios, desapareciendo definitivamente de la historia. Se han encontrado inscripciones y esculturas heteas en las excavaciones llevadas a cabo hace algunos años por iniciativa del Museo Británico en Carchemis, hoy Jerablus (Jerabis), 150 Km. al nordeste de Aleppo (fig. 57). — Según otros, se trata de *arameos*; cfr. Sanda, *Die Aramäer*, en *AO* IV 3. Otros, finalmente (Lagrange, Schlögl, Zapletal), creen que Cusán-Rasataim es un rey de Idumea (confusión de *Aram* con *Edom*); se fundan en que la tribu de Judá fué, al parecer, la más castigada.

ocho años gimieron bajo su yugo. Pero clamaron por fin al Señor, el cual suscitó un libertador en *Otoniel* [1]. Este juzgó a Israel, y el espíritu del Señor le acompañó. Salió a pelear y venció a Cusán-Rasataim; y el país disfrutó de paz durante cuarenta años.

426. Pero los hijos de Israel volvieron a hacer lo malo delante del Señor, el cual fortaleció contra ellos a Eglón, rey de Moab. Aliado Eglón con los ammonitas y amalecitas, derrotó a Israel y conquistó la ciudad de las Palmas [2]. Diez y ocho años gimió Israel bajo su yugo. Y habiendo clamado el pueblo a Dios, suscitó el Señor un libertador en Aod (Ehud), de la tribu de Benjamín. Este mató a Eglón, al ir a ofrecerle el tributo impuesto a Israel. So pretexto de

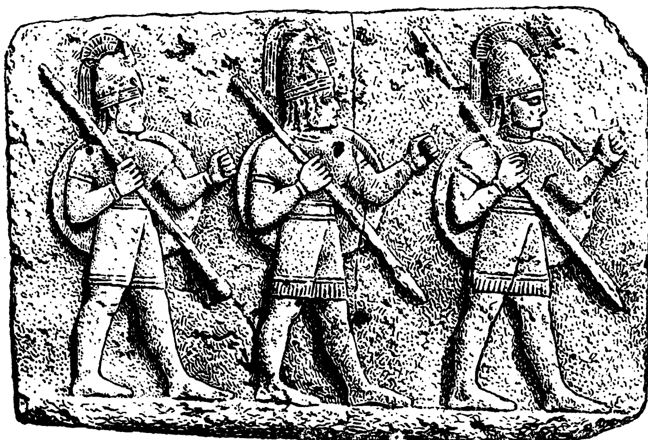


Fig. 57.—Soldados haciendo guardia en el zaguanete del palacio real de Carchemis, ciudad hetea. (Siglo IX a. Cr.) (Londres, British Museum).

comunicar al rey «una palabra de parte del Señor», quedó a solas con él, y aprovechó la coyuntura para clavarle en el cuerpo con la mano izquierda—era ambidextro—un puñal que llevaba escondido. Para apreciar este hecho en su justo valor, es preciso tener en cuenta que «la palabra de Dios» era el encargo (la moción interior) de libertar al pueblo; en tanto que el modo y manera de llevar a cabo el encargo fué obra bien meditada de Aod; la cual debe ser juzgada, no según los principios morales cristianos, sino según las ideas y ambiente de aquel tiempo. Sin duda alguna Aod se creyó con derecho para obrar así, porque los moabitas y demás enemigos de Israel se permitían toda clase de artes contra Israel [3].

Llegado a las montañas de Efraim, tocó la bocina [4], púsose al frente de los

---

nos años por iniciativa del Museo Británico en Carchemis, hoy Jerablus (Jerabis), 150 Km. al nordeste de Aleppo (fig. 57).—Según otros, se trata de *arameos;* cfr. sanda, *Die Aramäer,* en *AO* IV 3. Otros, finalmente (Lagrange, Schlögl, Zapletal), creen que Cusán-Rasataim es un rey de Idumea (confusión de *Aram* con *Edom);* se fundan en que la tribu de Judá fué, al parecer, la más castigada.

[1] De la tribu de Judá. cfr. núm. 424.

[2] Jericó reedificada; cfr. núm. 408. Acerca de Moab cfr. núm. 373.

[3] Cfr. san Agustín, *Quaest. in Iudic. n. 29;* santo Tomás, *De regim. principum* l. 1, c. 6. Lo mismo se puede decir de Jahel (cfr. núm. 428) y de Judit (cfr. núm. 668). «No hay objeciones serias contra la historicidad del relato: esta historia es tan intuitiva y verosímil en sí misma, la acción de Aod es tan conforme al espíritu de la época, que no hallamos razón ninguna que oponer» (Nowack, *Richter* 25).

[4] Es decir, dió la señal de levantamiento general y reunió en torno suyo el ejército.

israelitas que se le juntaron, y les dijo: «Seguidme, porque el Señor ha entregado en nuestras manos a nuestros enemigos los moabitas». Descendieron rápidamente con él, ocuparon los vados del Jordán y cortaron la retirada a la guarnición moabita y a los ejércitos de aquende el Jordán. Estos, en número de 10000, hombres fuertes y valientes, fueron muertos sin escapar uno solo. Este suceso aterró a los moabitas del oriente del Jordán, y el país disfrutó de paz durante ochenta años.

Después de Aod vino Samgar, quien mató a 600 filisteos con una reja de arado [1], y fué libertador de Israel. Nada más se dice de él.

53. Barac y Débora

(*Iudic.* 4-5)

427. Pero los hijos de Israel volvieron a hacer lo malo a los ojos del Señor, el cual los entregó en manos de *Jabín,* rey de Asor [2], y de su general Sísara. Tenia éste 900 carros falcados; y su yugo oprimió duramente por espacio de veinte años a los israelitas. Clamaron éstos al Señor. Había entonces en Israel una profetisa llamada *Débora,* mujer de Lapidot.

Juzgaba Débora al pueblo, para lo cual solía sentarse debajo de una palmera, entre Rama y Betel, en el monte de Efraim [3]; y los hijos de Israel acudían a ella en sus litigios con gran confianza. Hizo un día llamar Débora ante sí a Barac, hijo de Abinoem, natural de Cedes, de Neftalí [4], y le dijo: «Yahve, el Señor Dios de Israel, te ha dado esta orden: ve, y lleva el ejército al monte Tabor [5]; tomarás contigo diez mil combatientes de los hijos de Neftalí y de los hijos de Zabulón; y yo llevaré a ti, en el lugar del torrente Cisón, a Sísara, general del ejército de Jabín, y sus carros y toda su gente, y los pondré en tu mano». Y díjole Barac: «Si vienes conmigo, iré; mas si no quieres venir conmigo, no partiré». La cual respondió: «Bien está, iré contigo, mas esta vez no se atribuirá la victoria a ti, porque por mano de mujer será entregado Sísara».

428. Partió, pues, Débora con Barac a la pelea. En esto, tuvo Sísara aviso de que Barac había subido al monte Tabor con un ejército; salióle al encuentro con sus 900 carros y todo su ejército, y llegó al torrente Cisón. Dijo entonces Débora a Barac: «Ea, vamos; porque éste es el día en que el Señor ha entregado en tus manos a Sísara. Mira, Dios mismo es tu caudillo». Bajó Barac del monte a toda prisa, acompañado de sus 10000 hombres; y el Señor infundió tal terror a Sísara y a su ejército,

---

[1] El texto hebreo dice: «con un aguijón de bueyes»: Todavía se usan en Oriente: un palo grueso de 2 a 3 m. de largo lleva en un extremo una aguijada para acuciar los bueyes, en el otro una minúscula azada para limpiar el arado de la tierra que se le va pegando. Habiendo, pues, sido atacado de repente por los enemigos, Samgar echó mano de la primera arma que tuvo a su alcance y salió, solo o en compañía de otros, a acometer a los filisteos, entre los cuales sembró Dios el pánico. Análogo heroísmo leemos más tarde de Sansón y Jonatás (*Iudic.* 15, 15. I *Reg.* 14, 13; cfr. núm. 445 y 475).

[2] Jabín, que quiere decir «el inteligente», es, al parecer, título de los reyes de Asor; pues idéntico nombre tenía el rey vencido antes por Josué (cfr. núm. 416). Los reyes de Gerara se llamaban Abimelec (cfr. núm. 173); los de Jerusalén, Melquisedec o Adonisedec (es decir, rey o señor de la justicia; cfr. núm. 413); los de Amalec, Agag (cfr. núm. 381).

[3] Rama, de la tribu de Benjamín, en cuyos dominios penetraban las montañas de Efraim; actualmente er-Ram, 8-9 Km. al norte de Jerusalén (cfr. *Rb* 307). Acerca de Betel cfr. núm. 179, 418, 424.

[4] Cfr. núm. 416.

[5] Cfr. núm. 430.

que los carros y su gente cayeron en gran confusión [1]. Sísara saltó de su carro y echó a huir a pie. Barac persiguió durante muchas horas a los fugitivos y los pasó a cuchillo, sin que escapase uno solo. Entre tanto Sísara llegó huyendo a la tienda de *Jahél,* mujer de Haber, cineo [2], con quien Jabín estaba en paz; pero pereció miserablemente a manos de esta mujer.

Pues como Jahel viese a Sísara, salióle al encuentro y le dijo: «Entrad, señor mío, en mi casa y no temáis». Entró, pues, en la tienda, y ella le cubrió con su manto, para que descansase; y como atormentado por la sed, pidiese Sísara un poco de agua, abrió ella un odre de leche y le dió a beber, cubriéndole de nuevo. Díjole Sísara: «Ponte a la puerta de la tienda; y si alguno llegare y te preguntare, diciendo: ¿hay aquí alguien? Responderás: No hay ninguno». Y se durmió profundamente. Jahel tomó entonces un gran clavo (de madera) que sujetaba la tienda al suelo; entró suavemente, y de un golpe de martillo atravesó el clavo en la sien de Sísara, cosiendo la cabeza con el suelo; y Sísara pasó repentinamente del sueño a la muerte. Mas he aquí que Barac venía en seguimiento de Sísara; y habiendo salido Jahel a recibirle, le dijo: ven, y te mostraré al hombre que buscas. Y habiendo entrado adonde estaba, vió a Sísara que yacía muerto, y el clavo atravesado por la sien [3].

Así humilló Dios en aquel día a Jabín delante de los hijos de Israel, los cuales le persiguieron hasta aniquilarlo. Nuevamente tuvo Israel paz por espacio de cuarenta años.

429. En aquel día Débora y Barac entonaron este hermoso himno [4]:

---

[1] Según el cántico de Débora *(Iudic.* 5, 20; núm. 429), el cielo peleó contra Sísara, enviando tal vez una furiosa tempestad y granizada, como antes contra los cinco reyes del sur de Canaán (núm. 413).

[2] Véase núm. 382.

[3] Acerca de la muerte de Jahel y de su elogio en el cántico de Débora *(Iudic.* 5, 24 ss.) cfr. núm. 427 s.—Es, por lo menos, dudoso que Jahel pecase de disimulo y alevosía. Es muy posible que se hubiese dado cuenta de lo peligroso de su situación y de los males que podía acarrear a Israel el dejar escapar a aquel terrible enemigo. No da a entender la Sagrada Escritura si Jahel obró por impulso divino; sólo dice que Dios privó del triunfo a Barac por la falta de confianza, dándoselo a una mujer; Débora no elogia la perfidia de Jahel, sino celebra la libertad del pueblo de Dios y la vergonzosa derrota del enemigo mortal, y bendice a Jahel, porque por su mano se llevó a cabo tan heroica acción e Israel se vió libre del opresor. Cfr. Zschoéke, *Bibl. Frauen* 181; Faulhaber, *Charakterbilder der bibl. Frauenwelt* (Paderborn 1912) 77-100; Kath 1915 I 79 ss.; *BZ* VIII 260 ss.; Zapletal, *Das Deboralied* (Friburgo de Suiza 1905) 10 s.

[4] *Iudic.* 5, 2-31. Los críticos modernos afirman con sorprendente unanimidad que el cántico de Débora lleva en sí mismo la prueba de autenticidad (en lo arcaico del lenguaje y en el modo de apreciar las cosas), y que es uno de los monumentos más hermosos y antiguos de la literatura hebrea y una de las fuentes más importantes de la historia de Israel. La expresión «en aquel día» no significa que se cantase precisamente el día de la victoria; sólo quiere decir que se cantó en aquel tiempo y por el motivo referido. Después de un breve prólogo (invitación a cantar las alabanzas de Dios), recuerda el cántico las admirables manifestaciones del favor divino durante el viaje por el desierto y la grandiosa manifestación de su majestad en el Sinaí. La estrofa segunda describe en pocas pinceladas la triste situación del pueblo desde la muerte de Samgar. Había desaparecido toda seguridad; la industria y el comercio estaban paralizados desde que las tropas de Sísara se habían enseñoreado del país; nadie pensaba en oponer la menor resistencia. No queriendo, pues, los jefes cumplir su deber, el Señor se sirvió de una mujer (tercera estrofa), y con un ejército mal armado, sin escudo ni lanza, fué vencido el poderío enemigo. De Dios es, pues, la alabanza, y todos, altos y humildes (jinetes e infantes), deben entonar un himno en su honor. No todas las tribus siguieron la voz de Débora; en la estrofa cuarta hace mención honorífica de las que tomaron parte en la pelea, mientras que en la quinta saca las demás a la pública vergüenza. Pasa en la sexta estrofa a describirnos la batalla. Los príncipes de

¡Varones de Israel,
que espontáneamente ofrecisteis vuestras vidas,
alabad a Yahve!
Oíd, reyes; escuchad, príncipes: yo soy, yo, quien canta
y ensalza a Yahve, a El, al Dios de Israel.

Señor, cuando salías de Seir,
y pasabas por las regiones de Edom,
tembló la tierra, cielos y nubes se disolvieron en aguas.
Los montes vacilaron delante del Señor,
y el Sinaí se estremeció en la presencia de Yahve, delante del Dios de [Israel.

En los días de Samgar, hijo de Anat, en los días de Jahel,
estaban solitarios los caminos, los caminantes buscaban secretas vere- [das.
No había valientes en Israel, dejaron de ser,
hasta que surgió Débora, se levantó una madre de Israel.

Nuevos combatientes escogió para sí el Señor,
y El mismo derribó las puertas de los enemigos;
no se vió escudo ni lanza en los cuarenta mil de Israel.
Mi corazón ama a los príncipes de Israel,
que de propia voluntad os ofrecisteis al peligro.

¡Bendecid al Señor!
Los que cabalgáis sobre lucidos asnos y os sentáis para juzgar,
y vosotros también, los que andáis a pie, entonad un himno.
En donde fueron estrellados los carros y sofocados los enemigos,
allí resuenen las justicias del Señor,
y su clemencia para con los fuertes de Israel.
Ahora el pueblo de Israel baja a las puertas,
y ha recobrado su señorío.

¡Ea, ea, Débora; ea, levántate y entona un cántico!
¡Ea, Barac, guía tus cautivos, hijo de Abinoem!
Salió (a la pelea) sólo una parte del pueblo,
mas el Señor combatió entre los valientes.
Vinieron de *Efraim* los que (antes) lucharon contra Amalec,
juntáronse a tus filas los de *Benjamín*.

De *Maquir* (Manasés) salieron los príncipes,
y de *Zabulón* los que acaudillaron el ejército para guerrear.
Los nobles de *Isacar* siguieron a Débora,
siguieron a Barac y se lanzaron al valle.

Dividido estaba *Rubén;* grandes las deliberaciones de su corazón.
¿Por qué habitaste en las majadas y escuchaste el balido de los rebaños?
Dividido estaba Rubén; grandes las deliberaciones de su corazón.
Galaad (Gad) allende el Jordán vivía en reposo y Dan atendía a sus [navíos;
Aser habitaba en la costa del mar y se mantenía en sus puertos.
Mas *Zabulón* se ofreció a la muerte,
y *Neftalí,* en los campos de Merom.

Canaán, que se creían seguros de la victoria, sufrieron una derrota espantosa; porque el cielo peleó por Israel. En la estrofa séptima comienza el epílogo: pronuncia la maldición contra la aldea de Meroz (en la tribu de Neftalí) que se negó a prestar auxilio, y ensalza a Jahel por haber dado muerte a Sísara. Dejando el cadáver de Sísara chorreando sangre, pasa en la última estrofa a describirnos a la madre del general, que espera ansiosa en la ventana la vuelta de su hijo, mientras las amigas procuran tranquilizarla.

Vinieron los reyes a la lucha, los reyes de Canaán pelearon en Tanac,
junto a las aguas de Maggedo, mas no llevaron presa ninguna.
Del cielo combatieron contra ellos las estrellas,
desde sus órbitas pelearon contra Sísara.
El torrente de Cisón arrastró sus cadáveres, el arroyo de Cadumín, el
¡Huella, alma mía, huella con fortaleza! [torrente de Cisón.
Las uñas de los caballos se rompieron, huyendo con ímpetu,
y cayeron por precipicios los más valerosos de los enemigos.

¡Maldición a la tierra de Meroz, dice el Angel del Señor,
maldición a sus habitantes!
porque no vinieron al socorro del Señor, en ayuda de sus esforzados.
¡Bendita Jahel entre las mujeres,
la hija de Haber, cineo, bendita en su pabellón!
Pidió agua y le dió leche;
y en taza de príncipes le presentó la nata.
Con la siniestra tomó el clavo,
el martillo con su diestra;
asestó un golpe sobre Sísara, destrozó a golpes su cabeza,
rompió y taladró sus sienes.
Cayó él a sus pies sin fuerzas, exánime;
a sus pies se revolcó, y murió miserablemente.

Mirando está su madre desde la ventana, dando gemidos desde su
¡Cómo tarda en volver su carro! [estancia:
¡Cuán lentas las ruedas de su tiro!
Una de sus mujeres, más advertida, replica,
responde a su suegra y le dice:
«Quizá están ahora repartiendo los despojos; y escogen para él la más
[hermosa de las mujeres;
vestidos de diversos colores para Sísara y collares variados».

Así perezcan, Señor, todos tus enemigos;
y los que te aman, brillen como resplandece el sol naciente.

430. Libróse la batalla en el *valle de Esdrelón* (v. núm. 134), entre el monte Tabor, donde habían acampado los israelitas, y el torrente Cisón, junto al cual se hallaba el ala izquierda del ejército enemigo. Allí estaban las ciudades de Tanac y Mageddo, que se nombran en el cántico.—El *Tabor,* llamado ahora Djebel et-Tur, es un magnífico monte cónico de rocas calcáreas que se eleva 320 metros sobre la comarca circundante; está 10 Km. al oriente de Nazaret, en los antiguos confines de Zabulón e Isacar. El contorno de su base mide 15 Km. Es accesible por tres de sus lados; por el norte se enlaza con las montañas de Galilea, a las cuales sobrepasa cerca de 60 metros. La explanada de su cumbre, cuyo circuito es de 2 Km., está a 615 metros sobre el nivel del mar, 823 sobre el lago Tiberíades, 235 sobre Nazaret. El panorama que de allí se divisa es magnífico, sobre todo desde el ángulo sudeste, donde acaeció la Transfiguración del Señor; la vista domina la zona septentrional de Tierra Santa: desde los campos de Samaría por encima del lago de Genesaret hasta el Hermón, coronado de nieves; por el oriente, sobre el valle del Jordán, alcanza la mirada al país de Basán y las montañas de Haurán y Galaad, avanzadas del desierto de Siria; por el occidente se yergue el Carmelo sobre el fondo azul del Mediterráneo.—*El torrente de Cisón,* llamado ahora Nahr el-Mukatta, «torrente del Degüello», porque allí fueron pasados a cuchillo por el profeta Elías los sacerdotes de Baal (cfr. núm. 585), nace al pie del Tabor, atraviesa serpenteando el valle de Esdrelón, al norte del Carmelo, hasta desembocar en la bahía de Akka o Ptolemaida. Queda seco en el estío su curso superior; su régimen es constante sólo desde el límite sudeste del Carmelo, 20 Km. aguas arriba de

la desembocadura. En la estación de las lluvias y con las tormentas crece extraordinariamente y es muy violento.

54. Gedeón, Abimelec, Tola y Jair

(*Iudic.* 6, 1 a 10, 5)

431. Habiendo apostatado y prevaricado de nuevo los israelitas, entrególos Dios en manos de los *madianitas* [1] por espacio de siete años. Fué tan dura la opresión, que se vieron obligados a guarecerse en grutas, cuevas y lugares seguros de los montes. Mas, cuando abandonaban sus escondites para cultivar los campos, venían en tiempo de la cosecha los madianitas, los amalecitas [2] y otras hordas del oriente del Jordán con sus rebaños y sus tiendas; numerosos como langostas, recogían las mieses que estaban en sazón y se apoderaban de todos los ganados; y lo que aun estaba verde servía de pasto a sus animales. Pero habiendo llegado una vez el tiempo de la cosecha, acudieron los israelitas al Señor en demanda de auxilio. Y el Señor les dió un libertador en Gedeón, hijo de Joás de Efra [3], de la tribu de Manasés.

Echóles en cara el Señor por medio de un profeta su ingratitud, poco más o menos en los mismos términos que lo hiciera antes el Angel del Señor en el lugar de los Lloradores [4]. Luego que los corazones estuvieron algún tanto preparados, vino el Angel del Señor (en figura de caminante) y sentóse debajo de la encina de la heredad de Joás. Gedeón estaba en aquel momento sacudiendo y limpiando el grano secretamente en un lagar, para esconderlo de los madianitas [5]. Apareciósele el Angel del Señor y le dijo: «El Señor es contigo, ¡oh el más fuerte de los hombres!» Y díjole Gedeón: «Por vida vuestra, señor mío, si el Señor es con nosotros, ¿cómo es que nos han sobrevenido todos estos males? ¿Dónde están aquellas sus maravillas que nos contaron nuestros padres, diciendo: El Señor nos sacó de Egipto? Mas ahora el Señor nos ha desamparado y entregado en poder de Madián». Echóle una mirada el Angel y le dijo: «Ve con esa tu fortaleza, y librarás a Israel del poder de Madián; sabe que yo soy el que te envío».

Comenzó a sospechar Gedeón quién fuese el que con él hablaba, y dijo: «¿Cómo, señor mío, podré yo librar a Israel? Mira que mi familia es la última de Manasés, y yo el menor en la casa de mi padre». Y díjole el Señor: «Yo seré contigo; y derrotarás a Madián como si fuera un solo hombre». «Si he hallado gracia delante de ti, replicó, dame una señal de que eres tú quien habla conmigo. Y no te retires de aquí, hasta tanto que vuelva a ti, y traiga un sacrificio, y te lo ofrezca» [6]. Y aquél respondió: «Esperaré hasta que vuelvas».

432. Entróse, pues, Gedeón y coció un cabrito; de un modio de harina hizo panes ácimos; y poniendo la carne en un canastillo, y echando en una olla el

---

[1] Cfr. núm. 193, 237, 376 y 387.

[2] Núm. 276 382 426.

[3] Acaso el lugar donde se ven hoy las ruinas de Erfai, no lejos de Akrabeh, muy cerca del límite septentrional de Efraim, 15 Km. al sudeste de Siquem. Es distinta de Efra u Ofra de Benjamín, la Efrem del Nuevo Testamento, 7 $^1/_2$ Km. al oriente de Betel (*Ioann.* 11, 54). *Rb* 152. [4] Cfr. núm. 407 y 425.

[5] En Palestina abundan las cuevas donde esconder objetos.

[6] La manera de presentarse y hablar el joven le hace sospechar a Gedeón que se trata de una aparición celestial. Quiere ejercitar con él la hospitalidad y espera descubrir por alguna señal si delante de sí tiene a Dios o a un ángel. El texto hebreo y la versión griega pueden traducirse de esta manera: «Si he hallado gracia en tu presencia, y quieres hacer lo que me prometes, no te marches de aquí», etc. Aquí no se habla de señal alguna.

caldo de la carne, llevólo todo debajo de la encina, y se lo presentó. Díjole el Angel del Señor: «Toma la carne y los panes ácimos, y ponlo sobre aquella piedra, y derrama encima el caldo». Habiéndolo hecho así, alargó el Angel del Señor la punta del báculo que tenía en la mano, y tocó la carne y los panes ácimos; al punto salió fuego de la piedra, y consumió la carne y los panes ácimos; y el Angel del Señor desapareció de su vista. En esta señal [1] reconoció Gedeón al Angel del Señor; mas una gran angustia se apoderó de él y decía: «¡Ay de mí, Señor Dios! que he visto al Angel del Señor cara a cara» [2]. Y díjole el Señor [3]: «Paz sea contigo. No temas; no morirás». Conforme a esta palabra, edificó después Gedeón en aquel lugar un altar al Señor (Yahve) y llamóle «paz del Señor», nombre que dura hasta el presente día [4].

A la noche siguiente díjole el Señor: «Toma un becerro de la vacada de tu padre, el segundo de siete años; destruye el altar de Baal, que es de tu padre, y tala el bosque que está en torno del altar [5]; y edificarás un altar al Señor Dios tuyo en lo alto de esta piedra, sobre la que pusiste antes el sacrificio; y ofrecerás el becerro en holocausto, sobre un haz de leña que habrás cortado del bosque». Habiendo tomado Gedeón consigo diez de sus siervos, hizo lo que el Señor le había mandado. Mas, por temor de la familia de su padre y de los hombres de aquella ciudad, no lo quiso hacer de día, sino que lo ejecutó de noche. Y a la mañana, habiéndose levantado los hombres de aquel pueblo, viendo destruído el altar de Baal, cortado el bosque, y el toro de siete años sobre el altar que acababa de ser erigido, se decían los unos a los otros: «¿Quién habrá hecho esto?» Y como les dijesen: «Gedeón, hijo de Joás, ha hecho todo esto», acudieron a Joás diciendo: «Sácanos aquí a tu hijo para que muera». Pero Joás les contestó: «¿Sois acaso los vengadores de Baal para combatir por él? Si él es Dios, vénguese del que ha derribado su altar». Desde aquel día Gedeón fué llamado Jerobaal, que quiere decir: «vénguese Baal».

433. Habiendo entre tanto los madianitas pasado de nuevo el Jordán con sus aliados y acampado en el valle de Jezrael, apoderóse el espíritu de Dios de Gedeón; el cual, tocando la bocina, convocó a toda su parentela. Envió luego mensajeros a las tribus de Manasés, Aser, Zabulón y Neftalí, las cuales salieron al punto a juntarse con él.

Para animar a la multitud y llenarla de confianza, hizo esta oración al Señor: «*He aquí que pongo este vellocino de lana* en la era. Si el rocío cayere en solo el vellocino, y toda la tierra quedare seca, sabré que salvarás a Israel por mi mano, conforme has dicho». Y así sucedió. Y levantándose antes de amanecer, exprimió el vellocino, y llenó una taza de rocío. En cambio, todo el suelo estaba seco en derredor. Dijo de nuevo a Dios: «No se encienda tu furor contra mí si aun probare otra vez, pidiendo una señal en el vellocino. Ruégote que sólo el vellocino quede seco, y toda la tierra mojada del rocío». Y el Señor lo hizo aquella noche como se lo había pedido; y sólo en el vellocino hubo sequedad, y rocío en toda la tierra.

434. Púsose Gedeón en marcha muy de mañana con todo el pueblo que en derredor suyo se había congregado, y llegó a la fuente de Harad [6],

---

[1] A saber, en la llama prodigiosa del sacrificio y en la simultánea desaparición del Angel. [2] Cfr. núm. 186.

[3] En el momento de desaparecer, sea que pronunciase estas palabras, sea que las percibiese interiormente Gedeón.

[4] Con este altar, que aun subsistía en Efra cuando se escribieron los hechos de Gedeón, se relaciona probablemente la confección del *efod,* que fué origen de abusos; cfr. núm. 436. El altar construído durante la noche siguiente había de utilizarse sólo transitoria y provisionalmente.

[5] Cfr. página 425, nota 3.

[6] Acaso la misma en que acampó más tarde Saúl (núm. 498), en la ladera nordeste de los montes Gelboé y probablemente la misma que llamaron Tubania los Cruzados y que

no lejos del campamento de los madianitas. Por orden del Señor despidió todo su ejército, quedándose sólo con 300 hombres.

Pues, habiéndosele aparecido el Señor, le dijo: «Mucha gente traes contigo; Madián no será entregado en sus manos, porque no se glorie contra mí Israel y diga: Por mis fuerzas me libré. Habla al pueblo, y haz pregonar de manera que lo oigan todos: El que es medroso y cobarde, vuélvase» [1]. Y se retiraron del monte Galaad y se volvieron veintidós mil hombres del pueblo, y sólo quedaron diez mil. Y dijo el Señor a Gedeón: «Aun hay demasiada gente; llévalos al agua (a la fuente de Harad), y allí los probaré». Y habiendo bajado el pueblo al agua, dijo el Señor a Gedeón: «Pondrás a un lado los que bebieren el agua del hueco de la mano [2]; y a otro los que doblaren la rodilla para beber. Y fué el número de los que bebieron del hueco de la mano trescientos hombres; todo el resto había doblado las rodillas para beber. Dijo entonces el Señor: «Con estos trescientos hombres os he de salvar; los restantes vayan a sus casas». Y mandó Gedeón que se fuesen los demás a sus casas; pero retuvo sus víveres y sus bocinas de guerra. El campamento de los madianitas estaba en el valle.

Aquella noche dijo el Señor a Gedeón: «Levántate y desciende al campamento; porque los he entregado en tu mano. Y cuando oigas lo que hablan, se confortarán tus manos y descenderás con más seguridad sobre el campamento de los enemigos». Bajó, pues, con Fara su escudero hacia la parte del campamento donde estaban los centinelas del ejército, cuyas tiendas cubrían todo el valle; y oyó que uno de aquéllos contaba a su inmediato un sueño: «He visto un sueño; parecíame como que bajaba rodando un *pan de cebada, cocido debajo del rescoldo,* e iba a caer sobre el campamento de Madián; habiendo llegado a la tienda (del general), topó con ella, la desbarató y echó enteramente por tierra». Replicó el otro: «Esto no significa otra cosa, sino la espada de Gedeón, hijo de Joás, varón israelita; porque el Señor ha puesto en su poder a Madián y todo su campamento» [3]. Oyendo Gedeón el sueño y su interpretación, adoró al Señor y tornó al campamento de Israel diciendo: ¡Animo, el Señor ha entregado en nuestras manos el campamento de Madián!»

435. Distribuyó los trescientos hombres en tres grupos; y poniendo en manos de cada uno una bocina y un cántaro vacío, en cuyo interior había una tea encendida [4], les dijo: «Lo que me viereis hacer, hacedlo

---

hoy se llama Ain-Djalud (Galud), es decir, fuente de Goliat. Está más de 50 Km. al norte de la patria de Gedeón *Rb* 193.

[1] Así lo establecía la Ley (*Deut.* 20, 8; cfr. núm. 344).

[2] Esto era señal de sobriedad y moderación; de donde aparecía su mayor aptitud para la obra de Dios que la de quienes bebían a sus anchas. Zapletal (*Buch der Richter* 117) comenta así este pasaje: Los que se arrodillaron para beber el agua directamente con la boca, son los «habilidosos que apagan pronto su sed»; los otros son «los poco prácticos que necesitan más tiempo para saciarse, porque fácilmente se les escapa el agua de la mano». Estos 300 inhábiles fueron los escogidos para la campaña, porque no atribuyese Israel la victoria a sus fuerzas.

[3] El *pan de cebada,* comida del pobre, especialmente del labriego, era una figura muy adecuada de Israel, despreciado, oprimido y agobiado por el enemigo, y de su jefe Gedeón, cuyo encumbramiento no pasó inadvertido a los madianitas.—El texto hebreo sugiere la interpretación del madianita: *léchem* significa pan y pelea; *léchem seorim,* pan de cebada; *léchem schearim,* lucha en las puertas (*Iudic.* 5, 8): Así como hasta ahora los israelitas habían sido devorados, es decir, despojados y oprimidos por los madianitas, así éstos serán ahora combatidos y derrotados por aquéllos (cfr. *Num.* 14, 9; *Ps.* 13, 4). El haber uno de los enemigos tenido este sueño, que fué por otro interpretado, indicó a Gedeón que ambos hablaban por inspiración divina, y que el campamento madianita estaba amedrentado.

[4] Los cántaros son los recipientes en que llevaban las provisiones de boca los despedidos a sus casas. Las teas eran un tejido de materias inflamables; encendidas de antemano, podían ocultarse en los cántaros, hasta el momento de llegar de improviso al campamento del enemigo; rotos entonces los cántaros, ardían con viva llama las antorchas agitadas

vosotros». Al comenzar la segunda vigilia [1], cuando los enemigos yacían en profundo sueño, vinieron los de Gedeón al campamento de Madián y se colocaron en derredor de tres puntos. Gedeón con sus 100 hombres (uno de los grupos) entró por un extremo del campamento, tocó la bocina, quebró su cántaro, blandió su tea encendida y gritó: *La espada del Señor y de Gedeón.* Lo mismo hicieron al punto los suyos. Entró el pánico en el campamento de Madián; todos daban aullidos y huían; y en su confusión volvían unos contra otros las espadas [2].

Dióse aviso de que volviesen los israelitas que estaban camino de su casa; y las tribus vecinas, levantándose como un hombre, cortaron a los madianitas la retirada por el Jordán, de suerte que de 135000 hombres sólo 15000 lograron escapar. Entre otros cayeron prisioneros y fueron degollados dos príncipes de los madianitas: *Oreb* y *Zeb.* Gedeón, con un puñado de valientes, persiguió al otro lado del Jordán a los dos reyes de los madianitas, *Zebee* y *Salmana,* que se habían escapado; cayó de improviso sobre ellos, los puso en fuga, hízolos por fin prisioneros y los mató.

Los hombres de Israel dijeron entonces a Gedeón: «*Sé tú nuestro rey,* y después de ti tus descendientes; ya que nos has librado del poder de Madián». A los que él respondió: «No seré vuestro príncipe, ni tampoco lo será mi hijo, sino *el Señor (Yahve) será quien reine sobre vosotros*». Mientras vivió Gedeón, o sea 40 años, disfrutó la tierra de paz.

436. Después de la muerte de Gedeón, apostataron de nuevo los hijos de Israel y se consagraron al culto de Baal. La misma familia de Gedeón participó de la apostasía [3], lo cual fué causa de su perdición y de la del pueblo. Abimelec, hijo de Gedeón, asesinó a sus hermanos y se proclamó rey, auxiliado por los habitantes de Siquem. Cuando Joatam, único que escapó de la muerte, supo la suerte de sus hermanos, subió a la cumbre del monte Garizim, y a voz en grito expuso a los siquimitas, por medio de una fábula [4], la injusticia de Abimelec y

circularmente. Creen otros que se trata de astillas resinosas, oportunamente encendidas. El griterío, las llamas y el sonido de las bocinas sembraron el pánico y la confusión en el enemigo. [1] Hacia las 10 de la noche; cfr. núm. 263.

[2] Las noches son tan oscuras en los países meridionales, que, si no hay luna, no se puede ver absolutamente nada (cfr. núm. 602; *HL* 1868, 147).

[3] Gedeón mandó que le diesen todas las alhajas de oro que habían tomado a los madianitas, 1700 siclos de oro (unos 14 Kg., según el patrón ligero, unos 39000 marcos oro, el doble, según el patrón pesado), para hacer con ellas un efod, es decir: un precioso ornamento pontifical (cfr. núm. 318) como ofrenda a Dios, tal vez para que lo usase el sumo sacerdote y consultase al Señor en el Santuario de Silo, distante 10 Km., o en el altar que por orden de Dios había erigido Gedeón en Efra. Pero los hijos de éste se sirvieron de él, al parecer, para ejercer el pontificado arbitrariamente o acaso para dar culto a Baal. Por esto permitió Dios la ambición de Abimelec, que fué causa de la ruina de toda la familia. Los modernos opinan que Gedeón hizo construir un *ídolo.* Mas la Sagrada Escritura nada de esto indica, pues la palabra efod nunca se emplea en tal sentido; como tampoco insinúa el Texto Sagrado que Gedeón hiciese uso indebido del efod. En ningún lugar se reprende la conducta de Gedeón (cfr. *Hebr.* 11, 32); sólo se hace mención de que este efod acarreó más tarde la ruina de su familia, manifiestamente por culpa de los descendientes. La confección y uso del efod tienen seguramente que ver con el «consultar al Señor», y de aquí se explica el empleo abusivo que de él se pudo hacer (cfr núm. 318; Scholz, *Götzendienst und Zauberwesen* 97 ss.; König, *Geschichte der atl Religión*[2] 267 ss.; *Rb* 526; Zapletal, *Das Buch der Richter* 136 ss.).

[4] Es una de las fábulas más célebres y antiguas de la literatura y la que más desarrollo tiene en la Sagrada Escritura; porque IV *Reg.* 14, 9, no pasa de un bosquejo de fábula sin desarrollar («El cardo envió a decir al cedro del Líbano: da tu hija por mujer a mi hijo; mas las bestias del bosque del Líbano pisotearon el cardo»).

las calamidades que de allí resultaban: «Oídme, ciudadanos de Siquem: así os oiga Dios. Fueron los árboles a ungir rey sobre sí y dijeron al olivo: reina sobre nosotros. Mas él respondió: ¿Puedo yo acaso dejar mi grosura, de la que usan los dioses [1] y los hombres, y venir a ser puesto al frente de los árboles? Y dijeron los árboles a la higuera: ven y toma el reino sobre nosotros. La cual respondió: ¿Puedo yo dejar mi dulce savia y mis frutos delicadísimos e ir a ser promovida entre los otros árboles? Y dijeron los árboles a la vid: ven y manda sobre nosotros. La cual les respondió: ¿Puedo acaso dejar mi vino, que es la alegría de Dios y de los hombres, y ser promovida entre los otros árboles? Y dijeron todos los árboles a la zarza: ven y manda sobre nosotros. La cual les respondió: Si de veras me establecéis por vuestro rey, venid y reposad bajo mi sombra; y si no queréis, salga fuego de la zarza y devore los cedros del Líbano.—Ahora, pues, considerad si habéis hecho una acción justa e inocente en constituir por rey vuestro a Abimelec. Si os habéis portado bien con Jerobaal Gedeón (v. número 432) y con su casa, correspondiendo a los beneficios de aquél que combatió por vosotros y expuso su propia vida a los peligros por libertaros del poder del Madianita, vosotros que ahora os habéis levantado contra la casa de mi padre y quitado la vida a sus setenta hijos [2] sobre una misma piedra, y establecido por rey de los habitantes de Siquem a Abimelec, hijo de una esclava suya, porque es vuestro hermano [3], gozaos hoy con Abimelec, y regocíjese él con vosotros. Mas si habéis obrado perversamente, salga fuego de él, y devore a los habitadores de Siquem y a la ciudad de Mello; y de los moradores de Siquem y de la ciudad de Mello salga fuego y devore a Abimelec». Dicho esto, huyó Joatam y permaneció oculto. Abimelec expió su crimen, después que hubo reinado tres años. En una batalla contra la ciudad de Tebes [4], acertóle una piedra de molino [5] lanzada por mano de una mujer y le rompió el cráneo. Nada más se dice de Joatam. Estaba extinguida la familia de Gedeón.

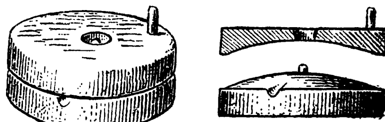


Fig. 58. — Molino de mano.

437. *Gedeón es* **figura de Jesucristo** en lo humilde y oculto de su juventud; en el múltiple y terrible poder de sus enemigos; en el número insignificante de sus partidarios; en la aparente insuficiencia de sus armas y finalmente en el glorioso triunfo sobre todos los enemigos.—En el prodigio del vellocino ven los santos Padres una figura de la maravillosa Encarnación de Cristo en el purísimo seno de María, por aquel lugar de la Sagrada Escritura: «Descenderá como la lluvia sobre el vellocino de lana y como rocío copioso sobre la tierra» [6]. «Derramad, cielos, desde arriba vuestro rocío, y lluevan las nubes al Justo» [7]. Y después de haber colmado de bendiciones el alma de su Santísima Madre, ha regado toda la tierra con su sangre redentora y con el rocío de su gracia. Por eso

[1] El aceite y el vino sirven y alegran a Dios, en cuanto que de ellos se hace uso en los sacrificios.

[2] En el *Libro de los Jueces* salen con frecuencia cifras elevadas como éstas (cfr. 1, 7; 10, 4; 12, 9 14; también IV *Reg.* 10, 1). Probablemente no es un dato riguroso, sino una manera de hablar aproximada y popular, que indica un número elevado. Y sin duda que lo era el de los hijos de Gedeón, porque de él se dice explícitamente «que tenía varias mujeres».

[3] La madre de Abimelec procedía de la tribu de Siquem. Era esclava y llegó a mujer secundaria de Gedeón (*Iudic.* 8, 33; 9, 18); por esto su hijo no era de igual condición que sus hermanos, ni tenía iguales derechos a la herencia.

[4] Hoy Tubas, 15 Km. al nordeste de Siquem.

[5] La piedra móvil de un *molino de mano* (fig. 58). Componíase éste de dos piezas de regular tamaño: la de abajo, fija; móvil la de arriba y provista de un asidero, mediante el cual se le daba vueltas. Molinos de esta clase se ven todavía hoy en Oriente.

[6] *Ps.* 71, 6.

[7] *Is.* 45, 8.

canta la Iglesia: «Cuando naciste tan prodigiosamente de una virgen, entonces se cumplieron las Escrituras; descendiste como la lluvia sobre el vellocino, para redimir al género humano» [1]. Este simbolismo tiene su razón de ser en lo que representaba el signo de Gedeón: en el prodigio del vellocino mostró Dios el poder y bondad con que distinguía a Israel sobre los demás pueblos; ahora bien, la prueba mayor del poder y bondad de Dios es el milagro de la Encarnación del Hijo de Dios en el seno de la Virgen María.

A la muerte de Abimelec levantóse Tola, de la tribu de Isacar, para libertar a Israel de los pueblos que le rodeaban y fué juez durante veintitrés años. A Tola siguió Jair de Galaad, quien juzgó veintidós años a Israel. Nada se dice de sus hechos.

55. Jefté, Abesán, Ahialón, Abdón

(*Iudic.* 10, 6 a 12, 15)

438. A la muerte de Jair cayeron los israelitas aun más que antes en el pecado de la idolatría, sirviendo a Baal y Astarte y a los dioses de Siria, Sidón. Moab, Ammón y Filistea. Enojado el Señor, entrególos en manos de los filisteos y ammonitas [2].

Los habitantes de la otra parte del Jordán fueron afligidos por espacio de diez y ocho años por los *ammonitas,* los cuales, pasando el río, asolaron Judá, Benjamín y Efraim. Clamaron los hijos de Israel al Señor confesando su culpa, y el Señor les dijo [3]: «¿No os libré siempre hasta hoy de vuestros enemigos? Vosotros en cambio me habéis abandonado y servido a otros dioses. Ahora, pues, ya no os salvaré más.» Replicaron ellos: «Hemos pecado, extermínanos, si te place; pero por esta vez sálvanos». Y arrojaron de sí todos los ídolos y se convirtieron sinceramente al Señor, el cual tuvo compasión de su miseria y les envió un libertador.

439. Vivía entonces un hombre valiente, llamado **Jefté;** era hijo de Galaad, descendiente de Manasés; sus hermanos consanguíneos le habían echado de casa privándole de la herencia [4]. Por lo cual, abandonando su patria, Galaad, se dió con unos cuantos partidarios suyos a hacer incursiones contra los ammonitas en las proximidades de Galaad. Y como atacasen de nuevo los ammonitas, acudieron a Jefté los Ancianos, y le hicieron su jefe en *Masfa* [5]. Vanos fueron todos los intentos que Jefté hizo por vía pacífica para mover al rey de los ammonitas a que pusiese fin a la injusta opresión. Vino entonces el espíritu del Señor sobre él, y congregó en torno suyo a todos los israelitas de la otra parte del Jordán.

Antes de ir a la pelea hizo un voto al Señor, diciendo: «Si pusieras en mis manos los hijos de Ammón, el primero, sea quien fuere, que saliere de las puertas de mi casa, y viniere a encontrarme cuando vuelva en paz de los hijos de Ammón, lo ofreceré al Señor en holocausto». El Señor entregó a los ammonitas en manos de Jefté, el cual destruyó veinte ciudades, cau-

---

[1] *Antiph. 2 in Vesp. Circumcis. Domini.*

[2] Ambas opresiones fueron simultáneas, y acaso ambos enemigos obraron de común acuerdo.

[3] No se dice si por medio del *Urim y Tummim* del sumo sacerdote (cfr. núm. 431) o mediante un ángel (como en núm. 425) o por un profeta (como en núm. 431).

[4] Porque no era de la misma madre, ni de legítimo matrimonio.

[5] *Masfa* de Galaad, la ciudad de refugio de Ramot, adscrita a los levitas (cfr. núm. 387); según *ZDPV* 1897 (*Mitteil. u. Nachr.* 66) *Menara,* que se eleva al occidente de Gerasa a una altitud de 1000 m. con amplio panorama. *Rb* 257 309.

sando grandísimo estrago. Mas, al volver triunfante a Masfa, salió a recibirle su hija única, acompañada de sus amigas, con panderos y danzas. Al verla, rasgó Jefté sus vestiduras y exclamó: «¡Ay! ¡Hija mía! ¡Cómo me abates y afliges! Yo he abierto mi boca al Señor y no puedo cambiarlo». Respondió ella: «Si has dado tu palabra al Señor, haz de mí lo que prometiste, ya que te ha concedido la victoria sobre tus enemigos. Otórgame esta *sola* cosa: déjame ir dos meses por los montes a llorar mi virginidad con mis compañeras». Respondióle Jefté: «Vete enhorabuena». Pasados los dos meses, regresó a la casa de su padre. Este hizo con ella según había prometido; mas ella no había conocido varón [1]. De allí vino la costumbre de juntarse las hijas de Israel una vez al año a llorar por espacio de cuatro días a la hija de Jefté.

Seis años duró el gobierno de Jefté [2]. Siguióle **Abesán,** de Belén, quien juzgó siete años a Israel. Tras éste vino **Ahialón,** de la tribu de Zabulón, que juzgó diez años; y luego **Abdón** de Efraim, el cual ejerció su cargo diez años, que fueron de paz para los israelitas.

440. Los santos Padres y los intérpretes antiguos, siguiendo la tradición judía, entienden **el sacrificio de Jefté** en sentido literal; mientras que los intérpretes modernos le dan un sentido espiritual. Y es muy difícil resolver esta cüestión, que san Agustín (*Quaest.* 49 *in Iudices)* califica de «magna y ardua en sumo grado» [3]. Según la *interpretación literal,* Jefté había prometido ofrecer en holocausto la primera cosa que saliese al encuentro (hombre o animal); en castigo a esta temeridad permitió Dios que tan mala suerte tocase precisamente a su hija; y creyéndose Jefté obligado a cumplir lo prometido, sacrificó magnánimamente a su hija, con aquiescencia magnánima también de ésta. En sentir de san Agustín, el voto fué desatinado; pero aun más lo fué el cumplimiento; y no agradó a Dios el sacrificio, sino el espíritu del que sacrificaba. Santo Tomás [4] califica este voto de locura, porque se hizo sin el necesario discernimiento; y la ejecución, de impiedad. Jefté pecó, pero puso después remedio a su pecado con el arrepentimiento.

Análogamente otros santos Padres. Pero unánimemente alaban a Jefté y a su hija por el espíritu de fe, de piedad y de magnánima abnegación; y en este hecho, como también en la lucha heroica y arriesgada de Jefté contra los enemigos del pueblo de Dios, encuentran la razón de la alabanza que san Pablo [5] le tributa como héroe de la fe. Ven asimismo los santos Padres en su sacrificio una **figura del de Jesucristo,** ofrecido por el Padre celestial por la salud de su pueblo y la de todo el mundo [6]; o bien consideran en la *hija de Jefté un símbolo*

---

[1] Es decir, Jefté no dejó descendencia, porque su hija única murió doncella.

[2] Cfr. 12, 7 ss.

[3] Muchos exegetas católicos, siguiendo a Nicolás de Lyra, interpretan espiritualmente el sacrificio de Jefté. Entre los modernos, Reinke, *Beiträge,* etc., I 421 ss.; Kaulen en *KL* VI 1288; *Commentatio de rebus Iephtae* (Bonn 1895); Scholz, *Heilige Altertümer* II 120; Zschocke, *Die Bibl. Frauen* 184 ss.; Hoonacker, *Le vœu de Jephte* (Lovaina 1893); Weiss, *Des Gelübde Jephtes* (Braunsberg 1907); Kortleitner, *De Polytheismo* 124; *TAS* 1869, 533 ss. Pronúncianse por la interpretación literal entre los intérpretes católicos Hummelauer (*Comm. in Iudic.* 219-234), Zapletal (*Alttestamentliches* 78 ss.; *Jephtes Tochter* 345 ss.; *Buch der Richter* 185 ss.); Schöpfer (*Geschichte des AT*[6] 349 ss.); Faulhaber (*Charakterbilder der bibl. Frauenwelt* 134); Lagrange, Neteler, Vigouroux, Mader (*BST* XIV 565). También los más de los comentaristas protestantes están por el sentido del sacrificio, mientras que König (*Geschichte der atl Religion*[3] 233) se inclina más a la interpretación espiritual.

[4] *Summa theol. 2, 2, q. 88, a. 2 ad 2.*

[5] *Hebr.* 11, 32; cfr. también *Eccli.* 46, 13 ss.

[6] *Ioann.* 11, 50 ss.; cfr. san Agustín, *Quaest. in Iudic.* 49.

de la Iglesia, que Cristo, triunfador del mundo, ofreció a Dios en holocausto como a una virgen, cuando el furor de los gentiles se enardecía contra los cristianos [1].

441. Contra la interpretación literal se aduce principalmente la imposibilidad de que un hombre como Jefté, temeroso de Dios, un campeón de la fe (*Hebr.* 11, 32 s.), poseído del espíritu de Dios, prometiese un sacrificio humano, tan severamente prohibido por la Ley. No encontramos en la Sagrada Escritura un pasaje que repruebe el voto ni ejecución; tanto los sacerdotes como el pueblo se habrían opuesto seguramente a un sacrificio tan cruel y contrario a la Ley. La misma letra del texto indica que el sacrificio debe entenderse en sentido espiritual: consagración al servicio del Santuario y renuncia perfecta al matrimonio y a la descendencia, pues la expresión «ofrecer en holocausto» queda explicada (en el texto hebreo) por la frase que le precede: «darla en propiedad al Señor». En la intención de Jefté entraba la entrega a Dios, a modo de la entrega de los primogénitos, diezmos y nazareos, prescrita por la Ley; y con la frase «ofrecer en holocausto» sólo quería excluir el rescate con dinero, permitido por la Ley. Todavía lo indica el Texto Sagrado con más claridad en la petición de la hija: «dos meses para llorar mi virginidad»; en las palabras aquellas: «el padre hizo con ella según había prometido y ella no conoció varón»; y finalmente en la siguiente observación: «Las hijas de Israel se reunían una vez al año para honrar a la hija de Jefté».

Mas estas razones no son suficientemente sólidas. Lo primero, que según la letra del texto, Jefté se refería a un sacrificio «humano», pues sólo así se explica aquella frase: «saliere *de los umbrales de mi casa* y viniere a recibirme». Así han entendido el pasaje las versiones antiguas (LXX, *Vulgata: quicumque).* Al hacer el voto, pensaba Jefté en un sacrificio *extraordinario* que le granjease la asistencia divina en la batalla; un sacrificio de animales, como los que a diario se ofrecían en el Santuario, no está en consonancia con la índole de este voto. Lo segundo es de advertir que la palabra «holocausto» (*ʿolāh)* se usaba solamente en el sentido de sacrificio *cruento;* y no se puede probar que se emplease en sentido traslaticio (consagración al servicio de Dios y virginidad). Ni se puede demostrar, sino a lo sumo sospechar, que ya antes del destierro existiera y fuese posible la consagración de las doncellas al Señor. Pero la letra de nuestro relato no permite interpretar el voto de Jefté en sentido traslaticio. El llanto de la hija «indica la amargura que le causaba el haber de morir *doncella,* sin gustar las dulzuras de esposa y de madre». Mas, si su padre la destinaba al servicio del Santuario por toda la vida, podía ella muy bien llorar su virginidad años enteros; de donde no se explicaría la petición de una demora de dos meses. No quiere decir el texto que la hija de Jefté «no conoció varón» después del cumplimiento del voto, sino que antes de esa fecha no lo había conocido. La costumbre de *llorar* (y no honrar) las doncellas de Israel una vez al año a la hija de Jefté, sólo tiene sentido, de entenderse como lamento por la suerte nunca oída de la desgraciada víctima. La consagración al servicio del Templo no parece motivo proporcionado para tan lúgubre fiesta, y más si la entrega a Dios estaba en uso en Israel. Difícil es comprender tan crasa ignorancia de los asuntos religiosos, tanta irreflexión y embrutecimiento en Jefté, el libertador elegido por Dios. Pero el espíritu del Señor vino sobre él sólo para libertar a su pueblo, y no le preservaba — como no preservó a Gedeón, Sansón, David, etc., — de los pecados personales, de la ignorancia e irreflexión, ni le elevaba sobre las ideas erróneas y costumbres depravadas de aquel tiempo, ni sobre todo aquello que pudo quedarle de los años de merodeador. Jefté era, como si dijéramos, de la época del *Sturm und Drang* de Israel, la cual dejó huellas aun en el culto divino; acaso se dejara arrastrar inconscientemente por el ejemplo de los pueblos paganos vecinos, los cuales ofrecían a las divinidades los seres más queridos, cuando a ellas acudían en demanda de algo importante. En

[1] San Crisóstomo, *Hom. de Jephte.* Cfr. Weiss, *Messian. Vorbilder* 66 ss.

«la leyenda del sacrificio de la hija de Jefté» encuentran la explicación de una costumbre pagana ya desaparecida (sacrificio de vírgenes ofrecido al espíritu de la fecundidad), costumbre que pudo haberse transformado en la de las doncellas de Israel ya mencionada; pero esta opinión es inadmisible. También lo es, que en casos de apuro se hubiesen ofrecido en Israel sacrificios humanos, «resto de la antigüedad gentílica» [1].

56. Sansón

(*Iudic.* 13-16)

442. Las tribus del occidente del Jordán, lindantes con los filisteos, fueron duramente oprimidas durante cuarenta años por estos enemigos, expertos en el arte de la guerra [2]. Mas ya desde el principio de la opresión se alzó contra ellos un libertador en la persona de Sansón [3].

Había en Saraa [4] un hombre de la tribu de Dan, llamado Manué, cuya mujer era estéril. Apareciósele a ésta el Angel del Señor, y le dijo: «Estéril eres y sin hijos; mas concebirás y parirás un hijo. Mira, pues, que no bebas vino ni sidra, ni comas cosa alguna inmunda; ni navaja alguna tocará la cabeza de tu hijo, pues ha de ser nazareo del Señor desde su nacimiento [5], y él ha de comenzar a libertar a Israel del poder de los filisteos». La mujer fué a contar la visión a su marido, el cual, lleno de alegría, pidió al Señor le fuese concedido ver al hombre de Dios.

Oyó el Señor la súplica de Manué, y se apareció el Angel del Señor a ambos en el campo y renovó la promesa. Y queriendo Manué hospedar al Angel del Señor — como hiciera Gedeón [6] —, díjole el Angel: «Por más que me instes, no comeré de tu pan; mas si quieres hacer un holocausto, ofrécelo al Señor». Preguntó de nuevo Manué: «¿Cómo te llamas, para que, verificada que sea tu palabra, te honremos?» El Angel le respondió: *¿Por qué preguntas por mi nombre, que es adorable?* Tomó, pues, Manué un cabrito y las libaciones, y lo puso sobre una piedra, ofreciéndolo al Señor, que obra maravillas [7]. Y cuando subió la llama del altar hacia el cielo, el Angel del Señor subió también con ella. Lo cual visto por Manué y su mujer, ambos se postraron en tierra sobre su rostro. Y luego entendió Manué que era el Angel del Señor, y dijo a su mujer: «Moriremos ciertamente, porque hemos visto a Dios» [8]. Y su mujer le respondió: «Si el Señor nos quisiera quitar la vida, no habría recibido el holocausto y las libaciones de nuestras manos, ni nos habría mostrado todas estas cosas, ni predicho lo que ha de suceder». Llegado el tiempo, parió ella un hijo, a quien puso

---

1 Acerca de esto véase Mader en *BSt* XIV 571 ss.

2 Acerca de los filisteos cfr. núm. 424. La opresión duró hasta la victoria de Samuel. Los 20 primeros años intervino Helí; a Helí siguió Samuel.

3 Puesto que Sansón nació después de comenzar el dominio de los filisteos (*Iudic.* 13, 1 5; 14, 3 4), juzgó 20 años a Israel (*Iudic.* 15, 20; 16, 31) y murió antes de acabar la opresión (*Iudic.* 13, 5), debió de ocurrir su nacimiento al principio de ésta; con lo cual concuerda el hecho de haber dado motivo a sus peleas con los filisteos sus primeros desposorios, tal vez cuando tenía 18 años. Su muerte debió acaecer poco antes de acabar la opresión de los filisteos. Cfr. Zapletal, *Der bibl. Samson* (Friburgo de Suiza 1906).

4 *Saraa,* en hebreo *Sor'a,* perteneció primero a Judá, luego fué adjudicada, juntamente con Estaol y otras ciudades del norte de Judá, a la tribu de Dan (*Ios.* 15, 33; 19, 41). Llámase hoy es-Sur'a; está situada 25 Km. al oeste de Jerusalén, unos 20 Km. al norte de Beit-Djibrin o Eleuterópolis. Cfr. *Rb* 325.

5 Cfr. núm. 342.

6 Cfr. núm. 431 s.

7 Unos 700 m. al sudeste de Saraa se ve en la ladera un altar tallado en la roca, el cual bien pudiera ser el del Texto Sagrado.

8 Cfr. núm. 431.

por nombre Sansón [1]. Y el niño creció, y el Señor le bendijo. Y el espíritu del Señor empezó a estar con él.

443. Pronto comenzó a cumplirse la promesa del Angel. Marchó un día el joven Sansón a Tamnata [2], donde vió a una mujer de las hijas de los filisteos, la cual le agradó. Pidió a sus padres que se la diesen por mujer; mas éstos replicaron: «Pues qué ¿no hay mujer entre las hijas de tus hermanos y en todo nuestro pueblo para que vayas a tomar mujer de los filisteos, que no están circuncidados?» No sabían que la cosa venía de Dios [3] y que Sansón buscaba coyuntura contra los filisteos. Accedieron por fin y fueron con su hijo a Tamnata. Al llegar a las viñas de la ciudad, como se alejase Sansón algún tanto de sus padres, salióle al encuentro un león cachorro. El espíritu del Señor vino sobre Sansón [4], el cual, no teniendo arma alguna, despedazó al león (como se despedaza a un cabritillo) [5]. Mas nada refirió a sus padres. Llegado a Tamnata, apalabróse con la doncella.

Pasado algún tiempo [6] fué Sansón a Tamnata para casarse con ella; y llegado al lugar donde diera muerte al león, examinado el animal, halló en su boca un enjambre de abejas y un panal de miel [7]; y tomando de él, comió. En el ***banquete nupcial*** había treinta compañeros [8], que le habían dado los vecinos de la ciudad; díjoles Sansón: «Os propondré un *enigma* [9]. Si me le resolviereis dentro de estos siete días del convite, os daré treinta sábanas y otras tantas túnicas; mas si no, vosotros me daréis a mí treinta sábanas y otras tantas túnicas». Como estuviesen ellos conformes, díjoles Sansón: «Del que come salió manjar, y del fuerte salió dulzura». No pudieron en tres días desatar el enigma que les propuso [10].

---

1 Sansón, en hebreo *Schimschon*, de *schémesch*, sol, o bien *Schimschom*, de *schamám*, ser fuerte; de aquí que para Josefo (*Ant.* 5, 8, 4) Sansón signifique el robusto, el fuerte.

2 *Tamnata*, en hebreo *Thimna*, hoy Tibne, 7 Km. al occidente de Saraa; pertenecía a la tribu de Dan (*Ios.* 19, 43), pero fué recuperada por los filisteos. Cfr. *Rb* 359.

3 El matrimonio con filistea era contra el espíritu de la Ley, pero no estaba expresamente prohibido. Aquí «la cosa venía de Dios»; no que Sansón obrase por inspiración divina, sino que Dios lo permitió y dispuso para que con este motivo se manifestase la vocación de Sansón. Acerca de la madre y de las mujeres de Sansón cfr. Zschocke, *Die bibl. Frauen.* 190 ss.

4 Le animó y fortaleció, le dió fortaleza sobrenatural.

5 Cosa parecida hizo David (I *Reg.* 17, 34 ss.) y uno de sus héroes, Banaías (II *Reg.* 23, 20). Antiguamente abundaban más que ahora los leones en Palestina, como se colige del nombre de algunas ciudades: Lebaoth o Beth-Lebaoth (es decir, leonas o casa de las leonas) en Judá y Simeón (*Ios.* 15, 32; 19, 6).

6 Tal vez algunos meses y aun un año más tarde, pues por regla general los desposorios duraban todo ese tiempo.

7 En el desierto de Arabia el calor del verano seca los cadáveres en 24 horas tan completamente, que permanecen largo tiempo incorruptos como las momias. Las abejas, que tanto huyen de la carne corrompida, podían fabricar su panal en las concavidades de uno de estos cadáveres, como lo hacen en los árboles y en las hendiduras de las rocas. La historia profana nos ofrece ejemplos de lo mismo. Cuenta Herodoto (5, 14) que las abejas fueron a labrar su panal en el cráneo del general Onesilos de Salamina, colgado fuera de las puertas de la ciudad por los habitantes de Amatonte.

8 Los amigos del esposo le acompañan y entretienen y le ayudan en los preparativos nupciales, siempre muy prolijos y costosos. Cfr. Bauer *Volksleben im Lande der Bibel* 101 ss.; Keppler, *Wanderfahrten* 8-10 51 ss.

9 Era costumbre de los pueblos antiguos, como lo es todavía hoy en Oriente, proponer acertijos en los banquetes de bodas.

10 Y renunciaron a resolverlo.

Pero llegado el día séptimo, acudieron con amenazas a la mujer de Sansón y le dijeron: «Acaricia a tu marido, y persuádele que te descubra cuál es el significado del enigma. Y si no lo quisieres hacer, te pegaremos fuego a ti y a la casa de tu padre. ¿Acaso nos habéis convidado a las bodas para despojarnos?» Ya antes ella, llevada de su natural curiosidad, había intentado saber el enigma con lágrimas y echándole en cara su poco amor; mas había recibido por respuesta: «No quise decírselo a mi padre ni a mi madre, y ¿quieres que te lo diga a ti?» Mas ahora, de miedo a las amenazas de los filisteos, le atormentaba en tal forma, que por fin Sansón le descubrió el enigma. Al punto ella lo comunicó a sus paisanos, y antes del ocaso vinieron éstos a Sansón y se lo resolvieron diciendo: «¿Qué cosa más dulce que la miel, ni qué más fuerte que el león?» Y él les respondió: «Si no hubierais arado con mi becerra [1], no habríais atinado con mi enigma». Entró, pues, en él el espíritu del Señor, y fuése a Ascalón [2]; y mató allí a treinta filisteos [3], a los que quitó los vestidos, y los dió a los que habían resuelto el enigma. Y lleno de grande enojo, volvióse a la casa de su padre.

444. Pasado algún tiempo, queriendo Sansón, pocos días antes de la siega, visitar a su mujer, fué y llevóle un cabrito. Mas entre tanto ella había sido dada por mujer a uno de los compañeros de boda de Sansón. Irritado por esta infidelidad y afrenta, dijo:

«De aquí en adelante no podrán quejarse los filisteos si yo les hiciere mal». Y partiendo de allí, cogió trescientas raposas [4]; juntó unas a otras por las colas, y en medio sujetó unos tizones; luego echó las zorras a las mieses de los filisteos. No sólo las mieses ya hacinadas y las que estaban por segar, sino también las viñas y los olivos quedaron reducidos a cenizas. Enojados por ello los filisteos y queriendo apaciguar a Sansón, quemaron a su mujer y a su suegro. Pero irritado Sansón aun más por tamaña crueldad, hizo un grandísimo destrozo en ellos, como enemigos jurados y despreciadores del pueblo de Dios.

Después de lo cual, se retiró y vivió en la *cueva de la peña de Etam* [5].

---

[1] Expresión proverbial, que significa: «si no hubieseis usado de lo mío en provecho vuestro».

[2] Unos 40 Km. al sudoeste de Tamnata, en el litoral (cfr. núm. 424).

[3] Enemigos de su pueblo. No los mató por vengarse, sino porque vino sobre él el espíritu de Dios, el cual le ofreció esta coyuntura para hacer daño a los enemigos de su pueblo. No dice el Texto Sagrado que llevase a cabo dicha acción en un solo día. Hay que apreciarla según las costumbres de aquel tiempo.

[4] En hebreo *schu'alim*, chacales, muy parecidos a las raposas y muy abundantes aun hoy en Palestina, especialmente en Ascalón, Gaza y Galilea. Son muy fáciles de coger. Andan en manadas de 200 y 300, son muy rapaces y, si han husmeado carne podrida, caen de noche en aldeas y ciudades. Su aullido es inaguantable. Cfr. *Rb* 385, 413. Acaso en esta ocasión y en las siguientes ayudaron a Sansón otros que pensaban de la misma suerte. No dice el Texto Sagrado que Sansón capturase de una vez los chacales, ni que los soltara en una manada; mayor fuera el estrago soltando ahora aquí, luego allá algunos de estos animales en el campo de los filisteos. Los tizones pudieran haber sido mechones de materias fácilmente combustibles, que los chacales asustados habrían llevado por los campos secos, incendiando todas las materias inflamables. Según Ovidio (*Fasti* 4, 681 ss.), «en la fiesta de los cereales (en honor de la diosa Ceres) los romanos solían soltar en el *Circus maximus* raposas con tizones atados a la cola». Las raposas son símbolo del tizoncillo (Kautzsch, *Die Heilige Schrift des AT* 396). Nada se sigue de aquí contra la historicidad del episodio de las raposas. Antes por el contrario, la existencia de hechos análogos que nos refiere la historia antigua, es argumento de la realidad del nuestro. Así cuenta Amiano Marcelino (18, 7) que los romanos en la guerra contra los persas asolaron con fuego las estepas de Mesopotamia; y refieren los historiadores árabes que, en la guerra contra los mongoles, incendiaron las estepas soltando raposas hambrientas con tizones encendidos atados a la cola (*ZAW* 1911, 69).

[5] La peña Etam, a la que *subió* Sansón, no puede estar situada, como pretenden los modernos, en las montañas de Judá, en las cercanías de la ciudad de Etam (actualmente

Entonces los filisteos, entrando en la tierra de Judá, acamparon en un lugar que después se llamó Lequi [1]. Preguntáronles los de la tribu de Judá: «¿Por qué habéis subido contra nosotros?» Y ellos respondieron: «Hemos venido para atar a Sansón y retornarle el mal que nos ha hecho». Pasaron, pues, tres mil hombres de Judá a la cueva de la peña de Etam, y dijeron a Sansón: «¿No sabes que los filisteos dominan sobre nosotros? ¿Pues, por qué les has hecho estas cosas?» A los cuales él respondió: «Como me hicieron a mí, así he hecho yo a ellos» [2]. «Hemos venido, le replicaron, a atarte y ponerte en manos de los filisteos». Hízoles Sansón jurar que no le matarían, y dejóse atar con cuerdas nuevas. Al verle venir de lejos los filisteos, corrieron a su encuentro con grande algazara. Mas apoderóse de Sansón el espíritu del Señor; y como suele consumirse el lino al fuego, del mismo modo rompió y deshizo las ligaduras con que estaba atado. Y tomando la *quijada de un asno,* que halló en el suelo, mató con ella a mil filisteos [3].

Entonces cantó lleno de entusiasmo: «Con la quijada de un jumento, con la quijada de un pollino de asna los destrocé, maté a mil hombres». Y arrojó la quijada; y llamó aquel sitio Ramat-Lequi, que quiere decir, altura de la quijada. Y acosado en extremo de sed, clamó al Señor y dijo: «Tú has dado esta salud y victoria muy señalada por mano de tu siervo; he aquí que muero de sed, y voy a caer en las manos de los incircuncisos». El Señor entonces abrió una muela en la quijada del asno [4], y salieron de ella aguas. De las que habiendo bebido Sansón, confortó su espíritu y recobró las fuerzas. Por eso se llamó en adelante aquel lugar «fuente del que invocó de la quijada» [5]. Y juzgó a Israel veinte años en los días de los filisteos [6].

445. El matrimonio con una filistea fué ocasión de sus luchas y victorias; mas la unión culpable con dos filisteas — con lo cual profanó su estado de nazareo —, acarreóle la perdición [7].

Urtas o Artas), situada en las montañas de Judá, 3 Km. al sur de Belén (II *Par.* 11, 6), sino probablemente en una ciudad o lugar de la tribu de Simeón (I *Par.* 4, 32), al sur de las montañas de Judá, no lejos de Betogabra, o Eleuterópolis, que significa ciudad de refugio, llamada hoy Beit-Djibrin (Beit-Gibrin). Cfr. *LB* II 225; *Rb* 155.

[1] Los filisteos habitaban en las llanuras; Eleuterópolis está entre los primeros montes de las montañas de Judá.

[2] En vez de ver en Sansón al salvador enviado por Dios, le hicieron culpable de la guerra de los enemigos de Israel y le entregaron en manos de éstos.

[3] Mil, en números redondos, para decir «muchísimos». La Sagrada Escritura atribuye el hecho a la *milagrosa* protección divina, que fortaleció a Sansón, cegó y confundió a sus enemigos; los cuales, locos de alegría, corrieron a su encuentro, sin reparar en que iban desarmados. Pero sobrecogidos de terror a su vista, echaron a huir, y sucumbieron uno tras otro a los golpes del héroe israelita. No dice el texto que muriesen todos, sino que cayeron o huyeron.

[4] Puesto que el monte en que Sansón arrojó la quijada se llamó por este hecho *Ramat-Lequi* (altura de la quijada) o Lequi (quijada), es muy natural llamar muela o cavidad de la muela a alguna oquedad u hoyo de aquel monte. En hebreo se aprecia esto más claramente: «Entonces abrió Dios el hoyo que está en Lequi» etc., es decir, de la hondonada de la roca hizo brotar una fuente, que siguió manando agua y se la llamó «fuente del que invoca, la cual está en Lequi». Fl. Josefo *(Ant.* 5, 8, 9) hace mención de esta fuente; mostrábase todavía en tiempo de san Jerónimo *(Epitaph. Paulae)* y aun posteriormente en las cercanías de Betogabra o Eleuterópolis, ciudad importante edificada más tarde en aquel lugar. Guérin se decide por Ain el-Lekhi, entre Bittir y Ain-Karim, a unas dos horas de Etam. Cfr. *Rb* 308.

[5] En hebreo «la fuente del que invoca», la cual está en Lequi *(Iudic.* 15, 19).

[6] Trae aquí el Texto Sagrado el tiempo que desempeñó el oficio de juez, porque después sólo nos da cuenta de lo que hacia el fin de esta época le acarreó la ruina y la muerte.

[7] Por esto dice de él san Ambrosio: «El esforzado y valeroso Sansón ahogó un león, mas no pudo ahogar sus propias pasiones. Rompió las ligaduras con que le ataron sus enemigos, pero no supo romper las de sus sensuales deseos. Dió fuego a las mieses ajenas; pero encendido él mismo en el fuego de un falso amor, perdió la cosecha de su virtud» *(Apol. David* 2, c. 3).

Fué Sansón a *Gaza* [1], ciudad de los filisteos, y pasó la noche en casa de una meretriz. Cuando se supo esto entre los filisteos, cercaron la casa y estuvieron en acecho a las puertas de la ciudad toda la noche, con el fin de matarle por la mañana al tiempo de salir. Mas Sansón durmió hasta la media noche; y levantándose después, tomó las dos hojas de la puerta, con sus pilares y cerraduras; y cargándoselas sobre los hombros, llevólas a la cumbre del monte que mira a Hebrón [2].

Luego de esto, enamoróse de una mujer llamada *Dálila* [3], que habitaba en el valle de Sorec [4]. Ofrecieron los príncipes de los filisteos a esta mujer una gran suma [5], si lograba engañar a Sansón, arrancándole con halagos el secreto de su gran fuerza, y la manera de apoderarse de él y atarle.

Preguntóselo Dálila en la primera ocasión. Mas él respondió: «Si me ataren con siete cuerdas de nervios recientes y todavía húmedos, quedaré tan débil como los otros hombres». Y llevâronla los príncipes de los filisteos siete cuerdas, como había dicho, con las que ella le ató, quedándose ellos en acecho escondidos en la casa, y esperando en un aposento el fin de este suceso. Entonces ella le gritó: «Sansón, los filisteos sobre ti». Mas él rompió las ligaduras, como se rompe en el fuego un hilo torcido de mala estopa. Y Dálila le dijo: «Mira cómo te has burlado de mí y no me has dicho verdad; descúbreme siquiera esta vez con qué convendría fueses atado». A lo que él respondió: «Si fuere atado con cuerdas nuevas que nunca hayan servido, quedaré débil y como cualquiera de los otros hombres». Atóle con ellas Dálila y, estando preparada en el aposento contiguo la celada, gritóle: «Sansón, los filisteos sobre ti». Al punto rompió Sansón las ataduras, como hilos tenues. Como le importunase de nuevo, díjole: «Si tejieres las siete trenzas de mis cabellos con una cinta y las sujetares en el suelo con una clavija, seré sin fuerza». Lo cual habiendo hecho Dálila, le dijo: «Sansón, los filisteos sobre ti». Mas él, despertando de su sueño, arrancó la clavija con los cabellos y la cinta.

Cegado por la pasión, no sospechaba la infidelidad de aquella mujer. Acosábale ésta un día y otro día, sin dejarle un momento de reposo, hasta que desmayó Sansón y cayó en mortal abatimiento. Entonces, descubriéndole la verdad, le dijo: «Nunca subió navaja a mi cabeza, porque soy *nazareo* desde el vientre de mi madre; si fuere rapada mi cabeza, mi fuerza se apartará de mí, y des-

---

1 *Gaza* (que significa la fuerte, la firme), la más meridional de las cinco capitales filisteas, se halla a 31 grados de latitud norte, en un paralelo con Hebrón y el centro del mar Muerto; está situada en una depresión muy feraz, regada por más de 20 fuentes. Dista 5 Km. de la costa del Mediterráneo, 60 de Hebrón y 75 de Jerusalén; por ella pasa la gran vía comercial de Egipto. *LB* II 374, *Rb* 174.

2 Probablemente el monte *Muntar*, que descuella unos 100 m. sobre las campiñas circundantes y tiene vistas magníficas a Gaza y sus alrededores y hasta las montañas de Hebrón; está situado 2 Km. al sudeste de la ciudad. En él se ve el mausoleo del jeque Muntar, que da el nombre al monte. Los filisteos debieron de quedar corridos al ver a la mañana siguiente en la cima del monte las puertas de la ciudad (cfr. *HL* 1877, 42 s.). No es de creer que fuesen muy grandes las de Gaza. Aun hoy son bajas y estrechas en Oriente las puertas de las plazas fuertes (de las iglesias y de los monasterios), para dificultar el paso a los enemigos (y huéspedes indeseables). Aun así, la acción de Sansón supone extraordinario arrojo y vigor. Es una «hazaña» que se puede explicar naturalmente por circunstancias que no nos ha conservado la Sagrada Escritura. En sí nada tiene de imposible o increíble.

3 Faulhaber, *Charakterbilder der bibl. Frauenwelt* 110 ss.

4 El *valle de Sorec* (o de las cepas) es quizá el valle de Escol (o de los racimos) (cfr. núm. 360); acaso se trata de un valle que está entre Seraa y Betsames, llamado hoy Wadi es-Serak, que sale al mar al norte de Azoto. *AB* 106, *Rb* 349.

5 Serían los cinco sátrapas filisteos de Gaza, Ascalón, Azoto, Accarón y Get (núm. 424). Cada uno le ofrecía 1100 siclos (cfr. núm. 298), que es una suma respetable, de donde se colige que tenían extraordinario interés en apoderarse del terrible enemigo. Imaginábanse que Sansón estaba en posesión de artes mágicas, cuyo secreto debía arrancarle Dálila con astucia.

falleceré, y seré como los demás hombres»[1]. Viendo ella que le había descubierto todo su corazón, avisó a los príncipes de los filisteos. Vinieron éstos, trayendo el dinero prometido. Y como durmiese Sansón con la cabeza reclinada en el regazo de Dálila, un barbero le cortó las siete guedejas de su cabello; después de lo cual gritó Dálila: «Sansón, los filisteos sobre ti». Despertóse, y creyó poderse librar como otras veces; pues no sabía que *Dios se había apartado de él.* Mas los filisteos le prendieron y le sacaron los ojos; y amarrado con cadenas, le llevaron a Gaza; y encerrándole en una prisión, le hicieron moler en un molino de mano[2].

446. Vergonzosamente traicionado, cegado y humillado, tenía ahora ocasión de *arrepentirse y expiar* amargamente su ligereza. Así debió de suceder, pues vemos que Dios, al crecerle el pelo, le aceptó de nuevo como nazareo; y accediendo a su plegaria le devolvió su antigua fortaleza sobrenatural. No mucho tiempo después[3], celebrando los filisteos una gran fiesta en honor de *Dagón*[4] por la derrota del israelita, cantaban jubilosos: «Nuestro dios ha puesto en nuestras manos a nuestro enemigo Sansón».

Y cuando después del banquete se entregaban a una alegría desenfrenada, dieron orden de que fuese conducido allí el prisionero, para que les sirviera de diversión[5]. Fué, pues, traído de su encierro y era objeto de entretenimiento para los filisteos, los cuales le pusieron entre las dos columnas en que descansaba el edificio. Y él dijo al muchacho que le guiaba: «Suéltame, para que toque las columnas y me apoye en ellas». El edificio estaba lleno de hombres y de mujeres; allí se hallaban todos los príncipes de los filisteos, y como unas tres mil personas de uno y otro sexo que desde la terraza contemplaban los juegos que hacía Sansón[6]. Y él, invocando al Señor, dijo: *«Señor Dios, acuérdate de mí* y restitúyeme ahora mi primera fuerza, Dios mío, para vengarme de mis enemigos de

---

[1] La fortaleza le venía no de los mismos cabellos, como declara Sansón, sino por ser la cabellera el *distintivo* principal *de su estado de nazareo.* Era una gracia *sobrenatural (gratis data,* como el don de lenguas o de hacer milagros, etc.) concedida en provecho de su pueblo; por lo mismo no dependía de la santidad personal de Sansón, aunque sí iba ligada a su *estado de nazareo,* y Dios le privó de ella tan pronto como por su culpa hubo perdido el signo externo de su consagración. No dice el Texto Sagrado que le abandonara la fortaleza, sino Yahve, que había hecho depender aquel don de la observancia del voto. Y no por haberle crecido los cabellos recobró su antiguo vigor, sino por la oración que después de tan duro castigo salió de su ánimo contrito, y porque al ver de nuevo sus cabellos renovó en cierto modo el voto. Cfr. núm. 342 y 442; *Num.* 6, 9-12; Scholz, *Die heilige Altertümer* II 322.

[2] Cfr. núm. 436. Era un trabajo muy humilde y penoso, propio de esclavos; cfr. *Exod.* 11, 5.

[3] Cuando comenzaron a crecer los cabellos de Sansón (*Iudic.* 16, 22); de donde no fué larga la esclavitud de éste.

[4] Es decir, dios-pez (del hebreo *dag,* pez; según los modernos de *dagan,* cereales, dios de los cereales), divinidad principal de los filisteos, asirios, babilonios, fenicios, etc., símbolo del agua y de las fuerzas naturales por ella vivificadas. En las monedas fenicias y en los monumentos asirios se le representa con el tronco de pez y el busto de hombre. Cfr. núm. 122 y *LB* II 13; Kortleitner, *De Polytheismo* 277-280; *Rb* 515.

[5] Es decir, para que cantase y bailase; según otros, para hacer burla de él.

[6] El edificio era del *tipo megaron,* característico de la civilización crético-micénica, de que procedían los filisteos. El megaron consistía en una sala precedida de un vestíbulo sustentado en dos columnas. «Estas dos columnas de madera se podían separar de los basamentos de piedra en que descansaban, con lo cual el edificio se desplomaba» (Von Lichtenberg, *Die ägypt. Kultur*[2], 1918, 144). Puede verse en Fimmen, *Die kretisch-mykenische Kultur* (Leipzig 1921) 47, el plano de un megaron de Tirinto.

una sola vez por la pérdida de *ambos* ojos». Y cogiendo las dos columnas en que cargaba el edificio, y asiendo la una con la derecha y la otra con la izquierda dijo: «Muera Sansón con los filisteos». Y sacudiendo con grande fuerza las columnas, cayó la casa sobre todos los príncipes y sobre el resto de la multitud que allí había; y mató muchos más muriendo que había muerto antes cuando vivía. Y viniendo sus hermanos con toda la parentela tomaron su cuerpo y lo enterraron entre Saraa y Estaol, en el sepulcro de su padre Manué [1]. Había juzgado a Israel durante veinte años.

447. *Sansón es persona histórica* [2]; y aunque hay cosas muy extraordinarias en su vida, ninguna lleva en sí el sello de lo increíble o legendario; hechos análogos encontramos en la historia. Es tan sencilla la *narración,* tan sobria e imparcial, como puede serlo cualquier historia fidedigna o cualquier otro episodio de la Sagrada Escritura. La *fuerza* extraordinaria de Sansón, que excedía a la del común de los hombres, era un don especial de Dios. El carácter del fondo y de la forma no da derecho a considerar el relato como «leyenda popular». Las interpretaciones mitológicas que se han intentado [3] (Sansón = = héroe solar) terminan en arbitrariedades y vulgaridades de mal gusto; y al cabo, se ven obligados los críticos a reconocer en este relato un «fondo histórico». Nada de común tiene la historia de Sansón con el mito de Hércules, sino la fortaleza y la muerte del león; y aun esta semejanza aparece del todo borrada en el mito de Hércules. Los restantes once trabajos de Hércules nada tienen de común con las hazañas del héroe israelita. Posible es, por lo demás, lo que ya los santos Padres sospecharon: que algunos rasgos de la vida de Sansón hayan sido oscurecidos con leyendas por los griegos, procedentes en parte de las costas de Palestina, y hayan sido después utilizados en su mito de Hércules.

Lo *extraordinario* de la vida de Sansón está en armonía con las circunstancias de la época, y con la misión y destino que Dios le confiara en la historia de la Revelación. Se necesitaba un «héroe esforzado» que robusteciera en Israel el sentimiento de dignidad, menguado por tan larga opresión, y mostrase que los filisteos eran impotentes contra el poder de Dios. A ello contribuyen no poco los rasgos «humorísticos» de la vida de Sansón, los cuales recuerdan aquel chascarrillo popular que comienza: *Die Feinde werden überlistet, dem Spotte preis-*

---

[1] Se ha encontrado un sepulcro entre Sar'a y Eschu'a (Saraa y Estaol), junto a Khörbet Aselin, antiguo «campamento de Dan» (cfr. núm. 442), 1 Km. al norte de Saraa. Actualmente es un edificio rectangular que termina en cúpula, sombreado por dos higueras. En uno de los ángulos del interior hay un sarcófago de piedra, con cubierta de mampostería en forma de tejado; probablemente es de origen moderno. Sin embargo, parece indudable que el mausoleo, llamado comúnmente Scheikh Gherib, pero también Kabr Schamschun (sepulcro de Sansón), está en lugar destinado antiguamente a sepulturas, y bien pudiera haber estado allí la de Manué (cfr. *HL* 1877, 16, nota 119). Schick (*ZDPV* 1887, 138) cree haber encontrado el sepulcro de Sansón en la aldea Artuf.

[2] La demostración detallada véase en Kalt, *Samson; eine Untersuchung des historischen Charakters von Richt 13-16* (Friburgo 1912). Zapletal considera la historia de Sansón algo así como «una epopeya hebrea»; cree que el relato bíblico se apoya en una «narración popular», en la cual «ciertos hechos están algo aumentados». En apoyo de su opinión alega «los principios fundamentalísimos de san Jerónimo» (*Der bibl. Samson* 833). En un reciente comentario al *Libro de los Jueces* habla también de «rasgos populares de la historia de Sansón» (pág. 000), pero no nos dice cuál sea la *parte verdaderamente histórica* y cuáles los «rasgos populares», es decir, los adornos y las exageraciones de carácter legendario. Cuanto a la alegación de san Jerónimo, el papa Benedicto XV (*Spir. Par.* 29) la rechaza en absoluto, calificándola de «falseamiento» de las palabras de este Padre de la Iglesia. Declara al mismo tiempo que el sentir de san Jerónimo acerca de la *absoluta* verdad histórica de los Sagrados Libros es «doctrina de Cristo» (ibid. 35); y toda otra teoría, apartamiento de las enseñanzas de la Iglesia (ibid. 27).

[3] También san Jerónimo conoce estas tentativas: *Ep. ad Phil.* 4 (Migne, P. Lat XXV 609).

gegeben (los enemigos son vencidos con astucia, entregados a la burla). Además Sansón debía ser al finalizar el período de los Jueces, tanto en su persona como en sus acciones y aun más por el resultado de su intervención, un resumen de todo el período de los Jueces, un espejo en que se mirase Israel, contribuyendo de este modo a preparar el período siguiente. Es, pues, *una imagen de Israel* por la elección sin mérito alguno propio, por el estado de nazareo, es decir, por la consagración perpetua a Dios, por el nacimiento prodigioso. Fuerte e invencible mientras permaneció fiel a su estado y vocación, tan pronto como fué infiel, Dios le abandonó, dejándole impotente, oprimido y humillado; y cuando arrepentido se volvió al Señor acordándose de su estado de nazareo, recobró la antigua fortaleza. El comenzó a libertar a Israel de la opresión de los filisteos, mas no pudo acabar la obra, porque sus pasiones le pusieron en manos de los enemigos. Tampoco Israel se libró completamente de los enemigos por las gracias concedidas a los Jueces, ni se sustrajo al influjo del paganismo, pues sus pasiones frustraron los designios de Dios; necesitaba adquirir en las vicisitudes de la vida la educación y el temple necesarios para triunfar del paganismo y hacerse digno, por lo menos en su parte más sana, de recibir al verdadero libertador y Redentor [1].

448. *La muerte de Sansón* no fué un suicidio; tampoco obró el héroe israelita guiado por un ruin deseo de venganza, si bien se dirigió a Dios pidiendo «una satisfacción por la pérdida de sus dos ojos». Esto se echa de ver sin dificultad en el relato bíblico: 1. Sansón obró por impulso divino, más aún, con el auxilio de Dios. 2. No obró como persona privada, sino como juez y vengador de su pueblo y como representante caracterizado de la gloria de Dios, a quien los filisteos injuriaban, burlándose del juez de Israel y dando culto a Dagón. 3. Su intención no fué de matarse a sí mismo, sino a sus enemigos. Como Eleazar en tiempo de los macabeos [2], como aquellos valientes de las Termópilas, y como tantos otros héroes y caudillos, con justicia ensalzados, ofreció su vida voluntariamente para quebrantar al enemigo y salvar a su pueblo. 4. Finalmente, con su muerte por la gloria de Dios y la liberación de Israel lavó las manchas de su vida. Por eso pudo el apóstol san Pablo contarlo entre los héroes de la fe de la Antigua Alianza [3], y decir de él san Ambrosio, «que al fin de su carrera triunfó de sí mismo y mostró un valor invencible, despreciando y no teniendo en nada la muerte que a todos se hace tan temible,... cerrando su vida con una última victoria, y acabando como triunfador y no como prisionero» [4].

449. A pesar de sus pecados y faltas, Sansón, según los santos Padres, es **figura de Jesucristo,** verdadero y perfecto libertador de Israel. No en los pecados, sino en la vocación, heroísmo y fortaleza y en las victorias está el simbolismo, que no puede desecharse, pese a ciertos comentarios de mal gusto de algunos intérpretes antiguos. «Obró, dice san Agustín, como fuerte, y padeció como débil. Yo veo en él la fortaleza del Hijo de Dios y la debilidad del hombre. En sus proezas y heroísmo es figura de Jesucristo, cabeza de la Iglesia; pero en las demás acciones representa el cuerpo de Cristo; en las prudentes y nobles, a los que viven santamente en la Iglesia; y en las pecaminosas e insensatas, a los que viven en la Iglesia como pecadores» [5].

En particular, échase de ver el carácter simbólico en el *anuncio* de su concepción y nacimiento. En la fortaleza es Sansón figura de aquel que es el Dios fuerte [6]; como *nazareo,* es figura del Santo de los santos, del nazareo en el más alto y noble sentido [7]. Como Sansón, también Cristo *luchó* y venció con un arma

[1] Cfr. *Rom.* 9, 6; 11, 25; *Gal.* 4, 28; 6, 16.
[2] I *Mach.* 6, 43 ss.; cfr. núm. 740; san Agustín, *Civ. Dei 1, 21.*
[3] *Hebr.* 11, 32. [4] *Ep. 19, n. 32 s. Virgilio fr., al. ep. 17 aut 23.*
[5] *Serm. ad popul. 364, 2 al. 107, 2 de temp.* [6] *Is.* 9, 6; *Matth.* 3, 11.
[7] *Matth.* 2, 23. *Ioann.* 19, 19. II *Cor.* 5, 21. *Hebr.* 7, 26; cfr. además núm. 342; san Jerónimo, *Comm. in Matth.* c. 2: «Nazareo significa santo; mas que el Señor había de ser santo lo atestigua toda la Sagrada Escritura».

despreciable, la cruz. Fué *entregado* por sus compatriotas *en manos de los enemigos,* no por fuerza, sino porque El mismo lo quiso; fué atado, cegado en cierto modo, puesto que le taparon el rostro; fué escarnecido y tratado como el desecho de los hombres; *ofreció la vida* por su pueblo e hizo más quebranto en el infierno en su muerte que durante su vida, pues «con su muerte se arruinó la casa del demonio y quedó quebrantado el señorío de la muerte, y la muerte quedó vencida por su muerte» [1]. También arrancó Cristo *las puertas y los cerrojos* y los llevó a cuestas a la cumbre del monte, cuando en la Resurrección derribó las puertas de la muerte y en su Ascensión las elevó a las alturas del cielo [2].

57. Pecado y castigo de la tribu de Benjamín

(*Iudic.* 17-21)

450. *El libro de los Jueces* nos relata en *un apéndice* dos episodios que acaecieron luego de la muerte de Josué, tal vez antes del primer juez. Dedúcese esto del relato mismo, pues en tiempo de los sucesos la tribu de Dan no había recibido todavía porción de tierra suficiente [3], y era sumo sacerdote Fineés, contemporáneo de Josué y nieto de Aarón [4]. Y los trae *en apéndice,* porque no tienen relación con el gobierno de juez alguno, siendo por otra parte demasiado importantes para pasarlos en silencio.

El primero de ellos, relativo al establecimiento de la *tribu de Dan* en el Líbano, es interesante porque nos da a conocer la porción que cupo en suerte a la tribu de Dan, y aun más porque nos permite apreciar con cuánta facilidad se entregaba Israel a la idolatría. Nos relata, en efecto, que un hombre de la tribu de Efraim, llamado Micás, hizo confeccionar un precioso ídolo en cumplimiento de un voto de su madre [5], y estableció en su casa un culto (privado) abiertamente ilegal y supersticioso; para ello tomó a salario a un «levita ambulante», el cual utilizó el efod y el terafim que había mandado hacer Micás. Pero sucedió que cuando los danitas fueron a ocupar su nueva patria, se apoderaron con astucia y violencia del levita (sacerdote), establecieron el culto del ídolo e instituyeron sacerdotes a un descendiente de Moisés y a sus hijos; y el ídolo siguió entre ellos todo el tiempo que estuvo en Silo la casa de Dios. Quebrantamiento tan manifiesto de la Ley, del culto de Dios y de la unidad del lugar — apostasía y cisma a la vez — fué posible en aquel tiempo, porque no había rey (un poder central fuerte) en Israel (cap. 17 y 18).

El segundo episodio, un crimen espantoso de la *tribu de Benjamín,* que causó el exterminio casi total de esta tribu, nos muestra hasta qué punto había penetrado ya en Israel la corrupción cananea. La observación que repite el historiador: «*en aquellos días no había rey en Israel,* sino que cada uno hacía lo que mejor le parecía» [6], indica una época en que Israel carecía de un jefe civil común, y quiere tal vez significar que los Jueces no suplían suficientemente la falta de una cabeza, de donde comenzó a nacer en el pueblo la aspiración por un rey [7]; con lo cual, este apéndice nos dispone a la historia de Helí, Samuel y Saúl (cap. 19-21).

451. Vivía en Efraim un levita, el cual fué a Belén a reconciliarse con su mujer, que le había abandonado volviéndose a la casa de sus padres. Cuando, logrado su propósito, regresaba a su patria con su mujer, vióse obligado a pasar

---

[1] San Paulino, *Ep. 4 ad Sever. fr.*

[2] San Gregorio, *Hom. in Evang.* 21, 7. Cfr. Weiss, *Die Messian. Vorbilder* 68.

[3] Compárese 18, 1 con 1, 34.

[4] Compárese 20, 28 con *Ios.* 22, 13; 24, 33.

[5] Según otros se trata de la restitución de una suma de dinero; destinada a fines religiosos, desaparecía de ella en cierto modo la maldición. Cfr. Zschokke, *Die bibl. Frauen* 198 s.

[6] *Iudic.* 17, 6; 18, 1; 19, 1; 21, 25

[7] I *Reg.* 8, 5 20; 12, 12.

la noche en Gabaa, ciudad de la tribu de Benjamín [1]. No habiendo quien quisiera albergarles, sentáronse en la calle, hasta que acertó a pasar por allí un anciano, natural de las montañas de Efraim, que vivía como extranjero en Gabaa, el cual les hospedó en su casa. Mientras el levita y su mujer descansaban del viaje y con los manjares reparaban sus fuerzas, vinieron de la ciudad unos hombres disolutos, rodearon la casa con la misma depravada intención que antaño los sodomitas [2], y exigieron del anciano por la fuerza que pusiese en sus manos al extranjero. Inútiles fueron las súplicas del anciano; mas, por fin, dejaron en paz al levita, y apoderándose de su mujer, tratáronla de la manera más afrentosa. Abriendo el levita de madrugada la puerta de la casa para buscar a su mujer, la encontró muerta en el umbral, con los brazos extendidos. Tomóla horrorizado, púsola sobre su asno y siguió el camino hacia su patria. Llegado allí, partió el cadáver en trozos que envió a las doce tribus de Israel, dando aviso del horrible crimen.

Todos clamaron indignados: «Jamás se vió cosa igual en Israel, desde que subieron de Egipto nuestros padres hasta este día; decid lo que os parece, y de común acuerdo resolved qué debe hacerse en este caso». Salieron 400000 guerreros de las tribus de Israel y acudieron a la asamblea del pueblo [3], reuniéndose en la presencia del Señor [4] en Masfa [5]. Tras breve deliberación enviaron mensajeros que dijesen a la tribu de Benjamín: «¿Cómo se ha cometido entre vosotros maldad tan detestable? Entregad los hombres de Gabaa, esos hijos de Belial [6] que cometieron tamaño crimen, para que mueran, y sea quitado el mal de Israel». Los benjaminitas no quisieron dar oídos al mensaje de sus hermanos los hijos de Israel, sino acudieron en número de 25000 hombres en auxilio de la ciudad de Gabaa, la cual por su parte contaba con 700 hombres muy esforzados, que lo mismo peleaban con la izquierda que con la derecha, y tan diestros en el manejo de la honda, que no erraban el tiro a un cabello.

Salieron las once tribus a campaña y vinieron a la casa de Dios, es decir, a Silo [7], donde consultaron al Señor quién debía ser su caudillo. Respondióles el Señor: «Judá será vuestro caudillo». Marcharon, pues, de mañana y acamparon junto a Gabaa. Pero confiaron demasiado en la superioridad de sus fuerzas, y comenzaron el asalto de la ciudad con demasiada precipitación y sin las debidas precauciones, por lo que perdieron 22000 hombres. Consultaron de nuevo a Dios con súplicas y lágrimas, y se lanzaron a la pelea por mandato del Señor; mas

---

1 Gabaa, también Gabaat (hebr. *Gibea)*, ciudad nativa de Saúl, probablemente Tell es-Soma de hoy, junto a Tuleil el-Ful, 6 Km. al norte de Jerusalén, 3 1/2 Km. al sur de Rama. *ZDPV* XXXII 1-37. Acerca de los distintos Gabaa véase núm. 421.

2 Cfr. *supra* núm. 155.

3 No quiere esto decir que todos tomasen parte en la asamblea—lo cual, por otra parte, tampoco era posible—, sino que el total de los hombres de armas que las tribus enviaron a Masfa ascendía a 400000, mientras que Benjamín sólo pudo disponer de 26000. Un dato análogo encontramos en I *Reg.* 11, 8 (cfr. núm. 472), donde evidentemente se trata de una «revista»; lo mismo se puede decir de I *Par.* 12, 23 ss., donde «probablemente se hace a ojo el recuento de los guerreros representados (en Hebrón) por los Ancianos y su numeroso acompañamiento».

4 Es decir, a un asunto del Señor, para vindicar su gloria y la de su santa Ley. Acerca de esta expresión cfr. núm. 421.

5 No la de Galaad (cfr. núm 439). Trátase aquí probablemente de la actual *Schafat,* 4 Km. al norte de Jerusalén; pero también pudiera referirse el texto a *Nebi Samwil (AB* 77). Masfa (que significa atalaya) era nombre muy común en la región montañosa (Cfr. *Rb* 257).

6 La palabra hebrea *beliyaal* significa «sin yugo»; según otros, «sin provecho»; de donde «hijos de Belial» quiere decir hombres sin freno, ruines, vulgares, inútiles e indignos, algo así como «hijos del diablo» (cfr. *Ierem.* 2, 20; II *Cor.* 6, 15; *Ioann.* 8, 44; *Act.* 13, 10; I *Ioann.* 3, 10).

7 En hebreo «a Betel» (Beth-El, casa de Dios, cfr. núm 179). Estaba 15 Km. al norte de Masfa y de Gabaa; 15 Km. al norte de Betel se hallaba Silo. Como lugar más céntrico, se dispuso que el sumo sacerdote Fineés viniera a Betel con el Arca de la Alianza (*Iudic.* 20, 27 s.).

en este segundo ataque perdieron 18000 hombres. Por tercera vez acudieron a la casa del Señor. Lloraron, ayunaron todo el día, ofrecieron holocaustos y víctimas pacíficas y consultaron por tercera vez al Señor, si debían intentar un nuevo asalto. Respondióles el Señor: «Salid, que mañana los entregaré en vuestras manos».

Los hijos de Israel pusieron emboscadas alrededor de la ciudad de Gabaa, y se dirigieron por tercera vez contra Benjamín. Y como los benjaminitas hiciesen una salida audaz, las tribus simularon una fuga, con lo cual consiguieron alejar de la ciudad a los sitiados; salieron entonces los emboscados, acordonaron a los benjaminitas, mataron 25000 de ellos, conquistaron y redujeron la ciudad a cenizas y asolaron también las demás ciudades de Benjamín. De toda la tribu sólo quedaron 600 hombres, los cuales fueron a refugiarse en la peña de Remmón [1], en el desierto.

Mas ahora comprendieron los hijos de Israel que habían vengado con exceso el crimen de Benjamín, y tuvieron gran pesar por la desgracia de aquella tribu. Fueron a la casa del Señor a Silo [2], lloraron con grandes lamentos y dijeron: «¿Por qué, Señor Dios de Israel, ha acaecido esta calamidad en tu pueblo, que una de las tribus fuese hoy quitada de entre nosotros?» Y ofrecieron holocaustos y víctimas pacíficas al Señor. Luego enviaron mensajeros a los que se habían refugiado en el desierto, ofreciéndoles paz [3]. Vinieron éstos y reedificaron poco a poco sus ciudades destruídas; y Benjamín fué creciendo de nuevo hasta hacerse una tribu fuerte.

452. El carácter rudo y sensual del pueblo israelita, el peligro de embrutecimiento moral en aquella época de completo desorden, y también la prescripción terminante de la Ley [4], exigían se castigase con todo rigor la infamia sin nombre de Gabaa, y la altanería con que la protegieron los benjaminitas, resistiendo a la voz de Dios que tan claramente hablaba por boca de todo el pueblo. Pero sucedió lo que suele en casos semejantes: hubo de por medio pasiones y venganzas personales que mancharon la conducta del pueblo, justa en sí. Este y otros desmanes que de ahí resultaron, relata la Sagrada Escritura tal como acontecieron, pero sin aprobarlos, antes reprobándolos abiertamente con estas palabras: «En aquellos días no había rey en Israel, sino cada uno hacía lo que mejor le parecía»; como si dijese: no hubieran acaecido tamaños desmanes bajo el gobierno ordenado de un jefe común.

58. Rut

453. El libro de Rut, que abarca sólo cuatro capítulos, es una preciosa historia de un suceso que se desarrolló entre Rut, Noemí y Booz en tiempo de los Jueces.—Es interesante este libro, porque nos describe los nobles *ascendientes de David* y nos da por contera la genealogía de éste; pero lo es de una manera especial, porque nos enseña cómo *una pagana,* natural de Moab [5], pueblo

[1] Actualmente la aldea de Rummôn, 6 1/2 Km. al oriente de Betel, casi 14 Km. al nordeste de Gabaa, en la cumbre de un monte cónico (*AB* 94; *BA* 10, *Rb* 313). No confundirlo con Geth-Remmon en la tribu de Dan; acerca de éste cfr. *Rb* 184.

[2] «En Silo» no se lee en el texto hebreo. Allí estaba seguramente entonces la «casa de Dios», es decir, el Tabernáculo (cfr. núm. 418), pero el Arca de la Alianza había sido llevada a Betel; cfr. página 448, nota 7.

[3] Como las demás tribus se habían comprometido con juramento a no dar sus hijas por mujeres a los benjaminitas (21, 1), les fueron entregadas a éstos las 400 doncellas de *Jabes* de Galaad (frente a Bethsean, «a seis millas romanas de Pella, en el camino de Gerasa»), por no haber tomado parte esta ciudad en la vindicta; por la misma razón fué, además, destruída Jabes de Galaad (*Rb* 208). A los demás benjaminitas les permitieron raptar las doncellas que habían acudido a una fiesta que se celebró en Silo.

[4] *Lev.* 18, 17; cfr. *Deut.* 13, 9 13; 17, 12; 22, 22.

[5] Por su hostilidad no se le admitió en el pueblo de Dios ni aun a la décima generación (*Deut.* 23, 3). Pero esto sólo se aplicó a los hombres; en ello no iba encerrada la prohibición de contraer matrimonio con moabitas; además Rut había renunciado a la idolatría.

enemigo, por la fe en el verdadero Dios y por su amor al pueblo escogido fué incorporada a Israel, llegando a ser *madre de la estirpe* del gran rey David y por tanto del Mesías.—Es muy adecuada la colocación de este librito entre el de los *Jueces* y los de los *Reyes*, por ser como un paso a la historia de David y de su descendencia. Opinan muchos que el *Libro de Rut* fué primitivamente un apéndice del de los *Jueces*, y la historia en aquél contenida, una de las tradiciones recopiladas en éste; la hipótesis tiene gran verosimilitud, sin que haya argumento decisivo en contra.—El *autor* del libro nos es desconocido. La tradición judía lo atribuye a Samuel. Mas en su forma actual (con la tabla genealógica) no pudo redactarse antes del reinado de David. La época en que sucedió lo que cuenta este librito es tan imprecisa como la de su composición. Pero ninguna de las dos cuestiones empece la credibilidad del contenido, pues todo depende en definitiva del fin que se propuso el autor y de la fidelidad de la tradición en que se apoya el relato. La crítica moderna, fundándose en algunas peculiaridades lingüísticas, en los discursos de los interlocutores, sobre todo en el pasaje 4, 7 que alude al *Deut.* 25, 9 y en «criterios internos», defiende que el libro se compuso después del Destierro; y descubre en él cierta tendencia a «exponer la sabia doctrina de que no todas las mujeres extranjeras estaban destinadas a la perdición», tendencia muy opuesta al despiadado rigor con que Esdras pretendía evitar los matrimonios mixtos (con mujeres paganas). Ahora bien, esta doctrina debiera apoyarse en alguna tradición histórica acerca de la madre de la estirpe de David, «pues una fábula habría encontrado manifiesta oposición, sin conseguir demostrar lo que el autor se propuso» [1]. Sin base histórica, no se le hubiera ocurrido al escritor dar ascendencia moabita a la casa de David. Merece, pues, crédito nuestro librito, aunque haya sido compuesto en época posterior.

454. Sucedió una vez, en aquellos tiempos en que Israel era gobernado por Jueces, que una gran hambre sobrevino en aquella tierra; por lo que un hombre de Belén, llamado Elimelec, se fué con su mujer Noemí y sus dos hijos a morar en el país de Moab [2]. Allí murió Elimelec. Sus hijos tomaron por mujeres a dos moabitas, llamadas Orfa y Rut. A los diez años murieron los dos hijos; por lo cual Noemí resolvió volverse con las dos nueras a su patria, pues oyó que Dios había vuelto sus ojos hacia su pueblo dándole alimentos.

Habiendo andado un largo trecho dijo Noemí a sus dos nueras: «Id a la casa de vuestra madre; el Señor tenga con vosotras misericordia, como la tuvisteis vosotras con los difuntos y conmigo». Ellas comenzaron a llorar a gritos y dijeron: «Contigo iremos a tu pueblo». A las cuales replicó: «Volveos, hijas mías; ¿para qué venir conmigo? Yo soy pobre y vuestra necesidad me habría de causar todavía mayor aflicción». Entonces lloraron todavía más amargamente. Resolvióse por fin Orfa; y despidiéndose de su suegra se volvió a su patria. Mas Rut se quedó con ella y le dijo: «A doquiera que fueres he de ir yo; y donde tú morares he de morar yo igualmente. *Tu pueblo es mi pueblo y tu Dios es mi Dios* [3]. En la tierra donde fueres sepultada allí he de morir».

---

[1] Sellin, *Einleitung*² 138.

[2] Al otro lado del Jordán, al sur del río Arnón. Ar-Moab, capital moabita, dista de Belén 60 Km. en línea recta; ya se vaya por el norte del mar Muerto, ya por el sur, se puede llegar a ella en 30 horas. Lo que el *Libro de Rut* cuenta de Elimelec «se repite cada día en la actualidad. Los fellahs que no pueden ganarse el pan en Cisjordania, van con toda su familia en busca de trabajo a Moab, y generalmente lo encuentran» (*Kath* 1909 II 344).

[3] Viendo la sabiduría y virtud de Noemí, había llegado a convencerse de que su reli-

No quiso insistir más Noemí; y juntas siguieron camino de Belén. Luego que entraron en la ciudad, se esparció entre todos la fama; y decían las mujeres: «Esta es aquella Noemí». Pero ésta les dijo: «*No me llaméis Noemí*[1], *sino Mara*[2]; porque el Todopoderoso me ha llenado en extremo de amargura. Salí llena[3], y el Señor me ha hecho volver vacía».

455. Por aquellos días comenzaba la siega de la cebada. Dijo, pues, Rut a su suegra Noemí: «Si lo mandas, iré al campo a recoger las espigas que escaparen de las manos de los segadores, donde quiera que hallare gracia con algún padre de familias que use de clemencia conmigo»[4]. Y ella respondió: «Anda, hija mía». Marchóse Rut, y Dios dispuso que fuese a recoger espigas al campo de *Booz*[5], hombre rico, de la parentela de Elimelec. Y he aquí que el mismo Booz llegó al campo y dijo a los segadores: *El Señor sea con vosotros*; a lo que respondieron: «El Señor te bendiga»[6]. Y habiendo visto a Rut dijo al mayoral de los segadores: «¿De quién es esta muchacha?». Respondióle aquél: «Esta es aquella moabita que vino con Noemí del país de Moab. Me suplicó la dejásemos recoger las espigas que se fuesen quedando detrás de los segadores; y desde la mañana hasta ahora se está en el campo, y ni por un momento se ha vuelto a su casa».

Y Booz dijo a Rut: «Oye hija, no vayas a otro campo a espigar, ni te apartes de este lugar; sino júntate con mis muchachas, y donde segaren, síguelas. Porque he dado orden a mis criados que nadie te inquiete; y cuando tuvieres sed, vete al hato y bebe del agua que beben también mis criados»[7].

Ella entonces, inclinando su rostro hasta la tierra, le hizo una profunda reverencia, y dijo: «¿De dónde a mí esta dicha de haber hallado gracia en tus ojos, y que te dignes de saber quién soy, siendo una mujer extranjera?» A la cuál él respondió: «Me han contado las cosas que hiciste con tu suegra después de la muerte de tu marido, y que has dejado a tus parientes y la tierra en que naciste y te has venido al pueblo que antes no conocías. El Señor te premie conforme a tus obras, y recibas un cumplido galardón del Señor Dios de Israel, a quien has venido y debajo de cuyas alas te has acogido». Y siguió diciendo Booz: «Cuando fuere hora de comer, vente aquí y come del pan y moja tu bocado en el vinagre». Sentóse, pues, al lado de los segadores, y el mismo Booz le presentó la polenta[8]. Comió ella y se sació y guardó las sobras. Y levantándose de

---

gión era la única verdadera, y su Dios el verdadero, y no los abominables ídolos de los moabitas.

[1] Es decir, graciosa, agradable.

[2] Amarga, atribulada.

[3] Rica, no en bienes y haciendas, sino por tener marido y dos hijos; pobre, es decir, sin marido e hijos, viuda sin hijos.

[4] Según la Ley de Moisés (cfr. núm. 344), los pobres tenían este derecho; sin embargo, los propietarios tacaños solían escatimárselo y aun estorbárselo.

[5] Muéstrase esta heredad entre Beit-Sahur y Deir er-Rawat, en Wadi el-Cherbe, 20 minutos al oriente de Belén.

[6] Fórmula de saludo usada aun hoy entre los beduínos. Según *Ps.* 128, 8, parece ser éste el saludo de la gente ocupada en recoger la cosecha; pero también en otras circunstancias se saludaban de este modo (cfr. *Iudic.* 6, 12; I *Par.* 22, 11).

[7] Una mezcla de agua y vinagre, bebida que refresca y apaga la sed en el calor del verano (2, 9 14).

[8] Trigo tostado, o un caldo preparado con él.

allí siguió recogiendo las espigas hasta el atardecer. Booz había dado orden a sus criados diciendo: «Echad de propósito algunas espigas de vuestras gavillas, para que pueda recogerlas sin rubor».

Cuando por la tarde sacudió con una vara las espigas recogidas en el campo, se halló con cerca de un efi [1] de cebada. Llevóselo a su suegra, como también las sobras de la comida que había guardado, y le refirió lo que durante el día le había acontecido. Entonces exclamó Noemí: «Bendito sea del Señor ese hombre; pues la misma voluntad que tuvo a los vivos, la conserva todavía a los difuntos [2]. Ese hombre es pariente nuestro». Y habiéndole dicho Rut que Booz le había dado permiso para espigar siempre en su campo, aconsejóle Noemí que así lo hiciera; como en efecto sucedió hasta el fin de la siega.

456. Tras esto pensó Noemí en el porvenir de su nuera; y por medio de Rut hizo presente a Booz [3] el deber que, según la Ley, tenía de tomar por mujer a la viuda de su hermano (pariente) [4]. Respondió Booz: «Hija, bendita seas del Señor, que has excedido tu primera bondad [5] con ésta de ahora; porque no has ido tras los jóvenes, pobres o ricos. Toda la ciudad sabe que eres mujer virtuosa».

Tomó, pues, Booz por mujer a Rut. El Señor bendijo su matrimonio y les dió un hijo. Con este motivo venían las mujeres de Belén a Noemí y le decían: «Bendito sea el Señor, que ha dado a tu familia un heredero, para que tengas alguien que consuele tu ánima y sea el sostén de tu vejez. Porque tu nuera, que le ha parido, es para ti mucho mejor que si tuvieras siete hijos». Pusieron por nombre al niño *Obed;* fué padre de Isaí, padre de David, de cuyo linaje había de nacer el Redentor.

457. En esta narración parece como que luchan por la *palma de la virtud* Noemí, Rut y Booz: temor de Dios y tierna piedad, amor y fidelidad de parientes, diligencia, modestia y caridad magnánima se encuentran unidas formando una magnífica corona.—En armonía con estas virtudes, vemos cómo la divina *Providencia* lo dispone todo con amor, y recompensa largamente aquí abajo las virtudes.—Pero el objeto de esta historia es de mayor alcance; porque nos hace ver cómo una *pagana* es incorporada al pueblo de Dios, y por su fiel entrega al Señor llega a ser *madre* de aquel que había de venir para redimir a los pecadores,

---

[1] Unos 36 litros, es decir, alrededor de 30 Kg. de cebada (cfr. núm. 152).

[2] Es decir, la misma benevolencia que tuvo para con Elimelec y sus hijos, la ejerce hoy con la viuda.

[3] Relátase en el capítulo 3 con tanta ingenuidad la manera como se puso por obra el consejo de Noemí, que *a priori* no cabe sospechar la menor inconveniencia. Está en armonía con las costumbres e ideas de aquel tiempo y con las circunstancias de los personajes que en ello intervinieron, por lo que no merece reprensión la conducta de Noemí y Rut, aunque tampoco debe imitarse. Rut va de noche y sin testigos en busca de Booz que está durmiendo en la era (al aire libre); después de despertar su interés, le implora protección, invocando el parentesco que les une. Booz no se escandaliza de la conducta de Rut, antes al contrario, elogia su virtud y prudencia y toma con interés el asunto, como se cuenta en el capítulo 4. Trátase, pues, de recordar a Booz la obligación y moverle a que renuncie a sus derechos. Ello sucedió en el portal de la ciudad, ante testigos y con el ceremonial acostumbrado en estas ocasiones, descrito en 4, 7 de la siguiente manera: «Era costumbre en Israel entre parientes, que cuando uno cedía su derecho a otro, para que la cesión fuese válida, se quitaba el calzado y dábaselo a su pariente. Este era el testimonio de cesión en Israel». Después que Booz «entró en posesión de todo lo que había sido de Elimelec» conforme a las formalidades del derecho (4, 9), declara que toma por mujer a Rut, para cumplir las prescripciones de la Ley (*Deut.* 25, 5-10).

[4] En todo rigor, Booz no estaba obligado a esto, porque no era hermano de Elimelec (cfr. núm. 343); pero le movieron a ello la virtud de Rut y el amor a Elimelec.

[5] Para con tu marido y tu suegra.

judíos y paganos, y para unirlos a todos en un pueblo de Dios [1].—Noemí, en su duelo, es *imagen de María Santísima,* que despojada de su divino Hijo podía decir con razón: «No me llaméis Noemí, la hermosa (o María, la gran Señora), sino Mara, la llena de amargura (la Madre Dolorosa)» [2].

59. Samuel

(I *Reg.* 1-7)

458. Al libro de Rut siguen en la versión latina **los cuatro libros de los Reyes.** *Los dos primeros,* que forman un todo completo, se llaman también *Libros de Samuel* [3], por haberse admitido que fué Samuel quien escribió la mayor parte del primero de ellos, o por ser dicho profeta el protagonista de los hechos que en él se narran. Tratan estos dos libros del establecimiento y de la consolidación de la dinastía davídica. *El libro primero* comienza con la historia de Helí y Samuel, en cuya época se preparó el advenimiento de la monarquía, y nos cuenta la historia de Saúl hasta su muerte. *El segundo libro* se refiere por entero al reinado de David.—El *autor* humano nos es desconocido; mas no cabe dudar que esta historia fué escrita por mano profética, y ciertamente luego de la división del reino. La unidad de toda la obra nos obliga a admitir un escritor único, que tuvo a su disposición notas de Samuel y de los profetas Natán y Gad [4], contemporáneos de David. Los críticos enemigos de la Revelación no han podido encontrar en estos libros un punto de apoyo que les permita separar distintas fuentes como en el *Pentateuco,* y por eso fluctúan en sus opiniones, y va cada uno por su lado. La autenticidad histórica de los libros de Samuel, a los cuales aluden frecuentemente los Salmos y los escritos del Nuevo Testamento, no puede impugnarse con argumentos sólidos. La misma crítica moderna reconoce que la redacción de la mayor parte de la historia de David es tan próxima a los sucesos, como muy pocos de los capítulos del Antiguo Testamento; que la historia ha sido tomada de documentos auténticos y de tradiciones recientes y fidedignas; y que pinta con admirable fidelidad, verdad y originalidad, época, lugar, sucesos y caracteres. Pero el lado religioso de estos libros y la dependencia causal de los hechos son piedra de escándalo para ellos; por lo cual se lanzan a caza de «contradicciones» e «interpretaciones caprichosas». La solución de estas contradicciones está en la recta interpretación o en el restablecimiento del texto hebreo alterado (cfr. núm. 479 y 483 [5]). La descripción es magistral [6]; san Jerónimo pondera la riqueza de imágenes y ejemplos y recomienda la lectura de los libros de Samuel entre todos los libros históricos del Antiguo Testamento [7].

459. En los tiempos del sumo sacerdote Helí [8] vivía en Rama-

---

[1] Cfr. Tamar y Raab (núm. 408 y 422); lo mismo se puede decir de Betsabee (cfr. núm. 539).

[2] Acerca de Noemí y Rut cfr. Zschokke, *Die biblische Frauen* 203 ss.

[3] Cfr. el comentario de Schlögl, *Die Bücher Samuels* (Viena 1904), y P. Dhorme, *Les livres de Samuel* (París 1910); Schulz, *Die Bücher Samuel* (2 tomos, Münster 1919 y 1920). [4] Cfr. I *Par.* 29, 29.

[5] Cfr. *ZKTh* 1910, 588; 1911, 118 y 151; 1914, 311; Hagen, *Introduc. Comp.*[6] n. 307.

[6] Schulz, *Erzählungskunst in den Samuelbüchern,* en *BZF* XI 6/7 (1922).

[7] *Prolog. galeatus* y *Ep. ad Paulinum.*

[8] El *pontificado* correspondía, según la Ley, al hijo mayor de Aarón, *Eleazar,* y a los descendientes de éste. Así, en los primeros 300 años ocuparon el cargo Fineés, hijo de Eleazar, y después de él Abisue, Bokki, Ozi, entre otros que no se nombran. Más tarde, por razones que no conocemos, pasó el cargo a Helí, descendiente de *Itamar,* hijo menor de Aarón. A Helí, cuyos hijos murieron peleando contra los filisteos, sucedió su nieto Aquitob; a éste, su hijo Aquías o Abimelec (a no ser que Aquimelec hubiese sido hermano menor y sucesor de Aquías); a Aquías, su hijo Abiatar, único que escapó de la matanza de Saúl en Nobe, huyendo con el efod al bando de David (I *Reg.* 14, 3; 21, 1; 22, 9 ss.; 30, 7; núm. 489 s.). Saúl hizo sumo sacerdote a *Sadoc, de la línea de Eleazar,* mandó cons-

ta [1], pequeña ciudad de las montañas de Efraim, un hombre llamado *Elcana*. Ana, su mujer, no tenía hijos; por lo que estaba en extremo afligida [2]. En una de las tres grandes fiestas del año subió, como de costumbre, con su marido al Tabernáculo del Señor, a Silo. Su marido celebró con ella el banquete del sacrificio; mas ella se puso a llorar y no quiso probar bocado. Díjole entonces Elcana: «Ana, ¿por qué se aflige tu corazón? ¿No soy yo para ti mejor que diez hijos que tuvieses?» Mas ella fué al Tabernáculo en una hora en que Helí estaba sentado a la puerta del mismo; y con muchas lágrimas suplicó al Señor y le hizo un voto diciendo: «¡Señor de los ejércitos! si te acordares de mí y dieses a tu esclava un hijo varón, te lo consagraré por todos los días de su vida, y no pasará jamás navaja por su cabeza» [3].

Helí, que había advertido el movimiento de sus labios, pero no había oído su voz—pues ella oraba sólo en su corazón—, túvola por ebria y la insultó. Mas ella respondió humildemente: «No es así, señor mío; porque soy una mujer muy desgraciada, y no he bebido vino ni cosa que pueda embriagar, sino he derramado mi alma en la presencia del Señor. No tengas a tu sierva como a una de las hijas de Belial; pues por la magnitud de mi dolor y de mi tristeza he hablado hasta ahora». Díjole entonces Helí: «Vete en paz; el Dios de Israel te conceda la petición que le has hecho». Fuése Ana consolada; comió, y ya no se vió melancólico su semblante.

460. A su tiempo parió un hijo a quien puso por nombre *Samuel* [4].

---

truir otro efod, como antes Gedeón (núm. 436), y llevó el Tabernáculo y el altar de los holocaustos a Gabaón (cfr. núm. 412 y 418), donde ejerció Sadoc el pontificado. David le confirmó en su dignidad y oficio (I *Par.* 16, 39; cfr. 6, 4 ss., 50 ss.); pero conservó también a Abiatar, tataranieto de Helí, de la línea de Itamar, y probablemente le puso al frente del servicio del Arca de la Alianza en Sión; de esta suerte hubo a la vez en ejercicio dos *sumos sacerdotes* de las dos ramas de Aarón (II *Reg.* 8, 17; 15, 24 ss.; 17, 15; 19, 11; 20, 25). Al mismo tiempo que Abiatar ejerció también el pontificado uno de sus hijos, *Aquimelec*, ya porque el padre fuese anciano, o ya que la enfermedad no le permitiera ejercer las funciones de su oficio (II *Reg.* 8, 17. I *Par.* 24, 3, 6, 31). Mas habiéndose conjurado Abiatar con Joab contra Salomón, depúsole éste del cargo, quedando único sumo sacerdote *Sadoc*, de la línea de Eleazar (III *Reg.* 1, 7 ss., 25-44; 2, 22 ss.; cfr. Fl. Josefo, *Ant.* 5, 11, 5; 8, 1, 3).

[1] *Ramata* o *Rama* (altura) es probablemente distinta de Rama de Benjamín (núm. 427). Según san Jerónimo es Arimatea o Armathem-Sophim, no lejos de Dióspolis (Lydda), patria de José de Arimatea, actualmente Ramleh (cfr *HL* 1901, 160). Según tradición corriente, es la actual aldea *Nebi Samwil* (es decir, Profeta Samuel), situada en el monte del mismo nombre, a cinco minutos de la cumbre, que es el punto más elevado de las montañas de Judá (914 m. sobre el nivel del Mediterráneo), 8 Km. al noroeste de Jerusalén. Los Cruzados llamaron a esta cumbre *Mons gaudii*, porque no lejos de ella (en Biddu) comenzaba a divisarse Jerusalén. Allí nació Samuel; allí vivió y murió. En el siglo VI había ya un monasterio de san Samuel. Los Cruzados construyeron en 1157 una suntuosa iglesia y entregaron el monasterio a los Premostratenses. Pero ya en 1187 la iglesia fué convertida en mezquita, en la cual se muestra hoy el sepulcro de Samuel. Cfr. I *Reg.* 1, 19 s.; 7, 17; 15, 34; 16, 13; 19, 18 ss.; 25, 1; *Rb* 308.

[2] Tanto más cuanto que la segunda mujer de Elcana, llamada Fenena, tenía muchos hijos y despreciaba y zahería a Ana.

[3] Es decir, lo consagraré a tu servicio, será nazareo todos los días de su vida; cfr. núm. 342 y 442.—Acerca de Ana, madre de Samuel, cfr. Zschokke, *Die bibl. Frauen* 218 ss.

[4] Que quiere decir «escuchado por Dios» o su nombre es Dios, es decir: Dios ha mostrado su omnipotencia (cumpliendo sus promesas), como el nombre lo dice. Aconteció el nacimiento de Samuel hacia el 1090 a. Cr.

porque lo había obtenido por sus oraciones. Cuando estuvo destetado el niño [1] lleváronle sus venturosos padres a Silo, al sacerdote Helí; y Ana dijo: «Yo soy aquella mujer que estuvo orando aquí al Señor delante de ti. Por este niño oré, y el Señor oyó mi súplica. Por tanto, yo le entrego también al Señor por todos los días que el Señor le diere». Y adoraron allí al Señor. Ana oró diciendo [2]:

V. 1. Mi corazón salta de gozo en Yahve,
y se ha ensalzado mi poder [3] en mi Dios;
se ha abierto mi boca sobre mis enemigos,
porque me he regocijado en tu protección.

V. 2. No hay santo como Yahve; porque no hay otro fuera de ti;
y no hay fuerte como el Dios nuestro.

V. 3. No habléis palabras jactanciosas;
apártense de vuestra boca los discursos pretenciosos;
porque Yahve es el Dios omnisciente,
y a El están patentes los pensamientos.

V. 4. El arco de los fuertes fué quebrado,
y los flacos han sido armados de fuerza.

V. 5. Los que (antes) estaban hartos, se alquilaron por pan,
y los hambrientos pueden hacer fiesta;
las estériles paren muchos hijos,
y la prolífica se marchita.

V. 6. Yahve es quien da la muerte y vivifica,
quien conduce al sepulcro y libra de él.

V. 7. El Señor empobrece y enriquece,
abate y ensalza.

V. 8. Del polvo levanta al mendigo,
y del estiércol ensalza al pobre,
para que se siente con los príncipes

---

1 Sucedía esto después de los 3 años (cfr. I *Mach.* 7, 27). Aquí dice el texto «en edad juvenil».

2 Algunos críticos tienen este cántico por una interpolación posterior, porque nada hay en él que refleje los anhelos del corazón de Ana. Pero bien a las claras están expresados en los versículos 1 y 5 *b*. Cierto es, sin embargo, como ya lo advirtieron san Agustín y otros exegetas antiguos, que este cántico encierra *mucho más* de lo que podía llenar en aquellos felices momentos el corazón de la venturosa madre de Samuel. Es un himno triunfal, que canta con palabras e imágenes expresivas la victoria del Señor sobre los enemigos del reino de Dios, y anuncia el triunfo del Ungido (del Rey, del Mesías). Tanto el fondo como la forma poética inducen a pensar que la madre de Samuel debió de tomar en su boca, para expresar su plegaria, las palabras de alguna canción anteriormente existente,— lo cual no admiten los modernos por razones histórico-religiosas,— o que esta oración fuese más tarde ampliada y compuesta en la forma tan perfecta que hoy tiene (como sucedió con la bendición de Jacob, con el cántico de Moisés y las oraciones de Jonás y de Ezequías). En cuanto al último versículo unos lo tienen por añadido posteriormente, otros por auténtico (fundándose en la identidad de metro y en que redondea el pensamiento). Supuesto esto último, la redacción actual del cántico es de época posterior; pero en todo caso adviértese en él claramente expresada la expectación mesiánica, y puede demostrarse que tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento se hizo frecuente uso de él (¿en el culto?) (cfr. *Ps.* 112, y el *Magnificat, Luc.* 1, 46 ss.). Explicación del cántico en Zapletal, *Alttestamentliches* 99 ss.; Schlögl, *Die Bücher Samuels* 11; Schulz, *Die Bücher Samuel* I 26 ss.; *BZ* V 4 ss.

3 En el texto original «álzase mi cuerno»; el cuerno era símbolo de la fortaleza y como tal estaba colocado en el altar del Señor (núm. 303).

y ocupe un trono de gloria.
Porque del Señor son los cimientos de la tierra,
y sobre ellos asentó el orbe.

V. 9. El guarda los pasos de sus santos,
mas los impíos quedan mudos en tinieblas;
porque no será fuerte el hombre por su propia fuerza.

V. 10. A Yahve temerán sus adversarios,
y sobre ellos tronará en los cielos [1].

V. 11. *Yahve juzgará todo el orbe,*
dará el imperio a su Rey,
y ensalzará el poder de su Ungido» [2].

461. Helí bendijo a Elcana y a su mujer; los cuales regresaron a casa con la alegría en el corazón. Tres hijos y dos hijas dió el Señor a Ana por el que había consagrado a Dios; y Samuel servía en la presencia del Señor, e iba creciendo y era grato a Dios y a los hombres.

Mas *los hijos de Helí, Ofni y Fineés,* eran hijos de Belial [3], y ni respetaban al Señor, ni tenían en aprecio el santo oficio sacerdotal; sino cuando alguien llegaba a Silo a ofrecer un sacrificio al Señor, venía el criado del sacerdote (de Ofni o de Fineés), y trayendo en la mano un garfio (tenedor) de tres dientes, lo metía en la olla cuando aun estaba cociéndose la carne que se destinaba al banquete, y tomaba la porción del sacerdote; y antes de ofrecerse al Señor la grosura de la víctima en el altar de los holocaustos, se apoderaba con violencia de la carne cruda [4]. Era este proceder un pecado muy enorme a los ojos de Dios, por cuanto retraía a la gente de sacrificar al Señor. Mas Helí estaba muy anciano; y cuando oía las desvergüenzas que sus hijos cometían en el Santuario, se contentaba con amonestarlos diciendo: «Por qué hacéis esas cosas que me dicen de vosotros? No lo hagáis, hijos míos. Si pecare un hombre contra otro, puede Dios aplacarse con él; mas si el hombre pecare contra Dios, ¿quién rogará por él?» [5] Y no oyeron la voz de su padre; por lo cual determinó Dios perderlos [6].

Vino a la sazón un hombre de Dios (profeta) a Helí y le dijo: «Esto dice el Señor: ¿No es cierto que yo me manifesté a tu padre (Aarón) en Egipto y le escogí entre todas las tribus de Israel, a él y a su linaje, para el sacerdocio? ¿Por qué habéis pisoteado mis víctimas, y has honrado a tus hijos más que a mí, comiéndoos las primicias de todos los sacrificios de Israel mi pueblo? *Yo honraré a los que me glorifican; pero quienes me desprecian, serán cubiertos de oprobio.* He aquí que llegan los días en que cortaré tu brazo, y el brazo de la

---

[1] Los atemoriza, los desbarata (cfr. *Ps.* 2, 4 9).

[2] Leemos aquí por primera vez en la Sagrada Escritura la expresión «el Ungido del Señor», *maschiach Yahve,* de la cual nació la palabra «Mesías» (cfr. núm. 321). En el Antiguo Testamento significa propiamente el rey teocrático; así Saúl, I *Reg.* 24; David, I *Reg.* 16, 13; *Ps.* 17, 51; cfr. *Ps.* 83, 10; 132, 10. Una vez se aplica a Ciro (instrumento elegido por Dios; *Is.* 45, 1) y otra, en sentido figurado, a los Patriarcas (*Ps.* 104, 15); también se habla de una unción de profetas (III *Reg.* 19, 16). Pero con preferencia se predica este nombre del futuro Rey Sacerdote del linaje de David, del Redentor; cfr. en el núm. 521 el comentario a *Ps.* 2, 7 y 109, 3.

[3] Cfr. núm. 451.

[4] De los más de los sacrificios les correspondía alguna parte; pero era un crimen tomarla antes de que se hubiera quemado en el altar la porción reservada a Dios.

[5] Si vosotros mismos profanáis el Santuario de Dios ¿cómo y por qué medio podrá expiarse vuestro pecado?

[6] La cláusula: «porque el Señor había determinado matarlos» (así el texto hebreo), quiere decir: Por sus pecados permitió el Señor que pereciesen empedernidos (pues no escuchaban consejos de nadie). Pecaron contra el Espíritu Santo (contra el Señor), olvidándose de sus deberes y no oyendo la voz de su padre, el sumo sacerdote; cfr. *Matth.* 12, 31.

casa de tu padre [1]; de modo que no haya viejo en tu casa. En *un* mismo día morirán tus dos hijos. Y levantaré para mí un sacerdote fiel, que se portará conforme a mi corazón y a mi alma. Y sucederá que quien hubiere quedado de tu casa, vendrá para que se interceda por él, y ofrecerá una moneda de plata y una torta de pan, y dirá: dadme algún ministerio sacerdotal, para tener un bocado de pan que comer» [2].

462. En aquellos tiempos la palabra del Señor (por medio de profetas) era cosa rara, y el don de profecía no era común. Sucedió pues un día, que estando Helí durmiendo en un aposento próximo al Santuario, y Samuel cerca de él, antes que se apagase la lámpara del Señor [3] *llamó Dios a Samuel.* Este respondió: «Aquí estoy». Y creyendo que Helí le llamaba, corrió al punto diciendo: «Aquí estoy». Mas Helí le respondió: «No te he llamado; vuélvete a dormir». Por tres veces llamó el Señor a Samuel, y otras tantas fué éste a Helí. Conoció entonces el Pontífice que Dios era quien llamaba a Samuel [4], y le dijo: «Vuélvete y duerme; pero si oyes que te llaman otra vez, dirás así: Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha». Y estando de nuevo dormido Samuel, le llamó el Señor como antes: «Samuel, Samuel», y éste respondió: «Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha».

Dijo entonces el Señor a Samuel: «Mira que yo voy a hacer una cosa en Israel: que a todo el que la oyere le retiñirán ambos oídos. En aquel día despertaré contra Helí todas las cosas que he dicho sobre su casa. Porque, sabiendo lo indignamente que se conducen sus hijos, no los ha corregido. Por tanto, he jurado a la casa de Helí que no se expiará jamás su iniquidad con víctimas ni con presentes». A la mañana siguiente llamó Helí a Samuel y le conjuró a que nada le ocultase de cuanto le había dicho el Señor. Manifestólo Samuel todo, y Helí replicó: «El es el Señor; haga lo que es grato a sus ojos». Y Samuel creció, y el Señor era con él, y en adelante se le aparecía en Silo. Desde este momento la palabra de Samuel se hacía pública en Israel, y de todas sus predicciones ni una siquiera dejó de cumplirse; con lo que conoció todo Israel que Samuel era un verdadero profeta del Señor.

463. Sucedió por aquellos días [5] que *los filisteos* se juntaron *para luchar* contra los israelitas. Israel les salió al encuentro y se enfrentó

---

[1] Cortar el brazo quiere decir quebrantar el vigor; nadie en casa de Helí había de llegar a edad avanzada.

[2] Cumplióse la profecía, cuando perecieron los hijos de Helí; cuando más tarde Saúl exterminó la mayor parte de la familia de Helí (cfr. núm. 489); finalmente, cuando Salomón depuso del pontificado a Abiatar, tataranieto de Helí, nombrando único sumo sacerdote a Sadoc (núm. 556; cfr. núm. 459). Este es el sumo sacerdote según el corazón de Dios; pero en sentido más elevado lo fué el Mesías, de quien ambos eran figura (cfr. *Ps.* 109, 4; *Hebr.* 5, 6; 7, 17).

[3] Las lámparas del candelabro de siete brazos; duraba el aceite hasta el amanecer y entonces era preciso llenarlas de nuevo (cfr. núm. 302). En torno del Tabernáculo había dispuestas habitaciones para los sacerdotes de servicio, como hubo más tarde en derredor del Templo edificios destinados a este único objeto. Acaso durmiera Samuel en una veranda (formada por las cubiertas del Tabernáculo) cerca de la puerta, de donde podía observar fácilmente la luz del Santo (cerrado solamente por un velo).

[4] Tenía Samuel a la sazón 17-18 años; no era, pues, ya un «chico».

[5] Algún tiempo después de la primera aparición en Silo.

con ellos en Afec [1]. Luego de comenzar el combate, volvió Israel la espalda a los filisteos, huyendo a su campamento y dejando 4000 hombres muertos. Dijeron entonces los Ancianos de Israel. «¿Por qué nos ha herido el Señor hoy delante de los filisteos? Traigamos a nosotros de Silo el Arca de la Alianza del Señor, y venga en medio de nosotros, para que nos salve de la mano de nuestros enemigos» [2]. Enviaron, pues, a Silo; y los dos hijos de Helí acompañaron el Arca Santa, la cual fue recibida en el campamento con tales gritos de júbilo, que resonaron por toda la comarca.

Cuando los filisteos oyeron la algazara y supieron la causa, se atemorizaron y dijeron: «Su Dios ha venido al campamento. ¡Ay de nosotros! no fué tan grande el júbilo de ayer ni de antes de ayer: ¡Ay de nosotros! ¿Quién nos salvará de la mano de estos dioses excelsos? Estos son los dioses que hirieron a Egipto [3]. Esforzaos y sed hombres, filisteos; no sirváis a los hebreos como ellos os han servido a vosotros; esforzaos y pelead». Dieron los filisteos la batalla, y los israelitas sufrieron una espantosa derrota; 30000 quedaron en el campo de combate, y el Arca de la Alianza cayó en poder de los enemigos; también fueron muertos los dos hijos de Helí, Ofni y Fineés.

464. Vino aquel día del campo de batalla a Silo un benjaminita, rasgadas sus vestiduras y la cabeza cubierta de polvo. Y habiendo publicado la noticia, la ciudad comenzó a dar alaridos. Y cuando él llegó, estaba Helí sentado en una silla mirando hacia el camino, aun cuando por su mucha edad había perdido casi del todo la vista; pues su corazón se hallaba en continuo sobresalto por el Arca del Señor. Al oír Helí el clamor general preguntó: «¿Qué tumulto es ese?». Y el hombre que traía la noticia llegó apresurado diciendo: «Huyó Israel delante de los filisteos, y se ha hecho un grande destrozo en el pueblo; también han perecido tus dos hijos, Ofni y Fineés; y el Arca de Dios ha sido cautivada». Y cuando el hombre nombró el Arca de Dios, cayó Helí de espaldas de la silla cerca de la puerta; y quebrándose la cerviz, murió. Tenía a la sazón 98 años, y había sido juez de Israel durante cuarenta.

---

[1] Este *Afec* estaba situado, según *Ios*. 15, 53, en las montañas de Judá, según I *Reg* 7, 12, no lejos de Masfa (cfr. núm. 451).—Había *otro Afec* en el valle de Esdrelón, cerca de Endor, en la tribu de Isacar, acaso la aldea actual Fakua al pie del Djebel Fakua (montes de Gelboe; cfr. I *Reg*. 29, 1; núm. 430 y 498); *un tercer Afec* había en la tribu de Aser, probablemente la actual Afka, al pie del monte Líbano, entre Biblus y Baalbek; *un cuarto Afec* en la región oriental del Jordán, probablemente la actual Aphik o Fik, 5 Km. al oriente del lago de Genesaret, frente a Tiberíades. El nombre Afec significa fortaleza. Cfr. *Rb* 34.

[2] Estando presente el Arca, se creían seguros de la victoria, por la bendición de Moisés (núm. 354); de la santificación interior no se acordaban.

[3] Esta manera de expresarse es muy conforme con la manera de pensar de los gentiles, según los cuales el Dios de Israel es uno de tantos dioses nacionales. Pero de ninguna manera se sigue de aquí que también los israelitas tuviesen tal concepto de su Dios. El escritor sagrado nos describe el espanto y turbación de los filisteos, sin pretender transcribirnos al pie de la letra sus palabras y frases y sin que tuviese necesidad de indagar la autenticidad. Esto mismo se puede decir de otras muchas descripciones y frases, en las cuales lo que importa es la idea, el asunto, no la letra.

Tomaron, pues, los filisteos el Arca de Dios y la transportaron a Azoto [1], al templo de Dagón [2], colocándola junto a este ídolo. Cuando a la mañana siguiente se levantaron los de Azoto, yacía Dagón boca abajo en el suelo, delante del Arca del Señor. Repusiéronle en su lugar; pero a la otra mañana le hallaron de nuevo en el suelo; cabeza y manos, separadas del tronco, estaban sobre el umbral del templo. Demás de esto, el Señor hirió a los habitantes de Azoto y de aquella comarca con distintas plagas. Muchos murieron de úlceras dolorosas, y los campos quedaron asolados por una plaga de ratones. Consternados los habitantes de Azoto, dijeron: «No quede entre nosotros el Arca del Señor; porque su mano es muy pesada sobre nosotros». Y enviaron a buscar a los príncipes de los filisteos, los cuales se reunieron y dijeron: «¿Qué haremos del Arca de Dios de Israel?» A lo que respondieron los geteos: «Llévese por los contornos» [3]. Pero tanto en Get, a donde fué llevada primero, como en Accarón, a donde fué después, cundió la misma enfermedad.

Por fin el séptimo mes dijeron los príncipes de los filisteos: «Devolvamos el Arca del Dios de Israel a su lugar, para que no acabe con nuestro pueblo». Por consejo de sus sacerdotes y adivinos hicieron cinco figuras de ratones de oro y cinco de tumores [4], según el número de las cinco satrapías de la tierra de los filisteos, en recuerdo expiatorio de las plagas con que su tierra fué visitada; las encerraron en un cofrecito que pusieron junto al Arca del Señor; colocaron todo ello en un carro nuevo, al que uncieron dos vacas recién paridas, que no habían llevado todavía yugo, cuyas terneras quedaron encerradas en la boyera. Habían dicho también los adivinos: «Si viereis que las vacas con el Arca de Dios toman el camino de Betsamés [5], el Dios de Israel es el que nos ha hecho este grande mal; pero si no, sabremos que ha sido por acaso». Las vacas se dirigieron en derechura hacia Betsamés.

465. De esta manera devolvieron los filisteos el Arca de Dios; y sus príncipes la iban siguiendo detrás, hasta llegar al territorio de Betsamés. Estaban los betsamitas segando el trigo en un valle [6]. Y cuando vieron el Arca se llenaron de gozo. El carro se paró en medio de sus campos, junto a una gran piedra que allí había. Los sacerdotes sacaron del carro el Arca del Señor y el cofrecito y los colocaron sobre la piedra; y haciendo pedazos la madera del carro, pusieron encima las vacas y las ofrecieron en holocausto al Señor, e inmolaron luego víctimas pacíficas por los betsamitas. E hirió el Señor a los hombres de Betsamés por haber visto el Arca del Señor; e hizo morir setenta hombres del pueblo (y cincuenta mil de la plebe [7]).

---

[1] En hebreo *Asdod*, una de las cinco capitales de los filisteos (núm. 424), próxima al mar, 54 Km. al occidente de Jerusalén, unos 38 Km. al sur de Joppe; hoy se llama Esdud. Cfr. *Rb* 58. [2] Cfr. núm. 446.

[3] Para ver si la plaga de Azoto había sido casual.

[4] En lo tocante a estos presentes expiatorios y exvotos «sin duda entre los filisteos, como en otros pueblos, y aun hoy se puede observar (por ejemplo, en los santuarios católicos frecuentados por peregrinos), existía la costumbre de ofrecer a la divinidad simulacros o imitaciones de los miembros enfermos o de los animales dañinos» (Kautzsch, *Die heilige Schrift des AT* 416).

[5] Bethsamés (que quiere decir casa del sol) era una ciudad sacerdotal de la tribu de Judá (*Ios.* 21, 16; núm. 387), lindante con el país de los filisteos; se hallaba probablemente en las actuales ruinas de Ain Schems (fuente del sol), 25 Km. al occidente de Jerusalén, 20 Km. al sudeste de Accarón, a la salida de un ancho valle que arranca de esta ciudad, en el extremo septentrional de una crestería rocosa de 17-24 m. de altura. Cfr. *LB* I 659; *Rb* 86. El haber tomado las vacas el camino de Judá era señal evidente de que las guiaba un poder sobrenatural.

[6] A fines de mayo o a principios de junio (cfr. núm. 136).

[7] Estaba prohibido en la Ley bajo pena de muerte el mirar con curiosidad el Arca de la Alianza (*Num.* 4, 5, 20). Pero aquí, en circunstancias tan extraordinarias, siendo for-

Quedó el pueblo consternado y entristecido, y decía: «¿Quién podrá estar en la presencia de este Señor Dios santo? ¿Y a quién de nosotros podrá ir el Arca?». Y enviaron mensajeros a los habitantes de Cariatiarim [1], diciendo: «Los filisteos han vuelto el Arca del Señor; venid y llevadla entre vosotros».

466. Vinieron, pues, los de Cariatiarim, llevaron el Arca del Señor y depositáronla en Gabaa en casa de Abinadab [2]; y santificaron a Eleazar, su hijo, para que guardase el Arca del Señor [3]. Así pasaron todavía veinte años de opresión.

Samuel, que era juez en lugar de Helí [4], dijo entonces al pueblo de Israel: «Si de todo corazón os convertís al Señor, El os libertará del poder de los filisteos». Obedecieron a sus palabras. Congregóse todo Israel en Masfat, y sacaron agua y la derramaron en presencia del Señor como símbolo y sustitución de sus lágrimas de arrepentimiento; y ayuna-

---

zoso mirarla, y habiendo producido tanta *alegría* en la gente de Betsamés la aparición del Arca, no pudo ser aquella prohibición la causa del castigo. Tampoco se comprende de dónde pudo venir tan gran multitud de personas. Todos los intérpretes y traductores antiguos han visto la dificultad y salen del paso diciendo que en el texto hebreo se ha introducido erróneamente un número tan elevado, como sucede con frecuencia (cfr. pág. 50, nota 2), o que acaso el segundo número (50000) sea una adición posterior, como se desprende de Fl. Josefo, quien habla de 70 muertos. Y en verdad, la colocación irregular de los números indica que este pasaje no es auténtico: sería el único ejemplo de número compuesto en que el menor de los componentes, el cual precede al mayor, no vaya unido a éste por la conjunción copulativa «y» (König, *Einl.* 59). La edición de Kittel (Leipzig 1905) señala como críticamente inciertas las palabras que en el texto encerramos entre paréntesis. Según conjeturas bien fundadas de los críticos modernos, todo el versículo 19 está corrompido por supresiones, malas lecturas y cambios de letras y palabras. Con apoyo de las versiones griegas anteriores a la era cristiana y de otras antiguas, podría corregirse de esta manera: «Pero los hijos de Jeconías (sacerdotes y levitas) *no se alegraron* con la gente de Betsamés; porque *tenían miedo* del Arca del Señor (*ki jir'u,* ellos tenían miedo, en vez de *ki ra'u,* ellos miraron); hirió entonces (el Señor) *de entre ellos a 70 hombres y a cinco jefes de tribu»* (*chamischa'aluphim,* en vez de: *chamischim 'eleph isch,* 50000 hombres). Según esto los *muertos* fueron de entre los hijos de Jeconías, *levitas y sacerdotes* que *no se alegraron,* sino tuvieron miedo al ver de nuevo el Arca de la Alianza: justo castigo por haber olvidado sus deberes. La muerte repentina de 75 personas no deja de ser un acontecimiento que explica suficientemente el espanto y la consternación del pueblo. Cfr. Schlögl, *Die Bücher Samuels* 40 s.; Kath 1899 II 193.

[1] *Cariatiarim* (que significa la ciudad del bosque; cfr. *Ps.* 131, 6, núm. 531), llamada también Cariat Baal, Baala, Baalfarasim, Farasim, situada en la tribu de Judá, se llama hoy Cariat el-Enab (ciudad de las uvas); en la Edad Moderna se llamó también Abu-Gosch, del nombre del jeque de este lugar, que al principio del siglo XIX fué el terror de la comarca. Está situada 14 Km. al oeste de Jerusalén, en el camino de Betsamés a Silo. Cfr. núm. 412 y 418; núm. 519; *Rb* 105. El Arca de la Alianza ya no volvió a Silo, porque después de caer en poder de los filisteos éstos devastaron aquella ciudad, como indican *Ierem.* 7, 12 y *Ps.* 77, 60-66 (cfr. Schulz l.c. 111).—Todavía se ve allí una hermosa iglesia de tres naves, de 25 m. de longitud por 15 $^1/_2$ de anchura, construída en honor del profeta Jeremías por los Cruzados; en 1873 fué encomendada a Francia. Los Benedictinos franceses la han reconstruído, y el 2 de diciembre de 1907 fué consagrada por el patriarca de Jerusalén.

[2] *Gabaa* (que significa colina) era una altura de Cariatiarim o de su proximidad (I *Par.* 13, 6).

[3] Fl. Josefo (*Ant.* 6, 1, 4) llama levita a Abinadab; nada dice la Sagrada Escritura. La santificación de Eleazar consistió en separarlo de los habitantes de la ciudad y confiarle la guarda del Arca de la Alianza.

[4] Puesto que después de la opresión de 20 años se habla aquí por primera vez de la judicatura de Samuel, supone Hummelauer que en esta ocasión habría sido generalmente reconocido por juez.

ron diciendo: «Hemos pecado contra Dios» [1]. Y Samuel oró por ellos al Señor.

467. Oyendo los filisteos que los israelitas se habían congregado en Masfat, salieron contra ellos. Aterrados los israelitas dijeron a Samuel: «No ceses de clamar por nosotros al Señor Dios nuestro, para que nos salve de la mano de los filisteos». Y Samuel tomó un cordero de leche y ofrecióle entero en holocausto al Señor; y clamó Samuel al Señor por Israel. Y aconteció que mientras Samuel ofrecía el holocausto, los filisteos (aliados con los tirios [2]) comenzaron el combate contra Israel. Mas el Señor tronó aquel día con espantoso estruendo contra los filisteos y los aterró; de suerte que los israelitas los persiguieron hasta las fronteras. Samuel erigió una piedra como recuerdo, y llamó aquel lugar «Piedra del Socorro». Restituyeron los filisteos las ciudades conquistadas y ya no volvieron a venir (con feliz éxito) contra Israel; pues la mano del Señor estuvo contra los filisteos todos los días de Samuel [3]. Y Samuel juzgó al pueblo todos los días de su vida; e iba todos los años a Betel, Gálgala y Masfat, juzgando a Israel en estos lugares. Pero la residencia habitual era su ciudad natal, Ramata; allí juzgó a Israel y edificó un altar al Señor.

468. Sansón, que no siempre permaneció fiel a su estado de nazareo, sólo pudo «comenzar la liberación de Israel del poder de los filisteos»; pero Samuel, que supo guardarlo con fidelidad, la terminó. Por esto es **figura** perfecta **de Jesucristo,** el verdadero nazareo y libertador de su pueblo. Lo figuró en su concepción, en el himno de su madre, que tanta analogía tiene con el *Magnificat* de María, en el aumento en gracia delante de Dios y de los hombres y en la perfectísima obediencia y entrega a Dios. Fué llamado para ungir rey a David, padre, profeta inspirado y figura la más sublime del Mesías. Por eso el himno de su madre Ana encierra una alusión profética al reinado del Mesías sobre todo el mundo [4].

IV. Israel bajo sus tres primeros reyes. El Reino unido

(1050-930 a. Cr.)

60. Saúl, primer rey. Su elevación y reprobación

(I *Reg.* 8-15)

469. Siendo anciano Samuel tomó por auxiliares en el oficio de juez a sus dos hijos. Mas éstos no siguieron las pisadas de su padre, sino se dejaron arrastrar de la avaricia y torcieron la justicia. Por lo que juntándose los Ancianos de Israel dijeron a Samuel: «Bien ves que tú eres ya viejo, y que tus hijos no andan en tus caminos; *establécenos un rey como lo tienen todas las naciones*». Desagradó este lenguaje a Samuel, pues

---

[1] No se hace mención en la Ley de ceremonia de este género; es posible que la introdujese poco a poco la costumbre; y es notable por contener en germen la ceremonia con que el Precursor bautizó al Señor en el Jordán, sin dar de ella explicación alguna. Porque el tomar agua y derramarla delante del Señor equivale a esta confesión: hemos pecado contra el Señor.

[2] Cfr. *Eccli.* 46, 21.

[3] Los filisteos intentaron recobrar todavía en tiempo de Saúl el dominio perdido; mas fueron siempre derrotados. A la muerte de Samuel y Saúl volvieron a ganar terreno.

[4] Cfr. núm. 460; Weiss, *Messian. Vorbilder* 70.

quería que Dios solo fuese el Rey de Israel; mas oró al Señor, el cual le dijo: «Accede a su deseo; porque no te han desechado a ti, sino a mí, para que no reine sobre ellos [1]. Mas antes anúnciales los derechos que el rey ha de ejercer». Así lo hizo Samuel. Persistiendo en su deseo dijeron: «Ha de haber rey sobre nosotros y hemos de ser como todas las gentes; y nos juzgará nuestro rey, y saldrá delante de nosotros, y peleará por nosotros nuestras guerras». Hizo Samuel presentes estas cosas al Señor, el cual dijo de nuevo: «Haz lo que te piden y nómbrales un rey». Comunicóselo Samuel a los Ancianos y los despidió a sus casas.

De las palabras del pueblo y de las respuestas del Señor se colige claramente qué fué lo que desagradó a Dios: *no el reino (realeza) en sí,* previsto ya en el *Deuteronomio* 17, 14-20. Es más aún: según *Exodo* 19, 4, parece que Dios quería establecer un poder central, pero que difirió la institución *(Exod.* 32) por tiempo indeterminado, en castigo de la apostasía de su pueblo, y solamente estableció el sacerdocio. Ahora exige Israel un rey *como lo tienen todas las naciones,* etc., sin miramiento a la especial constitución y posición que Dios le había dado como «reino teocrático», y sin parar mientes en que los reveses experimentados hasta entonces se debían más a la apostasía que a la falta de un poder real (cfr. *Exod.* 10, 19; y más abajo núm. 273). No hay, pues, contradicción alguna en que Dios desapruebe su deseo, y ello no obstante, acceda a él. En la época de los Jueces se había manifestado con evidencia la necesidad de un poder central fuerte, que temporalmente habían ejercido los Jueces, unos más y otros menos; por este lado, el deseo de Israel era justo, y Dios accedió a él. Pero quiso declararle las desventajas de una realeza a usanza de otras naciones (cfr. I *Reg.* 8, 10-18), y las condiciones y el alcance que había de tener la nueva institución: no ha de ser autocrática e ilimitada, amiga de ostentaciones de poderío, ni entregada a empresas bélicas; sino un reino de Dios, fundado en la Ley divina, limitado por los derechos del sacerdocio, regido según el espíritu de los «hombres de Dios» (profetas), en cuyo nombre Samuel anuncia y determina la Ley del reino (teocrático), avisando y prediciendo a los israelitas lo que pronto, por desgracia, y más tarde muy a menudo había de suceder con el rey y con el pueblo: «Temed al Señor y servidle de veras, mas si os obstináis en la malicia, pereceréis vosotros y vuestro rey» (I *Reg.* 12, 24, 25; cfr. ib. 13-15).

470. Pronto mostró el Señor a Samuel al hombre que había escogido para rey de Israel. Vivía a la sazón en la tribu de Benjamín un hombre de buena posición y de viso, llamado Cis, el cual tenía un hijo llamado Saúl; era este joven tan gallardo y de tan buena presencia, que no le había mejor formado entre todos los hijos de Israel, sobrepujando a todos ellos lo que va de hombros arriba. Habiéndosele perdido a Cis unas pollinas, mandó por ellas a su hijo con un criado. Después de recorrer éstos muchas tierras en busca de las pollinas, llegaron finalmente a la tierra de Suf [2]. Dijo entonces Saúl a su criado: «vámonos a casa, no sea que mi padre esté intranquilo por nosotros más aún que por las pollinas». Replicó el criado: «Mira, en esta ciudad [3] hay un varón de Dios, hombre insigne; todo lo que dice, se cumple sin duda. Vamos, pues, allá; tal vez sepa indicarnos el camino que debemos seguir». Fuéronse, pues, a la ciudad en que estaba el varón de Dios.

En medio de la ciudad, les salió al encuentro Samuel; pues el día anterior el Señor le había revelado la hora en que le enviaría al hombre a quien debía ungir

---

[1] Cfr. núm. 435. Acerca de la institución de la realeza cfr. Wiesmann, *Einführung des Königtums in Israel,* en *ZKTh* 1910, 118 ss.

[2] Probablemente la comarca de la actual *Sapha,* al sudoeste de Belén.

[3] No Ramata, patria de Saúl, puesto que éste a su regreso a Gabaa pasó por el sepulcro de Raquel, sino una ciudad que está al mediodía de dicho sepulcro, en la cual vivía entonces Samuel; acaso Belén.

por rey de Israel. Luego que Samuel vió a Saúl, díjole el Señor: «Ese es el hombre a quien has de ungir por rey de mi pueblo». Invitóle Samuel al banquete que iba a celebrar en la parte alta de la ciudad, y añadió: «No estés con cuidado por las pollinas, porque ya parecieron. Mas ¿y de quién será todo lo mejor que hay en Israel? ¿Por ventura no será para ti y para toda la casa de tu padre? Mas Saúl le respondió, diciendo: «¿Acaso no soy yo benjaminita, de la más pequeña tribu de Israel, y mi familia no es la última de todas las familias de la tribu de Benjamín? ¿Por qué, pues, me dices esto?» Samuel, sin añadir palabra, condujo a ambos a la sala del convite, y les dió el primer puesto entre todos los convidados. Terminado el banquete, llevó Samuel a su invitado a una casa de la ciudad, y habló con él en el desván [1], e hizo que le preparasen allí la cama. A la mañana siguiente llevó a Saúl al extremo de la ciudad, y allí le dijo: «Di al criado que vaya adelante; mas tú párate un poco, porque tengo que comunicarte una palabra del Señor».

Sacó entonces un cuerno (redoma) con óleo, que derramó sobre la cabeza [2] de Saúl, y besándole [3] dijo: «He aquí que el Señor te ha ungido príncipe sobre su heredad, y librarás a su pueblo de las manos de sus enemigos que le rodean. Y ésta será la señal de que Dios te ha ungido por príncipe: Hoy, luego que te hayas apartado de mí, hallarás dos hombres junto al *sepulcro de Raquel,* en los términos de Benjamín, a la parte meridional, y te dirán: han sido halladas las pollinas que fuiste a buscar; y no pensando ya tu padre en ellas, está en pena por vosotros. Luego que partieres de allí y pasares más adelante y vinieres a la *encina de Tabor* [4], encontrarás allí a tres hombres que suben a Betel [5] a adorar a Dios, el uno con tres cabritos, el otro con tres tortas de pan y el otro con un cántaro de vino. Y después de haberte saludado, te darán dos panes y los tomarás de su mano. De allí vendrás al *collado de Dios,* donde está la columna de los filisteos [6]; y cuando hubieres entrado allí en la ciudad, encontrarás un grupo de profetas que desciende del monte profetizando [7], pre-

---

[1] En la azotea de la casa. Todavía sirven hoy en Oriente las azoteas para pasar un rato de recreo o conversar en secreto. A veces hay en ellas también una sala o cuarto que puede utilizarse para dormitorio (cfr. III *Reg.* 17, 19; IV *Reg.* 4, 10; núm. 404 y 426). Todavía no habla Samuel de la realeza, sino en términos generales del estado religioso y político de Israel.

[2] El aceite es símbolo de la divina gracia, de la luz y de la fuerza (cfr. núm. 179); la unción significaba aquí, como en el caso de los reyes posteriores, el llamamiento divino y la habilitación para la realeza. Más tarde dió a conocer el mismo Dios al pueblo la elección de Saúl por medio de las suertes.—La unción de los reyes estaba prescrita por lo menos en Judá, pero no se hacía con el óleo sagrado de ungir, que sólo se derramaba sobre la cabeza del sumo sacerdote (*Exod.* 30, 25 ss.), sino con aceite escogido de olivas que, según parece, se conservaba en el Santuario (cfr. *Ps.* 88, 21; III *Reg.* 1, 39).

[3] En señal de amor y acaso también de reverencia. Porque en Oriente se demostraba el respeto besando el vestido, el pie, la mano o la frente, según la categoría de la persona. Así dice el Salmo 2, 12 en el texto hebreo: «besad al hijo (de Dios)»; como si dijera: «reverenciadle».

[4] Nada sabemos de este lugar; sin duda estaba situado en el camino de Belén a Gabaa.

[5] Desde la aparición de la escala de Jacob, *Betel* era un lugar sagrado para los israelitas (cfr. núm. 179); había allí, como se colige de este pasaje, un altar consagrado a Dios (cfr. núm. 451).

[6] Tal vez la colina de Rama, donde había erigido Samuel un altar (7, 17); el texto puntualiza el lugar nombrando un monumento que allí erigieron los filisteos, la «columna de los filisteos» (hebr.); según la *Vulgata,* un puesto o atalaya de los filisteos; cfr. 13, 2; núm. 475.

[7] *Discípulos de profetas,* cuyo maestro y jefe era Samuel (I *Reg.* 19, 20). Más tarde se hace mención de ellos con frecuencia. Jóvenes piadosos y hombres de edad se congregaban en torno de los profetas (Elías, Eliseo; cfr. IV *Reg.* 2, 2, 5; 4, 38; 6, 1 s.; núm. 588, 594 s.), se instruían en la religión y en la Ley y alimentaban su espíritu de santo entusiasmo por los ideales religiosos y nacionales. Formaban «asociaciones», que algún día habían de ser el principio de la regeneración religiosa y del resurgimiento polí-

cedido de salterio y tambor y flauta y cítara. Y vendrá sobre ti el espíritu del Señor, y profetizarás con ellos, y *serás mudado en otro hombre*. Luego que te acaecieren todas estas señales, haz todo lo que te viniere a la mano; porque el Señor es contigo. Y descenderás delante de mí a Gálgala (porque yo descenderé a ti) para que hagas ofrendas y sacrifiques víctimas pacíficas; esperarás siete días, hasta que yo venga a ti y te muestre lo que has de hacer».

Así que Saúl se despidió de Samuel, *dióle el Señor*[1] *otro corazón* (esto es, dióle Dios sentido de la realeza, espíritu de sabiduría y fortaleza), y se cumplió la predicción de Samuel en todos sus puntos. Y como hubiese encontrado un coro de profetas (discípulos), agregóseles y se condujo como ellos. Viendo esto los que le habían conocido poco antes, se decían: «¿Qué es esto que ha sucedido al hijo de Cis? ¿También Saúl entre los profetas?» Por donde pasó[2] a proverbio: «¿También Saúl entre los profetas?».

471. Luego de esto congregó Samuel al pueblo en Masfa[3] para darle a conocer la voluntad de Dios respecto al nuevo rey, y para que Saúl recibiese del mismo Dios la confirmación solemnemente de la elección. Aquí Samuel echó en cara otra vez al pueblo el deseo desordenado de tener rey, diciendo: «Esto dice el Señor: Yo saqué a Israel de Egipto, y os libré de la mano de los egipcios y de la mano de todos los reyes que os afligían. Mas vosotros habéis desechado hoy a vuestro Dios, que solo os ha salvado de todos los males y de vuestras tribulaciones; y habéis dicho: No ha de ser tal, mas establece un rey sobre nosotros. Ahora, pues, presentaos delante del Señor por vuestras tribus y familias para el sorteo dispuesto por Dios»[4]. Así se hizo; y cayó la suerte en la tribu de Benjamín; en ésta, en la familia de Metri; y, finalmente, en Saúl. Buscáronle luego, mas no pudieron encontrarlo. Consultaron al Señor, el cual respondió: «Está escondido en su casa»[5]. Fueron presurosos y le trajeron.

Y así que estuvo en medio del pueblo, sobrepasaba a todos de hombros arriba; y Samuel dijo entonces: «Bien veis al que ha elegido el Señor, y que no hay semejante a él en todo el pueblo»[6]. Y todos gritaron: *Viva*

---

tico de Israel. Seguramente no eran «escuelas» según el concepto de hoy; por lo menos nada sabemos de la institución de las escuelas de profetas; cfr. *KL* X 465.—«Profetizar» significa aquí entonar canciones religiosas o pronunciar discursos rebosantes de entusiasmo. La música servía para despertar el entusiasmo y acompañar las canciones.

[1] En el texto hebreo se lee: «Y su corazón se trocó en otro», en el sentido predicho por Samuel: por obra del Espíritu de Dios.

[2] Para denotar extrañeza al ver a uno en un estado para el cual no mostró aptitud ninguna. Contribuyó, sin duda, a la formación del proverbio algún caso todavía más chocante ocurrido más tarde con el mismo Saúl. Cfr. núm. 486; *ThG* IV 368, 734; IV 396 ss.

[3] Cfr. núm. 451, 466 s.

[4] Dispone la Ley que sea rey aquel a quien Dios eligiere de entre los hijos de Israel (cfr. núm. 393). Aquí la suerte decidirá la elección, porque Dios quería manifestar su voluntad por este medio, y dar a conocer a todo el pueblo lo que ya sabía Samuel; cfr. núm. 409 y 470.

[5] Saúl se ocultó por humildad y para que constase a todos que no había buscado la dignidad real; acaso también por temor de que su elección no fuese recibida con agrado. Según la versión griega, pregunta Samuel «en nombre del Señor» (es decir, pública y solemnemente), si está presente Saúl; «y he aquí que se había ocultado en el equipaje» (es decir, entre la multitud, en segundo término; seguramente hizo esto al ver que había caído la suerte sobre su familia y que, por tanto, le iba a caer a él).

[6] La corpulencia y robustez eran en la antigüedad cualidades requeridas en quien había de ser investido de la dignidad real, máxime cuando, como en nuestro caso, la primera incumbencia del rey, señalada de antemano, era ponerse al frente del pueblo para pelear contra los enemigos. Por eso recalca Samuel la prestancia del elegido.

el rey. Y declaró Samuel los derechos y deberes de la realeza y los escribió en un libro, que depositó delante del Señor [1]. Luego despidió al pueblo. También Saúl se fué a su casa de Gabaa, escoltado por una multitud de hombres, cuyo corazón tocó el Señor para que siguiesen a su escogido. Pero no faltaron quienes dijeran (la Biblia les llama hijos de Belial, esto es, gentes que no respetan la voluntad expresa de Dios): «¿Por ventura podrá éste salvarnos?» Y le despreciaron y no le ofrecieron presentes [2]. Mas él disimuló, haciendo que no lo advertía.

472. Pronto se presentó a Saúl ocasión de confundir a sus contrarios. Pasado casi un mes, *Naas, rey de los ammonitas,* movilizó sus tropas y sitió la ciudad de Jabes de Galaad [3]. Y dijeron los habitantes de Jabés a Naas: «Haz alianza con nosotros y te serviremos». Respondióles sarcásticamente Naas: «La alianza que haré con vosotros será sacaros a todos el ojo derecho, convirtiéndoos en el oprobio de todo Israel» [4]. Llegó la noticia de esto también a Gabaa, patria de Saúl, y todo el pueblo se echó a llorar a voz en grito. Y he aquí que Saúl volvía del campo en pos de sus bueyes [5]. Y al oír aquellos lamentos, dijo: «¿Qué tiene el pueblo, que llora?» Y contáronle las palabras de los habitantes de Jabés.

Entonces el espíritu del Señor vino sobre Saúl, el cual se irritó sobremanera. Y tomando los dos bueyes los hizo trozos y envióles por todos los términos de Israel por mano de unos mensajeros, diciendo: «Así serán tratados los bueyes de todo aquel que no saliere y siguiere a Saúl y a Samuel». Entró el temor del Señor en el pueblo, y todos salieron como un solo hombre. Saúl pasó revista en Bezec [6]; y halláronse (trescientos mil de los hijos de Israel y) treinta mil de Judá. Acaeció entonces que, llegada la vigilia matutina [7], dividió Saúl el pueblo en tres cuerpos, y entróse por medio del campamento de los ammonitas, acuchillándolos de tal suerte, que de los fugitivos no quedaron dos juntos. Y dijo el pueblo a Samuel [8]: «¿Quién fué el que dijo: por ventura reinará Saúl sobre

---

[1] Es decir, añadió esto en el Libro que se guardaba en el Arca de la Alianza; cfr. núm. 388, 396, 421. La Ley de Samuel acerca de la realeza es una explanación de la de Moisés (*Deut.* 17, 14-20; cfr. núm. 393).

[2] Los presentes constituían en Oriente la principal fuente de ingresos reales. Estos fueron aumentando poco a poco en Israel por diversos conceptos: despojos de guerra (II *Reg.* 8, 7); confiscación de bienes por delitos políticos (III *Reg.* 21, 16); regalías (*Amos* 7, 1); prestación personal (III *Reg.* 5, 13; 9, 21); tributos naturales (I *Reg.* 8, 15 17).

[3] *Jabes*, capital de Galaad, se hallaba en la proximidad de Betsan (I *Reg.* 31, 12); se ha conservado el nombre en el Wadi Yabis, que desemboca en el valle del Jordán por Oriente (*Rb* 208).

[4] El escudo, que se sostenía con la mano izquierda, tapaba el ojo izquierdo. Privados del derecho, no podían ya servirse del escudo y quedaban inútiles para la guerra y sólo valían para esclavos.

[5] Hasta ahora su realeza había sido mero título. Así como los Jueces no lograban implantar su autoridad en el pueblo hasta tanto que la acreditaban con alguna acción heroica, así esperaba Saúl una coyuntura favorable para hacer valer sus prerrogativas reales. Hasta entonces siguió ocupado en sus trabajos, mientras Samuel desempeñaba como antes el oficio de juez. Demás de esto los hombres más eminentes y los generales más afamados de la antigüedad no se desdeñaban de ocuparse en las labores del campo. Así Cincinato (458 a. Cr.), dejando el arado, fué a desempeñar el oficio de dictador, para volver luego a sus trabajos agrícolas.

[6] Cfr. núm. 424. En el dato numérico siguiente hay error en el texto hebreo, como lo prueban las divergencias de las versiones antiguas: probablemente el número primitivo es 30000 (Schlögl, *Die Bücher Samuels* 69; cfr. *Iudic.* 20, 2; núm. 451).

[7] Entre las dos y las seis (cfr. núm. 263).

[8] Esta feliz empresa le granjeó el reconocimiento y la simpatía de *todo* el pueblo; sus enemigos quedaron mudos. Entonces transfirió Samuel solemnemente sus poderes a Saúl en Gálgala.

nosotros? Dadnos acá a esos hombres y los mataremos». Mas Saúl les dijo: «No será muerto ninguno en este día, porque hoy ha salvado el Señor a Israel».

473. Dijo entonces Samuel al pueblo: «Venid y vamos a Gálgala y *renovemos allí el reino*». Encaminose todo el pueblo a Gálgala y proclamó rey a Saúl inmolando víctimas pacíficas. Y alegráronse mucho allí Saúl y todos los varones de Israel. Terminada la solemnidad, tomó la palabra Samuel para hacer entrega al rey de su cargo de juez, y despedirse del pueblo que hasta entonces había regido. Dijo de esta manera: «Ya veis que he accedido a vuestro deseo, dándoos un rey. Yo ya soy viejo y lleno de canas. Entre vosotros he vivido desde mi juventud hasta el día de hoy. Declarad en presencia del Señor y de su ungido, si hice desafuero o violencia a alguno, o si de alguien acepté presente que me hubiese cegado; pues dispuesto estoy a dar satisfacción». Respondieron ellos: «A nadie has hecho desafuero o violencia, ni has tomado de nadie cosa chica ni grande». Prosiguió Samuel: «El Señor y su ungido son testigos de que no habéis hallado cosa alguna (injusta) en mi mano». Respondieron ellos: «Son testigos».

Trájoles a la memoria cómo Dios se había compadecido de ellos desde la salida de Egipto y particularmente en tiempo de los Jueces, siempre que contri tos habían vuelto hacia El sus ojos, y terminó con estas palabras: «Mas vosotros, viéndoos acometidos por Naas, rey de los ammonitas, me dijisteis: Queremos que nos mande un rey, siendo así que era el mismo Señor Dios quien reinaba sobre vosotros. Ahora bien, ya tenéis vuestro rey, que habéis demandado y elegido. Ved que Yahve os ha dado un rey. Si temiereis al Señor (Yahve) vosotros y vuestro rey, y escuchareis su voz, El os protegerá a vosotros y a vuestro rey; pero si fuereis rebeldes a sus mandatos, descargará su mano contra vosotros. Mas ved el prodigio que el Señor va a hacer a vuestros ojos. ¿Por ventura no es al presente la siega del trigo? Invocaré al Señor, y enviará truenos y lluvia [1]; y sabréis y veréis el grande mal que os habéis acarreado delante del Señor pidiendo un rey sobre vosotros». Y clamó Samuel al Señor, y envió el Señor truenos y lluvia.

Con lo que el pueblo temió en gran manera y dijo a Samuel: «Ruega por tus siervos al Señor Dios tuyo, para que no muramos; porque hemos añadido a todos nuestros pecados este mal de pedir rey para nosotros». Replicó Samuel: «No temáis. Es verdad que habéis obrado mal; mas el Señor no desamparará a su pueblo. Lejos de mí que yo cese de rogar por vosotros. Temed al Señor y servidle de veras y de todo vuestro corazón. Mas si os obstinareis en la malicia, vosotros y vuestro rey pereceréis juntamente» [2].

474. Escogióse [3] Saúl 3000 hombres de todo Israel (para una campaña contra los filisteos); de los cuales 2000 estaban con él en Macmas [4] y

---

[1] Esto es un «fenómeno asombroso» *(res grandis)*, porque en tiempo de la recolección no ocurren grandes tempestades en Palestina; cfr. lo antes dicho acerca del milagro de Josué; núm. 414.

[2] Cfr. *Deut*. 28, 36; núm. 395.

[3] Este pasaje difícil 13, 1: «*hijo de un año era Saúl* cuando comenzó a reinar y reinó dos años sobre Israel», falta en los LXX y acaso fuese introducido posteriormente en el texto hebreo. Unos lo entienden: «un año reinó Saúl y al segundo año de su reinado», etc.; otros suponen que hay corrupción en los signos numéricos. Se ha propuesto la siguiente corrección: «Saúl tenía 30 años cuando fué elegido rey y reinó 40». En ninguna parte del Antiguo Testamento se dice la duración del reinado de Saúl, que según los *Hechos de los Apóstoles* 13, 21 y Fl. Josefo (6, 14, 9), fué de 40 años. Pero el pasaje de Josefo es críticamente incierto; 40 parece una cifra muy exagerada, por lo cual algunos intérpretes entienden *Act*. 13, 21 de los años de la judicatura de Samuel y del reinado de Saúl, calculando en 15-20 los del último. Según esto, el comienzo de su reinado debe fijarse hacia el 1030. Más pormenores en *ZKTh* 1913, 78 s.

[4] En la tribu de Benjamín; llámase hoy Mukhmas, 12 Km. al norte de Jerusalén, en la cresta de un monte, junto a un desfiladero. Cfr. *AB* 73; *Rb* 245.

en el monte de Betel, y 1000 con Jonatás en Gabaa de Benjamín. Despidió el resto del pueblo, a cada uno a su casa. Jonatás pasó a cuchillo la guarnición filistea, que estaba en Gabaa [1]. Inmediatamente dispuso Saúl que todo Israel acudiera a Gálgala contra los filisteos. Estos a su vez se pusieron en marcha con 30000 carros de guerra [2], 6000 jinetes y una multitud sobremanera grande de gente de a pie, y acamparon en Macmas. A esta noticia ocultáronse los israelitas en cuevas y peñascos, grutas y cisternas; y los de allende el Jordán se volvieron a sus casas.

Los que se unieron a Saúl en Gálgala comenzaron a abandonarle, y Saúl tenía que esperar siete días a Samuel, según éste había dispuesto antes [3]. Todavía no había llegado a su fin el séptimo día, *cuando Saúl, impaciente, mandó ofrecer sacrificios* [4] para conocer la voluntad del Señor e impetrar su protección para el combate. Acabado que hubo de ofrecer el sacrificio, he aquí que llegaba Samuel: «¿Qué has hecho?». Quiso disculparse Saúl con la urgencia del momento; pero Samuel le dijo: «Has obrado neciamente, y no has guardado los mandamientos que te dió el Señor Dios tuyo. Si no hubieras hecho esto, el Señor desde ahora hubiera establecido tu reino sobre Israel para siempre, mas tu reino no se sostendrá largamente. El Señor se ha buscado un varón según su corazón; y el Señor le ha mandado que sea caudillo sobre su pueblo, por cuanto no has guardado lo que te mandó el Señor Dios tuyo, según te lo anuncié» [5]. Y se retiró Samuel y fuése a Gabaa de Benjamín.

475. Saúl, con la gente que le quedaba, unos 600 hombres, fuése a Gabaa [6] donde estaba Jonatás, su hijo. Los filisteos habían sentado sus reales en Macmas,

---

[1] En hebreo *Geba,* distinta, por consiguiente, de *Gibeah,* patria de Saúl, y 6 Km. al norte de ésta, 2 Km. al sudoeste de Macmas. Cfr. *AB* 51. Los filisteos, según esto, habían adelantado sus posiciones (cfr. núm. 470). Según otros se trata también aquí de una columna erigida por los filisteos. Acaso la institución de un reino, cuyo titular estaba rodeado de un «ejército permanente», fuera causa de que los filisteos reforzasen la defensa de su amenazado predominio.

[2] En las versiones antiguas se lee 3000, que está conforme con el pequeño país de los filisteos. Schulz *(Die Bücher Samuel* 185) dice que los 6000 «jinetes» eran guerreros que combatían en carros, pues ni siquiera la milicia egipcia creada por los Hycsos conocía la caballería en el sentido moderno de la palabra, sino solamente carros de guerra, en cada uno de los cuales iban dos hombres.

[3] Lo mismo le dijo Samuel luego de ungirle (I *Reg.* 10, 8; cfr. núm. 470): que aguardara siete días en Gálgala, hasta que le indicase de parte de Dios lo que había de hacer. Pero no es probable que se refiera aquí el texto a aquella primera orden.

[4] No dice la Sagrada Escritura expresamente que Saúl ofreciese el sacrificio por su propia mano; pero verosímil es que lo hiciera.

[5] La sentencia parece muy severa, más si se admite que Saúl no ofreció por su propia mano el sacrificio. Aguardó el tiempo señalado y creyó que la necesidad y las circunstancias le obligaban a dar aquel paso. Desaparece la dificultad si se observa que por una parte la culpa de Saúl no estaba tanto en la desobediencia, como en la falta de confianza en Dios. Como representante del supremo y único Rey de Israel no debió haber procedido caprichosamente en aquel apuro, sino confiar incondicionalmente en la protección divina. Saúl mostró ya aquí aquella falta de carácter que más tarde (cfr. núm. 477) le empujó a desobedecer a sabiendas la orden expresa de Dios (ejecución del exterminio), a pesar de los duros castigos que la Ley establecía para los que descuidaban el anatema. Esta manera de conducirse era impropia de un rey teocrático. Puede admitirse con Göttsberger (en *Festgabe zu Knöpflers 70 Geburtstag,* Friburgo 1917, 140 ss.) que Samuel no le *anuncia* aquí todavía la sentencia de reprobación (cap. 15), sino que, viendo sus malas cualidades, lanza una *amenaza* profética.

[6] Es decir, Geba; cfr. nota 1 de esta misma página.

de donde salían destacamentos que saqueaban y asolaban la comarca. No podía Saúl oponerles resistencia, por cuanto los filisteos habían tomado la precaución de que en Israel no hubiese forjadores; por lo que los israelitas se veían precisados a recurrir a sus enemigos para comprar utensilios y armas, y apenas si podían transformar en lanzas, sirviéndose de limas, las rejas de arado, los aguijones y otros instrumentos de labranza [1].

Cansado Jonatás de inacción tan poco gloriosa, dijo un día secretamente a su escudero: «Ven y lleguémonos a las avanzadas de los filisteos». Entre Gabaa y Macmas había un profundo desfiladero; descollaban por entrambos lados peñascos dentados. En el lado norte vigilaban las avanzadas de los filisteos [2]. Dijo, pues, Jonatás a su escudero: «Ea, vamos al puesto de esos incircuncisos; quizá el Señor combatirá por nosotros, porque es igualmente fácil a Dios dar la victoria con mucha que con poca gente. Si luego que nos hayan descubierto nos dijeren: Esperad ahí hasta que vayamos a vosotros, quedaremos quietos en nuestro lugar. Pero si dijeren: Llegáos acá, avanzaremos; porque ésta será la señal de que Dios los ha entregado en nuestras manos» [3]

Luego que fueron descubiertos, dijeron los filisteos: «Ved allí los hebreos que salen de las cavernas, en donde se habían escondido»; y les gritaron: «Acercaos a nosotros, que tenemos que deciros una cosa». Trepando con manos y pies subieron Jonatás y su escudero. Llegados arriba, arremetieron contra los enemigos, los cuales huyeron despavoridos [4], quedando muertos veinte hombres en el espacio de media yugada. Como por milagro de Dios se esparció un terror pánico por los reales de los filisteos, y la tierra se conmovió por el tumulto. Avisado Saúl por sus centinelas, mandó averiguar quién había salido del campamento; hallóse que faltaban Jonatás y su escudero. Quiso consultar Saúl al sumo sacerdote del Señor; pero como creciese el tumulto y algazara, alzó el grito Saúl con toda su gente y se echó sobre el campamento enemigo. Pero los filisteos blandían sus espadas unos contra otros, causándose a sí mismos grandísimo estrago. Además, los israelitas que en días anteriores se habían pasado a los filisteos, volviéronse a incorporar a los suyos. Asimismo todos los que se habían escondido en las montañas de Efraim acudieron con presteza a reunirse a Saúl; de suerte que pronto pudo éste disponer de un ejército de 10000 hombres. El combate se extendió hasta Betavén; y los filisteos tuvieron una gran derrota y fueron perseguidos hasta Ayalón [5].

476. Como estuviesen los israelitas a punto de desfallecer a causa de tan larga persecución, conjuró Saúl al pueblo diciendo: «Maldito sea el hombre que probare bocado antes de la noche, hasta que yo haya tomado venganza de mis enemigos». Y se abstuvieron de comer, por más que encontraron miel [6] en un bosque por donde acertaron a pasar. Sólo Jonatás, que no había oído las palabras de su padre, alargó la punta del bastón que tenía en la mano, mojóla en la miel, y llevóla luego a su boca, con lo que se sintió reconfortado. Llegada la noche, después que todos hubieron recobrado sus fuerzas con el alimento, decidió Saúl seguir persiguiendo a los filisteos. Habiéndolo consultado con

---

[1] Así el difícil pasaje del texto hebreo, restablecido por Hummelauer, Peters y otros; la interpretación está en armonía con el contexto y pinta al vivo la situación insufrible del pueblo.

[2] Véase más pormenores acerca de este lugar en *HL* 1906, 68.

[3] Como los filisteos bajasen, demostraban su valor; pero si no se atrevían a abandonar sus posiciones para atacar al enemigo, era señal manifiesta de cobardía y desaliento.

[4] Los filisteos no podían ver si a Jonatás acompañaba mucha o poca gente; y como no era de suponer que dos hombres solos se atreviesen a atacar sus posesiones, creyeron que se trataba de fuerzas enemigas superiores.

[5] 25 Km. al sudoeste de Macmas; se replegaron, por consiguiente, a su patria. Acerca de Ayalón véase núm. 413. Cfr. *LB* I 178.

[6] Silvestre; probablemente caía de los árboles, en donde las abejas habían fabricado los panales.

el Señor [1], no obtuvo respuesta alguna. Por lo que dijo Saúl consternado: «Haced que vengan acá todos los principales del pueblo; y examinad y ved por culpa de quién sucede hoy esto. Vive el Señor, que es el salvador de Israel: que si la causa de esto es mi hijo Jonatás, morirá sin remisión».

Separó, pues, a un lado a todos los jefes, y él y Jonatás se pusieron en el otro; e hizo esta súplica al Señor: «Señor Dios de Israel, da a conocer por qué motivo no has respondido hoy a tu siervo. Si esta maldad se halla en mí o en mi hijo Jonatás, decláralo; pero si tu pueblo es el culpado, muestra tu santidad (manifestando al culpable)». Y cayó la suerte sobre Jonatás y Saúl. Dijo entonces Saúl: «Decida la suerte entre mí y mi hijo Jonatás». Y la suerte cayó sobre Jonatás. Preguntóle Saúl: «¿Qué has hecho?» Jonatás confesó todo diciendo: «Gusté un poco de miel con el bastón que tenía en la mano; y he aquí que voy a morir». Saúl dijo resueltamente: «Haga conmigo Dios esto y aquello (en castigo) [2], si tú, Jonatás, no mueres sin remedio». El pueblo, empero, intervino diciendo: «¿Conque morirá Jonatás, que ha hecho esta salud grande en Israel? No será así. Vive el Señor, que no ha de caer en tierra ni un solo cabello de su cabeza, porque lo que ha obrado hoy, con Dios lo ha obrado». Así libró el pueblo a Jonatás de la muerte [3]. Mas Saúl ya no prosiguió la persecución de los filisteos.

Luego que Saúl vió asegurado su trono en Israel, *peleó contra todos los enemigos vecinos,* contra Moab y contra Ammón, contra Idumea y los reyes de Soba [4], y contra los filisteos; y de todas sus campañas volvía vencedor. Su primo Abner era general en jefe [5]. La lucha contra los filisteos fué particularmente violenta todo el tiempo que vivió Saúl. Por lo que, cuando Saúl tenía noticia de algún varón esforzado y experto en el arte de la guerra, le tomaba consigo.

477. Por desgracia, el agradecimiento de Saúl a Dios no fué a la par de sus victorias. En cierta ocasión dijo Samuel a Saúl [6]: «Esto dice el

---

[1] Por medio del *Urim* y *Tummim* del sumo sacerdote; era a la sazón Aquías, I *Reg.* 14, 18 y no Samuel, el cual ni siquiera estaba en el campamento.

[2] Una de tantas fórmulas que se emplean para afirmar y jurar; aquí significa: morirás, a pesar de todo.

[3] Cosa dura e injusta fué conjurar al pueblo a no probar bocado; aun lo fué más ordenarlo bajo pena de muerte. Los hechos hicieron reflexionar a Saúl; el cual debió de reconocerse él mismo pecador y culpable de que Dios no respondiese a la consulta. Por eso desistió de seguir persiguiendo al enemigo, temeroso de que Dios se enojase contra él.— Sólo esta guerra contra los filisteos y otra posterior contra Amalec nos cuenta circunstanciadamente el Sagrado Texto, por estar ambas relacionadas con la reprobación de Saúl; de lo demás habla sumariamente.

[4] Capital de un reino sirio vecino, cuya situación se discute. Se creyó deberla encontrar entre Damasco y el Eufrates. Furrer la tiene por la actual *Zabun* de Celesiria, 30 Km. al norte de Baalbek (cfr. *ZDPV* 1885, 33). Pero fundándose en datos asirios, tratan actualmente de hallarla al sur de Damasco, hacia el país de Ammón, donde estaban también los dominios de Hadarecer, mencionados en II *Reg.* 8, 3 (Rohob, al oriente y sudeste del mar de Galilea y del Hermón. Kautzsch, *Die Heilige Schrift des AT* 463). Sin embargo, los datos asirios no son suficientemente precisos y seguros, y lo más acertado parece buscarla en el llamado *Beqa'a* (valle del Orontes), en Celesiria, desde donde se extendían los dominios de su rey hasta Damasco por el Oriente, y hasta los límites de Galilea y de la región transjordánica por el mediodía; mientras que Bet-Rohob parece haber sido una ciudad tributaria. Cfr. Sanda, *Die Bücher der Könige* I 90 ss.; AB 105; *Rb* 348.

[5] I *Reg.* 14, 50; cfr. 9, 1. Las victorias de Saúl fueron muy efímeras, pues David tuvo que luchar después con los mismos enemigos.

[6] Probablemente con ocasión de alguna de aquellas bárbaras incursiones, que estos salvajes enemigos hacían con frecuencia, solos o en compañía de otros pueblos (cfr. *Iudic.* 3, 13; 6, 3; núm. 426 y 431), por las cuales se hacían merecedores de que se cumpliese aquel decreto de exterminio pronunciado contra ellos cuando por primera vez combatieron alevosa y cruelmente al pueblo de Dios (*Exod.* 17, 14; *Num.* 24, 20; cfr. núm. 276 y 382).

Señor de los ejércitos. Registrado tengo cuanto hizo Amalec con Israel; cómo se le opuso en el camino cuando subía de Egipto. Ve pues, ahora, y hiere a Amalec y destruye todo [1] lo que tuviere; no le perdones; ni codicies cosa alguna de las suyas». Convocó Saúl al pueblo; destruyó a los amalecitas [2] haciendo prisionero a su rey Agag. Mas no cumplió la orden del Señor, sino perdonó a Agag; y del botín tomó para sí los mejores rebaños, entregando al pueblo todo lo que tenía algún valor; sólo fué quemado (destruído) lo vil y despreciable [3].

478. Entonces habló el Señor a Samuel y le dijo: «*Me pesa* [4] *de haber hecho rey a Saúl;* porque me ha abandonado, y no ha puesto en obra mis palabras». Y entristecióse Samuel, y estuvo clamando al Señor toda la noche. Por la mañana fué al encuentro de Saúl, y le halló en Gálgala ofreciendo al Señor un holocausto [5] de las primicias del botín que había traído de los amalecitas. Así que llegó Samuel, saludóle Saúl con estas palabras: «Bendito seas tú del Señor; he cumplido la palabra del Señor». Y dijo Samuel: «¿Y qué voz de ganados es ésta que resuena en mis oídos?» Respondió Saúl: «El pueblo ha reservado las mejores ovejas y vacas para inmolarlas al Señor». Y Samuel le dijo: «Deja (de seguir disculpándote); voy a declararte lo que el Señor me ha encargado que te diga: ¿No es verdad que cuando eras pequeñito en tus ojos, fuiste hecho cabeza de las tribus de Israel? ¿Por qué has desobedecido la voz de Dios, apoderándote del botín y pecando a los ojos de Dios?» [6]

Respondió Saúl: «Antes bien he obedecido a la voz de Dios matando a los amalecitas y cogiendo prisionero a su rey; verdad es que el pueblo ha separado del despojo ovejas y vacas para ofrecerlas al Señor». Díjole entonces Samuel: «Pues, qué, ¿quiere el Señor holocaustos y víctimas y no más bien que se obedezca a la voz del Señor? *Porque es mejor la obediencia que las víctimas;* y el obedecer, mejor que ofrecer la grosura de los carneros [7]. Porque el resistir es como un pecado de adivinación, y como un crimen de idolatría el no querer aquietarse. Pues, por cuanto has desechado la palabra del Señor, el Señor te ha desechado para que no seas rey». Consternado Saúl, reconoció su culpa y dijo a Samuel: «He pecado; porque he quebrantado la palabra del Señor y tus dictámenes, temiendo al pueblo y condescendiendo con la voz de ellos. Mas ahora ruégote que sobrelleves mi pecado y vuelvas conmigo, para que adore al Señor».

---

[1] Cfr. núm. 407.

[2] Después que a instancias de Saúl se habían retirado los cineos de en medio de los amalecitas (cfr. núm. 382).

[3] Siguiendo la *Vulgata,* interpretan algunos modernos I *Reg.* 15, 12 en el sentido de que Saúl se hizo construir un monumento (¿arco de triunfo?); según otra variante, el texto vendría a decir: «apoderóse de rico botín».

[4] Como núm. 93.

[5] Cfr. núm. 474.

[6] La rigurosa sentencia pronunciada por Samuel contra Saúl, incomprensible para los «modernos», se explica y justifica por lo que más arriba (núm. 372) hemos dicho acerca del *anatema.* «La transgresión de este deber impuesto por Dios y solemnemente prometido, debía de parecer un pecado muy grave de infidelidad y perjurio a la conciencia religiosa de aquel tiempo; exceptuar algo de los bienes del enemigo, para apropiárselo, tenía el carácter de sacrilegio, hurto o, por lo menos, sustracción de los bienes de Dios. Razón tiene, por consiguiente, nuestro historiador para suponer motivos egoístas en la conducta de Saúl; y se nos alcanza perfectamente que el profeta y sacerdote Samuel le reprendiese ásperamente. El mismo Wellhausen confiesa que, supuesta la costumbre popular del exterminio, la intervención de Samuel está justificada y su enojo no desprovisto de espíritu». Así juzga el crítico protestante Cornill; cfr. *BZ* V 360.

[7] No podían agradar a Dios los *sacrificios externos* que no iban acompañados del espíritu interior y de una voluntad y un corazón bien dispuestos (cfr. *Ps.* 39, 7; 49, 8; 50, 18; 69, 32; *Is.* 1, 11; 66, 2 3; *Ierem.* 6, 19 20, etc.). Ello no implica reprobación de los sacrificios; pues Samuel habría reprobado los suyos propios.

Repitióle Samuel la sentencia de reprobación; y volviendo la espalda, se disponía a marchar. Asióle Saúl de la extremidad de la capa, la cual se rasgó; y díjole Samuel: «El Señor ha rasgado hoy de ti el reino de Israel, y se lo ha dado a tu prójimo, que es mejor que tú». A lo que dijo Saúl: «No me deseches delante de todo el pueblo; sino vuelve conmigo, para que adore al Señor, tu Dios». Accedió por fin Samuel, y volvió con Saúl.

Después que Saúl hubo adorado al Señor, dijo Samuel: «Traedme a Agag, rey de los amalecitas». Presentóse éste temblando, y dijo: *¿Así me ha de separar la amarga muerte?* [1] Y Samuel dijo: «Así como tu espada dejó sin hijos a las mujeres, de la misma manera tu madre entre las mujeres quedará sin hijos». Y le degolló en Gálgala, delante del Señor [2]. Después Samuel se fué a Ramata; y Saúl subió a su casa en Gabaa. Y no vió más Samuel a Saúl hasta el día de su muerte; mas Samuel lloraba a Saúl, porque el Señor se había arrepentido de haberle establecido rey sobre Israel.

61. David es ungido rey

(I *Reg.* 16) [3]

479. Pasado algún tiempo, dijo el Señor a Samuel: «¿Hasta cuándo has de llorar a Saúl? Llena tu cuerno de óleo y *ve a Belén a la casa de Isaí;* porque de entre sus hijos he escogido a uno para rey». Objetó Samuel: «¿Cómo he de ir? Lo sabrá Saúl y me quitará la vida». El Señor respondió: «Dirás a tu llegada: He venido a ofrecer sacrificios al Señor. Convidarás luego a Isaí; lo demás te iré diciendo (a su tiempo y en su lugar)». Hízolo Samuel como el Señor le había mandado, y convidó a Isaí y a sus hijos al banquete del sacrificio [4].

Entrado Samuel en casa de Isaí, vió a Eliab, el hijo mayor de Isaí, y pensó en su interior: «Tal vez sea éste el ungido del Señor». Pero el Señor le dijo: «No mires a su presencia, ni a su grande estatura; porque

---

[1] El texto hebreo puede traducirse así: «Y cuando llegó a la presencia de Samuel, desposado con cadenas, dijo Agag: «Si así ha de ser, ven ¡oh muerte!» Otros entienden de otra manera. Parece ser que Agag había recabado de Saúl quedar con vida.

[2] Es decir, lo decapitó delante del altar, en cumplimiento del anatema pronunciado por Dios en castigo de la crueldad suya y de su pueblo contra Israel, y para escarmiento de los amalecitas y demás enemigos.

[3] Tenemos dos relaciones de la historia de la juventud de David, lata una y breve la otra; aquélla en el texto hebreo (y en la versión de san Jerónimo), ésta en los LXX. La primera ofrece algunas dificultades de importancia; he aquí un ejemplo: según el capítulo 17, David no era conocido de Saúl hasta el combate con el gigante Goliat; según el capítulo 16, mucho antes de este suceso desempeñaba un cargo de confianza en casa del rey. Algunos intérpretes (Peters, *Beiträge zur Text- und Literarkritik sowie zur Erklärung der Bücher Samuels* 53 ss.) dan preferencia en este particular a la versión griega, y opinan que los pasajes del texto original no contenidos en ella son adiciones posteriores, mal encajadas en aquél. Wiesmann opina (*ZKTh* 1914, 391) que en época anterior a la formación del Canon salieron de su lugar propio algunos episodios de este relato, de donde nació la confusión que hoy se advierte en él. Para reconstruir el hilo de los sucesos propone el siguiente orden: Combate de David con el gigante Goliat (17, 1-9 11 16 10 12-14 17-58; 18, 1-4 6-8); unción de David (15, 35 hasta 16, 13); David en la corte de Saúl (16, 14-21; 17, 15; 16, 22; 18, 2; 16, 23; 18, 12-18 21c 5 26c 19-29; 19, 1-7 10 11 8 9 12-18).

[4] Isaí era ya entrado en años (I *Reg.* 17, 12) y tenía otros ocho hijos y dos hijas; una de éstas se llamaba *Sarvia* y tenía tres hijos: Joab, Abisaí y Asael, que más tarde descollaron entre los héroes de David; la otra *Abigail,* cuyo hijo Amasa, general de Absalón, fué admitido a la gracia de David y murió alevosamente a manos de Joab (cfr. II *Reg.* 2, 13 18; I *Par.* 2, 16 ss.; núm. 493, 505 y 546).

le he desechado; ni yo juzgo por lo que aparece a la vista del hombre; porque el hombre ve lo que aparece, mas el Señor ve el corazón». Fué llamando Isaí, uno por uno, a todos sus hijos, a la presencia de Samuel; mas éste dijo: «Ninguno de éstos es el elegido del Señor: ¿No tienes más hijos?». «Aun tengo otro, el más pequeño, David [1], respondió Isaí, el cual está apacentando las ovejas». Díjole Samuel: «Envía por él y tráemele aquí; que no nos pondremos a la mesa hasta que él venga». Y cuando llegó David con sus cabellos rubios [2] y su bello rostro, dijo el Señor: *Ea úngele, porque ése es*. Tomó Samuel el cuerno del aceite y ungióle en medio de sus hermanos [3]; y en aquel mismo día el espiritu del Señor vino sobre David.

480. *Por el contrario, el espíritu del Señor se retiró de Saúl;* y atormentábale un espíritu maligno, que a veces le llenaba de melancolía [4]. Los cortesanos que advertían esto le dijeron: «Buscaremos un hombre hábil en tañer el arpa, para que toque en tu presencia y sientas algún alivio». Y uno de ellos añadió: «Poco ha vi a un hijo de Isaí, de Belén, que sabe tañer, y además muy esforzado y valiente, prudente en sus palabras y gallardo mancebo; y el Señor es con él». Hizo venir Saúl a David y le cobró mucho cariño e hízole su escudero [5]. Y siempre que, por permisión del Señor, el mal espíritu atormentaba a Saúl, *tañía David el arpa* y Saúl se recobraba y se sentía aliviado, porque se retiraba de él el espíritu malo [6].

Mientras Saúl, perdida la gracia por su desobediencia, se envilece cada vez más [7] entregándose a sus ruines pasiones, ofrécenos David un ejemplo hermosísimo de la *elección de la gracia* y de los admirables caminos de Dios, cuando el hombre coopera a ella y a los planes divinos con fidelidad y confianza. Dios, que escoge al débil para humillar al fuerte, sacó de su rebaño a David, el más joven e insignificante de sus hermanos, para que apacentase el pueblo de Dios [8]. Conservóle después en la humildad mediante largas pruebas y penalidades,

---

[1] Tendría a la sazón unos 20 años.

[2] Cosa rara en Oriente y por lo mismo considerada como singular belleza. La palabra hebrea puede también referirse al color fresco y encarnado de las mejillas.

[3] La *unción* podía significar diferentes cosas. Samuel, para mejor ocultar de Saúl su negocio, no reveló el misterio de aquella unción sino a David y a su padre. Así se explica el lenguaje despectivo de los hermanos (I *Reg*. 17, 28). Puede interpretarse de esta otra manera el texto hebreo: «entre sus hermanos», es decir, del número de sus hermanos, no en su presencia.

[4] Esto del «espíritu malo» significa que Saúl había perdido las gracias especiales que recibiera al ser ungido, y que la conciencia de su culpa le producía aquellos accesos de melancolía, locura y desesperación; todo ello unido con explosiones apasionadas de celos, envidia, ira, furia y crueldad. A medida que se abandonaba a tales sentimientos, dominábale el «mal espíritu». Dásele a éste el nombre de «espíritu malo del Señor», porque la privación de la gracia y los accesos de melancolía eran un *castigo* para Saúl. No cabe interpretarlo como «melancolía periódica», excluyendo el factor sobrenatural; pero tampoco es necesario recurrir a influjo diabólico o a posesión formal para explicar aquellos fenómenos. Compárese los lugares donde se habla del espíritu de celos (*Num*. 5, 14), de impureza (*Os*. 4, 12), del «mal espíritu», discordia (*Iudic*. 9, 23).

[5] Pudo ser mero título (como si dijéramos «ayudante»), que no implicara prestación de servicios marciales; cfr. II *Reg*. 18, 15, donde se hace mención de diez escuderos del general Joab.

[6] Música era para los antiguos el canto religioso acompañado de instrumentos; siempre se le atribuyó grande virtud para disipar la melancolía y calmar el espíritu alterado. Cfr. también IV *Reg*. 3, 15; *Iac*. 5, 13; san Agustín. *Confess*. 1, 9, c. 6.

[7] Cfr. núm. 499.

[8] *Ps*. 77, 70; cfr. I *Cor*. 1, 27.

por medio de las cuales templó su espíritu, desarrolló sus magníficas disposiciones, le hizo el terror de sus enemigos y el favorito de su pueblo, *figura del Mesías y padre de su linaje.*

62. Combate de David con el gigante Goliat

(I *Reg.* 17)

481. Sucedió que los filisteos salieron de nuevo al campo contra los israelitas. Las vanguardias de ambos ejércitos se encontraron frente a frente en dos montes separados por el valle del Terebinto [1], en las cercanías de Dommim de Judá. Y salió de los reales de los filisteos un *gigante,* llamado Goliat, natural de Get [2]. Su estatura era de seis codos y un palmo [3]. Y traía puesto un morrión de cobre, y estaba vestido de una loriga escamada; y el peso de su loriga era de cinco mil siclos de cobre; cubrían sus piernas unas botas de cobre, y sus hombros un escudo del mismo metal. El astil de su lanza era como enjulio de tejedor, y el hierro pesaba seiscientos siclos [4]. Este gigante se presentó delante de los escuadrones de Israel, diciendo a voces: «Escoged de entre vosotros a alguno que salga a combatir cuerpo a cuerpo. Si me matare, seremos esclavos vuestros; pero si yo le matare, vosotros seréis los esclavos» [5]. Y cuando volvió a los suyos, decía jactancioso: «Hoy he insultado a los escuadrones de Israel». Cuarenta días seguidos [6] se presentó el filisteo, mañana y tarde; y todos los israelitas le temían en gran manera.

482. David estaba en casa de su padre cuando comenzó la guerra, en la cual tomaban parte sus tres hermanos mayores. Díjole un día su padre Isaí: «Ve al campamento a ver a tus hermanos, y mira si están bien». Púsose David en camino, y llegó adonde estaban sus hermanos. Como conversase con ellos, presentóse Goliat a insultar a los israelitas. Los cuales huyeron de su presencia temblando de miedo y diciendo: «¿No habéis visto

---

1 Se le identifica comúnmente con Wadi Hanina, 4 Km. al noroeste de Jerusalén. Vínole el nombre de la abundancia de terebintos (cfr. núm. 210); es actualmente uno de los valles más hermosos de Palestina, sombreado siempre por verdes encinas. Creen otros que el combate se verificó donde hoy se ven las ruinas de Damum, en el Wadi Musur, 15 Km. al sudoeste de Jerusalén, *AB* 108, *LB* I 501 (*Azeka*).

2 *Get* (cfr. núm. 464) estaba situada tal vez donde hoy se ven las ruinas de *Dikrin,* 8 Km. al noroeste de Beit-Gibrin; cfr. *LB* II 407; *Rb* 183.

3 Así el texto hebreo. La versión griega dice 4 $^1/_2$ codos. La divergencia se explica por el cambio de dos letras hebreas muy parecidas. Si nos fijamos en el pequeño codo hebreo (45 cm.), la estatura de Goliat era, según la versión griega, poco más de 2 m., según el texto hebreo 2,92 m.; pero si calculamos con el codo grande (52 cm.), resulta una estatura de 2,34 ó 3,38 m. respectivamente. La estatura que supone el texto hebreo es verdaderamente extraordinaria; pero no imposible, si hemos de dar fe a lo que Herodoto, Plinio y Josefo nos cuentan acerca de los gigantes y esqueletos gigantescos, y a los descubrimientos de Schliemann; exceden en 20 cm. a la estatura de Goliat (*KL* V 836). Las medidas de la versión griega no ofrecen dificultad; pues todavía vemos casos de estaturas extraordinarias. En el regimiento del rey Federico Guillermo I († 1740) (gigantes de Postdam) ningún soldado de la primera fila bajaba de 1,87; y había jefe de fila que llegaba a 2,57 m.

4 Calculando por el siclo ligero (cfr. núm. 298), la coraza pesaba 42 Kg. y el hierro de la lanza 5 Kg. Si nos fijamos en el patrón pesado, el peso era doble.

5 Un combate singular había de decidir la batalla, cosa frecuente en la antigüedad.

6 Los modernos proponen un cambio insignificante, con el cual se lee 4 en vez de 40.

a ese hombre que viene a insultar a Israel? Al que lo matare le dará el Rey grandes riquezas, y a su hija por mujer; y eximirá de tributos la casa de su padre». Dijo entonces David a los que estaban junto a él: «¿Qué [1] darán al hombre que matare a este filisteo y quitare el oprobio de Israel? Porque, ¿quién es este filisteo incircunciso, que ha insultado a los escuadrones del Dios viviente?» Referíanle de nuevo la promesa del Rey. Mas su hermano mayor, viendo su ardor belicoso, le reprendió.

Mas entre tanto las palabras de David llegaron a oídos de Saúl. Hízole éste llamar, y David dijo: «Nadie desmaye por causa de ese filisteo; yo, siervo tuyo, iré y pelearé contra él». Replicóle Saúl. «No tienes tú fuerza para resistir a ese filisteo, pues tú eres muchacho todavía; y él es un varón aguerrido desde su mocedad». Respondió David: «Pastoreaba tu siervo el ganado de su padre, y venía un león o un oso, y arrebataba un carnero de en medio de la manada; y yo iba tras ellos, y los mataba, y les quitaba la presa de entre los dientes; y ellos se revolvían contra mí, y yo los asía de las quijadas y los ahogaba y mataba [2]. Iré, pues, ahora y quitaré el oprobio de nuestro pueblo. El Señor, que me sacó de las garras del león y del oso, El mismo me librará también de la mano de este filisteo». Y Saúl dijo a David: «Anda y el Señor sea contigo».

Vistió Saúl a David con su armadura, púsole en la cabeza un yelmo de bronce y le ciñó su espada. Pero David no podía moverse así armado, porque no tenía costumbre [3]. Quitóse, pues, la armadura y tomando su cayado [4], escogió del torrente cinco guijarros muy lisos; metiólos en su zurrón, tomó la honda en su mano [5] y fué al encuentro del filisteo.

Así que le vió el filisteo, díjole despectivamente: «¿Soy yo por ventura algún perro, que vienes tú a mí con un palo?» Y maldijo el filisteo a David por sus dioses. Y dijo a David: «Ven acá, y daré tus carnes a las aves del cielo y a las bestias de la tierra». Y David replicó: «Tú vienes a mí con espada, lanza y escudo; mas yo vengo a ti en el nombre del Señor de los ejércitos, del Dios de los escuadrones de Israel, a los cuales has insultado hoy; y el Señor te pondrá en mis manos, y te mataré, y te cortaré la cabeza; y daré hoy los cadáveres de los filisteos que están en el campamento a las aves del cielo y a las bestias de la tierra; para que sepa toda

---

[1] Con esta pregunta quiere David asegurarse, y deja al mismo tiempo traslucir sus intenciones.

[2] Cfr. núm. 444.

[3] La armadura era entre los israelitas prerrogativa del rey; Ozías fué el primero que armó a todo su ejército de coraza y escudo (cfr. II *Par.* 26, 14). Cfr. Kalt, *Bibl. Archäologie* núm. 83-88.

[4] El cayado que, según la *Vulgata,* David «llevaba siempre consigo», era un arma en forma de clava, análoga a las mazas guarnecidas de los asirios y egipcios, o a la «estaca» de que usan los árabes (un palo de encina, recto y pesado, de 2 m. de largo, de grosor uniforme, guarnecido con aros metálicos y clavos). Una como éstas usaba Jonatás (núm. 476); y sin otra arma que ésta llevó a cabo Banaías un combate singular (II *Reg.* 23, 21). No es extraño que el filisteo se burlara de semejante armamento, pues comparada con sus arreos, una estaca tenía escaso valor.

[5] La honda era un arma muy estimada; en Israel había muy buenos honderos, por ejemplo, los benjaminitas de Gabaa (cfr. núm. 451). No había armadura que resistiese el golpe de una piedra lanzada con honda; el mismo yelmo era una defensa exigua. David se había ejercitado en el manejo de la honda durante sus años de pastor.

la tierra *que hay Dios en Israel*, y reconozca toda esta congregación que el Señor salva no con espada ni con lanza; porque El es el árbitro de la guerra, y os pondrá en nuestras manos».

Y como se acercase el filisteo, tomó presto David una piedra de su zurrón, arrojóla con la honda y dió al filisteo en la frente, en la cual quedó clavada; y el filisteo cayó en tierra sobre su rostro. Acercósele David, sacóle la espada de la vaina y le cortó la cabeza. Al ver los filisteos muerto al más valiente de los suyos, huyeron. Los israelitas alzaron el grito, los persiguieron hasta las puertas de *Accarón*[1] y hasta Get; mataron a muchos, y saquearon su campamento. David llevó la cabeza de Goliat a Jerusalén; pero las armas las guardó en su casa[2].

483. La crítica moderna «no admite la historicidad» del combate de David con Goliat. Mas para ello no tiene otra razón que «aquel canon invariable de la crítica», según el cual, los relatos bíblicos «influídos por ideas religiosas — y uno de ellos es el de Goliat —, nacieron en época posterior, en la época en que se adornaba con episodios legendarios las escasas tradiciones documentadas[3]. No se han hallado contradicciones en la narración[4]. En II *Reg*. 21, 19 se dice que Goliat fué muerto más tarde por el betlemita Elcanán[5]; mas esta aparente contradicción se explica, como se puede ver comparando ese lugar con I *Par*. 20, 5, por una alteración del texto hebreo: Elcana, hijo de Isaí, mató al *hermano* de Goliat el geteo, cuya lanza tenía un astil como enjulio de tejedor. Los santos Padres ven en la victoria de David sobre Goliat una **figura** *de la victoria de Jesucristo* sobre el enemigo del linaje humano, y descubren también un bello simbolismo en el cayado y en la piedra. Así, dice san Agustín: «Considerad, hermanos míos, dónde asestó David el golpe mortal a Goliat: fué en la frente, en donde faltaba la humildad de la Cruz. Así como el cayado de David es figura de la Cruz, así la piedra que dió en la frente de Goliat simboliza a nuestro Señor Jesucristo. Este es aquella piedra viva de la que está escrito: La piedra que desecharon los albañiles, vino a ser piedra angular del edificio[6]. El haberle acertado en la frente, significa lo que sucede con nuestros catecúmenos: cuando éstos son señalados con una cruz en la frente, recibe golpe mortal el Goliat espiritual: el demonio se da a la fuga»[7].

63. Amor de Jonatás y odio de Saúl a David. Degüello de los sacerdotes de Nobe

(I *Reg*. 18-22)

484. Luego que volvió David de su victoria, declaróle Saúl que desde aquel día pensaba tenerle consigo, y que no le dejaría volverse a su casa. Jonatás, su hijo, se unió a David con tan estrecha amistad, que le amaba como a su propia alma. E hicieron ambos un pacto de amistad.

---

[1] Cfr. núm. 464; hoy se llama *Akir*, 25 Km. al norte de Get o de Dikrin, 8 Km. al sudoeste de Ramleh, distante 40 Km. del lugar del combate.

[2] Del valle del Terebinto (cfr. núm. 481), el camino para su casa pasaba por Jerusalén; en esta ciudad, capital de Judá y Benjamín, dejó la cabeza de Goliat, acaso para atemorizar a los jebuseos, que todavía ocupaban el alcázar de Jebus, en el monte Sión (cfr. núm. 424). Más tarde llevó David la espada de Goliat como exvoto al Tabernáculo que estaba en Nobe (cfr. núm. 488).

[3] Cfr. los principios expuestos en núm. 17; *Kath* 1890 I 503 s.

[4] Cfr. núm. 479.

[5] Kittel, *Geschichte des Volkes Israel* II[3] 163.

[6] *Ps*. 117, 22. *Matth*. 21, 42.

[7] San Agustín, *Sermo 197 de tempore*.

Y Jonatás se quitó su manto y se lo dió a David; dióle asimismo su sobrevesta, su misma espada, su arco y tahalí [1]. Púsole Saúl al frente de alguna gente de guerra, y él se ganó la afición de todo el pueblo, aun de los criados de Saúl.

Pero muy pronto la afición que le tenía Saúl se convirtió en amargo recelo y odio mortal. Porque cuando volvían los israelitas victoriosos a sus casas, salíanles al encuentro las doncellas de todas las ciudades danzando con panderos y sonajas y cantando: «Saúl mató a mil, mas David mató a diez mil». Enojóse por esto Saúl en extremo y dijo: «A David han dado diez mil y a mí me dan sólo mil; ¿qué le falta sino el reino?» Por lo que desde aquel día en adelante no miraba Saúl a David con buenos ojos. Sucedió otro día que el espíritu malo se apoderó de Saúl; y David tañía el arpa como antes delante de él. Y teniendo Saúl en su mano una lanza, arrojóla contra David, pensando poderle clavar en la pared. Pero David hurtó por dos veces el cuerpo.

485. Y Saúl temió a David, por cuanto el Señor era con éste y se había apartado de él. Alejóle, pues, de su persona y le hizo tribuno de mil hombres. Y David se manejaba en todas sus acciones con cordura, y el Señor era con él y todo el pueblo le amaba. Ello hacía aumentar el recelo y odio de Saúl; sin embargo, no se atrevía a poner personalmente las manos en él.

Dijo un día astutamente a David: «Aquí tienes a *Merob,* mi hija mayor; te la daré por mujer, con tal que seas hombre de valor y pelees las guerras del Señor». Mas Saúl hacía sus cuentas y decía: «No sea mi mano contra él, mas sea contra él la mano de los filisteos». Pero David respondió a Saúl: «¿Quién soy yo, o cuál ha sido mi vida o la parentela de mi padre en Israel, para llegar a ser yerno del Rey?» Y venido el tiempo en que Merob, hija de Saúl, debía darse a David, fué dada a otro.

Mas *Micol,* la otra hija de Saúl, cobró cariño a David. Súpolo Saúl y tuvo gusto en ello. Y dijo Saúl: «Se la daré para que le sirva de tropiezo y sea contra él la mano de los filisteos». Y dió esta orden a los cortesanos: «Hablad a David como que yo no lo sé y decidle: «Tú estás en la gracia del Rey y todos sus criados te aman. Piensa, pues, ahora en ser yerno del Rey». Los criados de Saúl repitieron estas palabras a David, el cual les respondió: «¿Os parece poco ser yerno del Rey? Yo soy pobre y de humilde condición» [2]. Al dar los cortesanos a Saúl la respuesta de David, encargóles de nuevo que le dijesen: «El Rey no necesita de dote (para su hija), sino solamente la muerte de filisteos, para tomar venganza de sus enemigos». Aceptó gustoso David el partido que le proponían; marchó con su gente y mató a doscientos filisteos. Dióle entonces Saúl a su hija Micol por mujer.

No por eso disminuyó el temor y aversión de Saúl, sino se convirtió en odio irreconciliable, al ver claramente que Dios estaba con David. En los repetidos combates con los filisteos se manejaba David con más arte que los demás oficiales de Saúl, y la fama de su nombre iba en aumento de día en día. Y habló Saúl a Jonatás, su hijo, y a todos sus criados, de matar a David. Mas Jonatás dió inmediatamente aviso a David diciéndole: «Ruégote que mires por ti, y vayas a un lugar oculto. Yo hablaré a mi padre en tu favor, y te haré saber lo que me dijere». Al día siguiente, habló Jonatás a su padre: «No peques, oh rey, contra tu siervo David; pues nada ha hecho contra ti, antes bien te ha prestado grandes servicios; él puso su alma en su palma y mató al filisteo, y el Señor libertó a todo Israel. Tú lo viste y te llenaste de gozo. Pues ¿por qué quieres

[1] Para manifestar a todos la amistad y el amor que profesaba a David.

[2] Como si dijera: Yo no puedo hacer regalos de boda proporcionados al mérito de una princesa.

ahora pecar, derramando sangre inocente?» Cuando esto oyó Saúl, aplacado con las palabras de Jonatás, juró: «Vive el Señor, que no se le quitará la vida». Presentó Jonatás de nuevo a David a su padre, y quedó David como antes en la corte de Saúl.

486. Suscitóse de nuevo la guerra, e hizo David gran destrozo en los filisteos. Vino entonces de nuevo el espíritu malo sobre Saúl, el cual arrojó su lanza contra David, que tañía el arpa; hurtó éste el cuerpo, y la lanza no le hirió, sino fué a clavarse en la pared; por lo que David huyó a su casa. Y Saúl envió sus guardias a casa de David para que le custodiasen y le matasen por la mañana. Micol le dió aviso y le descolgó por una ventana; y tomando una estatua [1], púsola sobre la cama envolviendo la cabeza [2] con una piel peluda de cabra y cubriéndola con la ropa. Por la mañana envió Saúl guardias para prender a David, pero Micol les respondió que estaba enfermo. Envió Saúl otros mensajeros con orden de ver a David, diciendo: «Traédmele acá en la cama, para que sea muerto» [3]. Descubrióse entonces el ardid de Micol, a la cual dijo Saúl enojado: «¿Por qué me has burlado de esta manera y has dejado escapar a mi enemigo?» Y respondió Micol a Saúl: «Porque él me dijo: Déjame ir; si no, te mataré».

David huyó; fué a buscar a Samuel en Ramata y contóle cuanto con él había hecho Saúl; y ambos se fueron a Nayot [4]. Dióse aviso a Saúl, el cual envió soldados que prendiesen a David. Mas al ver los soldados un coro de profetas que profetizaban y a Samuel al frente de ellos, fueron arrebatados del espíritu de Dios y comenzaron a profetizar. Mandó Saúl otros mensajeros, los cuales también profetizaron. Por tercera vez mandó otros, que también comenzaron a profetizar. Lleno de cólera Saúl, marchó en persona a Nayot. Mas fué arrebatado por el espíritu de Dios, más que los otros, y comenzó a profetizar en presencia de Samuel, como los demás, y quedó arrobado todo el día y toda la noche [5].

487. Entre tanto huyó David de Nayot, viniendo a verse con Jonatás, al cual dijo: «¿Qué he hecho yo contra tu padre, que anda buscándome para matarme?» Respondióle Jonatás: «No por cierto, no morirás; porque mi padre no hará cosa chica ni grande, sin que antes me la descubra; ¿había de ocultarme esto?» Respondióle David bajo juramento: «Sabe muy bien tu padre que yo he

---

[1] Según el texto hebreo *teraphim,* un ídolo que ocultamente poseía Micol, como Raquel (cfr. núm. 193), o una estatua (¿mascarilla?); acaso una figura en cera de los antepasados; cfr. Schlögl, *Die Bücher Samuels* 133.

[2] Los luengos y negros cabellos daban aspecto humano a la imagen.

[3] Era costumbre dormir sobre una sencilla estera o en el suelo, envuelto en la túnica (*Gen*. 28, 11. *Exod*. 22, 77. *Deut*. 24, 13. *Ruth*. 3, 7). Los ricos disponían de magníficos tapices (*Prov*. 7, 16) y de armadura de cama; ésta se empleaba también como lecho en que descansar, especialmente en la mesa (I *Reg*. 28, 23. *Est*. 1, 6-8); tenía estructura muy sencilla, análoga a la de nuestros divanes y era de muy fácil transporte. En Egipto y Palestina se ven con frecuencia armaduras de cama de 15-20 cm. de altura, de nervaduras de hojas de palmera; aseméjanse a una jaula plana para gallinas y son fácilmente transportables.

[4] Este lugar (en hebreo «moradas») estaba, según parece, en las proximidades de Rama, y allí moraban los discípulos de los profetas; cfr. núm. 470; ibid. la explicación de lo que se entiende por «profetizar».

[5] En esto debiera de haber reconocido Saúl cuánto amaba y protegía Dios a David, cuán inútil era su empeño y cuánto mejor le estaba volverse a su casa. Pero gracia tan extraordinaria no fué bastante a cambiar el corazón de Saúl.—Acerca del refrán: «¿También Saúl entre los profetas?», véase núm. 470.

hallado gracia en tus ojos, y dirá: No sepa esto Jonatás, porque no tenga de ello pesar. Vive el Señor y vive tu alma, que un solo paso disto yo de la muerte». Y Jonatás respondió a David: «Haré por ti cuanto me dijeres». Y David dijo a Jonatás: «Mira, mañana es la fiesta del novilunio; y yo, según costumbre, suelo sentarme a comer al lado del rey; déjame, pues, que me vaya a esconder en el campo hasta la tarde del día tercero. Si echándolo de ver tu padre, preguntare dónde estoy, le responderás: Rogóme David que le dejase ir prontamente a Belén, su ciudad, porque todos los de su tribu celebran allí un sacrificio solemne. Si dijere: Bien está, tu siervo tendrá paz. Pero si se indignare, sabe que ha llegado al colmo su malicia. Haz, pues, esta merced a tu siervo, por la estrecha alianza que hiciste conmigo delante del Señor. Mas, si adviertes culpa en mí, dame tú mismo la muerte y no me hagas comparecer delante de tu padre».

A lo que respondió Jonatás: «Lejos de ti tal cosa; sino que cuando yo sepa que mi padre está resuelto a darte la muerte, te daré aviso». Replicó David: «¿Quién me lo dará?» Y respondió Jonatás a David: «Ven, vamos afuera al campo». Y habiendo salido, díjole Jonatás poniendo solemnemente por testigo al Dios de Israel: «Si yo mañana o pasado mañana investigare el dictamen de mi padre, y hubiere alguna cosa favorable para ti, y no te lo enviare a decir, haga el Señor conmigo esto y aquello [1]. Pero si perseverare la malicia de mi padre contra ti, te lo descubriré, y te dejaré ir en paz, y el Señor sea contigo, como fué con mi padre [2]. Y si yo viviere, usarás conmigo de la misericordia del Señor; mas si hubiere muerto, no apartarás perpetuamente tu misericordia de mi casa, cuando el Señor desarraigare de la tierra uno por uno a todos los enemigos de David». Juráronse ambos de nuevo amor y fidelidad. Convino luego Jonatás con David en que éste saldría al campo el tercer día, y se ocultaría cerca de una roca. «Yo dispararé tres flechas, añadió Jonatás, como que me ejercito en tirar al blanco. Enviaré luego a un muchacho a recoger las saetas. Y si yo dijere al mozo: Mira, las saetas están más acá de ti, tómalas; entonces puedes venir, porque paz hay para ti, y no hay mal alguno, vive el Señor. Mas, si dijere al mozo: Mira, las saetas están más allá de ti; vete en paz, porque el Señor te dice que huyas».

Al día siguiente, sentóse el Rey a la mesa, como de costumbre, en su silla que estaba junto a la pared; mas el puesto de David estaba vacío. Pero nada dijo aquel día Saúl, pensando que tal vez alguna impureza legal impedía a David participar del banquete del sacrificio del novilunio. Y llegado el segundo día después del novilunio, vióse nuevamente vacío el puesto de David. Y dijo Saúl a su hijo Jonatás: «¿Por qué no ha venido a comer ni ayer ni hoy el hijo de Isaí?» Respondió Jonatás, según lo convenido con David. Saúl empero, indignado contra Jonatás, dijo: «Bien sé yo el amor que tienes al hijo de Isaí, para ignominia tuya y de tu madre. Sábete que mientras él viva, ni tú ni tu reino están seguros. Y así, ahora mismo envía a buscarle y tráemele acá, porque es hijo de muerte». Y Jonatás, respondiendo a Saúl su padre, dijo: «¿Por qué ha de morir? ¿qué ha hecho?» Y cogió Saúl la lanza para atravesar a Jonatás con ella. Lleno de indignación, se levantó Jonatás de la mesa y no comió bocado aquel día, apesadumbrado por la afrenta que su padre había hecho a David. A la mañana siguiente fué al campo, y dió a David la señal convenida. Y habiendo despedido Jonatás al muchacho con las armas a la ciudad, salió David de su escondite. Y besándose, lloraron juntos; y Jonatás dijo: «Vete en paz. Todo aquello que hemos jurado en nombre del Señor queda en pie».

488. Huyendo David, fué a Nobe [3] a encontrar al sumo sacerdote

---

[1] Fórmula para afirmar y jurar; como análogamente 3, 17; 14, 14; 25, 22.

[2] Alusión a la elección de David para rey; Jonatás estaba en el secreto o lo sospechaba; más tarde (I *Reg.* 23, 17; cfr. núm. 490) la menciona explícitamente. Pudo convencerse de ella con las cosas que iba viendo en su padre y en David.

[3] Debía de estar Nobe muy próxima a Gabaa, a juzgar por la presencia del Tabernáculo; según *Is.* 10, 29-32, se hallaba entre Gabaa y Jerusalén (tal vez la aldea

Aquimelec [1], el cual le preguntó consternado: «¿Cómo es que vienes solo, sin que nadie te acompañe?» David respondió: «El Rey me ha encargado una comisión secreta, que nadie debe saber [2]; y por esto también he dicho a mis gentes que me esperen en tal y tal lugar. Ahora, pues, si tienes a mano alguna cosa, aunque sean cinco panes, dámelos, o cualquiera cosa que hallares». Y respondiendo el sacerdote a David, díjole: «No tengo a mano panes de legos, sino solamente el pan santo; te lo daré si tus criados están limpios». Tranquilizóle David respecto de este punto, y el sumo sacerdote le dió de los panes de la Proposición [3]. Prosiguió luego David: «¿No tienes aquí a mano una lanza o una espada?, pues no he traído conmigo ni mi espada ni mis armas. Porque apremiaba la orden del Rey». Y díjole el sacerdote: «Aquí tienes la espada de Goliat, el filisteo; envuelta está en un paño, detrás del efod [4]; si quieres llevar ésta, tómala. Porque aquí no hay otra sino ésta». Y dijo David: «No hay otra tal como ella, dámela».

Púsose David en camino huyendo nuevamente, y fuése a Aquis, rey de Get [5], ciudad de los filisteos, que estaba próxima. Mas no fué muy larga su estancia en Get. Porque los cortesanos dijeron a Aquis: «¿No es éste David el rey del país? ¿No es éste a quien cantaban en las danzas, diciendo: Hirió Saúl a mil, y David a diez mil?» Fingióse loco David, por lo que le echaron del palacio, y él se refugió en la *cueva de Odollam* [6]. Habiéndolo sabido sus padres y hermanos, fueron a encontrarle (por temor a Saúl). Allegáronse a él todos los que se

---

Isawiyeh, 3 Km. al nordeste de Jerusalén y 3 Km. al sudeste de Gabaa); el traslado del Santuario a dicho lugar indica que era ciudad sacerdotal. No se puede pensar en la actual Beit-Nuba, 30 Km. al occidente de Jerusalén, camino de Ramleh. *Rb* 280.

[1] En *Marc.* 2, 26 se lee *Abiatar,* hijo de Aquimelec, acaso porque obró en nombre de su padre (cfr. Hagen en *LB* I 77).

[2] ¿Mintió David en esta ocasión? Siguiendo a Beda nos inclinamos a responder afirmativamente. David pudo creer erróneamente que su mentira estaba justificada, tanto por lo difícil de su situación, como por defender al sumo sacerdote, porque viendo a Doeg en Nobe, sospechó que iría en seguida a contar al rey lo ocurrido y las razones con que David había tranquilizado al sumo sacerdote. La malicia de Doeg torció las cosas, y las consecuencias de aquella mentira fueron terribles (cfr. núm. 489).

[3] Sólo a los sacerdotes les estaba permitido comer de ellos (cfr. núm. 301); exceptuábase el caso de extrema necesidad, como lo declaró el mismo Jesucristo (*Matth.* 12, 3 4); y aun entonces se requería pureza legal.

[4] Esto nos muestra el alto aprecio en que se tenía aquel exvoto de David (cfr. núm. 482).

[5] Sin duda esperaba no ser reconocido, o encontrar hospitalidad en calidad de perseguido por Saúl. Todo este episodio de la huída de David a Get (21, 11-16) no es absurdo (como sostiene Stade), ni aun la escena de la idiotez. La historia nos refiere hechos análogos en abundancia; léase lo que los griegos nos cuentan de Temístocles y Alcibíades, y los romanos de Coriolano; recuérdese también las escenas de idiotez de Ulises, Solón, Bruto, etc. La antigüedad miraba la locura con cierto pavor sagrado; y todavía hoy existe en Oriente la superstición de la inviolabilidad y santidad de los alienados; cfr. Bauer, *Volksleben im Lande der Bibel* 225. David se sirve en tan desesperada situación de un ardid bien calculado.

[6] *Odollam* o Adullam era (según *Ios.* 15, 35; cfr. II *Par.* 11, 7; II *Mach.* 11, 38) una de las ciudades de la Baja Judea, donde se la menciona con Jerimot, Soco y Azeka; probablemente es la actual *Aid el-Ma* (Aadelmieh), 21 Km. al sudoeste de Jerusalén, donde hay abundantes y espaciosas cuevas que pueden dar cabida a cientos de hombres (cfr. *Rb* 282; *KL* IX 697; *AB* 85). Opinan otros, fundándose en II *Reg.* 23, 13, que se trata de la región de Belén y Tecua, rica en cuevas; fíjanse especialmente en el Laberinto de el-Khreitun (es decir, cueva de san Caritón, donde este anacoreta del siglo IV se retiró a vivir); además de una porción de corredores, hay en él una cueva espaciosa de 220 m. de longitud, la cual puede albergar cómodamente a 400 hombres.

hallaban en angustia y oprimidos de deudas y en amargura de corazón; y se hizo su caudillo, y tuvo consigo como cuatrocientos hombres. No queriendo exponer a sus ancianos padres al género de vida errante y llena de peligros que se veía precisado a llevar, fuése con ellos a *Masfa* [1], *en la tierra de Moab*, y dijo al rey de este país: «Ruégote, que mi padre y mi madre se queden con vosotros, hasta que sepa lo que hará Dios de mí». Pero, por consejo del profeta Gad, que también se había unido a él, volvió pronto David con su gente a tierra de Israel, y fué al bosque de Haret, en las montañas de Judá.

489. Habiendo sabido Saúl que David con su gente estaba en el país (en Israel), llamó a su presencia en Gabaa, a sus criados y les dijo: «Oídme, hijos de Benjamín [2]: ¿El hijo de Isaí os dará acaso a todos vosotros campos y viñas, y os hará a todos vosotros tribunos y centuriones, para que todos os conjuréis contra mí y no haya uno que me informe de lo que pasa? Hasta mi propio hijo se ha coligado con el de Isaí y ha sublevado contra mí a un criado mío, que no cesa hasta hoy de armarme asechanzas». Replicó Doeg, idumeo, mayoral de los pastores del rey [3]: «Yo vi al hijo de Isaí en Nobe, en casa del sumo sacerdote Aquimelec, el cual consultó al Señor por él, y dióle víveres; y le dió también la espada de Goliat, el filisteo» [4]. Oyendo Saúl estas pérfidas palabras [5], envió luego a llamar al sumo sacerdote y a todos los sacerdotes que allí se hallaban.

Cuando estuvieron en su presencia, dijo Saúl al sumo sacerdote: «¿Por qué os habéis conjurado contra mí tú y el hijo de Isaí, y le diste panes y espada, y consultaste por él a Dios, para que se sublevara contra mí, perseverando en ponerme asechanzas hasta el día de hoy?» Respondió Aquimelec: «¿Y quién hay entre todos tus siervos tan leal como David, yerno del Rey, y que va por orden tuya, y es ilustre en tu casa? ¿Acaso he comenzado hoy a consultar a Dios por él? Lejos de mí que yo conjure contra el Rey. Ni sospeche el Rey tal cosa de mí su siervo, ni de toda la casa de mi padre; porque tu siervo nada ha sabido de este negocio, ni poco ni mucho». Pero Saúl, ciego de ira, dijo: «Morirás de muerte, Aquimelec, tú y toda la casa de tu padre». Y dijo el Rey a los de su guardia, que le rodeaban: «Embestid, y matad a los sacerdotes del Señor, porque la mano de ellos es con David; sabiendo que iba fugitivo, no me dieron de ello aviso». Mas los siervos israelitas del Rey no quisieron extender sus manos contra los sacerdotes del Señor.

Como nadie quisiese poner su mano sobre los sacerdotes del Señor, dijo Saúl a Doeg: «Embiste tú, y échate sobre los sacerdotes». Y embistiendo Doeg, idumeo, se arrojó sobre los sacerdotes, y mató en aquel día ochenta y cinco hombres vestidos del efod de lino. Y pasó a filo de espada a Nobe, ciudad sacerdotal, a hombres y mujeres, muchachos y niños de pecho, sin perdonar ni a los animales. Pudo escapar un hijo del sumo sacerdote, llamado Abiatar, y se fué huyendo a David, y le contó este espantoso suceso. David exclamó asustado: «Bien sabía yo aquel día, que estando allí Doeg, idumeo, se lo había de

[1] En hebreo *mizpeh*, es decir, atalaya, probablemente una fortaleza situada en una montaña, cuya situación se desconoce (cfr. *Rb* 257). Rut, de la cual descendía David, era moabita.

[2] Según esto, Saúl había provisto los cargos de la corte principalmente en los de su tribu.

[3] Los rebaños eran parte principal de los bienes de los reyes antiguos, los cuales solían poner por mayorales a hombres de su confianza.

[4] Hallábase Doeg en aquella ocasión (II *Reg*. 21, 7; cfr. núm. 488) en el Atrio del Tabernáculo, probablemente cumpliendo algún voto, acaso para ser admitido en el pueblo de Dios como prosélito, quizá por ser sospechoso de lepra (cfr. núm. 340).

[5] Doeg calla el pretexto que David expuso al sumo sacerdote (cfr. I *Reg*. 22, 22; *Ps*. 51, 2 ss.; núm. 489).

notificar a Saúl; yo soy el culpable de todas las almas de la casa de tu padre. —Quédate conmigo, no temas; si alguien buscare mi vida, buscará también tu vida, y conmigo serás guardado» [1].

64. Magnanimidad de David. Muerte de Samuel. Abigail

(I *Reg.* 23-27)

490. Luego de esto, avisaron a David que la ciudad de Ceila [2], en la tribu de Judá, estaba sitiada por los filisteos, quienes saqueaban las eras de la comarca. Movido de compasión hacia sus paisanos, consultó al Señor por medio de Abiatar [3]: «¿Iré y podré vencer a los filisteos?» El Señor respondió: «Anda, que derrotarás a los filisteos y librarás a Ceila». Y los hombres que estaban con David, le dijeron: «Ves cómo nosotros, estándonos aquí en la Judea, estamos con miedo; ¿cuánto más si fuéramos a Ceila contra los escuadrones de los filisteos?» Consultó David nuevamente al Señor, y obtuvo idéntica respuesta. Partió David con su gente, unos 600 hombres, derrotó a los filisteos y libró a Ceila. Y fué dado aviso a Saúl cómo David había venido a Ceila; y dijo Saúl: «Dios me le ha puesto en las manos, y está encerrado, puesto que ha entrado en una ciudad que tiene puertas y cerraduras». Y dió orden Saúl a todo el pueblo, que descendiese a Ceila para la batalla, y para cercar a David y a su gente. Advertido de ello David, consultó al Señor si en efecto vendría Saúl, y si los habitantes de Ceila le entregarían en manos de Saúl; a ambos extremos le contestó afirmativamente el Señor. Abandonó, pues, la ciudad, y se fué al *desierto de Judá* [4], a lugares de difícil acceso, y se mantuvo por entonces en los montes del desierto de *Zif*.

Estando en este *desierto de Zif,* pasáronse [5] a David hombres de la tribu de Judá y aun de la de Benjamín, a la que pertenecía Saúl, entre otros Amasai, caudillo de treinta; además once hombres muy valientes de la tribu de Gad, guerreros muy diestros, armados de broquel y lanza: sus caras como de leones,

---

[1] Saúl nombró sumo sacerdote a Sadoc, hijo de Aquitob, de la rama de Eleazar, y mandó transportar el Tabernáculo a Gabaón (cfr. núm. 459).

[2] En hebreo *Ke'ila,* que los romanos llamaron «Kila»; según san Jerónimo, 8 millas romanas (12 Km.) al oriente de Eleuterópolis; sin duda en el lugar donde hoy se ven las ruinas de Kila, en una colina próxima a Nesib (Nesib en *Ios.* 15, 42 s.); estaba, por consiguiente, 20 Km. al sudoeste de Belén, lindante con el país de los filisteos. En la proximidad estuvieron más tarde los sepulcros de los profetas Miqueas y Habacuc (cfr. *AB* 35, *LB* I 806; *Rb* 113).

[3] El cual llevaba consigo el efod y podía consultar al Señor por medio del *Urim* y *Tummim* (I *Reg.* 23, 6; cfr. núm. 318).

[4] Así se llamaba la zona de la costa occidental del mar Muerto, de 70 Km. de longitud y 20 Km. de anchura. *LB* II 857. Es en gran parte rocosa, muy salvaje y difícilmente accesible; antiguamente estaba poblada de bosques. Buscan unos *Zif* en el actual Tell Zif, que es un montículo de ruinas situado 7 Km. al sudoeste de Hebrón, en el borde occidental del desierto de Judá, desde donde la vista alcanza todo el desierto en que David andaba con los suyos; también se ve desde allí al sur la colina de *Haquila,* junto a la cual se ocultó David. *AB* 115. *LB* II 347. *Rb* 379. Según otros, hallábase Zif en la ribera occidental del mar Muerto, 40 Km. al sudoeste de Hebrón, sobre un monte cónico de 380 m. de altura, rocoso y casi inaccesible, donde se ven las ruinas de *es-Sebbe;* allí construyeron los Macabeos la fortaleza de *Masada,* espléndidamente ampliada después por Herodes el Grande; éste fué el último baluarte de los judíos en la guerra de los romanos. Cfr. Fl. Josefo, *Bell.* 7, 8, 1-3; *AB* 77.

[5] Cfr. I *Par.* 12, 8 ss.

y ligeros como cabras monteses. Más consoladora todavía fué para David la *visita de Jonatás,* quien le dijo, renovando su pacto de amistad: «No temas; porque no te hallará la mano de Saúl, mi padre, y tú reinarás sobre Israel, y yo seré el segundo después de ti; y aun mi padre Saúl sabe esto».

En cambio los *habitantes de Zif* se disponían a hacerle traición; mandaron aviso a Saúl a Gabaa, diciendo: «Mira que David está escondido entre nosotros en los lugares más seguros del bosque, sobre el collado de Haquila, que está a la derecha del desierto. Ahora bien: ve allí, como lo ha deseado tu alma; y quedará a nuestro cuidado el entregarle en manos del Rey». Exclamó entonces Saúl: «Benditos seáis vosotros del Señor, pues os habéis condolido de mi suerte. Id, pues, practicad todas las diligencias, informándoos bien del sitio donde tiene su asiento; pues me han dicho que es muy astuto. Observad y ved todos los escondrijos donde él se oculta; y volved a mí con cosa cierta, para ir con vosotros. Pues, aunque se metiere en las entrañas de la tierra, yo le buscaré entre todos los millares [1] de Judá».

Entre tanto, David se retiró al *desierto de Maón* [2]. Los de Zif dieron de ello noticia a Saúl, el cual fué a su alcance con un poderoso ejército. David huyó a la altura de un monte roqueño; mas Saúl le persiguió, y ya no quedaba más que el monte entre David y Saúl; y parecía que David estaba perdido sin remedio, porque Saúl le tenía rodeado con su gente. Mas llegó a Saúl un mensajero diciendo: «Date prisa, y ven, porque los filisteos han invadido la tierra». Volvióse, pues, Saúl dejando de perseguir a David, y fuése al encuentro de los filisteos. Por esto llamaron a aquel lugar «roca de la separación».

491. David abandonó esta peligrosa comarca y se retiró con los suyos a las cumbres de los montes de Engaddi [3]. Y habiendo vuelto Saúl después de haber perseguido a los filisteos, diéronle noticia de ello sus espías. Salió, pues, con 3000 hombres escogidos siguiendo las huellas de David, hasta por las rocas más escarpadas. Y sucedió que Saúl tuvo precisión de entrar solo en una cueva, en cuya parte más recóndita estaba David con los suyos. Dícenle entonces a David: «He aquí el día en que el Señor ha puesto a tu enemigo en tus manos; haz, pues, de él como te pareciere». Acercóse David con sigilo y cortó la orla del manto, que estaba en el suelo cerca de Saúl. Mas luego pesóle en su corazón, y dijo a los suyos: «No permita Dios que jamás extienda yo mis manos contra el ungido del Señor». Y al mismo tiempo les contuvo para que nadie hiciese daño a Saúl.

Cuando éste hubo salido de la cueva, fuése David en pos de él, y le gritó: «Mi Rey y señor». Al volver Saúl la cabeza, postróse David en tierra en señal de respeto, y le dijo: «¿Por qué das oídos a palabras de hombres que dicen: David anda buscando tu mal? He aquí que hoy han visto tus ojos cómo el Señor te ha puesto en mi mano en la cueva. Me aconsejaron que te matase, pero dije: No extenderé mi mano contra mi señor, porque es el ungido de Dios. Pero mira,

---

[1] Es decir, entre todos los linajes.

[2] Unos 8 Km. al sur de Zif, visible desde éste. *Rb* 253.

[3] *Engaddi,* en hebreo *Ain-Gedi,* que significa fuente del macho cabrío, 30 Km. al este de Maón, hoy ruinas de Ain-Djiddi (o Giddi), era una ciudad de la tribu de Judá; en tiempo de san Jerónimo, era una gran aldea situada en una escarpada roca, a 130 m. sobre el mar, frente a la desembocadura del Arnón, casi en medio de la costa occidental del mar Muerto Una fuente de agua pura y cristalina, que brota de la roca a 30° de temperatura, hacía de los alrededores un magnífico oasis con palmeras, plantas balsámicas, viñas (*Cant.* 1, 13; cfr. núm. 360) y hermosas flores. Hace siglos que aquel lugar está completamente desierto. En su derredor se alzan montes pelados y abruptos, hendidos por numerosas gargantas; en todo aquel paraje abundan las cuevas. *Rb* 148.

padre mío, y reconoce la orla de tu manto que he cortado. Conoce, pues, y ve cómo en mi mano no hay mal ni iniquidad, ni he pecado contra ti; mas tú andas poniendo asechanzas a mi vida para quitármela. Juzgue el Señor entre mí y entre ti; y véngueme el Señor de ti; mas mi mano jamás sea contra ti. Porque *de los impíos*[1] *saldrá la impiedad,* pero mi mano jamás sea contra ti. ¿A quién persigues, oh rey de Israel? ¿A quién persigues? A un perro muerto y a una pulga[2]. Sea juez el Señor, y juzgue entre mí y entre ti; y vea y juzgue mi causa, y líbreme de tu mano».

Al oír estas palabras exclamó Saúl: «¿Es por ventura esa tu voz, hijo mío David?» Y prosiguió llorando muy alto: «Más justo eres tú que yo; porque tú no me has hecho sino bienes; mas yo te he pagado con males. Hoy me lo has demostrado claramente; puesto que, habiéndome entregado el Señor en tus manos, no me has quitado la vida. Porque ¿quién habiendo encontrado a su enemigo, le dejará ir sano y salvo? Mas el Señor te dé la recompensa por lo que hoy has hecho conmigo. Y ahora, por cuanto sé que certísimamente has de reinar y tener en tu mano el reino de Israel, júrame por el Señor que no has de extinguir mi linaje después de mí». Juróselo David. Saúl se retiró a su casa, mas David subió con los suyos a los montes.

492. Por este tiempo[3] murió Samuel. Congregóse todo Israel a celebrar las exequias, y le sepultaron en su casa, en Ramata[4]. Mas David, temiendo una nueva persecución, retiróse para mayor seguridad al desierto de Farán, límite meridional de Judá[5].

Vivía en la comarca de Maón un hombre rico, pero avaro y brutal, llamado Nabal; su mujer, llamada Abigail, era muy prudente y de hermosa presencia. Nabal tenía en el Carmelo[6] una gran hacienda con 3000 ovejas y 1000 cabras. Como en cierta ocasión oyese David que Nabal estaba esquilando sus ovejas[7], envió a diez jóvenes que le saludasen y le recordaran los buenos servicios que de David y su gente habían recibido sus pastores en el desierto, encomendándose a su buena voluntad y pidiéndole algún donativo. Nabal empero les contestó: «¿Quién es David? ¿Quién es el hijo de Isaí? Cada día se ven más esclavos que andan fugitivos de sus amos. ¿Tomaré ahora mi pan y mi agua y la carne de mis ovejas, que he hecho matar para mis esquiladores, y lo daré a unos hombres que no sé de dónde son?» Volviéronse atrás los enviados y le refirieron todo a David; el cual dijo a los suyos: «Ciña cada cual su espada». Y salió con cuatrocientos hombres.

Entre tanto, un criado de Nabal avisó a Abigail lo sucedido, añadiendo: «Estos hombres han sido muy buenos para nosotros y no nos han molestado; nos servían de muro, tanto de noche como de día, todo el tiempo que anduvimos entre ellos apacentando los ganados. Por tanto considera y reflexiona lo que has de hacer, porque resuelto está el mal contra tu marido y contra tu casa». Dióse prisa Abigail y tomó doscientos panes, dos pellejos de vino y cincuenta carneros cocidos, cinco sacos de polenta, cien atados de uvas pasas y doscientos panes de higos secos; y cargando sobre asnos, salió al encuentro de David, sin saber nada

---

1 Entre los cuales no quiero contarme.

2 A un hombre tan insignificante, despreciable y débil, que no es digno de un rey ocuparse en perseguirle. La expresión es verdaderamente oriental.

3 Pocos años antes de la muerte de Saúl (dos, según Fl. Josefo).

4 Cfr. núm. 495

5 Cfr. núm. 354.

6 No se refiere al monte Carmelo del norte de Palestina, sino al lugar que hoy ocupan las ruinas llamadas Kermel o Kurmel, 3 Km. al noroeste de Maón, 12 Km. al sudeste de Hebrón. Vense allí ruinas de tres iglesias y de un enorme baluarte de recios muros. *LB* I 771 *AB* c3.

7 Con este motivo solían celebrarse banquetes, a los cuales se invitaba a los amigos y conocidos (cfr II *Reg* 23, 23 ss.), y se obsequiaba también a los pobres y extranjeros. Todavía hoy dura esta costumbre. Cfr. Bauer, *Volksleben im Lande der Bibel* 177 ss.

su marido. Al poco tiempo se encontró con David y su gente que venían por el mismo camino, pues David había dicho a los suyos: «¿Habrá sido en vano todo el cuidado que tuvimos de sus cosas en el desierto? ¡Y él me devuelve mal por bien! Esto y aquello (de bien) haga Dios a los enemigos de David, si yo dejare de aquí a mañana cosa con vida de todo lo perteneciente a Nabal».

Luego que Abigail vió a David, bajóse prontamente del asno y postrándose sobre su rostro, dijo: «Recaiga sobre mí, señor mío, esta iniquidad; permite que hable tu sierva, y oye las palabras de tu esclava. No hagas aprecio de Nabal; porque, conforme a su nombre, es un necio [1]; mas yo, sierva tuya, no vi a tus criados. Vive Dios y vive tu alma; Yahve es quien te ha estorbado el derramar sangre [2]; sean desde luego todos tus enemigos como Nabal [3]. Mas ahora acepta esta bendición que tu sierva te trae; y dala a las gentes que te siguen. Perdona a tu sierva este pecado. Porque seguramente el Señor te edificará una casa estable (esto es, un reino duradero), por cuanto tú, mi señor, peleas las guerras del Señor; y así no sea hallada culpa en ti en todos los días de tu vida. Y si alguno se levantare en algún tiempo para perseguirte, y atentara a tu vida, será el alma de mi señor guardada en vida cerca de Yahve, tu Dios; mas el alma de tus enemigos será agitada y expelida como piedra lanzada con la honda. Y cuando Yahve te hubiere dado todos los bienes que te ha prometido, y te hubiere establecido caudillo sobre Israel, no tendrás que arrepentirte de haber derramado sangre inocente, o de haberte vengado por ti mismo. Y cuando Yahve hubiere hecho bien a mi señor, acuérdate de tu esclava». Respondió David amansado: «Bendito sea el Señor Dios de Israel que te ha enviado hoy a mi encuentro. Y bendita tú, que me has estorbado hoy que fuera a derramar sangre y vengarme por mi mano». Recibió David de su mano los presentes, y le dijo: «Vuélvete en paz a tu casa».

Entretanto celebraba Nabal en su casa un banquete regio, y estaba ebrio, y su corazón rebosaba de alegría; por lo que Abigail nada le refirió de lo ocurrido hasta la mañana siguiente. Mas, cuando Nabal lo supo, se le heló el corazón de susto y quedó como petrificado; diez días después hirióle el Señor y murió. Al saberlo David, exclamó: «El Señor ha hecho recaer la iniquidad de Nabal sobre su propia cabeza». Envió luego mensajeros a Abigail, ofreciéndole su mano. Y habiendo dado ella su consentimiento, tomóla David por mujer en lugar de Micol, que le había quitado Saúl, dándola a un tal Falti.

493. Marchó David de nuevo al desierto de Zif, acaso con motivo de este matrimonio. En seguida fueron los de Zif a Gabaa a participárselo a Saúl: «Mira que David está escondido en el collado de Haquila, que está enfrente del desierto». Salió Saúl con 3000 hombres escogidos de Israel, y acampó en el cerro de Haquila. Mas David había ya escapado, y por medio de sus espías observaba todo. Y habiéndose enterado a punto fijo del lugar donde acampaba Saúl, fuése allí en secreto; y viendo que todos estaban dormidos, entró a hurtadillas en el campamento con Abisaí, hijo de su hermana Sarvia [4], y otro compañero; y halló a Saúl echado y durmiendo en su tienda. Abner, general en jefe, y toda su tropa dormían alrededor de Saúl. Y dijo Abisaí a David: «Dios ha puesto hoy en tus manos a tu enemigo; ahora, pues, de un solo golpe de lanza le coseré con la tierra, y no será menester el segundo». Pero David replicó: «No lo mates, porque ¿quién extenderá su mano contra el ungido del Señor, y será ino-

[1] *Nabal* significa en hebreo «necio», «loco».
[2] Gracias a mi intervención.
[3] Tan necios y débiles y tan fáciles de vencer.
[4] Era de bastante más edad que David (cfr. núm. 479).

cente? Toma la lanza que está a su cabecera y el vaso del agua (cántaro) y vámonos».

Con esto se volvieron, sin que nadie se diese cuenta de cosa alguna; pues un sueño profundo del Señor [1] había venido sobre todos ellos. Mas, cuando David se había alejado hasta lo alto de un cerro que estaba en la parte opuesta, dió gritos a la gente de Saúl, y particularmente a Abner. Despertó éste y dijo: «¿Quién eres tú, que tanto gritas e incomodas al Rey?» Respondió David: «¿Por ventura no eres tú un hombre de valor? ¿Y qué otro como tú hay en Israel? ¿Pues por qué no has guardado al Rey, tu señor? Puesto que ha entrado uno del pueblo para matar al Rey, tu señor. No está bien esto que has hecho; vive el Señor, que sois hijos de muerte vosotros, que no habéis guardado a vuestro señor, el ungido del Señor. Ahora bien, mira dónde está la lanza del Rey, y dónde está el vaso del agua que estaba a su cabecera». Despertando Saúl a los gritos de David, dijo: «¿No es ésta tu voz, hijo mío David?» Y respondió David: «Mi voz es, mi Rey y señor. Mas ¿por qué motivo persigue mi señor a su siervo? ¿Qué he hecho o qué mal se halla en mis manos? Oye, pues, ahora, te ruego, mi Rey y señor, las palabras de tu siervo: Si el Señor te incita contra mí, reciba el olor de este sacrificio [2]; mas, si son los hijos de los hombres, malditos sean delante del Señor; porque me han arrojado para que no habite en la heredad del Señor [3], diciendo: Anda, sirve a dioses ajenos. Ahora, pues, no sea derramada mi sangre en tierra delante del Señor. El Rey de Israel ha salido en busca de una pulga [4], así como se va tras de una perdiz en los montes» [5].

494. Reconoció Saúl su yerro, y dijo: «He pecado. Vuélvete, hijo mío David; que no te haré mal ninguno de aquí en adelante, porque mi vida ha sido hoy preciosa en tus ojos. Se ve bien que he obrado neciamente, y que son muy muchas las cosas que he ignorado». David replicó: «Ved aquí la lanza del Rey; que pase uno de los criados del Rey, y la lleve. Que el Señor pagará a cada uno conforme a su justicia y lealtad. Y así como ha sido hoy muy preciada tu alma en mis ojos, así lo sea también la mía en los ojos del Señor, y me libre de toda angustia». Respondió Saúl: «Bendito seas, hijo mío David; prosperarás en tus empresas, y lo que comiences, lo llevarás a feliz término». Y separáronse en paz [6].

Pero David no se fiaba de Saúl, y se decía: «Al fin, algún día vendré a caer en manos de Saúl. ¿Acaso no me vale más huir, y *ponerme en salvo en la tierra de los filisteos,* para que Saúl pierda las esperanzas y cese de buscarme por todos los términos de Israel?» Púsose, pues, en camino con sus seiscientos hombres y sus familias, y fuese a Aquis [7], rey de Get. Y Saúl no cuidó ya más

---

1 Dios favoreció la empresa de David, para que fuese manifiesta a todos su inocencia, y aumentase el amor que el pueblo le tenía.

2 Como si dijera: si el espíritu maligno, que por permisión de Dios te aflige, (cfr. núm. 480) es la causa de tu enojo contra mí, deja de ofrecer sacrificios para aplacar a Dios. Quizá el sentido del texto hebreo sea como sigue: si el Señor te incita contra mí, muestre El mismo su ira contra mí.

3 Fuera de la tierra de promisión, lejos del Santuario (cfr. *Ps.* 41, 4).

4 Cfr. núm. 491.

5 No hay cazador que obre tan neciamente, pudiéndolas encontrar a montones en el llano.

6 Cfr. san Juan Crisóstomo, *Hom. 2 de Davide et Saule.*

7 David no dejó de advertir que Saúl se había mostrado en esta segunda ocasión mucho menos conmovido que en la primera. No lloró como antes, ni habló del reinado de David, sino sólo prometió no hacerle daño alguno (cfr núm. 491). — No es de admirar que Aquis recibiese a David, pues ya antes lo hiciera (cfr. núm. 488), de no habérsele opuesto los magnates. Pero esta vez había una razón más: y es que Saúl se mostraba enemigo mortal de David, y éste, por otra parte, con su tacto y valentía y al frente de un

de buscarle. Pero David no estaba contento en la capital de los filisteos; pidió, pues, a Aquis que le señalara una de las ciudades del país para morar en ella; Dióle Aquis la ciudad de Siceleg [1]. Desde aquí hacía David excursiones contra las hordas de bandidos nómadas que merodeaban por el desierto del sur de Judá. Mas, ante el rey Aquis aparentaba como que sus excursiones eran contra sus paisanos, los israelitas, odiados a causa de la persecución que Saúl le hacía; por lo que Aquis vino a fiarse de David, y decía: «Muchos males ha hecho contra su pueblo de Israel; por esto estará siempre a mi servicio».

495. El Espíritu Santo *alaba a Samuel* por boca de Jesús, hijo de Sirac *(Eclesiástico):* «Querido del Señor, el profeta Samuel fundó un reino, y ungió reyes para su nación. Juzgó a Israel según las leyes del Señor, y en su fe mostró ser profeta; fué hallado fiel en sus palabras, porque se le manifestaba el Dios de la luz» [2]. Por la eficacia de sus oraciones se le compara a Moisés: «Aunque Moisés y Samuel se me pusieran delante, no se doblaría mi alma a favor de este pueblo» [3]. Por eso la Iglesia ha conservado fielmente su memoria. Según san Jerónimo [4], los *restos de Samuel* fueron trasladados de Ramata a Constantinopla en tiempo del emperador Arcadio, el año 406 (d. Cr.). En el Martirologio Romano se le conmemora el 20 de agosto [5].

65. Fin de Saúl

(I *Reg.* 28-31)

496. Por aquellos días reunieron los filisteos sus escuadrones para pelear contra Israel. Ya habían avanzado hasta Sunam [6]. Saúl reunió todas las tropas de Israel y les salió al encuentro, sentando sus reales en el monte de Gelboé [7]. Vió el campamento de los filisteos, y temió, y su corazón se amedrentó en extremo. Consultó al Señor, el cual no le respondió ni por sueños ni por profetas [8]. Abandonado de Dios, recurrió en su desesperación a las supersticiones paganas. El, que por instigación de Samuel había limpiado el país de magos y adivinos, mandó que le buscaran una *maga* y nigromante.

---

puñado de héroes, podía ser un aliado no despreciable. Por ello los sátrapas filisteos no se opusieron esta vez con tanta decisión; sin embargo, pronto manifestaron enérgicamente su desconfianza. Cfr. núm. 497; acerca de *Get* núm. 481.

[1] Ciudad del mediodía de Judá, confinante con el país de los filisteos, acaso el montículo de ruinas Tell Scheria, 30 Km. al sudeste de Gaza, o bien Asludsch, donde comienza el desierto del sur, 60 Km. al sudeste de Gaza. *AB* 103. *Rb* 337. Tocó en suerte a la tribu de Simeón *(Ios.* 15, 5). Después de que se apoderaron de ella los filisteos, habíanla abandonado los habitantes israelitas. Con el alejamiento de la capital, quería David sustraerse a los celos de los cortesanos y al peligro de tener que luchar contra Israel, quedando al mismo tiempo libre para sus correrías.

[2] *Eccli.* 46, 16 ss.

[3] *Ierem.* 15, 1; cfr. *Ps.* 98, 6.

[4] *Contra Vigilant.* núm. 6.

[5] Acerca de la iglesia y monasterio de san Samuel véase núm. 459.

[6] Llamada más tarde *Sulem,* en la tribu de Isacar, en la margen oriental del valle de Jezrael, 12 Km. al sudoeste del monte Tabor; allí se ve hoy la aldea Sulim, en la ladera del sudoeste del pequeño Hermón (Djebel el-Duhi), 14 Km. al sudeste de Nazaret. *AB* 106. *Rb* 351.

[7] Pertenecía a la tribu de Isacar, en la región sudeste del valle de Jezrael, 10 Km. al sur de Sunam; elévase a 700 m. de altitud, 500 m. sobre la llanura que se extiende al occidente; desde aquí podía Saúl observar el campamento del enemigo. Llámase hoy esta cordillera *Djebel Fukua,* monte de Fukua (acaso la antigua Afeca), que está al pie del monte, en la parte que mira al sudoeste. *LB* II 386. *Rb* 177.

[8] El sumo sacerdote Abiatar seguía al lado de David; cfr. núm. 489 y 497.

E informado de que en Endor [1] había una, disfrazóse y fué de noche a casa de la mujer, y le dijo: «Adivíname y hazme aparecer a quien yo te dijere». Respondió ella: «Sabes bien todo lo que ha hecho Saúl, limpiando la tierra de magos y adivinos; ¿por qué, pues, armas lazos a mi alma, para que me quiten la vida?» Mas Saúl le juró, diciendo: «Vive el Señor, que no te vendrá por esto ningún mal». Preguntó ella entonces: «¿A quién debo evocar?» Y Saúl respondió: «Haz que se me aparezca Samuel». Y luego que la mujer vió a Samuel, dió un gran grito [2], y dijo a Saúl: «¿Por qué me has engañado? Pues tú eres Saúl». Y el Rey le dijo: «No temas: ¿qué has visto?» Y dijo la mujer a Saúl: «He visto un dios [3] que subía de la tierra». «¿De qué aspecto?» preguntó Saúl. Y ella respondió: «Es un anciano, envuelto en un manto de profeta». Y entendió Saúl que era Samuel, e inclinando su rostro hasta la tierra, le hizo una profunda reverencia.

Mas Samuel dijo a Saúl: «¿Por qué has turbado mi reposo?» [4] Y respondió Saúl: «Me veo muy apurado; porque los filisteos pelean contra mí, y Dios me ha abandonado y no me ha querido responder; por esta razón te he llamado, para que me declares lo que debo hacer». Y dijo Samuel: «¿Para qué me preguntas, habiéndose retirado de ti el Señor? Él te tratará como te habló por mi boca, y arrancará de tus manos el reino, y lo dará a tu prójimo David. Y el Señor entregará también contigo a Israel en manos de los filisteos; y mañana tú y tus dos hijos seréis conmigo» [5]. A estas palabras, cayó Saúl en tierra cuan largo era; y le sobrevino un gran desfallecimiento, porque en todo aquel día no había comido bocado. En vano le ofreció la maga un refrigerio; Saúl lo rehusó diciendo: «No comeré». Sólo después de muchas instancias de la mujer y de sus dos criados, comió. Después de esto, volvióse la misma noche al campamento.

497. Entretanto David, a petición del rey Aquis, se unió con su gente al ejército de los filisteos, al parecer con intención de pelear contra Israel [6]. Mas

---

[1] *Endor,* aldea hoy abandonada, Endur, está 14 Km. al norte de Gelboé, en la región norte del pequeño Hermón. Cfr. *KL* IV 501; *LB* II 176; *Rb* 148.—Acerca de la *magia* cfr. núm. 243. La *nigromancia* era muy frecuente en la antigüedad pagana. Aparentaba evocar las almas de los difuntos para descubrir la suerte de los que las consultaban; pero reducíase, por lo general, a una prestidigitación: mediante la ventriloquia y otras artes se le hacía responder al espíritu, el cual, como se comprende, no se dejaba ver por el consultante. Pero seguramente se mezclaban en todo esto engaños y diabólicas brujerías. Cfr. *Ios.* 8, 19; *Act.* 16, 16 ss.; Scholz, *Götzendienst und Zauberwesen* 69 ss.; Kortleitner, *De Polytheismo* 145.

[2] Del texto del relato se desprende que el espíritu apareció antes que la mujer se resolviese a evocarlo; en vez de sus acostumbrados juegos de prestidigitación, se presentó una realidad (cfr. *Eccli.* 46, 23) que la dejó despavorida y le descubrió que Saúl era el demandante. Schulz (*Die Bücher Samuel* I 387 ss.) opina que la pitonisa efectuó realmente sus ritos nigrománticos (entre los versículos 11 y 12), que el Sagrado Texto tuvo a bien omitirlos en el relato.

[3] Es decir, un ser sobrenatural; no era un hombre en su estado ordinario, sino tenía algo de «fantasma» o de sobrehumano, tal vez algo así como Elías y Moisés en la Transfiguración de Jesucristo en el Tabor.—Las distintas opiniones acerca de la aparición de Samuel pueden verse en Hummelauer, *Comm. in. lib. Sam.* 248-253; Schulz l.c. 94 s.; cfr. Zschokke, *Die bibl. Frauen* 227 ss. Los modernos opinan que Saúl «cayó en manos de una embustera avisada, la cual, conociendo a tiempo al cliente, supo arreglárselas conforme exigían las circunstancias». Según esta interpretación el relato puede ser histórico en lo esencial. Kautzsch, *Die Heilige Schrift des AT.* 448. Kittl l.c. 17. Cfr. en contra Kortleitner l.c. 159.

[4] Como si dijera: ¿Por qué has hecho que Dios me saque *en cierto modo* de mi reposo para aparecerme aquí? No puede darse inquietud o perturbación real de los justos en el limbo.

[5] Es decir, en la muerte, en el reino de los muertos, en el Scheol (cfr. núm. 57), pero no en el mismo estado; «porque, como dice Beda el Venerable, no puede estar Saúl con sus pecados en el mismo lugar que Jonatás con sus virtudes».

[6] A requerimiento del rey, contestó David equívocamente: «Ahora sabrás lo que tu siervo va a hacer»; y Aquis le confió la guarda de su persona asignándole un puesto en la

los príncipes de los filisteos no se fiaban de David; por lo que exigieron resueltamente a Aquis que le hiciese volver a su residencia. Dijo, pues, Aquis a David: «Vive Dios, que no he hallado en ti falta alguna, desde el día en que te pasaste a mí hasta el presente; pero no eres del agrado de los sátrapas. Tú eres a mis ojos como un ángel de Dios; pero los príncipes han dicho: No ha de ir con nosotros al combate. Por tanto, prepárate para mañana, y ponte en camino con tu gente antes que amanezca». Contento David de salir de este paso tan comprometido, púsose en camino muy de mañana y regresó a Siceleg.

Habiendo llegado al tercer día a Siceleg, halló que las hordas amalecitas del sur, subyugadas anteriormente por él, habían caído sobre la ciudad indefensa, y la habían reducido a cenizas, llevándose consigo prisioneros a mujeres y niños. Dura había sido hasta entonces la suerte de David y de los suyos, mas a la vista de tamaña calamidad, levantaron el grito y lloraron a voces, hasta que se les acabaron las lágrimas. En gran aprieto se encontraba David, pues le querían apedrear, achacando esta desgracia a su amistad con Aquis. Mas David buscó en el Señor el consuelo y fortaleza, le consultó por medio del sumo sacerdote Abiatar [1], y habiendo obtenido respuesta favorable, salió con los suyos en persecución de las hordas de bandidos. Encontraron en el camino un siervo egipcio, a quien, desfallecido, habían abandonado los amalecitas; luego que hubo restaurado sus fuerzas, puso a David en la pista de los bandidos. Encontrólos David en el desierto comiendo y bebiendo tranquilamente y celebrando fiesta por el botín de que se habían apoderado. Cayó de súbito sobre ellos, los acuchilló y les quitó cuanto habían pillado en Siceleg y en otras partes. La última porción del botín fué tan grande, que David pudo obsequiar con ella no sólo a sus compañeros, sino también a todos los pueblos de Judá que le habían socorrido cuando huía de la presencia de Saúl.

498. Entretanto los filisteos reunieron sus escuadrones en Afec [2], y los israelitas ocuparon la meseta [3] que rodea la fuente de Jezrael [4], situación muy favorable para la defensa. Pronto comenzó una sangrienta lucha. Los filisteos atacaron con tal vigor, que los israelitas se dieron a la fuga, cayendo muchos en el monte de Gelboé. Sólo Saúl y su escolta se mantuvieron firmes; pronto vino a descargar sobre él todo el empuje de los enemigos. Allí *cayeron* Jonatás, Abinadab y Melquisua, hijos de Saúl. Seguía peleando Saúl; mas, habiéndole dado alcance los flecheros, y acosándole por todas partes los enemigos, dijo a su escudero: «Desenvaina tu espada y dame una estocada; porque no lleguen esos incircuncisos y me maten, haciendo escarnio de mí».

Mas el escudero no quiso hacerlo por respeto a la persona sagrada del rey. *Entonces Saúl se arrojó sobre su misma espada.* A la mañana siguiente, vinieron los filisteos a despojar a los muertos; entre los cuales hallaron a Saúl y sus tres hijos. Cortaron la cabeza a Saúl y juntamente con las armas la enviaron a su ciudad [5]; mas el cadáver lo colgaron en el

---

última división de su ejército. En tan crítica situación, teniendo que escoger entre luchar contra Israel o abandonar a Aquis su bienhechor, confiaba que Dios sabría mostrarle algún recurso. No esperó en vano.

[1] Mediante el efod (cfr. núm. 318).

[2] Cfr. núm. 463.

[3] Cfr. núm. 496.

[4] Probablemente la fuente de Harad (cfr. núm. 433). Según Lievin (*Das Heilige Land* III 71) se trata de la fuente de Jezrael, Ain Maiteh, en la ladera noroeste del monte en que está situada Jezrael, 3 Km. al oeste de Ain Djalud.

[5] Según I *Par.* 10, 10, al templo de Dagón.

muro de Betsán [1]. Pero los *moradores* de Jabés de Galaad [2], luego que oyeron lo que los filisteos habían hecho con Saúl, se levantaron los más valientes y, caminando toda la noche, tomaron del muro de Betsán los cadáveres de Saúl y de sus hijos, los trajeron a Jabés de Galaad (y allí los quemaron). Luego enterraron los huesos en el bosque de Jabés y ayunaron siete días [3].

499. Saúl es un ejemplo espantoso del *poder siniestro de una pasión desenfrenada,* que arrastra a la víctima al abismo del pecado y de la ruina. Saúl tenía excelentes dones: era humilde, noble, valiente, magnánimo; por eso fué escogido por Dios para rey de su pueblo y dotado de extraordinarios dones. Mas, una vez en las alturas, no sabe conservarse humilde. *Desobedece* repetidas veces las órdenes divinas y el Espíritu del Señor se retira de él. Lejos de volverse a Dios, se deja llevar de su *melancolía.* Nace luego la *envidia,* y esta pasión, no combatida, se manifiesta en arrebatos de furor, luego en odio mortal y finalmente en irreconciliable enemistad, que no se deja vencer por la magnanimidad de David, ni por los avisos de la conciencia. Llevado de un furor loco, *mata a los sacerdotes del Señor;* va de nuevo en busca de David para matarle, y por fin, en el momento de apuro, acude a Dios. Abandonado del cielo, entrégase a las *quimeras* y mentiras *paganas,* y a pesar de que la voz divina habla por última vez a su corazón empedernido, no se mueve a penitencia, sino va al combate sin contar con Dios, y camina a su ruina con fría indiferencia; por fin, *atenta a su propia vida.* «Murió, pues, Saúl por sus iniquidades: por haber traspasado el mandamiento que el Señor le había ordenado, y no haberlo guardado; y además, por haber consultado a la pitonisa, y por no haber esperado en el Señor; por lo que el Señor le quitó la vida, y trasladó su reino a David, hijo de Isaí» [4].

66. Duelo de David por la muerte de Saúl y Jonatás

(II *Reg.* 1)

500. Los asuntos de la Historia de Israel de que tratan los *Libros* II, III y IV *de los Reyes,* son también narrados por los dos **libros de las Crónicas** o **Paralipómenos.** La palabra griega Palipómenon (que quiere decir apéndices, suplementos) indica que son complemento de los *Libros de los Reyes.* Más en su punto está el nombre hebreo: «Palabras de los días», o sea, Anales, Crónicas,

---

[1] *Betsán,* llamada también *Escitópolis,* hoy *Beisán,* estaba situada en la proximidad del campo de batalla, en la vertiente oriental del monte Gelboé, que da al valle del Jordán. Cfr. núm. 188; *LB* I 660; *Rb* 87. Para mayor afrenta de los enemigos o de los ajusticiados, se colgaban sus cadáveres de garfios elevados en las murallas. A veces se sometía a los infelices al atroz suplicio de ser colgados vivos, para rematarlos a flechazos.

[2] Acordábanse todavía de que Saúl en cierta ocasión les había salvado (cfr. núm. 472).

[3] No acostumbraban los israelitas *quemar los cadáveres;* era esto más bien un castigo establecido para ciertos crímenes graves (cfr. *Lev.* 20, 14; 21, 9; *Ios.* 7, 15 25; cfr. núm. 347). Más tarde parece que se introdujo temporalmente, con otras costumbres paganas, la de quemar los cadáveres (II *Par.* 16, 14. *Ierem.* 34, 5. *Amos* 6, 10; a no ser que en los dos primeros lugares hable el texto de la costumbre de quemar sustancias aromáticas junto a los cadáveres; y en el tercero, de la cremación motivada por una excesiva mortandad, lo cual es más probable); después del regreso del cautiverio no volvió a repetirse.—La aparente dificultad se resuelve aún más fácilmente admitiendo que está corrompido el texto, como se echa de ver particularmente en la versión griega: en vez de: quemaron, se debe leer: *hicieron duelo:* como II *Reg* 1, 12; cfr. Schlögl *(Die Bücher Samuels* XVIII y 202. Schulz *Die Bücher Samuel* I 417) no es partidario de esta solución. Pero se ve obligado a admitir que en Transjordania tenían los israelitas otras ideas y costumbres acerca de la cremación de los cadáveres, y que los de Jabés siguieron quemando los cadáveres hasta que no quedaban sino los huesos que luego enterraron.

[4] I *Par.* 10, 13, 14.

porque contienen por años la historia de los hechos memorables. El *primer libro* trae al principio las genealogías desde Adán (cap. 1-9). Sigue un breve relato de la muerte de Saúl y luego la historia de David.—El *libro segundo* trata de la historia de Salomón y de los reyes de Judá, y al terminar alude brevemente al regreso del cautiverio de Babilonia.

A diferencia de los *Libros de los Reyes*, contienen éstos sólo la historia del reino de Judá, más propiamente, la crónica sinodal de Jerusalén («crónica del Templo»). Propónese el autor demostrar que los tiempos de esplendor del reino fueron los años de gobierno de aquellos reyes que se aventajaron a los demás en la solicitud por el culto y la observancia de la Ley. Y con su ejemplo, trata de animar a los lectores al celo por el Templo y la Ley. Pasa por alto, es verdad, muchas cosas que podrían contribuir a la gloria de los reyes por él ensalzados, y a la edificación de sus lectores. Mas esto se debe, no a la intención de olvidar tales hechos — consignados ya en los *Libros de los Reyes* —, sino a las circunstancias que alcanzaba Israel, en las cuales el autor quería reanimar su espíritu y el de sus contemporáneos, con la consideración de los hermosos y edificantes ejemplos que ofrecía la historia del pasado. No es éste, ciertamente, el punto de vista del historiador crítico moderno; pero es legítimo, y no excluye ni daña a la veracidad subjetiva del narrador y a la credibilidad objetiva de la narración. De otra suerte ¿qué opinión habríamos de formar de los innumerables retratos biográficos e históricos, patrióticos y edificantes, etc., de épocas pasadas y de la presente, destinados a la juventud y al pueblo? Incurren, pues, los críticos en una arbitrariedad, al declarar desprovisto de valor histórico todo aquello que tiene su explicación en «el punto de vista sacerdotal» del autor [1]. La verdadera causa de la aversión al criterio del cronista — como lo ha reconocido *De Wette* — está en que «toda la historia judía adquiere aspecto muy distinto si se eliminan las noticias de las Crónicas; como también toman otro giro las investigaciones acerca del *Pentateuco*. Es una manera sencilla de deshacerse de multitud de excelentes documentos y pruebas que atestiguan la antigüedad de los libros mosaicos, y de dar aspecto muy distinto a otras huellas de su existencia» [2].

Tanto los escribas judíos como los Doctores de la Iglesia [3] coinciden en apreciar el gran valor del *Libro de las Crónicas*. La credibilidad de sus narraciones puede defenderse con sólidos argumentos científicos. Hasta la crítica más radical se ve obligada a reconocer que el autor tomó parte de sus asuntos de las fuentes que tan a menudo cita, y que en los relatos de las Crónicas hay tradiciones apreciables e intangibles. Las «contradicciones» e «inexactitudes» quedan orilladas mediante una interpretación cuidadosa y libre de prejuicios [4]. Algunas cosas con que choca la crítica (nombres y datos numéricos) han sido introducidas en el texto probablemente por los copistas; los cuales, al parecer, no siempre lo han tratado con el debido respeto. Es a todas luces injusto el cargo de falsificación indirecta que al autor de las Crónicas hacen los críticos, en especial Wellhausen.—Los dos libros (que primitivamente formaban uno) han sido compuestos después del cautiverio; pues la descendencia de David alcanza a varias generaciones después de Zorobabel. La mención que I *Par.* (29, 7: dáricos) hace de las monedas persas, pudiera ser indicio de haber sido compuestos los libros en tiempo de la dominación persa. La semejanza de estilo e ideas con los libros de Esdras y Nehemías induce a creer que unos y otros fueron compuestos por el mismo escritor [5].

---

[1] Wildeboer, *Literatur des AT* 417.

[2] De Wette, *Beiträge* I 135.

[3] Cfr. san Jerónimo, *Praef. in Paral.*

[4] Este es el asunto de la obra de Kugler: *Von Moses bis Paulus* (V. *Zur Glaubwürdigkeit der Chronik*) 234-300.

[5] Cfr. núm. 708. Comentarios a los Libros de las Crónicas: Neteler, *Die Bücher der Chronik* (Münster 1899); Hummelauer, *Comm. in lib. I Paral.* (París 1905); Schlögl, *Die Bücher der Chronik* (Viena 1911).

501. Derrotados los amalecitas, regresó David a Siceleg, donde permaneció dos días. Al tercero compareció un hombre que venía del campamento de Saúl con el vestido rasgado y cubierta de polvo la cabeza [1]; luego que llegó a David, postróse sobre su rostro y le adoró. Y díjole David: «¿De dónde vienes?» Y él le respondió: «Heme escapado del campamento de Israel». Y David le preguntó: «¿Qué ha sucedido? Dime». «El pueblo huyó de la batalla, respondió, y muchos cayeron y murieron; también Saúl y Jonatás, su hijo, han perecido». Y siguió preguntando David: «¿De dónde sabes que han muerto Saúl y Jonatás?» «Casualmente vine al monte Gelboé, y Saúl estaba echado sobre su lanza; los carros y la caballería se acercaban a él. Volviéndose a mirar atrás, vióme y me dijo: ¿quién eres tú? Y le respondí: Yo soy amalecita. Y él me dijo: acércate y mátame, porque me veo lleno de congojas y está aún en mí toda mi alma. Y acercándome le maté, porque veía que no podía vivir después de tal estrago; tomé la diadema que tenía en su cabeza y el brazalete de su brazo y te los traigo acá a ti, mi señor» [2].

Rasgó David sus vestiduras; lo mismo hicieron todos los que estaban con él; plañeron, lloraron y ayunaron hasta la tarde por Saúl y por Jonatás, su hijo, por el pueblo del Señor y por la casa de Israel; porque habían caído a cuchillo. Mas David preguntó al mensajero más noticias acerca de su origen: «Yo soy hijo de un amalecita extranjero» (avecindado en Israel). Y le dijo David: «¿Cómo no temiste extender tu mano para matar al ungido del Señor?» Y mandó a uno de sus soldados que lo matase, y dijo: «Tu sangre caiga sobre tu cabeza, pues tu propia boca ha dado testimonio contra ti, cuando dijiste: yo he dado muerte al ungido del Señor» [3].

502. David expresó su dolor y su duelo en el siguiente cántico plañidero [4]:

«La flor de Israel ha muerto en tus montañas;
¡Cómo cayeron los fuertes!

No deis la nueva en Get, ni la publiquéis en las plazas de Ascalón;
porque no se alegren las hijas de los filisteos,
ni hagan fiesta las hijas de los incircuncisos.

---

[1] En señal de duelo.

[2] Es claro que el amalecita inventó su participación en la muerte de Saúl, esperando recibir alguna recompensa de David. Quitó al cadáver las insignias reales, antes que lo despojasen los filisteos al siguiente día de la batalla. La corona era un broche de oro colocado en el yelmo. Además de la corona y el cetro, era también atributo real el brazalete de oro. Al ofrecérselo a David, indicaba el amalecita que le reconocía por rey.

[3] Un extranjero de raza tan enemiga de Israel como la de los amalecitas, se había atrevido, según propio testimonio, a dar muerte al rey de Israel, que «aun tenía la vida dentro de sí», y se lo anunciaba a David esperando recibir recompensa. Esto fué bastante para que David, como legítimo rey, pronunciase *in continenti* la sentencia de muerte contra aquel regicida.

[4] II *Reg.* 1, 19-27. Es uno de los más nobles, hermosos y sublimes cánticos del Antiguo Testamento. Olvidando la conducta que Saúl había observado para con él, ensalza David su valentía y la de Jonatás, como también el amor que éste le profesaba, y da rienda suelta al dolor por la muerte de ambos. David mandó que lo enseñasen a los hijos de Israel; fué además consignado en el *Libro de los Justos* (cfr. núm. 414; I *Reg.* 1, 18). La denominación «cántico del arco» nació de un error. Los nuevos estudios han conducido a diversas correcciones del texto que realzan aún más la belleza primitiva del cántico, sin alterar esencialmente el sentido del texto admitido y el de las antiguas versiones. Cfr. Zapletal, *Alttestamentliches* 113 ss.; Zenner en *BSt* VI 57 ss.; Schlögl, *Die Bücher Samuels* II 6 ss.; Schulz l.c. II 8 ss.

Montes de Gelboé, ni rocío ni lluvia vengan sobre vosotros,
ni traigan primicias vuestros campos;
porque allí fué abatido el escudo de los valientes,
el escudo de Saúl, como si no hubiera sido ungido con el óleo [1].

De la sangre de los interfectos, de las entrañas de los fuertes,
nunca retrocedió la flecha de Jonatás,
ni jamás Saúl desenvainó su espada en vano.

Saúl y Jonatás amables y hermosos,
en vida y muerte inseparablemente unidos;
más ligeros que águilas, más fuertes que leones.

Hijas de Israel, llorad sobre Saúl,
que os adornaba con delicados vestidos de grana,
que os daba joyeles de oro para engalanaros.

¡Cómo cayeron los valientes en la batalla!
¡Cómo fué muerto Jonatás en tus alturas!

Duélome por ti, ¡oh hermano mío, Jonatás!
¡Cuán hermoso eras, y amable sobre el amor de las mujeres!
Como una madre ama a su hijo único,
así te amaba yo, sin medida.

¡Cómo cayeron los fuertes,
y se quebraron las armas bélicas!»

503. El *íntimo amor* que tan conmovedoramente expresa David, no sólo al amigo, sino también al enemigo mortal [2], es prueba manifiesta de la magnanimidad a que eleva la religión al hombre. Y no contribuyó poco a granjearle la adhesión, no sólo de su tribu, sino también de las demás, aunque éstas creyeron ver en Isboset, único hijo superviviente de Saúl, el legítimo heredero del trono.

67. David, rey piadoso e inspirado [3]

(II *Reg.* 2-10 I *Par.* 11-19)

504. Aunque vencido de los filisteos por culpa de Saúl, Israel, después de tantas vicisitudes, había llegado a la madurez, tanto en lo religioso, como en lo político; después de varias apostasías transitorias, habíase vuelto a Dios, llegando a ser un pueblo independiente y temido por sus enemigos. Bajo la dirección de David, extraordinariamente capacitado en todos los aspectos para ser un gran soberano, formado y educado especialmente por Dios en la escuela del dolor, el pueblo de Dios había de aparecer ante el mundo en toda su grandeza; y el reino de Dios, encarnado en David, aunque todavía muy imperfecto, figura del reino mesiánico mucho más excelente, había de brillar con magnífico resplandor.

Muerto el rey Saúl, dejó David en manos de Dios el cuidado de sus asuntos. Sólo por aviso expreso del Señor regresó a Judá, donde fué ungido por *rey de*

---

[1] En el texto hebreo esto va unido a lo siguiente; de modo que el sentido es: El escudo de Saúl fué (muchas veces) ungido (bañado), como con óleo, con la sangre de los degollados. Es, pues, un elogio del valor de Saúl; resalta aún más en la forma interrogativa: «¿No fué ungido el escudo de Saúl, como con óleo, con la sangre de los degollados?», etc. La frase siguiente es entonces independiente: Nunca volvió atrás, etc.

[2] En este hermoso ejemplo de David se inspira san Juan Crisóstomo para cantar el amor a los enemigos *(Hom. de virtut. et vitiis; Hom. 2, de Davide et Saule).*

[3] Por los años de 1010-970 a. Cr.; la historia de David en Weiss, *David und seine Zeit* (Münster 1880).

esta tribu. El primer acto de gobierno fué enviar a Jabés de Galaad mensajeros que dijesen a los habitantes: «Benditos vosotros del Señor, porque habéis hecho esta misericordia con Saúl, vuestro señor, y le habéis dado sepultura. También yo quiero mostraros mi agradecimiento. Tened buen ánimo, y sed hombres de valor; porque si ha muerto Saúl, vuestro señor, también la casa de Judá me ha ungido a mí por su rey» [1].

Las demás tribus, arrastradas por el ambicioso Abner, general de Saúl, no quisieron en un principio reconocer por rey a David. *Abner proclamó* rey de Israel en Mahanaim [2] *a Isboset,* hijo de Saúl, de cuarenta años de edad. Con esto comenzó la guerra civil. David, en propia defensa, envió contra él a Joab, hijo de su hermana Sarvia. Ambos ejércitos vinieron a las manos en Gabaón [3], no lejos de los límites de Judá, quedando Joab vencedor.

Asael [4], hermano de Joab, ligero de pies como un corzo, persiguió a Abner en su huída. En vano le avisó éste, por respeto a Joab, que desistiera de perseguirle; Asael no le hizo caso. Entonces Abner le hirió con la parte inferior de la lanza, dejándole muerto en el acto. Acorralado con su gente en la cúspide de una colina, invocó Abner la generosidad de Joab: «Y bien, le dijo, ¿se embravecerá tu espada hasta que no quede ninguno? ¿No sabes que es cosa peligrosa la desesperación? ¿No será tiempo ya de decir al pueblo que deje de perseguir a sus hermanos?» Respondió Joab: «Vive el Señor, que si lo hubieras dicho, desde la mañana habría cesado el pueblo de perseguir a sus hermanos». Al punto mandó Joab dar con la bocina señal de que cesara el combate. A pesar de su victoria, dejó David el asunto en manos de Dios.

505. El prestigio de David iba en aumento de día en día, mientras el partido del débil e inepto Isboset menguaba cada vez más. El mismo Abner, resentido por una merecida reprensión de Isboset, se pasó en secreto a David; hizo que Micol le fuese devuelta a David [5] y trató de ganar para la nueva causa a los ancianos y especialmente a la tribu de Benjamín, lo cual fué tanto más fácil cuanto que en ella arraigaba cada día más la convicción del llamamiento divino de David. Estaba Abner a punto de coronar su obra, cuando *fué traidoramente asesinado por Joab,* en venganza de la muerte de Asael, y acaso por recelo; pues Joab temía que Abner llegase a ocupar un puesto preponderante en la casa de David.

Fué Abner a Hebrón, acompañado de veinte hombres, para concertar con David las últimas estipulaciones. Dióle David un banquete y le despidió en paz. Luego de esto volvió Joab de una expedición contra una partida de ladrones; y como entendiese que Abner había estado allí y que David le había despedido en paz, fué a ver a David y le dijo: «¿Qué has hecho? Acaba Abner de estar contigo; ¿por qué le has dejado ir? Tiempo ha que le conoces; ha venido a engañarte, enterarse de tus proyectos y sondear todo cuanto haces». Joab hizo volver a Abner, sin conocimiento del Rey; salióle al encuentro al portal de la ciudad so pretexto de hablarle amigablemente; y ayudado por su hermano Abisaí, le hundió de improviso la espada en el cuerpo.

---

[1] Quería decir con esto: «Yo sabré recompensaros; y si lo necesitáis, presto estoy a ayudaros, como Saúl».

[2] En el lugar donde se apareció el ángel a Jacob, que regresaba a su patria (cfr. núm. 185).—Probablemente había huído Abner con el único hijo superviviente de Saúl a la otra parte del Jordán, porque los filisteos con su victoria se habían apoderado de una buena parte de Cisjordania.

[3] Cfr. núm. 412.

[4] Cfr. núm. 479 y 493.

[5] Cfr. núm. 492.

Al saber David lo ocurrido, exclamó: «Soy inocente ante el Señor en la muerte de Abner. Caiga su sangre sobre la cabeza de Joab y sobre toda la casa de su padre». No se atrevió David a castigar a Joab, porque este experto general tenía de su parte al ejército, y podía provocar fácilmente una nueva guerra civil; acaso también porque Joab le había prestado servicios extraordinarios y era casi insustituíble para el porvenir que, según era de prever, iba a ser fecundo en guerras. Pero mandó a todo el pueblo y al mismo Joab: «Rasgad vuestras vestiduras, y ceñíos de sacos [1], y plañid en los funerales de Abner». Y el rey David iba siguiendo el féretro; y cuando fué sepultado el cadáver, lloró a gritos, y derramando lágrimas, dijo esta *canción fúnebre* [2]:

«No ha muerto Abner como suelen los cobardes.
No estuvieron atadas tus manos,
ni tus pies cargados de grillos;
sino como los que caen por mano alevosa, así caíste».

Y el pueblo siguió llorando. Ayunó aquel día David hasta la noche y dijo a sus cortesanos: «¿Acaso ignoráis que hoy ha perdido Israel un gran general? Yo me hallo todavía sin fuerzas y apenas ungido rey, y estos hijos de Sarvia son más poderosos que yo (por eso no los puedo castigar) [3]. Dios haga con el malhechor según su maldad».

506. Cuando Isboset oyó que Abner había perecido en Hebrón, desmayó su ánimo y el de sus partidarios de Israel. Dos caudillos de Isboset, llamados Baana y Recab, de la ciudad de Berot [4], tribu de Benjamín [5], excogitaron un arbitrio para obtener de David una gran recompensa. Fueron a casa de Isboset en el momento en que éste, en el calor del mediodía, hacía la siesta, según costumbre oriental; como habían previsto, la portera también dormía; hirieron a Isboset, le cortaron la cabeza y huyeron. Tomando el camino de la llanura del Jordán, y caminando toda la noche, llegaron a Hebrón y presentaron a David la cabeza de Isboset, diciendo: «He aquí la cabeza de Isboset, hijo de Saúl tu enemigo, que andaba buscando tu alma; y el Señor ha dado hoy al Rey, mi señor, venganza de Saúl y de su linaje». Pero David les respondió: «Vive el Señor, que ha librado mi alma de todos los apuros. Que si a aquél que me anunció la muerte de Saúl pensando traerme una buena noticia, le hice prender y matar en Siceleg, cuando por la noticia parecía se le debían dar albricias, ¿cuánto más ahora, que unos hombres malvados han quitado la vida a un inocente dentro de su misma casa, sobre su cama, no he de demandar su sangre de vuestra mano y quitaros de la tierra?» Dió, pues, la orden a su gente, y los mataron; y cortándoles las manos y los pies [6], los colgaron sobre la piscina de Hebrón [7]. La cabeza de Isboset fué enterrada en el sepulcro de Abner [8].

507. Cuando David llevaba reinando en Hebrón [9] siete años y seis meses sobre Judá, vinieron a tributarle homenaje los príncipes de todas

---

[1] Cfr. núm. 501. [2] II *Reg.* 3, 33 34.

[3] Sometiéndolo a diversas correcciones, puede traducirse este versículo, según el hebreo y griego, como sigue: «Y además él era amigo y representante de un rey, y estos hombres solicitaron de mí una alianza». Tanto mayor es la culpa de los asesinos. Schlögl, *Die Bücher Samuels* II 23. [4] Cfr. núm 412.

[5] Eran de la tribu de Saúl; lo cual agrava su pecado.

[6] Las manos, porque con ellas habían llevado a cabo el crimen; los pies, porque con ellos habían recorrido su malvado camino; también para hacer resaltar la enormidad del delito.

[7] Para escarmiento de los muchos que iban a sacar agua a la piscina; acerca de la piscina cfr. núm. 142.

[8] Muéstrase hoy el sepulcro en el patio de una casa turca, próxima a la mezquita.

[9] Aquí le nacieron seis hijos: Ammón, el primogénito; Queleab, llamado también Daniel, el cual murió probablemente en edad temprana; Absalón, Adonías, Safaltia y Jetraam (cfr. II *Reg.* 3, 2 ss. y I *Par.* 3, 1 ss.).

las tribus de Israel, y le ungieron por *rey de todo Israel.* Entonces escogió por sede de su reino a Jerusalén [1]; conquistó la fortaleza del monte Sión, que hasta entonces había estado en poder de los jebuseos y era tenida por inexpugnable [2]; la fortificó aún más, construyó en ella un palacio de madera de cedro, que le enviara Hiram, rey de Tiro, y la unió con la parte baja de la ciudad. Este alcázar con la parte baja de la ciudad se llamó en adelante «Ciudad de David».

Tiro (en hebreo *Sûr, Sôr,* roca) era en tiempo de David y Salomón la capital de *Fenicia.* Este país ocupaba el litoral levantino del Mediterráneo, desde Aradus, hoy isla de Ruad frente a Tartus o Tortosa, hasta la bahía de Akko, con una extensión de 20-30 Km. de anchura por 200 Km. de longitud. Al oriente limitaba con la cordillera del Líbano y las montañas occidentales de Galilea. Según la Biblia, los fenicios eran camitas, descendientes de Canaán, con los cuales tenían común religión y cultura en época histórica; ellos mismos se tenían por cananeos. (Según Herodoto) vinieron del sudeste (Golfo Pérsico); y todo hace suponer que fueron ellos los primeros navegantes que recorrieron y colonizaron las costas del Mediterráneo. Su importancia fué exagerada por los griegos, que por su medio entraron en contacto con la civilización oriental. Su nombre, de origen posterior, no aparece del todo claro. La denominación nacional, atestiguada por la Biblia, es *sidonios* Las noticias más antiguas que poseemos acerca de Fenicia datan de mediados del segundo milenario a. Cr., época en que dicho país estaba bajo la dominación de la XVIII y XIX dinastía egipcia. De las cartas de Amarna se deduce que por ese tiempo aun no tenían un gobierno central. Las ciudades de Biblos, Berytus (Beirut), Sidón, Tiro, Aradus y Akko, gobernadas por príncipes (cabezas de linaje, no reyes), estaban en lucha unas con otras, y fueron oprimidas (por los Chatti, ¿ketas?) procedentes del norte. Hacia el año 1180 a. Cr., fueron sojuzgados los sidonios por Tiglatpileser (Teglatfalasar), rey de Asiria; pero al sobrevenir la decadencia de los imperios egipcio y asirio, pudieron desenvolverse independientes como los reinos de Judá, Israel y Siria (Damasco). A esta época corresponde el apogeo de *Tiro,* que había suplantado a la antigua metrópoli *Sidón* (la cual, sin embargo, siguió dando su nombre al reino y al pueblo).

Tiro estaba situada primitivamente en una lengua de tierra de la costa fenicia. Muy pronto sus habitantes construyeron otra ciudad fortificada sobre un islote internado quinientos metros en el mar. La nueva población ofrecía un excelente puerto y refugio seguro contra los ataques de los enemigos. Por la época de

---

[1] La forma hebrea *Jeru-schalém* corresponde a *Ursalimmu,* o *Urusalim* de las cartas de Amarna (1400 a. Cr.); significa propiedad o morada de la paz. En la forma breve *Salem* (paz) la encontramos en la historia de Melquisedec (cfr. núm. 144)

[2] II *Reg.* 5, 8 parece indicar cómo, a pesar de eso, pudo David apoderarse de ella. Este verso que (por corrupción del texto o errónea lectura) no entendieron bien las versiones más antiguas, se ha aclarado, según algunos, merced a las excavaciones realizadas en Jerusalén, y al descubrimiento de un túnel que va de la fuente de Gihón (fuente de María) a lo alto de la colina del sudeste (Ofel). Dando a la palabra hebrea *sinnor* el significado de «túnel», «foso», se explica de la siguiente manera el versículo 8: quien logre batir a los jebuseos penetrando en la fortaleza por el foso, será recompensado. Según I *Par.* 11, 7, Joab acometió (con algunos hombres esforzados) tan arriesgada empresa y logró apoderarse de la desapercibida guarnición. Supuesta la exactitud de esta interpretación, la fortaleza de los jebuseos habría estado situada en la colina del sudeste. No eran raros en Palestina y otros países los pasos subterráneos, que ponían en comunicación las fortalezas con las fuentes y depósitos de agua. La historia profana nos cuenta acciones heroicas análogas. Cfr. Vincent, *Jerusalem* I 156 ss. y *Th* y *AS* 1915, 782; Kirmis *(Die Lage der alten Davidstadt und die Mauern des alten Jerusalem;* Breslau 1919, 42) entiende por «Zinnor» un torrente que, atravesando la ciudad alta y la baja, venía a desembocar en la garganta de Gihón; Joab tuvo que cruzar este torrente y la garganta de Gihón para poder escalar la fortaleza de Sión (en la colina de sudeste).

Samuel, los fenicios estaban aliados con los filisteos [1]. Mas el rey Hiram fué amigo de David y Salomón. En los siglos siguientes, las casas reales de Israel y de Tiro se unieron más íntimamente por alianzas matrimoniales, con perjuicio no pequeño de Israel. El comercio de aquella grandiosa ciudad, al amparo de una flota poderosa y de un ejército, se extendía más y más por todo el mundo entonces conocido. Del desarrollo comercial nacieron la prosperidad, el lujo y la opulencia de Tiro. Y no menor era la corrupción de costumbres: soberbia increíble, desenfrenado libertinaje, lujuria, etc. Estos vicios, juntamente con la envidia de otras ciudades y reinos, acarrearon pronto la ruina predicha por los profetas [2]. Salmanasar sitió a Tiro por cinco años sin resultado; Nabucodonosor la conquistó después de un bloqueo de trece, y asoló la antigua Tiro. Alejandro Magno (322 a. Cr.) se apoderó de ella al cabo de siete meses de esfuerzos gigantescos, construyendo desde tierra hasta la isla un dique de 60 m. de anchura. Más tarde cayó la ciudad, siempre pujante, en poder de Siria, y por fin en el de los romanos.—**Sidón,** actualmente Saida, está situada en la costa del Mediterráneo, al pie del Líbano, 36 Km. al norte de Tiro. Ambas correspondieron en el sorteo de las tribus a la de Aser; mas ésta nunca llegó a poseerlas [3]. La ciudad primogénita de la nación fenicia empuñó muy pronto el cetro del Mediterráneo, y fué madre de muchas ciudades como Hippo, Citium (Kition), Cambe (o Caccabe, antigua Cartago) y, según muchos, también de Tiro insular. Era proverbial la técnica sidonia en fabricar vidrio, tejer biso, tallar la piedra y la madera, en arquitectura y ebanistería; y no lo era menos su progreso científico en Aritmética, Geografía, Astronomía, Filosofía, etc. Pero su esplendor y riqueza fueron también motivo de su ruina; diéronse a ignominiosa idolatría y a toda clase de vicios [4]. Por eso también en ellos se cumplieron las amenazas de los profetas [5]. Los sidonios apoyaron a Salmanasar y Senaquerib, reyes de Asiria, en la lucha contra Tiro; pero en lo sucesivo dependieron de Asiria, Babilonia y Persia, hasta que Artajerjes III, contra el cual se alzó Sidón, la conquistó y destruyó el año 351 a. Cr. Rehízose de nuevo bajo los macedonios y romanos; pero nunca más pasó de la categoría de capital de provincia [6].

508. Jerusalén (fig. 59 y lám. 6 b) era una ciudad excepcionalmente acondicionada para ser capital y centro del reino teocrático, como lo reconoció

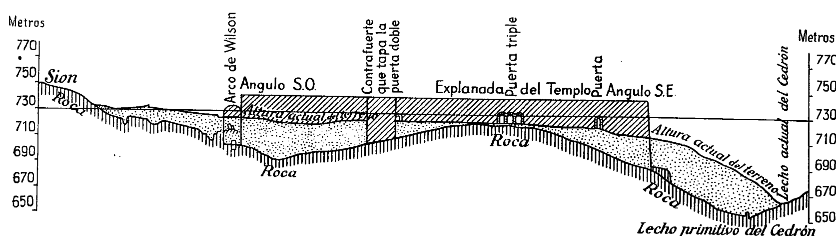


Fig. 59.—Sección vertical de Jerusalén, desde Sión al monte Olivete [7].

muy pronto la mirada penetrante de David. Estaba situada casi en el punto medio de la región más importante del país, rodeada de montañas difícilmente accesibles [8], fortificada y defendida por la naturaleza. De la cadena de montañas

---

1 Cfr. núm. 467. 2 *Ezech.* 26-28; cfr. 23; *Ioel* 3, 4; *Amos.* 1, 9 s.; *Zach.* 9, 2-4.
3 *Ios* 13, 4 6; 19, 28; *Iudic.* 1, 31; núm. 478.
4 *Iudic.* 10, 6; II *Reg.* 5, 6; 11, 5; 16, 31 ss.
5 *Ierem.* 47, 4. *Ezech* 28, 21 ss. *Ioel* 3, 4.
6 Acerca de los fenicios cfr. Landau, *Die Phönizier* en *AO* II 4; *KAT*³ 126 ss.; *ATAO*³ 498 s.; *Rb* 298, 340, 371.
7 Respecto del mar Muerto las altitudes son todavía 400 m. mayores.
8 Acerca del perfil del terreno desde el Mediterráneo a Jerusalén y de aquí al mar Muerto cfr. núm. 133.

calcáreas que se elevan gradualmente hacia el noroeste y se enlazan con la alta meseta de Judá, avanza en forma de península una estribación de 3000 m. a lo largo y 2000 a lo ancho, sobre la cual está Jerusalén. Dista la ciudad 65 Km. del mar Mediterráneo y 28 del mar Muerto; su extremo noroeste alcanza 784 m. de altitud; su límite sudeste, la explanada del Templo, 744; y el punto más bajo de la ciudad, el pozo de Rogel [1], 640 [2]; de suerte que el plano de la ciudad acusa notable inclinación hacia el torrente Cedrón, que la separa del monte Olivete, desde el cual se domina totalmente la ciudad. El horizonte de Jerusalén está cerrado por alturas de superior elevación [3].

Por tres lados la cercan valles profundos que dificultan el acceso; por oriente, el del Cedrón (Josafat); por Occidente, el de Hinnón que, ciñéndola por el sur, viene a desembocar en el Cedrón en el ángulo sudeste. Además un tercer valle hondo y ancho (valle de la ciudad, *el-Wad)* la atraviesa de norte a sur, dividiéndola en dos mitades. Este valle, cuyo nombre primitivo desconocemos, es el que en época romana (Josefo) se llamó Tyropeon (barrio de los fabricantes de quesos). Mas algunos creen encontrar el Tyropeon en un valle lateral que divide la parte occidental en dos regiones, una alta y dilatada, y otra de menor amplitud, 65 m. más baja. Son las denominadas *Ciudad Alta* y *Ciudad Baja* [4]. En conformidad con esto, el valle de la ciudad se bifurcaba desde su centro, abriendo una nueva ramificación hacia el oeste. Esta depresión, 15 m. profunda, que limitaba por el norte el actual monte Sión, es difícil de reconocer, por hallarse rellena de escombros. Por el extremo sudeste se estrechan, cada vez más profundos, los tres valles confluentes junto a la aldea de Siloé, de suerte que por este ángulo la ciudad era casi inaccesible, mientras que por el noroeste podía ser atacada, y efectivamente lo fué siempre con mejor éxito. Era, por consiguiente, necesario remediar la desventaja natural por medio de sólidas fortificaciones.

A pesar de las modernas excavaciones, no se ha logrado aclarar la topografía de la antigua Jerusalén. Disputan actualmente los sabios acerca del Tyropeon, de los sucesivos recintos fortificados y, en particular, de la situación de la ciudadela de los jebuseos (Sión), transformada en «ciudad de David», como también acerca de qué fuese y dónde estuviera Mello. Algunos reconocen la antigua Sión en la colina que hoy lleva ese nombre inmortal, apoyándose en la tradición de dos mil años, en los datos de la Sagrada Escritura *(Ios.* 15, 8; 18, 16) y en la configuración del terreno, tan apropiado para fortificaciones inexpugnables [5]. Pero topógrafos modernos sitúan el alcázar en el montículo del sudeste (Ofel), que es una estribación del monte del Templo. Se fundan principalmente en

---

[1] El valle de Gihón, y especialmente el del Cedrón, eran en tiempo de David y hasta la destrucción de Jerusalén por los romanos (70 d. Cr.) más profundos que en la actualidad. Las perforaciones realizadas por Warren en el lecho del Cedrón dieron los siguientes resultados: en el ángulo sudeste del Templo encontró el suelo antiguo 12 m. más bajo que el actual; en el ángulo sudeste topó con la roca viva a 18 m., y siguiendo hacia oriente, a 26; en el ángulo nordeste los muros llegan a 36 m. de profundidad.

[2] Ahora Bir Eyub, es decir, pozo de Job, también pozo de Nehemías o del fuego (véase núm. 595).

[3] Cfr. *Ps.* 124, 2. Al oriente el monte de los Olivos con sus tres cumbres: la más septentrional tiene una altitud de 830 m., la del medio (monte de la Ascensión) alcanza 808, y la tercera (monte del Escándalo) sólo llega a los 735 m. de altitud. Al sur se alza el monte del Mal Consejo con una altitud de 777 m.; las colinas del occidente llegan a los 817 m.; al norte el Scopus que sobrepasa los 800 m., y torciendo hacia el este tiende a eslabonarse con el monte de los Olivos.

[4] Mommert, *Die Topographie des alten Jerusalem* I 68, 72, 172. El nombre griego corresponde, según Furrer y Mommert, al hebreo *teraphon*, garganta, hendidura. De la «hendidura de la ciudad de David» se habla en II *Reg.* 5, 8, y II *Reg.* 11, 27. Kirmis *(Die Lage der alten Davidsstadt)* opina que este valle lateral es idéntico al «Gihón en la garganta» y a la «hendidura de la ciudad de David», que Salomón mandó terraplenar.

[5] Cfr. Rückert, *Die Lage des Berges Sion* (Friburgo 1898), en *BSt* III 1 ss.; Mommert, *Topographie* I 175 ss.; Kirmis l. c.

la existencia de un túnel (*Sinnor,* cfr. p. 495, nota 2), que conduce desde la colina de Ofel a la fuente de María (Gihón), construcción que pudo tener por objeto asegurar el abastecimiento de agua para la guarnición del baluarte de Ofel [1]. No se aclarará del todo la cuestión, hasta que se descubra el sepulcro del Rey Profeta, el cual, según III *Reg.* 2, 10, fué enterrado en la ciudad de David. «Mello» [2] era una parte importante de la ciudad fortificada; debe buscarse en algún paraje abierto que fuera preciso proteger con obras defensivas. Los que lo sitúan al sudoeste, suponen haber sido Mello un reducto (torre de David) edificado en el ángulo noroeste de la actual Sión [3]; los otros creen que era un baluarte amurallado (macizo), que guardaba la salida del Tyropeón.

509. Mientras David reinó sólo sobre Judá no le combatieron los filisteos, creyendo tal vez que ambos reinos, Judá e Israel, se destruirían mutuamente. Mas, cuando supieron que había sido ungido por rey de todo Israel, se pusieron en movimiento contra él por dos veces, avanzando hasta el valle de Rafaim [4]. David los derrotó del todo la primera vez; y la segunda les causó tal destrozo, que no pararon hasta Gazer [5], ciudad fronteriza. David disfrutó entonces largo tiempo de paz, tanto de parte de los filisteos como de otros pueblos enemigos vecinos.

Entonces pensó en trasladar a la nueva capital el Tabernáculo, símbolo de la presencia de Dios en el pueblo escogido. Reunió a todos los escogidos de Israel, 30000 [6] hombres, y con ellos y los de Judá se fué a Cariatiarim [7] a casa de Abinadab. Colocaron al Arca en un carro nuevo y dispusiéronse a transportarla a Jerusalén con toda pompa. Mas sucedió que en el camino, Oza, hijo de Abinadab, extendió su mano al Arca para sostenerla, porque los bueyes resbalaban y el Arca se inclinaba a un lado. Indignado el Señor contra Oza, hirióle de muerte repentina [8]. Contristado y temeroso

---

[1] Cfr. Vincent, *Jerusalem* I 142 ss.; Hänsler, *Streiflichter in der Topographie des alten Jerusalem,* en *HL* 1913, 202; 1914, 1 99 130; 1916, 25.

[2] Cfr. *ZDPV* 1894, 6 ss.; Mommert 50 ss.; Vincent I 172 ss.; Kirmis 166 ss.

[3] Allí edificó Herodes el Grande, 1000 años más tarde, su palacio con tres torres, Hippicos, Fasael y Mariamna; la torre Hippicos (o también la Fasael) se erguía sobre los muros de la torre de David.

[4] Es decir, «valle de los Gigantes», tal vez por la estatura gigantesca de los que antes allí habitaron. Cfr. núm. 418 y 424. Hoy se llama *el-Baka,* es decir, el llano (cfr. Schick, mapa de los alrededores de Jerusalén; en otros mapas *el-bukei'a,* «la pequeña llanura»). Es propiamente una altiplanicie situada al sudoeste de Jerusalén, la cual se extiende unos 4 Km. hacia Belén; según *Is.* 17, 5, era muy fértil.

[5] Cfr. núm. 7 y 415.

[6] Encuentran algunos excesivo este número; pero la traslación del Santuario era cosa de tanta transcendencia, que David reunió a consejo a los jefes y príncipes de Israel e invitó a todos los sacerdotes y levitas y a todo el pueblo del reino (cfr. I *Par.* 13, 1 ss.). «Número tan elevado no debe extrañar en ocasión tan solemne» (Kautzsch 460).

[7] Cfr. núm. 465.

[8] Según Schulz (*Die Bücher Samuel* II 70), la muerte de Oza tuvo conexión meramente circunstancial con haber tocado el Arca: al querer evitar Oza la caída del Arca, recibió un golpe mortal; el pueblo atribuyó la muerte al acto (prohibido) de tocar el Arca. Kugler da una interpretación que llega más al fondo de los sucesos (*Vom Moses bis Paulus* 258 ss.): es muy extraño que no se haga mención aquí ni de sacerdotes, ni levitas, ni sacrificios, mientras que en la traslación de la casa de Obededom a Jerusalén se ofrecieron sacrificios y se citan con sus nombres a los sacerdotes y levitas que tomaron parte (I *Par.* 15, 4 ss.). Al llamarles David a este segundo traslado, se funda en que solamente los levitas estaban facultados para llevar el Arca. De todo esto se puede concluir que los sacerdotes y levitas no quisieron acudir a transportar el Arca de casa de Abinadab, por lo cual David intentó hacerlo por medio de *legos* (y por tanto en carro). Oza lo pagó con la muerte, por haber tocado el Arca siendo lego. David reconoció en ello lo ilegal de su

David, no se atrevió a llevar el Arca del Señor a su casa de Sión, sino la dejó en casa del levita Obededom, de Get [1].

510. Allí estuvo el Arca tres meses, y a causa de ella el Señor bendijo a Obededom y a toda su familia. Como lo oyera David, fué allí lleno de regocijo [2] con los ancianos de Israel y los guerreros más escogidos y trasladó el Arca del Señor a Sión con gran aparato, formando en la comitiva todo Israel. Acompañaban el Arca siete coros de músicos que tañían arpas, cítaras, liras, trompetas y timbales, clarines y címbalos [3]. David iba delante de los sacerdotes con un vestido de biso y con efod [4], tañendo el arpa y cantando; y danzaba lleno de santo entusiasmo. Para esta fiesta debió de componer el

Salmo 23

«Del Señor es la tierra y cuanto ella encierra;
el mundo y todos los que en él viven.

Porque El la fundó sobre los mares,
y la estableció sobre los ríos [5].

¿Quién subirá al monte del Señor?
¿O quién estará en su lugar santo?

El inocente de manos y de corazón limpio,
el que no entrega su alma a la mentira,
ni jura con engaño a su prójimo.

Este recibirá bendición del Señor,
y misericordia de Dios, salvador suyo.

Esta es la generación de los que le buscan,
de los que buscan el rostro del Dios de Jacob.

¡Alzad, oh príncipes, vuestras puertas [6], y levantaos, puertas eter- [nas [7],
y entrará el rey de la gloria!

¿Quién es este rey de la gloria?
El Señor fuerte y poderoso, el Señor fuerte en las batallas.

---

proceder, desistió de llevar el Arca a Sión y esperó tres meses; entonces hizo que fuese transportada en la forma que la Ley prescribía, después de arreglar el conflicto con los sacerdotes y levitas.

[1] *Obededom* era levita, según 1 *Par.* 16, 3; Get, su patria, no es la ciudad filistea (cfr. núm. 486), sino la ciudad levítica Get-Remmón, de la tribu de Dan (*Ios.* 21, 24 s.). Si a la sazón vivía en su casa, prueba es de hallarse situada la ciudad entre Cariatiarim y Jerusalén. Cfr. núm. 451; *LB* II 409.

[2] I *Par.* 15, 25.

[3] Servíanse de la música los pueblos antiguos sobre todo para fines religiosos. Rondas festivas con movimientos rítmicos ondulantes y giratorios y danzas típicas han formado siempre parte de los ritos religiosos orientales. Cfr. Keppler, *Wanderfahrten*8-10 147 ss.

[4] No sería el efod pontifical, sino alguna prenda parecida; lo mismo en I *Reg.* 2, 18; 22, 18. Aquí cuadra bien la explicación dada en el núm. 318 acerca del *efod-bad,* prenda análoga a la *stola* romana. Tal vez lo de I *Par.* 15, 27: «estaba vestido con un *efod-bad*» sea una adición a la frase anterior: «con un vestido de biso».

[5] Es decir: considerad quién es el que va a reinar desde este momento en Sión: el Creador omnipotente de cielo y tierra.

[6] Es decir: «Abrid las puertas, vosotros magnates de la ciudad o prepósitos del Tabernáculo»; el hebreo dice así: «Vosotras, puertas, levantad vuestras cabezas» (levantaos y ensanchaos). Estas palabras suponen que la procesión llega ya a las puertas de Sión.

[7] David llama a las puertas de Sión «eternas», por su firmeza y gran antigüedad.

¡Alzad, oh príncipes, vuestras puertas, y levantaos, puertas eternas,
y entrará el rey de la gloria!

¿Quién es este rey de la gloria?
¡El Señor de los ejércitos Él es el rey de la gloria!» [1]

511. Y cuando los que llevaban el Arca del Señor habían dado seis pasos, mandaba David sacrificar un buey y un carnero [2]. Aun mayores fueron los sacrificios cuando el Arca fué colocada en el *Tabernáculo* que hizo construir en Sión [3]. Encargó al levita Asaf y a su linaje, para que sirvieran por orden, día y noche, ante el Arca. A Obededom y sus hermanos les dió el cargo de porteros. Designó al sumo sacerdote Sadoc y a sus hermanos, de la familia de Eleazar, para que ofreciesen sacrificios en el Tabernáculo que se conservaba en Gabaón; y a Hemán e Iditún, para que cuidasen de la música sagrada. Por remate de todo bendijo al pueblo, mandó distribuir a todos pan, carne y tortas (bollos, flor de harina frita en aceite), y los despidió [4].

Al retirarse David a su casa, salióle al encuentro su mujer Micol, hija de Saúl, y se burló de él, diciendo: «¡Qué magnífico se ha mostrado hoy el rey de Israel, desnudándose delante de las criadas de sus siervos como hacen los bufones». Y David respondió a Micol: «He danzado delante del Señor, que me escogió en lugar de tu padre y de toda su descendencia, y me hizo caudillo sobre su pueblo. En su acatamiento me abatiré aún más y me humillaré; y a los ojos de las criadas, de que hablaste, pareceré más glorioso» [5]. De aquí el no haber tenido hijos Micol, hija de Saúl, hasta el día de su muerte [6].

512. Los instrumentos músicos de que habla la Sagrada Escritura, sin describirlos, son los mismos que se usaban en Egipto, Babilonia [7] y otros pueblos

---

[1] La pregunta reiterada: «¿quién es este rey de la gloria?», puesta en boca del que sale al encuentro de la procesión, aludido momentos antes, es de gran efecto dramático.

[2] Para comenzar la procesión (cfr. I *Par.* 15, 26). Suponen falsamente algunos que cada seis pasos se repetía el sacrificio. De donde en un trayecto de 10 Km. el número de víctimas habría ascendido a 3000, que no parece excesivo si se mira a la distribución de carne (de las víctimas), pan y flor de harina, que siguió luego. Pero entonces ¿cuándo habría llegado a su término la procesión?

[3] Cuando el Arca de la Alianza cayó en manos de los filisteos, el Tabernáculo quedó en Silo; de allí fué trasladado más tarde a Nobe con el altar de los holocaustos, y finalmente de aquí a Gabaón (cfr. núm. 418). David no quiso cambiar nada que Dios no se lo hubiera manifestado por medio de especial revelación; de aquí que, habiéndose envejecido el Tabernáculo, mandó se hiciera otro nuevo digno de la santidad del Arca de la Alianza, seguramente según el modelo del antiguo. Nombró sumo sacerdote a Abiatar, del linaje de Itamar, para que ejerciese las funciones pontificales en este nuevo Tabernáculo, y no a Sadoc, de la línea de Eleazar, designado por Saúl. Según Kugler, la deposición de Sadoc acarreó el conflicto de que antes hemos hablado (pág. 498, nota 8); conflicto que se resolvió creando David un doble pontificado (en Jerusalén y Gabaón), y obligando a Sadoc a ceder la primacía a Abiatar.

[4] Cfr. I *Par.* 15 s.

[5] Micol echa en cara a David que, danzando en efod, se hubiese expuesto desnudo a la burla de sus criadas. David le responde: prefiero buscar mi gloria en honrar a Dios con los humildes del pueblo, que imitar a tu padre en el orgullo, que le privó del reino. David no pudo danzar desnudo; pues el vestido de biso y el *efod-bad* no eran mero pañete. Cfr. *ZKTh* 1905, 576.

[6] II *Reg.* 21, 8 habla de *cinco hijos de Micol,* habidos de Hadriel, hijo de Berzellai; lo explican algunos, suponiendo que Micol, siendo estéril, adoptó por suyos a los hijos de su hermana Merob, casada con Hadriel (I *Reg.* 18, 19). Pero es probable que el copista escribiese erróneamente «Micol» por «Merob». Porque el texto sagrado habla de la esterilidad de Micol en los *años posteriores* y da de ello la razón el original hebreo: David (en justo castigo de la burla que Micol hiciera de él) cortó las relaciones matrimoniales con ella: «no quiso pertenecerle ya más hasta el día de su muerte».

[7] Cfr. Ermann, *Aegypten*[2] 284 ss.; Weiss, *Die Musikalischen Instrumente in den heiligen Schriften des AT* (Graz 1895); *Rb* 603. La figura más antigua de instrumento músico que poseemos, es una escultura babilónica en la que se representa una lira de *once*

antiguos. Por descubrimientos sepulcrales, inscripciones gráficas y otras noti-



Fig. 60.—Tañedoras egipcias de arpa, flauta, laúd, lira y pandero. Pintura mural egipcia (según Champollion)

cias se puede determinar con seguridad la naturaleza de tales instrumentos. Los principales eran los siguientes:

1. *Instrumentos de cuerda: a)* El *arpa* (asiria) (fig. 60, 61 y lám. 2 e), instrumento triangular de gran tamaño, de doce o veinticuatro cuerdas, que se pulsaba con los dedos. — *b)* La *cítara* (Kinnor), instrumento pequeño cuadrangular de madera de ciprés y sándalo, a veces de tres cuerdas, pero comúnmente de ocho o diez; se pulsaba por lo general con una varilla *(plectrum).* — *c)* El *Nebel,* especie de arpa de tres a doce cuerdas. — *d)* La *lira,* que encontramos representada en monedas de los Macabeos, especialmente de Simón. — *e)* La *sambuca,* usada entre los babilonios [1]; por fin *f)* La *sinfonía* [2], instrumento de viento según algunos, algo así como la cornamusa o la chirimía.

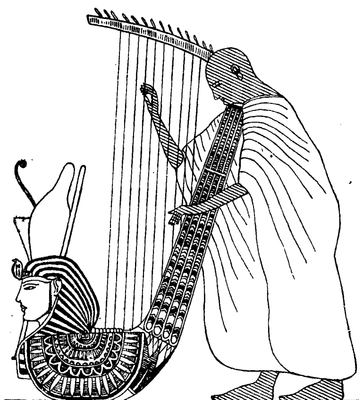


Fig. 61 — Tañedor de arpa. Pintura mural de un sepulcro, en Benihasán. (Hacia 2625-2475 a. Cr.).

2. *Instrumentos de viento: a)* El *órgano* (Ugab), flauta pastoril de caña [3]. — *b)* La *chirimía* (asirio-babilónica) *(fístula),* compuesta de varias flautas [4]. — *c)* La

cuerdas De Sarzec encontró la misma escultura en Telloh (sur de Babilonia). El poeta Timoteo de Mileto, que vivió en el siglo IV a. Cr., se gloriaba de haber introducido este instrumento entre los griegos. Todavía es más interesante el hecho de pertenecer al inventario de los reyes orientales «cantores y cantoras», como lo atestigua para el tiempo de David II *Reg.* 19, 36. Salomón hizo colección de proverbios y canciones (según los modernos, acaso el tantas veces mencionado *Libro de las Batallas del Señor* y el *Libro de los Justos* [¿de las canciones?]); acaso fueran canciones guerreras o heroicas, que hubiesen de ejecutar los cantores. Es también significativo que Senaquerib de Asiria (por el año 700; cfr. núm. 639) se jactara de haber recibido del rey Ezequías, entre otros tributos, «músicos y músicas». Los vemos también representados en monumentos asirios (cfr. *ATAO*³ 481, 530). Conclúyese de ello que la música instrumental se cultivaba con esmero en Jerusalén ya antes de la cautividad y se empleaba en el culto, como lo da a entender I *Par.* 15 (v núm. 510), no como arte autónomo a la manera de orquesta, sino para acompañar los cantos religiosos.

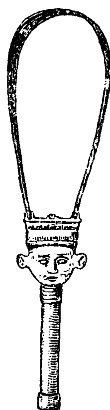
[1] *Dan.* 3, 5. [2] *Dan.* 3, 5.

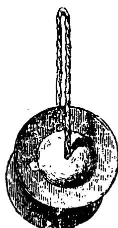
[3] *Gen.* 4, 21. *Iob* 21, 12. *Ps.* 150, 4.

[4] *Dan.* 3, 5.

flauta (Chalil), tubo sencillo o doble, de caña, hueso o madera, con orificios[1] (figura 60 y 65). — *d)* El *cuerno* (Schofar, *búccina),* de cuerno de vaca. — *e)* La *trompeta (tuba).*

3. *Instrumentos de percusión: a)* El *timbal de mano (tympanum)*[2]. —*b)* El *címbalo,* de dos piezas cóncavas de metal (platillos, platos, castañuelas), que se percutían una con otra (fig. 63).—*c)* El *sistro,* procedente de Egipto, aro metálico en forma de herradura, pro-









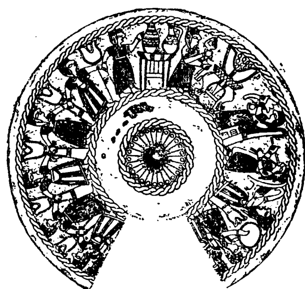


Fig. 62. Sistro. Londres. (Brit. Mus.).

Fig. 63. Címbalo egipcio. Londres. (Brit. Mus.).

Fig. 64. Campanillas egipcias. Londres. (Brit. Mus.).

Fig. 65. Taza fenicia con escenas de sacrificios y mujeres tañedoras. (Según Ceccoldi).

visto de un puño y atravesado por cuatro varillas, también metálicas, que sonaban al ser agitadas[3] (fig. 62).—*d) Campanillas*[4] (fig. 64).

513. Transportada el Arca del Señor a Sión, y habiendo el Señor concedido a David paz con todos los enemigos[5], creyó el Rey llegado el tiempo[6] de edificar al Señor un Templo sólido y magnífico, en vez de la tienda pequeña y movible. Dijo, pues, un día al profeta Natán: «¿No ves que yo habito en una casa de cedro, y el Arca de Dios está sólo al cubierto de pieles?» Mirando las cosas por el lado humano, Natán no podía menos de aprobar los propósitos del Rey; por eso le contestó: «Anda, y haz todo lo que está en tu corazón, porque el Señor es contigo». Y aconteció aquella misma noche, que el Señor habló a Natán, diciendo[7]: «Anda y di a mi siervo David: No me edificarás tú una casa. Esto dice el Señor de los ejércitos: Yo te tomé de los pastos cuando ibas siguiendo las ovejas, para que fueses caudillo sobre mi pueblo de Israel; y he estado contigo en todo cuanto has andado, y he exterminado delante de ti a todos tus enemigos; y he hecho tu nombre ilustre, como lo es el de los grandes que hay sobre la tierra, y

---

1 *Is.* 5, 12. *Ierem.* 48, 36.

2 Cfr. núm. 267. 3 II *Reg.* 6, 7. 4 *Zach.* 14, 20.

5 Refiérese aquí el Texto Sagrado no sólo a las victorias mencionadas en el núm. 507, sino también a las de 8, 1-10 19; de suerte que el relato de la promesa sigue al de la traslación del Arca por razones objetivas, y no cronológicas. Acaso esté relacionado el proyecto de construir un Templo al Señor con la penitencia que por su pecado hizo David; cfr. núm. 534 ss.

6 Que el mismo Dios había indicado (cfr. *Deut.* 12, 10 ss.).

7 Cfr. I *Par.* 22, 8 ss.; 28, 3. No sin razón ven algunos en la conducta de Natán una prueba de que las profecías siguientes no son meras conjeturas humanas, sino revelaciones divinas. En un principio parecióle bien a Natán el proyecto de David; no pensaba él entonces en profecías. Pero iluminado por Dios, expuso al Rey que no había de edificar él una casa a Dios, sino que Dios se la había de edificar a *él.*

he deparado lugar fijo para mi pueblo Israel, para que viva en él y no sea inquietado. Yo te daré paz de todos tus enemigos. El Señor te dice desde ahora que El te edificará una casa [1]. Y cuando tus días fueren cumplidos y durmieres con tus padres, levantaré en pos de ti un hijo tuyo, que procederá de tus entrañas, y afirmaré su reino. Este edificará un templo, y *yo afirmaré su regio trono para siempre. Yo seré para él padre; y él me será hijo;* y si cometiere alguna cosa injusta, le corregiré con vara de hombres, y con azotes de hijos de hombres. Mas *no apartaré de él mi misericordia,* como la aparté de Saúl, a quien deseché de mi presencia. Y será fiel tu casa, y tu reino se perpetuará delante de ti, y *tu trono será firme para siempre»* [2].

Natán comunicó estas palabras al Rey. Y David presentóse delante del Señor en el Tabernáculo, y dijo: «¿Quién soy yo, Señor Dios, y cuál es mi casa, para haberme elevado hasta este punto? Y aun esto ha parecido poco en tus ojos, Señor Dios, pues has hablado también de la casa de tu siervo *para siglos venideros.* ¿Qué más podía desear David, pues de tal manera has glorificado a tu siervo? ¡Señor! que tu promesa se cumpla para siempre, para que *tu nombre sea engrandecido eternamente*, y se diga: El Señor de los ejércitos es Dios sobre Israel y la casa de tu siervo David subsiste delante del Señor. Tú has comenzado a bendecir la casa de tu siervo; y si tú la bendices, oh Señor, bendecida será eternamente».

514. David consiguió *victorias sobre victorias.* Humilló de nuevo a los *filisteos,* conquistó Get y otras ciudades limítrofes. Destrozó a los *moabitas* y los hizo tributarios [3]. Derrotó a Adarecer, rey de Soba, e hízole prisioneros

---

[1] Fundará un linaje duradero, un reino hereditario.

[2] Acerca de esta promesa y su relación al Mesías cfr. núm. 518. El mismo relato, con pequeñas diferencias accidentales, encontramos en I *Par.* 17. Lo completan algunas manifestaciones puestas en boca de David, I *Par.* 22, 7-10 y 28, 2-9. Según las Crónicas, David no es el destinado a edificar al Señor un Templo, porque ha vivido ocupado en guerras y ha derramado mucha sangre; pero reúne los materiales y hace todos los preparativos, recomendando a Salomón con interés que lleve a cabo el proyecto. Salomón dice también (III *Reg.* 5, 3-5) que su padre David no pudo edificar el Templo por las muchas guerras que le tuvieron siempre ocupado. Esta razón es comprensible, suficiente y completamente verdadera para dicha a un príncipe extranjero; pero no deja de sorprender que nada diga Salomón de los materiales que, según I *Par.* 22, 4, David adquirió de tirios y sidonios, ni de los planos proyectados, ni de las provisiones reunidas (I *Par.* 28, 11 ss.). No es del todo claro hasta qué punto se achaca a David las guerras y la sangre vertida. Si se trata de las justas guerras que menciona la Biblia, realmente no quedó tiempo a David para edificar el Templo, o Dios no quiso que lo edificara mientras el pueblo no disfrutase de paz. Pero como se pone en boca del mismo David la censura por la sangre derramada, es de sospechar que se refiera a *guerras injustas no relatadas* en la Biblia, y fuese pronunciada por Natán (cfr. la reprensión y el castigo por el censo, hecho seguramente con fines bélicos; núm. 548). Acaso la promesa o la profecía fuera comunicada a David en distintas ocasiones: primero: ¿Piensas edificarme una casa? No, yo soy quien voy a edificarla *para ti;* luego: no tú, sino tu hijo; finalmente: tú, de ninguna manera, porque has batallado mucho (innecesaria e injustamente) Estos distintos grados del aviso divino no están suficientemente distinguidos en el relato bíblico, porque para lo que sigue tienen poca importancia. Así comenta Hummelauer I *Par.* 22, 1 ss.—David podía barajar en la promesa divina el nombre de su hijo Salomón, después de haber éste nacido y recibido un nombre relacionado con la promesa: yo le daré paz, etc.; cfr. núm. 538.

[3] II *Reg.* 8, 2 dice que David derrotó a los moabitas y los midió con el cordel de esta manera: les hizo echarse en el suelo, y midió con el cordel dos medidas para hacer morir y una para dejar con vida; los agraciados le quedaron tributarios. David entregó, por consiguiente, a la muerte a dos terceras partes de los habitantes. Este proceder es duro y aun

1700 jinetes y 2000 de a pie, capturó muchos carros de guerra, que destruyó, no dejando más que cien, y extendió los límites de su reino hasta el Eufrates [1]. Mató a 22000 *sirios* que habían ido en auxilio de Adarecer; dejó guarnición en Damasco, capital de Siria, e hizo tributario este reino. Llevóse las armas de oro que tenían los cortesanos de Adarecer, y trájolas a Jerusalén, junto con una gran cantidad de cobre que halló en las ciudades de este rey. Habiendo oído *Tou, rey de Emat* [2], que David había destrozado a su enemigo Adarecer, envió a Joram, su hijo, a que le cumplimentara, le diera gracias y ofreciera ricos presentes de alhajas de oro, plata y bronce; David destinó estos dones para la construcción del Templo del Señor, como hacía con el oro y plata de todos los pueblos sojuzgados. También sometió a los *idumeos*, matando a 18000 de ellos en el valle de las Salinas [3], al volver de la campaña de Siria; dejó guarnición en aquel país y lo hizo tributario hasta Asiongaber [4].

Todas las dichas proezas llevó a cabo David parte por sí mismo, parte por medio de *treinta héroes* (esto es, oficiales valientes), que a sus órdenes mandaban el ejército. Descuellan entre éstos [5] Jesbaán, Eleazar y Semma. Sólo *Jesbaán* mató a 800 hombres en una batalla. Sucedió en cierta ocasión, que el pueblo comenzó a huir de los filisteos; y *Eleazar,* con otros dos; les hizo frente y les estuvo hiriendo, hasta que de cansancio no podía sostener ya la espada. Análoga hazaña llevó a cabo *Semma.* Pero la proeza más heroica la realizaron los tres juntos, una vez que los filisteos estaban acampados en el valle de Rafaim y una división de ellos había tomado Belén. Era el tiempo de la siega; y David, atormentado por la sed, exclamó: «¡Oh si alguno me diera a beber agua de la cisterna que hay en Belén junto a la puerta!» [6] Al punto partieron nuestros tres

---

cruel; pero hay que juzgarlos según el derecho de guerra oriental antiguo, no como un desahogo de crueldad personal. Dios había recomendado a Israel que no tratase hostilmente a los moabitas (cfr. *Deut.* 2, 9; núm. 156), y David les había tratado amistosamente (v. núm. 488). Al conducirse ahora con tanto rigor, debió de tener razones especiales; probablemente no hizo sino pagar con la misma moneda crueles desafueros de los moabitas; cfr. núm 416.

[1] Acerca de la situación de Soba véase núm. 476. En II *Reg.* 8, 4: «David destrozó a Adarecer cuando salió a campaña para extender sus dominios hasta el río», la *Vulgata* da una buena interpretación al texto hebreo críticamente inseguro. Algunos comentaristas ponen «Adarecer» por sujeto de la oración subordinada. David con su victoria impidió que Adarecer extendiese sus dominios hasta el «río». San Jerónimo interpreta el Eufrates. Los modernos, en cambio, opinan que este río es el *Nahr el-Kâsimîye,* llamado Eleutheros (el «ingente») por los griegos Cfr. *ATAO*[3] 500.—La historia profana explica hoy perfectamente la posibilidad de estas conquistas y el pacífico desarrollo de Israel. Con el victorioso Tiglatpileser (Teglatfalasar I, hacia el 1100 a. Cr.) termina el primer período de esplendor del reino asirio; luego comienza a decaer, perdiendo todas las conquistas hechas al occidente del Eufrates. Por esto no hubo ejército asirio que se opusiera a la penetración de David (hasta el Eufrates). También Egipto se encontraba en plena decadencia desde 1100 a. Cr.: disensiones intestinas y ataques del enemigo (de Libia y Etiopía) le impedían hacer valer su influjo en Asia En tiempo de Sesac (hacia el 930 a. Cr.) comenzó a rehacerse, para caer de nuevo en la postración de que se levantó poco a poco al comenzar el siglo VIII.

[2] Opinan unos que Emat es Epiphania de Siria, en la ribera del Orontes (hoy Hama), 220 Km. al norte de los confines septentrionales de Palestina; otros creen que se trata de Emat Soba, mencionada en II *Par.* 8, 3, que fué sometida par Salomón; la elección no es dudosa, si fijamos Soba en Beqa'a. También se nombra un Hamoth Dor en *Ios.* 21, 22 al norte de Galilea (Emath 19, 35), al sur del Hermón, en donde está el *introitus Emath*, el camino de Emat, un paso estrecho entre el Líbano y el Hermón. *LB* II 128, 447. *Rb* 145.

[3] Cfr. núm 157.

[4] Cfr núm. 369.

[5] I *Par.* 11. II *Reg.* 23. 8 ss.

[6] Esta cisterna, frecuentada por él desde la niñez, es probablemente la misma que vemos hoy $^1/_2$ Km. al nordeste de Belén, en un monte separado de la ciudad por el valle Charrub (o de los algarrobos), 100 m. a la izquierda del camino. Es una gran cueva con una abertura de 3 a 4 m. tallada en la roca; tiene 6-7 m. de profundidad. El agua, que le viene de la fuente de Etam, es excelente. Hoy está en posesión de los católicos.

valientes; y atravesando el campamento enemigo, sacaron agua de la cisterna y se la llevaron a David. Mas éste no la quiso beber, sino la derramó en obsequio del Señor (sacrificio de libación) y dijo: «Dios me libre de tal cosa. ¿Habría yo de beber la sangre de estos valientes [1] que han ido a exponer su vida?»

515. No se contentó David con dar seguridad y esplendor a su reino exteriormente. Soberano piadoso y timorato, tuvo buen cuidado de administrar *derecho y justicia* a todo su pueblo. El mismo, iluminado por el Espíritu Santo, nos describe cuál fuera su norma de gobierno, en el **Salmo 100,** que por esta razón suele llamarse *espejo de príncipes* [2]:

¿Cantaré tu misericordia y tu justicia,
Señor, cantaré tus alabanzas?

Cuidaré de caminar por senda inmaculada;
¿cuándo vendrás a mí? [3]
Andaré en medio de mi casa en inocencia de corazón.

No quiero poner la mira en cosa injusta,
aborrezco a los que obran mal.

No tendrá cabida conmigo el hombre de corazón depravado [4],
ni quiero conocer al malvado que de mí [5] se aparta.

Perseguiré a quien calumnie a su prójimo,
no admitiré en mi mesa al hombre de ojos altaneros y de corazón insaciable [6].

Mis ojos buscarán a los hombres fieles del país, para que habiten conmigo.
Quienes procedan sin mancilla, esos serán mis ministros.

No morará en mi casa el que obre con soberbia o dolo,
ni hallará gracia a mis ojos quien hable iniquidad.

Cada día quiero exterminar del país a los criminales,
extirpar a los malhechores de la ciudad del Señor.

En conformidad con tan loables deseos, David supo rodearse de hombres idóneos para todos los ramos de su *gobierno*. *Joab* era un excelente general, por lo que le puso al frente de todo su ejército. A *Josafat,* hombre de mucha cultura, le hizo canciller, esto es, cronista del reino y primer ministro del rey. A *Sadoc* y *Abiatar* encomendó el cuidado del culto, en calidad de *sumos sacerdotes* [7]. A *Saraías* le hizo su secretario; incumbía como a tal la estadística del reino, es decir, todo lo referente al Estado en los distintos aspectos, en particular las tablas genealógicas y las listas militares. *Banaías* era jefe de la

---

[1] Da este nombre al agua, porque la han traído tres héroes con gravísimo riesgo de su vida.

[2] «El Salmo está a tono con los sentimientos del piadoso David... Para la interpretación es importante determinar los tiempos verbales de las oraciones principales... Hay razón para atribuir al tiempo pasado de la *Vulgata* el sentido propio del imperfecto (futuro) hebreo; éste indica una acción que se repite a menudo o constantemente (prácticas rutinarias)» (Hoberg, *Psalmen*² 361). No hay razones suficientes para atribuir el Salmo a época posterior y considerarlo como «espejo de la comunidad piadosa».

[3] Es esta frase un suspiro y anhelo por la proximidad de Dios; san Atanasio, entre otros, la relaciona con la traslación del Arca a Sión (cfr. *Exod.* 20, 21 y 24); otros suponen que David quiere expresar el ansia de la divina gracia, sin la cual no puede llevar vida inmaculada.

[4] Apartaré de mí a los hombres de cruel corazón.

[5] Es decir, de mi manera de pensar acerca del temor de Dios.

[6] Excluyo de mi compañía a los soberbios y avaros.

[7] Cfr. núm. 511.

guardia del rey [1]. Finalmente, *los hijos de David* eran miembros del consejo real [2].

516. Pero David coronó sus sabias reglas de gobierno y sus virtudes de príncipe con las bondades que, aun rodeado de ventura y magnificencia, no olvidó dispensar a aquellos que le habían favorecido en días de aflicción. Preguntó cierto día David: «¿No ha quedado alguno de la casa de Saúl, a quien pueda yo hacer bien por amor a Jonatás?» Respondiéronle que en Galaad, en casa de Maquir, había un hijo de Jonatás, llamado *Mifiboset,* estropeado de ambos pies. Hízole venir David y le dijo: «No temas. Pues yo pienso colmarte de mercedes, por amor a tu padre, y restituirte todas las heredades de tu abuelo Saúl; y comerás siempre en mi mesa (como uno de los hijos del rey)». Dióle, pues, David las haciendas para él y sus descendientes; y el linaje de Saúl tuvo en siglos posteriores un puesto distinguido en la historia de Israel. (Cfr. I *Par.* 8, 33 ss.)

517. De igual suerte se condujo con *Naas, rey de los ammonitas,* de quien antes recibiera merced [3]. En efecto, como a la muerte de este rey hubiese subido al trono su hijo Hanón, dijo David: «Quiero demostrar mi afecto a Hanón, por lo que su padre hizo conmigo». Y le envió una embajada para darle el pésame por la muerte de su padre Naas. Mas este acto de gratitud complicó a David en recia y peligrosa guerra con Hanón y otros poderosos vecinos paganos. La victoria de David sobre todos ellos es símbolo del triunfo del reino mesiánico sobre todos los poderes rebeldes del mundo.

Los magnates de los ammonitas, desconfiando de David, acaso por las victorias anteriores, dijeron a Hanón: «¿Crees tú que David te ha enviado mensajeros para consolarte y honrar así la memoria de tu padre, y no más bien para espiar y reconocer la ciudad y destruirla?» Dió oídos Hanón a la sospecha, mandó rapar la mitad de la barba [4] a los enviados de David en señal de ultraje y cortarles los vestidos hasta cerca de la cintura y los despidió. Gran indignación produjo a David aquella afrenta, que equivalía a una declaración de guerra; por el momento mandó a sus enviados permanecer en Jericó hasta que les creciese la barba.

Los ammonitas tomaron a sueldo 33000 hombres de algunos reyes sirios. David envió contra ellos a Joab con todas las tropas. Colocáronse ambos ejérci-

---

[1] Era uno de los 30 héroes. Habiendo visto una vez en la nieve las huellas de un león, siguiólas y dió muerte a la fiera en una cisterna. Otra vez, provisto de un palo, mató a un fornido egipcio (¿árabe, mizri?), armado de lanza, que había blasfemado de Dios (II *Reg.* 23, 20 ss.).

[2] El texto hebreo les llama *kohanim (sacerdotes* en la *Vulgata).* Es un título que nada tiene que ver con la dignidad «sacerdotal» y que las versiones antiguas traducen rectamente por «oficial de la corte, representante, consejero». Léase también en II *Reg.* 20, 26 y III *Reg.* 4, 5; y en ambos casos se ve por el contexto que se trata de un título muy distinto del de «sacerdote del Señor». El autor de los *Paralipómenos* (I *Par.* 18, 17) usa de la perífrasis: «los primeros al servicio del rey». Cfr. Kugler, *Von Moses bis Paulus* 343 ss.

[3] Naas es sin duda el mismo a quien Saúl derrotó a las puertas de Jabes (cfr. núm. 472). Perseguido David por Saúl, debió de encontrar refugio y amparo en casa de Naas, como lo halló en el palacio del rey de los moabitas (cfr. núm. 488).

[4] Considerábase la barba como un importante ornato corporal que distinguía al hombre de la mujer, y al libre, del esclavo; de ahí que su pérdida se reputase como un deshonor (cfr. núm. 201). Por esto Isaías (7, 20), para anunciar a Judá la terrible derrota que le han de hacer sufrir los asirios, les dice que serán raídas sus cabezas y sus barbas. Sólo en las grandes calamidades solían los hebreos raer o mesarse las barbas para significar el extremo dolor, ante el cual nada valían las cosas más estimadas (cfr. *Ierem.* 41, 5; I *Esdr.* 9, 3).

tos en orden de batalla a las puertas de la capital Rabaat-Ammón [1], quedando Joab con los suyos entre los ammonitas y las tropas auxiliares que éstos habían traído de Siria. No por ello se desalentó el general israelita. Encomendando a su hermano Abisaí la mayor parte del ejército, le ordenó atacar a los ammonitas, mientras él, con los más escogidos, arremetía contra los sirios y lograba ponerlos en precipitada fuga. También los ammonitas fueron desbaratados y hubieron de refugiarse en la ciudad. Joab regresó victorioso a Jerusalén [2].

Temerosos los sirios de que David quisiera tomar venganza de ellos por el auxilio prestado a los ammonitas, y alentados por el regreso de Joab, reuniéronse de nuevo; *Aderecer* llamó a los sirios de allende el Eufrates y juntó de ellos un ejército a las órdenes de su general *Sobac* [3]. Avisado David, reunió todas las tropas, pasó el Jordán y les presentó batalla en Helam [4]; quitóles 7000 carros, mató 40000 hombres de a pie y de a caballo, entre ellos a Sobac; 50000 buscaron su salvación en la huída [5]. Con esto quedaron sometidos los sirios.

518. La promesa comunicada a David por el profeta Natán [6] es **una de las grandes profecías mesiánicas** que Dios solía hacer en los momentos críticos de la historia de su pueblo. Refiérese esta profecía a la descendencia de David; mas las expresiones no consienten aplicarla ni a Salomón, ni a otro descendiente humano; obligan a buscar el cumplimiento verdadero en el *Mesías,* hacia el cual va dirigida desde el principio la esperanza de la humanidad y del pueblo de Dios; en el *Mesías,* que designado antes como hijo de Abraham, Isaac, Jacob y Judá, es anunciado y esperado en adelante como hijo de David. *Cuatro puntos principales* descuellan en la profecía, cuyo cumplimiento comienza simbólicamente en Salomón, se continúa a través de todos los descendientes de David y se termina en el Mesías: *a)* inmutabilidad y eternidad del trono de David; *b)* duración perpetua de la descendencia davídica que ha de ocupar el trono; *c)* íntima unión con Dios, que no será destruída ni siquiera por los pecados de los descendientes de David, aunque cada uno reciba su merecido; *d)* construcción de la casa de Dios.

La construcción de la casa de Dios no fué asunto que se terminara con Salomón. Este llama al Templo «lugar de la morada *eterna* de Dios» [7], como eternos habían de ser el trono y la dinastía de David. Ahora bien, no podía cumplirse la promesa en el Templo construído por manos de hombres, sino en el que edificó el Hijo de David al hacerse hombre para habitar eternamente en

---

[1] *Rabaat-Ammón* (cfr. núm. 375, 534, 538) estaba situada en la ribera de un afluente del río Jabok (cfr. núm. 170); componíanla dos barrios, alto (ciudad del Rey) y bajo (ciudad del Agua), que se extendía al sur por un fértil valle. Destruída por David, fué reedificada más tarde por los ammonitas, y embellecida en el siglo III a. Cr. por el rey de Egipto, Ptolomeo II Filadelfo (cfr. núm. 725), quien le dió el nombre de *Filadelfia.* En tiempo de Jesucristo pertenecía a Decápolis de Perea, y posteriormente fué sede episcopal. Conquistado el país por los árabes, perdió la ciudad su importancia. Un temblor la redujo a escombros. Sus ruinas son de lo más grandioso que se puede admirar allende el Jordán (cfr. *HL* 1883, 152; *Rb* 299).

[2] Probablemente por la proximidad del invierno. En la primavera siguiente había de comenzar de nuevo la lucha contra los ammonitas (cfr núm. 534).

[3] Cfr. núm. 424. Sin duda había aprovechado Sobac esta guerra para rebelarse contra David.

[4] La ciudad nos es desconocida; del contexto se desprende que estaba situada al otro lado del Jordán; mas no hacia el Eufrates, como antes se creía, sino, según Kautzsch, «al norte del país transjordánico, acaso en el valle del Jarmuk»; opinan otros que se trata de Alimis de Galaad, mencionada en I *Mach.* 5, 26. *Rb* 23 y 197.

[5] Cfr. I *Par.* 19, 18. Las cifras relativas al número de carros y de muertos (jinetes e infantes) son distintas en ambos pasajes, y en las versiones antiguas; lo cual bien puede ser descuido de los copistas. Ambos relatos coinciden en lo sustancial; los datos numéricos no son críticamente seguros, ni tampoco tienen importancia capital para el objeto del relato.

[6] Véase página 502 s. y Hummelauer, *Comm. in lib. Sammuelis 321.*

[7] III *Reg.* 8, 13.

el templo de su cuerpo y en la Iglesia, que en la tierra no puede ser destruída por los poderes del infierno, y en el cielo durará eternamente «como mansión de Dios entre los hombres» [1].—Dios quiso en cierta manera ser padre de Salomón, y que Salomón fuera hijo suyo. Esta relación íntima no se efectuó completamente en Salomón ni en sus sucesores, sino en el Hijo muy amado, engendrado desde la eternidad, en quien el Padre había de tener eternamente sus complacencias.—El trono de David cayó en poder de los babilonios; pero Dios lo restauró al anunciar el ángel el nacimiento y el eterno señorío del Mesías, y cuando éste ocupó el trono de su gloria a la diestra del Padre. Por donde la descendencia de David vive eternamente como dinastía real sólo en el Mesías, contra quien nada pueden todos los poderes del mundo y a quien ofrendan vasallaje todas las naciones del mundo.

519. *Esta profecía se aplicó siempre al Mesías,* y nunca se la consideró cumplida en Salomón. El mismo David la entiende en sentido mesiánico, como se echa de ver en su acción de gracias [2]; cuando habla de las promesas para un «futuro lejano» y del cumplimiento de las mismas «para siempre» [3]; cuando en sus postreras palabras [4] anuncia al «dominador de todos los hombres, al justo dominador de los que temen a Dios», y cuando habla de la «eterna alianza» que Dios hizo con él. Pero donde más claramente se manifiesta el pensamiento de David es en los *Salmos* [5], en los cuales describe al Mesías de una manera magnífica, como Hijo y Señor suyo, Hijo de Dios, Rey instituído por Dios, Rey que anunciará los divinos decretos desde Sión a todos los reyes y pueblos, extenderá el reino de la verdad y justicia sobre toda la tierra, aniquilará a los rebeldes y hará felices a todos los que en él confían. Los *Salmos* 44, 71, 88, 137 (cfr. núm. 524 ss.) explanan aún más estas ideas [6] Nuevas revelaciones van ilustrando cada vez más la promesa davídica. Los *profetas* llaman al Mesías «Hijo de David» [7] y también «David» [8]; es el retoño de la raíz de Jesé [9]; en él será restaurada la tienda derruída de David [10]. Y fundándose en la promesa davídica esperan los *judíos* un Mesías Hijo de David y Rey poderoso del futuro, como lo demuestran numerosos pasajes de los Evangelios [11]. También los *santos Padres* y Doctores de la Iglesia han entendido la promesa en sentido mesiánico. El *cumplimiento en Cristo* y en la Iglesia declara de una manera incontrovertible cuál sea el sentido que Dios le atribuyera.

68. Salmos de David. Profecías acerca del Redentor

520. David, héroe esforzado y rey poderoso, es también el «cantor eximio de Israel» (II *Reg.* 23,1), el autor de los Salmos religiosos destinados al culto. Despertósele ya en sus años de pastor el sentimiento de

---

[1] *Apoc.* 21, 3.
[2] II *Reg.* 7, 19 ss.
[3] No en vano se repite por tres veces «para siempre» en la promesa, y cinco veces en la acción de gracias de David.
[4] II *Reg.* 23, 1 ss.; cfr. núm. 547.
[5] Cfr. especialmente *Ps.* 2 y 109; núm. 521 ss.
[6] «El permanece mientras el sol y la luna brillan en el cielo, por todas las generaciones; su justicia y su paz duran hasta que la luna desaparezca; su trono como los días del cielo por toda la eternidad», etc.—¿Quién se atreverá a aplicar tales expresiones a la duración de un reino meramente humano?
[7] *Is.* 9, 7 *Ierem.* 23, 5.
[8] *Ierem.* 30, 9. *Ezech.* 34, 23 s.; 37, 24 s. *Osee* 3, 5.
[9] *Is.* 11, 1.
[10] *Amos* 9. 11.
[11] Cfr. *Matth.* 1, 1; 9, 27; 11, 3 5; 12, 23; 15, 22; 20, 30; 22, 42; *Luc.* 1, 32 s.; *Ioann.* 7, 42; *Hebr.* 1, 15 ss.; *Matth.* 2, 2; *Luc.* 23, 2. Entre los protestantes modernos defiende Kittel (en *Kautzsch* 462) la autenticidad y el sentido mesiánico de nuestro pasaje.

la música y de la poesía; mas en las variadas pruebas y vicisitudes de su agitada vida adquirió los majestuosos y elevados vuelos que despliega el Rey-Profeta al instaurar con piadoso celo el orden y magnificencia del servicio divino. Inspirado por Dios, compuso y compiló David canciones sagradas para el culto y anunció en algunas de ellas (Salmos mesiánicos) la buena nueva del Redentor y de su reino.

El Libro de los Salmos [1] o *Salterio* es una colección de 150 Salmos [2], distribuídos actualmente en cinco partes [3]. Debió de comenzarla David cuando introdujo la música en el culto, componiendo varias canciones que en adelante constituyeron una parte principal de los oficios solemnes. Reyes posteriores (Salomón, Ezequías, Josías) que restablecieron o reformaron el culto, hicieron nuevas colecciones de Salmos. Reunido todo este tesoro salmódico después de la reedificación del Templo por obra de Esdras o Nehemías, resultó el Salterio que todavía usa la Iglesia en el Oficio Divino. Es seguro haberse terminado la colección en época anterior a los Macabeos, pues la versión griega contiene 150 Salmos.

Van generalmente encabezados por un epígrafe en que se lee el nombre del *autor* y a veces se encuentran indicaciones acerca del motivo de la composición, o advertencias acerca de la manera de cantarlos. Estos epígrafes no son primitivos, pero sí muy antiguos, pues los adoptó la versión griega. Según ellos, la mayor parte de los Salmos son de David (73 en el texto hebreo, 84 en la de los LXX). Además del nombre del Rey-Profeta, se leen también los de Moisés, Salomón, Asaf, Hemán, Etán y de los hijos de Coré [4]. Opinan los críticos que los Salmos se compusieron en el último período de la literatura hebrea, y apenas adjudican a David un solo Salmo. Pero la existencia de la poesía religiosa (himnos a manera de Salmos, oraciones penitenciarias y suplicatorias) en Egipto y Babilonia, induce a creer que Israel, puente en cierto modo entre las dos naciones civilizadas de la antigüedad, no se habría sustraído al influjo de la literatura religiosa de ambos pueblos, y que mucho antes del destierro debió de poseer una colección de Salmos, sobre todo exigiéndolo así las solemnidades del culto. Ahora bien, constándonos por el testimonio de la Sagrada Escritura la solicitud que desplegó David por el esplendor del culto y las aptitudes artísticas que puso al servicio del mismo, no hay razón alguna para desestimar la antigua tradición expresada en los epígrafes, la cual atribuye a David la composición y compilación de una gran parte de los Salmos. Este es el criterio de la Comisión Bíblica en decreto de 1.º de mayo de 1910, cuyo contenido es el siguiente:

a) De la denominación «Salmos de David», «Libro de los Salmos de David», *Psalterium davidicum* y otras análogas no se sigue que deba ser considerado David como único autor de todo el Salterio, aun cuando ésta sea la opinión de algunos santos Padres y Doctores. *b)* De la concordancia de los textos hebreo y griego (LXX) y otras versiones antiguas, puede concluirse con fundamento que los títulos hebreos son anteriores a la época de la versión de los LXX, y por

---

1 Han comentado más o menos ampliamente los Salmos Scheeg, Reischl, Thalhofer, Wolter (³1904 ss.), Hoberg (²1906), Langer (³1889). Recomendamos a los devotos de los Salmos: Grundl, *Die Psalmen* (Ausburgo 1902); Lanner, *Die Psalmen (Deutches Laienbrevier* 5 7, Friburgo 1923); Leinbach, *Die Psalmen (Bibl. Volksbücher* V-VI, Fulda 1909); Schlögl, *Die Psalmen* (Viena 1915); Miller, *Die Psalmen* 5-10 (dos tomitos; Friburgo 1923); Landersdorfer, *Psalmen* (Ratisbona 1922).

2 Del griego *psalmós*, que significa propiamente «canto de instrumento de cuerda» y por extensión canto acompañado de instrumento de cuerda, canción destinada al culto. La colección de estas canciones se llama *Psalterium* (Salterio).

3 I libro: *Ps.* 1-40; II libro: 41-71; III libro: 77-88; IV libro: 89-105; V libro: 106-150.

4 Asaf, Hemán y Etán eran jefes de los cantores del Santuario en tiempo de David y Salomón; los «hijos de Coré» son los descendientes del Coré mencionado en el núm. 364.

tanto proceden de una antigua tradición judía, aunque no directamente del autor mismo de los Salmos. *c)* Estos títulos son, pues, testimonios de una tradición judía; y no pueden ponerse en duda sin tener razones sólidas en contra de su antigüedad. *d)* Si se atiende a los numerosos testimonios de la Sagrada Escritura que atribuyen a David dotes naturales e inspiración divina para la composición de las canciones sagradas, y a las disposiciones que acerca del uso de los Salmos del culto dictó el real Profeta, y si se considera que en el Antiguo y Nuevo Testamento, como también en los títulos de los Salmos, se le atribuye la paternidad de muchos de ellos, y que la tradición judía, los santos Padres y Doctores de la Iglesia han coincidido en esta opinión, no puede razonablemente negarse que David deba ser tenido por autor principal de las canciones del Salterio *(praecipuus auctor);* y por el contrario, no puede afirmarse que sólo sea autor de unos pocos Salmos. *e)* En particular no puede negarse el origen davídico de aquellos Salmos que se citan en el Antiguo y Nuevo Testamento expresamente con el nombre de David, entre otros el 2, 15, 17, 109. *f)* Puede admitirse que por motivos litúrgicos o musicales, por inadvertencia del copista o por otras causas, algunos de los Salmos de David y de otros autores hubiesen sido fraccionados o bien que de varios se hubiera hecho uno; es asimismo admisible que otros Salmos (por ejemplo, el 50) hayan sido ligeramente *(leviter)* retocados o modificados con adiciones o supresiones de alguno que otro versículo, para que se adaptasen a las circunstancias históricas o a las necesidades de la liturgia de los judíos *(solemnitates populi iudaici)*, salvo siempre la inspiración del Texto Sagrado íntegro (cual lo tenemos). *g)* No puede sostenerse fundadamente *(probabiliter)* la opinión de los escritores modernos, quienes, por criterios internos, o apoyándose en inexactas interpretaciones del texto, creen demostrar haber sido compuestos no pocos Salmos en época posterior a Esdras y Nehemías, y aun en tiempo de los Macabeos. *h)* Según numerosos testimonios del Nuevo Testamento y opinión unánime de los Padres, con la que coincide la de los escritores judíos, deben reconocerse por mesiánicos y proféticos algunos Salmos, por cuanto anuncian la venida, el reino, el sacerdocio, la pasión, muerte y resurrección del Redentor; hay que desechar, pues, en absoluto la opinión de los que niegan el carácter mesiánico y profético de los Salmos y restringen las frases que se refieren a Jesucristo, refiriéndolas al porvenir del pueblo escogido.

Trátanse en los Salmos los temas más variados, según pedían las exigencias del culto. No es fácil dividirlos *por materias;* pero pueden hacerse en globo los siguientes grupos: Salmos de alabanza y acción de gracias (8, 17, 18, 45-47, 91. 102-106, 145-150); Salmos de oración y súplica (3, 5, 29, 63, 73, 79, 93); Salmos penitenciales (6, 31, 37, 50, 101, 129, 142); Salmos de festividades (14, 23); Salmos históricos (104, 105); Salmos mesiánicos (2, 15, 21, 44, 71, 109)[1].

La poesía bíblica *no es rimada.* Ni guarda ritmo alguno cuantitativo, sino sólo *de acento* (sucesión de sílabas acentuadas y no acentuadas). No existe *metro* en hebreo en el sentido riguroso de la palabra; como la poesía árabe, así el ritmo de las canciones israelitas se resiste a toda esquematización. El numen del poeta domina la forma de la poesía bíblica. Además del ritmo silábico, es ley fundamental de la poesía hebrea el *ritmo de pensamientos* en los versos o estrofas consecutivas: lo que se llama *paralelismo de miembros.* El pensamiento que brota del interior, no se desarrolla completamente en *una sola* frase, sino se descompone en varios miembros, que se corresponden simétricamente. Un mismo pensamiento se repite con diversas expresiones en el miembro siguiente

---

[1] Acerca de los «Salmos graduales» *(Ps.* 119-133) cfr. núm. 330.—El racionalista Stade (1892) considera el *Salterio* como el libro más mesiánico del Antiguo Testamento, pero sólo en cuanto que en este «devocionario de la comunidad posterior al destierro» se expresan con preferencia las súplicas en demanda de auxilio, salvación y redención. De profecías no encuentra huella alguna, sino sólo de esperanzas mesiánicas, en las cuales está contenida ciertamente la expectación del Rey mesiánico; pero su figura no ocupa lugar central y preeminente como en el Nuevo Testamento.

(paralelismo sinónimo), o se pone en oposición a otro (paralelismo antitético), o se desarrolla y amplía en igual forma de verso (paralelismo sintético). No se ha conseguido explicar del todo la *técnica de las estrofas,* entre otras razones porque el poeta no guarda regla fija. En la mayor parte de los poemas bíblicos dedúcese la disposición de las estrofas por criterios internos, por el encadenamiento lógico y psicológico de los conceptos (paralelismo de estrofas). Es peculiar de la literatura bíblica la desbordante riqueza de lirismo, la variedad del fondo, la profundidad de pensamientos y la sublimidad de los conceptos religiosos [1].

Ningún libro de la Sagrada Escritura es tan citado por Jesucristo y sus apóstoles, como el *Salterio.* Los santos Padres no saben ensalzar y recomendar bastante sus himnos y sus plegarias. Aun prescindiendo de las magníficas profecías acerca de la divinidad, nacimiento, vida, muerte y resurrección del Señor, el libro de los Salmos es para los santos Padres el manantial más completo de verdades divinas, la suma de toda doctrina moral, tesoro común e inagotable de vida, medicina de dulce elocuencia, poesía sazonada de divina unción, muy apropiada para aliviar las penas del alma, por grandes que sean; libro en que compiten la doctrina y la belleza, y cuya lectura es más provechosa que la de ningún otro; libro para todo aquel que desee alabar la majestad, omnipotencia, sabiduría y providencia divinas, invocar la clemencia del supremo Juez o implorar auxilio de Dios en toda clase de tribulaciones, darle gracias por sus mercedes, instruirse y moverse a piedad y virtud. De la Sinagoga tomó la Iglesia estos hermosos cantos, y con ellos ha entretejido las solemnidades del Santo Sacrificio: los Salmos forman la parte principal de todos los libros litúrgicos, especialmente del *Breviario.* Para los primeros cristianos fueron los Salmos el libro de la oración cotidiana; palabras de los Salmos salieron de la boca de los niños en alabanza de Dios [2].

521. Entre los **Salmos mesiánicos** [3], los más importantes son los que siguen, porque su mesianidad está garantizada por el Nuevo Testamento y por la interpretación unánime de los santos Padres.

El **Salmo 2** describe como vana la *insurrección* de los reyes y pueblos gentiles *contra el Mesías* y su Iglesia.

Está garantizado el carácter mesiánico de este Salmo, no sólo por el Nuevo Testamento [4] y la tradición de la Iglesia y de los judíos, sino también por la letra misma, especialmente por el versículo 7, que declara la generación divina del «Ungido» y por el versículo 8, que describe su señorío sobre todo el orbe.

¿Por qué se agitan los gentiles, y maquinan los pueblos vanos pro- [yectos?
Álzanse los reyes de la tierra, colíganse los príncipes
contra el Señor y contra su Ungido [5].

---

[1] Cfr. Zapletal, *De poesi Hebraeorum in V. T. conservata* [2] (Friburgo de Suiza 1912); Faulhaber, *Die Strophentechnik der Psalmen* (Kempten-Munich 1914); Euringer, *Die Kunstform der Althebräischen Poesie,* en *BZF* V 9/10.

[2] Cfr. Falk, *Bibelstudien* (Maguncia 1900) 28 32. *Die Bibel am Ausgang des Mittelalters* (Colonia 1905) 28 s. Un Salterio impreso en 1500 en Ausburgo, *Psalterium puerorum,* contiene los salmos más comunes, sobre todo los de las Vísperas del Domingo; éstos eran sin duda los que se aprendían de memoria.

[3] Bibliografía; véase página 4, nota 6.

[4] *Act.* 4, 25 ss.; 13, 33. *Hebr.* 1, 5; 5, 5.

[5] Dase aquí al futuro Redentor el nombre de *maschiach Yahve* = *Christus Domini,* «el Ungido del Señor»; cfr. página 456, nota 2. Todavía *otra vez, Dan.* 9, 26 *(Vulgata),* se emplea en el Antiguo Testamento esa misma expresión en el mismo sentido. Como nombre propio («el Ungido», Mesías, sin aditamento) aparece por primera vez en los apócrifos, especialmente en el *Libro de Henoc,* en IV *Esdr.* y en los *Salmos de Salomón,* unido a la expresión «Hijo de Dios» (como en el *Ps.* 2), con que se indica el origen celestial (preexistencia) del Ungido.

«¡Rompamos sus ataduras, sacudamos su yugo!» [1]
Mas aquel que reside en los cielos se burla, el Señor se mofa de ellos.
Entonces les hablará El en su indignación,
y los llenará el terror con su saña.
«Mas [2] yo he sido por El constituído rey sobre Sión,
su santo monte; anuncio su ley [3]:
Díjome el Señor: Tú eres mi Hijo,
yo te engendré hoy [4].
Pídeme, y *te daré las naciones en herencia*
y extenderé tu dominio hasta los extremos de la tierra.
Regirlos has con cetro de hierro;
y si te resisten, los desmenuzaré como un vaso de barro».
Ahora, pues [5], oh reyes, sed prudentes:
sed instruídos vosotros los que gobernáis la tierra.
Servid al Señor con temor, y regocijaos en El con santo temblor.
Abrazad la buena doctrina [6]; no sea que al fin se irrite el Señor,
y perezcáis descarriados de la senda de la justicia,
cuando de súbito se inflame su ira [7];
bienaventurados todos aquellos que en El ponen su confianza.

522. El **Salmo 15** es la oración del justo que protesta de su incondicional entrega a Dios y expresa su esperanza en la *resurrección.*

El carácter mesiánico de este Salmo se deduce de muchas expresiones del mismo (en especial en los últimos versículos), las cuales no pueden referirse a David, ni a otro justo, ni al pueblo de Israel, sino sólo a Cristo. Esta es la doctrina de los príncipes de los apóstoles [8] y la interpretación unánime de los

[1] Esta es su facciosa consigna.
[2] Hasta aquí ha descrito el Salmista la rebeldía general y la actitud del Señor frente a ella; ahora hace hablar al Mesías.
[3] Su eterno consejo respecto de mí.
[4] Quien crea en la posibilidad de la Revelación y de las profecías, no tendrá reparo en admitir que aquí se encierra y declara la filiación natural del «Ungido». Las palabras «tú eres mi Hijo» las ha tomado el Salmista de la promesa de II *Reg.* 7, 14 (I *Par.* 22, 10; 28, 6); pero aquélla no explica suficientemente nuestro pasaje. El rey legítimo de Sión es, en cuanto tal, «Hijo de Dios» desde el día en que sube al trono; como representante del Rey-Dios, estréchase con Este y adquiere derechos de primogénito entre los príncipes gentiles. Pero «yo te he engendrado» quiere decir algo más: no sólo *enaltecimiento posterior* a una relación especial con Dios, suficientemente expresada en las palabras «padre» e «hijo», sino *procedencia de Dios* y juntamente *participación en la naturaleza divina.* El mismo Salmo nos lo declara cuando a renglón seguido atribuye al Hijo de Dios el derecho al *señorío del mundo* y al vasallaje de todos los pueblos; así entendían el versículo 7 los traductores griegos, los cuales vertieron *Ps.* 109, 3 de esta manera: «de mi regazo te engendré antes de la aurora» (v. núm. 526). El Nuevo Testamento (*Act.* 13, 33. *Hebr.* 1, 5; 5, 5) lo aplica al Hijo eterno de Dios. Y el mismo Gunkel (*Ausgewählte Psalmen*[3] 14) llega a decir: «parece como que atribuye al rey naturaleza divina». No obsta la palabra «hoy», porque en Dios sólo se da un «hoy». Sin embargo, no están de acuerdo los comentaristas en determinar este «hoy» en la vida de Jesucristo; parece referirse a la generación eterna, y no al día de la Encarnación, del Bautismo o de la Resurrección. Objétase que también a los reyes gentiles se les tenía y reverenciaba por «hijos de los dioses»; pero se ha de observar que se les creía *engendrados* realmente por los dioses. De donde no se puede admitir que el Salmista emplease la palabra «engendrar» en otro sentido, y más no habiendo pruebas de haberla usado el Antiguo Testamento en sentido traslaticio. Cfr. Landersdorfer, *Eine sumerische Parallele zu Ps.* 2, en *BZ* XVI 34 ss.
[5] En lo que sigue vuelve a hablar el Salmista.
[6] Según el texto hebreo: «besad al hijo» (del cual ha hablado poco antes); es decir, tributadle homenaje. Por lo demás la lección hebrea es tan dudosa como la tradicional.
[7] En el castigo mesiánico de la condenación eterna, del cual son figura los continuos castigos de los enemigos de Dios.
[8] *Act.* 2, 25 ss.; 13, 35 ss.

santos Padres y Doctores de la Iglesia. Que lo fuese también de los judíos, se deduce de la manera misma de argumentar de los apóstoles [1]. Algunas frases de la primera mitad del Salmo, las cuales se aducen en contra de su mesianidad [2], se refieren sólo a la santa Humanidad de Cristo; son análogas a las frases de la oración sacerdotal de Jesucristo [3], y a otras del Antiguo y Nuevo Testamento [4]. Ofrecen especial interés los últimos versículos (8-12):

Tengo siempre ante mis ojos al Señor;
El está a mi diestra para que no vacile.
Por eso se regocija mi corazón, y se entusiasma mi lengua,
y aun mi carne descansará en la esperanza.
Porque no has de abandonar tú a mi alma en el infierno [5],
ni permitirás que tu Santo experimente la corrupción.
Hácesme conocer las sendas de la vida [6]:
me colmas de gozo con la vista de tu rostro;
en tu diestra se hallan las delicias eternas.

523. En el **Salmo 21** explica David (acaso con motivo de alguna grande tribulación) los indecibles *dolores* del Mesías, los cuales pudo contemplar por inspiración del Espíritu Santo y, de los cuales él mismo fué figura.

Atestiguan el carácter mesiánico de este Salmo los evangelistas [7], san Pablo [8] y el mismo Jesucristo [9]. Se confirma por el unánime sentir de la tradición antigua de los judíos y de la Iglesia católica, y se deduce del contenido mismo del Salmo. Frases como las de los versículos 7, 17-19 («han taladrado mis pies y manos... han dividido entre ellos mis vestidos», etc.) no pueden aplicarse a David sino forzándolas muchísimo, y aun menos a otro rey judío, o «en general al justo atribulado por sufrimientos y pruebas». Tampoco cabe interpretarlas simbólicamente en el sentido de grandes tribulaciones exteriores y espirituales; pues, además de ser ésta la única vez que la Sagrada Escritura usara de este lenguaje, sonarían como muy singulares y exageradas. Según la interpretación excogitada por los judíos y adoptada por los modernos para eludir el carácter mesiánico, el Salmo nos pinta los *sufrimientos del pueblo de Dios;* mas ello resulta aquí tan imposible como en el pasaje análogo de Isaías, donde se habla del «siervo de Dios» paciente (52, 13-53, 12). Porque son tan individuales los rasgos, que no se pueden aplicar a una persona colectiva; además, se nos describe al paciente y libertado en contraposición a «sus hermanos» y a la «gran multitud» (como en Isaías), y, de consiguiente, como a persona distinta de la comunidad [10]. Pero, en cambio, en Jesús se cumplieron punto por punto y en el mismo orden las profecías del Salmo.

---

[1] De no admitir los judíos el carácter mesiánico de este salmo, carecería de sentido la argumentación de los apóstoles.

[2] Por ejemplo: Espero en ti, tú eres mi Dios, no necesitas de mis bienes, el me dió inteligencia, etc.

[3] *Ioann.* 17, 1-5.

[4] Cfr. *Ps.* 21, 1 7; *Is.* 53, 6; *Matth.* 4, 1 ss.; 27, 46; *Luc.* 22, 41; *Gal.* 3, 13, etc.

[5] Es decir, en el reino de los muertos (Scheol), en el limbo, donde esperan las almas de los justos al Redentor y donde éste les anunció la Redención (I *Petr.* 3, 18 ss.). Eso queremos decir en aquellas palabras del Credo: «Descendió a los infiernos».

[6] Mediante la resurrección.

[7] *Matth.* 27, 35. *Ioann.* 19, 24; cfr. *Matth.* 27, 39 43.

[8] *Hebr.* 2, 11.

[9] *Matth.* 27, 46.

[10] Observa el protestante Sellin: Este salmo «brota del alma del siervo de Dios, paciente»; su salvación es causa de la conservación de todos los extremos de la tierra. «No puede aplicarse a ningún otro miembro del pueblo, como tampoco permite el versículo 23 que se aplique a todo el pueblo» *(Israelitisch-jüdische Heilandserwartung,* en *BZSF* V 2/3. 61 s.).

¡Dios mío! ¡Dios mío!
¿Por qué me has desamparado?
Lejos de mi salud las palabras de mis pecados [1].
«¡Dios mío!» clamo durante el día y no me oyes;
durante la noche, y no para mi locura [2].
Tú, empero, habitas en la santa morada, ¡oh gloria de Israel!

En ti esperaron nuestros padres:
esperaron en ti y los salvaste.
A ti clamaron y fueron salvados:
en ti confiaron y no fueron confundidos.

Yo soy un gusano y no un hombre;
el oprobio de los hombres, y el desecho de la plebe.
Todos los que me miran hacen mofa de mí,
contraen sus labios y menean la cabeza:
«en el Señor esperaba; que le liberte,
sálvele, ya que tanto le ama».
Sí, tú eres quien me sacó del seno materno;
y mi esperanza desde los pechos de mi madre.
Desde las entrañas de mi madre fuí arrojado en tus brazos:
desde el seno materno eres tú mi Dios.
No te apartes de mí
porque se acerca la tribulación de muerte y no hay quien me socorra

Cércanme novillos en gran número:
y me sitian recios toros.
Abren su boca contra mí,
como leones rapantes y rugientes [3].
Derramado estoy como agua,
y todos mis huesos se han desencajado;
mi corazón está derritiéndose como una cera dentro de mis entrañas.
Seco como un cascote está mi vigor,
mi lengua se ha pegado al paladar,
y me vas conduciendo al polvo del sepulcro.

Porque me veo cercado de una multitud de perros,
me tiene sitiado una turba de malignos.
Han taladrado mis manos y mis pies,
han contado todos mis huesos,
pusiéronse a mirarme despacio, y observarme.
Repartieron entre sí mis vestidos,
y sortearon mi túnica.

Mas tú, oh Señor, no dilates tu socorro:
atiende luego a mi defensa.
Libra mi alma, oh Dios, del alfanje [4],
y de las garras de los canes mi única [5].

---

[1] El clamor de mis pecados, es decir, de los pecados del mundo, que cargué sobre mis espaldas, me impiden librarme de la muerte. En hebreo: «Lejos de ser escuchadas están las palabras de mis gemidos».

[2] No cederá en locura mía, es decir: por fin seré oído; o según otros: no por *mi* locura, por mis pecados, sino por los pecados de otros. Es preferible el texto hebreo que dice así: «De noche, y no hay descanso para mí»; día y noche (siempre) estoy llamando, sin encontrar quien me oiga.

[3] Las fieras testarudas y rapantes son figura de las pasiones violentas; aquí representan, como lo dice expresamente el versículo 17, la «turba de malvados», que atormentan al pobre paciente y se mofan de él.

[4] Esta expresión no debe entenderse literalmente, sino en general, de la *muerte violenta;* en el mismo sentido se emplean otras muchas expresiones bíblicas como: novillos, toros, perros, leones, unicornios.

[5] Es decir, lo más precioso que tengo, mi vida.

Sálvame de las fauces del león;
salva de las astas de los unicornios [1] mi bajeza.
Anunciaré tu santo Nombre a mis hermanos [2],
publicaré tus alabanzas en medio de la comunidad.
¡Oh vosotros que teméis al Señor, alabadle;
glorificadle, vosotros hijos de Jacob!
Témale todo el linaje de Israel;
porque no despreció y desatendió la súplica del pobre;
ni apartó de mí su rostro;
antes así que clamé a él, luego me oyó.

A ti se dirigen mis alabanzas en la gran concurrencia;
en presencia de los que le temen cumpliré yo mis votos [3].
Los pobres comerán y quedarán saciados [4]*;*
y los que buscan al Señor le cantarán alabanzas:
sus corazones vivirán por los siglos de los siglos.

Se acordarán [5];
y se convertirán al Señor todos los límites de la tierra;
y se postrarán ante su acatamiento todas las gentes.
Porque del Señor es el reino;
y él ha de tener el imperio de las naciones.

Comen y le adoran todos los poderosos de la tierra:
ante su acatamiento se postran todos los que moran en el polvo.
Y mi alma vivirá para él [6],
y a él servirá mi descendencia.
Será anunciada para el Señor la generación venidera [7];
y se anunciará su justicia
al pueblo que ha de nacer, formado por el Señor.

524. En sentir de la Iglesia, el **Salmo 44** es una *alegoría* [8]. Describe la aparición del Mesías en figura del *real esposo* que sale al encuentro de su esposa magníficamente engalanada.

---

[1] Lo que el texto hebreo llama *re'em* no es un animal fabuloso, ni el búfalo, o cosa parecida, sino el *bisonte,* cuyo nombre y figura se ha encontrado recientemente en los monumentos asirio-babilónicos; vive todavía en la cordillera del Cáucaso. Es un animal de fuerza indómita y de extraordinaria fiereza (cfr. *Deut.* 33, 17; *Iob.* 39, 9 ss.); en esto, y no en las cualidades zoológicas del animal, estriba la comparación del Salmista (cfr. núm. 380). Los *Setenta* tradujeron «unicornio», palabra que ha dado pie a toda clase de ideas y explicaciones caprichosas que no tocan al fondo de la cuestión.

[2] Con aire de triunfo predice el divino paciente los copiosos frutos de su sacrificio: anunciaré a mis hermanos, es decir, a los hombres, el nombre de Dios (y su santo Evangelio).

[3] Ofrecerá a Dios sacrificios votivos y de acción de gracias, es decir, el Santo Sacrificio de la Nueva Alianza, renovación perpetua e incruenta del sacrificio de la Cruz, la Eucaristía, es decir, el sacrificio más sublime de alabanza y acción de gracias.

[4] En el banquete (la Santa Comunión) que sigue al Sacrificio han de participar todos: los «oprimidos» y los «fuertes», los altos y los humildes.

[5] Cuando el Redentor paciente sea glorificado por Dios, su Padre, caerá el muro que separa a los judíos de los gentiles; porque toda la tierra, todos los «pueblos», vendrán al reino de Dios; cfr. la promesa patriarcal (núm 131).

[6] El Redentor, en recompensa de su sacrificio, vivirá con el Padre en gloria eterna, e intercederá siempre por nosotros (cfr. *Is.* 53, 11; *Ioann.* 17, 5; *Hebr.* 7, 25; 8, 34); su Iglesia servirá a Dios con fidelidad.

[7] Le serán anunciados como hijos suyos los redimidos, y éstos oirán contar de la justicia divina, merced a la cual han sido salvados y hechos hijos de Dios. La expresión de la *Vulgata* «los cielos anunciarán», ha sido tomada de otro pasaje análogo *(Ps.* 96, 6) y dice menos bien con el contexto.

[8] Cfr. núm. 23.

En pro del carácter mesiánico de este Salmo hablan el Nuevo Testamento [1] y la unánime interpretación de los santos Padres y Doctores de la Iglesia; ni lo entendieron de otra manera los judíos, los cuales, fundándose en él y en pasajes análogos de la Ley y de los profetas, representaban bajo el símbolo de un desposorio las relaciones de Israel con Dios y la entrada del pueblo escogido y de las naciones paganas en el reino del Mesías [2].—Además, en otros pasajes reconocidos por mesiánicos [3] se describen, como aquí, las cualidades del dominador, tanto la universalidad y eterna duración como el carácter del imperio de este Rey (mesiánico), a quien se da además el título de Dios. Aun los intérpretes protestantes modernos admiten que es posible y comprensible en sí mismo el simbolismo del Salmo desde el punto de vista del Antiguo Testamento; y lo que aducen para probar la imposibilidad del sentido alegórico, es endeble y descansa precisamente en el desconocimiento de este simbolismo [4].

Hirviendo está el pecho mío en alegres canciones;
al Rey dirijo yo esta canción;
mi lengua es como pluma de amanuense que escribe muy ligero.

Tú eres el más gentil en hermosura entre los hijos de los hombres;
derramada se ve la gracia en tus labios:
por eso te bendijo Dios para siempre [5].
Cíñete al lado tu espada, oh Rey potentísimo.
Con esa tu gallardía y hermosura,
camina, avanza prósperamente y reina,
en medio (tu) verdad, mansedumbre y justicia,
y tu diestra te conducirá a cosas maravillosas.

Son tus saetas tan penetrantes, que los pueblos se rinden a ti,
ellas penetran en los corazones de los enemigos del Rey.
Tu trono, oh Dios, permanece por los siglos de los siglos;
el cetro de tu reino es cetro de rectitud.
Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad:
por eso te ungió, oh Dios, el Dios tuyo
con óleo de alegría, con preferencia a tus compañeros [6].

---

[1] *Hebr.* 1, 8 s.

[2] Cfr. especialmente el *Cantar de los Cantares; Ierem.* 2, 2; 3, 1 ss.; *Ezech.* 16, 8 ss.; *Osee* 2, 3 16 ss., *Is.* 1, 21; *Ps.* 78, 27; 105, 39; *Lev.* 17, 7; 20, 5, etc.

[3] Por ejemplo, *Is.* 9, 5 6; 11, 4-6.

[4] Cfr. Baethgen, *Die Psalmen* ([2] 1897) 126. Reconoce la afinidad del Salmo 44 con el *Cantar de los Cantares* en forma e ideas, y admite que en la antigüedad cristiana y en la Sinagoga se interpretó del Mesías; confiesa asimismo que de las muchas explicaciones históricas que se han ensayado, a ninguna se le ha podido señalar fecha segura. Y aunque uno se resista a admitir la interpretación alegórica (mesiánica), es preciso conceder que ésta tiene un buen apoyo en las canciones nupciales orientales, que la idea de los desposorios de Dios con su pueblo es auténticamente profética y que la admisión del Salmo 44 y del *Cantar de los Cantares* en el Canon sólo se explica por el carácter alegórico de ambos escritos. Cfr. *ZAW* 1907, 26 ss.

[5] No: *por* tu hermosura te ha bendecido el Señor, sino: tu hermosura declara *que* Dios te ha bendecido.

[6] No hay arte exegético capaz de negar que al real esposo se le llama aquí «Dios» (Elohim). Todas las versiones antiguas interpretan en vocativo la palabra «Elohim» en los versículos 7 y 8. Los modernos quieren tacharla o por lo menos darle esta interpretación: tu trono divino está siempre y para siempre, o: tu trono es un trono divino; lo cual es imposible y no pasa de ser una «escapatoria» (Kautzsch). Posible es que en el versículo 8 se leyese primitivamente Yahve («por eso te ha ungido Yahve, tu Dios»). Mas esto, lejos de destruir la interpretación tradicional, la confirma.—No obstante, para poder darle un sentido histórico, recurre Sellin (*Israelitisch-jüdische Heilandserwartung* 16) a una hipótesis imposible para la poesía bíblica; supone «haber existido anteriormente un himno que celebraba al divino salvador del mundo, el cual himno sirvió de base a la canción nupcial (Salmo 44) en honor del Rey terreno; de donde éste ha venido a ser ensal-

Mirra, áloe y casia exhalan tus vestidos [1],
de las estancias de marfil [2] en que te recrean
las hijas de reyes en tu esplendor.
A tu diestra está la Reina con vestido bordado de oro,
y engalanada con varios adornos [3].
Escucha, oh hija, y considera y presta atento oído,
y olvida tu pueblo y la casa de tu padre [4].
Y el Rey se enamorará más de tu beldad;
porque *él es el Señor Dios tuyo,* a quien todos han de adorar.
Las hijas de Tiro con dones buscaron tu favor,
y los ricos de la nación (todos, aun los pueblos más ricos, se inclinan [en tu presencia).
Toda la hermosura de la hija del Rey es de adentro,
con una orla de oro y un vestido de varios adornos [5].
Se acercan al rey con ella las doncellas;
sus amigas son conducidas a tu presencia (¡oh Rey!);
conducidas serán con fiestas y con regocijos,
a la casa del Rey serán llevadas.
En lugar de tus padres, oh Rey, te nacerán hijos;
los cuales establecerás príncipes sobre toda la tierra [6].

---

zado como autor de la nueva era que antes se esperaba de aquél».—El interpelado no es otro sino Dios mismo, descrito en figura humana. Y el ser a la vez distinto de Dios, que le unge, indica que el Rey-Mesías ha de aparecer en figura humana. Sólo a la naturaleza humana puede aplicarse lo que dice de la unción. Esta es imagen de la alegría, y a la vez de honor, distinción y dignidad. Jesucristo fué ungido más que todos sus compañeros, es decir, más que los príncipes terrenos, por la unión hipostática de la humanidad con la divinidad (*Is.* 61, 1. *Luc.* 4, 18 ss.), y en su gloriosa Ascensión a los cielos, cuando se le confirió el poder real sobre todo el mundo, y el señorío que le eleva sobre todos los hombres (cfr. *Phil.* 2, 8-10).

[1] Estas materias aromáticas son los componentes del santo óleo (cfr. núm. 320); significan aquí la abundancia de la unción, que comunica a los vestidos el buen olor.

[2] El marfil, apreciado por su color blanco brillante, por su finura y firmeza, era en la antigüedad tan estimado como el oro. La Sagrada Escritura hace mención del trono de marfil (es decir, adornado con incrustaciones de marfil) del rey Salomón (III *Reg.* 10, 18); de las camas de marfil de los magnates judíos (*Amos* 6, 4), de los bancos de marfil de las embarcaciones tirias (*Ezech.* 27, 6), de los palacios de marfil (III *Reg.* 22, 39). Las casas de marfil y los deliciosos perfumes de los vestidos lujosos representan la embelesadora magnificencia del Mesías, cual se manifiesta en la celestial doctrina, en los milagros de Jesús, en la incomparable santidad de su vida, y especialmente en la gloria a la diestra del Padre.

[3] Las «hijas del Rey», es decir, las poderosas naciones paganas, son compañeras y siervas de la real esposa, es decir, de Israel y de la Iglesia, figurada en él. Son también «hijas del Rey» cada uno de los miembros de la Iglesia, las almas nobles que esperan al celestial esposo y todo lo sacrifican por su amor. Entre estas almas tan sinceramente unidas con Dios y que tan tiernamente le aman, la Reina es la Virgen Madre del Redentor; las almas puras consagradas a Dios son sus compañeras y amigas.

[4] Expónense los deberes de la esposa y su relación con su «Señor», que es el mismo Dios: ha de «olvidar» todas sus anteriores relaciones, aun las más santas, para ser toda de El con inquebrantable amor y fidelidad.

[5] La hermosura interior de la esposa, es decir, *de la Iglesia,* consiste en la gracia santificante, en el espíritu de Jesucristo que anima todos sus pensamientos y acciones, en toda clase de dones divinos y en las virtudes que de éstos dimanan, etc. La belleza exterior se manifiesta en la preciosidad y abundancia de su doctrina, de sus Sacramentos y Sacramentales, de sus simbólicas ceremonias, en la constitución y organización externa, tan hermosa y rica como firme contra los ataques del infierno. Del mismo modo la hermosura interior de la Reina *María* (cfr. *Cant.* 4, 7) consiste en la plenitud de las gracias de que está adornada, en sus incomparables virtudes; y su belleza exterior, en las admirables distinciones con que la han adornado las tres divinas personas, en los innumerables prodigios obrados por su intercesión, etc.

[6] Estos «hijos» del Redentor y de su esposa siempre virgen, la Iglesia, sobrepujan

Estos conservan la memoria de tu nombre por todas las generacio-
Por esto los pueblos te ensalzan eternamente. [nes.

525. El **Salmo 71** describe la aparición gloriosa y las funciones del Mesías, bajo la figura de *un gran rey* [1].

Canción de Salomón [2].
Da, oh Dios, al rey tu juicio,
y al hijo del rey tu justicia,
para que juzgue con rectitud a tu pueblo y a tus pobres según equidad.
Reciban del cielo los montes la paz para el pueblo,
y los collados la justicia [3].
El hará justicia a los pobres del pueblo,
y ayudará a los hijos de los pobres,
y humillará al que los oprime (persigue).

Y mientras duran el sol y la luna él permanecerá,
de generación en generación.
Descenderá como lluvia sobre el vellocino,
y como rocío sobre la tierra [4].
Florecerá en sus días la justicia,
y la abundancia de paz, *hasta que deje de existir la luna.*

Y dominará *de un mar a otro,*
y desde el río hasta el extremo del orbe de la tierra [5].
Postraránse a sus pies *los etíopes,*
y besarán el suelo ante El sus enemigos.
Los reyes de Tarsis y los de las islas
le ofrecerán sus regalos,
traeránle presentes *los reyes de Arabia y de Saba* [6].
Le adorarán todos los reyes de la tierra,
todas las naciones le tributarán homenaje.

Porque librará al pobre del poderoso,
y al desvalido que no tiene quien le valga.

---

con mucho a los Patriarcas de Israel. Son en primer término los apóstoles y sucesores de éstos, los obispos, constituídos príncipes y pastores de los fieles (cfr. *Matth.* 9, 15; 19, 28; *Act.* 20, 28), y luego el cortejo innumerable de santos que reinan con Cristo (*Apoc.* 5, 10; 20, 4; 22, 5. *Rom.* 5, 17).

[1] La crítica combate el carácter mesiánico directo de este Salmo, que aplica a un rey contemporáneo. Pero se ve obligada a reconocer «que las esperanzas y los votos con que se le brinda, sobrepujan a cuanto se podía esperar tratándose de un rey empírico, y que es celebrado como autor de los tiempos felices y como rey escatológico» (Sellin, *Israelitisch-jüdische Heilandserwartung* 37).

[2] La *Vulgata* traduce: *Psalmus, in Salomonem,* «Salmo a Salomón», lo cual no está reñido con la interpretación mesiánica; porque o este nombre se entiende simbólicamente «príncipe de la paz», o Salomón se toma como figura del Mesías (cfr. núm. 519), en el cual sólo tienen pleno y verdadero cumplimiento las expresiones del Salmo.

[3] Es decir: Inúndese de paz y justicia todo el país.

[4] Cfr. *Is.* 45, 8: «Lloved, oh cielos, al justo», etc. (cfr. también núm. 437).

[5] Su reino será indestructible y universal; ambas cosas se cumplen en la *Iglesia Católica* (cfr. *Dan.* 2, 44; 7, 14; *Matth.* 16, 18; 28, 20; *Marc.* 16, 19; *Rom.* 10, 18; 1, 8; *Hebr.* 1, 3, etc.).

[6] Los pueblos más lejanos y ricos de la tierra acatarán al Mesías-Rey.—Por *Etiopía* o país de los negros se entiende todos los países que están al sur de Egipto y en el interior de Africa.—*Tarsis* o Tartessus era una ciudad marítima fundada por los fenicios en el sur de España, en la Bética (Andalucía), probablemente Carteya, en las proximidades de la desembocadura del Guadiana, muy renombrada entonces por sus ricas minas de oro y plata.—*Arabia,* en hebreo *Scheba,* ciudad y comarca de «Arabia Feliz», rica en incienso, mirra, especias, oro y piedras preciosas, ahora Yemen. *Saba,* en hebreo *Seba,* país del norte de Etiopía, llamado *Meroe,* con la capital del mismo nombre, cuyas ruinas se encuentran no lejos de Shendi, entre Berber y Khartum, en la actual Nubia.

Apiadarse ha del pobre y del desvalido;
y pondrá en salvo las almas de los pobres.
Libertarlas ha de las usuras y de las iniquidades;
porque apreciable es a sus ojos el nombre de los pobres.

Y vivirá,
y recibirá el oro de Arabia,
y le adorarán siempre.
Y en su tierra, aun en la cima de los montes habrá sustento;
sus frutos descollarán sobre el Líbano,
y el pueblo se multiplicará en la ciudad como la yerba en los prados.

Bendito sea su Nombre por los siglos de los siglos:
como el sol, así permanece su nombre.
Y serán benditos en El todos los pueblos de la tierra,
todas las naciones le glorificarán.
Bendito sea el Señor Dios de Israel; sólo El hace maravillas.
Y bendito sea el nombre de su Majestad eternamente.
De su Majestad y gloria quedará llena toda la tierra. ¡Amén! ¡Amén!

526. El **Salmo 109** describe al Mesías como *correinante con Dios y pontífice eterno* según el orden de Melquisedec.

Los judíos antiguos lo tuvieron por mesiánico; el mismo Jesucristo y sus apóstoles confirman este criterio [1], seguido después por los santos Padres y Doctores de la Iglesia. La crítica moderna combate el carácter mesiánico; pero admite que la interpretación eclesiástica antigua tuvo «una pista acertada» al suponer que el rey del cántico era celebrado «como el deseado, el libertador enviado, el Redentor, príncipe de los sacerdotes» [2]. El contenido excluye toda interpretación no mesiánica, por cuanto David sólo al Mesías podía tributar homenaje como a señor suyo, sólo a él darle asiento a la derecha del trono de Dios, atribuirle sacerdocio no aaronítico y presentarle como hijo de Dios eterno e igual a Dios en naturaleza.

Salmo de David [3].
Dijo Yahve a mi Señor [4]: «*Siéntate a mi diestra*
hasta que yo ponga a tus enemigos por escabel de tus pies» [5].
De Sión hará salir Yahve el cetro de tu poder;
domina tú en medio de tus enemigos.
Contigo está el principado en el día de tu poderío,
en el esplendor de los santos [6].
De mis entrañas te engendré,
antes de existir el lucero de la mañana [7].

---

[1] *Matth.* 22, 41-46. *Act.* 2, 34 35; 7, 55 56. I *Cor.* 15, 24 ss. *Eph.* 1, 20-22. *Hebr.* 1, 3; 5, 6; 7, 17; 8, 1; 10, 12 13. I *Petr.* 3, 22.

[2] Sellin l. c. 14.

[3] Este Salmo tiene estructura dramática (como el 2, v. núm. 521). Distínguense dos estrofas: en la primera (versículos 1-4) habla Dios; en la segunda (versículos 5-7) el Salmista.

[4] «El Señor» del Salmista es el Sacerdote-Rey e Hijo de Dios que a continuación describe.

[5] «Sentarse a la diestra» significa participar en el poder y en la dignidad real; cfr. I *Reg.* 20, 25; III *Reg.* 2, 19; *Ps.* 44, 10; por tanto, sentarse a la diestra del Señor (de Dios) significa participar en el señorío de Dios, el cual ha de someter a todos sus enemigos; cfr. *Matth.* 28, 18; *Marc.* 16, 19; *Hebr.* 1, 3; I *Cor.* 15, 24 ss.

[6] Como se apareció en el Sinaí (*Deut.* 33, 2; cfr. núm. 399).

[7] Así como antes el poder, así se describe ahora la *dignidad* del príncipe: ha sido «engendrado antes que el lucero de la mañana», es decir, antes que todo lo creado, «del seno de Dios», es decir, de la íntima esencia de Dios; es, por tanto, «Hijo de Dios» en el sentido verdadero y propio, como en *Ps.* 2, 7; sólo que aquí destaca más claramente

Juró el Señor y no se arrepentirá:
Tú eres Sacerdote sempiterno,
según el orden de Melquisedec[1].
El Señor a tu diestra destrozará
en el día de su ira a los reyes.
Juzgará en medio de las naciones, amontonará ruinas
y estrellará en la tierra las orgullosas testas.
Beberá del torrente en el camino:
por eso levantará su cabeza[2].

527. Entre otros muchos *Salmos indirectamente, o sólo en parte, mesiánicos,* merecen citarse especialmente los siguientes:

El **Salmo 46** celebra el triunfo del Redentor en su *Ascensión* a los cielos y en la sujeción de todas las naciones; la ocasión fué tal vez una gran victoria de Israel sobre sus enemigos y la marcha triunfal del Arca Santa (a lo que parece aducir el versículo 6; cfr. *Exod.* 10, 55; II *Reg.* 6,15).

Asciende Dios entre voces de júbilo,
el Señor al son de clarines.
¡Cantad salmos a nuestro Dios, cantad!
¡Cantad salmos a nuestro Rey, cantad!
Porque Dios es el Rey de toda la tierra:
¡cantadle salmos sabiamente!
Dios ha de reinar sobre las naciones;
está Dios sentado sobre su santo solio.

---

el origen (la preexistencia) del Mesías-Rey, manifestado en el Nuevo Testamento a los fieles por la revelación en el misterio de la Santísima Trinidad. Los santos Padres se sirvieron de este pasaje, tomado de la versión griega, para demostrar contra los arrianos la divinidad del «Verbo de Dios» (Logos), manifestado en Cristo. No lo cita el Nuevo Testamento, por más que hace mención de todo el Salmo y de algunos versículos de él (véase página 519, notas 3 y 5).—El texto hebreo actual debajo de las consonantes tiene signos vocales muy distintos de los que leyó la versión griega de los LXX; dice así: «Tu pueblo te sigue de grado en el día de tu fuerza; del seno de la aurora te cae como rocío la juventud en los santos montes». Se disputa en la actualidad entre los sabios católicos acerca de cuál de las dos lecturas sea la auténtica, y cómo haya podido nacer la diferencia, la más notable del Antiguo Testamento. Lo más probable es que el traductor griego tradujese el mismo texto hebreo que hoy tenemos, pero sin las vocales (que entonces no existían), leyéndolo de otra manera e interpretándolo en el sentido de la preexistencia (generación eterna) del Mesías, guiado por *Ps.* 2, 7. En todo caso el pasaje, según lo entienden las versiones griega y latina, tiene fuerza demostrativa como testimonio de la tradición y de la interpretación de *Ps.* 2, 7.—Cfr. Weickert, *Textus originalis Ps. 109* (Roma 1893). Véase en Ecker, *Porta Sion* 1311 ss., 1561 ss., las opiniones de los teólogos y críticos antiguos y modernos.—La explicación de Happel (*ThpMS* 1906, 269) y Lagrange (*RB* 1905, 46) se aparta notablemente de la tradicional, pero procura conservar el sentido mesiánico. Theis en *PB* 1916-17, 193 ss., da una reconstrucción crítica del texto y la correspondiente exégesis del versículo 3: «En ti está la dignidad de príncipe en el día de tu nacimiento; Él te ungió por rey en los montes santos». Así resalta más la relación de este pasaje con *Ps.* 2, 7, sin perder nada la idea de la preexistencia, expresada por la versión griega.

[1] Es decir, no como Aarón, que ofrecía sacrificios, siendo sólo sacerdote, sino como Melquisedec, rey de justicia, que ofreció un sacrificio incruento de pan y vino y era sacerdote y rey (cfr. *Hebr.* 5, 10, 11; 6, 20; 7, 1 ss., y núm. 144 s. y 324). Por esta doble cualidad había de subyugar el Mesías todos los poderes enemigos del reino de Dios.

[2] «El Señor a tu diestra» es el Mesías-Rey, descrito aquí como *juez* y vencedor. Bebe del arroyo que está en el camino, como un héroe a quien nada le detiene en su carrera triunfal—como los valientes de Gedeón (*Iudic.* 7, 14 ss.; cfr. núm. 456).—Por eso yergue su cabeza vencedor. Los santos Padres vieron en este último versículo una alusión al Hijo de Dios, que se humilló a sí mismo, mereciendo por ello la suprema exaltación (cfr. *Phil.* 2, 6-8).

Los príncipes de los pueblos se reunirán con el Dios de Abraham [1];
los señores poderosos de la tierra son muy ensalzados [2].

528. El **Salmo 67** describe cómo regresó triunfalmente el Arca a Sión, después de una victoria. Mas, debajo de esta imagen, ve el cantor inspirado la victoria aun más gloriosa del Mesías (el Arca viva) *sobre todos sus enemigos, así como la Ascensión al Padre.*

Tú subes a lo alto [3], *llevas contigo a los cautivos* [4],
recibes regalos en hombres [5],
aun en los que no creen que habita aquí el Señor, Dios [6].
Cantad, pues, alabanzas a Dios, reinos de la tierra,
cantad al Señor, cantad a Dios,
el cual se elevó al más alto de los cielos, hacia el oriente [7].
He aquí que su voz resuena con poderío.
Tributad, pues, gloria a Dios (que reina) sobre Israel;
su magnificencia y su poder (tienen su trono) en las nubes.
Admirable es Dios en sus santos [8];
el Dios de Israel, El mismo dará virtud y fortaleza a su pueblo [9].
¡Bendito sea Dios! [10]

529. El **Salmo 68** abunda en rasgos particulares que habían de cumplirse propiamente y al pie de la letra en la *Pasión de Jesucristo* [11]. Por eso los apóstoles, y después de ellos los santos Padres, lo han interpretado en sentido mesiánico. Los rasgos más salientes están en los siguientes versículos [12]:

Ven en mi auxilio, oh Dios,
porque las aguas han penetrado hasta mi alma.
Multiplicado se han, más que los cabellos de mi cabeza,
los que me aborrecen injustamente;
hanse hecho fuertes mis enemigos, los injustos perseguidos míos;
pagado he *lo que yo no había robado* [13].

---

1 Es decir: acatarán al verdadero Dios.

2 Por el llamamiento al Cristianismo y a la gracia. Nombra a los príncipes como representantes de sus naciones respectivas. En hebreo: «De Dios son los caudillos de la tierra», a Dios pertenecen en la verdadera religión.

3 Al monte Sión, al cielo.

4 Tú llevas en triunfo a los cautivos. Jesucristo se llevó en triunfo al cielo a los cautivos del limbo. Cfr. *Eph.* 4, 8; de este pasaje se deduce que los judíos contemporáneos de san Pablo entendían este Salmo en sentido mesiánico.

5 Es decir, regalos que consisten en hombres.

6 Entre los suyos; versículo 19.

7 El oriente, por donde el sol comienza todos los días su carrera, es figura de la gloria celestial. El texto hebreo puede traducirse: «en el cielo de los cielos antiquísimos», es decir, en los cielos eternos.

8 Según el hebreo: en su Santuario, donde El mora y se manifiesta y de donde reparte sus gracias y bendiciones.

9 Contra todos los enemigos (cfr. *Matth.* 16, 18; 28, 20).

10 Versículos 33-36.

11 No puede referirse este Salmo solamente a los padecimientos de David; ni sería completamente verdadero si se aplicase a otro paciente cualquiera. El castigo por la persecución es tan riguroso, que sólo es comparable al que padecieron los judíos por su deicidio.

12 Versículos 2, 5, 9, 10, 21-27.

13 El justo que ora en este Salmo es inocente, más aún, su celo por la gloria de Dios es motivo de que le persigan; sin embargo, habla de sus locuras y maldades; éstas son *nuestros* pecados que él tomó sobre sí para expiarlos, como *Is.* 53, 4 ss.; también *Ps.* 21, 2; cfr. núm. 523.

Mis propios hermanos me han desconocido,
y tenido por extraño los hijos de mi madre [1].
Porque el celo de tu casa me devora [2],
y los baldones de los que te denuestan [3] *recaen sobre mí.*

Tienes ante tus ojos todos los que me atormentan.
Improperios y miserias aguarda siempre mi corazón;
espero quien de mí se conduela, mas no le hay;
o quien me consuele, y no le encuentro.
Danme hiel para alimento,
y en medio de mi sed me dan a beber vinagre [4].

En justo pago, conviértaseles su mesa,
en lazo [5] de perdición y ruina.
Oscurézcanse sus ojos porque no vean;
y encórvese siempre su espalda [6].
Derrama sobre ellos tu ira,
y alcánceles el furor de tu cólera.
Quede hecha un desierto su morada,
y no haya quien habite en sus tiendas [7],
ya que han perseguido a aquel que habías tú herido [8],
y aumentaron más y más el dolor de mis llagas [9].

530. El **Salmo 88,** como el 71 y 131, celebra la elección de David, la promesa que se le hizo y la *esperanza del Mesías y de su reino.*

Cantando me estaré eternamente las misericordias del Señor.
Anunciaré de generación en generación tu fidelidad.
Porque tú dijiste: «La misericordia *estará eternamente* en los cielos,
allí se preparará para ti la fidelidad.
Tengo hecha alianza con mis escogidos;
he jurado a David, siervo mío.
Estableceré eternamente tu descendencia,
y haré estable para siempre [10] *tu trono»* [11].

Entonces [12] hablaste en visión a tus santos [13], y dijiste:
«Yo tengo preparado en un hombre poderoso el socorro [14]
y he ensalzado a aquel que escogí de entre mi pueblo.

---

[1] Los judíos, en parte sus mismos discípulos. [2] *Ioann.* 2, 17.
[3] *Rom.* 15, 3. [4] *Matth.* 27, 34 48. *Ioann.* 19, 29.
[5] Como se caza los animales con cebo.
[6] Cfr. *Rom.* 11, 9 10. [7] Cfr. *Luc.* 13, 35; *Act.* 1, 20.
[8] Al Mesías (cfr. *Is.* 53, 8).
[9] El Salmo 68 pertenece a los llamados *imprecatorios,* porque en él se expresa el deseo de que sobrevengan males y daños a los enemigos. No debemos juzgar estas imprecaciones con el criterio cristiano, sino con el de las leyes imperfectas del Antiguo Testamento. Entre éstas se contaban la ley del talión *(ius talionis:* ojo por ojo, diente por diente»), etc. *(Exod.* 21, 24. *Lev.* 24, 20. *Deut.* 19, 21), que, a falta de un organismo público de seguridad, era un medio importante de hacer respetar la vida del prójimo. Bien podía, pues, pedirse en la oración lo que la Ley consentía, máxime cuando el ofendido no estaba en condiciones de ejercitar su derecho. En los Salmos imprecatorios no se trata de los enemigos personales del Salmista, sino de los de la causa de Dios. Las imprecaciones, por consiguiente, deben interpretarse no ya como deseos, sino como anuncio de castigos establecidos en la Ley. Cfr. santo Tomás, *Summa Theol. 2, 2, q. 25, a. 6 ad 3;* ibid. *9, 76, a. 1* y *q. 83, a. 8 ad. 1;* Happel. *Feindeshass und Grausamkeit im AT*, en *ThpMS* 1904, 419; *ZKTh* 1896, 614; Mikel, *Das AT und die Nächstenliebe,* en *BZF* V 68 s.
[10] Cfr. núm. 513 y 518. [11] Versículos 2, 5.
[12] Es decir, cuando hiciste la promesa anterior.
[13] Samuel y Natán (cfr. núm. 479 y 513).
[14] Para mi pueblo.

Hablé a David, siervo mío,
ungíle con el óleo sagrado.
Mi mano le protegerá, fortalecerle ha mi mano.
Nada podrá el enemigo contra él,
no podrá ofenderle más el hijo de la iniquidad [1].

El me invocará, diciéndome: Tú eres mi padre,
Mi Dios y el refugio de mi salud.
Y yo le constituiré *primogénito,*
y el más excelso entre los reyes de la tierra.
Eternamente le conservaré mi misericordia:
y la alianza mía con él será estable.
Haré que subsista su descendencia por los siglos de los siglos,
y su trono mientras duren los cielos».

«Una vez juré por mi santo Nombre;
y en verdad, que nunca mentiré a David:
Su linaje durará eternamente.
Y como el sol, para siempre, en mi presencia,
y como la luna llena por la eternidad.
Y quien da testimonio en el cielo es fiel».

531. El **Salmo 131** describe también la promesa de *duración eterna del trono y señorío davídico en el Mesías.*

Acuérdate de David, oh Señor, y de toda su piedad;
de cómo juró al Señor e hizo voto al Dios de Jacob:
«No iré yo a la habitación de mi casa,
no subiré a reposar en mi lecho.
No concederé sueño a mis ojos,
ni cerraré mis párpados;
ni descanso a mis sienes,
hasta que halle un lugar para el Señor, una habitación para el Dios de [Jacob.
Oímos de ella [2] en Efrata [3]
y la hallamos en los campos de la selva [4].
Entremos, pues, en su pabellón,
adoremos la peana de sus pies:
¡Oh, Señor, levántate, y ven al lugar de tu morada [5],
tú y el Arca de tu santidad!
Revístanse de justicia tus sacerdotes,
y regocíjense tus santos.
Juró el Señor verdad a David,
y no se retractará:
Del fruto de cuerpo colocaré sobre tu trono».

532. El **Salmo 117** es un canto entusiasta de acción de gracias por *el triunfo del Mesías después de su Pasión,* figurado tal vez en un triunfo concedido al pueblo de Dios por causa del Mesías [6].

---

[1] Versículos 20-23.
[2] Del Arca de la Alianza.
[3] En Belén oyó David en su juventud hablar de la pérdida y regreso del Arca de la Alianza (cfr. núm. 465 s. y 479).
[4] En Cariatiarim, «ciudad de las selvas» (cfr. núm. 465).
[5] A Sión (cfr. núm. 509).
[6] Suponen algunos haber sido compuesto el Salmo al regreso de la cautividad babilónica; en sentir de otros, cuando se pusieron los fundamentos del Templo después del regreso.

Alabad al Señor (Yahve) porque es bueno;
porque hace brillar eternamente su misericordia [1].
La diestra del Señor hizo proezas;
la diestra del Señor me ha exaltado,
triunfó la diestra del Señor.
No moriré, sino que viviré aún
y publicaré las obras del Señor [2].
Te cantaré himnos de gratitud, por haberme oído y salvado.
La piedra que desecharon los albañiles,
esa misma ha sido puesta por piedra angular del edificio.
El Señor es quien lo ha hecho,
y es una cosa sumamente admirable a nuestros ojos [3].
Este es el día que ha hecho el Señor,
alegrémonos y regocijémonos en él.
Oh Señor, sálvame [4]; oh Señor, concede un próspero suceso.
¡Bendito sea el que [5] viene en el nombre del Señor! [6]

533. El **Salmo 45** ensalza *la firmeza, inmutabilidad y hermosura del reino de Dios sobre la tierra,* y alude proféticamente a la grandeza, estabilidad y duración eterna del *reino del Mesías.* Análogo es el contenido de los Salmos 47 y 86.

Dios es nuestro refugio y fortaleza;
nuestro defensor en las tribulaciones que tanto nos han acosado [7].
Por eso no temeremos aun cuando se conmueva la tierra,
y los montes se precipiten al medio del mar.
Braman y alborótanse sus aguas,
a su ímpetu se estremecen los montes.
El ímpetu del río [8] alegra la ciudad de Dios:
el Altísimo ha santificado su Tabernáculo.
Está Dios en medio de ella, ella no vacila;
Dios la socorre ya desde el rayar el alba.
Contúrbanse las naciones y bamboléanse los reinos;
resonó su voz, y la tierra se estremeció.
Con nosotros está el Señor de los ejércitos [9],
el Dios de Jacob es nuestro defensor.

Venid y observad las obras del Señor,
y los prodigios que ha hecho sobre la tierra:
Cómo ha alejado la guerra hasta el cabo del mundo [10].
Rompe los arcos, hace pedazos las armas,
y deshace en el fuego los escudos [11].

---

[1] Versículo 1. [2] Versículos 16 y 17.

[3] Versículos 21-23. El Mesías es designado con frecuencia como piedra angular y cimiento de Sión, de la nueva Sión (cfr. *Is.* 8, 14; 28, 16; *Zach.* 3, 9; *Matth.* 21, 42; *Act.* 4, 11; *Rom.* 9, 33; I *Petr.* 2, 6 s.).

[4] En hebreo *Hoschia-na,* «Hosianna», exclamación mesiánica de júbilo (*Matth.* 21, 9; *Marc.* 11, 9 s.).

[5] El Mesías tan suspirado. [6] Versículos 24-26.

[7] Refiérese el Salmo en primer término a la derrota de Senaquerib en las puertas de Jerusalén (701 a. Cr.; cfr. *Is.* cap 36 y 37; núm. 639); pero las expresiones pueden aplicarse al reino de Dios en general, y en particular al reino del Mesías, la Iglesia.

[8] Mientras en el mundo y en los imperios se embravecen furiosas tempestades y revoluciones, y aun braman contra la ciudad santa de Dios, goza ésta del rico manantial del favor divino (cfr. *Is.* 8, 6; *Ps.* 35, 9 s.; *Matth.* 16, 18).

[9] Cfr. *Is.* 7, 14; 8, 8 ss.

[10] Cfr. *Is.* 2, 4; 9, 5; *Mich.* 4, 3.

[11] Cfr. *Is.* 9, 5.

Estad tranquilos, y considerad que yo soy el Dios;
ensalzado he de ser entre las naciones, ensalzado en toda la tierra»[1].
El Señor de los ejércitos está con nosotros,
nuestro defensor es el Dios de Jacob[2].

69. Pecado y penitencia de David

(II *Reg.* 11 y 12)

534. ¿Quién había de pensar que un hombre tan piadoso y favorecido de los dones divinos como David, «un hombre conforme al corazón de Dios», [3] hubiese de titubear en el temor de Dios y en la virtud y ser infiel al Señor? Así sucedió, cumpliéndose en él aquello de que sólo en Dios es fuerte el hombre para el bien. David confió demasiado en sus propias fuerzas, descuidó la vigilancia necesaria, no acudió inmediatamente a Dios en la tentación; y cayó en adulterio y homicidio.

El invierno había interrumpido la campaña contra los ammonitas (cfr. número 476). Para terminarla, envió David en la primavera a Joab con todo el ejército. Los israelitas asolaron el país enemigo y sitiaron la capital Rabbat. David quedó en su casa. Paseándose cierto día después de la siesta en el terrado de su palacio, vió en la proximidad a una mujer que se bañaba. Esta fatal mirada le precipitó en el pecado de adulterio. Llamábase la mujer Betsabee, casada con Urías, uno de los valientes que luchaban contra los ammonitas. Para ocultar su pecado, mandó David a Joab que le enviase a Urías con noticias acerca del asedio; trató luego de persuadir a éste que fuese a su casa a verse con su mujer y descansar unos días. Pero Urías dijo: «El Arca del Señor, Israel y Judá habitan en pabellones, Joab mi señor y los siervos de mi señor descansan sobre la tierra desnuda, ¿y he de entrar yo en mi casa para comer y beber y dormir con mi mujer? Por tu vida y por la salud de tu alma, que no haré tal cosa»[4].

Cegado por el deseo de ocultar su ignominia, determinó David matar a Urías. Con tal designio, despachóle para Joab con una carta que decía: «Poned a Urías en primera fila, donde viereis que está lo más recio del combate, y abandonadle para que herido perezca». Joab obró según el mandato del Rey, y Urías murió en la refriega. David tomó por mujer a Betsabee, la cual le parió un hijo[5].

535. Pero el Señor, enojado contra él por tan grande pecado, echóselo en cara por medio del profeta Natán; el cual llegando a la presencia del Rey le habló de esta manera: «Había dos hombres en una ciudad, el uno rico y el otro pobre. El rico tenía ovejas y bueyes en abundancia. Mas el pobre nada poseía sino una ovejita, comprada y criada por él; la cual había crecido en su casa juntamente con sus hijos, comiendo de su pan y bebiendo de su vaso y durmiendo en su regazo; y era para él como una hija. Y como hubiese llegado un forastero a casa del rico, éste, por ahorrar de sus ovejas y bueyes, tomó la oveja del pobre y aderezóla para festejar

---

[1] Dios mismo es quien aquí habla.

[2] Véase en *Kath* 1870 I 385 los comentarios que de este Salmo hace santo Tomás de Villanueva.

[3] *Act.* 13, 22; cfr. I *Reg.* 13, 14; III *Reg.* 15, 5, y núm. 474 y 479.

[4] Acaso sabía Urías lo ocurrido; y bajo capa de heroica abnegación, intentaba desbaratar los planes del Rey. De otra suerte, su fiel y austero comportamiento es digno de todo elogio.

[5] David vivió, por consiguiente, casi un año en su pecado, hasta que Dios le abrió los ojos (cfr. *Ps.* 31, 3 ss.; núm. 537).

a su huésped». Irritado David en extremo contra aquel hombre, dijo a Natán: «Vive Dios, que es reo de muerte el hombre que tal hizo y pagará cuatro veces la oveja» [1].

Replicó Natán: «*Tú eres aquel hombre.* Esto dice el Señor Dios de Israel: Yo te ungí por rey sobre Israel, y te libré de la mano de Saúl, y te di la casa de Israel y Judá; y si esto es poco puedo aún añadir mayores cosas. ¿Por qué, pues, despreciaste la palabra del Señor para hacer lo malo en mi presencia? Has dado muerte a Urías por la espada de los hijos de Ammón y te has tomado por mujer la que era suya. Por lo cual, no se apartará la espada de tu casa perpetuamente, y de tu propia casa haré salir desastres contra ti. Porque tú lo hiciste en secreto; mas yo haré estas cosas a vista de todo Israel y a la vista del sol». Dijo entonces David arrepentido: «Pequé contra el Señor». A lo cual respondió Natán: «El Señor ha transferido tu pecado; no morirás. Mas por cuanto hiciste blasfemar a los enemigos del Señor con tu pecado, morirá de muerte el hijo que te ha nacido».

Y sucedió como había predicho el Profeta: el niño cayó inmediatamente enfermo de muerte. Postróse David en tierra y rogó día y noche por la salud del niño. Inútiles fueron los ruegos de los más ancianos y fieles de sus domésticos para que se levantase; no quiso hacerlo ni tomar alimento con ellos.

536. El **Salmo 50** da testimonio de la *contrición* de David y del deseo de obtener clemencia y perdón:

Ten piedad de mí, oh Dios, según la grandeza de tu misericordia:
y según la muchedumbre de tus piedades, borra mi iniquidad.
Lávame todavía más de mi iniquidad,
y límpiame de mi pecado.
Porque yo reconozco mi maldad,
y delante de mí tengo siempre mi pecado.
Contra ti sólo he pecado y cometido la maldad delante de tus ojos,
para [2] que aparezcas justo en tus palabras
y quedes victorioso cuando se contienda contigo.
Mira, pues, que fuí concebido en iniquidad,
y que mi madre me concebió en pecado.
Y mira que tú amas la verdad;
los secretos y recónditos misterios de tu sabiduría
tú me revelaste [3].
Rocíame, Señor, con el hisopo [4] y seré purificado:
lávame, y quedaré más blanco que la nieve.

---

[1] El culpable debe morir, y al despojado debe indemnizársele con el cuádruplo (cfr. *Exod* 22, 1). — La parábola de que se sirvió Natán está tomada de la vida oriental; no es extraño que David la tuviese por un suceso real, y sin darse cuenta pronunciase su propia sentencia.

[2] Es decir, confieso abiertamente mi culpa, para que a nadie parezca excesivo el castigo. La confesión de su culpa y el reconocimiento de la justicia del fallo divino son señal de la sinceridad de su arrepentimiento y fundamento de su esperanza del perdón.

[3] David aduce en apoyo de su ruego la inclinación innata al pecado *(pecado original)*, el agrado con que Dios vió su sincero arrepentimiento, los favores que anteriormente le otorgó el Señor manifestándole sus designios, principalmente respecto del Mesías, y suplica a Dios se digne volver de nuevo hacia él su rostro.

[4] Es decir, con el agua de la purificación, en la cual se introducía el ramito de hisopo: cfr. núm. 256 y 340.

Infunde en mis oídos palabras de gozo y de alegría [1],
con lo que se recrearán mis huesos quebrantados.
Aparta tu rostro de mis pecados,
y borra todas mis iniquidades.
Crea en mí, oh Dios, un corazón puro,
y renueva en mis entrañas el espíritu de rectitud.
No me arrojes de tu presencia,
y no retires de mí tu santo espíritu.
Restitúyeme la alegría de tu salud,
y fortaléceme con un espíritu [2] noble.
Yo enseñaré tus caminos a los malos,
y se convertirán a ti los impíos.
Líbrame de la culpa de sangre, oh Dios de mi salud,
y ensalzará mi lengua tu justicia.
Oh Señor, ábreme mis labios,
y mi lengua publicará tus alabanzas.
Que si tú quisieras sacrificios, ciertamente te los ofreciera;
mas tú no te complaces con solos holocaustos.
El espíritu conpungido es el sacrificio más grato para Dios;
no desprecias, oh Dios mío, el corazón contrito y humillado [3].
Señor, obra con Sión conforme a tu benignidad,
a fin de que se edifiquen los muros de Jerusalén.
Entonces aceptarás el sacrificio de justicia,
ofrendas y sacrificios;
entonces serán ofrecidos becerros sobre el altar [4].

537. Al séptimo día murió el niño. Levantóse entonces David, y rendido a la voluntad de Dios, lavóse y se ungió; y dejando los vestidos de duelo, vistióse los de fiesta; fué al Tabernáculo a orar, regresó luego a su casa y comió. Los criados estaban admirados, pues veían que ahora tenía David verdadero motivo de dolerse. Mas él les respondió resignado: «Ayuné y lloré por amor del niño, cuando aun vivía, diciendo: ¿Quién sabe si quizá el Señor me le dará, y vivirá el niño? Mas ahora que ya es muerto, ¿para qué he de ayunar? ¿Por ventura podré ya restituirle la vida? Bien puedo yo ir a él; pero él no volverá a mí». Consolóse pensando que tal vez Dios aceptara complacido su sincero arrepentimiento y penitencia.

538. El **Salmo 31** describe la *alegría de David por haber alcanzado de Dios el perdón:*

Felices aquellos a quienes se han perdonado sus iniquidades
y cuyas culpas están cubiertas [5].

---

[1] Anunciándome el perdón.

[2] Propiamente: «en espíritu de príncipe», es decir, en espíritu noble, siempre dispuesto al bien y a dominar la sensualidad.

[3] Con esto no rechaza David los sacrificios externos, cuyo valor ensalza tan a menudo en los Salmos; sino exige ante todo recta intención, sin la cual ningún sacrificio puede agradar a Dios (cfr. núm. 477).

[4] Es decir, permite benigno la pronta construcción del Templo, en el cual te serán agradables los sacrificios.—Muchos intérpretes sostienen que la estrofa final fué añadida en el cautiverio de Babilonia, para asociar a la contrición del Salmista la súplica por la restauración de la Ciudad Santa y del Templo.

[5] Las expresiones «cubrir», «no contar», «no incluir», y análogas son equivalentes a «perdonar», «condonar», «borrar», etc., y simbolizan la *anulación real de la culpa.* Lo indican numerosos pasajes de la Sagrada Escritura y otras expresiones como «quitar», «apartar», «lavar», «purificar», «extinguir», «destruir», «aniquilar», «hundir en lo profundo del mar», «expiar», «ser puro», «inmaculado», «justo», «santo», etc. Por ejemplo, *Exod.* 34, 7; II *Reg.* 12, 13; *Ps.* 18, 13 ss.; 50, 3 4 9 11-14 19: *Iob.* 14, 4; *Is* 1, 16 17 25; 43, 5; *Ezech.* 11, 18 s.; 18, 31; 36, 25 s.; *Mich.* 7, 18. Cfr. además en el Nuevo

Dichoso el hombre a quien el Señor no arguye de pecado;
y cuya alma se halla exenta de dolor [1].
Por haber yo callado, se consumieron mis huesos,
dando gemidos todo el día [2].
Porque de día y de noche me hiciste sentir tu pesada mano,
revolcábame en mi miseria, mientras tenía clavada la espina [3].
Te manifesté mi delito,
y dejé de ocultar mi injusticia.
«*Confesaré*, dije yo, contra mí mismo al Señor la injusticia mía».
Y tú perdonaste la malicia de mi pecado.
Por esto orará a ti el hombre piadoso en tiempo oportuno;
y aunque [4] viniere la inundación de aguas, no le alcanzará.
Tú eres mi refugio en la tribulación que me tiene cercado;
Tú, alegría mía, líbrame de los que me tienen rodeado.
«Yo [5] te daré inteligencia, y te enseñaré
el camino que debes seguir,
no apartaré de ti mis ojos».
No seáis [6] como el caballo y el mulo, que no tienen inteligencia,
cuyas quijadas sujetas con cabestro y freno,
cuando no se te acercan [7].
Muchos dolores esperan al pecador;
mas, al que pone en el Señor su esperanza, la misericordia le circun-
[dará.
Alegraos, oh justos, y regocijaos en el Señor,
y gloriaos en él vosotros todos los de recto corazón.

539. No quedó defraudada la esperanza de David en la divina clemencia. Como prenda de perdón, el Señor le dió de Betsabee otro hijo, que había de ser el heredero de las divinas promesas. David le puso por nombre Salomón [8]; el Señor le amó, y por medio del profeta Natán le dió el nombre de *Amado del Señor* [9].

Antes de este fausto acontecimiento, Joab estaba a punto de coronar la *victoria sobre los ammonitas* y de conquistar su capital [10]. A petición suya [11], vino David con un ejército de refresco, tomó por asalto el alcázar, quitó al rey ammonita de la cabeza la corona, que pesaba un talento [12] de

---

Testamento *Ioann.* 3, 5; 17, 17 19; *Rom.* 5, 5; 8, 1 4 9 19; I *Cor.* 6, 11, entre otros, donde sin duda alguna se habla de la verdadera purificación interior, de una nueva creación, de verdadera niñez, participación en la naturaleza divina, de un corazón nuevo, de un hombre nuevo y celestial creado en justicia y santidad, etc. Además es hoy universalmente reconocido que la acepción primera de la palabra hebrea *kippér*, «cubrir», no es aplicable en muchos pasajes, porque el uso le ha dado el sentido de «orillar», «extirpar», «borrar», «perdonar», «expiar». Cfr. *BZ* XIV (1917) 293 ss.—Así lo exige también la infinita verdad, santidad y justicia de Dios, el cual tiene por pecado lo que es pecaminoso, y no puede declarar santo y justo lo que es malo.

[1] Es decir, no se engaña a sí mismo acerca de sus pecados y arrepentimiento.
[2] Tortura de la mala conciencia; David la llevó cerca de un año (cfr. núm. 534).
[3] De la conciencia.
[4] Como si dijera: Aunque viniesen sobre él las aguas como un diluvio, estará seguro y a cubierto.
[5] Respuesta de Dios a David.
[6] Aviso de David a los hombres.
[7] Cuando no quieran obedecerte.
[8] Por mandato de Dios en orden a aquellas promesas (cfr. I *Par.* 22, 9 ss.; núm. 513).
[9] En hebreo: *Jedidjah;* cfr. II *Reg.* 12, 25.
[10] Cfr. núm. 516 s.
[11] «Para que no se me atribuya la victoria», como dijo el general Joab.
[12] Unos 26 Kg. 70000 marcos oro (cfr. núm. 298).

oro y estaba adornada de piedras preciosas, y púsola sobre su cabeza [1]; llevó consigo muchísimos despojos, exterminó parte de los enemigos [2] y sometió el pueblo.

70. Rebelión y castigo de Absalón. Nuevas tribulaciones de David

(II *Reg.* 13-24; cfr. I *Par.* 20 y 21)

540. La más dura de las tribulaciones le vino a David de su malaconsejado hijo Absalón. Tenía éste un hermano llamado Ammón, el cual cometió incesto con Tamar [3] hermana de Absalón. Este, en un banquete al cual invitó astutamente a Ammón, le hizo matar, y huyó. Por grande que fuese el dolor de David, consiguió sin embargo Joab tres años después, por medio de la prudente intervención de una mujer de Tecua [4], mover al Rey a que hiciese volver a Absalón; mas David no le admitió en su presencia; dos años más tarde logró Joab que David recibiese en su gracia a Absalón.

Este hijo ingrato comenzó entonces a conspirar. Era Absalón el hombre más bello de Israel; de la planta del pie a la coronilla de su cabeza no tenía defecto alguno; en particular su cabellera era hermosísima y abundantísima. Y el pueblo le adoraba por esta hermosura. Rodeóse de una corte de príncipe; procuróse carrozas y jinetes y cincuenta hombres que fuesen delante de él.

Con discursos astutos fué captándose la simpatía del pueblo. Por las mañanas se ponía a la puerta del palacio del Rey. Y si alguien venía a presentar al tribunal del Rey alguna querella, llamábale Absalón y preguntándole amistosamente por su negocio, le decía: «Buenas y justas me parecen tus palabras, mas no hay persona puesta por el Rey para oírte. Fuera yo juez de esta tierra y sentenciara según justicia». Y si el interpelado, movido por tanta bondad, le quería besar los pies, alargábale la mano, abrazábale y le besaba. De esta suerte iba ganando para sí cada vez más los corazones de los israelitas (según el texto hebreo: robaba los corazones).

---

[1] Huelga todo comentario acerca de si David, como rey de los ammonitas, llevaba formalmente sobre su cabeza tan pesada corona.

[2] Según el texto hebreo actual y la *Vulgata,* dice este pasaje: «Mandó que los habitantes fuesen aserrados haciendo pasar sobre ellos carros provistos de garfios, despedazados con cuchillos y pasados por los hornos de ladrillos. Así trató a todas las ciudades de los ammonitas» (II *Reg.* 12, 31). Tal conducta no podría declararse exenta de crueldad, ni disculparse con el derecho del talión. Pero las diferencias de las versiones antiguas acusan alteración en el texto original, el cual, por comparación y conjeturas, corrigen los modernos del modo siguiente: «Llevó adelante a los habitantes colocándolos en las minas y bajo los herreros y cerrajeros, y dispuso que ejerciesen servicios de esclavos en los tejares». Así desaparecen todas las dificultades de interpretación y los cargos que se hacen a David. Cfr. Hoffmann en *ZAW* II 66, *RB* 1898, 253 ss.; Schlögl, *Die Bücher Samuels* II 66.

[3] Absalón y Tamar eran de distinta madre que Ammón.

[4] *Tecua,* patria del profeta Amós (*Am.* 1, 1), está unos 15 Km. al sur de Jerusalén, 3 Km. al nordeste del Laberinto (cfr. núm. 488), en el desierto de Judá, a 730 m. de altitud, en un monte rodeado de profundas gargantas, con amplias y hermosas vistas. *Rb* 362.

541. Cuando creía estar seguro de ellos, fué un día [1] a su padre y le dijo: «Desearía ir a Hebrón [2] a cumplir un voto, porque cuando estaba en el destierro hice un voto al Señor, diciendo: Si el Señor me hiciere volver a Jerusalén, ofreceré al Señor un sacrificio». Respondióle el Rey, sin sospechar nada malo: «Anda enhorabuena». Y envió Absalón emisarios por todas las tribus de Israel, diciendo: «En cuanto oyereis el sonido de la trompeta, decid: *Absalón reina en Hebrón*». Esta señal estaba astutamente calculada para arrastrar en el primer asalto los ánimos indecisos; tanto más, cuanto que Absalón tenía tan en secreto el golpe, que ni siquiera los doscientos que había llevado consigo a Hebrón sabían la menor cosa. Ahora bien, cuando hubo ofrecido los sacrificios — para dar apariencia religiosa a su elección — mandó dar la señal convenida. Al momento se reunió en torno suyo el pueblo incauto, mientras los hombres que él trajo consigo, así como otros muchos de nobles sentimientos, en la primera sorpresa y confusión no se atrevieron a salir por su legítimo rey.

Luego que David oyó la noticia: «todo Israel está con Absalón», dijo a sus criados: «*Huyamos,* no sea que Absalón caiga sobre nosotros y pase a cuchillo la ciudad». Todos obedecieron de grado. Salió, pues, el Rey; él y toda su casa y sus fieles iban a pie; también su guardia [3] y los seiscientos guerreros expertos que le habían seguido desde Get [4]. Sólo unas cuantas mujeres quedaron para guardar la casa.

Puso David su gente en orden delante de la ciudad. Y como viese entre los suyos a *Etaí de Get* [5], le dijo: «¿Para qué vienes con nosotros? Ayer llegaste a Jerusalén ¿y hoy te has de ver obligado a salir con nosotros a un lugar que ni yo sé todavía? No sea así, sino vuélvete con tus compañeros, y el Señor te recompensará el celo y lealtad que me has mostrado». Pero Etaí respondió: «Vive el Señor, y vive el Rey mi señor, que en cualquier parte que estuvieres, señor Rey mío, o para muerte o para vida, allí estará tu siervo». David respondió: «Ven, pues, con nosotros». Y siguió con los demás. Todos sollozaban. Y pasando el Rey con los suyos el torrente Cedrón y la cumbre del monte de los Olivos, tomó el camino del desierto [6].

542. En el monte de los Olivos se le unieron los sumos sacerdotes Sadoc y Abiatar y los levitas con el *Arca del Testamento.* Mas David dijo a Sadoc: «Vuelve a llevar el Arca de Dios a la ciudad; que si yo hallare gracia en los ojos del Señor, me volverá allá, y me dejará ver su Tabernáculo. Mas si me dijere: No me agradas, estoy pronto a que haga de mí lo que bien le pareciere». Volvieron, pues, atrás el Arca. David subía la cuesta llorando, los pies desnudos y la cabeza cubierta. Aquí se enteró que uno de sus más íntimos y prudentes consejeros, llamado Aquitofel, estaba en la conjuración; dijo entonces: «Señor, desbarata los consejos de Aquitofel». Estando para llegar a la cima del

---

[1] «Después de 40 años» dice el texto; algunas versiones: «después de 4 años»; Fl. Josefo (*Ant.* 7, 8, 2): «después de 2 años», por tanto, luego de volver Absalón del destierro; lo cual parece lo más acertado. También aquí existe, al parecer, una confusión de las letras-números. Cfr. Reinke, *Beiträge* I 144.

[2] Santificado por los sepulcros de los Patriarcas y por la unción de David (núm. 149 y 165; cfr. núm. 504 y 507).

[3] Los Creti y Pleti, tropa de cretenses y filisteos asalariados.

[4] Sus antiguos y fieles compañeros de armas, que le habían seguido a Aquis y Get (cfr. núm. 497).

[5] Un valiente general filisteo, que poco antes se había pasado con toda su familia a David, por motivos que ignoramos.

[6] Es decir, el camino de Jericó y del Jordán, por el norte del desierto de Judá.

monte, presentósele Cusaí, otro de los consejeros, rasgadas las vestiduras, cubierta de polvo la cabeza. David le envió a la ciudad con el aviso de pasarse aparentemente al partido de Absalón, para desbaratar los planes de Aquitofel y poder notificarle con seguridad el curso de los acontecimientos por medio de los hijos de los sumos sacerdotes.

Cuando el Rey hubo llegado a Bahurim [1], salió de la localidad un pariente de Saúl, llamado Semeí; y seguía a David y los suyos arrojándoles piedras, maldiciéndoles y diciendo: «Fuera, fuera, hombre sanguinario y hombre de Belial. El Señor te ha dado ahora el pago de toda la sangre de la casa de Saúl, por cuanto le usurpaste el reino; mira cómo te ves oprimido de males por haber sido tú un hombre sanguinario». El pueblo y los guerreros iban en filas a uno y otro lado del Rey. Entonces Abisaí, irritado por las maldiciones de Semeí, dijo al Rey: «¿Por qué ese perro muerto ha de maldecir al Rey mi señor? Iré y le cortaré la cabeza». Mas David le replicó: «¿Qué tengo que ver yo con vosotros, hijos de Sarvia? [2]. Dejadle maldecir, pues el Señor quiere humillarme. Mi hijo busca cómo quitarme la vida; pues ¿qué mucho me trate así ahora un hijo de la tribu de Saúl? Dejadle que me maldiga; quizá el Señor se apiade de mí y me vuelva bienes por esas maldiciones».

543. Entre tanto había *entrado Absalón en Jerusalén.* Por consejo de Aquitofel hizo públicamente a David la mayor afrenta que un hijo puede hacer a su padre, para ganar definitivamente a todos los conjurados, haciendo imposible la reconciliación [3]. Demás de esto, ofrecióse Aquitofel a perseguir a David con 12000 hombres escogidos y derrotar a su reducida hueste, desanimada y extenuada por tan repentina fuga. Pero Cusaí le salió al paso diciendo: «No ignoras, oh Rey, que tu padre y la gente que le sigue son muy valientes y están con amargura de corazón, como una osa que se embravece en un bosque por haberle quitado sus cachorros. Acaso ahora está escondido en alguna caverna o en algún otro lugar seguro. Y si al principio cayere alguno de los tuyos, se extenderá luego el rumor: Ha sido derrotado el ejército de Absalón. Y hasta el más valiente, cuyo corazón es como de un león, desmayará. Por eso, el consejo más acertado me parece el siguiente: Que se congregue a ti todo Israel, desde Dan hasta Bersabee, innumerable como la arena del mar; entonces nos echaremos sobre David como el rocío que suele cubrir la tierra, no dejando con vida ni a uno siquiera de los que le siguen». Absalón y su consejo asintieron al dictamen de Cusaí.

Aquitofel, que vió perdida su causa, fué de prisa a su casa [4] y se ahorcó. Cusaí dió noticia a David de lo tratado, y le aconsejó pasase aquella misma noche el Jordán, como lo hizo el Rey, acampando en Mahanaim [5]. Allí encontró David auxilio y refuerzo. Dos israelitas que vivían en Galaad, llamados Maquir y Berzellai, como también Sobi, hijo de Naas de Rabbat-Ammón [6], prodigaron

---

[1] Cree Schubert encontrarlo en la aldea de *Abu-Dis,* a 4 Km. de Jerusalén, en una colina situada a la derecha del camino meridional de Jericó, más allá de Betania; otros lo buscan en el camino septentrional que va a Jericó por la cumbre del monte de los Olivos, situándolo en Wadi el-Rawabi (antigua calzada romana), donde se ven las ruinas de antiguos poblados. Lo único cierto es que el lugar en cuestión se hallaba en los dominios de Benjamín (cerca de los límites de Judá). y que David, con los mensajeros que le trajeron las noticias, huyó a Transjordania por el camino más directo (*AB* 9. *Rb* 64).

[2] Cfr. núm. 451.

[3] Violando a las mujeres de David, que habían quedado en Jerusalén; cfr. núm. 541. Así se cumplió la amenaza del profeta: «Tú lo has hecho ocultamente, etc.»; cfr. núm. 535.

[4] El nombre que aparece en el texto actual, «Gilo», es probablemente una corrupción de Keila (cfr. núm. 397). Pero hay también otros dos lugares que llevan el nombre de Gala (Djala): el primero 1 $^1/_2$ Km. al noroeste de Belén y el otro 15 Km. al sur de Belén, al oeste del camino que va a Hebrón. *AB* 13, *Rb* 185.

[5] Cfr. núm. 185 y 504.

[6] Según san Jerónimo, el hermano de Hanón, nombrado rey por David (cfr. núms. 517 y 538).

sus cuidados a las tropas de David proveyéndolas de camas, alfombras, vasijas de barro, ovejas y terneros, trigo y cebada, harina y víveres:

544. Luego que Absalón hubo reunido un ejército, pasó el Jordán en seguimiento de su padre. Este dividió su gente en tres cuerpos, al mando de Joab, Abisaí y Etaí. Quiso él mismo tomar parte en la batalla; pero sus guerreros le dijeron: «En modo alguno debes venir, pues aunque caiga la mitad de nosotros, no por eso quedarán muy satisfechos, porque tú solo vales por 10000. Así, mejor es que te quedes en la ciudad para poder socorrernos». Quedóse, pues, David; pero dió esta orden al pueblo que desfiló delante de él por la puerta de la ciudad, a Joab y a los otros dos generales: «Conservadme a mi hijo Absalón».

Libróse la batalla en el bosque de Efraim [1], sufriendo el ejército de Absalón tan espantosa derrota, que cayeron 20000 hombres; Absalón se dió a la fuga montado en un mulo. Y como pasase el mulo debajo de una frondosa encina (según una variante: bajo un boscaje de terebintos), quedó Absalón colgado por la cabeza [2], mientras el mulo seguía su carrera. Alguien le vió, y fué a avisar a Joab, el cual dijo: «¿Por qué no le has cosido con la tierra? Te habría dado diez siclos de plata y un tahalí». Pero el hombre respondió: «Aunque pesaran en mis manos mil monedas de plata, de ningún modo extendería mi mano contra el hijo del Rey; pues oyéndolo nosotros te mandó el Rey a ti y a Abisaí y a Etaí, diciendo: «Guardadme a mi hijo Absalón». Tomó Joab tres dardos y los clavó uno tras otro en el corazón ingrato de Absalón. Y como aun palpitase colgado de la encina, acudieron corriendo diez jóvenes escuderos de Joab, y a golpes le acabaron de matar. Al punto mandó Joab cesar la persecución. El cadáver de Absalón fué arrojado en una profunda hoya, y se erigió encima un gran montón de piedras [3]. Para perpetuar su memoria, pues no tenía hijos, o se le habían muerto, habíase construído Absalón en el valle del Rey [4] un monumento que lleva su nombre hasta el día de hoy [5].

545. Aquimaás, hijo del sumo sacerdote Sadoc, corrió a dar la noticia de la victoria a David, que esperaba el resultado de la batalla bajo la puerta de la ciudad; pero no se atrevió a notificarle la muerte de Absalón. Por lo que preguntó David al segundo mensajero que, pisando los talones a Aquimaás, vino a

---

[1] No es probable que el ejército de Absalón, batido en retirada, hubiese repasado el Jordán para terminar desastrosamente en el bosque de Efraim (cfr. núm. 417, 426; *Ios.* 17, 15). Muchos intérpretes opinan que junto a Mahanaim había un lugar que se llamaba «bosque de Efraim», acaso por haber sido derrotado allí Efraim por Jefté (*Iudic.* 12, 4), quizá por la ciudad de Efrón (I *Mach.* 5. 46 ss.), situada en la confluencia del Jabok con el Jordán. Cfr. Döller, *Studien* 46; *LB* II 196; *Rb* 153.

[2] De 14, 26, donde se habla de la cabellera de Absalón, se colige que por ella quedó colgado del ramaje.

[3] Para perpetua afrenta de Absalón, como en el caso de Acán y del rey de Haí. Cfr. núm. 409.

[4] Cfr. núm. 148.

[5] El mausoleo de Absalón que se ve en el valle del Cedrón, parece ser muy antiguo; mas la crítica impugna su autenticidad. Cuéntase que los judíos tenían costumbre de arrojar piedras contra el monumento para manifestar su horror al malaconsejado hijo de David; mas los observadores modernos dudan de que existiera tal costumbre y, por lo menos, no la han comprobado en nuestra época. Pero sí es cierto que los árabes suelen amontonar piedras para construir la sepultura, y que el aumento sucesivo del montón se considera como una prueba de respeto hacia el muerto.

dar albricias al Rey: «¿Está vivo y sano mi hijo Absalón?» Respondió aquél: «Tengan la suerte de él todos los enemigos del Rey mi señor». Entristecióse el Rey, subióse al aposento que estaba sobre la puerta y prorrumpió en llanto, diciendo: «¡Hijo mío Absalón, Absalón hijo mío! ¡Quién me diera que yo muriese por ti! ¡Absalón hijo mío, hijo mío Absalón!» Y todo el pueblo estaba tan consternado y abatido por la pena del Rey, que, ante las advertencias de Joab, hubó de salir David por fin y mostrarse al pueblo y hablarle amigablemente.

Luego tomó David el camino del Jordán, y todo Judá salió a recibirle en triunfo a la orilla y le acompañó hasta Jerusalén. También Semeí salió con 1000 hombres de Benjamín; postróse a los pies de David y le suplicó: «No me imputes, señor y rey mío, la maldad; ni te acuerdes de los agravios de tu siervo en el día que saliste de Jerusalén. Porque yo, tu siervo, conozco mis pecados; y por esto he venido hoy el primero de las once tribus». A lo que replicó Abisaí: «¿Cómo? ¿Acaso por estas palabras no será muerto Semeí, después que maldijo al ungido del Señor?» Pero David replicó: «¿Por qué haces hoy oficio de Satanás? [1] ¿Pues qué, hoy se ha de quitar la vida a un israelita, hoy que vuelvo a ser rey de Israel?» Y volviéndose a Semeí le dijo: «No morirás».

Los hombres de la tribu de Judá no invitaron a las demás tribus al recibimiento del Rey, y contestaron con desdén a los reproches que éstas les hicieron. Aprovechóse de ello un benjaminita llamado Seba, para excitar a las tribus a una nueva *rebelión contra David.* Mas ésta se terminó presto; pues Joab con los guerreros que había en Jerusalén persiguió a Seba por todas las tribus de Israel, hasta Abel-Bet-Maaca [2], al norte, donde le encerró; sus mismos partidarios le cortaron la cabéza, arrojándosela a Joab por la muralla.

546. Desgraciadamente manchó este caudillo su victoria con un nuevo crimen. A la muerte de Absalón, había prometido David a Amasa, general del ejército del hijo rebelde, nombrarle para el mismo empleo en lugar de Joab, con quien estaba enojado el Rey por la muerte de Absalón. David cumplió su palabra, confiando a Amasa la expedición contra Seba. No pudo sufrir esto Joab; tanto menos cuanto que Amasa, encargado de mandar las tropas de Judá, no compareció al tercer día señalado por David; por lo que éste se vió obligado a encomendar la expedición a Abisaí y Joab. Habiéndose encontrado Joab con Amasa junto a Gabaón, le dijo: «Dios te guarde, hermano» [3]; y mientras con la mano derecha le asía la barbilla en ademán de besarle, con la izquierda le hundía la espada en el costado, dejándole allí muerto.

No mucho después, sobrevino un *hambre de tres años* en todo el país, en castigo de la sangre que Saúl hiciera derramar en Gabaón [4]. David expió esta culpa dejando el castigo a discreción de los gabaonitas.

Entre las guerras que sostuvo David casi hasta el fin de su reinado, se citan *todavía cuatro contra los filisteos* [5]. En la primera de ellas estuvo muy en peligro su vida. Hallábase fatigado, cuando un gigante de la tribu de los rafaítas [6] (¿Jesbibenob?) le buscó para matarle. Corrió en su auxilio Abisaí, el cual dió muerte al gigante.

---

[1] La palabra tiene aquí su acepción primera: enemigo, adversario; David viene a decir: ¿por qué me das un mal consejo?

[2] Ciudad de la tribu de Neftalí, próxima a Dan y Cedes, actualmente Abil, aldea cristiana, 12 Km. al norte del lago de Merom, 3 Km al oeste del Jordán. *Rb* 3. *AB* 9.

[3] Amasa era hijo de una hermana de David y primo de Joab (cfr. núm. 479).

[4] Josué había prometido solemnemente respetar la vida a los gabaonitas (cfr. núm. 412); Saúl, llevado por un falso celo, quiso exterminarlos Consultados por David acerca de cómo se había de reparar el quebrantamiento de la promesa jurada, los gabaonitas supervivientes exigieron que, según la ley de la vindicta (*Num.* 35, 33; cfr. núms. 347, 387), les fuesen entregados siete hombres de la familia de Saúl para ser muertos y crucificados en Gabaa; como se hizo. David mandó enterrar sus restos juntamente con los de Saúl y Jonatás, que hizo traer de Jabes (cfr. núm. 498), en la sepultura que la familia de Saúl tenía en Benjamín.

[5] II *Reg.* 21, 15 ss. [6] Cfr. núm. 375.

547. Los últimos años gozó David de completa paz por parte de sus enemigos exteriores. Entonces cantó al Señor un hermoso himno de acción de gracias y de alabanzas [1], por haberle librado de todos sus enemigos y de las manos de Saúl: el **Salmo 17.**

Te amo de corazón, Señor, fortaleza mía.
El Señor (Yahve) es mi baluarte, mi refugio, mi libertador,
mi Dios y mi auxilio, en quien espero;
mi protector, el tesoro de mi salud y mi salvador.
Invoco al Señor con alabanzas,
porque fuí librado de mis enemigos, etc. [2]

548. En sus *postreras palabras* nos ofrece David una inspirada *alusión al Mesías* [3]:

Dijo David [4], hijo de Isaí:
Así habla el varón, a quien fué hecha promesa
acerca del ungido del Dios de Jacob [5],
el excelente cantor de Israel.
El Espíritu del Señor habló por mí,
y su palabra por mi lengua.
Díjome el Dios de Israel, habló el Fuerte de Israel:
«Un dominador justo de los hombres,
un dominador en el temor de Dios [6].
Como la luz de la aurora cuando el sol sale,
como mañana sin nubes,
y como la yerba que brota de la tierra con las lluvias» [7].
No es tan grande mi casa delante de Dios;
con todo hizo conmigo un pacto eterno [8],
firme en todas las cosas e indisoluble.
Porque El es toda mi salud y todo mi deseo;
y ninguna cosa hay que de él no tenga origen [9].

Mas los *prevaricadores* serán arrancados todos como espinas,
las cuales no se quitan con las manos;
porque si alguno quisiere tocarlas, se arma de hierro y palo afilado,
con fuego son del todo quemadas [10].

549. No habían acabado las pruebas de David. Llevado del orgullo, hizo un *censo del pueblo,* que le acarreó duro castigo [11]. El resultado fué:

---

[1] II *Reg.* 22. [2] Versículos 2-4. [3] II *Reg.* 23, 1-7.

[4] La palabra hebrea *ne'um,* sentencia, significa sentencia divina, revelación divina comunicada a David, a saber, la de II *Reg.* 7, 12 ss. (cfr. núms. 513 y 518). Véase en Schlögl, *Die Bücher Samuels* II 142 ss., una explicación de este pasaje críticamente difícil.

[5] Schulz (*Die Bücher Samuels* II 270) traduce así: «Sentencia del hombre a quien ensalzó el Altísimo, (del hombre) a quien ungió el Dios de Jacob, etc.».—Según esto, el epígrafe no hace mención de aquella promesa; sin embargo, ciertamente se la menciona en lo que sigue y en todo el contenido de nuestro pasaje.

[6] Este es el tenor de la promesa hecha a David: la realeza y el reino mesiánico.

[7] Bella comparación para significar las bendiciones que ha de traer a los hombres el reino del Mesías, nueva vida de gracia.

[8] Yo y mi casa somos indignos de tan magnífica promesa.—Según el hebreo: «No está así mi casa con Dios, sino que Él hizo un pacto, etc.».

[9] Nada de esta promesa dejará Dios por cumplir.

[10] En este reino no hay sitio para los indignos; por lo que en el juicio mesiánico serán definitiva y totalmente separados y condenados al fuego eterno (cfr. *Ps.* 2; núm. 521).

[11] No era en sí pecado el censo, sino el espíritu de David al hacerlo; quería saber las fuerzas con que contaba, cual si en su poder terreno estuviese la fortaleza de Israel (cfr. *Ps.* 17, 3 ss.; 32, 6; 51, 9). Aún hubiera sido más grave la culpa de haber efectuado David el recuento de sus fuerzas por quebrantar el poderío de las tribus del norte:

800000 hombres de armas en Israel (y 500000 en Judá)[1]. Mas Dios castigó su presunción con una peste que causó la muerte de 70000 hombres, pero que al mismo tiempo dió ocasión de escoger y consagrar el lugar donde se había de erigir el Templo.

Reconociendo David su pecado, pidió perdón. Envió entonces Dios al profeta Gad con este mensaje para David: «Tres males se te dan a escoger; elige de ellos el que quieras: o por siete años[2] será tu país afligido del hambre, o por tres meses andarás huyendo de tus enemigos o por tres días habrá peste en tu reino». Replicó David: «En grande apuro me veo, pero mejor es que caiga yo en las manos del Señor (porque son muchas sus misericordias), que en manos de hombres». Y envió Dios una peste que hizo estragos en todo el país; y murieron 70000 hombres. Y habiendo extendido el Angel Exterminador su mano sobre Jerusalén para destruirla, el Señor se apiadó de su angustia, y dijo al Angel que hería al pueblo: «Basta; detén tu mano». *El Angel* del Señor estaba en la era del jebuseo Areuna u Ornán; allí le vió David entre el cielo y la tierra con la espada desenvainada y extendida sobre Jerusalén. Suplicó entonces David al Señor: «Yo soy el que he pecado, yo; pero éstos, mis ovejas ¿qué han hecho? Vuélvase, te ruego, tu mano contra mí, y contra la casa de mi padre». Dios le envió al profeta Gad, diciéndole que erigiese un altar en aquella era. Compró David aquel lugar[3], erigió un altar y ofreció holocaustos y víctimas pacíficas. Con esto se aplacó el Señor y cesó la peste.

71. David hace coronar por rey a Salomón. Ultimas disposiciones. Su muerte

(III *Reg.* 1 y 2; I *Par.* 22-29)

550. A los libros de Samuel siguen los de los Reyes **(libros III y IV de los Reyes)**[4]. Comienzan con la subida de Salomón al trono en los últimos

---

cfr. Schäfers, *Warum veranstaltete David die Volkszählung II Sam. 24?,* en *Kath* 1908 I 128 ss. Al rudo Joab le pareció el asunto espinoso, y el mismo David tuvo sus temores, aun antes de que le fuese enviado el profeta Natán.—Mas Dios lo permitió porque estaba *enojado con el pueblo* (II *Reg.* 24, 1; acaso por la rebelión contra el rey legítimo, instituído por Dios), y quería poner de manifiesto mediante el castigo la compenetración que debía existir entre el pueblo y el rey. Al mismo tiempo este hecho dió motivo a una espléndida y maravillosa aparición del Angel del Señor, a las súplicas y a los sacrificios expiatorios de David y, finalmente, a la designación del lugar *permanente* de la expiación, del *solar donde se había de erigir el Templo.*

[1] Según I *Par.* 21, 5, 1100000 de Israel y 470000 de Judá (sin Leví y Benjamín). Según I *Par.* 27, 24, no llegó a terminarse el censo; por lo que no se apuntó en los anales de David. No constando auténticamente el censo, acaso fuera más tarde objeto de glosas. Una población de 5-6 millones resulta considerable, pero no exagerada para un país y un pueblo como el Israel de entonces. Cfr. Reinke, *Beiträge* I 205.

[2] En algunas versiones antiguas, con las que coincide I *Par.* 21, 12, se lee *tres* años. Cfr. Reinke l. c. I 149.

[3] Según II *Par.* 24, 24, por 50 siclos; según I *Par.* 21, 25, por 600 siclos (¿de oro?). Desaparece la contradicción si se entiende ser de oro los siclos, traduciendo I *Par.* 21, 25 de esta manera: «Y David dió a Ornán en el lugar (entonces mismo, en la era) siclos de oro por valor de 600 (siclos de plata)». Según esto, 50 siclos de oro equivalen a 600 de plata, viniendo a ser la razón del siclo de plata al de oro en tiempo de David 1 : 12. En esta razón estaba la plata con el oro en Babilonia (cfr. *KB* IV 242). El campo costó a David unos 1150 marcos oro.

[4] Neteler, *Das dritte und vierte Buch der Könige* (Münster 1899); A. Šanda, *Die Bücher der Könige,* dos tomos (Münster 1911-12); Schlögl, *Die Bücher der Könige*

tiempos del reino de David. Podemos dividirlos en tres partes: la primera (III *Reg.* 1-11) nos habla del reinado de Salomón; la segunda (III *Reg.* 12; IV *Reg.* 17) trata sincrónicamente de los reinos de Israel y Judá hasta la destrucción de Samaria; la tercera (IV *Reg.* 18-25) prosigue con el reino de Judá hasta su ocaso. Mas no pretenden ser historias acabadas de los sucesos políticos exteriores, antes bien «una suerte de historia eclesiástica», que pone de manifiesto la conducta religiosa de los reyes y del pueblo y la intervención de los profetas, y juzga los hechos del pueblo de acuerdo con las normas de la Ley. Y, sin embargo, este aspecto «profético de la narración» no perjudica en lo más mínimo la fidelidad histórica y la credibilidad, garantizadas por fuentes contemporáneas (en parte oficiales), por testimonios externos y por el carácter de los profetas. En general, todos aquellos que no se dejan arrastrar por su aversión a la historiografía religiosa, les reconocen fidelidad y credibilidad [1].

El *autor* de estos libros nos es desconocido; la tradición judía los atribuye al profeta Jeremías, con lo cual están conformes los exegetas católicos modernos (Hoberg, Schlögl). De seguir esta hipótesis, es preciso admitir que los últimos versos del *IV libro* fueron añadidos posteriormente. Es notable la semejanza de estilo y espíritu entre el libro de Jeremías y los últimos libros de los Reyes; y sorprende que en este libro «profético» no se nombre a Jeremías, habiendo intervenido tanto en los últimos decenios del reino de Judá. Sanda se inclina a creer que el autor estuvo por lo menos en próxima relación con Jeremías.

551. Treinta años tenía David cuando subió al trono de Judá, y reinó sobre Judá e Israel en total cuarenta años. Los achaques de la vejez le habían debilitado, y se acercaba el fin de sus días. Había designado a Salomón por sucesor suyo, conforme a la voluntad del Señor [2]. Pero *Adonías,* el mayor de los hijos que le vivían, quiso alzarse con el reino, lo cual fué causa de la ascensión de Salomón al trono en vida de David y de la muerte del rebelde. El sumo sacerdote Abiatar siguió el partido de Adonías; al partido de Salomón se adhirieron el sumo sacerdote Sadoc, el profeta Natán, el jefe de la guardia real, Banaías, y la mayor parte del ejército de David. Para inaugurar su reinado ofreció Adonías un sacrificio en la peña de la Serpiente que está junto a la fuente de Rogel [3], e invitó a él a todos sus partidarios para hacerse proclamar rey, como en otro tiempo Absalón [4]. El profeta Natán participó a David la sublevación de Adonías por medio de Betsabee, madre de Salomón. David mandó que montasen a Salomón en la mejor mula del rey, que Sadoc le ungiese por rey en Gihón y que fuese proclamado públicamente como tal. Así se hizo; y he aquí que todo el pueblo gritó: «Viva el rey Salomón». Todos fueron en pos de él con tales gritos de júbilo y aclamaciones, que Adonías y los suyos lo oyeron. Y habiendo sabido la causa, fuéronse cada uno por su lado, y Adonías se refugió en el Tabernáculo del Señor, y asió los cuernos del altar [5]. Salomón le perdonó, diciendo: «Si fuere hombre de bien, no caerá en tierra ni siquiera uno de sus cabellos; mas si (en lo futuro) fuere hallada maldad en él, morirá».

(Viena 1911); Döller, *Geographische und ethnographische Studien zum dritten und vierten Buch der Könige* (Viena 1904); Nagl, *Nachdavidische Königsgeschichte Israels* (Viena 1905).

[1] Acerca de la cronología cfr. núm. 577.

[2] Cfr. II *Reg.* 7, 12; 12, 25; I *Par.* 22, 9; núms. 513 y 552.

[3] El pozo de *Rogel* (de los exploradores o de los bataneros), llamado hoy pozo de Job, está al sur de la confluencia del valle de Hinnón con el de Josafat, en el punto más bajo del suelo de Jerusalén, 150 m. más profundo que el ángulo noroeste de la ciudad (cfr. núm. 508). Se llama también *pozo de Nehemías o del fuego,* por haber escondido allí los sacerdotes el fuego sagrado del altar antes de la cautividad (cfr. núms. 321, 676, 716), y haberlo encontrado Nehemías a su regreso de Babilonia (II *Mach.* 1, 19 ss.). Tiene unos 40 m. de profundidad, poca agua ordinariamente, pero abundante después de la estación de las lluvias. Cfr. Döller, *Studien* 5 ss.

[4] Cfr. núm. 540.

[5] Cfr. núm. 307.

552. *Llamó luego David a todos los jefes y príncipes de Israel,* y les dijo: «Escuchadme, hermanos míos y pueblo mío. Yo tuve intención de construir un templo al Señor, y reuní los materiales para fabricarlo [1]. Mas el Señor me dijo: «No edificarás tú la casa de mi Nombre, por ser un varón guerrero, y haber derramado sangre. Pero tu hijo Salomón ha de edificar mi casa; y yo afirmaré su reino, si él perseverase en el cumplimiento de mis mandamientos. Ahora, pues, que el Señor nos oye, os exhorto a que guardéis los mandamientos del Señor, a fin de que poseáis esta buena tierra y la dejéis a vuestros hijos en herencia perpetua. Y tú Salomón, hijo mío, conoce al Dios de tu padre, y sírvele con perfecto corazón y con ánimo devoto; porque el Señor escudriña todos los corazones y penetra todos los pensamientos del espíritu. Si le buscares, le hallarás, y si le dejares, te desechará para siempre».

Indicó David a Salomón los materiales para la *fábrica del Templo* y confección de vasos y objetos del culto, una cantidad inmensa de oro, plata, bronce, hierro, madera de cedro, piedras preciosas y mármol, que había reunido desde hacía tiempo [2]; dióle el diseño del Templo que él mismo hiciera *por inspiración divina* [3], y de todos los edificios y atrios; y le explicó la distribución que había hecho de los sacerdotes *en veinticuatro órdenes,* para que sirvieran en el Templo por turno, según la suerte; la disposición análoga que había hecho de los *levitas,* de entre los cuales

---

[1] Cfr. I *Par.* 28 y núm. 513. Los modernos (cfr. Baentsch, *David* 163) tienen estos datos por históricamente falsos y absolutamente legendarios; lo único cierto para ellos es que sin un David no hubieran existido ni reino con Jerusalén por capital, ni Templo. Pero aun queda en pie II *Reg.* 7, donde sin duda alguna «se encierra una tradición fidedigna» (Kautzsch, *Die Heilige Schrift des AT* 461); y no parece increíble que David concibiese el plan del Templo e hiciera los preparativos, cuando los suntuosos templos en honor de los dioses eran el orgullo de los grandes monarcas y conquistadores del antiguo Oriente Por el contrario, sería extraño que David no hubiese prestado atención a este asunto. Ejemplos y pruebas documentales del antiguo Oriente en Karge, *Geschichte des Bundesgedankens im AT* I 207 ss. Cfr. Kugler, *Von Moses bis Paulus* 264 ss.

[2] Según I *Par.* 22, 14 ss., 100000 talentos de oro (cfr. núm. 298); 1000000 de talentos de plata; bronce, hierro y madera sin tasa ni medida para todo lo necesario. De sus bienes particulares contribuyó David con 2000 talentos del mejor oro de Ofir (núm. 567) y 7000 talentos de plata (I *Par.* 29, 4). Evidentemente hay exageración en la cantidad de estos tesoros, más de 20000 millones de marcos; es muy probable que haya habido confusión en las letras que designan los números, o que los copistas hubiesen añadido cifras; lo cierto es que las antiguas versiones no coinciden en estos datos; tal vez existe aquí algún error textual. Kugler (*Von Moses bis Paulus* 264 ss.) pone «siclos» por «talentos», puesto que según I *Par.* 29, 7, 5000 talentos de oro (?) equivalen a 10000 dracmas de oro. Efectivamente, 10000 dracmas de oro, según la pesa del Templo, equivalen a 5000 siclos de oro. Según esto, los 100000 talentos de oro se reducen a 33 $^1/_3$, y el millón de talentos de plata a 333 $^1/_3$, suma respetable, si consideramos las guerras que llenaron todo el reinado de David (cfr. I *Par.* 22, 14: «a pesar de mi situación apurada»; cfr. la colecta para el Tabernáculo, *Exod.* 38, 24 s.). Lo único extraño en esta solución es que cantidades tan grandes quedan expresadas en las unidades más chicas. Tal vez no haya que entender los números matemáticamente, sino en globo, como expresión de una «suma incalculable». Esta conjetura tiene su fundamento en el carácter mismo de todo este relato del *Libro de las Crónicas,* comparado con los pasajes paralelos de los *Libros de los Reyes;* cfr. la observación «sin tasa ni medida». Por otra parte no es increíble tan grande cantidad de metales nobles en aquella época, pues sabemos que en las ciudades de la antigüedad se acumulaban grandes tesoros procedentes del botín de guerra, de los tributos de los pueblos conquistados y de los tributos y donativos voluntarios. Hummelauer, *Comm. in Paralip. 328.*

[3] I *Par.* 28, 19.

escogió 4000 cantores que, bajo la dirección de Asaf, Hemán e Iditum, cantasen por turno himnos sagrados en alabanza del Señor, y tañesen toda clase de instrumentos [1]. Y añadióle por fin: «Manos, pues, a la obra sin temor; porque el Señor mi Dios estará contigo y no te desamparará hasta que concluyas todo».

553. Y volviéndose a toda la multitud dijo [2]: «*La empresa es grande;* porque la habitación que se dispone no es para un hombre, sino para Dios. Yo tengo preparados los materiales para la casa de mi Dios; oro y plata para los vasos, bronce, hierro y madera y toda clase de piedras preciosas y mármol en gran cantidad. Mas ahora, llenad vosotros vuestras manos con presentes y ofrecedlos al Señor». Y los príncipes [3] y el pueblo ofrecieron al Señor con largueza y alegre corazón para la obra de la casa de Dios.

Alegróse David en gran manera y dijo: «Bendito eres, Señor Dios de Israel, nuestro padre; de eternidad en eternidad, tuya, es Señor, la grandeza, y el poder, y la gloria, y la victoria. Y a ti la alabanza; porque todas las cosas que hay en el cielo y en la tierra, tuyas son; y lo que hemos recibido de tu mano, eso te hemos dado. Sé, Dios mío, que pruebas los corazones, y amas la sencillez, y por esto yo, con sencillez de corazón, he ofrecido alegre todas estas cosas, y he visto que tu pueblo, reunido en este lugar, te ha ofrecido con grande gozo sus presentes. Señor de nuestros padres, conserva perpetuamente esta voluntad de su corazón, y sea siempre perdurable este propósito hacia tu culto. Da también a Salomón, mi hijo, un corazón perfecto, para que guarde tus preceptos». Y toda la asamblea bendijo al Señor, y postrándose, adoraron a Dios. Y a la mañana siguiente ofrecieron en holocausto 1000 toros, 1000 carneros, 1000 corderos con las correspondientes libaciones, sin contar otros sacrificios. Y alegres celebraron un banquete delante del Señor, e insistieron en ungir por segunda vez a Salomón solemnemente por sucesor de David, y le tributaron homenaje con gran regocijo.

Como *sintiese David que sus días tocaban a su fin,* exhortó de nuevo a su hijo Salomón, diciendo: «Yo voy al lugar donde van a parar todos los mortales. Observa los mandamientos del Señor, siguiendo sus caminos, para que aciertes en cuanto hagas y en cuanto pongas la mira, a fin de que el Señor cumpla su promesa: si tus hijos anduvieren en mi presencia siguiendo la verdad, permanecerá siempre entre ellos el reino». Encargóle que no dejase sin castigo los homicidios traidores de Joab y las malignas maldiciones de Semeí contra el ungido del Señor [4], y recompensase y sentase a su mesa a los hijos de *Berzellai,*

---

[1] I *Par.* 22-26; cfr. núm. 515.

[2] I *Par.* 29.

[3] 5000 talentos de oro y (según Kugler, «igual a») 10000 dáricos; 10000 talentos de plata; muchas piedras preciosas; 18000 talentos de bronce; 10000 talentos de hierro. Acerca de sumas tan crecidas cfr. página 537, nota 2. El *dárico* es una moneda de oro persa (8, 4 gr.), 23 marcos oro. Circulaba en Palestina en tiempo de Esdras (*Esdr.* 8, 26) y desapareció con los persas. Ese dato en dáricos proviene tal vez de algún glosador de los comienzos de la dominación macedónica.

[4] Es infundado el reproche de «venganza sangrienta» que se hace a David por sus últimas disposiciones. David habló como rey a su sucesor en el trono. Como rey y juez lugarteniente de Dios, estaba obligado a castigar las demasías de Joab; mas no lo pudo hacer en vida, una vez porque su reino todavía no estaba suficientemente consolidado, otra porque las rebeliones de Absalón y de Seba lo habían sacudido demasiado (cfr. núms. 505 y 545 s.). No por eso había de quedar sin castigo el alevoso asesino, que a sus pasados crímenes añadió el de secundar la rebelión de Adonías.—*David* había perdonado los agravios de Semeí como lanzados contra su *persona;* pero como encerraban también una ofensa a Dios por ir dirigidos contra «el ungido del Señor», no era justo que Salomón dejase impune al culpable; debía castigarle en la primera coyuntura, y podía hacerlo sin que ni

por el amor que le mostraron cuando huía de Absalón. Y fué David a descansar con sus padres; y le enterraron en la ciudad de David [1].

554. La misma Sagrada Escritura [2] hace el **elogio de David,** ensalzando sus virtudes, su celo por la gloria de Dios y prosperidad del reino, humilde penitencia y elevado destino como padre y figura del Mesías. El recuerdo del Rey-Profeta se ha conservado entre judíos y mahometanos. La Iglesia católica le tiene en gran veneración, celebra su memoria el 29 de diciembre y se sirve en el culto de los Salmos davídicos como de oraciones inspiradas por el Espíritu Santo. En cambio, la historiografía moderna desfigura de una manera increíble el retrato de David, presentándole como aventurero sin conciencia, avaro, intri-

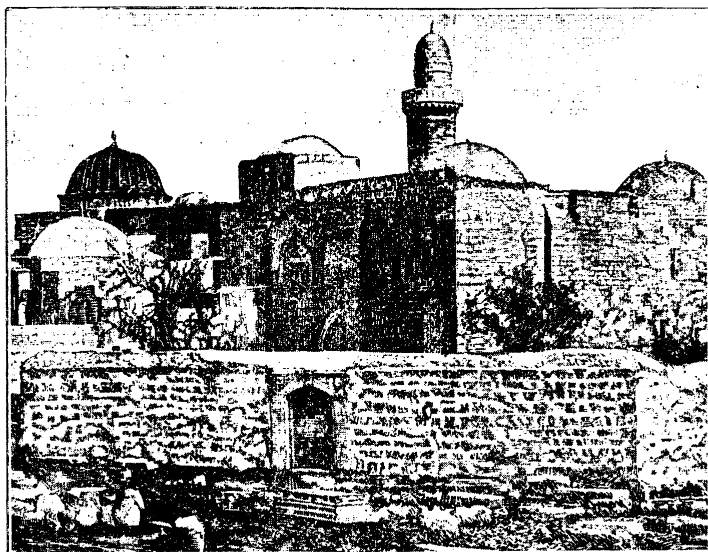


Fig. 66. — El Cenáculo, donde se halla el supuesto sepulcro de David.

gante y cruel, a quien más tarde se ha rodeado de la aureola de santidad y poesía salmódica [3]. Pero este juicio se apoya en la interpretación completamente caprichosa de las fuentes; y los mismos racionalistas lo califican de injusto y desprovisto de valor científico.

David es *figura* del Mesías, con quien tiene de común el lugar del nacimiento y muchísimos rasgos y analogías, tanto en la vida privada como en la pública. Especialmente en sus padecimientos (persecución, subida al monte de los Olivos, deslealtad traidora de Aquitofel) y en sus triunfos, es una de las más preclaras figuras del Mesías. Rey y profeta como Jesucristo, su reino es tipo del mesiánico y figura de la historia de la *Iglesia.* Ambos, de principios humildes, se robustecieron y dilataron cada vez más entre muchos y duros combates contra los enemigos interiores y exteriores.

---

aun tuviera apariencia de venganza privada. Del hecho de haber prohibido Salomón a Semeí salir de Jerusalén bajo pena de muerte, se deduce que éste no cesaba de maquinar contra la casa de David.

[1] Es decir, en Sión, en el regio alcázar de Sión, donde fueron sepultados los más de sus sucesores en el «panteón de los reyes». Cfr. Mommert, *Die Topog. des alten Jerusalem* I 263 ss.

[2] En particular *Eccli.* 47, 2-14.

[3] Las pruebas en *Kath* I 497 ss.

El **sepulcro de David** lo encontramos citado por Nehemías [1]. Según Flavio Josefo [2], Salomón depositó allí grandes tesoros en recipientes separados, de uno de los cuales sacó el sumo sacerdote Hyrcano (132 a. Cr.) 3000 talentos de oro [3]. También Herodes el Grande fué allí en busca de tesoros [4]. Pero ni el uno ni el otro llegaron hasta las celdillas sepulcrales de David y Salomón [5]. Todavía san Pedro alude al sepulcro de David con estas palabras: «Su sepulcro se conserva entre nosotros hasta el día de hoy» [6]. Por las cartas de las santas Paula y Eustoquio a Marcela vemos que también en la Iglesia primitiva se tuvo en gran veneración dicho sepulcro y que los fieles acudían allí a orar como a otros santos lugares [7]. El sitio es incierto, y de las excavaciones nada se ha podido averiguar. Los mahometanos creen poseerlo en la cripta de la antigua iglesia del Espíritu Santo (fig. 66), llamada hoy *mezquita del «Profeta David»* (Deir Nebi Daud), unos doscientos pasos al sur de la *Puerta de David,* fuera del muro meridional de Jerusalén [8].

72. Primeras disposiciones de Salomón. Su oración y prudente sentencia

(III *Reg.* 2, 12 a 4, 34; cfr. II *Par.* 1)

555. Unos veinte años tenía Salomón cuando subió al trono de su padre [9]. *Adonías,* que sólo en apariencia se le había sometido [10], pensaba hacer valer pronto sus pretensiones al trono; por lo que pidió a Betsabee intercediese con su hijo para que se le diese por mujer a *Abisag* la sunamita, que lo había sido de David en los últimos años. Betsabee en su sencillez no tuvo en cuenta haber sido esta doncella legítima mujer de David y que Adonías buscaba en aquel matrimonio un nuevo título para ocupar el trono. Prestóse, pues, a los deseos de Adonías y fué a ver al Rey. Luego que Salomón la vió, levantándose salióle al encuentro, postróse en su presencia y fué luego a sentarse en su trono; y haciendo colocar otro para su madre, la rogó se sentase a su derecha. Luego dijo ella: «Vengo a pedirte una gracia, que por cierto es muy pequeña; no me la niegues». Respondió el Rey: «Pide lo que quieras, madre mía, que no es razón que yo te disguste». Y ella dijo: «Pues, da a Abisag la sunamita por esposa a tu hermano Adonías».

Penetrando al instante las intenciones de Adonías, respondió Salomón: «¿Por qué la pides para Adonías? Pide también para él el reino; pues él es mi hermano mayor que yo, y tiene a Abiatar el sacerdote y a Joab. Esto y aquello haga el Señor conmigo, si no es verdad que contra su propia alma ha hablado Adonías esta palabra. Pues, vive Dios, que hoy mismo ha de morir Adonías». Y envió el rey Salomón a Banaías, el cual le mató.

Dijo también el Rey a *Abiatar* el sacerdote: «Vete a Anatot, tu patria [11]. Porque en verdad has merecido la muerte; mas no te mataré hoy, porque

[1] *Nehem.* 3, 16. Acerca de las cuevas sepulcrales véase núm. 165.
[2] *Ant.* 7, 15, 3; 13, 8, 4.
[3] Más de 400 marcos oro; cfr. núm. 298.
[4] *Ant.* 16, 7, 1. [5] *Ibid.* 7, 15, 3.
[6] *Act.* 2, 29. [7] *Ep. S. Hieron. 46, al. 17, n. 12.*
[8] Véase una descripción detallada en el tomo II núm. 339 ss. y en Keppler, *Wanderfahrten u. Wallfahrten*8-10 255 ss.
[9] 971 a. Cr. Roboam, su hijo y sucesor, había nacido un año antes (cfr. III *Reg.* 3, 7 con 11, 42; 14, 21).
[10] Cfr. núm. 551; A. Šanda, *Salomon und seine Zeit,* en *BZF* IV 1 (1913).
[11] Ciudad sacerdotal de la tribu de Benjamín, patria del profeta Jeremías, 5-6 Km. al norte de Jerusalén, llamada hoy Anâta. Cfr. núm. 387; Döller, *Studien* 63. Está situada en la cresta de una montaña, desde donde se divisa el valle del Jordán y el mar Muerto. En 1881 los rusos compraron las ruinas de una iglesia de tres naves de 20 m. de longitud por 12 m. de anchura, con restos de un hermosísimo solado de mosaico. *LB* I 251. *Rb* 29.

llevaste el Arca del Señor Dios delante de David mi padre, y tuviste parte en todos los trabajos que padeció mi padre».

Al primer rumor de lo ocurrido, refugióse *Joab* en el Tabernáculo del Señor, y asió el cuerno del altar. Pero la Ley disponía que quien hubiese matado a otro con premeditación y alevosía, fuese sacado del altar para ser muerto [1]. No queriendo, pues, Joab abandonar el Tabernáculo, mandó Salomón a Banaías que le matase allí mismo, para que la sangre derramada por Joab no pesase sobre la casa de David [2]. Dió Salomón el mando del ejército a Banaías, y nombró sumo sacerdote a *Sadoc* [3].

Mandó por último llamar a Semeí, y le dijo: «Hazte una casa en Jerusalén, y habita en ella; y no saldrás de allí para ir de una parte a otra. Mas, ten entendido que en cualquier día que salieres y pasares el torrente Cedrón, serás muerto» [4]. Muy contento Semeí de una orden que no esperaba tan blanda, *juró solemnemente* no salir del recinto de Jerusalén. Mas, al cabo de tres años, aconteció que habiéndosele escapado dos esclavos que se pasaron al rey Aquis de Get, Semeí les siguió para traerlos de nuevo a Jerusalén. Cuando Salomón se enteró de esto, hizo ejecutar el castigo con que amenazara a Semeí.—Por rigurosas que fuesen estas medidas, eran sin embargo justas, y aun necesarias, para afianzar el trono y evitar nuevas rebeldías.

556. Salomón amó al Señor y guardó sus preceptos. A fin de impetrar la protección divina para el desempeño de sus funciones, fué a Gabaón [5] y ofreció un gran sacrificio. Allí se le apareció en sueños el Señor y le dijo: *Pide lo que quieras que yo te otorgue*. Respondióle Salomón: «Tú, Señor mío, hiciste rey a tu siervo; mas yo soy un niño débil e inexperto. Da pues a tu siervo un corazón dócil, para que pueda hacer justicia a tu pueblo y discernir entre lo bueno y lo malo». Agradó la petición a Dios, por lo que le contestó: «Por cuanto has demandado esta cosa y no has pedido para ti ni largos días de vida, ni riquezas, ni las almas de tus enemigos, sino sólo sabiduría para discernir lo justo, he accedido a tus palabras y te he dado un corazón sabio y de tanta inteligencia, que ninguno antes de ti te ha sido semejante, ni lo será después de ti. Y aun esto que no has pedido, te he dado, a saber: riquezas y gloria. Y si anduvieres en mis caminos, y guardares mis preceptos y mis mandamientos, así como anduvo tu padre, prolongaré tus días». Regocijado volvió Salomón a Jerusalén; ofreció en agradecimiento nuevos sacrificios ante el Arca Santa y dió a todos sus criados un gran banquete en la presencia del Señor.

Pronto se le ofreció ocasión de demostrar su sabiduría. Presentáronsele dos mujeres pidiendo que fallase en un asunto muy difícil. Dijo la una:

---

[1] Cfr. *Exod.* 21, 14; núms. 307 y 347.

[2] Cfr. *Num.* 35, 19 ss.; *Deut.* 19, 11 ss.

[3] Con esto volvió el pontificado de la rama de Itamar a la de Eleazar, de la cual ya no salió hasta el reinado de Antíoco IV (175-164 a. Cr.); cfr. núms. 459, 489, 511.

[4] Cfr. núm. 553. Quería vigilar a este hombre de malas intenciones y darle muerte como a Joab, apenas se hiciese reo de algún crimen. La ocasión se presentó al quebrantar Semeí el juramento de no salir de Jerusalén, hecho de que no pudo disculparse. Obró Semeí arbitrariamente, pues de otra suerte habría denunciado el hecho al Rey. Además, el haber ido en pos de los esclavos al rey Aquis de Filistea y recuperado los de éste sin dificultad, le hacía sospechoso de traición.

[5] Allí se encontraba el Tabernáculo de Moisés (sin el Arca de la Alianza) y el altar de los holocaustos (I *Par.* 16, 39; 21, 29). Acaso eligiera Salomón esta «celebérrima ciudad sagrada» por celebrar la toma de posesión del trono con solemnidades religiosas y fiestas populares en que pudiesen tomar parte las tribus del norte. Cfr. Kugler, *Von Moses bis Paulus* 104 ss.

«Yo y esta mujer vivíamos en una misma casa. Tuvimos ambas a cada niño; mas el de esta mujer murió una noche, porque estando ella durmiendo le sofocó. Y levantándose en silencio a una hora intempestiva, tomó a mi hijo del lado de tu sierva que dormía y lo puso en su regazo, y a su hijo, que estaba muerto, lo puso en el mío. A la mañana encontré muerto a mi hijo; pero mirándole con mayor cuidado a la claridad del día, reconocí que no era el mío». Como ambas se disputasen el niño vivo delante del Rey, dijo éste: «Traedme una espada». Y luego mandó: «Dividid al niño vivo en dos partes, y dad una mitad a la una y la otra mitad a la otra». Asustada y acongojada la mujer a quien realmente pertenecía el niño vivo, clamó al Rey: «Dale, te ruego, oh Señor, a ésa el niño vivo, antes que matarle». La otra, en cambio, decía: «Ni sea mío ni tuyo; sino divídase». Respondió el Rey, y dijo: «Dad a aquélla el niño vivo, y no se le quite la vida; porque es su madre». Oyó, pues, todo Israel la sentencia que había pronunciado el Rey, y le temieron, viendo que había en él sabiduría de Dios para hacer justicia.

557. *La sabiduría otorgada por Dios a Salomón* era triple:
a) Religiosa, ciencia sobrenatural de las cosas divinas, de la cual se dice aquella sentencia: «todo el oro, comparado con ella, no es más que un poco de arena; y, a su vista, la plata será tenida por lodo; su resplandor es inextinguible [1]. *b)* Sabiduría *moral y política,* luz emanada de aquella sabiduría religiosa que guía al príncipe y a los súbditos a la felicidad temporal y a la salvación eterna. A ésta se aplica aquella sentencia: «En la sabiduría reside el espíritu de inteligencia, santo, inmaculado, amante del bien, benéfico, amador de los hombres, benigno, etc.» [2]. *c)* Sabiduría *natural y profana,* que otorgó Dios a Salomón para que conociese las artes y ciencias naturales; por lo que se ponen en boca de Salomón aquellas palabras: «Dios me dió la verdadera ciencia de las cosas existentes; para que yo conozca la estructura del mundo y las virtudes de los elementos, el principio y fin y el medio de los tiempos, el curso del año y la posición de las estrellas, los instintos de los animales salvajes y domésticos, la variedad de las plantas y las virtudes de las raíces, etc.» [3]. Por la unión de estas tres sabidurías, se aventaja Salomón a todos los sabios del Antiguo Testamento; pero Moisés y los profetas poseyeron conocimiento más profundo de las cosas divinas; y en el Nuevo Testamento apareció la Sabiduría misma encarnada en Cristo y se comunicó a sus santos mucho más espléndidamente que en el Antiguo Testamento [4].

73. Construcción y Dedicación del Templo [5]

(III *Reg.* 5-8. II *Par.* 2-7)

558. Uno de los primeros cuidados de Salomón fué llevar a cabo el plan de su padre, construyendo un Templo digno del Señor.

---

[1] *Sap.* 7, 9 10; cfr. *Iob* 28, 15 ss.—Acerca de los libros atribuídos a Salomón *(Proverbios, Cantar de los Cantares, Eclesiastés)* cfr. núms. 775-781.
[2] *Sap.* 7, 22 ss.; cfr. *Iac.* 3, 17; núm. 803. [3] *Sap.* 7, 17.
[4] *Baruch* 3, 38. *Matth.* 12, 42. *Ioann.* 1, 14 16. I *Cor.* 1, 5 19 ss.; 30; 2, 6; *Ephes.* 1, 8. *Col.* 2, 2 ss.
[5] Acerca del Templo (salomónico) cfr. especialmente Schick, *Die Stiftshütte; Der Tempel in Jerusalem,* etc. (con 47 grabados y 11 litografías; Berlín 1896); P. O. Wolff, *Der Tempel zu Jerusalem* (Viena 1913). Para fines práctico-populares es muy a propósito Bauer, *Der Tempelberg in Jerusalem und seine Heiligtümer* (con dos fotolitografías y seis fotografías; Einsiedeln-Waldshut 1899).

Una embajada que el rey Hiram de Tiro (fig. 67)[1] le enviara para darle el parabién por su ascensión al trono y renovar la amistad concertada con su padre David, le ofreció ocasión de entrar en tratos con este rey acerca de los materiales y de los operarios que necesitaba para la obra. Ajustó, pues, Salomón con Hiram un contrato, en virtud del cual el rey de Tiro se comprometía a proveerle de madera de pino y cedro[2] y de piedras preciosas[3] del Líbano; en cam-

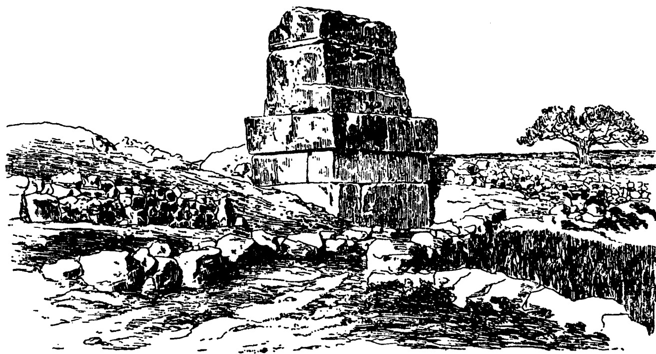


Fig. 67. — Mausoleo de Hiram, rey de Tiro.

bio Salomón se obligaba a dar a Hiram cada año 20000 coros[4] de trigo y 20 de aceite finísimo para la manutención de su corte, y todo lo necesario para los trabajadores que señalase Hiram, a saber: 20000 coros de trigo y otros tantos de cebada, 20000 metretas[5] de vino y otras tantas de aceite; y una vez terminadas todas las obras, veinte ciudades al norte de Galilea, en compensación, según parece, o como prenda[6] de los 120 talentos de oro[7] que le dió el rey tirio. Escogió también Salomón 30000 obreros de todo Israel, a los cuales enviaba al Líbano por turno, 10000 cada mes: de modo que los obreros trabajaban un mes y permanecían dos en sus casas[8]. De los 153600 cananeos que todavía moraban

[1] Cfr. núm. 507. Acerca del sepulcro de Hiram véase *HL* 1901, 121 s. Los modernos, especialmente Winckler y Jeremías (*ATAO*[3] 484), interpretan las relaciones de Salomón con Hiram (fenicios) como las de vasallo con su soberano. Mas esto, ni se compadece con el relato bíblico (que sólo habla de un pacto y compromiso entre ambos), ni se demuestra por fuentes extrabíblicas. Más tarde el reino del norte dependió temporalmente de los fenicios, como lo prueba la penetración del culto de Baal entre los israelitas y el matrimonio de Acab con una princesa de Tiro; no así el reino de Judá, que antes bien buscaba la amistad de Damasco. Probablemente las relaciones de Salomón con Hiram en el primer período fueron las de deudor con acreedor; porque Salomón empeñó 20 ciudades del norte de Israel, que más tarde le fueron devueltas. De suerte que no hay contradicción objetiva entre III *Reg.* 9, 11 y II *Par.* 8, 2. Véase Sanda l. c. 29 s.

[2] La palabra hebrea *beroschim* significa probablemente cipreses, frecuentemente citados con los cedros como madera preciosa de construcción. En Palestina la madera ordinariamente empleada para costruir era la higuera silvestre; cfr. Fonck, *Streifzüge* 77; Hagen en *LB* I 27; acerca del cedro véase núm. 566.

[3] En Jerusalén abundaba la piedra ordinaria de construcción; pero aquí se trata de materiales escogidos, de sillares de 4 y 5 m. de longitud (III *Reg.* 7, 10). Utilizáronse principalmente para nivelar la meseta del monte Moria y ampliarla con un sistema de construcciones subterráneas abovedadas que arrancaban del valle del Cedrón. Así se formó ya en aquel tiempo casi toda la inmensa explanada del Templo, aun hoy existente, de 500 m. de largura por 300 de anchura (Cfr. Fl. Josefo, *Ant.* 8, 3, 9). De aquí el nombre de «caballerizas de Salomón», que aún hoy se da a las colosales bóvedas de los sótanos del edificio.

[4] 72880 hectolitros. Cfr. núm. 152.

[5] 7288 hectolitros.

[6] Cfr. II *Par.* 8, 2.

[7] Más de 3000 Kg., casi 16250000 marcos oro (cfr. núm. 298).

[8] Cada año, por consiguiente, trabajaban cuatro meses para Salomón.

en el país, destinó Salomón 70000 para el acarreo de los materiales, 80000 para canteros, 3300 para capataces y 300 para sobrestantes; y todavía añadió 250 sobrestantes israelitas [1]. La madera y la piedra fueron tan completa y acabadamente trabajadas en el mismo Líbano, que en la construcción no se oyó sonido de martillo, cincel ni otro instrumento de hierro. Los operarios de Hiram llevaban el material en balsas por el mar hasta Joppe, puerto de Israel, de donde era transportado a Jerusalén.

559. En el año 480 de la salida de Egipto, en el cuarto año de su reinado, en el segundo mes [2], comenzó Salomón la fábrica del Templo, según los diseños que David, su padre, por inspiración divina proyectara [3]. La grandiosidad y magnificencia del edificio correspondía a los grandes preparativos. Se conservaron en número y medida las proporciones del Tabernáculo, materia y color del mismo; pero todo se ejecutó en mayor escala y con más riqueza y suntuosidad [4].

El Templo propiamente dicho, construído en sus líneas generales a semejanza del Tabernáculo, medía 60 codos de largo (31 $^1/_2$ m.), 20 de ancho y 30 de alto [5]. Precedíale por la parte oriental un *vestíbulo* de 20 codos de ancho y 10 de fondo; por los otros tres lados le rodeaban *edificios accesorios* de tres pisos [6]; de 5 codos de altura el primero, de 6 el segundo y de 7 el tercero; y a cada piso

---

[1] También acerca de estos números se han suscitado dudas, mientras que los datos anteriores no ofrecen dificultad alguna. Es evidente que, dada la dificultad del transporte por países montañosos y con malos caminos, se necesitaba un gran número de trabajadores. Puede ser también que el Texto Sagrado dé, en números redondos, la totalidad de los operarios destinados y disponibles para estos trabajos, sin que sea preciso admitir que todos ellos se empleasen simultáneamente.

[2] Kugler (*Von Moses bis Paulus* 172 ss.) calcula que el Templo se comenzó en el año 968 a. Cr. Esta fecha, determinada con sumo esmero, ofrece garantía de certeza y la adoptamos en nuestro Manual.

[3] Cfr. núm. 552.

[4] El P. O. Wolff reduce a una ley unitaria las dimensiones del Templo, demostrando ser el altar la unidad de medida y estar relacionado el conjunto por la figura geométrica formada por dos triángulos equiláteros, inscrito el uno y circunscrito el otro en una circunferencia, o por la estrella de seis puntas, el *hexagrama*. En otra obra: *Tempelmasse,* ha demostrado que esta ley de proporción se conocía mucho antes que existiera el Templo Salomónico y dominó la arquitectura religiosa antigua y cristiana.—El relato de la construcción del Templo ofrece muchas dificultades (cfr. *RB* 1907, 515: *La description du Temple de Salomon; Rb* 697). El haber sido construído por artífices extranjeros y según modelos paganos, no prueba «que en su diseño y avío no expresase la idea específica del culto de Yahve, antes bien se acomodara a los conceptos religiosos de Oriente» (Benzinger, *Hebr. Archäologie*[2] 329). Con los «edificios extranjeros», egipcios, fenicios y babilónicos, sólo tiene de común el pórtico, la gran sala, el *Sancta Sanctorum* y los edificios laterales. El verdadero modelo que simbolizaba las ideas del culto de Yahve fué el Tabernáculo de Moisés. De éste era el Templo copia exacta; las circunstancias, sin embargo, impusieron algunas modificaciones (por ejemplo, en el altar): tratábase no ya de una tienda portátil, sino de un edificio suntuoso.

[5] Según II *Par.* 3, 3 se trata del codo (sagrado) antiguo (0,525 m.; cfr. pág. 137, nota 1). Las medidas se entienden en luz, es decir, según el espacio interior, sin contar el grueso de los muros: seis codos la base del Templo y cuatro la de los edificios laterales (*Ezech.* 41, 5), prescindiendo también del grueso de los techos. En sentir de Mommert (*Topographie* II 20 ss.) y Hasak (*HL* 1914, 197), para el Templo se adoptó una unidad de medida más pequeña que la corriente: el codo de construcción, equivalente a 1 pie, o sea 27-31 cm. según el uno, y a 36-39 cm. según el otro. Pero sucede que los orientales cuidaban mucho de construir los templos según medidas mayores que las empleadas para los edificios profanos (Wolff l. c. 12, nota 1).

[6] Cada piso tenía (cfr. *Ezech.* 41, 6; Fl. Josefo, *Ant.* 8, 3, 2) unos 30 aposentos de cinco codos de largo por otros tantos de alto; en ellos se guardaban las cosas preciosas, las vestiduras y vasos sagrados y los tesoros del Templo.

disminuía 1 codo el grueso del muro del Templo [1]. En el interior estaba el *Sancta Sanctorum*, de 20 codos (es decir, 10 $^1/_2$ m. de largo, ancho y alto); encima de él quedaba un espacio de 10 codos de alto (II *Par.* 3, 9), el cual se utilizó probablemente para guardar el antiguo Tabernáculo de Moisés y otras reliquias venerandas. Una pared de 2 codos de espesor separaba el

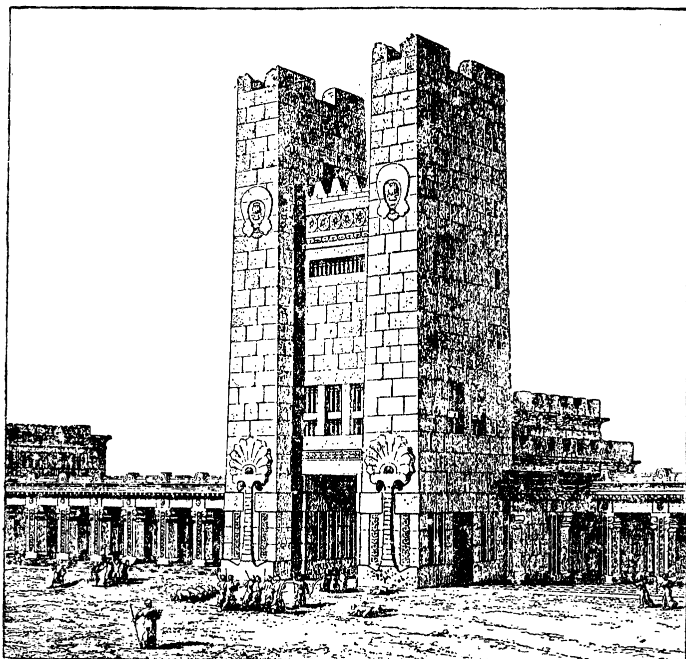


Fig. 68. — Puerta meridional del Templo de Salomón. (Reconstrucción de Chippiez).

Sancta Sanctorum del Santo [2]. El techo del Templo y de los edificios anejos era de madera de cedro y estaba provisto de una barandilla. Delante de la entrada del vestíbulo [3] se alzaban dos columnas de bronce artísticamente labradas, llamadas *Jakin* y *Booz* [4], de 18 codos de altura y 12 de períme-

[1] Las vigas de los pisos descansaban en los retallos sin penetrar en los muros. Por fuera el edificio medía 95 codos (50 m.) de largo, 50 (26 $^1/_4$ m) de ancho y 33 (17 m.) de alto; las construcciones anejas se elevaban a 18 codos (9 $^1/_2$ m.), de modo que los muros del Templo sobresalían todavía 15 codos (7 $^1/_2$ m.). En esta parte superior de los muros iban las ventanas. El vestíbulo tenía 20 codos de ancho, como el cuerpo del edificio, 10 u 11 de fondo (III *Reg.* 6, 3; cfr. *Ezech.* 40, 49) y 120 de alto (II *Par.* 3, 4). Mas en esto último acaso haya algún descuido en las letras numéricas. Algunos le dan una altura de 20 ó 30 codos; O. Wolff opina que la altura y la anchura eran de 60 codos, de suerte que el vestíbulo tenía habitaciones laterales como más tarde las tuvo el del Templo de Herodes. La entrada tenía (según *Ezech.* 40, 48) una anchura de 14 codos (7,35 m.); desconocemos la altura, que pudo ser de unos 28 codos (14,7 m.). No tenía hojas ni probablemente cortina.

[2] Cfr. III *Reg.* 6, 16; *Ezech.* 41, 3.

[3] Cfr. III *Reg.* 7, 21 y II *Par.* 3, 15. Suponen algunos que no estaban separadas del vestíbulo, sino que en ellas descansaba el dintel de la puerta; de ser así, la altura de la entrada estaría comprendida en la de las columnas, 23 (26 ó 27) codos.

[4] *Jakin* significa: El (Dios) asienta (el Templo); *Booz* o *Boas* quiere decir: la fortaleza está en El (en Dios); representaban, por consiguiente, la sólida confianza de haberles

tro [1], las cuales remataban en sendos capiteles ricamente adornados, de 5 codos de altura; su altura total era, pues, de 23 codos (12,075 m.).

Dos grandes *atrios* rodeaban el Templo. El exterior para el pueblo y el interior (15 gradas) más elevado [2], para los sacerdotes: ambos con el suelo enlosado [3] y circundados por sendos muros. Adosados interiormente a los del septentrión y del mediodía, veíanse numerosos edificios de varios pisos, donde se alojaban los sacerdotes, levitas, empleados del Templo, etc., y se guardaban las provisiones [4]. Las puertas eran de bronce [5].

Dios deparado un Templo firme, duradero y eterno, o más bien un reino, del que era centro y símbolo el Santuario, y la plena seguridad de no quedar privados de auxilio y protección los que allí viniesen a orar. Según los modernos, las columnas corresponden a los obeliscos y columnas de los templos de Egipto y Fenicia, tenidos en aquellos pueblos por símbolos de la divinidad. «No es cosa de discutir» si las columnas se consideraban en tiempo de Salomón—no digamos más tarde—como símbolos de Yahve (si tenían, por consiguiente, algo de común con las *masseboth* [estelas] prohibidas en la Ley) (Benzinger) Si sólo se mira a la semejanza externa, una cosa puede tener muy diversos significados religiosos.

1 Eran huecas por dentro, con un espesor de cuatro dedos (8,75 cm.) (*Ierem.* 52, 17, 20-23). Para más detalles véase III *Reg.* 7, 13-21 41 s.; *Ezech.* 40, 49. Según Eupolemos (Eusebio, *Praec. evang.* 9, 43) estaban recubiertas de una capa de oro de un dedo de espesor.

2 *Ierem.* 36, 10. *Ezech.* 40, 31.

3 Cfr. II *Par.* 7, 3; lo mismo el atrio exterior (*Ezech.* 40, 17).

4 Véase el plano y la explicación.

5 Cfr. II *Par.* 4, 9.—Nada dice el texto de las *dimensiones* de los atrios. Si, como es de suponer, las proporciones eran las del Tabernáculo, el atrio de los sacerdotes tendría 200 codos (105 m.) de largo por 100 de ancho (51 $^1/_2$ m.), ocupando el altar de los holocaustos una superficie de 100 $\times$ 100 codos $=$ 10000 codos^2 (2756 m^2), etc. El atrio exterior o de las mujeres, situado al oriente del de los sacerdotes, a juzgar por el plano del Templo de Herodes, estaba 15 gradas (7 $^1/_2$ codos) más bajo que aquél y tenía 90 codos de largo y ancho, es decir, una superficie de 8100 codos^2, más de 2200 m^2. Según Fl. Josefo y el *Talmud*, un tercer atrio rodeaba los edificios y atrios anteriormente descritos: el «santuario exterior» o «monte del Templo», con amplios y espaciosos pórticos y elevadas puertas (Fl. Josefo, *Ant.* 8 3, 9; fig. 68). Era de forma cuadrada; según Ezequiel (42, 15-20), tenía 500 codos de lado (más de 260 m.), y según Wolff 540 codos. Parece, pues, que ya en tiempo de Salomón había un atrio destinado a los gentiles

---

Explicación del plano adjunto (fig. 69), que ilustra cuanto llevamos dicho acerca del Templo.

ABCD	Actual explanada Haram-ech-Cherif	K	Cámaras.
abcd	Templo de Salomón.	R	Lugar del palacio de Salomón.
O	Monte del Templo.	y	Lugar donde más tarde estuvo la Torre Antonia con su patio.
N	Atrio exterior.	S	Puerta doble (subterránea).
I	Atrio de las mujeres (añadido probablemente después del destierro).	W	Puerta triple (subterránea).
H	Atrio de los sacerdotes.	x	La erróneamente llamada «Puerta Dorada».
F	Altar de los holocaustos, en el sitio que hoy ocupa la «Roca Sagrada», bajo el Kubbet es-Sachra o cúpula de la Roca (mezquita de Omar).	l	Trono de Salomón.
		p	Puerta (Bab en-Nazir).
		g	» (» el-Hadid).
E	*Sancta Sanctorum.*	f	» (» el-Kattenin).
L	Santo.	r	» (» es-Silsele-Schaleiheth (I *Par.* 26, XVI).
V	Edificios laterales del Templo.		
T	Puertas.	h	» (» el-Magharibe).

Las curvas de puntos son curvas de nivel; de donde se ve que el Templo con el atrio de los sacerdotes ocupaba el lugar más elevado, y el altar de los holocaustos (¿el *Sancta Sanctorum?*) estaba sobre la «Roca Sagrada». Las alturas están dadas en metros. El codo se calcula igual a 0,50 m. (más exactamente 0,52 m.).

Las puertas del mediodía son antiquísimas; no así las del oeste, que sustituyeron, tal vez, a las primitivas. Las septentrionales son modernas.

Las rectas de puntos indican edificios modernos o calles.

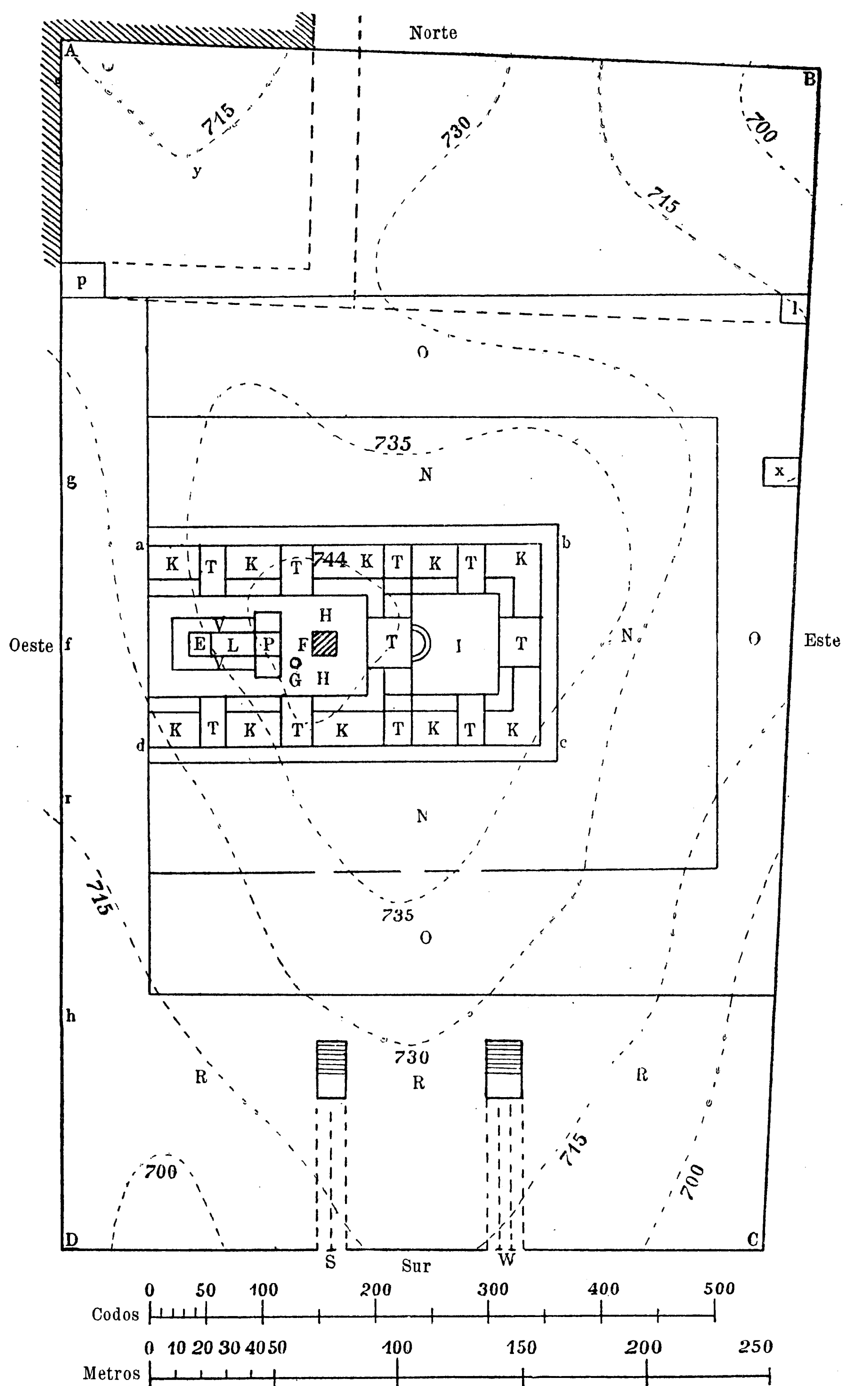


Fig. 69. — Sitio y planta del Templo de Salomón. (Según el P. Odilo Wolff O. S. B.).

560. *La puerta del Templo,* de 5 codos de anchura, era de madera de ciprés; ambas hojas, a su vez divididas [1], giraban sobre goznes de oro; estaban adornadas de molduras artísticas, chapeadas de oro. Semejante era *la puerta del Sancta Sanctorum,* pero de madera de olivo y de 4 codos de anchura. Abierta esta puerta, todavía quedaba cerrado el *Sancta Sanctorum* por una cortina del mismo estilo que la del Tabernáculo [2]. En las paredes del Templo, revestidas interiormente de madera de cedro, se veían figuras de querubines, palmas, frutos y toda clase de flores, tan artísticamente talladas, que parecían de relieve. El pavimento y las molduras del *Santo* y *Sancta Sanctorum* estaban recubiertas de placas de oro; y las paredes, adornadas con piedras preciosas [3]. En el *Sancta Sanctorum* se colocaron dos *querubines* [4] hechos de madera de olivo, de 10 codos de alto, recubiertos de oro; su rostro miraba hacia el exterior, y sus alas extendidas, de 5 codos cada una, abarcaban toda la anchura del *Sancta Sanctorum,* tocándose sus extremidades; debajo de ellas se colocó el *Arca del Testamento* con sus querubines [5].

561. *Todos los objetos sagrados,* el altar del incienso, las diez mesas para los panes de la Proposición, los diez candelabros, las cien tazas, etc., eran de oro purísimo. Y aun sobró muchísimo oro y plata, que Salomón depositó en el tesoro del Templo. Son dignos de especial mención el *altar de los holocaustos* [6] (figura 70), que era un enrejado broncíneo, de veinte codos de largo y ancho por diez de alto, lleno de tierra y piedra sin labrar, colocado en medio del atrio de los sacerdotes, y el *mar de bronce,* una gran pila que sustituyó al baño del Tabernáculo [7]. Estaba el mar de bronce entre el altar de los holocaustos y el Templo propiamente dicho, probablemente un poco hacia la izquierda, es decir, hacia el mediodía; su grosor era de cuatro dedos (8,75 cm.); su profundidad de cinco codos (2.625 m.) y su anchura de diez codos (5,25 m.), y era capaz para dos mil bat [8]. El borde superior tenía la forma de azucena y por debajo de él se

---

(cfr. III *Reg.* 8, 41; II *Par.* 6, 32; núm. 563). Estando tan próximos el Templo del Señor y el palacio de Salomón (II *Reg.* 7, 1 ss.; 9, 1, 10, 15. IV *Reg.* 16, 18), solamente separados por un muro (cfr. *Ezech.* 43, 8), se cree que también el último estaba edificado en la explanada del Templo, al mediodía de él. Por el lado del norte protegía la ciudad y el Templo una torre (que más tarde se llamó Bura y Antonia). La explanada actual (Haram ech-Cherif) data de Herodes, el cual, al reedificar el Templo, amplió el recinto salomónico primitivo mediante ingentes obras de cimentación por oriente, norte y sur. Cálculos precisos, medidas y diseños véanse en Wolff, *Der Tempel zu Jerusalem* 27 ss.

[1] Puede entenderse de dos maneras: cada hoja estaba dividida en dos partes de arriba abajo, o se componía de una parte superior fija y otra inferior movible. En ambos casos el objeto era el mismo: que tan grande puerta no estuviese toda abierta.

[2] Cfr. núm. 299.

[3] Para el dorado del *Sancta Sanctorum,* es decir, de las cuatro paredes, techo y suelo, seis superficies de 400 codos^2 cada una, se emplearon 650 talentos de oro (unos 17000 Kg., más de 85000000 de marcos oro). Cfr. I *Par.* 29, 2 8; II *Par.* 3, 6 8). La misma cantidad aproximadamente (666 talentos de oro) percibía Salomón «cada año» (III *Reg.* 10, 14).

[4] No nos describe la Sagrada Escritura detalladamente estos colosos (de cerca 5 m. de altura). Wolf (l.c. 32 ss.) se los imagina como animales mitológicos análogos a las esfinges egipcias o a los toros alados asirios con cabeza humana, algo así como los animales que arrastraban el carro de Dios, de la visión de Ezequiel (cap. 1 y 10).

[5] Según tradición judía, estaba asentada sobre una piedra que sobresalía del suelo tres pulgadas, unos ocho centímetros; pero es más probable que lo estuviese sobre un carro, pues la cubrían las alas de los querubines. El *Eclesiástico* (49, 10; cfr. I *Par.* 28, 18) habla de un carro de querubines; Ezequiel vió, juntamente con los querubines, las ruedas del carro de Dios (1, 15 ss.): También Fl. Josefo (*Ant.* 12, 11) llama «carro de Dios» a los querubines del Templo.

[6] Alzábase sobre la «Roca Sagrada» de la mezquita de Omar. Prueba de ello son el tamaño y la disposición de la roca (un canal por donde la sangre de las víctimas iba a perderse en una cueva subterránea). [7] Cfr. núm. 303.

[8] Es decir, unos 730 hectolitros (cfr. núm. 152); Hummelauer, *Salomons ehernes Meer,* en *BZ* 1906, 225 ss.

veían dos series de preciosas ornamentaciones. Descansaba sobre doce toros de bronce, que de tres en tres miraban a los cuatro puntos cardinales [1]. A derecha e izquierda del mar de bronce había cinco pilas portátiles de bronce, sobre otros tantos carros de bronce de paredes ricamente adornadas [2]; cabía cuarenta bat (960 litros) cada una, y en ellas se lavaba la carne de los sacrificios.

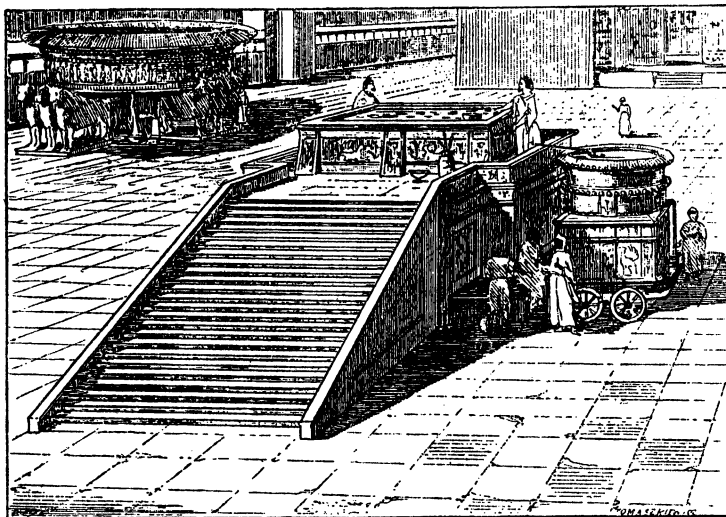


Fig. 70. — Altar de los holocaustos del Templo de Salomón; a la izquierda, el mar de bronce; a la derecha, una pila portátil. (Reconstrucción de Mangeant.)

Todos estos utensilios y todos los objetos artísticos se fabricaron bajo la dirección de un famoso artífice de Tiro que se llamaba *Hiram* (como el rey), hijo de tirio y de danita, viuda de un neftalita. El rey Hiram le tenía en tanta estima, que le honraba con el nombre de «padre mío» [3]; Salomón manifestó deseos de contar con dicho artífice. Sabía trabajar el oro y la plata, el bronce, el hierro y la madera, la púrpura, la escarlata y el jacinto, y era diestro en toda clase de molduras [4].

---

[1] También en los templos de Babilonia se veían grandes pilas, que simbolizaban el reino del agua y el océano celeste, sustentadas por 12 toros, en representación del reino animal. Benzinger, *Hebr. Archäologie*[2] 330. Aun supuesta la verdad del simbolismo, no deja de tener el mar de bronce un fin práctico. Y si a alguien le pareciere la construcción incómoda para el objeto a que se destinaba, por ser demasiado alta la pila, observe que la Sagrada Biblia nos la describe muy someramente. No eran desconocidos en la antigüedad los acueductos y las grúas.

[2] En hebreo *mekonah*. Se han encontrado analogías—los makânat de los mineos—y en Chipre ejemplares bien conservados (fig. 71). Son tan evidentes el simbolismo y la aplicación del agua, que no hay por qué buscar explicaciones de la invención y uso ritual del utensilio. El Texto Sagrado hace resaltar principalmente el primor de la obra. Cfr. Kittel, *Die Kesselwagen des Salomonischen Tempels*, en *Studien zur hebr. Archäologie* I (Leipzig 1908), 199; Richter en *ZDPV* 1918, 1 ss.; Kalt, *Bibl. Archäologie* número 69 *e*.



Fig. 71.
Pila portátil de Larnaka (Chipre).
(Hacia 1000 a. Cr.).

[3] Es decir, consejero; cfr. núm. 216. [4] Cfr. III *Reg.* 7, 13 ss.; II *Par.* 2, 6 ss.

562. Durante la construcción del edificio *habló el Señor* a Salomón y le renovó las promesas [1]. A los siete años [2] se terminó la obra. El séptimo mes, en la fiesta de los Tabernáculos [3], reunió Salomón a los ancianos y príncipes de las doce tribus para trasladar *el Arca del Testamento* con toda pompa de Sión al monte Moria. Presentáronse todos ante el Señor con pronta devoción y ofrecieron una gran multitud de ovejas y bueyes. Los levitas tañían sus címbalos, arpas, cítaras y otros instrumentos, y ciento veinte sacerdotes tocaban las trompetas. Cuando llegó el Arca a la entrada del Templo, la acompañaron sólo los sacerdotes hasta el *Sancta Sanctorum*. Volvieron luego los sacerdotes y se colocaron delante del altar de los holocaustos en el atrio interior; entonaron una vez más con sus instrumentos las alabanzas de Dios, y tanto alzaron la voz, que se les oía a gran distancia: «Alabad al Señor porque es bueno y su misericordia permanece eternamente». Y sucedió, que la *Majestad del Señor* envolvió en una densa nube toda la casa, llenándola por completo. Salomón, que estaba en una tribuna de bronce entre el atrio de los sacerdotes y el del pueblo, dijo estas palabras: «El Señor quiso antes habitar en una nube [4]. Mas yo le he edificado una casa, para que viva en ella para siempre».

563. Saludó luego Salomón a toda la concurrencia, y refirió cómo le había escogido Dios a él, en una revelación que hizo a su padre David, para la gran obra de la construcción del Templo; fué al atrio de los sacerdotes, arrodillóse delante del altar de los holocaustos y, extendiendo las manos hacia el cielo, dijo: «¡Oh Señor Dios de Israel! no hay semejante a ti ni arriba en el cielo ni acá abajo en la tierra. Porque si los cielos, y los cielos de los cielos, no pueden abarcarte ¿cuánto menos esta casa que yo he fabricado? Mas yo la he construído esperando que oirás aquí de una manera especial la oración de los tuyos. Sí; estén abiertos tus ojos día y noche sobre esta casa de la cual dijiste [5]: Mi Nombre será en ella invocado. Escucha la oración de tu siervo y de tu pueblo Israel, escucha sus súplicas y séle propicio. Cuando acudan a ti en guerra, hambre, peste u otra calamidad, óyeles, para que te teman todos los días que vivieren en esta tierra que diste a nuestros padres. Y cuando el extranjero viniere de lejanas tierras por amor de tu Nombre, y orase en este lugar [6], escúchale, *para que todos los pueblos del mundo aprendan a temer tu Nombre, como tu pueblo Israel.* Y si tu pueblo pecare contra Ti, y hubiese de ser entregado

[1] Cfr. III *Reg.* 6, 11. Probablemente por medio de un profeta, porque desde que el Señor se le apareció en Gabaón (cfr. núm. 556), no leemos que recibiera de Dios tan señalado favor hasta la fiesta de la Dedicación del Templo (III *Reg.* 9, 1 ss.; II *Par.* 7, 12; cfr. núm. 564).

[2] Cfr. III *Reg.* 6, 37 s., el año 11 del reinado de Salomón, el mes décimo (noviembre), por consiguiente pasados 7 años (cfr. núm. 559). La Dedicación se efectuó el séptimo mes, como mes sabático (cfr. núm. 329 ss.), inmediatamente antes de la fiesta de los Tabernáculos, por consiguiente antes de terminarse el Templo, o al año siguiente. Según la versión griega y algunos intérpretes, se debió de celebrar la Dedicación 13 años después, terminado el palacio real y los demás edificios de la explanada del Templo, a los 20 años de comenzar las obras, a los 24 del reinado de Salomón (cfr. también III *Reg.* 9, 10; II *Par.* 8, 1).

[3] Propiamente siete días antes, porque la Dedicación duró siete (del 8 al 15) y otros siete (ocho con el de clausura) la fiesta de los Tabernáculos, que se celebró a continuación; con esto dió Salomón por terminadas las fiestas y el día 23 del séptimo mes despidió al pueblo (II *Par.* 7, 8 ss.).

[4] Cfr. núm. 304.

[5] *Deut.* 12, 11.

[6] Cfr. III *Reg.* 8, 41; II *Par.* 6, 32; *Num.* 15, 14. Este pasaje parece indicar que también los gentiles tenían asignado un lugar en el Templo de Salomón (cfr. núm. 559).

por Ti en las manos de sus enemigos, mas arrepentido se volviere a Ti desde el sitio de su cautividad, y te suplicare con el rostro vuelto a Jerusalén y al Templo [1], óyele, perdónale y vuélvelo a la tierra que diste en herencia a sus padres».

Levantóse Salomón, bendijo a la concurrencia en alta voz y dijo: «Bendito sea el Señor, que ha dado paz a su pueblo, y no ha dejado sin cumplir ni una sola de sus promesas. Sea con nosotros Yahve nuestro Dios, y no nos desampare; incline hacia sí nuestros corazones, para que andemos en todos sus caminos y guardemos sus mandamientos. Y ésta mi oración esté presente ante el Señor Dios nuestro día y noche, para que El defienda la justa causa de su siervo y de su pueblo Israel, *y conozcan todas las naciones de la tierra* que El, Yahve, es nuestro Dios, y que no hay otro fuera de El».

Terminada la oración de Salomón, *cayó fuego del cielo* [2] y devoró las víctimas. Postráronse los israelitas con el rostro en tierra, y adoraron al Señor. Y Salomón y el pueblo ofrecieron 22000 bueyes y 120000 carneros; y celebraron un banquete [3]. Después de lo cual, el Rey despidió al pueblo; y los israelitas le bendecían (le mostraron su reconocido respeto) y se fueron alegres a sus casas.

564. *Apareciósele* después *el Señor* por segunda vez, como antes en Gabaón [4], y le dijo: «He oído tu plegaria, y he escogido y santificado esta casa, para habitación mía en todo tiempo [5]. Cuando quiera que mi pueblo arrepentido acudiere a mí en sus apuros, le escucharé; *mis ojos y mi corazón estarán siempre allí,* y atenderé a todo el que allí orare. Y si anduvieres en simplicidad de corazón y en justicia, como tu padre, confirmaré tu señorío sobre Israel para siempre, como se lo prometí a David [6]. Pero si tú y tus descendientes os apartareis de mí y sirviereis a otros dioses, arrasaré a Israel de la tierra que le di; arrojaré lejos de mí este Templo, e Israel será el ludibrio de todas las naciones» [7].

565. El nombre del *monte Moria* [8], donde Abraham subió a sacrificar a su hijo Isaac, tuvo sublime cumplimiento al ser escogido para lugar de oración y sacrificios de Israel y de todo el mundo. Pero todavía esto era una débil figura del cumplimiento mucho más espléndido que llegó a tener en la Nueva Alianza, cuando en dicha montaña, en el *Gólgota,* se consumó el sacrificio de Jesucristo; a la *renovación incruenta* del mismo acuden todos los pueblos de la tierra, de oriente a poniente [9]; y por sus méritos infinitos consiguen segura y satisfactoria acogida en todas sus plegarias. Por esto, el *Templo edificado sobre el monte Moria* es pálida sombra del fundado por Cristo, *la Iglesia:* del cual El mismo [10] es roca inconmovible y piedra angular; fundamento, sus apóstoles [11]; y sillares, los verdaderos fieles repartidos en todo el mundo [12].

---

[1] Cfr. núm. 336.

[2] Cfr. núms. 314 y 323.

[3] El crecido número de sacrificios se explica teniendo en cuenta que las fiestas duraron 15 días. No era de necesidad que los levitas inmolasen las víctimas; Salomón había hecho erigir varios altares para dar abasto a tantos sacrificios. Estos eran hostias pacíficas, que sólo en parte se quemaban. En la suma total está comprendido todo lo que consumió aquel río de gente que durante 15 días afluyó a Jerusalén. No debió de ser poco, pues el consumo diario de la corte de Salomón ascendía a 30 bueyes y 100 carneros (véase núm. 568). Es de suponer que se hubieran hecho los convenientes preparativos y que las tribus de Israel habrían contribuído a los sacrificios.

[4] Es decir, en sueños (núms. 556 y 562).

[5] Mientras Israel sea el pueblo de Dios (III *Reg.* 9, 3-5; cfr. núm. 140), y después en la Iglesia del Mesías.

[6] Cfr. núms. 513 y 518.

[7] Cfr. *Deut.* 28, 37; núm. 398. Acerca de esta promesa y su carácter mesiánico véase Reinke, *Beiträge* IV 481. [8] Cfr. núm. 162. [9] *Malach.* 1, 11.

[10] Cfr. núm. 182. [11] *Apoc.* 21, 14. [12] *Ephes.* 2, 20 21. 1 *Petr.* 2, 4 5.

566. El Líbano [1], que quiere decir cordillera blanca [2], recibió su nombre de la nieve que corona sus elevadas cumbres [3]; pasan éstas de 3000 m. de altitud. Dos cordilleras corren paralelamente a la costa de Fenicia. Su longitud es de 150 Km., abarcando una anchura de 75; entre ambas queda un dilatado y profundo valle, llamado Celesiria, antiguamente muy poblado, donde tienen sus fuentes dos ríos gemelos que corren en dirección opuesta, flanqueando la cordillera; el Orontes, que pasa por Antioquía y el Leontes, que desemboca al norte de Tiro. La cordillera occidental, el Líbano en sentido estricto, extiéndese hasta el Mediterráneo, y envía al mismo sus promontorios ingentes y escarpados. La cordillera oriental se llama Antilíbano y es más alta que la anterior; desciende en declive hacia Damasco, donde queda cortada, elevándose hacia el sur la cúspide majestuosa del monte Hermón [4] (2860 m. de altitud). Este era antiguamente el límite norte de la región transjordánica de Palestina [5]. Al decir de los poetas árabes, el Líbano está coronado del invierno, tiene por manto la primavera, envuelve en su regazo el otoño, y a sus plantas dormita el estío. Porque la nieve fulge en las cumbres más altas; pero en las zonas bajas se derrite, formando arroyos y ríos que producen una vegetación exuberante en toda la comarca del Líbano, especialmente en el Hermón [6]. El cultivo llega hasta las estribaciones más elevadas, que aparecen salpicadas de ciudades y aldeas. Son famosos los viñedos de sus laderas [7]. Abundan las moreras, y está muy atendida la industria de la seda. Los habitantes del Líbano son en su mayoría católicos. Llámanse *maronitas,* nombre que les viene probablemente del abad san Maro, que vivió hacia el año 400. Distínguense por su valentía, fidelidad a sus creencias y adhesión a la Santa Sede [8].

El cedro, la más noble de las coníferas aciculares, criábase antiguamente en abundancia en el Líbano, y era de calidad excelente. Por su elevada altura, forma grácil y extraordinaria robustez, el cedro simboliza en la Sagrada Escritura tanto el orgullo de los impíos [9], como la fama imperecedera de los piadosos [10], de los prepotentes [11] y encumbrados, de los pueblos gloriosos y prósperos [12] y del Mesías [13]. Tiempo ha que desaparecieron del Líbano [14]; como restos de aquel esplendor, cerca de la cumbre más elevada, unos 10 Km. al sudeste de Edén, queda un *bosquecito* de unos 400 cedros, situado no lejos de la aldea de Bcherre.

74. Magnificencia y sabiduría de Salomón. Su fin

(III *Reg.* 7, 1-12; 9, 15 a 43. II *Par.* 8 y 9)

567. Construído el Templo, edificó Salomón un magnífico *palacio* para sí y una casa para la hija de Faraón, a la cual había tomado por mujer [15]. Parte de su palacio de cien codos de largo, cincuenta de ancho y

---

[1] Cfr. núm. 133. [2] Del hebreo *laban,* blanco.
[3] La cumbre más alta es el Timarun, de 3212 m., al nordeste de la aldea de Bcherre.
[4] Cfr. *Ps.* 28, 6; *Cant.* 4, 8; Keppler, *Wanderfahrten und Wallfahrten* 8-10 417 ss.
[5] Núm. 459; cfr. *Deut.* 3, 8.
[6] *Cant.* 4, 15. *Osee* 14, 6. *Nah.* 1, 4. [7] Llamado *vino d'oro.*
[8] El número de católicos de ritos orientales asciende a 560000, según cálculos recientes. — Más pormenores acerca del Líbano y sus habitantes en Keppler l. c. 444 ss.; *KL* VIII 891 ss.; *HL* 1898, 97; 1901, 69. [9] *Ps.* 28, 5. *Is.* 2, 13. *Ierem.* 22, 23.
[10] *Ps.* 91, 13. [11] *Iudic.* 9, 15. IV *Reg.* 14, 9; 19. 23.
[12] *Num.* 24, 6. *Amos* 2, 9. [13] *Ezech.* 17, 22 ss. *Cant.* 5, 15. [14] *Is.* 10, 10.
[15] III *Reg.* 3, 1. En sentir de E. Meyer se trata de la hija de Pisebcha-ennu, faraón de la XXI dinastía. Winckler no cree posible el matrimonio de Salomón con una hija de los faraones y opina que la princesa egipcia es la hija de un jeque de *Musri,* región del norte de Arabia. Pero es indudable que el texto bíblico se refiere a una princesa faraónica; por otra parte las relaciones entre Israel y Egipto habían cambiado notablemente desde la época de Amarna. Cfr. Nagl, *Nachdavid. Königsgeschichte* 124 ss.; Sanda, *Salomon und seine Zeit* 26.

treinta de alto, se llamó «casa del bosque del Líbano» [1], por la cantidad de cedro empleado en su fábrica; tenía tres pisos con cuarenta y cinco habitaciones. Otra parte era la sala de justicia, donde había un trono cubierto de placas de oro e incrustaciones de marfil con brazos terminados en leones de oro. Alzábase sobre un estrado al que se subía por seis gradas adornadas con doce leones de oro. Mandó también Salomón construir quinientos *escudos* [2] dorados, que habían de colgarse en la «casa del bosque del Líbano». La vajilla y los cubiertos eran de oro. Apenas se hacía aprecio de la plata en su tiempo, pues sus barcos y los de Hiram traían de lejanos países, especialmente de *Ofir* [3] y *Tarsis* [4], oro y plata en abundancia, como también toda clase de objetos de valor, perlas y piedras preciosas, maderas exquisitas [5], marfil, pavos y monos [6].

568. También plantó Salomón hermosas viñas, construyó jardines, arboledas, estanques [7], etc ; sostenía cantores y otros artistas que entendían de música y sabían tañer instrumentos de cuerda, y fomentó las artes y ciencias, no sólo animando y protegiendo a otros, sino con su ejemplo. Pues él hablaba con asombrosa competencia de todos los vegetales, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que sale en la pared; de todas las especies de animales del aire, de la

---

[1] Cfr. Richter, *Der salomonische Königspalast*, en *ZDPV* 1917, 171 ss.

[2] 200 grandes y 300 pequeños, recubiertos los primeros con 600 siclos de oro cada uno y los segundos con 300. Refiérese el texto al siclo comúm (ligero); cfr. número 298.

[3] *Ofir*, según algunos, es un país del sur de Arabia, muy afamado en la antigüedad por la riqueza en oro y por la intensa vida comercial que sostenía con India y Africa (Yemen, donde, según *Gen.* 10, 23, se hallaban Saba y Havila, o acaso alguna región de la costa del sudeste). Así Moritz, *Arabien* (Hannover 1924) 63 ss. Otros se fijan en el país de los Somalis o en la costa de Sofala, desde la cual son accesibles las antiguas minas de oro de la cordillera de Fura (Afura) y las ruinas de Simbabye (Rodesia). En opinión de algunos, Ofir no es un país determinado, sino una orientación, como si dijéramos «Oriente», «Levante», etc., de suerte que puede designar distintos países, según lo pida el contexto. Cfr. *Rb* 384.

[4] *Tartessus* en España (cfr. núm. 525). Creen otros que se trata de un Tarsis oriental (*Ps.* 71, 10) (*Rb* 381). - Habla con frecuencia la Biblia de viajes a Ofir y Tarsis para traer a Jerusalén oro, plata, marfil y otros objetos preciosos que escaseaban en Palestina (por ejemplo, monos y pavos): III *Reg.* 9, 28; 10, 11 22; II *Par.* 9, 20 y otros lugares. El uso dió el nombre de «naves de Tarsis» a los navíos mercantes de alto bordo, destinados a grandes viajes marítimos (cfr. *Ps.* 47, 8).

[5] En hebreo *almuggim* o *algummim*, según algunos significa *madera de sándalo*, que se da en India Oriental, particularmente en Ceylán. Es una madera hermosa y sólida, con vetas rojas, usada en ebanistería y tornería; por su aroma se usa también como fumigatorio, y por su color rojo en tintorería. Según otros *almuggim* significa *madera de ébano*, que crece en India Oriental y también en Europa meridional; distínguese por su extraordinaria dureza y con el tiempo adquiere color casi negro.

[6] En aquel país eran entonces desconocidos; de ahí que se los tuviera en gran aprecio. Se ven representados en monumentos asirios (*Rb* 408). E. Glaser traduce la voz hebrea correspondiente por incienso.

[7] *Eccles.* 2, 4 ss. Las fuentes (estanques) de Salomón que se encuentran en las cercanías de Belén son, sin duda, anteriores a la dominación romana y aun al destierro, en parte por lo menos; pero no se les puede asignar origen salomónico. Cfr. Mommert, *Die Topographie des alten Jerusalem* III 105 ss. Para surtir de agua el mar de bronce, que cabía 60000 litros, hacía falta un acueducto. Los «depósitos de Jerusalén» estaban en Etam (cerca de Belén); y, sin duda, para proteger los manantiales mandó Roboam fortificar dicho lugar (II *Par.* 11, 6). Un canal antiguo, que bien puede ser del tiempo de Salomón, va todavía hoy de allí a la explanada del Templo y termina en un lugar que todavía no se ha podido determinar. Cfr. Sanda, *Salomon und seine Zeit* 65 s.; Kuemmel, *Materialen zur Topogr. von Jerusalem* 172.

tierra y del mar [1]; tenía asimismo grandes conocimientos en todos los ramos del saber humano [2].

Edificó además muchas *ciudades nuevas* [3]; así construyó (es decir, embelleció y fortificó) Gazer [4], la parte baja de Betorón [5], Baalat [6] y Palmira [7], Asiongaber y Aila [8]; y fortificó estas ciudades y otras importantes. Embelleció y fortificó de tal manera Jerusalén, que podía competir esta ciudad con otras de aquel tiempo. Sus dominios se extendían desde el río (Eufrates) hasta los confines de Egipto [9]. Disfrutó de omnímoda *paz*, salvo algunas guerras insignificantes y pasajeras [10]; y todos vivían felices y sin temor debajo de su parra y de su higuera.

Los *reyes y pueblos* próximos y lejanos le mostraban su respeto y le enviaban anualmente sus presentes, ya por amistad, ya en concepto de tributo: utensilios de oro y plata, vestidos, armas, especias, caballos y mulos; también sus súbditos le ofrecían presentes. No es maravilla que *su corte fuese sobremanera espléndida*. Tenía 1400 carros, repartidos en distintas ciudades; 12000 jinetes, y establos para 4000 caballos [11]; cada día se mataban para el sustento de la corte treinta bueyes, cien carneros, sin contar las piezas de caza, como ciervos, corzos, búfalos y las aves cebadas [12].

569. Vino de lejanas tierras *la reina de Sabá* [13] para ver la magnifi-

---

[1] Cfr. III *Reg*. 4, 33; núm. 557. [2] *Sap*. 7, 17 ss.

[3] III *Reg*. 9. 17 s. II *Par*. 4, 8 ss. [4] Cfr. núm. 509; también núm. 415.

[5] Cfr. núm. 413.

[6] Según Fl. Josefo 19, 44, en la tribu de Dan, no lejos de Gazer. Algunos, fijándose en que se enumera junto con Thadmor (Palmira), la identifican con Baalgad (o Baalbek), en Celesiria, 100 Km. al norte (noroeste) de Damasco, donde, como en Palmira, se ven grandes ruinas. Cfr. Keppler, *Wanderfahrten und Wallfahrten*[8-10] 444 ss.; Bludau, *Ein Ausflug nach Baalbek und Damaskus,* en *FZB* 1904.

[7] En hebreo *thadmor,* entre el Eufrates y Damasco, en una fértil campiña, rodeada por todas partes de desiertos arenosos, más de 200 Km. al nordeste de Damasco; era el mercado de las caravanas que iban de Asia Oriental a Damasco, y un baluarte contra las incursiones de los reinos de allende el Eufrates. Las ingentes ruinas de Palmira, que datan de época muy posterior, son de lo más espléndido que ofrece el Oriente. Döller (*Studien* 165) prefiere la lectura conservada en el texto hebreo (II *Reg*. 9, 18): *thamar* (palma), y cree debe buscarse en el desierto de Judá (tal vez en Kurnub, 35 Km. al sudeste de Bersabee, o en Asasonthamar = Engaddi; núm. 491). Esto se aviene con el contexto. En II *Par*. 8, 4 se lee *thadmor* juntamente con otras ciudades fuertes de la región de Emat y Suba. Podría ser una de las plazas fuertes establecidas para seguridad de las caravanas que iban al Eufrates, como más tarde lo fué Palmira. Pero es muy inverosímil que Salomón hubiese alguna vez extendido hasta aquí sus dominios. De donde el nombre de *thadmor* es en este pasaje seguramente glosa. Nagl, *Nachdavid. Königsgeschichte* 89 s.

[8] Cfr. núm. 369. De aquí salía para Ofir la flota de Salomón dotada con fenicios que le envió Hiram (III *Reg*. 9, 26. II *Par*. 8, 17 18).

[9] Cfr. III *Reg*. 4, 21; núm. 514.

[10] Así la reconquista de los reinos de Emat y Suba o Soba (II *Par*. 8, 3; cfr. núms. 476 y 514).

[11] En el texto hebreo de II *Par*. 9, 25 dice 4000; la cifra 40000 de la *Vulgata* proviene de un error de copista o de lectura. III *Reg*. 10, 26 trae el número de carros y jinetes, mas no el de caballos. Según III *Reg*. 10, 28, Salomón se proveía de caballos en Misraim (= Musri, comarca de Asia Menor, conocida en las inscripciones cuneiformes) y en Coa (Cilicia, próxima a Musri). Acerca de la discusión entablada a este propósito cfr. Nagl l.c. 131; Sanda l.c. 34.

[12] Cfr. III *Reg*. 4, 22 ss.; 10, 26.

[13] En hebreo *Scheba,* en Arabia Feliz (meridional). Sin embargo, también llevan este nombre otras regiones de Arabia, y se da hoy por descontado que los sabeos vivían hasta el siglo VIII a. Cr. en el norte de Arabia (Cfr. *Iob* 1, 5), de donde los echó Sargón acorralándolos hacia el sur (cfr. Landersdorfer, *Die Bibel und die südarabische Altertumsforschung,* en *BZF* III 5/6, 17). Los modernos consideran todo este episodio como legendario y aun mítico. Aducen, entre otras razones, que tales viajes de placer sólo ocurren en los cuentos, mas no en la realidad (?); que no hay testimonio de haber reinado entre los sabeos las mujeres y que la Biblia no nos ha conservado nombre alguno. Cierto es no

cencia de Salomón y oír su sabiduría. Entró en Jerusalén acompañada de numeroso séquito, y con camellos cargados de ricos presentes. Para probar la sabiduría de Salomón, propúsole diversos enigmas, como es costumbre en Oriente; Salomón los resolvió todos, y nada había a que no diese respuesta satisfactoria. Con esto quedó la reina sumamente complacida. Mas, cuando contempló los magníficos edificios, y sobre todo el Templo incomparable y toda la magnificencia de la corte, exclamó llena de asombro: «Verdaderas son las cosas que yo había oído en mi tierra acerca de tus pláticas, y de tu sabiduría; y no daba crédito a los que me lo contaban, hasta que yo misma he venido, y lo he visto por mis ojos; y he hallado por experiencia, que no me han dicho la mitad. Mayor es tu sabiduría y tus obras, que la fama que he oído. Dichosas tus gentes, y dichosos tus siervos, que están siempre delante de ti, y oyen tu sabiduría. Bendito sea Yahve, tu Dios, que te ha puesto sobre el trono de Israel, para que hicieras equidad y justicia». Y dió a Salomón ciento veinte talentos de oro [1], gran cantidad de especias y piedras preciosas. Salomón, por su parte, dió a la reina de Sabá todo cuanto ésta quiso y pidió; sin contar los presentes que de propia voluntad le hizo con regia munificencia; de suerte que la reina regresó con más riquezas que trajera [2]. Aventajó Salomón en riqueza y sabiduría a todos los reyes de la tierra (de los países vecinos).

570. Cuanto más glorioso había sido el reinado de Salomón, *tanto más lamentable fué su fin.* Siendo ya viejo, pervirtióse su corazón por causa de las mujeres paganas que tomó para sí: mujeres de los moabitas, ammonitas, sidonios, idumeos y aun de los cananeos, contra lo establecido por la Ley. Salomón, tan sabio hasta ese momento, cayó tan hondo, que por amor a sus mujeres paganas *edificó templos a los ídolos,* y aun probablemente adoró a los dioses de los países de ellas [3]. Enojado el Señor, le dijo: «Por cuanto has hecho esto, y no has guardado mi pacto y los mandamientos que te di, rompiendo desmembraré tu reino, y lo daré a un siervo tuyo. Mas no lo haré en tus días, por amor de David, tu padre; lo desmembraré de la mano de tu hijo, y no le quitaré todo el reino, sino daré una tribu a tu hijo por amor de David, tu padre, y de Jerusalén que he escogido».

---

poderse demostrar con seguridad que el célebre reino sudarábigo de Sabá existiera antes del siglo VIII (a. Cr.), si bien el sabio investigador de Arabia, Glaser, lo cree posible ya en el año 1000 a. Cr. Pero si dicho reino estaba al norte de Arabia — donde consta que las mujeres podían ocupar el trono, y de donde los reyes de Asiria recibían como tributo en el siglo VIII a. Cr. casi los mismos presentes que ofreciera a Salomón la reina de Sabá — desaparece la dificultad de la gran distancia. También consta en las listas de tributos de Tutmosis III de Egipto (1500 a. Cr.) que existían relaciones comerciales entre Siria y el sur de Arabia. La historia de Arabia es todavía muy oscura, pero lo hasta ahora conocido nos basta para demostrar que no es imposible nuestro relato, y que su ambiente es histórico. El no habernos dado la Sagrada Biblia el nombre de la reina se debe, sin duda, al carácter popular que suelen tener los relatos bíblicos. No se puede achacar al relato bíblico el sesgo legendario que más tarde se dió a las relaciones de Salomón con la reina de Sabá. No hay en el texto indicio alguno que nos permita determinar la relación objetiva o cronológica que pueda existir entre la visita de la reina de Sabá y los viajes de la flota de Salomón a Ofir. Cfr. Nagl l. c. 177 ss.; Sanda l. c. 35 s.; Landersdorfer l. c. 52 s.

[1] Más de 16000000 marcos oro (cfr. núm. 298).

[2] Cfr. II *Par.* 9, 12. [3] Cfr. III *Reg.* 11, 33.

Entonces comenzaron a levantarse contra Salomón *diversos enemigos*. Un descendiente de la familia real de Idumea, llamado Adad, que había vivido fuera de su patria como prófugo desde que David sometió Idumea a su cetro, regresó a su patria y alzóse rey. Asimismo un criado de Adarecer, rey de Soba[1], llamado *Razón*, que después de la derrota de su señor se habia dado al pillaje con una banda de amigos, fué proclamado rey de Damasco por sus compañeros.

Pero su enemigo más peligroso fué un israelita experto y valiente, llamado *Jeroboam*, efraimita, a quien Salomón había hecho capataz de los trabajadores de su tribu. Entre las tribus israelitas, ya anteriormente recelosas de Judá, había cierto descontento por causa de las obras sin fin y del fausto dispendioso de Salomón; porque esto redundaba en provecho de Judá y era una carga insoportable para las demás. Fomentó Jeroboam secretamente el descontento y, en los designios de Dios, fué el instrumento para llevar a cabo el castigo anunciado.

Un día que Jeroboam iba de Jerusalén al campo, salióle al encuentro el *profeta Ahías*, rasgóle en doce trozos la capa nueva que llevaba, y le dijo: «Toma para ti diez pedazos. Porque esto dice Yahve, el Dios de Israel: He aquí que yo voy a dividir el reino de Salomón, y te daré diez tribus, porque me abandonó adorando a los ídolos. Mas por amor de mi siervo David, le arrebataré el trono en su hijo, dejándole empero una tribu, para que a mi siervo David le quede una lámpara[2] en Jerusalén, ciudad que he escogido entre todas para que en ella sea honrado mi nombre. Si oyeres, pues, todas las cosas que te mandare, y anduvieres en mis caminos, seré contigo y te edificaré casa estable[3], y con esto humillaré el linaje de David, bien que no para siempre».

Salomón, que lo supo. buscaba a Jeroboam para darle muerte; pero éste huyó a Egipto al *rey Sesac*[4]. Conmovido Salomón por las amenazas divinas que comenzaban ya a cumplirse, parece haberse convertido al fin de su vida[5]. Murió a los cuarenta años de reinado, cuando apenas tenía sesenta, y fué enterrado en la ciudad de su padre David[6]. Su hijo *Roboam* le sucedió en el trono.

El reinado de Salomón, si se exceptúan los últimos años, fué realmente *la edad de oro* de Israel y del reino temporal de Dios encarnado en Israel[7]. Todavía hoy es ensalzado Salomón en Oriente como el prototipo del monarca glorioso y magnífico, hasta el punto que los orientales se sirven de la palabra «Solimán» para indicar un gran rey.

571. Salomón, por su nombre, por el esplendor, riqueza y paz de su reinado, por su sabiduría y justicia y especialmente por la construcción del Templo, es **figura de Cristo,** el príncipe de la paz, que la trajo a los hombres, edificó un Templo espiritual, la Iglesia de Dios, y extendió su reino a todo el orbe, colmándolo de bienes espirituales[8].

---

[1] Cfr. núms. 476, 514, 568. Šanda l. c. 37 s.
[2] La descendencia real.
[3] Linaje real. [4] Cfr. núms. 572 y 576.
[5] No lo dice explícitamente la Sagrada Escritura; pero se ha visto un indicio de ello en el *Eclesiastés* (véase núm. 779) y en la promesa de II *Reg.* 7, 14, 15: «Si obrare mal, yo le corregiré con vara de hombres y con castigos de hijos de hombres; mas no apartaré de él mi misericordia» (cfr. núm. 513). Es también opinión de los más de los santos Padres.
[6] En sentir de Kugler (*Von Moses bis Paulus* 175), Salomón murió 929 años a. Cr. Reinó 43 años (contando el de la subida al trono y el de la muerte); el número de la Biblia, 40 años, debe tomarse en globo. Fué enterrado cerca del sepulcro de su padre David (núm. 554). Cuando los judíos, dirigidos por el falso Mesías Barcoquebas, se alzaron contra los romanos (132-135 d. Cr.), derrumbóse el sepulcro de Salomón (Dio. Cass., *lib.* 69, c. 14), lo cual se tuvo por presagio siniestro.
[7] Cfr. *Eccli.* 47, 14-20.
[8] Cfr. Weiss, *Messian. Vorbilder* 76.

TERCERA EPOCA

Decadencia del pueblo de Israel; desde la división del reino hasta Jesucristo

572. El reinado *de David* había demostrado *lo que* podía significar para Israel *un reino* adicto a Dios y a su santa Ley [1]: bienestar del pueblo, terror de los enemigos y desarrollo de la vida espiritual. En el de Salomón cosechó Israel los frutos del religioso gobierno de David, del temor de Dios y de la sabiduría salomónica, que procede del cielo, llegando a la cumbre de la prosperidad, del esplendor y de la gloria. Pero tan pronto como el Rey, cegado por el brillo terreno, hubo abandonado a Dios olvidándose de su santa Ley, comenzó Israel a perder la fuente de su felicidad, el fuerte lazo de su unidad y el fundamento de su fortaleza; el egoísmo y las pasiones dividieron, desgarraron y debilitaron aquel pueblo de Dios, antes tan unido, tan fuerte e invencible. Israel caminaba hacia su ocaso.

La decadencia fué rápida en el reino del Norte, en el cual los reyes y el pueblo se apartaron de Dios y se entregaron sin freno a las pasiones. *No lo fué tanto en el del Sur (Judá),* que sólo en parte se alejó de Dios. Mas, por esta razón, llevó una vida endeble; y al fin se arruinó, agotado por las pasiones de los magnates y del pueblo. Sólo transitoriamente volvió a resplandecer en Judá la fidelidad a la Ley de Dios; torna entonces este reino a ser grande, poderoso, victorioso y feliz; pero la prosperidad es un nuevo escollo donde naufraga el temor de Dios, como en el reinado de Salomón, y triunfan las pasiones [2].

Pero *en estas vicisitudes* se desarrolló a la vez la *vida espiritual de Israel;* sus virtudes, y aun más sus pasiones, aparecieron con perfiles muy pronunciados. Los *profetas* tuvieron por misión despertar la conciencia del pueblo, convenciéndole que todas sus fuerzas espirituales, morales y físicas, por grandes que fueran, serían nulas desde el momento en que se apartasen de Dios, avivar el deseo de *redención espiritual* y mostrarle el verdadero Salvador y Rey eterno.

Israel fué *a la cautividad* con estos gérmenes de superior desarrollo; y desparramado por el mundo gentil y curado de su inclinación a la idolatría, comenzó a comunicar a los pueblos paganos los tesoros de la Revelación en él depositados, en especial la doctrina del *único Dios* verdadero y del Redentor prometido, preparando de esta suerte a los gentiles para la venida del Redentor. No pereció, pues, con la ruina del reino judío la promesa de la *eterna duración* del reino, etc., hecha a David; antes bien se cumplió magnífica y espléndidamente en Cristo y en su reino espiritual, eterno y universal [3].

---

[1] Núm. 469.

[2] Frente a la Sagrada Escritura, la crítica racionalista sostiene que, durante este período, el reino de Israel, y no el de Judá, fué el centro de gravitación del pueblo hebreo, y considera como un prejuicio del historiador sagrado ver en la rápida decadencia del reino del Norte una consecuencia o un castigo de haberse apartado de Jerusalén; porque ni la apostasía de la religión de Yahve (la crítica la discute), ni la separación de la dinastía de David fueron parte en la caída del reino de Israel, sino el contacto con los poderosos y temibles imperios vecinos. Esta apreciación de los racionalistas no tiene en cuenta los hechos históricos y desconoce el carácter de la historiografía bíblica, la cual, haciendo caso omiso del desarrollo de la historia profana, investiga en la del *pueblo escogido* las leyes *divinas* que rigen el mundo.

[3] Cfr. núm. 518.

75. División del reino

(III *Reg.* 12-14. II *Par.* 10-12)

573. Muerto Salomón, congregóse Israel [1] en Siquem para proclamar rey a **Roboam;** también acudió allí Jeroboam, el cual había vuelto de Egipto luego que supo la muerte del Rey. Cuando se presentó Roboam, hablóle la asamblea en estos términos: «Tu padre nos impuso un yugo muy pesado; suavízanoslo y te serviremos». Roboam consultó el caso con los consejeros de su padre, los cuales le dijeron: «Si condesciendes y les hablas con dulzura, serán para siempre vasallos tuyos». Pero Roboam desoyó este prudente consejo de los ancianos — pues el espíritu del Señor se había apartado de él, para que se cumpliese la palabra de Ahías [2], que predijo la división del reino —, y consultó a los jóvenes, que se habían criado con él [3]. Estos, altaneros e irreflexivos como eran, le aconsejaron que intimidase al pueblo, y le dijeron: «Esto debes responderles: Mi dedo meñique es más grueso que la cintura de mi padre [4]. Mi padre os impuso un yugo pesado, mas yo lo haré aún más pesado; mi padre os azotó con látigo; mas yo os he de azotar con escorpiones» [5].

Y cuando al tercer día comparecieron Jeroboam y todo el pueblo delante de Roboam, dió éste aquella dura respuesta. Mas el pueblo exclamó amargado: «¿Qué tenemos que ver con David? ¿ni qué herencia en el hijo de Isaí? Vete a tus tiendas, oh Israel; y tú, David, mira por tu propia casa» [6]. Quiso entonces Roboam conjurar la tormenta, y envió a Aduram [7], superintendente de los tributos, a parlamentar con el pueblo; pero fué apedreado hasta quedar muerto; y Roboam, montando en su carroza, voló a Jerusalén. *Las diez tribus* [8] *proclamaron rey a* **Jeroboam,** y nadie siguió a Roboam, sino las dos tribus de Judá y Benjamín [9]. Llegado a Jerusalén, reunió

---

[1] A excepción de Judá y las tribus de Simeón y Benjamín, de antiguo unidas estrechamente a aquélla (cfr. núms. 418 y 424); rey de éstas era Roboam por derecho hereditario. Las otras tribus se habían reservado el derecho de reconocerle y para este objeto se reunieron en Siquem, ciudad de Efraim (cfr. núm. 411), donde de antiguo celebraba sus asambleas el pueblo; Efraim, siempre recelosa de Judá, era, después de ésta, la tribu más fuerte de todo Israel (cfr. *Ps.* 77, 67). El haber hecho venir allí a Jeroboam es indicio de que ya de antes tenían pensado separarse de Judá. Razón de más para tratarlas con prudencia y consideración. [2] Cfr. núm. 570.

[3] Los príncipes se educaban con otros jóvenes nobles que más tarde asistían al rey en el palacio. De esta suerte, los compañeros de la niñez eran los desinteresados amigos, los fieles consejeros y expertos generales de mañana.—Roboam tenía a la sazón más de 40 años (cfr. núm. 555); no serían mucho más jóvenes sus compañeros de la niñez.

[4] Es decir: yo soy mucho más poderoso que mi padre.

[5] *Escorpión* significa propiamente un arácnido parecido al cangrejo de río, provisto de un aguijón por el cual se hace temible al hombre y a los animales; de ahí que se emplee a veces esa palabra como símbolo de terribles torturas (*Apoc.* 9, 3 ss.). Aquí significa *látigo* provisto de garfios de hierro: imagen de trato exageradamente duro y cruel.

[6] Separación formal de la casa y dinastía de David, con las mismas palabras que antes empleara el rebelde Seba (II *Reg.* 20, 1; cfr. núm. 545).

[7] Adoniram, que figura ya en los reinados de David y Salomón.

[8] Manasés se cuenta por dos tribus, por haberle correspondido en el reparto una parte en Transjordania y otra en Cisjordania; además las tribus de Efraim, Rubén, Gad, Zabulón, Isacar, Dan, Aser y Neftalí.

[9] Con la de Simeón (cfr. núm. 573) y algunas ciudades que en otras tribus siguieron fieles a la dinastía de David (III *Reg.* 12, 17); luego se le juntaron los levitas y muchos

Roboam un ejército de 180000 hombres [1] de las tribus de Judá y Benjamín, para reducir a la obediencia las diez tribus que se habían rebelado. Pero el Señor avisó al Rey y al pueblo, por el *profeta Semeías,* diciendo: «No salgáis a campaña, ni peleéis contra vuestros hermanos, los hijos de Israel. Vuélvase cada cual a su casa; porque yo soy quien lo ha dispuesto» [2]. Y desistieron de su empresa.

574. Desde este momento, el reino de *Israel quedó dividido en dos: Israel y Judá.* Jerusalén continuó siendo la capital de Judá. La de Israel fué al principio Siquem, que Jeroboam fortificó y embelleció; luego el mismo Jeroboam estableció su sede en *Tersa* [3]; y el rey Amri la trasladó a Samaria [4].

Pronto se vieron las tristes consecuencias de la separación. **Jeroboam,** rey de Israel, dijo en su corazón: «Si este pueblo sube a Jerusalén a ofrecer sacrificios en el templo del Señor, se volverá hacia Roboam, rey de Judá, y mi reino a la casa de David». Para impedir esto, mandó erigir *dos becerros de oro,* el uno en *Betel,* al sur y el otro en *Dan,* al norte, y dijo al pueblo: «No subáis ya a Jerusalén. He aquí, oh Israel, tus dioses que te sacaron de la tierra de Egipto» [5]. De esta manera, Jeroboam indujo a Israel a la apostasía, haciéndole adorar los becerros. Además erigió templos en diversas alturas [6]. Y como por este impío atentado del Rey

---

otros que, deseando permanecer fieles a la verdadera religión, emigraron a las tribus adeptas a Roboam (II *Par.* 11, 13 ss.). Era casi igual el poderío de uno y otro reino.

[1] En el Códice Vaticano de la versión griega se lee 120000.

[2] No que Dios hubiese dispuesto la rebelión de las diez tribus; sino la permitió en castigo de la apostasía de Salomón (cfr. núm. 570).

[3] Cfr. III *Reg.* 14, 17; 15, 21 33; *Tersa* era antigua residencia de reyes cananeos (*Ios.* 12, 24). Su nombre, en hebreo *Thirza,* significa *amenidad* (*Cant.* 6, 3). Se la identifica con la actual Talluza, graciosamente situada en un monte, entre bosques de olivos, 8 Km. al norte de Siquem. *AB* 110. *Rb* 364.

[4] Cfr. *infra* núm. 580.

[5] Remedo del culto egipcio, o más probablemente del cananeo; como antaño en el Sinaí (cfr. núm. 292). De estas mismas palabras se sirvió entonces Aarón. Con ello quería Jeroboam justificar su obra y presentarla como forma legítima del culto del verdadero Dios. Lo mismo se pretendía con la elección del lugar: *Betel* era desde los Patriarcas un lugar sagrado (cfr. núms. 138, 179, 189); y en *Dan* habían instituído los danitas en otro tiempo un ídolo, cuyo culto encomendaron a un nieto de Moisés (cfr. núm. 450). Betel estaba al sur del reino de las diez tribus y Dan al norte. Se ve, pues, que Jeroboam sacrificó la religión a los intereses políticos. Cfr. Döller, *Studien* 212.

[6] La Ley disponía (*Deut.* 12, 13) que todos los sacrificios se ofreciesen en el lugar donde estuviera el Santuario. Por esto carecían del carácter de sacrificio las inmolaciones que fuera de él se efectuasen, sobre todo el verter la sangre en el suelo. Ya en tiempo de Josué observó el pueblo dicha Ley, y con tanto rigor, que se consideraba como apostasía la erección de un altar distinto del de los holocaustos del Tabernáculo (*Ios.* 22, 16). Pero luego de morir aquel caudillo comenzaron las infracciones y se dió culto a Dios en los lugares altos. La anarquía y las circunstancias extraordinarias de la época de los Jueces explican suficientemente que llegase a prevalecer la costumbre opuesta a la Ley. Los profetas condenaron el culto de los lugares altos, no sólo por lo que en sí tenía de pagano y por el peligro que encerraba para la pureza de la fe, sino por ser una transgresión de la Ley del culto (*Ezech.* 20, 28). Y aunque ciertos hombres, a quienes Dios encomendó una misión extraordinaria, ofrecieron sacrificios en circunstancias extraordinarias fuera del lugar señalado, no por esa excepción quedó abrogado tan riguroso precepto. Y que los más de los israelitas, y aun el mismo Salomón (III *Reg.* 3, 1-3), obraron de buena fe al ofrecer sacrificios en los lugares altos, lo indica la Sagrada Escritura en III *Reg.* 3, 2, cuando dice, como queriéndolos disculpar: que hasta aquel tiempo (el de Salomón) no había un Templo consagrado al Nombre del Señor. Acerca del culto de los lugares altos cfr. Scholz,

hubieran abandonado los levitas y otras muchas personas buenas el reino de Israel pasándose al reino de Judá, Jeroboam nombró sacerdotes a gentes del vulgo, estableció días festivos, especialmente una fiesta solemne en lugar de la fiesta de los Tabernáculos, la cual se celebró el día 15 del octavo mes, uno más tarde que la auténtica.

Habiéndose acercado Jeroboam al altar el día primero de esta fiesta para ofrecer el incienso por su propia mano, he aquí que por orden del Señor llegó de Judá a Betel un profeta y gritó contra el altar: «Altar, altar, esto dice el Señor: He aquí que de la casa de David nacerá un hijo que se llamará Josías [1], y hará degollar sobre ti a los sacerdotes de los lugares altos que ahora queman sobre ti incienso, y sobre ti quemará huesos de hombres [2]. Y ésta será la señal de que Dios es quien os habla: he aquí que va a partirse el altar y se derramará la ceniza que hay en él». Extendió entonces el Rey su mano desde el altar, diciendo: «Prended a ése». Secósele al punto la mano que había extendido y no pudo retirarla; al mismo tiempo se hizo pedazos el altar y se esparció en derredor la ceniza que había en él. Y dijo el Rey al hombre de Dios: «Ruega al Señor Dios tuyo, y haz oración por mí, para que me sea restituída la mano». Hízolo el hombre de Dios y la mano del Rey quedó como antes.

575. No por ello se convirtió Jeroboam de sus iniquidades. Por aquel tiempo enfermó su hijo Abía, y Jeroboam dijo a su mujer: «Disfrázate y ve a Silo con algunos presentes al profeta Ahías, el que me predijo que había de reinar yo sobre este pueblo [3]; él te dirá lo que ha de acontecer a este chico». El profeta supo de antemano por inspiración de Dios el mensaje de la reina y la contestación que debía darle. Y cuando sintió los pasos de la reina (tenía apagada la vista por su mucha edad), dijo:

«Entra, mujer de Jeroboam; ¿por qué finges ser otra? Mas yo tengo el encargo de darte una mala noticia. Ve, y di a Jeroboam: Esto dice el Señor Dios de Israel: Yo te ensalcé de en medio del pueblo, y te puse por caudillo sobre mi pueblo de Israel; y dividí el reino de la casa de David, y te lo di. Mas tú no fuiste como mi siervo David, que guardó mis mandamientos y me siguió de todo corazón, haciendo lo que era agradable a mis ojos; sino que has obrado lo malo sobre todos cuantos hubo antes de ti; y te hiciste dioses ajenos y de fundición y me has desechado. Por tanto mira que yo acarrearé males sobre la casa de Jeroboam y acabaré con ella. Los de la casa de Jeroboam que murieren en la ciudad, serán comidos de los perros; y los que murieren en el campo, serán devorados por las aves del cielo; porque el Señor es quien lo ha dicho. Tú, pues, levántate y vete a tu casa; y en el punto mismo en que pondrás tus pies en la ciudad, morirá el muchacho, y le llorará todo Israel, y lo enterrará; y de la casa de Jeroboam sólo éste será llorado por Israel y puesto en sepulcro, por cuanto ha hallado en él cosa buena el Señor entre los de la casa de Jeroboam. Y el Señor golpeará a Israel, como suele moverse la caña en las aguas; y arrancará a Israel de esta buena tierra y los aventará a la otra parte del río (Eufrates)».

Volvióse la reina a Tersa; y al tiempo de poner los pies en el umbral de su casa, murió el hijo; y fué sepultado y llorado por Israel. Señal terrible para Jeroboam de haberse de cumplir también la otra parte de la profecía.

Götzendienst 120 ss.; *Rb* 531. Acerca de los lugares donde los cananeos practicaban el culto, cfr. Vincent, *Canaan* 102 ss. Acerca del desarrollo histórico de las leyes sobre el Santuario y lugares de culto cfr. Engelkemper, *Heiligtum und Opferstätten in den Gesetzen des Pentateuchs* (Paderborn 1909); Kalt, *Bibl. Archäologie,* núm. 115.

1 Que quiere decir: aquel a quien el Señor sostiene.

2 La profecía se cumplió 350 años más tarde por medio de Josías, décimo sexto rey de Judá (IV *Reg.* 23, 16; cfr. núm. 671).

3 Cfr. núm. 570.

576. Roboam, rey de Judá, desistió por orden de Dios de hacer la guerra a las diez tribus que se habían separado de él, y sirvió al Señor durante tres años, como David y Salomón. Mas cuando se consolidó su trono, abandonó al Señor, él y todo su pueblo. Entregáronse a indignas idolatrías y a impuras abominaciones.

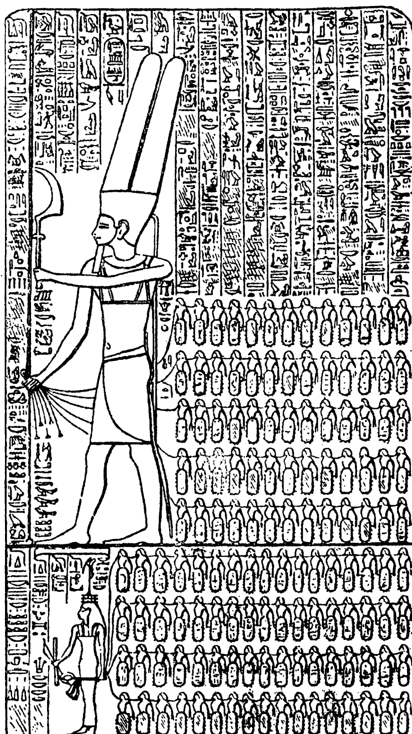


Fig. 72. — Lista de victorias del rey Sesac (Sesonquis), Relieve de la gran sala hipóstila del templo de Karnac (hacia el 930 a. Cr.) (según Meyer). El dios Amón y la diosa de la ciudad de Tebas ofrecen al rey 165 ciudades conquistadas en Palestina, representadas por otros tantos prisioneros.

No tardó *el castigo*. El año quinto del reinado de Roboam, *Sesac,* rey de Egipto [1] — aprovechando la división de Israel en dos reinos —, vino contra Judá con 1200 carros de guerra, 60000 jinetes [2], una multitud innumerable de egipcios, libios, trogloditas [3] y etíopes; se apoderó de una porción de ciudades fortificadas por Roboam y se presentó a las puertas de Jerusalén. Entonces el *profeta Semeías* fué por orden del Señor al rey Roboam y a los príncipes de Judá, que se habían refugiado en los muros de Jerusalén, y les dijo: «Esto dice el Señor: Vosotros me abandonasteis, pues yo también os abandono en poder de Sesac». Consternados los príncipes de Israel y el Rey, dijeron: «Justo es el Señor». Por esto vino la palabra del Señor a Semeías, diciendo: «Por cuanto se han humillado, no se derramará mi furor sobre Jerusalén por mano de Sesac. Esto no obstante le servirán, para que sepan cuanto va de obedecerme a mí a servir a los reyes de la tierra». Retiróse, pues, Sesac de Jerusalén, llevándose los tesoros del Templo y de la casa del Rey y los broqueles de oro que había hecho Salomón. Todavía reinó Roboam doce años. Mas de ese largo período de su reinado dice la Sagrada Escritura solamente que Roboam y Jeroboam tuvieron entre sí perpetua guerra [4].

Sesac, en hebreo Schischac, en egipcio Scheschonc o Schoschenc, en griego Sesonquis, es el primer rey de la XXII dinastía egipcia (Bubastidas). En el gran templo nacional de Tebas (Karnac) del Alto Egipto, en un relieve, se representa a Sesac agarrando a sus enemigos por los cabellos y blandiendo sobre ellos un hacha de guerra; vense también los nombres de las ciudades conquistadas por él,

---

[1] Cfr. II *Par.* 12, 1 ss.

[2] Nada tiene de extraordinario que Sesac dispusiese de tan grande número; pero es muy inverosímil. En sentir de Reinke (*Beiträge* I 202), algún amanuense debió de leer 60, en vez de 6, o confundir el signo que denota el millar con el que expresa las decenas de millar.

[3] Es decir, los que vivían en las cavernas de la costa occidental del mar Rojo.

[4] Esto no va contra lo dicho en el núm. 573. El haber Roboam, por indicación de un profeta, desistido en un principio de extender su dominio a las otras diez tribus, no quita que más tarde se enredase con Jeroboam en guerra continuada.

entre ellas no pocas de los dominios de Jeroboam, y lugares importantes hasta la llanura de Mageddo (fig. 72 y lám. 5 d). Infiérese de esto que Sesac, tal vez incitado contra Judá por Jeroboam, quiso recobrar la supremacía del Alto Egipto sobre Palestina. De Judá se nombran sólo unos pocos lugares sin importancia; no se ha encontrado con certeza el nombre de Jerusalén, por hallarse muy deteriorada la lista [1]. Llama la atención que la Sagrada Escritura nada diga del castigo del reino del Norte. Opinan algunos que este documento egipcio no merece la confianza que se le da: las ciudades *israelitas* que se citan fueron esculpidas sin sentido (por el artista encargado de celebrar con el cincel la gloria del rey) según listas más antiguas; por esta razón no merece confianza el documento, en todo lo que discrepa del relato bíblico [2].

577. Con Salomón y Roboam *el pueblo escogido entra en contacto inmediato con Egipto, Asiria y Babilonia.* Y así va desarrollándose la historia de los siglos sucesivos, hasta que por fin el reino judeo-israelita sucumbe ante la superioridad de los pueblos paganos. Las nuevas investigaciones han esclarecido muchas particularidades de la historia de aquellos estados gentiles, viniendo la historia profana a confirmar muchos sucesos testificados antes sólo por la Sagrada Escritura. Todos los nombres de reyes extranjeros de esta época citados en la Sagrada Biblia (con excepción de algunos egipcios) se han descubierto en las inscripciones y documentos asirio-babilónicos, entre otros el nombre del rey Sargón de Asiria, citado por Isaías (20, 1)—por lo que se le creía «legendario» (figura 73). Nómbrase también en estos documentos una porción de reyes de Israel y Judá y de los reinos sirio y filisteo, amigos unas veces y enemigos otras del pueblo escogido. En la historia de esos reyes existe coincidencia completa entre ambas fuentes, si bien los hechos presentan muy diverso aspecto y conexión, lo cual nada tiene de extraño, dada la diversa índole de los documentos bíblicos y extrabíblicos, y la diferencia de ideas religiosas y políticas. Todos reconocen que la coincidencia es testimonio irrecusable de la confianza que merece la tradición hebrea, y de la credibilidad (humana) de la Sagrada Escritura. Las fuentes bíblicas y extrabíblicas de este período se apoyan y completan mutuamente.



Fig. 73.– El rey Sargón II con uno de sus generales. Relieve de Korsabad (hacia 700 a. C.). Londres. British Museum (según Botta).

Pero al determinar la *cronología* se presentan dificultades, que con los recursos históricos actuales no pueden resolverse satisfactoriamente. Para apreciar en su justo valor estas dificultades y señalar el camino de la solución, cumple exponer el *sistema cronológico de los (dos últimos) libros de los Reyes y de las Crónicas*, dando al mismo tiempo una idea de las *fuentes y del carácter de los datos cronológicos asirio-babilónicos*. Para las cuestiones cronológicas de este período tienen escasa importancia las fuentes egipcias.

Dos series de *datos* fijan la cronología bíblica de este período: la una para los reyes de Judá, con la edad de cada uno de ellos al subir al trono y los años de su reinado; la otra para los de Israel, con sólo la duración de su reinado. Existen además *datos sincrónicos* que establecen la coincidencia de los hechos importantes, cambios o muertes de reyes en ambos reinos. La confianza que nos merecen las fuentes (anales o crónicas de los reyes de Judá), citadas con frecuencia por el escritor, y la garantía de la Inspiración no permiten poner en

---

[1] Cfr. Lindl, *Cyrus* 64.

[2] Así Spiegelberg, *Aegyptische Randglossen* 27 ss. Cfr. Lammeyer, *Das Siegesdenkmal des Königs Scheschonk* I (Neuss 1907); Alt, *Israel und Aegypten* (Leipzig) 11 ss.

tela de juicio la exactitud de los números primitivos del Texto Bíblico. Mas, en el estado actual de los datos, la cronología tropieza con las siguientes dificultades: 1, falta de era, es decir, de punto fijo o fecha determinada de un suceso, desde el cual comenzar a contar los años; 2, casi siempre se cuentan los años enteros, de donde las fechas carecen de la precisión matemática que exige la cronología; 3, hay divergencias, tanto en el conjunto como en el detalle; lo cual es prueba manifiesta de haber sido los datos alterados o de no sernos suficientemente conocido el sistema cronológico de los judíos. El total de años de uno y otro reino se diferencia en dieciocho, desnivel que no se conserva constante, sino oscila en el curso de este período. De varias maneras podría en parte explicarse la discrepancia: por la diversidad de criterio en contar el primer año de reinado (incluyendo o no el año incompleto de la subida al trono); por la inseguridad del año civil (que probablemente comenzaba en distinta época en ambos reinos); por los correinados (cuyos años han podido contarse por separado para cada uno de los correinantes o sólo una vez para los dos); finalmente, por alteraciones en los datos numéricos. Pero todavía quedan discrepancias entre la historia bíblica y la profana, cuyo arreglo depende del crédito que nos merezcan las fuentes y datos asirio-babilónicos.

La fuente principal para la cronología asiria son *los catálogos de los epónimos*[1]; las fechas de estas listas se apoyan en datos astronómicos (por ejemplo, eclipse de Purisalgali en el año 763 a. Cr.) y están confirmadas por el *canon de Ptolomeo*[2]. En tanto que las pomposas inscripciones de los palacios tienen escaso valor para la cronología por inconexas, incompletas, mutiladas, parciales e inexactas, las fuentes antes mencionadas poseen por lo menos gran verosimilitud. En ningún caso como en éste la ciencia profana ha determinado con pruebas más seguras y exactas la verdad, o por lo menos, la verosimilitud de un hecho; los intérpretes deben probar, por consiguiente, que este hecho no está en pugna con la Sagrada Escritura[3]. Según los datos sincrónicos de la Biblia, habría que rebajar en algunos decenios el total de los reinados de los reyes de Israel y Judá e intentar un acuerdo, admitiendo correinados, asociaciones al trono e interregnos — de todo lo cual no tenemos noticias suficientes —, como también algunas correcciones de los datos transmitidos[4]. El cómputo de los asi-

---

[1] El *epónimo* era uno de los principales dignatarios, elegido anualmente por el rey sólo para que el año llevara su nombre (como en Roma los cónsules y en Atenas los arcontes). En las listas de epónimos se leen a veces, junto a los nombres, noticias breves acerca de sucesos notables. Los nombres señalan los años; y ciertas rayas o signos especiales, indican la duración del reinado de los monarcas. Estaban en uso las listas de epónimos ya desde el siglo XIV; las del IX al VII se han conservado íntegras. En el nombre de Purisalgali está anotado un eclipse de sol que, según cálculos astronómicos, ocurrió el 15 de junio del 763 a. Cr. Esta fecha fija es la base de la cronología de los reyes asirios. Cfr Kaulen, *Assyr. u. Babyl.* 281. El texto de los documentos puede verse en Winckler, *KT*[3] 58 ss. El material epigráfico, también en Jeremías, *ATAO*[3] 507 ss.; Gressmann, *AOT* 102 ss.

[2] Este es el nombre de un catálogo de los fenómenos astronómicos que ocurrieron en cada año de cada rey de Babilonia desde Nabonasar (747 a. Cr.; de ahí la «era de Nabonasar»). Nos lo ha conservado el geógrafo Claudio Ptolomeo (74 d. Cr.). Los cálculos astronómicos han demostrado la exactitud de las observaciones anotadas en dicho anuario. Como varios reyes de Babilonia lo fueron también de Asiria, comprobada merced a la inscripción de una tablilla la simultaneidad de dos fechas (706, año 4 de Sargón, el cual 16 años antes, el 722, ocupaba el trono de Asiria), se ha podido fijar la cronología de los reyes asirios anteriores y posteriores. El eclipse de Purisalgali no puede, por tanto, ser otro que el de 763. Cfr Schöpfer, *Geschichte des AT*[6] 556 ss.

[3] Encíclica *Providentissimus,* siguiendo a san Agustín, *De Gen. ad Litt.* 1, 19 20.

[4] El ajuste de algunos períodos es sencillo, por ejemplo, del 929 al 842 (a. Cr.). El 929 entraron a reinar simultáneamente Roboam en Judá y Jeroboam en el reino del Norte; el 842 en un mismo día fueron asesinados los reyes Ocozías de Judá y Joram de Israel. Entre ambas fechas transcurrieron 88 años. Pero el total de los años de los reyes de Judá durante ese período, según el texto hebreo, asciende a 95, ó a 92 si dividimos en dos partes los 25 de Josafat (fundándonos en IV *Reg.* 15, 5, y II *Par.* 26, 21): tres de correinado y 22 de reinado; y el total de los años de los reyes de Israel durante el mismo

A. Judá

REYES DE JUDÁ Los *nombres* de los reyes de sentimientos teocráticos van en cursiva; el asterisco * indica reyes que emprendieron reformas religiosas	Fecha de comienzo de reinado	REYES DE ISRAEL Los *nombres* de los reyes que llegaron al trono mediante rebelión y asesinato van en cursiva
1. Roboam reinó 17 años	929	1. *Jeroboam I* reinó 21 años. . . . . .
2. Abíam reinó 3 años	912	
3. **Asa* reinó 41 años (Prof. Azarías; Hanani). . . . Renovación religiosa del pueblo; abolición de la idolatría; solemne Pascua. Al fin de su reinado decae su fervor.	910	2. Nadab reinó 2 años . . . . 3. *Baasa* reinó 24 años (Jehú) . . . . . 4. Ela reinó 2 años . . . . 5. *Zambri*, a los 7 días de subir al trono fué asesinado por 6. *Amri*, que reinó 12 años . . . . . . (Tebni, pretendiente al trono durante 6 años). Samaria capital del reino del Norte.
4. *Josafat* reinó 25 años (3 en calidad de correinante) . Construcción de edificios; promueve la fidelidad a la Ley, la religiosidad y la justicia; casa a Joram, su hijo, con Atalía, hija de Acab y hace alianza con éste contra los sirios (Jehú).	872	7. Acab reinó 22 años (acaso 2 en calidad de correinante). Contrae matrimonio con Jezabel; el culto de Baal, religión del Estado. (Elías).
Josafat hace alianza con Ocozías. Equipan una armada para ir a Ofir; fracaso (Prof. Eliezer). Alianza con Joram de Israel.		8. Ocozías reinó 2 años . . . . 9. Joram reinó 12 años (Eliseo). . . . .
5. Joram reinó 8 años (gobierno impío)	849	
6. Ocozías reinó 1 año, gobernado por su madre Atalía. Alianza con Joram de Israel.	842	
		10. *Jehú* reinó 28 años . . . . Hace matar a Joram de Israel y Ocozías de Judá. Exterminio de la casa de Acab.
7. Atalía reinó 7 años. . . . . Exterminio de la familia real; sálvase Joás, el cual es educado por el sumo sacerdote Joyada. A los 6 años, sube al trono Joás, y Atalía muere asesinada.	842	
8. **Joás* reinó 40 años . . . . Restauración del Templo; proscripción del culto de Baal. A la muerte de Joyada, Joás es juguete de favoritos impíos. Perece víctima de una conjuración.	836	11. Joacaz reinó 17 años . . . .
9. *Amasías* reinó 29 años (20 en calidad de correinante). Enredado en guerra con Joás, rey de Israel, es derrotado por éste, Jerusalén conquistada, derribados los muros y saqueado el tesoro del Templo.	797	12. Joás reinó 16 años . . . . Eliseo le predice una triple victoria sobre los sirios. Cúmplese el vaticinio. 13. Jeroboam II reinó 41 años . . . . . Prof. Jonas, Amós y Oseas.
10. *Azarías* u *Ozías* reinó 52 años . . . . Prof. Joel y Abdías. Gobierno fuerte y sabio. Se arroga funciones sacerdotales y Dios le castiga. (Isaías).	789	14. Zacarías es asesinado a los 6 meses de subir al trono.
11. *Joatam* reinó 16 años (13 en calidad de correinante). Príncipe enérgico y prudente. Prof. Miqueas.	(751) 738	15. *Sellum* es asesinado al mes de subir al trono. 16. *Manahem* reinó 6 años . . . . 17. Faceya reinó 2 años; fué destronado por 18. *Facee*, hijo de Romelías, el cual reinó 5 años . . . .
12. Acaz reinó 16 años. Gobierno impío. El culto de Moloc, religión del Estado.	736	
13. **Ezequías* reinó 29 años.	721 - 693	19. *Oseas* reinó 9 años (en 724 fué hecho prisionero). Caída del imperio asirio. Cautividad. (Tobías). Colonos asirios en Samaria. . . . . . . Nuevos colonos en Samaria, traídos por Asarhaddón.
14. Manasés reinó 55 años (Judit, Nahum).	693 - 639	

e Israel

Fecha de comienzo de reinado	Fechas ciertas según el estado actual de la Asiriología	REYES ASIRIO - BABILÓNICOS		OTROS DATOS HISTÓRICOS IMPORTANTES
		Duración de reinado	Nombres	
929				*Sesac* de Egipto saquea la ciudad de Jerusalén en 928.
909				*Zara* (Sezac) *de Etiopía* es derrotado por Asa.
908				Basa hace alianza con *Benadab I de Siria* contra Asa. Este consigue que Benadad rompa la alianza con Israel y se una con Judá.
885				
884		884 - 860	*Asurnazirpal.* Nuevo florecimiento del imperio asirio.	
873				Acab vence por dos veces a *Benadab II* y se une con él contra Asiria. Son derrotados por Salmanasar II en Karkar (854).
	854 Batalla de Karkar	859 - 826	*Salmanasar II.*	
	853 Muerte de Acab			Rómpese la alianza de Acab y Benadab; aliado Acab con Josafat contra Siria, pierde la batalla y la vida (853).
854				El rey *Mesa* de Moab rehusa pagar tributo y reconquista el terreno perdido.
853				Campaña de Joram, unido con Josafat de Judá, contra Moab. Moabitas y ammonitas contra Judá. Rebelión de los idumeos contra Judá; filisteos y árabes invaden Judá.
842				Ocozías se une con Joram contra *Hazael* de Siria.
	842 Joram y Ocozías mueren asesinados Tributo de Jehú			Victorias de *Hazael* sobre Jehú; conquista Hazael toda Transjordania.
814				Joacaz es acosado por Hazael y *Benadab III* de Siria, sucesor de Hazael. Joás, estrechado por los sirios, compra la paz con los tesoros del Templo.
798				Victoria de Amasías sobre los idumeos.
783				Jeroboam II recupera Transjordania y conquista Damasco.
		826 - 811	Samsiramınam.	
		811 - 782	Ramannirari III (casado con Sammuramat, Semíramis).	Azarías somete a los filisteos, árabes, ammonitas e idumeos.
743				
		782 - 772	Salmanasar III.	
742		771 - 754	Asurdán III.	
		754 - 745	Asurnirari.	
		745 - 727	*Teglatfalasar III.* (Thiglatpileser, Ful; IV *Reg* 15, 19).	
742	738			
737	Tributo de Manasés a Ful			
736				
				Rasin de Siria, unido con Facee, comienza las hostilidades contra Judá.
	739 (738)		Rasín de Siria aparece en las listas de tributarios de Teglatfalasar.	
			Acaz compra con fuerte tributo el auxilio de Teglatfalasar contra Siria e Israel.	
	734		Teglatfalasar derrota a Facee de Israel e incorpora Transjordania y Galilea a su imperio.	
732 - 724	733 - 732		Teglatfalasar asedia a Damasco y se apodera de ella; caída del reino sirio.	
716		727 - 723	*Salmanasar IV* somete a Oseas, sitia a Samaria. Su hijo y sucesor	
	722	722 - 705	*Sargón II* se apodera de Samaria	
		704 - 681	*Senaquerib* sitia a Jerusalén (701).	
		681 - 669	Asarhaddón.	
		668 - 626	*Asurbanipal* (Sardanápalo). Asiria en su apogeo. — Biblioteca de inscripciones cuneiformes.	

B. Reino de Judá, 722-586 a. Cr.

JUDÁ	a. d. Cr.	REINOS GENTILES	a. d. Cr.
15. Amón reinó 2 años	639	Asuredililani de Asiria	626 - 606
16. **Josías* reinó 31 años	638	Nabopolasar, rey de Babel.	625 - 605
(Habacuc, Sofonías, Jeremías).			
Abolición de la idolatría	629	Destrucción de Nínive	606
Renovación del Templo, etc.	623		
17. Joacaz reinó 3 meses	608	Necao de Egipto	611 - 595
18. Joaquín reinó 11 años (Daniel, Ezequiel)	608	Nabucodonosor, rey de Babilonia	604 - 562
Primera conquista de Jerusalén. *Comienzo de la cautividad babilónica de los 70 años.*	606		
19. Joaquín o Jeconías reinó 3 meses			
Segunda conquista de Jerusalén	598		
20. Sedecías reinó 11 años (Baruc)	597		
Destrucción de Jerusalén.—Godolías, gobernador	587	Efre (Hofra) de Egipto	590 - 571
Ruína total del Estado judío	586		
Elevación de Joaquín el año 37 de su cautividad	561	Evilmerodac en Babilonia	561 - 559
		Neriglisar	559 - 556
Fin de los 70 años de cautiverio babilónico	536	Naboned (al fin de su reinado, Baltasar correinante)	555 - 538
		Ciro único soberano	536

rios y de la Biblia sólo se ajustan en el año de la conquista de Samaria: el año sexto de Ecequías, rey de Judá, noveno de Oseas, rey de Israel, último de Salmanasar y primero de Sargón, reyes de Asiria, en el cual fué conquistada Samaria según la Biblia y las inscripciones cuneiformes, es el 722 a. Cr. Desde esta fecha en adelante apenas hay dificultad digna de mención. Anteriormente a ella hay algunas otras fechas seguras en tiempo del profeta Isaías (muerte de Ozías no antes del 740, en vez de 759) y del rey Acab. Puesto que la muerte de éste aconteció *después* de la batalla de Karkar (atestiguada por las inscripciones asirias, año 854), resulta que el asesinato simultáneo de Joram (Israel) y Ocozías (Judá), debió de ocurrir hacia el 842. Para los reinados anteriores al de Acab no disponemos de datos asirios; forzoso nos es calcularlos sólo aproximadamente, de acuerdo con la cronología bíblica antes establecida. *El cuadro sincrónico* (págs. 564 y 565)[1] nos hará ver los datos y sincronismos principales de ambos reinos y de la historia profana. Los veinte reyes de Judá son de la casa de David, con la única excepción de la impía Atalía; los diecinueve de Israel, de diez familias diferentes que escalaron el trono valiéndose de sediciones y asesinatos. En el cuadro ponemos en su lugar *los profetas* que intervinieron en ambos reinos.

período sube a 98 ó a 95, si se admite con Kugler (*von Moses bis Paulus* pág. 158) que los 22 años del reinado de Jeroboam comienzan a contarse desde que este rey fué ungido por Ahías, y que de los 22 años de Acab 2 fueron de correinado y 20 de reinado. La diferencia desaparece, si contamos por un solo año el último de un rey y el primero del sucesor; pues en Israel y Judá existía la costumbre de contar los años por entero (como por ejemplo los tres días que Jesucristo estuvo en el sepulcro); y, por ende, contaban dos veces el año en que un rey sucedía a otro. Para el reino de Judá los sumandos son los siguientes: $16 + 2 + 40 + 21 + 7 + 1 = 87$; para el de Israel: $20 + 1 + 23 + 1 + 11 + 19 + 1 + 11 = 87$. No es tan fácil acoplar las sumas en el período que va del 842 (a. Cr.) a la caída del reino del norte (722). Si admitimos con Kugler (pág. 164 ss.) que Amasías de Judá reinó 20 años como correinante y 9 como rey único, y suponemos además que Joatam gobernó 13 años como regente durante la enfermedad (lepra) de su padre Ozías, resulta, teniendo en cuenta la manera de contar de los judíos, arriba expuesta, un total de 121 años desde Atalía a Ezequías (842-721). Para obtener el mismo resultado en el reino de Israel es preciso una corrección del texto (6 en vez de 10 y 5 en vez de 20). Pueden verse otras tentativas para resolver el problema en Lindl, *Cyrus* 79 s.; Trutz (*Kath* 1906 I 20 ss.); Herzog, *Die Chronologie der beiden Königsbücher* (*ATA* I 5); Sanda, *Die Bücher der Könige* II 399-441; Hontheim (*ZKTh* 1918, 463 ss.).

[1] Tomamos las fechas de los recentísimos cálculos de Kugler (l. c. 171).

76. Misión de los profetas[1]

578. Al fundar la Antigua Alianza, había prometido (cfr. núm. 349) el Señor a su pueblo enviarle profetas como Moisés, que mantuvieran y continuasen la obra comenzada. El espíritu que animara al legislador de Israel, fué traspasado a Josué. En tiempo de los Jueces encontramos profetas y «hombres de Dios»[2]. Samuel fué un gran profeta; además, en derredor de éste y de otros hombres favorecidos del Señor como él, se congregó una porción de discípulos[3], por medio de los cuales se multiplicaban en cierto modo aquellos varones extraordinarios y extendían su campo de acción, instruyendo y amonestando con más eficacia al pueblo y alentándole a seguir fiel al Señor.

Y cuando con la institución de la *monarquía* nació el peligro de que Israel buscase la gloria en el aparato externo y se entregase a las vanidades del mundo como los pueblos gentiles[4], Dios envió a los primeros Reyes profetas como Samuel, Gad y Natán, y aun concedió a David y a Salomón el don de profecía[5]. Y a medida que aumenta el peligro, especialmente desde la división del reino, más enérgicamente entran de por medio los profetas enviados por Dios. Intervienen igualmente en el destierro y después de él, oponiéndose a las influencias del paganismo y preparando al pueblo para la venida, ya próxima, del Redentor.

Dios[6] *los escogió y preparó para esta misión: a)* con *luces* sobrenaturales y profundo conocimiento de las verdades divinas, de los destinos del pueblo de Dios y de la relación que con éstos guardaban los acontecimientos históricos; con el don de *profetizar* los sucesos próximos y remotos hasta el cumplimiento de los destinos de Israel, cuando el Mesías apareciese en su reino y en el Juicio Final; *b)* con el don de *milagros,* que acreditara su divina misión.

Ellos, por su parte, correspondieron al divino llamamiento entregándose de lleno a tan santo ministerio, llevando una vida muy austera[7] y cumpliendo su deber con gran libertad, entereza e intrepidez ante los poderosos y humildes,

---

[1] Acerca de los profetas cfr. Kaulen-Hoberg, *Einleitung*[5] 338 ss.; Schöpfer, *Geschichte des AT*[6] 423 ss.; Leitner, *Die prophetische Inspiration (BSt* I 5); santo Tomás, *Summa Theol. s. s. q. 171-175. Profeta* significa: el que habla de parte de Dios (cfr. *Exod.* 7, 1; *Deut.* 18, 22). La expresión hebrea más antigua es *roëh,* que significa vidente (el que ve las cosas ocultas y futuras); pero el término más corriente es *nabi* (de *naba,* hablar inspirado), que quiere decir: inspirado por Dios. Por razón de su trato con Dios, se les llama «hombres de Dios»; por su ministerio cerca de Israel, «vigilantes, guardias, pastores, etc., de Israel». Cfr. Laur, *Die Propheten-Namen in AT* (Friburgo de Suiza 1903). Para formar juicio crítico acerca del valor histórico-literario de los profetas de Israel véase Baumgartner, *Geschichte der Weltliteratur* I[3-4] 36 ss.

[2] Cfr. núm. 431, 461, 470 s.

[3] Cfr. núm. 470, 486. Frente a las tentativas recientes de dar origen cananeo-babilónico al profetismo, cfr. Laur l. c. 45 ss.

[4] Cfr. núm. 469.

[5] Cfr. núm. 513, 518, 556 s.

[6] Por esto no se necesitaba *preparación* especial. Las *escuelas de profetas* no eran establecimientos destinados a la formación de profetas. Don tan singular sólo directamente de Dios podía venir. No constituían los profetas un *estado especial;* Dios elegía y llamaba a cada uno según su beneplácito, conforme lo requerían las necesidades del pueblo escogido, si bien una unción especial era a veces el signo externo de tan señalada gracia, como vemos en Eliseo (III *Reg.* 19, 16; cfr. núm. 589, de no haberse de interpretar simbólicamente las palabras de este pasaje). Dios los escogía de *todas las capas sociales* y los llenaba de su Espíritu. Jeremías y Ezequiel eran del linaje sacerdotal, Isaías de real estirpe; Amós se dedicaba al oficio de pastor en Tecua, y Eliseo dejó el arado para seguir a Elías. Los mismos profetas dan testimonio del llamamiento divino sobrenatural y maravilloso y de las gracias extraordinarias recibidas de Dios para el desempeño de su ministerio; y con sus prodigios y predicciones proféticas, con sus arrobamientos y éxtasis demuestran lo extraordinario de su misión (cfr. III *Reg.* 18, 12; IV *Reg.* 2, 16; *Ezech.* 11, 24; 37, 1); esto mismo acreditan a cada paso en el Nuevo Testamento Jesucristo y los apóstoles. Cfr. entre otros pasajes *Luc.* 24, 25 ss.; *Act.* 3, 18 ss.; 10, 43; 28, 25; II *Petr.* 1, 19 s.

[7] Cfr. IV *Reg.* 4, 38 ss.; *Ierem.* 15, 17.

ante los reyes y príncipes, ante los sacerdotes y el pueblo [1]. Su *vestido* era áspero: una amplia túnica o saco de crin, con cinturón de cuero [2]. *Vivían* solos, o bien en comunidad con los discípulos que se les juntaban [3]. Algunos eran *casados;* otros, *célibes,* como Elías, Eliseo y Jeremías. Remediaban las escasas *necesidades* con sus propios recursos, con su trabajo, o con los presentes y limosnas que recibían de la gente piadosa; dábaseles hospitalidad voluntaria por amor de Dios. Su *autoridad* ante los príncipes era grande; los mismos reyes y magnates impíos del reino de las diez tribus, y los príncipes y pueblos paganos reconocían su misión divina, movidos principalmente por la austeridad de su vida, por el poder de su palabra, por sus predicciones y portentos. Como se oponían a las pasiones y aspiraciones mundanas de los contemporáneos y a los augurios de los falsos profetas, eran a menudo objeto de duras *persecuciones* y morían de muerte violenta o cruelmente martirizados [4]. Los principales enemigos de ellos eran los *falsos profetas,* fáciles de ser reconocidos por la falsedad de sus predicciones [5], por la oposición de su doctrina y consejos a la Revelación divina, por sus miramientos y transigencias con las pasiones y por su vida mundana.

579. *Los profetas anteriores,* como Elías y Eliseo, intervinieron principalmente de palabra y con señales y prodigios. *Los profetas posteriores* han influído además mediante los escritos que compusieron para sus contemporáneos y legaron a la posteridad. Merced a estos escritos tenemos idea clara y precisa de la actividad profética. Los profetas anuncian al pueblo las verdades eternas, la Ley divina, el destino y misión de Israel entre los pueblos gentiles; avisan, exhortan, mueven a penitencia, amenazan con castigos a los israelitas infieles a Dios y a su vocación [6]; advierten a los grandes, disuadiéndoles de aspiraciones religiosas y políticas que puedan comprometer la suerte de Israel. Inspirados por Dios, aclaran la posición de Israel respecto de los pueblos paganos vecinos y de los imperios del mundo, y esclarecen los sucesos prósperos y adversos, las alianzas, victorias, derrotas y toda clase de adversidades en relación con los destinos del pueblo escogido [7]. Y tomando pie del estado presente, dirigen a

---

[1] Cfr. III *Reg.* 14, 6 ss.; núm. 574 s.; *Ierem.* 1, 10 18. Los profetas del pueblo de Dios en todo ocupan un puesto muy señalado, pero especialmente en lo que atañe al número, a su honorabilidad y al fondo y objeto de sus predicciones. «No sirven a los intereses políticos y a los negocios seculares, como la pitonisa de Delfos, sino anuncian el triunfo del reino de Dios y del orden moral» (Faulhaber). Ni los babilonios y asirios, ni los egipcios y árabes pueden presentar algo equivalente o parecido a los meritos de los profetas de Israel; en cuanto a la magia y los agüeros de los sacerdotes de Baal, nada más opuesto al profetismo hebreo. Por eso llega Sellin a confesar *(Der atl Prophetismus,* Leipzig 1912), que en la extensa literatura oriental nada hay que pueda compararse, siquiera como remota analogía, con el concepto hebreo de la revelación del plan divino del mundo, o al menos considerarse como un primer grado de tan elevadas ideas. Lo mismo declara König *(Geschichte der atl. Religion*[3] 365 ss.). Hablar de «analogía» con ciertos fenómenos del paganismo (adivinación, magia, etc.) o hacer de los profetas instrumentos políticos, agentes y agitadores (Delitzsch, Winckler), es desconocer y desfigurar los hechos.

[2] A la manera de los que llevan luto; núms. 191 y 496 (cfr. IV *Reg.* 1, 8; *Is.* 20, 2; *Zach.* 13, 4; *Matth.* 3, 4).

[3] Elías y Eliseo tenían comunidades de este género en el Carmelo, en Gálgala, Betel y Jericó (cfr. IV *Reg.* 2, 1-25; 4, 25 38 ss.; 6, 1 ss.).

[4] Eran escarnecidos, maltratados, perseguidos, encarcelados y degollados como amotinadores del pueblo, locos y traidores (cfr. III *Reg.* 18, 17; 22, 27; IV *Reg.* 9, 11; *Ierem.* 11, 19; 20, 2; 26, 8; 32, 3; 37, 13 ss.; 38, 4 ss.; cfr. núm. 677; *Amos* 7, 10; *Matth.* 23. 37; *Act.* 7, 52; *Hebr.* 11, 36 ss.). [5] Cfr. *Deut.* 18, 22.

[6] De la actividad política de los profetas sólo cabe hablar en cuanto que a todas las actividades humanas aplicaban las normas de la Ley divina; y oponiéndose a las arbitrariedades y pasiones y a la corrupción moral que se manifestaban en todas las esferas de la vida privada y pública, trataban de que prevaleciera la voluntad divina (cfr. Walter, *Das Prophetentum in seinem sozialen Berufe,* en *ZKTh* 1899, 386 ss.).

[7] Su principal misión era llevar a la conciencia del pueblo el convencimiento de los elevados destinos a que estaba llamado: *el pleno cumplimiento mediante el Mesías.* A esto queda todo lo demás subordinado: la vida presente y el comportamiento del pueblo,

menudo la mirada y la palabra hacia el futuro, próximo o remoto, especialmente al *Mesías y su reino,* en el cual se habían de cumplir los destinos de Israel[1].

Los profetas predicen los *sucesos futuros,* no por conjeturas humanas, o cálculos ingeniosos; con la *certeza infalible* propia de la presciencia[2] divina anuncian los hechos que dependen de la voluntad de Dios y de la libre actividad humana, inescrutables por consiguiente a la humana perspicacia, pero que se realizaron como se había predicho. Muéstrase esto, con mayor esplendor que en otra parte alguna, en las *profecías mesiánicas.* Y aunque vivieron en tiempos muy distantes unos de otros y predijeron del Mesías cosas tan diversas, a veces aparentemente contradictorias, todos sin embargo dibujaron en el mismo cuadro; y de los rasgos que cada uno trazara, se formó un retrato perfecto, en el cual podía reconocerse a aquel que era la esperanza y el anhelo de Israel y a quien ansiaban las naciones[3].

A pesar de las persecuciones que padecieron, sus palabras y acciones obtuvieron *el resultado apetecido;* pues en medio del torbellino de las pasiones humanas, en medio de los huracanes que se desencadenaron contra el pueblo de Dios, Israel guardó, en general, su religión y su fe, se mantuvo firme en sus esperanzas aun después de la destrucción del reino y en la cautividad, salió de los castigos y pruebas purificado, acrisolado y fiel para siempre al verdadero Dios, y, finalmente, se preparó suficientemente — por lo menos su parte más sana — para la venida del Redentor.

I. Decadencia del reino de Israel

77. Los reyes Nadab, Baasa, Ela, Zamri y Amri

(III *Reg.* 15 y 16; II *Par.* 13)

580. Jeroboam[4] sobrevivió cuatro años a Roboam; el hijo de éste, Abías, que al principio parecía andar por los caminos del Señor, obtuvo una gran victoria contra Jeroboam.

---

los medios y caminos que Dios ha de escoger en un futuro próximo o remoto para mantener sus promesas en todas las circunstancias y guiar al pueblo escogido al cumplimiento de las mismas. Por eso en medio de las descripciones de los sucesos presentes o venideros fijan su mirada en el Mesías, declarando al pueblo el verdadero y propio significado de las disposiciones divinas y de los castigos, para así reducirlo al cumplimiento del deber, infundir aliento y esperanza a los buenos e inclinarlos a la fiel entrega a la voluntad divina; y al mismo tiempo dar a las generaciones venideras, que habían de ver el cumplimiento de todo, argumentos seguros de cada uno de los rasgos de las profecías mesiánicas, y *señales inconfundibles* por donde pudiesen reconocer al verdadero Mesías y su reino. Cfr. núm. 3.

[1] Para más detalles cfr. núm. 607.

[2] Acerca de las profecías que se pretende no haber sido cumplidas, cfr. Reinke l. c. II 117 ss.

[3] La ciencia racionalista de todos los matices es también aquí opuesta al concepto católico. El racionalismo antiguo, interpretando superficialmente las profecías mesiánicas, trató de reducirlas a «vagos presentimientos» y «ensueños quiméricos». La escuela de Welhausen hace de los profetas fundadores de una religión nueva (monoteísmo ético); y de tal manera limita la actividad de los mismos a la historia de su tiempo (peligro asirio), que no les pudo quedar espacio para predicciones y esperanzas mesiánicas. Todos los pasajes que aluden a un Mesías personal o al cumplimiento del reino de Dios (escatología), los relega a la época del destierro o a otra posterior. Siguiendo las huellas de Orelli (1888), representa Müller (*Messian. Erwartung der vorex. Proph.,* Gütersloh 1906) entre los protestantes las teorías conservadoras. En 1895 inició Gunkel un cambio completo en las ideas, dando origen babilónico a las expresiones *tiempos primitivos* y *últimos tiempos.* En 1905 Gressmann trató de buscar el origen de la escatología judeo-israelita en los *mitos babilónicos.* La escuela panbabilonista desconoce el carácter y el cometido de los profetas, si bien atribuye grande importancia histórico-religiosa a la «expectación del Redentor como término de la creencia en las edades del mundo» (*AOG* 205 ss.).—Puede verse en el núm. 749 un resumen de los principales caracteres de las profecías mesiánicas.

[4] Cfr. núm. 573 ss.

Abías salió al frente de un ejército escogido (probablemente de cuarenta mil) contra Jeroboam, el cual le hizo frente con doble número [1]. Estaban los ejércitos frente por frente en orden de batalla en Efraim. Abías, desde el monte Semerón [2], comenzó a representar al ejército de Jeroboam cómo Dios había dado el señorío de todo Israel a la casa de David y cómo Jeroboam había usurpado la mayor parte del reino, añadiendo a este pecado el de inducir a la idolatría a Israel. Invitaba a sus hermanos a reflexionar que en Judá se adoraba con toda fidelidad a Dios, cumpliendo estrictamente todas las disposiciones de la Ley de Moisés, y les exhortaba a no luchar contra Dios, que era el jefe de Judá. Mientras ambos ejércitos escuchaban el discurso de Abías, Jeroboam con una parte del suyo cercó por la espalda al ejército de Judá. Este, rodeado por todas partes, parecía perdido sin remedio; pero alzando el grito al Señor todos los soldados de Judá, el Señor entregó a Israel en manos de Abías, de suerte que cayeron heridos de Israel en indecible número. Abías conquistó muchas ciudades, y el poder de Jeroboam quedó quebrantado.

Sucedió a Jeroboam su hijo **Nadab,** el cual siguió los ejemplos del padre. En él se cumplió la amenaza del Señor [3]. Pues sucedió que en el segundo año de Nadab, su general **Baasa,** hijo de Ahía, de la tribu de Isacar, le armó asechanzas y matóle en *Gebbeton* [4], ciudad de los filisteos, al tiempo que el rey y todo Israel estaban sitiando esta ciudad. Para asegurarse en el trono, exterminó Baasa toda la familia de Jeroboam. Pero no fué mejor que éste; por lo cual le fué anunciado por boca del profeta Jehú un castigo análogo, que se cumplió en su hijo Ela. Celebraba **Ela** un banquete y hallándose beodo, uno de sus generales, llamado **Zamri,** se arrojó sobre él y le quitó la vida, se apoderó del trono y exterminó la familia de Baasa, con los parientes y amigos. Sucedía esto en el segundo año de Ela.

Pero a los siete días fué derribado Zamri. Pues, como hubiese llegado la noticia de su rebelión al campamento de Gebbetón — segunda vez sitiada por Israel —, el ejército proclamó por rey a su general **Amri,** y con él al frente fué a Tersa y la sitió; y viendo Zamri que la ciudad iba a ser tomada, entró en el palacio y se abrasó con el edificio. Pero Amri tuvo que luchar con un competidor, **Tebni,** al cual se unió una parte considerable de Israel; mas, a los cuatro años logró dominarle. Amri compró por dos talentos de plata a un cierto *Somer* o Semer un monte próximo a Tersa y allí edificó una ciudad fuerte, que llamó *Samaria,* del nombre del antiguo dueño del monte, la cual fué en adelante residencia de los reyes de Israel [5]. El reinado de Amri fué peor que el de sus predecesores. Sucedióle su hijo Acab, todavía más impío.

---

[1] II *Par.* 13. Como sean tan enormemente elevadas esas cifras (400000 y 800000), ni haya ejemplo en la historia de derrota semejante (500000 muertos y heridos), sospechan algunos que se trata de 40000 y 80000. Cfr. Reinke, *Beiträge* I 201. Las centenas de millar nacieron probablemente de confundir letras numéricas parecidas.

[2] Probablemente en Betel, cerca de las fronteras de Judá.

[3] III *Reg.* 14, 7 ss.; cfr. núm. 575.

[4] Correspondió en el reparto a la tribu de Dan (*Ios.* 19, 44); se hallaba unos 35-40 Km. al noroeste de Jerusalén, en la frontera de los filisteos y en posesión de éstos.

[5] Está situado este monte 12 Km. al noroeste de Siquem y otro tanto al oeste de Tersa; su cumbre, a 340 m. de altitud, presenta una dilatada meseta. Circúndale como un foso una amplia hondonada de más de 8 Km. de anchura, a la cual afluyen encantadores valles. Tanto el monte, cultivado en abancalado hasta la cumbre, como sus alrededores, se distinguen por su fertilidad, en particular por la de sus viñedos; esto y su situación estratégica le señalaban para fundamento de la capital del reino de Israel. Pronto compitió *Samaria* con Jerusalén en grandeza y magnificencia. Por eso la llama Isaías (28, 1) «diadema orgullosa de Efraim, que resplandece en la cumbre de fertilísimo valle». Después del cautiverio de Babilonia fué Samaria capital de aquel pueblo híbrido de los *samaritanos.* Juan Hircano la destruyó por completo en 109 a. Cr.; pero el prefecto romano Gabinius la reedificó el año 54 a. Cr., y el 27 (a. Cr.) la embelleció Herodes el Grande, dándole en honor de Augusto el nombre de *Sebaste* (en lat. *Augusta).* Es célebre por los sepulcros de Eliseo, Abdías y Juan Bautista, sobre los cuales se levantó más tarde la iglesia de

78. El profeta Elías

(III *Reg.* 16, 29 a IV *Reg.* 2, 13)

581. El rey Acab y el profeta Elías. Acab superó en impiedad a todos los reyes que le habían precedido. Al culto de los becerros añadió, por instigación de su mujer *Jezabel*, hija de Etbaal, rey de Tiro, el abominable *culto* fenicio de *Baal*. Construyóle un templo en Samaria, plantó un bosque y nombró cuatrocientos cincuenta sacerdotes de Baal y cuatrocientos de *Astarte* [1]; sirvió a Baal y le adoró; mas hizo matar a los profetas del Señor.

En esta época de máximo peligro para la fe, envió Dios *al mayor de los profetas* después de Moisés, *Elías de Tesbi* [2]; el cual, con su celo ardiente, con el poder de su palabra y la intrepidez de sus acciones, había de desbaratar los planes de los enemigos de Dios. Dotóle el Señor de gracias extraordinarias, le sostuvo y protegió contra el furor de los perseguidores y le acreditó ante Israel y el Rey con los mayores prodigios.

582. Elías aparece bruscamente en escena. Nada se dice de su vida anterior; ni siquiera tenemos una relación completa de sus hechos. Se supone que el autor de los *Libros de los Reyes* tomó la historia de Elías y Eliseo de anotaciones existentes anteriormente, apoyadas a su vez en tradiciones transmitidas por los discípulos de los profetas. Estas tradiciones, consignadas por escrito muy temprano (hacia el 800 a. Cr.) — según opinión de la mayor parte de los críticos —, han conservado el tono y color de la tradición popular. Mas de aquí nada se sigue contra la *historicidad* de la narración; antes bien, la antigüedad de la tradición y de las anotaciones escritas es garantía de la credibilidad histórica. Sólo la repugnancia y aversión a todo lo revelado puede ser causa de que los críticos califiquen la historia de Elías y Eliseo de «leyenda» o «mezcla de leyenda e historia». En realidad, los críticos no aciertan a «distinguir lo rigurosamente histórico de lo legendario», y no les queda otro arbitrio sino «tomar esta narración tal cual es, confiando que los rasgos principales, especialmente la escena del Carmelo con sus grandes ideas religiosas, descansen en base histórica»... «La figura de Elías se agiganta, si bien aparece claramente histórica en los rasgos fundamentales» [3]. En cuanto a lo *extraordinario y maravilloso* que distingue a Elías (y Eliseo) entre todos los profetas, se ha de considerar lo difícil de la misión a él confiada y las circunstancias de la época. En aquel momento crítico de la historia de Israel era preciso salvar en el reino del Norte la fe en el verdadero Dios (Yahve), ahogada por el culto grosero y sensual de Baal y Astarte, y anunciar a la casa idólatra del rey la justicia del Dios vivo.

---

san Juan. Cfr. san Jerónimo, *Epitaph. Paulae, inter epist. 108, al. 27, n. 13,* cfr. *ep. 46, al. 17, n. 12.* A pesar de sus bellos alrededores, actualmente es una mísera aldea, con 500 habitaciones de mediana fama. Cfr. Döller, *Studien* 200 ss. Exploradores americanos creen haber encontrado restos del palacio real de Amri y Acab.

[1] Acerca de Baal y Astaroth (Astarte) cfr. núm. 125 y página 425, nota 3; Hagen, *LB* I 509.

[2] Elías vivía en Galaad cuando por primera vez intervino en la vida pública (III *Reg.* 17, 1); de suponer es que allí estuviese su ciudad natal, probablemente en *el-Istib,* 13 Km. al norte del Jabok, donde todavía se ven las ruinas de un monasterio que lleva el nombre de Mar Elyas. No lejos de aquí parece haber estado situada la patria de Eliseo, Abel-Mehula (cfr. núm. 589). La patria de Elías no es, por consiguiente, Tisbe de *Tob.* 1, 2, patria de Tobías, situada en Galilea (Neftalí). *Rb* 364 y 365.—El nombre del Profeta (Eli-yah, «mi Dios es Yahve») está en consonancia con la misión del mismo: defender la verdadera fe contra el culto abominable de Baal.

[3] Kittel, *Die Bücher der Könige* 162; *Geschichte des Volkes Israel* II[3] 387 ss. *(ATAO*[3] 543). Cfr. A. Schulz, *Die Quellen zur Geschichte des Elias* (Braunsberg 1906);

La misión de Elías es un anillo de la cadena de extraordinarias mercedes divinas concedidas a Israel; sus prodigios llevan el mismo ritmo que éstas. Así como en otro tiempo Dios confirmó la autoridad de Moisés mediante sucesos extraordinarios, a fin de dar por su mediación la Ley a Israel, no de otra manera quiso hacer el último esfuerzo por medio de Elías, para conducir al buen camino al pueblo infiel [1]. «Es, pues, intento vano querer explicar lo maravilloso de Elías de una manera natural, o como leyenda». Quien pretenda despojar la vida de Elías de todo lo prodigioso, no tendrá un retrato conforme a la historia real; y aun se convertirá el retrato en caricatura, si se quiere atribuir los grandes triunfos de Elías, no al Dios vivo, sino a las cualidades del Profeta, que era un hombre como los demás, y al apoyo que le prestaron un partido de la corte, las comunidades de profetas y los nobles sentimientos del espíritu popular [2].

583. Para mover al Rey y al pueblo a penitencia, suplicó Elías al Señor, se dignase afligir al país con una larga sequía. Asegurado por Dios de que su oración había sido oída, se presentó al Rey y le dijo: «Vive el Señor Dios de Israel, en cuya presencia estoy [3], que *no* ha de caer *rocío ni lluvia* en estos años hasta que yo lo dijere». Enfurecióse Acab al oír estas palabras y quiso matar secretamente a Elías.

Para protegerle contra las asechanzas de Acab, díjole el Señor: «Retírate de aquí y vete hacia el oriente, y escóndete en el *torrente Carit,* que está frente al Jordán [4]. Beberás allí del arroyo; y he mandado a los *cuervos* que te alimenten». Fuése, pues, y ejecutó las órdenes del Señor; los cuervos le llevaban pan y carne por la mañana y por la tarde, y el arroyo le ofrecía cristalinas aguas donde apagar la sed.

Mas pasados algunos días secóse el arroyo, porque no llovía. Díjole entonces el Señor: «Levántate, y vete a *Sarepta* de los sidonios [5], porque he mandado allí a una mujer viuda que te alimente». Levantóse, pues, y fuése a Sarepta. Y luego que llegó a la puerta de la ciudad, encontró a una mujer viuda que estaba recogiendo leña, y llamóla diciendo: «Dame un poco de agua para beber». Y yendo ella para traérsela, gritóle Elías: «Tráeme también, te ruego, un bocado de pan en tu mano». Ella respondió: «Vive el Señor Dios tuyo, que no tengo pan, sino sólo un puñado de harina en una orza y un poco de aceite en una alcuza; y ahora estoy recogiendo dos palos para ir a cocerlo para mí y para mi hijo, y comérnoslo, y después morir». Díjole Elías: «No temas; mas anda, y haz como lo has dicho; pero haz primero para mí de ese poco de harina un panecillo cocido debajo del rescoldo, y tráemelo; que después lo harás para ti y para tu hijo. Porque esto dice el Señor Dios de Israel: la orza de la harina no faltará, ni menguará la alcuza del aceite, hasta el día en que el Señor ha de dar lluvia

---

Sanda, *Elias und die religiösen Verhältnisse seiner Zeit,* en *BZF* VII 1 2 (con más extensión en: *Die Bücher der Könige* I 413 ss.); Fruhstorfer, *Der Prophet Elias,* en *ThpQS* 1921 y 1922.

[1] *KL* IV 365.

[2] Riehm, *Handwörterbuch des bibl. Altertums*[2] I 381.

[3] Que me honra con su trato y amistad.

[4] Según las indicaciones de la Sagrada Escritura (III *Reg.* 17, 3), de Josefo (*Ant.* 8, 13, 2), de Eusebio y de san Jerónimo, al *oriente del Jordán,* quizá 15-20 Km. por debajo del vado de Betsán. El paraje es bravío y romántico, y, por la abundancia de árboles y de cuevas, muy apropiado para refugio. Otros lo buscan en el Kelt, que pasa por Jericó (cfr. *HL* 1883, 136) o en la fuente de *Phasaelis,* también a esta parte del Jordán, 15 Km. al oriente de Silo; pero los dos últimos lugares no ofrecían tanta seguridad. Opina Sanda que se debe buscar el torrente Carit en los dominios de Damasco, cuyos límites llegaban entonces hasta Ramoth de Galaad. Cfr. Döller, *Studien* 224; *Rb* 107; *AB* 33.

[5] *Sarepta* o Sarefta, en hebreo *Zarpath,* se hallaba entre Sidón y Tiro. La mujer era pagana, pero (cfr. *Luc.* 4, 24-26) bien dispuesta a abrazar la verdadera religión. En tiempo de las Cruzadas, Sarepta fué sede episcopal, sufragánea de Tiro. Hoy se ve allí una aldea, llamada Sarphand o Surafend. Cfr. *HL* 1901, 63; Döller l.c. 226; *AB* 99.

sobre la haz de la tierra». Fuése, pues, la mujer, e hizo lo que Elías le había dicho; y desde aquel día no faltó harina en la orza, ni se disminuyó el aceite de la alcuza.

Después de algún tiempo, enfermó gravemente *el hijo de la viuda* y murió. Dijo entonces la viuda a Elías: «¿Qué te he hecho yo, oh varón de Dios? [1] ¿Has entrado en mi casa para que se renovase (ante Dios) la memoria de mis pecados, y (en castigo de ellos) muriese mi hijo?» Y Elías le dijo: «Dame tu hijo». Tomóselo, y llevólo a la cámara donde él estaba [2], y lo puso sobre el lecho. Y clamó al Señor diciendo: «¡Señor Dios mío! ¿castigas a la viuda que me sustenta del modo que puede, quitando la vida a su hijo?» Y tendióse, y se midió tres veces sobre el muchacho [3], y clamó al Señor diciendo: «Señor Dios mío, vuelva, te ruego, el alma de este niño a sus entrañas». Y oyó el Señor la voz de Elías; y volvió el alma del niño a entrar en él, y revivió. Y tomó Elías al niño, y bajólo de su habitación al cuarto bajo de la casa, y entrególo a su madre, y le dijo: «Aquí tienes vivo a tu hijo». Y dijo la mujer a Elías: «Ahora reconozco que tú eres varón de Dios, y que la palabra del Señor es verdadera en tu boca».

584. **Sacrificio de Elías** (III *Reg.* 18). Después de haber pasado muchos días [4] sin llover, dijo el Señor a Elías: «Anda y preséntate a Acab; porque quiero enviar lluvia a la tierra». Partió, pues, Elías.

Entretanto, el hambre era extrema; Acab, para salvar la vida de sus caballos y mulos, mandó a su mayordomo Abdías diese con él una vuelta por todo el reino en busca de yerba. El Rey se encargó de recorrer la mitad del país, y Abdías la otra mitad. Pero Abdías era hombre temeroso de Dios y tenía escondidos en cuevas cien profetas del Señor, a los cuales proveía de pan y agua. Puesto en camino para cumplir la orden del Rey, le salió al encuentro Elías, ante cuya presencia se postró en tierra, diciendo: «Mi señor, ¿eres tú Elías?» «Yo soy, respondió éste. Anda y di a tu señor: Aquí está Elías». «Vive Dios, que no hay gente ni reino a donde no haya enviado mi amo a buscarte, y he tenido que exigir a todos juramento de que nada sabían de ti. Y si ahora doy noticia de ti al Rey, y entre tanto el espíritu del Señor te transporta a otra parte, de manera que yo no te encuentre, me quitará la vida». Y dijo Elías: «Vive el Señor de los ejércitos, en cuya presencia estoy, que hoy me mostraré a él». Partió, pues, Abdías a encontrar a Acab y dióle el recado.

Salió Acab al encuentro de Elías. Y así que le vió, le dijo: *¿No eres tú el que traes alborotado a Israel?* [5] Y él respondió: «No he alborotado yo a Israel, sino tú y la casa de tu padre, que habéis dejado los mandamientos del Señor, siguiendo a los ídolos. Mas ahora, manda congregar delante de mí a todo Israel, en el *monte Carmelo* [6], y a los cuatrocientos

---

[1] No soy digna de albergar en mi casa a varón tan santo; y al resplandor de tu santidad aun resaltan más mis pecados.

[2] Cfr. núms. 426 y 470.

[3] Para recordar *simbólicamente* la manera cómo Dios infundió en el primer hombre el espíritu, y para pedir con instancia a Dios que hiciese lo mismo con el niño. En el contacto corporal se nos da a entender cómo ha querido siempre el Señor glorificar a sus santos, haciendo de sus cuerpos vehículos de la virtud curativa.

[4] Según *Luc.* 4, 25 y *Iac.* 5, 15, tres años y medio. Sanda (*Bücher der Könige* I 416) admite que la sequía duró sólo un año (del otoño de 857 al de 856 a. Cr.) y que los datos numéricos de III *Reg.* 18, 1 deben entenderse como los tres días de Jesucristo en el sepulcro; Kugler (*Von Moses bis Paulus* 143) calcula «que la sequía debió de empezar en febrero-marzo, es decir, en el último mes (Adar) del año y terminar en el mes de Tischri del tercer año, durando, por consiguiente, 19 ó 20 meses».

[5] Por el hambre y la miseria.

[6] Véase núm. 587.

cincuenta sacerdotes de Baal y a los cuatrocientos de Astarte». Así lo hizo Acab.

Y acercándose Elías a todo el pueblo, dijo: «¿Hasta cuándo cojeáis por ambos lados? Si el Señor es Dios, seguidlo; y si Baal, seguidle». Y no le respondió el pueblo una palabra. Y dijo de nuevo Elías al pueblo: «Yo solo he quedado con vida de los profetas de Yahve; mas los profetas de Baal son cuatrocientos cincuenta. Désenos dos bueyes. Escojan ellos uno, y dividiéndolo en trozos, pónganlo sobre la leña, mas no pongan fuego debajo; yo sacrificaré el otro buey, y lo pondré sobre la leña, mas no pondré fuego debajo. Invocad los nombres de vuestros dioses, y yo invocaré el nombre de mi Señor; y el Dios que enviare fuego sobre las víctimas, ése sea el Dios verdadero (es decir, reconocido como tal)». Respondió todo el pueblo diciendo: «Muy buen acuerdo».

Los sacerdotes de Baal, tomando un toro, lo inmolaron y lo pusieron sobre el altar que habían erigido; y saltando en su derredor, no cesaban de gritar desde la mañana hasta el mediodía: «Baal, escúchanos». Mas no había quien respondiese. Y como fuera ya el mediodía, se burlaba de ellos Elías diciendo: «Gritad con voz más fuerte; porque ese dios quizá esté entretenido con alguno, u ocupado en algún negocio, o en camino, o tal vez durmiendo; gritad, pues, para que se despierte». Daban, pues, mayores gritos, y conforme a su rito, se sajaban con cuchillos y lancetas, hasta quedar bañados en sangre. Y siguieron danzando y gritando, hasta que llegó la noche [1]; pero Baal no les hacía caso.

585. Dijo entonces Elías a todo el pueblo: «Acercaos a mí». Tomó doce piedras, según el número de las tribus de los hijos de Jacob, y con ellas reparó el altar [2]; hizo alrededor de él una ancha fosa; y partiendo el toro en pedazos, púsolo sobre la leña, e hizo que vertiesen encima cuatro cántaros de agua; de suerte que el agua corría alrededor del altar, y la fosa quedó llena de agua. Llegado el tiempo del sacrificio vespertino [3], acercándose el profeta Elías, dijo: «¡Señor Dios de Abraham, y de Isaac, y de Israel!, muestra hoy que tú eres el Dios de Israel, y yo tu siervo, y que por mandamiento tuyo he hecho estas cosas. Oyeme, Señor, óyeme: para que sepa este pueblo que tú eres el Señor Dios, y vuelvas a ti el corazón de él». Y cayendo *fuego del cielo,* devoró el holocausto, la leña y las piedras, lamiendo aun el polvo y el agua que había en la fosa. Lo cual cuando vió todo el pueblo, postróse en tierra diciendo: «Yahve es el Dios, Yahve es el Dios». Y díjoles Elías: «*Echad mano a los profetas de Baal,* y que no se escape ni siquiera uno de ellos». Hicieron como dijo Elías; el cual los llevó al torrente Cisón [4], donde, según disponía la Ley [5],

---

[1] Una danza sagrada en honor de Baal, para expresar y realzar el entusiasmo o más bien su locura. Los modernos hablan de «danzas de vegetación», por medio de las cuales los sacerdotes de Baal trataban de acarrear tempestades, lluvias y fertilidad. Usos de este género encontramos en muchos pueblos paganos de la antigüedad, y aun hoy entre los faquires indios. Tienen también cierta analogía con ellos los gestos salvajes y las danzas de los derviches. Cfr. Scholz, *Götzendienst* 343.

[2] Existía, quizá, antes que el Templo de Salomón, acaso desde la división del reino; o tal vez fuera erigido bajo la dirección de Elías por los adoradores del verdadero Dios que no podían ir a Jerusalén; pero los idólatras lo habían destruído.

[3] Avanzada ya la tarde (cfr. núm. 325).

[4] Cfr. núm. 430, 587.

[5] *Deut.* 13, 14 ss.; 17, 2 ss.; 18, 20.

fueron muertos en presencia del Rey, como inductores a la idolatría [1]. Y dijo Elías a Acab: «Sube [2], come y bebe, porque suena ruido de grande lluvia». Subió Acab a comer y beber. Mas Elías fué a la cumbre del Carmelo [3] y postrándose en tierra oró. Al poco rato dijo a su criado: «Sube [4] y mira hacia el mar». Luego volvió el criado, diciendo: «No hay nada». Segunda vez le dijo Elías: «Vuelve hasta siete veces». Y a la séptima vez, he aquí que subía del mar una nubecilla chica como huella de un pie de un hombre. Mandóle entonces Elías: «Sube (al lugar del sacrificio) donde está Acab y dile: «Unce tu carro y vete luego, porque no te ataje la lluvia». De pronto se oscureció el cielo y vinieron nubes y viento, y cayó una *grande lluvia*. Y habiendo tomado Acab el camino de Jezrael [5], *la mano del Señor vino sobre Elías;* el cual, ciñéndose los lomos corrió delante de Acab, hasta llegar a Jezrael [6].

586. *El fuego venido del cielo* y la lluvia maravillosa tenían por objeto acreditar la misión divina de Elías y convertir a Israel al culto del verdadero Dios, como se desprende de la oración del Profeta. Muestran asimismo estos hechos cuán grande sea la *virtud de la oración del justo* [7].

Dios escogió a menudo en el Antiguo Testamento una nube por signo de su presencia en Israel; por eso los santos Padres, en la *nubecilla* que de súbito, casi imperceptible, subió a la bóveda celeste, encerrando en su seno la lluvia tan deseada por los desfallecidos habitantes de la tierra, ven una bella **figura de la Santísima Virgen María,** la cual, de repente, casi imperceptiblemente, subió al cielo de la divina revelación, y llevó en su purísimo seno al Salvador, tanto tiempo deseado por la humanidad que estaba a punto de desfallecer; al Salvador, que cual rocío refrescante y lluvia benéfica descendió del cielo [8] y derramó inagotables bendiciones sobre los hombres [9].

«Elías fué **figura del divino Salvador**», dice san Agustín [10]. Elías ofreció un *sacrificio;* Cristo se ofreció por el mundo a sí mismo, víctima inmaculada. Elías *oró* en el monte Carmelo; Cristo, en el monte de los Olivos. Elías suplicó que cayera *lluvia* sobre la tierra; Cristo intercedió para que la gracia divina inundase los corazones de los hombres.

587. El Carmelo [11] es una montaña que, desgajándose del macizo de Samaria en dirección noroeste por la ribera izquierda del río Cisón, avanza

---

[1] De ahí el nombre árabe del torrente Cisón: «Nahr el-Mukatta», que quiere decir arroyo del degüello; y el de la colina de la ribera derecha: «Tell el-Kasis», que significa colina de los sacerdotes.

[2] Al lugar del sacrificio, en lo alto del monte, donde estaba preparada la comida para el Rey que en todo el día nada había tomado.

[3] No hasta el lugar del sacrificio, sino algo más abajo.

[4] A la cumbre más elevada del monte, al oeste del lugar del sacrificio, cerca del mismo.

[5] Hoy Zerin; estaba situada en el borde oriental de la llanura de Esdrelón (cfr núm. 430), en la tribu de Isacar, unos 30 Km. al noroeste de Samaria, 20 Km. al sureste del lugar del sacrificio, sobre una colina cónica—tal vez artificial—de las estribaciones del noroeste de las montañas de Gelboé. Parece haber sido residencia veraniega de los reyes de Israel. Cfr. Döller, *Studien* 66; *LB* II 742.

[6] A pesar de su edad y estar todo el día ocupado y todavía en ayunas; buena jornada en verdad y prueba manifiesta de que Elías sabía conciliar el respeto al Rey con la oposición a sus impíos designios, y después de tan grandes prodigios estaba dispuesto a servirle como el último de sus siervos. [7] *Iac.* 1, 16-18. [8] *Ps.* 71, 6. *Is.* 45, 8.

[9] En el *Oficio de Nuestra Señora del Carmen* (16 de julio) se hace mención del lugar «desde donde Elías divisó la nubecilla que descendía del mar, imagen de la purísima Virgen». [10] *Serm. 101 de temp.* Cfr. Weiss, *Messian. Vorbilder* 79 ss.

[11] Quiere decir: campos fértiles, bosque de jardines, tierra bien cultivada; los árabes le llaman Djebel Mar Elia, que significa: Monte de san Elías. Cfr. *HL* 1899; Döller, *Studien* 228; *LB* I 772.

30 Km. en el mar, cerrando por el sur la bahía de Akka. Señalaba en otro tiempo el límite meridional de la tribu de Aser. Sobre el promontorio de escarpada pendiente que penetra en el mar, dejando a su derecha la ciudad marítima de Haifa o Jaifa, se dibuja a 150 m. sobre las olas el famoso convento de Elías; asciende luego la cordillera rápidamente hasta 300 m., alcanzando su altura máxima (552 m.) al sur de Esfiya y termina en un peñascal erguido 300 m. sobre la llanura de Esdrelón, 525 sobre el Mediterráneo. Su longitud total es de 60 Km. desde su punta marítima hasta el Wadi el-Milh, que lo cierra por el sudeste. La vertiente que mira al Esdrelón es pelada y rocosa, y su vegetación se reduce a escasa maleza; mas la que mira al sudoeste ha conservado la antigua hermosura y fertilidad, que tanto celebra la Sagrada Escritura, sirviéndose de ella para sus magníficas comparaciones [1]. Las cañadas están sembradas de bellísimas flores; las alturas, pobladas de encinas, robles, pinos, mirtos y laureles.—La montaña tiene muchas cumbres, está surcada por numerosos collados y gargantas, y abundan en ella las cuevas; en el lado que mira a la costa llegan a mil.

El lugar donde Elías ofreció el sacrificio se encuentra en el extremo sudeste; son recuerdo de aquel episodio las ruinas de una antigua iglesia y la denominación toponímica el-Mohraka, es decir, lugar de la combustión o del sacrificio. Allí erigieron en 1883 los religiosos del convento una capilla [2]. Difícilmente se encontrará lugar más a propósito para aquel gran acontecimiento. Desde lo alto se divisa el gran valle de Esdrelón y todos los dominios del rey Acab; hacia el sudeste se dilata la llanura hasta la ciudad de Jezrael; la enhiesta cúspide rocosa hace que el lugar del sacrificio de Elías descuelle como un ara majestuosa, que podía contemplarse desde la llanura y desde los montes circundantes. Hay manantiales en las proximidades; el Cisón corre al pie de la montaña, y precisamente desde aquí su curso es continuo; todavía más próxima se encuentra una fuente en la concavidad de la peña; basta bajar un tercio de la cueva para encontrar agua, que nunca falta. Desde el lugar del sacrificio no se divisa el mar, oculto por la mole de la montaña; pero unos minutos más adelante, en la divisoria, la vista se recrea contemplando a 17 Km. las azules ondas que besan la llanura de Sarón. Desde este lugar pudo fácilmente el rey Acab, con su ligera carroza, llegar en la tarde misma a Jezrael, distante 20 Km.

588. En los primeros tiempos del Cristianismo, muchos anacoretas se retiraron a las cuevas del Carmelo [3], santificadas por el recuerdo de los profetas Elías y Eliseo; Bertoldo de Calabria, que combatió en el ejército de Godofredo de Bouillon y en 1155 reedificó el monasterio, y su sucesor Brocardo, reunieron a todos desde 1195 bajo una regla común en una orden claustral, que, confirmada en 1226 por el Papa Honorio III, se extendió rápidamente por todo el Occidente, con el nombre de «Frailes de Santa María del Monte Carmelo», o *Carmelitas*. En la conquista de Akka (1291), los religiosos del Carmelo fueron asesinados cuando cantaban la *Salve Regina*. En 1636 se restableció allí la Orden. El antiguo monasterio fué sustituído a fines del siglo XVIII por otro mayor, que en 1821 fué arrasado por Abdalla, bajá de Akka. El único religioso superviviente, Fr. Juan Bautista de Frascati († 14 oct. 1849), no sin grandes dificultades logró edificar (1827-1853) el actual convento con su iglesia, hospicio y hospital. En el altar mayor tiene su trono la Reina del cielo; su artística imagen, tallada por Caraventa en Génova, bendecida por Pío VII (1823), fué llevada por Fr. Juan Bautista y colocada el 12 de junio de 1836 en el lugar que hoy ocupa. A la derecha del altar mayor hay una capilla lateral dedicada a san José. Una doble escalinata de diez gradas conduce al altar mayor; por entre ambas hay una bajada de cinco peldaños hasta la gruta de Elías, que se encuentra debajo del altar mayor; es la cueva en que se refugió el Profeta, perseguido

---

[1] Cfr. *Cant.* 7, 5; *Is.* 33, 9; 35, 2; *Mich* 7, 14; *Nah.* 1, 4.

[2] Sanda sostiene que el lugar del sacrificio fué más al sureste, en Bir el-Muchraka, próxima al cual se halla la fuente mencionada en el texto (*Büche der Könige* I 431).

[3] Ya hacia el año 600 se habla de un monasterio de Elías allí construído.

por la impía Jezabel. Se conserva casi en su estado primitivo; tiene cinco metros de largo por tres de ancho y dos de alto. En un altar dedicado al Profeta se venera su imagen.—En la ladera occidental de la montaña está la llamada «Escuela de los profetas» (mezquita desde 1635); es un rectángulo de trece metros de largo por siete de ancho y seis de alto, labrado en la roca; a poca distancia se halla la *fuente del Profeta,* y a 5 Km. del convento, en un valle de la vertiente meridional, en el *valle de los mártires,* se encuentra *la fuente de Elías,* que corre a una pila rectangular. En 1885 edificaron allí los Carmelitas una capilla provisional, y abrieron un camino cómodo hasta el convento del Carmelo. Abajo, en el valle, se ven las ruinas del convento de Brocardo, destruído en 1291 [1].

589. Huída de Elías. Aparición de Dios en el monte Horeb (III *Reg.* 19). Acab contó a Jezabel todo lo qué había hecho Elías y cómo había degollado a todos los profetas. Arrebatada de furor aquella impía mujer, mandó decir a Elías: «Esto y aun más hagan conmigo los dioses, si mañana a esta hora no hiciere de tu vida como tú hiciste de la de cada uno de ellos». *Huyó Elías* y llegó a Bersabee [2] en Judá; de allí siguió una jornada por el gran *desierto.* Desfallecido, sentóse debajo de un enebro [3]. Dominado por la idea de que aun en el pueblo escogido triunfaba la impiedad y eran perseguidos la religión y sus fieles servidores, lleno de melancolía pidió a Dios: «¡Bástame ya, Señor! Llévate mi alma (vida), pues no soy mejor que mis padres».

Y se quedó dormido. Mas, he aquí que *el Angel del Señor* le tocó y le dijo: «Levántate y come». Miró, y vió junto a su cabeza un *pan cocido al rescoldo* [4] y un vaso de agua; comió y bebió, y echóse a dormir de nuevo. Vino por segunda vez el Angel y tocándole dijo: «Levántate y come, porque te queda un largo camino». Habiéndose él levantado, comió y bebió; y *confortado con aquella comida,* caminó cuarenta días y cuarenta noches *hasta el monte de Dios Horeb* [5].

Habiendo llegado allá, *entróse en una cueva* [6]. Y en esto le habló el Señor, y le dijo: «¿Qué haces aquí, Elías?» Y él respondió: «Yo me abraso de celo por el Señor Dios de los ejércitos, porque han abandonado tu pacto los hijos de Israel; han destruído tus altares y pasado a cuchillo a tus profetas; yo he quedado solo, y me buscan para quitarme la vida». Díjole el Señor: «Sal afuera, y ponte sobre el monte en presencia del Señor» [7]. *Y he aquí que pasó el Señor por*

[1] Los Carmelitas han construído aquí una capilla. Cfr. *HL* 1880, 138; 1883, 131. Más detalles acerca del Carmelo en Meistermann, *Durchs Heilige Land* (refundición alemana del P. E. Huber, Tréveris 1913) 414 ss.

[2] En el límite septentrional del reino de Judá (cfr. núm. 173).

[3] En hebreo *róthem*, retama, de la familia de las papilionáceas, tribu de las genestáceas, es el arbusto más importante de este desierto; es muy frecuente aquí como en el valle del Jordán (cfr. pág. 367, nota 5); y, aunque poco frondoso, protege del sol y del viento con sus abundantes y diminutas hojas. Véase Fonck, *Streifzüge* 103 s.

[4] Cfr. núm. 152.

[5] O *Sinaí,* donde el Señor dió la Ley a su pueblo (cfr. núm. 282); de Bersabee dista en línea recta 350 Km. (por Akabah unos 480). De consiguiente, Elías no caminó sin detenerse, ni por el camino más corto; sino, como las caravanas, hizo jornadas de día y de noche, es decir, una parte del camino al atardecer y durante la noche, cuando el calor no es tan pesado en el desierto. Los cuarenta días eran imagen de los cuarenta años del tránsito de Israel por el desierto, y el ayuno de cuarenta días preparación para la aparición maravillosa de Dios, como lo fuera en Moisés (cfr. núms. 291 y 297). [6] Cfr. núm. 283.

[7] A la entrada de la cueva; en la misma cumbre y en la misma hendidura que en otro tiempo Moisés (cfr. núm. 296).

delante de él; le precedió un fuerte huracán que trastornaba los montes y quebraba las piedras; pero no estaba el Señor en el huracán; a éste sucedió un terremoto; tampoco en el terremoto estaba el Señor; vino después un fuego; tampoco en él estaba el Señor; tras el fuego vino el *murmullo de un aura suave.* Al percibirlo Elías, cubrió su rostro con el manto [1], y saliendo a fuera se puso a la puerta de la cueva.

De nuevo le dijo la voz: «¿Qué haces aquí, Elías?» Repitió Elías su queja, y el Señor le dijo: « *Vuélvete por el mismo camino* del desierto hacia Damasco, y llegado allá, *ungirás a Hazael* por rey de Siria, y *a Jehú*, hijo de Namsi, ungirás por rey sobre Israel; y *a Eliseo* de Safat, que es de Abel-Mehula, le ungirás por profeta en tu lugar. Quien (de los idólatras) escapare del cuchillo de Jehú, morirá a manos de Eliseo. Mas yo me reservaré en Israel 7000 varones que nunca doblaron su rodilla ante Baal» [2].

Confortado Elías, salió de allí y encontró en *Abel-Mehula* [3] a Eliseo que estaba arando con doce yuntas de bueyes. Elías le echó encima su manto de profeta [4]. Al punto se dispuso Eliseo a seguirle, y sólo se atrevió a pedir: «Permíteme que vaya a despedirme de mi padre y de mi madre». Elías se lo permitió. Tomando luego Eliseo un par de bueyes, los degolló; y con la leña del arado [5] coció sus carnes y diólas a sus criados para que comiesen; después de lo cual, púsose en camino y fué siguiendo a Elías.

El manjar divino preparado por ministerio de los ángeles para el viaje de Elías por el desierto hasta el monte de Dios, era **figura del Santísimo Sacramento del altar,** verdadero pan de ángeles, preparado por el mismo Dios para nuestra peregrinación por el desierto de esta vida terrenal. para que seguros podamos llegar al monte santo del cielo y a la beatífica visión de Dios.

---

[1] Huracán, terremoto y fuego representan la terrible grandeza de Dios; pero un sentimiento misterioso le decía al Profeta que no estaba el Señor en tan espantables fenómenos. Mas cuando realmente se apareció bajo el símbolo de su íntima esencia, en el de su *bondad y amor* infinitos, con santo estremecimiento sintió Elías la proximidad de Yahve. Esta maravillosa aparición divina le había de confortar e instruir en su melancolía y desaliento por el triunfo momentáneo de la impiedad, representándole el infinito amor y la longanimidad de Dios, que no carece de medios para exterminar a los pecadores, pero de ordinario guía a la humanidad mediante su tierna y amorosa Providencia; porque no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (*Ezech.* 33, 11; cfr. II *Petri* 3, 9; *Num.* 14, 17). *Esta suerte de aparición del Señor era nueva;* en el Sinaí se había manifestado entre rayos y truenos; aquí, en cambio, quiere dar a entender que tiempo ha de llegar en que, en vez de una ley de ira y de rigor (*Gal.* 3, 10 13 25 ss.), impere la del amor y de la gracia (cfr. *Deut.* 18, 15 ss.: núm. 394; *Is.* 42, 1; *Matth.* 12, 19 20; *Luc.* 9, 54 ss.; *Tit.* 3, 4).

[2] Después de haber Dios mostrado al Profeta su bondad y mansedumbre, quiso darle otro consuelo: las abominaciones de la idolatría no han de quedar impunes. Hazael las castigará en Israel, y Jehú en la casa de Acab; y si alguien escapase de estos castigos, sobre él pronunciará el profeta Eliseo el castigo de Dios. Pero, por otra parte, yerra Eliseo cuando cree ser el único adorador de Dios; aun quedan muchísimos en Israel.—Elías no ungió personalmente a Hazael y Jehú, sino mediante su discípulo y sucesor Eliseo (cfr. 603). Lo cual hace sospechar que haya habido un pequeño cambio en el texto, el cual originariamente pudo acaso haber dicho: Retorna... y unge a Eliseo por profeta,... éste ungirá a Hazael... y a Jehú.

[3] Se ha buscado comúnmente este lugar en la llanura occidental del Jordán, en la tribu de Isacar, 15 Km. al sur de Betsán, cerca del sitio donde Gedeón derrotó a los madianitas (*Iudic.* 7, 23. Döller, *Studien* 67 ss.); pero los modernos, con mejor acuerdo, optan por el país de Galaad, cerca de la patria de Elías; véase núm. 581.

[4] En señal de que le escogía por sucesor suyo.

[5] Más exactamente: con los aparejos de los bueyes, es decir, con los instrumentos de madera que tenía a la mano; para demostrar la alegría y prontitud con que seguía el llamamiento divino.

590. Nabot. Castigo de Acab y Jezabel (III *Reg*. 20-22; II *Par*. 18). Dos veces mostró el Señor a Acab su infinita bondad y mansedumbre, librándole de terribles apuros. Benadab II, rey de Siria, salió a campaña contra Samaria con treinta y dos príncipes vasallos y la sitió. El Señor envió entonces a un profeta que dijese a Acab: «¿Has visto toda esa multitud innumerable? Pues bien, hoy la pondré yo en tus manos; para que sepas que yo soy el Señor». Oído esto, salió Acab con su pequeño ejército de 7000 y derrotó completamente a Benadab, que se hallaba de banquete con sus treinta y dos príncipes vasallos.

Al año siguiente acampó Benadab con un nuevo ejército en la llanura de Afec [1], creyendo que el Dios de Israel era un Dios de los montes, por lo que sólo en campo llano se podía vencer a Israel. Vino a Acab un profeta, el cual le dijo en nombre de Dios: «Por cuanto han dicho los sirios: el Señor de Israel es Dios de los montes, pero no de los valles, yo entregaré en tus manos a toda esa muchedumbre; con lo que acabaréis de conocer que yo soy el Señor». Muy animado con esta promesa, comenzó Acab el combate, y derrotó de tal suerte a los sirios, que 100000 de ellos quedaron en el campo de batalla; y como cayesen las murallas de Afec, aplastaron a 27000 de los restantes [2].

No por ello se corrigió Acab. Habiendo hecho prisionero a Benadab, no se dignó consultar a Dios sobre la suerte del cautivo; sino, con vana complacencia, como hiciera en otro tiempo Saúl, perdonó al enemigo de Israel y pactó alianza con él [3]. Por lo cual vino a Acab un profeta del Señor diciendo: «Por cuanto has dejado escapar de tus manos a un hombre digno de muerte, tu vida pagará por la suya, y tu pueblo por el suyo».

591. Pero esta mala acción de Acab fué superada por otros crímenes más horribles. Uno de los más repugnantes cometió en Jezrael. Tenía en esta ciudad un palacio que lindaba con una viña de un tal *Nabot*. Dijo a éste cierto día Acab: «Dame tu viña para hacerme un huerto; porque está cercana y contigua a mi casa. Te daré en cambio de ella otra viña mejor, o si crees que te acomoda más, el precio que merezca en dinero». Respondióle Nabot: «Guárdeme el Señor de darte yo la heredad de mis padres» [4]. Fué tal el disgusto de Acab, que se echó en cama con el rostro hacia la pared y no quiso probar bocado.

Entró a verle Jezabel, su mujer, y díjole: «¿Qué es esto? ¿qué motivos tienes para estar triste? Y ¿por qué no comes? Refirióle Acab lo ocurrido, y ella le dijo con ironía: Vaya que es grande tu autoridad y que gobiernas bien el reino de Israel. Levántate y come y sosiega tu ánimo; que yo

---

[1] Acerca de los distintos Afec, cfr. núm. 463. No se puede precisar a cuál de ellos se refiere el texto; quizá al del norte, situado al oriente del lago Tiberíades. Cfr. Döller, *Studien* 239 s.; *LB* I 314.

[2] A estos números se puede aplicar lo dicho arriba en núms. 553, 576 y 580; mas no se debe pasar por alto que el texto atribuye la victoria de Acab a la intervención de Dios.

[3] Este Benadab o Benhadar, en asirio *Birhidri* o *Hadad-idri* (= Hadadeser; en la *Vulgata*, Adareser; véase núms. 476 y 514), es con frecuencia citado en las inscripciones asirias (también le cita la inscripción aramea más antigua del rey Zakir de Hamath, que ha sido dada a conocer en 1907; cfr. *Kath* 1909 I 80[c]; *KT*[3] XVI); se hace mención asimismo de su alianza con diez reyes sirios, entre ellos Acab, para luchar contra Asiria. Fueron derrotados en la batalla de Karkar (no lejos de Orontes, acaso Apamea de más tarde; cfr. núm. 577); con lo cual se deshizo la alianza, y Acab se unió después con Judá. La Sagrada Escritura no hace mención de la batalla de Karkar. Cfr. Kaulen, *Assyrien und Babylonien* 354.

[4] Porque según la Ley mosaica (cfr. *Num*. 36, 7 ss.), no estaba permitido enajenar la herencia paterna, a no ser en caso de extrema necesidad, y aun entonces no para siempre (*Lev*. 25, 23).

te daré la viña de Nabot». Escribió, pues, una carta en nombre de Acab a los ancianos y principales de la ciudad:

«Promulgad un ayuno [1], congregad al pueblo y haced sentar a Nabot entre los primeros de la asamblea; enviad bajo mano dos hombres, hijos de Belial, que atestigüen falsamente contra él y digan: Ha blasfemado contra Dios y contra el Rey; sacadle fuera y apedreadle» [2]. Así lo hicieron; y el inocente Nabot fué apedreado, y los perros lamieron su sangre. También fueron muertos sus hijos [3].

Y cuando oyó Jezabel que Nabot había muerto apedreado, dijo a Acab: «Levántate y toma posesión de la viña de Nabot jezraelita, que no quiso complacerte, ni dártela en dinero contante; porque Nabot no vive, sino que es muerto». Levantóse y fué a apropiarse la viña. Pero salióle al camino Elías, enviado por Dios, y le dijo: «Esto dice el Señor: has cometido un homicidio y te has apoderado injustamente de la hacienda ajena. En ese lugar en *que los perros lamieron la sangre de Nabot,* lamerán también la tuya. Los perros se comerán a Jezabel en las murallas de Jezrael. Yo haré con tu casa lo mismo que con las de Jeroboam y Baasa. Cualquiera de los descendientes de Acab que pereciere en la ciudad, le comerán los perros; si pereciere en el campo le devorarán las aves del cielo». Acab rasgó sus vestiduras y cubrió su carne con cilicio; ayunó, durmió en saco y anduvo cabizbajo. Por lo que el Señor habló a Elías, diciendo: «¿Por ventura no has visto a Acab humillado delante de mí? Pues por cuanto se ha humillado por respeto mío, no enviaré el mal en sus días, sino en los de su hijo».

592. Pasados tres años, *Acab ganó al rey de Judá Josafat para una guerra contra los sirios,* con el designio de quitarles la ciudad de Ramot de Galaad [4]. Cuatro cientos falsos profetas le vaticinaron el triunfo; pero un verdadero profeta, llamado Miqueas, anunció al rey delante de todo el pueblo que había de morir en la batalla. Acab mandó que tuviesen encarcelado a Miqueas hasta tanto que él volviese victorioso. A Josafat le hizo entrar en el combate vestido de sus ropas reales; mas él se disfrazó. El rey de Siria había mandado a los suyos que, ante todo, atacasen con todo ímpetu al rey Acab. Como viesen los sirios a Josafat en la carroza real, arrojáronse con gran ímpetu sobre él, creyéndole el rey Acab, tanto que Josafat clamó al Señor [5]. En esto conocieron los sirios que no era el rey de Israel y le dejaron. Mas un soldado flechó su arco y disparándolo al aire, acertó casualmente al rey de Israel en una juntura de su coraza, hiriéndole en el vientre. Mandó en seguida Acab a su cochero que volviese la carroza y le sacase de combate, mientras él, de pie en la carroza, animaba a los suyos a la pelea. Mas la sangre corría de la herida en abundancia hasta el fondo de la carroza; y al atardecer expiró el Rey. Cejaron los suyos, llevaron su cadáver a Samaria y le enterraron. Mas al lavar la carroza en el estanque de Samaria, *los perros lamieron su sangre,* conforme el Señor le había predicho.

593. Elías profetiza la muerte al rey Ocozías (IV *Reg.* 1). Sucedió a Acab su hijo Ocozías. Anduvo en los caminos de su padre y de su madre y dió

---

[1] Para dar aspecto religioso a aquella atrocidad, aparentar solapadamente aborrecimiento de la supuesta ofensa a Dios, y suplicar hipócritamente a Dios que no castigue a todo el pueblo por el pecado de uno.

[2] Cfr. núm. 334.

[3] Cfr. IV *Reg.* 9, 26; otro nuevo crimen, para deshacerse de los herederos legítimos. Aunque hubiese habido culpa en Nabot, no por eso debían ser castigados sus hijos (cfr. *Deut.* 24, 16).

[4] *Ramot,* en la tribu de Gad, era una ciudad levítica y de refugio, célebre desde los tiempos de Jefté (cfr. núms. 387 y 440); quizá es la actual *es-Salt* (unos 22 Km. al oriente del Jordán, 40 Km. al noroeste de Jericó, en la carretera de Damasco); pero probablemente se debe identificar con *Remte,* al suroeste de Derʿat (Edrei). Cfr. Döller, *Studien* 70 ss.; Nagl, *Nachdavid. Königszeit* 110; *AB* 93.

[5] II *Par.* 18, 31.

culto a Baal. No tardó el castigo divino. Luego que subió al trono, los moabitas que David había hecho tributarios [1], sacudieron el yugo de Israel. El segundo año cayó Ocozías por la reja de un aposento de su palacio de Samaria y se hirió gravemente. Despachó inmediatamente mensajeros a Accarón a consultar a Beelzebub [2] acerca de su enfermedad. Por orden de un ángel, salióles Elías al encuentro, y les dijo: «¿No hay Dios en Israel, que vais a consultar a Beelzebub, dios de Accarón? Esto dice el Señor: De la cama en que subiste no descenderás, sino que morirás de muerte». Refiriéronselo al Rey los mensajeros. Y como preguntara éste por la figura y traje del hombre que les había dado el encargo, respondieron: «Un hombre peludo y que lleva ceñido a sus lomos un cinto de cuero». Exclamó el Rey: «Es Elías tesbita».

Y envió a él un capitán al frente de cincuenta hombres. El cual, habiendo hallado al profeta en la cumbre del monte, le dijo: «Hombre de Dios, el Rey ha mandado que desciendas». Y respondió Elías: «Si soy hombre de Dios, descienda *fuego del cielo* y devórete con tus cincuenta». Descendió fuego del cielo y se los devoró. Destacó el Rey otro capitán, con la misma consigna; sucedióle lo que al primero [3]. Tercera vez envió Ocozías, en su impía terquedad, un capitán. Este se hincó de rodillas en frente de Elías y suplicóle diciendo: «Varón de Dios, compadécete de mí y de estos criados que me acompañan». Entonces el Angel del Señor dijo a Elías: «Desciende; vete con ellos y no temas». Obedeció Elías y repitió en la presencia del Rey lo que antes dijera a los mensajeros. Luego de esto murió Ocozías, y no habiendo dejado hijos, le sucedió su hermano Joram.

594. **Elías arrebatado al cielo; Eliseo heredero de su espíritu** (IV *Reg.* 2). Dios consolaba e infundía ánimo a su profeta en los trabajos y persecuciones, y aun le dió un sucesor en Eliseo [4]. Y cuando hubo llegado el tiempo en que el Señor tenía dispuesto arrebatarle al cielo en un torbellino, Elías salió de *Gálgala* [5], acompañado de Eliseo, para despedirse de sus discípulos de Betel y Jericó [6]. Al partir de Gálgala dijo Elías a Eliseo: «Quédate aquí, porque el Señor me envía a Betel». Pero Eliseo respondió: «Vive el Señor, y vive tu alma, que no te dejaré». Fueron, pues, juntos a *Betel*. Allí les salieron al encuentro los discípulos, los

---

[1] IV *Reg.* 3, 4.

[2] *Beelzebub* o Baal-Sebub, que significa señor de las moscas, nombre especial de Baal adorado en el astro del día, porque se le atribuía la producción de las moscas (por medio del calor solar), y mediante las moscas consagradas a él se pronosticaban las cosas futuras; sus oráculos eran muy apetecidos. Con el nombre de este falso dios designaban los judíos al príncipe de los demonios (*Matth.* 10, 25; 12, 24). En el texto griego se lee *beelzebul* (en hebreo *baalsebul*), dicción más suave, pero que significa lo mismo (y no: «Señor de la mansión», como interpretan algunos . Scholz, *Götzendienst* 170 s. *KL* I 1791. *LB* I 580. Kortleitner, *De Polyteismo universo* 209 ss.

[3] No habló por boca de Elías el mezquino deseo de venganza ni otro sentimiento reprobable; tratábase de la conservación milagrosa del profeta, celador de la verdadera religión y de la defensa de la misma fe contra los violentos ataques de los reyes de Israel. Infiérese esto de haber Dios escuchado su voz y perdonado a los que reconocieron a Elías como verdadero profeta. «En la cumbre del monte» designa, sin duda, un lugar de difícil acceso, donde Elías (como en otro tiempo David) encontró refugio en alguna cueva.

[4] Cfr. núm. 589.

[5] Si de Gálgala *bajó* a Betel, no puede referirse el texto al Gálgala del valle del Jordán, situado cerca de Jericó, sino al actual Gilgilia, 11 Km. al norte de Betel. Cfr. núm. 412; Döller, *Studien* 242; *Rb* 169.

[6] Había tenido revelación divina de su próxima separación. como asimismo Eliseo y los demás discípulos de Betel y Jericó. El haber mandado Elías a Eliseo que se quedase en Gálgala, luego en Betel y finalmente en Jericó, tenía, sin duda, por objeto probar su fidelidad y dar a conocer a los discípulos de los profetas que Dios llamaba a Eliseo para sustituirle.

cuales dijeron a Eliseo: «¿No sabes tú que hoy el Señor te lleva a tu maestro?» «Ya lo sé, respondió; pero ¡ah! no habléis de eso». Al salir de Betel dijo de nuevo Elías a Eliseo que se quedase; mas Eliseo le dió la misma respuesta que antes. Cuando llegaban a *Jericó,* saliéronles al encuentro cincuenta discípulos e hicieron a Eliseo la misma pregunta que los de Betel. Eliseo les respondió del mismo modo. Por tercera vez dijo Elías a Eliseo: «Quédate aquí». Pero Eliseo no quería separarse de su maestro. Los cincuenta discípulos le seguían de lejos.

595. Cuando hubo llegado Elías al Jordán, se quitó el manto, lo dobló e hirió con él las aguas, las cuales se dividieron a uno y otro lado; Elías y Eliseo pasaron a pie enjuto. Y cuando estuvieron en la otra ribera, dijo Elías a Eliseo: «Pide lo que quieres que haga por ti, antes que sea de ti separado». Y dijo Eliseo: «Pido que sea duplicado en mí tu espíritu» [1]. El respondió: «Difícil cosa has pedido; sin embargo, si me vieres cuando sea arrebatado de tu lado, tendrás lo que me has pedido; mas si no me vieres, no lo tendrás». Así proseguían su camino hablando entre sí, cuando he aquí que un *carro de fuego* tirado por caballos también de fuego [2], separó al uno del otro, y *subió Elías al cielo en un torbellino* [3]. Cuando vió esto Eliseo exclamó: *¡Padre mío, padre mío! ¡Carro de Israel y conductor suyo!* [4]. Y como ya no lo viese más, rasgó sus vestiduras en señal de dolor. Tomó el manto que Elías había dejado caer y se volvió al Jordán.

Eliseo hirió con el manto las aguas, pero éstas no se dividieron; y dijo entonces: ¿Dónde está ahora el Dios de Elías?» [5]. E hiriendo segunda vez las aguas, separáronse éstas a ambos lados y Eliseo atravesó el río. Los discípulos que habían quedado en la orilla, vieron el prodigio y exclama-

---

[1] Pide aquí Eliseo que el don de profecía y de milagros concedido por Dios a Elías, le fuese a él traspasado en abundancia, a la manera como *(Deut.* 21, 17) al primogénito se le adjudicaba doble parte en la legítima paterna; la petición no procedía de orgullo, antes bien, del amor de Dios y del prójimo, para ejercer en Israel un ministerio eficaz, como Elías, y conservar en su patria la verdadera fe. Además, Eliseo se ofreció en esta ocasión a Dios sin reserva. Por esto fué oída su oración, y el profeta obró aún más prodigios que su maestro *(Eccli.* 48, 4, 13).

[2] Esta simbólica visión indicaba el carácter fogoso y activo de Elías que vencía todas las dificultades, como lo da a entender Eliseo en su exclamación: «carro de Israel», etc. Entienden algunos la visión como símbolo de los espíritus bienaventurados *(Ps.* 103, 4). Por esto dice san Ambrosio *(In Symbol. Ap.):* «Elías fué recibido en el cielo con su cuerpo en un carro de fuego, es decir, por medio de los ángeles que son espíritu y fuego ardiente». La ígnea visión dice muy bien, como nota san Crisóstomo, con el alma fogosa del gran Profeta y con los múltiples servicios que le prestó el fuego del cielo durante su vida *(Hom. I de Elia).* Los modernos creen encontrar en el carro y caballos de fuego «motivos mitológicos», porque en la mitología babilónica y griega se atribuyen al sol carro y caballos, y en IV *Reg.* 23, 11 se habla del carro y de los caballos del sol, erigidos en el atrio del Templo por los reyes idólatras de Judá. Pero salta a la vista la diferencia entre la mitología y nuestro relato. Trátase en éste de un *hecho*—del rapto de Elías—*observado* por Eliseo en una impresionante visión, mientras que los discípulos nada alcanzaron a ver (versículos 16-18), sino los milagros que acreditaron a Eliseo como sucesor y heredero del espíritu del maestro. Cfr. Fruhstorfer en *ThpQS* 1923, 46 ss.

[3] No a la eterna y beatífica visión de Dios, sino a un lugar o estado misterioso, como Henoc, para venir con éste al fin de los tiempos como precursor de la segunda venida del Señor y predicar penitencia a todas las gentes (cfr. *Malach.* 4, 5 s.).

[4] ¡Tú, que eres el sostén y guía seguro de Israel por el recto camino y en el buen combate, quieres ahora abandonarnos!

[5] Humilde reconocimiento de que el don de profecía y de milagros de Dios dimana.

ron: «El espíritu de Elías ha reposado sobre Eliseo». Llenos de respeto, saliéronle al encuentro y le hicieron profunda reverencia postrados en tierra.

596. Por su ferviente celo de la conservación y restablecimiento de la Ley, por su actividad y asombrosos prodigios, por lo admirable de su desaparición de este mundo, por estar destinado para predicar penitencia antes de la segunda venida del Señor, **Elías** *es el mayor de los profetas después de Moisés,* y en cierto modo un segundo Moisés, con el cual tiene de común la aparición en el Sinaí y el misterioso fin de su vida terrena. Por esto dice el *Eclesiástico:* «Levantóse el profeta Elías como fuego, y su palabra ardía como una antorcha. ¡Cuán celebrado fuiste, Elías, por tus portentos! ¿Y qué otro puede gloriarse como tú? Con la palabra del Señor Dios sacaste a un muerto del reino de la muerte. Tú arrojaste a los reyes al precipicio, tú oíste en el Sinaí el juicio del Señor, tú ungiste reyes para ejecutar la divina justicia y dejaste después de ti profetas sucesores tuyos. Tú fuiste arrebatado en un torbellino y destinado para aplacar el enojo del Señor en el día del juicio, para reconciliar el corazón del padre con el hijo y restablecer las tribus de Jacob» [1]. Así como a la segunda venida del Señor ha de preceder la venida de Elías [2], así también a la primera del Redentor precederá la de un profeta *en el espíritu y en la virtud de Elías* [3]. Nada de extraño que los judíos tuviesen por Elías a *Juan el Bautista* y aun al mismo Jesucristo [4]. El Redentor atestiguó repetidas veces que Elías ha de venir al fin de los tiempos y que el Bautista, precursor de la primera venida, era en cierto sentido Elías, que lo ha de ser de la segunda, para preparar los corazones predicando penitencia [5]. *Ambos son muy parecidos* en el carácter, actividad y apariencia externa; ambos habitan en el desierto y aman la soledad; ambos predican penitencia con fuego y vehemencia; ambos hablan al Rey y a su impía compañera con libertad que llega al sacrificio de sí mismos; humildes, fieles y firmes testigos del Señor desde los más tiernos años, «candelabros que arden e iluminan». Ambos son superiores a todos los demás profetas, y ocupan en el reino de los cielos el puesto de precursores de Cristo.—Elías, el mayor profeta del Antiguo Testamento y precursor de la segunda venida, tiene cierta *semejanza simbólica con Jesucristo,* profeta por excelencia y juez. Muéstrase esto en todo lo que es propio de la vocación de profeta y de Juez, en la victoria sobre la muerte y en la misión a los paganos [6]. Muéstrase también en la penitencia del desierto, en el ayuno de cuarenta días, en el pan maravilloso de los ángeles, que comió Elías, símbolo de aquel verdadero pan de ángeles que Dios da a los suyos; finalmente, en la admirable subida a los cielos [7]. Por esto Elías fué tenido siempre en *gran veneración* por los judíos y cristianos [8]. Venérale especialmente la *Orden Carmelitana* [9] como modelo y primer patrono después de la Virgen María. Los santos Padres y el arte cristiano ven en el traspaso del manto de Elías a su discípulo Eliseo, una figura de la investidura de la autoridad de pastor supremo, que Jesucristo diera a san Pedro [10].

79. El profeta Eliseo

(IV *Reg.* 2, 18 a 8,7)

597. Desaparecido Elías, entra en escena Eliseo y prosigue la obra de su maestro. Exhorta a los israelitas a la fidelidad al Señor; y Dios

---

1 *Eccli.* 48, 1-10. 2 *Malach.* 4, 1 5. *Apoc.* 11, 3.
3 *Luc.* 1, 17. *Malach.* 3, 1; cfr. *Is.* 40, 3; *Matth.* 3, 3.
4 *Ioann.* 1, 21; *Matth.* 16, 14; *Marc.* 6, 15.
5 *Matth.* 11, 13 s.; 17, 11 s. 6 *Luc.* 4, 26; 2, 32. *Matth.* 12, 18 21; 15, 27 s.
7 Acerca de Elías como figura de Jesucristo cfr. Kraus, *Realenzykl.* I 411.
8 El calendario de los santos le conmemora el día 20 de julio. 9 Cfr. núm. 588 s.
10 Cfr. Kraus, *Roma sotteranea* 363; *Realenzykl.* I 412; Ott, *Die ersten Christen über und unter der Erde* 31.

confirma las palabras de su Profeta obrando mediante él numerosos prodigios [1].

Aun estaba Eliseo en Jericó con los discípulos de Elías, cuando he aquí que vinieron los vecinos de la ciudad con este mensaje: «Bien ves que el lugar es bellísimo, pero las aguas son muy malas». Dijo entonces Eliseo: «Que me traigan una vasija nueva con sal». Habiéndosela traído, se fué a la fuente, echó en ella sal y dijo: «Esto dice el Señor (Yahve): Yo he hecho saludables estas aguas y nunca más serán causa de muerte o de enfermedades». Desde entonces las aguas aquellas fueron saludables [2].

De Jericó fué Eliseo a Betel; y cuando subía por el camino, salieron de la ciudad unos *muchachuelos disolutos,* y le escarnecían, diciendo: «Sube, calvo; sube, calvo». Volvióse hacia ellos el Profeta y les amenazó en nombre del Señor. Y salieron *dos osos* del bosque, y despedazaron a cuarenta y dos de ellos [3]. De allí se fué al monte Carmelo, y después se volvió a Samaria.

598. A la muerte de Acab, subió al trono su hermano Joram. Mandó quitar las estatuas de Baal que su padre erigiera, pero siguió adorando los becerros de oro. A fin de someter de nuevo a los *moabitas,* que habían sacudido el yugo de Israel, *se alió con Josafat,* rey de Judá. Tomaron el camino del desierto de Idumea, para caer sobre Moab por el costado y por la espalda. Tras una marcha de siete días, les faltó el agua. Joram comenzó a perder el ánimo: pero Josafat, que adoraba al verdadero Dios, preguntó: «¿No hay aquí ningún profeta del Señor, para implorar por su medio el socorro del Señor?» Uno del ejército de Joram le nombró a Eliseo. Dijo entonces Josafat: «El Señor habla por su boca». Fueron, pues, a encontrarle.

---

[1] La fuente para la historia de Eliseo, como para la de Elías, es seguramente una tradición nacida entre los discípulos y consignada por ellos mismos; acaso ambas historias formaban un todo que habría utilizado el autor de los *Libros de los Reyes,* tomando lo que le pareció digno de mención, sin despojarlo del sabor popular. Los críticos, fundándose en que los milagros de Eliseo son más en número y se realizan, por lo general, en un círculo menos amplio que los de Elías, opinan que allí más que aquí intervinieron la «leyenda poetizante» y «el adorno legendario». Pero debe tenerse en cuenta que también aquí los milagros están en proporción con el cometido especial del profeta: hacer respetar el nombre y la religión de Yahve (contra el culto de Baal) y cooperar a la ejecución del castigo anunciado por Elías a la casa real y al pueblo de Israel. Por esto los milagros sirvieron para acreditarle en círculos más o menos amplios y dar mayor eficacia a sus palabras, con que anunciaba la omnipotencia y bondad de Yahve, el cual de buena gana hubiera continuado siendo «carro y guía» de Israel, de haberlo querido el pueblo (IV *Reg.* 13, 14). Los milagros van yuxtapuestos en el relato sin aparente conexión; están, sin embargo, agrupados por orden cronológico o según la dependencia intrínseca. Tomados en conjunto y cada uno por separado escapan a todo intento de explicación natural. Su número y magnitud se explican por el carácter de aquella época, en la cual—como en los tiempos de Moisés y Josué o en los primeros siglos del Cristianismo—había que vencer la resistencia de las masas groseras a la voluntad divina. *KL* IV 403 s. *LB* II 162.

[2] Tiénese por la fuente del milagro de Eliseo una que se encuentra en las cercanías de la antigua Jericó (cfr. núm. 406) llamada «fuente del Sultán» *(Ain es-Sultan),* y también *fuente de Eliseo* (cfr. núm. 406). Su agua es potable y sana, mientras que las de las proximidades del mar Muerto casi todas son sulfurosas y muchas de ellas nocivas. Cfr. *HL* 1875, 137 ss. Es claro a todas luces que Eliseo obró aquí un verdadero *milagro,* y que por vía natural no pudo cambiar de una manera permanente la condición del agua mediante la sal. Todavía el haber sido remediada por medio de la sal la deficiencia del agua hace más sorprendente el milagro, pues sobrada sal tenía ya el agua de por sí. La sal sirvió para simbolizar el poder de Dios y demostrar la eficacia maravillosa e instantánea de la intervención divina.

[3] Téngase en cuenta que Betel, asiento principal del culto de los becerros de oro, era asimismo un lugar donde reinaba particularmente la impiedad; los muchachos, por consiguiente, se mofaron de Eliseo como profeta del verdadero Dios. «Calvo» parece haber sido un dicterio muy en boga contra los «hombres de Dios».—El oso, confinado ahora en los bosques del Líbano y Antilíbano, y aun allí muy escaso, abundaba antiguamente en Palestina.

Mas Eliseo dijo al rey de Israel: «¿Qué tienes tú que ver conmigo? Anda, ve a los profetas de tu padre y de tu madre. Vive el Dios de los ejércitos, que si no respetara la persona de Josafat, rey de Judá, no te hubiera atendido». Vino entonces el Espíritu del Señor sobre Eliseo, el cual dijo: «Haced en este valle fosos y más fosos. Porque esto dice el Señor: No veréis viento ni lluvia; mas este canal se llenará de aguas y beberéis vosotros, vuestras familias y vuestras bestias. Demás de esto, el Señor entregará a Moab en vuestras manos». A la mañana siguiente, al tiempo del sacrificio matutino [1], ya las aguas venían corriendo de Idumea y llenaron los canales, de suerte que hombres y bestias bebieron hasta saciarse. Mas al salir el sol, parecieron las aguas a los moabitas rojas como sangre. Por lo que, imaginándose que los aliados habían reñido entre sí y se habían acuchillado, creyeron les era llegada la hora de apoderarse del botín. Cayeron en desorden sobre el campamento de los hebreos; mas éstos los derrotaron completamente, devastaron su país y pusieron en tal aprieto a la capital, que su *rey Mesa* [2], desesperado, sacrificó a su primogénito sobre las murallas, a la vista de los sitiadores que horrorizados levantaron el cerco.

599. Por este tiempo, la *viuda de un discípulo de los profetas* clamó a Eliseo, diciendo: «Tu siervo, mi marido, ha muerto; y tú sabes que tu siervo fué temeroso de Dios. Pero mira que viene el acreedor para llevar a mis hijos y hacerlos sus esclavos». Díjole Eliseo: «¿Qué quieres que te haga? Dime: ¿qué tienes en tu casa?» Y ella respondió: «Yo, tu sierva, no tengo otra cosa en mi casa sino un poco de aceite para ungirme». Díjole él: «Ve, pide prestadas a todos tus vecinos vasijas vacías en cantidad. Cierra luego tu puerta y echa de aquel aceite en todas estas vasijas, hasta que estuvieren llenas». Así lo hizo; y he aquí que cesó el aceite cuando ya no había más vasijas que llenar. Contóselo al hombre de Dios, el cual le dijo: «Ve, vende el aceite y paga a tus acreedores; y tú y tus hijos vivid de lo restante».

En su camino de Samaria al Carmelo, Eliseo solía pasar por Sunam [3]. Invitábale a su mesa en esta ciudad una mujer de buena posición, y aun llegó a instalar un cuartito, consintiéndolo su marido, para que el varón de Dios se recogiese en él. Agradecido Eliseo a tantas bondades, suplicó a Dios y obtuvo un hijo para aquella mujer, que era estéril. Mas, cuando el niño era ya crecido, murió. Partió la mujer de prisa al Carmelo en busca del varón de Dios; echóse a sus pies e imploró su auxilio. Eliseo mandó a su criado Giezi entregándole su báculo, que debía poner sobre el rostro del niño. Mas la madre dijo a Eliseo: «Vive el Señor y tu alma, que no me iré sin ti». Con esto, púsose en camino Eliseo y fuése con ella. Salióles al camino Giezi, diciéndoles: «El niño no resucita» [4]. Llegados a casa, cerróse Eliseo en el cuarto del niño e hizo oración al Señor; inclinóse luego, como Elías en ocasión análoga (cfr. núm. 582), sobre

[1] Cfr. núm. 325.

[2] En 1868 se encontró en Moab una estela (v. lámina 2 *c* y fig. 1, pág. 11), en cuya inscripción el *rey Mesa* celebra sus victorias sobre Israel y se gloría de haber mejorado los caminos y embellecido la capital. Refiere Mesa que Amri y su hijo (Acab) oprimieron largo tiempo a Moab; pero que habiéndose arruinado Israel (es decir, la casa de Amri, por mano de Jehú), pudo recuperar los dominios de Medaba y ensanchar hacia el norte las fronteras de su reino. Los datos de Mesa coinciden plenamente con los de la Sagrada Escritura (cfr. IV *Reg.* 1, 1 y 3, 4 5). Sólo que Mesa no dice haber quedado tributario de los reyes de Israel, ni menciona la campaña que Judá e Israel mancomunados hicieron contra Moab. la cual, contra lo que se podía prever, tuvo fatal desenlace para los moabitas (IV *Reg.* 3, 6 ss.; núm. 442). Acaso fuera erigida la estela antes de esta campaña. Reproducción de la estela, estudio crítico y bibliografía pueden verse en *ATAO*³ 549; Lindl, *Cyrus* 65; *RB* X 333. Han impugnado la autenticidad de la estela de Mesa con muchos y notables argumentos Löwy en 1903, Jahn en 1904 y Storr en 1918 (*TQS* 1918, 196 y 378).

[3] Cfr. núm. 498; se halla en el borde oriental de la llanura de Esdrelón, frente al extremo sudeste del Carmelo y distante de él 25 Km.

[4] Quizá porque fuese escasa la fe de Giezi o la de la madre, la cual creía necesaria la presencia del hombre de Dios.

el cadáver; entonces comenzó a volverle el calor y la vida. Después de un ratito inclinóse de nuevo Eliseo sobre el muchacho, el cual abrió los ojos. Llamó entonces el varón de Dios a la mujer y le dijo: «Toma a tu hijo».

Volvió Eliseo a Gálgala (núm. 594) y vivió con los discípulos que allí moraban. Por aquel tiempo el hambre afligía al país, por lo que mandó Eliseo al campo a uno de sus servidores a recoger hierbas para un potaje. El criado encontró coloquíntidas [1]; las tomó y picándolas preparó la olla. Luego que las probaron los discípulos gritaron: «¡Oh varón de Dios, la muerte está en esta olla». Hizo Eliseo que le trajeran un poco de harina, la echó en la olla, con lo que pudieron comer el potaje [2].

En otra ocasión *un hombre de Baal-Salisa* [3] trajo en su alforja para el hombre de Dios las primicias: veinte panes de cebada[4] y trigo nuevo. Dijo Eliseo a su criado: «Dáselo a la gente para que coma». Y respondió el criado: «¿Qué es todo esto para ponerlo delante de cien hombres?» Y Eliseo replicó: «Dalo a la gente que coma; porque esto dice el Señor: Comerán y sobrará». Y así sucedió.

600. Gran admiración produjo el milagro que Eliseo hizo con Naamán. Este rico y esforzado general del rey de Siria estaba enfermo de lepra. Tenía a su servicio una muchachita hebrea, llevada de Siria por una partida de salteadores. Dijo un día esta doncella a la mujer de Naamán: «¡Ah, si mi amo fuera a verse con el profeta que está en Samaria! Sin duda curaría de la lepra». Oído que hubo esto Naamán, partió a Samaria con sus caballos y carroza [5]. Y habiendo llegado a la puerta de la casa de Eliseo, mandó éste a su criado con el siguiente recado para Naamán [6]: «Anda, y lávate siete veces en el Jordán; y tu carne recobrará la salud y quedarás limpio». Indignado Naamán; se retiraba diciendo: «Yo me imaginaba que saldría a mí, y puesto en pie, invocaría el nombre del Señor, su Dios y tocándome con su mano el lugar de la lepra, me curaría. ¿Por qué he de lavarme en el Jordán? Pues, qué; ¿no son mejores el Abana y el Farfar, ríos de Damasco, que todas las aguas de Israel? [7]». Llegáronse a

---

[1] Planta de la familia de las cucurbitáceas, de hojas parecidas a las de la vid. Sus frutos de corteza lisa, de forma, color y tamaño de la naranja, muy amargos, acres y desagradables, producen diarreas y vómitos y aun cólicos y ataques de nervios; por lo que el pueblo llama a esta planta «hiel de la tierra» y los árabes la denominan «planta de la muerte», Cfr. Fonck, *Streifzüge* 138 ss.; *LB* I 958.

[2] Sólo por un milagro podía tener tal virtud la harina; no de otra suerte que la sal en el caso de la fuente de Jericó (cfr. núm. 597).

[3] Probablemente no muy distante de Gálgala; cfr. I *Reg.* 9, 4, Döller, *Studien* 247; *LB* I 522.

[4] Bollos de pan, pequeños y delgados, como los que todavía se cuecen en Oriente, de unos 20 cm. de diámetro, 1-2 cm. de espesor y 130-150 g. de peso; *un* solo hombre podía muy bien traer en su saco estas provisiones. Para una comida se calcula tres de estos panecillos.

[5] Llevaba una carta de recomendación del rey de Siria para el de Israel. Este quedó perplejo al leer la carta; pero Eliseo le dijo: Venga a mí (el extranjero) para que sepa que en Israel hay un profeta. Esto explica la manera cómo se condujo Eliseo respecto de Naamán y al mismo tiempo nos da a conocer el significado de la maravillosa curación.

[6] Acaso pretendía con esto Eliseo humillar algún tanto a Naamán, el cual, a pesar de sus buenos deseos, estaba dominado por la debilidad de los grandes, la soberbia; quizá buscaba también el profeta hacer resaltar lo maravilloso de la próxima curación.

[7] Tenía en cierto modo razón; porque el agua del Jordán es turbia y tibia. Mas no había en el mundo río que *por vía natural* pudiese curarlo de la enfermedad. Las *abluciones* tenían el mismo significado *simbólico* que las de aquel ciego a quien Jesucristo mandó lavarse en la piscina de Siloé *(Ioann.* 9, 7 11). Y no deja de encerrar misterio haber de

él sus criados y le dijeron: «Padre, aunque el Profeta te hubiera mandado una cosa difícil, en verdad debieras hacerla; ¿cuánto más ahora que te ha dicho: Lávate y serás limpio?»

Fué, pues, lavóse siete veces en el Jordán y quedó limpio. Y tomando al varon de Dios con toda su comitiva, dijo: «Conozco verdaderamente que no hay otro Dios en toda la tierra sino sólo el Dios de Israel. Ruégote, pues, que admitas un presente de tu siervo». Pero Eliseo respondió: «Vive el Señor, en cuya presencia estoy, que no lo aceptaré». Y por más que le instara, no accedió el profeta. Dijo por fin Naamán: «Sea como quieres; mas ruégote que me permitas a mí, tu siervo, que lleve la porción de tierra que cargan dos mulos [1]; porque no ofrecerá tu siervo holocausto ni víctima a dioses ajenos, sino a Yahve» [2]. «Vete en paz», le respondió Eliseo.

Como hubiese andado Naamán un buen trecho, corrió en su seguimiento *Giezi,* siervo de Eliseo; advirtiéndolo Naamán, saltó de su carroza y solícito le preguntó: «¿Va todo bien?» Y él respondió: «Bien. Mi señor me envía a decirte: Acaban de llegar dos jóvenes del monte de Efraim, de los hijos de los profetas; dales un talento de plata [3], y dos mudas de vestidos» [4]. Y dijo Naamán: «Mejor es que tomes dos talentos». Y los entregó a dos de sus criados que los llevaron delante de Giezi. Llegado que hubo éste a su casa, despachó a los hombres, escondió los presentes de Naamán y se presentó a su señor.

«¿De dónde vienes, Giezi?», le dijo Eliseo. A lo que éste respondió: «Tu siervo no ha ido a parte alguna». Mas aquél le dijo: «¿Pues qué, mi espíritu no estaba presente, cuando aquel hombre volvió de su carro a tu encuentro? Ahora bien, tú has tomado dinero y vestidos, para comprar olivares y viñas, ovejas y bueyes, siervos y siervas. Mas también la lepra de Naamán se te pegará a ti, y a tu linaje para siempre». Y salió Giezi de la presencia de Eliseo cubierto de lepra, como la nieve [5].

---

ser *siete* el número de abluciones; porque siete es el número sagrado de la Revelación (núm. 291).

[1] Para llenar con ella un altar (cfr. *Exod.* 20, 24; cfr. núm. 303). Muéstrase la casa de Naamán unos 100 m. al norte de la puerta oriental de Damasco; en el patio se ven todavía las ruinas de una iglesia. Rückert, *Reise durch Palästina* (Maguncia 1881) 466.

[2] Como para aseverar sus afirmaciones, pide Naamán a Eliseo que le disculpe y perdone si alguna vez las circunstancias y su condición le obligan en su patria a visitar el templo pagano (del dios Rimmón o Ramman, v. núm. 122) en compañía de su real señor, y postrarse en tierra delante de los ídolos. Nada le opuso Eliseo, sin duda porque comprendía lo embarazoso de la situación de Naamán, y porque éste le había prometido adorar interiormente al verdadero Dios; pero tampoco aprobó explícitamente los propósitos del general sirio, sino dejó al prosélito que obrara según el dictado de la propia conciencia. Pero aunque Eliseo hubiese aprobado ambas peticiones del prosélito (las cargas de tierra cananea y la indulgencia con su conducta), no por eso quedaría confirmada la opinión de los críticos, para quienes Yahve era en aquel tiempo Dios de Canaán, mas no del mundo. Imagínase el sirio que el suelo cananeo es sagrado, porque en él se da culto a Yahve y en él se ha encontrado remedio milagroso a su enfermedad.—Nikel *(Der Monotheismus Israels* 25 ss) demuestra con sentencias tomadas del Antiguo Testamento cuánto dista éste de conceder el menor derecho de existencia a los «dioses extranjeros».

[3] Unos 6000 marcos oro, según el sistema israelita antiguo; pero según el posterior (fenicio), un talento de plata venía a valer unos 5000 marcos oro. [4] Cfr. núm. 217.

[5] Cubrióse de lepra su piel, la cual apareció blanca como la nieve (cfr. núm. 358).— El engaño y la codicia de Giezi eran tanto más ignominiosos cuanto que podían inducir a creer que el Profeta traficaba con los dones de Dios con peligro de que volviera sobre sus pasos el pagano recién convertido.

Tanto creció en torno de Eliseo el número de discípulos, que éstos le dijeron: «Bien ves que *el lugar*[1] *donde habitamos es estrecho*. Vamos al Jordán a cortar madera, y edifiquémonos allí lugar para habitar». Respondió Eliseo: «Andad». Y a petición de uno de ellos, les acompañó el maestro. Mas acaeció que a uno de los discípulos se le cayó en el agua el hierro del hacha; por lo que gritó diciendo: «¡Ay, ay, señor mío! que el hacha la había tomado prestada». Y dijo el hombre de Dios: «¿En dónde ha caído?» Y mostrándole el discípulo el lugar, cortó Eliseo un palo, echólo allí y el hierro salió nadando. «Tómalo», dijo. Y extendiendo el discípulo su mano, lo tomó[2].

601. *La conversión del agua insalubre en potable* puede considerarse como *figura* del agua *bendita,* por medio de la cual, aludiendo expresamente al milagro de Eliseo, se exime al agua del poder del enemigo echando en ella sal bendita, y se convierte en agua saludable para todos aquellos que con limpio y arrepentido corazón se santiguaren con ella.—*Los milagros que obró Eliseo* no parecerán pequeños a quien considere cuánto importaba que sus discípulos, tan pobres por amor de Dios y de su santa vocación, aprendiesen a confiar en la bondad divina, y que los llamados a conservar la fe en Israel fuesen ellos mismos inconmovibles en la fe y obediencia a Dios. Por eso encontramos milagros semejantes en los santos, especialmente en los fundadores de Ordenes Religiosas; los cuales recibieron de Dios la misión de renovar el espíritu y fervor religioso por medio de sus discípulos.—El milagro en favor de *Naamán* tenía por objeto corroborar la autoridad de Eliseo en Israel; mas fué al mismo tiempo — como el milagro de Elías en favor de la viuda de Sarepta — una de aquellas gracias que Dios dispensaba a los *paganos* tanto más frecuentemente cuanto más se acercaban los tiempos del Salvador, para enseñarles que de El solo procedía la verdad y la salud. Esto mismo viene a decir Naamán; y Jesucristo echa en cara a los judíos que Elías fué enviado a una mujer gentil y que ningún leproso israelita fué curado por Eliseo, sino Naamán, el sirio[3].

602. *Benadab* II, rey de Siria[4], estaba en guerra con *Joram,* hijo de Acab. Pero cuantas veces hacía un plan secreto para pelear contra Israel, el Señor se lo manifestaba a Eliseo; éste le daba parte a Joram; los israelitas no sólo se ponían en guardia y se pertrechaban, sino se anticipaban a los sirios, ocupando aquellos lugares que los enemigos pensaban atacar. Exasperado el rey por esta revelación de sus planes de guerra, reunió un día a todos sus consejeros y preguntó quién fuese el traidor. A lo que uno de los presentes respondió: «El profeta Eliseo, que está en Israel, manifiesta a su rey todo cuanto secreto hablas en lo más retirado de tu gabinete».

Con esta noticia destacó Benadab un ejército a *Dotaín*[5] para apoderarse de Eliseo, que allí se encontraba. Durante la noche, rodearon los sirios secretamente la ciudad; no parecía posible que Eliseo escapase; por lo que el criado del profeta exclamó: «¡Ay, ay! ¡Señor mío! ¿qué haremos?» Mas él respondió: «No temas; porque muchos más son con nosotros que con ellos». Y habiendo hecho oración Eliseo, dijo: «Señor, abre los ojos de éste para que vea». Y abrió el

---

[1] Probablemente a Gálgala, junto a Jericó (cfr. núm. 594), no lejos del Jordán.

[2] Una manera simbólica de mandar al hierro que saliese a la superficie, como sucedió —*milagrosamente*. Pretenden algunos explicar naturalmente este hecho, diciendo que el palo arrojado al agua encajó en el ojo del hacha, y con ésta salió a flote a la superficie. Pero nada de esto nos dice el Texto Sagrado; ni se explica por qué había de cortar el profeta un palo especial, disponiendo del asta que seguramente encajaría mejor en el ojo del hacha; demás de esto, habríamos de admitir que el Profeta llegó con el palo a la profundidad de 4 m.—que es la ordinaria del Jordán—, acertó a enastarlo en el ojo del hacha, y que el asta salió a la superficie con el hacha—cosa imposible naturalmente—poniéndose al alcance de los discípulos de Eliseo. En fin de cuentas, para explicar naturalmente un hecho prodigioso se recurre a una porción de milagros.

[3] *Luc.* 4, 24-27. [4] Cfr. núm. 590.

[5] Unos 20 Km. al norte de Samaria. Cfr. núm. 193; Döller, *Studien* 250.

Señor los ojos del criado, el cual vió: y he aquí el monte lleno de caballos, y de carros de fuego alrededor de Eliseo. Y cuando los enemigos se acercaban, Eliseo pidió al Señor que los hiriese con ceguera. Así sucedió; porque habiendo salido el hombre de Dios a los enemigos y ofrecídose a guiarlos a donde estaba Eliseo [1], no le conocieron; y dejáronse conducir hasta la ciudad de Samaria. Allí les abrió Dios los ojos a petición de Eliseo, y ellos se dieron cuenta del lugar donde estaban. Aprestábase Joram a atacarles con su gente; pero Eliseo no se lo permitió, pues no habían venido los sirios en plan de guerra. Por consejo del profeta, Joram les dió hospitalidad, y les despidió en paz.

Algún tiempo después, se presentó Benadab con un gran ejército a las puertas de *Samaria* y la sitió. El prolongado asedio acarreó a la ciudad tan ***grande hambre*** que llegó a venderse la cabeza de asno por ochenta monedas de plata, y el cuartillo de un cab de palomina por cinco [2]. Mujer hubo que degolló a su propio hijo para comérselo. Cuando supo esto el Rey, horrorizado rasgó sus vestiduras y juró matar en seguida a Eliseo [3]. Llegó a la casa de Eliseo el mensajero encargado de ejecutar la orden en el momento en que el Profeta conversaba con los ancianos de Israel. Eliseo, sabiendo por inspiración divina el designio del Rey, había mandado cerrar las puertas. Y cuando el Rey, arrepentido de su enojo, fué a dar alcance a su mensajero, dijo Eliseo: «Oíd la sentencia del Señor: Mañana a estas horas el modio [4] de flor de harina se venderá por un siclo y dos modios de cebada costarán un siclo a la puerta de Samaria». Uno de los magnates, en quien el Rey tenía especial confianza, replicó incrédulo: «Aunque el Señor hiciere compuertas con el cielo, no podría ser eso que tú dices». A lo que replicó Eliseo: «Con tus ojos lo verás, pero no lo comerás».

La noche siguiente hizo el Señor resonar en los reales de los sirios estruendo de carros, caballos y numerosísimo ejército. Creyendo los sirios que el rey de Israel había asalariado a los reyes de los heteos [5] y egipcios, y que éstos venían en su auxilio y se echaban sobre ellos, sobrecogidos de espanto huyeron a favor de las tinieblas [6] y abandonaron todas sus provisiones en el campamento. Cuatro leprosos que huyendo del hambre se habían refugiado al amanecer en el campamento de los sirios, lo encontraron desierto y fueron con la noticia a Samaria. Salieron los israelitas a toda prisa y lo saquearon; y el precio de la harina y cebada fué el que profetizara Eliseo. El Rey había puesto de guardia a la puerta de la ciudad a aquel magnate que se burlaba del vaticinio del profeta; y sucedió que fué atropellado por el gentío. Vió con sus propios ojos lo barato que se vendían los víveres, pero no llegó a probarlos, como Eliseo se lo anunciara.

80. Castigo de Dios a la casa de Acab. Jehú, Joacaz y Joas, reyes de Israel. Muerte de Eliseo

(IV *Reg.* 8, 7 a 14, 15)

603. Todas las advertencias y prodigios de Eliseo no bastaron para corregir al rey Joram y a Israel. Por eso, no difirió Dios la ejecución del castigo que

---

[1] A Samaria, donde habitualmente residía. La ceguera les impidió reconocer al Profeta, entender el sentido de sus palabras y darse cuenta a dónde les conducía.

[2] «Cabeza de un asno» quiere, sin duda, decir «asno», cuya carne correosa e insípida no suele comerse en circunstancias normales. La palabra hebrea que traducimos «palomina», no vuelve a emplearse en otro lugar de la Sagrada Escritura, por lo que es inseguro su significado. El texto está evidentemente alterado Objetiva y textualmente merece consideración la conjetura de Winckler, el cual lee de esta manera: «un gomor de flor de harina, ocho siclos y un cuartillo de cab de mosto, *cinco*». Harina y mosto son sustancias que vienen de la *era* y del *lagar;* por lo que están en consonancia con la pregunta del versículo 27: ¿de dónde te he de socorrer, de la era o del lagar? Cfr. *ATAO*[3] 552.

[3] Sin duda porque Eliseo, seguro del auxilio divino, había desaconsejado la rendición de la ciudad. [4] Unos 12 litros (cfr. núm. 152). [5] Cfr. núm. 425.

[6] Acerca de la oscuridad de las noches en los países meridionales, en particular de Palestina, cfr. núm. 435.

anunciara por boca de Elías. Por indicación del Señor fué *Eliseo a Damasco* para ejecutar la orden comunicada a Elías por el Señor y diferida por la enmienda temporal de Acab, y para ungir por rey de Siria a *Hazael,* uno de los principales generales de Benadab [1]. Yacía éste postrado en el lecho del dolor; y al saber que el varón de Dios se acercaba, envió a su encuentro a Hazael con presentes, para preguntarle si sanaría de su enfermedad. Y díjole Eliseo: «Ve y dile: Sanarás [2]. Pero el Señor me ha mostrado que morirá de muerte». Y miróle fijamente al rostro, de suerte que Hazael quedó turbado [3]; y el hombre de Dios (Eliseo) comenzó a llorar.

Preguntó entonces Hazael: «¿Por qué llora mi señor?» Y él le respondió: «Porque sé los males que has de hacer a los hijos de Israel. Entregarás a las llamas sus ciudades fuertes y pasarás a cuchillo sus jóvenes y estrellarás sus niños, y abrirás el vientre a las embarazadas». Replicó Hazael con simulada admiración: «Pues qué ¿soy yo tu siervo para hacer esta cosa tan grande?» Y dijo Eliseo: «El Señor me ha mostrado que tú serás rey de Siria». Fuése Hazael llevando a su Rey la respuesta de Eliseo: «Recobrarás la salud». Al día siguiente ahogó al Rey y se ciñó su corona. Pronto volvió la espada contra Israel. Joram, aliado con su pariente Ocozías [4], rey de Judá, salió al encuentro de Hazael hasta Ramot Galaad [5]. Herido en el combate, abandonó el ejército, y se fué a Jezrael a curarse de las heridas. Aquí le alcanzó el terrible castigo anunciado por Dios, mientras le visitaba Ocozías.

604. Por orden de Eliseo vino un discípulo de los profetas a Ramot, y solicitó una audiencia privada con **Jehú,** generalísimo de las tropas; y estando a solas con él, derramó óleo sobre su cabeza y le dijo: «Esto dice el Señor Dios de Israel: Te he ungido rey sobre el pueblo del Señor [6], y herirás la casa de Acab tu señor, para vengar la sangre de los profetas y siervos del Señor». Habiendo referido Jehú este suceso a los demás generales, éstos le proclamaron por rey, y él, con un séquito escogido, se fué a Jezrael. El atalaya que estaba sobre la torre de Jezrael, dió aviso de que venía Jehú; Joram mandó a su encuentro dos mensajeros, uno tras otro, para informarse del estado de la guerra. Habiendo retenido consigo Jehú a ambos mensajeros, creyó Joram poder conjurar los hostiles planes de Jehú saliendo en persona. Fué, pues, con Ocozías al encuentro de Jehú, a quien halló precisamente junto a la heredad de Nabot. Como preguntase «¿Tenemos paz, Jehú?» Respondió éste: «¿Qué paz puede haber? Todavía duran las impiedades de tu madre Jezabel y sus muchas hechicerías». Joram volvió la espalda; y huyendo, dijo a Ocozías: «Traición, Ocozías». Era demasiado tarde. Jehú entesó su arco con la mano, e hirió a Joram en la espalda, atravesándole el corazón. Al punto cayó el Rey desplomado en su carro. Jehú mandó a su capitán: «Cógele y arrójale en el campo de Nabot». Entre tanto huyó Ocozías; pero le dieron alcance y le mataron, como hijo que era de la hija de Acab.

Cuando *Jezabel* supo la muerte de su hijo y la próxima llegada de Jehú, se pintó los ojos [7], adornóse la cabeza y púsose en una ventana, mirando hacia la

---

[1] Cfr. núm 598.

[2] Es decir, no morirás de esa enfermedad.

[3] De aquí y del contexto se desprende que no fué por las palabras del Profeta por lo que Hazael concibió la idea de matar a su señor, sino que *ya anteriormente* había tomado aquella resolución. Dios se lo *reveló* a su siervo y lo *permitió,* porque había escogido a Hazael por azote de su pueblo desleal. La «unción» consistió en el *anuncio* de este hecho (núm. 589), lo cual no implica que el Profeta hubiese aprobado la criminal conducta de Hazael contra Benadab, ni sus crueldades contra Israel.

[4] La madre de Ocozías, Atalía, era hermana de Joram e hija de Acab (cfr. núm. 633).

[5] Cfr. núm. 592. Esta ciudad había vuelto al dominio de Israel, quizá en esta guerra, acaso antes (cfr. núm. 602); y Hazael trataba de recuperarla.

[6] Cfr. núm. 589.

[7] Para que parecieran más negras las pestañas, mayores y más oscuras las cejas. Sin duda, con ello pretendía, como se colige de los reproches que hiciera a Jehú, mostrarse a

puerta de la ciudad. Cuando Jehú apareció debajo de la puerta, gritóle ella: «¿Es posible que pueda irle bien a Zamri [1], que mató a su señor?» Alzó Jehú los ojos y preguntó: «¿Quién es ésa?» [2] Dos o tres eunucos hicieron una profunda reverencia a Jehú. Díjoles éste: «Arrojadla de ahí abajo». Así lo hicieron. La pared quedó salpicada de la sangre; hollaron su cuerpo los caballos con sus pies; y vinieron los perros y devoraron su cadáver. Y habiendo entrado Jehú para comer dijo: «Id a ver aquella maldita, y enterradla; que al fin es hija de rey». Y habiendo ido a enterrarla, no hallaron sino la calavera, los pies y las manos. Así se cumplieron las palabras del Señor: «En el lugar en que los perros lamieron la sangre de Nabot, en el mismo lamerán la tuya. Los perros se comerán a Jezabel junto a las murallas de Jezrael» [3].

También la última parte del vaticinio tuvo cumplimiento de una manera espantosa. Primero ordenó Jehú a los magnates de Samaria que matasen a los *setenta hijos de Acab* [4], educados en sus casas. Luego mandó matar en Jezrael y Samaria a todos los parientes, amigos y partidarios de Acab, a los ministros de los ídolos y en especial a los *sacerdotes de Baal* que había en todo el país, a los cuales llevó a Samaria como invitados a una fiesta. Hizo reducir a cenizas la estatua de Baal y destruir su templo. Fueron también muertos por orden de Jehú cuarenta y un parientes próximos del rey de Judá, los cuales, ignorando lo que pasaba, habían ido de Jerusalén a Samaria. El linaje de Acab es un *ejemplo* espantoso *de la justicia divina,* que «castiga con fuerza a los poderosos» [5]; un aviso de cómo «Dios no permite que nadie haga mofa de El» [6], y de cuán «terrible es caer en las manos del Dios vivo» [7].

605. Obró **Jehú** [8] realmente con gran celo contra la impiedad de la casa de Acab; pero, como pronto se vió, procedió así más por ambición egoísta que por sincero amor de Dios, pues siguió adorando los becerros de oro. Por lo cual, el Señor le anunció que su familia no pasaría de la cuarta generación. Hazael, rey de Siria, le derrotó en todas las fronteras [9].

Joacaz, hijo y sucesor de Jehú, siguió las huellas de su padre; por lo cual durante su reinado el Señor entregó a su pueblo en manos de Hazael y de su hijo Benadab III. Quedáronle a Joacaz sólo 50 jinetes, 10 carros y 10000 de a pie. Acudió entonces con oraciones al Señor, el cual dió a Israel un libertador. No se le nombra; quizá fuera su hijo y sucesor Joás. Pero antes bien parece que la liberación debe atribuirse a haber intervenido Asiria en tiempo de Adadnirari, el cual atacó a Damasco, por lo que prestó apoyo a los vasallos y enemigos de Siria hasta el litoral, haciéndolos «libres», es decir, vasallos suyos. En esto pudo haber consistido la liberación de Siria. Las noticias bíblicas sólo dicen que Israel respiró libre de la opresión de Siria, y que *Joás* derrotó tres veces a los

---

éste y a su séquito con la majestad de reina y echarles en cara, con sola su aparición, el crimen perpetrado; desanimar a los secuaces de Jehú, enardecer a los suyos y desbaratar los planes del conspirador; y cuando no, morir como reina.

[1] Así llama a Jehú, para recordarle la suerte de aquel otro rebelde (cfr. núm. 580).

[2] En hebreo: ¿Quién está conmigo?

[3] III *Reg.* 21, 19 23; cfr. núm. 591; el cumplimiento de la profecía, en lo que toca a Acab, en el núm. 592.

[4] Cfr. núm. 436. [5] *Sap.* 6, 7. [6] *Gal.* 6, 7. [7] *Hebr.* 10, 31.

[8] Las circunstancias de su vida véanse en *ThpMS* XV 206 ss. Fueron verdaderamente crueles; pero no se puede afirmar que el texto sagrado apruebe explícitamente. Y por ardiente que hubiese sido el deseo de los profetas de ver el exterminio del culto de Baal, no por eso habrían dejado de juzgar tal cúmulo de acciones sangrientas, como juzgó Oseas (1, 4) el «homicidio» de Israel.

[9] Según las inscripciones asirias, Jehú quedó tributario de los asirios; éstos siguieron estrechando el reino de Israel hasta que en 722 lograron destruirlo. También Hazael fué humillado por Salmanasar II. Los anales epigráficos relativos a estos hechos y el *obelisco* negro de Salmanasar II con inscripciones y relieves donde se nombra y representa a Jehú y Hazael, son documentos de suma importancia para la historia asiria (véase lámina 5 *e).* Cfr. Kaulen, *Assyrien und Babylonien* 232; Lindl, *Cyrus* 66 s.; *ATAO*³ 516 s.

sirios. Ello no habría sido posible, de no ser Siria atacada, e Israel apoyado por Asiria. Lo mismo cabe decir de la campaña contra Judá (Amarías), en la cual Joás fué, sin duda, ayudado por el poderoso rey asirio [1]. Joás no abolió el culto de los becerros de oro, pero manifestó el más profundo respeto al Señor y a su siervo Eliseo.

Habiendo enfermado Eliseo de gravedad, fué Joás a visitarle, lloró y le dijo, como en otra ocasión [2] Eliseo a Elías: «¡Padre mío, padre mío! ¡Carro de Israel y conductor suyo!» Para consolar a Joás, mandóle Eliseo que disparase una flecha desde la ventana hacia oriente (hacia Siria), y exclamó: «Saeta de salvación por el Señor, saeta contra Siria; tú la derrotarás». Ordenóle que tomase las demás saetas en su aljaba e hiriese con ellas el suelo. Hízolo el Rey por tres veves, y cesó. Enojóse el hombre de Dios y dijo: «Si la hubieras herido cinco, o seis, o siete veces, hubieras derrotado a los sirios hasta el exterminio; mas ahora, tres veces la herirás». Murió *Eliseo* y le enterraron.

Aquel mismo año entró por el país una partida de bandoleros moabitas. Ciertos hombres que iban a enterrar a un muerto, viendo a los guerrilleros, echaron el cadáver en el sepulcro de Eliseo [3]; y *al punto que el muerto tocó los huesos de Eliseo*, resucitó y se puso en pie [4].

Joás salió a campaña contra los sirios, derrotó por tres veces a Benadab III y recobró todas las ciudades que éste había arrebatado a su padre Joacaz. Después de esto Amasías, rey de Judá, provocó una guerra civil de ambos reinos hermanos, pero Joás derrotó a Amasías en Betsames, le hizo prisionero, entró en Jerusalén y despojó el palacio real y el Templo del Señor, como pudiera haberlo hecho un pagano [5]. Al poco tiempo de cometer tamaño sacrilegio murió Joás. Sucedióle su hijo *Jeroboam* II, último rey de la familia de Jehú.

606. El Espíritu Santo hace el *elogio de Eliseo* por boca de Jesús, hijo de Sirac, con estas palabras: «Elías, a la verdad, fué arrebatado en un torbellino; pero en Eliseo quedó la plenitud de su espíritu. En sus días no temió a príncipe alguno, y ninguno fué más poderoso que él. Ni le dobló palabra alguna, y aun muerto, profetizó su cuerpo. En su vida hizo prodigios, y en la muerte obró maravillas» [6]. En su heroísmo en pro de la gloria de Dios, en sus milagros y en la maravillosa glorificación después de su vida mortal, aparécesenos como legítimo hijo espiritual de Elías. Logró, como Elías, conservar la fe de Israel; mas no alcanzó a librar de la ruina al pueblo: «Con todas estas cosas no hizo penitencia el pueblo, ni se apartó de sus pecados, hasta que fué echado de su tierra y esparcido por todo el mundo» [7].

Eliseo, como Elías, fué **figura de Jesucristo,** según atestigua el Evangelio hablando de la *misión a los gentiles* [8]. Demás de esto, algunos de sus milagros tienen parecido con los del divino Salvador, por ejemplo, la resurrección de la Sunamitis, el dar de comer a una gran multitud con unos pocos panes de cebada, la curación de Naamán el leproso de Siria. La resurrección debida al contacto de su cadáver recuerda los «muchos cuerpos de santos que resucitaron después de muertos» [9].

---

[1] Winckler, *KAT*³ 260; *ATAO*³ 519. [2] Núm. 594.
[3] Es decir, en la cueva septentrional de Eliseo; para lo cual bastaba quitar la piedra que le servía de puerta.
[4] Nuevo testimonio de la misión divina del profeta y especialmente de la certeza de sus últimos vaticinios acerca de los triunfos de Joás sobre Siria. – Este pasaje tiene importancia para la doctrina católica acerca del culto de las reliquias de los santos.
[5] Cfr. núm. 634. [6] *Eccli.* 48, 13 ss. [7] *Eccli.* 48, 16. [8] *Luc.* 4, 27.
[9] *Matth.* 27, 52 s.

Todavía en tiempo de san Jerónimo [1] era muy visitado en Samaria y tenido en gran veneración y respeto *el sepulcro de Eliseo;* Juliano el Apóstata lo destruyó. Algunos piadosos monjes salvaron en aquella ocasión parte de las *reliquias* que con las del Bautista fueron arrojadas a las llamas, y las entregaron a san Atanasio. De Alejandría fueron llevadas a Constantinopla, y de allí, a Ravena en 718. En el Calendario Romano se hace mención de este profeta el 14 de junio: venérale muy especialmente la Orden Carmelitana como a hijo espiritual de Elías [2].

81. El profeta Jonás (hacia 800 a. Cr.)

(*Libro de Jonás;* cfr. IV *Reg.* 14, 25)

607. Con Eliseo se cierra la serie de los *Profetas Anteriores* [3] que esperaron confiadamente la conversión del pueblo y el retorno del antiguo esplendor; por eso tuvieron fija la mirada casi exclusivamente en su época, y no nos legaron escritos. *Los Profetas Posteriores,* iluminados por Dios, comprendieron que Israel caminaba rápidamente a su ruina religiosa, moral y política; y sin omitir serias amonestaciones y amenazas a sus contemporáneos, dirigieron su mirada principalmente al porvenir, a los felices tiempos del Mesías, fundador de un nuevo reino grande y esplendoroso y de un Israel rejuvenecido y acrisolado. Y por cuanto *los pueblos gentiles,* tan impíos y depravados, eran culpables de la corrupción moral y religiosa del pueblo escogido, los profetas posteriores fueron también mensajeros del castigo de los paganos. Mas también para éstos anunciaron, en un porvenir lejano, los albores de un día esplendoroso en el reino de Dios, que había de abarcar todo el mundo. Sus palabras, de especial valor para las generaciones siguientes, fueron escritas por ellos (o por sus discípulos) y transmitidas a la posteridad.

Poseemos los escritos de diez y siete de estos profetas; a cuatro de ellos se ha llamado *Profetas Mayores;* a los restantes, *Menores;* no porque sean inferiores a los primeros en el espíritu profético o en santa elocuencia, sino principalmente porque sus escritos son de menor extensión [4].

Cronológicamente, el primero de los Profetas Menores es **Jonás,** que figuró en tiempo de Jeroboam II (783-743). Profetizó a este rey sus victorias sobre los sirios, y recibió (tal vez antes) [5] la misión de ir *a Nínive,* para predicar penitencia a los moradores de esta gran ciudad. De este asunto trata el libro sagrado que lleva el nombre de Jonás. Y aunque propiamente no encierra este librito profecía alguna, sino sólo la historia de la misión del profeta, por su profundo sentido es una profecía. Por esto dice san Jerónimo [6]: «Jonás, la hermosa paloma [7], fué en su naufragio, **figura** *profética de la muerte de Jesucristo* [8]. El movió a penitencia al mundo pagano de Nínive y le anunció la salud venidera».

---

[1] Cfr. núm. 580.

[2] Cfr. Stadler und Heim, *Heiligenlexikon* II, 51.

[3] Cfr. núm. 579.

[4] *Eccli.* 49, 1-12. Acerca del fondo doctrinal de sus escritos cfr. Zschokke, *Die Theologie der Propheten* (Friburgo 1877); Selbst, *Die Kirche Jesu Christi nach den Weissagungen der Propheten* (Maguncia 1883). Acerca de los Profetas Menores pueden consultarse *Comentarios* de Knabenbauer (dos tomos, París 1886); Hoonacker (*Les douze petits Prophètes,* París 1908; cfr. *RB* 1909, 129 ss.); Schegg (dos tomos, Ratisbona 1862); Leimbach, *Biblische Volksbücher* III y IV (Fulda 1908).

[5] Según tradición judía, Jonás fué el profeta a quien Eliseo dió el encargo de ungir a Jehú (cfr. núm. 604); lo cual no es imposible, a juzgar por la época en que Jonás vivió.

[6] *Ep. ad Paulinum de studio scriptur. ep. 53, al. 103, n. 8* (Migne, *P. lat.* XXII 546).

[7] La palabra hebrea *jonah* significa «paloma».

[8] «Porque así como Jonás estuvo en el vientre del pez tres días y tres noches, así el Hijo del hombre estará tres días y tres noches en el seno de la tierra» (*Matth.* 12, 40).

Esta narración es *historia real,* y no leyenda poética o mera alegoría (parábola), como suponen algunos. Jonás, hijo de Amati, es persona histórica [1]. Todo el librito lleva sello de relato histórico, y no se descubre en él indicio alguno que permita suponer que se trate de parábola o alegoría; por lo que apenas se encuentra hoy quien defienda esta hipótesis. Los judíos antiguos nunca dudaron de su autenticidad, por mucho que repugnase a su orgullo mezquino esta demostración de las divinas mercedes a los gentiles ninivitas. Tobías (14, 6) [2] alude al vaticinio del Profeta acerca de la destrucción de Nínive; y Jesucristo, a la estancia de Jonás en el vientre del pez durante tres días y a la penitencia que hicieron los ninivitas a la voz del Profeta. Después de la declaración de Benedicto XV, no se puede sostener que el Salvador se acomodase a la opinión corriente de sus contemporáneos, o se atuviese al carácter atribuído a Jonás en el Antiguo Testamento, pero sin afirmar nada acerca del género literario (historicidad) del libro. Según las declaraciones de Benedicto XV, Jesucristo cita los ejemplos de la Sagrada Escritura (a Jonás nombra explícitamente) como tales, y «necesariamente debe dárseles crédito» [3].

Los judíos y cristianos tuvieron siempre por *sagrado este librito,* que atribuyeron al mismo Jonás. La hipótesis no es imposible [4]; pero es combatida, sobre todo por razones de índole lingüística; las cuales, empero, no son suficientemente sólidas. Los aramaísmos pueden explicarse como expresiones del norte de Palestina, usadas ya desde antiguo [5]. Además, de suponer es que Jonás, designado para ir a Nínive, conociese el arameo. Indiscutiblemente, la narración se apoya en noticias o tradiciones fidedignas; de donde el haber sido redactada con posterioridad no desvirtúa su carácter histórico y profético. La crítica ve en este librito la elaboración de una antigua leyenda profética [6] unida a un personaje histórico; pero reconoce lealmente que, «*muy lejos de merecer la burla insensata», se cierne «en la más elevada altura de las ideas proféticas»* al querer demostrar que «Yahve es realmente el Dios de todos los hombres: un Dios misericordioso y generoso, que se interesa por la suerte de los ninivitas tanto como por la de Israel» [7]. Por la proclamación de esta verdad, el librito deja atrás las concepciones «particularistas» (mezquinas, farisaicas), y se pone en contacto con pasajes del Nuevo Testamento, como I *Tit.* 2, 4. Sellin le llama «perla de singular valor de la literatura del Antiguo Testamento» [8].

608. Vino la palabra del Señor a *Jonás, hijo de Amati* [9], diciendo: «Levántate, y ve a *Nínive,* ciudad grande [10], y predica en ella; porque su

---

[1] Cfr. IV *Reg.* 14, 25.

[2] El texto griego dice así (14, 8): «Y ahora, hijo mío, sal de Nínive; porque va a suceder como vaticinó el profeta Jonás». Es dudoso que originariamente se leyese en este pasaje el *nombre* del Profeta.

[3] *Matth.* 12, 39 ss.; 16, 4. Cfr. la Encíclica *Spiritus Paraclitus* de 15 de septiembre de 1920, página 35.

[4] Cfr. Kaulen-Hoberg, *Einleitung*[5] § 416; Schöpfer, *Geschichte des AT*[6] 473; Döller, *Das Buch Jonas* (Viena 1912).

[5] Cfr. Orelli, *Die zwölf kleinen Propheten*[3] (Munich 1908) 98.

[6] Cfr. Sellin, *Das Zwölfprophetenbuch* (Leipzig 1922) 237.

[7] Kautzsch, *Heilige Schrift des AT* II 50. Cfr. Schmid, *Die ausserordentlichen Heilswege Gottes* 258.—Véase en *Kath* 1908 II 111 ss. (Wiesmann) algunas notas (de crítica textual) al libro de Jonás.

[8] *Zwölfprophetenbuch* 241.

[9] Según IV *Reg.* 14, 25, nació en *Geth-Opher* (hebr. *Gath-Hepher),* ciudad de la tribu de Zabulón, probablemente donde hoy se halla la aldea llamada *Mesched,* 5 Km. al norte de Nazaret, 1 1/2 Km. al sureste de Caná. Allí se mostraba todavía en tiempo de san Jerónimo el sepulcro *(prooem. super Ion.),* sobre el cual erigieron los mahometanos un oratorio. *LB* II 409.

[10] Acerca de Nínive cfr. núm. 117.—Reinaron por aquella época *Rammannirari* III (Adadnirari) (812-783, cuya mujer, Samuramat, vive en la memoria de los griegos con el nombre de *Semiramis), Salmanasar* III (783-773), *Asurdan* III (773-755) y *Asurnirari* (754-745), los últimos de los cuales fueron débiles y de poca importancia. No sabemos

maldad clama a mí pidiendo venganza». Levantóse Jonás para ir a Tarsis [1], huyendo de la presencia del Señor [2]. Bajó a Joppe [3], y hallando un navío que iba a Tarsis, dió su flete, y entró en él para ir a aquella ciudad, escapando así del Señor [4].

Pero Dios envió un viento recio en el mar; y moviéndose gran tormenta, el navío estaba a riesgo de estrellarse. Para aligerarle, arrojaron todo el cargamento pesado. Cada uno invocaba a su Dios en demanda de auxilio [5]. Jonás, empero, dormía profundamente en lo más hondo de la nave [6]. Y se llegó a él el piloto, y le dijo: «¿Cómo te estás tú con tan pesado sueño? Levántate, invoca a tu Dios, si por ventura quiere acordarse de nosotros, y no perezcamos». Y dijo cada uno a su compañero: «Venid, echemos suertes, y sepamos por qué nos ha acaecido este mal». Echaron suertes, y cayó la suerte sobre Jonás. Y le dijeron: «¿qué has hecho? ¿Cuál es tu oficio? ¿Cuál es tu patria y adonde vas?» Jonás les dijo: «Soy hebreo, y temo a Yahve, Dios del cielo, que hizo la mar y la tierra». Y les confesó que había querido huir de la presencia del Señor (Yahve).

609. Quedaron todos atemorizados, y le dijeron: «¿Cómo has hecho esto? ¿Qué haremos de ti a fin de que la mar se aplaque?» Pues la mar iba enfureciéndose cada vez más. Y les dijo: «Tomadme, y echadme en la mar; que bien sé yo que por mí ha venido sobre vosotros esta grande tormenta». Los marineros al principio querían perdonarle, e intentaron ganar tierra remando con todas sus fuerzas para dejar a Jonás. Pero todo fué inútil; porque el furor de las olas iba en aumento. Entonces rogaron a Dios no les imputase la muerte de aquel hombre, ya que ésta parecía la voluntad

---

de fijo cuál de éstos hubiese sido el que oyó a Jonás e hizo penitencia. Sin embargo. posible es que la misión de Jonás esté relacionada con la situación política existente en tiempo de Adad-nirari entre Judá, Israel y Asiria. Si, como se ha indicado en el núm 605, Adad-nirari intervino en los asuntos del país occidental, se comprende más fácilmente que apareciera en Nínive un profeta israelita, y conmoviese el ánimo de los habitantes de la populosa urbe. No se puede asegurar que Adad-nirari hubiese tratado de imponer una suerte de doctrina monoteísta, a la manera de Amenhotep IV de Egipto, como algunos han deducido de la siguiente inscripción: «Confía en Nebo; no confíes en otro dios». Pero la situación histórica es de tal naturaleza que la misión de Jonás es posible y se explica el resultado satisfactorio, aunque pasajero, de la misma. *ATAO*[3] 508 519.

[1] Acerca de *Tarsis* cfr. núm. 525.

[2] El mismo nos declara el porqué de su huída (*Ion.* 4, 2; cfr. núm. 610); el temor de que Dios, en su inagotable misericordia, se compadeciera de la ciudad y él quedase como un embustero. Quizá temiese que Nínive, capital del imperio conquistador del mundo, pudiera llegar a ser el azote de Israel.

[3] *Joppe,* en hebreo *Japho* (la hermosa, la resplandeciente, la que descuella), hoy *Jafa,* ciudad antiquísima (fundada por Jafet según los rabinos), 65 Km. al noroeste de Jerusalén, situada graciosamente sobre una colina del litoral del Mediterráneo y rodeada de feraces campiñas. Conquistada por los danitas a los filisteos (*Ios.* 19, 46; *Iud.* 5, 17), era el único puerto que tenía Israel en el Mediterráneo. En él fondeaban las naves que del Líbano traían los materiales para la construcción del Templo Salomónico (III *Reg.* 5, 23; II *Par.* 2, 15; cfr. núm. 558; *Esdr.* 3, 7; I *Mach.* 10, 76; 14, 5). Acerca de la actual ciudad de Jafa cfr. Keppler, *Wanderfahrten*[8-10] 195 ss.

[4] Jonás sabía, como todo israelita, que no había medio de escaparse *de Dios, que está presente en todas partes* (cfr. *Ps.* 138, 7); pero quería rehuir en lo posible la misión que Dios le había encomendado.

[5] De esto y de lo que sigue se desprende que el navío era pagano (fenicio).

[6] Quizá se hubiese dormido antes de estallar la tormenta, fatigado del camino y oprimido por el remordimiento de su grosera desobediencia.

divina; cogieron, pues, a Jonás y le arrojaron al mar. Al punto cesó el oleaje. Con lo cual reconocieron claramente la mano poderosa de Dios; y sobrecogidos de profunda veneración, le ofrecieron sacrificios e hicieron votos.

Todavía se hizo sentir más la mano omnipotente de Dios, manifestando a un mismo tiempo el castigo y la misericordia. Porque el Señor preparó un *pez descomunal* que se tragase a Jonás [1]; el cual estuvo tres días y tres noches en el vientre del pez. Desde allí oró Jonás al Señor, pidiendo auxilio.

«En mi tribulación llamo al Señor, y me oye; del seno del infierno [2] clamo, y Tu oyes mi voz.

Me echaste en lo profundo, en el corazón de la mar, y la corriente me cercó, todos tus remolinos y tus ondas pasaron sobre mí.

Descendí hasta las raíces de los montes, los cerrojos de la tierra me cerraron para siempre. Mas Tú preservas de la corrupción mi vida, Señor Dios mío.

Cuando mi alma se angustia dentro de mí, me acuerdo del Señor; para que llegue a Ti mi oración, a tu santo Templo.

Los que sirven a dioses vanos abandonan tu misericordia.

Mas yo, con voz de loor te ofreceré a Ti sacrificios; pagaré al Señor todo lo que he prometido por mi salud» [3].

---

[1] Admítese comúnmente que fué un tiburón (*Squalus carcharias,* perro marino, tigre marino, que devora a los hombres), el cual abunda en el Mediterráneo. De aquí el nombre de tiburón de Jonás o pez de Jonás, que se da a esta especie. Cfr. Leunis *Synopsis* I 405. Tiene 8-10 m. de largo, pesa 1500 a 2000 Kg. y puede tragar fácilmente a un hombre; es muy voraz y engulle cuanto se le presenta. En un ejemplar pescado en Toulón se halló un hombre con sus arreos; junto a la isla Margarita fué pescado otro de 700-800 Kg., en cuyo interior se encontró un caballo entero; refiere el naturalista Oken (*Tierreich* III [1836] 58) que habiendo sido muerto un tiburón que acababa de tragarse a un marinero, llegó éste a ser extraído vivo del animal. En el verano de 1905, en un tiburón de 5 m. de longitud, pescado a 20 millas del puerto de Nápoles, fué hallado incorrupto el cadáver de un niño de 8 años, que unos días antes había desaparecido bañándose en el mar. En el verano de 1909 dos profesores de la Universidad de Catania (Sicilia) comunicaron a la Sociedad Zoológica Italiana haber sido pescado, no lejos de Catania, el 26 de enero anterior—un mes después del terremoto de *Mesina*—un tiburón gigantesco, en cuyo vientre se hallaban 3 cadáveres humanos: un hombre de 50 años, una mujer adulta y un niño de 5 años, todos ellos íntegros y con sus vestidos (amén de un perro y trozos de una ternera). Los comunicantes hacían presente en su memoria que tales monstruos *abundan* en el Mediterráneo y que, por ejemplo, en la batalla de Abukir (1799) se vieron en gran multitud entre las naves de los combatientes y se comían a innumerables náufragos. Cfr. Masius, *Gesamte Naturwissenschaften* II 321. Pero que Jonás permaneciese tres días en el vientre del pez sin perder la vida ni el conocimiento es un milagro de la divina omnipotencia, tan grande como la resurrección de un muerto, y además digno de los altos fines para que se hizo.— Israel se hallaba entonces en un momento muy crítico; corría rápidamente a la ruina. Mas esto no había de ser obstáculo, antes bien, contribuir al cumplimiento de los altos destinos que Dios le confiara entre las naciones gentiles. Durante la cautividad y después de ella Israel había de predicar a los paganos y, sobre todo, anunciarles la venida del Redentor. De esto, de la muerte y resurrección del Salvador y de la predicación del Evangelio a todas las naciones había de ser símbolo y figura el milagro de Jonás. Las muchas analogías del milagro de Jonás que se aducen en la *historia de las religiones* (Schmidt, *Jona*, Gotinga 1906; Gressmann, *Schriften des AT* II[2] 473 ss.), son de escasa importancia para la comprensión de nuestro librito, y sólo sirven para hacer resaltar la superioridad de su doctrina religiosa.

[2] Del reino de los muertos, del sepulcro (cfr. núm. 57).

[3] *Ion.* 2, 3 4 7-10. La oración de Jonás es muy apropiada a las circunstancias en que se encontraba el Profeta; pero está artísticamente entretejida con ideas y pensamientos del *Salmo* 30, 23; 41, 8; 68, 2. La forma literaria es seguramente fruto de la reflexión del Profeta al consignar por escrito los hechos de su vida; pero la oración reproduce admirablemente el estado de ánimo y los pensamientos que cruzaban por su mente en tan

Y el Señor mandó al pez, el cual vomitó a Jonás en tierra [1].

610. Y vino otra vez palabra del Señor a Jonás, diciendo: «Levántate, y ve a Nínive, ciudad grande; y predica en ella el sermón que yo te digo». Marchó, pues, Jonás y se dirigió a Nínive, según la orden del Señor. Era Nínive una ciudad grandísima, de tres jornadas [2]. Comenzó Jonás a entrar en la ciudad, andando por ella un día [3], y diciendo: «Aun cuarenta días, y Nínive será destruída». Los ninivitas creyeron en Dios; y publicaron ayuno, y se vistieron de saco desde el mayor hasta el menor. También el Rey se despojó de su vestido, vistiéndose de saco; derramó ceniza sobre su cabeza y mandó pregonar en Nínive: «Ni hombres, ni bestias [4] coman nada, ni siquiera beban un trago de agua; vístanse todos vestiduras de penitencia, y clamen al Señor. Conviértanse todos de su mala vida al Señor. ¿Quién sabe si se volverá Dios y nos perdonará, y si se aplacará del furor de su ira y no pereceremos?» Y viendo el Señor las obras de ellos, cómo se apartaron de su mal camino, tuvo misericordia, y apartó el mal con que les había amenazado [5].

611. Salióse entre tanto Jonás de Nínive, e hizo alto al oriente de la ciudad, a la espera de lo que debía acontecer con ella. Mas cuando vió que Dios se había aplacado, afligióse mucho y se incomodó. «¡Ah, Señor! ¿No era esto lo que yo me recelaba cuando quise huir a Tarsis? Porque yo sé que tú eres un Dios clemente, misericordioso y sufrido. Ahora bien, Señor,

---

angustioso trance. Cfr. la oración de Ezequiel (núm. 641), escrita seguramente después de haber sanado. Cfr. Seydl, *Jonalied*, en *ZKTh* 1900, 187.

[1] Esto pudo ser efecto de causas naturales que por disposición divina hubiesen cooperado al fenómeno. Cuando el tiburón, perseguido por el pez espada, sube de las honduras del mar a ponerse a salvo en las aguas poco profundas de la costa, por efecto del repentino cambio de presión, vomita lo que tiene en el estómago y devuelve, a veces, incorruptos los objetos y peces que había engullido.

[2] Ya para entonces era Nínive una gran ciudad, aunque la época de su esplendor corresponde al siglo siguiente. Cfr. núm. 117. No es tan seguro, como los modernos creen, que las palabras: «*Era* (hebr. *hayetah)* Nínive una gran ciudad» sólo pudieran decirse después de la destrucción y que aquello de ciudad «de tres jornadas» sólo pudo haber sido escrito por un historiador de época más reciente. Tal vez «tres jornadas» es un dicho popular que significa extensión inmensa, tan grande que no era posible dar la vuelta (o atravesarla de punta a cabo) en tres días.

[3] Penetró Jonás en Nínive y predicó mientras entraba en ella, deteniéndose acá y allá. Mas debió de llegar al interior y a uno de los palacios reales y anunciar en él su embajada (la exhortación a la penitencia). Sólo así se explica lo que luego sucedió. Podemos imaginarnos que las palabras del predicador extranjero hubiesen llegado y conmovido primero a personajes influyentes y, por fin, al mismo rey, el cual habría dispuesto que todos, sin exceptuarse él mismo, hiciesen penitencia.

[4] Los animales fueron cubiertos con paños de luto, en vez de las preciosas gualdrapas. Su vista y los balidos y bramidos que daban pidiendo alimento, fortalecían aún más a los hombres en sus sentimientos de penitencia.

[5] Sorpréndense muchos de que la predicación de Jonás hallase eco en el rey de Nínive. Pero, dado el respeto y temor (supersticioso) que los pueblos orientales tenían al poder de los dioses extranjeros, no es extraño que los ninivitas diesen crédito a las predicaciones de Jonás. Sería interesante saber cómo y por qué medios llegó Jonás a producir tan honda impresión y cambio tan súbito en los ninivitas. Mas como el relato es tan conciso, conocemos solamente el hecho y el resultado de las exhortaciones del Profeta.—De no haberse encontrado en las inscripciones asirias el título oficial de «rey de Asiria», sacan argumento los modernos para decir que el libro se compuso más tarde. Pero ¿por qué no había de ser esa una expresión popular, muy legítima y comprensible desde el punto de vista israelita? En el edicto oficial de *Ion.* 3, 7 se habla sólo del «rey y de sus magnates».

ruégote que me quites la vida, porque para mí mejor es morir que vivir» [1]. Y dijo el Señor: «¿Crees tú que tienes razón para enojarte?»

Quiso el Señor convencerle de la sinrazón con la vista de lo que le rodeaba. Había hecho el Señor crecer una yedra [2], la cual daba sombra a Jonás; de lo que éste recibió gran placer. Mas, al día siguiente, al rayar del alba, envió Dios un gusano que picó la yedra, la cual se secó. Y cuando hubo salido el sol, hizo el Señor venir un viento cálido; y el sol hería la cabeza de Jonás; el cual abrasándose, demandó con toda su alma la muerte, y dijo: «Mejor me es morir que vivir». Y díjole el Señor: «Tú te dueles por la yedra, en que no trabajaste ni la hiciste crecer; la que en una noche nació y en una noche pereció. ¿Y yo no perdonaré a Nínive, ciudad grande, en la que hay más de 120000 hombres que no disciernen lo que hay entre su derecha y su izquierda [3], y muchas bestias?»

Jonás es una **figura** de las más señaladas **de Jesucristo** [4]: por los tres días que permaneció en el vientre del monstruo marino y por la liberación del mismo; lo es también, porque, siendo hebreo, fué enviado a *predicar penitencia* a los habitantes de una ciudad *gentil*. El Calendario Romano le conmemora el día 21 de septiembre.

82. Caída del reino de Israel. Los profetas Oseas y Amós

(IV *Reg.* 14, 23 a 17, 41)

612. Dios en su misericordia había dispuesto conceder a Israel una demora; por lo que le prometió por medio del profeta Jonás el restablecimiento del antiguo esplendor [5]. Esta promesa se cumplió puntualmente durante el reinado (de cuarenta y un años) de **Jeroboam II** (cfr. lámina 25). Reconquistó este rey el territorio de que se habían apoderado los sirios, y dió al país extraordinario esplendor político y comercial. Pero debajo de este brillo aparente se ocultaba una corrupción moral cada vez mayor. Jeroboam siguió las huellas de sus impíos predecesores; magnates y plebeyos vivían entregados a los vicios más rastreros. Envióles el Señor dos profetas que les predicasen penitencia con energía: *Oseas y Amós.*

---

[1] El mal humor de Jonás provenía, no de disgusto porque Dios concediera gracia a Nínive, sino principalmente del temor de pasar por embustero y de que la salvación de Nínive pudiera llevar consigo la ruina de Israel (según aquello de *Deut.* 32, 21). Según san Jerónimo, podría expresarse el deseo de Jonás con estas palabras: «Antes quiero morir que ver la ruina de Israel».

[2] Probabilísimamente la planta del ricino, propia de los países cálidos, la cual en pocos días crece y adquiere forma arborescente y con sus amplias hojas proporciona muy grata sombra; pero a la menor lesión se agota rápidamente. Cfr. Fonck, *Strifzüge* 17-20. Los exegetas discuten sobre si el arbusto creció milagrosamente en *una* noche. Pero bien puede entenderse el texto de esta manera: la planta brotó de la tierra *una noche*, para desarrollarse en unos pocos días y secarse rápidamente. Cfr. Kaulen-Hoberg, *Einleitung* II[5] § 414; *KL* VI 1805; *LB* II 474.

[3] Como si dijera: que no disciernen entre lo bueno y lo malo, es decir, menores de siete años; según esto Nínive vendría a tener $5 \times 120000 = 600000$ habitantes. Pero si el texto se refiere a los niños de pecho (hasta los tres años), la población pudo llegar a $1\, ^1/_2$-2 millones, lo cual no es imposible para «Nínive en sentido amplio», es decir, para la comarca poblada por varias ciudades y comprendida bajo el nombre de Nínive.

[4] Y también de la resurrección de la carne. Así aparece en las representaciones cristianas de los primeros tiempos. Cfr. Kraus, *Realenzykl.* II 67; Kaufmann, *Archäol.*[2] 317; Weiss, *Mess. Vorb.* 82.

[5] IV *Reg.* 14, 25.

613. Osee u **Oseas** (auxilio de Dios o Dios es mi salud)[1] aparece en escena — según cap. 1, 1 de su libro, que contiene un resumen de sus propios discursos —, en el reinado de Jeroboam II de Israel, y de Ozías, Joatán, Acaz y Ecequías de Judá, es decir: desde los últimos años de Jeroboam hasta los primeros de Ecequías; por consiguiente, de 750 a 725. Sus palabras se dirigen *casi exclusivamente al reino de Israel:* prueba de que en él vivió e intervino. El Martirologio Romano hace conmemoración de Oseas (y del profeta Ageo) el día 4 de julio[2].

Su *libro,* cuyo estilo califica san Jerónimo de lacónico, sentencioso y rico en imágenes — y por tanto difícil — se divide en dos partes. *La primera* (cap. 1-3) comprende dos acciones simbólicas: *matrimonio* con una meretriz y *esponsales* con una adúltera[3]. La primera acción simboliza en una manera extraña la infidelidad de Israel para con Dios, su legítimo esposo; el castigo, la penitencia y la reconciliación. Por esto debe poner el profeta a los hijos de la meretriz los nombres más significativos: Jezrael, Sin Misericordia, No Mi Pueblo, para indicar los tres grados del castigo: exterminio de la casa de Jehú[4], espantosa tribulación, completa reprobación — a lo cual, sin embargo, ha de seguir la conversión y el perdón.—Por este matrimonio la meretriz se convierte en esposa legítima; lo mismo acontecerá a Israel cuando se restablezca la Alianza[5]. Los *desposorios* con la mujer que tiene un amante y es adúltera y se ve obligada a esperar largo tiempo hasta la boda, representan asimismo a Israel, el cual, a pesar de su infidelidad, sigue siendo la esposa del Señor, abandonada por Dios largo tiempo, pero finalmente admitida de nuevo a la gracia[6].

Dijo el Señor a Oseas: «Dentro de poco yo tomaré venganza de la casa de Jehú por la sangre de Jezrael, y acabaré con *el trono de Israel.*—Vosotros no sois (ya) mi pueblo, ni yo soy (ya) vuestro. Mas (algún día) el número de los hijos de Israel será como el de las arenas del mar, que no tienen medida ni guarismo[7]. Y sucederá, que donde se les habrá dicho: Vosotros no sois mi pueblo, se les dirá: *hijos de Dios vivo*[8]. Y se congregarán los hijos de Judá e Israel bajo **un** caudillo»[9].

---

[1] Cfr. Leimbach, *Bibl. Volksbücher* III (Fulda 1907). Hay exegetas protestantes modernos que admiten la autenticidad de los vaticinios del profeta (v. Orelli, Gressmann, Sellin, König).

[2] Muéstrase el sepulcro en el monte Nebi Oscha no lejos de es-Salt, en Galaad.

[3] Discútese desde antiguo de la realidad o del simbolismo de estos dos pasajes. Los más de los santos Padres e intérpretes antiguos y no pocos de los modernos (Schegg, Rohling, Knabenbauer, Kaulen, Schöpfer, Leimbach) están por el sentido literal; san Jerónimo, y entre los modernos Reinke, optan por el simbólico. Pero sea como fuere, el significado esencial es el mismo.

[4] En Jezrael llevó Jehú a cabo el castigo de la casa de Acab; ahora Israel se tornará en un Jezrael, es decir, la casa de Jehú incurrirá en el castigo (de exterminio); cfr. núm. 604 s.

[5] Capítulos 1 y 2.

[6] Capítulo 3.

[7] A pesar de esta reprobación temporal, Dios cumplirá en el rebelde Israel las *promesas que hiciera a los Patriarcas;* le hará participar con Judá de la salud mesiánica; le hará semilla de bendición para todos los pueblos y con ellos para el innumerable pueblo del reino de Dios, es decir, para la *Iglesia de Jesucristo:*—promesa que se repite en todas las profecías mesiánicas.

[8] Este fué el primer *nombre que tuvieron los cristianos,* regenerados en Jesucristo por la gracia para la santidad de Dios y para la participación de los bienes celestiales (cfr. *Ioann.* 1, 12 13; I *Ioann.* 2, 29; 3, 1; *Rom.* 8, 16 17; I *Petri* 1, 3 ss.; II *Petri* 1, 4).

[9] 1, 4 9-11. ***Preparóse el cumplimiento*** de esta profecía mediante el regreso del cautiverio, pues desde entonces formó Israel *un* pueblo. Faltábale, empero, a éste ***una cabeza: David,*** rey legítimo de Israel (infra *Osee* 3, 5; cfr. núm. 513); el cual apareció por fin en el ***Mesías*** (cfr. *Luc.* 1, 32; núm. 519 ss.; *Is.* 9, 6 s.; *Ierem.* 23, 5; *Ezech.* 34, 32 ss.; 37, 16-28; *Dan.* 9, 24; *Zach.* 9, 9) e hizo posible la conversión de Israel y el cumplimiento de sus destinos entre los paganos; y cuando los gentiles hayan ingresado en el reino mesiánico (la Iglesia), ***hará feliz a todo Israel.*** En este sentido

«En aquel día haré yo *alianza* con ellos y con las bestias del campo y con las aves del cielo y con los gusanos de la tierra; y *quitaré* de la tierra el arco y la espada y *la guerra* [1]. Y te desposaré conmigo para siempre; y te desposaré conmigo en justicia y juicio, y en misericordia, y en clemencia. Me desposaré contigo en fidelidad; y conocerás que yo soy el Señor» [2].

«Durante muchos días estarán los hijos de Israel *sin rey, sin príncipe, sin sacrificio, sin altar, sin efod* [3] y *sin terafim* [4]. Y después de esto, volverán los hijos de Israel, y buscarán al Señor su Dios y a **David su Rey;** y se acercarán con temor al Señor y a sus bienes en el fin de los días» [5].

614. *La segunda parte* (cap. 4-14) consta de cinco discursos [6] proféticos que explican más circunstanciadamente aquellas acciones simbólicas y las amenazas y consuelos representados en ellas, echando en cara al pueblo sus culpas y anunciando el castigo de Dios; pero profetizando al mismo tiempo la conversión, y aludiendo al Mesías y a su reino dichoso. Las sentencias más importantes son las siguientes:

«Oíd la palabra del Señor, hijos de Israel: *Porque el Señor va a hacer juicio* con los moradores de la tierra; porque no hay verdad, ni hay misericordia, ni conocimiento de Dios en la tierra. La maldición, y la mentira, y el homicidio, y el robo, y el adulterio la inundaron; y un homicidio se toca con otro homicidio» [7].

«En su tribulación por la mañana se levantarán a mí: Venid, y volvámonos al Señor; porque El nos tomó y nos redimirá; El nos ha herido y nos curará. Nos dará la vida después de dos días; *al tercer día nos resucitará* [8], y viviremos en su presencia. Conoceremos al Señor y le seguiremos para conocerle. Preparado está su advenimiento, como la aurora; y vendrá a nosotros así como la lluvia temprana y tardía [9] sobre la tierra. ¿Qué haré contigo, Efraim? ¿qué haré contigo, Judá? Vuestra misericordia, como nube de la mañana [10], y como rocío de la madrugada, que pasa. *Por esto los he acepillado por los profetas,*

---

citan el pasaje los dos príncipes de los apóstoles (I *Petr.* 2, 10. *Rom.* 9, 24; cfr. 11, 25 ss.); pero tiene cabal cumplimiento desde que por Jesucristo quedó derribado el muro que separaba a los judíos de los gentiles para que *un reino, una Iglesia de Dios,* uniese a todo los hombres, y no hubiese sino *un solo pastor y un solo redil* (cfr. *Ioann.* 10, 16s *Ephes.* 2, 14 ss.; *Gal.* 3, 26 ss.).

[1] Del carácter espiritual del reino mesiánico se colige que el profeta se refiere aquí principalmente a la *paz espiritual;* así lo demuestran claramente las palabras que siguen y otros pasajes análogos de los demás profetas (por ejemplo, *Is.* 2, 4; *Mich.* 4, 3 4). Las *figuras* bajo las cuales se describe esto aquí y en otros lugares, traen a la memoria el *paraíso* que el Redentor ha de restaurar por manera más sublime, cuando separe de la naturaleza la maldición que sobre ella pesa y expulse de su reino a los impíos; y cuando aparezca un cielo nuevo y una tierra nueva (cfr. *Is.* 11, 6-8; 66, 22; *Rom.* 8, 19 ss.; *Apoc.* 20, 15; 21, 1; 22, 14 ss.).

[2] 2, 18-20.

[3] La túnica del sumo sacerdote con el *Urim* y *Tummim* (núm. 318); Israel quedará sin dirección sacerdotal y divina.

[4] Cfr. núms. 183 y 486. Israel no tendrá ídolos ni falsos vaticinios. Todo esto sucedió después de la destrucción de Jerusalén (el 70 d. Cr.); pues durante la cautividad asiria siguieron en Judá la realeza, el sacerdocio, los sacrificios y la idolatría; y desde la destrucción del Templo, el 588, hasta el fin de la cautividad de Babilonia, el 536 a. Cr., se ofrecieron sacrificios sobre las ruinas del Templo (*Baruch.* 1, 10). Tampoco en el cautiverio estuvieron libres de idolatría los judíos (cfr. *Ezech.* 14, 1 ss.; 20, 30 39).

[5] 3, 4 s. [6] Capítulos 4, 5, 6, 7-12, 12-14. [7] 4, 1 s.

[8] Pronto nos librará de la tribulación. *La resurrección* es una imagen de la restauración de la felicidad. La Iglesia lee los versículos 1-6 al principio de la *Missa praesanctificatorum* del Viernes Santo para consuelo de los fieles, aludiendo a la Resurrección del Señor, mediante la cual se nos otorga de nuevo la verdadera alegría y felicidad.

[9] Núm. 136.

[10] Vuestra piedad es inconstante en extremo y fútil. En la estación seca el viento del oeste trae a menudo del mar densas nubes que cubren el cielo de Palestina, pero que a las pocas horas desaparecen sin dejar huella.

los he muerto con las palabras de mi boca [1]; y tus juicios, como la luz saldrán [2]. *Porque misericordia quiero y no sacrificio;* conocimiento de Dios, más que holocaustos» [3].

«*Israel, vid frondosa,* y su fruto (tan lozano) como ella; pero según la muchedumbre de su fruto multiplicó altares; según la abundancia de su tierra, abundó en simulacros. *Tienen dividido su corazón* [4], ahora perecerán; él quebrará las estatuas de ellos, derrocará sus aras. Porque ahora dirán: No tenemos rey; por cuanto no tenemos al Señor. ¿Y qué hará el rey por nosotros? Hablad palabras de falsa visión y haced alianza [5]; que la venganza *brotará* como yerba amarga en los surcos del campo.—El becerro (de oro) será llevado a Asur, dádiva al Rey vengador. Samaria hizo que desapareciese su rey, como espuma sobre la superficie del agua. Y serán destruídas las alturas del ídolo, el pecado de Israel; lampazos y abrojos crecerán sobre los altares de ellos. Y *dirán a los montes:* ¡Cubridnos! y a los collados: ¡Caed sobre nosotros! [6]—Sembrad para vosotros justicia, y cosechad misericordia; renovad vuestro barbecho, pues tiempo es de buscar al Señor, *hasta que venga el que os ha de enseñar la justicia.*—Se levantará alboroto en tu pueblo; y todas tus fortificaciones serán destruídas» [7].

Como pasa una mañana, así pasó el rey de Israel [8]. Cuando Israel era niño, yo le amé; y **de Egipto llamé a mi hijo** [9].—Y yo, como ayo de Efraim, los traía en mis brazos; y no conocieron que yo los cuidaba. *Con ataduras humanas los atraje, con lazos de caridad;* y alcé su yugo sobre sus cervices, y les presenté que comer. No tornarán a la tierra de Egipto [10], sino que el mismo Asur será su Rey; por cuanto no se quisieron convertir. La espada ha comenzado a recorrer sus ciudades y consumirá la flor de sus escogidos y devorará sus caudillos [11].

Yo curé de ti en el desierto, en una tierra yerma. Se llenaron de sus pastos y se hartaron; y alzaron su corazón, y se olvidaron de mí. Mas yo seré para ellos como leona, como leopardo en el camino de los asirios; saldré a embestirlos como osa a quien han robado sus cachorros.—Pero los libraré del poder de la muerte; **¡oh muerte, seré tu muerte;** tu mordedura seré, oh infierno! [12]

---

[1] Yo os anuncio muerte, es decir, mi castigo.

[2] La justicia de este castigo aparecerá tan clara como la luz.

[3] 6, 1-6.

[4] Entre Dios y los ídolos.

[5] Alude a su separación del Rey legítimo, a las frecuentes revoluciones, a la anarquía, al continuo buscar el auxilio de los hombres.

[6] Grito de desesperación, no queriendo ver por más tiempo lo espantoso de este castigo. Aun más lo será en la última destrucción de Jerusalén e incomparablemente mayor en el Día del Juicio (cfr. *Luc.* 23, 30; *Apoc.* 6, 16).

[7] 10, 1-4 6-8 12 14.

[8] Tan efímero será el reinado del último rey (Oseas) (Cfr. núm. 617).

[9] El profeta se refiere en primer término a la *liberación de Egipto* (Dios llama a Israel [*Exod.* 4, 22] «hijo primogénito»), y a la admirable providencia de Dios en favor de su pueblo. Mas lo que Dios entonces comenzó lo terminará mediante el Mesías, haciendo de toda la humanidad el pueblo de Dios. Por esto era Israel figura del Mesías, y el llamamiento de Egipto, como todos los acontecimientos de Israel, encerraba una *profecía real* relativa a Jesucristo, la cual se cumplió en la huída del Niño-Dios a Egipto y en el regreso de aquel país a Galilea (*Matth.* 2, 14 s.).

[10] Como ellos desean, para encontrar auxilio o permanecer allí.

[11] 11, 1 3-6.

[12] 13, 5-7 14. Las últimas palabras (cfr. *Ezech.* 37; núm. 692) anuncian propiamente la futura redención de la cautividad: «Sabría libraros de la mano misma de la muerte». Pero encierran aún más profundo sentido: la abolición y aniquilamiento de la muerte (como *Is.* 25, 8), que comenzará con el regreso de la cautividad y con la preparación para la venida del Mesías, se cumplirá en la muerte y Resurrección de Este y, finalmente, en la gloriosa resurrección de la carne será la herencia de todos los que, como el verdadero pueblo de Dios, se hubieren mantenido fieles al Redentor. Cfr. I *Cor.* 15, 54-57; *Apoc.* 20, 12 ss.; 21, 4; Schmid, *Unsterblichkeits und Auferstehungsglaube* 204 s.

Conviértete, Israel, al Señor tu Dios; porque caíste por tu maldad. Recapacitad y convertíos al Señor, y decidle: Quita toda iniquidad, recibe este bien [1]; y te ofreceremos *sacrificios de nuestros labios* [2]. Asur no nos salvará, no subiremos en caballos [3], ni llamaremos en adelante dioses nuestros a las obras de nuestras manos. Porque tendrás misericordia del huérfano que es tuyo. *Sanaré las llagas de ellos* [4], los amaré de propia inclinación; porque mi furor se ha apartado de ellos. *Seré como rocío* [5], *Israel brotará como el lirio*, y su raíz será como las del Líbano [6]. Se difundirán sus ramas, y su gloria será como la del olivo, y su olor como el del Líbano» [7].

615. Amós [8], según nos dice él de sí mismo (1, 1; 7, 14), era *un pastor de Tecue* [9], sacado por Dios de sus rebaños y enviado como profeta del reino de Israel, donde profetizó en tiempo de Ozías, rey de Judá y de Jeroboam II, rey de Israel, casi al mismo tiempo que Oseas (según algunos, 20 años antes), estando ambos reinos en el apogeo de su poderío.

Su libro se divide en tres partes. *En la primera* (cap. 1-2) anuncia el Profeta a los *pueblos* idólatras *vecinos:* Damasco, Gaza y otras ciudades filisteas, Tiro, Idumea y Moab, los castigos de Dios, que también caerán por fin sobre Judá e Israel. *En la segunda parte* (cap. 3-6) echa en cara a Israel el *culto de los ídolos y dioses falsos* y los vicios de lujuria e injusticia que de aquel culto dimanan, y profetiza la ruina del reino. *En la tercera parte* (cap. 7-9) contempla en *cinco visiones* los castigos del Señor y termina [10] con la *promesa mesiánica* del restablecimiento del reino de Dios, de la admisión de los gentiles y del eterno esplendor.—Por la entereza que demostró Amós, especialmente en Betel, sede del culto de los becerros, un sacerdote idólatra de aquella ciudad, llamado Amasías, urdió una *persecución* contra él [11]. Según una tradición, Amós fué herido mortalmente por un hijo de aquel sacerdote idólatra [12].

Los pasajes que tienen mayor interés para nosotros están en los capítulos 8 y 9:

«Díjome el Señor: Ha llegado el fin de mi pueblo Israel; no le dejaré impune por más tiempo. Y rechinarán los quicios del templo en aquel día, dice el Señor Dios: Muchos morirán; en todo lugar habrá silencio (de muerte). Pues qué, ¿no se estremecerá la tierra? ¿no plañirá todo el que mora en ella? Saldrá [13] como un río grande, y se precipitará y correrá como el río de Egipto. Y en aquel día, dice el Señor Dios, *se pondrá el sol a mediodía, y haré cubrir de tinieblas la tierra en su mayor luz* [14]; y trocaré vuestras fiestas en llanto, y todos vuestros

---

1 Nuestra penitencia.
2 Acción de gracias y alabanza.
3 No queremos ir a buscar el auxilio de los hombres (cfr. *Exod.* 15, 1; *Ps.* 32, 17).
4 Respuesta de Dios a esta oración. 5 Imagen de la gracia. 6 Tan firme.
7 14, 2-7. Las últimas palabras encierran imágenes de la grandeza y de la felicidad.
8 Hartung, *Der Prophet Amos,* en *BSt* III 4 (1898).
9 Cfr. núm. 540. El «pastor» no es un mero guarda de ovejas, sino el propietario que tiene su rebaño, vive de la cría de ovejas y del cultivo de las moreras, y posee cierta cultura e ilustración. Pero también se da este nombre al arrendatario, conocido desde antiguo en Oriente. Ya el código de Hammurabi distingue el «pastor» que se dedica a la cría de ovejas *(rê'u,* en hebreo *roë),* del «criado de los pastores» *(nokida,* en hebreo *noked).*
10 9, 11-15. Algunos críticos protestantes discuten la autenticidad de esta profecía mesiánica, «porque el anuncio de la restauración del reino de Dios pone a Amós en contradicción consigo mismo»; pero con razón la defienden otros como Sellin *(Zwölfprophetenbuch)* y König *(Die Messian. Weissagungen des AT).* 11 7, 10 ss.
12 El calendario romano le conmemora el día 31 de marzo.
13 Todo el pueblo emigrará a Siria, como el Nilo corre al mar.
14 Imagen de la muerte y del Juicio, que acaecerán de súbito (cfr. *Is.* 5, 30; 8, 22 ss.). Cumplióse esto literalmente *en la muerte del Hijo unigénito de Dios (Matth.* 27, 25, 45); pero se cumplirá de manera más espantosa como señal precursora del Juicio Final, cuando Israel vea a aquél a quien traspasó y llore sobre él como sobre la muerte del unigénito *(Zach.* 12, 10; cfr. *Matth.* 24, 29).

cánticos en lamentos; y echaré saco sobre todas vuestras espaldas; y sobre todas vuestras cabezas, calvicie. Y le pondré en duelo como por un hijo único; y sus postrimerías, como día amargo.—He aquí que vienen los días, dice el Señor; y *enviaré hambre sobre la tierra;* no habrá hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír *la palabra del Señor.* Y se conmoverán de mar a mar, y desde el Aquilón hasta el Oriente; discurrirán buscando la palabra del Señor, y no la hallarán [1]. En aquel día desmayarán de sed las vírgenes hermosas y los jóvenes [2] que juran por el pecado de Samaria [3], y dicen: ¡Vive tu Dios en Dan y vive el camino de Bersabée! [4] Y caerán por tierra y no volverán a levantarse» [5].

«No destruiré del todo la casa de Jacob, dice el Señor.—En aquel día **levantaré el Tabernáculo de David, que cayó;** y repararé los portillos de sus muros y restauraré lo que había caído; y lo reedificaré como en los días antiguos; para que posean las reliquias de Idumea y todas las naciones, porque mi nombre ha sido invocado sobre ellos [6], dice el Señor que hace estas cosas».

616. Poco caso hicieron el Rey y el pueblo de las predicaciones de ambos profetas; por lo que el Señor no demoró el castigo. **Zacarías,** hijo de Jeroboam II, que después de once años de confusión consiguió ocupar el trono de Israel, fué asesinado por su general **Sellum;** con él se extinguió el linaje de Jehú a la cuarta generación, conforme a la palabra del Señor. Sellum fué asesinado al mes de subir al trono por su general **Manahem.** Este tirano se mantuvo en el trono diez [7] años; pero sólo con el auxilio de *Ful, rey* [8] *de Asiria.* Mas esta protección le costó mil talentos de plata, que arrancaba a sus súbditos por la fuerza. Su hijo y sucesor, el débil **Faceya,** fué asesinado a los dos años por su general **Facee,** el cual entró un día con cincuenta conjurados en el palacio real. Generoso y astuto, supo Facee defenderse durante veinte años [9] contra sus secretos

---

[1] Su mayor castigo será verse privado de la luz de la Revelación; andarán buscándola de un cabo al otro de la tierra, y aun los más robustos (espiritualmente) llegarán a desfallecer. Como en pálida figura cumplióse la profecía con la deportación de una parte del pueblo; pero tanto más terriblemente se realizó la amenaza en todo Israel desde que le fué quitado el reino de Dios (*Matth.* 21, 43), y sigue cumpliéndose ahora que la ceguera (II *Cor.* 3, 15) cubre los ojos de sus doctores, los cuales le tienen apartado de la verdad y le dejan desfallecer espiritualmente.

[2] De ansia de la palabra divina. [3] Por los becerros de Dan y Betel.

[4] Bersabee y otros lugares santificados por la vida de los patriarcas fueron el asiento principal de la idolatría. [5] 8, 2 3 8-14.

[6] Este pasaje alega el apóstol Santiago en el Concilio de los Apóstoles para demostrar el llamamiento de los gentiles a la Iglesia de Jesucristo (*Act.* 15, 15 ss.).

[7] Según Kugler sólo 6 años. Desde la muerte de Jeroboam II (743) hasta la de Facee (732 ó 730) quedan de 12 a 14 años; de donde en el dato bíblico debe de haberse introducido algún error.

[8] En las listas asirias (pág. 565 s.) no se encuentra rey de este nombre. Pero es el conocido Teglatfalasar (Tiglatpileser III), tantas veces mencionado en la Biblia. Despréndese esto de noticias babilónicas que dan cuenta de un cierto Pulu (en griego Poros), el cual venció al pretendiente Ukinzir y murió en 727. En la *Crónica Babilónica* en vez del babilónico Pulu se inserta el nombre asirio Tukulti-apil-escharra. Del asirio Teglatfalasar sabemos que usurpó el trono de Asiria y llevó entre otros títulos el de «rey de Caldea». Concuerdan también el año de su muerte y otros sucesos de su vida; de donde se admite que el Ful babilónico arrojó del trono al débil asirio Asur-nirari (véase núm. 608) y se aplicó el nombre de otros famosos reyes anteriores. La Sagrada Escritura nos da un punto de apoyo para ello al declararnos (en una glosa marginal) que «Ful, rey de Asiria», es «Teglatfalasar, rey de Asiria». Una inscripción de Teglatfalasar hace mención de un tributo de Minihimnu de Samirina (Manahem de Samaria) en el octavo año de su reinado (738) (Cfr. núm. 577, el cuadro sincrónico). La coincidencia, pues, es completa. Cfr. Kaulen, *Assyrien und Babylonien* 167 234 281; Schöpfer, *Geschichte des AT*[6] 528.

[9] Según Kugler, sólo 5-6 años; véase la nota 7 de esta misma página.

competidores. En su perversidad llegó a aliarse con *Rasín, rey de Siria,* e invadió el reino de Judá, devastándolo y saqueándolo; mató 120000 en una batalla, llevó a Samaria 200000 prisioneros [1], entre mujeres y niños, y sitió a Jerusalén; pero no logró apoderarse de ella [2].

617. No tardó el castigo. *Teglatfalasar* (Ful), rey de Asiria [3] (figura 74), llamado por Acaz, rey de Judá, arrebató a Facee la región



Fig. 74. — El rey Teglatfalasar en su carro de guerra. Relieve de Nimrud. (Hacia 700 a. Cr.) (Según Layard).

norte y sur de su reino y *se llevó cautivos a gran parte de los habitantes.* Esta desgracia despertó una conjuración, cuyo jefe **Oseas,** asesinó a Facee, e intentó apoderarse del trono, lo cual no consiguió sino tras grandes alborotos y luchas. Reinó Oseas nueve años, 730-722 [4]. Luego de subir al trono, el rey asirio *Salmanasar IV* vino contra él y le hizo vasallo suyo y tributario. Más tarde, Oseas hizo alianza con *Sua* [5], rey de Egipto

[1] Pero ante las advertencias del profeta, Obed les dió libertad para que volvieran a Judá (II *Par.* 28, 9 ss.). También en este pasaje encuentran algunos exageradas las cifras; y, efectivamente, varían éstas en los diferentes textos y manuscritos. Pero sin duda el número fué considerable, pues la guerra entre Judá e Israel era muy encarnizada (cfr. IV *Reg.* 15, 16) y había interés en destruir la monarquía y reino de David. Cfr. Reinke, *Beiträge* I 211.

[2] II *Par.* 28, 6 ss. *Is.* 7, 1 ss. 1 cfr. núm. 632.

[3] Cfr. núm. 616; núm. 638. [4] Según Kugler 732-724 a. Cr.

[5] En las inscripciones asirias el nombre es *Sib'e* o *Sab'e* y a quien le lleva se le designa como *turtan,* general en jefe, distinto de *Pir'u* (Faraón) su señor, rey de Musri (Egipto). Era, por consiguiente, uno de tantos régulos o príncipes asalariados que desde la decadencia del poderío faraónico (en tiempo de la dinastía tanítica, 800) hasta la época etiópica, se habían adueñado del Bajo Egipto y guardaban cierta dependencia variable con el rey egipcio (etiópico). Los reyes palestinenses podían fácilmente buscar y hallar en estos régulos protección y auxilio contra el imperio asirio, que era el enemigo y peligro común. Nada de particular tiene que a *Sua* se le llame rey de Egipto; es una manera popular de expresión.—No se puede hoy sostener la identidad de Sua con *Sabaco* (Sevech = = Sebichos, el griego), primer rey de la dinastía etiópica (XXV). Cfr. Nagl, *Nachdavid. Königszeit* 271 ss.; donde puede verse también la contestación a Winckler, el cual también aquí admite un Musri y Melucha árabe. Cfr. Herzog, *Chronol. der beiden Königsbücher* 72; Alt, *Israel und Aegypten* 56 s.

y se negó a pagar el tributo al rey de Asiria. Este salió en seguida con un poderoso ejército y sitió a Samaria [1]. A los tres años fué tomada y destruída la ciudad; la mayor parte de los habitantes del reino *fueron llevados cautivos a Asiria* [2].

Al país que había quedado desierto transportó el rey de Asiria [3] *pueblos paganos*. Estos se mezclaron con los pocos israelitas que allí quedaban, y de la mezcla resultó *un* pueblo que conocemos en la historia con el nombre de *los samaritanos,* de la capital Samaria. Su religión era un amasijo de paganismo y judaísmo, pues los gentiles trajeron sus ídolos consigo. En castigo permitió el Señor que se multiplicasen los leones en el despoblado. Sabedor de esto el rey de Asiria, mandó a un sacerdote de los cautivos, que enseñase la verdadera religión a la colonia extranjera. En adelante adoraban al verdadero Dios, pero sin renunciar a sus ídolos [4].

83. Tobías en el cautiverio de Asiria

(Tob. 1-16)

618. Los israelitas que fueron *deportados a Asiria,* no volvieron ya más a su patria, a excepción de algunos pocos; por lo que el reino de Israel terminó para siempre. Los cautivos se establecieron en determinados distritos de Asiria, y en lo civil vivían según sus costumbres patrias. Mas tuvieron que sufrir opresiones de todo género: en especial, no les estaba permitido el ejercicio público de su religión ni el consuelo de la palabra divina por ministerio de los sacerdotes y profetas. Pero, en medio de esta desgracia que sus culpas habían acarreado, Dios les dió pruebas de su amorosa Providencia. Una de las más hermosas la hallamos en la instructiva y bella historia de Tobías [5].

---

[1] IV *Reg.* 18, 9 s. del texto hebreo atribuye a Salmanasar el asedio de Samaria, mas no la conquista; mientras que en IV *Reg.* 17, 5 s. se habla del «rey de Asiria» sin designarle por su nombre. Cuando nada se sabía del sucesor de Salmanasar se atribuyó a éste también la conquista (así la *Vulgata,* IV *Reg.* 18, 10). Hoy nos consta por las inscripciones asirias que Salmanasar murió durante el sitio de Samaria y que Sargón (Sarrukim), que le sucedió, llevó a cabo la conquista. Acerca de este rey asirio tenemos hoy más noticias que de cualquier otro de Asiria; sus inscripciones han confirmado brillantemente muchos datos de la Sagrada Escritura. Cfr. Kaulen, *Assyrien und Babylonien;* puede verse en esta obra, páginas 42-73, una detallada descripción del palacio, y en la página 238 ss. una relación de los hechos de Sargón.

[2] 722 a. Cr. Desde Teglatfalasar (Ful) era en Asiria un derecho de guerra la deportación de los vencidos (Cfr. Kaulen l.c. 239). Los *deportados del reino de Israel* se establecieron en Mesopotamia y Media; de ellos tenemos noticias muy escasas. Se pretendió haber descubierto, en listas asirias de contratos, nombres de israelitas que vivían en las ciudades asirias de Kannu y Kar-Au, y tenían en Kannu un templo dedicado al dios Au (Yahu = Yahve). Cfr. Nikel, *Neue Quellen zur ältesten Geschichte der jüd. Diaspora,* en *WSt* II (1908) 1-42; Eberharter en *ThpMS* XXIII 2 (1912); *BZF* III 3/4 (1912) 42 s. Pero los indicios parecen muy inciertos.

[3] Primero *Sargón,* más tarde Asarhaddon, hijo de Senaquerib y nieto de Sargón. Cfr. *Esdr.* 4, 2; IV *Reg.* 17, 24; Kaulen l.c. 240 s.

[4] Acerca de los samaritanos cfr. núm. 580; núm. 710; Döller, *Studien* 207.

[5] Este libro ha sido más a menudo que otros objeto de explicaciones homiléticas y piadosas, porque su doctrina es muy apropiada «para los (futuros) padres que quieren fundar un bello y piadoso hogar y hacer frente con alegría y valor a las pruebas de la vida» (Haneberg). Cfr. Ulmer, *Buch Tobias* (Donauwörth 1887); Schmid, *Das Buch Tobias dem katholischen Volke erklärt* (Munich 1899); Schmitz. *Tobias ein Vorbil für die Katholiken der Gegenwart*[3] (Maguncia 1904); Gutberlet. *Das Buch Tobias* (Münster 1877); Kalt, *Das Buch Tobias* (Steyl 1923); *ZKTh* 1878, 216; Schöpfer, *Geschichte*

Cuéntase esta historia en el **libro de Tobías.** Su *autor* es desconocido; y la época en que se compuso, difícil de precisar: tal vez entre 250 y 150 a. Cr. Los reformadores combaten el *carácter histórico* de la narración por las dificultades que ofrecen muchos nombres y datos. Para Lutero es una «bella historia» de los caminos de la divina Providencia, idea que comparten en general los protestantes. Al racionalismo le repugnan en este libro los sucesos extraordinarios y milagrosos que en él se narran. Los partidarios de la escuela de la historia comparada de las religiones creen haber encontrado la fuente de la «fábula de Tobías» en el cuento «del muerto agradecido» [1] o en aquel otro conocido con el nombre de «historia del sabio Achikar» [2], y la fuente de las ideas religiosas (por ejemplo, la angelología) en el mazdeísmo. También algunos católicos modernos niegan la historicidad estricta de esta narración y la tienen por alegoría, o al menos por narración *libre* con fundamento histórico [3]. Pero todavía no nos han demostrado que el autor no *pretendiese* escribir historia real, y que el contenido no se pueda conciliar con los hechos históricos conocidos y con la situación política de aquel tiempo. Por el contrario, conceden algunos investigadores racionalistas modernos que la narración tiene base histórica. Ya los

---

des AT[6] 649 s.; Schulte, *Beiträge zur Erklärung und Textkritik des Buches Tobias*, en *BSt* XIX 2.

[1] El asunto del *cuento* «del muerto agradecido», que en distintas formas tan difundido se encuentra en Oriente y Occidente, es en sustancia como sigue: «Un joven, estando para salir de viaje, rescata y da honrosa sepultura a un muerto a quien sus acreedores habían maltratado por no pagar las deudas. Habiendo el joven regresado más tarde en la miseria, recibe auxilio de una manera inesperada: entre otras cosas, se hace con una novia distinguida y logra escapar de una inundación. Por fin se le descubre el protector, espíritu del muerto a quien el joven había dado sepultura». Acerca de las numerosas desemejanzas, divergencias y contrastes con el relato bíblico cfr. *Kath* 1904, 367 ss.

[2] En lo que toca al *cuento de Achikar,* he aquí el caso: la *Vulgata* nombra una vez (*Tob.* 11, 20) de pasada a un cierto Achior (Achiachar, Achikar), primo de Tobías; en cambio el *Codex Alexandrinus*—como otros textos griegos y la *Itala*—da algunas noticias acerca de él. Era Achiachar hijo de Aniel, hermano de Tobías, y ocupaba un puesto importante en la corte del rey asirio Asarhaddon (1, 21). Recabó del rey permiso para que Tobías pudiese volver del destierro a Nínive (1, 22); y al quedar ciego su tío, le alimentó durante dos años, hasta que él mismo (Achiachar) marchó a Elimaida, en el Golfo Pérsico (2, 10). Le encontramos más tarde en la boda del joven Tobías, acompañado de un pariente llamado Nasbas (11, 17); y todavía se habla de él al fin del libro (14, 10). El viejo Tobías nos refiere en el lecho de muerte que un cierto Anam, a quien su sobrino Achiachar había educado, pagó a su bienhechor con la más negra ingratitud, no cejando hasta que logró arruinarle y hacerle desgraciado. Pero en premio de su caridad Achiachar se libró de la muerte, mientras que Anam caía en el lago y moría. Sostienen algunos ser Achiachar un personaje de las leyendas orientales, el mismo «sabio Haikar» que encontramos en las *Mil y una noches,* y el suceso que refiere Tobías en el lecho de muerte, asunto de un cuento muy extendido por Oriente. Creen, por consiguiente, que las palabras de Tobías deben tomarse como alusiones a este cuento Pero desde que en los papiros de la colonia judía de Elefantina (cfr. núm. 726) se descubrió una versión más antigua y sencilla del relato de Achikar, la cual data, con seguridad, del siglo v a. Cr., algunos sabios se inclinan a admitir que Achikar es personaje histórico, que ha venido a ser el héroe de una novela. Por lo menos nos muestra claramente el hallazgo que el origen y fundamento de la novela es una tradición asiria, cuya existencia y carácter son testimonio indirecto de que el libro de Tobías se apoya en la tradición (oral o escrita). Con esto han perdido también valor demostrativo las razones que se aducían en pro de la composición tardía del libro de Tobías y en pro de su dependencia del cuento de Achikar. Para bibliografía cfr. Stummer, *Der Kritische Wert der aramäischen Achikar-Texte aus Elephantine*, en *ATA* V[5] (Münster 1914); Meissner, *Das Märchen vom weisen Achikar,* en *AO* XVI 2 (Leipzig 1917); Vetter, *Das Buch Tobias und die Achikar-Sage,* en *TQS* 1904, 321 ss.; *ThG* 1912, 660.

[3] Por ejemplo Vetter (l.c.). Las pruebas que aduce (construcción artificial, anacronismos), no llegan a «sólidos argumentos» que requiere el decreto de la Comisión Bíblica (23 de junio de 1905) y la Encíclica *Spiritus Paraclitus* (pág. 31). Mientras no se aduzcan razones más convincentes, debemos sostener que el escritor sagrado quiso escribir historia real y, por tanto, escribió *verdadera* historia.

contemporáneos de los reformadores (por ejemplo, el P. Serarius S. J. † 1609) observaron que no hay razón para apartarse del sentido obvio *(sensus quasi obvius),* seguido por la tradición judía y cristiana, y para suponer que se trata de una ficción compuesta con fines didácticos. Con el mismo derecho se podría declarar invención *(veritatis tantum imitatio)* toda historia verdadera (cfr. núm. 17). Antes se consigue edificar al lector con la verdad histórica, que con invenciones. Las más de las dificultades geográficas e históricas desaparecen comparando unos con otros los diferentes textos, y corrigiendo las inexactitudes nacidas de las refundiciones y versiones (v. la explicación). No hay trasiego del mazdeísmo; las ideas religiosas del *libro de Tobías* están en perfecta consonancia con las del Antiguo y Nuevo Testamento.

El texto original caldeo (arameo) o hebreo se ha perdido. Poseemos la versión latina de san Jerónimo y otra griega, anterior a la era cristiana; mas, de esta última, hay distintas ediciones que se diferencian entre sí y de la latina, por su redacción (lata o abreviada); aunque no en cosas esenciales. Tenemos, pues, el texto sólo en versiones y refundiciones, de las cuales la más conforme al original parece ser la que del texto arameo hizo san Jerónimo.—Los judíos excluyeron del canon este libro, por no estar escrito en hebreo; los protestantes les han imitado. Consideraban este escrito útil para la lectura, mas no sagrado. Empero los santos Padres más antiguos lo tuvieron por *divino;* la Iglesia lo recibió en su canon, y los Concilios de Hipona (393), Cartago (397), Concilios generales Tridentino y Vaticano lo nombran expresamente entre los libros inspirados [1].

619. *Tobías* [2], natural de la tribu de Neftalí [3], fué llevado cautivo en tiempo de Sargón (722 a. Cr.) [4], con los pocos habitantes que Teglatfalasar había dejado en su tribu. Ya desde su tierna edad, en el reino de Israel, evitaba el trato de los impíos, cumplía con fidelidad los preceptos de Dios y subía a Jerusalén a adorar y ofrecer sacrificios al Señor en las épocas señaladas. Ya de edad madura, casóse, como prescribía la Ley, con una mujer de su tribu, llamada Ana; tuvo un hijo a quien puso su propio nombre, enseñándole desde la niñez a temer al Señor y huir del pecado.

---

[1] Aun los exegetas racionalistas prodigan elogios a lo artístico de la descripción. «El desarrollo del asunto es extraordinariamente hábil y delicado; se lee el libro como si fuera un drama. Una exposición magistral nos presenta los dos círculos de que proceden los personajes del libro, muy separados por el espacio, pero unánimes en la fidelidad a la Ley. De los vaivenes de las vicisitudes humanas entresaca el escritor los hilos que entretejidos forman el nudo del relato, en cuya solución intervienen fuerzas divinas e infernales. Y cuando las desgracias se han trocado en venturas, termina armónicamente la narración con la atrayente pintura de la merecida recompensa de un apacible ocaso de la vida. Y tan felizmente intercalados están los sucesos de Nínive y Rages, que todo se enlaza sin la menor violencia y nunca queda entorpecida la unidad del plan. Digno de admirar es el autor, cuya pluma no se mueve por afán artístico o interés literario, ni deja que aparezcan en primer término estas tendencias; y como sin cuidarse de ello deja que el lector las abstraiga de los hechos mismos. También en los detalles el libro es hermoso y estéticamente acabado. Dibuja con finos rasgos, sin subrayar los hechos con rudeza. Para pintar la alegría desbordante con que el viejo Tobías salió al encuentro de su hijo, a quien casi creía muerto, sólo nos dice el escritor que el ciego anciano tropezó, a pesar de las precauciones propias de la edad y de la ceguera (11, 10)». J. Müller, *Beiträge zur Erklärung und Kritik des Buches Tobias*, en *BZAW* XIII (1908) 21.

[2] El nombre significa: «el Señor es bueno».

[3] Al norte del lago Genesaret y al oeste del Jordán superior.

[4] Cfr. núm. 617. En vez de «Salmanasar» que trae la *Vulgata* sería más exacto leer con el texto griego «Ennemesar». Este es el mismo Sargón («grande es el rey»); así se llamó el sucesor de Salmanasar. El rey Senaquerib que luego se nombra, es hijo y sucesor de Sargón. Cfr. *ZKTh* 1878, 220.

También en la cautividad asiria, entre los desórdenes de la capital Nínive, se mantuvo fiel a la Ley de Dios y no manchó su conciencia comiendo manjares prohibidos. Premióle Dios haciendo que hallase gracia en los ojos del rey; y así fué, que éste le permitía andar por donde quisiera y hacer cuanto se le antojara [1]. Aprovechóse de esta licencia para visitar a los cautivos, exhortarlos y consolarles. Partía con ellos sus bienes, daba de comer al hambriento y vestía al desnudo. Llegóse en cierta ocasión a *Rages,* ciudad de los medos [2], donde encontró a un hombre de su tribu, llamado *Gabelo;* y como le viese muy necesitado, prestóle con un simple recibo diez talentos de plata [3], del dinero que el rey le había regalado.

620. Al cabo de mucho tiempo, muerto el rey Salmanasar, le sucedió su hijo *Senaquerib,* el cual comenzó a perseguir a los israelitas [4] cautivos; hizo matar a muchos de ellos prohibiendo darles sepultura, de suerte que los cadáveres se corrompían en la calle. También Tobías era aborrecido del Rey; pero temía más a Dios que a los hombres, por lo que, escondiendo los cadáveres en su casa, los enterraba de noche. Como llegase esto a oídos del rey, mandó quitar la vida a Tobías y confiscarle todos sus bienes. Huyó Tobías con su mujer e hijo, y se mantuvo oculto. Pasados cuarenta y cinco años, asesinaron al rey sus dos hijos mayores en uno de los templos dedicados a los ídolos [5]; sucedióle en el reino el tercer hijo.

---

[1] Según la versión griega y el texto latino más antiguo *(Itala),* desempeñó en la corte el cargo de intendente. Así se explica aún mejor aquel permiso y los pingües ingresos o los regalos que recibía el rey

[2] El pueblo medo (Madai, *Gen.* 10, 2) aparece en escena en el siglo IX. Formóse de razas arias (indogermánicas), que habitaban al oriente de Asiria, al norte de Babilonia y Elam y al sur del mar Caspio. Desde 836 (Salmanasar II) fué vecino peligroso para Asiria. Vencida y sojuzgada Media por Teglatfalasar (747-727) y Sargón (722-701), parte de sus habitantes fué deportada, mientras los cautivos de Samaria se instalaban en «las ciudades de los medos». Una de las principales ciudades de Media (además de Ecbátana) era la aquí nombrada *Rages,* antigua e importante ciudad de la Ragiana, unos 300 Km. al oriente de Ecbátana, más de 1000 Km. al oriente de Nínive. Ya en el Avesta se hace mención de ella como de ciudad antiquísima y se la nombra en la inscripción de la estela de Behistum (Darío Histaspes). No lejos de Teherán se ven ruinas de Rages, que llevan el nombre de Rai *(KL* X 743). Cfr. Döller, *Studien* 291 ss.; Nagl, *Nachdavid. Königszeit* 275.

[3] El talento babilónico equivale a 40000 marcos.

[4] Había en Asiria dos poderosos partidos que luchaban con variable y alternativa fortuna por el predominio: el *asirio,* que se apoyaba en el ejército y quería extender el imperio de Nínive; el *babilónico,* que luchaba por la independencia perdida y por la restauración del dominio de Babilonia. Los israelitas del destierro mostraron simpatías por este segundo, pues tenían puesta su esperanza en Babilonia. Sargón, que se había apoderado del trono merced al apoyo del partido babilónico, no se mostró enemigo de los israelitas desterrados. Pero con *Senaquerib* predominó de nuevo el partido asirio, y los israelitas, que habían simpatizado con los babilonios, fueron víctima de las iras del Rey. Estas subieron de punto desde la derrota que a las puertas de Jerusalén sufrió Senaquerib el 701 a. Cr.

[5] Según *Is.* 37, 38, llamábanse Adramelec y Sarasar. Después de perpetrar el crimen huyeron al país de Ararat (Armenia). Según las inscripciones cuneiformes asirias y armenias, este país había sido invadido desde antiguo por los asirios, y lo fué ahora por Senaquerib; pero se defendió valientemente contra la dominación extranjera. Cfr. Döller, *Studien* 317 ss. En la *Crónica Babilónica* y en otras noticias se hace mención de un solo asesino (Ard-makil); pero atestiguan el nombre Sar-usur, que bien puede ser abreviatura de Nergalsarusur u otro análogo. Opinan algunos comentaristas modernos que los dos nombres designan a *una sola* persona y que el texto bíblico debe leerse: *beno,* su hijo, en vez de *banav,* sus hijos; en hebreo, sin vocales, la diferencia es insignificante. Más detalles en Winckler, *KAT*³ 84.

Asarhaddón, 681 a. Cr.; con lo que Tobías regresó a su casa de Nínive y recobró todos sus bienes [1].

Mas no cesó del todo la persecución. Tobías seguía ayudando con sus recursos a sus compatriotas y enterrando a los muertos como antaño. En cierta ocasión, un día festivo del Señor, preparó Tobías un banquete, y mandó a su hijo a convidar a algunos de su misma tribu, temerosos de Dios. A la vuelta, le contó el hijo cómo un israelita, que había sido degollado, yacía tendido en la calle. Levantándose al instante de la mesa y dejando la comida, corrió sin probar bocado donde estaba el cadáver; y cargando con él, lo llevó secretamente a su casa para darle sepultura a escondidas, después de puesto el sol. Mas todos su parientes le reprendían, diciendo: «Ya por esta causa te mandaron quitar la vida, y apenas escapaste de la sentencia de muerte; ¿y de nuevo vuelves a enterrar los muertos?» Pero Tobías no abandonó las obras de misericordia [2].

621. Cierto día volvió a su casa fatigado de enterrar. Y echándose junto a una pared, se quedó dormido. Y como de un nido de golondrinas le cayese estiércol caliente sobre los ojos, *quedó ciego* [3]. El Señor permitió que le viniese esta prueba, para que quedase a los venideros ejemplo de paciencia, así como el del santo Job [4]. Porque, habiendo siempre temido a Dios desde su infancia y guardado sus mandamientos, no se enojó contra Dios por haberle venido el trabajo de la ceguedad, sino que permaneció inmoble en el temor de Dios, dando gracias al Señor todos los días de su vida. Los parientes y deudos le zaherían diciendo: «¿Dónde está tu esperanza por la cual hacías limosnas y sepulturas?» Mas Tobías les reprendía diciendo: «No queráis hablar así; porque hijos de santos [5] somos, y esperamos aquella vida que ha de dar a los que nunca abandonan la fidelidad al Señor».

Ana, su mujer, iba todos los días a tejer telas, y traía lo que podía ganar para vivir con el trabajo de sus manos. Volvió un día a casa con un cabritillo, salario de su trabajo. Pero Tobías tenía sus dudas acerca de la procedencia del animalito, por lo que manifestó a su mujer su escrúpulo: «Mira que no sea acaso hurtado; restituidle a sus dueños; porque no nos es lícito comer ni tocar cosa robada». A lo que su mujer, buena pero irreflexiva, contestó irritada: «Bien claro está que ha salido vana tu esperanza, y ahora se ve el fruto de tus limosnas». Y le zahería con éstas y otras tales palabras [6].

---

[1] Con Asarhaddón volvió a predominar el partido babilónico, con lo que mejoró algún tanto la condición de los israelitas.

[2] Aun entre los paganos se tenía por muy deshonroso quedar insepulto; por lo que era gran obra de misericordia dar sepultura a los muertos; mucho más en el pueblo israelita, que veía en el hombre la imagen de Dios (cfr. III *Reg.* 14, 11; *Ierem.* 16, 4; *Tob.* 12, 12; *Eccli.* 38, 16). Pero en Tobías era muchísimo más meritoria esta obra de caridad, pues la ejercía no sólo con sus parientes y amigos, sino también con sus compatriotas, no sin grave riesgo y grandes dispendios.

[3] No es preciso admitir que le acaeciese la ceguera repentinamente; según otros lugares del libro, fué poco a poco quedando ciego por efecto de lesión que padecía y de las repetidas intervenciones de los médicos. [4] *Tob.* 2, 12. Cfr. núm. 754.

[5] Es decir, de los patriarcas y del pueblo de Dios (cfr. *Exod.* 19, 6; *Deut.* 7, 6).

[6] Para esto y lo que sigue cfr. Zschokke, *Die biblische Frauen* 310 ss.

622. Entonces Tobías gimió y empezó a orar con lágrimas, diciendo: «Justo eres, Señor, y todos tus juicios justos son, y todos tus caminos, misericordia y verdad y justicia. Acuérdate ahora de mí, Señor, y no tomes venganza de mis pecados, ni te acuerdes de mis delitos, ni de los de mis padres. Porque no obedecimos a tus mandamientos, por eso hemos sido entregados a saco y a cautividad y a muerte y para ser la fábula y el oprobio de todas las naciones, entre las cuales nos has dispersado [1]. Y ahora, Señor, haz conmigo según tu voluntad, y manda que sea recibido en paz mi espíritu; porque mejor me es morir que vivir» [2].

En aquel mismo día sucedió que Sara, hija de *Ragüel,* cuñado de Tobías, la cual vivía en Ecbátana [3], ciudad de los medos, reprendió a una de las criadas de su padre, a lo que ésta respondió con ultrajes. Porque Ragüel era hombre rico, y su hija Sara tuvo *siete pretendientes;* mas todos los siete se guiaban por la sensualidad, por lo que todos, uno tras otro, luego de su boda, habían sido *muertos por un espíritu malo* [4]. Esto echó en cara la criada a Sara, diciendo: «¿Por ventura quieres también matarme a mí, como has hecho ya con siete maridos?» Oyendo esto Sara, se marchó a la habitación más alta de su casa; y en tres días y tres noches no comió ni bebió; mas, perseverando en oración, rogaba con lágrimas a Dios la librase de tal oprobio. Y acaeció que el tercer día, cuando acababa su oración bendiciendo al Señor, dijo: «Bendito es tu nombre, Dios de nuestros padres; que después que te hayas enojado, harás misericordia y en el tiempo de la tribulación perdonas los pecados a los que te invocan. Tú sabes, Señor, que nunca he codiciado varón, y que he conservado mi alma limpia de toda concupiscencia. Jamás fuí en compañía de gente retozona, ni he tenido trato con los que se portan livianamente. Y, o yo fuí indigna de ellos, o acaso ellos no fueron dignos de mí; porque tal vez me reservas para otro esposo. Porque tu consejo no está en la potestad del hombre. Mas esto tiene por cierto todo aquel que te reverencia: que si su vida se viere en prueba, será coronado; y si estuviere en tribulación, será librado; y si estuviere en corrección, podrá llegar a tu misericordia. Porque no te deleitas en nuestra desgracia; puesto que después de la tempestad, haces bonanza; y después de las lágrimas y el llanto, infundes la alegría. Dios de Israel, bendito sea tu nombre por los siglos».

A un mismo tiempo fueron oídas por Dios ambas plegarias, la de Tobías y la de Sara; y así, fué despachado un ángel del Señor, *el santo Rafael* [5], en auxilio de ambos.—Hermoso ejemplo es éste de las palabras del Apóstol: «¿Por ventura no son todos ellos espíritus que hacen el oficio de servidores, enviados de Dios para ejercer su ministerio en favor de aquellos, que han de heredar la salud?» [6]

623. Pensando, pues, Tobías que Dios le pudiera llevar pronto de este mundo, llamó a su hijo y le habló de esta manera:

---

[1] Otro rasgo hermoso de Tobías es la profunda humildad en compartir las culpas de su pueblo y considerar muy merecidas las tribulaciones que le aquejan.

[2] Tobías desea librarse de esta vida de miserias y ser admitido en otra más tranquila y sosegada; empero se somete en todo a la voluntad divina. No de otra suerte fué la oración de Elías (núm. 589).

[3] En vez de *Rages,* de la *Vulgata,* leemos «Ecbátana», siguiendo los textos griego y arameo. Distaba ésta 700 Km. de Nínive; es la actual Hamadán.

[4] La Sagrada Escritura le llama *Asmodeo,* es decir, corruptor, Angel Exterminador (cfr. *Exod.* 12, 23; *Sap.* 18, 25; I *Cor.* 10, 10; *Apoc.* 9, 11). Sabiendo por otros ejemplos de la Sagrada Escritura (cfr. historia de Job, núm. 754 s.) que Dios permite a veces a los espíritus malos dañar a los hombres, sea en castigo, sea para probarlos en su cuerpo y hasta en su misma vida, constándonos además la culpabilidad de aquellos siete varones que tomaron por mujer a Sara, no debe sorprendernos la muerte de ellos por obra del espíritu malo. Cfr. Hagen, *Der Teufel nach den Glaubensquellen* 11 ss.; *LB* I 449; *KL* I 1496.

[5] Es decir, «medicina de Dios».

[6] *Hebr.* 1, 14.

«Oye, hijo mío, las palabras de mi boca, y asiéntalas en tu corazón como cimiento. Luego que Dios recibiere mi alma, entierra mi cuerpo. Y *honrarás a tu madre* todos los días de su vida; porque debes acordarte de cuántos y cuán grandes peligros pasó por ti, llevándote en su seno. Y cuando ella hubiere cumplido el tiempo de su vida, la enterrarás cerca de mí. Tendrás *a Dios en tu corazón* todos los días de tu vida. Y guárdate de consentir jamás en pecado, ni de quebrantar los mandamientos del Señor Dios nuestro. De tus haberes *haz limosna,* y no apartes tu rostro de ningún pobre; porque así será, que tampoco se apartará de ti el rostro del Señor. Según pudieres, así usa de misericordia. Si tuvieres mucho, da con abundancia; si tuvieres poco, aun lo poco procura darlo de buena gana. Porque te atesoras un grande premio para el día de la necesidad; por cuanto la limosna libra de todo pecado y de la muerte, y no permitirá que el alma vaya a las tinieblas [1]. La limosna servirá de gran confianza delante del sumo Dios a todos los que la hicieren».

«Guárdate, hijo mío, de toda *impureza* y no permitas jamás que reine la *soberbia* en tus sentimientos o en tus palabras; porque en ella tomó principio toda la perdición. *A todo aquel, que hubiere trabajado alguna cosa para ti,* dale luego su salario, y la soldada de tu jornalero de ningún modo quede en tu poder. Guárdate de hacer *jamás a otro* lo que no quieres que otro te haga a ti. Come tu pan con los *hambrientos* y menesterosos, y con tus vestidos cubre a los desnudos. Busca siempre *consejo* del hombre sabio. *Alaba al Señor* en todo tiempo y pídele que enderece tus caminos, y que permanezcan en él todos tus designios.—*No temas,* hijo mío; es verdad que pasamos una vida pobre, mas tendremos muchos bienes, si temiéremos a Dios y nos apartáremos de todo pecado e hiciéramos el bien».

Y el hijo respondió: «Haré, oh padre, todo lo que me has mandado».

624. Después de esto, *mandó Tobías a su hijo a Rages,* para que cobrase el dinero prestado a Gabelo. El camino era largo y desconocido para el joven Tobías; por lo que éste fué en busca de alguien que lo conociese y se prestase a acompañarle. Y como saliese de casa con esta intención, encontró a un gallardo mancebo [2], con el vestido ceñido y como a punto de ir de viaje. Era el ángel *Rafael.* Y sin saber que fuese un ángel de Dios, le saludó y dijo: «¿Sabes el camino que lleva a Rages?» «Sí, lo sé, respondió el mancebo, y muchas veces he andado todos aquellos caminos, y heme hospedado en casa de Gabelo [3], nuestro hermano, que vive allí». Refirió el joven Tobías tan feliz encuentro a su padre, el cual se admiró muchísimo y envió a rogar al mancebo que entrase en su casa. Y cuando hubo entrado, saludó a Tobías, y dijo: «Gozo sea contigo por siempre». Y dijo Tobías: «¿Qué gozo puedo tener yo, que estoy en tinieblas y no veo la luz del cielo?» A lo que respondió el joven: «Ten buen ánimo, que se acerca el día en que serás curado por Dios». Con lo que Tobías le dijo: «¿Podrás por ventura llevar a mi hijo a casa de Gabelo a Rages, ciudad de los medos? Cuando volvieres te pagaré tu salario». Y le dijo el Angel: «Yo le llevaré, y te lo volveré a traer acá». Y Tobías le dijo: «Dime, te

---

[1] Tiene la virtud de borrar los pecados veniales y obtener de Dios la gracia de arrepentirse de los mortales (cfr. *Dan.* 4, 24; núm. 699; *Matth.* 5, 7).

[2] Resplandeciente de sobrenatural hermosura, aunque Tobías no lo advirtiese de pronto. También en los discursos y acciones que siguen brilla la celestial naturaleza del guía, por ejemplo: cuando dice que conoce *todos* los caminos de Rages, etc., cuando anuncia la próxima curación del anciano Tobías, cuando da instrucciones al joven acerca del pez, en el asunto de la boda y de la manera de ahuyentar al demonio.

[3] En calidad de ángel custodio de los israelitas que allí estaban cautivos.

ruego, ¿de qué familia o de qué tribu eres tú?» Y el ángel Rafael le dijo: «¿Buscas tú el linaje del jornalero, o al mismo jornalero que vaya con tu hijo? Mas, por no ponerte en cuidado, yo soy Azarías, hijo del grande Ananías[1]». Y Tobías respondió: «De grande linaje eres tú[2]. Mas, ruégote que no tomes enojo de que haya querido saber tu linaje». Y el Angel le dijo: «Yo llevaré sano a tu hijo, y sano te lo volveré a traer». Y respondiendo Tobías dijo: «Id con bien, y el Señor sea en vuestro camino, y *su Angel vaya en vuestra compañía*».[3]

625. Apenas partieron, comenzó la madre a llorar y lamentarse diciendo: «Nos has quitado el báculo de nuestra vejez. Ojalá que nunca hubiese habido tal dinero, que ha sido la causa de que alejases a nuestro hijo. Porque, aun siendo pobres, tenemos una gran riqueza en nuestro hijo». Mas Tobías la consolaba diciendo: «No llores. Nuestro hijo volverá salvo, y tus ojos le verán. Porque yo creo que el buen *Angel de Dios* le acompaña y cura de él». Con estas razones se aquietó la madre.

A la tarde del primer día llegaron los dos viajeros al río Tigris[4]. Y como fuese Tobías a lavarse los pies[5], he aquí que salió del agua un gran pez, que parecía quererle devorar[6]. A cuya vista despavorido Tobías gritó en alta voz, diciendo: «Señor, que se tira a mí». Y le dijo el Angel: «Cógelo por una agalla y tíralo hacia ti». Hecho lo cual, lo sacó arrastrando a la orilla; y el pez comenzó a palpitar a sus pies. Entonces le dijo el Angel: «Destrípalo y guárdate su corazón, la hiel y el hígado; pues estas cosas son necesarias para útiles medicinas». Lo que habiendo ejecutado, asó parte de la carne, de que llevaron consigo para el camino; y salaron el resto para que les sirviese hasta llegar a Rages, ciudad de los medos.

Cuando llegaron a Ecbátana[7], donde vivía Ragüel, dijo Tobías: «¿Dónde quieres que nos alojemos?» Y respondiendo el Angel, dijo: «Aquí hay un hombre llamado Ragüel, pariente tuyo, de tu tribu, y éste tiene sólo una hija llamada Sara. Pídesela a su padre y él te la dará por mujer». Entonces Tobías respondió: «He oído que la han dado a siete maridos, los cuales fueron muertos por un espíritu malo (v. núm. 622). Temo, pues, no me suceda a mí lo mismo;

---

[1] Desígnase a sí mismo por el nombre de aquel cuya figura tomó; a la manera como solemos decir de una pintura: «éste es tal o cuál». No es eso una mentira, como no lo es el haberse Dios aparecido a Abraham en figura humana y mostrado el Salvador en figura de jardinero después de la Resurrección.

[2] Tobías conocía a Ananías por hombre de ilustre prosapia, como explícitamente hace resaltar la versión griega; pero no sospechaba en qué sentido elevado era «de grande linaje» el guía de su hijo y se daba el nombre de Azarías (en hebreo *azar-yah*, es decir, el Señor es ayudador, auxilio de Dios), hijo del gran Ananías (en hebreo *canan-yah* o *hanan-yah*, es decir, el Señor es misericordioso o protector), del Dios que protege y se compadece. Llámanse «hijos de Dios» los ángeles (cfr. núm. 51), como también los hombres temerosos de Dios (cfr. núm. 86).

[3] Aquí y en lo que sigue declara Tobías expresamente su fe en los ángeles custodios (cfr. *Ps* 90, 11 s.).

[4] Refiérese a un afluente del Tigris, al Zaba, que acaso se llamó también Tigris (cfr. *Herodoto* 5, 52); atravesábalo el camino de Nínive a Ecbátana.

[5] Para limpiarse del polvo y refrescarse; probablemente significa: tomar un baño.

[6] En el Tigris abundan los grandes peces. El haber Tobías temido que el pez le devorase, procedía del momentáneo susto que le causó la repentina aparición del pez. Según una variante de las versiones griega y latina, parece ser que el pez atacó el pie de Tobías. Según esto, pudiera ser un esturión de 35 a 40 Kg. de peso, que bien podía dar un susto a Tobías; o el lucio, que alcanza hasta 1 ½ m. de largo y atrapa miembros humanos; a un pez de esta especie cuadra bien lo que luego dice el relato: que Tobías lo cogió por las agallas y guardó su carne para el viaje. Cfr. Gutberlet. *Das Buch Tobias* 187 s.

[7] Cfr. página 610, nota 3.

y que siendo hijo único de mis padres, lleve su vejez con dolor al sepulcro». Entonces el ángel Rafael le dijo: «Oyeme y te mostraré cuáles son aquellos sobre quienes tiene potestad el demonio: los que abrazan el matrimonio de manera que echan a Dios de sí y de su mente, y se entregan a su pasión. Mas tú, cuando la hubieres tomado por mujer, no llegues a ella en tres días, y en ninguna otra cosa te ocuparás sino en hacer oración con ella. Y aquella misma noche, quemando el corazón y el hígado del pez, será ahuyentado el demonio [1].

626. Alojáronse, pues, en casa de *Ragüel;* el cual, al darse Tobías a conocer, le echó los brazos, besóle con lágrimas, y sollozando sobre su cuello, dijo: «Bendito seas tú, hijo mío, porque eres hijo de un hombre muy bueno». Ana, su mujer, y Sara, hija de ambos, lloraban. Ragüel mandó matar un carnero y que se preparase un convite. Y como les instase a que se sentasen a la mesa, dijo Tobías: «Yo no comeré hoy aquí ni beberé, sin que primero confirmes mi petición y prometas darme por mujer a tu hija Sara». Recordando Ragüel lo acaecido a los siete maridos que ésta tuviera, se conturbó. Mas el Angel le dijo: «No temas dársela; porque a éste que teme a Dios es a quien debe darse tu hija por mujer». Accedió Ragüel; y tomando la derecha de su hija, la juntó con la de Tobías, diciendo: «El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob sea con vosotros, y él os junte y cumpla en vosotros su bendición» [2]. Luego se sentaron a la mesa. Tobías permaneció tres días en oración con Sara; la primera noche puso sobre unos carbones encendidos el corazón y el hígado del pez; y el angel Rafael confinó al demonio en el desierto del Alto Egipto [3].

A petición de Tobías, fué el Angel a encontrar a Gabelo; recobró el dinero y le invitó a la boda [4]; y como aceptase, regresó acompañado de Gabelo. Cuando entró éste en casa de Ragüel, se hallaba Tobías sentado a la mesa; mas, al verle, se levantó al punto y fué a besarle. Y Gabelo, derramando lágrimas, alabó a Dios diciendo: «Bendígate el Dios de Israel, porque eres hijo de un hombre muy bueno, justo, temeroso de Dios y limosnero; y bendita sea tu mujer, y benditos sean vuestros padres; y veáis vuestros hijos, y los hijos de vuestros hijos, hasta la tercera y cuarta generación; y sea vuestra descendencia bendita del Dios de Israel, que reina por los siglos de los siglos». Y habiendo respondido todos, Amen, se llegaron a la mesa; y celebraron el convite de las bodas con temor del Señor.

Mas, como se detuviese Tobías por causa de la boda, estaban *sus padres* con cuidado. Su madre lloraba sin cesar y decía: «¡Ay, ay de mí, hijo mío! ¿Para qué te hemos enviado a lejanas tierras, lumbrera de nuestros ojos, báculo

---

[1] El corazón y el hígado no tenían la virtud *natural* de ahuyentar a los malos espíritus; pero podían haberla recibido de Dios en un caso particular. El relato indica (8, 3) que el *Angel* ahuyentó al demonio, mientras Tobías ponía aquellas vísceras sobre los carbones encendidos. El Angel dispuso el empleo de un medio externo para seguir guardando el incógnito y porque Tobías supiese el momento preciso en que fué expulsado el espíritu malo.

[2] De aquí y de 8, 10 19; 9, 11, ha tomado la Iglesia las bendiciones (cfr. *Gen.* 24, 60; *Ruth* 4. 11) de la *Missa pro Sponso et Sponsa*.

[3] Este desierto dista de Ecbátana unos 300 Km. en línea recta; es muy yermo y alejado de poblados. El desierto es, en general, imagen del pecado y del infierno (cfr. núm. 331). Allí fué atado y desterrado el espíritu maligno; con lo cual se quiere dar a entender que se le prohibió andar por otros lugares y le fué quitado el permiso de dañar a los hombres.

[4] Las bodas duraban ordinariamente siete días (cfr. núm. 444); mas como aquí la fiesta era por doble motivo (expulsión del demonio y boda) duró catorce (*Tob.* 8, 23); pero se celebró en familia y con toda moderación y sencillez. Los 300 Km. de Ecbátana a Rages, y los de regreso, podían recorrerse en camello en 4 ó 5 días.

de nuestra vejez, consuelo de nuestra vida, esperanza de nuestra posteridad? Teniendo en ti solo juntas todas las cosas, no debíamos haberte dejado ir de nosotros». En vano procuraba aquietarla Tobías; ella no admitía consuelo. Todos los días salía afuera, miraba a todas partes y daba vuelta a todos los caminos por donde esperaba que podría volver, para verlo venir, si fuese posible, desde lejos.

627. Mas Ragüel decía a su yerno después de la boda: «Estate aquí, y yo enviaré un mensajero a tu padre Tobías con nuevas de tu salud». Al cual respondió Tobías: «Yo sé que mi padre y mi madre están ahora contando los días, y que su espíritu está en continua tortura». Y no queriendo condescender Tobías a las repetidas instancias de su suegro Ragüel, entrególe éste a su hija Sara y la mitad de su hacienda, diciéndole: «*El santo Angel del Señor os guíe* en vuestro viaje y os conduzca sanos y salvos a vuestra casa».

Despidiéronse de la hija los padres, la besaron y la dejaron ir, recomendándole que fuese respetuosa con los suegros, complaciente con el marido, cuidadosa de la familia y de la casa y en todo intachable [1]. Y habiendo partido Tobías y los suyos, el undécimo día llegaron a Carán [2], que está a medio camino de Nínive. Y dijo el Angel: «Hermano Tobías, sabes en qué estado dejaste a tu padre. Por tanto, si te place, adelantémonos; y poco a poco vayan siguiendo nuestro camino los criados, juntamente con tu mujer y con las bestias». Como agradase esto a Tobías, díjole Rafael: «Cuando llegues a casa, unge los ojos a tu padre con la hiel del pez que traes contigo, porque luego se le abrirán y verá tu padre la luz del cielo y se llenará de júbilo al verte».

Mientras esto acontecía muy lejos de Nínive, iba Ana todos los días a sentarse cerca del camino en la cima de una colina, desde donde podía mirar a gran distancia. Por fin, cierto día alcanzó a ver a su hijo, lo reconoció inmediatamente y corrió a dar la nueva a su marido, diciendo: «Mira que viene tu hijo». No bien había dicho esto, cuando el perro, que había acompañado en el viaje al joven Tobías, se presentó meneando la cola. Y levantándose el padre ciego, corrió de la mano de un muchacho al encuentro de su hijo Y abrazándole, le besó, haciendo lo mismo su mujer y llorando ambos de gozo. Y después de haber adorado a Dios y dado gracias, se sentaron. Entonces Tobías, tomando de la hiel del pez, ungió los ojos a su padre. Tras una media hora, comenzó a salir de sus ojos como una telilla de huevo. Asiéndola Tobías, se la sacó de los ojos; y al punto recobró el padre la vista [3]. Todos bendijeron a Dios, y Tobías Dijo: «Bendígote, Señor Dios de Israel, porque tú me castigaste, y tú me has salvado; y he aquí que yo veo a Tobías, mi hijo». A los siete días [4] llegó Sara, y todos se llenaron de gozo.

---

[1] La hiel del pez se empleó antiguamente como medicamento en las enfermedades de los ojos. El Angel se sirvió, por consiguiente, de un medio natural; pero la curación fué un milagro. Porque Rafael encargó a Tobías que antes de ungir con la hiel los ojos de su padre hiciese oración; y al darse a conocer dijo expresamente haber sido enviado por Dios para curar a Tobías.

[2] Esta segunda mitad del camino (unos 350 Km.) la hicimos en 10 u 11 jornadas, mientras que Tobías con sus acompañantes, en rápidos dromedarios, la recorrió en 3 ó 4 días. No se adelantó hasta trasponer los límites de la Media, porque acaso los caminos no eran suficientemente buenos y seguros para que pudiesen prescindir de su presencia.

[3] Breve pero cabal *espejo de esposos* (cfr. *Tit.* 2, 4 s.), que desarrolla ampliamente el Catecismo Romano (*Pars* II, c. 8, q. 27).

[4] No Harán o Carán del Eufrates (cfr. núm. 130), sino una ciudad de Asiria, cercana a los confines de Media. El nombre aparece en distintas formas en las versiones, por lo que no es fácil determinarlo con certeza. Evidentemente algún traductor o amanuense ha puesto un nombre conocido por otro desconocido. La cosa carece de importancia.

628. El joven Tobías refirió a sus padres todos los beneficios que había recibido de su compañero de viaje, y terminó diciendo: «Imposible recompensar debidamente todos sus beneficios; pero te ruego, padre mío, le preguntes si por ventura se dignará tomar para sí la mitad de todo lo que hemos traído». Llamáronle aparte y comenzaron a suplicarle. Mas él dijo: «Bendecid al Dios del cielo, y alabadle delante de todos los vivientes, porque ha hecho con vosotros su misericordia. Porque cosa buena es tener oculto el secreto del rey [1]; pero descubrir y alabar las cosas de Dios es cosa honorífica. *Mejor es la oración con el ayuno y la limosna, que acumular tesoros* [2]. Porque la limosna libra de la muerte y purga los pecados, hace hallar misericordia y vida eterna. Mas los que cometen pecado e iniquidad, enemigos son de su alma. Cuando orabas con lágrimas y enterrabas los muertos y dejabas tu comida y escondías de día a los muertos en tu casa y de noche los enterrabas, *yo presenté tu oración al Señor* [3]. Y porque eras acepto a Dios, fué necesario que la tentación te probase. Y ahora me envió el Señor para curarte y para librar del demonio a Sara, mujer de tu hijo. Porque yo soy el ángel Rafael, *uno de los siete que asistimos delante del Señor»* [4].

629. Y cuando oyeron estas palabras, se turbaron, y sobrecogidos de espanto cayeron en tierra sobre su rostro. Y díjoles el Angel: «Paz sea con vosotros; no temáis. Por voluntad de Dios estaba yo con vosotros. Bendecid al Señor y cantad sus alabanzas. Parecía verdad que comía y bebía con vosotros; *mas yo uso de un manjar invisible* y de una bebida que no puede ser vista de hombres [5]. Es, pues, tiempo de que yo vuelva a aquél que me envió». Y dicho esto, desapareció de su vista y no pudieron verle ya más. Entonces, postrados sobre su rostro por tres horas, bendi-

---

[1] Para no desbaratar sus planes propalándolos antes de tiempo. No sucede esto en las cosas de Dios; antes al contrario, como todos sus caminos sean misericordia y justicia, poder y amor, sólo bienes puede acarrear el descubrirlos.

[2] Compréndense en la palabra *limosna* las obras de misericordia, que tanto había ejercitado Tobías. De la misma suerte *ayuno* encierra en sí los actos de mortificación o continencia, que en tanta medida había practicado el virtuoso joven ateniéndose a las prescripciones de la Ley. En la palabra *oración* se incluyen todas las obras de piedad; de suerte que el Angel *cifra y compendia todas las buenas obras* en estas breves palabras: «oración acompañada del ayuno y de la limosna».

[3] Los ángeles presentan las oraciones a Dios (*Apoc.* 8, 3 4); no porque de otra suerte hubiesen de quedar olvidadas, sino para hacerlas más eficaces por el amor con que unen sus plegarias a las nuestras. Acerca de la manera de representar a los ángeles en los primeros siglos cfr. Kraus, *Realenzykl.* I 416 ss.

[4] Es decir, *que le servimos,* que estamos apercibidos para ejecutar sus órdenes. Son *siete,* en conformidad con el número sagrado de la Revelación (núm. 51). De ellos se habla también en *Zach.* 4, 10; *Apoc.* 1, 4; 5, 6; 8, 2. *Gabriel* es uno de ellos (*Dan.* 9, 21 ss.; *Luc.* 1, 19); otro es *Miguel* (cfr. *Dan.* 10, 13). A cada uno de estos tres dedica la Iglesia una fiesta especial y les da el nombre de *arcángeles,* aunque la Sagrada Escritura sólo a Miguel aplica tal calificativo (*Judith* 9; cfr. *Apoc.* 12, 7). El 24 de octubre está dedicado al arcángel san Rafael y desde los santos Padres se le considera en la Iglesia como patrono y abogado de los enfermos, caminantes y oprimidos del demonio.

[5] Cfr. núm. 152. El manjar de los ángeles es la beatífica visión de Dios (cfr. *Ps.* 16, 15). —La misión de san Rafael era una débil *figura* de la del Hijo de Dios, que tomó realmente nuestra naturaleza para ser el Redentor y Salvador del linaje humano; vemos también en san Rafael un argumento de la doctrina de los *Angeles Custodios,* mensajeros divinos que de manera invisible acompañan toda la vida a los hombres.

jeron a Dios; y levantándose, contaron todas sus maravillas. Y el anciano Tobías derramó su agradecido corazón en un himno inspirado, diciendo:

«Grande eres, Señor, por siempre, y tu reino por todos los siglos; porque tú azotas y salvas, llevas a los infiernos y sacas de ellos; y no hay quien se escape de tu mano. Bendecid al Señor, hijos de Israel, y alabadle a la vista de las gentes; porque *por eso os ha esparcido entre las gentes* que no le conocen, para que vosotros contéis sus maravillas y les hagáis saber que no hay otro Dios Todopoderoso fuera de él» [1].

«Jerusalén, ciudad de Dios, el Señor te castigó por las obras de tus manos. Alaba al Señor en tus bienes, y bendice al Dios de los siglos; para que reedifique en ti su Tabernáculo, y vuelva a ti todos los cautivos [2], y te goces por todos los siglos de los siglos. Brillarás con luz resplandeciente; y todos los términos de la tierra te adorarán. Vendrán a ti las naciones de lejos; y trayendo dones, adorarán en ti al Señor, y tendrán tu tierra por santuario; porque dentro de ti invocarán el grande nombre.—Bienaventurados todos los que te aman, y los que se gozan en tu paz.—De zafiro y de esmeralda serán edificadas las puertas de Jerusalén, y de piedras preciosas todo el recinto de sus muros. De piedras blancas y limpias serán enlosadas todas sus calles, y por sus barrios se cantará aleluya [3]. Bendito el Señor, que la ha ensalzado, y sea su reino en ella por los siglos de los siglos. Amen» [4].

630. Padre e hijo vivieron felices muchos años [5] todavía; llegaron a ver nietos e hijos de nietos, los cuales fueron gratos a Dios y a los hombres por su santo proceder. Por fin murieron en paz. El padre fué enterrado en Nínive, mas el hijo en la ciudad de sus suegros [6]; porque el padre, al morir, le mandó que abandonase a Nínive, cuya destrucción, anunciada en otro tiempo, no podía fallar [7]. «Pero Israel, añadió, volverá

---

1 *Tob.* 13, 1-4. Este era el infinitamente sabio y amoroso plan que Dios iba desarrollando mediante las deportaciones de los israelitas a los pueblos gentiles, y más tarde apareció aún más de manifiesto en la cautividad de Babilonia (cfr. núm. 572).

2 Todavía estaba en pie Jerusalén, pero le habían alcanzado duras pruebas en los reinados de Acaz, Ecequías y Manasés (cfr. núm. 648 ss.), y su ruina estaba ya anunciada por los profetas. Por eso se la menciona aquí como representante del pueblo de Dios, que un día habría de ir en masa a la cautividad. Pero Tobías contempla también la restauración e invita a todos a dar gracias a Dios.

3 Cfr. *Is* 54, 11 ss.; 60, 1 ss., y especialmente *Apoc.* 21, 1 ss.

4 *Tob.* 13, 11 15 18 21 ss.

5 El anciano Tobías vivió todavía 42 años, en total 102 años; el hijo llegó a los 99.

6 En Rages, es decir, Ecbátana, ciudad de la Media (cfr. núm. 622).

7 Puesto que Tobías (el padre) fué a la cautividad hacia el 716 a. Cr. y se casó poco antes de la misma o a los comienzos (cfr. *Tob.* 1, 9 ss.; 2, 19; 5, 4; 6, 3; 14, 1 ss.), es probable que hubiese nacido hacia el 736 a. Cr. y muerto hacia el 635. Reinaba entonces Asurbanipal (Sardanápalo) 668-626, cuyo palacio y biblioteca de inscripciones cuneiformes tan relevantes servicios han prestado a la investigación histórica (cfr. núms. 8 y 9). Este rey asirio era hijo de Asarhaddón; en su reinado llegó *Asiria al apogeo de su poderío y esplendor*. Cfr. Kaulen, *Assyrien und Babylonien*[5], 247 ss. F. Delitzsch, *Assurbanipal und die assyrische Kultur seiner Zeit*, en *AO* XI 1. Y precisamente entonces profetiza Tobías la ruina de la gran urbe, fundándose en la amenaza de Jonás, cuya predicación había producido muy efímeros frutos. Después del castigo de Senaquerib (705-681) a las puertas de Jerusalén (cfr. núm. 639), *Nahum* vaticina de nuevo (hacia el 660; cfr. núm. 665) la caída de Nínive, y *Sofonías* insiste en lo mismo (núm. 674) 40 años más tarde, o sea, unos 20 después que Tobías, poco antes de cumplirse el castigo. Todavía está envuelta en tinieblas la historia de la toma de Nínive. Sólo sabemos tres cosas: 1, que tras largo asedio, la ciudad fué tomada el año 606 (por los babilonios y sus aliados los *Umman-Manda*, escitos, o medos, acaso ambos; véase Döller, *Studien* 315), después que una inundación del Tigris socavó gran parte de las murallas; 2, que el último rey pereció con sus mujeres y tesoros en el palacio que él mismo mandó incendiar; 3, que la ciudad fué totalmente destruída para nunca más volver a levantarse. Según Bezold (*Ninive* 4. *Baby-*

a su patria; y será reedificada de nuevo *la casa de Dios* en Jerusalén [1]; y *los gentiles* dejarán sus ídolos, y vendrán a Jerusalén, y habitarán en ella; y *todos los reyes de la tierra* se regocijarán y adorarán al Rey de Israel».

II. Decadencia del reino de Judá

84. Asa, Josafat, Joram y Ocozías, reyes de Judá

(II *Par.* 14-22. III *Reg.* 15, 22. IV *Reg.* 3; 8; 9)

631. A **Roboam,** que con tan poca gloria iniciara la serie de reyes de Judá (cfr. núm. 576), sucedió su hijo Abías, el cual, por su talento estratégico, fué muy peligroso para Jeroboam I (cfr. núm. 580). A **Abías,** sucedió su hijo **Asa.** En la primera época de su largo reinado de cuarenta y un años, hizo éste lo que era bueno y agradable a los ojos de Dios, derribó los altares de los ídolos, quebró las estatuas y taló los bosques dedicados a los ídolos y exhortó al pueblo a buscar al Dios de sus padres y guardar sus mandamientos. En recompensa, dióle el Señor paz por diez años, y habiendo salido a campaña el rey etíope (árabe) Zara [2] con un ejército de 1000000 de guerreros y 300 carros falcados para inundar el país de Judá, Asa obtuvo una brillante victoria junto a Maresa [3].

Pero al fin de su reinado apartó del Señor su confianza. Pues como *Baasa,* rey de Israel (cfr. núm. 580), hubiese iniciado las hostilidades contra Judá, Asa, en vez de acudir en demanda de auxilio al Señor que antes le librara de mayores peligros, compró la amistad y apoyo de *Benadab* I, rey de Siria, con

---

lon[3], Bielefeld y Leipzig 1909, 64), con los asirios estaban aliados los *aschguzeos,* de raza indogermánica (quizá de este nombre se deriva el de *escitas),* mientras que los caldeos iban unidos con los medos. El caldeo Nabopolasar se apoderó de Babilonia y de Mesopotamia; el medo Ciaxares derrotó a los aschguzeos, conquistó y asoló la ciudad de Nínive.

[1] Con espíritu profético ve Tobías la ruina que acaeció 50 años más tarde y la restauración (cfr. *Mich.* 3, 12). La magnificencia del Templo que entrevé es también espiritual; contempla la aparición del Mesías en el Templo y su reino que ha de abrazar a todas las naciones (cfr. *Apoc.* 2, 8; *Mich.* 4, 1 ss.: *Is.* 2, 2 ss ; 54. 1 ss.; 60, 1 ss.; núm 629).

[2] En hebreo *Serach.* En él se ha creído ver al hijo de Sesac (cfr. núm. 575), *Osorkon* I, el cual, como heredero de la corona, llevaba el título de «príncipe de Etiopía» (Kusch). Pero no habiendo noticias extrabíblicas que confirmen este hecho y garanticen la hipótesis, diciendo, por otra parte, II *Par.* 21, 16 que los kuschitas (etíopes) confinaban con los árabes, es muy probable que se trate de una incursión de tribus *árabes* del desierto, a las cuales cuadra muy bien lo que II *Par.* 14, 14 dice del botín de guerra (tiendas, ovejas, camellos). Cierto es que II *Par.* 16, 8 nombra juntamente a etíopes y *libios,* y que entre el armamento figuran los «carros de guerra». Parece, sin embargo, que «libios» es glosa o corrupción del texto; y en cuanto a «carros de guerra» no sabemos que los árabes no los tuvieran. Acaso el texto hebreo expresó el poderío del ejército de Zara en números redondos y a bulto con una cifra de «cien mil miles de hombres», con lo que a nuestro juicio sólo quiso indicar un ejército asombroso y enorme. Un poderío de esta naturaleza no se debe entender «exageradamente», sino proporcionalmente. Asa, por su parte, echó mano de todos los que podían llevar armas. Cfr. Reinke, *Beiträge* I 203. Hasta hoy no se ha encontrado documento histórico que confirme la campaña aquí mencionada. Mas esto nada prueba contra la credibilidad del relato de los *Paralipómenos,* como tampoco es argumento el silencio de los *Libros de los Reyes,* no obstante el elogio que hacen de la valentía de Asa (IV *Reg.* 15, 23). Porque es cosa averiguada que las *Crónicas* contienen noticias auténticamente históricas, que pasaron por alto los *Libros de los Reyes.* Es de observar que las inscripciones árabes dan testimonio del nombre *Jerach* y que la Biblia hace mención de tribus nómadas de bandidos sabeos (cfr. núm. 755). También se cita más tarde a los árabes (véase núm. 633) entre otros pueblos enemigos de Judá (Cfr. Nagl. *Nachdavid. Königsgeschichte* 201).

[3] *Maresa,* hoy Sandahanne, no lejos de Mar'asch (Morescheth-Gath), se halla 2 Km. al sur de Eleuterópolis (cfr. núm. 445) en la región inferior de la tribu de Judá, unos 40 Km. al suroeste de Jerusalén. *AB* 76. En Thomsen (*Palästinen* 90 s.) puede verse la historia de la identificación y un plano completo.

los tesoros del Templo y del palacio real. Reprendido por el *profeta Hanani,* se indignó sobremanera y mandó encarcelarle. La protección siria fué de poca eficacia; pues Baasa le atacó de nuevo y no le dejó en paz hasta el fin de su vida. Un dolor agudísimo de gota le afligió los dos últimos años de su reinado; tampoco en esta ocasión acudió al Señor, sino confió *exclusivamente* en la ciencia de los médicos.

632. Sucedióle su hijo **Josafat,** que fué un rey excelente. Procuró borrar hasta las huellas del *culto idolátrico*. Envió por todo el país a los más conspicuos de su reino acompañados de sacerdotes y levitas que adoctrinasen al pueblo en el *Libro de la Ley;* también estableció jueces temerosos de Dios, que conforme a derecho y justicia y sin miramientos decidiesen todos los litigios. En vista de la constante hostilidad de las naciones vecinas, cuidó de establecer guarniciones que protegiesen las ciudades del reino, y su único pensamiento era la prosperidad de su pueblo. Hízole el Señor poderoso y respetado ante propios y extraños, y algunos pueblos vecinos, como los filisteos y árabes, le pagaban tributo en dinero y rebaños.

Los *moabitas, ammonitas* e *idumeos,* no pudiendo renunciar a su vida de pillaje, se unieron y atacaron a Judá. Atemorizado Josafat ante la multitud de sus enemigos, puso toda su confianza en el Señor, intimó un ayuno a todo el pueblo e imploró el socorro de Dios. El profeta Jahaziel les anunció de parte del Señor: «No tenéis que temer ni acobardaros a vista de esa muchedumbre, porque el combate no está a cargo vuestro, sino de Dios. Mañana marcharéis contra ellos y el Señor estará con vosotros». Salieron, pues, a la mañana siguiente; al frente del ejército iban cantores que en alta voz pregonaban las divinas alabanzas. Sembró el Señor la confusión en las filas enemigas, de suerte que se desavinieron, y los moabitas y ammonitas acometieron a los idumeos. Cuando llegó el ejército de Judá [1] al lugar del combate, encontráronlo cubierto de cadáveres; por lo que se volvieron en triunfo al Templo de Jerusalén, asombrados de la manera tan prodigiosa como Dios les había socorrido.

633. También procuró Josafat poner remedio a la separación de los dos reinos hermanos. Desgraciadamente no advirtió que Acab y su casa habían caído en la impiedad. *Casó a Joram, su hijo, con Atalía,* hija de Acab y Jezabel, e hizo causa común con Acab y sus dos hijos y sucesores en las guerras contra los pueblos vecinos. Esto le acarreó una serie de peligros y perjuicios y la ruina de su casa y de su pueblo. La expedición que, aliado con Acab, hizo contra los sirios, estuvo a punto de costarle la vida [2]; y como, convencido por Ocozías, equipara sus naves en Asiongaber para hacer con aquél un viaje marítimo a Ofir [3], la escuadra de ambos fué destruída por una tormenta. También acompañó a Joram, hermano y sucesor de Ocozías, en una campaña contra los moabitas; el profeta Eliseo le libró en esta ocasión de la muerte por desfallecimiento [4]. En conjunto, su reinado fué bueno y próspero aun en los últimos años.

Mas **Joram,** su hijo, que había reinado algunos años asociado con su padre, mostró luego de la muerte de Josafat la crueldad e impiedad características de la casa de Acab: asesinó a todos sus hermanos, que eran mejores que él, e indujo a la idolatría a Judá y aun a Jerusalén. Pronto le alcanzó el castigo. Los *filisteos* y *árabes* invadieron el país y entraron en Jerusalén, saqueando los tesoros del palacio real y llevándose cautivos a los hijos y a las mujeres del Rey; sólo le quedó a Joram su hijo menor. Demás de esto, sobrevínole una enfermedad espantosa, que al cabo de dos años le llevó al sepulcro.

[1] Según II *Par*. 17, 14 ss., resulta 1160000 el número de combatientes de que disponía Josafat, sin contar las guarniciones de las ciudades. Mas esto no se aviene con nuestro relato ni guarda proporción con lo exiguo del país. Es preciso, pues, admitir que también aquí hubo error en la transcripción de las letras numéricas; probablemente de los miles se hizo centenas de mil, pues las letras numéricas correspondientes eran muy parecidas y a menudo sólo se diferencian mediante puntos añadidos. Cfr. Reinke, *Beiträge* I 197 ss. [2] Cfr. núm. 592. [3] Cfr. núm. 567. [4] Cfr. núm. 598.

Su hijo **Ocozías,** único superviviente, aconsejado por su madre, hizo *alianza con Joram,* hijo de Acab, por lo que a él y a cuarenta y dos príncipes de su familia alcanzó el castigo de la casa de Acab [1].

85. Atalía, Joás, Amasías y Joatam

(IV *Reg.* 11 s.; 14 s.; II *Par.* 22, 10 a 27, 9)

634. Cuando **Atalía** supo la muerte de su hijo, apoderóse del trono e hizo *matar a todos los vástagos de la familia real.* Sólo se libró un pequeñito, que aun no tenía un año, gracias a una hermana de su padre, casada con el sumo sacerdote Joíada, la cual lo ocultó con su ama durante seis años en las habitaciones del Templo. Atalía dió rienda suelta a su impiedad y a sus vicios; se incautó de los tesoros del Templo y de las ofrendas, destinándolos al culto idolátrico [2]. Pronto se hizo general en el país el disgusto contra la usurpadora del trono y asesina de sus propios nietos. Pasados seis años, el sumo sacerdote Joíada congregó en el Templo a todos los hombres influyentes del pueblo y les presentó a Joás como legítimo rey de Judá; todos le aclamaron. Oyó Atalía desde el palacio las voces del pueblo y fuése a toda prisa al Templo; supo con espanto la causa de tal júbilo e inmediatamente fué echada del Templo y asesinada.

Mientras vivió Joíada, **Joás** *desterró la abominación de la idolatría* e hizo lo que era bueno a los ojos de Dios. Pero a la muerte de aquel sumo sacerdote, se dejó arrastrar por algunos magnates, y con ellos y parte del pueblo adoró a los ídolos. En vano le envió Dios profetas que le exhortasen a la conversión. Zacarías, hijo de Joíada [3], murió apedreado por orden del ingrato Rey, en el lugar más santo del atrio del Templo (entre el Templo y el altar). Al morir, exclamó Zacarías: «Véalo el Señor y haga justicia». Al año siguiente entraron a saco los sirios en Jerusalén. El Rey murió a manos de sus criados.

Semejante a Joás en el ánimo vacilante y en la suerte fué su hijo y sucesor **Amasías.** *Sirvió al principio al Señor,* pero dejó subsistir el culto en los lugares altos (v. núm. 574). Mas la mano del Señor estuvo con él, y su campaña contra Idumea tuvo feliz resultado. Pero habiendo traído entre el botín los ídolos de los idumeos, los tomó por dioses suyos, y los adoró ofreciéndoles incienso. Y como le reprendiese un profeta por esta acción, amenazóle el Rey con la muerte. Por lo cual el Señor se apartó de él. Habiendo desafiado orgullosamente al rey de Israel, fué derrotado y hecho prisionero (v. núm. 605). Puesto más tarde en libertad, vivió todavía veinticinco años, despreciado del pueblo; murió por fin víctima de una conjuración.

Ozías o Azarías, hijo y sucesor de Amasías, fué semejante al padre y al abuelo; porque comenzó bien y acabó mal. Durante su largo reinado de cincuenta y dos años, Judá alcanzó gran florecimiento y poderío, fruto de las *victorias* del Rey sobre los pueblos vecinos y de sus esfuerzos por la defensa y prosperidad del reino [4]. Empero, enorgullecido por esto, quiso ser también sumo sacerdote, a ejemplo de los príncipes paganos. Cierto día osó *ofrecer el incienso* en el Santuario [5]: opusiéronsele los sacerdotes, y al frente de ellos

---

[1] IV *Reg.* 10, 14; cfr. núm. 605 s.

[2] Cfr. II *Par.* 24, 7.

[3] En *Matth.* 23. 35 a Joíada se le llama *Baraquías,* que significa bendición de Dios; es, sin duda, el nombre honorífico con que por su influencia benéfica le distinguían ordinariamente los judíos. Cfr. san Jerónimo, *Comm. in Matth.*

[4] En una inscripción asiria que habla de las victorias del rey (Ful), se nombra entre los reyes tributarios a Manahem de Israel (véase núm. 616), mas no a Ozías de Judá. Esto es tanto más extraño cuanto que se cita expresamente a Azriyau (Azarías) entre los aliados de los sirios contra Asiria. Pero se trata de un príncipe arameo de nombre parecido. Cfr. Kaulen, *Assyrien u. Babyl.* 236; Nagl, *Nachdavid. Königsgeschichte* 260.

[5] Cfr. núm. 302.

el sumo sacerdote Azarías, y le dijeron: «No es a ti, Ozías, a quien compete quemar incienso al Señor, sino a los sacerdotes, es decir, a los hijos de Aarón, consagrados para este ministerio [1]; sal del Santuario y no quieras burlarte; porque esta acción no será gloriosa para ti delante del Señor». Indignado Ozías, amenazó a los sacerdotes con el incensario que tenía en la mano. Al momento apuntó la lepra en su frente. El sumo sacerdote y los demás sacerdotes vieron con espanto la señal del castigo divino y le echaron del Templo. Y él mismo, despavorido, se apresuró a salir, viendo en su cuerpo el castigo que le había enviado el Señor. Habitó en una casa separada hasta el fin de sus días, pues no llegó a curarse de la lepra.

Su hijo y sucesor **Joatam**, que probablemente ocupó el trono durante los (10-12) últimos años de su padre, no se mezcló en los asuntos del ministerio sacerdotal y anduvo según los preceptos del Señor. Su reinado fué dichoso, y Judá llegó a su apogeo. Pero *en una cosa* faltó Joatam: no atajó el desorden idolátrico de sacrificar y ofrecer incienso en los lugares altos. Por esto permitió Dios que en sus últimos años comenzasen los sirios a oprimir a Judá.

86. Los Profetas Joel y Abdías

635. Entre los profetas que por esta época figuraron en el reino de Judá, exhortando, castigando y consolando con hermosas promesas, descuellan principalmente dos, que nos han legado por lo menos lo esencial de sus vaticinios: *Joel y Abdías.*

Nada sabemos de la persona y patria de **Joel** [2]; tampoco se conoce a punto fijo la época de su intervención. Hay quienes le consideran como uno de los profetas más recientes; y apoyándose en criterios internos, creen que su libro se escribió después del destierro, probablemente en el reinado de Ozías, al mismo tiempo que Oseas en el reino de Israel. Su libro comprende dos discursos proféticos. El *primero* (1, 1 a 2, 11) describe la devastación del país por una *plaga de langostas*. Tal vez se deba entender al pie de la letra la plaga; pero seguramente era ésta al mismo tiempo figura de la devastación por medio de los ejércitos enemigos, y en general del terrible castigo de Dios El *segundo discurso* (2, 12 a 32) contiene una exhortación a la penitencia, la promesa del socorro divino y el anuncio del *reino mesiánico* y de su prosperidad espiritual. Termina el libro (cap. 3) con la amenaza del *castigo general* en que incurrirán los enemigos de este reino.—Los pasajes más importantes son los que siguen:

636. «Palabra del Señor a Joel, hijo de Fatuel. Oíd esto, ancianos, y escuchad todos los moradores de la tierra: ¿ha sucedido cosa como ésta en vuestros días, o en tiempo de vuestros padres? De ella hablaréis a vuestros hijos, y vuestros hijos a sus hijos, y los hijos de éstos a la otra generación. Lo que dejó la oruga [3] comió la langosta, y lo que dejó la langosta comió el pulgón, y lo que dejó el pulgón comió la roya. Despertaos, ebrios, y llorad; aullad todos los que bebéis alegremente el vino. Porque se os quitará de vuestra boca. Pues una gente fuerte y sin número vino sobre mi tierra; sus dientes, como dientes de león; y sus muelas, como de cachorro de león. Convirtió mi viña en un desierto, y descortezó mi higuera; las dejó desnudas y despojadas, y las derribó; sus ramas se tornaron blancas.—Ceñíos, y llorad, sacerdotes; dad voces, ministros del altar; entrad, dormid en saco, ministros de mi Dios; porque faltó de la casa de vuestro Dios el sacrificio y la libación. Intimad un ayuno, convocad al

---

[1] Cfr. núm. 363 ss.; también núm. 320.

[2] Cfr. Gerber, *Zeitalter des Propheten Joel,* en *TQS* 1889, 355; Schmalohr, *Das Buch des Propheten Joel,* en *ATA* VII (1922/24).

[3] Oruga, pulgón y roya son, en hebreo, distintos nombres de la langosta. El pasaje significa: una bandada de langostas tras otra caerá sobre la tierra, y lo que una dejare lo devorará la siguiente.

pueblo, congregad a los ancianos, a todos los moradores de la tierra en la casa de vuestro Dios y clamad al Señor. ¡Ay, ay! ¡qué día ese! *Cerca está el día del Señor*, y vendrá como estrago del Todopoderoso» [1].

«Sonad la trompeta en Sión, dad alaridos en mi santo monte, estremézcanse todos los moradores de la tierra. *Porque viene el día del Señor*, y ya está cerca. Día de tinieblas y de oscuridad, día de nube y de torbellino. Semejante al alba que se derrama sobre los montes, un pueblo numeroso y fuerte; como él no le hubo desde el principio, y después de él no le habrá en muchas generaciones. Delante de él va un fuego devorador, y en pos de él llama abrasadora; la tierra delante de él, como un jardín de delicias, y en pos de él un desierto asolado; no hay quien de él escape.—Ante su presencia se estremece la tierra, se conmueven los cielos; el sol y la luna se oscurecen, y las estrellas retiran su resplandor. Y el Señor hizo resonar su voz ante la faz de su hueste. Porque innumerables y fuertes son los batallones que ejecutan sus órdenes. Porque muy *grande y espantoso es el día del Señor*. ¿Quién lo podrá soportar? Por esto dice el Señor: «*Convertíos a mí* de todo vuestro corazón, con ayuno, con llanto y con gemidos. Rasgad vuestros corazones y no vuestros vestidos, y convertíos al Señor Dios vuestro; porque benigno y clemente es, paciente y de mucha misericordia, y se aflige del mal que envía».—Entre el atrio y el altar llorarán los sacerdotes, ministros del Señor, y dirán: «Perdona, Señor, perdona a tu pueblo; y no des tu heredad en oprobio, entregándola al dominio de las naciones [2]; porque no digan los gentiles: ¿en dónde está el Dios de ellos?» [3]

«El Señor miró con celo su tierra, y perdonó a su pueblo. Y respondió el Señor a su pueblo: «He aquí que yo os enviaré trigo, y vino, y aceite en abundancia; y nunca más seréis el escarnio de las gentes [4]. Y vosotros, hijos de Sión, gozaos y alegraos en el Señor Dios vuestro; porque os da un **maestro de justicia,** y os envía lluvia temprana y tardía (núm. 136), como al principio [5] —Después de esto **derramaré mi Espíritu sobre toda carne;** y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños y vuestros jóvenes verán visiones Y aun también sobre mis siervos y siervas en aquellos días derramaré mi Espíritu [6]. Y daré *prodigios* en el cielo y en la tierra, sangre y

---

[1] 1, 1-7 13-15. Véase también figura 9, página 51.

[2] «Día del Señor» significa indudablemente el *castigo* infligido por la mano de Dios y ejecutado en el reino de Judá por los ejércitos enemigos El Profeta se sirve de metáforas para pintarnos la omnipotencia irresistible de Dios en su justo juicio. Cuanto más se manifiesta la omnipotencia divina, tanto más se acercan las imágenes a la realidad. Por esto las aplica el mismo Joel al Juicio Final (2, 31; 3, 15 16), y el Redentor describe con parecidos rasgos la destrucción de Jerusalén y el fin del mundo (cfr. *Matth.* 24, 29 30; 25, 31; II *Patri* 3, 10). Lo que dice del oscurecimiento de los astros parece fundarse en fenómenos observados, pues los hebreos conocían los eclipses de sol y de luna y los consideraban como sucesos y presagios temerosos y de mal agüero. A esto alude también la frase de *Act.* 2, 20: «la luna se convertirá en sangre»; con lo que quiere dar a entender aquel color oscuro-rojizo que se observa en los eclipses (cfr. Schiaparelli, *Die Astronomie im AT* 37). No parece tan aceptable que la sentencia tomada asimismo de Joel: Dios hará «aparecer en el cielo sangre y columnas de fuego y humo», aluda a los cometas y meteoros, de suerte que por «columnas de humo» se haya de entender cabellera o zona atmosférica luminosa (ibid 45).

[3] 2, 1-3 12 13 17.

[4] Es decir, yo os volveré de la cautividad.

[5] «Un maestro» etc., debe entenderse en el mismo sentido que *Deut.* 18, 15 (núm. 394), «un profeta»: El os envía maestros (profetas) para (instruiros en) la justicia (bendiciones espirituales) y (en) todos los bienes que os ha prometido en recompensa de vuestra fidelidad a la Ley. Estas palabras encierran, por consiguiente, una alusión indirecta al Mesías, Profeta perfecto y Maestro acabado de justicia, y a sus bendiciones espirituales.

[6] Es decir, después que el Mesías anuncie su doctrina perfecta, el Espíritu Santo será comunicado a todos los hombres que lo anhelan, de cualquier linaje, edad y condición que sean. Así declara este lugar el Apóstol san Pedro (*Act.* 2, 16 ss.). «Profetizar» significa aquí, como en muchos otros pasajes de la Sagrada Escritura (núms. 470 y 486): hablar

fuego y vapor de humo. El sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre; antes que venga el grande y espantoso *día del Señor*[1] Y acaecerá que todo el que *invocare el nombre del Señor* será salvo; porque habrá salvación en el monte de Sión y en Jerusalén, como dijo el Señor, y en los residuos que hubiere llamado el Señor»[2].

«Porque en aquellos días y en aquel tiempo, cuando yo levantaré el cautiverio de Judá y de Jerusalén[3], *juntaré todas las gentes y las llevaré al valle de Josafat*[4]; y allí disputaré con ellas en favor de mi pueblo y de mi heredad Israel, que ellas dispersaron entre las naciones, repartiéndose mi tierra. — Y el Señor rugirá[5] desde Sión, y desde Jerusalén dará su voz; y temblarán los cielos y la tierra; mas *el Señor es la esperanza de su pueblo,* y la fortaleza de los hijos de Israel. Y sabréis que yo, Yahve, soy el Dios vuestro, que moro en Sión mi monte santo; y Jerusalén será santa, y los extranjeros no pasarán por ella[6]. En aquel tiempo *destilarán los montes dulzura,* y los collados manarán leche; y por todos los arroyos de Judá correrán aguas; y de la casa del Señor saldrá una fuente, y regará el arroyo de las espinas[7]. Egipto quedará desolado, e Idumea será convertida en desierto de perdición; porque trataron con injusticia a los hijos de Judá, y derramaron la sangre inocente en su tierra[8]. Y *Judea será siempre poblada;* y Jerusalén, de generación en generación[9]. Y los limpiaré del homicidio[10] de que aun no los había purificado, y *el Señor morará en Sión*»[11].

637. También la persona y vida de Abdías[12] están envueltas en tinieblas; es asimismo muy discutida la época en que profetizó. Mientras unos le tienen por contemporáneo de Ageo y Zacarías, otros, con argumentos mucho más sóli-

por inspiración sobrenatural; análogamente «sueños, visiones (sobrenaturales)» (núm. 147) denotan iluminación sobrenatural.

[1] Tales prodigios precedieron a la destrucción de Jerusalén el año 70 d. Cr., transcurrido el tiempo de gracia que se concedió al pueblo judío; este castigo con las señales precursoras es figura de aquel otro, mucho más terrible, que ha de alcanzar a todas las gentes al fin de los tiempos (cap. 3). De ambos habla el Salvador en su profecía (*Matth.* 24).

[2] 2, 18 s. 23 28-32.

[3] Al fin de los tiempos mesiánicos, cuando Israel, desechado hasta entonces, haya alcanzado la gracia de la conversión, que los demás pueblos habrán perdido por su incredulidad, apostasía y corrupción (cfr. *Luc.* 18, 8; *Rom.* II).

[4] Así se llama el valle situado entre Jerusalén y el monte de los Olivos, por donde discurre el torrente Cedrón. Tiene su origen cerca del «panteón de los Jueces», dirígese hacia el sudeste, y pasando junto al «panteón de los Reyes» toma luego la dirección meridional (cfr. núm. 508; *HL* 1890, 122 149; 1891, 64). Sólo Joel le da este nombre, si es que el Profeta quiso designar este valle y no en general el lugar donde se haya de verificar el Juicio Final, conforme al significado de la palabra Josafat («el Señor juzga»). (Para más detalles cfr. núm. 636; *LB* II 811). La sola mención del valle dió pie a que los judíos creyesen haberse de celebrar el Juicio Universal junto a Jerusalén. De aquí el anhelo que muchos judíos tienen de acabar sus días en la Ciudad Santa y ser enterrados en el valle de Josafat, para estar cerca del lugar del Juicio. Al oriente y mediodía el valle está sembrado de tumbas judías; en la parte occidental junto a los muros del Templo hay un cementerio mahometano.

[5] Como un león cuyos rugidos infunden espanto y terror. La comparación nada tiene de vulgar; está fundada en la fuerza que esta fiera demuestra y en el estremecimiento que produce.

[6] Todos los malos serán separados de la nueva Jerusalén, de la Iglesia triunfante (cfr. *Is.* 26, 1 ss.; *Apoc.* 21 y 22).

[7] Imágenes de las bendiciones.

[8] Imágenes de la suerte de los enemigos del reino de Dios (cfr. *Is.* 66).

[9] Eterna duración de la Iglesia triunfante.

[10] Homicidio significa pecado, en particular el deicidio que pesa sobre el pueblo judío (cfr. *Zach.* 12, 10 ss.).

[11] 3, 1 s. 16 21.

[12] Cfr. Peters, *Die Prophetie Obadjahs* (Paderborn 1892) 40 ss.; Leimbach, *Bibl. Volksbücher* IV 28; Theis, *Die Weissagung des Abdias* (Tréveris 1917).

dos, le hacen intervenir a fines del siglo IX y aun antes, pues los profetas Joel, Amós y Jeremías conocieron y utilizaron la profecía de Abdías. Su librito (21 versículos) contiene dos vaticinios: en el primero anuncia *a los idumeos la ruina*, por su enemistad con el pueblo de Dios (1-16); en el segundo promete a *la casa de Jacob la restauración,* después que Dios juzgue a todos los enemigos, los pueblos paganos, y una gran difusión en el *reino venturoso del Mesías* (17-21).

Visión de Abdías. Esto dice el Señor Dios a Idumea: «Nosotros hemos oído las palabras del Señor, y un legado envió a las gentes. Levantaos, y vamos a pelear contra Idumea en batalla. Mira que te he hecho pequeñuelo entre las naciones; tú eres despreciable en extremo. La soberbia de tu corazón te ha engreído, porque moras en las aberturas de las peñas y tienes tu asiento en las alturas; y dices en tu corazón: ¿quién me derribará en tierra? Si te remontares como águila, y si pusieres tu nido entre las estrellas, de allí *te derribaré»,* dice el Señor.—« *Y en el monte de Sión habrá salvación* [1]*;* santo es él y la casa de Jacob poseerá a los que la habían poseído [2].—Y subirán salvadores [3] al monte de Sión a juzgar el monte de Esaú; y *el reino será del Señor»* [4].

87. Acaz, Ezequías, Manasés y Amón, reyes de Judá

(IV *Reg.* 16; 18-21. II *Par.* 28-33)

638. Los enemigos de Judá (cfr. núm. 635) fueron funestos sobre todo durante el reinado de **Acaz,** hijo y sucesor de Joatam. Compitió Acaz en la *idolatría* con los reyes de Israel; erigió *numerosas estatuas* de Baal; ofreció a las mismas sacrificios e incienso en los lugares altos y en los bosques, y sacrificó a uno de sus hijos a Moloc [5] en el *valle de Ennom* [6]. Por esto entregó Dios su reino

[1] Cfr. *Ioel* 3, 21; núm. 635.

[2] Cuando se instaure el reino mesiánico, dominarán a los pueblos que les tuvieron oprimidos.

[3] Mensajeros y representantes del Mesías, como los libertadores y jueces antiguos.

[4] Versículos 1-4 17 21. Las últimas palabras declaran el fin y objeto de toda profecía mesiánica: Dios es el soberano del reino mesiánico; en éste se ha de realizar plenamente su señorío.—En pequeño y en figura cumplióse la profecía cuando Juan Hircano sometió a Idumea y restauró en aquel país el culto del verdadero Dios. Pero las palabras del Profeta apuntan más alto y alcanzan a tiempos más lejanos, al reino mesiánico que se ha de extender a todas las gentes (*Matth.* 28, 19. *Marc.* 16, 16. I *Cor.* 15, 24).

[5] Acerca de Moloc cfr. núms. 124, 125, 385, 394. Ya en la *Mischna* (la parte más antigua del *Talmud*) se lee que «pasar por el fuego» (IV *Reg.* 16, 3; 17, 17) no significa sacrificio humano, sino una ceremonia de purificación, como el salto de la hoguera en las fiestas paganas del solsticio. *ATAO*[3] 553. Según *Ierem.* 7, 31; 19, 5, se trata de verdadera inmolación. Por regla general primero se mataba al niño y luego se le quemaba en el fuego, como en Cartago. Más tarde se habla en el *Talmud* de una estatua ardiente de Moloc, en cuyos brazos se colocaban vivos los niños. El material para el estudio de esta cuestión puede verse en Kortleitner, *De Polytheismo* 216 ss.

[6] También *Valle Ben-Ennom* (en hebreo *Ge-Hinnom, Ge-ben-Hinnom, Ge-b'ne-Hinnom,* es decir, valle de Hinnom, valle del hijo o de los hijos de Hinnom o Ennom); tenía este nombre de su primer dueño. Es una profunda garganta que, limitando a Jerusalén por el sur, va a juntarse con el Tiropeón y el Cedrón en el ángulo sureste de la ciudad (cfr. núm. 508). En este punto se ensancha el valle formando una hermosa vega (antiguo jardín real), regada por la fuente de Siloé. Allí estaba el lugar espantable Topheth (que significa lugar del incendio), en cuyos altonazos se alzaban las execrables estatuas de Moloc y eran sacrificados los niños. Esta abominación hizo que al antiguo nombre del valle se diese nuevo significado; la palabra hebrea *hinnon* recordaba a los judíos la voz *hanan,* que significa gemir, y les traía a la memoria los gemidos de los niños sacrificados al ídolo; de ahí que aquel lugar se convirtiese en «valle de los gemidos»; y era tan grande el horror que causaban aquellas abominaciones, que se dió al infierno el nombre del valle (*Geenna* o *Gehenna, Matth.* 5, 22, etc) A *Topheth* también se le buscó raíz adecuada: *tuph,* que significa escupir, de donde *Topheth* venía a ser «escupidera, lugar asqueroso». Cuando Dios amenaza convertir a Jerusalén en un Topheth, quiere decir que

a los extranjeros. Los *idumeos y los filisteos* penetraron en Judá por el sur y la saquearon; por el norte, los reyes Facee de Israel y Rasín de Siria unidos, devastaron el país, pasaron a cuchillo a miles de guerreros judíos y sitiaron a Jerusalén[1] con la intención de *derribar la casa de David* e imponer a Judá un rey pagano.

No permitió el Señor que se realizara este proyecto, que iba contra las promesas que hiciera a David. Por lo que envió al profeta Isaías a Acaz, para que le exhortase a confiar en el Señor y le ofreciese una *gran señal* de la certeza del socorro divino[2]. Rehusó Acaz hipócritamente la señal y acudió a Teglatfalasar, rey de Asiria, en demanda de auxilio[3]. Vino éste con prontitud, derrotó a los dos reyes aliados, mató a Rasín, destruyó su reino y se llevó prisioneros a los habitantes de Siria y norte de Israel. Presto volvió sus armas contra Acaz, el cual compró la paz entregándole los tesoros del palacio y del Templo. Enfurecido por esta desgracia, de la cual sólo él era culpable, mandó hacer pedazos los vasos sagrados, cerrar las puertas del Templo y erigir altares a los ídolos por todo el país. Murió al poco tiempo odiado de todos y no se le enterró en el panteón de los reyes[4].

639. Muerto Acaz, subió al trono su hijo **Ezequías** (en hebreo *Hiskia)* a la edad de 25 años (721-393)[5]. Mandó *destruir los altares de los ídolos* y la *serpiente de bronce*[6] fabricada por Moisés, e idolátricamente adorada en tiempo de Acaz, e hizo desaparecer el *culto de lugares altos*. Abrió las puertas del Templo, reunió a los sacerdotes y les dijo: «Purificaos y limpiad la casa del Señor. Nuestros padres la abandonaron, cerraron sus puertas, apagaron las lámparas, dejaron de quemar incienso y de ofrecer los holocaustos en el Santuario del Señor. Por eso se ha encendido la cólera del Señor contra Judá y Jerusalén, y nuestros padres han perecido al filo de la espada».

La bendición del Señor acompañó visiblemente todos los pasos de este piadoso rey, y Judá floreció de nuevo bajo su mando. Sin embargo, sucedió[7] el año 14 de su reinado, que *Senaquerib,* rey de los asirios, vino con

---

hará de ella lugar de asesinatos y de sumo horror. Cfr. *Ierem.* 7, 31; 19, 6 12; Döller, *Studien* 324 ss.

[1] Cfr. núm. 616.

[2] *Is.* 7, 3 ss.; cfr. núm. 649.

[3] Acaz aparece en las inscripciones asirias entre los reyes tributarios. Cfr. Kaulen, *Assyrien und Babylonien* 236 s.

[4] Según IV *Reg.* 16, 19, fué sepultado «en la ciudad de David»; según II *Par.* 28, 27, en Jerusalén, pero «no en los sepulcros de los reyes de Israel», es decir, de David, Salomón, etc.

[5] Véase en Kugler *(Von Moses bis Paulus* 160 ss) el cálculo de este dato.

[6] Cfr. núm. 374. Llamábase *Nehustán* o Nehestán, que significa imagen de bronce. «La cosa es oscura desde el punto de vista de la historia de las religiones» (cfr. *ATAO*[3] 554). Adoración idolátrica de la serpiente se encuentra en Babilonia y pueblos vecinos, en Egipto (serpiente de Ureus) y Canaán. Kautzsch 535. Landersdorfer opina que el nombre es árabe, y sospecha que la adoración supersticiosa de la serpiente sea de origen árabe *(BZF* III 5/6, 64).—Sanda cree poder admitir que esta serpiente de bronce no era la primitiva mosaica, sino otra hecha a semejanza de aquélla *(Die Bücher der Könige* II 241; en sentir del mismo, ibid. I 214, Tabernáculo y altar mosaicos fueron hechos en tiempo de David y de Salomón a semejanza del modelo mosaico). No se dice en el texto que la imagen de la serpiente se guardase y adorara en el Templo.

[7] Aquí y en el lugar paralelo de Isaías (36, 1) dice la Sagrada Biblia: en el año 14 de Ezequías. Este dato ocasiona graves dificultades a los comentaristas, pues Ezequías subió al trono el 721, y la expedición de Senaquerib se verificó el 701, según datos ciertos de la historia asiria. En cambio está de acuerdo con el relato de la enfermedad de Ezequías (v. núm. 640). Sospecho que el relato de la enfermedad y de la embajada de

un poderoso ejército a la conquista de todas las ciudades fuertes de Judá, se apoderó de ellas y amenazó a Jerusalén. Ezequías salvó la ciudad pagando un tributo de 300 talentos de plata [1] y 30 de oro, para lo cual tuvo que vaciar los tesoros reales y arrancar de las puertas del Templo del Señor las planchas de oro con que él mismo las había guarnecido. No contento con esto, Senaquerib envió a su general Rabsaces [2] con una división contra Jerusalén para obligarla a entregarse.

«¿En quién confiáis, gritó Rabsaces a los judíos que estaban en las murallas, que os dejáis sitiar en Jerusalén? ¿No os engaña Ezequías, diciéndoos que Yahve, vuestro Dios, os librará de las manos de los asirios? ¡Cómo! ¿Por ventura uno siquiera de los dioses de aquellos países que mi rey conquistó ha podido salvar a su pueblo? ¿Pues cómo os podrá librar el Dios de Ezequías de las manos de mi rey?». Y añadía otras blasfemias. Ezequías se fué al Templo y oró al Señor. Mandó sacerdotes vestidos con trajes de penitencia a buscar al profeta Isaías y suplicarle que invocase él también al Señor, pidiéndole socorro [3]. Isaías le mandó esta respuesta: «Esto dice el Señor: No tienes que intimidarte; porque el Señor ha escuchado tu oración. Yo enviaré al rey de los asirios cierto espíritu [4]; y oirá una nueva, y se volverá a su país, donde le haré perecer al filo de la espada».

Entretanto llegó a Senaquerib la noticia [5] de que Taraca [6], rey de los etíopes, había salido a campaña contra él. Inmediatamente envió a Ezequías un mensaje escrito que contenía poco más o menos las mismas palabras que pronunciara Rabsaces, intimando la rendición. Ezequías fué de nuevo al Templo pidiendo a Dios socorro. Prometióselo el Señor por segunda vez. «Has acudido a mí a causa de Senaquerib, respondióle por boca de Isaías; ésta es la sentencia que contra él he pronunciado por segunda vez: ¿A quién has insultado, y de quién has blasfemado? ¿Contra quién has levantado tu voz y has alzado tus ojos a lo alto? ¡Contra el Santo de Israel!... No pondrá el pie en esta ciudad el rey de los asirios, ni disparará contra ella saeta alguna; ni alzará broquel contra ella, ni la cercará con trincheras; por el camino que vino se volverá». Y he aquí que

---

Merodac-Baladán (IV *Reg*. 20, 1-9), con la introducción «En el año 14 del rey Ezequías» (18, 13), iban originariamente a continuación de 18, 12, siguiendo luego el historiador: En aquel «tiempo (20, 1) marchó Senaquerib, rey de Asiria, contra las ciudades fortificadas de Judá» (18, 13-19, 37). El rey Ezequías enfermó en 708/07, la embajada del rey de Babilonia acaeció en el corto espacio de la segunda época de Ezequías (704) y tres años más tarde vino Senaquerib con su ejército contra Judá. El orden en que Isaías trae estos relatos (36-39) pudo, quizá, haber influído en el cambio de lugar que aquí se advierte. Sea de esto lo que fuere, el error de la fecha (también *Is*. 36, 1) es sólo de redacción.

[1] Según las inscripciones asirias 800 talentos de plata. No hay aquí corrupción del texto, como algunos suponen. El relato bíblico expresa el tributo en unidades *israelitas;* los anales asirios, en *babilónicas;* el siclo babilónico de plata (5, 6 g.) estaba con el israelita, según la pesa del Templo, en la razón de 3 a 8. Cfr. Kalt, *Bibl. Archäologie* núms. 67 y 68.

[2] En su campaña contra Egipto, Senaquerib conquistó las ciudades fuertes de Judá hasta Jerusalén y acampó en Laquis, ciudad de la región meridional de Judá, en el camino de Egipto, cerca de los límites de Judá (v. núm. 415). Identifícanla unos con la actual *Um-Lakis*, otros con Tell es-Hesy (núm. 9). Cfr. Döller, *Studien* 266 ss. Senaquerib quería a toda costa apoderarse de Jerusalén para tener cubierta la retirada. Rabsaces es nombre de empleo, título del segundo general en jefe del ejército. Cfr. Tiele, *Babylonische und assyrische Geschichte* (Gotha 1886) 254.

[3] Cfr. *Is*. 37, 2 ss.

[4] Un espíritu de consternación, por noticias que les harán renunciar a Jerusalén y regresar a su país.

[5] Lobna o Libna, ante cuyas murallas recibió la noticia (según *Is*. 37, 8 9), acaso las actuales ruinas de Beit el-Ban, unos 10 Km. al sureste de Beit-Djibrin, se hallaba a unos 30 Km. al oeste de Laquis, en dirección a Jerusalén. Cfr. Döller, *Studien* 252 s.

[6] Cfr. núm. 576. Müller, *Aetiopien,* en *AO* VI 23.

aquella noche [1] vino el Angel del Señor y mató en el campamento de los asirios a ciento ochenta y cinco mil hombres. Senaquerib se retiró sin dilación con el resto del ejército a su país. Allí fué muerto por sus propios hijos, que luego huyeron a Armenia (v. núm. 620).

Acerca de estos sucesos nos ofrece la Sagrada Escritura tres relatos concordantes (IV *Reg.* 18, 12-19, 37; *Is.* 36 y 37; II *Par.* 32); tenemos también noticias asirias en las inscripciones con que Senaquerib perpetuó su memoria. Este rey, que subió al trono en 704, tuvo que sofocar peligrosas conjuraciones, pues a la muerte del poderoso conquistador Sargón (722-705) algunos pueblos se aprestaron a sacudir el yugo de Asiria. En el notabilísimo prisma exagonal de Taylor se gloría Senaquerib del feliz éxito de sus campañas. La tercera fué a Occidente. Aunque esta importantísima inscripción pasa por alto cuanto pudiera ceder en desprestigio de los asirios, y calla, por ejemplo, que Jerusalén no pudo ser conquistada, merece sin embargo especial consideración, como paralelo de los relatos bíblicos (especialmente de IV *Reg.* 18, 13-16). Refiere primero la expedición contra Fenicia, cuyas ciudades, a excepción de Tiro, se sometieron a Senaquerib. Cuenta luego la campaña contra Ekron, y cómo vino en auxilio de los sitiados un ejército egipcio-etiópico («los reyes de Musur y Meluchā»); termina con la guerra contra Ezequías (Hazakiau). Los habitantes de Ekron encadenaron a su rey Padi, que era afecto a los asirios, y lo entregaron al rey Ezequías, el cual le guardó prisionero en Jerusalén. Cuando Senaquerib se dirigió contra la ciudad de Ekron, vino en auxilio de ésta un ejército innumerable de Musuri y Miluchi. Trabaron combate ambos ejércitos a la puerta de la ciudad de Altaqu (Eltheke, *Jos.* 19, 44; 21, 23), quedando victorioso Senaquerib. Conquistada Ekron, repuso Senaquerib en el trono a Padi, haciéndole tributario. Dice después la inscripción: «De Hazakiau el judío sitié y conquisté 46 ciudades fuertes, e innumerables ciudades pequeñas. Tomé como botín 200150 personas, hombres y mujeres, viejos y jóvenes; al Rey le encerré, como a pájaro en jaula, en su residencia de Jerusalén». Como tributo impuesto a Ezequías, cita Senaquerib «a sus hijas, damas de la corte, músicos y músicas», además de 30 talentos de oro, 800 de plata, piedras preciosas, marfil, etc.; todo lo cual envió Ezequías «(a Nínive, mi residencia); para tributarme vasallaje envió a su embajador» [2]. Hasta hace poco se creyó que el relato bíblico y la inscripción asiria se referían a un mismo hecho acaecido en 701, con la sola diferencia de haber el documento asirio pasado en silencio la derrota de Senaquerib a las puertas de Jerusalén y hecho depender el tributo de Ezequías del éxito glorioso de su campaña. Todavía sostienen hoy esta opinión muchos asiriólogos y exegetas de distintas tendencias [3]. Pero algunos asiriólogos y teólogos, siguiendo

---

[1] «En aquella noche» debe entenderse de la noche en que se cumplió la profecía. No pretende el Profeta relatarnos el suceso según el orden cronológico y siguiendo los detalles de su desarrollo; nos participa sencillamente que el vaticinio se realizó. Es indudable que en el suceso intervino Dios milagrosamente; pero pudo servirse de ciertas circunstancias naturales (peste, epidemia) para aniquilar el poderío asirio. La cifra 185000 se refiere a todos los alcanzados por la catástrofe; debe entenderse aproximadamente y en globo; y quizá se hubiese introducido en el relato en época posterior. El relato paralelo de los *Paralipómenos* (II *Par.* 32, 21) no trae el número y sólo dice: «El Angel de Dios hirió en el campamento a los hombres valerosos, guerreros y príncipes del rey de los asirios». Herodoto (2, 14) habla de una plaga de ratones que obligó al asirio a levantar el cerco. Es posible que el historiador griego aceptara la palabra ratón como símbolo de la peste (I *Reg.* 5 s.; núm. 464). Sea de ello lo que fuere, es sorprendente la coincidencia de las tradiciones hebrea y egipcia, según las cuales un suceso natural extraordinario fué parte para la retirada de los asirios. Cfr. Kittel, *Die Bücher der Könige* 291.

[2] Según Kautzsch 536 y Gressmann, *AOT* 119 s.; cfr. también Kaulen, *Assyrien und Babylonien*[5] 155 ss.; Winckler, *KT*[3] 43.

[3] Así entre los primeros Bezold (1904) refiriéndose a Nagl, *Der Zug Sanheribs* (Leipzig 1902), F. Küchler, Wilke y otros; entre los segundos Nagl, *Nachdavid. Königszeit* 291 ss. Breme, *Ezechias und Sennacherib,* en *BST* XI 5 (1906), donde se ventila esta cuestión en todos sus aspectos.

a Winkler[1], opinan que las expediciones contra Jerusalén fueron dos, y que el pasaje bíblico, en su forma actual, reúne en uno solo, sea por abreviar, sea por el parecido intrínseco y extrínseco, dos sucesos que ocurrieron con un intervalo de diez años. Se fundan para ello en la crítica literaria, que cree haber descubierto[2] en el lugar paralelo (IV *Reg.* 18; *Is.* 36) un «relato duplicado» (que puede versar acerca de un solo hecho, o tal vez referirse a dos diferentes); en noticias egipcias, según las cuales Taraca no subió al trono de Egipto antes del 691, y por tanto, mal pudo intervenir en la guerra de 701; y finalmente, en noticias asirias, según las cuales Senaquerib no fué asesinado luego de regresar de su campaña a Occidente, sino que todavía emprendió una serie de nuevas expediciones a Oriente y Mediodía, humilló a los babilonios, y tal vez en 690 hizo una campaña contra Arabia, terminada la cual acabó miserablemente sus días[3].— Mas estas hipótesis no son seguras. No está demostrado que Taraka no hubiese subido ya en 703 al trono de Egipto; en todo caso *pudo* haber tomado parte en la guerra contra Senaquerib; y aun prescindiendo de esto, es cierto que el rey de Etiopía — como se le llama a Taraka en la Biblia —, antes de tomar posesión de su reino, vivió largo tiempo en la corte de Faraón y tomó parte activa en la política de Egipto[4]. La hipótesis de la doble expedición de Senaquerib contra Jerusalén no se ha comprobado ni con nuevos descubrimientos, ni con otras pruebas; por el contrario, cada día encuentra mayor oposición[5].

640. El año 14 de su reinado[6] *enfermó de muerte Ezequías*. Vino Isaías a visitarle por orden de Dios, y le dijo: «Dispón tus cosas porque vas a morir». Llenóse de espanto Ezequías; mas lleno de confianza se volvió a Dios diciendo con lágrimas[7]: «¡Ah, Señor! acuérdate que yo he andado delante de ti con sinceridad y rectitud de corazón, haciendo lo que es agradable a tus ojos». No salió fallida su esperanza; pues apenas abandonó Isaías el palacio real, habló el Señor al Profeta y le dijo: «Vuelve y di a Ezequías: He visto tus lágrimas y oído tu oración; de aquí a tres días subirás, curado, al Templo del Señor; y *alargaré 15 años tu vida*».

Comunicó Isaías al Rey las palabras del Señor, y aplicó un emplasto de higos a la úlcera[8]. Quiso Ezequías tener certeza de su salud, y pidió una *señal* de que realmente había de sanar y subir a los tres días al Templo del Señor. Preguntóle Isaías: «¿Quieres que la *sombra de las manecillas del reloj* (solar) adelante 10 grados o retroceda otros tantos?» Ezequías pidió esto último; y he aquí que, a la voz del Profeta, el Señor hizo aquel prodigio en el reloj de Acaz[9]. Y el Rey

---

[1] *KAT*³ 320; cfr. Prasek, *Sanheribs Feldzüge gegen Juda,* en *MVG* VIII 4.
[2] Desde Stade en *ZAW* VI (1886).
[3] Cfr. Breme l.c. 70 ss.; *BZ* V 62 y 89.
[4] Alt, *Israel und Aegypten* 80 s.
[5] Cfr. Herzog, *Die Chronologie der beiden Königsbücher* 697; Šanda, *Die Bücher der Könige* II 245 293 ss.; Kittel, *Geschichte des Volkes Israel* II³ 554 ss.; 621 ss.; Gressmann (Schmidt), *Die Schriften des AT* II, 2, 21 ss.
[6] Vide página 624, nota 7.
[7] Porque iba a morir en la flor de la edad (tenía entonces 40 años) y acaso aun más, como se desprende de su cántico de acción de gracias, porque no dejaba hijos, y temía se extinguiese el linaje de David, del cual había de nacer el Mesías. Tres años más tarde de esto le nació Manasés (cfr. IV *Reg.* 18, 1 13; 21, 1).
[8] Usaban los antiguos de los higos para reblandecer los tumores; pero aquí, donde la enfermedad era mortal y la curación fué repentina, y el Profeta ofreció un milagro en garantía de la salud del enfermo, los higos encerraban un símbolo y alusión, de la misma manera que en las acciones simbólicas de Elías y Eliseo.
[9] En el reloj que había mandado hacer el incrédulo Acaz, su padre.—Para el milagro es indiferente que el *reloj solar* fuese cual hoy lo entendemos o una escalera de 20 peldaños por lo menos, que la sombra de las manecillas recorría. El *retroceso de la sombra* sólo

sanó. En agradecimiento por tan prodigiosa curación, compuso Ezequías un hermoso *cántico,* que se reza en las horas canónicas [1].

641. «Yo dije: En el medio de mis días he de ir a las puertas del reino de los muertos; he de verme privado del resto de mis días. Dije: No veré al Señor Dios en la tierra de los vivientes [2]. No veré más a hombre alguno, a los que moran en reposo [3]. Mi vida me ha sido quitada y envuelta como tienda de pastores. Mi vida ha sido cortada como por tejedor [4]; cuando apenas la había comenzado a urdir, me la cortó (el Señor); de la mañana a la noche [5] acabas conmigo. Esperaba hasta la mañana; mas, como león, así molió (Dios) todos mis huesos [6]; de la mañana a la noche acabarás conmigo. Como polluelo de golondrina, así grito, suspiro como paloma; desfallecen mis ojos mirando a lo alto. Señor, acórreme, que padezco. ¿Qué diré, o qué me responderá El a mí, cuando El mismo lo ha hecho? [7] Repasaré delante de ti todos mis años con amargura de mi alma. Señor, si tan (mísera) es la vida y tan (mezquino) el hálito de mi vida, castígame; empero otórgame la vida. He aquí que en la paz (me hirió) mi amargura amarguísima [8]. Mas tú has librado mi alma de que no pereciese; echaste tras tus espaldas todos mis pecados. Porque el infierno no te glorifica, ni la muerte te alaba; no esperan tu verdad los que descienden al lago [9]. El que vive, el que vive, ése te da alabanza, así como yo hoy; el padre anuncia a los hijos tu verdad. Señor, sálvame, y te cantaremos nuestros salmos todos los días de nuestra vida en la casa del Señor».

642. Olvidóse por un momento Ezequías del espíritu de humildad que su cántico revela, a tiempo que le visitaron los legados de *Merodac-Baladán,* rey de Babilonia, para felicitarle por su restablecimiento, o acaso para ganarle contra el rey de Asiria. Ezequías se sintió muy halagado y mostró a los embajadores todas sus provisiones y tesoros, para que se formasen elevado concepto de su riqueza y poderío. Desagradó esta vanidad al Señor, el cual le hizo saber por medio del profeta Isaías: «He aquí que vendrán días en que todo cuanto hay en tu palacio *será transportado a Babilonia;* no quedará cosa alguna, dice el Señor; y tus mismos hijos

---

podía acaecer por un *milagro* de Dios; mas para esto no era necesario que el sol (o la tierra en su rotación) efectuase un movimiento retrógrado, sino bastaba que se alterase la refracción de los rayos solares. Algo análogo, aunque en menor escala, sucedió en Metz el año 1703: el P. Romualdo, prior de un monasterio de aquella ciudad, y otras personas observaron que, en virtud de una especial refracción de la luz, la sombra del reloj solar retrocedió hora y media.—Cfr. Schegg, *Der Prophet Isaias* II 279. En el caso de Ezequías lo milagroso consistió en haber sucedido el fenómeno a petición del Rey, en tan gran escala y a la medida precisa de su deseo. Aquello de *Eccli.* 48, 26: «En sus días retrocedió *el sol* y prolongó la vida al rey» (es decir, le garantizó la prolongación de la vida), se refiere al milagro, y es una explicación popular, de acuerdo con las apariencias. Puede verse comentado a fondo este pasaje en A. Müller, *NO* XLVIII (1902) 257 ss. *(Bibel und Gnomonik).*

[1] *Is.* 38, 10-20. La Iglesia reza este cántico en las Horas del viernes y en Laudes del Oficio de Difuntos. Cfr. la explicación de Thalhofer, *Psalmen*[6] 919. Notas críticas y exegéticas en *ZKTh* XLII (1918) 46 ss.

[2] No podré presentarme ya más ante el Señor en su Templo.

[3] No seré testigo de la dicha de mi pueblo.

[4] Como un tejido comenzado y que antes de terminar lo cortan «de la urdimbre».

[5] Dentro de poco.

[6] O bien: Como león despedaza mis huesos (el dolor de la enfermedad, una úlcera de mala índole); dícese de un dolor que desgarra las entrañas.

[7] El es el Señor de la vida y a nadie rinde cuentas.

[8] En pleno vigor de mi vida está inminente la muerte.

[9] Los muertos no pueden darte alabanzas entre los hombres, ni tienen esperanza de volver a la vida antes de la resurrección de la carne.

que saldrán de ti serán llevados cautivos» [1]. Ezequías se humilló y dijo: «Justa es la sentencia del Señor, pero reine al menos durante mi vida la paz y la seguridad».

El milagro de la sombra del reloj de Acaz guarda íntima relación con su finalidad. Así como el sol renovó su curso desde el punto a que retrocediera, así habían de comenzar de nuevo los años ya transcurridos del enfermo. Pero todavía encierra este prodigio otra alusión profunda y misteriosa al objeto para el que se le prolongó la vida, a saber: la posibilidad y certeza del cumplimiento de la *promesa mesiánica* hecha a David. Acaz, padre incrédulo de Ezequías, no quiso pedir una *señal* de que no sería exterminada la casa de David, ni vana la promesa mesiánica; por lo cual le remitió el profeta a Emanuel, el hijo de una virgen [2]. Su piadoso hijo Ezequías, enfermo de muerte, ve extinguirse con él la casa de David, mas confía, suplica y acepta con regocijo la señal ofrecida, la cual representa para él la curación y para la casa de David la subsistencia y el *nacimiento* prodigioso *del Mesías* del seno *de una Virgen.* El prodigio está, pues, en su lugar y es digno de Dios. Por eso en el *Oficio Brevísimo de la Inmaculada Concepción* se alude a él como a figura del maravilloso nacimiento de Jesús del seno de una virgen: «Salve, ¡oh reloj! en el cual retrocedió 10 grados el sol cuando concebiste el Verbo» [3].

643. Manasés (693-639) sucedió en el trono a su padre Ezequías a la edad de 12 años. Fomentó por todos los medios la *idolatría,* adoró a los astros («al ejército del cielo» [4]) a la manera asiriobabilónica, erigió altares a los ídolos en ambos atrios del Templo, colocó una estatua de *Astarte* [5], sacrificó a un hijo suyo a *Moloc* [6] y se entregó a las artes egipcias, a la nigromancia y a toda clase de abominaciones paganas. El pueblo, inducido por su rey, cometió mayores errores que los gentiles que vivieran antes en Canaán. Persiguió Manasés a los profetas, porque le reprochaban su conducta, y derramó ríos de sangre inocente hasta inundar Jerusalén [7].

---

[1] Esta profecía, humanamente entendida, era muy poco verosímil. Pues por entonces el reino babilónico era insignificante y estaba sometido al asirio. Merodac-Baladán (Marduk-habal-iddina, que quiere decir: Marduc me dió un hijo) se había levantado por segunda vez para sacudir el yugo asirio, y su embajada a Ezequías tenía, sin duda, por objeto ganar al rey judío para sus planes. Pero fué derrotado en la primera campaña de Senaquerib; y aunque logró escapar y se alzó repetidas veces, nunca pudo conseguir sus deseos. Cien años más tarde sacudió Babilonia el yugo de los asirios y se convirtió en un imperio. Entonces se cumplió la profecía de Isaías. Cfr. Kaulen, *Assyr. u. Babil.* 243 ss.

[2] Cfr. núm. 638; núm. 649. Véase en *Eccli* 48, 19 ss. el elogio de Ezequías.

[3] *Salve, horologium*
quo retrogradiatur
sol in decem lineis:
Verbum incarnatur.

Vide Vives, *Manuale dev. Mariæ Virginis. Off. Breviss. Imm. Concep.: Hymnus ad Vesperas,* página 128 (N. DEL T.).

[4] El sol, la luna y los planetas, a los cuales estaba consagrado entre otros el gran templo de Borsippa (Birs Nimrud); pero también los espíritus buenos y malos que los asiriobabilonios relacionaban con los astros, tributándoles adoración supersticiosa. Cfr. Schiaparelli, *Die Astronomie im AT* 41 76 ss.

[5] Cfr. núms. 425, 638.

[6] Cfr. núms. 124, 638.

[7] Se cree que dió muerte al profeta Isaías (cfr. núm. 644). Cambio tan radical, después de la reforma religiosa llevada a cabo por Ezequías, se explica por la preponderancia que durante la menor edad de Manasés adquirieron los descontentos (que debieron de ser numerosos e influyentes). Pudieron haber contribuído otros factores políticos, pues la poderosa Asiria trataba por aquel tiempo de extender su predominio hasta Egipto.

El Señor le anunció por medio de un profeta, que mediría a Jerusalén con la misma cuerda que a Samaria y con la misma plomada que a la casa de Acab, y estregaría y volvería de revés la ciudad, como una tablilla de escribir o una escudilla.

En una expedición que hicieron los asirios a Occidente, se llevaron a *Manasés cautivo* a Babilonia, amarrado con cadenas [1]. En su desgracia, oró al Señor e hizo sincera *penitencia*. Oyóle el Señor, y Manasés recobró la libertad y el reino. Desterró la idolatría y sirvió con fidelidad a Dios hasta el fin de sus días. Fué enterrado en el jardín de su palacio.

Amón (639-638) siguió los malos ejemplos de su padre, mas no los buenos. Al segundo año su reinado murió víctima de una conjuración de sus mismos criados, que le asesinaron en su propio palacio. El pueblo dió muerte a los conjurados y proclamó rey a Josías, hijo de Amón. Fué enterrado Amón junto a su padre Manasés.

88. El profeta Isaías

(Hacia 738-690 a. Cr.)

644. Entre los profetas que nos han legado sus escritos, el mayor es *Isaías;* grande, tanto por la larga duración de su vida pública, como por el contenido y ámbito de sus profecías. Es también el primero de los cuatro Profetas Mayores [2].

---

[1] Cfr. II *Par.* 33, 11. La crítica tuvo antes por tendencioso el relato de las *Crónicas* acerca del castigo y de la penitencia de Manasés, porque no encontraba testimonios extrabíblicos que lo confirmasen, ni acertaba a explicarse qué expedición asiria pudo haber motivado aquellos hechos; también parecía inverosímil haber sido Manasés deportado a Babilonia (y no a Nínive) atado con «cadenas y grillos». Hoy se ha confirmado el relato bíblico, y este episodio puede aducirse como ejemplo de que el Cronista disponía de fuentes y tradiciones seguras acerca de asuntos de que no hacen mención los *Libros de los Reyes*. Según inscripciones asirias. Manasés, con otros 21 reyes del oeste, fué hecho tributario de Asiria en tiempo de Asarhaddón (681-669 a. Cr.); en el reinado de Asurbanipal (Sardanápalo), parece haber concertado alianza con Egipto contra Asiria, por lo que el rey asirio le llevó prisionero a Babilonia, segunda capital del imperio. Asarhaddón restauró esta ciudad destruída por Senaquerib su padre, vivió en ella y la hermoseó con edificios que más tarde terminó Nabucodonosor. La deportación de Manasés a Babilonia no es, por consiguiente, increíble, ni cabe darle otro carácter, por ejemplo: que el desgraciado Rey hubiese ido a Babilonia de propio impulso para justificarse ante el gran rey de la acusación de infidelidad o vasallaje y, absuelto, regresara a Jerusalén (así Winckler, *KAT*³ 274 s.). Seguramente a la desgracia de Manasés, que la Sagrada Escritura señala como castigo de su impiedad, contribuyeron enredos políticos provocados por las intrigas de *Samuges* (hermano de Asurbanípal), que desde Babilonia incitaba a los pueblos de Asia Menor a sacudir el yugo de Asiria. Pero siendo todo esto accidental para la historiografía religiosa, no se hace mención de ello en la Sagrada Escritura; como tampoco de los documentos asirios se puede esperar noticias acerca del cambio de sentimientos religiosos de Manasés. Los detalles de la deportación están muy en conformidad con las costumbres asirias (cfr. la estela de Asarhaddón encontrada en Sendchirli; allí se ve al rey asirio que tiene sujetos a los reyes Taraka de Etiopía y Baal de Tiro por unas anillas que les atraviesan las mandíbulas (fig. 75; vide Lindl, *Cyrus* 83). Suceso análogo al de Manasés nos ofrece la historia del faraón Necao I, el cual (con otros reyes árabes) fué llevado a Nínive encadenado, y más tarde recibió la libertad. Cfr. Kittel, *Geschichte des jud. Volkes* II³ 582; Nagl, *Nachdavid. Königsgeschichte* 332 ss.; Kugler, *Von Moses bis Paulus* 2·1 ss. Como los escritores antiguos aludieron a una oración (apócrifa) de Manasés arrepentido, las ediciones latinas de la Biblia la traen en apéndice.

[2] Cfr. Knabenbauer, *Comm. in Isaiam* II (París 1887); Condamin, *Le livre d'Isaie* (París 1905); Schegg, *Der Prophet Isaias* (Munich 1850); Leimbach, *Bibl. Volksbücher* I² (Fulda 1908); Schöpfer, *Geschichte des AT*⁶ 490 ss.; Peters, *Das Trostbuch Israels* (Paderborn 1923). Acerca de la cronología de este período cfr. núm. 577; *ZKTh* 1883, 150 ss.; Kaulen, *Assyrien und Babylonien* 246 ss.

Según reza el título del libro, Isaías profetizó en Judá durante los reinados de Ozías, Joatam, Acaz y Ezequías; según una antigua tradición[1], murió aserrado por mandato del impío Manasés, hijo y sucesor de Ezequías. Distínguese de los demás profetas por la *plenitud de la divina iluminación* y por lo acabado de la forma literaria. Contempló en una visión al Señor sentado en un trono y rodeado de serafines; uno de ellos le purificó, consagrándole como enviado de Dios[2]; recibió las más sublimes ilustraciones acerca del porvenir del pueblo escogido y fué favorecido con revelaciones mesiánicas tan claras y amplias, que san Jerónimo llega a decir que no tanto escribió un libro profético como un Evangelio[3].—El *lenguaje* es sencillo y digno, cual conviene al origen divino y a la sublimidad del contenido, y se distingue por su maravillosa sonoridad y perfecta armonía con los asuntos que trata. Nada tan conmovedor como sus acentos terroríficos, ni tan dulce como sus palabras de consuelo y aliento. Todo cuanto la naturaleza ofrece de atrayente y de terrible discurre ante la vista como en un cuadro radiante o en un río impetuoso que causa estremecimiento.



Fig. 75.—Estela del rey Asarhaddón, descubierta en Sendchirli. 681-668 a. Cr. Museo de Berlín (según v. Luschan).

Por eso le citan con preferencia los libros del Antiguo Testamento que se escribieron después. El *Eclesiástico* le llama[4] «grande y fiel profeta en la presencia de Dios», y advierte: «Con su gran espíritu (es decir, iluminado por Dios) vió los últimos tiempos (del Mesías) y consoló a los que lloraban en Sión; anunció las cosas venideras y ocultas hasta la eternidad (hasta el fin del mundo)». II *Par.* alude en 32, 32 a un libro «de las visiones de Isaías» y II *Par.* 26, 22 atribuye a este Profeta la composición de una historia de Ozías. Los profetas Jeremías, Ezequiel y Sofonías se refieren indudablemente a él en algunos pasajes y frases[5]. Los libros del Nuevo Testamento están llenos de citas de su libro; en ochenta y cinco lugares se citan de pasada sesenta y un pasajes de él. La Iglesia le tributó desde antiguo especial veneración. En tiempo de Teodosio II (442) sus restos mortales fueron transportados de Paneas[6], lugar de su sepulcro, a Constantinopla; el 6 de julio está consagrado a su memoria[7].

Su libro ha corrido la suerte del autor; la crítica del siglo XIX lo ha aserrado.

---

1 A ella se refiere probablemente el Apóstol san Pablo (*Hebr.* 11, 37; cfr. núm. 643).
2 Cfr. *Is.* 6; núm. 647. 3 *Praef. ad Isaiam.*
4 *Eccli.* 48, 25 ss. 5 *TQS* 1878, 477 ss.
6 Hoy Banias, junto a la fuente principal del Jordán (cfr. núm. 133)
7 Baron. *ad Martyrol. 6 Iul.*

Los racionalistas han combatido la autenticidad de una larga serie de pasajes; de la primera parte (cap. 1-35), niegan a Isaías los vaticinios contra Babilonia, Egipto y Tiro, el del Juicio Final y el fragmento histórico (cap. 36 39), fijando su composición en la época del destierro o después de él. La segunda parte (capítulo 40-66) debió de ser compuesta por un desconocido — Deutero-Isaías — a fines del cautiverio de Babilonia, o acaso por dos —Deutero-Isaías y Trito-Isaías —, en parte después del destierro; de suerte que de los 1260 versículos, apenas dejan 300 al verdadero Isaías.

Esta hipótesis que de tan precioso libro hace un conglomerado de fragmentos de distintas épocas y procedencias, se apoya, según confesión de los racionalistas, «*exclusivamente* en los resultados de la crítica *interna* y en algunas pocas noticias eventuales de otros escritos» [1], y presupone que la profecía es imposible. Ya esto predispone en contra de la hipótesis racionalista. Pero además sería difícil demostrar que las diferencias lingüísticas sólo se explican admitiendo la pluralidad de autores, y que Isaías no pudo usar ciertos giros. Esas diferencias se justifican plenamente por la diversidad de asuntos (amenazas, consuelos), por el estado de ánimo y larga duración de la actividad del Profeta (casi 50 años). La segunda parte también debió de escribirse *antes* de la cautividad. Porque, de componerse poco antes de la intervención de Ciro en los asuntos de los cautivos, sería de ningún valor el argumento tantas veces repetido por Isaías de la superioridad del verdadero Dios sobre los falsos dioses, sacado de la omnisciencia que anuncia la liberación mucho antes de que sucedan los acontecimientos. Las aplicaciones que de sus profecías hace en provecho de los contemporáneos, suponen (por ejemplo, 56, 9 ss.; 65, 6 ss.) un Israel anterior al de la cautividad, amenazado de castigo. No se comprende que los judíos desconociesen u olvidasen al autor de la segunda parte, punto culminante de las profecías del Antiguo Testamento, habiéndose conservado por tradición los nombres de los profetas más insignificantes. Ya en tiempo de Jesús, hijo de Sirac (Eccli. 48, 25 ss.), se atribuía *todo* el libro a Isaías; lo mismo hizo el traductor griego. Es caso único en la historia de las profecías del Antiguo Testamento, que un profeta, por medio de un libro, viva en un futuro lejano y se dirija a una generación que ha de venir después de un siglo. Mas, ¿quién puede demostrar la imposibilidad, o quién es capaz de poner límites a la acción del espíritu divino? [2]

Los exegetas católicos han sostenido contestes la unidad del libro de Isaías y la autenticidad de la segunda parte. Mas, en los dos últimos decenios, se ha iniciado una tendencia condescendiente con la crítica. La Comisión Bíblica, en decreto del 29 de junio de 1908 «acerca del carácter y autor del libro de Isaías», se expresa de este modo: 1. *No* es lícito enseñar que las profecías del libro de Isaías, y de la Sagrada Escritura en general, no sean verdaderas profecías, sino testimonios inventados posteriormente; o bien, que el profeta no supiese las cosas futuras por divina revelación, sino por sospecha o ingeniosa combinación de sucesos pasados. 2. La opinión de que Isaías y los demás profetas sólo anunciaron cosas fáciles de conjeturar por la historia de su época o que habían de suceder poco después, no se compagina con las profecías, especialmente con las mesiánicas y escatológicas, pronunciadas con mucha anterioridad, ni con la opinión general de los santos Padres, los cuales afirman unánimes que los profetas anunciaron cosas que habían de cumplirse muchos siglos después. 3. *No* se puede admitir que los profetas, no sólo como predicadores de penitencia, sino como anunciadores de sucesos venideros, debieran hablar siempre a sus oyentes, futuros y contemporáneos, en forma perfectamente inteligible; y que por esto la segunda parte del libro, en la cual el Profeta consuela, no a los judíos de su época, sino a los que gemían en el destierro, cual si viviese en medio de ellos, no pueda tener por autor a Isaías, muerto mucho tiempo antes,

---

[1] Duhm. *Das Buch Jesaja* VI² (Gotinga 1902).

[2] Cfr. Kaulen-Hoberg, *Einleitung* II⁵ § 355; Schöpfer, *Geschichte des AT*⁶ 521 ss.

sino deba adjudicarse a un profeta desconocido que viviese entre los cautivos. 4. La prueba filológica, sacada del lenguaje y estilo, para combatir la identidad del autor del libro de Isaías, *no* es *de tal índole* que obligue a un hombre serio y versado en la crítica y en el hebreo a reconocer la pluralidad de autores. 5. No se han aducido pruebas (razones) seguras, ni siquiera tomadas en conjunto *(cumulative)*, para demostrar que el libro de Isaías no se deba atribuir sólo a este Profeta, sino a dos o más autores.

645. Divídese el libro en dos partes, separadas por un fragmento histórico (cap. 36-39), cuyo contenido se ha expuesto antes (núm. 639). *La primera* (cap. 1-35) comprende los discursos proféticos anteriores a su vejez. Están reunidos ora cronológicamente, ora por materias. Van precedidos de un prólogo que contiene en resumen las ideas principales de las profecías (cap. 1). Los discursos de los capítulos 2-5 corresponden a su primera época, en tiempo de Ozías y Joatam. El capítulo 6 cuenta la vocación del Profeta; los capítulos 7-12 contienen los discursos pronunciados en tiempo de Acaz *(Libro de Emanuel)*. En los capítulos 13-27 se hallan diez discursos contra las naciones extranjeras con una conclusión escatológica. Los discursos de los capítulos 28-35 pertenecen a la época de Ezequías.

En el prólogo describe Isaías de una manera impresionante el engaño y obstinación del pueblo y la exterioridad de su culto, bajo el cual se imaginaba poder ocultar los mayores vicios, y exhorta a la adoración de Dios en espíritu y verdad, único medio de evitar la ruina.

«*Visión de Isaías,* hijo de Amós [1], que vió sobre Judá y Jerusalén en los días de Ozías, de Joatam, de Acaz y de Ezequías [2], reyes de Judá. Oíd, cielos; y tú, tierra, escucha; porque el Señor ha hablado. Hijos crié y engrandecí; mas ellos me despreciaron. Conoció el buey a su amo, y el asno el pesebre de su dueño [3]; mas Israel no me conoció, y mi pueblo no me entendió. ¡Ay de la nación pecadora, del pueblo cargado de iniquidad, raza maligna, hijos malvados! Abandonaron al Señor, blasfemaron del Santo de Israel, volviéndole las espaldas. ¿Para qué castigaros más a vosotros que añadís pecados a pecados? Toda cabeza está enferma, y todo corazón, doliente. Desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza no hay sanidad en él [4]; sino heridas y cardenales y llagas inflamadas que no están vendadas ni se les ha aplicado medicina, ni suavizado con bálsamo» [5].

«¿Qué me sirve la muchedumbre de vuestros sacrificios, dice el Señor? Me tienen hastiado. No quiero holocaustos de carneros, ni gordura de animales gruesos, ni sangre de becerros y de corderos y de machos de cabrío.—No ofrezcáis más sacrificios en vano; el incienso es abominación para mí. El novilunio y el sábado y otras fiestas no las puedo sufrir; vuestras asambleas son impías. Vuestros novilunios y vuestras solemnidades las aborrece mi alma. Y cuando

---

[1] No el *profeta Amós,* aunque por la época pudiera serlo; en hebreo la escritura de uno y otro nombre es muy distinta.

[2] Cfr. núms. 634 y 638; probablemente desde el fin del reinado de Ozías (738 a. Cr.) hasta el principio del de Manasés (693); de consiguiente, por lo menos 45 años.

[3] Es decir, Israel es conmigo más necio que el más estólido animal con su amo. El pasaje se aplicó en sentido espiritual a la repulsa que recibió el Redentor ya luego de su nacimiento (cfr. *Luc.* 2, 7 ss.; *Ioann.* 1, 11); de dicho pasaje y del otro de Habacuc (3, 2), tomado de la versión griega, nació la antigua tradición cristiana de haber estado el asno y el buey junto al pesebre en que nació Jesucristo. Cfr. Kaufmann, *Archäologie*[2] 340.

[4] Al pueblo de Dios (Judá). Así está la humanidad por el pecado y así quedó el divino Redentor en su Pasión, para expiar los pecados del mundo (cfr. *Is.* 53, 3 ss.).

[5] *Is.* 1, 1-6.

extendiereis vuestras manos, apartaré mis ojos de vosotros; y cuando multiplicareis vuestras oraciones, no os oiré: porque vuestras manos llenas están de sangre».

«Lavaos, purificaos, apartad de mis ojos la malignidad de vuestros pensamientos; cesad de obrar perversamente. Aprended a hacer el bien; buscad lo justo, socorred al oprimido, haced justicia al huérfano, defended a la viuda. Y venid y argüidme [1], dice el Señor: si fueren vuestros pecados como la grana, como nieve serán emblanquecidos; y si fueren rojos como el carmesí, como lana blanca serán» [2].

646. *En los capítulos segundo y cuarto* habla el profeta del *Mesías y de su reino* [3], volviéndose a veces al estado decaído de su pueblo; acaba el quinto capítulo con una descripción patética y conmovedora de la ingratitud de Judá, figurado en la *viña ingrata* [4]:

«Cantaré de mi amado (Dios), la canción de mi amigo [5] sobre su viña. Tuvo mi amado una viña en un collado muy fértil. La cercó de seto, y la despedregó, y la plantó escogida, y edificó una torre en medio de ella, y construyó en ella un lagar; y esperó que diese uvas, y las dió silvestres. Pues ahora, habitadores de Jerusalén, y varones de Judá, juzgad entre mí y mi viña. ¿Qué más pude haber hecho a mi viña, y no lo hice? ¿Por qué esperé que llevase uvas y llevó agraces? Pues ahora os mostraré lo que voy a hacer con mi viña: le quitaré su seto, y será talada; derribaré su cerca, y será hollada. Y dejaré que se convierta en un erial; no será podada ni cavada; y nacerán zarzas y espinas; y mandaré a las nubes, que no lluevan sobre ella lluvia. La viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel; y los varones de Judá, su plantel delicioso; y yo esperé rectitud, y he aquí iniquidad; y justicia, y he aquí clamores» (5, 1-7).

«*¡Ay de los que juntáis casa con casa,* y añadís heredad a heredad, hasta que no quepa ya más! ¿Por ventura habitaréis vosotros solos en medio de la tierra?—¡Ay de los que os levantáis de mañana para seguir la *embriaguez,* y beber hasta la noche, hasta que os abrasa el vino. Cítara y lira, y pandero, y flauta, y vino en vuestros convites; y no atendéis a la obra del Señor, ni consideráis las obras de sus manos!—¡Ay de los que arrastráis la *iniquidad* con las cuerdas de la mentira, y el pecado como carro del cual tiráis! [6] ¡Ay de vosotros los que a lo malo decís bueno y a lo bueno malo; y tomáis las tinieblas por luz, y la luz por tinieblas; y tenéis lo amargo por dulce, y lo dulce por amargo! ¡Ay de los que sois sabios en vuestros ojos, y delante de vosotros mismos prudentes!—Por esto se encendió *el furor del Señor* contra su pueblo, y extendió su mano sobre él, y le hirió; y se estremecieron los montes, y sus cadáveres yacen tendidos como basura en medio de las plazas [7]. Con todas estas cosas no se ha aplacado su saña, sino que aun está extendida su mano. Y alzará bandera para servir de señal a un pueblo lejano, y le llamará con silbos desde los extremos de la tierra; y he aquí que, diligente, acudirá con celeridad [8]. Sus saetas, agudas; y todos sus arcos, entesados. Las uñas de sus caballos, como pedernal; y sus ruedas, como ímpetu de tempestad. Su rugido, como de león; ruge como

---

[1] Es decir: si no os escuchare en esto, os autorizo a que os querelléis.

[2] *Is.* 1, 11 13-18.

[3] En el cual entran todos los pueblos (cfr. *Is.* 2, 3 s.; *Mich.* 4, 1 ss.; núm. 663).

[4] Jesucristo lo aplicó al endurecimiento de los judíos de su tiempo (*Matth.* 21, 33 ss.).

[5] Una canción que podría cantar mi amado (amigo), y me la ha sugerido.

[6] Vosotros que vais uncidos como bestias al yugo de vuestras pasiones

[7] Cumplióse esto de una manera espantosa en el triple asedio de Jerusalén por el ejército de Nabucodonosor en 606, 598 y 587 a. Cr. (cfr. núm. 675 ss.) y aún más terriblemente en la destrucción de la ciudad santa por Tito el año 70 d. Cr.: Tribulación semejante «no la hubo desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá jamás», dice el mismo Redentor (*Matth.* 24, 21). Más de un millón de judíos pereció miserablemente en este último asedio. Cfr. Josefo, *Bell.* 5, 12, 5; 13, 7; 6, 8, 5; 9, 3.

[8] Los asirios y babilonios.

los cachorros de los leones, da bramidos y se arroja sobre la presa y la agarra fuertemente y no hay quien se la quite. Y su estruendo será en aquel día sobre Israel como el bramido del mar; y si miramos a la tierra, he aquí tinieblas de tribulación, y lóbregas nubes que entenebrecen la luz» (5, 8 30).

647. A continuación describe Isaías su *vocación de profeta*, y nos anuncia una serie de profecías acerca del divino Redentor [1].

«En el año en que murió el *rey Ozías*, vi al Señor sentado sobre un solio excelso y elevado; y las cosas que estaban debajo de él llenaban el Templo [2]. *Serafines* estaban sobre él; cada uno tenía seis alas; con dos cubrían su rostro, y con dos cubrían sus pies y con dos volaban. Y daban voces el uno al otro, y decían: «*Santo, Santo, Santo* es el Dios de los ejércitos (*Yahve Zebaoth*); llena está *toda la tierra* de su gloria» [3]. Y estremeciéronse los dinteles y quicios a la voz del que gritaba, y llenóse la casa de humo [4]. Y dije: «¡Ay de mí, que debo callarme [5], porque s y hombre de labios impuros, y habito en medio de un pueblo que tiene los labios contaminados, y he visto con mis ojos al Rey Señor de los ejércitos Y voló hacia mí uno de los serafines, y en su mano una brasa ardiente, que con una tenaza había tomado del altar. Y tocó mi boca y dijo: «Mira que esto ha tocado tus labios, y será quitada tu iniquidad, y lavado será tu pecado» [6]. Y oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré? ¿o *quién irá por nosotros?* [7] Y dije: «Aquí estoy, enviadme» [8].

«Y dijo: Anda, y dirás a este pueblo: Oyendo oiréis y no lo entenderéis, veréis y no conoceréis. Ciega el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos, véndale los ojos; no sea que vea con sus ojos, y oiga con sus oídos, y entienda con su corazón, y se convierta, y le sane [9]. Y dije: «¿Hasta cuándo, Señor?

---

[1] Cap. 7-12. Opinan algunos santos Padres haberle sido revelado al Profeta, en la visión en que fué llamado por Dios (cap. 6), el misterio de la Santísima Trinidad; cfr. el tomo II de nuestra obra, núm. 303. —El Profeta nos relata aquí su llamamiento, porque en tiempo de Acaz comenzó a realizarse la parte más difícil de su cometido: predicar a un pueblo que no *quiere* oír, y por consiguiente *ha* de perecer en su endurecimiento, sin que por ello quede frustrada la promesa del Señor.

[2] Dios (según los santos Padres, el Hijo de Dios; cfr. *Ioann.* 12, 41) se mostró al Profeta en una visión bajo el símbolo de su majestad, esto es: envuelto en la nube y en un velo de humo, como desde la salida de Egipto suele pintar la Sagrada Escritura la «gloria de Dios» (cfr. núms. 260, 285, 291, 304, 562). La *Vulgata* da en el verdadero sentido. No hay pasaje del Antiguo Testamento que hable de la divinidad bajo el símbolo de la «cauda de la regia vestimenta»; antes bien, la nube tenebrosa y también la luz son los cendales en que se envuelve la majestad divina (*Ps.* 17, 9-12; 96, 2 y 3; 108, 2 y 3), o con más exactitud: símbolos de la omnipotencia y majestad inaccesibles; cfr *BZ* XIV (1917) 15 ss.

[3] Cantaban a dos coros; los del uno pregonaban la santidad de Dios; los del otro respondían anunciando el reconocimiento y la adoración a la misma en toda la tierra (mediante el Redentor).

[4] Este humo, lo mismo que la nube que aparecía en el Tabernáculo y en otras teofanías, era señal de la presencia de Dios. Puesto que el humo de la visión de Isaías sube del altar, como ascendía el incienso en el Santuario, puede también aquél considerarse como símbolo de la adoración de la divina majestad (*Apoc.* 5, 8; 8, 3).

[5] Que no he anunciado o puedo anunciar como es debido la gloria de Dios entre un pueblo pecador. El hebreo se traduce así: ¡Ay de mí, que debo morir, porque he visto al Señor! (cfr. núm. 442).

[6] Al reconocimiento del pecado sigue la purificación.

[7] Aquí y en el trisagio ven los santos Padres una alusión al misterio de la Santísima Trinidad.

[8] *Is*. 6, 1-8.

[9] Es decir: predica al pueblo con toda insistencia mis palabras; pero no esperes fruto especial; el pueblo en su totalidad se endurecerá y colmará la medida de su culpa. Mas ello no hará fracasar mis designios, antes bien ha de coadyuvar a otro plan más elevado: la salud de toda la humanidad. Así aconteció en tiempo de Isaías y de los profetas siguientes; así aconteció, sobre todo, en tiempo de Jesucristo y de los apóstoles cfr *Matth.* 13, 14 15; *Ioann.* 12, 37 ss.; *Act.* 28, 25 ss.; *Rom.* 11, 8). La forma imperativa del texto hebreo y

Y contestó: Hasta que las ciudades queden asoladas y sin habitantes, y las casas sin hombre, y la tierra desierta. Porque el Señor echará lejos a los hombres, y será grande la asolación en la tierra. Mas quedará todavía la décima parte, que se convertirá y ofrecerá aspecto de terebinto y de encina que extienden sus ramas; linaje santo será lo que quedare en ella» [1].

648. Este es el único pasaje de la Sagrada Escritura en que se nombran los **serafines**. El nombre se deriva sin duda de la palabra *seraph,* «arder»; pero el concepto que encierra, no tanto hay que buscarlo en la etimología, como en la descripción que Isaías nos hace de su figura (simbólica) y actividad de estos seres. Los serafines asisten al trono de Dios, como sus más próximos y confidentes ministros [2]. Las *alas* simbolizan la presteza y rapidez con que ejecutan las órdenes del Señor. *Cubren* cabeza y pies (toda la figura) en señal de profundo respeto a la divina majestad [3]. Las dos alas extendidas significan prontitud de ánimo para ir a donde Dios tenga a bien enviarlos. Cantan las divinas alabanzas, pregonan la gloria de Dios reconociéndole por el único infinitamente santo (es decir, elevado sobre todo lo humano, absolutamente perfecto, incomparable); mediante un acto simbólico, purifican y consagran (en la visión) a Isaías para el ministerio profético. Son, por tanto, seres racionales de categoría superior, representados en forma humana. Ese nombre (encendidos, mas no relucientes) le tienen de su relación con la santidad divina, a la cual el hombre no puede acercarse y de la cual es imagen el fuego devorador (cfr. núm. 241). Son pregoneros y custodios de la santidad divina, la cual, como el fuego (tomado del altar), quema las impurezas y devora a los pecadores; se asemejan por tanto a los querubines (núm. 74), pero les están subordinados en jerarquía y funciones; y se distinguen de los ángeles que son mensajeros de Dios.

---

latino impide interpretar el endurecimiento como *permisión* divina o (según el texto griego: «el corazón de este pueblo se endurecerá, no oirán con sus oídos, etc.») como *efecto* de los sermones del Profeta; es *designio* del Señor. En este sentido alegan el pasaje el Nuevo Testamento (*Marc.* 4, 12; *Ioann.* 9, 39; 12, 39 s.), san Agustín (*De Trinit.* 1, 2, 31 y *Trac. adv. Jud.* 7, 10) e Ireneo (*Adv. haer.* 4, 29, 1); Zahn (*Kommentar zum Matthäusevangelium*) demuestra con argumentos sólidos que el pasaje de *Matth.* 13, 14 s. es una alteración ulterior de la lectura hebrea primitiva. Dios no puede querer el endurecimiento en cuanto *pecado,* sino en *castigo* por el abuso de las divinas gracias que priva de otras nuevas al pecador impenitente. El endurecimiento es, por consiguiente, culpa del hombre.

[1] *Is.* 6, 9-13. El texto latino de los versículos 13 y 14 procede de la versión prejeroniminiana, la cual debe interpretarse y corregirse según el texto hebreo (y griego). En éstos se lee: «Porque el Señor deportará a los hombres, y grande será la soledad en el país. Y si quedare allí la décima parte, también la exterminará como el terebinto y el encino; en los cuales, cuando son cortados (según otros: cuando echan sus yemas), queda una raíz [así también a ellos les quedará una semilla santa]». Las palabras que ponemos entre corchetes faltan en la versión griega; por lo que los modernos las tienen por glosa. La idea de un sagrado residuo que se salvará del castigo es otra nota característica de la profecía de Isaías, y seguramente no fué extraña a la visión de su llamamiento (cfr. 1, 27; 7, 3; 10, 19 ss.). El sentido es: Por el endurecimiento de sus habitantes el país será devastado y el pueblo irá al cautiverio; lo que no pereciere en otra devastación o entre los gentiles, irá creciendo hasta formar un pueblo de Dios que participará de la salud mesiánica. Y a la verdad, una parte del pueblo volvió de la cautividad de Babilonia y creyó en el Mesías. Pero contra este grupo y contra la predicación de los apóstoles se endureció el pueblo judío en masa (cfr. *Matth.* 13, 14; *Ioann.* 12, 40; *Act.* 28, 26); por lo que fué desechado y desparramado por todo el mundo (*Osee* 3, 4; núm. 613). Mas al fin de los tiempos se convertirá a su Redentor (cfr. *Rom.* 11, 5 8 25 s *Zach.* 12, 10).

[2] Cfr. *KL* XI 177 s. Las figuras descritas por el Profeta en nada se asemejan a los genios representados en las esculturas asirio-babilónicas. Nada de común tienen los serafines bíblicos con Nergal, *sarrabu,* dios babilónico del fuego; menos todavía con ciertas figuras de reptiles, que a los racionalistas se les antoja haber descubierto en *Is.* 14, 29; 30, 4 y *Num.* 21, 6 ss. (cfr. IV *Reg.* 18, 4). No faltan quienes buscan explicación y parecido en los grifos egipcios, *seref,* que hallamos en los monumentos sepulcrales. Todas estas comparaciones no sólo carecen en absoluto de base, sino repugnan abiertamente a la descripción del Profeta.

[3] *Exod.* 3, 6. *Ezech.* 1, 23.

La visión que describe Isaías está íntimamente relacionada con el objeto de las revelaciones subsiguientes. La majestad divina quiere manifestar el porvenir del pueblo escogido, su castigo, redención y destino entre los gentiles. Isaías será su mensajero; mas, para tan elevada misión, debe ser puro, estar inflamado en amor divino como los serafines, y pronto, como ellos, a ir donde Dios le envíe. El fuego del amor que le purifica es tomado del altar, donde se hace la reconciliación mediante el sacrificio. En aquel trisagio que oyera, se le mostró el objeto de las revelaciones divinas: la propagación de la gloria de Dios; El se mostrará a Israel como el Santo y a los pueblos en los castigos y más aún en el objeto de ellos, que no es otro sino preparar a Israel y a los pueblos para la redención. Así se indica también que la Revelación está destinada *a todos los pueblos*.

649. *En el capítulo 7* comienzan las hermosas *profecías de la* **encarnación del Hijo de Dios,** terminando (en el cap. 12) con un himno de acción de gracias. *Ocasión* de ellas fueron el proyecto concebido por los reyes de Samaria y Siria de acabar con la casa de David, sentando en el trono de Jerusalén a un extranjero, y la obstinación de Acaz en poner su confianza en los hombres, impotentes para desbaratar los planes divinos, despreciando el auxilio de Dios, que estaba dispuesto a socorrer a Judá por causa del Mesías prometido.

«Aconteció *en los días de Acaz,* hijo de Joatam, hijo de Ozías, rey de Judá, que subió Rasín, rey de Siria y Facee, hijo de Romelías, rey de Israel, a Jerusalén, para pelear contra ella; y no la pudieron conquistar [1]. Y como anunciasen a la casa de David: «Se ha confederado Siria con Efraim», se agitó su corazón y el corazón de su pueblo, como se agitan los árboles de las selvas por el viento. Y dijo el Señor a Isaías: Sal al encuentro de Acaz, tú y tu hijo Schear-Yasub [2], al extremo del acueducto de la piscina de arriba, en el camino del campo del batanero [3], y le dirás: Estate quedo y no temas; ni se acobarde tu corazón a la vista de esos dos cabos de tizones que humean en furiosa ira [4],

---

[1] De las breves palabras del Profeta no se puede formar idea clara del enlace y sucesión de los sucesos que arriba (núm. 638) hemos compendiado, entresacándolos de IV *Reg.* 16, 1 ss.; en particular, no es posible decidir si la gran derrota de Acaz, descrita en último lugar por el Profeta, había ya sucedido o estaba por acaecer.—La crítica ha estudiado estos capítulos con particular empeño, tratando de probar que no proceden de Isaías, sino de una mano extraña que reunió sentencias y narraciones de la vida del Profeta (Lagarde, Guthe, Giesebrecht, Cheyne, Wilke). Mas de aquí nada se deduce contra la credibilidad del contenido, pues bien pudieron otros relatar auténticamente lo que de Isaías se conocía por tradición. El mismo Duhm considera increíblemente torpes a los críticos que se empeñan en hacer del capítulo 7 la obra de un miserable charlatán; con ello no consiguen sino poner a prueba el aguante de los lectores. Cree, además, que es una verdadera desgracia para la crítica tener por embuste un fragmento donde se pinta con geniales rasgos el nacimiento de la fe. El mismo crítico tiene por auténtico el fondo y sospecha que acaso estos capítulos estuvieran primitivamente en otro contexto, o quizá hubiesen sido resumidos por la mano que reunió las distintas partes de la obra.

[2] Este simbólico nombre (que quiere decir: volverá el residuo; cfr. *Is.* 10, 19 ss.) daba forma corpórea a un vaticinio anterior del Profeta y representaba al Rey que, de persistir el pueblo de Dios en la incredulidad y en el pecado, iría a la cautividad para convertirse allí al Señor, y volver un residuo a la tierra patria (cfr. *Is.* 6, 13; 10, 21);—era un aviso al Rey para que no confirmase con su incredulidad el divino decreto. Todo inútil. No queriendo Acaz oír al Señor, buscó la alianza de los asirios, con lo cual enseñó a éstos el camino de Judá y dió el primer paso para la deportación de los judíos.

[3] Adonde probablemente iba Acaz a inspeccionar las obras de fortificación que se llevaban a cabo por aquella parte, la única por donde podía ser atacada Jerusalén y ver la manera de impedir al enemigo el acceso al único canal de agua de la ciudad (piscina Mamilla).

[4] Confía en Dios, los temidos enemigos están prestos, no tienes por qué temer su fuerza, a lo sumo pueden molestarte como brasas medio carbonizadas.

Rasín rey de Siria y Facee, hijo de Romelías; porque se hayan coligado para el mal contra ti Siria y Efraim, diciendo: Subamos contra Judá, y despertémosle, y arranquémosle para nosotros, y pongamos rey en medio de él al hijo de Tabeel[1]. Esto dice el Señor Dios: No será así, ni llegará a suceder; antes bien Damasco es (y será) capital de Siria, y Rasín jefe de Damasco; y de aquí a sesenta y cinco años Efraim dejará de ser pueblo[2]; y Samaria es capital de Efraim y el hijo de Romelías, jefe de Samaria; si no lo creyereis, no permaneceréis»[3].

«Y habló de nuevo el Señor a Acaz por medio del profeta, diciendo: *Pide para ti una señal* del Señor tu Dios, sea del profundo del infierno, sea de arriba en lo alto[4]. Y respondió Acaz: No lo pediré y no tentaré al Señor. Dijo entonces Isaías: Oíd, pues, *casa de David:* ¿Por ventura os parece poco el ser molestos a los hombres, sino que también lo sois a mi Dios?[5] Por eso[6], el mismo Señor os dará una señal: **He aquí que una virgen[7] concebirá[8] y parirá un hijo, y será llamado su nombre Emanuel[9].** Manteca y miel comerá[10], hasta[11] que sepa desechar lo malo y escoger lo bueno. Porque antes que el niño sepa desechar lo malo y escoger lo bueno, será asolado el país de los dos reyes que te infunden pavor»[12].

---

[1] Un príncipe sirio (arameo) que nos es desconocido; probablemente el mismo que se menciona en una inscripción asiria del palacio de Teglatfalasar IV. Cfr. Kaulen, *Assyrien*, etc., 236. En sentir de los modernos se trata de Rasín.

[2] Este dato cronológico aclaratorio parece interrumpir el contexto, y los modernos lo tienen por glosa (que pudiera ser muy antigua); pero no es inverosímil, aunque sí inusitado, que lo insertara (cfr. *Is.* 38, 5). Si es fundada la sospecha de haber sido el dato primitivo «6 y 5», y no 65 (Herzog, *Chronologie der beiden Königsbücher* 49), resulta el año 722 (fecha de la conquista de Samaria), y desaparece la dificultad. De otra suerte el Profeta aludiría aquí a la extinción de Efraim y a la colonia asiria que por orden de Asarhaddón se estableció en Samaria, lo cual aconteció por la época en que Manasés fué deportado a Asiria, el año 22 de su reinado, a los 65 años de la profecía, el 676 ó 673 a. Cr.

[3] *Is.* 7, 1-9; no permaneceréis en el país, es decir, iréis a la cautividad.

[4] Es decir, en la tierra y en el cielo. Según otros: «en la profundidad mayor y en la mayor elevación», es decir, tan grande e inaudito como quieras, para confirmación de mi promesa.

[5] Despreciando las palabras de los profetas, que en balde se cansaron predicándoos. ¿Ha de ser despreciado por vosotros el mismo Dios, el cual quiere hablaros directamente mediante un gran prodigio?

[6] Porque tú, hipócritamente, no quieres elegir una señal, para seguir sin trabas tu política humana, por eso os la dará el mismo Señor, para desenmascarar vuestra hipocresía; una señal que para el pueblo es y será prenda de salvación, pero que anuncia el castigo a tu incredulidad y a la de tu casa.

[7] La palabra hebrea *almah*, de *alam*, estar maduro, significa virgen adolescente, doncella. Siete veces se lee en la Sagrada Escritura y siempre significa «virgen»; aun en *Prov.* 30, 19 y *Cant.* 1, 3; 6, 8, *cabe* tomarla en esta acepción. La versión griega tradujo *párthenos*, que corresponde a la palabra latina *virgo* y a la alemana *Jungfrau*. En el siglo II d. Cr. Aquilas, judío renegado, tradujo *neánis*, doncella o mujer joven. Por su significado y por el contexto encierra esta palabra el misterio de nacimiento de madre virgen; aunque el sentido cabal de la expresión sólo pudo conocerse completamente después del cumplimiento en el Nuevo Testamento.

[8] En hebreo: «La virgen *ha* concebido (está encinta) y parirá».

[9] Es decir, *será* lo que dice el nombre: *El Señor con nosotros*.

[10] Emanuel comerá como los pobres (cfr. versículo 22).

[11] El texto latino dice: *ut sciat*, para que sepa, etc.; pero es más exacta la lectura hebrea: «hasta que», pues el alimentarse de leche y miel no puede ser causa y consecuencia de que Emanuel aprenda a discernir lo bueno de lo malo. La frase indica un lapso de tiempo, durante el cual ha de durar la pobreza (que Israel y Siria han de acarrear al país). En la señal profética (como en otras profecías) va mezclado el presente con el futuro mesiánico; de suerte que Isaías contempla ya efectuada la concepción de Emanuel (según el texto hebreo) y ve al infante padecer necesidad. Cfr. 9, 6, donde Isaías le saluda ya nacido.

[12] 7, 10-16. Los países, ante cuyos reyes se espanta Acaz, sólo pueden ser Siria e Israel. Según el contexto, la desolación ha de alcanzar a Judá; sus habitantes se verán

«Pero también hará venir el Señor *sobre ti y sobre tu pueblo,* y sobre la casa de tu padre, por medio del rey de los asirios, días cuales no fueron desde los días en que Efraim se separó de Judá. Y acaecerá, que en aquel día el Señor dará un silbido a las moscas del brazo más remoto del Nilo de Egipto y a las abejas que están en la tierra de Asur; y vendrán, y reposarán todas en los torrentes de los valles, y en las cavernas de las peñas, y en todos los matorrales, y en todos los resquicios [1]. En aquel día el Señor con navaja alquilada por ti mismo de los que están de la otra parte del Eufrates, por el rey de los asirios, raerá las cabezas, el vello de los pies y todas las barbas [2]. Todo lugar en donde mil vides valían mil monedas de plata, se cubrirá de espinas y zarzas. Con saetas y con arco entrarán allá; porque zarzas y espinas cubrirán toda la tierra. Y todos los montes que con escardillo se cultivaban, donde no crecían espinas ni zarzas, serán pasto de bueyes, y pisados por los ganados» [3]. En el número 638 se ha expuesto el cumplimiento de la amenaza.

650. Esta significativa profecía encierra una consoladora seguridad para el pueblo y una seria amenaza para Acaz. El consuelo está en la promesa de que los reyes de Israel y Siria no lograrán dominar al país de Judá. Será esto tan cierto, como la señal de Emanuel; y sucederá muy pronto, dentro de un corto espacio de tiempo, como el que media entre el nacimiento de Emanuel y el despertar de su inteligencia (unos tres años). Mas, entre tanto, Judá será devastada: la tierra de cultivo se convertirá en campo de pasto de bueyes y en lugar donde se den cita las abejas silvestres; y el pueblo se contentará con alimento de los habitantes de la estepa: leche y miel. La amenaza consiste en que Asiria, a la cual Acaz, desconfiando de Dios, acudió en demanda de socorro, devastará á Judá; pero por Emanuel será preservado este reino de la ruina completa.

Los evangelistas [4], los santos Padres [5] y toda la tradición cristiana está de acuerdo acerca de quién sea este Emanuel y su madre, la *virgen*. En el momento en que los hombres trataban de desbaratar los planes divinos, recuerda Isaías a Acaz la promesa mesiánica hecha a su padre David, la cual debería ser para el rey motivo de confianza inquebrantable en el Señor, como lo es para la Iglesia la promesa hecha a san Pedro (*Math.* 16, 18).

Del contexto de los capítulos 7-12 resulta claro que Emanuel no puede ser sino el prometido vástago de la casa de David: el Mesías. Nadie pone en duda

---

constreñidos (versículo 22) a alimentarse de manteca y miel, manjares de pobres. La dificultad queda eliminada sin recurrir a alteraciones del texto, si se traduce el hebreo así: el país, ante cuyos dos reyes temes.

[1] *Moscas* y *abejas* silvestres (o avispas) son imágenes muy acertadas para pintar la multitud y encono de los enemigos. También son adecuadas estas imágenes, por cuanto las moscas son numerosas y más molestas que dañinas y nacen en las aguas empantanadas del Nilo; las abejas, más nocivas por sus picaduras, representan a los belicosos asirios, en cuyo accidentado país estaba muy desarrollada la apicultura. Ambos imperios, Egipto y Asiria, tenían por teatro de sus guerras la tierra de Israel y Judá, que se hallaba entre ambos. Concertar alianza con uno de ellos era llamarlos a ambos.

[2] Imagen para significar un trato afrentoso (cfr. núm. 517).

[3] 7, 17-20 25. Donde antes se plantaban las mejores cepas, será un desierto; donde trabajaba el viñador, retozan las fieras y los rebaños.

[4] Hablando san Mateo (1, 22 s.) de la concepción de Jesucristo por obra del Espíritu Santo, dice explícitamente: «Todo esto se hizo en cumplimiento de lo que pronunció el Señor por el Profeta que dice: sabed que una virgen concebirá y parirá un hijo, etc.». Pero en san Lucas (1, 31 s.) el ángel Gabriel une las profecías mesiánicas de Isaías (7, 14 y 9, 6 s.) con las palabras: «Sábete que has de concebir en tu seno y parirás un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Este será grande y se llamará Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de su padre David, y reinará en la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin».

[5] Desde los discípulos de los apóstoles y desde los santos Padres más antiguos. Cfr. san Ignacio, *Ep. ad. Ephe.* c. 7 18 19; san Justino, *Dial.* en Migne, P. gr. VI. núms. 144, 195; san Ireneo, *Adv. haer.* 4, 33, 11, etc. Véanse los comentarios, especialmente Reinke, *Die Weissagung von der Jungfrau und Samuel* (Giessen 1848).

que 9, 67 y 11, 1-5 (v. más abajo el texto del pasaje) se refieran al Mesías y a su reinado venturoso: cuando aparezca el Mesías, cesará la dominación extranjera, y comenzará una época de paz y de justicia. Cosa análoga se dice de Emanuel en 8, 8 ss. Judá es *su* patria: «Sus escuadrones desplegados (de los asirios) cubrirán *tu* patria, oh Emanuel». Pero él será la roca en que se estrelle el ímpetu de los enemigos. Por eso exclama el Profeta con aire de triunfo: «Congregaos, pueblos, y seréis vencidos; y vosotras, regiones remotas, oíd: armaos de valor, y seréis vencidas; formaos en orden, y seréis dominadas; haced planes, y serán desbaratados; dad órdenes, y no se ejecutarán, porque Dios está con nosotros [1]. No cabe decir todo esto de un niño cualquiera, sino—como reconoce el mismo Marti [2]—sólo del Mesías. Mas, como ese nombre aparece sólo dos veces en el Antiguo Testamento (*Is.* 7, 14 y 8, 8), en dos capítulos sucesivos e íntimamente enlazados, necesariamente el Emanuel del capítulo 7 es idéntico al del capítulo 8. Sólo así se explica la señal que se da en 7, 14, más prodigiosa que las ofrecidas antes a Acaz.

Si Emanuel es el Mesías, la *madre de Emanuel* no puede ser una mujer cualquiera o una persona indeterminada. Se le llama *la* virgen [3] (es decir, la elegida en el plan de Dios y adornada conforme a su destino, presente al espíritu del Profeta), y sólo en cuanto madre virgen es, con su hijo, la señal prodigiosa contrapuesta a la que Acaz había despreciado. Es la misma que anunció Miqueas, *la madre que había de parir en Belén al dominador de Israel, engendrado desde el principio, desde los días de la eternidad,* hasta cuyo nacimiento el Señor ha de abandonar a su pueblo [4]. Es la mujer (prodigiosa) a quien como a estrella de esperanza alude Jeremías en la ruina del pueblo escogido: «El Señor hará una cosa nueva (un prodigio inaudito): la mujer rodeará al varón», y con éste vendrá la bendición de la justicia y santidad [5]. Es la *madre virginal del Redentor* anunciada en el Paraíso [6], cuya maravillosa maternidad es atestiguada suficientemente en el Antiguo Testamento, por cuanto nunca se habla de padre humano del Mesías, y es significada en muchas figuras (símbolos) [7].

Rechazan esta interpretación mesiánica los judíos de la era cristiana y actualmente casi todos los exegetas protestantes [8]. En Emanuel ven a un niño ordinario, a lo sumo a un hijo del rey Acaz o del profeta Isaías; en su madre a una mujer como otra cualquiera. Según ellos, este pasaje quiere decir: una mujer que ahora está encinta, pondrá a su hijo por nombre Emanuel, es decir «Dios con nosotros»; porque, antes de que nazca el niño, ha de ocurrir un cambio favorable en el reino oprimido. Mas esta interpretación no está en armonía ni con el contexto ni con la importancia de la señal anunciada. El contexto exige una señal de *gran trascendencia*. Viene Isaías a entrevistarse con Acaz, porque el reino de Judá se encuentra en un momento crítico, del cual depende su porvenir en los siglos venideros. La mirada penetrante e inspirada del Profeta ve

---

1 8, 9 10. En hebreo: «porque Emanuel», es decir, porque Dios con nosotros.

2 «Sólo cuando se comprende a Emanuel como a Mesías, puede Judá o Palestina llamarse su país» (*Das Buch Jesaja* 84).

3 El artículo determinado tiene en este pasaje un misterio. Por eso concede el asiriólogo Jeremías (*ATAO*[3] 594 ss.) que Isaías alude aquí a la «Virgen celestial en el sentido de la expectación del Redentor, expectación que ejerce manifiesta influencia en todo el Oriente y tiene hondas raíces en Israel merced a los profetas». Cfr. Steinmann, *Die Jungfrauengeburt und die vergleichende Religionsgeschichte* (Paderborn 1917).

4 *Mich.* 5, 2 3.

5 *Ierem.* 31, 22 23.

6 Cfr. núm. 72.

7 Eva (núm. 72), la zarza ardiente (núm. 241), la vara de Aarón (núm. 368), el vellocino de Gedeón (núm. 437), la tenue nubecilla del Carmelo (núm. 586), etc. Acerca de la Madre del Mesías cfr. Zschokke, *Die bibl. Frauen* 383; Schäfer, *Die Gottes Mutter in der Heiligen Schrift*[2] 101 ss.

8 Honrosa excepción es Orelli, *Der Prophet Jesaja*[3] (1904), y con cierta restricción también Kittel. *Geschichte des Volkes Israel* II[3] 531 s.

en la alianza que el Rey proyecta el primer anillo de una cadena de guerras, vejaciones y dominaciones extranjeras. Por eso ofrece a Acaz de parte de Dios una *señal milagrosa* para disuadirle de su propósito y responderle de la protección del Señor. Y negándose Acaz a pedirla, se la da el mismo Dios; de donde es evidente que la señal debía ser proporcionada a la gravedad de las circunstancias y adecuada para afianzar en la esperanza a las personas de recto corazón; debía ser por lo menos tan maravillosa como un milagro en el orden natural. El nacimiento de un niño cualquiera y la imposición de nombre, aun tratándose del hijo del Rey o del Profeta, es un fenómeno corriente que no está a la altura de lo que pide el contexto. «Una señal de esa índole hubiera sido remate desastroso de un principio magnífico de capítulo» [1]. Sólo una solemne alusión al nacimiento del Mesías podía ser garantía suficiente de que habían de fracasar las maquinaciones contra la casa de David.

En el capítulo 9 contempla el Profeta el nacimiento del Mesías, anunciado en el capítulo 7: «En tiempos pasados fué duramente oprimida la tierra de Zabulón y la tierra de Neftalí; y en los últimos tiempos será glorificado el camino del mar, allende el Jordán, en Galilea de los gentiles. El pueblo, que andaba en tinieblas, vió una grande luz; a los que moraban en la región de la sombra de la muerte les nació la luz... *porque nos ha nacido un niño, un hijo se ha dado a nosotros, y el principado ha sido puesto sobre sus hombros; y será llamado su nombre: el Admirable, el Consejero, Dios, el Fuerte, el Padre del siglo venidero, el Príncipe de la paz. Se extenderá su imperio, y la paz no tendrá fin; se sentará sobre el solio de David y sobre su reino para afianzarlo y consolidarlo en justicia y equidad, desde ahora y para siempre; el celo del Señor de los ejércitos hará esto*».

En los últimos tiempos (en la época mesiánica) acontecerá un cambio prodigioso: en vez de tinieblas, una gran luz; en vez de opresión, gloriosa victoria; alegría en vez de tristeza. El motivo de cambio tan feliz será el nacimiento de un niño, saludado ya por el Profeta: el Mesías. Brillará su luz en el país de las tribus de Zabulón y Neftalí, en la región contigua al lago de Genesaret, inundada de paganos (Nazaret estaba en la tribu de Zabulón, Cafarnaum en Neftalí). Desígnase a este niño como príncipe (lleva sobre sus espaldas el «principado», los atributos externos) e hijo de la casa de David (v. 7). Los diversos nombres que se le dan son una explicación de lo que en compendio dice el nombre de Emanuel: ha de *ser* todo lo que esos nombres expresan; no basta *uno solo* para explicar todo lo que para su pueblo y para el mundo entero ha de ser el futuro dominador que ocupará el trono de David. Los comentadores del texto hebreo los agrupan en *cuatro* palabras dobles, cada una de las cuales encierra una noción: Consejero admirable Héroe divino, Padre eterno, Príncipe de la paz. En estos cuatro nombres ven los racionalistas las cualidades esenciales de un príncipe (sabiduría y fortaleza) y el espíritu y carácter de su gobierno (bondad paternal y paz). Pero, agrúpense los nombres como se quiera, esta interpretación es insuficiente e inadmisible. San Jerónimo rechaza la agrupación en cuatro palabras dobles, distribuyendo los nombres de Emanuel en seis, cuya interpretación es como sigue: 1. Admirable (en hebreo, prodigio: palabra que se aplica a las acciones portentosas de la omnipotencia divina, *Is.* 25, 1), designa a Emanuel (v. *Iudic.* 13, 8) como el prodigio (señal 7, 14) por excelencia, cifra de todas las maravillas de Dios. 2. Consejero es algo más que el que posee las virtudes de un gobernante, porque consejo, inteligencia y sabiduría en Dios están y de Dios proceden (*Is.* 22, 29; *Prov.* 1, 30; 8, 14); y el espíritu de consejo, que según 11, 2 ha de descansar sobre el retoño de la raíz de Jesé, es un atributo divino; en él están todos los tesoros de la ciencia y sabiduría de Dios (*Col.* 2, 3). 3 y 4. *Deus fortis,* Dios fuerte, según 10, 21, debe indudablemente entenderse como *una* noción, como un nombre divino característico, sin atenuación ninguna (cfr. *Mich.* 5, 1 ss.; *Ps.* 44, 7, 8), puesto que en 10, 21 es paralelo

[1] Bredenkamp (*Der Prophet Jesaja),* comentario a *Is.* 7, 14.

de «Santo de Israel». 5. Padre del siglo venidero, en hebreo «padre de la eternidad», padre por toda la eternidad, es decir, príncipe que regirá por toda la eternidad como padre (como Dios, no como tirano a semejanza de los reyes gentiles). 6. Príncipe de la paz, príncipe que trae la paz y la conserva (cfr. *Mich.* 5, 5; *Zach.* 9, 10; *Ephes.* 2, 14). No cabe duda, pues, que en este pasaje se atribuyen al Mesías atributos y nombres sobrehumanos, exclusivos de Dios.—Así como el v. 6 resume todo lo que toca a la persona y dignidad del Mesías, el v. 7 reúne como en un foco todas las señales dispersas que atañen a su dominio: aumento constante, paz, derecho y justicia, duración perpetua, son los distintivos y las columnas del reinado del hijo de David (*Luc.* 1, 34). El cumplimiento está garantizado por el celo del Señor de los ejércitos, es decir, por el amor de Yahve a su pueblo; amor que será fuego devorador para sus contradictores (cfr. *Is.* 37, 32; *Ezech.* 36, 5; *Soph.* 1, 12)[1].

Después de esta hermosa pintura del Mesías, vuelve el Profeta sus ojos a la triste situación del pueblo y a los aciagos días que pronto le aguardan (9, 8-10, 34); contempla la corrupción de Israel y Judá y el castigo que a ambos amenaza. Mas torna luego su mirada a la estrella de esperanza, al niño redentor: «Y **saldrá una vara**[2] **de la raíz de Jesé,** y de su raíz subirá una flor[3]. Y sobre él reposará *el espíritu del Señor:* espíritu de sabiduría, y de entendimiento, espiritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad, y le llenará el espíritu del temor del Señor»[4]. Él restituirá muchísimo más hermoseado el Paraíso perdido en su reino de paz y justicia, donde no entrará la enfermedad ni la muerte[5].—Porque llena está la tierra del conocimiento de Dios, como de agua los abismos del mar. En aquel día *los gentiles* adorarán al vástago de Jesé, que está puesto como señal para los pueblos, *y su sepulcro será glorioso*[6]. Ve luego Isaías en espíritu cómo *el reino del Mesías* va dilatándose por todas las naciones, y cómo de todos los confines de la tierra se van reuniendo los restos de Israel[7].

Termina esta grandiosa profecía con un himno, que el pueblo redimido repetirá un día: «Y tú (Israel) dirás en aquel día: Te daré alabanza, Señor: porque te enojaste conmigo; pero se alejó tu furor y me has consolado. **He aquí que Dios es mi Salvador,** viviré confiado y no temeré; porque mi fortaleza y mi gloria es el Señor, y ha sido hecho salud para mí. *Sacaréis agua con gozo* de las fuentes del Salvador, y diréis en aquel día: Alabad al Señor, e invocad su nombre; anunciad a los pueblos sus designios; acordaos que su nombre es excelso. Cantad al Señor, porque ha hecho cosas grandes; divulgad esto por toda la tierra. Salta de gozo y entona himnos de alabanza, morada de Sión, porque *grande es en medio de ti el Santo de Israel*»[8].

---

[1] De la versión latina antigua pasó a la Liturgia el nombre: «ángel del Gran Consejo» (*III Missa in Nativ. Dom.; Litaniae de sant. Nomine Iesu*). Se funda en el texto griego, el cual por una confusión, o como supone san Jerónimo, no atreviéndose a decir de un hijo de David que hubiese de llamarse Dios, trasladó de esa manera los tres primeros nombres y se apartó del texto hebreo en los tres siguientes. Otras versiones antiguas traen bien los nombres.

[2] En hebreo *chóter,* rama.

[3] En hebreo *nézer,* pimpollo, flor; expresiones análogas para designar al Mesías: *zémach,* retoño, vástago (*Is.* 4, 2; cfr. 45, 8; *Ierem.* 23, 5; 33, 15; *Zach.* 3, 8; 6, 12); *yonéh* o *yonéketh,* pimpollo (cfr. *Is.* 53, 2; *Ezech.* 17, 22); *schóresch,* raíz (*Is.* 53, 2), *mattáh,* plantío (*Ez.* 34, 29). A todos estos pasajes (pero especialmente a *Is.* 11, 1; *nézer*) se refiere el Evangelista san Mateo 2, 23, cuando dice que, según los Profetas, el Mesías había de llamarse *nazareo.*

[4] *Is.* 11, 1-3. En este pasaje se funda la doctrina de los dones del Espíritu Santo.

[5] *Is.* 11, 4-9. Acerca de este reino de paz vide *ZKTh* 1880, 651.

[6] *Is.* 11, 9 10. En hebreo: «su asilo», es decir, su morada, residencia. Así quiso san Jerónimo que se interpretara su traducción *sepulcrum.* Entenderla del sepulcro de Cristo es restringir su significado, dándole un sentido que ciertamente no repugna al original, pero menos amplio.

[7] *Is.* 11, 11-16. [8] 12, 1-6.

651. Los discursos de los capítulos 13-27 contra (diez) pueblos extranjeros desarrollan la idea antes (pág. 640) expuesta (*Is.* 8, 9-10). La conminación a cada una de las naciones gentiles enemigas del reino de Dios se convierte en amenaza contra los imperios paganos en general. Por eso el Profeta une a las amenazas (*onus,* carga) contra Babel, Asur, Filistea, Moab, Damasco (Israel), Etiopía, Egipto, Idumea, Arabia, Tiro, una descripción grandiosa del Juicio Final, con el que ha de venir el triunfo del reino de Dios. Inspirado por Dios, predice luego la *ruina de Judá* por mano de los babilonios, la *del imperio babilónico* [1] por mano de los medos y persas [2], el *regreso* de la cautividad y la *grandeza del pueblo de Dios en el reino mesiánico* [3].

«He aquí que yo levantaré contra ellos a *los medos,* que no buscarán la plata, ni codiciarán el oro; sino que matarán a sus pequeñuelos con saetas, y no tendrán compasión de las mujeres embarazadas, ni perdonarán a sus hijitos. Y Babilonia, aquella gloriosa entre los reinos, la famosa y soberbia ciudad de los caldeos, será como Sodoma y Gomorra, a las cuales destruyó el Señor. Nunca jamás será habitada ni reedificada por los siglos de los siglos; ni aun el árabe pondrá allí tiendas, ni harán en ella majada los pastores. Sino que se guarecerán allí las fieras, y sus casas se llenarán de dragones, y allí habitarán los avestruces, y retozarán allí los mandriles [4]. Y resonarán en sus casas los ecos de los buhos, y en sus palacios de placer los aullidos de los monstruos» [5].

«*¿Cómo caíste del cielo, lucero del alba* [6], que nacías por la mañana? ¿Cómo caíste en tierra, tú que herías a los pueblos? Tú, que decías en tu corazón: escalaré el cielo sobre los astros de Dios levantaré mi trono, me sentaré en el monte del testamento, a los lados del Aquilón [7]. Subiré sobre la altura de las

---

[1] Cfr. *Is.* cap. 13 14 21 47; Kaulen, *Assyrien,* etc., 257 s.

[2] *Is.* 13, 17; 21, 2; cfr. 44, 28; 45, 1 ss. Según refiere Fl. Josefo (*Ant.* 11, 1), los judíos mostraron la profecía a Ciro, rey de Persia, con lo que éste confesó por verdadero Dios al de los hebreos, reconociendo serle deudor del trono y concedió libertad a los judíos colmándolos de regalos. Concuerda con esto lo que refiere Esdras 1: Ciro dió un edicto para que todos supiesen que el Señor, el Dios del cielo, había puesto en sus manos el reino; dió libertad a los judíos cautivos, encargándoles que reedificasen el Templo y les devolvió los vasos sagrados que Nabucodonosor había robado. Desde el siglo IX a. Cr. comenzaron los medos sus luchas con Asiria y en tiempo de Isaías daban mucho que hacer a los reyes de esta nación. Teglatfalasar les hizo tributarios y se llevó prisioneros 60000 medos con todos sus bienes. Sargón volvió a vencerlos, transportó a Siria parte de los habitantes de Media, mientras a los israelitas de Samaria deportaba a Media (cfr. núm. 617). El belicoso y bárbaro pueblo medo asomaba, pues, en el horizonte del tiempo de Isaías. Mas es notable que el Profeta le atribuye la misión de ejecutar el castigo del soberbio imperio babilónico, como se cumplió en la conquista de Nínive (núm. 630) y de Babilonia (núm. 700).

[3] Cfr. *Is.* 27, 12 s.; 29, 18 s.; 30, 18 ss.; cap. 32, 33 35.

[4] En hebreo *seirim,* velludos, es decir, cabrones, o también toda especie de animales peligrosos e inquietantes.

[5] *Is.* 13, 17-22. Babilonia es realmente un paraje desolado y apenas accesible, un inmenso campo de ruinas, cenagoso e insalubre en sumo grado, siniestro, lleno de escondrijos de culebras y de guaridas de alimañas. Cfr. Kaulen, *Assyrien u. Babylonien* 74 ss., 259; núm. 116; Hilprecht, *Die Ausgrabungen in Assyrien u. Babylonien* 1 ss.

[6] *Lucifer* (es decir, astro brillante, lucero de la mañana) se llama aquí al rey de Babilonia (cfr. núm. 52), seguramente por el culto estelar que en esta nación se practicaba. Creen algunos modernos haber sido la muerte de Sargón (¿o de Senaquerib?) el motivo histórico de este canto; otros, empero, lo trasladan al siglo VI. En realidad, la descripción es impersonal, de suerte que puede referirse a un rey cualquiera de Babilonia, aunque el motivo hubiera sido un suceso determinado y decisivo en la historia de Judea.

[7] En el monte Moria, al norte (noroeste) de Sión. Análoga expresión y en el mismo sentido leemos en *Ps.* 47, 3. Según el texto hebreo, parece aludir al monte de los dioses, el cual, según los babilonios, se encontraba en el extremo norte (cfr. *Ez.* 38, 6 15; 39 s.).

nubes, ***semejante seré al Altísimo***. Mas al infierno eres precipitada, a lo profundo del lago» [1].

652. «Profecía contra Egipto. ***He aquí que el Señor montará en ligera (rauda) nube*** [2] y entrará en Egipto, y a su presencia temblarán los ídolos de Egipto, y el corazón de los egipcios se repudrirá en su pecho.—En aquel día habrá ***cinco ciudades*** [3] en tierra de Egipto, que hablarán en lengua cananea, y que jurarán por el Señor de los ejércitos. La una será llamada ***Ciudad del sol*** [4]. En aquel día, el altar del Señor estará en medio de la tierra de Egipto, y habrá en sus confines un monumento del Señor, señal y testimonio al Señor de los ejércitos en tierra de Egipto. Porque clamarán al Señor contra la opresión, y Aquél les enviará el salvador y defensor que los libre. Y el Señor será conocido de Egipto, y los de Egipto conocerán al Señor en aquel día, y le adorarán con hostias y ofrendas; y harán al Señor votos, y los cumplirán» [5].

653. «En aquel día se cantará esta canción en tierra de Judá: Sión es nuestra ciudad fuerte, el Salvador será para ella muro y antemural [6]. Abrid las puertas, y entre la nación justa que guarda la verdad. Se disipó el antiguo error; nos conservarás la paz; la paz, porque en ti hemos esperado. Esperasteis en el Señor por siglos eternos, en el Señor Dios fuerte, para siempre. Porque encorvará a los que moran en alto, abatirá a la ciudad altiva [7]. La abatirá hasta la tierra, la derribará hasta el polvo. La hollarán los pies, los pies del pobre; la pisarán los mendigos. La senda del justo es derecha; derecha la vereda por donde el justo camina. Y en la senda de tus juicios, oh Señor, tenemos puesta nuestra esperanza; tu nombre y tu memoria son el deseo del alma. Mi alma te deseó en la noche; y mi espíritu en mis entrañas despierta a ti de madrugada: porque, cuando haces tus juicios en la tierra, aprenden justicia los moradores del mundo» [8].

«Por tanto oíd la palabra del Señor, hombres escarnecedores, que domináis al pueblo mío que está en Jerusalén. Porque dijisteis: "Concierto hemos hecho

---

No debe sorprendernos que para quitar el engreimiento del rey de Babilonia se sirviera el Profeta de un «motivo mitológico» babilónico que, como otros usos y costumbres de la misma nación, conocía perfectamente el Profeta. Cfr. Knabenbauer, *Comm. in Is.* I 323; *ATAO*[3] 601.

[1] *Is.* 14, 12-15.

[2] Dios viene a Egipto en calidad de juez sobre las nubes del cielo como en *Ps.* 17, 11; 96, 2; 103, 3. ***El lo visita*** con guerra civil y grandes aprietos, mediante los cuales son castigados los egipcios por su idolatría. El Profeta alude con esto probablemente a las luchas intestinas que destrozaban a los egipcios, hasta que Psametich se alzó con el poder por los años de 656 a. Cr., y a todas las graves tribulaciones que habían de acaecer a Egipto por mano de los conquistadores extranjeros. Las tribulaciones son a la vez ***imagen de la penuria espiritual,*** en la cual los egipcios se habían de volver al servicio del Redentor y de su verdadera religión antes que los demás pueblos. Esto sucedió en los primeros tiempos del Cristianismo; Egipto fué el plantel de la ciencia y de la vida cristiana, patria de la vida religiosa en sus innumerables monjes y anacoretas. Cfr. Kayser-Roloff, *Aegypten*[3] 296 ss.

[3] Proverbialmente, por algunos.—«Hablar la lengua de Canaán» significa aceptar la religión verdadera (lengua quiere decir sentimientos, manera de pensar del pueblo de Dios; cfr. *Sophon.* 3, 9); «jurar por el Señor» significa prometerle fidelidad, obligarse a El, por consiguiente, reconocer al Dios verdadero.

[4] Heliópolis-On; cfr. núm. 204. La lectura es incierta; con la *Vulgata* coinciden Símaco y las versiones caldea y árabe; en la griega se lee: ciudad de la justicia; el texto hebreo dice: ciudad de la destrucción.

[5] *Is.* 19, 1 18-21.

[6] La causa de la fortaleza de Sión (del reino de Dios) es Dios, el cual, como Salvador, se muestra más fuerte que los muros y antemurales; o bien: por causa de la tierra prometida, Sión será fuerte como una ciudad defendida por murallas y baluartes, mientras se reduce a polvo la gran urbe (Babilonia, el imperio).

[7] Babilonia, imagen del reino de Satán.

[8] *Is.* 26, 1-9.

con la muerte, y pacto con el infierno [1]. Cuando pasare el azote de la inundación, no vendrá sobre nosotros; porque nos hemos refugiado en la mentira, y nos hemos puesto a cubierto en el fraude". [2]— He aquí que yo pondré *en los fundamentos de Sión una piedra,* **piedra angular** [3], escogida, preciosa, firmemente asentada en el cimiento. El que creyere, no se apresure [4]. Y haré juicio con peso, y justicia con medida; y un pedrisco desbaratará la esperanza de la mentira, y vuestra protección será anegada en las aguas. Y será cancelado vuestro concierto con la muerte, y vuestro pacto con el infierno no subsistirá [5]; cuando pasare el azote de la inundación, él os aniquilará» [6].

«He aquí, que *reinará* **un rey con justicia** [7], y los príncipes gobernarán con rectitud.—No se ofuscarán los ojos de los videntes, y los oídos de los que oyen oirán atentamente. Y el corazón de los necios entenderá ciencia, y la lengua de los tartamudos hablará expedita y con claridad [8]. El insensato no será más llamado príncipe; ni el embustero será llamado grande».—Mas el príncipe pensará cosas dignas de un príncipe, y estará sobre los nobles» [9].

654. «*¡Ay de ti, que saqueas!* [10] Qué, ¿no serás tú también despojado? Y tú que desprecias, ¿no serás también menospreciado? Cuando acabares de despojar, serás despojado; cuando, cansado, dejares de despreciar, serás despreciado. *Señor, ten misericordia de nosotros,* que siempre hemos esperado en ti; ¡sé nuestro brazo en la mañana, y nuestra salud en el tiempo de la tribulación! A la voz del ángel [11] huyeron los pueblos, y al levantarte, fueron dispersas las gentes.—Excelso es el Señor, pues mora en las alturas; llenó a Sión de rectitud y de justicia. *Y reinará la fe* en tus días, con los tesoros de salud, con sabiduría y ciencia; el temor del Señor será tu tesoro» [12].

«Oíd, los que estáis lejos, lo que he hecho, y conoced los que estáis cerca mi fortaleza [13]. Aterrados han sido los pecadores en Sión, temblor se apoderó de los hipócritas. *¿Quién de vosotros podrá habitar con el fuego devorador?* ¿Quién de entre vosotros podrá morar entre ardores eternos? [14] El que anda en justicia y dice verdad, el que aborrece las riquezas adquiridas con la calumnia y tiene sus manos limpias de todo cohecho, el que tapa sus oídos por no oír de sangre, y cierra sus ojos por no ver lo malo, *éste morará en las alturas;* fortaleza de rocas será su protección; pan le será dado, y no le faltará el agua; sus ojos verán *al rey en su gloria,* mirarán la tierra de lejos» [15].

«*¡Vuelve los ojos a Sión, ciudad de nuestras solemnidades!* Tus ojos verán a Jerusalén, morada opulenta, tabernáculo que no podrá ser trasladado, pues ni las estacas serán jamás arrancadas, ni se romperá ninguna de sus cuerdas. Porque sólo allí se muestra nuestro Señor en magnificencia; aquél es lugar de ríos, de ríos anchísimos y caudalosos, no surcados por naves de remos ni por grandes trirremes. Porque **el Señor (Yahve) es nuestro Juez,** el Señor nuestro legislador, el Señor nuestro Rey; él mismo nos salvará [16]. Se han aflojado

---

1 Nos hallamos a salvo de la muerte y del infierno.

2 Si nos acaeciere algún mal, ya nos las compondríamos con mentiras y engaños.

3 El Mesías es este sillar y piedra angular de la nueva Sión, de la Iglesia de la Nueva Alianza (cfr. núms. 532 y 649).

4 Quien cree en el Mesías, en El encuentra el más firme apoyo de su esperanza y no tiene qué temer, ni ir a otra parte en demanda de auxilio (cfr. *Is.* 7 49; núm. 648).

5 Yo quiero juzgar según derecho y justicia y destruir vuestro falso apoyo y refugio.

6 *Is.* 28, 14-18.

7 El Rey de la nueva Sión, el Mesías (cfr. *Ps.* 71, 2 ss.; núm. 525).

8 Cesará entonces la ceguera espiritual, la sordera, etc.

9 *Is.* 32, 1 3-5 8.

10 Refiérese primero a Senaquerib (cfr. núm. 639 s.), luego al imperio enemigo (Asiria y Babilonia) y a todos los enemigos de Dios.

11 Ante el ángel o ángeles que tú envías para socorrernos (núm. 639).

12 *Is.* 99, 1-3 5 s.

13 Reflexionad en este castigo.

14 De mi castigo.

15 *Is.* 33, 13-17.

16 ¡Oh enemigo de Jerusalén, de la Iglesia de Dios!

tus jarcias y no sujetan, de suerte que no puedes izar velas. Entonces se repartirán los despojos de muchas presas; hasta los cojos arrebatarán la presa. Ni dirá el vecino: Me faltan fuerzas; quitada será la maldad del pueblo que allí mora» [1].

655. «*Entonces se alegrará el desierto yermo e intransitable* [2], y saltará de contento la soledad, y florecerá como lirio. Copiosamente brotará, y con mucha alegría y alabanzas saltará de contento; la gloria del Líbano le ha sido dada; la hermosura del Carmelo y de Sarón; ellos verán la gloria del Señor y la hermosura de nuestro Dios. Confortad las manos flojas, y robusteced las rodillas vacilantes. Decid a los apocados de corazón: «Tened aliento y no temáis; mirad que vuestro Dios viene a ejecutar justa venganza; **el mismo Dios vendrá y os salvará.** Entonces se abrirán los ojos de los ciegos y los oídos de los sordos: entonces el cojo saltará como el ciervo, y se desatará la lengua de los mudos [3]; porque brotarán aguas en el desierto, y torrentes en la soledad; la tierra seca se convertirá en estanque; y la sedienta, en fuentes de agua. En los campos en donde antes habitaban dragones, nacerá el verdor de la caña y del junco. Y habrá allí senda y camino, y se llamará camino santo; no le pisará hombre inmundo, y será para vosotros camino recto; de suerte que aun los lerdos no se pierdan en él. No habrá allí león, ni bestia feroz transitará por él, ni será hallada allí; y caminarán los que fueren libertados [4]. Y los rescatados por el Señor se volverán, y vendrán a Sión con himnos de alabanza; y *alegría perdurable corona sus cabezas; poseerán gozo y alegría, y huirá el dolor y el llanto*» [5].

---

656. La *segunda parte* del *Libro de Isaías* [6] contiene veintisiete discursos, poéticos por lo general, estrechamente unidos unos con otros. Su objeto es, como se colige del primero de ellos (cap. 40), consolar a Sión de la pérdida de sus hijos (llevados al destierro). La situación que el Profeta prevé es la siguiente: Jerusalén ha sido despojada de sus hijos y abandonada por su esposo y Señor (Yahve); ha quedado viuda y sumida en gran duelo; trabajos, penas y cautividad pesan sobre ella [7]. Entonces el Profeta anuncia el consuelo: El Señor viene a salvar a su pueblo, a redimirlo de la cautividad llevándolo a su patria, donde El mismo será su Rey. El lo *puede,* — omnipotente, Dios vivo, ante quien «nada» son los ídolos; El

---

[1] *Is.* 33, 20-24. Borrado el pecado, ningún padecimiento ni desgracia aquejará a los miembros de la celestial Jerusalén (cfr. *Matth.* 8, 17; *Marc.* 2, 9; *Is.* 64, 4; I *Cor.* 2, 9; *Apoc.* 21, 4).

[2] Cuando se haya pronunciado el castigo sobre los enemigos de su pueblo, entonces revivirá éste y participará de la alegría de los que vuelven de la cautividad. Las imágenes, tomadas de la naturaleza, simbolizan lo que se realiza en los corazones humanos, en el mundo redimido. La descripción que sigue contiene las ideas fundamentales de la segunda parte (núm. 656) y reúne en un *solo* cuadro de precioso colorido la liberación del cautiverio y la redención del pecado: figura y cumplimiento.

[3] Acerca del cumplimiento en Jesucristo cfr. *Matth.* 4, 23; 11, 4 s.; *Marc.* 7, 32 ss.

[4] Gráfica descripción de las bendiciones y de la felicidad del reino mesiánico.

[5] *Is.* 35, 1-10.

[6] Véase núm. 644.

[7] Cómo *Isaías* pudo prever esto, lo explican los capítulos que preceden (cap. 38 y 39), los cuales terminan con el anuncio de la deportación de los descendientes de Ezequías a Babilonia (núm. 642); demás de esto, en la visión en que fué llamado por Dios se le dió a entender que los habitantes del país habían de ser deportados muy lejos y que sobrevendría la desolación (6, 13); de ahí que el Profeta anunciase (5, 13): «por eso es llevado mi pueblo a la cautividad». Era además Isaías contemporáneo del castigo de Samaria. Se comprende, pues, que pudiera prever la situación arriba descrita, puesto caso que el Espíritu de Dios le había inspirado que su pueblo había de seguir el camino de Babilonia, pero que también había de regresar a su patria.

lo *quiere,* — fiel pastor de su rebaño; y El lo *hará,* — por su promesa y para su gloria. Tiene ya escogido al siervo (esclavo), que ha de ser mediador de la Nueva Alianza y luz de los gentiles, llevar la salud hasta el cabo de la tierra y establecer su reino con esplendor. A este «siervo de Dios» compete, pues, una misión análoga a la de Moisés y David; esto mismo se colige de una porción de rasgos que recuerdan la salida de Egipto, el gobierno de Moisés, y las fieles promesas de David [1].—Divídese el libro de la consolación en tres secciones de igual extensión, cuya idea capital se expone en el capítulo 40, 2. La *primera* (40 48) habla principalmente de la posibilidad de la redención de Israel y del primer requisito para ello, a saber: la liberación del cautiverio babilónico [2].

«*Consuélate, pueblo mío, consuélate,* dice vuestro Dios. Alentad a Jerusalén y decidle: llena está la medida de su aflicción, expiada su maldad; recibirá de la mano del Señor el doble por todos sus pecados. Escucha la voz del pregón: Aparejad el camino del Señor, enderezad en la soledad las sendas de nuestro Dios. Todo valle será alzado, y todo monte y collado abatido, y lo torcido se enderezará, y lo áspero se tornará en caminos llanos, para que se manifieste la gloria del Señor, y sea vista de toda carne» [3].

Eje de las ideas y promesas de las dos primeras secciones (cap. 40-57) es *el siervo de Dios,* instrumento escogido para llevar a cabo los planes divinos, pero que se distingue claramente del conquistador Ciro. Del «siervo de Dios» tratan *cuatro* capítulos, los cuales, con las profecías de Emanuel (v. núm. 650), pueden llamarse Evangelio de la Antigua Alianza.

Hecha en el capítulo 41 la presentación del conquistador que Dios destinaba para derrotar a las naciones y pisotearlas como el polvo de las calles y libertar al pueblo escogido, Isaías nos presenta por boca del Señor al siervo de Dios, describiéndonoslo como profeta:

«He aquí a mi siervo, yo estaré con él; mi escogido, en quien se complace el alma mía; *sobre él he derramado mi espíritu,* él mostrará la justicia a las naciones. No voceará, ni será aceptador de persona; no se oirá su voz en las calles; la caña cascada no la quebrará, ni apagará el pábilo que aun humea» [4]

---

[1] A Moisés recuerda expresamente 63, 11-14; y 51, 9 10 trae a la memoria los prodigios del éxodo. Son reminiscencias de ellos la imagen del rebaño (40, 41), la significativa expresión «brazo del Señor», tan empleada en el relato de la salida de Egipto y en la segunda parte del *libro de Isaías,* la entusiasta alabanza del Señor por la liberación de Israel (40, 6 y a cada paso, como *Exod.* 15 y *Ps.* 77). Cfr. también *Is.* 9, 4; 11, 5.— Cfr. *ZKTh* 1906, 164, 167 750.

[2] 40, 1-5. El Profeta percibe las voces de los pregoneros que invitan a preparar los caminos al Señor (como a gran príncipe), el cual quiere guiar a su pueblo por el desierto a Sión. Al mismo tiempo Israel ha de hacerse digno de esta gracia preparando los caminos al Señor mediante el temor de Dios, para que Aquél pueda sacarlos del cautiverio.—Pero esta liberación es una débil imagen de la Redención mediante el Mesías; un gran pregonero del Señor la anunciará, invitando al pueblo escogido a prepararse a ella (cfr. *Is.* 62, 10 ss.; *Malach.* 3, 1 ss.; 4, 6). El mismo Jesucristo aplicó este pasaje al Precursor (*Matth.* 11, 10 ss.; 17, 12); y la manera como el Bautista se conduce con los judíos da a entender que también éstos lo entendieron del mismo modo (cfr. *Ioánn.* 1, 23; *Marc.* 1, 2 ss.; *Matth.* 3, 3; *Luc.* 3, 4).

[3] 40, 1-5. En el texto hebreo estas palabras van dirigidas al Profeta (a los profetas): consolad a mi pueblo, hablad a Jerusalén al corazón, etc.

[4] 42, 1-3; cfr. *Matth.* 3, 16 17; 11, 29; 12, 16 ss.; 9, 10 ss.; *Luc.* 9, 52-56; 23, 34. Anhelante clama el Profeta por el Redentor: «¡Lloved, cielos, de arriba; y nubes, lloved al justo; ábrase la tierra y germine al Salvador, y nazca juntamente la justicia». Y recibe esta respuesta: «Yo, el Señor, lo creé» (45, 8). Que este lugar se refiere a la apacible y

(es decir, no dejará sin socorro y alivio a los oprimidos, desamparados y desheredados de la fortuna; él los consolará).

Describe la locura de la *idolatría* [1], las victorias de *Ciro,* libertador del pueblo de Dios [2], la destrucción de los ídolos de *Babilonia* y del imperio babilónico [3] y el *fin del cautiverio* [4].

657. En la *segunda sección* (cap. 49-57 [5]) expone el Profeta *cómo el Mesías lleva a cabo la redención.* Presenta al «siervo de Dios» hablando de esta manera:

«Oíd, islas, y atended, pueblos lejanos: El Señor me [6] llamó desde el vientre de mi madre; desde el seno materno se acordó de mi nombre. Hizo de mi boca a manera de espada aguda; e hizo de mí a manera de saeta bien afilada y me guardó dentro de su aljaba; y me dijo: *Siervo mío eres tú, Israel* [7], en ti seré yo glorificado» [8].

«Y dijo: Poco es que tú me seas siervo para restaurar las tribus de Jacob, y convertir las heces de Israel; he aquí que yo te he destinado para que seas *luz de las naciones,* para que lleves mi salud *hasta los extremos de la tierra.*— Y dijo Sión: *Desamparóme el Señor,* el Señor se olvidó de mí. ¿Cómo puede olvidar la mujer a su pequeñuelo, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Y si ella le olvidare, pero yo no me olvidaré de ti. *He aquí que te he grabado en mis manos* [9]; tus muros están siempre delante de mis ojos. Vienen los que te han de reedificar; y los que te destruyen y asuelan se alejan de ti» [10].

Dios ha producido este cambio feliz en los destinos de Israel por causa de la obediencia del Mesías, el cual recabará para Israel una redención espiritual, aun más espléndida. Isaías le oye hablar de esta manera:

«El Señor me dió una lengua sabia, para que sepa yo sostener con mi palabra al cansado, al que está desmayado [11]; El me llama por la mañana, habla de madrugada a mis oídos para que le escuche como a maestro. El Señor Dios me

---

benéfica *venida del Mesías* del cielo y a su nacimiento, se colige del lugar paralelo de *Isaías* 4, 2, donde se llama al Mesías pimpollo del Señor y fruto de la tierra, y también del pasaje análogo de los *Salmos* (71, 7; núm. 525) y de la constante tradición de los antiguos judíos y de la Iglesia. Pero también el contexto nos aconseja la misma interpretación. Háblase de *Ciro* en el comienzo del capítulo; pero sólo porque por sus victorias y por la libertad concedida a los judíos preparó el camino al Redentor venidero. Por eso la mirada del Profeta pasa de estas victorias etc., al término de ellas, al verdadero Redentor de Israel, al magnífico Señor de las naciones. No pueden aplicarse a Ciro las palabras: «Lloved, cielos, etc.» (por lo menos en toda su significación). Además, en el texto hebreo de este pasaje tienen los términos «justicia» y «salud» idéntico sentido.

[1] Cap. 44. [2] Cap. 45. [3] Cap. 46 y 47. [4] Cap. 48.

[5] Cfr. en Schenz, *Die priesterliche Tätigkeit des Mesias nach dem Propheten Isaias* (Ratisbona 1892) un comentario asequible a todos.

[6] Al Mesías; refiérese a la naturaleza humana que tomó de María y en la cual se hizo obediente por nosotros hasta la muerte (cfr. *Gal.* 4, 4; *Philip.* 2, 8).

[7] Llámase al Mesías *Israel,* combatiente del Señor, como al pueblo del cual procede; pero en sentido más elevado que a Jacob, que sólo fué una pálida imagen del nuevo Israel (Cfr. núm. 186).

[8] 49, 1-3.

[9] Expresión figurada para indicar la certeza de que Dios no puede olvidar a Israel. Pero ¡cuán profundas y conmovedoras son estas palabras si consideramos la obra de la Redención, cuando el Salvador nos grabó en sus sagradas manos con agudos clavos, y de la herida del costado edificó su Iglesia!

[10] 49, 6 14-17. La reedificación de los muros de Jerusalén después de la cautividad de Babilonia era sólo figura de la edificación de la verdadera Jerusalén, del reino del Mesías, de la Iglesia.

[11] Para que yo pueda consolar y animar a los encorvados y anunciarles el año de la redención (cfr. *Is.* 61, 2; *Luc.* 4, 18; núm. 660).

abrió los oídos, y yo no me resistí; no volví atrás. Entregué mi cuerpo a los que me herían; *no retiré mi rostro de los que me injuriaban y escupían* [1]. El Señor Dios es mi protector; por eso no he quedado confundido; y así presenté mi cara como piedra durísima; y sé que no quedaré avergonzado» [2].

El Profeta ve los consoladores efectos del sacrificio del Redentor, a saber: *la salud de Israel y de todos los pueblos,* el castigo de los enemigos de Dios [3] y, como principio de todo ello, la liberación de la cautividad babilónica:

«*Levántate, levántate, vístete de tu fortaleza, Sión;* vístete de gala, Jerusalén, ciudad del Santo; porque no volverá a pasar por ti en adelante incircunciso ni inmundo. Sacúdete del polvo, levántate, siéntate, Jerusalén; suelta las ataduras de tu cuello, cautiva hija de Sión. Porque esto dice el Señor: De balde fuisteis vendidos, y sin plata seréis redimidos.—*¡Cuán hermosos sobre los montes los pies del que anuncia y predica la paz,* del que anuncia el bien y predica la salud, del que dice a Sión: *Reinará tu Dios!*» [4]

658. Mas luego vuelve el Profeta su mirada a aquel por quien Israel conseguirá tan magnífico porvenir, y pone en boca del mismo Dios el anuncio de la Pasión y glorificación del Mesías [5]:

«*Mirad que mi siervo obrará sabiamente;* será ensalzado y engrandecido y encumbrado. Así como muchos se apartan de tí, [6] así su rostro quedará desfigurado entre los hombres, y su figura entre los hijos de los hombres. *El rociará* [7] *a muchas gentes;* los reyes cerrarán la boca en su presencia [8]; porque aquellos a quienes nadie se había anunciado de El [9], le verán; y los que no le oyeron, le contemplarán» [10].

El Profeta contempla el asombroso espectáculo de la Redención sangrienta, y describe la profunda impresión que le produjo el cuadro del siervo de Dios paciente [11]. Este es el *Evangelio de la Antigua Alianza,* la doctrina de la satisfacción sustitutiva del cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

«¿Quién ha creído lo que oímos? ¿y el brazo del Señor a quién ha sido revelado? El [12] creció en su presencia [13] como vástago, y como raíz en tierra árida [14]; no tenía ni figura ni belleza; le vimos, y su aspecto no le hacía deseable; despreciado, y el postrero de los hombres, varón de dolores, y que sabe de tra-

---

1 Cfr. *Matth.* 26, 67 78; *Ioann.* 19, 1-3. 2 50, 4-7. 3 Cap. 51.
4 52, 1-3 7; cfr. *Nahum* 1, 15; *Rom.* 10, 15. 5 52, 13-15.
6 Sobre el humillado Israel.
7 Con su sangre redentora. Cfr. la aspersión al establecerse la Antigua Alianza (*Exod.* 24, 8), figura de esta aspersión en la Nueva (*Hebr.* 9, 19 ss.; 12, 24; cfr. núm. 287). Idéntica es la expresión hebrea: rociar, o sea, purificar, limpiar de pecado.
8 Por respeto.
9 Es decir, los pueblos paganos.
10 A El, al Redentor, o su admirable y graciosa Redención.
11 Cap. 53. Para la exégesis cfr. Feldmann, *Der Knecht Gottes in Is.* 40-55 (Friburgo 1907), resumen y examen de todas las teorías que acerca del asunto se han emitido. El mismo escritor explica de manera científico-popular el asunto en *BZF* II 10 (*Die Weissagungen über den Gottesknecht im Buche Isaias*).—Una exposición de las tentativas recientes (históricas y mitológicas), desde el punto de vista positivo de los protestantes creyentes, puede verse en v. Orelli, *Der Knecht Jahwes im Jesajabuche*, en *BZSF* IV (1908) 6.
12 El siervo de Dios, es decir, el Mesías.
13 Bajo la protección de Dios.
14 Tan pobre y necesitado. Véase página 642, nota 3.

bajos; y su rostro como escondido [1] y afrentado, por lo que no hicimos aprecio de él. En verdad *tomó sobre sí nuestras enfermedades* y él cargó con nuestros dolores; y nosotros le reputamos como leproso, y herido de Dios, y humillado. Mas él fué llagado por nuestros crímenes, despedazado por nuestras maldades: para nuestra paz descargó el castigo sobre sí; *y con sus cardenales fuimos sanados*. Todos nosotros nos extraviamos como ovejas, cada uno se desvió por su camino; y el Señor cargó sobre él la iniquidad de todos nosotros [2]. Se ofreció porque él mismo lo quiso [3], y no abrió su boca, como oveja que va al matadero; como cordero que enmudece delante del que lo trasquila, no abrió su boca [4]. Mediante un juicio inicuo fué arrebatado [5]; ¿su generación quién la contará? [6] Porque fué cortado de la tierra de los vivientes; por la maldad de su pueblo le hirió Dios. Señalósele sepultura entre los malhechores; *mas estuvo con el rico después de su muerte* [7]; porque no hizo maldad, ni hubo malicia en su boca».

«El Señor quiso consumirle con trabajos; *mas, habiendo él ofrecido su vida en sacrificio por el pecado* [8], *verá una descendencia muy duradera*, y la voluntad del Señor [9] se cumplirá por su mano. Por cuanto padeció su alma, verá y se hartará [10]; por su conocimiento [11] justificará a muchos, él, mi siervo, llevando sobre sí los pecados de ellos [12]. Por tanto recibirá él su porción entre los grandes, y partirá los despojos con los fuertes [13]; porque entregó su alma a la muerte, y *con los malvados fué contado* [14], cargando con los pecados de muchos, e intercediendo por los transgresores» [15].

---

[1] Tan desfigurado ha quedado por las bofetadas, etc. (cfr. *Matth*. 26, 67 s.; *Ioann*. 19, 2). Más exactamente, según el hebreo: como uno ante quien se oculta el rostro; es decir, un leproso.

[2] Cfr. *Matth*. 2, 23; *Ioann*. 6, 42; 19, 5; *Matth*. 27, 16 17 21; I *Cor*. 15, 3; I *Petr*. 2, 22 ss.

[3] Según la explicación de san Jerónimo y de acuerdo con el hebreo, estas palabras expresan propiamente que el siervo de Dios se entrega a la pasión voluntaria y mansamente (como un cordero). Luego dice el texto que él ofrece su vida en *sacrificio expiatorio* por los pecados de su pueblo.

[4] Cfr. *Ioann*. 10, 17 18; *Matth*. 27, 12-24; *Act*. 8, 32 ss.

[5] Violenta e injustamente es sentenciado a muerte y privado de la vida.

[6] ¿Quién es capaz de comprender que su linaje, es decir, sus contemporáneos, su pueblo, había de portarse con él de semejante manera, entregándole a la muerte más cruel?—Muchos santos Padres entendieron de esta suerte: ¿Quién puede *explicar* su linaje? y vieron en estas palabras una alusión a su *nacimiento eterno* del padre y a su admirable *encarnación*; o también a su numerosa *descendencia*, a la innumerable multitud de los redimidos (cfr. versículo 10 ss.).

[7] En vez de la afrenta que se le ha hecho, recibe de un rico honrosa sepultura (cfr. *Luc*. 23, 32 33; *Matth*. 27, 57-60).

[8] El texto hebreo emplea la palabra con que ordinariamente suele designar el sacrificio *pro delicto*, que consiste esencialmente en el desagravio, en la reparación de los daños y en el restablecimiento del orden quebrantado. Cfr. núm. 313; Scholz, *Die heiligen Altert*. II 157; Schegg, *Bibl. Archäologie* 504 s.—En vano y sin razón tratan los modernos de atenuar el concepto de sacrificio *pro delicto* o de descartarlo en este lugar, pues la satisfacción vicaria está aquí encerrada inequívocamente y con claridad. Además, en estos capítulos se habla de ella nada menos que doce veces con mayor o menor precisión y en formas distintas, de suerte que el Nuevo Testamento se ha limitado a tomar del Profeta las expresiones correspondientes.

[9] El decreto divino de la Redención se cumplirá en el establecimiento y propagación de la Iglesia hasta el fin de los tiempos.

[10] Por la gloria de su santísima Humanidad en el cielo (*Ioann*. 17 1 ss.) y por el gran número de redimidos.

[11] Por la fe en él como divino Redentor de la humanidad.

[12] El la tomará sobre sí y expiará por ella.

[13] *Luc*. 11, 22. *Ioann*. 12, 32 s.

[14] *Matth*. 27, 38. *Marc*. 15, 27 s. *Luc*. 22, 37; 23, 32 s.

[15] Cfr. *Luc*. 23, 34.—El «siervo del Señor»: a) *no tiene huella de pecado*, a diferencia de las demás criaturas (cfr. *Gen*. 8, 21; *Iob*. 14, 4; 15, 14; 4, 18; *Ps*. 50, 7); b) *borra los pecados* de otros y hace justos a los pecadores, cosa propia de Dios (cfr. *Exod*. 34, 7;

659. En la *tercera sección* (cap. 58-66) ve y describe Isaías con brillantes colores la magnificencia del *reino mesiánico,* de la Iglesia, a la cual Israel está llamado el primero [1]:

«*Levántate, esclarécete, Jerusalén;* porque viene tu lumbre y la gloria del Señor nace sobre ti. Porque he aquí que las tinieblas cubrirán la tierra; y la oscuridad, los pueblos; mas sobre ti nacerá el Señor, y su gloria se verá en ti. Y andarán las gentes a tu lumbre; y los reyes, al resplandor de tu nacimiento. Alza tus ojos alrededor, y mira; todos éstos se congregan y vienen a ti; tus hijos vienen de lejos, y tus hijas acuden a ti de todas partes. Entonces verán la abundancia, y tu corazón se maravillará y ensanchará, cuando se convirtiere a ti la muchedumbre del mar [2], y *la fortaleza de las naciones viniere a ti.* Inundación de camellos te cubrirá, dromedarios de Madián y de Efa; todos los de Sabá vendrán; y *traerán oro e incienso,* anunciando las alabanzas del Señor.—Y *estarán tus puertas abiertas de continuo,* de día y de noche no se cerrarán, para que el poder de las naciones sea traído a ti y te sean conducidos sus reyes. Porque *la nación y el reino que a ti no sirviere, perecerá;* y las naciones serán destruídas y desoladas.—No tendrás ya más el sol para que luzca de día, ni el resplandor de la luna te alumbrará; sino *el Señor te será luz perdurable,* y tu Dios será tu gloria» [3].

660. Contempla luego el Profeta al Mesías y su obra entre los hombres, y le oye anunciar su propia misión:

«**El espíritu del Señor sobre mí;** porque me ungió el Señor para evangelizar a los pobres, para medicinar a los contritos de corazón, y predicar remisión a los cautivos, y libertad a los encarcelados; para predicar el *año de la reconciliación con el Señor,* y el día de la venganza de nuestro Dios; para consolar a todos los que lloran; para cuidar de los que lloran en Sión, y darles corona por ceniza, óleo de alegría por lágrimas, manto de gloria por espíritu de tristeza; a fin de que los que allí [4] estén, sean llamados los fuertes en la justicia, plantel del Señor para gloria suya» [5].

Ps. 18, 13; 31, 5; 102, 12; *Is.* 43, 25; 44, 22; *Mich.* 7, 18; *Ierem.* 31, 34; *Marc.* 2, 7); c) *no* experimenta *corrupción* después de padecer *la muerte* (cfr. *Ps.* 15, 10; *Act.* 2, 26 s.), sino se levanta de entre los muertos, para comenzar otra vida en la gloria. Preséntasele, pues, como a un ser superior, sobrehumano, como a Dios; y precisamente del oficio de medianero y reconciliador sacó san Atanasio argumento para demostrar contra los arrianos la divinidad del «siervo de Dios». Véase el cumplimiento en *Matth.* 26 ss.; *Marc.* 14 ss.; *Luc.* 22 ss.; *Ioann.* 18 ss.

[1] *Is.* 60, 1-6 11 s. 19.

[2] Los pueblos gentiles que viven lejos.

[3] Es decir, en el Mesías será prodigiosamonte glorificada Jerusalén; en ella le tributarán homenaje los pueblos gentiles más alejados como a su Rey y Dios (oro se ofrecía a los reyes, incienso a Dios); la Jerusalén así formada, es decir, el reino mesiánico, va recibiendo más y más naciones paganas; y, por fin, el Señor será todo en todas las cosas (cfr. *Matth.* 2, 1 ss.; 28, 19 20; *Apoc.* 21, 23; 22, 5). El sentido de este capítulo es, pues, análogo al del Salmo 71 (núm. 525).—*Dromedario,* propiamente el *camellus dromedarius* que se emplea para viajar y, en general, el camello. — *Madián, Efa* y *Sabá* (cfr. núms. 235, 262, 525) son regiones de Arabia y significan pueblos lejanos del Oriente. *Efa* era una tribu madianita de la costa oriental del mar Rojo. De la misma suerte habla Isaías en los capítulos 49 y 54. Comenzó a cumplirse cuando los primogénitos de los gentiles, los Magos de Oriente, vinieron al pesebre de Belén (*Matth.* 2, 1 ss.). A los pasajes citados se refieren muchos lugares del Nuevo Testamento, unos tácita, otros explícitamente (cfr. *Luc.* 1, 30-32; *Act.* 13, 47; II *Cor.* 6, 2; *Gal.* 4, 27; *Apoc.* 7, 16; 21, 11 ss.).

[4] En la nueva Sión.

[5] *Is.* 61, 1-3. Que aquí se trata del Mesías lo declaró el mismo Jesucristo (*Luc.* 4, 17-21), cuando en la sinagoga de Nazaret se lo aplicó a sí mismo diciendo: «Hoy se ha cumplido esta profecía en vuestros oídos» (cfr. también *Matth.* 3, 16; 11, 4 5; *Act.* 10, 37 38). Algunos, sin embargo, ponen estas palabras en boca del *Profeta,* aunque como figura del Mesías. Mas esta interpretación repugna: 1) al contexto, pues en el capítulo 60 que le

«Por Sión no callaré [1], y por Jerusalén no sosegaré, hasta que *salga su justo como resplandor*, y su Salvador, como una antorcha encendida. Y verán las gentes a tu justo, y todos los reyes a tu ínclito; y te será puesto un **nombre nuevo** que el Señor nombrará con su boca. Y serás corona de gloria en la mano del Señor, y diadema de reino en la mano de tu Dios.—He aquí que el Señor hizo oír en las extremidades de la tierra: Decid a la hija de Sión: **"Mira que viene tu Salvador.** Mira, consigo su galardón, y su obra delante de él". Y les llamarán *pueblo santo, redimidos por el Señor.* Y a ti te llamarán: *ciudad deseada,* y la no desamparada» [2].

661. Con mirada profética contempla de nuevo Isaías a aquél a quien se debe tan hermoso porvenir *bajo la imagen de un vencedor* de Idumea, enemiga siempre del pueblo de Dios:

«*¿Quién es éste que viene de Edon,* quién de Bosra [3] con las vestiduras teñidas? ¿tan gallardo en su vestir, que camina en la plenitud de su fortaleza? —**Yo soy, el que enseño justicia,** y protejo y salvo. ¿Pues por qué es bermejo tu vestido, y tus ropas como las de los que pisan un lagar? «El lagar pisé yo solo, y de las naciones no hay hombre alguno conmigo; los pisé en mi furor, y los rehollé en mi ira; y se salpicaron con su sangre mis vestidos, y manché todas mis ropas [4]. Porque está ya por mí decretado el día de la venganza, y el año de la redención por mí ha venido. Miré alrededor y no hubo quien acudiese a mi socorro; anduve buscando y no hallé quien me ayudase. Y me salvó mi brazo, y mi mismo enojo fué mi auxilio. Y rehollé a los pueblos en mi furor, y los embriagué en mi indignación y derribé en tierra su fuerza». Me acordaré yo (el Profeta) de las misericordias del Señor, (anunciaré) las alabanzas del Señor por todas las cosas que nos ha dado y por la muchedumbre de los beneficios que ha hecho a la casa de Israel, según su clemencia y la abundancia de sus misericordias» [5].

---

antecede y en 62 que le sigue (como en general en los capítulos 49-66), se habla directamente del Mesías; 2) a otros textos anteriores como 11, 2 3; 35, 4; 42; 49, según los cuales el Mesías es saturado del espíritu de Dios y enviado por el mismo para anunciar a todos, y de una manera especial a los pobres y oprimidos, las divinas verdades y consolaciones, para romper las cadenas, abrir los ojos a los (corporal y espiritualmente) ciegos y traer la era venturosa de la gracia y de la salud, y la venganza a los enemigos de Dios; 3) está, en fin, en pugna con la grandiosa y admirable eficacia que en el pasaje citado se atribuye al orador, la cual no es propia de un mero hombre.—La «remisión del Señor», es decir, la liberación, la redención, presupone la «venganza de Dios sobre sus enemigos», es decir, la sentencia de Dios contra el mundo pagano (Asiria, Babilonia); cfr. núm. 661.

[1] Isaías.

[2] *Is.* 62, 1-3 11 s.

[3] Una de las capitales idumeas (cfr. *Gen.* 36, 33), 40 Km. al sureste del extremo meridional del mar Muerto. Cfr. *HL* 1890, 85; *LB* I 684.

[4] El Salvador vence a los enemigos primero librando a Israel de la esclavitud y subyugando a los enemigos; vence de manera mucho más sublime en la obra de la Redención sometiendo los poderes infernales (*Col.* 2, 13 ss.); vence como Rey de reyes y Señor de los señores, cuyo poder ningún soberano de la tierra puede resistir; y al fin de los tiempos ha de juzgar a todos los poderes del mundo y del infierno, como lo anunció solemnemente ante el Sanedrín, cuando éste iba a pronunciar la sentencia de muerte (cfr. *Matth.* 26, 64; 1 *Tim.* 6, 15; *Apoc.* 1, 5; 19, 16).

[5] *Is.* 63, 1-7. Este pasaje ha sido interpretado erróneamente y lo explotan los enemigos de la Revelación, aduciéndolo como «ejemplo de ardiente odio nacional» (Delitzsch, *Bibel und Babel* II). Mas en ninguna manera es «un canto guerrero o un himno triunfal beduíno, lleno de celo político y odio pasional», y no hay por qué «temer que Yahve haga perecer a los pueblos al filo de su espada». Pues en vaticinios de esta naturaleza no se trata de odios nacionales o de sentimientos de venganza, sino de antagonismos entre el reino de Dios y el reino del mundo: si alguien se sublevare contra el reino de Dios y persistiere en la rebelión, sobre él recaerá el fallo de la justicia hasta dejarlo aniquilado. En el pasaje que nos ocupa, este pensamiento está revestido de una forma altamente dramática y metafórica: compárase al vencedor del mundo gentil con el pisador, que realiza una

«*¡Oh si rompieras los cielos y descendieras!* Derretiríanse los montes a tu presencia» [1].

662. Ve también Isaías *el endurecimiento de la mayor parte del pueblo*, el llamamiento de los gentiles y la reprobación y castigo de todos los enemigos del Mesías y de su reino:

«*Búscanme los que antes no preguntaban por mí*, hállanme los que antes no me buscaron. Dije a una nación que no invocaba mi nombre: «Aquí estoy, heme aquí» [2]. (En vano) extiendo mi mano todo el día a un pueblo incrédulo, que anda tras sus antojos por camino no bueno [3].—Por tanto, esto dice el Señor Dios: «*He aquí que mis siervos* [4] *comerán*, y vosotros [5] tendréis hambre; he aquí que mis siervos beberán, y vosotros tendréis sed; he aquí que mis siervos se alegrarán, y vosotros seréis avergonzados; he aquí que mis siervos cantarán alabanzas por la alegría del corazón, y vosotros daréis gritos por el dolor del corazón, y por la angustia del espíritu aullaréis. Y dejaréis *vuestro nombre por juramento* a mis escogidos». El Señor Dios te [6] matará, y a sus siervos los llamará con *otro nombre* [7]. Quien se bendijere con este nombre sobre la tierra, será bendito con el Dios de la verdad; y quien jurare en la tierra, jurará en el Dios de la verdad; porque las angustias pasadas olvidadas están y escondidas de mis ojos [8].

«Yo vengo para congregar *todos los pueblos* y lenguas; y comparecerán y verán mi majestad. Y levantaré en medio de ellos *una señal* [9]; y de los que se salvaren, yo enviaré a las naciones del mar, a Africa y Lidia, a los que tienden el arco, a Italia y Grecia, a las islas remotas, a gentes que jamás han oído hablar de mí ni han visto mi gloria. Y anunciarán a las naciones la gloria mía, y traerán a todos vuestros hermanos de todas las naciones, y los ofrecerán como en presente al Señor (cfr. *Rom.* 15, 16) en caballos, y en carrozas, y en literas, y en mulas y carruajes, en mi monte santo de Jerusalén, dice el Señor, como cuando los hijos de Israel llevan en un vaso puro la ofrenda a la casa del Señor. Y *de entre éstos escogeré yo sacerdotes y levitas* [10]. Porque, como *los cielos*

---

tarea muy pesada y lleva en sus vestidos las señales de su trabajo. Además de los comentarios, cfr. *KPB* 1903, 135 y 1904, núm. 7 s. (*Der Keltertreter des Isaias in der Liturgie der Kirche*); Grimme, *Unbewiesenes* 72.

[1] *Is.* 64, 1; cfr. *Iudic.* 5, 5; *Ps.* 71, 6; 96, 5; núms. 439, 525, 656.

[2] Es decir, los gentiles se vuelven a Dios en tiempo del Mesías. Que alude a los gentiles, lo atestigua el Apóstol san Pablo en la *Ep. ad Rom.* 10, 20 s.; también se colige de las mismas expresiones (los que no me buscaron, pueblo que no invocó mi nombre), las cuales no convienen a Israel, y del contexto que establece oposición entre los versículos 1 y 2: porque este segundo versículo es un reproche a Israel, que no quiere buscar a Dios, mientras que a menudo se habla de la docilidad de los gentiles (55, 5; 60, 3; 61, 5).

[3] Empero el pueblo de Israel permanece en su mayor parte empedernido.

[4] Los gentiles y judíos convertidos.

[5] El empedernido y desechado pueblo de Israel.

[6] A ti, pueblo israelita infiel. Cumplióse esto en la destrucción de Jerusalén por los romanos, el año 70 d. Cr. (cfr. *Dan.* 9, 26; *Matth.* 24, 2 15).

[7] Es decir, los paganos, incrédulos hasta aquí, serán llamados; y de Cristo, Rey de la gloria, recibirán el nombre (cfr. 62, 2 12; núm. 660); mas los judíos incrédulos serán desechados; su nombre será la fábula de todos, y morirán en su pecado (cfr. *Rom.* 10, 20 21; *Act.* 10; 11, 26; 13, 45 ss.; 14, 2 4 s.; 28, 25-29).

[8] 65, 1 s. 13-16.

[9] Según *Exod.* 10, 2 y otros lugares análogos: hacer un prodigio, una acción grande, que dé a conocer mi poder y mi gloria. Según *Is.* 7, 14; 9, 6, el gran prodigio será el Mesías; según 11, 10 11, él es el signo que está puesto para las naciones. En realidad, los dones del Espíritu Santo fueron la señal más clara para conocer a Jesucristo y a sus apóstoles y ministros (cfr. *Act.* 1, 8; *Luc.* 24, 49; *Matth.* 28, 19; *Marc.* 16, 20; *Ioann.* 15, 26 s.; 16, 7 ss.).

[10] La descripción más brillante del Antiguo Testamento acerca del apostolado universal de la Iglesia, de su misión, su obra y actividad, tal como ella se ha desplegado y ha realizado su cometido a través de los siglos.—Escoger sacerdotes y levitas de entre los

nuevos y la nueva tierra que yo haré permanecer delante de mí, así permanecerá tu descendencia y tu renombre, dice el Señor. Y saldrán a ver los cadáveres de los que prevaricaron contra mí; *cuyo gusano no muere y cuyo fuego no se apaga;* y el verlos producirá náuseas a todo hombre» [1].

89. Los profetas Miqueas y Nahum

(Hacia 740-660 a. Cr.)

663. Por la misma época, probablemente también en Jerusalén, y con el mismo espíritu que Isaías, profetizó Miqueas o Mica (hacia 740-700 a. Cr.). Según reza el título de su libro, desplegó su actividad en tiempo de los reyes Joatam, Acaz y Ezequías; y si bien comenzó al mismo tiempo que Isaías, terminó antes que él. Era oriundo de Moresa o Moreschet [2]. En el *primero* de los tres discursos de que se compone su libro, habla de la idolatría y corrupción de ambos reinos, Israel y Judá (cap. 1 y 2). Les predice la ruina y el destierro, y cómo Judá irá cautivo a Babilonia; mas también anuncia que regresarán del cautiverio formando *un* pueblo, cuyo rey será el Señor. En el *segundo discurso* (cap. 3-5) dirígese contra los pecados y maldades de los príncipes, de los falsos profetas, jueces y sacerdotes; profetiza la devastación de Sión y del Templo; pero, al mismo tiempo, consuela a los suyos con la promesa de la restauración del reino de David por medio del dominador que saldrá de Belén, que es a la vez Dios eterno e hijo de una virgen, y cuyo reino será de paz. El *tercer discurso* (cap. 6 y 7) presenta a Dios pidiendo cuentas a su pueblo [3]; exhorta a la penitencia y confianza y promete una gloriosa restauración bajo el gobierno de Dios.—En belleza y sublimidad puede compararse Miqueas a los profetas más preclaros. Según una antigua tradición, murió mártir [4]. Son de interés particular para nosotros los pasajes siguientes:

«Levantaos, y marchad [5]; porque no tenéis aquí reposo. Pues, por su impureza, esta tierra se ha inficionado de una horrible corrupción [6].—*Yo te reuniré* todo junto, oh Jacob; yo recogeré en *uno* los restos de Israel, los pondré juntos como rebaño en aprisco, como ganado en medio de las majadas; harán grande estruendo por la muchedumbre de los hombres. Porque subirá delante de ellos el que les ha de abrir el camino [7]; forzarán y pasarán la puerta y entrarán por ella; y pasará su rey delante de ellos, y *el Señor a la cabeza de ellos»* [8].

«Oíd esto vosotros, *príncipes de la casa de Jacob,* y jueces de la casa de Israel; vosotros que abomináis de la justicia y trastornáis toda equidad. Los

---

gentiles, significa haber cesado ya la Antigua Alianza y comenzado un nuevo orden de cosas.

[1] 66, 18-24. Al fin, en la primera y segunda venida del Mesías (pues ambos sucesos se presentan a menudo a los ojos del Profeta en *un mismo* cuadro como principio y remate de la época mesiánica), aun los gentiles más alejados se convertirán al Señor; con lo que le nacerá un linaje nuevo, es decir, santo y eternamente duradero; en la nueva y celestial Jerusalén habrá fiesta perpetua, consagrada a adorar al Señor; fuera de ella no habrá sino eterna condenación (cfr. *Matth.* 28, 29; 24, 14; *Apoc.* 21, 1 ss.; 7, 9 ss.; *Marc.* 9, 43 45 47; *Rom.* 10, 18).

[2] Llámase también Morescheth-Gath, posesión de Get (*Mich.* 1, 1 14 s.), porque pertenecía a Get; era el mismo Maresa (cfr. núm. 631), o un pequeño lugar cercano, y existía en tiempo de san Jerónimo, a quien le fué mostrado el sepulcro del Profeta en una iglesita; en la proximidad estaba también el sepulcro de Habacuc (*Epitaph. Paulae,* núm. 14; cfr. núm. 490). Para la exégesis cfr. Leimbach, *Bibl. Volksbücher* III 119 ss.

[3] El capítulo 6 contiene cargos de Dios a su pueblo (*Improperios),* que canta la Iglesia el Viernes Santo en la adoración de la Santa Cruz.

[4] El Calendario Romano celebra su memoria el 15 de enero. Créese haber encontrado sus restos mortales, con los del profeta Habacuc, en tiempo del emperador Teodosio († 395 d. Cr.).

[5] A la cautividad.

[6] Por su idolatría y sus vicios será desolado todo el país.

[7] Dios, su Rey.

[8] 2, 10 12 s.

que edificáis a Sión con sangre, y a Jerusalén con injusticia [1].—Por tanto, por culpa vuestra, *arada será Sión como un campo,* y Jerusalén reducida a un montón de piedras, y el monte del Templo vendrá a ser como una selva muy alta» [2].

«Y acaecerá en los últimos días que *el monte de la casa de Dios* descollará sobre las cimas de las montañas, y se elevará sobre los collados; y *correrán a él los pueblos* [3]. Y se apresurarán muchas gentes, y dirán: Venid, subamos al monte del Señor, y a la casa del Dios de Jacob; él nos enseñará sus caminos, y seguiremos sus veredas, porque de Sión saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén. Y juzgará entre muchos pueblos, y castigará a naciones poderosas, hasta las más remotas; y convertirán sus *espadas en rejas de arados,* y sus lanzas en azadones. No empuñará espada gente contra gente, ni se ensayarán más para hacer guerra. Y cada uno se sentará debajo de su vid y debajo de su higuera, y no habrá quien cause temor [4]; pues lo ha pronunciado por su boca el Señor de los ejércitos» [5].

«Ahora serás destruída, *hija de ladrones.* Los enemigos nos cercan, con vara hieren la mejilla del juez de Israel [6]. *Mas tú, Belén Efrata* [7], pequeña eres entre los millares de Judá [8]; **de ti me saldrá el que ha de ser dominador en Israel, cuya salida es desde el principio,** desde los días de la eternidad [9].

---

[1] Vosotros, que queréis regir la ciudad y el país con violencias y exacciones.

[2] 3, 9 s. 12.

[3] Cfr. *Is.* 2, 2 ss. «El monte de la casa del Señor», es decir, el monte del Templo, al cual afluye el pueblo de Israel, encarna y simboliza la idea del reino de Dios. Este, en lo futuro, no se limitará a Israel, sino rebasará las fronteras, será visible de todas partes y accesible a todos. La religión que funde el Mesías en Jerusalén será reconocida como superior a todas las otras y más perfecta, y se extenderá de Jerusalén por toda la tierra.

[4] La expresión está tomada de la vida oriental. Todavía hoy el viñador palestinense, cuando llega la vendimia, va con todo su ajuar a la tienda de su viñedo, para morar allí hasta que todo esté vendido o comido. Aquí cuece, come, bebe y duerme, descansa durante el calor del mediodía «bajo su parra y su higuera» (III *Reg.* 4, 25), es feliz y vive alegre. Cfr. Bauer, *Volksleben im Lande der Bibel* 154. El Profeta, por consiguiente, quiere decir: con la religión del Mesías vendrá a los corazones de los que le reconozcan y de todos los pueblos el espíritu de paz perfecta, y se desarrollará más y más en todas las manifestaciones de la vida, pero sólo en la medida que esta religión penetre en cada uno de los hombres y en los pueblos. El cuadro dibujado por el Profeta representa, por tanto, el *ideal,* la idea del reino de Dios, cuya realización completa nunca se llevará a cabo en el presente orden del mundo, porque depende de la libre cooperación de los hombres. Cfr. Peters, *Weltfriede und Propheten* (Paderborn 1917).

[5] 4, 1-4.

[6] En este versículo comprendía una vez más el Profeta la extrema necesidad e ignominia del pueblo de Dios, para realzar luego el señorío del Mesías y de su reino.

[7] *Ephrata* era, sin duda, el nombre primitivo de la ciudad de Belén, célebre primero por la muerte de Raquel (núm. 190) y luego por el nacimiento de David; añádasele el nombre antiguo, o bien la palabra «Judá», para distinguirlo de otro Belén situado en la tribu de Zabulón (*Ios.* 19, 15), 15 Km. al oeste de Nazaret.

[8] Es decir: eras tan pequeño, que apenas tienes 1000 ciudadanos; por lo que no parece que hayas de llegar a ser una ciudad real.

[9] Que este pasaje se refiere al Mesías, lo prueban la creencia general de los judíos, que en él se apoyaban para demostrar haber de nacer en Belén (*Matth.* 2, 5 ss.; cfr. *Ioann.* 7, 41 s.), y el hecho de llamársele dominador y pastor de Israel y cifrar en él la esperanza del pueblo israelita después de la cautividad; aquí, como en otros pasajes mesiánicos, alude al origen eterno y a la madre virginal del Mesías. (Cfr. núms. 518, 521, 649). El mismo Kautzsch (l. c. II 60) reconoce que se habla del «segundo David», al cual se atribuye el señorío del mundo; pero opina que el vaticinio es de época posterior al destierro, y «procede más bien de estudio sabio que de inspiración profética». Mas ¿dónde pudo apoyarse el estudio sabio y la expectación de un dominador del mundo y de un príncipe de la paz? Atribúyesele *origen anterior al mundo,* no ya procedencia del «vetusto linaje de David». Y como dice el protestante Sellin, *Zwölfprophetenbuch* (1922), 289, «se predice de este dominador prosapia sobrenatural, prehistórica y divina». Empero Sellin lo entiende en el mismo sentido en que se decía de los reyes orientales antiguos; lo cual es

Por esto los abandonará hasta el tiempo en que dé a luz **la que ha** de parir; entonces se convertirán los demás hermanos. Y él (el Mesías) permanecerá firme y pastoreará en la fortaleza del Señor, en la sublimidad del nombre del Señor su Dios [1]; y se convertirán, porque ahora será él glorificado hasta los términos de la tierra [2]. Y él será la paz» [3].

664. «*Pueblo mío ¿qué te hice,* o en qué te agravié? respóndeme. Yo te saqué de tierra de Egipto, y te libré de la casa de la esclavitud; y envié delante de ti a Moisés, y a Aarón, y a María. Pueblo mío, mira que te acuerdes de lo que maquinó contra ti Balac, rey de Moab, y de lo que respondió Balaam, hijo de Beor [4], (y de lo que sucedió) desde Setim hasta Gálgala [5]; para que conozcas las justicias del Señor. *¿Qué cosa digna ofreceré al Señor?* ¿Doblaré la rodilla al Dios excelso? ¿Por ventura le ofreceré holocaustos y becerros de un año? Pues qué, ¿puede el Señor aplacarse con mil carneros, o con millares de gruesos machos de cabrío? ¿O le ofreceré mi primogénito por mi maldad [6], el fruto de mi vientre por el pecado de mi alma? Yo te mostraré, oh hombre, lo que es bueno, y lo que te demanda el Señor: *que hagas justicia, y ames la misericordia, y camines solícito con tu Dios»* [7].

«*¡Ay de mí,* que estoy [8] como quien recoge en el otoño los rebuscos de la vendimia; no hay racimo para comer; higos tempranos deseó (también en vano) mi alma. *No hay ya un santo sobre la tierra,* y entre los hombres no hay uno que sea recto; todos ponen asechanzas a la vida del prójimo, cada uno anda a caza de su hermano para matarle. El mal que ellos hacen le llaman bien; el príncipe exige, y el juez está para satisfacerle; y el poderoso manifiesta el deseo de su alma, y llena la tierra de turbación. El mejor entre ellos es como cambrón; y el que es recto, como espino de seto. Viene el día que estaba previsto para ti, tu visita; ahora será la destrucción de ellos.—*Mas yo* [9] *volveré mis ojos hacia el Señor,* pondré mi esperanza en Dios, Salvador mío, y mi Dios me oirá. —Llega el día en que se restaurarán tus ruinas; en aquel día alejada será la Ley [10].—*¿Quién es, oh Dios, semejante a Ti,* que quitas la maldad, y olvidas el pecado de las reliquias de tu heredad? [11] No enviará más su furor, porque es amante de la misericordia. Se tornará, y tendrá misericordia de nosotros; sepultará nuestras maldades, y echará en el profundo del mar todos nuestros pecados. Harás verdad con Jacob, con Abraham misericordia, como desde antiguo lo juraste a nuestros padres» [12].

665. El profeta Nahum (consolador) profetizó, según corrientemente se cree, en tiempo de Manasés, tal vez algo después (hacia el 625). Era oriundo de Elkosch (o Elkese), en Galilea [13]; vióse precisado a emigrar, probablemente

intrínsecamente imposible tratándose de Israel y menos aún en boca de un profeta. König (*Messian- Weissagungen* 197) lo interpreta sólo de la «preexistencia en la serie de profecías».

1 En el nombre, es decir, en la esencia de Dios, en la naturaleza y «esencialidad» (Wesenheit) divina.

2 Es decir: Los judíos serán entregados a sus enemigos para que los corrijan y acrisolen hasta que el prometido nazca de una madre virgen. Entonces entrarán gentiles y judíos en su reino, que abarcará toda la tierra, y por todas partes se extenderá la gloria del Redentor. 3 5, 1-4. 4 Cfr. núm. 376 ss. 5 Cfr. núm. 385 ss.

6 Sacrificios de esta naturaleza se ofrecían entre los gentiles (núms. 125, 598, 638, 643). 7 6, 3-8.

8 Cuando trató de buscar justos.

9 El Profeta habla, como Isaías (8, 16 ss.; cfr. pág. 640 s.), en nombre de los pocos justos del país; los cuales, cuando vino el castigo, confiaron en Dios y en sus promesas.

10 Los tiránicos estatutos de los enemigos han de ceder a la Ley de Dios y a la libertad de los hijos de Dios.

11 A los israelitas que regresan del cautiverio (cfr. *Is.* 10, 19 ss.; núm. 649).

12 1-4 7 11 18 20.

13 Buscan algunos la patria del Profeta en Asiria, donde dos jornadas al norte de Nínive hay un lugar que se llama Elkusch; según esto, Nahum pudo haber sido un des-

a causa de las incursiones de Asiria. Su libro contiene una *profecía contra Nínive,* capital del reino asirio, que por tanto tiempo oprimió cruelmente al pueblo de Dios. Anuncia que Nínive correrá la suerte de la ciudad de Tebas (No-Amón), cuya destrucción pinta tan al vivo, que se puede suponer haber acaecido poco antes de la profecía contra Nínive [1]. Pronuncia el Profeta de una manera conmovedora y patética la sentencia de Dios contra Nínive (cap. 1), luego la ejecución del castigo (1, 15 y cap. 2) y finalmente las culpas que lo han hecho inevitable (cap. 3).

«*Profecía contra Nínive:* Libro de la visión de Nahum elceseo. Yahve *es un Dios celoso y vengador,* un vengador sañudo es el Señor; Yahve se venga de sus adversarios, y se enoja contra sus enemigos. Yahve es sufrido y no tendrá por inocente al culpable. El Señor marcha entre tempestades y torbellinos, y nubes son el polvo de sus pies.—*He aquí sobre los montes los pies del que viene a anunciar la buena nueva,* del que anuncia la paz [2]. Celebra, Judá, tus fiestas, y cumple tus votos; porque nunca más pasará por ti Belial [3]; pereció totalmente» [4].

«Sube el que ante tus ojos devastará [5], el que estrechará tu cerco; espía el camino, refuerza tus lomos, fortifica mucho tu valor. Porque Yahve toma venganza de tu insolencia contra Jacob, como igualmente de tu soberbia contra Israel, porque devastadores [6] los devastaron y destruyeron sus vástagos. El escudo de sus [7] valientes es de fuego; sus guerreros, vestidos de púrpura; de fuego sus carros de guerra en el día de la reseña, y sus cocheros adormecidos [8]. Sus carros hacen estrépito en las calles, se apiñan en las plazas; su aspecto como de lámparas, como de relámpagos que van de parte a parte. Se acuerda [9] de sus valientes; se precipitan por los caminos; escalan con denuedo sus muros, y aparejados están los manteletes [10]. Abiertas están las puertas de los ríos [11]; y el palacio, derribado hasta el suelo. Los soldados son llevados cautivos; y las doncellas, conducidas a la esclavitud, gimen como palomas y lamentándose en sus corazones» [12].

«*¡Ay de ti, ciudad sanguinaria,* llena toda de fraudes y de estrago! No se apartará de ti la rapiña. Estruendo de azotes, de ruedas, de caballos que relinchan, y de carros que ruedan, y de caballería que avanza, y de espadas relucientes, y de lanzas relumbrantes, y de muchedumbre de muertos, y de grandísimo estrago; son innumerables los cadáveres, los unos caen sobre los otros.— Yo haré recaer sobre ti tus abominaciones, y te cubriré de afrenta, y te pondré por escarmiento. Todo el que te viere, se retirará de ti y dirá: *Destruída ha sido Nínive.* ¿Quién se compadecerá de ti? ¿dónde te buscaré un consolador? —Todas tus fortalezas como la higuera con sus brevas; si se sacudieren, caerán en la boca del que va a comerlas [13]. Mira que tu pueblo es como de mujeres en

---

cendiente de los israelitas deportados a Asiria; lo cual no es imposible, pero sí poco probable (*BZF* III 135; cfr. *LB* II 137).

[1] Según una inscripción de Asurbanípal (cfr. Kaulen, *Assyrien,* etc., 248), los asirios destruyeron a Tebas luego de la muerte del rey etíope Taraka (núm. 639), hacia el 664 a. Cr. San Jerónimo puso Alejandría en vez del nombre hebreo desconocido, suponiendo que el lugar en cuestión se hallaba donde más tarde estuvo aquella ciudad. Spiegelberg (*Aegyptologische Randglossen* 31 ss.) trata de probar que No-Amon designa aquí a una Tebas del Bajo Egipto (*Diospolis inferior*), acerca de cuya destrucción no tenemos documentos.

[2] Cfr. *Is.* 52, 7; núm. 657.

[3] Los enemigos gentiles, en primer lugar los asirios; a continuación (cap. 2 y 3) pinta de una manera gráfica la ruina de su capital y la de todo su poderío.

[4] 1, 1-3 15. [5] Se dirige a Asiria. [6] Los ejércitos asirios.

[7] Llámanse paladines del Señor los enemigos de Asiria, porque ejecutan la sentencia divina.

[8] Sintiéndose del todo seguro.—El hebreo se traduce: las lanzas.

[9] El rey de Asiria.

[10] El rey de Asiria se apercibe para la defensa; pero los enemigos arremeten.

[11] Las puertas protegidas por los ríos son ya tomadas por asalto, etc.

[12] 2, 1-7. [13] Imagen de la facilidad y rapidez de la conquista.

medio de ti; las puertas de tu tierra están abiertas a tus enemigos; devorará el fuego tus cerrojos.—*Durmiéronse tus pastores* [1], oh rey de Asur, enterrados están tus príncipes; escondido se halla tu pueblo por los montes, y no hay quien lo junte. Notoria es tu ruina, tu llaga es maligna; todos los que saben lo que te ha ocurrido, aplaudieron; porque ¿a quién no dañó en todo tiempo tu malicia?» [2]

90. Judit

666. Refiérese en el *Libro de Judit* la acción heroica de una piadosa viuda llamada Judit, la cual, confortada por Dios, con astucia y osadía libertó a su pueblo de la opresión de los ejércitos de Asiria. Los judíos no incluyeron este libro en su índice de escrituras sagradas, pero lo trataron lo mismo que otros libros históricos de los *Midraschim* (narraciones adornadas con leyendas). Imitan el ejemplo judío los protestantes, quienes, siguiendo a Lutero, consideran este libro como un «bello poema espiritual», como una «ficción histórica con fin piadoso» o como «versión libre de una leyenda histórica». La Iglesia ha tenido siempre este libro entre los históricos [3], como atestiguan san Jerónimo y Sulpicio Severo (400); su forma narrativa, sencilla y desprovista de todo ornato, pero viva y real, la verdad psicológica de los caracteres, en particular el de la heroína Judit, y una tabla genealógica inserta en el libro, son argumentos que hablan en pro de la tradición eclesiástica. Tres circunstancias han contribuído a poner en tela de juicio su historicidad: 1. La falta del texto primitivo, como sucede con el *Libro de Tobías;* pues sólo poseemos versiones y refundiciones, distintas unas de otras por su redacción lata o compendiosa, y con grandes deterioros en los nombres, de lo cual ya en su tiempo se quejaba san Jerónimo. 2. La dificultad de dar con la época en que pudieron acontecer los sucesos que se narran y las circunstancias que se suponen. El Templo está en pie; Nínive (no Babilonia) es el imperio amenazante; Israel carece de rey y el sumo sacerdote rige al pueblo; éste permanece fiel a Dios y tiene el valor de alzarse contra el poderío asirio y resistir el empuje de su ejército. 3. Dificultad de encajar los nombres y sucesos bíblicos en la historia profana conocida. —Y que estas dificultades sean reales (y no simples objeciones de los enemigos de la Revelación) se prueba por los escasos resultados que ha tenido el intento de determinar con precisión la época y las circunstancias históricas; y aun para algunos sabios (católicos) son tan numerosas y de tanto peso las dificultades, que les parece imposible toda explicación histórica, y creen que el caso *obliga* a apartarse del sentido literal y obvio [4]. Habríamos, pues, de considerar este libro, no como profecía vestida con los arreos de la historia [5], sino como narración libre, que desarrolla un asunto objetivo o un tema de libre invención con fines didácticos y piadosos, y no reclama verdad histórica, sino didáctica [6]. Mas ya desde Sulpicio

---

[1] Los jefes han caído.

[2] 3, 1-3 6 s. 12 s. 18 s. Lo poco que sabemos de la súbita y total ruina de Nínive (núm. 630) nos basta para demostrar el cumplimiento literal de la profecía envuelta en un lenguaje poético elevado.—Para la exégesis del profeta Nahum cfr. Breiteneicher, *Ninive und Nahum* (Munich 1861); Happel, *Der Prophet Nahum* (Würzburg 1900); *BSt* VI 1/2, 27 ss.; Leimbach, *Biblische Volksbücher* III 57 ss.; Kalt, *Das Buch Judith* (Steyl 1924).

[3] Demuestra esto detenidamente Biolek en *WSt* IV 367.

[4] Encíclica *Providentissimus* 42; cfr. núms. 18 y 618.

[5] Así A. Scholz, *Das Buch Judith eine Prophetie* (1885); *Kommentar zum Buche Judith* (Würzburg 1896); cfr. núm. 25. Rábano Mauro, que interpretó alegóricamente el libro, no llegó a negar el sentido histórico; mas, como se desprende de los principios generales sentados por él mismo, se apoyó en él para deducir aplicaciones prácticas y piadosas, apropiadas a las necesidades de su tiempo. *BSt* XI s. También Hugo Grocio († 1645) quiso interpretar alegóricamente el *Libro de Judit,* pero fué combatido por los exegetas católicos.

[6] Winckler, entre otros (*Altorientalische Forschungen* II 266), admite fondo histórico, pero explica la forma actual del libro por refundiciones, amplificaciones y adornos que hasta la época de los Macabeos fué experimentado el asunto. Cfr. Steinmetzer, *Neue*

Severo (*Chron.* 2, 12 y 14) se discutió esta suerte de dificultades de nuestro libro, sin que se dudara de su carácter histórico. No debemos, pues, desechar el convencimiento unánime de la antigüedad y de la Edad Media, clasificando el libro de Judit en otro género literario; y más, cuando en los últimos tiempos se ha puesto en claro una serie de puntos oscuros, de suerte que la ***historicidad del libro de Judit puede defenderse científicamente con sólidos argumentos,*** aun cuando queden por resolver algunas cuestiones. Las tres dificultades de que antes se ha hablado se resuelven, en general [1], teniendo en cuenta lo siguiente: 1. Los traductores, refundidores y copistas del texto original (hebreo o arameo) sustituyeron nombres de personas y de lugares que les eran desconocidos, o les sonaban extrañamente, por otros más corrientes en época posterior, y dieron cabida a expresiones y recuerdos de tiempos más recientes. Corregidos esos nombres y separado lo que no es común a todos los textos, desaparece una multitud de dificultades en que antiguamente no se reparaba, porque no se conocían otras fuentes de los nombres y acontecimientos citados en *Judit.* 2. El estado de cosas que supone el libro, está en consonancia con la época de la cautividad. Con Manasés fueron al cautiverio muchas personas de las «clases acomodadas» que abundaban en los mismos sentimientos que su Rey; y así como este príncipe se corrigió con el castigo, es de suponer que las reliquias de Israel habrían renunciado al culto idolátrico (v. núm. 643), introducido por Manasés (después de la reforma de Ezequías). 3. Las inscripciones asirias vienen a confirmar las noticias que el libro de Judit nos da acerca de las ideas y costumbres de Asiria: por ejemplo, que el rey de Asiria se daba a sí mismo el título de «señor del orbe» y pretendía exterminar los dioses de todo el mundo (destruir sus templos), arrogándose el derecho a ser adorado como dios; del mismo modo, lo que nos dice *Judit* de la manera que tenían los asirios de hacer la guerra, de su crueldad y liviandad. La situación política en particular se ha esclarecido de tal suerte, que pueden perfectamente acoplarse a la historia profana los sucesos narrados en el *Libro de Judit.* Asiria se encuentra en el apogeo de su poderío. Pero los estados vasallos soportan de mala gana su yugo; por lo que aquélla se ve precisada a hacer repetidas expediciones al Occidente para domeñar a los pueblos rebeldes. Según las inscripciones, fué en tiempo de Asurbanípal cuando se llevaron a cabo estas campañas contra Siria, Asia Menor, tribus árabes, Palestina y Egipto (650-647); y no diciendo nada las inscripciones acerca del resultado, ni de otra segunda campaña (contra Egipto y Palestina), nos atenemos al relato bíblico, según el cual los asirios regresaron derrotados y cubiertos de ignominia, y no se dejaron ver ya más en Occidente [2]. Según esto, habría que leer Asurbanípal (Sardanápalo), último rey de Asiria, en vez de Nabucodonosor. De la crítica textual y de las aclaraciones que nos reservan las fuentes históricas profanas esperamos la solución de las demás dificultades.

667. El general asirio *Holofernes* [3] vino a Occidente con un poderoso ejército para someter una porción de pueblos rebeldes, entre otros el de

---

Untersuchungen über die Geschichtlichkeit der Judith-Erzählung (Leipzig 1907); Nikel en *BZF* VIII (1916) 216. Esta hipótesis viene a coincidir con la teoría de narración libre de fondo histórico, de cuya existencia y compatibilidad con la inspiración se discute. Cfr. núm. 18.—Bibliografía acerca del *Libro de Judit* en Neteler, *Untersuchung der geschichtlichen und kanonischen Geltung des Buches Judith* (Münster 1886); Riessler, *Chronologische Fixierung der Heldentat Judiths,* en *Kath* 1894 II 1 ss.; Palmieri, *De veritate historica libri Iudith* (Galopiae 1886); Cornely, *Introd.* II, 1, 330; *LB* II 886; Rösch, *Die Heilige Schrift AT* 217.

[1] Así «Nabucodonosor» en vez de «Asurbanípal» (o Asarhaddón); «Arphaxad» en vez de «Arbaces». Acerca de los datos geográficos y etnológicos del *Libro de Judit* cfr. *ThQS* 1913, 376 ss. (Riessler).

[2] Demuéstrase esto por menudo en Schöpfer, *Geschichte des AT*[6] 645 ss. Cfr. Kaulen-Hoberg, *Einleitung*[5] 262 ss. y *KL* VI 1973 ss.

[3] Quizá se introdujera este nombre en el texto en lugar de otro desconocido; pero no es inverosímil que Holofernes fuese originario de Persia o de Media.

Judá, sujetos antes al rey de Asiria. Había ya conquistado todas las ciudades fuertes y las fortalezas del norte de Judá y hecho sentir su mano cruel sobre los infelices habitantes [1]. Habiendo sabido esto los hebreos que aún quedaban en el antiguo reino de Israel, animados por el sumo sacerdote Eliaquim o Joaquín [2], ocuparon las alturas de los montes y los pasos; los sacerdotes se vistieron de cilicio; jóvenes y ancianos clamaron al Señor con ayunos y oraciones, para que no los abandonase en manos de los gentiles, ni su Templo a la profanación [3].

Cuando supo esto Holofernes, montando en cólera, convocó a los príncipes de los moabitas y ammonitas que servían en su ejército, y les preguntó qué pueblo fuese aquél que se atrevía a oponerle resistencia. Aquior, jefe de los ammonitas, le explicó por menudo la historia de los israelitas: cómo adoraban al Dios del cielo; pero que si se apartaban de él, caían en poder de sus enemigos, siendo invencibles mientras permanecían fieles a su religión. Irritado Holofernes con este relato, exclamó: «Los pasaremos a cuchillo a todos como si fueran *un solo* hombre, para que sepan que no hay más Dios en la tierra, que Nabucodonosor» [4]. Y mandó a sus criados que prendiesen a Aquior, le llevasen a Betulia [5], primera ciudad que pensaba conquistar, y le entregasen en manos de los judíos para que compartiese la suerte de éstos. Atáronle, pues, los asirios a un árbol; y habiéndole hallado los judíos, le llevaron consigo a su ciudad. Contóles Aquior lo ocurrido, con lo cual éstos renovaron sus plegarias a Dios, pidiendo socorro [6].

668. Al día siguiente apareció Holofernes con su innumerable ejército a las puertas de Betulia. Y como advirtiese las defensas de la ciudad, cortó el acueducto y ocupó con una fuerte guarnición los pequeños manantiales que había en la proximidad de la ciudad; con los que los habitantes de Betulia quedaron en gran aprieto; y a los veinte días decidieron que, de no venir en cinco días algún socorro, entregarían la ciudad al enemigo [7].

Supo esta decisión una viuda, llamada *Judit,* hija de un cierto Merari; la cual, a pesar de su mucha riqueza y hermosura, llevaba una vida retirada y austera. Vestía un traje de penitencia y ayunaba todos los días menos los festivos; todos la tenían en gran estima, ni había quien hablase una sola palabra en desfavor suyo. Esta mujer envió a llamar a su casa a Ozías, prepósito de la ciudad y a los ancianos, y les infundió ánimo hablándoles de esta manera: «Vuestro acuerdo no es para provocar la misericordia de Dios, antes para excitar su ira y encender su furor. Habéis fijado plazo a la misericordia del Señor, y a vuestro albedrío le habéis seña-

---

[1] Cap. 1-3.

[2] Cfr. 15, 9; ambos nombres significan lo mismo: «auxilio de Dios». Ninguno de los dos se encuentra en la lista de sumos sacerdotes de aquel tiempo; mas la Sagrada Escritura no trae el nombre de todos ellos.

[3] Cap. 4. [4] Es decir, Asurbanipal.

[5] Probablemente en la actual *Sanur,* sólida fortificación, hoy en ruinas, sita en un monte cónico, casi aislado, del extremo meridional de la llanura de Esdrelón (núm. 430), 4 ó 5 Km. al sur de Dotaín (núm. 193), 18 Km. al norte de Siquem. Domina el paso y el camino de Siria a Jerusalén por Galilea y Samaria, y era en aquel tiempo la llave del país de Judá. Recientemente la identifican algunos con Beth-Ilua, en el Wadi Djalud, entre Beisán y Ain Djalud, al pie del monte Fukua (Gelboé), 30 Km. al noroeste de Sanur; 1 $1/2$ Km. al sur se halla la aldea Judeide (¿Judith?). Otros, finalmente, buscan Betulia al occidente de Djenin y creen reconocerla en las ruinas de Scheik-Shibel o en las de Haraiq el-Malla. Cfr. Hagen, *LB* I 667.

[6] Cap. 5 y 6. [7] Cap. 7.

lado día. Humillémonos en su presencia y digámosle con lágrimas, que nos haga sentir los efectos de su misericordia del modo que sea de su agrado. Los azotes del Señor son menores que nuestros pecados, y nos vienen para enmienda nuestra, que no para nuestra perdición». Ozías y los ancianos respondieron: «Todo cuanto has dicho es mucha verdad. Ahora, pues, ruega por nosotros; porque eres mujer santa». Declaróles entonces Judit que ella abrigaba en su pensamiento un secreto arbitrio para salvar la ciudad; y encomendándose a sus oraciones [1], se retiró a su oratorio, esparció ceniza sobre su cabeza, postróse en tierra y pidió al Señor luz y ayuda [2].

Decidida a llevar a cabo la obra de liberación, se quitó el vestido de penitencia, ungióse y se adornó de sus mejores galas; y acompañada de su doncella fuése al campamento de los asirios. Detenida por los centinelas, díjoles: «Soy una hija de los hebreos y he huído de ellos, porque sé que han de caer en vuestras manos; tengo que comunicar a Holofernes un secreto». Asombrados de su extraordinaria belleza, lleváronla al general Holofernes, el cual a la primera mirada quedó prendado de ella, y aun más cuando Judit le contó el apuro en que se encontraban los hebreos, que tenían enojado a Dios con sus pecados, y cuando se ofreció a darle noticia del día del castigo, si Dios se lo revelaba, y a guiarle hasta Jerusalén [3].

Señalóle Holofernes por habitación la tienda donde se hallaban sus tesoros, sin duda para cautivarla con la vista de aquellas alhajas, y aun quiso darle de comer de su mesa. Mas Judit le contestó que no le era lícito sustentarse de manjares profanos, mostrándole las provisiones que traía su doncella. Mas, en cambio, pidió se le permitiera andar de día y de noche por el campamento para adorar a su Dios. Holofernes accedió a la demanda. Así, pues, todas las noches iba Judit al valle de Betulia, se lavaba en una fuente para purificarse de cualquier impureza [4] que pudiera nacer del trato con los gentiles; y al regreso, oraba al Señor le ayudase a realizar su proyecto. Luego se retiraba a su tienda, guardábase durante el día de toda impureza; y al atardecer, comía de los manjares que su doncella trajera [5].

669. El cuarto día Holofernes dió un gran banquete a los jefes del ejército, e invitó también a Judit. Acudió ella, pero comió sólo de sus viandas. Holofernes se alegró mucho con la presencia de Judit, estuvo muy regocijado durante el banquete y bebió vino en demasía, más que nunca bebiera en su vida; por lo que hubo de acostarse y se durmió. Retiráronse por fin los convidados, que habían prolongado el festín hasta muy avanzada la noche. Todos dormían profundamente en el campamento. Entonces Judit, que estaba todavía en la tienda de Holofernes, se acercó al lecho de éste, y con lágrimas en los ojos hizo a Dios esta oración: «Señor, dame valor en esta hora». Y tomando en sus manos la espada de Holofernes, que estaba colgada de uno de los pilares de la cama del general, le cortó la cabeza. Volcó el tronco al suelo detrás de la cama, y echó las cortinas, soltándolas de los pilares; entregó la cabeza a su doncella,

---

[1] Cap. 8. [2] Cap. 9.

[3] Cap. 10 y 11.—Las palabras de Judit son ambiguas y en parte no son verdad. No hay que medir la conducta de la heroína judía con las normas de la severa moral cristiana; Judit tuvo la mentira por defensa lícita y ardid de guerra. De la misma suerte hay que juzgar la muerte de Holofernes. Cfr. Zschokke, *Die Bibl. Frauen* 333.

[4] Cfr. núm. 340. [5] 12, 1-9.

que estaba aguardando en la puerta, y le mandó la metiese en el saco en que había traído los manjares.

Hecho esto, salieron ambas, como de costumbre, fuera del campamento; mas esta vez se fueron a toda prisa a Betulia. Desde lejos gritó Judit a los centinelas de la ciudad: «Abrid las puertas; porque Dios ha obrado una maravilla en Israel». Todos vinieron a ella, chicos y grandes; y como encendiesen luminarias, Judit subió a un lugar un poco elevado y habló de esta manera: «Alabad al Señor Dios nuestro, que no ha desamparado a los que en él confían; ha quitado la vida esta noche, por mi mano, al enemigo de su pueblo». Y sacando del talego la cabeza de Holofernes, se la mostró diciendo: «Os juro por el mismo Señor, que *su ángel me ha guardado,* tanto al ir de aquí como al estar allí y al volver acá; ni ha permitido el Señor que yo, su sierva, fuera manchada». Entonces adoraron todos, al Señor y dijeron a Judit: «*El Señor ha derramado sobre ti sus bendiciones;* pues por tu mediación ha aniquilado a nuestros enemigos». En especial Ozías, cabeza del pueblo, le dijo: «Bendita eres, hija del Señor, entre todas las mujeres de la tierra; bendito sea el Señor que dirigió tus pasos» [1].

Por consejo de Judit, al romper el día colgaron los judíos la cabeza de Holofernes en lo alto de las murallas e hicieron una salida de la ciudad con gran algazara. Los jefes del ejército asirio fueron en busca de su general, mas por mucho ruido que hicieran, no lograron despertarle. Entonces mandaron a un camarero que entrase a llamar al general; el camarero entró, dió en vano palmadas con sus manos, retiró las cortinas, mas encontró el lecho vacío, y examinando detenidamente, vió el cadáver de Holofernes, sin cabeza, tendido en tierra. Adivinando la causa del suceso, fué el camarero a la tienda de Judit, y encontrándola vacía, salió fuera diciendo: «Una mujer hebrea ha cubierto de afrenta la casa del rey; porque ahí tenéis a Holofernes tendido en el suelo, sin cabeza, y bañado en su sangre». Rasgaron sus vestiduras los jefes, y se apoderó de ellos un gran temor; y a toda prisa emprendieron la huída. La guarnición de Betulia los fué persiguiendo. Avisados los israelitas de la comarca, salieron en persecución de los que andaban perdidos por aquellos contornos y mataron a muchos enemigos. Los de Betulia se apoderaron de un inmenso botín [2].

Lleno de regocijo por la prodigiosa liberación de Betulia, vino el *sumo sacerdote Joaquín* (Eliaquim) de Jerusalén con todos los sacerdotes para ver a Judit; todos la bendijeron diciendo: «*Tú eres la gloria de Jerusalén, tú la alegría de Israel, tú la honra de nuestra nación.* Porque has amado la castidad, el Señor te ha confortado; y por lo mismo serás bendita para siempre». Y todos los pueblos se entregaron al regocijo participando de él mujeres, doncellas y jóvenes, al sonido de órganos y de cítaras [3]. Y *Judit entonó un himno triunfal,* un canto de alabanza al Señor, de quien procede la fuerza y la victoria, quien no abandona a los que en él confían, a quien debemos servir con toda nuestra alma: «Obedézcante todas las criaturas, dijo entre otras cosas; porque dijiste, y fueron hechas; enviaste tu Espíritu, y fueron creadas... Aquellos que te temen serán grandes delante de Ti. ¡Ay de la gente que se levante contra mi linaje! Porque el Señor todopoderoso ejercerá en ellos su venganza, los visitará en el día del juicio» [4].

670. *Después de esto, fué todo el pueblo a Jerusalén* a cumplir los votos que hiciera al Señor, a ofrecer sacrificios de acción de gracias y continuar en el Santuario del Señor el regocijo por tan señalado triunfo.

---

[1] 12, 10-14, 7. [2] 14, 8-15, 8. [3] 15, 9-15. [4] 16, 1-21.

Tres meses duraron las fiestas. Y *Judit* volvió a su vida retirada y tranquila de antes; sólo en días de fiesta se la veía en público ataviada con sus galas. Cuando murió a la edad de 105 años, todo el pueblo la lloró por siete días; y durante mucho tiempo se celebró una fiesta *anual* en recuerdo de su heroica acción [1].

Ya desde los santos Padres más antiguos es Judit alabada por su amor al pueblo, por su piedad y temor de Dios, por su heroísmo acompañado de la confianza en Dios, por su castidad, humildad, retiro, continencia, santa previsión y vigilancia. La Iglesia ve en esta mujer tan adornada de virtudes, especialmente por su triunfo sobre Holofernes, una **figura de la Virgen María** [2]. Porque María Santísima posee una santidad incomparable en cualquier aspecto, y por medio de su divino Hijo ha vencido al enemigo de la humanidad; por esto la ensalzan los ángeles y los hombres por encima de todas las mujeres en los siglos de los siglos [3].—Dios protege por medio de los santos ángeles custodios a aquellos que con santa intención o inspirados del cielo se encuentran en algún peligro y se preparan a él con la oración y penitencia, mas no a quienes se exponen sin necesidad y temerariamente, o guiados por un mal deseo, y se avienen a la tentación negligentes y perezosos.

III. Caída del reino de Judá. Cautiverio babilónico

(De 630 a 536 a. Cr.)

91. El rey Josías. Los profetas Habacuc y Sofonías

(IV *Reg.* 22, 1 a 23, 30. II *Par.* 34, 1 a 35, 27)

671. Aun volvió a brillar en Judá la estrella de la esperanza cuando **Josías,** hijo de Amón [4] (638-608), haciendo honor a su nombre [5], trabajó con ahinco por la reforma del pueblo. Desde su tierna infancia mostróse instrumento escogido por la divina providencia, pues, con haber sido elevado al trono cuando apenas contaba ocho años, conservó la inocencia y el temor de Dios en medio de las impías abominaciones de la corte de su padre, y creciendo en edad, buscó de todo corazón al Dios de su padre David. A la edad de veinte años, en el duodécimo de su reinado [6], comenzó a limpiar de torpezas e idolatrías a Judá y Jerusalén. Y aun hizo más: porque entrando en el antiguo reino de Israel, desterró el culto idolátrico. Habiendo llegado a Betel, donde desde los tiempos de Jeroboam se daba culto a los becerros, redujo a cenizas en el mismo altar idolátrico los huesos de los sacerdotes idólatras que allí cerca estaban enterrados, destruyó el altar y el bosque circundante y cumplió al pie de la letra la profecía que 350 años antes pronunciara un profeta contra Jeroboam [7]. Como al abrir los sepulcros le llamara uno de ellos la atención y preguntase cúyos eran aquellos restos, respondiéronle los principales de la ciudad:

---

[1] 16, 22-31.
[2] Zschokke, *Die Bibl. Frauen* 341 ss. Schäfer, *Die Gottesmutter in der Heiligen Schrift*[2] 109. [3] *Luc.* 1, 28 42 48. [4] Cfr. núm. 643.
[5] Josías significa: «Dios salva». [6] Cfr. II *Par.* 34, 3 ss.
[7] Cfr. núm. 574. Nada tiene de inverosímil que Josías hubiese destruído el altar de Betel, sito en los confines de Judá, peligro constante para la reforma religiosa que tan piadoso Rey emprendiera. Tampoco debe sorprendernos que el piadoso Rey se atreviera a penetrar en dominios que desde hacía 100 años pertenecían al imperio asirio, porque harto trabajo tenía el rey de Asiria en Occidente para ocuparse en asuntos de Palestina.

«Es el sepulcro del siervo de Dios que hace tiempo predijo esto que tú acabas de hacer en el altar de Betel». A lo que replicó el Rey: «Dejadlo, nadie toque sus restos».

672. En el año diez y ocho de su reinado (621 a. Cr.) propúsose Josías restaurar el Templo y encomendó el negocio al sumo sacerdote Elcías. En esta ocasión se encontró el *libro de la Ley*. Según el mandato de Moisés, la Ley debía siempre guardarse en el Arca de la Alianza (cfr. núm. 396); pero, sea que en tiempos de idolatría lo hubiesen arrinconado ciertos sacerdotes condescendientes, sea que otros, temerosos de Dios, lo hubiesen puesto a buen recaudo en el tesoro del Templo, el libro había desaparecido de su lugar. Presentólo Elcías a Safán, secretario del Rey, el cual, después de leerlo, se lo entregó a Josías. Comenzó éste a leerlo y llegó a aquel pasaje del *Deuteronomio* (cap. 28) que contiene las terribles *maldiciones* con que Dios amenaza a su pueblo en caso de pertinaz desobediencia [1].

Conmovido el Rey y temeroso de que hubiese llegado ya el tiempo del cumplimiento de tales amenazas, rasgó sus vestiduras y mandó a Elcías y a los empleados del reino allí presentes: «Id y consultad al Señor por mí y por las reliquias de Israel y Judá acerca de las palabras de este libro; porque la ira de Dios se ha encendido contra nosotros, por cuanto nuestros padres no observaron todas las palabras de Dios que están escritas en este libro». Fueron los enviados a una profetisa llamada Holda y le consultaron acerca del asunto. Ella respondió: «Esto dice el Señor: Todos los males que el Rey ha leído en el libro de la Ley, haré yo venir sobre este lugar y sobre sus habitantes, porque ofrecieron sacrificios a dioses extraños y me irritaron con sus obras. Mas porque el Rey escuchó las palabras del Señor, se humilló en mi presencia y rasgó sus vestiduras llorando, bajará en paz [2] al sepulcro y sus ojos no verán todas

---

[1] Núm. 387 s. Acerca del hallazgo cfr. Reinke, *Beiträge*, etc., VIII 133 ss.; Hoberg, *Moses und Pentateuch* 7 ss.; Euringer en *BZF* IV 8 (1911), 320 ss. La moderna crítica del *Pentateuco* sostiene haber sido este hallazgo obra de un «piadoso embuste» (de sacerdotes y profetas), y en esto se apoya principalmente para afirmar que el *Pentateuco* se compuso en tiempo de Josías y fué la palanca de que el piadoso Rey se sirvió para llevar a cabo la reforma religiosa. Mas ello contradice abiertamente a lo que nos cuenta la Sagrada Escritura; porque de no ser *el Libro de la Ley*, indiscutiblemente reconocido por todos, aunque descuidado a veces y aun en épocas olvidado, no se explica la impresión extraordinaria que produjo en el pueblo y en el Rey. *Tampoco se comprende* que los profetas de Dios, en particular *Jeremías*, tan celoso contra las mentiras y farsas de los escribas, hubiesen inventado o favorecido un «piadoso embuste» (cfr. núm. 31). Las conjeturas de Naville han despertado recientemente nuevas discusiones. Opina este crítico que el ejemplar apareció, durante los trabajos de reparación del Templo, en uno de los muros donde—a usanza babilónica y egipcia—había sido anteriormente ocultado. *OLZ* 1907, 12. La opinión de Neville ha encontrado más impugnadores que partidarios, pero de las acaloradas disputas acerca de «las analogías egipcias y babilónicas del hallazgo del *Deuteronomio*» ha salido ganando la credibilidad histórica del relato bíblico y ha perdido terreno la hipótesis racionalista (cfr. *BZF* IV 8, 336 ss.; *BZ* IX 230 ss.; Kittel, *Geschichte des israel. Volkes* II³ 590 ss.; H. Schmidt en Gressmann, *Schriften des AT* II, 2, 197, ha vuelto a la hipótesis del piadoso embuste; *ZAW* 1908, 291 ss.).—Según *ATAO*³ 556, se trata de un códice original, hallado en el archivo del Templo, a semejanza del original de la ley de la realeza que, según *Deut.* 17, 18, guardaban los sacerdotes, mientras que el rey disponía de una copia. El guardar secretamente los textos originales tenía por objeto preservar la Ley de las alteraciones y corrupciones que pudieran nacer de las copias y de la interpretación oral (*Deut.* 17, 18). Las inscripciones cuneiformes hablan repetidas veces del hallazgo de actas políticas olvidadas. También I *Esdr.* hace mención de un suceso análogo. Grimm, *OLZ* 1907, 613, propone la siguiente interesante traducción de *Deut.* 29, 28: «Estas cosas son las que para Yahve, nuestro Dios, estuvieron escondidas y para nosotros y nuestros hijos han sido descubiertas, porque sigamos las leyes de esta Tora (del *Libro de la Ley*)»; y opina que aquí se hace alusión al hallazgo del *Libro de la Ley* en tiempo de Josías.

[2] Es decir, sin ver con sus ojos el castigo de Jerusalén y de Judá.

las calamidades que yo haré venir a este lugar». Mandó el Rey reunir al pueblo en el Templo, *renovó solemnemente la Alianza con Dios* y celebró *la Pascua* con tanto esplendor y respeto a las prescripciones de la Ley, como no se había celebrado hacía siglos.

En recompensa a la devoción del Rey, disfrutó Judá de paz y bienestar durante todo su reinado. Mas la conversión del pueblo no fué sincera, por donde Judá corrió la misma suerte que Israel un siglo antes. En una guerra del rey de Egipto Necao contra los babilonios, negó Josías a Faraón el paso por sus dominios; y como a pesar de la negativa hubiese el egipcio penetrado en Judá, hízole frente Josías en Mageddo [1] con un ejército relativamente exiguo. Habiendo recibido una grave herida, se retiró del combate y murió en el camino de Jerusalén. Fué enterrado en el sepulcro de sus padres y le lloró todo el pueblo [2]. Con él quedó sepultada la última esperanza de Judá. El profeta Jeremías le lloró con lamentaciones conmovedoras [3], que desgraciadamente no han llegado a nosotros.

673. El **profeta Habacuc** vaticinó en los días de Josías [4]. En un diálogo con el Señor describe con brillante lenguaje el *castigo sobre Judá,* que los judíos no querían creer, pero que iba a cumplirse por mano de los babilonios; habla luego de la caída del imperio babilónico; pinta después en un magnífico canto profético la aparición del Señor para *salvar a su pueblo* y castigar a sus enemigos [5].—Nada sabemos de la vida de Habacuc [6]; la identidad con el Habacuc que menciona el libro de Daniel [7] es dudosa, mas no imposible, si se advierte que llegó a edad muy avanzada (120-130 años). Los pasajes más importantes de su profecía son los siguientes:

«Visión que vió el profeta Habacuc. ¿Hasta cuándo, Señor, clamaré, y no oirás? ¿daré voces a ti en la violencia que sufro [8], y no me salvarás?—Poned los ojos en las naciones y ved; maravillados y espantados quedaréis, porque en vuestros días ha sucedido una cosa que nadie creerá cuando se cuente. Porque yo haré venir a los *caldeos,* gente fiera y veloz, que recorre toda la faz de la tierra para apoderarse de tiendas no suyas [9].—Mas, ¿no eres tú desde el principio, Señor Dios mío, Santo mío? *No moriremos*. Señor, Tú le has destinado para ejercer tu venganza, y le has dado tan grande poder para castigarnos [10]. Demasiado limpios son tus ojos, para que puedan ver el mal; ni podrías sufrir la iniquidad.

---

[1] Cfr. núms. 429 y 430.

[2] De *Zach.* 12, 11 (cfr. núm. 713) se desprende que Josías murió en Adadremmón, actual Rummane, 7 Km. al sur de Mageddo. Véase su elogio en *Eccli.* 49, 1-5.

[3] Cfr. II *Par.* 35. 25. Las lamentaciones que nos han quedado de Jeremías se refieren a la destrucción de Jerusalén y del Templo (cfr. núm. 684). Royer (*Ein verlorenes Lied des Propheten Jeremias,* en *PB* 1902) trata de probar que la *tercera* lamentación de Jeremías (cap. 3) es un canto fúnebre por la muerte de Josías. Cfr. en contra de esta hipótesis Schneedorfer, *Das Buch Jeremias,* etc. (Viena 1903) 384.

[4] Según Kaulen-Hoberg, *Einleitung* II[5], 427, antes de Josías, hacia el 650 a. Cr.; según otros, bajo el reinado de Joaquín, después que Nabucodonosor se había apoderado del reino de Judá. Cfr. Schegg, *Kleine Propheten* II 78; Knabenbauer, *Proph. min.* II 51. También Hoonacker señala a las profecías de Habacuc la época del 605 al 600 a. Cr.

[5] Recítase en las Horas Canónicas (el viernes). Los santos Padres descubren en ella misteriosas alusiones al Mesías y a su obra; cfr. la exégesis del *Canticum Habacuc* en Thalhofer, *Psalmen* [6] 930 ss.; Leimbach, *Bibl. Volksbücher* IV 73 ss.

[6] Según 3, 19 (hebreo), parece haber sido cantor del Templo y, por tanto, de linaje levítico. Acerca de su sepulcro en Ke'ila vide núm. 663.

[7] *Dan.* 14, 32. Probablemente hay una confusión de nombres en la versión griega.

[8] De los caldeos (babilonios). El Profeta se lamenta en nombre de su pueblo.

[9] Acerca del carácter del pueblo caldeo cfr. Kaulen, *Assyrien,* etc., 214 s.

[10] Nabucodonosor castigará, pero no aniquilará a Jerusalén.

¿Por qué te vuelves a mirar a los que hacen mal, y te estás callando cuando el impío se está tragando [1] al que es más justo que él?» [2]

«*Estaré alerta haciendo mi centinela* y estaré firme sobre la muralla; y miraré para ver lo que se me diga, y lo que he de responder al que me reprenda [3]. Y me respondió el Señor, y dijo: *Escribe lo que ves,* y anótalo en las tablillas, para que se pueda leer corrientemente. Porque la visión [4] aun está lejos, mas al fin se cumplirá y no saldrá fallida. Si tardare, espérale; porque ciertamente vendrá, y no tardará. Mira, que el incrédulo no tendrá en sí mismo un alma derecha; *mas el justo, en su fe vivirá* [5].—Porque las piedras alzarán el grito desde las paredes, y responderán los maderos que están entre las junturas del edificio [6]. ¡Ay del que edifica una ciudad con sangre y del que asienta sus muros con injusticia! ¿No es esto del Señor de los ejércitos? Los pueblos, pues, trabajan para el fuego, y las gentes se fatigan en vano y descaecen [7]. Porque la tierra será llena del conocimiento de la majestad divina, como la mar se inunda de aguas, para que conozcan la gloria del Señor.—Mas el Señor, en su santo Templo; ante su acatamiento [8] calle toda la tierra» [9].

«*Oración del profeta Habacuc* por los pecados de ignorancia [10]. Señor, oí tu voz y temí. Señor, renueva tu obra en medio de los años. En medio de los años la harás notoria [11]: cuando te enojares, acuérdate de tu misericordia. Dios vendrá del Austro; y el Santo, del monte de Farán [12]. Su gloria cubrió los cielos; *y la tierra está llena de su loor* [13]; su esplendor es como la luz [14]; rayos [15] de gloria en sus manos; allí está escondida su fortaleza. Delante de su faz irá la muerte, a su presencia saldrá [16] Satán» [17].

Después de dirigir *una mirada* profética *a las manifestaciones del irresistible poder de Dios* en el gobierno de su pueblo [18], espera el Profeta confiada-

---

[1] Cuando los gentiles e impíos caldeos han oprimido tan duramente a tu pueblo, que en fin de cuentas es mejor que aquéllos.

[2] 1, 1 s 5 s. 12 s.

[3] Es decir, para ver la manera de propugnar ante Dios, como profeta, mi causa y la de mi pueblo.

[4] La profecía de la ruina de Babilonia y de la liberación de Israel había de cumplirse un siglo más tarde.

[5] El sostiene todas las pruebas, porque está unido a Dios por la fe (cfr. *Is.* 7, 9; 28, 16; *Rom.* 1, 17).

[6] Las mismas piedras y maderas se quejan de tu crueldad (de la de Babilonia).

[7] Todos estos imperios desaparecen; sólo sirven para preparar el reino del Mesías, que abarca todo el mundo (cfr. *Dan.* 2, 37 ss.).

[8] Adórele la tierra con suma reverencia (en su Iglesia, en su Tabernáculo).

[9] 2, 1-4 11-14 20. [10] Pide gracia para su pueblo descarriado.

[11] *En medio,* es decir, en el curso de los años, o en el tiempo establecido por ti, en la plenitud de los tiempos. La versión de los *Setenta* y también la *Itala* dicen de esta manera: *Te reconocerán en medio de dos animales;* lo cual se ha interpretado de muy diversas maneras. Los santos Padres, cotejándolo con el pasaje de *Isaías* 1, 3 (cfr. núm. 645) y con aquel otro de *Luc.* 2, 7 ss., lo entendieron del nacimiento de Jesús en un pesebre. Por esto se reza en el responsorio de la cuarta lección de los Maitines de Navidad: «¡Oh gran misterio y admirable arcano! ¡ver los animales al Señor nacido, reclinado en el pesebre!»; y en el responsorio de la sexta lección de la festividad de la Circuncisión: «Señor, oigo tu anuncio y me atemorizo; contemplo tus obras y me estremezco: en medio de dos animales yace en un pesebre el que resplandece en los cielos».

[12] Esta manifestación de Dios (en el Mesías) igualará en esplendor y aun ha de superar a la del Sinaí (cfr. 285 ss.).

[13] Cfr. *Is.* 6, 3; núm. 647.

[14] Cfr. *Ioann.* 1, 4-9; 8, 12; *Luc.* 1, 78 79; 2, 32; *Matth.* 17, 27; 24, 30.

[15] No «cuernos»; la palabra latina *cornu* significa en los pasajes poéticos lo mismo que la hebrea *kéren* y la griega *kéras:* rayo de luz, relámpago (Kaulen, *Handbuch der Vulgata*[2] [1904] 16). En sus obras (manos) y hazañas se revela su gloria, se manifiesta su misteriosa fuerza (cfr. pág. 315, nota 5).

[16] Es decir, en presencia de El caen todos los enemigos de su pueblo, como en otro tiempo al entrar Israel en Canaán; el mismo Satán se retira (cfr. *Ioann.* 12, 31; I *Cor.* 15, 24 ss.). [17] 3, 1-5. [18] 3, 6-17.

mente que el Señor no abandonará a su pueblo [1] en las terribles desgracias que le amenazan, sino le guiará a su destino mesiánico. Por eso termina de esta manera: «Mas yo me gozaré en el Señor; y me regocijaré en Dios mi Salvador. El Señor Dios es mi fortaleza; El me dará pies como de ciervo. Y vencedor me conducirá a las alturas [2], y yo le cantaré salmos» [3].

674. El profeta Sofonías profetizó en el reinado de Josías, de consiguiente, al mismo tiempo que Habacuc [4].—Su libro contiene dos discursos proféticos. En el *primero* (cap. 1 y 2) amenaza a Judá y Jerusalén con la *ruina,* en castigo de la idolatría e inmoralidad reinantes; y luego, a los enemigos del pueblo de Dios [5], especialmente a Asiria, por su impía opresión. En el *segundo* (cap. 3) conmina de nuevo a Judá, pero se extiende principalmente en las *promesas mesiánicas.*

«*Palabra del Señor,* revelada a Sofonías, hijo de Cusi, hijo de Godolías, hijo de Amarías, hijo de Ezequías, en los días de Josías, hijo de Amón, rey de Judá. Yo extirparé *por entero todas las cosas* de sobre la haz de la tierra, dice el Señor: hombres y bestias, aves del cielo y peces del mar [6]; y perecerán los impíos; y exterminaré de la haz de la tierra a los hombres, dice el Señor.—Y sucederá en aquel tiempo: yo *escudriñaré a Jerusalén con candelas* [7], y visitaré a los varones que están sumidos en sus inmundicias [8]; que dicen en su corazón: El Señor no hace bien ni mal [9]. *Cerca está el día grande del Señor,* cerca está y va llegando muy de prisa; amargas voces las del día del Señor; los fuertes se verán en apreturas. Día de ira aquel, día de tribulación y de congoja, día de calamidad y de miseria, día de tinieblas y de oscuridad, día de nublado y de tempestad. Día de trompeta contra las ciudades fuertes y contra los altos baluartes» [10].

«Venid todos, congregaos [11], *pueblos no amables,* antes que el decreto traiga aquel día como polvo que pasa, antes que venga sobre vosotros la ira del furor del Señor, antes que venga sobre vosotros el día de la indignación del Señor. *Buscad al Señor* todos los humildes [12] de la tierra, los que habéis guardado sus preceptos; buscad al justo, buscad al manso; por si podéis poneros a cubierto el día del furor del Señor. Porque destruída será *Gaza* [13] y *Ascalón* quedará yerma; a *Azoto,* al mediodía la expulsarán [14], y *Accarón* será desarraigada.—Y extenderá su mano contra el Aquilón, y *destruirá a Asur:* y tornará la ciudad hermosa [15] en desierto y en despoblado y como en un yermo. Y sestearán los ganados en medio de ella, todas las bestias impuras; y la lechuza y el erizo morarán en sus umbrales; voces suenan en sus ventanas, cuervos en sus dinteles; porque yo

---

1 La deportación al cautiverio babilónico.
2 El, el vencedor, el poderoso Dios, me arrancará a mí, su pueblo, de la desgracia y me traerá de nuevo a mi patria.
3 3, 18 s.
4 Cfr. *Soph.* 1, 1; Leimbach, *Biblische Volksbücher* IV 93 ss.; Lippl, *Das Buch des Propheten Sophonias,* en *BSt* XV 3 (1910).
5 Principalmente a los filisteos, ammonitas, moabitas, etíopes y asirios (2, 4-15).
6 El país quedará completamente desierto. Las enérgicas expresiones que el Profeta emplea aquí y en lo que sigue, indican que el castigo ejecutado mediante los babilonios es sólo *figura* de aquel otro mucho mayor que ha de sobrevenir en la primera y segunda venida del Mesías.
7 Castigaré aún las cosas más ocultas.
8 Que se tienen por fuertes y seguros, como el vino que reposa sobre las heces, de las cuales toma color y fuerza.
9 Es decir: no recompensa el bien ni castiga el mal.
10 1, 1-3, 12 14-16.
11 Para hacer penitencia e implorar el favor divino.
12 Vosotros, varones piadosos, adoradores de Dios (fieles, en oposición a los hijos del mundo, hombres de espíritu engreído).
13 Acerca de ésta y de las siguientes destrucciones cfr. *HL* 1877, 54 69 109 140 ss.
14 Es decir, a sus moradores.
15 Nínive; acerca de su destrucción cfr. núms. 630 y 665.

aniquilaré su poderío. *Esta es la ciudad gloriosa* que moraba confiada; la que decía en su corazón: Yo soy, y fuera de mí no hay otra. ¡Cómo se ha tornado en desierto, en guarida de bestias! Todo el que pasare por ella silbará y moverá su mano»[1].

«*¡Ay de ti, que provocas a ira,* ciudad rescatada[2], paloma (seducida)! No quiso escuchar voz alguna ni recibir corrección; no confió en el Señor, no se acercó a su Dios.—Dije: «Ten temor de mí, recibe mi disciplina, y no perecerá tu morada por causa de todas las culpas por las cuales te castigué»; pero desde la mañana pervirtieron todos sus pensamientos. Por tanto, espérame, dice el Señor, en el día en que yo me levante para el porvenir; *porque mi designio es recoger las naciones* y reunir los reinos; y derramaré sobre ellos mi indignación, toda la ira de mi furor; porque con el fuego de mi celo será devorada toda la tierra. *Porque entonces daré a los pueblos labios puros, para que todos invoquen el nombre del Señor, y le sirvan como un solo hombre.*—Y dejaré en medio de ti un pueblo pobre y menesteroso que confía en el nombre del Señor. *Las reliquias de Israel* no harán injusticia, ni hablarán mentira, ni será hallado engaño en su boca; porque serán ellos mismos apacentados, y sestearán, y no habrá quien los espante. *Regocíjate, hija de Sión;* canta, Israel; alégrate y gózate de todo corazón, hija de Jerusalén. El Señor ha borrado tu condenación, ahuyentó a tus enemigos. *El Rey de Israel, Yahve, está en medio de ti,* nunca más temerás mal alguno. En aquel día se dirá a Jerusalén: «No temas», y a Sión: «no desfallezcan tus manos». *Yahve, tu Dios, en medio de ti,* el fuerte, El te socorrerá. En ti hallará El su gozo y alegría, callará en su amor[3], se regocijará sobre ti.—En aquel tiempo yo os traeré; y en el tiempo os recogeré; *porque os daré nombradía y loor en todos los pueblos de la tierra,* cuando trocare vuestro cautiverio delante de vuestros ojos, dice el Señor»[4].

92. Ultimos reyes y caída de Judá

(IV *Reg.* 23, 31 a 25, 26; II *Par.*)

675. Muerto Josías[5] cumpliéronse muy pronto los destinos de Judá. **Joacaz**[6], llamado también Sellum[7], hijo menor de Josías, elevado al trono tal vez por su pericia militar, fué tan impío como los otros reyes; su reinado duró sólo tres meses (608 a. Cr.). Porque, habiéndose enemistado con Necao, fué encadenado por éste en Rebla[8] y conducido a Egipto, donde murió.

Necao puso por rey de Judá a Eliaquim, hermano mayor de Joacaz, mudándole el nombre por el de **Joaquín**[9], en señal de soberanía. Reinó Joaquín once años (608-598), e hizo lo malo delante del Señor, como sus predecesores. Era avaro y tan sanguinario, que mandó matar al profeta Urías por unas amonestaciones que éste le hiciera, y aun atentó contra los profetas Jeremías y Baruc. Mas éstos se escondieron de su ira[10]. Luego del comienzo de su reinado, tuvo que pagar un fuerte tributo al rey Necao, por lo que fué preciso imponer duras cargas al país. Pero lo más triste fué que, como vasallo de Necao, siguió la

---

1 2, 1-4 13-15.
2 Jerusalén, la ciudad que tan a menudo ha recibido el auxilio de Dios.
3 No se acordará ya más de tus pecados.
4 3, 1 s. 7-9 12-17 20.
5 Cfr. núm. 672.
6 Cfr. *Ierem.* 22, 10-12.
7 *Ierem.* 22, 11; cfr. I *Par.* 3, 15; quiere decir: «se le devuelve, se le recompensa».
8 También Reblata, en hebreo Ribla, hermosa ciudad de Siria, a donde fué llevado. Se halla unas dos horas al sur de Laodicea, en la ribera derecha del Orontes, en el país de Hamat, junto al camino de Babilonia a Palestina, 70 Km. al oriente de Trípolis y otro tanto al sur de Emat, unos 450 Km. al norte de Jerusalén.
9 Como *Dan.* 1, 7. No cambió el significado del nombre; porque «Eliakim» significa «Dios levanta», y «Joakim», «Yahve levanta».
10 *Ierem.* 22, 13-19; 26, 20 ss.; 36, 19 26.

suerte de éste. Porque Nabucodonosor (fig. 76)[1], rey de los caldeos o babilonios, hijo de Nabopolasar, después de destruir en 606 a. Cr. el imperio asirio y haberse apoderado de toda el Asia Menor, derrotó a Necao en Carchemis[2], el tercer año del reinado de Joaquín Luego (606 a. Cr.) vino a Jerusalén, la sitió, llevó *cautivos a Babilonia* al rey y a los hijos de las familias más nobles e hizo transportar parte de los vasos sagrados[3]. Algún tiempo después devolvióle Nabucodonosor la libertad y el reino. Mas no escarmentó Joaquín, sino que, en su lamentable ceguedad, levantóse de nuevo a los tres años contra el rey Nabucodonosor, el cual mandó un ejército que pusiera cerco a Jerusalén. Joaquín murió antes de caer la ciudad en poder del enemigo[4].

Su hijo y sucesor **Jeconías** (598) se rindió a discreción a Nabucodonosor, que en persona dirigía el cerco, y fué llevado cautivo *a Babilonia* con 10000 hombres de la nobleza, con el ejército y los artesanos, con los tesoros del Templo y del palacio real[5].



Fig. 76.
Camafeo de Nabucodonosor
(antes del 600 a. Cr.)
Berlín, Museo
(Según A. Jeremias, A. T. 3)

676. Nabucodonosor elevó al trono a Matanías, tercer hijo de Josías, cambiándole el nombre por el de **Sedecías,** 597-587. Este hizo tan poco caso como sus predecesores de los avisos apremiantes de Jeremías, y permitió la abominación de la idolatría en el Templo[6]. Aunque su reino estaba en extremo

---

[1] El nombre babilónico *Nabu-kudurri-usur* significa: «Nabu proteja la corona». La forma grecolatina (Nabucodonosor) es más conforme con el asirio-babilónico que la lectura corriente del hebreo: Nebukadnezar. Nabucodonosor fundó el imperio neo-babilónico; con sus conquistas y acertada administración lo elevó rápidamente a grande pero efímero florecimiento. Pero más que por sus conquistas mereció bien del país por las obras que llevó a cabo en la ciudad de Babilonia y en todo el reino—amplios edificios, restauración de templos, canales y vías de comunicación. Cosa extraña: las noticias históricas de su época son relativamente pocas; la mayor parte de los documentos encontrados se refiere a construcciones, contratos y textos religiosos. Cfr. Langdon, *Die neubabylonischen Königsinschriften* (traducción del inglés por St. Zehnpfund, Leipzig 1912). De donde apenas si sabemos de este soberano otra *historia* sino la que nos suministran los datos bíblicos, completados por los fragmentos de Beroso. Está comprobado que Nabucodonosor persiguió a su adversario, después de la batalla de Carchemis, hasta los límites meridionales de Palestina, sin cejar hasta que la noticia de la muerte de su padre le hizo volver precipitadamente a Babilonia. Que en esta ocasión hubiese dejado en paz a Jerusalén, es poco verosímil en sí mismo y opuesto a las noticias bíblicas. Se han comprobado su estancia en Ribla y su campaña contra Egipto, el año 37 de su reinado (véase núm. 567). Al nombre de este poderoso monarca van unidos algunos sucesos y datos del *Libro de Daniel* (véase núm. 697 ss.). Kaulen, *Assyrien und Babilonien* 254 s., trae un bosquejo de las campañas y construcciones de Nabucodonosor; cfr. también Lindl, *Cyrus* 88 ss. La Sociedad Orientalista Alemana ha descubierto los restos de un palacio de Nabucodonosor con una sala del trono, de 52 m. de longitud por 18 de anchura.

[2] Antigua ciudad keta del Eufrates Superior, identificada por muchos con Circesium, en la confluencia del Chaboras; mas probablemente junto a la actual *Gerabis,* a la misma latitud que *Issos*. Cfr. Nagl. *Nachdav. Königsgeschichte* 44; *LB* I 832.

[3] Cfr. *Dan.* 1, 2. Esta fué la primera deportación, con la cual comienza *la cautividad babilónica de los 70 años* (cfr. *Ierem.* 25, 11; 29, 10; *Baruch.* 6, 2; *Dan.* 9, 2; II *Par.* 36, 21; I *Esdr.* 1, 1). Vide Kaulen l.c. 153 s. La cronología ofrece aquí grandes dificultades, pues algunos datos bíblicos no concuerdan, y carecemos de noticias extrabíblicas. Cfr. Schöpfer, *Geschichte des AT*[5] 441.

[4] Según *Ierem.* 22, 19; 36, 13, no había de hallar sepultura, sino ser arrojado como un animal a las puertas de Jerusalén. Acaso hubiese caído muerto en alguna batalla a las puertas de la ciudad, o quizá fuese sacado del sepulcro su cadáver y arrojado fuera de la ciudad por los enemigos, o por el pueblo exasperado.

[5] Después de la segunda deportación a Babilonia.

[6] *Ezech.* 8, 14.

debilitado, con todo siguió el consejo de los magnates; y ayudado por los pueblos vecinos, en particular por Egipto, prometíase sacudir el yugo babilónico. Inútil fué que Jeremías le disuadiera, profetizándole completa derrota [1]; el noveno año de su reinado se alzó Sedecías en abierta rebeldía; el décimo mes del mismo se presentó Nabucodonosor a las puertas de Jerusalén con un gran ejército. Acudió a levantar el cerco un ejército egipcio a las órdenes del faraón Efree [2]; pero, como Nabucodonosor le hiciese frente, volvió el egipcio la espalda sin atreverse a trabar combate [3].

Entre tanto aconsejaba Jeremías a los judíos que se rindieran, profetizando con todos sus pormenores la vuelta de los babilonios y la espantosa ruina de la ciudad [4]. Todo fué inútil. Maltratado por los magnates como supuesto tránsfuga y traidor, fué arrojado en una mazmorra y luego en una cisterna; mas el débil Rey no se atrevió a seguir el consejo del Profeta. Pronto cercaron los babilonios de nuevo la ciudad, la cual resistió heroicamente año y medio; el hambre y la peste se cebaban tan espantosamente en ella [5], que niños y lactantes morían por las calles desfallecidos y las madres mataban y devoraban a sus propios hijos [6]. Por fin los babilonios, al mando del general Nabuzardán, a quien dejó Nabucodonosor por lugarteniente suyo, se apoderaron de la parte baja de la ciudad e hicieron los preparativos para asaltar la parte alta [7].

Una noche, huyó Sedecías al desierto con sus soldados; los babilonios les persiguieron, diéronle alcance en Jericó y le llevaron preso a la presencia de Nabucodonosor, que a la sazón se hallaba en Rebla. En castigo de su infidelidad [8], Nabucodonosor mandó matar a los hijos en presencia del mismo padre; luego le sacaron los ojos, y, encadenado, le llevaron a Babilonia. Entre tanto el fuego y la espada hacían estragos en Jerusalén; no se perdonó sexo ni edad. *El Templo*, el palacio del rey y todas las casas, después de saqueadas [9], fueron pasto de las llamas; los muros, arrasados, y los moradores de la ciudad y de todo el país llevados cautivos. Sólo dejaron a los pobres y a los viñadores.

---

[1] *Ierem.* 27, 12 ss.
[2] En hebreo Hofra, en griego Apries. [3] *Ierem.* 37, 6; cfr. 44, 30.
[4] *Ierem.* 37 y 38. [5] *Ierem.* 38, 2. [6] *Thren.* 2, 11; 4, 9 10.
[7] *Ierem.* 39. [8] II *Par.* 36, 13 ss.
[9] El *Libro* II *de los Macabeos* comienza por una carta de los judíos de Jerusalén a los de Egipto, en la cual se dice que *Jeremías en persona salvó el Tabernáculo, el altar del incienso y el Arca del Testamento,* escondiéndolos en una cueva del monte Nebo; y que estos objetos sagrados han de permanecer ignorados, según vaticinio del mismo Profeta, hasta tanto que Dios congregue a todo el pueblo y use con él de misericordia (II *Mach.* 2, 4 ss.). Los sacerdotes escondieron *el fuego sagrado* del altar de los holocaustos en una cisterna (II *Mach.* 1, 19; cfr. núm. 551). Como se trata de *documentos* que el historiador sagrado incorporó a su libro, cabe preguntar si quiso con ello responder de la veracidad de su contenido. Ni en el concepto de Inspiración ni en el contexto encontramos solución a este problema. Disputan, pues, los comentaristas si se trata de hechos, o de noticias que circulaban entre los judíos de aquel tiempo (cfr. núm. 737). Acerca de la *credibilidad* de ambas noticias cfr. Herkenne, *Die Briefe zu Beginn des zweiten Makkabäerbuches,* en *BSt* VIII 4, 27 ss. No hay razón alguna para dudar de ello. No es preciso admitir un milagro para explicar la posibilidad de esconder el Arca del Testamento; sólo queda oscuro el vaticinio del Profeta tocante al futuro hallazgo. En cuanto al fuego sagrado, la Sagrada Escritura atribuye su descubrimiento a un milagro; acerca de esto cfr. núm. 716.

93. Los profetas Jeremías y Baruc
(626-583 a. Cr.)

677. **Jeremías,** hijo del sacerdote Helcías, natural de Anatot[1], tribu de Benjamín, fué escogido desde su niñez profeta del Señor, y ejerció su misión durante más de cuarenta años, desde los trece de Josías hasta la deportación de Sedecías. *Este oficio* fué para él tan amargo como no lo fuera para profeta alguno; porque tuvo que anunciar y presenciar la ruina de Jerusalén y de Judá, lo más querido de su alma en la tierra. Con rigurosísima *penitencia*[2], *virginidad*[3] impuesta por Dios e incesante *oración*[4], con súplicas y lágrimas[5] y con las más concretas y persuasivas alusiones al inminente *castigo* de Dios[6], procuró mover los corazones al arrepentimiento; pero de todo ello sólo cosechó odios y *persecución*[7]. En su misma ciudad natal maquinaron contra su vida[8]; en el Templo pusieron sus manos en él los sacerdotes y falsos profetas que engañaban al pueblo con promesas, y pidieron para él la pena capital[9]. El rey Joaquín mandó quemar los rollos en que Jeremías apuntaba sus profecías, y quiso matarle[10]. En tiempo de Sedecías fué libertado de la cárcel por los babilonios, cuando éstos conquistaron la ciudad[11]. Y habiéndole dado a escoger un puesto honorífico en Babilonia o vivir libre en Judea, prefirió quedarse a consolar las pobres reliquias de su pueblo y llorar la ruina de Jerusalén. Pero tampoco esto duró mucho tiempo.

Unos malhechores, acaudillados por un cierto Ismael, de regia estirpe, asesinaron por instigación de Baalis, rey de Amon, al lugarteniente de Nabucodonosor, Godolías, el cual, como judío, era muy blando con sus compatriotas[12]. Temerosos de la venganza de Nabucodonosor, huyeron los judíos a Egipto, contra el consejo de Jeremías, llevando consigo a éste y a Baruc[13]. Según tradición judía antiquísima, recogida por el Calendario Romano[14], fué apedreado por los suyos en una fortaleza de los confines de Egipto, llamada Tafnis, a consecuencia de los castigos que predecía. Celébrase su memoria el día 1 de mayo.

Después del glorioso martirio del gran profeta, comenzaron los judíos a honrarle y apreciar su meritoria labor en pro del pueblo. Pasados los trágicos sucesos, comprendieron los cautivos de Babilonia la verdad de sus profecías, las leyeron y tomaron en consideración y buscaron esperanza y consuelo en las promesas de un porvenir mejor, especialmente en la promesa de retornar a Judá a los setenta años[15]. La Sagrada Escritura hace un magnífico elogio de Jeremías, y en inspiradas descripciones pinta su oficio de mediador, que ejerció aún después de su muerte[16]. Los judíos contemporáneos de Jesucristo le esperaban como precursor o compañero del Mesías[17]; como tan a menudo dió testimonio del Mesías y tanto padeció por él, le creyeron sin duda merecedor de ser uno de los primates del reino mesiánico. Con más acierto vieron en él los santos Padres una *figura del Precursor*, y aun de Jesucristo, particularmente en lo extraordinario de la elección[18], en la pureza virginal, en el amor inquebrantable

---

[1] Cfr. núm. 555. Acerca del profeta Jeremías, vide *Kath* 1860 I 394; Riessler. *Der Prophet Jeremias*, en *BZE* VII (1914) 3; Scholz, *Kommentar zum Propheten Jeremias* (Würzburg 1880); Schneedorfer. *Das Buch Jeremias, des Propheten Klagelieder und das Buch Baruch* (Viena 1903); Knabenbauer, *Comm. in Ierem.* (París 1886).
[2] *Ierem.* 15, 17 18. [3] *Ierem.* 16, 1 2.
[4] *Ierem.* 7, 16; 11, 14; 14, 11. II *Mach.* 15, 14. [5] *Ierem.* 14, 17.
[6] Cap. 19 y 27. [7] Cfr. núm. 578. [8] *Ierem.* 11, 21-23.
[9] Cap. 20 y 26. [10] 33, 1; Cap. 35 ss. [11] Cap. 39 y 40.
[12] Cap. 41. [13] Cap. 42 ss. [14] Cfr. también *Hebr.* 11, 37.
[15] II *Par.* 36, 20 21. I *Esdr.* 1, 1. *Dan.* 9, 2; cfr. núms. 675 y 681.
[16] *Eccli.* 49, 8 9. II *Mach.* 15, 13 ss.
[17] *Matth.* 16, 14.
[18] Cfr. *Ierem.* 1, 5 y *Matth.* 1, 18 20; *Is.* 49, 1.

al ingrato pueblo y en la resignación con que sobrellevó los padecimientos que los suyos le ocasionaron [1].

678. El libro de Jeremías consta de tres partes: 1. *Avisos* a los judíos [2]; 2. *Promesas* a los mismos, mezcladas de amenazas a los impíos y de narraciones históricas [3]; 3. *Amenazas contra los pueblos extranjeros* [4]. —El capítulo 52, que es un apéndice histórico [5], procede de otra mano, quizá del profeta Baruc, discípulo de Jeremías.

Con las siguientes palabras nos refiere el Profeta su llamamiento a tan difícil misión:

«Vino a mí palabra del Señor, diciendo: *Antes que te formara* en el seno materno te conocí y antes que salieras del vientre de tu madre te santifiqué [6] y te nombré profeta entre las naciones. Y dije: a, a, a, Señor; he aquí que no sé hablar, porque soy un niño. Y me dijo el Señor: No digas: soy un niño; porque a todo lo que te envíe, irás; y todo lo que te encomiende, hablarás. No temas de ellos, porque contigo estoy yo para librarte, dice el Señor. Y echó el Señor su mano y tocó mi boca; y me dijo el Señor: Mira que yo he puesto mis palabras en tu boca. He aquí que te he establecido hoy sobre las naciones y sobre los reinos, para que desarraigues y destruyas, arrases y disipes, edifiques y plantes» [7].

«Y me dijo el Señor: *Del Aquilón* se extenderá el mal sobre todos los moradores de la tierra. Porque, he aquí que yo convocaré todos los pueblos de los reinos del Aquilón [8], dice el Señor; y vendrán, y pondrán cada uno su trono a la entrada de las puertas de Jerusalén, y sobre todos sus muros a la redonda, y sobre todas las ciudades de Judá. Y yo, con ellos, pronunciaré mi sentencia sobre toda la malicia de los [9] que me abandonaron y ofrecieron libaciones a dioses ajenos y adoraron la obra de sus manos. *Tú, pues, ciñe tus lomos* [10], y levántate, y diles todas las cosas que yo te mando. No hayas miedo de ellos; porque yo haré que no te arredres en su presencia. Porque yo te he puesto hoy por ciudad fortificada, y por columna de hierro, y por muro de bronce contra toda la tierra, contra los reyes de Judá, contra sus príncipes y sacerdotes y contra la gente del país. Y guerrearán contra ti, mas no prevalecerán; porque yo estoy contigo, dice el Señor, para librarte» [11].

679. Ofrecen particular interés aquellos pasajes en que se predice *la ruina del reino judío*, el *cautiverio de setenta años*, la caída de Babilonia

---

[1] Cfr. *Ierem.* 11, 19 e *Is.* 53, 7; Weiss, *Messian. Vorbilder* 84 s.

[2] Cap. 1-24. [3] Cap. 25-45. [4] Cap. 46-51.

[5] Sacado de IV *Reg.* 24, 18-25 30. *El estado del texto* ha creado ciertas dificultades a la ciencia El texto masorético y el de la *Vulgata* siguen otro orden en los capítulos y son más amplios que la versión griega de los *Setenta,* la cual trae en distinto lugar las profecías acerca de las naciones extranjeras y tiene de menos gran número de palabras, de versículos y aun de capítulos enteros. No están conformes los críticos acerca de cuál sea el primitvo, porque no se puede demostrar con seguridad en todos sus pormenores la forma original de ninguno de ellos. Mas las diferencias no llegan a lo sustancial del libro, y sólo prueban que este escrito profético ha sido más leído que los otros, más veces reproducido y explicado, con lo cual fué alternándose (con adiciones y supresiones); añádase a esto cierta libertad (¿o premura?) del traductor griego. Cfr. Schneedorfer, *Das Buch Jeremias,* etc., 21; Kaulen-Hoberg, *Einleitung* II^5, § 363.

[6] Según doctrina común de los santos Padres, estas palabras encierran la predestinación de Jeremías para profeta del Señor, la exención de pecado original y la *santificación antes del nacimiento;* prerrogativa que sólo compartió san Juan el Bautista (*Luc.* 1, 15 41 ss.), y por manera más sublime fué otorgada a la Santísima Virgen María, preservada del pecado original en su Inmaculada Concepción.

[7] 1, 4-10. Para que desarraigues, etc., es decir, para que anuncies a los pueblos y reinos la destrucción y edificación.

[8] Los reinos sometidos a los babilonios. [9] Sobre los judíos.

[10] Cfr. núm. 256. [11] 1, 14-19.

y la liberación de la cautividad, la *venida del Mesías* y del reino mesiánico que ha de abarcar a todos los pueblos, el establecimiento de la *Nueva y eterna Alianza*.

«Convertíos a mí, hijos rebeldes, dice el Señor; porque yo soy vuestro esposo [1], y escogeré de vosotros uno de cada ciudad, y dos de cada familia [2], y os introduciré en Sión. *Y os daré pastores según mi corazón*, que os apacienten con ciencia y doctrina. Y después que os hubiereis multiplicado y crecido sobre la tierra en aquellos días, dice el Señor, *no se dirá más:* El Arca del Testamento del Señor; ni se pensará en ella, ni habrá de ella memoria, ni será visitada, ni será hecha más. Sino en aquel tiempo se dirá a Jerusalén: *trono del Señor* [3]; y serán agregadas a ella *todas las naciones* en el nombre del Señor, en Jerusalén, y no andarán tras la maldad de su pésimo corazón» [4].

Al ver la maldad e *incorregibilidad de los judíos* después de tantas amenazas, avisa Dios al Profeta:

«*Tú, pues, no quieres orar por este pueblo* [5], y no hagas por ellos plegarias y oraciones, porque no los oiré cuando clamen a mí en el tiempo de su aflicción» [6]. Y Jeremías da sus quejas a Dios [7]: «Señor, me lo hiciste ver, y lo conocí; entonces me mostraste los designios de ellos [8]. Mas yo era como un manso *cordero que llevan a degollar;* y no entendí que habían maquinado contra mí, diciendo: *Echemos leño* [9] *en su pan,* y borrémosle de la tierra de los vivientes, y no haya más memoria de su nombre. Mas Tú, Señor de los ejércitos (Sabaoth), que juzgas con justicia, y examinas los riñones y los corazones, vea yo la venganza que harás en ellos [10]; pues a Ti te he confiado mi causa».

680. Más adelante oye el Profeta a Dios pronunciar la *sentencia contra Judá* [11]:

«*Dejó mi casa,* abandonó mi heredad; doy mi alma amada [12] en manos de sus enemigos. Mi heredad se ha vuelto para mí como león en breña; ruge contra mí, por eso la he aborrecido. ¿Es acaso para mí (todavía) mi heredad como ave de muchos colores, como el ave toda matizada de colores? [13] Venid, congregaos, bestias de la tierra, apresuraos a devorarla [14]. Muchos pastores [15] destruyeron mi viña, pisotearon mi herencia; hicieron de mi deliciosa posesión un desierto de soledad. Asoláronla, y ella hizo duelo sobre mí: *ha sido desolada toda la tierra, porque no hay quien considere en su corazón*».

---

[1] La misma expresión y el mismo pensamiento que en *Oseas* (núm. 613), *Is*, 54, 5 (cfr. 1, 21; 50, 1), *Ezech.* 16, etc.: Israel es la esposa de Dios; aquí está su gloria y su sagrado compromiso (cfr. núm. 780).

[2] Mas pocos volvieron de la cautividad; pero fueron luego creciendo hasta hacerse un gran pueblo.

[3] En el reino mesiánico el culto del Antiguo Testamento cederá su puesto a otro superior y mucho más perfecto, cual conviene a una religión que se ha de extender por todo el orbe (cfr. *Malach.* 1, 10 11). En el segundo Templo no hubo Arca del Testamento; en cambio quiso Dios aparecer en él (cfr. *Act.* 2, 8 ss.; *Malach.* 3, 1) y vivir para siempre entre su pueblo; lo cual se cumplió al pie de la letra y de manera sublime en el Santísimo Sacramento del Altar.

[4] 3, 14-17. [5] Cfr. 7, 16; 14, 11. [6] 11, 14. [7] 11, 18-20.

[8] Los mismos habitantes de Anatot, sus compatriotas (vers. 21), maquinaron contra su vida, porque anunciaba los castigos de Dios (cfr. 18, 18 ss).

[9] Madera venenosa (el laurel real, o el tejo reducido a polvo). La Iglesia pone en boca de Jesús paciente este lamento del profeta Jeremías, *figura del Redentor;* el leño venenoso es la Cruz.

[10] Deséales el castigo, no para perdición, sino para que se enmienden y se salven.

[11] 12, 7-11. [12] Es decir, Judá.

[13] ¿Es para mí tan querida como un ave preciosa de vistosos colores, como un pavo, etc.? No, por el contrario.—El texto hebreo se interpreta de las aves de rapiña que suelen reunirse para devorar la presa, como se dice en el versículo siguiente.

[14] Invitación a los pueblos paganos a destruir el reino de Judá.

[15] Nabucodonosor y sus generales.

La causa principal de la impiedad de Judá y de su reprobación es *la profanación del sábado.* En nombre de Dios el Profeta propone solemne y públicamente al pueblo y a sus jefes el siguiente dilema: guardar el sábado y salvarse, o segnir profanándolo y perecer irremisiblemente; «Esto me dice el Señor: Anda, y párate en la puerta de los hijos del pueblo, por donde entran y salen los reyes de Judá [1], y en todas las puertas de Jerusalén [2], y les dirás: Oíd la palabra del Señor, reyes de Judá, y todo Judá, y todos los moradores de Jerusalén que entráis por estas puertas.—Esto dice el Señor: Si me escuchareis y no llevareis cargas por las puertas de esta ciudad en día de sábado, y si santificareis el día de sábado sin hacer en él obra alguna, entrarán por las puertas de esta ciudad reyes y príncipes, sentándose en el trono de David, y montando en carrozas y caballos, así ellos como sus príncipes, los varones de Judá, y los habitantes de Jerusalén, y será por siempre poblada esta ciudad [3]. Y vendrán de las ciudades de Judá, y de los contornos de Jerusalén, y de tierra de Benjamín, y de las campiñas, y de las montañas, y de parte del Abrego [4], trayendo holocaustos, y víctimas, y sacrificios, e incienso, y ofrecerán en la casa del Señor. Mas, si no me obedeciereis en santificar el sábado, y en no llevar cargas, ni introducirlas por las puertas de Jerusalén en día de sábado, encenderé en las puertas de ella fuego que devorará las casas de Jerusalén y que nadie apagará» [5].

Vuélvese el Profeta con terribles amenazas *contra los causantes de esta desgracia;* mas al mismo tiempo consuela a los justos [6]:

«¡Ay de los pastores, que arruinan y despedazan el rebaño de mi dehesa [7], dice el Señor. Por tanto, esto dice el Señor Dios de Israel a los pastores que apacientan mi pueblo: Vosotros habéis desparramado mi grey y la habéis arrojado fuera, y no la habéis visitado; he aquí que yo vendré a castigaros por la malicia de vuestras intenciones, dice el Señor. Y yo *congregaré las reliquias de mi rebaño* de todos los países adonde las hubiere echado; y las haré volver a sus campos; y crecerán, y se multiplicarán. Y levantaré sobre ellas *pastores* que las apacienten; de allí adelante no tendrán miedo, ni se asustarán; y de su número no faltará ninguna, dice el Señor [8]. Mirad que vienen los días, dice el Señor; y *suscitaré para David un vástago justo* [9]; y reinará como rey, y será sabio y gobernará con equidad y justicia en la tierra. En aquellos días se salvará Judá, e Israel vivirá en paz; y éste es el nombre con que le llamarán: **el Señor** [10], **nuestro justo**» [11].

681. «Palabra revelada a Jeremías acerca de todo el pueblo de Judá, en el cuarto año de Joaquín, hijo de Josías, rey de Judá (primer año de Nabucodonosor, rey de Babilonia) [12]. La cual anunció Jeremías a todo el pueblo de Judá, y a

---

1 De su palacio al Templo.
2 En los lugares donde mejor pueda oírse la voz del Profeta.
3 No será conquistada por los enemigos, ni destruída.
4 Es decir, de todo el país de Judá. 5 17, 19 s. 24-27.
6 23, 1-6. 7 Cfr. *Ezech.* 13, 3; 34, 2 ss.; núm. 691.
8 Después del regreso de la cautividad, Israel tuvo buenos pastores que no le indujeron a la idolatría; pero en el sentido que dice el Profeta, sólo tuvo *uno*, el verdadero Buen Pastor, el Mesías (cfr. *Ioann.* 6, 39; 10, 11 28; 18, 9; 21, 15 ss.; *Matth.* 5, 13 ss.).
9 Cfr. *Ierem.* 33, 15 y núm. 650.
10 En hebreo *Yahve,* nombre que se da exclusivamente al Dios verdadero.
11 En hebreo «nuestra justicia»; cfr. *Ierem.* 33, 15, ss.; I *Cor.* 1, 30.
12 Es decir, 605 a. Cr.; el cautiverio babilónico duró hasta el año primero de Ciro, 538 a. Cr. (cfr. II *Par.* 36, 21 s.; I *Esdr.* 1, 1). Jeremías cuenta los años de Nabucodonosor desde la victoria de Carchemis (núm. 675), aunque propiamente no subió este rey al trono hasta el año siguiente. Con ello desaparecen dificultades aparentes que se ha querido sacar del cotejo de *Ierem.* 52, 29 con IV *Reg.* 25, 8.—Cuando *Dan.* 1, 1 habla del *tercer* año de Joaquín, o cuenta desde el comienzo de la campaña (salida de Nabucodonosor de Babilonia), o entiende por primer año de reinado el siguiente a la subida al trono. Posible es que el texto se haya corrompido y que originariamente dijese: «el tercer mes de

todos los habitantes de Jerusalén, diciendo: Esto dice el Señor de los ejércitos: Porque no oísteis mis palabras, he aquí que yo enviaré, y tomaré *todas las familias del Aquilón,* dice el Señor, y a mi siervo Nabucodonosor, rey de Babilonia; y los traeré sobre esta tierra, y sobre sus moradores, y sobre todas las naciones que están en su contorno, y los mataré, y los pondré por pasmo, escarnio y soledad perdurable. Y desterraré de entre ellos las voces de gozo, y las voces de alegría, las voces de esposo y de esposa, el ruido de la muela, y la lumbre de la antorcha. Y toda esta tierra quedará en soledad y en pasmo, y *servirán todas estas gentes al rey de Babilonia por setenta años* [1]. Y cuando se hubieren cumplido los setenta años, visitaré al rey de Babilonia, y a aquella nación, dice el Señor, por causa de la maldad de ellos, y a todo el país de los caldeos, reduciéndolo a un eterno páramo» [2].

Saliendo al paso de los embustes de los pseudoprofetas, dijo Jeremías *al rey Sedecías,* a los sacerdotes y a todo el pueblo:

«Esto dice el Señor de los ejércitos, el Dios de Israel, acerca de los *vasos* que quedaron [3] en la casa del Señor, y en la casa del rey de Judá, y en Jerusalén: a Babilonia serán transportados, y allí estarán hasta el día de su visitación, dice el Señor; y los haré traer y restituir a este lugar» [4].

Del regreso del cautiverio habla de esta manera:

«He aquí que vienen los días, dice el Señor, en que haré que vuelvan los de mi pueblo de Israel y de Judá, dice el Señor; y los haré volver a la tierra que di a sus padres; y la poseerán.—Y en aquel día, dice el Señor de los ejércitos, quebraré su yugo [5] de tu cuello [6], y romperé tus ataduras, y no te dominarán más los extraños; sino que los israelitas *servirán al Señor, su Dios, y a* **David, su rey** [7], al que suscitaré para ellos» [8].

682. El Profeta contempla la transmigración de Israel, mas también la penitencia del pueblo y el tierno amor que Dios le tiene, no obstante el castigo, y por fin el regreso de la cautividad: «Esto dice el Señor: Voz de lamentación, de llanto y sollozo se oyó en Rama [9]. *Raquel llora a sus hijos,* y no quiere admitir consuelo, porque ya no existen. Esto dice el Señor: Cesen las voces de tu llanto y las lágrimas de tus ojos; porque tu obra tendrá su galardón [10], dice el Señor; y *volverán* de la tierra del enemigo; todavía hay esperanza para tu posteridad, dice el Señor, y tus hijos volverán a sus límites [11].—¿No es Efraim

---

Jeconías», en el cual aconteció la segunda deportación de israelitas por mano de Nabucodonosor. Cfr. Zumbiehl, *Das Buch Daniel und die Geschichte* (Friburgo 1907) 9, ss.

[1] Cfr. 29, 10; II *Par.* 36, 21 ss.; núm. 675 s.

[2] *Ierem.* 25, 1 s.; 8-12; 26, 6. Jerusalén desechada como Silo.

[3] En la deportación de Jeconías, 599 a. Cr. (Cfr. *Ierem.* 27, 19 s.).

[4] *Ierem.* 27, 21 s.; cfr. 52, 17 ss.; I *Esdr.* 1, 7.

[5] El yugo del rey de Babilonia.

[6] Del cuello de Israel.

[7] Llámase David al Mesías, por haber éste de ser el vástago más ilustre de la estirpe del Rey-Profeta, el cual fué figura del Mesías y por causa del Mesías obtuvo la promesa.

[8] 30, 3 s., 8 s.

[9] Rama (cfr. núm. 427), de 8 a 9 Km. al norte de Jerusalén, se hallaba en el camino por donde fueron los cautivos a Babilonia (cfr. *Ierem.* 40, 1).—Puede también Rama significar «altura» en general, con lo que el sentido vendría a ser el siguiente: «Alzase el sollozo en todas las alturas, etc.».

[10] Tu dolor.

[11] Según la *situación histórica que se avecina,* el sentido es el siguiente: Israel va al cautiverio; por eso llora y se duele Raquel, madre de gran parte de este pueblo y representante de Israel (cfr. núm. 190); pero el pueblo ha de volver, y entonces vendrán los gloriosos tiempos mesiánicos, de los cuales se habla en todo el capítulo 31. «Al decirnos el Evangelista san Mateo (2, 18) haberse cumplido esta profecía en la matanza de los Inocentes de Belén, sólo quiso hacernos presente que el vaticinio se cumplió por segunda vez en aquel acto del sanguinario Herodes. La relación típica de la profecía con el suceso de Belén no tanto se ha de buscar en la magnitud de la desolación producida por estos dos lamentables sucesos, como en el enlace causal existente entre ambos; porque los pecados

(Israel) el hijo a quien quiero honrar? ¿no es mi tierno niño? pues desde que hablé de él, le tengo presente en mi memoria [1]; por eso se conmovieron mis entrañas por él; y me apiadaré, tendré misericordia de él. Hazte una atalaya, entrégate a la amargura; endereza tu corazón al camino derecho por donde anduviste [2]; vuélvete, virgen de Israel, vuélvete a estas tus ciudades. ¿Hasta cuándo vivirás entregada a los placeres, hija vagabunda? [3] *El Señor ha hecho una cosa nueva* [4] *sobre la tierra:* **una mujer rodeará a un varón** [5]. Esto dice el Señor de los ejércitos, el Dios de Israel: Todavía se dirá esta palabra en tierra de Judá y en sus ciudades, cuando yo hiciere volver a sus cautivos: Bendígate el Señor, oh esplendor de justicia, oh monte santo.—He aquí que vendrá el tiempo, dice el Señor; y haré **nueva alianza** con la casa de Israel, y con la casa de Judá: no según el pacto que hice con sus padres, en el día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto, pacto que invalidaron, por lo cual les hice sentir el poder de mi mano, dice el Señor. Mas éste será el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: Pondré *mi Ley en sus entrañas,* y la escribiré en sus corazones [6]; y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo» [7].

«Y les daré **un** *corazón* y un camino para que me teman todos los días, y les vaya bien a ellos, y a sus hijos después de ellos. Y *haré con ellos un* **pacto eterno,** y no dejaré de hacerles bien; y pondré mi temor en el corazón de ellos, para que no se aparten de mí» [8].

683. En la *última* parte (cap. 46-51) de su libro vuélvese Jeremías a los *pueblos* vecinos: Egipto [9], Filistea, Moab, Ammón, Idumea, Damasco, Arabia, Elam, todos los cuales han de ser subyugados por Babilonia; finalmente, describe en todos sus pormenores la *ruina de Babilonia* por mano de los pueblos del Norte, entre los cuales están los medos y persas, y como consecuencia de ella, el regreso de los judíos:

---

que llevaron a los hijos de Israel al destierro fueron causa de que llegara a ser rey de los judíos Herodes el Idumeo, el cual, para asegurar su trono, trató de perder al verdadero Rey y Salvador de Israel». Cfr. Knabenbauer; Schneedorfer, *Das Buch Jeremias,* etc., 222.

[1] Cfr. *Ierem.* 31, 3: «*Con eterno amor te amé;* por eso me compadezco de ti y te atraigo hacia mí».

[2] Exhortación a la verdadera penitencia, condición indispensable para que se cumplan las promesas del regreso y de la era mesiánica.—El texto hebreo dice así: «coloca mojones, pon señales, nota bien el camino que has llevado (a la cautividad). Torna, etc.», es decir: volverás a tu patria por el mismo camino que fuiste al destierro.

[3] Tras nueva exhortación a la penitencia y enmienda de vida, recibe Israel el anuncio consolador de que se acerca ya el término del gobierno de Dios en Israel, que el Mesías ha de nacer y que, como preparación y requisito necesario para ello, Israel volverá a su patria, será feliz en ella, y Dios establecerá mediante el Mesías la nueva y eterna alianza.

[4] Prodigio nuevo e inaudito (cfr. *Is.* 7, 14; *Mich.* 5, 2 s.; núms. 649 y 663).

[5] Una *mujer,* es decir, aquella mujer en la cual se cifran las esperanzas de los creyentes desde las promesas del Paraíso, concebirá a *un varón,* al Mesías, el Divino Redentor; el cual, en cuanto hombre, será envuelto como débil niño en el seno materno, pero por la unión de la divinidad con la humanidad desde el primer instante de la Encarnación será un hombre perfecto en sabiduría y fortaleza. Así interpretaron el pasaje los santos Padres más antiguos e ilustres, y sólo así tiene sentido claro y satisfactorio. Scholz (*Commentar.* 367) considera este lugar como «perífrasis de *Is.* 7, 14», y Schneedorfer l. c. 223 advierte: «el cumplimiento de profecía tan misteriosa ha venido a esclarecer y declarar los rasgos de su contenido; mas no sólo el alcance gramatical da pie a cimentar en este pasaje la milagrosa Encarnación, sino además nuestro texto es, con razón, uno de los más hermosos argumentos del Antiguo Testamento para demostrar aquel misterio (cfr. ibid. pág. 229, la explicación).

[6] Cfr. *Matth.* 26, 28; *Hebr.* 10, 15 ss.; II *Cor.* 3, 3.

[7] 31, 15 s. 20-23 31-33.

[8] 32, 39 s.

[9] Las inscripciones han confirmado esta noticia y la de Ezequiel (30, 10 ss.) acerca de la derrota de Egipto. Cfr. Kaulen, *Assyrien und Babilonien* 163 s.

«He aquí que yo *visitaré al rey de Babilonia,* y a su país, como visité al rey de Asur; y haré volver a Israel a su antigua morada; y gozará de los pastos del Carmelo; y en Basán y en las montañas de Efraim y de Galaad se hartará su alma.—Sube [1] a la tierra de *los que dominan,* y visita a sus moradores, devasta y mata a los que hay después de ellos, dice el Señor; y obra en todo según las órdenes que te tengo dadas. Estruendo de guerra en la tierra, y de grande exterminio. ¡Cómo se ha hecho pedazos y *desmenuzado el martillo de toda la tierra!* ¡Cómo está hecha Babilonia un desierto entre las gentes!—A la noticia de la conquista de Babilonia se estremeció la tierra, y sus gritos se oyeron entre las naciones» [2].

«*Repentinamente cayó Babilonia* y fué desmenuzada. Prorrumpid en alaridos sobre ella, tomad ungüento para sus heridas. Quisimos [3] curar a Babilonia, y no ha sanado; desamparémosla, y vámonos cada uno a nuestra tierra; porque ha llegado hasta el cielo su custigo, y se ha alzado hasta las nubes.—Vengo a ti, dice el Señor, oh *monte pestilente,* que inficionas toda la tierra; y extiendo mi mano sobre ti, y te hago rodar de entre las peñas, y te reduciré a monte quemado. Y de ti no tomarán piedra para una esquina, ni piedra para cimientos, sino quedarás perdido para siempre, dice el Señor.—De su mar haré desierto, y secaré sus manantiales [4]. Y Babilonia se convertirá en un montón de escombros, morada de dragones, pasmo y escarnio, porque no habrá quien la habite.—Así será sumergida Babilonia, y no se recobrará del estrago que yo voy a traer sobre ella; y perecerá» [5].

Trenos del profeta Jeremías [6]

684. Van unidos a su libro profético. En ellos vierte en acentos conmovedores su amarguísimo dolor por la suerte espantosa de la ciudad y de sus habitantes y pide a Dios se apiade del pueblo y le reciba de nuevo en su gracia.

El testimonio de la tradición, que atribuye los Trenos a Jeremías [7], queda corroborado por criterios internos; porque «es tan vivo en casi todas las lamentaciones el recuerdo del cerco y conquista de Jerusalén, que no las pudo escribir (por lo menos la mayor parte) sino un testigo ocular o un contemporáneo de los sucesos» [8]. No pueden desvirtuar el testimonio de la tradición ciertas dificultades lingüísticas y objetivas, que tienen mucho de subjetivo y no dan derecho ni conducen a conclusiones seguras. Tocante al lugar y tiempo en que se compusieron, nada de cierto se desprende del contenido. Posible es, pero no está demostrado, que en el decurso de los tiempos hayan sido retocadas y ampliadas con miras al culto divino. Pertenecen los Trenos al género lírico-elegíaco, y presentan forma artística tanto en la disposición como en la estructura de los versos. En los capítulos 1, 2 y 4 los versos comienzan por las letras sucesivas del alefato, más en el capítulo 3, que encierra las sentidísimas lamentaciones de que se sirve la liturgia del Viernes Santo, cada tres versos repiten la misma letra. La versificación es análoga a la de las canciones fúnebres hebreas *(Kinametrum);* según Zenner [9], los Trenos son «un lamento dramático por la

---

1 ¡Oh Ciro! Cfr. núm. 651. 2 50, 18 s. 21 s. 46.

3 Los que fueron en auxilio de Babilonia.

4 Imagen de la pérdida de habitantes y riquezas.

5 51, 8 s. 36 s. 64. Acerca de las ruinas de Babilonia véase núm. 700.

6 Cfr. Scheneedorfer, *Jeremias* 383 ss.; Knabenbauer, *Comm. in Dan.,* etc., 367; Leisenberger, *Die Klagelieder des Propheten Jeremias nach der Vulgata erklärt* (Ratisbona 1872).

7 Así también el título, aunque discutido, de la versión griega.

8 Kautzsch, *Abriss* 181.

9 Zenner, *Beiträge zur Erklärung der Klagelieder* (Friburgo 1905).

destrucción de Jerusalén y del pueblo israelita», semejante al que aun hoy usan los orientales en sus llantos fúnebres [1].—*La Iglesia* se sirve de estas conmovedoras lamentaciones en los Maitines de los tres últimos días de Semana Santa, para expresar su dolor por la destrucción del templo vivo y verdadero de Dios, en el cual habitó la plenitud de la Divinidad [2], es decir, por la *Pasión y muerte del Redentor* [3]. Llora al mismo tiempo los *pecados de los hombres,* que son la verdadera causa de esta muerte y arruinan las almas, templos también del Señor [4], y la Iglesia, ciudad y templo magnífico de Dios [5].

Aleph. ¡Cómo está sentada solitaria la ciudad populosa! Ha quedado como viuda la señora de las naciones; la princesa de las provincias ha sido hecha tributaria.

Beth. Llora amargamente en la noche, y sus lágrimas en sus mejillas; no hay quien la consuele entre todos sus amados; todos sus amigos la desprecian, y se le hicieron enemigos.

Ghimel. Emigró Judá porque se veía afligida y oprimida con dura esclavitud; habitó entre las naciones, mas no halló reposo; todos sus perseguidores se apoderaron de ella en sus angustias.

Daleth. Los caminos de Sión lloran, porque no hay quien venga a las solemnidades; todas sus puertas destruídas; sus sacerdotes gimiendo; sus doncellas sin galas, y ella oprimida de amargura.

Lamed. *¡Oh vosotros, cuantos pasáis por el camino,* ved y considerad si hay dolor como el dolor mío; porque el Señor me vendimió, según lo dijo, en el día de su saña [6].

Mem. ¿Con quién te compararé, o a quién te asemejaré, hija de Jerusalén? ¿a quién te igualaré, para consolarte, virgen, hija de Sión? Porque *grande es como el mar tu quebranto; ¿quién te remediará?*

Samech. Todos cuantos pasaban por el camino, palmotearon, silbaron y menearon su cabeza, diciendo: *¿Es ésta la ciudad* portento de hermosura, gozo de toda la tierra?

Sade. ¿No clama al Señor su corazón por las murallas de la hija de Sión: Derrama día y noche lágrimas como torrente; no te des reposo, ni callen las pupilas de tus ojos? [7]

Heth. Misericordia del Señor es que no hayamos sido consumidos; porque jamás han faltado sus misericordias.

Heth. Nuevas son cada día desde muy de madrugada; grande es tu fidelidad.

Heth. Mi herencia es el Señor, dice el alma mía; por tanto, pondré en El mi confianza.

Teth. Bueno es el Señor para los que esperan en El, para el alma que le busca.

Teth. Buena cosa es aguardar en silencio la salud de Dios.

Teth. Bueno es para el hombre el haber llevado el yugo desde su mocedad [8].

Acuérdate, Señor, de lo que nos ha acaecido: repara y mira nuestra ignominia.

Nuestra heredad ha pasado a manos de extranjeros; nuestras casas a poder de extraños.

Huérfanos hemos quedado sin padre, nuestras madres como viudas.

Cayó la corona de nuestra cabeza: ¡ay de nosotros que hemos pecado!

Por esto quedó triste nuestro corazón; por esto se han entenebrecido nuestros ojos.

---

1 Cfr. Bauer, *Volksleben im Lande der Bibel* 243 ss.
2 *Ioann.* 2, 19. *Coloss.* 2, 9.
3 También para pintar el dolor de la bienaventurada Virgen María al pie de la Cruz.
4 I *Cor.* 3, 16; 6, 19. II *Cor.* 6, 16.
5 *Matth.* 5, 14. *Hebr.* 12, 22. *Apoc.* 11, 2; 21, 2. *Ephes.* 2, 21.
6 1, 1-4 12. 7 2, 13 15 18. 8 3, 22-27.

Mas Tú, Señor, eternamente permanecerás, tu solio de generación en generación.

Conviértenos, Señor, a Ti, y nos convertiremos; renueva nuestros días como al principio.
Mas Tú nos has arrojado y desechado, te has enojado en gran manera contra nosotros [1].

Libro del profeta Baruc

(582 a. Cr.)

685. Baruc, hijo de Nerías, asistió siempre fielmente a Jeremías, le acompañó a Egipto [2], y, después de la muerte del maestro y quizá por insinuación del mismo, fué a Babilonia a consolar a los judíos de la cautividad. Allí escribió su libro (que en el Canon sigue al de Jeremías), cinco años después de la destrucción de Jerusalén (582 a. Cr.), y lo leyó al rey prisionero, Jeconías, y a otros muchos desterrados. Estos le enviaron a Jerusalén con algunos vasos sagrados que sin duda habían recabado del rey de Babilonia, y con dinero que lograron reunir para comprar víctimas; deseaban que el Profeta leyese también su canto de dolor en las ruinas de la Ciudad Santa y del Templo, y derramase el bálsamo de la *consolación* en los corazones de los pocos judíos que allí se habían congregado. Contiene también el libro una *carta de Jeremías,* escrita por éste cinco años antes a los judíos que iban a Babilonia, para precaverles de la idolatría y anunciarles el retorno a Jerusalén, pasados setenta años [3]. Por la estrecha relación que existió entre Jeremías y Baruc, aparece el libro de éste en las listas canónicas antiguas entre las obras de aquél. Toda la antigüedad cristiana reconoció la canonicidad del libro de Baruc.

En tanto que los intérpretes católicos atribuyen unánimemente a Baruc el libro que lleva su nombre [4], los comentaristas protestantes le niegan la paternidad de la obra. Mas no están éstos contestes en determinar la fecha de la composición. No hay conquista de Jerusalén posterior al destierro (aun la del 70 d. Cr.), en la que no hayan parado su atención, ensayando hacer de ella el punto de partida de sus cálculos, por más que sólo con la del 587 se armonizan los datos del libro. La crítica finge ignorar el testimonio de la tradición y del libro mismo y fabrica hipótesis caprichosas, cuya variedad y lamentable confusión son claro indicio de la falta de argumentos sólidos. La doctrina sapiencial del libro de Baruc está en armonía con las ideas de *Deut.* 4, 5 ss. y con el fondo de *Prov.* 1-9, y le asigna un puesto antes de los últimos libros sapienciales. La oración de Daniel (9, 1 ss.) puede muy bien depender del libro de Baruc. Hoy admiten todos que el libro se escribió en hebreo; lo mismo cabe decir de la carta de Jeremías *(Bar.* 6). Existe una versión griega anterior a la era cristiana; de ella proceden la latina, la siríaca, la arábiga y todas las modernas. Todavía a fines del siglo II (d. Cr.) existía el original hebreo, que Teodoción tradujo directamente al griego.

He aquí el contenido del libro de Baruc: 1, tras un breve prólogo hace *confesión de los pecados* de Israel en la cautividad e implora la misericordia de Dios [5]; 2, *ensalza la sabiduría divina,* que Israel abandonó para caer en las desgracias (que le afligen), y anuncia que se manifestará en los tiempos mesiá-

---

[1] 5, 1-3 16 s. 19 21 s.

[2] Cfr. página 000.—Parece que volvió a Babilonia y murió en aquella ciudad. Por lo menos allí honraron los judíos su sepulcro junto con el del profeta Ezequiel (núm. 687). Cfr. *KL* II 3061 s.; Hagen en *LBI* 598.

[3] *Baruch.* 6, 2; cfr. *Ierem.* 25, 11; 29, 10.

[4] Para más pormenores cfr. los comentarios de Schneedorfer *(Jeremias),* Knabenbauer *(Daniel, Lament., Baruch.,* París 1891); Kaulen-Hoberg, *Einleitung* II[5] § 371 ss.; Hoberg, *Die älteste lateinische Übersetzung des Buches Baruch* (Friburgo 1902); Stoderl, *Zur Echtheitsfrage von Baruch 1 bis 3, 8* (Münster 1922).

[5] 1, 1-3, 8.

nicos con mayor majestad que en la Ley y en los Profetas, aparecerá en la tierra y conversará con los hombres [1]; 3, consuela a Israel con la promesa de la liberación y de la era mesiánica [2]. Sigue un apéndice con la *carta de Jeremías* [3]. De la descripción de la divina sabiduría entresacamos lo que sigue:

«Oye, Israel, los mandamientos de vida: aplica los oídos para que aprendas la prudencia. ¿Cómo es, Israel, que estás en tierra de enemigos?—Dejaste la fuente de la sabiduría.—Aprende dónde está la sabiduría, dónde está la fortaleza, dónde está la inteligencia; para que sepas también dónde está la longevidad y el sustento; dónde está la luz de los ojos, y la paz. ¿Quién halló el lugar de ella? ¿Y quién entró en los tesoros de ella?—Muchos [4] van en pos de la prudencia terrena. Pero desconocen el camino de la (verdadera) sabiduría, y no comprenden sus veredas. *¡Oh Israel, cuán grande es la casa de Dios,* y espacioso el lugar de su posesión! [5] Grande es, y no tiene fin; excelso e inmenso. *Allí estuvieron aquellos gigantes* famosos, que hubo desde el principio, de grande estatura, diestros en la guerra. No escogió el Señor a éstos, ni hallaron el camino de la doctrina; por eso perecieron. Y por cuanto no tuvieron sabiduría, perecieron por su ignorancia. ¿Quién subió al cielo, y la tomó, y la sacó de las nubes? ¿Quién atravesó el mar, y la halló? ¿Quién la trajo a cambio de oro escogido? No hay quien pueda saber los caminos de ella, ni quien investigue sus veredas.—**Este es nuestro Dios,** y ninguno se podrá comparar con Él. Este halló todos los caminos de la sabiduría y la enseñó a Jacob su siervo, y a Israel su amado. **Después de esto, fué [6] visto en la tierra y conversó con los hombres**» [7].

Del regreso del cautiverio y de la grandeza del pueblo de Dios en los tiempos mesiánicos dice Baruc: «Mira, Jerusalén, hacia el Oriente [8]; mira el regocijo que te viene de Dios. Pues mira cómo vienen tus hijos, los que enviaste disper-

---

[1] 3, 9-4, 4.

[2] 4, 5-5, 9.

[3] Cap. 6. En los palacios de la antigua Nínive en Nimrud y Kujundschik se ve representado el culto de los dioses en la misma forma que en Jeremías. Cfr. Kaulen, *Assyrien und Babylonien*[5] 217 221 ss. 267. Se suele achacar a los profetas del Antiguo Testamento el haberse fijado sólo en la parte externa del culto, cuando describen sarcásticamente las divinidades asirio-babilónicas como ídolos fabricados por mano de hombres; porque, ciertamente, que al los babilonios adoraban a los ídolos (en público y en privado), mas este culto no era la esencia de su religión, y «los babilonios pensadores» adoraban las imágenes como representantes de la divinidad, a la cual dirigían sus oraciones (Delitzsch, *Bibel und Babel* II 32; III 28). Mas a esto respondemos que los profetas—como más tarde los santos Padres de la Iglesia—conocían de cerca las prácticas religiosas paganas y las apreciaron según el conocimiento que de ellas tenían. A la repugnancia que por el culto idolátrico sentían y a la burla que de él hicieron, contribuyó, sin duda, la prohibición que en Israel había de fabricar imágenes de la divinidad (cfr. núm. 285). Pero su sentido práctico no les engañó sobre la locura y el desatino del culto de los ídolos, tal como lo practicaba la masa del pueblo. Esto no quita que hubiese «babilonios pensadores» de ideas más sanas y elevadas.

[4] Refiérese a los príncipes de las naciones, a los que dominan sobre las bestias, a los habitantes de Canaán y Temán, a los ismaelitas y otras tribus árabes que tenían en gran aprecio la sabiduría (vers. 16-23).

[5] Todo el orbe que Dios creó y rige con su sabiduría (vers. 32-35).

[6] Bien puede ser sujeto de esta oración «la Sabiduría», la cual aparece como persona que habla y obra. Todos los santos Padres entienden este pasaje de la Encarnación del Hijo de Dios; y el contexto no admite otra interpretación, pues se trata de una revelación de la divina Sabiduría, *semejante* a la de la Ley y de los Profetas, pero *mucho más brillante,* la cual ha de acontecer cuando el pueblo se convierta y vuelva del cautiverio. Entonces aparecerá en persona y andará entre los hombres la Sabiduría que habló por Moisés y los Profetas (*Deut.* 4, 5 ss.). Esta idea es completamente profética y para comprenderla no hace falta recurrir a una «interpolación» de mano cristiana. Cfr. los comentarios arriba citados y Reinke, *Beiträge* IV 489 ss.; *ZKTh* 1897, 551 ss.

[7] 3, 9 s. 23-32 36-38.

[8] Persia, de donde vino Ciro, el libertador de los israelitas, está al oriente de Babilonia.

sos, vienen congregados por la *palabra del Santo,* del Oriente al Occidente, gozándose de la honra de Dios [1].

«Desnúdate, Jerusalén, de la túnica de luto y de dolor, y vístete *la hermosura y la honra de aquella gloria sempiterna* que te viene de Dios [2]. Te envolverá Dios con un manto de justicia, y pondrá sobre tu cabeza la corona de honra eterna. Porque Dios mostrará en ti su resplandor a todos los que están debajo del cielo. Porque para siempre llamará Dios tu nombre: *La paz de la justicia y la honra de la piedad*» [3].

94. Los judíos en Babilonia

686. Según costumbre asirio-babilónica, sólo las «clases acomodadas» del reino judío fueron al cautiverio. Parte de los cautivos se estableció en Babilonia y parte se distribuyó en colonias por la región del Tigris y Eufrates [4]. Su situación civil era en general tolerable; algunos judíos que descollaban por su ciencia o virtud, fueron tratados con distinción y aun llegaron a ocupar (por ejemplo, Daniel) puestos importantes en el Estado asirio-babilónico; ejercían libremente el comercio y los negocios, y ya antes de Ciro se domiciliaron muchos en Babilonia [5]. La estancia en un país pagano acarreó graves riesgos a la religión. Pues, aunque no se les prohibía adorar a su Dios, empero la ley y la tradición asirio-babilónicas, que exigían el reconocimiento de los «dioses del país», les impedían el ejercicio público de su religión; por otra parte la magnificencia del culto pagano y la disolución de que iba acompañado, la vida religiosa de los babilonios, mezclada de toda clase de supersticiones (magia, astrología) y acompañada de los atractivos de la prosperidad y bienestar, constituían un serio peligro para la fidelidad de los judíos. Muchos, que ya en su patria habían adorado a los ídolos y se habían entregado a las abominaciones paganas fustigadas por los profetas, debieron de sucumbir a la tentación. Para ellos era el destierro «una noche sin la estrella de la esperanza» *(Is.* 8, 22). Mas no permitió Dios que faltasen *profetas* que instruyesen, amonestasen, previniesen e indujesen a penitencia a los «restos de su pueblo» e hiciesen saber a los paganos con palabras y obras el poder y majestad de Yahve (Ezequiel y Daniel). Para muchos el cautiverio fué ocasión de acrisolamiento. La vista del paganismo con sus abominaciones, la opresión y el desprecio de que eran objeto por parte de los gentiles, las privaciones y penalidades, inevitables en un país extraño, llenaron de profundo dolor y de nostálgicos recuerdos los corazones de los buenos judíos y de los arrepentidos. **El Salmo 136** [6] (entre otros de esta época) expresa poéticamente aquella situación de profunda melancolía.

«*Junto a los ríos de Babilonia,* allí nos sentamos y lloramos acordándonos de Sión.

Allí colgamos de los sauces nuestros instrumentos músicos.

Los que nos llevaron cautivos nos pedían que les cantásemos canciones: «Cantadnos algún himno de Sión».

---

[1] 4, 36 s.; cfr. *Is.* 49, 12 18.

[2] Cfr. *Is.* 60, 1 ss ; núm. 659. [3] 5, 1-4; cfr. *Is.* 61, 1 ss.; núm. 660.

[4] Acerca de la cautividad de Babilonia cfr. *KL* IV 1135 ss.; Schöpfer, *Geschichte des AT*[6] 569 ss.; Nikel, *Neue Quellen zur ältesten Geschichte der jüdischen Diaspora,* en *WSt* II 16 ss.; el mismo en *BSt* V 2/3.

[5] En 1903 se halló en Nippur el archivo de una gran casa de comercio *(Muraschu),* en cuyos documentos se leen muchos nombres judíos; de donde se desprende que los hebreos se naturalizaron en Babilonia e interesaron por los negocios comerciales. Lo mismo debió de acontecer en el destierro asirio, como se colige del *Libro de Tobías* (cfr. *ATAO*[3] 541).

[6] El título «Salmo de David (o) de Jeremías» falta en el texto hebreo, como en las citas de algunos santos Padres de la Iglesia. Quiere este título decir que el salmo está compuesto *al estilo* de los Salmos de David o de las Lamentaciones de Jeremías.

¿Cómo hemos de cantar cántico del Señor en tierra ajena?
Si me olvidare de ti, Jerusalén, olvidada sea mi diestra.
Pegada quede al paladar la lengua mía si no me acordare de ti, si no me propusiere a Jerusalén por el primer objeto de mi alegría» [1].

El profeta Ezequiel
(594-572 a. Cr.)

687. Entre los profetas que, además de Baruc, desplegaron su actividad durante el cautiverio de Babilonia, descuella Ezequiel, de linaje sacerdotal.

Fué llevado a Babilonia con el rey Jeconías, 597 a. Cr. y vivió en las riberas del río Cobar o Caboras [2], donde al quinto año de cautividad, séptimo de la destrucción de Jerusalén, 593 a. Cr., sintió la vocación profética, que ejerció durante veintisiete años [3], es decir, hasta 571 a. Cr. Como Jeremías entre los judíos que habían quedado en Palestina, así luchó Ezequiel entre los cautivos de Babilonia contra los engaños de los falsos profetas que anunciaban el próximo retorno y la subsistencia de Jerusalén. Ejerció su ministerio no sólo anunciando las visiones que le fueron reveladas por Dios acerca de la triste suerte que aguardaba a esta ciudad y a sus habitantes, sino también por medio de *acciones simbólicas* que representaban con espantosa precisión los terribles destinos: prolongado asedio acompañado de toda suerte de calamidades [4], huída del rey durante la noche, cautividad del pueblo y miseria de los que habían de quedar [5], ruina de la ciudad y desventura de los supervivientes [6]. Pero, como aquél, también éste se dedicó a consolar a sus hermanos con *la promesa de la Redención.* Fueron de tanta eficacia sus discursos, que los ancianos acudían a él en los negocios importantes en busca de consejo y de revelación divina [7]. Pero el pueblo fué tan desagradecido con él como con Jeremías. Ya se lo había advertido el Señor cuando al llamarle le dijo que no temiera la testarudez de Israel, pues Dios le daría frente más dura que un guijarro y rostro más duro que el diamante [8]. Según tradición, murió mártir, como los más de los profetas [9]. El Martirologio Romano dice en el día de su conmemoración (10 de abril): «Ezequiel fué muerto en Babilonia por un juez judío a quien el Profeta reprendió por su idolatría; fué enterrado en el sepulcro de Sem y Arfaxad, padres de Abraham, adonde muchos acuden a orar».

El libro de Ezequiel [10] consta de tres partes — y un breve prólogo que relata el llamamiento del Profeta [11] —: 1. Profecías acerca de la ruina de Judá y

---

[1] Versículos 1-6. En los versículos siguientes 7-9 se expresa el deseo de que los enemigos de Dios reciban el merecido castigo, del cual ha de venir la libertad de Judá; cfr. núm. 529.

[2] No el río que afluye al Eufrates en Carchemis, unos 600 Km. al noroeste de Babilonia (cfr. núm. 675), sino, como acertadamente conjeturaron los exegetas antiguos (Cornelio a Lápide, Maldonado, etc., y también Haneberg, *Geschichte der bibl. Offenbarung*[3] 319 s.), un canal de las proximidades de Babilonia. La sospecha se ha confirmado actualmente gracias a las excavaciones americanas realizadas en Nippur (1903), las cuales han revelado el nombre de un canal navegable, *náru kabaru,* río Kebar. Allí, en la ribera occidental del Eufrates, frente a Babilonia, se muestra todavía hoy el sepulcro del Profeta, a donde desde antiguo van en peregrinación los judíos; no muy lejos del de Ezequiel se halla el sepulcro de Baruc (cfr. núm. 685). Todas las noticias tocantes a la cautividad babilónica apuntan a Babilonia y sus alrededores.

[3] 1, 1-3; 29, 17.

[4] Cap. 4 y 5. [5] Cap. 12. [6] Cap. 24. [7] Cfr. 8, 1; 14, 1; 20, 1.

[8] 3, 7 ss. [9] *Matth.* 23, 29 ss. *Act.* 7, 52.

[10] Cfr. Schmalzl, *Das Buch Ezechiel* (Viena 1901); Knabenbauer, *Comm. in Ezech.* (París 1890); Heinisch, *Das Buch Ezechiel* (Bonn 1923); Kaulen-Hoberg, *Einleitung*[5] § 379 ss.; Schöpfer, *Geschihte des AT*[5] 517 ss.; *StL* XVII 271 ss.; XVIII 29 263 515. [11] Cap. 1-3, 21.

Jerusalén [1]; 2. Profecías acerca de los pueblos enemigos de Judá [2]; 3. Profecías acerca del resurgimiento de Israel, dirigidas a los judíos después de la destrucción de Jerusalén [3]. *En la primera parte,* sus palabras lanzadas contra las mentiras y engañosas esperanzas de los falsos profetas y judíos impenitentes, se asemejan a la voz imponente y aterradora de una trompeta; *en la tercera parte,* su pluma, guiada por Dios, pinta con los más bellos y vivos colores la venida de la era venturosa del Redentor. Las imágenes de que están sembrados sus discursos son atrevidas y profundas; por lo que para san Gregorio Nacianceno [4] Ezequiel es el más sublime de los profetas, y para san Jerónimo [5], mar de la palabra divina y laberinto de los secretos de Dios.

688. Es interesante sobre todas la visión en que *se manifiesta a Ezequiel la majestad de Dios* [6]*:*

«Miré, y he aquí que del Aquilón venía un huracán, y una grande nube, y un fuego que se revolvía dentro, y un resplandor en torno de él; y de en medio de él, una cosa como metal rusiente; y en medio de él había cuatro seres vivientes que tenían figura humana. Cada uno tenía cuatro caras y cuatro alas.—Y juntábanse las dos alas del uno con las del otro. No se volvían cuando andaban, sino que cada uno caminaba según la dirección de su rostro [7]. Por lo que hace a su rostro, todos cuatro lo tenían de hombre, y todos cuatro tenían a su diestra una cara de león; y todos cuatro a su lado izquierdo una cara de buey, y todos cuatro hacia atrás una cara de águila.—A donde les llevaba el ímpetu del espíritu de Dios, allá iban. Y estos animales a la vista parecían como ascuas de ardiente fuego y como hachas encendidas. Veíase discurrir por en medio de los animales un resplandor de fuego, y salir del fuego relámpagos. Y los animales iban y volvían a semejanza de relámpagos resplandecientes. Y mientras yo miraba a los animales, apareció una rueda sobre la tierra junto a cada uno de los animales. Y el aspecto de las ruedas era como el mar [8]; todas cuatro tenían la misma forma, como si estuviese una rueda en medio de otra rueda [9].—La forma y la altura de las ruedas causaban espanto, y la circunferencia de ellas estaba llena de ojos. Y cuando andaban los animales, andaban también las ruedas junto a ellos» [10].

«Sobre las cabezas de los animales había algo a manera de firmamento, que a la vista parecía un cristal que causaba espanto, extendido por encima de sus cabezas.—Y al moverse los animales, oía yo debajo del firmamento el ruido de sus alas como ruido de muchas aguas, como la voz de Dios excelso [11], o como tumulto de un ejército. Cuando resonaba la voz de arriba, parábanse y abatían sus alas. Y sobre el firmamento que estaba sobre sus cabezas había *como un trono* de zafiro; y sobre él, *una figura humana.* Y en derredor de la aparición había como metal ardiente, como fuego fundido que resplandecía en derredor, como el arco iris cuando al llover aparece en las nubes; tal era el aspecto del resplandor que alrededor se veía» [12].

---

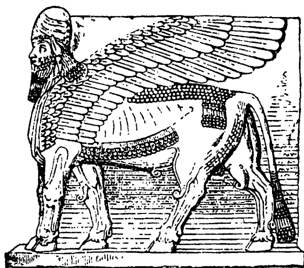
[1] Cap. 3, 22-24, 27. [2] Cap. 25-23.
[3] Cap. 33-48. [4] *Or.* 47. [5] *In Ezech.* 14, 23.
[6] Cfr. Schmalzl, *Ezechiel* 36 ss.; *StL* XVII 280 ss.
[7] Es decir, cuando el Señor les ordenaba marchar en distintas direcciones, no necesitaban torcer de rumbo, sino marchar hacia adelante, porque formaban cuadrilátero.
[8] Es decir, de color azul-oscuro; el hebreo puede también traducirse: «como crisólito», piedra preciosa de color amarillo-verdoso.
[9] Imagen de su movilidad en todas direcciones.
[10] 1, 4-6 9 s. 12-16 18 s.
[11] Es decir, como el trueno.
[12] 1, 22 24-28. Traduciendo la palabra hebrea *panim* «rostro» por «figura o semblante», se simplifica la descripción y no es necesario atribuir cuatro cabezas o rostros a cada uno de los cuatro seres vivientes. En su figura (aspecto) reúnen las propiedades del hombre, del león, del toro y del águila, como se ve en los simbólicos animales alados característicos de Babilonia y Asiria, los cuales tenían cabeza (y rostro) de hombre, cuerpo

«Esta fué la visión de la *semejanza de la gloria de Dios.* Y al verla, me postré sobre mi rostro y oí una voz que me decía: Hijo de hombre [1], yo te envío a los hijos de Israel, a esos gentiles y apóstatas [2] que se han apartado de mí; ellos y sus padres han violado hasta el día de hoy el pacto que tenían conmigo» [3].

La visión de Ezequiel ha sido siempre rectamente interpretada en sus rasgos esenciales: su objeto es simbolizar la presencia del Señor y su infinita majestad, poniéndolas al alcance del pueblo oprimido. Los pormenores, objeto antes de muy diversos y opuestos comentarios, se han esclarecido recientemente merced al estudio de la arqueología del Asia Menor. Era preciso fortalecer la fe, alentar el espíritu, conservar y avivar la confianza de los cautivos que se encontraban tan decaídos y amilanados. Nada más conveniente para ello que realzar el poder y grandeza de Yahve, poniéndolos como de relieve ante los ojos de los judíos. Consiguiólo el Profeta con la descripción del carro de Dios *(merkaba),* el cual reunía en sí y ponía a servicio de Yahve todos los elementos que los babilonios empleaban para representar la majestad de la divinidad, y aun superaba la magnificencia de que en Babilonia se solía rodear a los «dioses extranjeros». Por esto se manifiesta Yahve por medio de imágenes que, aunque sugeridas por el ambiente religioso de aquel país, no chocan con la tradición israelita, ni discrepan de las concepciones orientales. «Aparece Yahve en medio de un *torbellino;* de esa manera se figuraban los babilonios a sus dioses mayores. Su vehículo es un carro magnífico de grandes ruedas, cuyo estruendo hace retemblar cielo y tierra. Llevan el *trono* los *querubes,* que los cautivos conocían como guardianes de las puertas de los templos y palacios y sustentáculos de las divinidades. Junto al trono se veían el *toro,* símbolo de la fuerza, el *león,* emblema de la majestad que infunde respeto, el *águila,* rey de las aves, ave de

---

de león o toro y alas de águila (fig. 77). No describe Ezequiel estos animales, ni de lo que nos dice se puede formar idea de la figura de los querubines bíblicos. Pero es posible que la descripción de los seres vivientes esté tomada de las esculturas babilónicas y ponga a servicio de la profecía el simbolismo de las mismas, ya que no lo conocieran los judíos por los querubines del Templo de Salomón (véase números 560 y 74). La confusión no es posible, pues las figuras de Ezequiel son «seres vivientes» que llevan el trono (carro) de Dios, mientras que las esculturas asirias son troncos inmóviles. Cfr. Dürr, *Ezechiels Vision von der Erhebung Gottes im Lichte der vorderasiatischen Altertumskunde* (Münster 1917).


Fig. 77.
Toro alado asirio. Londres, British Museum.

[1] En las visiones se llama a Ezequiel «hijo del hombre»; también a Daniel una vez *(Dan.* 8, 17); esto era, según san Jerónimo, para recordar la fragilidad humana y conservar en la humildad a hombres tan extraordinarios, que habían merecido recibir de Dios visiones tan maravillosas (cfr. *Ps.* 8, 5). El Redentor se llamó a sí mismo «Hijo del hombre» porque en el misterio de la Encarnación descansaba toda la obra de la Redención, y por representarnos su inmenso amor que le trajo a asumir nuestra naturaleza *(Philipp.* 2, 6 ss.). Cfr. Tillmann, *Der Menschensohn,* en *BSt* XII 1/2 (1907); Trenkle. *Der Menschensohn, eine exegetish-kritische Untersuchung* (Friburgo 1888). Preténdese encontrar analogías babilónicas a la expresión «hijo del hombre» en la palabra *mar avilim,* hijo del hombre, perífrasis de «hombre», que se da en señal de distinción; según esto, la expresión «hijo del hombre» vendría a significar hombre libre, noble. De donde a Ezequiel se le llama «hijo del hombre» en sustitución del nombre personal (Delitzsch, *Bibel und Babel* III 51). No así en *Daniel* 7, 13, donde se compara la aparición del Mesías a la de un hijo del hombre. Aquí se trata de un ser sobrehumano y, sin embargo, de figura humana, al cual se entrega la gloria, el poder y el señorío eterno. Es dudoso que la expresión babilónica *zer amelûti,* «vástago de la humanidad», guarde también relación con la bíblica. Cfr. núm. 704.

[2] Con esta denominación quedan los gentiles *equiparados* a los israelitas renegados que están en la cautividad.

[3] 2, 13.

Dios por excelencia, y el *hombre,* imagen de la dignidad y de la inteligencia. Yahve «tiene su trono sobre los querubines», tiene a sus pies a los representantes del poder y grandeza, de la misma suerte que en Babel la divinidad descansa sobre un animal. Todo esto nos evoca la idea de un rey oriental poderoso o de un dios llevado en triunfo en su carroza, y nos permite apreciar el efecto que la visión debía de producir en los cautivos; reconocieron sin duda que «su Dios era el Yahve» que conocían por la historia y la poesía. Y no nos debe asombrar que posteriormente se hiciera uso de la imagen del capítulo I de Ezequiel, siempre que se tratase de afirmar el poder y la majestad de Dios frente al decaimiento y falta de fe» [1].

689. Profundo sentido encierra el *signo salutífero* de que se habla en los capítulos 8 y 9.

Después de haber visto el Profeta la destrucción de Jerusalén, apareciósele el Señor por tercera vez en su misteriosa carroza, trasladóle en espíritu a la Ciudad Santa y le hizo ver las diversas abominaciones idolátricas que se consumaban en el Templo; luego le mostró siete varones que, entrando en el atrio de los sacerdotes por la puerta del norte, llegaron hasta el altar de los holocaustos [2]; *seis* de ellos tenían en sus manos instrumentos de exterminio; el ***séptimo*** llevaba un vestido de lino y al cinto un recado de escribir. Y dijo a éste el Señor [3]: «Pasa por el medio de Jerusalén y **señala con el signo T (tau) las frentes** de los hombres que gimen y se lamentan por todas las abominaciones que se cometen en medio de ella». Y a los otros seis les dijo [4]: «Seguid en pos de ése por toda la ciudad y herid de muerte sin compasión a ancianos y a jóvenes, a la doncella y a la mujer; pero no matéis a ninguno que lleve en su frente el signo T; y comenzaréis por mi Santuario». Y así sucedió a la vista de Ezequiel, que en vano intercedía por ellos [5].

690. Entre las profecías que se refieren al *porvenir de Israel* y a los tiempos mesiánicos, tienen particular importancia las siguientes:

«Esto dice el Señor Dios: *Yo os recogeré de entre los pueblos,* y os reuniré de los países donde habéis sido dispersados y os daré la tierra de Israel. Y ellos

---

[1] En estas palabras resume y compendia Dürr, l.c. 70 s., el resultado de sus investigaciones, que ampliamente demuestra por menudo con documentos sacados de las fuentes. Cfr. también Heinisch, *Das Buch Ezechiel* 27 ss. —Acerca de la visión de Ezequiel en el arte cfr. Neuss, *Das Buch Ezequiel in Theologie und Kunst bis zum Ende des 12 Jahrhunderts* (Münster 1912). Pudiéndose considerar la visión de Ezequiel como figura de la manifestación mucho más esplendorosa de la gloria de Dios (*Ioann.* 1, 14) en el «cúadruple» Evangelio, la Iglesia ha querido servirse de las palabras de Ezequiel en las Horas Canónicas del Oficio de los cuatro evangelistas. El arte cristiano ha dado a estos las figuras simbólicas de hombre, león, toro y águila. Cfr. tomo II de esta obra, página 1; Kaufmann, *Archäologie*[2] 408, y Detzel, *Ikonographie* II, 33 ss.

[2] Buscando las víctimas de la divina justicia.

[3] *Ezech.* 9, 4. [4] 9, 5 s.

[5] Los *seis jueces* que venían del lado del norte representaban a los babilonios; el otro hombre, en cambio, era ***un mensajero de salud y reconciliación*** para los fieles adoradores del Señor; su blanca *vestidura* de lino recuerda las que el sumo sacerdote usaba en el gran día de la Expiación (cfr. núm. 331); el color blanco es, además, símbolo de la pureza (cfr. también *Dan.* 10, 5; *Matth.* 28, 3; *Apoc.* 19, 8 14). El *signo salutífero y expiatorio* que dejaba a salvo a todos los que con él estaban señalados, la *tau,* es la última letra del alfabeto hebreo, y en la escritura hebrea antigua, en la samaritana y fenicia tenía la forma de cruz († ╳), como la tiene todavía hoy en los alfabetos etrusco, etiópico (†), latino antiguo y griego antiguo (T). Plugo, pues, a Dios representar la virtud salutífera del signo de la Redención de una manera misteriosa ya en la Antigua Alianza, por más que la cruz era entonces señal de máxima ignominia (cfr. *Num.* 21, 9; núm. 374 s.; *Ioann.* 3, 14 15; 12, 31 ss.; *Matth.* 24, 33; *Apoc.* 7, 3; 9, 4; Schmalzl, *Ezechiel* 102; *ATAO*[3] 624.—Acerca del signo de la cruz en cámaras sepulcrales de Egipto, Asiria, Caldea, Troya, Fenicia, Grecia, etc., y entre los pueblos africanos mucho antes de Jesucristo y aun hoy, véase *KM* 1895, 134.

entrarán allí, y quitarán de ella todos los tropiezos y todas las abominaciones. Y les daré un *corazón nuevo,* y **un espíritu nuevo** pondré en sus entrañas; y quitaré de su cuerpo el corazón de piedra, y les daré corazón de carne [1]. Para que anden en mis mandamientos, y guarden mis juicios, y los cumplan; y *sean mi pueblo, y yo sea su Dios»* [2].

«Esto dice el Señor Dios: Yo te traté, como tú te portaste despreciando el juramento y haciendo nulo el pacto [3]; con todo, yo me acordaré de mi Alianza contigo en los días de tu mocedad; y renovaré contigo una **alianza eterna»** [4].

Esto dice el Señor Dios: Yo tomaré de la copa [5] del alto cedro [6], y lo plantaré; de la punta de sus ramas desgajaré **un renuevo,** y lo plantaré sobre un monte alto y descollado. En el alto monte de Israel lo plantaré, y brotará un pimpollo, y dará fruto y se hará un **cedro grande,** y *habitarán debajo de él todas las aves,* y los volátiles de toda especie anidarán a la sombra de sus hojas» [7].

«Mas tú, profano, impío caudillo de Israel [8], a quien llegará el día cuando se colme el tiempo señalado de la iniquidad, esto dice el Señor Dios: *Depón la diadema, quítate la corona.* ¿No es ésta la que levantó al humilde y humilló al soberbio? [9] ponerla he por iniquidad, por iniquidad, por iniquidad; mas esto no sucederá **hasta que venga aquél a quien compete el señorío;** y a él se la entregaré» [10].

691. *En la tercera parte* [11] describe de una manera emocionante *a los malos pastores* que dejaban perecer al pueblo de Dios; pero el mismo Dios se encargará de su rebaño disperso, lo recogerá y le proveerá de *un buen pastor:* el verdadero David:

«Y vino a mí palabra del Señor diciendo: Hijo del hombre, *profetiza de los pastores de Israel;* profetiza y di a los pastores: Esto dice el Señor Dios: ¡Ay de los pastores de Israel, que se apacentaban a sí mismos! ¿Acaso no son los rebaños los que deben ser apacentados por los pastores? Os alimentabais de su leche y os vestíais de su lana, y matabais las reses más gordas, mas no apacentabais mi grey. No fortalecisteis las ovejas débiles, no curasteis las enfermas, ni ligasteis las quebradas, ni recogisteis las descarriadas, ni fuisteis en busca de las perdidas; sino que, con aspereza y con imperio, dominabais sobre ellas. Y mis ovejas se han dispersado, porque estaban sin pastor; con lo cual, vinieron a ser presa de todas las fieras del campo; y se descarriaron. Perdida anduvo mi grey por todos los montes y por las altas colinas; dispersáronse por toda la haz de la tierra mis rebaños, y no había quien los buscase, no había, digo, quien los buscase. *Por tanto, pastores,* escuchad la palabra del Señor: Vivo yo, dice el Señor Dios: he aquí que yo mismo demandaré mi grey a los pastores y acabaré con ellos, para que nunca más sean pastores de mis rebaños, ni se apacienten a sí mismos. Y libraré mi grey de la boca de ellos, para que jamás les sirva de alimento. Porque esto dice el Señor Dios: He aquí que yo mismo iré a buscar

---

[1] Cfr. *Ierem.* 31, 33; *Ezech.* 36, 26; núms. 682 y 691.

[2] 11, 17-20.

[3] En lo que precede se ha pintado a Israel como a una esposa infiel, que ha cometido más crímenes que Samaria y Sodoma.

[4] 16, 59 s.

[5] Un vástago vigoroso.

[6] De la estirpe de David; este vástago es el Mesías (cfr. *Ezech.* 34, 29; *Is.* 11, 1; *Matth.* 1, 23; núm. 650), cuyo reino abarca todas las naciones (cfr. *Ezech.* 20, 40 s.; *Matth.* 13, 31; 28, 19 s.). Véase Schmalzl l.c. 174.

[7] 17, 22 s.

[8] En la profecía de la desolación de Jerusalén y del país (21, 25-27), Jeremías se dirige al último rey, Sedecías (cfr. núm. 676).

[9] La corona eleva al humilde, cuando es digno de ella; pero humilla al soberbio que con sus malos sentimientos y perversa conducta se hace indigno de llevarla.

[10] Al Mesías, al cual se refiere una expresión análoga de la profecía de Jacob (núm. 224).

[11] Cap. 33-48.

mis ovejas y las visitaré.—Y **estableceré sobre ellas un solo pastor** [1] que las apaciente: a *mi siervo David* [2]*:* él mismo las apacentará, y él mismo será su pastor. Y yo, el Señor, seré su Dios, y mi siervo David será príncipe en medio de ellos; yo, el Señor, he hablado. Y haré con ellos alianza de paz» [3].

«Yo os sacaré de entre las gentes, y os recogeré de todas las naciones y os conduciré a vuestra tierra. Y *derramaré sobre vosotros* **agua pura,** y os purificaréis de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré [4]. Y os daré **un corazón nuevo,** y pondré un espíritu nuevo en vuestro interior [5]; y quitaré de vuestro cuerpo el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Y pondré mi espíritu en medio de vosotros, para que andéis en mis preceptos, tengáis en cuenta mis juicios y obréis según ellos» [6].

692. *Ezequiel vió el fin del cautiverio de Israel* y el nuevo reino mesiánico bajo la figura de la *resurrección de los muertos*. Fué llevado el Profeta en espíritu a un gran campo cubierto de huesos de cadáveres. Por orden de Dios, mandó Ezequiel a los huesos que se levantasen; y he aquí que se irguieron al momento, uniéronse unos con otros, cubriéronse de nervios y de carne; entró en ellos el espíritu, comenzaron a vivir y se pusieron en pie — una muchedumbre grandísima. Díjole entonces el Señor: «Hijo del hombre, todos estos huesos representan la familia de Israel; ellos dicen: Secáronse nuestros huesos, y pereció nuestra esperanza; somos (ramas) cortadas. Por tanto, profetiza, y diles: Esto dice el Señor Dios: He aquí que yo abriré vuestras sepulturas, y os sacaré de vuestros sepulcros, pueblo mío, y os conduciré a la tierra de Israel.— E *infundiré en vosotros mi espíritu,* y viviréis [7].—Y recogeré a los hijos de Israel de todas partes y los conduciré a su tierra.—Y formaré de ellos *un* pueblo, *un* rey mandará sobre ellos.—Mi **siervo David será perpetuamente su rey.** Y haré con ellos una *alianza de paz,* una **alianza eterna...** y colocaré en medio de ellos mi Santuario para siempre. Y estará mi habitación entre ellos; y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Y sabrán *las gentes* que yo, el Señor, santifico a Israel, cuando estuviere **mi Santuario en medio de ellos** perpetuamente» [8].

---

[1] Cfr. *Ioann.* 10, 7 11 ss.; *Matth.* 25, 32; 26, 31; *Hebr.* 13, 20; I *Petr.* 2, 25; 5, 4.

[2] Cfr. núms. 681 y 692.

[3] 34, 1-11 23-25.

[4] Alude al *sacrificio* mosaico *de la Purificación* (núm. 340), que ha de ceder su puesto a otra agua mucho más perfecta, la cual nos limpia, no ya de las impurezas exteriores, sino de las espirituales, y nos regenera espiritualmente por la virtud del Espíritu Santo: el *agua del Bautismo* (cfr. *Ioann.* 3, 5 6).

[5] Cfr. núm. 690.

[6] 36, 24-27.

[7] Israel resucitó en cierto modo con el *regreso de la cautividad;* de donde en este hecho puede decirse que se cumplieron las palabras del Profeta. Tuvieron éstas cumplimiento más perfecto en *Jesús y su reino;* en el cual, merced al soplo del Espíritu Santo, se formó un nuevo Israel, mucho mayor y más perfecto. Pero el cumplimiento definitivo será la *resurrección general de los muertos*. Ezequiel presupone aquí la fe en esta verdad; pues de otra suerte no hubiera podido simbolizar mediante ella la restauración de Israel, la cual resulta un contrasentido de tener los judíos por imposible la resurrección de la carne, y no por cosa que ciertamente se ha de realizar. Acerca de la fe en la resurrección de la carne, véase núms. 522 y 614; Atzberger, *Eschatologie* 90 ss.; Schmid, *Unsterblichkeits und Auferstehungsglaube in der Bibel* 229 ss. Acerca de la visión de Ezequiel en las representaciones de los sepulcros cristianos, cfr. Kaufmann, *Archäologie*² 322.

[8] 37, 11-14 21-28. Cumpliése en parte esta profecía con el regreso de la cautividad, pues Israel comenzó a ser *un* pueblo, Dios habitó en el nuevo Templo y la religión verdadera germinó entre los paganos. Pero tuvo cumplimiento perfecto cuando el Señor fundó su Iglesia, la extendió por toda la tierra mediante sus apóstoles, y escogió entre los suyos *morada permanente en el Santísimo Sacramento* (cfr. *Is.* 4, 5 ss.; *Ierem.* 3, 15 ss.). Se cumplirá en toda su amplitud al fin de los tiempos, cuando, después de la conversión de los gentiles, todo Israel entre en la Iglesia, y haya *un solo* pastor y *un solo* rebaño (cfr. 34, 23 ss.; *Rom.* 11, 25 s.; *Ioann.* 10, 16).

693. *En la última parte* (cap. 40-48) describe Ezequiel por extenso **el nuevo Templo y la nueva Jerusalén,** según la visión que Dios le mostró. Toma por base el Templo salomónico que conocía de vista; pero le da otras proporciones, esto es, medidas cuadradas que, ciertamente, no corresponden a la realidad, pero representan un edificio ideal y perfecto (43, 10) (cfr. fig. 78)[1].

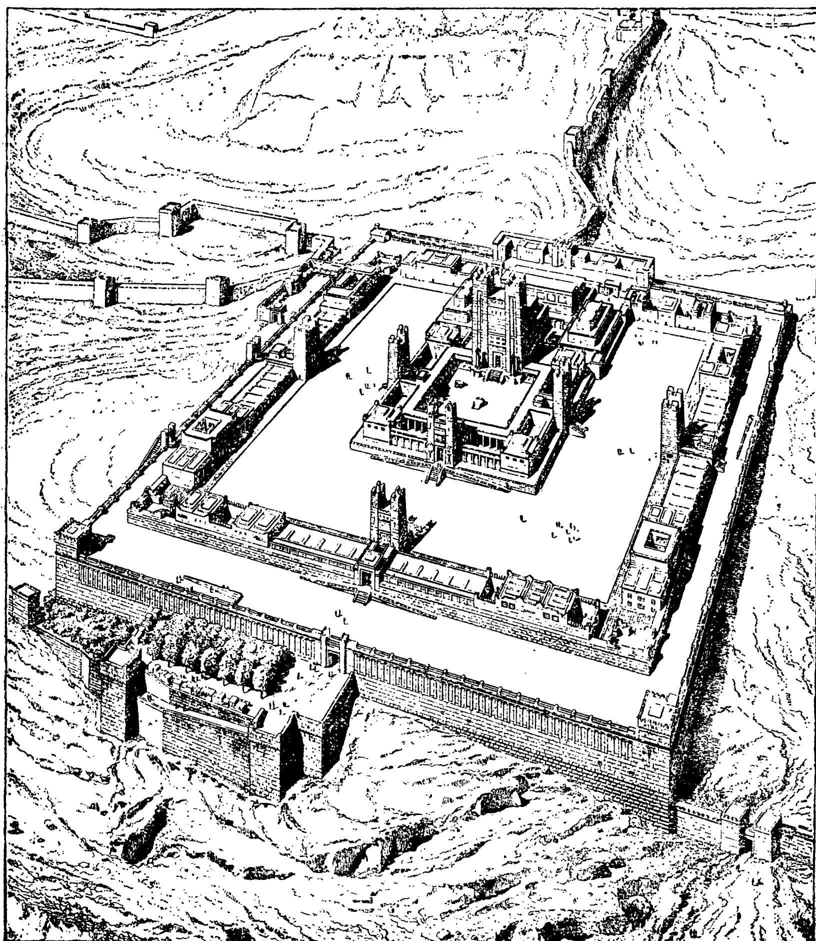


Fig. 78.—Vista general del Templo de Jerusalén. Reconstrucción de Perrot y Chipiez, según la visión de Ezequiel.

Ezequiel quería poner a la vista de los judíos la reedificación de la ciudad y del Templo por medio de una serie de cuadros brillantes, que al mismo tiempo simbolizasen el esplendor de Israel (de Jerusalén y de Tierra Santa) en los «últimos tiempos»[2], pero sin hacer distinción entre el comienzo y el fin de la era mesiánica, entre la nueva Jerusalén terrena y celestial. En general se ha interpretado

[1] Cfr. O. Wolff, *Der Tempel,* etc., 54.

[2] Cfr. Knabenbauer, *Israels Restauration nach der Weissagung Ezechiels,* en *ZKTh* 1890, 231 ss.; Schmalzl, *Ezechiel* 434 ss.; grabados pueden verse en Heinisch, *LB* en la palabra *Templum* y también en *Rb* 694.

siempre rectamente el sentido simbólico de sus descripciones. De otra suerte, al regreso de la cautividad, la ciudad y el Templo se hubieran reedificado según el diseño de Ezequiel. Resalta especialmente el carácter simbólico en la última parte (47, 1-12), donde ve el Profeta muchas aguas que brotan **del altar de los holocaustos,** corren hacia el mediodía y forman un *río* caudaloso que, atravesando el desierto, va a desembocar en el mar Muerto. Todo lo que baña el río, por insalubre y podrido que sea, aun el mismo mar Muerto, recibe frescor, salud y vida; los *pescadores* se paran en sus riberas; hay gran variedad de peces, grandes como los del mar y en grandísima abundancia. Pero junto a sus riberas y en sus charcos las aguas son insalubres y sólo sirven para salinas. Y las riberas de una y otra parte del río, extraordinariamente fértiles. Este *río* maravilloso *que brota del altar de los holocaustos,* significa especialmente las *gracias* superabundantes que brotan de la Cruz y se difunden perpetuamente por todo el mundo; sus aguas refrescan, vivifican y fertilizan todo lo que, estando muerto espiritualmente, no se sustrae al influjo de ellas y de la Iglesia de Cristo que rige su curso; mas todo cuanto estas aguas no bañan permanece muerto e inanimado [1]. *Los pescadores* son los apóstoles, los obispos y los sacerdotes de la Iglesia (*Matth.* 4, 19); los peces son los hombres, conquistados de todas las naciones y de todos los estados en gran número para el Evangelio.

95. Daniel y sus compañeros en la corte de Babilonia

(*Dan.* 1)

694. El **libro de Daniel** refiere en la *primera parte* (cap. 1-6) sucesos de la vida de Daniel; en la *segunda* (7-12), sus visiones proféticas. En la edición eclesiástica de la Sagrada Escritura (*Vulgata*) siguen *dos apéndices* de la primera y última época del Profeta (cap. 13 y 14). El libro nos ha llegado parte en hebreo (cap. 1 2, 1-3; 8-12), parte en arameo (cap. 2-7) [2].—Hay tres fragmentos que sólo se hallan en una versión anterior y en algunas posteriores a la era cristiana; pero todavía en el siglo II después de Cristo se conservaba el texto hebreo o arameo. Refiérense a la historia del horno de Babilonia (3, 24-90), a la de Susana (cap. 13), a las de Bel, del dragón y del lago de los leones (cap. 14). La Iglesia, desde los santos Padres más antiguos, los ha admitido en el canon. El nombre de Daniel es todavía muy celebrado en Oriente, aun entre los extraños al Cristianismo y Judaísmo. Muéstrase su sepulcro junto a las ruinas de Susa, en la ribera del río Ulai o Eulus. La Iglesia celebra su memoria el 21 de julio.

---

[1] Cfr. las ceremonias con que se sacaba el agua en la fiesta de los Tabernáculos, núm. 330; *Is.* 12, 3; 44, 3; 35, 1; *Ioel.* 3, 18; *Zach.* 14, 8; *Ioann.* 4, 13 14; 7, 37 ss.; *Apoc.* 21, 6; 22, 1 17. En el Asperges solemne del *agua bendita* durante el Tiempo Pascual canta la Iglesia: *Vidi aquam,* etc.: «Vi correr el agua de la derecha del templo, aleluya; y todos aquellos a quienes llegaba esta agua fueron salvos, y cantarán aleluya, etc.».

[2] La denominación «caldeo» es inexacta. «La lengua de los caldeos», en la cual (*Dan.* 1, 4) fueron instruídos Daniel y sus compañeros en Babilonia, no es la lengua babilónica corriente, sino un lenguaje literario y sabio, del cual se servían los caldeos, es decir, los sacerdotes, astrólogos y magos. El arameo es una rama del semítico del norte, al cual pertenecen también el hebreo y el asirio-babilónico. Desde el siglo VIII a. Cr. comenzó a extenderse poco a poco por Asia Menor, llegó a la categoría de lengua comercial internacional, y después del destierro sustituyó al hebreo en el uso corriente. Ya en el siglo VIII los sacerdotes y hombres de Estado de Jerusalén conocían el arameo (*Is.* 36, 11). Daniel, pues, lo conocía ya en su patria, como entre nosotros los hijos de familias acomodadas conocen el francés o el inglés. Gran parte de la población de Babilonia conocía y usaba corrientemente el arameo (arameo oriental) en tiempo de Daniel. No es, pues, imposible, sino muy verosímil, que Daniel empleara el arameo, y que muchos judíos del destierro lo conociesen. La duplicidad de lenguaje del *Libro de Daniel* no es casual; sino que el autor utilizó fuentes arameo-babilónicas, como se colige de *Dan.* 3, 96 98; 6, 25 y de analogía con el *Libro de Esdras.*

Ningún libro de la Sagrada Escritura es tan violenta y tenazmente combatido por la crítica como el de Daniel, por los prodigios y adivinaciones que relata. La crítica rechaza su valor histórico, niega que Daniel sea su autor, y lo tiene por un libro destinado a consolar y exhortar a los judíos oprimidos por Antíoco IV Epífanes (por los años 165-164 a. Cr.), compuesto en forma de Apocalipsis (predicción de sucesos pasados (!), puesto en boca de un profeta anterior a ellos). Estas «conclusiones» de la crítica racionalista son repetición de las objeciones y dificultades que en el siglo III d. Cr. inició el neoplatónico Porfirio, el cual no llegaba a comprender que se pudiera predecir con tanta precisión y claridad las cosas venideras. Para san Jerónimo la impugnación de Porfirio es un testimonio en favor de la historicidad del libro; lo mismo cabe decir de los ataques de la crítica moderna. Lo primero que la crítica se ve obligada a admitir es la *unidad* del libro: *una* idea grandiosa une íntimamente todas las partes que lo componen (capítulos históricos y proféticos, secciones hebreas y arameas). Las dificultades históricas, que no son pocas ni pequeñas, desaparecen a medida que los nuevos descubrimientos van esclareciendo la historia y civilización antiguas. Por lo menos es preciso admitir que el autor estaba familiarizado con las ideas y estado de la Babilonia del siglo VI, y dispuso de tradiciones históricas fidedignas (para los caps. 1-6), y que *es posible* resolver las dificultades (mediante los métodos históricos y de crítica textual). Del estilo de los fragmentos arameos y de la existencia de palabras tomadas del persa y del griego, no se deduce que el libro se compusiera en época reciente. Debe asimismo admitir la crítica que lo esencial del *libro de Daniel,* en su forma primitiva, es de la época del destierro; o que si el autor (o primer redactor) no lo ha tomado de fuentes babilónicas, por lo menos deja traslucir la influencia manifiesta de la lengua y sintaxis babilónicas. Pueden explicarse las voces babilónicas por una redacción posterior; pero no son imposibles en aquella época [1]. Finalmente, los «criterios internos» no bastan para echar por tierra los testimonios *externos* de la autenticidad y credibilidad del *libro de Daniel.* Comienzan éstos en Ezequiel (14, 14-20 y 28, 3), continúan con los Macabeos (2, 59 s.) [2] y reciben su confirmación del testimonio de Cristo y del Nuevo Testamento [3]. De donde es preciso atribuir a Daniel, por lo menos las visiones (adivinaciones) de la segunda parte que, según 7, 1, él mismo escribió. Y tan estrecha relación guardan con éstas, tanto por el contenido como por el lenguaje, las narraciones de la primera parte, que no se puede menos de atri-

---

[1] Acerca de la lengua del *Libro de Daniel* cfr. *ZKTh* 1905, 654 ss.; *BZ* 4, 104 s.; 247; *ThR* 1904, 392.

[2] Daniel debió de ser para los contemporáneos de Ezequiel y de Matatías un personaje célebre, acerca de cuya «rectitud» y «sabiduría» no cabía dudar. Es sorprendente que el *Eclesiástico* (44-50) no le mencione entre los hombres célebres. Ello se explica porque Daniel desplegó su actividad fuera de Tierra Santa, en el mundo gentil, y porque el *Eclesiástico* pasa por alto también otros nombres (como Esdras y Mardoqueo). También es extraño que Daniel figure en la Biblia entre los Hagiógrafos y no entre los Profetas. Es dudoso que esto hubiese ocurrido desde un principio; pues en la versión griega aparece entre los Profetas. Nótense, finalmente, en Daniel ciertas reminiscencias del profeta Zacarías, de Esdras y de Nehemías. Para los pormenores véase Zumbiehl, *Das Buch Daniel und die Geschichte* 146 ss.

[3] Jesucristo alega en *Matth.* 24, 15 al profeta Daniel, que predijo la abominación de la desolación; y claramente alude al mismo Profeta *(Dan.* 7, 13), cuando de sí mismo dice ser el Hijo del hombre que ha de venir sobre las nubes del cielo (cfr. *Matth.* 26, 64; *Marc.* 14, 26). También la expresión «reino de Dios» es de Daniel. II *Thess.* 2 y I *Petr.* 1, 10 aluden indudablemente a *Dan.* 11, 36 ss. y 12, 6-12; pero donde más abundan las autoridades de Daniel es en el Apocalipsis. Que los judíos tuvieron por canónico el *Libro de Daniel,* lo prueba el testimonio del primer *Libro de los Macabeos* (I *Mach.* 2, 59 ss.) y el de Josefo *(Ant* 11, 8, 3-6, traducido [al alemán] por Kaulen, página 382; cfr. también Allgeier, *Relig. Volksströmungen* [Friburgo 1924] 2 s.; según Fl. Josefo, los judíos mostraron en 322 a Alejandro Magno el *Libro de Daniel);* lo prueba también la admisión en el Canon. Huelga hablar de la tradición cristiana.

buirlas al mismo Profeta. Unicamente cabe dudar de que sea de Daniel la redacción actual del libro. Tocante a este punto hay entre los católicos quienes defienden la siguiente hipótesis [1]: el *libro de Daniel* es una colección de noticias, hechos y visiones de Daniel, compuesta en época posterior a Esdras y tal vez aumentada posteriormente. Con esto desaparecen muchas dificultades (especialmente las que se refieren a la falta de cronología en la sucesión de los diversos fragmentos), sin destruir la unidad, credibilidad y autenticidad del contenido [2].

695. Entre los judíos que fueron a la cautividad en el reinado de Joaquín, 606 a. Cr., había jóvenes nobles y de sangre real. Nabucodonosor mandó a su camarlengo Asfenez que escogiese para el servicio del rey a los más dispuestos y mejor educados, y les diese de comer de los manjares que se servían en su mesa. Entre estos jóvenes se hallaban *Daniel*, *Ananías, Misael* y *Azarías,* nombres que el mayordomo mudó por los de *Baltasar, Sidrac*, *Misac* y *Abdénago* [3].

Mas estos jóvenes se propusieron no gustar de las viandas del rey, por temor de verse precisados a comer manjares que la Ley prohibía (cfr. núm. 338). Suplicaron, pues, al mayordomo que les diera solamente legumbres para comer y agua para beber [4]. Estaba Asfenez a punto de acceder al ruego, pero temió por su vida, si el rey notaba que los jóvenes judíos aparecían más flacos que los demás. Entonces dijo Daniel a Malasar, encargado de ellos cuatro por el camarlengo: Haz prueba por diez días y compara nuestros rostros con los de los demás. Entonces podrás proceder con nosotros según te parezca. Accedió Malasar, y a los diez días los rostros de los cuatro jóvenes hebreos eran más hermosos y llenos que los de los otros jóvenes que se alimentaban de los alimentos de la mesa real. Y en adelante Malasar les daba tan sólo legumbres y agua. Pero el Señor les dió *ciencia* y *sabiduría* [5].

---

[1] Así Haneberg, *Geschichte der bibl. Offenbarung*³ 398; actualmente también Riessler, *Das Buch Daniel* VII ss. Bayer, *Danielstudien* (*ATA* III 5; Münster 1912) 1 ss., va todavía más lejos; siguiendo a Lagrange, considera el *Libro de Daniel* como una epopeya religiosa con fondo histórico, compuesta en la época de los Macabeos. Funda su argumentación en un «sistema métrico», cuya solidez pondera tanto, cuanto menosprecia la tradición cristiana y las pruebas de la credibilidad y del carácter profético del *Libro de Daniel.*

[2] Para los pormenores cfr. Kaulen-Hoberg, *Einleitung*⁵ § 385 ss.: Schöpfer, *Geschichte des AT*⁶ 587 ss.; Düsterwald, *Die Weltreiche und das Gottesreich* 1-21, y los comentarios de Knabenbauer (*Comm. in Dan.* 1891), Tiefenthal (*Daniel explicatus*, Paderborn 1895), Riessler l. c., Leimbach, *Bibl. Volksb.* fascículo 9: *Das Buch Daniel* (Fulda 1913). Acerca de las «adiciones de la versión griega al *Libro de Daniel* y su autoridad canónica» trata extensamente y a fondo Julius en *BSt* VI 3/4 (1901).—La teoría crítico-racionalista acerca del *Libro de Daniel* se halla expuesta de manera asequible a la generalidad en Bertholet, *Daniel und die griechische Gefahr,* en *RgV* II (1907) 17. Cfr. en contra el excelente estudio de Zumbiehl acerca del objeto del *Libro de Daniel,* en *Kath* 1906 II 201 ss.

[3] Los nombres hebreos se leen también en otros pasajes del Antiguo Testamento; tocante a los babilónicos, cabe comprobarlos y explicarlos. El significado es el siguiente: *Daniel,* «Dios juzga»; *Baltasar,* «proteja su vida», en babilonio *Balatsu-ussur* o *Balat* (*Belit*) *sar-ussur* (*Belit* es una divinidad babilónica, cfr. *Dan.* 4, 5); en hebreo *Belt schazar,* distinto del nombre del rey Baltasar, *Bel schazar*, que significa «Bel guarde al rey»: cfr. núm. 700; *Ananias,* «el Señor es benigno»; *Sidrach,* acaso Marduc; *Mizael,* «quién como Dios»; Misach probablemente *Misa-aku,* «quién como Aku»; *Azarías,* «auxilio de Dios»; *Abdenago*, «siervo de Nago» (es decir, de Nabo o Nebo, divinidad babilónica; cfr. *Is.* 46, 1), explicable por cambio fonético.

[4] Querían evitar el peligro de infringir las leyes patrias y apercibirse con la abstinencia contra los peligros de la vida sensual de la corte, y acaso también aliviar al mayordomo, que no entendía de las leyes judías relativas a los manjares.

[5] En premio a su fidelidad y abstinencia; *no sólo como consecuencia natural* del dominio de los apetitos sensuales, sino de manera extraordinariamente *sobrenatural,* como

Transcurridos los tres años que Nabucodonosor había dispuesto para la educación de los jóvenes, el camarlengo los llevó a la presencia del rey. Este habló con todos ellos y a ninguno encontró que igualase a Daniel, Ananías, Misael y Azarías. Quedaron, pues, al *servicio* de la persona *del rey*.

96. Daniel salva a la casta Susana [1]

(Dan. 13)

696. Entre los cautivos de Babilonia había un cierto Joaquín, cuya mujer, llamada *Susana* [2], era hermosa en extremo y temerosa de Dios. Concurrían los judíos a casa de *Joaquín,* pues era éste la persona más respetable de todos ellos. En aquel año fueron elegidos jueces (de los judíos) *dos ancianos,* por creerlos honrados. Frecuentaban éstos la casa de Joaquín y aun celebraban allí las sesiones propias de su oficio. Había junto a la casa un jardín, adonde iba Susana a pasear y bañarse después que los amigos se retiraban a la hora de comer. Sabían esto los dos viejos, e, inflamados en malos deseos, buscaban ocasión de estar a solas con Susana.

Escondiéronse cierto día en el jardín; y cuando Susana fué allí según tenía por costumbre, y se marcharon las criadas dejando cerrada la puerta, acercáronse apresuradamente a ella los dos viejos malvados, y le declararon su vergonzoso deseo, añadiendo esta amenaza: «Si te resistes, testificaremos contra ti qué estaba contigo un joven». Suspiró Susana y dijo: «Estrechada me veo por todas partes: porque si esto hiciere, muerte es para mí; y si no lo hiciere, no me escaparé de vuestras manos. Pero mejor me es, sin hacerlo, caer en vuestras manos, que pecar en la presencia del Señor» [3]. Y gritó pidiendo auxilio. También los viejos gritaron contra ella, y uno de ellos corrió a la puerta del jardín, y la abrió [4]. A los gritos, acudieron los criados de la casa, a los cuales los dos viejos refirieron su calumniosa mentira, añadiendo que el joven, más fuerte que ellos, había logrado escapar por la puerta del jardín.

Al siguiente día, habiendo acudido el pueblo a casa de Joaquín, fué llamada a juicio Susana. Presentóse ella con sus padres y parientes; todos los que la conocían, derramaban lágrimas. Mas Susana levantaba al cielo sus ojos llorosos, pues su corazón confiaba en el Señor. Los dos viejos perversos repitieron su acusación. Dióles crédito la asamblea, como a ancianos que eran y jueces del pueblo; y Susana fué condenada a morir apedreada (cfr. núm. 343). Empero exclamó en alta voz y dijo: «¡Oh Dios eterno, que conoces las cosas ocultas, que sabes todas las cosas antes que sucedan! Tú sabes que éstos han levantado un falso testimonio contra mí». Y oyó el Señor su oración.

Pues, cuando la conducían al suplicio, el *joven Daniel,* iluminado por el Señor, exclamó: «Inocente seré yo de la sangre de ésta». Todo el pueblo se volvió hacia el joven, diciendo: «¿Qué es lo que dices?» Replicó Daniel: «Volved al tribunal; pues estos dos (acusadores) han dicho falso testimonio contra ella». Tornóse a toda prisa el pueblo, y Daniel, constituído juez, dijo: «Separadlos al

---

se desprende de lo que sigue, y como de Daniel lo atestigua la Sagrada Escritura cuando dice *(Dan.* 1, 17): «Mas a Daniel dió el Señor inteligencia para interpretar todas las visiones y sueños», es decir, el don de profecía.

[1] Cronológicamente la historia de Susana tiene su puesto entre los capítulos primero y segundo, pues Daniel era entonces todavía un joven *(Dan.* 13, 45 64). Schöpfer *(Geschichte des AT*[6] 585) opina que este relato (como también cap. 14) fué originariamente un librito independiente, escrito por un testigo ocular, e incorporado más tarde al *Libro de Daniel.* Así se explica que Daniel aparezca en la narración como un desconocido. No es, sin embargo, necesaria esta explicación

[2] *Susanna* significa en hebreo *lirio.* Con su pureza e inocencia hizo honor a su nombre.

[3] Lo mismo que José en Egipto (núm. 196).

[4] La puerta que daba a la calle; esto podía dar verosimilitud a la mentirosa acusación de los viejos lascivos.

uno del otro, para que yo les oiga». Dijo entonces al uno: «¡Malvado! ¡Ahora llevarán su merecido tus pecados! Si los viste pecar, di: ¿bajo qué árbol sucedió?» Y el anciano respondió: «Debajo de un lentisco» [1]. «Ciertamente que has mentido para tu perdición», replicó Daniel. Mandó que lo retirasen y que trajesen al otro, al cual preguntó: «Dime: ¿bajo qué árbol les sorprendisteis pecando?» Y el viejo respondió: «Debajo de un ciruelo». A lo que replicó Daniel: «También tú has mentido para tu perdición». Todos comprendieron la falsedad de la acusación y a una voz ensalzaron la infinita justicia y misericordia de Dios, que no desampara a los que en El confían [2]. Y ajustándose al precepto de la Ley [3], apedrearon a los dos falsos testigos. Daniel empero fué tenido desde aquel día en gran aprecio por todo el pueblo [4].

97. Sueño de Nabucodonosor

(*Dan.* 2)

697. Tuvo en cierta ocasión Nabucodonosor [5] un sueño que le dejó consternado, pero que no pudo recordar cuando despertó. Llamó a todos los adivinos, magos, hechiceros y sabios (caldeos) de Babilonia para que le dijesen e interpretasen su sueño. Mas, no acertando los adivinos con el sueño del rey, disponíase éste a hacerles morir a todos ellos. *Daniel,* que con sus tres compañeros había sido incorporado a una de las clases de sabios, no se hallaba presente al requerimiento del rey. Presentóse, pues, a Nabucodonosor, y le pidió una corta dilación; fuése a su casa y oró al Señor con sus compañeros. Por la noche tuvo una visión, en la cual el Señor le reveló el sueño del rey. Presentóse, pues, Daniel a Nabucodonosor y le dijo [6]:

---

[1] No se conoce el nombre hebreo del árbol, pero sí su aromática resina, usada como sahumerio (*zori,* bálsamo).

[2] Encuentran algunos «opuesto a la historia» el procedimiento de Daniel, pues condena al primero de aquellos dos perversos jueces antes de oír al segundo y comprobar la contradicción de ambos. Dicen también que la contradicción es muy accidental. Pero se debe advertir que el relato no para en pormenores, sino está concebido *sumariamente:* lo substancial es que Daniel dejó a aquellos malvados en descubierto. Aun prescindiendo de la iluminación divina, tenía Daniel medios suficientes para cerciorarse de la inocencia de Susana y de la culpabilidad de sus acusadores, y poner ambas cosas en claro. Así lo hizo separando a los acusadores y testigos, y descubriendo en ellos contradicciones que echaban por tierra su testimonio. [3] *Deut.* 19, 16-21; cfr. núm. 347.

[4] Nada de increíble o imposible hay en el relato. Los cautivos tenían en Babilonia su fuero en cuestiones religiosas, y no pocos gozaban de cierto bienestar material, como el Joaquín de nuestra historia. El haber sido el joven Daniel el salvador de la inocente Susana fué por especial providencia divina; cosa no inverosímil, ni necesariamente milagrosa. No hay razón suficiente para afirmar que se trate de alegoría o de narración didáctica de libre invención. Cfr. Zschokke, *Die Bibl. Frauen* 301 ss.; *TQS* 1869, 383 ss. Acerca de las representaciones más antiguas de la historia de Susana (desde los principios del siglo II de la era cristiana), véase Kaufmann, *Archäologie*[2] 324 s.

[5] El dato cronológico «en el segundo año de Nabucodonosor», es posible que obedezca a la costumbre babilónica de contar como primer año de reinado el siguiente al de la subida al trono. Pero quizá tiene su origen en una corrupción del texto primitivo; porque, según *Dan.* 1, 5 13, la educación de los jóvenes había de durar tres años. Tal vez en el texto original se leyese: «en el duodécimo año de Nabucodonosor» (cfr. Zumbiehl, *Das Buch Daniel* 28 ss.). Según otros, aquí y en los relatos que siguen los amanuenses o los traductores del *Libro de Daniel* introdujeron el nombre de Nabucodonosor, conocido de los judíos, en vez de su tercero (o cuarto) sucesor *Naboned,* que les sonaba casi igual, pero no les era familiar. En favor de esta hipótesis aducen, entre otros, los siguientes datos: Naboned tomó por modelo a Nabucodonosor; en sus inscripciones se habla a menudo de inspiraciones divinas y de visiones en sueños; su hijo se llamó Baltasar; cfr. núms. 699 y 700. Las diferencias que se advierten entre la versión griega más antigua y el texto masorético son indicio del poco cuidado con que se ha transmitido el *Libro de Daniel,* y de las alteraciones que ha experimentado. Cfr. Kaulen-Hoberg, *Einleitung* II[5] § 396; Riessler, *Das Buch Daniel* 14 125 ss. [6] 2, 1-26.

«El misterio que el rey pregunta, no se lo pueden declarar al rey los sabios, magos, adivinos ni agoreros. Mas hay un Dios en el cielo que revela los misterios, el cual te mostró, oh rey Nabucodonosor, las cosas que han de venir en los últimos tiempos. Tú, oh rey, te pusiste a pensar en tu lecho lo que había de suceder después de estos tiempos; y el que revela los misterios, te mostró lo que ha de venir. *Tú, veías una grande estatua;* su cabeza era de oro; el pecho y los brazos, de plata; el vientre y los muslos, de cobre; las piernas, de hierro; y una parte de los pies era de hierro, y la otra, de barro. Así la veías tú; cuando, *sin mano alguna, se desgajó* **del monte una piedra,** e hirió la estatua en sus pies de hierro y de barro, y los desmenuzó. Pero la piedra que hirió la estatua, se hizo una gran montaña *y llenó toda la tierra*» [1].

«*La interpretación* de este sueño es la siguiente: la cabeza de *oro* eres tú con tu imperio del mundo; y después se levantará otro reino menor, de *plata;* y seguirá otro tercero de *cobre,* el cual dominará toda la tierra, y finalmente, el cuarto reino será como el *hierro*. A la manera como el hierro desmenuza y doma todas las cosas, así el cuarto imperio desmenuzará y quebrantará todos los demás; pero, al dividirse, por fin en dos mitades de distinta naturaleza, vendrá a sostenerse en pies desiguales y débiles. Este cuarto reino será quebrantado, con los que le precedieron, por un reino que Dios levantará sin concurso humano, por medio de la piedra [2] desprendida de lo alto; *este reino jamás pasará a otra nación, sino subsistirá eternamente*» [3].

Postróse Nabucodonosor en tierra sobre su rostro y dijo a Daniel: «Verdaderamente, vuestro Dios es el Dios de los dioses; El es el que revela los arcanos». Y *constituyó a Daniel gobernador* de la provincia de Babilonia y presidente de todos los sabios de la capital. A petición de Daniel, le fueron señalados sus tres compañeros para que le ayudasen a despachar los negocios; y el rey tenía a Daniel a su lado como consejero [4].

De las palabras de Nabucodonosor se colige claramente el objeto que Dios se proponía en aquella maravillosa visión, y en las revelaciones y en los prodigios de que fué objeto más tarde el soberano del reino babilónico: preparar el camino al *conocimiento y adoración del Dios verdadero y a la expectación del futuro Redentor entre los pueblos gentiles,* por ministerio de Israel esparcido entre las naciones paganas. Resaltan sobre todo con claridad las ideas principales que son características de la actividad del Profeta y eje de su libro profético. En aquel imperio pagano, cuyo jefe se gloriaba de haber vencido al Dios de Israel, y se atribuía a sí mismo la dignidad divina, incumbía al Profeta predicar el nombre y majestad del verdadero Dios, anunciar la fuerza invencible y la victoria definitiva de su reino y ser el defensor y salvador de su pueblo, como en otro tiempo José en Egipto. A esto van encaminados los prodigios, las interpretaciones de sueños y adivinaciones, especialmente la profecía simbólica de los cuatro imperios que se destruyen sucesivamente y que son vencidos por un reino que subsistirá eternamente (esta profecía se repite en forma distinta en el capítulo 7). La interpretación tradicional ve en los cuatro imperios el babilónico (cabeza de oro), el medo-persa (plata), el griego-macedónico (bronce) y el romano (hierro) [5]. Los modernos se oponen a esta interpretación, fundándose en que el horizonte de la pretendida profecía está limitado por la época en que se formó (época de los Macabeos; cfr. núm. 694). Pero también entre los intérpre-

---

[1] 2, 27-35.

[2] En el Antiguo y Nuevo Testamento se compara al Mesías con una piedra (inconmovible), especialmente con la piedra angular (cfr. *Ps.* 117, 22; *Is.* 8, 14; 28, 16; *Zach.* 3, 8 9; *Matth.* 21, 42 ss.; *Act.* 4, 11; *Rom.* 9, 32 ss.; *Ephess.* 2, 20; I *Petr.* 2, 4 ss.; núms. 532 y 653).

[3] 2, 36-45.

[4] 3, 46-49.

[5] La demostración puede verse en Düsterwald, *Die Weltreiche und das Gottesreich nach den Weissagungen des Propheten Daniel* (Friburgo 1890) 28 ss.; Zumbiehl l. c. 84 ss.; Knabenbauer, *Comm. in Dan.* 92.

tes respetuosos con la Revelación hay quienes sostienen que el cuarto imperio designaba el macedónico, bajo cuyos continuadores acaecieron las guerras de los Macabeos, a las cuales siguió la era mesiánica [1]. Lo esencial es la *idea* de la supervivencia y victoria del reino de Dios sobre todos los imperios del mundo.

98. Los tres jóvenes en el horno de Babilonia

(Dan. 3)

698. Pronto olvidó Nabucodonosor la impresión que le produjeran su sueño y la interpretación dada por Daniel. Mandó construir una *estatua de oro* [2] de 60 codos (con el pedestal), y erigirla en la planicie de Dura, provincia de Babilonia. Y habiendo reunido a todos los grandes señores de su reino, mandó decir a voz de pregonero: «Al punto que oyereis el sonido de las trompetas, flautas, cítaras, zampoñas, arpas, salterios y otros instrumentos músicos [3], postrándoos, adoraréis la estatua de oro. Quien no lo hiciere, será arrojado al instante en un horno de fuego ardiente» [4].

Todos obedecieron al mandato, menos Ananías, Misael y Azarías [5]. Al punto fueron los caldeos (magos, sacerdotes de los ídolos) al rey, y acusaron a los tres jóvenes. Grandemente enojado el rey, mandó llamarlos, y repitió su orden y amenaza, añadiendo: *¿Quién es el Dios que os librará de mi mano?* Respondieron ellos: «Nuestro Dios, a quien adoramos, puede librarnos del horno de fuego ardiente, y sustraernos, oh rey, de tus manos. Y si no quisiere, ten entendido, oh rey, que no por ello daremos culto a tus dioses, ni adoraremos la estatua que has levantado». Enfurecido con esto Nabucodonosor, mandó que se encendiese el horno con fuego siete veces mayor que de costumbre, y ordenó a los hombres más fuertes de su ejército que, atando a los tres jóvenes, los arrojasen en el horno. Así se hizo.

Mas un *Angel del Señor* descendió al horno con los tres jóvenes, y extendió hacia fuera las llamas, de suerte que abrasaron a los que estaban cerca del horno. Y en medio del horno hacía un frescor, como de viento del atardecer. El fuego no tocó en parte alguna a los tres jóvenes; sólo quemó las cuerdas con que estaban atados. Entonces comenzaron a alabar y glorificar a Dios como con una sola boca, invitando a todas las criaturas del cielo, de la tierra y del mar, a todos los hijos del pueblo escogido, a todos los sacerdotes justos y santos

---

[1] Cfr. Riessler l. c. 17.

[2] Quizá en honor de Bel-Marduc, divinidad principal de Babilonia (cfr. núms. 50 y 124). Pedestal e ídolo solían ser de madera o arcilla revestidas de láminas de oro (cfr. *Is.* 40, 19; 41, 7; *Ierem.* 10, 3 5). Oppert ha hallado la planicie de Dura en las proximidades de Babilonia; todavía existen allí los cimientos de un monumento soberbio. La erección de estatuas era en Babilonia y Asiria un medio ordinario de celebrar acontecimientos políticos o religiosos. Cfr. Kaulen, *Assyrien und Babylonien* 280 y 40; *Rb* 130.

[3] Cfr. núm. 512. No porque tres de los instrumentos musicales se designen con palabras tomadas del griego se puede decir que el *Libro de Daniel* sea de origen más reciente. Es muy posible y aun probabilísimo que en tiempo de Daniel estuvieran en uso palabras griegas (y persas), sobre todo para designar instrumentos exóticos. Cfr. Vigouroux, *La Bible et les découverts modernes* IV, 305 ss.

[4] Pena de muerte no desacostumbrada entre los babilonios. Según las inscripciones cuneiformes, Asurbanípal, hijo de Asarhaddón, mandó aplicarla a su hermano Sammuges (página 630, nota 1), que se había rebelado contra él. Cfr. Riessler, *Das Buch Daniel* 28; Vigouroux l. c. IV, 323 ss. Todavía hoy está en uso entre los persas esta pena. Castigos análogos cfr. en *Ierem.* 29, 22; II *Mach.* 7, 3 ss.; 13, 5 ss.

[5] Por razones que ignoramos, Daniel no se hallaba presente en la fiesta.

a unirse a ellos en las alabanzas por tan milagrosa liberación[1]. Quedó atónito el rey, levantóse y dijo a sus magnates: «¿No hemos arrojado al horno tres hombres atados? He aquí que yo veo cuatro hombres sueltos que se pasean por medio del fuego sin que hayan padecido ningún daño, y el aspecto del cuarto es semejante a un hijo de Dios». Entonces se llegó Nabucodonosor a la boca del horno de fuego ardiendo, y dijo: Sidrad, Misac y Abdénago, siervos de Dios excelso, salid y venid». Y luego salieron Sidrac, Misac y Abdénago de en medio del fuego, y todos vieron que el fuego no había tenido poder sobre sus cuerpos y que ni un cabello de su cabeza se había chamuscado. Asombrado Nabucodonosor, prorrumpió en estas palabras: «*Bendito sea su Dios, el cual ha enviado a su Angel* y ha librado a sus siervos que creyeron en El. Por lo cual doy este decreto: Perezca todo el que blasfeme de este Dios; porque no hay otro Dios que así pueda salvar». Y Nabucodonosor restableció a los tres jóvenes en sus cargos honoríficos.

La naturaleza y magnitud del prodigio corresponde en todo a la solemnidad de las circunstancias. Es una muestra del poder de Dios vivo, el cual quiere ser glorificado en sus siervos, y exige de ellos reconocimiento, cuando ha sido provocado a enojo. Nabucodonosor no se hizo monoteísta; pero fué un paso el haber reconocido el poder del Dios de los judíos, a quien los paganos creían vencido con Israel.

99. Sueño del árbol cortado. Sacrilegio y castigo de Baltasar

(*Dan.* 4 y 5)

699. Algún tiempo después tuvo Nabucodonosor otro sueño que le dejó consternado. Vió un árbol de extremada altura, de hermosísimas hojas y copiosísimos frutos, en el cual encontraban sombra y alimento muchos animales. De súbito descendió del cielo un mensajero, el cual clamó en alta voz: «*Cortad de raíz el árbol,* y desmochad sus ramas; sacudid sus hojas, y esparcid sus frutos; huyan las bestias que debajo de él se cobijan, y las aves de sus ramas. Empero dejad en la tierra el tronco con sus raíces; y sea él atado con cadenas de hierro; y sea bañado con el rocío del cielo entre la yerba de la tierra. Séale quitado el corazón de hombre, y *désele corazón de fiera*»[2]. No se encontró mago alguno que descifrase al rey este sueño, hasta que por fin fué llamado Daniel.

Quedó éste pensativo y en silencio como una hora, sobrecogido de visible espanto, hasta que el rey le animó a exponer sin temor la interpretación del sueño. Dijo, pues, Daniel: «¡Ojalá, señor mío, que el sueño recaiga sobre los que te quieren mal, y sea para tus enemigos lo que él significa! El árbol eres tú, oh rey. Tan engrandecido y poderoso como eres, serás echado de la compañía de los hombres y *habitarás entre animales,* hasta que reconozcas que el Altísimo tiene dominio sobre la realeza y la da a quien le place; mas después se te devolverá el poder real. Por tanto, oh rey, toma mi consejo: *redime con limos-*

---

[1] *Dan.* 3, 52-90; cfr. núm. 694. La Iglesia canta este himno en Laudes de los domingos y oficios festivos, y por él comienzan los sacerdotes el hacimiento de gracias después de la Santa Misa. Es una invitación a todas las criaturas a alabar a Dios: cielo y tierra y cuanto hay en ellos, hombres finalmente, de manera especial Israel, sus sacerdotes y los escogidos del Señor, los tres jóvenes. Cfr. Lämmermeyer, *Der Lobgesang der drei Jünglinge* (Ratisbona 1896); *TQS* 1871, 373 ss. Acerca de este motivo en el arte cristiano antiguo cfr. Kaufmann, *Archäologie*² 322 s.

[2] Expresión equivalente a «perder la razón». Nótese que el uso bíblico-oriental relaciona el corazón, y no la cabeza, con la espiritualidad (pensar es para los orientales hablar en el corazón; tener intención es enderezar el corazón a alguna cosa). Acaso guarde esta frase relación con una teoría difundida en la antigüedad, y todavía más en épocas posteriores, acerca del origen de algunas enfermedades mentales: con ella se explicaban ciertas formas raras de la locura, en las cuales los enfermos se creían transformados en perros o lobos (licantropia). Cfr. Riessler, *Das Buch Daniel* 33; Vigouroux l. c. IV 330 ss.

nas tus pecados ejercitando la misericordia con los pobres; que tal vez perdone el Señor tus pecados». Asustóse grandemente el rey al oír la interpretación de su sueño; pero, rodeado de grandezas y placeres, pronto la olvidó.

Al cabo de un año, fué un día Nabucodonosor a pasear a la terraza de su palacio de Babilonia. Y al ver aquella inmensa ciudad, exclamó: «*¿No es ésta la gran Babilonia* que yo he edificado para capital de mi reino, por la fuerza de mi poderío y para el esplendor de mi gloria?» [1] No había acabado de decir esto, cuando vino una voz del cielo, que dijo: «Tu reino te ha sido quitado». Al punto *quedó Nabucodonosor como loco,* le pusieron ataduras de hierro, como a un loco furioso, y le arrojaron de la compañía de los hombres; y comió heno como el buey; su cuerpo recibió el rocío del cielo, hasta que le crecieron los cabellos como plumas de águila, y las uñas como a las aves de rapiña [2]. Un día elevó sus ojos al cielo, y *recobró el juicio;* reconoció al Dios Supremo, y, vuelto al trono, le dió el honor debido en un decreto que dirigió a todos los pueblos de su reino.

Si se toman las expresiones según el contexto y en el sentido que se les daba en la época [3], desaparece la «falsa interpretación» de un «Nabucodonosor degradado al estado animal», y el relato queda reducido a la pintura de un estado patológico, que implica una terrible humillación para el poderoso rey de Babilonia. Lo extraordinario, pero de ningún modo imposible, está en el anuncio y eficacia del castigo; ambas cosas sirven al mismo objeto que los demás prodigios y profecías de Daniel (v. núm. 697). Cierto es no haberse confirmado hasta hoy por documento alguno que Nabucodonosor padeciera dicha enfermedad. Beroso nos habla de un grave padecimiento que aquejó a Nabucodonosor hacia el fin de su vida; empero puede muy bien ser el que le llevó al sepulcro, como ocurre con la noticia análoga referente a Nabopolasar (Fl. Josefo, *C. Apion,* 1, 19, 20). Mas esta carencia de noticias extrabíblicas no es argumento de *imposibilidad* histórica del hecho, siendo tan escasos los informes que tenemos acerca de tantísimos asuntos. En pro de la historicidad habla el estilo, que no discrepa del de las circulares de los reyes babilónicos. La leyenda conservada por Eusebio *(Praep. evang.* 1, 4, 6), tomada de Abydenus, seguramente no es «la forma más genuina y primitiva» del relato bíblico [4]. Según esta

---

[1] Lo mismo casi al pie de la letra dice una inscripción de Nabucodonosor. Cfr. Kaulen, *Assyrien und Babylonien* 280.

[2] Este pasaje nos describe de un modo pintoresco las maneras y el estado de un loco; mas no dice que el enfermo estuviera *siempre* atado y que *sólo* comiese hierba, etc. Los recios rasgos de la descripción (que se repiten en 5, 21) hacen resaltar vivamente el contraste con la dignidad y las costumbres del rey soberano y, con ello, la magnitud de la merecida humillación. Las palabras «comer hierba» han de entenderse en sentido lato; la voz hebrea *(êseb)* significa plantas, hierbas, raíces, en general, o sea, forraje; así en *Gen.* 1, 29 señala el Señor a los animales por alimento la «verde hierba».—Las ataduras de hierro representan la camisa de fuerza que suele ponerse a los dementes, y también la prevención rigurosa, la vigilancia y acaso también la enajenación mental; en cuanto a los cabellos enmarañados e hirsutos, como plumas de águila, y las uñas largas, como de ave de rapiña, son consecuencia de la enfermedad, que imposibilita el debido aseo. Lo de los «siete tiempos» no ofrece dificultad; porque igual puede ser siete años que siete días, semanas o meses, y el número siete tiene sentido más bien simbólico-esquemático (durante algún tiempo) que matemático. Nada hay, pues, en la narración, que tenga visos de inverosímil o imposible, ni siquiera en el decreto que dió el rey después de curarse; antes bien, es muy conforme a las costumbres de los soberanos asirio-babilónicos dar a conocer a los súbditos sus sueños, sucesos extraordinarios, etc., por medio de proclamas o mensajes; y se comprende que, dadas sus creencias religiosas, atribuyéralo todo a la intervención de sus dioses o de la divinidad; esto es característico sobre todo en (Nabucodonosor y) Naboned. Cfr. núm. 697; Zumbiehl, *Das Buch Daniel* 33 ss.

[3] A lo arriba dicho acerca del «corazón de fiera» debemos añadir que las expresiones «yo soy un buey, como hierba, soy una oveja, como la hierba» son figuradas y significan el estado lastimoso de la cautividad (Cfr. *ATAO*[3] 629).

[4] Como afirma Delitzsch *(Babel und Bibel* II 15) alegando un estudio de E. Schröder «acerca de la locura de Nabucodonosor».

leyenda, Nabucodonosor profetizó desde la terraza de su palacio la ruina de Babilonia, y manifestó el deseo de que su *enemigo* fuese echado al desierto, donde pacen los animales y revolotean las aves, etc. Mas esto tiene sólo cierta vaga semejanza con aquello de Daniel: «Ojalá que la desgracia que te amenaza recaiga sobre tus enemigos», y de admitirlo habría que tener por mentirosa y tendenciosa la Biblia, la cual da por acontecido a Nabucodonosor lo que éste deseó a sus enemigos. Antes bien pudo nacer la leyenda babilónica de una metamorfosis de la tradición bíblica.—Es también posible que «Nabucodonosor» haya sustituído en el relato a «Naboned», el cual, según consta en las inscripciones, estuvo largo tiempo «prisionero» (es decir, inhabilitado o en estado de no poder causar daño alguno), gobernando entre tanto su hijo Belsazar (Baltasar) [1]. Así se explica mejor el relato de lo acaecido en tiempo de Baltasar, hijo de Nabucodonosor.

700. Una muestra aun más sorprendente de la extraordinaria iluminación divina de Daniel se nos ofrece en el reinado de **Baltasar** o Belsazar. Dió este rey en cierta ocasión un gran banquete. En el hervor del vino, mandó que le presentasen los vasos de oro y plata que su padre trajera del Templo de Jerusalén. Bebieron de ellos el rey, los magnates y sus mujeres; tras lo cual, comenzaron a ensalzar a sus ídolos de oro, plata, hierro y piedra [2]. A la hora misma, frente al candelabro, aparecieron unos dedos, como de mano de hombre, que escribía en la pared encalada del regio salón. Palideció el rey, desencajáronsele las junturas de los riñones, y las rodillas le temblaban. Y a grandes gritos mandó que hiciesen venir a los magos de su corte para que interpretaran la escritura. Mas ninguno supo descifrarla.

Sabedora de lo ocurrido, vino a la sala la reina (madre), y por consejo suyo fué llamado Daniel, el cual declaró al rey con franqueza: «Tú te has levantado, oh rey, contra el Señor del cielo. Tu padre robó del Templo de Jerusalén los vasos sagrados; mas tú los has hecho traer a tu presencia y en ellos has bebido con tus magnates y sus mujeres. Por esto envió el Señor aquella mano que ha escrito eso en la pared. Esto es, pues, lo que allí está escrito. **Mane, Tecel, Fares,** es decir: contado, pesado, dividido. Dios ha *contado* tu reino y le ha fijado un término. Has sido *pesado* en la balanza, y has sido hallado falto. *Dividido* ha sido tu reino y dado a los medos y persas» [3]. Aquella misma noche

---

[1] Winckler, *KAT*³ 111. La «cautividad» duró varios años; no fué motivada por una rebelión, pues cuando el rey volvió a empuñar las riendas del gobierno, no castigó a su hijo que durante aquel tiempo había regido los destinos de Babilonia. Cfr. *RB* 1904, 500.

[2] Cfr. la carta del profeta Jeremías (núm. 685) y las citas de Kaulen, *Assyrien und Babylonien*. Aquella profanación fué al mismo tiempo un acto de *desprecio al verdadero Dios*. De ahí se explica el doble castigo divino: a Baltasar y a su reino.

[3] Se ha inventado modernamente otra interpretación de las misteriosas palabras, distinta de la que da la misma Biblia y confirman las antiguas versiones y los modernos lingüistas: «se ha contado una mina, un siclo y medias minas», es decir, los nombres corrientes de las monedas quieren decir simbólica y desdeñosamente: a un gran rey (mina) siguió un príncipe mediocre (siclo, hijo de la mina), y luego vino el reparto del reino entre los medos y persas (medias minas; de donde *Phares,* en arameo *upharsin,* sería un juego de palabras con el nombre de una moneda y con el de los persas, *Paras).* Con razón califica Jahn *(Das Buch Daniel,* Leipzig 1904, 54) de «absurda» esta interpretación—que sustancialmente no difiere de la tradicional—y alega la versión griega, que trae las tres palabras como tiempos verbales, pero en distinto modo: contado, partido, pesado. En este orden las palabras nos presentan un símil tomado de la manera de expender el dinero en la antigüedad: —se contaban las barras de metal noble, se partían en trozos, se pesaban y se distribuían—; lo cual no difiere de la interpretación dada por el mismo texto. Cfr. Riessler, *Das Buch Daniel* 59.

fué asesinado Baltasar. Darío el Medo (cfr. núm. 745) se apoderó del reino a los 62 años de edad.

El nombre del (¿último?) rey de Babilonia (Baltasar), su historia y la de «Darío el Medo», constituyen la dificultad mayor y la más explotada contra la historicidad del libro de Daniel. Los descubrimientos modernos han contribuído a esclarecer muchos puntos de la cuestión, pero sin llegar a resolverlos todos. En lugar de las escasas, imprecisas y contradictorias noticias de que se disponía en otros tiempos, tenemos hoy pruebas documentales de los siguientes hechos:

A Nabucodonosor el Grande (605-562 a. Cr.) sucedió su hijo *Evilmerodac* (Amel Marduc, hombre de Merodac), el cual fué muerto a los dos años por su cuñado Neriglisor. Reinó éste cuatro años (560-555), y le sucedió su joven hijo Laborosoarcad, el cual, «a causa de su carácter maligno» (es decir, porque se oponía a un partido poderoso), murió a los nueve meses víctima de una conjuración. Proclamado en su lugar Naboned, babilonio distinguido, reinó diecisiete años (555-538 [1]). Imitó a Nabucodonosor en el culto a los dioses y en la construcción de edificios; al fin de su reinado fué inhabilitado temporalmente, pues le tuvieron prisionero, poniéndose al frente del ejército y dirigiendo los negocios su hijo Bel-sar-usur. Este es probablemente el Baltasar del libro de Daniel; en calidad de asociado al trono, puede considerársele como «rey de Babilonia», y por su madre (que, según parece, fué nieta de Nabucodonosor), puede llamarse hijo (descendiente, sucesor) de Nabucodonosor, ya que el nombre de Nabucodonosor no sustituyera en el relato al de Naboned, como antes se ha hecho notar [2]. Cuando Ciro (desde 539; fig. 79) hizo la campaña contra Babilonia, salióle al encuentro Naboned, mientras Bel-sar-usur quedaba para defender la ciudad en calidad de general en jefe. Naboned fué derrotado y se rindió a Ciro, el cual le trató con toda suerte de consideraciones. El resto del ejército babilónico se replegó en Babilonia, en el barrio fortificado de Esagila. Aquí es donde, según todas las probabilidades, se guardaban los vasos sagrados traídos del Templo de Jerusalén (cfr. núm. 675) y se celebró el banquete sacrílego, que terminó con el asesinato de Baltasar. Nada dice la Sagrada Escritura de la toma de Babilonia. Efectuóse — contra lo que antes se creía —, *sin resistencia y sin espada*, con sorprendente rapidez, al mando de Ugbaru (Gobryas), gobernador de Gutium. Ciro, que entró en Babilonia tres meses más tarde, perdonó a la ciudad y adoró a los dioses, tomó el título de «rey de Babilonia» y puso de gobernador de ella (¿virrey?) [3] a Ugbaru. Con esto queda



Fig. 79.
Estela del rey Ciro, en Murghab.
(Hacia 400 a. Cr.)

---

[1] Cfr. Kaulen, *Assyrien u. Babylonien* 256 ss.

[2] Ibid. 100. Riessler, *Buch Daniel* 51 ss. Es de notar que a Bel-schar-ussur se le llama explícitamente «primogénito» e «hijo del rey». Acaso esta última expresión, que se encuentra repetidas veces, significa, poco más o menos, «príncipe heredero», asociado al trono o virrey. Sea de ello lo que fuere, Bel-schar-ussur era presunto heredero del trono y lugarteniente efectivo del rey.

[3] Cfr. Winckler, *KAT*[3] 114; Knabenbauer, *Comm. in Dan.* 170; Hagen, *LB* I 1037; Nikel en *BZF* 3/4 (1910) 150 ss.—Los nuevos descubrimientos acerca de la conquista de

excluído el interregno medo entre el último rey de Babilonia y Ciro; por lo que *Darío el Medo* debe identificarse con Ciaxares II, tío y suegro de Ciro [en conformidad con su edad y nombre (Ciaxares y Darío en persa significan jefes) y con las noticias de Xenofonte], o con Ugbaru (Gobryas)[1]. No es inverosímil que uno de estos dos hombres de estado y generales gobernase en Babilonia, por lo menos temporalmente, y que pueda por tanto ser considerado como rey (virrey), pues no parece que Ciro estuviese al principio decidido a hacer de Babilonia la sede y el centro de su imperio. En una inscripción recientemente hallada en tablillas de arcilla se nombra a Gobryas expresamente como plenipotenciario de Ciro y gobernador de Babilonia; y por más que en esta cuestión se esperan nuevos descubrimientos, lo que sabemos muestra no existir contradicción entre la Sagrada Escritura y la historia acreditada[2]. De menor importancia es la cuestión de si las noticias acerca de «Darío el Medo» descansan en tradición popular y no en exactitud científica, o de si se ha deslizado algún error o introducido algún cambio en los nombres propios.

100. Daniel por dos veces en el lago de los leones

(*Dan.* 6 y 14)

701. *El rey Darío* estableció ciento veinte sátrapas o gobernadores por todo el reino, y sobre éstos, tres príncipes, de los cuales el primero era Daniel. Viéndole el rey dotado de gran sabiduría, pensó hacerle su lugarteniente en todo el reino. Envidiosos los magnates, buscaban ocasión de indisponerle con Darío; y con este propósito recabaron un decreto, en virtud del cual, durante treinta días a nadie fuese lícito pedir cosa alguna, ni a dios ni a hombre, sino al rey[3],

---

Babilonia pueden verse en Kaulen, *Assyrien und Babylonien* 163; Weiss, *Weltgeschichte* I 650.—A la identificación de Darío el Medo con Cambises (Riessler l.c. VIII 53) se opone el dato críticamente discutible acerca de la edad; cfr. *RB* 1904, 501. Pero se podría alegar que muchos soberanos antiguos llevaron varios nombres, y que la Sagrada Escritura distingue a Darío el Medo de Darío el rey de los persas y de Darío el Persa. Cfr. *BZ* I 244; II 23. Encuentra algún apoyo en las tablillas de contratos la hipótesis de haber llevado en un principio solamente el título de «rey de las naciones» y más tarde el de «rey de Babilonia», e instituído rey de Babilonia a su hijo Cambises el primer año de su reinado (acaso se dieran a éste un lugarteniente y un consejero en las personas de Darío el Medo y de Gobryas).

[1] La última de estas hipótesis se confirma por las palabras de 6, 1: «recibió el mando», y de 9, 1: «fué rey del reino de los caldeos». La denominación «rey» pudo haberle venido del uso popular, pues representaba realmente a Ciro y estaba investido de amplios poderes. Quédanos la duda de si *Darío* es nombre propio y está bien transcrito. «Quizá al ocupar Ugbaru el puesto de lugarteniente, trocara su nombre por otro persa (para así reconocer externamente su dependencia del rey persa) y sólo bajo el nuevo nombre fuera conocido por babilonios y judíos» (Zumbiehl, *Das Buch Daniel und die Geschichte* 83). Cfr. Schöpfer, *Geschichte des AT*[6] 590 s. Lindl (*Cyrus* 92 ss.) cree posible que las inscripciones cuneiformes lleguen todavía a descubrirnos un Belsazar, hijo de Nabucodonosor (cfr. *Baruch* 1, 11 12), el cual pudiera haber llevado el título de rey de Babilonia, como «segundo del reino» después de su hermano Evilmerodac. También es posible que las palabras «Darío el Medo tomó posesión de su reino», etc., no sean la conclusión de lo que precede, sino el principio del siguiente relato, como supone la versión griega. En este caso no es necesario que sea Baltasar el último rey de Babilonia, y puede el relato referirse a un hecho anterior a la destrucción del imperio babilónico. Pero se opone a esta hipótesis *Dan.* 5, 25 ss., donde el Profeta anuncia a Baltasar en persona la ruina y división del imperio. El material puede verse en Düsterwald *Die Weltreiche,* etc., 41 ss. 75 ss.; Zumbiehl l. c. 46 ss.

[2] Acerca de la suerte de Babilonia desde Ciro (538-529 a. Cr.) cfr. Kaulen l. c. 257 ss.

[3] Nótese que los enemigos de Daniel, según versículo 5, buscaban ocasión de sorprenderle «en la Ley de su Dios». La prohibición del rey se refería, por tanto, sólo a prácticas religiosas (no a la vida civil): no pedir *mercedes* a otro dios sino al adorado y representado por el rey. Puede ser también que el decreto sólo alcanzase a los cortesanos o a los habitantes de la capital, pues el fin era tender un lazo a Daniel. Las frases

so pena de ser arrojado en el lago de los leones. No por eso dejó de *hacer* Daniel *sus* tres *oraciones* diarias en una habitación de su casa, con las ventanas abiertas, *mirando a Jerusalén y postrado en tierra*. Espiáronle los magnates, y, convencidos de la infracción, fueron a Darío obligándole a ejecutar el castigo señalado. Contristóse grandemente el rey; pero intimidado por los magnates, que le representaban la inmutabilidad de los decretos reales, dió la orden de arrojar a *Daniel en el lago de los leones* [1]. Quedóle sin embargo una esperanza: «tu Dios, dijo, a quien siempre adoras, El te librará». Mandó que trajesen una piedra y la colocaran a la boca del lago, y de su propia mano la selló con su anillo y con el de los magnates, para que nada se hiciese a Daniel. Pasó Darío aquella noche sin poder conciliar el sueño, y al día siguiente, muy de mañana, fué a toda prisa al lago de los leones y llamó a Daniel con voz llorosa: «¡Daniel, siervo de Dios vivo! ¿El Dios tuyo, a quien siempre sirves, ha podido acaso librarte de los leones?» Y Daniel respondió: «Mi Dios envió a su Angel; el cual cerró las bocas de los leones, y no me hicieron daño alguno». Llenóse de júbilo el rey, y mandó sacar inmediatamente a Daniel del lago y arrojar en él a los acusadores; y he aquí que los leones los despedazaron aun antes de que llegasen al suelo del lago. Entonces el rey Darío mandó en todo su reino que todos *respetasen y temiesen al Dios de Daniel;* «porque decía, El es libertador y salvador, hacedor de prodigios y maravillas en el cielo y en la tierra; El ha librado a Daniel del lago de los leones» [2].

702. *También Ciro* colmó de honores a Daniel y le sentó a su mesa [3]. Los babilonios adoraban a un ídolo llamado Bel [4]; ofrecíanle cada día doce medidas [5] de flor de harina, cuarenta ovejas y seis cántaros [6] de vino. Pero Daniel adoraba al verdadero Dios. Díjole un día el rey [7]: «¿Por qué no adoras tú a Bel?» — «Porque yo adoro sólo al Dios vivo, el cual creó el cielo y la tierra y es Señor de todo lo viviente». Replicóle el rey: «Pues qué, acaso no es Bel un dios vivo? ¿No ves cuánto come y bebe cada día?» A lo que respondió Daniel sonriendo: «No vivas engañado, oh rey, porque Bel es por dentro de barro y por fuera de bronce, y nunca come». Montó el rey en cólera, y llamando a los sacerdotes del ídolo,

---

aquellas, que nadie dirigiese plegaria alguna a Dios ni *hombre* sino sólo al rey, son propias del estilo redundante y ampuloso de los decretos de aquella época. — Los reyes babilónicos, como los egipcios, eran propensos a considerarse como dioses de sus vasallos. Según creencia de los medos y persas, los reyes eran lugartenientes y encarnaciones del dios supremo Ormuz y, como tales, estaban sobre todos los dioses de los demás pueblos.

[1] «La muerte en horno ardiente o en las fauces de los leones era castigo ordinario en Asiria y Babilonia, según nos lo dicen las inscripciones» (Kaulen l. c. 280). El *lago de los leones* que nos describe Daniel era semejante al que nos pintan los modernos viajeros del Africa del Norte. Son pozos profundos y rectangulares, cavados en la tierra, abiertos por arriba, protegidos por un muro de un metro de altura y divididos en dos partes por una pared, en la cual hay una puerta que puede abrirse y cerrarse desde arriba. Mediante forraje atraen los guardianes a las fieras de un compartimiento a otro para hacer alternativamente la limpieza de ambos. A uno de los lados hay un agujero que se cierra con una piedra; por él entran las fieras y los guardianes en el lago. Así se explica que el rey pudiese hablar con Daniel antes de quitar la piedra y que Habacuc descendiese al lago.

[2] Cap. 6. Daniel en el lago de los leones ha sido uno de los motivos preferidos en el arte cristiano. Cfr. Kraus, *Realenzyklopädie* I 342 s.; Kaufmann, *Archäologie*[2] 325.

[3] Cap. 14. Que Ciro sea el rey aquí aludido, se colige de 6, 28, donde se dice que sucedió a Darío el Medo, y de 13, 65, versículo que nos introduce en el capítulo 14. Creen otros que se trata de Cambises (Riessler, *Das Buch Daniel* 118). — «Comensal» es un título honorífico (algo así como amigo del rey), pues, según 1, 8, Daniel se negaba a comer de los manjares del rey.

[4] Acerca de Bel o Baal cfr. núm. 124; acerca del templo de Babilona cfr. núm. 116. Véase Scholz, *Götzendienst* 365 ss.

[5] Propiamente *artăba,* medida egipcia equivalente a un *medimnus* griego, unos 52 litros (más tarde 59 litros).

[6] *Amphora,* medida griega equivalente a una metreta griega, unos 40 litros. Han confirmado las inscripciones que tales ofrendas estaban en uso entre los babilonios.

[7] Ciro y sus sucesores residían alternativamente en Ecbátana, Susa y Babilonia.

que eran setenta, les dijo: «Si no me decís quién come todo eso que se gasta, moriréis. Pero si me hacéis ver que todo eso lo come Bel, morirá Daniel por haber blasfemado contra Bel» [1]. Y dijo Daniel al rey: «Así sea, como lo has dicho».

Fué el rey con Daniel al templo de Bel, y dijeron los sacerdotes: «He aquí, oh rey, que nosotros nos vamos fuera; y tú, oh rey, haz poner las viandas y servir el vino; cierra la puerta y séllala con tu anillo; y si mañana temprano, cuando entrares, no hallares que todo lo ha comido Bel, moriremos nosotros». Y no se apuraban; porque habían hecho debajo de la mesa una comunicación secreta, por donde entraban allí, y se lo comían todo. Luego, pues, que ellos salieron, hizo el rey poner las viandas delante de Bel. Daniel mandó a sus criados traer ceniza, y la hizo cerner por todo el templo en presencia del rey; y salieron y cerraron la puerta, y, sellándola con el anillo del rey, se fueron. Mas los sacerdotes entraron de noche, según su costumbre, con sus mujeres y sus hijos, y lo comieron y bebieron todo.

Levantóse el rey muy de mañana, y fué con Daniel al templo. Los sellos se hallaban intactos. Y abriendo la puerta, dirigió el rey sus ojos hacia la mesa de Bel, y exclamó en alta voz: «Grande eres, oh Bel, y no hay engaño alguno en ti». Sonrióse Daniel, y le dijo: «Mira el pavimento, y reflexiona de quién pueden ser estas pisadas». «Veo, dijo el rey, pisadas de hombres, de mujeres y de niños». Y examinando detenidamente, descubrieron la entrada secreta. Irritado el rey en extremo, mandó matar a los sacerdotes; y entregó a Bel en poder de Daniel, quien lo destruyó juntamente con el templo [2].

703. Adoraban también los babilonios un *gran dragón* (serpiente) [3]. Cierto día dijo el rey a Daniel: «Mira, no dirás que éste no sea un dios vivo» [4]. Y Daniel

---

[1] Se objeta no haber podido Ciro y los babilonios incurrir en la imbecilidad de creer que la estatua de Bel comiese, ni estar justificado el enojo del rey, pues de todas maneras a los sacerdotes correspondían las ofrendas. Pero los paganos creían que las imágenes de sus dioses, después de la consagración de los mismos, estaban animadas y habitadas por la divinidad; representábanse a los dioses como hombres, aunque mayores y más poderosos. En los textos mitológicos de los babilonios se habla a menudo del comer y beber y de los dioses. También se creía entre los babilonios, como claramente lo dan a entender las inscripciones cuneiformes, que *los sacrificios eran manjares de los dioses*. Cfr. Winckler-Zimmer, *KAT*[3] 594. Los manjares colocados delante de Bel *no* estaban destinados a los sacerdotes; de donde se justifica el enojo por los embustes de los sacerdotes. Las inscripciones han venido a confirmar que Ciro respetó los dioses y santuarios de los babilonios y se acomodó a sus ideas y prácticas religiosas. Véase núm. 703.

[2] La destrucción no alcanzó al gran templo de Bel (la torre escalonada), sino al santuario en que se efectuaba el embuste y, según la versión griega, sólo a la sala del ídolo o a éste.—Pueden aducirse casos análogos a los embustes de los sacerdotes de Bel en escritores gentiles y cristianos. Cfr. Scholz, *Götzendienst* 48. En cuanto a la muerte de las familias de los sacerdotes, estaba en conformidad con la ley y la costumbre.

[3] Ponen muchos esto en duda; pero lo confirman *Baruch* 6, 18 y las numerosas imágenes de serpientes encontradas y la importancia que tenía en la magia el culto de la serpiente. El escritor pagano Arriano (*Exp. Alex.* 7, 26) nos habla de un templo babilónico dedicado a la serpiente, al cual se acudía en busca de oráculos. Existen testimonios directos del culto que los egipcios y fenicios daban a las serpientes. Cfr. Scholz, *Götzendienst* 104. De donde *a priori* es verosímil que el culto de la serpiente, difundido por toda el Asia Menor, hubiese tenido también aceptación entre los babilonios, tan aficionados a la magia y arte adivinatoria. En realidad, cada día son más las pruebas y los indicios de haber los babilonios adorado una serpiente y existido en Babilonia el culto de una serpiente sagrada viva (cfr. *BZ* XI 1 s.).—Nada tiene que ver el relato bíblico con el «dragón de Babilonia» (escultura de un animal fabuloso) descubierto por la Sociedad Orientalista Alemana (cfr. Delitzsch, *Babel und Bibel* II 13); pero de ahí se puede sacar otra prueba de la existencia del culto a los dragones y serpientes.

[4] Bien sabía el rey que las serpientes no eran inmortales, pero aquella estaba animada por la divinidad, o era manifestación simbólica de la divinidad, y por lo mismo un «dios vivo», en oposición a los ídolos inanimados que despreciaba Daniel. También los egipcios sabían que los animales, aun el mismo Apis, eran mortales, y, con todo, les tribu-

le replicó: «Dame licencia, oh rey, y mataré al dragón sin espada ni palo» [1]. Y el rey se la dió. Tomó, pues, Daniel pez, sebo y pelos, y lo coció todo junto; e hizo de ello unas pellas y las arrojó en la boca del dragón, el cual reventó [2]. Y dijo Daniel: «He ahí al que adorabais».

Así que lo supieron los babilonios, se irritaron en extremo; y amotinándose contra el rey, dijeron: «El rey se ha vuelto judío; destruyó a Bel, mato al dragón, e hizo morir a los sacerdotes». Y habiendo ido a buscar al rey le dijeron; «Entréganos a Daniel; si no, te mataremos a ti, y a tu familia». Cedió el rey con gran pena, pues amaba mucho a Daniel; y se lo entregó. Ellos le echaron en el *lago de los leones,* donde estuvo seis días. En el lago había siete leones, que comían cada día dos hombres y dos ovejas; mas entonces nada les dieron, para que devorasen a Daniel.

Por el mismo tiempo vivía en Judea un Profeta llamado *Habacuc* [3]. Este había cocido un potaje, e iba al campo a llevarlo a los segadores. Aparecióse le el Angel del Señor, y le dijo: «Esa comida que tienes, llévala a Babilonia para Daniel, que está en el lago de los leones». Y dijo Habacuc: «Señor, yo no he visto a Babilonia, ni tengo noticia del lago». Y tomándole el Angel del Señor por la coronilla [4], le llevó al lago de Babilonia. Y clamó Habacuc diciendo: «Daniel, siervo de Dios, toma la comida que te envía Dios». Y dijo Daniel: «De mí, oh Dios, te has acordado, y no has desamparado a los que te aman». Y levantándose Daniel, comió. Y el Angel del Señor volvió a Habacuc a su lugar.

Al séptimo día vino el rey en persona al lago de los leones para hacer duelo por Daniel. Y mirando adentro, vió a Daniel sentado en medio de los leones. Y exclamó el rey en alta voz, diciendo: «Grande eres, Señor, Dios de Daniel». Y le hizo sacar del lago de los leones. Y a aquéllos que habían maquinado su ruina, hízolos echar dentro del lago [5], y fueron luego al punto devorados delante de él.

101. Profecías de Daniel

(*Dan.* 7-12)

704. Entre las *maravillosas visiones* con que Dios ilustró a Daniel acerca del porvenir, descuellan las cuatro siguientes:

---

taban adoración como a dioses. En la mitología babilónica los dioses nacen y mueren, lo cual no obsta para que se les tribute adoración. Cfr. Hilprecht, *Die Ausgrabungen am Bel-Tempel zu Nippur* 71 s.; allí se demuestra ser cierto que la torre de Bel se denominaba «sepulcro de Bel», lo cual se tenía antes por un error.

[1] Esta manera de matar, sin armas, era necesaria para convencer a los paganos de que el dragón no era un ser divino.

[2] Las serpientes tienen atrofiado el gusto y se tragan todo lo que alcanzan, con piel y cabellos. El reventarse la serpiente fué efecto del excesivo comer aquellos objetos imposibles de digerir.

[3] Cfr. núm. 673.

[4] Lo mismo sucedió a Ezequiel en *espíritu* en una visión (*Ezech.* 8, 3); y que no sea cosa inaudita la *traslación real* mediante la omnipotencia divina, lo vemos en la historia de Elías (cfr. III *Reg.* 18, 12; IV *Reg.* 2, 16; núm. 584) y del diácono Felipe (*Act.* 8, 39 s.).

[5] Los persas tenían sus ídolos ya por aquella época y no desdeñaban aceptar el culto de los pueblos conquistados; esto bastaría para explicar la posibilidad de que Ciro hubiese adorado los *ídolos de Babilonia.* Pero hay, además, inscripciones babilónicas que lo dicen explícitamente. Cfr. Kaulen, *Assyrien und Babylonien* 163-166 257 s. Las violentas insurrecciones babilónicas que con gran trabajo lograban dominar los persas, son prueba de que a los babilonios no les faltaba energía y valor para levantar *motines,* como el que aquí describe la Sagrada Biblia (ibid. 257 s.). Los grandes y extraordinarios *prodigios* que aquí nos comunica el autor sagrado *están en proporción con su objeto:* convencer a Darío, y aun más a Ciro, de que el verdadero Dios era el de los judíos, y mover a Ciro para que creyese en las profecías tocantes a él, diese libertad al pueblo israelita y mandase reedificar el Templo de Jerusalén (*Esdr.* 1, 1 ss.). Más pormenores acerca de Bel y del dragón véase en *TQS* 1872, 554 ss.

I. *La primera* (cap. 7) le sobrevino en sueños, el primer año de Baltasar [1]. Descríbela el Profeta de esta manera: Vi *cuatro bestias,* que salían del mar. Parecíase la primera a un león alado, la segunda era semejante a un oso, la tercera como un leopardo; la cuarta tenía diez cuernos: su vista causaba espanto; sus dientes y pezuñas eran de hierro, y con ellos despedazaba y comía todo. Luego apareció el *Anciano* [2] en su trono: su vestido era blanco como la nieve, como lana limpia sus cabellos; su trono, de llamas de fuego; salía de delante de él un impetuoso río de fuego; eran millares de millares los que le servían, y diez mil veces cien mil los que asistían ante su presencia [3]. Sentóse para juzgar, y quitó a las bestias el poder que por determinado tiempo se les había conferido. Mas he aquí que de entre las nubes del cielo vino un personaje *que parecía el* **Hijo del hombre** [4]; adelantóse hacia el anciano, «*el cual le dió la potestad, el honor y el reino, para que todos los pueblos, tribus y lenguas le sirvan* [5] *para siempre eternamente.* La potestad suya es potestad eterna, que no le será quitada, y su reino es indestructible». Llegóse Daniel a uno de los asistentes, el cual le explicó aquella visión: Las cuatro grandes bestias son *cuatro grandes reinos* que se levantarán en la tierra [6]; pero después recibirán el reino los santos de Dios [7], y reinarán por los siglos de los siglos.

705. II. En el año primero del rey Darío (cfr. núm. 700) suplicó Daniel al Señor con ayunos y penitencias, vestido de cilicio y cubierto de ceniza, se dignase cumplir la promesa hecha a Jeremías [8] y diese libertad a los cautivos después *de los setenta años que llegaban ya a su término,* para regresar a Jerusalén y restaurar el Santuario [9]. De súbito — era la hora del sacrificio vespertino [10]— el ángel Gabriel descendió del cielo, y le dijo: «Atiende a mis palabras: Se han establecido (fijado) **setenta semanas** sobre tu pueblo, y sobre tu santa ciudad, para que fenezca la prevaricación, y tenga fin el pecado, y sea borrada la maldad y traída justicia perdurable, y tenga cumplimiento la visión y la profecía, y *sea ungido* el Santo de los santos. Sabe, pues, y nota atentamente: Desde que saldrá la palabra (la orden) para que sea reedificada Jerusalén *hasta el Príncipe ungido (Cristo), pasarán siete semanas y sesenta y dos semanas;* y serán edificados de nuevo la plaza y los muros en tiempos de angustia. Y después de las sesenta y dos semanas *será muerto el Ungido (Cristo);*

---

[1] Cfr. núm. 700. *Cronológicamente,* las profecías del capítulo 7 s. son anteriores al relato del capítulo 5 s.

[2] El Dios eterno.

[3] Innumerables ángeles; cfr. núm. 51.

[4] Cfr. núm. 688: «*que parecía* el hijo del hombre», por consiguiente en figura humana, pero sobrenatural. De lo que sigue se desprende que se refiere al rey del reino mesiánico. Jesucristo se llamó a sí mismo el «Hijo del hombre» y dijo que ha de venir en las nubes del cielo (poderío imperecedero). La profecía no distingue entre la primera y la segunda venida; mas compendia en *una* imagen la aparición del Mesías como principio de un reino eterno, en contraposición a los imperios del mundo, simbólicamente representados en la figura de los cuatro animales. Los exegetas católicos modernos sostienen con «rara unanimidad» que el hijo del hombre es una personificación del «pueblo de los santos»; en contra de esta interpretación cfr. Tillmann, *Der Menschensohn,* en *BSt* XII 1/2, 83 ss.; el mismo en *BZ* V 35 ss.: ¿Radica en *Dan.* 7, 13 la denominación de «Hijo del hombre», que Jesucristo se da a sí mismo? (Respuesta: sí).

[5] El hebreo (arameo) emplea el verbo *palaj,* que en Daniel se aplica al culto divino, es decir, a la adoración (cfr. 3, 12 14 17 s., 23; 6, 17 21; 7, 27), lo cual viene también a indicar el señorío *eterno.*

[6] Los mismos que en núm. 697. [7] Bajo su Rey, Jesucristo.

[8] *Ierem.* 27, 11 s.; núm. 681. [9] 9, 1-20.

[10] La hora del sacrificio vespertino tiene su misterio; porque en esa misma llevó a cabo Jesucristo la gran obra de la reconciliación.

y no será más suyo el pueblo que le negará[1].—Y un pueblo con un caudillo vendrá y destruirá la ciudad y el Santuario[2]; y su fin será el estrago; y acabada la guerra, vendrá la desolación decretada[3]. Y (el Príncipe, el Ungido) afirmará su alianza con muchos en una semana (de aquellas); y en medio de la semana cesará la hostia y el sacrificio; y estará en el Templo la abominación de la desolación; y durará la desolación hasta la consumación y el fin».

706. Los intérpretes católicos del texto hebreo y latino (con raras excepciones) tienen *esta profecía* de las setenta semanas por *mesiánica* y *una de las más sublimes* del Antiguo Testamento. No hay motivo ni razón para apartarse de tan unánime sentir. En *los Setenta* se encontraba tan desfigurada profecía[4] que la antigüedad cristiana sustituyó la versión de este libro por la de Teodoción, seguida también por san Jerónimo. Pero aun la de *los Setenta* presenta indudablemente una profecía mesiánica y procede de un texto hebreo esencialmente igual al que hoy tenemos. De consiguiente, los textos hebreo y latino — a pesar de ciertas oscuridades — y con ellos la interpretación mesiánica de esta profecía, ofrecen suficiente garantía crítica.

Las *setenta semanas* son septenas de años, o sea 490 años. Esto resulta

---

[1] Este es el sentido; el texto hebreo dice: *y no le es* (él, o ello), es decir: «él, el Mesías, no le es, al pueblo»; o «no es el pueblo para él. para el Mesías», o quizá en relación con lo que sigue: «no le es al Mesías ciudad y Santuario y pueblo, no le pertenece ya más». Los rabinos se lo explicaron a san Jerónimo de esta manera: «El Mesías abandonará y desechará el reino de los judíos» (san Jerónimo, *Comm. in Dan.* 9, 24 *sub fine). Fell* propone en *TQS* 1892, 355 ss. una corrección del texto, según el cual podría leerse: (se dará muerte a Cristo) «sin que le sea achacada culpa alguna». Hontheim *(Das Todesjahr Jesu Christi und die Danielische Wochenprophetie,* en *Kath* 1906 II 111 s.) propone la siguiente traducción, sin apelar a correcciones del texto: «y ciertamente (el ser muerto, el morir) no es para él, es decir, no muere para sí, sino para los demás, para la humanidad». «Es la conocida figura *lítote,* tan frecuente en la Sagrada Escritura, por ejemplo en *Iob* 4, 21: "mueren, no por su sabiduría", es decir, por su locura y sus pecados; *Iob* 34, 20: "se desploman, no por mano (de hombre)", es decir, por el castigo de Dios, etc. Acerca de la construcción cfr., por ejemplo, *Exod.* 22, 2; *Iob* 28, 14».

[2] Esta frase puede también traducirse: «Ciudad y Santuario son destruídos (serán destruídos) con el Rey, el Príncipe que ha de venir». «El que ha de venir» es una denominación del Mesías, fundada en *Dan.* 7, 13 y muy usada en los Evangelios (cfr. *Matth.* 3, 11; 11, 3; *Marc.* 11, 9 10; *Luc.* 7, 19; *Ioann.* 1, 15; 6, 14, etc.). «Jesucristo muere por los hombres, y entonces perece Jerusalén con El. La muerte del rey es causa de la ruina de la ciudad. No hay aquí enlace físico entre un ejército enemigo que conquista la ciudad y el rey que cae con su capital. De ser así, diría: «perece el rey con su ciudad», mas no: «cae la ciudad con el rey». La dependencia es, pues, de orden moral. La ciudad ha perdido a su rey, base de su fortaleza y fuente de su felicidad. Por eso le sorprende la ruina. Mas ¿cómo puede Jerusalén perder a su Mesías? Sólo por su culpa. Jerusalén, es decir, la porción impía del pueblo da muerte a su rey, rechaza ingrata la salud que se le ofrece. En castigo, perece; es decir, la masa impía perece con la Jerusalén terrena y con el Templo de piedra, mas los virtuosos son recibidos en la nueva y espiritual Sión, fundada con la muerte del Mesías. Todo esto sugiere la meditación profunda del pasaje; mas el texto no lo dice explícitamente. Es claro el motivo de la reserva: un lenguaje más claro no hubiera podido contribuir al aumento de la alegre esperanza» (Cfr. Hontheim l.c. 113 s.).

[3] El hebreo puede traducirse: «Y su ruina es semejante al temporal (huracán y tempestad), y hasta la ruina hay guerra, desastres y devastación».—También los vaticinios de los capítulos 8 y 12 se terminan con el anuncio de una devastación de la ciudad.

[4] La versión griega habla de 77 «tiempos» y 62 semanas, de muchas semanas y de una semana. No hay duda que el traductor traslada el cumplimiento a la época de los Macabeos (desolación del Templo por Antíoco IV Epifanes, asesinato del sumo sacerdote Onías III, el año 171 a. Cr., 139 años después del edicto de Ciro), a la cual parece haber estado próximo. Cfr. Bludau, *Die Alexandrinische Übersetzung des Buches Daniel und ihr Verhältnis zum massoretischen Text,* en *BSt* II 2/3, 117. Concuerda con el texto hebreo la versión griega de Teodoción, que sustituyó a la alejandrina en la Iglesia Católica.

del enlace de la profecía con la súplica de Daniel, pidiendo a Dios se digne cumplir, al terminar el año setenta de la cautividad, la promesa de la liberación. No sólo atiende Dios a su ruego, sino le concede 70 × 7 (490) años para la restauración y subsistencia de Jerusalén. Era corriente entre los judíos contar por septenas de años; cada siete años celebraban el *año sabático* y cada siete septenas de años el *año jubilar y de la remisión* (v. núm. 333). En esta profecía se les anuncia el gran año jubilar y de la remisión, el «gran *año de la reconciliación con el Señor*» (*Is.* 61, 2; cfr. núm. 660; cfr. *Luc.* 4, 19). Las setenta semanas, o 490 años, señalan *de una manera genérica* un lapso de tiempo, dentro del cual se ha de realizar la obra del Mesías. Luego va precisando la profecía más en particular la fecha del acontecimiento. Las semanas se calculan completas al modo hebreo, si bien (según v. 27) la obra de la Redención acaecerá a mediados de la semana septuagésima. Transcurrido este tiempo, vendrá la justicia prometida por los profetas [1], se cumplirán todas las profecías y figuras del Mesías y será ungido el Santo de los santos.

El *Santo de los santos* es el Mesías. El texto hebreo dice: «la santidad de las santidades», que equivale al neutro: «una cosa santísima». Mas la expresión y el contexto exigen que se interprete personalmente: «la santidad de las santidades» que ha de ser ungida, no es el Templo (especialmente el segundo), sino el Mesías. Pues *a)* el *Sancta Sanctorum* del Templo se llama siempre (once veces) *Kodesch ha'kodaschin,* con artículo; aquí falta el artículo. *b)* Ni cuando se dedicó el segundo Templo con sus altares (*Esdr.* 6, 14-17; 3, 2-3), ni cuando se purificó en tiempo de los Macabeos (I *Mach.* 4, 52-58) se menciona la unción. Ni se hubiera podido practicar este rito, porque, según unánime tradición de los judíos, en el segundo Templo faltó el santo óleo. *c)* Lo que aquí se unge es indudablemente el Ungido de quien luego (v. 25 d y 26 b) se habla. De otra suerte, debería habérnoslo indicado el Profeta para no inducirnos a error. *Maschiach* significa, pues, en esos versículos no el Templo, o algo con él relacionado, sino una persona, indudablemente el Mesías. A él cuadra perfectamente el nombre de «Santo de los santos». Santo se dice de lo que está en estrecha relación con la divinidad: el sacerdote, los siervos de Dios (el *Sancta Sanctorum,* el altar, las ofrendas, los sacrificios, etc.). El Mesías es, pues, el Santo por excelencia, el Santísimo, *kodesch kodaschim* (sin artículo, como nombre propio). Ni se objete que en el Antiguo Testamento nunca se aplica a las personas el calificativo de santísimas. Cierto que no se prodigaba este adjetivo, atributo exclusivo de Dios. Mas el sumo sacerdote del Antiguo Testamento llevaba en la frente una inscripción que decía «Santo del Señor», y en I *Par.* 23, 13 se llama santísimos a los sacerdotes del Antiguo Testamento. ¿Por qué no se habría de llamar Santísimo al Mesías? El paralelismo con los vv. 24 y 25 demuestra que este nombre nos presenta al Mesías como sumo sacerdote, cuyo oficio es librar del pecado y santificar el mundo [2]. En el cumplimiento de la profecía llama el ángel Gabriel al Mesías: «*lo santo* que de ti nacerá» (*Luc.* 1, 35); *el Santo* es también nombre del Mesías [3].

La *unción* del «Santo de los santos» (del Mesías), es decir, la comunicación del Espíritu Divino, simbolizada en aquella ceremonia [4], aconteció al encarnarse el Verbo uniéndose hipostáticamente con la naturaleza humana. Fué una «unción» con la divinidad, por tanto, con la plenitud del Espíritu Divino; de consiguiente, Cristo es «el Ungido» [5] en el sentido más elevado de la palabra. Este nombre

---

[1] Bienes de la salud mesiánica: perdón de los pecados, gracia y paz. Cfr. la promesa de los mismos en *Is.* 46, 13; 51, 5 8; 53, 11. La expresión «justicia» puede también significar «el justo» y, por tanto, ser paralela de «el Santísimo, el Santo de los santos».

[2] Cfr. Hontheim, *Das Todesjahr Jesu Christi und die Danielische Wochenprophetie,* en Kath 1906 II 101 ss.

[3] Cfr. *Act.* 3, 14; 14, 27 30 s.; *Ioann.* 10, 36. Los demonios llaman a Jesús «el Santo de Dios» (*Marc.* 1, 24. *Luc.* 4, 34).

[4] Cfr. núm. 320 470 479.

[5] Cfr. *Ps.* 2, 2; 44, 8; *Is.* 61, 1.

era corriente entre los judíos [1]; y las versiones caldeas que usan los judíos añaden la palabra Mesías en los pasajes que a éste se refieren. También en el v. 25, *Ungido* y *Príncipe* son nombres propios del Mesías (por eso están sin artículo). Sólo a éste podía darse el nombre de Ungido y Príncipe sin otro apelativo; sólo su persona y su misión de reconciliador de los hombres eran bastante importantes para que la fecha de su venida fuese anunciada al mundo con anticipación por el ángel Gabriel; sólo a él se pueden aplicar las fechas que señala Daniel. Esta es la opinión unánime de toda la antigüedad [2]. En las cláusulas siguientes de la profecía de Daniel, la «unción» se refiere más bien a la vocación y misión del Mesías y a su sacrificio, que a su Encarnación. Setenta semanas pasarán, de consiguiente, hasta que el Mesías, mandatario (Ungido) de Dios, muera por los pecados de los hombres [3].

Este período de las setenta semanas comienza con el edicto que obtuvieron los judíos para *reedificar a Jerusalén.* Cuatro edictos se dieron en favor de los judíos. Ciro les permitió el regreso a su patria el año 536 a. Cr. (I *Esdr.* 1, 1-4; 6, 3-5); Darío Histaspes les dió licencia en 520 para terminar el Templo (I *Esdr.* 4, 24; 6, 1-12); Artajerjes I envió a Esdras en el año 458, séptimo de su reinado, con plenos poderes para arreglar la situación de Palestina (I *Esdr.* 7; cfr. 9, 9 y *Nehem.* 1, 2) y en 445, en el año vigésimo de su reinado, facultó a Nehemías para que fuese a reconstruir los muros de la ciudad de Jerusalén [4]. Según *Nehem.* 1, 3-14, se trataba, no de reconstruir, sino de reparar los muros reconstruídos ya en parte (por los samaritanos). Hay, pues, razón para considerar *el edicto de 458 como origen y fecha inicial* de las setenta semanas. Si tomamos como fecha del nacimiento de Jesucristo [5] el año 747 de Roma, es decir, siete años antes de la era cristiana, ese período termina el año 39 del nacimiento de Jesucristo, es decir, el año 32 de nuestra era. Las siete y sesenta y dos semanas deben entenderse sin interrupción, formando un total de sesenta y nueve semanas; por lo menos no hay necesidad de separarlas. *Este período* de sesenta y nueve semanas es de tribulaciones, de expectación por el Mesías y de persecuciones. Por la importancia especial que encierra la última semana y porque no ha de ser completa, la profecía la separa de las demás; en cuanto a las sesenta y nueve restantes, se sirve el Angel de la fórmula 7 + 62, conforme a la costumbre del Profeta, que (p. ej., 7, 25 y 12, 7 dice 1 + 2 + $^1/_2$ en vez de 3 $^1/_2$. Mas no es preciso buscar un acontecimiento particular de la vida de Jesucristo (por ejemplo, el bautismo o el principio de la vida pública). A la mitad de la última semana se dará muerte a Jesucristo.

La aparición y muerte de Jesucristo tendrán *eficacia* doble (v. 27). El confirmará a muchos en la Alianza, concertará con todos una nueva Alianza, firme y eterna, y les proporcionará los bienes de ésta (la verdad y la gracia). Y al decir «a muchos», quiso significar que no todos participarán de esa Alianza, sino que algunos, por su culpa, incurrirán en ruina y perdición. Ya no tendrán significado los sacrificios y oblaciones, porque serán sustituídos por *el* verdadero sacrificio expiatorio y quedará abolida la Antigua Alianza; el Templo será profanado y destruído y jamás volverá a edificarse. Las palabras «abominación de la desolación» pueden quizá referirse, como *Mach.* 1, 54, a algún sacrilegio abominable, por ejemplo, a sacrificios paganos ofrecidos en el Templo. San Jerónimo y los intérpretes antiguos creyeron descubrirlo en el ídolo abominable)Júpiter Olímpico) que erigió Antíoco IV Epífanes (v. núm. 73). A este pasaje

---

[1] Cfr. *Matth.* 2, 4; 26, 63; *Luc.* 2, 11 26; 3, 15; *Ioann.* 1, 20 41; 3, 28; 4, 25; 10, 24.

[2] Los críticos modernos quieren ver en el «Ungido» y el «Príncipe» al sumo sacerdote Josué (I *Esdr.* 3, 2); mas éste vivió mucho antes del 458, punto de partida de las semanas de Daniel; no puede, por tanto, ser el término de ellas. Es asimismo arbitrario interpretarlo del sumo sacerdote Onías III, muerto el 171 a. Cr. (II *Mach.* 4, 34).

[3] Cfr. Hontheim en *Kath* 1906 II 104.

[4] *Nehem.* 2, 5 8 17 ss.; 6, 15; 12, 27; capítulos 3, 4, 6; también *Eccli.* 49, 15.

[5] Acerca del cómputo del año del nacimiento de Jesucristo véase tomo II de este Manual, núm. 58.

alude Jesucristo cuando anuncia la destrucción del Templo y la reprobación del pueblo judío [1].

707. III. *En el año tercero del reinado de Ciro* [2] una gran tribulación afligía a Daniel, porque eran muy pocos los judíos que habían regresado a la patria, y tenían que luchar con muchas dificultades, especialmente para reconstruir el Templo, principalmente por causa de las asechanzas de los samaritanos. Tres semanas pasó en ayunos y penitencias, pidiendo a Dios *esclarecimiento acerca del porvenir de su pueblo.* Pasados estos días, apareciósele «un ángel con vestido de lino, ceñido con un cinto de oro finísimo», el cual le manifestó que él mismo, en unión con «Miguel», príncipe gloriosísimo de los ángeles y *protector del pueblo judío»* [3], había intentado mover el ánimo del rey para que dejase volver a su patria a todos los judíos; le descubrió también los destinos del pueblo bajo el dominio de los reyes paganos hasta Jesucristo [4].

IV. Por fin, mostró Dios a Daniel lo que ha de ser del reino de Dios «en los últimos tiempos». Esta profecía implica, al parecer, la victoria decisiva *en la lucha con el Antecristo:* «Y en aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe, defensor de los hijos de tu pueblo; y vendrá tiempo cual no fué desde que las gentes comenzaron a ser hasta entonces. Y en aquel tiempo *será salvo tu pueblo* [5], todos los que se hallaren escritos en el libro de la vida [6]. Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra, *despertarán, unos para la vida eterna, y otros para oprobio sempiterno.* Mas los que hubieren sido virtuosos, brillarán como la luz del firmamento, y los que enseñan a muchos la justicia, como estrellas, por toda la eternidad» *(Dan.* 12, 1-3) [7].

---

[1] Más pormenores acerca de la profecía de Daniel en Reinke, *Die messian. Weissagungen* IV 206-399; Knabenbauer, *Comm. in Dan.* 222-269; Fraidl, *Die Exegese der 70 Wochen Daniels in der alten und mittleren Zeit* (Graz 1883); *TQS* 1875, 133; *ZKTh* 1877, 626; 1885, 19. Acerca de los cómputos modernos, además del estudio de Hontheim antes citado, véase *ThpQS* 1904, 13; tocante al año de la muerte de Jesucristo, núm. 1904, 286 ss.—La moderna interpretación de Riessler *(Das Buch Daniel* 79 ss.*)*, Lagrange *(RB* 1904, 502) y Bayer *(Danielstudien* 81 ss.) se aparta considerablemente de la tradicional; para estos críticos, la profecía mesiánica es una interpretación de las palabras de Jeremías tocantes a los 70 años de cautiverio. Cfr. la réplica de Hontheim en *Kath* 1906 II 259 ss.; cfr. también Knabenbauer, *Comm. in Dan.* 269-275, y Hetzenauer, *Theol. Bibl.* I 594-598.—Acerca de «las ruinas del pueblo israelita como testigos del origen divino del Cristianismo», cfr. *StL* XVII 42 ss. En vano esperaron los judíos la primera venida de Jesucristo después de haberse realizado; más tarde dieron distintas interpretaciones a los vaticinios de los profetas, refiriéndolos a la misión y suerte de su pueblo y despojándolos del sentido mesiánico. Mas como Daniel predecía con tanta precisión la época, el *Talmud* prohibió su cómputo so pena de maldición, por ejemplo *Sanhedr.* fol. 97 b: «Quebrántenseles los huesos a quienes calculen el término del tiempo». «Malditos los que hacen el cómputo de los tiempos del Mesías». Cfr. Haneberg, *Geschichte der biblischen Offenbarung* [6] (396, nota 1); Lemann, *Die Messiasfrage* (Maguncia 1870) 28.

[2] Cap. 10.

[3] El ángel (Gabriel) declara a Daniel por qué no había podido comunicarle, hasta después de tres semanas, que su oración había sido oída. *El ángel custodio del reino persa* le «hizo resistencia» durante 21 días. Ahora regresaba para continuar la lucha con este espíritu y acabar la victoria sobre él. En tal contienda tendrá un aliado en el ángel custodio de Grecia (10, 13-20). San Jerónimo opina que el ángel custodio del imperio persa hacía valer ante Dios los muchos pecados del pueblo judío para impedir su libertad. Contra este acusador vuelven por el pueblo judío el ángel custodio de Grecia, el cual, con su querella contra Persia, fomenta el traspaso del imperio del mundo de esta nación a Macedonia, y Miguel, ángel custodio de Israel. Este pasaje es muy difícil, porque las ideas están expuestas en forma simbólica y visionaria como en el *Apocalipsis.* cfr. ibid. 12, 7 ss. y núm. 52.

[4] Especialmente la opresión de los judíos por los reyes sirios, en particular por Antíoco IV Epífanes. Cfr. *TQS* 1874, 567 ss.

[5] Tu pueblo, es decir, el pueblo de Dios, la Iglesia, la comunidad de los elegidos *(Matth.* 24, 22 24 31). [6] Cfr. núm. 295.

[7] Según interpretación unánime de los exegetas católicos, aquí está encerrada clara e inequívoca la doctrina de la resurrección (por lo menos en el mismo sentido que en

IV. El pueblo de Israel después de la cautividad de Babilonia

(Desde el año 536 a. Cr. hasta el nacimiento de Cristo)

101. Primer regreso de la cautividad, bajo Zorobabel. Reconstrucción del Templo

708. La historia del regreso de la cautividad y de los sucesos con él relacionados está contenida en dos libros que llevan los nombres de Esdras y Nehemías. **El libro de Esdras** [1] es la continuación de los *Paralipómenos*. Comienza la *primera parte* (cap. 1-6) por el edicto de Ciro, con el cual terminan los libros de las *Crónicas* [2] y describe el regreso y los esfuerzos que realizaron los repatriados para reconstruir el Templo; pasando luego en silencio un lapso de 57 años, refiere en la *segunda parte* (cap. 7-10) el regreso de una segunda expedición a las órdenes de Esdras y el celo que éste desplegó para poner en vigor la Ley mosaica.

El libro de Nehemías nos pinta la actividad de Nehemías (y Esdras) en Jerusalén. Gran parte de él descansa indudablemente en apuntes de Nehemías, pues habla de este caudillo en primera persona. Los capítulos 8-10 son un comunicado oficial acerca de la fiesta de los Tabernáculos, etc.; estos capítulos y las listas de sacerdotes y levitas de los capítulos 11 y 12, fueron incorporados al libro por Nehemías, o acaso por Esdras. Ambos libros formaron primitivamente un todo que quiere ser la continuación de las *Crónicas,* y cuyo autor es evidentemente el mismo que el de éstas. Compónense principalmente de documentos y apuntes sueltos, a los cuales reconocen todos autoridad y autenticidad. Según la tradición judía, su autor fué Esdras, sacerdote y doctor de la Ley, descendiente de aquel sumo sacerdote Saraías que, después de la destrucción de Jerusalén, fué llevado a Reblata y muerto con otros judíos conspicuos [3]. El fondo y la forma confirman la opinión judía, acerca de la cual no se ha suscitado duda alguna. Hay quien supone que la obra de Esdras fué ampliándose o recibió su forma actual en la época de Alejandro Magno (330 a. Cr.); mas no se aducen razones convincentes. Los nuevos descubrimientos de Elefantina han debilitado la opinión de quienes retrasaban la época de Esdras casi hasta la de Alejandro Magno [4].

Los *Libros de Esdras* (de la *Vulgata) no ofrecen una historia completa de la época.* Sus noticias (a menudo simplemente yuxtapuestas), sus documentos y apuntes, se refieren casi exclusivamente al regreso del pueblo cautivo, a la construcción del Templo y a la restauración del culto y religión de los judíos. Sólo de pasada tocan los sucesos de la historia profana; de los reyes persas únicamente traen los nombres (sin ningún apelativo) y las disposiciones que afectan a los judíos. No disponiendo de otros documentos, es difícil formarse concepto cabal de los sucesos, de su conexión y cronología; los sabios de todas las

---

Ezech. 37, 1 ss.; núm. 692) y de la eterna recompensa (gloria o ignominia). Cfr. Atzberger, *Eschatologie* 86 91; Schmid, *Unsterblichkeits- und Auferstehungsglaube* 196 ss. Los comentaristas protestantes ven en este pasaje el testimonio bíblico más antiguo de la resurrección (aunque no universal) de los muertos.

[1] Según la *Vulgata,* el primer *Libro de Esdras;* el segundo es el que en el texto hebreo se llama *Libro de Nehemías.*

[2] II *Par.* 36, 20 ss.

[3] IV *Reg.* 25, 18 21; cfr. núm. 676.

[4] Cfr. Kaulen-Hoberg, *Einleitung* II[5] § 246 ss.; Schöpfer, *Geschichte des AT*[6] 600 ss.; Klameth, *Esdras Leben und Wirken* (Viena 1908); Theis, *Gesch. und literarkritische Fragen in Esdr.* 1-6, en *ATA* II 5; Kugler, *Von Moses bis Paulus* (IV: *Die Hauptfragen der Bücher Esdra und Nehemia)* 201-233. Para las exégesis cfr. Neteler, *Die Bücher Esdras und Nehemias* (Münster 1887); Seisenberger, *Die Bücher Esdras, Nehemias und Esther* (Viena 1901).

tendencias discuten una porción de cuestiones difíciles y embrolladas, sin que hasta el presente hayan llegado a un acuerdo [1]. Mas estas cuestiones no atañen al fondo mismo de la narración, que sólo aspira a presentarnos un cuadro de las alegrías y penas de los judíos expatriados, de las intenciones y felices éxitos de los jefes y maestros, del estado religioso, moral y material de la comunidad judía restaurada, y a manifestarnos al mismo tiempo los caminos de Dios en el pueblo escogido.

709. Resumen de la historia de los judíos bajo la dominación persa.

537 - 529	Ciro, jefe único.
536	Primer regreso, bajo la dirección de (Scheschbassar) Josué y Zorobabel. Erección del altar de los holocaustos el primer día del séptimo mes.
535	Colocación de la primera piedra del Templo el segundo mes del segundo año. Intrigas de los samaritanos (?).
529 - 522	Cambises (Ahasverus), rey de Persia.
522	Pseudo-Smerdis (Artajerjes). Prohibición de construir el Templo.
521 - 485	Darío I Hystaspes. En el segundo año de su reinado da permiso para continuar la edificación del Templo.
(520)	(Ageo, Zacarías).
516	Dedicación del Templo (en el año sexto de Darío).
485 - 465	Jerjes I (Asuero). Su expedición a Grecia, 480. (Ester).
465	Artabad.
465 - 424	Artajerjes I Longimano (el de la luenga mano, asociado al trono tal vez desde 473).
458	Segundo regreso, a las órdenes de Esdras, el séptimo año del reinado de Artajerjes.
453 (445)	Nehemías, gobernador de Judea, desde el año 20 al 32 de Artajerjes.
453	Reconstrucción de los muros de Jerusalén. Resistencia de los pueblos vecinos. Inauguración de los muros. Es expulsado Manasés. Templo de los samaritanos en el monte Garizim.
424	Jerjes II.—Sogdiano.
423 - 405	Darío II (Notos). Al final de esta época viene Nehemías por segunda vez a Jerusalén (Malaquías).
405 - 358	Artajerjes II (Mnemón).
358 - 338	Artajerjes III (Ochos).
338 - 336	Arses.
336 - 330	Darío III (Codomano) es vencido por Alejandro Magno. El sumo sacerdote Jaddua consigue de Alejandro grandes favores para los judíos.

710. Los padecimientos de la cautividad y las exhortaciones de los profetas a la penitencia, especialmente de Ezequiel y Daniel, habían corregido a muchos judíos, curándolos de raíz de su propensión a la idolatría. Por esto dispuso Dios que el rey persa Ciro, en el primer año de su reinado, 538-37 a. Cr., a los setenta años exactos de cautividad que

[1] Refiérense estas cuestiones a la identidad o pluralidad de las personas designadas con los nombres de Scheschbassar, Schenassar y Zorobabel (que para Riessler, *BZ* II 15 ss, son un mismo personaje con Nehemías); a la época del regreso del núcleo principal del pueblo, y de la colocación de los cimientos del Templo; a la relación temporal y objetiva entre Esdras y Nehemías; a la cronología en general, la cual es tan oscura, porque a los reyes persas se les designa solamente por sus nombres, que varios lo llevan idéntico.—Hoonacker es autor de una hipótesis, según la cual, la relación temporal Esdras-Nehemías debe trocarse en Nehemías-Esdras; defiéndenla, entre otros, Riessler (l.c.) y Klameth, y la combaten Nikel, Fischer, Schöpfer, Knabenbauer (*LE* II 216), Kugler y otros sabios católicos, y los críticos radicales.—Para el asunto y la bibliografía cfr. Nikel, *Die Wiederherstellung des jüdischen Gemeinwesens nach dem babylonischen Exil,* en *BSt* V 2 y 3 (1900) y *BZF* VIII 5/6; el mismo, acerca de los nombres de los reyes persas, en los *Libros de Esdras y Nehemías,* en *BSt* V 107 ss.; Fischer, *Die Chronologischen Fragen in den Büchern Esra-Nehemia,* ibid. VIII 3 (1903); Jampel, *Die Wiederherstellung Israels unter den Achämeniden* (Breslau 1904); Klameth l.c. 124 ss.

comenzó el 606 a. Cr. [1], en tiempo de Joaquín, diese licencia a los judíos para regresar a su patria: «Todo el que pertenezca al pueblo de Dios (Yahve), decía el edicto, vaya a Jerusalén y edifique la casa del Señor» [2]. Permitió también que se hiciese una colecta entre los judíos que quedaban en Babilonia, para contribuir a la reedificación; él de su parte devolvió 5400 objetos sagrados de oro y plata, que Nabucodonosor había traído de Jerusalén y colocado en el templo de su ídolo.

Salieron, pues, para Judea [3] 42360 judíos con 7337 esclavos, bajo la dirección del *príncipe Zorobabel* [4] o Serubbabel, del linaje de David y del *sumo sacerdote Jesús* o Josué [5], hijo de Josedec. Inmediatamente erigieron el altar de los holocaustos en el mismo lugar que antes ocupara, y comenzaron a ofrecer el sacrificio diario matutino y vespertino [6]. El día 17 de su llegada celebraron la fiesta de los Tabernáculos (cfr. núm. 329) con gran celo y regocijo. Al año siguiente se pusieron los *cimientos del Templo* [7]. Los sacerdotes y levitas hicieron resonar las trompetas y címbalos, entonando alabanzas al Señor e himnos de acción de gracias, y el pueblo prorrumpió en gritos de júbilo. Mas los ancianos, que habían visto el otro Templo [8], lloraban con grandes gemidos, porque de los fundamentos que se ponían por base del nuevo colegían su inferioridad respecto del antiguo, tanto en magnitud como en suntuosidad. El profeta Ageo les consolaba anunciándoles que este Templo debía aventajar en majestad al primero, por cuanto en él había de aparecer el Mesías [9].

Pero, entre tanto, por manejos de *los samaritanos* (cfr. núm. 617), las obras quedaron paralizadas. Desearon éstos al principio colaborar con los judíos, puesto que ambos pueblos adoraban al mismo Dios. Pero, como para precaver a los judíos de doctrinas y costumbres idolátricas, no accediesen a ello Zorobabel y Josué, los samaritanos intrigaron en la corte persa para que no continuase la

---

[1] Cfr. núm. 675.

[2] I *Esdr.* 1, 1 ss.; cfr. II *Par.* 36, 20 ss.; *Ierem.* 25, 11.

[3] Así se llamó en adelante el país del antiguo reino de Judá. Sólo cuatro clases de sacerdotes regresaron (cfr. I *Esdr.* 2, 36-39; *Nehem.* 7, 39-42); mas fueron luego, según el *Talmud*, distribuídas en otras 24 clases. Cfr. Scholz, *Die heiligen Altertümer* I 78. Como sólo se hace mención de los hombres, el número total de los que regresaron, incluídos los niños, mujeres, esclavos y criados con sus familias, habría ascendido a unos 200000. También cuenta el libro sagrado 736 caballos, 245 mulos, 435 camellos y 6720 asnos—respetable caravana, para cuyo movimiento, cuidado y viaje, se necesitaban grandes preparatorios y no poco tiempo.

[4] Kugler (l.c. 204 ss.) demuestra en amplia exposición la identidad de Zorobabel y Scheschbassar; cree que Scheschbassar fué su nombre primitivo en Babilonia, habiéndole venido el de Zorobabel «a consecuencia de su nuevo e importante cargo de jefe y guía del pueblo en el regreso de la cautividad».

[5] Cfr. la explicación del nombre en núm. 356.

[6] Cfr. núm. 325. El día primero del séptimo mes comenzaron de nuevo los sacrificios (I *Esdr.* 3, 1-6).

[7] I *Esdr.* 3, 8. La determinación de la fecha en que echaron los cimientos depende del cómputo de la expedición a las órdenes de Zorobabel. De haber acaecido ésta en el reinado de Darío (520 a. Cr.), como supone Fischer, *Die Chronologischen Fragen* etc., 45 ss., habríanse echado los cimientos el año 519. Es dudoso haberse verificado esto en dos diversas coyunturas, en el año 535 y en el 519. Cfr. Fischer l.c. contra Nikel, *Die Wiederherstellung des jüdischen Gemeinwesens*, etc., 88 ss. Según cálculos de Kugler (l.c. 208 ss.), el año primero de Ciro y último de la cautividad fué el 538, y las obras del Templo comenzaron el año 537.

[8] Había sido destruído el año 587 a. Cr. (cfr. núm. 676).

[9] *Agg.* 2, 8-10; cfr. núm. 711; *Malach.* 3, 1; núm. 718.

obra. En el reinado de los sucesores de Ciro, Ashaverus (Cambises) y Artajerjes (Pseudo-Smerdis), usurpador del trono, los samaritanos se querellaron por escrito contra los judíos, diciendo que reedificaban la ciudad [1] para después hacerse independientes de Persia. Estas quejas movieron al rey persa a dictar la suspensión de las obras. Mas, a la muerte de Artajerjes, Darío (Histaspes) levantó la prohibición — con los demás decretos del usurpador [2].

Entre tanto se había entibiado aquel piadoso fervor primero de los judíos, y, entregándose a sus propias comodidades, *dejaron de lado la obra del Templo,* aquietando su conciencia con estas palabras: «Todavía no ha llegado el tiempo de construir el Templo». Envió entonces el Señor al profeta Ageo para echarles en cara su abandono y representarles la importancia que el Templo tenía para el cumplimiento de las promesas divinas; envióles también al profeta Zacarías, que les animase a la construcción de otro templo espiritual, preparándose interiormente a la venida del Mesías y de su reino.

Siguiendo las exhortaciones de estos dos Profetas, *pusieron los judíos de nuevo manos a la obra* [3]. El sexto año del rey Darío, 516 a. Cr., estaba terminada la casa de Dios, y se celebró con toda solemnidad y alegría la *Dedicación,* y luego por primera vez la fiesta de *la Pascua.*

103. Los profetas Ageo y Zacarías

711. No se tienen noticias claras de *la vida* **del profeta Ageo** (520 a Cr.) [4]. Su breve libro contiene en resumen las ideas de cuatro de sus discursos. El *primero* [5] de ellos es una amenaza a los judíos que por indiferencia y egoísmo abandonan la obra del Templo. El discurso surtió el efecto apetecido, y los judíos volvieron a la obra [6]. En el *segundo discurso* [7] consuela a los que se afligían comparando el nuevo edificio con el Templo salomónico, mostrándoles la majestad del nuevo Templo que había de superar al primero. En el *tercer discurso* [8] promete a los judíos la bendición de Dios en recompensa de la reedificación del Templo, y en el *cuarto* [9] anuncia a Zorobabel, descendiente de David y padre del linaje del Redentor, una especial protección de Dios y el cumplimiento de las promesas divinas.—He aquí los principales pasajes:

«¿Es coyuntura ésta para que moréis en casas artesonadas, mientras la casa de Dios está en ruinas?—Sembrasteis, y recogisteis poco; comisteis, y no os saciasteis; bebisteis, y no os embriagasteis; os cubristeis, y no os calentasteis; y el que recogió salarios, los puso en saco roto [10]. Esto dice el Señor de los ejércitos: Reflexionad sobre vuestra conducta; subid al monte, traed maderas, y edificad mi casa. Y yo me complaceré en ella y seré glorificado, dice el Señor. Esperabais lo más, y ved que os vino lo menos; y lo ocultasteis en vuestra casa, y yo lo disipé de un soplo. ¿Por qué razón? dice el Señor de los ejércitos. Porque mi casa está abandonada, y cada uno de vosotros se da gran prisa a reparar la suya» [11].

---

[1] Decir que los judíos *fortificaban la ciudad, era una calumnia;* bien pudo tomar pretexto para esta mentira en la construcción del Templo y de sus muros.

[2] II *Esdr*. cap. 5 y 6. [3] I *Esdr*. 6, 14 ss.

[4] Cfr. núm. 613. Acerca del profeta Ageo cfr. Reinke, *Die messianischen Weissagungen bei den grossen und kleinen Propheten* IV 400 ss.; Leimbach, *Bibl. Volksbücher* IV III. El Calendario Romano celebra su memoria con la del profeta Oseas el 4 de julio.

[5] Cap. 1. Fué pronunciado el primer día del mes sexto (agosto-septiembre), el segundo año de Darío, 520 a. Cr.

[6] El 24 del mismo mes (*Agg*. 2, 1). [7] 2, 2-10; el 21 del mes séptimo.

[8] 2, 11-20; el 24 del mes noveno. [9] El mismo dia; 2, 21-24.

[10] Todas vuestras iniciativas quedan sin la bendición de Dios. [11] 1, 4 6-9.

«¿Quién ha quedado entre vosotros que haya visto esta casa en su primera gloria? ¿Y qué os parece de ésta? ¿Acaso no es como nada ante vuestros ojos? Pues ahora, Zorobabel, ten buen ánimo, dice el Señor; buen ánimo también tú, Jesús, hijo de Josedec, sumo sacerdote; y buen ánimo tú, pueblo todo del país, porque esto dice el Señor de los ejércitos: Aun falta un poco, y yo conmoveré el cielo, y la tierra, y el mar, y todo el universo. Y moveré todas las gentes [1]; y **vendrá el Deseado de todas las gentes** [2]; y henchiré esta casa de gloria, dice el Señor de los ejércitos. Mía es la plata, y mío es el oro. *Grande será la gloria de esta última casa,* más que la de la primera; y en este lugar daré yo *la paz»* [3].

«Y vino la palabra del Señor segunda vez a Ageo a los veinticuatro días del mes, y le dijo: *Habla a Zorobabel,* príncipe de Judá, y dile: Yo moveré a una el cielo y la tierra. Y derribaré el trono de los reinos, y quebrantaré el poder de las gentes... En aquel día te tomaré, oh Zorobabel, hijo de Salatiel, siervo mío, y haré de ti como *mi sello* [4]; porque a ti te escogí [5], dice el Señor de los ejércitos» [6].

712. El profeta Zacarías (520 a. Cr.) fué hijo de Baraquías [7]; entra en escena en el octavo mes del segundo año del reinado de Darío, coincidiendo

---

[1] El Profeta mismo explica luego sus palabras, que encierran una alusión al estremecimiento de la tierra y del pueblo al promulgarse la Ley en el Sinaí (cfr. núm. 285 y *Iudic.* 5, 4 5; *Ps.* 67, 8 9; *Hebr.* 12, 26): Dios derribará los imperios y quebrantará el poderío del paganismo. Habla, por consiguiente, en forma poética de las agitaciones y revoluciones de los pueblos, de aquellas que tienen por finalidad el fomento del reino de Dios y el afianzamiento de la esperanza mesiánica. Puede también referirse a las agitaciones de orden espiritual, de que habla *Is.* 2, 2 ss.; 19, 21; 60, 1 ss., y a expresiones como *Is.* 51, 16; 65, 17; 66, 21.

[2] San Jerónimo traduce el texto reflejando el sentido que le merece (como en *Gen.* 49, 10 26; *Habac.* 3, 18; *Is.* 16, 1; 45, 8). El hebreo no lo dice tan determinado y personal: Vendrán las cosas preciosas de los pueblos (bienes, presentes o dones, *desiderabilia, optima, pretiosissima gentium;* este sentido tiene frecuentemente la palabra hebrea *chemdah);* es decir, los pueblos traerán lo mejor que tienen, como indica *Is.* 60, 5 y se dice a continuación: «míos son el oro y la plata». Y realmente así sucedió. Los reyes persas y griegos (Ptolomeos) enviaron presentes a Jerusalén (Nehemías trae documentos de ello en II *Mach.* 2, 13); y en tiempo de los Macabeos, los tesoros ofrecidos al Templo por reyes y príncipes eran la codicia de los sirios (II *Mach.* 3, 2; 5, 6: presentes de príncipes y ciudades). No hay ejemplo del nombre mesiánico «Deseado», ni puede demostrarse por *Gen.* 49, 10; más conforme sería el título «Príncipe de la paz», si el verbo en plural no excluyera una persona determinada Advierte ya san Jerónimo *(De civ. Dei* 18, 35), que la denominación «Deseado de las naciones» difícilmente puede interpretarse de la *primera* venida del Mesías. Pero las palabras del Profeta tienen sentido mesiánico: Dios conmueve el mundo gentil para que pueda venir el reino de Dios, y da a este *Templo* mayor esplendor, porque en él es donde quiere otorgar la *paz,* cifra y compendio de todos los bienes mesiánicos. Aquí está la fuerza de la frase; cfr. la nota siguiente. La exégesis del conjunto véase en Knabenbauer, *Comm. in Proph. min.* II 188-197.

[3] 2, 4-10. Quiere Dios otorgar la paz mediante el Mesías, Príncipe de la paz (cfr. *Ps.* 71, 7; *Is.* 9, 6; *Mich.* 5, 5; *Ezech.* 37, 26; núm. 519 525 650 692).—Predícese aquí, sin género de duda, haber el Mesías de honrar con su presencia este segundo y último Templo, que Herodes restauró y embelleció más tarde. El historiador Josefo *(Bell.* 6, 4 8) dice expresamente que el Templo destruído por Tito era el que se comenzó el año segundo de Ciro y duró 639 años y 45 días (según nuestro cómputo, 600 años).

[4] *El anillo de sellar* es muy estimado entre los orientales, los cuales siempre lo llevan consigo y nunca se separan de él (cfr. *Cant.* 8, 6; *Ierem.* 22, 24).

[5] En medio de la debilidad y flaqueza, y de las múltiples dificultades, el Señor infunde ánimo y valor a Zorobabel, jefe del pueblo que acaba de venir de la cautividad, traspasándole la promesa de eterna duración y perpetuo señorío que hiciera a su ascendiente David: aunque todos los imperios se derrumben, *mas tú has de ser mi bien más querido y estimado,* que yo no desecharé como a los demás reinos, sino guardaré con todo cuidado.

[6] 2, 21-24.

[7] No el hijo de Joíada o Baraquías — de quien hace mención *Matth.* 23, 35 — muerto 330 años antes por el rey Joás (cfr. núm. 634).

algún tiempo con Ageo. Tampoco de la *vida* de Zacarías se sabe nada con certeza [1]. Después de una exhortación a la penitencia [2], expone *en la primera parte de su libro* (cap. 1-6) *ocho visiones* que se refieren a la terminación del Templo y a la magnificencia del nuevo Israel, más perfecto que el antiguo [3].—*La segunda parte* (caps. 7 y 8) es un discurso de exhortación y promesas [4], motivado por una consulta: si se debían observar los ayunos prescritos por la destrucción del Templo [5], una vez que el nuevo estaba a punto de concluirse. El Profeta exhorta a la verdadera penitencia y a la enmienda de vida, haciendo magníficas promesas para el futuro. *En la tercera parte* (caps. 9-14) profetiza la *victoria del reino de Dios* sobre los enemigos y el esplendor a que ha de llegar en tiempo del Mesías.

En cuanto a la autenticidad de los ocho primeros capítulos, reina completo acuerdo entre los comentaristas; por el contrario, la crítica moderna niega a Zacarías la paternidad de la tercera parte, atribuyéndola ya a un escritor anterior (al destierro), ya a un «desconocido» más reciente, o bien parte al uno y parte al otro. Estas «conclusiones contradictorias de la crítica científica del Antiguo Testamento» se destruyen mutuamente [6]. La tradición, tanto judía como cristiana, atribuye toda la obra a Zacarías. La diferencia de estilo no es argumento convincente, dada la diversidad de asuntos, y aun esta diversidad «nada prueba contra la unidad del autor» (v. Orelli). Acertadamente observa el protestante Keil: «El escrúpulo de la crítica moderna contra la unidad del libro no estriba precisamente en el carácter de las dos últimas profecías (caps. 9-14), sino en el prejuicio dogmático de los críticos racionalistas y naturalistas, que consideran las profecías bíblicas como adivinaciones naturales, y en su incapacidad de engolfarse en las profundidades de la Revelación divina y de comprender y apreciar rectamente su desarrollo histórico en el fondo y en la forma» [7]. El libro de Zacarías, especialmente la segunda parte, es de lo más oscuro y difícil del Antiguo Testamento, tanto por sus visiones, como por el estilo; pero abunda en ideas mesiánicas importantes. Ofrecen particular interés los siguientes pasajes:

En la tercera visión (cap. 2) vió el Profeta a *un hombre que tenía en su mano un cordel de medir* y se disponía a medir la anchura y la largura de la nueva Jerusalén; Jerusalén, por [8] la multitud de sus habitantes, carecerá de murallas, y todos sus enemigos han de ser humillados, «porque quien os tocare a vosotros, toca en las niñas de mis ojos, dice el Señor de los ejércitos». Prorrumpe luego en exclamaciones de júbilo: «Entona loores y alégrate, hija de Sión; porque

---

[1] Acerca de Zacarías cfr. Reinke, *Messian Weissagungen bei den grossen und kleinen Propheten* IV; *Beiträge*, etc., VI; Kaulen-Hoberg, *Einleintung* II⁵, 434 ss.; Schöpfer, *Geschichte des AT*⁶ 608 ss.; Leimbach, *Bibl. Volksbücher* IV 125 ss. Léese en el Calendario Romano el día 6 de septiembre: «habiendo vuelto de Caldea ya anciano a su patria, yace sepultado junto al profeta Ageo».

[2] 1, 1-6.

[3] Las tuvo todas en la noche de un sábado, el 24 del mes undécimo (es decir, enero-febrero), el año segundo de Darío, 520 a. Cr.

[4] Comunicóselo Dios el día 4 del mes noveno, Casleu (noviembre-diciembre), el año cuarto de Darío, 518 a. Cr.

[5] En la respuesta se alude a cuatro ayunos motivados por la destrucción de Jerusalén y el asesinato de Godolías (cfr. núm. 676 ss.).

[6] Según Cornill (*Einleitung*⁶ 216 s.), en los capítulos 9-11 «se echan de ver de una manera inequívoca huellas de redacción posterior al destierro», y en los capítulos 12-14 «se palpa el origen posterior al destierro». Por el contrario, von Orelli (*Die zwölf kleinen Propheten*³ 179) «no descubre orientación cronológica aceptable para estos capítulos», sino en la época anterior al destierro. Sellin (*Zwölfprophetenbuch* 491) se adjudica el mérito de haber dado con el «único» camino que resuelve todas «las contradicciones y todos los enigmas de este misterioso libro»: un escritor de *época posterior al destierro* se propuso escribir una apocalipsis, *situándose en la posición de los antiguos profetas*. Sellín da fe de no haber «estado el autor del todo desacertado en su cometido»; por lo que aun hoy algunos investigadores caen en el engaño y le tienen por profeta anterior al destierro.

[7] *Kommentar zu den kleinen Propheten* 519.

[8] Imagen de la grandeza del reino del Mesías, de la Iglesia Católica.

mira que yo vengo y **moraré en medio de ti**[1], dice el Señor. Y se allegarán muchas gentes al Señor en aquel día, y serán mi pueblo, y moraré en medio de ti».

En la cuarta visión (cap. 3) vió el profeta Zacarías al *sumo sacerdote Jesús* (Josué) de pie delante del Angel del Señor; el Angel le purificaba de sus pecados en nombre del Señor, le confirmaba en el pontificado, exhortándole a la fidelidad y haciéndole una promesa: «Escucha tú, oh Jesús, sumo sacerdote, tú y tus compañeros (los sacerdotes), la palabra del Señor, pues vosotros sois modelos[2]: **He aquí que yo haré venir a mi siervo, el oriente** (retoño)[3]. **Esta es la piedra** que yo puse delante de Jesús, *sobre esta piedra única hay siete ojos;* he aquí que yo la labraré; y *un* día quitaré yo la iniquidad de esta tierra[4]. En aquel mismo día convidará cada uno a su amigo a la sombra de su parra y de su higuera».

Después de la última visión, dijo el Señor al Profeta: «Toma las ofrendas que han traído para el Templo los enviados de los que aun quedan cautivos en Babilonia, el oro y la plata, y haz con ello una *corona doble;* la pondrás sobre la cabeza del *sumo sacerdote Jesús,* y le dirás: **He aquí el varón**[5] **cuyo nombre es oriente** (retoño)». *El edificará el Templo al Señor, se sentará y reinará sobre su solio, y será a la vez sacerdote.* Y para perpetua memoria, quedará colgada en el Templo la corona (6, 10-14)[6].

713. En los capítulos 7 y 8, con motivo de la consulta acerca del ayuno, expone Zacarías la *necesidad de la verdadera penitencia y de la acendrada virtud,* para ser dignos de las *bendiciones de la era mesiánica;* describe en la segunda parte (caps. 9-14) esta era esplendorosa, a la cual precederán empeñadas guerras (las de los Macabeos), que, con el auxilio de Dios, terminarán en otras tantas victorias: «Robusteced vuestras manos, que ya está echado el cimiento de la casa del Señor.—Porque vendrán *muchos pueblos y naciones poderosas* a buscar al Señor de los ejércitos y a orar en su presencia (8, 9-22).

«Regocíjate, hija de Sión, canta, hija de Jerusalén; **mira que tu Rey vendrá a ti, justo y salvador;** *él vendrá pobre, y sentado sobre una asna, y sobre un pollino hijo de asna...* Y anunciará la paz a las gentes, y dominará de un mar a otro hasta los confines de la tierra[7]. Y los *salvará* el Señor Dios de ellos

---

[1] En la Encarnación y en el Santísimo Sacramento del Altar (cfr. núm. 692).

[2] De lo que ahora voy a decir. El texto hebreo emplea la misma expresión de que se sirve *Isaías* (8, 18) cuando llama a sus dos hijos «Señal y Presagio».

[3] En hebreo *zémach,* vástago, brote; úsase aquí como nombre propio del Mesías. Acerca de este y otros nombres análogos, especialmente *nézer,* pimpollo, flor, que declaran el origen del Mesías de la humillada y ya casi extinguida casa de David, cfr. página 642, nota 3.

[4] La piedra no tallada es símbolo del reino de Dios en su existencia oprimida e imperfecta de entonces; los siete ojos significan la solicitud divina que vela sobre Judá y sus jefes y prepara una situación mejor y más perfecta. La promesa culmina en el vástago divino, que instaura el señorío completo del Señor y le da la última pincelada. En cuanto que Jesús y Zorobabel trabajan en la reconstrucción del Templo y en el desarrollo de la comunidad, preparan y fomentan el reino mesiánico, y en su persona, dignidad y actividad son figuras (señal y presagio) del Sacerdote-Rey (del Mesías) que ha de edificar «el Templo del Señor».—Los intérpretes antiguos ven en la piedra al Mesías (el cordero con los siete ojos, que son los siete espíritus de Dios, *Apoc.* 5, 6; cfr. *Is.* 11, 2 s.; núm. 650), piedra fundamental del reino de Dios (cfr. *Ps.* 117, 22; *Is.* 8, 14; 28, 16; *Dan.* 2, 34 35 44 45; núm. 697); y en los siete ojos, la grande y amorosa solicitud del Mesías por su reino. La piedra es artísticamente tallada mediante la Pasión que padece Jesucristo en sí mismo y en sus fieles miembros, en la Iglesia (cfr. el himno *Caelestis urbs Ierusalem).*

[5] Ha de venir un hombre, el Mesías, al cual tú, como sacerdote, representas.

[6] El Mesías es a la vez Rey y Sacerdote *(Ps.* 109); él edifica el Templo espiritual y perfecto (cfr *Agg.* 2, 6 ss.; *Zach.* 4, 9), es decir, la Iglesia de la Nueva Alianza, de la cual son figuras los de Salomón y Zorobabel.

[7] 9, 9 s. Esta profecía se cumplió al entrar Jesús en Jerusalén (cfr. *Matth.* 21, 4; *Ioann.* 12, 15 16). Cabalgar en un pollino es rasgo bíblico que alude al Príncipe *de la paz* y a su aparición en pobreza y humildad. Porque cabalgar en brioso corcel, artículo de

en aquel día *como grey de su pueblo;* porque piedras santas [1] se levantan en la tierra de El. ¿Cuál será su bien, cuál su hermosura? [2] *El trigo de los escogidos y el vino que engendra vírgenes»* [3].

A las bendiciones [4] y prosperidad de Israel seguirá la *desolación,* porque el pueblo ha despreciado a su buen pastor [5]. Muéstrale esto Dios al Profeta en una visión, dándole el encargo de *apacentar la grey.* Mas el Profeta, o más bien Dios, el Mesías, a quien aquél representa, es despreciado; Israel le da en pago de sus trabajos el precio de un miserable esclavo, rompiendo el compromiso con él contraído; por lo que Israel será desechado. Termina así: «Y les dije a ellos [6]: Si os parece bien dadme mi salario; y si no, dejadlo estar. *Y pesaron por mi salario* **treinta siclos de plata.** Y me dijo el Señor: *Echalo al alfarero,* ese bello precio en que me apreciaron. Y tomé los treinta siclos de plata y *los eché en la casa del Señor al alfarero* [7]. Y quebré mi segundo cayado, que se llamaba cordel, para deshacer la hermandad entre Judá e Israel» [8].

Pero Judá no es desechado para siempre [9]. Luchará, como los demás pueblos, contra la Iglesia del Mesías; pero, por la gracia de Dios, llegará a reconocer y llorar su delito; Dios le abrirá una fuente de gracia para que se purifique de todos sus pecados: «Y *derramará* sobre la casa de David y se llora los moradores de Jerusalén *espíritu de gracia y de oración* [10]; y **pondrán su mirada en mí, a quien traspasaron;** y lo plañirán [11] con llanto, como se llora al unigénito, y harán duelo sobre él, como se suele hacer en la muerte del primogénito [12]. En aquel día será grande el llanto en Jerusalén, como el llanto de

---

guerra y de lujo en el Antiguo Testamento, propio es de príncipes mundanos y guerreros. Por ello la fuerza está en aquellas palabras: El anunciará (traerá) la *paz.*

[1] Héroes gloriosos, en los cuales se estrella el poder del enemigo.

[2] ¿Cuáles serán los más preciosos bienes que Dios otorgará?

[3] 9, 16. Según san Jerónimo, este pasaje se refiere primero a las batallas y victorias de los judíos *en tiempo de los Macabeos,* cuando el Señor bendijo espléndidamente a su pueblo, especialmente con trigo y vino, que dan robustez a la juventud. Pero aquellas luchas, como estas bendiciones, son figuras de la era mesiánica que luego ha de seguir. Aquí lo más hermoso y precioso que él puede dar, y su pueblo recibir, será el Santísimo Sacramento del Altar, con el cual se forma una generación robusta y fuerte para las batallas, y probada en la perfecta pureza (cfr. *Ioann.* 6, 31-45 49 ss.).

[4] Cap 9 y 10. [5] Cap. 11.

[6] A los recalcitrantes de la grey.

[7] Los judíos despreciaron a este verdadero pastor, a quien representa el Profeta en la visión (por eso habla en primera persona). El requerimiento a tasar su salario es *irónico,* y tiene por objeto poner al descubierto los reprobables sentimientos de los judíos. Treinta monedas de plata son el precio de un esclavo *(Exod.* 21, 32; cfr. pág. 224, nota 2). Enojado de ello el Señor, manda arrojarlas a su vista en el Templo al alfarero, en señal de desprecio, aludiendo al mismo tiempo a *Jeremías* 18 y 19, donde Dios, ofendido por Israel, se representa a sí mismo bajo la figura de un alfarero, el cual quiebra a su placer la vasija (Israel) que está fabricando, para confeccionar otra, es decir, para mostrar su favor y gracia a otros pueblos (cfr. *Matth.* 2á, 43; *Luc.* 19, 42). Cumplióse esta profecía al pie de la letra cuando los judíos fijaron en 30 monedas de plata el precio del Redentor a quien despreciaron, cuando el discípulo traidor, acuciado por los remordimientos de su conciencia, las arrojó en el Templo a la presencia del Señor, en testimonio contra los judíos y cuando éstos compraron el campo del alfarero, perpetuando así su crimen *(Matth.* 27, 3-10).

[8] 11, 7-14. Después que el pueblo judío desechó al Redentor, pasado el tiempo de espera de la gracia, soltó el pastor el lazo que unía a los convertidos del pueblo judío, llamados aquí Judá, con los contumaces, que denomina porción caída de Israel, y abandonó a estos últimos a su suerte. [9] Cap. 12 s

[10] Cfr. *Is.* 44, 3 4; *Ezech.* 11, 19; 39, 29; *Ioel* 2, 28 29.

[11] Al pastor a quien despreciaron, el cual no es otro sino el mismo Dios a quien traspasaron. Quien habla en 12, 1 es Dios; por eso es indiscutible que este pasaje alude al Mesías, el Hijo de Dios encarnado, el cual tomó, según capítulo 11, el oficio de pastor de Israel, pero fué correspondido con la más negra ingratitud *(Ioann.* 19, 37).

[12] En cuanto que el Mesías era el «vástago» y la única esperanza de Israel, llámasele figuradamente *el primogénito* de Israel; pues por su naturaleza divina es verdaderamente el «unigénito» del Eterno Padre (cfr. *Ioann.* 1, 14 18; *Col.* 1, 15 ss.; *Hebr.* 1, 6).

Adadremmón en el campo de Mageddo [1], y se pondrá de luto la tierra» [2].

«En aquel día *habrá una fuente abierta* para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para que *laven las manchas de los pecados*» [3].

Zacarías vuelve su mirada a aquél cuya muerte e infinita misericordia es la causa de tan bello porvenir. Contempla el consejo divino; la permisión de la *muerte del pastor* penetra en sus oídos como un mandato formal de Dios: «*Levántate, espada* [4], *contra mi pastor* [5], y contra el **hombre de mi compañía,** dice el Señor de los ejércitos: *Hiere al pastor y se dispersarán las ovejas*» [6].

De nuevo contempla el Profeta el *castigo por este deicidio,* la destrucción de una gran parte del pueblo, la dispersión de los demás por todo el mundo *y también el término glorioso* de los caminos del Señor: vendrá el Señor y con él todos los santos. *De Jerusalén* saldrá agua viva que correrá hasta los mares más lejanos. *El Señor será Rey de toda la tierra* y no habrá más nombre que el suyo.—Y los paganos vendrán todos los años a adorar al Rey, al Señor de los ejércitos [7].

104. Segundo regreso, a las órdenes de Esdras. Reconstrucción de las murallas de Jerusalén bajo Nehemías. El profeta Malaquías

(*Esdr*. 7-10; *Esdr*. 1, 13)

714. El Señor dispuso que Esdras, varón muy versado en la Ley de Dios, llegase a tener gran valimiento con el rey persa Artajerjes [8]. Aprovechándose de ello, consiguió para sí y para todos los judíos del reino persa el permiso de regresar a Jerusalén [9]. Reuniéronse, pues, muchos judíos en derredor de Esdras y, sin protección alguna militar (pues, confiados en Dios, no lo habían solicitado) y sin ser molestados por enemigos y salteadores de caminos, atravesando el desierto de Siria, llegaron a Jerusalén tras un viaje de cuatro meses y medio [10]. Pronto advirtió Esdras los abusos que se habían introducido en Palestina, especialmente en cuanto a matrimonios con mujeres paganas. Termina el libro sin decirnos cuál fuese la eficacia de sus amonestaciones; más esto mismo es indicio de no haberse logrado resultados decisivos.

---

[1] Cfr. núm. 672.

[2] 12, 10-12.

[3] 13, 1; también en otros pasajes se habla del agua como símbolo de la gracia y de la purificación (cfr. *Is*. 12, 3 ss.; 35, 6; 44, 3; 55, 1; *Ezech*. 47; *Ioann*. 3, 5; 4, 10 ss.; 7, 37 38; núms. 330, 650, 655, 693).

[4] Dice espada, como instrumento y símbolo de muerte violenta (cfr. *Ps*. 21, 21; *Prov*. 5, 4; *Eccli*. 21, 4; 26. 27; *Rom*. 8, 35; 13, 4; cfr. núm. 523).

[5] El Mesías, de quien ha hablado hasta aquí. Dios le llama «hombre de mi *compañía*», lo cual es indicio de la naturaleza divina del Mesías.

[6] 13, 7; cfr. *Matth*. 26, 31; *March*. 14, 27.

[7] 14, 5 8 s. 16.

[8] Artajerjes I, apellidado «Longimano», el de la larga mano, 465-424 a. Cr. Cfr. Nikel, *Die Wiederherstellung des jüdischen Gemeinwesens,* etc., 176 ss.; Fischer, *Die Chronologischen Fragen,* etc., 69 ss.

[9] 1 *Esdr*. 7.

[10] Cap. 8. Según *Esdr*. 8, 1-14, el número de repatriados ascendía a 1500, además de 38 levitas y 220 criados del Templo (natineos) invitados por Esdras. Traían consigo 650 talentos de plata y 100 vasijas de plata, 100 talentos de oro y 20 vasijas de oro que valían 1000 piezas de oro (cada una), además de dos vasijas de óptimo y reluciente cobre, tan hermoso como el oro. Esdras encomendó estos tesoros a veinticuatro sacerdotes y levitas escogidos, los cuales los llevaron a Jerusalén y los entregaron el tercer día de su llegada a la Ciudad Santa (8, 24-35).

715. Para restablecer el orden en tan tristísimas circunstancias, y especialmente para restaurar la ciudad santa, dióle el Señor un poderoso auxiliar en la persona de Nehemías.

Desempeñaba éste el cargo de copero [1] del rey Artajerjes en la corte de Susa [2]. Y como hubiese oído que los judíos de Jerusalén eran castigados con fuertes tributos por los gobernadores del rey [3] y hostilizados por los pueblos vecinos, que vivían en gran aprieto y no habían podido reedificar los muros y fortificaciones de la Ciudad Santa, comenzó a llorar amargamente y a implorar al Señor con ayunos y otras penitencias. Cierto día al servir la copa, apareció como decaído en la presencia de Artajerjes. Este le preguntó: «¿Por qué está melancólico tu semblante, no estando enfermo?» Nehemías respondió: «Cómo no he de estar melancólico, cuando la ciudad de mis padres está desierta y sus puertas consumidas por las llamas?» Prosiguió el Rey: «¿Qué deseas?» Y Nehemías suplicó al rey le enviase a Jerusalén para reedificarla. Concediόselo Artajerjes, nombróle gobernador de Judea, dióle una comitiva para el camino y le entregó una carta para el guarda de los reales bosques de Judea, en que ordenaba a éste proveyese a Nehemías de toda la madera necesaria para la reconstrucción de Jerusalén. Esta real orden se dictó el año 20 de Artajerjes, el 445 (a. Cr.).

Llegado a Jerusalén, comenzó Nehemías en seguida la *reedificación de los muros* [4]. Todos los repatriados tomaron parte en el trabajo, desde el sumo sacerdote hasta el último esclavo.

Los *samaritanos* comenzaron de nuevo a intrigar contra los judíos. Ya a la primera noticia de la reedificación proyectada, mofáronse de ella Sanaballat [5], gobernador persa de Samaria y Galaad, Tobías el ammonita y Gosem, empleado persa, natural de Arabia. Mas viendo que las obras seguían adelante, exclamó Tobías con irritado orgullo: «Una raposa que acierte a venir pasará de un salto los muros». Mas los judíos no cejaron, antes, prosiguiendo con más ahinco su obra, fueron cerrando todas las brechas. Entonces los enemigos pensaron emplear la violencia para estorbarlo. Cuando supo esto Nehemías, acudió con los suyos al Señor, puso centinelas que vigilasen al enemigo día y noche y apercibió al pueblo para la pelea detrás de las murallas. Los enemigos hubieron de retroceder avergonzados. Pero para proceder con seguridad, dispuso Nehe-

---

[1] Cargo muy importante, algo así como mayordomo de palacio. Acerca de Nehemías, cfr. *KL* IX 92 ss.; *LB* III 360 ss.

[2] Capital de la provincia de Susiana; hallábase entre los ríos Choaspes y Ulai o Eulaeus (*Dan.* 8, 2 16), en un paraje muy bravío; tenía un alcázar fortificado (*Dan.* 8, 2) y magníficos palacios y jardines. Allí residían los reyes persas durante algunos meses; allí estaba también una de sus principales tesorerías del imperio. Allí debió de desempeñar Daniel el cargo de gobernador (cfr. *Dan.* 6, 1-3). Las excavaciones modernas (francesas) han obtenido notables resultados; se ha descubierto, entre otras cosas, el real alcázar y la estela de Hammurabi, llevada allí de Babilonia (núm. 9 y lámina 1, fig. a).

[3] Cfr. II *Esdr.* 5, 15.

[4] II *Esdr.* 3; cfr. Nikel, *Jüd. Gemeinwesen* 185 ss.; Fischer, *Chronol. Fragen.* 83 ss.

[5] Hállase el nombre de este gobernador, como también el del sumo sacerdote Jocanán (II *Esdr.* 12, 12), en uno de los documentos del año 408 a. Cr. hallados en Elefantina (Syene). Los judíos que vivían en el Alto Egipto acudieron a los hijos de Sanaballat y al sumo sacerdote Jocanán reclamando contra la destrucción de su templo, dedicado a Yahve, y pidiendo ayuda. Acerca de estos documentos cfr. núm. 725. «Después del descubrimiento de los papiros de Elefantina queda definitivamente descalificada la afirmación de Fl. Josefo que asigna a Sanaballat y al sacerdote Manasés la época de Alejandro Magno. Con la mención de Sanaballat en los citados documentos se derrumba también la tan discutida cronología (sostenida, entre otros, por Kaulen) relativa a la época de la restauración judía: creíase ver en el Artajerjes del *Libro de Nehemías,* y por ende también en el nombrado en *Esdr.* 7, no a Artajerjes I Longimano (465-424 a. Cr.), sino a Artajerjes II Mnemón (405-358 a. Cr.); con lo cual se retrasaban los sucesos del período de Esdras y Nehemías» (Peters en *WBG* 1907, 387).

mías que parte de los jóvenes ejecutasen su trabajo con la espada al cinto, de suerte que «con una mano trabajaban y con la otra tenían la espada»; la otra mitad estaba sobre las armas con lanzas, escudos, ballestas y lorigas. Nehemías con su gente daba ejemplo a todos, no quitándose los vestidos sino para bañarse. En vista de esto, Sanaballat empleó la astucia, invitando a Nehemías por cinco veces a una entrevista fuera de Jerusalén, y sobornando a los judíos conspicuos de la ciudad para que disuadiesen de la obra al hombre de Dios. Mas éste, penetrando los ardides del enemigo, permaneció firme en su intento. A los cincuenta y dos días estaban terminadas murallas, puertas y torres. Entonces reconocieron los samaritanos que aquello era obra de Dios, y no molestaron en adelante a los judíos (caps. 5, 7 6).

716. Terminada la obra, Esdras y Nehemías procedieron a la *restauración espiritual* del pueblo (cap. 8). Ya durante la construcción de las murallas se logró desterrar un cáncer social, la usura [1].—Al terminar la obra, Esdras aprovechó la *fiesta de Año Nuevo* que caía por entonces, para *leer* al pueblo, congregado de toda Judea en Jerusalén, *la Ley de Moisés*, casi olvidada, acompañando de exhortaciones la lectura. Al oír las palabras de la Ley, prorrumpió el pueblo en llanto, mas Nehemías y Esdras le consolaban diciendo: «No lloréis; que nuestra fortaleza es la alegría en el Señor».—Catorce días después celebraron con gran regocijo la fiesta de los Tabernáculos por ocho días, durante los cuales Esdras y los levitas leyeron la Ley al pueblo. Al día siguiente se vistieron todos de saco para hacer penitencia pública delante del Señor y renovar solemnemente la Alianza (cap. 9 y 10) [2].

Después de disponer que de cada diez hombres de toda Judea viniese uno a Jerusalén para aumentar la población de esta ciudad, y después de inaugurar solemnemente las murallas y la ciudad [3], y haber preparado, según parece, una colección de libros sagrados (por medio de Esdras) [4], dejando todo ya en orden,

---

[1] II *Esdr*. 5.

[2] Buscando por este tiempo Nehemías en el lugar donde fué escondido el *fuego sagrado* del altar de los holocaustos (cfr. núm. 677), sólo halló agua fangosa. Mas como hubiese rociado con ella la víctima, rompiendo de repente el sol de entre las nubes, encendió un gran fuego que consumió los sacrificios (II *Mach*. 1, 18). Conservóse en adelante cuidadosamente como fuego sagrado de la cautividad (cfr. núms. 321, 563), y se celebró el milagro con una fiesta nacional. Coincidía probablemente con la *fiesta de la leña*, día 14 del mes Loos (agosto), instituída para celebrar la prontitud con que todo Israel contribuyó por familias al sostenimiento del fuego sagrado (cfr. Josefo, *Bell*. 2, 17, 6; II *Esdr*. 10, 34; 13, 31); quizá se unió más tarde la fiesta a la de la *Dedicación del Templo*, instituída por Judas Macabeo el 25 de Casleu (noviembre-diciembre). Tuvo su cumplimiento en la «bendición del fuego nuevo» del Sábado Santo, víspera del día en que Jesucristo, verdadera luz que ilumina a todo el mundo, salió del sepulcro en que estaba oculto.

[3] Cfr. II *Esdr*. 12, 27 ss.

[4] Cfr. II *Mach*. 2, 13. Según tradición judía, Esdras hizo la colección de los Libros Sagrados y murió en Persia, donde se muestra su sepulcro en el-Oseir o *el-Esr* (es decir, Esra, Esdras), en la ribera del Tigris, 40 Km. más arriba de la confluencia del Eufrates y del Tigris. Según Josefo (*Ant*. 11, 5, 5), murió en Jerusalén. Tal es la estima en que le tienen los judíos, que, en frase del *Talmud*, de no haber dado Moisés la Ley, Esdras habría sido digno de darla. Cfr. *KL* IV 896 ss. Es inadmisible la hipótesis de haber Esdras compuesto (compilado) la *Ley*, atribuídola falsamente a Moisés y fundado la religión legal; pero fué mayor de lo que comúnmente se ha creído la parte que tomó en la colección y redacción de la *Ley* (y de los Libros Sagrados); cfr. núm. 30. Acerca del *Libro de la Ley* que Esdras legó a la comunidad, y a cuya guarda Nehemías comprometió al pueblo, cfr. Nikel, *Die Wiederherstellung des jüdischen Gemeinwesens*, etc., 202. Los judíos distinguen muy bien entre la *Ley* que Esdras restableció, y las disposiciones y tradiciones que le atribuyeron; éstas se hallan en fuentes extrabíblicas.

regresó Nehemías a la corte de Persia; había desplegado su actividad en Jerusalén durante doce años [1].

Pasado algún tiempo [2], fué *por segunda vez Nehemías a Jerusalén,* y encontró que se había introducido una porción de groseros abusos. Los levitas padecían necesidad, no se guardaba el sábado, y de nuevo los judíos contraían matrimonios con mujeres paganas, cuyos hijos ni siquiera sabían hablar judío. Nehemías procedió con toda energía, y echó del país a *Manasés, hijo del sumo sacerdote Joíada,* por haberse casado con la hija de Sanaballat, enemigo mortal de los judíos [3].

717. El profeta Malaquías intervino, probablemente, en tiempo de Esdras y Nehemías y apoyó poderosamente a ambos. Nada sabemos de *su vida* con precisión; pero nos queda de él un librito profético, que cierra dignamente la serie de profetas del Antiguo Testamento [4].

Malaquías reprende sobre todo la *ingratitud* de los judíos para con Dios y sus últimas infidelidades [5]. Ve acercarse la *reprobación* del pueblo y de sus instituciones simbólicas y por ende imperfectas [6]. En particular reprende los frecuentes *divorcios* y los matrimonios con paganas [7]; las ideas y conversaciones criminales contra la justicia de Dios [8]; la negligencia en pagar los diezmos y tributos al Santuario, prueba manifiesta de la apostasía interior [9]. Vuelve luego sus ojos al Mesías, a quien con vista profética ve venir [10] precedido de un mensajero (del Angel del Señor) [11]. He aquí los pasajes más salientes:

«El hijo honra a su padre, y el siervo a su señor. Pues si yo soy padre, ¿dónde está el honor que me corresponde? Y si yo soy el Señor, ¿dónde está el temor que se me debe? dice el Señor de los ejércitos.—Si ofreciereis una res ciega para ser inmolada, ¿no será ello una cosa mal hecha? Y si la ofreciereis coja y enferma ¿no será ello cosa mala? Preséntala a tu caudillo, para ver si es de su agrado, o si te recibe benignamente, dice el Señor de los ejércitos.—No tengo mis complacencias en vosotros, dice el Señor de los ejércitos; ni recibiré ofrenda alguna de vuestra mano. *Porque desde donde nace el sol hasta donde se pone, grande es mi nombre entre las gentes, y en todo lugar se sacrifica y ofrece a mi nombre* **ofrenda pura** [12]; porque grande es mi nombre entre las gentes, dice el Señor de los ejércitos» [13].

---

[1] Cfr. II *Esdr.* 7, 4 ss.; cap. 11 y 12.

[2] «Al fin de los días» (II *Esdr.* 13, 6); las circunstancias suponen una larga estancia de Nehemías en Jerusalén; por lo que algunos trasladan la segunda a la época de Darío Notos, hacia el año 400 a. Cr. Cfr. Nikel, *Die Wiederherstellung des jüdischen Gemeinwesens,* etc., 118 s.; Fischer, *Die chronologischen Fragen,* etc., 91.

[3] Su suegro Sanaballat había instituído para sí *un sacerdocio propio en Samaria* y erigido un *templo en el monte Garizim,* junto a Siquem. Esto y la hostilidad de los samaritanos aumentaron la antigua antipatía de los judíos por aquellos medio gentiles, la cual con las luchas posteriores llegó a convertirse en verdadero odio entre ambos pueblos (Cfr. *Eccli.* 50, 27 s.; *Ioann.* 4, 9; *Luc.* 9, 53).

[4] Acerca de Malaquías cfr. Reinke, *Der Prophet Maleachi* (Giessen 1856); *Die messian. Weissagungen bei den grossen und kleinen Propheten* IV, fascículo 2, 339; Leimbach, *Bibl. Volksbücher* IV 183 ss. [5] 1, 1-5. [6] 1, 6-2, 9.

[7] 2, 10-16. [8] 2, 17-3, 6. [9] 3, 7-12. [10] Cap. 3 y 4.

[11] Malaquías fué el último de los profetas, «el sello, el término de los profetas», como le llaman los intérpretes judíos. El primero a quien nuevamente reconocieron los judíos como profeta, fué Juan el Bautista. Malaquías significa «ángel (mensajero) del Señor», como le llama la versión griega. De aquí el haber creído algunos que fuera un ángel en figura humana. Malaquías llama al Precursor «ángel», pero en el sentido de «mensajero del Señor». Los judíos creyeron que Malaquías era otro nombre de Esdras; lo cual no es inverosímil; también le tuvieron por miembro de la «Gran Sinagoga» como a Daniel, Esdras, Ageo y Zacarías (cfr. núm. 725).

[12] Es decir: Suprimid del todo vuestros sacrificios. Son en sí imperfectos, y además van manchados de vuestra ingratitud. Cerca está el tiempo del Mesías, cuando *todos los pueblos* me han de reconocer y adorar como al verdadero Dios, y en toda la Tierra se me ofrecerá un *sacrificio incruento, puro y perfecto.* [13] 1, 6 8 10 s.

El Profeta habla de un *sacrificio de la era mesiánica,* no de los sacrificios de su tiempo, como sostienen casi todos los intérpretes protestantes. Opinan éstos, además, que el Profeta se refiere a los sacrificios ofrecidos al verdadero Dios por los pueblos paganos o por los judíos en países gentiles, sacrificios más agradables que los ofrecidos por los sacerdotes en Jerusalén. *Gramaticalmente,* el texto original puede referirse tanto al presente como al futuro; también el *contexto* consiente ambas interpretaciones. Mas habría que averiguar si el estado religioso del mundo pagano y el de los judíos de la diáspora pueden justificar la contraposición que establece *Malach.* 1, 11; y si, de consiguiente, *pudo* el Profeta referirse a los sacrificios de su época. Parece debe negarse en absoluto esta posibilidad. Aun los intérpretes protestantes rechazan que Malaquías se refiera a los sacrificios que los paganos ofrecían a sus dioses — *inconscientemente* también *al verdadero Dios —;* el Profeta alude a la corriente monoteísta que por entonces se despertaba en el mundo pagano, y a los sacrificios que ofrecían los prosélitos en honor de Yahve. Mas la corriente monoteísta estaba en aquella época en muy humildes principios y sólo daba un puesto al Dios de Israel en el Panteón junto a los demás dioses. De consiguiente, a lo sumo pudo ser para el Profeta el *punto de partida* de su visión, mas no el cuadro mismo que contemplaba. En cuanto a los judíos de la diáspora, no sabemos, y aun es muy inverosímil, que «en todos lugares» ofreciesen sacrificios puros al nombre del Señor; hasta hoy sólo dos templos de la diáspora nos son conocidos (Elefantina y Heliópolis). Por el contrario, la conversión de los paganos a Yahve es un rasgo esencial del cuadro del porvenir mesiánico; y *Ps.* 21, 27, 30, *Is.* 66, 2 y *Ierem.* 33, 17 s., indican la universalidad del sacrificio en los tiempos mesiánicos; la idea, pues, de *Malach.* 1, 11 es muy obvia.

El Profeta anuncia un *sacrificio en sentido propio,* no un sacrificio espiritual como, por ejemplo, la oración o las buenas obras; pues, la palabra hebrea *mincha* designa en el ritual mosaico los sacrificios incruentos — oblaciones y libaciones — que acompañaban a los sacrificios cruentos, y a veces se ofrecían también independientemente [1] de éstos [2]; por lo que en *Ps.* 40, 7 se dice: *sebach u-mincha,* sacrificios (cruentos) y oblaciones. El Profeta hablaba a los sacerdotes acerca de su oficio; es, pues, natural que diese a sus palabras el sentido litúrgico fijado por la Ley. La palabra *mincha* no se usa en el Antiguo Testamento en sentido metafórico. El contexto exige asimismo darle sentido de sacrificio real: a los *sacrificios externos* del Antiguo Testamento debe contraponerse aquí un sacrificio, externo también, pero perfecto, *un sacrificio puro,* en contraposición a los del Antiguo Testamento, es decir, un sacrificio que no se contamine de la flaqueza de los oferentes; lo cual no se puede aplicar a los sacrificios interiores que dependen de la limpieza o impureza del oferente, y, por consiguiente, participan más o menos de la flaqueza humana. Mas este sacrificio debe ser sustitución y *cumplimiento* perfecto y verdadero *de los sacrificios del Antiguo Testamento.* Todas estas condiciones **se cumplen en el Santo Sacrificio de la Misa** de la Iglesia Católica. Este es el único sacrificio de la era mesiánica ofrecido al verdadero Dios en todos los pueblos y en todos los lugares, de Oriente a Occidente. Es una *oblación* figurada en el sacrificio de Melquisedec, en los panes de la proposición y en las ofrendas y libaciones que acompañaban a los sacrificios cruentos [3], y anunciada clarísimamente cuando al Mesías se le llama «sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec» [4]. Es un sacrificio *real* que sustituye de manera perfectísima a todos los sacrificios del Antiguo Testamento; es sacrificio de acción de gracias, de alabanza, impetratorio y propiciatorio. Es un sacrificio *puro,* que no puede contaminarse o ser invalidado por la indignidad del oferente, porque sacrificio y oferente propia-

---

[1] El sacrificio diario del sumo sacerdote, los panes de la proposición y el sacrificio *pro peccato* de los pobres (cfr. núms. 311 y 325).

[2] *Lev.* 2, 1 4; 5, 6; 6, 7 ss ; 7, 9.

[3] Cfr. núms. 144, 301, 306, 311.

[4] *Ps.* 109, 4. *Hebr.* 7; cfr. núm. 526.

mente dicho es el Hijo de Dios encarnado, infinitamente puro y santo. Así entienden este pasaje san Ireneo [1] y san Justino [2] y los Padres que les han seguido; así lo interpreta expresamente el santo Concilio Tridentino [3].

718. «*He aquí que yo envío a mi Angel, que preparará el camino ante mi faz* [4]. *Y luego* **vendrá a su Templo el Dominador a quien vosotros buscáis, y el Angel del Testamento,** que vosotros deseáis. He aquí que viene, dice el Señor de los ejércitos. ¿Y quién podrá pensar en el día de su venida, y quién se parará para mirarlo? Porque él será como fuego que derrite, y como yerba de bataneros, y él purifica a los hijos de Leví, y los acrisola como el oro y la plata, y ellos ofrecerán al Señor sacrificios con justicia. Y será agradable al Señor el sacrificio de Judá y de Jerusalén, como en los siglos primeros y tiempos antiguos. Y me llegaré a vosotros para juzgaros; y yo seré pronto testigo [5] contra los hechiceros, adúlteros, perjuros, injustos», etc. [6].

«Porque he aquí que llegará aquel día semejante a un horno encendido; y todos los soberbios, y todos los que ejercen la maldad serán como estopa; y los abrasará el día que ha de venir, dice el Señor de los ejércitos, sin dejar de ellos ni raíz ni renuevo. Y *nacerá* para vosotros, los que teméis mi nombre, el sol de justicia y la salud con sus rayos.—*He aquí que yo os enviaré al profeta Elías, antes que venga el día* grande y tremendo del Señor. Y convertirá el corazón de los padres a los hijos, y el corazón de los hijos a sus padres [7]; no sea que yo venga y hiera la tierra con anatema» [8].

105. Ester

(Hacia el año 480 a. Cr.)

719. Refiere **el Libro de Ester** [9] cómo en cierta ocasión fueron librados de la muerte los judíos que residían en el reino persa; la protagonista Ester ha dado el nombre al libro. Este se escribió probablemente luego del suceso, para que fuera leído en la fiesta de los Purim, instituída para conmemorar tan fausto acontecimiento. La narración y los documentos contenidos en él descansan seguramente en apuntes que dejó escritos Mardoqueo (9, 20-23) y en cartas que él mismo escribió a una y otra parte para disponer la fiesta conmemorativa. La forma actual del libro se debe, sin duda, a que los judíos, cuando la fiesta de los Purim tomó carácter mundano y tumultuoso, omitieron ciertos pasajes, para que no se profanase el nombre de Dios en la lectura pública. Por esta razón el texto hebreo actual es más breve que el traducido por los *Setenta*. San Jerónimo tradujo fielmente el texto hebreo abreviado, y su versión constituye la *primera parte* del *Libro de Ester* (1, 1-10) de la *Vulgata,* que siempre gozó de autoridad canónica

---

[1] *Adv. haer.* l. 4, c. 17, n. 5. [2] *Dialog. c. Tryph.* n. 28 41 117.

[3] *Sess.* 22 c. 1 Más por menudo en Reinke, *Beiträge* II 465; *ZKTh* 1881, 499; Hetzenauer, *Theol. bibl.* I 603; Brinktrine (*Der Messopferbegriff in den ersten zwei Jahrhunderten* en *Freiburger theol. Studien,* fascículo 21, Friburgo 1918, 217 ss.) trae un excelente comentario y resuelve las objeciones y dificultades modernas.

[4] El que habla es Dios, el cual aparece en el *Mesías*. Este es también el *Dominador,* el Príncipe de la paz (núms. 663 y 713), y lleva por nombre *Angel de la Alianza,* como medianero de la Nueva y eterna Alianza, anunciada por Moisés y predicada por los profetas (cfr. *Deut.* 18, 15; núm. 394; *Is.* 42, 6 ss.; 49, 8; *Ierem.* 31, 31 ss.; núm. 682). Viene a *su* Templo, porque es el Dios verdadero.

[5] En su omnisciencia.

[6] 3, 1-5. Como el orfebre y el batanero separan la escoria y la suciedad, así el Mesías separará todo lo impuro y pecaminoso, sobre todo de los sacerdotes y levitas.

[7] Los santos Padres entienden la venida de Elías al pie de la letra, y en el día grande y terrible del Señor ven el Juicio Universal; cfr. núm. 596. [8] 4, 1 s. 5 s.

[9] Kaulen-Hoberg, *Einleitung* II[5] § 273 ss.; Seisenberger, *Die Bücher Esdras, Nehemias und Esther* (Viena 1901); Neteler, *Die Bücher Esdras, Nehemias und Esther* (Münster 1877); Rösch, *Die Heilige Schrift AT* 926; *KL* IV 926 s.; Kalt, *Das Buch Esther* (Steyl 1924).

entre los judíos. En cuanto a la *segunda parte* (10, 4-16, 24), contiene algunas adiciones a distintos capítulos del libro, tomadas de los *Setenta,* las cuales integraron también en otro tiempo el texto original hebreo de Ester, fueron reconocidas como auténticas por la Iglesia cristiana y citadas por los judíos mismos, como Fl. Josefo [1].

Se ha puesto en duda el *carácter histórico* del libro, fundándose en criterios internos y externos. Nada se cuenta de Ester en las fuentes de la historia profana; la persona del rey Asuero no aparece en los anales de la historia persa; ni siquiera se puede precisar un núcleo histórico. Pero la no existencia de pruebas extrabíblicas nada prueba contra el carácter histórico del libro, sobre todo siendo tan incompletos los conocimientos que de aquel período de la historia tenemos, por haberse perdido los anales del reino persa. La historia de Ester y de lo que aconteció a los judíos de Persia — indudablemente había muchos en este reino — encaja muy bien, tanto cronológicamente como por su contenido, dentro de la historia conocida de la cautividad; la situación, las ideas y costumbres de Persia que el libro supone, y los datos que aduce, concuerdan perfectamente con lo que sabemos del reino persa de aquella época. No cabe una descripción más fiel de la vida de serrallo de un soberano oriental, que la de este libro. La elevación de una favorita después de repudiada otra, era cosa corriente en las cortes orientales, como también la ejecución de un ministro omnipotente. Los caracteres de todos los personajes están pintados con gran verdad psicológica. La institución de la fiesta de los Purim era tan conforme a la costumbre, como el establecimiento de la fiesta en recuerdo de la victoria sobre Nicanor (II *Mach.* 15, 36). El asiriólogo Oppert ha demostrado (1864) que el contenido del *Libro de Ester* dice bien con el cuadro de la historia persa conocida; y las excavaciones francesas de Susa (1884-1886) han confirmado completamente lo que acerca del palacio real dice o supone el *Libro de Ester* [2]. No hay en esta historia nada que sea imposible históricamente; ni siquiera se relatan sucesos prodigiosos, sino sólo admirables disposiciones (divinas), con las cuales pudieron cooperar factores naturales. No hay, pues, necesidad de apartarse de la interpretación tradicional, respetuosa con el sentido literal del texto, y suponer se trate de una historia de libre invención o de una alegoría [3] o fábula con fondo histórico. Descubrir en la mera semejanza externa de los hombres: Ester, Istar; Mardoqueo, Marduc, un mito babilónico trasplantado y transformado [4], merece calificarse de fantasía o arbitrariedad.

720. Después de la toma de Babilonia por los persas, a pesar del permiso para regresar a Jerusalén, gran parte de los judíos quedó en el reino, que desde ahora llamaremos persa. De ello se sirvió Dios para que los paganos viniesen al conocimiento del verdadero Dios y de la promesa del Redentor venidero, y, de esta suerte, se preparase el camino a la religión del Redentor. Algunos judíos que descollaban en la fe y en la virtud llegaron a tener gran valimiento con los reyes paganos, como antes Daniel y sus tres compañeros, como Esdras y Nehemías; valimiento del que se sirvieron en provecho de sus compatriotas y de la verdadera religión. Tal sucedió con Ester [5]. Vivía esta doncella en Susa, en tiempo del rey

---

[1] *Ant.* 11, 6.

[2] Jampel, *Das Buch Esther auf seine Geschitlichkeit kritisch untersucht, nebst einen Anhang: Die topographische Beschreibung des Achaschwerosch-Palastes im Buche Esther und die Burg zu Susa von M. Dieulafoy* (Frankfurt 1901).

[3] Así Scholz, *Kommentar über des Buch Esther* (Würzburg 1892).

[4] Winckler-Zimmern, *KAT*³ 514 ss.; cfr. *ThR* 1903, 294; *Rb* 1909, 7 ss. 161 ss.; *BZF* VIII 5/6, 200 ss.

[5] Este era su nombre persa, que significa estrella; en hebreo se llamaba Edissa *(Hadassa),* que quiere decir mirto.

Asuero [1] o Ahasvero; era huérfana de padres, y su tío y padre adoptivo Mardoqueo cuidaba de ella como de un hijo. En el tercer año de su reinado, invitó Asuero a los sátrapas y magnates de las 127 provincias del reino y los regaló en su palacio durante 180 días con inusitada esplendidez.

También a los habitantes de Susa dió opíparos banquetes durante siete días [2]. El séptimo día, en el hervor del vino, mandó Asuero a la *reina Vasti* que se presentase ante los comensales con la corona en la cabeza, para que todos contemplaran su hermosura. Esto repugnaba, tanto a la costumbre de comer las mujeres separadas de los hombres, como a la altivez de la reina. Rehusó, pues, obedecer la orden del rey. Irritado Asuero, repudió a Vasti, y en su lugar elevó a Ester, que fué la que más le agradó entre todas las doncellas escogidas del país. Por consejo de Mardoqueo, ocultó Ester su origen judío. Cuidadoso Mardoqueo de la salud de Ester, paseábase todos los días por delante del palacio real. Supo cierto día que dos eunucos trataban de matar al rey [3]. Comunicóselo inmediatamente a Ester, la cual dió parte a Asuero en nombre de su tío, y, hechas las pesquisas, averiguóse la verdad del hecho, con lo que ambos conspiradores fueron colgados en un patíbulo [4]. Este suceso fué registrado en los anales del reino,

721. Algún tiempo después, el rey ensalzó a Amán, del linaje de Agag [5], a la más alta dignidad de su reino. Todos los criados del rey

---

1 Admítese comúnmente que se trata del rey Jerjes I, que reinó de 485 a 465. El consejo que celebró luego de la conquista de Egipto versó acerca de la campaña contra Grecia, que llevó a cabo el año 480. Según Herodoto, cuatro años estuvo haciendo preparativos para esta expedición. La elevación de Ester y los sucesos que narra nuestro libro acaecieron después del regreso de Grecia (479 a. Cr.). El año 465 fué asesinado Jerjes. Queda, pues, tiempo sobrado para encajar los sucesos que narra el *Libro de Ester*. Cfr. Schöpfer, *Geschichte des AT*[6] 652: Kralik, *König Xerxes und Esther,* en *K* II 251 ss. Contra la identificación de Asuero con Jerjes se aducen los siguientes argumentos: 1. Ester no pudo ser esposa de Jerjes, pues entre los años 7 y 12 de su reinado tuvo Jerjes por esposa a la cruel y supersticiosa Amestris (*Herodoto* 4, 114; 9, 112), y por otra parte, según la Biblia, Ester no fué mujer secundaria, sino esposa *principal* del rey; 2. según la ley persa, el rey no podía tomar esposa en la forma que supone el *Libro de Ester,* sino debía escogerla de entre siete familias nobles de Persia. Pero advierte Herodoto que a los reyes persas les estaba permitido obrar según su antojo; y Jerjes I no era un hombre que supiese refrenar sus caprichos e inclinaciones. El nombre *Achaschwerosch,* Jerjes, sólo se lee en el texto masorético; la versión griega dice *Artaxerxes.* Pudiera quizá referirse a Artais, que cita Ktesias, y cuyo nombre persa es Ardeschir o Bahaman, sobre todo si se admite que el relato mismo (2, 6 y *Setenta* 4, 17) alude a época posterior al destierro. Riessler en *KHL* I 1354.

2 Banquetes de esta naturaleza se han usado en Persia desde los tiempos más remotos hasta la época moderna. Cfr. en *KM* 1888, 235 la descripción de uno de ellos, celebrado en 1721. Los 180 días precedentes indican, sin duda, el tiempo durante el cual Jerjes atrajo a su corte a los magnates del reino para sus futuros planes; mas no afirma el texto que todo ese tiempo hubiese transcurrido en continuo banquetear. Sin embargo, entre los persas las francachelas y orgías y las manifestaciones externas de esplendidez son en tales coyunturas lo más importante (cfr. 12, 6; 16, 12).

3 Todo el contexto revela que Mardoqueo, uno de los judíos más conspicuos, desempeñaba en la corte un cargo que le daba entrada en el palacio real y le permitía observar a los camareros (empleados de la corte) y mantener relaciones con Ester. Y aun lo dice expresamente el versículo 3 del capítulo 11 (donde abre el relato la versión griega): Mardoqueo era un personaje conspicuo y uno de los primeros en la corte del rey. De donde se explica que a la caída de Amán pasase a desempeñar el cargo de éste.

4 El castigo del «patíbulo» era antiguamente sinónimo de «empalamiento» o «crucifixión», como vemos en numerosas representaciones asirias. El sometido a este suplicio era «colgado» vivo o muerto, es decir, empalado; lo cual constituía en el primer caso un horrible martirio.

5 No de la tribu amalecita de Agag (cfr. historia de Saúl, núm. 477), sino de una ciudad de Media, de la cual procedía Amán (Hagen, *LB* I 160 206). Los *Setenta* y la

doblaban la rodilla en su presencia y le honraban casi como a un dios; sólo Mardoqueo no doblaba la rodilla ni le adoraba, porque no podía dar a un hombre la honra que sólo a Dios compete [1]. Cuando Amán vió esto y oyó que Mardoqueo era judío, se irritó en gran extremo, y, pretextando que los judíos urdían alguna conspiración, indujo al rey a que diese la orden de matar a todos los judíos que se hallasen en su reino, mozos y viejos, niños y mujeres, y de confiscar todos sus bienes. La orden se había de cumplir en un solo día, el trece del mes duodécimo (Adar) que salió por suerte [2]. Amán calculaba en 10000 talentos de plata el ingreso que de ahí resultaría al erario real [3]. Mas el rey cedió a Amán toda la ganancia. Grande fué la consternación y el llanto entre los judíos [4]. Mardoqueo dió cuenta a Ester de lo que Amán traía entre manos, para que fuese al rey e intercediese por su pueblo.

Era costumbre en la corte, que nadie, bajo pena de muerte, entrase a ver al rey sin ser llamado. Por instigación de Mardoqueo, Ester arriesgó el peligro, no sin antes encargar a todos los judíos de Susa que ayunasen y orasen por la salvación del pueblo [5]. Vistióse de cilicio, cubrió de polvo y ceniza su cabeza, ayunó y oró: «No entregues, oh Señor, tu cetro a los vanos ídolos y a sus ministros; antes bien, vuelve contra ellos sus designios. Dame valor y palabras discretas en la presencia del león (Asuero), y muda su corazón. Tú sabes que aborrezco el trato con los paganos, y que el distintivo de mi gloria que llevo sobre mi cabeza me da asco; que desde el día en que fuí trasladada acá hasta el presente, jamás ha tenido tu sierva contento sino en ti, Dios de Abraham. ¡Oh Dios todopoderoso, escucha la voz de los que no tienen otra esperanza, y sálva-

---

Vulgata le llaman también *Bugaeus*, es decir, hablador, jactancioso, y le hacen originario de Macedonia. Pudo haberlo sido, pues por aquella época eran muy animadas las relaciones entre Persia y Grecia (Macedonia). Sea de ello lo que fuere, el origen del favorito explica las intrigas, agitaciones y aun intenciones de alta traición de que se le creyó capaz, a consecuencia de las cuales cayó de la privanza del rey. Es también posible que la conjuración que desbarató Mardoqueo estuviese relacionada con los manejos de Amán, y que de aquí procediera el odio de éste contra Mardoqueo y los judíos.

[1] 13, 12 ss. «La reverencia tributada a los reyes y personas principales consistía en una inclinación tan profunda, que la cabeza llegaba a tocar el suelo; era también uso arrodillarse inclinando la cabeza hasta la tierra o echarse a tierra. Estas demostraciones de respeto se tributaban (propiamente) a los dioses y luego también a los hombres, que representaban una parte de la autoridad divina. Amán exigía no sólo inclinación profunda de cabeza, sino genuflexión acompañada de inclinación» (Seisenberger, *Esther* 147). Mardoqueo se negaba, pues, a tributar a Amán el homenaje que sólo a Dios era debido. Es posible que a ello contribuyesen otras razones (antipatía nacional y personal), que hacían subir de punto el enojo de Amán.

[2] 13, 1 ss. Parece a algunos cosa extraña y aun increíble que se publicara inmediatamente (11 meses antes) la fecha señalada por la suerte para la ejecución. Mas no advierten que la publicación en todo el reino requería largo tiempo; que el decreto no nombraba a los judíos (en la capital fué donde primero se sospechó); y que no era de temer la huída o resistencia de los mismos. Pudieron también haber contribuído ideas supersticiosas, como en el echar la suerte; y quizá estaba Amán tan seguro del resultado, que no temía un fracaso. Según la versión griega, el tiempo se redujo a diez días.

[3] De la tasación de Amán se colige la riqueza de los judíos, que debió de excitar su envidia. Los judíos se habían señalado probablemente en los negocios mercantiles (como en Media y Babilonia, según *Tob.* 4, 21. Cfr. núms. 624 y 686), y Amán se apoyaba en algún partido enemigo de los judíos. Demás de esto se trata de una valoración con que Amán quiso ganar la voluntad del rey, cuyo erario estaba exhausto después de la campaña contra Grecia.

[4] Que oían lo que se tramaba; por consiguiente, primero en la ciudad y luego en los demás puntos a donde iba llegando la noticia o el temor del golpe mortal que se preparaba.

[5] Cfr. 13, 8 ss.

nos de las manos de los injustos» [1]. Quitóse los vestidos de duelo, vistióse sus galas de reina, y, acompañada de dos siervas, fué a la sala de audiencias del rey [2]. Estaba éste sentado en su trono, vestido con el regio manto, resplandeciente de oro y pedrería.

722. Echóse Ester a los pies del rey. Y habiendo Asuero alzado la vista y manifestado en sus ojos encendidos el furor de su pecho, la reina cayó desmayada. Trocóse entonces el corazón del rey; y saltando presuroso del trono, la tomó en sus brazos y le dijo: «No temas, Ester, *no morirás; porque esta ley no fué puesta para ti, sino para todos los demás*». Puso luego el cetro sobre el cuello de Ester, y le dijo con cariño: «¿Qué deseas?» A lo que ella respondió: «Si place al rey, suplico que venga hoy con Amán a mi habitación al convite que tengo preparado». Así sucedió.

Y cuando en el convite preguntó el rey a Ester cuál fuese su deseo, dijo ella: «Si he hallado gracia delante del rey, y si le place concederme lo que pido y cumplir mi petición, venga con Amán al convite que le tengo dispuesto, y mañana le manifestaré mi voluntad» [3]. Prometióselo el rey. Y Amán abandonó el regio alcázar muy satisfecho de tan singular muestra de aprecio [4]. Mas como al salir viese a Mardoqueo sentado a las puertas del palacio y que no se levantaba para hacerle el acatamiento [5], irritóse sobremanera. Llegado a su casa, hizo presente a sus amigos y a su mujer cuán grandes eran sus riquezas, la multitud de sus hijos y el alto grado de gloria a que el rey le había elevado, y cómo la reina le había invitado para el día siguiente a comer con el rey en sus habitaciones. «Pero, añadió con amargura, aunque gozo de todas estas satisfacciones, me parece que nada tengo mientras viere al judío Mardoqueo sentado a la puerta de palacio». Su mujer y sus amigos le aconsejaron mandase preparar una viga de cincuenta codos [6], y pidiese al rey que Mardoqueo fuese colgado de ella; así podría ir contento con el rey al convite.

No podía el rey conciliar el sueño aquella noche, por lo que mandó le trajeran las historias y anales de los tiempos pasados. Y como fuesen leídos en su presencia, llegó aquel lugar en donde estaba escrito cómo Mardoqueo había descubierto la conspiración de los eunucos Bagatán y Tares, que intentaban degollar al rey Asuero. Lo cual oído por el rey, dijo: «¿Qué honra y qué premio ha recibido Mardoqueo por esta fidelidad?» Sus siervos y ministros le dijeron: «No ha recibido ninguna recompensa» [7]. Y el rey dijo: «¿Quién está en la antecámara?» Porque Amán había entrado en el cuarto interior del palacio, para sugerir al rey que mandase colgar a Mardoqueo en el patíbulo que le tenía preparado. Respondieron los criados: «Amán». Mandó el rey que entrase y le dijo: «¿Qué debe hacerse con aquel hombre a quien el rey desea honrar?» Y Amán, creyendo que el rey a ningún otro quería honrar sino a él, respondió: «El hombre a quien el rey desea honrar, debe ser vestido de vestiduras reales, y montar sobre un caballo de los que monta el rey, y llevar sobre su cabeza la corona real; y el primero de los

---

1 Cap. 14.
2 Cap. 15.
3 Vaciló por timidez, y quiso antes asegurarse plenamente de la benevolencia del rey. Mas la divina providencia se sirvió de esta dilación para hacer resaltar más el justo castigo de Amán.
4 Según costumbre persa, sólo a la reina y a la madre del rey estaba permitido comer con éste.
5 De disgusto por los planes sanguinarios de Amán.
6 Quizá se trata de números redondos, para indicar que a Mardoqueo le esperaba el máximo y más cruel castigo; o tal vez hay en esto, como en muchos otros datos, una corrupción del texto (pues no se comprende fácilmente un patíbulo de 25 m.).
7 Es decir, según los anales. En 12, 5 se habla de regalos hechos a Mardoqueo; pero no constando de ello en los anales, debieron de ser poca cosa, o no tenían conocimiento de ello los consultados.

príncipes y grandes del rey debe llevar por la diestra su caballo, y, caminando por la plaza de la ciudad, decir en voz alta: *Así será todo aquél a quien el rey quisiere honrar*». Y le dijo el rey: «Date prisa, y, tomando el manto real y el caballo, haz todo lo que has dicho con el judío Mardoqueo, que está sentado a las puertas de palacio. Guárdate de omitir cosa alguna de las que has dicho». Con sumo disgusto y rabia tuvo que cumplir Amán la orden del rey. Y luego se retiró a toda prisa a su casa con gran pena y desazón y refirió a su mujer y a sus amigos lo que le había acontecido.

723. Entre tanto había llegado la hora del convite; y Amán, avisado por los eunucos del rey, fuese allí a toda prisa. Durante el banquete preguntó el rey a Ester: «¿Qué petición es la tuya? Aunque pidieses la mitad de mi reino, la alcanzarás». «Si he hallado gracia en tus ojos, oh rey, respondió Ester, *sálvame la vida y la de mi pueblo;* porque estamos condenados a la ruina, al degüello y al exterminio». Preguntóle el rey: «¿Quién se atreve a hacer esto?»—«Nuestro perseguidor y enemigo es ese perversísimo Amán», replicó Ester. Amán se quedó yerto de espanto. Y el rey, lleno de cólera, se levantó y pasó al jardín que estaba contiguo. Cuando entró de nuevo en la habitación, díjole uno de los eunucos: «Sábete, oh rey, que en casa de Amán hay un patíbulo de cincuenta codos de alto, que él ha mandado preparar para Mardoqueo». — «Colgadle en él» respondió.

El mismo día confirió Asuero a Mardoqueo la dignidad que tuviera Amán; y como la ley persa no permitía que un edicto del rey fuese revocado, el día 23 del tercer mes (Siván) [1] se dió un nuevo decreto, disponiendo que los judíos pudiesen armarse y defenderse de sus agresores [2]. Entonces hubo gran júbilo y extraordinaria alegría entre los judíos; y cuando llegó el día señalado, tomaron las armas los judíos, y apoyados por las autoridades, hicieron gran estrago en sus enemigos, los partidarios de Amán que se habían alzado contra ellos, y los mataron; mas no quisieron saquear ni tocar nada de sus bienes [3]. Para perpetuar la memoria de este hecho, estableció Mardoqueo que se celebrase todos los años la *fiesta de los Purim* [4] los días 14 y 15 del duodécimo mes (Adar) [5].

---

[1] Hacia mediados de junio (cfr. núm. 332). Como el día señalado para la ejecución de los judíos era el 13 del mes duodécimo, no había tiempo que perder, dada la gran extensión del reino. [2] Cap. 8; cfr. cap. 16.

[3] El número de los enemigos muertos ascendió a 75000 (según los *Setenta* a 15000), unos 600 por cada una de las 127 provincias, unos pocos en cada ciudad. Los judíos obraron en propia defensa, y no tenían otro medio de salvarse. De suponer es que los judíos habrían apelado a las armas sólo allí donde estaban expuestos a las violencias de sus enemigos (los partidarios de Amán). Se lo permitía también el edicto del rey. No eran cosa rara en Oriente, y aun hoy ocurren algaradas sangrientas y matanzas como éstas. En la versión griega no se lee que Ester recabase del rey la repetición de la matanza.

[4] Es decir, *la fiesta de las Suertes,* porque Amán determinó por suerte el día en que habían de ser degollados los judíos. No se ha explicado aún la etimología de esta palabra (cfr. Nikel, *BZF* VIII 202 ss.). La fiesta degeneró más tarde entre los judíos en una carnavalada. Todavía hoy se lee en las sinagogas los dos días el *Libro de Ester* de un pergamino, en el cual los nombres de los diez hijos de Amán figuran cuerpos suspendidos en patíbulos. Cuando sale el nombre de Amán, se arma un gran estrépito. Los adultos palmotean y patalean; los niños golpean los bancos con martillos, y todos gritan: «exterminado sea su nombre». Un niño se presta a ser clavado como Amán. Ambos días se celebran orgiásticos banquetes. Cfr. Allioli, *Real-Bibellexikon* II 179 280; Haneberg, *Geschichte der bibl. Offenbarung*[3] 495 s.

[5] A principio de marzo; cfr. núm. 332.

724. La Iglesia ve en **Ester una figura de la Virgen María.** Así como únicamente Ester fué exceptuada de la rigurosa ley de Asuero, así María fué exenta de la ley del pecado original; Ester, intercediendo por su pueblo, lo libró de la muerte; María, escogida Madre del Redentor, es «causa de nuestra alegría» y, por su intercesión, «auxilio de los cristianos» [1]. Y no se diga que la narración bíblica nos presente a Ester en forma poco apropiada para simbolizar a la Iglesia y a la Madre de Dios[2]; pues a la figura bástale *una* u otra semejanza con lo figurado; y en Ester encontramos la circunstancia de haber aplacado la ira del rey y hallado gracia en sus ojos y, por su situación y valimiento, librado del exterminio a su pueblo, venciendo la astucia y el poder del enemigo. Por lo demás, nada hay en el carácter de Ester que la haga indigna de ser figura de la Virgen María. Sus ideas religiosas y morales son intachables; sus relaciones con Asuero, legítimas, pues era mujer del rey; su conducta es una prueba de prudencia y sacrificio heroico, de sentimientos humildes y de resolución; su deseo de dar a los judíos un día más para la defensa, no procede de ruin deseo de venganza, sino de su celo religioso-nacional y de la prudencia. No se le puede culpar de las ideas de su época ni de la poca ejemplaridad y perfección de la corte real; ni daña esto a su condición de figura. Tampoco se la puede hacer responsable de las pasiones y antojos de Jerjes. A la cualidad de figura no pertenecen las imperfecciones propias de la época o del carácter, sino *lo que Ester fué para su pueblo por disposición de Dios, y lo que en favor del mismo hizo, movida por sus nobles y religiosos sentimientos.*

106. Situación de los judíos bajo la dominación griega y romana. Versión griega de la Sagrada Escritura

725. Los judíos repatriados disfrutaron doscientos años de paz bajo la dominación persa. Quizá a ello se deba el silencio que guardan los documentos sagrados acerca de la segunda mitad de este período. Ejercieron saludable influjo ciertos hombres piadosos e instruídos, los cuales, en unión con el sumo sacerdote, se dedicaron al sostenimiento de la Ley mosaica y del orden civil y religioso. No hay duda que así sucedió, y que al sumo sacerdote asistía una representación de Ancianos (II *Macch.* 1, 10), semejante a la antigua, aunque no se puede probar que Esdras fuese el fundador de la «Gran Sinagoga» [3], es decir, de una corporación con poder legislativo y judicial, semejante al Consejo Supremo (Sinedrio, Sanedrín) de más adelante [4]. Los judíos formaban una comunidad propia, autónoma en los asuntos religiosos, tanto bajo la dominación persa como bajo la griega y romana; necesitaban por tanto un «Consejo»; mas no se puede demostrar con certeza que éste existiese antes de la época de los griegos (Antíoco el Grande).

No cambió la situación cuando **Alejandro Magno,** rey de Macedonia, acabó con el reino persa, 334-331 a. Cr., extendiendo sus dominios hasta la India, pues el Macedonio favoreció a los judíos [5].

---

[1] Cfr. Zschokke, *Bibl. Frauen* 348 ss., en especial 361.

[2] A. Scholz, *Esther* XXXVI.

[3] Sinagoga significa propiamente reunión; más tarde se dió también este nombre al lugar de reunión, al oratorio.

[4] *KL* XI 1087; cfr. Schöpfer, *Geschichte des AT*[6] 623.

[5] Cuenta Josefo (*Ant.* 11, 8, 3-5) que Alejandro Magno, durante el sitio de Tiro, se dirigió al *sumo sacerdote Jaddua* exigiendo que le reconociese como a Señor y le enviase tropas y toda clase de apoyo contra los persas. Como se hubiese disculpado el sumo sacerdote con el juramento que tenía prestado al rey de los persas, irritóse Alejandro sobremanera y amenazó con tomar venganza. Destruídas las ciudades de Tiro y Gaza, dirigíase a Jerusalén, cuando le salió al encuentro con toda solemnidad el sumo sacerdote, vestido con sus ornamentos pontificales, rodeado de los sacerdotes con sus vestiduras sagradas y de numerosos judíos vestidos de blanco. Acordóse entonces Alejandro de un sueño que tuviera antaño, en el cual se le había aparecido una figura semejante que le vaticinó la victoria

Mas cuando a su muerte prematura, 323 a. Cr., sus generales se repartieron el imperio macedónico, comenzó una época aciaga para los judíos. Judea fué manzana de discordia entre los reyes egipcios y sirios, y teatro de guerras que nunca acababan. Esto no obstante, los cien primeros años, durante el predominio de los *Ptolomeos* [1], los judíos fueron relativamente felices. Los Ptolomeos ejercieron un dominio suave y permitieron a los judíos establecer colonias en todo su imperio, de suerte que Egipto llegó a ser para los judíos la *segunda patria* [2]. Muchos ocuparon cargos elevados en la corte y en el ejército; fundaron por todas partes escuelas y sinagogas o casas de oración; en la capital, Alejandría, construída en honor de Alejandro, había un Consejo de Ancianos, y cuando más tarde Palestina cayó en poder de Siria, Ptolomeo Filopator (181-145 a. Cr.) permitió a Onías, hijo del sumo sacerdote Onías III asesinado en Antioquía [3], construir en las proximidades de Hierópolis [4] un templo que rivalizaba en magnificencia con el de Jerusalén; en él se celebró el culto divino con la misma solemnidad que en el de la metrópoli [5]. Estas escasas noticias han sido completadas recientemente de manera sorprendente e inesperada por el hallazgo de documentos arameos en el Alto Egipto. Al abrir en 1904 una calle en Assuán (antigua Syene), se encontraron encerrados en una caja de madera diez papiros escritos en lengua aramea, con doble data, y en 1907 otros tres en la isla de Elefantina, que está enfrente. Los primeros son documentos privados, escritos hacia el año 450 a. Cr.; los otros, pertenecientes al archivo de una comunidad de Elefantina, se remontan al año 400 a. Cr. (cfr. lámina 4 b). De ellos se des-

---

sobre los persas. Alargó la mano al sumo sacerdote, entró en la ciudad y ofreció sacrificios en el Templo. Y como le mostrasen las profecías de Daniel que a él se referían (8, 21 ss.; 11, 3 s.), alegróse mucho y concedió a los judíos exención de tributos todos los años sabáticos, y les permitió vivir según las propias leyes en todas partes, aun en su ejército, con lo que muchos se alistaron en sus filas (cfr. también pág. 690, nota 3).—Este relato apenas ofrece garantía histórica en todos sus pormenores, y no ha sido confirmado por otras fuentes; pero seguramente encierra un núcleo histórico y no es intrínsecamente increíble. Cfr. Kampers, *Alexander der Grosse und die Idee des Weltimperiums* (Friburgo 1901) 51 ss. No estaba prohibido ofrecer holocaustos en nombre de los paganos (extranjeros prosélitos) *al verdadero Dios* (cfr. *Lev.* 22, 25; III *Reg.* 8, 41-43); después del destierro los encontramos muy a menudo. Los Libros Sagrados (cfr. *Ierem.* 29, 7; *Baruch* 1, 10-11; I *Esdr.* 6, 9-10; I *Mach.* 7, 33; 12, 11) y Josefo dan testimonio de oraciones y sacrificios que se ofrecían por las autoridades gentiles o por los pueblos aliados. Tampoco despreciaban los judíos los dones ofrecidos al Templo por paganos; cfr. núm. 711.

[1] Tomaron los reyes egipcios este nombre de *Ptolomeo Lago,* general de Alejandro, a quien correspondió el reino de Egipto. — Sólo el cuarto, Ptolomeo Filopator (221-204 a. Cr.), persiguió a los judíos en Jerusalén y Alejandría al regresar triunfante de su expedición contra Siria (*Dan.* 11, 11 s.) el año 217.

[2] Seguramente no fué de grado a Egipto la primera colonia, cuando Ptolomeo Lago, vencido el general Laomedón a quien había tocado Judea en el primer reparto del imperio macedónico, entró en Jerusalén y se llevó cautivos a 200000 judíos el año 320 a. Cr. Más tarde, animados otros muchos judíos por la pintura que sus predecesores les hicieran de aquella tierra tan favorecida por la naturaleza y el arte, fueron a establecerse en el país vecino. De aquí se extendieron por los países sometidos a Egipto, por el Mediodía y el Occidente, por Libia, Cirene, Etiopía, etc.—Cfr. Schürer, *Geschichte des jüdischen Volkes im Zeitalter Jesu Christi* III⁴ 24 ss.; Bludau, *Über Juden und Judenverfolgungen im alten Alexandrien,* Münster 1906). Entre las causas que produjeron la aversión al judaísmo en los últimos años anteriores a Cr., se enumeran allí las siguientes: el carácter del pueblo judío; la competencia en el comercio; las riquezas de los judíos, especialmente las adquiridas con el ejercicio de la usura; la situación privilegiada e independiente de que gozaban dentro de las comunidades helénicas; la viva lucha contra el paganismo politeísta decadente; la inmoderada defensa contra los ataques literarios maliciosos; la posición política que adoptaban los judíos en los conflictos bélicos de los pueblos; su propensión a Roma. [3] Cfr. núm. 729. [4] Cfr. núm. 204.

[5] Como la Ley Mosaica no permitía sino *una sola* casa de Dios para ofrecer sacrificios (*Deut.* 12, 5 ss.; cfr. I *Par.* 22, 1), Onías alegó la profecía de Isaías (19, 18 ss.; núm. 652). Pero los judíos de Jerusalén la entendían de la conversión de Egipto en los tiempos mesiánicos y tuvieron por cismático el templo de Heliópolis. Fué, sin embargo, un

prende haber existido en la isla de Elefantina ya en los siglos IV y V a. Cr. una colonia judía, probablemente militar, que constituía una comunión religiosa particular, fiel a la religión de Yahve, con santuario, sacerdocio y sacrificios, que aquellos judíos tan alejados de Jerusalén creyeron perfectamente legales [1]. Al santuario se le da el nombre de los templos egipcios: *'egora,* pero se le llama también «Casa del altar del Dios del cielo». Al frente de él había en la fortaleza de Jeb (Elefantina) un colegio sacerdotal, que en los documentos aparece como representante de la comunidad. El templo de Yahu debió de ser un edificio importante. Tenía un altar para oblaciones, incienso y holocaustos; se mencionan también vasos para los sacrificios, y otros instrumentos del culto. Existía ya en tiempo de Cambises (525 a. Cr.), y debió de construirse luego de la inmigración del año 586. Fué destruído en el mes Thamuz del año catorce del rey Darío, 410 a. Cr., por el gobernador Waidrang, sobornado por los sacerdotes del dios Chnub. Motivo del odio de los sacerdotes de Chnub debió de ser la envidia por el prestigio del templo de Yahu y el progreso de su culto. Como quiera que en otros documentos de la época, referentes al mismo lugar, se mencionan nombres de divinidades secundarias, se cree que el culto de Yahve en Elefantina no estaba limpio de elementos paganos y supersticiosos. Esto induce a creer que la colonia era samaritana [2].

726. El hecho más transcendental de esta época fué el haberse comenzado la versión griega del *Pentateuco* [3] bajo Ptolomeo Lago, 323-284 a. Cr., o en los primeros años de Ptolomeo Filometor, 284-247 a. Cr. (acaso por instigación del rey); poco a poco fueron traduciéndose los demás Libros Sagrados, hasta que por los años de 150 a. Cr. estuvo terminada la **versión griega del Antiguo Testamento,** llamada **Versión de los Setenta (LXX)** [4]; con ello los *gentiles ilustrados entraron en conocimiento de la Sagrada Escritura* y, en particular, de las promesas del futuro Redentor. A ello contribuyó también el haberse establecido los judíos, favorecidos por los reyes paganos, en las grandes ciudades de los países gentiles, donde, por medio de lecciones en las sinagogas, fueron celosos dispensadores de los Libros Santos. Al principio fué tenida la versión griega en gran respeto aun por los mismos judíos hebreos. Se llegó a considerarla como obra llevada a cabo bajo la divina inspiración. El hecho es que no sólo se reunieron en ella todos los Libros Sagrados, sino que fueron aceptados y utilizados por los judíos, *aun en las sinagogas.* En ella se basan los helenitas más antiguos (Demetrio, Eupolemo) para sus historias bíblicas; Filón y Josefo la suponen, éste tácita, aquél explícitamente. Tan de fijo la versión griega

---

lugar importante de reunión para los judíos de Egipto, hasta que lo mandó destruir el emperador Vespasiano el año 71 d. Cr. (cfr. Josefo, *Bell.* 7, 10, 2-4; Schürer, *Geschichte des jüdischen Volkes* III[4] ss.). Sus restos han sido descubiertos por Flinders Petrie en Tell-Jehudiye, en la delta oriental del Nilo; es copia en pequeño del Templo de Jerusalén. De los documentos de Elefantina, de que luego hablaremos, se desprende haber sido interpretada la ley de la unidad del culto con cierta amplitud entre los judíos de la Diáspora, fuese por influjo de una tradición antigua o por la necesidad; mas ello no es argumento de que ya no estuviera en vigor dicha ley o no se hubiese aún implantado. Tanto los judíos de Assuán-Elefantina como los de Pentápolis del Bajo Egipto procuraban mantener la unidad con el Templo y el sacerdocio de Jerusalén.

[1] Cfr. Peters en *WBG* 1907, 386 s.; Kath 1907 II 310 ss.

[2] Cfr. *BZF* VIII 195.—Acerca del descubrimiento de los papiros cfr. la hermosa edición de Sachau con grabados (Leipzig 1911), la edición de Ungnad (Leipzig 1911), la traducción de Staerk (*Kleine Texte* 94, Bonn 1912); los estudios de: Peters, *Die jüdische Gemeinde von Elephantine-Syene und ihr Tempel im 5. Jahrh. v. Chr.* (Friburgo 1910); Nikel en *WSt* 22 ss. y *BZF* VIII 193 ss.; Hontheim en *BZ* V 225; Gressmann en *AOT* 175 ss.; *RB* 1908, 260 325; Meyer, *Der Papyrusfund von Elephantine* (Leipzig 1912).

[3] Según una antigua leyenda, fué obra de 72 sabios judíos; por eso se la llama versión de los *Setenta* (en vez de los 72), o *Alejandrina,* del lugar donde se llevó a cabo.

[4] Los *dos libros compuestos en griego,* a saber: el de la *Sabiduría* y el segundo de los *Macabeos,* fueron luego añadidos a la *Versión Alejandrina.*

de *los Setenta* es para Filón *el* Texto Sagrado, que arguye a veces apoyándose en particularidades de ella. En Alejandría se celebraba todos los años una fiesta en acción de gracias por el feliz remate de la obra. Justino y Tertuliano atestiguan expresamente que en el culto divino de las sinagogas se leía el texto griego. También para los apóstoles (san Pablo) fué la versión griega verdadero texto del Antiguo Testamento [1]. Mas cuando los cristianos comenzaron a esgrimirla contra los judíos, apoyándose en pasajes que en ella se referían indubitablemente al Mesías, pero que en el texto hebreo podían tener otra interpretación; cuando se vió que los últimos libros (existentes ahora sólo en griego) eran a manera de puente que abría paso al Cristianismo, por cuanto daban testimonio de doctrinas e instituciones cristianas (por ejemplo, de la Sabiduría eterna, personal y divina, del sacrificio por los difuntos), los judíos rechazaron el texto de *los Setenta,* encomendando por los años de 125 d. Cr. una nueva versión al judío renegado Aquilas. En ésta faltan los siete libros *deuterocanónicos,* es decir, los libros añadidos más tarde a la colección de las Sagradas Escrituras, a saber: *Baruc, Tobías, Judit, Macabeos, Eclesiástico* y *Sabiduría* [2].

Además de la versión griega del Antiguo Testamento, favoreció a la religión de Jesucristo el haberse puesto los judíos en contacto con la *cultura helénica* (helenismo) [3]. Con la civilización y el arte de Grecia se contaminaron muchos de la blandura e inclinación a los placeres, de la liviandad e indiferencia religiosa; pero otros, concienzudos y reflexivos, admiraron la riqueza espiritual de los escritos de los sabios griegos, de un Platón y de un Aristóteles; y viendo que Dios había dado testimonio de sí, por lo menos a los mejores de entre los paganos, aprendieron a esperar que no dejaría de cumplir en tiempo no muy lejano las profecías de la vocación de los gentiles al reino mesiánico, y que fundaría una religión del espíritu y de la virtud, muy superior a la Ley mosaica, esclava de la letra [4].

107. Persecución religiosa en tiempo de los Seléucidas. Sacrilegio de Heliodoro. Martirio de Eleazar

727. **Los dos libros de los Macabeos** han recibido este nombre porque tratan principalmente de los hechos heroicos y de los padecimientos de la familia de los Macabeos [5] y del pueblo de Dios por ellos acaudillado.

El primer libro [6] comienza recordando las medidas tiránicas de Antíoco IV Epífanes, rey de Siria, encaminadas al exterminio de la religión judaica [7]; refiere luego la resistencia del sacerdote Matatías y las luchas de los judíos por su libertad religiosa en tiempo de los tres hijos de Matatías: Judas, Jonatás y Simón, 167-135 a. Cr.—*El segundo libro* trae primero dos cartas de los judíos de Palestina a los de Egipto, en las que se habla de la fiesta de la *Dedicación del Templo,* establecida por Judas Macabeo después de recuperarlo y purificarlo, y de la fiesta del hallazgo del fuego sagrado [8]. Sigue luego un prólogo, en el

[1] Cfr. Schürer, *Geschichte des jüdischen Volkes* III⁴ 428 (ibid 140 s.).
[2] Acerca del carácter lingüístico y la importancia de los *Setenta* para la «helenización del monoteísmo semítico» cfr. Deissmann, *Bibelstudien* (Marburg 1896); *Neue Jahrbücher für das klassische Altertum* VI (1903) 161 177; Kaulen-Hoberg, *Einleitung* II³ § 29. [3] Cfr. Schöpfer, *Geschichte des AT*⁶ 625.
[4] Cfr. Heinisch, *Griechentum und Judentum im letzten Jahrhundert v. Chr.,* en *BZF* I 12.
[5] Llamábanse propiamente *Asmoneos,* de Hasmonai, bisabuelo del sacerdote Matatías. El nombre de Macabeos les vino del tercer hijo de Matatías, Judas, que llevó el sobrenombre de Makkabi (martillo o martillos), por la valentía con que supo quebrantar a los enemigos (I *Mach.* 2, 4 66). De ahí pasó el nombre a todos los israelitas que con aquella familia de héroes lucharon y padecieron, como la madre con sus siete hijos.
[6] Gutberlet, *Das erste Buch der Makkabäer* (Münster 1920). [7] Cap. 1.
[8] 1, 1-9 y 1, 10-2, 19; cfr. núms. 761 y 735. Herkenne, en *BSt* (1904) 4, trata extensamente de la autenticidad, credibilidad y contenido de las *cartas que abren el segundo libro de los Macabeos.*

cual se dice que el libro es un extracto de la historia de Jasón de Cirene [1]. En el cuerpo del libro [2], después de relatar el intento de Seleuco IV de Siria de saquear el Templo [3] en 176 a. Cr., se expone circunstanciadamente una parte de la historia tratada en el libro primero, a saber, desde el principio de la persecución religiosa de Antíoco Epífanes, sucesor de Seleuco IV, hasta la purificación del Templo y la victoria de Judas Macabeo sobre el general sirio Nicanor, 176-161 a. Cr. [4].

Ambos libros *se escribieron hacia el año 100 a. Cr.*, pues el primero recuerda como recientes los hechos de Juan Hircano, 135-106, y el segundo fecha la segunda carta [5] en 123 a. Cr.—San Jerónimo encontró *el primer libro*

---

[1] 2, 20-33. No tenemos más noticias de este *Jasón*. Quizá es el mismo que se menciona en I *Mach.* 8, 57, hijo de Eleazar, y enviado a Roma a concertar alianza, conocedor, por consiguiente, de la lengua griega; *LB* II 610. Cirene, unos 800 Km. al oeste de Alejandría, capital de la antigua Cirenaica, en la actual Tripolitania o Libia Italiana, provincia de Barka, a 30 Km. del mar, fué fundada en 631 a. Cr. por los griegos, y pronto llegó a tal grado de florecimiento que fué la segunda ciudad del norte de Africa. Cuando Ptolomeo Lago unió Cirene a Egipto, fueron a establecerse allí muchos judíos. Con otras cuatro ciudades formó Cirene la Pentápolis Africana que el 97 a. Cr. fué incorporada al imperio romano. Créese haber sido san Marcos quien llevó el Cristianismo a los habitantes de Cirene, tan celebrados por sus virtudes. En el siglo séptimo fué conquistada la ciudad por los árabes, y comenzó la decadencia. Grandiosas ruinas junto a la mísera aldea Grenne (Cirene), en la región oriental de Barka, dan hoy testimonio de la antigua grandeza de la ciudad. Cfr. *KL* III 1279.

[2] Cap. 3-15. [3] 3, 1-4 6.

[4] Acerca del contenido y relación de ambos libros cfr. Kauleu-Hoberg, *Einleitung* II[5] § 277 ss.; acerca de la cronología de los mismos *StL* XXI 291; Kugler, *Von Moses bis Paulus* 345-414. Mientras que el primero de los dos libros es considerado como una de las fuentes más autorizadas y próximas a los sucesos, se combate la credibilidad del segundo, tanto por los prodigios que relata y el espíritu que revela, como por ciertas «contradicciones», aun concediendo que encierra un cúmulo de pormenores, de cuya historicidad no cabe dudar (Schürer). En cuanto a los prodigios y al carácter, no difiere este segundo *Libro de los Macabeos* de otros libros sagrados. Las «contradicciones» que se pretende descubrir, especialmente en la cronología, dependen de la distinta manera de computar la era seléucida (312 a. Cr.): en I *Mach.*, a partir de la primavera; en II *Mach.* a partir de otoño. Las «inexactitudes» en los números y en los datos geográficos corren a cargo de la crítica textual; pueden verse por menudo en Kaulen-Hoberg l. c. § 283 y 284; Schöpfer, *Geschichte des AT*[6] 630 s.—Acerca de la credibilidad de las cifras, tomamos del protestante Zöckler (*Handkommentar zum AT, Die Apokryphen* 31 y 92) la siguiente confrontación de ambos libros. Ya en I *Mach. aparecen* a veces exageradas las cifras relativas a hechos de guerra: el número de sirios es demasiado grande, y el de los judíos, muy exiguo. Sin embargo, el número máximo de combatientes sirios (I *Mach.* 15, 13) no pasa de 120000 de a pie y 8000 jinetes, cosa no increíble en sí misma, pues en la batalla de Magnesia disponía Antíoco de 170000 hombres (Appian. *Syriaca 32)*. El número de sirios muertos en una sola batalla no pasa de 5000 en I *Mach.* (4, 34; 7, 32), ni de 30000 en total (más exactamente 26800). Se puede admitir que los datos son *apreciativos*, y no cifras exactas; como cuando el historiador señala a cada una de las 32 torres que iban sobre elefantes una guarnición de 32 hombres (6, 37), siendo así que en realidad un elefante de guerra suele llevar sólo 3 ó 4 hombres, o a lo sumo 5; en lo cual pudo influir la opinión popular que exageraba el número. Por el contrario, las cifras de II *Mach.* son, por lo general, más elevadas: dos veces caen en el campo de batalla 20000 sirios, dos veces más de 20000, dos veces 25000, una vez 30000, otra vez 35000 (II *Mach.* 15, 27). En cambio trae también a veces datos más modestos que I *Mach.*, por ejemplo: II *Mach.* (8, 9), 20000 hombres de Nicanor, y I *Mach.* (3, 39), 54000; II *Mach.* (13, 2), 115000 hombres, y I *Mach.* (15, 16), 128000. Téngase, además, en cuenta que el segundo *Libro de los Macabeos* es más breve y sucinto, y menos preciso que el primero en lo concerniente a *guerras;* cuídase preferentemente del aspecto religioso y de escenas *edificantes*. Pudo también haber en tales pormenores dejado a las fuentes la garantía de sus afirmaciones. De esta opinión es también Knabenbauer (*Comm. in libr. Mach.*, París 1907), el cual, sin embargo, en *StL* LXXV 351 nos previene contra la generalización y falsa interpretación de su tesis.

[5] II *Mach.* 1, 10.

en hebreo; del *segundo* dice el mismo Santo que «está escrito en griego, como lo demuestra el giro». De ello es también indicio el hecho de estar destinado el libro, con las cartas, a los judíos de Egipto, que hablaban griego; también estaba escrito en griego el libro de Jasón de Cirene, que tuvo a la vista el escritor del segundo *Libro de los Macabeos.*

728. Por los años de 200 a. Cr., la supremacía pasó de los Ptolomeos a los *Seléucidas* [1]. *Antíoco III el Grande* arrebató a Ptolomeo V Epífanes la mayor parte de Judea, la cual permaneció unos sesenta años bajo el dominio de los reyes asirios, que la oprimieron duramente.

Antíoco III el Grande (224-187) favoreció [2] a los judíos y les concedió importantes privilegios. Su hijo y sucesor Seleuco IV (187-176) se mostró al principio bien dispuesto, tanto, que de sus ingresos sufragó todos los gastos del culto [3]. Pero un cierto Simón, prepósito del Templo en tiempo del sumo sacerdote Onías III, cohibido por éste en los codiciosos abusos de su oficio, dió parte al rey de hallarse acumuladas en el Templo cuantiosas riquezas. Seleuco envió en seguida [4] a su tesorero Heliodoro, con la orden de apoderarse de los tesoros. En vano representó Onías a Heliodoro que los supuestos tesoros del Templo, 400 talentos de plata y 200 de oro, eran bienes depositados en su mayor parte por viudas y huérfanos [5], y que en modo alguno se podía defraudar a aquellos que guardaban sus caudales en un Templo, venerado y tenido por sagrado en todo el universo. Heliodoro insistió en las órdenes que llevaba del rey. Llenáronse de consternación los sacerdotes y el pueblo, y todos clamaron a Dios.

Y Dios vino en su auxilio de una manera prodigiosa. Pues como se presentase Heliodoro con su gente armada a la puerta del erario del Templo, apareció de súbito un jinete, cuya vista infundía pavor; sus armaduras eran de oro, y montaba un caballo magníficamente enjaezado, el cual comenzó a dar botes, pateando a Heliodoro con las patas delanteras. Junto al jinete aparecieron dos jóvenes con vestiduras resplandecientes, los cuales azotaron a Heliodoro [6] hasta hacerle desplomar en tierra; sacáronle de allí sin conocimiento. El pueblo bendecía al Señor que así había ensalzado la gloria del Lugar Santo; mas el sumo sacerdote ofreció un sacrificio por la vida de Heliodoro. Y al tiempo que el sumo sacerdote hacía su oración, aquellos mismos dos jóvenes, poniéndose junto al lecho de Heliodoro, le decían: «Da gracias al sumo sacerdote Onías, pues por amor de él te concede el Señor la vida. Anuncia, pues, a todo el mundo el poder del Dios que te ha castigado». Siguió Heliodoro el aviso e hizo grandes votos al Señor. A su regreso, contó el milagro que con sus propios ojos había visto; y cuando el rey habló de enviar en su lugar a otro a Jerusalén, respondió Heliodoro: «Si tienes algún enemigo o competidor, envíale allá y le verás corregido, porque el Señor mora verdaderamente en aquel lugar y hiere y mata a los que allí entran con malos designios» [7].

729. Mucho peor les fué a los judíos en el reinado de Antíoco IV Epífanes [8],

---

[1] Reyes de sirios, descendientes de Seleuco, general de Alejandro Magno, primer rey de Siria.

[2] Según Josefo, *Ant.* 12, 3, 3. [3] II *Mach.* 3, 3. [4] 176 a. Cr.

[5] Talentos áticos; los Seléucidas conservaron las monedas áticas introducidas por Alejandro Magno en Palestina: un talento de plata equivale a 5220 marcos; un talento de oro, a unos 70000 marcos.

[6] Con vigor incomparable pintó Rafael (en 1514) este milagroso suceso en las estancias del Vaticano.

[7] II *Mach.* 3, 23-40.

[8] Es decir, el ilustre; Polibio, historiador pagano (por los años de 150 a. Cr.), le llama Epimanes, es decir, el furioso. Acerca de él cfr. también *TQS* 1874, 578 ss.; *KL* I 964; Hagen, *LB* I 295. Acerca de las guerras de los Macabeos por la independencia de su país cfr. Weiss, *Judas Makkabäus, ein Lebensbild aus den letzten grossen Tagen des israelitischen Volkes* (Friburgo 1897).

sucesor[1] y hermano de Seleuco, 176-163 a. Cr. Ya en tiempo de Seleuco, Simón calumnió nuevamente al sumo sacerdote Onías, a pesar de no tener éste otro interés que el de la Ley del Señor y el bienestar del pueblo[2]. Onías creyó oportuno presentarse en persona al rey; pero entre tanto murió Seleuco, y su hermano y sucesor *Antíoco confirió el pontificado a Jasón*[3], hermano de Onías; porque Jasón se había presentado al rey ofreciéndole sesenta talentos de plata más de tributos, y ochenta talentos por otros conceptos, y además ciento cincuenta talentos[4] por la facultad de introducir costumbres y juegos paganos. Onías no podía volver a Jerusalén sin riesgo de su vida, y permaneció en Dafne, ciudad de refugio próxima a Antioquía. Pronto se vió Jasón suplantado por Menelao, quien supo ganarse la voluntad del rey, ofreciendo trescientos talentos más. Este nuevo sumo pontífice, sabiendo que Onías, legítimo sumo sacerdote y muy querido por todo el pueblo, era para él un constante peligro, compró a un asesino que le quitase la vida en la ciudad donde se había refugiado[5]. Demás de esto, por medio de un hermano suyo robó los tesoros del Templo, y no hubo maldad que no cometiese, protegido por el rey.

Mas todo esto no era más que el principio de las calamidades. Antíoco emprendió su segunda campaña contra Egipto[6]. Durante la misma, viéronse en Jerusalén por espacio de cuarenta días espantosas apariciones en el aire: escuadrones de jinetes, que se atacaban unos a otros con sus lanzas, gentes armadas con morriones y espadas desenvainadas y toda clase de guerreros. Todos rogaban a Dios que tales prodigios se tornasen en bien[7]; pero muy otros fueron los sucesos. Porque habiéndose esparcido el falso rumor de la muerte de Antíoco, Jasón, que se había refugiado entre los ammonitas, tomando consigo 1000 hombres, acometió de improviso a la ciudad para echar de ella a su enemigo Menelao, e hizo una horrible carnicería entre sus conciudadanos; mas por fin fué rechazado y huyó de nuevo al país de los ammonitas. Aretas, rey de los árabes, le puso en prisión para luego matarle. Huyendo de ciudad en ciudad, odiado por todos como prevaricador de las leyes, y aborrecido como traidor a su patria y a sus conciudadanos, fué echado a Egipto. Y aquél que a tantos había arrojado fuera de su patria, murió desterrado de ella, en Lacedemonia, donde creyó encontrar refugio a título de parentesco[8].

Receloso el rey, interpretó estos hechos como si los judíos intentaran sacudir su dominio; por lo que, enfurecido, regresó de Egipto y a mano armada se apoderó de la ciudad. Entonces hubo una horrible carnicería. Los soldados, por orden del rey, pasaron a cuchillo a todo el que se les ponía delante, jóvenes y ancianos, mujeres y niños; 40000 fueron muertos en tres días y otros tantos vendidos como esclavos. Antíoco en persona, guiado por Menelao, penetró en el Templo y robó los vasos sagrados, el velo del *Sancta Sanctorum* y otros objetos preciosos[9]. No contento con este colmo de impiedad y crueldad, a los

---

[1] No tenía derecho al trono, sino se apoderó de él con maña y soborno, haciendo que *Demetero,* hijo de su hermano Seleuco IV, fuese retenido en Roma en rehenes.

[2] II *Mach.* 4.

[3] Llamábase propiamente Jesús (Josué), pero tomó el nombre griego Jasón.

[4] Véase página 733, nota 5.

[5] Sucedió esto el año 170 a. Cr., sin conocimiento del rey, por orden de Andrónico, a quien Antíoco, luego de su primera guerra contra Egipto (171 a. Cr.), había nombrado lugarteniente de Siria por el tiempo que durase la campaña contra Cilicia. El hijo de Onías huyó a Egipto (cfr. núm. 725).

[6] II *Mach.* 5; acaeció en el año 169 a. Cr.

[7] Fenómenos análogos precedieron a la destrucción de Jerusalén por los romanos (Josefo, *Bell.* 7, 12); y aún más terribles han de ser los que anuncien la venida del Señor al Juicio Universal (cfr. *Matth.* 24, 29 ss.). Serán para los hombres aviso y exhortación a la penitencia.

[8] Véase núm. 744.

[9] Despojó del revestimiento de oro las paredes y columnas; el valor de lo robado ascendía a 1800 talentos. El velo del Templo fué probablemente el mismo que donó Epífanes a Zeus de Olimpia (Grecia). Cfr. *HL* 1887, 188. No se manifestó, como antes, la pro-

dos años, en un acceso de furor, mandó a su general Apolonio a Jerusalén con 22000 hombres. Los primeros días simuló sentimientos de paz; pero un sábado cayó sobre los indefensos e ingenuos habitantes, hizo una gran carnicería, saqueó la ciudad y la entregó a las llamas [1]. Y para asegurar el poder tiránico sirio, mandó fortificar la ciudad de David (Sión) con firmes murallas y fuertes torres, y puso en ella guarnición. Huyeron los habitantes de Jerusalén; la ciudad parecía morada de extranjeros; el Santuario quedó desierto; cesaron los días festivos y las fiestas religiosas.

730. La supuesta rebeldía de los judíos había sido el pretexto de aquellas persecuciones; mas pronto se vió el verdadero carácter de ellas: el odio a la religión judaica [2]. En la errónea creencia de que sólo quienes profesan la misma religión que el rey son buenos súbditos, mandó Antíoco a todos sus vasallos, especialmente a los judíos, aceptar la religión y las costumbres griegas [3]. Dispuso que se rompiesen y quemasen los libros de la Ley *y llegó a prohibir la observancia de la Ley bajo pena de muerte.* El año 167 a. Cr. mandó colocar *sobre el altar* de Dios *el ídolo* de Júpiter Olímpico (Zeus), y dedicar a su culto el Templo del Señor; mandó también que en todas las ciudades de Judea se erigiesen altares a los ídolos. Los enviados del rey obligaban por la fuerza a los judíos a ofrecer sacrificios a los ídolos y a comer carne de cerdo, prohibida por la Ley (cfr. núm. 338). Unos obedecieron por cobardía; otros, por inclinación al libertinaje y a las abominaciones que se practicaron en el Templo mismo del Señor. Pero hubo también muchos varones íntegros que permanecieron firmes, y prefirieron la muerte al quebrantamiento de los preceptos de Dios.

Entre éstos descolló un respetable anciano de noventa años, llamado **Eleazar,** prestigioso doctor de la Ley. Abriéronle violentamente la boca para obligarle a comer carne de cerdo; mas él prefirió morir con honra, a vivir con ignominia, y fué voluntariamente al martirio.

Los circunstantes, movidos por amistad a una compasión mal entendida, tomándole aparte, le ofrecieron carne de la permitida, para que fingiese comer carne de cerdo, librándose así de la muerte. Mas Eleazar les respondió: «*No es decoroso a mi ancianidad usar de esta ficción,* porque muchos mancebos, creyendo que Eleazar, de 90 años, se ha pasado a la vida de los gentiles, caerían en error por esta simulación, a trueque de conservar yo un pequeño resto de una vida corruptible; además de que echaría sobre mi ancianidad la infamia y la execración. Fuera de esto, aunque lograse librarme al presente de los suplicios de los hombres, no podría escapar vivo ni muerto de las manos del Todopoderoso. Por lo que, muriendo valerosamente, me mostraré digno de esta ancianidad y dejaré a los jóvenes un ejemplo de fortaleza». Luego que acabó de decir esto, fué conducido al suplicio. Y cuando le mataban a fuerza de golpes, gimió y dijo: «Tú, Señor, que tienes la ciencia santa, tú conoces a las claras que, pudiendo librarme de la muerte, sufro en mi cuerpo atroces penas; mas en mi alma las padezco de buena voluntad por temor tuyo». De esta manera acabó su martirio, dejando, no sólo a los jóvenes, mas aun a toda la nación un ejemplo de virtud y de fortaleza.

---

tección divina; porque el pueblo había provocado entre tanto la ira de Dios por la participación en las costumbres paganas (cfr. II *Mach.* 5, 18 ss.). [1] I *Mach.* 1, 33 ss.

[2] Era el año 168 a. Cr., después de la tercera campaña victoriosa de Antíoco contra Egipto, la cual terminó con la intervención de los romanos, que obligaron a Antíoco a devolver todas sus conquistas; ardiendo en cólera regresó éste a Siria.

[3] I *Mach.* 1, 43 ss.; II *Mach.* 6.

108. Los siete hermanos Macabeos
(II *Mach.* 7)

731. Aconteció también que fueron puestos en prisión siete hermanitos juntamente con su madre [1]; y quiso el rey, a fuerza de azotes y tormentos, obligarles a comer carne de cerdo, contra lo prohibido por la Ley. Mas uno de ellos, el mayor, dijo de esta manera: «¿Qué pretendes y qué quieres saber de nosotros? Aparejados estamos a morir antes que violar las leyes de Dios y de nuestra patria». Encendióse el rey en cólera y mandó que calentasen sartenes y calderas de bronce.

Y ordenó que se cortase la lengua al que había hablado primero, que se le arrancase la piel de la cabeza y se le cortase también las extremidades de las manos y de los pies, en presencia de sus hermanos y de su madre. Y como le tuviesen ya desollado, mandó el rey traer fuego y que le tostasen en la sartén, hasta que expirase. Mientras padecía tan largo tormento, los otros hermanos con la madre se alentaban mutuamente a morir con valor, diciendo: «El Señor Dios se acordará de sus promesas y nos consolará, como lo declaró Moisés, cuando protestó en su cántico: El consolará a sus siervos» [2]. Y habiendo muerto de esta manera el *primero,* llevaban al *segundo* para atormentarle; y arrancada la piel de su cabeza con los cabellos, le preguntaron si comería, antes de ser atormentado en cada miembro de su cuerpo [3] Mas él, respondiendo en su lengua nativa, dijo: «No comeré». Y así, también éste fué en seguida atormentado como el primero. Y cuando estaba ya para expirar, dijo: «Tú, oh perversísimo, nos haces perder la vida presente; mas el Rey del mundo nos resucitará en la resurrección de la vida perdurable, por haber muerto por sus leyes». Después de éste, vino al tormento el *tercero;* el cual, así que le pidieron la lengua, la sacó luego y extendió sus manos con valor, diciendo lleno de confianza: «Del cielo he recibido estos miembros; mas ahora los desprecio por amor de las leyes de Dios; porque espero que de El las he de recobrar». El rey y los que con él estaban se maravillaron del espíritu de aquel mancebo, que contaba por nada los tormentos. Estando para morir el *cuarto* hermano, dijo: «Preferible es perder la vida a manos de los hombres, por la firme esperanza que tenemos en Dios de que nos la volverá haciéndonos resucitar, (que no vivir impíamente como tú); pues tu resurrección no será para la vida» [4]. Y habiendo tomado al *quinto,* le atormentaban. Mas él, mirando al rey, dijo: «Porque tienes poder entre los hombres, aunque eres un hombre mortal, haces lo que quieres; mas no creas que Dios ha desamparado a nuestra nación; aguarda sólo un poco, y verás su gran poder, y de qué manera te atormentará a ti y a tu linaje». Después de éste, llevaban al *sexto,* el cual, estando a punto de morir, dijo así: «No te engañes en vano [5]; pues si nosotros padecemos esto, es porque lo hemos merecido por nuestros pecados contra nuestro Dios; por esto experimentamos cosas tan terribles [6]. Mas no pienses que vas a quedar sin castigo, después de haber osado

---

[1] Según opinión común, sucedió esto en Antioquía, ciudad siria, ampliada y hermoseada por Seleuco I y aun más por su hijo Antíoco I, del cual recibió el nombre. Acaso fuesen llevados madre e hijos de Jerusalén a Antioquía; pero es más probable que pertenecieran a la numerosa población judía de aquella ciudad.

[2] *Deut.* 32, 36; cfr. núm. 397.

[3] Parecen a algunos increíbles y aun imposibles estas crueldades y las que luego se relatan; pero tenemos ejemplos análogos en los horrores que los asirios cometían con sus enemigos (cfr. Kaulen, *Assyrien und Babylonien* 264). Tampoco es increíble que Antíoco fuera testigo de las torturas; pues en su estancia en Roma se había acostumbrado a los espectáculos de los gladiadores y a las luchas de fieras con todos sus horrores, y no era de natural blando. [4] Cfr. núm. 726.

[5] Cual si estuviera en tu mano aniquilar a nuestro pueblo y extirpar nuestra religión.

[6] Penas y dolores tan horrorosos.

pelear contra Dios». Pero sobremanera admirable y digna de la memoria de los buenos fué la *madre* que, viendo morir a sus siete hijos en el término de *un* día, lo sobrellevaba con ánimo constante, por la esperanza que tenía en Dios. Llena de sabiduría, exhortaba con valor en su lengua nativa a cada uno de ellos en particular, uniendo un ánimo varonil a la ternura de mujer.

732. Viéndose Antíoco humillado, como quedase todavía el *más pequeño* de todos, sin hacer caso de los reproches, comenzó no sólo a persuadirle con palabras, sino a asegurarle con juramento qne le haría rico y feliz [1], si abandonaba las leyes de sus padres; le tendría por uno de sus amigos y le daría cuanto necesitase. Mas como ninguna mella hiciesen en el joven estas promesas, llamó el rey a la madre, y le persuadía salvase la vida de aquel joven. Mas ella dijo con ternura a su pequeñito en la lengua patria: «¡Hijo mío, ten piedad de mí! *Ruégote, hijo, que mires al cielo, y a la tierra,* y a todas las cosas que hay allí, y entiendas que Dios de la nada las hizo, y también a todos los hombres. No temas, pues, a este verdugo; sino muéstrate digno de tus hermanos y recibe la muerte, para que yo te recobre con tus hermanos en aquella vida eterna». Y cuando ella aun estaba hablando esto, dijo el niño: «¿A quién esperáis? No obedezco al mandato del rey, sino al de la Ley que nos fué dada por Moisés. Pero tú, ¡oh malvado, y el más perverso de todos los hombres! no te ensoberbezcas inútilmente con vanas esperanzas, enfurecido contra sus siervos. Porque aun no has escapado del juicio de Dios que todo lo puede y todo lo ve. Porque mis hermanos, habiendo tolerado ahora un dolor pasajero, están ya participando de la eterna vida que Dios nos ha prometido; mas tú no evitarás el justo castigo de Dios por tu soberbia. Yo entrego mi alma y mi cuerpo, como mis hermanos, por las leyes de mis padres, *rogando a Dios que cuanto antes se muestre propicio a nuestra nación,* y que tú, a fuerza de tormentos y de azotes, confieses *que él es el solo Dios* [2]; y que en mí y en mis hermanos cese la ira del Todopoderoso, que justamente ha venido sobre toda nuestra nación». Entonces el rey, ardiendo en cólera, descargó su furor sobre éste con más crueldad que sobre todos los otros. Por último, después de los hijos, sufrió la muerte la madre de todos ellos [3].

109. Álzanse Matatías y sus hijos en defensa de la Ley. Hechos heroicos de Judas hasta la muerte de Antíoco IV

(I *Mach.* 2, 1 a 6, 16; II *Mach.* 8-10)

733. Por aquellos días vivía en Modin [4] el sacerdote Matatías, hijo de Juan, hijo de Simón, de la familia de Joarib [5]. Tenía Matatías cinco

---

[1] Honrarle con cargos y dignidades. [2] Véase núm. 737 cómo se cumplió esto.

[3] La Iglesia celebra la memoria de estos héroes de la fe el día 1 de agosto. Ensalzan su martirio san Gregorio Nacianceno (*Orat. 22 in Machabaeorum laudem),* san Agustín (*Serm. 300 in solemn. Martyrum Machabaeorum)* y san Juan Crisóstomo (*In ss. Machabaeos. Opp.* II 622). El cardenal Rampolla en un estudio (publicado en la revista *Bessarione* 1897) demuestra que los huesos de los santos mártires fueron tenidos en gran veneración en Antioquía, y que, habiendo sido destruída en un terremoto la iglesia en que se conservaban, fueron trasladados en el siglo IV a Roma, donde, al restaurarse el altar mayor de la iglesia de san Pedro *Ad vincula,* se encontró un sarcófago del siglo IV o V que, según indicaban los precintos de plomo, contenía los restos de los hermanos Macabeos y de sus padres.

[4] Ciudad situada en la tribu de Dan, en las proximidades de la costa del Mediterráneo, en un monte cercano a Lydda. Identificábasele comúnmente con *Soba,* unos 10 Km. al oeste de Jerusalén, distante del mar más de 40 Km. en línea recta; pero desde 1866 créese reconocer las ruinas de Modin y los sepulcros de los Macabeos en *Körbet el-Medieh* (es decir, ruinas de Medieh, ¿Modin?), 12 Km. al oeste de Lydda, más de 30 Km. al noroeste de Jerusalén, a 28 Km. del mar. Para más detalles, véase *HL* 1871, 153 ss.; 1879, 20; *AB* 81; *Rb* 267.

[5] Era esta la primera de las 24 clases sacerdotales (I *Par.* 24, 57; cfr. núms. 515 y

hijos: Juan, Simón, Judas, Eleazar y Jonatás. Oyendo las calamidades que venían sobre su pueblo, y especialmente sobre Jerusalén, exclamó: «¡Desgraciado de mí! ¿Por qué he venido al mundo para ver la ruina de la Ciudad Santa? Hállase el Santuario en manos de los extranjeros, y ha sido profanado y saqueado por ellos; jóvenes y ancianos han sido muertos al filo de la espada; nuestro pueblo es esclavo de los gentiles ¿para qué, pues, vivir más tiempo?» Y él y sus hijos rasgaron sus vestiduras, cubriéronse de cilicio y lloraron amargamente.

A este tiempo llegaron allí los enviados del rey Antíoco, para obligar a los que se habían refugiado en la ciudad de Modin a que ofreciesen sacrificios y quemasen incienso a los ídolos, y abandonasen la Ley de Dios. Muchos de la población, que se hallaban en la plaza pública y se habían acercado al altar de los ídolos, consintieron y se pasaron a los enviados de Antíoco. Entonces éstos, volviéndose a Matatías, le dijeron: «Tú eres el principal de esta ciudad; ven, pues, tú el primero a sacrificar, y haz lo que el rey manda; y así tú y tus hijos seréis del número de los amigos del rey, el cual os llenará de espléndidos regalos». Pero Matatías replicó: «Aunque todas las gentes obedezcan al rey Antíoco y abandonen su religión, yo y toda mi parentela obedeceremos a la Ley de nuestros padres. Dios nos libre de abandonar su Ley». Apenas había acabado de pronunciar estas palabras, cuando a la vista de todos se presentó un cierto judío para ofrecer sacrificio a los ídolos. Vióle Matatías, y se llenó de dolor; e inflamado de celo, conforme a la prescripción de la Ley [1], se arrojó sobre el desgraciado, y lo mató en el altar. Lo mismo hizo con el comisario del rey Antíoco. Y derribando el altar, gritó a grandes voces por toda la ciudad: «Quien tenga celo por la Ley, sígame». Y muchos que amaban al Señor, siguieron a Matatías y a sus hijos a los montes.

734. A la noticia de esto, la guarnición siria que ocupaba Jerusalén salió contra ellos y halló en una cueva un grupo de unos mil, entre hombres, mujeres y niños; los cuales, aunque estaban armados, tuvieron por cosa prohibida en la Ley usar de las armas para defenderse en día de sábado; por lo que perecieron todos miserablemente. Sabido esto por Matatías y sus amigos, determinaron no acometer en día de sábado, pero sí defenderse de los ataques. Cada día se les iban uniendo más partidarios, con lo que se formó pronto un pequeño ejército, que recorría el país destruyendo los altares y protegiendo la Ley con las armas contra el poder de los intrusos.

Acercáronse entre tanto los días de la muerte de Matatías; el cual dijo a sus hijos: «Ahora impera la soberbia, y es el tiempo del castigo y de la ruina y del furor y de la indignación. Por lo mismo, pues, hijos míos, sed celosos de la Ley, y dad vuestras vidas en defensa del testamento de vuestros padres. Acordaos de las obras que hicieron en sus tiempos vuestros antepasados, y hallaréis que ninguno que confió en el Señor pereció.

710); considerábase como la más prominente; y, descender de ella, la más alta nobleza espiritual. Matatías era simple sacerdote; pero, procediendo de tan ilustre prosapia, se explica que, habiendo sido asesinado Onías, huído a Egipto el hijo de éste (Onías) y apostatado Jasón su hermano, fuese establecido pontífice Jonatás (cfr. núm. 725 s.; núms. 740 y 745).

[1] *Deut.* 13, 6 ss.; cfr. *Exod.* 32, 26 ss.; *Num.* 25, 3 ss.; núms. 294 y 385 (Fineés).

Sea vuestro consejero *Simón,* que es hombre de prudencia. Sea vuestro jefe *Judas,* valiente desde la juventud, y luche los combates de su pueblo». Y bendiciéndoles, murió; y todo Israel le lloró (166 a. Cr.).

735. Judas justificó plenamente las esperanzas de su padre. Siempre el primero en el combate, fuerte y terrible como un león, desbarató a sus enemigos con irresistible poder. Derrotó uno tras otro a los generales sirios, Apolonio y Serón, y después a los generales de Lisias [1]: Ptolomeo, Gorgias y Nicanor [2] y al mismo Lisias; entró victorioso en Jerusalén, y se apoderó del Templo (165 a. Cr.) [3].

Aquí vió con profunda aflicción que el Santuario estaba desierto, el altar profanado, y que en los atrios había crecido la hierba como en el bosque. Los sacerdotes purificaron el Santuario, edificaron un nuevo altar y los dedicaron con cánticos de alabanza, acompañados de cítaras, arpas y címbalos. Ocho días duró la fiesta; y se dispuso que en lo sucesivo se celebrase cada año esta fiesta de la Dedicación del altar por espacio de ocho días [4]. Rodearon el monte del Templo de altas murallas y fuertes torres, y fortificaron a Betsura, en los confines de Judea e Idumea [5].

736. Mas los pueblos vecinos, *idumeos, árabes* y *ammonitas,* antiguos enemigos de Israel, se levantaron contra los judíos. Judas los derrotó en varios combates y conquistó sus plazas fuertes. Mas luego vinieron mensajeros de *Galaad,* diciendo que el general de los ammonitas, *Timoteo,* les atacaba y ponía en gran aprieto; y de *Galilea,* pidiendo auxilio contra los fenicios. Judas se vió precisado a dividir sus tropas. El, al frente de una división, marchó al encuentro de Timoteo, y le derrotó en dos combates. En el segundo, Timoteo disponía de un ejército innumerable. El Macabeo, con los suyos, acudió al Señor en demanda de auxilio. En lo más recio del combate vieron los enemigos aparecer *del cielo cinco varones refulgentes* montados en sendos caballos con frenos de oro [6]. Dos de ellos, colocándose a ambos lados del Macabeo, le cubrían con sus armas. Los otros tres lanzaban dardos y rayos contra los enemigos; los cuales, envueltos en oscuridad y confusión, iban cayendo por tierra o huían despavoridos. En esta batalla murieron 20500 hombres de a pie y 600 de a caballo. Timoteo se refugió en la fortaleza, cayó prisionero y fué muerto [7]. Al mismo tiempo Simón derrotó a los fenicios en Galilea [8].

---

[1] Lisias era de sangre real; Antíoco le nombró regente del reino durante la expedición a Persia (I *Mach.* 3, 23).

[2] I *Mach.* 3, 40-4, 25; cfr. II *Mach.* 8, 1-29. Esta victoria fué particularmente gloriosa. Nicanor tenía 40000 hombres de a pie y 7000 jinetes; pero fué vencido por Judas junto a Emmaús, la Nicópolis de más tarde y Amwâs de hoy.

[3] I *Mach.* 4, 26-59. II *Mach.* 8, 30-36; 10, 1-8. No pudo apoderarse de la fortaleza, pero mandó asaltarla, hasta que estuvo purificado y dedicado de nuevo al Templo.

[4] Cfr. *Ioann.* 10, 22. Según Josefo (*Ant.* 12, 7, 6 s.), llamóse también «fiesta de las luces», porque durante ella se encendían muchas luces en las casas, en memoria del nuevo fuego encendido en el Templo con el pedernal (II *Mach.* 10, 2 ss.), y por recordar el fuego hallado por Nehemías (cfr. II *Mach.* 1, 18; núms. 677 y 727). Judas y los suyos, que dos meses antes se habrían visto obligados a celebrar «la fiesta de los Tabernáculos en los montes y cuevas, y en escondrijos de fieras», expresaron su júbilo y alegría acudiendo a la Dedicación del Templo con tallos de yedra, ramas de follaje y palmeras; por lo que ésta se llamó «fiesta de los Tabernáculos del mes Casleu» (diciembre) (cfr. II *Mach.* 1, 9 18; núm. 332).

[5] I *Mach.* 4, 60 61.—Betsura estaba 8 Km. al norte de Hebrón, en una colina escarpada, al lado occidental del camino, 30 Km. al sur de Jerusalén. Cfr. *AB* 28.

[6] II *Mach.* 10, 29 ss.

[7] En seguida aparece otro Timoteo en lucha con los judíos (cfr. II *Mach.* 12, 2 ss. Núm. 738).

[8] Acerca de todas estas batallas cfr. Weiss, *Judas Makkabäus* 33-82.

737. Mientras esto acontecía en Judea, el rey *Antíoco IV Epífanes* era derrotado en Persia; y estando de regreso, le llegó la noticia de los reveses experimentados por sus mejores generales. Enfurecido y vomitando rabia, pensó ponerse él mismo al frente del ejército y marchar a Jerusalén. Y como su carroza corriese a toda marcha, cayó de ella y se hirió gravemente. Luego comenzó su cuerpo a hervir en gusanos, y le caían a pedazos las carnes. Así, el que poco antes se imaginaba poder alcanzar con su mano las estrellas del cielo, se hacía insoportable a todos por lo intolerable del hedor que despedía. Derribado, pues, de este modo de su extremada soberbia, comenzó a entrar en conocimiento de sí mismo; entonces le venían a la memoria aquellas palabras con que los niños Macabeos le habían anunciado cuatro años antes este castigo. Ahora rogaba a Dios prometiendo reparar en lo posible sus crueles persecuciones y recorrer todas las comarcas de la tierra anunciando el poder del Señor. Pero el Señor no le escuchó, porque su arrepentimiento procedía del temor de la muerte; y sus dolores no cesaron. Por fin murió de muerte desesperada este blasfemo y cruel perseguidor, en medio de los más atroces dolores (164 a. Cr.) [1].

110. Hechos heroicos de Judas en tiempo de Antíoco V y Demetrio I. Su sacrificio y su muerte heroica [2]

(I *Mach.* 6, 17 a 9, 22; II *Mach.* 11-15)

738. Muerto Antíoco IV, le sucedió en el trono su hijo *Antíoco V Eupator,* 164-162 a. Cr. Mas no habiendo éste llegado a su mayor edad, desempeñó la regencia su ayo Lisias. Despechado éste por la derrota que antes padeciera, se dirigió a Jerusalén al frente de 80000 hombres de a pie y de toda la caballería, el 163 a. Cr. [3]. El Macabeo y su gente rogaban a Dios con lágrimas enviase un ángel para salvar a Israel. Y Dios oyó su oración. Pues, antes de la batalla, se les apareció un *personaje a caballo, vestido de blanco,* con armas de oro,

---

[1] I *Mach.* 6, 1-16 y II *Mach.* 9 cuentan la muerte de Antíoco de manera contradictoria, al parecer. Pero se ha de considerar que el primer relato procede de un cronista a quien, para su objeto histórico, sólo interesa dar sumariamente y en sus rasgos generales el proceso de los acontecimientos. El autor del segundo libro lleva en su obra un plan religioso; considera la muerte de Antíoco como un castigo infligido por Dios al perseguidor de la verdadera religión, y por eso pone especial empeño en describir los pormenores. Ambos relatos pueden armonizarse entre sí y con noticias que de otras fuentes tenemos acerca del mismo suceso, de la siguiente manera: Antíoco quería saquear el templo de Artemis en Persépolis, provincia de Elimaida (Persia), pero fué puesto en fuga. A su regreso a Babilonia, le llegó en Aspadana («Ecbátana» dice el texto por error del copista o por confusión) la noticia de la derrota de sus tropas en Palestina. Afligióle tanto esta mala nueva, que enfermó gravemente. No obstante, insistió en apresurar el viaje a Jerusalén para tomar terrible venganza de los judíos. La rapidez del viaje agravó sus dolores y le hizo caer del carro, con las consiguientes contusiones y heridas, que empeoraron su estado. Según noticias extrabíblicas, el rey fué llevado a *Gabe,* próxima a Ecbátana, y allí murió, después de reconocer las injusticias que había cometido contra Jerusalén, y asegurar el trono para su hijo. Cfr. *ThpQS* 1915, 929 (Döller); Kugler 386 ss. La carta de II *Mach.* 1 refiere que, habiendo Antíoco intentado saquear un templo de Persia, fué asesinado con su séquito. Aquí hay una confusión con Antíoco III, en quien concurren estas circunstancias; o, de otra suerte, sería preciso admitir que la carta recoge un rumor propalado en Jerusalén (cfr. II *Mach.* 5, 5, donde se hace mención expresa de un «falso rumor» acerca de la muerte de Antíoco). El autor del libro trae la carta como *documento,* del cual no responde. Cfr. Herkenne, *Die Briefe* etc., 27 52 ss.

[2] Weiss, *Judas Makkabäus* 82-119.

[3] II *Mach.* 11.

y blandiendo una lanza. Todos a una bendijeron al Señor misericordioso, y cobraron ánimo para combatir, no sólo con hombres, sino con bestias feroces, y atravesar muros de hierro. Arrojándose como leones sobre los enemigos, mataron de ellos once mil de a pie y mil seiscientos de a caballo, y pusieron en fuga a los demás con Lisias, el cual hizo la paz con los judíos, permitiéndoles la práctica de su religión [1].

Pero la paz duró muy poco tiempo, pues los gobernadores sirios de los países vecinos de Judea atizaban el odio contra los judíos [2]. Pronto se presentó Timoteo [3] con un ejército de 120000 hombres de a pie y 2500 de a caballo. Judas, con 6000, le derrotó, dejando tendidos 30000 y haciendo prisionero a Timoteo.

739. Luego se dirigió Judas contra *Gorgias,* gobernador de Idumea, y le derrotó; con gran dificultad logró escapar Gorgias. Y al día siguiente vino Judas con los suyos al campo para llevar los cuerpos de los muertos y enterrarlos en los sepulcros de sus padres. Y debajo de las túnicas de los muertos hallaron algunas ofrendas de las consagradas a los ídolos, cosas que la Ley prohibía tomar; y todos claramente conocieron que esto había sido la causa de su muerte. Y bendijeron los justos juicios de Dios, y rogaron al Señor echase en olvido el pecado que se había cometido. «Judas hizo una colecta y envió a Jerusalén 12000 dracmas de plata [4], a fin de que se ofreciese un **sacrificio por los pecados de los difuntos,** prueba de sus buenos y piadosos sentimientos acerca de la resurrección [5]. Pues si no esperara que los que habían caído en el combate habían de resucitar, habría tenido por cosa superflua e inútil el rogar por los muertos. Y porque consideraba que a los que habían muerto en una vida piadosa, les estaba reservada una grande misericordia [6]. Es, pues, santa y saludable obra rogar por los muertos para que sean libres [7] de sus pecados» [8].

740. A pesar de estas inauditas victorias de Judas, los sirios seguían ocupando la *fortaleza* casi inexpugnable *de Sión* y molestaban a los habitantes de Jerusalén, sobre todo cuando éstos se dirigían al Templo, que estaba en frente, un poco más abajo. Judas resolvió sitiarlos formalmente [9]. A la noticia de esto,

---

1 Contribuyó a la paz una embajada romana que en aquella coyuntura llegó a Siria (Cfr. II *Mach.* 11, 34 ss.). Pues los romanos, desde su victoria sobre Antíoco el Grande en Magnesia, 190 a. Cr., ejercían la supremacía en Asia Menor y Egipto y sabían hacerla respetar.

2 II *Mach.* 12. 3 Cfr. página 739, nota 7.

4 Dracmas áticos; pues durante la dominación de los Seléucidas estaban en vigor las monedas áticas; la suma ascendía a un talento hebreo de plata, o a 3000 siclos, 10500 marcos.

5 Inmortalidad y resurrección del hombre, compuesto de cuerpo y alma, son dos conceptos tan íntimamente unidos, que la Sagrada Escritura no sabe separarlos (cfr. núm. 57). Judas tenía la creencia de que los muertos en la pelea continuaban la vida espiritual, y más tarde también la corporal, y que las oraciones les eran provechosas. Cfr. Atzberger, *Die christliche Eschatologie* 100; Corluy, *Spicilegium dogm.-bibl.* I 246-269; Belarmino, *De purgatorio* l. 1, c. 3; Schmid, *Unsterblichkeits- und Auferstehungsglaube* 151 s.; además 140 ss.; Hetzenauer, *Theologia Biblica* I 623.

6 La inmortalidad gloriosa y la visión de Dios (cfr. *Ps.* 15, 11; 16, 15; *Ezech.* 37, 1 ss.; *Dan.* 12, 2 3 13; núms. 522, 692 y 707).

7 Es decir: para que sean borrados los pecados y perdonadas las penas que les impiden el acceso a la gloriosa inmortalidad.

8 II *Mach.* 12, 43-46. Todo este pasaje es el testimonio más explícito de la existencia de un purgatorio para los que mueren en gracia de Dios, pero no tienen suficientemente pura el alma, y de la eficacia de los sacrificios y de las oraciones ofrecidos por su salvación.

9 I *Mach.* 6, 18 ss.; cfr. II *Mach.* 13.

vino *el rey en persona con Lisias,* al frente de un ejército de 100000 de a pie, 20000 de a caballo y 32 elefantes adiestrados para el combate, los cuales llevaban sobre sí torres de madera, ocupadas por guerreros. Judas, con los jóvenes más valientes, cayó de noche sobre el campamento sirio y mató 4000 enemigos [1]. Su hermano Eleazar ofreció heroicamente su vida por salvar su pueblo. Como viese un elefante ricamente enjaezado, creyendo que en él venía el rey sirio, corrió animosamente hacia él abriéndose paso con su espada por entre las legiones, y fué a meterse debajo del vientre del animal, y le mató; pero, cayendo la bestia encima, quedó aplastado [2]. La superioridad de los sirios era tan grande, que Judas se retiró a Jerusalén, la cual fué sitiada por los enemigos. Parecía que todo estaba perdido, cuando inopinadamente llegó la noticia de una rebelión [3]. Consternado el rey, concertó la paz con los judíos, mandó ofrecer un sacrificio, hizo regalos al Templo y se volvió a toda prisa a Siria.

No mucho tiempo después fué Antíoco V destronado y muerto juntamente con Lisias por el legítimo heredero del trono [4], *Demetrio I,* hijo de Seleuco IV, (162-150 a. Cr.). Este cambio produjo una nueva tribulación a los judíos. El desgraciado *Menelao,* que había manchado con sangre y multitud de crímenes la dignidad pontifical que comprara con dinero, y hecho aborrecible el nombre sirio, fué arrojado de una torre en un montón de ceniza ardiente [5]; en su lugar ocupó el puesto de sumo sacerdote, no el legítimo sucesor, hijo de Onías III, sino un hombre impío, llamado *Alcimo.* Este supo ganarse la voluntad del nuevo rey, el cual le confirmó en el cargo y dió oídos a la acusación de ser Judas enemigo mortal de los reyes sirios y de su dominación [6]; el rey mandó a Alcimo a Judea con un ejército acaudillado por *Báquides.* La astucia y el asesinato acompañaron sus pasos. Entonces se alzó Judas de nuevo con mano vencedora.

741. Por instigación de Alcimo envió el rey de Siria al general *Nicanor* a Jerusalén con un poderoso ejército. Este general invitó astutamente a Judas a una entrevista pacífica; pero Judas, penetrando la intención, pudo escapar a tiempo. Nicanor entró insolentemente en el Templo y conminó a los sacerdotes la entrega de Judas. Y como afirmasen ellos con juramento no saber dónde aquél moraba, extendió Nicanor sacrílegamente su mano hacia el Templo y les juró diciendo: «Si no me lo entregáis atado, arrasaré el Templo, destruiré el altar y dedicaré este lugar al dios Baco» [7]. Asustados los sacerdotes, elevaron al cielo sus manos, pidiendo al Señor que protegiese el Templo. Nicanor, habiendo recibido grandes refuerzos, aprestábase al combate con plena seguridad de la victoria. Como quisiera acometer en día de sábado, dijéronle los judíos que le seguían por la fuerza: «No procedas con tanta fiereza y crueldad, sino respeta el día santo y honra a aquél que todo lo ve». Mas el desgraciado replicó: «*¿Hay acaso en el cielo un ser poderoso* que haya mandado guardar el sábado?» Y ellos respondieron: «El Dios vivo que manda en el cielo es quien ha dispuesto

---

[1] Libróse la batalla en *Bethzachara,* 18 Km. al sur de Jerusalén, al occidente del camino de Hebrón. Al retirarse Judas ante la superioridad del enemigo, tuvo que abandonar en poder de los sirios la fortaleza de Betsura, situada 13 Km. más al sur (cfr. núm. 735). *LB* I 668. *Rb* 91.

[2] Acerca de la licitud de esta acción, véase núm. 448. II *Mach.* 14, 37 ss. cuenta otro caso análogo de un judío llamado Razias, el cual, habiendo expuesto su vida por la fe, se dió la muerte, porque «prefería morir, a caer en manos del impío (Nicanor) y padecer un trato indigno de su noble espíritu». El autor del *Libro segundo de los Macabeos* elogia el heroísmo de Eleazar como un acto patriótico, mas no entra en la licitud de la acción. Razias obró de buena fe; y en las circunstancias en que se encontraba, dió un alto ejemplo que no difiere esencialmente de los de Sansón y Eleazar.

[3] El general Filipo, a quien Antíoco IV nombró regente en sustitución de Lisias, y tutor de su hijo, todavía muy joven, tomó posesión de la regencia y trató de usurpar la corona. [4] Cfr. núm. 729.

[5] «Justo castigo por los frecuentes crímenes que había cometido en el altar de los holocaustos» (cfr. II *Mach.* 13, 8; núm. 729).

[6] I *Mach.* 7; cfr. II *Mach.* 14 y 15. [7] Dios de la crápula.

guardar el día séptimo». «Pero *yo mando en la tierra,* replicó Nicanor, y dispongo que se tomen las armas y se ejecuten las órdenes del rey». Mas, a pesar de eso, no pudo Nicanor efectuar sus designios.

El Macabeo esperaba con plena confianza la protección divina y animaba al mismo tiempo a sus 3000 hombres con santas exhortaciones. Y refiriéndoles una *visión* que tuviera la noche anterior, les dijo: «El sumo sacerdote Onías [1], extendidas las manos, oraba por todo el pueblo judaico. Después apareció otro varón de gran majestad. Y Onías dijo: éste es el amigo del pueblo de Israel; éste es el profeta de Dios, Jeremías, que ruega incesantemente por el pueblo y por toda la Ciudad Santa [2]. Luego extendió Jeremías su mano y me dió una espada de oro, diciéndome estas palabras: Toma esta santa espada como don de Dios; con ella vencerás a los enemigos de Israel».

De súbito resonaron en sus oídos las trompetas del ejército de Nicanor. Judas y los suyos, invocando el nombre de Dios, echaron mano de sus espadas llenos de entusiasmo. Nada pudo resistir a su terrible ímpetu; 35000 enemigos quedaron tendidos, los restantes huyeron; mas en la fuga, les acometieron los judíos que vivían en la llanura, y, cercados por todas partes, perecieron todos. También se halló en el campo de batalla a Nicanor. Por orden de Judas se le cortó la cabeza, que fué colgada en los muros de la fortaleza; fuéle arrancada la lengua, que, cortada en trozos pequeños, fué pasto de las aves; y la mano derecha, que sacrílegamente extendiera contra el Templo del Señor, fué colgada en frente del Templo. En agradecimiento al favor divino, se instituyó una fiesta anual el 13 del mes Adar (febrero-marzo), día anterior a la fiesta de Mardoqueo [3].

742. A pesar de tan señalada victoria, comprendió Judas que el rey Demetrio no tardaría en vengar su derrota preparando un gran ejército; y que el puñado de valientes judíos no sería capaz de resistir largo tiempo tal superioridad de fuerzas, sobre todo teniendo en su mismo país un poderoso partido pagano, que estaba continuamente en relación con los sirios. Pensó, pues, en buscar poderosos aliados, y los encontró en los *romanos* [4]. Las noticias que hasta él habían llegado de su poderío y de sus instituciones y virtudes cívicas y sobre todo de su hábito de respetar la religión, las leyes y costumbres de los pueblos a ellos sometidos, le hacía esperar que en ellos hallaría valiosos aliados contra la opresión de los tiranos extranjeros [5]. Envió, pues, con este objeto una embajada a Roma. Los embajadores fueron muy bien recibidos por el Senado Romano, el cual pactó con los judíos una *alianza defensiva y ofensiva* que, gra-

[1] Onías III, el sumo sacerdote suplantado por su hermano Jasón y asesinado traidoramente más tarde, hacia el año 170, por manejos de Menelao; Judas le conocía personalmente (Cfr. núm. 729).

[2] Aunque no gozaba todavía de la beatífica visión de Dios, podía, sin embargo, Jeremías interceder eficazmente por su pueblo; testimonio contundente del poder de la intercesión de los santos por la Iglesia militante y por sus miembros.

[3] Es decir, antes de la fiesta de los Purim (cfr. núm. 723). Todavía se celebraba en tiempo de Jesucristo y aun después. Con esta noticia acaba el segundo *Libro de los Macabeos.*

[4] Los romanos habían ya extendido sus dominios hasta el Asia Menor; los reinos de Siria y Egipto estaban bajo su influencia decisiva. Su constitución republicana debió de parecerles a los judíos muy semejante a la suya (cfr. I *Mach.* 8, 1-16; núm. 738). Nótese que el juicio favorable se apoya en lo que Judas había *oído* acerca de ellos; mas ello no quiere decir que el juicio sea verdadero en todas sus partes. «En estos rumores se reflejan con toda exactitud los hechos de guerra; mas se exagera notoriamente la fidelidad en los pactos, el desinterés y otras supuestas virtudes romanas; cfr. Bender, *Rom und römisches Leben im Altertum* 496 ss.», Weiss, *Judas Makkabäus* 112.

[5] La resolución de Judas obedecía, sin duda, a cálculos políticos; mas en el fondo era un desvío en la política teocrática que tanto inculcaran la Ley y los Profetas;

bada en láminas de bronce, los legados llevaron consigo a Jerusalén. Comunicaban al mismo tiempo los romanos a Judas, que habían advertido a Demetrio no molestase en adelante a los judíos [1].

Pero ya antes que llegase a Demetrio la amonestación del Senado Romano, había preparado el rey sirio contra Judea un poderoso ejército a las órdenes del general *Báquides,* para vengar la pasada derrota. Puso Báquides su campamento junto a Jerusalén, de donde salieron en dirección a *Berea* unos 20000 de a pie y 2000 de a caballo. Judas sentó sus reales en *Laísa* [2], teniendo consigo 3000 hombres escogidos. Y cuando los judíos vieron la multitud del ejército enemigo, temieron en gran manera, y muchos abandonaron el campo, y no quedaron de ellos sino 800 hombres. Y éstos aconsejaban a Judas retrocediese para reunir nuevas fuerzas. Mas él les replicó: «Líbrenos Dios de huir de ellos; y si ha llegado nuestra hora, muramos valerosamente por nuestros hermanos, y no echemos un borrón sobre nuestra gloria». A pesar de la enorme superioridad del enemigo, Judas sostuvo el combate desde la mañana hasta la noche, y puso en fuga el ala derecha de Báquides y la persiguió hasta el monte de Azoto. Aprovechándose las otras divisiones enemigas, y atacaron a Judas por la espalda. Y, arreciando cada vez más la pelea, perdieron la vida muchos de uno y otro campo. *También Judas murió,* y los suyos huyeron. Jonatás y Simón tomaron el cuerpo de su hermano Judas y lo enterraron en el sepulcro de sus padres en la ciudad de Modin (160 a. Cr.). Todo Israel lloró a su caudillo con mucho sentimiento. «¡Ah! se decían, ¡ha muerto el héroe que salvaba a Israel!»

111. Jonatás y Simón, caudillos y sumos sacerdotes de Judea

(I *Mach.* 9, 33 a 16, 22)

743. Con esto parecía decisivo el triunfo de la impiedad. Mas pronto se reanimaron los amigos de Judas y nombraron jefe y caudillo a *Jonatás,* uno de

---

cfr. *Exod.* 23, 32: No harás pactos con los paganos; *Is.* 30, 1-3, entre otros pasajes. Sin duda creía Judas que, en aquellas circunstancias y supuesta la verdad de aquellos rumores acerca de las virtudes de los romanos, aquel era el mejor partido que podía tomar; pero fallaron las ventajas esperadas, y la alianza con los romanos fué nefasta para Judas mismo y para los destinos del pueblo judío. Cfr. Weiss l. c. 111 ss.

[1] Se ha puesto en duda la historicidad de este relato, porque la respuesta de los romanos no está conforme con el estilo latino y, porque no se aviene con la política de Roma concertar alianza con los judíos contra los sirios, que eran aliados de los romanos y soberanos de Judea. Pero «el estilo poco latino» se explica fácilmente, admitiendo que el historiador reproduce la sustancia y el sentido, mas no las palabras de la respuesta de los romanos. En cuanto a la soberanía siria, Judas había librado de ella a su país; y no es increíble, ni siquiera inverosímil, que los romanos, poco amigos de los sirios sus aliados, reconociesen aquella situación, sobre todo comprometiéndose tan sólo a enviarles tropas auxiliares «según las circunstancias lo permitiesen». Demás de esto, se ha descubierto en Josefo (*Ant.* 14, 10, 15; cfr. 13, 9, 2) un documento que se puede considerar como salvoconducto del cónsul *Caius Fannius* para la embajada judía del año 161, el cual sólo por una confusión de nombre se ha atribuído a época posterior. Cfr. Riese, *Eine Urkunde aus der Makkabäerzeit* (Giessen 1906); *PB* XXIII (1910) 45; Roth, *Rom und die Hasmonäer* (Leipzig 1914).

[2] No tenemos más noticias de estos dos lugares; parece, sin embargo, que se hallaban no muy lejos de Jerusalén, al oeste o al sudeste, pues Judas persiguió a los enemigos hasta el monte de Azoto, distante quizá 25 Km. del campo de batalla.

los tres hermanos de Judas, que aún vivían. Vióse precisado Jonatás al principio a refugiarse en el desierto, y envió a su hermano *Juan* a los *nabateos* [1], tribu *árabe* amiga de los judíos, pidiéndoles prestadas sus armas. En el camino cayeron astutamente sobre él los moabitas de Medaba [2] y le mataron. Pronto las cosas tomaron mejor sesgo. Vengada la muerte de su hermano Juan, Jonatás derrotó junto al Jordán al ejército de *Báquides* que le perseguía; en adelante Báquides se limitó a fortificar las principales ciudades de Judea y a poner en ellas guarnición. A poco de esto, hirió el Señor a *Alcimo,* el sumo sacerdote intruso que desde la muerte de Judas había perseguido descaradamente la religión patria y a sus fieles seguidores, llegando al extremo de mandar derruir los muros del atrio interior; un ataque de apoplejía le privó del habla y, de allí a poco, de la vida, después de atormentarle con grandes dolores. Báquides regresó a Siria, y los judíos pudieron vivir conforme a su Ley, por más que las guarniciones sirias mantenían el país en mucha sujeción. A los dos años vino Báquides de nuevo a Judea con un ejército, llamado por los malos patriotas; derrotado por Jonatás, concertó la paz y se retiró para siempre a Siria. Quedaba Jonatás, aunque vasallo de Siria, dueño del país, con excepción de Jerusalén y de la fortaleza de Sión, que retuvieron los sirios (158 años a. Cr.).

Comenzó entonces en Siria un período de luchas por la posesión del trono, las cuales proporcionaron nuevas ventajas a Jonatás y a los judíos. Alzóse *Alejandro Balas* (150-145 años a. Cr.), supuesto hermano de Antíoco V, contra el rey Demetrio. Este procuró ganar para sí a Jonatás, el cual, empero, no se fió de sus promesas y se alió con Alejandro [3]. Agradecido Alejandro, le regaló un vestido de púrpura y una *corona de oro* y le nombró *sumo sacerdote* (150 años antes de Cr.) [4]. Demetrio II, hijo mayor de Demetrio I, arrojó del trono a Alejandro (145 a. Cr.). A pesar de que Jonatás se había mantenido fiel a Alejandro, quedó Demetrio tan prendado de su persona, que le confirmó en todas sus dignidades y prometió franquicia de tributos a Judea, mediante un módico tributo [5]. Los judíos recompensaron al rey por sus promesas, ayudándole con presteza en ocasión de haberse amotinado la capital contra él. Mas Demetrio faltó a su palabra, por lo cual Jonatás se pasó al lado de un nuevo pretendiente al trono, el joven Antíoco VI, denominado Teos, hijo de Alejandro Balas, y le apoyó con toda fidelidad en la lucha contra Demetrio II (144 a. Cr.). Este Antíoco honró a Jonatás casi como a rey independiente. Jonatás quiso robustecer su señorío, y para ello renovó la alianza con los romanos y pactó con los espartanos [6], fundándose en el parentesco y en un antiguo lazo de amistad entre el sumo sacerdote Onías y el rey Ario [7].

Inesperadamente pereció Jonatás víctima de infame insidia. El general del rey Antíoco VI, *Trifón,* soñaba con ocupar el trono de Siria, pero temía a Jonatás; por lo que entró en Judea con un ejército (143 a. Cr.). Jonatás le salió al encuentro con 40000 hombres. En vista de esto, Trifón acudió al disimulo; recibió con agasajo al caudillo, hízole varios regalos, le movió a que despidiese a sus casas todo el ejército, conservando sólo 1000 hombres para su séquito, y consiguió que le acompañase a Ptolemaida, según Trifón decía, para

---

[1] Los *nabateos* eran descendientes de Nabayoth, primogénito de Ismael (cfr. *Gen.* 25, 13); eran, por consiguiente, una tribu árabe, relacionada con los judíos por lazos de amistad (cfr. I *Mach.* 5, 25). Ritter *(Erdkunde, Asien* XII 111) los cuenta entre las tribus arameas. *Rb* 272. [2] Cfr. núm. 375. [3] I *Mach.* 10.

[4] Acerca del traspaso y de la aceptación de esta dignidad véase núm. 744.

[5] I *Mach.* 11. [6] I *Mach.* 12.

[7] Probablemente Areios I, 309-265 a. Cr., contemporáneo de Onías, 321-30 a. Cr. Cuán grande fuera su amistad con los judíos, se desprende de que, a pesar de estar Esparta en aquella época sumamente oprimida por Pirro, acudió en auxilio de los judíos de Gortyna (Creta). La procedencia de Abraham, invocada por él (I *Mach.* 12, 21; cfr. núm. 729; Haneberg, *Geschichte der Offenb.* 501 s.), es una *hipótesis,* cuya credibilidad histórica no necesita examinarse, pues es cosa de Areios, y no la confirma ni hace suya el historiador sagrado. Pudo serle útil al fugitivo Jasón, como también aquí a Jonatás.

tomar posesión de aquella ciudad con toda pompa [1]. No bien había penetrado Jonatás los umbrales de la ciudad, cerraron las puertas los habitantes, pasaron a cuchillo a los que le habían acompañado, prendiéronle a él y luego le dieron muerte juntamente con sus dos hijos, de los cuales se había apoderado Trifón por medio de una nueva perfidia [2]. Israel hizo gran duelo por Jonatás; su hermano Simón, que le sucedió en el trono, le enterró más tarde en Modin, en el sepulcro de sus padres, sobre el cual erigió un mausoleo con siete pirámides, en memoria de los padres y de los cinco hermanos [3].

744. Los asuntos de la patria fueron el primer cuidado de *Simón*. Al saber la noticia de la prisión de su hermano, púsose al frente del pueblo y se preparó a combatir. Aun no había conseguido Antíoco VI dominar completamente a Demetrio II. Y habiendo dado muerte Trifón a Antíoco, Simón siguió la causa de Demetrio y obtuvo de éste el reconocimiento de **la independencia del Estado judaico,** y para sí la dignidad de sumo sacerdote y de príncipe de los judíos (142 a. Cr.). Pronto se rindió el último baluarte de la dominación extranjera, la fortaleza de Sión, donde entraron los judíos con grande júbilo, purificándola de todas las abominaciones paganas, el 23 del segundo mes [4]. Simón ordenó que todos los años se solemnizasen aquellos días con regocijos. Asimismo fortificó Simón el monte del Templo que está junto al alcázar; y a su hijo Juan (Hircano), que era un guerrero muy valiente, le hizo general de sus tropas [5].

Ahora comenzó Judea a vivir días de felicidad, cuales no se habían conocido hacía siglos [6]. Simón buscaba sólo el bien de su pueblo; veló ante todo la observancia de la Ley, restauró la gloria del Santuario y exterminó a los inicuos y malvados. Fué protector imparcial de los pobres y favorecedor de los ancianos, cuyos sabios consejos eran escuchados en los negocios importantes de todo el país y de los particulares de cada lugar, mientras los jóvenes se ejercitaban en las armas, como lo hicieron sus gloriosos padres. Ensanchó los límites de la patria y amplió el puerto de Joppe [7], de tanta importancia para Judea; puso guarniciones para la defensa de la tierra y aumentó el poderío del país. Judea disfrutó de paz, y todos cultivaban su campo y disfrutaban de sus frutos. Por todo esto, su fama llegó a Roma y Esparta, de donde vinieron embajadores para felicitarle y renovar la alianza. Los judíos determinaron hacerle su ***caudillo y sumo sacerdote para siempre,*** hasta que viniese un profeta que les declarase la voluntad de Dios [8] (140 a. Cr.). El documento se grabó en láminas de bronce

---

[1] *Ptolemaida,* antigua *Akko,* no lejos de la desembocadura del Cisón, en un golfo del Mediterráneo rodeado de una fértil campiña (cfr. núms. 430 y 490), era el mejor puerto de Palestina, por lo que allí venía a parar la vía comercial de Damasco cruzando Galilea. Tocó en suerte en Aser, pero probablemente no llegó a ser conquistada por esta tribu; en tiempo de Jonatás, Demetrio I hizo donación de ella y de sus campos al Templo. Adquirió especial celebridad en tiempo de las Cruzadas por ser lugar de desembarque de los peregrinos cristianos y cuna de la Orden de san Juan, por lo que se la llamó San Juan de Acre. Cfr. *Rb* 7. [2] I *Mach.* 13. 14 ss. [3] Cfr. núms. 733 y 232.

[4] *Ijar,* es decir, abril-mayo. [5] I *Mach.* 13. [6] I *Mach.* 14. [7] Cfr. núm. 608.

[8] I *Mach.* 14, 41. Según la Ley, el *pontificado* correspondía hereditariamente a los primogénitos de la familia de Aarón (cfr. núms. 459, 489 y 515). y así lo fué, con pequeñas interrupciones, hasta que Antíoco Epífanes se arrogó el derecho de conferirlo (cfr. núm. 729). Esta pretendida «regalía» fué en adelante reclamada por los soberanos gentiles y explotada en interés del vil lucro y en favor de fines políticos, con grave perjuicio, no sólo de la religión, sino también de los reyes mismos que con ello acarrearon perturbaciones en su reino y, por fin, la ruina. Ejercióla *Alejandro Balas* al conferir el pontificado a Jonatás (cfr. núm. 743); mas pudo éste aceptarlo por ser él quien, al parecer, más derechos tenía (cfr. núm. 733); por la misma razón pudo Simón aceptar el acuerdo de sus correligionarios y admitir el pontificado para sí y sus descendientes. Porque desde Onías III no había pontífice legítimo. Su hijo Onías, que había erigido un templo ilegal en Egipto (cfr. núm. 725), era considerado con toda su familia como cismático y sin derecho al pontificado. Creyóse, pues, reconocer en los felices éxitos de los Macabeos una señal de la designación divina de aquella familia, la primera entre las sacerdotales; pero ello a reserva de que Dios determinase otra cosa por medio de algún profeta. Bien pudieron ver

que se guardaron en el pórtico del Templo. En señal de su independencia, Simón acuñó moneda (fig. 80) [1].

745. Un año después vino de Siria nuevamente una tribulación, que Simón sostuvo victoriosamente. Demetrio II, en lucha contra Trifón, fué hecho prisionero por los partos; luego de esto, se levantó contra Trifón el hermano menor de Demetrio, Antíoco VII Sidetes, logrando derribarle con ayuda de Simón [2]. Mas una vez seguro en su trono de Siria, pretendió someter de nuevo a Judea al dominio sirio, y mandó con este objeto allí a su general *Cendebeo.* Dijo entonces el anciano Simón a sus dos hijos *Judas* y *Juan:* «Yo y mis hermanos y la casa de mi padre hemos vencido a los enemigos de Israel desde nuestra juventud hasta ese día; mas ahora yo ya soy viejo; y así, entrad vosotros en mi lugar y en el de mis hermanos y salid a pelear por nuestra nación; y el auxilio del cielo sea con vosotros». Los hijos justificaron la confianza del padre, y pusieron en fuga a los enemigos [3].



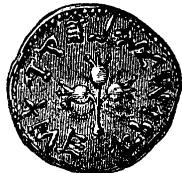


Fig. 80. — Siclos sagrados de la época del primer levantamiento (70 a. Cr.).

Mas sucedió algo increíble: de su propia familia le salió a Simón el enemigo más dañino, que puso fin a la gloriosa vida del caudillo judío y a la felicidad de su pueblo. Hallándose Simón recorriendo las ciudades de Judea y tomando providencias para su mayor prosperidad, bajó a Jericó con sus hijos Matatías y Judas; salióle a recibir su yerno *Ptolomeo,* gobernador de la comarca de Jericó, y le invitó a un banquete en su pequeño castillo de *Doc* [4], situado a corta distancia de la ciudad. Y cuando Simón y sus hijos se hubieron regocijado, levantóse Ptolomeo con los suyos y, tomando sus armas, entró en la sala del banquete y asesinó a Simón y a sus dos hijos (135 a. Cr.). Pero vino a fracasar el plan infame que aquel malvado tenía de ocupar el puesto de Simón con auxilio y bajo la supremacía de Siria. Porque el hijo único superviviente de Simón, *Juan Hircano,* que no estaba en el banquete, supo al punto por un confidente la noticia de lo ocurrido, dió muerte a los hombres que Ptolomeo envió para asesinarle y fué sucesor de su padre en el trono y en el pontificado [5].

112. Los últimos Macabeos. Decadencia religiosa y moral. Fariseos, saduceos y esenios. Expectación del Redentor. Herodes el Grande. La plenitud de los tiempos

746. **Juan Hircano** fué el último príncipe de los judíos que gobernó según la Ley de Dios (135-106 a. Cr.); por lo que, al remate del *primer Libro de los*

---

en esto los judíos que se aproximaba el tiempo en que habían de cesar el sacerdocio aarónico con los sacrificios de la antigua Ley, para dar paso al sacrificio y sacerdocio mesiánico. El profeta que resolvió la cuestión fué el Mesías, Sumo Sacerdote y Rey, el cual anunció la nueva y completa salud a Israel (cfr. *Marc.* 1, 15; *Ioann.* 17, 3, etc.).

[1] El sistema monetario coincidía, en cuanto a la plata, con el fenicio: el siclo tenía 14,5 g. (3,50 marcos), el medio siclo 7,25 g. (1,75 marcos). Después de la muerte de Simón, sólo se acuñaron monedas de cobre con el nombre del sumo sacerdote (véase Kalt, *Bibl. Archäologie* pág. 59). Cfr. Thomsen en *KPA* 94; Häusler, *Randglossen zur bibl. Numismatik,* en *HL* 1915, 1 ss.

[2] I *Mach.* 15, 1-14. Por esta época volvió de Roma la embajada de Simón con la copia de una circular del Senado Romano a todos los reyes de Asia Menor, donde se reconocía la independencia de Simón (cfr. I *Mach.* 14, 24 ss.; 15, 15-24). Antíoco se disgustó; no quiso contar ya más con el auxilio de los judíos y les exigió tributos. Así estalló la guerra. [3] I *Mach.* 15, 25 ss.; 16, 1-10.

[4] Probablemente junto a la fuente que todavía hoy se llama Ain-Duk, fuente de Doc, al noroeste del monte Quarantania, unos 6 Km. al noroeste del lugar de la antigua Jericó y de la fuente de Eliseo (cfr. núms. 406 y 597). *Rb* 137. [5] I *Mach.* 16, 11-24.

Macabeos [1], se le ensalza por sus actos heroicos. Con su hijo mayor **Judas Aristóbulo** I (106 a. Cr.), comenzó a declinar la familia de los Macabeos y a decaer la moral y religiosidad del pueblo judío. Aristóbulo fué un verdadero monstruo, pues encarceló a su madre y a sus hermanos—excepto el menor, Antígono, cuyos servicios pensaba utilizar—; dejó morir de hambre a su madre, y luego hizo dar muerte a Antígono [2]. Su ambición le hizo tomar el *título de rey*. Pronto murió desesperado; la viuda dió libertad a los hermanos, e hizo proclamar rey a uno de éstos, **Alejandro Janeo** (105-78). Mostróse Janeo guerrero valiente, pero también tirano cruel. Hizo matar a uno de sus hermanos y degollar a 6000 judíos en una sedición. En la guerra civil que de aquí resultó murieron cincuenta mil; cuando la acabó victoriosamente, estando en un banquete con sus mujeres, hizo crucificar a 800 de los insurrectos y, a vista de ellos, matar a sus mujeres e hijos. A la muerte de Alejandro Janeo empuñó las riendas del gobierno su viuda **Alejandra,** mujer de buenos sentimientos, pero débil (78-69).

Muerta Alejandra, surgió una enconada lucha por el trono entre sus dos hijos, **Hircano** II y **Aristóbulo** II. Para acabar con tal contienda, ambos hermanos apelaron el arbitraje de los romanos, que se habían establecido ya en Siria. Nada más agradable para los romanos. Ante la actitud del general Pompeyo que se disponía a dar la razón a Hircano, Aristóbulo acudió a las armas. El resultado fué que *Pompeyo tomó por asalto a Jerusalén y el Templo,* hizo prisioneros a Aristóbulo y a sus dos hijos y los llevó en triunfo a Roma, (63 a. Cr.). Hircano II subió al trono como príncipe tributario y dependiente de los romanos. Estos comenzaron a explotar el país; el general Craso (54 a. Cr.) se apoderó de los tesoros del Templo. Aristóbulo y su hijo Alejandro, que escaparon de Roma, aprovecharon el odio de sus conciudadanos contra el opresor; pero el padre fué envenenado y el hijo decapitado. Los romanos dieron a Hircano II un *Procurator* o consejero en la persona de **Antípater,** de origen idumeo, el cual con sus grandes servicios se había ganado la voluntad del general J. César; en realidad, Antípater fué regente del trono (46 a. Cr.). Fué envenenado por un competidor; y el hijo menor de Atistóbulo II, Antígono, llegó a destronar a Hircano y ocupar su puesto, ayudado por los partos. Pero **Herodes,** hijo de Antípater, supo ganarse con adulaciones el apoyo de Roma, y fué nombrado *rey de los judíos,* en otoño del año 38 a. Cr.; conquistó a Judea — con ayuda de los romanos —; tomó a Jerusalén después de seis meses de asedio, el día de la fiesta de la Expiación (21 de septiembre del 35 a. Cr.); mandó cortar la cabeza a Antígono y, para asegurar su trono, extirpó en el término de nueve años el linaje de los Macabeos; también mató al anciano Hircano II, el cual, desde su destronamiento, vivía en Jerusalén como hombre privado, y aun a su misma mujer Miriamna, nieta de Hircano, con la cual se había casado con fines políticos y a la que amaba mucho. Ya antes de su entrada triunfal en Jerusalén le había proclamado rey la parte del Sanedrín ganada para su causa. Sus procedimientos sanguinarios contra los desgraciados restos de la familia real y la protección que le dispensaba la omnipotente Roma, alejaron el peligro de competidores. Con esto desapareció el último resto de independencia nacional, y *el cetro fué de hecho quitado a Judá;* el reino de los judíos había pasado a una familia extranjera. Pero llegaba también la era del Redentor prometido.

747. El gobierno desastroso de los últimos Macabeos favoreció la corrupción que había penetrado en los últimos siglos de dominación extranjera, especialmente en tiempo de los Seléucidas, los cuales se habían propuesto inducir a los judíos a toda clase de impiedades y maldades paganas. Todavía reconocían los judíos a *un solo* Dios, pero únicamente con los

---

[1] I *Mach.* 16, 23 s.

[2] Como los escritos paganos juzgan favorablemente a Aristóbulo, es de sospechar que las infames crueldades cometidas contra sus parientes le hayan sido imputadas por sus enemigos. Nada dice de ello la Sagrada Escritura.

labios, mientras que su comportamiento era tan malo, que el historiador judío Fl. Josefo comparó a Jerusalén con Sodoma, y aun tuvo por mejor a ésta [1].

Quedó completamente olvidado el respeto de la religión desde que *el oficio de sumo sacerdote,* vinculado por disposición divina al linaje de Aarón, fué en tiempo de los Seléucidas un empleo que los perversos compraban con dinero y del que se servían para explotar al pueblo y para sus ambiciones y ruindades [2]. La unión de las dignidades de sumo sacerdote y jefe del Estado en la persona de Simón condujo más adelante al aseglaramiento y desprecio cada vez mayor del pontificado. Los procuradores romanos dispensaban tan elevado cargo a sus favoritos, de suerte que la continua mudanza de aquéllos traía como consecuencia el incesante cambio de sumos sacerdotes.

Algo semejante sucedía con el *Sanedrín o Consejo Supremo,* compuesto de setenta y un miembros, jefes de las clases sacerdotales, sumos sacerdotes cesantes, escribas y doctores de la Ley, y ancianos o jefes de tribus y familias, bajo la presidencia del sumo sacerdote. Como el ingreso en el Sanedrín dependía más o menos del sumo sacerdote y, después de la época de los Macabeos, de los extranjeros, este alto tribunal religioso entendía más en los negocios mundanos y en las pasiones que en los intereses de Dios.

748. Los buenos gérmenes que aun quedaban en el pueblo fueron poco a poco destruídos por los *fariseos* y *saduceos;* ambos **partidos** ejercían un dominio ilimitado en el pueblo, por más que entre sí se combatían encarnizadamente.

Los fariseos [3], que se constituyeron como partido en tiempo de los Macabeos [4], eran los descendientes espirituales de aquellos judíos que regresaron de la cautividad babilónica llenos de celo por la Ley e imbuídos del espíritu de piedad y mortificación. Su inquebrantable adhesión a las prescripciones de la Ley y a las tradiciones recibidas de sus mayores, era en un principio, digna de todo encomio; mas luego degeneró la interpretación de esas leyes y costumbres en vacía esclavitud literal y en múltiples exterioridades; la seriedad primitiva se convirtió en gazmoñería, bajo la cual se ocultaban el orgullo, la dureza de corazón y una porción de vicios. Al principio gozaron de gran prestigio entre el pueblo por sus grandes servicios y su apariencia de virtud. Diferenciábanse de los saduceos por la creencia en la inmortalidad del alma, en la resurrección de la carne y en la existencia de seres espirituales superiores, los ángeles. De los fariseos salían los escribas y doctores de la Ley. También los tribunales del país estaban principalmente en manos de este partido; en el Sanedrín tenían ordinariamente la mayoría.

Los saduceos [5] eran en cierto aspecto lo opuesto de los fariseos; hacían poco caso de la letra de la Ley y de las tradiciones, negaban la espiritualidad e

---

[1] *Bell.* 5, 13, 6. [2] Cfr. núm. 729 ss. 744.

[3] Es decir, *aislados* de la masa del pueblo (por su conocimiento superior de la religión y por su piedad).

[4] Hácese mención de ellos por primera vez como secta independiente en tiempo del sumo sacerdote Jonatás, 144 a. Cr. Cfr. Josefo, *Ant.* 13, 59; Wellhausen, *Pharisäer und Sadduzäer* (reimpresión) 194; Caspari, *Die Pharisäer bis an die Schwelle des NT,* en *BZSF* V 7; Krüger, *Beiträge zur Kenntnis der Pharisäer und Essener,* en *TQS* 1894, 451 ss.

[5] Nada que ver tiene el nombre con *zadik* o *zedek,* «justo», «justicia»; antes bien parece relacionarse con el nombre del sumo sacerdote Sadoc (cfr. núms. 459 y 551, en griego Sadduk), y designar la aristocracia sacerdotal que en la época griega consiguió gran preponderancia política mediante la unión del sacerdocio con la realeza. Según Hölscher (*Der Sadduzäismus,* Leipzig 1907), no se puede hablar de historia propiamente dicha del saduceísmo. «El fundamento objetivo de este mote injurioso es la tendencia, cada día más manifiesta en el judaísmo de la época griega y romana, a dejarse arrastrar por la cultura extranjera y a renegar de las costumbres y de la religión judías. En tiempo de la dominación romana los fariseos designaron esta tendencia al «helenismo» con el nombre de «saduceísmo».

inmortalidad del alma y, como consecuencia, encontraban en el placer terreno el fin supremo del hombre. Esta secta debió de nacer de aquellos judíos imbuídos del espíritu griego, condescendientes con las ideas y costumbres paganas [1]. Muy inferiores en número a los fariseos, tenían sin embargo gran influencia en el pueblo, por pertenecer a ellos los judíos más ricos y distinguidos («ilustrados»).

Además de estas dos sectas, existía otra, la de los **esenios** o *eseos* [2]. Hacían vida común; unos se dedicaban a la vida activa, otros a la contemplativa y al cultivo de los más altos grados de la virtud. Vivían en lugares retirados, especialmente en la ribera occidental del mar Muerto, haciendo vida claustral; tenían comunidad de bienes y eran célibes, a excepción de *una* clase. Enviaban anualmente ofrendas al Templo; mas no acudían a él, por no participar de los sacrificios cruentos, queriendo adorar a Dios sólo en espíritu. A pesar de sus aberraciones, supersticiones y fanatismos, eran tenidos en gran respeto, aunque su influencia era escasa en el pueblo, del cual vivían alejados. Su origen debe buscarse en las «escuelas de los profetas» [3], es decir, en las comunidades de discípulos de los profetas, y también en la influencia de doctrinas exóticas (paganas) [4].

749. A pesar del fracaso político y de otras múltiples concomitancias desagradables, el alzamiento de los Macabeos tuvo gran importancia en la historia del pueblo escogido. Siendo esencialmente oposición del judaísmo ortodoxo a toda influencia del espíritu mundano (al helenismo), produjo un movimiento religioso que favoreció la preparación de la venida del Redentor. Nunca más se extinguió la comunidad de los piadosos, los *chasidim* (asideos [5], I *Mach.* 2, 42; 7, 13; II *Mach.* 14, 16), que aparecieron en escena en las luchas de los Macabeos y sostuvieron la prueba del fuego; el espíritu que Matatías y Judas supieron infundir en su derredor permaneció vivo en los elementos más nobles de la nación judía, hasta el tiempo de Jesucristo. Eje de la vida y muerte de estos varones piadosos fué la observancia de la Ley y la expectación del porvenir, que había de traer el cumplimiento de las promesas. Nunca como en este último período fué Israel un «pueblo del porvenir». Cuanto más desfavorables eran las circunstancias exteriores (especialmente desde que los romanos acabaron con el último resto de independencia nacional), tanto más tenazmente se aferraba la comunidad de los asideos a las promesas y a la Ley («valla» cada vez mayor). Así se explica la *expectación mesiánica,* característica del último período precristiano del judaísmo. Fundábase esta expectación, ante todo, en las profecías; los rasgos particulares que cada uno de los

---

[1] Cfr. núms. 726 y 729 ss.

[2] La etimología de este nombre es incierta (quizá tenga que ver con *chasid* o *chase,* «piadoso»); Filón relaciona a los esenios con los terapeutas, lo cual ha dado pie a la interpretación «médicos», mientras que el nombre de *therapeutai,* con que se designaba en tiempo de Jesucristo a ciertos ascetas, originariamente significaba adoradores, siervos de Dios. Encontramos la primera mención de los esenios hacia el año 166 a. Cr. Cfr. Josefo l. c.; Kath 1893 II 97 ss.; *TQS* 1894, 431 ss. Según Klein (*Verhandlungen des XIII internationalen Orientalistenkongresses* 1904, 255) y Dalman (*Grammatik des Jüd-Paläst-Aramäisch.,* Leipzig 1905, 419), eseos se deriva de *chascha* o *chaschaj,* «reservado-discreto». Según la *Misna* (*Schaqalim* V 6), en el Santuario había una «sala de los Chaschayim», de los silenciosos; Josefo (*Bell.* 2, 8, 5) dice de los eseos: «Ni alboroto ni desorden profana la casa; sino el diálogo sigue ordenadamente del uno al otro, y a los que están fuera les parece un temeroso misterio el silencio de los de dentro».

[3] Cfr. núm. 578.

[4] Acerca de las sectas cfr. *Rb* 636 675; *KL* IV 912; IX 1990; X 1521.

[5] Cfr. *Rb* 481.

profetas trazara, no se habían reunido todavía para formar la imagen completa; por eso no podían entonces apreciarse tan perfectamente como ahora, que los vemos cumplidos. Pero los rasgos principales estaban ya determinados con más o menos precisos contornos. Había sido prometido el Redentor como descendiente de una mujer y vencedor de la (infernal) serpiente, como vástago de los patriarcas Abraham, Isaac, Jacob y Judá, como Príncipe de la paz, estrella de Jacob y cetro de todos los pueblos, como Gran Profeta, Señor del mundo y Juez, Hijo de David, brote nuevo y siempre floreciente de la raíz de Jesé y de la casa derruída y humillada de David, que había de unir a todos los israelitas y a todos los pueblos de la tierra en una nueva y eterna Alianza. Habíase anunciado su eterna divinidad, su encarnación y nacimiento del seno de una virgen, el lugar de su aparición en el mundo, Belén, su precursor, la época y el lugar de su vida pública, la plenitud del Espíritu Santo que sobre él había de reposar. Habían descrito los profetas su obediencia, pobreza, mansedumbre, paciencia, humildad, compasión; le habían anunciado como el Buen Pastor, el grande y perfecto maestro de la verdad y de la justicia; habían predicho su pasión sustitutiva y su glorificación, los frutos gloriosos de sus padecimientos, la redención del mundo, la venida del Espíritu Santo, la fundación de un reino universal y eterno, la Iglesia con todos los tesoros de verdad y de gracia, en especial su sacrificio inmaculado, que en la Nueva Alianza se había de ofrecer en todos los pueblos de oriente a poniente, su majestad y señorío en el cielo [1].

750. Entre todos estos rasgos resaltan dos: la restauración del reino davídico por medio del vástago de David (el nuevo David) e Hijo de Dios (el «siervo de Dios» por cuya mano se llevará a cabo el decreto divino), y la venida del reino mesiánico con la derrota de todos los enemigos (pecado, idolatría, imperios del mundo). De todas las profecías, las que produjeron más impresión parecen haber sido las de *Daniel* y las de los *Salmos*. Echase ello de ver en los *Libros de los Macabeos,* donde se alude repetidas veces a los citados libros; en el de *Daniel* especialmente se describe la victoria del reino de Dios de una manera simbólico-intuitiva. Guarda relación con el *libro de Daniel,* tanto por el fondo como por la forma, la *literatura apócrifa* [2] judía que pululó en los 150 años a. Cr. hasta entrada ya la era cristiana; dicha literatura encierra provechosas enseñanzas acerca de las ideas y esperanzas religiosas populares. Dos cosas le son características — prescindiendo del ropaje visionario (apocalíptico) que la envuelve —:

---

[1] Puede verse un sumario de los pasajes mesiánicos, apologéticamente discutidos, en A. de Broglie, *Die messianischen Weissagungen ein Beweis Gotess* (colección *Wissenschaft und Religion,* Estrasburgo 1906).

[2] El uso católico entiende por apócrifos los escritos compuestos a imitación de los Libros Sagrados (del Antiguo y Nuevo Testamento) y atribuídos a algún hombre célebre de la historia sagrada, escritos tenidos, a veces, temporalmente por sagrados, pero nunca reconocidos como tales por la Iglesia. Cfr. *KL* I 1036 ss.; ibid. 1048 ss. la bibliografía completa de los apócrifos; Székely, *Bibliotheca apocrypha* (Friburgo 1913).—Los protestantes tienen (injustamente) por apócrifos los llamados deuterocanónicos (cfr. núm. 3), y a los realmente apócrifos llaman «seudoepígrafos» (es decir, libros que llevan falso título). Cfr. la colección y versión *Apokryphen und Pseudepigraphen des AT* publicada por *Kautzsch*[5-8], tomo II (Tubinga-Friburgo 1921). Los más conocidos llevan los nombres de *Adán,* de *Henoc,* de los doce *Patriarcas,* de *Moisés,* de *Isaías,* etc. Alguno (como la *Oración de Manasés* y los *Libros* III y IV *de Esdras)* se encuentran en apéndice en las ediciones de la *Vulgata,* «para que no se pierdan, pues son citados por algunos santos Padres y aparecen en las antiguas ediciones de la Biblia» *(KL* I 274).

las evocaciones del pasado, legendaria y fantásticamente adornadas, y las esperanzas bíblicas mesiánicas, las cuales, aunque dependientes de las profecías, presentan sin embargo un sello muy peculiar Estas esperanzas aparecen de manifiesto sobre todo en los *libros sibilinos* judíos y en los *Salmos de Salomón* [1] de mediados del último siglo. Según la sibila judía, que se formó hacia el año 140 a. Cr., Dios enviará del Oriente a un rey, que ha de terminar con las guerras de todo el mundo, matando a los unos y cumpliendo a los otros las promesas. Y no lo hará por propio arbitrio, sino obedeciendo al mandato de Dios. A su aparición se confabularán los reyes gentiles para atacar el Templo de Dios y la Tierra Santa. Ofrecerán sacrificios idolátricos alrededor de Jerusalén; pero Dios les hablará con voz poderosa, y todos perecerán por mano del Inmortal. Temblará la tierra, se precipitarán los montes y las colinas, y aparecerá el erebo [2]. Perecerán los pueblos gentiles por la guerra, por la espada y por el fuego, porque blandieron sus lanzas contra el Templo. Entonces vivirán en paz los hijos protegidos por la diestra del Santo. Y los gentiles, al ver esto, se animarán e incitarán los unos a los otros a alabar y ensalzar a Dios, enviarán ofrendas al Templo de Dios y aceptarán su Ley, que es la más justa en toda la tierra. Reinará la paz entre todos los reyes de la tierra. Y Dios instituirá un reino eterno sobre todos los hombres. De toda la tierra vendrán ofrendas al Templo de Dios. Y los profetas de Dios depondrán la espada; porque son jueces de los hombres y reyes justos. Dios morará en Sión, y en todo el orbe habrá paz.—Según los *Salmos de Salomón,* el Mesías es Hijo de David y Rey de Israel; su oficio es purificar a Jerusalén de gentiles y derribar a todos los impíos; entonces fundará en Jerusalén un reino de justos y santos; no serán admitidos los extranjeros, sino habitarán en Jerusalén sólo los judíos santos y fieles a la Ley. Además someterá a su cetro a todos los gentiles, para que vengan espontáneamente a ver su majestad y congreguen a todos los miembros dispersos del pueblo de Dios. Todo esto llevará a cabo con la ayuda de Dios, no con auxilio de poder terrenal, y porque está exento de pecado y lleno del Espíritu Santo, de suerte que sus palabras son como de ángel; aquéllos serán días felices.

La expectación y el ardiente deseo del pueblo judío adquieren expresión más emocionante en las dieciocho *alabanzas divinas* de la oración matutina, en las cuales Israel, probablemente desde los tiempos de Esdras, presentaba a Dios sus más graves necesidades [3]. En ellas se dice: «Alabado seas, Eterno, Dios nuestro y de nuestros padres, que te acuerdas de las gracias de los padres y traes el Redentor a los hijos de los hijos»; y más adelante: «Brote pronto el renuevo de David, tu siervo, y sea levantado su cuerno mediante tu redención». En la *fiesta de la Pascua,* recordando los judíos la liberación de Egipto, pedían la salud y redención completa por el Mesías: «Edifica la ciudad santa de Jerusalén; acuérdese el Señor de las misericordias de los días del Mesías y de la vida del mundo venidero» (del reino mesiánico). El *Hosanna* del último salmo del Hallel (*Ps.* 112-117), que se cantaba en las grandes festividades, y con más solemnidad en la fiesta de la Pascua y de los Tabernáculos, expresaba este deseo del Mesías de la manera más entusiasta: *¡Hosanna!,* es decir, ¡sálvanos por fin! «La piedra que desecharon los albañiles, ha llegado a ser piedra angular. Dios lo hizo, y es admirable a nuestros ojos. Este es el día que hizo el Señor; alegrémonos y regocijémonos en él. Oh Eterno, redime, oh Eterno, salva. Oh Eterno, haznos felices, oh Eterno, haznos dichosos. Bendito el que viene en el nombre del Señor». Todavía más solemne y entusiasta era la alusión al Mesías en la *fiesta de los Tabernáculos,* cuando en el punto culminante de la fiesta,

---

[1] Cfr. *KL* VIII 1378 ss.; Dalman, *Messian. Texte aus der nachkanonischen jüdischen Literatur* (Leipzig 1898); Lagrange, *Le Messianisme chez les Juifs* (de 150 a. Cr. hasta el 200 d Cr.; París 1909). Cfr *ThR* 1910, 2; *RB* XIII 391.

[2] En el mito griego la lobreguez del tártaro, personificada como hijo del Caos.

[3] Véase en Lietzmann, *Kleine Texte* 58, 9 ss. (Bonn 1910) las antiguas oraciones litúrgicas judías.

a los clamores del *Hosanna,* todo el pueblo agitaba los ramos de palmeras, produciendo un susurro que se esparcía por todo el Templo; y cuando, al sacar el agua de la fuente de Siloé, se cantaban las palabras del Profeta: «Sacaréis agua con alegría de las fuentes del Salvador» [1].

751. Con esto quedan expuestos los fundamentos de la *expectación mesiánica del pueblo judío en tiempo de Jesucristo,* y los elementos que la informaban. Como podemos ver en los santos Evangelios [2], era tan general, tan grande y tan cierta la expectación en tiempo de Jesucristo, que el Sanedrín no se admiró ante la consulta de los *Magos* de Oriente, sino señaló sin vacilar a Belén como lugar del nacimiento del Mesías, apoyándose en el profeta Miqueas [3]. El anciano Simeón le esperaba por aquel tiempo con tanta certeza y con tales ansias, que Dios le consoló con la promesa de no morir en tanto que sus ojos no viesen al Ungido del Señor [4]. Lo mismo sucede con Zacarías y Ana la profetisa [5]. Pero también en otros círculos encontramos la misma expectación: cuando apareció en escena el *Bautista,* pensó el pueblo que quizá aquel hombre fuese el Mesías [6], y el Sanedrín le envió un mensaje, diciendo: «¿Eres tú el Mesías?» [7] Juan declaró que el Mesías venía detrás de él, por más que era antes que él, y se reconoció indigno de desatar la correa de su zapato; y al día siguiente señaló al Mesías a sus discípulos, diciendo: «He ahí el cordero de Dios, que quita los pecados del mundo» [8]. Dijo que el Mesías bautizaba en el Espíritu Santo y en el fuego, y dió testimonio de que era el Hijo de Dios [9]; y todos entendieron a quién se refería el Bautista. Andrés y Juan, siguiendo las instrucciones del Precursor, van en pos de Jesús y se hacen discípulos suyos. Andrés anuncia su dicha a su hermano Simón Pedro con estas palabras: «Hemos encontrado al Mesías» [10]. Al día siguiente Jesús llama a Felipe, y éste invita a su amigo a seguir a Jesús con estas palabras: «Hemos encontrado a aquél de quien Moisés escribió en la Ley, y de quien hablaron los Profetas: Jesús, hijo de José de Nazaret»; y Natanael le reconoce por «Hijos de Dios y Rey de Israel» [11]. Cuando las turbas ensalzan o aclaman a Jesús en su vida pública como a aquél que ha de venir, como Profeta, Hijo de David y Ungido del Señor, o cuando le quieren proclamar rey, es porque le tienen por el Mesías prometido y universalmente esperado. Los *samaritanos* no fueron una excepción en esta esperanza. La Samaritana del pozo de Jacob cree primero ver en él a un profeta; mas para ella el Mesías es algo más que un profeta, y espera que, cuando venga, anunciará también a los samaritanos todas las cosas; por fin reconoce en Jesús al Mesías; llena de alegría, llama a sus conciudadanos; éstos oyen al Mesías y confiesan «que él es en verdad el Salvador del mundo» [12]. El mismo Caifás, contra su voluntad, dió testimonio de esta creencia general, de esta expectación universal de los judíos, cuando, no pudiendo demostrar la culpabilidad de Jesús ni con apoyo de falsos testigos, le preguntó: «Te conjuro por el Dios vivo que nos digas si tú eres Cristo (el Mesías), Hijo de Dios bendito» [13]. Jesús dió testimonio *de sí mismo* [14], diciendo que él era el Mesías anunciado por los profetas, aparecido en la plenitud de los tiempos, por quien se había de cumplir lo que aquellos profetizaron; como a tal le anunciaron por todas partes *los apóstoles,* indicando expresamente a los judíos los vaticinios de los profetas y la expectación propia

---

[1] *Is.* 12, 3; cfr. núm. 650.
[2] Cfr. Frings, *Die Einheit der Messiasidee in den Evangelien* (Maguncia 1917; tirada aparte de un artículo de Kath 1917, 1 ss.).
[3] *Matth.* 2, 4 ss. [4] *Luc.* 2, 26.
[5] *Luc.* 1, 68 ss.; 2, 38. [6] *Luc.* 3, 15. *Ioann.* 3, 28, cfr. 7, 41.
[7] *Ioann.* 1, 19 ss. [8] *Ioann.* 1, 27 29. [9] *Ioann.* 1, 33; 3, 27 ss.
[10] *Ioann.* 1, 41. [11] *Ioann.* 1, 45 49. [12] 4, 19 25 29 42.
[13] *Matth.* 26, 63 s. Cfr. Friedrich, *Der Christusname im Lichte der atl und ntl Theologie* (Colonia 1905).
[14] Cfr. *Matth.* 13, 14; 21, 2 ss.; 26, 54; *Marc.* 14, 49; *Luc.* 4, 21; 22, 37; 24, 25 ss.; 44 s.; *Ioann.* 5, 39; 13, 18; 15, 25; 17, 12; 19, 28; 20, 9.

y la de sus padres [1]. Es también evidente que, aunque a la mentalidad mezquina y carnal de los judíos no llegó a comprender rectamente las profecías y desechó a un salvador pobre y humilde, nunca, sin embargo, se borraron del todo o se oscurecieron los rasgos espirituales de la imagen del Mesías. Los mejores le esperaban como a salvador del pecado, y Soberano del reino espiritual de la verdad, de un reino que se había de extender sobre todas las naciones y había de dar a todos felicidad, paz y bendición. Zacarías, padre del Bautista, ve en su hijo al Precursor que ha de preparar los caminos del Mesías, «enseñando la ciencia de la salvación a su pueblo, *para* (que éste obtenga la) *remisión de sus pecados* por la misericordia de nuestro Dios, con la que nos ha visitado el Oriente de lo alto (el Mesías), para iluminar a los que yacen en las tinieblas y en las sombras de la muerte y guiar nuestros pasos por la senda de la paz» [2]. El anciano Simeón reconoce en él «la salud que Dios preparó a la faz de las naciones, la luz para alumbrar a los gentiles y para gloria de su pueblo Israel; y al mismo tiempo dice él, que está destinado para ruina y resurrección de muchos en Israel y para ser blanco de la contradicción» [3]. Y por más que aun los espíritus más rectos, contagiados por la falsa y terrena idea de sus compatriotas, esperaban en el Mesías al fundador de un esplendente reino terrenal, semejante al de David, mas ello era a modo de preparación para la influencia eficaz espiritual y fecunda del Mesías; y abandonaron la esperanza de un dominio del mundo, tan pronto como fueron instruídos acerca de las profecías y su cumplimiento en Cristo. Así instruyó el Salvador a sus discípulos [4], y éstos, a muchos miles de judíos que se convirtieron en los comienzos de la Iglesia.

752. Una mirada a la *evolución del mundo pagano y al estado en que se encontraba* al comienzo de la era cristiana, nos mostrará que también él sentía la necesidad de la venida del Redentor, que estaba ya maduro para ella y la deseaba, ora consciente, ora inconscientemente. Los escritores paganos nos presentan un cuadro horripilante de la corrupción de costumbres y de la degeneración que minaban internamente al mundo greco-romano. El politeísmo (mitología y culto) no sólo se mostraba impotente para contrarrestar aquella corrupción, sino que también era campo abonado para toda clase de supersticiones y desarreglos; además, el politeísmo estaba desacreditado y en descomposición. Iban introduciéndose la indiferencia religiosa y el nihilismo, el ocultismo y el sincretismo. La filosofía había llegado a su término, después de haberse agotado inútilmente buscando la solución del «enigma de la existencia» y los fundamentos y las reglas de la virtud; y aun en su estado más floreciente y en su forma más noble, no había pasado de un profundo anhelo por la Revelación y por el ideal de la virtud, ni de cierto presentimiento de la necesidad de la redención del pecado y del error, como se ve de una manera impresionante en los escritos de Platón [5]. El desarrollo espiritual y ético del mundo civilizado antiguo termina con un grito estridente, con la indiferencia y desesperación y con el desconsuelo que revela aquella pregunta de Pilatos: *¿Quid est veritas?* [6] Es peculiar de los últimos siglos anteriores a Cristo la impresión del alejamiento de la divinidad, el deseo de una revelación superior. Y aunque este deseo no exprese en primer término otra cosa que la convicción de la decadencia de los pueblos clásicos y de su civilización, y el presentimiento de la nueva era que se avecina [7], sin embargo no cabe dudar que dimana del contacto con las ideas religiosas y de

---

[1] *Act.* 1, 16; 2, 25 ss.; 4, 11 25 ss.; 8, 35; 10, 43; 13, 27 ss.; 17, 2 11; 18, 28; 26, 22 27; 28, 23. [2] *Luc.* 1, 76 ss. [3] *Luc.* 2, 30 ss.

[4] *Luc.* 24, 25 ss. *Act.* 1, 6 ss.; 3, 18; 17, 3.

[5] Cfr. Weiss, *Weltgeschichte* III 218.

[6] *Ioann.* 18, 38. Compárese con la sentencia del poeta Lucilius († hacia el 103 a. Cr.): *Nil veri, omnia ficta.*—«Nada hay verdadero, todo es ficción», y las palabras del último y más grande de los historiadores romanos, Tácito († hacia el 120 a. Cr.): *Nulla spes nisi desperatio.*—«No queda otra esperanza sino la desesperación».

[7] Cfr. Zeller, *Philosophie der Griechen* III 56 368 ss.

las esperanzas que venían de Oriente, que de ellas se nutre y en ellas se afianza. En el mismo siglo que presenció la cautividad y dispersión de Israel, una considerable corriente monoteísta, una especie de reforma [1], se infiltró por el paganismo oriental; en los siglos siguientes, el paganismo greco-romano estuvo cada vez más penetrado de ideas y prácticas venidas del Oriente. Los cultos de Asia Menor, Egipto, Siria, Persia y otros pueblos tenían cada vez más aceptación en Grecia desde el siglo v, y en Roma desde el II a. Cr., y ejercían influencia especialmente en los llamados *misterios* (doctrinas y prácticas para los iniciados), cuya institución obedecía a la conciencia del pecado y al deseo ardiente de la redención y de la salud del género humano; otra prueba de esto es la propagación del culto persa de Mitra y del culto sirio del sol en la época de los emperadores romanos [2]. No es fácil determinar hasta qué grado el mundo pagano civilizado conocía las Sagradas Escrituras de los judíos, y en particular, en qué medida las ideas más nobles y puras de los sabios gentiles (que visitaban el Oriente) derivan del contacto con la religión y los Libros Sagrados de los judíos. Los santos Padres opinan que, no sólo el *logos* (la divina Sabiduría) iluminó al mundo gentil, sino que también lo que de bueno y verdadero se encuentra en los escritos de los paganos, procede de la tradición y revelación primitivas, o del conocimiento, ora directo, ora indirecto, de la Sagrada Escritura y de la religión judía. Esto, naturalmente, no se puede demostrar punto por punto; pero sí es cierto que el judaísmo, por su misma existencia, por sus Libros Sagrados traducidos al griego y por su espíritu de proselitismo en la dispersión, fué para el mundo gentil un fermento, que allanó el camino a ideas más puras y a los principios morales del monoteísmo, e inició la esperanza de tiempos mejores [3]; tal fué el designio de la Providencia al permitir la dispersión de los judíos (*Tob.* 13, 4). No se puede negar que la esperanza de un vencedor del mal, de un libertador de la humanidad, de un redentor, del retorno del paraíso y de «la plenitud de los tiempos», formaba parte de las ideas más nobles que el paganismo ora conservó como recuerdo de la revelación primitiva, ora trasegó del judaísmo, ora formuló como exigencias del corazón (*anima naturaliter christiana*); estos recuerdos y esperanzas no pueden compararse con las profecías bíblicas, ni menos considerarse como fuentes de ellas; pero representan un considerable patrimonio de la humanidad y se abren paso a fines de la época precristiana [4].

---

[1] Véase en Schürer, *Geschichte des jüdischen Volkes* III[4] 157 ss., la exposición detallada. Con razón sale Schürer al paso de los que afirman (A. Jeremías, *Babylonisches im AT*, Leipzig 1905) radicar todas estas influencias en una antigua filosofía oriental «¿Eran por ventura los persas, judíos y griegos tan pobres de espíritu que *sólo* supiesen transmitir la primitiva sabiduría de los babilonios, transformarla y completarla?» (*Theol. Lit. Ztg.* 1905, núm. 8).

[2] Cfr. Jeremías, *Monotheistische Strömungen*, etc., 43 s. Seis siglos antes de Jesucristo aparecen las figuras de Zoroastro en Persia, de Buda (Sakiamuni) en India y de Confucio en China. Acerca de los misterios paganos en tiempo del nacimiento del Cristianismo, cfr. *StL* 1906, 376 ss.; *K* VIII (1907) 75 ss. Cumont, *Die orientalischen Religionen in römischen Heidentum*[2] (Leipzig 1914). Frente a Reitzenstein, Jakoby y otros que quieren ver en el Cristianismo una religión de misterios (es decir, una religión nacida de los misterios paganos), sostiene Heinrici (*Internat. Wochenschrift* 1911) que el Cristianismo primitivo debe más bien considerarse como una religión opuesta a los misterios (*Antimysterienreligion*). Para esta cuestión y la bibliografía correspondiente cfr. Krebs, *Der Logos als Heiland* (Friburgo 1910) 120 ss., y *Das religionsgeschichtliche Problem des Urchristentums*, en *BZF* VI (1913) 124 ss.

[3] Acerca de la expansión, vida religiosa e influencia de los judíos en la Diáspora cfr. Schürer. *Geschichte des jüdischen Volkes* III[4] 2 ss., 135 ss.

[4] Cfr. *KL* VIII 1405 s. (Schanz); Hehn, *Sünde und Erlösung nach biblischer und babylonischer Anschauung* (Leipzig 1903); del mismo, *Die Erlöseridee bei den Babyloniern*, en *LBKV* 1905, núm. 3, 13; Lietzmann, *Der Weltheiland* (testimonios de la idea del redentor en el mundo antiguo; Bonn 1909).—La escuela histórico-evolucionista (núm. 20) pretende explicar este problema de manera esencialmente distinta. Ya en las visiones de Daniel y en otros capítulos proféticos, cuyo origen procura fijar muy entrada la época posterior al destierro, cree descubrir el influjo de formas e ideas babilónicas opuestas a la

A este *Rorate coeli* del Oriente [1], responde en Occidente *Virgilio (Eglog. IV)*, cuando, apoyándose manifiestamente en los oráculos sibilinos, da testimonio de la antigua profecía, según la cual, es ya llegado el tiempo de que venga del cielo el Hijo de Dios, trayendo la edad de oro a la tierra y destruyendo la serpiente [2]. «Todo el Oriente, dice *Suetonio (Vespas.* c. 4), compartió la idea antigua y constante de que, según los decretos del destino, de Judea había de salir el dominio del mundo». De igual modo el historiador romano *Tácito (Hist.* 5, 13): «Muchos abrigaban la convicción de que en los libros antiguos de los sacerdotes constaba que por aquella época (de la destrucción de Jerusalén) el Oriente se había de robustecer, y los judíos habían de salir y apoderarse del dominio del mundo». Ya procedan estos testimonios de los libros sibilinos, ya del historiador Josefo, y aunque los escritores paganos no hayan comprendido el profundo sentido que encierran, o lo hayan aplicado a personas humanas, no obstante, atestiguan la expectación general de una cosa mejor, de un cambio que se realizará merced a un salvador enviado por Dios. Además de esto, *el imperio de hierro, el romano,* había sucedido a los imperios babilonio, persa y griego, y los había destruído y dominado; era, pues, la hora del reino mesiánico. Llegaban también a su término las setenta semanas de Daniel, en la última de las cuales, con la muerte del Redentor, habían de acabar las transgresiones, terminar los pecados, borrarse las injusticias, cumplirse las visiones y profecías, cesar los sacrificios cruentos y las ofrendas, instaurarse la eterna justicia y ser ungido el Santo de los Santos. *Todo estaba preparado para la venida del Redentor:* había llegado **la plenitud de los tiempos,** en la cual se iba a realizar la *expectación de las naciones (Gen.* 49, 10), apareciendo *el deseado de todos los pueblos (Agg.* 2, 8) [3],

JESUCRISTO,

Dios bendito por toda la eternidad.

---

antigua expectación mesiánico-israelita; penetradas del dualismo mazdeísta, y quizá mezcladas con ideas egipcias, habrían influído en el judaísmo posterior y en la literatura apocalíptica, y de aquí habrían pasado al Nuevo Testamento. Lo que antes se atribuía a ciertas deidades babilónicas, especialmente a los dioses de la luz, como Marduc, Schamasch, Sin, etc., se fué trasladando a la figura del Mesías y, más tarde, en el primitivo Cristianismo, a Jesús de Nazaret. Así Zimmer, *Keilinschr. und Bibel* 39 ss.; Bousset, *Die jüdische Apokalyptik* (Berlín 1903), entre otros.—Mas casi todo es problemático y no puede hablarse de una solución definitiva de las cuestiones planteadas (Zimmer l. c.). No habiendo sino sólo huellas de semejanza, se prescinde, como siempre, de las diferencias esenciales entre ideas bíblicas y babilónicas, y entre babilónicas y cristianas, y se establece artificiosamente la «dependencia» a favor de la ley de la evolución puramente natural, rechazando por sistema la posibilidad de una conexión entre todas ellas en virtud del origen de antiguas fuentes comunes (revelación primitiva y tradición), dado caso que se llegase a demostrar la existencia de tales ideas en el babilonismo antiguo. Por mucho que se violenten las cosas, nunca se logrará explicar por evolución puramente natural el origen del Cristianismo, aun dado caso que se llegase a eludir el judaísmo bíblico, ni destruir el hecho de su origen sobrenatural. El Cristianismo *no* es «el resultado, históricamente necesario, de la evolución religiosa de la antigüedad», como pretenden Sybel, Pfleiderer y otros. Cfr. *Die Entstehung des Christentums im Lichte der Geschichtswissenschaft,* en *StL* LXIX (1905) 353 ss.; *Urchristentum und wissenschaftliche Methode,* en *WBG* 1906, núm. 23: Heinisch, *Griechentum und Judentum,* en *BZF* I 528 ss.; Henrici, *Hellenismus und Christentum,* en *BZSF* V 8.

[1] *Heliand* 1911, 59 ss. (Peters).

[2] Acerca del carácter profético de la *Egloga* IV de Virgilio cfr. *HPB* 139, fascículo 9 (1907), 637 ss.

[3] Acerca de lo tratado en todo este párrafo cfr. también Kalt, *Jesus die Sehnsucht der Menschheit* (Steyl 1924).

Libros poéticos y didácticos del Antiguo Testamento

Además de los *Salmos* (cf. núms. 520-537), contiene el Canon del Antiguo Testamento otros libros poéticos y didácticos, que en la edición de la *Vulgata* siguen a los históricos y preceden a los proféticos, en el orden siguiente: 1. *Libro de Job;* (2. *Libro de los Salmos);* 3. *Libro de los Proverbios;* 4. *Eclesiastés* (el Predicador, Cohélet); 5. *Cantar de los Cantares;* 6. *Libro de la Sabiduría;* 7. *Eclesiástico* (Jesús hijo de Sirac).

Todos ellos (a excepción del *Cantar de los Cantares* y del *Libro de Job*) se citan en la Liturgia con el título genérico de *Libros de la Sabiduría* o *Libros Sapienciales*.

113. Libro de Job

753. El libro de Job es un magnífico poema didáctico, vinculado al nombre y vicisitudes de un personaje extraisraelita de los tiempos patriarcales. Repetidas veces atestigua la Sagrada Escritura la existencia de Job, modelo de paciencia heroica [1], y tanto la tradición judía como la cristiana dan de ella testimonio unánime. Autor y época en que se escribió nos son desconocidos; mas la perfección del lenguaje y la acabada forma literaria son claro indicio de que fué compuesto por un escritor inspirado, de una época posterior (no ciertamente a la cautividad), en la cual estaba floreciente la poesía (religiosa) [2]. Este poema dialogado y artísticamente dispuesto [3], cuyo asunto son las vicisitudes del santo Job conservadas en la tradición, da por conocido el estado de cosas de los tiempos patriarcales extraisraelíticos; mas el escritor trata la materia con aquella libertad que se concede al poeta y de la que particularmente necesita para conseguir un fin didáctico y edificante. Desarrolla este poema didáctico la historia

---

[1] El *Libro de Tobías,* por ejemplo, dice así (2, 12): «El Señor permitió que sobreviniese a Tobías esta prueba, porque diese a los venideros ejemplo de paciencia como el santo Job»; análogamente *Ezech.* 14, 14 y *Iac.* 5, 11.—Son indicios de época patriarcal la longevidad, el estado general de cosas que supone el autor, la falta de referencias concretas a la Ley de Moisés, etc. La versión griega advierte al final del libro que Job es descendiente de Abraham en quinta generación, y le identifica con Jobab, segundo rey de Idumea (*Gen.* 36, 33).

[2] Según unos, en tiempo de David y Salomón, según otros, en tiempo de los profetas, en particular en tiempo de *Jeremías* o Ecequiel (*Eccli.* 49, 9); cfr. Royer, *Die Eschatologie des Buches Job,* en *BSt* VI 28 ss. En un estudio reciente acerca del «autor de los discursos de Eliú» (*BSt* XIV 3). Posselt concluye que «la redacción del *Libro de Job* se efectuó probablemente en fecha muy posterior a la destrucción del reino de Israel, pero *antes* de Jeremías, probabilísimamente luego de comenzar la cautividad de Babilonia». En la misma revista, página IX-XI, puede verse un índice bibliográfico. Citaremos Zschokke, *Das Buch Job* (Viena 1875); Knabenbauer, *Comm. in Librum Job* (París 1886); Peters, *Das Buch vom Dulder Job* (Paderborn 1917); Kalt, *Das Buch Job* (Steyl 1924).—Frente a la crítica, que por razones «histórico-religiosas» sostiene que el *Libro de Job* se compuso en época muy posterior al destierro, «investigadores calificados» defienden aún hoy que se escribió con mucha anterioridad, acaso antes del destierro. Para las cuestiones acerca del *Libro de Job,* consúltese *ThG* 1911, 441 (Laur).

[3] Cfr. Hontheim, *Das Buch Job als strophisches Kunstwerk nachgewiesen,* en *BSt* IX 1-3. Acerca de la métrica del *Libro de Job* cfr. Vetter en *BSt* II 4.

de la prueba y del acrisolamiento de Job; mas no se reduce a una simple narración, sino que es la creación de un poeta, que en el prólogo y epílogo se sirve de la forma histórica para hacer más comprensible el problema de que trata y la solución del mismo, y para presentar a los lectores las personas que en el diálogo intervienen.

Idea fundamental del libro es la *causa y el objeto del dolor,* problema que se discute en su aspecto más interesante y difícil, a saber: el dolor de los justos, representados en el justo Job. La verdadera razón de los padecimientos de Job no la saben ni éste ni sus amigos; insisten éstos en que los dolores no pueden ser sino castigo del pecado; Job, por el contrario, no tiene conciencia de los pecados que en él suponen sus amigos, y de aquí nace entre ellos una serie de discusiones que se acercan cada vez más a la solución del magno problema, hasta que el mismo Dios, por boca de Eliú, da la verdadera respuesta.

Por el ingenio de las discusiones, por la elevación de ideas y por sus patéticas descripciones, es el libro de Job una fuente inagotable de sabiduría y de graves consejos para la virtud y la piedad; y en cuanto a sublimidad de ideas, belleza y elegancia de *lenguaje,* pocos libros le igualan [1]. Desde los primeros tiempos fué considerado por judíos y cristianos como *obra del Espíritu Santo.* Hasta qué punto han de tenerse por acertados y revelados los juicios que el escritor inspirado pone en boca de sus personajes, lo han de determinar las leyes literarias de la forma dramático-dialogada de la discusión. En un altercado luchan unas opiniones con otras y aquéllas que quedan triunfantes, se tienen por verdaderas. En nuestro caso deberán tenerse por inspiradas aquéllas que reciben su aprobación de Dios mismo (al final del libro) o del autor inspirado. De hecho los amigos de Job son censurados por sus necios discursos, y el mismo Job recibe una corrección que le hace reconocer sus yerros. Se ha de apreciar por consiguiente cada proposición en el contexto del razonamiento y cada razonamiento en el contexto de toda la discusión, sin olvidar el prólogo, el discurso final de Dios y el epílogo.

Forman la parte principal del libro las discusiones de Job y sus amigos, descritas en forma poética (cap. 3-42, 9). «La discusión, que aquí se desarrolla en tres escenas, no ocurrió ciertamente tal como se describe; es más bien una invención del vate inspirado, hábil en el arte de caracterizar sus personajes, dotado de singular finura psicológica en el desarrollo y expresión de sus pensamientos y de altos vuelos poéticos» [2]. Es de gran importancia averiguar si los discursos de Eliú (cap. 32-37; cfr. núm. 772) pertenecen a la primera redacción del libro. Criterios extrínsecos e intrínsecos inclinan a responder afirmativamente: la explicación de Eliú es un eslabón imprescindible de la cadena de discusiones, pues ella da la verdadera solución del problema discutido. La manera brusca como aparece Eliú en escena y cómo en parte censura y en parte com-

---

[1] Gietmann, *Das Problem des menschlichen Lebens in dichterischer Lösung: Parzival, Faust, Job und einige verwandte Dichtungen* (Freiburg 1887). Baumgartner, *Geschichte der Weltliteratur* I 24 ss. No debe sorprender que el asunto del poema fuese «patrimonio común del antiguo Oriente» (Jeremías, *ATAO*[2] 552), porque el problema del dolor ha ocupado al espíritu humano siempre y en todas partes. Cfr. von Keppler, *Das Problem des Leidens*[8-9] (Freiburg 1919). Mas de ello no se sigue que la persona de Job sea fabulosa y que el poema esté lleno de elementos mitológicos. Este libro es único por la forma y por el fondo; por la pureza y riqueza de sus ideas aventaja a toda la sabiduría oriental. Es muy natural que el autor se sirva de expresiones y estilo orientales. El descubrimiento de poesías asirio-babilónicas, cuyo fondo tiene algún parecido con el *Libro de Job (AO* VII[3] 28 ss.), sólo prueba que éste es un problema de la humanidad y un asunto antiguo con base histórica, y que el poema bíblico aventaja a todos los demás. *ZKTh* 1907, 755. «La afirmación repetida recientemente tan a menudo de que el *Libro de Job* abunda en ideas mitológicas, es pura fantasía, como se prueba examinando los lugares en cuestión» *(KHL* II 111). Cfr. Landersdorfer, *Eine Babylonische Quelle für das Buch Job?,* en *BSt* XVI 1-3; Pfaffrath, *Das Buch Job und seine angeblich babylonische Vorlage,* en *ThG* 1913, 648 ss.

[2] Schöpfer, *Geschichte des AT*[6] 677.

pleta los discursos de Job y de los tres amigos, muestra el consumado arte literario del autor [1]. Prólogo y epílogo están escritos en forma narrativa (capítulo 1-2; 42, 9 ss.) y sirven para vestir y representar las ideas didácticas que constituyen el fondo del poema [2], a la manera como sucede en las parábolas, empero están tomados de la historia de Job.

El siguiente extracto servirá para dar las ideas fundamentales del libro.

754. Refiere el *prólogo* que: En el país de Hus [3] había un varón llamado Job, hombre sencillo, recto y temeroso de Dios y que se apartaba del mal [4]. Tenía siete hijos y tres hijas, y poseía siete mil ovejas y tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes y quinientas asnas y muchísimos criados; por lo cual era este varón grande entre todos los orientales [5]. Sus hijos solían celebrar convites en sus casas, cada cual en su día, y convidaban a sus tres hermanas para que comiesen y bebiesen con ellos [6]. Concluído el turno de los días del convite, enviaba Job a llamarlos y los santificaba; y levantándose de madrugada, ofrecía holocaustos a Dios por cada uno de ellos. Porque decía: No sea que mis hijos hayan pecado apartándose de Dios en sus corazones. Esto hacía Job todos los días (1, 1-5).

Pero cierto día, concurriendo los hijos de Dios [7] a presentarse delante del Señor, entre ellos compareció también Satanás [8]. Al cual dijo el Señor: «¿De dónde vienes?» [9] El respondió: «Vengo de dar la vuelta por la tierra y de recorrerla toda». Replicóle el Señor: «¿Has parado atención en mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón sencillo y recto y temeroso de Dios y ajeno de todo mal?» Mas Satán le respondió: «¿Acaso Job teme a Dios de balde? ¿No le tienes tú cercado por todas partes, así a él como a su casa y a toda su hacienda? ¿No has echado la bendición sobre

---

[1] Kaulen-Hoberg, *Einleitung* II⁵ 123. Posselt en *BSt* XIV 3. Budde *(Geschichte der hebr. Lit.* 317 ss.) contra muchos modernos.

[2] Dedúcese esto en parte de la redacción misma (por ejemplo, de los números redondos y esquemáticos de que se sirve al referir las riquezas, familia, edad de Job, desgracias que le sobrevienen una tras otra), en parte del contenido, particularmente de la manera como se describe la aparición de Satanás entre los hijos de Dios. *Hoc symbolice et sub ænigmate* (es decir, a manera de comparación o de parábola) *proponitur secundum consuetudinem S. Scripturae (Thom. Aq. in Iob Prolog.).* Análogamente Knabenbauer, Cornely y otros; cfr. Hontheim l. c. 3 s.

[3] En hebreo *Uz*, país citado también en *Ierem* 25, 19 ss.; *Thren* 4, 21; según parece, abarca una región geográfica bastante extensa. Se le ha relacionado con Idumea, pero según A. Musil, *Arabia Petraea,* hay que buscarlo en Arabia, donde existe una comarca, *al-Gebal,* en la cual se conserva el nombre *'Is* y se oyen aún los nombres de las tribus a que pertenecían los amigos de Job (temanitas, suhitas, naamatitas). Cfr. *K* 1910 XI 1 6; *Rb* 137.

[4] Fiel a la tradición recibida de Abraham, vivía apartado del paganismo y conservaba la fe y las virtudes de los Patriarcas.

[5] Es decir, árabes. Job era grande entre ellos tanto por su extraordinaria virtud como por sus muchas riquezas, y en razón de patriarca, como Abraham, tenía posición de príncipe.

[6] Celebraban sus días natalicios (cumpleaños) por orden, en bella harmonía familiar y con santa alegría.

[7] Angeles; cfr. núm. 51.

[8] Es decir, el adversario, el tentador, el acusador, el demonio. Orígenes, san Agustín, Gregorio Magno, santo Tomás de Aquino, etc. (Cfr. Calmet, *Comm. in Iob* 1, 6) entienden esta descripción, tan parecida a la visión del profeta Miqueas, III *Reg.* 22, 19 ss., como una narración a manera de parábola, en la cual, *bajo la imagen* de un consejo, se significa cómo se sirve Dios de los ángeles buenos para servicio de los hombres, y consiente a veces a Satanás que visite a los hombres para probarlos y acrisolarlos.

[9] Esta pregunta tiene por único objeto dar pie a la explicación que sigue.

las obras de sus manos, con lo que se han multiplicado sus bienes en la tierra? Mas extiende un poquito tu mano y toca sus bienes, y se volverá contra ti»[1]. Dijo, pues, el Señor a Satanás: «Ahora bien, todo cuanto posee está a tu disposición; sólo que no extiendas tu mano contra su persona». Con esto, salió Satanás de la presencia del Señor (1, 6-12).

755. En efecto, mientras los hijos e hijas de Job se hallaban un día comiendo y bebiendo vino en casa del hermano primogénito, llegó a Job un mensajero, que le dijo: «Estaban los bueyes arando y las asnas paciendo cerca de ellos, cuando he aquí que han hecho una incursión los *sabeos*[2] y lo han robado todo y han pasado a cuchillo a los mozos, y he escapado yo sólo para darte la noticia». Estando aún éste hablando, llegó otro hombre y dijo: «*Fuego de Dios*[3] ha caído del cielo y ha reducido a cenizas las ovejas y los pastores, y he escapado sólo yo para traerte la noticia». Todavía éste con la palabra en la boca, entró otro diciendo: «*Los caldeos*[4], divididos en tres cuadrillas, se han arrojado sobre los camellos y se los han llevado, después de haber pasado a cuchillo a los mozos, y he escapado sólo yo para darte el aviso». No había acabado éste de hablar, cuando llegó otro, que dijo: «Estando comiendo tus *hijos e hijas* y bebiendo vino en la casa de su hermano mayor, sopló de repente un viento huracanado de la parte del desierto[5], que ha conmovido las cuatro esquinas de la casa, la cual ha caído, cogiendo debajo a tus hijos, que han quedado muertos, y me he salvado sólo yo para poder avisártelo» (1, 13-19).

Entonces Job se levantó y rasgó sus vestidos[6], y, raída la cabeza[7], postróse en tierra, adoró y dijo: «Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré allá (a la tierra)[8]. *El Señor lo dió, el Señor lo quitó.* Se ha hecho lo que es de su agrado. ¡Bendito sea el nombre del Señor!» En medio de todas estas cosas no pecó Job en todo cuanto dijo, ni habló palabra inconsiderada contra Dios (1, 20-22).

756. Y sucedió que cierto día comparecieron los hijos de Dios en la presencia del Señor, y asimismo Satanás se halló entre ellos y se puso en su presencia. Y díjole el Señor: «¿No has observado a mi siervo Job? Pues aun se mantiene en su probidad. Y eso que tú me has incitado contra él, para que le atribulase en balde». A esto respondió Satanás, diciendo: «Piel por piel, todo cuanto tiene lo dará el hombre por conservar su vida; y si no, extiende tu mano y toca sus huesos y carne y verás

[1] Así y no de otra manera se debe entender la expresión de la *Vulgata* («benedice») correspondiente al texto hebreo, de acuerdo el contexto y el testimonio de las versiones antiguas. El texto hebreo trata de debilitar (velar) la expresión «maldecir de Dios», la cual no podía poner en su boca un piadoso israelita.

[2] *Saba* era (según *Gen.* 10, 7) la región norte de Arabia Pétrea y (según *Gen.* 25, 3) estaba habitada por los descendientes de Abraham; todavía hoy merodean por allí los beduínos.

[3] Es decir, rayo. Opinan algunos que se trata del simún, viento abrasador de Arabia y Egipto. Cfr. núm. 253. [4] Cuadrillas de bandidos arábigo-babilonios.

[5] Un huracán o torbellino venido de la otra parte del gran desierto de Arabia.

[6] Cfr. núm. 194.

[7] Cabello y barba eran muy estimados entre los asiáticos (no así entre los egipcios) como ornamento del hombre; de donde era señal de gran duelo el raer la cabeza y la barba.

[8] Cfr. *Gen.* 3, 19; *Iob.* 10, 8 ss.; núm. 760.—Todo lo que soy y tengo lo he recibido de Dios. Nada traje al mundo; nada me llevaré.

cómo entonces se volverá contra ti». Dijo, pues, el Señor a Satanás: «Ahora bien, en tu mano está, pero consérvale la vida» (2, 1-6).

Con esto, partiendo Satanás de la presencia del Señor, hirió a Job con una *úlcera horrible* desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza [1], de suerte que, sentado en un estercolero [2], se raía la podredumbre con un casco de teja [3]. Y díjole *su mujer:* «¿Todavía permaneces tú en tu candidez? ¡Reniega de Dios y muérete!» [4] Respondióle Job: «Has hablado como una mujer sin seso [5]. Si recibimos los bienes de mano de Dios ¿por qué no recibiremos también los males?» En todas estas cosas no pecó Job con su lengua.

Entre tanto, tres amigos de Job, Elifaz de Teman, Baldad de Suhá y Sefar de Naamat [6], habiendo oído todas las desgracias que le habían sobrevenido, partieron de sus casas: porque habían concertado entre sí venir juntos a visitarle y consolarle. Y cuando desde lejos alzaron los ojos, no le reconocieron; y dieron grandes voces, llorando y rasgando sus vestiduras, esparcieron por el aire polvo sobre sus cabezas y estuvieron sentados con él en el suelo siete días y siete noches [7] sin hablarle palabra, porque veían que su dolor era muy grande (2, 11-13). Por fin abre Job su boca y reniega de su día [8]:

---

[1] De lo que sigue se colige que se trataba, sin duda, de la dolorísima y maligna *lepra*. Cfr. núm. 340.

[2] En hebreo dice «en la ceniza»; en el fondo es lo mismo, pues en tales sitios se echaba la ceniza. El leproso era separado del comercio humano para que no contagiase a los demás; el montón de ceniza es, al mismo tiempo, figura de la caducidad, del duelo y de la penitencia. He aquí el bosquejo que hace A. Musil (*Arabia Petraea* III 413) de las ideas y costumbres árabes actuales: «El árabe se acongoja tan pronto como le ataca una enfermedad mensajera de la muerte... Si ésta se prolonga, sus parientes le llevan en las estaciones secas al basurero de la localidad, situado en un lugar elevado a manera de terraplén, sujetan sobre cuatro estacas una cubierta que le dé sombra y allí queda el enfermo días y noches. Desde allí puede contemplar la aldea y sus campiñas; su mirada errante se pierde hacia la estepa y el desierto... Luego que cunde la noticia de su enfermedad, vienen a visitarle sus parientes y amigos y hacen corro en derredor del enfermo; mudos, sin pronunciar una sola palabra, oyen sus lamentos y quejidos. Sólo interrogados por él le contestan y se conduelen de su estado, y no todos, sino los más ancianos; los demás apenas osan proferir palabra.»

[3] El salpullido y las úlceras le producían dolorosísimo e insoportable comezón y escozor. Remédiase con un casco el enfermo porque no puede servirse de sus manos, pues la elefancía ataca ante todo las extremidades, especialmente los dedos; muy pronto se destruyen o desprenden las uñas por las úlceras. A ese fin suelen prepararse en Oriente instrumentos especiales, unas manos que suelen ser de marfil.

[4] Es decir: no te acaecerá cosa peor que lo que ahora te acarrea tu virtud.—Amargo desprecio y burla, tanto más doloroso para Job, cuanto procedía de quien más presto podía esperar condolencia, consuelo y aliento.

[5] Esto es, impíos, olvidados de Dios.—El pecado aparece en la Sagrada Escritura como la locura más grande.

[6] Llamábase *Teman* la región sudoeste de Idumea (cfr. *Gen.* 36, 10, 11 15). Los temanitas son famosos por su sabiduría (*Ierem.* 49, 7. *Abdiae* 8. *Baruch.* 3, 22 s.). El nombre Sue o Suach se encuentra entre los descendientes de Abraham por Cetura (*Gen.* 25, 2), y designa, según demuestran las inscripciones que se han encontrado modernamente, una región que está al norte de Arabia. Allí debe de estar también la patria de Sofar, a quien la versión griega llama «mineo», es decir, árabe; cfr. página 759, nota 3.

[7] Doliéronse de él, creyendo próxima e inevitable su muerte, como se duele por un muerto; pues el duelo solía durar 7 días (cfr. núm. 228), durante los cuales se estaban sentados en el suelo los amigos del difunto, contentándose con muy escaso alimento.

[8] Job maldice el día de su nacimiento, es decir, lo considera desgraciado; expresa con frases conmovedoras la magnitud de sus penas y dolores. Mas *no pecó en ello* de impa-

«Perezca el día en que nací y la noche en que se dijo: Concebido ha sido un hombre. Conviértase en tinieblas aquel día, no pregunte Dios por él desde arriba, ni le dé claridad la luz. Oscurézcanle tinieblas y sombra de muerte, ocúpele oscuridad y sea envuelto de amargura. Apodérese tenebroso torbellino de aquella noche, y no entre en cuenta en el cómputo de los días del año, ni sea puesta en el número de los meses.—¿Por qué no morí yo en las entrañas de mi madre, o luego que salí del vientre no expiré?—Tendido estaría ahora y descansaría, dormiría y tendría reposo.—*¿Por qué fué concedida luz al miserable* y vida a aquéllos que están en amargura de ánimo, que aguardan la muerte y no viene, que cavan en busca de ella como en busca de un tesoro, y se gozarían en extremo si hallasen el sepulcro? ¿A un hombre cuyo camino es escondido [1] y a quien Dios cercó de tinieblas? Suspiro antes de comer y mis gemidos se deslizan como aguas» [2].

757. Estos lamentos de Job provocan una larga discusión acerca de la causa y el objeto del dolor, del dolor de los justos especialmente. Podemos dividirla en cinco partes, atendiendo a las tres intervenciones de los amigos de Job, a los cuales se une más tarde otro amigo (Eliú).

A. En lugar de consolar a Job, los amigos le echan en cara sus lamentos y afirman que *sus pecados le hacen merecedor de tales padecimientos,* pues el dolor es castigo de algún delito, y sólo a los impíos visita Dios con miserias y aflicción. Job, en cambio, afirma su inocencia, pero llega demasiado lejos en sus juicios, diciendo que precisamente los impíos son felices en este mundo, y los justos, desgraciados.

Elifaz inculpa a Job, afirmando que nunca pereció el justo, sino el impío, e invita a Job a convertirse; si así lo hace, todo le irá bien.

«*He aquí que enseñaste a muchos* y diste vigor a manos cansadas; tus palabras sostuvieron a los que vacilaban y diste firmeza a rodillas que temblaban, y ahora ha venido sobre ti el azote, y has flaqueado; te ha tocado, y te has turbado. ¿No era *el temor de Dios* tu confianza, y la inocencia de tus caminos tu esperanza? Recapacita, te ruego, ¿qué inocente pereció jamás? O ¿cuándo los justos fueron destruídos? Antes bien, he visto que los que araron la iniquidad y sembraron dolores, también los cosecharon; perecieron al soplo de Dios y fueron consumidos por el aliento de su ira.—Mas alguien me dijo una palabra en secreto...; se paró, su faz me era desconocida, una imagen delante de mis ojos, y oí una voz como de airecillo apacible: *¿Por ventura el hombre en comparación de Dios* será justificado o el varón será más puro que su Hacedor? He aquí que los mismos que le sirven no son estables, *y en sus ángeles* halló perversidad.

---

ciencia o de oposición a la prueba divina, como sostienen más tarde sus amigos, pues él mismo atestigua que sólo ha querido expresar la magnitud de su dolor (6, 3), y más tarde el mismo Dios censura a sus amigos por los reproches que a Job han dirigido (42, 7); aun la paciencia más acendrada no está reñida con la sensibilidad, como vemos en la Pasión dolorosísima de Jesucristo. No hay, pues, razón para culpar a Job de blasfemia o para suponer que dudase de la existencia de Dios, ni para poner en tela de juicio el carácter inspirado del libro, como hace Fr. Delitzsch en *Babel und Bibel* (II 19). No advierte éste que nuestro poema didáctico reproduce con fidelidad y al vivo las apasionadas manifestaciones de dolor. Es de notar, además, la circunstancia de haber puesto el autor estas expresiones (por ejemplo, 9, 21 ss.; 14, 20 ss.; 24, 1 ss.; 10, 2 3; 12, 6; 13, 24; 19, 9 ss.; 27, 2; 30, 21) en boca de un extraisraelita; en este caso «se explican las explosiones (de apasionada excitación) como primeros pasos del conocimiento progresivo de Dios y de la sumisión al mismo; en boca de un israelita tales ultrajes serían pecados mortales y merecerían ser castigados con lapidación» (cfr. *Lev.* 24, 10-16; III *Reg.* 21, 10 13). Ley, en Royer, *Die Eschatologie des Buches Job,* en *BSt* VI 66.

[1] Es decir, sin esperanza.

[2] 3, 3-6 11 13 20-24.

¿Cuánto más serán consumidos como de la polilla aquellos que moran en casas de barro, cimentadas en el polvo? [1].

Llama, pues, si hay quien te responda; *¿a quién de los santos* [2] *volverás tus ojos?* [3]—Pues nada se hace en la tierra sin motivo, y de la tierra no nace el dolor.—Bienaventurado el hombre a quien Dios corrige; no desprecies, pues, la corrección del Señor. Porque El mismo hace la llaga y da la medicina; hiere, y sus manos curan» [4].

758. Job replica que su dolor es mayor que su merecido, quéjase de sus amigos y pide a Dios que le libre de su tribulación:

«Ojalá se pesaran en una balanza mis pecados, por los que (según vosotros) he merecido la ira, con la calamidad que padezco. Se vería que ésta es más pesada que la arena de la mar; *de aquí es que mis palabras están llenas de dolor,* porque las saetas del Señor se clavan en mí: su indignación corroe mi espíritu y espantos del Señor me combaten. — Las cosas que antes no quería tocar mi alma, ahora en la estrechez son mi comida. ¡Quién diese que se cumpliera mi petición y que Dios me concediera lo que espero! Y que El, que comenzó, El mismo me desmenuce, suelte su mano y me corte. Pero será para mí un consuelo que me habrá de regocijar aun en medio de mis crueles penas, el *no haber menospreciado la palabra del Santo*» [5].

«*Milicia es la vida del hombre* sobre la tierra, y como días de jornalero sus días. Así también tengo yo meses tristes y cuento mis noches de aflicción. Si me echo a dormir, me digo: ¿cuándo me levantaré? Y de nuevo espero la tarde y me harto de dolores hasta la noche. — Por esto, no refrenaré ya mi lengua, hablaré en la angustia de mi espíritu y me lamentaré con amargura de mi alma» [6].

«*Perdóname, Señor,* que mis días son un soplo. ¿Qué cosa es el hombre para que así cuides de él, que pongas sobre él tu corazón, le visites de madrugada y le observes cada momento? ¿Hasta cuándo no me perdonarás ni me dejarás tragar la saliva? [7] Si pequé, ¿qué te hice, oh guarda de los hombres? ¿Por qué me has hecho enemigo tuyo [8], tanto, que me soy intolerable a mí mismo? ¿Por qué no quitas mi pecado y por qué no retiras mi iniquidad? He aquí que luego dormiré en el polvo, me buscarás por la mañana y ya no seré» [9].

759. También **Baldad** está convencido de la culpabilidad de Job, mas le promete una suerte mejor si se convierte.

«*¿Por ventura Dios tuerce lo que es justo,* o el Omnipotente trastorna la justicia? Aunque tus hijos hayan pecado contra Dios, y El los haya dejado en manos de su iniquidad, si tú te levantares de mañana a Dios y rogares al Omnipotente, si limpio y recto caminares, luego se despertará para ti y hará pacífica la morada de tu justicia.—Pregunta, pues, a la edad pasada, y escudriña atentamente las memorias de los padres.—Ellos te hablarán, y de su corazón proferirán sentencias. ¿Por ventura un junco puede conservarse verde sin humedad, o crecer un carrizo sin agua? Cuando aun está en flor, sin que mano le corte, se seca antes que las otras yerbas. Así son los caminos de los que olvidan a Dios, y *así se desvanece la esperanza del hipócrita*» [10].

---

[1] 4, 3 9 12 16-19.
[2] Es decir, ángeles. [3] ¿Habiendo merecido esos dolores con tus culpas?
[4] 5, 1 6 17 18. [5] 6, 2-4 7-10. [6] 7, 1 3 4 11.
[7] Es decir, ni un momento. [8] Es decir, ¿por qué me tratas como a tal?
[9] 7, 16-21. Este pasaje se lee en la primera lección del Oficio de Difuntos. Las lecciones restantes están tomadas también del *Libro de Job,* porque las descripciones de los dolores y las lamentaciones de este piadoso paciente son tan conmovedoras, y es tal la sumisión a la voluntad divina que en ellas se advierte, que son muy a propósito para expresar las penas indecibles y el completo rendimiento a la voluntad de Dios de las pobres almas del purgatorio. Cfr. Höynk, *Das Officium defunctorum* (Kempten 1892).
[10] 8, 3-6 8 10-13.

760. Job responde, reconociendo la justicia, majestad y sabiduría de Dios y su propia bajeza, y se lamenta de su suerte desgraciada:

«Verdaderamente sé que es así y que *no será justificado el hombre comparado con Dios*. Si quisiere contender con El, no le podrá responder a una cosa de mil. El es sabio de corazón, fuerte y poderoso; *¿quién le resistió y tuvo paz?* El traslada las montañas, sin que éstas lo noten, y las derriba en su furor. El sacude de su lugar la tierra, y sus columnas se estremecen. El manda al sol, y no sale, y cierra[1] las estrellas como bajo sello. El solo extendió los cielos y camina sobre las ondas del mar. El hizo el Carro (la Osa Mayor) y el Orión y las Pléyades y las estrellas invisibles del sur[2]. El hace cosas grandes e incomprensibles y admirables que no tienen número. Si viniere a mí, no le veo; si se retirase, no lo noto. Si preguntase de pronto, ¿quién le responderá? O ¿quién puede decirle: por qué haces esto? Dios, a cuya ira nadie puede resistir y debajo del cual se doblan los que llevan sobre sí el orbe[3]. Pues ¿quién soy yo para responderle y hablar con mis palabras? *Pues, aunque tuviere algún rastro de justicia, no responderé,* sino pediré gracia a mi juez.—Si quisiere yo justificarme, mi boca me condenará; si me mostrare inocente, me convencerá de reo. Aun cuando yo fuere puro, esto mismo lo ignorará mi alma[4] y me será fastidiosa mi vida.—*De todas mis obras me recelo,* sabiendo que no perdonas al delincuente»[5].

«*Mi alma tiene tedio de mi vida.* Soltaré mi lengua contra mí, hablaré con amargura de mi alma. Diré a Dios: No quieras condenarme; dime por qué me juzgas así. ¿Por ventura te agrada calumniarme y oprimirme, obra de tus manos, y favorecer los designios de los impíos? *¿Por ventura tienes los ojos de carne* o ves al modo de los hombres? ¿Acaso son tus días como los días del hombre y tus años como los tiempos humanos, para que vayas inquiriendo mi iniquidad y escudriñando mi pecado? *Bien sabes que no he cometido iniquidad* y que nadie puede librarme de tus manos»[6].

«*Tus manos me hicieron* y me formaron todo entero, y de pronto quieres extirparme. Acuérdate que como barro me hiciste, y ahora quieres reducirme a polvo. ¿Por ventura no me formaste en el seno de mi madre, me vestiste de piel y de carne, me entretejiste de huesos y de nervios, y me concediste vida y misericordia, y tu protección conservó mi espíritu?[7] *¿Por qué, pues, me sacaste del vientre de mi madre?* Ojalá hubiera perecido para que ojo humano no me viese. Hubiera sido como si no fuese, desde el vientre trasladado al sepulcro. ¿Por ventura no se acabará en breve el corto número de mis días? Déjame, pues, que llore un poquito mi dolor, antes que vaya, y no vuelva, a la tierra tenebrosa y cubierta de oscuridad y de muerte, tierra de miseria y de tinieblas, en donde habita sombra de muerte y no hay orden, sino un horror sempiterno»[8].

761. Sofar arguye del mismo modo que Elifaz y Baldad:

«Tú dijiste: Pura es mi plática y limpio soy en tu presencia. Mas ojalá Dios te hablase y abriese sus labios contigo para mostrarte los secretos de la sabiduría y la multiplicidad de sus leyes, y entendieras que el castigo es mucho menor

---

[1] Es decir, entenebrece.

[2] Las constelaciones del hemisferio austral, invisibles a los habitantes en el norte, en contraposición a las del hemisferio boreal.

[3] El texto hebreo dice: «Debajo de él se encorvan los auxiliares de Rahab». Aunque en esto se encierra una alusión a ideas mitológicas (Rahab = Tiâmat), como parece indicar san Jerónimo (cuando vierte así: los que llevan sobre sí el cielo = titanes, atlantes), no pasa, sin embargo, de ser una expresión poética.

[4] Cfr. I *Cor*. 4, 4. [5] 9, 2-15 20 21 28. [6] 10, 1-7. [7] 10, 8-12.

[8] 10, 18-22, nona lección del Oficio de Difuntos. — 10, 1-7, segunda lección.— 10, 8-12, tercera lección. Los versículos 18-22 se leen en la última lección para dar en cierto modo la impresión del completo abandono de las ánimas del purgatorio y mantener vivo el celo de las personas piadosas.

del que tu maldad merece.—Mas si levantas tu corazón y extiendes suplicante tus manos hacia El, si apartas de ti la iniquidad que hay en tu mano, y si en tu habitación no mora la injusticia, entonces podrás alzar tu rostro sin mancilla y permanecerás firme y sin temor. Olvidarás asimismo tu miseria y te acordarás de ella como de aguas que pasaron. Y se levantará sobre ti a la tarde un resplandor como el del mediodía, y cuando te creyeres consumido, surgirás como el lucero de la mañana» [1].

Job echa en cara a sus amigos su presunción y arrogancia, defiende su inocencia y pide ardientemente a Dios, le libre de tamaña tribulación:

«¿Luego sólo vosotros sois hombres y con vosotros morirá la sabiduría? Pues yo también tengo corazón como vosotros y no soy inferior a vosotros; porque eso que sabéis ¿quién lo ignora? El que es escarnecido por su amigo, como yo, invocará a Dios, y le oirá, *porque es escarnecida la sencillez del justo»* [2].

«*Ojalá callarais* para que fueseis tenidos por sabios.—*¿Acaso tiene Dios necesidad de vuestras mentiras* para que en favor de El [3] habléis con dolo? ¿Por ventura queréis patrocinar su causa y os esforzáis en sentenciar a su favor? Luego que se moviere, os espantará, y su terror se arrojará sobre vosotros.—Callad por un rato, para que yo hable todo lo que me sugiere el corazón. ¿Por qué despedazo mis carnes con mis dientes y traigo mi alma en mis manos? [4] *Aun cuando El me matare, en El esperaré;* mas con todo eso, mostraré en su presencia mi conducta y El será mi Salvador, porque no comparecerá delante de El ningún impío» [5].

¡Cuántas iniquidades y pecados tengo! Muéstrame mis maldades y delitos. ¿Por qué escondes tu rostro y me cuentas por enemigo tuyo? Contra una hoja que arrebata el viento haces alarde de tu poderío y persigues a una paja seca, pues escribes amarguras contra mí y me quieres consumir con los *pecados de mi juventud.* Has puesto en un cepo mis pies y has observado todos mis caminos y has examinado las huellas de mis pies. Yo, que como la podre he de ser consumido, y como vestido que es comido por la polilla» [6].

«*El hombre nacido de mujer* vive corto tiempo y está repleto de muchas miserias. Sale como flor y se aja y huye como sombra, y jamás permanece en un mismo estado. ¿Y tienes por cosa digna abrir tus ojos sobre este tal y traerle a juicio contigo? *¿Quién puede hacer limpio al que de inmunda simiente fué concebido?* ¿Quién sino Tú solo? Breves son los días del hombre, en ti está el número de sus meses; has establecido sus términos, más allá de los cuales no se podrá pasar. Retírate un poquito de él para que repose, hasta que le llegue, como al jornalero, su día deseado» [7].

«*¡Quién me diera que me cubrieses en el reino de los muertos* [8] y me escon-

---

[1] 11, 4-6 13-17. [2] 12, 1-3. [3] Para justificarle.

[4] Esto es, ¿por qué había yo de querer librar a cualquier precio mi alma de la muerte, como la alimaña que agarra su presa con los dientes para escapar con ella?

[5] 13, 5 7 8 11 13-16.

[6] 13, 23-28. Cuarta lección del Oficio de Difuntos.

[7] Hasta que venga el día suspirado del descanso, de la muerte (cfr. *Iob.* 7, 2; 10, 20 ss.). 14, 1-6, lección quinta del Oficio de Difuntos.

[8] Cfr. núms. 57 y 194.—Acerca de la creencia en la inmortalidad en el *Libro de Job,* véase Royer, *Die Eschatologie,* etc., 93 ss. En todas las cuestiones aquí apuntadas se debe observar que el Antiguo Testamento no tuvo sino la sombra de los bienes futuros, no la perfección *(Hebr.* 7, 19; 10, 1), y que la incertidumbre en lo tocante a las postrimerías, el miedo a la muerte y sus horrores fué permitido y querido por Dios como medio educativo que hiciera sentir la gravedad del pecado y mantuviese despierto el deseo de la redención. Siendo la muerte castigo del pecado, debía ser un estado sin consuelo y esperanza aquel de los muertos, hasta que no se levantase el castigo, o por lo menos fuese el perdón anunciado proféticamente por divina inspiración y admitido entre las creencias. l. c. 11 ss.; Kath 1902 II 513 ss.

dieras hasta que pase tu furor, y me señalases el plazo en que te has de acordar de mí! ¿Crees por ventura que muerto un hombre podrá vivir? Todos los días que aquí milito estoy esperando hasta que llegue mi mudanza. Me llamarás, y yo te responderé; alargarás la diestra a la obra de tus manos. Pues contados tienes mis pasos; pero perdona mis pecados» [1].

762. B. *De nuevo inculpan* a Job *sus amigos*. Insisten en que las aseveraciones de Job son un pecado contra la justicia de Dios y le inducen a que haga penitencia. Job confiesa ser cierto que la felicidad del pecador no tiene estabilidad, pero que a veces también al justo alcanzan desgracias que sus culpas no merecen.

Elifaz replica a las últimas palabras de Job:

«¿Por ventura un hombre sabio responderá como si hablase al viento y llenará de ardor su estómago? [2]—Tu propia boca te condena y no yo, y tus labios hablan contra ti.—¿Qué cosa es el hombre para que sea sin mancha, y para que aparezca justo el nacido de mujer? *Mira cómo entre sus mismos santos ninguno hay inmutable,* ni los cielos son limpios en su presencia. ¿Cuánto más el hombre abominable e inútil, que bebe como agua la maldad?—El impío se ensoberbece todos sus días, y es incierto el número de los años de su tiranía. Sonido de terror siempre en sus oídos, y cuando hay paz, él siempre sospecha asechanzas.—No se enriquecerá ni durará su hacienda, ni echará raíces en la tierra; no escapará de las tinieblas, la llama secará sus ramas [3]; y se disipará con el aliento de su [4] boca» [5].

763. **Job** respondió:

«He oído muchas veces cosas como éstas; *muy pesados consoladores sois todos vosotros.*—Pero ¿qué haré? Si hablare, no se mitigará mi dolor, y si callare no se apartará de mí.—Me ha encerrado Dios en poder del inicuo y me ha entregado en manos de los impíos.—Mi rostro se hinchó con el llanto y mis párpados se oscurecieron. Esto he padecido sin maldad de mis manos, cuando puros subían a Dios mis ruegos. Tierra, no cubras mi sangre [6], ni halle lugar para esconderse en ti mi clamor. Pues *he aquí que mi testigo está en el cielo* y en las alturas el que me conoce. Habladores son mis amigos; a Dios lloran mis ojos [7]. Y ojalá se hiciera el juicio entre Dios y el hombre, como se hace el de un hijo del hombre con su prójimo. Porque he aquí que *pasan los cortos años* y ando por un sendero por el que no volveré» [8].

«*Mi espíritu se va atenuando,* mis días se abrevian y sólo me resta el sepulcro. Yo no pequé, y, sin embargo, mis ojos no ven sino amarguras. Líbrame, Señor, y ponme cerca de Ti, ármese entonces cualquiera mano contra mí.—Mis días pasaron, mis pensamientos se desvanecieron atormentando mi corazón. En día convirtieron la noche, y de nuevo después de las tinieblas espero la luz. Y aun cuando espere, mi casa es el sepulcro y en las tinieblas he tendido mi lecho. Dije a la podre: eres mi padre, y a los gusanos: mi madre y hermana. ¿En dónde, pues, está ahora mi esperanza y quién es el que toma en consideración mi paciencia?» [9]

---

1 14, 13-16, sexta lección del Oficio de Difuntos. Véase en Royer l. c. 119 ss. la interpretación de este pasaje. Job manifiesta deseos de obtener algún alivio a su dolor; esto es lo que entiende por relevo (mudanza) en su dura milicia; sufre con resignación todas las penalidades esperando conseguir la justificación y reconciliación con Dios en ésta o en la otra vida.

2 ¿Puede un sabio pronunciar discursos tan hueros y violentos como los tuyos?

3 Hijos. 4 De Dios. 5 15, 2 6 14-16 20 21 29 30. 6 Mi dolor.

7 Pidiendo socorro con suspiros.

8 16, 1 2 7 12 17-23.

9 17, 1-3 11-15, séptima lección del Oficio de Difuntos.

764. Baldad reprocha a Job su impaciencia y le hace ver que debe expiar sus pecados:

«¿Cuándo acabaréis de hablar? Entended primero, y hablemos después.—¿No es cierto que la luz del impío se ha de apagar? ¿Y que no dará resplandor la llama de su fuego?—Sus briosos pasos quedarán cortados, y su mismo consejo le llevará al precipicio. Porque ha metido sus pies en la red y anda entre sus mallas.—De todas partes le aterrarán espantos y le embarazarán los pies. Aunque robusto, caerá en debilidad por causa del hambre, y la inedia invadirá su costado. La muerte primogénita [1] devorará la belleza de sus carnes y consumirá sus brazos [2]. Arrancado será de su habitación el objeto de sus esperanzas, y la desgracia, como soberana, le pondrá el pie sobre la cerviz.—De su día [3] quedarán atónitos los que vengan después, y horrorizados sus coetáneos. *Tal será la mansión del impío,* y éste es el paradero de aquel que no conoce a Dios» [4].

765. *Quéjase* **Job** *de la dureza de sus amigos,* afirma una vez más que no es la enemistad de Dios la causa de sus padecimientos, y consuélase con la esperanza de la futura resurrección:

«*¿Hasta cuándo habéis de afligir mi alma* y molerme con discursos? Ya por la décima vez os empeñáis en confundirme y no os avergonzáis de oprimirme [5]. Mis huesos, consumidas ya las carnes, están pegados a mi piel y sólo me han quedado los labios en torno de mis dientes. *Compadeceos de mí, a lo menos vosotros que sois mis amigos, compadeceos de mí,* porque la mano del Señor me ha herido. ¿Por qué me perseguís vosotros como Dios y *os cebáis en mis carnes?* [6] ¡Oh! ¿Quién me diera que las palabras que voy a proferir se conservasen escritas? ¿Quién me diera que se imprimiesen en libro con punzón de hierro y se esculpiesen en planchas de plomo, o con el cincel se grabasen en pedernal? Porque **yo sé que vive mi Redentor y que yo he de resucitar de la tierra en el último día** y de nuevo he de ser revestido de esta piel mía, y en mi carne veré a mi Dios: a quien he de ver yo mismo en persona, y no otro, y a quien contemplarán los ojos míos. Esta esperanza tengo depositada en mi pecho» [7].

766. Insiste **Sofar** en que solamente los *impíos* son *desgraciados:*

«Una cosa sé, y es que desde el principio, desde que el hombre fué puesto sobre la tierra, *la gloria de los impíos dura poco,* y el gozo del hipócrita no más que un momento. Aunque se yerga hasta el cielo su altivez y su cabeza toque con las nubes, al fin será arrojado fuera como basura, y los que le habían visto dirán: ¿qué se hizo de él? Vuela como un sueño, y no parecerá ya más; disípase como una visión nocturna. Los ojos que le vieron no le verán más, ni el lugar donde moró le reconocerá. Sus hijos andarán consumidos de laceria, y sus manos le pagarán con el dolor merecido [8]. *Sus huesos estarán*

---

[1] Es decir, una muerte singular y espantosa. El texto hebreo dice: «el primogénito de la muerte», es decir, la lepra. [2] El vigor o los miembros.

[3] Por la sentencia fallada contra él, por su caída.

[4] 18, 1 2 5 7 11-14 20 21. [5] 19, 1-3.

[6] ¿Por qué me despedazáis con vuestros reproches? La expresión «comer la carne de uno» tiene, pues, sentido bíblico (perseguir, odiar); mas este sentido no se puede aplicar a las palabras de Jesucristo acerca de la Sagrada Escritura (*Ioann.* 6, 52 ss.).

[7] 19, 20-27, octava lección del Oficio de Difuntos. Todo este pasaje ha sido interpretado por las versiones antiguas y por la tradición judía y cristiana en el sentido indicado, claramente expresado en la *Vulgata*. El texto hebreo actual es dudoso y difícil de entender, y ha sido objeto de muchas discusiones; cfr. Royer, *Die Eschatologie,* etc., 138 ss.; Hontheim, *Das Buch Job* 172 ss.; Schmid, *Der Unsterblichkeits— und Anferstehungsglaube in der Bibel* 300 ss.; Hetzenauer, *Theologia Biblica* I 630. Acerca de la interpretación de los primeros tiempos del Cristianismo véase Kath 1916 (Hudal).

[8] Que él causó a otros.

impregnados de los vicios de su mocedad (de los pecados ocultos), los cuales yacerán con él en el sepulcro. Pues porque la maldad es dulce a su paladar, la ocultará debajo de su lengua; la saboreará y no la tragará, sino que la detendrá en su garganta. Este pan se convertirá dentro de su vientre en hiel de áspides. Vomitará las riquezas que hubo devorado, y se las arrancará Dios de su vientre: chupará la cabeza del áspid, y la lengua de la víbora le quitará la vida.—Toda oscuridad[1] se esconde en sus tesoros[2]; un fuego no afollado le devora; abandonado desfallece en su tienda. *Los cielos descubrirán sus injusticias* y la tierra se levantará contra él. Huirán de su casa las riquezas, de cuajo le serán arrancadas en el día de la ira de Dios. *Tal es la suerte* que al impío tiene Dios reservada y tal la recompensa que recibirá por sus obras»[3].

767. Replica **Job** que muchas veces aquí abajo los impíos son felices, porque están reservados *para el día de la venganza:*

«¿Cómo es que viven los impíos y son ensalzados y colmados de bienes?—Sus casas están seguras y en paz, ni descarga sobre ellos el azote de Dios.—Salen como manadas sus chiquillos, y brincan, y juguetean. Tocan el pandero y la vihuela y bailan al son de los instrumentos músicos; pasan en delicia los días de su vida y en un momento bajan al sepulcro. Ellos dijeron a Dios: *Apártate de nosotros, que no queremos saber nada de tus mandamientos*. ¿Quién es ese Omnipotente para que nos empleemos en su servicio? Ni ¿qué provecho hemos de sacar de implorar su auxilio?—Sin duda yo estoy penetrando vuestros pensamientos y los juicios temerarios que formáis contra mí. Porque vosotros decís: ¿qué se hizo de la casa de este príncipe? y ¿dónde están los pabellones de los impíos? Preguntad a cualquier caminante[4], y hallaréis que piensa lo mismo, y es que el impío está reservado para el día de la venganza y será conducido al día de la ira.—¿Cómo, pues, me consoláis tan en vano, cuando está demostrado que vuestras razones son contrarias a la verdad?»[5]

768. C. *Por tercera vez intentan los amigos* de Job sostener que sea la desgracia la causa del pecado, deshaciendo la afirmación de Job, de que también al justo le sale a veces al paso la adversidad. Mas no pudiendo convencer a Job, optan por callarse. Sofar, que a raíz de las anteriores discusiones se había declarado vencido, no dirige ya sus palabras contra Job.

Elifaz echa en cara a Job *una porción de crímenes,* que sin duda deben ser la causa de sus dolores; le invita al arrepentimiento y le desea el retorno de una brillante prosperidad:

«¿Puede por ventura compararse con Dios un hombre, aunque fuese de una ciencia perfecta? ¿Qué utilidad trae a Dios que tú seas justo? O ¿qué le das a El si tu proceder es sin tacha? ¿Acaso por temor que te tiene pleiteará contigo y vendrá contigo a juicio? ¿Y no lo hace más bien por causa de tu grandísima malicia y de tus infinitas iniquidades? Porque tú sin razón quitaste la prenda a tus hermanos, y a los desabrigados despojaste de sus vestidos; al sediento no le diste agua, y negaste el pan al hambriento; con la fuerza de tu brazo te posesionaste de la tierra, y por ser más poderoso te alzaste con ella. A las viudas las despachabas con las manos vacías, y quebrantabas los brazos[6] a los huérfanos. Por esto te hallas cercado de lazos y conturbado de repentinos terrores. ¿Y pensabas tú que jamás caerías en las tinieblas, ni serías oprimido del torrente impetuoso de recias avenidas? ¿No piensas que Dios es más alto que el cielo y que sobrepuja el vértice de las estrellas? Y dices para contigo:

[1] Toda desgracia. [2] Que injustamente adquirió. [3] 20, 4-16 26-29.
[4] Cualquier viajero os podrá confirmar en esta verdad por propia experiencia.
[5] 21, 7 9 11-15 27-30 34. [6] El apoyo, sostén.

¿Qué puede saber Dios? El juzga como a oscuras; está escondido allá entre las nubes; ni *mira a nuestras cosas* y anda paseándose de uno al otro polo del cielo. ¿Quieres tú acaso seguir aquel antiguo camino que siguieron los impíos?—Sométete, pues, a Dios y tendrás paz, y así recogerás los mejores frutos.—Entonces abundarás de delicias en el Todopoderoso y alzarás a Dios tu rostro. Porque *quien se humilla,* será glorificado, y el que abate sus ojos, se salvará. Salvarse ha el inocente, salvarse ha por la pureza de sus manos» [1].

769. **Job,** consciente de su inocencia, pide a Dios le juzgue y le declare justo; mas teme los juicios de Dios. Pondera cómo Dios castiga a su tiempo toda maldad, aunque parece transigir con el impío [2].

Baldad afirma, en cambio, que ante Dios inmenso, omnipotente, ningún hombre puede llamarse justo:

«*Poderoso y terrible* es aquél que mantiene la concordia en las alturas. ¿Por ventura tienen número sus huestes? [3] Y ¿quién es el que no participa de su luz? *Por ventura puede justificarse el hombre comparado con Dios,* o comparecer limpio el nacido de mujer? Mira que ni aun la luna misma tiene resplandor, ni las estrellas son limpias en su presencia; ¿cuánto menos el hombre que es podredumbre? ¿y el hijo del hombre que es un gusano?» [4]

770. Replica **Job** que *Dios no necesita que Baldad haga una pintura de su omnipotencia;* de ello son imagen, aunque ciertamente muy débil, las obras divinas [5]. Afirma su inocencia *por última vez* en contra de sus tres amigos; vuelve a ponderar la justicia divina, que algún día castigará a los impíos, y entona un canto de alabanza a la divina sabiduría [6], protestando una vez más de su inocencia, y sin preocuparse de sus amigos, trae a la memoria *su prístina prosperidad* [7], lamentando la pérdida [8], y pone a Dios por testigo de su inocencia [9], diciendo entre otras cosas:

«*¿A quién quieres tú auxiliar?* [10] ¿Acaso a un débil? ¿O tal vez quieres sostener el brazo de quien no tiene fuerza? ¿A quién das consejo? ¿Acaso al que no tiene sabiduría? ¿Quieres hacer ostentación de gran prudencia? ¿A quién has querido tú enseñar? ¿Acaso no a quien creó los espíritus? Mira cómo *los gigantes gimen debajo de las aguas* [11], juntamente con los otros que están con ellos. El infierno está patente a sus ojos, y está descubierto a su vista [12] el abismo de la perdición. El es quien extendió sobre el vacío el septentrión y *tiene suspendida la tierra en el aire.* El es quien contiene las aguas en las nubes para que no se precipiten de golpe hacia abajo; El sostiene el rostro de su trono [13] y le cubre con las nieblas; El puso barreras a las aguas hasta allí donde terminan la luz y las tinieblas. Las columnas del cielo se estremecen y tiemblan a una mirada suya. A la fuerza de su poder fueron reunidos en un instante los mares, y su sabiduría domeñó al orgulloso. *Su espíritu hermoseó los cielos* y con la virtud de su mano fué sacada a la luz la tortuosa culebra [14]. *Todo esto se dice*

---

[1] 22, 3-15 21 26 29 30. [2] Cap. 23 y 24.
[3] Sus criaturas, en particular sus ángeles. [4] 25, 2-6. [5] Cap. 26.
[6] Cap. 27 y 28. [7] Cap. 29. [8] Cap. 30. [9] Cap. 31. [10] Tú, Baldad.
[11] Los rebeldes al Señor que se acarrearon el castigo del diluvio, son un ejemplo espantoso de la omnipotencia y santidad de Dios (*Gen.* 6, 1-4. Cfr. núm. 87, 93 ss.).
[12] De Dios. [13] El firmamento.
[14] La constelación del Dragón. El texto hebreo emplea en versículo 12 para el mar embravecido y furioso la misma expresión que 9, 13, la cual en el lenguaje poético se aplica al cocodrilo, como representante de Egipto (*Is.* 51, 9. *Ps.* 86, 4). Por esto los modernos ven en la «culebra tortuosa» un paralelo y una alusión mitológica. Puede aplicársele lo dicho en la nota 3 de la página 764.

de una parte de sus obras; mas si sólo hemos oído un poquito de su discurso, ¿quién podrá sufrir el trueno de su grandeza? [1].

»Vive Dios, *el cual me despojó de mi derecho* [2], y el Todopoderoso, que ha sumergido mi alma en la aflicción; mientras que haya aliento en mí y me conserve Dios la respiración, no han de pronunciar mis labios cosa injusta, ni saldrá mentira de mi boca.—*Mas yo me afirmo en mi inocencia* y no la abandonaré; porque nada me remuerde mi conciencia en todo el discurso de mi vida» [3].

«La plata tiene sus veneros en las minas, y el oro tiene un lugar donde se forma.—Mas *¿en dónde se halla la sabiduría?* ¿Y cuál es el lugar en que reside la inteligencia? El hombre no conoce su valor, ni ella se encuentra en la tierra de los que viven en delicias. El abismo dice: no está dentro de mí. Y el mar afirma: ni conmigo. No se compra con oro finísimo, ni se cambia a peso de plata. No pueden parangonarse con ella los coloridos más ricos de la India, ni la piedra sardónica más preciosa, ni el zafiro. No se le igualará ni el oro ni el cristal, ni será cambiada por vasos de oro. Las cosas más excelentes y apreciadas no se nombrarán en comparación con ella. Pero la sabiduría trae su origen de partes muy recónditas; no tendrán comparación con ella el topacio de Etiopía ni los más brillantes coloridos. Pues ¿de dónde viene la sabiduría? Y ¿cuál es la morada de la inteligencia? Escondida está de la vista de todos los vivientes y también se oculta de las aves del cielo. La perdición y la muerte dijeron: A nuestros oídos llegó la fama de ella. *El camino para hallarla, Dios lo sabe*, y El es quien tiene conocida su morada.—El dijo al hombre: *Mira, la verdadera sabiduría consiste en el temor de Dios, y la inteligencia, en apartarse de lo malo»* [4].

771. Y prosigue **Job** en sus parábolas [5]:

«*¡Quién me diera volver a ser como en las pasadas lunas,* como en aquellos días en que Dios me tenía debajo de su custodia. Cuando su antorcha resplandecía sobre mi cabeza, y, guiado por esta luz, caminaba yo entre las tinieblas [6]; como fuí en los días de mi mocedad, cuando Dios moraba secretamente en mi tienda.—Porque siempre me revestí de justicia, y mi equidad me ha servido como de manto y diadema. Era yo ojos para el ciego y pies para el cojo. Era el padre de los pobres y me informaba con la mayor diligencia de los pleitos de que no estaba enterado» [7].

«Mas ahora se burlan de mí los pequeños.—Ahora he venido a ser el asunto de sus cantares y el objeto de sus escarnios.—En llanto se ha convertido mi cítara y en voces lúgubres mis instrumentos músicos» [8].

«*Hice pacto con mis ojos de* ni aun pensar en una doncella. Pues ¿qué porción tendría en mí Dios desde arriba, ni qué parte el Todopoderoso en lo alto? ¿Pues qué? ¿Acaso no está establecida la perdición para los malvados y el desheredamiento para los que cometen el pecado? ¿No es cierto que está observando mis caminos y contando mis pasos? Si he seguido el camino de la vanidad, y han corrido mis pies a urdir fraudes, péseme Dios en su balanza y El dará a conocer mi sencillez. Si desvié mis pasos del camino y *si mi corazón se fué en pos de mis ojos,* y si alguna mancha mancilló mis manos, siembre yo y cómase otro el fruto, y sea desarraigado mi linaje» [9].

«*Si negué a los pobres lo que* pedían, si burlé la esperanza de la viuda, si comí solo mi bocado y no comió de él el huérfano (pues *desde la infancia creció conmigo la misericordia,* habiendo salido conmigo del vientre de mi madre), si no hice caso del que iba a perecer por no tener ropa, ni del pobre que estaba desnudo, si no me llenaron de bendiciones los miembros de su cuerpo al verse

---

[1] Cap. 26.
[2] Esto es, lo que en opinión de los hombres me corresponde por mi inocencia.
[3] 27, 2 4 6. [4] Cap. 28. Cfr. *ZKTh* 1902, 385 ss. [5] Sentencias.
[6] De esta vida. [7] 29, 2-4 14-16. [8] 30, 1 9 31. [9] 31, 1-8.

abrigados con la lana de mis ovejas, si alcé mi mano contra el huérfano, aun viéndome superior en la puerta [1], despréndase el hombro de su coyuntura y quiébrese mi brazo con sus huesos. Porque yo siempre temí a Dios, como a olas hinchadas contra mí, y nunca pude soportar el peso de su majestad. ¿Creí yo que en el oro consistiese mi poder y dije al oro más acendrado: En ti pongo mi confianza? ¿Puse mi consuelo en mis grandes riquezas y en los muchos bienes que adquirieron mis manos? *Mirando al sol* cuando resplandecía, o a la luna cuando avanzaba en su esplendidez, ¿se regocijó interiormeute mi corazón y apliqué mi mano a la boca? [2] Porque esto sería un delito grandísimo y un renegar del altísimo Dios. *¿Me holgué en la ruina del que me aborrecía* y celebré con aplauso el mal que le vino? (No, porque no permití que mi lengua pecase demandando su muerte con maldiciones). Y las gentes de mi tienda [3] no llegaron a prorrumpir: *¿quién nos da de su carne para que nos saciemos?* [4] Jamás el peregrino se quedó al descubierto; mi puerta estuvo abierta al caminante. *Ni encubrí mi pecado, como suelen hacer los hombres* [5], ni oculté en mi pecho mi maldad» [6].

772. D. Tomó entonces la palabra un joven amigo, llamado **Eliú,** natural de Buz [7], el cual había llegado entre tanto y escuchado los discursos de Job y de sus amigos; había permanecido modestamente en silencio hasta que callaron los otros de más edad. Mas entonces, con ímpetu juvenil, declara su pensamiento. Se indigna contra Job porque se tiene por justo, y apostrofa a los tres amigos, porque sin haber sabido dar respuesta satisfactoria a las palabras de Job, se han atrevido a condenarle [8]. Afirma [9]: *que ante Dios nadie puede tenerse por inocente;* que Dios es justo y sabe hacer justicia; que de ninguna manera se puede sostener que tanto sirve al hombre el temor de Dios como la impiedad; finalmente, que Dios por medio de los dolores pretende *purificar y acrisolar* al hombre. Termina su discurso ensalzando la *majestad y sabiduría de Dios.* He aquí sus palabras dirigidas a Job:

«Tú dijiste: *Limpio soy y sin delito;* soy inmaculado y no hay en mí iniquidad.—En esto no te has mostrado justo; yo te digo que Dios es mayor que el hombre. ¿Y quieres tú entrar en contienda con Dios porque no te ha respondido a todas tus palabras? [10]—Job ha dicho: no será el hombre grato a Dios por más que ande con el Señor. Por tanto, vosotros que sois varones cuerdos, estadme atentos. Lejos de Dios toda impiedad y del Todopoderoso toda injusticia. Porque El ha de dar a los hombres su merecido y les ha de remunerar según la conducta de cada uno, siendo verdad que Dios no condena sin razón, ni el Omnipotente trastorna la justicia.—El dice al rey: ¡Apóstata! y llama impíos a los grandes. No repara en que sean príncipes, ni hace caso de que sean

---

[1] Ante el tribunal.

[2] En señal de adoración, como los idólatras. [3] Mis domésticos.

[4] La versión griega, como también algunos santos Padres y exegetas, entendieron estas palabras del amor y reconocimiento hacia Job; la Iglesia se sirve de las mismas en el Oficio del Santísimo Sacramento (responsorio 4) para significar el deseo que sus hijos tienen de gustar del cuerpo de Cristo, del cual Job fué imagen.—Algunos intérpretes entienden estas palabras figuradamente (cfr. núm. 765), como si quisieran indicar el odio (injusto) de sus amigos por la piedad que mostraba, de lo cual su propia mujer dió ejemplo mofándose de él.—Algunos modernos interpretan así el texto hebreo: «Si no hubiesen de decir las gentes de mi tienda: ¿dónde encontrar quién no se haya saciado de su carne?», es decir, ¿dónde econtrar pobre o extranjero a quien Job no haya dado de comer?

[5] Cfr. *Gen.* 3, 8 ss. [6] 31, 16-33.

[7] Nombre de una tribu de Idumea (cfr. *Jerem.* 25, 23), que procedía de Boz, hijo segundo de Nacor, hermano de Uz o Hus (*Gen.* 22, 21).

[8] Cap. 32. [9] Cap. 33-37. [10] 33, 8 9 12 13.

tiranos (poderosos) cuando pleitean con el pobre; porque todos igualmente son hechura de sus manos. *Porque los ojos de Dios observan los caminos de los hombres,* y El tiene contados todos sus pasos. No hay tinieblas, no hay sombras de muerte que basten para ocultar a los que obran la iniquidad.—Si El concede reconciliación ¿quién condenará? Y si oculta su faz ¿quién le verá? ¿Y (si esto hiciere) a los pueblos y a todos los hombres?» [1]

«Levanta esos ojos al cielo y contempla la región etérea, ¡cuánto más elevada está que tú! Si pecares ¿qué daño le harás? Y si multiplicares tus delitos ¿qué habrás hecho contra El? *Y si obrares bien ¿qué es lo que le das,* o qué recibe El de tus manos? A un hombre semejante a ti es a quien dañará tu impiedad y al hijo del hombre le será provechosa tu justicia» [2].

«Dios no desecha a los poderosos, siendo también El mismo, como es, poderoso; mas no salva a los impíos, y a los pobres hace justicia; no apartará su vista de los justos; háceles El sentar como reyes en firme trono, y ellos son ensalzados. Y si se vieren encadenados y aprisionados con cordeles de pobreza, les reconvendrá por sus obras y maldades, pues cometieron violencias. Asimismo les abrirá los ojos para corregirles y les amonestará para que se arrepientan de su iniquidad. Si obedecieren y fueren dóciles, acabarán sus días felizmente y sus años con gloria; mas si no escucharen, serán pasados a cuchillo y perecerán en su necedad.—Al pobre libertará de su angustia y en la tribulación le hablará al oído. También a ti te salvará del abismo estrecho e insondable y volverá a sentarte en tu opípara mesa. *Tu causa está juzgada como causa de un impío;* sentencia y causa recaerá sobre ti [3]. No te dejes vencer más de la cólera para oprimir a nadie, ni te desvíen los muchos dones [4]. Renuncia a tu grandeza sin aflicción [5], y a todos los que confían en sus fuerzas. —*Mira que Dios es soberano* en su fortaleza, y ninguno de los señores es semejante a El. *¿Quién podrá rastrear sus caminos?* O ¿quién puede decirle: has hecho una injusticia? Reflexiona que tú no llegas a comprender la obra suya, que fué celebrada en sus cánticos por los varones. Todos los hombres le ven [6]; cada cual le contempla desde lejos. ¡Oh! y *¡cuán grande es Dios y cuánto sobrepuja a nuestra ciencia!* Impenetrable es el número de sus años» [7].

«Escucha, oh Job, estas cosas; párate a reflexionar las maravillas de Dios. ¿Sabes tú, por ventura, cuándo ordenó Dios a las lluvias que hiciesen aparecer la luz de las nubes? [8] ¿Tienes perfecto conocimiento?—¿Acaso tú fabricaste junto con El los cielos, que son tan sólidos como si fueran vaciados de bronce? [9] Enséñanos qué es lo que le hemos de responder, ya que nosotros estamos envueltos en tinieblas.—Nosotros no somos dignos de alcanzarle [10]. El es grande en su poder, y en sus juicios, y en su justicia inefable. Por tanto, los hombres le temerán, y ninguno de los que se precian de sabios se atreverá a contemplarle» [11].

773. E. La disputa entre *Job y sus tres amigos* no había resuelto el problema de la *causa y objeto del dolor;* en particular, quedaba en pie la cuestión de si los padecimientos podían alcanzar al justo y en qué medida, y si era posible, por consiguiente, que padeciese Job siendo inocente. Los amigos persisten en que los sufrimientos son simplemente *castigo del pecado.* Eliú, en cambio, da a Job una respuesta tranquilizadora: el dolor sirve para *acrisolar* al justo, *poniendo a prueba* y confirmando *su virtud.* Por boca de Eliú había hablado el hombre, criticando los discursos de Job y sus amigos. Mas he aquí que *en medio de un huracán apa-*

---

[1] 34, 9-12 18 19 21 22 29. [2] 35, 5-8.
[3] Tú eres, por tus pecados, la causa de tu desgracia; pero enmiéndate.
[4] A la injusticia. [5] Sin que a ello te obligue la aflicción. [6] En su obra.
[7] 36, 5-12 15-19 22-26. [8] Los relámpagos. [9] Cfr. núm. 39.
[10] De conocerle por sus obras. [11] 37, 14-16 18 19 23 24.

rece el mismo Dios [1], y echa a todos en cara su temeridad y osadía en discutir el gobierno de Dios y sus inescrutables designios. Insondable es la sabiduría divina en las obras de su omnipotencia; por lo cual conviene al hombre una incondicional *confianza en la amorosa justicia* de las divinas disposiciones, libre de toda sutileza pecaminosa, ora se trate de sus propias calamidades, ora de las ajenas [2]. Y dirigiéndose a Job dijo el Señor:

«¿Quién es el que oscurece el gobierno (divino) del mundo con palabras insensatas?—¿Dónde estabas cuando yo echaba los cimientos de la tierra? Dímelo, ya que tanto sabes. ¿Sabes tú quién dispuso sus medidas? ¿O quién extendió sobre ella el cordel? ¿Qué apoyo tienen sus basas? ¿O quién asentó su piedra angular, *cuando me alababan los nacientes astros y prorrumpían en voces de júbilo todos los hijos de Dios?* [3] ¿Quién puso diques al mar cuando se derramaba por fuera como quien sale del seno de su madre, cuando le cubría yo de nubes como de un vestido y le envolvía entre tinieblas como a un niño entre los pañales? Encerréle dentro de los límites fijados por mí y púsele cerrojos y compuertas, y dije: hasta aquí llegarás y no pasarás más adelante, y aquí quebrantarás tus hinchadas olas. ¿Acaso después que estás en el mundo diste leyes a la *luz de la mañana* y señalaste a la aurora el punto por donde ha de salir? ¿Has cogido con tus manos la fimbria de la tierra y sacudídola a fin de expeler de ella a los impíos?—¿Has entrado tú en *las honduras* del mar y te has paseado por lo profundo del abismo? ¿Se te han abierto acaso las puertas de la muerte y has visto aquellas entradas tenebrosas?—¿Podrás tú por ventura atar las brillantes estrellas de las Pléyades o desconcertar el giro del Carro? (Osa Mayor) [4]. ¿Eres tú acaso el que hace aparecer a su tiempo el lucero de la mañana o resplandecer el de la tarde sobre los habitantes de la tierra? ¿Entiendes tú el orden de los cielos y puedes dar razón de su influencia sobre la tierra? ¿Alzarás por ventura tu voz a las nubes para que se deshagan en lluvias abundantes? ¿Lanzarás los rayos, y éstos marcharán y te dirán a la vuelta: Aquí estamos?» [5]

¿Cómo el que se pone a altercar con Dios, tan fácilmente lo deja y enmudece? *A la verdad que quien arguye a Dios, debe responderle*» [6].

Job responde al Señor: «Habiendo hablado con ligereza [7], ¿qué es lo que puedo responder? Cerraré mi boca con mi mano. Una sola vez hablé, que ojalá no hubiera proferido palabra, y jamás volveré a hacerlo otra vez» [8].—Y *el Señor* responde a Job desde el torbellino diciendo: «Ciñe tus lomos como varón; voy a preguntarte, y tú respóndeme: ¿Pretendes acaso invalidar mi juicio y condenarme a mí por justificarte a ti mismo? ¿Tienes acaso brazo como el de Dios, y es tu voz semejante a su trueno?» [9]—Y Job, respondiendo al Señor, dijo: «Yo sé que todo lo puedes y que no se te oculta ningún pensamiento.—Te conocía de oídas, pero ahora te veo con mis propios ojos. Por eso yo me castigo a mí mismo y hago penitencia envuelto en polvo y ceniza» [10].

774. Y por remate, volviéndose *el Señor a Elifaz, le dijo:* «Estoy indignado contra ti y contra tus dos amigos, porque no habéis hablado con rectitud en mi presencia, como mi siervo Job. Tomad, pues, siete toros

---

[1] Como juez. [2] Cap. 38-41. [3] Los ángeles.

[4] ¿Puedes sacar de su puesto las estrellas del Carro? (de la Osa Mayor).

[5] 38, 2 4-13 16 17 31-35.

[6] Esto pregunta, por fin, Dios (39, 32) después de enumerar una larga serie de manifestaciones de su omnipotencia y sabiduría en la Naturaleza; quiere decir con ello: al necio es menester presentarle todas estas cuestiones insolubles, a fin de que reconozca su incapacidad para juzgar el gobierno de Dios. Job replica con escasas y humildes palabras (39, 34 s.). Mas Dios prosigue interrogándole acerca de las obras divinas (cap. 40 y 41).

[7] Puesto que hablé inconsideradamente, dejándome llevar demasiado de mi dolor.

[8] 39, 34 s. [9] 40, 1-4. [10] 42, 1 2 5 6.

y siete carneros, id a mi siervo Job y ofrecedlos en holocausto por vosotros. *Y mi siervo Job hará oración por vosotros,* y yo aceptaré su intercesión, para que no se os impute vuestra culpa». E hicieron como el Señor mandó, y el Señor oyó la oración de Job [1].

Y el Señor libró a Job de su enfermedad en atención a su arrepentimiento y a la oración que por sus amigos hizo; *devolvióle doblados los bienes que antes poseyera* y le bendijo todavía más que antes. Y vinieron todos sus hermanos y hermanas [2] y sus amigos de antaño, y le consolaron de la desgracia que Dios había hecho venir sobre él, y cada cual trajo un cordero [3] y un zarcillo de oro [4]. Y Dios bendijo los días novísimos de Job más que los primeros; y Job llegó a poseer catorce mil ovejas, seis mil camellos, mil bueyes de uncir y mil pollinas. Y dióle el Señor siete hijos y tres hijas de extraordinaria hermosura, las cuales recibieron de Job herencia entre sus hermanos. Y Job vivió todavía ciento cuarenta años y llegó a ver asus hijos y los hijos de sus hijos, hasta la cuarta generación; y murió anciano y lleno de días [5].

Job, por su paciencia heroica, es **figura** *del divino Paciente, Jesucristo,* a quien ardientemente deseó, de quien esperó una gloriosa resurrección [6], a quien el Profeta llama «hombre de dolores, herido y humillado por Dios» [7]. Y el apóstol Santiago, exhortando a los fieles a tener paciencia en los tiempos adversos, les muestra el ejemplo de Job y el de Jesucristo, de quien aquél fué figura: «Habéis oído hablar de la paciencia de Job y habéis visto el fin de Jesucristo» [8], esto es, su Pasión, mas también su glorificación. En los primeros tiempos del Cristianismo se consideraba a Job como figura de Jesucristo y de todos los santos, especialmente de los mártires [9].

114. El Libro de los Proverbios

775. «Proverbios» no significa en la Sagrada Escritura lo que nosotros llamamos «refranes» [10]. Se encuentran ciertamente refranes y locuciones proverbiales tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento [11]; mas el *Libro de los*

---

[1] 42, 7-9. Una prueba del poder de la intercesión de los justos en favor de los pecadores (Cfr. núm. 154). [2] Sus parientes (Cfr. núm. 138).
[3] En hebreo «una kesita», probablemente una moneda de plata de gran valor
[4] En hebreo *nésem* (Cfr. núm. 168).
[5] En la versión griega añade: «y vivió en total 240 años». [6] Cfr. núm. 765.
[7] *Is.* 53, 3. [8] *Iac.* 5, 11. Weiss, *Die Messian. Vorbilder* 29.
[9] Cfr. Kraus, *Realenzykl.* II 62; Kaufmann, *Archäologie*[2] 328.
[10] La palabra hebrea *maschal* significa refrán en I *Reg.* 10, 12 (véase núm. 470); en otros lugares significa parábola, discurso poético, máxima, poema didáctico y también reprensión o sátira (véase *Is.* 14, 4; cfr. núm. 651), a diferencia de *schir* (canción) y otras palabras que encabezan los Salmos. Son *maschal,* por ejemplo, las profecías de Balaam (cfr. núm. 37 a); lo son también la canción victoriosa de *Num.* 21, 27-30, algunos pasajes del *Libro de Job* (cap. 27 y 29), algún Salmo (48, 5), los discursos de los profetas (*Ezech.* 17, 2 y a cada paso) y muy especialmente las sentencias de Salomón.—El nombre latino *Proverbia* o *Parabolae* no corresponde exactamente al hebreo; debe, por tanto, interpretarse más bien en el sentido de éste.
[11] Cfr. *Gen.* 10, 9; I *Reg.* 10, 12; 19, 24; 24, 14; II *Reg.* 5, 8; 20, 18; *Ezech.* 12, 22; 16, 44; 18, 2; *Luc.* 4, 23; II *Petr.* 2, 22. Sólo en *Prov.* 22, 6 encontramos un ejemplo, y ése es cita («lo que se aprende en la cuna siempre dura»); bien puede ser que algunos «Proverbios» se hayan inspirado en refranes populares; otros, en cambio, han pasado de la Sagrada Escritura a labios del pueblo, convirtiéndose en refranes. Cfr. Knie, *Geistesblitze* II (Paderborn 1887) 802-809.—Externamente se distinguen los «Proverbios» de los refranes populares antiguos, atinados y enjundiosos (de que la Sagrada Escritura nos con-

Proverbios es una compilación de sentencias y aforismos variados y de poesías didácticas, que tienen por objeto enseñar la sabiduría y la prudencia de la vida, apartando del vicio e incitando a la virtud. El *Libro de los Proverbios* se compone de varias colecciones de sentencias:

Los capítulos 1-9 contienen avisos y enseñanzas acerca de la sabiduría; los capítulos 10-24 encierran una serie de sentencias cortas y sin conexión unas con otras [1]. Los proverbios de los capítulos 25-29 son de Salomón, mas, según reza su título, no fueron agregados a los precedentes hasta la época del rey Ecequías [2]. El *apéndice* (cap. 30 y 31) contiene sentencias y avisos de Agur y de la madre del rey *Lamuel,* terminando con una poesía alfabética en alabanza de la mujer virtuosa. «Agur» y «Lamuel» son personas desconocidas, en las cuales los antiguos intérpretes vieron simbolizado al rey Salomón [3].

Según este sumario, que se apoya en los títulos mismos que van al principio de cada sección, debemos distinguir los autores de los compiladores. Tiénese comúnmente por autor de *los Proverbios* al rey Salomón, cuya sabiduría encomia la Sagrada Escritura (III *Reg.* 5, 9 s.; cfr. núm. 557) atribuyéndole «3000 sentencias y 1005 canciones» (III *Reg.* 4, 32; cfr. *Eccli.* 47, 17) [4]. El fondo de esta tradición es sin duda alguna histórico. Todos los criterios externos e internos persuaden que Salomón es autor de los capítulos 10-22, 17, núcleo del libro, y que los hombres de Ecequías, fundándose en una tradición fidedigna, añadieron una colección de sentencias salomónicas. Estas dos secciones van precedidas de otra (cap. 1-9) que concuerda con aquéllas en las ideas, siendo muy leves las diferencias lingüísticas [5]. Distínguese esta sección sólo por la forma del discurso — amonestaciones encabezadas con el vocativo: hijo mío — y por la manera de presentar la sabiduría (en el cap. 8) como persona que habla. Claro indicio es esto, según los modernos, de una época posterior, en que la sabiduría era asunto de las meditaciones y sabias investigaciones o disputas escolares (cfr. *Eccli.* 24; *Sap.* 7 y 8). Pero en esta opinión influyen exclusivamente razones de orden «histórico-religioso». Consideran los críticos la doctrina de la sabiduría del Antiguo Testamento como producto de un desarrollo puramente natural, como obra del judaísmo posterior al destierro, influído de las ideas griegas (siglos IV y III a. Cr.); del mismo recurso se sirven para relegar los Salmos y la doctrina de la Tora a los tiempos posteriores al destierro [6]. Falsas suposiciones y deduccio-

serva algunos ejemplos), por la estructura más amplia y atildada; los «Proverbios» pertenecen verdaderamente al género poético. Wildeboer, *Literatur des AT*² 370. Staerk, *Entstehung des AT* 143, contra Budde, *Geschichte der althebräischen Literatur* 293.

[1] Hay 375 «Proverbios» de dos líneas, de paralelismo antitético, agrupados por semejanza o igualdad de asuntos.—22, 17 es una introducción («presta atento oído y escucha las palabras de los sabios») y 24, 23 un epígrafe («también éstas son sentencias de los sabios»), el cual nos indica que los buenos consejos siguientes están tomados de sabios anónimos; un apéndice, por consiguiente, de la obra salomónica.

[2] «También éstos son proverbios de Salomón, compilados (escogidos) por los varones de Ezequías». No sabemos quiénes fueran estos varones de Ezequías; no es aventurado suponer que ya por entonces (época del profeta Isaías) existía una «corporación de escribas» o una cofradía de sabios, a quienes estaba encomendada la colección y guarda de los Libros Sagrados (cfr. *Ierem.* 18, 18).

[3] En total 550 «Proverbios», de los cuales aparecen repetidos 40 casi al pie de la letra y de 50 a 60 con otra redacción.

[4] Recientemente se sospecha que estos números resultaron por *guematría,* es decir, por sustitución de las letras hebreas de III *Reg.* 4, 33 (texto hebreo 5, 13) por su valor numérico (*ZAW* 1910, 70).

[5] Trátase de unas 9 palabras y algunas particularidades de estilo, propias de esta sección; pero son muchas más las voces e ideas peculiares comunes a todo el libro. El autor nos habla, pues, en «un tono preponderantemente salomónico», y sin duda «forjó su estilo en los *Proverbios* de Salomón».

[6] Qué parte de los *Proverbios* sea de época anterior al destierro es una cuestión, según Staerk (*Entstehung des AT* 144), «tan poco científica como la análoga acerca de los *Salmos* anteriores al destierro» (cfr. *supra* núm. 520). Lo mismo opinan Wildeboer, *Lit. des AT*³ 372 (según el cual el espíritu de los *Proverbios* acusa época posterior al

nes son éstas, mas no demostraciones capaces de destruir la tradición fundada en los títulos antiguos, según la cual (David es autor de los Salmos y) Salomón es el representante clásico de la sabiduría. Esta opinión tradicional queda corroborada por la existencia del arte religioso — himnos y proverbios sapienciales —, desarrollado con mucha anterioridad en otros pueblos orientales antiguos [1]. En lo tocante al arte de los proverbios, la crítica se ve obligada a reconocer que en Israel tiene origen muy antiguo [2]; y aunque razones de estilo o de asunto sugieran una época más reciente para los capítulos 1-9, todavía se justifica el título que va al frente de ellos, «Proverbios de Salomón» (1, 1), admitiendo que un escritor inspirado los compuso a guisa de prólogo a la colección de proverbios salomónicos y dentro del espíritu y ambiente de éstos [3].

La canonicidad del *Libro de los Proverbios* fué reconocida en todo tiempo por los judíos y la tradición eclesiástica; algunas dudas que aisladamente surgieron, carecieron de importancia [4]. «De este libro del Antiguo Testamento han pasado elementos preciosos al Nuevo Testamento; especialmente en las *Epístolas* son muy frecuentes las citas del *Libro de los Proverbios*» [5] (por lo general, según la versión de *los LXX* [6]). Desde los Padres Apostólicos, «todo el coro de los ancianos», como nota Eusebio [7], ensalza el *Libro de los Proverbios* como *panaretos sophia,* sabiduría excelentísima, y los tiempos posteriores con san Jerónimo han visto en él «un tesoro escondido en la tierra» de sabiduría práctica *(quasi in terra aurum).* Y aunque muchas de sus sentencias no procedan de la Inspiración, sino más bien de la experiencia, y muchos aforismos y avisos «no sean otra cosa sino reglas de prudencia, acomodadas a las menudencias de la vida social» [8], o «consejos para vivir bien y disfrutar de la vida» [9], versan siempre, sin embargo, acerca de la sabiduría, cuyo cimiento, origen y esencia es «el temor de Dios», esto es, la fe y sumisión al Dios justo, que se manifiesta en la Ley y en los Profetas, y recompensa a los buenos y castiga a los malos. Esto distingue esencialmente *los Proverbios* de lo que se suele llamar «sabiduría calle-

---

destierro, pues nada recuerda en ellos la lucha contra la idolatría; por otra parte, la doctrina sapiencial presupone la Tora y los Profetas, y el ambiente del libro es universalista) y Budde, *Geschichte der althebr. Literatur* 298 s. (el cual hace resaltar de una manera especial el supuesto influjo de la filosofía griega). También se ha observado que los capítulos 1-9 de los *Proverbios* presuponen el *Libro de Job.* Mas es asimismo discutible la época de este último; cfr. núm. 753. Véase en contra Hudal, *Die religiösen und sittlichen Ideen des Spruchbuches* (Roma 1914).

[1] Cfr. Kayser-Roloff, *Aegypten*[3] 103 s.; Weber, *Literatur der Babylonier und Assyrier* 115 ss. 306. Los proverbios de Ptah-hotep (Egipto) y del «labriego diserto» se escribieron (papiro Prisse) hacia 2000-1800 a. Cr.; los «proverbios de Ani» y las «máximas de un sabio a un rey» datan de 1100-900 a. Cr. Véase Gressmann, *AOT* 201 ss. y Baumgartner, *Weltliteratur* I 115 s. Sin duda a esta analogía alude III *Reg.* 5, 9 ss. cuando dice: Salomón fué más sabio y versado en proverbios (sentencias y enigmas) que todos los orientales (árabes) y egipcios.

[2] Budde l. c. 289: «Tenemos razones suficientes para creer que la poesía didáctica tiene origen muy antiguo, y para preguntar si de todo lo que hasta nosotros ha llegado existe algo que haya echado más hondas raíces».

[3] Para la bibliografía cfr. Knabenbauer, *Comm. in Proverbia* (París 1910); Wiesmann; *Das Buch der Sprüche* (Bonn 1923). Una explicación popular de los *Proverbios* nos ofrece el P. Schmid, O. S. B. en su obra *Das Buch der Sprüche Salomon* (Ratisbona 1899).

[4] Hubo rabinos que repararon en ciertas contradicciones aparentes (véase 26, 45) y encontraron inconveniente la descripción un tanto cruda que (7, 10 ss.) hace de la meretriz. El V Concilio General de Constantinopla (553) reprobó la opinión de Teodoro de Mopsuesta, según la cual Salomón no necesitó de inspiración divina para escribir sus *Proverbios* (y el *Eclesiastés),* sino que se dejó guiar de la prudencia que le fuera otorgada con largueza, la cual, según I *Cor.* 12, 8, no fué meramente humana.

[5] Wildeboer l. c. 371. Cfr. *Iac.* 4, 6; *Hebr.* 12, 5; I *Petr.* 2, 17; 4, 8 18; 5, 5.

[6] Cfr. Rohling, *Das salomonische Spruchbuch* (Maguncia 1879) 213.

[7] *Hist. eccl.* 4, 22.

[8] Staerk, *Die Enstehung des AT* 143.

[9] Kautzsch, *Abriss* 211.

jera» [1]. Respecto del «utilitarismo» que se achaca recientemente a la sabiduría bíblica, advierte con razón un crítico: «No hay que olvidar que los sabios antiguos no sólo enseñaron principios morales; querían también ser guías de la juventud en la vida práctica. ¿No es bueno acaso inculcar a los jóvenes que quien siembra recoge? Ciertamente, no es el grado más alto de moralidad evitar el mal por las consecuencias que de él se siguen; pero ¿se abstendrá el día de hoy un padre cristiano de amonestar en este sentido a su hijo?» [2]

776. De los documentos y avisos acerca de la sabiduría (cap. 1-9), escogemos los que siguen:

Parábolas de Salomón, hijo de David, rey de Israel, para aprender la sabiduría y la disciplina, entender los consejos prudentes y recibir la instrucción de la doctrina, la justicia, la rectitud y la equidad.—*El temor del Señor* es el principio de la sabiduría. Los insensatos desprecian la sabiduría y la doctrina. Tú, oh hijo mío, escucha las correcciones de tu padre y no deseches las advertencias de tu madre; ellas serán para ti como una corona para tu cabeza y como un collar para tu cuello» [3].

La senda de los justos es como una luz brillante, que va en aumento y crece hasta el mediodía. El camino de los impíos está lleno de tinieblas; no advierten el precipicio en que van a caer [4].

El Señor está mirando atentamente los caminos del hombre y nota todos sus pasos. El impío será presa de sus mismas iniquidades y quedará enredado en los lazos de su pecado. El morirá porque desechó la amonestación y se hallará engañado por el exceso de locura [5].

Anda, oh perezoso, *ve a la hormiga* y considera su obrar y aprende a ser sabio. Ella, sin tener guía, ni maestro, ni caudillo, se provee de alimento durante el verano y recoge su comida al tiempo de la siega. ¿Hasta cuándo has de dormir tú, perezoso? ¿cuándo despertarás de tu sueño? Quieres dormir un poquito, dormitar otro poquito, luego cruzar un poco las manos para dormir; y vendrá sobre ti la indigencia como salteador de caminos, y la pobreza como hombre armado. Al contrario, si fueres diligente, tus cosechas serán como un manantial, y huirá lejos de ti la miseria.—*Seis son las cosas que abomina el Señor,* y otra además le es detestable. Los ojos altaneros, la lengua mentirosa, las manos que derraman la sangre inocente, el corazón que maquina perversos designios, los pies ligeros para correr al mal, el testigo falso que forja embustes y *el que siembra discordias entre hermanos* [6].

777. Represéntase **a la Sabiduría increada y eterna como a una persona divina** [7]:

Yo, la Sabiduría, habito en los consejos y me hallo presente en los sabios pensamientos [8]. El temor del Señor [9] aborrece el mal; yo detesto la arrogancia y la soberbia, todo proceder torcido y toda lengua dolosa. A mí me pertenece el consejo y la equidad; mía es la prudencia, mía la fortaleza; por mí reinan los reyes y decretan los legisladores leyes justas. Por mí los príncipes mandan y los jueces administran la justicia. Yo amo a los que me aman, y me hallarán los

---

[1] Staerk, l.c. 142 s. [2] Wildeboer, *Lit. des AT*² 371.
[3] 1, 1-3 7-9. [4] 4, 18 s. [5] 5, 21-23. [6] 6, 6-11 16-19.
[7] Cap. 9 y 10. Refiérese, como en *Eccli.* 24, al *Verbo eterno,* que estaba desde el principio en Dios y era Dios, mediante el cual todo fué creado, el cual, en el tiempo, se hizo carne por nosotros (véase *Ioann.* 1, 1-18; 17, 2; *Matth.* 3, 17; *Col.* 1, 16; *Hebr.* 1, 2). Hudal l.c. 144 ss. Göttsberger, *Die göttliche Weisheit als Persönlichkeit im AT,* en *BZF* IX (1919) 1/2. Heinisch, *Personifikationen und Hypostasen im AT und im alten Orient,* en *BZF* IX (1921) 10/12. El mismo, *Die persönliche Weisheit im AT in religiongeschichtlicher Beleuchtung,* en *BZF* XI (1923) 1/2.
[8] Yo estoy donde está él, es decir, de mí procede todo buen consejo y juicioso pensamiento. [9] Es decir, la divina Sabiduría.

que madrugaren a buscarme. En mi mano están las riquezas y la gloria, la opulencia y la justicia. Pues más valen mis frutos que el oro y las piedras preciosas; y mis dones valen más que plata acendrada. Yo camino por las sendas de la justicia, por el camino de la rectitud, a fin de enriquecer a los que me aman y henchir sus tesoros [1].

El Señor me tuvo consigo al principio de sus obras, desde el principio, antes que criase cosa alguna [2]. Desde la eternidad tengo yo el principado, desde antes de los siglos, primero que fuese hecha la Tierra. Todavía no existían los abismos, y yo estaba ya concebida; aun no habían brotado las fuentes de las aguas, no estaba asentada la grandiosa mole de los montes, ni aún había collados, cuando yo había ya nacido; aun no había creado la tierra, ni los ríos, ni los ejes del mundo. Cuando extendía él los cielos, estaba yo presente, cuando con ley fija encerraba los mares dentro de su ámbito. Cuando establecía allá en lo alto las regiones etéreas, y ponía en equilibrio los manantiales de las aguas, cuando circunscribía al mar en sus términos e imponía ley a las aguas para que no traspasasen los límites, cuando asentaba los cimientos de la tierra, con él estaba yo disponiendo todas las cosas, y eran mis diarios placeres el holgarme continuamente en su presencia [3], el holgarme del universo, siendo todas mis delicias el estar con los hijos de los hombres.—*Ahora, pues, hijos míos, escuchadme:* Bienaventurados los que siguen mis caminos. Oíd mis documentos y sed sabios y no queráis desecharlos. Bienaventurado el hombre que me escucha y que vela continuamente a las puertas de mi casa y está de observación en los umbrales de ella. *Quien me hallare, hallará la vida* y alcanzará del Señor la salvación [4]; mas quien pecare contra mí, dañará a su propia alma. Todos los que me aborrecen a mí, aman la muerte [5].

La Sabiduría se fabricó una casa, labró siete columnas [6]. Inmoló sus víctimas [7], compuso el vino y preparó la mesa. Envió a sus criadas a convidar que viniesen al alcázar y a intramuros de la ciudad: Quien sea párvulo (sencillo, humilde), véngase a mí. Y a los insensatos dijo: «*Venid a comer de mi pan y a beber el vino* que os tengo preparado. Dejad las niñerías, y vivid y caminad por las sendas de la prudencia» [8].

778. Desde el capítulo 10 expone Salomón *en proverbios particulares* los distintos aspectos cómo se manifiesta la sabiduría en los hombres y la manera de conservarla.

El hijo sabio es la alegría del padre; así como el necio es la aflicción de su madre. Nada aprovechan los tesoros mal habitados; pero la justicia libra de la muerte. El Señor no aflige con hambre a la persona del justo, y desbarata las tramas de los impíos.—*Quien anda con sencillez, anda seguro;* pero

---

[1] 8, 12-21.

[2] Desde *ab aeterno* estaba yo en él.

[3] Es decir, me solazaba en mis criaturas, porque eran buenas, y llevé a cabo mi obra con facilidad y rapidez, como quien se divierte.

[4] Esta pintura se aplica a la *Virgen María* en las epístolas y lecciones de sus fiestas, porque, siendo madre de la Sabiduría encarnada, «es trono de la Sabiduría». A ella entre todas las criaturas dirigió el Señor complacido sus ojos desde toda la eternidad; ella es la más semejante a su divino Hijo, la más encumbrada en la verdadera sabiduría, esto es, en el santo amor de Dios, y tan íntimamente unida a su divino Hijo, que quien la hallare y consiguiese su piedad y gracia, «halla la vida y consigue del Señor la salud».

[5] 8, 22-36.

[6] Descríbese aquí el gobierno de la divina Sabiduría entre los hombres bajo la imagen de un *banquete sagrado,* al cual son invitados los hombres (véase *Matth.* 22, 2 ss.). La casa donde se celebra el banquete es la mansión divina, el reino de Dios, la Iglesia; las columnas son el sostén y ornamento de esta casa; los tesoros de verdad y de gracia, los siete dones del Espíritu Santo y los siete sacramentos.

[7] El Santo Sacrificio con el banquete dominical es la fuente de la vida y de la gracia (cfr. *Ioann.* 6, 48-59). [8] 9, 1-6.

el de taimado proceder vendrá a ser descubierto.—En *el mucho hablar* no faltará pecado; mas quien sus labios refrena, es hombre muy prudente [1].

La balanza falsa es abominable a los ojos del Señor; el peso cabal es lo que le agrada.—*Unos reparten sus propios bienes,* y se hacen más ricos; otros roban lo ajeno, y están siempre en la miseria [2].

Quien ama la corrección, ama la ciencia; mas el que aborrece las reprensiones, es un insensato.—*El justo mira por la vida de sus bestias;* pero las entrañas de los impíos son crueles.—Al necio se le figura acertado su proceder; pero el sabio toma los consejos.—Ningún acontecimiento podrá contristar al justo; los impíos, al contrario, estarán llenos de pesadumbres. Abomina el Señor *los labios mentirosos;* los que obran fielmente, esos le son gratos.—En la senda de la justicia está la vida; mas el camino extraviado conduce a la muerte [3].

Quien guarda su boca, guarda su alma; pero el inconsiderado en hablar, sentirá los perjuicios.—*La esperanza* que se dilata, aflige el alma; pero es como árbol de vida el deseo que se cumple.—*Quien anda con sabios* sabio será; el amigo de los necios se asemejará a ellos.—*Quien escasea el castigo,* quiere mal a su hijo; mas quien le ama, le corrige continuamente [4].

Un camino hay que al hombre le parece camino real, y no obstante le conduce a la muerte.—*El temor del Señor* es una fuente de vida para librarse de la ruina de la muerte.—*Quien es sufrido,* se gobierna con mucha prudencia; pero el impaciente pone de manifiesto su necedad. El corazón sano da vida al cuerpo; *la envidia* es carcoma de los huesos. Quien insulta al *necesitado,* insulta a su criador; así como le honra quien se compadece del pobre. Desechado será el impío por causa de su malicia; mas el justo conserva en su muerte la esperanza.—*La justicia* es la que *engrandece las naciones;* pero el pecado hace desdichados los pueblos [5].

La respuesta suave quebranta la ira; las palabras duras excitan el furor.—En todo lugar están *los ojos del Señor* contemplando a los buenos y a los malos. *La lengua* pacífica es árbol de vida; pero la desenfrenada quebrantará el corazón. Detesta el Señor *las víctimas* de los impíos; aplácanle *los votos* de los justos. Todos los días del *pobre* son trabajosos; la buena conciencia es como un banquete continuo. Más vale poquito con temor de Dios que grandes riquezas, las cuales nunca sacian. Abominables son al Señor *los malos pensamientos;* mas las palabras limpias son hermosísimas ante El. El justo pone todo su estudio en *la obediencia;* la boca de los impíos rebosa maldades. Lejos de los impíos está el Señor; pero serán oídas las *oraciones* de los justos [6].

Más vale poco con justicia que muchos bienes con injusticia.—A la caída precede *la soberbia,* y antes de la ruina se remonta el espíritu.—Corona honorífica es la *vejez;* encontrarse ha en los caminos de la justicia. Mejor es el *varón sufrido* que el valiente, y quien domina sus pasiones, más que un conquistador de ciudades [7].

Vale más el *buen nombre* que muchas riquezas; la buena reputación es más estimable que el oro y la plata.—Dice el proverbio: La senda por la cual comenzó *el joven* a andar desde el principio, esa misma seguirá también cuando viejo. Quien ama la *sencillez de corazón,* gozará la amistad del rey por causa de su hablar dulce y agradable.—No traspases los *términos antiguos* que pusieron tus padres [8].

No escasees la *corrección* al muchacho, pues aunque le des algún castigo, no morirá. Aplícale la vara del castigo, y librarás su alma del infierno.—*Dame, hijo mío, tu corazón* y fija tus ojos en mis caminos [9].

No andes acechando, buscando delitos en casa del justo; no perturbes su

---

[1] 10, 1-3 9 19. [2] 11, 1, 24. [3] 12, 1 10 15 21 22 28.
[4] 13, 3 12 20 24. [5] 14, 12 27 29 30-32 34.
[6] 15, 1 3 4 8 15 s. 26 28 s. [7] 16, 8 18 31 s.
[8] 22, 1 6 11 28.
[9] 23, 13 14 26.

reposo. Porque *siete veces cae el justo* [1] y vuelve a levantarse; mas los impíos se despeñan en el mal [2].

Manzanas de oro en canastillo de plata, así es la palabra *dicha a su debido tiempo.*—*Si tu enemigo* tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber; que con esto amontonarás *ascuas ardientes* sobre su cabeza, y el Señor te recompensará.—Como la miel daña a los que comen de ella en demasía, así *el que se mete a escudriñar la majestad* será oprimido de su gloria [3].

Como el perro vuelve a lo que vomitó, así el imprudente vuelve a su necedad (al pecado). Parecen sencillas las palabras del *chismoso;* mas ellas penetran hasta lo más íntimo de las entrañas.—*Quien abre una hoya,* caerá en ella, y la piedra caerá encima del que la remueve [4].

Toda palabra de Dios es de fuego; es un escudo para los que en él confían.—Dos cosas te he pedido, no me las niegues en lo que me resta de vida. Aleja de mí *la vanidad y las palabras mentirosas.*—No me des ni *pobreza ni riquezas;* dame solamente lo necesario para vivir.—A quien hace *mofa de su propio padre* y desprecia los dolores que al parirle padeció su madre, sáquenle los ojos los cuervos que viven a lo largo de los torrentes, y cómanselos los aguiluchos [5].

¿Quién hallará *una mujer fuerte?* De mayor estima es que todas las preciosidades traídas de lejos y de los últimos términos del mundo [6].—Engañoso es el donaire y vana la hermosura; la mujer que teme al Señor, esa será celebrada. Dadle del fruto de sus manos y celébrense sus obras en la pública asamblea [7].

115. El Libro del Eclesiastés

779. El autor de este libro se nombra a sí mismo el *Predicador* (en hebreo *Kohélet),* porque expone la doctrina en forma de alocución. Pónese ésta en boca del rey Salomón, el cual alude repetidas veces con cierto enfásis a la experiencia de la vida. Por este motivo lo atribuyó a Salomón la tradición judía y cristiana, considerándolo como el último escrito que el Sabio compusiera al ocaso de su vida, una vez convertido de sus extravíos [8]. Nada hay en el contenido del libro que haga inverosímil esta opinión. Pero la forma del lenguaje del texto hebreo y ciertos conceptos son indicio de época posterior, por lo que es preciso admitir, o que el primitivo libro fué transcrito al lenguaje más moderno, o que un escritor posterior puso en boca de Salomón, célebre por su sabiduría, sus propias reflexiones y enseñanzas, como sucedió con el *Libro de la Sabiduría.* La mayoría de los intérpretes católicos se inclinan a la primera hipótesis, empero muchos tienen la segunda por más verosímil [9].

---

[1] No hay hombre que no tenga faltas; por eso hay que llevarlas con paciencia y saber distinguir entre las que proceden de la flaqueza humana y las que provienen de malicia.

[2] 24, 15 s.

[3] Es muy conveniente la meditación de las verdades divinas, pero es nocivo y peligroso dejarse llevar de la curiosidad indiscreta. 25, 11 s. 27.

[4] 26, 11 22 27.

[5] 30, 5 7 s. 17.

[6] Los versículos 10-31 comienzan por las distintas letras hebreas en orden alfabético; todos los sonidos del lenguaje deben contribuir, en cierto modo, a ensalzar a la mujer virtuosa. Llámase este pasaje *alfabeto áureo de las mujeres;* la Iglesia lo lee en las fiestas de las santas. La mujer fuerte por excelencia y espejo de toda virtud es *María Santísima.* Cfr. Faulhaber, *Charakterbilder der biblischen Frauenwelt* (Paderborn 1912) 1 ss.

[7] Donde concurría el pueblo, especialmente cuando se administraba justicia, por tanto en público. 31, 10 30 s.

[8] Gietmann, *Comm. in Eccle.* 20; Cornely-Hagen, *Historiæ et criticæ Introductionis Compendium*[6] (París 1909) 345.

[9] La crítica moderna cree ver en este libro uno de los últimos, si no el postrero de los del Antiguo Testamento; lo califica de «evangelio del pesimismo» y descubre en él «la renuncia definitiva a resolver el enigma de la existencia con los medios de la religión de

El *Predicador,* aludiendo frecuentemente a la experiencia de su vida, sembrando aquí y allá sentencias de prudencia y consejos morales, insiste de una manera sugestiva en que *los bienes y placeres terrenos son vanos y efímeros;* enseña que el verdadero sosiego y *contentamiento sólo* puede hallarse *en el temor de Dios;* exhorta a prepararse con tiempo al *juicio de Dios,* despreciando las vanas alegrías. Los pasajes más notables son los siguientes:

Palabras del Predicador, hijo de David, rey de Jerusalén. *Vanidad de vanidades,* dice el *Predicador,* vanidad de vanidades y todo vanidad. ¿Qué saca el hombre de todo el trabajo con que se afana debajo de la capa del sol?—*Yo, el Predicador,* fuí rey de Israel en Jerusalén, y propuse en mi corazón inquirir e investigar curiosamente acerca de todas las cosas que sucedan debajo del sol. Esta ocupación pésima [1] ha dado Dios a los hijos de los hombres, para que trabajen en ella. Yo he visto todo cuanto se hace debajo del sol, y he hallado ser todo vanidad y aflicción de espíritu. Las almas pervertidas con dificultad se corrigen, y *es infinito el número de los necios* [2].

Entonces dije yo en mi corazón: «Iré a bañarme *en delicias* y a gozar de los bienes». Mas luego eché de ver que también esto es vanidad. A la risa la tuve por desvarío, y dije al gozo: ¡Cuán vanamente te engañas!—Yo mandé hacer *magníficas obras,* me edifiqué casas y planté viñas. Formé huertos y vergeles y puse en ellos toda especie de árboles. Construí estanques de aguas para regar el plantío de los árboles. Poseí esclavos y esclavas, y llegué a tener numerosa familia; asimismo ganados mayores y muchísimos rebaños de ovejas, más que los que habían tenido cuantos fueron antes de mí en Jerusalén. Amontoné plata y oro, y los tesoros de los reyes y de las provincias. Escogí cantores y cantoras y cuanto sirve de deleite a los hijos de los hombres, vasos y jarros para servir el vino. Y sobrepujé en riqueza a todos los que vivieron antes de mí en Jerusalén. En medio de todo esto permaneció conmigo la sabiduría. Nunca negué a mis ojos nada de cuanto desearon, ni vedé a mi corazón que gozase de todo género de deleites y se recrease en las cosas que tenía yo preparadas. Mas, volviendo la vista hacia todas las obras de mis manos, a los trabajos en que tan inútilmente me había afanado, vi que todo era vanidad y aflicción de espíritu, y que *nada hay estable debajo del sol* [3].

Todas las cosas tienen su tiempo, y todo lo que hay debajo del cielo pasa en el término que se le ha prescrito. Hay tiempo de nacer y tiempo de morir; tiempo de plantar y tiempo de arrancar lo que se plantó; tiempo de dar muerte y tiempo de dar vida; tiempo de derribar y tiempo de edificar; tiempo de llorar y tiempo de reír, etc.—¿Qué fruto saca el hombre de su trabajo? He visto la calamidad que Dios ha dado a los hijos de los hombres [4] para su tormento. Todas las

---

la Antigua Alianza»; es un libro que, a pesar «del tono serio y moral de sus reflexiones» y de la firmeza de sus creencias, deja entrever «la descomposición ya muy avanzada de la antigua religión». Lo que sucede es que en las discusiones de este libro, aparentemente inconexas y fundadas en la experiencia, se emiten apreciaciones y juicios contradictorios que no se allanan y componen hasta el remate de la obra. Por esta razón es el *Eclesiastés* (como el *Libro de Job*) uno de los libros más difíciles del Antiguo Testamento. Cfr. Kaulen-Hoberg, *Einleitung* II[5] 316 s.; Schöpfer, *Geschichte des AT*[6] 672 ss.—Cuán lejos se halla el *Eclesiastés* de ser el «evangelio del pesimismo» nos lo demuestra Sawicki en su libro: *Der Prediger, Schopenhauer und E. von Hartmann oder Biblischer und moderner Pessimismus* (Fulda 1903). Cfr. Schäfer, *Neue Untersuchungen über den Kohelet* (Friburgo 1870); Zapletal, *Das Buch Kohelet*[2] (Friburgo de Suiza 1911). Contra la teoría en este libro defendida acerca de la doctrina de la inmortalidad en el *Eclesiastés* (y en el Antiguo Testamento en general) cfr. *ZKTh* 1913, 400 ss. Una explicación del *Eclesiastés* al alcance del vulgo, puede verse en Keel, *Der Prediger Salomons, erklärt für das christl. Volk* (Ratisbona 1898).

[1] Mala, por ser muy penosa; pero querida por Dios, porque nos conduce al conocimiento de la vanidad de todo lo terreno.

[2] 1, 1-3 12-15.

[3] 2, 1 s. 4-11.

[4] Dios permite esta calamidad por sus sabias y amorosas intenciones.

cosas que hizo son buenas a su tiempo [1], y *él entregó el mundo a las disputas de los hombres* [2], y no obstante el hombre no alcanza a descubrir lo que Dios hizo desde el principio hasta el fin [3].

Guarda tu pie [4] cuando entras en la *casa de Dios,* y acércate con ánimo de obedecerle [5]. Porque mucho mejor es la *obediencia* que los sacrificios de los insensatos [6], los cuales no saben cuánto mal hacen [7].

Si *hiciste* algún *voto* a Dios, no tardes en cumplirlo, pues le desagrada la promesa necia e infiel. Por tanto, cumple todo lo que hubieres prometido. Porque mucho mejor es no hacer votos, que hacerlos y no cumplirlos [8].

Mejor es ir a la *casa del luto,* que a la casa del festín, pues en aquélla se recuerda el paradero de todos los hombres, y el que vive considera lo que le ha de suceder.—El corazón de los sabios está donde hay tristeza, y el corazón de los necios donde hay diversiones. Más vale ser reprendido del sabio, que seducido con las *lisonjas* de los necios.—Quien *teme a Dios* ninguna cosa descuida. —*No hay hombre justo* en la tierra, que haga el bien y no peque [9].—Sólo esto hallé, que *Dios crió al hombre recto* [10] y el mismo hombre se enredó en infinitas cuestiones [11].

Los justos, y los sabios, y las obras de ellos, están en las manos de Dios; y con todo, *no sabe el hombre si es digno de amor o de odio* [12], sino que todo se reserva incierto para lo venidero; porque todas las cosas suceden igualmente al justo como al impío, al bueno y al malo, al puro y al impuro, al que ofrece víctimas y al que desprecia los sacrificios; así es tratado el inocente como el pecador, y el que jura verdad como el perjuro [13]. Esta es la cosa más intrincada y peligrosa de todas cuantas pasan debajo del sol, el ver *que todos están sujetos a los mismos azares;* de donde nace que los corazones de los hijos de los hombres se llenan de malicia y de orgullo durante su vida, y después de esto son llevados a los infiernos.—Todo cuanto pudieres hacer, *hazlo sin perder tiempo,* puesto que ni obra, ni pensamiento, ni sabiduría, ni ciencia [14] ha lugar en el sepulcro [15], hacia el cual vas corriendo.—*No sabe el hombre su fin;* sino como los peces se prenden con el anzuelo y como las aves caen en el lazo, así los hombres son sorprendidos de la adversidad, que les sobrecoge de repente [16].

El corazón del sabio está siempre en su mano derecha; el corazón del insensato, en su izquierda.—El *detractor* oculto es semejante a la sierpe, que pica sin hacer ruido.—Desdichado de ti, oh país cuyo *rey* es *un niño* y cuyos príncipes comen de mañana. Dichosa la tierra cuyo *rey* es *noble* y cuyos príncipes comen a su tiempo para sustentarse, y no para cebarse en los deleites [17].

Si el árbol cayere hacia el mediodía o hacia el norte, doquier que caiga [18], allí quedará [19].

Acuérdate de tu Criador en los días de tu juventud, antes que venga el tiempo de la aflicción, y se lleguen aquellos años en que dirás: ¡Oh años desagra-

---

[1] Dios hace que, en el incesante vaivén de las cosas terrenas, todo acontezca en el momento más conveniente para el conjunto.

[2] Dios dejó a la humana especulación esta continua mudanza de las cosas, no para que los hombres investiguen los divinos consejos, sino para que lleguen a reconocer la vanidad de todo lo terreno. [3] 3, 1-4 9-11.

[4] Cuida de que tus caminos sean puros (cfr. *Ps.* 23, 3; núm. 510).

[5] Las enseñanzas. [6] Cfr. núm. 474, 477 y 536; *Ps.* 50, 18 s. [7] 4, 17.

[8] 5, 3 s. [9] Porque «todos faltamos en muchas cosas» *(Iac.* 3, 2).

[10] Cfr. núm. 56. [11] 7, 2 s. 5 s. 17 21 30.

[12] Nadie sabe con certeza si está en gracia de Dios; el juicio divino lo ha de manifestar (cfr. 12, 13).

[13] A menudo le va mal al bueno y bien al malo; en el juicio de Dios y en la vida futura se pondrán las cosas en su punto.

[14] Con la muerte viene «la noche, cuando nadie podrá ya trabajar» (es decir, acumular méritos) *(Ioann.* 9, 4; cfr. II *Cor.* 6, 2; *Gal.* 6, 10; *Imitación de Cristo* 1, 23, 8).

[15] Cfr. núm. 57. [16] 9, 1-3 10 12. [17] 10, 2 11 16 s.

[18] Con la muerte se decide para siempre la suerte del hombre; eterna luz o eternas tinieblas (cfr. *Hebr.* 9, 27). [19] 11, 13.

dables! Antes que se te oscurezca el sol y la luz de la luna y de las estrellas [1]; cuando tiemblen los guardas de la casa [2] y vacilen los varones robustos [3], y cuando las que muelen sean en corto número [4] y estén ociosas, y cuando queden en tinieblas los que miran por las ventanas [5]; cuando se cerrarán las puertas de la calle [6] y se debilite la voz del que muele [7]; cuando despierten a la voz de un pájaro y queden sordas las hijas del canto [8]; cuando tengan miedo de los lugares altos [9] y se asusten de los caminos (llanos) [10]; cuando florezca el almendro [11], se engrose la langosta [12] y se disipe la alcaparra [13], porque *el hombre va a la casa de su eternidad,* y los enlutados le acompañarán por las calles [14]. Antes que se rompa el cordón de plata y se arrugue la venda de oro [15] y se haga pedazos el cántaro sobre la fuente [16] y se quiebre la polea sobre la cisterna [17]; antes que el polvo se vuelva a la tierra de donde salió, y *el espíritu vuele a Dios,* que le dió el ser [18].—Oigamos juntos el fin de este sermón: *Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es el todo del hombre* [19]. *Y que Dios hará dar cuenta en su juicio de todas las faltas, y de todo el bien y el mal que se habrá hecho* [20].

116. El Cantar de los Cantares

780. El *Cantar de los Cantares (Canticum Canticorum)* no es un cancionero (de amor, de epitalamios, etc.), como del título pudiera colegirse; con esa forma hebrea del superlativo [21] se quiere significar una canción la más bella y sublime en su género (acaso la canción más hermosa de Salomón). Y que esta significación del título dice bien con el poema, lo reconocen todos, si bien sólo quienes admiten su carácter inspirado y su fondo misterioso y sagrado pueden apreciarlo en el justo valor. Mas esto acontece hoy sólo entre los comentadores del judaísmo ortodoxo y de la Iglesia Católica; ésta se sirve con preferencia del *Cantar de los Cantares* para declarar la naturaleza, manifestaciones, efectos y misterios del más tierno, santo, puro e íntimo amor de Dios (en sentido subjetivo y objetivo) [22]. Porque, según la unánime tradición judía y cris-

---

[1] Antes que mengüen las fuerzas del alma y del cuerpo.
[2] Los brazos, las manos. [3] Miembros, huesos. [4] Los dientes.
[5] Las pupilas. [6] Los labios. [7] La boca.
[8] Instrumentos músicos, los oídos. [9] Cuando no se atrevan a escalarlos.
[10] Por miedo de caerse. [11] Cuando encanezcan los cabellos.
[12] Cuando se haga pesado el cuerpo, antes ágil y esbelto.
[13] La alcaparra es un arbusto del Sur; el botón de su flor es baciforme, y tanto éste como las ramas se usan como condimento y excitante del apetito.
[14] Dispuesto a comenzar su plañido.
[15] Antes que se rompa el hilo precioso de la vida.
[16] Antes que se quebrante el corazón, fuente de la vida.
[17] Cuando los pulmones no puedan aspirar el aire.
[18] Cfr. *Gen.* 2, 7; núm. 54.
[19] Toda la dignidad, destino y felicidad del hombre. [20] 12, 1-7 13 s.
[21] Cfr. *Gen.* 9, 25: siervo de los siervos = el último de los siervos; III *Reg.* 8, 27; cielo de los cielos = el cielo alto y espacioso; *Apoc.* 19, 16: Rey de reyes = el Supremo Rey y Señor; de ahí también la frase de la liturgia: Virgen de las vírgenes.
[22] La liturgia ha tomado del *Cantar de los Cantares* nada menos que 7 epístolas (Misal Romano), 18 lecciones, unas 50 antífonas y responsorios (Breviario Romano) y se sirve de ellos en 4 fiestas del Señor, 20 de la Virgen María y algunas de vírgenes y santos. El *Cantar de los Cantares* ha prestado unos 124 textos al canto litúrgico. Cfr. Schäfer, *Das Hohelied* 64 253; Schenz, *Einleitung* (Ratisbona 1887) 180 s.; Marbach, *Carmina Script.* 265-278. De las palabras del *Cantar de los Cantares* se sirve la Iglesia siempre que quiere buscar expresión adecuada al inefable y *místico amor de Dios a los hombres,* manifestado en la Encarnación, dolorosa muerte y entrega de su Corazón divino, y al amor de las almas buenas a Dios; y este espiritual poema le presta sus acentos sobre todo en la Misa y Oficio de las vírgenes y santas, pero de manera especialísima en el Oficio de las fiestas de la Santísima Virgen, en la cual se manifiesta el amor infinito de Dios a las criaturas y el amor más puro y perfecto de una criatura a su Creador.

tiana, debajo de la *imagen* del fiel y puro amor de los esposos se representa la *unión de Dios con su pueblo escogido*, y se prefiguran *los desposorios del Hijo de Dios con la Iglesia* y con *las almas fieles*. Y a la verdad, de esta imagen del amor de los esposos se sirven tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento para significar el amor de Dios a su pueblo, a la Iglesia y a los fieles. No hay figura en que más se complazcan los profetas y que con mayor entusiasmo expongan [1]; y no porque sea concepto nuevo para ellos, como no lo es el de Dios o el de la Alianza que predican [2]. Ya el Salmo 44 había declarado este pensamiento, aplicándolo al Mesías (cfr. núm. 524). Cuanto al Nuevo Testamento, bástenos citar *Ioann.* 3, 28; *Matth.* 25, 1 ss.; II *Cor.* 11, 2; *Ephes.* 5, 32; *Apoc.* 19, 7 ss. Estos lugares nos declaran el sentido que da la Sagrada Escritura al *Cantar de los Cantares*, y justifican la interpretación simbólica (alegórica) que siempre sirvió de norma en la Sinagoga [3] y en la Iglesia, y que está dogmáticamente establecida por el *Sensus Ecclesiæ* y por el V Concilio General, II de Constantinopla (553) [4].

Es muy difícil el análisis e interpretación del *Cantar de los Cantares*. Si en ese conjunto de efusiones líricas, descripciones y cuadros de estados psíquicos puestos en boca de distintas personas [5], queremos conocer a los interlocutores,

---

[1] Cfr. *Osee* 2, 19; *Is.* 54, 5 ss.; 61, 10; 62, 4 5; *Ierem.* 2, 2; 3, 14; *Ezech.* 16, 8 60. Encontramos, además, textos que revelan de un modo general el amor de Dios a Israel («cuando Israel era un niño, yo le amé» (*Osee* 11, 1); «con eterno amor te he amado; por eso te atraje a mí, compadecido de tí» (*Ierem.* 31, 3); «podría una madre olvidarse de su hijo, mas yo nunca te olvidaré» (*Is.* 49, 15); otros textos en que se echa en cara al pueblo escogido su apostasía, comparable al adulterio o al amor ilícito (infidelidad de la mujer o esposa) (véase *Is.* 1, 21); de estos últimos hallamos ya en el *Pentateuco: Ex.* 34, 16; *Num.* 14, 34; cfr. núm. 297.

[2] Cfr. Kortleitner, *De Hebræorum ante exilium babylonicum monotheismo* (Innsbruck 1909) 28 ss.

[3] Base para la interpretación espiritual encontramos en *Eccli.* 14, 23; 15, 2; *Sap.* 8, 2, donde Salomón se llama a sí mismo amante de la sabiduría, a la cual ha escogido por esposa, cuyos caminos (misterios) quiere seguir, mientras que ella le sale al encuentro cual madre respetable y cual virgen desposada (cfr. núm. 799). Puede verse una alusión a la exégesis alegórica de *Cant.* 2, 1; 7, 8 7 en el *Libro* (apócrifo) *cuarto de Esdras* 5, 24 s. Que el *Cantar de los Cantares* debe su admisión en el Canon a la exégesis alegórica, se desprende (según Budde, *Geschichte der Althebr. Lit.* 277) «del puesto que ocupó entre los Libros Sagrados y en la vida de la comunidad judía. Porque este singular poema, que pertenece a la tercera sección del Canon, los Hagiógrafos, es el primero de los «cinco volúmenes» (*Cantar de los Cantares, Rut, Trenos, Eclesiastés* y *Ester*) que se leían íntegros en cinco fiestas señaladas del año litúrgico judío (Pascua, Pentecostés, Destrucción del Templo, Tabernáculos, Purim). Esto significaba que en aquel libro se reflejaban exactamente los hechos básicos de la Alianza entre Yahve y su pueblo; y realmente ésta es la interpretación que prevaleció en la comunidad judía». Predomina también esta interpretación en el *Talmud* y aun posteriormente. Cfr. Euringer en *KHL* I 2002; Salfeld, *Das Hohelied des Salomons bei den jüdischen Erklärern des Mittelalters* (Berlín 1879); Riedel, *Die Auslegung des Hoheliedes in der jüdischen Gemeinde und in der griechischen Kirche* (Leipzig 1898).

[4] Para Teodoro de Mopsuesta es el *Cantar de los Cantares* «una canción familiar y nupcial compuesta por Salomón para los convites, la cual suena a oprobio de la esposa», o sea una sátira mediante la cual Salomón quiso atenuar la impopularidad de su boda con una hija de Faraón; niega, por tanto, el carácter profético (inspirado) y alegórico del libro y lo compara al *Simposion* que más tarde compusiera Platón. El V Concilio General reprobó esta opinión. Cfr. Kihn, *Theodor von Mopsuestia*, etc., 72 ss.; puede verse en la misma obra un juicio de Teodoreto que expresa clara e ingeniosamente la tradición cristiana antigua.

[5] Las personas que intervienen son: la esposa (Sulamitis) y el esposo (Salomón), denominados también hermana y hermano; el esposo aparece como rey, pero también como pastor, la esposa como hija del rey, pero también como guarda de las viñas y pastora, con el rostro tostado por el sol; intervienen asimismo doncellas de Jerusalén y hermanos de la esposa. Según cálculos de Hontheim (*Das Hohelied*, en *BST* XIII 4, 5), de las 200 líneas (versículos) del *Cantar de los Cantares*, 70 se refieren al esposo, 97 a la esposa, 2 a entrambos, 23 al coro del pueblo, 4 al coro de doncellas y 2 a cada hermano.

no hallaremos indicaciones que nos los descubran; la escena cambia frecuentemente, mas no se puede señalar una acción propiamente dicha (que dé base para un análisis dramático). Esto no obstante, fondo y forma llevan el sello de la unidad [1], y se pueden distinguir seis partes (canciones, escenas), en las cuales se describe [2]: 1, el despertar del amor (primer encuentro de los amantes, 1, 2-2, 7); 2, progreso del amor (alegría, anhelos, 2, 8-3, 5); 3, primera confirmación del amor (alabanza de la esposa en boca del esposo, 3, 6-5, 1); 4, prueba del amor en las penas (separación, tentación; alabanza del esposo por boca de la esposa); 5, alegrías del amor (danza nupcial, 6, 11-8, 4); 6, conducción de la esposa al hogar, 8, 5-14).

Más difícil e importante que la disposición de las escenas e ideas capitales es la interpretación de los pormenores. De ella depende 1, de la recta comprensión del lenguaje figurado (sentido material o literal) del *Cantar de los Cantares* y 2, la exacta apreciación del simbolismo (de la forma) de que va envuelta la idea (sentido alegórico o espiritual).

Por el lenguaje y la forma poética, el *Cantar de los Cantares* pertenece a la poesía amatoria y es un género literario propio del ceremonial de nupcias del antiguo Oriente. Esto es natural y sabido desde antiguo; pero sólo modernamente se han averiguado muchos pormenores tocantes a ello [3]. En las amorosas efusiones de los interlocutores brillan la viveza y la ternura propios de la poesía hebrea, las descripciones concretas e intuitivas y de una manera especial las imágenes y comparaciones atrevidas, vivas y graciosas. La naturaleza presta sus galas al poeta para pintar la belleza y encantos corporales, para describir la virtud y la gracia, para representar la ternura, fuerza y vehemencia del amor; cuanto de noble y hermoso, fuerte o bello hay en el reino animal y vegetal, cuanto la naturaleza ofrece de agradable en color, sabor y aromas, según el gusto oriental, le sirve para expresar lo que sienten y son los esposos el uno para el otro, lo que anhela, padece y obra el verdadero, noble y puro amor. La esposa ansía los ósculos del amado, mejores que el vino (1, 2 4); desea llevarlo a la casa de su madre (3, 4); ser un sello en su pecho (8, 6); que su amado ponga la mano izquierda debajo de su cabeza y le abrace con la diestra (2, 6; 8, 3). El esposo es para ella un manojito de mirra, que se lleva en el pecho; racimo de cipro (1, 12 13); gacela que pace en las montañas hendidas y en los montes aromáticos (2, 9 17; 8, 14); manzano a cuya sombra ella descansa, cuyos frutos son agradables al paladar (2, 3); enferma de amor, quiere ser llevada a la bodega, confortada con manzanas (2, 4). Para el esposo ella es azucena entre espinas (2, 2), su paloma, su única, la más hermosa entre las mujeres, toda hermosa y sin mancilla (4, 7), huerto cerrado cuyos renuevos son un vergel de granados de frutos deliciosos, flores de cipro con nardos, azafrán y canela y toda clase de arbustos aromáticos, mirra y áloe y bálsamo el más exquisito (4, 12), fuente sellada, pozo de aguas vivas y de arroyos que corren del Líbano (4, 15); viña (8, 11); sus labios destilan miel; leche y miel debajo de su lengua, y el olor de sus vestidos como el aroma (de las hierbas) del Líbano (4, 11), etc. — El fondo y aparato escénico de estas descripciones idílicas de tanto colorido lo forma el ceremonial de nupcias, que en parte aun hoy se conserva [4]: las fiestas nupciales duran siete días; durante ellos, los

---

[1] Contra la opinión de los modernos que en el *Cantar de los Cantares* ven un poema fragmentario o un cancionero popular. Pero el plan de la obra, las personas y el estilo, y según Hontheim (l. c. 18 ss.) la métrica, dan sello de unidad al poema. Cfr. Baumgartner, *Weltliteratur* I 30-32. De los modernos, Reuss (véase Strack, *Einl.*[6] 149) sostiene «plenamente convencido, que todo el libro es de una mano». De otra manera se expresa Wildeboer, *Die Literatur des AT* 423.

[2] Admitimos la división de Hontheim (l.c. 12 ss.) y Tiefenthal (*Das Hohelied* 85), que en lo esencial coincide con la de la *Vulgata* de Fillion (con pocos versículos de diferencia).

[3] Cfr. Zapletal, *Das Hohelied* (Friburgo de Suiza 1907) 6 ss.

[4] Cfr. Budde, *Geschichte der althebr. Literatur* 284; Zapletal l. c. 15 ss.

esposos llevan el nombre de rey y reina y hacen su parte ocupando un trono situado en una tribuna, mientras en su presencia se desarrollan toda clase de danzas, bromas y juegos, canciones de amor y epitalamios: la esposa, ataviada, con sus galas nupciales, baila una danza de espadas; en esta coyuntura se la ensalza con el *wasf* (loa de su hermosura). Esto explica por qué el esposo del *Cantar de los Cantares* se asienta en un trono (silla portátil) como el rey Salomón, adornado de la corona con que le coronó su madre el día de sus bodas (3, 6 ss.), y por qué se encomia la hermosura de la esposa y del esposo de una manera extraña a nuestros gustos, no así a los de Oriente; los negros cabellos de la esposa ondean como rebaños de cabras que descienden del monte Galaad; sus blancos dientes como ovejas que suben del abrevadero; sus ojos como de paloma; sus mejillas como granadas; su cuello como torre de marfil; su nariz como torre del Líbano que mira a Damasco; su talle como el de la palma; sus pechos como racimos (de la palma); el contorno de sus muslos como ajorcas labradas de mano maestra; su vientre como montón de trigo (4, 1 ss.; 6, 4 ss.). También el esposo está dotado de inestimable belleza: blanco y rubio; su cabeza dorada; sus cabellos negros como el cuervo; sus ojos como palomas junto a los arroyuelos; sus labios azucenas que destilan la mirra más pura; su vientre ebúrneo, sembrado de zafiros, una obra maestra; sus piernas columnas de mármol; su aspecto como el del Líbano; el eco de su voz dulcedumbre, y todo él un encanto (5, 9 ss.).

Mas el *Cantar de los Cantares* no pertenece al género poético popular, sino al género culto, y sus escenas no coinciden con las de la semana nupcial. La afinidad o parentesco con las canciones profanas de los antiguos egipcios y de los árabes antiguos y modernos es a lo sumo parcial, lejano y externo. No se justifica, pues, en modo alguno la opinión de que el *Cantar de los Cantares* sea una colección de canciones mundanas, ingenuamente picarescas y aun sensualmente groseras; ni la pretensión de haber así resuelto definitivamente [1] todos los enigmas del poema. Mas esta conclusión demuestra lo absurdo de la teoría; pues ocurre preguntar cómo los escribas, a quienes eran familiares las costumbres populares, no llegaron a entender esas canciones y ceremonias, sino les dieron interpretación espiritual y las admitieron en el Canon. No se explica esto por la circunstancia de haber sido atribuído el poema a Salomón, pues no se conservaron otras canciones del mismo, mientras que sus desvaríos constan en la historia bíblica./La única explicación posible es que el autor tomó de la vida ordinaria (amor y nupcias) el colorido y tonalidad que adornan la idea arriba expuesta. Las descripciones de los anhelos, penas y contentos del amor no tienen razón de ser por sí mismos: son figura y medio de expresar el amor más puro y sublime (de Dios a su pueblo, de Cristo a su Iglesia y a las almas escogidas y recíprocamente). Y realmente éste es el sentido propio y único conservado en la letra, y el que se propusiera el Espíritu Santo [2].

---

[1] Así se expresan comúnmente los críticos y exegetas acatólicos actuales, los cuales sólo conciben el lenguaje del *Cantar de los Cantares* «como glorificación del amor terreno, propendiendo hacia el lado sensual» y rechazan la exégesis alegórica del mismo como imposible e indigna de Dios. Todavía conceden algunos «que no faltan pasajes en que se ensalza el amor de los esposos desde un punto de vista más elevado», lo cual ha sido una suerte para el libro, porque justifica su admisión en el Canon de los Libros Sagrados (Oettli, Beer, Orelli). Otros quieren que sea descartado del Canon un libro que ocupa un puesto en él gracias a que se le interpreta en un sentido que no tiene - exigencia improcedente, una vez abandonada la creencia en la Inspiración. Más próximo al concepto tradicional se muestra von Orelli (*Realenzykl. für protest. Theol. und Kirche* VIII 256 ss.), que cita en su apoyo a teólogos protestantes como Fr. Delitzsch, Keil, Töekler y otros. En términos análogos se declara König, *Poesie des AT* 154.

[2] Todavía dentro de los límites señalados por la decisión eclesiástica (cfr. pág. 784) queda cierto espacio a la investigación exegética. Algunos intérpretes se deciden por la interpretación *típica*, según la cual el *Cantar de los Cantares* describe ante todo una verdadera fiesta nupcial (de Salomón), pero como figura de los místicos desposorios de Jesucristo con su Iglesia. Otra cosa es la distinción entre sentido material y sentido espi-

Ello es evidente para los que creen en la Inspiración, pero se puede justificar científicamente, por desdeñosa que la ciencia racionalista se muestre, preciándose de haber dado de una vez y para siempre el fin merecido a todo intento de interpretación judía y cristiana del *Cantar de los Cantares* en sentido religioso-espiritual [1].

Ante todo, no se puede negar la *posibilidad* o demostrar la imposibilidad del simbolismo de un poema y de su interpretación; además de los testimonios de la Escritura, antes aducidos, abonan nuestra tesis la predilección del Oriente por el simbolismo y las analogías antiguas y modernas [2]. Pero, además, el *Cantar de los Cantares* ofrece un *fundamento sano y seguro* para la interpretación simbólica: la letra describe el amor ideal de los esposos, del hombre y de la mujer, el amor que, por su naturaleza, no es sensualidad, sino comunidad de almas, y por sus efectos es el fundamento y el impulso más fuerte para el orden social. Esto expresa llanamente el capítulo 8, 6-7, cuando dice: «Fuerte como la muerte es el amor, inflexible como el infierno su celo, sus brasas son brasas de fuego, llama divina; muchas aguas no alcanzan a apagar el amor, ni los ríos bastan para anegarlo; si diese el hombre toda la sustancia de su casa por el amor, se le despreciaría». Y ¿qué otra cosa es esto en el fondo sino aquello que dijo Dios en el principio: «Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre y pertenecerá a su mujer y dos serán una carne (un solo corazón y una sola alma)?» [3] Lo más fuerte y sublime en el orden natural sirve en el lenguaje poético y profético del Antiguo Testamento para simbolizar y expresar lo más elevado en el orden de la gracia — en esto consiste la esencia de la alegoría. No daña a ello el pretendido carácter erótico del poema. Las descripciones del *Cantar de los Cantares* no son eróticas en el sentido corriente de este adjetivo; bien consideradas, son «incomparablemente bellas y tiernas, y sólo a quien desconozca el género oriental o se aparte de él por una sensibilidad enfermiza causarán escándalo ciertas expresiones» [4]. La libertad y llaneza con que se tratan las cosas naturales no deben confundirse con la grosería e inmoralidad, aun cuando puedan ser ocasión de cínica complacencia para quienes no distinguen la llama de Dios, de la grosera sensualidad. Para el limpio, todo es limpio en el *Cantar de los Cantares*, y no es menester interpretar alegóricamente ciertos pasajes — como han pensado algunos comentadores — para alejar toda ocasión de escándalo [5]. Se objetará que el sentido literal del *Cantar de los Cantares*

---

ritual (véase pág. 785); lo cual no puede entenderse como si en el *Cantar de los Cantares* existiese un doble sentido—natural el uno y artificial el otro; la relación entre ambos es más bien comparable a la que existe entre el núcleo y la envoltura. Véase Hontheim, l. c. 4; Zapletal l. c. 42 ss.; Cornely-Hagen. *Hist. et crit. Introductionis Compendium*⁶ 351; Munz, *Die Allegorie des Hohen Liedes ausgelegt* (Friburgo 1912).

[1] Staerk, *Entstehung des NT* 151.

[2] Cfr. núm. 23 y 5 24 (al Salmo 44).—Conceden algunos modernos, entre otros Budde (l. c. 279), que «la interpretación alegórica no es cosa inaudita», y Wildeboer (l. c. 429), que «es posible una interpretación alegórica». Pueden verse en Zapletal (l. c. 45) y en Schegg (*Das Hohelied* 10) algunas pruebas de que también en la poesía india y persa el amor natural sirve para simbolizar el divino. No queremos citar ejemplos de poetas modernos (como Goethe, que tantos misterios ha ocultado en el «Fausto»).

[3] Con razón dice Herder que el *Cantar de los Cantares* parece estar escrito en el Paraíso; en él resuena del uno al otro extremo el canto de Adán (ésta es carne de mi carne, etc.). En Delitzsch, *Hohelied* 7.

[4] Schegg, *Das Hohelied* 311. Bauer (*Volksleben im Lande der Bibel*; en las páginas 105 s. 281 ss. trae algunos ejemplos de canciones orientales de amor y de bodas), fundado en su larga experiencia del Oriente, sostiene (pág. 282) que las canciones nupciales populares, frecuentemente bastante crudas, no se basan en los conceptos groseros y sensuales que al parecer se expresan en ellos.

[5] Para evitar que carnales y maliciosos abusasen de las palabras del *Cantar de los Cantares*, se pusieron ciertos límites a su lectura entre los judíos y en la Iglesia. San Jerónimo no tiene inconveniente en permitirla a las almas puras, una vez que hayan aprendido a leer los demás libros de la Sagrada Escritura; sólo peligran los principiantes, inconsiderados y maliciosos (*ad Laetam* 12). El P. Lacordaire dice que la lectura del *Cantar de*

no da pie para una interpretación alegórica, debiendo ser toda alegoría fácilmente reconocible y posible la interpretación [1]. Pero el objeto de la alegoría no es *descubrir* una idea — como al parecer suponen algunos — sino expresar poéticamente una idea ya existente y conocida. Esto ocurre en el *Cantar de los Cantares,* y de ahí la posibilidad de interpretarlo alegóricamente en lo esencial, como lo demuestra la antigüedad judía y cristiana al reconocer el carácter alegórico del *Cantar de los Cantares* y del Salmo 44, fundándose, ciertamente, en la fe en la Inspiración y en que el poema forma parte del Canon. La inseguridad en la interpretación de los pormenores, la arbitrariedad y lo absurdo de algunos comentarios — reprobados y deplorados desde antiguo [2] — nada arguyen contra el carácter del poema. Su idea fundamental siempre ha sido interpretada rectamente en la Sinagoga y en la Iglesia. Y es más, el *Cantar de los Cantares* ha sido origen y campo abonado para las flores más bellas y aromáticas de sagrada mística, cuyo valor ideal y práctico ninguna persona juiciosa puede negar [3]. En la explicación de alegorías — y parábolas — no siempre se ha observado con bastante rigor el principio de que no todos los pormenores han menester de interpretación, sino que basta desentrañar la idea que se trata de poner ante los ojos, librándola tanto más de su envoltura, cuanto más son los arreos literarios, porque claramente resplandezca el contenido objetivo (esencial) de la alegoría. Y con todo, las innumerables interpretaciones y aplicaciones del *Cantar de los Cantares* hechas por los místicos y hombres espirituales de todos los siglos — aparte ciertas aberraciones del gusto — no son sino variaciones de las melodías y armonías con que el *Cantar de los Cantares* celebra el amor divino [4]. La Iglesia, manteniendo el carácter alegórico del *Cantar de los Cantares,* defiende una parte preciosa del patrimonio de sabiduría heredado de la antigüedad, que ha desafiado los siglos y resistirá los ataques de la ciencia moderna, opuesta a todo lo sobrenatural. La manera cómo esta ciencia «explica» el *Cantar de los Cantares* y juzga la interpretación tradicional, merece el dictado de indigna, pretenciosa y ofensiva.

De siempre ha sido tenido el rey Salomón por el autor del *Cantar de los Cantares,* de acuerdo con la inscripción del comienzo del libro. La crítica moderna desecha esta inscripción y sostiene que el libro se compuso en fecha posterior al destierro. Las razones que aduce no demuestran la imposibilidad de la opinión tradicional. Con todo, esta cuestión tiene importancia secundaria, pues en nada atañe al objeto y contenido del poema [5].

781. Trasladamos, como muestra, un fragmento en que se describe encantadoramente los anhelos y amores de los esposos:

---

los Cantares deja a las almas fieles y puras tan frías como la desnudez del Salvador crucificado.

[1] Budde, *Geschichte der althebr. Literatur* 278 s. [2] Zapletal, l. c. 49 s.

[3] Puede verse en Schegg l. c. 103-136 algunos ejemplos de interpretación alegórica. La interpretación alegórico-mística más conocida e importante procede de *san Bernardo.* Sus 86 *Sermones in Cant. Cant.* han sido editados aparte por Hurter (Innsbruck 1888); Baltzer publicó una selección (Friburgo y Leipzig 1893); cfr. Vacandard, *Leben des hl. Bernhard* I (Maguncia 1897) 558 ss.; Langer, *Das Hohelied nach seiner mystischen Erklärung* (Friburgo 1889). Para apreciar teológicamente el lenguaje que los místicos han tomado del *Cantar de los Cantares,* véase Zahn, *Einführung in die christl. Mystik* (Paderborn 1918) 312 s.

[4] Cfr. Schegg, *Das Hohelied* 9.

[5] Además de las citadas, pueden consultarse las obras siguientes: A. Scholz, *Kommentar zum Hohelied* (Leipzig 1904); E. Dimmler, *Das Hohelied nach dem Hebräischen* (Mergentheim 1908); Le Hir, *Le cantique* (París 1883); Jonon, *Le cantique des des cantiques* (París 19908; cfr. *ThR* 1909, 10); Gietmann, *Cant. C.* (París 1890). Notas lingüísticas importantes que facilitan la comprensión de los textos del *Cantar de los Cantares* usados en el Misal y en el Breviario, pueden verse en *Sprachliche Bemerkungen zum Hohelied, ThpAS* 1915, 303 ss. (Jetzinger). Un resumen de las distintas interpretaciones del *Cantar de los Cantares* y la bibliografía correspondiente puede verse en *LHw* 1910, núm. 12 (Th. Witzel).

(Habla la esposa:) «¡Escucha, amado mío! Vedle cuál viene saltando por los montes y brincando por los collados, como un gamo, como un cervatillo. Ya está delante de nuestra casa, mira por las ventanas y atisba por las verjas. Mi amado comienza a hablar y me dice: ¡Levántate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, vamos afuera! (Habla el esposo:) Mira, ya pasó el invierno, disipáronse las lluvias, despuntan las flores en la pradera, volvieron los pájaros cantores, el arrullo de la tórtola se ha oído en los campos. La higuera arroja sus brevas, esparcen su olor las florecientes viñas: ¡levántate, pues, amiga mía, hermosa mía, vente conmigo! ¡Paloma mía en los agujeros de las peñas, en los escondrijos de las rocas! ¡Muéstrame tu faz, suene tu voz en mis oídos! Que tu voz es dulce, y linda tu faz. (La esposa:) Mucho me agrada mi amado, y yo a él; yo soy su jardín de azucenas, su esparcimiento; hasta que (por la tarde) decline el día y caigan las sombras, ven (conmigo) por los montes aromáticos como un gamo, como un cervatillo» [1].

Los pasajes siguientes se aplican en la liturgia eclesiástica con preferencia a la Santísima Virgen María:

«Yo soy la *flor* del campo y el lirio de los valles. Como *azucena* entre espinas, así es mi amiga entre las doncellas. — *Mío es mi amado* y yo soy suya; él apacienta entre azucenas [2].

¿Quién es ésta que va subiendo *por el desierto* [3] como una columnita de humo, formada de perfumes de mirra y de incienso y de toda suerte de aromas del mercader de ungüentos? [4]

Tu cuello es como la *torre de David* [5], ceñida de baluartes, de la cual cuelgan mil escudos, arneses todos de valientes. — *Toda* tú eres *hermosa,* amiga mía, *no* hay *defecto alguno* en ti [6]. —Huerto *cerrado* eres, hermana mía, esposa mía, huerto cerrado, *fuente sellada* [7].

Hermosa eres, querida mía, y llena de dulzura; bella como Jerusalén, *terrible* [8] *como un ejército en orden de batalla.* — ¿Quién es ésta que va subiendo cual aurora naciente, bella como la luna, brillante como el sol, terrible como un ejército formado en batalla? [9].

Es tu cuello como *torre de marfil* [10]. Es tu cabeza como el Carmelo [11], y los cabellos [12] de ella, como púrpura de rey puesta en flecos».

---

[1] Léese este pasaje en la epístola de la fiesta de la Visitación; describe los primeros pasos del Salvador en el vientre de su Santísima Madre y la primera manifestación del amor divino en el corazón de María y en la casa de Zacarías.

[2] 2, 1 s. 16.

[3] De este mundo pecador y cargado con la maldición del pecado (cfr. *Is.* 31, 1; 40, 3; 41, 18 19; 43, 19 20; *Ezech.* 20, 35 36) subió ella el día de su Asunción a los cielos.

[4] 3, 6; es decir, rica sobre toda ponderación en buenas obras, virtudes y merecimientos. Compáranse éstos en la Sagrada Escritura con el incienso aromático (cfr. *Ps.* 140, 2; II *Cor.* 2, 15; *Philipp.* 4, 18; *Apoc.* 5, 8; 8, 4).

[5] Ornamento de Jerusalén y espanto de los enemigos (cfr. núms. 508 y 568).

[6] 4, 4 7.

[7] 4, 12; es decir, cerrado, sellado para el mundo, consagrado al servicio del verdadero Salomón, Jesucristo, pero bello y precioso, como los frutos que nacen en un jardín cuidado con esmero y limpio como el agua de una fuente cristalina.

[8] Terrible a la serpiente infernal y a todos los enemigos de Dios.

[9] 6, 3 9.

[10] Alusión a una torre determinada, revestida de marfil y refulgente, o quizá al trono salomónico de marfil (cfr. núm. 567). — «El marfil, dice san Pedro Damiano (*Sermo* 44), brilla con maravillosa pureza y se distingue por su gran fortaleza. ¿Pero qué cosa más pura que aquella Virgen, a quien tan ardientemente desean ver los moradores del reino celestial? ¿Y qué cosa hay más fuerte que la fortaleza de la Virgen a quien escogió el Señor por instrumento suyo, para destruir el poder del infierno?

[11] En general, imagen de la belleza espiritual; en particular, el Carmelo (núm. 587) es símbolo de la elevación, hermosura y riqueza de buenos sentimientos; los cabellos son imagen de la abundancia y nobleza de pensamientos.

[12] 7, 4 s.

117. El Eclesiástico (Libro de Jesús, hijo de Sirac)

782. El **Libro de Jesús, hijo de Sirac,** llamado también **Eclesiástico,** ha recibido el nombre de su autor Jesús (Josué), hijo de un cierto Sirac de Jerusalén [1]. Lo escribió en hebreo [2] por los años de 180 a. Cr.; su nieto, del mismo nombre, lo tradujo al griego para los judíos que hablaban esta lengua, como dice el prólogo del libro [3].

La primera parte es una colección — análoga a los *Proverbios de Salomón* — de sentencias, en parte sueltas y en parte eslabonadas, y de enseñanzas y avisos más o menos largos [4]. *La segunda parte* comprende tres fragmentos: *a)* una alabanza al Creador [5]; *b)* alabanzas a los hombres eminentes de la historia patriarcal e israelítica [6], y *c)* una exhortación a la sabiduría y una oración para conseguirla [7]. — La antigüedad judía tuvo en sumo aprecio este libro, empero lo excluyó del Canon porque no estaba garantizada su Inspiración por ningún testimonio de profeta [8]. La Iglesia lo incluyó entre los Libros Sagrados desde los primeros tiempos; y, por contener un verdadero tesoro de doctrina, utilízase en conferencias, y especialmente como lectura para los neoconversos; de aquí su nombre de *Eclesiástico* o *Libro de la Iglesia.*

783. Entresacamos *de la primera parte* los siguientes pasajes:

«*Toda sabiduría viene de Dios,* y con El estuvo siempre y existe antes de los siglos. — La sabiduría fué creada ante todas las cosas, y la luz de la inteligencia existe desde toda la eternidad. El Verbo de Dios en las alturas es la fuente de la sabiduría, y sus corrientes, los mandamientos eternos. — *El principio de la sabiduría* es el temor del Señor, el cual es criado con los fieles en el seno materno, y acompaña a las mujeres escogidas y se da a conocer en los

---

[1] *Eccli.* 50, 29; 51, 1.

[2] En 1896 se encontró un manuscrito, procedente de una sinagoga del Cairo, con la mayor parte del texto hebreo que había desaparecido. Véase *StL* LVII (1902) 526 ss.; Peters, *Der jüngst wieder aufgefundene hebräische Text des Buches Ekklesiastikus untersucht, herausgegeben, übersetzt und mit kritischen Noten versehen* (Friburgo 1902). El mismo publicó una edición manual del texto hebreo con glosario hebreo-latino: *Liber Ecclesiasticus hebraice* (Friburgo 1905). Acerca de la transmisión del libro cfr. Herkenne en *BSt* VI 1/2 (1901), 131 ss. El resultado más importante de la comparación del texto original con las versiones ha sido quedar comprobado que la traducción griega, en la cual descansa la latina, no se hizo de una manera arbitraria, sino conforme al modelo hebreo, si bien se introdujeron, tanto en el hebreo como en el griego, ciertos aditamentos y variaciones que no alteran la esencia de la doctrina. Cfr. Fuchs, *Textkritische Untersuchungen zum hebräischen Ekklesiastikus,* en *BSt* XII 5 (1908).

[3] Cfr. Kaulen-Hoberg, *Ein.* II^5 332 ss.; Schöpfer, *Geschichte des* AT^6 689 ss.; Knabenbauer, *Comm. in Eccles.* (1903); Peters, *Das Buch Jesus Sirach* (Münster 1913). La expresión griega de que se sirve el traductor griego para determinar la fecha de su llegada a Alejandría (año 38 del rey Evergetes II), señala una fecha *posterior* a la muerte de este rey; de suerte que la versión había terminado *después* del 117 a. Cr. (Peters l. c. XXXIII). —Una versión y explicación popular nos ofrece el P. Leo Keel en su obra: *Sirach, erklärt für das Christliche Volk* (Kempten 1897). W. Müller, *Buch Sirach* (Ratisbona 1906).

[4] Cap. 1-41. El cap. 1 expone la doctrina acerca de la sabiduría; lo mismo 6, 18-37; 14, 22-27; cap. 15; acerca de la sabiduría de Dios en las obras de la Creación tratan cap. 16-31; 18, 1-6; cap. 24; del elogio de la divina Sabiduría, perfección y destino del hombre, cap. 17; de la sabiduría y de la necedad, 21, 12-31; 22, 6-23; de las ocupaciones del sabio, cap. 39. Tratan de la amistad 22, 24-33; 37, 1-6; de la malicia de las mujeres, 25, 17-36; de las mujeres buenas y malas, 26, 1-24; de la mala lengua, 28, 13-30; de la educación de los niños, 30, 1-13; del deseo de los bienes caducos, 31, 1-11; del comportamiento en la mesa, 31, 12-42; 32, 1 ss.; del trato con los demás, 32, 4-28; del verdadero y falso pudor, 41, 19-42, 8; contiene también algunas oraciones para conseguir las virtudes 23, 1-6; para alcanzar la libertad de Israel y la conversión de los gentiles, 36, 1-19.

[5] 42, 15-43, 37. [6] Cap. 44-50. [7] Cap. 51.

[8] Fl. Jos., *C. Apion* 1, 8; cfr. núm. 3.

justos y fieles. — Corona de la sabiduría es el temor del Señor, el cual da paz cumplida y frutos de salud. *El temor del Señor destierra el pecado*» [1].

«Hijo mío, *en entrando en el servicio de Dios,* persevera firme en la justicia y en el temor y prepara tu alma para la tentación. *Humilla* tu corazón y ten paciencia; inclina tus oídos y recibe los consejos prudentes y no agites tu espíritu en tiempo de la oscuridad. Aguarda con paciencia lo que esperas de Dios. Estréchate con Dios y ten paciencia, a fin de que en adelante sea más próspera tu vida. — Pues al modo que en el fuego se prueba el oro y la plata, así los hombres aceptos se prueban en la fragua de la tribulación. — Contemplad, hijos, las generaciones de los hombres, y veréis cómo ninguno *que confió en el Señor* quedó burlado. Porque ¿quién perseveró en sus mandamientos que fuese desamparado? ¿O quién le invocó que haya sido despreciado?» [2]

«Escuchad, *hijos,* los preceptos de vuestro padre, y andad de esa suerte si queréis salvaros.—La bendición del padre afirma las casas de los hijos; pero la maldición de la madre las arruina hasta los cimientos. —Hijo, alivia la vejez de tu padre, y no le des pesadumbres en su vida. — Cuando fueres más grande, tanto más *debes humillarte* en todas las cosas, y hallarás gracia en el acatamiento de Dios. Porque Dios es el solo grande en poder y El es honrado de los humildes. No te metas en inquirir *lo que es sobre tu capacidad,* ni en escudriñar aquellas cosas que excedan tus fuerzas, sino piensa siempre en lo que te tiene mandado Dios, y no seas curioso escudriñador de sus muchas obras. — El *corazón duro* lo pasará mal al fin, y *quien ama el peligro* perecerá en él» [3].

«Hijo mío, no defraudes al pobre de su limosna, ni vuelvas a otra parte tus ojos por no verle.—Hijo mío, ten cuenta del tiempo y huye del mal. *No te avergüences* de decir *la verdad* cuando se trata de tu alma [4], porque hay vergüenza que conduce al pecado y hay también vergüenza que acarrea la gloria y la gracia.—Por ningún caso contradigas a la palabra de verdad, y avergüénzate de la mentira en que has caído por tu ignorancia. No tengas vergüenza de *confesar tus pecados;* mas no te rindas a nadie para pecar. —Pero *por la justicia* pugna para bien de tu alma; combate por la justicia hasta la muerte, porque Dios peleará por ti contra tus enemigos. No seas precipitado en hablar y remiso y negligente en tus obras. *No* seas en tu casa *como un león,* aterrando a tus domésticos y oprimiendo a tus súbditos. No esté tu mano extendida para recibir y encogida [5] para dar» [6].

784. «*Del pecado perdonado no quieras estar sin temor,* ni añadas pecados a pecados. — No tardes *en convertirte* al Señor, *ni lo difieras* de un día para otro» [7].

«La *palabra dulce* multiplica los amigos y aplaca a los enemigos, y el lenguaje afable vale mucho en un hombre virtuoso. Vive en amistad con muchos; pero *toma a uno* entre mil *para consejero* tuyo. Si quieres hacerte con un *amigo,* sea después de haberle experimentado, y no te entregues a él con ligereza. Porque hay amigo que sólo lo es cuando le tiene cuenta y no persevera tal en el tiempo de la tribulación. — Nada hay comparable con el amigo fiel, ni hay peso de oro ni plata que sea digno de ponerse en balanza con la sinceridad de su fe.— Hijo mío, *desde tu mocedad abraza la doctrina,* y adquirirás una sabiduría que durará hasta el fin de tu vida.—Porque te costará un poco de trabajo su cultivo; mas luego comerás de sus frutos» [8].

«No se te haga pesado el *visitar al enfermo,* pues con tales medios se afirmará en ti la caridad. En todas tus acciones *acuérdate de tus postrimerías* y nunca jamás pecarás» [9].

«No pierdas el respeto al hombre en su *vejez,* pues que de nosotros se hacen los viejos. No te huelgues en la muerte de tu *enemigo,* sabiendo que todos hemos

---

[1] 1, 1 4 s. 16 22 27. [2] 2, 1-3 5 11 s. [3] 3, 2 11 14 20-22 27.
[4] No digas una mentira por temor de perder la vida. [5] No seas avaro.
[6] 4, 1 23-25 30 s. 33-36. [7] 5, 5 8. [8] 6, 5-8 15 18 20. [9] 7, 39 s.

de morir y no queremos ser por ello objeto de gozo. No menosprecies lo que contaren los *ancianos sabios,* antes bien hazte familiares sus máximas» [1].

785. «La *soberbia* es aborrecida de Dios y de los hombres, y execrable toda iniquidad de las gentes. No hay cosa más detestable que un *avaro*. No hay cosa más inicua que el que codicia el dinero; porque el tal a su alma misma pone en venta. — El principio de la *soberbia* del hombre es apostatar de Dios, apartándose su corazón de su Criador. El *primer origen de todo pecado es la soberbia;* quien en ella perseverase, será colmado de maldiciones, y ella será al fin su ruina» [2].

«*En los días buenos* no te olvides de los días malos, y en el día malo acuérdate del día bueno. Porque fácil es a Dios el *dar* a cada uno *en el día de la muerte el pago según sus obras* [3]. — No alabes a nadie antes de su muerte, porque al hombre se le ha de conocer en sus hijos» [4].

«*El que tocare la pez* se manchará con ella; y al que tratare con el *soberbio* se le pegará la soberbia» [5].

«Bienaventurado el hombre que no se deslizó en *palabra* salida de su boca, ni es punzado por el remordimiento del pecado. — ¿Para quién será bueno *el que para sí mismo es mezquino?* Jamás sabrá gozar de sus bienes?» [6]

«El que *teme a Dios* hará buenas obras; y quien observa exactamente la justicia poseerá la sabiduría [7]; porque ella le saldrá al encuentro cual madre respetable, y cual virgen desposada le recibirá. — *No está bien la alabanza* en boca del pecador. — Crió Dios *desde el principio al hombre,* y dejóle *a su libre albedrío*. Dióle además sus mandamientos y preceptos. Si quisieres cumplir sus mandamientos guardando la fidelidad que le agrada, ellos serán tu salvación. Ha puesto delante de ti *el agua y el fuego;* extiende tu mano a lo que más te agrade. Delante del hombre están *la vida y la muerte,* el bien y el mal; lo que escogiere le será dado» [8].

«Así como usa de *misericordia,* así también *castiga;* él juzga al hombre según sus obras» [9].

786. «*El que vive eternamente,* crió a la vez [10] todas las cosas. Sólo Dios será hallado justo, y El es el rey invencible que subsiste eternamente. ¿Quién es capaz de referir todas sus obras? ¿O quién puede investigar sus maravillas? Pues, y su omnipotente grandeza ¿quién podrá jamás explicarla? ¿O quién emprenderá el contar sus misericordias? No hay que quitar ni que añadir en las admirables obras del Señor, ni hay quien pueda comprenderlas. Cuando el hombre hubiere acabado, entonces estará al principio; y cuando cesare, quedará absorto. — Antes de la *enfermedad* toma el preventivo, y antes del *juicio* examínate a ti mismo; y así hallarás misericordia en la presencia de Dios. Antes de la dolencia humíllate, y en el tiempo de tu enfermedad haz conocer tu conversión. Nada te detenga *de orar siempre;* ni te avergüences de hacer buenas obras hasta la muerte, porque la recompensa de Dios durará eternamente. *Antes de la oración prepara tu alma,* y no quieras ser como el hombre que tienta a Dios. — No te dejes arrastrar de tus *pasiones* y refrena tus apetitos. Si satisfaces los antojos de tu alma, ella te hará la risa y fábula de tus enemigos» [11].

---

[1] 8, 7-9. [2] 10, 7-10 14 s.

[3] 11, 27 s. En la prosperidad y en la desgracia piensa en la eterna recompensa que comenzará con la sentencia que se ha de pronunciar luego de la muerte de cada uno (cfr. *Eccles.* 12, 14; *Hebr.* 9, 27).

[4] 11, 30. Sólo el que se mantiene firme hasta la muerte es digno de elogio; y, por regla general, de la virtud de los hijos se colige la de los padres.

[5] 13, 1. [6] 14, 1 5.

[7] El que se esfuerza con celo por adquirir la justicia, llega a conseguirla.

[8] 15, 1 s. 9 14-18. [9] 16, 8 13.

[10] Sin excepción. San Agustín lo entendió de esta manera: «Todo al mismo tiempo», a saber, cuando creó las cosas de la nada, porque en la creación de lo que la Sagrada Escritura llama «cielo y tierra» están comprendidas en cierto modo todas las demás creaciones (creación simultánea). [11] 18, 1-6 20-23 30 s.

«El operario *dado al vino* no se enriquecerá; *y poco a poco se arruinará el que desprecia las cosas pequeñas. El vino y las mujeres hacen apostatar a los sabios* y desacreditan a los sensatos. El que se junta con rameras perderá toda vergüenza; la podre y los gusanos serán sus herederos; será propuesto por escarmiento y será borrado del número de los vivientes. — *¿Oíste* alguna palabra *contra tu prójimo?* Sepúltala en tu pecho, seguro de que no reventarás. — Es preferible un hombre a quien *falta sagacidad y está privado de ciencia, pero timorato*, al que es muy entendido, pero traspasa la ley del Altísimo. Hay una *cierta sagacidad que es injusticia»* [1].

«Es una tacha infame *la mentira* en el hombre; ella está de continuo en la boca de los mal criados. Menos malo es el ladrón que el hombre que miente a todas horas; bien que ambos a dos tendrán por herencia la perdición» [2].

787. «Hijo, *¿has pecado?* No vuelvas a pecar más; antes bien, haz oración por las culpas pasadas, a fin de que te sean perdonadas. *Como de la vista de una serpiente, así huye del pecado;* porque si te arrimas a él, te morderá. Sus dientes son dientes de león, que matan las almas de los hombres. Todo pecado es como espada de dos filos: sus heridas son incurables.—El aborrecer *la corrección* es indicio de hombre pecador, pero el que teme a Dios entrará en sí. — *El camino de los pecadores* está bien enlosado, pero va a parar en el infierno, en las tinieblas y en los tormentos. *El corazón* de los fatuos está *en su boca,* y la boca de los sabios *en su corazón.* El impío que *al demonio maldice* [3], a sí mismo maldice» [4].

«*¿Quién pondrá un candado a mi boca* y sobre mis labios un sello inviolable, para que no me deslice por su culpa y no sea mi lengua la perdición mía?» [5]

«No acostumbres tu boca al *juramento,* porque de ahí vienen muchas caídas. Tampoco tomes continuamente en boca el *Nombre de Dios,* ni interpongas los nombres de las cosas santas; porque no quedarás libre de culpa, si lo haces. — El hombre que *jura mucho* se llenará de pecados, y no se apartará de su casa la desgracia.—No se acostumbre tu boca al hablar indiscreto, porque siempre va acompañada de la mancha del pecado. — El *hombre que deshonra* su tálamo conyugal suele decir: ¿Quién hay que me vea? Rodeado estoy de tinieblas, y las paredes me encubren y nadie me atisba; ¿a quién tengo que temer? El Altísimo no se parará en mis delitos.—Y no sabe que *los ojos del Señor son mucho más luminosos que el Sol,* y que descubren todos los pasos de los hombres y lo pro fundo del abismo, y ven hasta los más recónditos senos del corazón humano» [6].

788. Tiene especial importancia el **capítulo 24,** porque en él se introduce, hablando **como una persona divina** [7], **a la Sabiduría increada y eterna,** de la misma manera que en los *Proverbios* (núm. 777):

«*La Sabiduría se hace ella misma su elogio* y se honra en Dios y se gloría en medio de su pueblo [8].—Yo salí de la boca del Altísimo, *engendrada primero que existiese ninguna criatura.* Yo hice nacer en los cielos la luz indeficiente [9], y como una niebla [10] cubrí toda la tierra. En los altísimos cielos puse yo mi morada, y el trono mío sobre una columna de nubes. Yo sola hice todo el

---

[1] 19, 1-3 10 21 s. [2] 20, 26 s.

[3] El impío no debe echar al diablo la culpa de sus pecados y maldecirle; su maldición se torna contra él mismo, por cuanto voluntariamente se ha hecho esclavo del pecado y del demonio. [4] 21, 1-4 7 11 29 s.

[5] 22, 23; cfr. *Ps.* 140, 3. [6] 23, 9 s. 12 17 25 s. 28.

[7] En algunos lugares, sin embargo, debe entenderse la sabiduría que se comunica a los hombres, especialmente al pueblo judío, por consiguiente la *sabiduría creada,* es decir, por parte de Dios, la Revelación natural y sobrenatural; por parte del hombre, el pensar y obrar según aquélla. Cfr. *ZKTh* 1897, 551 s. [8] 24, 1.

[9] En 24, 5-8 dice la Sabiduría increada (el Hijo de Dios) que todo fué creado y es regido por él.

[10] Cfr. «Tinieblas cubrían el abismo» (*Gen.* 1, 2).

giro del cielo, y penetré por el profundo del abismo, me paseé por las olas del mar y puse mis pies en todas las partes de la tierra; y en todos los pueblos y en todas las naciones tuve el supremo dominio [1]. Yo sujeté con mi poder los corazones de todos, grandes y pequeños; y en todos esos busqué donde posar, y en la heredad del Señor fijé mi morada [2]. Entonces, el Criador de todas las cosas dió sus órdenes y me habló, el que a mí me dió el ser [3] y moró en mi tabernáculo [4], me dijo: *Habita en Jacob* y sea Israel tu herencia, y arráigate en medio de mis escogidos. *Desde el principio y antes de los siglos recibí yo el ser* [5], y no dejaré de existir en todos los siglos venideros; y en el Tabernáculo santo ejercí el culto ante su acatamiento [6]. Y así fijé mi estancia en Sión y fué el lugar de mi reposo la Ciudad Santa, y en Jerusalén está el trono mío. Y me arraigué en un pueblo glorioso y en la porción de mi Dios, la cual es su herencia; y mi habitación fué en el pleno de los santos» [7].

«*Crecí* [8] *cual* cedro sobre el Líbano, y cual ciprés sobre el monte de Sión. Extendí mis ramas como una palma de Cadés [9], y como el rosal plantado en Jericó [10]. Me alcé como un hermoso olivo en los campos, y como el plátano en las plazas junto al agua. Como el cinamomo y el bálsamo aromático despedí fragancia. Como mirra escogida exhalé suave olor [11].—Yo extendí mis ramas como el terebinto, y mis ramas llenas están de majestad y de hermosura. Yo como la vid broté pimpollos de suave olor, y mis flores dan frutos de gloria y de riqueza. *Yo soy la madre del amor hermoso,* y del temor, y de la ciencia, y de la santa esperanza. En mí está toda la gracia, el camino de la verdad; en mí toda esperanza de vida y de virtud. Venid a mí todos los que os halláis presos de mi amor, y saciaos de mis frutos; porque mi espíritu es más dulce que la miel, y más suave que el panal de miel mi herencia. Se hará memoria de mí en toda la serie de los siglos. Los que de mí comen tienen siempre hambre de mí, y tienen siempre sed los que de mí beben. El que me escucha, jamás tendrá de qué avergonzarse; y

---

[1] 24, 9 10. También a los gentiles se ha manifestado la divina Sabiduría (cfr. núms. 127 y 727).

[2] En Israel, mediante la Revelación sobrenatural.

[3] La sabiduría creada, la Revelación divina.

[4] En el santo Tabernáculo, construído según el modelo manifestado por Dios.

[5] Es decir: Yo que desde la eternidad existía en Dios, quise hacerme hombre *en el tiempo;* a este fin dispuse todas las cosas en la Antigua Alianza. Este eterno y divino consejo de que el Verbo divino se hiciese hombre en el tiempo, y la revelación de la divina Sabiduría en Israel para preparar el cumplimiento, es lo que se llama «ser creado, recibir el ser».



Fig. 81.
Rosa de Jericó; a la izquierda, cerrada; a la derecha, abierta.

[6] También el culto estaba dispuesto por los decretos de la divina Sabiduría.

[7] 24, 11-16.

[8] Mediante el desenvolvimiento cada vez mayor y más claro de la divina Revelación.

[9] Según el texto griego: Engaddi, donde también crecía la palmera (cfr. núm. 491).

[10] Jericó, es decir, «la aromática» (cfr. núm. 406), se distinguía por sus magníficos rosales.—Lo que hoy se llama *rosa de Jericó* (fig. 81), no es una rosa, sino una planta insignificante de la familia de las crucíferas, que ni en tiempo de abrirse la flor tiene aroma. Cuando el fruto llega a su madurez, sécase la planta y sus pequeñas ramas se recogen formando un pelotón casi del tamaño del puño. En el agua se abre de nuevo, a veces después de muchos años, de donde le viene el nombre de *anastática* o flor de la resurrección. Los poseedores de una flor anastática suelen introducirla en agua la noche de Navidad, para que extienda sus ramas. Las betlemitas venden esta planta con el nombre de Kaff-Miriam, mano de María. Según una antigua leyenda brotó la flor al ser pisada por la Virgen Santísima a su huída a Egipto (Fonck, *Streifzüge* 156 s.).

[11] Cfr. núm. 193.

aquellos que se guíen por mí, no pecarán. Los que me esclarecen [1], obtendrán la vida eterna» [2].

789. «Dichoso el marido de una *mujer virtuosa,* porque será doblado el número de sus años. — Es una suerte dichosa la mujer buena, suerte que tocará al que teme a Dios y le será dada al hombre por sus buenas obras. — Gracia es sobre gracia la mujer santa y honesta. *No hay cosa de tanto valor, que pueda equivaler a un alma casta»* [3].

«*El que quiere vengarse* experimentará la venganza del Señor, el cual tendrá exacta cuenta de sus pecados. *Perdona* a tu prójimo cuando te agravia, y así, cuando tu implores el perdón, te serán perdonados tus pecados. — Muchos han perecido al filo de la espada, pero no tantos como por culpa de su *lengua.*—Haz de espinas una cerca a tus orejas y no des oídos a la mala lengua y pon puerta y *candado a tu boca.* Funde tu oro y tu plata, y haz de ellos una balanza para tus palabras y un freno bien ajustado para tu boca» [4].

«*El que ama a su hijo,* le hace sentir a menudo el *azote,* para hallar en él al fin su consuelo y procurarle que no haya de ir mendigando de puerta en puerta [5]. — ¿Quién es éste y le elogiaremos? porque él ha hecho cosas admirables en su vida.—*Halaga* al hijo, y te hará temblar; juega con él, y te llenará de pesadumbres.—No le dejes hacer lo que quiera en su juventud y no disimules sus travesuras. Dóblale la cerviz en la mocedad y dale con la vara en las costillas mientras es niño, no sea que se endurezca y ya no te crea [6], lo que causará dolor a tu alma. Instruye a tu hijo y trabaja en formarle, para no ser cómplice en su ignominia» [7].

790. «Tú, hijo mío, *no hagas cosa alguna sin consejo,* y no tendrás que arrepentirte después de hecha. — En todas tus acciones sigue el dictamen fiel de tu *conciencia,* pues en esto consiste la observancia de los mandamientos. Quien es fiel a Dios, *atiende a sus preceptos,* y el que *confía* en él, no padecerá menoscabo alguno» [8].

«*Sé perfecto en todas tus cosas.*—La *ociosidad* es madre de muchos vicios. —Si tienes un *siervo fiel,* cuida de él como de ti mismo; trátale como a un hermano, pues le compraste a costa de tu sangre» [9].

«Como el que se abraza con una sombra y persigue al viento, así es el que atiende a *sueños* engañosos. Porque muchos fueron inducidos a error por los sueños, y se perdieron por haber puesto en ellos su confianza» [10].

La oración del humilde traspasa las nubes y no reposa hasta acercarse al Altísimo, del cual no se aparta hasta tanto que incline hacia él los ojos» [11].

«Comunica [12] de continuo con un *varón piadoso,* del cual sepas tú que es temeroso de Dios.—El alma de un varón piadoso [13] descubre algunas veces la verdad, mejor que siete centinelas [14] apostados en un lugar alto para atalayar» [15].

---

[1] Los que me dan a conocer a los demás (por medio de la predicación o enseñanza) (cfr. *Dan.* 12, 3; núm. 707).

[2] 24, 17-20 22-31. Este pasaje, como los de *Baruch* 3, 37 s. y *Prov.* 8 (cfr. núms. 685 y 777), se refiere a la Sabiduría increada, como segunda Persona y Revelación divina. La Iglesia aplica este pasaje directamente a la Madre del Verbo encarnado. El pasaje 14-20 se lee en la epístola de la fiesta de la Asunción; en esta solemnidad se acostumbra bendecir flores y plantas, símbolos de las sublimes virtudes de María, y en memoria de una antigua tradición, según la cual al tercer día de su muerte fué encontrado vacío su sepulcro, del cual salía un suavísimo perfume como de preciosísimas flores y plantas (cfr. *S. Ioann. Damasc., Hom. 2 in dormit. Deipar.* 18; Migne, *P. gr.* XCVI. núm. 18). En las festividades de Nuestra Señora del Carmen y del Dulcísimo Nombre de María se lee v. 23-31 en la epístola. [3] 26, 1 3 19 s. [4] 28, 1 s. 22 28 s.

[5] Para mendigar. [6] Y no te obedezca. [7] 30, 1 9 11-13.

[8] 32, 24 27 s. [9] 33, 23 29 31.

[10] 34, 2 7. Acerca de las visiones en sueños véase núms. 147 y 192.

[11] 35, 21. [12] Cuando quieras consejo.

[13] Que escucha las inspiraciones de Dios.

[14] Los maestros más sabios. [15] 37, 15 18.

«*Honra al médico* porque lo necesitas, pues el Altísimo es el que lo ha hecho.—El Altísimo es quien crió de la tierra los *medicamentos,* y el hombre prudente no los desecha» [1].

791. «El sabio investiga la ciencia de los varones ilustres y estudia los profetas.—El acostumbra a despertarse de madrugada para *levantar su corazón al Señor,* su Creador, y orar en la presencia del Altísimo. Abrirá su boca para *orar* y pedirá perdón de sus pecados. Y si aquel sumo Señor quisiere, le llenará del *espíritu de inteligencia* [2]. Entonces fluirán de su boca como lluvia las máximas de su sabiduría, y en su oración ensalzará al Señor» [3].

«Una *molestia grande* es innata a todos los hombres, y un pesado yugo abruma a los hijos de Adán, desde el día que salen del vientre materno, hasta el día de su entierro en el seno de la común madre. — Así acontece al que está sentado sobre glorioso trono y al que yace por tierra y en la ceniza. Las riquezas y el valor engrandecen el corazón, pero más que estas cosas el *temor del Señor.* Al que tiene el temor de Dios nada le fata y con él no hay necesidad de otro auxilio» [4].

«*¡Oh muerte, cuán amarga* es tu memoria para un hombre que pone su felicidad en las riquezas, para el hombre que vive en paz y a quien todo sale a medida de sus deseos, y que aun puede disfrutar de los manjares! *¡Oh muerte!* tu sentencia es *dulce* al hombre necesitado y falto de fuerzas.—Ten cuidado de *buena reputación;* porque esa será tuya, más establemente que mil grandes y preciosos tesoros. La buena vida se cuenta por días, pero el buen nombre permanece para siempre» [5].

792. Transcribimos a continuación unos pasajes *de la segunda parte* [6]; y sea el primero de *la alabanza del Creador* [7]:

«Ahora traeré yo a la memoria *las obras del Señor,* y declararé lo que he visto. Por la palabra del Señor existen y fueron hechas sus obras.—¡Oh cuán amables son todas sus obras! y eso que lo que de ellas podemos comprender viene a ser como una centella» [8].

«Hermosura de lo alto es el firmamento; la forma misma del cielo ¡cuán hermosa de ver!—Contempla *el arco iris* y bendice al que lo hizo; es muy hermoso su resplandor. Ciñe el cielo con el cerco glorioso; las manos del Altísimo son las que lo han formado.—Aunque mucho queramos decir, *fáltannos las palabras;* mas la suma de cuanto se puede decir es: Que El está en todas las cosas. Para darle gloria ¿qué es lo que valemos nosotros? Pues siendo Todopoderoso, es superior a todas sus obras.—Bendecid al Señor, ensalzadle cuanto podáis, porque superior es a toda alabanza» [9].

793. De los *elogios de los varones ilustres* hemos tenido ocasión de hacer extractos en diferentes lugares de nuestra obra [10]; séanos permitido añadir aquí un rasgo tan sólo, muy agradable, de los escasos que nos han quedado de esta época: el elogio del sumo sacerdote Simón II, hijo y sucesor de Onías II (hacia el año 200 a. Cr.):

«*Simón, hijo de Onías,* sumo sacerdote, durante su vida levantó de nuevo la *casa del Señor* y en sus días restauró el Templo. Elevó también la altura del

[1] 38, 1 4.
[2] La sabiduría verdadera y celestial es fruto de la oración. Cfr. *Iac.* 1, 5; 3, 17.
[3] 39, 2 6 7-9. [4] 40, 1 3 26 s. [5] 41, 1-3 15 s.
[6] Cap. 42-51. [7] 42, 15-43, 37. [8] 42, 15 23; 43, 29; *Iob.* 26, 14.
[9] 43, 1 12 s. 29 s. 33.
[10] Cap. 44-50. Se nombran Henoc, Noé, Abraham, Isaac, Jacob, Moisés, Aarón, Fineés, Josué, Caleb, los Jueces, Samuel, Natán, David, Salomón, Elías, Eliseo, Ezequías, Isaías, Josías, Ezequiel, los Doce Profetas, Zorobabel, Josué hijo de Josedec, Nehemías, Henoc, José, Set, Sem, Adán, Simón hijo de Onías. Cfr. los datos referentes a estas personas en la parte histórica de esta obra.

Templo, el edificio doble y los altos muros del Templo. En sus días rebasaron las *albercas,* las cuales se llenaron sobremanera como un mar [1]. ***Este cuidó de su pueblo*** y le libró de la perdición. Consiguió engrandecer *la ciudad,* y era reverenciado cuando aparecía en medio de su pueblo. Ensanchó la entrada del Templo y atrio. Como el lucero de la mañana entre tinieblas, y como la luna llena, y como el sol refulgente, así brillaba él en el templo de Dios. Como el arco iris, que resplandece en las transparentes nubes, y como la flor de la rosa en tiempo de primavera, y como las azucenas junto a la corriente de las aguas, y como el árbol del incienso que despide fragancia en tiempo del estío; como luciente llama y como incienso encendido en el fuego; como un vaso de oro macizo adornado con piedras preciosas; como un olivo fructífero, como un ciprés que descuella, tal parecía Simón cuando se ponía el manto glorioso y se revestía de todos los ornamentos de su dignidad» [2].

«Cuando subía al altar santo, hacía honor al Santuario; cuando recibía de las manos de los sacerdotes una parte de la hostia, estando él en pie junto al altar, circuído del coro de sus hermanos, asemejábase a un alto cedro del monte Líbano. Como los renuevos que rodean la palmera, así todos los hijos de Aarón en su derredor, vestidos de sus ornamentos. Los cuales tenían en sus manos la oblación que había de ofrecerse al Señor en presencia de toda la asamblea de Israel; y él, consumado el sacrificio, para hacer más solemne la ofrenda al Rey altísimo, extendía la mano para hacer la libación y derramaba la sangre de la uva, esparciéndola al pie del altar en olor suavísimo al altísimo Príncipe. Entonces los hijos de Aarón alzaban su clamor, empezaban a tocar las trompetas repujadas, y hacían resonar sus voces en alabanza de Dios. Todo el pueblo a una se postraba de repente sobre su rostro en tierra para adorar al Señor Dios suyo, y ofrecer sus plegarias al altísimo Dios omnipotente. Y alzaban sus voces los cantores, y el Templo se llenaba de los sonidos de la dulce melodía [3]. Y presentaba el pueblo sus preces al Señor altísimo, hasta que quedaba terminado el culto de Dios, y ellos [4] acababan las sagradas funciones. Entonces bajaba [5] el sumo sacerdote y extendía sus manos hacia toda la congregación de los hijos de Israel, para dar gloria a Dios con sus labios y celebrar su Nombre [6]. Y segunda vez repetía su oración [7], deseoso de dar a conocer el poder de Dios» [8].

118. El Libro de la Sabiduría

(hacia 200 a. Cr.)

794. El *Libro de la Sabiduría* ha recibido este nombre de su contenido, análogo al de los *Proverbios* de Salomón y al *Eclesiastés;* trata, como éstos, de la sabiduría divina, y de la humana, procedente de aquélla y grata a Dios. Los judíos no lo admitieron en su Canon [9].

La primera parte (cap. 1-9) trata de la sabiduría en general, su naturaleza, origen y frutos, y exhorta a trabajar por conseguirla; *la segunda parte* (capítulos 10-19) describe el gobierno de la Sabiduría divina en la historia de Israel. —El libro se escribió en griego. Así lo dice expresamente san Jerónimo [10] y lo demuestran muchas expresiones y giros griegos del libro. En la Iglesia primitiva se atribuyó éste a *Salomón,* probablemente porque los tres libros del mismo, el *Eclesiastés* y *la Sabiduría* se comprendían en el uso litúrgico bajo la denomi

---

[1] Tanto se esmeró en la traída de aguas. [2] 50, 1-9.

[3] Es decir: En su tiempo recobró el culto su antiguo esplendor y el pueblo se volvió a la piedad.

[4] Los sacerdotes y levitas. [5] Del altar.

[6] Para dar la bendición pontifical (*Num.* 6, 23; cfr. núm. 331).

[7] La acción de gracias que iba unida a la bendición. Toda esta descripción nos representa a la vez el culto que se celebraba el sábado en el Templo.

[8] 50, 12-23. [9] Cfr. núm. 3.

[10] *Præf. in Libr. Salom.*

nación de *Sabiduría de Salomón* [1], porque tiene gran parecido con los escritos salomónicos y porque aparece Salomón hablando en los capítulos 7, 8 y 9. Mas para evitar todo error, san Agustín y san Jerónimo hicieron desaparecer del título el nombre de Salomón. Que *Salomón no es su autor* se demuestra por la circunstancia de estar escrito en griego, y porque alude a las opiniones de los sabios posteriores [2] y a la mitología griega [3]. Lo más probable es que el libro se escribiera en Egipto bajo Ptolomeo IV Filopator, único Ptolomeo que persiguió a los judíos [4], hacia el 200 a. Cr. Su *objeto* era confortar en la fe y en la virtud a los judíos que se encontraban entre infieles perseguidores, idólatras y apóstatas. El haber calificado el libro de salomónico e introducido en él hablando a Salomón, significa que el Rey Sabio era en cierto modo el representante y el orador autorizado de la sabiduría divina viviente en Israel [5].

795. Dignas de notar son principalmente las sentencias que siguen:

«*Amad la justicia,* vosotros, los que juzgáis [6] la tierra. Sentid bien del Señor [7] y buscadle con sencillez de corazón, porque los que no le tientan [8] le hallan, y se manifiesta a aquéllos que en él confían. Pues los pensamientos perversos apartan de Dios; pero el poder (divino) puesto a prueba castiga a los necios. Porque *no entrará en alma maligna la sabiduría,* ni habitará en el cuerpo sometido

---

1 Cfr. núm. 775. 2 *Sap.* 2, 1 s. 3 1, 14; 16, 11 13; 19, 20.

4 Cfr. núm. 725 s.

5 Para estudiar en todos sus pormenores el *Libro de la Sabiduría*, véase Gutberlet, *Das Buch der Weisheit, übersetzt und erklärt* (Münster 1874) 1-58; *ZKTh* 1898, 417 ss.; Cornely, *Comm. in lib. Sapientiæ* (París 1910); Heinisch, *Das Buch der Weisheit* (Münster 1912). Los «errores históricos» que se achacan a este libro se refieren a ciertas descripciones retóricas, explicadas las cuales rectamente, desaparecen aquéllos. Cfr. núm. 244 y Kaulen-Hoberg, *Ein.* II[5] 330. «Se afirma, además, que el *Libro de la Sabiduría* encierra ideas platónicas o doctrinas de la escuela alejandrina. Pero debe tenerse en cuenta que también los filósofos y maestros gentiles han enseñado doctrinas que son asunto de la divina Revelación (es decir, que están contenidas en la Revelación). Ahora bien, entraba en los planes de la divina providencia que el Espíritu Santo se sirviese también de instrumentos formados en la filosofía griega; no hay inconveniente en admitir que éstos dejaran traslucir su ideología en la *expresión* griega del *Libro de la Sabiduría,* pero empleando los términos no en sentido pagano sino en su verdadera significación» (*KL* XII 1284). Los estudios de Heinisch (*Die griech. Philosophie im Buche der Weisheit I Alttest. Abhandl.* I 4, Münster 1908; cfr. *Griechische Philosophie und AT,* del mismo, en *BZF* VI 6/7 y VIII 3) conducen a la siguiente conclusión: «No se puede aducir un solo argumento sólido para afirmar que el autor del *Libro de la Sabiduría* profundizase en el sistema (de la filosofía griega) o hubiese leído alguna obra clásica de filosofía. Lo que en él encontramos de ciencia filosófica griega, se reduce a algunas palabras y a ciertos giros que mucho tiempo antes habían salido de las escuelas y penetrado en el público preocupado por la cultura, una ciencia que entonces era muy fácil de adquirir. De donde las expresiones filosóficas no se emplean en la *Sabiduría* en el significado técnico que tenían en el sistema filosófico de donde procedían... Todavía se justifica menos la opinión, muy extendida hoy, de haber el hagiógrafo sacrificado algunos puntos dogmáticos del Antiguo Testamento. Por el contrario, hemos podido comprobar que en sus doctrinas no se encuentra una que sea contraria a la fe recibida de sus antepasados. Las cosas nuevas que expone en sus especulaciones acerca de la Sabiduría y en la escatología, no significan una ruptura con las ideas del Antiguo Testamento, ni niegan verdad alguna bíblica, sino son un desarrollo de éstas; y el haber sido admitidas por el Nuevo Testamento es una prueba de que el hagiógrafo fué asistido por la divina Inspiración al componer su obra. Y cuando al exponer la Revelación se sirve repetidas veces de términos filosóficos, no hace más que dar forma nueva a pensamientos del Antiguo Testamento».—Cfr. Klasen, *Die atl Weisheit und der Logos der jüdisch-alexandrinischen Philosophie auf historischer Grundlage in Vergleich gesetzt* (Friburgo 1871); *Kath* 1875 I 325 ss.; Kaulen-Hoberg, *Einl.* II[5] 326 ss.—Acerca de los antropomorfismos del *Libro de la Sabiduría* véase *Kath* 1875 II 225. Acerca de la relación del *Libro de la Sabiduría* con el *Eclesiastés* de Salomón, véase *Kath* 1910, I 32 ss. (Heinisch).

6 Príncipes y reyes.

7 Pensad que El es un juez justo y omnisciente.

8 Los que no le irritan con sus pecados e incredulidad.

al pecado; porque el santo espíritu de la disciplina huye de las ficciones y se aparta de los pensamientos desatinados, y se ofende cuando sobreviene la iniquidad. El espíritu de la sabiduría es ciertamente bueno, pero no deja sin castigo los labios del maldiciente; porque Dios ve los riñones [1] y escudriña sin engaño el corazón y entiende su lenguaje. *Porque el Espíritu del Señor llena todo el orbe;* y como comprende todas las cosas, tiene conocimiento de todos los sonidos. Por eso, el que habla cosas malas no puede esconderse ni escapará del juicio vengador» [2].

Guardaos, pues, de la murmuración, la cual de nada aprovecha, y refrenad la lengua de toda detracción, porque ni una palabra dicha a escondidas se irá por el aire; y *la boca mentirosa da la muerte al alma* [3]. No os afanéis en acarrearos la muerte con el descamino [4] de vuestra vida, ni os granjeéis la perdición con las obras de vuestras manos. *Porque no es Dios quien hizo la muerte,* ni se complace en la perdición de los vivientes. Crióló todo a fin de que subsistiera; saludables hizo él las cosas que nacen en el mundo; nada había en ellas de ponzoñoso ni nocivo [5]; el infierno no reinaba en la tierra. Puesto que la justicia es perpetua e inmortal» [6].

796. «*Los impíos* discurren falsamente en su interior y dicen: Corto y lleno de tedio es el tiempo de nuestra vida; no hay consuelo en el fin del hombre, ni se ha conocido nadie que haya vuelto de los infiernos.—Venid, pues, y gocemos de los bienes presentes; apresurémonos a disfrutar de las criaturas mientras somos jóvenes.—*Coronémonos de rosas antes que se marchiten;* no haya prado donde no dejemos las huellas de nuestra intemperancia [7].—Sea *nuestra fuerza* la ley de justicia, pues lo flaco de nada sirve» [8].

«*Armemos, pues, lazos al justo* [9], visto que no es de provecho para nosotros y que es contrario a nuestras obras y nos echa en cara los pecados contra la Ley y nos desacredita divulgando nuestra depravada conducta. Protesta tener la ciencia de Dios y *se llama a sí mismo hijo de Dios.* Se ha hecho el censor de nuestros pensamientos. Ni aun su vista podemos sufrir, porque no se asemeja su vida a la de los demás y sigue una conducta muy diferente. Nos mira como a gente frívola y ridícula, se abstiene de nuestros usos como de inmundicias, prefiere lo que esperan los justos en la muerte y se gloria de tener a Dios por padre. Veamos ahora si sus palabras son verdaderas; vamos a probar

---

[1] Los pensamientos más recónditos. [2] 1, 1-8.

[3] Echa a perder su alma y se condena a sí mismo a la muerte eterna.

[4] Es decir, por el pecado que mata el alma.

[5] Todo cuanto Dios creó, era bueno en sí mismo, y nada había nocivo al hombre antes del pecado.

[6] 1, 11-15. A la justicia original iban unidos la inmortalidad y el derecho a la eterna felicidad (cfr. núm. 57); ambas prerrogativas recobra el hombre al conseguir de nuevo la justicia.

[7] No nos privemos de ninguna flor, es decir, de ningún placer terreno.

[8] 2, 1 6 8 11.

[9] Estas palabras no encierran una profecía propiamente dicha, sino una descripción intuitiva de lo que los «impíos» hacen al «justo». El justo representa aquí a los justos (como v. 10 *el* pobre, *la* viuda), que se nombran en 2, 22; 3, 1 y se designan también con el nombre de hijos de Dios en 9, 7; 12, 19 20 21; 16, 21; 18, 4 13. Pudiera, sin embargo, esta palabra personificar al pueblo de Dios, perseguido y oprimido por los gentiles; de él habla el mismo Dios como de hijo suyo (*Exod.* 4, 22); también el justo (ortodoxo), que tiene a Dios por padre (*Ioann.* 8, 49), es odiado, como tal, por los incrédulos. Pero en quien con más perfección se cumplen estas palabras es en el Mesías, *el Justo de los justos,* descrito tantas veces por los profetas. De él se dice con propiedad que se llama a sí mismo Hijo de Dios y que revela los pensamientos, etc. Este «Justo» aparece en los libros del Antiguo Testamento como paciente (por ejemplo, *Ps.* 21; *Is.* 53; *Zach.* 11, 12; 12, 10) y como Hijo de Dios (cfr. *Ps.* 2, 7; *Is.* 7, 14; 9, 6). En este sentido puede entenderse y justificarse la interpretación de los santos Padres (cfr. *Matth.* 9, 4; 23, 25 ss., 27, 43) Gutberlet, *Das Buch der Weisheit* 90 ss.; Heinisch, *Das Buch der Weisheit* 55; Cornely es de otro parecer.

lo que le ha de acontecer, y sabremos cuál será su paradero. Que si es verdaderamente hijo de Dios, Dios le tomará a su cargo y le librará de las manos de sus adversarios. Tentémosle con afrentas y tormentos, para conocer su resignación y probar su paciencia. *Condenémosle a la muerte más infame,* pues que, según sus palabras, será él atendido. Tales desatinos pensaron, cegados de su propia malicia. Y no entendieron los misterios de Dios, ni creyeron que hubiese galardón para el justo, ni hicieron caso de la gloria reservada a las almas santas [1]. Porque *Dios crió al hombre para la inmortalidad* y formóle a su imagen y semejanza; mas *por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo,* y le imitan [2] los que son de su bando» [3].

797. «*Las almas, empero, de los justos están en la mano de Dios,* y no llegará a ellas el tormento de la muerte. A los ojos de los insensatos parece que mueren, y su tránsito se mira como una desgracia, y como un aniquilamiento su partida de entre nosotros; mas ellos, a la verdad, reposan en paz. Y si delante de los hombres padecen tormentos, su esperanza está llena de la inmortalidad. Su tribulación es ligera y su galardón grande [4], porque Dios los prueba y hállalos dignos de sí. *Pruébalos como el oro en el crisol y los acepta como víctima de holocausto,* y a su tiempo se les dará la recompensa. Brillarán los justos como centellas que discurren por un cañaveral [5]. *Juzgarán a las naciones* y dominarán a los pueblos, y el Señor reinará con ellos eternamente» [6].

«*¡Oh cuán bella es una generación casta con esclarecida virtud!* Inmortal es su memoria, y en honor delante de Dios y de los hombres. Cuando está presente la imitan, y cuando se ausenta la echan de menos [7]; y coronada triunfa eternamente, ganando el premio en los combates por la castidad.—Mas *el justo,* aunque sea arrebatado de muerte prematura, estará en lugar de refrigerio. Porque no hacen venerable la vejez los muchos días, ni los muchos años; sino que la prudencia del hombre suple por las canas, y es edad anciana la vida inmaculada. Porque agradó a Dios, fué amado de él; y como vivía entre los pecadores, fué trasladado a otra parte [8]. Fué arrebatado porque la malicia no alterase su modo de pensar, ni sedujesen su alma las apariencias engañadoras. Habiendo acabado temprano, alcanzó largos años» [9].

798. *Entonces los justos* [10] *se presentarán con gran valor* contra aquellos que los angustiaron y robaron sus fatigas [11]. A cuyo aspecto se apoderará de éstos la turbación y un temor horrendo; y asombrarse han de la repentina salvación que ellos no esperaban; y arrepentidos y arrojando gemidos de su angustiado corazón, dirán dentro de sí: Estos son los que en otro tiempo fueron el blanco de nuestros escarnios, y a quienes proponíamos como un ejemplar de oprobio. ¡Insensatos de nosotros! Su vida nos parecía una necedad y su muerte una ignominia. Mirad cómo son contados en el número de los hijos de Dios y cómo su suerte es con los santos. *Luego descarriados hemos ido* del camino de la verdad; no nos ha alumbrado la luz de la justicia, ni para nosotros ha nacido el sol de la inteligencia. Nos hemos fatigado en seguir la carrera de la iniquidad y de la perdición, andado hemos por senderos fragosos [12] sin conocer el camino

---

[1] Su recompensa, la eterna felicidad.
[2] Persiguiendo a los justos. [3] 2, 12-25.
[4] En la vida eterna (cfr. 6 ss.), pero a veces aun en la presente.
[5] Figura de la actividad de los justos en el día del juicio, como jueces de los impíos (cfr. *Matth.* 19, 28; I *Cor.* 6, 2 s.). [6] 3, 1-8.
[7] Su vida invita a la imitación, y, después de muertos, se echan de menos con dolor sus admirables ejemplos.
[8] Alusión a Henoc (cfr. *Hebr.* 11, 5; núm. 86).
[9] 4, 1 s. 7-11. [10] En el Juicio Final.
[11] Darán la cara a los impíos que intentaron en la tierra desbaratar sus trabajos y esfuerzos.
[12] Servir al mundo y dejarse llevar de sus placeres es durísima esclavitud, mientras que el servicio de Dios hace feliz y libre al hombre (cfr. *Ioann.* 8, 36; *Matth.* 11, 29).

del Señor. *¿De qué nos ha servido la soberbia?* O ¿qué provecho nos ha traído la vana ostentación de nuestras riquezas? *Pasaron como sombra todas aquellas cosas,* y como *mensajero* que va en posta; o cual *nave* que surca las olas del mar, de cuyo paso no hay que buscar vestigio, ni la estela de su quilla en las olas; o como *ave* que vuela al través del aire, de cuyo vuelo no queda rastro ninguno; porque sólo se oye el sacudimiento de las alas cuando azota el ligero viento y lo corta con la fuerza de su vuelo abriéndose camino por el ambiente, mas no deja detrás de sí señal ninguna de su rumbo; o como una *saeta* disparada contra el blanco corta el aire, y luego éste se reúne, sin que se conozca por dónde aquélla pasó. Así también nosotros, apenas nacidos, dejamos de ser; y ciertamente ninguna señal de virtud pudimos ostentar, y nos consumimos en nuestra maldad. Así discurren en el infierno los pecadores. — Al contrario, *los justos vivirán eternamente,* y su galardón está en el Señor, y el Altísimo tiene cuidado de ellos. Por tanto, recibirán de la mano del Señor un reino magnífico [1] y una brillante diadema; los protegerá con su diestra y con su santo brazo los defenderá» [2].

799. Son particularmente importantes los capítulos 7 y 8, porque en ellos se describe la **Sabiduría divina como a persona divina** [3].

«*Por esto deseé yo* [4] *la inteligencia* y me fué concedida; e invoqué el espíritu de la sabiduría y se me dió. Y la preferí a los reinos y tronos, y en su comparación tuve por nada las riquezas, ni parangoné con ella las piedras preciosas; porque todo el oro, respecto de ella, no es más que una menuda arena, y a su vista, la plata será tenida por lodo. La amé más que la salud y la hermosura; y propuse tenerla por luz, porque su esplendor es inextinguible. *Todos los bienes me vinieron juntamente con ella,* y he recibido por su medio innumerables riquezas. Y gozábame en todas estas cosas, porque me guiaba esta sabiduría; e ignoraba yo que ella fuese madre de todos estos bienes. Aprendíla sin ficción, y la comunico sin envidia, ni encubro su valor; pues es un tesoro infinito para los hombres, que a cuantos se han valido de él, los ha hecho partícipes de la amistad de Dios y recomendables por los dones de la doctrina» [5].

«*Porque en ella* [6] *tiene su morada el espíritu de inteligencia,* santo, simple [7], multiforme [8], sutil [9], elocuente [10], ágil [11], inmaculado [12], infalible [13], suave, amante del bien, perspicaz, irresistible, benéfico, amador de los hombres, benigno, estable [14], constante, seguro [15], que todo lo puede, todo lo prevé [16] y que abarca en sí todos los espíritus [17], inteligente, puro y sutil [18]. Pues la sabiduría es más ágil que todas las cosas que se mueven, y alcanza a todas partes a causa de su pureza. *Porque ella es una exhalación de la virtud de Dios, y una pura emanación de la gloria del Omnipotente;* de donde no

---

[1] Cfr. *Matth.* 25, 34; *Luc.* 22, 29; II *Petr.* 1, 11. [2] 5, 1-14 16 s.
[3] Como en *Prov.* 8, *Baruch* 3, 37 38, *Eccli.* 24 (núm. 790).
[4] Salomón, en cuyo nombre habla el autor del libro (cfr. III *Reg.* 3, 5 ss.; núm. 557 s.).
[5] 7, 7-14.
[6] Hasta aquí pinta a la divina Sabiduría tal cual se manifiesta al hombre, especialmente en la Revelación; en lo que sigue se la describe *en su propia esencia.*
[7] En sí misma. [8] En sus efectos. [9] Penetrándolo todo.
[10] En aquellos por cuya boca habla. [11] Porque inclina a la actividad.
[12] Se comunica sólo a los corazones puros. [13] Es la verdad misma.
[14] Da la perseverancia en el bien. [15] Excluye toda duda.
[16] Y dispone para la salud eterna.
[17] Penetrándolos y llenándolos con su inteligencia e ingenio.
[18] Estas cualidades se refieren en primer término a la *Sabiduría divina* (es decir, al Hijo de Dios) y al *Espíritu Santo,* que obra por ella y con ella. Pero la divina Sabiduría comunica estas propiedades también *a los hombres* que le sirven con celo. De donde toda esta pintura de la divina Sabiduría la aplica la Iglesia (núm. 788) a la *Madre de Dios,* Madre de la divina gracia, trono de la Sabiduría, Virgen sapientísima, que refleja como ninguna otra criatura los fulgores de la Sabiduría y santidad divinas. Cfr. Schäfer, *Die Gottesmutter in der Heiligen Schrift*[2] (Münster 1901) 97 s.

cabe en ella cosa mancillada. Porque es **el resplandor de la luz eterna, y un espejo sin mancilla de la majestad de Dios, y una imagen de su bondad**[1]. Y con ser una sola, lo puede todo; y siendo en sí inmutable[2], todo lo renueva, y se derrama por las naciones entre las almas santas, formando amigos de Dios y profetas. Porque Dios solamente ama al que mora con la Sabiduría. La cual es más hermosa que el sol, y sobrepuja a todo el orden de las estrellas, y *si se compara con la luz, le hace mucha ventaja*. Porque a la luz sigue la noche; pero la malicia jamás prevalece contra la Sabiduría»[3].

Ella, pues, abarca fuertemente de un cabo a otro todas las cosas y las ordena todas con suavidad. A ésta amé yo[4] y busqué desde mi juventud, y procuré tomarla por esposa mía, y quedé enamorado de su hermosura. Realza *su nobleza* la estrecha unión que tiene con Dios, y además el mismo Señor de todas las cosas la ama; siendo como es la *maestra* de la ciencia de Dios y la directora de sus obras[5].—Y si alguno ama la justicia, fruto son (de la Sabiduría) las grandes virtudes[6], por ser *ella* la que *enseña la templanza, la prudencia y la justicia y la fortaleza,* que son las cosas más útiles a los hombres en esta vida[7].—*Ya de niño era yo*[8] *de buen ingenio,* y me cupo en suerte una buena alma[9]. Y creciendo en la bondad, pude conservar inmaculado mi cuerpo[10]. Y luego que llegué a entender *que no podría ser continente si Dios no me lo otorgaba* — el saber de quién venía este don, era ya efecto de la Sabiduría —, acudí al Señor y lo pedí con fervor diciendo de todo mi corazón[11]:

Oh Dios de mis padres y Señor de misericordia, que hiciste todas las cosas por medio de tu palabra, *dame aquella Sabiduría que asiste a tu trono,* y no quieras excluirme de tus hijos.—Envíala de tus santos cielos y del solio de tu grandeza, para que esté conmigo y conmigo trabaje, a fin de que sepa yo lo que te place.—*Porque tímidos son los pensamientos de los mortales, e inciertas nuestras providencias;* pues el cuerpo corruptor apesga el alma, y este vaso de barro deprime la mente, ocupada en muchas cosas. Difícilmente llegamos a formar concepto de las cosas de la tierra; y a duras penas entendemos las que tenemos delante de los ojos. ¿Quién podrá, pues, investigar aquéllas que están en los cielos?»[12]

800. *En la segunda parte* se describe el gobierno de esta Sabiduría divina en la historia de los Patriarcas y de Israel[13].

Enséñanos primero[14] que esta sabiduría dotó espléndidamente a nuestro *primer padre* y lo levantó de su pecado, libró a *Noé* del diluvio, escogió a *Abraham,* sacó a *Lot* de Sodoma, dirigió los destinos de *Jacob* y de *José* y libertó a Israel por mano de *Moisés*[15]. Esta divina Sabiduría[16] guió a *Israel por el desierto* y se mostró maravillosa socorriendo y visitando a los israelitas, castigándoles sólo como a niños, y juzgando a los egipcios como a impíos»: «Para que conociesen cómo por aquellas cosas en que uno peca, por esas mismas es atormentado.—Pero tú tienes misericordia de todos[17], por lo mismo que todo lo puedes, y disimulas los pecados de los hombres, a fin de que hagan penitencia. Porque *tú amas cuanto tiene ser,* y nada aborreces de todo lo que has

---

[1] San Pablo y san Juan emplean expresiones casi idénticas (véase *Hebr.* 1, 3; *Col.* 1, 15; *Ioann.* 1, 1-3; 8, 12; I *Ioann.* 1, 5) al hablar del Hijo unigénito de Dios. Cfr. Schmid, *Das Buch der Weisheit* 236 ss.

[2] No dividiéndose, afirmando su personalidad.

[3] 7, 22-30. [4] Salomón. [5] Enseña a poner por modelo a Dios.

[6] Inclina al hombre a virtudes heroicas.

[7] Denomínanse *virtudes cardinales*, es decir, principales o fundamentales, porque las demás descansan en ellas; los demás son, como si dijéramos, sustentadas por ellas.

[8] Salomón. [9] Un temperamento inclinado al bien.

[10] A medida que crecía en sabiduría, concedióseme el don de la continencia.

[11] 8, 1-4 7 19-21. [12] 9, 1 4 10 14-16. [13] Cap. 10-19.

[14] Cap. 11. [15] Cfr. la historia y explicación en su lugar.

[16] Cap. 11. [17] Que hacen penitencia, como dice a continuación.

hecho; que si alguna cosa aborrecieras, nunca la habrías ordenado ni hecho.—Pero tú eres indulgente para con todos, porque tuyas son todas las cosas, oh Señor, amador de las almas» [1].

«¡Oh cuán benigno y suave es, oh Señor, tu Espíritu en todas las cosas» [2]. Demuéstrase esto en la *longanimidad* e indulgencia de Dios para con sus enemigos, especialmente los cananeos, y mayores aun para con los israelitas [3].

Descríbese después la *locura de la idolatría,* su origen y espantosas consecuencias [4]. — Luego demuestra, con el ejemplo del castigo de los egipcios y de las gracias y suaves amonestaciones de Israel, *de cuán distinta manera trata Dios a los idólatras y a los verdaderos adoradores del Señor* [5]. — He aquí algunos pasajes: «Porque el *conocerte a ti* es la perfección de la justicia, y el conocer tu justicia y poder es la raíz de la inmortalidad» [6].

«Mas no duró siempre tu enojo [7], sino que fueron aterrados por un breve tiempo para escarmiento, recibiendo luego una **señal de salud** [8], para recuerdo de los mandamientos de tu Ley. A la cual insignia quien miraba, quedaba sano, no por virtud del objeto que veía, sino *por ti, oh Salvador de todos.*—Al contrario, alimentaste a tu pueblo con **manjar de ángeles** y le suministraste del cielo un pan aparejado sin fatiga suya, que contenía en sí todo deleite y la suavidad [9] de todos los sabores» [10].

«Entonces ellos (los egipcios), que a ninguna cosa creían (por engaño de los hechiceros) [11], luego que acaeció el exterminio de los primogénitos, reconocieron que aquél era el pueblo de Dios [12]. Y cuando apacible silencio las cosas envolvía, y la noche se hallaba en la mitad de su carrera, *tu palabra omnipotente, rasgando los cielos, saltó* de súbito desde tu real trono cual terrible campeón en medio de la tierra condenada al exterminio» [13].

«Señor, en todo y por todo engrandeciste y honraste a tu pueblo, ni te desdeñaste de asistirle en todo tiempo y en todo lugar» [14].—Así acaba este hermoso libro sus exhortaciones al amor de la Sabiduría y al inquebrantable mantenimiento de la fidelidad a Dios y a su santa Ley en medio de todas las pruebas.

---

[1] 11, 17 24 s. 27. [2] 12, 1. [3] Cap. 12; cfr. núm. 417.
[4] Cap. 13-15; cfr. núm. 120 s. [5] Cap. 16-19.
[6] 15, 3. De la verdadera inmortalidad, es decir, de la eterna bienaventuranza; porque la inmortalidad de los impíos es peor que la muerte, es la segunda muerte (cfr. *Sap.* 5, 2 ss.; núm. 798; *Apoc.* 2, 11; 20, 14; 21, 8).
[7] Las serpientes de fuego (núm. 374). [8] La serpiente de bronce (núm. 375).
[9] Cfr. núm. 278. [10] 16, 6 s. 20. [11] Cfr. núm. 242 ss.
[12] Cfr. *Ex.* 4, 22 s.; 12, 29 ss.; núms. 241 y 258.
[13] 18, 13-15. La orden de Dios de matar a los primogénitos de los egipcios por mano del Angel Exterminador, se representa como *un esforzado y terrible guerrero* que alcanza desde la tierra al cielo (cfr. I *Par.* 21, 16; véase núm. 611); la Iglesia se sirve de la misma imagen en el Introito de la Misa del domingo que cae en la Octava de *Navidad* y en la antífona del *Magnificat,* y lo aplica a la Encarnación del Verbo divino, el Hijo de Dios, porque también éste vino como un guerrero esforzado a quebrantar el poder del faraón infernal y librar a los hombres de la esclavitud en que los tenían aherrojados el pecado y el demonio. [14] 19, 20.

ÍNDICE ALFABÉTICO

Las cifras se refieren a los números marginales. El asterisco indica que el texto lleva algún grabado o alude a alguna lámina. Las cifras en negrilla señalan la página donde se trata más por menudo el asunto.

B

C

CH

D

H

I

K

L

Ll

M

N

O

P

Q

R

S

T

U

V

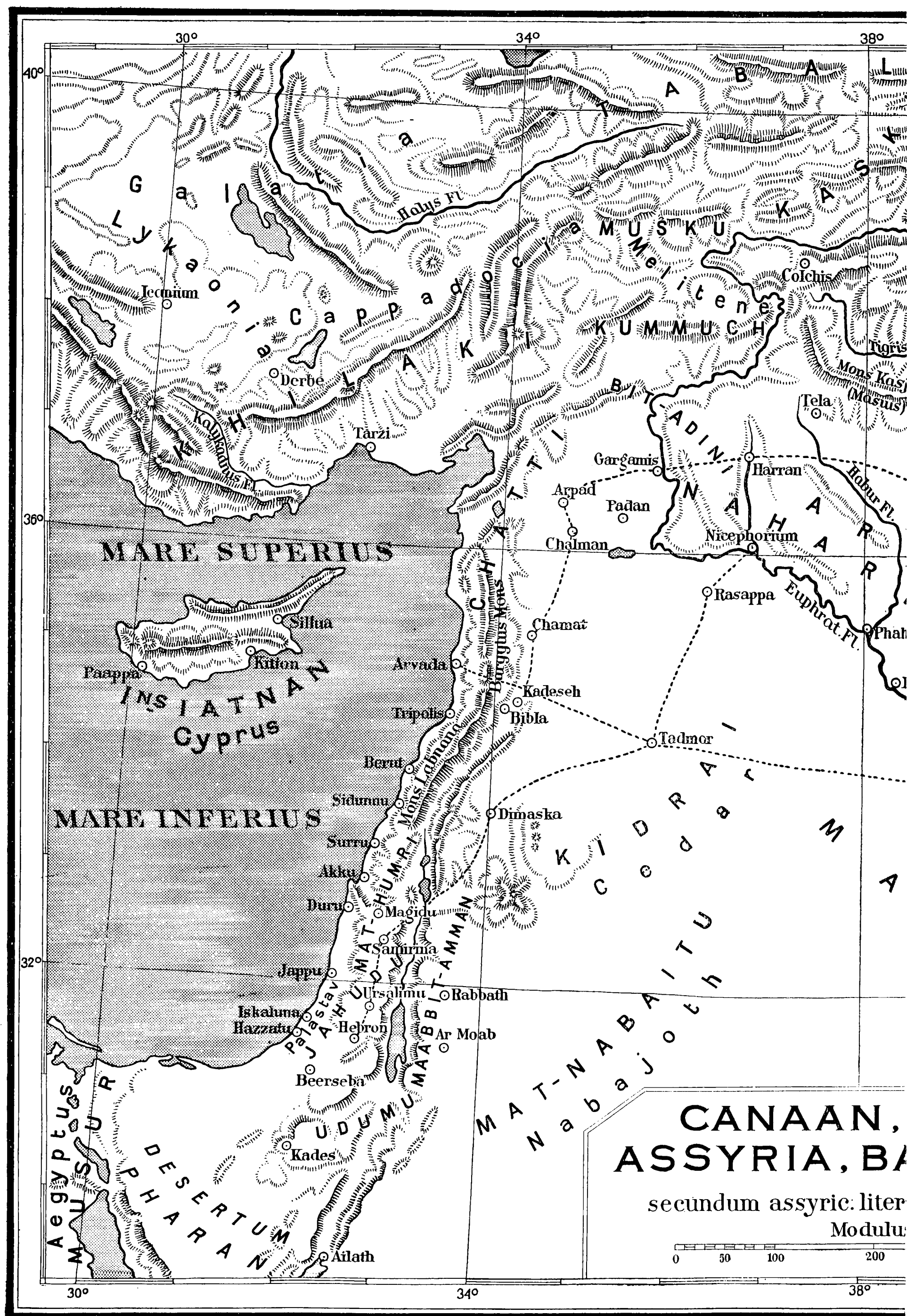
Índice de grabados

El Sinaí (frente a la portada)

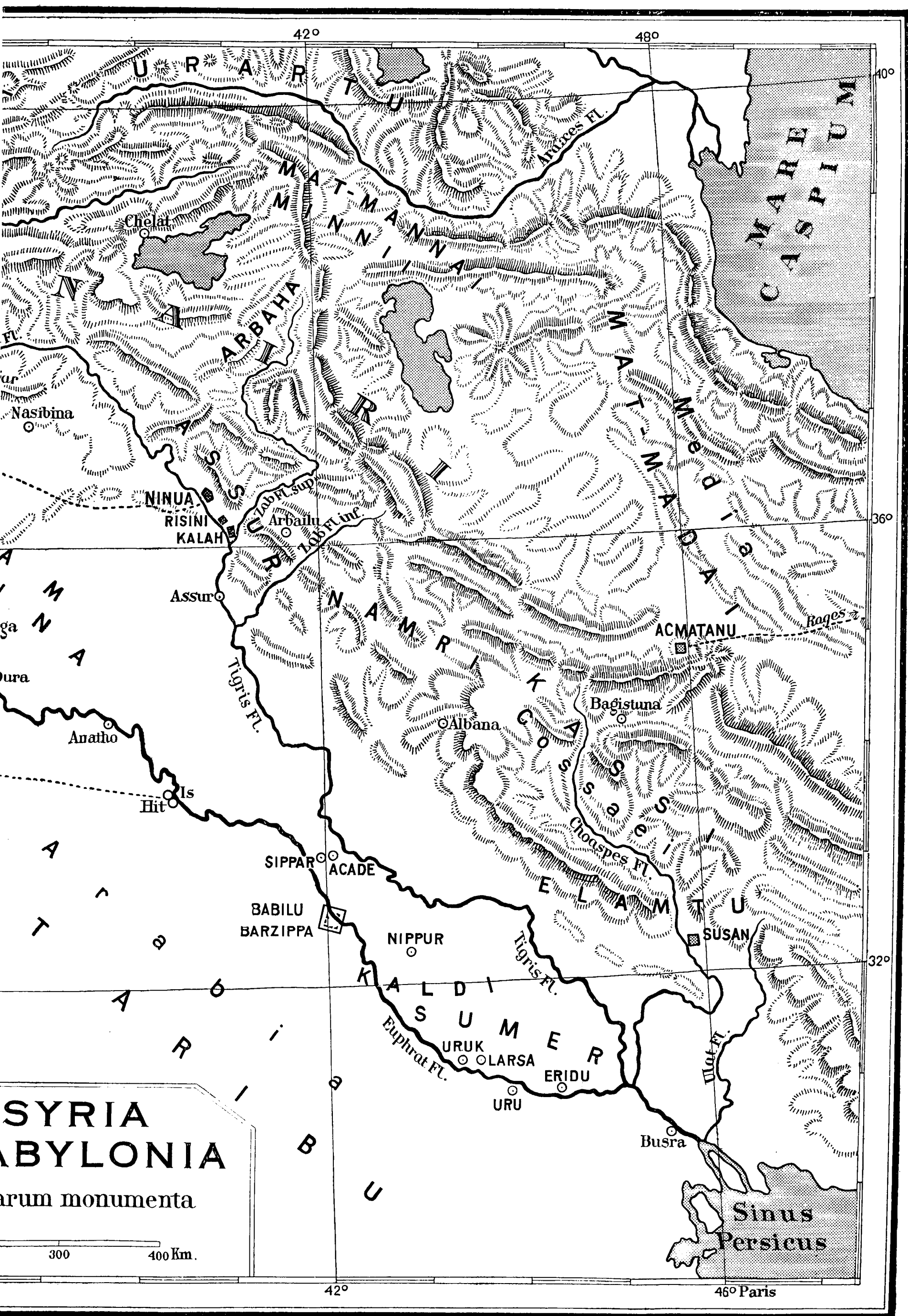
Láminas al final del libro[1]

Mapas

[1] Las cifras que van en paréntesis se refieren a los números marginales de la obra.



Del *Atlas Scripturae Sacrae* de Riess-Heidet



URARTU
MAT-MANNAI
MINNI
NAIRI
ARBAHA
ASSUR
MATMADAI
Media
MARE CASPIUM
Araxes Fl.
Chelat
Nasibina
NINUA
RISINI
KALAH
Arbailu
Zab Fl. sup.
Zab Fl. inf.
Assur
NAMRI
KOSSAEI
ACMATANU
Rages
Bagistuna
Albana
Tigris Fl.
Anatho
Is
Hit
SIPPAR
ACADE
BABILU
BARZIPPA
NIPPUR
Choaspes Fl.
ELAMTU
SUSAN
KALDI
SUMER
Tigris Fl.
Euphrat Fl.
URUK
LARSA
ERIDU
URU
Ulai Fl.
Busra
Sinus Persicus
Arabia
ARIBU
SYRIA
ABYLONIA
arum monumenta
300
400 Km.
42°
48°
40°
36°
32°
42°
46° Paris

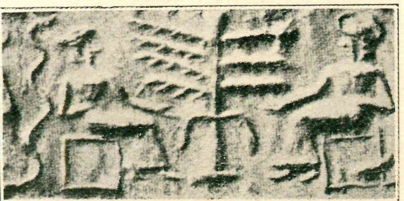
PALESTINA Y CANAÁN



Lámina 1.



a. Estela de Ammurabi (parte superior): El rey Ammurabi ante el dios Schamasch (1947-1905 a. Cr.). (París, Louvre.)
(Texto en el núm. 9.)



b. Relieve asirio que representa un árbol sagrado. (Londres, Brit. Museum.)
(Texto en el núm. 76.)

c. Reconstrucción de la torre de Babel.
(Tomada de la revista *Mitteilungen der Deutschen Orient-Gesellschaft.)*
(Texto en el número 116.)



a.

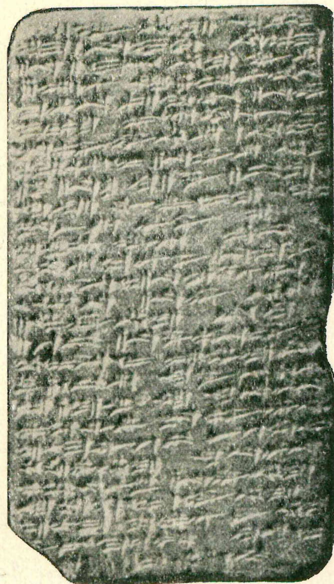


b.

Vasijas cananeas de arcilla, halladas en la antigua Jericó. En posesión de la *Sociedad Orientalista Alemana.*
(Texto en el núm. 406.)



c. Estela del rey Mesa de Moab. (Hacia el 850 a. Cr.).
(París, Louvre. Fot. Giraudon)
(Texto en el núm. 599.)



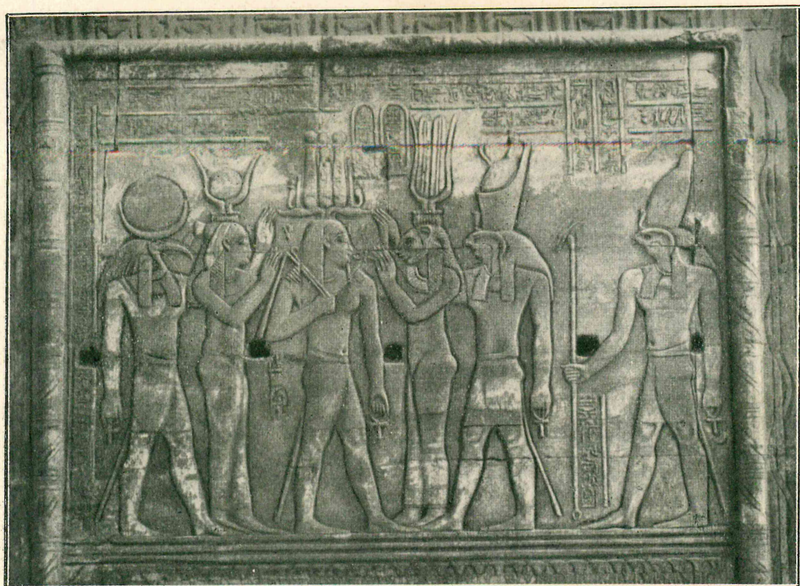
d. Carta de Abdichiba de Urusalim a Amenofis IV (1375-1358 a. Cr.). Berlín, Museos. (Según Jeremías, ATAO)
(Texto en el núm. 144.)



e. Músicos asirios. Relieve de Asurbanípal. Hallado en Kujundschik. (Hacia el 678 a. Cr.)
(Londres, Brit. Museum. Según Lagard)
(Texto en el núm. 512.)



f. Sello de Schemʿa de Megiddo. Jaspe con leyenda: [sello] «de Schemʿa, ministro de Jeroboam». (780 a. Cr.)
(Texto en el núm. 612.)



a. Thot y Nut (a la izquierda) e Isis, Harsiesis y Haroeris (a la derecha) bendicen a Ptolomeo XIII Neos Dionisos (80-52 a. Cr.). Relieve de Kôm Ombo.

(Texto en el núm. 123.)



c. Astarte. Figura de bronce de Taanek.

(Según Sellin.)

(V. núm. 425.)



b. Hator, representado en figura de vaca, con Amenofis II, consagrado por Amenofis III. (1411-1375 a. Cr.); procedente de Deir-el-Bahri.

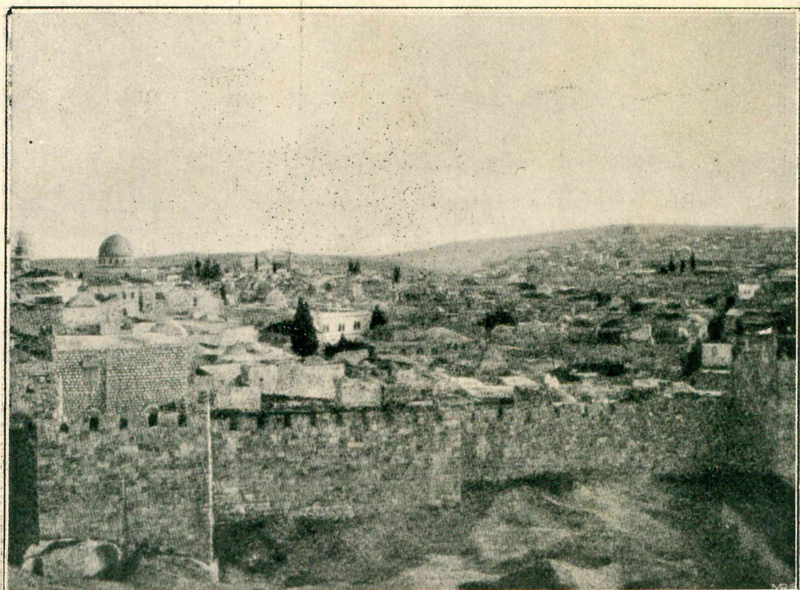
(El Cairo, Museo. Según *Revue des Beaux-Arts*.)

(Texto en el núm. 123.)

Lámina 6.



a. Excavaciones de edificios cananeos en el lugar de la actual Jericó.
(Según Sellin y Watzinger, *Jericho.*)
(Texto en el núm. 406.)



b. Vista de Jerusalén desde el Hospicio de san Pablo.
(Fot. P. Dunkel.)
(Texto en el núm. 508.)